OBRAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE ÁVILA

Apostolado de la Prensa

OBRAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE AVILA

OBRAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE AVILA

APOSTOLADO DE LA PRENSA



OBRAS

DEL

BEATO MAESTRO

JUAN DE AVILA





MADRID
San Bernardo, 7, bajo
—
1927

APOSTOLADO DE LA PRENSA



OBRAS

DEL

BEATO MAESTRO

JUAN DE AVILA

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA





MADRID
San Bernardo, 7, bajo
1927

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.). — Paseo de San Vicente, 20. — MADRID

AL LECTOR

Juan de Avila nació en Almodóvar del Campo, el año 1500; estudió Derecho en Salamanca, de 1514 a 1518, y cansado de las «negras leyes», como él dice, se retiró a su casa a hacer penitencia. De 1520 a 1525 cursó Artes y Teología en Alcalá, bajo la dirección, entre otros, de fray Domingo Soto. Se ordenó de sacerdote en 1525, y, a fin de estar más libre para servir a Dios, repartió sus bienes entre los pobres. Disponiéndose para ir de Sevilla a las Indias, desistió del viaje a instancias del obispo Alonso Manrique, que le rogó predicase en Andalucía. Acusado a la Inquisición como sospechoso de herejía, estuvo en la cárcel durante unos meses. Su influencia en toda Andalucía, y aun en España entera, fué enorme. Le oían y apreciaban todos como a un santo. Movió a muchos a entrar en religión; y de él, en parte, aprendieron la santidad San Ignacio, San Francisco de Borja, Santa Teresa de Jesús y otros varios. Quiso entrar en la Compañía de Jesús, y contribuyó a la fundación de varios Colegios de ella. Santa Teresa le iba enviando por entregas el libro de su vida, pidiéndole parecer sobre sus revelaciones, aprobando su espíritu el Maestro. Murió, estando ya casi ciego, a los sesenta y nueve años, en 1569. Fué declarado Beato el año 1894.

Basten estas breves líneas de introducción sobre su vida. Aparte publicaremos pronto la que de él escribió el P. Fray Luis de Granada juntamente con algunas de varios de sus discípulos.

SUS OBRAS

No sabemos que el autor publicase nada por sí mismo. En el prólogo al *Libro Espiritual*, llamado comúnmente *Audi Filia*, dice él mismo que no «ha puesto en orden cosa alguna para imprimir, sino una declaración de los diez Mandamientos, que cantan los niños de la doctrina y este tratado de ahora». Sus obras las publicaron sus discípulos, y fué tal su salida, que al año estaban agotadas. No todas vieron la luz pública a la vez, sino sucesivamente. En el presente volumen hemos procurado recoger *todas* las conocidas, aun las más insignificantes, por su brevedad; pues en el contenido no hay ninguna que no sea verdaderamente sublime.

1. *Libro Espiritual.* Con otro título—probablemente el de *Audi Filia*—imprimió este tratado Juan de Brocar en Alcalá de Henares, el año 1556, sin haber consultado antes a su autor. De ello se queja amargamente en el prólogo el P. Maestro Avila, lo mismo que de los manuscritos que corrían con su nombre y no eran suyos. No hemos logrado ver ningún ejemplar del libro de Alcalá, que sin duda se destruyó en su casi totalidad.

La primera edición cierta de este precioso tratado es la publicada en Madrid el año 1574 por sus discípulos Juan Díaz y Juan de Villarás. Es sumamente rara. Nuestros prolongados esfuerzos por obtener un ejemplar han sido inútiles. Existe uno en la Biblioteca de San Isidro, de Madrid, y otro, en la sección de raros de la Nacional; del que nos hemos servido para la corrección de las pruebas. Los editores la dedican al Sr. D. Alonso de Aguilar, Marqués de Priego; pero el tratado lo compuso el Beato para D.ª Sancha Carrillo, hija de D. Luis Fernández de Córdoba y de D.ª Luisa de Aguilar, Marqueses de Guadalcázar. Fué convertida en Ecija por el Beato, a los diez y ocho años, cuando, por su grande hermosura y discreción, se disponía a ir a la Corte en calidad de dama de la Emperatriz Isabel, esposa del Emperador Carlos V. Trocó las galas por el cilicio e hizo tales penitencias, que

causaron el asombro hasta de Santa Teresa de Jesús. Murió a los veinticuatro años de edad, en opinión de Santa, en 1537.

El tratado es un comentario precioso al Salmo 44, y hoy nos parece como bosquejo y fundamento de las meditaciones del P. Granada. Su contenido está perfectamente expresado en el siguiente título de la primera edición:

«*Libro espiritual, que trata de los malos lenguajes del mundo, carne y demonio y de los remedios contra ellos. De la Fe, y del propio conocimiento, de la Penitencia de la Oración, Meditación y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y el amor de los prójimos.*

Compuesto por el Reverendo P. Maestro Avila, *predicador en la Andalucía. Visto y aprobado por los señores del Consejo de Su Majestad, de la Santa General Inquisición. Dirigido al ilustrísimo Sr. D. Alonso de Aguilar, Marqués de Priego, Señor de la Casa de Aguilar.*

Dilectus meus mihi et ego illi. Con privilegio de Castilla y Aragón. En Madrid, en Casa de Pedro Cosín, 1574.»

2. *Epistolario Espiritual.* Recogidas las cartas del Maestro por los mismos discípulos suyos Juan de Villarás o Villarés, como se le denomina indistintamente, y por Juan Díaz, las dieron ambos a la estampa en Madrid el año 1578, y en Alcalá en 1579. Volvieron a reproducirse en Madrid el año 1588, y después muchas veces. El *Epistolario* de 1578 estaba dividido en dos partes con 143 cartas; el de 1579 conservó la misma división, añadiendo dos cartas nuevas. También el de 1588 conservó la doble división, pero sólo contiene 66 cartas. Al publicarse de nuevo en Sevilla, el año 1604, se dividió el *Epistolario* en tres partes, y en la edición de Madrid, de 1618, en cuatro, sistematizadas; habiéndose agrupado en la primera parte las cartas dirigidas a sacerdotes y religiosos; en la segunda, las escritas para religiosas y doncellas; en la tercera, las enviadas a señoras, y en la cuarta, las enderezadas a caballeros y a algunos discípulos suyos. Por su sistematización triunfó esta división en casi todas las ediciones posteriores, habiéndose añadido

en forma de Apéndice algunas epístolas aparecidas posteriormente.

Conservamos nosotros esta división, y añadimos a las cartas conocidas comúnmente las publicadas por primera vez por el Sr. Fernández Montaña y por el P. Miguélez en la *Ciudad de Dios* (año 1909).

Los epígrafes, como ya advirtió García de Diego en la edición que de algunas cartas hizo para *Clásicos Castellanos*, de la *Lectura* (1912), fueron puestos por sus discípulos, y poco a poco se han ido acortando. Como, en realidad, no son del Beato, hemos reproducido nosotros los más cortos.

Las cartas son, en parte, ascéticas y, en parte, místicas. Contienen pensamientos profundos, sentimientos delicadísimos y bellezas de lenguaje insuperables.

3. *Libro del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y del Espíritu Santo y de Nuestra Señora la Virgen Santa María.* Con este título presentó al Consejo de S. M. y publicó en 1596, Juan Díaz, estos tres tratados del Beato, dirigidos a D.ª Beatriz Rodríguez de Mendoza, Condesa de Castellar. Nada más a propósito para encenderse en amor al Santísimo, al Espíritu Santo y a la Madre de Dios como estas cálidas páginas del Apóstol de Andalucía. Al final de los 27 tratados sobre el Santísimo Sacramento, damos las traducciones del mismo Beato sobre los himnos *Pange Lingua* y *Sacris Solemnis*. Añadimos también los sermones publicados por el P. Miguélez.

4. *Pláticas para sacerdotes.* Excelentes para enfervorizar a los ministros del Altísimo. En casi todas las ediciones antiguas se reproducen las dos que nosotros damos. El Sr. Fernández Montaña publicó estas dos, y luego las volvió a reproducir retocadas por mano extraña; tampoco parecen del Beato, atendiendo al estilo y conceptos, varias otras, impresas en el tomo II por el mismo editor. Por eso las omitimos aquí.

5. *Doctrina admirable y de mucha importancia que dió el Padre Maestro Juan de Avila a un mancebo para que seguro sirviese a Dios Nuestro Señor en el camino del Espíritu.*

6. *Exposición breve de las Bienaventuranzas.*
7. *Reglas muy provechosas para andar en el camino de Nuestro Señor.*
8. *Los diez documentos que se siguen, que dió el mismo venerable Maestro Avila a otra persona.*
9. *Avisos a Diego de Guzmán y al doctor Loarte para entrar en la Compañía de Jesús.*
10. *Lecciones que leyó de la Canónica primera de San Juan en Zafra.*

Estas son las obras que reproducimos del Beato Maestro Juan de Avila. Un tratado *De oratione*, dado en la *Ciudad de Dios*, como del Beato (t. LXXXI, 1910, páginas 480-491), no parece de él ni por el estilo ni por las ideas, ni por la manera de expresarlas. Tampoco es seguro compusiera unas *Advertencias para un Sínodo toledano* (Biblioteca Nacional, manuscrito 8.340.) De ahí el que no los hayamos admitido en esta colección. Aun no se ha hecho el estudio definitivo sobre las obras del Maestro. Cuando se haga, se verá que todavía debe de haber algunas inéditas. Entre tanto, queremos ofrecer a los lectores el texto de las conocidas lo más exactamente posible.

PRÓLOGO

PREFACIÓN DEL AUTOR

AL CRISTIANO LECTOR



EINTISIETE años ha, cristiano lector, que escribí a una religiosa doncella, que muchos años ha que es difunta, un Tratado sobre el verso del Salmo XLIV, que comienza: «Oye, hija, y ve»; y aunque muchos de mis amigos me habían afirmado muchas veces que, corregido el Tratado y poniéndolo en orden para imprimirse, recibirían provecho los ánimos de los que lo leyesen, no había salido a ello por parecerme que para quien se quiere aprovechar de leer en romance hay tantos libros buenos que éste no les era necesario; y para quien no, también sería éste superfluo como los otros: y ayudábame a esto mi enfermedad continua de casi ocho años, que basta por ejercicio, y así se había quedado el Tratado sin imprimirlo, y aun casi sin acordarme de él, hasta que el año pasado, vencido ya de ruegos de amigos, comenzaba poco a poco a corregirlo y añadir para que se imprimiese, aunque sabía lo mucho que me había de costar de mi salud.

Y al cabo de pocos días supe que se había impreso un Tratado sobre este mismo verso, y con título de mi nombre, en Alcalá de Henares, en casa de Juan Brocar, año de 1556. Maravilléme de que hubiese quien se atreva a imprimir libro la primera vez sin la corrección del autor, y mucho más de que alguno diese por autor de un libro a quien primero no preguntase si lo es, y procuré con más cuidado entender en lo comenzado para que, impri-

mido este Tratado, el otro se desacreditase. Mas las enfermedades que después acá aún han crecido, y haber añadido algunas cosas, han sido causa para que más presto no se acabase. Ahora que va, recíbelo con caridad y no tengas el otro por mío ni le des crédito. Y no te digo esto solamente por aquel Tratado, mas también por si otros vieres impresos en mi nombre hasta el día de hoy, porque yo no he puesto en orden cosa alguna para imprimir, sino una declaración de los diez Mandamientos que cantan los niños de la doctrina y este Tratado de ahora.

Y también te aviso que, a las escrituras de mano que con título de mi nombre vinieren a ti, no las tengas por mías si no conocieres mi letra o firma, aunque también en esto hay que mirar, porque algunos han procurado de contrahacerla. También me parece avisarte de que, como este libro fué escrito a aquella religiosa doncella que dije, la cual y las de su calidad han menester más esforzarlas el corazón con confianza que atemorizarlas con rigor, así va enderezado más a lo primero que a lo segundo; mas si la disposición de tu ánima pide más rigor de justicia que blandura de misericordia, toma de aquí lo que hallares que te conviene, y deja lo otro para otros que lo habrán menester. Y todo el libro, con el autor, va sujeto a la corrección de nuestra Madre la Santa Iglesia Romana.

UNA BREVE SUMA DEL MISMO AUTOR, DE TODO LO QUE SE TRATA EN ESTE LIBRO Y CAPÍTULOS DE ÉL

Para que tengas una breve suma de lo que en este libro se trata, has de saber que desde el capítulo segundo hasta el quinto se trata del mal lenguaje del mundo; y desde el capítulo quinto hasta el capítulo diez y seis trata del lenguaje de la carne; y desde el capítulo diez y siete hasta el capítulo treinta se trata de los engaños del demonio; y en cada parte de éstas se ponen algunos remedios contra estos malos lenguajes; y desde el capítulo treinta hasta el cuarenta y dos se trata de algunos motivos para probar que la fe católica es verdadera, y

desde el capítulo cuarenta y tres hasta el capítulo cuarenta y nueve se trata de la misma fe católica, infundida por la misericordia de Dios, y de cómo algunas veces la quita Dios en castigo de los pecados; y desde el capítulo cincuenta hasta el cincuenta y seis se trata de algunos engaños, acerca de sentimientos espirituales y del remedio de ellos; y desde allí hasta el capítulo sesenta y ocho trata del propio conocimiento; y desde allí hasta el capítulo ochenta y cinco se trata de la oración y meditación y de la penitencia, y de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; y desde allí hasta el capítulo noventa y cuatro se trata de cómo Dios nos oye y nos mira con misericordia y amor, por merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo; y desde el capítulo noventa y cuatro hasta el capítulo noventa y siete se trata del amor de los prójimos; y desde allí hasta el capítulo ciento tres se trata de cómo hemos de salir de nuestro pueblo, y de nuestra voluntad, y despreciar el linaje de la carne; y desde allí hasta el fin del tratado, de cómo la hermosura del ánima, que se pierde por el pecado, se recobra por los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor, y por la penitencia, a cuya misericordia plega de dar gracia para que lo leas para tu provecho y para su gloria.

CUÁNTO CONVIENE OÍR A DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

En que se trata cuánto nos conviene oír a Dios, y del admirable lenguaje que nuestros Padres primeros tenían en el estado de la inocencia, al cual, perdido por el pecado, sucedieron muchos muy malos.

«Oye, Hija, y ve e inclina tu oreja, y olvida tu Pueblo, y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura. – (Psalm. XLIV.)



STAS palabras, devota Esposa de Jesucristo, dice el Profeta David, o por mejor decir, Dios en él, a la Iglesia cristiana, amonestándole lo que debe hacer para que el gran Rey Jesucristo la ame, de lo cual a ella se le siguen todos los bienes. Y porque vuestra ánima es una de las de esta Iglesia, por la gran misericordia de Dios, parecióme declaróroslas, invocando primero el favor del Espíritu Santo, para que rija mi pluma y apareje vuestro corazón, para que ni yo hable mal, ni vos oigáis sin fruto; mas lo uno y lo otro sea a perpetua honra de Dios y a aplacimiento de su santa voluntad.

Lo primero que nos es amonestado en estas palabras, es que oigamos, y no sin causa, porque como el principio de la vida espiritual sea la fe, y ésta entre en el ánima, como dice San Pablo (Rom., X), mediante el oír, razón es que seamos amonestados primero de lo que primero nos conviene hacer; porque muy poco aprovecha que suene la voz de la verdad divina en lo de fuera, si no hay orejas que la quieran oír en lo de dentro. Ni nos basta que cuando fuimos bautizados nos metiese el sacerdote el dedo en los oídos, diciendo que fuesen abiertos, si los tenemos cerrados a la palabra de Dios, cumpliendo en nosotros lo que de los ídolos dice el Profeta Da-

vid (Psalm. CXIII): *Ojos tienen y no ven; orejas tienen y no oyen.* Mas porque algunos hablan tan mal, que oírlos es oír sirenas que matan a sus oyentes, es bien que veamos a quién tenemos de oír y a quién no. Para lo cual es de notar, que Adán y Eva, cuando fueron criados, un solo lenguaje hablaban (Genes., XI), y aquél duró en el mundo hasta que la soberbia de los hombres, que quisieron edificar la torre de la confusión, fué castigada con que en lugar de un lenguaje que todos se entendían, sucediese muchedumbre de lenguajes, con los cuales unos a otros no se entendiesen. En lo cual se nos da a entender que nuestros primeros padres, antes que se levantasen contra el que los crió, quebrantando con atrevida soberbia su mandamiento, un solo lenguaje espiritual hablaban en su ánima, el cual era una perfecta concordia que tenía uno con otro, y cada uno consigo mismo y con Dios, viviendo en el quieto estado de la inocencia, obedeciendo la parte sensitiva a la racional, y la racional a Dios; y así estaba en paz con El, y se entendían muy bien a sí mismos y tenían paz uno con otro. Mas como se levantaron con desobediencia atrevida contra el Señor de los cielos, fueron castigados, y nosotros en ellos, en que en lugar de un lenguaje, y bueno y con que bien se entendían, sucedan otros muy malos e innumerables, llenos de tal confusión y tiniebla, que ni convengan unos hombres con otros, ni uno consigo mismo, y menos con Dios. Y aunque estos lenguajes no tengan orden en sí, pues son el mismo desorden, mas para hablar de ellos, reduzcámoslos al orden y número de tres, que son lenguaje de mundo, carne y diablo; cuyos oficios, como San Bernardo dice, son: del primero, hablar cosas vanas; del segundo, cosas regaladas; del tercero, cosas malas y amargas.

CAPÍTULO II

Que no debemos oír el lenguaje del mundo y honra vana, y cuán grande señorío tiene sobre los corazones que la siguen, y lo será el castigo de los tales.



El lenguaje del mundo no le hemos de oír, porque es todo mentiras, y muy perjudiciales para quien las creyere, haciéndole que no siga la verdad que es, sino la mentira que tiene apariencia y se usa. Y con esto engañado el hombre, echa tras sus espaldas a Dios y a su santo agradamiento, y ordena su vida por el ciego norte del aplacimiento del mundo, y engéndrasele un corazón deseoso de honra y de ser estimado de hombres. Semejable al de los antiguos soberbios romanos, de los cuales dice San Agustín que por amor de la honra mundana deseaban vivir, y por ella no temieron morir. Précianla tanto, que en ninguna manera pueden sufrir ni una liviana palabra que contra ella se diga, ni cosa que sepa ni huela a desprecio ni de muy lejos. Antes hay en esto tantas sutilezas y puntos, que por maravilla hay quien se escape de no tropezar en alguno de ellos y ofender al sentible mundano, y aun muchas veces sin pensar que le ofende. Mas éstos tan fáciles en el sentir el desprecio, cuán difíciles y pesados son en lo despreciar y en lo perdonar: y si alguno lo quisiere hacer, qué tropel de falsos amigos y de parientes se levantarán contra él, y alegarán tales leyes y fueros del mundo, que de ellos se concluya que es mejor perder la hacienda, salud, casa, mujer e hijos: y aun esto les parece poco, pues dicen que se pierda la vida del cuerpo y del ánima, y todo lo de la tierra y del cielo: y que el mismo Dios y su ley sean tenidos en poco, y puestos debajo de los pies, porque la vanísima honra no se pierda, y sea estimada sobre todas las cosas y sobre el mismo Dios. ¡Oh, honra vana!, condenada por Cristo en la cruz a costa de sus grandes deshonras, ¿y quién te dió asiento en el templo de Dios, que es el corazón cristiano, con tan grande estima, que a semejanza del Anticristo quieras tú ser más preciada

que el Altísimo Dios? ¿Quién te hizo competidora con Dios, y que le lleves ventaja en algunos corazones, en ser preciada más que El, renovándole aquella grave injuria que le fué hecha cuando quisieron a Barrabás más que a El? (Matth., XXVII.) Grande por cierto es tu tiranía en los corazones de los sujetos a ti, y con gran presteza y facilidad te hacen servicio por costoso que sea. Pensaba Aarón (Exodo, XXXI) que por pedir él los zarcillos de oro que traían en las orejas las mujeres, e hijos e hijas de aquellos que le pedían ídolo a él, que por no ver despojados a los que amaban, se apartarían de la demanda del falso dios: y no fué así, porque no (bien) fueron pedidos, cuando fueron dados. Ni se tuvo en cuenta ni se tiene con lo que han menester, casa ni hijos, con que haya ídolo de honra al cual sacrifiquen. Y acaece muchas veces, que algunos de los que te sirven entienden cuán vana cosa y sin tomo eres, y cuán perdida cosa es seguirte: y pudiendo librarse de tu grave yugo con sólo romper contigo, es tanta su flaqueza y miseria que eligen más reventar y hacer contra la honra de Dios, que descansar y honrar a Dios huyendo de ti. Serviréis a dioses ajenos de día y de noche (Jerem. V.) echa Dios por maldición a los que sirven a los falsos dioses, y cúmplese muy bien en los que adoran la honra. Hablando San Juan de una gente principal de Jerusalén (Joann., XII) que creyeron en Cristo, mas no osaron publicarse por suyos por respeto de los hombres, dice de ellos con gran vituperio que amaron más la honra de los hombres que la honra de Dios. Lo cual con mucha razón se puede decir de estos amadores de la honra, pues vemos que por no ser despreciados de los hombres desprecian a Dios, cuya Ley se avergüenzan de seguir, por no ser avergonzados de los hombres. Mas hagan lo que quisieren; honren su honra hasta que no puedan más, que fija y firme está la sentencia pronunciada contra ellos por Jesucristo, Soberano Juez, que dice: *Quien se avergonzare de Mí y de mis palabras, avergonzarse ha de él el Hijo de la Virgen, cuando viniere en su Majestad, y de su Padre y de sus ángeles.* Y entonces cantarán todos los ángeles

y todos los Santos (Psalm. CXVIII): *Justo eres, Señor, y justos tus juicios, que si el vil gusano se avergonzó de seguir al Rey de la Majestad, que Tú, Señor, te avergüences, siendo la misma honra y alteza, de que una cosa tan baja y tan mala esté en compañía de los tuyos y tuya.* ¡Oh, con qué ímpetu será entonces echada la honra de Babilonia en los profundos infiernos, en compañía de tormentos del soberbio Lucifer, pues quisieron ser compañeros de él en la culpa de la soberbia! No se burle nadie, ni tenga por pequeño mal el amor de la honra del mundo, pues el Señor, que escudriña los corazones, dijo a los fariseos (Joann., XVI): *¿Cómo podéis creer en Mí, pues que buscáis ser honrados unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y pues este mal afecto es tan poderoso que bastó a hacer que no creyesen en Jesucristo, ¿qué mal no podrá? ¿Y quién de él no se santiguará? Por lo cual dijo San Agustín que ninguno sabe qué fuerzas tiene para dañar el amor de la honra vana, sino aquel a quien ella hubiere movido guerra.

CAPÍTULO III

De qué remedios nos habemos de aprovechar para despreciar la honra vana del mundo, y de la grande fuerza que Cristo da para la poder vencer.

MUCHA ayuda contra este mal nos debía ser, que la misma lumbre natural lo condene; pues nos enseña que el hombre ha de hacer obras dignas de honra, mas no por la honra, merecerla y no preciarla. Y que el corazón grande debe despreciar el ser preciado y el ser despreciado: y que ninguna cosa debe tener por grande sino la virtud, mas si con todo esto no tuviere el cristiano corazón para despreciar esta vanidad, alce los ojos a su Señor puesto en cruz, y verle ha tan lleno de deshonras, que si bien se pensaren, pueden competir con la grandeza de los tormentos que recibía. Y no sin causa eligió el Señor muerte con extrema deshonra, sino porque conoció cuán poderoso tirano es el amor de la honra en el corazón de muchos que no dudan de ponerse a la muerte,

y huyen del género de la muerte si es con deshonra. Y para darnos a entender que no nos ha de espantar lo uno ni lo otro, eligió muerte de cruz, en la cual se juntan graves dolores con excesiva deshonra. Mirad, pues, si ojos tenéis, a Cristo estimado por el más bajo de los hombres, y aviltado con graves deshonras; unas, que la misma muerte de cruz trae consigo, pues era la más infame de todas; y otras, con que particularmente ofendieron a Nuestro Señor, pues ningún género de gente quedó que no se emplease en le blasfemar, despreciar e injuriar con géneros de deshonras no vistos, y veréis cuán bien cumple lo que predicando había dicho (Joann., VIII): *Yo no busco mi honra, haced vos así.* Y si paráredes las orejas de vuestra ánima a oír con atención aquel lastimero pregón que contra la misma inocencia se dió, pregonando a Jesucristo Nuestro Señor por malhechor por las calles de Jerusalén, confundiros habéis vos cuando viéredes que os honran, o cuando deseéis ser honrada, y diréis con gemido entrañable: «¡Oh, Señor!, ¿vos pregonado por malo, y yo alabada por buena?» (Eccl., XXIII.) ¿Qué cosa de mayor dolor? Y no sólo se os quitará la gana de la honra del mundo, más tendréis gana de ser despreciada, por ser conforme al Señor, seguir al cual, como dice la Escritura (Galat., VI), es grande honra. Y entonces diréis con San Pablo (Hebr., XIII): «No plega a Dios que yo me honre sino en la cruz de Jesucristo Nuestro Señor»; y desearéis cumplir lo que el mismo Apóstol dice (Joann., XVI): *Salgamos a Cristo fuera de los reales, imitándole en su deshonra.* Y si es poderosa cosa el afecto de la honra vana, muy más poderosa es la medicina del ejemplo y gracia de Cristo, que de tal manera la vence y desarraigan del corazón, que le hacen sentir que es cosa muy abominable, que viendo un cristiano al Señor de la majestad bajarse a tales desprecios, se quede el gusano vil hinchado con el amor de la honra. Por lo cual el Señor nos convida y esfuerza con su ejemplo, diciendo: *Confiad, que yo vencí el mundo;* como si dijese: «Antes que yo acá viniese, cosa recia era tomarse con el mundo engañoso, desechando lo que en él florece

y abrazando lo que él desecha; mas después que contra Mí puso todas sus fuerzas, inventando nuevo género de tormentos y deshonras, todo lo cual yo sufrí sin volverle el rostro, ya no solamente pareció flaco, pues encontró con quien pudo más sufrir; mas aún queda vencido para vuestro provecho, pues con el ejemplo que yo os dí, y fortaleza que os gané, lo podéis ligeramente vencer, sobrepujar y hollar». Mire el cristiano, que, pues el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna verdad y Bien sumo, no hay por qué nadie en nada le tenga ni en nada le crea. Antes mirando que fué engañado en no conocer una tan altísima luz, y en no honrar al que es verdaderísima honra; aquello repruebe el cristiano que el mundo aprueba, y aquello precie y ame que el mundo aborrece y desprecia, huyendo con mucho cuidado de ser preciado de aquel que a su Señor despreció; y teniendo por grande señal de ser amado de Cristo, el ser despreciado del mundo, con El y por El. De lo cual resulta, que así como los que son de este mundo no tienen orejas para escuchar la verdad y doctrina de Dios, antes la desprecian, así el que es del bando de Cristo no las ha de tener para escuchar ni creer las mentiras del mundo. Porque ahora halague, ahora persiga, ahora prometa, ahora amenace, ahora espante o parezca blando, en todo se engaña y quiere engañar, y con tales ojos lo debemos mirar. Pues es cierto que en tantas mentiras y falsas promesas le hemos tomado, que las medias que un hombre dijese, en ninguna cosa nos fiaríamos de él, y a duras penas, aunque dijese verdad, le daríamos crédito. No es bien ni mal verdadero lo que el mundo puede hacer, pues no puede dar ni quitar la gracia de Dios. Ni aun en lo que parece que puede, no puede nada, pues que no puede llegar al cabello de nuestra cabeza sin la voluntad del Señor (Matth., X): y si otra cosa nos quisiere hacer entender, no le creamos. ¿Quién habrá que ya no ose pelear contra un enemigo que no puede nada?

CAPÍTULO IV

En qué grado y por qué fin es lícito desear la humana honra, y del grandísimo peligro que hay en los oficios honrosos y de mando.

PARA que mejor entendáis lo que se os ha dicho, habéis de saber que una cosa es amar la honra o estimación humana por sí misma y parando en ella, y esto es malo según se ha dicho, y otra cosa es cuando estas cosas se aman por algún buen fin, y esto no es malo. Claro es que una persona que tiene mando o estado de aprovechar a otros, puede querer aquella honra y estima para tratar su oficio con mayor provecho de los otros; pues que si tienen en poco al que mandan, tendrán en poco su mandamiento, aunque sea bueno. Y no solamente estas personas, mas generalmente todo cristiano debe cumplir lo que está escrito (Eccl., XLI): *Ten cuidado de la buena fama.* No porque ha de parar en ella, mas porque ha de ser tal un cristiano, que quienquiera que oyere o viere su vida, dé a Dios gloria, como la solemos dar viendo una rosa o un árbol con fruto y frescura. Esto es lo que manda el Santo Evangelio (Matth., V), que luzca nuestra luz delante de los hombres, de manera que viendo nuestras buenas obras den gloria al celestial Padre, del cual procede todo lo bueno. Y este intento de la honra de Dios y de aprovechar a los prójimos movió a San Pablo (II Cor., IV) a contar de sí mismo grandes y secretas mercedes que Nuestro Señor le había hecho, sin tenerse por quebrantador de la Escritura, que dice (Prov., XXVII): *Alábete la boca ajena y no la tuya.* Porque contaba él estas sus alabanzas tan sin pegársele nada de ellas como si no las hablara. Cumpliendo él mismo lo que había dicho a los de Corinto (I Cor., VII), que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen, y los que lloran, como si no llorasen, con otras cosas semejantes a éstas.

En lo cual quiere decir, que aquel que provechosamente usa de lo temporal próspero o adverso, gozoso o triste, que no se le pega el corazón a ello; mas pasa por ello

como por cosa vana y que presto se pasa. Y cierto, cuando San Pablo contaba estas cosas de sí, con un corazón las decía, no sólo despreciador de la honra, mas amador del desprecio y deshonra por Jesucristo, cuya cruz él tenía por honra suprema. Y de estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra, o digan ellos cosas que aprovechen para tenerla, porque nunca harán estas cosas sino cuando fuere muy menester para algún buen fin. Mas así como es cosa de mucha virtud tener la cosa como si no la tuviesen, y no pegarse al corazón la honra que de fuera nos dan, así es cosa dificultosa y que muy pocos alcanzan. Porque como San Crisóstomo dice, andar entre honras y no pegarse al corazón del honrado, es como andar entre hermosas mujeres sin alguna vez mirarlas con los ojos no castos. Y la experiencia nos ha mostrado que las dignidades y lugares de honra muy pocas veces han hecho de malos buenos, y muy muchas de los buenos malos. Porque para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella, es menester gran fuerza y virtud. Porque, según San Jerónimo dice, *los montes más altos con mayores vientos son combatidos*. Y cierto es que se requiere mayor virtud para tener mando que para obedecer (Joann., VI). Y no sin causa y gran causa, nuestro soberano Maestro y Señor, que todo lo sabe, huyó de ser elegido por Rey. Y pues El no podía peligrar en estado, por alto que fuese, claro está que es doctrina para nuestra flaqueza que debe ella huir de lo peligroso, pues huyó el que estaba seguro. Y si es atrevimiento muy grande y contra el ejemplo de Cristo recibir el estado de honra cuando lo ofrecen, ¿qué será desearlo y qué será procurarlo? Porque para decir cuánto mal es el dar dineros por ello, no hay hombre que baste.

Cosa es de grandísimo espanto, que pudiendo un hombre andar seguramente por tierra llana, escoja los peligros de andar por la mar; y no con bonanza, sino con tempestades continuas. Porque, según San Gregorio dice, *¿qué otra cosa es el poderío de la alteza, sino tempestad del ánima?* Y tras estos trabajos y peligros que en lugar alto hay, sucede aquella terrible amenaza dicha por Dios,

aunque de pocos oída y sentida: *Juicio durísimo será hecho en los que tienen mandos* (Sap. VI). ¿Qué será esto, que siendo el juicio ordinario de Dios tal que los más estirados en la virtud tiemblan y dicen: *No entres en juicio con tu siervo, Señor* (Psalm. CXLI), hay gente tan atrevida que elija entrar en juicio, no cualquiera, mas estrechísimo y durísimo? Y viendo que un Rey Saúl (I Reg., X), a quien fué el reino ofrecido de parte de Dios, sin que por ello él se ensalzase ni hiciese caso de él, y aun se escondió por no recibirlo, y fué hallado porque Dios le manifestó, con todo esto maltratóle tan mal la alteza de la dignidad, con sus ocasiones, que habiendo precedido elegirlo Dios, y huirlo él, sucedió tan mala vida y mal fin, que debe poner temor y escarmiento a los que entran en estados de honra, aun llamados, y por buena puerta, y muy mayor a los que no entran por tal? Y cierto, es cosa de maravillar que haya gente tan tasada en el servicio de Nuestro Señor, que si les dicen que hagan algo, aunque muy bueno, andan mirando y remirando si es cosa que no les obliga a pecado mortal para no la hacer; porque dicen que son flacos y no quieren meterse en cosas altas y de perfección, sino andar camino llano como ellos dicen. Y éstos por una parte tan cobardes en buscar la perfecta virtud para sí mismos, que con la gracia del Señor les fuera fácil de alcanzar, por otra parte son tan atrevidos en meterse en señoríos, mandos y honras, que para usar bien de ellos y sin daño propio, es menester perfecta o aprovechada virtud, que se hacen entender que la tienen, y que darán buena cuenta del lugar alto, sin que peligren sus conciencias en lo que muchos han peligrado: tanto ciega el deseo de la honra y mandos y de intereses humanos, que a los que no osan acometer lo fácil y seguro, hace acometer lo que está lleno de peligros y dificultad. Y los que no fían de Dios que les ayudará en las buenas obras que tocan a sí mismos, se prometen con grande osadía que los traerá Dios de la mano en lo que toca a regir a los otros, pudiendo Dios responder con mucha justicia, que pues ellos se metieron en aquel peligro, ellos se ayuden

a valerse en El. Porque de estos tales dice Dios: *Ellos reinaron, y no por mi parecer: fueron Príncipes, y yo no lo supe.* Quiere decir, no lo aprobé ni me pareció bien. Y quien mirare que desechó Dios de su mano al Rey Saúl, habiéndole el mismo Dios metido en el reino (Oseas, VIII), tendrá mucha razón para desengañarse, pues que no hay quien le asegure de que no sea tan flaco como Saúl, sino la soberbia y gana del mando. Y por muy buena entrada que tenga en él, no será mejor que la de Saúl.

Razón tuvo San Agustín en decir que el lugar alto es necesario para regimiento del pueblo, aunque cuando se tiene se administre como conviene, mas cuando no se tiene, no es lícito desearlo. Y él decía de sí mismo, que deseaba y procuraba salvarse en el lugar bajo, por no peligrar en lo alto. Especialmente se debe esto hacer cuando el tal lugar tiene regimiento de ánimas. Lo cual tiene tanta dificultad para hacerse bien, que se llama arte de artes. Huir se deben estos peligros en cuanto buenamente fuere posible, imitando el ejemplo ya dicho, que el Señor nos dió, en huir de aceptar el reino, y el que nos han dado muchas personas santas y sabias que los han huído con todo su corazón. Y para entrar bien ellos ha de ser o por revelación del Señor, o por obediencia de quien lo puede mandar, o por consejo de persona que entiende muy bien la obligación del oficio y los peligros de él; y tenga el juicio de Dios delante sus ojos, y muy atrás de ellos todo respeto temporal. Y si estas condiciones no se hallaren, será menester que haya tales conjeturas de que Dios es de ellos servido, que sean de tanto peso que pueda el tal hombre fiarse de ellas para entrar en tan grave peligro. Y con todo esto aún hay que temer, y conviene velar y suplicar al Señor, que pues guardó la entrada de mal, guarde también la salida, porque no pare en eterna condenación. Porque a muchos de los que han vivido contentos en estos estados, hemos visto morir con deseo de no haberlos tenido, y con grandes temores de lo que primero, a su parecer, estaban seguros. Débese mejor parecer la verdad de las

cosas temporales cuanto el hombre más se aleja de ellas y más se acerca al juicio de Dios, en el cual hay toda verdad.

CAPÍTULO V

De cuánto debemos huir los regalos de la carne, y cómo es peligrosísimo enemigo, y de qué medios nos habemos de aprovechar para vencerlo.



A carne habla regalos y deleites; unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de esta enemiga, allende de ser muy enojosa, es más peligrosa, porque combate con deleites, que son armas más fuertes que otras. Lo cual parece en que muchos han sido del deleite vencidos, que no lo fueron por dineros, ni honras, ni recios tormentos (II Reg., XX; Matth., XXVI; Marc., IV; Luc., XXII). Y no es maravilla, pues es su guerra tan escondida y tan a traición, que es menester mucho aviso para se aguardar de ella. ¿Quién creerá que debajo de blandos deleites viene escondida la muerte, y muerte eterna? Siendo la muerte lo más amargo que hay, y los deleites el mismo sabor. Copa de oro y ponzoña de dentro es el falso deleite, con el cual son embriagados los hombres que no miran sino a la apariencia de fuera. Traición es de Joab que abrazando a Amasas lo mató, y de Judas que con falsa paz entregó a la muerte a su bendito Maestro. Y así es, que en bebiendo del deleite del pecado mortal, muere Cristo en el alma, y El muerto, el ánima muere; porque la vida de ella viene de El. Y así dice San Pablo (Rom., VIII): *Si según la carne viviéredes, moriréis.* Y en otra parte (Tim., V): *La viuda que en deleites está, viviendo, está muerta.* Viva en la vida del cuerpo y muerta en la del ánima. Y cuando la carne es a nos más conjunta, tanto más no conviene temerla; pues el Señor dice (Matth., X), que los enemigos del hombre son los de su casa. Y ésta no sólo es de casa, mas de dos paredes que tiene nuestra casa, ella es la una. Y por esta y otras causas que hay, dijo San Agustín que *la pelea*

de la carne era continua, y la victoria dificultosa. Y quien quisiere salir vencedor, de muchas y muy fuertes armas le conviene ir armado. Porque la preciosa joya de la castidad no se da a todos, mas a los que con muchos sudores de inoportunas oraciones y de santos trabajos la alcanzan de Nuestro Señor. El cual quiso ser envuelto en sábana limpia de lienzo, que pasa por muchas asperezas para venir a ser blanco; para dar a entender que el varón que desea alcanzar o conservar el bien de la castidad y aposentar a Cristo en sí, como en otro sepulcro, conviénele con mucha costa y trabajos ganar esta limpieza, la cual es tan rica, que, por mucho que cueste, siempre se compra barata. Y así como se piden otros trabajos más ásperos de penitencia y satisfacción al que mucho ha ofendido a Nuestro Señor, que a quien menos, así, aunque a todos los que en esta carne viven convenga temerla, y guardarse de ella, y enfrenalla, y regilla con prudente templanza, mas los que particularmente son de ella guerreados, particulares remedios y trabajos han menester. Por tanto, quien esta necesidad sintiere en sí mismo, debe primeramente tratar con aspereza su carne, con apocarle la comida y el sueño, con dureza de cama, y de cilicios y otros convenientes medios con que la trabaje; porque, según San Jerónimo dice, con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne; y San Hilarión, que decía a su propia carne: *Yo te domaré y haré que no tires coces, sino que de hambrienta y trabajada pienses antes en comer que en retozar.* Y San Jerónimo aconseja a Eustoquia, virgen, que aunque ha sido criada con delicados manjares, tenga gran cuenta con la abstinencia y trabajos del cuerpo, afirmándola que sin esta medicina no podrá poseer la castidad. Y si de aqueste tratamiento se sigue flaqueza a la carne o daño a la salud, responde el mismo San Jerónimo en otra parte: *Más vale que duela el estómago que no el alma;* y mejor es que mandes al cuerpo, que no que le sirvas, y que tiemblen las piernas de flaqueza, que no que vacile la castidad. Verdad es que en otra parte dice que no sean los ayunos tan excesivos que debiliten el estómago. Y en otra parte reprende a algunos

que él conoció haber corrido peligro de perder el juicio por la mucha abstinencia y vigilias.

Para estas cosas no se puede dar una general regla que cuadre a todos, pues unos se hallan bien con unos medios y otros no, y lo que daña a uno en su salud, a otro no. Y una cosa es ser la guerra tan grande que pone al hombre a riesgo de perder la castidad, porque entonces a cualquier riesgo conviene poner el cuerpo para quedar con la vida del alma, y otra es pelear con una mediana tentación, de la cual no se teme tanto peligro ni ha menester tanto trabajo para la vencer. Y el tomar en estas cosas el medio que conviene está a cargo del que fuere guía prudente de la persona tentada: habiendo de parte de entrambos humilde oración al Señor, para que dé en ello su luz. Y pues San Pablo (I Cor., IX), vaso de elección, no se fía de su carne, mas dice que la castiga y la hace servir, porque predicando él a otros que sean buenos, no sea él hallado malo cayendo en algún pecado, ¿cómo pensaremos nosotros que seremos castos sin castigar nuestro cuerpo, pues tenemos menos virtud que él y mayores causas para temer? Muy mal se guarda la humildad entre honras, y templanza entre abundancias, y castidad entre regalos. Y si sería digno de escarnio quien quisiese apagar el fuego que arde en su casa y él mismo le echase leña muy seca, muy más digno de escarnio es quien por una parte desea la castidad y por otra hinche de manjares y de regalo su carne y se da a la ociosidad; porque estas cosas no sólo no apagan el fuego encendido, mas bastan a encenderlo a quien muy apagado lo tuviere. Y pues el Profeta Ezequiel (Ezech., XVI) da testimonio que la causa porque aquella desventurada ciudad de Sodoma llegó a la cumbre de tan abominable pecado, fué la hartura y abundancia de pan y ociosidad que tenía, ¿quién osará vivir en regalos ni ocio, ni aun verlos de lejos, pues los que fueron bastantes a hacer el mayor mal, con más facilidad harán los menores? Ame, pues, la templanza y mal tratamiento de su carne quien es amador de la castidad; porque si lo uno quiere tener sin lo otro, no saldrá con ello, mas antes se

quedará sin entrambas cosas. Que a los que Dios juntó, ni los debe el hombre querer apartar, ni puede aunque quiera.

CAPÍTULO VI

De dos causas de las tentaciones sensuales, y qué medios habemos de usar contra ellas cuando nacen de la impugnación del demonio.

DEBEMOS mucho advertir que el remedio que habemos dicho de afligir la carne suele ser provechoso cuando la tentación nace de la misma carne, como suele acaecer a los mozos y a los que tienen buena salud y regalada su carne. Y entonces aprovecha poner el remedio en ella, pues está en ella la raíz de la enfermedad. Mas otras veces viene esta tentación de parte del demonio: y verse ha ser así en que más combate con pensamientos y feas imaginaciones del ánima, que con feos sentimientos del cuerpo, o si los hay, no es porque la tentación comience en ellos, mas comenzando con pensamientos resulta el sentimiento en la carne; la cual algunas veces estando flaquísima y como muerta, están los malos pensamientos vivísimos, como a San Jerónimo acaecía, según él lo cuenta. Y tienen también otra señal, que es venir importunamente y cuando el hombre menos querría y menos ocasión hay para ello. Y ni catan reverencia a tiempos de oración, ni de Misa, ni lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener acatamiento y abstenerse de pensar estas cosas. Y algunas veces son tantos y tales estos pensamientos, que el hombre nunca oyó, ni supo, ni imaginó tales cosas como se le ofrecen. Y en la fuerza con que vienen y cosas que oye interiormente, siente el hombre que no nacen de él, sino que otro las dice y las hace. Cuando estas y otras señales semejables hubiere, tened por cierto que es persecución del demonio en la carne, y que no nace de ella, aunque se padece en ella, la cual guerra es más peligrosa que la pasada, por querernos muy mal quien la hace, y por ser enemigo tan infatigable para guerrear, velando y durmiendo, y en todo

tiempo y lugar. Y el remdio de este mal es procurar alguna buena ocupación que ponga en cuidado y trabajo, con el cual pueda olvidar aquellas feas imaginaciones. Y a este intento procuró San Jerónimo, según él mismo lo cuenta, de estudiar la lengua hebrea con mucho trabajo, aunque no sin fruto, y dice: *Siempre te halle el demonio bien ocupado.* Y también hablando en este propósito, de cuán provechosa es para esto la vida de los Monasterios, la aconseja diciendo: «Y en ella cumplas cada día lo que te fuere encargado, y seas sujeto a quien no querrías, y vayas cansado a la cama, y andando te caigas dormido, y sin haber cumplido con el sueño seas constreñido a te levantar, y digas tu Salmo cuando te viniere, y sirvas a los hermanos, y laves los pies a los huéspedes; y siendo injuriado, calles y temas como a Señor al Abad del Monasterio, y le ames como a padre, y creas que todo lo que él te mandare es cosa que te conviene, y no juzgues a tus mayores, pues que tu oficio es obedecer y cumplir lo mandado, según dice Moisés: *Oye, Israel, y calla.* Y estando ocupado en tantos negocios no tendrás lugar para otros pensamientos; y pasando de una obra en otra, aquello solamente tendrás en la memoria que de presente eres constreñido a hacer.» Esto dice San Jerónimo, y conforme a esto se usaba entonces en los Monasterios ejercitar a los mozos en buenas ocupaciones, más que en soledad y larga oración, por el peligro que de parte de su carne y pasiones no mortificadas les puede y suele venir.

Aunque esta regla tiene excepciones, por haber en las personas disposiciones diversas y dones particulares de Dios, por lo cual con justa causa puede darse la oración larga al mozo y quitarse al viejo. Y dije que no ocupaban al mozo en larga oración, entiendo de aquella en la cual se gasta casi todo el tiempo y se tiene como por oficio; porque no tener algunos ratos de ella, sería yerro muy grande, por los bienes que perdería, y porque aun para bien hacer la ocupación es menester ganar espíritu y fuerzas en la oración; que de otra manera suelen los ocupados quejarse y andar desabridos, como carro cargado

y no untado con la blandura de la devoción. Y estén advertidos los principaintes a que el demonio particularmente procura de traerles las tales imaginaciones al tiempo de la oración, por hacer que la dejen y descanse él. Porque aunque el demonio nos fatiga mucho con sus tentaciones, mucho más le fatigamos a él y le queman nuestras devotas oraciones, y por eso procura que no las hagamos, o que las hagamos mal hechas. Mas nosotros debemos, como a porfía, trabajar todo lo que nos fuere posible por no dejar nuestro ejercicio, pues en la persecución que en él tenemos se demuestra bien cuán provechoso nos es. Y si tanto nos acosare la guerra haciendo la oración mentalmente, y sintiéremos mucho peligro por las tales imaginaciones, debemos a más no poder orar vocalmente y herir nuestros pechos, lastimar nuestra carne, poner los brazos en cruz, alzar las manos y los ojos al cielo pidiendo socorro a Nuestro Señor, de manera que, en fin, se gaste bien aquel rato que para orar teníamos diputado, o hacer algo que nos divierta, especialmente hablar con alguna buena persona que nos esfuerce; aunque esto ha de ser a más no poder, porque no se muestre nuestra flaqueza a querer vencer huyendo, y nos haga nuestro enemigo perder el lugar de nuestra pelea y las fuerzas de pelear, que, en fin, el Señor piadoso y poderoso mandará, cuando nos convenga, que nuestro adversario calle y no nos impida nuestra secreta y amigable habla que solíamos tener con El.

CAPÍTULO VII

De la grande paz que Dios Nuestro Señor da a los que varonilmente pelean contra este enemigo, y de lo mucho que conviene para lo vencer huir familiaridad de mujeres.



ODAS estas escaramuzas se suelen pasar en esta guerra de la castidad, cuando el Señor lo permite para probar sus caballeros, si de verdad le aman a El y a la castidad por quien pelean. Y después de hallados fieles, envía su omnipotente favor, y manda a nuestro adversario que no nos impida nuestra

paz ni nuestra secreta habla con El. Y goza el hombre entonces de lo trabajado, y sale bien y le es más meritorio.

Es también menester, y muy mucho, para guarda de la castidad, que se evite la conversación familiar de mujeres con hombres, por buenos o parientes que sean, porque las feas y no pensadas caídas que en el mundo han acaecido acerca de aquesto, nos deben ser un perpetuo amonestador de nuestra flaqueza y un escarmiento en ajena cabeza, con el cual nos desengañemos de cualquier falsa seguridad que nuestra soberbia nos quisiere prometer, diciendo que pasaremos sin herida, nosotros, flacos, en lo que tan fuertes, tan sabios y, lo que más es, tan grandes Santos fueron muy gravemente heridos. ¿Quién se fiará de parentesco leyendo la torpeza de Amnón con su hermana Thamar (I Reg., XXIII), con otras muchas tan feas, y más, que en el mundo han acaecido a personas que las ha cegado esta bestial pasión de la carne? ¿Y quién se fiará de santidad suya o ajena (I Reg., XIII) viendo a David, que fué varón conforme al corazón de Dios, ser tan ciegamente derribado en muchos y feos pecados por sólo mirar a una mujer? ¿Y quién no temblará de su flaqueza oyendo la santidad y sabiduría del Rey Salomón (III Reg., III) siendo mozo, y sus feas caídas contra la castidad, que le malearon el corazón a la vejez, hasta poner muchedumbre de ídolos y adorarlos, como lo hacían y querían las mujeres que amaba? Ninguno en esto se engañe, ni se fíe de castidad pasada o presente, aunque sienta su ánima muy fuerte y dura contra este vicio como una piedra; porque gran verdad dijo el experimentado Jerónimo, que ánimas de hierro, la lujuria las doma. Y San Agustín no quiso morar con su hermana, diciendo: *Las que conversan con mi hermana no son mis hermanas.* Y por este camino de recatamiento han caminado todos los Santos, a los cuales debemos seguir si queremos no errar.

Por tanto, doncella de Cristo, no seáis en esto descuidada; mas oíd y cumplid lo que San Bernardo dice: *Que las vírgenes que verdaderamente son vírgenes, en todas las cosas temen, aun en las seguras;* y las que así no lo hacen,

presto se verán tan miserablemente caídas, cuanto primero estaban con falsa seguridad miserablemente engañadas. Y aunque por la penitencia se alcance el perdón del pecado, no se alcanza la corona de la virginidad perdida. Y cosa fea es, dice San Jerónimo, que la doncella que esperaba corona, pida perdón de haberla perdido. Como lo sería si tuviese el Rey una hija muy amada y guardada para la casar conforme a su dignidad, y cuando al tiempo de ello viniese, le dijese la hija que pedía perdón de no estar para casarse, por haber perdido malamente su virginidad. Los remedios de la penitencia, dice San Jerónimo, remedios de desdichados son, pues que ninguna desdicha o miseria hay mayor que hacer pecado mortal, para cuyo remedio es menester la penitencia; y, por tanto, debéis trabajar con toda vigilancia por ser leal al que os escogió, y guardar lo que prometisteis, porque no probéis por experiencia lo que está escrito: «Conoce y ve cuán amarga cosa es haber dejado al Señor Dios tuyo, y no haber estado su temor en ti, mas gocéis del fruto y nombre de casta esposa, y de la corona que a las tales está aparejada.»

CAPITULO VIII

Por qué medios suele engañar el demonio a los hombres espirituales con este enemigo de nuestra carne, y del modo que se debe tener para no dejarnos engañar.

DEBÉIS estar advertida, que las caídas de las personas devotas no son al principio entendidas de ellas, y por esto son más de temer. Paréceles primero, que de comunicarse sienten provecho en sus ánimas, y fiados de aquesto usan, como en cosa segura, frecuentar más veces la conversación, y de ella se engendra en sus corazones un amor que los cautiva algún tanto y les hace tomar pena cuando no se ven, y descansan con verse y hablarse: y tras esto viene el dar a entender el uno al otro el amor que se tienen, en lo cual y en otras pláticas, ya no tan espirituales como las primeras, se huelgan estar hablando algún rato, y poco a

poco la conversación que primero aprovecharía a sus ánimas, ya sienten que las tienen cautivas, con acordarse muchas veces uno de otro, y con el cuidado y deseo de verse algunas veces y de enviarse amorosos presentes y dulces encomiendas o cartas, las cuales cosas, con otras semejantes blanduras, como San Jerónimo dice, el santo amor no las tiene; y de estos eslabones de uno en otro suelen venir tales fines, que les da muy a su costa a entender que los principios y medios de la conversación, que primero tenían por cosa de Dios, sin sentir mal movimiento ninguno, no eran otros que falsos engaños del astuto demonio, que primero los aseguraba para después tomarlos en el lazo que les tenía escondido. Y así, después de caídos aprenden que hombre y mujer no son sino fuego y estopa y que el demonio trabaja por los juntar, y juntos, soplarles con mil maneras y artes para encenderlos aquí en fuegos de carne, y después llevarlos a los del infierno. Por tanto, doncella, huíd familiaridad de todo varón, y guardad hasta el fin de la vida la buena costumbre que habéis de tomar de nunca estar sola con hombre ninguno, salvo con vuestro confesor: y esto no más de cuanto os confesáis, y aun entonces decid con brevedad lo que es menester, sin meter otras pláticas, temiendo la cuenta que de la habla que habláredes o que oyéredes habéis de dar al estrecho Juez. Y tanto más habéis de evitar esto en la confesión, cuanto más es para quitar los pecados hechos, y no para cometer otros de nuevo ni para enfermar con la medicina; y la Esposa de Cristo, especialmente si es moza, no fácilmente ha de elegir confesor, mas mirando que sea de muy buena y aprobada vida, fama y de madura edad, y de esta manera estará vuestra conciencia segura delante de Dios, y vuestra fama clara y sin mancha delante de los hombres; porque tened entendido que entrambas cosas habéis menester para cumplir con el alteza del estado de virginidad.

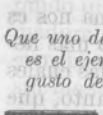
Y cuando tal confesor halláredes, dad gracias a Nuestro Señor, y obedecedlo y amadlo como a cosa que El os dió. Más mirad mucho, que aunque el amor sea bueno, por ser espiritual, puede haber exceso en ello por ser de-

masiado, y puede poner en peligro al que lo tiene, porque fácil cosa es el amor espiritual pasar en carnal. Y si en esto no tenéis freno, vendréis a tener un corazón tan ocupado como lo tienen las mujeres casadas con sus maridos e hijos. Y ya vos veis, que esto sería gran desacato contra la lealtad que debéis a Nuestro Señor que por Esposo tomasteis. Porque, como dice San Agustín, *todo aquel lugar ha de ocupar en vuestro corazón Jesucristo, que si os casáredes había de ocupar el marido.* No tengáis, pues, metido en lo más dentro de vuestro corazón a vuestro Padre espiritual, mas tenedle cerca de vuestro corazón, como amigo del Desposado, no como a Esposo. Y la memoria que de El tengáis, sea para obrar su doctrina, sin parar más en El, teniéndole por cosa que Dios os dió, para que os ayudase a juntar con vuestro celestial Esposo, sin que El se entremeta en la junta. Y debéis estar aparejada a carecer de El con paciencia, si Dios lo ordenare, en el cual sólo ha de estar colocada vuestra esperanza y arrimo; y lo que en San Jerónimo leemos del amor y familiaridad que entre El y Santa Paula hubo, conforme a estas reglas fué, aunque muchas cosas son lícitas y seguras a los que tienen santidad y edad madura, que no lo son a quien les falta lo uno o lo otro, o entrambas cosas. De esta manera, pues, os habéis de haber con el Padre espiritual que eligiéredes, siendo tal cual os he dicho. Mas si tal no lo halláredes, muy mejor es que confeséis y comulguéis en el año dos o tres veces, y tengáis cuenta con Dios y con vuestros buenos libros en vuestra celda, que no por confesar muchas veces poner vuestra fama a algún riesgo. Porque si, como dice San Agustín, la buena fama nos es necesaria a todos para con los prójimos, ¿cuánto más necesaria será a la doncella de Cristo? La fama de las cuales es muy delicada, según San Ambrosio dice: y tanto, que tener confesor a quien falte alguna calidad de las dichas, pone una mancha en su fama de ellas, que por ser en paño tan preciado y delicado, parece muy fea, y en ninguna manera se debe sufrir. Y porque las que se contentan con decir: «no hay mal ninguno, limpia está mi conciencia», y tienen en poco la fama de su honestidad, no se pudiesen

favorecer de que a la sacratísima Virgen María le hubiesen impuesto alguna infamia de aquéstas, quiso su benditísimo Hijo que ella fuese casada, eligiendo antes que lo tuviesen a El por hijo de José, no lo siendo, que no que dijesen los hombres alguna cosa siniestra de su sacratísima Madre si la vieran tener hijo y no ser casada. Y, por tanto, las que estos escándalos no curan de quitar, busquen con quien se amparar, que lo que de la Santísima Virgen María y de las santas mujeres pueden aprender es limpieza de dentro y buena fama y buen ejemplo de fuera, con todo recatamiento en la conversación. Y aunque de las demasiadas conversaciones ninguna cosa de éstas se siguiera, aun se debían huir, porque con pensamientos que traen quitan la libertad del ánima para libremente volar con el pensamiento a Dios, y quitándole aquella pureza que el secreto lugar del corazón, donde Cristo sólo quiere morar, había de tener, parece que no está tan solo y cerrado a toda criatura como a tálamo de tan alto Esposo conviene estar; ni del todo parece haber perfecta pureza de castidad, pues hay en él memoria de hombre. Y habéis de entender, que lo que se os ha dicho es cuando hay exceso de la familiaridad o nace escándalo de ella, porque cuando no hay cosa de éstas, no habéis de tratar con quien conviene con turbado o amedrentado corazón, porque de esto suele muchas veces nacer la misma tentación; mas tratar con una santa y prudente simplicidad, no descuidada ni maliciosa.

CAPÍTULO IX

Que uno de los más principales remedios para vencer este enemigo es el ejercicio de la devota y ferviente oración, donde se halla el gusto de las cosas divinas que hace aborrecer las mundanas.



En un capítulo pasado se os dijo cuán fuerte arma es la oración, aunque no muy larga para pelear contra este vicio. Ahora sabed, que si la oración es devota, larga y tal, que en ella se da el gusto, según a algunos es dada la dulcedumbre divina, no sólo la tal oración es arma para pelear, mas

del todo degüella a este vicio bestial; porque luchando el ánima con Dios a solas, con los brazos de pensamientos y afectos devotos, por un modo muy particular alcanza de El, como otro Jacob, que la bendiga con muchedumbre de gracias y entrañable suavidad, y queda herida en el muslo (Genes., III); que quiere decir en el sensual apetito, mortificándosele de arte, que de allí adelante cosquea de él, y queda viva y fuerte en las afecciones espirituales, significadas por el otro muslo que queda sano; porque así como el gusto de la carne hace perder el gusto y fuerzas del espíritu, así gustado el espíritu, es desabrida toda la carne, y algunas veces es tanta la dulcedumbre que el ánima gusta siendo visitada de Dios, que la carne no la puede sufrir y queda tan flaca y caída como lo pudiera estar habiendo pasado por ella alguna larga enfermedad corporal. Aunque acaece otras veces con la fortificación que el espíritu siente, ser ayudada la carne y cobrar nuevas fuerzas, experimentan doen este destierro algo de lo que en el cielo ha de pasar, cuando ha de estar el ánima bienaventurada en su Dios, y llena de indecibles deleites, resulte en el cuerpo fortaleza y deleite, con otros preciosísimos dotes que el Señor ha de dar.¡ Oh, soberano Señor, y cuán sin excusa has dejado la culpa de aquellos que por buscar deleite en las criaturas te dejan y ofenden a Ti, siendo los deleites que en Ti hay tan de tomo, que todos los de las criaturas que se junten en uno son una verdadera hiel en comparación de ellos! Y con mucha razón, porque el gozo o deleite que de una cosa se toma, es como fruto que la tal cosa de sí da; y cual es el árbol, tal es su fruto; y por eso el gozo que se toma de las criaturas es breve, vano, sucio y mezclado con dolor, porque el árbol de que se coge, las mismas condiciones tiene; mas el gozo que en Ti, Señor, hay, ¿qué falta o brevedad puede haber, pues que Tú eres eterno, manso, simplicísimo, hermosísimo, inmutable y un bien infinitamente cumplido? El sabor que una perdiz tiene, es sabor de perdiz, y el gusto de la criatura sabe a criatura, y quien supiere decir quién eres Tú, Señor, sabrá decir a qué sabes Tú. Sobre todo entendimiento es tu ser, y también lo es tu dulcedumbre,

la cual está guardada y escondida para los que te temen y para aquellos que por gozar de Ti renuncian de corazón el gusto de las criaturas. Bien infinito eres, y deleite infinito eres: y por eso, aunque los celestiales ángeles y bienaventurados hombres que en el cielo están y han de estar gozando de Ti, y con fuerzas dadas por Ti, que no son pequeñas, y aunque muchos más sin comparación se juntasen con ellos a gozar de Ti, y con mucho mayores fuerzas, es el mar de tu dulcedumbre, tan sin medida, que nadando y andando ellos embriagados y llenos de tu suavidad, queda tanto más que gozar de ella, que si tú, Omnipotente Señor, con las infinitas fuerzas que tienes no gozases de Ti mismo, quedaría el deleite que hay en Ti quejoso, por no haber quien goce de él cuanto hay que gozar.

Y conociendo Tú, Señor Sapientísimo, como Criador nuestro, que nuestra inclinación es a tener descanso y deleite, y que un ánima no puede estar mucho tiempo sin buscar consolación buena o mala, nos convidas con los santos deleites que en Ti hay, para que no nos perdamos por buscar malos deleites en las criaturas. Voz tuya es, Señor (Matth., XI): *Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que Yo os recrearé.* Y Tú mandaste pregonar en tu nombre (Isa., LV): *Todos los sedientos venid a las aguas.* Y nos hiciste saber, que hay deleites en tu mano derecha que duran hasta la fin; y que con el río de tu deleite, no con medida ni tasa has de dar a beber a los tuyos en tu reino. Y algunas veces das a gustar acá algo de ellos a tus amigos, a los cuales dices (Cant., V): *Comed y bebed y embriagaos, mis muy amados.* Todo esto, Señor, con deseo de traer a Ti con deleite a los que conoces ser tan amigos de él. No ponga, pues, nadie, Señor, en Ti tacha que te falte bondad para ser amado, ni deleite para ser gozado, ni vaya a buscar conversación agradable ni deleitable fuera de Ti, pues el galardón que has de dar a los tuyos es decirles (Matth., XXVI): *Entra en el gozo de tu Señor, porque de lo mismo que tú comes y bebes, comerán ellos y beberán; y de lo mismo de que tú te gozas, ellos se gozarán;* porque convidados los tienes a que coman sobre tu mesa

en el reino de tu Padre. ¿Qué dirás a estas cosas, hombre carnal (Luc., XXII), y tan engañado, que llega tu engaño a que los sucios deleites que hay en la carne de que gozan, y con mayor abundancia, los viles y malos hombres y aun las bestias del campo, tienes en más que la soberana dulcedumbre que hay en Dios, de la cual gozan Santos y ángeles, y el mismo Dios Criador de ellos? Cosa es de bestias lo que tú precias y amas, y tus pasiones bestias son: y tantas veces pones al Altísimo Dios debajo de los pies de tus vilísimas bestias, cuantas veces le ofendes por tus deleites carnales. Huíd, doncella, de cosa tan mala, y subíos al monte de la oración, y suplicad al Señor os dé algún gusto de sí, para que esforzada vuestra ánima con la suavidad de él despreciéis los lodosos placeres que hay en la carne: y habréis entonces compasión entrañable de la gente que anda perdida por la bajeza de los valles de la vida bestial; y espantada diréis: «¿Oh, hombres, y qué perdéis? ¿Y por qué? Al dulcísimo Dios, por la vilísima carne. ¿Y qué pena merece tan falso peso y medidas sino eterno tormento?» Y cierto les será dado.

CAPÍTULO X

De muchos otros medios que debemos usar cuando este cruel enemigo nos acometiere con estos primeros golpes.

Los avisos que para remedio de esta enfermedad habéis oído son cosas que ordinariamente habéis de usar, aunque sea fuera del tiempo de la tentación. Ahora oíd lo que habéis de hacer cuando os acometiere y os diere el primer golpe. Señalad luego la frente o el corazón con la señal de la cruz, llamando con devoción al santo nombre de Jesucristo, y decid: «no vendo yo a Dios tan barato. Señor, más valéis Vos y más quiero a Vos.» Y si con esto no se quita, abajad al infierno con el pensamiento, y mirad aquel fuego vivo cuán terriblemente quema, y hace dar voces, aullar y blasfemar a los miserables que ardieron acá con fuegos de deshonestidad, ejecutándose en ellos

la sentencia de Dios, que dice (Apoc., XVIII): *Cuanto se glorificó en los deleites, tanto le dad de tormento y lloro.* Y espantaos de tan grave castigo, y aunque justísimo, que deleite de un momento se castigue con eternos tormentos; y decid entre vos lo que San Gregorio dice: *Momentáneo es lo que deleita, y eterno lo que atormenta.* Y si esto no os aprovecha, subíos al cielo con el pensamiento, y representeseos aquella limpieza de castidad que en aquella bienaventurada ciudad hay, y cómo no puede entrar allí bestia ninguna, quiero decir, hombre bestial, y estaos un rato allá, hasta que sintáis alguna espiritual fuerza con que aborrezcáis vos aquí lo que allí se aborrece por Dios.

También aprovecha dar con el cuerpo en la sepultura, según vuestro pensamiento, y mirar muy despacio cuán hediondos y cuáles están allí los cuerpos de hombres y mujeres. También aprovecha ir luego a Jesucristo puesto en la cruz, y especialmente atado a la columna y azotado, y bañado en sangre de pies a cabeza, y decirle con entrañable gemido: ¿Vuestro virginal y divino Cuerpo, Señor, tan atormentado y lleno de graves dolores, y yo quiero deleites para el mío, digno de todo castigo? Pues Vos pagáis con azotes tan llenos de crueldad los deleites que los hombres contra vuestra ley toman, no quiero yo tomar placer tan a costa vuestra, Señor. También aprovecha representar súbitamente delante de vos a la limpísima Virgen María, considerando la limpieza de su corazón y entereza de su cuerpo, y aborrecer luego aquella deshonestidad que os vino, como tinieblas que se deshacen en presencia de la luz. Mas si sabéis cerrar la puerta del entendimiento muy bien cerrada, como se suele hacer en el íntimo recogimiento de la oración, según adelante diremos, hallaréis con facilidad el socorro más a la mano que en todos los remedios pasados. Porque acaece muchas veces que abriendo la puerta para el buen pensamiento, se suele entrar el malo; mas cerrándola a uno y a otro, es un volver las espaldas a los enemigos y no abrirles la puerta hasta que ellos se hayan ido, y así se quedarán burlados. También aprovecha tender los bra-

zos en cruz; hincar las rodillas y herir los pechos; y lo que más, o tanto como todo junto, es recibir con el debido aparejo el santo Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor, el cual fué formado por el Espíritu Santo, y está muy lejos de toda impuridad. Es remedio admirable para los males que de nuestra carne concebida en pecado nos vienen. Y si bien supiésemos mirar la merced recibida en entrar Jesucristo en nosotros, nos tendríamos por relicarios preciosos, y huiríamos de toda suciedad por honra de Aquel que en nosotros entró. ¿Con qué corazón puede uno injuriar su cuerpo habiendo sido honrado con juntarse con el santísimo Cuerpo de Dios humanado? ¿Qué mayor obligación se me pudo echar? ¿Qué mayor motivo se me pudo dar para vivir en limpieza, que mirar con mis ojos, tocar con mis manos, recibir con mi boca, meter en mi pecho al purísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dándome honra inefable para que no me abata a vileza, y atándome consigo, y dedicándome a El por su entrada? ¿Cómo o con qué cuerpo ofenderé al Señor, pues en este que tengo ha entrado el Autor de la puridad? ¿He comido a El y con El a una mesa, y serle he traidor ahora ni en toda mi vida? Así es razón que se estime esta merced para que recibamos corona en nuestra flaqueza. Mas si mal lo recibimos o mal de él usamos, sucede el efecto contrario, y se siente el tal hombre más poseído de la deshonestidad que antes de haber comulgado. Y si con todas estas consideraciones y remedios la carne bestial no se sosegare, debéisla tratar como a bestia, con buenos dolores; pues no entiende razones tan justas. Algunos sienten remedio con darse recios y largos pellizcos, acordándose del excesivo dolor que los clavos causaron a Nuestro Señor Jesucristo. Otros, con azotarse fuertemente, acordándose de cómo el Señor fué azotado. Otros, con tender las manos en cruz, alzar los ojos al cielo, herirse el rostro y con otras cosas semejantes a éstas, con que causan dolor a la carne, porque otro lenguaje en aquel tiempo ella no entiende. Y este modo leemos haber tenido los Santos pasados, uno de los cuales se desnudó y revolcó por unas espinosas zarzas, y con el

cuerpo lastimado y ensangrentado cesó la guerra que contra el ánima había. Otro se metió en tiempo de invierno en una laguna de agua muy fría, en la cual estuvo hasta que el cuerpo salió medio muerto, mas el ánima muy libre de todo peligro. Otro puso los dedos de la mano en una lumbre, y con quemarse algunos de ellos, cesó el fuego que atormentaba su ánima. Y un mártir, atado de pies y manos, con el dolor de cortarse con sus propios dientes la lengua, salió vencedor de aquesta pelea. Y aunque algunas de estas cosas no se han de imitar, porque fueron hechas con particular instinto del Espíritu Santo, y no según ley ordinaria, mas debemos aprender de aquí que en el tiempo de la guerra, en que nos va la vida del ánima, no nos hemos de estar quedos ni flojos, esperando que nos den lanzadas nuestros enemigos, mas resurtir del pecado como de la faz de la serpiente, según dice la Escritura (Eccl., XXI), y tomar cada uno el remedio con que mejor se hallare y según su prudente confesor le encaminare.

CAPÍTULO XI

De algunas causas allende de las dichas, por las cuales vienen algunos a perder la castidad, para que huyamos de ellas si no la queremos perder, y con qué medios nos debemos animar.

NINGÚN cuidado ni trabajo que por la guarda de esta limpieza se ponga debe parecer demasiado, si se sabe estimar el precio y mérito de ella y su galardón. Y pues que Nuestro Señor os ha dado a entender el valor de esta joya, y os ha dado gracia para que la eligiésedes y prometiésedes, no será menester tanto deciros la excelencia de ella cuanto daros avisos de cómo no la perdáis; enseñándoos algunas causas más de las ya dichas por donde algunos la pierden, para que sabidas las evitéis, porque no la perdáis y vos seáis perdida con ella. Piérdenla unos por tener recias inclinaciones naturales contra ella, y por no ser importunados ni pasar guerra contra sí mismos tan cruel y durable se dan maniatados a sus enemigos con miserable con-

sejo, no entendiendo que el propósito del cristiano ha de ser morir o vencer, con la gracia de Aquel que ayuda a los que por su honra pelean. Otros hay que aunque no son muy tentados, tienen una vileza y pequeñez natural del corazón inclinada a cosas bajas. Y como ésta sea una de las más viles y bajas y que más a mano se les ofrece, encuentran luego con ella y danse a ella como a cosa proporcionada con la bajeza y vileza de su corazón, que no se levanta a emprender aún vida de hombres regidos por razón natural; con la cual enseñado uno, dijo que en los deleites carnales no hay cosa digna de magnánimo corazón. Y otro dijo que la vida según los deleites carnales es vida de bestias, porque no sólo la lumbre del cielo, mas aun la de la razón natural, condena a los que en esta vileza se ocupan, como a gente que no vive según hombres, cuya vida ha de ser conforme a razón, mas según bestias, cuya vida es por apetito. Y si bien se mirase, podría con mucha justicia quitar a estos tales el nombre de hombres, pues teniendo figura de hombres, viven vida de bestias, y son verdadera deshonra de hombres. Y no sería cosa poco monstruosa ni que diese pequeña admiración a los que la viesen, traer una bestia enfrenado a un hombre y llevándolo adonde ella quisiese, rigiendo ella a quien la había de regir. Y hay tantos de éstos regidos por el freno de apetitos bestiales, bajos y altos, que no sé si por ser muchos no hay quien eche de ver en ello. O lo que más creo, es porque hay pocos que tengan lumbre para mirar qué miserable está una ánima muerta con deleites carnales, debajo de un cuerpo especialmente hermoso y de fresca edad. ¡Oh, a cuántas ánimas de éstos y de otros tiene abrasados este fuego infernal, y ni hay quien eche lágrimas de compasión sobre ellos, ni quien diga de corazón: «a Ti, Señor, daré voces, porque el fuego ha comido las cosas hermosas del desierto!» Que, cierto, si hubiese muchas viudas en Naim (Joel, I), que amargamente llorasen a sus hijos muertos, usaría Cristo de su misericordia para los resucitar en el ánima, como lo usó con el hijo de la otra en el cuerpo, de quien el Evangelio hace mención (Luc., VII). No debe dormirse el que en la

Iglesia tiene oficio de orar e interceder por el pueblo con afecto de madre, porque no castigue Dios al orador y su pueblo, diciendo (Ezech., XXII): *Busqué entre ellos varón que se pusiese por muro, y se pusiese contra Mí, porque no destruyese la tierra, y no lo hallé; y derramé sobre ellos mi enojo, en el fuego de mi ira los consumí.* Guardaos, pues, vos de tener corazón tan pequeño y envilecido que os parezcan bien y os contenten estas vilezas. Y acordaos de lo que San Bernardo dice: *Que si bien consideráredes el cuerpo y lo que sale de él, es un muladar muy más vil que cualquiera que hayáis visto.* Despreciadlo de corazón con todos sus deleites, atavíos y flor, y haced cuenta que ya está en la sepultura convertido en un poco de tierra. Y cuando algún hombre o mujer viéredes, no miréis mucho su faz ni su cuerpo, y si lo miráredes, sea para haber asco de él; mas enderezad vuestros ojos interiores al ánima que está encerrada y escondida en el cuerpo, en las cuales no hay diferencia de hombre a mujer; y aquella ánima engrandeced como cosa criada de Dios, cuyo valor de una sóla es mayor que de todos los cuerpos criados y por criar. Y así despedida de la bajeza de los cuerpos, buscad grandes bienes y emprended nobles empresas, y no menores que aposentar a Dios en vuestro cuerpo y vuestra ánima con entrañable limpieza de corazón. Miraos con estos ojos, pues dice San Pablo (I Cor., III): *¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el espíritu de Dios mora en vosotros?* Y en otra parte dice: *¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que en vosotros está, el cual Dios os lo ha dado, y que no sois vuestros?* Y pues sois comprados por precio grande, honrad a Dios en vuestro cuerpo. Considerad, pues, que cuando recibisteis el santo Bautismo fuisteis hecha templo de Dios, y consagrada vuestra ánima a El por su gracia, y vuestro cuerpo, por ser tocado con el agua santa; y de ánima y de cuerpo se sirve el Espíritu Santo, como un señor de toda su casa, moviendo a buenas obras a ella y a él. Y por eso se dice, que también nuestros miembros son templos del Espíritu Santo.

Grande honra nos da Dios en querer morar en nos-

otros, y honrarnos con verdad y nombre de templo; y grande obligación nos echa para que seamos limpios, pues a la casa de Dios conviene limpieza. Y si mirásedes que fuisteis comprada, como dice San Pablo, con precio grande, que es con la vida de Dios humanado que por vos se dió, veréis cuánta razón es honrar a Dios y traerlo en vuestro cuerpo, sirviéndole con él y no haciendo cosa en él que sea para deshonra de Dios y daño vuestro. Porque la verdadera y justa sentencia es que quien ensuciare el templo de Dios lo ha de destruir Dios, y que no ha de haber en su templo, sino cosa de honra y de su alabanza. Y acordaos de lo que dijo San Agustín: *Después que entendí que me había Dios redimido y comprado con su sangre preciosa, nunca más me quise vender.* Y añadid vos, cuánto más por vileza de carne. Obra habéis comenzado de gran corazón, pues queréis tener en la carne corruptible incorrupción, y tener por vía de virtud lo que los ángeles tienen por naturaleza, y pretender particular corona en el cielo, y ser compañera de las vírgenes que cantan el nuevo cantar y acompañan al Cordero doquier que va. Mirad vuestro título que de presente tenéis, que es ser esposa de Cristo, y el bien que esperáis en el cielo cuando vuestro Esposo os ponga en su tálamo allá; y amaréis tanto la limpieza de la virginidad, que de buena gana perdáis la vida por ella, como lo hicieron muchas vírgenes santas, que por no dejarlo de ser, pasaron martirio, y con grandeza de corazón, lo cual procurad tener, porque es muy necesaria para conservar el grande estado en que Dios os ha puesto.

CAPÍTULO XII

Que suele Dios castigar a los soberbios con permitir que pierdan la joya de la castidad, para humillarlos, y de cuánto conviene ser humildes para vencer a este enemigo.



TROS ha habido que han perdido esta joya de la castidad por vía de castigarlos Dios con justo juicio, en entregarlos, como dice San Pablo (Rom., I), en los deseos deshonestos de su corazón, como en manos de crueles sayones, castigando en ellos unos pecados con otros pecados, no incitándolos El a pecar: porque del sumo Bien muy extraño es ser causa que nadie peque; mas apartando su socorro del hombre por pecados del mismo hombre, lo cual es obra de justo Juez, y si justo, bueno. Y así dice la Escritura (Prov., XXIII): *Pozo hondo es la mala mujer, y pozo estrecho la mujer ajena;* aquel caerá en él con quien Dios estuviere enojado. No se asegure, pues, nadie con que no da enojos a Dios cerca de la castidad, si los da en otras cosas, pues que suele dejar caer en lo que el hombre no caía ni querría, en castigo de caer en otras cosas que no debía; y aunque esto sea general en todos los pecados, pues por todos se enoja Dios y por todos suele castigar, más particularmente, como dice San Agustín: *Suele castigar Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria.* Y así se figura en Nabucodonosor (Daniel, IV), que en castigo de su soberbia perdió su reino, y fué alanzado de la conversación de los hombres, y le fué dado corazón de bestia, y conversó entre las bestias; no porque perdiese la naturaleza de hombre, sino porque le parecía a él que no lo era: y así estuvo hasta que le dió Dios conocimiento y humildad con que conociese y confesase que la alteza y reino es de Dios, y que lo da El a quien quiere. Cierto, así pasa, que el hombre que atribuye a la fortaleza de su brazo el edificio de la castidad, lo echa Dios de entre los suyos, y salido de tal compañía, que era como de ángeles, mora entre bestias, con corazón tan bestial como si no hubiera amado a Dios, ni sabido qué era castidad, ni

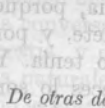
hubiese infierno, ni gloria, ni razón, ni vergüenza, tanto que ellos mismos se espantan de lo que hacen, y les parece no tener juicio, ni fuerzas de hombres, sino del todo rendidos a este vicio bestial, como bestias, hasta que la misericordia del Señor se adolece de tanta miseria y da a conocer al que de esta manera ha caído, que por su soberbia cayó, y por medio de humildad se ha de levantar y cobrar. Y entonces confiesa que el reino de la castidad, por el cual reinaba sobre su cuerpo, es dádiva de Dios, que por su gracia la da, y por pecados del hombre la quita. Y este mal de soberbia es tan malo de conocer, y por eso mucho de temer, que algunas veces lo tiene el hombre metido tan en lo secreto de su corazón, que él mismo no lo entiende.

Testigo es de esto San Pedro y otros muchos, que estando agradados y confiados de sí, pensaban que lo estaban de Dios, el cual con su infinita sabiduría ve la enfermedad de ellos, y con su misericordia junta con su justicia, los cura y sana con darles a entender, aunque a costa suya, que estaban mal agradados y mal confiados de sí mismos, pues se ven tan miserablemente caídos, y aunque la caída es costosa, no es tan peligrosa como el secreto mal de soberbia en que estaban, porque no le entendiendo, no le buscaban remedio, y así se perdieran, y entendiendo su mal con la caída, y humillados delante la misericordia de Dios, alcanzan remedio de El para entrambos males. Y por esto dijo San Agustín, que castiga Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria, porque el segundo mal es manifiesto a quien lo comete, y por allí viene a entender el otro mal que secreto tenía. Y habéis de saber, que estos soberbios unas veces lo son para consigo solos, y otras despreciando a los prójimos por verlos faltos en la virtud, y especialmente en la castidad. Mas, ¡oh, Señor, y cuán de verdad miras con ojos airados aqueste delito, y cuán desgraciadas te son las gracias que el fariseo te daba, diciendo: *No soy malo como los otros hombres, ni adúltero, ni robador como lo es aquel arrendador que allí está!* No lo dejas, Señor, sin castigo; castígaslo, y muy reciamente, con dejar caer al

que estaba en pie, en pena de su pecado, y levantas al caído por satisfacerle su agravio. Sentencia tuya es, y muy bien la guardas (Luc., VI): *No queráis condenar, y no seréis condenados; y con la misma medida que midiéreis, seréis medidos, y quien se ensalzare será abajado.* Y mandaste decir de tu parte al que desprecia a su prójimo (Matth., V): *Ay de ti que desprecias, porque serás despreciado.* ¡Oh, cuántos han visto mis ojos castigados con esta sentencia, que nunca habían entendido cuánto aborrece Dios aqueste pecado, hasta que se vieron caídos en lo que de otros juzgaron, y aun en cosas peores! En tres cosas—dijo un viejo de los pasados—juzgué a mis prójimos, y en todas tres he caído. Agradezca a Dios el que es casto la merced que le hace, y viva con temor y temblor por no caer él, y ayude a levantar al caído, compadeciéndose de él, y no despreciándolo. Piense que él y el caído son de una masa, y que cayendo otro, cae él cuanto es de su parte. Porque, como dice San Agustín: *No hay pecado que haga un hombre que no lo haría otro hombre, si no lo rige el Hacedor del hombre.* Saque bien del mal ajeno, humillándose con ver al otro caer; saque bien del bien ajeno, gozándose del bien del prójimo; no sea como ponzoñosa serpiente que saque de todo mal, soberbia en las caídas ajenas y envidia en los bienes ajenos. No quedarán estos tales sin castigo de Dios; dejarles ha caer en lo que otros cayeron, y no los dará el bien de que hubieron envidia.

CAPÍTULO XIII

De otras dos peligrosas causas por las cuales suelen perder la castidad los que no las procuran evitar.



ENTRE las miserables caídas de castidad que en el mundo ha habido, no es razón que se ponga en olvido la del Rey y Profeta David, porque por ser ella tan miserable y la persona tan calificada, pone un escarmiento tan grande a quien lo oyere, que no hay quien deje de temer su propia flaque-

za. La causa de aquesta caída, dice San Basilio (*super Psalm. XXXVII*) que fué un liviano complacimiento que David tomó en sí mismo, una vez que fué visitado de la mano de Dios, con abundancia de mucha consolación; y se atrevió a decir: *Yo dije en mi abundancia: no seré ya mudado de este estado para siempre.* Mas, ¡oh!, cuán al revés le salió, y cómo después entendió lo que primero no entendía, que en el día de los bienes que tenemos nos hemos de acordar de los males en que podemos caer (Eccl., VII). Y que se debe tomar la consolación divinal con peso de humildad, acompañada del santo temor de Dios, para que no pruebe lo que el mismo David luego dijo (Psalm. XXIX): *Quitaste tu faz de mí, y fuí hecho conturbado.* Otra causa de su caída nos da a entender la Escritura Divina, diciendo (II Reg., I): «Que al tiempo que los Reyes de Israel solían ir a las guerras contra los infieles, se quedó el Rey David en su casa, y andándose paseando en un corredor, miró lo que le fué causa de adulterio y homicidio, y no de uno, mas de muchos hombres: todo lo cual se evitara, si él fuera a pelear las peleas de Dios, según otros Reyes lo acostumbraban, y él mismo lo había hecho otros años.» Si vos os estáis paseando cuando están recogidos los siervos de Dios, y si estáis ocioso cuando ellos trabajan en buenas obras, y si derramáis vuestros ojos con soltura cuando ellos con los suyos lloran por sí y por los otros amargamente, y si al tiempo que ellos se levantan de noche a orar vos os estáis durmiendo y roncando, y perdéis, por lo que se os antoja, los buenos ejercicios que solíades tener, que con su fuerza y calor os tenían en pie, ¿cómo pensáis guardar la castidad estando descuidados y sin armas para la defender, y teniendo tantos enemigos que pelean contra ella, fuertes, cuidadosos y armados? No os engañéis, que si a vuestro deseo de ser casta, no acompañan obras con que defendáis vuestra castidad, vuestro deseo saldrá en vano, y acaeceros ha a vos lo que a David, pues ni sois más privilegiada que él, ni más fuerte ni santa. Y para dar conclusión a esta materia de las causas por que se suele perder aquesta preciosa joya de la castidad, debéis sa-

ber que la causa por que Dios permitió que la carne se levantase contra la razón en nuestros primeros padres, que de allí lo heredamos nosotros, fué porque ellos se levantaron contra Dios; desobedeciendo su mandamiento, castigóles en lo que pecaron; y fué, que pues ellos no obedecieron a su superior, no les obedeciese a ellos su inferior; y así el desenfrenamiento de la carne esclava y súbdita contra su superior, que es la razón, castigo es de inobediencia de la razón contra Dios, su superior. Y, por tanto, guardaos mucho de desobedecer a vuestros superiores, porque no permita Dios que vuestro inferior, que es la carne, se levante contra vos, como permitió que Adad se levantase contra el Rey Salomón, su señor (III Reg., XI), y os azote y persiga, y por vuestra flaqueza os derribe en el profundo del pecado mortal. Y si estas cosas ya dichas, que con los ojos del cuerpo habéis leído, las habéis bien sentido con lo interior del corazón, veréis cuánta razón hay para que miréis por vos, y qué hay en vos. Y porque vos no bastáis a conoceros, debéis pedir lumbre a Nuestro Señor para escudriñar los más secretos rincones de vuestro corazón, porque no haya en vos algo que sepáis o que no sepáis, por lo cual se ponga a riesgo de perder por algún secreto juicio de Dios la joya de la castidad que tanto os importa que esté bien guardada con el amparo divino.

CAPÍTULO XIV

De cuánto se debe huir la vana confianza de alcanzar victoria contra este enemigo con sola industria y trabajo humano, y que debemos entender que es dádiva de Dios, a quien se debe pedir, poniendo por intercesores los Santos, y en particular a la Virgen Nuestra Señora.

Todo lo dicho, y más que se pueda decir, suelen ser medios para alcanzar esta preciosa limpieza; mas muchas veces acaece, que así como trayendo piedra y madera y todo lo necesario para edificar una casa, nunca se nos adereza el edificarla, así también acaece, que haciendo todos estos reme-

dios, no alcancemos la castidad deseada. Antes hay muchos que después de vivos deseos de ella y grandes trabajos pasados por ella, se ven miserablemente caídos o reciamente atormentados de su carne, y dicen con mucho dolor: «Trabajado hemos toda la noche, y ninguna cosa hemos tomado.» Y paréceles que se cumple en ellos lo que dice el Sabio (Eccl., VII): *Cuanto más yo la buscaba, tanto más lejos huyó de mí;* lo cual muchas veces suele venir de una secreta fiucia que en sí mismos estos trabajadores soberbios tenían, pensando que la castidad era fruto que nacía de sus solos trabajos y no dádiva de la mano de Dios, y por no saber a quién se había de pedir, justamente se quedaban sin ella; porque mayor daño les fuera tenerla y ser soberbios e ingratos a su Dador, que estar sin ella llorosos y humillados y perdonados por la penitencia. No es pequeña sabiduría saber cuya dádiva es la castidad, y no tiene poco camino andado para alcanzarla quien de verdad siente que no es fuerza de hombre, sino dádiva de Nuestro Señor, la cual nos enseña el Santo Evangelio diciendo (Matth., XIX): *No todos son capaces de esta palabra mas aquellos a los cuales es dado por Dios.* Y aunque los remedios ya dichos para alcanzar este bien, sean provechosos y debamos ejercitar nuestras manos en ellos, ha de ser con condición que no pongamos nuestra fiucia en ellos; mas hagamos con devota oración lo que David hacía y nos aconseja, diciendo (Psalm. CXX): *Alcé mis ojos a los montes, de donde me vendrá socorro; mi socorro es del Señor, que hizo el cielo y la tierra.*

Buen testigo será de esto el glorioso San Jerónimo, que cuenta de sí que le ponían en tanto estrecho aquestos aprietos carnales, que no le libraban de ellos ayunos muy grandes, ni dormir en el suelo, ni largas vigilias, ni estar su carne casi muerta. Y entonces, como hombre desamparado de todo socorro y que en ningún remedio hallaba remedio, se echaba a los pies de Jesucristo Nuestro Señor y los regaba con lágrimas, y limpiaba con sus cabellos en su pensamiento devoto. Y aun alguna vez le acaecía dar voces a Cristo todo el día y la noche; mas

en fin era oído, y le daba Dios el deseo de su corazón con tanta serenidad y espiritual consolación, que le parecía estar entre coros de ángeles. Así socorre Dios a los que le llaman con entera voluntad y están firmes en la guerra por El hasta que El envíe socorro. Y no sólo debemos llamar a Dios que nos favorezca, mas también a sus Santos, significados por los montes que aquí dice David: y principalmente más que ninguno de ellos debe ser llamada la limpísima Virgen María, importunándola con servicios y oraciones que nos alcance esta merced, las cuales Ella oye y recibe de muy buena gana, como verdadera amadora de lo que le pedimos. Especialmente he visto haber venido provechos notables por medio de esta Señora a personas molestadas de flaqueza de carne, por rezarle alguna cosa en memoria de la limpieza con que fué concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios. A esta Señora, pues, tomad por particular Abogada para que os alcance y conserve con su oración esta limpieza; y pensad que si hallamos en las mujeres de acá algunas tan amigas de honestidad, que amparan con todas sus fuerzas a quien quiere apartarse de la vileza de este vicio y caminar por la limpieza de la castidad, ¿cuánto más se debe esperar de esta limpísima Virgen de vírgenes, que pondrá sus ojos y orejas en los servicios y oraciones del que quisiere guardar la castidad, que Ella tan de corazón ama? No os falte, pues, deseo de haber este bien. No falte fiucia en Cristo, ni oración importuna, ni otros servicios como hemos dicho; que ni faltará en sus Santos cuidados, ni amor para orar por vos, ni misericordia celestial para conceder este don, que El sólo lo da, y quiere que todo hombre a quien lo da, así lo conozca y le dé gloria de ello, pues, según verdad, se le debe.

CAPÍTULO XV

Cómo el Señor reparte el don de la castidad, no igualmente a todos, porque a algunos lo da solamente en el ánima, y de lo mucho que las tentaciones contra la castidad aprovechan, si se saben llevar.



s de mirar con atención, que este don no lo da Dios por un igual a todos, mas diferentemente, según a su santa voluntad place; porque a unos da más de él y a otros menos. A algunos da castidad en el ánima sola, que es un propósito firme y deliberado de no caer en este vicio por cosa que sea. Mas con este propósito bueno tiene este tal en su ánima imaginaciones feas, y en la parte sensitiva tentaciones penosas, que aunque no hagan consentir a la razón en el mal, aflígenla y danle que hacer en defenderse de sus importunidades; lo cual es semejable a Moisés y a su pueblo, que estando él en lo alto del monte en compañía de Dios, estaba el vulgo del pueblo adorando ídolos en lo bajo de él. Y quien en este estado está, debe hacer gracias a Nuestro Señor por el bien que le ha dado en su ánima, y sufrir con paciencia la poca obediencia que su parte sensitiva le tiene; porque así como aunque Eva comiera sola del árbol vedado no se cometiera el pecado original, si Adán, su varón, no consintiera y comiera, así mientras aquel propósito bueno de no consentir cosa mala estuviere vivo en lo más alto del ánima, no puede hacer la parte sensitiva, por mucho que coma, que haya pecado mortal, pues el varón no consiente con ella, antes le desplace y le reprende; en lo cual debéis estar advertida, que no dejéis que las imaginaciones o movimientos se estén en vos, sin las desechar; porque quien ve el peligro en que está con tener aquel fuego infernal dentro de sí y la serpiente en su seno, cuánto más si ha probado otras veces que de aquello le suele venir el consentimiento en la mala obra o en aquel mal deleite, júzgase la tal negligencia por pecado mortal, pues vió el peligro y lo amó por no desechallo. Mas mientras hubiere propósito vivo de no consentir en mala obra

ni en mal deleite, y resistir, aunque flacamente, cuando miráis el peligro en que estáis, pensad que no os dejó Nuestro Señor caer en pecado mortal, y porque en esto a duras penas se puede dar cierta sentencia sin información de quien lo padece, conviene informar de ello al docto confesor, y tomar su consejo: y si con todo esto se le hiciere de mal sufrir guerra tan continua dentro de sí, mire que con el trabajo de la tentación se purgan los pecados pasados, y se anima el hombre más a servir a Dios viendo que le ha más menester; y conocemos nuestra flaqueza, por locos que seamos, viéndonos andar a tanto peligro y en los cuernos del toro, que, a dejarnos Dios un poquito de su mano, caeríamos en la espantosa hondura del pecado mortal. Y hasta que esta flaqueza sea muy de raíz confesada y experimentada, no cesarán en ti las tentaciones de la carne, que son como tormentos y golpes que te hagan confesar cómo no mora en ti este bien, si de arriba no es concedido. Y si fueres fiel siervo de Dios, mientras más tu carne te combatiere, tanto más tú con tu ánima te esforzarás a guardar tu castidad, y las tentaciones serán como golpes que te ayudarán a arraigar más en ti la limpieza, y verás las maravillas de Dios, que así como por ocasión de nuestra maldad parece mayor su bondad, así por la flaqueza de nuestra carne, obra fortaleza en nuestra ánima, diciendo el espíritu, no, a lo que la carne le convidaba, y afírmase de nuevo en el amor de la castidad, cuantas veces la carne le convidaba a perderla. Y así, por medio de un contrario, tan molesto y vil obra Dios el otro, que es la castidad, tan precioso y tan digno. Y acuérdate que vale más buena guerra que mala paz, y que es mejor trabajar nosotros por no consentir, y dar en ello placer a Nuestro Señor, que por tomar un poco de placer bestial, que en pasando deja doblado dolor, dar enojos a quien con todas nuestras fuerzas debemos amar y agradar. Llámale con humildad y con fiucia, que no dejará de socorrer a quien por su honra pelea, que al fin El hará que salgas con ganancia de aquesta pelea, y te contará este trabajo en semejanza de martirio. Pues

como los mártires querían antes morir que negar la fe, así tú, padecer lo que padeces por no quebrar su santa voluntad, y hacerte ha compañero en la gloria con ellos, pues lo eres acá en el trabajo. Y entre tanto, consuélate con tener en ti mismo una prueba de que amas a Dios, pues por su amor no haces lo que tu carne apetece.

CAPÍTULO XVI

De cómo el don de la castidad es concedido a algunas personas, no sólo en el interior del ánima, mas también en la sensualidad, y esto por una de dos maneras.



OTROS da Nuestro Señor este bien de la castidad más copiosamente, porque no sólo les da en el ánima este aborrecimiento de sus deleites, mas tienen tanta templanza en su parte sensitiva y carne que gozan de grande paz, y casi no saben qué es tentación que les dé pena, y esto suele ser en dos maneras: unos tienen paz y limpieza por natural complexión; otros por elección y merced de Dios. Los que por complexión natural, no deben de engreirse mucho con la paz que sienten, ni despreciar a quien ven tentado; porque no se mide la virtud de la castidad por tener esta paz, mas por tener propósito firme en el ánima de no ofender en este pecado a Nuestro Señor. Y si uno, siendo tentado en su carne, tiene este propósito bueno en su ánima con mayor firmeza que el otro que carece de aquestas guerras, más casto será éste combatido que el otro con su paz. Ni tampoco deben estos bien acomplexionados desmayarse diciendo: poco hago o gano en ser casto; mas deben aprovecharse de su buena inclinación, eligiendo con el espíritu la castidad por agradar al Señor, a la cual su inclinación les convida. Y de esta manera servirán a Dios con lo superior de su ánima por la elección virtuosa, y con la parte sensitiva con su obediencia y buena inclinación. Otros hay, que no por inclinación natural, mas por merced de Nuestro Señor, son tan castos que en su ánima sienten entrañable aborrecimiento a aquesta vileza, y en su parte sensitiva tanta obe-

diencia, que no va arrastrando a lo que le manda la razón, mas obedece con deleite y presteza, teniendo en entrambas entrañable paz. Este excelente estado rastrearon los filósofos que dijeron que había algunos varones tan excelentes que tenían sus ánimos tan purgados, que no sólo obraban el bien sin guerra de pasiones, mas aun de muy vencidas las tenían olvidadas, y que no sólo las pasiones no los vencían, mas aun ni los acometían.

Mas esto que los filósofos hablaban y no tenían, porque sin gracia no hay verdadera virtud, los buenos cristianos lo tienen; a los cuales Dios quiere conceder este don perfecto, no ganado por fuerza de ellos, mas concedido por el fuerte y celestial Espíritu Santo suyo, el cual se da por Jesucristo Nuestro Señor, a semejanza del mismo Señor, que tuvo en carne corruptible entereza de virginidad. Este celestial Espíritu infunde perfecta castidad en los que a El place. Y hace esto, que así como lo superior del ánima está con perfecta obediencia sujetísimo a Dios y recibe de El poderosas fuerzas y excelentísima lumbre, estando unido tan perfectamente con El y tan regido por la voluntad de El, que diga el Apóstol (I Cor., VI): *El que se llega a Dios, un espíritu es con Él*, así esta eficacia de Dios que infunde fuerza y pone disposición en la parte sensitiva hace que, dejada la bestialidad y fiereza que de su naturaleza tiene, obedezca con deleite a la razón y se le dé muy sujeta. Y aunque en la naturaleza sean diversas, por ser una espiritual y otra sensual, mas allégase tanto la parte sensitiva a la razón, y toma tan bien su freno, que anda domada y doméstica: y aunque no es razón, anda como razonada, no impidiendo, mas ayudando al espíritu, como fiel mujer a su marido. Y así como hay ánimas de algunos tan miserablemente dadas a su carne que no se rigen por otro norte sino por el apetito de ella, y siendo de naturaleza espiritual se abaten a la miserable sujeción de su cuerpo, tan transformados en su carne que se tornan encarnizadas, y parecen en su voluntad y pensamientos un puro pedazo de carne, así la sensualidad de estotros se junta tanto con la razón que parece más ra-

zón que las mismas ánimas de los otros. Dificultosa cosa de creer es ésta; mas, en fin, es obra y dádiva de Dios, concedida por Jesucristo su único Hijo, especialmente en el tiempo de la Iglesia cristiana. Del cual tiempo estaba profetizado (Isai, XI), que habían de comer juntos lobo y cordero, oso y león; porque las afecciones irracionales de la parte sensitiva, que como fieros animales querían tragar y maltratar el ánima, son pacificados por el don de Jesucristo, y dejada su propia guerra, viven en paz, como dice Job (cap. V): *Las bestias de la tierra te serán pacíficas, y con las piedras de la región tendrás amistad.* Y entonces se cumple lo que es escrito en el Salmo LIV, que dice: *Tú, hombre, unánime conmigo,* y *guía mía, y conocido mío, que comías conmigo los dulces manjares, y anduvimos en la casa de Dios de un consentimiento.*

Las cuales palabras dice el hombre interior a su exterior; teniéndole tan sujeto que le llama de un ánima, y tan conforme a su querer que dice que comen entrambos dulces manjares y andan en uno en la casa de Dios; porque están tan amigos, que si el interior come castidad, u ora, ayuna y vela, y otros santos ejercicios, hallando mucha dulcedumbre en ellos, también el hombre exterior hace estas obras y le saben como dulce manjar. Mas no entendáis por aquesto que venga uno en este destierro a tener tanta abundancia de paz que no sienta algunas veces en esto o en otras cosas movimientos contra su razón. Porque sacando a Cristo nuestro Redentor y a su Madre sagrada, no fué a otros concedido este privilegio. Mas habéis de entender, que aunque haya estos movimientos en las personas a quien Dios concede este don, no son tales ni tantos que les den mucha pena; antes, sin ponerles en estrecho de mucha guerra ni quitarles la verdadera paz, son ligeramente por ellos vencidos. Como si viésemos en una ciudad a dos muchachos reñir y luego se apaciguasen, no diríamos que por aquella breve contienda faltaba paz en la ciudad si la hubiese en los restantes del pueblo. Y pues este estado confesaban los filósofos, sin conocer las fuerzas del Espíritu Santo, no sea difi-

cultoso al cristiano confesar esto y desearlo a gloria de la Redención de Cristo y de su poder, al cual no hay cosa imposible. De cuyo advenimiento estaba profetizado que había de haber en él abundancia de paz. La cual llama Isaías (Isai, LXVI; Jerem., XLVI; Psalmus LXXI; Philip., IV; Genes., III), *ser como río*. Y San Pablo dice *ser sobre todo sentido*. Pues cuando la carne así estuviere obediente y templada, entonces estamos bien lejos de oír su lenguaje, y seguros de caer en la terrible maldición que echó Dios a Adán nuestro padre porque oyó la voz de su mujer. Antes nosotros hacemos a ella que nos sirva y oiga nuestra voz; y como a pájaro encerrado en jaula, le enseñamos a hablar nuestro lenguaje, y ella lo aprende, pues con presteza nos obedece. De la cual larga obediencia que a la razón tiene queda tan bien acostumbrada, que si algo pide no son deleites sino necesidad, y entonces bien la podemos oír, según Dios mandó a Abraham (Génes., XVIII) que oyese la voz de su mujer Sara, que era ya muy vieja, y su carne tan enflaquecida y mortificada que no tenía las superfluidades de otras mujeres de menos edad. Y de esta tal carne algo más podemos fiar oyendo lo que nos dice, aunque no debemos tanto creerla que su dicho nos baste; mas debemos examinarla por la prudencia del espíritu, porque la que pensábamos estar muerta no se haga engañosamente mortecina, y tanto más peligrosamente nos derribe, cuanto por más fiel la teníamos.

CAPÍTULO XVII

En que se comienza a tratar de los lenguajes del demonio y cuánto los debemos huir, y que uno de ellos es ensoberbecer a un hombre para le traer a grandes males y engaños, y de algunos medios para huir este lenguaje de la soberbia.

Los lenguajes del demonio son tantos, cuantas son sus malicias, que son innumerables; porque así como Cristo es fuente de todos los bienes que se comunican a las ánimas de los que con obediencia se sujetan a El, así el demonio

es padre de pecados y tinieblas, que instigando y aconsejando a sus miserables ovejas, las induce a maldad y mentira, con que eternalmente se pierdan. Y porque sus astucias son tantas que sólo el Espíritu del Señor basta para descubrirlas, hablaremos pocas palabras, remitiendo lo demás a Cristo, que es verdadero enseñador de las ánimas. Por muchos nombres es llamado el demonio, para declarar los males que él tiene; mas entre todos hablemos de dos, que son ser llamado dragón y león. *Dragón*, dice San Agustín, porque secretamente pone asechanzas. *León*, porque abiertamente persigue. El asechanza que tiene para engañar es aquesta: alzarnos con la vanidad y mentira, y después derribar con verdadera y miserable caída. Ensálzanos con pensamientos que nos inclinan a estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia; y como él sepa por experiencia ser este mal tan grande que bastó a hacer en sí mismo de ángel demonio, trabaja con todas sus fuerzas de hacernos participantes en él, porque también lo seamos en los tormentos que él tiene. Sabe él muy bien cuánto desagrada la soberbia a Dios y cómo ella sola basta a hacer inútil todo lo demás que el hombre tuviere, por bueno que parezca. Y trabaja tanto por sembrar esta mala semilla en el ánima, que muchas veces dice verdades y da buenos consejos y sentimientos devotos solamente para inducir a soberbia, teniendo en muy poco lo que pierde en que uno haga algún bien con que le pueda ganar todo entero, con el pecado de la soberbia y con otros que tras él vienen; porque así como un Rey suele andar acompañado de gente, así la soberbia de otros pecados.

La Escritura dice: *Principio de todo mal es la soberbia, y quien la tuviere será lleno de maldiciones.* Quiere decir de pecados y de castigos. De un solitario leemos, al cual el demonio apareció mucho tiempo en figura de ángel de Dios, y le decía muchas revelaciones y hacía que cada noche relumbrase la celda, como si en ella hubiera lumbre de alguna vela o candil: después de todo lo cual le persuadió que matase a su propio hijo para que fuese igual en merecimientos al Patriarca Abraham. Lo cual el solita-

rio engañado se aparejaba a hacer, si el hijo, que lo sospechó, no se fuera huyendo. A otro apareció también en figura de ángel, y le dijo mucho tiempo muchas verdades para acreditarse con él, y después díjole una gran mentira contra la fe, la cual el otro, engañado, creyó. También leemos de otro, que después de haber vivido cincuenta años con muy singular abstinencia y con guarda de soledad más estrecha que cuantos estaban en aquel yermo, le hizo el demonio entender en figura de ángel que se echase en un hondísimo pozo para que por experiencia probase que a quien tanto había servido a Dios como él, ni aquello ni otra cosa le podía empecer: todo lo cual él creyó, y lo puso por obra. Y siendo con mucho trabajo sacado medio muerto del pozo, y siendo amonestado por los santos viejos del yermo que se arrepintiese de aquello, porque había sido ilusión del demonio, no lo quiso creer, ni hacer: y lo que peor es, que aunque murió al tercero día, tenía tan metido el engaño en su corazón, que aun viéndose morir por causa de la caída creyó todavía que había sido revelación de ángel de Dios. ¡Oh, cuánto conviene a los aprovechados en la virtud vivir en el santo recelo de sí, como gente, que aunque tengan conjeturas de que están bien con Dios, mas no certidumbres, ni saben si son dignos de amor o de aborrecimiento en el tiempo presente, y menos lo que será de ellos en el tiempo que les resta de vivir! Y especialmente se deben de guardar mucho de creerse a sí mismos, acordándose de aquella profunda sentencia de San Agustín: *La soberbia merece ser engañada.* Y si como os he contado estos engaños pasados, os hubiere de contar los que han acaecido en tiempos presentes, ni se podrían escribir en pequeño libro, ni los podríades leer sin mucho cansancio. Por una parte es así, según lo podemos juzgar, que llueve Dios en los corazones de muchos aguas de misericordias particulares, con que no sólo hacen frutos exteriormente buenos, mas aun tienen con el Señor comunicación interior, y tan familiar, que con dificultad podrá ser creído. Y por otra parte se tiene también experiencia, que trae el demonio, permitiéndolo Dios, particular diligencia en estos tiempos,

para engañar con falsos sentimientos y falsas hablas, exteriores e interiores, y con falsa luz de entendimiento a los que son soberbios, y amigos de su parecer con título, que es parecer de Dios, y aun también para ejercitar por diversas vías a los que con humildad y cautela sirven a Dios, por lo cual en aquestos tiempos, en los cuales parece haberse soltado Satanás, como dice San Juan, conviene que haya diligencia doblada en los que sirven a Dios para no creer fácilmente estas cosas, y profunda humildad y santo temor para que Dios no los deje engañar; y procurar luego de dar cuenta de lo que sienten y pasa en ellos a sus Prelados y mayores, que les pueden enseñar la verdad. El Profeta dice, que debajo de la lengua de los malos hay ponzoña de víboras; ¿cuánto mayor la habrá en el lenguaje del demonio, más malo que todos los malos? Y si él nos ensalzare por los bienes que tenemos, humillémonos nosotros mirando los males que hacemos y que hicimos, los cuales fueron tantos, que si el Señor, por su gran misericordia no nos fuera a la mano y nos saliera al camino en que tan de corazón caminábamos, para quitarnos de él, como hizo a San Pablo, fuéramos creciendo en maldades como en edad, hasta que los infernales tormentos fueran pequeños para nuestro castigo. ¡Oh, abismo de misericordia, y qué te movió a dar voces desde el cielo en nuestro corazón y decir: *¿Por qué me persigues con tu mala vida?*; con las cuales nos derribaste de nuestra soberbia, y nos hiciste saludablemente temer y temblar, y que con dolor de haberte ofendido y deseo de te agradar te dijésemos: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Y quieres Tú, Señor, que el remedio de nuestros males lo esperemos de Ti, mediante las medicinas de tu palabra y Sacramentos que tus ministros en tu Iglesia dispensan, y mandas que vayamos a ellos, como San Pablo a tu siervo Ananías.

Así, que sabemos muy bien que la perdición fué de nosotros, y el remedio fué tuyo: y confesamos que tu infinita bondad te hizo llamar para Ti los que tan vueltas tenían las espaldas a Ti, y acordarte de los olvidados de Ti, haciendo mercedes a los que merecían tormentos, to-

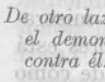
mando por hijos a los que habían sido malos esclavos, y aposentando tu Real Persona en los que primero fueron hediondos y establo de suciedades. Estos males que entonces hicimos, nuestros eran; y si otra cosa somos, por Dios y en Dios lo somos, como dice el Apóstol (Philip., V): *Erades algún tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor.* Conviene, pues, acordarnos del miserable estado en que por nuestra flaqueza nos metimos, si queremos estar seguros en el dichoso estado en que por su misericordia Dios nos ha puesto; creyendo muy de verdad que lo mismo haríamos que entonces hicimos, si la poderosa y piadosa mano de Dios de nos se apartase. Y si mirásemos a los muchos peligros a que estamos sujetos por nuestra flaqueza, no osaríamos del todo alegrarnos con el bien que de presente tenemos, por el temor de los pecados que podemos hacer. Y entenderemos cuán sano consejo es el de la Escritura (Psalm. CXI): *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso.* Item (Philip., II): *Obrad vuestra salud con temblor y temor.* Item (I Cor., X): *Y el que está en pie, mire no caiga.* Gemido ha de costar el pecado cometido para ser perdonado, y temor ha de costar el que está por hacer para que de él seamos librados. Como se figura muy bien en el temor que tuvo Jacob a Esaú (Genes., XXXIII; Exodo, XV), cuando de Mesopotamia venía, aunque Dios le había mandado venir. Grande alegría mostraron los hijos de Israel, y devotos cantares hicieron a Dios cuando tan gran maravilla hizo con ellos, que los pasó por el mar a pie enjuto: y parecíales, que pues en tan gran peligro no habían peligrado, ninguna cosa había de ser bastante para los derribar ni impedir que alcanzasen la tierra por Dios prometida.

Mas la experiencia salió de otra manera, porque después de aquel gran favor sucedieron tentaciones y pruebas, y fueron hallados flacos e impacientes en la prueba y pelea los que habían sido devotos y alegres después de la pasada del mar; y porque no alcanzan la corona prometida por Dios sino los que son hallados fieles en las pruebas que les envía, éstos no la alcanzaron porque no lo fueron, mas en lugar de la vida prometida fueron

castigados con morir en el desierto. ¿Quién será, pues, tan desatinado que ahora mire a la vida pasada, ahora a la que le resta de vivir, que ose alzar su cabeza a tomar alguna soberbia, pues en lo pasado ve que tan miserablemente cayó, y en lo por venir a tantos temores está sujeto? Y si bien conociere y sintiere la verdad de cómo todo lo bueno viene de Dios, verá que el tener dones de Dios no ha de ensalzar vanamente a los que los tienen, mas bajarlos más, como quien más agradecimiento y servicio debe. Y cuando piensa que creciendo las mercedes crece la cuenta que ha de dar de ellas, como el Evangelio dice, parécenle los bienes que tiene una carga pesada que le hace gemir y ser más cuidadoso y humilde que antes. Y porque es tanta nuestra liviandad y tenemos tan metida en los huesos la secreta soberbia que fuerzas humanas no bastan a limpiarnos del todo de este pecado, debemos pedir a Dios este don, suplicándole importunamente no nos permita caer en tan gran traición, que nosotros somos robadores de la honra que de todo lo bueno a El es debida. Con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne, y con la oración las del ánima. Y por eso conviene al que esta pestilencia siente en su ánima, orar con toda diligencia y continuación y presentarse delante del acatamiento de Dios, suplicándole le abra los ojos para conocer la verdad de quién sea Dios y de quién sea él, para que ni atribuya a Dios algún mal, ni atribuya a sí algún bien: y así estará lejos de oír el falso lenguaje del soberbio demonio, que con la propia estima lo querría engañar. Mas oye la verdad de Dios, que dice que la verdadera honra y estima de la criatura no consiste en sí misma, mas en recibir mercedes y ser estimada y amada de su Criador: y porque adelante se hablará más largo de esta materia cuando se hable del propio conocimiento, no os diré más ahora.

CAPÍTULO XVIII

De otro lazo contrario al pasado, que es la desesperación con que el demonio pretende vencer al hombre, y cómo nos habremos contra él.

TRA arte suele tener el demonio contraria a esta pasada, la cual es no haciendo ensalzar el corazón, mas bajándolo y desmayándolo, hasta traerlo a desesperación; y esto hace trayendo a la memoria los pecados que el hombre ha hecho, y agravándolos cuanto puede para que el tal hombre, espantado con ellos, caiga desmayado como debajo de carga pesada, y así desespere.

De esta manera hizo con Judas, que al hacer el pecado quitóle delante la gravedad de él, y después trájole a la memoria cuán gran mal era haber vendido a su Maestro, y por tan poco precio y para tal muerte, y así cególe los ojos con la grandeza del pecado y dió con él en el lazo, y de allí en el infierno. De manera, que a unos ciega con las buenas obras, poniéndoselas delante y escondiéndoles sus males, y así los engaña con la soberbia; y a otros escondiéndoles que no se acuerden de la misericordia de Dios y de los bienes que con su gracia hicieron, y tráeles a la memoria sus males, y así los derriba con desesperación. Mas así como el remedio de lo primero fué queriéndonos él vanamente alzar en el aire, asirnos nosotros más a la tierra considerando, no nuestras plumas de pavón, mas nuestros lodosos pies de pecados que hemos hecho, o haríamos si por Dios no fuese, así en estotro engaño es el remedio quitar los ojos de nuestros pecados y ponerlos en la misericordia de Dios y en los bienes que por su gracia hemos hecho. Porque en el tiempo que nuestros pecados nos combaten con desesperación, muy bien hecho es acordarnos de los bienes que hemos hecho o hacemos, según tenemos ejemplo en Job (cap. XXIII), y en el Rey Ezequías (IV Reg., XX); y esto, no para poner confianza en nuestras buenas obras en cuanto son nuestras, porque no caigamos en un lazo huyendo de

otro, mas para esperar en la misericordia de Dios; que pues El nos hizo merced de que hiciésemos el bien con su gracia, El nos lo galardonará, aun hasta el jarro de agua que por su amor dimos; y que, pues, nos ha puesto en la carrera de su servicio, no nos dejará en la mitad de ella; pues sus obras son acabadas, como El lo es; y más hizo en sacarnos de su enemistad que en conservarnos en su amistad. Lo cual nos enseña San Pablo, diciendo (Philip., I): *Si cuando éramos enemigos fuimos hechos amigos con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora, que somos hechos amigos, seremos salvos en la vida de El.*

Cierto, pues su muerte fué poderosa para resucitar a los muertos, también lo será su vida para conservar en vida a los vivos. Si nos amó desamándole nosotros, no nos desamará, pues le amamos. De manera, que osemos decir lo que dice San Pablo (Philip., I): *Confío que aquel que comenzó en nosotros el bien, lo acabará hasta el día de Jesucristo*, y si el demonio nos quisiere turbar con agravarnos los pecados que hemos hecho, miremos que ni él es la parte ofendida, ni es tampoco juez que nos ha de juzgar; Dios es a quien ofendimos cuando pecamos, y El es el que ha de juzgar a los hombres y demonios. Y, por tanto, no nos turbe que el acusador acuse; mas consolémonos, que el que es parte y juez, nos perdona y absuelve mediante nuestra penitencia y sus ministros y Sacramentos. Esto dice San Pablo así (Rom., VIII): *Si Dios es por nos, ¿quién será contra nos?* El cual a su propio Hijo no perdonó, mas por todos nosotros lo entregó. ¿Pues cómo es posible que dándonos a su Hijo no nos haya dado con El todas las cosas? ¿Quién acusará contra los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién habrá que condene? Todo esto dice San Pablo. Lo cual, bien considerado, debe esforzar a nuestro corazón a esperar lo que falta, pues tales prendas de lo pasado tenemos: ni nos espanten nuestros pecados, pues el Eterno Padre castigó por ellos a su Unigénito Hijo, para que así viniese el perdón sobre quien merecía el castigo, si el tal hombre se dispusiere a lo recibir. Y pues El nos per-

dona, ¿qué le aprovecha al demonio que dé voces pidiendo justicia? Ya una vez fué hecha justicia en la cruz de todos los pecados del mundo, la cual cayó sobre el inocente Cordero, Jesucristo Nuestro Señor, para que todo culpado que quisiere llegarse a El y gozar de su redención por la penitencia sea perdonado. ¿Pues qué justicia sería castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo? Y digo castigar con infierno, porque hablo del penitente bautizado, que por vía del Sacramento de la Penitencia recibe perdón y la gracia perdida, conmutándosele ordinariamente la pena del infierno, que es eterna, en pena temporal, que en esta vida satisfaga con buenas obras, o en el purgatorio padeciendo las penas de allá.

Mas no piense nadie que no quitarse toda la pena sea por falta de la redención del Señor, cuya virtud está y obra en los Sacramentos; porque copiosa es, como dice David (Psalm. CXXIX): más es por falta del penitente, que no llevó disposición para más: y tal dolor y vergüenza puede llevar, que de los pies del confesor se levante perdonado de toda culpa y de toda pena como si recibiera el santo Bautismo, que todo esto quita a quien lo recibe aun con mediana disposición. Sepan todos que el óleo que nos dió nuestro grande Eliseo, Jesucristo Nuestro Señor, cuando nos dió su Pasión, que obra en sus Sacramentos riquísimos, es para poder pagar con él todas nuestras deudas y vivir en vida de gracia, y después de gloria; mas es menester que nosotros, como la otra viuda, llevemos pasos de buenas disposiciones, conforme a los cuales recibirá cada uno el efecto de su sagrada Pasión, que en sí misma bastantísima es, y aun sobrada.

CAPÍTULO XIX

De lo mucho que nos dió el Eterno Padre en darnos a Jesucristo Nuestro Señor, y cuánto lo debíamos agradecer y aprovecharnos de esta merced, esforzándonos con ella para no admitir la desesperación con que el demonio suele combatirnos.



UCHA razón tiene Dios de quejarse, y sus pregones, para reprender a los hombres de que tan olvidados estén de esta merced, digna que por ella se diesen gracias a Dios de noche y de día; porque, como dice San Juan: *Así amó Dios al mundo, que dió a su Unigénito Hijo para que todo hombre que creyere en El y le amare, no perezca, mas tenga la vida eterna.* Y en esta merced están encerradas las otras, como menores en la mayor, y efectos en causa. Claro es que quien dió el sacrificio contra los pecados, perdón de pecados dió, cuanto es de su parte: y a quien el Señor lo dió, también le dió el señorío. Y, finalmente, quien dió su Hijo, y tal Hijo dado a nosotros, y nacido para nosotros, no nos negará cosa que necesaria nos sea; y quien no la tuviere, de sí mismo se queje, que de Dios no tiene razón; que para dar a entender esto, no dijo San Pablo: *Quien el Hijo nos dió, todas las cosas nos dará con El;* más dijo: *Todas las cosas nos ha dado con El, porque de parte de Dios todo está dado, perdón, y gracia, y el cielo.* ¡Oh, hombres!, ¿por qué perdéis tal bien, y sois ingratos a tal amador y a tal dádiva, y negligentes a aparejaros para recibirla? Cosa sería digna de reprensión que un hombre anduviese muerto de hambre y desnudo, lleno de males, y habiéndole uno mandado en su testamento gran copia de bienes con que podía pagar y salir de sus males y vivir en descanso, se quedase sin gozar de ellos por no ir dos o tres leguas de camino a entender en el tal testamento. La redención hecha está, tan copiosa, que aunque perdonar Dios las ofensas que contra El hacen los hombres sea dádiva sobre todo humano sentido, mas la paga de la Pasión y muerte de Nuestro Señor excede a la deuda del hombre en valor, mucho más alto del cielo y más profundo del

suelo, como dice San Agustín: *Azotes debía el hombre culpado, y ser preso, y escarnecido, y muerto;* ¿pues no os parece que están bien pagados con azotes y tormentos y muerte de un Hombre, no sólo justo, mas que es Hombre y Dios? Inefable merced es que adopte Dios por hijos los hijos de los hombres, gusanillos de la tierra. Mas para que no dudásemos de esta merced, pone San Juan otra mayor, diciendo (Joan. I): «La palabra de Dios es hecha carne, como quien dice: No dejéis de creer que los hombres nacen de Dios por espiritual adopción, mas tomad en prendas de esta maravilla otra mayor, que es el Hijo de Dios ser hecho Hombre, e Hijo de una Mujer». También es cosa maravillosa que un hombrecillo terrenal esté en el cielo gozando de Dios y acompañado de ángeles con honra inefable; mas mucho más fué estar Dios puesto en tormentos y menosprecios de cruz, y morir entre dos ladrones, con lo cual quedó la Justicia divina tan satisfecha, así por lo mucho que el Señor padeció como principalmente por ser Dios el que padeció, que nos da perdón de lo pasado y nos echa bendiciones con que nuestra esterilidad haga fruto de buena vida y digna del cielo; figurada en el hijo que fué dado a Sara (Genes., XVIII), vieja y estéril; porque el becerro cocido en la casa de Abraham, que es Jesucristo crucificado en el pueblo que de Abraham venía, fué a Dios tan gustoso que de airado se tornó manso, y la maldición conmutó en bendición, pues recibió cosa que más le agradó que todos los pecados del mundo le pueden desagradar; ¿pues por qué desesperas, hombre, teniendo por remedio y por paga a Dios humanado, cuyo merecimiento es infinito? Y muriendo, mató nuestros pecados, mucho mejor que muriendo Sansón murieron los filisteos (Jud., XVI); aunque tantos hubiésedes hecho tú como el mismo demonio, que trae a desesperación, debes esforzarte en Cristo, Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, del cual estaba profetizado que había de arrojar todos nuestros pecados en el profundo del mar, y que había de ser ungido el Santo de los santos, y tener fin el pecado, y haber sempiterna justicia. Pues si los pecados

están ahogados, quitados y muertos, ¿qué es la causa, porque enemigos tan flacos y vencidos te vencen y te hacen desesperar?

CAPÍTULO XX

De algunas cosas que suele traer el demonio contra el remedio ya dicho para desmayarnos, y cómo no por eso debemos perder el ánimo, antes animarnos más, mirando la infinita misericordia del Señor.

Mas ya oigo, hombre, lo que tu flaqueza responde a lo dicho, que ¿qué te aprovecha a ti que Cristo haya muerto por tus pecados, si el perdón no se aplica a ti? Y que con haber muerto Cristo por todos los hombres están muchos en el infierno, no por falta de su redención, que es copiosa, mas por no aparejarse los hombres a la recibir: y por esta parte es tu desesperación. A lo cual digo, que aunque dices verdad, no te aprovechas bien de ella. San Bernardo dice, que para tener uno testimonio de buena conciencia que le dé alegría de buena esperanza: no basta creer en general que por la muerte de Cristo se perdonan los pecados, mas es menester confiar y tener conjeturas que se aplica el perdón al tal hombre en particular, mediante las disposiciones que la Iglesia enseña, pues que con creer lo primero puede desesperar, mas no con tener lo segundo, porque esperanzado no puede desesperar. Mas debes mirar que es mucha razón que viendo tú las entrañas del celestial Padre abiertas para dar a su Hijo, como lo dió, y viendo tal costa hecha, y el Cordero divino ya muerto para que tú comas de El y no mueras, debes desechar de ti toda pusilanimidad y pereza y procurar aprovecharte de la redención, confiando que te ayudará Dios para ello. Y pues que para ser tú perdonado no es menester que Cristo trabaje de nuevo, ni muera por ti, ni padezca poco ni mucho, ¿por qué piensas que ha de querer que, pues está hecha la costa de su convite, falten convidados para le comer? No es así cierto, ni es de su voluntad que el pecador muera, mas que se convierta

y viva; y porque así se hiciese, El perdió su vida en la cruz.

Y no pienses que lo que has menester hacer para gozar de su redención es alguna cosa imposible, o tan dificultosa que desesperes de salir con ella, según eres flaco; un gemido de corazón que a Dios des con dolor por haber ofendido a tal Padre, y con intención de la enmienda; manifiesta tus pecados a un sacerdote que te pueda absolver, y oirán aún tus orejas de carne, para mayor consolación tuya, la sentencia de tu proceso, por la cual te digan: *Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo*, etc. Y si aun te parece que tu dolor no es tan cabal como debía de ser, y por esto desmayas, no te fatigues, porque es tanta la gana que el Señor tiene de tu salvación, que suple El nuestras faltas con el privilegio que dió a su Sacramento, para hacer del atrito contrito. Y si te parece que aun para hacer esto poco no eres, dígote que no presumas de lo hacer tú a solas, mas llama al celestial Padre, y pídele que, por Jesucristo su Hijo, te ayude a dolerte de la vida pasada, y a proponer la enmienda de lo por venir y a bien confesarte, y, finalmente, para todo lo que has menester. Y El es tal que no hay por qué esperar de sus manos sino toda blandura y socorro, pues el mismo que da el perdón inspira la disposición para ello. Y si con todo esto no sientes consuelo, aunque oíste la sentencia de tu absolución, no te desmayes ni dejes lo comenzado, que si en una confesión no sentiste consuelo, en otra o en otras lo sentirás, y se cumplirá en ti lo que dijo David penitente: *A mi oído darás gozo y alegría, y gozarse han mis huesos humillados* (Psalm., L). Cierto así pasa, que las palabras de la absolución sacramental, ya que no den a un hombre tanta certidumbre del perdón que tenga de ello fe ni evidencia, mas danle tal reposo y consuelo con que se pueden alegrar las fuerzas de su ánima, que por el pecado estaban humilladas y quebrantadas. No cese el hombre de buscar el perdón; que si en la demanda porfía, el Padre de las misericordias saldrá al encuentro a su hijo pródigo y se lo dará, y le vestirá con celestial

ropa de gracia, y se holgará de ver ganado a su hijo por la penitencia, que estaba perdido por el pecado. Y no sea a nadie increíble de que Dios usa con los pecadores leyes de tanta blandura y dulzura sacadas de su bondad y verdaderísimo amor, pues que usó con su Hijo leyes de tanto rigor, que queriéndolo tanto como a sí mismo, y siendo quien es, y pagando por pecados ajenos, no le hizo suelto de un solo pecado de que su justicia quedase por satisfacer. Y por esto, como un león, aunque bravo, si está bien harto y contento, no hace daño a los animales, que si hambriento estuviera se los tragara; así la divina Justicia, con el satisfecho que tiene en Jesucristo, Cordero divino, no hace mal a los que ve llegarse a El para incorporarse en su cuerpo, ni impide a la misericordia para que haga en ellos según su costumbre; y de aquí viene, que en lugar de airado Juez, nos sea Dios piadoso Padre.

CAPÍTULO XXI

En que se prosigue la grandeza de la misericordia de Dios que usa con los que le piden perdón de corazón. Es una consideración bastante para vencer toda desesperación.

PELIGROSA ponzoña bebe quien hace pecado: feísima y terrible faz tiene para espantar a quien de verdad lo conoce, y muy bastante para desmayar a cualquier hombre, por fuerte que sea, si se para a considerar con vivo sentido lo que ha hecho y contra quien lo ha hecho, y las promesas del bien que ha perdido, y amenazas del mal que están sobre su cabeza. Mirando las cuales cosas David, aunque hombre esforzado, dice (Psalm., LXXII, 26): *Mi corazón se me ha desmayado.* Mas este mal tan grande no lo deja Dios sin remedio, según hemos dicho. Y porque tome este remedio la persona que lo hubiere menester, manifestaré algo de las grandezas de la misericordia de Dios, de que usa con los pecadores que le piden perdón. El demonio hará de las suyas, y asombraros ha, según hemos dicho, con la muchedumbre y grandeza de vuestros

pecados: no le respondáis vos, mas volveos a Dios y decidle: (Psalm., XXIV, 11): *Por tu nombre, Señor, me perdonarás mi maldad, porque mucha es.* Y si Dios da a sentir el misterio de aquestas palabras, cierto estaríades bien lejos de desesperar, por mucho que hayáis pecado. ¿Visteis nunca, u oísteis tribunal de juez, donde siendo uno el acusado de muchos y grandes pecados, con intención de que sea condenado y castigado según él merece, él mismo confiese sus culpas y conceda su acusación, y tome por medio para que le absuelvan la confesión de aquello que el acusador mucho exageraba y en que estribaba para lo condenar? Dice el culpado al juez: *Señor, yo concedo y confieso que he pecado mucho, mas vos me perdonaréis por la honra de vuestro nombre;* y sale con ello por parte de Dios y por parte de sí. El Señor Dios tiene justicia y misericordia, y cuando mira nuestras culpas con su justicia, provócanle a ira; y mientras más pecados tenemos, a mayor castigo le provocamos. Mas cuando mira nuestros pecados con misericordia, no le mueven a ira, sino a compasión, porque no los mira como a ofensa suya sino como a mal nuestro; y como ningún mal nos puede venir que tanto daño nos haga como el pecar, ninguno es materia de misericordia tan a lo propio como la culpa, mirándola según he dicho. Y cuanto más hemos pecado, tanto más nos hemos hecho más mal, y tanto más se provoca a misericordia el corazón que la tiene y quiere usar de ella, como lo es el corazón del Señor misericordioso y Hacedor de misericordias. Ahora sabed, que en una de dos maneras se han los hombres que mucho han pecado. Unos, desesperados de remedio, como Caín, vuelven las espaldas a Dios y entréganse, como dice San Pablo (Ephes., IV), a toda suciedad y pecado, y enduréceseles cada día más su corazón para todo bien, hasta que cuando vienen al profundo de los pecados no se les da nada de ellos, gloriándose en su malicia, y tanto más dignos de ser llorados cuanto ello menos se lloran. Lo que a éstos acaecerá es lo que la Escritura dice (Eccl., III): *El corazón duro mal le irá en sus postrimerías.* Y ¡ay de aquel que este

mal ha de probar, que muy mejor le fuera no haber nacido! Otros hay que, habiendo hecho muchos pecados, tornan sobre sí con el socorro de Dios, e hiriendo su corazón con dolor, y llenos de confusión y vergüenza, humíllanse delante de la misericordia de Dios, tanto con mayor humildad y gemido, cuanto han sido sus pecados más y mayores. Y como Dios tenga sus ojos puestos en el corazón contrito y humillado, y dé su gracia a los tales humildes, da mayor gracia a los más humildes; y la ocasión de ello fué haber pecado muchos pecados, los cuales ellos confiesan y gimen; mas no desesperan, y alegan delante la misericordia de Dios, que pues su miseria y daño es muy grande, sea con ellos la misericordia de El copiosa y muy grande; y así decía David: *Habe, Señor, misericordia de mí según tu gran misericordia.* Y como Dios, según hemos dicho, mira con ojos de misericordia al pecador contrito y humillado, da aquí mayor perdón y mayor gracia que donde no hay tantos pecados ni tanta humildad. Cumpliéndose lo que dijo San Pablo (Rom., V), que donde el pecado abundó, la gracia sobrepujó, y resulta la mayor caída del hombre en mayor alabanza de Dios, pues le da mayor perdón y más gracia.

¿Quién, pues, habrá que esto entienda que se desespere por tener muchas deudas, pues que ve que la liberalidad y merced del Señor es manifestada y más glorificada en dar mayor suelta, y que toma Dios por honra de su nombre el perdonar, y perdonar mucho? Antes, conociendo que es cosa justa que el Señor y su nombre sean glorificados, diremos, no con desesperación, mas muy confiados: *Por tu nombre, Señor, me perdonarás mi pecado, porque es mucho.* Y la gloria que de aquí Dios saca no nace de nuestro pecado, pues que de sí mismo es desprecio y desacato de Dios; mas procede de la omnipotente bondad divinal, que saca bien de los males, y hace que le sirvan sus enemigos con dar materia para que sus amigos le alaben. Acordaos, que estando el pueblo de Dios, cuando de Egipto salió, en muy grande aprieto, y que esperaban la muerte de mano de los enemigos que tras ellos venían, díjoles Moisés (Exodo, XIV): *No temáis,*

porque estos gitanos perecerán, y nunca más los veréis. Y como la mar ahogase a los gitanos y los echase a la orilla, paráronselos a mirar los hijos de Israel, y aunque los vieron, viéronlos muertos, y tan sin temor de mirarlos como si nunca más los miraran, y tomaron ocasión de dar gloria a quien los mató, y dijeron (Exodo, XV, 1): *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, que al caballo y al caballero ahogádolos ha en el mar.* Todo lo cual es figura de aquel aprieto en que nuestros pecados nos ponen, representándosenos como enemigos muy fuertes que nos quieren matar y tragar; mas la divina palabra, llena de toda buena esperanza, nos es fuerza diciendo que no desesperemos ni tornemos atrás a los vicios de Egipto, mas que siguiendo el propósito bueno con que comenzamos el camino de Dios, estemos en pie confortados con su socorro, para que veamos sus maravillas, las cuales son, que en la mar de su misericordia y en la sangre bermeja de Jesucristo su Hijo son ahogados nuestros pecados y también el demonio que caballero en ellos venía, para que ni él ni ellos nos puedan dañar; antes acordándonos de ellos, aunque nos duelan, como es razón, nos den ocasión que demos gracia y gloria al Señor Dios Nuestro por habernos sido piadoso Padre en nos perdonar y sapientísimo en sacar bienes de nuestros males, matando de verdad el pecado que nos mataba, y lo que queda vivo de él, que es la memoria de lo haber cometido, hace que sirva para que sus escogidos sean más aprovechados que antes y ensalzadores de la honra de Dios.

CAPÍTULO XXII

Donde se prosigue el tratar de la misericordia que el Señor usa con nosotros, venciendo Su Majestad nuestros enemigos por admirable manera.



ESTA admirable hazaña de Dios, que saca triaca de la ponzoña contra la misma ponzoña, sacando del pecado la destrucción del mismo pecado, nace y tiene semejanza de otra hazaña que el Altísimo hizo, no menor, sino mayor que ésta y que

todas: la cual fué la obra de su Encarnación y Pasión, en la cual no quiso Dios pelear con sus enemigos con armas de la grandeza de su Majestad, mas tomando las armas de nuestra bajeza, vistiéndose de carne humana, que aunque limpia de todo pecado, fué semejable a carne de pecado; pues fué sujeta a penas y muerte, lo cual el pecado metió en el mundo, y con estas penas y muerte que sin deberlas tomó, venció y destruyó nuestros pecados, destruídos los cuales, se destruyen penas y muerte que entraron por ellos, como si uno pegase fuego a un tronco de un árbol con los mismos ramos del árbol, y así quemase el tronco y los ramos. ¡Cuán engrandecida, Señor, es tu gloria; y con cuánta razón te debemos cantar y alabar mejor que al otro David, que salió al campo contra Goliath, que ponía en aprieto al pueblo de Dios, sin haber quien lo pudiese vencer ni aun osase entrar en campo con él! Mas tú, Señor, Rey nuestro y honra nuestra, disimulando las armas de tu omnipotencia y vida divina, que en cuanto Dios tienes, peleaste con él, tomando en tus manos el báculo de tu cruz y en tu santísimo Cuerpo cinco piedras, que son cinco llagas, lo venciste y lo mataste. Y aunque fueron cinco las piedras, con sola una bastaba para la victoria, porque aunque menos pasaras de lo que pasaste, había merecimientos en Ti para nos redimir. Mas Tú, Señor, quisiste que tu Redención fuese copiosa y que sobrase, para que así fuesen confortados los flacos y encendidos los tibios con ver el excesivo amor con que padeciste y mataste nuestros pecados, figurados en el Goliath, al cual mató David, no con espada propia que él llevase, mas con la misma que el gigante tenía, por lo cual la victoria fué más gloriosa y el enemigo más deshonrado.

Mucha honra ganará el Señor si con sus propias armas de vida y omnipotencia divina peleara con nuestros pecados y muerte, y los deshiciera; mas mucha más ganó en vencerlos sin sacar El su espada, antes tomando la misma espada y afecto del pecado, que son penas y muerte, condenó al pecado en la carne, ofreciéndo El su carne para que fuese penada y tratada como si fuera

carne de pecador, siendo carne de justo y de Dios, para que por esta vía, como dice San Pablo, la justificación de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos según la carne, mas según el espíritu. Y pues la justificación de la ley se cumple en nosotros por andar según el espíritu, claro es que estas tales obras con que se cumple la ley son cuales ella las pide, y con las cuales ella se satisface; y así consta haber falsamente hablado quien dijo que todas las obras que hacía un justo eran pecado (1). Cristo venció perfectamente al pecado, mereciéndonos perdón para los hechos y fuerza para no los hacer, y así libró nuestra ánima de la ley del pecado, pues no le tenemos ya por señor, y librónos del daño de las penas; pues que dándonos gracia para sufrirlas, satisfacemos con ellas la pena que en purgatorio debemos, y ganamos en el cielo coronas: y también nos libró de la ley de la muerte; porque aunque hayamos de pasar por ella, no hemos de permanecer en ella, mas como quien se echa a dormir, y después recuerda, nos ha el Señor de resucitar para vivir una vida que nunca más muera, y tan bien aventuturada que reformará el cuerpo de nuestra bajeza y lo hará conforme al cuerpo de su claridad, y entonces alegres y asegurados del todo, despreciando nuestros enemigos y triunfando, diremos (I Cor., XV, 55): *Muerte, ¿qué es de tu victoria? Muerte, ¿qué es de tu aguijón?* El cual es el pecado en quien la muerte tiene su fuerza para herir, como la abeja en su aguijón, pues por el pecado entró la muerte en el mundo. El un enemigo y el otro que solían enseñorearse y herir a las gentes, ahogados, quedan en la Sangre bendita de Jesucristo, y muertos con su muerte preciosa. Y en lugar de ellos sucede sempiterna justicia, con que el ánima aquí es justificada, y

(1) Alude a la doctrina luterana en orden a las acciones humanas, que condenó el Concilio Tridentino, imposibilitada entonces de penetrar en España merced a los robustos diques con que la mantenía el Monarca Prudente D. Felipe II, y que hoy corre suelta y sin freno alguno por toda la Península, gracias al *nuevo régimen* y modernas libertades reprobadas y anatematizadas por la Iglesia de Dios. (Nota de F. Montaña.)

después sucede vista de Dios, faz a faz en el cielo, y vida bienaventurada en cuerpo y en ánima para siempre. ¿Qué diremos a estas cosas, doncella, sino lo que nos enseña San Pablo diciendo (I Cor., XV, 57): *Gracias a Dios que nos dió victoria por Jesucristo, al cual adorad, y con corazón amoroso y agradecido decidle: «Toda la tierra te adore, y te cante y diga cantar a tu nombre», y decidlo muchas veces al día, y en especial cuando en el Altar es alzado su Sacratísimo Cuerpo por manos del sacerdote?*

CAPÍTULO XXIII

Del grande mal que hace en el ánima la desesperación, y cómo conviene vencer este enemigo con espiritual alegría, y diligencia y fervor en el servicio de Dios.

Es la desesperación y caimiento del corazón tiro tan peligroso de nuestro enemigo, que cuando yo me acuerdo de los muchos daños que por ella han venido a conciencias de muchos, deseo hablar algo más en el remedio de aqueste mal, si por ventura resultare a alguno provecho. Acaece así, que hay personas que andan cargadas con muchedumbre de grandes pecados, y ni saben qué es desesperación, ni aun un poco de temor, ni les pasa por pensamiento, sino andan asegurados con una falsa esperanza y presunción loca, ofendiendo a Dios y no temiendo castigo. Y si la misericordia de Dios luce en sus ánimas y comienzan a ver la graveza de sus males, siendo razón, que pues piden a Dios misericordia con deseo de enmienda, y reciben el beneficio y consuelo de los Sacramentos, con esto estuviesen forzados para contra lo pasado; y para lo que en el camino de Dios se les pudiese ofrecer, tienen extremo de demasiado temor, como antes lo tenían de falsa seguridad; no entendiendo que los que a Dios ofenden y no se arrepienten, tienen por qué temer y temblar, aunque todo el mundo les favorezca, pues tienen provocada contra sí la ira del Omnipotente, al cual no hay quien resista, y que los que se humillan a Dios y reciben sus santos Sacramentos y quieren hacer su voluntad, deben

tener, como dicen, un ánima de león, pues les está mandado que con estas prendas confíen que Dios es con ellos, al cual como lo tienen por enemigo de malos, y por haberlo ellos sido, por eso temen, es mucha razón que lo tengan por amigo de buenos, y que por aquella buena voluntad que les ha dado pueden confiar que lo es de ellos, y lo será acrecentado el bien que El mismo plantó, y perfeccionando lo que comenzó. Cierto es así, que en diciendo un hombre de verdad lo que decía David (Psalm. CXVIII, 48): *Alcé mis manos para obrar tus Mandamientos, que yo amé; pone Dios sus ojos y corazón donde el hombre pone sus manos para favorecer al tal hombre.* Y como quien es bueno por infinita bondad, acoge debajo su amparo y de su bando al que quiere pelear por su honra, haciendo guerra a sí mismo por dar contentamiento a Dios.

Y aunque es verdad que cuando el hombre comienza a servir a Dios con llamamiento particular suyo, que le incite a, despreciadas todas las cosas, buscar la margarita del Evangelio con perfección de vida espiritual, se levantan contra el tal hombre tales asechanzas y guerras de los demonios por sí y por medio de los malos hombres, y le ponen en tal aprieto que al primer paso que se levanta de la tierra y pone el pie en la primera de las quince gradas para subir a la perfección, es constreñido a decir (Psalm. CXVII, 1): *Como fuese atribulado, llamé al Señor y oyóme: Señor, libra mi ánima de los labios malos y lengua engañosa.* Labios malos son los que abiertamente impiden el bien, y lengua engañosa la que solapadamente quiere engañar. Y algunas veces se ofrecen, o lo parece, tan grandes impedimentos para salir con lo comenzado, que son semejables a aquellos grandes gigantes que decían los hijos de Israel (Núm. XIII): *Comparados nosotros a ellos, somos como unas pequeñas langostas.* Y *parecen los muros de la ciudad que hemos de combatir llegar con su alteza a los cielos, y que la tierra que allí hay traga a sus moradores;* mas con todo esto debéis mirar, y miremos todos con ojos abiertos cuánto desagradó a Dios el desmayo y desesperación que los

hijos de Israel tuvieron con estas cosas ya dichas, pues que los pecados que en el desierto habían hecho, aunque eran muchos y grandes, y uno de ellos fué adorar por Dios al Becerro, que parece no poder más crecer la maldad; todo esto les sufrió Dios, y les dió su favor para proseguir la empresa comenzada, y no les sufrió la desconfianza y desesperación de su misericordia y poder que tuvieron, y les juró en su enojo, como dice David (Psalm. XCIV), que no entrarían en su holganza, y como lo juró lo cumplió. ¿No os parece que tenemos razón para maldecir este vicio contrario a la honra de la bondad divina, la cual es mayor que nuestra maldad, cuanto Dios es mayor que el hombre? (Psalm. V, 9.) Y tened por cierto, que como el camino de la perfecta virtud sea una muy reñida batalla, y con enemigos muy fuertes dentro de nos y fuera de nos, no puede llevar consigo quien comienza esta guerra cosa más perjudicial que la pusilanimidad de corazón, pues quien ésta tiene, de las sombras suele huir.

Con mucha causa mandaba Dios en tiempos pasados que cuando su pueblo estuviese en la guerra, antes que comenzasen a pelear, sus sacerdotes esforzasen al pueblo, no con esfuerzos humanos de muchedumbre de gentes y de armas, mas con la sombra del Señor de los ejércitos, en cuya mano está la victoria, el cual suele vencer los altos gigantes con las pequeñas langostas, para gloria de su santo nombre. Y conforme a esto que Dios mandaba, dice aquel valeroso San Pablo a los que quieren entrar en la guerra espiritual (Ephes., IV): *Confortaos en el Señor y en el poder de su fortaleza, para que así confortados peleen las peleas de Dios con alegría y esfuerzo.* Como de Judas Macabeo se lee, que peleaba con alegría, y así vencía. Y San Antón, hombre experimentado en las espirituales guerras, solía decir *que la alegría espiritual es admirable y poderoso remedio para vencer a nuestro enemigo.* Que cierto es, que el deleite que se toma en la obra acrecienta fuerzas para la hacer. Y por esto San Pablo nos amonesta (Philip., IV): *Gozaos siempre en el Señor.* Y de San Francisco se lee que reprendía a los frai-

les que veía andar tristes y mustios, y les decía: *No debe el que a Dios sirve estar de esta manera si no es por haber cometido algún pecado; si tú lo has hecho, confiésate, y torna a tu alegría.* Y de Santo Domingo se lee parecer en su faz una alegre serenidad que daba testimonio de su alegría interior, la cual suele nacer del amor del Señor y de la viva esperanza de su misericordia, con la cual puede llevar acuestas su cruz, no sólo con paciencia, mas con alegría, como lo hicieron aquellos que les robaron los bienes y quedaron alegres; y la causa fué porque aposentaron en su corazón que tenían mejor hacienda en el cielo; experimentando lo que dijo San Pablo (Rom., XII): *Gozosos en la esperanza, y sufridos en la tribulación;* porque sin lo primero, mal se puede haber en lo segundo. Mas cuando este vigor y alegría falta, es cosa digna de compasión ver lo que pasan personas que andan en el camino de Dios, llenos de tristeza desaprovechada, anhelados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, y con tan poca confianza de la misericordia de Dios que por poco no tendrían ninguna. Y muchos hay de éstos que no cometen pecados mortales, o muy raramente; mas dicen, que por no servir a Dios como deben y como desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera.

Como en la verdad sean tales las cosas que se siguen de aquella pena demasiada, que les daña mucho más lo que de la culpa sucede, que la misma culpa que cometieron. Y lo que pudieran atajar si prudencia y esfuerzo tuvieran, lo hacen crecer, y de un mal caen en otro. Deben éstos procurar y trabajar de servir a Dios con toda diligencia; mas si se vieren caídos, lloren, mas no desconfíen: y conociendo ser más flacos de lo que pensaban, humíllense más, y pidan más gracia, y vivan con mayor cautela, tomando avisos de una vez para otra. Y hacen muchos al revés de esto, que son descuidados y perezosos en servir a Dios, y en cayendo en la culpa no se saben valer, sino dan consigo en el pozo de la desconfianza y de mayor negligencia; como en la verdad la principal

causa para evitar la desesperación sea evitar la tibieza y descuido en el servicio de Dios, porque habiendo estas raíces, quiera el hombre, o no, no puede tener aquel vigor de corazón y esfuerzo que de la buena y diligente vida se sigue. Y si éstos considerasen que pasan mayor trabajo con estos sentimientos tristes y desesperados que de la tristeza se siguen, que pasarían en cortar de raíz las malas afecciones y peligrosas ocasiones que los impiden de servir a Dios con fervor, y ya que fuesen amigos de huir trabajos, habían de elegir los que tienen anejos a la perfecta virtud, por huir los que se siguen a la falta de ella. San Pablo dice (Tim., IV): *Fin del mandamiento es la caridad que procede de puro corazón y conciencia buena y fe no fingida.* Y llama conciencia buena, como dice San Agustín, *a la esperanza*, para darnos a entender que si no buena conciencia, teniendo fe y amor y buenas obras, que de aquí proceden, no habrá viva esperanza que nos dé alegría: y si hay alguna falta en la buena conciencia, habrála también en el conforte y alegría que se causan por la perfecta esperanza, porque aunque no muera, pues el tal hombre está en gracia, mas en fin obrará flacamente. Así que los que dicen: «cree que Dios te perdona y te ama, y serás perdonado y amado», y otras semejantes palabras a éstas, muy gravemente se engañan, y dan testimonio que hablan de imaginación, y no de experiencia ni según la fe (1). Y aquellos tales esfuerzos, como no son de Dios, no pueden tener en pie al hombre cuando se ofrece tribulación que sea de verdad. El esfuerzo del corazón, el gozo de la buena conciencia, frutos de la buena vida son; el cual hallan dentro de sí los que bien viven, aunque no miren en ello: y cuanto más crece lo uno, más crece lo otro. Y de causa contra-

(1) Igualmente alude el Beato y refuta aquí la idea herética protestante de Lutero, quien con sus desventurados seguidores predicaba por escrito y de palabra que *sólo* la fe basta para salvarse (proposición condenada en Trento) sin tener en cuenta la doctrina de Santiago, que *la fe sin obras es cosa muerta.* (Nota de F. Montaña.)

ria se sigue el efecto contrario, según está escrito (Ecclesiastés, III): *El corazón malo da tristeza, y de ésta nace la desconfianza y otros males con ella.*

CAPÍTULO XXIV

De dos remedios para cobrar esperanza en el camino del Señor, y que conviene no acobardarnos, aunque el remedio de la tentación se dilate: y cómo hay corazones que no se saben humillar sino con golpes de tribulaciones, y por eso los conviene ser así curados.



o que de todo esto habéis de sacar es, que pues tanto os conviene andar confortada con la buena esperanza y alegre en el servicio de Dios, procuréis para ello dos cosas. La una, la consideración de la bondad y amor divinal, que en darnos a Jesucristo por nuestro se nos manifiesta. Y la otra, que echando de vos toda pereza y tibieza, sirváis con diligencia a Nuestro Señor: y cuando en alguna culpa cayéredes, que no os desmayéis con desconfianza, mas que procuréis el remedio y esperéis el perdón. Y si muchas veces cayéredes, muchas procuréis os levantar; porque ninguna razón sufre que vos os canséis de recibir el perdón, pues Dios no se cansa de os lo dar; que quien mandó que perdonásemos a nuestros prójimos (Matth., XVIII) no sólo siete veces al día, mas setenta veces siete, que quiere decir, *que perdonemos sin tasa*, muy mejor dará el Señor su perdón cuantas veces le fuere pedido; pues su bondad es mayor y está puesta por ejemplo, a la cual sigamos nosotros; y si la entereza de vida y remedio que vos deseáis no viene tan presto como querríades, no por eso penséis que nunca os ha de venir, y no seáis semejable a los que dijeron: «Si en cinco días no enviare Dios remedio, darnos hemos a nuestros enemigos», porque con mucha razón reprendió a estos tales la Santa Judith, y les dijo (Judith, VII): *¿Quién sois vosotros, que tentáis al Señor?* No es tal palabra como ésta para provocarle a misericordia, mas antes para despertar su ira y encender su furor. ¿Habéis vosotros señalado tiempo de la misericordia del Señor? ¿Y habéis señaládole día conforme

a vuestra voluntad? Aprended, pues, a esperar al Señor hasta que venga con su misericordia, y no os canséis de padecer, pues os va en ello la vida (Luc., V). Y si los aprietos grandes os enflaquecen la esperanza, ellos mismos os la deben esforzar, porque suelen ser vísperas del remedio; pues la honra del Señor para librar es cuando la tribulación ha mucho tiempo durado; y en el presente aprieta más, como parece en sus discípulos, a los cuales dejó padecer tres partes de la noche, y a la postrera los consoló. Y a su pueblo libró del cautiverio de Egipto (Exodo, XX) cuando estaba más crecida la tribulación que padecía; y así hará a vos cuando no penséis. Y si os parece que quisiérades tener una vida muy santa y perfecta y que toda ella diera gloria al Señor, sabed que hay personas tan soberbias y yertas, que no se saben humillar sino a costa de tentaciones y de desconsuelos, y aun de caídas. Y son tan flojas, que no andan el camino de Dios con diligencia, sino a poder de muchas espoladas. Y tienen un corazón tan duro, que han menester para quebrantarlo tener muchos males. Y no saben tener discreción ni cautela, sino después de haber muchas veces errado; en fin, tienen un corazón que con pocos bienes se hincha y hace vano, y han menester muchos males para andar humillados para con Dios y los prójimos. Y la cura de estos males ya vos veis que no puede ser sino con cauterios de fuego, de permitir Dios desconsuelos e ignorancias, y aun pecados, para que así lastimados se humillen y sean libres de los males ya dichos. Dice el Profeta Micheas (Mic., IV): *Vendrás hasta Babilonia, y allí serás librado, y te redimirá Dios de la mano de tus enemigos;* porque en la confusión de estas caídas y vida se suele el hombre humillar y buscar el remedio de Dios y hallar, lo que por ventura a no haber caído lo perdiera por soberbia, o no lo buscara con diligencia o dolor. Gracias, Señor, a Ti para siempre, que de males tan perjudiciales sueles sacar bienes del cielo, y que tan bien eres glorificado en perdonar pecadores como lo eres en hacer justos y tenerlos en pie. Y salvas por vía de corazón contrito y humillado al que no fué para servirte

con lealtad. Y haces que los pecados den ocasión a que el hombre sea humilde, cauto y diligente; y que como Tú dijiste (Luc., VII): *A quien más sueltan, más ame.* Y así se cumple lo que dijo tu Apóstol, que misericordia en justicia hace parecer más ilustre tu justicia, pues parece mayor tu bondad en perdonar y salvar a los que han pecado y se tornan a Ti. Y en otra parte dijo (Rom., VIII) *que los que aman a Dios, todas las cosas se les tornan en bien,* y aún los pecados que han hecho, como dice San Agustín; lo cual no toméis por ocasión de tibieza, ni de pecar fácilmente, pues por ninguna cosa se debe hacer; mas para que si tal desdicha os viniere que ofendáis a Nuestro Señor, no hagáis otro peor mal en desconfiar de su misericordia.

CAPÍTULO XXV

Cómo el demonio procura traer a desesperación poniendo tentaciones contra la fe y cosas de Dios, y de los remedios que habemos de usar contra estas tentaciones.



TRAS veces suele el demonio hacer desmayar trayendo pensamientos contra la fe, o muy sucios y abominables contra las cosas de Dios, y hace entender al que los tiene que salen de El y que El los quiere. Y con esto atribúlale de tal manera, que le quita toda la alegría del ánima y le hace entender que está desechado de Dios y condenado de El, y pónele gana de desesperar, diciéndole que no puede parar en otra parte sino en el infierno, pues ya tiene blasfemias y cosas semejables a las de allá. No es tan necio el demonio que no se le entiende que un cristiano católico no ha de venir a consentir en cosas tan aborrecibles a su cristiano corazón; mas su intento es desmayarle para que así pierda la confianza que en Dios tenía, y trabajado con tales importunidades venga a perder la paciencia, y así traiga el corazón alborotado y desabrido, que es cosa de que los demonios suelen sacar mucha ganancia, por el aparejo que tienen de imprimir cualquier mal en tal corazón. Lo primero que entonces debemos hacer, si

no está hecho, es mirar con cuidado y muy de reposo nuestra conciencia y limpiarla con la confesión de todo lo malo que en ella sintiéremos, y ponerla en concierto, ni más ni menos que si aquel día hubiésemos de morir, y de allí adelante vivir con mayor cuidado que antes en servir a Nuestro Señor; porque acaece algunas veces permitir el soberano Juez que nos vengan estas cosas tan espantables contra nuestra voluntad en castigo de otras en que caemos por nuestra propia voluntad y descuido que en su servicio tenemos, lo cual el Señor quiere curar con azote que tanto duele, para que, lastimados con él, dejemos de pacer en las cosas vedadas y aguijemos en nuestro camino, como lo suele hacer un animal sin razón cuando es azotado de quien camina tras él. Aunque otras veces envía el Señor este tormento por otros fines que su alta sabiduría sabe; mas ahora sea el azote enviado por uno u otro fin, debe cada uno hacer lo que es dicho, de purificar su conciencia e ir diligente en el servicio de Dios, pues este remedio a ninguna cosa daña y para todo es de provecho: y luego, confiado en la misericordia de Dios y pidiéndole su socorro, ya que no puede dejar de oír este lenguaje, pues el demonio, aunque no queramos, puede traernos pensamientos y hablas interiores, a lo menos haga el hombre como que no los oye, y estése en su paz, sin desmayarse con ellos y sin tomarse a palabras ni respuestas con el enemigo, según dice David (Psalm. XXXVII): *Yo como sordo no oía y como mudo que no abre su boca.* Dificultoso es esto de creer a los que poco saben de las astucias del demonio, los cuales si no dejan de pensar o hacer el bien que hacían, y se ocupan de oír y andar matando las moscas de los tales pensamientos, piensan que por el mismo hecho les han dado consentimiento. Y no saben que va mucha diferencia de sentirlos a consentirlos, y que mientras más los tales pensamientos son tan abominables, tanto más pueden confiar en Nuestro Señor, que El los guardará de consentir en males tan grandes, y a los cuales ninguna inclinación tienen, antes sí aborrecimiento. Y así el mejor remedio es no curar de ellos, con una sosegada disimula-

ción, pues que no hay cosa que más lastime al demonio, como a soberbio, que el despreciarle tan despreciado que ningún caso hagamos de él ni de lo que nos trae; ni hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar, y a bien librar, hácenos perder tiempo y dejar de proseguir el bien que hacíamos. Y por esto debemos cerrarle la puerta de nuestro entendimiento cuan fuerte pudiéremos, y unirnos con Dios, y no responder a nuestro enemigo.

Y para nuestro consuelo y satisfacción debemos decir algunas veces al día que creemos lo que cree nuestra Madre la Iglesia, y que no es nuestra voluntad consentir en pensamiento falso ni sucio: y decir al Señor lo que está escrito (Isai, XXVIII): *Señor, fuerza padezco, responded Vos por mí*, y confiar en su misericordia que así lo hará, porque la victoria de nuestra pelea no está colgada de menear nuestros brazos a solas, mas lo principal de ella es invocar al Señor todopoderoso y acogernos nosotros a El; porque si muchas hablas y respuestas tenemos con nuestros enemigos, ¿cómo le diremos a Dios que responda por nos? *Vosotros callaréis*—dice la Escritura (Exodo, XIV)—*y el Señor peleará por vosotros*. Y en otra parte dice Isaías (cap. XXX): *En silencio y esperanza será vuestra fortaleza*, y en faltando cualquiera de estas dos cosas, luego el hombre se enflaquece y se turba: y con este callar con disimulación y buena esperanza he visto a muchas personas haber sanado en el breve tiempo de aqueste mal trabajoso, y haber el demonio callado, viendo que ni le oían, ni respondían, como lo suelen hacer los perrillos que ladran, que si el hombre pasa y calla, también callan ellos, y si no, más ladran ellos.

CAPÍTULO XXVI

Cómo pretende el demonio en las sobredichas tentaciones apartarnos de la devoción y buenos ejercicios, y que el remedio es crecer en ellos, dejando la demasiada codicia de los dulces sentimientos del ánima, y por qué fin se pueden éstos desear.



AS dirá algún flaco: quítanme estos malos pensamientos la devoción y suélenme venir cuando yo más me llego a la devoción y a las buenas obras, y por no oír tales cosas me da gana algunas veces de dejar el bien comenzado. Mas la respuesta está clara, que eso mismo es por lo que el demonio andaba, aunque iba por rodeo de traer pensamientos diferentes de aqueso; mas debéis antes crecer en el bien que menguar, como persona que adrede lo hace por hacer ir al demonio con pérdida de lo que pensó llevar ganancia. Y si faltare ternura de devoción, no te penes por ello, pues no se miden nuestros servicios sino por el amor, el cual no es devoción tierna, mas un libre ofrecimiento y propósito de nuestra voluntad para hacer lo que Dios y su Iglesia quieren que hagamos, y para pasar lo que El quiere que padezcamos por darle contentamiento a El. Y si algunos que parece que dejan lo que en el mundo tienen por servir a Dios, dejasen también la desordenada codicia de los dulces sentimientos del ánima, vivirían más alegres de lo que viven, y no hallaría el demonio cabellos de codicias de que asirles para traerles alrededor, lastimarlos y aun engañarlos. Desnudo murió Jesucristo en la cruz, desnudos nos hemos de ofrecer nosotros a El. Y nuestra vestidura sola ha de ser hacer su santa voluntad, según está declarada en los Mandamientos de El y de su Iglesia, y recibir con amorosa obediencia lo que El nos quisiere enviar, por duro que sea. Igualmente hemos de tomar de su mano la tentación y la consolación, y darle gracias por uno y por otro; San Pablo dice (Ephes., V), *que en todas las cosas demos gracias a Dios.* Porque como la señal del buen cristiano es amar por amor de Dios a quien le hace mal, pues al bienhechor quienquiera

le ama, así el dar gracias a Dios en la adversidad, no mirando lo áspero que de fuera parece, mas la merced escondida que debajo de aquello Dios nos envía, es señal de hombre que tiene otros ojos que los de carne, y que ama a Dios, pues en lo que le duele se conforma con su voluntad. Y así no hemos de estar asidos a los flacos ramos de nuestros deseos, aunque nos parezcan buenos, mas a la fuerte columna de la divina voluntad, para que obedeciéndola, según hemos dicho, participemos a nuestro modo del sosiego e inmutabilidad que ella tiene, y evitemos las muchas mudanzas que en nuestro corazón hemos de sentir si en él hay codicia. Cierto, poca diferencia va de servir uno a Cristo por dineros, o por consolaciones y gustos del ánima, por cielo o por tierra, si el postrer paradero es codicia mía. Lucifer, según muchos Doctores dicen, deseó la bienaventuranza; mas porque no la deseó como debía y de quien debía, y que se le diese cuando Dios quería, no le aprovechó, que lo que deseaba era bueno, mas pecó por no desearlo bien, y así fué codicia y no buen deseo. Pues de esta manera os digo que no estemos asidos con ahinco y desorden a gustos espirituales; mas ofrecidos a la cruz del Señor, tomar de buena gana lo que nos diere, sea miel dulce o hiel y vinagre.

Ni tampoco he dicho esto porque estas cosas de sí sean malas ni desaprovechadas, si de ellas se sabe usar y se reciben, no para parar en ellas, mas para tener mayor aliento en el servicio de Dios, especialmente para los que comienzan, los cuales ordinariamente han menester, conforme a su edad, leche de niños, y quien los quisiere criar con manjar de grandes y en un día hacerlos perfectos, errarlo ha mucho, y en lugar de aprovechar dañará. Tiene cada edad su condición y su fuerza, conforme a la cual se ha de dar su mantenimiento: y como dice el experimentado y santo Bernardo, *el camino de la perfección no se ha de volar, sino pasear.* Ni piense nadie que es todo uno, entenderla y tenerla. Y, por tanto, si el Señor da estas consolaciones, recíbanse para llevar su cruz con mayores fuerzas, pues que es su costumbre consolar discí-

pulos en el monte Tábor, para que no se turben en la persecución de la cruz. Y ordinariamente, primero que entre la hiel de la tribulación, envía miel de consolación, y nunca vi estar mal ni tener en poco las consolaciones espirituales, sino a quien ha experimentado qué son. Mas si el Señor nos quisiese llevar por camino de desconsuelos y que oigamos el penoso lenguaje de que estamos hablando, no nos debemos desmayar por cosa que El nos envía, mas beber con paciencia el cáliz que el Padre nos da, y porque El nos lo da, y pedirle fuerzas para que le obedezca nuestra flaqueza. Ni tampoco penséis que os enseño que se puede excusar el gozo cuando el Señor nos visita, o dejar de sentir su ausencia y el ser entregados a nuestros enemigos para ser de ellos tentados y atribulados; mas lo que os quiero decir es que procuremos con las fuerzas que Dios nos diere de nos conformar con su santa voluntad con obediencia y sosiego, y no seguir la nuestra, de la cual por fuerza se han de seguir desconsuelos y desconfianzas y cosas de aquestas. Suplicad al Señor nos abra los ojos, que más claro que la luz del sol veríamos que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy baja cosa para desear ni gozar, si de ella se apartase la voluntad del Señor. Y que no hay cosa por pequeña y amarga que sea, que si a ella se junta la voluntad del Señor, no sea de mucho valor. Más vale sin comparación estar en trabajos, si el Señor lo manda, que estar en el cielo sin su querer.

Y si una vez de verdad desterrásemos de nosotros nuestra secreta codicia, caerían con ella muchos malos frutos que de ella proceden, y cogeríamos otros más valerosos de gozo y de paz que de la unión con la divina voluntad suelen venir, y tan firmes, que aun la misma tribulación no nos los puede quitar, pues aunque los tales se sientan atribulados y desamparados, mas no por eso desesperados ni muy turbados, porque conocen ser aquel el camino de la cruz, a la cual ellos se han ofrecido, y por el cual Cristo anduvo; como parece que estando en la cruz dijo a su Padre: *Dios mío ¿por qué me desamparaste?* (Matheo, XXVII). Mas poco después dijo: *En tus*

manos, Padre, encomiendo el espíritu mío. (Joann., XVI). El Señor dijo: *Otra vez os veré, y gozarse ha vuestro corazón y vuestro gozo ninguno os lo quitará;* porque quien de este estado goza, no hay tribulación que allá en lo de dentro del ánima le desasosiegue notablemente, porque allá dentro está muy unido con la voluntad del que lo envía: y si así lo hiciésemos, engañaríamos al engañador, que es el demonio, pues que no desmayándonos ni tornando atrás del bien comenzado por el mal lenguaje que él nos traía, antes tomando lo que el Señor nos envía con obediencia y hacimiento de gracias, salimos sin daño de esta pelea, aunque dure toda la vida, y aun con mayor provecho que antes teníamos, pues que nos dió ocasión para ganar en el cielo coronas, en galardón de la conformidad que con la voluntad del Señor tuvimos, sin curar de la nuestra, aun en lo que muy penoso nos era.

CAPÍTULO XXVII

Que el vencimiento de las tentaciones dichas está más en tener paciencia para las sufrir y esperanza del favor del Señor, que en la fuerza de querer hacer que no vengan.



STE vencimiento de que hemos hablado, más viene por maña de tener paciencia en lo que nos viene, que por fuerza de querer hacer que no nos venga. Y por eso dice el Esposo en los Cantares (Cant., II): *Cazadnos las pequeñuelas zorras que destruyen las viñas, porque nuestra viña ha florecido.* La viña de Cristo nuestra ánima es, plantada por su mano y regada con su sangre. Esta florece cuando pasado el tiempo en que fué estéril comienza nueva vida y fructifica al que la plantó.

Mas porque a los tales principios suelen acechar estas y otras tentaciones del astuto demonio, por esto nos amonesta el Esposo florecido, que pues nuestra ánima, viña suya, ha florecido, procuremos de las cazar: en la cual palabra da a entender que ha de ser por maña, como hemos dicho. Y en decir que son zorras, da a entender que vienen solapadas, y que pareciendo que tiran a una parte

hieren en otra, y en decir pequeñuelas, da a entender que no son mucho de temer para quien las conoce; porque el conocerlas, es vencerlas del todo o enflaquecerlas. Y en decir que destruyen las viñas, da a entender que hacen mucho daño en los hombres que no las conocen; porque amedrentados y desconfiados de salir con el negocio de Dios, dejan su camino, y con miserable consejo danse abiertamente a pecar, pareciéndoles que hallan más paz por el camino ancho de la perdición que por el estrecho de la virtud que lleva a la vida. Y los fines de éstos, si al buen camino no tornan, muchas veces es tal, que trae muy ciertas señales de eterna perdición, como la Escritura dice (Eccl., XVI): *Al que se pasa de la justicia al pecado, Dios le aparejó para el cuchillo,* que quiere decir, *para el infierno.* Debieran éstos mirar que así como los gabaonitas, por haber hecho amistades con Josué (Josué X), fueron cercados y perseguidos de los enemigos, y siendo llamado Josué de ellos para que los socorriese, los socorrió y libertó, teniendo la causa por suya, pues por haber hecho paces con él eran perseguidos de los enemigos, así en comenzando los que sirven a Dios a ser de su bando, luego son perseguidos de los demonios como antes no eran: lo cual parece en que si quisiesen dejar el bando de Cristo cesaría contra ellos la persecución comenzada; y si la padecen, por tener en pie el bando de Cristo la padecen, lo cual es una merced muy particular que Dios hace, como dice San Pablo (Philip., I): *A vosotros es dado por Cristo, no solamente que creáis en El, mas que padezcáis por El.* Y si los ángeles del cielo pudiesen haber envidia de los hombres de la tierra, de esto la habrían, de que padecen por Dios: y aunque por palabra de Dios está prometida corona al varón que sufre tentación y fuere probado en ella (Jacob., I); el cual galardón es muy bien hecho que lo consideremos y deseemos, para con mayores alientos no ser tibios en el obrar ni flacos en el padecer, según se dice de Moisés, que miraba al galardón, y David también; mas el verdadero y perfecto amor del Señor crucificado estima en tanto el conformarse con él, que tiene por muy gran merced y galardón el

padecer por su Dios; porque, como dice San Agustín, *dichosa es la injuria de la cual Dios es causa.* Y pues no hay hombre que no ampare al que padece porque le entró a servir, mucho más se debe esperar esto de la Bondad divinal, y que tomará la causa por suya, según David lo pedía (Psalm. LXXIII, 22): *Levántate, Señor, y juzga tu causa, y acuérdate de tus injurias que el insipiente dice contra Ti todo el día.* A Dios toca el negocio que el que le sirve pretende; y por eso Dios sale a él con gran lealtad, y en esta esperanza y no en la nuestra hemos de osar emprender la empresa del servicio de Dios.

CAPÍTULO XXVIII

Del grande remedio que es contra las tentaciones buscar un confesor sabio y experimentado a quien se dé entera cuenta y crédito, y lo que el confesor debe hacer con los tales, y del fruto de estas tentaciones.

SUELE a los que estas tentaciones tienen dar mucha pena el haberlas de decir abiertamente a su confesor, por ser cosas tan feas y malas que no merecen ser tomadas en lengua y que sólo nombrarlas causa desmayo. Y, por otra parte, si no las dicen muy por extenso y no relatan cada pensamiento por menudo que sea, paréceles no ir bien confesados, y así nunca van satisfechos, ora lo digan, ora lo callen, mas con más tristeza de la que trajeron. Deben las tales personas buscar un confesor sabio y experimentado y darle a entender las raíces de la tentación, de manera que él quede satisfecho y entienda el negocio, y darle muy entero crédito en lo que dijere, porque en esto consiste el remedio de estas personas que, o por su poco saber, o por estar apasionados, no son parte para ser buenos jueces de sí.

Y el tal confesor debe orar mucho al Señor por la salud de su enfermo, y no cansarse porque le pregunte el tal penitente muchas veces una misma cosa, ni por otras flaquezas que suelen tener, de las cuales no se espante, ni le desprecie por ellas; *mas háyale compasión entrañable,*

corrijale en espíritu de blandura, como dice San Pablo (Galat., VI), porque no sea él también tentado en aquello o en otro, y venga a probar a su costa cuánta es la humana flaqueza. Encomiéndele la enmienda de la vida y que tome los remedios de los Sacramentos, y dele a entender que ningún pensamiento hay tan sucio ni tan malo que pueda ensuciar el ánima si no lo consiente; y dele buena esperanza de la misericordia de Nuestro Señor, que a su tiempo le librará, y que entre tanto sufra este tormento de sayones en descuento de sus pecados y por lo que Jesucristo pasó. Y así confortado el penitente, y llevando su cruz con buena paciencia y ofreciéndose a la voluntad de Nuestro Señor para llevarla toda la vida, si El fuere de ello servido, ganará más con aquella hiel y vinagre que el demonio le da, que con la miel de devoción que él deseaba. Y sucede de aquí que, estando nuestra ánima en flor de principios, comience a dar fruto de hombres perfectos, pues mamando antes leche de devoción tierna comemos ya pan con corteza, manteniéndonos con las piedras duras de las tentaciones, las cuales él nos traía para probarnos si éramos hijos de Dios, como hizo con Nuestro Señor (Matth., IV). Y así sacamos de la ponzoña miel, y de las heridas salud, y de las tentaciones salimos probados, con otros millones de bienes, los cuales no hemos de agradecer al demonio, cuya voluntad no es fabricarnos coronas, sino cadenas; mas hémoslo de agradecer a aquel Sumo y Omnipotente Bien, Dios, el cual no dejará acaecer mal ninguno sino para sacar bien por más alta manera, ni dejaría a nuestro enemigo y suyo atribular a nosotros sino para gran confusión del enemigo que atribula y bien del atribulado, según está escrito (Psalm., II): *Que Dios hará burla de los burladores, y el que mora en el cielo se mofará de ellos;* porque aunque este dragón juega y burla en la mar de este mundo tentando y amartillando a los siervos de Dios, hace Dios burla de él, porque saca bien de sus males; y mientras él piensa más dañar a los buenos, más provecho les hace, de lo cual él queda tan corrido y burlado que por su soberbia y envidia no quisiera haber comenzado tal juego, que sa-

lió tan a provecho de los que él mal quería: y la maldad y lazo que a otros armó, cayó sobre su cabeza, y queda muerto de envidia de ver que los que él tentó, van libres y cantando con alegría (Psalm. CXXIII): *El lazo ha sido quebrado, y nosotros quedamos libres; nuestra ayuda es del Señor, que hizo el cielo y la tierra.*

CAPÍTULO XXIX

Cómo el demonio procura con medios exteriores quitarnos de los buenos ejercicios, y cómo conviene confortar el corazón con la confianza del Señor para lo vencer, y de otras cosas que ayudan para quitar este miedo, y del fruto de esta tentación.

Es tanta la envidia que de nuestro bien tienen los demonios, que todas las vías tientan para que no gocemos de lo que ellos perdieron. Y cuando en una batalla van de nosotros vencidos, y por mejor decir, de Dios en nosotros, mueven otra y otras, para si alguna vez hallaren algún descuidado a quien traguen. Mudan armas y género de batalla, pensando que a los que no vencieron en una, vencerán en otra; por lo cual, después que han visto que por astucia no os han podido empecer por estar enseñados con la verdadera doctrina cristiana, que nos enseña a ponernos en el justísimo querer del Señor, y sufrir con paciencia lo que nos envía de dentro o de fuera, intentan guerra más descubierta, haciéndose león feroz el que antes era dragón escondido. Ya nos tienta de uno y va a parar en otro: más claramente se quiere hacer temer, pensando alcanzar por espanto lo que por arte no pudo. Aquí no le verán hecho zorra, mas león fiero, que con su bramido quiere espantar, como dice San Pedro (I Petr., V): *Hermanos, sed templados y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león bramando rodea, buscando a quien trague, al cual resistid fuertes en la fe.*

No deben ser destemplados ni descuidados los que tienen tal enemigo, y mucho conviene velar y orar al verdadero Pastor Jesucristo las ovejas que se ven cercadas de león tan bravo. Mas ¿qué son las armas con que se

vence este enemigo para que vaya confundido de esta guerra como de la pasada? Estas son, como dice San Pedro y San Pablo, *la fe*. Porque cuando un ánima con el amor de Dios, que es vida de la fe, desprecia lo próspero y adverso del mundo y cree y confía en Dios, al cual no ve, no hay por donde el demonio le entre. Y también como esta lumbre de fe enseña a confiar, cuando hay peligros, en la misericordia de Dios, si el tal combatido se quiere aprovechar de ella, cobra grande ánimo para pelear contra el demonio, que es cosa muy necesaria para esta guerra; porque si el medroso de corazón no era bueno para la guerra de los enemigos visibles, y por esto mandaba Dios que se tornase de la guerra, cuánto menos será para pelear, no contra carne y sangre, mas contra los demonios, príncipes de las tinieblas, como dice San Pablo: *Y aunque delante el acatamiento de Dios debemos estar postrados, y temiendo no nos desampare El por nuestros pecados,* mas en el tiempo de la guerra que nuestro enemigo nos acomete, en todo caso conviene que estemos con ánimo esforzado, despreciándolo a El, y llamando a Nuestro Señor. De esta manera leemos (Marc., XIV) que el mismo Señor oró a su Padre antes de su prendimiento, postrado y con angustia de corazón. Y de allí salió tan esforzado, que El mismo fué a recibir a sus enemigos. El principal intento del demonio en esta batalla es quitar el esfuerzo del corazón para que por esta vía se deje el bien comenzado. Lo cual él procura, tomando unas veces figura de dragón, o de toro, o de otros animales, y estorbando la oración con estruendos, e impidiendo el reposo del sueño, como al santo Job (cap. VII) se lee que hacía, y echando un entrañable temor en el hombre, que aunque sea esforzado le hace temblar, y otras veces sudar con angustia y cosas semejables a éstas, que dan testimonio que anda por allí este lobo infernal. Claro es, que, pues que todo el ardid de su guerra sea por vía de miedo, las armas principales que hemos de tener, son esfuerzo del corazón confortado, no con nuestra confianza (Isai., XII), sino con la fiucia en Nuestro Señor; porque ésta es la que en esta guerra nos hace vic-

toriosos, pues que la fiucia vence al temor, según está escrito: *Confiadamente lo haré, y no temeré.*

Y tened por cierto, que no os arrepentiréis de haber puesto en Dios vuestra fiucia, que es una esforzada esperanza, ni diréis: *Engañádome ha, pues no me salió como yo pensaba.* Porque la esperanza, como dice San Pablo (Rom., V), *no echa en vergüenza, ni quien espera en el Señor, será confundido.* Nunca ella falta al hombre si el hombre no falta a ella, y entonces le falta cuando pierde la caridad, que es vida de la esperanza y de toda virtud. Y conociendo los viejos del yermo cuán necesario era este corazón confortado para no ser vencidos en estas peleas contra los demonios, que eran muy usadas entre ellos, iban de noche a hacer oración en la soledad a los sepulcros de los difuntos, para ganar libertad del miedo, cuyo señorío es muy dañoso. Y si el consejo de Cristo tomamos, muy seguros viviremos de aqueste temor; porque El nos lo quita diciendo: *Yo os enseñaré a quien temáis; temed a aquel que después de haber muerto el cuerpo, puede echar en el infierno: a éste temed.* Quien a Dios no teme, ha de temer por su mala conciencia al mundo y demonio. Mas quien a Dios teme, no teme al demonio, pues el temerle es un cierto modo de sujeción, como que nos puede dañar en algo; y como no pueda ni llegar al cabello de nuestra cabeza sin la licencia de Dios, no hay por qué temerle a él, sino al Señor, que puede darle licencia (Matth., X). Y por eso debemos estar siempre humillados, y con santo temor delante de Dios; mas para con el demonio, muy esfozados con la esperanza de Dios, y llenos de una santa soberbia. Y cuanto él más bravezas mostrare, tanto vos temed a Dios, y os encomendad a El, y tanto menos temed al demonio. Así leemos de aquel gran vencedor de demonios, San Antón, que viéndose cercado de ellos en figura de fieros animales, que parecía que lo querían tragar, les decía: «Si tuviésedes algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre; mas porque sois quebrantados quitándooslas Dios, procuráis de juntaros a una muchos de vosotros para atemorizar. Si el Señor os ha dado poder

sobre mí, veisme aquí, tragadme; mas si no lo tenéis, ¿por qué trabajáis en balde?» Y así solía decir este santo que contra los demonios la señal de la cruz y la fe del Señor (que algunas veces quiere decir confianza) nos es a nosotros muro inexpugnable. Y aunque cotejadas nuestras fuerzas con las de El, son muy pequeñas y flacas; mas la fe nos dice, si sordos no estamos, que el Señor es defendedor de todos los que esperan en El.

Y pues El tiene bondad para prometernos su amparo y socorro y para poner su corazón y sus ojos en su Iglesia, figurada en el templo de Salomón, y tiene verdad y poder para cumplir sus promesas, sin que nadie sea bastante a resistirle en cielo, ni en tierra, ni a quien es ayudado por El, no sentiría el cristiano como cristiano de Dios, y de su verdad, bondad y poder, si no creyese que El de su parte cumple muy bien las promesas de su socorro. Mas como éstas y otras semejables a éstas, que El hace, se entiendan con condición que el hombre esté en estado de gracia, o se apareje para lo estar, no por sólo creer a las promesas en general, ni por creer que les son aplicadas a él en particular, mas por la penitencia y medios que la Iglesia católica enseña, aunque creamos de cierto que hay en la Iglesia cristiana muchas personas que están en estado de gracia, a las cuales, sin duda ninguna, Dios cumple sus promesas, de que es defendedor de los que esperan en El. Mas como ninguno esté cierto, sin especial revelación, que él esté en estado de gracia, debe de creer por católica fe que nunca deja de cumplirse de parte de Dios. Mas puede y debe temer, que por ventura no se efectúan en él, por su culpa o negligencia de no hacer lo que debe. De manera, que con algún temor de su parte y con confianza de parte del Señor, procurará de esforzarse y aprovecharse de las palabras de Dios, que promete socorro a los que pelean por El. Y el temor e incertidumbre en que Dios nos dejó, que no supiésemos de cierto si estábamos en su amistad, aunque parece penoso, es provechoso, para guarda de nuestra humildad, y para no despreciar a los prójimos, y para ponernos espuelas para bien obrar. Y tanto con mayor

cautela y aviso, cuanto menos sabemos de cierto si agradamos al Señor. Mas no penséis que por esto habéis de traer vuestro corazón desmayado con vano temor, pues que siendo verdad lo que os he dicho, no es estorbo para que diga David (Psalm., XXVI): *Si se levantaren contra mí reales, no temerá mi corazón, y si se levantare contra mí guerra, en Dios esperaré.* Y así amonesta San Pablo (Hebr., XIII), que nos aprovechemos de las palabras que dijo Dios: *No te dejaré ni desampararé.* De tal manera, que confiadamente digamos: «el Señor es mi ayudador; no temeré lo que me haga hombre». Las cuales y semejantes palabras no quitan del todo el temor que un cristiano por su parte debe tener, mas quitan el demasiado con la confianza que en Dios debe tener.

Y así entre estas dos cosas camina: temor y esperanza. Y cuanto más crece el amor, crece también la esperanza, y va decreciendo aqueste temor; por eso si queréis sentir el mucho esfuerzo y poco temor que sienten los varones perfectos, lanzad de vos la tibieza y tomad el negocio de la virtud a pechos, y leeréis en vuestro corazón el esfuerzo y seguridad que leéis en los libros. Y entonces pelearéis contra el demonio con osadía, aunque os rodee como león para tragaros, porque tendréis esperanza que os defenderá Jesucristo, fuerte león de Judá, el cual siempre vence en nosotros, si no perdemos su confianza, y si como cobardes no nos damos las manos atadas a nuestros enemigos, sin querer pelear. No deja el Señor venir estas guerras y tentaciones a los suyos sino para mayor bien, pues está escrito (Jacob., I): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque siendo probado recibirá la corona de vida, que Dios prometió a los que le aman.* Quiso El así, que la paciencia en los trabajos y el estar en pie por su honra en las tentaciones fuese el toque con que sus enemigos fuesen probados: porque no es señal de amigo verdadero acompañar en el descanso, mas estar fijo con el amigo en el tiempo de la tribulación. Y como cualquier hombre se huelga de tener amigos probados, con hacerle preferencia en el tiempo de su tribulación tomándola por propia de ellos, así se huelga Dios de los

tener, y como agradecido les dice: *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones.* Y como copioso galardonador les dice (Luc., XXII): *Yo os dispongo el reino como mi Padre lo dispuso a Mí, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi reino, compañeros en los trabajos y después en el reino.* Esforzaros debéis a pelear varonilmente las guerras que contra vos se levantan, por apartaros de Dios, pues que El es vuestro ayudador en la tierra y vuestro galardón en el cielo. Acordaos cómo San Antón, siendo reciamente azotado y coceado de los demonios, alzando los ojos arriba, vió abrirse el techo de su celda y entrar allí un rayo de luz tan admirable, que con su presencia huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas de él fué quitado, y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: «¿Dónde estabas, ¡oh, buen Jesús!? ¿Dónde estabas cuando yo era tan maltratado de los enemigos? ¿Por qué no estuvisteis aquí al principio de la pelea, para que impidieras o sanaras todas mis llagas?» A lo cual el Señor respondió, diciendo: «Antón, aquí estuve desde el principio, mas estaba mirando cómo te habías en la pelea. Y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré, y te haré nombrado en la redondez de la tierra»; con las cuales palabras, y con la virtud del Señor, se levantó tan esforzado, que entendió por experiencia haber recobrado más fuerzas que primero había perdido.

Y de esta manera trata el Señor a los suyos, que los deja muchas veces en trances de tanto peligro, que no hallan donde hacer pie, ni hallan en sí un cabello de fortaleza a que se asir, ni se pueden aprovechar de los favores que en tiempos pasados han recibido de Dios, y quedan como desnudos, y en unas obscuras tinieblas entregados a persecución de sus enemigos. Mas súbitamente, cuando no piensan, los visita el Señor y libra y deja más fuertes que antes estaban, y les pone debajo los pies a sus enemigos. Y el ánima, aunque más flaca en naturaleza que el demonio, siente dentro de sí un esfuerzo tan poderoso, que le parece que despedaza al demonio como a cosa muy flaca y sin resistencia. Y no sólo con

uno, mas con muy muchos osaría pelear; tal es el esfuerzo que siente, que de nuevo le vino del cielo, con el cual no sólo se defiende, mas dice como David (Psalm. XVII, 38): *Perseguiré a mis enemigos, y tomarlos he, y no tornaré hasta que sean vencidos; quebrantarlos he, y no podrán estar en pie, y caerán debajo de mis pies.* ¿Qué cosa más provechosa que la que pide San Agustín, cuando dice: *Señor, conózcate a Ti con amoroso conocimiento, y conózcame a mí?* ¿Y qué cosa tan a lo propio para conocerse un hombre a sí mismo, como verse por experiencia en tales trances? Que toca con sus manos, como dicen su propia flaqueza, tan de verdad, que queda bien desengañado de su propia estima; y por otra parte experimenta cuán verdadero es Dios en cumplir las promesas de su socorro en el tiempo de su necesidad, cuán fuerte en librar los suyos de tanta flaqueza y en darles admirable fortaleza súbitamente, y cuán lleno es de misericordia, pues visita y apiada a los que tan extremadamente están fatigados; con lo cual el hombre cae en su faz, conociendo su poquedad y miseria, y adora a su Dios, amándolo y esperando socorro de El, si en otro peligro se viere. Lo cual afirma San Pablo haberle acaecido a él de esta manera (Rom., V): *No quiero, hermanos, que ignoréis nuestra tribulación que pasamos en Asia, en la cual sobremanera y sobre nuestras fuerzas, fuimos atribulados, tanto, que nos daba fastidio el vivir, y nosotros, dentro de nosotros, tuvimos por cierto que no habíamos de escapar de la muerte.* Y esto acaeció así, para que no tengamos fiucia en nosotros, mas en Dios, que da vida a los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros, en el cual esperamos que también nos librará de aquí adelante.

CAPÍTULO XXX

De muchas causas que hay para confiar que el Señor nos librará en toda tribulación, por grave que sea, y de dos significaciones que tiene esta palabra creer.



EGÚN San Gregorio dice, el cumplimiento de las cosas pasadas da certidumbre de las cosas por venir. Y pues los hombres fían sobre prendas, no parece que se hace mucho con Dios en esperar que nos librará en la tribulación que nos viene, pues nos ha librado muchas veces en las pasadas. Claro es que si un hombre nos hubiese enseñado su amor y favor, socorriéndonos en nuestros trabajos diez o doce veces, creeríamos que nos amaba y que nos favorecería, si en otros trabajos tuviésemos necesidad de él. ¿Pues por qué no tendremos esta credulidad de que Dios nos amparará en nuestros peligros, pues que no doce, sino muchas veces hemos experimentado su socorro en las tribulaciones? Acordaos bien de cuántas veces os ha sacado a vos con victoria de estas peleas, tan reñidas con nuestro adversario, y le fuisteis agradecida por ello, y concebisteis crédito y confianza del que os amaba, pues tras la tempestad os había enviado bonanza, y tras las lágrimas, gozo; y os había sido verdadero Padre y amparo. ¿Pues por qué ahora que os quiere probar con la tribulación presente, la confianza, amor y paciencia, y hace como que se esconde, y que no responde a vuestros clamores, os enflaquecéis tanto, que una prueba que de presente os viene os hace perder la confianza que en muchas habíades ganado? Ya sabéis que lo que de presente tenemos lo sentimos más. Y si miráis al aprieto que de presente tenéis, y cómo el Señor no os saca de él, juzgaréis que el cuidado que el Señor tenía de vos lo ha ya perdido y diréis lo que dijeron los Apóstoles en una grave tempestad de la mar, al Señor que estaba durmiendo (Marc., IV): *¿Maestro, no se te da nada de que perecemos?*

Y de esta manera comprenderos ha la reprensión de

la Escritura, que dice (Eccl., XXVII): *El necio se muda como la luna;* conviene a saber, porque ya está de una manera, ya de otra. Y seréis como la veleta del tejado, que aun en un día tiene muchas mudanzas, porque con cada viento se muda. Tuvisteis al Señor en posesión de cuidadoso de vos y de amparo en vuestros trabajos, porque entonces os sopló el viento de su misericordia y consolación, con que os libró, y dísteisle gracias. Y porque ahora os sopla otro viento, con que el Señor os quiere probar y atribular, no tenéis el crédito ni la confianza que antes teníades. De manera que no creéis sino lo que veis. Y no tenéis al Señor en otra posesión, sino según de presente lo hace con vos, sin aprovecharos de lo que muchas veces pasadas experimentasteis, para estar confortada en el Señor en la prueba presente. Extraña incredulidad fué la de aquellos que habiendo visto en Egipto las maravillas de Dios, y las victorias y favores que en el desierto obró Dios con ellos, no creyeron a su palabra, con que les había prometido la entrada en la tierra de promisión; por lo cual, como dice San Pablo, no entraron allá; y así, aunque no según igualdad, mas según semejanza, es grande la desconfianza y pusilanimidad de aquel hombre, que habiéndolo Dios librado muchas veces de peligros pasados no cobra fiucia de que no será desamparado ni confundido en el peligro presente, ni aun en los por venir; pues según hemos dicho, la esperanza que en el Señor se pone, si el hombre no le falta, no echará a nadie en falta, ni le será causa que diga: «engañado fuí». Y conviene saber, que unas veces se toma, creer, por aquella obra que el entendimiento hace, afirmándose en las verdades de la fe católica con suprema certidumbre, según arriba se dijo. Y el que cree contra esta fe, se llama y es hereje e incrédulo a boca llena: y el tal error creído, tiene nombre de herejía e incredulidad. Y de esta manera este desconfiado de quien estamos hablando, ni es incrédulo ni tiene incredulidad, pues que ni tiene obligación de creer, como cosa de fe católica, que Dios le librará de este trabajo, como eran los del desierto obligados a creer que les diera Dios venci-

miento de los enemigos que estaban en la tierra de promisión, si fueran a pelear contra ellos.

Mas otras veces suelen los santos, y el uso común del hablar, llamar creer al tener una opinión, causada de razón o conjeturas, la cual llaman credulidad; y si es vehemente, llámase fe. Y esta manera de credulidad tiene uno, que por conjeturas probables cree que está perdonado de Dios, y en su gracia, y que Dios le ayudará en lo que adelante hubiere menester. Y esto, que en el entendimiento está, ayuda a la confianza o esperanza que están en la voluntad: y por esto algunas veces se toma incredulidad por desconfianza, y credulidad o fe por confianza. Y de esta manera se puede decir que éste, que por haberle Dios librado de otros peligros, y por otros motivos, tenía razón para creer, no con certidumbre, que Dios también le librara en este peligro, tiene incredulidad, no contra la fe católica, mas contra la que resulta de las conjeturas. Mas porque los luteranos usan tomar unas palabras de éstas por otras, debemos los católicos hablar distintamente, llamándola fe y confianza con sus propios nombres, declarando el creer o la incredulidad de qué manera se entiende, pues lo que en un tiempo se puede seguramente decir por unas palabras, en otro se debe evitar. Tornando, pues, al propósito, huíd de la desconfianza y de las mudanzas que la Escritura reprende, que el necio tiene como la luna. Y procurad de tener parte en la estabilidad de que alaba al justo, diciendo (Eccl., XXVII): «*como Sol permanece*»; quiere decir, que siempre está de una manera. Aprended de unas veces cómo habéis de haberos en otras, y cómo la Escritura dice (Eccl., XI): *En el día de los bienes, no te olvides de los males, y en el día de los males, no te olvides de los bienes*; para que templando lo próspero de lo uno con lo adverso de lo otro, viváis en una igualdad, que ni estéis derribada en el tiempo de la tribulación con el peso de la desconfianza y tristeza, ni tampoco desvanecida la cabeza con la demasiada alegría, en el tiempo de las consolaciones espirituales. Así se lee de aquella Santa Ana, madre del Profeta Samuel (I Reg., I), que después

de haber orado en el templo de Dios, no fué su rostro mudado en cosas diversas: quiere decir, que guardó aquesta igualdad de corazón. Isaías dice (Isai, IV; Ezech., XXXIV): *Que había de haber una morada que diese sombra contra el calor del sol, y que diese seguridad y fuese defensa contra el torbellino y la lluvia.* Y sería bien que procurásedes de vivir en esta morada, para que teniendo una fortaleza de corazón, confiado en la misericordia de Dios, os causase esta seguridad aun en los negocios y lugares en que suele haber peligro, según está profetizado del tiempo de la nueva ley, que en los bosques habían de dormir los hombres seguros.

Y aunque parece cosa extraña tener sosiego y seguridad en este destierro; mas así como en comparación de la que hay en el cielo, es muy pequeña, mas en comparación de los temores que tienen los malos, es muy grande y de mucha estima. La cual dice Job (Job., XI): *que tendrá quien echare de sí la maldad.* Y particularmente dice San Pablo (Hebr., VI), *que la virtud de la esperanza es como áncora firme y segura del ánima*; porque aunque tenemos por enemigo al demonio, que con estas peleas nos quiere amedrentar y desconfiar, también tenemos un amigo más fuerte que él y más sabio. Y si él nos aborrece, mucho más nos ama Cristo, sin comparación. Y si él no duerme, buscando cómo nos dañe, los ojos benditos de Dios velan sobre nosotros, para ayudarnos a salvar, como sobre ovejas, por quien dió su sangre preciosa. Pues si tenemos con nos el brazo del Omnipotente, ¿qué temeremos al demonio, cuyo poder es flaqueza en comparación del Divino? ¿Cómo temerá al demonio quien cree muy de verdad, si se quiere aprovechar de la fe, según arriba se dijo, que en ninguna cosa puede el demonio dañarnos sin tener licencia de Dios? ¿Pudieron, quizá, los demonios, sin tener primero esta licencia, tocar en Job o en cosa suya, o ahogar los puercos de los gerasenos? Pues quien no puede tocar a los puercos, ¿podrá tocar a los hijos? Confortaos, pues, en el Señor, dice San Pablo (Ephes., VI), y en *la potencia de su virtud, y tomad las armas de Dios para poder estar*

en pie contra las asechanzas del demonio. Y habiendo contado algunas particulares armas, añade diciendo: *En todas las cosas, tomando el escudo de la fe, en el cual podáis apagar todas las lanzadas encendidas con fuego.*

Porque como este enemigo pueda más que nosotros, debemos aprovecharnos del escudo de la fe, que es cosa sobrenatural, escudándonos con alguna cosa de nuestra fe, así como con una palabra de Dios, o con recibir los Sacramentos, o con una doctrina de la Iglesia. Y creyendo firme con el entendimiento que todo el poder es de Dios, y confortados con el capacete de la esperanza, y ofrecidos a Dios con el amor, tomando de buena gana lo que El nos enviare, venga por donde viniere, haremos burla de nuestro enemigo y adoraremos al Señor, que nos dió contra El victoria, no sólo por sí, mas aun mediante el socorro de sus santos ángeles, los cuales pelean por nos, como fué enseñado al criado del gran Eliseo (IV Reg., VI), el cual tenía mucho temor de un gran ejército de gente que venía a prender a su señor, al cual dijo Eliseo: *No quieras temer, porque más son por nosotros que contra nosotros,* y como orase Eliseo diciendo: *Abre, Señor, los ojos de este mozo porque vea,* abrió Dios los ojos del mozo, y vió que estaba un monte lleno de caballería y carros en derredor de Eliseo, los cuales eran ángeles del Señor, venidos a defender al Profeta de Dios. De manera que si queremos ser del bando de Dios, tendremos de nuestra parte muchedumbres de ángeles. Uno de los cuales puede más que todos los infernales poderes. Y lo que más es, tendremos al Señor de los ángeles, el cual solo puede más que los infernales y celestiales poderes. Y, por tanto, bastarnos debe tanto favor para despreciar al demonio, dejando todo vano temor y hacernos fuertes leones contra él, en virtud de Cristo, que fué manso Cordero en entregarse por nosotros a muerte, y fué león en despojar los infiernos, y venciendo y atando los demonios, y defendiendo con su brazo a sus amadas ovejas. Y si a alguno le parece que he sido largo en esta materia, atribúyalo al deseo que tengo de que no seáis vos uno de los muchos que

he visto, por miedos del demonio, dejar el servicio de Dios.

Bien sé que hay otras guerras con este enemigo más crueles que aquestas dichas. Y también sé, que en el extremo de la tribulación, cuando ya ni hay fuerza en quien padece, ni sabiduría en quien rige la nao, y cuando el león y oso infernal piensa tener tragada la oveja, viene el esforzado y piadoso David Jesucristo, y saca la oveja libre y salva de la boca del león, despedazando a quien la llevaba. Y soy testigo de mayores tribulaciones que no pudiera creer si no las viera: y de la maravillosa y piadosa providencia de Dios, que no desampara en las tribulaciones a los que le buscan, aunque sea con flaquezas y faltas. Y aunque he visto haber muchos de los que temen a Dios gravemente atribulados en estas peleas, ninguno he visto que haya parado en mal. Por tanto, quien en estos trances se viere, como metido en el vientre de la ballena, llame desde allí a Jesucristo, y ayúdese de los buenos consejos que su confesor le da, y tengan entrambos buena esperanza en el buen Pastor, que dió su vida por sus ovejas, que mortifica y vivifica, mete en los infiernos y saca; porque ya que en un tiempo envíe trabajos, en otro los quita, y con mucha ganancia del atribulado.

CAPÍTULO XXXI

Que lo primero que debemos oír es la verdad divina, mediante la fe, que es principio de toda la vida espiritual, y nos enseña cosas tan altas que exceden toda humana razón.

Todo lo que hasta aquí se os ha dicho, ha sido daros a entender a quién no habéis de oír, y daros para ello los avisos que habéis leído. Resta deciros a quién habéis de oír, para que cumpláis la primera palabra que el Profeta dice: *Oye, hija, y sabe que quien merece que le oigan, la verdad sola es.* Mas porque hay muchas verdades que el oírlas o conocerlas hace poco a nuestro propósito, pues aquí queremos hablar de la fe católica que tenemos los cristia-

nos, os digo que la habéis de oír y aprender de lo que habla Dios en su Divina Escritura y en su Iglesia católica. Y esta fe es el principio de la vida espiritual: y por eso, como arriba dijimos, con mucha razón somos primeramente amonestados por el Profeta de lo que primeramente nos conviene hacer, pues que dice San Pablo (Romanos, X) *que la fe nos entra por el oído.* Esta fe es la primera reverencia con que el ánima adora a su Criador, sintiendo de El altísimamente, como de Dios se debe sentir, porque aunque algunas cosas de Dios se pueden por razón alcanzar, las cuales llama San Pablo (Rom., I) *lo manifiesto de Dios;* mas los misterios que la fe cree, no puede la razón alcanzar cómo sean. Y por eso se dice, que cree la fe lo que no ve, y adora con firmeza lo que a la razón es escondido; lo cual se nos da a entender en que los dos serafines tenían cubierta la faz de aquel gran Señor que en el templo vió Isaías (Isai, VI). Y también cuando Moisés se acercó a tratar con el Señor en el monte, dice la Escritura (Exodo, XXIV), *que entró en la obscuridad o niebla donde estaba el Señor.* Cosa muy extraña parece de Dios poner su morada en tinieblas, pues es lucidísima luz, en el cual ningunas tinieblas hay, como dice San Juan (Joan., I).

Mas porque es luz tan lucida y tan sobreluciente, que, como dice San Pablo (I Tim., VI), *mora en una luz que nadie puede llegar a ella,* dícese morar en tinieblas; porque ningún ojo criado, de hombre o ángel, puede con su razón alcanzar sus misterios; y por eso para el tal ojo, tinieblas se llama la luz: no porque sea luz obscura, mas porque es luz que excede a todo entendimiento sobre toda manera, como cuando se mueve una rueda velocísimamente, solemos decir que no se menea, y hablamos así porque nuestros ojos no pueden tener cuenta con tan veloz movimiento, no por ser falto, sino por ser muy sobrado a los ojos humanos. Y no sólo reverencia a Dios nuestra fe, creyendo lo que no alcanza razón; mas también nos predica ser tan alto, que aunque por su lumbre Dios sea visto claramente en el cielo, ningún

entendimiento humano ni angélico puede ver tanto de El cuanto hay que ver en El. Ninguna voluntad, ningún gusto, aunque todos se junten a una, pueden amar ni gozar cuanto hay en El que amar y gozar. Sólo Dios es el que se comprende; que los demás, después que le ven, aman y gozan y alaban, con todas las fuerzas de su corazón le reverencian, con conocer, que en comparación de lo que El es y de lo que de El se puede decir, y del servicio que se le debe, es muy poco todo lo que de El conocen y por El hacen. Y así, cayendo en sus faces, le adoran con un profundo silencio, confesando que El sólo es su perfecta alabanza, a la cual ellos no pueden llegar. Y este silencio es honra muy propia de Dios, porque es confesión que se le deben tales alabanzas que son inefables a toda criatura. Y de esta honra dice David (Psalm. LXIV): *A ti conviene alabanza, ¡oh Dios!, en Sión.* De manera, que aunque en el cielo haya voz sin cesar de alabanza divina, diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de las batallas,* con otros admirables loores que allá le dan, mas también confiesan con el silencio que es el Señor mayor de lo que pueden entender ni decir, porque se subió sobre el querubín y voló sobre las alas de los vientos (Isai, VI, y Psalm. XVII); porque nadie, por mucha ciencia que tenga, le puede comprender; y todos han de decir, los que le conocieren o vieren, lo que dijeron los hijos de Israel cuando vieron el pan que del cielo venía: *¿Manhu?* (Ex. XVI, 15.) Que quiere decir: *¿Qué es esto?,* admirándose, como la Reina Sabá, de un infinito abismo de lumbre, del cual, aunque ven en el cielo más que de él oyeron en la tierra, mas no pueden comprender todo lo que en él hay. Tal es el Dios que tenemos, y tal nos lo predica la fe, cantando lo que dice David (Psalm. XC): *El cielo del cielo es para el Señor.* Porque este secreto de quien El es, de la manera ya dicha, para sí sólo es, pues El sólo se comprende.

CAPÍTULO XXXII

De cuán conforme es a razón creer las cosas de nuestra fe, aunque ellas exceden toda humana razón.



s menester que estéis advertida a que por haber oído que nuestra fe cree cosas que aunque no sean contra razón no se pueden alcanzar por razón; no por eso penséis que el creerlas es cosa contra razón o sin razón. Porque así como está muy lejos de quien cree, entender claramente lo que cree, así es cosa ajena del creer cristiano haber liviandad en el creer. Pues que tenemos para creer tales razones, que osaremos parecer y dar razón de nuestra fe delante de cualquier tribunal, por muy justo que sea, como San Pedro nos amonesta (I Petr. III), que debemos estar los cristianos aparejados a ello. Lo cual entenderéis fácilmente con aquesta semejanza que os pongo. Si oyésedes decir que un ciego de nacimiento hubiese cobrado la vista súbitamente, o que un muerto hubiese resucitado, claro es que vuestra razón no podría alcanzar cómo esto se puede hacer, pues es sobre toda naturaleza, y la razón no puede alcanzar lo sobrenatural. Mas tantos testigos y tan abonados os podían afirmar que lo habían visto, que no sólo no fuese liviandad el creerlo, mas fuese incredulidad y dureza de corazón no creer. Porque aunque la razón no alcanza cómo un ciego pueda ver, o un muerto tornar a vivir, a lo menos alcanza que es razón de creer a tales y tantos testigos; y si estos tales muriesen en confirmación de esto que afirman, habría más razón para lo creer; y si hiciesen ellos otros milagros tan grandes o mayores como el otro que afirman en confirmación de él, ya gran culpa sería el no creer, aunque fuese cosa muy nueva y muy alta la que éstos decían haber acaecido. Pues así entended, que no hay cosa que la razón menos alcance, que claramente entender lo que cree la fe; ni hay cosa tan conforme a razón como el creerlo, y es cosa de muy grande culpa el no creer. Cierto es, que por aquellos milagros verdaderos que hizo

Moisés, el pueblo de Israel creyó que era mensajero de Dios y que hablaba con Dios, y recibió la ley como cosa dada por Dios.

Y también por unos pocos y falsos milagros que hizo Mahoma fué creído de los Alarbes y gente bestial que era mensajero de Dios, y como tal recibieron la ley bestial que les dió. Pues mirad a los milagros hechos por Jesucristo Nuestro Señor, y por sus Apóstoles y por los otros santos varones que en confirmación de esta fe se han hecho desde entonces hasta el día de hoy, y hallaréis, que antes podréis contar las arenas del mar que la muchedumbre de ellos, y que incomparablemente exceden a todos los que en el mundo se han hecho en calidad y en cantidad. «Tres solos muertos fueron resucitados en todo el discurso de la ley vieja, que duró dos mil años, o casi. Y si miráis en la nueva, San Andrés solo resucitó de una vez a cuarenta muertos.» Para que así se cumpla lo que el Señor dijo (Joann, XIV): «Quien en Mí cree, hará aún mayores obras que Yo, y se verá su grande poder, pues no sólo por sí mismo, mas por los suyos, en los cuales él obra, puede hacer todo lo que quisiere por maravilloso que sea.» Heos contado lo que un solo Apóstol de una vez hizo, para que por aquí entendáis los innumerables milagros que por aqueste Apóstol y por los otros Apóstoles y santos en la Iglesia cristiana se han hecho. Y aunque en el principio de la Iglesia hubo tantos y tales milagros en confirmación de la fe, que sobra la prueba; mas es tanta la gana que el Señor tiene que todos se salven y vengan en conocimiento de esta verdad, y que los que ya la conocen se consuelen y más se confirmen en ella, que tiene su Providencia cuidado de renovar esta prueba y ser testigo de esta verdad con nuevos milagros. Y así por maravilla hay edad en la cual algún cristiano no sea canonizado por santo. Lo cual no se hace sin suficiente prueba de vida perfecta y de muchos milagros: de los cuales, si alguno fuere curioso y los quisiere buscar, no le faltará, aun en nuestros tiempos, que ver entre nosotros y en las Indias Orientales y Occidentales con más abundancia.

CAPÍTULO XXXIII

De cuán firmes, constantísimos y abonados testigos ha tenido nuestra fe, los cuales han puesto su vida por la verdad de ella.

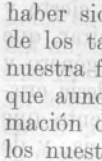


OSIBLE es que alguno ponga duda en los dichos de nuestros testigos, que dicen o escriben esta muchedumbre de milagros que ha habido en la Iglesia cristiana. Porque como ellos aborrecen la fe, paréceles que si estos testigos son verdaderos, no pueden dejar de confesar que tenemos mucha más razón para creer nuestra verdad que ellos su engaño. Mas pregunto: ¿si a nuestros testigos no se da crédito, y por eso no quieren recibir nuestra fe, por qué la dan a los suyos y reciben su falsa creencia, pues que es cierto y manifiesto, si quisiesen tomar trabajo de lo mirar, que nuestros testigos exceden a los suyos en todo género y peso de autoridad? Varones ha habido en la Iglesia cristiana cuya vida ha sido tan buena manifiestamente, que da testimonio estar ellos limpios de toda codicia, y de todo apetito de honra, y de todo cuanto en el mundo se estima y florece, y llenos de toda virtud y de verdad, aun hasta morir por no las perder. ¿Qué interés puede pretender en el testimonio que da el que ninguna cosa del mundo pretende, y aun las que tiene las echa de sí? ¿Qué interés le puede mover a ser falso testigo a quien da su vida con tormentos gravísimos en confirmación de su dicho? Y aunque algunos suelen, a poder de tormentos, decir lo que el juez les pide, aunque sea contra verdad, mas si los nuestros dijeran lo que el juez les pedía, no sólo no perderían hacienda ni vida, mas aun quedaran en todo más prósperos, por lo mucho que los jueces les dieran, según se lo prometían. Mas despreciando todo esto, morían por no perder la fe o la virtud, lo cual quería el juez que perdiesen: de manera, que ninguna cosa temporal amaban, ni cosa temporal temían por recia que fuese, y por eso ninguna tacha se les puede poner en su dicho. Y si alguno le pareciere que estas pruebas son suficientes para tenerlos por buenos, y que

a sabiendas a nadie querían engañar, mas que por ventura se engañaban ellos y engañaban a otros sin lo entender, dícese a esto que tal gente ha habido en la Iglesia que ha derramado la sangre por Cristo, tan llena de sabiduría manifiestamente, que no se puede con razón creer de ellos que se engañasen en cosa tan pesada y tan afirmada, aun hasta perder la vida por ella: porque lo mucho que en estas cosas se interesa, hace a los hombres mirar y remirar lo que afirman. Que no se suele poner la vida en confirmación de verdad, si de ella el tal hombre no está muy suficientemente certificado. Y cosa es notoria haber habido y haber tal sabiduría en el pueblo cristiano, que exceden a las otras generaciones, como maestros muy sabios a muy rudos discípulos. Y haber sido, no uno ni ciento, mas grandísimo número de los tales, es muy gran testimonio de la verdad de nuestra fe, en cuya confirmación perdieron la vida. Porque aunque leemos de algunos haber muerto en confirmación de su error, son sin comparación excedidos de los nuestros en número, virtud y sabiduría.

CAPÍTULO XXXIV

Que la vida perfecta de los que han creído nuestra fe es grande testimonio de su verdad, y de cuanto han excedido en bondad los cristianos a todas otras gentes.



pues hemos hecho mención de la bondad y virtud que en mártires cristianos ha habido, no es razón que os deje aquí decir cuán gran testimonio es de nuestra fe la vida perfecta de los que la creen. Pues que siendo Dios bueno y hacedor de todo lo bueno, toda razón dice que Dios es amigo de buenos, pues que cada uno ama a su semejable, y cada causa a su efecto. Y si amigo, hales de ayudar en sus necesidades, y la mayor de todas es la salvación de sus ánimas, y no se pueden salvar sin conocimiento de Dios, y no lo pueden conocer de manera que se salven si El no se les descubre. Resta, pues ninguna cosa de éstas se puede negar, que si conocimiento de Dios hay en la tie-

rra con que los hombres se salven, Dios lo da a los cristianos, pues entre ellos ha habido y hay la gente de más alta vida y perfectas costumbres que en ningún otro tiempo o generación ha habido.

Los filósofos parece que fueron la flor de naturaleza y la hermosura de ella, donde parece que echó todas sus fuerzas en lo que toca a bien vivir, conforme a razón. Mas dejando de decir los feos males que San Jerónimo cuenta de los principales filósofos, y hablando de algunos que tenían al parecer más rastro de virtud que los otros, excédenles tanto los de la Iglesia cristiana, que nuestras flacas mujeres y mozas son de mayor virtud que los que allá eran estimados por heroicos varones; pues ninguno se puede igualar a la fortaleza y alegría con que una Santa Catalina, Inés, Lucía, Agueda, con otras muchas semejables a ellas, se ofrecieron a gravísimos tormentos y muerte por amor de la verdad y virtud. Y si en la fortaleza, que tan ajena parece de la flaqueza mujeril, éstas tanto exceden, así en número como en la grandeza de los tormentos y en la alegría del padecer, a los varones de ella, ¿cuánto más será el exceso en humildad, caridad y otras virtudes que no son tan extrañas a ellas? Y aunque pusimos a éstas por ejemplo, mas ya vos veis la innumerable copia de varones y mujeres que en toda manera de estado han servido al Señor con vida perfecta en la Iglesia cristiana. Algunos de los cuales, siendo en el mundo muy altos, y en toda riqueza y prosperidad humana abundantes, y esperando heredar señoríos y reinos, y de presente poseyendo mucho, han despreciádolo todo, y por agradar más a Dios eligieron vida de cruz, en pobreza y trabajos, y en obediencia de Dios y de hombres. Y esto con tan gran testimonio de virtud de dentro y de fuera, que ponían admiración a quien los trataba. Gente ha habido en nuestra Iglesia, que, como dice San Pablo, lucen en el mundo como las lumbreras del cielo, y comparados a lo restante del mundo, les hacen ventaja sin comparación. Lo cual no podrá negar, por muy porfiado que sea, quien mirare la vida de un San Pablo, y de los otros

Apóstoles y apostólicos varones que en la Iglesia ha habido. Y pues tanta bondad se ha hallado en aqueste pueblo cristiano como por las obras parece, ¿qué hay que dudar sino que hemos de decir que no hay conocimiento de Dios en la tierra, o que éstos lo tienen, como gente más amada de Dios, y que mejor se aprovecha del conocimiento, empleándolo en mejor agradar a quien se lo dió? Y en ninguna manera se debe decir que la tierra esté sin este conocimiento de Dios, necesario para salvarse.

Porque sería decir que las principales criaturas que debajo del cielo Dios crió, y por cuyo amor crió todas las cosas, se perdían todas por no darles Dios medio con que se salven. Y no es Dios tal que cierra la puerta de la salvación, ni es cosa conforme a las entrañas de su bondad y misericordia estar sin amigos a quien haga grandes mercedes, y en el cielo mayores. Esta prueba de nuestra fe, de la buena vida de los cristianos, era muy estimada y encomendada por los santos Apóstoles en principio de la Iglesia católica. Entre los cuales dice San Pedro (I Petr., III): *Las mujeres sean sujetas a sus maridos;* para que si algunos no creen a la palabra de Dios, sean ganados sin palabra de Dios por la buena conversación de sus mujeres, mirando vuestra santa conversación en temor de Dios. De donde parece la fuerza de la buena vida, pues era poderosa a convertir infieles, que por predicación apostólica, que con grande eficacia iría hecha, y aún con milagros, no se podían ganar. San Pablo dice *que para ir de una tierra a otra no había menester que aquellos, a quien había predicado, le diesen cartas favorables para acreditarlo con aquellos a quien iba a predicar.* Y dice a los corintios (II Cor., III): *Vosotros sois mi carta, que es conocida y leída de todos.* Y dice esto, porque las buenas costumbres que tenían por medio de la predicación y trabajos, eran suficiente carta que declaraba quién era San Pablo y cuán provechosa su presencia. Y dice, que esta carta la saben y leen todos: porque cualquier gente, por bárbara que sea, aunque no entiende el lenguaje de la palabra,

entiende el lenguaje del buen ejemplo y virtud que ve puesto por obra, y de allí vienen a estimar en mucho al que tales discípulos tiene. Y por eso dice el mismo Apóstol en otra parte (I Tim., VI, 1), *que los siervos cristianos sirvan con tan buena fe a sus señores, que hermoseen en todas las cosas la doctrina de Dios Nuestro Salvador.* Quiere decir: *que su vida sea tal, que dé testimonio que la fe y la doctrina cristiana sea tenida por verdadera.* Y cuanto va en aqueste punto, el Señor, que todo lo sabe, nos lo enseñó muy bien, cuando orando a su Eterno Padre dijo estas palabras, rogando por los cristianos (Joannis, XVII, 21): *Ruego que todos sean una cosa, como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti, para que ellos sean una cosa en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste.* Cierto, gran verdad dice el que es Suma Verdad, que si los cristianos fuésemos perfectos guardadores de la ley que tenemos, cuyo principal mandamiento es el de la caridad, sería tanta la admiración que en el mundo causaría a los que nos viesen iguales a ellos en naturaleza, y muy mayores que ellos en la virtud, que como en gente flaca a fuerte, y baja a alta, se nos rendirían, y creerían que moraba Dios en nosotros; pues nos veían poder lo que las fuerzas de ellos no alcanzaban, y darían gloria a Dios que tales criados tenía. Y entonces se cumpliría que éramos carta de Jesucristo, en la cual todos leían sus lecciones, y que ataviábamos la doctrina, y que éramos buen olor suyo, pues por nuestra vida decían bien de El. Mas Tú, Señor, sabes que aunque haya habido en tu Iglesia muy muchos, siempre hay algunos cuya vida resplandezca como una gran luz, a la cual podían atinar si quisiesen los infieles para conocer la verdad y salvarse. Mas también sabes, Señor, cuán muchos hay en tu Iglesia que comprende a buenos y a malos cristianos, que no sólo no son medio para que los infieles te conozcan y te honren, mas para que se enajenen de Ti y se cieguen más. Y en lugar de la honra, que en oyendo el nombre cristiano te habían de dar, te blasfemen muy reciamente, pareciéndoles con su engañado juicio que no puede ser verdadero Dios ni Señor quien tiene criados que tan mal

viven. Mas día tienes Tú, Señor, guardado para te quejar de esta ofensa, y decir: *Mi nombre es blasfemado por vuestra causa entre infieles*, y para castigar con recio castigo a quien habiendo de coger contigo lo derramado, derrama él lo cogido o es impedimento para no cogerse. Y entonces darás a todos a entender claramente que Tú eres bueno, aunque tus criados sean malos. Porque los males que ellos hacen a Ti desplacen, y Tú los vedas por tus Mandamientos, y reciamente castigas.

CAPÍTULO XXXV

Que la propia conciencia del que quiere seguir la virtud le da testimonio de ser nuestra fe verdadera, y cómo el amor de la mala vida es impedimento para la recibir y grande parte para la perder.



UANTO los testigos son más cercanos y más conocidos, tanto suele ser más creído su testimonio si ellos traen verdad. Y por esto, ya que se os ha dicho de algunos medios que son testigos de nuestra verdad, oíd ahora de otros, no de pasado, sino de presente, y tan cercanos de vos, que estén en vuestro mismo corazón, si los queréis recibir; y que tengáis particular conocimiento de ellos, pues lo tenéis de lo que pasa en vuestro corazón. Lo cual va fundado en la palabra que el Señor dijo (Joann., VII): *Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, aquel tal conocerá de mi doctrina si es de Dios.* Bendito seas, Señor, que tan fiado estás de la justicia de esta tu causa, que es la verdad de tu doctrina, que dejas la sentencia de ella en manos de quienquiera que sea, amigo o enemigo, con sola esta condición, que el que quisiere ser de ella juez, quiera hacer la voluntad de Dios, que es que el hombre sea virtuoso y se salve. Cierto es así, que si un hombre que quisiese de verdad ser bueno para con Dios y para contigo, y para con los prójimos, y quisiese buscar la mejor doctrina que hubiese para lo ser, si a este tal le pusiesen delante todas las leyes y doctrinas que en el mundo hay, verdaderas y falsas, a ninguna de las cuales estuviese aficionado o apasionado, sino mirase a la

sola verdad, este tal, dejadas todas otras, echaría mano del Evangelio y doctrina cristiana, si la entendiese, como de cosa que le puede encaminar a lo que desea, mejor que otra ninguna. Y como fuere obrando la virtud que desea, irá experimentando la eficacia de esta doctrina, y cuán a propósito es de lo que el ánima cumple; cuán medida viene para remediar sus necesidades, y en cuán breve tiempo y con qué claridad le ayuda a ser virtuoso. De arte, que viniendo este hombre por la misma experiencia de la virtud de esta doctrina, confesará, como dice el Señor, que es doctrina venida de Dios. Y dirá lo que dijeron unos que oyeron predicar a Jesucristo Nuestro Señor (Joann., VII): *Nunca tan bien ha hablado hombre en el mundo.* Y si los que no conocen a Cristo por fe, oyesen aquella admirable y caritativa voz, que el mismo Señor dijo con grande clamor (Joann., VII): *Si alguno ha sed, venga a Mí y beba;* y quisiesen venir a probar la hartura y experiencia de aquesta doctrina con deseos de ser virtuosos, cierto no quedarían en su ceguedad e infidelidad.

Mas como son amigos de mundo y no de verdadera y perfecta virtud, ni buscan con cuidado la certidumbre de la verdad y conocimiento de Dios, quédanse sin oírla y sin recibirla. Y aunque la oyesen, no la recibirían algunos, por ser contraria a las cosas que ellos desean. Que por esto dijo el Señor a los fariseos las palabras que ya otra vez hemos dicho (Joann., V): *¿Cómo podéis vosotros creer, pues que buscáis honra unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y no sin gran peso dijo San Pablo (I Tim., VI), *que algunos habían perdido la fe, siguiendo la avaricia;* no porque se pierda luego la fe, pecando un hombre en cualquier pecado que sea, si no fuere herejía, mas porque un corazón aficionado a cosas del mundo, y desaficionado de la virtud, como halle en la doctrina cristiana verdades contrarias a los malos deseos de su corazón, y que condena con tan graves penas lo que él desea hacer, busca poco a poco otras doctrinas que no le den mal sabor ni le ladren contra los malos deseos y obras. Y así el corazón mal afi-

cionado suele ser causa para cegar el entendimiento, y acabar con él a que deje esta fe que ladra contra la maldad, y siga y crea otras doctrinas con que él esté descansado y con que viva como desea. Y pues la voluntad mala es medio para que quien tiene la fe, algunas veces la pierda, también lo será para no la recibir el que no la tiene. Porque los unos y los otros tienen fastidio de la perfecta virtud, sin alegar otra causa, sino porque es desabrida o muy buena. Y así también tienen fastidio de la verdad de la fe, por ser tan contraria a la maldad que ellos aman.

CAPÍTULO XXXVI

Que la admirable mudanza de los corazones de los pecadores, y los favores grandes que el Señor hace a los que siguiéndolo con perfecta virtud le llaman en sus necesidades, es grande testimonio de la verdad de nuestra fe.



UÁN mejor librados son los que con deseo de servir a Dios han elegido aquesta verdad. Aunque todos los que le sirven, gocen, si atentos quisieren estar, de muchos testimonios que la fe tiene en su corazón, mas principalmente gozan de aquesto los que le sirven con aprovechada virtud, muchos de los cuales se vieron primero en estado muy miserable, hechos esclavos de la maldad, y tan aficionados a ella que parecía estar su corazón transformado en ella, y con tanta determinación a obrar, que por lanzas, como dicen, se metieran por cometerla. Mas estos miserables cautivos y tan flacos para se libertar de un tirano tan fuerte, unas veces por oír un sermón, otras por se confesar, otras por sola la inspiración de Dios, y otras por otros medios que en la Iglesia católica hay, sintieron dentro de sí una poderosísima mano, que cautivando a quien los tenía cautivos, sacó a ellos del cautiverio de la maldad en que estaban y les mudó el corazón tan verdaderamente mudado, que muchas veces, en menos tiempo que un mes, y que en una semana, se han visto más aborrecedores de la maldad que eran primero ama-

dores de ella, diciendo de corazón (Psalm. CXVIII): *Aborrecido he la maldad, y abominádola he, y he amado a tu ley*, y tan de verdad, que están determinados de no cometer un pecado por vida ni muerte, ni tierra ni cielo, ni por cosa criada, como dice San Pablo (Rom., VIII): *¿Quién hizo aquesta tan maravillosa y tan buena mudanza en tan breve tiempo? ¿Quién sacó agua de peña tan dura? ¿Quién resucitó a muerto tan miserable, dándole vida tan excelente? No otro, cierto, sino la mano de Dios creído y amado, como en la iglesia cristiana se cree y se ama; y por medios que la doctrina cristiana tiene y enseña.* Y si este trato así comenzado pasa adelante, como en muchos pasa, que dejadas todas las cosas se emplearon en vacar a su Dios, que les quebrantó sus cadenas, y comenzaron a caminar por el desierto de la vida espiritual (Matth., VII), y estrecho camino que lleva a la vida, aunque muchas veces se vieron en grandes aprietos y en tempestades tan bravas que, como dice David (Psalm. CVI), hacen perder el tino y tragan la sabiduría de los que navegan, mas llamando a su Jesús, que es guía de su camino, y otras veces con recibir el socorro de los Sacramentos, y otras veces con oír o leer palabras de Dios, o con otros medios que en la Iglesia hay, se hallaron tan maravillosamente favorecidos en la tribulación, que viendo la bonanza del mar de su corazón tan súbita, dicen lo que los Apóstoles (Matth., VIII): *¿Quién es aqueste a quien los vientos y mar obedecen?* Verdaderamente es el Santo Hijo de Dios. San Bernardo cuenta lo que él muchas veces había probado, que Jesús, invocado en verdad, es remedio y medicina contra todas las enfermedades del ánima.

Y lo que este Santo dijo, experimentó y probó, acaeció a otros muchos primeros y postreros que él, entre los cuales San Jerónimo es un testigo digno de toda fe, el cual, como arriba dijimos, cuenta de sí que viéndose en tribulación de su carne, sin hallar remedio en cosa hecha, ni saber ya más qué hacer, lo halló en echarse a los pies de Jesucristo, llamándole con devota oración; y recibió tal bonanza de la tempestad, que le parecía

estar entre coros de ángeles. Porque este favor que Dios suele dar, no sólo es cesar la tribulación que el hombre tenía, lo cual suele algunas veces acaecer por divertir el pensamiento a otra parte, o por otras causas semejantes a ésta, mas es un favor que Dios da, con que les pone disposición del todo contraria a lo que primero sentían. La cual mudanza y perfecta liberación, y tan súbita, no está en manos del hombre, según lo entenderá quien lo quisiere probar. De fuera viene, de Dios viene, y por medios cristianos viene, y experiencia es de lo que San Pablo dijo (I Cor.): *Que Jesucristo crucificado, para los llamados de Dios, es fortaleza de Dios y sabiduría de Dios;* porque llamándolo en el día de la tribulación da luz y fortaleza, para que vencidos los impedimentos puedan los tales proseguir su camino, cantando en él, como dice David (Psalm. CXXXVII): *Grande es la gloria del Señor.* Y sintiendo en sí mismo lo que dice el mismo Profeta (Psalm. LV): *En cualquier día que yo te llamare, he conocido que Tú eres mi Dios.* Porque el remediarlos presto y poderosamente, les es un gran testimonio y motivo que Dios es verdadero Dios, y que tiene de ellos cuidado. Y no contamos las celestiales visiones y revelaciones, que aquéllas por milagros se pueden contar, sino cosas más comunes y de las cuales hay más testimonio.

CAPÍTULO XXXVII

De los muchos y grandes bienes que Dios obra en el hombre que sigue la perfecta virtud, lo cual es grande prueba ser verdadera nuestra fe, pues ella nos enseñó los medios para alcanzar aquellos bienes.

No sólo gozan los que este camino de la perfecta virtud siguen con diligencia, de ser librados por Cristo en los peligros que se les ofrecen, mas también de alcanzar y poseer tales bienes en su ánima, que se les diga con mucha verdad: *El reino de Dios dentro de vosotros está* (Luc., XVII); el cual, como dice San Pablo (Rom., XIV), *consiste en tener dentro de sí justicia y paz, y gozo en el Espíritu Santo.* Y así

están estos tales tan aficionados y amadores de lo justo y bueno, que si las leyes de la virtud se perdiesen de los libros, las hallarían escritas en los corazones de ellos, no porque las sepan de memoria, mas porque el amor determinado de su corazón es aquello mismo que la ley dice de fuera, por estar ya su voluntad tan transformada en el amor del bien, y obrarlo con tanta presteza y deleite: y seguir lo que su corazón quiere, es seguir la virtud y huir de los vicios, hechos una viva ley y medida de las obras humanas, según atinaba Aristóteles. Y de aquí les nace una paz y un gozo tan cumplido, cuanto nadie puede entender, sino quien lo prueba, pues que dice Isaías (Isa., XLVIII), *que la paz de estos tales es como río, y como golfos de mar.* Y San Pablo dice (Philipenses, IV), *que esta paz de Dios sobrepuja a todo sentido.* Y San Pedro dice *que esta alegría no se puede cantar.*

Maná escondido es, que se da a quien varonilmente se vence, y no lo sabe sino quien lo recibe. ¿Pues de dónde diremos que viene esta tan acabada virtud y descanso que es arra y principio de la eterna felicidad? No cierto de parte del demonio, porque aunque algunas veces, según hemos dicho, el demonio ha aconsejado a algunas personas hacer algún particular bien, para con aquellos consejos acreditarse para después engañar; mas hacer un hombre perfectamente bueno y cumplidor de la ley natural, la cual no puede negarse ser buena, pues Dios es Autor de naturaleza; esta tal obra, ni la hace el demonio ni la puede hacer, pues no se puede dar la bondad que no se tiene. Ni tampoco es obra de sólo el hombre; pues tener virtud, cuanto más perfecta virtud, con que a Dios sirva perfectamente, *dádiva es del padre de las lumbres, del cual desciende todo perfecto don* (Jac., II): y el mismo hombre experimenta una y muchas veces verse librado de males de que no podía salir, y favorecido en bienes que él no podía alcanzar. Y pues esta perfecta virtud, ni es del demonio ni del espíritu humano, resta que sea infundida de Dios, invocado y servido, como la fe de la Iglesia lo enseña: y que por los medios de la fe experimenta el hombre venirle aquesta virtud,

en testimonio que es verdadera, porque de la mentira no pudieran venir conocimientos tan provechosos para la perfecta virtud, y para invocar a Dios que les favoreciese.

De esta prueba usa San Pablo hablando con los Gálatas, diciendo: *Solamente quiero que me digáis: el Espíritu Santo que recibisteis, ¿fué por medio de las obras de la ley, o por medio de la fe?* Como si dijese: pues predicándoos yo la fe, y no la vieja, creyendo vosotros y disponiéndoos a ello, con la voluntad recibisteis al Espíritu Santo, ¿por qué ahora os tornáis a la vieja ley, pues habéis experimentado que sin ella, y por medio de la fe y de la penitencia, recibiendo el bautismo, alcanzasteis el Espíritu Santo, y su gracia y mercedes? Y así a nuestro propósito, la perfecta virtud que se alcanza por usar bien de la fe y de los otros medios que ella nos enseña, es testimonio que ella es verdadera, pues para tan buena cosa fué medio, y nos enseñó medios. Y así estos tales tan ricos con los bienes que de Jesucristo les vienen, están tan arrimados a El y tan ricos con El, que cierto no tienen gana de esperar al Mesías que los judíos esperan, ni gozar del paraíso que Mahoma promete, porque como desprecian los deleites bestiales de carne que Mahoma en su paraíso promete, y los otros bienes perecederos de tierra que los judíos con su Mesías esperan, partirán mano de buena gana de lo uno y de lo otro, aunque les rueguen con ello. Y acuérdanse que estaba profetizado (Ezech., XXXIV, 36; Jeremías, XXXI), que en el tiempo del Mesías habían de conocer que el Señor era Dios cuando quebrantase las cadenas del yugo de los hombros, y que había de dar Dios corazón nuevo, y había de escribir su ley en las entrañas de los que la recibiesen.

Y como tienen conjeturas muy grandes que ellos tienen parte en aquestos bienes, esles testimonio que Cristo es venido. Y así por estos y otros efectos, que no se pueden contar, que tienen dentro de sí, y están llenos de gozo y de paz, y asegurados con Jesucristo (Matth., XXIV), que si les dijeren que está otro Cristo en el de-

sierto o en los umbrales de casa, ni a lejos ni a cerca no le irían a buscar; porque como el verdadero no sea más de uno, y en el que ellos creen hallan las condiciones de verdadero, con la misma fe que aceptan a uno reprueban los otros. Y no os digo esto para que penséis que los cristianos creen por estos motivos o experiencias que sienten dentro de sí, que no creen sino por la fe que Dios les infunde, como después se dirá. Mas heos dicho esto para que entendáis los muchos motivos que tenemos para creer, porque de esta materia hablamos, y uno de ellos es estas experiencias que los perfectos en su ánima sienten; las cuales, pues son de cosa que pasa en el corazón, no las habéis de buscar en los libros ni vidas ajenas, mas en vuestra propia conciencia, esforzándoos a la perfecta virtud, para que, según os dije al principio, tengáis testigos cercanos a vos, y conocidos de vos por estar dentro de vos y cumpláis lo que la Escritura dice: *Bebe el agua de tu cisterna.* Y veréis tales maravillas dentro de vos, que se os quite la gana de buscar otras fuera de vos (1).

(1) La verdad católica, pura y sin mezcla, predica en esto que los fieles creemos, porque lo dicta la fe y la Santa Madre Iglesia con infalible autoridad así lo enseña. Y aunque el Beato aquí apunta que tales sentimientos y experiencias están dentro de nuestra conciencia; pero habla sólo de este motivo singular de credibilidad, esto es, la firmeza del alma virtuosa en los misterios y doctrina de la religión, que por lo demás, bien claro explica antes que los cristianos creemos por la fe que Dios nos infunde en el alma, y sin esto, poco valen los sentimientos naturales que la conciencia humana pueda tener; creemos, porque Dios lo ha revelado y la Iglesia nos lo enseña, como dice el Catecismo. Y la fe para ser tal ha de venir de Dios y no de la conciencia íntima, y ha de ser práctica obradora de virtudes, y enemiga de vicios; porque defender lo contrario es andar camino de racionalistas y de protestantes, afirmando aquéllos que su razón les inspira lo que han de creer, y éstos que la fe sin obras basta. *(Nota de F. Montaña).*

CAPÍTULO XXXVIII

Que si se pondera la virtud y grandeza de la obra del creer, hallaremos grande testimonio que testifique ser mucha razón que el entendimiento del hombre sirva a Dios con recibir su fe.

QUIEN tuviese luz para conocer y peso para pesar la misma obra de este creer, no tendría necesidad de buscar otros testigos para la recibir; mas en ella misma hallaría hermosura para la amar y razón para la recibir. Porque ¿quién hay que no entienda que es cosa muy justa que la criatura sirva a su Criador con todas sus fuerzas y con todas sus cosas? Y también todos saben, que aunque con todas le debemos este servicio, mas principalmente, pues que Dios es espíritu, el principal servicio que le hemos de hacer es con nuestro espíritu, por la semejanza que tiene con Dios.

Y pues en nuestro espíritu hay razón y voluntad, y no se puede negar que el hombre debe servicio a Dios con la voluntad, tampoco se puede negar el servicio del entendimiento, pues que no es razón que el hombre sirva a Dios con las cosas menores que tiene en sí mismo, y no le sirva con lo principal que hay en él, que es su entendimiento y voluntad. Ni es razón, que pues el servicio que la voluntad hace a Dios es obedecerle, se quede el entendimiento sin obedecer a Dios. Y así como la obediencia de la voluntad consiste en negarse a sí mismo por hacer la voluntad de Dios, así el servicio que el entendimiento le ha de hacer es negarse a sí mismo por creer al parecer de Dios; porque si el servicio del entendimiento fuese pensar algo o consentir algo de lo que él mismo alcanza por su razón, o no tendría este nombre de servicio, o es servicio muy bajo, pues no hay obediencia en él. Y si la hubiese sería de la voluntad, a la cual mandaba Dios que mandase a su entendimiento pensar en esto o en aquello. Mas para que el servicio y obediencia del entendimiento sea suyo propio de él, conviene que consienta en cosa que él por sí mismo no entendía: y entonces verdaderamente se abaja y se niega, y obedece

y cautiva y hace reverencia al sumo Dios, y cumple lo que dice San Pablo (I Cor., X): *Que hemos de cautivar el entendimiento en servicio de la fe.* Lo cual en otra parte llama obediencia de fe. Y pues la bondad de Dios pide que le demos amor, y su liberalidad pide que esperemos más de El, también pide su verdad que lo creamos, pues no hay menor razón en lo uno que en lo otro. Y así como la obediencia que damos a Dios en el amor, presupone que neguemos el nuestro, y el arrimo que ponemos en El ha de ser desarrimándonos de nosotros, así la obediencia que le hemos de dar a su verdad es, quitando nuestro parecer, creer el suyo con mayor firmeza que si nosotros lo entendiéramos; porque de otra manera, ¿qué habría que agradecer a uno que cree lo que otro dice, no porque el otro lo dice, sino porque él mismo lo entiende? Mas creyendo sin entender, hace obra loable, y que trae consigo dificultad, como quien fía sin prendas; y anda sin báculo, y ama por Dios a su malhechor. Y por eso, si por Dios se hace, será verdadera virtud, digna que a Dios se ofrezca, y que sea galardonada por El. Y pues la voluntad del hombre es dedicada a Dios y santificada, negándose a sí, no se debe quedar el entendimiento como profano, con creerse a sí mismo, sin obediencia de Dios, pues ha de ser en el cielo bienaventurado, con verle allá claramente. Porque, como dice San Agustín, *el galardón de la fe es ver*; por lo cual ninguna razón consiente que el entendimiento deje de servir en la tierra, y su propio servicio es creer.

CAPÍTULO XXXIX

En que se responde a la objeción que pueden poner contra nuestra fe, diciendo que enseña Dios cosas muy altas.

PODRÁ alguno decir, movido por estas razones o por otras, que es cosa justa que crea el hombre lo que no entiende, porque Dios lo dice. Mas que pudiéndose esto cumplir con creer otras cosas, no hay por qué se crean las que los cristianos creemos. Mas decidme, ¡oh, hombres ciegos!, ¿qué ta-

cha halláis en lo que los cristianos creemos? Y si no sabéis decir lo que sentís, yo os lo diré: Parécenos tan altas las cosas altas que de alteza de Dios creemos, que por altas no las creéis. Y parécenos tan bajas las cosas bajas que de la humildad de Dios creemos, que por eso no las tenéis por dignas de Dios, ni las creéis. Porque, decidme, en el misterio altísimo de la Santísima Trinidad, ¿qué otra cosa os ofende sino ser tan incomprensible, que reverberados vuestros ojos intelectuales con el abismo de aquella infinita luz y alteza de tal misterio, cerráis los ojos y con decir cómo puede ser esto, dejáis de creer, siendo cosa conforme a toda razón que sintamos del Altísimo altísimamente, y que le atribuyamos el más alto ser, y mejor ser que nuestro entendimiento pudiera alcanzar? Y cuando hubiéremos alcanzado de El cosas muy altas, hemos de creer que aún hay en El cosas mayores y que del todo exceden a nuestro entender. Esto es honrar a Dios y tenerle por Dios y por grande: porque si nuestro entendimiento pudiera entender toda el alteza de Dios, fuera chico Dios, y por eso no fuera Dios, pues no lo puede ser si no fuera infinito, y lo infinito incomprensible es de la cosa finita.

Y pues es mejor que en Dios haya comunicación suma, pues a la suma bondad conviene suma comunicación: y si ésta ha de haber, ha de ser comunicando su misma y total esencia: y así habrá en Dios suma fecundidad, como a Dios conviene, y no esterilidad, que es cosa muy ajena de El, según dice por Isaías (Isai, LXVI): *Yo que doy fuerza a los otros para engendrar, ¿por ventura quedaréme estéril?* Y aunque con criar ángeles y hombres y el universo se comunica Dios haciendo mercedes, mas ni ésta es fecundidad ni comunicación de bien infinito; porque no les da El su esencia, sino dales el ser y virtud que ellos tienen. Ni dejara Dios de ser Dios solitario, por muchas criaturas que le acompañaran, pues de ellas a El hay distancia infinita. Así como tampoco dejara de ser Adán solitario, por muchas bestias y otras criaturas que en el mundo había, aunque las tuviera muy cercanas a sí. Y porque el hombre no estuviese solo, le dió Dios compa-

ñera que tuviese semejanza e igualdad con él. Y así no es Dios solitario, pues en la unidad de la esencia hay tres Personas divinas. Ni es estéril ni avariento, pues hay comunicación de deidad infinita; y porque vosotros no entendáis cómo es aquesto, no debéis dejar de creerlo, pues que por ser tan alto, tiene rastro y olor de ser cosa de Dios. Y por ser mejor ser esto así, que no no ser así, por eso es cosa que conviene que la tenga Dios, y que así lo creamos nosotros, pues de Dios debemos sentir conforme a Dios, que es cuanto más alto pudiéramos.

CAPÍTULO XL

En que se responde a los que ponen por objeción para no recibir nuestra fe, que enseña de Dios cosas muy humildes o bajas, y cómo en estas cosas humildes que de Dios enseña está altísima gloria.

Ni tampoco hay razón para tropezar en la humildad que tomó el altísimo Dios abajándose a ser hombre y vivir en pobreza y morir en cruz; porque estas obras, no sólo no son indignas de Dios, mas son mucho dignas, si son entendidas. Porque si el abajarse fuera a más no poder, o si por abajarse perdiera su alteza que primero tenía, o si le moviera algún propio interés, hubiera alguna sospecha de la tal obra. Mas ni dejó de ser quien era por tomar lo que no era, ni vino forzado del cielo a la tierra, ni le movió propio provecho, pues no puede Dios crecer en riquezas; mas movióle su sola bondad y amor de los hombres, y quererlos remediar por el modo que más glorioso fuese a El y más provechoso para nosotros.

Y tal es el modo que tomó haciéndose hombre y muriendo en la cruz; porque no hay mayor señal de amor que morir un hombre por sus amigos. Y aun el Señor murió por sus enemigos, por hacerlos amigos; el cual amor tan excelente no nació de que ellos lo mereciesen, mas de su excelente bondad. Y así su bajeza y muerte no arguyen en él falta de poder o saber; pues por ser omnipotente y todo sabio nos pudiera remediar por otros

muchos modos sin éste, mas arguye en El grandísimo exceso de bondad y de amor. Y tanto mayor, cuanto Dios, que ama y padece, es mayor; y lo que padece, más grave y penoso; y aquellos por quien padece, más indignos y bajos. Y pues en amar, y a tales, se manifiesta su excelente bondad, alteza grande se debe decir esta obra, pues en lo espiritual todo es uno, bueno y alto; y mientras más bueno, más alto y más grande. Y pues que la mayor honra que podemos dar a uno es tenerle por bueno, más que por fuerte o por sabio, pues ninguno hay que honra desee que así no la quiera, claro es, que pues estas obras manifiestan su bondad y amor más que todas las otras, éstas le dan más honra y mejor que todas las otras. Y si parecía a los ignorantes que el bajarse Dios quitaba honra a su alteza, debe parecer a los sabios, que se le acrecienta la honra de su bondad, y por consiguiente de su alteza y grandeza: y así ni la pierde de uno ni otro. Y no sólo resplandece en estas obras su bondad más que en las otras, mas también la sabiduría y poder, y otras maravillas grandísimas. Porque entre todas las obras que en tiempo Dios ha hecho y hará, otra no la hay igual y maravillosa, ni tan gran milagro como hacerse Dios hombre, y después padecer por los hombres. Y quien esto no cree, la mayor honra le quita a Dios, cuanto es de su parte, que le puede quitar, aunque le quitase toda la que tiene por todas las otras obras que en tiempo ha hecho, o ha de hacer. Mirad bien en ello, y veréis cómo resplandece la omnipotencia de Dios y su sabiduría en juntar dos tan distantes extremos, como son Dios y hombre en unidad de persona. Y mirad cómo se declara más su poder en pelear y vencer a nuestros pecados y muerte con armas de nuestra flaqueza, que si venciera con las propias de su omnipotencia, como arriba se dijo hablando contra la desesperación. Y mirad cómo cuando se estaba Dios en su alteza tenía un pueblo pequeño que le conociese, y casi cada día se le iba a adorar dioses ajenos: y aun el tiempo que esto no hacía servía a su Dios con grandes flaquezas.

Mas abajándose Dios a ser hombre, y morir, hizo tanta

impresión en los hombres, que los altos se abajaron, y los flacos se hicieron fuertes, y los malos buenos; y finalmente, hubo tanta mudanza en el mundo, así en quitar la idolatría como en la renovación de costumbres, que se vió claramente el cumplimiento de aquella palabra que dijo el mismo Señor (Joann., XII): *Si Yo fuere alzado de la tierra, puesto en cruz, todo lo traeré a Mí mismo.* Y así parece que alcanzó victoria de corazones humanos con la bajeza y flaqueza y tormentos y muerte, la cual no alcanzó estándose en la alteza de su Majestad, y así se cumplió lo que dijo San Pablo (I Cor., I): *Que lo flaco de Dios es más fuerte que los hombres.* Y así parece claro, que no sólo gana Dios honra de bueno, mas de sabio y poderoso en tomar nuestra bajeza, y con ella obrar lo que en su alteza no obró. Por lo cual dice San Pablo (Rom., I): *Que no se avergüenza de predicar el Evangelio, pues es virtud de Dios para salvar a los hombres.* Porque aunque se cuenten de Dios ,humanidad, hambre y deshonras, tormentos y muerte, mas no hay porqué de esto se avergüence el cristiano, pues por medio de aquestas cosas obró Dios vencimiento de cosas tan fuertes como era muerte y pecado, e hizo que el hombre alcanzase la grandeza de Dios y su reino, que son las mayores cosas que al hombre podían venir, con lo cual gana Dios más honra que en haber criado los cielos y tierra y cuanto hay en ella. Y por esto se llama esta obra por excelencia obra de Dios, como el Señor dijo (Joannis IV): *Este es mi manjar, hacer la voluntad de mi Padre en acabar Yo su obra, que es la redención de los hombres;* no porque Dios no haya hecho otras obras, mas porque la encarnación y redención que de ella se sigue es la mayor obra de todas, y de la cual El más se precia, como de cosa que más honra le da; porque aunque de azotar a Egipto, por amor de su pueblo, y de sacarlo y de guiarlo por el desierto, ganase Dios honra, como dice Isaías, mas ya vos veis cuál es la mayor hazaña de amor, azotar Dios a los enemigos por amor de su pueblo, o dejarse Dios azotar en su carne por amor de los suyos y de los extraños, de amigos y enemigos. Una cosa es llevar Dios a los

suyos por el desierto, a semejanza de águila que enseña a volar a sus hijos y los toma en sus hombros cuando se cansan para que ellos descansen, no cansándose Dios; y otra cosa es llevar encima los hombros una pesada cruz, que se los desollaba, y todos los pecados del mundo, que como una pesada viga de lagar le apretaron, hasta quitarle la vida en la cruz, porque los hombres descansen. ¿Quién hay que esto no vea ser excelentísima hazaña de amor, y amor nunca visto, que le da a Dios mayor honra que lo pasado, porque aquello cosa es común, y poco amor basta para lo hacer, mas esto es cosa de pocos, y a duras penas se hallará en la tierra quien sufra ser azotado públicamente o morir por algún bueno y amigo? Y si esto se hallase, no se puede comparar con lo que el Señor amó y sufrió, porque no tiene igual; ni es mucho de maravillar que un león obre como león, mas sí que padezca como cordero: y siendo la causa el amor, eso es maravillosa hazaña y digna de honra perpetua. Y pues en tiempo pasado dijeron (Exodo, XV): *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido*, digamos nosotros con profundo agradecimiento: *Cantemos al Señor, que humildemente ha sido engrandecido*, pues entonces, ni se abajaba Dios, ni trabajaba en el descanso que daba, ni se empobrecía aunque daba riquezas; mas acá, empobrecióse, sudó y abajóse hasta la muerte, y muerte de cruz, por levantar del pecado a los suyos y llevarlos al cielo, y salió con ello, y cumplióse lo que dijo Isaías (cap. LV): *Que por el pequeño sauce crecerá la haya; y por la ortiga crecerá el arrayán, y será el Señor nombrado en eterna señal, la cual nunca será quitada.* Porque la honra que Dios ganó de ponerse en señal, que es la cruz, y en ella morir, y hacer de los malos buenos, durará para siempre, sin ser parte nadie para lo estorbar.

CAPÍTULO XLI

Que no sólo resplandece la gloria del Señor en las cosas humildes que la fe nos enseña de Dios, mas también nuestro grande provecho, valor y virtud.

No sólo resplandece en las obras de la humanidad y humildad de Dios por excelente modo su honra, mas también resulta de ellas muy gran provecho y precio del hombre, porque ninguna cosa hay que tanto le ensalce como haberse Dios hermanado con él, ni cosa que tanto le esfuerce el corazón contra los desmayos que el pecado le causa, como ver que Dios murió por su remedio y le fué dado por suyo; ni hay cosa que así le mueva a amar a Dios como verse amado de El hasta la muerte, ni a despreciar las prosperidades, ni a sufrir las adversidades, ni a humillarse a Dios y a su prójimo, ni a cosa buena chica ni grande, como ver a Dios abajado y humanado, y que pasó El por estas cosas, dándole Mandamientos que siga, y ejemplos que mire y esfuerzo con que los cumpla. Y pues este modo de remediarnos por humildad y bajeza está mejor a gloria de Dios y al bien de los hombres, señal es que ésta es obra de Dios; pues en lo que Dios obra, pretende la manifestación de su gloria y el provecho de los hombres. Por tanto, el que quiere que esta obra no sea, o la niega, enemigo es de Dios y de todos los hombres, pues le quiere privar a El de la mayor honra que por sus obras le puede venir, y a los hombres de la mayor honra y provecho que se puede pensar; y pues se declara enemigo del Criador y de las criaturas, justamente se le debe castigo y muerte de infierno. Y la causa que él puede dar, siendo preguntado de Dios, ¿por qué no creiste las cosas altas de Mí?, será ésta: porque me parecieron, Señor, tan altas, que no creí ser Vos tan alto. Y preguntado por qué no creyó las cosas de su humanidad y humildad, pues fueron testimonio de su bondad y de su amor, responderá que no pensó que la bondad y amor del Señor eran tan grandes, que bastasen a hacer y padecer tanto

por amor de los hombres. De manera, que en lo alto y en lo bajo tropieza; y la raíz de ello es por sentir bajamente de Dios y tenerlo por de tasada alteza y bondad, la cual raíz y lo que de ella procede, con razón arderá en el infierno, pues es injuriosa al altísimo Dios y lo quiere apocar y tasar. Cuánto mejor respuesta tendrá quien dijere: «creí, Señor, de vuestra alteza y de vuestra bondad todo cuanto más pude, porque os tengo por Señor infinito en todas las cosas, ni plega a Vos que me parezcan a mí mal vuestras obras, porque tienen exceso de bondad y de amor para mí como lo hace la infidelidad, que otra tacha no os halla, sino ser muy bueno y muy amoroso, siendo razón que por todo esto se llegase a Vos y os tomase por Dios, pues cada uno quiere más Señor que le sea Padre amoroso y perdonador, que riguroso Juez que le haga temblar con rigurosos castigos». Y si en las manos del hombre fuera puesto el modo de tratar Dios con otros y de remediar nuestros males, no había de escoger otro, sino éste que Dios escogió, a El más honroso, y al hombre más provechoso y lleno de toda dulzura.

CAPÍTULO XLII

En que se prueba ser la verdad de nuestra fe infalible, así por parte de los que la predicaron como de aquellos que la recibieron, y del modo con que fué recibida.

AÑADAMOS a lo ya dicho cómo esta fe y creencia fué recibida en el mundo, no por fuerza de armas, ni favores humanos, ni humana sabiduría, sino que la verdad de Dios peleó a solas por medio de unos pocos pescadores, y sin letras y desfavorecidos, contra emperadores y contra sacerdotes, y contra toda la sabiduría de hombres. Y salió tan vencedora, que les hizo dejar su antigua y falsa creencia y que creyesen una verdad tan sobre razón y tan de corazón creída, que haber tal firmeza de crédito en cosas tan altas es una grande maravilla de Dios, y que los mismos que mataban primero a quien las creía, se dejasen después matar por la verdad de ellas, y con mayor esfuerzo

y amor que primero las descreían y perseguían. Y fuéles predicada una ley y mandamientos purísimos, tan a pospelo de la inclinación de sus corazones, que no se pueden pensar cosas que mayor contradicción tengan entre sí, que ley de Evangelio y la inclinación que tiene el hombre a pecar, como dice San Pablo (Rom., VII, 14): *La ley, espiritual es; mas yo soy carnal, vendido debajo del pecado.* Y con todo esto fué la ley recibida, y con la misma virtud de Jesucristo fueron los corazones y obras tan renovadas para la cumplir, que manifiestamente pareció que aquel mismo era el que en toda virtud criaba de nuevo a estos hombres, que primero los había criado en el ser natural. Y si esto se predica entre la gente bestial de Arabia, donde Mahoma predicó su mentira, o entre otras gentes semejables a ellas y fácil de ser engañada, cual la buscan los que traen mentira, pudiérase tener de la creencia de éstos alguna sospecha. Mas, ¿qué diremos?: que fué predicada esta verdad *en Judea*, donde estaba el conocimiento de Dios y su Divina Escritura; *y en Grecia*, donde estaba lo supremo de la humana sabiduría; *y en Roma*, donde estaba el imperio y regimiento del mundo; *y en todas estas partes*, aunque fuese perseguida, mas en fin fué creída, y verificado el título triunfal de la cruz, que fué escrito en lengua hebrea, griega y latina, para dar a entender que en estas lenguas, que eran las principales del mundo, había de ser Cristo confesado por Rey. Pues si éstos creyeron con tener motivos bastantes, razón es que lo sigamos nosotros, y si no los tuvieron, dase muy claro a entender que creyeron por lumbre de Dios, pues siendo gente tan avisada y tan amiga de su antigua creencia y tan fuerte en humano poder, no se pudiera plantar tan alta planta de fe y tan profundamente plantada, y en gente tan contraria a esta verdad, si no entendiera en ello la poderosa mano de Dios. Mirando lo cual, dice San Agustín, que el que viendo que el mundo ha creído, él no cree, o pide milagros de nuevo para creer, él mismo es prodigio o milagro espantable, pues no quiere seguir lo que tantos, tan altos, tan sabios, abrazaron, y con mucha firmeza. Muy

justa causa tenemos en esto los que por la gracia de Dios somos cristianos, pues que desde que el mundo es mundo nunca en él ha aparecido hombre de tal doctrina y de tan heroica virtud, de hechos tan maravillosos y milagros, como Jesucristo Nuestro Señor, el cual predicó ser el Dios verdadero, lo probó con escritura divina y con muchedumbre de milagros, y con testimonio de San Juan Bautista, testigo abonado con todos. Y lo mismo se ha predicado y probado con muchedumbre de milagros en la Iglesia cristiana, y no ha aparecido tal fe que así honre a Dios como la suya, ni tal ley que así lo enseñe a servir como el Evangelio; el cual, si alguno bien entendiese, otro motivo no habría menester para creer; ni tampoco han aparecido en el mundo varones de tal santidad como los del pueblo cristiano, ni se han predicado tan grandes y tan altos galardones para los que siguen virtud, ni tan espantables amenazas contra los malos, en testimonio de que nuestro Dios es muy amigo de la bondad y enemigo de la maldad; ni se han hecho en el mundo tantos y tales milagros en confirmación de alguna cosa como los que se han hecho en confirmación de esta fe, la cual, si verdadera no fuera, muy injuriosa fuera a la honra del verdadero Dios, pues que atribuye a un hombre igualdad y unidad de esencia con el mismo Dios; ni la hubiera dejado durar tanto número de años, ni la hubiera tan reciamente castigado al pueblo de los judíos, que al tal hombre crucificó, ni hubiera hecho tantos y tales milagros en prueba de esta creencia, que podamos decir a Dios con razón, como dice Ricardo, que si estamos engañados en lo que creemos, Dios nos engañó, pues tiene esta verdad tanta luz de su parte y se han hecho tales cosas y milagros en confirmación de ella, que otro, si Dios no, no las pudiera hacer; mas como está lejos de Dios ser engañador, está lejos de nosotros ser en esto engañados. Gloria sea a Dios para siempre.

CAPÍTULO XLIII

Que es tanta la grandeza de nuestra fe, que ninguno de los motivos dichos, ni otros que se pueden decir, bastan a que un hombre crea con esta divina fe, sin que el Señor dé para creer su particular favor.



Hasta aquí habéis oído algunas de las razones que hay para atinar a que la fe católica es verdadera, y para dar cuenta a quien la pidiese de cómo no somos livianos en el creer, pues tenemos más motivos que ninguna gente del mundo. Mas con esto creed que es tanta la alteza de la fe cristiana que aunque un hombre tuviese estos y otros motivos que se pueden decir, aunque entrase entre ellos el ver con sus propios ojos de carne milagros hechos en confirmación de la fe, no puede el tal hombre ser poderoso de creer con sus propias fuerzas, como el cristiano cree y Dios le manda creer; porque así como sólo Dios por su Iglesia declara lo que se ha de creer, así El sólo puede dar fuerzas para lo creer, porque esta enseñanza a Dios tiene por Maestro interior, infundiendo la fe en el entendimiento, con que el hombre es enseñado y fortificado para esta creencia, según dice Cristo (Joann., VI, 45), *que está escrito en los Profetas, que todos serán enseñados de Dios.* Y el mismo Señor, habiéndole San Pedro confesado por verdadero Hijo de Dios y por Mesías prometido en la ley, dándole a entender, que no a sus fuerzas, sino al don de Dios había de agradecer la tal fe y confesión, le dijo (Matth., XVI): *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque no te descubrió aquestas cosas la carne y la sangre, mas mi Padre que está en los cielos.*

Y en otra parte dice (Joann., VI): *Todo aquel que oyó y aprendió de mi Padre, viene a Mí.* Soberana escuela es aquesta, donde Dios Padre es el que enseña, y la doctrina que enseña es la fe de Jesucristo su Hijo, y que vayan a El con pasos de fe y de amor. Esta fe no está arrimada a razones ni motivos, cualesquiera que se puedan traer, porque quien por aquéllos cree, no cree de tal manera

que su entendimiento quede persuadido, sin quedarle alguna duda o escrúpulo; mas la fe que Dios infunde está arrimada a la verdad divinal, y hace creer con mayor firmeza que si lo viese con sus propios ojos y tocase con sus propias manos, y con mayor certidumbre que la que tiene de que cuatro son más que tres, o de otra cosa de éstas, que las ve el entendimiento con tanta claridad que ni tiene escrúpulo, ni las puede dudar aunque quiera. Y entonces dice el tal hombre a todos los motivos que tenía para creer lo que dijeron los de Samaria a la Samaritana (Joann, IV): *Ya no creemos por lo que tú nos dijiste, porque nosotros mismos hemos visto y sabido que éste es el Salvador del mundo.* Y aunque dicen hemos sabido, no entendáis que los que creen tienen aquella claridad de evidencia a que llamaron los filósofos ciencia. Porque, según arriba se ha dicho, ni puede el entendimiento alcanzar con su propia razón a tener esta claridad de las cosas de la fe, ni la fe es tener evidencia, porque no sería fe ni habría merecimiento: vista se llama la fe que está en el entendimiento; mas porque no es con esta claridad de evidencia, dice San Pablo *que vemos ahora por espejo, y después en el cielo veremos faz a faz.* Mas dicen los samaritanos que saben que Cristo es Salvador del mundo, para dar a entender que lo creen con tanta firmeza como lo que más claramente se sabe, y aun con mucha mayor. Porque, como según hemos dicho, el que tiene la fe infusa de Dios, cree porque lo dice la verdad de Dios; y como esta verdad sea infinita y más cierta que todas las otras verdades (pues de la participación de ésta reciben firmeza las otras), está el tal creyente tan cierto que no puede ser engañado en lo que cree, como está cierto que no puede Dios dejar de ser verdadero; la cual certidumbre excede a cualquiera otra, que por cualquier vía se puede tener, y hace al hombre estar tan descansado en aquesta parte, que ni por pensamiento le pasa cosa contra la fe, o si le pasa, es tan de paso que poca pena le da; y si con escrúpulos o falsos pensamientos es combatido, mas en lo interior de su entendimiento muy firme y reposado está, por estar su creer edificado sobre piedra firmísima,

que es la misma suma verdad, a la cual él cree por sí mismo y no por otros motivos.

Y por eso, ni vientos, ni aguas, ni ríos, no la podrán derribar; y si os maravilláredes de que en un entendimiento de hombre que tan vario es en sus pareceres y tan mudable y que con tan poca firmeza asienta en las cosas de la razón, hay tan gran certidumbre y sosegada firmeza, que ni por argumentos, ni por tormentos, ni por ver a otros perder la fe, ni por cosa alta ni baja, él se mueva de lo que cree, dígoos que os basta esto para entender que este negocio y edificio no es cosa de nuestra fuerzas, pues ellas no alcanzan a tanto. *Don de Dios es*, como dice San Pablo, y no heredado, ni merecido, ni alcanzado por fuerzas humanas, porque nadie se gloríe en sí mismo de lo tener, mas sean fieles en conocer que es merced de Dios, dada por Jesucristo su Hijo, como dice San Pedro *Fuisteis fieles por El.* No os maravilléis, pues, de que sobre la miserable arena del humano entendimiento haya edificio de tanta firmeza, pues que dice el Señor: *Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que El envió.* De manera, que como Dios lleva al hombre a fin sobrenatural, que es a verle claramente en el cielo, así no se contentó con que el hombre creyese como hombre, a fuerza de motivos, ni milagros, ni razones, mas levantándolo fuerzas sobrenaturales con que creyese, no con miedo ni escrúpulo como hombre, sino con certidumbre y seguridad, como conviene a las cosas de Dios: y de ésta se entiende, que ninguno puede llamar a Jesús, Señor, sino en el Espíritu Santo; que aunque no sea necesario estar en gracia del Espíritu Santo para creer, según adelante se dirá, mas no se puede hacer sin inspiración del Espíritu Santo, porque de estas tales obras o gracias, que llaman *gratis datas*, va allí hablando el Apóstol San Pablo: *Esta es la fe que inclina al entendimiento a creer a la suma verdad en lo que la fe católica dice*, como la voluntad es inclinada con el amor a amar el bien sumo. Y así como la punta de la aguja de marear es llevada con la fuerza del Norte a estar en derecho de él, así Dios mueve al entendimiento con la fe que le infunde

a que vaya él con crédito firme, sosegado y lleno de satisfacción; y cuando es perfecta esta fe, trae consigo una lumbre, con que aunque no vea lo que cree, mas ve cuán creibles cosas son las de Dios. Y no sólo no sienta pena en el creer, mas muy gran deleite, como lo suele hacer la perfecta virtud que obra con facilidad, firmeza y delectación.

Esta es la fe que con mucha razón debe ser preciada y honrada, pues con ella honramos a Dios, como dice San Pablo que hizo Abraham, *dándole a Dios honra de tan poderoso, que puede hacer todo lo que le dice.* Y por aquí entended que la fe es honra de Dios, pues cree y predica las infinitas perfecciones que tiene. Y que ésta es la fe que como torre edificó Dios en nuestra ánima, para que subidos en ella veamos, aunque en espejo, lo que hay en el cielo y en el infierno, lo que acaeció al principio del mundo y lo que en el fin de él acaecerá. Y por escondida que sea la cosa, no se puede esconder a los ojos de la fe, como parece en aquel buen ladrón que viendo en Cristo crucificado tanto desprecio y bajeza exterior, entró con la fe en lo escondido, y conociólo por Señor del cielo, y por tal lo confesó con grande humildad y firmeza. Con esta fe creemos que es escritura y palabra divina la que la Iglesia nos declara por tal: y aunque es hablada por boca de hombres, la tenemos por palabra de Dios; y por esto no menos creemos al Evangelista o Profeta que escribió lo que no vió, que al que escribió lo que vió, porque no mira esta fe al testimonio humano que estriba en medios humanos, mas en lo que Dios inspira al tal Profeta o Evangelista para escribir la verdad, y que asiste Dios con él, para que no pueda ser engañado en lo que así escribe. Cierto es, que aunque San Pedro oyó con sus orejas la voz del Padre que sonó en el monte Tabor (Matth., XVII; Luc., IX; Marc., IX; II Petr., I): *Este es mi hijo muy amado,* y vió con sus ojos a Jesucristo resplandecer como el sol; si no mirásemos sino que como hombre da testimonio de lo que vió y oyó, más firmeza y certidumbre tiene la Escritura o habla de los Profetas, que dieron testimonio de ser Jesucristo Hijo de Dios,

aunque ni lo vieron ni oyeron con ojos ni orejas de cuerpo, que no lo que San Pedro dijo por lo que vió y oyó. Mas como la carta de San Pedro donde esto está escrito es declarada por la Iglesia ser divina Escritura, y por consiguiente ser palabra de Dios lo que en ella San Pedro dijo, está claro que Dios asistió con él para que aquello dijese, y asistió con él para que ni en lo que vió y oyó en el monte Tabor se engañase, ni en lo que escribió cuando contó lo que había pasado; y de esta manera la palabra de los Profetas no es más firme ni cierta, sino porque ellos y él hablaron por un mismo Espíritu Santo, que es una misma verdad. Esta fe habitual infunde Dios a los niños cuando se bautizan, y a los grandes que no la tienen, cuando se disponen, habitual; porque El quiere que todos se salven y vengan a conocimiento de esta verdad, pues sin ella no pueden agradar a Dios ni salvarse, ni la deja de dar a nadie, si por él no queda.

CAPÍTULO XLIV

Que se deben al Señor muchas gracias por el don de la fe, y que de tal manera habemos de usar de ella para lo que fué dada, que no le atribuyamos lo que no tiene, y cuál es lo uno y lo otro.

MUCHA razón es, doncella de Cristo, que todos los que somos cristianos agradezcamos muy de corazón al Señor, que graciosamente nos hizo merced de esta fe, con que lo fuésemos: y ni es razón que se nos pase día sin confesar esta fe, diciendo el Credo, a lo menos dos veces, mañana y noche, ni sin dar gracias al que nos hizo merced de dar esta fe, la cual debemos procurar tener guardada en su pureza y limpieza, como cosa en que mucho nos va, mirando para qué nos es dada, porque ni faltemos de usar de ella para lo que es, ni le atribuyamos lo que no tiene. Para creer lo que Dios manda creer nos es dada, y para que nos sea lumbre de conocimiento que nos ayude a mover la voluntad para que ame a su Dios y guarde sus Mandamientos, con lo cual el hombre se salve; mas si alguno

quisiere atribuir a esta fe, que por sola ella se alcanza la justicia y perdón de pecados, errará gravemente, como lo han hecho los que lo han afirmado; porque, según arriba se ha dicho, por autoridad de San Pablo, ninguno puede decir que Jesús es Señor, sino por inspiración del Espíritu Santo, en lo cual se entiende que la misma inspiración se requiere para creer todos los otros misterios de nuestra fe; y sabemos que dijo el Señor a algunos de los que le oían: *¿Para qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis las cosas que os digo?*

Y pues llamando a Jesús Señor tenían fe inspirada, como dice San Pablo (I Cor., XIII), y no haciendo lo que el Señor mandaba no estaban en gracia, claramente se sigue que puede un hombre tener fe sin tener gracia, lo cual afirma en otra parte San Pablo, donde dice: *Que si un hombre tuviere don de hablar lenguas, y si supiere y tuviere toda la ciencia, y la profecía y toda la fe, aunque pase los montes de una parte a otra, si estuviere sin caridad, ninguna cosa es;* y pues está cierto que el don de lenguas y lo demás que allí cuenta se compadecen con estar en pecado mortal, no hay porqué nadie quiera casar la caridad con la fe, para que no pueda estar la fe sin la caridad, aunque ésta no pueda estar sin la otra: palabra es de la divina Escritura que por la fe se da la justicia; mas que por sola la fe, invención humana es, y error muy necio y perverso, del cual el Señor nos avisó cuando dijo a la Magdalena (Luc., VII): *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho;* que son palabras tan claras para dar testimonio que se requiere el amor, cuan claras las hay en toda la Escritura para que se requiera la fe, y que no sólo ha de haber en la justificación del pecador amor, mas porque el amor es causa y disposición para el perdón, como lo es la fe, entrambas cosas andan juntas, y de entrambas hizo el Señor mención en el negocio de la Magdalena, pues al cabo de la habla, dijo: *Tu fe te hizo salva, ve en paz;* ni en lo que el Señor dijo: «muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho», quiso decir *porque creyó mucho*, llamando al efecto por nombre de causa; pues está claro, que habiendo

el Señor preguntado que cuál de los deudores amaría más a su perdonador, aquel a quien soltaba más o a quien menos, había de concluir su razón con hablar de amor, y no con hablar de creer. Y si vale tomar licencia para decir que el amor llama fe tomando al efecto por nombre de causa, tomarla hemos nosotros para decir que en los lugares de la Escritura en que se dice *que por la fe es el hombre justificado*, se entiende el amor por nombre de fe entendiendo en la causa el efecto, pues tan usado modo es de hablar y tan razonable llamar al efecto por nombre de causa, como a la causa por nombre de efecto. Claro habló aquí el Señor si no quiere alguno cegarse en su luz: y fe y amor llamó por sus nombres, y entrambas se requieren para justificar, según hemos dicho: y la misma junta afirma el Señor, diciendo a sus discípulos (Joann., XVI): *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a Mí y creisteis que Yo salí de El.* Y pues fe y amor se requieren, cierto habrá dolor de pecados, pues no dejarán de dolerle las ofensas graves que ha hecho contra Dios, al que le ama sobre todas las cosas, como parece en la Magdalena y en los pecadores que se convierten a Dios.

Y porque estas cosas se requieren, y otras que de ellas se siguen para alcanzar la justicia, por eso la Escritura divina unas veces nombra la fe, otras el amor, otras el gemido, y el dolor de la penitencia, otras la oración humilde del penitente, que dice : *Señor, sed manso a mí, pecador;* otras, el conocimiento del pecado. *Pequé al Señor*, dijo David: y luego oyó la palabra del perdón de parte de Dios. Mas quien movido por esto dijese que por sólo el conocimiento del pecado se perdona el pecado, no erraría poco, pues lo conocieron Caín y Judas, y muchos otros, y Saúl entre ellos, y no alcanzaron perdón. Y tan sin fundamento es decir que por sola la fe se alcanza, porque la Escritura en algunas partes no haga mención sino de ella, porque por esta razón podríamos echar fuera del negocio a la fe, pues en otras partes habla la Escritura que se perdonan los pecados (sin hacer mención de la fe) por la penitencia o por otras cosas,

Mas la verdad católica es que se requieren unas y otras, como disposiciones para alcanzar el perdón y la gracia. Y si a alguno parece que se nombra muchas veces la fe, atribuyéndole la justicia, y que por la fe somos hechos hijos de Dios y participantes de los merecimientos de Jesucristo, y semejantes efectos que convienen a la gracia y caridad, no es porque la fe sola para esto baste, mas porque el sentido de la Escritura, cuando le atribuye aquellos efectos, es entender de la fe formada con la caridad, que es vida de ella. Ni tampoco atribuye estos efectos a la fe, porque teniendo a ella necesariamente se tenga el amor, pues que, según se ha dicho, puede quedar fe verdadera, perdiendo la gracia y amor, el cual, como dice San Pablo, es mayor que la fe y que la esperanza. Y cuando el Señor habló de la fe y el amor, así en el negocio de la Magdalena como en el que dijimos de sus discípulos, nombró primero al amor que a la fe, dándole el primer lugar en la perfección al que es acto de la voluntad, que en cierta manera es postrero, cotejado con el acto del entendimiento, al cual pertenece la fe. Y también se ha de mirar, que aunque los Sacramentos del Bautismo y de la Penitencia sea necesario recibirlos, o tener propósito de los recibir para alcanzar la gracia perdida, el uno para los infieles y el otro para los fieles que después del Bautismo han cometido pecado mortal, mas no se habla en la Escritura tantas veces de ellos como de la fe, por lo que luego diremos; mas tampoco se deja de hacer mención de ellos porque nadie pensase no ser necesarios para alcanzar la justicia.

San Pablo dice (I Tim., III), *que por el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo nos hizo Dios salvos*, y que Cristo limpió a su Iglesia con el Bautismo de agua en palabra de vida. Y si por decir la Escritura que somos justificados por la fe, se hubiesen de echar fuera los Sacramentos, también se podría echar fuera la fe, pues dice que se da la salud y limpieza por el santo Bautismo. Mas el Señor entrambas cosas junta diciendo: *Quien creyere y fuere bautizado, aquél será salvo.* Item, el mismo Señor dijo a sus Apóstoles (Marc., últim.) cuando

instituyó el Sacramento de la Penitencia: *Cuyos pecados perdonáredes, son perdonados*, etc. (Joann., XX). Y, por consiguiente, se da gracia y justicia por este Sacramento, pues no puede haber perdón de pecados sin que se dé la gracia, la cual es significada y contenida en todos los siete Sacramentos de la Iglesia, y se da a quien bien los recibe, y con mayor abundancia que la disposición de quien los recibe, por ser obras privilegiadas, que por la misma obra que son, dan la gracia. Por lo cual deben ser en gran manera reverenciados y usados, como la Iglesia católica lo cree y nos lo enseña. Y si la fe tan frecuentemente era en principio de la Iglesia predicada y nombrada, convenía hacerse así, porque entonces se plantaba de nuevo, y se pretendía que los infieles la recibiesen y que entrasen por ella como por la primera puerta de la salud, para que después de entrados fuesen informados más particularmente de lo que habían de creer y obrar. Y también convenía que se manifestase particularmente en aquellos tiempos el misterio y valor de la Pasión y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, que con extrema deshonra había sido en aquellos tiempos crucificado. Y la fe de este misterio como hace creer y confesar que en aquel madero tan deshonrado, según la apariencia exterior, estuvo colgada la vida divina, y que allí en medio de la tierra obró Dios con su muerte la salud y remedio del mundo, esta tal fe honra a la deshonra de la cruz y es ensalzamiento de la bajeza que allí extremadamente se ejercitó.

Por lo cual convenía que se nombrase muchas veces el nombre de fe, y con grande honra; pues que resulta en honra de Jesucristo Nuestro Señor, de cuya persona y merecimientos ella da testimonio, predicando su alteza. Y si la Escritura dice *que por ella son los hombres justificados*, atribúyesele esto, no porque ella sola sea bastante, mas como a principio y fundamento y raíz de todo lo bueno, como lo dice el Concilio Tridentino; y los que a ella sola lo atribuyen, es por hallar consuelos para su tibieza o maldad de su vida, queriendo por vía de creer asegurarse para tener licencia de mayor anchura.

Y la paz y confianza de la buena conciencia, que se causa de la perfecta caridad, quieren alcanzarla sin estos trabajos que la perfecta virtud pide. (Eccl., IX.) Y aun no se contenta con esto, como, según la verdad, ninguno hay en esta vida del todo cierto si es digno de amor o de odio, aunque según tienen mayor virtud o menor, así tienen mayores o menores conjeturas para confiar. Mas los que quieren dar tal certidumbre a quien cree, como ellos imaginan, de que está perdonado por Dios, cual se da a lo que el cristiano cree como artículo de fe, engaños del diablo son éstos, y creídos de gentes que no tienen asiento en la fe, ni santidad en la vida, enemigos de obedecer, y que andan a tientaparedes, como dicen, en los negocios de Dios, que si esto no fuese, no tan presto los engañaría el demonio.

CAPÍTULO XLV

Porqué el Señor ordenó salvarnos mediante la fe, y no por humana razón, y de la grande sujeción que debemos tener a las cosas que la fe nos enseña, y de la particular devoción que especialmenta debemos a lo que el Señor Jesús enseñó por su boca.

La orden de las palabras de este tratado pedía que tras la palabra primera de él os declarase la segunda: mas la orden de las sentencias, por ser una la de la primera y tercera, pide que, dejando la segunda, os declare la tercera, que dice así: *Inclina tu oreja*, para lo cual habéis de notar, que es tanta la alteza de las cosas de Dios y tan baja vuestra razón y fácil de ser engañada, que para seguridad de nuestra salvación ordenó Dios salvarnos por fe y no por nuestro saber, lo cual no hizo sin muy justa causa: porque pues el mundo, como dice San Pablo (I Cor., I), *no conoció a Dios en sabiduría*, antes desatinaron los hombres en diversos errores, atribuyendo la gloria de Dios al sol y luna y otras criaturas: y ya que otro conocieron a Dios por rastro de las criaturas, tomaron tanta soberbia de su rastrear en conocer cosa tan alta, que les fué quitada esta luz por su soberbia,

que el Señor por su bondad les había dado, y así cayeron en tinieblas de idolatría y de muchedumbre de otros pecados, como los que no conocieron a Dios habían caído. Por lo cual, así como después que los ángeles malos pecaron no consintió Dios, como lo suelen hacer los escarmentados, que viviese en el cielo alguna criatura que pudiese pecar, así viendo cuán mal se aprovecharon los hombres de su razón, y que el mundo, como dice San Pablo, *no conoció a Dios por sabiduría*, no quiso dejar en manos de ella el conocimiento de él y salvación de ellos: mas antes quiso por la predicación de lo que la razón no alcanza, hacer salvos, no a los escudriñadores, mas a los sencillos creyentes: y así, después de habernos el Espíritu Santo amonestado las dos dichas palabras, que dice: *Oye y ve*, luego nos amonesta la tercera, que dice: *Inclina tu oreja*. En lo cual nos da a entender que debemos muy profundamente sujetar nuestra razón, y no estar yertos en ella, si queremos que el oír y ver que para nuestro bien nos fueron dados, no nos sea ocasión de perdición eterna. Cierto es que muchos han oído palabras de Dios, y han tenido excelentes conocimientos de cosas sutiles y altas, y porque se arrimaron más a la curiosidad de la vista que a inclinar con obediencia la oreja de su razón, se les tornó el ver en ceguera, y tropezaron en la luz de mediodía como si fuera tinieblas.

Por eso, si no queréis errar en el camino del cielo, inclinad vuestra oreja, quiero decir, *vuestra razón*, sin temor de ser engañada; inclinadla con profundísima reverencia a la palabra de Dios que está dicha en toda la Sagrada Escritura. Y si no la entendiéredes, no penséis que erró el Espíritu Santo que la dijo, mas sujetad vuestro entendimiento, y creed, como San Agustín dice que él lo hacía, que por la alteza de la palabra vos no la podéis alcanzar. Y aunque a toda la Escritura de Dios hayáis de inclinar vuestra oreja con igual crédito de fe, porque toda ella es palabra de una misma suma verdad, mas debéis tener particular respeto de os aprovechar de las benditas palabras que en la tierra habló el verdadero Dios hecho carne, abriendo con devota atención vuestras

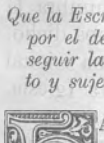
orejas de cuerpo y de ánima a cualquier palabra de este Señor, dado a nosotros por especial maestro, por voz del Eterno Padre, que dijo: *Este es mi muy amado Hijo en el cual me he agradado; a El oid.* Sed estudiosa de leer y oír aquestas palabras, y sin duda hallaréis en ellas una singular medicina y poderosa eficacia para lo que a vuestra ánima toca, cual no hallaréis en todas las otras que desde el principio del mundo Dios haya hablado, y con mucha razón, pues en lo que en otras partes ha dicho, ha sido hablar El por boca de sus siervos, y lo que habló en la Humanidad que tomó, hablólo por su propia persona, abriendo su propia boca para hablar el que primero había abierto y después abrió la boca de otros que en el Viejo Testamento y Nuevo hablaron. Y mirad no seáis desagradecida a tan gran merced como Dios nos hizo de querer El ser nuestro Maestro, dándonos leche de su palabra para mantenernos el mismo que nos dió el ser, para que fuésemos algo. Merced es tan grande, que si hubiese peso para la pesar y nos dijesen que en el cabo del mundo había palabras de Dios para la doctrina del ánima, había de pasar todo trabajo y peligro por oír unas palabras dichas de la Suma Sabiduría, y hacernos discípulos suyos.

Aprovechaos de esta merced, pues Dios tan cerca os la dió, y pedid al que tuviere cargo de encaminar vuestra ánima, que os busque en la Sagrada Escritura, en doctrina de la Iglesia y dichos de Santos, palabras apropiadas para las necesidades de vuestra ánima, ahora sean para defenderos de las tentaciones, según el mismo Señor, ayunando en el Desierto, lo hizo para nuestro ejemlo, u ora sea para estimularos a tener las virtudes que os faltan, ahora sea para haberos con Dios como debéis, y con vos y con vuestros prójimos mayores y menores, e iguales, y cómo os habéis de haber en la prosperidad y en la tribulación, y finalmente, para todo lo que hubiéredes menester en el camino de Dios, de manera que podáis decir (Psalm. CXVIII): *En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar a ti.* Tu palabra es antorcha para mis pies y lumbre para mis sendas, y mirad no cai-

gáis en curiosidad de querer saber más de lo que habéis menester para vos o para la gente que tenéis a cargo, porque lo otro debéis dejar para los que tienen carga de enseñar al pueblo de Dios, como amonesta San Pablo (Rom., XII): *Que nuestro saber sea con templanza.*

CAPÍTULO XLVI

Que la Escritura santa no se ha de declarar por cualquier seso, sino por el de la Iglesia romana, y donde ella no declara se ha de seguir la conforme exposición de los Santos, y del grande crédito y sujeción que a esta Iglesia santa debemos tener.



ABÉIS de saber que la exposición de la Escritura divina no ha de ser por seso o ingenio de cada cual, porque de esta manera, aunque ella en sí sea certísima, pues es palabra de Dios, sería para lo que toca a nosotros cosa muy incierta, pues comúnmente suele haber tantos sentidos cuantas cabezas; y como nos convenga mucho tener suprema certidumbre de la palabra que hemos de creer y seguir, pues que hemos de poner por su confesión y obediencia todo lo que tenemos, y la misma vida, no estuviera bien proveído el negocio si los diversos sentidos de los hombres no dejaran tener certidumbre a la palabra en el corazón del cristiano. A sola la Iglesia católica es dado este privilegio, que interprete y entienda la divina Escritura, por morar en ella el mismo Espíritu Santo que en la Escritura habló. Y donde la Iglesia no determina, hemos de seguir la concorde y unánime interpretación de los santos, si no queremos errar, porque de otra manera, ¿cómo se puede entender con espíritu ni ingenio humano lo que habló el divino, pues cada escritura se ha de leer y declarar por el mismo espíritu con que fué hecha? Y también habéis de saber, que declarar cuál escritura sea palabra de Dios, para que por tal sea de todos creída, no pertenece a otro sino a la misma Iglesia cristiana, cuya cabeza en la tierra, por divina ordenación, es el Romano Pontífice. Y tened por cierto, como San Jerónimo dice, *que cualquier persona que fuera de*

esta Iglesia y casa de Dios comiere el cordero de Dios, profano es, no cristiano. Y quienquiera que fuere hallado fuera de ella, necesariamente ha de perecer, como los que no entraron en el arca de Noé fueron ahogados con el diluvio. Esta es la Iglesia a la cual manda el Evangelio que oigamos, y que a quien no la oyere tengamos por malo y por infiel; y esta es la Iglesia, de la cual dice San Pablo *que es columna y firmamento de la verdad.*

Y a creer que esto es así, nos inclina y alumbra la misma fe infundida de Dios, de que arriba hemos dicho, como a uno de los otros artículos, y con la misma e igual certidumbre, y hasta aquí así se ha creído de esta Iglesia. Y por haberse apartado en nuestros tiempos una gente soberbia, y por eso del demonio engañada, no por eso deja la Iglesia de ser lo que era, ni nosotros debemos dejar de creer lo que antes creíamos. Por tanto, contra esta Iglesia no os mueva revelación, ni sentimiento de espíritu, ni otra cosa mayor ni menor, aunque pareciese ser ángel del cielo quien contra ella decía, porque serlo en la verdad no es posible. Y menos os muevan doctrinas de herejes, pasados, presentes o por venir, los cuales, desamparados de la mano de Dios por su justo juicio, siguen luz falsa por verdadera, y perdiéndose ellos, son causa de perdición de cuantos les siguen. Mirad en lo que han parado los que se apartaron en tiempos pasados de la creencia de esta Iglesia, y cómo fueron semejables a un ruido de viento, que presto se pasa y luego se olvida. Y mirad por otra parte la firmeza de nuestra fe y de nuestra Iglesia, y cómo ha quedado por vencedora; y aunque combatida desde su nacimiento, nunca vencida, por estar fundada sobre firme piedra, contra la cual, ni lluvias, ni ríos, ni vientos, ni las puertas de los infiernos pueden prevalecer. Cerrad, pues, vuestras orejas a toda doctrina ajena de la Iglesia, y seguid la creencia usada y guardada de tanta muchedumbre de años, pues es cierto que en ella han sido salvos y santos grandísima muchedumbre de gente; porque no veo cosa de mayor locura, que dejar el hombre un camino por el cual han caminado personas muy sabias y santas y han

ido al cielo, por seguir a unos menores en todo bien, sin comparación, que los pasados, y solamente mayores en la soberbia y desvergüenza de querer ser más creídos sin prueba ninguna, más de la de su propio parecer, que la muchedumbre de los pasados que tuvieron divinal sabiduría y excelentísima vida; y muchedumbre de grandes milagros, siendo el principal de los que éstos engañados siguen, un Lutero, tan flaco en su carne, que ni pudo vivir, según él lo dice, sin mujer, ni muerta una, vivir en castidad sin tomar otra; habiendo muchos que se contentaron con una, y otros que ni aun quisieron tener una, por vacar a Dios con mayor limpieza y libertad. ¿Cómo llamaremos espíritu bueno al que en aquel mal hombre vivía, pues no tuvo fuerza para darle castidad, aun de las más comunes, siendo la que él prometió de las más altas, teniéndola muchos, a quien él fuera razón que siguiera como a mejores? Y pues el Señor dice *que por los frutos conoceremos el árbol*, espíritu de la tierra y de flaqueza de carne y del demonio moraba en él, pues tales frutos hacía y otros peores. Esperad un poco, y veréis el fin de los malos, y cómo los vomitará Dios con extrema deshonra, declarando el error de ellos con manifiesto castigo, como de los pasados ha hecho.

CAPÍTULO XLVII

De cuán terrible castigo es permitir Dios que uno pierda la fe, y cómo justamente es quitada a los que no obran conforme a lo que ella enseña.

QUIEN tuviere lumbre con que juzgar que los bienes y males verdaderos son los espirituales, ya ve de presente el recio castigo de Dios sobre aquesta gente, y tal castigo, que ninguno es mayor sino sólo el infierno. ¿Quién no temerá, oh Rey de las gentes? ¿Y quién conoció el poder de tu ira o la podrá contar con el gran temor de ella? Los grandes castigos de Dios, que se deben temer sobre todos, no son los males de hacienda, ni honra, ni vida; mas dejar Dios

endurecer en el pecado a la voluntad del hombre, o dejar cegar con error al entendimiento, mayormente en cosas de fe, éstas son las heridas del furor divinal, heridas, no de padre, sino de justo y riguroso juez, de las cuales se entiende con mucha razón lo que Dios dice en Jeremías (Jerem., XXX): *Con herida de enemigo te herí con riguroso castigo.* Aunque no usa El de este rigor de juez sino habiendo primero usado de misericordia de padre; y si bien miráis, tiene esta ceguedad del entendimiento este particular mal más que la dureza de voluntad, que aunque ésta sea mucha, aun hay alguna esperanza de alcanzar remedio, porque como le queda al hombre la fe, aunque muerta, tiene conocimiento que hay remedio en la Iglesia para su pecado, lo cual es grande ayuda para levantarse y remediarse. Mas quien yerra en la fe, ¿cómo lo buscará, o cómo lo hallará, pues que fuera de la Iglesia no lo podrá hallar, porque no lo hay? Y el que hay en la Iglesia no lo busca, porque no lo cree, y así queda perdido. Palabra es que Dios hace en Israel: *Que a quienquiera que lo oyere le reteñirán las orejas de puro temor.* (I Reg., III, 11.)

Mas tan grande castigo no viene sin grande justicia, la cual declara San Pablo diciendo (Rom., I): *Descúbrese la ira de Dios desde el cielo sobre toda la maldad de aquellos hombres que detienen la verdad de Dios en la justicia.* Y el intento del Apóstol en aquel lugar es éste: que hubo hombres que aunque conocieron a Dios, no le sirvieron como a Dios; antes se hincharon con ciega soberbia, y teniendo verdad en el entendimiento, obraron maldad con la voluntad. De manera, que la verdad de Dios estaba en ellos detenida o encarcelada, pues no hacían lo que ella enseñaba, mas lo que la mala voluntad de ellos quería. Y porque la verdad de Dios es cosa muy excelente, y la da El por grande merced, para que siguiéndola el hombre con afección, la honre y alcance la virtud y se salve. Y si el tal hombre no mira esto, y la trata de arte que ni hace lo que ella le enseña ni la tiene en lugar limpio como ella merece, hace en ello una gran deshonra contra Dios que la dió y contra la ver-

dad dada por El: y si ella tuviese lengua, pediría a voces justicia contra el tal hombre; porque siendo ella tan preciosa joya, y que tanto puede al hombre aprovechar, está detenida sin la oír ni hacer lo que dice, y aposentada entre la hediondez de pecados que el tal hombre tiene en su voluntad. Y así como puede, a semejanza de la sangre de Abel, da voces pidiendo venganza; porque aunque el tal hombre no le quita la vida de ser verdad, pues se compadece fe verdadera con vida mala, quítale la eficacia que tuviera en el obrar, si no la impidiera, mas le ayudara con su voluntad a obrar lo que ella enseñaba: y estas voces óyelas Dios, que es el que dice: *El siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la hace, será azotado con muchos azotes.* Entre los cuales, el mayor de los que en este mundo da, según hemos dicho, es permitir que el tal hombre caiga en error en pena de sus pecados; y así fueron castigados aquéllos con caer en tan ciega idolatría, que vinieron a adorar por Dios las aves, serpientes y bestias. Y porque quitaron a Dios la honra que como a Dios se le debía, y la dieron a cuya no era, tornóles a castigar Dios este pecado de idolatría con permitirles caer en tan feos pecados, que es temor pensarlos y vergüenza decirlos. Y aunque los castigados con este castigo sin duda caerán en pecados, mas su caída es tan libre, como lo es en los otros pecados, que por su propia voluntad caen, y por muchos que sean los unos y otros, no les está cerrada la misericordia de Dios si se quieren acoger a sus piadosas entrañas.

El poder de Dios se manifiesta en lo primero, su sabiduría en lo segundo, y su bondad y misericordia en lo tercero. Y por este norte, que el Soberano Juez castigó a estos soberbios gentiles, castigó también a los ingratos judíos, y con mucha razón, pues les dió más conocimiento que a los gentiles, del cual usaron tan mal, que a la misma luz verdadera, que es Jesucristo, lo negaron con infidelidad, y lo crucificaron por mano de los gentiles, y porque quisieron apagar aquella luz soberana, sin la cual no hay luz ni verdad, quedáronse en obscuras ti-

nieblas y eternal perdición, si no se convirtieren al servicio del Señor que negaron. Mas veamos cuál fué el motivo que los trajo a tan grande mal de descreer a la luz que presente tenían. Responde San Juan (Joann., III): *Amaron más los hombres las tinieblas que la luz, porque eran sus obras malas;* y todo aquel que mal hace, aborrece la luz. De manera que porque el Señor y su doctrina encaminaban a toda verdad y virtud, y ellos amaban la mentira y maldad, no lo podían oír, ni mirar, ni quisieran que hubiera luz de doctrina que descubriera la santidad falsa que ellos tenían, ni que hubiera ejemplo de perfecta vida, en comparación de la cual era condenada la suya por mala; y de la raíz de esta voluntad, así depravada, salió el fruto de negar y matar al celestial Médico que los venía a curar, y quedaron tales, cuales mucho tiempo antes los había pintado el Profeta David, cuando de ellos dijo (Psalm. LXVIII): *Sean obscurecidos sus ojos porque no vean, y su espinazo ande siempre acorvado,* porque quedaron sus ojos sin lumbre de fe, y con voluntad aficionada a cosas de la tierra.

CAPÍTULO XLVIII

En que se prosigue más en particular lo ya dicho, y se declara lo que se requiere para entrar a leer y entender las divinas letras y Doctores santos.

Pues si Dios celó tanto la honra de su conocimiento que dió a los gentiles, y del que dió a los judíos, ¿cuánto celará el que da a los cristianos, pues es mayor sin comparación que el que unos y otros tuvieron? Y pues muchos usan muy mal de este conocimiento de fe tan excelente, no es maravilla que algunas veces hiera Dios a los tales con este terrible castigo de dejarles caer en herejías como a los pasados. ¿Por ventura no vemos cumplido con nuestros ojos lo que San Pablo profetizó de los tiempos postreros, diciendo (Thesal., II) *que había Dios de enviar a unos hombres operación de error, para que crean a la mentira?*

(y mentira contra la fe), pues nadie hay que ignore la desventurada y grande eficacia con que tanta gente ha abrazado de corazón la luterana herejía, que claramente se ve haberles Dios enviado esta eficacia de error para creer a la mentira, como dijo San Pablo; mas no envía Dios cosa de éstas, inclinando al hombre a que crea mentira ni a que haga maldad, porque no es tentador de los malos, según dice Santiago Apóstol; mas dice enviar operación de error cuando con justo juicio deja al entendimiento del hombre ser engañado por falsas razones o falsos milagros que le haga otro hombre o el perverso demonio, y así siente una eficacia dentro de sí para creer aquella mentira que le parezca que es motivo a creerla como una muy grande y saludable verdad. Recio juicio de Dios es aqueste, y pues él es justo, grande debe ser la culpa en cuyo castigo se hace: y cuál sea esta culpa, el mismo San Pablo nos lo declara diciendo (Thesal., II): *Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.* Porque si miráis cuán poderosa cosa es la verdad que creemos para ayudarnos a servir a Dios y ser salvos, pareceros ha grave culpa no amar esta verdad y seguir lo que ella enseña, y muy mayor hacer feas obras contra todo lo que ella enseña. ¡Cuán lejos había de estar de ofender a Dios quien cree que para quien le ofende hay fuego eterno, con otros innumerables tormentos, con que sea el tal castigado mientras Dios fuere Dios, sin esperanza de todo remedio! (Psalm. XXXIV.) ¡Cómo se atreve a pecar quien cree, que entrando el pecado por una puerta en el ánima, Dios se sale por la otra! Y qué tal queda, Señor, el hombre sin Ti, sentíalo aquel que rogaba: *Señor, no te apartes de mí.* Porque Dios ido, quedamos en muerte primera de culpa, y en víspera de muerte segunda de culpa y pena infernal.

Con razón se maravillaba Job cuando decía (cap. VI): *¿Quién podrá gustar lo que siendo gustado trae consigo la muerte?* Mucha razón es, cierto, que el manjar que no gustaríamos creyendo al médico, que dijese haber muerte en él, no lo gustásemos con perverso consentimiento, ha-

biendo Dios dicho (Ezech., XVIII), *que el ánima que pecare, aquélla morirá.* ¿Por qué no obra en ti la fe que tienes a la palabra de Dios, lo que obra el dicho del médico, pues éste puede y suele engañar, mas Dios nunca? ¿Y por qué el haber dicho Dios que El es galardón eternal de los que le sirven, no nos hace a todos con gran diligencia y esfuerzo servirle, aunque en ello pasásemos muy muchos trabajos y nos costase la vida? ¿Por qué no amamos a Nuestro Señor, el cual creemos ser sumo Bien, y habiéndonos El amado primero, aun hasta morir por nosotros, y así en todo lo demás que esta sagrada fe tan poderosamente nos enseña y convida, cuanto es de su parte, y nosotros con grave culpa dejamos de seguir y seguimos obras contrarias? ¿Puede ser mayor monstruo que creer un cristiano las cosas que cree, y hacer tan malas obras como muchos las hacen? Pues en castigo de que no tuvieron amor a la verdad, con la cual fueran salvos poniendo en obra lo que ella enseñaba, que les sea quitada, dejándoles creer el error, es muy justo juicio de aquel Señor, que es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres. (Psalm. LXV.) Y si miráis dónde armó Dios el lazo con que los judíos y herejes fuesen castigados, según hemos dicho, pareceros ha cosa más para temblar que para hablar. Preguntadles a éstos que en qué estriban para seguir su error con pertinacia tan porfiada, y deciros han los unos que en la Escritura Sagrada del Viejo Testamento, y los otros que en la del Nuevo, y veréis abiertamente cumplida la profecía del Profeta David, en que dice (Psalm. LXVIII): *La mesa de ellos sea desecha en lazo, y en castigo y en tropiezo.* ¿Visteis nunca cosa tan al revés, tornarse la mesa de vida en lazo de muerte? ¿La mesa de consolación y perdón en castigo? ¿La mesa do hay lumbre para saber andar el camino que lleva a la vida, tornarse en tropiezo para errar el camino y caer en la muerte? Grande, por cierto, es la culpa que tal castigo merece, que el hombre se ciegue en la luz y se le torne muerte la vida. Justo eres, Señor, y justos tus juicios, y ninguna maldad hay en ti, mas la hay en los que usan mal de tus

bienes; por lo cual es justo que tropiecen en ellos y sea castigada la deshonra que hicieron a ellos y a ti.

Grande bien, Señor, y muy grande es tu fe; acatada y obedecida y puesta en obra es razón que sea, y grandes mercedes nos hiciste en darnos tu divina Escritura, tan provechosa y necesaria para te servir. Mas porque siendo el viento que en este mar sopla viento del cielo, y quisieron algunos navegar por él con vientos de tierra que son sus ingenios y estudios, ahogáronse en él, permitiéndolo Tú; porque así como en las parábolas que predicabas, Señor, en la tierra, eran secretamente enseñados aquellos que tenían disposición para ello, y eran otros con ellas mismas cegados por tu justo juicio, así tienes Tú el profundo mar de tu divina Escritura, diputado para hacer misericordia a tus corderos, que naden en el provecho suyo y ajeno, y también para hacer justicia con que los soberbios elefantes se ahoguen y ahoguen a otros. Temida y muy temida debe ser la entrada en la divina Escritura, y nadie se debe arrojar a ella sino con mucho aparejo, como a cosa en que hay mucho peligro. Lleve quien hubiere de entrar en ello el sentido de la Iglesia católica romana, y evitará el peligro de la herejía. Lleve para aprovecharse de ella limpieza de vida, como dice San Atanasio, por las palabras siguientes: «Necesaria es la bondad de vida y limpieza de ánima y cristiana piedad para la investigación y verdadera ciencia de las Escrituras.» Y después dice: «Porque sin limpieza de ánimo y vida imitadora de santidad, no es posible entender los dichos de los santos.» Que así como si alguno quiere mirar la luz del sol, limpia sus ojos y se pone más claro limpiándose, casi a la semejanza de aquel sol que desea mirar, para que así el ojo hecho luz pueda mirar la luz del sol, y así también como si alguno desea ver alguna región o ciudad, se acerca a ella por causa de verla, así el que desea alcanzar la inteligencia de los santos, conviénele primero lavar y limpiar su ánima, y por semejanza de vida y costumbres acercarse a los mismos santos, para que así estando con sus deseos y vida, junto con ellos, entienda

en aquellas cosas que Dios a ellos reveló, y hecho casi uno de ellos, escape del peligro de los pecadores y del fuego que en el día del juicio les está aparejado.

Esto que ha dicho San Atanasio conviene mucho llevar, para sacar provecho de la divina Escritura, porque Dios quiere en general, mas saber en particular el consejo de Dios, y qué quiere Dios, como dice el sabio, no se puede saber por estudio humano, mas según él mismo dice: *Tu sentido, Señor, ¿quién lo sabrá si tú no dieres sabiduría, y enviares de las alturas el Santo Espíritu tuyo?* Esta sabiduría es la que enseña el agradamiento de Dios en particular, la cual no mora en los malos. Y cuando ésta persevera en el hombre con experiencia de santos trabajos, humildes oraciones y frutos de buenas obras, hace a un hombre verdaderamente sabio, para que con la lección de la Escritura y larga experiencia pueda enseñar a los otros a manera de testigo de vista, y dar en la vena del ajeno corazón, enseñando por lo que pasa en el suyo. Y sin esto, si una vez acertare, errará muchas, y será de aquellos de los cuales dice San Pablo (I Tim., I): *Que queriendo ser engañadores de la ley, no entienden las cosas que hablan.* Conviene también ayudarse el hombre que quiere estudiar la Divina Escritura, del socorro y exposición de los Santos, y aun de escolásticos, porque lo que del estudio de la Divina Escritura se saca sin llevar estas cosas, probádolo ha Alemania, mas por su mal.

CAPÍTULO XLIX

Que debemos no ensoberbecernos viendo que otros pierden la fe que nosotros no habemos perdido; antes humillarnos con temor, y de las razones que para ello hay.

No saquéis vos de oír estas caídas ajenas alguna soberbia de corazón, con que digáis: «no soy yo como aquellos que tan feamente han perdido la fe»; acordaos de unos hombres que contaban a Nuestro Señor que Pilato había muerto a cierta gente de Galilea en mitad de unos sacrificios que hacían, y llevaban los que esto contaban un liviano complacimien-

to en su corazón, con que se tenían por mejores que aquellos que habían hecho cosas merecedoras de que los matase Pilato.

Y como el Soberano Maestro entendía la tal soberbia, sin que ellos la manifestasen, queriéndolos desengañar, les dijo de esta manera: «¿Pensáis que aquellos hombres de Galilea eran mayores pecadores que todos los hombres de aquella provincia, porque vino tal castigo sobre ellos? ¿O pensáis que aquellos diez y ocho hombres sobre los cuales cayó la torre en Siloe y los mató eran mayores pecadores que todos los otros hombres que moraban en Jerusalén? *Yo os digo que no*, y que si penitencia no hiciéredes, todos juntamente pereceréis.» Este mismo sentido tiene San Pablo, cuando dice (Rom., XI): *Por la incredulidad fueron cortados los judíos, que eran ramos en la oliva de los creyentes, y tú por la fe estás en pie.* No quieras ensoberbecerte, mas teme, porque de otra manera también serás tú cortado. Los castigos de Dios hechos en otros, humildes y castos nos deben hacer, no soberbios, que en dondequiera que en nuestros tiempos infelicísimos queramos mirar, hay que llorar y que decir con Jeremías (Jerem., XVI): *Si salgo al campo, veo muertos a espada; si entro en la ciudad, veo muertos y desperecidos con hambre.* Los primeros son los que se han salido de la ciudad, que es la Iglesia, gente que está sin cabeza, porque la espada de la incredulidad les ha quitado la cabeza que Dios dió a los cristianos, que es el Romano Pontífice, y los segundos son muchos de los que en la ciudad de la Iglesia tienen sana la fe, mas están miserablemente muertos de hambre, porque no comen manjar de la obediencia de los Mandamientos de Dios y de su Iglesia. Cosas son éstas dignas de que las sintamos, si sentido tenemos de Cristo, y que las lloremos delante de su acatamiento y le digamos: ¿Hasta cuándo, Señor, no habrás misericordia de aquellos por los cuales derramaste tu sangre y perdiste la vida en la cruz con tantos tormentos? Y pues el negocio es tuyo, sea también de tu mano el remedio, pues que de otra mano es imposible venir.

Tened vos, doncella, cuidado de sentir y pedir esto; pues si a Cristo amáis, habéis de tener dentro de vuestro corazón entrañable compasión de las ánimas, pues por ellas murió Jesucristo: y también os conviene mucho mirar cómo vivís, y cómo os aprovecháis de la fe que tenéis, porque no os castigue Dios con dejaros caer en algún error con que la perdáis, pues habéis oído con vuestras orejas cuánta gente la ha perdido por las herejías del perverso Lutero, y otros hay que han negado a Cristo en tierra de moros, por vivir según la ley bestial de Mahoma, en lo cual veréis cumplidos lo que dice San Pablo (I Tim., I): *Que por haber desechado algunos la buena conciencia, perdieron la fe.* Ahora sea como arriba dijimos, cuando hablábamos de los motivos para creer, porque la misma mala conciencia poco a poco hace cegar el entendimiento para que les busque doctrina que no contradiga a sus maldades, o porque el Soberano Juez, en castigo de pecados, permita caer en herejía; ahora sea por lo uno o por lo otro, es cosa para temer y poner cuidado de lo evitar: y aunque esto no acaezca a todos los malos cristianos, pues aunque estén en pecado mortal no por eso pierden la fe, según hemos dicho, mas en cosa que tanto nos va el haber acaecido a uno sólo, es razón que ponga a todos cuidado y temor de huir aquella ocasión. Que cierto bien lejos estaban los corazones de los once Apóstoles de entregar a la muerte a Jesucristo Nuestro Señor, y porque El dijo que uno de ellos lo había de entregar, temieron todos, y dijeron: *¿Por ventura, Señor, soy yo?* Temiendo que podían por su flaqueza caer en lo que de presente se sentían libres. Para todo lo cual os será muy provechosa palabra la que entre manos tenemos: *Inclina tu oreja*, obedeciendo con fe a Dios y a su Iglesia, y no tener entendimiento escudriñador que sea oprimido de la Majestad, según está amenazado en la Escritura; porque los que quieren tentar las inefables cosas de Dios con la pequeñez de su entendimiento y razones, acaéceles lo que a los que miran en hito al mismo sol, que no sólo no ven, mas antes pierden la vista, y son rechazados por el grande exceso que hay de la luz

que miran a los ojos con que la miran. Y así estos tales, buscando satisfacción por vía de entender y escudriñar, hallan dudas e inquietud, porque no se comunica la sabiduría de Dios sino a los pequeños humildes que con sencillez se llegan a El, inclinando su oreja a El y a su Iglesia, y reciben de su bondad muy grandes mercedes, con las cuales queda el ánima satisfecha, hermoseada con fe y con obras, a semejanza de la hermosa Rebeca, a la cual fueron dados de parte de Isaac zarcillos para las orejas y ajorcas para las manos: y porque nos fuese más encomendada esta sencilla sujeción de nuestro entendimiento, no se contentó el Espíritu Santo con amonestarnos en la primera palabra, diciendo: *Oye, hija;* mas amonestólo en otra que dice: *Inclina tu oreja,* para que sepan los hombres, que pues Dios no habla palabras ociosas en decirnos una sentencia por diversas palabras, nos quiere mucho encomendar este sencillo y humilde creer, principio de nuestra salud: y si con ella se junta el amor, tendremos salud del todo perfecta.

CAPÍTULO L

De cómo suelen ser muchos engañados dando crédito a falsas revelaciones, y declárase en particular en qué consiste la verdadera libertad de espíritu.

No es razón que pase de aquí sin avisaros de un grande peligro que a los que caminan en el camino de Dios acaece, y a muchos ha derribado. El principal remedio del cual consiste en el aviso que el Espíritu Santo nos dió, mediante aquesta palabra que dice *inclina tu oreja;* y este peligro es ofrecerse a alguna persona devota revelaciones o visiones, u otros sentimientos espirituales, los cuales muchas veces, permitiéndolo Dios, trae el demonio para dos cosas: una para con aquellos engaños quitar el crédito de las verdaderas revelaciones de Dios, como también ha procurado falsos milagros para quitar el crédito de los verdaderos; otra para engañar a la tal persona debajo de especie de

bien, ya que por otra parte no puede. Muchos de los cuales leemos en los tiempos pasados, y muchos hemos visto en los presentes, los cuales deben de poner escarmiento y dar aviso a cualquiera persona deseosa de su salud, a no ser fácil en creer estas cosas, pues los mismos que tanto crédito les daban primero, dijeron y avisaron después de haber sido libres de aquellos engaños, que se guardasen los otros de caer en ellos. Gersón cuenta haber acaecido en su tiempo muchos engaños de aquestos, y dice haber sabido de muchos que decían tener por muy cierto haberles revelado Dios que habían de ser Papas: y alguno de ellos lo escribió así, y por conjeturas y otras pruebas afirmaba ser verdad. Y otro, teniendo el mismo crédito que había de ser Papa, después se le asentó en el corazón que había de ser Anticristo, o a lo menos mensajero de él, y después fué gravemente tentado de matarse él mismo por no traer tanto daño al pueblo cristiano; hasta que por la misericordia de Dios fué sacado de todos estos engaños, y los dejó en escrito para cautela y enseñanza de otros.

No han faltado en nuestros tiempos personas que han tenido por cierto que ellos habían de reformar la Iglesia cristiana y traerla a la perfección que a su principio tuvo, o a otra mayor. Y el haberse muerto sin hacerlo, ha sido suficiente prueba de su engañado corazón, y que les fuera mejor haber entendido en su propia reformación que con la gracia de Dios les fuera ligera, que olvidando sus propias conciencias, poner los ojos de su vanidad en cosa en que Dios no la quería hacer por medio de ellos. Otros han querido buscar sendas nuevas, que les parecía muy breve atajo para llegar presto a Dios, y parecióles, que dándose perfectamente a El y dejándose en sus manos, eran tan tomados de Dios y regidos por el Espíritu Santo, que todo lo que a su corazón venía no era otra cosa sino lumbre e instinto de Dios. Y llegó a tanto este engaño, que si aqueste movimiento interior no les venía, no habían de moverse a hacer obra buena, por buena que fuese; y si les movía el corazón a hacer alguna obra, la habían de hacer, aunque fuese contra el Mandamiento de Dios,

creyendo que aquella gana que su corazón sentía, era instinto de Dios y libertad del Espíritu Santo, que los libertaba de toda obligación de Mandamientos de Dios, al cual decían que amaban tan de verdad que aun quebrantando sus Mandamientos no perdían su amor. Y no miraban que predicó el Hijo de Dios por su boca lo contrario de aquesto, diciendo: *Si alguno me ama, guardará mi palabra: y el que tiene mis Mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama.* Item: *Si alguno me ama, guardará mi palabra: y el que no me ama, no guarda mi palabra.* Dando claramente a entender, que quien no guarda sus palabras, no tiene su amor ni amistad; porque, como dice San Agustín: *Ninguno puede amar al Rey, cuyo mandamiento aborrece.* Y lo que el Apóstol dice (Tim., I): *Al justo no le es impuesta ley,* y que donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad; no se ha de entender que el Espíritu Santo haga a ninguno, por justo que sea, ser libertado de la guarda del Mandamiento de Dios, ni de su Iglesia, ni de sus mayores, antes mientras más se le comunica este espíritu, más amor le pone: y creciendo el amor crece el cuidado y gana de guardar más y más las palabras de Dios y de su Iglesia; sino, como este espíritu sea eficacísimo y haga al hombre verdadero y ferviente amador de lo bueno, pónele tal disposición en el ánima cuando con abundancia se da, que no le es pesada la guarda de los Mandamientos, antes muy fácil y tan sabrosa, que diga David: *¡Cuán dulces son para mi garganta tus palabras!, más que la miel para mi boca.*

Porque como este espíritu ponga perfectísima conformidad en la voluntad del hombre con la voluntad de Dios haciéndole que sea un espíritu con El, quiere decir, como dice San Pablo, que tenga un querer y no querer necesariamente ha de ser al hombre sabrosa la guarda de la voluntad de Dios, pues a cada uno es sabroso obrar lo que ama; tanto, que si la misma ley de Dios se perdiese, se hallaría escrita por el Espíritu Santo en las entrañas de ellos, según dice David (Psalm. XXXVI), que la ley de Dios está en el corazón del justo; quiere decir, en su voluntad, según Dios. Y antes lo había dicho Dios (Je-

remías, XXXII): *Yo daré mi ley en las entrañas de ellos.* Y de aquí es que aunque no hubiese infierno que amenazase, ni paraíso que convidase, ni mandamiento que constriñese, obraría el justo por sólo el amor de Dios lo que obra; porque como el Espíritu Santo obre en el hombre para con Dios lo que la generación humana en el corazón del hijo con su padre, pues por él y su gracia recibimos la adopción de hijos de Dios, de ahí viene que el tal hombre, como un amoroso hijo, reverencia y sirve a Dios por el amor filial que le tiene; tras lo cual viene aborrecimiento perfecto de todo pecado y la perfecta esperanza que alanza de sí tristeza y temor, como se puede alcanzar en este destierro, y hacerle sufrir los trabajos, no sólo con paciencia, mas con alegría: y por esta libertad que tiene para con pecados y con trabajos, aborreciendo a los unos y amando a los otros, se llama libre, y que al tal justo no le es puesta ley. Así como si hubiese una madre que mucho amase a su hijo y mucho hiciese por él, no le sería pesada la ley que le mandase hacer lo que con su corazón maternal con su hijo hace: y así esta tal madre no estaría debajo de la ley ni de trabajos, mas encima de ella como libre, pues obra con deleite lo que la ley le manda con autoridad; y de esta manera hacen los que hemos dicho, cumpliendo la ley con amor, y aun muchos hacen cosas a que no tienen obligación, ardiendo su corazón con mayor fuego de amor que la obligación en que les ponía la ley.

Y así se ha de entender lo que dice San Pablo (Galat., V): *Si sois llevados por el espíritu, no estáis debajo la ley.* Porque aborreciendo al pecado, y siendo amorosos para con la ley y gozosos con los trabajos, todo lo cual viene de ser guiados por el espíritu, no los es carga la ley según es dicho; mas en quebrantando uno de los Mandamientos de Dios o de su Iglesia, luego se va este Espíritu, según está escrito, que se aparta de los pensamientos que son sin entendimiento, y que será echado del ánima por venir a ella la maldad. Y como entonces no son llevados los hombres por este Espíritu Santo, necesario es que queden sujetos a la pesadumbre que da la

ley a los que no la aman, y queden flacos para sufrir los trabajos, y sujetos a caídas de culpas. No diga, pues, nadie que quebrantando Mandamientos de Dios o de su Iglesia puede haber justicia, ni libertad, ni amor con Él, pues el Señor pronuncia ser esclavo, no libre (Eccl., XLI), el que hace el pecado, y como no hay participación de luz con tinieblas, no la hay entre Dios y quien obra maldad; porque, según es escrito: *Aborrecible es a Dios el malo y su maldad.* Heos dado cuenta de aqueste tan ciego error, como poniéndooslo en ejemplo, por donde saquéis otros muchos tan necios y torpes como él, en los cuales han caído en tiempos pasados y presentes los que han livianamente creído que los sentimientos o instintos que en su corazón había eran de Dios.

CAPÍTULO LI

De cómo nos habemos de haber para no errar en las ilusiones y cuán peligroso sea el deseo de revelaciones o cosas semejantes.

Con deseo que vuestra ánima no sea una de aquéstas, os encomiendo mucho escarmentéis, como dicen, en cabeza ajena, y que tengáis mucho aviso de no consentir en vos poco ni mucho el deseo de aquestas cosas singulares y sobrenaturales, porque es señal de soberbia o curiosidad peligrosa; de lo cual en algún tiempo fué tentado San Agustín, cuyas palabras son éstas: «¡Con cuántas artes de tentaciones ha procurado conmigo el enemigo que yo pidiese a Ti, Señor, algún milagro! Mas ruégote, por amor de nuestro Rey Jesucristo y por nuestra ciudad de Jerusalén la del cielo, que es casta y sencilla, que así como ahora está lejos de mí el consentimiento de aquesta tentación, así lo esté siempre más y más lejos.» San Buenaventura dice *que muchos han caído en muchas locuras y errores en castigo de haber deseado las cosas ya dichas.* Y dice *que antes deben ser temidas que deseadas.* Y si os vinieren sin quererlas vos, temed, y no las deis crédito, más recurrid luego a Nuestro Señor, suplicándole no sea

servido de llevaros por este camino, sino que os deje obrar vuestra salud en su santo temor y camino ordinario y llano de los que le sirven; especialmente habéis de mirar esto, cuando la tal revelación o instinto os convidare a reprender o avisar alguna cosa secreta a tercera persona, y mucho más si es sacerdote o Prelado o semejante persona a quien se debe particular reverencia. Desechad entonces muy de corazón estas cosas, y salid de ellas con decir lo que dijo Moisés: *Suplícote, Señor, envíes al que has de enviar.* Y Jeremías dice: *Muchacho soy, Señor, no sé hablar.* Teniéndose entrambos por insuficientes, y huyendo de ser enviados a corregir a los otros. Y no temáis, que por esta resistencia humilde se enojará Dios o se ausentará si el negocio es suyo; mas antes se acercará y lo aclarará: pues quien da su gracia a los humildes, no la quitará por hacer acto de humildad, y si no es de Dios, huirá el demonio herido con la piedra de la humildad, que es golpe que le quiebra la cabeza como a Goliat.

Y así acaeció a un Padre del yermo, que apareciéndole una figura de un crucifijo, no sólo no lo quiso adorar ni creer, mas cerrados los ojos dijo : «No quiero ver en este mundo a Jesucristo, básteme verlo en el cielo»; con la cual respuesta huyó el demonio, que con ajena figura quería engañar. Otro Padre respondió a uno, que decía ser ángel enviado a él de parte de Dios: «Yo no he menester, ni soy digno de mensajes de ángeles; por eso mira a quién te enviaron, que no es posible que te enviasen a mí, ni te quiero oír», y así con esta humilde respuesta huyó el demonio soberbio, y por esta vía de humildad y de desechar muy de corazón estas cosas han sido muchas personas libres por la mano de Dios de muy grandes lazos que por esta vía el demonio les tenía armados, probando en sí mismos lo que dice David (Psalm. XII): *El Señor guarda a los pequeñuelos: humilléme yo, y libróme El.* Y, por el contrario, hallando la falsa revelación o instinto del demonio alguna gana o aplazamiento liviano en el corazón de quien le recibe, prende allí y toma fuerzas para del todo engañar, permitiéndolo Dios no

sin justo juicio: porque, como dice San Agustín, *la soberbia merece ser engañada* (1).

Estad, pues, tan limpia de aqueste aplazamiento y de pensar que sois algo por aquestas revelaciones, que no se mude vuestro corazón ni un solo punto del lugar humilde en que antes estaba debajo del temor santo de Dios; y así os habed en ellas como si no os hubieran venido, y si con responder esto el negocio pasare adelante, dad luego cuenta de él a quien os pueda aconsejar lo que os cumple, aunque mejor sería dar esta cuenta luego que os aconteciese, y ayudar vos con oraciones, y ayunos y otras buenas obras, al que os ha de aconsejar, para que Dios le aclare la verdad, pues el negocio es tan dificultoso: porque si el espíritu bueno de Dios tenemos por espíritu malo del demonio, es gran blasfemia, y somos semejantes a los miserables fariseos, contradictores de la verdad de Dios, que atribuían al espíritu malo las obras que Jesucristo Nuestro Señor hacía por Espíritu Santo. Y si con facilidad de creencia aceptamos el instinto del espíritu malo, por cosas del Espíritu Santo, ¿qué mayor mal puede ser que seguir las tinieblas por luz y el engaño por verdad, y lo que peor es, al demonio por Dios? En entrambas partes hay gran peligro, o teniendo a Dios por demonio, o al demonio por Dios: y cuán gran necesidad hay de saber distinguir y estimar cada cosa de éstas en lo que ella es, ninguno hay, por ciego que sea, que no lo vea; mas cuan clara está la necesidad, tan dificultosa y escondida está la certificación y lumbre de aquesta duda: y así como no es de todos profetizar o hacer milagros con otras semejantes gracias, sino de aquellos a

(1) Esta materia delicadísima y que, por tanto, reclama gran tino y suma discreción, trata nuestro Beato con mucho acierto y modo admirable en su Epistolario, en la carta contestación a la consulta que le tenía hecha la Virgen Doctora de Avila, Santa Teresa de Jesús, cuando se hallaba perpleja y dudosa sobre si sus continuas revelaciones nacían de espíritu santo y bueno, o diabólico y malo. Allí es donde el Beato da reglas sabias y seguras para conocer cosas tales y tan difíciles. Véase además el capítulo siguiente en que las apunta con igual aplomo y certeza.—*(Nota de F. Montaña.)*

quien el Espíritu Santo las reparte por su voluntad, así no es dado al espíritu humano, por sabio que sea, juzgar con certidumbre y verdad la diferencia de los espíritus, si no fuese alguna cosa muy clara entre la Escritura o Iglesia de Dios. Necesaria, pues, es en todo caso lumbre del Espíritu Santo, que se llama discreción de espíritus, con la cual entrañable inspiración y alumbramiento juzga el hombre que este don tiene, sin errar, cuál es el espíritu de verdad o de mentira: y si es cosa de tomo, débese decir al Prelado y tener por acertada su determinación.

CAPÍTULO LII

En que se ponen algunas señales de las buenas, y de las malas y falsas revelaciones o ilusiones

ALLENDE de lo dicho habéis de mirar qué provecho o edificación dejan en vuestra ánima aquestas cosas: y no os digo esto para que por estas u otras señales vos seáis juez de lo que en vos pasa, mas para que dando cuenta a quien os ha de aconsejar, tanto más ciertamente él pueda conocer y enseñaros la verdad, cuanto más particular cuenta le diéredes. Mirad, pues, si estas cosas os aprovechan para remedio de alguna espiritual necesidad que tengáis, o para alguna cosa de edificación notable en vuestra ánima; porque si un hombre bueno no habla palabras ociosas, menos las hablará el Señor, el cual dice (Isa., XLVIII): *Yo soy el Señor que te enseño cosas provechosas, y te gobierno en el camino que andas.* Y cuando se viere que no hay cosa de provecho , mas marañas y cosas sin necesidad, tenedlo por fruto del demonio, que anda por engañar o hacer perder tiempo a la persona que las trae y a las otras a quien se cuentan: y cuando más no puede, con este perdimiento de tiempo se da por contento. Y entre las cosas que más habéis de mirar que se obran en vuestra ánima, la principal sea si os dejan más humillada que antes, porque la humildad, como dice un Doctor, pone tal peso en la moneda espiritual, que suficientemente la distin-

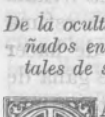
gue de la falsa y liviana moneda. Porque como dice San Gregorio: *Evidentísima señal de los escogidos es la humildad, y de los réprobos es la soberbia.*

Mirad, pues, qué rastro queda en vuestra ánima de la visión o consolación, o espiritual sentimiento, y si os veis quedar más humilde y avergonzada de vuestras faltas, y con mayores reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios y no tenéis deseos livianos de comunicar con otras personas aquello que os ha acaecido, ni tampoco os ocupáis mucho en mirarlo o hacer caso de ellos, mas echáislo en olvido, como cosa que puede traer alguna estima de vos; y si alguna vez os viene a la memoria, humilláos, y maravilláos de la gran misericordia de Dios, que a cosas tan viles hace tantas mercedes; y si sentís vuestro corazón tan sosegado y más en el propio conocimiento, como, antes que aquello os viniese, estábades, alguna señal tiene de ser Dios; pues es conforme a la enseñanza y verdad cristiana, que es que el hombre se abaje y desprecie en sus propios ojos, y de los bienes que de Dios recibe, se conozca por más obligado y avergonzado, atribuyendo toda la gloria a Aquel de cuya mano viene todo lo bueno; y con esto concuerda San Gregorio, diciendo: *El ánima que es llena del divino entendimiento, tiene sus evidentísimas señales,* conviene a saber, *verdad y humildad.* Las cuales entrambas, si perfectamente en un ánima se juntaren, es cosa notoria que dan testimonio de la presencia del Espíritu Santo; mas cuando es engaño del demonio, es muy al revés; porque, o al principio o al cabo de la revelación o consolación, se siente el ánima liviana y deseosa de hablar lo que siente, y con alguna estima de sí y de su propio juicio, pensando que ha de hacer Dios grandes cosas en ella y por ella: y no tiene gana de pensar sus defectos, ni de ser reprendida de otros; mas todo su hecho es hablar y revolver en su memoria aquella cosa que tiene, y de ella querría que hablasen los otros. Cuando estas señales y otras que demuestran liviandad de corazón viéredes, pronunciarse puede sin duda ninguna que anda por allí el espíritu del demonio, y de ninguna cosa que en vos acaezca, por buena que os parezca,

ora sean lágrimas, ora sea consuelo, ahora sea conocimiento de cosas de Dios, y aunque sea ser subida hasta el tercero cielo, si vuestra ánima no queda con profunda humildad, no os fiéis de cosa ninguna ni la recibáis, porque mientras más alta es, más peligrosa es, y haceros ha de dar mayor caída. Pedid a Dios su gracia para conoceros y humillaros, y sobre esto deos más lo que fuere servido; mas faltando esto, todo lo otro, por precioso que parezca, no es oro, sino oropel; y no harina de mantenimiento, sino ceniza de liviandad. Tiene este mal la soberbia, que despoja el ánima de la verdadera gracia de Dios; y si algunos bienes le deja, falsifícalos, para que no agraden a Dios, y sean ocasión al que los tiene de mayor caída. Leemos de nuestro Redentor que cuando apareció a sus discípulos el día de su Ascensión, primero les reprendió la incredulidad y dureza de corazón, y después les mandó ir a predicar, dándoles poder para hacer muchos y grandes milagros; dando a entender que a quien El levanta a grandes cosas, primero le abate en sí mismo, dándole conocimiento de sus propias flaquezas, para que aunque vuelen sobre los cielos, queden asidos a su propia bajeza, sin poder atribuir a sí mismos otra cosa sino su indignidad. La suma, pues, de todo esto, sea que tengáis cuenta de los efectos que estas cosas obran en vos, no para ser vos juez de ellas, sino para informar a quien os ha de aconsejar y vos tomar consejo.

CAPÍTULO LIII

De la oculta soberbia con que suelen ser muchos gravemente engañados en el camino de la virtud, y de cuán a peligro están los tales de ser enlazados en ilusiones del demonio.



AS habéis de notar, que muchos sienten en sí mismos su propia vileza, y cuán nada son de su parte, y paréceles que atribuyen puramente la gloria a Dios de todos sus bienes, y tienen otras muchas señales de humildad y con todo esto están tan llenos de soberbia, y tan enlazados en ella, cuanto ellos más libres piensan estar. Y es la causa, porque ya que vi-

van en verdad, por no atribuir los bienes a sí, viven en engaño, por pensar que son sus bienes más y mayores de lo que en la verdad son; y piensan tener de Dios tanta lumbre, que ellos solos bastan para regirse en el camino de Dios y aun para regir a los otros; y ninguna persona hay que en los ojos de ella sea suficiente para los regir. Son en gran manera amigos de su parecer, y aun tienen en poco algunas veces lo que los santos pasados dijeron, y lo que a los siervos de Dios que en su tiempo viven, parece. Jáctanse tener el Espíritu de Cristo y ser regidos por El, y no haber menester humano consejo, pues con tanta certidumbre Dios y su unción les satisface en sus oraciones.

Piensan, como San Bernardo dice, *en las casas ajenas, y que en solas las suyas luce el sol.* Y desafían y desprecian a todos los sabios, como Goliat al pueblo de Dios; sólo aquel es bueno en el juicio que con ellos se conforma; y no hay cosa que más molesta les sea que haber quien les contradiga. Quieren ser maestros de todos y creídos de todos, y ellos a ninguno creer, y a la discreción cauta de los experimentados llaman tibieza y temor, y a los desenfrenados fervores y novedades llenas de singularidad o causadoras de alborotos, llaman libertad del espíritu y fortaleza de Dios; y aunque traigan en la boca casi a la continua, «esto me dice mi espíritu, Dios me satisface», y semejantes palabras, otras veces alegan la Escritura de Dios, mas no la quieren entender como la Iglesia y los Santos la entienden, mas como a ellos parece, creyendo que no tienen ellos menor lumbre que los Santos pasados, antes que los ha tomado Dios por instrumento para cosas mayores que a ellos: y así, haciendo ídolos de sí mismos y poniéndose encima de las cabezas de todos con abominable altivez, es tan miserable el engaño de ellos, que siendo extremadamente soberbios se tienen por perfectos humildes, y creyendo que en sólo ellos mora Dios, está Dios muy lejos de ellos: y lo que piensan que es luz, es muy obscuras tinieblas. De éstos o que parecen a éstos, dice Gerson, hay algunos a los cuales es cosa agradable ser regidos por su parecer propio, y andan

en sus invenciones guiados, o por mejor decir, arrojados por su propia opinión, que es peligrosísima guía. Macéranse con ayunos demasiadamente, velan mucho, turban y desvanecen el cerebro con demasiadas lágrimas, y entre estas cosas no creen amonestación ni consejo de nadie. No curan de pedir consejo a los sabios de la ley de Dios, ni se curan de oírlos, y cuando los oyen o piden consejo, desprecian sus dichos. Y es la causa, porque han hecho entender a sí mismos que son ya alguna cosa, y que saben mejor que todos qué es lo que les conviene hacer. De estos tales yo pronuncio que presto caerán en ilusión de demonios, presto caerán en la piedra del tropiezo, porque son llevados con ciega precipitación y ligereza demasiada. Por tanto, cualquiera cosa que dijere de revelaciones no acostumbradas, tenedlo por sospechoso. Todo esto dice Gerson.

CAPÍTULO LIV

De algunas propiedades que tienen los que en el capítulo pasado dijimos ser engañados, y de cuánto conviene recibir parecer ajeno, y de los males que trae el amor del propio juicio.

Sabéis de saber que algunos de éstos que he dicho en el capítulo pasado son gente sin letras, y cordialmente enemigos de los letrados. Y si por ventura saben algún poco latín para leer y traer consigo un testamento nuevo, es tanto lo que se creen a sí mismos pensando que creen a Dios y estriban en unos livianísimos motivos y enlázanse en ellos con tal ceguedad, que por claros que son, no saben sacudirse de ellos. Y son tan atrevidos e impersuasibles que, como la Escritura dice, mejor es encontrar con una osa que le han tomado los hijos, que con un necio que confía en su necedad: y tienen muy en la memoria, y también en la lengua, aquel dicho de San Pablo: *La ciencia hincha y la caridad edifica.* Y con esto paréceles tener licencia de despreciar a los sabios como a gente hinchada, y précianse a sí mismos como a gente llena de caridad: y no advierten que están ellos hinchados con

soberbia de santidad, que es más peligrosa que soberbia de letras, como cosa que nace de cosa mejor, y por eso es ella peor; aunque en la verdad, ni la ciencia, ni las buenas obras producen ellas de sí esta mala polilla, mas la maldad del malo, que toma ocasión de lo bueno para se hinchar. Y pues así es, no deben luego despreciar a los sabios, pues que la sabiduría de sí misma no les es impedimento para ser humildes y santos, antes a muchos ha sido y es grande ocasión para serlo, y juzgar que no lo son es una grande soberbia e injurioso juicio. Y ya que no lo fuesen, acuérdense que está escrito (Matth., XIII): *Sobre la cátedra de Moisés se asentaron los letrados y fariseos: haced lo que os dicen, y no hagáis lo que hacen.* Y éstos son al revés, porque no toman la buena doctrina que los sabios dan, y hacen lo malo que ellos dicen que hacen, que es ser soberbios, despreciándolos, y no curando del orden natural y divino, que es que los menos sabios sean regidos por los más sabios. Ni es contra esto lo que dijo San Juan (Joann., II): *Que la unción enseña de todas cosas.*

Porque lo que quiere decir es que la gracia y lumbre de Dios, unas veces enseña al hombre interiormente por sí sola, y otras que vaya a pedir ajeno consejo, y a quién ha de ir a pedirlo, y así enseñe de todo, aunque no por sí sola todo. Y a este propósito dice San Agustín: *Huyamos tales tentaciones, que son soberbiosísimas y peligrosas.* Antes pensemos cómo aunque San Pablo fué postrado y enseñado con voz celestial, con todo eso fué enviado a hombre para recibir los Sacramentos y ser incorporado en la Iglesia (Act., IX): *Y Cornelio Centurión fué enviado a San Pedro,* no solamente para recibir sacramentos, mas para oír de él lo que había de creer, esperar y amar; porque si no hablase Dios a los hombres por boca de hombres, muy abatida cosa sería la condición humana. Y ¿cómo sería verdad lo que está escrito (Act., X): *El templo de Dios, santo es, que sois vosotros,* si no diese Dios respuestas desde este templo, que son los hombres (I Cor., III), mas todo lo que quisiese que aprendiesen los hombres, se lo hubiesen de decir desde el cielo, y por

medio de ángeles? Y también la misma caridad no tendría entrada para que se comunicasen los corazones de unos con otros, si los hombres no aprendiesen mediante otros hombres. San Felipe fué enviado al Eunuco, y Moisés recibió el consejo de su suegro Jetró (Exodo, XIII). Todo esto dice San Agustín. Item, dice San Juan Clímaco: *Que el hombre que se cree a sí mismo, no ha menester que le tiente el demonio, porque él mismo es demonio para sí.* Item, dice San Jerónimo: *No quise yo seguir mi propio parecer, el cual suele ser muy mal consejero.* Item, San Vicente dice, y aconseja mucho, *que el hombre que quiera ser espiritual tenga algún maestro por quien se rija; y si lo puede haber y no lo toma, que nunca le comunicará Dios la gracia, por su soberbia.* San Bernardo y San Buenaventura a cada paso aconsejan lo mismo. Y la Escritura de Dios está llena de esto mismo; unas veces dice (Isa., V): *¡Ay de vosotros que sois sabios en vuestros ojos, y delante de vosotros mismos prudentes!* Y en otra parte: *Si vieres algún hombre que se tiene por sabio, cree que más bien librado que éste será el ignorante.* Y San Pablo nos amonesta: *No queráis ser sabios acerca de vosotros mismos.* Y el Sabio dice (Prov. XVIII): *Si no dijeres al necio las cosas que él cree en su corazón, no recibirá las palabras de prudencia.* Y en otra parte (Eccl., VI): *Si inclinares tu oreja, recibirás doctrina; y si amares el oír, serás sabio.*

Y por no ser prolijo, digo que la Escritura divina y amonestaciones de los Santos y las vidas de ellos, y las experiencias que hemos visto, todas a una boca nos encomiendan que no nos arrimemos a nuestra prudencia, mas que inclinemos nuestra oreja al ajeno consejo; porque de otra manera, ¿qué cosa habría más sin orden que la Iglesia de Dios, o cualquiera congregación si cada uno ha de seguir su parecer, pensando que acierta? ¿Y cómo puede ser que el espíritu de Cristo, que es espíritu de humildad y de paz y de unión, mueva a uno a ser en contrario de todos los otros, en quien el mismo Dios mora? ¿Y cómo puede nacer de este espíritu que se tenga un hombre en tanta estima que no se halle en la congregación de los hombres quien le pueda enseñar,

ni juzgar si su espíritu es bueno o malo? Porque como dice San Agustín, no dejaría éste de tomar ajeno consejo y obedecer, sino porque piensa con su soberbia que es mejor que el otro que le aconseja; y ya que sea su soberbia tanta que crea que es mejor que los otros, debe pensar que así como puede ser uno menos bueno que otro, y tener don de profecía o de sanar enfermos, y semejantes dones de los cuales carezca el otro que es mejor que él, así puede ser que el que es menor en otros dones, sea mayor en tener don de consejo o de discreción de espíritu, de los cuales carezca el otro, que era mayor: y pues Dios es tan amigo de la humildad y paz, no tema nadie que, si lo que tiene es de Dios, se vaya o se pierda por sujetarse por el mismo Dios al ajeno parecer, antes más y más se confirmará: y si de otra parte fuere, huirá: y si su sabiduría es infundida de Dios, mire que una de las condiciones de ella, según dice Santiago (Jacob., III), es *ser suadible*. Y mire que llama San Agustín a estos pensamientos soberbísimos y peligrosísimos; porque aunque sea peligrosa la soberbia e inobediencia de la voluntad, que es no querer obedecer a la voluntad ajena, muy más peligrosa es la soberbia del entendimiento, que es, creyendo a su parecer, no sujetarse al ajeno, porque el soberbio en la voluntad alguna vez obedecerá, pues tiene por mejor el ajeno parecer. Mas quien tiene sentado en sí que su parecer es el mejor, ¿quién le curará? ¿Y cómo obedecerá a lo que no tiene por tan bueno? Si el ojo del ánima que es el entendimiento, con que se había de ver y curar la soberbia, ese mismo está ciego y lleno de la misma soberbia, ¿quién lo curará? Y si la luz se torna tinieblas, y si la regla se tuerce, ¿qué tal quedará lo demás? Y son tan grandes los ma lesque vienen de aquesta soberbia, que turban a todos con cuantos contrata; porque con quien defiende porfiadamente su parecer propio y es amigo de él, ¿quién hay que en paz pueda vivir? Y porque del todo maldigáis y huyáis este vicio, sabed que llega hasta hacer a los que eran buenos cristianos, perversos herejes; ni por otra cosa lo han sido, ni son, sino por creer más a su parecer propio

que al de la Iglesia y de sus mayores: pensaban ellos que acertaban y que lo que en su corazón pasaba era obra de Dios, y que si creían más al parecer ajeno que a lo que en su corazón sentían, dejaban a Dios por el hombre; mas la experiencia y la verdad nos demuestra que lo que pensaban ser espíritu de verdad era espíritu de engaño, el cual, cuando por otra parte no los pudo vencer, combatiólos transformándose en ángel de luz, debajo de semejanza de bien, y así quitóles la vida del ánima, por no querer ellos sujetarse al ajeno parecer.

CAPÍTULO LV

Que debemos grandemente huir el propio parecer, y escoger persona a quien por Dios nos sujetemos para ser de ella regidos, y qué tal ha de ser ésta y cómo nos habremos con ella.



OMANDO, pues, escarmiento de aquestas cosas, os amonesto que así como habéis de ser enemiga de vuestra voluntad, así mucho más lo seáis de vuestro parecer y de querer salir con la vuestra, pues que veis el mal paradero que tiene el parecer propio. Sed enemiga de él fuera de vuestra casa y en vuestra casa; y aunque sea en cosas livianas, no lo sigáis, porque a duras penas hallaréis cosas que tanto turbe el sosiego que Cristo quiere en vuestra ánima para comunicarse con ella, como el porfiar y querer salir con la vuestra; y más vale que no se haga lo que vos deseábades, que perder cosa que tanto habéis menester para gozar de Dios en sosiego; y esto entended, si vos no tenéis oficio de regir la casa, porque entonces no debéis lo que os parece ser bueno, aunque debéis informaros bien por oración y consejo, según la calidad de la cosa. Ya sabéis que los que se han de haber en alguna cosa de afrenta, se suelen primero ensayar en cosas livianas, para estar industriados en las que son de verdad y mayores. Y, cierto, creed que quien está acostumbrado a creerse y estima su entendimiento por sabio, queriendo salir con su parecer en las cosas pocas, se hallará nuevo

y dificultoso en negar su parecer en las cosas mayores. Y, por el contrario, el ejercitado en cosas pequeñas a llamar a su entendimiento de necio y a fiar poco de él, hallarse ha facilitado para sujetarse, o al parecer de Dios o de sus mayores, o para no juzgar fácilmente a su prójimo: y así como en las cosas que he dicho de poca importancia podéis negar vuestro parecer y seguir el ajeno, sin examinar mucho quién lo dice o no, así os digo que en lo que toca a vuestra conciencia debéis de estar avisada, que ni la fiéis de vuestro parecer, ni la fiéis de quienquiera.

Conviéneos que toméis por guía y padre a alguna persona letrada y experimentada en las cosas de Dios, que uno sin otro ordinariamente no basta, porque las solas letras no son suficientes para proveer las particulares necesidades y prosperidades y tentaciones que acaecen en las ánimas de los que siguen la vida espiritual, en las cuales, como dice Gersón, se ha de ocurrir a los experimentados: y muchas veces acaecerá a los que no tuvieren más que letras, lo que acaeció a los Apóstoles, andando una noche en la mar con tormenta, que pensaron que Cristo, que a ellos venía, era fantasma, temiendo por engaño lo que es merced y verdad de Nuestro Señor, como hicieron los Apóstoles. Poneros han algunos de ellos demasiados temores, condenándolo todo por malo, y como en sus corazones están muy lejos de la experiencia del gusto e iluminaciones de Dios, hablan de ello como de cosa no conocida, y a duras penas pueden creer que pasan en los corazones de los otros cosas más altas que las que pasan en el corazón de ellos. Otros hallaréis ejercitados en cosas de devoción, que se van ligeramente tras un sentimiento de espíritu y hacen mucho caso de él; y si alguno les cuenta algo de aquestas cosas, óyenlo con admiración, teniendo por más santo al que más tiene de ellas, y aprueba ligeramente éstas cosas, como si en ellas todo estuviese seguro: y como no lo esté, muchos de éstos por ignorancia caen en errores y dejan caer a los que tienen entre manos, por no darles suficientes avisos contra las cautelas del demonio, por lo cual no son buenos para regir tampoco, como los pasados.

Mas sabed que hay algunos de tan buen juicio, y que tienen entendido que la santidad verdadera no consiste en estas cosas, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor; y tienen experiencia de las cosas espirituales, y saben dudar y preguntar a quien les informe. De estos tales bien os podréis fiar, aunque no tengan letras; pues para quien todo su negocio es entender en sí mismo, aquesto le basta; y pues tanto os va en acertar con buena guía, debéis con mucha instancia pedir al Señor que os lo encamine El de su mano; y encaminado, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y no escondáis cosa de él, buena ni mala; la buena, para que la encamine y os avise; la mala, para que os la corrija: y cosa de importancia no la hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que El pondrá en el corazón y lengua a vuestra guía lo que conviene a vuestra salud, y de esta manera huiréis de dos males, y extremos: uno, de los que dicen no he menester consejo de hombre, Dios me enseña y me satisface. Otros están tan sujetos al hombre, sin mirar otra cosa, sino que es hombre, que les comprende aquella maldición, que dice (Jerem., XVII): *Maldito el hombre que confía en el hombre.* Sujetaos vos a hombre, y habréis escapado del primer peligro, y no confiéis en el saber ni fuerza del hombre, mas en Dios, que os hablará y esforzará por medio del hombre, y así habréis evitado el segundo peligro. Y tened por cierto, que aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro, para hallar la voluntad del Señor, como este de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los santos y tan obrado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las vidas de los Santos Padres, entre los cuales se tenía por muy gran señal de llegar uno a la perfección el ser muy sujeto a su viejo. Y entre las muchas buenas cosas que en las Ordenes de los Religiosos hay, por maravilla hallaréis otra tan buena como vivir todos debajo de un mayor a quien obedezcan, no sólo en las obras exteriores, mas en el parecer y voluntad interiormente; los cuales, si tienen confianza y devoción en la obediencia, vivirán vida acertada y muy descansada.

CAPÍTULO LVI

En que se comienza a declarar la segunda palabra del verso, y el cómo habemos de mirar las Escrituras, y que conviene tener recogimiento en la vista corporal para ver mejor con los ojos del ánima: los cuales, cuanto más limpios de las criaturas, miran mejor a Dios.

Si bien habéis oído las palabras ya dichas, veréis cuán necesario es el oír para agradar a Dios Nuestro Señor. Ahora escuchad la segunda palabra que dice: *Ve.* No basta estar atento a las divinas palabras de fuera e inspiraciones de dentro, *que es el oír;* mas conviene también tener sano el sentido *para ver;* porque no menos son reprendidos de Cristo los ciegos que no ven la luz, que los sordos que no oyen la verdad. Mas no penséis que amonestándoos que veáis, os quiere decir que veáis fiestas o mundo, porque aquel ver, ¿qué otra cosa es sino cegar, pues impide la vista del ánima? Los ojos del cuerpo basta que miren la tierra en que se han de tornar, y que miren el cielo donde está el deseo de su corazón, según dice David (Psalm. VIII): *Veré tus cielos, obra de tus dedos, la luna y estrellas que Tú fundaste.* Y si más criaturas quieren ver, no lo impedimos, con tal que sea la vista para pasar de ellas a Dios, no para perder y olvidar a Dios en ellas; porque de esta vista dice David al Señor (Psalmus CXVIII): *Señor, aparta mis ojos, porque no vean la vanidad; en el camino tuyo avívame.* Bien sabía este santo Rey que el demasiado mirar es impedimento para correr con ligereza la carrera de Dios, y suele entibiar el corazón encendido, y por eso dice: *Avívame en tu carrera;* porque, según está claro, los experimentados, cuanto más recogidos tienen estos ojos exteriores, tanto más ven con los interiores, cuya vista es más alegre y más provechosa, lo cual es justo que fácilmente crea un cristiano, pues leemos de algunos filósofos haberse sacado los ojos del cuerpo por tener más recogido su entendimiento para contemplar; en el cual hecho debemos burlar de su error

en sacarse los ojos, y aprovecharnos de su buen deseo en tener recogimiento en ellos. Y así con todo cuidado debemos guardar nuestros ojos, porque no nos acaezcan los males que de la soltura suelen venir. ¿De dónde pensáis que vino el principio de la perdición al mundo? Por cierto no de más que de una vista desordenada.

Miró Eva al árbol vedado, dióle gana de comer de su fruto porque le parecía hermoso y sabroso. Comió e hizo comer a su marido, y la comida fué muerte para ellos y cuantos de ellos vinieron. No es cordura mirar lo que no es lícito desear; como parece en el santo Rey David (II Reg., II), cuyos ojos se deleitaron en mirar la mujer que se lavaba en su huerto; y tuvo después que llorar noches y días lavando su cama y estrado con lágrimas, en tanta abundancia, que sus ojos estaban carcomidos como de polilla de mucho llorar; y quien dice (Psalm. CXVIII): «Arroyos de agua derramaron mis ojos porque no guardaron los malos tu ley», mejor los derramaría por no haberla él guardado. Buen consejo hubiera sido a sus ojos no deleitarse en lo que después tan caro les costó: y también lo será a nosotros pecadores, pues tan livianos somos que tras los ojos se nos va el corazón. Pongamos, pues, un velo entre nosotros y toda criatura, no hincando los ojos del todo en ella, porque ocupados allí, no perdamos la vista del Criador; quiero decir, nuestras devotas consideraciones que de Dios teníamos. Y creed, cierto, que una de las más ciertas señales de corazón recogido es la mortificación en el mirar, y del corazón disoluto la disolución del mirar. No hay pulso que tan cierto declare lo que hay en el cuerpo, cuanto el ojo declara lo que hay en el ánima de bien o de mal; por lo cual el Esposo alaba a la Esposa de los ojos, diciendo (Cant., I, 5): *Tus ojos son de paloma.* Dando a entender que son honestos como los de paloma, que suelen ser negros. Miremos, pues, cómo miramos, si no queremos pagar llorando lo que pecamos mirando: y si esto conviene mirar en los ojos de fuera, ¿cuánto más en los interiores, en los cuales verdaderamente está el bien o el mal mirar, y por los cuales es uno juzgado que tiene vista o es cie-

go? Claro está que los fariseos a quien Jesucristo Nuestro Señor hablaba, ojos tenían en la cara con que veían mas porque no veían con los del ánima, llamábalos ciegos y guía de ciegos.

Y, por el contrario, el Patriarca Isaac y Tobías muy clara vista tenían en los ojos del ánima, y por eso poco les dañaba estar ciegos en los ojos del cuerpo; porque, como dijo San Antón a un ciego llamado Dídimo, que era muy sabio en las Escrituras divinas: «No es razón que tomes pena por no tener ojos del cuerpo, los cuales también tienen los gatos y los perros y otros animales menores, pues tienes claros los ojos del ánima, con los cuales se ve a Dios.» Pues de esta vista debéis entender lo que se amonesta en la segunda palabra, que dice: *Ve.* Si la queréis cumplir, ojos tenéis, que es vuestro entendimiento, y para ver a Dios nos fué dado; no lo hinchéis de polvo de tierra y de honras mundanas, ni lo atapéis con gruesos humores de pensamientos de cuerpo; mas sacudida de estas poquedades que ocupan la vista, tened vuestro entendimiento claro para emplearlo en aquel que os lo dió y os lo pide para haceros bienaventurada en él. No penséis que os desocupó Cristo en balde de las ocupaciones del mundo, e hizo que no entrásedes a moler en el atahona de las cargas del matrimonio, cuyos cuidados suelen turbar los ojos de quien anda en ellos, si muy especial gracia del Señor no tienen para cumplir bien con dos partes, mas libertóos el Señor para que fuéredes toda suya, y vuestros ojos a El sólo mirasen como la esposa casta a su solo esposo suele mirar.

CAPÍTULO LVII

Que lo primero que ha de mirar el hombre es a sí mismo, y de la necesidad que tenemos del propio conocimiento, y de los males que nos vienen por falta de este conocimiento propio.



ENDRÉIS, pues, esta orden en el mirar: que primero os miréis á vos, y después a Dios, y después a los prójimos; miraos a vos para que os conozcáis y tengáis en poco, porque no hay peor engaño que ser uno engañado de sí mismo, teniéndose por otro de lo que es. Todo sois de parte del cuerpo, pecadora de parte del ánima; si en más que esto os tenéis, ciega estáis, y deciros ha vuestro Esposo: «Si no te conoces, ¡oh, hermosa entre las mujeres!, salte y vete tras las pisadas de tus manadas, y apacienta tus cabritos par de las cabañas de los pastores»; el cual lugar os declararé, según la letra griega y edición Vulgata, a la cual el Concilio Tridentino nos manda seguir, puesto caso que, según la letra hebrea, tenga otro sentido. Dicen, pues, en sentencia San Gregorio y San Bernardo y Orígenes de esta manera: «No hay cosa tan para temblar como oír a la boca de Dios: *Salte y vete*». Porque si la más recia palabra de un padre para su hijo, o marido con su mujer, que la tiene en grande abundancia, es apartarle de su amparo y riquezas, diciéndole: «vete de mí y de mi casa», ¿qué será irse el ánima y apartarse de Dios, sino desterrarse de todos los bienes y caer en todos los males?; «*¿Dónde iremos*—dijo San Pedro a Cristo—, *que palabras de vida eterna tienes? ¿Dónde iremos, que fuente de vida tienes y Tú sólo la tienes?* (Joann., VI.) ¿Dónde iremos, alegre luz, sin la cual hay tinieblas? ¿Dónde, Pan vivo, sin el cual hay hambre mortal? ¿Dónde, firmísimo amparo, sin el cual la seguridad es peligro? En fin, ¿dónde irá la oveja, estando en toda parte cercada de lobos, si el pastor la desabriga y alanza de sí?» Recia palabra es *salte y vete*, y semejable a aquella que Cristo ha de decir el día postrimero a los malos: *Idos, malditos, al fuego que está aparejado.* Y otra vez digo, que no hay cosa que

más deba temer, ni que tanto deba trabajar por evitar quien está en la abundante y alegre casa de Dios y debajo de su fortísimo amparo, como oír a sus orejas: *salte y vete.* Esta salida no es cosa liviana, mas es causa de todos los males; porque el hombre desamparado del amparo divino, y dejado a sus propias fuerzas, ¿qué hará, como dice San Agustín, sino lo que hizo San Pedro cuando negó a Nuestro Señor? Y aun sin conocer y arrepentirse del mal que había hecho, hasta que el amparo y mirar divino tornó sobre Pedro caído en el pecado y olvidado en él, dándole conocimiento que había hecho mal en haber caído, y dándole de ello dolor: que la causa de su caída fué haber confiado de sí.

De manera, que la causa por que el benigno Señor se torna riguroso en echar de casa sus hijos, es porque no se conocen, pensando ser algo y estribando sobre sus fuerzas. Y a esta ánima, dice el Esposo: *Si no te conoces, salte y vete tras las pisadas de tus manadas:* que quiere decir, que le deje ir perdida, siguiendo las obras y rastro de los pecadores, que andan juntos en sus pecados como manadas de animales, ayudándose en ellos unos a otros, los cuales también serán el día postrero atados como manojos para ser en el infernal fuego juntamente quemados los que fueron juntos en los pecados. Y dice el Esposo a la tal ánima: *Manadas tuyas;* porque el pecar de nosotros es, no de Dios: y el bien es de Dios y no de nosotros; pues por su virtud lo hacemos: lo cual El quiere muy de hecho que conozcamos ser así, no tanto por lo que a El toca, cuya gloria no crece en sí mismo aunque nosotros le glorifiquemos, mas por lo que toca a nosotros, cuyo bien es, y muy grande, conocer que de todo bien que tenemos, no a nosotros, sino a El se debe la honra. Y si de lo que El puso en nosotros para su alabanza queremos edificar ídolo, atribuyendo la gloria del incorruptible Dios a nosotros, corruptibles hombres, no lo dejará El sin castigo, mas dirá: quédate con lo que es tuyo y piérdete, pues no quisiste permanecer en Mí para salvarte. ¡Oh, cuán de verdad se cumplen en los soberbios estas palabras, y cuán presto de espi-

rituales se hacen carnales, de recogidos disolutos, de oro lodo, y los que solían comer con sabor pan celestial, deléitanse después en comer manjares de puercos, siéndoles cosa muy pesada no sólo obrar las cosas de Dios, mas aun oir hablar de El! ¿De dónde pensáis que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidas de graves tentaciones, y venidos a la vejez haber miserablemente caído en vilezas tan feas, que ellos mismos se espantan de sí y se abominan? La causa fué que en la mocedad vivían con santo temor y humildad: y viéndose tan al canto de caer, invocaban a Dios, y eran defendidos por El; mas después que con larga posesión de la castidad comenzaron a engreírse y confiar de sí mismos, en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios e hicieron lo que era suyo propio, que es el caer. Y entonces se cumple que apacientan sus cabritos, que son sus livianos y deshonestos sentidos, cerca de las tiendas de los pastores, que son los cuerpos de los siervos de Dios, porque en ellos están como en cabaña de campo, que presto se muda, y no como en casa o ciudad de reposo: y así con mucha razón en cuerpos y en cosas de cuerpos apacientan sus sentidos, porque perdieron con su soberbia el verdadero sentido, sintiendo de sí otra cosa, que es ser de sí mismos nada y pecadores, robando la gloria de Dios que tan de verdad se le debe de todo lo bueno que en cualquier manera hacemos.

Despertad, pues, doncella y escarmentad, como dicen, en cabeza ajena, y aprovechaos de la amenaza, porque no probéis el castigo. Sed semejables a la esposa, a la cual fueron dichas estas palabras; la cual, oída palabra tan pesada y de boca de quien son todos los bienes: *salte y vete*, miróse, y conocióse, y quitó de sí algunas osadías que antes tenía. Y hecha humilde con la reprensión, consuélala el Esposo diciendo (Cant., V): *A mi caballería en los carros de Faraón te he asemejado, amiga mía: hermosas son tus mejillas, como de tórtola.* Por la soberbia es un animal semejable al demonio, el cual, como dice el Evangelio (Joann., VIII), *no estuvo en la verdad, que*

s Dios; mas quiso estar en sí mismo, poniéndose a sí por arrimo y descanso, por eso cayó; porque la criatura no puede estar en sí, sino en Dios. Mas por el humilde conocimiento de sí es una ánima semejable a los buenos ángeles que se arrimaron a Dios y se desasieron de sí; porque se veían ser caña quebrada, y túvolos Dios, y confirmólos, porque dieron voces diciendo: *Micael,* que quiere decir: *¿Quién como Dios?* En lo cual contradecían al malaventurado Lucifer y a los suyos, que se querían hacer ídolos, atribuyendo a sí lo que era de Dios, que es el ser principio, arrimo y descanso de toda criatura; no porque éstos entendiesen que lo podían ser, pues que se conocían ser criaturas; mas porque se deleitaban en ello, como si lo tuvieran; como suelen hacer los soberbios, que aunque su boca o entendimiento diga a voces que de Dios tienen y esperan todo su bien, mas con la voluntad ensálzanse y gózanse vanamente en sí mismos, como si de sí tuviesen el bien, confesando con el entendimiento que la gloria se debe a Dios, y robándosela con la voluntad. Mas los buenos ángeles claman con entendimiento y voluntad: *¿Quién como Dios?* Porque de corazón se humillaron y desestimaron, según por el entendimiento lo conocían. Y por eso fueron ensalzados a ser participantes de Dios, sin jamás poderlo perder; pues a esta caballería, que es el angélico ejército que destruyó a Faraón y a sus carros en el mar Bermejo, asemeja Cristo a su esposa cuando se conoce y se mide, y alaba las mejillas donde se suele mostrar la vergüenza. ¿Por qué hubo vergüenza la esposa de la tal reprensión? Por haber pedido cosas mayores que a su poquedad convenían. Y de mejillas deslavadas, tornáronse vergonzosas y honestas, como de tórtola, que es ave honesta. Y por esto decía aquel devoto Bernardo, que había hallado por experiencia no haber cosa tan provechosa para alcanzar, conservar y recobrar la gracia, como vivir siempre en un temor y santo recelo. Cuando no la tenemos, estamos aparejados a todas caídas. Recelo cuando la tenemos porque hemos de obrar conforme al talento que nos es dado en ella; y mayor recelo cuando la perdemos, porque por

nuestro descuido se ha ido nuestro favor. Y por eso dice la Escritura (Prov., XXVIII): *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso.*

CAPÍTULO LVIII

Que debemos poner diligencia en el propio conocimiento, y en qué cosas lo podremos hallar, y que conviene tener un lugar apartado donde nos recoger un rato cada día.



De lo ya dicho, y de otras muchas cosas que los Santos han hablado en alabanza del propio conocimiento, veréis cuán necesaria es esta joya para venir al conocimiento de Dios; y pues queréis edificar casa en vuestra ánima para este tan alto Señor, sabed que no los altos, mas los humildes de corazón son sus casas. Y, por tanto, el primer cuidado que tengáis sea cavar en la tierra de vuestra poquedad, hasta que quitado de vuestra estimación todo lo movedizo que de vos tenéis, lleguéis a la firme piedra, que es Dios, sobre la cual, y no sobre vuestra arena, fundaréis vuestra casa. Y por esto decía el bienaventurado San Gregorio: «Tú que piensas edificar edificio de virtudes, ten primero cuidado del fundamento de la humildad»; porque quien quiere tener virtudes sin ella, es como quien llevase ceniza en su mano en contrario del viento. Lo cual dice, porque no sólo no aprovechan las virtudes sin la humildad, aunque sin ella no son virtudes, mas son ocasión de muy gran pérdida, así como el gran edificio sobre el pequeño y flaco cimiento es ocasión de caída. Y, por tanto, conforme a la alteza de las virtudes ha de ser lo bajo del cimiento de la humildad, para que el ánima esté firme y no sea derribada con el viento de la soberbia: y si me dijéredes: ¿dónde hallaré esta joya del propio conocimiento?, dígoos que aunque es de mucho valor, en el establo, y entre el estiércol de vuestra poquedad y defectos la habéis de hallar quitando los ojos de las vidas ajenas.

No os entremetáis en saber cosas curiosas; volved vuestra vista a vos misma, y perseverad en examinaros, que

aunque al principio no halléis tomo en conoceros, como quien entra de la claridad del sol a una cámara obscura; mas perseverando en sosiego, poco a poco veréis con la gracia de Dios lo que en vuestro corazón hay, aunque sea en los muy secretos rincones. Y para que sepáis el modo que cerca de esto, que tanto os va, habéis de tener, oíd a San Jerónimo, que dice a una mujer casada (Hieron. *ad Cleantiam*): *De tal manera tengas cuidado de tu casa, que también tengas para tu ánima algún reposo.* Busca un lugar conveniente y algún tanto apartado del bullicio de tu familia, al cual te vayas; como quien se va a un puerto huyendo de la gran tempestad de tus cuidados, y allí solamente haya lección de cosas divinas, y oración continua, y pensamientos de cosas del otro mundo, tan firmes, que todas las ocupaciones del otro tiempo del día ligeramente las recompenses con este rato de desocupación. Y no te decimos esto para apartarte del regimiento de tu casa, mas antes para que allí aprendas y pienses cómo te debes haber con ella. Si este bienaventurado Santo encomienda a una mujer casada que quite a las ocupaciones de casa algún rato, y se recoja en quieto lugar a leer y pensar cosas de Dios, ¿con cuánta más razón la doncella de Cristo, que está libre de los mundanos cuidados, y que debe pensar que no vive para otra cosa tan principalmente como para usar de la oración y recogimiento interior y exterior, debe buscar en su casa algún lugar escondido y secreto en el cual tenga sus libros devotos e imágenes devotas, diputado solamente para ver y gustar cuán suave es el Señor? El estado de virginidad que habéis tomado no es para que estéis enlazada en cuidados perecederos del mundo. Mas así como es semejable al estado del cielo, cuanto a la entereza e incorrupción de la carne, así habéis de pensar que no ha de entrar en vuestro corazón, en cuanto a vos fuere posible, cuidado de tierra. Mas habéis de ser un templo vivo en el cual se ofrezcan continuas oraciones y suenen continuos loores a Aquel que os crió; y sólo un cuidado ocupe vuestro corazón, y ha de ser agradar al Señor, como dice San Pablo (Colos., III): *Daos*

por muerta a este mundo, pues ya os habéis desposado con el Rey celestial.

Y acordaos que dice el Esposo a la esposa: *Huerto cerrado, hermana mía; esposa, huerto cerrado.* (Cant., IV.) Huerto cerrado. Porque no sólo habéis de ser limpia y guardada en la carne, mas también muy cerrada y recogida en el ánima. Que, pues, la virginidad se toma entre cristianos, no por sí sola, mas porque ayude para con más libertad dar el corazón a Dios: la doncella que se contenta con virginidad del cuerpo y no vive cuidadosa en el aprovechamiento de las virtudes y oración y gusto de Dios, ¿qué otra cosa hace sino pararse en el camino, y nunca llega donde va? ¿Tener aparejo para coser y labrar, y nunca entender en ello? Cosa vergonzosa es a todo cristiano no tener ejercicio de santa lección y de santos pensamientos en su ánima; mas al religioso, al sacerdote y a la virgen, que a Cristo se ha dado, no sólo es vergonzoso, mas intolerable. Por tanto, si queréis gozar de los frutos de la santa virginidad que a Cristo habéis prometido, sed enemiga de ver y ser vista. Salid de casa todo lo menos que fuere posible, aunque sea a santos lugares y obras buenas, porque a las mozas así conviene; no os entremetáis en temporales congojas; y cumplido con el trabajo de vuestras manos, el cual, moderadamente tomado, aprovecha a cuerpo y ánima, y cumplido con las ocupaciones de necesidad o de caridad, según la ordenación que de vuestra vida tenéis, tomad cuanto tiempo pudiéredes para os encerrar en vuestro oratorio, que aunque al principio se os haga de mal, después probaréis que en la celda se tratan negocios del cielo, y que ningún rato de tanto contentamiento hay como el que allí en sosiego se gasta.

CAPÍTULO LIX

En que se prosigue el ejercicio para hallar el propio conocimiento, y de cómo nos habemos de aprovechar en la lección y oración.

BUSCANDO, pues, este lugar quieto, recogeos en él a lo menos dos veces al día, una por la mañana para pensar en la sacra Pasión de Jesucristo Nuestro Señor, como después diremos, y otra en la tarde en anocheciendo para pensar en el ejercicio del propio conocimiento; y el modo que tendréis sea éste: tomad primero algún libro de buena doctrina en que como en espejo veáis vuestras faltas, y con él toméis manjar con que vuestra ánima sea esforzada en el camino de Dios; y este leer no ha de ser con pesadumbre, ni pasando muchas hojas, mas alzando el corazón a Nuestro Señor, suplicarle que os hable en vuestro corazón con su viva voz, mediante aquellas palabras que de fuera leéis, y os dé el verdadero sentido de ellas. Y con aquella atención y reverencia estad atenta, escuchando a Dios en aquellas palabras que de fuera leéis, como si a El mismo oyérades predicar cuando en este mundo hablaba. De manera, que aunque tengáis los ojos en el libro, no peguéis en él con mucha ansia el corazón para que os haga olvidar de Dios; mas tened a lo que leéis una mediana y descansada atención que no os cautive ni impida la atención libre y levantada que al Señor habéis de tener, y leyendo de esta manera no os cansaréis. Y daros ha Nuestro Señor el vivo sentido de las palabras, que obren en vuestra ánima unas veces arrepentimiento de vuestros pecados, otras confianza de El y de su perdón, y os abrirá el entendimiento a conocer otras muchas cosas, aunque leáis pocos renglones: y algunas veces conviene interrumpir el leer, por pensar alguna cosa que del leer resultó, y después tornar a leer, y así se van ayudando la lección y la oración. Y con el corazón así devoto y recogido podéis comenzar a entender en el ejercicio de vuestro propio conocimiento, y de esta

manera vuestras rodillas hincadas pensaréis a cuán excelente y soberana Majestad vais a hablar, la cual no la penséis lejos de vos, mas que hinche cielos y tierra: que ninguna parte hay en que no esté, y más dentro de vos que vos misma; y considerando vuestra pequeñez hacedle una entrañable reverencia, humillando vuestro corazón como una pequeña hormiga delante de un Ser infinito, y pedidle licencia para hablarle, y comenzad primero en decir mal de vos, y rezad la confesión general, y acordándoos particularmente y pidiendo perdón de lo que en aquel día hubiéredes pecado. Después rezad algunas devociones que debéis tener por costumbre, no tantas que demasiadamente os fatiguen la cabeza y os sequen la devoción, ni tampoco las dejéis del todo, porque sirven para despertar la devoción del ánima y para ofrecer a Dios servicio con nuestra lengua, en señal que El nos la dió.

Y por eso nos enseña San Pablo (I Cor., XIV): *Que hemos de orar y cantar con el espíritu de la voz y con el ánima.* Y estas oraciones no sólo sean para pedir mercedes a Nuestro Señor para vos, mas por aquellos por quien tenéis especial obligación y por toda la Iglesia cristiana, el cuidado de la cual habéis de tener muy fijado en vuestro corazón: porque si a Cristo amáis, razón es que os toque aquello por cuyo bien derramó su Sangre; y rezad así por los vivos como por los que en purgatorio están, y también por toda la infidelidad que está privada del conocimiento de Dios, suplicándole traiga a su santa fe a todos, pues todos desea que sean salvos; y estas oraciones han de ser las más de ellas enderezadas a dos partes: una a Nuestra Señora, a la cual habéis de tener muy cordial amor y entera confianza, que os será muy verdadera madre en todas vuestras necesidades; y la otra a la Pasión de Jesucristo Nuestro Señor, la cual también os ha de ser muy familiar refugio de vuestros trabajos y esperanza única de vuestra salud.

CAPÍTULO LX

De cuánto aprovecha para el propio conocimiento la meditación de la muerte, y del modo de meditar en lo que toca al cuerpo.



ESPUÉS de esto dejad de rezar con la boca y meteos en lo más dentro de vuestro corazón, y haced cuenta que estáis delante la presencia de Dios, y que no hay más de El y de vos. Pensad cómo antes que a este mundo viniésedes, érades nada, y cómo aquella sobrepujante bondad de Dios Nuestro Señor os sacó de aquel abismo de no ser, y os hizo criatura suya, no cualquiera, sino razonable. Pensad cómo os dió cuerpo y ánima para que con lo uno y con lo otro trabajásedes de le servir. Haced cuenta que estáis ya en el paso de vuestra muerte, lo más verdaderamente que lo pudiérades sentir, diciendo a vos misma: *Llegar tiene algún día esta hora de mi acabamiento, no sé si será esta noche o mañana;* y pues ciertamente ha de venir, razón es que piense en ello. Pensad cómo caeréis en la cama y cómo habéis de sudar el sudor de la muerte, levantarse ha el pecho, quebrantarse han los ojos, perderse ha el color de la cara, y con grandes dolores se apartará esta junta tan amigable del cuerpo y del ánima. Amortajarán después vuestro cuerpo y poneros han en unas andas y llevaros han a enterrar, llorando unos y cantando otros; echaros han en una sepultura chica, cobijaros han con tierra, y después de haberos pisado, quedaros heis sola y seréis presto olvidada. Pensad, pues, todo esto que por vos ha de pasar, ¿qué tal estará vuestro cuerpo debajo de la tierra? Y cuán presto se parará tal, que cualquiera persona, por mucho que os quiera, no os pueda ver, ni oler, ni estar cerca de vos.

Mirad allí con atención en qué paran la carne y su gloria, y veréis cuán necios son aquellos que habiendo de salir tan pobres de este mundo, andan ansiosos ahora por ser muy ricos; y habiendo de ser tan presto hollados y

olvidados, tienen gran sed de ponerse en más altos lugares que los otros; y cuán engañados viven los que regalan su cuerpo y se van tras sus deseos, porque otra cosa no hicieron sino ser cocineros de gusanos, guisándoles bien el manjar que han de comer, y ganaron con sus breves deleites tormentos que nunca se acaban. Considerad y mirad con muy grande atención y despacio vuestro cuerpo tendido en la sepultura, y haciendo cuenta que ya estáis en ella, mortificad los deseos de la carne cada vez que os vinieren a la memoria, y mortificad los deseos de agradar y desagradar al mundo y de tener en algo cuanto en él florece, pues que tan presto y con tanto abatimiento lo habéis de dejar, y él a vos. Y considerando cómo vuestro cuerpo, después de ser manjar de gusanos, se tornará en cieno y en polvo, no lo miréis de ahí adelante sino como a un muladar cubierto de nieve, y que os dé asco de acordaros de él; y teniendo el cuerpo en esta posesión no seréis engañada cerca de la estima de él, mas tendréis verdadero conocimiento y sabréis cómo lo habéis de regir, mirando el fin en que ha de parar, como quien se pone al fin de la nao para desde allí regirla mejor.

CAPÍTULO LXI

De lo que se ha de considerar en la meditación de la muerte acerca de lo que sucederá al ánima, para aprovechar en el propio conocimiento.

En esto que habéis oído ha de parar vuestro cuerpo; resta que oigáis lo que ha de acaecer a vuestra ánima, la cual será en aquella hora llena de angustias, acordándose de las ofensas que en esta vida hizo a Nuestro Señor, y pareciéndole entonces muy grave lo que antes le parecía muy liviano. Será desamparada de sus sentidos, no podrá servirse de la lengua para pedir socorro a Nuestro Señor, y entenebrécersele ha el entendimiento, que aun pensar en Dios no podrá; y, en fin, poco a poco acercarse ha la hora en que por mandamiento de Dios salga del cuerpo, y

se determine de ella o perdición para siempre, o salud para siempre. Oir tiene de la boca de Dios: *Apartaos de mí a fuegos eternos*, o *quédate conmigo en estado de salvación, en purgatorio o paraíso*. Colgada habéis de estar de sola la mano de Dios, y en sólo El estará vuestro remedio, por lo cual habéis mucho de huir de enojar en vuestra vida al que en la hora de vuestra muerte habéis tanto menester. Demonios que os acusen y que pidan justicia a Dios contra vuestra ánima, acusándoos particularmente de cada pecado, no os faltarán; y si la misericordia de Dios entonces os olvida, ¿qué haréis, oveja flaca, cercada de tan rabiosos lobos muy deseosos de os tragar? Pensad, pues, en el rato de vuestro recogimiento cómo en aqueste estrecho punto habéis de ser presentada delante el juicio de Dios, desnuda y sola de todas las cosas, y acompañada del bien o mal que hubiéredes hecho. Y decid a Nuestro Señor que vos os presentáis ahora de gana para alcanzar misericordia en aquella hora, que por fuerza habéis de salir de este mundo. Haced cuenta que sois un ladrón a quien han tomado en el hurto y le presentan ante el juez las manos atadas, o una mujer que la halló su marido haciéndole traición, los cuales, de confundidos no osan alzar los ojos, ni pueden negar su delito; y creed que muy más claramente os ha visto Dios en todo lo que contra El habéis pecado, que pueden ningunos ojos de hombre ver cosa que delante de El se hiciese; y avergonzándoos de haber sido mala en la presencia de tanta bondad, cubríos de la vergüenza que entonces perdisteis, y sentid en vos confusión de vuestros pecados, como quien está delante la presencia del Soberano Juez y Señor. Acusaos vos como habéis de ser acusada, y especialmente traed a la memoria los pecados más graves que hubiéredes hecho; aunque si son deshonestos, más seguro es no deteneros en los pensar muy particularmente, sino a bulto, como una cosa hedionda y que os da grande espanto de la mirar; juzgaos y sentenciaos por mala, y bajad vuestros ojos a considerar los infernales fuegos, creyendo que los tenéis muy bien merecidos.

Poned en una parte los bienes que Dios os ha hecho

desde que os crió, discurriendo por vuestro cuerpo y por vuestra ánima, y cómo érades obligada a reverenciarle y serle agradecida, y amarle con todo vuestro corazón, sirviéndole con toda obediencia y con toda vos, guardando sus Mandamientos y de su Iglesia; mirad cómo os ha mantenido con otros mil bienes que os ha hecho, y de males que os ha librado, y, sobre todo, cómo por convidaros con su ejemplo y amor a que fuésedes buena, vino el mismo Señor al mundo, haciéndose hombre; y por remediar vuestra maldad y ceguedad en que estábades, pasó muchos trabajos y derramó muchas lágrimas, y después su Sangre, perdiendo la vida por vos. Todo lo cual se ha de poner el día de vuestra muerte y juicio en una balanza, haciéndoos cargo de ello como de recibo, y os han de pedir cuenta de cómo habéis servido tantas mercedes y cómo habéis usado de vos misma a servicio de Dios, y con qué cuidado habéis respondido a tanta bondad con que Dios ha deseado y procurado salvaros. Mirad bien, y veréis cuánta razón tenéis de temer, pues que no sólo no habéis respondido con servicios conforme a estas deudas, mas habéis dado males en pago de bienes, y despreciado al que tanto os preció, huyendo y volviendo las espaldas al que os seguía para vuestro bien. ¿Qué gracias os parece que se deben dar a quien por su infinita misericordia nos ha librado de los infiernos, habiéndolos nosotros justamente merecido? ¿Qué daremos a quien tantas veces tendió su mano para que los demonios no nos ahogasen y llevasen consigo? Y siendo nosotros crueles ofendedores de su Majestad, El nos fué piadoso padre y dulce defensor. Pensad que quizá están algunos en los infiernos con menos pecados que vos. Y de tal manera os mirad y servid a Dios, como si hubiérades por vuestros pecados entrado en el infierno y El os hubiera sacado de allá; porque todo es una cuenta, haber estorbado que no vayáis allá mereciéndolo vos, o sacaros de allá por su gran misericordia después de entrada. Y si cotejando los bienes que con vos Dios ha hecho y los males que vos a El, no sintiéredes vergüenza ni dolor como vos deseáis, no os turbéis por ello, mas perseverad en aqueste

juicio, y poned delante de los ojos de Dios vuestro corazón tan llagado y tan adeudado, y suplicadle que os diga El quién sois vos y en qué posesión os habéis de tener; porque el efecto de este ejercicio no es solamente entender que sois mala, mas sentirlo y gustarlo con la voluntad, y hallar tomo en vuestra maldad e indignidad como quien tiene un perro muerto a sus narices. Y por esto, estas dichas consideraciones no han de ser apresuradas, ni de un día sólo, mas han de ser largas y con mucho sosiego, para que poco a poco se vaya embebiendo en vuestra voluntad aquel desprecio e indignidad que con el entendimiento juzgasteis que se os debía, el cual pensamiento habéis de presentar delante de Dios, pidiéndole que El lo asiente en lo más dentro de vuestro corazón; y de ahí adelante estimaos con mucha sencillez y verdad, como una persona muy mala, merecedora de todo desprecio y tormento, aunque sea de infierno; y estad aparejada a sufrir con paciencia cualquier trabajo o desprecio que se os ofreciere, considerando que pues habéis ofendido a Dios, es muy justo que todas las criaturas se levantasen contra vos y vengasen la injuria de su Criador. En esta paciencia entenderéis si de verdad os conocéis por pecadora y digna de infierno, y decid en vos misma: *Todo el mal que me pueden hacer, muy poco es, pues yo merezco el infierno.* ¿Quién se quejará de picaduras de moscas mereciendo eternos tormentos? Y así andad muy maravillada de la infinita bondad del Señor, cómo no alanza de sí a un gusano hediondo, mas lo mantiene y regala y le hace mercedes en cuerpo y en ánima, todo para gloria de El, sin que tengamos nosotros de qué gloriarnos.

CAPÍTULO LXII

Que el cotidiano examen de nuestras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento, y de otros grandes provechos que este ejercicio del examen trae, y del provecho que nos viene de las reprensiones que otros nos dan, o el Señor interiormente nos envía.

PARA acabar este ejercicio de vuestro conocimiento, dos cosas os restan que oigáis. La una, que no se debe contentar el cristiano con entrar en juicio delante de Dios para acusarse de los pecados pasados, mas también de los que cada día comete; porque por maravilla hallaréis cosa tan provechosa para enmienda de la vida como tomarse el hombre cuenta de cómo la gasta, y de los defectos que hace, porque el ánima que no es cuidadosa en examinar sus pensamientos, palabras y obras, es semejable a la viña del hombre perezoso, de la cual dice el Sabio (Prov., XXIV): *Que pasó por ella, y vió su seto caído y lleno de espinas.*

Haced cuenta que os han encomendado una hija de un Rey para que tengáis cuidado continuo de mirar por sus costumbres, y que a la noche le pedís cuenta reprendiendo sus faltas y amonestándole las virtudes. Miraos como a cosa encomendada por Dios, y haceos entender que no habéis de vivir sin ley ni regla, mas debajo de santa sujeción y disciplina de la virtud: y que no habéis de hacer cosa mala que no la paguéis. Entrad en capítulo con vos a la noche, juzgándoos muy particularmente, como haríades a otra tercera persona. Reprendeos y castigaos de vuestras faltas, y predicaos a vos misma con mucho mayor cuidado que a otra persona alguna por mucho que la améis; y adonde sintiérades que hay más faltas, ahí poned mayor remedio, porque creed que durante este examen y reprensión de vos misma, no podrán durar mucho vuestras faltas sin ser remediadas, y aprenderéis una ciencia muy saludable que os hará llorar y no hinchar; la cual os guardará de la peligrosa enfermedad de la soberbia, que entra poco a poco y aun sin sentirlo, pareciéndose un hombre bien a sí mismo y contentándose de sí. Velad

bien contra aquesta entrada, y guardaos con todo cuidado no os parezcáis bien a vos misma; mas con la lumbre de la verdad sabeos reprender y desplacer, y seros ha vecina la misericordia de Dios, al cual aquellos solos parecen bien que a sí mismos parecen mal, y a aquéllos perdona sus faltas con largueza de bondad, que las conocen y se humillan por ellas con el juicio de la verdad y las gimen con su voluntad y escaparéis de otros dos vicios que suelen acompañar a la soberbia, que son desagradecimiento y pereza; porque conociendo y reprendiendo vuestros defectos, veréis vuestra flaqueza e indignidad, y la misericordia grande de Dios en sufriros y perdonaros y haceros bienes, mereciendo vos males; y así seréis agradecida, y mirando el poco bien que hacéis y males en que caéis, despertaréis del sueño de la pereza y comenzaréis cada día de nuevo a servir a Nuestro Señor, viendo cuán poco habéis hecho en lo pasado. Y por esto y otros muchos bienes que de conocerse el hombre y reprenderse suelen nacer, siendo preguntado un santo viejo de los pasados, ¿dónde estaría uno más seguro, en soledad o en compañía?, respondió: *Si se sabe reprender, dondequiera estará seguro: y si no, dondequiera estará a peligro.* Y porque por el mucho amor que nos tenemos no sabemos conocernos y reprendernos con aquel verdadero juicio que requiere la verdad, debemos agradecerlo a la persona que nos reprende, y también suplicar al Señor que nos reprenda con el amor, enviándonos su luz y verdad, para que sintamos de nosotros lo que según verdad debemos sentir, y esto es lo que Jeremías pedía diciendo (Jerem., X): *Corrígeme, Señor, en juicio y no en furor: porque por ventura no me tornes a nada.*

Corregir en furor pertenece al día postrero cuando enviará Dios al infierno a los malos por sus pecados, y corregir en juicio es reprender en este mundo a los suyos con amor de padre, la cual reprensión es un testimonio tan grande de amar Dios al que reprende, que ninguno otro hay tan seguro ni que tan buenas nuevas traiga de ser víspera de recibir grandes mercedes de Dios. Así cuenta San Marcos (cap. XVI), que apareciendo Nuestro

Señor Jesucristo a sus discípulos *les reprendió de incredulidad y dureza de corazón;* después de lo cual les dió poder para hacer obras maravillosas. Y el Profeta Isaías dice (Isa., IV): *Que el Señor lava las suciedades de las hijas de Sión, y la sangre de en medio de Jerusalén en espíritu de juicio y espíritu de ardor.* Dando a entender, que el lavar Nuestro Señor nuestras manchas, viniendo a nosotros, es dándonos primero a conocer quién somos, y esto es juicio, y después envía espíritu de ardor, que es amor, que nos causa dolor, y así nos lava, dándonos su perdón y su gracia. De lo cual no osaremos atribuir a nosotros gloria alguna; pues primero nos dió a entender nuestra indignidad y desmerecimiento, y esta reprensión no entendéis ser alguna cosa que desmaye y demasiadamente entristezca al ánima trayéndola desabrida; porque esta tal o es del demonio o del espíritu propio, y débese huir. Mas es un sosegado conocimiento de las propias faltas, y un juicio del cielo que se oye en el ánima, que así hace temblar la tierra de nuestra flaqueza con vergüenza, temor, y amor que les pone espuelas para mejorarse y para con mayor diligencia servir al Señor, y le da muy gran confianza que el Señor lo ama como a hijo, pues usa con él oficio de padre, según está escrito (Prov., III): *Yo a los que amo, corrijo.*

Sed, pues, cuidadosa en miraros y reprenderos, presentándoos delante de la presencia de Dios, delante del cual es más seguro el humilde conocimiento de nuestras faltas que la soberbia alteza de otros conocimientos; y no seáis como algunos amadores de su propia estima, que por no parecer mal a sí mismos, se huelgan de gastar mucho tiempo en pensar otras cosas devotas, y pasar ligeramente por el conocimiento de sus defectos, porque no hallan en ellos sabor, pues no aman su propio desprecio, como en la verdad ninguna cosa haya tan segura, ni que así haga que apartè Dios sus ojos de nuestros pecados, como miramos nosotros y reprendemos con dolor y penitencia, según está escrito (Hebr., XII): *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados de Dios.*

CAPÍTULO LXIII

De la estimación que habemos de tener de nuestras buenas obras, para no faltar en el propio conocimiento y verdadera humildad y del maravilloso ejemplo que Cristo Nuestro Señor nos da para lo dicho.



o segundo que habéis de mirar cerca de este conocimiento es, que aunque es bueno y provechoso, pues por él nos viene el corazón contrito y humillado, que Dios no desprecia; mas tiene esta falta, que se funda sobre haber pecado: y no es mucho de maravillar, que un pecador se conozca y estime por pecador, mas sería muy espantable monstruo que siéndolo se estimase por justo, como si un hombre lleno de lepra se estimase por sano. Por tanto, no nos hemos de contentar con estimarnos en poco en nuestros pecados, mas aun mucho más hemos de mirar esto en nuestras buenas obras, conociendo profundamente que ni la culpa de pecados es de Dios, ni la gloria de nuestros bienes es de nosotros; mas que de todo lo bueno que en nosotros hubiere, se ha de dar perfectamente la gloria al Padre de todas las lumbres, del cual procede todo lo bueno y dádiva perfecta (I Jac., I). De arte, que aunque nosotros tengamos el bien, lo miremos como cosa ajena, y lo tratemos tan fielmente que no nos alcemos con la gloria de Dios, ni se nos pegue, como dicen, la miel en las manos: esta humildad no es de pecadores como la primera, mas de justos. Y no sólo la hay en este mundo, mas en el cielo, porque de ella se escribe: *¿Quién como el Señor Dios Nuestro, que mora en las alturas, y mira las cosas humildes en el cielo y en la tierra?* Esta tuvo en pie a los ángeles buenos y los hizo dispuestos para gozar de Dios, pues le fueron sujetos; y la falta de ella derribó a los ángeles malos, poque se quisieron alzar con la honra de Dios. Esta tuvo la sagrada Virgen María Nuestra Señora, que siendo predicada por bienaventurada y bendita por la boca de Santa Isabel, no se hinchó ni atribuyó a sí gloria alguna de los bienes que en Ella había, mas con

humilde y fidelísimo corazón enseña a Santa Isabel y, al mundo universo, que de las grandezas que Ella tenía, no a sí, mas a Dios se debía la gloria, y con profunda reverencia comienza a cantar: *Mi ánima engrandece al Señor.*

Y esta misma y más perfecta humildad tuvo la benditísima ánima de Jesucristo Nuestro Señor, la cual, así como en el ser personal no estuvo arrimada a sí misma, sino a la persona del Verbo, en la cual excede a todas las ánimas y a los celestiales espíritus, así los excede en esta santa humildad, estando más lejos de darse la gloria a sí misma y de tenerse por su arrimo, que todos ellos juntos: y de este corazón salía lo que muchas veces al mundo fidelísimamente predicaba, que sus obras y palabras, de su Padre las había recibido, y a El daba gloria, y decía: *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió.* Y en otra parte dice (Joann., VII, 14): *Las palabras que Yo hablo, no las hablo de Mí mismo, mas el Padre que está en Mí El hace las obras.* Y así convenía que el remediador de los hombres fuese muy humilde, pues que la raíz de todos los malos y males es la soberbia; y queriendo dar a entender el Señor cuánto nos convenga tener esta santa y verdadera humildad, se hace particularmente Maestro de ella y se nos pone por ejemplo de ella, diciendo (Matth., XI): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.* Para que viendo los hombres a un Maestro tan sabio encomendar tan particularmente esta virtud, trabajen por la tener; y viendo que un Señor tan alto no atribuye el bien a sí mismo, ninguno haya tan desvariado que tal maldad ose hacer. Aprended, pues, sierva de Cristo, de vuestro Maestro y Señor, aquesta santa bajeza, para que seáis ensalzada, según su palabra (Luc., XIV): *Quien se humillare, será ensalzado.* Y tened en vuestra ánima esta santa pobreza, porque de ella se entiende (Matth., V): *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Y tened por cierto, que pues Jesucristo Nuestro Señor fué ensalzado por camino de humildad, el que no la tuviere fuera, va de camino, y débese de desengañar en lo que dice San

Agustín: «Si me preguntares cuál es el camino del cielo, responderte he *que la humildad:* y si tercera vez, responderte he *lo mismo;* y si mil veces me lo preguntares, mil veces responderé *que no hay otro camino sino la humildad*».

CAPÍTULO LXIV

De un provechoso ejercicio del conocimiento del ser natural que tenemos, para con él alcanzar la humildad.

PORQUE creo que deseáis alcanzar esta santa bajeza con que agradéis al Señor, os quiero decir algo del modo como la habéis de alcanzar; y sea lo primero pedirla con perseverancia al Dador de todos los bienes, porque esta humildad es un muy particular don suyo que a sus escogidos da. Y aun el conocer que es don de Dios no es poca merced. Los tentados de soberbia conocen bien que no hay cosa más lejos de nuestras fuerzas que esta verdadera y profunda humildad, y que muchas veces acaece con los remedios que ellos ponen para alcanzarla huir ella más, y aun del mismo humillarse suele nacer su contrario, que es la soberbia; por lo cual haced en esto lo que os dije de la castidad, que de tal manera toméis los ejercicios para alcanzar esta joya, que ni los dejéis de hacer diciendo, ¿qué me aprovecha, pues es dádiva de Dios?, ni tampoco los hagáis poniendo confianza en vuestro brazo de carne, mas en Aquel que suele dar sus dádivas a los que da su gracia, para se las pedir con oración y ejercicios devotos. El modo, pues, que tendréis será este: considerad dos cosas por orden: una el ser, otra el buen ser. Cuanto a lo primero, habéis de pensar quién érades antes que Dios os criase, y hallaréis ser un abismo de nada y privación de todos los bienes. Estaos un buen rato sintiendo este no ser, hasta que veáis y palpéis vuestra nada y no ser. Y después considerad cómo aquella poderosa y dulce mano de Dios os sacó de aquel abismo profundo y os puso en el número de sus criaturas, dándoos verdadero y real ser, y miraos a vos,

no como hechura vuestra, sino como a una dádiva de la cual Dios hizo merced a vos, y por tan ajeno de vuestras fuerzas mirad vuestro ser como miráis al ajeno, creyendo que tampoco os pudisteis vos criar a vos, como criar a otro. Tampoco podíades salir de aquellas tinieblas del no ser, como los que quedaron en ellas. Y tenéis por igual de vuestra parte a las cosas que no son, atribuyendo a Dios la ventaja que les lleváis, y mirad que, después de criada, no penséis que ya os tenéis en vos misma, porque no menor necesidad tenéis de Dios a cada momento de vuestra vida para no perder el ser que tenéis, que la tuvisteis para, siendo nada, alcanzar el ser que tenéis.

Entrad dentro de vos misma, y consideraos cómo sois una cosa que tiene ser y vida. Preguntaos, ¿esta criatura está arrimada a sí, o a otro? ¿Susténtase en sí, o ha menester mano ajena? Y responderos ha el Apóstol San Pablo (Act., XVII), *que no está lejos Dios de nosotros, mas que en El vivimos, y nos movemos, y tenemos ser.* Y considerad a Dios, que es el ser de todo lo que es, y sin El hay nada; y que es vida de todo lo que vive, y sin El hay muerte; y fuerza de todo lo que algo puede, y sin El hay flaqueza; y que es bien entero de todo lo bueno, sin el cual no se puede haber el más pequeño bien de los bienes. Y por esto dice la Escritura (Isai., XL): *Todas las gentes son delante de Dios como si no fuesen, y en nada y en vanidad son reputadas delante de El.* Y en otra parte está escrito (Galat., VI): *El que piensa que es algo, como sea nada, él se engaña.* Y el Profeta David decía hablando con Dios (Psalm. XXXVIII): *Yo soy delante de Ti como nada.* En las cuales partes no habéis de entender que las criaturas no tengan ser o vida, u operaciones propias y distintas de las de su Criador; mas porque lo que tienen, no lo hubieron de sí, ni lo pueden conservar de sí, sino de Dios y en Dios, dícense no ser, que quiere decir que tienen el ser y la virtud para obrar de mano de Dios y no de la suya. Sabed, pues, ahondar bien el ser y fuerzas que tenéis, y no paréis hasta llegar al fundamento primero, que como firmísimo e indeficiente (y no fundado sobre otro), mas fundamento de todos, os sustenta,

que no caigáis en el pozo profundo de la nada, de la cual primero os sacó. Conoced este arrimo que os tiene, y esta mano que puesta encima de vos os hace estar en pie, y confesad con David (Psalm. CXXXVIII): *Tú, Señor, me hiciste, y pusiste tu mano sobre mí.* Y pensad que estáis tan colgada de esta virtud de Dios, que si ella faltase, en aquel momento vos faltaríades, como faltaría la lumbre que había en una cámara sacando de ella la hacha que la alumbraba, o como se quita la lumbre de sobre la tierra por ausencia del sol. Adorad, pues, a este Señor con reverencia profunda como a principio de vuestro ser, y amadle como a continuo bienhechor vuestro y conservador de él, y decidle con corazón y lengua: *Gloria sea a ti para siempre poderosa virtud, en la cual me sustento.* No tengo, Señor, que buscar fuera de mí, pues estáis Vos más íntimo a mí que yo a mí mismo, y que he de pasar por mí para entrar a Vos. Juntad con El vuestro corazón, unidle con El amorosamente, y decidle (Psalm. CXXXI): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí.* Y de ahí en adelante sabed hacer presencia a Dios dentro de vos con toda reverencia, pues El está presentísimo a vos; y como habéis entendido por lo que en vos pasa cómo Dios es el que os ha dado el ser y el obrar, así en todas las criaturas entended lo mismo. Y considerando en todas a Dios, seros ha todo un espejo luciente, que os representa al Criador; y así podrá andar vuestra ánima unida con Dios, y en sus alabanzas devota, si vos en las criaturas otra cosa sino a Dios no buscáis.

CAPÍTULO LXV

Cómo ejercitarnos en el conocimiento del ser sobrenatural de gracia aprovecha para alcanzar la humildad

Si con cuidado habéis entendido en el conocimiento de vos para atribuir a Dios la gloria del ser que tenéis, con mucho mayor debéis de entender en conocer que el buen ser que tenéis no es de vos, mas graciosa dádiva de la mano del

Señor; porque si atribuís a El la gloria de vuestro ser, confesando que no vos, mas sus manos os hicieron, y apropiáis para vos la honra de vuestras buenas obras, creyendo que vos os hicisteis buena, mayor honra os tomáis para vos que dais a Dios, cuanto es más excelente el buen ser que el ser. Por tanto, conviene que con grandísima vigilancia entendáis en conocer a Dios y tenerle por causa de vuestro bien. Vivid de arte que no se os quede asida en vuestras manos punta ni repunta de loca soberbia; mas así como conocéis que ningún ser, por pequeño que sea, podéis tener de vos, si Dios no os lo da, así también conoced que no podéis tener de vos el menor de los bienes si Dios no abre su mano para os lo dar. Pensad, pues, que así como lo que es nada no tiene ser natural entre las criaturas, así el pecador, por mucho estado y bienes que tenga, faltándole la gracia y espiritual ser, es contado por nada delante los ojos de Dios. Lo cual dice San Pablo de esta manera (I Cor., XIII): *Si tuviere profecía, y conociere todos los misterios y toda la ciencia, y tuviere toda la fe, tanto, que pase los montes de una parte a otra, y no tuviere caridad, nada soy.* Lo cual es tanta verdad, que aun el pecador es menos que nada, porque peor es mal ser, que el no ser. Y ningún lugar hay tan bajo, ni tan apartado, ni tan despreciado en los ojos de Dios entre todo lo que es y no es, como el hombre que vive en ofensa de Dios, estando desheredado del cielo y sentenciado al infierno. Y para que tengáis alguna cosa que os despierte algo en el conocimiento de aqueste miserable estado de pecador, oíd esto: *Cuando alguna cosa muy contraria a razón y muy desordenada viéredes, pensad, que muy más fea y abominable cosa es el estar en desgracia y enemistad de Nuestro Señor.* Oís decir de algún grave hurto, traición o maldad que alguna mujer a su marido hace, o desacato que algún hijo hace a su padre, o algunas cosas de aquesta manera, que a cualquiera, por ignoránte que sea, parecen muy feas, por ser contra toda razón; pensad vos que ofender a Dios en un solo pecado es mayor fealdad, por ser contra su mandamiento y reverencia, que todas

las obras malas que pueden acaecer, por ser contra sola razón. Y pues veis cuán desestimados son todos los que tales fealdades cometen, teneos vos por una cosa muy despreciada, y sumíos en el profundo abismo del desprecio que se debe al ofendedor de Dios. Y así como para conocer vuestra nada os acordasteis del tiempo que no teníades ser, así para conocer vuestra bajeza y vileza acordaos del tiempo que vivíades en ofensa de Dios.

Mirad cuán entrañable y profundamente y despacio pudiéredes, en cuán miserable estado estuvisteis cuando delante de los ojos de Dios estábades fea y desagradable, y contada por nada y menos que nada: porque ni los animales, por feos que sean, ni otras criaturas, por más bajas que sean, no han hecho pecado contra Nuestro Señor, ni están obligados a fuegos eternos como vos estábades; y despreciaos y abajaos en el más profundo lugar que pudiéredes muy despacio, que seguramente podéis creer que por muy mucho que os despreciéis no podéis bajar al abismo del desprecio que merece el ofendedor del infinito Bien, que es Dios: porque hasta que veáis en el cielo cuán bueno es Dios, no podéis del todo conocer cuán malo sea el pecado, y cuánto mal merece quien lo comete. Y después de haber bien sentido en el ánima y embebido en ella aquesta desestima de vos misma, alzad vuestros ojos a Dios, considerando la infinita bondad que de pozo tan hondo os sacó, siendo para vos cosa imposible, y mirad aquella suma bondad, que con tanta misericordia os sacó sin haber en vos merecimientos para ello, antes muy grandes desmerecimientos: porque antes que Dios dé la gracia, aunque no todo lo que el hombre hace sea pecado, mas ninguna cosa hace ni puede hacer con que merezca el perdón ni la gracia de Dios. Sabed, que quien os sacó de vuestras tinieblas a su admirable lumbre, y os hizo de enemiga, amiga, y de esclava, hija, y de no valer nada, os hizo tener ser agradable en sus ojos, Dios fué; y la causa porque lo hizo no fueron vuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habíades de hacer, mas fué por su sola bondad y por merecimiento de nuestro único

medianero Jesucristo Nuestro Señor. Contad por vuestro mal el estado en que estábades, y contad el infierno por lugar debido a vuestros pecados que hicisteis o hiciéradesles si por Dios no fuera. Que lo que de más de esto tenéis, a Dios y a su gracia os conoced por deudora. Oíd lo que dice el Señor a sus amados discípulos, y a nosotros en ellos (Joann., XV): *No vosotros escogisteis a Mí, mas Yo a vosotros.* Mirad lo que dice el Apóstol San Pablo (Rom., III): *Justificados sois de balde por la gracia de Dios, por la redención que está en Jesucristo.* Y asentad en vuestro corazón, que así como tenéis de Dios el ser, sin que atribuyáis a vos gloria de ello, así tenéis de Dios el buen ser, y lo uno y lo otro para gloria suya, y traed en la lengua y en el corazón lo que dice San Pablo (I Cor., XV): *Por la gracia de Dios soy lo que soy.*

CAPÍTULO LXVI

En que se prosigue más en particular el sobredicho ejercicio, de que se ha tratado en el capítulo pasado.

Allende de lo dicho, considerad que, así como cuando érades nada, no teníades fuerza para moveros, ni para ver, ni oír, ni gustar, ni entender, ni querer, mas dándoos Dios el ser os dió aquestas potencias y fuerzas, así no sólo el hombre que está en pecado mortal está privado del ser agradable delante de los ojos de Dios, mas está sin fuerzas para obrar obras de vida que agraden a Dios. Y por esto, si algún cojo viéredes, o manco, pensad que así está el hombre sin gracia en su ánima; si algún ciego, sordo o mudo, tomadlo por espejo en que os miréis, y en todos los enfermos, leprosos, paralíticos y que tienen los cuerpos corvados y los ojos puestos en tierra, con toda la otra muchedumbre de enfermedades que presentaban delante el acatamiento de Jesucristo, nuestro verdadero Médico, entended que tan perdidos están los malos, cuanto a los espirituales sentidos, cuanto estaban aquéllos en los corporales; y mirad cómo una piedra con

el peso que tiene es inclinada a ir hacia abajo, así por la corrupción del pecado original que traemos, tenemos una vivísima inclinación a las cosas de nuestra carne y de nuestra honra y de nuestro provecho, haciendo ídolo de nosotros y obrando nuestras obras, no por amor verdadero de Dios, sino por el nuestro. Estamos vivísimos a las cosas terrenales y que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas de Dios. Manda en nosotros lo que había de obedecer, y obedece lo que había de mandar; y estamos tan miserables, que debajo de cuerpo humano y derecho traemos escondidos apetitos de bestias y corazones encorvados hacia la tierra. Qué os diré, sino que en cuantas cosas faltas y feas, y secas y desordenadas viéredes, en tantas miréis y conozcáis la corrupción y desorden que el hombre que está sin espíritu de Dios tiene en sus sentidos y obras, y ninguna de estas cosas veáis que luego no entréis en vos misma a considerar que aquello sois vos de vuestra parte, si Dios no os hubiera dado salud.

Y si verdaderamente estáis sana, habéis de conocer que quien os abrió los sentidos para las cosas de Dios, quien sujetó vuestros afectos debajo de vuestra razón, quien os hizo amargo lo que os era dulce y os puso gana en lo que antes tan desabrida estábades, obrando en vos obras nuevas, *Dios fué*—según dice San Pablo (Filip., II) —*Dios es el que obra en nosotros el querer, y el acabar, por su buena voluntad;* mas no entendáis por esto que el libre albedrío del hombre no obre cosa alguna en las obras buenas, porque esto sería grande ignorancia y error; mas dícese que Dios obra el querer y el acabar, porque El es el principal obrador en el ánima del justificado, y el que mueve y suavemente hace que el libre albedrío obre y sea su ayudador, como dice San Pablo (I Cor., III): *Ayudadores somos de Dios;* lo cual hace incitándolo Dios, y ayudándolo a que dé libremente su consentimiento en las buenas obras, y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere, y obra lo que obra, y en su mano está no lo hacer; mas Dios obra más principalmente produ-

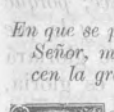
ciendo la buena obra y ayudando al libre albedrío para que también la produzca; y la gloria de lo uno y de lo otro a sólo Dios se debe. Por tanto, si queréis acertar en aquesto, no queráis escudriñar qué bienes tenéis de naturaleza y libre albedrío, y qué bienes de gracia, porque esto para los sabios es; mas a ojos cerrados seguíos por la sagrada fe que nos amonesta, que de los unos y de los otros hemos de dar la gloria a Dios: y que nosotros de nosotros mismos no somos suficientes ni aun para pensar un buen pensamiento.

Mirad lo que dice San Pablo reprendiendo al que se atribuye a sí mismo algún bien (I Cor., IV): *¿Qué tienes que no lo hayas recibido?* Y pues lo has recibido, ¿de qué te glorías como si no lo hubieses recibido? Como si dijese: si tienes la gracia de Dios con que le agradas, y haces obras muy excelentes, no te gloríes en ti, mas en quien te la dió, que es Dios; y si te glorías de usar bien de tu libre albedrío, o en consentir con él a los buenos movimientos de Dios y su gracia, tampoco te gloríes en ti, mas en Dios que hizo que tú consintieses, incitándote y moviéndote sumamente, y dándote el mismo libre albedrío con que tú libremente consientas: y si te quisieres gloriar de que pudiendo resistir al buen movimiento e inspiración de Dios no lo resistes, tampoco te debes gloriar, pues eso no es hacer, mas dejar de hacer; y aun esto también lo debes a Dios, que ayudándote a consentir en el bien, te ayudó para no resistirlo. Y cualquiera buen uso de tu libre albedrío en lo que toca a tu salvación, dádiva es de Dios, que desciende de aquella misericordiosa predestinación con que determinó *ab æterno* de te salvar. Sea, pues, toda tu gloria en sólo Dios, de quien tienes todo el bien que tienes, y piensa que sin El no tienes de tu cosecha sino nada, y vanidad y maldad. Y conforme a esto dice una glosa sobre aquello de San Pablo (Galat., VI): *El que piensa ser algo, como no sea nada, a sí mismo se engaña;* que el hombre de sí mismo no es sino vanidad y pecado: y si otra cosa más es, por el Señor Dios lo es. Y conforme a esto dice San Agustín: *Abrísteme los ojos, luz, y despertásteme, y*

alumbrásteme, y vi que es tentación la vida del hombre en esta tierra, y que ningún buen hombre se puede gloriar delante de ti, ni es justificado todo hombre que vive; porque si algún bien hay chico o grande, don tuyo es, y lo que es nuestro, no es sino mal. ¿Pues de dónde se gloriará todo hombre? ¿Por dicha del mal? Esta no es gloria, sino miseria. ¿Pues gloriarse ha del bien? *No, porque es ajeno.* Tuyo es, ¡oh, Señor!, el bien, tuya es la gloria. Y concordando con esto dice el mismo San Agustín: «*Yo, Señor Dios Nuestro, confieso a Ti mi pobreza, y a Ti sea toda la gloria, porque tuyo es todo el bien que yo haya hecho.* Yo confieso, según me has enseñado, que otra cosa no soy sino vanidad y sombra de muerte, y un tenebroso abismo, tierra vana y vacía, que sin tu bendición no hace fruto, sino confusión, y pecado y muerte: si algún bien en cualquiera manera tuve, de Ti lo recibí; cualquiera bien que tengo, tuyo es, de Ti lo tengo. Si algún tiempo estuve en pie, por Ti lo estuve; mas cuando caí, por mí caí. Y siempre me hubiera estado caído en el lodo si no me hubieras levantado Tú: y siempre fuera ciego, si Tú no me hubieras alumbrado. Cuando caí, nunca me hubiera levantado si Tú no me hubieras dado tu mano; y después que me levantaste, siempre hubiera caído si no me hubieras tenido; muchas veces me hubiera perdido, si Tú no me hubieras guardado. Y así, Señor, siempre tu gracia y tu misericordia anduvo delante de mí librándome de todos males, salvándome de los pecados, despertándome de los presentes, guardándome de los por venir, y cortando delante de mí los lazos de los pecados, quitando las ocasiones y causas; porque si Tú, Señor, esto no hubieras hecho, todos los pecados del mundo hubiera yo hecho; porque sé que ningún pecado hay que en cualquiera manera lo haya hecho un hombre, que no lo pueda hacer otro hombre, si se aparta el guiador, por el cual es hecho el hombre, mas Tú hiciste que yo no lo hiciese, y Tú mandaste que me abstuviese: y Tú me infundiste gracia para que te creyese, porque Tú, Señor, me regías para Ti y me guardabas para Ti, y me diste gracia y lumbre para no cometer adulterio y todo otro pecado.»

CAPÍTULO LXVII

En que se prosigue el sobredicho ejercicio, y de la grande luz que el Señor, mediante él, suele obrar en las almas, con la cual conocen la grandeza de Dios y la nada de su pequeñez.



ONSIDERAD, pues, doncella, con atención estas palabras de San Agustín, y veréis cuán ajena debéis de estar de atribuir a vos gloria alguna, no sólo de levantaros de vuestros pecados, mas de teneros que no tornásedes a caer; porque así como os dije que si la mano de Dios de vos se apartase, en aquel punto tornaríades al abismo de vuestra nada en que antes estábades, así apartando Dios su guarda de vos, tornaríades a los pecados y a otros peores que donde El os sacó. Sed por eso humilde y agradecida a este Señor, de quien tanta necesidad en todo tiempo tenéis, y conoced que estáis colgada de El, y que todo vuestro bien depende de su mano bendita, según dice David (Psalm. XXX): *En tus manos, Señor, están mis suertes.* Y llama suertes a la gracia de Dios y a la eterna predestinación, las cuales por la bondad de Dios vienen, y se conceden a quien se conceden. Y así como si El os quitase el ser que os dió os tornaréis nada, así quitándoos la gracia quedaréis pecadora, lo cual no se os dice para que caigáis en desmayo ni desesperación, por ver cuán colgada estáis de las manos de Dios: mas para que tanto con más seguridad gocéis de los bienes que Dios os ha dado, y tengáis confianza en su misericordia que acabará con vos lo que ha comenzado, cuando con mayor humildad y profunda reverencia y santo temor estuviéredes postrada a sus pies temblando y sin ningún arrimo de vuestra parte y confiando de la suya; porque ésta es buena señal que no os desamparará su infinita bondad, según lo cantó aquella bendita y sobre todas humilde María, diciendo (Luc., I): *La misericordia de El de generación en generación sobre los que le temen.* Y si el Señor es servido de os dar este conocimiento que deseáis, sentiréis que viene en vos una celestial lumbre y senti-

miento en el ánima, con que quitadas unas tinieblas, conoce y siente ningún bien, ni ser, ni fuerza haber en todo lo criado más de aquello que la bendita y graciosa voluntad de Dios ha querido dar y quiere conservar. Y conoce entonces cuán verdadero cantar es aquél: *Llénos son los cielos y la tierra de tu gloria, porque en todo lo criado no ve cosa que buena sea, cuya gloria no sea de Dios.* Y entiende con cuánta verdad dijo Dios a Moisés que dijese a los hombres (Exodo, III): *El que es, me envió a vosotros.* Y lo que dijo el Señor en el Evangelio (Marc., X): *Ninguno es bueno sino sólo Dios.* Porque como todo el ser que tengan las cosas y todo el bien, ahora sea de libre albedrío, ahora de la gracia, sea dado y conservado de la mano de Dios, conoce que más se puede decir que Dios es en ellas y obra el bien en ellas, que ellas de sí mismas, no porque ellas no obren, mas porque obran como causas segundas movidas por Dios, principal y universal hacedor, del cual ellas tienen la virtud para obrar. Y así, mirando a ellas no les halla tomo ni arrimo en sí propias, sino en aquel infinito Ser que las sustenta, en cuya comparación parecen todas ellas, por grandes que sean, como una pequeña aguja en un infinito mar; y de este conocimiento de Dios resulta en el ánima que de él se aprovecha, una profunda y leal reverencia a la sobreexcelente Majestad divinal, que le pone tanto aborrecimiento de atribuir a sí misma ni a otra criatura algún bien, que ni aun pensar en ello no quiere, considerando que así como el casto José (Génesis, XXXIX) *no quiso hacer traición a su señor, aunque fué requerido de la mujer de él,* así no debe el hombre alzarse con la honra de Dios, la cual El quiere para sí como el marido a su propia mujer, según está escrito (Isa., XLII): *Mi gloria no la daré a otro.* Y está entonces el hombre tan fundado en esta verdad, que aunque todo el mundo le ensalzase, él no se ensalzaría, mas como verdadero justo desnúdase de la honra que ve no ser suya, y dala al Señor, cuya es, y en esta luz ve qué mientras más alto está, más ha recibido de Dios y más le debe, y más pequeño y abajado es en sí mismo; porque quien

de verdad cree en otras virtudes, también lo ha de hacer en la humildad, diciendo a Dios (Joann., III): *A Ti conviene crecer en mí, y a mí ser abajado cada día más en mí.* Y si con estas consideraciones ya dichas no halláredes en vos el fruto del propio desprecio que deseáis, no desmayéis, mas llamad con perseverante oración al Señor, que El sabe y suele enseñar interiormente y con semejanzas exteriores lo poco en que la criatura se ha de estimar. Y en tanto que viene esta misericordia, vivid en paciencia y conoceros por soberbio, lo cual es alguna parte de humildad como el tenerse por humilde es señal de soberbia.

CAPÍTULO LXVIII

En que se comienza a tratar de la consideración de Cristo Nuestro Señor, y de los misterios de su vida y muerte, y de la mucha razón que hay para nos ejercitar en esta consideración, y de los grandes frutos que de ella nos vienen.

Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan a la continua y muy de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón, por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce mucho más que el primero les desmayaba. Y para esto ningún otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo Nuestro Señor, especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros. Esta es la nueva alegre predicada en la nueva ley a todos los quebrantados de corazón, y les es dada una medicina muy más eficaz para su consuelo que sus llagas les pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra a los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve a los que la ley condena, y el que hace hijos de Dios a los que eran esclavos del demonio. A éste deben procurar conocer y allegarse todos los adeudados con espirituales deudas de pecados que han hecho, y que por ello están en angustia y amargura de corazón cuando se miran, e irles ha bien, como en

otro tiempo se llegaron a David (I Reg,. XXII), *adeudados y angustiados con deudas de acá, y sintieron provecho con su compañía;* porque así como se suele dar por consejo que miren arriba o fuera del agua a los que pasan algún río y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce sus ojos a Jesucristo puesto en la cruz y cobrará esfuerzo, porque no en balde se dijo (Psal. XLI): *En Mí mismo fué mi ánimaconturbada, y por esto me acordaré de ti, de la tierra del Jordán y de los montes de Hermón y monte pequeño.*

Porque los misterios que Cristo obró en su Bautismo y Pasión son bastantes para sosegar cualquier tempestad de desconfianza que en el corazón se levante: y así por esto como porque ningún libro hay tan eficaz para enseñar al hombre todo género de virtud, ni cuánto debe ser el pecado aborrecido y la virtud amada, como la Pasión del Hijo de Dios; y también porque es extremo de desagradecimiento poner en olvido un tan inmenso beneficio de amor, como fué padecer Cristo por nos, conviene, después del ejercicio de vuestro conocimiento, ocuparos en el conocimiento de Jesucristo Nuestro Señor. Lo cual nos enseña San Bernardo diciendo (Bernard. *ad Fratres de monte Dei*): «Cualquiera que tiene sentido de Cristo, sabe bien cuán expediente sea a la piedad cristiana, cuánto convenga, y cuánto provecho le trae al siervo de Dios y siervo de la redención de Cristo, acordarse con atención, a lo menos una hora del día, de los beneficios de la Pasión y Redención de Nuestro Señor Jesucristo, para gozar suavemente en la conciencia y para asentaros fielmente en la memoria.» Esto dice San Bernardo, el cual así lo hacía. Y allende de esto sabed, que así como queriendo Dios comunicar con los hombres las riquezas de su Divinidad, tomó por medio hacerse hombre; para que en aquella bajeza y pobreza se pudiese conformar con la pequeña capacidad de los pobres y bajos, y juntándose a ellos los levantase a la alteza de El, así el camino usado de comunicar Dios su Divinidad con las ánimas es por medio de su sacra Humanidad.

Esta es la puerta por donde el que entrare será salvo, y la escalera por donde suben al cielo; porque quiere Dios Padre honrar la Humanidad y humildad de su Unigénito Hijo (Génesis, XXVIII), en no dar su amistad sino a quien las creyere, y no dar su familiar comunicación sino a quien con mucha atención las pensare. Y pues no es razón que dejéis de desear estos bienes, haceos esclava de esta sagrada Pasión, pues por ella fuisteis libertada del cautiverio de vuestros pecados y de los infernales tormentos, y os vendrán los bienes ya dichos. Y no sea a vos pesado el pensar lo que a El con vuestro gran amor no le fué pesado pasar.

Sed vos una de las ánimas a quien dice el Espíritu Santo en los Cantares (cap. III): *Salid y mirad, hijas de Sión, al Rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su madre en el día del desposorio de él, y en el día de la alegría del corazón de él.* En ninguna parte de la Santa Escritura se lee que el Rey Salomón fuese coronado con guirnalda o corona por mano de su madre Bersabé en el día del desposorio de él: y por esto, porque según la historia no conviene al Salomón pecador, por fuerza, pues la Escritura no puede faltar, lo hemos de entender de otro Salomón verdadero, *el cual es Cristo.* Y con mucha razón, porque Salomón quiere decir pacífico, el cual nombre le fué puesto porque no trajo guerras en su tiempo como las trajo su padre David; por lo cual quiso Dios, que no David, varón de sangre, mas su pacífico hijo edificase aquel tan solemne Templo de Jerusalén (Paralip., XXII) *en que fuese Dios adorado.* Pues si por ser pacífico Salomón en la paz mundana, que algunas veces los Reyes, aunque malos, la suelen en sus reinos tener, le fué puesto nombre de pacífico, ¿con cuánta más razón conviene a Cristo, el cual hizo paz espiritual entre Dios y los hombres, no sin su costa, mas cayendo sobre El la pena de nuestros pecados que causaban la enemistad? «Item hizo paz entre los dos tan contrarios pueblos, de los judíos y gentiles, *quitando la pared de la enemistad que estaba en medio*», como dice San Pablo (Ephes., II): Conviene a saber, *las ceremonias de*

la vieja ley, y la idolatría de la gentilidad, para que unos y otros, dejadas sus particularidades y ritos que de sus pasados traían, viniesen a una nueva ley, debajo de una fe, y de un Bautismo y de un Señor, esperando partir una misma herencia, por ser todos hijos de un Padre del cielo que los tornó a engendrar otra vez por agua y Espíritu Santo, con mayor ganancia y honra que la primera vez fueron engendrados de sus padres de carne para miseria y deshonra; y estos bienes todos son por Jesucristo, pacificador de cielos y tierra, y de una gente con otra, y de un hombre dentro de sí mismo, cuya guerra es más trabajosa y la paz más deseada. Estas paces no las pudo hacer Salomón, mas tuvo el nombre en figura del verdadero pacificador, así como la paz de Salomón, que es temporal, tiene figura y es sombra de la espiritual que no tiene fin.

Pues si bien os acordáis, esposa de Cristo, de lo que es razón que nunca os olvidéis, la Madre de este Salomón verdadero que fué y es la bendita Virgen María, hallaréis haberle coronado con guirnalda hermosa, dándole carne sin ningún pecado en el día de la Encarnación, que fué día de ayuntamiento y desposorio del Verbo divino con aquella santa Humanidad, y del Verbo hecho hombre con su Iglesia, que somos nosotros (Psalmus XVIII.) *De aquel sagrado vientre salió Cristo*, como Esposo que sale del tálamo, y comenzó a correr su carrera como fuerte gigante, tomando a pechos la obra de nuestra Redención, que fué la más dificultosa cosa que se podía emprender. Y al fin de la carrera en el día del Viernes Santo casó por palabras de presentes con esta su Iglesia, por quien había trabajado (Genes., XXIX), *como Jacob por Raquel*, porque entonces le fué sacada de su costado estando él durmiendo el sueño de muerte (Genes., II), *a semejanza de Eva sacada de Adán*, que dormía. Y por esta obra tan excelente y de tanto amor en aquel día obrada, llama Cristo a este día *mi día*, cuando dice en el Evangelio (Joann., VIII): *Abraham, vuestro padre, se gozó para ver mi día, vióla, y gozóse.* Lo cual fué, como dice Crisóstomo, cuando a Abraham fué reve-

lada la muerte de Cristo, en semejanza de su hijo Isaac, que Dios le mandó sacrificar en el monte Moria, que es el monte Sión; *entonces vió este penoso día, y se gozó.* ¿Mas por qué se gozó? ¿Por ventura de los azotes, o tristezas o tormentos de Cristo? (Genes., XXII). *Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta,* que bastaba para hacer entristecer de compasión a cualquiera, por mucha alegría que tuviese. Si no díganlo sus tres amados Apóstoles, a los cuales dijo (Matth., XX; Marc., XIV): *Triste es mi ánima hasta la muerte.* ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra? La cual suele, aun a los que de lejos la oyen, lastimar su corazón con agudo cuchillo de compasión. Pues sus azotes, tormentos, clavos y cruz fueron tan lastimeros, que por duro que uno fuera y los viera se moviera a compasión, y aun no sé si los mismos que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir y la crueldad de ellos en el herir, algún rato se compadecían de quien tanto padecía por ellos, aunque ellos no lo sabían. Pues si los que a Cristo aborrecían, pudieran ser entristecidos por ver sus tormentos, si del todo piedras no fueran, ¿qué diremos de un hombre tan amigo de Dios como fué Abraham, que se gozase de ver en el día en que Cristo tanto trabajo pasó?

CAPÍTULO LXIX

En que se prosigue lo dicho en el capítulo pasado, declarando de la Pasión de Cristo un lugar de los Cantares.

MAS porque de esto no os maravilléis, oíd otra cosa más maravillosa, la cual dicen las dichas palabras de los Cantares: «Que esta guirnalda le fué puesta en el día del alegría del corazón de El.» ¿Cómo es aquesto? El día de sus excesivos dolores, que lengua no hay que los pueda explicar, ¿llamáis día de alegría de El? Y no alegría fingida y de fuera, mas dicen, en el día del alegría del corazón de El. ¡Oh, alegría de los ángeles y río del deleite de ellos, en cuya faz ellos desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas

ellos son embestidos, viéndose dentro de ti, nadando en tu dulcedumbre tan sobrada, y de que se alegra tu corazón en el día de tus trabajos! ¿De qué te alegras entre los azotes, clavos, deshonras y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastímante, cierto, y más a Ti que a otro ninguno, pues tu complexión era más delicada. Mas porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres Tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros. Tú eres el que dijiste a tus amados Apóstoles poco antes de la Pasión (Luc., XXII): *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que padezca.* Y Tú eres el que antes dijiste (Luc., XII): *Fuego vine a traer a la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda?* Con bautismo tengo de ser bautizado, ¿cómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efecto?

El fuego de amor de Ti, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en Ti, Tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos hiciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste. ¿Y quién hubiera que te amara, si Tú no murieras de amor por dar vida a los que por no amarte están muertos? ¿Quién será leño tan húmedo y frío, que viéndote a Ti árbol verde, del cual quien come vive, ser encendido en la cruz y abrasado con fuego de tormentos, que te daban, y del amor con que Tú padecías, no se encienda en amarte aun hasta la muerte? ¿Quién será tan porfiado que se defienda de tu porfiada recuesta en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos te tomaron cuando te quitaron muerto de la cruz, y fuiste encerrado en el santo sepulcro como en otro vientre? Abrasástete, porque no quedásemos fríos; lloraste, porque riésemos; padeciste, porque descansásemos; y fuiste bautizado con el derramamiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades; y dices, Señor: *¡Cómo vivo en estrechura hasta que este bautismo se acabe!* Dando a entender cuán encendido deseo tenías de nuestro remedio, aunque sabías que

te había de costar la vida. Y como el esposo desea el día de su desposorio para gozarse, Tú deseabas el día de tu Pasión para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos. Una hora, Señor, se te hacía mil años para haber de morir por nosotros, teniendo tu vida por bien empleada en ponerla por tus criados. Y pues lo que se desea trae gozo cuando es cumplido, no es maravilla que se llame día de tu alegría el día de tu Pasión, pues era deseado por Ti; y aunque el dolor de aquel día fué muy excesivo, de manera que en tu persona se diga (Thren., I): *¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y ved si hay dolor que se iguale con el mío!;* mas el amor que en tu corazón ardía, sin comparación era mayor; porque si menester fuera para nuestro provecho que Tú pasaras mil tantos de lo que pasaste, y te estuvieras enclavado en la cruz hasta que el mundo se acabara, con determinación firme subiste en ella para hacer y sufrir todo lo que para nuestro remedio fuese necesario.

De manera que más amaste que sufriste, y más pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban, y por esto quedó vencedor tu amor, y como llama viva nó la pudieron apagar los ríos grandes y muchas pasiones que contra Ti vinieron; por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor, muy de verdad tu amor se holgaba del bien que de allí nos venía — por eso se llama día de alegría de tu corazón: y este día vió Abraham, y gozóse, no porque le faltase compasión de tantos dolores, mas porque veía que el mundo y él habían de ser redimidos por ellos. Pues en este día salid, hijas de Sión (que son las ánimas que atalayan a Dios por fe) a ver al pacífico Rey, que con sus dolores va a hacer la paz deseada; miradle, pues para mirar a El os son dados los ojos. Y entre todos sus atavíos de desposorio que lleva, mirad a la guirnalda de espinas que en su cabeza divina lleva, la cual, aunque la tejieron y se la pusieron los caballeros de Pilato, que eran gentiles, dícese habérsela puesto su madre, que es la sinagoga, de cuyo linaje Cristo descendía, según la carne; porque por la acusación de la sinagoga, y por complacer a ella, fué

Cristo así atormentado. Y si alguno dijere, nuevos atavíos de desposado son éstos, por guirnalda lastimera corona, por atavíos de pies y manos clavos agudos que se les traspasan y rompen, azotes por cinta, los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre, la sagrada barba arrancada, las mejillas bermejas con bofetadas, y la cama blanda, que a los desposados suelen dar con muchos olores, tornarse en áspera cruz, puesta en lugar donde justiciaban los malhechores. ¿Qué tiene que ver este abatimiento extremo con atavíos de desposorio? ¿Qué tiene que ver acompañado de ladrones, con ser acompañado de amigos, que se huelgan de honrar al nuevo Desposado? ¿Qué fruta, qué música, qué placeres vemos aquí, pues la Madre y amigos del Desposado comen dolores y beben lágrimas, y los ángeles de la paz lloraban amargamente? No hay cosa más lejos de desposorio que todo lo que aquí parece. Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el Desposado y el modo de desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado y porque es Dios y Hombre, y despósase con nosotros, feos, pobres y llenos de males, no para dejarnos en ellos, mas para matar nuestros males y darnos sus bienes; por lo cual convenía, según la ordenanza divina, que pagase El por nosotros, tomando nuestro lugar y semejanza, para que con aquella semejanza de deudor sin serlo, y con aquel duro castigo sin haber hecho porqué, quitase nuestra fealdad y nos diese su hermosura y riquezas. Y porque ningún desposado puede hacerle a su esposa de mala, buena; ni de infernal, celestial; ni de fea en el ánima, hermosa, por eso buscan los hombres las esposas que sean buenas, hermosas y ricas; y van el día del desposorio ataviados a gozar de los bienes que ellas tienen y que ellos no les dieron; mas nuestro nuevo Esposo ninguna ánima halla hermosa ni buena si El no la hace. Y lo que nosotros le podemos dar (que es nuestra dote) es la deuda que debemos de nuestros pecados; y porque El quiso abajarse a nosotros, tal le paramos, cuales nosotros estábamos; y tal nos paró, cual El es; porque destruyendo con nuestra semejanza nuestro hom-

bre viejo, nos puso su imagen de hombre nuevo y celestial. Y esto obró El con aquestos atavíos que parecen fealdad y flaqueza, y son altísima honra y grandeza, pues pudieron deshacer nuestros muy antiguos y endurecidos pecados y traernos a gracia y amistad del Señor, que es lo más alto que se puede ganar. Este es el espejo en que os habéis de mirar, muchas veces al día, para hermosear lo que viéredes feo en vuestra ánima: y ésta es la señal puesta en alto, para que de cualquier víbora que seáis mordida miréis aquí y recibáis la salud en sus llagas; y en cualquier bien que os viniere miréis aquí y os sea conservado, dando gracias a este Señor, por cuyos trabajos nos vienen todos los bienes.

CAPÍTULO LXX

Que es muy importante el ejercicio de la oración, y de los grandes provechos que de ella se sacan.

Pues que ya habéis oído que la luz que vuestros ojos han de mirar es Dios humanado y crucificado, resta deciros qué modo tendréis para le mirar, pues que esto ha de estar con ejercicio de devotas consideraciones y habla interior que en la oración hay. Mas primero que os digamos el modo que habéis de tener en la oración, conviene deciros cuán provechoso ejercicio sea, especialmente para vos, que habiendo renunciado al mundo os habéis toda ofrecido al Señor, con el cual os conviene tener muy estrecha y familiar comunicación, si queréis gozar de los dulces frutos de vuestro religioso estado. Y por oración entendemos aquí una secreta e interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando, y generalmente por todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios: porque aunque cada cosa de éstas tenga su particular razón, no es mi intento tratar aquí sino de este general que he dicho, de cómo es cosa muy importante que el ánima tenga con su Dios este particular habla y comunicación.

Para prueba de lo cual, si ciegos no estuviesen los hombres, bastaba decirles que daba Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar a hablarle una vez en el mes o en la semana, y que les daría audiencia de muy buena gana, y remediaría sus males, y haría mercedes, y habría entre El y ellos conversación amigable de Padre con hijos: y si diese esta licencia para que le pudiesen hablar cada día, y si la diese para que muchas veces al día, y si también para que toda la noche y el día, o todo lo que de este tiempo pudiesen y quisiesen estar en conversación del Señor, El lo habría por bueno, ¿quién sería el hombre, si piedra no fuese, que no agradeciese tan larga y provechosa licencia y no procurase de usar de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa muy conveniente para ganar honra por estar hablando con su Señor y deleite, por gozar de su conversación y provecho, porque nunca irían de su presencia vacíos? ¿Pues por qué no se estimará en mucho lo que el Altísimo ofrece, pues se estimaría si lo ofreciese un Rey temporal, que en comparación del Altísimo y de lo que de su conversación se puede sacar, el Rey es gusano, y lo que puede dar uno y todos es un poco de polvo? *¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues* (Prov., VIII) *los deleites de El son estar con los hijos de los hombres?* No tiene su conversación amargura, sino alegría y gozo, ni su condición tiene escasez para negar lo que le piden: y Padre nuestro es, con el cual nos habíamos de holgar, conversando, aunque ningún provecho otro de ello viniera: y si juntáis con esto que no sólo nos da licencia para que hablemos con El, mas que nos ruega, aconseja y alguna vez manda, veréis cuánta es su bondad y gana de que conversemos con El, y cuánta nuestra maldad de no querer ir rogados y pagados a lo que debíamos ir rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos fuese pedida: y en esto veréis cuán poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora, y con mucha instancia pide remedio.

Un refrán dice: *Si no sabes orar, entra en la mar, porque los muchos peligros en que se ven los que navegan, les hace clamar a Nuestro Señor.* Y no sé por qué no ejercitamos todos este oficio, y con diligencia, pues ahora andemos por tierra, ahora por mar, andamos en peligros de muerte; o del ánima, si caemos en pecado mortal, o de cuerpo y ánima, si no nos levantamos por la penitencia de aquel en que hemos caído. Y si los cuidados perecederos y el polvo que en los ojos traemos, nos diesen lugar de cuidar y mirar las necesidades de nuestro corazón, cierto andaríamos dando clamores a Dios, diciendo con todas entrañas (Psalm. XXXIV): *No nos dejéis caer en la tentación:* Señor, no te apartes de mí, y otras semejantes palabras, conformes al sentimiento de la necesidad. Todo nuestro orar se ha pasado a lo que se ha pasado nuestro sentido, que es el bien o mal temporal, y aun esto no lo hacemos luego, sino cuando los otros medios y arrimos nos han faltado, como gente que su postrera confianza tiene puesta en Nuestro Señor, y su primera y mayor en sí mismo o en otros; de lo cual suele el Señor enojarse mucho, y decir (Deut., XXXII): *¿Dónde están tus dioses, en los cuales tenías confianza? Líbrente tus aliados, a los cuales se los llevará el viento y el soplo. Mirad que Yo solo soy y no hay otro fuera de Mí: Yo mataré y haré vivir; heriré y sanaré, y no hay quien se pueda librar.* Mirad, pues, doncella, no os toquen aquestas cosas, mas tened vivo el sentido de vuestra ánima, con que gustéis que vuestro verdadero mal es no servir a Dios, y vuestro verdadero bien es servirle; y cuando alguna cosa temporal pidiéredes, no sea con aquel ahinco y angustia que del amor demasiado suele nacer. Y para lo mucho y para lo poco, vuestra confianza primera sea Nuestro Señor; y la postrera, los medios que El os encaminare; y sed muy agradecida a esta merced de que os dió licencia de hablarle y conversar con El, y usad de ella para bienes y males con mucha frecuencia y cuidado, pues por medio de esta habla y conversación con el Altísimo han sido enriquecidos los siervos de Dios y remediados en sus pobrezas, porque entendieron que los peligros que Dios les

dejó fué a intento que apretados con ellos recurriesen a El, y los bienes que les vienen son para ir a El, dándole gracias (Josué, X). De los gabaonitas leemos que estando en mucho peligro por estar cercados de sus enemigos, enviaron un mensajero a Josué, a cuya amistad se había ofrecido, y por la cual estaban en aquel peligro, y hallaron favor y remedio por lo pedir: y aunque aquellos cinco Reyes, que la Escritura hace mención (Genes., XIV), *fueron vencidos en el Valle Silvestre, y sus ciudades robadas;* mas porque un mozo que de la guerra escapó fué a dar nueva de este desbarato al Patriarca Abraham, alcanzaron remedio los Reyes y sus cinco ciudades por mano de Abraham, que los socorrió.

De manera, que se alcanza por un solo mensajero que va a pedir favor a quien lo quiere y puede dar, más que por la muchedumbre de combatientes que en la guerra o ciudad haya. Y cierto es así, que quien enviare a Dios mensajero de humilde y fiel oración, aunque esté cercado y destrozado y metido en el vientre de la ballena (Psalm. CXLIV), *sentirá presente al Señor, que está cerca a todos aquellos que le llaman en verdad.* Y si no saben lo que han de hacer, con la oración hayan lumbre, pues con esta confianza dijo el Rey Josafat (Paralip., XX): *Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, este remedio tenemos, que es alzar los ojos a Ti;* y Santiago dice (Jacob. I): *Que quien hubiere menester sabiduría, la pida a Dios;* y por este medio eran Moisés y Aarón enseñados de Dios acerca de lo que debían hacer con el pueblo: porque como los que rigen a otros han menester lumbre doblada, y tenerla muy a la mano y a todo tiempo, así han menester oración doblada y estar tan diestros en ella, que sin dificultad la ejerciten, para que conozcan la voluntad del Señor de lo que deben hacer en particular, y para que alcancen fuerza para cumplirla. Y este conocimiento que allí se alcanza, excede al que alcanzamos por nuestras razones o conjeturas, como de quien va a cosa cierta, o quien va, como dicen, a tientaparedes; y los propósitos buenos y fuerza que allí se cobran, suelen ser sin comparación más vivos y salir más verdaderos que los

que fuera de la oración se alcanzan. San Agustín dijo, como quien lo habría probado: *Mejor se sueltan las dudas con la oración, que con cualquiera otro estudio.* Y por no cansar, y porque no sería posible deciros particularmente los frutos de la oración, no os digo más, sino que la suma verdad dijo (Luc., XI): *Que el Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo piden, con el cual bien vienen todos los bienes.* Y débeos bastar, que usan este ejercicio todos los Santos. Porque, como San Crisóstomo dice, *¿quién de los Santos no venció orando?* Y él mismo dice: *No hay cosa más poderosa que el hombre que ora;* y bastarnos debe, y sobrar, que Jesucristo, Señor de todos, oró en la noche de su tribulación, aun hasta derramar gotas de sangre. *Y oró en el monte Tábor, para alcanzar el resplandor de su cuerpo* (Lucas, XXII). *Oró primero que resucitase a San Lázaro* (Joan., XI): y a veces oraba tan largo, que se le pasaba toda la noche en oración.

Y después de una tan larga oración como ésta, dice San Lucas (cap. XVI), que eligió entre sus discípulos *número de doce Apóstoles;* en lo cual dice San Ambrosio, nos dió a entender lo que debemos hacer cuando quisiéremos comenzar algún negocio, pues que en aquel suyo primero oró, y tan largo. Y por esto debiera decir San Dionisio, que en principio de toda obra hemos de comenzar por la oración. San Pablo amonesta que entendamos con instancia en la oración: y el Señor dice (Lucas, XVIII), que conviene siempre orar, y no aflojar, que quiere decir: *que se haga esta obra con frecuencia, diligencia y cuidado:* porque los que quieren valerse con tener cuidado de sí en hacer obras agradables a Dios, y no curan de tener oración, con sola una mano nadan, con sola una mano pelean, y con solo un pie andan, porque el Señor, dos nos enseñó ser necesarios, cuando dijo (Matth., XVI): *Velad y orad, porque no entréis en tentación.* Y lo mismo avisó cuando dijo (Lucas, XXI): *Velad,* pues, en todo tiempo orando, que seáis hallados dignos de escapar de todas estas cosas, que han de venir, y estar delante el Hijo de la Virgen: *Y entrambas cosas junta San Pablo* (Ephes., VI) cuando arma al caballero cristiano en

la guerra espiritual que tiene contra el demonio: porque así como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio, así acaecerá bien a quien obra y no ora, porque aquello es la oración para el ánima que el sueño al cuerpo: no hay hacienda, por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan, ni buenas obras que duren sin oración, porque en ella se alzan lumbre y espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye de fervor de la caridad e interior devoción. Y cuán necesario sea el orar, parece muy claro en la instancia y ayunos con que el Profeta Samuel oraba al Señor (I Reg., II) *que librase su pueblo de la cautividad de Babilonia*, aunque eran cumplidos los setenta años que el Señor había puesto por término para los librar.

Y si en lo que Dios ha prometido de hacer o dar, aun es menester que se le pida con oración ahincada, ¿cuánto más será menester en lo que no tenemos promesa suya en particular? San Pablo pide a los Romanos (Rom. XV), *que rueguen a Dios por él*, para que quitados los impedimentos pueda ir a los visitar. Sobre lo cual dice Orígenes, aunque había dicho el Apóstol un poco antes: *Sé que yendo vosotros, será mi ida en la abundancia de la bendición de Cristo:* mas con todo esto sabía que la oración es necesaria, aun para las cosas que él manifiestamente conocía que habían de acaecer: y si no hubiera oración, sin duda no se cumpliera lo que habían profetizado. ¿No os parece que tuvo razón quien dijo (San Gregorio) que era la oración medio para alcanzar lo que Dios Omnipotente ordenó ante los siglos de donar en tiempo? *Item*, que así como el arar y sembrar es medio para coger trigo, así la oración para alcanzar frutos espirituales; por lo cual no nos debemos maravillar si tan poco cogemos, pues que tan poca oración sembramos. Cosa cierta es que de la conversación de un bueno se sigue amarle y concebir deseos de la virtud: y si con Dios conversásemos, con mucha más razón podríamos esperar de su conversación estos y otros provechos, a semejanza de Moisés,

que de la tal conversación salió lleno de resplandor; y no por otra causa estamos tan faltos de misericordia para con los prójimos, sino porque nos falta esta conversación con Nuestro Señor: porque el hombre que estuvo de noche postrado delante de Dios pidiéndole perdón y misericordia para sus pecados y necesidades, claro está que si de día encuentra con otro que le pida lo que él pidió a Dios, que conocerá las palabras y se acordará de con cuánto trabajo él las dijo a Nuestro Señor, y con cuánto deseo de ser oído, y hará con su prójimo lo que quería que Dios hiciese con él. Y por decir en una palabra lo que en esto siento, os traigo a la memoria lo que dijo David (Psalm. LXV): *Bendito sea el Señor, que no quitó de mí mi oración y su misericordia;* sobre lo cual dice San Agustín: *Seguro puedes estar, que si Dios no quita de ti la oración, no te quitará su misericordia.* Y acordaos que el Señor dijo (Luc., XI): *Que el celestial Padre dará espíritu bueno a los que se lo piden;* y con este espíritu cumplimos la Ley de Dios, como dice San Pablo: de manera, que nos está cercana la misericordia de Dios, y cumplimos su ley por medio de la oración. Mirad vos qué tal estará un hombre a quien le faltaren estas dos cosas, por faltarle la oración. Y quiéroos avisar del yerro de algunos que piensan que porque dijo San Pablo (Rom., III): *Quiero que los varones oren en todo lugar,* no es menester orar despacio, ni en particular, sino que basta mezclar la oración entre las obras que hace. Bueno es orar en todo lugar, mas no nos hemos de contentar con aquello, si hemos de imitar a Jesucristo Nuestro Señor y a lo que sus Santos han dicho y hecho en el negocio de la oración. Y aun tened por cierto, que ninguno sabrá provechosamente orar en todo lugar, sino quien primero hubiere aprendido este oficio en lugar particular, y gastando en él espacio de tiempo.

CAPÍTULO LXXI

Que la penitencia de los pecados es el primer paso para nos llegar a Dios, teniendo de ellos verdadero dolor y haciendo de ellos verdadera confesión y satisfacción.



El primer paso que el ánima ha de dar allegándose a Dios ha de ser la penitencia de sus pecados. Y para que ésta fuese bien hecha aprovecha mucho desocuparse de todos negocios y de toda conversación, y entender con cuidado en traer a la memoria los pecados de toda su vida, sirviéndose para ello de algún confesionario: y después de los haber bien gemido, confesarlos con médico espiritual que le pueda y sepa dar remedio competente a su enfermedad, y le ponga su conciencia tan llana, como si aquel día hubiese el hombre de morir y ser presentado en el juicio de Dios. Y en este negocio puede gastar un mes o dos, deshaciendo con amargos gemidos lo que pecó con malos placeres: y para esto se puede servir de leer algún buen libro que a esto le ayude, y de lo que antes dijimos, de pensar en su muerte y en el juicio de Dios, y descender vivo con el pensamiento a aquel pozo hondo del fuego terrenal, porque no descienda después de muerto a probar la eterna miseria que allí hay. Servirle ha también para esto, mirando una imagen del Crucificado, o acordándose de El, pensar cómo él fué causa por sus pecados que el Señor padeciese tales tormentos. Y mírele bien de pies a cabeza, ponderando por sí cada tormento y llorando en cada pecado, pues las penas del Señor corresponden a nuestras culpas, padeciendo El deshonras en pago de nuestra soberbia, azotes y dolores en pago de nuestros placeres, y así en lo demás. Y piense si un hijo viese azotar a su padre o atormentarle muy recio por una cosa que nunca el padre la hizo, sino el tal hijo. Y si oyese la voz del pregonero: «quien tal hace que tal pague», este tal hijo, grave compasión tendría de su padre, y gran dolor por haber hecho cosa que tan cara le costase a su padre. Y si verdadero hijo fuese, más le dolería ver cas-

tigado a su padre que si le castigaran a él. Y gran maravilla sería si no diese voces con el gran dolor, confesando que el culpado es él, que lo castiguen a él y no a su padre, que nada debía. Tomemos ejemplo de aquí de dolernos más de haber pecado, porque fué Dios el ofendido y fué Dios el castigado, que por cualquier mal que por haber pecado nos pudiese venir. ¿Yo, Señor, pequé y pagáislo vos? Mis travesuras, Señor, os pusieron en la cárcel, y os hicieron pregonar por las calles y os pusieron en cruz. Este sea su gemido, con deseo de padecer por Dios todo lo que El fuere servido enviarle. Y después de haber hecho este examen de su conciencia con dolor y satisfacción, según el parecer de su confesor, recibida la absolución sacramental, podrá tener confianza del perdón y consolación de su ánima.

CAPÍTULO LXXII

Que el segundo paso para nos llegar a Dios, es el hacimiento de gracias que le debemos dar por nos haber así librado; y del modo que en esto se tendrá mediante diversos pasos de la Pasión en diversos días.

Purgada así el ánima de tales humores de pecados, que le causasen la muerte, se debe ocupar en hacimiento de gracias por tan grande y no merecida merced, de no sólo haber Dios perdonado el infierno, mas haberle recibido por hijo y dádole su gracia y dones interiores, por merecimiento del verdadero Hijo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, que murió por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación, matando nuestros pecados y vida vieja muriendo El, y resucitándonos a vida nueva resucitando El. Y si decía Job, que el cuerpo del pobre a quien él había vestido, sintiéndose abrigado, echaría bendiciones a Job que aquel beneficio le hizo, con mucha más razón debemos bendecir a Jesucristo crucificado, cuando nuestra ánima se siente libre de males y consolada con bienes, creyendo que todo nuestro bien nos viene por El; pues no es razón ser ingratos a tal amor y a tales mercedes. Y aunque cada

vez que bien nos fuere debemos luego con particular agradecimiento bendecir a Jesucristo; mas para que se haga esto mejor hecho y con más fruto conviene que, pues para pensar en vuestros propios pecados, os dije que buscásedes lugar recogido y desocupado de todos y os mirásedes a vos, con mucha más razón os debéis ocupar otro tanto cada día en pensar la Pasión de Nuestro Salvador, y darle gracias por los bienes que nos vinieron por ella, diciendo de corazón (Psalm. CXVIII): *No olvidaré para siempre tus justificaciones, porque en ellas me diste la vida.* El modo, pues, que tendréis, si otro mejor no se os ofreciere, será este: *Pensar el lunes* la oración del Señor y prendimiento del Huerto, y lo que aquella noche pasó en casa de Anás y Caifás. *El martes*, las acusaciones y procesiones de uno a otro juez; y sus crueles azotes que atado a la columna pasó. *El miércoles*, cómo fué coronado de espinas y escarnecido, sacándole con vestidura de grana y caña en la mano, porque todo el pueblo viese, y dijeron: ECCE HOMO. *El jueves*, no le podemos quitar su misterio muy excelente: conviene a saber, cómo el Hijo de Dios, con profunda humildad, lavó los pies a sus discípulos, y después les dió su Cuerpo y Sangre en manjar de vida, mandando a ellos y a todos los sacerdotes que habían de venir que hiciesen lo mismo en memoria de El. Hallaos vos presente en aquel lavatorio admirable y en el convite tan excelente, y esperad en Dios, que ni saldréis sin lavar, ni muerta de hambre. Tras el jueves pensaréis el *viernes* cómo el Señor fué presentado ante el juez, y sentenciado a muerte, y llevó la cruz encima de sus hombros, y después fué crucificado en ella, con todo lo demás que pasó hasta que encomendó su espíritu en las manos del Padre y murió. Y *en el sábado* quédaos de pensar la lanzada cruel de su sagrado Costado, y cómo le quitaron de la cruz y pusieron en brazos de su sagrada Madre, y después en el sepulcro; e id acompañando su ánima al limbo de los Santos Padres, y hallaos presente en las fiestas y paraíso que allí les concede; y tened memoria de pensar en este día las grandes angustias que la Virgen y Madre pasó, y sedle compañera fiel en se las

ayudar a pasar, porque allende de serle cosa debida os será muy provechosa. Del *domingo* no hablo porque ya sabéis que es diputado al pensamiento de la Resurrección y la gloria que en el cielo poseen los que allá están y en esto os habéis de ocupar en aquel día. Y particularmente os encomiendo que en la noche del jueves toméis cuan poco sueño fuere posible, por tener compañía al Señor, que después de los trabajos del prendimiento y largos caminos a casa de Anás y Caifás, y después de muchas bofetadas, burlas y otros males que le fueron hechos, pasó lo demás de la noche muy aherrojado y en cárcel muy dura, y con tal tratamiento de los que le guardaban, que ni a El vagaba dormir, ni habría quien cesase de llorar si bien se supiese lo que allí pasó; lo cual es tanto, como San Jerónimo dice, *que hasta el día del juicio no se sabrá*. Pedidle vos a El parte de sus penas, y tomad vos por El cada noche del jueves alguna, en particular, la que El os encaminare; porque gran vergüenza es para un cristiano no diferenciar aquella noche de otras. Y una persona decía que ¿quién podía dormir la noche del jueves? Y aun también creo que tampoco dormía la noche del viernes.

CAPÍTULO LXXIII

Del modo que se ha de tener la consideración en la vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.



STE ejercicio de pensar en los pasos de la vida o muerte de Jesucristo Nuestro Señor se puede hacer en una de dos maneras: o con presentar a nuestra imaginativa la figura corporal de Nuestro Señor, o solamente pensar sin representación imaginaria. Y sabed, que pues el altísimo e invisible Dios se hizo hombre visible para que con aquello visible nos metiese dentro donde está lo invisible, no se debe pensar sino que fué muy provechosa cosa mirarle con ojos corporales, para poderle mirar con los espirituales, que son de la fe, si la malicia de quien lo miraba no lo impedía. Y, cierto, todo lo corporal del Señor era muy ordenado,

y tenía una particular eficacia para ayudar al corazón piadoso a levantarse a las cosas espirituales. Y no fué pequeña merced para los tales gozar de tal vista, de la cual muchos Reyes y Profetas desearon gozar y no la alcanzaron. Y aunque los que después venimos no gozamos de esta merced tan cumplida, mas no debemos dejar de aprovecharnos de ella en lo que pudiéremos; y a este intento nuestra Madre la Santa Iglesia, y con mucha razón, nos propone imágenes del cuerpo del Señor, para que despertados por ellas nos acordemos de su corporal presencia y se nos comunique algo, mediante la imagen, de lo mucho que se nos comunicará con la presencia. Y pues me trae provecho una imagen pintada en un palo fuera de mí, también lo traerá la que fuere pintada en mi imaginativa dentro de mí, tomando por escalón para pasar adelante; porque todo lo de Nuestro Señor, y lo que le toca y representa, tiene virtud maravillosa para llevarnos a El: y aunque os parezcan cosas bajas, mas por ser medios para cosas altas, altas os deben parecer, y por esta bajeza quiere Dios que comiencen humillados los que El ha de subir de su mano a cosa mayores; porque los que desde luego que comienzan se dan a pensamientos muy altos, por parecerles más gustosos y más dignos de su consideración, les está la caída muy cierta; porque, como dice la Escritura (Prov., XIX), *el que es apresurado en el andar, tropezará; el que se da priesa a enriquecer, no estará sin pecado.* Y también claramente se ve *que casa sin fundamento no puede durar mucho sin caer.* (Prov., XXVIII). Y acaece a estos tales, que si después quieren tornar a pensar cosas proporcionadas a su pequeñez, no lo aciertan a hacer, por estar engolosinados en las mayores, y así corren peligro, *como el ave que sale del nido antes del tiempo; porque ni puede proseguir su vuelo, ni tornarse a su nido* (Prov., XVII). Por tanto, conviene que comencemos de lo bajo de nuestros pecados, según se ha dicho, y luego en el pensamiento de la sacra Humanidad de Jesucristo Nuestro Señor, para subir a la alteza de su Divinidad.

CAPÍTULO LXXIV

En que se prosigue más en particular el modo de considerar la vida de Nuestro Señor Jesucristo, para que sea con más provecho

RECOGIDA, pues, en vuestra celda, en el rato que para este ejercicio tomárades, decid primero la confesión general pidiendo al Señor perdón de vuestros pecados, especialmente de los que hubiéredes hecho después de la postrera confesión que hicisteis, y rezaréis algunas oraciones vocales, según arriba se os dijo cuando tratábamos del propio conocimiento: y después leed aquel mismo paso de la Pasión, que queréis pensar en algún libro que trata de la Pasión y serviros ha de dos cosas: una de enseñaros cómo acaeció aquel paso, para que vos lo sepáis pensar; porque vida y muerte del Señor habéislas de saber muy sabidas; y otra para recogeros el corazón, para que cuando fuéredes a pensar, no vayáis derramada ni tibia; y aunque no leáis de una vez todo lo que el libro dijere cerca de aquel paso, no se pierde nada, pues que en otras semanas, cuando venga el mismo día, se podrá acabar de leer. Y como ya os he dicho, no ha de ser la lección hasta del todo cansar, mas para despertar el apetito del ánima y dar materia a pensar y orar: y los libros que para pensar en la Pasión pueden aprovechar, entre otros, son las meditaciones de SanAgustín, en latín, y las del Padre Fray Luis de Granada, en romance, y el Cartujano, que escribe sobre todos los Evangelios: y la lección acabada, hincadas vuestras rodillas y recogidos vuestros ojos, suplicad al Señor os envíe lumbre del Espíritu Santo para daros sentido compasivo y amoroso de lo que Cristo tan amorosamente por vos padeció. Importunadle mucho, no permita él tanta ingratitud en vos, que siendo obligada a imitar su Pasión, que aun no seáis para pensar, y luego poned la imagen de aquel paso que quisiéredes pensar dentro de vuestro corazón: y si esto no se os diere, haced cuenta que la tenéis allí cerquita de vos. Y dígoos esto así por avisaros que no habéis de ir con el pensamiento a contemplar al Señor a Jeru-

salén, donde esto acaeció, porque esto daña mucho a la cabeza y seca la devoción; mas haced cuenta que lo tenéis allí presente, y poned los ojos de vuestra ánima a los pies de El, o en el suelo cercano a El, y con toda reverencia mirad lo que entonces pasaba como si a ello presente estuviéredes, y escuchad lo que el Señor habla con toda atención. Y sobre todo con una sosegada y sencilla vista miradle su sacratísimo Corazón, tan lleno de amor para con todos, que excedía tanto a lo que de fuera padecía, aunque era inefable, cuanto excede el cielo a la tierra, y guardaos mucho de afligir vuestro corazón con tristezas forzadas que suelen hacer echar alguna lagrimilla forzada, porque impiden el sosiego que para este ejercicio es menester, como decía el Abad Isaac, y suelen secar el corazón y hacerle inhábil para la divina visitación, que pide paz y sosiego, y aun suelen destruír la salud corporal y dejar el ánima tan atemorizada con el disgusto que allí se sintió, que teme otra vez de tornar al ejercicio como a cosa penosa.

Mas si con vuestro pensar sosegado, el Señor os da lágrimas, compasión y otros sentimientos devotos, debéislo tomar con condición que no sea tanto el exceso con que se enseñoreen de vos que os dañen a la salud con daño notable o que quedéis tan flaca en los resistir que os hagan con gritos y con otras exteriores señales dar muestra de lo que sentís; porque si a esto os acostumbráis, vendréis a hacer entre gente y con grande nota lo mismo que en vuestra celda, sin lo poder resistir, de lo cual es razón que huyáis; y por esto habéis de tomar estos sentimientos o lágrimas, de tal arte, que no vayáis mucho tras ellas, porque no perdáis por seguirlas aquel pensamiento o afección espiritual que las causó. Mas tened mucha cuenta con que aquello dure, y de esto otro exterior y sensual sea lo que fuere: y de esta manera podráos durar mucho tiempo el sentimiento devoto espiritual. Lo cual no hace el de la parte sensitiva o corporal, ni aun deja durar al espiritual, sino lo tiene para que no se vaya tras él; aunque para los que de nuevo comienzan se pueda dar licencia que tomen de

esta leche tierna algo más que los aprovechados, los cuales tienen intento a sentir en su espíritu el alteza de quien padece, y la indignidad de por quien padece, y lo mucho que padece, y el mayor amor con que lo padece, y desean imitar este amor y pasión con las fuerzas que el Señor les diere. Y si con esto les dan los sentimientos ya dichos, no los desechan, antes los agradecen, mas no como cosa más principal. Y aunque entiendo que hay un amor de Dios tan abrasado que no sólo no saca lágrimas, mas aun las seca e impide, también os digo que hay otro tierno que hace tener estos sentimientos ya dichos en la parte sensitiva y ojos del cuerpo, sin que sea cosa culpable, pues la doctrina cristiana no es doctrina de estoicos, que condenan las buenas pasiones (Joann., XI): *Y pues Cristo lloró y se entristeció*, bastarnos debe para creer que estas cosas son buenas, aun en varones perfectos. ¡Oh, cuánto mal ha hecho a sí y a otros, gente sin letras, que ha tomado entre manos negocio de la vida espiritual, haciéndose jueces de ella, siguiendo solamente su ignorante parecer! Y dígolo por hombres que ha habido engañados, a quien parecían mal estas cosas.

CAPÍTULO LXXV

En que se dan algunos avisos necesarios para más aprovechar con el sobredicho ejercicio, y evitar algunos daños que en los ignorantes pueden suceder.

Conviene también avisaros que no trabajéis mucho por fijar muy profundamente en vuestra imaginación la imagen del Señor, porque suelen de ello venir peligros al ánima, pareciéndole algunas veces que verdaderamente ve de fuera las imágenes que tiene de dentro; y unos caen en locura y otros en soberbia, y ya que esto no sea, cáusase daño en la salud corporal casi sin remedio. Por eso conviene que hagáis este ejercicio de arte, que ni del todo dejéis de representar imagen, ni que la tengáis a la continua, ni con pena fijada dentro de vos, mas poco a poco, y según

que sin trabajo se os diere: y podéis tener algunas devotas imágenes bien proporcionadas de los pasos de la Pasión, en las cuales, mirando algunas veces, os sea alivio para que sin mucha pena la podáis vos sólo imaginar. Y mirad mucho que no sólo habéis de huir el peligro que os he dicho de imaginar con trabajo, mas también de pensar con ahinco y costa de la cabeza; porque allende el daño que en ella se hace, cáusase de este modo sequedad en el ánima, que suele hacer que se aborrezca la oración. No penséis de manera, ni con tanta fuerza, que parezca que vos sola y a fuerza de brazos lo habéis de hacer, porque aquesto más semejanza tiene con el modo de estudiar que de orar, mas de tal manera obrad vuestro ejercicio que estéis arrimada a la fuerza del Señor que os ayuda para pensar: y si esto no supiéredes hacer, y sentís que la cabeza o sienes sienten trabajo notable, no prosigáis adelante, mas sosegaos y quitad aquella angustia del corazón, y humillaos a Dios con sosiego y simplicidad, pidiéndole gracia para pensar como El quiere: y en ninguna manera presumáis en el acatamiento de Dios, de estribar en vuestras razones ni ahinco, mas en humillaros a El con un afecto sencillo, como niño ignorante y discípulo humilde que lleva una sosegada atención para aprender a su maestro ayudándose él. Y sabed, que este negocio más es de corazón que de cabeza, pues el amar es fin del pensar: y por no entender esto y el sosiego ya dicho, han fatigado muchos muchas cabezas suyas y ajenas, con daño de la salud e impedimiento para bienes que pudieran hacer: y si Dios os hace esta merced de meditación sosegada, será más durable lo que en ella sintiéredes, y más larga y sin pesadumbre. Todo lo cual hallaréis ser al contrario, si de otra manera lo usáredes. Y ya os he avisado que vuestra morada ha de ser en vuestro corazón, donde como abeja solícita, que dentro de su corcho hace la miel, habéis vos de encerraros, presentando al Señor lo que de fuera se os ofreciere, pidiéndole su lumbre y favor, *como lo hacía Moisés en el corporal Tabernáculo* (Exodo, XXVII).

Y si se os ofreciere de fuera alguna hiel de tentación,

huid a vuestro corazón, y cerrad la puerta tras vos, y juntándoos con vuestro Señor dejaréis a vuestros enemigos burlados, vencidos y fuera de casa; porque como el daño que os podían hacer era mediante el pensamiento, cerrado éste muy bien, no hay por dónde os puedan entrar. Y porque en todo caso conviene para durar y aprovechar en este ejercicio que lo hagáis con sosiego, os quiero avisar, que si tenéis fuerza para estar de rodillas en esta habla con Dios, conviene que lo estéis, porque toda reverencia es debida a la Majestad divinal. Y para lo así hacer, tenemos ejemplo en Nuestro Soberano Señor y Maestro, del cual cuenta el Evangelista (Joann., últ.) *que en el huerto de Gethsemaní oró a su Padre con las rodillas hincadas;* mas si la flaqueza del cuerpo es tanta que con estar de rodillas, especialmente en oración larga, impide el sosiego del ánima y la hace estar inquieta para vacar al Señor, débese tomar aquel modo que no impida esta quietud. Porque aunque la oración tenga fruto de satisfacción para las penas que debemos, mas porque es mayor fruto el que de ella se saca por la lumbre y gusto divinal, y otras mercedes que en ella Dios da, débese tomar lo que es medio para alcanzar lo mejor, si con todo eso no se puede cumplir. Y a este propósito también hace, que si pensando vos una cosa en la oración sintiere vuestra ánima que la convidan para otra parte abriendo otra puerta de buen pensamiento, debéis entonces dejar lo que pensábades y tomar lo que os dan, presuponiendo que es bueno lo uno y lo otro. Aunque habéis de mirar no sea esto que os viene de nuevo engaño del demonio, para que saltando de uno en otro, como picaza, os quite el fruto de la oración; o, por ventura, no sea liviandad de vuestro corazón, que no hallando lo que deseáis en un pensamiento, vayáis a probar si lo hallaréis en otro, o en otro. Por tanto, no debéis ligeramente dejar lo que tenéis, si no fuéredes con eficacia interiormente convidada para otra parte, con una satisfacción que en el corazón suele quedar cuando Dios le convida, o cuando El se entremete; y con pedir lumbre al Señor, y con tener cuenta con mirar después de pasado, qué frutos sacasteis,

y tomando experiencia de muchas veces, podéis en este negocio acertar con lo que debéis. Y a este propósito hace, que si estáis leyendo o rezando vocalmente, y si el Señor os visita con algún sentimiento entrañable, debéis cesar de lo que hacíades y gozar de aquel bocado que el Señor os envía.

Cumplido con lo cual, podréis proseguir lo que antes hacíades, porque como esto exterior sirva para despertar la devoción interior, no se ha de tomar por medio para lo impedir: y no os hablara en tantas particularidades si no hubiera visto gente tan atada a sus reglas y a cumplir sus tareas, que aunque haya causas para creer que el Señor quiere que se interrumpan, ellos no quieren. Y si los quiere llevar Dios por un camino, ellos quieren ir por otro, fundados en su prudencia. Siendo gran verdad que no hay cosa más contraria a este ejercicio que pensar los hombres que se pueden por su discreción regir en él: y a muchos he visto llenos de reglas para la oración, y hablar de ella muchos secretos, y estar muy vacíos de la obra de ella; porque el estribar en ellas, y el acordarse de ellas en el tiempo de la oración, les quita aquella humildad y simplicidad de niño con que en este negocio han de tratar con Dios, como arriba os he dicho. Y no os digo esto para quitar las industrias razonables que de nuestra parte hemos de poner, especialmente cuando somos principiantes en ello, mas para que se haga con tanta libertad que no os impidan el estar colgados del Señor, esperando sus mercedes por la vía que El las quisiere hacer. Y tened por cosa muy cierta, que en este negocio aquél aprovecha más que más se humilla y más persevera y más gime al Señor, y no quien sabe más reglas.

CAPÍTULO LXXVI

Que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella, y cuál es lo primero y principio de cosas mayores que habemos de imitar.

PARA que de este ejercicio de oración os sepáis aprovechar, debéis estar avisada que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella o el cumplimiento de la ley del Señor. Y dígoos esto, porque hay algunos que tienen mucha cuenta con las horas que gastan en la oración, y con gusto de la suavidad de ella, y no la tienen con el provecho que de ella sacan. Piensan con engañado juicio, que quien más dulcedumbre y más horas de oración tiene, aquél es más santo; como en la verdad aquel lo sea que con profundo desprecio de sí tiene mayor caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana y el cumplimiento de toda ley. Y quien bien vive y quien bien ora, para este fin lo debe hacer; y no contentarse con que gastó bien un rato en confesar o comulgar, o tener devota oración o cosas de esta manera. De Moisés leemos, que habiendo estado cuarenta días y cuarenta noches subido en el monte Sinaí en continua conversación del Altísimo Dios, y bajando después a la conversación de los hombres, ni contó visiones, ni revelaciones, ni secretos curiosos, *mas trajo mucha luz en su faz*, y dos tablas de piedra en sus manos; en una de las cuales estaban escritos *tres Mandamientos*, que pertenecen a la honra de Dios, *y en la otra siete*, que pertenecen al provecho del prójimo: dando a entender, que quien trata con Dios con la lengua de la oración ha de traer luz en su entendimiento, para saber lo que debe hacer, y el cumplimiento de la voluntad de Dios puesto en obra, como ley en las manos: y que pues tiene oficio de orar, tenga vida de orador; y sea tal que en todo su trato se manifieste que se le ha pegado algo de aquella suma verdad y suma pureza con la cual ha tratado; porque los que gastan un rato en llorar las bofetadas que al Se-

ñor le dieron en su Pasión, y si saliendo de allí se les ofrece alguna cosa, aun de las pequeñas que al Señor se ofrecieron, tienen tan poca paciencia como si hubieran aprendido en la oración a no sufrir nada, no sé a quién se deban comparar, sino a los que entre sueños les parece que hacen grandes cosas, y recordados lo hacen todo al revés. ¿Qué cosa más loca puede haber que pareciéndome bien la paciencia del Señor en sus penas, no quiera yo tenerla en las mías, sino decirle: *Llevad vos, Señor, vuestra cruz a solas, aunque muy pesada sea, que no quiero yo ayudaros con llevar la mía, aunque pequeña?* Los apóstoles compasión tuvieron, y lágrimas derramarían por la Pasión del Señor; mas porque huyeron de la imitar, fueron cobardes y ofendieron a Dios en ello como malos cristianos. Por tanto, no debéis considerar la Pasión y tener compasión como quien mira este negocio de talanquera, sino como quien ha de acompañar al Señor en el mismo padecer. Y con mirarle a El, cobrad vos esfuerzo para beber su cáliz con El, por mucho que os amargue; y lo primero y principio de cosas mayores en que le habéis de imitar, sea en la exterior aspereza y mortificación de vuestro cuerpo, para que tengáis alguna semejanza con el suyo divino, tan lleno de trabajos y tormentos mayores que se pueden decir.

Miradle con mucha atención, cómo gusta hiel y vinagre; miradle en cuán estrecha cama está acostado, cuán desnudo está de ropa y cuán vestido de tormentos de pies a cabeza, y cobrad vos esfuerzo para huir los regalos de vuestro cuerpo en vestidos y cama y comida, y en esto, y en todo lo que buenamente pudiéredes, trabajad vuestro cuerpo, y hacedlo vivir en cruz; y en lo que no pudiéredes, deseadlo de corazón, y pedid fuerzas al Señor para ello, y llorad, porque estando El en la cruz, no merecéis vos acompañarle e imitarle en ella. Los deseos del cristiano, que se ejercita en pensar la Pasión, éstos han de ser, si quiere imitarla; porque como el Señor vino del cielo a la tierra a conversar con los hombres y a les enseñar el mejor y más seguro camino para ir allá, en naciendo escogió pobreza, frío, destierro; y cre-

ciendo en edad, creció en trabajos, y el fin de su vida fué acrecentamiento de otros mayores. Honró tanto estas cosas, aunque muy bajas, que por juntarlas consigo les dió quilates de honra y señales de seguridad y hermosura para ser codiciadas: porque si un Rey temporal con usar un traje lo hace honroso y digno de imitación para todos los que son sus vasallos, muy mejor lo hará el Soberano Rey de los Reyes, cuyo valor es mayor sin comparación que el de todo lo criado, por alto que sea; y quien esto no siente, no debe ser vasallo perfecto de aqueste Señor, pues no tiene por suprema honra ser semejable a El. *Agradable cosa es*, dice San Bernardo, *imitar la deshonra del Crucificado; mas esto es para aquellos que no son ingratos al mismo Crucificado.* Decidme: si un Rey fuese por un camino a pie y descalzo, fatigado y sudando con la aspereza del camino, vestido de saco y llorando como iba David, y todo para poner compasión, ¿qué criado suyo habría que, o de vergüenza o de amor, no fuese también a pie y descalzo, y conforme a su Rey en cuanto pudiese? Y así dice la Escritura (II Reg., XV) *que lo hicieron los criados y toda la gente que iban con el Rey David.* Y si el tal Rey mandase a alguno de los criados que iban con él que fuese cabalgando y con todo descanso, mandamiento recio sería para el tal criado, y suplicaríale de corazón no le hiciese tanto agravio, que yendo la Majestad Real tan mal tratada, fuese su siervo tan al revés de él: y si todavía esto el tal Rey mandase, obedecerílo el criado; mas con tanta pena, que puestos los ojos en los trabajos del Rey, no tomaría gusto en su corazón del descanso que de fuera llevaba, y teniéndose por más flaco y por menos honrado que los otros, tendría a muy mala dicha no ir conforme a su Rey; y lo que le faltaba en la obra, desearílo en su corazón, teniendo el descanso en paciencia, y el padecer en deseo.

Tal es por cierto el Crucificado a los corazones que en mirarlo se ocupan, *si empero son agradecidos*, como San Bernardo dijo, a tan grande beneficio, como es abajarse Dios a caminar por este destierro, con tales trabajos cua-

les nunca hombre pasó; porque donde esto no hay, no queda lanza enhiesta, y de dentro y de fuera hay entrañable deseo de poner al Crucificado (Cant., VIII) *por sello en el corazón y en el brazo*, como cosa de que no solamente no se angustien, ni se tienen por menos honrados; mas que, como Santiago dice (I Jac., V), *tienen por entero gozo ofrecérseles varios trabajos*. Tal es la alteza de los agradecidos a este Señor (Exodo, XII), que a los ídolos de Egipto, a quien los mundanos precian y aman, que son honras, riquezas, deleites, ellos con el cuchillo del amor de este Señor crucificado los degüellan animosamente, y se les ofrecen con mucho amor, agradeciéndole que los quiso admitir a su compañía; y andan buscando, abrasados con amor, todas las vías que pueden para más padecer, esforzados como elefantes, con ver derramada la sangre de su Señor. Y si acaece que cumpla al servicio de su Señor tomar ellos descanso, o tener riquezas u honras, acéptanlo por obediencia y usan de ello con temor; y es menester que los consuelen para que puedan ir a caballo, viendo ir a pie al que más que a sí aman; tal es la alteza de la vida cristiana; y así muda Cristo las cosas desde la cruz, que lo amargo y despreciado hace dulce y honroso, y pone asco de gustar de aquello sobre que los mundanos se matan. Esta eficacia deseo que obre en vos el pensamiento de la sacra Pasión, y que la améis tanto, que traigáis su mortificación en vuestro cuerpo. Y si no hubiere quien os tire piedras, y encarcele y azote, como al Señor y a sus Apóstoles (Act., V), *los cuales iban gozosos por padecer por su nombre*, buscad vos, en cuanto buenamente pudiéredes, en qué padecer, y agradecedlo mucho a Dios cuanto se os ofreciere; porque usando bien de lo poco, el Señor os dé fuerzas para más y os envíe más. Y estad advertida no tengáis en poco estas cosas, por ocasión de que dice San Pablo (I Tim., IV) *que el ejercicio corporal trae poco provecho;* porque ya que de estas cosas se entienda, no quiere que se tenga en poco en sí misma, sino cotejadas a otras mayores, para provecho de las cuales y para satisfacer la pena que en el purgatorio se debe, y aun para

alcanzar más gracia y más gloria y para servir al Señor de dentro y de fuera, pues en todo le somos deudores; no hay duda sino que estas cosas son muy convenientes, en lo cual el Soberano Maestro (Matth., XXIV) da luz de lo que debemos sentir, cuando dijo, hablando de las cosas mayores, *conviene hacerlas;* y hablando de las menores, *no conviene dejarlas.*

CAPÍTULO LXXVII

Que la mortificación de las pasiones es lo segundo que se ha de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo, y cómo se ha de usar este ejercicio para sacar este admirable fruto.



Lo que tras esto habéis de sacar de la meditación de la sacra Pasión, para que poco a poco vayáis subiendo de lo bajo a lo alto, ha de ser medicinar las llagas de vuestras pasiones con la medicina de la Pasión del Señor, al cual llama Isaías (cap. XI) *flor de la vara de Jesé.* Porque así como las flores suelen ser medios para dar salud, así Jesucristo, molido en la cruz y puesto en devota consideración sobre nuestras llagas, cuanto quier que sean peligrosas, son sanas por El. Lo cual experimentaba San Agustín, y decía: «Cuando algún feo pensamiento me combate, vóyme a las llagas de Cristo. Cuando el diablo me pone asechanzas, huyo a las entrañas de misericordia de mi Señor, y vase el demonio de mí. Si el ardor deshonesto mueve mis miembros, es apagado con acordarme de las llagas de mi Señor, el Hijo de Dios. Y en todas mis adversidades no hallé remedio de tanta eficacia como las llagas de Cristo: en aquéllas duermo seguro, y descanso sin miedo.» Lo mismo dice y experimentó San Bernardo, y experimentan todos aquellos que, viéndose acosados de sus pasiones, como la cierva lo es de los perros, van con piadoso corazón a beber de aquellas fuentes sagradas del Salvador, penosas para El, y causadoras de gozo y refresco para nosotros; y allí experimentan ser gran verdad lo que en figura hizo Moisés (Núm. XXI), por mandamiento de Dios, *cuando alzó una víbora de metal*

puesta en un palo, para que siendo mirada de aquellos que eran picados de víboras ponzoñosas, les librase de muerte y diese salud: la cual víbora, aunque por la figura parecía tener ponzoña, mas no la tenía, porque era víbora de metal; y de esta manera Jesucristo Nuestro Señor tiene verdadera carne, semejante a la carne del pecado, porque era sujeta a penas, mas es ajena de todo pecado, porque es carne de Dios y formada por el Espíritu Santo y guardada por El; y puesto en lo alto de la cruz muerto en ella, *libra de muerte, y da salud a todos los mordidos de las tentaciones que con fe y amor van a El.* Y pues tan a la mano tenéis remedio tan poderoso para ser sana, no resta sino que vos tengáis cuenta muy particular con saber qué víboras os pican dentro de vos, examinando cada día, y muy despacio, qué inclinaciones tenéis en lo más hondo de vuestro corazón; qué pasiones vivas tenéis, cuáles son las culpas en que algunas veces caéis, y cosas de esta manera con que estáis tan usada y tan resoluta en el conocimiento de vuestras faltas, que las tengáis delante vuestros ojos y en vuestras uñas, como dicen. A lo cual no llegaréis en breve tiempo, ni aun en mucho, si no sois ayudada de celestial lumbre con que veáis las raíces de vuestro corazón, el cual es tan hondo que no vos, sino Dios, lo puede acabar de escudriñar; y ayudaros ha mucho para este conocimiento considerar las virtudes que el Señor ejercitaba en su Pasión; pues El ha de ser espejo en vuestra ánima, en lugar del que las mujeres casadas tienen para andar agradables a sus maridos. Mirad vos su mansedumbre, su caridad, su paciencia nunca vencida, su profundo silencio, y parecerán vuestras faltas por escondidas que estén. Y también os parecerán vuestras virtudes ser faltas, cotejadas con las de El; y avergonzaros habéis de lo uno y de lo otro; mas no desmayéis, sino presentaos con ellas, y no sin gemido delante del Señor, como hace el niño que enseña a su madre la espina que tenía hincada en la mano, y con sus lágrimas pide a su madre que se la saque, y así hará el Señor con vos. Porque así como es espejo que declara vuestras faltas, así

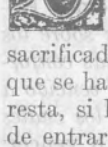
con su ejemplo y salud es verdadero remedio de ellas, y viéndole vos con tantas deshonras que por vuestro amor pasó, se encenderá vuestro corazón a desechar de vos la afición de la honra, y su paciencia matará vuestra ira, y su hiel y vinagre será remedio contra vuestra gula, y verlo obediente a su Padre hasta la muerte de cruz domará vuestra cerviz para obedecer a su santa voluntad, aun en lo muy trabajoso. Y cuando miráredes que el altísimo Dios humanado, Señor de cielos y tierra y de todo lo que en ellos hay, obedecía a los sayones cuando le querían desnudar y vestir, cuando le ataban y desataban, cuando le mandaban echar en la cruz y tender los brazos para ser enclavado, daros ha gana, y con gemido de corazón, si algún sentimiento tenéis, de ser obediente, no sólo a mayores e iguales, mas aun a menores, y de sujetaros por Dios, como dice San Pedro (I Petr., II), *a toda humana criatura, aun para ser maltratada de todos.*

Y por esta forma morirá en vos la codicia, si miráis sus manos agujereadas, dando su sangre por el bien de los hombres, para que ellos cumplan lo que El primero mandó cuando dijo (Joann., XIII): *Amaos como Yo os amé.* Y, en conclusión, probaréis por experiencia que dijo San Pablo verdad (Rom., VI), *que nuestro hombre viejo fué crucificado con Cristo.* Y si este remedio y victoria no lo sintiéredes luego como deseáis, no os desmayéis ni apartéis de lo comenzado; mas conociendo ser vuestra dureza y maldad mayor de lo que pensábades, gemid más, y pedid al Señor con mayor humildad que no permita su misericordia que quedéis vos enferma, pues El siendo Dios, padeció y murió para sanaros; y tened esperanza que no se hará sordo el que manda que le llaméis, y que no tendrá crueles entrañas para veros enferma y dar voces a la puerta del hospital de su misericordia, que son sus llagas, y que un día u otro no os meta en ellas para curaros. Mas avísoos, que no se hace este negocio en breve tiempo; y que aunque dijo San Pablo en pocas palabras (Galat., V), *que los que son de Cristo han crucificado su propia carne con sus vicios y deseos,*

mas los que no se contentan con haber salido de pecado mortal, y quieren alcanzar perfecta victoria de sí mismos, venciendo las siete generaciones de enemigos que ocupan la tierra de promisión, hallan por experiencia que lo que en una palabra se dice, en muchos años se cumple. Mas el Soberano Señor suele proveer a los tales con esperanza de perfecta salud, dándoles de cuando en cuando salud de alguna particular enfermedad. Y así leemos que el capitán Josué, habiendo vencido cinco Reyes, dijo a los suyos (cap. X): *Poned los pies sobre los cuellos de aquestos Reyes, y no queráis temer: mas confortaos, y sed esforzados, porque como el Señor ha vencido a éstos, así haré a todos vuestros enemigos, contra los cuales peleáis.* Haced vos así, determinad de morir o vencer; porque si no salís con victoria de vuestras pasiones, no podréis pasar adelante en el ejercicio de la familiar conversación del Señor; porque aquel dulcísimo sueño que con sosiego en sus brazos se duerme, no es razón que se dé sino a los que primero han peleado, y con trabajos vencido a sí mismos, ni pueden gozar de ser templos quietos del pacífico Salomón, si primero no son labrados con golpes de mortificación de pasiones y quebrantamientos de voluntad. Ni el humo que las pasiones no mortificadas causan en el ánima deja tener la vida tan clara como conviene para mirar al Rey en su hermosura; ni dejan haber aquella pureza que ha menester el ánima para unirse con Dios, a modo de casta esposa, por un modo particular, secreto, y guardado para aquellos a quien el Señor lo quiere después de haber trabajado muchos años y con mucho amor (Genes., XXVI), *como hizo Jacob por Raquel.*

CAPÍTULO LXXVIII

Que lo más excelente que habemos de meditar e imitar en la Pasión del Señor, es el amor con que por nosotros se ofreció al Eterno Padre.



ESPUÉS de haber entrado en la primera sala exterior del Templo del verdadero Salomón, que es considerar a Cristo en lo exterior, y después de haber con el cuchillo de la divina palabra sacrificado vuestras irracionables pasiones, que es oficio que se hacía en la sala del Templo que se llamaba Santa, resta, si hemos de proseguir el camino, que procuremos de entrar en el *Sancta Sanctorum*, lugar más precioso y fin de los otros lugares. Y si preguntáis cuál sea éste, *dígoos que el Corazón de Jesucristo Nuestro Señor, verdaderamente Santo de Santos;* porque así como El no se contentó con padecer en lo de fuera, sino amando de corazón, así no debéis vos de parar en mirar e imitar lo que de fuera padece, si no entráis en su Corazón para mirarlo y para imitarlo. Y porque la entrada fuese más fácil, y lo que en su Corazón estaba encerrado más manifiesto, permitió El que después de muerto, aunque ya no sentía dolor, fuese abierto su Corazón sagrado, para que como por puerta abierta y llena de tanta admiración, los hombres se moviesen a entrarse por ella como por cosa que se está convidando a mirar las hermosuras que contiene dentro de sí. ¿Mas quién las contará con la lengua, pues quien allá entra y las mira no puede alcanzar cuán grandes son, y aun aquello que alcanza no lo puede decir? San Juan dice en figura de esto (Apoc., XI), *que se abrió el templo de Dios, y fué vista en él el Arca del Testamento.*

Porque en el Corazón de Cristo está obrada la ley de Dios y está guardado el maná del Pan celestial, y el amansamiento de Dios precioso y cumplido, significado en la cobertura de oro de la antigua Arca: y todo esto con tanta excelencia que excede a todo lo que se puede pensar. David dice (Psalm. XXXIX): *Muchas maravillas*

hiciste, Señor Dios mío, y en tus pensamientos que para mi provecho tuviste, no hay semejable a Ti. Maravilloso es todo lo que Dios ha hecho, y más maravilloso lo que ha padecido. Mas si miráredes a los pensamientos de su Corazón que cuando padecía tenía, casi olvidada de todo lo otro diréis con alto clamor de vuestra ánima: *Señor, no hay semejable a Ti.* Preguntadle, doncella, cuando le viéredes dejarse atar las manos y cuello; cuando le viéredes padecer bofetadas, espinas, clavos y muerte, que os haga merced de os decir porqué siendo tan fuerte y tan poderoso, se deja tratar como tan flaco sin ninguna resistencia. Y responderos ha San Juan en su nombre (Apoc., I): *Amónos, y lavónos con su sangre de nuestros pecados.* Rumiad estas palabras, asentadlas en vuestro corazón, y paraos a pensar cuán excesivo y admirable amor es aquel que así arde en el corazón, que hace pasar tales cosas de fuera. Decid entre vos misma: «¿Qué persona habría por quien yo, u otro como yo, tales cosas pasase sin pretender propio interés, sino por puro amor de la otra persona?» Y veréis que padecer todo esto que el Señor padeció no es cosa que se debe buscar en otra persona; porque ninguna tendría para ello fuerzas; mas pasar algo de lo que El pasó, por ventura se podrían hallar entre padres e hijos, o entre hermanos o amigos, o entre casados, o gente de esta manera; a la cual, o la necesidad, o el parentesco, o la amistad suele poner fuerzas, o para padecer o para morir, aunque muy pocas veces; mas padecer por extraños y sin propio interés, y sin lo deber, y morir por puro amor, cosa es no vista. Y si se viese, aunque fuese morir un esclavo por un Rey, cuánto más precediendo a su muerte algunos azotes y tormentos de los muchos que el Señor padeció, hazaña sería por la cual el esclavo alcanzaría perdón, aunque muchas maldades hubiese hecho, y juzgarían todos que había merecido que el Rey le diese mercedes, si en la otra vida se las pudiese dar. Y muchos días no se caería de la boca de los hombres tal hazaña, y aun el Rey la contaría con mucha ternura y agradecimiento.

Pues volvamos esto al revés, que el Rey muera des-

pués de haber sufrido muchos tormentos y graves deshonras por su esclavo, del cual no ha recibido servicio ninguno, antes graves ofensas, dignas de muy cruel muerte, y que la causa de morir el Rey sea por puro amor que a este esclavo tenía, cosa es ni vista ni oída, y de tan excesivo amor que pondría en grandísimo espanto a los que lo oyesen, y que diese materia de predicar la bondad de aquel Rey por muchos días y aun por toda la vida. Y sería tan admirable, tan nuevo y tanto este amor, que algunos de flaca virtud y de poco juicio se escandalizasen y no sintiesen de la tal obra como debían, diciendo ser demasía que la Real Majestad, llena de toda virtud, diese su vida preciosa porque el mal esclavo viviese, mereciendo justísimamente la muerte. Y si aun sobre esto se añadiese al negocio, que aquel Rey fuese tan sabio y tan poderoso que con mucha facilidad, sin padecer nada y sin hacer a nadie injusticia, pudiese librar de la muerte a aquel su esclavo, y con todo esto quisiese encumbrar tanto su amor y darlo a entender que quisiese pasar tales y tantas cosas cuales nunca nadie pasó, porque esto le estaba mejor al esclavo, cierto es que habría pocos ojos que pudiesen mirar a tan alto sol de amor abrasado. Y si alguno tuviese tan buen sentido que sintiese de esta obra como debía sentir, maravilla sería, si de admirado y de espantado no saliese fuera de sí. Y si esto acaeciera a persona que no había recibido del Rey este beneficio, sino sólo pensar que se había hecho por otro, ¿qué se debe creer que obraría en el corazón del esclavo por quien el Rey había muerto, si algún juicio tuviese? ¿No os parece que tal golpe de tal amor lo despertaría, lo mudaría y lo cautivaría tanto del amor de aquel Rey, que ni pudiese callar sus alabanzas ni acordarse de El sino con lágrimas, ni ocuparse en otra cosa que en amar y agradar a su Rey, padeciendo por El todo lo posible? ¿Habéis entendido aquesta parábola, que nunca en el mundo se ha puesto por obra? Pues sabed que lo que los Reyes de la tierra no han hecho, lo hizo el celestial Jesucristo, del cual dice San Juan (Apoc., XIX), *que traía escrito en su muslo, Rey de los Reyes y*

Señor de los señores. Porque aun por la parte que es hombre y tiene humana naturaleza, significada en el muslo, es tanta su alteza que excede a todos los señores y Reyes criados, no sólo los que hay en este mundo, mas en el cielo, teniendo nombre sobre todo nombre, y alteza y señorío sobre todos los altos hombres y ángeles, chicos y grandes. Mirad esta alteza, a la cual no hay igual, y bajad vuestros ojos a mirar la bajeza de los esclavos por quien padece, y veréis que, como dice San Pablo (Rom., V), *somos flacos pecadores y traidores contra Dios, y enemigos suyos.*

Los cuales títulos son de tanta deshonra y bajeza, que ponen al hombre en el lugar y precio más vil que en todo lo criado hay, pues no hay cosa tan baja como el ser malo: y ninguna cosa hay mala sino el pecador por ser pecador. Cotejando, pues, estos extremos tan diferentes de tan alto Rey y tan malos esclavos, mirad ahora lo mucho que El a ellos amó, andad acá al corazón del Señor, y si tenéis ojos de águila, aquí los habréis menester, y aun no bastarán para mirar el resplandeciente y encumbrado amor que aquella santísima ánima tiene en tanto grado, que aunque aquellos más altos ángeles del cielo, que aman mucho, tienen por nombre serafines, porque quiere decir *encendidos;* mas si vinieran al monte Calvario al tiempo que el señor padecía, se admiraran de su excesivo amor, en cuya comparación el amor de ellos era tibieza. Porque así como aquella sacratísima ánima tiene la mayor alteza y honra que nadie puede tener en cielos ni en tierra, porque en siendo criada, luego fué unida a la Persona del Verbo de Dios, así le fué infundido el Espíritu Santo sin medida ninguna, y le fué dada tal gracia y amor, que ni ellos pueden más crecer, ni en el ánima puede más caber. De manera, que con mucha razón conviene a esta santísima ánima lo que está escrito (Cant., I): *Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad;* o según otra letra: *Puso sobre mí su bandera de amor.* Porque como esta ánima, en siendo criada, luego vió claramente la divina esencia y la amó fortísimamente, fué puesta sobre ella la bandera del

amor santo, para dar a entender que ella fué la más vencida de amor que hombre ni ángel en el cielo ni en la tierra: y porque en la guerra del amor de Dios, quien es más vencido es más dichoso, más digno y más esforzado, lleva esta benditísima ánima la bandera del amor, para que sepan todos los que quisieren amar en el cielo y en la tierra que a este Señor han de seguir para saberlo hacer, como discípulos a maestro y como soldados a su capitán; pues a todos excede en el amar, como les exceden en el señorío. Y pues tal fuego de amor estaba metido en lo más dentro de aquella sacratísima ánima, no es mucho que salga la llama de afuera y que abrase y queme las vestiduras, que son su sacratísimo cuerpo, lleno de tales tormentos que dan testimonio del amor interior; porque escrito está (Prov., VI): *¿Quién puede tener el fuego en el séno que no se le quemen las vestiduras?* Y cuando de fuera le viéredes que le atan las manos con crueles cordeles, entended que está preso de dentro con lazos de amor, tanto más fuertes que los de afuera, cuanto exceden cadenas de hierro a hilos de estopa.

Este amor, éste fué el que le enflaqueció, venció y prendió, y le trajo de juez en juez y de tormento de azotes a tormento de crueles espinas, y le puso la cruz encima, y lo llevó al monte Calvario, donde El fué puesto encima de ella, y tendió sus brazos para ser crucificado, en señal que tenía su corazón abierto con amor, tan extendido para con todos, que del centro de su Corazón salían resplandecientes y poderosos rayos de amor que iban a parar a cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir, ofreciendo su vida por el bien de ellos. *Y si de fuera lleva el gran sacerdote* (Exodo, XXVIII) *escritos los nombres de los doce hijos de Israel sobre sus hombros y también en su pecho,* muy mejor los lleva el nuestro encima de sus hombros, padeciendo por los hombres, y los tiene escritos en su corazón, porque los ama tan de verdad, que si el primer Adán los vendió por una manzana, ellos se venden por cosas muy viles, queriéndose mal por amar la maldad. Este Señor amoroso los precia y ama tanto, que por los rescatar de cautiverio

tan miserable se dió El en precio por ellos, en testimonio que los ama más que ellos se aman a sí ni que nadie los ama.

CAPÍTULO LXXIX

Del abrasado amor con que Jesucristo amaba a Dios y a los hombres por Dios: del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció, y que fué mucho más lo que padeció en lo interior.

Si el corazón del hombre es tan malo, como Jeremías dice (cap. XVII), *que no hay quien lo pueda escudriñar sino Dios*, y cuanto más se cava en la pared de él se descubren mayores abominaciones, *como fué mostrado en figura a Ezequiel* (capítulo VIII), con cuánta más razón podremos decir que el Corazón de Jesucristo Nuestro Señor, por ser más bueno que los otros son malos, no habrá quien del todo lo pueda escudriñar sino el mismo Señor, cuyo es. Cosa es digna de admiración, y que debe bastar para robarnos el ánima y cautivarnos de Dios, el excesivo amor de su corazón, el que se manifestó en padecer muerte y Pasión por nosotros, según hemos dicho. Mas si con lumbre del cielo caváis más y escudriñáis este relicario de Dios, lleno de inefables secretos, veréis dentro de él tales efectos de amor que nos ponga en mayor admiración que lo que fuera pasó (Mar., VII). Para lo cual os debéis de acordar que en la villa de Bethsaida, curando el Señor a un hombre sordo, dice el Evangelio *que alzó el Señor sus sagrados ojos al cielo, y gimió, y tras esto curó al enfermo.* Aquel gemido que de fuera sonó, uno era, y en breve tiempo se pasaría, mas fué testimonio de otro gemido y gemidos entrañables y que le duraron no por un rato breve, sino por meses y años: porque habéis de saber, que en siendo criada aquella santísima ánima, e infundida en su cuerpo en el vientre virginal de Nuestra Señora, luego vió claramente como ahora la divina esencia, que por su alteza es llamada cielo con mucha razón. Y en viéndola, juzgó ser digna de toda honra y servicio, y

así se lo deseó con inefables fuerzas de amor que le fueron dadas para amar. Y aunque la ley ordinaria del que ve a Dios claramente sea ésta, que sea bienaventurada en cuerpo y en ánima y ninguna pena pueda tener, mas porque nosotros pudiésemos ser rescatados por los preciosos trabajos de este Señor, fué ordenado que la bienaventuranza y gozo se quedase en la parte superior de su ánima, y que no redundase en la inferior, ni en el cuerpo, renunciando lo que justamente le era debido de gozo, por aceptar y sufrir las penas que nosotros debíamos. Y si aquella santísima ánima que alzó los ojos de su entendimiento al cielo de la divinidad, no tuviera otra cosa que mirar sino a ella, no hubiera de qué tomar pena, pues es Dios tal bien, que de su vista no puede venir sino amor y gozo; mas como también vió todas las ofensas que los hombres habían hecho contra Dios desde el principio del mundo, y las que se habían de hacer hasta el fin de él, fué tan entrañable su dolor de ver ofendido aquel cielo de divina Majestad, cuan grande el deseo que tenía de verla servida.

Y como no hay quien pueda alcanzar la grandeza de este deseo, tampoco hay quien pueda alcanzar la grandeza de aquel su dolor: porque el Espíritu Santo que le fué dado sin medida, que es figurado en el fuego, la abrasaba con grandísimo amor para amar a Dios, y el mismo Espíritu Santo figurado en paloma le hacía amargamente gemir por ver ofendido al que inefablemente amaba. Mas para que veáis cómo este cuchillo de dolor, que atravesaba el Corazón del Señor, no le hería por sola una parte, mas que era de entrambas partes agudo y muy lastimero, acordaos que el mismo Señor (Joann., XI) *mirando al cielo, gimió y lloró sobre Lázaro y sobre Jerusalén* (Lucas, XIX). Y como San Ambrosio dice, *no es de maravillar que se duela de todos quien por uno lloró.* De manera que ver a Dios ofendido y a los hombres perdidos por el pecado, era cuchillo de dos filos que entrañablemente lastimaba su Corazón, por el inestimable amor que a El tenía por sí y a los hombres por El, deseando la satisfacción de la honra divina y el remedio de los

hombres, aunque fuese muy a su costa. ¡Oh, Jesús benditísimo!, que verte de fuera atormentado quiebra el corazón del cristiano, y verte de dentro quebrantado con algunos dolores, ni hay vista ni fuerza que lo pueda llevar. *Tres clavos, Señor,* rompieron tus manos y pies con graves dolores: *setenta y tantas espinas* se dice que penetraron tu divina cabeza; *tus bofetadas e injurias* muy muchas fueron, y de *los azotes* que recibió tu delicadísimo cuerpo, se dice *que pasaron de cinco mil;* por lo cual, y por otras muchas penas que en tu Pasión concurrieron tan graves, que otro que Tú que las pasaste no las alcanza, fué dicho en tu persona muy poco antes (Thren., I): *Todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor igual al mío.* Y con todo esto, Tú, cuyo amor no tenía tasa, buscaste y hallaste invenciones nuevas para traer y sentir dentro de ti dolores que excediesen en número a los clavos, azotes y tormentos que de fuera pasaste, y que durasen más tiempo y fuesen más agudos para te herir. Isaías dice (cap. LIII): *Cada uno de nosotros se perdió por su camino, y el Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos nosotros.* Y esta sentencia tan rigurosa de la divina justicia, tu amor, Señor, la hubo por buena, y echaste sobre tus hombros, y te hiciste cargo de todos los pecados, sin faltar uno, que todos los hombres hicieron, hacen y han de hacer desde el principio del mundo hasta que se acabe, para pagarlos Tú, Señor y amador nuestro, con dolores de tu Corazón. ¿Mas quién contará el número de tus dolores, pues tampoco hay quien cuente el número de nuestros pecados que los causaron sino Tú sólo, Señor, que los pasaste, hecho por nosotros varón de dolores, y que pruebas por experiencia trabajos? Un solo hombre dice de sí *que tenía más pecados que cabellos tenía en la cabeza.*

Y sobre esto, aun dice que le perdone Dios los otros pecados que tiene y no los conoce. Pues si uno, que es David (Psalm. XXXIX), tantos tiene, ¿quién contará los que tienen todos los hombres, muchos de los cuales hicieron más y mayores pecados que no David? En cuánto trabajo te metiste, ¡oh, Cordero de Dios!, para quitar

los pecados del mundo, en cuya persona fué dicho (Psalmus XXI): *Cercáronme muchos becerros; y los toros gruesos me redearon: abrieron sobre mí su boca como león que brama y hace presa.* Mas aun en el huerto de Gethsemaní te fueron, Señor, a prender una capitanía de mil hombres del brazo seglar, sin la gente enviada por los Pontífices y fariseos, los cuales con mucha crueldad te cercaron y prendieron; mas a quien mirare la muchedumbre y grandeza de todos los pecados del mundo que han cercado tu Corazón, poca gente le parecerá la que aquella noche te fué a prender, en comparación de los que cercan a tu Corazón. ¡Qué vista, Señor, tan espantable! ¡Qué retablo tan feo, y para dar tanta pena, traías delante de Ti, cercado de nuestros grandes pecados, significados por los becerros, y de los muy grandes, significados por los toros! ¿Quién contará, Señor, cuán feos pecados han acaecido en el mundo, que presentados delante tu inefable limpieza y santidad, te pondrían espanto, y como toros con bocas abiertas arremetían a Ti, pidiendo que Tú, Señor, pagases la pena que tanta maldad merecía? Con cuánta razón se dice adelante (Psalm. XXI) *que fuiste derramado como agua, con tormentos de fuera, y tu Corazón fué derretido como cera, con fuego de dolores de dentro.* ¿Quién, Señor, dirá que puede más crecer el número de tus dolores, pues tan sinnúmero son nuestros pecados?

CAPÍTULO LXXX

En que se prosigue la ternura del amor de Cristo para con los hombres, y lo que le causaba el interior dolor y cruz de su Corazón, que tuvo toda la vida.

De lo dicho se verá cuántos y cuán grandes fueron los dolores del Señor, pues fueron tantos y tan grandes los pecados nuestros que los causaban. Mas si caváremos en lo más dentro del Corazón del Señor, hallaremos en él dolores por los pecados que los hombres han hecho, y dolores por los pecados que nunca hicieron: porque así como el perdón

de los unos cayó, Señor, sobre Ti, así la preservación de los otros te ha de costar dolores y muerte, pues que la gracia y los favores divinos que preservaron de pecar, a nadie se dió de balde, sino a costa de tan preciosos trabajos. De manera, Señor, que todos los hombres cargan de Ti, chicos y grandes, pasados, presentes y por venir; los que pecaron, y que no pecaron, y los que mucho y los que poco; porque mirados todos en sí eran hijos de ira, sin gracia de Dios y desterrados del cielo, inclinados a todo pecado. Y si han de recibir perdón, y han de recibir gracia y evitar los pecados y ser hijos de Dios, y gozar de Dios para siempre en el cielo, todo, Señor, ha de ser a tu costa; pagando los males y comprando los bienes, y todo tan a tu costa, que vayan proporcionados los dolores en número y en grandeza con lo mucho que estas cosas valen, y aun han de sobrepujar tu precio a lo que compras, para que así enseñes tu amor y nuestra redención y consuelo sean más firmes. *¡Qué caro, Señor, te cuesta el nombre de Padre del siglo que está por venir*, que Isaías (cap. IX) te puso! Pues así como ningún hombre hay que, según la generación de la carne, que se llama el primer siglo, no venga de Adán, así tampoco lo hay quien, según el ser de la gracia, no venga de Ti. Mas Adán fué mal padre, que por malos placeres mató a sí y a sus hijos. Mas Tú, Señor, alcanzaste el nombre de Padre a costa de tus dolorosos gemidos, con los cuales, como leona que brama, diste vida a los que el primer padre mató. Aquel bebió la ponzoña que la víbora le dió, y fué hecho padre de víboras, pues engendró hijos pecadores; mas todos sus hijos, que mirados en sí mismos, son víboras ponzoñosas, se asieron, Señor, de tu Corazón, y te daban bocados de dolor nunca visto; y no solamente por tiempo de diez y ocho horas que duró tu sagrada Pasión, mas por treinta y tres años enteros, desde veinticinco de marzo (Mahtt., XXIII), que según hombre fuiste concebido, hasta veinticinco de marzo, u ocho días después que perdiste la vida en la cruz. Tú mismo te llamaste Madre, cuando dijiste hablando con Jerusalén: *Cuántas veces quise meter tus hijos debajo de mis alas, como la gallina, y tú no quisiste.*

Y para dar a entender que tu Corazón tiene amor particular y ternura, te comparaste con la gallina, que es la que particularmente pierde su frescura y se aflige por lo que toca a sus hijos: y no sólo eres como ella, mas sobrepujas a ella y a todas las madres, como Tú, Señor, dijiste por Isaías (cap. XLIX): *¿Por ventura puédese olvidar la madre del niño que parió de su vientre?* Pues si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están siempre delante de mí. ¿Quién, Señor, podrá escudriñar, por mucho que cave en tu Corazón, los inefables secretos de amor y dolor que están encerrados en El? No te contentas, Señor, con tener amor fuerte y padecer trabajos de padre; mas para que ningún regalo nos falte y ningún trabajo a Ti, quieres sernos madre en la ternura del amor, que les suele causar entrañable afección, y aun más que madre, pues de ninguna leemos que por acordarse siempre de su hijo haya escrito algún libro en el cual duros clavos sean la péndola (1), y sus propias manos sean el papel; y que hincándose en las manos, y traspasándolas, salga sangre en lugar de tinta, que con graves dolores dé testimonio del grande amor interior, que no deja poner en olvido lo que delante las manos traemos. Y si esto que en la cruz pasaste, enclavadas tus manos y pies, es cosa que excede a todo el amor de las madres, ¿quién contará aquel grande amor y grande dolor con que trajiste en el vientre de tu Corazón a todos los hombres, gimiendo sus pecados con gemidos de parto, no por una hora ni por un día, mas por todo el tiempo de tu vida, que fué treinta y tres años, hasta que como otra Raquel (Genes., XXXV), *moriste de parto en la cruz, para que naciese Benjamín vivo?* Las víboras que dentro de Ti mismo traías te daban, Señor, tales bocados, que te hicieron reventar en la cruz, para que a costa de tus dolores las víboras se trocasen en simplicidad y mansedumbre de ovejas, que a trueque de tu muerte alcanzasen vida de gracia.

Cuán justamente, Señor, puedes llamar a los hombres,

(1) Pluma.

si miras lo que pasaste por ellos, hijos de mi dolor, *como llamó Raquel a su hijo;* pues que el dolor que sus pecados te dieron fué mayor que el deleite que ellos tomaron cuando pecaron. Y fué mayor tu humildad y quebrantamiento interior, que el desacato y soberbia que ellos tuvieron contra el Altísimo cuando te ofendieron, quebrantando sus leyes, para que de esta manera lo más venciese a lo menos, y tus dolores a nuestros pecados: más te dolieron, Señor, los pecados ajenos, que a ningún hombre dolieron los propios. Y si leemos de algunos que tanto arrepentimiento tuvieron de haber pecado que, no pudiendo caber en ellos tanto dolor, perdieron la vida, ¿qué dolores obró en Ti aquel amor sin medida que a Dios y a los hombres tuviste, pues que una centella de aqueste amor infundido en los corazones de aquéllos los apretó tanto que los hizo reventar como pólvora? De muchos leemos y sabemos, que por oír una nueva que les fuese muy penosa perdieron la vida. ¡Dinos Tú, Señor, por tu misericordia, cómo tuviste fuerzas para sufrir aquella nueva tan triste cuando de nuevo te fueron presentados todos los pecados de todos los hombres, amándolos mucho más que ningún hombre amó a otro ni se amó a sí mismo; y siendo el mal que de ellos viste mayor, y conociéndolo Tú por tal, que ningún otro mal que pueda venir? ¿Y cómo, Señor, tuviste fuerzas para ver a tu Divinidad ofendida, y vivir, pues que no tiene medida el amor que la tienes? Y viviste, Señor, cuando oíste estas nuevas, y viviste con el dolor de ellas por toda tu vida. Mas si no te fueran dadas fuerzas particulares para sufrir tales dolores obraran en Ti la muerte, que menores dolores obraran en otros. De manera, Señor, que no una muerte, mas muchas te debo. Y aunque por estos dolores, que como Madre, por los hombres pasaste, puedes con mucha razón llamarles hijos de mi dolor, según hemos dicho; mas como también eres Padre, *llámaslos hijos de mi mano derecha,* como hizo Jacob (Genes., XXXV), porque en ellos se ejercita y manifiesta la grandeza de tu mano, que es tu poder, pues los sacas del pecado y los pones en tu gracia en este siglo: y en el día postrero

los pondrás a tu mano derecha, para que te acompañen en la gloria, sentados con grande reposo y seguridad; como Tú, Señor, lo estás a la mano derecha del Padre, dando por bien empleado todo lo que trabajaste con ellos.

CAPÍTULO LXXXI

De otras provechosas consideraciones que se pueden sacar de la Pasión del Señor, y de otras meditaciones que de otras cosas se pueden tener, y de algunos avisos para los que no pueden fácilmente seguir lo ya dicho.



I bien habéis mirado lo que se os ha dicho acerca del misterio de la Pasión de Jesucristo Nuestro Señor, sacaréis que habéis de mirar lo que de fuera padece, y las virtudes de paciencia y humildad y semejables a ellas que dentro tiene, y especialmente su amoroso y compasivo Corazón, del cual todo lo otro procede; y esforzaros a os compadecer de todo lo que pasa el Señor, y a le imitar. Mas tened entendido, que otras muchas consideraciones provechosas podéis tener acerca de la Pasión del Señor, porque en ella podéis conocer, según en este destierro se sufre, cuán preciosa es la bienaventuranza y cuán grandes los infernales tormentos, cuán preciosa la gracia, cuán dañoso y aborrecible el pecado, pues por comprarnos Cristo estos bienes y librarnos de estos males, siendo quien es, padeció tanto. Libro es en que podéis leer la inmensa bondad divinal y la dulcedumbre de su amor, y también el admirable rigor de la divina justicia, que así castigó por pecados ajenos al mismo juez. Y porque tenía deseado y pensado de proseguir esta materia más largo y pasar a la consideración de la Divinidad por el escalón de la Santísima Anima de Jesucristo Nuestro Señor, y mi poca salud no da lugar, no os digo más, porque lo que aquí escribo es lo postrero de este Tratado, salvo encomendaros la perseverancia de la meditación de esta sagrada Pasión; porque aunque he visto a personas ejercitarse en ella años y años, sin gustar mucho de ella, mas perseverando, les ha pagado Nuestro Señor lo que antes les había di-

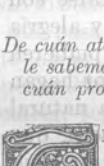
atado, que dieron por bien empleados los trabajos pasados con la paga presente. También os aviso que hay otros ejercicios de meditación para caminar al Señor; así como la meditación de las criaturas y de los beneficios de Dios, y por vía de recogimiento del corazón que entiende en amar, que es el fin de todo pensamiento y de toda la ley; y que como hay diversos ejercicios, hay diversas inclinaciones en los hombres, y es muy gran merced del Señor poner al hombre en aquello que le ha de ser provechoso; lo cual cada uno le debe pedir con mucha instancia, y procurar por lo que en sí siente, dando relación de ello a quien más sabe, de atinar con qué ejercicio le va mejor, porque aquél es el que debe seguir. Y también conviene avisar, que hay algunas personas tan ocupadas en cosas exteriores, que no se pueden dar, a lo menos con espacio, a ejercicios interiores, por lo cual reciben desconsolación y desabrimiento; los cuales, si no pueden lícitamente dejar tales ocupaciones, deben contentarse con el estado que el Señor les dió, y con diligencia y alegría cumplir con su obligación y esforzarse lo que pudieren a tener presente a Nuestro Señor, por cuyo amor hagan sus obras. Y porque hay algunos que tienen una natural inquietud en el ánima, y del todo indevota y seca, que aunque mucho tiempo y cuidado gasten en el ejercicio interior ninguna cosa aprovechan, es menester avisarles, que pues el Señor no les da espíritu de larga e interior oración, se contenten con rezar vocalmente a los pasos de la Pasión; y yendo rezando piensen, aunque brevemente, en aquel mismo paso, y tengan alguna imagen devota a que miren, y lean libros devotos de la Pasión, porque muchas veces acaece de estos escalones subir al ejercicio del pensar interior.

Y si el Señor quisiere que no suban más, agradézcanselo por quererlos llevar por aquel camino. Sepan también los escrupulosos y entristecidos, que no se contenta el Señor de que siempre anden pensando en los pecados que han hecho, sepultados en tristeza y desmayo, como Lázaro en el sepulcro. Mas que es su voluntad, que tras la mortificación y penitencia que han hecho, por la cual

tienen semejanza con su Pasión, tengan también consuelo con la esperanza del perdón, por la cual sean semejables a su Resurrección: y que pues han besado sus sacratísimos pies, llorando pecados, se levanten a besarle las manos por los beneficios recibidos y caminen entre temor y esperanza, que es camino seguro. Y concluyo con esto, con avisaros que porque haya habido algunos que por ignorancia y soberbia han errado el camino de la oración, no tenéis vos ocasión de la dejar, pues la ajena caída no nos debe apartar del bien, mas entender con mayor cautela en nuestro negocio; y más os debe esforzar para lo seguir el saber que Jesucristo Nuestro Señor y sus Santos han caminado por él para nuestro ejemplo, que no desmayaros los pocos que lo han errado, pues por maravilla hay cosa buena de la cual algunos no hayan usado mal.

CAPÍTULO LXXXII

De cuán atentamente nos oye y piadosamente nos mira el Señor, si le sabemos manifestar nuestras llagas con el dolor que se debe, y cuán pronto es a las sanar y hacer otras muchas mercedes.



IENE esto la gran bondad del Señor, que para que sus mandamientos y leyes sean de nosotros guardados, hácelos fáciles en sí, y más fáciles en querer El mismo pasar por ellos. Hanos mandado, según hemos oído, que le oigamos y miremos, y le inclinemos nuestra oreja; lo cual todo es muy justo y ligero: porque a tal Maestro, ¿quién no le oirá? A luz tan deleitable, ¿quién no se deleitará en mirar? A sabiduría infinita, ¿quién no le inclinará su oreja? Mas para que lo ligero sea más ligero, quiso El pasar por esta ley que a nosotros pone, y la cumple con gran diligencia. *El nos oye, El nos ve, y nos inclina su oreja*, para que no digamos: «No tengo quien mire por mí, ni quiere escuchar mis trabajos.» Gran consuelo es para un desconsolado tener una persona que a cualquiera rato del día y de la noche esté desocupada y de buena gana para oírle sus penas, y que esté siempre, sin faltar

un momento, mirando a sus miserias y llagas, sin decir: «Cansado estoy de ver miserias, y asco me dan vuestras llagas.» Y aunque esta tal persona fuese de muy duro corazón, querríamos que siempre nos oyese y nos viese, porque creeríamos que dando siempre en su corazón la gotera de nuestros trabajos, que como canal entra a él por las orejas y ojos, algún día cavaría en él y sacaría compasión, pues por duro que fuese no sería tanto como piedra, la cual es cavada de la blanda gotera, aunque algún rato cese de dar. Y aunque supiésemos que esta tal persona ningún remedio nos podía dar para nuestros trabajos, nos consolaríamos mucho con sola la compasión que de nos tuviese. Pues si a esta tal persona debíamos mucho agradecimiento, ¿qué debemos a Dios Nuestro Señor? Y cuán alegres debemos de estar por tener sus orejas y ojos puestos en nuestros trabajos, que ni un solo rato los aparta de nos, y esto no con dureza de corazón, mas con entrañable misericordia; y no con misericordia de corazón solamente, mas con entero poder para remediar nuestras penas. Bendito seas, Señor, para siempre, que no eres sordo ni ciego a nuestros trabajos, pues siempre los oyes y ves; ni cruel, pues se dice de Ti (Psalm. CII): *Hacedor de misericordias, y misericordioso de corazón es el Señor esperador y muy misericordioso.* Ni tampoco eres flaco, pues todos los males del mundo son flacos y pocos comparados a tu infinito poder, que no tiene fin ni medida.

Leemos que en tiempos pasados concedió Dios una maravillosa victoria de sus enemigos al Rey Ezequías, el cual, según dicen algunos (IV Reg., XX), *no hizo al Señor que le dió la victoria aquellas gracias y cantares que se le debían y solían en semejantes mercedes hacer;* por lo cual Dios le hizo enfermar, y tan gravemente, que ningún remedio por naturaleza tenía. Y porque con falsa esperanza de vivir no se olvidase de poner cobro a su ánima, fué a él el Profeta Isaías (cap. XXXVIII), y díjole por mandado de Dios: esto dice el Señor: *Ordena tu casa, porque sábete que morirás y no vivirás.* Con las cuales palabras atemorizado el Rey Ezequías, vuelve su cara

a la pared y lloró con gran lloro, pidiendo al Señor misericordia. Consideraba cuán justamente merecía la muerte, pues no fué agradecido al que le había dado la vida: y mira la sentencia de Dios ya contra él dada, que decía: *no vivirás*. No hallaba otro Superior que aquel que la dió, para pedir que se revocase; y aunque lo hubiera, no tuviera buen pleito, pues al desagradecido justamente se le quita lo que misericordiosamente se le ha dado. Veíase en mitad de sus días, y acabarse en él la generación real de David, porque moría sin hijos. Y allende de todo esto era combatido de todos los pecados de su vida pasada, cuyo temor más suele penar a la hora postrera; y con estas cosas estaba su corazón quebrantado con dolor, y turbado así como mar; y adondequiera que miraba hallaba muchas causas de temor y tristeza. Mas entre tantos males halló el buen Rey remedio, y fué pedir medicina al que le había llagado, seguridad a quien le había amedrentado, convertirse por arrepentimiento y esperanza al mismo de quien por ensoberbecerse huyó. Y al mismo juez pide que le sea abogado, y halla camino cómo apelar de Dios, no para otro más alto, mas apela del justo para el misericordioso; y las razones que alega son acusarse, y la retórica son sollozos y lágrimas. Y puede tanto con estas armas en la audiencia de la misericordia divina, que antes que el Profeta Isaías, pregonero de la sentencia de muerte, saliese de la mitad de la sala del Rey, *le dijo el Señor:* «Torna, y di al Rey Ezequías, capitán de mi pueblo: «oí tu oración y vi tus lágrimas; yo te concedo salud, y te añado otros quince años de vida, y libraré esta ciudad de manos de tus enemigos.» *Señor, ¿qué es aquesto?* ¿Tan presto metes tu espada en la vaina, tornas la ira en misericordia? ¿Unas pocas de lágrimas derramadas, no en el templo, mas en el rincón de la cama, y no de ojos que miran al cielo, mas a una pared, así te hacen tan presto revocar la sentencia que tu Majestad había dado y mandado notificar al culpado? ¿Qué es del sacar del proceso? ¿Qué es de las costas? ¿Qué es de los términos? ¿Qué es del presentar unos y otros testigos? ¿Qué es de tenerse por afrentado el juez, si le revocan la

sentencia que dió? Todo lo disimulas con el amor que nos tienes, por estar atento a nos hacer mercedes, y dices: *Oí tu oración, y vi tus lágrimas.* Todo término se te hace breve para librar al culpado, porque ninguno deseó tanto alcanzar su perdón cuanto Tú deseas darlo. Y más descansas Tú con haber perdonado a los que deseas que vivan, que no el pecador con haber escapado de muerte.

No guardas leyes ni dilaciones; mas las leyes serán que los que hubieren quebrantado todas tus leyes, quebranten su Corazón con dolor de lo pasado, y propongan la enmienda de lo por venir, y tomen las saludables medicinas de tus Sacramentos, que en tu Iglesia dejaste o tengan intento de las tomar; *y las dilaciones, que en cualquier hora que el pecador gimiere sus pecados* (Ezequiel, XXXIII), *no te acuerdes más de ellos;* y porque los pecadores cobrasen ánimo para te pedir perdón de sus yerros, quisiste conceder a este Rey más mercedes que él te pedía, quince años de vida. y librar su ciudad, *y tornarse el sol diez horas atrás,* en señal que al tercer día subiría el Rey sano al templo, y con otras secretas mercedes que le hiciste Tú benigno; que no dejarías venirnos males sino para sacar de ellos mayores bienes, enseñando tu misericordia en nuestra miseria, tu bondad y perdón en nuestra maldad, y tu poder en nuestras flaquezas. Tú, pues, pecador, quienquiera que seas, que estás amenazado por aquella sentencia de Dios que dice (Ezequiel, XVIII): *El ánima que pecare, aquélla morirá,* no desmayes debajo la carga de tus grandes pecados y del incomparable peso de la ira de Dios. Mas cobrando ánimo en las misericordias de Aquel *que no quiere la muerte del pecador* (Ezech. XXXIII), *sino que se convierta y viva,* humíllate, llorando a Aquel que despreciaste pecando, y recibe el perdón de mano de aquel piadoso Padre, que tanta gana tiene de dártelo, y aun de te hacer mayores mercedes que antes, como hizo a este Rey, al cual levantó sano del cuerpo y sano del ánima, como él da gracias, diciendo (Isa., XXXVIII): *Tú, Señor, libraste mi ánima que no se perdiese, y arrojaste mis pecados tras de tus espaldas.*

CAPÍTULO LXXXIII

De dos amenazas de que suele Dios usar, una absoluta y otra condicional, y de dos géneros de promesas, semejantes a las amenazas, y cómo nos habremos cuando sucedieren.

No os debéis turbar de que la palabra dicha a este Rey, «morirás y no vivirás», no se cumplió. Habéis de saber, que algunas veces manda el Señor decir lo que El tiene en su alto consejo y eterna voluntad determinado que sea; y aquello vendrá, como se dice, sin falta ninguna. De esta manera mandó decir al Rey Saúl que le había de desechar, y escoger en su lugar otro mejor; y también amenazó al sacerdote Helí, y así lo cumplió. Y de la misma manera amenazó al Rey David que le había de matar el hijo que hubo del adulterio de Bersabé, y por mucho que el Rey pidió la vida para el niño con oraciones, ayunos y cilicio, no le fué concedido, porque tenía Dios determinado que el niño muriese. Mas otras veces manda decir, no lo que El tiene determinado de hacer, mas lo que hará si no se enmienda el tal hombre. Y así, de esta manera envió a la ciudad de Nínive que de ahí a cuarenta días sería destruída, y después por la penitencia de ellos revocó esta sentencia; porque El no tenía determinado de los destruir, pues no lo hizo, mas envióles a decir lo que sus pecados merecían, y lo que los viniera por ellos si no se enmendaran. Y aunque de fuera parece mudanza decir será destruída, y no destruirla, mas en la alta voluntad de Dios no lo es, pues nunca la quiso determinadamente destruir, que, como dice San Agustín: *Muda Dios la sentencia, mas no muda el consejo*, el cual era de no destruirla, mediante la penitencia a la cual les quería incitar con el temor de la amenaza: y esto es lo que El mismo dice por Jeremías (capítulo XVIII): «Súbitamente hablaré contra las gentes y reinos *que los he de destruir y arrancar;* mas si aquella gente hiciere penitencia de su maldad, haré Yo también penitencia del mal que les pensaba hacer»; y también hablaré súbitamente de gentes y reinos que los he de edificar y

plantar; mas si hicieren maldad en mis ojos, no oyendo mi voz, haré Yo también penitencia del bien que dije que les había de hacer. De lo cual se saca, que porque no sabemos cuándo lo que Dios nos envía a amenazar es determinación ultimada o es sola amenaza, no debemos desesperar ni dejar de pedir a su misericordia que revoque la sentencia que contra nos tiene dada, como hizo a este Rey y a la ciudad de Nínive, y alcanzaron lo que pidieron. Y aunque David no lo alcanzó, no por eso pecó en orar al Señor revocase la sentencia dada; porque no le constaba si era determinación o amenaza: y de la misma manera (Jerem., XVIII), si Dios nos prometiere de hacer alguna merced, no nos hemos de descuidar en servirle, con decir: «Cédula tengo de palabra de Dios que a nadie engaña.» Porque dice el Señor, *que si nos apartáremos de hacer lo que El quiere, El hará penitencia del bien que nos prometió.* No porque en Dios caiga arrepentimiento, pues no puede en El caer mudanza; mas quiere decir, que así como uno que se arrepiente torna a deshacer lo que había hecho, así El deshará la sentencia del castigo que contra el hombre había dado, si él hace penitencia, y deshará el bien que tenía prometido, si el hombre se aparta de Dios.

CAPÍTULO LXXXIV

De lo que es el hombre de su cosecha, y de los grandes bienes que tenemos por Jesucristo Nuestro Señor.



ORNANDO, pues, al propósito, bien claro parece cuán bien cumple Dios esta ley. Oye y ve, pues tan presto oyó la oración y vió las lágrimas de este Rey, y lo consoló; y no sólo a él, mas lo mismo hace con nosotros, como dice David (Psalm. XXXIII): *Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos, para librar sus ánimas de la muerte y para mantenerlos en tiempo de hambre.* Bien creo yo que os parece bien aquesta palabra, y también creo que os pone temor la condición con que se dice: «Bienaventurada cosa es estar los ojos y orejas

de Dios en nosotros.» Mas diréis: «¿Qué haré, que dice a los justos, y yo tengo pecados?» Así es, y así lo conoced por verdad; porque si hombres hubiera que no tuvieran pecados, ¿quién era más razón que lo fueran que los santos Apóstoles de Jesucristo Nuestro Señor, los cuales, así como fueron los más cercanos a El en la conversación corporal, así también lo fueron en la santidad, sin que nadie se igualase con ellos, sino es la bendita Madre de Dios, que iguala y excede a ellos y a ángeles? Y aunque dice San Pablo (Rom., VIII), en su persona y en la de los Apóstoles que recibieron las primicias del Espíritu Santo, que quiere decir, *mayor gracia y dones que otros hombres;* mas con todo esto les mandó el Señor rezar la oración del *Pater noster,* en la cual decimos: *Perdónanos nuestras deudas y culpas.* Y como es oración de cada día, claro es que somos por ella amonestados que tenemos culpas, y que cada día cometemos alguna; y por esto dijo San Juan (I Joann., I): *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros nos engañamos y la verdad no está en nosotros.* Pues si todos los hombres (sacando al que es Dios y Hombre y a la que es verdadera Madre de El) tienen pecados, ¿para quién se dijeron las dichas palabras: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos?* Respondo, que no es Dios achacoso, ni cumplidor con solas palabras, pues vemos que como lo dice, así lo cumplió con el Rey Ezequías y con otros innumerables, a los cuales ha mirado y oído.

Mas sabed, que aquel es justo que no está en pecado mortal, pues está en gracia y amigo con Dios, de los cuales hay muchos, aunque tengan pecados veniales; de los cuales se entiende, que no hay quien con verdad pueda decir que está sin pecado. Y para que agradezcáis la gracia y justicia a aquel Señor, por cuyos merecimientos se dan a los que para ello se aparejan, habéis de saber que los justos dos maneras tienen de bienes, unos de naturaleza y otros de gracia, aunque pese a Pelagio, el cual dijo que el hombre es justo por las buenas obras que hace de su propia naturaleza, sin ser menester la gracia y virtud que nos son infundidas por Dios; el cual

error está condenado por la Iglesia católica, que nos manda creer que de nuestra naturaleza somos pecadores por el pecado original y por otros que de nuestra voluntad hacemos; y que en las buenas obras morales, que con solas fuerzas de naturaleza hacemos, no consiste la verdadera justicia. Por lo cual dice San Pablo (Rom., III), *que ninguno es justo*, quiere decir, *de sí mismo*. Porque de esta manera todos son pecadores de sí. Dada nos ha de ser la justicia, no la tenemos de nuestra cosecha, que el tenerla así, privilegio es de sólo Cristo, el cual no por otro, sino por sí, es verdadero justo, y en cuyas obras y muerte hay verdadera justicia; porque si en nuestras propias obras de nuestra naturaleza consistiera la verdadera justicia, o por ellas mereciéramos que se nos diera, *en balde hubiera muerto Jesucristo*, como dice San Pablo (Galat., III), pues pudiéramos alcanzar sin su muerte lo que con ella El nos ganó. El mismo Apóstol dice *que Cristo nos es hecho justicia;* y dícelo, *porque en sus obras y muerte está el merecimiento de nuestra justicia.*

El cual merecimiento se nos comunica por la fe y amor que es vida de ella, y por los Sacramentos de la Iglesia, según declaramos arriba; y así somos incorporados en Jesucristo, y se nos da el Espíritu Santo y su gracia, que infundida en nuestra ánima, somos por ella hechos hijos adoptivos de Dios y agradables a El. Y también recibimos virtudes y dones para que podamos obrar conforme al alto ser de la gracia que nos fué dada. Con todo lo cual somos hechos verdaderamente justos delante los ojos de Dios, con propia justicia que en nosotros mora, y está distinta de aquella por la cual Cristo es justo; y de aquí viene, que aunque las buenas obras que antes hacíamos eran bajas y de imperfecta bondad, que ni consistía en ellas la verdadera justicia, ni tampoco la merecían alcanzar, por ser de nuestra propia cosecha; mas las que ya hacemos estando en estado de gracia, son de tan alto valor que son obras verdaderamente justas y que merecen acrecentamiento de la propia justicia, como dice San Juan (Apost., XXII): *El que es justo, sea hecho más justo;* y son dignas de alcanzar el reino de

Dios, según está dicho por San Pablo (II Tim., IV), *que le estaba guardada corona de justicia.* Esta inefable merced, a Jesucristo Nuestro Señor la debemos, mas no está sola; porque así como es ordenación divinal que ninguno alcance la gracia y justicia sino por merecimiento de este Señor, así lo es que ninguno de los que las tienen las puedan conservar ni acrecentar si no estuviese arrimado a este Señor, como vivo miembro a su cabeza y sarmiento con fruto a su vid, y edificio a su fundamento; porque aunque ganándoles gracia y justicia les ganó derecho para merecer el reino de Dios, según se ha dicho, y también para alcanzar con la oración lo que bien pidieren, mas si de esto han de gozar y bien usar, no ha de ser como gente apartada, que hace bando o cabeza por sí, o como hombre que se tiene en sus propios pies y que puede andar sin ayuda de nadie: arrimado ha de estar a esta bendita cabeza, para que se le conserve la gracia y le venga de ella una espiritual virtud, que preceda y acompañe y siga a las buenas obras que hiciere, sin la cual las tales buenas obras no podrán ser meritorias, como el Concilio Tridentino lo dice. Y por esta manera, las oraciones que este tal justo hiciere serán dignas de las orejas de Dios, y de alcanzar lo que pide. *Salomón pidió a Dios* (II Paralip., VI), que quien orase en el templo que él había hecho en la tierra, fuese desde el cielo oído de Dios, concediéndole lo que pidiese: y el verdadero y más excelente templo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, en cuanto hombre, es en el cual, como dice San Pablo (Clos., II)., *mora corporalmente el cumplimiento de la Divinidad:* quiere decir, que no mora solamente en El por vía de gracia, como en los santos hombres y ángeles, mas por otra manera de mayor tomo y valor, que es por vía de la unión personal, por la cual la sacra Humanidad es levantada a tener dignidad de ser personada en el Verbo de Dios, que es Persona divina.

Este es el templo, por el cual dice David: (Psal. XVII). *Dios oyó mi voz desde su santo templo;* y quien en éste diere voces de oración, movidas por el espíritu de El, arrimado a El como miembro vivo, que pide socorro por los mere-

cimientos de su cabeza, que es Jesucristo, este tal será oído justamente de Dios, como lo fué David, y todos los justos que han sido oídos; mas la oración hecha fuera de este templo, sea hecha por quienquiera que sea, ronca es y profana, no digna de las orejas de Dios, pues que no siendo inspirada por Jesucristo, no lleva el sello real para ser conocida y tenida por justa, para alcanzar lo que pide y para que Cristo en el cielo despache, como abogado nuestro, nuestras peticiones; es menester que en la tierra seamos sus miembros vivos, movidos a orar por El; porque aunque su misericordia es tanta, que muchas veces hace ser oídas las peticiones de sus miembros muertos, que son los que tienen la fe de su Iglesia, y no están en caridad, mas aquí hablamos de aquellas que tienen dignidad y merecimiento hechas en Cristo para alcanzar lo que piden; y conociendo nuestra Madre la Santa Iglesia esta necesidad, que de Cristo en nuestras oraciones tenemos, suele decir en fin de las suyas al celestial Padre (Joann., XVI): «Concedednos esto por Jesucristo Nuestro Señor», la cual aprendió de su Esposo y Maestro, que dijo: *Cualquier cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, dárosla ha.* Gracias, Señor, se den a tu nombre, pues por El somos oídos, que no te contentas con ser nuestro medianero para merecernos la gracia que por Ti recibimos, ni con ser nuestra cabeza, que nos enseña y mueve a orar por tu espíritu, como conviene, mas también quieres ser Pontífice nuestro en el cielo, para que representando a tu Padre la humanidad sacra que tienes y la Pasión que recibiste, alcances el efecto de lo que en la tierra pedimos, invocando tu nombre.

De manera, que así como dice el Santo Evangelio (Matth., III; Marc., I; Luc., III): *Que siendo el Señor bautizado, se abrieron los cielos a El;* porque aunque muchos han entrado allá después de El, a ninguno se le abren sino por causa de El, así podemos decir que las entrañas de su Eterno Padre, que se abren para conceder nuestros ruegos, a Cristo se abren, y El es el oído del Padre; pues que la gracia y favores con que somos oídos, por El lo tenemos, que quitado esto aparte, como nin-

guno hay justo de sí, ninguno sería oído de sí. Y así como por el grande amor que el Señor nos tuvo tomó nuestros males por suyos, y los pagó con su vida y su muerte, y con el mismo amor que nos tiene, aunque ya está en el cielo, si un chiquito suyo está desnudo o vestido, harto o hambriento, dice (Marcos, XXV): *que El mismo lo está; así cuando nosotros éramos, El era en nosotros,* como dice San Agustín; y cuando nosotros somos oídos de Dios, dice *que El es oído,* por aquella inefable unión que hay entre El y los suyos, significada por nombre de Esposo con su Esposa, y de cabeza con su propio cuerpo, al cual amó tanto, que aunque ordinariamente vemos que pone uno su brazo para recibir el golpe por salvar la cabeza, mas este bendito Señor, siendo cabeza, se puso delante del golpe de la Justicia divina, y murió en la cruz por dar vida a su cuerpo, que somos nosotros. Y después de habernos vivificado, mediante la penitencia y los Sacramentos, nos regala, defiende y mantiene como a cosa tan suya, que no se contenta con llamarnos siervos, amigos, hermanos o hijos, sino para enseñar más su amor y darnos más honra, nos pone su nombre; porque por esta inefable unión (Glos. I ad Cor., XII), *de Cristo, cabeza, con la Iglesia, su cuerpo,* El y nosotros somos llamados un Cristo; y este misterio dulcísimo, lleno de todo consuelo, nos da San Pablo a entender en las palabras que dijo (Ephes., II): *Que el celestial Padre nos hizo agradables en su amado Hijo,* y que fuimos criados en buenas obras en Jesucristo; y a los de Corinto dijo: *Vosotros estáis en Jesucristo;* el cual modo de hablar por esta palabra, En, nos da a entender esta unión de Cristo y su Iglesia. Y así lo dice el Señor por San Juan (cap. XII): *Quien está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin Mí ninguna cosa podéis hacer.* Gracias, Señor, a tu amor y bondad, que con tu muerte nos diste la vida, y también gracias a Ti porque en tu vida guardas la nuestra y nos tienes juntos contigo en este destierro, que si perseveramos en tu servicio, nos llevarás contigo y nos tendrás para siempre en el cielo, donde Tú estás, según Tú lo dijiste (Joann., XII): *Donde Yo estoy, estará mi sirviente.*

CAPÍTULO LXXXV

De cuán fuertemente clamó Cristo y clama siempre delante del Padre en nuestro favor, y con cuánta presteza oye su Majestad los ruegos de los hombres, mediante este clamor de su Hijo, y les hace mercedes.



A podréis ver de lo dicho la mucha necesidad que tienen todos los hombres del favor de Jesucristo, para que sus oraciones sean oídas como agradables, delante el acatamiento de Dios: mas El no así, porque de nadie tiene necesidad que hable por El: El es, y sólo El es, cuya voz por sí misma es oída; porque, como dice San Pablo (Hebr., V): *El puede llegar por sí mismo a su Padre a rogar por nosotros.* También dice que Cristo en los días de la vida mortal que vivió, ofreciendo ruegos al Padre con clamor grande y lágrimas, *fué oído por su reverencia.* Cristo pidió a su Padre que lo salvase de la muerte, no dejándolo permanecer en ella, mas resucitándolo a vida inmortal: y como lo pidió, de esa misma manera fué hecho. También ofreció ruegos y lágrimas a su Padre por nosotros muchas veces; los cuales, por salir de corazón lleno de amor, se llama grande clamor. Mas aunque su amor, que le hacía clamar, siempre lo tuvo igualmente, pues con tanto amor nuestro andaba su camino, o derramaba una lágrima, con cuanto se puso en la cruz; mas mirando a lo exterior y al género de la obra, tanto mayor clamor fué el ofrecer su santísimo Cuerpo en la cruz por nosotros, que el ofrecer oraciones, cuanto va de padecer, y padecer muerte, a meditar o hablar. Acordaos de lo que dijo Dios a Caín (Genes., IV): *La voz de la sangre de tu hermano Abel clama a Mí desde la tierra.* Y también de lo que dijo San Pablo a los cristianos (Hebr., XII): *Llegado os habéis a un derramamiento de sangre, que clama mejor que la sangre de Abel;* porque ésta daba clamores a la Justicia divina, pidiendo venganza contra Caín que la derramó; mas la sangre de Cristo derramada en la tierra, daba clamores a la misericordia divina, pidien-

do perdón; la de Abel pide ira, ésta blandura; la primera obra enojo, ésta reconciliación; la de Abel venganza contra sólo Caín, ésta perdón para todos los malos que fueron y serán, con tal que ellos lo quieran recibir con el aparejo que deben, y aun para aquellos mismos que derramándola estaban.

La sangre de Abel a ninguno pudo aprovechar, porque no tenía virtud de pagar los pecados de otros; mas la Sangre de Cristo lavó los cielos y la tierra y la mar, como canta la Iglesia, y sacó de las honduras del limbo a los que presos estaban, como dice Zacarías, Profeta. Verdaderamente es grande el clamor de la Sangre de Cristo pidiendo misericordia, pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo, que pedían venganza contra los que los hacen. Pensad, doncella, si un pecado sólo de Caín tales voces daba pidiendo venganza, ¿qué grita, qué voces y estruendo harán todos los pecados de todos los hombres pidiendo venganza a las orejas de la Justicia de Dios? Mas por mucho que clamen, clama más alto sin comparación la sangre de Cristo pidiendo perdón a las orejas de la Misericordia divina, y hacen que no sean oídas, y queden muy bajas las voces de nuestros pecados, y que se haga Dios sordo a ellas, porque más sin comparación le fué agradable la voz de Cristo, y su Pasión y muerte, que pedían perdón, que todos los pecados del mundo desagradables pidiendo venganza. ¿Qué pensáis que significaba aquel callar de Cristo y hacerse como sordo que no oía, y como mudo que no abre su boca, en el tiempo que era acusado? Por cierto, que pues los pecados por boca de aquellos que a Cristo acusaron daban voces, llenos de mentira, contra quien no les debía nada, y El, pudiendo con justicia responder, calló, bien empleado es, en pago de su atrevimiento, que al restante del mundo no puedan acusar los pecados, aunque tengan justicia, mas sean mudos, pues acusaron al que no tenían por qué: y pues El se hizo sordo, pudiendo responder, justo es que se haga sorda la divina Justicia, a la cual Cristo se ofreció por nosotros, aunque nosotros hayamos hecho cosas que piden venganza.

Alegraos, esposa de Cristo, y alégrense todos los pecadores, si les pesa de corazón de haber pecado y quieren tomar los remedios que en la Iglesia católica hay, que sordo está Dios a nuestros pecados para castigarlos, y muy atentas tiene sus orejas para hacernos mercedes. No temáis acusadores ni voces, aunque hayáis hecho porqué, pues que Cristo fué acusado, y con su callar hizo callar las voces de nuestros pecados.

Profetizado estaba (Isai., XXXV) *que había de callar como calla el cordero delante quien lo trasquila;* mas mientras más callaba y sufría delante de los hombres, más altas voces daba delante de la justicia divina, pagando por nos. Y estas voces *fueron oídas*, como dice San Pablo (Hebr., V), *por su reverencia:* quiere decir, que por la grande humildad y reverencia con que se humilló al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, reverenciando en cuanto Hombre aquella sobreexcelente majestad divina, perdiendo la vida por honra de ella, fué oído del Padre, del cual está escrito (Psalm. CI): *Miró la oración de los humildes, y no despreció el ruego de ellos.* ¿Pues quién tan humilde como el bendito Señor, que dice (Matth., XI): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón?* Y por esto fué oída, según estaba profetizado en su persona (Psalm. XXI): *No quitó el Señor su faz de mí, y cuando clamé a El me oyó.* Y el mismo Señor dice en el Evangelio (Joann., XI): *Gracias te hago, Padre, que siempre me oyes.* Y pues el Padre le oye, rogando por vos, y pues tan caro le costó a El alcanzar la gracia con que seáis justo, para ser oído de Dios, procurad de ganarla si no la tenéis, y tenida, ejercitadla en ofrecer ruegos a Dios, pues sus orejas están puestas en tales ruegos: y así como debemos de oír al Señor con el Profeta Samuel, diciendo (I Reg.; III): *Habla, Señor, que tu siervo oye,* así nos dice el Señor: *Habla, siervo, que tu Señor oye.* Y así como dijimos que el oír nosotros a Dios no es solamente recibir el sonido de las palabras, mas creerlas y aplacernos en ellas y ponerlas en obra, así las orejas del Señor están puestas por Cristo en nuestros ruegos, no para solamente oír lo que hablamos, que de esa

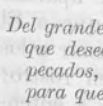
manera también oye las blasfemias que de El se dicen y le desplacen; mas oye el Señor nuestros ruegos para cumplirlos: y porque veáis cuán verdad es que oye el Señor nuestros gemidos que le presentamos, oíd lo que dice el mismo Señor por Isaías (cap. LXV): *Antes que llamen, yo los oiré.* ¡Oh! Bendito sea tu callar, Señor, que de dentro y de fuera en el día de tu Pasión callaste: de fuera, no maldiciendo ni respondiendo; y en lo de dentro, no contradiciendo, mas aceptando con mucha paciencia los golpes y voces y pena de Pasión, pues tanto hablaste en las orejas de Dios, que antes que hablemos, seamos oídos: y esto no es maravilla, porque siendo nosotros nada, Tú nos hiciste, y antes que te lo supiésemos pedir nos mantuviste en el vientre de nuestra madre y fuera de él; y antes que supiésemos conocer lo que tanto nos cumplía, nos diste adopción de hijos y gracia del Espíritu Santo en el santo Bautismo; y antes que los pecados nos derribasen, Tú nos guardaste: y cuando caímos por nuestra culpa, Tú nos levantaste y buscaste sin buscarte nosotros: y lo que más es, antes que naciésemos, ya Tú habías muerto por nos, y nos tienes aparejado tu cielo; no es mucho que de quien tanto cuidado has tenido, antes que lo tuviesen de Ti, lo tengas en esto; y que viendo Tú lo que habíamos menester, nos lo des muchas veces sin esperar a que nos cansemos en te lo pedir, pues Tú te cansaste tanto en pedirlo y ganarlo por nos.

¿Qué te daremos, ¡oh, Jesús benditísimo!, por este callar que tuviste delante de los que mal te querían y mal te hacían? ¿Y qué te daremos por estas voces tan altas y tan llenas de amor que por nosotros diste delante tu Padre? Pluguiese a Ti, por tu infinita bondad, nos hicieses merced de que tan callados estuviésemos al ofenderte y al sufrir de buena gana lo que de nos quisieses hacer, como si fuésemos unos muertos, y estuviésemos tan vivos para dar voces de tus alabanzas que ni nosotros, a quien redimiste, ni cielos, ni tierra, ni debajo de tierra, con todo lo que en ella está, nunca cesásemos de con todas nuestras fuerzas cantar tus loores con grande alegría y servirte con ferventísimo

amor. Y no te contentas, Señor, con tener tus orejas puestas a nuestro ruego para oírnos con atenta presteza; mas como quien muy de verdad ama a otro y se huelga el oírle hablar o cantar, así Tú, Señor, dices al ánima reducida por tu Sangre (Cant., II): *Enséñame tu faz, suene tu voz en mis orejas, porque tu voz es dulce y tu faz mucho hermosa.* ¿Qué es esto, Señor, que dices? ¿Tú deseas oír a nosotros, y nuestra voz te es dulce? ¿Cómo te parece hermosa la faz, que de haberla afeado con muchos pecados, los cuales hicimos mirándolos Tú, habemos ahora vergüenza de alzarla a Ti? Verdaderamente, o merecemos mucho delante de Ti, o nos amas Tu mucho. Mas no te plega, Señor, no te plega que de tu buen tratamiento saquemos nosotros soberbia, pues que aquello con que te agradamos y bien parecemos, gracia tuya es, la cual Tú nos diste; y allende de esto, regalas y galardonas a los tuyos más copiosamente de lo que ellos merecen. Sea, pues, Señor, a Ti gloria, de quien todo nuestro bien nos viene y en quien todo nuestro bien está; y sea a nosotros y en nosotros vergüenza por nuestra maldad e indignidad. Tú eres nuestro gozo, Tú eres nuestra gloria, en la cual nos gloriamos, no vanamente, mas con mucha razón y verdad, porque grande honra es ser amados de Ti, y tan amados, que te entregaste a tormentos de cruz por nosotros, por lo cual nos vienen todos los bienes.

CAPÍTULO LXXXVI

Del grande amor con que el Señor mira a los justos, y de lo mucho que desea comunicar a las criaturas y destruir en nosotros los pecados, los cuales debemos nosotros mirar con aborrecimiento para que Dios los mire con misericordia.



Ya que habéis oído la presteza con que Dios oye los ruegos de los justos, resta que oigáis el amor grande con que los mira, para en todo cumplir el oír y ver que El nos manda a nosotros: los ojos del Señor, dice David, están sobre los justos, para librarlos de muerte; mas el rostro del Señor

está sobre los malos, para echar a perder la memoria de ellos de sobre la tierra: de donde parece que pone el Señor sus ojos sobre los justos, como el pastor sobre sus ovejas, para que no se le pierdan. Y también los pone sobre los malos, para que no se vayan sin el castigo que sus pecados merecen. Dos cosas hay en nosotros: una que hizo Dios, que es nuestro cuerpo y alma, y cuanto bien en ellos tenemos; otra que hicimos nosotros, que es el pecado. Si nosotros no añadiésemos mal sobre lo bueno que de Dios tenemos, no habría causa en nosotros a la cual el Señor mirase con ojos airados, mas con ojos de amor, porque cualquiera cosa naturalmente ama a su efecto. Mas ya que nosotros habemos afeado y destruído lo que el hermoso Dios bien había edificado, con todo eso aun nuestra maldad no impide su sobrepujante bondad, la cual, por salvar lo bueno que crió, quiere destruir lo malo que nosotros hicimos; porque si vemos que este sol corporal se comunica tan liberalmente, y anda convidando a quien le quisiere recibir, y a todos se da, cuando no le ponen impedimento; y si se lo ponen, aún está como porfiando que se lo quiten; y si algún agujero o resquicio halla, por pequeño que sea, por allí se entra y llena la casa de luz; ¿qué diremos de la suma Bondad divinal, que con tanta ansia y fuerza de amor anda rodeando sus criaturas para darse a ellas y llenarlas de color de vida y de resplandores divinos? ¿Qué de ocasiones busca para hacernos bien a los hombres, y a muchos por un pequeño servicio ha hecho no pequeñas mercedes? ¿Cuántos ruegos a los que de El se apartan para que se tornen? ¿Cuántos abrazos a los que a El vienen? ¿Qué buscar de perdidos? ¿Qué encaminar a los errados? ¿Qué perdonar pecados sin darlos en rostro? ¿Qué gozo de dar salud a los hombres, dando a entender que más deseaba El perdonar que el errado ser salvo y perdonado? Y que eso dice a los pecadores (Ezech., XXXIII): *¿Por qué queréis morir? Sabed que Yo no quiero la muerte del pecador, mas que se convierta y viva; tornaos a Mí y viviréis.*

Nuestra muerte es apartarnos de Dios, y por eso nues-

tro tornar a El es vivir, a lo cual Dios nos convida, no poniendo sus ojos de ira de principal intento sobre su hechura, que somos nosotros, mas contra los pecados que hicimos nosotros. Estos quiere Dios destruir si nosotros no lo impidiésemos, e impedímosle cuando amamos nuestros pecados, dando vida con nuestro amor a los que siendo amados nos matan. Y es tanta la gana que esta suma Bondad tiene de destruir nuestra maldad, para que su hechura no quede destruída, que cuando quiera que el hombre quisiere, y cuantas veces quisiere, y de cuantas maldades hubiere hecho, si hace penitencia y pide al Señor que le perdone, está El aparejado a nos recibir, perdonando lo que merecemos, sanando lo que enfermamos, enderezando lo que torcimos y dándonos gracia para aborrecer lo que antes amábamos. Y de tal manera destruye nuestra maldad y la aparta de nosotros, que dice David (Psalm. CII): *Cuanta distancia hay de donde el sol nace hasta donde se pone, tanto alanzó Dios nuestros pecados de nosotros*. Así, que el principio y primero mirar de los ojos de Dios no es contra el hombre que El crió, mas contra el pecado que nosotros hicimos. Y si mira el hombre para lo echar a perder, es porque el hombre no le dejó ejecutar su ira contra los pecados que Dios quería destruir, mas quiso perseverar y dar vida a lo que a él mataba y a Dios desagradaba. Y, por tanto, justo es que su muerte quede viva, y su vida siempre muera, pues que no quiso abrir la puerta al que por amor y con amor quería, y podría matar a su muerte y darle vida. Mas dirá alguno: ¿Qué remedio para que Dios no mire a mis pecados para me castigar, mas a su hechura para la salvar? Responde San Agustín con brevedad y verdad: *Míralos tú*. Quiere decir: *Conócelos y haz penitencia, y no los mirará Dios;* mas si tú los pones tras las espaldas, ponerlos ha Dios delante de su cara. Suplicaba David al Señor por sus pecados diciendo (Psalm., XL): *Habed, Señor, misericordia de mí, según la gran misericordia tuya;* y también le decía: *Aparta también, Señor, tu faz de mis pecados*. Mas veamos: ¿qué alegó para alcanzar tan grande merced? Por cierto

no servicios que hubiese hecho, porque bien sabía que si un siervo por muchos años sirviese a su señor con diligencia, y después le hace alguna traición digna de muerte, no se miraría a que le ha servido, porque si sirvió, era obligado a servir, y por eso no echó en deuda al señor, mas mírase la traición que hizo, la cual era obligado a no hacer, y por eso, con pagar lo que antes debía, no pudo pagar lo que hace ahora. Ni tampoco ofreció David sacrificios, porque bien sabía que no se deleita Dios con animales encendidos.

Mas éste, que ni en servicios pasados ni en merecimientos presentes halló remedio, hallólo en el corazón contrito y humillado, y pide ser perdonado diciendo: *Porque yo conozco mi maldad y mi pecado delante de mis ojos está siempre.* Admirable poder de Dios a este mirar y gemir nuestros pecados, pues tras ellos se sigue el mirarlos Dios para deshacerlos, y convirtiendo nosotros nuestros ojos con dolor a lo que malamente hicimos, convierte los suyos para salvar y consolar lo que hizo.

CAPÍTULO LXXXVII

De los muchos y muy grandes bienes que vienen a los hombres por mirar el Eterno Padre a la faz de Jesucristo su Hijo.

Dirá alguno: ¿De dónde tanta fuerza a nuestro mirar y llorar, que así trae luego el mirar de Dios tras sí para perdonar? No por cierto de sí, porque por conocer el ladrón que ha hecho mal en hurtar, no por eso merece que se le perdone la horca, aunque más y más llore. Mas viene de otra vista muy amigable y tan valerosa, que es causa y fuente de todo nuestro bien; ésta es de la que dice David (Psalmus LXXXIII): *Defendedor nuestro Dios, mira, mira en la faz de tu Cristo.* Dos veces suplica que mire Dios, para darnos a entender con cuánto afecto habemos de mirar esto y cuán mucho nos importa alcanzarlo; porque así como el mirar Dios a nosotros nos causa todos los bienes, así el mirar Dios a su Cristo trae a nos la vista de Dios. No penséis, doncella, que los agraciados y amoro-

sos rayos de los ojos de Dios descienden derechamente de El a nosotros cuando nos recibe en su gracia, o descienden a nosotros como a cosa apartada de Cristo cuando estamos en ella; porque si así lo pensáis, ciega estáis. Mas sabed que se enderezan a Cristo, y de allí a nosotros por El y en El: y no dará el Señor una habla ni vista de amor a persona del mundo universo, si la viese apartada de Cristo; mas por Cristo mira a todos los que se quieren mirar y llorar, por malos que sean, para los perdonar; y en Cristo mira a los tales para conservarles y acrecentarles el bien recibido. El ser amado Cristo, es razón de ser recibidos en gracia nosotros. Y si Jesucristo de en medio saliese, ningún amado ni agradable habría delante de los ojos de Dios, como arriba se dijo.

Conoced, pues, doncella, la necesidad que tenéis siempre de Cristo, y sedle entrañablemente agradecida; porque el bien que tenéis no os vino de vos, sino por Cristo, y en El os ha de ser conservado y acrecentado de Dios; y esto es lo que fué figurado en el principio del mundo, cuando el justo Abel, pastor de ganados, ofreció a Dios sacrificio de su manada, el cual sacrificio fué acepto, como la Escritura dice (Genes., IV), *que miró el Señor a Abel y a sus dones:* y este mirarlo quiere decir que Abel le fué agradable, y por eso fueron agradables sus dones: y en señal del agradecimiento invisible envió Dios fuego visible que quemó el sacrificio, lo cual es figura de nuestro justo y Soberano Pastor, el cual dice de sí (Joann., X): *Yo soy buen Pastor.* Y también es Sacerdote; y, por consiguiente, como dice San Pablo (Hebr., V), *ha de ofrecer dones y sacrificios a Dios.* ¿Mas qué ofrecerá que digno sea? No por cierto *animales brutos* (Levit., XXII), y muy menos *hombres pecadores* (Deut., XV), porque éstos más son para provocar la ira de Dios que para alcanzar misericordia: y no sin causa mandaba Dios en la vieja Ley que el animal que se hubiese de ofrecer que fuese macho y no hembra, que fuese de edad no chica ni grande, que no fuese cojo ni ciego, con otras condiciones muchas, sino para dar a entender que lo que se había de ofrecer para quitar los pecados no había de ser cosa que tuviese

pecado. Y porque ninguno estaba sin él, no tenía este grande Sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo sino a sí mismo, haciendo Hostia al que es Sacerdote, y ofrecióse a sí mismo, limpio, para limpiar a los sucios; justo, por justificar los pecadores; agradable y amado, para que fuesen recibidos a gracia los que por sí mismos eran desamados y desagradables. Y valió tanto este sacrificio, así por El como por quien lo ofreció, que todo es uno, que los que estuvimos apartados de Dios como ovejas perdidas, fuimos traídos, lavados, santificados y hechos dignos de ser ofrecidos a Dios; no porque nosotros tuviésemos de nuestra cosecha cosa digna para parecer bien a Dios, mas rociados con la sangre de este Pastor y ataviados con la hermosura de su gracia y justicia, que por el Señor se dan, e incorporados en El, somos lavados de nuestros pecados, mirados de Dios y agradables a El, como sacrificio ofrecido por este Sumo Sacerdote y Pastor; lo cual dice San Pedro así (I Petr., III): *Cristo una vez murió por nosotros, para que nos ofreciese a Dios mortificados en la carne y vivos en el espíritu.*

Y así parece, cómo nuestro Abel ofrece a Dios ofrenda de su manada, a la cual miró Dios, porque miró primero a su carísimo Hijo. Y así como acullá vino fuego visible sobre el sacrificio, así también vino acá en figura de lenguas el día de Pentecostés: y esto después que Cristo subió a los cielos; para aparecer a la faz de Dios por nosotros: porque entendamos que de aquel miramiento de los ojos de Dios a la faz de su Cristo, *la cual*, como dice Esther (Esth., XV), *es llena de gracias*, salió el fuego del Espíritu Santo, que abrasó los dones que este gran Pastor y Pontífice ofreció a su Padre, que fueron sus discípulos presentes y por venir. Y así como Dios prometió a Noé que, cuando mucho lloviese, El miraría a su arco que puso en las nubes, en señal de amistad con los hombres, para no destruir la tierra por agua, así mucho más mirando Dios a su Hijo puesto en la cruz, extendidos sus brazos a modo de arco, quita de su riguroso arco las flechas que ya quería arrojar, y en lugar de castigos da abrazos, vencido más por este valeroso arco, que es Cristo,

a hacer misericordia, que movido por nuestros pecados a nos castigar. Y puesto que nosotros anduvimos errados y vueltas las espaldas a la luz, que es Dios, no queriendo mirarle, sino vivir en tinieblas de nuestros pecados, somos por este Pastor traídos en sus hombros: y por traernos El, míranos el Señor, haciendo que lo miremos a El.

Y tiene tan especial cuidado de nos, que ni un momento quita sus ojos de nosotros, porque no nos perdamos. ¿De dónde pensáis que vino aquella amorosa palabra que Dios dice al pecador que se arrepienta de sus pecados (Psalmus XXXI): *Yo te daré entendimiento: y te enseñaré en el ánimo que has de andar, y pondré sobre ti mis ojos*, sino de aquella amorosa vista con que Dios miró a Jesucristo, el cual es sabiduría que nos enseña el verdadero camino por donde vamos sin tropiezos, y el verdadero Pastor por el cual (en cuanto hombre) somos mirados, y el cual en cuanto Dios nos mira, quitándonos los peligros de delante en los cuales ve que hemos de caer, teniéndonos firmes en los que nos vienen, librándonos de los en que por nuestra culpa hemos caído, cuidando lo que nos cumple, aunque nosotros hacemos descuidos, acordándose de nuestro provecho, aun cuando nosotros nos olvidamos de su servicio, velándonos cuando dormimos, teniéndonos consigo cuando nos querríamos apartar, llamándonos cuando huimos, abrazándonos cuando venimos, siendo el postrero en deshacer la amistad, y el primero que ruega con ella, aunque ofendido, y teniendo en todo y por todo un tan vigilante y amoroso mirar por nosotros que todo lo ordena a nuestro provecho? ¿Qué diremos a tantas mercedes, sino hacer gracias a aquel verdadero Pastor, que porque sus ovejas no anduviesen lejos de los ojos de Dios ofreció su faz a tantas deshonras, para que, mirándolo el Padre tan afligido y sin culpa, mirase a los culpados con ojos de misericordia, y para que traigamos nosotros en el corazón y en la boca: *mira, Señor, en la faz de tu Cristo*, probando con experiencia que muy mejor nos oye Dios y nos ve, y nos inclina su oreja, que nosotros a El?

CAPÍTULO LXXXVIII

Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no vengamos a caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es justo.



Es tanta la cizaña que nuestro enemigo ha sembrado en los que le creen, que de las palabras de la divina Escritura que hablan de este dulcísimo misterio de Jesucristo Nuestro Señor y de los bienes que por El y en El poseemos, sacan perversos entendimientos, de los cuales he menester avisaros para que no incurráis en peligro (Ephes., II). No penséis que por llamarse Cristo nuestra justicia, o por decir que somos hechos agradables en El, o por semejantes palabras, no tengan los que están en gracia propia justicia en sí mismos, por la cual sean justos y agradables a Dios, distinta de aquella por la cual es justo Jesucristo Nuestro Señor; porque creerlo así sería muy grave error, el cual nace de no conocer el amor que Jesucristo Nuestro Señor tiene a los que están en gracia, al cual no le consintieron sus amorosas entrañas, que siendo El justo y lleno de bienes, dijera a sus justificados: «Contentaos con que Yo tenga estos bienes, y tenedlos por vuestros en Mí, aunque en vosotros mismos os quedéis injustos, desnudos y pobres.» Ninguna cabeza hubiera que tal cosa dijera a sus miembros vivos, ni esposo a su esposa, si mucho la amara; y menos lo dirá el celestial Esposo, que es dado por ejemplo a los otros para que, a semejanza de El, amen y traten a sus esposas. *Varones*, dice San Pablo (Ephes., V): *Amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia, y se entregó por ella para la santificar, limpiándola con el bautismo y palabra de vida.* Pues si la santifica, lava y limpia, y aun con su propia Sangre, que es la que da virtud a los Sacramentos para limpiar las ánimas por la gracia que dan, ¿cómo puede quedar injusta o sucia la que con tan eficacísima cosa es limpiada y lavada? La cual limpieza había Dios prometido de dar en el tiempo de su Mesías, cuando dijo:

Derramaré sobre vosotros agua limpia y seréis limpiados de todas vuestras suciedades. Y el Señor, en el jueves de la cena, dió testimonio que sus once discípulos estaban limpios, y no como quiera, sino que estaban del todo limpios; porque las culpas veniales, que de algunas afecciones demasiadas se causan en el ánima, como el polvo que se pega a los pies, son quitadas por los remedios de los Sacramentos y buena disposición de quien los recibe, como son lavados los pies corporales con el agua corporal, como el Señor entonces hizo, lavando de fuera y lavando de dentro, dejándolos limpios de todo pecado, como San Juan da testimonio diciendo (I Joann., I): *La Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado,* a la cual llamó el Profeta Miqueas (cap. VII), mucho antes que se derramase, mar en que se ahogan todos nuestros pecados, y dijo: *Arrojará Dios todos nuestros pecados en el profundo de la mar:* pues si estos lugares de la Escritura y otros muchos dan testimonio que el hombre queda perdonado y limpiado de todo pecado, ¿quién habrá que ose decir que nunca un hombre viene a estar limpio de él? Porque decir que se queda el pecado en el hombre, según verdadera razón de pecado, y que por amor de Jesucristo Nuestro Señor se le suelta al hombre la pena debida al tal pecado, no es cosa que basta a verificar las Escrituras, ni conveniente a la honra de Jesucristo; porque como la pena debida al pecado sea menor mal para el hombre que la culpa del mismo pecado y la injusticia y fealdad causada por él, no se puede decir que Cristo hace salvo a su pueblo de sus pecados, si quita con su merecimiento que no se imputen a pena, y no los quita cuanto a la culpa dando su gracia, ni alcanza limpieza, para que el hombre, aborreciendo el pecado, guarde la Ley de Dios.

Y si bien se mira la divina Escritura, hallarse ha que cuando se da el perdón del pecado, se da con él novedad de vida y corazón limpio, de nuevo criado, como pedía David, según estaba profetizado (Psalm. L): *Yo os daré corazón nuevo* (Ezech., XI), *y espíritu nuevo pondré en medio de vosotros, y os quitaré el corazón de piedra, y os daré corazón de carne, y pondré mi Espíritu en medio de*

vosotros, y haré que andéis en mis Mandamientos, y que guardéis y obréis mis juicios. Esto promete Dios a los que primero había dicho que los había de limpiar de todas sus suciedades. Y abajo dice: *Yo os salvaré de todas ellas;* para dar claramente a entender, que el salvar de los pecados, no sólo es quitar la pena de ellos, mas dar limpieza interior, y tal corazón y gracia y espíritu que baste a hacer guardar los Mandamientos de Dios. San Juan dice (Apocalipsis, III), que dice el Señor: *Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo.* Isaías (capítulo LV) convida de parte de Dios *a los hambrientos que vayan a comer, y a los sedientos a beber.* Por San Pablo (II Corintios, VI) dice el Señor: *Salid de en medio de los malos, y no toquéis cosa sucia, Yo os recibiré y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas.* En los cuales y otros muchos lugares parece claro que los bienes que con la justificación se dan son más y mejores que el no imputar Dios a pena el pecado, pues que se le da la gracia y la limpieza del corazón y virtudes, y Espíritu del Señor con que pueda guardar su ley, y por vía de hijo y de buenas obras gozar de Dios para siempre. Y porque Cristo nos ganó estos bienes, juntamente con el perdón de la pena, se llama a boca llena Salvador de pecados; y más por lo primero que por lo segundo, pues que nos libra de la culpa, y nos hace aborrecer el pecado, y nos alcanza la participación de Dios de presente y derecho para lo poseer para siempre en el cielo, en lo cual nos libra de mayor mal, y nos alcanza bienes de mayor peso que el libertarnos de cualquier pena.

CAPÍTULO LXXXIX

Que en los justos no queda el pecado, sino que en ellos es destruída la culpa, y quedan ellos limpios, y como tales, agradables a Dios.



OSIBLE es que llegue a tanto la ceguedad de algunos que les parezca que no sólo basta el favor de Jesucristo para que a estos tales en quien dicen que se queda el pecado, no sólo se les quite la pena, mas que por estar incorporados en Jesucristo, que es muy amado del Padre, sean también ellos amados y agradables y limpios, porque El lo es, aunque en ellos quede el pecado; porque aun les parecerá que es honrar a Jesucristo sentir del amor que su Padre le tiene tan altamente que venza al aborrecimiento que tiene a los tales en quien queda el pecado; mas tal honra como ésta, del todo es contraria a su verdadera honra y a la verdad de la Escritura divina. Ninguna honra es por cierto para un juez, que deje de castigar, o que quiera bien a algunos malos porque viven con su hijo, porque se demuestra en ello que el hijo no es perfecto amador de la bondad, pues ama a los malos criados; y que el padre no es amador de justicia, pues sufre y ama a los que había de castigar, sin respeto de nadie. Los que han de ser criados agradables a Jesucristo Nuestro Señor, no han de tener maldad de pecado mortal, pues que El es cabeza que influye en ellos, como en miembros vivos, el influjo de su espíritu y gracia, con la cual viven vida ajena de pecado y semejable a la de El; porque espantable monstruo sería en lo corporal cabeza de hombre y cuerpo de animal bruto. Y así lo sería en lo espiritual, que debajo de cabeza justa, limpia y llena de virtudes, hubiese miembros vivos contrarios a ella. Frescos están los sarmientos, y llenos de frutos, cuando están vivos en la vid. Y por esta comparación quiso Cristo que entendiésemos que tal están los suyos que están en gracia incorporados en El, porque están semejables a El, teniendo propios bienes que reciben de El y por El, para que así se cumpla lo que dice San Pablo (Rom., VIII): *Que los*

que han de ser salvos, ordenó Dios que fuesen conformes a la imagen de su Hijo. ¿Pues cómo puede haber semejanza entre cabeza que siempre guardó los Mandamientos de su Padre, y entre miembros que, por muy perdonados y justificados que estén, están siempre quebrantando con entero quebrantamiento el primero y noveno Mandamiento de Dios?

Ni hay participación de bondad con maldad, ni de Cristo con quien quebranta los Mandamientos del Padre, pues El predicó (Matth., VII): *No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, mas el que hiciere la voluntad de mi Padre.* Y está tan lejos de la verdad que el favor de Cristo se entienda a que estén en gracia del Padre, ni de El, los que quebrantan los Mandamientos, que dice el mismo Señor (Joann., XV): *Si guardáredes mis Mandamientos, estaréis en mi amor, como yo guardé los Mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.* ¿Pues quién habrá que espere que quebrantando los Mandamientos sea amado del Padre, por respeto de Jesucristo, pues que permanece en el amor del Padre guardando sus Mandamientos? No será cierto amado el esclavo, sino por la vía que lo fué el Hijo, ni El tendrá en su gracia y amor sino a quien guardare sus Mandamientos, como claramente lo dijo en las palabras ya dichas. Y porque nadie en esto se engañase, habiendo dicho primero (Joann., XV): *Estad en Mí y Yo en vosotros,* dijo después: *Estad en mi amor.* Y para declarar qué era estar en El y en su amor, dijo: *Si estuviérades en Mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, cualquiera cosa que quisiéredes, pediréis, y os será cumplida.* De manera, que quien quebranta sus palabras no piense que está en su amor, ni incorporado en su cuerpo como miembro vivo, porque fija está la sentencia de la Divina Escritura, que dice (Sap., IV): *Aborrecible es a Dios el malo, y su maldad.* Y para declarar el Señor cómo los suyos no son aborrecibles, sino amados en sí mismos, dijo a sus discípulos (Joannis, XIV y XVI): *No os digo ahora que rogaré al Padre por vosotros; porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a Mí, y creisteis que salí de El;* como

si dijese: «Poco ha que os dije, Yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador; mas no penséis que he de rogar por vosotros, como acaece rogar uno a su amigo que dé algo a otros, con los cuales aquel rogado está mal: y lo que les da es solamente porque ama mucho al que se lo ruega, y quédanse los otros desamados y desagradables como antes se estaban; no es así acá, porque por haberme amado y creído, mi Padre os quiere bien y le parecéis bien, y tenéis licencia, como gente amada con propio amor, y que tiene propia gracia y justicia, para entrar vosotros delante su acatamiento y pedirle lo que habéis menester en mi nombre. Y lo que Yo por vosotros ruego es como por gente amada, a la cual el Padre hace mercedes porque Yo las pido, y porque para vosotros las pido.

Tales son los que Jesucristo Nuestro Señor tiene incorporados consigo, como miembros vivos que les alcanzó la gracia, cuando no la tenían, con que agraden al Padre; y después de alcanzada, hagan obras que tengan condignidad para merecer la vida eterna, como galardón justo de tales servicios y como herencia debida a los hijos. Y si os parece cosa desproporcionada a la humana bajeza hacer cosa que tenga igualdad de merecimientos con la alteza y eternidad del celestial reino, no miréis vos para esto al hombre a solas, sino honrado y acompañado con la cestial gracia que en su ánima le es infundida, *y hecho participante de la naturaleza divina*, como dice San Pedro (II Petr., I). Y miradlo como a miembro vivo de Jesucristo Nuestro Señor, que incorporado en El, vive y obra por el espiritual influjo que le viene de El y participa de sus merecimientos; las cuales cosas son tan altas, que tienen igualdad con las que se esperan, y son bastantes para que de los que así viven se pueda afirmar que cumplen la Ley de Dios. Y lo que San Pablo pide a los Colosenses y Tesalonicenses (Colos., I; Thesal., I) cuando les dice *que vivan dignamente de Dios*, a los cuales no les pidiera cosa tan alta, si no entendiera que con los favores ya dichos la pudieran cumplir, y que era más obra de Dios que no de ellos; porque luego el mismo

Apóstol da gracias a Dios porque los hizo dignos de la ración de los Santos en lumbre. Y cuál sea esta ración, declárala Jeremías diciendo (Tren., III?): *Mi ración es el Señor, y por eso lo esperaré.* Y David dice de Dios (Psalm. CXLI): *Tú eres mi ración para siempre.* Digno es de esta ración quien la Ley de Dios cumple con las buenas obras ya dichas y quien es hallado leal en las pruebas que Dios le envía, según está escrito: *Tentólos el Señor, y hallólos dignos de sí;* y por lo uno y por lo otro está escrito que dará Dios el jornal de los trabajos de sus Santos.

CAPÍTULO XC

Que el conceder en los justos perfecta limpieza de pecados por los merecimientos de Jesucristo, no sólo no disminuye su honra, antes la manifiesta mucho más.

No tenga nadie temor de atribuir la alteza de honra espiritual, y grandeza de espirituales riquezas, y perfecta limpieza de los pecados, a los que el celestial Padre justifica por merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor, ni piense nadie que el ser ellos tales perjudica a la honra del mismo Señor; porque como todo lo que ellos tienen les viene por El, no sólo no disminuye la honra de El, ser ellos tan valerosos, mas aun la manifiestan y engrandecen; pues es claro que cuanto ellos más justos y más hermosos están, tanto más se manifiesta ser de gran valor los merecimientos de Aquel que tanto bien alcanzó a los que de sí ni lo tenían ni lo merecían. La Escritura dice (Prov., XIV): *Si el pesebre está lleno, manifiéstase la fortaleza del buey:* y es la razón, porque con su trabajo lo llenó de mantenimiento. Y San Pablo dice (I Thesal., II) a unos hombres, a los cuales había aprovechado con su doctrina y trabajos, *que ellos son honra y corona delante el Señor;* ¿pues cuánto más lo serán de Jesucristo Nuestro Señor los que por El son traídos a honra de hijos, y a riquezas de bienes, y tanto mayor cuanto los bienes fueron mayores? No es el Señor como algunos, que les pesa o les place poco con la honra

o virtud de sus criados, pareciéndoles que perjudica a la suya; o como las vanas mujeres, que huyen de acompañarse de criadas hermosas porque no obscurezcan la hermosura de ellas. Caridad tiene, cierto, Jesucristo Nuestro Señor, y que excede a todo nuestro conocimiento, como dice San Pablo (Joann., XX), *para tener nuestro bien por suyo*, y porque tuviésemos muchos bienes perdió El su dignísima vida en la cruz. Hijo natural es de Dios, y nosotros hijos adoptivos por El; y siendo El único Hijo, nos tomó por hermanos, dándonos su Dios por Dios, y su Padre por Padre, como El lo dijo: *Subo al Padre mío, y Padre vuestro; Dios mío, y Dios vuestro.* Y así como dice San Juan (Joann., I), hablando del mismo Señor: *Vimos la honra de El, como honra de Hijo unigénito;* y dice de El, *que es lleno de gracia y de verdad*, así la honra y espirituales riquezas de los hijos adoptivos ha de ser como de hijos de un Padre, que es Dios; y si la gracia y verdad fué hecha por Jesucristo, *como dice San Juan* (Joan., I), no fué para que en El sólo se quedasen, mas para que se derivase en nosotros, y tomásemos del cumplimiento de El, y en tanta abundancia, que le llama San Pablo (II Cor., IX), *don que no se puede contar, a lo que de presente tenemos.* Y para conocer las riquezas de la heredad que en compañía de El esperamos gozar, ruega San Pablo a Dios (Ephes., I), *que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación;* porque aquel bien mayor es de lo que nuestra razón puede alcanzar. Gloria y gracias sean a Ti, Señor, para siempre, que así nos honraste y enriqueciste con los dones presentes, y nos consolaste con la esperanza de ser herederos de Dios, juntamente contigo, y que tuviste tanto amor con nosotros, que te movió muy mejor que a Job (Job., XLII), *a que no comieses tú bocado, de pan a solas*, sino que comiese el huérfano de él.

Y así como el amor del Padre estuvo en Ti, y no estéril, mas lleno de muchos bienes, así Tú, Señor, queriéndonos hacer compañeros tuyos en esto, rogaste al Padre, diciendo (Joann., XVII): *que el amor con que me amaste esté en ellos.* Y con este amor tales bienes, cuales uno por

sí, y por los que habían de gozar de estos bienes, dijo de esta manera (Isa., LXI): *Gozándome, gozaré en el Señor, y regocijarse ha mi ánima en Dios, porque me vistió con vestiduras de salud y me rodeó con vestidura de justicia, como a esposo hermoseado con corona y esposa ataviada con sus atavíos:* la cual confesión, con otras semejables que en la Escritura Divina hay de los bienes que por Jesucristo nos vienen, da ciertamente más honra a Jesucristo, que decir: que ni la virtud de su Sangre, ni de su gracia, ni Sacramentos, ni infundirse el Espíritu Santo en un hombre, ni incorporarlo consigo, no son bastantes a quitar el pecado de un hombre, sino a hacer que no sea condenado por él. ¿Qué es esto sino sentir mal de Dios Padre, que prometiendo enviar con su único Hijo remedio contra el pecado, y que en su tiempo había de recibir fin el pecado, no cumple lo prometido, pues el Hijo venido, el pecado se queda aún en quien participa del Hijo? ¿Cómo se puede cumplir la palabra que dice (Ezech., XXXVI): *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios de todas vuestras suciedades;* si de verdad no me limpian en mí, sino échanme un manto limpio encima, diciéndome que se imputa por mía la justicia y limpieza de Jesucristo Nuestro Señor? Lo cual, más es cubrir mi suciedad que quitarla. Y quien esto dice, por el mismo caso niega ser el Mesías prometido en la ley, Jesucristo Nuestro Señor, y debe esperar otro, que libre, no sólo de la condenación del pecado, mas del mismo pecado; pues es claro que el que de entrambas cosas librase, sería mejor Salvador que quien de la una. A estos tales despeñaderos sube la ciega soberbia a quien la recibe.

CAPÍTULO XCI

Cómo se han de entender algunos lugares de la Escritura en que se dice que Jesucristo es nuestra justicia, o cosas semejantes, para mayor declaración de los capítulos precedentes.



A manera que la Divina Escritura tiene en decir que Cristo nos es hecho (I Cor., I) *sabiduría, justicia, santificación y redención*, no debe ser ocasión a nadie para pensar que los justos no tienen en sí propia justicia; porque si por eso somos justos, porque Cristo es justo, y no por justicia que tengamos, mas también se dirá que no hay sabiduría en nosotros con que seamos sabios, ni santificación, ni redención. San Juan dice (I Joann., II), *que la unción del Espíritu Santo, que enseña de todas las cosas, está en los justos.* San Pablo dice (I Cor., VI): *Lavados estáis, santificados estáis.* Y San Pedro dice (I Petr., I): *Redimidos estáis de vuestra vana conversación.* Pues como Cristo no fué redimido, pues no tuvo pecado, de ahí que esta redención ha de estar en nosotros, por la cual somos llamados redimidos; no obstante que la Escritura diga que Cristo nos es hecho redención, porque en esto, y en las otras tres palabras, lo que quiere decir es que por su merecimiento nos son dadas aquestas cosas. El Apóstol dice (Colos. III) *que Cristo es nuestra vida;* mas por esto no se sigue que los justos no viven, que dice el Señor (Joann., VI): *El que come a Mí, vive por Mí.* Y no tendría razón de hombre quien por oír decir que Cristo es hermosura de la rosa, o fortaleza del león, o cosas de esta manera, negase tener estas criaturas hermosura y fortaleza distintas de las de Dios. La Escritura dice (Deut., XXX): *Dios es vida tuya, y longura de tus días;* el cual modo de hablar quiere decir que Dios es causa eficiente de estas cosas y el que nos las da. Ni tampoco debe ser tomada ocasión para el dicho error, de que la Escritura dice que somos hechos justicia de Dios en Jesucristo, y que el Padre nos hizo agradables en su amado Hijo, y cosas de esta manera; porque este modo de hablar es para dar a entender, como arriba se

dijo, el misterio de ser Cristo cabeza, y de ser los justos sus miembros, los cuales están arrimados a El, para que se conserve y acreciente el bien que han recibido; porque si por este modo de hablar se hubiese de entender que los justos no tenían estos bienes en sí mismos, sino porque los tiene Jesucristo, ¿qué se podría responder a lo que dice San Pablo (I Rom., III): *Que son justificados los justos por la redención que está en Jesucristo?* Pues que no habiendo en El cautiverio, no hubo redención: y por esto ha de estar en los justificados, aunque ganada por el Señor.

El mismo Apóstol dice (Rom., VIII): *¿Quién nos apartará del amor de Dios, que está en Jesucristo?* Mas por esto no se sigue que no está en nosotros, y muy dentro de nosotros; pues dice en otra parte (Rom., V), *que el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado.* Este mismo modo de hablar tiene, cuando dice, aun de los bienes naturales, que en Dios vivimos, y nos movemos y somos. Mas no habrá quien diga (Act., XVII) *que no tenemos ser y vida, y operaciones distintas de las de Dios.* Tiene la Escritura este modo de hablar, para dar a entender que ni tenemos el bien de nosotros, ni le podemos conservar en nosotros; y algunas veces dice (II Cor., II): *Que los tales bienes no son nuestros, ni los obramos nosotros:* así como donde dice el Señor a sus discípulos (Joann., XV): *No me elegisteis vosotros, mas Yo os elegí.* Y en otra parte (Marc., X): *No sois vosotros los que habláis, mas el Espíritu de vuestro Padre habla en vosotros.* Y porque no entendiese nadie que por esto el hombre no obraba bien y con libertad, dice en otras partes (Ezech., XXXVI) que hace el hombre aquel tal bien sin hacer mención de que lo hace Dios: *Yo os daré corazón nuevo,* dice Dios en Ezequiel (capítulo XVIII) y dice a los hombres en el mismo Profeta: *Haced para vosotros corazón nuevo.* San Pablo dice (Rom., IX), *que no es del que quiere ni es del que corre.* Y en otra parte dice (I Cor., IX): *Yo quiero el bien, y yo corro, y no como a cosa incierta.* Y así en otras muchas partes, para dar a entender que el bien que tienen, lo tienen de

Dios, y que en la buena obra concurren Dios y el hombre; mas que la gloria del uno y del otro se debe a Dios, pues todo el bien viene de El, y por esta manera de hablar dijo Nuestro Señor (Joann., VII): *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió.* Y así pudiera decir: mis obras no son mías, mi justicia no es mía, mas de Aquel que me envió. Y quien por esta manera de hablar entendiese que el Señor no tenía en sí mismo sabiduría y doctrina y los otros bienes, claramente se ve cuán gravemente se engañaría. Mi doctrina no es mía, quiere decir, *no la tengo de Mí mismo, sino de mi Padre;* y así por semejantes palabras no se había de sacar que los justos no tienen en sí propia justicia; sino que no la tienen de sí. Y de esta manera se concuerda lo que el Concilio Tridentino dice (sesión 5 *De Justificatione*), *que la justicia es nuestra, porque por ella sujetada en nosotros, somos justificados.* Y lo que el Señor aquí dice (Joann., XIV), y en otra parte: «La palabra que oisteis no es mía, porque aunque esté en nosotros, no la tenemos de nosotros, sino dada de la mano de Dios, y por eso se dice ser justicia de Dios».

CAPÍTULO XCII

Que debemos grandemente huir la soberbia que se suele levantar de las buenas obras, viendo lo mucho que por ellas se merece: y de una doctrina de Cristo de que nos debemos aprovechar contra esta tentación.



UCHA diferencia va de saber una verdad a saber usar de ella como se debe usar; porque lo primero sin lo segundo, no sólo no aprovecha, mas aun daña; pues como dice San Pablo (I. Cor., 8), *el que piensa que sabe algo, no ha sabido como debe saber.* Y dícelo, porque algunos cristianos sabían que lo sacrificado a ídolos se podía comer como lo que no era sacrificado; y usaron mal de aquesta ciencia, pues comían delante de aquellos que se escandalizaban de verlo comer; y heos dicho esto, porque no os contentéis con saber esta verdad, que los que están en gracia del Señor son justos y agradables con propia gracia y

justicia, y que el valor de sus buenas obras es tan alto que merece que les crezca la gracia y se les dé la gloria; mas procuréis de poner esta verdad en su lugar, pues que hay gentes que usan mal de ella, o por más o por menos. Los primeros corren peligro de soberbia, y los segundos de pereza y pusilanimidad. Muchos he visto que, por la gracia de Dios, en breve tiempo son libres de grandes males en que mucho tiempo estuvieron, y no son libres en muchos años de los peligros que por las buenas obras que hacen se les ofrecen. Acordaos que dice David (Psalm. CXXXIX), *que le pusieron lazo los malos cerca de su camino, y que también lo pusieron en el mismo camino.* Porque no sólo pretenden nuestros enemigos sacarnos del buen camino, incitándonos a que hagamos mal, mas también lo ponen en el mismo camino de las buenas obras, incitándonos a que no usemos del bien como debemos, para que se verifique en nosotros lo que dice el Sabio (Eccl., V): *Vi otro mal debajo del sol, riquezas allegadas para mal de su dueño;* porque a quien usa mal de la cosa, mejor sería no la tener.

Acaece a estos, que mirando las buenas obras que hacen y oyendo decir lo mucho que por ellas se merece, se les anda la cabeza alrededor con vanidad y altivo complacimiento, sin mirar las muchas faltas que en ellas hacen y sin tenerlas por merced de Dios, como lo son, y sin procurar de pasar adelante, como gente de pequeño y liviano corazón que con pocas palabras se satisface, siendo razón, como dice San Bernardo, *que no estemos descuidados mirando lo que tenemos de las cosas de Dios, mas cuidadosos por alcanzar lo mucho que nos falta.* Y hay algunos tan ciegos con ignorante soberbia, que aunque su lengua diga otra cosa, mas su corazón siente muy de verdad que por sus merecimientos, sin mirar que son gracia de Dios, está obligado a darles lo que piden y lo que esperan por tan pura justicia, que si algo les niega, se quejan en su corazón teniéndose por agraviados, y que sirviendo tan bien, no se les hace justicia, negándoles algo. No os mueva esta mala soberbia, que días ha que se queja Dios de ella en Isaías, diciendo (cap. LVIII):

Pídenme juicios de justicia, y quiérense llegar a Dios y dicen: *¿Por qué ayunamos y no lo miraste, y humillamos nuestras ánimas y no lo aprobaste?* Y porque esta ponzoña tan peligrosa no entre en vuestra ánima, con otras que de ella se siguen, debéis tomar aquella excelente doctrina que Jesucristo Nuestro Señor dijo en San Lucas (cap. XVII) de esta manera: «¿Quién de vosotros tiene un siervo que ara o apacienta bueyes, que viniendo del campo le diga luego vete a descansar; y no le diga aparéjame lo que he de cenar, y cíñete, y sírveme hasta que yo haya comido y bebido, y después comerás tú y beberás?» ¿Por ventura agradece aquel señor a su siervo que hizo las cosas que le había mandado? Pienso que no. Pues así vosotros, cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: «Siervos desaprovechados somos: lo que éramos obligados a hacer, hicimos.» De las cuales palabras debéis sacar cuán provechoso sentimiento es para el cristiano tenerse por esclavo de Dios; pues el Señor nos mandó que así nos llamemos, y esto no con el corazón con que suele servir el esclavo, que es temor y no amor; porque de éste dice San Pablo (Rom., VIII): *No recibisteis el espíritu de servidumbre otra vez en temor, mas recibisteis el espíritu de adopción de Hijo de Dios*, en el cual clamamos, diciendo a Dios Padre, *Padre;* porque como San Agustín dice, la diferencia, en breve, de la ley vieja al Evangelio, es la que hay, *de temor a amor*.

Y así, dejando aparte este espíritu de servidumbre; porque no es de hijos de Dios, y el espíritu del temor, por imperfecto, aunque no malo, pues es don de Dios temerle, aun por las penas, entended por nombre de siervo a un hombre que se tiene por sujeto a Dios por más fuertes y justas obligaciones que ningún esclavo lo es de otro hombre, por muy caro que le haya costado. Y mirando a esto, todo lo que dentro de sí o fuera de sí hace de bien, todo lo hace para gloria y contentamiento de Dios, como un esclavo leal, que todo lo que gana lo da a su señor. Item, no es flojo ni descuidado en servihoy, por haber servido muchos años pasados, ni se tiene por desobligado de hacer un servicio, porque ha he-

cho otro, como dice el Santo Evangelio (Luc., XVII); mas tiene de continuo una hambre y sed de justicia, que todo lo hecho tiene por poco, mirando lo mucho que ha recibido, y lo mucho que merece el señor a quien sirve. Y así cumple lo que dice San Pablo (Philip., III), *que olvidando las cosas pasadas, se esfuerza a servir de nuevo en lo porvenir*. Y también entiende, que de lo que hace, por mucho que sea, ni le viene provecho a Dios, ni es Dios obligado a le agradecer a él lo que hace, mirando las obras como a nacidas de solas nuestras fuerzas y natural, pues no le puede pagar aun lo que le debe; y por esto dice el Santo Evangelio (Luc., XVII): «Cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os fueren mandadas, decid: *Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos*.» Sin provecho digo, para Dios, que para sí ganan la vida eterna, como se dirá en el capítulo siguiente. Y de esta manera entendido el nombre de esclavo, veréis que es nombre de humildad, obediencia, diligencia y amor. El cual sentimiento tuvo la Sagrada Virgen María cuando, enseñada por el Espíritu Santo, respondió (Luc., I): *He aquí la esclava del Señor: sea hecho en mí según tu palabra*. Su propia bajeza confiesa; su servicio y amor liberalmente ofrece, sin atribuirse a sí misma otra honra ni otro interés, mas de tener cuenta de servir como esclava en lo que el Señor le mandase para gloria de El: todo lo cual sintió y dijo en llamarse nombre de esclava. De este mismo nombre se precia y se nombra San Pablo, cuando dice (Rom., I): *Pablo siervo de Jesucristo*. Y, finalmente, así lo han de sentir todos los que sirven a Dios altos o bajos, si quieren que no se les torne en daño el servicio.

Aprovechaos, pues, vos de esta verdad, y hallaréis gran remedio contra los peligros que de las buenas obras suelen nacer, no por naturaleza de ellas, sino por la imperfección de quien las hace. Y usad a decir con la boca y el corazón muchas veces: «Esclava soy de Dios, por ser Dios quien es, y por mil cuentos de beneficios que de su mano he recibido: y por mucho que haga por El, no le pagará un paso que por mí dió hecho hombre, ni el

menor de los tormentos que por mí pasó, ni un pecado que me ha perdonado, ni otro de que me haya librado, ni un propósito bueno que me ha dado para le servir, ni un día del cielo que espero alcanzar. *Yi menor soy*, como dijo Jacob (Genes., XXXI), *que cualquiera de las misericordias de Dios.* Y si dice el Señor que los que hacen todo lo que les es mandado se deben humillar y decir: *Siervos somos sin provecho, lo que debíamos hacer hicimos*, ¿cuánto más me debo yo humillar, pues en tantas faltas caigo por ignorancia, o flaqueza o malicia? Esclava soy, y mala esclava, y no sirvo a Dios como puedo ni debo; y si a lo que yo merezco hubiese mirado, ya ha días que me hubiera enviado al infierno por los pecados que he hecho, y por otros muchos en que justamente me pudiera haber dejado caer. Este, pues, sea el sentimiento que de vos tengáis, y éste sea el lugar donde os pongáis, pues de vuestra parte así lo merecéis. Y vuestro cuidado sea servir al Señor lo que mejor pudiéredes, sin echar de ver en ello, y sin pensar que por ello os debe Dios agradecimiento, ni que podéis responder a lo que debéis, ni uno por mil, como dice Job (cap. IX). Y cuando oyéredes decir lo mucho que merecen las buenas obras, no alivianéis vuestro corazón, sino decid: *Merced tuya es, Señor; gracias sean dadas a Ti, que tal valor das a nuestros indignos servicios:* de manera, que siempre os quedéis en vuestro lugar de negligente e indigna esclava.

CAPÍTULO XCIII

Que allanado el hombre y humillado con lo ya dicho en el capítulo pasado, puede gozar de la grandeza que el Señor se dignó dar a las obras de los justos, con seguridad y hacimiento de gracias.

ASEGURADA, pues, vuestra ánima de los peligros ya dichos, con este sentimiento que el Señor nos enseña, podéis gozar con seguridad de la grandeza y valor que el Señor da a los suyos, y bendecirlo habéis, porque a los que son esclavos de naturaleza, les infunde El su gracia, con la cual son hechos

hijos adoptivos de Dios, *y sí hijos, herederos juntamente con Cristo*, como dice San Pablo (Rom., VIII). Y porque los recibidos por hijos de Dios, es razón que vivan y obren conforme a la condición de su padre, dales el Señor el Espíritu Santo, y muchas virtudes y dones con que se puedan servir y cumplir su ley y tenerle contento. Y aquellos cuyos servicios, por grandes que fuesen, mirados en sí no subían de los tejados arriba, han ya bebido del agua de la gracia, que es tan poderosa, que se les ha hecho una fuente en sus entrañas que salta hasta la vida eterna, con el valor de la cual las buenas obras, por pequeñas que sean, suben hasta la vida eterna, porque la merecen por las causas ya dichas; mirad lo que va de vos, mirándoos en vos, a vos, mirándoos en Dios y en su gracia. De vos, sois una gran suma de deudas, y por mucho que hagáis, no sólo no podéis merecer la vida eterna, mas ni aun pagar lo que debéis. Mas en Dios y su gracia, el mismo servicio, que sois obligada a hacer, os es recibido por merecimiento de la vida eterna; y no siendo el Señor obligado a vos para agradeceros ni pagaros lo que por El hiciéredes, ordena las cosas de tal arte que las buenas obras de los suyos sean galardonadas con poseerlo a El en el cielo: y aunque para hacerlo así no debe Dios nada a nadie, por quien El es, mas débelo a sí mismo, cuya ordenación es muy justo y debido que se cumpla, y muy por entero. Glorificad, pues, a Dios por estas mercedes; y entended, que si Dios no hubiera sido misericordioso Padre a San Pablo en darle una vida llena de buenos merecimientos, no osara él decir, ya que estaba cerca de su muerte, que le había de dar corona de justicia el justo Juez. Coronóle Dios por justicia, mas él le dió primero los merecimientos de la gracia, y así todo redunda en gloria de Dios, o de justo galardonador del bien hecho, o de misericordioso, y primero dador del bien que hicimos: lo cual ninguno debe negar, sino el que quiere privar a Dios de su honra. Poneos, pues, en vuestro propio lugar, y teneos por digna de infierno y de todos los males, y por indigna del menor de los bienes, y no desmayéis por aquella bajeza;

mas hollada toda pusilanimidad, esperad en la misericordia de Dios, que pues os ha puesto en su camino, os esforzará en él para que lo llevéis adelante, hasta que cojáis en la vida eterna el fruto de las buenas obras que aquí por su gracia hicisteis.

CAPÍTULO XCIV

Que del amor que tenemos a nosotros mismos habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.



UES ya habéis oído con qué ojos habéis de mirar a vos misma y a Cristo, resta, para cumplimiento de las palabras del Profeta, que os dice que veáis *con qué ojos debéis de mirar a los prójimos*, para que así de todas partes tengáis luz, y ningunas tinieblas os hallen. Y para esto habéis de notar que aquél mira bien a sus prójimos que los mira con ojos que pasan por sí mismo y que pasan por Cristo; quiero decir, tiene un hombre trabajos cuanto a su cuerpo, o tristezas, o ignorancias y flaquezas cuanto a su ánima: claro es, que siente pena con el calor y frío, y le duele la enfermedad, y desea no ser desechado ni despreciado por sus flaquezas, mas sufrido, y remediado y apiadado: pues de esto que pasa en él, así en sentir los trabajos como en desear el remedio de ellos, aprenda y conozca lo que el prójimo siente, pues es de la misma flaca naturaleza de él, y con aquella compasión le mire y remedie y le sufra con que mira a sí mismo y desea ser remediado, y así cumplirá lo que la Escritura dice (Eccl., XXXI): *De ti mismo entiende las cosas que son de tu prójimo*. Porque de otra manera, ¿qué cosa puede ser más abominable que querer misericordia en sus yerros, y venganza contra los ajenos? ¿Querer que todos le sufran con mucha paciencia, pareciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir a nadie, haciendo de la pequeña mota del ajeno defecto una gran viga? Hombre que quiere que todos miren por él y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece lla-

marse hombre, pues no mira a los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escritura dice (Proverbios, XX): *Tener peso y peso, y medida y medida, abominación es delante de Dios.* Para dar a entender, que quien tiene una medida grande para recibir, y otra pequeña para dar, que es desagradable delante sus ojos, y su castigo será, que pues él no mide a su prójimo con la misericordia que quiere que midan a él, que le mida Dios a él con la crueldad y estrecha medida con que él midió a su prójimo; porque escrito está (Matth., VII): *Con la medida que midiéredes, seréis medidos,* y *juicio sin misericordia será hecho al que no hiciere misericordia.* Pues, doncella, en cualquier cosa que en vuestro prójimo viéredes, mirad qué es lo que vos sentís, o querríades que otros sintiesen de vos, si aquello os acaeciese: y con aquellos ojos que pasan por vos, compadeceos de él, y remediadlo en cuanto pudiéredes: y seréis medida de Dios con esta piadosa medida que vos midiéredes según su palabra (Matth., V): *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia;* y así habréis sacado conocimiento del prójimo de vuestro propio conocimiento, y seréis piadosa para con todos.

CAPÍTULO XCV

Que del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo, habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.

AHORA mirad cómo lo habéis de sacar del conocimiento de Cristo; pensad con cuánta misericordia se hizo el Hijo de Dios hombre por amor de los hombres, y con cuánto cuidado procuró en toda su vida el bien de ellos: y con cuán excesivo amor y dolor ofreció en la cruz su vida por ellos. Y así como mirándoos a vos mirasteis a los prójimos con ojos humanos, así mirando a Cristo lo miraréis con ojos cristianos; quiero decir, *con los ojos que El los miró;* porque si Cristo en vos mora, sentiréis de las cosas como El sintió, y veréis con cuánta razón sois obligada a su-

frir y amar a los prójimos; a los cuales El amó y estimó como la cabeza ama a su cuerpo, y el esposo a su esposa, y como hermano a hermanos, y como amoroso padre a sus hijos. Suplicad al Señor que os abra los ojos con que veáis el encendido fuego de amor que en su Corazón ardía cuando subió en la cruz por el bien de todos, chicos y grandes, buenos y malos, pasados, presentes y por venir, y los mismos que le estaban crucificando. Y pensad que este amor no se le ha resfriado: mas si la primera muerte no bastara para nuestro remedio, con aquel amor muriera ahora que entonces murió, y como una sola vez se ofreció al Padre en la cruz corporalmente por nuestro remedio, así muchas veces se ofrece en la voluntad con el mismo amor.

Pues decidme, ¿quién podrá ser cruel a los que Cristo fué tan piadoso? ¿Cómo hallará puerta para codiciar mal al que Dios le desea todo bien y salvación? No se puede decir, ni escribir, el entrañable amor que se engendra en el corazón del cristiano que mira a sus prójimos, no según lo de fuera, así como riquezas o linaje, o cosas semejables, mas como a unos entrañables pedazos del cuerpo de Jesucristo y como cosa conjuntísima a Cristo con toda manera de parentesco y de amistad; porque, según dice el refrán: *Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can.* ¿Qué tanto os parece que querrá un amador de Cristo a sus prójimos viéndoles que son cuerpo místico de El, y que ha dicho el mismo Señor por su boca (Matth., XXV): *Que el bien o el mal que al prójimo se hiciere, el Señor lo recibe como hecho a sí mismo*? Y de considerar profundamente aquestas palabras, viene el buen cristiano a conversar con sus prójimos con una reverencia profunda y amor entrañable, y mansedumbre blanda para lo sufrir, y vigilante cuidado de no les enojar ni dañar, antes aprovechar y alegrar, que le parece que con el mismo Cristo conversa, pues a El mira en ellos, de los cuales se tiene en su corazón por más esclavo y más obligado a los aprovechar, que si por gran suma de dinero fuera comprado; porque mirado el precioso precio que Jesucristo dió por un hombre, cuando con su pre-

ciosa Sangre lo compró en la cruz, ¿qué debe hacer este tal sino ofrecerse todo a servicio de Cristo, deseando que se ofrezcan cosas en que enseñe su agradecimiento y su amor? Y como oye de la boca de Dios (Marc., IX): *Si me amas, apacienta mis ovejas.* (Joann., XIII): *Y quien a un chiquito de éstos recibe, a Mí me recibe: Y quien hace obras de misericordia a uno de éstos, a Mí las hace,* tiene por señalada merced que tenga tan cerca de sí tan buen aparejo en que mostrar y ejercitar el amor que él tiene a Jesucristo, pareciéndole el trabajo que por el prójimo pasa, pequeño, y los años breves, por la grandeza del amor que a Cristo tiene por sí, y a ellos por El y en El, y trae a la continua en su corazón lo que el Señor amoroso tan estrechamente mandó cuando dijo: *Mi mandamiento es aquéste: que os améis unos a otros como Yo os amé.*

CAPÍTULO XCVI

De otra consideración que nos enseña mucho el cómo nos habemos de haber con los prójimos.

AÑADID a esto otra consideración con que habéis de mirar a los prójimos, y es, que aunque por una parte sea gran verdad que de los bienes que el Señor hace a uno no busca, ni quiere retorno; mas mirándolo por otra parte, ninguna cosa da, de la cual no lo quiera, no para sí, pues El es riquísimo, sin poder crecer en riquezas, y lo que da, por amor puro lo da: mas el retorno que quiere es para los prójimos, que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos: así como si un hombre hubiese prestado a otro muchos dineros y hecho otras muchas buenas obras, y le dijese: De todo esto que por vos he hecho, yo no tengo necesidad de vuestra paga; mas todo el derecho que contra vos tenía, lo cedo y traspaso en la persona de Fulano, que es necesitada, o es mi pariente o criado; pagadle a él lo que a mí me debéis, y con ello me doy por pagado. De este arte entre el cristiano en cuenta con Dios, y mire lo que de El ha recibido, así en los

trabajos y muerte que el Hijo de Dios pasó por él, como en las misericordias particulares que después de criado le ha hecho, no castigándole por sus pecados, no desechándole por sus flaquezas, esperándole a penitencia y perdonándole cuantas veces ha pedido perdón, dándole bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes que no se pueden contar; y piense que esta amorosa contratación de Dios con él, le ha de ser un dechado y regla para la conversación que él ha de tener con su prójimo: y que el intento con que Dios ha obrado en él tantas mercedes es para darle a entender, que aunque el prójimo no merezca por sí ser sufrido, ni amado, ni remediado, quiere Dios que el bien que el otro por sí no merece, le sea concedido por lo que él debe a Dios, y se conozca por obligado y esclavo de los otros, mirando a Dios, el que mirando a ellos se hallaba no deber nada a nadie, y que el título con que el necesitado le pida remedio, sea éste: *Haced esto conmigo, pues Dios así lo ha hecho con vos.*

Y tema mucho el tal hombre no sea cruel o desamorado con quien lo ha menester, porque Dios no lo sea para con él, quitándole los bienes que le había dado y castigándole como a desagradecido al perdón de los males pasados, como lo hizo con aquel mal siervo (Matth, XVIII), *que habiendo recibido de su señor perdón de diez mil talentos, fué cruel para con su prójimo, encarcelándole porque le debía cien maravedís, sin le querer dar suelta ni espera.* Y aquel señor, que por haberle destruído su siervo hacienda de diez mil talentos no se lee haberse enojado con él, antes usado de tanta misericordia, que pidiéndole su esclavo espera, le dió suelta y perdón de la deuda, está ahora tan enojado por la crueldad que con su prójimo hizo, que reprendiéndole ásperamente, le dijo: «Siervo malo, perdonéte yo todo lo que me debías, porque me rogaste; pues ¿no fuera razón que hubieras tú misericordia de tu prójimo, como yo la hube de tí?» Y con este enojo lo entregó a los atormentadores hasta que pagase toda la deuda que ya le había soltado. No porque Dios castigue los pecados, ya una vez perdo-

nados, mas castiga la ingratitud del perdonado, la cual es mayor, cuanto el perdón fué de más y mayores pecados. Y aunque es de creer que este tal siervo llamase a su señor (Prov., XXI), mas responderle había lo que está escrito: *El que cierra su oreja al clamor del pobre, dará voces él y no será oído.* Entended, pues, doncella, que mirándoos a vos, y mirando a Cristo quién es, y los bienes que de su mano habéis recibido, es razón que se engendre en vuestro corazón estima y amor con el prójimo, que ninguna cosa sea parte para os la quitar. Y cuando vuestra carne os dijere, ¿qué le debo yo a aquél para hacerle bien? ¿Y cómo le amaré habiéndome él hecho mal a mí? Responded que quizá la oyéredes si la causa de vuestro amor fuera el prójimo; mas pues es Cristo, el cual recibe el bien al prójimo hecho, y el perdón al prójimo dado, como si a El mismo se diera, ¿qué parte puede ser para estorbar el amor y buenas obras el ser el prójimo quien fuere, o hacerme el mal que quisiere, pues yo no tengo cuenta con él sino con Cristo? Y de esta manera arderá en vuestro corazón la caridad (Cant., VIII), de tal arte, *que las aguas muchas de malas obras que nos sean hechas no la podrán apagar*, mas saldrá vencedora, y subirá hacia arriba como viva llama, y conversaréis con vuestros prójimos sin que tropecéis ni perdáis vuestra virtud, porque ellos la pierden. Y así dice David (Psalm. CXVIII): *Mucha paz tienen, Señor, los que aman tu ley y no tienen tropiezo.*

La cual ley, la de la caridad es, con que se suma y cumple toda ley, como dice San Pablo (Rom., XIII; Galat., V): *Quien al prójimo ama, la ley ha cumplido.* Y esta estima del prójimo con que le honramos como a hijo de Dios adoptivo y como a hermano de Jesucristo Nuestro Señor, y este amor que como a cosa tan suya le tenemos, es lo que San Pablo (Philip., II) encomienda a los filipenses, y a nosotros en ellos, diciendo: *Teneos con la humildad unos a otros por mayores, y no tengáis cuenta con vuestro interés, mas con lo que cumple a los otros:* y esto sentid a ejemplo de Jesucristo, que teniendo *forma de Dios*, se humilló a tomar *forma de siervo*,

o cual fué para aprovecharnos (Joann., XIII). Y estas dos mismas cosas, *humildad y amor con los prójimos*, nos enseñó, y encomendó el mismo Señor en aquel admirable hecho que cercano a la muerte quiso hacer, lavando los pies a sus discípulos, en lo cual se denota humildad por ser oficio tan bajo, y caridad por ser provecho del prójimo. Las cuales dos cosas, quiere que de él aprendamos, siendo pequeños los siervos y discípulos suyos, pues el Señor y Maestro lo quiso hacer. Confortada, pues, con este ejemplo y con lo ya dicho, pesad a los prójimos con peso de que son adoptados de Dios, y se dió por ellos Jesucristo en la cruz, y preciad y honrad vos a quien tanto honró, y amad a los que son conjuntos con El, como esposa muy amada y miembro de su cabeza, y así tendréis el amor fundado y fuerte; porque el que de estas fuentes no nace, muy flaco es, y luego se cansa y se seca, y como casa edificada sobre movediza arena, a cualquier combate y ocasión que se le ofrezca, da consigo en el suelo.

CAPÍTULO XCVII

Comiénzase a tratar de la palabra del verso que dice: «Olvida tu pueblo.» Y de dos bandos que hay de hombres buenos y malos, y de los nombres que los malos tienen, y de sus varios intentos.

SÍGUESE otra palabra, que dice: *Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre.* Para declaración de la cual es de notar, que todos los hombres son repartidos en uno de dos bandos o ciudades diversas, una de buenos, y otra de malos: las cuales ciudades no son distintas por diversidad de lugares, pues los ciudadanos de una y de otra viven juntos, y aun dentro de una casa, mas por diversidad de afecciones. Porque, según dice San Agustín, *dos amores hicieron dos ciudades.* El amor de sí mismo, hasta despreciar a Dios, hizo a la ciudad *Terrenal.* El amor de Dios, hasta despreciar a sí mismo, hizo la ciudad *Celestial.* La primera ensálzase en sí misma. La segunda, no en sí, mas en Dios. La primera quiere ser honrada de los hombres. La

segunda tiene por honra tener la conciencia limpia delante los ojos de Dios. La primera ensalza su cabeza en su propia honra. La segunda dice a Dios: «Tú eres mi gloria, y el que alzas mi cabeza». La primera es deseosa de mandar y señorear. En la segunda sírvense unos a otros por caridad. Los mayores aprovechan a los menores, y sus menores obedeciendo a sus mayores. La primera atribuye la fortaleza a sus fuerzas, y gloríase en ellas. La segunda dice: *Amete yo, Señor, fortaleza mía.* En la primera los sabios de ella buscan los bienes criados, o si conocieron al Criador, no le honraron como a tal, mas tornáronse vanos en sus pensamientos, y diciendo, somos sabios, tornáronse necios; mas en la segunda ninguna otra sabiduría hay sino el verdadero servicio de Dios, y espera por galardón honrar al mismo Dios, en compañía de los santos hombres y ángeles, para que sea Dios todas las cosas en todos. De la primera ciudad son ciudadanos todos los pecadores. De la segunda todos los justos. Y porque todos los que de Adán descienden (sacando al Hijo de Dios y a su bendita Madre) son pecadores, aun en siendo engendrados, por tanto, todos somos naturalmente ciudadanos en aquesta ciudad, de la cual Cristo nos saca por gracia para hacernos ciudadanos de la suya. Esta mala ciudad, que es congregación, no de plazas ni de calles, mas de hombres que se aman a sí y presumen de sí, se llama por diversos nombres que declaran la maldad de ella: llámase Egipto, que quiere decir *tinieblas o angustia*, porque los que en esta ciudad viven, o no tienen luz de conocimiento de Dios por no tener fe, o si la tienen, como los cristianos que viven mal, tiénenla muerta por no tener caridad, que es la vida de ella.

Y por esto dice San Juan (I. Joann., IV), *que el que no ama a Dios, no conoce a Dios, porque Dios es amor;* quiere decir, que no tiene conocimiento amoroso, cual lo deben tener para se salvar; y así, viviendo los unos en tinieblas de infidelidad, y los otros en tinieblas de pecados, no tienen gozo, sino estrechura y tristeza; porque, según dice Tobías (Tob., V; Genes., XI): *¿Qué gozo puedo yo*

tener, pues no veo la lumbre del cielo? Llámase también Babilonia, que quiere decir *confusión*, el cual nombre fué puesto cuando los soberbios quisieron edificar una torre, que llegase hasta el cielo, para defenderse de la ira de Dios, si quisiese destruir el mundo por agua otra vez; y para hacer un tal edificio, por el cual fuesen nombrados en el mundo: *mas impidió su locura el Señor de esta manera*, que les infundió el lenguaje, para que así no se entendiesen unos a otros: de lo cual nacieron rencillas, pensando cada uno que hacía el otro burla de él, diciendo uno, y respondiendo otro; y así el fin de la soberbia fué confusión, y rencilla y división. Muy propiamente compete este nombre a la ciudad de los malos, pues quieren pecar y no ser castigados, y no quieren huir los castigos de Dios evitando de ofenderle; mas si pudiesen por fuerza, o por maña pecar, y no ser castigados, lo intentarían. Son soberbios, y todo su fin es que se nombre su nombre en la tierra, y hacen torres de obras vanas si pueden, y si no, en los pensamientos, los cuales destruye Dios al mejor sabor que ellos están, según está escrito: *A los soberbios resiste.* Y porque no quisieron vivir en unidad de lenguaje (Jacob., IV), *dando la obediencia a Dios*, son castigados en que ni ellos se entiendan a sí mismos, ni entiendan a Dios, ni se entiendan unos a otros, ni entiendan cosa criada; pues faltándoles la sabiduría de Dios, ninguna cosa entienden como se debe entender, para su provecho. Cuántas cosas pasan en el corazón de los malos, que los sacan de tiento, y no saben cómo remediarse, ya pidiendo un deseo una cosa y otro otra, y a las veces contraria, ya hacen, ya deshacen, lloran y alégranse, y todo al revés; ya quieren desesperar, ya se ensalzan vanamente, buscan con mucha diligencia una cosa, y después de haberla alcanzado, pésales por haberla buscado, o no hallan en ella lo que pensaban; desean una cosa y hacen otra, siendo regidos, no por razón, mas por pasión. Y de aquí es, que como el hombre sea animal racional, cuya principal parte es el ánima, que ha de vivir según razón, y éstos viven según apetito, viven al revés, pues viven

vida bestial, que es vida de cuerpos, y no racional, que es propia vida de hombres.

De lo cual nace, que como Dios sea espíritu, y haya de ser servido, no de vida bestial, sino espiritual, estos tales no le sirven (según arriba se dijo), porque su vida es al contrario de la ley de El, y como la unión de los cristianos nazca de la unión de sí mismos en sí, y de la unión de sí con Dios, estos ciudadanos, divididos de Dios, no pueden tener buena ni duradera paz unos con otros; mas antes de sus hablas y obras y juntas, nacen rencillas, viviendo cada uno a su propio querer, sin curar de agradar al otro, y sintiendo cada uno su afrenta e injuria, sin curar de sufrir unos a otros. Estos son los que ni usan de sí, ni de las criaturas al fin que fueron criados, mas a sí mismos, y a todas las cosas las quieren para sí, haciéndose último fin de todas ellas; y, por tanto, con justa razón son llamados *Babilonia*, pues que todo anda al revés de su Criador. Llámanse también *Caldeos:* llámanse *Sodoma:* llámanse *Hedón*, con otros mil nombres que representan la maldad de este pueblo, y todos aun no pueden declarar la malicia de él. Este es el pueblo, el cual es llamado mundo, no por éste que Dios crió, porque éste es bueno, como criado por el que es sumamente bueno, mas porque estos hombres tales, ni tienen otro sentido, ni otro amor, sino de esto visible, lo cual llama San Juan (I Joann., II) *soberbia de vida, y codicia de carne, y codicia de ojos: y quien esto ama, perecerá; mas quien hiciere la voluntad de Dios, permanecerá para siempre*, dice el mismo San Juan. Y San Pablo dice (Rom., VIII): *El que no tiene espíritu de Cristo, no es de Cristo*, y por consiguiente, será del mundo; y Santiago dice (Jaco. IV) *que el amistad de este mundo, enemistad es con Dios.*

CAPÍTULO XCVIII

Que nos conviene mucho huir de la mala ciudad de los malos, que es el mundo: y de cuán mal trata a sus ciudadanos: y del espantoso fin que todos ellos tendrán.



ASTANTES causas habéis oído para aborrecer este pueblo, y para entender cuánto quiere Dios que salgáis de él para salvaros; porque éste es el espiritual Egipto, del cual mandó Dios a Israel que saliese apriesa, y que caminase, aunque con trabajos, hasta la tierra de Promisión. Y este es el pueblo, del cual Dios mandó a Abraham que saliese, cuando le dijo (Genes., XII): *Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que Yo te mostraré;* lo cual él cumplió con sencilla obediencia, sin saber dónde iba, como dice San Pablo (Hebr., XI; Genesis, XIX; II Cor., VI). De este mismo pueblo *mandó Dios salir a Lot*, porque no le comprendiesen los castigos que quería enviar, y le mandó que se salvase en el monte, *que es la alteza de la fe y buena vida.* Finalmente es el pueblo, del cual dice Dios a los que quieren ser suyos: No queráis tener compañía con los infieles, porque ¿qué compañía puede tener la maldad con la bondad? ¿O la luz con las tinieblas? ¿O qué junta puede haber entre Cristo y Belial, o entre fiel o infiel? ¿O qué convención puede haber entre el Templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois Templo de Dios vivo, como dice Dios: «Yo moraré en ellos, y andaré entre ellos, y seré Dios de ellos, y ellos me serán pueblo mío, por lo cual salí de en medio de ellos». «Y apartaos, dice el Señor, y no toquéis cosa suya, y yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos», dice el Señor Todopoderoso. Oyendo las cuales promesas os debéis de esforzar a haceros extraños a este mal pueblo, por el bien que se os promete, y por el mal que evitáis. No es cosa segura estar debajo de una casa, la cual sin duda se ha de caer y tomar debajo a cuantos en ella estuvieren; y no daríamos pocas gracias a quien de tal peligro nos avisase para huir de él. Pues sabed

muy de cierto, y de ello os aviso de parte de Dios, que vendrá día en que espiritualmente se cumpla la visión que vió San Juan cerca de este mal pueblo, cuando dijo: «Vi otro ángel (Apoc., XVIII) que descendió del cielo, que tenía gran poder, y que tenía la tierra alumbrada con su resplandor, y dió una gran voz con su fortaleza, y dijo: Caído, caído ha Babilonia la grande, y hecha es morada de demonios, y casa de todo espíritu sucio, y de toda ave sucia y horrible; y abajo dijo: Tomó un ángel una piedra grande, como de molino, y echóla en la mar, diciendo: con este ímpetu será echada la grande ciudad de Babilonia en la mar, y no será más hallada».

Y porque no se descuiden los que deseen salvarse, pensando que teniendo compañía con los malos no les comprenderán sus azotes, dice el mismo San Juan que oyó otra voz del cielo que dijo: «Salid de ella, pueblo mío, y no seáis participantes en sus delitos, y no recibáis de sus plagas, porque llegado han sus pecados hasta el cielo, y acordádose ha el Señor de las maldades de ella; y aunque sea cosa muy provechosa al que es bueno huir corporalmente la compañía del malo, y para el que es participante en la bondad le es casi necesario, si no quiere perderse, mas este salir de enmedio de Babilonia, que aquí Dios manda, entiéndese, como dice San Agustín, *de salir con el corazón de entre los malos, amando lo que aborrecen, y aborreciendo lo que aman.* Porque mirando lo corporal en una misma ciudad, y en una misma casa, están juntos Jerusalén y Babilonia, cuanto al cuerpo; mas si miramos los corazones, muy apartados están, y en uno es conocida Jerusalén ciudad de Dios, y en otro Babilonia ciudad de los malos. Olvidad, pues, vuestro pueblo, y salid al pueblo de Cristo, sabiendo que no podéis comenzar vida nueva, si no salís con dolor de la vida vieja. Acordaos de lo que dice San Pablo (Hebr., XIII), *que para santificar Jesús a su pueblo por su sangre, padeció muerte fuera de la puerta de Jerusalén; y pues así es, salgamos a El fuera de los reales, imitándole en su deshonra.* Esto dice San Pablo, amonestándonos que por esto Cristo padeció fuera de la ciudad, para darnos a

entender que si le queremos seguir hemos de salir de esta ciudad, que hemos dicho, que es congregación de los que a sí mismos mal se aman; porque bien pudiera Cristo curar al ciego dentro de Bethsaida (Marc., VIII; Mat., VII), *mas quiso sacarlo de ella, y así darle vista*, para darnos a entender que fuera de la vida común, que siguen los muchos, hemos de ser curados de Cristo, siguiendo el camino estrecho, *por el cual dice la misma verdad que andan pocos* (Matth., VII). No os engañe nadie; no quiere Cristo a los que quieren cumplir con El y con el mundo: y por su bendita boca prometió (Matth., VI), *que ninguno puede servir a dos señores*. Y pues El dijo que no era del mundo, ni los suyos eran del mundo, ni su reino era de este mundo, no es razón que vos lo seáis, siquiera porque no paréis en lo que paró el desobediente Absalón (II Reg., XVIII), *que colgado de sus cabellos de una encina fué alanceado con tres lanzas por mano de Joab, y allí colgado perdió la vida*. Así acaecerá al hombre desobediente al Señor celestial, al cual con su mala vida persigue, cuyos pensamientos y afecciones, como cabellos, le tienen colgado de aqueste mundo, pues todo su fin es cómo será engrandecido en la tierra, y le vaya bien en esto visible. ¿Mas qué bien le puede ir, pues el árbol de que está colgado es encina, y da fruto a puercos?

Y este mundo no contenta ni da fruto sino a hombres bestiales, a los cuales, con las tres lanzas ya dichas, *de soberbia de vida y codicia de carne, y codicia de ojos*, alancea el demonio, que es llamado príncipe de este mundo, porque rige y manda a los malos; el cual así trata a los suyos, que ni aun de manjares de puercos los harta; mas como otro Abdón, y Becech (Judit., I), los tiene cortados los cabos de los pies y las manos para hacer cualquier bien, y puestos debajo de la mesa para que coman, no de plato entero, mas de las migajas que le sobran a él. Hambrientos los tiene de presente, y después los llevará consigo adonde haya eterna hambre y tormentos, porque él otra cosa no puede dar. Tal es su tratamiento, que bastaba, si los mundanos en ello mirasen, para salir de la compañía del demonio y del mundo, y allegar

se a Dios (Luc., XV), *como hizo el hijo pródigo*, que de verse en oficio tan vil, y que de manjar de puercos aún no se hartaba, cobró seso y consejo para ver qué diferencia iba de estar en la casa de su padre o en la casa del mundo, y dejó el mal que tenía, y fuése a su padre pidiéndole misericordia, y hallóla. Haced, pues, vos así, y si queréis que el Señor os reciba, dejad vuestro pueblo. Y si queréis que se acuerde de vos, olvidad vuestro pueblo. Si queréis que El os ame, no os améis desordenadamente a vos. Si queréis que El cuide por vos, no estéis vos confiada en vuestro cuidado. Si queréis parecerle bien a sus ojos, no os miréis vos complaciéndoos en vos; y si queréis agradarle, no temáis de desagradar al universo mundo por El. Y si deseáis hallarle, no dudéis de dejar padre y madre, y hermanos y casa, y aun vuestra propia vida por El; no porque conviene aborrecer estas cosas, mas porque conviene mirar tan de verdad y con todo nuestro amor a Cristo, que no torzáis un solo cabello el agradar a El por agradar a criatura alguna, por amada que sea, ni aún por vos misma. *San Pablo predica* (I Cor., III), que los que tienen mujeres las tengan como si no las tuviesen, los que compran como si no poseyesen, y los que venden como si no vendiesen, y los que lloran como si no llorasen, y los que gozan como si no gozasen. Y la causa es lo que añade, diciendo: *Porque se pasa presto la figura de este mundo*. Pues así os digo, dondella, que lo uno, porque presto se pasa; lo otro, porque ya no sois vuestra: así tened padres y hermanos, parientes, casa y pueblo como si no lo tuvieseis, no para reverenciarlos y amarlos y obedecerlos, pues la gracia no destruye la orden de naturaleza, y aun en el mismo cielo ha de haber reverencia de hijo a padre, mas para que no os ocupen el corazón y estorben el amor de Dios.

Amadlos en Cristo, no en ellos; que no os los dió Cristo para que os sean estorbo a lo que tanto debéis siempre hacer, que es servirle. San Jerónimo cuenta de una doncella, que estaba tan mortificada a la afección del parentesco, que a su propia hermana, aunque era doncella, no curaba de verla, contentándose con amarla por Dios.

Creedme, que así como en un pergamino no pueden escribir si no está muy bien raído y quitado de la carne, así no está el ánima aparejada para que el Señor escriba sus particulares mercedes en ella, hasta que estén en ella muy muertas las afecciones que nacen de la carne. Leemos que en los tiempos pasados pusieron el Arca de Dios en un carro para que la llevasen dos vacas paridas, y los becerros quedaban en cierta parte encerrados; y aunque las vacas daban gemidos por sus hijos, mas nunca dejaron su camino real, ni tornaron atrás, ni se apartaron, dice la Escritura (I Reg., VI), a la mano derecha, ni a la mano izquierda; mas por el querer de Dios que así lo hacía, llevaban su Arca hasta la tierra de Israel, que era lugar donde Dios moraba. Los que se han puesto encima de sus hombros la cruz de Jesucristo Nuestro Señor, que es arca donde está, y se halla muy de verdad, no deben dejar ni retardar su camino por estas afecciones naturales de amor de padres e hijos y casas, y otras cosas semejantes, ni deben gozarse livianamente con las prosperidades de ellos, ni penarse por sus adversidades. Porque lo primero es apartarse del camino de la mano derecha, y lo segundo a la izquierda; mas seguir con fervor su camino, encomendando al Señor que guíe a su gloria lo uno y lo otro, y estar tan muerta a estas cosas como si no les tocasen, o a lo menos no dejarse vencer de la tristeza o del gozo, por lo que a ellos toca, aunque algo lo sienta; lo cual fué figurado en las vacas (I Reg., VI): *que aunque daban bramidos por sus hijos, no por eso dejaban de llevar el Arca de Dios.* Y si los padres ven a sus hijos que quieren servir a Dios de alguna manera buena que a ellos no es apacible, deben mirar lo que Dios quiere, y aunque giman con amor de los hijos, vénzanse con el amor de Dios, y ofrezcan sus hijos a Dios y serán semejantes a Abraham (Genes., XXII), *que quería matar a su unigénito hijo por la obediencia de Dios,* no curando de lo que su sensualidad deseaba; y el dolor natural, que en estos trances se pasa, débese sufrir con paciencia: el cual aun no irá sin galardón, pues que el Señor ordenó el dicho amor, y por amor de El se vencen, como quien

padece martirio. Olvidad vuestro pueblo, doncella, *y sed como otro Melchisedech* (Hebreos, VII), del cual no se cuenta que tuviese padre ni madre, ni linaje alguno: *en lo cual*, como San Bernardo dice, *se da ejemplo a los siervos de Dios*, que han de tener tan olvidado su pueblo y parientes, que sean en su corazón como este Melchisedech en este mundo, sin tener cosa en su corazón que les cautive y retarde su apresurado caminar, que caminan a Dios.

CAPÍTULO XCIX

De la vanidad de la nobleza del linaje: y que no se deben gloriar de él los que quieren ser del linaje de Cristo.

No querría que os cegase a vos la vanidad que a muchos ciega, presumiendo de su linaje carnal, y, por tanto, quiéroos decir lo que a una doncella *San Jerónimo dice:* «No quiero que mires a aquellas doncellas, que son doncellas del mundo y no de Cristo; las cuales, no acordándose de su propósito comenzado, se gozan en sus deleites, y se deleitan en sus vanidades, y glorían en el cuerpo y en el origen de su linaje: las cuales, si se tuviesen por hijas de Dios, nunca después del nacimiento divino tendrían en algo la nobleza del cuerpo, y si sintiesen a Dios ser su Padre, no amarían la nobleza de la carne. ¿Para qué te glorías con nobleza de tu linaje? *Un hombre y una mujer hizo Dios en el principio del mundo, de los cuales descendió la muchedumbre del género humano.* La nobleza del linaje no da la igualdad de naturaleza, mas la ambición de la codicia; y ninguna diferencia puede haber entre aquellos a los cuales el segundo nacimiento engendró, por el cual, así el rico como el pobre, el libre y el esclavo, son de linaje, y sin él no son hechos hijos de Dios. El linaje de carne terrena es obscurecido con el resplandor de la celestial honra, y en ninguna manera ya parece; pues que los que eran antes desiguales por honras del mundo, son igualmente vestidos con nobleza de honra celestial y divina. Ningún lugar hay allí de linaje vano, y ninguno

de aquéllos es sin linaje, a los cuales la alteza del nacimiento divino los hermosea; y si lo hay, es en el pensamiento de aquellos que no tienen en más las cosas celestiales que las humanas; y si las tienen, cuán vanamente lo hacen en tenerse en más que aquéllos por cosas menores: los cuales conocen serles iguales en las cosas mayores, y estiman a los otros como a hombres puestos en tierra debajo de sí, los cuales creen que son sus iguales en las cosas del cielo. Mas tú, quienquiera que eres, doncella de Cristo y no del siglo, huye toda la gloria de la vida presente, para que alcances todo lo que se promete en el siglo que está por venir.»

Todo esto dice San Jorónimo, de lo cual podréis ver cuánto os conviene olvidar vuestro pueblo y casa de padre, sabiendo que lo que de los padres de carne tenéis es ser concebida en pecado, y llena de muchas miserias, y nacida en ira de Dios por el primer pecado de Adán, que mediante nuestra concepción heredamos. Un cuerpo nos dieron tan vergonzosamente engendrado, que es asco pensarlo y vergüenza decirlo; en el cual infundiéndose el ánima cuando es criada, queda manchada con el pecado original, habiéndole Dios criado sin él. Un cuerpo es lleno de mil necesidades, y sujeto a enfermedades y muerte, y propio para hacer penitencia en sufrirlo; y es tal que si un solo correzuelo lo quitasen de encima, los muy hermosos serían abominables. Un cuerpo, que mirándolo por de fuera blanco, y considerando las cosas que encierra dentro de sí, diréis que es un vil muladar cubierto de nieve. Un cuerpo que pluguiera a Dios que no hubiera más en él que ser trabajoso y vergonzoso; mas esto es lo menos, porque es el mayor enemigo que tenemos, y el mayor traidor que nunca se vió, que anda buscando la muerte, y muerte eterna, a quien le da de comer y todo lo que ha menester. Un cuerpo, que por haber él un poco de placer, no tiene en nada dar enojos a Dios y echar el ánima en el infierno. Un cuerpo perezoso como asno, y malicioso más que mula: y si no, probad a dejarlo sin freno, que ande él como quisiere, y descuidaos un poco de guardaros de él, y entonces veréis lo

que tiene. ¡Oh, vanidad para burlas de los que de linaje presumen, pues qué todas las ánimas Dios las cría, que no se heredan! Y la carne que se hereda, es cosa para haber vergüenza y temor. Oigan los tales lo que Dios dijo a Isaías (Isa., IV): *Da voces.* ¿Y qué diré a voces, dijo Isaías? Respondió el Señor: *Que toda la carne es heno, y toda su gloria como la florecilla del campo.*

Voces manda dar Dios, y aun no las oyen los sordos: los cuales más se quieren gloriar de la suciedad que de la carne trajeron, que en la alteza que por el Espíritu Santo les es concedida. No seáis ciega, esposa de Cristo, ni desagradecida. La estima en que Dios os tiene, no es por vuestro linaje, mas por ser cristiana; no por nacer en la sala entoldada, mas por tornar a nacer en el santo Bautismo. El primer nacimiento es de deshonra: *el segundo es de honra.* El primero de vileza: *el segundo de nobleza.* El primero de pecado: *el segundo de justificación de pecados.* El primero de carne que mata: *el segundo de espíritu que aviva.* Por el primero somos hijos de hombres: *por el segundo hijos de Dios.* Por el primero, aunque somos herederos de nuestros padres cuanto a su hacienda, somos herederos cuanto a ser pecadores y llenos de muchos trabajos; *mas por el segundo somos hechos hermanos de Cristo, y juntamente herederos del cielo con El.* De presente recibimos el Espíritu Santo, *y esperamos ver a Dios faz a faz.* ¿Pues qué os parece que dirá Dios al que se precia más ser nacido de hombres para ser pecador y miserable, que por ser renacido de Dios para ser justo, y después bienaventurado? Estos son semejables a uno que fuese engendrado de un Rey en una muy fea esclava y se preciase él de ser hijo de ella, y la trajese mucho en la boca, y no mirase ser hijo del Rey. Olvidad, pues, vuestro pueblo, para que seáis del pueblo de Dios. El pueblo malo, ése es el vuestro; y por eso dice: *Olvida tu pueblo;* porque de vos no sois sino pecadora y muy vil. Mas si os sacudís de eso que es vuestro, recibiros ha el Señor en lo que es suyo, en su nobleza, en su justificación, en su amor; mas mientras os tuviéredes a vos, no recibiréis a El; desnuda os quiere Cristo, porque El os quiere

dotar, que tiene con qué. Porque de vos, ¿qué tenéis sino deudas? Olvidad vuestro pueblo, que es ser pecadora, extrañándoos a los pecados pasados, y no viviendo más según mundo. Olvidad vuestro pueblo, no preciando vuestro linaje. Olvidad vuestro pueblo con echar de vuestro corazón el bullicio, y haciendo cuenta que estáis en un desierto sola con Dios. Olvidad, pues, vuestro pueblo, pues tantas razones y tan suficientes hay para lo hacer.

CAPÍTULO C

En que comienza a declarar la otra palabra, «y olvida la casa de tu padre», y de cuánto nos conviene huir de la propia voluntad por imitar a Cristo, y por evitar los males que de la seguir vienen.

SÍGUESE otra palabra, que dice: *Y olvida la casa de tu padre:* este padre el demonio es; porque, según dice San Juan (Joann., III): *El que hace el pecado, del diablo procede, porque el diablo pecó desde el principio.* No porque él crió o engendró los malos, mas porque imitan sus obras: y de aquél se dice ser uno hijo, según el Santo Evangelio, cuyas obras imita. Este padre malaventurado vive en el mundo, que quiere decir en los malos, según se escribe de él en Job (cap. IV): *En la sombra duerme, y en lo secreto de la caña y en los lugares húmedos.* Sombra son las riquezas, porque no dando el descanso que prometen, mas punzando el corazón con sus congojas como con espinas, experimenta el que las tiene que no son riquezas, mas sombra de ellas, y verdadera necesidad, y que ninguna cosa son menos de lo que suena su nombre. Caña es la gloria de este mundo, que cuanto de fuera mayor parece, tanto de dentro está más vacía, y aun lo que de fuera parece, es tan mudable que con razón se llama caña, que a todo viento se mueve. Lugares húmedos son las almas relajadas con los carnales deleites, que corren tras ellos sin rienda, contrarias a aquellas, de las cuales dice el Santo Evangelio (Matth., XII), que saliendo el espíritu sucio del hombre donde estaba, va a buscar donde estar, y anda por los lugares secos buscando holganza, y no la

halla. Porque en las ánimas ajenas de estos carnales deseos no halla el demonio posada, mas en las codicias, honras y deleites, es su aposento; por lo cual se dice el príncipe de este mundo, y regidor y señor de él, no porque lo haya criado, mas porque los malos que son de Dios por creación, quieren ser de él por imitación, conformándose con su voluntad, para que con justicia sean también conformes con él en la infernal pena, como les será crudamente dicho el día postrero, por boca de Cristo (Matth., XXV): *Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado al diablo y a sus ángeles.* Y si bien consideramos cuál sea esa casa del demonio, hallaremos que es la propia y mala voluntad de los malos, en la cual se asienta el demonio como Rey en silla, mandando desde allí a todo hombre.

Olvidar, pues, la casa de vuestro padre no es otra cosa sino olvidar y quitar la voluntad propia, en la cual algún tiempo aposentamos a este mal padre, y abrazar con entero corazón la divina, diciendo: *No mi voluntad, Señor, sino la tuya, sea hecha.* El cual amonestamiento es de los más provechosos que se nos pueden hacer; porque quitada nuestra voluntad, quitaremos los pecados que nacen de ella, como ramos de raíz. Lo cual denota San Pablo (II Tim., III), que contando muchedumbre de pecados que en los días postreros había de haber, dice primero *que serán los hombres amadores de sí mismos.* Dando a entender, como dice la glosa, *que el desordenado amor de sí, es raíz y cabeza de todos los pecados.* El cual quitado, queda el hombre en sujeción de Dios, de la cual le viene su bien. Item, la causa de nuestros desabrimientos, tristezas y trabajos, no es otra cosa sino nuestra voluntad, la cual querríamos que se cumpliese, y porque no se cumple tomamos pena. Mas esto quitado, ¿qué cosa puede venir que nos pene, pues no nace la tristeza de venir el trabajo, mas de no querer que nos venga? Y no sólo se quitan las penas de acá, mas del otro mundo. Porque, como San Bernardo dice, *cese la voluntad propia y no habrá infierno.* Mas así como es la cosa más provechosa de todas negar nuestra voluntad, así es la cosa más

trabajosa que hay. Y aun por mucho que trabajemos, no saldremos con ello, si aquel Señor que mandó quitar la piedra de la sepultura de Lázaro muerto, no quita esta dureza que tiene muertos a los que debajo toma. Y si no mata a este fuerte Goliat, al cual no hay quien le pueda vencer, sino el que es invencible, mas aunque nosotros no podamos librar nuestro cuello de estas cadenas, no por eso debemos dejar de esforzarnos, según las fuerzas que el Señor nos diere, llamándole con corazón, y considerando los males que de seguirla nos vienen, y los bienes, que de no seguirla. Item, los altos ejemplos de Cristo, el cual dice de sí (Joann., VI): «Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la de Aquel que me envió; y esto no en cosas de poca importancia, como algunos hacen, mas en las cosas de afrenta y que llegan, como dicen, al ánima.» Tal era el padecer Cristo pasión por nosotros; mas en ella se conformó con la voluntad de su Padre, echando de sí la voluntad de su carne, que era no padecer, para darnos ejemplo, que ninguna cosa nos debe ser tan amada, que si Dios lo manda no la desechemos, ni tan penosa, que por El no la abracemos.

CAPÍTULO CI

De un ejercicio para negar la propia voluntad; y de la obediencia que se debe tener a los mayores; la cual es camino para alcanzar la abnegación de la propia voluntad: y cómo se habrá el superior con los súbditos.



porque no se puede subir a lo alto si primero no comienzan de lo bajo, os aviso que para subir a esta alteza de negar vuestra voluntad en cosas mayores, os acostumbréis a negarla en cosas menores, y no para quedaros en ella, mas para pasar por ellas a lo que es mayor. Ninguna cosa hagáis, penséis ni habléis, que vaya guiada por cumplir con vuestra gana o voluntad. Mas en sintiéndoos aficionada a algo de esto, entended que no estáis para lo hacer, porque las cosas no os han de llevar a vos cautiva hacia sí mis-

mas, mas vos con libertad de cristiana traedlas a ellas a vos. Antes que comáis habéis de mortificar el apetito de la gula, y ordenar la comida a obediencia de Dios, que manda que comáis para sustentar vuestra vida. Y antes que entendáis en la hacienda habéis de mortificar la codicia, y después entender en la obra, porque Dios lo manda, para vuestras necesidades y de vuestros prójimos, y por estos ejemplos entenderéis que en todas las cosas habéis de quitar la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo manda, o vuestros mayores.

Y acordaos que esta es la manera como los viejos del yermo criaban a sus discípulos, quitándoles lo que querían, y haciéndoles obrar lo que no querían, para que en todo y del todo tuviesen negada su voluntad; y del que en estas cosas bien aprobaba, tenían buena esperanza que llegaría a la perfección; y del otro sentían mal, porque les parecía que quien en cosas pocas faltaba, más faltaría en las mayores; y que una voluntad acostumbrada a hacer lo que quiere en cosas de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse en las mayores; «por tanto, haceos baja y sujeta a toda criatura»—como dice San Pedro (I Petri, cap. II)—y que pueda quienquiera pasar por vos, y hollar y contradecir a vuestra voluntad, como a un poco de lodo: y a quien más os ayudare a esto, más le amad y agradeced, porque os ayuda a vencer vuestros enemigos, que son vuestro parecer y vuestra voluntad.

Haced, pues, cuenta que vuestra madre es vuestra abadesa, a la cual obedeced con profunda humildad, sin cansaros: y no seáis como algunas que en tomando tocas honestas, se desmandan, y echan de sí la obediencia de sus padres y mayores, no obedeciéndoles, estando en casa; y algunas salen de casa sin licencia, y todo con título de servir a Dios; como en la verdad no haya cosa más contraria de ello, como lo que éstas hacen. Cristo obediente fué a su Padre en vida y en muerte, y también obedeció a su Santísima Madre, y al Santo José, como cuenta San Lucas (Luc., II). Y no piense nadie de poder agradar sin obediencia al que tan amigo fué de ella,

que por no la perder perdió la vida en la cruz; y no os espantéis de que tanto os encomiende la obediencia, porque como el mayor peligro que tiene vuestro estado es no estar encerrada, si no os proveéis con huir mucho de vuestra voluntad y ser sujeta a la ajena, será añadir peligro a peligro, e iros ha mal, porque vuestra seguridad está en no querer libertad. Y por esto no os contentéis con obedecer a vuestros padres, mas también lo haced a los mayores que en vuestra casa estuvieren; y si del todo queréis ser obediente, también obedeced a los menores, si la orden de casa no se perturba por esto; mas si es menester que vos los mandéis en lo de fuera, teneos por sujeta a ellos en lo de dentro.

Y para hacer esto con mayor esfuerzo, acordaos de cuando el Soberano Maestro y Señor se hincó de rodillas (Joann., XIII), como si fuera sujeto o menor, a lavar los pies de aquellos que bien le querían y de aquel que empleó los pies lavados en ir a entregar a la muerte al que con tanta humildad y amor se los había lavado. Acordaos muchas veces de aqueste paso, traed en vuestra ánima aquella palabra que entonces dijo: *Si yo, siendo Señor y Maestro, os lavé los pies, ¿cuánto más debéis vosotros lavarlos unos a otros?* Y así amad a los menores que estuvieren en vuestra casa como si fuérades padre o madre de ellos, y trabajad por ellos en lo que os hubieren menester como si fuéredes su esclava, llevando con paciencia la pesadumbre de sus condiciones y demasía de sus palabras, y aun las injurias de obra. No seáis humilde para los de fuera de casa, y soberbia para los que están en ella. Ejercitad la virtud con los que tenéis más cerca y más a la mano, y ensayáos en vuestra casa para saber conversar fuera de ella. Y acordaos de aquella santa mujer enseñada por Dios, Santa Catalina de Sena, cuya vida deseo que leáis, no para desear sus revelaciones, sino para imitar sus virtudes, que aunque sus padres la estorbaban el camino que ella tomaba para servir a Dios, no se turbó ni los dejó. Fuera de la celda la echaron donde ella tenía sus santos ejercicios, y en lugar de ella la pusieron que sirviese en la cocina; mas

porque se humilló y obedeció, halló a Dios en la cocina tan bien o mejor que en la celda.

No os ahoguéis vos, si al tiempo que queréis rezar os mandaren vuestros padres o Prelados hacer otra cosa; mas ofreciendo vuestro deseo al Señor haced lo que por vuestros mayores os fuere mandado, con mucha humildad y sosiego, teniendo confianza que obedeciendo a vuestros mayores obedeceréis a Dios; pues que está mandado por El en su cuarto Mandamiento, y no por esto se excusa que podéis vos pedir con humildad a vuestros padres que os den algún lugar apartado y algún tiempo desocupado para vuestros espirituales ejercicios; y habiendo primero pedido al Señor, confiad en su bondad, que ahora os lo conceda, ahora no, todo será para vuestro provecho, si vos osáis tomarlo como de la mano de Dios, con obediencia y sosiego, y vuestros padres darán cuenta al Señor, y no cualquier cuenta, de lo que os mandan a vos: lo cual vos no miréis, mas conviene que lo miren ellos; pues como San Ambrosio dice, «es merced de Nuestro Señor, y muy provechosa, tener hijo o hija que quiera servir a Dios en virginidad, con desprecio del mundo y particular llamamiento de vida espiritual.»

CAPÍTULO CII

Que no todo lo que deseamos o pedimos se ha de llamar propia voluntad, y cómo conoceremos lo que el Señor quiere de nosotros.

Si bien habéis mirado lo que se os ha dicho en estas palabras pasadas, veréis que dos cosas se os han encomendado. Una, que no tengáis voluntad propia, y otra, que sigáis la de Dios. Y para declaración de estas dos partes, conviene deciros que el desear y pedir a Dios particularmente que os libre de algún mal espiritual, en que más peligro corréis, u os dé alguna virtud que particularmente habéis menester, no es vicio de voluntad propia, sino medio, y muy bueno, para hacer la voluntad de Dios, que nos manda apartar del mal y hacer el bien; porque si bien miráis,

el pedir la cosa en particular, por la particular necesidad que en ella hay, ayuda a pedirse con mayor eficacia y más profundo gemido; las cuales son partes para que Dios fácilmente conceda lo que se le pide; lo cual por ventura no concediera, pidiéndose en general, por la tibieza con que se suele pedir; y esta doctrina es conforme a la Escritura divina, pues el Señor nos enseña en la oración del Padrenuestro pedir cosas en particular; y David hacía lo mismo, según se le ofrecían particulares necesidades; y así lo han usado los Santos, pidiendo para sí y para otros; y aunque se puede lo mismo hacer pidiendo cosas temporales, como leemos del ciego que pidió vista al Señor, y otros muchos. (Marc., X.); mas como lo temporal sea cosa menos preciosa, y cuyo amor suele ser peligroso, y cuyo desprecio suele ser alabado, no hay tanta licencia para soltar el corazón a lo desear y pedir, como lo espiritual, aunque no deja de ser bien hecho, si se pide sin congojas demasiadas, y con condición si agrada al Señor. Cerca del cumplimiento de la voluntad del Señor, en que está nuestro bien, me podréis preguntar: ¿en qué la conocéis? A lo cual os digo, que donde hay mandamiento y palabra de Dios o de su Iglesia, no tenéis más que inquirir, sino tened por averiguado que aquello es voluntad del Señor. Y cuando esto no hay, habéis de tener por lo mismo lo que manda vuestro superior, si claramente no consta que manda contra la ley de Dios o de la Iglesia, o contra razón natural; que pues San Pablo dice (Rom., XIII), *que aunque el superior sea infiel, le ha de obedecer el cristiano, no sólo por evitar el castigo, mas por la obligación de la conciencia*, ¿cuánto más será esto de verdad en los superiores cristianos, de los cuales hemos de pensar que Dios les ayuda a mandar lo justo? Y cuando todo esto faltare, tomaréis por voluntad del Señor el consejo que os diere persona de quien se debe tomar. Y no penséis por esto que estáis sin necesidad de pedir la lumbre del Espíritu Santo para acertar a agradar al Señor. Porque nuestras necesidades son tantas y tan en particular, que sin este Maestro, otro no basta. Y codiciará el Rey tu hermosura.

CAPÍTULO CIII

En que se comienza a declarar la palabra que dice; «Y codiciará el Rey tu hermosura.» Y de cuán grande cosa es poner Dios su amor en el hombre, y que no es esta hermosura la corporal, y de cuánto ésta sea peligrosa.



osa es de maravillar que haya hermosura en la criatura que pueda atraer a los benditos ojos de Dios para ser de El codiciada. Dichosa cosa es enamorarse el ánima de la hermosura de Dios. Mas ni es de maravillar que la fea ame al todo hermoso, ni es de tener en mucho que la criatura ame a su Criador, pues se lo debe y recibe de ello eterna paga; mas enamorarse y aplacerse Dios en su criatura, esto es de maravillar y agradecer, y cosa de que tener inefable causa de gloriarse y gozarse. Si es grande honra ser uno preso por Jesucristo, y por título muy honrado se llama San Pablo (Ephes., III; Philip., I) preso de Jesucristo, teniendo en el cuerpo cadenas de hierro y en el ánima cadenas de amor, ¿qué será tener el hombre a Dios preso con el amor? Si es gran riqueza no tener corazón por dárselo a Dios, ¿qué será tener por nuestro el corazón de Dios, el cual da El a quien da su amor, y tras el corazón da a todo sí? Porque de quien es nuestro corazón, de aquél somos sin duda. Grandes y muchos son los bienes que la infinita y divina Bondad da a los hombres; mas no como haciendo mucho caso de todos ellos, en comparación de éste dice Job (cap. VII): *Señor, ¿qué cosa es el hombre, porque lo engrandeces y pones en él tu corazón?* Dando a entender, que pues por dar Dios el corazón, se da El, tanta diferencia va de dar su corazón por amor, a dar otras dádivas, cuanto va de Dios a criaturas. Y si por las otras dádivas debemos gracias, la principal causa es porque nos las da con amor. Y si en ellas nos debemos gozar, mucho más por hallar gracia y amor en los altísimos ojos de Dios. Esta es la verdadera honra nuestra, de la cual nos podemos gloriar, no de que amamos nosotros a El, porque maldito

es quien algún caso hace de sí, ensalzándose de las obras que hace, mas de que un tan alto Rey, a quien adoran todos los ángeles, quiera por su bondad amar a cosas tan bajas como somos nosotros.

Mirad, pues, doncella, si es razón de oír y ver e inclinar a Dios vuestra oreja, pues que el galardón de ello es que codicie Dios vuestra hermosura. Verdaderamente, aunque las palabras que manda fueran muy dificultosas, se tornaran ligeras de cumplir con tales promesas, cuánto más siendo cosa tan poca, con el favor de su gracia, la que nos pide. Mas diréis: ¿De dónde viene al ánima tener hermosura, pues que de sí es pecadora, y de los pecadores se escribe que es denegrida su cara más que carbones? (Thren., IV.) Si este Señor buscase hermosura de cuerpo no es de maravillar que la hallase; porque así como El es hermoso, crió todas las cosas hermosas para que así fuesen algún pequeñuelo rastro de su hermosura inefable, comparada a la cual, toda hermosura es fealdad. Mas sabemos que dice David (Psalm. XLIV), hablando de la Esposa de este gran Rey, *que toda la hermosura de ella consiste en lo de dentro, que es el ánima.* Y esto con mucha razón, porque la hermosura del cuerpo es muy poca cosa, y puede estar en quien tenga muy fea su ánima. ¿Pues qué aprovecha ser fea en lo más y hermosa en lo menos? ¿Qué aprovecha la hermosura en que los hombres pueden mirar, y fealdad en lo de dentro, donde Dios mira? De fuera ángel, y de dentro demonio. Y no sólo esta hermosura no aprovecha para ser amada de Dios, mas aun por la mayor parte es ocasión para ser desamada; porque así como la espiritual hermosura da seso y sabiduría, así la hermosura del cuerpo la suele quitar.

No tiene pequeña guerra la castidad, la humildad y el recogimiento de una parte, contra la hermosura del cuerpo de otra: y a muchas mujeres les fuera mejor extrema fealdad en el rostro para no tener con quién pelear, que gran hermosura y gran liviandad, con que fueron vencidas. No por pequeño mal dice Dios a la tal ánima (Ezech., XXVIII): *Perdiste la sabiduría en tu her-*

mosura; y en otra parte (Ezech., XVI): *Hiciste abominable tu hermosura;* y dice esto, porque cuando con la hermosura del cuerpo se junta fealdad en las costumbres, es abominable la tal hermosura y tornada en fealdad verdadera. Bien veo yo, que si los ánimos de los que miran las cosas hermosas, y de las que son hermosas fuesen puros en buscar a Dios sólo en las escrituras, cuanto ellas fuesen más hermosas, tanto más claro espejo les serían de la hermosura de Dios. Mas ¿adónde está ahora quien no tenga por temer lo que la Escritura dice (Sap., XIV): *Que las criaturas son hechas lazo y cepo para los pies de los necios,* que son los que usan de ellas para ofensas de Dios, quedándose en ellas, siendo ellas criadas para que por ellas sirviesen a Dios y subiesen a El como por una escalera? De estos tales era en un tiempo San Agustín, y por eso lloraba después, y decía: *Andaba yo, Señor, feo por las criaturas hermosas que Tú criaste.* ¿Y adónde está la pureza de la mujer hermosa, para tanto más guardarse limpia en el ánima, cuanto más hermosura ve en su cuerpo? Naturalmente huímos más de ensuciarnos cuando estamos limpios, que cuando no; y hacen al contrario de esto muchas personas, que siendo feas no pecarían tanto, y de la misma limpieza toman ocasión de ensuciarse. Y de éstas dice la Escritura (Proverbios, XI): *Como manilla de oro en el hocico del puerco, así es la mujer hermosa quees loca.* Muy poca honra cataría el puerco al oro que en su hocico tuviese, y no dejaría, por mucho que resplandeciese, de ensuciarlo y meterlo en el hediondo cieno.

Así es la mujer loca, que emplea su hermosura sin algún asco en mil liviandades y hediondeces, ya del cuerpo, ya del ánima; pues si la hermosura no ayuda, antes desayuda a guardar la limpieza de la propia ánima, ¿qué pensáis que hace en las ánimas de quien las mira? ¡Oh, cuán buena cosa sería no tener ellos ojos para mirar, ni ellas pies para andar, ni manos para se hermosear, ni gana para ver ni ser vistas; pues de lo uno y de lo otro suele muchas veces salir el determinado deseo de mala codicia, y darse tantas puñaladas mortales en sus

ánimas, cuántos malos deseos determinados tuvieron! ¿Y quién los contará? ¿Qué dirán a esto los hombres perdidos, y estas miserables mujeres, hermosas al parecer, y feas según la verdad, cuando les falta la hermosura del cuerpo, por la cual tanto trabajaron, y se tornen tan hediondos sus cuerpos en las sepulturas, cuan hediondas andaban sus ánimas debajo los cuerpos hermosos, y sean así presentadas desnudas de bienes delante de los ojos de Aquel al cual no curaron parecer bien, y sean avergonzadas de sus secretas maldades, probando por experiencia que vino el día en que Dios había amenazado echar a perder los nombres de los ídolos de la tierra?

Idolo es la mujer vana y hermosa, que quiere contrahacer a Dios verdadero; pintándose como Dios no la pintó, y queriendo que los corazones de los hombres malamente se ocupen en ellas, y haciendo para ello todo lo que pueden, y deseando lo que no pueden: los nombres muy mentados de éstas destruirlos ha Dios, para que sepan que no aprovecha ser mentadas en las bocas de los hombres, si están raídos del libro de Dios. De esta hermosura os amonesto, doncella de Cristo, que ni aun os acordéis de ella: porque si las mujeres vanas se pasan como quiera donde no las ve hombre y guardan su hermosura para cuando las mire alguna muchedumbre de pueblo o algún alto Príncipe, ¿cuánto más la doncella de Cristo debe hacer otro tanto, esperando aquel día cuando ha de ser vista de todos los ángeles, y del Señor de hombres y de ángeles, cuando parecerá mejor la faz llorosa que la risueña, y el vestido bajo que el precioso, y la virtud que la hermosura? Mas no penséis que basta tener vuestro corazón limpio de esta vanidad, mas conviéneos mucho mirar y remirar, no seáis causa que quien os mirare, se le aparte el corazón de Dios ni un solo punto. Las vanas doncellas del mundo desean parecer bien a los hombres; mas la de Cristo ninguna cosa debe tanto huir ni temer como bien parecer; porque no puede haber peor locura que desear lo que es peligro suyo y ajeno.

Acordaos de lo que San Jerónimo dice a una doncella:

«Guárdate que no des alguna ocasión de deseo malo, porque tu Esposo es celoso, y peor es ser adúltera contra Cristo que contra el marido.» Y en otra parte dice: «Acuérdate que te he dicho que eres hecha sacrificio de Dios: y el sacrificio da santificación a las otras cosas, y cualquiera que de él dignamente participare, será participante en la santificación. Pues de esta manera haz que por tu causa, como por sacrificio divino, se santifiquen las otras, con las cuales así vivas, que quienquiera que tocare tu vida con el mirarte o con el oírte, sienta en sí la fuerza de la santificación, y deseándote mirar, sea hecho digno de sacrificio.» Todo esto dice San Jerónimo.

CAPÍTULO CIV

Que la dignidad de ser esposa de Jesucristo pide grande cuidado en todas las cosas, y del ejemplo que deben mirar en lo exterior y lo interior del ánima las que de ellas quieren gozar.

De lo cual veréis, que esta honra tan grande, que es ser esposa de Cristo, no anda sola ni se ha de poseer con descuido; mas así como es el más alto título que decirse puede, así pide mayor cuidado que otro para tenerlo como conviene. No penséis que por no tener marido que sea hombre terreno, ya por eso habéis de vivir con descuido; mas sabed que estáis obligada a mirar más y más cuanto vuestro Esposo es mayor, y cuanto más cosas son las que El os demanda. Con el marido de acá cumple la mujer con no tener tachas muy grandes; mas con el celestial Esposo no, si no le amáis con todo vuestro corazón y fuerzas: y una palabra, y un rato ocioso, no pasará sin castigo. Y esto no os parezca pesado, porque aun acá en el mundo así pasa, que cuanto una mujer alcanza marido más alto, está obligada a ser ella mejor; pues si podéis, considerad quién es aquel a quien por esposo tomasteis, o por mejor decir, quién por esposa os tomó, y veréis, que aunque lo que mandase fuese pequeño, *por mandarlo El, no hay mandamiento pequeño ni pecado pequeño*, como San Jerónimo dice.

Y porque tal dignidad como ésta no la tengáis indignamente, y la honra no se os torne en deshonra, quiero poneros delante un dechado en que os miréis y de quien algo saquéis, que fué una doncella llamada Asela, de la cual dice San Jerónimo: «Ninguna cosa había más alegre que su gravedad, ni más grave que su alegría; ninguna cosa más suave que su tristeza, ni más triste que su suavidad: así tenía amarillez en la cara, que aunque fuese señal de abstinencia, no mostraba hipocresía: su palabra callaba, y su callar hablaba: ni muy tardo ni muy apresurado su andar: su hábito a la continua de una misma manera: su limpieza era sin ser procurada, y su vestido sin curiosidad, y su atavío sin atavío; y por sola bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde es tenido por miseria, los buenos digan bien de ella, y los malos no osen murmurar de ella.» Este es el dechado que debéis mirar para lo de fuera, que para lo de dentro no hay sino Jesucristo puesto en la cruz, al cual tanto más os debéis conformar cuanto tenéis nombre de mayor unión con El, que es casamiento.

CAPÍTULO CV

Que no debe desmayar a las doncellas la grandeza del estado, porque el Esposo, que es el Señor, da lo necesario: y del consejo con que se debe tomar: y del alegría con que se debe guardar: y de los grandes bienes que en él hay.

Mas mirad no desmayéis, por la mucha santidad que vuestro título pide, temiendo más el estado que gozándoos con él. Cuando oyéredes que os amonesta cosas tan altas, no debéis derribaros, mas esforzaros: porque así como las cargas y mantenimiento del matrimonio no cargan principalmente sobre los hombros de la mujer, mas cumple ella con guardar bien lo que el marido trae ganado, y trabajar con su flaqueza lo que pudiere, así no penséis que os tomó el Señor por esposa para dejar sobre vuestros hombros los trabajos de mantener vuestra ánima, pues que ni

vos seréis para ello, ni quiere El que la honra de ser vos la que debéis, sea vuestra. Plega a El que sepáis vos darle vuestro corazón y responderle a sus inspiraciones, que El os enviará; y que no ensucies con tibieza, o con soberbia, o con negligencia, o con indiscretos fervores el agua limpia que en vuestra ánima lloverá: que en lo demás vuestra ánima ha de reposar, no en confianza de vos, mas de vuestro Esposo, que sabe y quiere, y puede muy bien manteneros, si vos de vuestra voluntad de su casa no os vais.

Y aun en las cosas que arriba os he dicho que habéis de hacer, no las esperéis de vos sola; mas pedid al mismo Señor que os ayude, que en todo lo sentiréis piadoso Padre y Esposo. El estado de virginidad que tenéis, no se debe tomar livianamente, por cualquiera devoción que venga, ni por no poder hallar casamiento con hombre; mas como cosa en que mucho va, ha de haber mucho consejo y experiencia, y aparejo para servir a Cristo, y haberlo encomendado a Dios días y años muy de corazón, porque no se guarde negligentemente lo que livianamente se toma. Mas cuando es tomado, cómo y por el fin que es razón, debe tener mucha alegría la persona que lo tuviere, porque es estado de incorrupción y estado de fecundidad; porque así como la bendita Virgen María, que por su excelente y limpísima virginidad se llama Virgen de vírgenes, y es amparadora de vírgenes, dió fruto y no perdió la flor de su limpieza, así las vírgenes, que son de verdad vírgenes, tienen fruto en su ánima y entereza en su cuerpo. Porque este celestial Esposo, Cristo, no es como los de la tierra, que quitan la hermosura e integridad a sus esposas; mas es tan guardador de hermosura y tan amador de limpieza, que, como dice Santa Inés: *A El sólo guardo mi fe, a El sólo me encomiendo con toda devoción, al cual cuando amare soy casta, cuando lo tocare soy limpia, cuando lo recibiere soy virgen. Ni faltarán hijos de aquestas bodas, en las cuales hay parto sin dolor, y la fecundidad de cada día es acrecentada.* Esto dice Santa Inés, como quien probaba la suavidad de este celestial Desposado; porque confusión y no pequeña, es

para la doncella que se llama esposa de Cristo no gustar más de las condiciones y suavidad de su Esposo, que si fuera una extranjera.

¡Oh, cuántos dolores ahorra la virginidad, y cuántos cuidados y desasosiegos! Unos que por fuerza los trae el mismo estado del matrimonio de carne; otros que de la mala condición del marido suelen nacer. Mas acá, los hijos son gozo, caridad y paz y otros semejables que cuenta San Pablo (Galat. V). El Esposo, bueno pacífico rico, sabio, hermoso, y según la esposa dice en los Cantares (Cant., IV), todo para desear. ¿No os parece, pues, que hace este Rey gran merced a quien toma, no sólo para esclava o sirviente, mas para esposa? ¿No os parece buen trueco, parto con gozo por parto con dolor? ¡Hijos de descanso por hijos de cuidado, y que ellos traen consigo la dote, y el placer y la honra? Por cierto, como San Jerónimo dice hablando a una madre de una doncella, *no sé por qué tienes por mal que tu hija no quiso ser mujer de un caballero por ser esposa del Rey, y que te hizo a ti suegra de Cristo.* No resta, pues, doncella, sino que así os alegréis con el estado que el Señor por su bondad os dió, que tengáis cuidado de ser la que debéis, y así temáis de vuestra flaqueza, que confiéis en el Señor, que acabará en vos lo que ha comenzado, para que así, ni de la merced hecha os dé alegría vana, ni el temor de lo mucho que debéis os derribe; mas entre temor y esperanza caminéis, hasta que el temor se quite con el perfecto amor que en el cielo habrá, y la esperanza, cuando tengamos presente y sin temor de perder aquello que aquí en ausencia esperábamos.

CAPÍTULO CVI

De cuatro condiciones que se requieren para ser una cosa hermosa; y cómo al ánima que está en pecado le faltan todas cuatro.

Mucho nos hemos apartado de la pregunta que preguntamos, ¿de dónde hermosura al ánima, para que Dios la codicie? Y ha sido la causa, porque no pensemos que lo había este Rey por la hermosura del cuerpo. Ahora tornemos a nuestro propósito. Habéis de saber, que para ser una cosa del todo hermosa, cuatro cosas se requieren. La una cumplimiento de todo lo que ha de tener; porque faltando algo, ya no se puede decir hermosa, como faltando una mano o pie, o cosa semejante. La segunda es proporción de un miembro con otro, y si es imagen de otra cosa ha de ser sacada muy al propio de su dechado. Lo tercero ha de tener pureza de color. Lo cuarto suficiente grandeza; porque lo pequeño, aunque sea bien proporcionado, no se dice del todo hermoso.

Pues si consideramos todas estas condiciones en el ánima pecadora, hallaremos que ni una sola de ellas tiene. No cumplimiento, porque faltándole la fe o la caridad y dones del Espíritu Santo, los cuales había de tener, no se puede decir hermosa a quien tantas cosas le faltan; no tiene proporción entre sí, porque ni obedece la sensualidad a la razón, ni la razón a Dios. Mayormente, siendo el ánima criada a imagen de Dios era razón que para guardar su hermosura fuera semejable en las virtudes a su dechado, como lo es en su ser natural. Pues siendo Dios bueno y el ánima mala, Dios limpio y ella sucia, Dios manso, ella airada, y así en lo demás, ¿cómo puede haber hermosura en imagen que tan disconforme está a su dechado? Pues lo tercero, que es una luz espiritual de gracia y conocimientos, que avivan la hermosura del ánima, como los colores al cuerpo, también le falta; porque ella anda en tinieblas, y está denegrida más que carbones, como lo llora Jeremías (Thren., IV): pues menos tiene lo cuarto, pues no hay cosa más poca ni chica,

que ser pecador, que es nada y menos que nada. De manera, que faltándole todas las condiciones para ser hermosa, sin duda será fea; y porque todas las ánimas, que en los cuerpos que de Adán vienen son criadas, ordinariamente son pecadoras, síguese que todas son feas.

CAPÍTULO CVII

Cómo la fealdad del pecado es tan mala, que ningunas fuerzas naturales, ni ley natural o de Escritura, bastaban a la quitar, sino Jesucristo, en cuya virtud se quitaba en todo tiempo, y daba la gracia.



STA fealdad de pecado es tan dificultosa, y por mejor decir, es tan imposible de ser quitada por fuerzas de criatura, que todas juntas no pueden hermosear una sola ánima fea: lo cual denota el Señor por Jeremías, diciendo (Jerem., II): *Si te lavares con salitres, y con abundancia de jabón, todavía estás manchada en mi acatamiento:* quiere decir, que para quitar esta mancha, ni aprovecha salitre de reprensiones de los Profetas, ni recios castigos de la Ley vieja, ni tampoco blandura de los halagos y prometimientos que Dios entonces hacía. Manchados estaban los hombres entre los castigos y entre las consolaciones; entre amenazas y promesas, *porque por las obras de la Ley vieja ninguno era justificado delante los ojos de Dios,* como dice San Pablo (Galat., III), y por eso no podía haber hermosura para ser codiciada de Dios, pues no había justificación, que es causa de la hermosura.

Y si en la ley y sacrificios dados por Dios no podía darse hermosura, claro es que menos la habría en la ley de naturaleza, pues que no tenía tantos remedios contra el pecado como la de Escritura: que la hermosura que entonces hubo en los ánimos de muchos que fueron justos, así en la ley de naturaleza como de Escritura, alcanzóse por derramamiento de sangre del precioso Cordero Jesucristo Nuestro Señor, el cual, como dice San Juan (Apoc., XIII), *fué muerto desde el principio del mundo.* Porque aunque fué muerto en la cruz en los postreros

días del mundo, que así llaman los Apóstoles al tiempo de la venida de Cristo, dice ser muerto desde el principio del mundo, porque desde entonces comenzó su muerte a obrar perdón y gracia en los que la tuvieron, tomándola como en fiado, para después la pagar en la cruz; porque ordenó Dios, que así como un padre fué la cabeza y fuente del pecado, y muerte para todos los que de él viniesen por vía ordinaria, así quiso que uno fuese, por el cual fuesen libres todos los que lo quisiesen ser del mal en que el otro nos había metido, y aun de los que añadimos nosotros.

Así dice San Pablo (Rom., V), *que como por la inobediencia de uno fueron constituídos pecadores muchos, así por la obediencia de otro serán constituídos justos muchos.* Y así como la obediencia que Jesucristo tuvo a su Padre hasta la muerte, y muerte en cruz, no sólo hace justos por imitación, mas dando verdadera justicia, así el mal que Adán nos hizo, no sólo fué sernos ejemplo de pecar, mas hacernos de verdad pecadores con pecar él. Y así lo que San Pedro dijo (Act., IV) *que no hay otro nombre debajo del cielo, en el cual nos convenga ser salvos, sino en el de Jesucristo,* no sólo se entiende desde que Dios encarnó, mas desde el principio del mundo, según hemos dicho, pues los que estaban en gracia de Dios lo estaban por merecimientos de aqueste Señor, mediante la fe y penitencia.

Y aunque circuncidando a un niño se le daba gracia con que quedaba justo, y el pecado original perdonado, mas no le daba la circuncisión gracia; que aquello guardábase para los Sacramentos de la nueva Ley; mas era una protestación de la fe, que del Mesías que había de venir entonces se debía. Y si después cuando grande, perdía la gracia por algún pecado mortal, ofrecía algún animal, según Dios lo mandaba, cuya sangre se derramase en el templo, no para justificar, porque no tenía virtud para ello, sino para que el pecador protestase la fe que tenía en el Señor que había de venir, y con esta fe y con la interior penitencia de sus pecados, que Dios le inspiraba, era hecho participante de la preciosa sangre

de Cristo, que se había de derramar para el perdón de los pecados. Y no sólo había remedio en la ley de Escritura por fe y penitencia interior, según hemos dicho, mas también en la ley de naturaleza, aunque no se requería tan explícita la fe en Nuestro Señor: y también había exteriores protestaciones de aquesta fe, cuales el Señor, que quiere que todos se salven, les inspiraba; para que aunque las gentes diversas, y los ritos en lo exterior fuesen diversos, el Salvador sea uno, medianero de Dios y los hombres, Hombre Cristo Jesús, como dice San Pablo (I Tim., II).

CAPÍTULO CVIII

Que Cristo Nuestro Señor con su Sangre quita la fealdad del ánima y la hermosea; y que fué más conveniente que el Hijo se hiciese Hombre, que no el Padre, ni el Espíritu Santo; y de la grande fuerza de la Sangre de Cristo.



ONSIDERAD, pues, cuán fea es, y cuánto se debe huir la mancha que causa el pecado, pues una vez recibida en el ánima, ni se pudo lavar con tanto derramamiento de sangre que por mandamiento de Dios se ofrecía en su templo, ni todas las fueezas humanas para ello bastaron: y si el hermoso Verbo de Dios no viniera a hermosearnos, duráranos para siempre la fealdad del pecado; mas viniendo el Cordero sin mancha, pudo, supo y quiso lavar nuestras manchas; y destruyó nuestra feladad, y diónos su hermosura. Y para que veáis cuán razonablemente el Hijo de Dios, más que el Padre y el Espíritu Santo, convenía que con su Sangre hermosease nuestra ánima fea, considerad que como se atribuye al Padre la eternidad, y al Espíritu Santo el amor, así al Hijo de Dios, en cuanto Dios, se le atribuye la hermosura, *porque El es perfectísimo, sin defecto alguno, y es imagen del Padre*, como San Pablo dice (Hebr., I), y tan al propio, que por ser engendrado por vía de entendimiento, es semejable del todo a su Padre, el cual le dió la misma esencia que El tiene: de manera, que quien a El ve, ve al Padre, como dice el Santo Evangelio (Joann., XIV): pues por esta propor-

ción tan igual del Hijo con el Padre, con razón se le atribuye la hermosura, pues tan al propio está sacada la imagen de su dechado.

Luz no falta, pues que se llama Verbo, que es cosa engendrada por el entendimiento y en el entendimiento, como lo dice San Juan (cap. I), *que era luz verdadera*. Grandeza no le falta, pues tine inmensidad infinita, y por esto convino que este Hermoso, por quien fuimos hechos cuando no éramos, viniese a repararnos después de perdidos; y vistiéndose de carne, tomase en ella la semejanza de nuestra fealdad, y diese en nuestras ánimas la lindeza de su hermosura. Y aunque el ser nosotros castigados ni halagados, no nos podía quitar nuestra mancha, fué de tanto valor el ser castigado el Hermoso, que cayendo sobre sus hombros el recio salitre de su Pasión, cayó sobre nosotros el blando jabón de su blancura. Y aunque Dios dice al pecador (Jerem., II): *Aunque te laves con salitre y hierba de jabón, no serás limpio;* mas dando a entender que había de enviar remedio para esta mancha, dice en otra parte: *Si fueren vuestros pecados como grana, serán blanqueados como la nieve;* y si fueren bermejos como sangre con que tiñen carmesí, serán blancos como lana blanca. Muy bien creía esto David cuando decía (Psalm., L)): *Rociarme has con hisopo, Señor, y seré limpio. Lavarme has, y seré emblanquecido más que la nieve.* Hisopo es una hierba pequeña y un poco caliente, y tiene propiedad para purgar los pulmones por do resollamos. Y esta hierba juntábanla con una vara de cedro, y ataban la hierba al palo con una cuerda de grana dos veces teñida, y atado junto, decíanle hisopo, con el cual mojado con sangre y agua, otras veces con agua y ceniza, rociaban al leproso y al que había tocado cosa muerta, y con aquello era tenido por limpio.

Muy bien sabía David que ni la hierba, ni el cedro, ni la sangre de pájaros, ni de animales, ni el agua, ni ceniza no podían dar limpieza en el ánima, aunque la figuraban: y por eso no pide a Dios que tome en su mano este hisopo, y lo rocíe con él, mas dícelo por la humanidad y humildad de Jesucristo Nuestro Señor; la cual se dice hierba,

porque nació de la tierra de la bendita Virgen María, y porque nació sin obra de varón, como la flor nace del campo sin ser arado ni sembrado. Y por esto dice (Cant., II): *Yo soy flor del campo:* y esta hierba se dice pequeña, por la bajeza que en este mundo tomó hasta decir (Psalm. XXI): *Gusano soy y no hombre, deshonra del hombre y desprecio del pueblo.* Esta carne humillada es remedio contra el viento de nuestra soberbia tan loca, que no pueda ser curada con esta gran humildad, pues no es razón que se ensalce el gusano viendo abatido al Rey de la Majestad. Y no se os olvide que el hisopo es caliente, porque Cristo por el fuego del amor que en sus entrañas ardía se quiso abajar para nos purgar, dándonos a entender que si el que es alto se abaja, ¿cuánta razón es que el que tiene tanto por qué se bajar no se ensalce? Y si Dios es humilde, el hombre lo debe ser.

Esta carne medicinal fué junta al palo del cedro, cuando fué puesta en cruz, y atada con delgada hebra de lana dos veces teñida; porque aunque duros, y gruesos y largos clavos le tenían fijados con ella los pies y las manos, si su abrasado hilo de amor no le atara a la cruz, queriendo El entregar su vida para matar nuestra muerte, poca parte fueran los clavos para le tener. De manera, que no ellos, mas el amor le tenía, y este amor es doblado, como grana dos veces teñida; porque por satisfacer a la honra del Padre que por los pecados era ofendido, y por amor de los pecadores que estaban perdidos, padeció El lo que padeció.

CAPÍTULO CIX

Que la sacra humanidad de Cristo fué figurada en la ropa del Sumo Sacerdote, y en el velo que Dios mandó hacer a Moisés; y que era lo que David pedía cuando pidió ser rociado con hisopo para quedar limpio.

La ropa que el Sumo Pontífice de la ley se vestía, había de ser grana teñida dos veces; porque la santa humanidad de Cristo, que es su vestidura, se había de teñir en sangre derramada por amor de Dios y del prójimo; y esta carne puesta

en la cruz es el velo que Dios mandó hacer a Moisés (Exodo, XXVIII) de jacinto, carmesí y grana dos veces teñida, y de blanca y retejida holanda, hecho con labores de aguja, y tejida con hermosas diferencias. Porque esta santa humanidad es teñida con sangre, como el carmesí; es abrasada con fuego, significado en la grana, según hemos dicho; es blanca, como la holanda, con castidad e inocencia; y es retejida, porque no fué muelle, ni relajada, mas apretada debajo de toda disciplina virtuosa y de muchos trabajos. Y está bien significada en el jacinto, que tiene color de cielo, porque es formada por obra sobrenatural del Espíritu Santo, y por eso se llama celestial, con otras muchas lindezas y virtudes que tiene, formadas por el saber muy sutil de la sabiduría de Dios. Y este velo manda que se cuelgue en cuatro columnas que lo sustenten, que quiere decir, que en cuatro brazos de cruz fué puesto Cristo. Y cuatro Evangelios le ponen, y predican manifiesto delante del mundo.

Pues como el real profeta David fué tan alumbrado Profeta en saber los misterios de Cristo que habían de venir, viéndose afeado con aquel feo pecado cuando tomó la oveja y mató al pastor, temiendo la ira del Omnipotente, con la cual estaba amenazado por boca del Profeta Nathán (Reg., XII), suplica a Dios que le hermosee su fealdad, no con hisopo material, pues que él mismo David dice a Dios (Psalm. L), no te deleitarás con sacrificios de animales; mas pide ser rociado con la carne de Jesucristo, atado con cuerdas y lazos de amor en la cruz, confesando que su fealdad sea mucha, e imposible a él de quitarla, que será emblanquecido más que la nieve con la sangre que de la cruz cae.

¡Oh, Sangre hermosa de Cristo hermoso! Que aunque eres colorada más que los rubíes, tienes poder para emblanquecer más que la leche! Y quien viera con cuánta violencia eres derramada por los sayones, y con qué amor eras derramada del mismo Señor, cuando de buena gana, Señor, extendías tus brazos y tus pies para ser sangrado de brazo y tobillo, para remediar nuestra soltura tan mala, que en deseos y obras tenemos. Gran fuerza ponen

contra Ti tus contrarios; mas muy mayor fuerza te hizo tu amor, pues que no ellos, mas él te venció. *Hermoso llama David a Cristo* (Psalm. XLIV), *sobre todos los hijos de los hombres:* mas este hermoso sobre hombres y ángeles quiso disimular su hermosura y vestirse en su cuerpo, y en lo de fuera de la semejanza de nuestra fealdad que en nuestras ánimas teníamos, para que así fuese nuestra fealdad absorbida en el abismo de su hermosura, como lo es una pequeña pajica en un grandísimo fuego, y nos diese su imagen hermosa, haciéndonos semejables a El.

CAPÍTULO CX

De cómo Cristo disimuló todas las cuatro condiciones de la hermosura por nos hacer hermosos; para lo cual se declara un lugar de Isaías.

Si bien miramos las condiciones ya dichas que se requieren para ser uno hermoso, todas las cuales están excelentemente en el Verbo divino, hallaremos que todas las disimuló y escondió, para que siendo escondidas en El se manifestasen en nosotros. Muy entero y acabado y lleno es el Verbo de Dios, pues ninguna cosa le falta ni le puede faltar, y quita El la falta a todas las cosas. Mas este tan rico en el seno del Padre, miradle hecho hombre en el vientre y brazos de su Madre, y por todo el discurso de su vida y muerte, y veréis cuántas veces le faltó el comer y el beber en toda su vida, cuán falto de cama para echarse cuando le puso la Virgen en el pesebre, porque ni cama ni lugar tenía en el portal de Belén. ¿Cuántas veces le faltó con qué remediar su frío y calor, y no tenía sino lo que le daban? Y si en la vida no tenía en qué reclinar su cabeza, como El lo dice, ¿qué diréis de la extrema pobreza que en su muerte tuvo, en la cual menos tenía donde reclinar su cabeza, porque, o la había de reclinar en la cruz, y padecer extremo dolor por las espinas que más se le hincarían en ella, o la había de tener abajada y en vago, no sin grave dolor? ¡Oh, sagrada cabeza! De

la cual dice la Esposa (Cant., V), *que es oro finísimo, por ser cabeza de Dios*, y cuán a tu costa pagas lo que nosotros contra tu amor nos reclinamos en las criaturas, amándolas, y queriendo ser amados y alabados de ellas, haciendo cama de reposo en lo que habíamos de pasar de camino hasta descansar en ti! Y la causa por que pasa esta falta y pobreza, declara San Pablo diciendo (II Cor., VIII): «Bien sabéis, hermanos, la gracia que nos hizo Nuestro Señor Jesucristo, que siendo El rico se hizo pobre por nos, para que con la pobreza de El fuésemos nosotros ricos.»

¿Veis aquí, pues, disimulada muy por entero la primera condición de hermosura, que es ser en todo cumplido, pues le falta tanto en el suelo al que en el cielo es la misma abundancia? Pues si miráis a la otra condición del hermoso Verbo de Dios, cómo es perfectísima imagen del Padre, igual a El, y porporcionada con El, hallaréis que no menos que la primera, la disimula en la tierra. Decidme: ¿qué es el Padre, sino fortaleza, saber, honra, hermosura, bondad y gozo con otros semejantes bienes, que todos ellos son un bien infinito? Pues poned de una parte este admirable dechado, glorioso en sí, y adorado de ángeles, y acordaos de aquel paso que había de pasar y traspasar a lo más dentro de nuestras ánimas, de cuando la hermosa imagen del Padre, Jesucristo Nuestro Señor, fué sacado de la audiencia de Pilato, cruelmente azotado y vestido con una ropa colorada, y con corona de escarnio en los ojos de los que le veían y de agudo dolor en el cerebro de quien la tenía, las manos atadas, y con una caña en ellas, los ojos llenos de lágrimas que de ellos salían, y de sangre que de la cabeza venía, las mejillas amarillas y descoloridas y llenas de sangre y afeadas con las salivas que en su faz habían echado, y con este dolor y deshonra fué sacado a ser visto de todo el pueblo, diciendo: *Mirad al hombre:* y esto para que a El se le creciese vergüenza de ser visto de ellos, y ellos hubiesen compasión de El viéndolo tal, y dejasen de perseguir a quien tanto veían padecer.

Mas, ¡oh! con cuán malos ojos miraron las penas de

quien más se penaba por la perdición de ellos que por su propios dolores, pues en lugar de apagar el fuego de su rabiosa malquerencia con el agua de sus deshonras, ardióles más y más, como fuego de alquitrán que arde en el agua, y no escucharon la palabra a ellos dicha por Pilato: *Mirad el hombre;* mas no queriendo verle allí, dicen que lo quieren ver en la cruz. ¡Anima redimida por los dolores de Cristo! escuchad vos, y escuchemos todos esta palabra: *Veis ahí el hombre, o mirad el hombre;* porque no seamos ajenos de la redención de Jesucristo, no sabiendo mirar y agradecer sus dolores. Cuando quieren sacar alguna cosa para ser vista, suelen ataviarla lo mejor que pueden para que enamore a los que la vieren; y cuando quieren sacar otra para que sea temida, cércanla de armas y de cuantas cosas pueden, para que hagan temblar a los que la vieren; y cuando quieren sacar alguna imagen para hacer llorar, vístenla de luto, y pónenle todo lo que incita a tristeza. Pues decidme: ¿qué fué el intento de Pilato en sacar a Cristo a ser visto del pueblo? No por cierto para ser amado ni temido, y por eso no lo hermoseó ni cercó de armas y caballeros, mas sacólo para aplacar los corazones crueles de los judíos con la vista del Redentor; y esto no por amor, que bien sabía Pilato que entrañablemente le aborrecían; mas queríalos aplacar a poder de sus grandes tormentos y a propia costa de su delicado cuerpo: y por eso atavió Pilato tan ataviado a Cristo de tormentos tales y tantos que pudiesen obrar compasión en los corazones de los que lo viesen, aunque muy mal le quisiesen. Y por tanto, es de creer que lo sacó lo más afligido y abatido y deshonrado que él pudo, reviéndose en afearle, como se revén en una novia para ataviarla; para que por aquesta vía aplacase la ira de los que le desamaban, pues no podía por otras que había intentado.

Pues, decidme: si salió Cristo tal, que basta a apagar el fuego de la malquerencia en los corazones de los que le aborrecían, ¿cuánta razón es que su vista y salida encienda fuego de amor en los corazones de quien lo conoce por Dios y le confiesa por Redentor? Mucho tiempo antes

que esto acaeciese vió el Profeta Isaías este paso, y contemplado al Señor dijo (Isa., LIII): «No tiene lindeza, ni hermosura: mirámosle y no tenía vista, y deseámosle despreciado y el más abatido de los hombres, varón de dolores, y que sabe de penas; su rostro estuvo como escondido y despreciado, y por tanto, no le estimamos. Verdaderamente, El llevó nuestras enfermedades, y El mismo sufrió nuestros dolores, y nosotros le estimamos como leproso y herido de Dios, y abajado.» Si estas palabras de Isaías quisiéredes mirar una por una, veréis cuán escondida estuvo la hermosura de Cristo en el día que trabajó para hermosearnos. Dice la Esposa en los Cantares hablando con Cristo (Cant., V): *Hermoso eres y lindo, amado mío.* Y aquí dice Isaías, que no tiene lindeza ni hermosura; y Aquel en cuya cara se revén los ángeles y la desean mirar, aquí dice que no tiene vista (Hebr., IX). Y Aquel que cuando entró en este mundo fué por mandado del Padre adorado de todos los ángeles, ahora que sale del mundo es despreciado de muy viles hombres.

Dice David de Cristo (Psalm. LXXXVIII): «Que es ensalzado sobre todas las obras de las manos de Dios.» Y dice Isaías (cap. LIII): «Que está el más abatido de todos los hombres.» Y si esto fuera comparándolo con los que eran buenos, no fuera tanto el desprecio. ¿Mas qué diréis? Que siendo cotejado con Barrabás, matador y alborotador y ladrón, les parece mejor que Cristo, que es dador de la vida, hacedor de las paces del Padre y del mundo; y está tan lejos de tomar lo ajeno, que, como dice David (Psalm. LXVIII), *pagó lo que no tomó.* Cristo no tenía porqué tener dolor, pues la causa de él es el pecado que en el mundo cupo; mas llámale aquí Isaías varón de dolores, que quiere decir, muy abundante de dolores; porque aunque no supo por experiencia de malos deleites, es varón que sabe de muy recias penas, porque las experimentó, y en tanta abundancia, que diga El por boca de David: *Muy llena de penas está mi ánima.*

Cristo se llama luz, porque con sus admirables palabras y obras alegraba y sacaba de tinieblas al mundo;

mas esta luz, dice Isaías que tuvo su gesto como escondido, porque si solamente es mirado con ojos del cuerpo, no sé quién le pudiera conocer por el rostro, por mucho que antes lo hubiera tratado; lo cual no es mucho de maravillar, porque aunque la Virgen, para siempre bendita, y en aquel día la más lastimada de las mujeres, lo parió y envolvió, y se remiraba en su cara como en un espejo luciente; mas con todo esto creo que si allí estaba presente en este paso de tanto dolor, miraba y remiraba, con cuanta atención las lágrimas de los ojos y el dolor del corazón le daban lugar, si aquel su benditísimo Hijo, que tan de otro color y manera estaba que antes le había conocido; y si los que lo miraban creyeran que todo esto pasaba el Señor, no porque lo debiese, mas porque amaba a los que lo debíamos, fuera alivio a la pena de Cristo. ¿Mas qué diremos que dice Isaías que lo tuvieron por herido de Dios y abatido? Porque pensaban que Dios lo abatía así por sus pecados, y que merecía aquello y mucho más, y por eso pidieron que fuese puesto en la cruz. De manera, que de fuera quitaban sus ojos de mirarle porque habían asco de El, como de un leproso, y en el corazón lo tenían por malo y digno de aquello y mucho más. Cosa era para mirar y llorar: que si le miraban, escupían hacia El, y si no le miraban, había grandes ascos, como de cosa muy fea; lo que de El hablaban eran injurias, que tanto lastimaban como los dolores, y con todo decían que no tenían lo que merecía, mas que lo pusiesen en cruz.

CAPÍTULO CXI

De las muchas y grandes maravillas que sacó el Señor de los mayores males que los hombres han hecho en matar a Cristo: y de la diversa operación que esta palabra «mirad a este hombre», ha obrado en el mundo, dicha de Pilato y predicada de los Apóstoles.

QUIÉN no se maravillará y dará alabanzas a Dios por su saber infinito, que por modo tan extraño quiso redimir al mundo perdido, sacando los mayores bienes de los mayores males que los hombres hicieron? ¿Qué cosa peor en el mundo se ha

hecho ni se hará, que deshonrar y afear, y atormentar y crucificar al Hijo de Dios? ¿Mas de cuál otra cosa tantr provecho vino al mundo, como de esta bendita Pasión? Pensaba Pilato, cuando ataviaba a este desposado con atavíos de muchos dolores, que para los ojos de aquel pueblo no más lo ataviaba, y atavióla para ser visto de todo el mundo universo, sirviendo en esto, aunque él no lo sabía, a lo que Dios antes había prometido, diciendo (Isa., LII): *Verá todo hombre la salud de Dios*. Esta salud, Jesucristo es, al cual dijo el Padre (Isa., XLIX): «En poco tengo que despiertes a servirme las tribus de Jacob, y que me conviertas las heces de Israel. Yo te di en luz de las gentes, para que seas salud mía hasta lo postrero de la tierra.»

Jesucristo predicó en persona a las ovejas que habían perecido de la casa de Israel no más; y después sus santos Apóstoles, en el mismo pueblo de Israel, comenzaron a predicar, y convirtiéronse, no todos los judíos, mas algunos, y por esto dice las heces; mas no paró la salud del Padre, que es Cristo, en el pueblo de los judíos, mas salió cuando fué predicado por los Apóstoles en el mundo, y ahora lo es, acrecentándose cada día la predicación del nombre de Cristo a tierras más lejos, para que así sea luz, no sólo de los judíos que creyeron en El, a los cuales predicó en propia persona, mas también a los gentiles que estaban en ceguedad de idolatría tan lejos de Dios; y entonces se cumple lo que aquel santo cisne Simeón cantó, ya que se quería morir, diciendo (Luc., II): «Ahora dejas, Señor, a tu siervo en paz, según tu promesa, porque vieron mis ojos a tu salud, la cual persiste ante el acatamiento de todos los pueblos, lumbre para los gentiles, y honra para tu pueblo de Israel.»

Si miramos que Cristo fué puesto por mano de Pilato a ser visto de aquel pueblo en su propia casa, y después en lo alto de la cruz en el monte Calvario, claro es, que aunque de todo estado y linaje, naturales y extranjeros, que habían venido a la Pascua, había gran copia de gente; mas no fué Cristo puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos, como dice Simeón en su cantar.

Y, por tanto, es Cristo puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos cuando es predicado en el mundo por los Apóstoles y sucesores, de los cuales dice David (Psalm. XVIII), *que en toda la tierra salió su sonido, y hasta los fines de la tierra sus palabras:* y Cristo así predicado, es luz entonces y ahora para los gentiles que le quieren creer, y es luz y honra para los judíos, que también le quieren creer, como lo nota San Pablo, diciendo: *De los cuales viene Cristo, según la carne, el cual es sobre todas las cosas, Dios bendito por todos los siglos.*

Pues miremos cuán de otra manera lo ordenó Dios de como lo pensaba Pilato; él pensaba que ponía a Cristo en acatamiento de aquella gente no más, y dijo: *Veis ahí al hombre:* y pensó, cuando no quisieron que fuese suelto, mas pidieron que lo crucificase, que ya no había Cristo de ser más visto de nadie. Mas porque vió el Padre Eterno que tal espectáculo como aquel de su Unigénito Hijo, imagen de su hermosura, no era razón que tan pocos ojos ni tan malos lo mirasen, ni que a corazones tan duros se presentase, ordenó que se diese otra voz muy mayor, y que sonase en el mundo, y por boca de muchos y muy santos pregoneros, que dijesen mirad este hombre, porque la voz de Pilato sonaba poco, y era uno y malo, y lleno de temor, por el cual sentenció a muerte a Cristo (Joann., XIX): y no merecía ser él pregonero de esta palabra: *Mirad a este hombre:* y por eso la mandó Dios pregonar a otros, y tan sin temor, que antes quisieron y quieren morir que ni un solo punto dejar de predicar y confesar la verdad y gloria de Cristo.

Pilato era sucio, porque era infiel y pecador; mas de los pregoneros de esta voz: *mirad a este hombre,* profetizó Isaías diciendo (Isa., LII): «Cuán hermosos son los pies sobre los montes de los que predican buenas nuevas de paz y de bienes, y que dicen: «Sión, reinará tu Dios.» El Dios de Sión es Jesucristo, en cuya persona dice David (Psalm. II): *Yo soy constituído Rey de mano de Dios sobre Sión, Monte Santo suyo, predicando su Mandamiento.* Y este Rey que predica el Mandamiento

del Padre, que es la palabra del Santo Evangelio, comenzó a reinar en Sión, cuando fué recibido el domingo de Ramos por Rey de Israel, en el templo que estaba puesto en el monte de Sión. Y para dar a entender que este reino había de ser en las cosas espirituales, se dice en David ser constituído Rey sobre el monte de Sión, que es monte donde estaba el templo en que a Dios se ofrecía su divino culto.

Y después cuando este Señor envió en el mismo monte Sión el Espíritu Santo sobre los suyos, y fué predicado públicamente en medio de Jerusalén, y en las orejas de los Pontífices y fariseos, entonces se acrecentaba su reino; y cuando se convirtieron del primer sermón de San Pedro casi tres mil hombres, crecía este reino (Act., II). Y cuando más gente se convertía, predicaban los Apóstoles a Sión: *Reinará tu Dios;* como quien dice, aunque ahora este Señor es conocido de pocos, mas siempre irá creciendo su reino, hasta que al fin del mundo reine en todos los hombres, galardonando con misericordia a los buenos, y castigando con vara de hierro de rigurosa justicia a los malos. Esta es la voz de los predicadores de Cristo, que dice: *Reinará tu Dios.* Y porque en el corazón del hombre sucio no reina Cristo, pues reina el pecado, no es razón que predique a los otros el reino de Cristo el que en su ánima no consiente reinar a Cristo. Y por eso dice Isaías (cap. LII) *que son hermosos los pies de los que predican la paz.*

En los pies son significados los deseos del ánima, que han de ser hermosos; y por eso no quiere Cristo que se cubran con zapatos los pies de los predicadores por la parte de arriba, porque lo hermoso de ellos lo pone Dios en público para ejemplo de muchos. Mas mire mucho quien tiene limpios los pies (Joann., XIII), no piense que él se los limpió, mas dé gracias a Aquel que lavó el Jueves Santo los pies a los discípulos con agua material, y lava las ánimas de todos los lavados con su Sangre bendita. No era, pues, razón, que tan limpio Rey como Cristo fuese anunciado con boca sucia, como la de Pilato, ni que para espectáculo en que tantas y tan gran-

des maravillas había que mirar, como era Cristo, cuando salió a ser visto del pueblo, hubiese un pregonero no más y que tan poco sonase.

Y si Pilato pensó que ya no había de haber memoria de Cristo, ni quien de El hubiese compasión, ordenó Dios que en lugar de los pocos que le escupían hubiese ya, y habrá muchos que con reverencia le adoren. Y en lugar de los que no querían mirarle de asco, haya muchos más que se revean en mirar aquella benditísima cara, aunque esté puesta en cruz, como espejo muy luciente; y en lugar de los que pensaban que lo que padecía lo merecía, haya tantos que confiesen que ningún mal hizo porque padeciese, sino que ellos pecaron, y El padeció por amarlos. Y si la crueldad de aquéllos fué tanta que no hubieron de El compasión, mas pidieron que fuese muerto en la cruz, quiere Dios que haya muchos que deseen morir por Cristo y digan con toda su ánima: «Heridas tenéis, amigo, y duélennos; yo las tuviera por vos.»

No piense Pilato que atavió a Cristo en balde, aunque no pudo mover a compasión de El a los que allí estaban, pues que tantos, acordándose de estos trabajos de Cristo, han tanta compasión de El, que están azotados y coronados, y crucificados en el corazón con El, como dice San Pablo de sí, y en persona de muchos.

CAPÍTULO CXII

De cuánta razón es que nosotros miremos a este hombre Cristo con los ojos que lo miraron muchos de aquellos a quien lo predicaron los Apóstoles, para quedar hermosos: la cual hermosura se nos da por su gracia y no por nuestros merecimientos.

Muy justa cosa es, doncella, que estas razones tan justas y estos ejemplos tan vivos de muchos os muevan a que, quitada toda tibieza, se fije en vuestro corazón con amor entrañable el que por vos con graves dolores fué puesto y fijado en la cruz, y que no seáis vos de los duros que aquella voz oyeron en balde, mas de los que oírla fué causa

de su salvación. No seáis de aquellos que no supieron estimar al que presente tenían, mas de los que dice Isaías (cap. LII): «Deseamos verle, porque muchos reyes y profetas desearon ver la faz, y oír la voz de Cristo Nuestro Señor.»

Mirad, pues, doncella, a este hombre Cristo, que por un indigno pregonero suyo es pregonado. Mirad a este hombre para oír sus palabras, porque este es el Maestro que el Padre nos dió. Mirad a este hombre para imitar su vida, porque no hay otro camino para ser salvo, si El no. Mirad a este hombre para haber compasión de El, pues que estaba tal, que bastaba a mover a compasión a los que mal le querían. Mirad a este hombre para llorar, porque nosotros le paramos con nuestros pecados tal cual está. Mirad a este hombre para le amar, pues padece tanto por vos. Mirad a este hombre para os hermosear, porque en El hallaréis cuantos colores quisiéredes, con que os hermoseéis. Bermejo, de las bofetadas que recientes le han dado; cárdeno, de las que rato ha en la noche pasada le dieron; amarillo, con la abstinencia de la vida toda y trabajos de la noche pasada; blanco, de las salivas que en la cara le echaron; denegrido de los golpes, que le habían magullado su sagrada cara; las mejillas hinchadas, y de cuantos colores las quisieron pintar los sayones; porque según está profetizado por Isaías (capítulo L), en persona de Cristo, *mis mejillas dí a los que las arrancaban, y mi cuerpo a quien lo hería.* ¿Qué matices, qué aguas, qué blanco, qué colorado hallaréis aquí para os hermosear, si por vuestro descuido no queda? Mirad, doncella, a este hombre, porque no puede escapar de muerte quien no le mirare: porque así como alzó en un palo Moisés la serpiente en el desierto para que los heridos mirándola viviesen, y quien no la mirase muriese, así, quien a Cristo puesto en el madero de la cruz no mirare con fe y con amor, morirá para siempre.

Y así como arriba os dije que hemos de suplicar al Padre diciendo: *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo,* así nos manda el Eterno Padre diciendo: «Mira, hombre, la faz de tu Cristo; y si quieres que mire Yo a su faz para

te perdonar por El, mira tú a su faz para me pedir perdón por El». En la faz de Cristo nuestro medianero se junta la vista del Padre y la nuestra. Allí van a parar los rayos de nuestro creer y amar, y los rayos de su perdonar y hacer mercedes. Cristo se llama Cristo del Padre, porque el Padre lo engendró, y le dió lo que tiene. Llámase Cristo nuestro, porque se ofreció por nos, dándonos todos sus merecimientos. Mirad, pues, en la faz de vuestro Cristo, creyendo en El, confiando en El, amando a El, y a todos por El. Mirad en la faz de vuestro Cristo, pensando en El, y cotejando vuestra vida con El, para que en El, como en espejo, veáis vuestras faltas, y cuán lejos vais, para que conociendo vuestras faltas que os afean, toméis de sus lágrimas y de su sangre, que por su cara hermosa veis correr, y con dolor limpiéis vuestras manchas y quedéis hermosa. Así como los judíos quitaban los ojos de Cristo porque le veían tan maltratado, así Cristo quita sus ojos del ánima que es mala, y la abomina como leprosa; mas después que la ha hermoseado con la gracia que le ganó con sus trabajos, pone sus ojos en ella diciendo (Cant., IV): *Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres; tus ojos son de paloma, sin lo que está escondido dentro.*

Dos veces dice hermosa, porque ha de ser justa y hermosa en cuerpo y en ánima; de dentro en deseos, y de fuera en obras; y porque ha de ser más lo de dentro que lo de fuera, por eso dice: «sin lo que de dentro está escondido»; y porque la hermosura del ánima, como dice San Agustín, consiste en amar a Dios, por eso dice: «tus ojos son de paloma»; en lo cual se denota la intención sencilla y amorosa, que a sólo agradar a Dios mira, sin mezcla de interés propio. Mirad, pues, a Cristo, porque os mire Cristo a vos. Y así como no habéis de pensar que El haya hecho alguna cosa por la cual El mereciese tomar sobre sí imagen de feo, así no penséis que habéis vos merecido la hermosura que El os ha dado: de gracia, que no de deuda, se vistió nuestra fealdad, y de gracia y sin deuda nos vistió de esta hermosura. Y a los que piensan que la hermosura que tienen en su ánima la tie-

nen de sí, dice Dios por Ezequiel (cap. I): «Perfecta eres con mi hermosura, que había puesto sobre ti, y teniendo fiucia en tu hermosura, fornicaste en tu nombre, y pusiste tu fornicación a cualquiera que pasaba, para ser hecha suya.» Esto dice Dios; porque cuando un ánima atribuye a sí misma la hermosura de justicia que Dios le dió, es como fornicar consigo misma, pues quiere gozar de sí misma en sí y no en Dios, que es su verdadero Esposo, del cual le viene el ser hermosa, y quiere más gloriarse en su nombre, que es fornicar en su nombre, que gloriarse en Dios, que le dió lo que tiene.

Y por eso con mucha razón le quita Dios la hermosura que le había dado, pues se le quería alzar con ella. Y como este vano y mal aplazamiento, que en sí mismo se toma, es soberbio y principio de todo mal, por eso dice: «pusiste tu fornicación a cualquiera que pasa»; porque el soberbio, como tiene por arrimo a sí mismo, que es vanidad, a cualquier viento es llevado y hecho cautivo de cualquier pecado que pasa; y con mucha razón, pues no quiso humillarse para permanecer teniendo a Dios por arrimo. Mirad, pues, este hombre en sí, y miradlo en vos. En sí, para ver quién sois vos: en vos para ver quién es El; sus deshonras y abatimientos vos las merecíades, y por eso aquello es vuestro; lo bueno que en vos hay, suyo es, y sin merecerlo vos, se os ha dado.

CAPÍTULO CXIII

En que se prosigue el modo cómo habemos de mirar a Cristo, y cómo en El todo cuanto hay es hermoso; y que lo que en el Señor parece feo a los ojos de la carne, como son tormentos y trabajos, es grande hermosura.

Si sabéis aprovecharos de lo que os he dicho, pondréis toda vuestra atención a mirar con espirituales ojos a este Señor, y hallaréis que os será más provechoso que si con solos los ojos de carne le viéredes: porque a los ojos de carne parecía Cristo afeado, mas a los de la fe muy hermoso. A los del cuerpo, dice Isaías, que estaba su faz como es-

condida; mas a los ojos de la fe no hay cosa que se le esconda: mas como ojos de lobo cerval que ven tras paredes, traspasan lo que parece de fuera, y entrando en lo interior hallan fortaleza divina debajo de aquella humana flaqueza, y debajo de la fealdad y desprecio hermosura con honra. Y por eso lo que dijo Isaías: «Vímosle, y no tenía hermosura», díjolo en persona de los que lo miraron con ojos del cuerpo no más.

Mas tomad, doncella, la luz de la fe, y mirad más adentro, y veréis cómo éste que sale en semejanza de pecador, es justo y justificador de pecadores; éste que muere, es inocente como cordero; éste que tiene la cara muy amarilla, es en sí muy hermoso, y por hermosear a los feos se paró tal: y pues mientras el esposo más pasa por la esposa y más se abaja, más lo debe ella ensalzar: y mientras más sudado viene y con heridas y sangre por amor de ella, más hermoso le parece mirando el amor con que se puso a trabajos por ella, claro es que, mirando la causa de tomar Cristo esta fealdad, parecerá más hermoso mientras más afeado. Decidme: si la primera condición de hermosura escondió, cuando de rico y abundante se abajó a que le faltasen muchas cosas, ¿qué fué la causa, sino porque a nos ningún bien faltase? Y si fué hecho al parecer desemejable a la imagen del Padre hermoso, no fué sino porque ordenó el Padre de no darnos hermosura, sino tomando su Hijo nuestra fealdad; y si escondió lo tercero, que es la luz o calor cuando aquella sagrada cara estaba amortiguada y obscurecida, y aquellos ojos lucientes se obscurecían, ya que quería morir, y después de muerto, ¿porqué fué esto, sino por dar luz y color vivo a nuestras obscuridades, según El mismo lo figuró, cuando de su saliva, que significa a El cuanto a Dios, y a la tierra, que significa la humildad, hizo lodo, que significa su abatida Pasión, y con aquella bajeza recibió vista el ciego, que significa el género humano?

Y si lo cuarto, que es el ser grande, El escondió cuando se hizo hombre, y el más abatido de todos los hombres, ¿por qué fué, sino para conformarse con los chicos y pegarles su grandeza? Según fué figurado en el grande

Elíseo (IV Reg., IV), que para resucitar el muchacho chico se encogió y midió con él, y así le dió vida. Pues si San Agustín dice, que amando a Dios somos hechos hermosos, claro es que en la obra de mayor amor, más somos hermosos; pues ¿en qué cosa tanto se mostró el grande amor que Jesucristo tenía a su Padre, como en padecer por su honra, como El dijo: *Porque conozca el mundo que amo al Padre, levantaos, y vamos de aquí*? ¿Mas adónde iba? Claro es que a padecer: y pues mientras una es mejor obra, tanto es más hermosa, porque lo bueno es hermoso y lo malo feo, claro está que cuanto Cristo más padecía, mejor obra era. Y, por tanto, mientras más abajado y afeado, más hermoso es a los ojos de quien conoce que quien lo pasó no lo debía, mas pasólo por honra del Padre y provecho de nosotros.

Estos son los ojos con que habéis de mirar a este hombre siempre, para que siempre os parezca hermoso, como lo es; y también para que sepa Pilato allá en el infierno, do está, que pone Dios unos ojos a los cristianos con los cuales, mirando a Cristo, tanto más hermoso les parezca cuanto él más afearlo quiso. Ahora oíd cómo todo esto dice San Agustín: «Amemos a Cristo; y si algo feo halláremos en El, no le amemos. Aunque El halló en nosotros muchas fealdades, y nos amó: y si halláremos en El algo feo, no le amemos; porque el estar vestido de carne, por lo cual se dice de El, vímosle y no tenía hermosura; si considerares la misericordia con que se hizo hombre, allí también te parecerá hermoso; porque aquello que dijo Isaías (cap. LIII): *Vímosle, y no tenía hermosura*, en persona de los judíos lo decía. ¿Mas por qué le vieron sin hermosura? Porque no le miraron con entendimiento. Mas a los que entienden el Verbo hecho hombre (Galat., VI), gran hermosura les parece; y así dijo uno de los amigos del Desposado: «No me glorío yo en otra cosa, sino en la cruz de Jesucristo Nuestro Señor.» ¿Poco os parece, dice San Pablo, no haber vergüenza de las deshonras de Cristo, sino que aun os honráis de ellas? ¿Por qué no tuvo Cristo hermosura? Porque Cristo crucificado es escándalo para los judíos, y parece necedad a los infie-

les gentiles. ¿Mas por qué tuvo Cristo en la cruz hermosura? (I Cor., I). Porque las cosas de Dios que parecen necedad, son más llenas de saber que lo sabio de todos los hombres. Y las cosas de Dios que parecen flacas, son más fuertes que lo más fuerte de todos los hombres; y pues así es, parézcanos Cristo esposo hermoso, siendo Dios hermoso, palabra acerca del Padre. Hermoso también en el vientre de la Madre, adonde no perdió la divinidad y tomó la humanidad. Hermoso el Verbo nacido infante, porque aunque El era infante que no hablaba cuando mamaba, cuando era traído en los brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron alabanzas, la estrella trajo a los Reyes Magos, fué adorado en el pesebre, en el que fué puesto como manjar de animales mansos. Hermoso, pues, en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en el vientre de la Madre, hermoso en los brazos de Ella, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso convidando a la vida, hermoso no temiendo en nada la muerte, hermoso dejando su ánima cuando expiró, hermoso tornándola a tomar cuando resucitó, hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro, hermoso en el cielo, hermoso en el entendimiento. La suma y verdadera hermosura, la justicia es. Allí no le verás hermoso, adonde le hallares no justo. Y pues en todas partes es justo, en todas partes es hermoso.» Todo esto dice San Agustín.

Y cierto; si con estos ojos mirásedes a Cristo, os parecería feo, como a los carnales que en su Pasión le despreciaban. Mas con los santos Apóstoles, que en el monte Tabor lo miraban (Luc., IX), pareceros ha su rostro resplandeciente como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve; y tan blancas, que, como dice San Marcos, ningún batanero sobre la tierra las pudiera emblanquecer tan bien. Lo cual significa que nosotros, que somos dichos vestidura de Cristo porque le rodeamos y ataviamos con creerle, y amarle y alabarle, somos tan emblanqueados por El, que ningún hombre sobre la tierra nos pudiera dar la hermosura que El nos dió de gracia y justicia. Parézcaos El como el sol, y las ánimas por El redimidas blancas como la nieve. Aquellas, digo, que con-

fesando y aborreciendo con dolor su propia fealdad, piden ser hermoseadas en esta piscina de sangre del Salvador. De la cual salen tan hermosas, justas y ricas, con la gracia y dones que reciben por El, que bastan a enamorar los ojos de Dios, y que le sean cantadas con gran verdad y alegría las palabras ya dichas: «Deseará el Rey tu hermosura.»

DEO GRATIAS

EPISTOLARIO ESPIRITUAL

EPISTOLARIO ESPIRITUAL

PRIMER TRATADO

PARA

PRELADOS, SACERDOTES, PREDICADORES Y RELIGIOSOS

1—CARTA QUE ESCRIBIÓ EL PADRE MAESTRO JUAN DE AVILA A UN PREDICADOR: TRATA DE LA ALTEZA A QUE LOS TALES SON LEVANTADOS, Y DE CÓMO SE HAN DE HABER CON DIOS Y CON LAS ÁNIMAS; DE LO MUCHO QUE LE HAN DE COSTAR, Y DEL ÁNIMO QUE PARA ELLO HAN DE TENER

CHARÍSSIME: Dos cartas de V. R. he recibido, en las cuales me hace saber del nuevo llamamiento con que Nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos a gloria suya: *Sit ipse benedictus in sæcula*. Que no se desprecia de tomar por instrumento de tan gloriosa cosa a una cosa tan baja, y hablar, siendo Dios, por una lengua de carne, y levantar al hombre a que sea órgano de la divina voz y oráculo del Espíritu Santo. Cristo Hombre fué el primero en quien este espíritu lleno y vivificativo de los oyentes se aposentó, engendrando por la palabra hijos de Dios y muriendo por ellos, por lo cual mereció ser llamado (1) *Pater futuri sæculi*. Y porque de El y de sus bienes hay comunicación con nosotros, así como nos hizo hijos siendo El Hijo, y sacerdotes siendo El Sacerdote, hízonos El siendo gracioso, graciosos; El amado y bendito, semeja-

(1) Isa., IX.

bles a El; y siendo heredero del reino del Padre, sómoslo nosotros también en El y por El, si estamos en gracia (1). Así, porque no quedase en el tesoro de su riqueza cosa de la cual no nos diese parte, teniendo El espíritu para ganar los perdidos, compasión para ganar las ánimas enajenadas de su Criador, palabra viva y eficaz para dar vida a los que la oyeron, consoladora para los contritos de corazón (2): *Linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lapsus est verbo;* quiso poner de este espíritu y de esta lengua en algunos para que a gloria suya puedan gozar del título de Padres del espiritual ser, como El es llamado, según que San Pablo osadamente afirma (3): *Per Evangelium ego vos genui.*

Quiere el amado San Juan que veamos (4): *Qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus.* Razón es que con ella agradezcamos y seamos Padres de los hijos de Dios; y por la una y la otra sea conocido Dios en ser largo y bueno sobre los hijos de los hombres. Debe, pues, V. R., para el oficio a que ha sido llamado, atender mucho que no se amortigüe en el espíritu de hijo para con Dios, Padre común; y en el espíritu de Padre para con los que Dios le diere por hijos. Por lo primero será reverenciadísima aquella altísima Majestad, adorándola con humildad muy profunda, no haciendo cuenta de su propio ser, metiéndolo en el inefable abismo del suyo, y serle fiel buscando en todo y por todo la gloria de El, renunciando y abjurando *ex toto corde* la propia, diciendo con José (5): *Todas las cosas que mi Señor tiene, me dió en las manos, salvo a ti, que eres su mujer.* La gloria de Dios sea para Dios, pues que son para en uno, que si a otro la queremos dar, ¿qué cosa más mal casada ni mayor adulterio que la gloria del Criador con la criatura? Esposa buscamos no nos alcemos con ella, ánimas, en las cuales se ha aposentado

(1) Rom., XIII.
(2) Isa., L.
(3) I Cor., IV.
(4) Joann., III.
(5) Genes., XXXIX.

Cristo, y nosotros olvidados porque más se acuerden de El, salvo en cuanto El ve que es necesario, para que por nuestra memoria y estima le estimen y amen a El. Este deseo de la honra de Dios ha de mover al buen hijo para nunca cansarse, a con palabras y obras, publicar la fama y renombre de este gran Padre, y no tener aquí otro descanso sino cuando le hubiere hallado algún lugar, en el cual, como en templo, sea adorado, reverenciado y amado como el único y natural Hijo que al cabo de esta jornada notificó a lo que había sido enviado y lo que había hecho en toda su vida (1): *Pater manifestavi nomen tuum hominibus*. Y no dió sueño a sus ojos, ni entró en el descanso hasta que halló descanso para el Señor y morada para el Dios de Jacob. Esta reverencia y celo de la honra del Padre, y esta obra hasta la muerte de cruz, no se aparte de la memoria del que es llamado para el oficio de publicar la gloria de Dios como fiel hijo. Teniendo, pues, el espíritu de su Hijo para con Dios, con el cual (2) *Clamamus: Abba Pater*. Teniendo en nuestras entrañas reverencia, confianza y amor puro para con Dios, como un hijo fiel para con su padre; resta pedir el espíritu de padre para con sus hijos que hubiéremos de engendrar; porque no basta para un buen padre engendrar él, y dar la carga de educación a otro; mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándolos de este lugar de peligro, como el padre suele tener gran cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada.

Y este cuidado tan perseverante es una particular dádiva de Dios y una expresa imagen del paternal y cuidadoso amor que nos tiene. De arte, que no sé, libro, ni palabra, ni pintura, ni semejanza que así lleve al conocimiento del amor de Dios con los hombres, como este cuidadoso y fuerte amor que El pone en un hijo suyo, con otros hombres, por extraños que sean: y qué digo

(1) Joann., LVII; Psalm. CXXXI.
(2) Rom., VIII.

extraños, ámalos aunque sea desamado; búscales la vida aunque ellos le busquen la muerte, y ámalos más fuertemente en el bien que ningún hombre, por obstinado y endurecido que estuviese con otros, los desama en el mal. Más fuerte es Dios que el pecado, y por eso mayor amor pone a los espirituales padres, que el pecado puede poner desamor a los hijos malos. Y de aquí es también que amamos más a los que por el Evangelio engendramos, que a los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne. Y también este cuidadoso amor del bien de los otros pone muy gran confianza al que lo tiene, que Dios lo tiene de él mismo; porque viendo él en su corazón tan pequeño y miserable y tan inclinado al propio provecho arder un fuego vivísimo y muy más fuerte que todas las aguas, aunque sean de la muerte, para con los otros, parécele que más arderá el fuego de amor en el corazón bueno de Dios, cuanto va de bondad a maldad y de fuego a frialdad. Y muy necesario es que quien a este oficio se ciñe, que tenga este amor, porque así como los trabajos de criar los hijos, así chicos como cuando son grandes, o no se podrían llevar como se deben, sino de corazón de padre o madre, así tampoco los sinsabores, peligros y cargas de esta crianza no se podrían llevar si este espíritu faltase. Con atención y casi sonriéndome leí la palabra que V. R. en su carta dice: que le parece dulce cosa engendrar hijos y traer ánimas al conocimiento de su Criador; y respondí entre mí: *Dulce bellum inexpertis*. El engendrar no más, confieso que no tiene mucho trabajo, aunque no carece de él; porque si bien hecho ha de ir este negocio, los hijos que hemos por la palabra de engendrar, no tanto han de ser hijos de voz, cuanto hijos de lágrimas; porque si uno llora por las ánimas, y otro predicando las convierte, no dudaría yo de llamar padre de los así ganados al que con dolores y con gemidos de parto lo alcanzó del Señor, antes que al que con palabra pomposa y compuesta los llamó por defuera. A llorar aprenda quien toma oficio de padre para que le responda la palabra y respuesta divina, que fué dicha

a la madre de San Agustín por boca de San Ambrosio: *Hijo de tantas lágrimas no se perderá.*

Al peso de gemidos y ofrecimientos de vida da Dios los hijos a los que son verdaderos padres, y no una sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios dé vida a sus hijos como suelen hacer los padres carnales. Y si esta agonía se pasa en engendrar, ¿qué piensa, Padre, que se pasa en los criar? ¿Quién contará el callar que es menester para los niños que de cada cosita se quejan, el mirar no nazca envidia por ver ser otro más amado o que parece serlo que ellos? ¿El cuidado de darles de comer, aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros angelicales por descender a dar sopitas al niño? Es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa. Y está algunas veces el corazón del padre atormentado con mil cuidados, y tendría por gran descanso soltar las riendas de su tristeza y hartarse de llorar, y si viene el hijito, ha de jugar con él y reír como si ninguna otra cosa tuviese que hacer. Pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrúpulos, con otros mil cuentos de siniestros que toman, ¿quién los contará? ¿Qué vigilancia para estorbar no vengan a ellos? ¿Qué sabiduría para saberlos sacar después de entrados? ¿Paciencia para no cansarse de una y otra, y mil veces oírlos preguntar lo que ya les han respondido, y tornarles a decir lo que ya se les dijo? ¡Qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran!, porque si se mueren, créame, Padre, que no hay dolor que a esto se iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre. ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno; no con ver que si unos mueren otros nacen; no con decir lo que suele ser suficiente en todos los otros males. «El Señor lo dió, el Señor lo quitó; su nombre sea bendito» (1).

(1) Job., I.

Porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima a Dios, y sea deshonra de Dios y acrecentamiento del reino del pecado nuestro contrario bando, no hay quien a tantos dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco; que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría si posible fuese.

Cierto, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos los otros. Por tanto, a quien quisiere ser padre, conviénele un corazón tierno y muy de carne para haber compasión de los hijos, lo cual es muy gran martirio; y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre o le hagan del todo dejar el oficio, o desmayar, o pasar algunos días que no entienda sino en llorar, lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar; sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reír con otros, y no hacer como hizo Aarón (1), que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprendido de Moisés porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él: *¿Cómo podía yo agradar a Dios en las ceremonias con corazón lloroso?* Acá, Padre, mándanos siempre busquemos el agradecimiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazón querría; porque por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De arte, que si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, dan una tristeza muy triste; y así no es el corazón del padre sino un recelo continuo y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado, y una continua oración encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como San Pa-

(1) Lev., X.

blo decía (1): «Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor.» Razón es que diga a V. R. algunos avisos que debe guardar con ellos, los cuales no son sino sacados de la experiencia de yerros que yo he hecho; querría que bastase haber yo errado para que ninguno errase, y con éste daría yo por bien empleados mis yerros. Sea el primero, que no se dé a ellos cuanto ellos quisieren, porque a cabo de poco tiempo hallará su ánima seca, como la madre que se le han secado los pechos con que amamantaba sus hijos: no los enseñe a estar de todo colgados de la boca del padre; mas si vinieren muchas veces, mándeles ir a hablar con Dios en la oración aquel tiempo que allá habían de estar; y tenga por cierto que muchos de éstos que frecuentan la presencia de sus espírituales Padres, no tienen más raíz en el bien de cuanto están allí oyendo; y más es un deleite humano que toman en estar con quien aman y oyen hablar, que en estar tomando cebo con que crezcan en la vida espiritual. Y de aquí es, que no crecen más un día que otro, porque piensan que todo lo ha de hacer el padre hablando; y así hacen perder el aprovechamiento a su padre, y no crece en ellos cosa alguna.

Tienen también esta condición: que en cualquiera tribulación que les venga, luego corren a sus padres todos turbados, porque ninguna fuerza tienen en sí; y aunque el padre no deba faltar en tales tiempos, mas decirles ha que vayan delante Nuestro Señor, y se le representen con aquella pena, porque no pierdan tal tiempo de comunicación con El, que es el mejor de los tiempos. Y para que le oigan con atención les envía Dios la pena, no para que se vayan a consolar con los hombres y pierdan las grandes lumbres y aprovechamientos que Dios suele dar al que acorre a El en el tiempo de las tribulaciones. La suma de esto es que les enseñe a andar poco a poco sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados; mas tenga algún nervio de virtud, y no se dé él tanto a otros que pierda su recogimiento y pesebre de Dios; por-

(1) I Thesal., III.

que más provecho hará con hablar un poco, si sale de corazón encendido, que con derramar palabras frías acá y acullá: el medio en esto pídalo a su conciencia mirando que no se enfríe; y lo que mejor es, pídalo al soberano Maestro que se lo enseñe por el espíritu suyo. *Item*, no se meta en remediar necesidades corporales, salvo ordenando en general como se remedie, así como ordenando esa cofradía o cosas semejantes, y con eso cumpla, y sépanlo así sus hijos, que no han de llegarse a El, ni esperen de él favor temporal alguno; porque si en esto no mira, sería grande estorbo para el camino que quiere caminar. Y esto está mandado en el Concilio Cartaginense IV, donde se dice (1): «El Obispo no haga por sí mismo los negocios de las viudas y huérfanos y peregrinos, sino por el Arcipreste o Arcediano»; y dijo abajo (2): «Que solamente entienda en la lección y oración, y palabra de predicación: ruegos de jueces o de personas a quien se debe algo, porque suelten o esperen, huya de ello, y si mucho le importunaren, cumpla con darles una breve carta en que lo ruegue con toda modestia. Finalmente, de todo esto temporal huya, acordándose cómo el Señor daba en rostro, diciendo (3): *Buscáisme, no por las señales que visteis, mas porque comisteis y os hartasteis.*

Este regla tiene excepción; si supiere de alguna particular necesidad corporal de la cual penda cosa del ánima, entonces puede entender en ella, lo cual acaece pocas veces en la verdad, aunque quien la padece diga que muchas. No descubra a hijos secretos particulares de la comunicación de Dios consigo ni con otra persona; porque hallará por experiencia tan poco secreto en ellos, que no lo pudiera creer si no lo probara, si no fuere cosa particular de persona secreta que se le pueda fiar. No les suelte la rienda a comulgar cuantas veces quisieren, que muchos comulgan más por liviandad que no por profunda devoción y reverencia; y acaece a éstos venir a

(1) Concilio Cartag. IV, c. 17.
(2) Idem, c. 20.
(3) Joann., VI.

estado que ninguna mejoría ni sentimiento sacan de la Comunión, y esto es grande daño, y se debe evitar; téngalos siempre debajo de una profunda reverencia a este misterio; y al que sin ésta viere, repréndale y quítele el pan hasta que mucho lo desee y se conozca muy indigno. Al vulgo basta comulgar tres o cuatro veces en el año, a los medianos nueve o diez veces, a las personas religiosas de quince a quince días, y si son casadas se puede esperar a tres semanas o un mes; y a los que muy particularmente viere tocados de Dios y se conociere casi a los ojos el provecho, comulguen de ocho a ocho días, como aconsejó San Agustín (1): «Y más frecuencia de esto no haya, si no se viese tan grande hambre y reverencia, o alguna extrema tentación o necesidad que otra cosa aconsejase, en lo cual se tenga miramiento de algunas personas cerca de esto. Y creo que hay muy pocos que les convenga frecuentar este misterio más que de ocho a ocho días.» Y San Buenaventura dice (2): «Que en todos los que él conoció, no halló quien más a menudo de aqueste término lo pudiese recibir.» San Francisco de Paula (3), primero confesaba cuatro o cinco veces en el año; después de muy santo, cada domingo. Aprendan en pago de aquella celestial comida a hacer algún servicio a Nuestro Señor, o en ir quitando alguna pasión cada día, o en otra cosa alguna que corresponda a cada vez que comulgare; que allegarse a los pies del confesor y luego al altar, tornarse ha en tanta costumbre a algunos, que casi ninguna cosa hay más para aquéllos que aquel ratico que están allí. También me parece cerca de esto, que V. R. no curase de confesar ordinariamente, porque hay algunos peligros en ello, que quizá le turbarán; y porque será tan combatido, que no tendrá tiempo para entender en lección ni oración, lo cual conviene que nunca se deje, porque luego es todo casi perdido.

Si alguna cosa quisieren de él, dígales que le digan

(1) San Agustín.
(2) San Buenaventura.
(3) San Francisco de Paula.

aquello particularmente, y respóndales a ello. Y muchos hay que para contar sus necesidades corporales piden confesión, y no cae hombre en ello hasta que ha perdido el tiempo; y dígolo así, porque por maravilla se saca provecho de los que así viven. Otros para contar una cosa o escrúpulo, piden confesión; debe decir a éstos: «Mirad: si alguna cosa particular me queréis decir que no la fiáis de otro, u os parece que yo la podré remediar, decídmela, que la confesión no faltará con quien se haga»; y es buen proveimiento tener hablado a algunos confesores y praticado con ellos el arte de confesar, para que entrambos sean a una, y enviar a aquellos los que vinieren a pedir confesión, diciéndoles: «Yo os daré quien os confiese mejor que yo.» Y es bien tener tasa en el negociar, porque si a cada hora que vienen les ha de responder, no le dejarán rato de quietud. Señáleles a la mañana y tarde ciertas horas, y si en otras vinieren, avise al portero que les diga que vengan a sus horas. *Item*, conviene mucho a los hijos que de nuevo nacen encomendar el silencio, porque como sienten un poco de vino nuevo en el corazón, luego querrían hablar de lo que sienten y quedan por esto vacíos; porque, como dijo San Bernardo (1): «El más apto instrumento para vaciar el corazón es la lengua.» Callen y obren, y disimulen todo lo posible el don que Nuestro Señor les ha dado, porque ya sabe el proverbio que dice: *Hablar como muchos, y sentir como pocos*. Y de no guardar este proverbio, se sigue, o que los otros persiguen al nuevo caballero de Jesucristo y derríbanlo por impaciencia, o alábanlo por santo, y derríbanlo con mayor caída. Y, por tanto, mientras el árbol está en flor, bien es guardarlo de todo inconveniente, no se hagan luego maestros queriendo predicar a los otros: no piensen que los que no siguen lo que ellos, van perdidos; mas pongan los ojos sobre su salud solamente, y óbrenla como dice San Pablo (2), con temor y con temblor, dejando el negocio ajeno al Señor, que sabe lo que

(1) San Bernardo.
(2) Philip., II.

cada uno tiene y en qué parará. Finalmente, los haga vivir *in timore Domini*. Y coman su pan en silencio. Y si algún poquito de liviandad y soberbia viere en ellos, repréndaselo gravemente, conforme al Soberano Maestro, cuando a los discípulos que se gloriaban, dijo (1): *Videbam Sathanam*.

Las recetas generales que se deben dar a los que quieren servir al Señor, demás de las dichas, son cuatro. La primera, que frecuenten los Sacramentos de la Confesión y Comunión, como es dicho: y para bien se confesar hanse de examinar cada noche de lo que han pasado aquel día, y de allí tomar lo principal, y encomendarlo al papel por cifras, y principalmente a la memoria para brevemente confesar. La segunda, que sean muy amigos de la lección, porque según la gente está durísima, esle muy provechoso leer libros de romance, libros que son más acomodados para esto: *Passio duorum: Contemptus mundi:* los abecedarios espirituales (la segunda parte, y la quinta, que es de la oración; la tercera parte no la dejen leer comúnmente, que les hará mal, que va por vía de quitar todo pensamiento, y esto no conviene a todos) *Los Cartujanos son muy buenos, Opera Bernardi, Confesiones de San Agustín*. La tercera cosa es la oración, en la cual es menester mucho tiento porque no se tome en daño lo que Nuestro Señor nos dejó para provecho nuestro. *In primis*, les ha de aconsejar se desocupen un poco por la mañana y otro a la tarde o noche, y recen algunas oraciones vocales a las cinco llagas, o algunas horas. Después de rezar, lean un poquito en cosa que sea conforme a lo que quieren meditar, así como si tienen los pasos de la Pasión repartidos para cada día de la semana, lo cual es buen orden. Y si quieren hoy pensar en el Huerto, lean en aquel paso, y aunque no lo lean todo, no hace al caso, que otra semana pasarán a otro poco, y así a los otros pasos; que con leer, recógese el corazón y caliéntase algo, y hallan alguna puerta los principiantes para entrar en la meditación, que de otra manera pasan grave trabajo

(1) Luc., X.

si no hace el Señor merced particular. Y después de haber leído, mediten un poco por la mañana en un paso de la Pasión con todo sosiego de ánima, contentándose con aquella vista sencilla y humilde, acatando a los pies del Señor y esperando su lismona y misericordia: y sobre esto oigan Misa, meditando aquel paso que en casa pensaban. En la tarde o noche recen otro tanto y lean, y después piensen en la hora de su muerte, y cómo han de ser presentados ante el juicio del Señor; y acúsense, y avergüéncense, y aféntense delante del acatamiento de Dios, sintiéndose como si estuviesen presentes, y pongan a una parte los bienes que han recibido y a la otra los males que ellos han hecho, y pidan al Señor sentimiento de su propia maldad, y allí pueden pensar un poco en el infierno y reprenderse de las faltas aquel día cometidas.

Todo se ha de hacer con el más sosiego que pudieren, para que si Dios los quisiere hablar, no los halle tan ocupados en hablarlo todo ellos que calle Dios: *Intellige quæ dico, dabit enim tibi Dominus in omnibus intellectum.* Avísenles que guarden la cabeza, y que se contenten con estar un rato en la presencia del Señor, aunque otra limosna no reciban, y de aquel meditar, aunque sea seco, se saca algún bien. Algunos hay a quien Dios toma los corazones y obra en ellos, que no es menester sino recogerse a Dios; y luego hallan tanta lluvia de pensamientos buenos y comunicación de él, que no han menester sino seguir tal guía. Otros hay tan rudos, que no es necesario imponerlos en más que rezar y leer. Entre día encomiende que piensen o en la presencia de Dios o en aquel paso que pensaban por la mañana. Toda esta meditación se ha de hacer no llevando la imaginación a partes lejos de sí, sino dentro de sí, o a par de sus pies, porque es cosa más descansada y más provechosa para arraigarse en el corazón. La cuarta cosa es, que entiendan en obras de caridad, cada uno según pudiere: quien pudiere dar limosna, casa, consejo, no deje nada por hacer, que aunque algún poco el ánima se distraiga, no cure de ello; ni todo se ha de gastar en recogimiento, ni todo en acción ex-

terior. Alguna penitencia espiritual, si son mozos. La unción del Espíritu Santo le enseñará, etc.

En lo que me manda que le diga de los libros que ahora se usan, no tengo cosa que me parezca digna de se la enviar. De lo que yo me he aprovechado en esa parte es la *Suma de vitiis et virtutibus*, de Guillermo Parisién. Esto es, carísimo, lo que se me ha ofrecido escribir, y sabe el Señor entre cuántas ocupaciones, tomando y dejando la pluma. Bien creo que el Señor le ha mostrado otras cosas mejores que éstas, sino yo atrevíme a decir los males en que yo he caído, para que haya compasión de mí, y ruegue al Señor perdone mis ignorancias que en este oficio he hecho, y dé a V. R. gracia que no caiga en ellas, como yo creo que no lo permitirá. Olido he de su carta que el mundo le es contrario; no le pene ni poco ni mucho; tenga por averiguado que hallará a Dios tan favorable en este negocio, que no lo podrá creer sino quien lo prueba. Negocio es de Dios, y tan suyo, que no hay cosa en la tierra en la cual ponga El sus sacratísimos ojos con tanto cuidado y favor como en la vocación y justificación y guarda de sus escogidos. Quiera el mundo o no, los que Dios tiene determinado que por instrumento del pobrecito predicador se salven, no los podrá excusar, aunque se junte todo el infernal poderío a contradecirlo. Cobre, Padre, un ánimo grande para andar de parte de Dios al cielo si es menester. Todas las cosas crió Dios por causa de los escogidos, y la salud de éstos nos encomendó El en nuestras manos, para que los llamemos, esforcemos y ayudemos a colocarlos en el cielo. No se ha de pensar que olvidará Dios a éstos que *ab æterno* para sí escogió y amó. Ordene bien lo que ha de hacer, ejecute con toda osadía, y no haga cobarde un oficio y un lugar donde tantos tan osadamente han hablado, y aunque les haya costado la vida de acá, han salido con el bien de las ánimas y de la suya, que era la empresa que pretendían. Asiente en su corazón las palabras de Cristo: *Dico autem vobis amicis meis ne terreamini ab his, qui occidunt corpus*, etcétera. Y sepa, que la diligencia que este Rey nuestro trae en el negocio de la salvación de nuestras

almas, es tan grande cuanto no se puede hablar ni pensar: *Christo gloria et imperium in sæcula sæculorum.* Amén.

2—CARTA A DON PEDRO GUERRERO, ELECTO ARZOBISPO DE GRANADA, EN QUE LE DA AVISOS PARA EL GOBIERNO

Reverendísimo y muy ilustre Señor: ¿Qué le parece a vuestra señoría cómo *non est in potestate hominis via ejus, ut dirigat gressus suos?* Es cierto que después que oí la nueva de la promoción de V. S. no cesé de maravillarme de la altura de los juicios de Dios; y esto no sin temor, cómo pone en lugar alto y a muchos peligros al que estaba contento con su suerte: pónele donde *alius præcingat te, et ducat, quo tu non vis*, quién no miró con otros ojos a las prelacías sino como a muy pesada cruz, donde el Prelado es crucificado, andando hecho esclavo de tantos y tan malos de contentar Compasión muy entrañable me ha causado V. S., porque se me traslucen los muchos gemidos que esta pesada carga le ha de hacer dar; pues es cierto que *celsitudo culminis est, vera tempestas montis;* y que *quot homines, quis principiare videt, tot super humeros portat, ¿et quis sustinebit?* Mas no hay que hablar en esto, pues está hecho el casamiento, sino entender en cómo se llevarán las cargas del matrimonio, de arte que aunque con trabajo, *tamen sine Dei offensa;* y para esto tuviera yo por señalada merced de Nuestro Señor poder luego echar a mis cuentas todo lo que pudieran llevar, pues no de otra manera me lastima la carga de V. S. que si mía propia fuera, convidando y aun constriñendo a esto muchas causas pasadas y presentes, las cuales no es razón olvidar; y espero en Nuestro Señor ordenará cómo este mi deseo salga en obra, pues del que da gracia para desear se puede esperar el efectuar. Yo tengo tantas trampas, que así llamo a mis ocupaciones, que no así luego puedo desembarazarme, y esme necesario visitar unos pueblos, aunque no creo me detendrán mucho; y el cuándo será no lo sé: señalar tiempo en que vaya, nunca lo suelo hacer, por no decir cosa que después no pueda cumplir,

de lo cual huyo mucho. A lo que más me extiendo es a decir lo que pienso hacer, dejando el efecto de ello a la voluntad del Señor, sin que me quede cerrada la puerta para hacer lo que más conforme a ello me pareciere. Y bien entiendo que de esta parte de Pascua no he de poder desocuparme; ésta pasada, o a lo más *Corpus Christi*, pienso quedar libre de acá y poder ir allá, si otra cosa, como digo, no se ofreciere que me haga probabilidad ser la voluntad del Señor otra cosa. Lo que a V. S. suplico es: lo uno, que con sus oraciones y sacrificios lo encomiende al Señor, porque mi ida no sea por humana voluntad, sino a mucho contentamiento del Señor; y lo otro, que fíe esto de mi corazón, pues está muy de verdad deseoso de acudir a V. S. en carga tan pesada; y crea que este mi deseo es obligación más fuerte que cualquiera otra que me pudieran echar; y para entretanto, me atrevo a apuntar algunas cosas, las cuales yo creo son a V. S. manifiestas, mas descansaré yo con decirlas.

Lo primero, que V. S. se convierta de todo su corazón al Señor frecuentando el ejercicio de la oración, encomendando a la misericordia divina el buen suceso del bien de sus ovejas y pidiendo sustento del cielo para que tenga qué darles; porque si de allá no viene, ¿qué les podrá dar sino cosa que no los engorde ni vivifique? Que de Moisés leemos que en todas sus dudas acudía al Tabernáculo del Señor, y de allí salía enseñado de lo que había de hacer y con fuerza para ponerlo en obra; y Salomón, con oración, alcanzó sabiduría para regir su pueblo; y oración ha de ser el incensario con que el Prelado amanse al Señor, como Aarón cuando *stetit inter vivos et mortuos*. Aprenda V. S. a ser mendigo delante del Señor, y a importunarle mucho, presentándole su peligro y el de sus ovejas; y si verdaderamente se supiera llorar a sí y a ellos, el Señor, que es piadoso, *noli flere*, le resucitará su hijo muerto; porque como a Cristo costaron sangre las almas, han de costar al Prelado lágrimas; y será bien que cada día vuestra señoría diga Misa, si muy legítimo impedimento no hubiere,

Lo segundo, sea el ejercicio del predicar, el cual ha de ser muy continuo, como San Pablo dice, *opportune, importune:* que pues los lobos no cesan de morder y matar, no debe el Prelado dormir ni callar. El Arzobispo D. Gaspar de Avalos (que sea en gloria) a ninguna fiesta dejaba de predicar, aunque fuesen tres a reo, sino cuando decía Misa de pontifical; y es buen ejemplo para los Prelados cuya es la mies, y por eso más frecuentes en el segar. El remedio de los colegios consiste en tener buen Rector y buenos colegiales; y por maravilla hay quien con verdad informe de quién es virtuoso. Paréceme que V. S. debe tener muy particular cuidado de conocer los que hubiere, y aparéjese V. S. a sufrir importunaciones sobre admitir indignos y aun a sufrir odios y blasfemias: *Quia a pravis maledici, a Christo benedici est.*

Particulares amistades de caballeros ni de otras personas excuse V. S.; porque son dañosas, y quieren hoy los amigos de los Prelados que lo que piden se les conceda, por injusto que sea: mejor es estar sin ellos.

No tengan a V. S. en posesión de que no castiga, porque le menospreciarán: como la menos gente tiene espíritu de amor, dáñales la blandura, y menester es que entiendan que no se han de burlar con el Prelado: y aunque en las palabras sea blando y dulce, sea en las obras duro y rígido cuando sea menester. San Gregorio dijo esto bien: *Talem Prælatus exhibeat se, ut ridens timeri, et iratus amari possit;* y el pastar de él es cosa muy buena.

Cama de seda no cumple, ni paños de corte tampoco: *Episcopus vilem supellectilem, et tamen eam pauperem habeat, et auctoritatem dignitatis suæ fide, et vitae meritis tueatur*, dice un Concilio. Conviene favorecer al Colegio de Santa Catalina, porque de allí se han de proveer oyentes para la Teología; y pues hay también Rector, V. S. le favorezca; y creo, según he dicho, no sólo para los que han de estar allí, mas en los otros colegios.

Menester eran predicadores devotos y celosos para discurrir por el arzobispado a ganar almas que tan perdidas están: ¿mas dónde los hallaremos? Saúl llamaba a su com-

pañía a cualquier caballero fuerte de quien tenía noticia: hágalo así vuestra señoría para que sea en su tiempo *bellum potens adversus Philistæos*, pues sin caballeros no se puede hacer la guerra. Una persona discreta y fiel es menester para que examine necesidades de pobres que están en sus casas, para que les provea lo necesario. No se me ofrece ahora a quién; yo pensaré y avisaré: y perdone vuestra señoría mi atrevimiento, que el amor lo ha hecho; y sea el Espíritu Santo maestro y fuerza de vuestra ilustrísima señoría para que en todo acierte y con todo salga. Amén.—De Montilla, a 2 de abril. El Canónigo ordinario de Montilla es bueno para Limosnero. Siervo de V. I. S.—*Juan de Avila.*

3—CARTA SOBRE EL MISMO ASUNTO

Reverendísimo y muy ilustre señor: Desde principio de octubre me ha ido de salud tan flacamente, de un dolor de cabeza y corrimiento a los ojos, que no he podido hacer esto, aunque lo he deseado; y aunque ahora ha cesado el dolor, no el corrimiento, que, según dicen, va a más andar a hacer catarata: *sed Domini sumus, sive vivimus, sivé morimur.* Lo que he deseado decir a V. S., movido con deseo de verle aliviada su carga, que tanto le aprieta, es que convenía que V. S. envíase por su arzobispado, a lo menos por los lugares donde moran cristianos viejos, y de los moriscos si entienden nuestra lengua, a predicadores y confesores, tales que se pueda decir de cada uno: *Confidit ei cor viri sui;* porque estos tales son los que hacen guerra al demonio, armados del celo de la honra de Cristo, que tan despreciada está hoy, y de la salud de las almas, por quien él dió su sangre, *et non est qui recogitet.* El Obispo de Badajoz ha enviado seis predicadores por el obispado, según él me ha escrito, y da a cada uno cuarenta mil maravedís y cuarenta fanegas de trigo; y aun si yo le enviaba algunos, dijo que daría más, si tuviesen necesidad de socorrer a padre o hermanas; porque de éstos hay algunos que, aunque por lo que a ellos toca iban por sólo el mantenimiento, son

forzados buscar algo más para proveer a quien no pueden dejar de hacer sin pecado.

He pensado en una buena pieza para esto, y es el Maestro Hernán Núñez, natural de esta ciudad, y está ahora en Baeza: ha hecho muy gran provecho en muchos pueblos: tiene una rentilla con que se mantiene, y no toma nada de nadie; porque para unas migas y una ensalada que come, tiene harto en su rentilla; aunque como ha usado este rigor muchos años, no sé si está algo gastado: pídenlo ahora muy aprisa de Caravaca para cierta buena obra: deseo que se emplee así en las ovejas de V. S. y con él un confesor; y parece que hay muestras del provecho que de esto resultaría en ese arzobispado, en lo que los dos de la Compañía hicieron en su casa: y este clérigo no es de menor virtud. Si a V. S. esto parece, sería bueno escribir V. S. al Dr. Carloval una carta, en que le dijese cómo esto tiene pensado de enviar por el arzobispado hombres que tengan celo de Dios, y que tiene relación del Maestro Hernán Núñez, y que lo quería emplear en esto; que V. S. le ruega le hable de su parte, y le persuada a ello, y le busque un compañero para confesar, y le avise si sabe de algunos de éstos de esta hechura, porque vuestra señoría fía de él la elección de ellos: y que en lo del mantenimiento, si ellos desean ánimas, con poco de lo temporal se contentarán; y que V. S. se holgará mucho de les proveer según su necesidad, y que sobre esto no se descontentarán: y esta carta ha de ser presto, antes que el dicho Maestro vaya a otra parte, y tengo este medio por muy provechoso para los cristianos nuevos, los cuales viendo buen ejemplo, que no buscan sino ánimas, se suelen convertir más que con palabras; pues aquella caridad dejóla Cristo encendida (por él) en los corazones de sus ministros; y es tan fuerte, que lo vence todo: porque ¿quién se defenderá de un corazón que desea el bien, y bien eterno, a otro, y está aparejado a morir por él? Dícenme que lo que en la tierra del Japón más mueve a los gentiles a convertirse por los de la Compañía, es ver que han ido tantas leguas de tierra y mar a buscar la salvación de ellos sin propio interés y con grandes trabajos y peligros de muerte.

Y porque los ojos se quejan ya, dará V. S. licencia para acabar, y quedarse ha para otro día lo de los sermones del Santísimo Sacramento. Sea el Espíritu Santo luz y fortaleza de V. S. Rma., y estas sean las buenas Pascuas que el Señor dé a V. S.—De Montilla, a 22 de diciembre. Siervo de V. S. Rma., que sus ilustres manos besa.—*Joannes de Avila.*

4—OTRA A UN PRELADO DE GRANADA, SOBRE QUE ENVÍE PREDICADORES Y CONFESORES A LOS PUEBLOS

Reverendísimo y muy ilustre señor: Pláceme que a vuestra señoría se le ofrezcan muchos Religiosos para la obra de doctrinar los pueblos: mas mucho temo que son pocos los que para este ministerio son aceptos; porque la experiencia nos enseña que son menester hombres que siempre residan en los pueblos, aunque se muden de unos en otros, y hombres de mucha virtud, porque los peligros son mayores, y que tengan celo y humildad para andar por las calles con los niños y por las plazas, y otras cosas de este modo de vivir, que hay pocos que las tengan, y los que las tienen no han de estar ocupados en sus ministerios. Por tanto, si V. S. hallare de estos hombre libres, acéptelos: los Religiosos serán para la temporada del año ayuda.

Bien sería que llevasen a los pueblos algunos rosarios de cuentas, y si fuesen cuentas benditas, sería mejor. *Item* algunos libros devotos, como los de Fray Luis y algunas cartillas. *Item*, algunas imágenes del Santo Crucifijo y Nuestra Señora y San Juan, para que los predicadores las diesen a los pobres de los pueblos para que recen, poniéndoles algunas imágenes en sus casas, y para que lean, y sería bien empleado lo que V. S. en esto gastase, y los pueblos han menester todas estas salsas para comer su manjar: rosarios, imágenes, han de ser muchos, y los ricos cómprenlos de las ciudades.

Porque la Cuaresma es tiempo muy conveniente para comenzar en buenas costumbres sin tanta novedad como en otros tiempos, traigo a la memoria a V. S. lo que

toca a la buena institución de la edad pueril, que tan perdida está: conviene que, pues los que andan a la escuela y otros tienen edad para oír Misa, la oigan domingos y fiestas, y será el modo, que señalaren algunas iglesias donde vaya poca gente, y hospitales adonde los maestros de las escuelas lleven sus niños a oír Misa domingos y fiestas: y para que los maestros quieran hacerlo, débeseles rogar y encargar, y para que los niños quieran ir, también se les debe rogar, y para que los padres los quieran enviar, débeseles predicar la obligación que tienen los niños de oír Misa, y cómo los padres no los llevan consigo, y tienen aparejo por la mucha gente que hay en las iglesias, y que deben agradecer y aceptar este medio que se les da. Unos se excusan con que han menester los domingos sus niños; pues como los envían entre semana, los podían enviar la fiesta, siendo a hora cierta y que menos falta les hagan. Se podía hacer que vayan a su escuela, y el maestro los lleve a oír Misa, e idos a Misa, dígaseles devotamente, y antes o después digan ellos la doctrina, y decláreseles algún Mandamiento o artículo con algún ejemplo, que es lo que más les mueve, y dígaseles el gran bien que recibieron en el santo Bautismo, y que si lo han perdido es el remedio la confesión, y decláreseles cómo lo han de hacer, y cuán grave pecado sea callar algo por vergüenza, con sus ejemplos, y así se podrán ir.

Allende de esto conviene que vaya cada día un sacerdote, que tenga don para ello, a las escuelas; y dicha la doctrina, les declare algo de ella, como se hizo en la Misa, y los amoneste a la confesión, y les enseñe cómo la han de hacer pensada y verdadera, y los maestros de ellos tendrán cuidado de castigarlos si juran y mienten, y de otras cosas semejantes: y si parece que está cumplido con los niños de la doctrina, para los otros conviene que se publique cuán mal orden de república es que mientras la Misa los domingos y fiestas estén jugando muchos de ellos por las calles, y que muchos de ellos por la edad tienen obligación para oír Misa, y convenía que se encargase a algún hombre devoto que an-

duviese por las calles a los llevar a la iglesia adonde los otros niños oyen Misa, los alguaciles también por su parte, y para éstos era menester comunicarlo con el Corregidor.

Y en la Cuaresma se taña a la doctrina después de Completas, para que vayan a ella los niños, y las niñas aparte, y allí se les diga y se les predique, especialmente de la vergüenza de la confesión, que es cosa que más toca a mujeres, y a unos y a otros se les dé doctrina cómo pasen aquella edad con limpieza, y con alcanzar buenas costumbres para adelante; porque decirles la doctrina es para que la tomen de corazón, que es bueno.

En lo que más va, que se nombren confesores para unos y otros niños, muy escogidos, con celo de ánimas y con prudencia, para que no hagan como de burla las confesiones, sino muy de propósito y despacio: pues según Gersón dice, *pocos niños halló que estuviesen bien confesados*. Requiérese mucha prudencia para saber sacar los pecados sin enseñarse lo que no saben; y aprovéchales leerles los tratados de Gersón, que hablan en esto; y mucho más si saben orar y llorar por las ánimas, que por tan poco precio se venden al demonio, habiendo sido compradas por Cristo a precio de su preciosísima Sangre. Esto les ha de enseñar V. S. a los confesores, para que estimen estas almas, y el aprovecharlas en esta edad en lo que es razón: y los maestros de escuelas tendrán cargo de decirles: «Vos y vos, aparejaos para confesaros tal día.» Lo mismo se ha de enseñar a los maestros de niños y de gramáticos; y de unos y de otros se ha de hacer V. S. muy amigo, y hablarles algunas veces: y los confesores estén aparejados para luego confesar los niños; y no se han de ocupar en otras confesiones; y díganles la doctrina: y cuando han de confesarse, si pareciere, que las fiestas en las tardes se lleven a los niños de las escuelas al campo, y cuando vengan, digan la doctrina, y les prediquen un poco y será muy bien, aunque sea a costa de darles alguna frutilla.

A la hora del sermón sería bien que no hubiese lección en el Colegio Real, ni aun de gramática, sino que todos

fuesen al sermón, y los gramáticos los llevasen sus maestros, porque no fuesen a otros negocios; y si pudiesen dar lugar propio para ellos en la iglesia, sería bien: convendrá que se les haga plática algún día. Los domingos y fiestas, mientras la misa, se cierren las tiendas en que venden las cosas necesarias para el mantenimiento humano. Parece que con más razón sería cerrar las de las mujeres públicas hasta dicha la Misa mayor de la mañana, pues es tan breve término; mas como en esa ciudad se apellan tantos negocios y revocan, no sé si será éste uno de ellos: alcáncelo V. S. con Nuestro Señor, y luego comuníquelo con el Corregidor. Convendrá que prediquen algunos días a estas mujeres: V. S. verá allá el medio para ello; y en esta Semana Santa será razón que cierren sus puertas y tiendas hasta Pascua, o pasada Pascua.

Suplico a V. S. me perdone tan larga carta, que el cuidado que me da la carga tan pesada que V. S. tiene sobre sus hombros me hace hacer estas demasías. Cristo ayude a V. S. para que pueda llevarlas de manera que agrade a sus ojos, y V. S. merezca corona de fiel siervo y prudente. Y ahora *intra in gaudium Domini tui*, y muchos con El y por El.—De Montilla a 10 de marzo. *Joannes de Avila.*

5—OTRA PARA EL SEÑOR DON PEDRO GUERRERO, ARZOBISPO DE GRANADA

Reverendísimo e ilustrísimo señor: Lo que en ésta diré sabe V. S. mejor que yo, y le duele más que a mí, como quien tiene más caridad, y con todo eso me atrevo a hablar en ello, siquiera por descansar. Ya sabe V. S. las muchas ofensas que se cometen contra la divina Majestad en quebrantarse juramentos hechos por escribanos y por acusados en causas criminales, pues son tantos, que en un día y en un pueblo se cometen cada día muy muchos, y mirando los que se cometen en toda España, parece que no hay corazón cristiano que no reviente de dolor. Dicen que ahora entienden en el Consejo en acre-

centar el arancel, y aunque esto se haga, no creo se cura la llaga como conviene a la honra de Dios; porque es tanto el exceso en que están acostumbrados, que también pasarán del término que se les pusiere, como el que les estaba puesto, y no se evitando las ofensas de la irreverencia al santo nombre de Dios, todo lo demás es de poca estima.

Bien sé que dirán aquellos señores: ya nosotros les señalamos justo estipendio; si ellos quieren llevar más, no les damos nosotros causa, ellos la toman por ser malos; mas si ellos saben que así como así han de perjurarse, ¿de qué sirve poner los juramentos, pues que cesa el fin *de omni controversia finis juramentum?* El superior cristiano no se ha de contentar con el no pequé, ni con que los súbditos no pequen por causa del Señor, sino con que Dios no sea ofendido de él ni de los suyos, pues un buen hijo no se contenta con no dar a su padre enojos de aquí ni de allí; cuánto más que pensar que con tomar juramento y no serles causa positiva que lo quebranten, cumplen, es claro engaño; pues tienen obligación de mirar cómo se guardan las leyes, y especialmente las que *versantur circa Dei offensan irritandam.* Y en ofensa tan calificada como ésta es, vemos que se sabe que se perjuran, y ni en residencia ni fuera no se hace cosa para evitar el perjurio; salvo cuando alguno quiere mal a algún escribano, y pide que le castiguen, y prueba sus malos recaudos.

Una cosa he visto, que las pragmáticas que el Rey quiere de verdad se guarden, que cierto se guardan, porque no se contenta con mandar, sino con tener mucha cuenta en la ejecución; y pues vemos aquí tanta disolución, señal es del poco cuidado que hay que Dios no sea ofendido: y no nos maravillemos si Dios castigare a su pueblo por tantos juramentos quebrantados, pues por el que Esaú quebrantó, aunque fué hecho con engaños y quebrantado con buen celo, castigó Dios el reino con tres años de seca enteros; y así dice San Jerónimo, que por los perjurios *venit sterilitas frugum temporalium,* y aun *spiritualium.* Si deseamos no ser vencidos de tur-

cos, no ser azotados de Dios con pestilencias y otras cosas, *aufer offendicula a facie mea, et non commoveris*. Que si con las obras irritamos a la ira de Dios, no la podrá impedir la oración ni la lengua.

El mejor remedio sería quitar los juramentos, pues según he dicho: *Cessat quæ sit finis omnis controversiæ*. Y si les parece hace en algunos que se enfrenen más por no pecar, son poquísimos, y lo serán aunque el arancel se alce más: aun para esto hay remedio con que se les dijese, que lo que llevasen más que no lo hacían suyo, y que sin otra sentencia fuesen obligados a lo restituir, y con esto el confesor se podría aprovechar como con el juramento, y si no, a lo menos evitarse el perjurio, pues no han de hacer más por jurar que por estotro: de manera que si el juramento se pone para el castigo exterior, esto no se hace; y cuando se hace, no es como a perjurio, y para el fuero de la conciencia tanto obrará en quien teme a Dios la restitución, que es cosa que duele mucho a muchos, como el juramento; y así parece que no se saca del juramento sino quebrantamiento de él; y esto debe quebrantar el corazón del Príncipe cristiano, pues ha de dolerle mucho la deshonra de Dios, y procurar de quitarla, pues fió Dios de él su honra; y si esto no parece, búsquese modo cómo no haya perjurios, y trabájese en ello con gran cuidado, como si fuese al Rey la vida; y por una vía o por otra no sea Dios ofendido en tan grave daño del reino: que si hay celo de la honra de Dios, él dará medio para ejecución de cosa tan justa.

De todos géneros de personas, se me ofrecen que corren este peligro acusados de causas criminales. V. S. se podía informar de otros, que creo también están *in eadem damnatione* por la misma causa: y si Dios diese a V. S. valor para lo escribir al Rey, poniéndole la cosa clara delante, y el mucho peligro de su conciencia si no lo remedia, yo quedaré consolado; aunque, según otra vez he dicho, no hemos de mirar tanto a nuestra esperanza, cuanto a aquella alta providencia de Dios, que muchas veces saca a buen fin lo que menos esperábamos, y lo

muy tenido por cierto se deshace: *ut non glorietur coram illo omnis caro.* Plega á él que no haya ocupado á V. S. con tan larga carta sin que de ello saque algún provecho. Si V. S. acordase de escribir, había de ser antes que el arancel se alzase; porque con no haber hecho aquello quedarán contentos, y no querrán entender en el negocio. Dios haga á V. S. Rma. todo suyo, y aunque lo haga muy atribulado y señalado con el tau, como quien gime *super cunctis abominationibus, quæ fiunt in Hierusalem.*—De Montilla á 19 de enero. Siervo de V. S. Rma., que sus muy ilustres manos besa,—*Joannes de Avila.*

6—CARTA AL MISMO, ACERCA DEL SÍNODO QUE HIZO

Reverendísimo y muy ilustre señor: De Judas Macabeo se lee que *prœliabat prœlia Domini cum lætitia:* no sé si la tiene V. S. para entrar en la guerra de su Sínodo: Cristo le esfuerce, pues no faltarán dudas y dificultades, para las cuales sea menester su luz y esfuerzo: y aunque yo no estoy muy esforzado en estos negocios, no se perderá tanto por estar ahora tan lejos de la guerra, cuanto se puede perder si tuviese miedo quien ha de entrar en ella, mayormente siendo capitán. Todas las veces que Judas Macabeo venció, precedió una gran confianza en Dios, mirando que era suya la causa; y cuando temía los enemigos, entonces fué vencido. Quiere el Señor que no estribemos en nuestra prudencia, mirando los sucesos por la cortedad de ella, pues que nos ha avisado, que *sunt in victoriis providentiæ nostræ,* y que muchas veces nos sucede mal de lo que más confiados estábamos, y bien de lo que teníamos perdido.

Demos á Dios la gloria de Señor y sabedor de todo, y obrador de todo lo bueno; y hagamos todo lo que de nuestra parte fuere con toda diligencia y muy cumplidamente, porque no seamos castigados por desconfiados, como lo fueron los que salieron á la tierra de promisión: acordémonos que *non est nostra pugna, sed Dei;* y salgamos á la guerra, y *Dominus erit nobiscum:* y si por nuestros pecados no sucediere como lo ha menester nues-

tra necesidad, demos a Dios gloria de justo, y a nosotros *sit confusio faciei;* mas a lo menos desde lo primero hasta lo postrero no perdamos el ánimo, ni dejemos de hacer todo lo que en los negocios de Dios pudiéremos: *mane semina semen tuum et vespere, non ceset manus tua, nescio enim, quid magis oriatur hoc, aut illud, et si utrumque simul melius erit;* y si no conociere nada, no perderá su galardón quien lo hubiere trabajado: y aunque la caridad no se consuela con sólo su bien, pues pretende el de todos, mas a lo menos evita culpas y gana méritos: alábanle todos en sus juicios sujetándose a ellos, lo cual no es pequeño servicio que se hace al Señor, por cuya misericordia plegue a él perfeccionar a V. S. Rma. los deseos de su corazón, pues él los ha plantado.—De Montilla a 5 de septiembre. Siervo de V. S. Rma. que sus muy ilustres manos besa,=*Joannes de Avila.*

7—CARTA PARA UN OBISPO DE CÓRDOBA, QUE FUÉ A PRESIDIR UN CONCILIO PROVINCIAL A TOLEDO

Con la merced que Dios me hizo de darme a V. S. por Padre y Pastor, y con la licencia, *imo* mandato de la Escritura, que dice (Deut., XXXII): *Interroga Patrem tuum, et annuntiabit tibi,* me atrevo a suplicar a V. S. me diga: ¿qué es el fin y pretensión de Jesucristo Nuestro Señor en hacer a V. S. Presidente de este Concilio por un rodeo no pensado? (Prov., XIV, 35): *Acceptus est Regi minister intelligens.* Y por serlo V. S., es razón que no deje pasar esta ordenación de Dios sin entenderla, y corresponder a ella con la reverencia y diligencia y fidelidad que a tan gran Señor y a tan importante obra suya se debe. Y porque entiendo que V. S. me ha de mandar que diga lo que de esto siento, lo diré, aunque con algún temor del mucho amor que a V. S. tengo, el cual suele cegar los ojos aun de los prudentes, de los cuales yo no soy, y por eso tengo más que temer mi determinación.

Yo, reverendísimo señor, me he alegrado de este lugar que Dios a V. S. ha dado, porque como El haya

dicho (Matth., XXV): *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam*, parece que podemos tener alguna conjetura de que V. S. ha administrado bien la presidencia o superintendencia sobre su clero y ovejas, pues Dios le da superintendencia sobre pastores de muchas ovejas: porque estoy persuadido de la misericordia de Nuestro Señor, que si V. S. ejecuta este mandato del Señor como debe, que ha de ser causa de gran reformación de los Obispos y obispados del reino; pues éstos a quien Dios envía a V. S. son los principales de él, y lo que en este Concilio se hiciere, será para todo él una gran luz, y un ejemplo a quien sigan.

Mire V. S. en cuán glorioso negocio le ha puesto Nuestro Señor, y cómo ha fiado de él su honra y contentamiento, y el aprovechamiento de tantos pastores y ovejas, que sólo el pensarlo da grande alegría; pues la más justa y grande es que las ánimas conozcan, amen y sirvan al Señor que por ellas murió.

Si V. S. mirare con ojos cristianos el valor de esta empresa, el galardón de ella, y principalmente a la grandeza del Señor que se la encomienda, no dudo sino que se tendrá por indigno de ella, y dirá como San Pedro (Luc., V): *Exi a me, Domine, quia homo peccator sum;* porque la humildad de V. S. le hará creer y confesar que la pudiera Dios encomendar a otros que tuvieran más partes para cumplirla: mas si V. S. con la humildad de San Pedro y de Moisés, dijere que no es para empresa tan grande, porque no tiene lengua y habilidad para ella, decirle ha el Señor: *Noli timere, ex hoc enim eris homines capiens. Quisf acit hos homines? Perge, igitur, et ego ero in ore tuo, docebo te, quid loquaris.* Y con tal merced y tal arrimo bien podrá V. S. emprender no sólo ésta, más mayores empresas. Solamente mire V. S. que *exhibeat se ministrum idoneum tanti Regis;* y que pues Dios ha de ser el que por boca de V. S. ha de hablar, y el que ha de enseñar con su lumbre a su corazón, procure quitar de sí todos los impedimentos a la inspiración del Señor y a las obras que El por medio de V. S. quisiere obrar: haga como Isaías, que dijo: *Dominus Deus*

apperuit mihi aurem, et ego non contradico, retrorsum non abii.

No plega a Cristo que haya en V. S. cosa, por amada que sea, que le impida a hacer pensar y hablar lo que sintiere ser agradable al Señor y provechoso a su Iglesia. Córtelo V. S., y con agudo cuchillo, sea lo que fuere: acuérdese de aquello del Profeta Moisés, que celando la honra de Dios dijo (Exod., XXXII): *Si quis est Domini, jungatur mihi;* y se le juntó la tribu de Leví; y siendo mandados por Moisés que matasen a cuantos encontrasen en el real, hasta pasar de parte a parte, le obedecieron tan de verdad, que aunque encontraban con parientes e hijos, también los mataban, teniendo en más la honra de Dios que el amor de la sangre, y tan propincua.

Haga V. S. cuenta que el Señor le envía por celador y restituidor de su honra, que tan perdida está en la clerecía y en el estado laical; y cíñase su espada de la palabra y verdad de Dios, y menéela con grande amor y fervor, y mate todo aquello que a la santa voluntad de Dios contradice: saque sangre, porque no le toque lo que está escrito: *Maledictus qui prohibet gladium suum a sanguine.* Mas ha de comenzar la de sus mismas venas y de su corazón; porque debe V. S. para bien ejecutar este misterio, ir mortificando no sólo a las cosas y afectos que no le sean muy penosos, sino a los tan amados como su sangre, la cual se dice ser tesoro de la vida. Aquél saca sangre que ofrece a Dios lo que mucho le duele; y ésta es digna recompensa del cristiano para con Nuestro Señor, que pues El derramó su preciosísima sangre por nosotros, y pues El murió por nosotros, nosotros muramos por El, o perdiendo la vida corporal o perdiendo los afectos, por muy entrañables que nos sean; porque a trueco de haber el Señor dado su vida y su sangre, dar nosotros, no lo que nos duele, sino una cosa de poco valor, es caer en aquella maldición (Malach., I): *Maledictus dolosus, qui habet in grege suo masculum, et offert Domino debile.*

Estudie V. S., pues, con mucho cuidado en qué manera irá a dar esta embajada de parte de Dios, de ma-

nera que lleve más eficacia y sea mejor recibida y con más fruto, aunque le cueste la sangre y la vida. ¿Qué mejor remate de vida puede V. S. tener que o ser mártir o mortificado por la honra de Cristo y bien de su Iglesia? ¿Qué mayor gloria que no llevar gloria mundana al Concilio, sino gloria conforme a la del Señor, pues está escrito (Eccl., XXIII): *Magna gloria est sequi Dominum?* Mire V. S. qué tal vino cuando el padre le envió por embajador al mundo a anunciar su voluntad, y a sacarlo de sus malos caminos y meterlo en los de Dios.

Cierto es que nació en pobreza y aspereza, y de la misma manera vivió, y con crecimiento de esto murió; y habiendo El traído la embajada del Padre con este tan humilde aparato, no se agradará que su embajador, pues es de Rey celestial, vaya con aparato de mundo, pues dijo por San Juan (Joann., XX): *Sicut misit me Pater, et ego mittam vos.* El corazón ardiendo en celo de la honra del Padre y de la salvación de las almas le trajo al mundo, y aquel fuego del celo de la casa de Dios quemó todo el aparato mundano, que pesado con justas balanzas no es sino pajas, y donde hay fuego de amor de Dios luego son quemadas con gran ligereza. No piense V. S. persuadir a nadie reformación si él no va reformado; ni piense que por otros medios ha de ser su embajada provechosa sino por los que Jesucristo, por ordenación de su Padre, tomó para cumplir la suya; porque si otras hubiera más convenientes, ni la Sabiduría divina las ignorara, ni su Providencia las dejara de ordenar; mas pues con tanto acuerdo, y siendo tan costosas a su propio Hijo, ordenó las que sabemos, gran temeridad es querer el siervo y criado huir de los medios que tomó el Hijo, y tener en más la propia y carnal sabiduría que la de Dios. Alce los ojos V. S. al Hijo de Dios puesto en una cruz, desnudo y crucificado, y procure desnudarse del mundo y de la carne y sangre, codicia y de honra y de sí mismo, para que así sea todo él semejante a Jesucristo, y sea su embajada eficaz y fructuosa. Muera a todo, y vivirá a Dios, y será causa

para que otros vivan; porque si esto no lo hace, perderse ha a sí y a los otros, pues la palabra de Cristo Señor Nuestro no puede faltar: *Nisi granum frumenti*, etc.

¡Oh, muerte dichosa, pues tantas vidas y tan preciosas y eternas se siguen de ella! ¡Y desdichado de aquel que por quererse quedar encima de la tierra pretendió algo de ella! Se pierde a sí y a los que pudiera ganar. ¡Cuánto mejor consejo es ofrecer V. S. sus dos cornadillos, cuerpo y alma, al mismo Señor que se los dió, y que murió por él, para provocarle a que de buena gana le tornase lo mismo que El le dió, y evitar la deuda propia y ajena, y ganar de presente gracia delante del Señor, y después aquella corona que le será dada cuando, como dice San Pedro (I Petr., V): *Cum apparuerit princeps pastorum, percipietis immarcessibilem coronam gloriæ!* Y así cuando diga el Señor a V. S. (Matth., XXV): *Euge serve bone et fidelis*, piense V. S. en esta corona, y tendrá en poco todas las de acá: piense en aquel *gaudium Domini tui*, y tendrá en poco los gozos y los trabajos de acá: y tenga por cierto que si se atreviere a ser fiel embajador de Jesucristo, y ser de su bando todo él entero, que le será muy bien agradecido, y se cumplirá en él lo que el Señor dijo (Joann., XII): *Ubi sum ego, erit minister meus*. ¡Gran galardón es éste, y eterno! El trabajo es poco, y presto se acabará; y cuando no pensemos, vendrá la hora en que seamos presentados en el juicio de este Señor que ahora encomienda a V. S. un negocio tan importante, y entonces se holgará de haberlo hecho fielmente y a contento de El, aunque sea a disgusto de todo el mundo. Plega a la bondad que esta merced ha hecho a V. S., añada otra, y sea darle su Santo Espíritu, para que vestido de él, tenga luz y fortaleza para la anunciar (Jac., I, 17): *In gloriam illius, a qua omne bonum, et donum est.* El sea con V. S. a la ida, estada y venida, y nunca le deje solo ahora ni en la eternidad que esperamos. Amén.

8—OTRA A UN AMIGO SACERDOTE, SOBRE LA PACIENCIA

Charissime: Cuando considero la poca salud de V. R., con otras circunstancias, que todo junto le es penosa cruz, no me maravillo que se queje de mí por no ayudarle a llevarla con escribirle algunas veces. Y por otra parte, como veo tanta imposibilidad en mí para hacer esto por mis indisposiciones, que cada día crecen, mas dame gran pena oír quejas pues de ninguna cosa sirven sino de penarme. Suplico a V. R. tenga entendido ser esto así, y procuremos ambos de ir con nuestras cruces al Señor que llevó la suya, pidiéndole que nos dé su gracia para llevar con contentamiento lo que El de su mano nos envía.

Y cierto, Padre mío, yo tengo temor que el amor de nuestra sensualidad, del cual tenemos mucho y lo poco que tenemos del verdadero amor de Jesucristo y crucificado, nos hace estimar en mucho nuestros trabajos y quejarnos de la falta del consuelo; porque si de verdad nos hubiésemos aborrecido, como el Señor manda por amor de El, holgaríamosnos de que tomase satisfacción en nosotros, castigándonos las ofensas que contra El hemos cometido; y también tendríamos por merced señalada comer a una mesa con El, aunque sea hiel y vinagre; porque su compañía es tan gran bien y tan para desear, que aunque sea en tormentos se debe preciar en mucho, que por este camino se gana su compañía en el reino de los cielos, donde dará el Señor parte del panal de miel que El come a los que aquí la dió, y a los que con El bebieron hiel y vinagre.

Esfuércese V. R. en la gracia del Señor, y haga buen rostro a la Cruz, y no espere en lo que ya queda de la vida sino un trabajo sobre otro; los cuales, cuanto más crecidos fueren, tanto más los tome por prenda de su salvación y por señales de que el descanso está cerca: que ya sabe que al fin de los caminos está una cuesta para subir a la ciudad; la cual, aunque por una parte cansa mucho, por venir sobre cansancio, mas por otra

da grande consuelo, por ser trabajo que da fin a los trabajos, entrando el hombre en la ciudad deseada; y este postrer trabajo, que a la vejez suele venir, es el buen vino de la Cruz, el cual el Señor guarda para dar a sus amigos a la postre, como cuando convirtió el agua en vino; bébalo V. R. con alegría, porque de él se entiende: *Inebriamini charissimi;* y por medio de él espere ser uno de aquellos de los cuales está escrito: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos;* y no piense que tardará mucho este día, pues nuestro barro es tan flaco, y tantos golpes le dan, que cuando no pensemos, será quebrado, y diremos: *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus.*

9—CARTA PARA UN CURA, SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL

La enfermedad de la tibieza (Apoc., III) es asaz peligrosa, y mucho más si es de muchos días. Conviene que si ha sido huésped de vuestra merced, que no sea moradora; porque como es mujer que gasta y no gana, en poco tiempo se come la hacienda ganada en mucho, y deja pobre a su dueño; y de allí viene a ser más que pobre, pues viene a morir vomitándola Dios con dejarle caer en algún pecado mortal. Y cierto, quien conociese de verdad el daño de esta enfermedad, en sólo oírla nombrar le daría tanto temor, que éste le hiciese cerrar la puerta, y a trueque de cualquier trabajo no recibirla en su casa.

Los remedios particulares para este mal, en que toca a la oración, me parecen los siguientes. Lo primero mezclar en todas sus ocupaciones la memoria y presencia de Dios; que pues ellas son piadosas, ayudan a acordarse de Dios. Si habla vuestra merced con su parroquiano que salga de pecado, o que haga lo que debe, esté de fuera con él y de dentro con Dios, pidiéndole dé lo que vuestra merced pide a su oveja: si va por la calle, otro tanto; y si tuviere el ojo de la intención sencillo, que no buscare en los negocios sino a Dios, fácilmente se recogerá,

sin llevar consigo las imágenes de las cosas que trató en los negocios.

Lo otro, estando en oración, despiértese a mirar cómo habla con aquel Señor de quien los ángeles tiemblan de reverencia; y cuando vagare el pensamiento tórnelo con suavidad, y otras veces con darse un bofetón, como a siervo malo que habla con su señor sin reverencia.

También puede pensar en un sentenciado a muerte, y ya el cuchillo a la garganta, que pidiese perdón al juez, y que por ventura se lo daría, con qué ahinco se lo pediría.

Sirve también el hacer cuenta que aquel rato está muerto o muriéndose, y que está presentado delante del juicio de Dios, y que no tiene que acordarse de nadie, sino decir: rogad por mí.

Item, antes de recogerse, leer en algún libro devoto, y también tomar una disciplina.

Item, decir algunas palabras vocalmente, sacadas de la afección de su corazón, o de los Salmos, o de otras partes, que le inflamen a algún buen sentimiento y le despierten; porque mejor es oración vocal ferviente que oración mental tibia.

Item, guárdese de pecados veniales, porque éstos apagan el fervor de la caridad, y procurar de vivir de manera que cuando se recoja no tenga Nuestro Señor que castigarle con enseñarle la cara airada, o con no mirarle; porque en aquel rato suele El castigar con esto a los que se han desmandado en otras cosas.

Item, pedirle al Señor espíritu de devoción, y guardar bien lo que le diere; porque *delicata est divina consolatio*.

Item, determinarse de no dejar sus ejercicios, seco o devoto, sino perseverar diciendo: «Yo no vengo aquí sino porque el Señor lo manda, y por estar en cruz como El estuvo.»

Lo postrero, aunque no tenga vuestra merced tanta devoción como si no tuviese ocupaciones, no se fatigue, pues no es posible, si no fuese por algún particular don, tener tanta con ocupaciones y muchas, como estando solo noche y día en su celda, pues la fecundidad de Lía re-

compensa el ser algo cegajosa, y así procure vuestra merced tener la más que pudiere; mas no desmaye si no alcanzare lo que quisiere; que las ánimas en cuyo provecho vuestra merced entiende, algo valen, pues costaron a Jesucristo su sangre. Obligar por vía de precepto a reiterar confesiones, y cuando no hay algunas de las causas que los Doctores ponen, no es seguro; mas mirando que las que mucho se usan, como vuestra merced dice, son en gran manera dudosas si llevan las condiciones que los Doctores piden, tengo por cosa muy acertada y que se debe mucho procurar, que cuando tienen más sentimiento de este Sacramento y del aparejo que requiere, hiciesen una confesión general. Y el provecho está claro, pues ya que valgan las confesiones, hay gran probabilidad para creer que fueron informes y no dió el Sacramento gracia por falta de disposición, y para que esta gracia se dé es menester otro mejor movimiento, y esto es no saberse aparejar para haberlo estas tales personas fuera de confesión, pues aun en ella vemos cuán mal lo hacen; y hace mucho para esto ver cómo en viniendo en un hombre llamamiento de Dios a mejor vida que la pasada, su mismo corazón le pide que se confiese de toda su vida; y así tengo por enseñanza de Dios, y cosa que se debe muy mucho procurar y persuadir al penitente, cuando preguntándole de confesiones pasadas dice haberlas hecho, como muchos las hacen, tarde y mal; mas si el penitente no quiere menear su vida pasada, no es obligado el Cura a le compeler cuando, como digo, no hubiese alguna causa de las que ponen los Santos, ni el confesor a preguntarle sino desde que se confesó; mas cuando clara tiene alguna sospecha, pregunte, y haga lo que más conviene a aquella ánima, y es el confesar una confesión general, si él quisiere hacerla.

Cuando el ánima se siente recogida, no debe el hombre dejar de decir Misa *pro pollutione sine culpa*, y aunque alguna livianilla conozca, con confesarse y dolerse de ello será mejor decir Misa; mas si está distraído y con feas imaginaciones *pollutionis habitæ*, mejor es abstenerse, con que no sea muchas veces; porque si lo es, traerlas a

el demonio para este efecto, porque lo suele hacer: y cuando no hay la tal distracción de esta o de otra causa que venga o parezca desacato decir Misa, no se debe dejar; y así, los que viven vida concertada y no dejan sus buenos ejercicios, dícenla aunque se sientan sin aquel fervor y llamamiento interior que San Buanaventura dice que debe sentir el ánima para decir Misa o comulgar: él tenía este sentimiento, y así no decía cada día Misa.

Otros, con Zaqueo, reciben al Señor con alegría, y no les va mal de ello, porque a lo menos no tornen atrás, como experimentan tornar si la dejan: para quien se les pega algo de vano complacimiento de ser visto devoto en la Misa, por mejor tengo refrenar la exterior devoción y lágrimas, y pedir al Señor se las guarde para la celda.

De salud me ha ido muy mal todo este invierno, y me ha quitado el predicar muchos meses ha: no sé si cesando los fríos me irá mejor: el socorro de las Misas y memoria que vuestra merced me hace, le pague Nuestro Señor, y me dé gracia para que yo responda siquiera como flaco a hacer algo que parezca a lo de vuestra merced. Quisiera saber cómo va en los negocios de Nuestro Señor: el Padre nuestro, Cristo, que es el dueño de ellos, sea favor de todos los que en ello entienden, y sea amor único de vuestra merced.

10—CARTA A UN DISCÍPULO SACERDOTE, SOBRE LA MORTIFICACIÓN

Muy reverendo Padre y señor mío: Recibí la carta de vuestra merced, y obró en mí lo que otras suyas; conviene a saber: hacimiento de gracias a Nuestro Señor por los dones que le da, según las palabras dan testimonio de lo que está en el corazón: y también obró en mí mucha confusión de haberme llamado Maestro y Padre del que ya pensaría hacerme Nuestro Señor merced de acertar a ser su hijo y discípulo; y especialmente me confundió y aun penó venir en el fin de la carta que había muchas que me escribir, y que no lo hacía por guardar el decoro de oyente y discípulo. No es cosa que se puede

llevar adelante, porque no es cosa que pierda yo por querer aprovechar a vuestra merced; y si de este arte lo ha de hacer, haráme oír y callar.

No sé si el otro día le escribí se guardase de un yerro que he visto en algunas personas que se tienen por espirituales, y es despreciar los corporales trabajos y aflicciones tomadas por amor del Señor; y si lo escribí no hay nada perdido en tornarlo a decir; y si no, es necesario escribirlo. Después que la lumbre, Señor de nuestros ojos, Jesucristo, vivió en este mundo en tantos trabajos, y murió con tantos dolores, quedaron sus siervos tan hambrientos de padecer, que excede a la hambre que los hombres mundanos tienen de descansar: y no sólo se contentan de sufrir el trabajo que les viene, y más el que es necesario para evitar que el hombre no caiga en algún pecado; antes buscan todas las vías que pueden para poder hallar algún trabajo, y con él mostrar el amor que a Jesucristo penado tienen, como El lo mostró para con nosotros en los trabajos que pasó. Así como el tibio no querría trabajos, mas los que vienen súfrelos con paciencia por no ofender al Señor, así el ferviente amador de Jesucristo no querría el descanso, y si alguno por fuerza ha de tomar, súfrelo con paciencia, porque lo mandó Jesucristo: de manera, que así como el tibio tiene los consuelos en deseo y el trabajo en paciencia, así el verdadero cristiano tiene el trabajo en deseo y el descanso en paciencia.

Esto viene del espíritu de Cristo, que obra donde perfecto está, lo que en el mismo Cristo obró, que fué amor de trabajos para más enseñar el amor; y de aquí es que así como consuelan a un tibio cuando le viene el trabajo, así a un cristiano cuando le viene el descanso; porque el uno sufre el trabajo y no le ama, y el otro sufre el descanso y no le ama; y esto es parte de lo que Nuestro Señor Jesucristo nos dijo cuando nos mandó llevar la cruz si queremos ser sus discípulos. Digo en parte, porque lo principal en que consiste la cruz es la muerte del parecer y voluntad propia y de las racionales pasiones; este es, el hombre viejo, que ha de morir conforme al

hombre viejo de Cristo, que murió en la cruz. ¿Cuál es este hombre viejo? El mortal y pasible cuerpo.

Muerto ha de ser en nosotros este hombre malo que he dicho; mas aunque éste sea el principal llevar de cruz, no se ha de quitar lo que es también parte, aunque sea menos principal; y aunque el Apóstol San Pablo dice (I Tim., IV): *Exercitatio corporalis ad modicum utilis est*, no quiere el siervo de Jesucristo dejar de agradarle ni aun en una cosa mínima; y porque no cayésemos en este error dice en otra parte (I Cor., IX): *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo.* No entiendo yo esto que lo decía porque era tentado de carne (como algunos entienden el estímulo de que se queja), mas quísolo por cura preservativa, y trabajaba su cuerpo por no venir a enfermar (II Cor., IV), contando los trabajos que pasaba: *Semper mortificationem Jesu Christi in corpore nostro circumferentes;* adonde llama mortificación de Jesucristo, que es la misma cruz, a los corporales trabajos; y en otra parte dice (Galat., V): *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt.* Si quisiera entender solamente la crucifixión de los afectos, bastaba decir: *Cum vitiis et concupiscentiis;* mas diciendo *carnem*, con el mismo cuerpo lo ha. Y esto lo explica muy bien el mismo Apóstol San Pablo (Cor., VI): adonde pone entre las cosas en que se deben excitar los Ministros los corporales trabajos, como son ayunos y vigilias, de manera que todo el hombre ande en cruz, pues todo Cristo anduvo en ella.

El ánima por la compasión y memoria de Jesucristo crucificado, y por mortificación del viejo hombre que dejamos arriba dicho; el cuerpo también en cruz por corporales trabajos; porque así todo el hombre sea conforme con Jesucristo penado, pues ha de serlo con Jesucristo glorioso: *Hæc dixi*, porque debe cada uno meditar las fuerzas que Dios le dió, y emplearlas en hacer y padecer todo cuanto pudiere, no sólo mirando si es menester para otro buen fin, sino aunque no sea sino para ser conformes con Jesucristo trabajado, no por necesidad, sino por amor, aunque ni el cilicio ni pobre cama y semejables cosas tomadas por amor de Jesucristo nos salven:

Sola enim crux Christi est salvifica; mas a lo menos sea imitación de aquella extrema pobreza y aspereza de Cristo crucificado, lo cual no es de tener en poco si no falta el amor de Cristo: *Gloria enim magna est sequi Dominum. De hoc hactenus.* Otros dos puntos tenía pensado de escribir, y no hay tiempo; escribirlos he, porque no se me olviden, con condición que me escriba lo que hay que enmendar sobre aquesto.

11—CARTA A UN SACERDOTE, SOBRE PREPARACIÓN PARA CELEBRAR

Muy reverendo Padre mío: Plega a Nuestro Señor que la tardanza de mi respuesta sea recompensada con que sea verdadera y provechosa a vuestra merced; porque según la pregunta es de mucha importancia, también lo será la respuesta si fuese tal como he dicho. Pregunta vuestra merced qué aparejo será el mejor, o qué consideración más provechosa para celebrar el Santísimo Sacramento del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, porque teme no le sea tornado en daño (por falta de aparejo) lo que de sí es tan provechoso.

Ya vuestra merced sabe ser diversas las complexiones de los cuerpos, y así ser diversas las inclinaciones de las ánimas, y también diversos los dones que reparte Dios, y a unos lleva por unos medios y a otros por otros; y así no se puede dar regla cierta, que a todos cuadre, de qué consideración le sea más provechosa para lo dicho. Esto es cierto que aquello le será a uno mejor que Nuestro Criador y Redentor le diere y con que más le moviere. Y quien tiene noticia (como en estas cosas se puede tener, que ni son fe, ni hay evidencia) de que su aparejo o consideración es impulso de Dios, no hay que buscar otra hasta que Nuestro Señor la mude; y esto se ha de averiguar dando cuenta a persona que tenga de ello experiencia y prudencia, y asentar en aquello. Mas hay otros que no se sienten particularmente movidos a esta o aquella consideración, y para éstos también es necesario que den parte de su disposición interior, para ver si han

menester ser llevados por consideración de amor o de temor, tristes o alegres, y conforme a lo que hubieren menester, aplicarles el remedio.

Y porque creo, según la relación que de vuestra merced tengo, que la disposición de vuestra merced es de persona aprovechada en la virtud, y que le está mejor ejercitarse en consideración que le provoque a fervor de amor con reverència, que a otras, digo que para este intento yo no sé otra mejor que aquella que nos da a entender que aquel Señor con quien vamos a tratar es Dios y hombre, y la causa porque al altar viene. Cierto señor, eficacísimo golpe es para despertar a un hombre considerar de verdad: a Dios voy a consagrar, y a tenerlo en mis manos, y a hablar con El, y a recibirlo en mi pecho. Miremos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester, para según nuestra flaqueza, hacer lo que en este oficio debemos.

¿Quién no se enciende en amor con pensar: al Bien infinito voy a recibir? ¿Quién no tiembla de amorosa reverencia de Aquel de quien tiemblan los poderes del cielo, y no de ofenderle, sino de alabarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido a aquel Señor que presente tiene? ¿Quién no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza a hacer penitencia por el desierto con tal viático? Y, finalmente, esta consideración, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre y le saca de sí, ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos causados de la consideración de su presencia, los cuales, aunque no se sigan necesariamente de la consideración, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Así que, señor, ejercítese vuestra merced en esta consideración: haga cuenta que oye aquella voz (Matth., XXV): *Ecce sponsus venit, Deus vester venit*, y enciérrese dentro de su corazón, y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir; y pida al mismo Señor que por aquella bondad misma que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sen-

tido para saber estimarlo, reverenciarlo y amarlo como es razón. Importúnele que no permita El que esté vuestra merced en presencia de tal alta Majestad sin reverencia, temor y amor. Acostúmbrese a sentir lo que debe de la presencia del Señor, aunque otra consideración no tenga.

Mire a los que están delante los Reyes, aunque no digan nada, aquella mesura, reverencia y amor con que están, si están como deben. Mas mejor es pensar cómo están en la corte del cielo aquellos tan grandes en presencia de la infinita Grandeza, temblando de su pequeñez y ardiendo en fuego de amor, como abrasados en el horno de El. Haga cuenta que entra él entre aquellos grandes y tan bien vestidos, tan bien criados, tan diligentes en el servicio de su Señor; y puesto en tal compañía y en presencia de tal Rey, sienta lo que debe sentir, aunque, como digo, no tenga entonces otra consideración; quiero decir, que una cosa es saber hablar al Rey, y otra saber, aunque callando, estar delante del Rey, para estar como debe estar. Y esta unión de su alma con Nuestro Señor es la que debe tener en la Misa, colgado de él, como cuando está en la celda en lo más íntimo de su corazón unido con Dios, y de tal manera, que las palabras que lee no le distraigan de esta unión; porque hallará en ella más fruto que en las palabras, aunque se ha de tener cuenta con ellas; mas hase de acostumbrar, teniendo el corazón unido y presente a Dios, tener la atención que conviene a lo que hace y dice.

¡Oh, Señor, y qué siente una ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo Nuestra Señora elegida, enriquecida en celestiales gracias para tratar a Dios humanado, y coteja los brazos de ella y sus manos y sus ojos con los propios! ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para Aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir a ellas por las palabras de la consagración! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazón, y le hacen desear que en acabando la Misa se fuese

el hombre a considerar aquella palabra del Señor (Joannis, XIII): *Scitis, quid fecerim vobis?* ¡Oh, Señor, quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora! ¡Quién lo gustase con el paladar del ánima! ¡Quién tuviese balanzas no mentirosas para lo pesar! ¡Cuán bienaventurado sería en la tierra! ¡Y cómo en acabando la Misa le es gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus*,hasta otro día que tornase a decir Misa!

Y si alguna vez diere Dios a vuestra merced esta luz, entonces conocerá cuánta confusión y dolor debe tener cuando se llega al altar sin ella, que quien nunca lo ha sentido, no sabe la miseria que tiene cuando le falta. Junte vuestra merced a esta consideración de quién es el que al altar viene, el porqué viene, y verá una semejanza del amor de la encarnación del Señor, del nacimiento, de su vida y de su muerte, que le renueve lo pasado; y si entrare en lo íntimo del corazón del Señor y le enseñare que la causa de su venida es un amor impaciente, violento, que no consiente al que ama estar ausente de su amado, desfallecerá su ánima en tal consideración.

Mucho se mueve el ánima considerando: a Dios tengo aquí; mas cuando considera que del grande amor que nos tiene, como desposado que no puede estar sin ver ni hablar a su esposa ni un solo día, viene a nosotros, querría el hombre que lo siente, tener mil corazones para responder a tal amor, y decir como San Agustín: *Domine, quid tibi sum, quia jubes me diligere te? Quid tibi sum?* ¡Que tanto deseo tienes de verme y abrazarme, que estando en el cielo con los que tan bien te saben servir y amar, vienes a éste que sabe muy bien ofenderte, y muy mal servirte! ¡Que no te puedes hallar, Señor, sin mí! ¡Que mi amor te trae! ¡Oh, bendito seas, que siendo quien eres, pusiste tu amor en un tal como yo! ¡Y que vengas aquí con tu Real Persona, y te pongas en mis manos, como quien dice: «Yo morí por ti una vez, y vengo a ti para que sepas que no estoy arrepentido de ello; mas si fuese menester moriré por ti otra vez»! ¿Qué lanza quedará

enhiesta en tal recuesta de amor? ¿Quién, Señor, se absconderá del calor de tu corazón, que calienta el nuestro con su presencia, y como de horno muy grande saltan centellas a lo que está cerca? Tal, Padre mío, viene el Señor de los cielos a nuestras manos, y nosotros tales lo tratamos y recibimos.

Concluyamos ya esta plática tan buena y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al Señor que nos hace una merced, nos haga otra, pues dádivas suyas sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas. *Imo*, como San Bernardo dice, que el ingrato *eo ipso pessimus, quo optimus*. Miremos todo el día cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos, y traigamos todo el día este pensamiento: al Señor recibí, a su mesa me asiento, y mañana estaré con El; y con esto huiremos todo mal, y esforcémonos al bien, que lo que se hace fuera del altar, suele el Señor galardonarlo allí. Y para concluir digo que se acuerde vuestra merced que se quejó el Señor de Simón, porque entrando en su casa no le dió agua para sus pies, ni beso en su faz, para que sepamos que quiere de la casa do entra, que le den lágrimas por los pecados a los pies de El, y amor que hace dar beso de paz.

Esta dé a vuestra merced Nuestro Señor con el mismo Señor y con sus prójimos, que nazca del perfecto amor, el cual aquí le atormente por las ofensas que él y otros hacen al Señor, y en el cielo le haga gozar teniendo el bien de Dios por propio y más que propio, amando a El más que a sí mismo: por cuyo amor pido a vuestra merced que si algo o mucho va en esta carta que haya menester enmienda, me la envíe, y por lo bueno dé gracias a Nuestro Señor, y se acuerde de mí cuando en el altar estuviere.

12—CARTA PARA UN MANCEBO, SOBRE ELECCIÓN DE ESTADO SACERDOTAL

Recibí la carta de vuestra merced, y leí todas las señas que para su conocimiento me da: bien parece que no conoce los corazones, pues piensa que lo tengo olvidado:

gracias a Nuestro Señor que no lo ha permitido; mas hame hecho merced de darme particular memoria de vuestra religiosa persona, y cuidado entrañable de os aprovechar en lo que pudiese. Vi también la relación de vuestros ejercicios y vuestros combates de ultramar y de esta parte del mar sobre que toméis sacerdocio; y paréceme bien que estéis en ello dudoso temiendo carga tan grande; y mejor me parecería que tan grande y tan santa os pareciese que del todo huyésedes de ella; porque en otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo, de lo mucho que es, no lo recibía nadie sino era para ser Obispo o tener cura de ánimas, o alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios; y los demás que eran eclesiásticos, quedábanse en ser diáconos o subdiáconos, o de los otros grados más bajos, y entonces tenían grados bajos y vida altísima: todo lo cual está ahora al revés, que los que tienen el grado supremo del sacerdocio, no tienen vida para buenos lectores u hostiarios.

Creed, Hermano, que no otro sino el diablo ha puesto a los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que teniéndolos subidos en lo más alto del templo, de allí los derribe; que la enseñanza de Cristo no es ésta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la vanidad, y buscar más santa y segura humildad, aun en lo de fuera, que ponerse en lo alto, adonde más y mayores vientos combaten. ¡Oh, si supiésedes, Hermano, qué tal había de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua, y al llamado de ella venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo, a semejanza de como lo fué nuestro Maestro y Redentor Jesucristo en la cruz.

Hermano, ¿para qué os queréis meter en tan hondo peligro, y obligaros a cuenta tan estrecha para el día postrero, pues por bajo estado que tengáis, aun parecerá aquel día gran carga, cuánto más si os cargáis de carga que los

hombros de los ángeles temblarían de ella! Buscad aquel modo de vivir que más segura tenga vuestra salvación, y no que más honra os dé en los ojos de los hombres; que al fin este consejo os ha de parecer bien algún día a vos y a cuantos lo contrario os dijeren; los cuales, como no saben qué es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos del mundo a su hermano, primo, pariente o amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso, y paréceles que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es, Hermano, éste averiguadamente de carne o malicia: y de aquí vienen muchos a tomar y hacer tomar este sacrosanto oficio por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quieren para servir a Dios.

¡Oh, abusión tan grande de evangelizar y sacrificar por comer, y ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quéjase de esto Jesucristo Nuestro Redentor (Joann., VI), porque no le buscan por El, sino por el vientre de ellos, y castigarles ha como a hombres despreciadores de la Majestad divinal. Cierto, mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, o entrar a un hospital a servir a los enfermos, o hacerse esclavo de algún sacerdote, y así mantenerse, que con osadía temeraria atreverse a hollar el cielo para pasar a la tierra, estándonos mandado por Nuestro Dios y Señor al contrario.

Veis aquí, Hermano, lo que os aconsejo que hagáis, si queréis agradar a Dios y permanecer en su santo servicio; y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querría más que reverenciásedes de lejos, que no abrazásedes desde cerca, y que quisiésedes más esta dignidad por señora que por esposa: y si algo hubiéredes de hacer, sea tomar grado de Epístola, y después de dos o tres años de Evangelio; quedaos allí, si no hubiere unas grandes conjeturas del Espíritu Santo, que es Dios servido a levantaros al grado más alto; y estáis muy bien donde estáis sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella. Sabed co-

nocer la dignidad de los enfermos a quien servís, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratáis, y haced cuenta que estáis en escuela de aprender paciencia y humildad y caridad, y saldréis más rico que con cuanto el Papa puede dar. Cristo sea vuestro amor y bienaventuranza. Amén.

13—CARTA A UN SACERDOTE, SOBRE EL AGRADECIMIENTO QUE DEBEMOS A DIOS

Pues que por la gracia de Jesucristo es vuestra merced sacerdote, asaz tiene en qué entender para dar buena cuenta de oficio tan alto y tremendo, aun para hombros de ángeles: estime mucho este misterio, agradezca esta merced, y esta consideración le sea bastante a recogerle cuando estuviere distraído, y a ponerle espuelas cuando se viere flojo; y así se enseñoree de su corazón esta merced, que por ella se tenga por muy obligado a servir con gran diligencia al Señor, y le ponga gran cuidado para así ejercitar oficio tan soberano que agrade a los ojos del que se lo dió. Sea, pues, la primera regla de su vida ésta: que en recordando de noche del sueño le parezca que oye en sus orejas aquella voz (Matth., XXV): *Ecce sponsus venit, exite obviam ei:* y pues el haber de recibir a un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recibir, ¿cuánto más razón es que del todo nos ocupe el corazón este huésped que aquel día hemos de recibir, siendo tan alto, y tan a nosotros conjunto, que es adorado de ángeles y hermano nuestro? Y con esta consideración rece sus horas, y después póngase de reposo y despacio, a lo menos por hora y media, a más profundamente considerar quién es el que ha de recibir, y espántese de que un gusano hediondo haya de tratar tan familiarmente a su Dios, y dígale: *Señor, ¿quién te ha traído a manos de un tal pecador, y otra vez a vuestro portal y pesebre de Belén?* Acuérdese de San Pedro, que no se halló digno de estar en una navecica con el Señor. El Centurión no le osa meter en su casa; y otras semejantes consideraciones, por

las cuales aprenda a temer hora y obra tan terrible, y a reverenciar a tan gran Majestad: piense que esto es un traslado de aquella obra, cuando el Padre Eterno envió a su Hijo al vientre virginal para que salvase al mundo, y de la vida y muerte del Señor; y así viene ahora a aplicarnos la medicina y riquezas que entonces nos ganó en la cruz, y aplicarnos aquella paga.

Acuérdese de este misterio de la pasión y muerte del Señor y agradézcasela. Luego presente delante Su Majestad los pecados que toda su vida ha hecho en general, y particularmente las pasiones y defectos que de presente tiene; y como enfermo que enseña sus llagas al médico, pídale conocimiento y salud para ellas. Luego ofrezca al Eterno Padre este sacrificio, que es su Hijo, por las personas particulares que tiene obligación, y por la Iglesia católica, acordándose de cómo se ofreció el Señor en la cruz por todo el mundo, y pídale una poquita de aquella encendida caridad para que el ministro sea conforme con el Señor: luego suplique a Nuestra Señora, por el gozo que hubo en la Encarnación, que le alcance gracia para bien recibir y tratar al Señor que Ella recibió en sus entrañas, y diga la oración: *Deus, qui de Beatæ Mariæ Virginis utero*, acordándose de la Encarnación; y pida gracia al mismo Señor para lo mismo, diciendo: *Deus, qui corda fidelium;* y lea algo que hable de este Santísimo Sacramento, así como *Contemptus mundi*, en el cuarto libro, u otros si hallare: mas si con la oración estuviere muy recogido y devoto, no cure de leer. La Misa se dirá el lunes por las ánimas del purgatorio: martes y miércoles por quien quisiere o fuere encargo; jueves, viernes, sábado y domingo por la reformación de las costumbres de la Iglesia. Acabada la Misa, recójase media hora o una hora, y dé gracias al Señor por tan gran merced de haber querido venir a establo tan indigno. Pídale perdón del ruin aparejo, y suplíquele le haga mercedes, pues suele dar gracia por gracia. Es buen ejercicio acordarse de algún paso del Evangelio donde el Señor hizo algún beneficio, así como sanó al leproso y libró a los discípulos de la tempestad del mar, comenzando un Evan-

gelista desde el principio, y rumiar cada día después en un paso, y suplicar al Señor que está dentro de nos que haga la misma merced en nuestras ánimas, pues hay la misma necesidad.

Desde aquel tiempo hasta comer puede leer algo y rezar las horas que faltan: después de comer y dormir rezará sus horas, y luego leerá un poquito brevemente, y tendrá una poca de oración, acordándose de cómo el Señor ha sido aquel día su huésped; y después haga algún ejercicio corporal, sin que se canse, porque no ahogue el espíritu de la devoción, o en algún huertecico, o escribiendo algo, o cosa semejante, hasta hora de Vísperas, y entonces dígalas, y después lea un rato; y si hubiere algún enfermo que visitar, o si fuere menester irse al campo, o visitar alguno para provecho del ánimo, entonces se haga. A la noche ha de haber otro espacio de hora y media como el que se dijo, en que se entienda en rezar Completas y leer un poquito, especialmente si estuviere indevoto, y luego pensar en la hora de la muerte y en el juicio de Dios, y haciendo cuenta que estamos delante de El, y que el cuerpo está echado en la sepultura, acusarnos general y particularmente de lo pasado lo uno, y de lo presente lo otro. Mirar lo que el Señor con nos ha hecho, y cuán mal se lo hemos servido, y examinarnos allí con verdadero examen, a intento de conocer cuán defectuosos somos, y conocer las raíces de nuestras pasiones muy de verdad, que sin este conocimiento no es cierto el edificio. Y aunque de esta consideración no se saque tanta devoción como de otras, no por eso es de menos valor, porque no por desabrido es peor: pues debe el hombre pensar que es esclavo, y obligado a servir con diligencia a su señor, conforme a los de los talentos, y como quien entra en capítulo, y examinarse bien como quien está en el artículo de la muerte, según se ha dicho.

¡Qué grande mal es no pensar primero lo que cierto ha de pasar por nos! (Ecc., XVIII). *Ante judicium interroga te ipsum ait Sapiens.* También es buen pensamiento pensar en la muerte propia y de todos, mirar todas las cosas como acabadas ya, y los hombres como montes

de tierra y huesos, y considerar que sólo Dios es el que ha de ser nuestro arrimo, y tener en poco todo lo visible. Los libros en que ha de leer por ahora son éstos: la *Glosa ordinaria*, el *Nuevo Testamento*, y esto después de Vísperas: y en los otros ratos que he dicho de leer han de ser: *Contemptus mundi, Casiano y a San Juan Clímaco, Morales de San Gregorio;* y este leer no hasta cansar, sino para levantar el corazón: Meditaciones *Agustini et Bernardi*. El pensar ha de ser sin cansarse la cabeza; y en sintiendo que se cansa, sosegarse; y si puede estar de rodillas toda la hora y media es mejor; y si no, esté hasta que se canse; y si puede estar dos horas en el dicho ejercicio, es mejor. Bueno es descansar el pensamiento con una sencilla atención a Dios, especialmente después que hubiere pensado el dicho rato; porque alguna vez suele el Señor darnos entonces más que cuando hemos toda la noche trabajado nosotros con nuestro pensamiento. Jueves y viernes es bien dormir en alguna tabla por acompañar al Señor que padeció en aquellos días. Propia voluntad nunca en sí la consienta en poco ni en mucho; y sea Jesucristo crucificado su espejo y dechado, con el cual trabaje por se conformar.

14—CARTA A UN SACERDOTE ENFERMO, SOBRE LA PAZ Y FORTALEZA DEL CRISTIANO

Alguna razón teníamos para desatinar en los acaecimientos que suceden, si no mirásemos aquel tan verdadero tino, Dios, que ninguna cosa hace ni hacer puede que muy bien hecha no vaya; y quien tras este tino atina, nunca desatina; porque el crédito, que Dios sabe lo que hace, y que lo hace por nuestro bien, lo conserva en paz, sin sentir aquellos grandes alborotos y desasosiegos que los que a su propio parecer miran, sienten, los cuales quieren medir la altura del cielo con pequeña vara, y la anchura de él con chico palmo, cuando piensan escudriñar los altos y ocultos juicios de Dios que sobre nosotros hace: y esto por su flaca y poco sabia razón, que para las cosas de Dios es como ojos de lechuza

para los claros rayos del sol: de manera que la paz en el creer está, no en el escudriñar; en el obedecer con simpleza lo que Dios envía, no en pensar que otra cosa fuera mejor; en ser regido, no en regir; en seguir los ojos cerrados tras esta luz divina, que errar no puede, no en tenerlos abiertos a escudriñar lo que alcanzar no podemos, y lo que nos hace verdaderamente ciegos, consistiendo nuestra luz en seguir la divina. Esta es la carrera que San Pablo desea que todos tengamos cuando dice (Rom., XV): *Deus autem spei repleat vos omni gaudio, et pace in credendo: ut abundetis in spe, et virtute Spiritus Sancti.* Dice Dios de esperanza, porque había dicho antes: *Erit radix Jesse, quæ exurget regere gentes, in ipsum gentes sperabunt;* y pues para esto vino al mundo, para que muriendo por nosotros nos enseñase su amor, razón es que se llame Dios de esperanza, pues también se llama Dios de amor y el mismo amor: *Quia Deus charitas est;* y no hay cosa que más nos levante a esperar que el ser amados de Dios; y no hay señal tan clara de este amor, cuanto es de su parte, como el haber dado por nosotros su vida.

Pues este Dios de esperanza, dice San Pablo, *os hincha de paz y gozo,* no en escudriñar lo que hace, mas en creer con simplicidad que El es la verdadera sabiduría de los que en este destierro vivimos: y los que de esta manera le creen y aman, abundan en esperanza y fortaleza de Espíritu Santo; porque mientras uno menos discierne, y más se fía y ama, más esperanza le crece, porque cree que mientras más a ciegas se arroja en Dios, tanto más seguro está; porque, como San Agustín dice: *No es Dios tal que arrojándonos en El, hurte el cuerpo y nos deje caer;* que los que caen es porque no se osan arrojar en Dios, queriendo más vivir en su voluntad y parecer, que les parece luz y razón, que en el de Dios; y de esta esperanza amorosa que del echarse en Dios nace, procede la fortaleza; porque no hay cosa más flaca que quien tantea su vida por su parecer, ni más fuerte que quien no cuidando del suyo, se somete al de Dios. El uno a cada paso se queja; el otro nunca. El uno a

cada paso ve qué temer y qué le descontente, porque lleva sus ojos abiertos mirando acá y acullá: el otro, como no tiene ojos, no se espanta, mas muele muy buena harina andando alrededor de su centro, Dios, cuyo saber y bondad cree ser tanta, que basta saber y querer regir a los suyos.

Todo esto he dicho, carísimo Padre, por acordaros que no os turbe vuestro seso la enfermedad que el Señor os ha enviado para su gloria y prueba de vuestra obediencia, la cual agrada más a su divina Majestad que las víctimas y sacrificios, según fué dicho al desobediente Rey Saúl. No tanteéis lo que hiciéredes estando sano; mas cuánto agradaréis al Señor con contentaros con estar enfermo: y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien? Mirad que la enfermedad en el cuerpo es: guardad mucho no pase al ánima, pues para salud del hombre de dentro aflige Dios al de fuera; y entonces no pasa cuando el ánima no se descontenta de lo que el cuerpo padece, antes se ofrece a la voluntad de Dios sacando salud de la enfermedad. Creedme, Padre, que así cría Dios a sus hijos, quitándoles al mejor tiempo el sabor de la boca, para que aprendan en todo y por todo a ser desnudos de sí, y estar prontos a volverse acá y acullá a la voluntad de El: y aunque duele este despegar de nos nuestras afecciones, no mira nuestro piadoso Padre a lo que nos es más sabroso, mas a lo que nos es provechoso; y así saca El a sus hijos de entre pañales, como dicen, porque hasta que esté uno todo desnudo de sí y vestido del querer de Dios, muy niño es; y como niño se enoja y se huelga, llora, ríe y teme, y espera a cada paso; la cual edad es penosa cosa para vivir muchos días en ella; y aun peligrosa, porque es maldito el niño de cien años: por lo cual, aunque el Santo Isaac (cap. LXV) fuese hijo de prometimiento divino, y su mismo nombre quiere decir *gozo o risa*, no empero leemos que su padre Abraham hiciese fiesta de alegría cuando le nació la alegría; mas cuando entristeció a su alegría, que fué cuando desteta-

ron a su hijo, que suele ser un paso bien triste para los niños. Mas por allí conviene pasar a los que en Cristo nacen, para que probándolos Dios con una cosa y otra, dándoles acíbar, que son cosas contra la voluntad de ellos, los hace varones que coman, no leche de consuelos ni cumplimientos de su voluntad, mas pan duro de perfecta obediencia.

15—CARTA A UN SACERDOTE, SOBRE LA ORACIÓN

Esfuerce Cristo a vuestra merced para que no falte al servicio de El pues todo nuestro bien en serles leales está: trabajo es mirar uno por sí solo, y más que doblado por sí y por otros; y pocos hay que sepan cumplir con estas dos partes, que no defrauden a alguno según cada uno se aficiona más o menos: parece tan dura cosa a quien se mira entender en lo que al prójimo toca, que del todo se le quita la gana viendo sus necesidades presentes, a las cuales le parece ser más y primero obligado; y hay otros que viendo algún provecho que hacen en los otros, se olvidan de sí, y éstos corren mayor peligro. Lo que yo de vuestra merced deseo es, que así como nuestro soberano Maestro la noche de su Pasión se levantaba de orar, e iba a visitar sus discípulos, y de ellos tornaba a la oración, mezclando la una vida con la otra, así vuestra merced lo haga, no descuidándose de lo uno con lo otro; y bien veo cuán pesada es esa carga que acuestas tiene, y cuán templado y armado conviene andar para que a ellos aproveche, y a sí no se dañe; mas la dificultad de la obra no ha de ponernos desesperación, mas mayor cuidado y vigilancia, como para cosa que más lo ha menester.

Grande es la flaqueza que en nuestros días se usa, donde apenas hay hombre de los que dicen que sirven a Dios, que ponga hombros a cosas dificultosas: todo lo queremos a nuestro sabor, y que lo que decimos sea luego tomado; y siendo nosotros en muchas cosas flaquísimos, espantándonos mucho de flaquezas ajenas, blandos en las nuestras, airados en las ajenas, habiendo de ser

al contrario: la paciencia en las ajenas y el celo ferviente contra nosotros; sudores de muerte se han de pasar algunas veces en los negocios de Dios; y su siervo ha de estar como insensible sufriendo y llamando al Señor. Longánimo y magnánimo le conviene ser al que en Dios espera y contra el demonio pelea; porque los otros, o se tornan del camino, o andan tan flojos y con tantas caídas, que es como si no anduviesen. Pase vuestra merced con su cruz, e invoque al crucificado, que por las ánimas murió; y crea que no las tiene olvidadas por mucho que las deje padecer; mas quiere El que nos cuesten algo a nosotros, por hacernos merced de tomarnos por ayudadores en obra tan alta, y galardonarlos como el Padre hizo a El. Suya es la obra; ministros suyos somos nosotros, y quiere experimentar nuestra fe, caridad y paciencia con que no veamos luego el provecho que deseamos, y así hacernos merced, no poca, aun cuando parece que no nos oye.

Lo que vuestra merced debe a esa gente desconsolada decir, es *que tomen los diez Mandamientos de Dios y los cinco de la Iglesia, y los guarden, y con éstos se salvarán;* y si más quisieren hacer, sea en buen hora, con que no piensen que si les sucede faltar, que por eso están perdidas, que casi todo el mal les viene de ser deseosas de devoción y sentimientos, y en esto piensan que está su salvación; y si tanto hincapié hiciesen en la guarda de los Mandamientos de Dios como en esotras cosas, mejor les iría, porque saldrían con ello y tendrían paz. Déselos vuestra merced por escrito, y dígales que piensen en aquello, e irles ha bien. Y si orar quieren, háganlo con condición que piensen que van a obedecer a Dios, que manda orar, aunque no saquen consuelo ninguno. Lean y recen sus oraciones vocales, pensando en aquello que rezan o en aquello a que rezan, y tengan ojo a la guarda de los Mandamientos, y aprendan a tener en merced a Dios, que les dé gracia para los cumplir; y si alguna vez resbalaren, vayan al remedio del corazón contrito y humillado, y crean que la sangre de Jesucristo limpia nuestros pecados; y confesando, estén sosegadas: no quie-

ran llevar esto por fuerza, pues la santidad es dádiva de Dios: hagan como muchas personas buenas, que se contentan con guardar la ley del Señor con una sana voluntad, sin suspirar devociones; cuando el Señor otra cosa quiera, El despertará. Vuestra merced me encomiende a Dios, que yo así lo hago por vuestra merced.

16—CARTA A UN SACERDOTE, SOBRE EL AGRADECIMIENTO A LOS FAVORES DE DIOS

Si las flores de los buenos principios que Dios en el ánima de vuestra merced ha producido por su misericordia, le consuelan y dan contentamiento, como por su carta dice, ¿qué sería si vuestra merced se atreviese a andar un poco más ligero por el camino de Dios, para que su misericordia tuviese ocasión de, como ha producido flores, producir frutos? Creo encontraría vuestra merced con tales cosas, que dejaría el cántaro, como la Samaritana, por mejor gozar del agua viva que Cristo da, de la cual quien bebe, nunca más ha sed, porque se hace en el vientre una fuente de agua viva que da saltos hasta la vida eterna; entonces, señor, se quitarían de gana los deseos de las prosperidades de esta vida, y antes serían aborrecidas que amadas, como cosa que estorba el gusto de las cosas divinales, y cuyos cuidados ahogan la palabra de Dios.

Gran verdad dijo aquel santo Pontífice que hablaba lo que sentía: *Gustata carne desipit spiritus, ita gustato spiritu, desipit omnis caro;* y en otra parte: *Non habet in terra quod amet, qui donum Dei in veritate gustavit.* Entonces vienen al hombre juntamente gozo y dolor; porque aquel nuevo vino que Dios le da a beber, le embriaga con su dulcedumbre, y le hace despreciar todo lo visible; y considerando cuánto tiempo ha carecido de él y bebido de los ríos de Babilonia y vanidad de este mundo, no puede dejar de decir y llorar con San Agustín: *Sero te cognovi, pulchritudo tam antiqua: sero te cognovi, pulchritudo tam nova: væ cæcitati illi, quando non te cognoscebam: væ tempori illi, quando non te amabam;* y

aunque él lloraba porque no había conocido a Dios por fe, andando envuelto en errores; mas si nosotros nos contentamos con conocer a Dios por fe, y no lo conocemos por la noticia experimental que del amor nace, y según las conjeturas humanas se puede tener, también tendremos porqué llorar como él, y decir: *¡Ay del tiempo cuando no te amaba!*

Este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal que Dios entra en el ánima; porque con la luz se ven las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana. Job era gran siervo de Dios, aun cuando estaba en su prosperidad, y creció tanto en el ánima con la tribulación corporal, que dijo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te, idcirco ago pœnitentiam in favila et cinere* (Job., XLII). Muy gran diferencia va, señor, cuando Dios nos da lumbre del cielo para conocer (aunque a nuestro modo) quién es el bien sumo al cual hemos ofendido o no servido como debíamos, a cuando lo miramos con la pequeña candelilla de nuestra propia lumbre; porque cuanto excede el cielo a la tierra, tanto va de la inspiración del Espíritu Santo, que nos alumbra y ayuda a hacer penitencia, a la que es de nuestra cosecha. Y si vuestra merced quiere saber qué cosa es andar la mano de Dios por el ánima; si quiere beber en la tierra una gotilla del vino del río del deleite de Dios; si quiere llegarse a ver la visión de cómo Dios está en la zarza, y no se quema la zarza aunque arda, no aguce tanto el ingenio para inquirir, cuanto el afecto para lo purificar. Más valen para esto amargos gemidos salidos del corazón que sutiles razones ni libros. Arrójese a los pies del Señor crucificado como hombre culpado, ignorante, y que no ha sabido darle contentamiento, aunque ha gozado de muchos bienes que la divina liberalidad le ha dado. Ensalce cuanto pudiere la divina bondad, y cuente uno por uno los beneficios que le ha hecho en cuerpo y ánima desde que le crió; y cuente entre ellos, que no siendo él digno de servirle de mozo de cocina, le dió en su casa tan honrado lugar de sacerdote suyo.

Mire bien cómo ha respondido a estas y otras mercedes, y conjure a la divina Misericordia que por aquellas entrañas con que le ha hecho tantas mercedes, por las mismas dé el conocimiento y agradecimiento de ellas y el servicio correspondiente a ellas. Quéjese vuestra merced mucho de su propia ingratitud, condene su tibieza en que ha vivido; arda en su corazón el celo de la honra de Dios, y vénguese de sí mismo por haber preciado poco al que le preció tanto, que se puso en una Cruz por él; y si estas cosas no le movieren el corazón, téngase no por hombre de carne, sino por corazón de piedra, y confúndase mucho y gima a Cristo, porque teniendo El su corazón sacratísimo y limpísimo abierto con lanza, y manó de él sangre y agua en remisión de nuestros pecados, no se hiera y abra nuestro corazón con la lanza de su amor y salga de nuestro corazón la podre y hedor de nuestras malas y vanas afecciones que en él están encerradas. ¡Oh, infelice de aquel que no es herido con la lanza, clavos y espinas del Señor, y se queda malsano y sobresano, y tiene lo de dentro podrido, según dijo el Señor al otro Obispo (Apoc., III): *Nomen habes quod vivas, et mortuus es!*

Despertemos, señor, despertemos antes que nos tome la muerte durmiendo, y metamos la mano en lo más íntimo de nuestro corazón y escudriñémoslo con candelas, porque el juicio de Dios desde allí ha de comenzar como de lugar de su morada: *Incipite a sanctuario meo,* dijo El a Ezequiel (cap. IX). Miremos adonde mira nuestro corazón, y si no mira al norte, que es Dios, gimamos y temamos y pidamos (Psalm. CXVIII): *Averte oculos meos ne videant vanitatem.* Porque ¿qué cosa es todo lo que está debajo del sol, sino vanidad? ¿Y qué son los que estas cosas aman, sino vanos como las cosas que aman? (Isai, LIX): *Et telas araneæ texuerunt, quæ non proderunt eis in vestimentum, nec operientur operibus suis.* El corazón, señor, a Dios: *Oculi mei semper ad Dominum* (Psalm. XXIV). Deje a los vanos seguir sus vanidades, que ellos y ellas perecerán; pásese a la región de la verdad, que ha de durar para siempre, y acuérdese que

cuando el Juez soberano se sentare en su silla y juzgare según la verdad, aprobará por mejor el lloro que la risa, y la penitencia más que el regalo, y las temporales necesidades con paciencia llevadas, que las consolaciones que tienen los ricos, a los cuales dijo (Luc., VI): *Væ vobis;* y entonces se holgará uno de no haber tenido muchos a su cargo de quien le sea pedida cuenta, porque verá que tiene harto que hacer en darla de sí: y, en fin, parecerá más cuerdo quien emplea su vida y cuidado en purificar su ánima y ser amador de Dios, que el que se descuidó de esto y puso su mayor cuidado en otras cosas que se le antojaron.

Y pues Nuestro Señor ha comenzado a abrir los ojos a vuestra merced, tiene porqué gozarse por la nueva merced; mas tiene por qué temer si no la sabe conocer y acrecentar. Pase adelante, señor, pase adelante, y sabrá qué es aquello que está escrito (Prov., IV): *Ducam te per semitas æquitatis: quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui, et currens non habebis offendiculum;* y si quisiere correr por los hermosos caminos de Dios, no vaya muy cargado de tierra, que cuanto más dejare por Dios, tanto El más le dará de su gracia; y cuanta más gracia, más correrá; y mientras más corriere, más gana le dará de dejar más por poder más correr; porque si el que halla el tesoro escondido en el campo vende cuanto tiene por lo comprar, ¿qué hará quien encuentra el dulcísimo maná abscondido de la dulcedumbre de Dios, sino por comer de él, con entrambos paladares ayunar de todo lo demás de la tierra, y decir con sus entrañas (Apoc., II; Psalm. LXXII): *Quid mihi est in cœlo? Et a te quid volui super terram? Defecit caro mea, et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum?* ¡Oh, parte rica! ¡Oh, parte que es todo, al cual, comparado todo, es como grano de mijo a la grandeza del cielo! ¿Y quién es aquel que contigo no se contenta, y que no desea estar desnudo para que Tú seas su vestidura? ¿Pobre para que Tú seas su riqueza? Y si hicieren burla de él porque vendió cuanto tenía por comprar aquel campo, él llorará de compasión de los otros, y se

gozará de haber hecho tal trueco, que dejó muchas cargas para mejor seguir a Dios, y compró una perla, que sola ella vale más que lo que dejó y que todo el mundo.

Añada vuestra merced alguna poca de más penitencia a la que hacía, ore más, limosnas más, cuidado sobre su corazón, obras y lengua, y de ésta se guarde como del demonio, y téngala atada como a bestia fiera dañosa, y no la suelte a hablar sino con grande acuerdo; y encomendándose a Dios, agradezca lo que le ha Nuestro Señor dado, para que se haga capaz de más. Sea el altar su deseo, su gozo y descanso, como el nido para el pájaro; y el Señor, que es fiel, acabará lo comenzado, y le dará aumento de gracia; y cada día le sea más agradable, y su vida más meritoria, y a los prójimos más provechosa, y pare en ganar aquella vida, que sola es vida, y digna de perder mil vidas por la ganar. El Señor Jesús, que con su muerte nos la ganó, dé a vuestra merced fuerzas para que, holladas todas las cosas, a El sólo ame, y todos por El; y por su amor le pido se acuerde de este su servidor en sus oraciones y santos sacrificios, que yo, según mi flaqueza, lo mismo hago por vuestra merced algún día: estoy ahora para predicar; gracias a Dios.

17—CARTA A UN RELIGIOSO, ANIMÁNDOLE AL PERFECTO AMOR DE DIOS

Muy Rdo. Padre: *Pax Christi.* Pues que Nuestro Señor Jesucristo no es servido que yo esté por ahora donde gozase de la comunicación de vuestra merced y de esos señores colegiales como deseo, sea su nombre bendito, y súfrolo en paciencia; en lo cual creo que no hago poca penitencia, porque difícil cosa es de sufrir estar apartado de quien el hombre ama; y de verdad nunca tanto deseé la corrección de Vuestra Reverencia como ahora, porque creo que fuera para mucho servicio de Nuestro Señor; mas pues al que le aman todas sus cosas le parecen bien, hablaré un poquito por ausencia, hasta que Dios dé la presencia. Deseo mucho, señor mío, que bus-

cásemos a Dios nuestro bien; y esto no como quiera, mas como quien busca un deseado tesoro, por amor del cual vende todo lo que tiene, creyendo quedar rico con tener una sola cosa, en lugar de muchas que poseía.

¡Oh, Dios y Señor, y descanso de lo de dentro de nuestro corazón! ¿Y cuándo comenzaremos, no digo a amarte, mas siquiera a desearte amar? ¿Cuándo tendremos un deseo de Ti, digno de Ti? ¿Cuándo nos ha de mover ya la verdad, más que la vanidad; la hermosura, que lo feo; el descanso, que el desasosiego; el Criador tan lleno y suficientísimo, que la criatura pobre y vacía? ¡Oh, Señor, y quién abrirá nuestros ojos para conocer que fuera de Ti no hay cosa que harte ni que permanezca! ¿Quién nos descubrirá algo de Ti, para que enamorados de Ti vayamos, corramos, volemos y nos estemos siempre contigo? ¡Ay de nosotros, que estamos lejos de Dios, y tan poca pena tenemos de ello, que ni aun lo sentimos! ¿Adónde están los entrañables suspiros de ánimas, que una vez han gustado a Dios, y después se les aparta algún tanto? ¿Adónde lo que decía David (Psalm. CXXXI): *Si diere sueño a mis ojos, y descanso a mis párpados, hasta que halle casa para el Señor?* Y esta casa somos nosotros cuando no nos perdemos repartiéndonos en cosas diversas; mas nos recogemos en unidad de deseo y amor, y entonces nos hallamos y somos cosas de Dios. Creo que es la causa de nuestra tibieza lo que uno decía, que quien a Dios no ha gustado, ni sabe qué cosa es haber hambre, ni tampoco hartura. Y así nosotros ni tenemos hambre de El, ni hartura en las criaturas; mas estamos helados, ni acá ni allá, llenos de pereza y desmayados, y sin sabor en las cosas de Dios, y propios para causar vómito al que quiere sirvientes no tibios, mas encendidos en fuego, el cual El vino a traer a la tierra, y no quiere sino que arda, y porque ardiese, ardió El mismo, y fué quemado en la cruz, como la vaca rufa lo era fuera de los reales, para que tomando nosotros de aquella leña de la cruz, encendiésemos fuego y nos calentásemos, y respondiésemos a tan grande amador con algún amor, mirando cuán justa cosa es que seamos heridos con dul-

ce llaga del amor, pues vemos a El, no sólo herido, mas muerto de amor.

Justo es que nos prenda el amor de quien preso por nosotros fué entregado en manos tan crudas. Entremos en la cárcel de su amor, pues El entró en la del nuestro, y por eso fué hecho como manso cordero delante de los que le maltrataban. Y esta cárcel le hizo estar quedo en la cruz; porque muy mayores y más recias fueron las cuerdas y prisiones de nuestro amor, que los clavos y sogas que le apretaron aquéllos al cuerpo, y el amor al corazón. Y, por tanto, átese nuestro corazón con su amor, atadura de salud, y no queramos tal libertad que estemos fuera de su cárcel; porque así como está malsano el que de su amor no está herido, así es más libre quien de su cárcel no está preso.

No le resistamos ya más; dejémonos vencer de sus armas, que son beneficios, con los cuales quiere matarnos, para que vivamos con El; quiere quemarnos, para que consumido este hombre viejo, conforme a Adán, nazca el hombre nuevo por el amor, conforme a Cristo. Quiere derretir nuestra dureza, para que así como en metal líquido con el calor se imprime bien la forma que quisiere el artífice, así nosotros, tiernos por el amor, que hace derretirse en oyendo hablar al amado, estemos muy aparejados y sin resistencia, para que Cristo imprima en nosotros la imagen que El quiere, y la que quiere es la del mismo Cristo, que es la del amor; porque Cristo es el mismo amor, y El nos mandó que nos amásemos como El nos amó. Y San Pablo nos dice (Galat., II) que andemos en el amor como Cristo nos amó y se entregó por nosotros; de manera que si no amamos, desemejables estamos a El, tenemos ajeno rostro, no le parecemos, somos pobres, desnudos, ciegos, sordos y mudos y muertos, porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y El es el que es cura espiritual de nuestra ánima, sin el cual está ella tal cual está el cuerpo sin ella. Amemos, pues, señor mío, y viviremos; amemos, y seremos semejables a Dios, y heriremos a Dios, que con sólo amor es herido; amemos, y será nuestro Dios, por-

que sólo el amor le posee; amemos, y serán nuestras todas las cosas, pues que todas nos servirán, según está escrito: los que aman a Dios en todas las cosas tienen buen fin (Rom., VIII). Si este amor nos place, pongamos la segur de la diligencia a la raiz de nuestro amor propio, y hagamos caer a este nuestro enemigo en la tierra.

¿Qué tenemos de nosotros? Pongámonos en Dios, no hagamos caso de nos, mas de Dios; no nos duelan nuestras pérdidas, mas las de Dios, que son las ánimas que de El se apartan. Y porque es dificultoso dejarnos de amar, echemos lágrimas con que sea fácil de cavar esta tierra. Gimamos a Dios de lo profundo de nuestro corazón, que nuestras lágrimas hieren a Dios, aunque ellas son tiernas, y El es omnipotente. Pensemos buenos pensamientos, porque, como dice David (Psalm. XXXVIII), *es una fragua de fuego mi pensamiento.* Sobre todo, metámonos, y no para luego salir, mas para morar en las llagas de Cristo, y principalmente en su costado, que allí en su corazón partido nos cabrá el nuestro, y se calentará con la grandeza del amor suyo; porque ¿quién estando en el fuego no se calentará siquiera un poquito? ¡Oh, si allí morásemos, y qué bien nos iría! ¿Qué es la causa porque tan presto nos salimos de allí? ¿Porqué no tomamos estas cinco moradas en el alto monte de la Cruz, adonde Cristo se transfiguró, no en hermosura, mas en fealdad, en bajeza, en deshonra, las cuales moradas nos son otorgadas, y somos rogados con ellas, siendo negadas a Pedro las tres que pedía? Y si algún poquillo de fuego en nos se enciende, guardémoslo bien, no nos lo apague el viento, pues que es poco: cubrámoslo con ceniza de humildad, y callar y esconder, y hallarlo hemos vivo, y echemos cada día leña, como Dios mandaba que el sacerdote hiciese (Levit., VI), la cual es hacer buenas obras, huyendo de perder tiempo, y sobre todo alleguémonos al fuego que enciende y abrasa, que es Jesucristo Nuestro Señor, en el Sacramento Santísimo.

Abramos la boca del ánima, que es el deseo, y vaya

sedientos a la fuente del agua viva, que, sin duda, poniendo la miel en la boca algo gustaremos, y el fuego en el seno calentarnos ha. Y después y antes de comulgar tengamos algún aparejo, y los mejores son la fe cierta que vamos a Jesucristo Nuestro Señor, y el pensamiento y amor de su Pasión, pues en su memoria se hace: y así recreados aparejémonos para comulgar otra vez; porque quien entonces se apareja solamente a ella, muy pocas veces se hallará aparejado. Corramos, pues, tras Dios, que no se nos irá; clavado está en la Cruz; allí le hallaremos muy cierto; metámosle en nuestro corazón, y cerremos las puertas de él, porque no se nos vaya; muramos a las cosas visibles, pues las hemos por fuerza de dejar. Renovémonos con novedad de espíritu, pues tanto tiempo hemos vivido en vejez. Crezcamos en conocimiento y amor de Cristo, que es sumo bien. Y todo esto se alcanza con humilde oración y con perseverante cuidado; mas si se recibe en el ánima, ¿qué se hace del ánima? Más es ser movida y dispuesta, que obrar ella de sí. Y, por tanto, quitemos los impedimentos nosotros, y soseguemos nuestro corazón dentro de nos; esperemos allí a Cristo, el cual entra las puertas cerradas a visitar y alegrar sus discípulos, y sin duda será con nosotros, porque de El dice David (Psalm. IX): *Oyó el Señor el deseo de los pobres, y el aparejo de su corazón oyó su oído.* Y pues Cristo principalmente ha de obrar esto en nosotros, no hay porqué desconfiemos; mas fuertes en la fe de tal guiador, comencemos con fervor esta carrera, que lleva hasta alcanzar a Dios. Y si luego no pudiéremos sujetar nuestro corazón como queremos, sufrámosle en paciencia hasta que Dios se levante y caigan todos nuestros enemigos, hasta que despierte y mande a la mar que esté queda; mas quiere que tengamos nosotros confianza en El, aun entre las grandes tentaciones, aunque ya se quiera la navecilla hundir.

Por tanto, no titubeemos, no desmayemos, no penemos a otros por el enojo que nos causa esta guerra continua de habernos de vencer. Algún día vendrá que ponga Dios nuestros fines en paz, y durmamos sin que haya

quien nos despierte: y ya que no alcancemos esta tal paz luego, más vale que andemos sudando y peleando por desarraigar nuestras pasiones, que estar en sosiego por no querer seguir la perfección, y contentarnos con vida de tibios. Sin duda, es muy grande parte de la perfección el trabajar de verdad por alcanzarla. Desconfiemos, pues, de nos, y confiemos en Dios, y comencemos en virtud del Omnipotente, y nuestro principio sea humildad figurada en la ceniza, y nuestro fin sea el amor figurado en la Resurrección, y así tendremos buena Cuaresma y buena Pascua. A todos esos señores beso las manos, y me encomiendo en sus oraciones, y que les suplico que amen mucho a Dios y al prójimo, para que en el día del examen sepan bien responder, y les den el grado de laureados, y sean recibidos en el colegio de los ángeles y de los santos, adonde para siempre aprendan del libro de la vida, que es Dios, el cual estará abierto delante de nuestros ojos para que le conozcamos y amemos y para siempre poseamos. Jesús sea con vuestra merced.

18—CARTA A UN SEÑOR QUE HABÍA ENTRADO EN RELIGIÓN, SOBRE EL AGRADECIMIENTO DE ESTE BENEFICIO

Sabida la mudanza de vuestra merced y las causas de ella, he dado gracias a la inmensidad de la bondad del Señor, que tan de verdad ha buscado a vuestra merced, y tan misericordiosamente lo ha hallado y fuertemente llevado adonde sin impedimento de ocupaciones extrañas puede darle todo su corazón por morada sosegada y apacible, en la cual entrase y tenga sus deleites, según El lo acostumbra a hacer con sus escogidos. No son aquestas pequeñas mercedes, ni se deben pasar sin conocimiento y agradecimiento, pues tengo creído que este es el sacrificio que el Señor muy de propósito pide en recompensa de sus mercedes, y por falta de esto ha quitado a muchos las dadas: y tanto más conviene a vuestra merced mirar esto, cuanto su merced fué mayor, por ser los peligros que le amenazaban mayores, por la grandeza de

su persona y ocupaciones que, según el mundo, le acompañaban; y así ha hecho Nuestro Señor muy gran hazaña en dar a vuestra merced luz para que, dejadas todas las cosas, le vaya a buscar.

Adore vuestra merced a Dios, y tiéndase en el suelo, conociendo su *nihil* delante de su alta Majestad, y agradeciendo, *ex intimo cordis*, la merced recibida. Ofrézcase en perpetuo don a aquel cuyo es por muchos títulos, y no es de los menores haber buscado y hallado al perdido y puéstole en lugar de los honrados de su casa por su sola bondad. ¡Qué corazón hay que no se enternezca con esta merced, y de verse prevenido de tal amador, que amó a quien le aborrecía, y andando a porfía su bien y nuestro mal, nos ha tan poderosa y aventajadamente vencido, que no se ha contentado con enviar mensajeros de fuera y de dentro, mas nos ha tomado por la mano como otro Lot y sacado del lugar de los peligros al monte donde nos salvemos! No olvide vuestra merced esta salida de Egipto, que es cosa en que intervienen grandes maravillas de Dios, y no se acaba sino por el derramamiento de la Sangre del Cordero, que ha dado voces delante del Padre pidiendo que sea aplicada al ánima de vuestra merced, alimpiándola de todo terreno deseo y consagrándola al ejercicio del amor santo del Señor. Oído ha sido Cristo orando por vuestra merced según podemos conjeturar; dádole ha el Padre esta joya para que de vil la haga preciosa, y sea puesta en la cabeza del mismo Cristo como jornal de sus grandes trabajos que por las ánimas pasó. Grande fué su guerra, y salió vencedor, y dale el Padre ánimas que corran tras El y le adoren (Isai., XLV): *Et vinctis manibus, post illum currant.* Aparejados a le servir, pues por conjeturas se ven redimidos por El. Parte es ya vuestra merced de Cristo, despojo es de su victoria, tierra que le ha caído en suerte para que la labre y riegue y haga fructificar.

¡Oh, dichoso vuestra merced si sabe conocer su dicha, y de quién y por quién le ha venido! Pídale vuestra merced, pues tanto le ha dado sin merecerlo, que no consienta esta bondad que a otro sirva su criatura, si a El

no; que no miren sus ojos sino a tal hermosura y a tal Dios, bueno en sí, y bueno para vuestra merced; gran carga le ha sido echada en trueco de las muchas de que le ha descargado, porque es deudor de entrañable amor y diligente servicio a nuestro Señor, que le ha descargado y dado ligereza de ciervo para correr sus caminos; en esto piense y esto agradezca, porque está pobre para pagar, como lo fué para merecer lo recibido; haga cesión de bienes en las manos de su Señor, pidiéndole le tome por suyo y a su cargo, para servirse de él a su contento, y suplicándole haga El lo que quisiere de vos y en vos, pues *præstat sui juris esse, quam nostri*. Mucho creo he hablado para un ánima a quien Dios habla, a la cual suele ser fastidiosa, y con razón, toda humana habla; mas la alegría que en el Señor he tomado, y el mandarme vuestra merced le escribiese, han sido la causa; Plega a la bondad soberana, que tan piadosa le ha sido, acabe El lo comenzado para perpetua gloria suya. Amén.

19—CARTA PARA JUAN DE DIOS, HOY SAN JUAN DE DIOS

Mucho consuelo me distes con que guardastes bien el concierto que entre vos y mí quedó, de lo que tocaba obedecer al Padre Portillo en la administración de los pobres; y si vos siempre hiciésedes así, viviérades más consolado, e yo también; porque tengo gran temor no nos engañe el diablo, rigiéndoos por vuestro parecer, que cuando no puede acabar con uno que haga malas obras, hácele que haga desordenadamente las buenas; y lo que no tiene orden no puede durar, y luego se dividen unos con otros, queriendo uno echar por una parte y otros por otra; y el Señor dijo en el Evangelio (Luc., XI): *que todo reino dividido será destruído*. Por tanto, Hermano, tened gran cuidado de sujetaros a parecer ajeno, y no os engañará el diablo; porque un Santo dice, que el hombre que se cree a sí mismo, no ha menester demonio que le tiente, que él se es demonio para sí; y aunque os parezca bueno lo que hacéis, sabed que también pone el diablo lazos en lo bueno como en lo malo; y aunque al

principio parezca ir bien guiado, al cabo da con todo en el suelo, y hace que haya rencillas, y otros pecados, y descubre el lazo que tenía armado al que poco sabía; *Ruégoos, Hermano, otra vez,* por amor de Nuestro Señor, me hagáis esta caridad, *que toméis agora el mismo concierto y obediencia,* hasta que Nuestro Señor quiera que yo vaya allá, o vos vengáis a verme do yo estuviere; porque cuando estoy donde vos estáis, no se me da mucho, aunque algún poco os desmandéis; mas en ausencia se han de parecer los amigos y hijos *obedientes a sus padres:* y hanse de guardar no hagan cosa con que les den enojo cuando lo sepan, sino vivir tan bien, que cuando se vean, se gocen en Nuestro Señor.

Y pues Nuestro Señor quiso que yo tuviese cuidado de vos, y El nos juntó en hermandad y amor, hagámonos a una, y veréis cómo huye el demonio, y lo venceremos con el favor de Jesucristo; que por eso el demonio anda por quitar esta obediencia y paz, como hace el lobo para matar a la oveja, que primero la hace apartar de la compañía de las otras, y a la sola presto la ase. No creáis al engañador, sino a Nuestro Señor Jesucristo, que es muy amigo de obediencia, y fué sujeto a Nuestra Señora y San José, y esto para darnos ejemplo; que si El, sabiendo tanto, obedecía a los que eran menores, que así nosotros nos obedezcamos y sujetemos unos a otros por su amor. Y mirad mucho que las mujeres que traéis para servir a Dios os son gran impedimento y costa, y sería mejor no tener que guardar, sino casarlas luego, o ponerlas con señoras a quien sirviesen, que de otra manera ellas se perderán y darán con todo en el suelo: y los que viéredes que son chismosos, no los consintáis en vuestra compañía, *que son para difamar el hospital;* que aunque a vos os parece que es falta de caridad echar a alguno, os engañáis; porque veces hay que por no hacer enojo a uno, echáis a perder a muchos; y cuando está un miembro podrido, cortarlo, porque no se pierda el hombre entero; y si alguno de compasión no quiere cortar aquella parte podrida, no sería compasión, sino grande crueldad, porque por no lastimar a una parte mataría todo el hombre.

Así que, Hermano, alguna vez es menester negar algo que nos piden, y echar al que no es bueno para el bien del hospital, y otras cosas de éstas, que vos no sabéis; y como lo queréis guiar por vuestro juicio, erráislas, y después castigaros ha Dios, y pensábades vos que le servíades; porque Dios no os llamó a vos para regir, sino para ser regido; y por eso no le servís sino cuando obedecéis; y entonces no tomáis cosa ninguna, porque El no os pedirá cuenta de lo que por ajeno consejo hiciéredes: y si a mí me queréis bien y me obedecéis, *yo os pongo en mi lugar al Padre Portillo,* y lo que él os dijere, *os lo digo yo,* y lo que con él tratáredes, *tratáis a mí;* y esto hasta que Dios quiera que nos veamos. Cristo os tenga siempre de su mano, amén; y rogadle por mí, que yo así lo hago por vos.

20—CARTA PARA EL MISMO JUAN DE DIOS, EL DE GRANADA

Vuestra carta recibí, y no quiero que digáis que no os conozco *por hijo;* porque si por ser ruin decís que no lo merecéis, por la misma causa yo no merecía *ser padre;* y así, mal podré yo despreciaros a vos, siendo yo más digno de ser despreciado; mas pues Nuestro Señor nos tiene por suyos, aunque somos tan flacos, razón es que aprendamos a ser misericordiosos unos de otros, y a llevarnos con caridad, como El hace con nosotros. Yo, Hermano, tengo mucho deseo que os deis buena cuenta de lo que Nuestro Señor os encomendó; porque el buen siervo y leal ha de ganar cinco talentos con otros cinco que le dieron para que oiga de la boca de Nuestro Señor (Matth., XXV): *Gózate, siervo fiel y bueno; porque en pocas cosas que encomendé fuiste fiel, yo te pondré sobre muchas:* y de tal manera tened cuenta con lo que os encomendaron que no olvidéis a vos mismo, sino que entendáis que el más encomendado vos sois; porque poco aprovechará que a todos saquéis el pie del lodo, si vos os quedáis en él. Y por eso os torno otra vez a encargar que busquéis algún ratico para rezar vuestras devociones, y que oigáis cada día Misa y el domingo sermón, y en todo caso os

guardéis de tratar mucho con mujeres; porque ya sabéis que el lazo que el diablo arma para que caigan los que sirven a Dios, ellas son.

Ya sabéis cómo David pecó por ver a una, y su hijo Salomón pecó por muchas, y perdió tanto el seso, que puso ídolos en el templo del Señor: y pues nosotros somos muy más flacos que ellos, temamos de caer, escarmentemos en ajenas cabezas, y no os engañéis con decir quiérolas aprovechar, que debajo de los buenos deseos están los peligros cuando no hay prudencia: y no quiere Dios que con daño de mi alma yo procure el bien ajeno. Y acerca de las necesidades que tenéis, ya os he escrito cómo hay dondequiera tantas, que si vamos a pedir, dicen que harto tienen que remediar en lo que tienen delante. *Y pensé que el señor Duque de Sesa os había enviado recado*, porque me decían que le habíades enviado a pedir. Si no os ha enviado, tornadle a pedir, que él os enviará, que os quiere mucho por entender en los pobres; y si no, el Señor ha de proveer, aunque se dilate, y heme holgado mucho de la caridad que habéis hallado en la casa que decís y dad mis encomiendas a quien os las dió para mí. Y porque estoy de camino no os escribo más, sino que estéis firme en Jesucristo, que El os ha de favorecer, y que miréis por vos, porque no se goce el demonio con haceros pecar, sino Dios con ver vuestra penitencia de lo pasado y enmienda de lo por venir, y sea el Espíritu Santo con vos. Amén.

21—CARTA AL MISMO JUAN DE DIOS

Vuestra carta recibí, y no penséis que me dais pena porque me escribís largo, que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta; y ruégoos que os acordéis de ser tal, que cuando me escribiéredes, o yo de vos sepa, me alegre yo de saber tales nuevas cuales deseo. Y pues vos deseáis no darme enojo, no seáis perezoso en ponerlo por obra, aunque algo os cueste, que el amor no se parece en las palabras, sino en las obras; y entonces

se demuestra más, cuando más duele lo que hacemos por quien amamos.

Mirad, Hermano, cuán caro costó a Nuestro Señor el bien que en vuestra ánima puso; y como si os hubiera dado una joya que le costara su sangre la pusiérades en buen recado, así habéis de hacer el bien que en vuestra ánima os dió, pues por eso se os dió, porque El lo ganó, no como quiera, sino peleando por vos en el monte Calvario, y perdiendo la vida porque vos la cobrásedes. ¿Pues qué sería entregar vos debajo de los pies de los puercos lo que Nuestro Señor os dió para que fuésedes semejable a los ángeles? ¿Qué sería si perdiésedes aquella hermosura que El pone en las ánimas, con que son a El más agradables y hermosas que el mismo sol? Más vale morir que ser desleal a Nuestro Señor; y para ser fiel es menester ser prudente, que así dice Nuestro Señor que ha de ser su siervo que puso sobre su familia, fiel y prudente (Matth., XXIV); porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas que desagradan a Dios, y es castigada su necedad con recio castigo.

Y por esto hemos de aprender de una vez para otras; y basta que el hombre sea necio una vez para escarmentar toda su vida, pues el perro apaleado no osa tornar donde le apalearon, ni el pájaro a la losilla donde se libró; porque si el cuerdo escarmienta en cabeza ajena, y el necio en la propia, ¿qué será de aquel que aun después de muy descalabrado no escarmienta? ¿Qué merece este tal, sino que el Señor le deje del todo, para que sea castigado con los muy necios que van al infierno? Grande obligación tiene de mirar por sí y por la honra de Dios el que ha recibido dones de Dios, y lo ha sacado Dios del infierno, y dádole prendas del cielo. Y mientras más vamos adelante en la vida, es más razón que nos mejoremos en las buenas costumbres; porque poco aprovecha haber comenzado bien, si acabamos mal. Y grande enojo siente un cazador, que teniendo un ave que ha cazado en la mano, después de tenida se le va sin más verla, y no tiene tanta pena de la que nunca tuvo en su poder. Y así Nuestro Señor se ofende más viendo que un ánima

que El ha ganado y alimpiádola, y héchola templo suyo, se le vaya con su enemigo el demonio, que no de otras que nunca fueron suyas: y el demonio se huelga más de ganar estas tales ánimas que primero servían a Dios, que las que fueron antes malas: y por esto, Hermano, es razón que abramos los ojos, y tengamos en lo alto la bandera de Nuestro Señor muy enhiesta, y no le demos este enojo, ni al demonio tal placer, que dejemos el camino que hemos comenzado, y quedando ya tan poco que andar.

Llamad a Nuestro Señor de corazón y no olvidéis el rezar y el oír Misa, que es cosa muy buena, y mirad dónde ponéis el pie, para que por hacer bien a otros no os hagáis mal a vos: no pierda vuestra ánima su pesebre; porque si anda hambrienta y desconsolada y mala, ¿qué aprovecha todo el bien que a otros hacéis; pues dice Nuestro Señor (Matth., XVI): *Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si pierde su ánima?* Entended que la cosa en que más podéis agradar a Dios es tener vuestra ánima limpia delante su acatamiento: y la mayor misericordia que podéis hacer es tener vuestra ánima agradable a El. *Por tanto, velad y orad*, como dijo Nuestro Señor (Matth., XXVI); porque no os halle el demonio desapercibido, que os anda buscando mil achaques y lazos para os derribar; y paréceme bien que vayáis a la corte a pedir por esos señores de Castilla, siquiera porque no os adeudéis tanto estando ahí; y mirad por vos estando ahí y fuera de ahí, porque hagáis a Nuestro Señor servicio, y ganéis la gloria para que Nuestro Señor os crió, y El sea siempre vuestro favor y amparo. Amén.

Aquella persona que os rogaba con pagaros las deudas echaros a cuestas la otra carga, debiera de ser el diablo en figura humana, que os quería engañar; y con deciros no es pecado, querría hacer que perdiésedes el llamamiento para que Dios os llamó. San Pablo dice (Ephes., IV) *que cada uno permanezca en el llamamiento que Dios le llamó;* porque si Dios quiere que yo le sirva de camarero,

y yo no quiero sino guardar puercos, pecaré contra El, y darle he cuenta de todo lo que pudiere ganar en el otro oficio. Y así, Hermano, si un muy resplandeciente os apareciere, que dijere ser ángel de Dios, y os trajere tal embajada, decidle que no es sino diablo, y que no queréis vos dejar el camino en que Dios os puso: que El dijo en el Evangelio (Matth., XXI): *Quien persevera hasta el fin, será salvo.* Y leed esta cédula muchas veces, y Dios os guarde de todo mal. Amén. No tengo vestidos que os enviar ahora: yo diré Misas por vos en lugar de ellos, que os cubrirán mejor.

22—CARTA PARA UNOS CANÓNIGOS DE CIERTA IGLESIA DE ESTOS REINOS, SOBRE LA LUZ QUE SE DA CON LA GRACIA

Sabido he por la carta la merced que Dios ha hecho a vuestras mercedes poniendo en ellos sus ojos, para que ellos los pongan en sí mismos y en El, y vean cuánto hay que gozar en El, y cuántas cosas para huir de sí mismos, y estar mal consigo, y cuán muchas para querer a quien más que ellos a sí les ha amado. ¡Oh locura grande nuestra, que pensando que nos amamos, nos aborrecemos, y buscando (a nuestro parecer) el bien, caemos en todos los males! ¡Oh misericordia grande de Dios, que siendo perdidos con nuestro amor, nos gana con el suyo amándonos, y haciendo que nos parezcamos mal y estemos bien con El! Esta es la primera luz que el Señor da al alma, donde viene a darle a entender cuán mal ha respondido al tratamiento de Dios, dándole abrojos en lugar de uvas, y hiel en lugar de miel, y hacerle desplacerse tanto a sí mismo, que no ve cosa en sí que no sea de llorar. Ve males que ha hecho, o bienes que ha dejado de hacer: ve cuán vacíos y sin meollo son los que ha hecho, y llora sobre todo haber sido causa que el Hijo de Dios fuese tan maltratado como en su Pasión, y haberle él añadido dolor a dolor en haber sido ingrato a la sangre que por él derramó. Está tan espantado de su pasada ceguedad, que como hombre que de nuevo ve una cosa muy nueva, suele darse una palmada en el muslo,

en señal del gran toque que su corazón ha recibido de la admiración de aquello.

Acaece un espanto cual no se puede decir ni entender sino es de aquellos a quien Dios da esta luz. De aquestos era aquel que en Jeremías dice (cap. XXXI): *Postquam ostendisti mihi, percussi femur meum*, que es lo mismo que he dicho. San Jerónimo allí: ¡Oh, señores, y qué cosas están encerradas en aquel *ostendisti!* ¡Oh, qué de cosas, qué de novedades enseña Dios, con las cuales hace herir al hombre su muslo de espanto, cuando Dios de su mano enseña al hombre qué ha hecho por él, y qué ha hecho el hombre contra El; qué bienes perdió cuando pecó, y a qué males se obligó! Pues cuando les da a entender que en lugar de la ira que merecen y eterno castigo, los quiere Dios dar perdón, y tomarles por hijos, y darles sillas en el cielo, espántase de ver tan inmensa bondad derramada sobre vasos de tanta inmundicia y tan dignos de ira.

Considera el hombre que si Dios no estorbara a los demonios, ya muchas veces le hubieran llevado al infierno; y tiénese por deudor a Dios: y como si allá hubiera entrado, y Dios le hubiera sacado, pregunta a Dios que ¿quién le ató las manos a su justicia, pues no le echó en los infiernos como él merecía? Y ve que habiendo Dios enviado allá a otros, y por ventura con menos pecados, ha durado él acá, sólo para mostrar la grandeza de su misericordia, y engéndrasele de esto un desplacer de sus pecados, y un ver cómo él ha sido su propia perdición; y un agradecimiento y amor entrañable a Nuestro Señor, viendo lo que le debemos, pues de los males en que el hombre se metió, Dios le libró, y le sacó de la muerte en que él se había derribado. De aquí nace el cuidado de le agradar; y de ofrecer toda su vida a servicio de quien se la dió; porque hace el hombre cuenta como si estando en el infierno le dijera Dios: ¿Qué harás por Mí, y sacarte he de ahí a vida y estado con que te puedas salvar? Y pues no hubiera cosa que él no la diera o hiciera, conoce deber servir a Dios con todas sus fuerzas, pues le sacó del infierno sin le pedir esta condición, sino fiándola del agradecimiento del hombre.

Hácese esta cuenta entre otras: si en el tiempo pasado corrí sin freno ninguno tras mis pasiones para perderme, ¿no correré ahora con mucha ligereza tras las virtudes para salvarme? ¿Por qué no alcanzará de mí la limpieza lo que en algún tiempo alcanzó la suciedad? ¿Por qué no valdrá Dios tanto en mis ojos cuanto algún tiempo valió el diablo? Teniendo mal señor y mal galardón, era obediente: ahora que Dios me ha tomado por hijo, con prometimiento de eterno reino, ¿seré más flojo en reinar con Dios que lo fuí para arder con el diablo? *Humanum dico, propter infirmitatem carnis vestræ*, dice San Pablo (Rom., VI): porque aun no nos hemos de contentar con dar igual diligencia a lo de Dios que algún tiempo dimos al servicio del demonio, sino mucha mayor, pues las causas son tanto mayores. Esto he dicho para que sepan vuestras mercedes que así como tienen mucho porqué alegrarse por verse librados del lazo y pozo infernal, tienen también que cuidar y que temer si han de saber tratar con Dios y guardar y emplear el talento recibido. Muchos he visto ponerlo en mal cobro, y perderlo presto, y después suspirar por una gota de agua que antes en abundancia bebían y no la alcanzaron.

Oféndese mucho la Majestad divinal, después que uno le ha conocido, que le deje a sabiendas, y caiga, como la Escritura dice de Balam, con los ojos abiertos; porque los pecados hechos antes de este conocimiento son como obras de loco o de ciego, que no tiene seso sino carne, como si uno encuentra al Rey y pasase sin hacerle cortesía. ¿Por qué va el hombre tan tonto y fuera de sí, que viendo no ve, oyendo no oye? Mas si le han dicho: este es el Rey, y tiene conocimiento y amor de él, hale reverenciado y servido algunos días, ha llorado las ofensas que le hizo algún tiempo; grande ofensa se le hace al Señor que sea estimado en menos que un pecado en el corazón de aquel a quien se ha descubierto, y se ha hecho amar: y por esto deben vuestras mercedes velar; porque los ladrones que nos andan rodeando no roben lo que Dios por su misericordia dió; porque si a los cuidadosos algunas veces acaece perder algo de su caudal por la mucha

sutileza e importunidad de los enemigos, ¿qué esperamos que pueda acaecer a los descuidados, sino perderlo todo y en poco tiempo? Conviene mucho, para guardar la gracia de Dios, hablar poco de ella y obrar mucho con ella; porque así como los sentimientos de la gracia tenemos experiencia que se nos pierden con el pecar, así con el obrar se nos acrecientan; que voz de la gracia es la que dijo Raquel (Genes., XXX): *Dame hijos, y si no me los das, moriré;* y el Señor quitó al siervo el talento que no obraba con él.

En todo caso, señores, entiendan que este negocio no es de palabras, sino de obras, y que conviene más a principiantes quitar sus ojos de vidas ajenas, para no tener que hablar de ellas, no ser reprensores ni censores de lo que no está a su cargo; porque tanto más perderán la vista de sus propios defectos, cuanto más la pusieren en los ajenos.

Visto he muchos que habiendo recibido lumbre de Nuestro Señor, con la cual conocían su perdición, abriendo tanto los ojos a mirar los defectos ajenos, y la boca a hablar de ellos (aunque a su parecer era celo, y no desprecio), que lo que sacaron de ello fué hallarse vacíos en su corazón del bien que habían recibido, y los otros nada enmendados. Muy gran negocio hace el que sabe guardar lo que Dios le ha dado, y mucho tiene que remediar en su casa aquel a quien Dios ha abierto los ojos para conocer sus propias faltas: y los que salidos de los graves pecados en que estaban, están muy contentos, como que ya no queda más que hacer, están engañados, y deben pedir a Nuestro Señor les acreciente la lumbre para que vean y bien se conozcan, y verán que a duras penas han comenzado los que pensaban haber acabado: y por eso mucho conviene recelarse de sí y tomar las ocupaciones más necesarias; porque como a los principios esté el corazón tierno en el bien, no tiene fuerza para que le pongan otra carga más de la que él mismo se tiene en responder a Dios y en pelear con las propias pasiones: y cuando a los principios este recogimiento y cautela se guarda en no entremeterse el hombre en cosas que le

distraigan, crece el bien comenzado, como árbol que se quitan las ramas más bajas, y como fuego escondido que más y más arde: y cuando después viene su tiempo, tiene el hombre fuerza para tomar ocasión y ocupaciones, y no ocuparse en ellas, y por esperar un poco de tiempo de fruto maduro, como dice David (Psalm. I): *Quod fructum suum dabit in tempore suo.*

Lo contrario de lo que acaece a los que por darlo antes de tiempo lo dan mal sazonado, y quedan ellos sin el sabor de lo que pudieran gustar, y los otros con mal sabor de no ser aprovechados como lo debían ser. Querría que la ocupación que vuestras mercedes me dicen tienen de visitar enfermos y estar con los que quieren morir, se usase muy templadamente, especialmente en el hablar, aunque sean cosas de Dios; porque, según he dicho, la salud del principiante consiste en no descubrir lo bueno que tiene en su corazón. Sean muy amigos de la sagrada lección, y de la oración y de la Comunión, y con estos ejercicios crecerá en ellos el bien comenzado hasta que lleguen a la medida y estado espiritual que la divina bondad les querría comunicar, a la cual plega tener a vuestras mercedes debajo de su amparo, para que ninguna astucia de los enemigos, ninguna propia flaqueza los pueda apartar del amor de Jesucristo, pues en esto está todo nuestro bien. La indisposición me ha hecho haber menester mano ajena.

23—CARTA A UN DISCÍPULO: QUE UN RELIGIOSO NO SE DEBE DESCUIDAR, Y EL PELIGRO QUE HAY EN LA TIBIEZA

Porque no sea que Vuestra Reverencia se endurezca en la Religión, pensando que en andar con el hábito a cuestas, que no hay más sino andar, y andar así flojamente, y olvidado en el camino de Dios, y si hace algo, más es por miedo del Prelado, que no por el servicio que desea hacer a Dios en ello; le hago saber que en las obras hechas así flojamente sin caridad, más ofende a Dios que otra cosa. No se confíe de su confianza, que aunque parecen buenas, algunas veces no son aceptas, como te-

nemos ejemplo en el fariseo (Luc, XVIII), que ayunaba dos veces en la semana, y daba sus décimas, y él fué reprobado, y el publicano justificado. Cierto, más es de llorar el Religioso flojo que el pecador engolfado en vicios; porque el pecador ve que pena y anda en el camino de la perdición; pero el Religioso que no lo es de costumbres, sino de hábito, con su vana confianza va a parar en el infierno, como de los tales el Profeta dice: *Sicut oves in inferno positi sunt.* ¿Quién son éstos sino Religiosos, que son comparados a las ovejas, que son en sí mansas y no ofenden a nadie? Y que vayan así mansas a parar en el infierno, cosa cierto es de gran lloro: por eso mire que está escrito: *Maledictus qui facit opus Domini negligenter, vel fraudulenter.*

Mire que tiene oficio apostólico y grande; no se engañe, que en el grado que anduviere, así le tomará Dios en cuenta; por eso no le acontezca como a las vírgenes locas, que pensando que iban con sus lámparas a buen recaudo, al tiempo que fué menester no hallaron óleo en ellas; pero aunque eran vírgenes como las otras, no por eso entraron en el cielo, y esto causó su vana confianza, y de aquí es que está escrito: *Qui collidit in cogitationibus suis, impie agit.* Por eso procure siempre consejo de hombres espirituales, y que le guíen, y no vaya descuidado a parar adonde no piensa, sino procurando saber la diferencia que hay de servir a Dios o no le servir. ¿No procurará Vuestra Reverencia de saber esto, pues le va tanto en ello? Pruébelo un año, recogiéndose en la celda, apartándose de murmuraciones y pláticas ociosas que ahogan al espíritu; y si no se hallare bien con ello, vuélvase-ca su mala costumbre; pero hasta probarlo no lo deje. ¿Porqué piensa que andan algunos tan flojos y tibios? Porque nunca lo quisieron procurar, ni tuvieron constancia para ponerlo por obra; y ya que algunas veces lo comenzaron, fué por algún poco tiempo; y haciéndoseles la cuesta áspera de subir, tornaron a caer.

¿Sabe la diferencia que hay entre el Religioso que sirve a Dios y el que no le sirve? Yo se lo diré, por ver si bastará decírselo de palabra, y es breve de saber: que el

Religioso que sirve a Dios tiene acá gloria de mayor perfección; y a la contra, el que a Dios no sirve, tiene acá infierno, y después infierno perpetuo de mayor corrupción. ¿Quiérelo ver claro? Mire lo que dice Nuestro Señor, Redentor y Maestro Jesucristo: *Amen dico vobis, nemo est qui reliquerit domum, aut fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem propter nomen meum, qui non accipiet centies tantum in hoc sæculo, et in futuro vitam æternam.* Pues que me lo ha de pagar acá Dios cien veces tanto en este mundo, si le sirviere bien, en consolaciones y gustos espirituales, que no hay cosa sin comparación en el mundo todo que se puede comparar con ésta, como lo sé de personas que sirven a Dios en la Religión, que se lo paga Dios tan pagado acá, que no digamos cien veces, pero millares de millares más, y después con todo esto les da su gloria. Y al contrario, al que no anduviere bien en este camino, ¡qué lástima le es de haber! Que trabaja acá en una vida tan penosa como es la del Religioso, que todos lo ven, está toda su vida sin consolación alguna, sino trabajo sobre trabajo; y después de esto, cuando piensa ir a descansar, se va a tomar nuevos tormentos y trabajos mucho mayores que los primeros, sin comparación, y aquéllos eternos, sin esperanza de haber fin de ellos.

Por cierto, digna cosa es de llorar vernos puestos en tan gran peligro. De esto tenemos ejemplo de un santo ermitaño, que le dió Dios lugar para que pudiese ver el gran peligro en que estaba puesto en esta vida, y como lo considerase, puso sobre su cabeza un capirote de luto, y cubrió su cara, que no podía ver sino solamente la tierra que iba a pisar, y nunca más quiso hablar a hombre, y jamás alzó los ojos de la tierra, llorando de verse en tan grande peligro como vive el hombre. Y como le venían a ver muchos a la celda, viendo la gran mudanza que había hecho, le preguntaban qué había, que para qué era aquel extremo. El nunca les respondía otra cosa sino: dejadme, que soy hombre. Por eso, por amor de Dios no nos descuidemos con confianza vana, hasta que lleguemos al puerto seguro sin fin. Pues que habemos escogido

penitencia, y nuestro hábito la demuestra, no aflojemos en ella, que la vida es breve y la gloria eterna. ¿Qué aprovecha comenzar la vida de la penitencia y no acabarla? ¿O para qué se busca descansadero? ¿Por ventura no está escrito (Apoc., II): *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ?* ¿Porqué procedemos con tanto descuido y flojedad en esta peregrinación?

Tome V. R. ejemplo en Cristo, cómo comienza, cómo persevera y cómo acaba; si hubo flojedad y descuido en su comienzo, medio o fin, que al fin, si quiere ser compañero en su gloria, es menester que le sea compañero en esta miseria que Vuestra Reverencia tiene, como está escrito (II Cor., I): *Si fuerimus socii passionum, et consolationum erimus.* ¿Qué le aprovecha al que entra en una batalla una y dos veces, si al cabo vuelve las espaldas huyendo? Más le valiera no haber entrado. Haga, como dice Jonatás, que peleó con gran trabajo y afán hasta la tarde contra los filisteos. ¿Qué se entiende aquí por los filisteos, sino contra los enemigos? ¿Y hasta la tarde, sino hasta la muerte? Por eso no aparte la mano de lo comenzado, que si la aparta, la del cielo se apartará de V. R. No se acuerde de las ollas de Egipto, ni mire atrás, pues Dios le ha hecho tan gran merced de apartarle de la compañía de los malos, y traerle a la de los buenos; porque no le acontezca como a la mujer de Lot, que se volvió en estatua de sal, y no quisiera ser de los que dice el Señor; por eso anímese, y no dilate, como está escrito, de día en día, y no aguarde hasta la hora de la muerte, cuando sobrevinieren otras tribulaciones y angustias. No se descuide tanto; muy presto vendrá la angustia de la muerte, y ni a mozo ni a viejo perdonará; y muy más peligroso es el descuido en el viejo que en el mozo, viendo que está cargado de años, y que se descuida, y viendo el poco tiempo que tiene, se duerme. Peligrosa cosa es, y muy al contrario de la voluntad de Dios, como parece claro en el ejemplo que el Señor nos dió en el huerto con San Pedro, que viéndole el Señor que dormía descuidadamente, se fué a él dos veces a despertarlo: *Simón, ¿dormís?*

¡Oh, Señor! ¿No veis que es viejo y lleno de canas, y que ha trabajado, y ha andado cansado? Dejadle dormir un poco: llamad aquel mancebo que tenéis cabe Vos, San Juan, para que vele con Vos, que podrá mejor que este pobre viejo. ¿Para qué tenéis tema con él? No hacía esto, sino daba tras su viejo, porque le faltaba mucho de andar y poco tiempo para darse a Dios, como hizo con San Juan. Por eso todos se guarden en cualquier estado de flojedad, y más el viejo que el mozo, porque se acaba la jornada y tiene el fin muy cercano, no buscando jubileos en la Orden, diciendo: sirvan los mancebos, que nosotros ya hemos servido treinta y cuarenta años. Querría yo saber si vienen a servir a la Orden o a Dios. Si dicen que a la Orden, diré que tienen razón que los mancebos les tomen la carga; pero si dicen que vienen a servir a Dios, miren que se engañan mucho. Un santo que aflojase a las veces del fervor de la devoción, osaré decir que este tal santo no está en el cielo, que al fin, *qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit* (Matth,. X). No saben que manda Nuestro Señor, Redentor y Maestro Jesucristo (Matth., XVI): *Tollat crucem suam quotidie*, cada día sin aflojar hasta la muerte: *in canticis*, cada noche, *serviamus illi in sanctitate, et justitia coram ipso omnibus diebus nostris*. (Zachar, *in Cant., I*, 7 *y* 8; Luc., I.)

Por eso ninguno, aunque más santo sea, no deje la penitencia. Mirad Job cuán justo era y decía: *Idcirco ipse me reprehendo, et ago pœnitentiam in favilla et cinere*. Miren a San Juan Bautista, santificado en el vientre de su madre, la penitencia que hizo tan grande. Y todos estos santos Apóstoles no aflojaron de asperísima penitencia, aunque tenían palabra de Aquel en cuya boca nunca fué hallada mentira, y antes perecería el cielo y la tierra que su palabra; que sus nombres están escritos en el cielo, y que irían allá; y nosotros, desnudos y cargados de pecados, a que estamos sujetos, y en duda de nuestra salvación, no hacemos penitencia, o en la comenzada aflojamos en la vejez buscando regalo, eximiéndonos del coro. No quiero que el viejo haga más de lo

que pueda sufrir; pero en lo que pudiere llevar, ¿por qué no seguirá a los santos y a los otros? ¿O saben otro camino para el cielo, o están mejor alumbrados? Es cosa clara que no. Pues si no, ¿por qué no procuran seguirlos? ¿Con qué ánimos quieren que vayan y caminen este camino los mozos, si ven aflojar a los viejos tan reciamente? Guárdese V. R., por amor de Dios, no haga de manera que pierda en la vejez lo que ganó cuando mancebo en la Religión. Por eso hasta llegar esta nave al puerto, ninguno se asegure de su vida, siempre procurando servir más a Dios: pues escogimos el camino y carrera estrecha para ir al cielo, andemos por ella, no declinemos *ad dexteram, nec ad sinistram;* y no sea que digamos después que salgamos de esta carne, y viéremos que habemos errado el camino, aquello que está escrito (Sap., V): *Ambulavimus vias difficiles, et viam Domini ignoravimus.* ¿Quién anda más dificultosamente que el Religioso? Tantos superiores que le mandan, tantas obediencias de día y de noche, tantos ayunos y abstinencias, y todos lo saben por experiencia, y con todo esto al cabo nos hallamos y nos hallaremos burlados, y veremos que ignoramos el camino del Señor: por eso es necesario volver sobre nosotros, y seguir el consejo del Sabio, para mejor volvernos a Dios (Eccl., VII): *In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.*

Cuatro son nuestras postrimerías: la muerte, el juicio, el paraíso y el infierno. Miremos la muerte cuán breve vendrá, cuán breve es esta vida, o, como dice el Apóstol Santiago: *Quæ enim est vita nostra? Vapor est ad modicum parens;* que se compara al viento, como dice Job, que presto pasa. Acordaos que viento es mi vida (Job., XIV): *Transitus est tempus nostrum.* Pues viendo que tan poca es nuestra vida, y hemos de sacar eternidad mala o buena; ¿por qué no procuraremos de andar este camino como lo hemos de andar, pues tan poco tiempo tenemos? Cómo lo amonesta bien el Apóstol (Galat., VI): *Dum tempus habemus, operemur bonum;* que al mejor tiempo se nos acortará el hilo de la vida, y ya que nos queramos morir, querremos entonces obrar y no podremos.

Por eso, por amor de Dios, se tenga esto siempre en la memoria, el gran arrepentimiento que tendremos en la muerte de lo poco que hemos servido a Dios cuando teníamos salud, y no podremos volver a hacer penitencia en lo que faltamos, como está escrito (Sap., II): *Non est reversio finis nostri.* Siempre es menester tener este fin delante de los ojos, porque, como dice muy bien un Doctor: *Religiosi autem, qui ambulant, sine consideratione finis proprii, efficiuntur tepidi, inquieti, murmuratores, ambitiosi, iracundi, loquaces, sensuales, histriones, et duriores, quam sæculares, et nisi Deus per suam misericordiam ad pœnitentiam eos revocet, aut conservet, in mala labuntur præcipitia, quibus, numquam postea liberantur.*

Volvamos también a mirar el juicio, que no podemos escapar de él, ¡cuán terrible será! Allí se descubrirán nuestros pecados delante de todo el mundo y del cielo, y delante los buenos y malos. De esto se acordaba bien el glorioso San Jerónimo, como él lo dice: *Sive comedam, sive bibam, sive aliquid faciam, semper videtur in auribus esse, mortui venite ad judicium.* No nos veremos allí, que si echáremos los ojos arriba veremos al Juez airado; si abajo, el infierno; dentro de sí, la conciencia, remordiéndose de parte de fuera; el mundo ardiéndose; a la diestra una infinidad de demonios esperando el ánima para llevarla consigo; a la siniestra los pecados acusándonos. Allí parecerá Dios airado a los malos, y terrible y espantoso: en grande aprieto se hallarán allí: aun los buenos estarán temblando. No queramos saber más que el partido que quería hacer Job con Dios, siendo tan justo, diciendo (Job, XIV): *Quis mihi hoc tribuat, ut in inferno protegas me, donec transeat furor tuus; et constituas mihi tempus, in quo recorderis mei?* Pues si este santo pedía esto, ¿qué haremos nosotros, miserables pecadores, aquel día? ¿Qué diremos? Sino que nos acontecerá lo que a aquel que entró en las bodas sin vestidura de boda, que preguntándole cómo había allí entrado sin vestidura de boda: *Obmutuit.* Por eso avisemos, porque *cum apparuerit, habeamus fiduciam, et non confundamur ab eo in adventu ejus.* Porque si el justo apenas se salvará, los pe-

cadores ¿adónde irán? Como lo dice San Pedro (I Petr.): *Omni tempore sint vestimenta tua candida;* como quien dice: venid siempre ataviados de virtud, que no sabéis cuándo os llamarán. Miremos también en la gloria lo que nos está aparejado eternalmente, como lo hacía el Profeta: *Inclinavi ad faciendas justificaciones tuas propter retributionem.* Así, inclinemos nuestro corazón, porque con esperanza de tan gran gloria llevemos mejor y con más ligereza los trabajos. No queramos perder una gloria tan perpetua y tan buena por este momento terreno. Hagamos como Moisés, del cual dice el Apóstol (Hebr., XI): «Estimó Moisés pasar los trabajos con los hijos de Israel, y salir con ellos de Egipto, llegando a la tierra de promisión.» Procuremos no volver las cabezas atrás a las ollas podridas de Egipto, sino, como Moisés, echar los ojos a lo alto, y todos los trabajos se harán fáciles.

Pero ya que no nos mueva ninguna cosa de las dichas, ni nos podamos volver a Dios por amor, un remedio queda, y no nos pueden dar otro, y es que nos volvamos por temor, mirando la pena perpetua del infierno que está aparejada, como lo aconseja el Profeta (Psalmus IX): *Convertantur peccatores in infernum, omnes gentes quæ obliviscuntur Deum;* como quien dice: Ya que estáis tan obstinados, pecadores, que olvidáis del todo a Dios, volved a mirar el infierno en que caeréis, y esto os hará volver a Dios; que si esto no basta para convertiros a El, no sé qué bastará. Para siempre jamás pena, y tantas diversidades de penas, que no se pueden explicar; que, como dice San Crisóstomo, así como hay en el cielo muchos merecimientos de gloria, así en el infierno hay muchos merecimientos de pena. Por eso volved sobre vos: *Et facite bonum, et quare moriemini? Dicit Deus Israel: Revertimini, et vivite: quoniam Deus mortem non fecit, nec lætatur in perditione malorum* (Ezech., XVIII): como parece claro en esta su venida, que venía tan manso a darse a todos, y más a los sacerdotes, que tal oficio tenemos, y estamos en tan alto grado que somos sagrario del Hijo de Dios, que lo que la Virgen soberana trajo en el vientre nueve meses, lo encerramos nosotros cada

día en nuestro pecho, y que en la Misa nos ponemos en el altar en persona de Cristo a hacer el oficio del mismo Redentor, y hacémonos intercesores entre Dios y los hombres para ofrecer sacrificio, oficio que no tienen los ángeles.

¿Qué serafín bastará para este oficio? ¿Qué penitencia bastará que hagamos? No habíamos de estar sino emparedados. Bien se siente en nosotros, que como hacemos el oficio, así alcancemos la gloria. ¿En qué está esta flojedad y desacato, sino en que no procuramos de hacer lo que se debe hacer? El que tal oficio tiene es semejante a un carbón. ¿Cómo, pues, una ascua tan viva, que cada día encerramos en nosotros, no nos quema las entrañas? La razón es porque no le tenemos puesto leña en el pecho, donde se encienda cuando le recibimos; no tenemos el pecho lleno de buenas obras y deseos que podríamos hacer, sino que cada día nos confesamos, y siempre tornamos a caer en lo que confesamos, y nunca nos enmendamos ni aprovechamos más un día que otro, ni lo procuramos, que es peor. ¿Pues qué es esto? ¿Por ventura no recibimos gracia en el Sacramento? No hay falta en el Sacramento; y pues que, como está escrito, no la puede haber, ¿cómo no aprovechamos en este camino? ¡Oh, sacerdotes! Esta es nuestra confusión, esta es falta nuestra. Cuando no mirásemos otra cosa sino ver que es un oficio tan grande y tan excelente, y que con él no podemos aprovechar, procuremos de aprovecharnos.

¿Qué queremos que nos haga Dios más sino darnos a sí mismo? Ya digo, a nosotros nos echemos la culpa; nuestro es el descuido, y grande; nuestra es la flojedad, el desacato grande; nuestra pura pereza, nuestros deseos desordenados, nuestras pláticas vanas y ociosas; todo el tiempo se nos pasa en niñerías; que esta ascua viva donde halla aparejo de calor confírmale, y fortalécele y hácele constante en sus obras, y le guía por camino derecho; vuélvele de hombre carnal en espiritual, en ángel encarnado; hácele andar con fervor, con un temor grande de le ofender, mirando cómo le sirva mejor, hasta que sale el ánima de sus carnes. Si afloja algo de las cosas corpo-

rales alguna vez, no afloja de la devoción, y siempre arde en su corazón.

Estos se apartan por temor y por conservar este amor y ardor, no perdiendo tiempo en murmuraciones, pláticas vanas y cosas que matan esta lumbre; no se les da por todo el mundo un cuarto; más quieren un rato de celda, que todo el tesoro de Venecia; no los lleva cualquier viento del monasterio, considerando el oficio que tienen, y aunque son raros éstos por nuestros pecados, nunca faltan; siempre Dios obra por su misericordia, porque nos den ejemplo, para que andemos tras ellos, y tomemos dechado de aquel que viéremos que anda en el camino y la vía de Jesucristo más recta y derechamente que los otros; y sigámosle, y andemos tras él, y salgamos de tanta flojedad y tibieza, y no nos descuidemos tanto en este camino, pues vemos el gran oficio que tenemos, que Dios nos ayudará, y en nuestra mano está, como dice el Profeta (Psalm. CXVIII); *Anima mea in manibus meis semper.* Y en otra parte (Ecle., XV): *Deus ab initio constituit hominem rectum et reliquit eum in manu consilii sui. Apposuit tibi aquam et ignem: ad quod volueris, porrige manum tuam.* Y en otra parte (Joann., III): *Ecce ego dedi vobis diem vitæ, et diem mortis, convertatur unusquisque a via sua mala, et ab iniquitate, quæ est in manibus suis.* Que si descuidáremos de este camino de la penitencia, será la culpa nuestra, y no de otro; y así nosotros pagaremos las penas, y no otro por nosotros; y andando el camino de la penitencia, y trayendo al Señor delante de nuestros ojos, amándole y sirviéndole, será premio nuestro en la eternidad de su gloria.

24—CARTA PARA UN RELIGIOSO DISCÍPULO, PREDICADOR DEL BIEN DE LAS TRIBULACIONES

Días ha que recibí una carta de vuestra merced, en que decía haber menester regalos; yo no los he enviado, ni enviaré en ésta, porque no puedo creer, ni es razón que lo crea: porque el alma que conoce y ama al Cru-

cificado, no sólo no busca ser regalada, más huye de ello, y busca con ansias de amor estar siempre colgada en dolores y espinas, por no verse de otro traje vestida de aquel a quien ama. Confúndase mucho, y no ose mirar a su Señor, cuando mirándose a sí se halle en consuelo, y a su Señor tan sin él, pues no tiene adonde reclinar su cabeza; y pídale con grande instancia que le ponga a él donde El está, pues desea ser uno con El; y en esta soledad y angustia no se le apoque la fe, mas crézcale esfuerzo de verse solo, porque sabe que su Señor es compañía de solos y pone sus ojos sobre desamparados, de los cuales es muy amigo: y si contra él se levantan leones fuertes y dragones que le quieran tragar, y le dicen que no tiene salud en su Dios, no los crea, pues se ve claro amarle, aunque no le guste, y se ve señalado con la señal donde El mira, que es la pobreza, fatiga y tribulación; y no sólo nos los creímos al contrario, mas creo ser más querido mientras más atribulado; y aunque tenga algún temor de remordimiento de culpa, tampoco se desmaye, porque viéndose castigado espere de cierto ser perdonado, y él mismo suplique al Señor que no le perdone, sino que le azote; porque él sabe que si el Señor le desecha, no lo hace de corazón, y tiene por cierto ser el castigado el mensajero de la paz y perdón, el cual desea tanto, que por alcanzarlo no hace mal rostro a lo amargo del azote; mas dice que es tanto el bien que espera, que no siente el mal que tiene.

Pues habiendo el Señor hecho a vuestra ánima merced de darle su conocimiento y amor, creo yo que no bastarán las aguas para ahogaros y los enemigos para atemorizaros, ni las congojas para penaros: *Quod infirmum est Dei, fortius est hominibus;* y una centellica que en vuestra ánima ha puesto es más fuerte que todo lo que contra vos se puede levantar. Así que, Padre mío, conforte su corazón y sostenga al Señor, porque no le desampare, aunque el vientre de la ballena le trague: finalmente, se le echará en la tierra, y de allí le llevará al cielo, adonde goce con El para siempre. Amén.

25—CARTA PARA UN PREDICADOR, CONTRA LA VANAGLORIA

El Espíritu consolador y virtud de lo alto more siempre con Vuestra Reverencia, y obre en él el premio de la gloria de Cristo, pues el oficio suyo es aqueste, según el Señor lo dijo (Joann., XVI): *Ille me clarificavit:* para lo cual conviene vivir con cuidado, porque el limpísimo Espíritu limpia morada requiere; y la deidad muy alta pide reverencia profunda; y la bondad infinita es muy celosa, si ve que en otra parte se pone un poco de amor. Lo cual considerado, tenemos mucha razón de temer y angustiarnos; porque no es pequeño negocio querer un hombre criado del limo de la tierra tratar con Dios y ofrecerle digna morada, y así vivir que agrade a los ojos de tan gran Majestad. *Ad hæc, quis idoneus?* Aquel por cierto, y no otro, *quem ipse elegit, et gratia sua dignatus est.* Espero yo en El que uno de ellos es Vuestra Reverencia para perpetua obra de este Señor: *Qui suscitat de pulvere egenum, et de stercore elevat pauperem: ut sedeat cum principibus, et solium gloriæ teneat.* Este es el que hace de lobos corderos, y de los perseguidores devotos, y de los que volvían las espaldas hace continuos contempladores de su hermosura. Este defenderá esa su ánima *a sagitta volante in die,* como la ha defendido *a negotio perambulante in tenebris. Nemo scit* (*inquit Augustinus*) *quas vires nocendi habeat gloriæ magnus amor, nisi cui ipsa bellum indixerit.* Mas peleando Dios, según su promesa, por nosotros, El hará desaparecer a nuestros enemigos así como humo.

San Bernardo, siendo molestado algunas veces de esta sabrosa ponzoña, hacía cuenta que estaba ausente de la muchedumbre del pueblo que le daba honra, y así escapaba del canto engañoso de esta sirena. Santo Tomás hacía una cruz encima del corazón, y decía (Ps. CXIII): *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Y vino a tanta pureza, que ningún movimiento sentía de aqueste mal; y con mucha razón, porque ¿qué cosa más para huir que el robo de la honra de Dios,

y diciendo con la boca que miren a Dios, querer con el corazón que quiten sus ojos de El y los pongan en una vileza? Voces son las cosas criadas que cantan la honra y gloria de Dios, imágenes o pisadas para traer en conocimiento del Criador. ¿Qué cosa más al revés se puede pensar que lo que es ordenado para otro se desordene contra El y se quiera hacer de camino término y de medio fin? Aparte Dios tal ceguedad de los sus ojos por la dignidad de su honra; y si alguna vez esta vanidad nos tocare, debemos alzar el corazón al Señor, diciendo: *Tibi Domine gloria*, u otras semejantes palabras, y despreciar aquel impuro movimiento, hasta que poco a poco se haga el ánima a no mirar en ello, como suele mirar en no querer hurtar la hacienda ajena, aunque mucho se lo rueguen. Por el fruto que Nuestro Señor da, se den gracias a El; porque tampoco es en nuestra mano hacer, cómo la tierra dé fruto no lloviendo del cielo: y aunque el galardón del sembrador no esté colgado del fruto que nace, mas de la caridad, de la honra de Dios, y del provecho del prójimo, y de los trabajos que por ello pasa; mas todavía se debe gozar porque los haya Dios hecho instrumento y aposentador para que El more en las almas, según nos enseñó Jesucristo, cuando una vez que leemos haberse gozado, fué en espíritu, y venidos los discípulos de predicar: dando a entender en esto, que el gozo del cristiano no ha de ser otro sino de ver el Evangelio publicado y recibido.

En este negocio no ha de tener parte la vanidad; mas ha de ser en el Espíritu Santo, gozándose de la conjunción de las ánimas con su Dios, y atribuyéndole al buen suceso de este negocio. Y pues Dios ceba a Vuestra Reverencia con darle a comer esas ánimas muertas al pecado y vivas a El, cobre aliento, y ceñido de la espada de la palabra de Dios, haga sangre en los pecados, enemigos nuestros, y saque la presa de la boca del león, y los peces que en el profundo de la mar están, y ofrézcase a todo trabajo, hasta muerte de Cruz, no dando sueño a sus ojos ni descanso a sus pestañas hasta que halle y gane muchas ánimas donde Dios se aposente; y como en

cama descanse, para que siendo imitador del fidelísimo Hijo que con tanto cuidado buscó la honra del Padre y manifestó a los hombres su nombre, sea participante en aquella bienaventurada promesa, dicho por la boca de la verdad (Joann., XII): *Ubi ego sum, illic et minister meus erit.* Y esas doncellitas, que me dice ha Dios despertado para buscarle, las encomiende mucho al Señor y las rija con prudencia, no dejándolas llegar tanto a Dios que caigan con el gran peso, y sean cegadas con la mucha lumbre, y se arrepientan por no haber tomado el consejo del Sabio (Prov., V): *Mel invenisti? Comede, quod sufficit tibi: ne forte satiatus evomas illud.* Téngales la mano a la frecuencia de la comunión y oración; y esté cierto que no se enojará Dios de ello, ni les negará en su rincón lo que en el altar les había de dar: y no les deje hacer voto de virginidad hasta que pasen años de oración sobre ello; porque no se deje livianamente lo que livianamente se tomó. No se alegre con la prosperidad, ni se derribe con la adversidad; mas el un tiempo espere al otro, y siempre confiado de Cristo, que le dará su favor, el cual sea con El siempre, y esté sobre aviso, que si es pregonero de Cristo, ha de ser probado.

26—CARTA PARA EL MISMO. POR QUÉ PERMITE DIOS LA TENTACIÓN

Dos cartas de vuestra merced he recibido, y, según mi flaqueza, he encomendado al Señor lo que en ellas venía, y sea El bendito, que ha dado algún alivio a la tribulación pasada, haciendo en esto lo que suele, que es enviar bonanza después de la tempestad; porque lo uno y lo otro es menester para aprovechamiento de sus siervos, los cuales no menos alabanzas le deben dar cuando los deja desabridos y les quita lo que desean, que cuando los lleva con dulcedumbre y regalo; antes más le deben agradecer cuando los libra del propio contentamiento, el cual es muy anejo a la prosperidad, y los guarda seguros debajo de su vara de la tribulación, mirando más a lo que les cumple que no a lo que bien les sabe. Y mu-

cho he holgado que vuestra merced haya conocido la gran fuerza de las interiores batallas, para que más y más conozca la pobreza propia y la grande necesidad que del continuo favor de Dios tiene. ¡Oh, Padre mío, y si Dios soltase un poquito, y dejase soplar los vientos, y alborotar la mar de nuestro corazón, cuán claramente vería la maravilla que Dios hace en tener a un ánima que no se ahogue entre tanta muchedumbre de olas, que llegan al cielo, y allí conocería cuán de verdad está dicho que el hombre es polvo y ceniza, y quedaría tan asombrado, que, como un niño chiquito, andaría con la oración continua pidiendo a Nuestro Señor, y allí vería con cuánta razón es alabada la fe, pues basta a tener en pie a un hombre, y resistir tantas olas de tempestades que parece que le quieren tragar, y dicen (Psalm. III): *Non est salus ipsi in Deo ejus!*

Esta es la fe, por la cual (Rom., IV) *in spem contra spem credimus;* y la anchura de nuestra ánima, que entre todos esos alborotos osa decir (Psalm. III): *Tu autem Domine susceptor meus es, gloria mea, et exaltans caput meum.* Y pocos hombres hay tan fuertes en ello que a los primeros encuentros no sientan algún desmayo, y por eso permite Dios que sus siervos entren muchas veces en estos peligros, para que viéndose librados maravillosamente por la mano de Dios, cobren ánimo para otras veces, esperando el favor de Dios, al cual sintieron fiel en la tribulación pasada, y así vaya su fe adelante (Isai., IV): *Et mutent fortitudinem, assumant pennas, ut aquila, volent et non deficiant.* Una sola cosa me descontenta un poco, que es verle librado tan presto; y háceme sospechar que se había flacamente en la pelea, pues tan presto le sacaron de ella, aunque bien creo que no será ésta la postrera: por tanto, enmiende esotras, si alguna flaqueza hubo en la pasada, y no descanse hasta que aprenda a vivir en el fuego sin quemarse, hallar paz entre la guerra y tornar las piedras en pan, porque en esto consiste nuestro verdadero aprovechamiento, por ser cosa que no va manchada con nuestro propio interés ni voluntad, que son dos lepras que tarde nos dejan, aunque algunas ve-

ces están escondidas, y tanto más peligrosamente engañan cuanto más seguridad parece que hay. Por tanto, el siervo de Dios vele mucho sobre ello, y agradezca y reciba de buena gana lo que viniere en contrario a su parecer, voluntad e interés, pues con ello se purifica y vence sus enemigos.

27—OTRA AL MISMO, ANIMÁNDOLE A PREDICAR SOBRE LA RELAJACIÓN DE COSTUMBRES

Tenía tan deseado saber de vuestra merced, que no me fué pequeña alegría ver su carta; porque como me había escrito su indisposición, y no había sabido de su mejoría, no podía estar el amor sin pena. A Cristo gracias, que dió fuerzas para predicar su nombre, o El dé gracia para que sea recibida nueva tan alegre, provechosa y honrosa. Mas ¡ay de nos!, que hemos venido a tiempo que está el corazón del hombre casado con la tierra: y de este casamiento ¿cómo saldrán hijos para el cielo? No se puede ver el sol sin lumbre del mismo sol, ni puede Dios ser alcanzado sino por favor del mismo Dios: del cielo ha de ser lo que ha de subir al cielo; mas la tierra no puede subir allá. Pienso yo, Padre, que estamos a la fin del mundo, pues estamos en el cabo de los pecados y olvido de Dios; y no sé adonde puede llegar más esta dureza y desprecio de la palabra de Dios, e insensibilidad para los negocios del alma.

No tiene que ver la negligencia de los yernos de Lot, que les parecía hablar su suegro de burla, con la que ahora hay, pensando que está Dios burlando cuando habla: ni se teme su amenaza, ni se cree su promesa, ni se estima su alteza, ni hay quien ame a su bondad. ¡Oh, joya de tanto precio, y qué lástima es verte tan mal apreciada! ¡Y que no hay cosa en la tierra que no tenga amadores, y tú, Señor, sin ellos, o con muy pocos, o muy flacos! Dé, Padre, voces, délas muy grandes, que no hay bien sin Dios, no hay hermosura sin Dios, y que tan puestos habían de estar los ojos de las criaturas en sólo El, como si no hubiese otra cosa sino El. No estorben,

no, las sombras a la estima que se debe a la verdad; ni las chiquitas gotas de la fuente grande detengan al sediento, que no vaya a beber de la misma fuente. No es, cierto, justo que se ponga Dios en olvido, porque dió dádivas a los hombres, pues crió las cosas para que por ellas pasasen a El. Gravemente le hemos ofendido en usar de lo que habíamos de gozar, y gozar de lo que habíamos de usar, quitando la gloria que se debía al incorruptible Dios y dándola a la vanidad de las criaturas. El remedio de esto es la penitencia y vergüenza delante de los ojos del Señor piadoso, que quiere nuestro remedio y nuestra vida, aunque le hayamos ofendido, y tantas veces merecido nuestra muerte; mas cumple a ojos vistas (Isai., XXII): *In illa die vocabit Deus ad fletum, ad planctum, ad calvitium, et ad cingulum... et ecce gaudium.*

Mas mire la terribilidad de lo que sigue, la palabra que oyó el Profeta *Si dimittetur iniquitas hæ vobis donec moriamini.* Y si no se perdona, *donec moriamini*, no se perdonará después, que no es de las livianas que se perdonan allá. ¿Cómo perdonará Dios a quien le ha ofendido, y se ríe y no tiene pellizco en su corazón de haber despreciado a su Padre, Dios y Señor? No sería esto misericordia, sino falta de justicia, y cosa muy contra razón, cual a Dios no conviene; cuyas obras son juicio, peso y medida. *Sed de iis satis*, que nunca hay *satis:* trabajo es hoy hablar a los pueblos con tan poco provecho, y trabajo ver a Dios ofendido, y callar.

28—OTRA A UN PREDICADOR, CONTRA LA TENTACIÓN DE LA DESCONFIANZA

No tenga vuestra merced queja de mí, le suplico, sino dónemelas, como dice San Pablo, pues Dios nos donó las que contra nos tiene. Ya sabe vuestra merced mis faltas, que bastan a hacer cualquier falta en el servir, y otras veces falta mensajero, como ha faltado de donde he estado y ahora estoy, si no hay quien me avise de él, y no sé dónde le busque. Suplícole crea que en cosa de

más importancia tengo amor para le servir. Por tentación cierta tengo la desconfianza de salvación que vuestra merced dice, y no sólo por cierta, mas por necia; que tal nombre merece la que no se quita con los bienes que tenemos en Cristo, como si este negocio fuese obra de nuestras manos o premio de nuestros méritos, y no antes gracia de Dios por Jesucristo. Ensanche vuestra merced su pequeño corazón en aquella inmensidad de amor con que el Padre nos dió a su Hijo, y con El nos dió a sí mismo, y al Espíritu Santo y todas las cosas. Reciba esta gracia con hacimiento de gracias y gozo de Dios, pues Dios se le da: y si le desmayan sus deméritos, acuérdese que una de las dádivas que el Padre en Cristo nos da es suelta de nuestras deudas y amansamiento de la ira que merecían nuestros pecados.

¿Qué duda de perdón, pues no duda de pasión que por los pecados pasó? ¿Qué aprovecha confesar que Cristo murió por nuestros pecados, justo por injustos, si no cree que su muerte mató nuestros pecados? Y si son muertos, ¿por qué los teme? Pues los hijos de Israel, a quien Dios sacó de Egipto, viendo a sus enemigos ahogados en el mar no temieron, mas cantaron alabanzas a Dios, tomando materia de ello en los mismos enemigos que los habían perseguido primero, y a quien antes habían temido. Y aunque no tengamos tan cierta fe de que nuestros pecados nos son perdonados, cuan cierta la tenemos que el Señor murió por ellos, por no saber de cierto si su satisfacción se aplica a nosotros; mas el corazón nuevo que Dios nos dió cuando nos llamó para sí, si no es señal de su amistad y perdón, con la cual podamos tener confianza que estamos de El perdonados, el espíritu de hijos que nos dió cuando nos dió amor con El, como con Padre, ese tenemos por prenda, que en el Corazón de Dios somos estimados por hijos: pues en el nuestro le estimamos a El por Padre; pues es blasfemia pensar que amando yo a Dios, no me ame El a mí, siéndome dado el amor de su mano. No sienta vuestra merced del Señor en cortedad y estrechura, mas en bondad, como nos está mandado: y alce los ojos a la señal

de nuestra salud Cristo, a la prenda de nuestra esperanza, al agradamiento del Padre, participando de la cual somos agradables a El y tenemos por su sangre cierta la vida delante del trono de Dios. Y si le parece que sus obras son menguadas y faltas, así es la verdad. Mas ¿qué parte es eso para desconfiar? Por Cristo fuimos hechos de enemigos amigos ,y por El conservados en su amistad.

Más fuertes contrarios de estar bien con Dios teníamos en nuestros pecados, primero que a Dios conociésemos, que lo son ahora las faltas que hacemos: y como no pudieron los pecados pasados estorbar la fuerza de la gracia que en Cristo nos fué comunicada, tampoco podrán las faltas estorbar la amistad, pues estamos incorporados en Cristo amado del Padre. Buena cosa es sentir nuestra falta y pobreza, mas con condición que sintamos la largueza y riqueza de la misericordia de Dios, y glorifiquemos su bondad en nuestra amistad, pues sufre con amor a hijos tan faltos, ruines y miserables. ¿Por qué priva vuestra merced a Dios de esta gloria de ser ancho en el amor para con sus hijos, que por la fe y amor que a su Hijo tienen les sufre las faltas que ellos tienen y cometen, habiendo ellos llorado sus pecados y hecho verdadera penitencia de ellos? Persuádase ya que hay bondad en Dios para le amar, y que hay merecimiento en Cristo para ser amado por El; y viva en hacimiento de gracias por los bienes recibidos, y también con el perdón de sus pecados, que cada día comete y cada día recibe; y pelee las guerras del Señor con alegría, como se dice de Judas Macabeo; y con darle Dios lo que le da, espere de gozarle en su Reino, aunque haya de pagar en fuego temporal el heno, paja y madera que hubiere en su ánima. Anhele siempre a mayor aprovechamiento; mas vaya fundado sobre quietud y confianza, que si no creciere más, esto le basta para su salud; porque si a sí mismo se mira, como todos seamos llenos de faltas, nunca en su alma faltará desmayo ni sentirá ser amado: y andando así, ¿cómo servirá al Señor ni contentará a su Santo Espíritu, que en nosotros mora, pues es El alegre y nosotros le entristecemos con nues-

tra angustia y desmayo, contra lo cual San Pablo dijo (Ephes., IV): *No queráis entristecer al Espíritu Santo del Señor?* Es la suma que conozca sus faltas, y le parezcan muy grandes, y las llore y gima por la confesión y penitencia; pero mayores los bienes que en Cristo tenemos, por el cual confíe ser amado con mucho hacimiento de gracias; y si más no le dieron de lo dado, eso basta para esperar la salud eterna.

29—CARTA PARA EL P. FR. ALONSO DE VERGARA, EN RESPUESTA DE OTRA, CONSOLÁNDOLE Y ESFORZÁNDOLE EN LA PERSECUCIÓN QUE TUVO, PORQUE CON SU MANERA DE VIVIR Y PALABRA, ENSAYABA EL CAMINO DEL CIELO

Charissime: A quien desea saber qué cosa es el hombre cuando Dios le ayuda y regala, enseñaríale yo una carta de V. R. que los días pasados me envió; y a quien quisiese conocer la flaqueza del hombre cuando anda por sí, enseñaríale esta que ahora me envió.

¡Oh, válgame Dios y cuán de verdad es Dios nuestra gloria, y el que levanta nuestra pesada cabeza, y la salud de su pueblo, y la lumbre de nuestro rostro, y el báculo de nuestra vejez, y todo nuestro bien y cuán grande abismo de miseria es el hombre, y cuán pocas cosas lo derriban, y cuán presto se muda como una flaca ceniza delante de un viento! La letra de sus cartas es una, la firma, un hombre suena; mas ¡oh poderoso Dios, y qué va del fulano de la una al fulano de la otra! ¿Quién dirá que es todo uno el hombre que en una no echa menos a nadie con el favor y regalo de Dios, y en otra le da el agua hasta la barba, y a peligro de se ahogar? Es en la una llevado por la mano de Dios, y enseñado familiarmente de su santa voluntad; y en la otra parece que duda de lo que su misma conciencia y Dios le han enseñado y anda como a tienta paredes aun en la luz del mediodía. ¿Qué diré sino que el hombre con Dios es como Dios, y el hombre sin Dios es grandísimo tonto y loco?

Pregúntame V. R. si pienso que vive, o si le cuento

por uno de los muertos, pues no le escribo. Respóndole que no lo olvido; mas guardaba mi carta para este tiempo, porque en el otro no era menester. San Antón se quejó de Nuestro Señor porque en el tiempo de la batalla no veía a Nuestro Señor, y respóndele que allí estaba; mas estaba mirando cómo peleaba para hacerle reinar. ¿Pensaba V. R. que no había de andar a solas sin carretilla y sin que mano ajena le tuviese por la suya? ¿Y cómo, Padre, había de aprender a andar? ¿Todo había de ser comer manjar de niños, *papitas y leche?* ¿Y cómo había de ser perfecto varón? ¡Oh, Padre mío! y si no fuese porque veo a V. R. penando, y ¡cuán de buena gana, oyéndole quejar y temblar, me reiría yo, como quien oye a un niño llorar y temblar, porque le han asombrado con un león de paja o con una máscara! ¿Qué ha, Padre? ¿Qué ha? ¿Así se le ha olvidado lo que dijo Moisés, siendo rogado que sacrificase al Señor en Egipto, y no se fuese al desierto, dejando a los gitanos? Quiéroselo acordar: *Abominationes Aegyptiorum immolabimus Deo nostro, quod si mactaverimus ea, quæ colunt Aegyptii coram eis, lapidibus nos obruent* (Exodo, VIII). Pues si vuestra reverencia, con la fuerza de Dios, ha muerto lo que los mundanos adoran, y esto delante de ellos mismos, ¿espántase que lo quieran apedrear? Ellos adoran honra, juicio propio, espíritu propio, duplicidad, tibieza, propio amor y propia fiucia, *et alia idola similia his quæ a Moyse abominationes vocantur, id est, a lege Dei. Tu autem homo Dei non idola vana, quæ salvare non possunt, sed ipsum qui vere adorandus est adorasti.*

¿Qué maravilla que haya contienda donde tanta diversidad de pareceres y fines hay? Mas esta contienda levántanla los hijos de ella, y súfrenla los hijos de la paz; los unos mordiendo como canes, y los otros sufriendo y orando, y amando como corderos; *sed Christo duce,* vencerán los corderos a los perros, y aun a los lobos, que para eso los envía Dios; *Tamquam agnos inter lupos.*

Gran enojo tomaron los Reyes comarcanos a Gabaón porque los de aquella ciudad se habían confederado con Josué, capitán del pueblo de Dios, y por el mismo he-

cho se juntan cinco Reyes a pelear contra ellos, porque les parecía gran pérdida perder una ciudad tan grande y real, y que se acrecentase aquel favor y gente a Josué, su enemigo; y así han hecho los demonios y mundanos con V. R., viéndole darse a Jesucristo, Capitán enviado por el Padre para meter al pueblo de Dios en el cielo prometido; y lloran amargamente, y páranse a contar las calidades del que han perdido: como con ellas se le acrece mucha ganancia al partido de Jesucristo: huelen ya la fuerza que Dios le ha dado para herir corazones la palabra de Dios, y lloran llanto doblado por lo que ellos pierden y Jesucristo gana. De aquí es la contradicción en todo y de todos; de aquí el combate de los cinco que a una se juntan, y con una voz dicen lo que dicen, y hacen lo que hacen: mas si el combatido enviare mensajeros a su Capitán de devota, y humilde y perseverante oración, como lo enviaron los otros a su Josué, vendrá a él Jesucristo, y hará que venza a sus contrarios, y que les ponga el pie sobre la cabeza, porque hará que desprecie lo que ellos hablan, y meterlos ha en la cueva con una piedra a la puerta, para que viva sin miedo de ellos.

¿Por ventura es V. R. el primer atribulado porque se pasó a Cristo? ¿O será el primer desamparado de los que padecen por Cristo? ¿No ve, Padre mío, que la causa porque somos perseguidos no es nuestra, sino de Dios? ¿No ve que le va a El la honra en ella? Dígame, ¿porqué antes tenía tantos pacíficos, y ahora tantos contrarios? *Numquid quia Christo Domino adhæsisti?* ¿Pues qué Rey habría que no tomase por muy grande injuria, que por sólo haberse uno ofrecídosele por criado, y él recibídole, hubiese quien le despreciase y persiguiese? ¿Por ventura no es deshonra del Rey perseguir a quien le quiere servir, sólo porque entró a vivir con él? ¿No toca esto al Rey? ¿No es causa suya? Es, por cierto. Y por eso dijo David (Psalm. LXXIII): *Exurge Deus, judica causam tuam: memor esto improperium tuorum, quæ ab insipiente sunt tota die.* Causa es de Dios, y deshonras son de Dios aquellas que al servidor de Dios se hacen,

como es honra de Dios y causa suya, cuando a sus chiquitos hacemos bien y los honramos.

Acuérdese, pues, V. R. de la palabra de Dios que fué hecha sobre el levita Jazihel, confortando al pueblo de Judá, que salía a la guerra, en la cual y por el cual manda Dios que no teman; y la causa es: *Quia non est vestra pugna, sed Dei, ideo non critis vos qui dimicabitis, sed tantummodo confidenter state, et videbitis auxilium Domini super vos.* (II Paralip., XX.) Y si los que persiguen piensan que no ofenden a Dios en ello, ¿qué se me quita a mí de mi confianza, pues expresamente están amonestados los servidores de Dios, que han de ser perseguidos de gente *quæ credant se obsequium præstare Deo* (Joannis, XVI) en los perseguir? Ellos padecen por Dios, y porque se llegaron a Dios, y la persecución es contra Dios. Si los perseguidores otra cosa piensan, quizá disminuyen algo su culpa, mas no nuestra corona: y si ellos, engañados, piensan que sirven a Dios, nosotros, desengañados, perseveremos en servir a Dios.

¿Qué se le da, Padre, de pareceres de hombres ciegos, pues está él certificado ser de Dios la doctrina que predica, y ser bueno el modo con que la predica, según por el fruto parece? *Noli esse humilis in sapientia tua, ait Scriptura.* (Eccles., XIII.) Ose despreciar los vanos ídolos con conocimiento y amor del verdadero Dios, y hállese tan rico con el tesoro escondido que Dios le ha manifestado, que no tenga por daño perder cuanto tenía por lo alcanzar. No estime a Dios en tan poco que quiera dar poco por El, pues Dios le estimó a él en tanto, que no quiso dar menos que a sí por él. Amado fué en cruz, ame en cruz; caro costó a Cristo, y con gemido le parió, y le ganó: no quiera él ofrecer a Dios *sacrificium gratuitum*, pues David no lo quiso hacer. ¡Qué mayor honra, Padre mío, que padecer por Cristo, verdadera gloria! *Felix injuria* (*ait Augustinus*) *cui Deus est in causa.* Negocio este de amor, y *militiæ species est amor:* no son admitidos aquí los cobardes; *immo secundum præceptum Domini excludebantur a prælio.*

¿Qué se queja, Padre, de palabras y estimas de hom-

bres y juicios de ciegos? *Ecce in cœlo est testis tuus, judex tuus qui te justificat, quis est qui te condemnet? Quia minimum est, te ab omni humano die judicari, si tu pro minimo haberes a minimis judicari, quia omnes, ut vestimentum veterascent, et tinea comedet eos, et ille vere commendatus erit quem Deus commendat, etiam si omnes reprobent. Quare Pater mi tam parva movent te,* pues que *magnus magna pertulit pro te, et magna tibi dabit, et hic et in futuro? Numquid usque ad sanguinem restitisti? Numquid sanctius es Apostolo, qui ait quotidie morior? Numquid narrere poteris persecutiones, contumelias, ictus lapidum, verbera, carceres, quæ ille narrat pro Christo pertulisse? Quare Pater delicatum agis militem in prælio Domini, habens Dominum cujus faciem possuit pater, ut adamantem et silicem, ut nullis contumiliis, alapis cædere noscat ab incepto opere? Deponamus ergo omne pondus, et circumstans nos peccatum, et curramus per patientiam ad propositum nobis certamen aspicientis in actorem consummatorem fidei Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta,* etc.

Y acuérdese de su palabra, *non est servus major Domino suo;* y así como le halla verdadero en las persecuciones que le profetiza, así le espere verdadero en los galardones que promete. Cruz le manda llevar; reino eterno le promete, y si es dura palabra *permanere cum illo in tentationibus,* dulcísima es *sedere ad mensam suam cum eo in regno ejus.* ¡Oh, Padre!; ¿y por qué hemos de irnos a sentar a aquella mesa de perseguidos, deshonrados, *sectorum, tentatorum, et gladio occisorum,* no habiendo nosotros padecido nada? ¿Qué vergüenza sería parecer predicadores delicados delante aquellos que con tantas persecuciones y derramamiento de sangre lo fueron? Llevemos algo de que gloriarnos; traigamos alguna empresa de amor por nuestro verdadero amador, para que no sea nuestro amor de sola palabra: hollemos esta víbora de la tribulación; pasemos adelante aparejándonos a mayores cosas; que a la medida de lo que padecemos nos dará Dios los consuelos en el ánima nuestra, y el fruto en las ajenas: no se dejan tomar estas truchas sin que se moje

el pescador, pues el Señor de todo aun no quiso ser de esto exento.

Ofrezca, Padre, su vida y honra en las manos del Crucificado, y hágale donación de ella, que El la pondrá en cobro, como ha hecho otras: *Scio cui credidi, ait Paulus*, etcétera (II Tim., I), y no le fué de ello mal. Poco es y momentáneo lo que se padece; y a quien grande parece, es porque él es chico en el amor, y tiene pesos falsos: *Cresce, et manducabis; cibus enim est Christus, et gaudium.* Y aunque se dilate su socorro, El vendrá y amansará la mar, y reñirá por la poca fe que en el tiempo de la tempestad tuvo su discípulo; que pues estaba de eso avisado, no se había tanto de turbar, y pues había comido de la mesa del monte Tabor, había de tener esfuerzo para comer de la del monte Calvario; que para eso mantienen al jumento, para echarle la carga, y mientras mayor la refección, mayor carga espere. *Sed dic Pater mi:* ¿cuál quiere más, abrazos de Dios con añadidura de pedradas de hombres, o carecer de entrambas cosas? Hayamos vergüenza de quejarnos, pues hemos recibido de Dios de que tanto gozarnos, *in re et in spe.* Demostróle su amigo la luz, y luego encerróla en su mano; mas él la tornará a abrir, y la tornará a enseñar con tan grande alegría, que *lapides torrentis dulces tibi sint, et flagellatus gaudeas, quia dignus habitus es pro Jesu contumelias pati.* Probarlo ha querido Nuestro Señor no dejarle: escondióse la madre tras el paño, y está oyendo llorar al niño, que no se halla sin ella; mas ella saldrá, que no se lo sufrirá el corazón, y tomará al niño en los brazos, y darle ha leche, y estará él tan contento, que olvide los trabajos pasados como si no hubieran pasado, y muchos de los que ahora persiguen, seguirán, según la promesa de Dios: *Venient ad te qui detrahebant tibi.* (Isai. LX.) Y si el que a Dios conoce con amor tornase atrás por la persecución de ellos, será acusado el día postrero; y ellos serán los que más gravemente le acusen, diciendo: si te perseguimos no teníamos conocimiento; y tú que lo tenías, fuera razón que no lo dejaras; que si nosotros conociéramos lo que tú, no lo dejáramos por perse-

cución de quien no conocía: dañaste a ti y a nos, porque a perseverar en la virtud, viniéramos en conocimiento de ella: y por eso, Padre mío, débese esforzar en el Señor y creer de muy cierto que si persevera, *et per Christum abundat tribulatio tua, ita per ipsum abundabit consolatio tua* (II Cor., I); y que le pagará el Señor con ganancia de ánimas lo que pierde en esotras cosas en los ojos de los mundanos.

Muy bien me parece la ida a alguna parte donde vacase así sólo algún día. Y en lo de la Escritura sagrada le digo, que la da Nuestro Señor a trueco de buena vida y persecuciones: *Vobis, inquit, ipse datum est nosse mysterium regni Dei, cæteris autem in parabolis. Sed qui sunt isti vobis? Vobis discipulis meis diligentibus Deum, ut ait glossa, segregatis a mundo, tribulatis pro me, factis perüssema hujus mundi.* (Philip., I.) Parecíame a mí que en leyendo a San Juan y a San Pablo y a Isaías, que luego habían de saber la Escritura; y veo a muchos leerlos, y no saben nada de ella. Y así veo que *si aperit ille qui habet clavem doctorum, nullo alio reserante, scriptura pandetur* (Apoc., III), *ut Hieronymus ait.* Yo no sé más que decirle sino que lea a éstos; y cuando no los entendiere, vea algún intérprete santo sobre ellos, y especialmente lea a San Agustín contra pelagianos, y contra otros de aquella secta, y tome un crucifijo delante, y aquél entienda en todo, porque él es el todo, y todo predica a éste: ore, medite y estudie. Acuérdese vuestra reverencia del ciego que el Señor sanó con lodo: que después cuando decían si era él el que primero era ciego y mendigaba, y otros decían que no era él, respondió, no tomando la honra falsa, mas confesando su enfermedad y pobreza pasada, y dijo: *Yo era aquel pobre ciego, y ahora veo.* No habemos de haber por malo que nos digan quién fuimos; porque a gloria de Cristo pertenece esta confesión de nuestra enfermedad, y a grande provecho nuestro; porque ya aquí se celebra nuestro juicio, y así escapamos de allá; y no se canse en tomar por sí, ni dar muchas disculpas de su inocencia: *Vos tacebitis, et Dominus pugnabit pro vobis.*

30—CARTA A UN PREDICADOR, SOBRE LA FRECUENCIA DE COMUNIÓN

Charissime: La continua falta de mi salud me hace faltar a vuestra merced en escribirle, aunque me hace Nuestro Señor merced de darme algún suspiro y oración, que por el bien de vuestra merced yo le presenté, suplicándole cumpla El sin mí y por mí lo que debo y deseo. En lo que vuestra merced pregunta de la frecuencia de comuniones que en esa ciudad hay, me parece que ninguno debe poner tasa absolutamente en la comida de este celestial pan; pues mirándolo así es bien y gran bien tomarlo cada día, si hay cada día aparejo para lo recibir. Todo el negocio ha de ser ver no haya engaño en el aparejo, pensando que lo hay donde no lo hay; y cierto se engaña alguna gente de la devota en ello, así como los que solamente son movidos a lo hacer porque su amigo o vecino o igual lo hace, y algunas de estas personas se afrentan por ser tenidas por menos santas de los confesores, si ven que dan licencia a la compañera que comulgue, y a ella no. A éstos no los llama Dios a su mesa; su liviandad los lleva, queriendo imitar con igualdad de carne lo que habían de imitar para tener igual llamamiento divino. Y claro es que aunque una persona sea menos buena que otra, puede la menos buena tener alguna causa justa de comulgar alguna vez y más a menudo que la otra más buena por haber mayor necesidad, o por estar alguna temporada con más aparejo, y por otras particulares causas que no concurren en la más buena.

Así que, este error se debe mucho reprender, que cierto es dañoso y osado ir al celestial convite sin llevar llamamiento del Señor de él. Verdad es que aprovecha, y no poco, ver comulgar a otros, y uno de los provechos es gana de imitar tan santa obra; mas han de entender que han de imitar el aparejo, si quieren imitar la obra; así como si uno se va a soledad, o vive vida en virginidad, o es predicador, o cosa semejante, no es bien por-

que aquél lo hizo, hacerlo yo, sin mirar que llevó a aquél espíritu bueno, y me lleva a mí espíritu humano: quísose Dios servir de aquél por allí, y no de mí, y así acá quiere el Señor que uno llegue a su celestial mesa más veces que otro, y por esto no ha de ser regla lo que unos hacen para que lo hagan los otros.

Otros se engañan en pensar que es aparejo suficiente una gana tibia de hacerlo, más fundada en costumbre que tienen que en otra cosa: y si a esto se junta que echan alguna lagrimilla al tiempo de recibir al Señor, tienen por muy bien hecho su negocio; y el engaño de éstos consiste en no mirar al provecho que reciben del comulgar, que es ninguno, o de no saber que la verdadera señal del bien comulgar es el aprovechamiento del ánima; y si éste hay, es bien frecuentarlo; y pues no lo tienen, no lo frecuenten. Vienen éstos a un mal grande, del cual había de temblar todo hombre que lo oyese, que es recibir al Señor, y no sentir provecho de venida de huésped tan bueno y que ordena esta venida para bien de la posada; y cuando los remedios, y tan grande como éste lo es, no obran su operación, es cosa muy peligrosa y que mucho se debe huir, con condición que se mire que algunos, aunque no parece que crecen, sacan este bien de la comunión, que no tornan atrás, teniendo experiencia que si no lo frecuentan caen en cosas que no caen cuando lo frecuentan; a éstos bien les está hacerlo con frecuencia, pues se sigue provecho de evitar caídas con la frecuencia del comulgar.

Mas hay otros que ni van adelante ni evitan males, sino con una vida como de molde, no habiendo más ni menos, así como así: a éstos se les debe predicar cuán terrible cosa es meter el fuego divino en el seno, y no calentarse, el celestial panal, y no sentir su dulzura, y tan eficacísima medicina, y quedarse tan enfermos; débeseles quitar el manjar como a gente ociosa, para que lastimados con verse apartados de bien tan grande, aprendan a estimarlo en algo y pasen algún trabajo para ir mejor aparejados, castigando con rigor las faltas en que caen, deseando con ardor el remedio de ellas, oran-

do y haciendo el bien que pudieren, para que así vayan al pan celestial con hambre interior; porque, como San Agustín dice: *Panis hic interioris hominis esuriem desiderat.* Aunque algunos hay que tan mal se saben aprovechar de quitarles la comunión, que no por eso se aparejan mejor, sino paréceles que es aparejo el ir más de tarde en tarde que solían; *lo cual no es aparejo,* como San Jerónimo dice muy bien: que de esta manera, mientras más tarde fuese, mejor aparejo llevaría, como lo dicen y hacen los que por desamor, pereza y gana de estarse en sus pecados, dilatan la comunión para una vez en el año, pareciéndoles que por ir tarde van con más reverencia que si fueran más veces, aunque llevaran menos pecados y mejor aparejo. Llaman reverencia a un temblor de esclavos, y turbación que de la gran pesadumbre de pecados llevan, y aun gana de huir de la comunicación del Señor, si no fuera por miedo del Mandamiento de la Iglesia. Quien dilata la comunión, halo de hacer por algún día o días; para en aquéllos andar aparejándose con diligencia, y castigando sus caídas, y procurando todo bien, para que así vaya con alguna mejoría al Señor todo bueno, que el sólo pasar el tiempo no mejora a nadie.

Viniendo a lo particular que vuestra merced escribe de la mucha gente del estado de casados que en esa ciudad comulga cada día, digo que me engendra sospecha no ser Dios agradado de ello, por decir que son muchos los que lo hacen; porque como este negocio de comulgar cada día pida muy grande aparejo, y tanto que los teólogos, como vuestra merced sabe, especialmente Santo Tomás y San Buenaventura, hablan de ello más como de cosa posible *que de inesse,* y esta dificultad de aparejo crece en el estado del matrimonio, así por los continuos cuidados que distraen el ánimo, como por el uso conyugal, que en gran manera le embota, no entiende que en muchos haya tan grande santidad que en tan grandes impedimentos haga aparejo, cual quiere Dios, para que cada día le reciban. Tengo creído que éstos no sólo no saben qué es comulgar, mas ni aun

qué es orar; porque el Apóstol aconseja que para orar se aparten los casados, teniendo por impedimento de ello el usar el conyugal ajuntamiento. Y cuando teme que hay peligro de la parte de la carne, dice, que *revertantur in idipsum*. Y conozco yo casados que él y ella se dieron a la oración, y como fueron entrando en ella, entendieron que no venían bien uso de matrimonio y familiar plática y comunicación con Dios, y movidos y enseñados con esta experiencia, apartaron la comunicación de la carne por tenerla con el Señor, que es espíritu; y ha ya tres años que viven así; lo cual concuerda asaz bien con el dicho de San Pablo; porque el espíritu que le hizo a él hablar aquello, hizo a éstos hacer estotro. Pues si es doctrina de Dios no venir bien uso de carne con uso de oración, ¿cómo le parecerá bien que se junten en uno cuidados que impiden la oración, y carne que impide la elevación del espíritu y lo embota para recibir al Señor, que quiere ser recibido, con sentido que *dijudicet corpus Domini* (I Cor., XI), y lo discierna de todo lo que no es El, y esté pronto para conocerle en la habla, como San Juan, y en el frangimiento del pan, como los dos discípulos? Si me dijeran que algún casado o casada hacían esto cada día, aun me maravillara, mas no mucho; mas que muchas, no alcanza mi fe a creer que el Señor es de ello contento: ni me mueve para aprobar lo que en la Iglesia primitiva se hacía, pues los casados de entonces eran tan sin cuidados temporales, tan devotos y llenos del Espíritu Santo, que con mucha abundancia en ellos se derramó, que no tienen los de ahora por la mayor parte que defenderse con la sombra de aquéllos en el comulgar cada día, pues no los imitan en la vida; y pues de los decretos que entonces se hacían se ve que pedían mucha limpieza en la carne a los casados para comulgar, y el dicho de San Pablo, no era tenido en poco, alguna moderación debía de haber en el comulgar cada día, en lo que toca a los casados en general; ni me mueve autoridad de hombre devoto, que ahora aconseje a todos los que confiesa o van a él, que hagan lo mismo; porque pienso que dice de la feria como le va en ella,

y no mira a muchas partes que en esto hay que mirar; y aunque parezca esto temeridad, juzgar sin oír, no valga por juicio, sino por una vehemente sospecha y temor, causado con mucha razón de dichos de Escritura sagrada y de Santos, y de muchas experiencias que tengo. Incitar a que vivan de arte que merezcan comulgar cada día, esto sí San Ambrosio lo aconseja: mas creer que haya muchos casados que hacen esto que es menester para cosa tan alta, yo no lo creo, y absténgome de no lo juzgar. De sólo San Apolonio se lee, entre los Padres de los Monasterios del Yermo, que hacía comulgar cada día a sus monjes; mas habíalo con monjes, y tales como los había en aquel tiempo, y no con casados de éste. Y creo yo sería el cuidado del buen abad tan ferviente por el aprovechamiento de sus monjes, que con su oración y diligencia les haría andar aparejados para la alteza de la obra que les aconsejaba: ni hay ahora aquellos Padres ni aquellos discípulos, ni aquel aparejo, ni aquella vida, que llama San Jerónimo vida de ángeles, y que por oraciones de ellos el mundo se sustentaba. ¡Qué mucho que éstos comulgasen cada día! Júntase a esto lo que toca a terceros, que es la inquietud causada en los maridos por la tardanza continua de las mujeres en la Iglesia, y los males que acaecen en casa por la ausencia de la señora: cosas claras son éstas no ser de espíritu bueno, pues contradicen a los Mandamientos de Dios, dichos por boca de San Pablo (Ephes., V), *que en una parte manda que obedezcan las mujeres a sus maridos como a Cristo, y les sean sujetas;* y en otra, que *sint domus curam habentes* (Tit., II); o como el original griego dice, *domus custodes*.

Débeles vuestra merced predicar que cumplan con la obligación que a su estado tienen, y que lo que de aquí les sobrare den a su devoción, y no harán poco si reciben al Señor bien de ocho a ocho días, y esto no todas, y algunas más a menudo, que, como he dicho, no hay una regla para todos. En lo que toca a esa persona que confiesa sentir provecho de la frecuencia de la comunión y daño de la haber pasado a ocho días, no se rinda vues-

tra merced luego: pruebe si con añadir cuidado si le va bien con este modo de comulgar, que hay gentes que el día que no comulgan no se saben tener en pie, ni hay más devoción ni aliento sino de haber comulgado. Bien lejos estaba esto de aquellos Padres pasados, ejemplo de verdadera santidad, que estaban días y meses sin comulgar, mas no por eso desaprovechados, porque la gran diligencia de aprovechar suplía el favor que de comulgar recibían. Y a este espejo es bien que miremos y hagamos a otros que miren, especialmente a mozas, que les va la vida en tratar sus negocios con Dios a solas sin medio de hombres; y si fuesen tales cuales Dios quiere, con pocas comuniones se pasarían, y no alegarían para su andar y hablar: siéntome mal sin comulgar cada día. Niñerías son éstas de gente que pide alfeñique, y no son para comer pan de destetados. Trabajen y revienten por poderse pasar con poca plática de hombres, y si lo hacen así, verán a cabo de poco tiempo otro fruto en sus ánimas; mas si hay pereza y liviandad, no me aleguen que la falta de la comunión lo hace. Lo que me parece que se debe predicar es los grandes bienes que de la frecuencia se reciben; y que ninguno juzgue a otro por comulgar cada día, pues se puede bien hacer; antes se compunja y acuse de flojo e indevoto, pues él no es para hacer bien hecho lo que el otro hace. Y con esto avise a los que comulgan de los peligros que hay si bien no lo hacen, y que por no poderse dar una regla para todos, ni para uno en diversos tiempos, se remite el cuándo al juicio del confesor, con que sea prudente y devoto, y que parece ser término razonable para gente medianamente aprovechada comulgar de ocho a ocho días, salvo si no se ofrece algún caso particular en la semana: y que quien más que esto quisiere, que le hable a vuestra merced en particular y le dirá su parecer; y a quien viere claro que hay provecho de ello, concédalo; y esto a pocos; y a los otros quítelo, pidiendo primero lumbre a Nuestro Señor para acertar; y puede ser más largo en esto con personas no casadas que casadas, y con personas de edad que mozas, porque la madureza de seso y

reverencia y peso es gran parte para fiarles la frecuencia de la comunión.

Ya sabe que San Francisco el de Asís no comulgaba cada día, ni San Francisco de Paula, aun después de viejo, sino de ocho a ocho días; y con esto entiendo que a los no tan santos es bien comulgar de ocho a ocho días, y también más a menudo; porque entiendo que la necesidad que la malicia de tiempos y engaños del demonio y propia flaqueza causan ahora, pide mayor recurso al remedio y mesa que contra todos los males acá Dios nos dejó; yendo a ello no como tan santos como aquéllos, mas porque no lo somos; y como más necesitados, vamos al médico más veces para que nos cure. Y así concluyo, que en púlpito se favorezca mucho la comunión, y se dé un poco de aviso para que no se yerre cuando comulgan muchas veces; de arte que queden los tardíos en ella confundidos, y los que la frecuentan favorecidos, aunque avisados; y es muy bien tratar esto en particular con los confesores; y Cristo lo trate con unos y otros por su gran bondad, para que cosa en que tanto va se use mucho, y bien usada. Mi salud es tal cual he dicho, y parece que el Señor me la ha dado para hacer esto: vuestra merced me encomiende a su misericordia, y haga a otros que me encomienden.

31—CARTA A UN PREDICADOR, SOBRE SER BUEN MINISTRO DE LA PALABRA DE DIOS, Y FRECUENCIA DE COMUNIONES

Charissime: Las señas que vuestra merced me da para que de él me acuerde no son menester, porque quiso Nuestro Señor que tenga tanta memoria de vuestra merced, que después de una vez visto no le olvidase más: y cierto, digno es que yo, que soy un gusano, me acuerde de aquel de quien Dios se acuerda para le hacer misericordias y del que de Dios se acuerda para se las servir. Ruego a la misericordia del Salvador Cristo que quiera acabar con próspero fin lo que ha comenzado en esa ánima con tan buen principio, para que no sea *sicut luna, huæ semper mutatur,* mas *lux quæ crescit usque ad per-*

fectum diem (Prov., IV). Piense, Padre, muchas veces en qué negocio le ha puesto Nuestro Señor, y verá con cuánta vigilancia lo debe tratar. No tiene Dios negocio que más le importe que el de las ánimas, y por ellas lo crió todo, y El mismo se hizo hombre, para en la carne que tomó poder comunicarse con los hombres. Gran dignidad es traer oficio en que se ejercitó el mismo Dios, ser Vicario de tal Predicador, al cual es razón de imitar en la vida como en la palabra. Sobre fuerzas humanas es ser buen ministro de Dios en la conversión de las ánimas; y por esto dice el Apóstol (II Cor., II y III.) *Quis idoneus?* Cierto, no de nosotros; mas *sufficientia nostra, ex Deo est, qui et idoneos nos fecit ministros novi testamenti, non littera, sed spiritu.*

Trabajemos, Padre, por morir antes que demos *maculam in gloriam nostram*, y pidamos al Señor con cuidado que del todo y en todo obre El y hable en nosotros; porque nosotros hollados, El sea el precioso en nuestros ojos y en los de todos: no miremos a otra parte sino a la gloria de Dios; y ésta busquemos, y de ésta seamos pregoneros: que quien mira a la propia es semejable al que fuese a decir a una doncella que la quería por mujer el hijo del Rey, si ella quería dar consentimiento, y el tal mensajero granjease para sí la que había de ganar para el hijo del Rey. Enviados somos que quieran a Cristo, pues que El las quiere; miremos no nos busquemos a nosotros, que sería extrema traición. Fidelísimo fué Cristo a su Padre, cuya gloria siempre predicó y buscó en los milagros que hacía y palabras que predicaba; todo decía que le venía del Padre, y que alabasen al Padre; y así los predicadores de Cristo su gloria han de predicar, y a El referir todo lo que bien obran y hablan, para que así sean coronados por El como El lo fué por el Padre. *Todas las cosas dijo Josef que le había dado su señor*, mas no la mujer, aunque ella lo convidaba consigo. Y así piense el pregonero de Cristo que todo lo que quisiere le dará El, salvo la honra y el amor de las ánimas, que esto, Padres, aunque se os ofrezca no la habéis de tomar; mas holgaros con que amen a Cristo y le honren, y a

nosotros que nos aborrezcan y huellen y nos escupan en la cara, para que así ganen ellos y ganemos nosotros; ellos con mirar a Cristo, nosotros con ser despreciados por El. Muchas veces, Padre, acaece en este oficio ser honrados y ser despreciados; mas el siervo de Dios, tan sordo debe pasar a lo uno como a lo otro, aunque más se debe alegrar con el desprecio que con la honra, cuanto más le hacen, conforme a Cristo, que por buscar la honra del Padre fué El deshonrado.

Tengamos la conciencia pura y nuestros ojos puestos en Dios, y esperemos su reino, que todo lo que acá se puede ofrecer es ruido que presto se pasa, y ligeramente es vencido de quien vive bien y se esconde en las llagas de Cristo, pues para nuestro refugio están abiertas. Allí hallamos descanso para cuando somos de la prosperidad combatidos y de la adversidad, y ninguna cosa puede turbar a quien allí ha fijado su pensamiento. Dícenme que vuestra merced trabaja mucho: querría que se emplease algo menos en las confesiones; porque, cierto, somos de carne, la cual es flaca, aunque el espíritu sea fuerte; y no querría verle como yo estoy, lleno de indiscretos trabajos, que a cada sermón me da una calentura.

Esto es en cuanto a lo del cuerpo, en lo cual encomiendo que ni sea regalado, ni demasiadamente lo trabaje. Y porque por carta no se puede esto especificar, baste esto. Cuanto a lo del ánima, le encomiendo que de tal manera aproveche a otros, que nunca pierda su oración mental y recogimiento; y en esto mire muy mucho, porque he visto algunos que han dado cuanto tenían, y quedáronse pobres para sí y para otros. Suélen, Padre, decir que dello con dello; y en la limosna temporal dice San Pablo (II Cor., VIII): *Non ut aliis sit remissio, vobis autem tribulatio, sed exæ qualitate.* Más dura y más aprovecha lo que va más poco a poco, y más imprime una palabra después de haber estado en oración, que diez sin ella: no en mucho hablar, mas en devotamente orar y bien obrar está el aprovechamiento: y por eso así hemos de mantener a los otros, como nunca nos apartemos de nuestro pesebre, y nunca falte el fuego de Dios en nues-

tro altar. No sea, pues, muy continuo demasiadamente en darse a otros, mas tenga sus buenos ratos diputados para sí; y crea en esto a quien lo ha bien probado. También le aviso que no se dé mucho a confesiones de mujeres, especialmente mozas, que es una muy peligrosa negociación si no hay muy particular don de Dios que haga la carne como insensible. Y generalmente ponga más los ojos en aprovechamiento de hombres; porque si comienza a mirar a ellas, no le vagará entender en otra cosa, según hacen gastar el tiempo en cosas de poco provecho. Su principal intento querría que fuese predicar, que mucho hará si bien lo hace; y el confesar ni tomarlo del todo, ni dejarlo del todo. Espero en Cristo que El enseñará el cuándo y cómo y a quién.

Sabido he que se usa mucho la comunión por allá, y en algunas tierras más de lo que yo querría, aunque no hay cosa que a mí más alegría me dé que este ejercicio cuando es como se debe hacer. Visto he algunos que siendo flojos en el cuidado del aprovechar, piensan que con comulgar muchas veces y con sentir un poco de devoción entonces, que dura poco y no deja fruto en el ánima de aprovechamiento, les parece que comulgan bien; y después vienen a perder aun aquella poca devoción, y quedan tales que no sienten ya más de la comunión que si no comulgasen, lo cual se causó de la frecuentación de este sacrosanto misterio sin haber vida digna de ello. Por tanto, esté sobre aviso, que no todas veces abra la puerta de este sagrado y divino pan; mas mirando la conciencia de cada uno, así dispensarlo.

No querría que hubiese quien más frecuentemente lo tomase que de ocho a ocho días, como San Agustín lo aconseja, salvo si no hubiese alguna tan particular necesidad o particular hambre que pareciese hacer injuria a tanto deseo de quitarle su deseado; y a los demás, o de quince a quince días, o de mes a mes se les dé, avisándoles que si les deleita este convite, que les ha de costar algo en la enmienda de la vida, que si viven flojamente no quieran recibir el pan, que para los que se dan y trabajan en resistir a sus pasiones y en mortificar su

voluntad se ordenó. Cierta sentencia es la de San Pablo (Thesal., III), en el un pan y en el otro, *que quien no trabaja, no coma*, que de otra manera el pan come de balde; y este santísimo pan, ¿quién sin trabajar y pelear lo tiene en su ánima? Y no olvide, Padre, de encomendar a los que a Dios se allegaren, que obren y callen, no presuman enseñar a otros; antes tiemblen de nombrar al Señor en su boca, y piensen, aunque muy delante les parezca que están, que no han comenzado. Nunca vi durar mucho en el bien a quien presto lo parla. No hagan caso de revelaciones, ni digan lo que en su corazón sienten sino es a su confesor, y esto no sin necesidad, sino para pedirle consejo por no ser del demonio engañados. Escondan las buenas obras lo más que pudieren: si no acaecerles ha, lo que a las florecitas del árbol, que un viento que viene se las lleva por su ternura. De estas y otras cosas es menester avisar a los que comienzan a servir al Señor, porque no pierdan por imprudencia la merced que el Señor les ha hecho, y lloren después cuando se les haya ido la gracia, la cual no tornará tan presto como se va. Encamíneles en leer buenos libros, y vuestra merced también lea, ore y ruegue al Señor por mí.

32—CARTA ADMIRABLE AL MAESTRO GARCÍA ARIAS, PREDICADOR: ENSÉÑALE CÓMO SE HABRÁ CONSIGO Y CON LOS PRÓJIMOS

Muy reverendo Padre mío: Puesto que he sabido que mi carta no ha parecido allá a todos muy bien, no dejará de obedecer la voluntad de vuestra merced, que quisiere ser informado de lo que debe hacer, pues con tanta humildad lo demanda que parece que lo debo tomar por mandamiento de Dios, cuyo favor invocando digo: que el ejercicio principal de vuestra merced, por ahora, debe ser en quitar los ojos de la encomienda de la vida ajena y ponerlos en la suya, y rogar a otros que le ayuden a ello. Y la regla particular que para esto me pide parece que debe ser ésta: recogerse ha cada noche en tocando a la oración del Avemaría, o un poquito antes, e hincando las

rodillas, hecha la señal de la cruz, diga el *Confiteor Deo* y el Salmo de *Miserere*, e hiriendo sus pechos confiese al Señor su propia indignidad y pecados, pidiéndole misericordia por el sacrificio de la Pasión de su Hijo, que amansó la ira que nuestros pecados merecían; y luego se sosiegue de rodillas, si lo pudiese sufrir sin daño del cuerpo y sin vagueamiento del pensamiento, el cual suele acaecer cuando el cuerpo está penado, o sentado en el suelo o en silla.

Piense con atención en el paso de su muerte lo más entrañablemente que pudiere, como si en ella estuviese, notando particularmente cómo estará en la cama, la candela en la mano, y todo lo demás que el Señor le diere; y tras esto, cómo salida el ánima quedará acá el cuerpo, y será llevado a enterrar, y haga cuenta que oye los cantos y lloros, y todo lo demás que se suele hacer; y cómo echado su cuerpo debajo de la tierra, será hollado, y quizá de los animales, y podrá ser que anden rodando los huesos y les der con los pies. Y, pues, esto ha de venir, haga cuenta que ha venido, y dese por muerto a este mundo, volviéndole de verdad las espaldas y echando de su corazón toda criatura y todo amor de honra y todo temor de deshonra, y haga cuenta que ya está en el otro mundo, y viva acá como en una inmutabilidad entre las mudanzas, mirando cómo ya es todo pasado, y él y los que ve están ya olvidados, y todo se ha ya pasado, así como agua que corría con zurrido. Y cumplido con el pensamiento del cuerpo, piense cómo su ánima ha de ser juzgada con verdadero juicio, y preséntese delante del tribunal de Cristo ni más ni menos que se presenta un ladrón delante de un juez, las manos atadas y los ojos bajos y con vergüenza en el rostro, porque le tomaron con el hurto en las manos.

Piense cómo allí será acusado de demonios y de su propia conciencia; y trabaje por sentir esto, que no el pensar, mas el sentimiento es el fin del pensar; y entonces debe suplicar al Señor que le haga merced de le descubrir algo de los méritos de su proceso, y darle a entender quién ha sido en la vida pasada, y qué ha hecho contra

Dios, y qué ha hecho Dios con él, comenzando desde que fué criado, y qué bienes ha recibido de Dios, y cuán mal le ha respondido a ellos: el cual pensamiento, cuando viene de espíritu humano solamente hace entristecerse un poco; mas cuando viene del espíritu del Señor es tan lucido, que ve el hombre en sí tal indignidad, que le parece milagro sufrirlo la tierra, y tiene mucho que hacer en creer que tiene Dios tanta bondad que baste para le sufrir: y tiene tan grande enojo contra sí mismo por haber así vivido, que si no fuese por no ofender al Señor, pondría las manos en sí mismo, y desea que todas las criaturas vengasen la injuria de su Señor. Lo que aquí se siente cuando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir, porque es por espíritu sobrehumano. Y no debe vuestra merced acordarse muy en particular de todos los pecados: basta acordarse de algunos más graves, que humillen mucho al hombre; y en lo demás, mirarse en general como una cosa abominable, a lo menos después de haber algunos días examinádose particularmente.

Tras esto debe pensar los infernales tormentos y los del purgatorio, y el día del juicio; y el fin de esto es el sentirlo. Debe también examinar los defectos aquel día hechos, y sentirlos más que los pecados pasados, mirando muy atentamente sus inclinaciones, y pedir luz al Señor para escudriñar este abismo, que sólo Dios le escudriña, y el hombre cuanto Dios le da de lumbre para ver los rincones de él. Esto es en lo que se debe ocupar desde en anocheciendo hasta dos buenas horas, que sean las ocho u ocho y media, y luego coma un bocado de cosas livianas; porque así ha de ser la cena, que en ninguna manera dé pesadumbre al ánima para entender en la oración. Y querría que sobre la cena no hablase, mas que guardase silencio desde anocheciendo hasta haber dicho Misa otro día. Digo, pues, que después de haber tomado el bocado, debe rezar vocalmente alguna cosilla, y leer algo que más le incite a devoción que a sutileza de ingenio; y en esto serán ya casi las nueve y media; y entonces aparéjese un poquito para dormir, lo cual ha de ser como lo ha-

cen los otros para morir. Y recogiendo un poco el ánima, y encomendándola en las manos del Señor, duerma pensando cómo le han de tender en la sepultura, y cómo el Señor fué sepultado. Y comenzado a dormir a las diez, dormirá hasta las tres, y entonces levántese y rece Maitines, y éstos acabados, piense, hincadas las rodillas, un paso de la Pasión del Señor, tomando cada día un paso, porque no ande vagueando con el pensamiento, y puede ordenarlos así.

Que el lunes piense la ida al huerto y oración y prendimiento. Martes, desde allí hasta la columna inclusive. Miércoles, la coronación y Ecce Homo. Jueves, la sentencia y llevada de la cruz. Viernes, la crucificación y muerte. Sábado, la deposición de la Cruz y sepultura. Domingo, la resurrección y gloria que tienen los del cielo, figurada en la resurrección de Cristo. En esto estará casi dos horas, y después recline un poquito la cabeza para tomar un poco de sueño, por causa de la cabeza, hasta las seis o seis y media. Y después rece Prima, Tercia y Sexta. Y póngase en oración, aparejándose para la Misa, pensando en este profundísimo misterio. Y considerada su propia indignidad, irá a recibir a Aquel mismo cuya Pasión pensó en la madrugada. Porque pensando al Señor en la Misa de la forma que lo pensó en su oración, ayúdase mucho lo uno a lo otro.

La Misa acabada, recójase media hora a dar gracias y holgarse con el que en sus entrañas tiene, y aprovéchese de El; no de otra manera que como cuando acá vivía fué recibido de Zaqueo o de Mateo, o de otro que se lea, porque el más quieto tiempo de todos es aquel mientras el Señor está en nuestro pecho, el cual tiempo no se debe gastar en otra cosa, si extrema necesidad a otra cosa no nos constriñese. Tras este ratico estudie hasta comer, que serán un par de horas, y el estudio será comenzar a pasar el Nuevo Testamento, y si fuese posible, querría que lo tomase de memoria. El estudiar será alzando el corazón al Señor, leer el texto, sin otra glosa, si no fuere cuando algo dudare, que entonces puede mirar a Crisóstomo o a Nicolao, o a otro que le parezca que declara

la letra no más: y no se meta sino en saber el sentido propio que el Señor quiso allí entender, que por ahora no es menester leer más.

Después de comer huelgue un poco el pensamiento, que aunque parece que cuando pican la piedra del molino no se hace nada, mas mucho se hace en aparejarla para más moler. Y si su cabeza ha menester un poco de sueño, tómelo enhorabuena, y después rece Nona y Vísperas y Completas, y gaste la tarde en provecho de sus prójimos de esta manera: que sepa qué enfermos hay peligrosos para morir, y váyalos a visitar y animar, y trabaje por hallarse a la muerte de ellos, porque ganará mucho él y aprovechará mucho a ellos; y otras vaya al hospital, y consuele a los enfermos; otra vez, si supiere que algunos están en discordia, que cree podrá aprovecharles, háblelos, y querría que ordinariamente leyese, habiendo algunos mancebos bien inclinados, cada tarde alguna cosa de buenas costumbres, así como Tulio o Eticas de Aristóteles o algo de Platón, o cosas semejantes, sin meterse en misterio de cosa de cristiandad, porque de aquéllos ha de tenerse por insuficiente aun para ser discípulo, y en esto se pasará la tarde, y sucederá la orden ya dicha. Resta avisarle de algunas cosas acerca de lo dicho; que cuando pensare la Pasión no se vaya el pensamiento muy lejos de sí a los lugares do acaeció lo que piensa; mas todo lo piense como si dentro de sí mismo o cerca de sí acaeciese, y no trabaje por llorar ni sentir pena, sino lo más sosegadamente que pudiere.

Imagine, no con demasiada fuerza, el paso que quiere, y párese a mirar simplemente lo que el Señor pasaba, como si presente estuviera.

Digo simplemente, porque no ha de curar razones, ni de mucho discurrir de pensamientos; mas con una vista sosegada, a modo de inteligencia, mire al Señor, y las más veces sus pies, y considerarlo cómo estaba, esperando lo que el Señor allí le diere; porque lo principal de este negocio es recibir los movimientos o influencias del Señor, y antes que éstas vengan *est vanum ante lucem surgere* (Psalm. CXXVI), aunque se debe hacer lo que en

nosotros es: y lo que entonces le fuere dado, ahora sea compasión, ahora sea amor, o temor, o dolor de pecados, o edificación de costumbres, o lágrimas, tómelo sin desechar nada; y si ninguna cosa le diere, no se altere; mas renunciándose en las manos del Señor, tenga por muy grande merced haber su Majestad consentido delante su presencia un tan hediondo leproso como él es; y con esto se consuele. *Item*, si pensando en algunas cosas de las dichas sintiere que el ánima se deleita de dejar aquello y pensar otro, debe seguir lo que el ánima quiere con libertad, con tal que no sea a cada viento, sino cuando sintiere que es llevada a otra cosa: que si no, estése quedo, aunque no sienta devoción en lo que piensa. *Item*, trabaje de las más veces que pudiere recogerse dentro de su corazón todo el día, aunque ande en ocupaciones, y traiga a la memoria el paso de la Pasión que aquel día le cabe de pensar; porque los que esto no hacen, hállanse muy indevotos cuando después tornan a la oración: y por esto decían los Santos Padres del Yermo que debía el monje hacer algunas oraciones breves y frecuentes, porque no se apagase la oración. *Item*, porque hay algunos que no pueden entrar en el pensamiento de la Pasión sino tarde y con mucha pena, es bien que sepa, si fuere uno de éstos, que es muy buen remedio comenzar primero a leer algún libro devoto de la Pasión, y leer aquel paso que entonces quisiere pensar, y quédanse en la memoria las circunstancias de aquel paso, y queda la voluntad algo movida. Querría que vuestra merced lo hiciese, y de los libros que para esto me parecen mejor es *Passio duorum*, o la primera parte del *Abecedario espiritual;* probándolos verá cuál es mejor. *Item*, se debe ejercitar en libros simples, que sean devotos espirituales, así como *Vitas Patrum y Casianus de Collationibus Patrum, Summa de virtutibus et vitiis*, sin el cual no esté; y éstos bastan por ahora. Oiga sermones de persona que le pareciere que mora en ella Dios, y de buena doctrina, y comunique con los tales poco y como discípulo durísimo, y mire bien lo que le fuere dicho, y óbrelo. Suelen venir en la oración algunas cosas muy vivas para el en-

tendimiento; y otras veces la misma persona que ora se pone allí para predicarlo o enseñarlo, o para saberlo no más.

Todo lo cual ha de mortificar vuestra merced enderezando su intención a su propia edificación, y diciendo a su ánima que aquellos ratos los quiere para sí mismo; que no quiere allí aprender cosas para otros; que otro tiempo habrá para ello: y así, en toda simplicidad y humildad busque el provecho de su ánima, sin querer hacer escuela del entendimiento lo que es de la voluntad. Lo que en su corazón pasa con Dios cállelo con grande aviso, como debe callar la mujer casada lo que con su marido pasa; y no diga palabra por la cual le puedan tener en algo; mas con toda disimulación y llaneza conversará con sus prójimos, para que no le sean estorbo para la comunicación del Señor. Isaías dice (cap. XXIV): *Secretum meum mihi;* y dice San Bernardo que lo ha de tener el siervo de Dios escrito en su celda y corazón. Esto está en la Epístola *ad Fratres de Monte Dei*, la cual lea, y si quiere también los *Cantares*. No descubrir su corazón es cosa que le ayudará para mucho sosiego. Diga Misa cada día, aunque no sienta devoción, y confiese a más tardar de tres a tres días con profundo conocimiento de sus males, y crédito que son muy más y mayores que él conoce, y con entera fe y devoción en este Sacramento por la palabra del Señor: *Quorum remiseritis peccata* (Joann., XX); y si Dios le da luz con que se conozca y fe para esta palabra, serle ha este santísimo Sacramento grandísima dulcedumbre y consolación. Si alguna persona le importunare mucho que la confiese, hágalo con aquel aparejo como cuando va a decir Misa; y no querría que fuesen mujeres, ni que fuese a muchos, sino a alguna cosa particular que parezca mandarla Dios. En el predicar debe pensar que no es para ello; y *secundum indulgentiam dico*, y no *secundum imperium* (I Cor., VII).

Los Advientos y Cuaresmas predique de ocho a ocho días poco más o menos, estudiando primero el sermón tres o cuatro días sin congoja y el día antes del sermón

ocuparlo en gustar lo que ha de decir y no predicar sin estudio ni sin este día tener recogimiento particular. La exterior conversación sea llana, sin que pueda notar de él devoción exterior, y sin juzgar a nadie, ni llorar las perdiciones de los otros; mas olvidado de las faltas ajenas, y mirando sus bienes, volver los ojos sobre sus propios males, y éstos llorar y remediar. Esto es lo que se me ha ofrecido por ahora y de prisa, y lo que más se ofreciere escribiré a vuestra merced; y lo uno y lo otro examine vuestra merced para tomar lo que bien le pareciere, que yo con tal intento lo escribo.

33—CARTA A UN PREDICADOR: ENSÉÑALE DE QUÉ ESPÍRITU SE HA DE GUARDAR, Y CÓMO DEBE SEGUIR LA ESCRITURA SANTA

Recibí la carta de vuestra merced, y a las nieblas que en esa ciudad me dice haber, le respondo en una palabra, que no tiene Nuestro Señor tan olvidado su rebaño que permita prevalecer mucho tiempo el engaño de la mala hierba por buena. La doctrina que no va conforme a la enseñanza de la Iglesia romana, la cual quiso Dios que fuese cabeza y maestra de todas, cierto perecerá con sus autores, aunque sean más que tiene la mar gotas de agua, y más altos que las estrellas del cielo; no es planta de la mano de Dios el sentido o palabra que a este crisol no está sujeto y a este dechado conforme, y por esto *tandem eradicabitur*. Verdad es que algunas veces quiere Dios que esto se saque a la luz con trabajo de sus verdaderos ministros y con lágrimas de sus verdaderas y simples ovejas; mas no debe cansar el trabajo del cual se espera cierto fruto, y tal fruto. Dos cosas hay en que muchos han errado, y de errores irremediables: una cuando vienen a decir: el espíritu de Dios me enseña, y él me satisface; porque entonces les parece que sujetarse a parecer ajeno es creer más a hombre que a Dios, y huyen de su remedio, poniendo por título la honra de Dios, como en la verdad sea su propia soberbia; la otra cosa es alzarse con la palabra de Dios y con el entendimiento de

ella; éstos suelen mucho ensalzar la honra de la divina palabra, y es tanto su yerro, que pensando que ellos se rigen por ella, son regidos por su propio sentido, porque quieren entender la palabra de Dios como a ellos parece, y no de otra manera; y, en fin, diciendo que la sola palabra de Cristo ha de reinar, vienen a querer que reine su propio sentido, pues ellos quieren ser los que den el sentido a la palabra de Dios, y la hacen que quiera decir esto o aquello.

¿Qué cosa habría más mudable e incierta que la Iglesia cristiana, si a cada uno que dice que tiene el sentido de la palabra de Dios hubiésemos de creer? Aquello sería verdaderamente ser regida por pareceres de hombres, pues aunque haya palabra de Dios en el entendimiento, es de cada hombre; por esto el Señor que nos dió su palabra nos dió varones santos en quien El moró, para que nos declarasen la Escritura con el mismo espíritu que fué escrita; para lo cual ni es bastante el ingenio sutil, ni juicio asentado, ni las muchas disciplinas, ni el continuo estudio, sino la verdadera lumbre del Señor, la cual, cierto, estamos más ciertos haber morado en los santos enseñadores pasados que en los no santos de ahora: y si los pasados en alguna cosa como hombres faltaron, para eso está la Iglesia romana, a la cual en su Pontífice es dado poder de las llaves del reino de los cielos, y de apacentar la universal Iglesia: y a quien esto está dado, también le está dada la lumbre para discernir y juzgar cuál o cuál es la verdadera doctrina y verdadero sentido de la Escritura; porque ¿cómo tiene llave, si no abre la verdad por encerrada que esté? ¿Y cómo apacentará, si no me dice qué he de creer, pues el pasto es de doctrina? Así que, en esto, señor, haga lo que hace y busque oraciones que lo pidan al Señor, que El tornará por su verdad, como lo ha hecho en otros mayores conflictos, y abajará toda ciencia, que con soberbia se ensalza, con la firmeza de la piedad cristiana.

34—OTRA PARA UN CABALLERO DE ESTOS REINOS, QUE ENTRÓ EN RELIGIÓN

Sabida la mudanza de vuestra merced y la causa de ella, he dado muchas gracias a la inmensidad de la bondad del Señor, que tan de veras ha buscado a vuestra merced y tan misericordiosamente le ha hallado y fuertemente llevado a donde sin impedimentos de ocupaciones extrañas puede darle su corazón todo por morada sosegada y apacible, en la cual El trate y tenga sus deleites, según El lo acostumbra hacer con sus escogidos. No son éstas pequeñas mercedes, ni se pueden pasar sin conocimiento y agradecimiento, pues tengo creído que este es el sacrificio que el Señor muy de propósito pide en recompensa de sus mercedes, y por falta de esto ha quitado a muy muchos las dadas. Y tanto más conviene a vuestra merced mirar esto, cuanto su merced fué mayor por los peligros que le amenazaban mayores, por la grandeza de su persona y ocupaciones que según el mundo le acompañaban; y así como no ha hecho Nuestro Señor menor hazaña en dar a vuestra merced luz para que, dejadas todas las cosas, le vaya a buscar, que en dar estrella a los Magos para que hiciesen lo mismo, adore vuestra merced a Dios, y tiéndase en el suelo, conociendo su nada delante su alta Majestad, y agradezca *ex intimo corde* la merced recibida: ofrézcase en perpetuo don a aquel cuyo es por muchos títulos; y no es de los menores haber buscado y hallado al perdido, y puéstole en el lugar de los honrados de su casa por su sola bondad.

¡Qué corazón hay que no se enternezca con esta merced y de verse prevenir de tal mano, que como a quien le van dando en porfía su bien y nuestro mal, nos ha tan poderosa y aventajadamente vencido, que no se ha contentado con enviar mensajeros de fuera y de dentro, mas tómanos por la mano, como a otro Lot, y sácanos del lugar de peligro al monte donde nos salvemos!

No olvide vuestra merced esta salida de Egipto, que

es cosa en que intervienen grandes maravillas de Dios, y no se alcanza sino por el derramamiento de la sangre del Cordero, que ha dado voces delante del Padre, pidiendo que sea aplicada a la ánima de vuestra merced, limpiándola de todo terreno deseo, y consagrándola al deseo del amor santo. Oído ha sido Cristo orando por vuestra merced según podemos conjeturar, dándole al Padre esta joya para que de vil la haga preciosa, y sea puesta en la cabeza del mismo Cristo como jornal de sus grandes trabajos que por las ánimas pasó. Grande fué la guerra, y salió vencedor de ella; y dale al Padre ánimas que corran tras El y le adoren, y *vinctis manibus post illum currant:* apareje alas para le servir, pues se ve redimido por El. Parte es ya vuestra merced de Cristo, despojo es de su victoria, tierra que le ha cabido en suerte para que la labre y riegue y haga fructificar.

¡Oh, dichoso vuestra merced si sabe conocer su dicha, y de quién y por quién le ha venido! Pídale vuestra merced, pues tanto le ha dado sin merecerlo, que no consienta esta bondad que a otro sirva su corazón si a El no; que no miren sus ojos sino a tal hermosura y a tal Dios, bueno para vuestra merced. Gran carga le ha sido echada en trueco de las muchas de que le han descargado, porque es deudor de entrañable amor y diligente servicio a Señor que le ha descargado y dado ligereza de ciervo para correr sus caminos. En esto piense, y esto agradezca; y porque es tan pobre para pagar como lo fué para merecer lo recibido, haga cesión de bienes en las manos de su Señor, pidiéndole le tome por suyo y a su cargo para servirse de él a su contento, y suplicándole haga El lo que quisiere de nos. Mucho creo que he hablado para ánima a quien Dios habla, a la cual suele ser fastidiosa (y con razón) toda humana habla; mas la alegría que en el Señor he tomado, y el mandarme vuestra merced le escriba, han sido la causa. Plegue a la bondad soberana, que tan piadosa le ha sido, acabe lo comenzado para perpetua gloria suya. Yo hago diferencia de los títulos con vuestra merced, dejando los que según al siglo perecedero le convenían, y le escribo como

a persona del todo ajena de éste y doméstico de Cristo, otros que a este instituto son convenientes.

Y pues vuestra merced esto ha deseado, y es cumplido, cuide que pues ha aborrecido los nombres de este siglo, aborrezca los afectos de él, y de todo corazón se pase al siglo por venir, *cujus pater Christus est;* el cual no tanto consiste en tiempo presente o futuro, cuanto en espíritu, el cual viene tras la carne, pues *non prius, quod spirituale, sed quod animale;* y por eso se llama *sæculum futurum.* Y tanto me debe vuestra merced cüidar esto cuanto más trabajoso le será hacerlo, pues quien más tiene que dejar, más dificultosamente lo deja, y los mayores impedimentos hacen correr con menos ligereza: y esto es lo que tiene quien más alto es en este mundo; lo cual no conoce hasta que quiere correr hacia el otro; y cuanto más aprisa, tanto más lo sentirá; y entonces se desengaña por experiencia de lo que el mundo cree ser mejor lo alto de aquí que lo bajo y pobre.

Así creo habrá acaecido a vuestra merced si ha comenzado a seguir a Cristo de verdad, o lo sentirá si comenzare: y lo que en esto le debe consolar es que el Señor que quiso por criado al más impedido y aherrojado, dará mayores fuerzas para le servir que a otro no tan inhábil diera. Y así se represente vuestra merced delante del Señor que le llamó y quiso, suplicándole que aunque sea más a costa y a más vergüenza de vuestra merced, le dé todo aquello con que le sirva mucho, pues mucho le debe; y mírese como a persona que acude con diez, con lo que otro acudiera con veinte, y pida perdón de tener ocupado aquel caudal con tan poca ganancia, haciendo gracias al dadivoso Señor, cuyas obras son grandes para los pobres: y viviendo con temor y temblor de verse tan indigno de tal lugar, názcale de aquí la debida reverencia a todos los prójimos, teniéndolos encima de su cabeza y haciendo por ellos, como esclavo por señores, lo que pudiere, mirando cuán misericordiosamente lo ha hecho Cristo Nuestro Señor con él, y tendrá buena esperanza de salir con el negocio si tuviere este conoci-

miento que he dicho, y gastará bien su vida si cada día tuviere por el postrero. Cristo sea con vuestra merced. Amén.

35—CARTA DEL AUTOR PARA UN CABALLERO QUE PRETENDÍA ENTRAR EN RELIGIÓN, SOBRE LLEVAR LA CRUZ EN LAS ENFERMEDADES CON PACIENCIA

Nuevamente aumentada.

Hace vuestra merced muy bien en estar contento con servir en la casa del gran Señor de oficio de enfermo; porque el pasar de obrar bien a padecer, es mejorar Cristo a los suyos y subirlos de aula de menores a mayores; porque, cierto, para este destierro no hay cosa que así nos cumpla como el llevar cruz en compañía del Señor, que la amó, y con amor murió en ella: y ésta mejor se ejercita en enfermedades desabridas a la carne, que nunca causaron vanagloria, que en salud, aunque bien empleada. Grandes fueron las obras que el Señor hizo en esta vida mortal; mas en el padecer excedió a todos y a todas, para que entendiésemos aquello que dice el Apóstol Santiago (Jacob, I): *Tened, hermanos, en sumo gozo veros en diversos trabajos:* y lo que el mismo dice: *Que la obra de la paciencia es perfecta.* Así que, Señor, sea vuestra merced grato a la enfermedad, y agradecido al Señor que la envía; y si esa cruz y carga fuere de él bien recibida, subirle ha el Señor a otras más interiores y más crecidas que El tiene para dar a sus muy amigos, para conformarlos con El, cuya Cruz fué grandísima en lo visible, y muy grandísima en lo invisible. Y aunque a vuestra merced parezca le quitaron otros oficios por no haber dado buena cuenta de ellos, no por eso deje de ser agradecido a quien así lo ha hecho, porque el ser corregido de mano de tal padre y con tanto amor, hace que sea antes menester humildad, para que el mucho consuelo no exceda, que paciencia para sufrir el castigo.

Con todo estoy medroso, si ha de saber vuestra mer-

ced aprovecharse de sus calenturas; porque suelen algunos principiantes relajarse en el ánima con las enfermedades del cuerpo, cuando no son tales que les pongan en el peligro de la muerte. Es cosa muy al revés hacer de la medicina ponzoña, y tomar achaque de empeorar de lo que Dios para mejorar envía. Llámele vuestra merced de corazón, y suplíquele que pues le hiere el muslo de la carne, que sea para andar más aliviado en el espíritu; y pues es para que en el cuerpo pague con dolores lo que en el cuerpo pecó, no sea causa para acrecentar nuevas deudas lo que es dado para satisfacer por las pasadas. Viva con recato de sí mismo, y no crea a su cuerpo en todo lo que le pidiere, y ofrézcalo a la Cruz del Señor en compañía del Santo Espíritu suyo, y no lo desechará El, pues tuvo par de su Cruz ladrones en cruces: y ya que no pueda tener ejercicio de meditación o lección como querría, no deje de hacer algo lo mejor que pudiere, y sin grave daño de su salud; que el Señor es tan poderoso, que da fuerzas a quien ve trabajar, y tan buenas, que algunas veces da más dádivas a los que enfermos y en cama no pueden orar, que a los que muchas horas lo hacen; y por ventura querrá usar con vuestra merced de esta misericordia, pues no le cuesta más de quererlo.

Pídole por amor de Nuestro Señor *ut non circumferaris omni vento doctrinæ* (Ephes., IV), y que estime aquellos por cuyas manos ha recibido misericordia del Señor, imitando al ciego, que ninguna persuasión humana le quitó el crédito bueno de aquel que le había curado de ceguedad perpetua: lo cual él tenía por señal grande de la bondad de su Maestro, cuando decía (Joann., IX): *Si peccator est, nescio: unum scio, quod cum cæcus essem, modo video.* Y aunque esto decía, bien creía que era justo, como por su santa porfía parece, y por la merced que el Señor le hizo dándosele a conocer en el templo en pago de la fe que defendía. Yo he oído algunas cosas que los émulos de estos padres dicen; mas ninguna he visto ser razonable, ni creo que la hay: y paréceme bien que el defenderlos vuestra merced sea más con mansedumbre

y pocas palabras que no de otra manera; que el Señor tiene mucho cargo de estas cosas, y es amigo que se lleven con toda blandura y tolerancia; y Dios more con vuestra merced siempre, pues por él murió.

36—CARTA DEL AUTOR A UN CABALLERO QUE FUÉ A ESTUDIAR A SALAMANCA, Y LE HICIERON RECTOR: QUE EN EL SERVIR A NUESTRO SEÑOR NO BASTAN DESEOS SIN OBRAS

Nuevamente aumentada.

La ida a esa Universidad sea enhorabuena, estada y venida. Ya vuestra merced sabe que en este negocio de servir a Cristo no bastan deseos tibios si no se acompañan con obras verdaderas y con sudores algunas veces, que son como de sangre: y temo yo mucho no espante a vuestra merced la dificultad del camino, y pierda lo dulce del meollo por amargarle mucho la cáscara. Breve es el puerto que hay que subir en el camino de Dios, y después de él probamos lo que está escrito: *Ducam te per semitas æquitatis: quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui.* (Prov., IV.) Y entonces prueba el hombre que es púa del yugo de Cristo, pues El da la mano a los que han sufrido las tentaciones por El, y consuela a los llorosos y medicina los corazones quebrantados. ¡Dichoso trabajo, aunque otro consuelo no sucediese que el que se pasa por tener en pie la bandera de Cristo, queriendo más sufrir los golpes pesados de la tentación que gozar de la mala paz, teniendo guerra con Dios!

Humíllese mucho vuestra merced a Nuestro Señor: gima delante los ojos de su misericordia su propia miseria, que no hay camino porque bien nos vaya si no es el favor del cielo: y no hay camino para que éste venga sino el conocimiento profundo de nuestra miseria, dando voces de aquellas honduras al Señor que mora en lo alto, y no desecha a los que están apesgados con la carga de sus miserias, *y sumidos*, como dice Jeremías (cap. XXXVIII), *en el lago, y una piedra sobre ellos.* Y

bien me parece la conversación que quiere tomar con esos Padres; porque el bien que ahora sienten en esa ciudad de ellos, ha muchos días que yo lo siento. Solamente mire vuestra merced que no sea en balde el buen ejemplo que viere: y plega a Nuestro Señor sea servido de, siquiera por dar contento a vuestra merced, llevarme por allá. La excusación de vuestra merced es justa en haber aceptado la rectoría, pues tan calificadas personas se lo aconsejaron y tantas personas le constriñeron. *Sed obsecro, Domine*, no se descuide ya en la mar metido, pues no sin causa temió a la entrada en él; que yo cierto receloso estoy que nuestro adversario urdió esto para le impedir de su camino que a Dios llevaba: porque como las ocupaciones, aunque buenas, no se hayan de imponer a los principiantes, porque suelen turbarlos, por no tener puesto en paz lo que a ellos toca, ha hecho mucho mal a muchos por esta vía y hécholes parar en lo que el golondrinillo que sale a volar antes de tiempo, el cual como no tiene fuerza para proseguir su vuelo en alto ni para tornar a su nido a do estaba, cae en manos de muchachos, que juegan con él y después le matan.

Y tanto este negocio es más sutil cuanto viene debajo de buen celo, el cual deben de temer los principiantes poco menos que el propio pecado; porque si en ellos alguno hay, justo es celarse a sí mismos, y fuera de esto es un gran despeñadero de muchos. Vuestra merced tenga muy gran temor de las que le parecen cosas buenas; porque por aquí suele el demonio meridiano engañar a los que con tinieblas abiertas no pudo. Y no se arroje vuestra merced a reformar grandes cosas, ni piense que fué puesto ahí para ello; pero antes tema no sea castigo de sus pecados: y si su corazón le prometiere grandes provechos ahora en el oficio, no le crea, antes se postre delante del Señor con temor, suplicándole le tenga, no pierda aquello poco que le había dado de su conocimiento: y si en algo se hubiere de entender, sea después de muy encomendado a Nuestro Señor, y cosa que no tenga tanta dificultad que se crea de cierto que ha de costar a vuestra merced mucho de su ánima, y al cabo ser

el provecho incierto. Otro hará esas cosas, o vuestra merced otra vez. *Nunc, Domine mi, te ipsum rege, inspice, et vias tuas diligenter scrutare, et quia parum habes olei, responde petentibus: Ne forte non sufficiat nobis et vobis.* (Matth., XXV.) Y con este temor religioso (aun en lo bueno), y con llamar a Nuestro Señor *ex corde*, y con que no pierda su estudio, podrá ahora pasar este paso peligroso sin lesión. La cual conceda Cristo por su sangre. Amén.

37—CARTA DEL AUTOR PARA UN CABALLERO AL CUAL PRETENDÍA LLEVAR A LA RELIGIÓN

Nuevamente aumentada.

Los peces grandes son malos de tomar, y han menester muchas vueltas, río abajo y río arriba, hasta que de cansados tengan poca fuerza y los prenda del todo el anzuelo: por lo cual no se maraville vuestra merced si tantos golpes Nuestro Señor le da, contradiciendo a lo que llevaba pensado y deseado, que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de vuestra merced recios de tomar y rebeldes a morir, y han menester que a poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan en vuestra merced sino la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor. Entienda vuestra merced la sofrenada y las señas que le hace su Señor; porque así como es alabado, *et acceptus Domino minister intelligens* (Prov., XIV), así es vituperado quien no entiende no sólo las palabras, mas ni aun los azotes del Señor. Entienda que no hay cosa que tanto le cumpla como ser desatinado de su propio tino, y que *omnis sapientia tua devorata sit, ut sic clames ad Deum, et de necessitatibus tuis liberet te.* ¡Qué idolatría más dañosa que fiarse un hombre de su parecer! ¡Y qué casamiento más monstruoso que estar el hombre casado con su propia voluntad!

De aquí nacen monstruos tan espantables cuan abominables, que meten a quien los engendró en los abismos de los infiernos: si no quite vuestra merced que uno

siga su parecer, no ame su voluntad, y quitarle ha el infierno. Para esto tal ofrézcase como un poco de barro en las manos de este soberano ollero, y dígale lo que está escrito: *Fictor noster es tu, nos vero lutum* (Isa., LXIV), y tenga por muy acertado lo que le viene contrario a su voluntad; porque tal es la de los hijos de los hombres, que por sólo desear una cosa tiene resabio y sospecha que no es buena: porque lo que agrada al malo, ¿cómo nos fiaremos de ello? Tenga vuestra merced cuidado en el tino de cómo Dios le guía, y de esto se le ha de pedir cuenta; y cuando esta ciencia supiere, será sabio delante de Dios: de suerte que no le enamore cosa que debajo del cielo haya, por preciosa que le parezca, sino en todo buscar el contentamiento de Dios: y cuando éste es que no alcancemos cosa alguna, aquello es toda la riqueza del mundo y del cielo; pues el contento de Dios es el mismo Dios, y quien éste ama, ama a Dios; y quien éste tiene, a Dios tiene. En cuantas quejas da vuestra merced de sí, creo que tiene razón, por ser hombre y no estar en el cielo: y hace vuestra merced bien en quejarse, porque así se suelen quitar las que Nuestro Señor tiene contra nosotros, que serán cierto más de las que nosotros entendemos. Porque ¿quién entenderá las riquezas de la bondad de Dios y las faltas de nuestras miserias? Plega al Señor nos dé luz para ver estos dos abismos tan diferentes, para que la vista del nuestro no nos desmaye, confortada con la del Señor: que de otra manera dirá el más estirado: *Cor meum dereliquit me,* de ver en sí tantas deudas pasadas, presentes y que tiene por venir.

No sé qué hacemos con este miserable de nos, ni para qué lo queremos tener por nuestro, ni a nuestro cargo: démoselo a quien tiene bondad para lo sufrir y sabiduría para lo curar y regir, que cierto él irá cargado de una cosa harto pesada e insufrible, si no fuere su amor incomprensible.

Gran ayuda es para negarnos vernos tan enemigos de nosotros mismos; y ser tan miserables sirve para no haber codicia de nosotros, sino darnos, y echarnos de casa,

aunque mucho nos costase: y con todo esto suena el pregón de la divinal bondad, que David sale al campo, perseguido sin culpa, y que se lleguen a él los adeudados, y que tienen angustia y amargura de corazón. Bendito sea Cristo, amén, que tan rico es en paciencia y bondad, que el Padre fió de sus manos tan donosas ovejas como somos: y lo que peor es que estemos tan ciegos, que rogándonos El que a trueco de ser nuestro El, seamos nosotros suyos (¡ay de nos!), todavía buscamos a nos, *et quæ nostra sunt, non quæ Jesu Christi* (I Cor., XIII); y nos queremos poseer no más de por ciega afición, sin querer probar cuán sabrosa, y justa y provechosa cosa es ser de Cristo y andar a su voluntad. Cristo le dé su luz en todo, amén, y sea todo de vuestra merced.

38—CARTA A SAN IGNACIO DE LOYOLA

CÓRDOBA, 13 de abril de 1549.

Muy reverendo Señor y dignísimo Padre: La caridad de vuestra paternidad causa en su corazón que le parezca tener obligación de me escribir, y agradecer mi deseo y afición cerca de la Santa Compañía de Jesús, de la cual V. P. es administrador; y con hacerlo, echa sobre mí una tan verdadera obligación, cual a Nuestro Señor plega darme fuerzas con que siquiera en algo de ella pueda salir. Yo, señor, he hecho poco en servicio de esta Compañía, porque puedo poco; mas a la fuente de la luz sean gracias, que me ha dado, desde el primer día que la oí, sentimiento, de ella ser obra del mismo Señor, y obra de misericordia, así para los que en ella entraren, como para los que por medio de ella han de ser aprovechados. Mas, señor, si yo hubiera hecho algo, ¿qué hay que me agradecer, pues hago lo que debo, y no llego a esto ni con muchos quilates? Dejado esto, me parece bien que en todas las partes que hubiere contradicción a esta obra de Dios, se provea de remedio por parte del Vicario suyo en la tierra, para que las lenguas de los que con buena o mala intención la quieren hacer sospechosa,

sean refrenadas, pues los corazones de los que en esta Compañía están, no serán movidos en esto con amargura de ira, mas con fortaleza de celestial celo de la casa y negocio del Señor; el cual, cuando esto permite, no hace fuera de su antigua costumbre, pues es cosa usada, viéndolo El y callando, que desde el principio del mundo nunca faltó bondad que padeciese y malicia que persiguiese. Ni tampoco le es nuevo sacar a luz su juicio y declarar sus obras cuando El ve que cumple, y entonces está muy bien, porque no agradece El tanto a sus siervos que se ejerciten en buenas obras, cuanto que sufran y lleven con alegría y fe las malas que les fueren hechas. Que de otra manera, ¿cómo se distinguiría el siervo leal del fingido, si faltase el toque que lo demuestra, que es la persecución? Las águilas tienen señal para conocer los que son sus legítimos hijos, y los plateros de la tierra tienen toque para no recibir metal falso y aparente por verdadero. A Cristo pareció tener prueba en que los suyos sean probados, que es, como la Escritura dice: *In camino humiliationis*. Y pues en nuestra cabeza primero hubo pasión que resurrección, no deben los miembros huir de pasar por la ley que la cabeza pasó, ni dejen de esperar lo que en ella acaeció. Dicho he esto, no por necesidad que haya de decirlo yo, sino por consolarme en decir verdad, que creo ser obrada de esta santa Compañía (1).

Aunque yo no sé la disposición de las tierras de allá, sospecho que la más dura para recibir esto es esta Es-

(1) Sin duda que la presente carta del Beato es contestación a la que San Ignacio le dirigió de Roma en 24 de enero de 1549, dándole cuenta de la deshecha tempestad levantada en Salamanca contra sus hijos, a pesar de su mucha santidad y ciencia; y fué tan pertinaz y embravecida contra la naciente Compañía, que obligó al santo fundador de ella a recurrir al papa Paulo III, que la había aprobado. El Vicario de Cristo, en vista de la injusta persecución, puso el debido remedio, mediante un Breve que expidió en favor y defensa de la celestial obra de Ignacio, y calmando los ánimos de los inquietos doctores salmantinos y otras gentes principales de allí y fuera de allí. Temió el santo Patriarca fundador que disminuyese el grande afecto del Beato a su Compañía, o lo resfriase, la calumnia o mala información que pudiera llegar a

paña, por causas que no es menester cansar ni ocupar a V. P. con ellas; y sería bien que se enviasen por acá de las personas más eminentes que Dios tuviese en esta Compañía, para que a mayor resistencia viniese mayor fuerza, y venciese; y así suplico a V. P. lo haga. No hay falta en los que acá hay, sino que para tanta mies son pocos. Vuestra paternidad tenga cuenta con esto por amor de Nuestro Señor el cual le dé aquellos alientos y espíritu que la empresa en que le ha puesto ha menester, para que él y todos los que a su cargo están, y muchos por ellos, sean ganados al Señor, cuyos somos, en perpetua gloria de El, y salud de muchos. Y de mi poquedad suplico a V. P. tenga cuidado, como de un muy pobre que en su caridad se encomienda, y deseoso de ver glorificado el nombre del Señor por medio de esta santa Compañía.—De Córdoba, 13 de abril de 549.—*Servus vestræ paternitatis.*

JOANNES DE AVILA.

Sobrescrito.—Muy reverendo señor y dignísimo Padre, el P. Ignacio, Prepósito de la Compañía de Jesús, en Roma, mi señor.

39—CARTA AL P. DIEGO LAINEZ

MONTILLA, 27 de Marzo de 1559.

Reverendísimo señor y Padre: Aunque por mi negligencia me he tardado en escribir a V. Rma. P., no ha

---

sus oídos por arte de Satán, único soplador de vientos tan infernales y contrarios a la obra gigante del Capitán de Loyola. Y ya se ve por esta interesante epístola que el Beato de Almodóvar aprueba y aplaude en todo el proceder de San Ignacio. La carta del santo fundador y penitente insigne de Manresa nos la ofrece el licenciado Luis Muñoz, folio 65 de su precioso libro *Vida y virtudes del venerable varón el P. Maestro Juan de Avila*, edición 1634. Los sabios Jesuítas, coleccionadores de las *Cartas de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, Madrid, 1875, la insertaron en el tomo II, página 159, con notas de tanta utilidad como erudición para conocer cumplidamente este interesante punto de la historia. (Nota de Montaña.)

deseado la divina bondad de darme algún conocimiento de la merced que a muchos ha hecho en constituir a V. P. por General ministro de la santa Compañía, pues que de ello podemos esperar que será de ello Dios glorificado, y las ánimas, por quien dió su vida, aprovechadas. Y como los que por su don tenemos algún deseo de aquesto, y gemimos la falta de ello, tenemos puestos los ojos en esta santa Compañía, como señal y prenda de la benevolencia que Dios nos tiene, pues nos la envió en tiempos de tanta necesidad, no podemos dejar de alegrarnos, viendo este cuerpo bien proveído, con darle el Señor por cabeza a V. P. El sea por sus misericordias bendito, y por ellas mismas le plega dar a V. Rma. P. aumento de su gracia y dones, para que de él, como de cabeza, venga espiritual aprovechamiento a la Compañía, como a cosa más cercana, y de allí a nosotros, que fuera estamos; todo para gloria del Señor, de cuya mano todo bien viene.

El amor del bien de la Compañía me hace decir lo que, mirando a mi poquedad, no dijera: y es, que deseo que la gente de esta santa Congregación no fuese mucha; no porque esté el bien en ser pocos, sino porque está en ser buenos, y de lo bueno suele haber poco; y los desórdenes que en otras Ordenes acaecen, por ser muchos, ya se ve lo que obran, pues se salen tantos de ellas, o son intolerables y perniciosos quedándose dentro.

Bien sé que hay en la Compañía largo término para examinar al que ha de ser recibido; y cierto es muy buen medio; y con esto entiendo que, cuando está uno dentro, es difícil cosa echarlo, aunque no sea para estar. Y fuera fácil cosa no lo admitir primero, gastando parte del tiempo que se toma para probar al entrado, en mirar y remirar al que se ha de admitir a entrar.

A este fin conduce que, también deseo que hubiese en la Compañía letrados eminentes, y que no se contentasen con, en oyendo un curso de Teología, cortar el hilo de las letras; porque la necesidad de los tiempos y lo que de esta santa Compañía se expresa, no es cosa vulgar; y si no me engaño, el intento del fundador de ella,

que está en gloria, fué tener gente imitadora de Apóstoles; y que no excediese en mucho al número de ellos, pues en ellos se vió cuánta obra del Señor hacen pocos, y llenos de su santo espíritu.

Todavía pido a V. Rma. P. perdón de mi atrevimiento, y también que retribuya por mí, al P. Maestro Salmerón, la caridad que me hizo, en impetrarme de su santidad facultad para celebrar *ante lucem*. Y yo, desde acá, suplicaré a Nuestro Señor le dé mucha parte del santo Sacrificio del Altar cada vez que yo lo celebrare, que no sé en qué otra cosa le sirva.

Sea el Espíritu Santo favor cumplido de V. Rma. P. para que todo lo pueda en El, y con ganancia del copioso fruto en su Iglesia, sea V. P. recibido en el cielo con muchos merecimientos.—De Montilla, 27 de marzo de 559.— *Servus vestræ Rmæ. Paternitatis.*

JOANNES DE AVILA.

40—CARTA A SAN FRANCISCO DE BORJA

MONTILLA, 19 de febrero de 1566.

Reverendísimo señor y Padre mío: No se queje V. P. de la Cruz del regimiento que Nuestro Señor ha puesto en sus hombros, que harto le ha dejado holgar debajo del obedecer. Y ya que V. P. es viejo o va a serlo, ha de tomar para sí lo dicho a San Pedro, que *extendes manus tuas, et alius cinget te et ducet quo tu non vis*. Admirable es la sabiduría del Señor, que sabe mortificar a malos con humillaciones, y a los humildes con darles honra y lugares altos. Tenga V. P. paciencia y confíe en el que es todopoderoso, que le dará lo necesario para el cargo que le dió, y los pobres ayudaremos con nuestros suspiros; pues el bien de V. P. es nuestro. Porque los años pasados escribí al Padre General pasado, que es en gloria, cómo me parecía que los dos compañeros, D. Diego de Guzmán y Dr. Loarte, se estuviesen por allá, y ahora he sabido que el primero va a las Indias de Portugal, escribo ésta para que V. P. sepa que para el doctor no

hay impedimento que estorbe su venida, si al servicio de Cristo conviene que venga. Y cierto impedimento que al P. Bustamante pareció, estando acá, que podía haber de parte del Colegio de Baeza ha salido en vano, y está el negocio llano, según yo estoy informado de personas más cercanas al negocio que la que informó a S. R.; y así se lo puede V. P. decir al P. Bustamante, al que beso las manos.

Y porque de las cosas de acá V. P. tendrá informaciones por otras partes, yo no canso con ellas. Una cosa le pido por Jesucristo crucificado, que una licencia que a V. P. se pedirá para que el P. Vergara confiese a doña Teresa, monja de este monasterio, sobrina de la señora Marquesa, la conceda, porque corre grave peligro esta ánima, si esto no se le concede. Y Cristo conceda a V. P. abundancia de su santo espíritu para que con su gracia sea regido y la grey a él sometida; y no se olvide de me encomendar a su misericordia.—De Montilla, 19 de febrero.—Besa las manos de V. Rma. P.,

JOANNES DE AVILA.

Sobrescrito.—Al reverendísimo señor y Padre mío, el P. Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús, en Roma.

De otra mano.—1566. Montilla. *Joan. de Avila*, 19 de febrero.

41—CARTA A SAN FRANCISCO DE BORJA

MONTILLA, 9 de septiembre de 1566.

Muy reverendísimo Padre mío en Jesucristo: Heme consolado en el Señor con la presencia del P. D. Diego, y hele dicho lo que sé de aquel impedimento que escribí al P. Maestro Láinez, que es en gloria, y también el medio que para ello se me ofrece llano, y con el favor de Cristo, seguro y cierto, por medio del P. Bustamante; el cual tiene el negocio por muy fácil. Yo quedo encargado de tratarlo con el Padre Provincial en viniendo aquí,

y daré aviso a V. P. de lo que pasa, para que este impedimento quitado, pueda V. P. disponer de este sujeto en la parte que Dios más de él se sirva. De su compañero ya he escrito a V. P. cómo no hay cosa que le impida la venida, si al servicio dicho esto conviene.

Algunas cosas me ha sacado el P. D. Diego, como por fuerza, que pueden ser provechosas para la república cristiana; las cuales yo pensaba enviar a V. P. con sus fundamentos, para que V. P. las enmendase, e hiciese de ellas lo que fuese servicio de Nuestro Señor: no hubo lugar para hacerlo. Si el Señor me diere disposición, hacerlo he, y de otras también; que aunque por pasar por mis manos merezcan no ser efectuadas, puestas en las de V. P. (que sabrá ponerlas en las de Cristo), podrán ser de provecho. También lleva un recado de la Sra. Abadesa y Condesa de este monasterio, tocante a la veneración del Santísimo Sacramento. El amor de El hará a vuestra paternidad solicitador del negocio.

Yo tengo alguna mejoría en mi salud, y predico alguna vez, aunque como viejo.

Dé V. P. gracias al Señor por mí, y pídame su salud y amparo; y esto sea con V. P. siempre.—De Montilla, 9 de septiembre de 1566.—*Siervo de V. P.*,

JOANNES DE AVILA.

Sobrescrito.—Al reverendísimo señor y Padre mío en Cristo, el P. Francisco Borja, General de la Compañía de Jesús, en Roma.

42—CARTA AL P. ANTONIO DE CÓRDOBA

Muy reverendo Padre y señor mío (1): Muchas de vuestra merced he recibido. Una he respondido, bien larga, aunque no respondía a las preguntas de vuestra merced,

(1) Este muy reverendo Padre, a quien nuestro Beato dirige la presente carta, debe de ser el santo varón y maestro de la Compañía, Antonio de Córdoba, por más que no aparezca su nombre en ella, ni el sobrescrito por donde le pudiéramos conocer. Mas

porque no hay caudal para tanto, y mis pecados hicieron que la carta no fuese a manos de vuestra merced y a algunas podía ir que dañase, mas Dios provee aquestas cosas cómo no dañen. Cuenta daba de lo de casa y ya lo tengo olvidado, y lo de presente es que la señora Duquesa es ya ida a su tierra, porque aunque la salud está muy quebrada, el mucho tiempo que ha estado fuera de casa, parece que la obligaba a tornar a ella, y así pareció justo a estos señores.

La señora Marquesa, madre de vuestra merced, está todavía enferma; confiésase con el P. Vergara, y preguntándole el P. Fr. Lorenzo porqué echó mano de él y no del P. Maestro Cañas, dijo que porque el primero no era teólogo ni escrupuleaba tanto las cosas, con que se compuso su señoría con el P. Fr. Pedro de Sotomayor, y el Padre General también hizo su parte. Espero en Nuestro Señor, que ha de mirar a la mucha bondad de ella y a su sana y santa intención.

---

atendida la frase del segundo párrafo, a saber: «La señora Marquesa, *madre de vuestra merced*», con la razón y cuenta, que el Beato Maestro da, a quien va dirigida, de tantos y tan nobles títulos y personajes principales, se colige presto ser el dicho *reverendo Padre y señor* pariente próximo de tan altas familias. Y con efecto; éralo el sabio y virtuosísimo P. Antonio de Córdoba, estudiante y rector en la Universidad de Salamanca, amigo constante y defensor de la Compañía, cuando tan furiosamente perseguida andaba en aquella ciudad. Después entróse de corazón en ella, por consejo del Beato Maestro, despreciando al mundo con sus honores y riquezas. Recibió el hábito de manos de San Francisco de Borja, en Oñate, también de nobilísima casa y familia, dándose después totalmente a nuestro Señor y al bien espiritual de los prójimos. Porque a pesar de ser este ilustre y buen Padre Jesuíta hijo de D. Lorenzo Juárez de Figueroa y de doña Catalina de Córdoba, *Marqueses* de Priego, no salía de los hospitales, empleándose todo en la consolación de los enfermos, alivio de los cuerpos y salvación de sus almas. Vivió lleno de virtudes quince años en la Compañía de Jesús, renunció capelos y prelacías y murió abrazado al crucifijo, en olor de santidad, en la villa de los Condes de Oropesa, año 1567. Tuvo por director y padre espiritual continuamente al Beato Maestro Juan de Avila, que España entera católica espera con ansia verle canonizado. (Nota de Montaña.)

El señor Marqués anda con poca salud, y en lo de su ánima querría verle más sujeto a parecer ajeno y más de aquello (✠) y *sanctum verbum*, y acerca de esto no le escriba vuestra merced, porque sospechará que fué de acá el aviso, que si quiere entenderlo harto le ha vuestra merced dicho en sus cartas, que yo he visto.

Al Duque querría ver arrimado a la Compañía, y el otro día traté con él que sería bien que pidiese al Doctor Saavedra para confesor, que le estaría muy bien. Respondióme que holgaría de ello con que no viniese él sólo con título de confesor, sino que se comenzase a poblar el Colegio de Marchena, siquiera con tres o cuatro Padres y con otros tantos Hermanos, y que él deseaba esto mucho, y así gozaría del Padre Doctor Saavedra. Debe ser porque no parezca que viene por el Duque sólo, y sea género, como ellos lo llaman, de hipocresía (?); dije que lo escribieran a vuestra merced para que nos diese aviso y favor para ello, y así lo suplico a vuestra merced, pues ve el provecho que de ello se seguiría y el consuelo de la señora Duquesa, cuyo confesor, que es el P. Venegas, no se ha de quejar, aunque venga el del Duque, porque ya está pasado por cosa juzgada, que no han de confesar entrambos con un confesor.

De mí no hay que decir sino que *deficit in dolore vita mea*, aunque por la misericordia grande de Jesucristo, me va con ellos razonablemente, estimándolos en algo, aunque ellos merecen ser estimados en mucho, pues por ellos fuimos redimidos y entre muchas cosas a ellos escogió Cristo y quiso ser poseído de ellos; *y fuit dictus vir dolorum*. De vuestra merced me dicen que está gordo y predica y confiesa. Cristo le favorezca cada día más en más le servir. Amén.—De Montilla, 25 de marzo.—*Servus vestræ paternitatis*.—JOANNES DE AVILA.

43—CARTA PARA EL P. ANTONIO DE CÓRDOBA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, ESTANDO CERCANO A LA MUERTE, SOBRE LA CONFIANZA EN JESUCRISTO (1)

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre. Aunque acá se dice que está vuestra merced de camino para la tierra de los vivos, que puedo pensar que cuando ésta se escribe por ventura vuestra merced estará gozando ya de los dulces abrazos del todo dulce Jesús, todavía me pareció escribir a vuestra merced dándole la enhorabuena de su promoción a la prebenda de la celestial Jerusalén, donde sin cesar es Dios alabado y visto faz a faz. Vaya enhorabuena, carísimo Padre, vaya enhorabuena a ver todo el bien y poseerle eternalmente. Vaya enhorabuena al seno del celestial Padre, donde El recibe a sus corderos con gloria, a los cuales aquí apacentó con su gracia y corrigió con su disciplina. Ahora, Padre mío, verá la merced que Dios le hizo en llamarlo para la vida religiosa y darle gracia para que, despreciando el mundo, le siguiese a El por el camino de la cruz, pues el pago de ello será darle el cielo por la Religión, y gloria por la cruz que por su amor ha llevado.

Bendito sea Nuestro Señor Jesucristo, que tiene bondad para dar gloria a los gusanos de la tierra, levantando *de pulvere egenum, ut sedeat cum principibus populi tui* (I Reg., II). Bienaventurada la hora de la muerte corporal, pues por ella se sube a tener silla con los Príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios. ¡Oh día, fin de los trabajos y de los pecados, y en el cual el hombre sube a comenzar a servir al Señor de verdad; y no como acá, donde se desconsuela el hombre por los servicios tan imperfectos que le hace; porque acá anda el hombre cosqueando y hambreando con deseo de agradar a Dios y de servirle con todo su corazón; mas en el cielo cúmplese este deseo tan cumplido, que todo el hombre es empleado en el servicio y alabanza de Dios, sin que

(1) Así lo dice el manuscrito 6.311 de la Biblioteca Nacional, donde existe copia.

alguno se entremeta a lo impedir! Bendito sea Dios, que tan presto quiso coger a vuestra merced para su granero, porque la malicia no mudase su entendimiento, y para enseñarle las riquezas de su bondad, que por tan pocos años de servicio da galardón eterno.

Este es Dios, señor, este es Dios: éste es el fruto de su Pasión, este es el valor de su gracia: esta es nuestra buena dicha, caer en manos de tal Señor, conocerle y amarle, aunque con muchas faltas; mas éstas límpialas El con su sangre, haciéndonos participantes de sus Sacramentos, y el amor paternal que nos tiene le hace ser fácil en perdonar nuestras culpas, y muy copioso en galardonar nuestros servicios; y por medio del mar Bermejo nos lleva a la tierra prometida, apartando de nosotros nuestros pecados cuanto dista el Oriente del Occidente, y ahogándolos en su sangre. De manera que aunque los veamos, será verlos muertos, y que nos den materia de alabar al Señor: *Qui equum et ascensorem in mare proiecit* (Exodo, XV).

Vaya, señor, con la bendición de Dios Nuestro Señor a gozar de las riquezas de su buen Padre, que la lanza en la mano, y derramando su propia sangre, le ganó, que nunca deja de acudir a los que en El ponen su esperanza y amor. Falta nos hará, soledad nos causará; mas, pues Dios se la dió a vuestra merced esta buena suerte, tengámosla los que le amamos por nuestra. Y los que acá gemimos gocemos con vuestra merced como los hermanos de Rebeca, que se va a desposar con Isaac, que es el gozo, y le decimos (Genes., XXIV): *Frater noster es, crescas in millia millium, et semen tuum possideas, portas inimicorum tuorum.*

No digo a vuestra merced cómo se ha de aderezar para esta fiesta, que allá tendrá quien le diga y le ayude a pasar de las manos de los hombres a las de Dios; y el Señor que vino al mundo por él, y subió a la cruz por él, ése sea en socorro de vuestra merced; porque (Psalmus XXII): *Etsi ambules in medio umbræ mortis, non timeas mala.* Llámele vuestra merced, que aunque esté *in ventre ceti*, oye a los suyos: llame a su Madre bendita,

que también es nuestra: llame a los santos, que son nuestros padres y hermanos, que con tales favores no tema perder el celestial reino; y si el Señor quisiere que pase por purgatorio, sea su nombre bendito, que con esperanza de verlo, todo se pasará de buena gana. Cristo, que por vuestra merced murió, le acompañe a su muerte, y le reciba en sus brazos salido de esta vida. Dígale vuestra merced lo que El dijo a su Padre (Luc., XXIII): *In manus tuas, Pater, commendo spiritum meum;* y espero de su misericordia que será bien recibido, como hijo: y tratado como tal heredero de Dios, y justamente heredero de Cristo. —De Montilla, a 25 de enero de 1567.

44—CARTA AL P. CAÑAS S. J.

Muy reverendo Padre mío: Lo que (confiado de la misericordia de Nuestro Señor, que suele asistir a sus negocios y de la humildad con que vuestra reverencia pide consejo) me parece en el caso preguntado es:

Que según he sabido por relación del Doctor Oliva y del licenciado Carmona, a los cuales, sin entender ellos a qué fin lo inquiría, pregunté, es que la enfermedad de esa persona y en su edad no suele sanar, aunque algo se pueda mejorar, y porque en materias morales, certidumbre o evidencia se llama aquello que *ut in plurimum accidit*, y para lo que hay mayores y más gruesas conjeturas; hablaremos sobre este presupuesto como sobre cosa cierta, sin atender a ser posible, *simpliciter*, otra cosa; pues, aquella manera de posibilidad no hace a propósito de cosas morales, pues si no se espera salud entera de este mal, sino alguna liviana mejoría, claro es que, pues viniendo de Valladolid con más mejoría que ahora tiene, le ofende tanto la tierra que lo hace ir de ella, lo mismo se puede razonablemente esperar que hará aunque fuese a su tierra y tuviese alguna mejoría y quisiese tornar acá, porque como la tierra es la misma, haría entonces lo que ahora; pues no se espera que, aunque vaya a su tierra , tendrá más mejoría que la que trujo ahora. Antes dicen que ordinariamente se espera cre-

cimiento de la enfermedad: pues luego, si la estada ahora la tiene por mortal, también tendrá la tornada, y así nunca vendrá, porque con poca mejoría no osará. Pues con venir ahora con ésta no puede estar acá, mayor mejoría no se espera. Síguese que se quedará allá.

Dejar este Obispado sin su presencia toda su vida no es lícito, pues su necesidad es extrema y el peligro de vida que él alega tener aquí, no le excusa en caso de tal necesidad; pues es obligado a poner la vida por las ovejas, y aunque *ad tempus* las pudiese dejar, por toda su vida no.

Y lo que hace más clara esta verdad es que el peligro de vida que aquí dice haber, dicen los médicos que también lo tiene en otra parte, sino que habiendo en otra parte mejoría, podrá durar la vida algo más, y en la edad que tiene, este algo más será harto poco.

Pues por la dilación que puede causar la mejoría en no perder tan presto la vida, no es razón ni se debe sufrir ausencia del Obispado perpetua, porque más es aquello mejoría de salud que no prolongación de vida *simpliciter*, que claro es, ser una cosa, decir: «Si aquí estoy, cortarme han la cabeza o cosa semejante, y si salgo, no», y otra es: «Aquí me apretará mucho el mal y me acabará en tres años, y fuera de aquí me acabará en dos o dos y medio.»

Esta es la suma verdad de este negocio y bastaría para determinarlo: y hay más; que según estos médicos dicen, se puede buscar aire templado para el tiempo del calor por acá, y aunque no tan bueno como el de su tierra, aquello poco de mejoría no basta para ausencia y tan larga, y no querer aceptar él esto, procede de la mala gana de estar acá y de su imaginación, lo cual aquí, que se trata de negocio tan importante, no se ha de admitir.

Hay más; que dicen que si se quitase las cenas y el vino y tomase los remedios que se suelen tomar, que se mejoraría notablemente, y no lo quiere hacer.

Esto es lo que hace por esta parte, que no se puede ausentar. Hace por la contraria, o por mejor decir, parécele a él que hace:

Que los médicos han firmado que si no se buscan aires más templados que los hay en el Obispado de Córdoba, corre peligro de vida, y por evitar éste se puede ausentar, y este es todo su báculo.

Dice el Doctor Oliva muchas cosas que hacen inválida esta firma que dieron, y venido a parar con que lo que siente es lo que he dicho, que en ninguna parte espera mejoría notable; antes con la edad y con el vino y lo demás, esperaría dondequiera que esté.

Item: dice que se podría tener acá modo cómo darle alguna sala templada con que razonablemente lo pasase, sino que la imaginación de él hace que ninguna cosa le aproveche acá y esta imaginación no la ha de admitir el confesor en cosa tan grave y tan perjudicial a tantos; y lo que a este médico parece debe parecer a los otros, sino que les tomaron los dichos de manera que ellos no advirtieron lo que decían, y de esto dará relación el señor Zárate y dirálo Oliva así delante el Obispo, si es menester.

Vengamos a lo que él dice, que se quiere ir a buscar salud, y si la alcanza vendrá a servir su Obispado, y si no que pedirá al Rey una pensión y dejará el Obispado.

Esta esperanza de alcanzar salud no se ha de admitir, a lo menos, tanto para que pueda tenerla acá, pues como esta vez le dañó la tierra, le daña cuando torne.

Item: ¿hasta cuándo ha de esperar a ver si tiene salud? Claro es que la peoría que, yéndose ahora, sintiese, le han de echar al camino, y si el invierno está mejor, no se atreverá a venir el verano, porque es el tiempo de los calores, y así se esperará otro verano y de ahí otro término. De arte, que mientras comienza a negociarse la dejada del Obispado se pasará un par de años, y en el negociarla del Rey y del Papa, otro año, y tan larga ausencia no se debe sufrir en tiempo de tal necesidad.

Esperar de él que luego entenderá en dejar el Obispado no es creíble, porque hasta que vea que la falta de salud dura mucho tiempo, no querrá dejar la presa, y así no parece cosa que le pueda valer el decir: «Quiero ir a buscar salud», etcétera.

Y así no veo cómo se pueda absolver si no dijese que, pasando cinco o seis meses, se tornaría como quiera que estuviese, o que pasando este término procuraría la dejación del Obispado *ex corde et ex totis viribus*, porque estarse esperando tal mejoría con que en esta tierra pueda estar de otra manera que ahora, no es cosa que se le debe sufrir.

Y si en esto viniere de tornar o procurar el dejamiento en este tiempo, tomándole la palabra de ello como de cosa necesaria para la absolución, entonces pase vuestra reverencia a las otras cosas.

En lo de la provisión de los beneficios, porque es cosa por venir, bastaría que diga, tengo propósito de hacer en ello lo que soy obligado, aunque en particular no se declare que sí, que no, pues él es letrado. Salvo si no tuviese propósito de darlos sin mirar obligación, sino a parentesco o cosa de éstas.

En lo de los oficiales bastaría que dejase mandado al provisor que hiciese en ello lo que fuese obligación conforme al dicho de algunos teólogos. En lo de poner quién lea, se le debe decir que lo deje ordenado antes que vaya dando mandato por las Fábricas, y que si alguna es pobre, que mande que se le preste por otras ricas, pues se hace para menores cosas.

En la restitución de la falta que hizo su presencia a los Obispados que ha tenido, no me parece que se le debe decir nada, porque hay doctores a quien se arrime y porque no tiene bienes de qué restituir sino los que hubiere de este Obispado, y no se ha de tomar de unos para dar a otros, y lo que le puede sobrar de lo que es necesario para su comida, y para esto será poco. De esto yo no curaría; puede vuestra merced aumentar la plática diciendo que él tiene escrúpulo en lo de la partida, y que suplica a su señoría que le mande dar licencia para que se hable en ello. Para quitarse él, ha de asir luego de los médicos. Puédele vuestra merced decir que ellos dicen que dieron el parecer muy aprisa y solamente por ver a su señoría, entre que el dolor y calentura le apretaban mucho y que, en fin, el peligro de la vida que dicen haber aquí,

también dicen haberlo allá, aunque se esperase alguna mejoría, y que aquello no basta para dejar las ovejas en tal necesidad tanto tiempo, y que les parece que con tener otro regimiento y cura y con buscar aire templado acá se podrá esperar la mejoría que allá, y todo voceado y tratado. Si él no viene en lo que he dicho que a cabo de medio año se torne cual estuviese o *efficienter* procure dejar el Obispado, vuestra merced le diga con humildad que bien cree que su señoría acierta en lo que dice, mas que vuestra merced no lo alcanza y que aun le pesa de no le poder servir. Si su señoría manda buscar letrados que le informen, bien; y si no, que le besa las manos, y que no es para más por su poco entendimiento. Dejar persona que rija el Obispado no lo tengo por necesario, si va para tornarse presto o para dejarlo, y si va por tiempo largo, no cumple con poner a nadie.

Esto se me ha ofrecido. Nuestro Señor premie a vuestra merced cómo no peligre por ayudar a otros, y sea siempre con El. A nuestro Padre y señor D. Antonio beso las manos, y no le escribo porque es noche y porque vaya presto el mensajero.—Domingo en la noche.—*Servus V. R.*, JOANNES DE AVILA.

Diga vuestra merced al P. D. Antonio que la entrada del licenciado Francisco Gómez tengo negociada, si viene la licencia que se envió a pedir.

Al muy reverendo Padre mío el P. Maestro Cañas en la Compañía de Jesús, en Córdoba.

45—A UN PADRE DE LA COMPAÑÍA

Muy reverendo Padre y señor mío: Recibido cartas de vuestra merced yo no le he escrito porque he estado malo, y mire qué disfavor me enseñó el Señor, que ni de Espíritu Santo, ni de *Corpus Christi* pude predicar; yo bien sé que no soy digno de ello y de esto me pesa, y no tengo más que decir de que *ego sum qui pecavi isti oves quid fecerunt?*, etc.; y cierto, señor, era menester que vuestra merced me prestase un poco de la mucha esperanza que tiene cerca de las cosas que en su carta dice,

porque la mía es flaca como de viejo, y más me inclino a que he menester aparejarme para bien morir que a esperar otras hazañas; de mí digo.

El señor (¿Duque?) me hizo merced, aunque yo la recibo por carga, y él así lo supo, de poner en mis manos el fin de estos negocios, no en las mías solas, sino juntamente confiando (?) duran. Lo que yo le pedí fué que, pues lo que dijeron los letrados es lo que él quiere, que no nos pusiese en tornar de nuevo a trabajar y parecerle esto ser así, y como digo remitiólo al otro (✠); a mí lo que hay que averigupr [roto] es deudas de cuentas; no hay aquí en que yo pueda [roto] vara para esto, y en lo que tengo dudas envío a consultarlo con él mismo.

Verdad es que me entremetí entre madre e hijo, porque vi ir al hijo tan camino de morir de penas, y acordéme que pues me pareció bien la ida de vuestra merced, yo me obligue a hacer lo que él, aunque no tan bien, y así traté cosas y plugo a Nuestro Señor, y fué bien, porque el hijo vino a declarar todo su pecho con la madre, y ella lo recibió muy bien, y la claridad es camino para paz. Verdad es que como no ve dar mucha pieza a las cosas, está todavía él incrédulo del pecho de ella. Haremos en ello lo que pudiéremos, aunque entiendo que todo lo que ella hiciere ha de parecer poco a él y en parte tendrá razón. A lo que dice el Padre Provincial, vuestra merced ayudará con oraciones y sacrificios; que no sé si podrá acertar desde allá a hablar en esto como no dañe.

Los pareceres de los letrados han parecido. Yo los vi ayer y estudié sobre ellos, según mi modo, y resulta estar el negocio tan claro en favor de la hija de la buena mujer, que me parece que bastarían mis cuatro años que estudié de leyes para abogar y obtener victoria en esta [roto] más claro y paréceme que si el Padre Provincial o yo pudiésemos hablar a la otra parte que se acabaría de sosegar y no le pasaría por pensamiento otra cosa, y yo deseo en gran manera esto, por ser lo contrario causa de muchos males y discordias que yo siempre he temido. El de acá no ha respondido nada al de allá sobre ello, porque la poca salud excusa hablar en cosas pesadas, y

si esto de sosegar a la otra parte se pudiera hacer, gran negocio fuera. El Padre Provincial y yo decíamos, si fuera vuestra merced para ello, mas no es cierto; fuéralo el señor D. Francisco, mas habíamosle de informar primero acá. Si el Padre Provincial fuera a ello, gran jornada sería y no ajena de la Compañía, pues es de pacificar gente que tanto puede dañarse y dañar con la discordia. Mire vuestra merced si se podría negociar esto, pues importa más que otra cosa alguna.

Creo se contentará vuestra merced con lo escrito, pues para muñecas enflaquecidas de dolores, basta. Mejor estoy; el día de la Visitación de Nuestra Señora hablé a las monjas por la red en la tarde. Dios sea con vuestra merced en todo y con el señor D. Francisco, al cual Cristo haga santo sacerdote. Amén. Al P. Juan Alcaide beso las manos, y lo mismo a todos mis Padres, y en oraciones de todos encomiendo mi pobreza.—De Montilla, 3 de julio.—De aquel Padre que escribe vuestra merced, que no podrá negar la verdad, etc., etc., no tengo qué decir, porque estoy descontento de él.—*Servus V. R.*, Joannes de Avila.

Reverendo Padre y señor mío ...io de Córdoba... Jesús en ...e Henares.

46—Carta respondiendo a una del P. Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, del año 1568

Charissime: Si el Señor Jesús da a vuestra merced más mies que segar, El le dará más fuerza para ello. Amelo mucho, que cierto es digno de ello; y ruegue a todos que no le quiten el amor tan debido, y confíe vuestra merced mucho en El, porque hacer esto, es darle honra de bondad y mucho contentamiento. Y en lo que vuestra reverencia me quiere hacer merced de buscarme escribiente, le suplico que, aunque lo halle, no lo envíe, ni le quite asiento alguno que tenga, hasta que [por] propio o por correo me lo haga saber, porque puede ser que tenga ya tomado otro, o que haya tan poca salud, que no sea menester ni uno ni otro. Ahora estoy en pie. Jesucristo

tenga siempre a vuestra merced debajo de su amparo.—De Montilla, 21 de enero.—*Servus vestræ reverentiæ.*—JOAN DE AVILA.

47—OTRA CARTA DEL P. AVILA PARA EL P. ANDRÉS SÁNCHEZ, EN SEVILLA.

Charissime: Algunas cartas vuestras he recibido, y en ellas dais a entender que no está vuestro ánimo muy quieto; no os maravilléis que yo no me maravillo; en mar estamos, aunque parece que en tierra firme, y como en la mudanza de la mar sería sin razón quien se fatigase por hallar sosiego, así lo es en lo que a nuestra vida toca. Ceniza es el hombre; viento es nuestra vida, ¿cómo estaremos en un ser siendo siempre soplados? Acuérdome de haber leído que fué un ermitaño mozo a pedir consejo a un viejo sobre ciertas congojas y fatigas que tenía, y él dióle los remedios que supo una y más veces, y como no le quitasen al afligido su pena, tornó a pedir remedio de nuevo. Al cual preguntó el viejo y dijo: «Hijo, ¿cuánto ha que servís a Dios?» Respondióle: «Ocho años.» Replica el viejo y dice: «Yo ha que le sirvo veinte y tantos años, y nunca he hallado reposo salvo en el sufrir y esperar; haz tu así y no te mates (*sic*) [temas?], hermano. Así [es] este camino que habéis comenzado: lleno es de lazos que los demonios soberbios han escondido llenos de peligros, resbaladeros, y nunca conviene dejar las armas de la paciencia, si queremos pasar sin herida. Por caridad no os desmayéis, sino pasad adelante y aprended a tener paz entre la guerra y sosegáos en las turbaciones; [pues] que Jesucristo os mira y defiende, miradle vos a El, y pues delante tales ojos peleáis, la vergüenza os haga solícito y esforzado [en] vuestra pelea en negaros. En tanto, aprovecharéis cuanto de esto tuviereis. Ofreced a Cristo muchas veces a vos y a vuestros ejercicios y hacedlos de buena voluntad y con fe, que El se agrada de ellos. Y si no tuviereis la devoción que deseáis, no desmayéis, que no es cosa que se compadece mucho con obras exteriores, aunque sean buenas. Huíd de conversaciones

todo lo que pudiereis, salvo de las que sintiereis provechosas para vuestra ánima, y tened algún rato de lección y oración, y entended en vuestro estudio para el servicio de Cristo; y en lo de traer manteo o manto de sarga, me parece que hasta que se rompa lo que llevasteis os estéis como os fuisteis, y daos prisa a ese negocio, porque podáis aprovechar a vuestros hermanos y ayudar al bando de Cristo cogiendo lo que él ganó con su sangre, que él os favorecerá y acabará lo que comenzó y vos le guardaréis fe de siervo leal. El sea vuestro amor. Amén.

48—OTRA CARTA DEL P. JUAN DE ÁVILA PARA EL PRIOR DE SAN JUAN

Muy ilustre señor: Merced he recibido con la carta de vuestra señoría, y, por otra parte, no quisiera que le hubiera dado este trabajo y ocupación, pues tiene otras más justas, aunque en ser para el trabajo de los pobres, creo lo dará vuestra señoría por muy bien empleado. Yo he dado gracias a Nuestro Señor por la misericordia que a vuestra señoría ha hecho en dar el corazón compasivo de pobres, y manos largas para su remedio, porque aquí en esto Nuestro Señor da prenda; le da de su amor, pues cada uno ama a sus semejantes, y el Señor ama a los misericordiosos, porque El lo es. Esfuércese vuestra señoría en la justicia de la causa que trata, pues es tan privilegiada y es a Dios tan agradable, que ella le hizo hombre y pudo tanto delante sus ojos, que se dejó vencer de ella hasta ser puesto en cruz. ¿Parécele a vuestra señoría que debe ser el esclavo perezoso en negocios que tan diligente fué su Señor? ¿Será corto en el dar dineros y poner cuidado y trabajo en aquello que el Señor de todos puso su misma sangre y en que empleó los cuidados de su vida? ¡Oh, quién viera aquel divinal corazón y cuán amigo quedara de la misericordia!, pues viera que otra cosa no era, sino un perfecto cuidado del remedio de los miserables, con unas abrasadas entrañas de perder la vida por ellos. Y pues El, por su bondad, ha repartido con vuestra señoría algo de su condición,

no sea ingrato ni perezoso, pues el hacer a otros misericordia, es recibirla, y las de Dios hanse de multiplicar con diligencia, porque no seamos reprendidos de siervos malos y perezosos. Y en lo que toca de la venida de ese siervo de Jesucristo, digo verdad, que a cuanto alcanzo, yo no sé en qué me haya él menester, que por parte de otras personas no pueda por allá ser ayudado, y por esto creo será mejor estar en su llamamiento y encomendar a Nuestro Señor su deseo, el cual sabe cumplir nuestros deseos, cuando de El son, por las vías a nosotros ignotas; y tanto más andan a nuestro querer, cuanto más por su amor las renunciamos, mayormente habiendo en esto obediencia de vuestra señoría, que es virtud que tanto al Señor agrada; y tome alguna pena de que en una ciudad tan poblada tenga tan pocos servidores en negocios de pobres, que la ausencia de uno haga tanta falta. Abranos El los ojos para entender cuán gran verdad es: *beatus qui intelligit super egenum et pauperem*. Día vendrá, y cierto vendrá, en que aquel sólo recibirá misericordia de Dios, que aquí a sus prójimos la hubiere hecho. El sea favor y lumbre de vuestra muy ilustre señoría, y la enriquezca con sus misericordias, para que *in æternum* las pueda contar. Amén.

49—PARA UN HIJO ESPIRITUAL DEL P. AVILA, CLÉRIGO.

Charissime: Recibí vuestra carta, y plegue a Nuestro Señor que siempre os vaya bien, como yo deseo; porque os digo de verdad que este deseo me pone tanto cuidado de vos que creo que algunas veces sobra: tengo mucho temor no os engañe el mundo, o carne o diablo, y no perdáis por descuido lo que Nuestro Señor por su misericordia os ha comenzado a dar y querría acabar. Mirad cuán gran bofetada se da a Dios después de haberle conocido, trocarlo por cosa tan baja como es el pecado; mirad que sois templo de Dios, guardaos limpio de todo contagio por honra de Aquel que en vos mora; mirad cuyo ministro sois, y no deis tal placer al demonio que tenga sujeto al que dió Dios más poder que a los ángeles: mi-

rad cuánta limpieza es razón que tengan manos que contratan al Hacedor del cielo y de la tierra y al que tiemblan los ángeles de servir; y los ojos que lo miran cuán limpios y sencillos deben de ser, la lengua cuán santa, la boca cuán consagrada a la limpieza, el pecho cuán lleno de Dios y todo el cuerpo y ánima cuán lleno de santidad, pues es templo de los Santos; trabajad por ganar cada día más, porque tenéis poco, y os habéis quedado con los solos principios y aun ellos temo que habréis perdido, porque quien no gana más en el camino de Dios, pierde lo que tiene; y creedme que aun para conservar lo ganado, es menester trabajar; pensad que cada día comenzáis, y vivid con cuidado de la cuenta que habéis de dar, que será más estrecha que pensamos: y pensad que si los que tienen mucho cuidado, aun sienten mucha dificultad en este negocio, ¿qué será si lo tenemos como por burla? Desechad la pereza y tomad a cuestas la Cruz del Señor porque no se ensañe con vuestra tibieza y perdáis la corona que os estaba aparejada y os la lleve otro. No es Dios nada amigo de tibios ni duran mucho en su acatamiento; presto los vomita, y después se ven en tantas miserias caídos, que aprenden a su costa; que Nuestro Señor es grande y quiere ser con diligencia servido. Ruego a Su Majestad os despierte y dé nuevos alientos para que con fervor le sirváis y sigáis hasta morir en su Cruz, porque desde ella vayáis a gozar de su reino. Amén.

TRATADO SEGUNDO

PARA RELIGIOSAS Y DONCELLAS

50—CARTA PARA LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS, ENVIADA EN TIEMPO QUE TENÍA ALGUNAS PERTURBACIONES Y PERSECUCIONES ACERCA DE UN LIBRO QUE LE DECÍAN SACASE A LUZ, Y AVÍSALE CÓMO SE HAYA EN SU MODO DE PROCEDER ESPIRITUAL: DECLÁRALE EL CAMINO MÁS SEGURO PARA EL TRATO DE DIOS, Y DALE AVISOS CÓMO SE HAYA DE HABER EN ESTE TRATO DE SU ORACIÓN.

La gracia y paz de Jesucristo Nuestro Señor sea con vuestra merced siempre. Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podría yo, con el favor de Nuestro Señor, aprovecharme algo de la doctrina de él; y gracias a Cristo que aunque lo he leído, no con el reposo que era menester, mas heme consolado, y podría sacar edificación, si por mí no queda; y aunque cierto yo me consolara con esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio y a quien me lo encomienda, me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, a lo menos en general.

El libro no está para salir a manos de muchos, porque es menester limar las palabras de él en algunas partes, y en otras declararlas; y otras cosas hay que al espíritu de vuestra merced pueden ser provechosas, y no lo serían a quien las siguiese; porque las cosas particulares por

donde Dios lleva a unos, no son para otros. Estas, o las más de ellas, me quedan acá apuntadas, para ponerlas en orden cuando pudiere, y no faltará cómo enviarlas a vuestra merced; porque si vuestra merced viese mis enfermedades y otras necesarias ocupaciones, creo le moverían más a compasión que a culparme de negligente.

La doctrina de la oración está buena por la mayor parte, y muy bien puede vuestra merced fiarse de ella y seguirla, y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos.

El modo de enseñar Dios al ánima, sin imaginación y sin palabras interiores ni exteriores, es muy seguro, y no hallo en él qué tropezar, y San Agustín habla bien de él.

Las hablas interiores y exteriores han engañado a muchos en nuestros tiempos, y las exteriores son las menos seguras: el ver que no son de espíritu propio es cosa fácil; el discernir si son de espíritu bueno o malo es más dificultoso. Danse muchas reglas para conocer si son del Señor; y una es, que sean dichas en tiempo de necesidad o de algún gran provecho, así como para confortar al hombre tentado o desconfiado, o para algún aviso de peligro, etc.; porque como un hombre bueno no habla palabra sin mucho peso, menos la hablará Dios; y mirad esto; y ser las palabras conforme a la Escritura divina y a la doctrina de la Iglesia, me parece de las que en el libro están, o de las más, ser parte de Dios.

Visiones imaginarias o corporales son las que más duda tienen, y éstas en ninguna manera se deben desear; y si vienen sin ser deseadas, aun se han de huir todo lo posible; debe el hombre suplicar a nuestro Señor no permita vayamos por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus santos se la guarde para el cielo, y que acá lo lleve por camino llano, como lleva a sus fieles amigos; y con otros buenos medios debe procurar el huir de estas cosas (1).

(1) Fray Diego de Yepes, a folio 166, en el libro I, tiene este capítulo del libro que escribió de la Santa Madre Teresa de Jesús.

Mas si todo esto hecho, duran las visiones, y el ánima saca de ello provecho, y no induce su vista a vanidad, sino a mayor humildad, y lo que dicen es doctrina de la Iglesia, y dura esto por mucho tiempo y con una satisfacción interior que se puede sentir mejor que decir, no hay para qué huir ya de ella; aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sino comunicarlo luego con quien le pueda dar lumbre; y este es el medio universal que se ha de tomar en todas estas cosas, y esperar en Dios, que si hay humildad para sujetarse a parecer ajeno, no dejará engañar a quien desea acertar.

Y no se debe nadie atemorizar para condenar de presto estas cosas, por ver que la persona a quien se dan no es perfecta; porque no es nuevo a la bondad del Señor sacar de malos, justos, y aun de pecados, y graves, con darles muy dulces gustos suyos, según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa a la bondad del Señor? Mayormente que estas cosas no se dan por merecimiento, ni por ser uno más fuerte, antes algunas por ser más flaco: y como no hacen a uno más santo, no se dan siempre a los más santos.

Ni tienen razón los que por sólo esto descreen estas cosas porque son muy altas, y parece cosa no creíble abajarse una Majestad infinita a comunicación tan amorosa con una su criatura: escrito está, que Dios es amor, y si amor, es amor infinito y bondad infinita, y de tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor que turben a los que no le conocen, y aunque muchos le conozcan por fe, mas la experiencia particular del amoroso y más que amoroso trato de Dios con el que quiere, si no se tiene, no se podrá bien entender el punto donde llega esta comunicación: y así he visto a muchos escandalizados de oír las hazañas del amor de Dios con sus criaturas, y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hacer Dios con otros lo que con ellos no hace: y siendo razón que por ser la obra de amor, y amor que pone admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, de allí mismo sa-

can ocasión de descreer de donde la habían de sacar de creer, concurriendo las otras circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

Paréceme, según del libro consta, que vuestra merced ha resistido a estas cosas, y aun más de lo justo: paréceme que le han aprovechado a su ánima; especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas, y enmendarse de ellas: han durado mucho, y siempre con provecho espiritual: incítanle a amor de Dios, y a propio desprecio, y a hacer penitencia: no veo por qué condenarlas: inclínome más a tenerlas por buenas, con condición que siempre haya cautela de no fiarse del todo, especialmente si es cosa no acostumbrada, o dice que haga alguna cosa particular y no muy llana: en todos estos casos y semejantes se debe suspender el crédito, y pedir luego consejo. *Item*, se advierta que aunque estas cosas sean de Dios, se mezclan otras del enemigo, y por eso siempre ha de haber recelo. *Item*, ya que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ello, pues no consiste la santidad sino en amor humilde de Dios y del prójimo, y estotras cosas se deben temer, aunque buenas, y pasar su estudio a la humildad, virtudes y amor del Señor. También conviene no adorar visión de éstas sino a Jesucristo en el cielo o en el Sacramento: y si es cosa de santos, alzar el corazón al Santo del cielo, y no a lo que se me representa en la imaginación; baste que me sirva aquello de imagen para llevarme a lo representado por ella.

También digo que las cosas de este libro acaecen aun en nuestros tiempos a otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es abreviada para hacer ahora lo que en tiempos pasados y en vasos flacos, para que sea más glorificado.

Vuestra merced siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones y preguntando por el camino derecho, y dé gracias a Nuestro Señor que le ha dado su amor y el propio conocimiento y amor de penitencia y de cruz: y de esotras cosas no haga mucho caso, aunque tampoco las desprecie, pues hay señales que muy

muchas de ellas son de parte de Nuestro Señor, y las que no son, con pedir consejo no le dañarán.

Yo no puedo creer que he escrito esto en mis fuerzas, pues no las tengo; pero la oración de vuestra merced lo ha hecho: pídole por amor de Jesucristo Nuestro Señor se encargue de le suplicar por mí, que El sabe que lo pido con mucha necesidad, y creo basta esto para que vuestra merced haga lo que le suplico: y pido licencia para acabar ésta, pues quedo obligado a escribir otra. Jesús sea glorificado de todos y en todos. Amén.

51—CARTA PARA UNA RELIGIOSA CONTRA LA DESCONFIANZA

Muchas vuestras he recibido después que de esa ciudad partí, en algunas de las cuales me significábades los trabajos en que vuestra ánima estaba, y en otras el consuelo que el Señor os había comenzado a dar, y creo que en algunas de ellas decíades haberos del todo sido tornada la paz y consolación que primero teníades. A ninguna de estas cartas he respondido, o porque mis pecados impiden que yo no tenga gracia para consolaros, o porque vos teníades confianza en mi poquedad. Ahora a la postre recibí una carta, en la cual me decís estar tan afligida, o más que primero: pedísme que os escriba: dióme pena vuestra pena, y ésta me ha movido a os rogar que por amor de Jesucristo crucificado no os dejéis cegar de las tinieblas que la demasiada tristeza suele traer, mas que os acordéis cuán fiel es el Señor a quien vos os ofrecisteis, y cómo es cosa usada a su sabiduría infinita salvar a los suyos por medios que ellos no saben, escondiéndoles el amor que los tiene y enseñándoles algún rigor: y esto no por cruel, mas por verdaderamente misericordioso, sabiendo El que nuestra enfermedad va más segura debajo del azote de la tribulación que encima de las palmas de la prosperidad. Muy agria cosa os parecerá la desconsolación que tenéis: no podréis sufrir el peso de la airada cara de Nuestro Señor que decís que os muestra, y desvíos que decís que os da: mas yo os digo, Hermana, que cuando ahora tiene la tribu-

lación tanto peligro, tanto peligro tiene la consolación: y mucho más debe ser temida la prosperidad que la adversidad; porque en la una corre el ánima peligro de perder a su Dios, y en la otra, aunque padece trabajo, él mismo la incita a más llegarse a Dios. Y si decís que el peso de la desconsolación algunas veces pone en riesgo el ánima con la impaciencia, verdad es; mas sabed que muchas más veces, y con trances más peligrosos, peligra el ánima con la dulzura de la consolación.

Acordaos del Apóstol San Pablo, que con la gracia del Crucificado tenía por gloria los trabajos de la cruz: y aunque de fuera le cercaban guerras, y dentro temores, su ánima estaba guardada como en puerto seguro; mas era tan grande el peligro que corría de la bonanza de las consolaciones y revelaciones, que si no permitiera Dios que sobrevinieran algunas tempestades de trabajos interiores y exteriores, que con grandes pescozadas abajasen su cuello para que no se ensalzase, corriera peligro por ocasión del consuelo, al que no habían podido derribar los muchos desconsuelos; y así lo amargo fué cura de lo dulce, y el ángel de Satanás fué ocasión de provecho al que de la comunicación con Dios se levantaba por su propia flaqueza [siendo] ocasión de caída. Pues si en aqueste vaso de escogimiento esto acaeció, y le fué necesario el padecer para librarse de los peligros del gozar, ¿qué os maravilláis vos que haya Dios mezclado vuestro gozo con lloro, y se haya tornado vuestra arpa en llanto, y vuestras dulces comunicaciones con Dios en desabridos desvíos de El? Sus ojos ven lo que no ven los nuestros, y sabe muy bien la vanidad de vuestro corazón, que no sería para sufrir el peso del favor divinal, o habiendo algunos excesos de trabajos corporales con la dulcedumbre del gusto divino, o teniéndoos en más que a los otros, que de estas consolaciones carecen, o por otras muchas faltas que en la maldad de nuestro corazón caben, cuyo abismo no se puede escudriñar sino de aquel que lo hace. Y si no hay en vos necesidad de esta medicina, porque quizá, aunque Dios os enseñaba favor, no cayérades en estos males, otras muchas causas hay porque el Señor

trate a los suyos, todas las cuales paran en amor, aunque al humano parezcan desamor.

Ya sabéis que se suele decir: «Quien bien te quiere, te hará llorar»: y la Escritura dice (Prov., XXXII): *Que son mejores las llagas del que nos ama, que los falsos besos del que nos aborrece.* Y tened por cierto que el Señor os ama, y por eso os trata de esta manera; porque escrito está: Castiga el Señor al que ama, y azota a todo aquel que recibe por hijo. Y así como en tiempos pasados enviaba Dios a sus amados espantables martirios por manos de crueles sayones, poniéndolos en graves guerras, para después darles hermosas coronas; así ahora, pues han cesado los exteriores martirios, envía a sus amados otros interiores, tan grandes o mayores, aunque secretos, que los exteriores; porque acullá martirizaban los hombres y consolaba Dios, y con la fortaleza del más fuerte eran sobrepujados los tormentos que daban los flacos; mas acá el que desconsuela es Nuestro Señor que se esconde, y los demonios, como crueles sayones, por mil artes atormentan al ánima, que es más sensible que el cuerpo, el cual tormento muchas veces redunda al mismo cuerpo, y está el hombre entero todo de dentro y fuera puesto en desconsuelo de cruz: gime y pide socorro a Nuestro Señor, y no sólo se hace sordo y escondido más que detrás de siete paredes, mas aun siente que el Señor se desvía de ella, no sólo no dándole favor, mas aun enseñándole el disfavor, como con la Cananea, que primero no la respondió, y después la llamó de perra. Hora es aquélla de grande angustia, y en ninguna parte halla el ánima reposo, como cuando uno se ahoga en un profundo mar, sin hallar en qué hacer pie, o como el que está atado de pies y manos, y prueba a levantarse y no puede; porque así como aquel a quien Dios consuela, ningún tormento ni pena le puede desconsolar, así al que Dios desconsuela ninguna cosa le puede alegrar; mas por tal desierto e imagen de muerte conviene ir a los siervos de Dios tras su Señor, y por aquellas tinieblas y tristeza conviene pasar para llegar al descanso. Este martirio ha de pasar por su Esposo el ánima que

por El desea traer empresa de amor, y entre estas espinas se ha de espinar la que quiere ser conforme a su cabeza espinada; y estos tragos ha a beber, y estos sudores ha de sudar la que quiso compañía con aquel que el Jueves Santo en la noche, estando en agonía cruel, sudó por su Cuerpo gotas de sangre, en testimonio de que su ánima estaba triste hasta la muerte. ¿Pensábades, por ventura, que era cosa muelle el servir a Cristo? ¿O que comenzaste pequeño negocio cuando comenzaste de le amar?

Morir conviene cada día, como hacía San Pablo, a los que pelean las peleas del amor, y serles cruel contra sí mismos, como unos vasos perdidos, por no faltar a la fidelidad del amor, al cual nunca bien sirvió el flojo ni el desconfiado; el uno porque busca su propio regalo, habiendo de buscar el contento de su amado; el otro porque creyendo ser amado, enflaquece en el amor; y de estos males libra la fe, junta con obediencia, haciéndonos creer que Dios nos ama, y entonces más cuando más se esconde su amor y cuando más riguroso y cruel se nos muestra; porque la condición de la verdadera fe es creer no sólo con prendas y señales, mas sin ellas, y no sólo sin ellas, mas contra ellas, pareciendo en ésta cualquiera virtud que de allí dé muestra su mayor fuerza y resplandor donde menos ayudas y mayores impedimentos se ofrecen. Aquél es verdadero amor que ama al que merece ser desamado; y aquélla verdadera paciencia que sufre las sinrazones e injusticias; y entonces la castidad merece muy buena corona de gloria, cuando en diversas tentaciones ella está firme. Y así, sabed conocer el verdadero valor de la fe verdadera, que cree y tiene esperanza en la verdad y bondad de Dios contra la esperanza o desesperación que la razón humana o los sentidos podían causar; y con ella vemos lo invisible, por escondido que esté: y por mitad de las lanzas, que son los disfavores de Dios que sentimos, entramos y llegamos hasta lo más secreto del corazón de Dios, y conocemos que nos ama, aunque muestre señales de desamor, las cuales entonces estimamos según verdad cuando las

tomamos por prueba de nuestra fe y ejercicio de nuestro amor y acrecentamiento de nuestra corona y materia de nuestra obediencia, Si no, decidme, ¿cómo será probada la mujer casta sino con combates, y contrarios a su castidad? ¿Y cómo se probará vuestra fe sino con sentir señales de desamor que os mueven a desconfiar?

No os penéis porque vuestro Esposo quiere probar vuestra fidelidad: que cosa es muy usada entre esposo y esposa; y el fin de ello suele ser aumento de mayor amor, el cual no es razón que lo tengáis ocioso, porque en él está vuestra vida y vuestro tesoro, y para hacer este oficio os escogió Dios; y si ejercitarlo queréis ha de ser con amor, sin que sintáis ser amada, queriendo vos y siguiendo al que parece que huye de vos; porque el que no ama sino cuando siente que es amado, no es verdadero amador, pues tiene respeto a sí mismo.

Mas en esto se verá si sois Cananea, en que siendo injuriada y desechada importunéis al Señor, y siguiendo al que huye, y humillándoos al que os trata como a perra, no le dejéis de amar pura y sencillamente, como si sintiésedes grandes regalos y favores de El, que al fin os responderá: Mujer, grande es tu fe, hágase como tú quieres; mas estad vos determinada de serle fiel, y que le digáis de corazón: Yo, Señor, os quiero amar, aunque Vos no me améis: yo os quiero buscar y enseñar buena cara, aunque Vos huyáis de mí: ámeos yo, y haced de mí lo que fuéredes servido; y así tornárseos han los disfavores en ejercicios de verdadero amor, con el cual debéis de quedar más contenta que con los disfavores penada: y no sólo en ello agradaréis a Dios, mas aun ganaréis para vos muy grande corona; porque a la medida de los desconsuelos se ha de cortar la ropa del gozo que en el cielo nos han de dar, y de las semillas de las lágrimas hemos de coger los manojos del alegría: y no por ser consolados y devotos hemos de ser coronados, mas por ser trillados con diversidad de tentaciones, y por gustar gustos de hiel que tengan imagen de infierno y tormentos de él, sufriendo con ánimo igual todas estas cosas, creyendo ser pocas y livianas, en comparación del

sobreexcelente peso de gloria que en los así humillados y mortificados será revelada. y preciarnos de ser obedientes a la ordenación de Dios, no sólo en lo que bien nos sabe, mas aun en lo que nos lastima; porque de otra manera, ¿qué mucho hace la esposa en obedecer al esposo en lo que a ella trae contento, pues para aquello no es menester amor, mas la propia codicia basta para engendrar aquella obediencia?

Y no sé yo con qué ojos le mirará, pues él por ella obedeció al Padre en la obediencia de tanto trabajo, diciendo: «No como yo quiero, sino como tú quieres sea hecho»; diciendo ella al contrario: «No como tú quieres, sino como yo quiero»; queriendo ser llevada por otra regla que su cabeza fué, y que la voluntad siempre buena de Dios sea torcida para se conformar con la nuestra, que busca, no lo que verdadera y eternalmente nos cumple, mas lo que parece nos da algún temporal descanso.

Despertad, doncella, del sueño en que estáis, porque ya es hora: tomad el escudo de la fe, pues que Dios os armó con él: desechad vuestros desmayos, creyendo que sois amada, aunque no regalada, y quejaos de vos, que un poco de disfavor presente basta para más derribaros, que los muchos favores pasados para teneros en pie.

Muy al revés lo hacéis, porque siendo razón que en el tiempo de la tribulación os acordásedes de la pasada consolación, creyendo que lo que ahora tenéis es para probaros, que tanto fiáis de Dios o ponéis vos sospecha en el amor, creyendo más a la seña! y hoja que a la raíz y verdad, no tenéis causa para estar desmayada, aunque estéis trabajada; porque el Señor no se ha ido de vos, sino fingió que se iba, y quiere ver qué hacéis vos, como la madre que se esconde detrás del paramento para mirar y escuchar lo que el niño hace y dice, pensando que la ha perdido, mas después sale y lo consuela con nuevos regalos; y si tenéis temor que por vuestras faltas e ignorancias os ha dejado y dado carta de participación, muy engañada estáis, porque en mayores caídas El consuela, diciendo: *Tú has fornicado con muchos amadores; mas tórnate a mí, y yo te recibiré.* (Jerem., III).

Aunque El quiere que sus siervos conozcan las faltas en que caen, no quiere que se desmayen ni demasiadamente entristezcan; porque suele en esto recibir mayor desservicio que de la misma caída: ni tampoco quiere que la falta que es como un grano de mijo la tengan por muy grande elefante, y muy menos quiere que tengan por pecado lo que no lo es; de manera que no habiendo caído, y estando penada como estáis, ofendéis a su verdad.

Si hubiéredes caído, ofendéis a su misericordia en no creer de llano que os ha perdonado, y ofendéis a su amor sospechando de El que os ha olvidado, y ofendéis a los que os envía teniéndolos por mensajeros y señales de ira, y siéndolo de verdadera misericordia. Atreveos, pues, ya a salir de vuestro estrecho sentido, y sentid de Dios en bondad, como conviene a la honra de Dios, y no viváis tan ciega que queráis medir el corazón bueno de Dios por las reglas del vuestro apocado, ni penséis que os será ahora riguroso Juez el que en otro tiempo y en negocios mayores os ha sido piadoso Padre. No miró a vos cuando os perdonó y llamó, sino a la sangre que por vos derramó; ni está ahora colgado de vuestras manos para amaros por ellas; mas vos estáis puesta y escrita en las suyas, según El lo dice por Isaías, y por ellas os ama, y con ellas os aguarda, aunque cuando a vos parece que os da bofetadas, más es misericordia suya vuestro remedio y salud, que no merecimiento vuestro: hija sois que va por vía de herencia, y no de trabajo de jornalera; habéis de heredar: confiad de Dios y dadle gloria, porque en cosa tan indigna pone sus ojos y a cosas tan bajas tanta alteza ha de ensalzar: y sabed que no ha menester cosa de vos, y si algo quiere es que le deis sacrificio de alabanza, confesándole por vuestro gracioso perdonador y piadoso levantador de vuestras caídas, y velador nunca dormido para haceros mercedes y para sacar bienes de vuestros males, y vuestro sapientísimo guiador, que os lleva y salva por tales caminos que a vuestra ignorancia parecen rodeos muy descaminados. Todo esto hace por su sola bondad, mirando quién es El, lo cual pesa más para salvarnos que vuestra maldad para condenarnos, y

vos lo debéis creer así, que no es mucho que lo más venza a lo menos, y Dios a la criatura: y sea la última conclusión, que como vuestra bondad fué parte para que Dios os amase y llamase, así hará El que vuestra maldad y flaqueza no impida a las misericordias que os ha de hacer para siempre. Continuad vuestras comuniones, y écheos Dios su bendición, que a mí muy bien me parecen, y en el día que tenéis señalado comulgad, y Dios os dará fuerzas para que no os dañe, pues no tiene enojo con vos: El sea vuestro amor, pues le es amador.

52—CARTA A UNA MONJA SOBRE LA MISERICORDIA QUE HACE DIOS A LOS QUE LLAMA A RELIGIÓN

Sierva de Jesucristo: Algunas veces he pensado si Nuestro Señor os ha llevado de esta presente vida a gozar de sí, pues estando acá, y estar tanto tiempo sin hacerme de saber de vuestra ánima, me parece cosa casi increíble, aunque algunas veces es tanto lo que da acá Nuestro Señor a sentir de sí mismo, que no se acuerda el ánima de nadie, por estar toda ocupada en Aquel que es todas las cosas. Plega a su bondad que la causa de no escribirme sea ésta, porque no sólo no me quejaré, mas en gran manera me alegraré; porque ¿qué otra cosa debo yo desear al ánima que en Dios amo como verla toda ocupada en amar y ser amada de Nuestro Señor, pues este es el fin de lo que con vuestra ánima he trabajado y de lo que Dios con vos ha hecho?

Esposa de Jesucristo, ¿cómo os va con El? ¿Tenéisle muy asentado y muy querido en vuestro pecho? ¿Hiere el cuidado de tenerle contento a vuestro corazón para buscar su santa voluntad, aunque sea contra la vuestra? Porque su amor, aunque es gozo y descanso del ánima, por otra parte no le deja reposar, sino como perpetua espuela anda aguijando y solicitando al ánima para que cada día más y más procure de agradar al que ama; y por esto se compara con el fuego, que es cosa que no está quedo, mas siempre la llama viva está obrando y subiendo hacia arriba: no tiene que ver este amor con

tibieza, ni sabe descansar sino en su Señor: y este es amor de esposa leal, que vos, señora, es razón que seáis, pues lo sois en la profesión, y tenéis interior llamamiento para poner en obra a lo que de fuera sois llamada: no os olvidéis del día en que a vuestro Esposo os ofrecisteis en mano de vuestro Prelado, ni del día en que vuestro Esposo metió la mano en vuestro corazón y os dió a conocer a vos misma y a El, cuando dijo en vuestro corazón: «Hágase luz», y huyeron tinieblas y tristeza, y como quien ve la lumbre del cielo vive en alegría y sabe por dónde ha de ir sin tropezar, así si de estos días os acordáredes, veréis que en el primero quedasteis obligada a poner muy particularmente vuestro amor en Nuestro Señor; y pues el contrato del matrimonio obliga a cada una de las partes a amar a la otra, y en el segundo día el Señor os demostró el amor que os tiene, y os dió a vos fuerzas para pagarle vos, según vuestra flaqueza, el amor que le debéis; porque de vuestra parte, ¿qué tenéis vos sino obligación, y no de qué pagar, ni cómo salir de ella, como pobre adeudada, que me parece estar en la cárcel presa *en mendicidad y hierro,* como dice David? Mas el rico Jesucristo os dió de la riqueza de su gracia, con que le conozcáis y améis, y podáis vencer lo que os contrasta, y derribar al fuerte Goliat, que es el demonio, peleador contra los que a Jesucristo quieren servir.

No es razón, señora, no es razón que olvidéis lo que debéis, ni lo que os dieron para pagar; y por lo que os dieron quedáis más obligada a servir a Dios, pues el ser monjas es de muchas, y el recibir lumbre y favor particular del cielo para servir al Señor no es de muchos. Abraham dones dió a los hijos de sus menos principales mujeres; mas al hijo legítimo de la más querida mujer su herencia le dejó, para que entendamos la diferencia de los dones que Dios da en esta vida a unos y a otros. A Dios gracias que vuestras cuerdas y suertes cayeron en lo mejor, pues os fué dada gracia para mudar vuestra vida, para despreciar el mundo de todo corazón, para despreciar a vos misma y para obedecer a vuestra

Prelada como a madre, y amar a todos como hermanos, y a Dios más que a la lumbre de vuestros ojos. Esta es la razón celestial que os fué dada para que vos fuésedes rica y abastada en Cristo puesto en la Cruz, y de allí os viene la mudanza tan favorable y saludable que en vuestra vida hicisteis, la hermosura invisible que en vuestra ánima fué puesta. ¿Qué resta sino que como quien tiene de las riquezas del mundo, luego toma criados para las guardar, así vos seáis muy cuidadosa en guardar las que Nuestro Señor os ha dado, para que no vengáis a empobrecer en el ánima después de haber sido rica, que es vida muy más trabajosa y triste que la de los que nunca supieron qué eran riquezas?

Acordaos de lo que vuestro Esposo dice, y pensad que lo dice a vos, como es verdad: «Ya estás sano; mira no quieras pecar más, porque no te acaezca otra cosa peor». Vivid en un santo recelo, si habéis de poner en guarda lo que Nuestro Señor os ha dado; si habéis de ganar cinco talentos con los cinco que os dieron; si habéis de tener óleo en vuestra lámpara, no unos pocos de años, sino hasta que suene la voz de la muerte en vuestras orejas. El esposo viene, salidlo a recibir; porque si con este cuidado vivís, bien ocupada andaréis, y no tendréis lugar de poner vuestros ojos en cosa del mundo; porque este cuidado basta para dar en qué entender y enflaquecer. La Escritura dice que basta para quitar el sueño. Y si no lo tenéis, pesarme ha mucho, porque faltando éste, luego se entra la vanidad, curiosidad, y tantas cuentas con vidas ajenas cuanta falta de mirar por la propia, y poco a poco viene el ánima a ser siete veces peor que de primero. No espero de vuestra caridad tales frutos, llenos de tanta amargura, mas de bendición y dulcedumbre, como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas, que con hoja y con fruto alegra al que lo labró. Y si por humana flaqueza os habéis algo descuidado, como suele acaecer, despertad luego, y no pase el sueño adelante, porque no sea sueño mortal; y pedid perdón a Nuestro Señor, que es benigno y misericordioso; y aunque se enoja con los defectos de los que ya le

conocen, y los castiga, no desecha a los hijos, mas castígalos, no con furor, mas con vara de Padre: idos luego a El, aunque penséis que lo habéis enojado, que para eso os enseña el enojo, para que se lo quitéis con vuestra humildad y propósito de enmienda. Luego os perdonará, y muchas veces os hará particulares mercedes en pago de vuestros descuidos: no os dejéis endurecer con la tibieza, que es muy mala enfermedad de curar; ni os desmayéis porque no os estáis siempre en aquel fervor que era razón, y sois mujer, y no ángel, flaca, y no con firmeza.

El mayor placer que a vuestro enemigo podéis dar es quedaros caída en el camino como atollada en el lodo, y quebrantada con la desconfianza y como a quien ya no toca el negocio del cielo. Quiere el Señor que sintáis de El su bondad, y que no desecha a los que, conociendo la propia flaqueza, van a pedir remedio y fuerza: y es tanta nuestra soberbia, que muchas veces por sanarnos de ella nos deja caer en cosas que estaban muy lejos de nos, y caídos levántanos; y conociendo por experiencia quién somos agradecemos quién es para con nosotros, y vivimos de ahí adelante con mayor cuidado y recelo de no tornar a perder lo que ya una vez perdimos: y así nuestro sapientísimo Médico y amantísimo Padre saca medicinas de nuestras heridas y vida de nuestra muerte, y nuestra su bondad en nuestra maldad: y aunque peleamos nosotros contra El con armas de pecados provocativos a que nos deseche, sale su bondad vencedora, haciendo mil cuentos de beneficios.

Servid, pues, a este Señor con todas vuestras fuerzas; y si así lo habéis hecho, dadle por ello gracias; y si le habéis faltado, tornad a El con vergüenza y propósito de enmienda, y consolad vuestra ánima con los santos Sacramentos y remedio que dejó, y comenzad el camino de nuevo, y aprended a no tropezar en lo que más veces tropezasteis, para que seáis de aquellos que dice San Pablo: *Que a los que aman a Dios, todas las cosas se les tornan en bien:* y que aunque caen no se quiebran, porque el Señor los tiene debajo su mano; y entre estas

cosas, acordaos de mi pobreza, para pedirme delante del Señor misericordia, y dad mis encomiendas a todas las personas que en esa casa sirven al Señor, el cual sea vuestro eterno amor. Amén.

53—CARTA A UNA ABADESA, CONSOLÁNDOLA EN LA MUERTE DE SU HERMANO

Muy reverenda señora: Desde acá veo cuál está el corazón de vuestra merced con la saeta que el Señor le ha tirado, tan aguda para la herir y tan dificultosa de salir. Juzgo por mi corazón algo de la pena del de vuestra merced; y lo demás saco por lo que el deudo tan cercano y el amor tan entrañable juntos a una atormentarán ese corazón. Menester es medicina del cielo, y plega al Señor se la quiera enviar, pues El ha enviado la llaga. Señora, no sé en trabajo tan grande otro mejor consuelo que mirar que esto fué a provecho del Cardenal mi Señor, que es en gloria, pues aunque dejó su cuerpo acá en la tierra, debemos confiar en la misericordia de Jesucristo, que llevó su ánima al cielo, que ni la misericordia de Dios ni la vida de él otra cosa nos consienten pensar, por incrédulos que seamos. Muy bien está, señora, gozando de Aquel por quien en esta vida tantos trabajos pasó, y teniendo por galardón al mismo a quien en esta vida tanto sirvió.

¡Oh, válgame Dios!; y si cuando estaba en esta vida tanto era su regocijo en las cosas de Dios, que lo apegaba a quien le miraba, ¡qué tal estará ahora en el cielo en fiestas perpetuas, sirviendo y viendo servir a Nuestro Señor con mayor aparato que él deseaba! Muy alegre está, señora, aquel a quien amamos; en ninguna manera quiere estar acá: y si nos viese llorar, nos lo reprendería; aunque sí ve y sí reprende, y por eso es razón que se ponga templanza en ello: decíame él algunas veces que el consuelo de sus trabajos era esperar que lo había de llevar Nuestro Señor de este mundo en camino de salvación: y no osaba él con su humildad, de la cual Dios tan abundantemente lo dotó, decir que había de ir luego

al cielo, sino que se embarcaría para purgatorio, y de allí iría a lo alto; y como Nuestro Señor haya dado este consejo, que nos sentemos en el postrer lugar para que El nos diga: *sube conmigo más arriba*, bien creo yo que hizo con él más de lo que él esperaba, y que le tiene en su eterno gozo, pues acá le dió tanta gracia para le servir y amar.

He aquí sus deseos cumplidos; ya tiene a su Dios por quien suspiraba; ya alaba al que acá predicaba, y también verá a su muy querida y particular Señora la Madre de Dios. Bendito sea Dios, que de vida tan trabajosa, de cárcel tan oscura, de cieno tan lodoso le libró y levantó al pobre del polvo, y lo asentó en sus reales palacios, dándole silla de gloria y corona de alegría con los Príncipes de su pueblo, y ésta para siempre sin fin.

¡Oh, Señora, y si nunca saliéramos de esta habla que tan dulce era, trayendo a la memoria cómo nuestro buen Padre y pastor está reinando con Cristo en la gloria! ¡Oh, si no fuera menester hablar para más que para alegrarnos de su bien, pues que le amamos! Mas volviendo la plática a nuestra pérdida, témplenos el dolor de ella el gozo que de la ganancia de él tenemos. ¡Bendito sea Dios que así lo ordenó, que si a nuestro amado Padre le había de ir bien gozando de su Dios en el cielo, nos costase a nosotros tan gran soledad en la tierra y tan verdadero dolor en el corazón! Señora, recio trance nos es éste, carecer de quien así nos amaba y así nos aprovechaba en uno y en otro. Cayósenos el árbol a cuya sombra descansábamos; no puede ser menos sino quemarnos (ha) el calor del sol, y la rezura del frío que nos dará en descubierto. ¿Qué diremos o qué haremos? Sea el nombre de Jesucristo bendito, que nos quiso atribular para purgar nuestros pecados y despertar nuestros ojos, que estaban muertos de sueño. Bastar debe esto para que recordemos y del todo nos desasamos de este mundo, no teniendo en él cosa en que poner el corazón, sino aguzándonos a imitar a nuestro buen maestro y Padre, para que vayamos adonde él fué y nunca jamás le perdamos de vista.

Huérfanos quedamos, señora, en este mundo: alcemos los ojos al que es Padre de ellos, y pidámosle mayor gracia y favor, pues la hemos más menester, y nos llevó consigo a quien nos solía ayudar. Ya no escribirá a vuestra merced su muy amado hermano cartas de consuelo y esfuerzo; pídale a Nuestro Señor que le envíe en el corazón lo que su siervo le enviaba por cartas. Amigo es Dios de los huérfanos desamparados y desconsolados, y quiso parar a vuestra merced tal, para más particularmente tener cuenta con ella, según dice David (Psalm. IX): *A ti es dejado el pobre y al huérfano: tú serás ayudador.*

Licencia tiene vuestra merced para sentir este golpe mas no para se desmayar; pues así como lo primero es cosa cristiana y es fruto de amor, así lo segundo es cosa contra la obediencia que a Nuestro Señor se debe en todo lo que con nosotros hace, y contra la confianza que El manda tener en medio de los trabajos: Dios llevó a nuestro Pastor, no para dejarnos descarriados, sino para que con mayor gemido llamemos al Pastor de todos, y seamos oídos y remediados de El. Para quedar Jesucristo en lugar de Hermano y de Padre, se llevó al que lo era de vuestra merced, pues la criatura sin el Criador no puede aprovechar nada, y el Criador a solas sí. Solamente sepa vuestra merced entender las obras de Dios, que no vienen de corazón airado, sino amador: y si es ira, es ira de padre que castiga para provecho del castigado, y no por apetito de venganza: sépale responder con amor a este castigo de amor: sepa humillarse a la vara del Omnipotente, y abra su boca, y beba esta purga con paciencia que el celestial Médico le ha enviado, no para que muera, sino para que sane. Agradézcale mucho que no la dejó de curar con amargura el que con blandura no aprovechaba, y contemple cuán gran cuidado tiene Nuestro Señor de su salvación, pues por tantas partes la encamina a ella. Aquesto es, señora, como San Gregorio dice, *un gran empellón para ayudarnos a ir al cielo;* porque con el dolor se purgan los pecados, y despertaremos de nuestra tibieza, y de hecho nos despediremos de esta vida, y cobraremos nuevos deseos de la otra; y pues para estos

intentos lo envía Nuestro Señor, no le seamos pesados en hacerle ofensa con lo que El envía, para que paguemos lo que hemos hecho y ganemos en lo de adelante; y póngase tasa en la tristeza, pues tenemos Señor a quien obedecer en el gozar y el llorar: y en el medio de la pena digamos lo que el Señor dijo en medio de su angustia: *Padre, no como yo quiero, mas como tú quieres sea hecho,* para que seamos hijos de obediencia, a los cuales solos está prometida la corona del cielo.

No se nos pase el tiempo en llorar como muerto al vivo, sino entendamos en vivir como El, para ir a reinar con El: no nos quitemos de Nuestro Señor, ni nos tengamos por menos amados; antes le demos gracias muy de corazón por el bien que a nuestro Padre hizo, del cual nos debemos gozar como de cosa propia, y por el azote que a nosotros envió, porque es para quitar nuestras culpas y coronar nuestra paciencia.

No tenemos, señora, por qué quejarnos; porque si el atribulado es pecador, es purgado; y si es justo, es probado para ser coronado: entendamos en llorar nuestros pecados, para que presto, sin carga de ellos, volemos al Señor, donde están descansando los que aquí lloraron y reinan los que aquí tuvieron cruz. En compañía de éstos han metido a vuestra merced, y señaládola han con señal de cruz: trabaje por dar buena cuenta de esta merced, y mire al Señor de todos cómo fué puesto en ella, y la Madre de El cuán cerca estuvo de ella según el cuerpo, y cuán en ella según el corazón; y que es más estar cerca de tal Madre y tal Hijo, por agria que le sea esta tribulación, que no estar lejos sin ella. Abaje su cerviz y tome este yugo, pues en la de Jesucristo hubo soga que la desollaba, y humille su hombro para llevar esta carga, aunque le duela , pues el Señor de todos llevó la pesada cruz por amor de ella: El la esforzará; pues El la ha afligido; El le enjugará las lágrimas, pues la ha hecho llorar, y le sentirá de aquí adelante más blando, como suelen estar los padres cuando han hecho llorar a sus hijos, que con nuevos regalos y amores les pagan la pena que primero les dieron.

Desembarácese vuestra merced la demasiada tristeza; no deje pasar el tiempo en balde; alléguese a Nuestro Señor como mejor pudiere, que El estará cerca de vuestra merced, según su promesa, y sacará bien de este trabajo, pues para eso lo ha enviado, y haga ese corazón recio, teniendo escrito en él lo que dijo Jesucristo (Joannes, XV): *Como mi Padre me amó, amo yo a vosotros:* el Padre amó a su Hijo mucho, y le entregó en poder de muchos dolores. Ama el Hijo a vuestra merced mucho, y por esto envíale éstos: llévelos con paciencia, como el Hijo llevó los suyos, y será amada de El, y sentarle ha en el trono de El, como El se sienta en el trono del Padre. Y sea la conclusión, que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos, y que todo es barato con alcanzar tan grande bien. Testigo me es Jesucristo, que tuviera por gran merced de El poder ir a llorar con vuestra merced la común pérdida: estórbalo ser el tiempo de Adviento, y estar bien prendado por la palabra para una Iglesia, que no es lícito dejarla. Suplicaré a Nuestro Señor me haga merced de, pasada la Pascua, poderlo hacer. El sea consuelo de vuestra merced como vuestra merced ha menester, y como yo lo deseo.

54—CARTA A UNA SEÑORA MONJA, ATRIBULADA

Recibida vuestra carta, dí gracias a Nuestro Señor porque os ha dado señal que vuestro llamamiento es de su mano; y la señal es que habéis padecido trabajos. No debéis alegraros poco, pues que el Señor os ama, ni debéis descuidaros, pues estáis entre peligros. Mirando al que os llamó con tan grande amor, debéis cobrar mucho esfuerzo, porque no os llamó para desampararos en medio del camino, mas para guiaros debajo de sus alas hasta enseñaros en el cielo su faz. No se aduerma en vos la fe en Cristo ni el amor, que El no dormirá para vuestro remedio. Pruebas son éstas que El suele hacer con quien ama, para probarlos si le aman entre los trabajos y confíen en El entre los peligros.

No es de agradecer que ame la esposa al esposo en pre-

sencia de él, ni es mucho que confíe de él siendo de él regalada; mas conviene que ausentándose él, y aun pareciendo que se olvida de ella, tanto más le ame cuanto más se le ausenta él, y tanto más confíe cuanto menores señales hay para ello. Bástaos, Hermana, haber conocido por experiencia cuán amoroso ha sido Dios para vos, trayéndoos a su conocimiento. No le pidáis más señales de amor; mas certificada de ello, aunque os azote y parezca que de vos se olvida y extraña, no os turbéis, mas decid: Probarme quiere, no atribularme. Amad al Señor, aunque El os azote; confiad en El, aunque no le gustéis; buscadle, aunque se os esconda; no le dejéis reposar hasta que recuerde y responda, que si sois fiel en su ausencia, verle habéis venir a vos con tanta ganancia, que gozando de su presencia deis por bien empleado el trabajo pasado. Esforzaos a padecer, que a la medida de los trabajos os darán los consuelos.

No seáis amadora de vos, y seréis amadora de Dios; perdeos, y hallaros habéis; y si de una vez os fiásedes de Dios, y con amor os ofreciésedes a El, no habría cosa que os espantase. De la poca fiucia nace la helada turbación, y por esto decía Nuestro Señor (Joann., XIV): *No se turbe vuestro corazón ni tema; creéis en Dios, pues creed en mí:* de manera que la fe con amor es causa del sosiego del corazón. No hay cosa que tanto os convenga tener para llegar al fin de la jornada en que Dios os puso, como confiar en El con amor. Muchas y grandes pruebas os hará Dios; grandes tribulaciones se os levantarán de donde no pensáis; mas si de esta fe con amor estáis armada, todo lo venceréis. Acordaos cómo los hijos de Israel, salidos de Egipto con tantos milagros, y pasando tantos trabajos hasta llegar a la tierra que Dios les había prometido, dijeron: la gente que la posee es mayor y más fuerte que nosotros; tienen ciudades muy altas, que llegan sus muros al cielo; no podremos vencer cosa tan fuerte, ¿para qué comenzamos este camino? Y aunque algunos que tenían fe los esforzaban diciendo, que siendo Dios de su parte ligeramente vencerían, como hasta allí habían hecho, prevaleció tanto el temor, que se enojó

Nuestro Señor con ellos, y por la poca fiucia perdieron la tierra, y los mató Dios en el desierto, sin gozar de lo que habían trabajado y Dios les había prometido.

Escarmentemos, Hermana, en cabezas ajenas, y sepamos que se aplace Dios en los que le temen y esperan de su misericordia, y se enoja con los que no. El os sacó del cautiverio de Egipto cuando inspiró en vuestro corazón deseo de ser suya, y os lleva por este desierto tan desabrido, donde unas veces falta el pan de la doctrina, por no haber quien lo reparta; otras, compañía que hable de Dios para que no se sienta el camino; otras, árboles de alegría, y en su lugar mil desconsuelos: ya se levantan tentaciones de dentro, ya de fuera, ya de extraños, ya de conjuntos; mas a esto sólo atended, que quien hizo lo más hará lo menos. Quien de enemiga os hizo amiga, mejor os guardará siendo amiga; quien no os desamparó desamparándole vos, no os dejará queriéndole vos. ¿Quién habría que con verdad diga, que buscando a Dios no le ayudó Dios? No temáis, sierva de Cristo, en todo lo que os acaeciere y pudiere acaecer, en confianza del que os amó, muriendo por vos. Vuestro favorecedor no es sino uno, mas mucho más puede que todos los que contradeciros pueden.

No os parezcan grandes gigantes y fuertes ciudades las que habéis de combatir, porque no sois la que habéis de pelear; mas vos callaréis, y el Señor peleará por vos: no huyáis vos de la guerra, ni os déis por vencida: estad constante, veréis el favor del Señor sobre vos; que en esta guerra, aquel sólo pierde la corona que da a huir de la guerra. Flaca sois; mas en vuestra flaqueza enseñará Dios su virtud: poco sabéis, mas Dios será vuestra guía: en vuestras miserias enseñará Dios sus misericordias. ¿Quién sois vos para pasar tales trances? Mas decid con David (Psalm. XXVI): *En mi Dios pasaré yo el muro.* ¿Quién vos para pelear? Mas decid: si se levantaren contra mí millares, no temerá mi corazón. Creed, Hermana, que cuanto es este negocio para vos difícil, tanto es para Dios ligero. Así, desconfiad de vuestra flaqueza, que no desconfiéis de su fortaleza. Verdaderamente os coronará

si perseveráis en su amor y confiáis que por su gracia alcanzaréis la corona.

No os olvidéis de aquella promesa de Cristo (Matth., X): *Quien me confesare delante de los hombres, confesarlo he yo delante mi Padre, que está en los cielos; mas quien me negare delante los hombres, negarle he yo delante mi Padre, que está en los cielos.* ¿Paréceos que se deben estimar por trabajos los que se pasan por confesar a Cristo, pues tal galardón se les dará, que Cristo con mucha honra el día del juicio nos ha de confesar delante el Padre? ¡Bienaventurado padecer deshonra y pobreza, a la cual tanta honra ha de suceder! ¿Qué será, Hermana, oír de la boca de Cristo delante el mundo universo: «Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado?» ¿Qué será cuando los ángeles canten a la que aquí hubiere sido fiel sierva del Rey celestial (Matth., XXV): *Ven, esposa de Cristo, recibe la corona que el Señor te tiene aparejada,* no para un día, mas para siempre? ¿Qué sentirán las esposas de Cristo cuando, pasado el mar de este mundo, quedando los enemigos que nos perturban en él ahogados, con gran alegría, por haber pasado este peligroso mundo sin habernos ahogado en sus vicios, cantemos con gozo (Psalm. CXXIV): *El lazo se ha quebrado, y nosotros hemos sido librados: nuestro favor en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra?* ¿Qué será cuando la verdadera María, Virgen de vírgenes, vaya con su adufe en la mano delante, que es su cuerpo sagrado, alabando a Dios en cuerpo y en ánima, y cante diciendo (Psalm. XXXI): *Engrandeced al Señor conmigo, y ensalcemos su nombre en concordia y compañía?*

Bienaventurada vos si fuéredes fiel al Esposo que os escogió: bienaventurada vos si os atreviéredes a perder lo presente, debajo de la promesa certísima de Cristo. Fiad, Hermana, de tan cierta palabra, que no sois vos la primera a quien la ha dado y cumplido, ni seréis vos a quien su palabra falte: dióla a Caterina, Inés y Bárbara y Lucía, con otras innumerables doncellas: mas decidme ¡cuán por entero se la cumplió! Atreviéronse a despreciar lo presente; veislas que ahora reinan con Dios:

vivieron acá con trabajos, y ahora para siempre reinan y descansan: cuántos combates pasaron, y ahora reinan de las coronas del vencimiento: huyeron los esposos de la tierra, y agradaron al Rey de los cielos: si este mundo hubieran seguido, ya fueran sus placeres pasados y sus memorias en olvido puestas; mas amaron al Eterno, y por eso ni su bien se acabará, ni su memoria se envejecerá: fueron escritas en el libro de Dios, y por eso ni agua, ni viento, ni fuego, ni tiempo las podrá envejecer, porque aquel libro es incorruptible, y así lo es quien en él está escrito.

Hermana, pues esforzaos en Dios vuestra salud, y no penséis que os vende caro su cielo, que aún no habéis derramado la sangre por El como aquéllas la derramaron.

Trátaos Nuestro Señor como a flaca, y habíades vos de afrentar de ello. Si más fe y confianza tuviésedes para confiar y mayor amor para padecer, más peleas os procuraría el Señor para que mayores coronas ganásedes. No os contentéis con padecer poco, pues tan grande será vuestro galardón, y tan mucho fué lo que Cristo por vos padeció. El dió su vida por vos, y fué despreciado e injuriado: ¿de qué os quejáis vos de una picadura de mosca? Amad, y desearéis padecer: dóblense vuestros amores, y sufriréis doblados dolores: el amor de Cristo hace a sus poseedores más codiciosos de padecer, que el amor de sí mismo de descansar: hace que pese poco la carga toda que le echan, porque es más fuerte que la muerte. Quien no ama, gime como animal perezoso debajo la carga; mas el que sí, corre y vuela, porque las alas le hacen no sentir el peso del cuerpo ni de cuanto le echan encima.

No son, Hermana, grandes nuestros trabajos, mas es pequeño vuestro amor; no pesa mucho una libra de peso, mas un niño dice: ¡ay, cómo pesa! Si la alzase un hombre, ni aun miraría en ello: y así, esto tomad por señal, si tenéis poco amor, que os pesarán mucho los trabajos: y si mucho amor, ni aun miraréis en ellos, porque así os embebeceréis en amar que ninguna cosa de aquel sabor os aparte: en el mismo padecer hallaréis sabor, y de la piedra dura sacaréis agua, y de las peñas sacaréis miel.

Amad, y no trabajaréis, mas iréis sobre los trabajos como señora, bendiciendo a aquel que os libertó. Si os amenazaren con muerte, diréis que venga enhorabuena, para gozar de la vida; si con destierro, que adondequiera estáis desterrada hasta que veáis a Dios, y poco se os da ir al cielo desde la una parte de la tierra o desde la otra: si a Dios tenéis, dondequiera os irá bien; y si no, en vuestra tierra os irá mal. Si os viéredes despreciada, decid: *Cristo es mi precio, El me precia; desprécienme todos, porque El solo me precie.* No os afligiréis con la necesidad de las cosas presentes, porque vos misma las despreciaréis por deseo de conformaros con Cristo, que se hizo hombre pobre por vos.

¿Qué cosa puede haber que os espante, si os ha herido el amor de Cristo? Hollaréis los demonios, reíros habéis de las amenazas, pasaréis con osadía entre los enemigos. Confiad de Aquel que ama a los que le aman. Todas las cosas podréis en El: id a comprar de El, aunque os pida por El todas las cosas; y no estéis sin amor, aunque os cueste la vida: tesoro escondido es; mas quien le halla, todas las cosas vende para comprarle, porque con solo El se halla más rico que con toda la muchedumbre de todas las otras cosas; y si a todos conviene tener amor, ¿cuánto más a la que Cristo tomó por esposa? Al siervo conviene temer, al hijo honrar a su padre, mas a la esposa amar a su esposo.

Amad, Hermana, a Nuestro Señor y no tengáis reposo hasta que El este don os conceda. Amadle, y con reverencia, que este es el amor que le agrada: no le tengáis en menos porque se os comunique; mas admiraos cómo una alteza tan grande se abaja a una tan profunda vileza; de los criados es tener a uno en menos porque se hace como compañero, que si se hiciese como señor: mas los que viven en luz en más estiman al Señor, mientras El más se les abaja: el verdadero amor de Cristo esta señal trae consigo en prueba que es de El, que así como siente la bondad de Dios y la estima, así siente la maldad del hombre y la desestima.

Amad, pues, adorad, servid al Señor en gozo; mas go-

zaos con temblor; no que os haga temblar como a esclava por miedo de los tormentos, mas como a verdadera hija, que tiembla de dar un enojo a su padre, por pequeño que sea. Ninguna cosa de éstas podréis de vos; mas si os humilláis conociendo vuestras miserias, y os presentáis a menudo delante vuestro Médico Cristo con la oración, y lo metiéredes en vuestro pecho por la Comunión, y le oyéredes hablar en la lección, y os dejáredes curar todo lo áspero que os acaeciese, tened confianza que poco a poco os irá sanando: no huyáis de sus manos, aunque os duela la cura, que El os dará sana a su tiempo: y por las penas que os enviare y placeres que de presente os quitare, El os dará su abundantísimo placer, que así como río os embriague, adonde os alegraréis para siempre, sin que bien ninguno os falte y sin temor de perderlo: allí os daréis por contenta y pagada, porque más bien os será dado que vos podréis desear, el cual no es criatura, mas Criador de todas las cosas, verdadero Dios, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

55—CARTA A UNA MONJA QUE QUERÍA HACER PROFESIÓN

Dos veces estuvo la sagrada virgen María esperando grande fiesta, y se aparejaba con grande cuidado para salir a ella muy ataviada del espíritu, el atavío que es el que luce delante de Dios. Una fué cuando habiendo concebido al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, esperaba el día en que El encerrado en su vientre saliese afuera, y viese ella con sus corporales ojos, y tratase con sus manos, y tuviese en sus pechos al deseado de todas las gentes, mayorazgo del Eterno Padre y lumbre de El.

¡Qué pensamientos tendría la Virgen, y cuán suspenso andaría su corazón deseando ya ver amanecido el día en que habiendo salido de sus entrañas un tal Hijo, quedase verdadera Virgen como el día en que nació, y mucho mejor! Cuidadosa andaba no faltase algo de lo necesario, y principalmente de tener tal su ánima, que el día de las vistas del Niño y de ella no hubiese cosa en toda

ella que no pareciese muy bien a los ojos de El, y así fué ello. La otra vez que esta Señora anduvo cuidadosa con la espera de otra fiesta fué este santo tiempo en que estamos, en el cual se andaba aparejando para el día en que había de salir de este destierro y subir a la celestial silla que su Dios e Hijo le tenía aparejada, adonde, servida y reverenciada de todos los ángeles, estuviese ella reverenciando y bendiciendo, amando y gozando al abismo de la dulzura infinita, que es Dios. Ninguna mujer tanto se aparejó para casamiento ni para otra fiesta como esta Señora para el día de su coronación y dignidad; y así salió tan hermosa, que los ojos de Dios se huelgan de mirarla, y sus orejas de oírla: y si atavío buscó, hallólo, y salió a la fiesta sin mancha ni desgracia ninguna.

¿Habéis oído estas cosas, sierva de Cristo? ¿Habéislas entendido? Pues a vos dicen, y para vos se dicen. ¡Bendito sea Cristo por siempre, que tan cercana del santo y limpio parto os ven mis ojos y oyen mis orejas! ¡Cuándo aquel virginal propósito que habéis concebido por inspiración del Espíritu Santo saldrá afuera a ponerse en obra, y el Cristo tierno y Niño que traéis dentro de vuestras entrañas lo tomaréis en vuestras manos, quiero decir, en vuestras obras, y morará en vos, no sólo en el corazón, mas también en el cuerpo, siendo sellado con su sello, dentro por su amor y de fuera por su imitación, y en el ánima con entereza y en el cuerpo también: el espíritu encendido con el fuego de la caridad, y el cuerpo mortificado con la limpieza de la virginidad! Este día esperáis, y para este día os llama Cristo diciendo (Cant., II): *Levántate y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, porque se ha pasado el invierno, ya se han ido las lluvias, flores han aparecido en nuestra tierra, el tiempo del podar es venido.*

Si hasta aquí, señora, habéis vivido en invierno de frialdad del amor divinal, ya viene el verano del ardor que santifica, con que las lluvias de los pensamientos, y de los descontentos, y de las turbaciones y mudanzas se van, y os nazca alegría nueva y frescor de esperanza. Las flores que en vuestra tierra han aparecido, el propó-

sito de virginidad que Dios os ha dado es, que por no estar firmado con voto se llama flor.

Y dice Cristo que esta flor ha aparecido en nuestra tierra. Porque el cuerpo de la Virgen particularmente es de Cristo y tierra suya, que le acude, no con treinta o setenta tanto, mas con ciento tanto, por ser la virginidad la cosa más alta que en lo que toca a la carne puede haber; y dice que ya viene el tiempo del podar, porque presto convendrá cercenar de vuestra ánima mil pensamientos y deseos que antes teníades, que aunque no fuesen pecados, eran muy bajos y llenos de tierra, y en ella habían de parar, y han de nacer otros magníficos que desprecien todo lo que acá se puede gozar, y se enderecen a ganar a sólo Dios. Conviéneos, señora, echar de vos lo visible, si queréis gozar de lo invisible: conviéneos dejar, si queréis recibir: decir de no a cualquiera cosa que a vos venga, por decir a Dios de sí. Vaso sois, echad toda la hiel, y recibiréis miel: que los gavilanes que crían para cazar buenas aves ciérranles los ojos, para que no vean las de poco precio y se arrojen a ellas, y encarnizados allí dejen de seguir las de más precio. Y así os conviene cerrar los ojos a todo lo poco, y decir al Señor (Psalmus CXVIII): *Aparta mis ojos, porque no vean la vanidad;* porque no os abalancéis a ello, y quedéis satisfecha con la tierra, pues que fuisteis criada para el cielo.

Dejad aparte lo que se pasa, y abrid los ojos a la caza, que es de mucho precio Dios, y a El os abalanzad, aunque os cueste la vida. Podad de vos todo lo que Dios no es: cercenad toda cosa que no es a propósito del estado que queréis tomar; que si antes queríades ser una, ya queréis ser otra, tanto diferente cuanto el cielo de la tierra, y la esposa del Rey de la esposa del esclavo. A vida nueva, pensamientos nuevos; a palabras nuevas, obras nuevas, y todo nuevo le pertenece: este tiempo está ya cerca cuando vuestro niño salga a luz, y quedándoos virgen deis fruto de bendición de la mano de Dios por obra de su Santo Espíritu, que fecundará vuestro entendimiento para conocer a Dios, y abrasará vuestra voluntad para le amar, como hizo a la Virgen María,

que le inspiró en el tiempo del concebir y la hinchó de gracias al tiempo de parir. Ya creo deseáis este parto, pues no ha de ser con dolor, antes con alegría, pues no es de aquellos de los cuales se dijo a Eva (Genes., III): *En dolor parirás tus hijos;* porque aquello es cosa de carne concebida en pecado, estotra es obra de espíritu inspirada por Dios: y si antes que este día venga, tanta alegría siente vuestra ánima con sólo el olor y esperanza de él, ¿cuánto más copia de ello habrá en la misma fiesta? Osad, sierva de Cristo, decir al mismo Señor que os ha convidado para tanto bien; osadle decir lo que la Esposa en los Cantares dice (Cant., VII): *Ven, amado mío, salgamos al campo, moremos en las alquerías, levantémonos de mañana a las viñas, veamos si nuestra viña ha florecido, si las flores han parido frutos y si han florecido las granadas: allí te daré mis amores.*

Convidad al que queréis tomar por Esposo a que salga al campo con vos, y suplicadle que se desembarace todo vuestro entendimiento y corazón de todo el bullicio de aqueste mundo, y os mortifique tanto todo lo que pasa, como si ya estuviésedes fuera de este mundo sola vos y Cristo: y esto es salir al campo, porque quien esto ha hecho vive en anchura y alegría, y no la estrechan las marañas que traen consigo las cosas de acá; y para dar a entender que esto no ha de ser por un rato no más, añade diciendo: *Y moremos en las alquerías,* y desde allí levantémonos de mañana a las viñas; porque mientras la persona está ocupada y alterada con los presentes cuidados, ¿cómo podrá entender con atención en las cosas de su conciencia, que es viña de Dios?

Harto tiene que entender en tráfagos y zozobras; y aunque alguna vez desea y propone levantarse a entender en su alma, luego la derriban las olas de las temporales mudanzas, y aunque con remordimiento de conciencia, en fin de cansada deja lo que más desea y entiende en lo que aborrecía. Alguna vez llega a tanto la miseria, que deja ya de desear entender en su ánima, porque las muchas olas ahogaron aquel poquito de buen deseo que en ella estaba. Vos, doncella, a quien Dios ha amado

y libertado de los cuidados del siglo, salid al campo de la anchura del corazón, hollad todo lo de acá, y gozaréis de una alegría que todo el mundo no os la puede quitar. Levantaos de mañana a entender en vuestra conciencia, pues este solo cuidado habéis de tener, y este ha de ser vuestro oficio; porque, como dice San Pablo (Cor., VII): *La mujer casada tiene cuidado de cómo agrade a su marido y a Dios*, y está repartida: mas la doncella que no se casa, tiénelo en cómo agrade al Señor, para ser santa en cuerpo y en espíritu. Levantarse de mañana es comenzar nueva vida y examinar la conciencia. Cuando Dios envía el rayo de luz, entonces no ha de dejar la persona pasar aquel tiempo; sino como el trabajador se va a trabajar en saliendo el sol, así la tal ánima se ha de esforzar al bien cuando siente espuelas de Dios. Y allí se ve si las flores han echado frutos, porque no hemos siempre de estarnos con buenos deseos, sin ponerlos en obra; porque la flor que pasa de su tiempo sécase y marchítase; y el niño que no saliese del vientre al tiempo acostumbrado, se moriría. Y los propósitos que no se ponen en obra, ¿para qué son? Salga, pues, señora, vuestro propósito a luz: tórnese en fruto la flor.

Mirad a la Virgen Madre, que concibió por Espíritu Santo, y parió con alegría, dando fruto, y quedándose con la flor; porque cuando el buen propósito se pone en obra no se pierde, antes se confirma. Y también mirad si las granadas han florecido; porque la doncella de Cristo no se ha de contentar con cualquier amor de El, sino amor hasta desear derramar la sangre por El. Y este derramamiento de sangre se significa en las granadas, que han de estar muy vivas y floridas en el ánima de la esposa de Cristo, y allí le dad vuestros amores: porque después que seáis esposa, ¿qué os queda sino cautivaros del amor de Aquel que por vuestro amor se hizo extranjero en la tierra, y padeció treinta y tantos años con fríos, calores y cansancios, y después dió su vida por ganar vuestra ánima, mejor que Jacob por alcanzar a Raquel? ¿Qué habéis de hacer sino responder al que os ha llamado, y seguir al que delante de vos va con su

cruz, y mirar en hito, sin volver a otra parte los ojos, al que así tan piadosamente os ha mirado, que os ha quitado de la tierra para trasponeros en el cielo, y os quita de ser sierva de hombres para que gocéis de ser sierva de El, que es ser Reina y Señora? Aparejad vuestro tálamo, que así como la Virgen María andaba ahora cuidadosa con la subida al cielo, así lo debéis vos estar para vuestra subida a la celestial vida; porque la virginidad no es cosa de la tierra, no es cosa humana, parienta es de los ángeles; y vivir en la carne, y no según la carne, no es humana virtud. Angel terrenal es, virgen u hombre celestial, pues que desde acá ya guarda entereza e incorrupción, como en el cielo la hemos de guardar, donde no habrá casamientos ni cosa que le parezca. Y pues queréis subir a cosa tan alta, vivid con cuidado de parecer tal aquel día a los ojos de Dios, que os eche su bendición y os cuente en el número de sus favorecidas.

La Virgen Madre fué subida al cielo, y vió a su Hijo bendito, y está con El; y vos tendréis en el altar y recibiréis aquel día en vuestro pecho al mismo que ella trajo en los suyos y al mismo que reina en el cielo: escondido vendrá, mas El mismo es; porque si manifiesto viniese, no podríades sufrir su resplandor y hermosura; y por eso, no por falta de amor, sino por vuestro bien, viene así. Pues quien tal día espera, no debe dormir: quien tal huésped atiende, ataviada ha de tener su casa: quien tal esposo aguarda, no ha de ir fea ni llena de andrajos; y quien tal Sí QUIERO ha de dar, menester ha pedir la gracia del Señor para ser bien casada. ¿Qué haréis, señora, para este día alegre y terrible? ¿De dónde compraréis atavíos para bien parecer al que ama vuestra ánima? Idos a los pies de El, y confesadle vuestra flaqueza y pobreza, y suplicadle que os vista y atavíe de la ropa de sus entrañas, que otrosí El no os puede dar mejor joya para bien parecer.

No cura El de oro, ni plata, ni brocado, ni esas poquedades en que miran los ciegos; mas la lindeza del ánima, que lavada con la sangre de El se para más blan-

ca que la nieve, más hermosa que la luna y más clara que el sol, y muy mejor ataviada que lo estuvo la Reina Ester. El os vestirá y dotará y hermoseará: suplicádselo vos estos días, entendiendo en el pedir perdón de los años que no le habéis mirado a El, sino a vos: del tiempo que habéis vivido con vos, no con El: del tiempo que os habéis amado, y a El no, sino para vos; y lavad vuestra faz con agua de lágrimas por los años que no habéis conocido ni amado como debíades a quien siempre os miraba, guardaba y amaba; y leed algunos ratos en libros santos, y repartid algunas limosnas a los pobres, y recogeos un rato a rezar por la mañana y otro por la tarde, y no cesen de os decir Misas, y rogad al Señor por vos, el cual os haga tan suya que podáis decir: *Vivo yo; ya no yo, mas vive Cristo en mí;* y os ponga por luz adonde otros miren para gloria de Cristo, al cual sea alabanza y hacimiento de gracias, ahora y para siempre jamás. Amén.

56—CARTA A UNA MONJA EN TIEMPO DE NAVIDAD, PARA RECIBIR AL NIÑO JESÚS

Señora: Hágale muy buena pro el Niño nacido en el portal de Belén, y de allí en su corazón, que, como nació para muchos, espero yo de El que una de muchos es vuestra merced, y que no sólo nació para ella, mas nació de ella; pues dice El, que quienquiera que hiciere la voluntad del Padre, que está en los cielos, aquel es mi hermano y hermana y mi madre: y si a alguno está esto bien lo está a las monjas, las cuales por ser vírgenes tienen más semejanza con la Madre Virgen que lo parió, que no otras personas, y se huelga mucho el Niño de ser concebido, nacido y envuelto y tratado de cuerpo virgen, porque El es virgen: que de El es escrito (Cant., VI): *Que se apacienta entre lirios*, que significan las flores de la virginidad: y aunque vírgenes, no han de ser estériles, pues que eran malditas las estériles en Israel, y significaba aquella esterilidad del cuerpo a la del ánima: porque serlo en el cuerpo no es culpa ni peligro para el

ánima; mas serlo en la del ánima es causa de ser maldito de Dios, como lo fué la higuera, que por tener hojas y no fruto fué de El maldita.

No esté, pues, la doncella en el cuerpo sin fruto en el ánima, y éste sea el Niño Jesús, fruto bendito, por el cual es bendita la que lo concibe: éste se concibe con el amor del corazón, y nace cuando sale el amor a la obra, aunque alguna vez acaece lo que dice Isaías (capítulo XXXVII): *Venir los hijos hasta el parto, y no haber fuerza para los parir;* que es cuando uno está con sus buenos deseos y nunca se atreve a ponerlos en obra por pereza o por temor, o por otra cualquier causa. Estos serán acusados y condenados en el juicio de Dios por personas que ahogaron los hijos que habían concebido, pues que nunca sacarlos a luz de la obra es matarlos dentro del vientre. ¡Ay de éstos que se les pasa toda la vida en deseos, y les halla la muerte sin obras, y van al lugar donde no sólo no les aprovecharán los deseos que tuvieron, mas serán castigados porque no efectuaron las buenas inspiraciones! Tornarse han contra ellos sus propios hijos, como fueran por ellos (1) si los sacaran a luz. Señora, no sea ella de aquestos, mas diga como dice Isaías (cap. XXVI): *Mi ánima te deseó en la noche, y mi espíritu en mis entrañas; en la mañana velaré a ti.* Aquí está junto deseo con obras, pues desea de noche y se levanta por la mañana, por no ser como el perezoso, del cual dice la Escritura (Prov., XXVI): *Que se está en deseos sin levantarse de su sueño y cama de la mala costumbre para velar al Señor.*

No esté, señora, sin este Niño, por mucho que le cueste, porque todo es barato, aunque a trueco de El le pidan la vida; y páralo, no con tristeza como Eva parió, mas con alegría como la Virgen María: quiero decir, no sirva al Señor con quejas ni tristezas, sino con ánimo voluntario, que le parezca todo lo que hace que no es trabajo de media hora: que así decía Jacob por amor

(1) Los buenos deseos que tuvieron serán sus acusadores, como hubieran sido sus defensores, si los hubieran ejecutado.

de Raquel; y San Bernardo decía: *Lo que yo paso por Jesucristo, a duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento.* Muchos conciben buenos deseos con placer; mas al tiempo del parir la buena obra sienten tan grande dolor, que no quieren restituir lo que deben, perdonar a quien les injuria, dejar sus placeres. Los cuales son muy al revés de Nuestra Señora y Madre del Niño, que lo parió con mucha alegría, para darnos ejemplo que así hagamos nosotros y tengamos por tan gran bien el ser madre de El, que cualquier pena que se pase en las obras se nos torne alegría; porque nos ha nacido hombre en el mundo, que es Hombre y Dios.

Mas quiero, señora, avisarle de una cosa que mucho le cumple: que de tal manera se goce con el Niño que le ha nacido, que no se descuide en la guarda de El, porque no se le maten o no se le muera, porque casi en naciendo luego se levanta Herodes contra El con deseo de le matar: y por esto avisa el mensajero de Dios a José que lo quite de allí y lo lleve a Egipto: dándonos a entender que en naciendo Cristo en el ánima, luego se levanta el demonio con deseo rabioso de nos matar el bien que en el ánima nos ha nacido; y por esto nos hemos de gozar con temor, porque la demasiada seguridad no nos traiga a peligro, y tengamos más pena por haber perdido el bien que placer por haberlo tenido.

Muchos ha habido que supieron ganar y se vieron ricos con los bienes del ánima; y porque se descuidaron de criar lo que había en ellos nacido, se lo mataron o se les murió de hambre. A Isboset mataron dos malos hombres porque se durmió la portera, que estaba aechando el trigo; porque quien no tiene vela sobre su corazón para discernir quién entra en él, si es trigo o si es paja, poco tiempo durará con la vida, y por esto nos amonesta la Escritura diciendo (Prov., IV). *Con toda guarda guarda tu corazón, porque de él procede la vida;* y mal puede guardar quien duerme, ni discernir paja de trigo quien tiene los ojos cerrados. ¡Oh, cuántos no miraron que es menester ser prudentes en el servicio de Dios, y no oyeron lo que dijo San Pablo (Ephes., V):

No queráis ser hechos imprudentes; mas entended cuál es la voluntad del Señor; y por no saber apartar lo verdadero de lo aparente fueron poco a poco engañados, y del descuido vino el sueño, y de aquél la muerte al que guardaban!

Vele mucho, vele el pensamiento de la persona que tiene en su pecho a Jesucristo, y mire con siete ojos quién es el que entra en el ánima; porque tan gran bien como es observar a Dios en el ánima, no se deja poseer de los descuidados ni necios, y pagan después con lloros su poco saber, que tan caro les costó, y plega a Dios no con infierno. Otros hay que aunque no haya Herodes, que es el demonio, que les mate su Niño, ellos mismos lo dejan morir de hambre, porque se dejan vencer de la pereza, y tras ella viene la pobreza, y así mueren de hambre sus hijos, y el padre fué el que los mató. Raquel decía a su marido Jacob: *Dame hijos, si no yo moriré;* y así lo dice la gracia que en el ánima mora, porque si no se ejercita en producir frutos de sí, poco a poco viene a morirse; y ¡ay de aquel que queda sin ella!

¡Oh malaventurada pereza! ¡Oh malaventurada ocupación, que fué causa que se nos fuese la gracia, por la cual éramos amigos del altísimo Dios! ¡Y malaventurado descuido que en cosa tan preciosa hubo! A trueco de cuidar cosa de tanta vileza, el sólo decirlo y oírlo da grande espanto, y nos debe ser suficiente motivo para desterrar toda pereza; y puesto silencio a todo lo que estorbare, pueda entender en dar mantenimiento de buenas obras, palabras y pensamientos al Niño que nos nació, porque no nos acaezca lo que a la higuera que el Señor maldijo porque no tenía fruto, sino hojas de vana apariencia: y si El nos maldice, ¿quién nos bendecirá?

Secarnos hemos de raíz, y después secarse ha todo lo que en nosotros hubiere, que no quedemos para otro sino para arder en el fuego como leña muy seca. Pongamos, pues, cuidado en el Niño nacido, y guardémosle de las asechanzas del demonio, como el ángel avisó a San José; y vivamos como diligentes obreros en el ejercicio de la ley de Dios, para que demos de comer al

Niño y no se nos muera; y no esperemos al punto que está para morir, dándole entonces el mantenimiento: mas traigámosle vivo, y gordo y alegre, contento y harto, dándole muy bien de comer con abundancia de buenas obras; porque si lo dejamos enflaquecer, allende que no es buen padre quien así trae a sus hijos, muchas veces acaece de tanta hambre y flaqueza venir a morir; y por esto quien le desea la vida, guárdelo de flaqueza y enfermedad; y no ame el pasear, sino el trabajar, quien tiene hijos de mantener; y así lo haga quien tiene a Jesucristo en su corazón; pues que los hijos de los Reyes son curados de sus amas con gran cuidado, y aun con gran galardón o castigo, según hacen el oficio.

Mas por mucho que sea, es mayor el que Nuestro Señor da al que bien lo haya criado en su corazón; porque si el Niño muere, el ánima muere: y así, so pena de la vida del ánima, ha de trabajar de guardar la vida del Niño; mas si vive le será dado vida, y vida eterna, siendo el mismo Dios Hombre galardón de la tal ánima en los reinos celestiales, manteniendo El a ella, y cuidándola, y velándola y defendiéndola, hartándola, y dándole todo lo que ha menester, que le sobre muy sobrado: de esta manera paga Dios a sus madres que lo conciben y amas que lo crían. Plega a El dar a vuestra merced gracia para que sepa servirle muy a contento de El; y ésta dará si la pide, como hizo su verdadera y natural Madre, que pidió con instancia la gracia para saber tratar al que reverenciaba como a su Dios y amaba como a Dios e Hijo, y fuéle dada, y nunca le hizo servicio que a El desagradase. De esta Madre sea vuestra merced devota, porque a ejemplo de Ella sepa criar su Niño; y pidiéndole su intercesión, mire su diligencia y cuidado.

57—CARTA A UNA RELIGIOSA AFLIGIDA Y DESCONSOLADA: ENSÉÑALA CÓMO SE HA DE HABER EN SUS TRABAJOS

Señora: Confieso a vuestra merced cuando veo sus cartas que se me mueven las entrañas de compasión, y quizá se me rasgan de no ser para ayudarle en algo a llevar

su trabajo: y si a vuestra merced le parece que está en mi mano la ida a la ayudar, sepa vuestra merced que hay otra cosa; y Si de arriba no viene, no podemos tomar nada, como dijo San Juan (cap. III, v. 27): Plega a Nuestro Señor de la esforzar y consolar como yo deseo. *Amén.* Y paréceme, según en su carta veo, que no ha vuestra merced estudiado lo que a vuestra merced otras veces he escrito, diciendo que conviene mucho no entristecerse por las faltas en que cae, porque se sigue mayor mal de ello que las mismas faltas; y digo esto por las tristezas grandes que dice tener, que cierto han nacido de no desecharlas a los principios. Pídole por amor de Nuestro Señor que no lleve este negocio a fuerza de brazos, pues vale más maña que fuerza, y que se contente con que por la sangre que Jesucristo derramó ella tiene una vida, que ya que no sea de perfecta monja, es a lo menos de cristiana pecadora, y puede esperar de ir a purgatorio con ella.

Y ya que no creciese en bien, no se derribe ella misma a mayores males, como quien dice: «pues no me dan lo que quiero, yo desecharé lo que me dan»; y vaya con dolor su camino, que al fin no será su ánima perdida, sino cobrada en el cielo por Jesucristo: y esto le pido que me crea, no obstante que no me escriba los males que tiene, porque aunque le parezcan muchos, Nuestro Señor la quiere salvar, y la salvará, y El sabe el porqué no le da el deseo de su corazón; que posible es que si se lo diese, sería dañoso por las partes que ella no sabe; pues hemos visto a muchos haberse dañado con la espiritual prosperidad, otros haber ido seguros con la pobreza y fatiga como ella va. Haga vuestra merced aquello para que Nuestro Señor le dé fuerzas, y trabaje por no caer en ofensa mortal, lo cual espero en Nuestro Señor que le dará para ello su mano; y si la quitase, no por ello desmaye, sino váyase luego a lavar a la fuente de la limpieza, que es el sacramento de la Penitencia, y torne a caminar como primero; y si le parece que este modo de vivir es desconsuelo, por no estar su ánima sana, verdad es; mas dígole que lleve su desconsuelo con paciencia,

como un enfermo hace con su enfermedad, y conténtese, que no es mal de infierno su mal; y esto agradezca mucho a Nuestro Señor, pues por su infinita bondad al fin puede esperar con la vida que tiene que se ha de salvar: que no ama Nuestro Señor tan livianamente las ánimas que así de ligero las condene al infierno; y si vuestra merced no fuere una de las que irán a El por el camino muy derecho, y con hermosura muy grande, y haber guardado por entero su justicia, será salva en compañía de muchos por haberle pedido misericordia; y con esta esperanza viva, y haga lo que pudiere, y no piense que sus males son bastantes a perderla, pues está la sangre del Cordero de Dios en medio, y le da gracia para no caer en unos males y para buscar remedio en otros que cae, sino llévese con dolor más que con desmayo, esperando la salud de Nuestro Señor y ofreciéndose toda en sus manos, y contentándose con lo que viene, y de esta manera huirá del lazo que el demonio le arma con esta desconfianza, que le hace mucho más daño que todo lo demás en que cae.

Dígase a sí misma: si yo soy la que debo, el Señor me salvará, como salva a otros pecadores por su misericordia, pues me da gracia que me pese de mis pecados, y le pida perdón, y reciba sus sacramentos: y si no soy tal cual otros, hago a Nuestro Señor gracias que me puso en su Iglesia, aunque yo soy la persona más baja que en ella hay y la menor que se ha de salvar. Crea, señora, que no es pequeño bien tener una vida con que uno pueda esperar ser salvo, aunque sea al cabo de dos mil años de purgatorio, porque pues de allí han de ir al cielo, y aqueste cielo será descanso para siempre, no se debe tener en mucho cualquier mal si el paradero es tan gran bien. El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced, y la esfuerce y abrigue y haga bienaventurada en el cielo. Amén.

58—CARTA A UNA DONCELLA QUE QUERÍA ENTRAR EN RELIGIÓN

La merced que Jesucristo Nuestro Señor os ha hecho en daros deseo de dejar las vanidades y falsos placeres del mundo es tan grande, que si El con su misericordia no os da luz para conocerla y fuerzas para servirla, vos no lo podréis hacer: El es el que tal propósito os ha puesto, que los hijos de Adán no quieren sino gozar de este mundo, y curan poco del otro. Bendito sea para siempre quien así os ha desengañado de lo que a muchos engaña, y os ha dado a entender que es mejor dejar este mundo que gozar de El, y casaros con Jesucristo que con hombre de la tierra. Sabed conocer esta merced, teneos por dichosa en ser llamada para tal desposorio, y suplicadle que el que os hace la merced os dé gracia para saberla servir, y alentaos mucho para tomar sobre vuestros hombros el suave yugo de Nuestro Señor que en el monasterio os echarán; y aunque trabajos se os ofrezcan, tenedlos en poco a trueco de ser esposa de Cristo; y tened entendido que aunque allá halléis algunos, los que acá dejáis son mayores, pues por un placer de acá da el mundo cien trabajos, y por un trabajo pasado por Cristo da El cien galardones.

Procurad mucho de ser humilde con todas, teniéndoos por menor que ellas, pues el Hijo de Dios se postró a los pies de los Apóstoles y se los lavó para ejemplo nuestro: y si os sabéis en este mundo humillar, seréis en el otro ensalzada, y cuanto más acá os abajáredes, tanto mayor en el cielo será vuestra gloria. Acordaos que dice el Señor (Matth., XI): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.* Asentad estas palabras en vuestras entrañas, que os harán mucho provecho para toda vuestra vida; porque el humilde a todos sirve, el manso a todos sufre. A quien así lo hace conoce el Señor por hijo suyo, como el demonio conoce por suyos a los soberbios y airados. Sed amiga de la obediencia, pues obedeciendo a vuestros mayores obedecéis a Cristo; y si en esta vir-

tud os va bien, hallado habéis paraíso en la tierra: y porque para la primera vez esto basta no os digo más, hasta que después de entrada en el monasterio me aviséis de cómo os va; y plega a la misericordia de aquel Señor que para sí os ha llamado, quiera acabar en vos lo que ha comenzado, para que en esta vida perfectamente le sirváis y después en el cielo perfectamente le gocéis.

59—CARTA A UNA MONJA ANIMÁNDOLA MUCHO EN EL CAMINO DE DIOS: ENSÉÑALA CÓMO SE HA DE HABER EN LAS COSAS QUE LE SUCEDIEREN

Bien creo, señora, que no le habrán faltado a vuestra merced tribulaciones de dentro y de fuera, porque ese es el camino por donde el Señor lleva a los suyos al eterno descanso por confirmarlos con su Hijo, que después de ser bautizado y declarado por Hijo de Dios, con voz del cielo venida, fué tentado de diversas maneras: y así el ánima llamada de Dios no debe esperar placeres, mas trabajos: no regalos, mas desconsuelos; y con lo que los mundanos huyen, que es el padecer, con aquello el hijo de Dios se ha de mantener. Aprended, señora, a manteneros con las piedras duras de los desconsuelos, y daréis testimonio que sois hija de Dios, pues tornáis las piedras en pan: y aparejaos a padecer, y no padeceréis; porque cuando el padecer es amado, no es padecer, sino gozar; y cuando es huído, más viene y más pena: por eso no descanséis, hasta que por amor de Aquel que padeció por vos tantas cosas, padezcáis vos de buena gana las pocas que os pueden venir, y deseéis padecer otras mayores. El siervo de Dios mucho más ha de desear hacer por El de lo que hace, y padecer de lo que padece, porque dé testimonio cómo hay fuego en su corazón que quema y abrasa lo presente y eche centellas lejos de sí, como dijo el Arcángel de Dios al Santo Daniel, Profeta. No os contentéis con ser tibia en el amor de Jesucristo, pues que El tan encendidamente nos amó.

Muchos trabajos y angustias y vituperios pasó por nos-

otros, y mucho más de lo que se puede contar ni decir; mas con el grandísimo amor que nos tuvo parecióle muy poco, y mucho más pasara de lo que pasó si más hubiéramos menester. Los tibios en el amor de Nuestro Dios ni conocen a sí mismos ni a El; porque si mirasen cuántos pecados les ha soltado Nuestro Señor por cada uno de los cuales justamente los pudiera echar en las crudelísimas penas del infierno, entonces amarían mucho a quien mucho les soltó. De aquesta manera habíamos de agradecerle en no nos haber condenado, antes esperado a penitencia, como lo agradecería uno que estuviese en las penas infernales y le sacase Nuestro Señor Dios de ellas, y le diese esperanza de misericordia; porque cuanto es de nuestra parte también merecíamos estar nosotros allí, según los grandes pecados y culpas que cometimos, como los que en ellas están; y sola la divina bondad nos ha defendido de su justicia y de los lazos y asechanzas del maligno demonio, el cual nunca duerme, mas siempre vela con sus astucias, por nos hacer caer en ellas; mas mirad, señora, no digáis en vuestro corazón: poco he pecado, y por eso poco debo, porque me han soltado. Por cierto muy ciego es el tal pensamiento, y lleno de hinchada soberbia; porque dejado aparte que no hay ninguno que mucho no deba, pues que dice el Apóstol Santiago (cap. III): *Que en muchas cosas habemos todos ofendido;* es verdad muy averiguada que también debemos nosotros a Nuestro Señor Dios los pecados mortales que no hemos cometido, porque aquella bondad suya que nos perdonó los hechos, aquélla nos excusó de caer en los que no caímos; porque no hay pecado que uno haga que otro no le haría, si no le tuviese la piadosa mano de Dios: y por eso no sólo debe ser agradecido el que en mucho ha caído, mas el que en poco; y aun más debe ser el que menos cae, que quien más cae, porque mayor bien recibe de Dios en ser tenido para no caer, que el otro en ser perdonado después de caído.

Por tanto, dad gracias a Nuestro Señor por lo que os ha perdonado, y mucho más por lo mucho en que hubiérades caído si no os tuviera de su mano: y amad mu-

cho, pues debéis mucho: ningún rato haya en el cual vuestro corazón no ofrezca a Dios sacrificios de alabanzas y de amor encendido; porque El mandó que ardiese siempre fuego en su altar, que es nuestro corazón. No repartáis el corazón, mas dadlo todo a Aquel cuya sois: si abrís las puertas del corazón a las criaturas, hallarlo habréis duro y triste y enfermo; no hagáis caso de todo lo criado, mas pensad que no hay sino Dios y vos, y bástaos El. ¿Qué queréis mirar a otra cosa? Si viésedes y oyésedes todo lo que pasa en el mundo, ¿qué sería todo sino una vanidad que pasa con una corrida y deja desconsolado el corazón? Olvidad, pues, ahora de gana lo que presto habéis de dejar por pura fuerza; ganad honra con este mundo que a tantos engaña; dejadlo por que os deje. Morid a todo lo que pasa, y pasaos a vivir a lo que siempre ha de durar: allá poned todo vuestro pensamiento donde Dios es claramente visto en su gloria, porque cuando de acá salgáis, el proceso del divino amor que de allí llevaredes os suba adonde está el que mucho amáis: no penséis que perdéis algo en perder este mundo, que lo más lucido de él es obscuro, y lo más alto es de poco valor, y lo que más florido parece se pasa como un poco de humo. Poneos al fin de vuestra vida, y veréis cuán gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca y mudable, que corre más que correo.

¿Qué desatino mayor que yendo (como todos vamos) de camino para la muerte, pararnos a reír y jugar como si fuésemos a la vida? Sed vos, pues, una de las que han pasado por esta vida como de camino, y han alcanzado la vida del cielo en que viven, los cuales si hubieran amado esto presente, ya se les hubiera pasado el placer, y estuvieran en eternos tormentos. Aprended, pues, en los malos de no pecar, pues tan amargo fruto sacaron de haber pecado, y de los buenos a trabajar, pues tanto provecho les vino: mirad que ahora tenemos tiempo, que no lo perdamos, y ninguna ocasión que se os ofrezca de hacer bien la dejemos pasar. *Los días*—dice San Pablo (Ephes., V)—*son malos; por tanto, redimamos*

el tiempo; y si miráis a lo que la ocupación de este mundo ha de menester, nunca os vagará a lo que toca a vuestra ánima. Cortad, si no podéis desatar, y pasad de camino olvidando lo del cuerpo, y hágase muy bien hecho lo del ánima; porque si falta hubiere de haber, más vale que falte en la comida del cuerpo que en la santa oración y comunión. Muy pocas son nuestras fuerzas, y si las repartimos serán muy menores, cuanto más si damos lo más a lo que se pasa y no a lo que dura sin fin. Volved las espaldas al mundo, y romped con él como quien públicamente se muestra por su enemigo, y volved vuestros ojos al Señor, que quiere miraros y que le miréis. ¿Dónde podéis vos emplearos que mejor os vaya que en Aquel que los ángeles desean mirar, y mirándolo nunca se hartan? Básteos, si vos queréis que os baste: no busquéis otra cosa con El, porque no quiere ser posesión del que sólo con El no se contenta, y con mucha razón: pues El hizo todo lo que es, tendrálo todo.

No hayáis miedo de perder vuestros placeres por este placer: poned en su mano vuestra honra, salud y vida, y todo lo que tenéis y deseáis, y decidle que tome todo lo que quisiere, cuándo y como lo quisiere, y que se os dé El a vos: rogadle que sea cruel en todo, y que sea piadoso en dárseos El: no os quejéis de trabajo que os venga, que todo es poco para tan grande bien; y si os quisiéredes quejar, quejaos de vos, que no recibís con alegría lo que Nuestro Señor os envía por vuestro provecho. Pedidle que haga con vos lo que os cumple, y no lo que vos queréis; y esforzaos a hacer buen rostro a tentaciones, necesidades y condiciones ajenas, y a todo lo contrario que veniros puede: probada habéis de ser si habéis de ser coronada: por eso mirad que seáis como el oro, que se apura en el fuego, y no como paja que se quema en El. No seáis como aquellos que quieren servir a Dios mientras no se les acaece algo que sea contrario; mas en viniendo, dan testimonio que no viven con la voluntad de Dios, mas con la suya: los que han de ir al cielo, personas señaladas han de ser. ¿Pensáis vos, señora, que habiendo entrado el Redentor en el cielo tan atormentado cual

sabéis que fué de la cruz descendido, que han de entrar sus criados peinados, y sin que les toquen? Agarrochados y dejarretados salen los toros del coso; así habemos de salir de este mundo para gozar en el otro. La vida del cristiano dice San Agustín que toda es martirio, y es verdad; porque si miráis qué se pasa por no pecar, veréis que los que murieron por la fe de Cristo y los que viven por no perder su obediencia y amor, todos son mártires: los primeros, verdaderos mártires; los segundos, mártires espirituales.

Fuegos y tormentos muchos combatían la fe del mártir; mas mucho más combaten la castidad, la caridad, la paciencia, etc., para nos la quitar: el que perseverare con Cristo, aquel será salvo; y aquel sólo perseverará a quien El tuviere con su mano poderosa; y aquel será tenido que no se quiere a sabiendas derribar; mas con cuidado hiciere lo que según su flaqueza pudiere, y sin dormir diere voces al Señor como otro San Pedro, diciendo (Matth., XIV): *Sálvame, Señor.*

No calle nuestro corazón; más viendo que nos ahogamos, demos voces al Salvador hasta que nos dé su mano y fortifique nuestra flaqueza. No callemos hasta que sintamos en nuestro corazón fortaleza del cielo, que nos tenga firmes y atados con Dios, con un nudo tan fuerte que ni soltar ni cortarse pueda. Amemos a Jesucristo tan de verdad que digamos: ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Tribulación, hambre o cuchillo? En todo esto sobrepujamos, porque en la tribulación hay refrigerio, y en la hambre hartura, a quien el cuchillo de su palabra ha cortado la voluntad; solamente nos arrimemos a El, y nos fiemos de El, desconfiados de nosotros, y dando a El la gloria del vencimiento, gocemos nosotros del provecho; porque para siempre ricos demos alabanzas siempre al que merece ser de la tierra y del cielo alabado *in sæcula sæculorum*. Amén.

60—CARTA A UNA MONJA CERCANA A LA MUERTE: ENSÉÑALE LO QUE HA DE HACER

Devota sierva de Jesucristo: Envióme vuestra merced a decir que estaba en las postrimerías y que me acordase de ella, que ahora era tiempo: así, señora, se hace; y aunque las nuevas que me da son para dar pena a la carne, mas mirándolas con ojos cristianos son para alegrar el espíritu; y así lo debe estar el de vuestra merced, como el Señor dice en el Evangelio: *Cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención:* porque aunque Cristo la libertó de la cautividad de pecados mortales por la bondad y merecimiento de su sangre, mas queda el poder caer en ellos, y queda el caer en veniales, y queda el cautiverio del cuerpo tan sujeto a miserias, que hace gemir a un San Pablo y a otros como él, según él lo cuenta y dice, que estaban esperando la redención de su cuerpo. Allá, señora, no pecará mortal ni venialmente; porque por la sangre del Cordero, que por nosotros se derramó, no tendrá que ver con infierno, donde siempre pecan, sino con purgatorio, donde aunque penan no pecan: y de allí saldrá a ver a su Esposo, y a gozar de los bienes que le ganó con los clavos en las manos y en los pies puesto en la cruz. Y pues es cosa más maravillosa ver a Dios puesto en la cruz que verse vuestra merced puesta en el cielo, espero de su bondad, que pues la tuvo para hacer lo más, la tendrá para hacer lo menos.

Allá, señora, la llevará consigo; allá se la llevará, que el desposorio que acá profesó y con El celebró, algún día se había de concluir con estar en el cielo Esposo y Esposa: allí se verá en tanta anchura y abundancia, que dé por bien empleado su encerramiento y trabajos de acá, y después darle han un cuerpo, que aunque sea el mismo en substancia que acá tenía, mas será tan diferente en la salud, vida y otras cosas, que se alegrará con él mucho más que acá le da pena.

Toda entera, señora, toda entera, cuerpo y alma ha de

estar bienaventurada y hermoseada, como conviene a la honra de quien por esposa la tomó, que es Jesucristo, el cual es Señor del otro mundo y de éste; por esto no esté desmayada, con qué merecerá cuando muera. Todo lo puede Jesucristo, y El la ama, y no la desamparará; que pues en el tiempo de navegar la ha guardado entre las tempestades de esta vida, no la dejará perder al tiempo del desembarcar. Póngase muy en sus manos, ofreciéndose de corazón a El para vida o muerte, o para lo que El quisiere, y pídale perdón por su sangre de todo lo que le ha ofendido; y confesada y comulgada arroje sus pecados y a sí misma a los pies de Jesucristo, y pídale una gota de su sangre con que sea lavada, y tenga confianza que así lo hará.

Apártese de comunicación cuanto su enfermedad lo sufriere, que el Señor cuando quiso morir así dejó a sus discípulos para en soledad orar a su Padre, dándonos a entender que en este trance así lo debemos hacer; y su plática sea con Jesucristo y con su Madre bendita; y para que su flaqueza esto no impida, será bien mirar una imagen del Crucifijo y su Madre par de El. Dé gracias a Dios muy de corazón por las mercedes que le ha hecho, así generales como particulares, y métase en las llagas de Jesucristo, que es la Iglesia, de donde la justicia no sacará a los malhechores arrepentidos; y allí descanse y espere, que por aquella sangre y muerte irá a gozar en el cielo de la vida que nunca se acaba. Sea Jesús con vuestra merced.

61—CARTA A UNA RELIGIOSA, DONDE LA DESPIERTA AL AMOR DE DIOS

Devota esposa de Jesucristo: Vuestra carta recibí, y doy gracias a Nuestro Señor porque os recibió en el número de sus siervos, porque por el menosprecio de esto que vemos, y por la mortificación de esta carne que traemos a cuestas, le sirven en limpieza de ánima y cuerpo para que de El sean galardonados en todo, pues le sirven con todo. Conoceos por deudora de su Majestad, pues

quiso tomar para galardonar a la que merecía ser castigada con recios tormentos. No es mucho de maravillar que vos queráis a Dios, pues tantas razones hay para quererlo; mas maravillaos muy mucho porque un tan alto Señor os quiera tomar por suya, a quien tan baja e indigna es, y con tantas faltas le sirve, que ningún señor de los de la tierra las sufrirían a los suyos: gozaos en haber dado vuestro corazón y cuerpo al Señor; mas no penséis que os ha venido de vos, ni que habéis echado obligación sobre Dios, sin que vos quedéis más deudora, pues para vos es el provecho y vos habéis recibido la merced. Y así, servid al Señor como una esclava comprada por mucho precio, que si bien sirve, no por eso le deben algo, porque es obligada a servir y buen servicio, pues que costó buenos dineros; y si no sirve, merece azotes, pues hurtó su servicio a quien tan de verdad lo debía, y no hay que agradecerle si bien sirve, porque hace lo que debe, mas hay porqué con razón castigarla si no sirve, porque no hace lo que debe; y por eso dice Nuestro Señor Jesucristo: *Cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos somos, y sin provecho; lo que debíamos hacer, hicimos:* y si habiendo hecho todo lo que nos es mandado habemos de decir que no habemos hecho cosa que agradecérsenos deba, ¿qué será de nosotros que ni con mucha parte hacemos lo que nos es mandado?

¿Quién de nosotros ama a Nuestro Señor con todo el entendimiento, pensando lo que El quiere, no mirando a nuestro provecho, y con toda el alma, teniendo todas las pasiones mortificadas y que no alboroten el reino de la razón; y con todas nuestras fuerzas, empleando en el servicio de Dios todo nuestro cuerpo y cuanto podemos? Pocos hay, Hermana, que amen a Nuestro Señor Jesucristo, pues el amor que a las vanidades tenemos y el gran tirano de nuestro amor nos impide de dar todo el amor a Nuestro Señor Jesucristo. Claro es que mientras el amor de mí mismo está vivo, el de Dios está muerto; y tanto dejo de amar a Dios cuanto me amo a mí: y ¿quién hay que mucho más no se ame de lo que debía amarse, y por eso amará menos a Dios de lo que le de-

bía amar? Y sintiéndonos faltos en este amor, ¿qué cosa hay en que no seamos faltos? De aquí viene el no amar al prójimo como Dios quiere: de aquí no sufrirle, y no huir de darle enojos: de aquí, finalmente, otras faltas, que amancillan el alma como podre que mana siempre de una llaga: mayores son nuestras faltas que pensamiento humano puede conocer; y sólo aquel que penetra nuestro corazón y lo ve claro, puede comprender nuestra flaqueza cuán grande sea; y muchas veces parece sucio delante su juicio lo que delante del nuestro parece limpio. Por tanto, debemos, como Job decía, temer todas nuestras obras, aunque parezcan buenas, no pareciéndonos bien en ellas, no contentándonos en lo secreto de nuestro corazón; porque aquél sólo agrada a Dios que así mismo desagrada, aquel es delante de Dios justo que conoce ser justicia. La misericordia de Dios, que sin merecerlo nosotros sufre, perdona y ama como si fuéramos justos.

No hay cosa a Dios más contraria que el corazón que bien se parece, porque no tiene vaso en que Dios eche las riquezas de su misericordia; quédase en su propia bajeza y sequedad, por no quererse abajar para que corran a él las aguas de la gracia de Dios, con que viviese contento en Dios y llevase fruto, como el huerto donde abundan las aguas: todo nuestro bien, de Dios viene; y quien creyere que puede de sí mismo menear la lengua para decir Jesús, él mismo se hace Dios, pues se atribuye lo que es de sólo Dios, y quiere Dios darlo con condición que conozcamos esta verdad: que en El y de El, y no de nosotros, viene todo nuestro bien, y mientras más bien tenemos más deudores somos, y más tenemos de qué acusarnos, pues no respondemos a tan grandes mercedes con mayores servicios, con mayores gracias y con mayores agradecimientos: el que es enseñado por la verdad divina, ninguna cosa atribuye a sí mismo sino el ser malo y el pecar; porque quitado todo lo que Dios le dió, y cada día le conserva, no halla ser sino nada, y en nada se torna, como de nada fué hecho; y quitado el favor de Dios, que por Jesucristo nos es comunicado ¿qué sería del más santo sino lo que de Pedro cuando

lo negó, y Pablo cuando andaba persiguiendo al que lo redimió, y lo que cada uno prueba en sí que era antes que el Señor pusiese en él la mano, quitándole aquel corazón viejo y dándole uno nuevo? La justificación no es sino una resurrección del ánima, que está muerta en pecados, y ahora vive por el espíritu de la vida que Dios le infundió por la muerte de su Hijo bendito. Y así como sería muy loco un cuerpo que atribuyese a sí el vivir y el morirse, y no al alma que en él está y le da la vida, así es muy ciega el alma que la vida de las buenas obras que siente tener la atribuye a sí, y no al espíritu de la vida que Dios le ha infundido: y algunas veces castiga Dios a estas ánimas quitándoles lo que les había dado, para que viéndose no poder oír ni gustar ni obrar lo que antes podían, sientan que era otro el que en ellos obraba la vida, y ellos la recibían: y otra cosa no son sin la gracia de Jesucristo, sino lo que es el cuerpo cuando el ánima se va de él.

Por tanto, Hermana, no veáis otra cosa en vos sino faltas, que no tenéis otra cosa en vuestra cosecha. Si el Señor os desconsuela, mirad cuán fría y floja os paráis y con cuán poca conformidad recibís lo que también merecéis. Si os consuela, mirad con cuán poca humildad lo recibís, siendo razón de tanto más correros de quien vos sois, cuanto más Dios os trata como si fuésedes buena.

Pensad cuán poco os sabéis aprovechar de las inspiraciones y hablas del Señor, y cuántas veces os dice el Señor una cosa, y cuán presto la olvidáis sin la poner en efecto; siendo razón que cada palabra suya os durase toda la vida, sin ser menester decírosla otra vez. Pensad cuántas veces pone Dios en vos buen licor, y con tener vos vuestro corazón lleno de agujeros, se os derrama lo que fuera razón que mucho tiempo guardárades; y algunas veces siendo razón que cuanto Dios más nos consuela, tanto más nos olvidemos de las cosas de acá, y se pare nuestra ánima más cerrada y entera y de dentro de sí para otra vez recibir a Dios, acaece aconsolándonos El hacernos livianos por nuestra propia liviandad, y derramar más nuestro corazón que antes estaba. ¿Qué di-

remos de nuestras flaquezas, sino que bien examinadas no hay cosa que a derechas hagamos, y que antes es razón que cualquier cosa que nos acaezca nos corramos de cuán defectuosamente va hecha, que pasarnos por pensamiento que habemos hecho cosa que sea de mirar? Claro es que si un paje sirve al Rey y no le hizo bien la reverencia, que lo castiga; y si vino a lo que le mandaron no tan presto como era razón, también lo castiga; y si respondió, y no tan presto, castíganlo; si se tardó en el mandado, lo mismo; y, en fin, no se contentan aquellos a quien servimos con que hagamos lo que dicen, sino que ha de ir bien hecho, para no avergonzarnos y reprendernos.

Pues decidme, Hermana: ¿quién de nosotros tiene a Dios reverencia tan profunda como era razón? ¿Adónde está el adorar a tan altísima Majestad con un entrañable temblor, como lo hacen los del cielo, de los cuales se canta en la Misa «tiemblan los Poderes»? ¿Dónde estála vergüenza que de aquel Infinito tenemos, que sabe muy bien quién somos y nos ve más claro que los rayos del sol son? ¿Dónde la obediencia tan presta, que no esperamos que nos digan la cosa dos veces? ¿Dónde la discreción para le saber servir y agradar? ¿Dónde el agradecimiento a sus inefables e innumerables beneficios? ¿Dónde, finalmente, el servicio del cuerpo y del ánima, que a tan gran Dios y Señor se le debe? Cierto, quien ojos tiene para ver, no ve en sí sino una profundidad de miserias y faltas: y cuando a la noche se toma cuenta qué tal ha sido aquel día, otra cosa no halla sino males que ha hecho en pensar, hablar u obrar, o bienes que ha dejado de hacer por no haber amado a Dios y a los prójimos como debía, no haber sido agradecido a Dios , no haber sufrido a los prójimos, con otra innumerable carga de cosas que había de tener y no tiene: y si algo de bien ha hecho, con el favor de Nuestro Señor, halla o que lo ha maculado con soberbia, vanagloria o con pereza, o con no responder como debía, o con otras dos mil faltas que Dios le da a conocer, y con otras dos mil que aun no las ve, mas cree que las hay, y por tal se tiene, y la menor

parte de sus males cree que es la que conoce; porque así como cree que Dios es más bueno de lo que él conoce, aunque Dios le hace mercedes, no se atribuye a sí cosa de ellas, sino las faltas que hizo en no responder ni aprovecharse de ellas como debía: y esto es andar en verdad, dando a Dios lo que es suyo, que es todo el bien sin ninguna mezcla de mal; y con esta consideración arraigada en las entrañas, como verdad dicha por boca de Dios, desarrímase de sí como de caña quebrada, y anda siempre arrimado a Aquel que todas las cosas sustenta: no se mira a sí, porque no ve sino que llorar, y mira a Dios, en cuya bondad se confía sin temor de verse desamparado; y como El sea tan fiel que no deja a los que a El van, tiene tanto cuidado de éstos, que antes faltará agua en la mar y luz en el sol que la misericordia de Dios; por esto corren y vuelan, porque Dios los lleva; y no caen, porque Dios los tiene; no yerran, porque El los rige; ni serán condenados, porque el Señor da su reino a los que son como niños.

Hermana: pues entended a vos y entended a Dios, pues el Señor tanto lo quiere; y de todo lo que en vos pasare apartad la gloria para Dios y la deshonra y vergüenza para vos, y vuestra esperanza de salir con lo comenzado sea en el que os puso en el camino, no cierto para dejaros en el medio de él, mas para llevaros a la compañía de sus esposas que en el cielo tiene; mucho os quiere honrar allá, no procuréis la honra de acá; en el olor de tan excelente convite no es razón que os hartéis con la vileza de acá, que no hay cosa en la tierra que sepa bien a quien un poquito gusta del sabor celestial: volved las espaldas a todo, que presto lo habéis de dejar, y hallaros habéis burlada en haber puesto vuestro corazón en lo que tan presto se pasa: muy poco es lo que por Dios podéis pasar, aunque vos pasásedes todo lo que se puede pasar; porque mirando el infierno que habéis merecido, y el paraíso que os ha de dar, pues os ha puesto en el camino, y a lo que El por vos pasó, no es nada para poner en cuenta lo que vos pasáis o pasaréis. Tened a Dios por tan precioso, que todo lo que os costare pen-

séis ser muy poco, y que aunque os cueste la vida, lo compráis muy barato: allá veréis cómo no fuisteis engañada en el trueque que habéis hecho; mas viendo llamar de locos y malaventurados a los que pusieron aquí su corazón, y embaucados con esto presente se olvidaron de lo que Dios promete, daréis gracias a Nuestro Señor, que siendo vos engañada os desengañó, y mirando a la tierra os alzó los ojos al cielo, y siendo esclava de la vanidad os hizo hija de El, y viviendo sin la esperanza de las promesas divinas os ha puesto en camino para que podáis esperar que os ayudará El a bien vivir, y después a bien morir: y acabado este destierro os lleve a la tierra de los vivos, que es la presencia de Dios clara, adonde tengáis tanto bien que a sólo Dios pertenezca conocello, así como a El sólo pertenece darlo y poderlo dar. Esto hará el Señor, no por vos, sino por El, porque es bueno y para siempre su misericordia, al cual por todo y de todo y en todo sea gloria y alabanza por todos los siglos de los siglos. Amén.

62—CARTA A UNA DONCELLA QUE LE PREGUNTÓ QUÉ COSA ERA CARIDAD

Devota esposa de Cristo: Pedísme en vuestra carta que os escriba qué cosa sea caridad, para que guiásedes vuestra vida por ella; porque siendo verdad la sentencia del Apóstol (I Cor., XIII): *Si estamos sin ella, todo cuanto hiciéremos, aunque sea entregar nuestros cuerpos a llamas, todo vale nada;* la petición es muy grande, y quisiera que el mismo Apóstol San Pablo, cuya sentencia os movió a preguntarlo, os respondiera. Porque no sé yo qué mayor cosa me pudiérades pedir que ésta, pues que en ello consiste lo supremo de nuestra cristiana religión, *y quien la guarda*—dice el mismo Apóstol (I Cor., XIII)—, *cumple toda la ley*. Así que, devota esposa de Cristo, suplicad al Espíritu Santo, a quien se atribuye el amor, que os enseñe en el corazón qué cosa sea lo que preguntáis, como lo enseñó el día de Pentecostés infundiéndose en los santos Apóstoles. Que el verdadero Maestro de

este lenguaje, sabed que no es otro sino El; porque ¿qué podría decir mi lengua terrena del lenguaje que se trata en los cielos? Ese lenguaje es celestial; los que del todo lo ejercitan, los bienaventurados son, los cuales no entienden en otra cosa sino en amar verdaderamente con todas sus fuerzas a Nuestro Señor Dios y a todo aquello que El quiere que amen. ¿Cómo os podré yo decir del amor que ningún interés ni amor porpio tiene, ni mira a otro hito ni fin sino a Dios, habiéndome dejado mi padre Adán todo revuelto hacia mi propio interés, y vuelto a que me busque a mí en todo? Mira qué tanto, que aun en las cosas de Dios estamos tan torcidos hacia nosotros, que muchas de ellas las hacemos por nuestro provecho e interés, que aunque las obras sean santas, el amor con que se hacen todavía es propio. No tiene otra diferencia sino que cuando lo buscábamos con obras malas corría por caño de barro, y después, buscándole por obras buenas, corre por caños de oro; pero, en fin, hacia nosotros corre.

Plega a nuestro verdadero Maestro Jesucristo, el cual siempre buscó la honra de su Padre, cuyo amor lo abajó a este mundo, no a hacer su voluntad, sino la del que lo envió, que abra mi lengua para que os diga algo de lo que deseáis. Que cierto, si vuestro buen deseo no me forzara a deciros algo de lo que he leído, mi poquedad me hiciera callar; mas para que entendáis qué cosa es caridad y cómo andéis siempre ocupada en ella, querría que supiésedes algo del amor que los bienaventurados tienen en el cielo, para que de aquél vengáis a conocer en qué consiste la caridad verdadera; porque tanto cuanto más a aquel amor nos llegáremos, tanto más tendremos del amor perfecto. Habéis de saber, Hermana, que el amor del cielo tiene a los Santos transformados en un querer con el de Dios Nuestro Señor; porque uno de los efectos del amor, según dice San Dionisio, es hacer que las voluntades de los amados sean una; quiero decir, que tengan un querer y un no querer: y como el querer y el amor que Nuestro Señor tenga no sea sino de su gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso, de aquí se

sigue que el amor de los Santos es un amor y un querer con que aman y quieren con todas sus fuerzas que el Señor Dios sea en sí tan bueno y tan glorioso, tan digno de honra como es: y como vean en El todo aquello que ellos desean, sígueseles de aquí el fruto del Espíritu Santo, que es un gozo inefable de ver a quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en sí mismo: y si queréis rastrear algo de este gozo divino, mirad cuán grande es la alegría que recibe un buen hijo de ver a su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sabio, rico, poderoso, honrado y muy estimado del Emperador.

Ciertos hijos hay tan buenos que dirían que no hay cosa a que se compare la alegría que reciben de ver a su padre tan estimado, tanto que por mucha necesidad y aflicción que ellos tengan, no basta para quitarles tan gran gozo, porque ellos no pretenden sino el bien de sus padres. Si este gozo es tan grande, ¿qué os parece, Hermana mía, que será aquel gozo de los Santos, viendo a su verdadero Señor, Criador universal, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso Señor y Criador, que por sólo querer todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin El no se puede menear una hoja en el árbol? Cierto, gozo es *que ojo nunca vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre pudo entrar* (I Cor., II) conocimiento tan inefable sino en Aquel que lo tiene y posee.

Veis aquí, Hermana, el amor que los Santos tienen en el cielo, hablando conforme a la poquedad de nuestro entendimiento; y de aqueste río caudaloso, que alegra a la ciudad de Dios, sale el amor del prójimo en el cielo, que como todo el deseo y gozo de los Santos sea ver a su Dios (amor verdadero suyo) lleno de gloria y honra, de aquí salen con un ferventísimo amor a amar, y querer que todos los Santos sean tan llenos de gloria y hermosura como son, y gozarse en gran manera de aquesto, porque en ellos se glorifica y honra Aquel cuya honra y gloria solamente pretenden: y porque la causa de amar a los Santos es ésta, de aquí se sigue que más se gozan y quieren la gloria y hermosura de los mayores Santos que de

la suya propia, porque ven a su bendito Señor más glorificado en los otros que en ellos.

Bien veréis, Hermana, cuán lejos anda de esta santa compañía el amor propio y la envidia que de él nace; mas diréisme que de ahí se sigue que tendrían algún pesar, porque ellos también no están muy crecidos, pues que crece la gloria de su Dios en ellos; no se sigue mirando el primer efecto del amor, que es unir voluntades, porque ellos están transformados en el querer de Dios, y no quieren más de lo que su Señor quiere: y porque vean que tener uno más gloria que otro fué por quererlo así el Señor Dios, de aquí vienen a estar muy contentos con la gloria que a ellos les dió, y también porque la diversidad de grados de gloria en los bienaventurados más hermosea la ciudad de Dios que si todos estuvieran de una color, como es más suave la música de una vihuela, porque tiene diferentes cuerdas y de diversos sonidos, que si todas fueran de uno sólo: y si es así, que habiendo diferentes grados de gloria y diversas mansiones en la iglesia triunfante, está más hermosa que si todas tuvieran una misma gloria, de aquí ven que su Señor está más honrado en ellos que si todos estuvieran iguales, y así no tienen ellos pena por tener menos gloria que otros; porque ellos con sus colores, y los otros con otros más subidos, todos concurren en manifestar la infinita bondad y hermosura del que los crió.

Veis aquí, Hermana, el río que vió San Juan en el Apocalipsis salir de la silla de Dios y del Cordero, del cual beben los bienaventurados en el cielo: y con este amor inebriados cantan aquel *aleluya perpetua*, glorificando y bendiciendo a Nuestro Señor Dios. Bien habéis ya conocido algo de aquel esmalte con que están esmaltadas aquellas piedras preciosas con que está fundado el templo del monte celestial: pues a la semejanza de este templo que habéis visto en el monte, habéis de fabricar la morada de vuestra ánima para el Señor, como le dijeron a Moisés, que mirase que hiciese el tabernáculo al traslado del que había visto en el monte.

Habéis, Hermana (si queréis andar en perfecta cari-

dad y amor del Señor el camino de esta vida), de traer un querer perpetuo, o el más continuo que pudiéredes, con que siempre queráis que Nuestro Señor Dios (delante del cual habéis de andar) sea en sí tan bueno, tan santo, tan lleno de gloria como en sí mismo es, así con un gozo y complacencia en todos los bienes de Dios, holgándoos y regocijándose vuestra ánima en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello que es infinitamente bueno y poderoso, de quien recibe todo lo criado ser y hermosura, el cual en sí mismo es tan lleno de gloria y de bondad que todos tienen de El necesidad, y El de ninguno: este ha de ser el blanco donde ha de tirar vuestro amor. Y en esto dice Santo Tomás (2.ª 2.æ *De Charitate*) que consiste la perfecta caridad; porque el amor que los nuevos devotos dicen ser caridad, que es cuando están encendidos en devoción, amando tiernamente al Señor, aunque es santo, no es de tan altos quilates como este santísimo amor que transforma las ánimas en su amado, al cual amor nos convida la Escritura en muy muchos lugares, diciéndonos: *Alegraos los justos en el Señor.* Y San Pablo nos dice: *Gozaos en el Señor.* Y pareciéndole que no era consejo éste para decirlo una sola vez, torna a repetir diciendo: *Otra vez os digo que os gocéis.* Esto mismo nos dijo el Profeta David cuando dijo (Psalm. XCVI): *Deleitaos en el Señor, y daros ha lo que pidiéredes.* Este es el gozo en que se alegró la Virgen Santísima cuando dijo (Philip., IIIIV): *Alegróse mi espíritu en Dios mi salud.* Y con este gozo se alegró Cristo, cuando dice San Lucas que se alegró Jesús en el Espíritu Santo. Y el Real Profeta dice (Psalmus LXXXIII): *Que su corazón y su carne se alegraron en Dios vivo;* lo cual acaece cuando el ánima está con su voluntad (que corazón allí voluntad quiere decir) actualmente amando, y queriendo que el Señor sea en sí quien es.

De la gran redundancia que procede de la alegría que tiene, se enciende la misma carne en amor del Señor; y por ser cosa tan divina y celestial este amor, por eso la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, en el principio de

los maitines nos convida con el invitatorio a amar al Señor, diciéndonos (Psalm. XCIV): *Venid, alegraos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza a Dios nuestra salud.* Y si queréis ver la excelencia de este amor, ejercitadlo, y veréis como no se satisface el ánima si no alaba al Señor, que parece que como ve en su Dios cumplido lo que ella quiere, prorrumpe luego en hacimiento de gracias por haberle cumplido su deseo en bendecirle, que es el mismo efecto que sigue al amor del cielo, diciendo el Profeta David (Psalm. VIII): *Bienaventurados son, Señor, los que moran en tu casa, que en los siglos de los siglos te alabarán.* No creo que era menester traer más testimonios para probar la grandeza de este amor, porque la misma razón dice que este es el amor que saca al hombre de sí y le transforma en Dios su amado.

De este amor, Hermana, se ha de seguir que todas vuestras obras, y ejercicios y oraciones habéis de hacer en gloria y honra de este Señor, el cual merece ser servido y adorado por su sola bondad de cuantas criaturas ha criado, sin que tengáis otro respeto que os ha de galardonar lo que hiciéredes; porque aunque sea bueno y santo servirle al Señor por retribución, pero no es de perfecta caridad, la cual no busca interés, sino sola la gloria y honra de Dios Nuestro Señor. Si quisiéredes alguna vez ponerle a vuestra ánima delante el premio que le han de dar por lo bueno que hiciere por animarla a bien obrar, no sea este el último fin, sino querer servir al Señor; porque mientras más gloria tuviéredes, más gloria y honra recibirá Nuestro Señor Dios. De arte, que el último paradero sea glorificar a nuestro benditísimo Señor: y de esta manera podéis inclinar vuestro corazón a los mandamientos de Dios por la retribución, como decía el Profeta David. ¿Diréisme quién tiene el ánima despierta para andar alegre y regocijada, gozándose en su Dios, pues está muchas veces tan triste y tan tibia que en ninguna manera puede entrar en ella alegría? ¿Qué remedio habría entonces para no faltar en tan perfecto y soberano amor? Por eso os dije que trajésedes un querer con que quisiésedes que el Señor fuese en sí quien es,

porque la caridad en este querer consiste, el cual, aunque el ánima tibia, y seca y triste lo puede tener, así como puede querer que su padre viva estando así triste, entendiendo que es menester gracia de Dios, la cual no negará el Señor a quien se esforzare a andar este camino; quiero decir, que aunque estéis triste, que queráis que Nuestro Señor Dios sea en sí quien es: y el gozo que de aquí se sigue y alegría en el Señor, eso es fruto del Espíritu Santo, que se sigue de esta caridad cuando Nuestro Señor quiere con más familiaridad comunicarse; y aquél cuando su Majestad lo diere, bendigámoslo por ello; y cuando no, perseveremos en este otro, bendiciendo y adorando siempre a Nuestro Señor, digno de infinita gloria y alabanza; que es muy gran yerro el de aquellos que piensan que si no hay gozo, aquel acto de voluntad no vale nada, en el cual consiste la caridad; y como el demonio lo siente, no hace sino echar grandes tibiezas y sequedades para que pensando que no hacen nada, dejen este santo ejercicio.

Debéis luego, haciéndoos sorda a las tentaciones del demonio, perseverar en vuestro ejercicio; porque si no perseveráis, no vendréis a gozar de la corona y paraíso que vienen a alcanzar los aprovechados en este santo amor, aun acá en la tierra. Debéis mirar con cien mil ojos que el fin y paradero de vuestro amor sea todo en lo que hiciéredes glorificar a Nuestro Señor; porque es tanta la vuelta que dió la naturaleza por el pecado de nuestro primer padre a buscar en todo su provecho y su bien, que si no estáis en atalaya, aun en este ejercicio, que totalmente echa fuera el amor propio, os veréis muchas veces buscaros a vos misma, holgándoos porque así amáis al Señor, porque adquirís grandes premios para el cielo, y porque vuestra ánima recibe consolación y otros intereses propios, que aunque no sean malos, son de imperfecta caridad. Veis aquí en breve el amor de Dios, que ha de tener vuestra ánima al traslado del que los bienaventurados tienen en el cielo. Resta ahora declararos el amor del prójimo, que desciende de este profundísimo amor,

El amor, Hermana, que habéis de tener al prójimo ha de ser queriendo y amando todo el bien que en él viéredes, porque con él sea adorado y glorificado Nuestro Señor Dios, y de aquí mayor será vuestra alegría; y por el contrario, cualquier pecado y ofensa que en vuestro hermano viéredes ha de ser aborrecido de vuestra ánima, porque es ofendido aquel cuya honra y gloria vos deseáis. Y así como os dije que el amor de Dios consistía en querer que el Señor Dios fuese quien es, y que el gozo en esto era don particular de Nuestro Señor, así también el amor del prójimo consiste en un querer de la voluntad con que queráis el bien del prójimo, que es gozaros del bien del prójimo, y sentir gran dolor con el pecado que comete: eso es una dádiva del Señor muy especial, que la da El a quien es servido; de manera que si bien habéis mirado en ello, habréis visto que el blanco adonde tira el amor de Dios y del prójimo es que sea Dios glorificado y honrado. Y de aquí veréis cuán falto de amor verdadero anda aquel que de ver a su prójimo crecido en santos ejercicios recibe tristeza y desmayo, mirándose a sí no estar tan crecido; porque aunque sea verdad que el verdadero amador del Señor debe tener un cuchillo atravesado en el corazón, porque no sirve tanto al Señor como debería y podría, mas no se sigue de aquí que si ve crecer al otro siervo de Dios más que él, por eso reciba tristeza y desmayo: antes el refrigerio y alivio que ha de recibir su ánima en la gran tristeza porque no sirve mucho al Señor, ha de ser en ver ya que él por su flaqueza no hace lo que debía, que hay en otros que cumplen lo que él desea, glorificando y sirviendo mucho al Señor: que esotro desmayo que algunos tienen yo entiendo que nace de amor propio; porque cierto está que si el fin porque el verdadero amador desea mucho servir al Señor es honrar y glorificar a su Dios, como se glorifique tan bien con la santidad puesta en el otro como puesta en él, se sigue que le ha de dar grande alegría ver que los otros crecen mucho en el servicio del Señor, aunque por otra parte tenga él pena porque no le sirve así. Veis aquí, Hermana, en la obra

que habéis de entender en el paraíso de esta Iglesia militante, donde el Señor os puso cuando os llamó a su amor y gracia, si queréis ir a gozar del fruto que se da en la Iglesia triunfante de la gloria, en la cual plega al Señor que todos lo bendigamos, loemos y gocemos por siempre. Amén.

63—CARTA A UNA DONCELLA QUE TENIENDO HECHO VOTO DE VIRGINIDAD, SE QUERÍA CASAR

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre. Si tengo de decir verdad de lo que sentí con una información que de parte de vuestra merced me dieron, diré que tuve mucha compasión de una doncella que por voto de virginidad había muchos años que tenía por esposo a Jesucristo, Señor del cielo y de la tierra; y después de tan largo desposorio, con engaño y miserable consejo quería dejar aquel tan bienaventurado desposorio, cuyos frutos son virtudes sin corrupción, por hacer otro con un hombre mortal, cuyo cuerpo pára en la sepultura, y se torna huesos y tierra, dejando engañados a los que a él se arrimaban y lo preciaban. Deseo preguntaros, señora, lo que en otro tiempo Dios preguntó a su pueblo, diciendo (Jerem., II): *¿Qué tacha hallaron vuestros padres en mí? ¿Por qué se alejaron de mí y se fueron tras la vanidad, e hiciéronse vanos?* Pregúntoos, señora, ¿qué tacha habéis hallado en Jesucristo Nuestro Señor? ¿Por qué queréis hacer divorcio de El e iros tras la vanidad, y ser hecha vana?

Nuestro Dios muy diferente es de las criaturas, y su trato también; porque, como San Gregorio dice: *Cuando los espirituales deleites no son tenidos, no son estimados:* y cuanto más tenemos de ellos, más los estimamos; porque lo bueno, mientras más conocido y más tratado, más satisfacción da, y comiendo de ello no da fastidio, sino más gana de comer de él. Mas las criaturas y sus placeres parecen algo cuando no son poseídos, y engendran a los que poco saben muy grande deseo de los alcanzar y tratar.

Mas como ninguna cosa puede dar más de lo que tiene, en siendo tratados descubren su poquedad y bajeza, y a cabo de poco tiempo se torna en grande fastidio lo que primero se pensaba que había de dar grande satisfación. Vanidad es, Hermana, toda criatura, y por eso no puede dar entero contentamiento. Y ley es que no puede faltar, que dondequiera que la carne busca hartura, allí ha de hallar mucha mengua y falta, y entonces queda la tal persona confundida y arrepentida, y se maravilla mucho de su ceguedad en dejar a Dios por la criatura. Y a alguna doncella, según leemos, ha acaecido con miserable consejo perder su virginidad; y después, viendo cuán grande bien había perdido por tan bajo precio, vino a tanta tristeza, que determinó de se ahorcar, y lo hizo, pensando primero que cumplir lo que deseaba era vivir, y con mucho consuelo. Doncellas he visto que después de haber ofrecido a Nuestro Señor su cuerpo por voto o propósito de virginidad, siendo tentadas por el demonio o por su flaqueza, procurando de satisfacer a su conciencia con razones verdaderas o falsas, han tomado estado de matrimonio, con escándalo de los que las habían primero visto en hábito de virginidad, y con graves descontentos de se haber casado; y con no hacérseles cosa ninguna bien, por verse a ojos vistas que Dios les contradecía y les desayudaba, y daba bien a entender que le pesaba de que su esposa se casase con otro.

Escarmentad, señora, en cabezas ajenas, y pensad que también se tendrá Jesucristo por afrentado de que deshagáis el desposorio que con El hicisteis, y que os castigará como a otras, pues hacéis lo que hicieron otras. ¡Cuánto mejor consejo sería que estuviésedes firme en vuestro propósito, e imitásedes a tanta muchedumbre de santas doncellas que estimaron en tanto su virginidad, y amaron tanto a Jesucristo, inspirador de ella, que ni por promesas, ni dádivas, ni amenazas, ni tormentos, no las pudieron atraer a que habiéndose casado con Dios se casasen con hombre, y perdieron sobre ello la vida de este mundo, mas ganaron la eterna del cielo, y no están de ello arrepentidas; pues cuanto más padecieron

por guardar la primera fe a su primer desposado, tanto más copiosamente son galardonadas por El con tanta copia de bienes, que el menor de ellos vale más que todo lo que acá pudieran haber, aunque se casaran con Emperadores! Porque ya veis, Hermana, que los placeres de acá se acaban, y los señoríos también; y la mujer que hoy andaba muy rica y acompañada, y servida y llamada majestad, que de aquí a pocos días se muere, y cesa todo, y se olvida todo, como si ninguna cosa hubiera pasado; mas las que esto desprecian ganan lo eterno, y están en el cielo bienaventuradas, y sus memorias acá celebradas.

¿Qué hay aquí que andar vacilando en si seguiremos lo celestial o lo terrenal, lo breve o lo eterno, lo que tiene tomo o lo vano, la incorrupción o la corrupción? Decidme, señora: ¿porqué habéis olvidado que el casamiento hinche la tierra, y la virginidad el cielo? ¿Porqué habéis tenido en poco lo que Dios promete a las vírgenes que guardaren el concierto que con El concertaron, cuando se le ofrecieron en sacrificio limpio de virginidad? Leed en Isaías, y hallaréis que dice Dios (Isai., VI): *Yo les daré lugar en mi casa y en mis muros, y les daré nombre más excelente que a los otros mis hijos e hijas: nombre sempiterno les daré, que nunca perecerá.* ¡Oh, si el sentido de aquellas palabras de Dios penetrase vuestra ánima, y con paladar sano gustásedes de la suavidad que en ellas hay, y si viésedes con vuestros ojos, subiéndoos al cielo con vuestro pensamiento, cuán grandes bienes son éstos, y cuán de verdad los cumple Dios allá a los que en este mundo mortificaron su carne, despreciaron sus placeres y eligieron incorrupción y limpieza por Jesucristo, más que la corrupción sucia que de la carne se pega!

¿No sabéis, Hermana, que la que se casa con Jesucristo tiene a la Virgen María por suegra y a Dios Padre por suegro, pues son la Madre y el Padre del desposado? ¿No sabéis que pues Jesucristo es Rey, su esposa es Reina, y que aunque mientras vive en este mundo sea pobre y atribulada, a semejanza de como El lo fué, que cuando venga el tiempo de las bodas hará tan bienaven-

turada a su esposa, cual conviene serlo esposa de tan alto Rey? Y entonces, sentada en un tálamo con El, le daréis gracias porque os tomó por esposa y apartó vuestros ojos y vuestro corazón del amor de la criatura, y os mandó que a El sólo mirásedes y amásedes como esposa leal: y será entonces vuestra compañía con El tan firme, y atada con nudo tan inseparable, que no sólo estaréis con El cuando El estuviere en su trono, mas como las vírgenes siguen al Cordero dondequiera que va, y le cantan un cantar nuevo, que no le puede nadie cantar si no fuere virgen.

Pensad, pues, cuán preciosa cosa es la soledad que pasa la virgen en esta vida, y cuán valerosas las devotas lágrimas que por Cristo derrama, pues en el cielo estará acompañada con Dios y con la Virgen de vírgenes la gloriosa María, la cual, como capitana de ellas, cantará el nuevo cantar, como María, hermana de Moisés, pasado el mar Bermejo; y con el adufe en las manos, que quiere decir su virginal cuerpo, comenzará el cantar, y seguirla han Catalina, Bárbara, Agata y Lucía (cuya vida os encomiendo leáis), con otra innumerable copia de vírgenes que conocemos y no conocemos, alegres de tanto bien que ganaron por su virginidad, y gozando para siempre de la incorrupción que aquí comenzaron.

¿Quién habrá que por alcanzar esto no desprecie estotro? ¿Quién no mortificará su carne con santos trabajos y castidad, para que así maltratada se esconda como grano de trigo debajo de tierra, para que muriendo acá dé mucho fruto en la eternidad? Y pues hay muchas que provocadas con estos bienes dejan los casamientos de acá, aunque muy rogadas, por casarse con Cristo, más razón es, Hermana, que vos, habiéndoos casado con El, no os descaséis ni tornéis atrás; pues que las buenas casadas de acá sufren con paciencia los trabajos del matrimonio, ya que está hecho. Y si el demonio o vuestra flaqueza os afligen para que dejéis lo comenzado, no por eso os desmayéis ni maravilléis, porque no sois vos la primera a quien acaece tener batalla por tener en pie la bandera de la virginidad, la cual es joya tan preciosa

que es mucha razón que no se alcance ni posea sin mucho trabajo.

Mas no es esto sin fruto ni sin honra, porque mientras más seguida es una buena mujer, y ella no cae, tanto más honrada es acerca de su marido y tanto mayores dádivas le da: y como vuestro Esposo Jesucristo sea el más agradecido, amoroso y fiel que todos los otros, sedlo vos a El en no dejaros vencer de la tentación, y dirá a sus ángeles en el cielo que tiene una esposa en la tierra que por serle leal pasa muchos trabajos, y por su amor desprecia otros amores: y así recibís vos mayor consuelo, viendo que amáis a Dios tan de verdad que por su amor dejáis de gozar de lo que mucho deseábades, que pudiérades recibir alcanzándolo: y entonces diréis lo que está escrito (Psalm. XVI): *Probaste mi corazón y visitástelo en la noche; examinásteme con fuego, y no fué hallada maldad en mí.* Esforzaos, Hermana, a padecer esos fuegos, que así como son semejanza de martirio en la pena que dan, hacen semejante a mártir a quien los padece. Llamad vos a vuestro virginal Esposo y a su limpísima Madre, y tomad por abogada alguna virgen y mártir de las pasadas, y usad más a menudo el confesar, comulgar y orad y leed buenos libros.

Trabajad vuestro cuerpo, y nunca estéis ociosa: huíd conversación de todo hombre y de mujer que no sea muy amiga de la virginidad, y tened confianza en quien os tomó por esposa, que os dará gracia para perseverar: y si hasta aquí no os ha mucho favorecido, ha sido porque vuestro corazón ha andado cosqueando y dudando sobre qué esposo tomaréis. Determinaos una vez ya a morir antes que dejar a vuestro primer Esposo, y decidle que pues El conoce vuestra flaqueza, os dé fuerzas para cumplir lo que habéis prometido: y aunque no os sintáis luego del todo libre de vuestras pasiones, no desmayéis, porque el Señor va sanando poco a poco nuestras enfermedades, y recibe la pena que nos dan cuando no las queremos tener en descuento de los pecados que hicimos en las consentir o flojamente despedir; de manera que ahora el Señor nos dé paz, ahora

paciencia en la guerra, todo lo ordena para nuestro provecho.

Y pues Dios os ha hecho merced de haber ya pasado los peligrosos golpes de la mocedad, y lleváis vuestra nao cargada de muchas riquezas, no hagáis tal necedad que al cabo de la navegación, cerca del puerto, os ahoguéis en el cieno, por no esperar un poco a coger en el cielo los frutos de la virginidad que acá habéis guardado. Y no os parezca que queda mucho tiempo hasta desembarcar, que quizá se acabará más presto de lo que pensáis, y daros ha pena, si en el mundo os metéis, de por cuán breve gozo perdisteis tanto bien: mas si esperáis, y esperáis en Dios, El os proveerá de consuelo y contento, y daréis alegría a los que bien os quieren y buen ejemplo a los que por ventura se habían comenzado a escandalizar; y en el cielo será recibido vuestro sí como si de nuevo le diérades; y harán fiesta los ángeles, cuya parienta es la virginidad, por el nuevo y firme propósito de la perseverancia que Dios os ha dado. A cuya misericordia plega alumbrar vuestros ojos, para conocer cuán mejor camino es el que vuestra ánima eligió, prometiendo virginidad, que el que vuestra carne quiere tomar, buscando medio para perderla.

64—CARTA A UNA DONCELLA QUE SE LLAMABA INÉS

El Cordero que murió por sus ovejas y resucitó para bien de ellas, os dé muy buenas Pascuas y os haga muy conforme a su santa voluntad, pues para esto os llama a su servicio. Hermana, cuando desposan acá en el mundo, preguntan si son para en uno el esposo y esposa; y la que quiere ser esposa de Nuestro Señor Jesucristo, ha de trabajar de ser muy conforme a El, no en riqueza de vestidos vanos, ni oro ni plata, sino en lindeza de buenas costumbres. Y si bien lo miráis vos, debéis tener cuidado de esto, porque el Señor os quiere por esposa, y vuestro nombre *Inés* vale tanto como Cordera; y pues el nombre de El es Cordero y el vuestro Cordera, mirad que le parezcáis en la obra como en el nombre; sed man-

sa entre los enojos, sed humilde entre las afrentas, sed blanda en sujetar vuestra voluntad, sed piadosa en lo que a los prójimos toca, sed amiga del trabajo como cordera que sacrifican, y miraos muchas veces en Jesucristo vuestro espejo, para que veáis si estáis fea o hermosa, y mirarse ha El en vos, y bienaventurada seréis por ser mirada de tan alto Rey; y pues ya estáis prendada de su amor, id creciendo cada día en bondad, y tened una santa soberbia, como *Santa Inés,* para despreciar todo el mundo entero por amor de Jesucristo bendito; y para que os acordásedes del Cordero del cielo os llevaron ese cordero: miradlo con ojos cristianos, y acordaos de Nuestro Señor cuando lo viéredes, y hágaos el Espíritu Santo muy gran sierva suya. Amén.

65—CARTA A UNA DONCELLA: ACONSÉJALA EL CUIDADO DEL BUEN PROPÓSITO QUE DIOS LE HABÍA DADO

Es tanto el cuidado que de vuestra ánima me pone Nuestro Señor, que me constriñe a continuamente en mis oraciones tener memoria de vos, suplicándole que os dé gracia para acabar lo que por su bondad habéis comenzado: y esto, Hermana, no lo agradezcáis a mí, que soy un descuidado, mas a aquel Señor que tomó sobre sus hombros todas nuestras cargas y cuidado, en su corazón todas nuestras necesidades; y porque os amaba a vós, me mandó a mí que de vos me acuerde. Y, por tanto, os amonesto de parte suya que miréis con diligencia el tesoro que el Señor en vos ha puesto, pues el corazón os da testimonio y gran conjetura que lo amáis: y así os alegrad por haber sido del Señor llamada y amada, que también temáis de la cuenta que os ha de pedir de la gracia que en vos, según podemos conjeturar, ha puesto (Luc., XXI); *porque a quien mucho da, mucha cuenta le pide;* y ninguna dádiva hay tan grande como dar a uno corazón nuevo y propósito espiritual de agradar al Rey de la Majestad, y por eso ninguno tan cuidadoso debe andar como a quien el Señor ha dado este don celestial, porque no se le torne en ocasión de mayor

condenación lo que por la liberalidad de Dios le fué dado para su eterna salud.

No conviene, Hermana, a la que camina para el cielo detenerse en cosa alguna de la tierra, ni la que a Dios quiere volver sus ojos a cosa criada: mirad bien, y veréis que muy poco habéis dejado por Dios aunque mil mundos dejáredes; porque allende que todo lo criado en comparación del Criador, a quien vos buscáis, es como un grano de mijo, y mucho menos en comparación de la grandeza del cielo, es bien que sepáis que el mundo se pasa, y sus deleites con él; y sólo aquél permanecerá para siempre que al eterno e inconmutable Dios se arrimare. Si no, preguntad ahora a los que en este mundo menospreciaron la flor de él, y escogieron el trabajo y la mortificación de la carne, si se han pasado o permanecen para siempre.

Cierto, si viésemos las eternas coronas que en el cielo poseen, no querríamos en este mundo cosa alegre de El, mas de corazón lo despreciaríamos y querríamos ser hollados de todos por allí ser honrados de Dios. ¿Qué es toda la carne y sus placeres sino lodo sucio y florecilla de heno, que presto se pasa? ¿Qué es el mundo y sus honras sino humo, que él se consume sin quedar rastro de él? Hermana, allí poned vuestro deseo donde están los verdaderos y eternos bienes; allí enviad vuestro tesoro donde el ladrón ni polilla no os lo lleve; no pongáis en peligro aquel reino por meteros en tráfagos de acá; no os lleguéis a los peligros, porque quizá caigáis, y quebrada la redoma de la conciencia, se os pierda el bálsamo de la gracia que en ella os dió Dios: desembarazada caminad al eterno descanso, y no os contentéis con hacer ese negocio como quiera, mas lo mejor y más seguro que vos pudiéredes; no como los del mundo, que ponen mejor cuidado en sus cosas que en sí mismos, y por eso aprovechan en ellas y están perdidos en sí.

Mas vos, a quien Dios abrió los ojos para conocerle, no os ceguéis a sabiendas con el polvo de las cosas presentes; mas vivid en luz de verdad, poniendo vuestro cuidado en vuestra ánima cómo estará más hermo-

sa y agradable al que la crió; y en las otras cosas pasad de camino, no dándoles el corazón, aunque hayáis de ocuparos en ellas. *Las manos y el corazón* (Jerem., III) *hemos de levantar al Señor;* porque sepamos que aunque entendamos en obras de manos, no hemos de tener el corazón allí en tierra caído, mas levantado al Señor, y hacer por su amor la obra que estamos haciendo: y así la obra que de sí era baja se hace alta y la alzamos a Dios, pues la hacemos no por otro apetito ni por el interés transitorio, mas por respeto del celestial Rey; y de esta manera nunca os faltará tiempo para pensar en Dios Nuestro Señor: porque cuando haya ocupación, o cuando no la haya, si amáis, siempre estará vuestro pensamiento donde estuviere vuestro amor, y andaréis entre los trabajos descansada y entre las ocupaciones libre, y no caeréis aunque se os ofrezcan tropiezos: porque la persona que de dentro no anda ocupada con Dios y siempre delante la presencia de El, como si le viese a cada cosita que se le ofrece, luego es enlazada porque vivía fuera de sí, como la gallina que de casa sale, presto la hurtan; mas quien dice como David (Psalm., XV): *Veía al Señor siempre en mi acatamiento,* y anda siempre en su corazón comunicando con Dios, está fuerte en lo que se le ofrece, porque luego se recoge dentro de sí a su Dios, vuelve las espaldas al lazo y queda sin ser preso de él. Y así, Hermana, no os descuidéis, porque después no lloréis; que más ligera cosa es evitar las caídas, que después de la caída levantarse como conviene: más vale estar sano, que después de enfermo sanar; y mejor es tener a Dios siempre en el ánima, que después de lo haber echado tornarlo a meter en nuestro cozazón.

Por tanto, *velad y orad porque no entréis en tentación* (Matth., XXVI), y usad el leer libros buenos, y el confesar y comulgar las veces que vos pudiéredes; y sed mansa aun con los airados, y humilde con los soberbios, y sed vos la esclava de cuantos en vuestra casa hubiere; esto por amor de Aquel que se abajó a servir a sus Apóstoles hasta hincarse ante ellos de rodillas en el suelo y lavarles los pies. Miraos vos en aqueste espejo; y si vié-

redes que no conformáis con él, lavad vuestra mancha con lágrimas, pesándoos mucho porqué siendo una hormiguilla no os abajéis, siendo Dios abajado por vuestro amor: y atreveos a seguir la obediencia y humildad, caridad y paciencia de aqueste Señor, que tiene cierto, siendo compañera en el padecer, serlo en el gozar: y llevando parte de la cruz llevaréis parte del reino, el cual os dé el mismo Jesucristo, que vive y reina siempre en los siglos de los siglos. Amén.

66—CARTA A UNA DONCELLA, QUE LE DICE LAS MUCHAS ASTUCIAS QUE EL DEMONIO TIENE PARA SACARLA DEL BIEN COMENZADO

Dios dé a vuestra merced tanta gracia cuanta yo le deseo y cuanta es menester para perseverar en el bien comenzado; porque bien sé yo que el demonio no ha de cesar de combatir por mil maneras, ya abierta, ya solapadamente, para, si pudiera, destruir lo que Dios ha edificado. Unas veces pone gran desmayo en camino tan trabajoso, y amontona delante los ojos tantas cosas que parecen insufribles, y que no hay remedio para las poder llevar: y si la persona se quiere esforzar en Dios, confiando de su favor, procura de derribar esta confianza diciendo que no tiene Dios cuidado de aquestas cosas; y cuando más no puede, hace entender que no sirve la persona a Dios, y que mejor le serviría en otra parte, y pintale los inconvenientes que de presente tiene, y los aparejos que en otra parte tendría; lo cual no lo hace él porque desee nuestro bien, sino por quitarnos el que tenemos, de lo cual recibe él pesar: mas aunque sus astucias sean muchas y grandes, más es la misericordia de Cristo y su poder para nos ayudar y sacar vencedores, si nosotros no queremos volver las espaldas huyendo de la guerra. Digamos a nuestro adversario, *que los trabajos que delante nos pone no son tan grandes como él pinta, que aun no hemos resistido hasta derramar sangre peleando contra el pecado*, como dice San Pablo (Hebr., I, 2).

Que mayores trabajos pasan otros por amor del mun-

do y de lo de acá: y por eso es razón que no sea para menos el que a Dios sirve, para pasar por El, que el que al mundo para trabajar por él, pues el galardón del mundo es mal tras mal, y el de Dios es grandísimo bien tras pequeño mal: y si miramos la vida de nuestra vida, que es Jesucristo Nuestro Señor, habremos vergüenza de nos quejar, pues nunca le vimos sino pobre, y huyendo en la niñez, o entre perseguidores cuando grande, o entre angustias de muerte que le hacen sudar sangre, y después remata su vida entre bofetadas, azotes, espinas, clavos y cruz. ¿Qué es nuestro trabajo cotejado con el más pequeñito de aquestos? Y pues queremos parte en el cielo con El, no nos descontente su compañía en la tierra; porque El, determinado está de no tener por compañero en su gozo sino al que lo fué de sus penas. Y su cruz quiso que fuese la puente por do pasemos al descanso, y otro vado ni paso para el cielo no hay sino la compañía de los trabajos y mortificación del Señor. Y a quien éstos no parecen bien ni los quiere pasar, no tiene que ver en el reino que está aparejado desde el principio del mundo.

Por tanto, esforcémonos en el Señor, y armémonos con las armas de su pasión y penas, que en ellas hallará nuestra ánima tanta fortaleza que ninguna cosa la puede vencer. Y tome la esposa a su Cristo como manojo de mirra, y traiga la amargura de El en el corazón, para que pensando en las penas de El, se consuele en las propias, y lo tenga por mercedes, como lo son; y ámelas tanto que se halle con ellas favorecida y llena de joyas, y tiemble de verse sin ellas. Y siéntase como desnuda cuando no está vestida de la librea de su Esposo, que es angustias y trabajos, y así huirá el demonio, que nos quería hacer dejar el camino de Dios, contándonos que pasábamos mucho viéndonos amar los trabajos por amor de Aquel que por nos los pasó: y no nos engañe con decirnos que es muy larga la jornada que hemos de andar, porque puede ser que tengamos poco de vida; y lo que nos parecía que nos había de durar muchedumbre de años, no durará aun muchos días; y por eso hemos de

tener vivos alientos, esperando que cada día será el fin de nuestros trabajos, y decir a nuestra ánima: sufre esto algún día, que posible es que estés al fin de tu vida, y que poco tiempo te atormentará; que, cierto, más verdadero pensamiento es éste que no el que el demonio nos trae: y a más vemos acabárseles la vida esperándola muy larga, que sucederles la longura de años que ellos pensaban.

Y si quisiera hacernos entender que en otras partes sirviéramos más a Dios, aquello es un engaño con que a muchos ha sacado del buen camino en que estaban, prometiéndoles otro mejor, y ellos de necios perdieron el que tenían, en que Dios les había puesto, y por alcanzar el mejor cayeron en el malo, y de allí en el infierno: y dejaron aviso para que no sea uno ligero en mudar lugares debajo de mejor servir a Dios. La mudanza que se hace de mal a bien buena es, y poco engaño se debe en ella tener; mas querer uno del buen lugar pasar al que le parece mejor, peligrosa cosa es, porque suele muchas veces nacer del deseo flaco para resistir lo que Dios le envía, y no del favor de mejor vida; mas el descontento que su impaciencia y poca virtud le causa, le pone el deseo de hacer mudanza; y como la enfermedad se va en el ánima, en viniéndole alguna prueba como las primeras, luego siente lo que primero; porque no por mudar de lugar se le mudó el corazón, y ve después que era engaño lo que pensaba ser buen deseo.

Por tanto, conviene ser constantes en lo comenzado; y si el demonio trae inconvenientes y estorbos que hay en la parte que estamos, decir que en otra los habrá quizá mayores y más peligrosos; y aunque no los veamos, podémoslo creer, porque no hay lugar sin ellos: y que dondequiera que hay bien hay estorbo, y por eso se quiere quedar con los que tiene, y dar buena cuenta de lo que Dios le encomendó. Esté vuestra merced confiada que Dios fué servido de su venida, y es servido de su estada; y con saber esto no sentirá sus trabajos; porque dichoso es aquel que a Dios agrada, aunque le cueste mil vidas: tenga firme en la guerra, y sufra de toda

parte combate, que los ojos de Dios la ven, y conoce a sus ovejas, y viene luego al balido que dan. El proveerá de esfuerzo; y aunque alguna vez caiga con la carga, no se espante, sino levántese luego, y pida mayor fuerza a Nuestro Señor, que así somos todos, y bien nos conoce Nuestro Señor, y no se espanta de nuestras flaquezas; al cual le contenta mucho el corazón humillado, y que conoce su propia flaqueza, y está colgado de su misericordia: ésta será con vuestra merced, y la consolará y atribulará cada cosa a su tiempo: y en lo uno y otro recibimos merced, porque todo nos es menester, hiel y miel, hasta que toda la hiel se convierta en miel; saliendo de este destierro y gozando de Nuestro Señor en su reino, en el cual plega a Dios yo vea a vuestra merced. Parte me cabe a mí de su pena: Dios sea bendito, que así lo permite; y de verdad se le deben gracias, pues que quiere exctar nuestra paciencia para darnos mayor corona. Señora, acuérdese de la cruz del Señor, y cuántos sudores pasó debajo de ella, hasta que cayó en el suelo, y lo levantaron a empujones y sin misericordia: mire que nuestros trabajos ni afrentas no son como aquéllas, y que nos hace merced en enviarnos algo de lo que El pasó.

Creo yo que estaba vuestra merced segura, y por eso se ha desconsolado tanto, como no estaba apercibida. No se desmaye por eso, que mujer es, y no ángel, y flaca, y no santificada. No se espanta Dios de nuestras flaquezas, ni quiere que desmayemos por ellas, sino como el niño que cae y luego se levanta y corre como primero. Basta ya lo que ha estado triste: por amor de Nuestro Señor que deje la tristeza, que no hay de qué tenerla; porque si hubiésemos de mirar a enojos, ¿quién duraría con quién? Ni padres con hijos, ni maridos con mujeres, ni nadie con nadie.

No se ha de poner el sol sin que se acaben los enojos; y quien primero ruega con la paz, aquél lleva la corona doblada; y pues hasta aquí ha ganado tantas coronas, no pierda ésta; y cuanto se le hace más de mal, tanto será su corona mayor, y ésta le pido por amor del Señor, que rogó por los que le estaban crucificando, y lavó y

besó los pies a Judas, que le fué a vender: ¡cuánto más es razón que hagamos nosotros a quien bien nos quiere, aunque algún enojo haya tomado! En lo que vuestra merced hizo, hizo muy bien; y así lo haga de aquí adelante; y si sobre ello le dieron palos, bien empleados vayan. Y en esto quiero ver si me ama, en que luego olvide todo lo pasado, y deje la tristeza, y se alegre con el Niño Jesús, y con la Virgen recién parida, que está muy alegre. Bien veo que le pido mucho; mas a quien mucho ama mucho le hemos de pedir. El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced. Amén.

67—CARTA A UNA DONCELLA, ANIMÁNDOLA A QUE SIRVA A UNA ENFERMA POR AMOR DE DIOS

Aunque quisiera yo ver a vuestra merced en mucho descanso, más le deseo ver en que mucho gane su ánima: y como Nuestro Señor la ama muy de verdad, hace lo mismo con ella; porque bien pudiera El ordenarle vida que no tuviera trabajo; mas no quiso sino que tome parte de penas ajenas, a semejanza del que siendo sano enfermó de nuestros dolores. Bienaventurada vuestra ánima, señora, la cual cumple lo que dice San Pablo (Hebr., X): *Hubisteis compasión de los presos, como si vosotros estuviérades presos;* porque así siente vuestra merced el mal de esa señora como si suyo propio fuera, y aun creo que más: y por eso debe estar muy alegre, porque cuanto por una parte le lastima, por otra gana grandísimas coronas: porque servir a un enfermo, aun sin mucho amor, es gran cosa, cuanto más con tanto amor, que hace estar tan enfermo al sano como al doliente. Tesoro, señora, atesoráis para el cielo: no os ahitéis, pues vuestro galardón será el mismo que os crió: nuestras deudas perdona Dios por las ajenas que acuestas tomamos.

Holguémonos que nos dé Dios en que le podamos satisfacer; y pues sois esposa, servid con amor a vuestro esposo, el cual está enfermo cuando una oveja suya lo está; porque palabra de su boca es que dirá el día postrero (Matth., XXV): *Enfermo era, y servísteisme: tomad el*

reino que os está aparejado. Y no dejéis de le suplicar que esfuerce a la enferma y os esfuerce a vos, no para quitaros los trabajos, sino para acrecentaros fuerzas y amor, con el cual llevéis su cruz como El la llevó por vos. El renunció sus consuelos por tomar vuestras tristezas y penas. Decid vos que así lo quiere vuestra ánima, y que no deje de enviar algo en que se vea cómo le amáis; porque gozar con Dios no hay quien no lo quiera; mas trabajar por El, eso es señal de amor verdadero, y sólo el amor de Cristo ha de durar. Hágaos El tal cual El desea y yo le suplico. Amén.

68—CARTA A UNA DONCELLA REGALADA DE DIOS, ENSEÑÁNDOLA CÓMO SE HA DE HABER EN MEDIO DE LOS FAVORES

Devota esposa de Jesucristo: ¿Qué os parece quién es Dios? ¿Qué os parecerá cuán bueno es, pues se inclina a amar y tratar con la podredumbre de la criatura, que no siendo digna aun del pan que come, le dan por manjar y posesión al Criador de todas las cosas? El ingenio humano no puede alcanzar esto, ni los ángeles pueden dar gracias suficientes a Nuestro Señor por la merced que hace a un pobre gusanillo en acordarse de él y visitarlo. El mismo Señor se alabe, que se conoce; El se bendiga, se ame y se goce, que otro no hay que le pueda bastantemente engrandecer ni dar gracias por lo que hace con nos, si El no. Y así, Hermana, cuando viéredes sus misericordias sobre vos, y vuestra grande indignidad e insuficiencia para le agradar y servir, salid de vos como de casa angosta y de una pura flaqueza, y sepultaos en el mismo Señor en quien está vuestra vida: no viváis en vos, que moriréis: arrojaos en El, transformaos en El, dormid en El, y encontraréis con aquel dulcísimo panal que sobrepuja toda dulcedumbre, y mientras más amada os viéredes, más os afrentad viendo cuán bueno es El, y mala vos.

Sabed distinguir entre el oro que de El os viene y el lodo que vos sois, y no creáis que subís más en su conocimiento de cuanto os bajáis en el vuestro; porque así

como a una ánima, que a Dios gusta, no hay cosa más dulce ni más olorosa ni preciosa que El, así no hay cosa más hedionda en su mismo acatamiento que ella misma, considerando lo que tiene de sí. Un perro muerto trae en sus narices quien a sí mismo se conoce, y no se podría sufrir si no se fuese a Dios, y viviese en El, y mirase a Dios en sí y en su ánima: y así, Hermana, os encomiendo que ningún don del Señor os lleve mucho los ojos, sino conocerle a El para amarle, y a vos para aborreceros y despreciaros; porque muchos ha habido que por tenerlos le han desagradado, porque les entró el polvo de la vanidad y del propio contentamiento, y sin entenderlo ellos descontentaron al Señor. Malo es el corazón del hombre, y tan ciego, que muchas veces tiene cosas que él no entiende, y velas el Señor con sus lucientes ojos, que miran a los abismos, y por ellas da lugar justamente a nuestro adversario para que nos engañe, pensando nosotros que vamos acertados.

Y la principal causa es por tener un corazón con una secreta vanidad y complacimiento, con algún deseo, aunque pequeño, de cosas que pueden traer alguna singularidad o alteza, y derríbalos el Señor tanto más bajo cuanto ellos piensan que van altos: y por esto la seguridad en el temor del Señor está que hace a un hombre temblar en sí mismo, y buscar más lo que le aprovecha que no lo que tiene grandeza y novedad: antes huye de ello, y suplica a Nuestro Señor que lo lleve por camino llano, pues según su flaqueza aun en lo llano caerá. Y aunque esto muchos lo digan, pocos lo sienten en el corazón, porque heredamos de Adán una tan secreta y arraigada vanidad, que sin lumbre de Dios no puede ser conocida, y menos curada. He dicho esto para amonestaros que importunéis al Señor os dé su luz para conocer vuestra vileza muy de corazón, y que os ponga en el postrer lugar en todos sus otros dones, salvo en conocerle y amarle, y conoceros a vos y despreciaros: porque de esta manera vuestro camino irá seguro, y el demonio huirá de vos, y gozaréis de aquel Señor que desea dárseos todo por vuestro, si vos os atreviéredes a ser del todo suya.

69—CARTA A UNA DONCELLA AFLIGIDA, CONSOLÁNDOLA EN SUS AFLICCIONES

Más querría reñir con vos que regalaros; por ventura sanaríades mas aína, como las mujeres que por ser tratadas de sus maridos un poco áspero, se hacen ellas fuertes y para mucho. Vos andáis porque os digan que Dios está bien con vos; y yo no os lo quisiera decir, y durmiérades en la cruz por cama, y comiérades en ella como en mesa, y morárades a la continua en ella como en casa. Y así lo quiere el Señor cuando os esconde el amor que os tiene, y a cabo de vuestra vejez no lo entendéis, y estáis más tierna que una niña, y pedís leche a cabo de tantos años. ¿Qué habéis, sierva del Crucificado, que tanto os quejáis? ¿Quién os asombra que tanto teméis? ¿No sabéis que no suelta Cristo tan presto las ánimas que una vez toma? ¿No sabéis que aunque es celoso para sus esposas, y las castiga por cosas al parecer muy livianas, que no por eso las deja de amar?

Antes, porque las ama, y por no quitar de ellas su amor, por eso las castiga; y mientras más castigadas, mayor prenda les da que no las desama; porque El dice que amenaza al ánima mala: *Yo quitaré mi celo de ti;* y si no sois castigada, ¿de qué os quejáis? Y si lo sois, ¿porqué os desmayáis, pues que el serlo os había de dar a entender que es celo de amor el que al Señor mueve a trataros así, y no ira de quien mal quiere? Y si os parece que el castigo dura mucho, sufridlo por amor del que fué castigado sin culpa: y creo yo que todo ello, o lo más, vos misma os lo habéis tomado por pura ignorancia, temiendo do no había que temer, y vos misma pagáis, no culpa pasada, que no la hubo, sino presente necedad que os atormenta: y aunque dicen que el loco por la pena es cuerdo, vos no acabáis ya de abrir los ojos a ver que no es todo eso sino sombra y fantasma, que os quiere quitar vuestra paz, y que se os atreve el demonio a espantaros como a niña con máscaras feas, sin haber sino un león lleno de paja. Sentíos de aquella afrenta, y tomad ánimo de persona

amada del Rey celestial, y comenzad a ojear al demonio y a vuestra necedad, que han hecho nido en vuestra cabeza: y sabed que el Señor tiene paz con vos: no tengáis vos guerra con El: no se diga de vos lo que dice Job del malo, que habiendo paz sospecha que hay asechanza.

Vos os conocéis a vos, y por eso teméis y estáis inquieta; mas no conocéis o no pensáis en Jesucristo, y por eso no gozáis de la paz que cantaron los ángeles cuando nos nació, y que da al ánima a la cual se da a conocer y amar. Sabed, señora, que tiene bondad para querer bien a las tales como vos; y esta bondad no se la puede quitar toda vuestra maldad junta, aunque fuese mayor de la que es: por eso decid a quien otra cosa os dijere, que tarde viene, y que habéis creído al amor de Jesucristo, y que vivís en fe y amor de El, y que de su amor no habrá tormento que os aparte, ni de su confianza flaqueza alguna que os derribe.

Ya os disteis a El, y El os recibió: ni vos os habéis dado a otro, ni El ha soltado su derecho a vos, y suya sois, y El es contento que lo seáis, aunque a todo el infierno le pese: y El saldrá con su empresa al fin, que es el salvaros delante la faz de vuestros enemigos, para que viendo quebrados sus lazos, que os habían armado, y ser querida de Dios, y favorecida la que ellos deseaban echar a perder y procurando que desesperase, sean confundidos y remordidos, y aprendan con su propio daño que al que Dios defiende poco pueden ellos empecer, antes mientras más le persiguen, más le aprovecha; obrando esto la bondad suma, que convierte los males en bienes, y endereza los yerros, y de las caídas saca avisos y provechos para gloria perpetua suya: por la cual El os ama y amará para que vos le glorifiquéis, y sus trabajos que en la cruz pasó no sean perdidos: por eso haced cuenta que habéis dormido, y oíd a San Pablo, que dice (Rom., XIII) *que es hora ya de recordar:* y con la nueva alegre del Niño que nace, quitad el luto de la tristeza: y vestíos de gozo, pues los ángeles anunciaron gozo a los pastores y a todo el pueblo por haber nacido el Salvador,

a cuyo pesebre os remito, para que moréis por aquestos días; y el que fué reclinado en El sea todo vuestro amor. Amén.

70—CARTA A UNA DONCELLA, ANIMÁNDOLA AL MENOSPRECIO DEL MUNDO

Desde acá me parece que recibo consuelo con el crédito que tengo de vos, pensando que andáis ahora con más cuidado en el camino de Nuestro Señor que cuando yo estaba allá: que para ser buena hija así lo habéis de hacer; porque la buenas mujeres casadas, en ausencia de sus maridos se prueban, y las buenas hijas, en ausencia de sus padres: y de esta manera prueba Nuestro Señor a las ánimas, que muchas veces se les esconde, y las deja en sequedad y tristeza, para ver qué paciencia tienen, y si le sirven como antes, o si van a buscar consolaciones de fuera, como les faltan las de dentro. Mirad, Hermana, el fin de las cosas, y no seréis engañada por ellas; que en una sepultura pára toda la flor del mundo y la lindeza de la carne, y gusanos comen al cuerpo, por mucho que a placeres y regalos se haya dado, y con gran hedor demuestra la carne lo que es y cuán engañado es quien la sigue.

¿Qué es de los grandes que ante nos han pasado, por grandes placeres que hayan tenido? ¿No están sus cuerpos tornados polvo y sus ánimas en fuegos eternos por unos breves y sucios deleites, que se pasaron así como sombra? ¿No están en amargura sin fin, sin tener un solo momento de consuelo, los que viviendo acá huían del trabajo, buscaban la vida ancha y daban a su cuerpo contentamiento? ¡Oh, cuán de buena gana trocarían ahora la vida regalada que pasaron con la que otros pasaron en aspereza! Mas no hay allá lugar de arrepentimiento, sino de recibir cada uno lo que acá hizo, y para esto es la discreción, para en este breve tiempo que tenemos escoger el trabajo por no caer en aquel que para siempre dura, y hacer fuerza a nuestros deseos por no caer en aquel lugar donde todo se hace contra los deseos de quien allá va.

¿No es mejor penar aquí un poco por Cristo y con Cristo, que arder allá para siempre con Lucifer? ¿No es mejor escondernos un poco al mundo, y después en el reino de Dios parecer gloriosos delante de todos, que por querer gozar de un poco de humo perder esto y aquello? Porque el malo tan poco goza acá como allá, pues la mala conciencia le da acá amargura y tristeza, y allá el infierno le atormenta; mas quien por Cristo pasa trabajos es consolado por El, y con la alegría de la buena conciencia y con la esperanza de su galardón vive contento, y tórnansele los trabajos rosas. Mas ¡triste de aquel que anda atemorizado con su mala vida y a sombra de tejado, huyendo de Dios y no queriendo que viniese la hora para parecer delante del Señor!; porque este tal, aunque se ría con el cuerpo y aunque dé a su carne lo que desea, nunca siente placer, por el gusano del corazón que le está siempre royendo. Y pues esto, Hermana, entendéis, escoged lo mejor, y haced de vos sacrificio a Nuestro Señor, ofreciéndoos a la cruz por El: y si os parece cosa recia un encerramiento tan grande, miradle a El clavado en una cruz en lugar tan estrecho, que por no caber los dos pies juntos fué menester poner un pie sobre otro: y sabed que así se gana la anchura del cielo, mejor que con los anchos y grandes edificios del suelo; porque el Señor lo ha determinado así, que por su cruz y no por anchura vayan a El. Presto vendrá nuestro día, y dejaremos este desierto, y parecerá ser cuerdo quien aquí se escondió y entendió en ataviar su conciencia, y parecerá loco quien quiso gozar de la sombra y humo, y perdió lo que para siempre es durable. El Espíritu Santo sea siempre con vos, y os haga tal como yo os deseo, etc.

71—CARTA A UNA DONCELLA QUE HABÍA COMENZADO A SERVIR A DIOS

La paz de Jesucristo sea siempre en vuestro corazón. No he recibido tantas cartas como, señora, decís que habéis enviado, mas aunque muchas hubiesen venido a mis manos y yo no respondiese, tengo tanta fiucia en Nuestro

Señor, que el que me pone a mí verdadero amor de vuestra ánima, El os dará a entender en lo secreto de vuestro corazón; con que no queda el escribir por falta de memoria ni amor, y con esto estoy consolado, por mucho que os vea quejar. Hermana mía en la sangre de Jesucristo, no os descuidéis porque no lloréis: mirad el amor con que habéis sido tratada de este Niño que nace, y no endurezcáis vuestro corazón a tan gran fuego, que bastaba para derretir las durísimas piedras. ¿Qué hacéis, si no le amáis con todas vuestras entrañas? ¿Cuya sois, si suya no sois? ¿Adónde miráis, sino a El? ¿En qué pensáis? ¿De qué habláis? ¿Qué os traba el corazón sino éste que así le trabaste vos de su Corazón, que os trajo treinta y dos años y dos meses pensando en vuestro remedio y llorando vuestra perdición, y al cabo fué por vuestra salvación puesto en cruz, y abriéronle su Corazón para que veáis el lugar amoroso donde vos andábades? Hermana, amad a quien os amó de ocho días nacido, derramando sangre por vos, y no sabe hablar, y sabe amar; y como crecen los días crecen los afectos del amor; que si siendo Niño os ama, ¿qué hará siendo mayor? Crece el cuerpo y crecen los trabajos, crecen los dolores y tormentos en cruz. Amad, pues, a quien primero os amó, y ahora os ama desde los cielos.

No os contentéis con servir como quiera, que El no se contentó de buscar vuestro bien con tibieza, mas todo El se empleó por vos; no conozcáis a nadie por conocer mucho a El. No tengáis en vuestro corazón a criatura alguna aposentada, por darle a El el corazón y posada desembarazada. A El mirad, que mientras más miráredes a criaturas, os será quitada la vista del Criador, y dándoos toda a Dios, aun faltaréis en muchas cosas; ¿qué será si os repartís? Ya dejasteis al mundo y os disteis a Dios: no tornéis a tomar lo dejado, que perderéis lo prometido. San Pablo dice (I Cor., VII): *Que la doncella que a Dios se ofrece ha de ser santa en el cuerpo y en el espíritu, y no ha de tener más de un cuidado, que es agradar a Dios.* Y así vos no entendáis otra cosa, porque hagáis ésta bien, que pues bastáis a Dios, y con vos se contenta, débeos El

bastar a vos, pues basta a los ángeles y a cuantas cosas El crió. No sé cómo os va del corazón; y no querría que os fuese mal, porque si en él aflojáis, sentirá vuestra ánima una hambre que tanto os enflaquezca, que os veréis caída en lo que antes muy ligeramente vencíades. Toda vuestra fuerza es en Dios; que en vos, ¿qué tenéis sino caídas? Y Dios comunica su favor a quien en el corazón es vigilante, que a quien duerme agriamente lo reprende, diciendo como a San Pedro: *¿No pudiste una hora velar conmigo?*

Hermana, desocupaos de las hablas de las criaturas para que gocéis de la comunicación del Criador, porque tenerlas entrambas ya vos sabéis que no puede ser. Vivid siempre sola con vuestro corazón, y desterrada, y para que podáis pedir a Nuestro Señor que os visite como huérfana y extranjera, y para la soledad del corazón mucho os aprovechará la poca comunicación de fuera, que bien sabéis vos que no hay otro rato tan alegre como cuando estamos solos con Dios, y que si por acá nos consolamos, que después cuando vamos a hablar al Señor, o se nos esconde o nos riñe, hasta que decimos que otra vez no derramaremos el corazón: y el que ama al Señor no ha de ser tan mal criado que espere que el Señor le diga una cosa muchas veces; mas debe vivir con entrañable cuidado para conocer la voluntad del Señor; y ésta sabida, cumplirla; y si alguna vez por flaqueza la traspasó, llorando mucho, con doblado cuidado no tornar a enojar al que es entrañas de su corazón. Y así vos, Hermana, pues amáis, amad mucho; pues servís, servid bien; pues a Dios habéis escogido, dejad todo lo que no es El: si la casa eterna de Dios os ha contentado, no pongáis vuestro amor en casa de barro, que presto se acaba.

Ensalzada habéis de ser en el cielo entre los coros de los ángeles, si sois la que debéis: haceos ahora tan baja que beséis la tierra que huellan los más bajos de vuestra casa. No tengáis miedo de despreciaros, que a vuestro amor despreciaron; y permitiólo El, porque con sus desprecios sois vos preciada, y con sus deshonras muy mu-

cho honrada. No queráis cumplir con regalos de carne, que la carne de vuestro Esposo atormentada fué con azotes, y rota con clavos: no debemos nada a la carne, que ya por Cristo se deshizo el mal concierto que teníamos con ella cuando Cristo no vivía en nosotros; mas cuando vino el concierto espiritual, con él deshízose el carnal de la carne: no tenéis que ver con el mundo; por eso romped con él, que vuestro amor dice (Joann., XVI): *Confiad, que yo vencí al mundo:* no miréis a honra ni deshonra; mas abajad vuestra cabeza como al ruido que pasa por el tejado, y meteos en las llagas de Jesucristo, que allí dice El *que mora su paloma*, que es el ánima que con simpleza le busca. Finalmente, pues suya quisistéis ser, no tenéis ya que cumplir con vos ni con nadie: El os recibió, y no os dejará, si no le queréis vos dejar a El, y cumplirá con vos lo que por mi boca os prometió. Por tanto, (Apoc., II), *sedle fiel hasta la muerte, y daros ha la corona de la vida*, que nunca se acaba, en compañía de tanta bienaventuranza, cual ni ojo vió, ni oreja oyó, ni lengua de hombre puede decir; la cual os dé El por quien El es, como yo se lo suplico. Amén.

72—CARTA A UNA DONCELLA, ENSEÑÁNDOLE LO QUE DEBE HACER PARA PROSEGUIR EN SERVIR A DIOS

Devota sierva de Jesucristo: Perdonadme que no os he escrito, esforzándoos en el propósito santo que Nuestro Señor os ha dado, y en la guerra que contra los demonios tenéis por el nuevo camino que habéis comenzado: y conozco en esto mi descuido; porque así como el padre, que, según la carne engendra, es obligado a mantener lo que engendró, así a quien Dios da una ánima para que mediante su santa palabra la engendre para el servicio de Dios, es obligado a la recrear, regalar, enseñar y esforzar en lo comenzado. Placerá a su misericordia, y me dará gracia para hacer lo que hasta aquí he faltado, porque vos seáis consolada y yo salga de culpa.

Lo primero, doncella, que me parece que debéis de hacer es conocer el gran beneficio que de la mano de Dios

habéis recibido en haberos dado corazón que desprecie lo presente, y haceros amadora de lo que no se ve con estos ojos, ni oye con estas orejas, ni se toca con estas manos; mas gústase con la limpieza del ánima, y es cosa que más que todas éstas juntas vale sin comparación. San Pablo ruega a Dios que dé a entender a los de Efeso el grande bien para que son llamados; y yo suplico lo mismo para vos, para que conociendo el gran valor de vuestra esperanza, seáis más agradecida a quien os llamó, y holléis de mejor gana estas poquedades de acá, como a quien le diesen oro, de buena gana dejaría el lodo y estiércol.

¿Sabéis, Hermana, para qué os llamó Dios? ¿Sabéis cuál es el fin del camino que habéis comenzado? ¿Sabéis cuál es la joya de vuestra pelea y la corona de vuestra victoria? Dios mismo es: no puede vuestro bien subir en el precio, ni tenéis por qué desear lo que las reinas poseen, pues en comparación de vuestro amado todo lo otro es como nada, y más da pesadumbre que contentamiento. ¡Oh, cuán dichosa habéis sido en haberos puesto Dios en el camino para El! ¡Y con qué alegría es razón que corráis, aunque sea metiéndoos por lanzas, a gozar de los dulces abrazos de vuestro Padre y Esposo, con que os está esperando, para en compañía de otras doncellas, que dejaron lo que vos dejáis y amaron lo que vos amáis, haceros para siempre gozosa y bienaventurada en El! ¡Oh, si viésedes las coronas de las que hollaron la carne, despreciaron el mundo, escog'eron aquí el más despreciado lugar, y con entrañas encendidas amaron a Nuestro Señor! ¡Cuán buen trueco hicieron, lo terreno por lo celestial, el gozo que presto se pasa por el que no tiene fin; y, finalmente, trocaron lo criado, y alcanzaron al Criador, con el cual reinan, no arrepentidas por lo que dejaron, mas muy gozosas con lo que hallaron, y para siempre poseen! ¡Bendito sea Dios, que en el número de estas dichosas os hizo dichosa, y os alzó vuestros ojos para que mirásedes a El, y quitándolos de la vanidad, los empleásedes en la verdad!

Amadle mucho, doncella, pues El os ha amado mucho,

y primero que vos a El; que si lo miráis, dormida estaríades en el sueño del olvido, mas vuestro fiel amador no dormía, olvidándoos a vos; mas veló sobre vuestro remedio, y acordóse de vos atrayéndoos a sí. Mucho le amad, que mucho le debéis, pues os perdonó en lo que caisteis, y os libró de lo que pudiérades caer. Todo aquello contad por perdonado que hiciérades si no os guardara su mano; y por eso todos le deben, ahora caigan y los perdone, ahora no caigan y los preserve. Pues ¿en quién vos mejor os podéis emplear que en servicio de tan buen Señor, que así tan piadosamente os sufrió, esperó y para sí llamó, para daros nombre de esposa y teneros guardado tálamo limpio y corona de Reina, como conviene a esposa de Rey celestial? Alegraos otra vez, otra vez os digo alegraos, y sabed estimar vuestro bien que en Jesucristo tenéis, pues es vuestro Esposo el que es mayor que los ángeles, y al que ellos llaman Señor, podéis vos llamar Esposo, porque lo quiso El así. ¿Qué le daréis vos por estas mercedes? ¿Qué haréis vos por El? Conoced que este bien no se puede pagar ni servir; merced es y gracia, no galardón de merecimiento; porque antes que una persona conozca a Dios, ¿qué tiene sino desmerecimientos muchos, y ninguna cosa buena delante el acatamiento de Dios? Amada fuisteis, y de balde lo fuisteis; y conocedlo así para que más sabroso os sea el bien, cuanto sin merecerlo vos os fué dado; y eso poco que sois ofreceos en perpetuo sacrificio a Nuestro Señor y decidle: *Señor, por Vos vivo, para Vos quiero vivir, vuestro amor me guardó y me llamó: para amaros quiero vivir.* ¡Oh, Señor, y quién tuviera muchas fuerzas para con todas amaros y deciros (Cant. II): *Mi amado a mí, y yo a El!* Vos me amasteis con Vos, entregándoos todo por mí en manos de crueles sayones; yo me ofrezco en manos no crueles, sino piadosas, que son las vuestras, para que hagáis Vos de mí a vuestro querer, y viva yo para Vos y no para mí; que con el amor y agradecimiento le tendréis contento en lo que toca a El. Conviene más que miréis cuán amigo fué El de obedecer y de humillarse, pues fué sujeto a criaturas, siendo El su Criador; y andaba a la voluntad de

ellas el que, con su querer rige el cielo y la tierra, y quiere de vos que seáis mansa y humilde, a semejanza de El blanda y callada, obediente y sosegada como una paloma; porque pues El es Cordero, vos debéis ser paloma, para que seáis semejables para ser Esposo y esposa.

Preciaos mucho de ser obediente, aunque sea en cosas muy duras, pues vuestro Esposo lo fué hasta la muerte de cruz: porque obedecer en lo que no da pena, no es mucho de agradecer, mas en lo que no hemos gana, es contado por muy gran sacrificio, que huele muy bien delante de Dios: y con estas dos cosas estaréis armada contra las astucias del diablo, para que si os quisiere traer al pensamiento lo placentero que hay en el mundo, le respondáis: mejor es mi Jesucristo; y si os quisiere desmayar, que no habéis de salir con lo comenzado, decidle: *Quien lo comenzó, lo acabará*, que es Jesucristo: El me amó antes que yo le amase: ahora que lo quiero no me desamparará. Si os dijere que habéis pecado mucho, y que no habéis de ser perdonada, decidle que vuestro Esposo a todos los que le piden perdón perdona, aunque fuese al mismo demonio. Y si os trajere vanagloria de que habéis pecado poco y hacéis mucho bien, decidle que ninguno hay que pueda decir tener pocos pecados, ni que hace todo lo que puede en servicio de Dios: y si algo os dijere que hagáis, decidle que no sois vuestra, sino que tenéis a quien obedecer; y con la señal de la cruz y nombre de Jesús, y firme y perfecta fe en el corazón, no os podrá nada empecer; no le hayáis miedo, antes le despreciad: a sólo Cristo temed, y a El reverenciad y amad, el cual os haga muy suya como yo se lo suplico y deseo. Amén.

73—CARTA A UNA DONCELLA: DÍCELE LA IMPORTANCIA DEL NEGOCIO COMENZADO EN SERVIR A DIOS, Y LA DILIGENCIA QUE CONVIENE TENER PARA SALIR CON EL

El cuidado, devota Esposa de Jesucristo, que de vuestra ánima Nuestro Señor en el corazón me pone, me hace sospechar que tenéis alguna necesidad de su ayuda;

por lo cual me moví a os escribir esta carta, suplicando a Nuestro Señor Jesucristo obre en Vos, mediante ella, lo que sabe que habéis menester. Deseo, amada Hermana, que os dé Nuestro Señor a entender de cuánta importancia es el negocio que habéis comenzado, para que la grandeza de él os ponga grande el cuidado, y el cuidado os haga ser diligente en agradar a aquel Señor cuya esposa sois, y tras la diligencia os venga el divino favor, que está muy presto a los que de verdad lo buscan, con el cual andaréis segura entre todos los peligros y alcanzaréis el fin de vuestro camino y deseo.

La primera puerta de la perdición de muchos que comienzan y no perseveran, suele ser el descuido de sus conciencias, entendiendo en ellas como en cosa que poco va; y estando la guerra cierta y la victoria dudosa, viven así como si todo estuviese seguro y hubiese ya venido el tiempo de gozar de la victoria, que con muchos trabajos ha de ser ganada. De lo cual viene que como los peligros que nos fuerzan de fuera, y la flaqueza que tenemos de dentro sean mayores que podemos pensar, y las raíces de los corazones que muchos años hemos dejado plantar hayan menester para ser arrancadas mucho trabajo, quédanse en nosotros, porque ponemos poco: y aunque por un poco de tiempo parecían estar arrancadas, en pasando aquel fervor que a los principios Dios les daba, tornan las raíces que parecían muertas a brotar, y vienen a dar frutos tan malos y aun peores que los pasados; y así aprenden muy a su costa, que no debe nadie dejar las armas y el cuidado de aprovechar mientras esta vida durare, que se llama, y de verdad lo es, cruda guerra.

¡Oh, si oyésedes que algunos después de haber algún tiempo gozado de la dulcedumbre de Dios la perdieron, y vinieron a comer manjar de puercos; y como Jeremías dice llorando (Tren., IV): *Los que fueron criados en carmesíes vinieron a abrazar el estiércol!* ¡Qué cosa hay más lastimera que ver una alma que hallaba deleites en Dios, y dejados aquéllos, deleitarse en pecados; la boca que hablaba del cielo, hablar de la tierra; y las orejas, por las cuales entraba al alma la palabra de Dios, andar ham-

brientas por oír consejuelas; y el corazón, que primero con fervor despreció todos los mundanos placeres, pareciéndoles amargos en comparación de la divina dulzura, venga a tanta enfermedad que no halla sabor en lo que de verdad era sabroso, y, como dice Job, tenga por deleite estar debajo de espinas! Estos son semejantes a los hijos de Israel, que después de sacados de la cautividad de Faraón por la poderosa mano de Dios, y habiéndoles Dios prometido que los metería en una tierra que manaba leche y miel, fueron tan flojos en sufrir trabajos en el desierto por do caminaban, que con miserable consejo deseaban más tornar atrás y quedar en Egipto, que pasar adelante y gozar de tantas promesas; y dándoles Dios a comer el maná, que la Escritura llama pan celestial, y tan sabroso que para los buenos contenía en sí todo deleite, tenían los estómagos de sus ánimas tan estragados que querían más comer de las ollas carnales y cebollas y puerros de Egipto, que del maná celestial, el cual les era tan desabrido que les revolvía el estómago.

De esta manera, cuando una alma sale de sus pecados, sacándola Cristo, y ahogando la muchedumbre de ellos en las aguas del Bautismo o de la Penitencia, si con cuidado sigue a su Dios, deléitase en los trabajos por El, y halla frescores en este desierto, por seco que sea; porque a este tal mantiene el Señor con escondida y celestial dulcedumbre, según lo tiene prometido diciendo (Apocalipsis, II): *Al que venciere, daré maná escondido y celestial;* y como la dulcedumbre de Dios sea mayor que la amargura de acá, anda la tal ánima en los trabajos descansada, y en los peligros segura y confiada de la promesa de Dios, en que le promete de llevarla a la hartura del cielo. Anda y vuela y corre, teniendo en poco de ganar el mundo, ni de perder la vida, por ir a gozar de Dios para siempre.

En la boca de ésta no suenan quejas: en el corazón de ésta nunca hay flaqueza: mas hacimiento de gracias por los bienes que ha recibido, y cierta y confiada por lo que espera de Dios recibir: mas si comienza la tal ánima a darse a la flojeria, luego todo le parece mal: no hay tra-

bajo, por pequeño que sea, que no le penetre hasta el corazón y la derribe: siente mucho la herida liviana, cánsase con la poca carga, y a cada paso dice no puedo: quéjase de cada cosita que no le da Dios a su voluntad, y dice en su corazón, y algunas veces con la boca: ¿Y para qué comencé este camino? No hallo en él sino orar, leer y cosas delicadas y contrarias a sangre y carne: tómame deseo de tornar a comer de los manjares de Egipto, y deléitame lo que ya vomité. ¿Qué pensáis, doncella, que fué la causa de mudanza tan miserable? Por cierto no otra sino el descuido del corazón, que es madre de la tibieza, y la tibieza del descontento, y el descontento de la disolución, y ésta de todos los males. Si estos tales comenzaran a remediar su descuido cuando comenzaron a nacer, no comieran tan amargos frutos; si mataran la madre, no naciera la hija; si cayendo un terrón de la casa, luego la remediaran, no los tomara debajo. Creed que así como ninguno se hace súbitamente muy bueno, tampoco se hace muy malo. Escalones hay en medio para subir a mucha bondad o para descender hasta la maldad; porque así como el que está en el primer escalón se debe alegrar para subir, y debe tener confianza que poco a poco subirá a lo alto, así quien está en lo alto y comienza a descender, aunque sea muy poco, debe entristecerse y temer mucho la caída: y para que os remediéis, si en este peligro estuviéredes, oíd en qué lo veréis.

Si a vuestro corazón sintiéredes liviano, si os deleitáis en hablar palabras ociosas, si deseáredes oír nuevas, si fuéredes tarda al ir a orar, y presta para acabar, y sintiéredes vuestro corazón seco, que no llueve Dios sobre él devoción, y si alguna vez llueve es como agua que no harta la tierra, y que presto se pasa; Si os viéredes los ojos abiertos a las faltas ajenas, y a las vuestras cerrados; si os sabe mal el ser abatida, y os enojáis con quien os reprende; si las condiciones de vuestros prójimos os parecieren pesadas para sufrir, y siempre echáis achaques en el comulgar y confesar, o ya que lo hacéis, más es por vergüenza o costumbre que por amor, y si después de comulgar, habiendo en vos entrado el fuego, no os encen-

déis, y puesta la miel en la boca no sentís dulzura; cuando estas cosas y otras semejantes viéredes en vos, entended que vuestro corazón no está entero con Dios, ni lleno del licor celestial, pues anda hambreando la vanidad de las criaturas; porque así como el gusto de Dios hace mortificar los sentidos, da abundancia de lágrimas, entrañable hartura, deseo de silencio y de soledad, desprecio de cuanto florece en el mundo, cuidado de la propia conciencia, paciencia en sufrir a los prójimos, con otros mil cuentos de bienes, así el gusto de la vanidad hace no hallar gusto en la verdad. Como el gusto de Dios echa fuera el gusto del mundo, así, el del mundo al de Dios. Y si viéredes que el mundo os comienza a saber bien, remediaos presto, antes que del todo vengáis a perder el sabor de las cosas de Dios; mirad no hagáis cosa que no sea digna de esposa de Jesucristo. Acordaos que habéis ofrecido vuestro cuerpo en sacrificio limpio a Jesucrito Nuestro Señor; y el sacrificio mandaba Dios que fuese muy examinado, porque si tenía falta en los ojos, o manos, o pies o en otra parte, no consentía Dios que le ofreciesen. Y aun en muchas partes más podía este solo defecto para ser desechado el tal sacrificio, que los muchos bienes para ser aceptado; en lo cual se da a entender, como dice Orígenes, que las doncellas que ofrecen su cuerpo a Dios en sacrificio, no cumplen con ser en una cosa limpias.

La lengua ha de ser ajena de hablar vanidades, las orejas de las oír, los ojos puestos en tierra: el atavío ni precioso, ni curioso ni sucio, y desde los pies hasta la cabeza ha de ser vestida de honestidad: en la alma ha de ser paloma, pues que es esposa del Cordero, para que así sean para en uno; y pues en tan alta empresa Dios os ha puesto, no tengáis la vida baja.

Quien a tan alto Rey quiso amar y de tan alto Rey es amada, no es razón que duerma. Ninguna cosa os parezca trabajosa de hacer ni pesada de sufrir por agradar al que una vez ya os disteis. Y si os parece que pasáis trabajos o desconsuelos , no os espantéis; acordaos que así suele el Señor tratar a sus hijos; que estas cosas no son señales

de ira, mas de bienquerencia. Mientras más os viéredes trabajada, teneos por más amada; mientras más desconsolada, más confiada; y la gran tentación viene por víspera de muy gran corona. Ninguna cosa os derribe, pues tenéis por ayudador al brazo del muy Alto y Omnipotente. No huyáis, que sin falta veréis venir sobre vos el socorro del cielo. No os espanten los muchos enemigos que tenéis, mas consuéleos un sólo amigo que os ama más que todos los enemigos os desaman, y El solo puede más que todos ellos juntos. No le hagáis vos traición; no huyáis vos de su campo; llamadle en vuestras necesidades, que de su parte yo os prometo que El os dará vuestros enemigos vencidos y puestos debajo los pies.

Por un camino vinieron contra vos, y por siete huirán de vos; si tienen licencia para tentaros, no la tienen para venceros: no es cosa acostumbrada a los maridos fieles desamparar a sus esposas; y si en la tierra donde tan poco amor hay, esto hay, ¿qué hará donde Jesucristo, Esposo vuestro, está, sino muy mejor defenderos? Quien por amaros perdió su vida, ¿dejaros ha perder tan ligero? Ninguno aborreció su propia carne, mas antes la cría y regala. Y nosotros, como dice San Pablo (Eph. V), *carne somos de la carne de Jesucristo, y hueso de los huesos de Jesucristo;* a semejanza de Eva, que fué sacada de Adán, y El y nosotros no somos dos, sino uno, como marido y mujer, o cabeza y cuerpo, o vid y sarmiento, o árbol y ramos. Pues si mirar Cristo por nosotros es mirar por sí mismo, ¿qué razón hay para dudar en lo que tanta certidumbre tenemos? Y si esta unidad y casamiento la tiene con sus cristianos, ¿cuánto más con las personas que dejaron de ser esposas de hombres por ser esposas de Dios? Alegraos y cobrad confianza en el arrimo de tal Señor: gozaos de las mercedes que habéis recibido: vivid con tal diligencia, que no perdáis las que os ha prometido: acá habéis celebrado desposorio con El, y allá os tiene aparejado el tálamo en que poneros; y va tanto del gozo que allá os dará del que acá os ha dado, como del cielo a la tierra, como de fin a principio, como de cumplimiento a promesa; porque

allí os enseñará El cuán bienaventurada fuisteis en renunciar el mundo y sus pompas por hacer homenaje a Cristo.

Allí veréis cómo el matrimonio es bueno, la virginidad mejor: y aunque Marta escogió bien, la parte de María es mejor: allí cantaréis cantar nuevo, y tal, que no pueden cantar sino vírgenes: allí andaréis en compañía de innumerable compañía de vírgenes, que viviendo acá despreciaron lo que vos despreciasteis, y tienen allá lo que vos deseáis: allí veréis y seguiréis a la Bienaventurada María, Virgen y Madre y Esposa; la cual, como la otra María, hermana de Moisés, pasado el trabajo del mar Bermejo, tomó su *adufe* en la mano y comenzó a cantar en alabanza de Dios, y tras ella las otras mujeres. Así nuestra María, pasada de este mundo, y después tomando su cuerpo, está cantando en el cielo alabanzas a Dios con cuerpo y con ánima, y tras ella cantan todas las ánimas buenas, y por particular gloria cantan las vírgenes, siguiendo el Cordero, que es Cristo, adondequiera que El va, dándoles su compañía en pago de la soledad que acá pasaron por El. ¿Paréceos que es bien galardonado servir a quien tan bien galardona? ¿Paréceos cuán alegres deben estar los que este día esperan? Trabajad, pues, vos por ser una de éstas, que pues el Señor lo ha en vos comenzado, El lo hará: y pues se desposó con vos, El se casará, y dará a sí mismo en galardón para siempre. Orad y leed y comulgad. Vuestro siervo por Cristo.

74—CARTA A UNA DONCELLA ATRIBULADA, ADMIRABLE PARA CONSOLAR AFLIGIDOS EN EL ESPÍRITU

Muy amada Hermana en Jesucristo: El cuidado que me pone Dios de vuestra ánima tengo por seña de merced; porque allende de ser obligado a ello por la ley de la caridad, espero ser participante en el gozo que de su mano os ha de venir, pues me da alguna compasión el desconsuelo que ahora tenéis: Dios sea en todo bendito, sus juicios adorados, que por donde a nosotros parece

pérdida, por allí con su alto saber nos gana: y esto para darnos a entender nuestro poco saber e insuficiencia, y para que de corazón nos ofrezcamos llenos de fe en sus manos, esperando remedio, sin saber el modo por donde ha de venir. Grandes combates tendréis, con los cuales recibirá alguna turbación vuestra ánima; porque mirando la vida pasada, pareceros ha que merece castigo, y los consuelos que habéis tenido también os desmayarán, temiendo el regalo pasado, no se os torne en ocasión de castigo viendo que lo perdisteis, y no os faltará escrúpulo que os haga entender que por vuestra culpa; y juntarse ha con esto la tristeza que de presente sentís y las angustias que de todas partes os cercan, y lo que adelante teméis que os vendrá: todo esto junto os pondrá en tan grande aprieto, que os parezca estar en la angustia que el pueblo de Israel estuvo cuando, saliendo de Egipto, se vió cercado por los lados de altísimos montes, y por delante con la mar, y los enemigos que por las espaldas venían; y sentiréis muchas veces lo que dijo David, y sintió en sí mismo (Psalm. XXX): *Yo dije en el ajenamiento de mi ánima: desechado soy delante la faz de tus ojos:* y no faltarán demonios que os digan lo que a él: que no tenéis salud en vuestro Dios: veros habéis tal, que gustéis muchas veces angustias de muerte, y aunque aquéllas tenéis en poco, atemorizada de la obscura sospecha de pensar que Dios os desama: y tras esto suele venir dureza y apretura tan grande de corazón, que le parece a la persona participar ya de la obstinación y muerte que en el infierno tienen los que allá están: y acaeceros ha llamar y no ser oída; y en lo que buscábades y esperábades remedio, allí sucederos mayor desconsuelo, no hallando prenda de amor, mas desvíos, al parecer, desamorados; y con estas y otras cosas que se suelen sentir en aquesta enfermedad, estaréis tan descontenta de vos, que tomaríades por ganancia la muerte.

Mas entre estas cosas, ¿qué os parece que se debe hacer? ¿Perderemos quizá la confianza de nuestro remedio, que tan muchas veces nos mandó tener Cristo? ¿Seguiremos los desmayos que el demonio y nuestra

carne nos traen? ¿O la esperanza que podemos cobrar de la benignidad de Aquel, que cuando estuviere airado se acuerda de su misericordia? No hay, Hermana, en esto mucho que deliberar, mas que ejecutar: no hay porqué desmayar, mas porqué esforzar: no os llaméis desdichada por lo que de presente sentís, mas bienaventurada por el amor que Dios os tiene, el cual no sentís. ¿Para qué queréis vivir en arrimo de vuestro sentido, pues es cosa que tan presto es engañado y engaña? No es justificado quien piensa que lo está, ni está fuera de serlo quien sospecha que no lo está. *No me juzgo yo a mí*—dijo San Pablo (I Cor., IV)—; *mas Dios es el que me juzga*. Y estános bien muchas veces el pensar que no somos amados, o no tan amados, porque es tan grande nuestra locura, que está mejor aprisionada con desabrimientos y tristeza, desmayos y angustias, que nos parezcan semejanza de infierno, que no andar sueltos con la libertad y regocijos que suelen traer los regalados de Dios; el cual, como buen padre, esconde el amor que tiene a sus hijos, porque no se hagan flojos y falsamente seguros, mas tengan siempre un poco de recelo, con que no se descuiden y pierdan el regalo y herencia que en el cielo les tiene guardado.

Y aunque El sabe cuán gran trabajo es para ellos sentir de El que no está sabroso, y cuántas tentaciones se les levantan cuando El parece que vuelve la cara, con todo esto quiere que pasen por estas angustias, y viéndolos y amándolos, disimula el amor que les tiene, y enséñales lo que, aunque les duele, los tiene seguros: y lo que más es de maravillar, que no sólo los deja padecer persecuciones levantadas por el demonio y otras personas; mas el mismo Padre de las misericordias y verdadero amador de sus hijos sobre cuantos padres hay, el cual sólo sabe ser padre, en cuya comparación los padres no saben amar ni amparar, y por eso nos mandó que no llamásemos padres sobre la tierra sino a El, único amparo nuestro, y tan rico en amor y tan vigilante en cuidado de lo que nos cumple, que hinche de lleno en lleno, y aun sobra, todo aquel regalo que el nombre del padre

significa; este tan cuidadoso de lo que nos cumple, no sólo ve lo que padecemos de nuestros enemigos y calla, mas El mismo nos levanta los trabajos y nos mete en la guerra.

El es el que nos suele dar gozo después de mucha tristeza, como dió a Abraham y a Isaac el deseado, que quiere decir *risa*. Y así como mandó al padre que matase al hijo que el mismo Dios le había dado, y puso en tristeza al que El primero había consolado, así suele quitar el gozo a los suyos y decir que se lo maten, y que ellos vivan en continua tristeza. Y de esta manera, yendo los Apóstoles muy contentos y asegurados, aunque entraban en mar con la compañía de Cristo, volvióseles en gran temor, porque vieron alborotada la mar, y ellos que ya estaban para se hundir, y al que los aseguraba tan dormido, que les parecía a ellos estar olvidados; y no estaba, porque El mismo mandó que se levantase la tempestad: y si para esto no estaba dormido, menos estaba para los librar. ¿Porqué, pues, estaréis angustiada de aquello que Nuestro Señor envía? ¿Por qué os sabe mal la medicina que por mano de vuestro Padre piadoso ha pasado? ¿Pensáis quizá que tiene rigor para os atribular, y no poder para os librar dondequiera que estéis caída, y misericordia para os perdonar y hacer mayores misericordias que antes? Sentid de Dios con sentido de fe en bondad, aunque por vuestro sentido le sintáis riguroso: porque tanto más acertaréis en lo primero que en lo segundo, cuanta ventaja lleva la certidumbre de la fe a la ignorancia del humano sentido.

Guardada os tiene Dios entre esas espinas, por excusaros las que nunca se han de acabar, según El lo dice hablando de su viña (Isa., XXVII): *De noche y de día la guardo;* no tengo enojo con ella; y El hace que ni el sol la empezca de día, ni la luna de noche: porque ahora consuele, ahora atribule, su sagrada vela está sobre nosotros, y entonces más cerca, cuando nosotros por más apartada la tenemos.

No en vuestro parecer, Hermana, sino en el de Dios os arrojad; y pues El sabe lo que os cumple, y cómo

os va, y cómo os irá; no andéis vos muerta del cuidado de ello: *no podréis*, con todo vuestro pensar y reventar, *añadir*, como dice el Evangelio (Matth., VI), *a vuestra estatura un solo codo.* ¿Para qué andáis tan en vos, pues os está mandado que os arrojéis en Dios? ¿Qué andáis tanteando vuestra salud por lo que a vos os parece, pues Dios ha de ser vuestro juez, delante cuyo acatamiento vale más su copiosa misericordia que nuestra pensada justicia? Cerrad vuestros ojos a todo aquello que os causa desmayo, y arrojaos en las llagas de Aquel que por vuestro bien las recibió, y hallaréis descanso; porque mientras la bestia trajere sus ojos abiertos, nunca sacará agua de la noria, temiendo de caer en ella: y cuanto más os parece a vos no hallar vado para vuestros males, ni por dónde ni cómo se han de remediar, tanto más hay esperanza de remedio; pues donde falta el consejo y fuerza humana, allí acostumbra Dios de poner su mano y aquella es la hora propia que esperaba para hacer misericordia, para que sepan los hombres que no con espada ni arcos de ello, mas en la agradable y amorosa voluntad de Dios está su remedio; y por eso, mientras más llena de miserias os viéredes, más os tened por aparejada y dispuesta para que Dios obre en vos su misericordia, porque la compasión de nuestras angustias le mueven a poner en nosotros sus ojos: donde más abundan las miserias, allí más abundan sus misericordias, levantando de la tierra al menesteroso, y del estiércol al pobre; para que desnudándole el sayal de su tristeza, le vista y cerque con ropa de alegría, y sea conocido por benigno y lleno de misericordias, y alabado por tal por boca de los que primero vivían en lloro, la cual alabanza le es agradable, según El lo dijo:

Llámame en el día de la tribulación, y librarte he y honrarme has: y si tan presto como vos deseáis este día no viene, no por eso os turbéis, que el dilatar no es quitar, mayormente cuando el dador es verdadero, y oirán vuestras orejas (Cant., II): *Levántate, y date priesa a venir, amiga mía, que ya se ha pasado el invierno, y han huído las alborotadas lluvias: ya aparecen flores en lugar de*

las espinas, y podando desconsuelos dará tu ánima fruto de amor. Acordaos que nunca tanto el pueblo de Dios fué afligido, echándoles carga sobre carga, y dándoles crueles azotes, que como cuando estuvo en víspera de libertad; y así como después de noche y lluvia suele venir día y sol muy claro, y después de la tempestad vino bonanza, y tras los dolores del parto el gozo del hijo nacido, así pensad que vuestros grandes trabajos son mensajeros de grande alegría; porque no es digno de la paz espiritual y del dulce amor quien no ha sido fatigado con enojosas guerras, y no ha gustado la amargura de ajenjos de la espiritual desconsolación.

En prueba os tiene Dios; sedle fiel en obedecer a todo lo que os enviare; amadle, aunque os azote; seguidle, aunque os vuelva el rostro; importunadle, aunque no os responda; y sabed, *que no trabajaréis en balde, porque fiel es, y no se puede negar, y no despreciará hasta el fin la oración del pobre* (II Tim., II). El se levantará, y mandará que se sosiegue la mar; El os dará vivo vuestro Isaac, y tornará vuestro lloro en canto, y os dará abundancia de paz por las guerras que habéis sufrido: y si vos este bien no merecéis, El tiene bondad para hacerlo. Lo que a vos se os pide es que aprendáis a vivir entre las espinas, sin tener donde reclinar la cabeza: y si poco podéis obrar, suplirse ha con padecer, y que estéis firme en el camino de Dios, pues sólo aquél pierde la corona que huye y lo deja; que en lo que toca a vuestro remedio, el Señor os lo dará cuándo y como vos no sabéis, y por el presente trabajo os dará abundancia de gozo con que le alabéis aquí y en el cielo a perpetua honra de su Majestad.

75—CARTA A UNA DONCELLA, ANIMÁNDOLA AL SERVICIO DE DIOS CON FERVOR

Visite Cristo a vuestra merced por la visitación que me ha hecho: tenga de ella cuidado Cristo por el que ella tiene de mí: ámela Cristo por el amor que me tiene; que no sé yo quién otro baste a satisfacer esta caridad,

si El sólo no. Deseo saber cómo le va, y que le fuese bien; porque siendo el Esposo que escogió tan bueno, no hay razón porqué le vaya a ella sino bien: y no teniendo otra cosa en que entender sino en agradar a los ojos de El, razón es que ande delante de su presencia muy limpia y muy agradecida, pues en todas las partes la mira y la oye. ¡Oh, señora, si una vez alzásemos los ojos que por la tierra traemos, y los empleásemos en mirar a este espejo lleno de tanta hermosura, que es Jesucristo Nuestro Señor, luz que procede del Padre! ¡Oh, si una vez penetrásemos una centellica del amor con que anduvo trabajando por nuestra salud hasta perder la vida por nosotros! Cierto nos afrentaríamos de vernos tan tibios, y airados contra nos mudaríamos nuestra vida, siguiendo en algo la suya. ¿Qué haremos, señora, que somos amados y no amamos? ¿Que se digna Dios de rogarnos con su amistad, y a nosotros no se nos da de ello nada? Y mejor nos sabe un cohombro o una cebolla de Egipto, que la excelencia del manjar celestial: aquéllos buscamos con grande ansia; y éste, aunque nos lo ponen en la boca, no curamos de lo comer, por no trabajar siquiera en mascarlo. Hémonos parado tan flojos en el servicio del trabajado y diligente Señor, que parece que nosotros somos los señores y El es el esclavo.

Luego nos cansamos de pensar de amar al único descanso nuestro. Y porque no somos para de una vez poner cuero y correas, quedamos siempre desconsolados: porque, según dicen, *cabra coja no tiene siesta:* huímos del trabajo, y caemos en él; porque no hay otro igual que los latidos de la conciencia, que acusa de no hacer lo que debemos. Comencemos ya nuestro partido por Jesucristo, no hagamos guerra contra nosotros, y estemos siempre en vela, pues nuestros enemigos así lo están: y amansemos a Dios por los enojos pasados, pues es grande vergüenza haber afrontado a su Padre y no traer herido el corazón con dolor y la faz afligida con vergüenza. Tiempo es de hacer penitencia, y orar mucho al Señor cada uno por sí y por la Iglesia: porque si no hay quien al Señor vaya a la mano, creo que quiere

hacerse temer, pues que nosotros no le queremos amar, y estar aparejados para, si menester fuere, perder la cabeza y vida por Cristo. Plega a su misericordia que no nos deje El por nuestros pecados; mas nos haga dignos de estar firmes en su fe y amor, que ni el error nos engañe el corazón, ni la espada nos ate la lengua, sino que suene Jesucristo en nuestra boca delante del perseguidor, aunque sea con perder la vida. Cristo sea amor de vuestra merced. Amén.

76—CARTA A UNA DONCELLA, ANIMÁNDOLA EN LA PERSEVERANCIA DEL SERVICIO DE DIOS

La bendición que vuestra merced me pide, suplico yo al Padre de las bendiciones la dé a vuestra merced para que sus santos trabajos fructifiquen, y quitada toda ignorancia delante de sus espirituales ojos, vea a sí, y vea a El, para que ni atribuya a sí misma bien alguno, ni a El mal alguno, sino que se quede El con su divinidad y nosotros con nuestra animalidad: y si esto no viene luego, ya le he avisado que este camino, como San Bernardo dice, *se ha de pasar y no volar*. Llegarnos tenemos a Dios, como quien ara y siembra, que no pide luego el fruto, sino después de muchos días, y pierde de presente con esperanza del bien por venir. No conviene, señora, desmayar, aunque muchas veces seamos heridos: sino andar y gemir, hasta que Nuestro Señor nos mire y haga limosna: y no la hace ahora pequeña en sufrir delante de sí a cosa que merecía estar en los infiernos: y pues ésta da, El dará las demás; y si no fuere tan presto, así conviene que sean ásperamente tratados hasta que vean con vista de ojos que no es suyo el bien, sino de Dios; que si algo les dan, no se han de engreír, sino temer y avergonzarse cómo a cosa tan indigna le es dado el bien que merecen.

Y porque los hijos de Eva somos locos, y heredamos aquella soberbia que ella tuvo, cuando deseó saber a semejanza de Dios, no nos espantemos que nos trate el Señor de arte que veamos que somos necios, flacos y

malos. Y hasta que este conocimiento haya, estaremos tentados y desconsolados y afligidos: y así estamos menos mal que si algo nos diesen; porque al soberbio peor le va mientras más tiene, porque mientras mejor, es peor, pues es ingrato y desconocido a mayores bienes, y robador de mayor gloria. Por tanto, conviene caminar con esfuerzo y largueza de corazón, esperando que el Señor hará como quien es. Y que no nos hace pequeña merced en darnos gracia que le busquemos, aunque sea con trabajos y sequedad, y del todo ponernos en sus manos, y el tiempo y el cómo: que por despeñaderos y riscos suele El llevar al descanso, aunque piense el que va que camina para perderse. Jesucristo sea con vuestra merced. Amén.

77—CARTA A UNA DONCELLA, DESMAYADA EN EL CAMINO DE DIOS, ANIMÁNDOLA

Señora: estotro día escribí a vuestra merced, y temo que no fué la carta a sus manos: si es así, procúrela y léala, que según me parece todo será menester para su consuelo, como a la niña que la ausentaron de su madre, y luego enflaquece, así no pudo velar una hora, ni tenerse en pie, sino luego dar consigo en desmayos y enfermedades de una parte y otra. Y lo peor de todo es la desconfianza que toma de no sucederle con Dios como desea. Mucho me parece al criado del otro que dicen que andaba todo el año sin capa, etc. Señora, ensanche ese corazón, y alárguelo primero para sufrir muchos trabajos de dentro, y lo segundo para esperar el remedio de la mano de Dios, aunque sea hasta el fin de la vida. ¿No ha oído que la vida del cristiano es un continuo martirio y una molesta guerra? ¿Qué quiere ella alcanzar luego lo que otros después de muchos años, trabajos y angustias a duras penas alcanzan? Probada ha de ser muchas veces con darle Dios con la puerta en los ojos; y mientras ella va más ansiosa, le ha de enseñar menos favor, para que así satisfaga algo de lo que ella hizo pasar al Señor, que viniendo a convidar con-

sigo mismo, y llamando a la puerta de su corazón, le cerró la entrada, o si le abrió, echó presto al huésped una vez recibido. Y pues somos fuertes en el huir de Dios, ¿porqué tan flacos cuando El un poco huye de nos? Quien mucho ha hecho sufrir a otro, ¿no sufrirá él un poco? Quien ciento debe, ¿no pagará uno? ¿Porqué no quiere pasar por la ley que hicimos a Nuestro Señor que pasase? Y con falta de conocimiento no sabemos humillarnos a sufrir un poco de disfavor, mereciendo justísimamente el infierno.

Despierte ya, señora, y tenga a sí por quien es, y a Dios por quien es; y si desechada se sintiere, súfralo con humildad, pues así lo merece; y si el Señor dice que es perra, diga con la Cananea que es verdad; mas por eso no desmaye y peque dos veces, una en el poco conocimiento suyo, otra en no sentir bien de la suma bondad del Señor, pensando que no la quiere, o no quiere que lo busque. ¿Y por qué osó decir tan gran falsedad y testimonio falsísimo? ¿Por qué pone mancha en la pureza de la misericordia divina y en el blanco Cordero, que dijo (Joann., VI): *A todo aquel que viniere a mí no le echaré fuera?* ¿Por qué tiene por enemigo al que la castiga, y sospecha mal contra su Médico? Amor es todo lo que hace el Señor con ella; sino como no conoce por amor sino al regalo, parécele desamor, como está escrito (Hebr., XII): *Que el Señor azota al que ama, y que quien ama a su hijo multiplica los azotes;* y tratándola el Señor así, aun no se conoce, ni es vil en sus ojos, ¿qué sería si El le enseñase amor? No es para locos el ser abiertamente favorecidos. Baste a vuestra merced que el Señor se sirva de ella, sea por la vía que El fuere contento, y sepa que hasta que de lo más profundo del corazón sienta quien ella es, no sentirá la faz del Señor del todo alegre, ni le cumple: mil vueltas le han de dar, y en mil trances se ha de ver que la saquen de seso, y en que no sepa qué ha de hacer, ni sepa atender, para que toque con sus propias manos, y vea con sus propios ojos que no es ella sino un pedazo de miseria y flaqueza, y se le quite muy quitada la vanidad de su estima: porque como de-

cía un viejo en la vida de los Padres, que sería uno tentado en la carne hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor, y no fuerza propia; así conviene en otras cosas venir al abismo del propio conocimiento, para que de allí le levante el Señor al pobre y lo ponga con los Príncipes de su pueblo, sin resabio de vanidad, pues ya conoce su profunda flaqueza.

Por eso, póngase vuestra merced a padecer, y tener guerra consigo, y pase adelante, que el Señor la consolará, y le dirá (Isai, LI): *Pobrecita, yo quité de tu mano la copa del adormecimiento, y lo hondo de la copa de mi castigo, y no lo beberás más.* El vendrá y satisfará la pena que dió su ausencia y castigo, y alegrará con cien tantos a la que entristeció con justicia, para darle a entender que no es inocente, sino culpada. Perseverancia no falte. Y aunque sea herida en la guerra, cobre ánimo de nuevo; porque no sabe la hora en que el Señor tendrá por bien de la visitar, y conciértese lo mejor que pudiere, según su pobreza: y súfrase con paciencia como a otro hiciera, y no deje sus ejercicios en cuanto fuere posible. Y si estuviere enferma, tómelo también por ejercicio, que no es mal tiempo para navegar hacia el cielo, aunque parezca contrario en esto. La gracia del Espíritu Santo sea siempre en esa ánima. Amén.

78—CARTA A UNA DONCELLA, QUE QUERÍA DEJAR EL MUNDO Y DEDICARSE A DIOS

Devota sierva de Jesucristo: El placer que mi ánima sintió del nuevo propósito de querer tomar por Esposo al Rey celestial, la que también pudiera tomar esposo de la tierra, fué tan grande que no lo sabré explicar; y aunque cuando se me dijo me fué nuevo, porque no lo había sabido, mas no lo fué del todo, que ya yo la había ojeado para el Señor que la crió y le había pedido por merced que me la diese para El; y sea su nombre por siempre bendito, que tan cumplidamente lo hizo, que yo no lo supiera tan bien desear; porque aquel gozo que su ánima tenía de haberse descabullido de las vilezas de

la tierra, y quedar ya prendada del amor del celestial Rey, ¿qué era sino unas señales ciertas que esta mudanza no ha sido liviandad de propio pensamiento, mas obra de Dios, que ha puesto la mano en el corazón de ella y obrado el celestial deseo que tiene? Y también le dió aquel regocijo en señal y arras de los muchos y grandes y limpios gozos que, si ella le quisiere ser fiel, El le dará; de los cuales el menor es más de estimar que todos los que el terrenal marido, hijos y hacienda y todo el mundo puede dar.

¡Oh, señora, y si hubiese probado cuán dulce es Dios para aquella ánima que vuelve las espaldas al mundo por poner los ojos en su Criador! ¡Oh, si supiese qué es la suavidad del celestial Esposo para consolar aquellas ánimas que dejan los transitorios deleites, y como tórtolas castas no quieren consolarse en la tierra, mas suspiran con amor a su Señor, que en los cielos está; y como la paloma que se torna limpia, sin poner los pies en cuerpo muerto, mas tórnase a la mano de quien la envió! ¿Qué es lo que más en este mundo florece sino cuerpo muerto hediondo? Pues ¿para qué es juntarnos con cosa que nos enlode, y nos deje más desabridos treinta mil veces con su amargo dejo que nos dió sabor con su compañía? A Cristo dé vuestra merced muchas gracias, que le dió luz para saber distinguir entre lo precioso y lo vil, entre lo eterno y temporal y entre Dios y el hombre mortal; y le dió pensamiento tan dichoso, en que Dios es aceptado, y el hombre tenido en poco, y por amor del celestial tálamo es despreciado el terrenal, por rico que fuese.

Sea, pues, fiel al que por Esposo quiere tomar, que El lo será tanto para ella que probará que no de burla se llama Esposo limpio de vírgenes limpias, mas hallará en El todos los bienes juntos: y no será como en los casamientos del cuerpo, que las más veces tras un poco de contentamiento sucede amargo arrepentimiento: mas nuestra obra al principio tiene consuelo; y mientras más tratare a este Señor, más le conocerá, y mientras más le conociere, más le amará; porque no es como los hom-

bres, que mientras más tratados más tachas descubren: y el que parecía buen desposado, a cabo de poco no hay quien lo sufra: mas en Cristo no verá cosa que le descontente, ni tampoco en su bendita Madre, que es suegra de las esposas del Hijo. ¡Oh, bienaventurada hora en que tal propósito en ese corazón se sembró! Y muy más lo será cuando se vea tan visitada de su Esposo que diga: «Señor mío, ¿cuándo yo te merecí estas mercedes, y hallar este tesoro escondido, por el cual dar mil vidas era comprar muy barato?» ¡Oh, señora, y cuán abastado y dichoso ha de ser este casamiento, y cuánto regocijo para el cielo y para la tierra! Dios Padre se huelga en que haya personas en la tierra que así amen a su Hijo Unigénito, que por su amor dejen los amores de la carne, no sólo los que son vedados por su ley, mas aun los del matrimonio, que son concedidos; porque señal es de mayor amor que dejemos por uno lo que lícitamente pudiéremos hacer: el Hijo es el desposado, y por eso murió, por tener ánimas que con limpieza espiritual le amasen, y otras con limpieza espiritual y con entereza en la carne.

El Espíritu Santo es limpísimo, y muy ajeno de carne; y en viendo una ánima que desprecia de hecho los deleites de ella, allí pone sus ojos, e hinche de espirituales consuelos a los que desprecian los temporales; porque no permite que esté ayuna el ánima que de los manjares de acá no quisiere gustar. Nuestra Señora es Madre del desposado, traslado de El, amorosa y benigna, principio de vírgenes, amparadora y abogada de ellas, y en gran manera se alegra que haya en la tierra virginidad, que es la flor que ella sembró. No faltan pajes en este casamiento, que los ángeles son criados del Rey del cielo, y aparejados a todo lo que la esposa hubiere menester. Ni aun faltan hijos, que es lo que acá se suele desear; y cierto no con dolores del parto, y cuidados que en criarlos se toman, y dolor que dan cuando no salen buenos o se mueren antes de tiempo.

Los hijos, señora, de este casamiento las buenas obras son, que se llaman frutos del hombre. ¿Qué placer sen-

tirá cuando por amor de Jesucristo concibiere un propósito de hacer una limosna u otro bien? Y después cuando la ponga en obra, ¿qué placer le dará aquel parto? Estos hijos dan descanso y honra a su madre, y no ha menester dote, que ellos se la traerán antes para ganar y merecer el mismo cielo, y hacen que viva tan descansada su madre, que yo le prometo que cuando de noche se vaya a dormir, duerma con más quietud y paz que si tuviera todo este mundo y cuanto en él se puede desear.

Dígame, ¿qué pudiera alcanzar acá, que llegara, ni con muchos quilates, al menor de estos bienes? Y si algún placerillo hubiera, tuviera por contrapeso cada hora de placer más de ciento de dolor y zozobra: y si algo hubiera sin ella, en fin se había de acabar, o morirse el esposo antes que ella, o ella antes que él, y todo le fuera pena; y también morir los hijos le fuera otra pena, y dejarlos era otra pena; ni ellos a ella, ni ella a ellos se pudieran valer. Gócese, señora, en Cristo, que su Esposo nunca morirá; y cuando ella muera la cercarán sus hijos, que son las buenas obras que habrá hecho, y no le darán pena cómo los deja, que allá irán con ella acompañándola hasta el trono de Dios, y le pagarán muy bien cuanto en ellos gastó y trabajó; y por amor de los hijos será bienaventurada la madre, y la muerte no apartará este casamiento, antes pondrá juntos a él y a ella, y librarla ha, porque es Señor de la vida y de la muerte, y no osará ningún demonio arrebatar a la que Dios tomó debajo del amparo de su favor y la dotó con nombre de esposo.

Entonces vendrán los ángeles a la servir y presentar delante de Dios, cantando alabanza a El, y echándole bendiciones a ella y diciéndole: *Ven, esposa de Cristo, y recibe la corona que el Señor te tiene aparejada.* Y entre estas cosas no estará ausente la Virgen Madre, acompañada de muchas vírgenes, que en este mundo hicieron lo mismo que vuestra merced hace, y no están de ello arrepentidas. Y en compañía de sus semejables irá de este mundo adonde el Señor ya la tiene aparejado el

celestial tálamo, para que eternalmente esté rica, harta y abastada en la casa y presencia de Dios, mirando de hito en hito aquella hermosura infinita, una hora de lo cual es tan gran galardón que excede, aunque uno hubiese pasado por Dios todos los trabajos que todos los hombres han pasado y puedan pasar. Allí tendrá todo el bien, y habrá alcanzado aquellos para que fué criada, y estará tan harta en tener a Dios, cuanto ni se puede decir ni pensar; porque así tendrá llenos los senos de su ánima, que rebosen de gozo, como quien está en una muy grande mar de azúcar, que por todas partes está del él cercado; entonces verá, llamará, gozará y poseerá al Señor de todas las cosas, y dirá: «Al que amé he alcanzado, al que busqué he hallado, por quien dejé el mundo ha sido mi galardón y paga: a El alabaré y amaré en los siglos de los siglos». Amén.

79—CARTA A UNA DONCELLA, ENSEÑÁNDOLA A SUFRIR LOS TRABAJOS POR DIOS

Deseo tengo que vuestra merced esté muy consolada entre sus trabajos, y sea muy agradecida al que se los envía, y los abrace muy de corazón como a verdaderas reliquias de Jesucristo Nuestro Señor y ciertas prendas de su amor, y diga como David (Psalm. XXII): *Tu vara y tu báculo ellos me han consolado:* porque aunque la carne sienta desconsuelo en ellos, el espíritu es razón que tome consuelo, viéndose tratado como lo son los amados de Dios, los cuales, probados con diversos géneros de tentaciones y tribulaciones, fueron hechos hábiles para ser en el reino de Dios galardonados; porque aquella paz y descanso de allá ganarse tiene con guerras de acá: así como las piedras y madera que se puso en el templo de Salomón primero fueron labradas fuera del templo, y después puestas sin que en la casa de Dios se oyese golpe de martillo ni estruendo de sierra: y pues vuestra merced se ve martillada, entienda que la apura Dios, y le quita lo tosco que de Adán trae, para ser asentada entre aquellas preciosas piedras que hace la casa de Dios.

Confíe, señora, que es amada del Señor, y que los trabajos no son de enojos que tiene con ella; mas quiere que cante lo que está escrito: «Probaste mi corazón, y visitástelo en la noche: examinásteme con fuego, y no fué hallada en mí maldad.» Grande alegría es al ánima el ser hallada fiel al Señor en el día de la prosperidad y en la noche de la tribulación, y ser examinada con cosas que le duelen, y mucho duelen, y responder (Psalm. XLIII): *Todas estas cosas vinieron sobre nosotros, y no te olvidamos, ni hicimos cosa mala en tu Testamento.* Y a esto dice Jesucristo Nuestro Señor (Luc., XXII): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones: Yo os dispongo el reino, como mi Padre me lo dispuso a Mí.* Y aunque parece el Señor riguroso en estos azotes, y suele el ánima temer y temblar en ellos, el Señor la asegura diciendo: *De noche y de día la guardo: no tengo enojo con ella: a deshoras le daré una bebida, porque no se visite contra ella.* En lo cual parece bien la inefable misericordia de Nuestro Señor, que tanto cuidado tiene de su viña, que en un tiempo y en otro la guarda, y por eso la visita a deshoras con unos nuevos trabajos, porque no se visite contra ella con los trabajos del otro mundo, pues no es posible pasar al cielo sin ellos.

Grande es su misericordia en darlos aquí donde son menos y menores, y comienza a juzgar aquí a los de su casa, para no tener que juzgarlos allá, sino consolarlos, y emplear su enojo con los ajenos que aquí fueron malos y prosperados. Por tanto, señora, este consuelo envío a vuestra merced en sus trabajos, que son guarda para su ánima, y prendas del bien que le han de dar en el cielo, y guerra cuya corona es el mismo Dios, al cual tanto más crea ser agradable cuanto más se viere de su mano bendita trabajada: y si le dieren pena, respóndale a su ánima que se espere un poco; vendrá la mañana, pasarán las sombras, y vendrá la luz, y el Señor la hartará con su vista. Y en enjugándoles las lágrimas le hinchará sus labios de risa y de gozo: bendiga al Señor que la ha hecho ser suya, y confíe en El, que no la pondrá a mal recado, pues no suele amar y descuidarse de lo que ama.

Quienquiera ama a sus cosas; mas Dios mucho más: y pues vuestra merced es de El amada, duerma sobre seguro, y no dude de alegrarse en todo lo que le acaece, creyendo que son mercedes de Nuestro Señor, el cual quiso ser joya de los trabajos de vuestra merced, para que mirando en ella le parezcan todos pocos: porque ¿quién será aquel que se ose quejar que se le vende Dios caro, por mucho que le pidan, aunque sean mil vidas, pues El es de valor infinito? Dele gracias muy de corazón, porque le dió gracia que a El sólo vuestra merced amase, que a El sólo mirasen sus ojos, que en El sólo pusiese su confianza, y que a El sólo quisiese por fin de sus trabajos y descansos; que pues Dios esto le ha dado, El dará lo que le falta, El acabará su obra, El sanará y El salvará su enferma, y dará galardón a su trabajadora y pondrá en su reino a su redimida. Presto vendrá este día; esté vuestra merced en espera de El, y diga como Jeremías (Tren., III): *El Señor es mi ración: yo le esperaré.* Y así como la esposa casta no quiere en ausencia de su esposo ver fiestas, ni tomar pasatiempos, ni otras cosas de consuelos presentes, guardando sus ojos y su corazón para gozar de su esposo, así vuestra merced, colgada de aquel Señor a quien dió su amor y de quien es esposa, téngase acá por extranjera, y allá esté su corazón a do está su tesoro; y a los placeres y trabajos que le vinieren diga: *El Señor es mi ración: yo le esperaré.* Convidada soy a comida tan bienaventurada; más quiero estar con hambre y en espera de tanto bien, que hartarme de las presentes vanidades y perder la gana de aquella comida.

Fiel es Dios, y bueno para los que en El esperan y le buscan: yo le esperaré y le buscaré, pues a quien dió gracia para buscarle, da para hallarle. Y aunque algún día aflija, El alegrará con su vista y para siempre, y dará el galardón de las buenas obras en el cielo, adonde vuestra merced dirá: ya tengo lo que busqué, gozo por lo que pené, poseo lo que deseé; y allí verá cómo el Señor ha tenido de ella cuidado desde que en el vientre de su madre fué criada, hasta llevarla a las sillas del cielo: y dará entrañables gracias a su bondad, y mayores

por los mayores trabajos que por los mayores descansos, pues fueron méritos más ciertos para ganar el cielo que los consuelos. Y pues esto se ha de alcanzar, espérelo primero vuestra merced, para que el Señor reciba de ello servicio; y ensanchemos el corazón en medio de la tribulación, y con esperanza de tanto bien suframos el mal presente. Dele Cristo a vuestra merced tanta abundancia de su amor con que, como el óleo nada encima el agua, ande su gozo encima de los trabajos (Cant., VIII), *y las aguas muchas no le puedan apagar la caridad;* mas como viva llama más y más arda mientras mayores trabajos el Señor le enviare, el cual sea todo bien de vuestra merced.

80—CARTA PARA TORREBLANCA, UNA DONCELLA DE CÓRDOBA

No sé por qué palabras os dé a entender la culpa que me acusa y la pena que temo: miro el mucho tiempo que ha pasado sin escribiros, habiendo vos sido encomendada a mí para que, mediante mi cuidado, vuestra ánima fuese aprovechada en el servicio del celestial Rey, pues El fué servido de recibiros por suya, mediante su palabra que os prediqué: y he hecho como mal siervo de Cristo, que negligentemente he tratado su negocio, que tan de verdad tenía por suyo, que le hizo a El cuidadoso y aun dar la vida por él. Y no sólo he pecado contra El, mas contra vos: a El he sido mal siervo, y a vos he sido mal padre, pues ni he conservado la hacienda, ni mantenido a vos con el mantenimiento de su palabra, cuyo despensero me hizo, para que a su tiempo, prudente y fielmente, diese a cada uno lo que ha menester. Duéleme mucho tal negligencia, y témome, como culpado, el castigo de mi culpa: no tanto que el Señor me azote o atribule o castigue con fatigas y tormentos, como con permitir que a vuestra ánima no le vaya bien: porque a quien no sabe qué es cuidado de hijos ni criarlos, justicia es que los vea morir, y muertos delante sus ojos, porque el dolor le atormente y le haga abrir los ojos que su descuido cerró.

Señora (oso decir mía, pues sois esposa de mi Señor),

¿quién supiese cómo os va, para tener descanso con vuestro bien, o recibir tormento de tristeza con vuestro mal? ¿Quién supiese que duran vuestras fervientes lágrimas, que lavaban vuestra ánima delante el acatamiento de vuestro Esposo y la humedecían con devoción, para que diese fruto al Señor de ella; y si duran vuestras vigilias, en las cuales solíades hablar en secreto y soledad con Aquel que vuestra ánima ama, pensando en los dolores que por vuestro amor pasó, y deseando vos por el suyo pasar semejable a El? Plega a su misericordia no hayáis perdido vuestro santo silencio, que era hablar con Dios; vuestra rica pobreza, que os hartaba más que todos los bienes del mundo; el desprecio de vos, que os daba valor delante el Señor, y la santa mudanza de vuestra vida, que tenía maravillados a quién os miraba, y alababan a Dios en vos. Plega a El no oigan mis oídos que la sierva de Cristo está otra que solía, no sea tal que con otro viva, ni a otro mire, ni a otra cosa piense sino en sólo Cristo, al cual se ofreció; no haga trueco en que sea engañado, que habiendo gustado el don celestial y habiendo comido de las migajas de la mesa de Dios, venga después a probar de la amargura de Egipto, y los manjares que comían los hombres desechados de Dios, hartando aquí su cuerpo de manjares de puercos, después ardiendo en compañía de demonios.

Sierva de Jesucristo, ¿qué tal estáis? ¿qué tal estáis? Plega a Cristo estar bien delante de El, porque San Pablo decía estar su vida en ir bien a sus hijos: y aunque no con aquel fuego, mas con un poquito que Dios me da, os oso decir que la mía está en iros a vos bien delante de Dios: no me place vivir en cuerpo si mi hija está muerta en el ánima, ni entrará placer en mí hasta que sepa que el Esposo vuestro, que en vos aposenté, tiene morada en vuestro pecho; y si otra cosa hay, yo tengo la culpa, y yo haré la penitencia, y no estéis vos enojada de El. No me lastiméis, Hermana, más que mi culpa y el amor que a vuestra ánima tengo, me lastima: y si enojo tenéis de mi negligencia, amansaos con mi confesión llena de vergüenza y dolor; y creed que con el favor del Señor,

vos me veréis muy enmendado: y por esto debéis olvidar cómo os fuí mal padre, pues Dios olvida con esto a los que fueron malos hijos y siervos: y si más satisfacción queréis, tomadla vos de mí la que os pluguiere, y tornad al camino, si de él os habéis apartado, o hacedme saber que estáis en él, porque yo sepa que os va bien, y tenga fuerza para sufrir la penitencia que darme quisiéredes por mi descuido. Digo descuido en el escribir, mas no en acordarme de vos; porque en esto no ha permitido Nuestro Señor que haya sido descuidado; porque fué tan grande el amor que por veros sierva de Dios os cobré, y entrasteis tan dentro de mi corazón, mirando que obró Dios en vos sus misericordias, que nunca más de mi seno habéis salido, aunque no ha sido para os esforzar y consolar en este camino. Perdonadme, Hermana, por amor de Jesucristo: y no seáis cruel contra vos, y sedlo contra mí en todo lo que mandáredes.

Amad al Señor, que no merece El mal ninguno por el descuido del siervo: y si le habéis olvidado, ya lo conocéis, que ha prometido recibir al que se le hubiere ido; y perdonando vos a mí, perdonará El a vos, y os hará misericordias como al principio, y os mandará que cantéis los cantares de vuestra mocedad, cuando os llamó para sí, que fué el tiempo de vuestra juventud y nacimiento. No déis gozo a los demonios, pues ya una vez los hicistéis llorar: no entristezcáis a vuestro ángel; pues ya dió gracias a Dios alegre de vuestro llamamiento: no deshagáis la fiesta que en el cielo se hizo el día de vuestra conversión: y si por mis pecados algo de esto ha pasado, no desmayéis, que el Señor tenderá sus brazos y os recibirá, pues por vos se tendieron en cruz, y suele El amar más al que huyó de la guerra y se torna con mayor esfuerzo, que al que nunca huyó y siempre fué tibio. Guerra es ésta, en la cual no por recibir heridas se pierde la victoria, sino por huir de la batalla y darse por vencido: cobrad ánimo, y comenzad de nuevo, que a Cristo hallaréis aparejado para os ayudar, y viendo El vuestra humildad y vergüenza, no os confundirá: viéndoos postrada a su pies, no os alanzará ni dará de coces: y llamando

vos a los que en el cielo están por intercesores, no se harán sordos a los voces que a ellos diéredes estando acá: y porque yo tengo la culpa del mal, si alguno hay, yo haré la penitencia, y suplicaré al Señor levante y restituya lo que mi negligencia derribó; y mire a que El comenzó la obra, y no a que yo no la supe conservar; y hacedlo así, porque es amador de las ánimas y disimula los pecados de los hombres por la penitencia: El por quien es os tenga guardada debajo de sus alas, y graciosa delante de sí, y castígueme a mí en todo lo que fuere servido; por el cual os pido me escribáis, aunque me conozco ser indigno de la respuesta. De Granada, a 9 de septiembre, el que era obligado a escribiros como esclavo y no lo hizo.

81—CARTA A UNA NONCELLA: ENSÉÑALE QUE LA CRUZ NO LA HA DE ESCOGER EL HOMBRE, SINO LLEVAR LA QUE DIOS LE DIERE

Si las penas nos viniesen las que nosotros queremos, no serían penas, y seríamos privados de la compañía de la cruz de Nuestro Redentor, que es el mayor mal que nos podría venir. Hanos de venir lo que más desabrido nos es, porque así ha de ser curada nuestra voluntad, hasta que ninguna cosa nos venga que nos sea desabrida, y entonces seremos siervos de Jesucristo, que dijo (Luc., XXII): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha:* y pues El, por su gran misericordia, tiene cuidado de enviar a vuestra merced la salud de su ánima, no la reciba como herida que llaga, mas como medicina que sana. Haga gracias a su Salvador, y cíñase con fortaleza a pasar cosas mayores, que aun no nos ha venido lo que a verdaderos siervos del Crucificado suele venir, ni lo que nosotros debemos de desear. Todo lo que de fuera nos viene, hemos de pensar que lo envía Dios desde lo alto con misericordia, y pensar de dentro que merecemos muy mucho más, y no huir nuestro purgatorio por mucho que duela. Cuando Dios ordenare que vuestra merced comience a padecer de verdad, y le enviare lo que ella más huye de padecer,

entonces confíe que es amada de El, y tenga esperanza de ver con alegría la faz del Señor. No es palabras el camino de Dios, y por eso no se desmaye en las pruebas; mas esfuércese en Dios que le envía la guerra para la coronar con victoria, y recójase a El en la larga oración, hasta sudar gotas de sangre si es menester, poniendo delante sus ojos al dechado de nuestra vida, Jesucristo Nuestro Señor, que oró tres veces, y con tanto trabajo, sin ser luego oído hasta que corrió la sangre y regaba la tierra.

Sujétese del todo a la voluntad del Señor, y tórnese como un poco de lodo, y diga al Señor: *Yo soy lodo, y tú, Señor, el ollero: haz de mí a toda tu voluntad* (Luc., XXII). No la halle Dios vestida, mas del todo desnuda de la propia voluntad, porque por pequeña cosa que tenga, sin estar mortificada, le dará no pequeña pena y desasosiego. De Cristo es por justísima compra: no le pese de serlo, ni huya del tratamiento de El; mas de todo corazón le pida que la lleve para sí, por donde El sabe y quiere, y no por donde ella quiere, aunque sea con tener extrema deshonra delante los ojos de todo el mundo: mire que dé buena cuenta de esta lección que el Señor la ha enviado; porque si no otro día no le enviará lo que a ella cumple, sino lo que ella quiere, y será por su mal. Cobre en Dios esperanza, y pelee varonilmente, que de esto y de más es digna le amistad de Nuestro Señor, y no se puede gloriar de amador quien no pasa mucho por el amado. Esfuerce Dios a vuestra merced, tanto que baste ella esforzar a los flacos y consolar a los tristes, y dele perfecta obediencia a su santa voluntad y perfecta fe en su bondad. Amén.

82—CARTA A UNA DONCELLA AFLIGIDA: ENSÉÑALE EL CAMINO DE LA CRUZ, Y CONSUELOS QUE EL SEÑOR DA PARA LLEVARLA

Yo no tengo por cosa nueva la que vuestra merced cuenta del trabajo en que está; porque cuando veo que Dios da alguna espiritual prosperidad a alguna persona;

luego espero el contrapeso del trabajo que le ha de venir, porque así como después de la tempestad viene serenidad, y después de las lágrimas alegría, así también después de la alegría vienen lágrimas; que de otra manera, paraíso fuera esta tierra y no cruz. Y como el Señor del cielo, viniendo acá, escogió esta cruz para con ella vivir y en ella morir, diónos a entender que era su voluntad y nuestra salud que imitásemos su vida si la queríamos ganar para siempre. No aciertan los que piensan que da Dios aquí los consuelos y los regalos para que nos alcemos con ellos, no, sino para que esforzados con ellos suframos la carga que nos quiere echar: y por esto algunos amadores de sí mismos, y por eso flojos, no quieren tratar con Nuestro Señor, porque les parece que no los deja gozar a su placer de lo que ellos querrían, y fingen amar a Dios y ámanse a sí, y no entienden que el amor con sólo amor se contenta y no se busca a sí mismo; y con tener contento al Señor, lo están ellos mortificados a su propia voluntad por vivir a la de El; porque dos vivos en un corazón no pueden estar por ser la casa corta y el estado angosto, y no hay para dos, como dice Isaías. Así que, vuestra merced vaya adelante, y pase por agujero angosto de cruz, y cuanto más amare la cruz, tanto más gozo tendrá de resurrección, no por deseo de gozos, sino de virtudes con que agrade al Señor. Mas El no deja al ánima sin gozo cuando ve que no lo busca, ni sin galardón a quien no tiene mucha cuenta con lo que ha de recibir, sino con lo que ha de agradar: no sea menester comenzar cada día de nuevo, que esto suele ser causa que no se acabe un negocio, sino responder con lealtad al Señor, y estar muy fiada de la lealtad de El para los suyos, la cual ni se puede hablar ni pensar si por experiencia no se prueba.

Todo el saber del siervo de Dios es hacer la voluntad de El, y a ojos cerrados esperar en El; y con esto está tan fuerte que ninguna cosa teme, ni ninguna le vence, y con esto vive alegre y confortado, no porque le falten ejercicios, sino porque no tiene angustia ni desmayo en el corazón, de los cuales era San Pablo cuando decía (Cor., VI): *Como tristes, mas siempre gozosos.* Y si alguna

vez acaece ser dejado del Señor en manos de las tristezas, temores y desconfianza , no se turba, porque conoce la condición de Nuestro Señor que así trata a los suyos, y que muchas veces les encubre el amor, mas no se lo quita, ni los deja andar en la guerra solos; y en la mar se les hace dormido, para así llevarlos poco a poco a que aprendan a esperar el buen día en el tiempo del malo, y a no vivir en lo que sienten, sino en lo que de Dios deben confiar, y para que no pasen por este mundo sin cruz: y como ellos tengan por pequeña la que toca en las cosas del mundo, hiéreles en el ánima, aunque no con pecados, con temores y desconsuelos que les nacen de no saber si agradan o no, y de cosas semejantes; mas el fuerte amor que nos tiene le hace que en todo busque nuestro provecho y dichosos nosotros que en manos de tal bondad caímos y a tal señor conocimos: El es con vuestra merced y será siempre; a El gracias por ello y por todo. Amén. Dios sea amor de vuestra merced.

83—CARTA A UNA DONCELLA: ENSÉÑALE QUE DIOS NOS PIDE EL CORAZÓN DESOCUPADO, Y LO QUE IMPORTA TOMAR LA VOLUNTAD DE DIOS POR NUESTRA

Acreciénteos Dios las buenas Pascuas, pues en haberlas vos tenido las he recibido yo: gracias a su misericordia que os ha dado mayores prendas de ser vuestro, pues os ha dado mayor deseo de ser suya: pídeos como a tal el corazón desocupado, pues cada uno quiere morar en su casa; y así de aquí adelante os velaréis, no como a vos, sino como a cosa de Dios, y tendréis gran cuidado de morir a todas las cosas y echarlas de vuestro corazón, diciéndoles: *No impidáis el lugar del Señor;* pues aunque se lo dé todo desembarazado, aun es muy poco. Atreveos a morir un poco antes, y comenzaréis a vivir, y vuestra pelea sea contra vuestra voluntad, dándosela a Cristo las más veces que pudiéredes y lo más entrañablemente que pudiéredes; y decid a vuestro corazón: *¿Cuál es más razón, que sigáis la voluntad del Señor o la tuya?* Pues por seguir la tuya te has perdido, y por seguir la

de Dios te has ganado: tu amarte ha sido aborrecerte y echarte en los infiernos; mas el amarte Dios ha sido hacerte bienes : de manera, que con más razón te puedes fiar de la voluntad de Dios que de la tuya, pues lo has hallado más fuerte en querer tu bien que a ti mismo. Toma, pues, esta voluntad buena por tuya, y deléitate en la cumplir, y a ninguna cosa te muevas por la tuya, sabiendo que lo que de ella naciere es fruto de imperfección.

Decid muchas veces con el corazón y algunas con la boca: *Padre, no mi voluntad, sino la vuestra sea hecha;* y en todo lo que hiciéredes y pensáredes y habláredes buscad el solo contentamiento de Dios, y hallarlo habéis, en el comer, y en el dormir, y en el hablar, y en el callar, y viviréis consolada en todas las cosas; porque en todas las que no son malas hallaréis al Señor, y aprovecharos ha para esto la doctrina de Nuestro Señor, que dice (Matth., XVI): *Quien quisiere venir tras Mí, niéguese a sí mismo;* y aprovecharos ha, que cada vez que comulgáredes hagáis renunciación de vuestra voluntad en la de Nuestro Señor, y el pedirle muchas veces por merced, que pues vos no se la podéis dar, la tome El, y os dé la suya por vuestra. Y aunque sean pocas cosas, no dejéis salir a vuestra voluntad con lo que quiere, sino contradecidla; y amad a quien os la contradice, porque el ensayarse en las cosas pequeñas aprovecha para las mayores. Cristo os favorezca para que de El todo seáis suya. Amén.

84—CARTA A UNA DONCELLA, TRABAJADA DE PELIGROSAS TENTACIONES: AVÍSALE QUE EL FRUTO SERÁ GRANDE SI LAS SABE LLEVAR

Consolaos, consolaos, pueblo mío—dice el Señor Dios vuestro—: *hablad al corazón a Jerusalén, y llamadla, porque cumplida es ya su pena y perdonada su maldad* (Isai, XL). Confiad, Hermana, que estas palabras dicen a vos, y manda que os consoléis con su favor que os defiende, aunque los infernales poderes y adversarias mal-

dades trabajen de os derribar; porque si muy cuidadosos andan en perseguiros, más lo está Cristo en abrigaros y defenderos, y sacaros de la guerra llena de muchas coronas, más alegres cierto y de estimar, que es la tribulación que tenéis para lastimar. ¿Qué habéis? ¿Qué os lastima? ¿Qué os espanta? Vuestro Dios es salud de estas llagas: no miréis a ellas, y en el día que os las acabare de atar, resplandecerá a vos un sol más luciente siete veces que el que antes de este trabajo os lucía. Serán vuestras espirituales prosperidades muy aventajadas a las pasadas, pues lo que ahora padecéis es más amargo que lo pasado; porque estas tales avenidas de angustias, víspera suelen ser de abundancia de espirituales regocijos, como las tribulaciones de Job fueron mensajeros de doblada hacienda y descanso que Dios le dió. Amargólo, y después consolólo; probólo y coronólo; escondióse le un poco, mas después se le mostró más dulce que primero airado. Esta es la condición del Señor con los suyos; mortifícalos aún hasta parecer que los mete en tormentos de infiernos; mas sácalos y alívialos sin que la ballena pueda retener ni empecer al que tragó. Mucha soberbia tienen los demonios, nuestros adversarios, y dicen que nos tragarán; mas digamósles (Joann., II): *Juntaos contra nosotros, que vencidos habéis de ser: entrad en consejo, que destruído será, porque Dios es con nosotros.*

No os pase, Hermana, por pensamiento temer estos infernales lobos, que el que una vez en la cruz los venció, los ha vencido y vencerá en vos, y los despojará con gran deshonra suya. Y aunque os parezca ser la guerra brava y el enemigo fuerte, que os haga temer, no desmayéis; porque el Señor dice (Isai, XLIX): *¿Por ventura será quitada la presa del fuerte? ¿Y lo tomado por el robusto podrá ser salvo?* Verdaderamente será quitado el cautivo de la mano del fuerte, y será hecho salvo lo que el fuerte había tomado; y esto porque la mano de Dios peleará por vos, y pasará sobre vos como aves que vuelan, defienden y abrigan con sus extendidas alas a los pollicos que mucho aman. ¡Oh, si viesen nuestros ojos el celo de Dios con que guarda a nuestras ánimas, y cuán en salvo

las tiene cuando ellos piensan que están ya perdidas! Hacia arriba suelen arrojar el vidrio los que quieren enseñar, cómo saben recibir lo que arrojan en alto; y si el vidrio sintiese, temblaría de verse echado en alto e ir a caer en las piedras duras, donde parece que se ha de hacer de doscientos pedazos; mas socorre la mano de quien lo arrojó, y tómalo en sí sin lesión. Y así vos, viéndoos sacada de vos y combatida de fuegos tan vivos y penas tan crudas, teméis y tembláis pensando que os habéis de hacer pedazos y caer en ofensa de Nuestro Señor; mas pensad que el Señor que en este trabajo os puso, El mismo os sacará de él; ese que se os esconde porque padezcáis, está muy cerca de vos para defenderos, que de otra manera estuviéredes diez mil veces tragada de la crueldad de vuestros contrarios. El os arroja, y El os recibe; El mueve el alboroto en la mar, mas El os guarda por que no os ahoguéis; por que lo que sentís no lo hacéis vos, sino sufrísloo; y por eso quien lo hace, que es el demonio, ése lo pagará.

Bien ve Dios vuestro corazón, que es amador de sus mandamientos, y aborrecedor de sus ofensas; el cual os guarde, como lo ha hecho; que de lo que el demonio os trae no tengáis cuidado, pues aunque sea feo y os duela, no os vendrá por ello mal. Cosas son éstas que a muchos suelen acaecer, y no sólo las que vos tendréis, mas sin ninguna comparación otras mayores, y que parecen traslado al mismo infierno, y del fuego y lenguaje que allá hay.

Mas no por eso deja Dios a sus ánimas; antes cuando todo el humano consejo y fuerza ha faltado, entonces acorre con su poderosa mano; quitando la copa del amargor de la boca, da por ella diez mil consuelos, y conócese la persona por flaca, pues vió por experiencia su grande miseria, y conoce la fuerza y maldad de sus enemigos, y procura de huir más de ellos y arrimarse más a Dios, el cual sólo ve ser bastante a librarla de tales refriegas; y así saca de los males pasados luz para tenerse en menos, y mayor confianza en su Dios, y grande cautela para más recatadamente vivir por haber conocido las traiciones

y maldades de los demonios. Lo cual no es de tener en poco; porque así como nuestra vida consiste en conocer y amar a Dios, así es gran parte a los espirituales avisos conocer al demonio, no para amarlo y honrarlo (que esto para Dios es), sino para huir y escapar de sus lazos, los cuales de pocos son conocidos, aunque les parezca que conocen a Dios. Y por eso es de estimar en mucho el provecho que de estas refriegas se saca, porque se hace el ánima experimentada en la guerra contra este astuto enemigo; y estas cosas y otras muchas saca el benigno Señor de estos males en que nuestro adversario nos quería hacer caer, y así le hace perder lo que pensaba ganar, y hace burla de El, purificando y aprovechando al ánima por el medio que El pensaba dañar.

Y pues os habéis ofrecido al servicio de Cristo, y no sois vuestra desde el día de vuestro bien, no le tengáis por olvidadizo pastor; pues si olvidaros quisiera, no os llamara, ni halagara, ni os hiciera tan dulces promesas. Acordaos en el día del mal del día del bien, para que no os derribe lo presente, templándolo con lo favorable de entonces. Y pensad que si Cristo no os amara, no levantara ni diera la joya; y pues sabéis que por El comenzasteis este camino, y que le habéis deseado agradar, y según vuestra flaqueza lo habéis procurado, no deis tal mancha en vuestra honra que así perdéis la confianza en Aquel que estando vos apartada os llegó El a sí y os dió espíritu nuevo y blando en vuestras entrañas, y os señaló con su señal para que fuésedes suya, y por tal os tuviésedes. Y si el lobo infernal ha osado acometer a la que estaba herrada con la señal de Jesucristo, y que deseaba servir, no os espantéis, que pruebas son de nuestra fe y de nuestro amor a ver si desmayamos y tornamos atrás.

No hay virtud firme si no es probada, y la fe se prueba entre los peligros y disfavores de Dios; mas si fina es, no sólo no desmaya, mas cuando más acosada, más esfuerzo toma, y de la soledad saca compañía, porque sabe que esta es costumbre del Señor, poner a los suyos en los cuernos del toro y esconderse de El para probar la

fe de ellos; y como no está arrimada a la vista, sino a la bondad de su Señor, no cura de mirar lo que siente ni de qué parte sopla el viento, sino engendra una confianza que, como áncora fijada en el suelo de la mar, ásese firmemente con el Crucificado, y fija su pensamiento y dice: «Tú, Señor, moriste por mí antes que yo naciese, y me buscaste con dolores sin buscarte ni llamarte yo: ahora que te llamo y te quiero no me desampares. Si abrigaste a quien te era enemiga, no desecharás a quien te desea servir, y a la que ya tomaste por tuya, y en esta fe vive, y está segura entre todas las olas y tempestades que en la mar se le ofrecen, aunque parezca que ya se le hunde la nao, y trabaja por no desmayar, porque no se levante el Señor y le riña como a los Apóstoles hizo, diciendo (Matth., VIII): *¿Qué estáis temerosos, hombres de poca fe?*» En lo cual veréis que de verdad quiere el Señor que estemos esforzados, porque aun entrando las olas en la navecilla ya para sumilla, riñe con los que entonces tienen temor. Y esto porque los que con El se embarcan no quiere que sean temerosos, pues van con el verdadero Señor de las almas y fiel provisor en las oportunidades. Y pues vos salisteis de tierra, y os embarcasteis con El entrando a servirle, ¿qué es lo que ahora teméis, pues habéis caminado y estáis en compañía de Jesucristo?

Acordaos que San Pedro andaba con los pies sobre las aguas de la mar cuando tuvo fe; y cuando vió los vientos recios y las olas altas, temió, y luego comenzó a hundirse, para dar a entender que con la fe andaba seguro, y por entibiarse ella se hundía, y oyó de la boca del Señor (Matth., XIV): *Hombre de poca fe, ¿porqué dudaste?* Y de la misma manera lo dice a nosotros si temerosos nos ve, por grandes peligros que a los ojos veamos. Y si aquel cuidado tuvo el Señor en librar al discípulo de la muerte del cuerpo, mayor lo tendrá en libraros a vos de la muerte del ánima, y hacer que no los ahogue la gran tempestad que contra vos se ha levantado. Solamente, Hermana, no desmayéis ni huyáis de la guerra, que aquí no por ser tentados, sino por huir o ser vencidos se pier-

de la corona. Ofreceos a padecer dolores y fuegos por honra de Aquel que por vos los sufrió; y cuanto mayores fueren, por más ciertas prendas las tened del amor entre Cristo y vos. Y pedidle que os esfuerce a padecer, y no que os lo quite, y será un purgatorio con que quedéis apurada delante de Dios, y seros ha compañía la cruz de vuestro amado Señor, que es la cosa que más sus amadores deben desear; y quedaréis como oro en crisol, tanto más resplandeciente cuanto más fuisteis atribulada. Mirad que cualquier amador ha de pasar algo que duela por amor de su amado.

Y pues habéis entrado en la guerra del amor, no os acobardéis; mas acordaos de lo mucho que muchas mujeres flacas padecieron por Cristo, unas en fuegos, otras en golpes, otras en ser carmenadas las carnes, y teníanse por bienaventuradas en padecer por amor de su Señor, pues por él padecéis; que si a El dejásedes, no os perseguirían los enemigos; mas porque os pasasteis al bando de Josué, por eso mueven guerra contra vos. Y si faltan sayones hombres, suceden en su lugar sayones diablos, que son más crueles y menos se cansan, y con peines de hierro y parrillas de fuego os atormentan, y más en el ánima que en lo exterior. Debéis pensar que estáis en un martirio por amor de Jesucristo, pues por servirlo sois martirizada. Haced vuestros ejercicios de confesión y comunión, aunque sea de mala gana; y aunque os lo estorbe el demonio, como lo suele hacer, aun hasta enmudecer la lengua que no pueda confesar, y hace entender que han comido de noche para que no comulguen; holladle con todas sus astucias, y orad al Señor en la cruz, y traedla con vos, y armaos con ella, y ofreceos tan de verdad a padecer, que si el Señor quisiere que os dure toda la vida, que estéis contenta con ello; y cuanto vos más os pusiéredes en la voluntad de El, tanto más presto os remediará, porque no desecha al que a El va; y acordaos que no hay amor sin dolor, y que por muchas tribulaciones hemos de entrar en los reinos de los cielos, adonde una sola hora que veáis a Dios en su hermosura, daréis por bien empleados dos mil años que pasáis lo que pade-

céis; y pues Dios allá os ha de llevar, según lo podéis esperar, no seáis cobarde en padecer, y tibia en amar, que no os dejará el que por vos murió y para sí os llamó: El sea vuestro consuelo. Amén.

85—CARTA A UNA DONCELLA QUE SENTÍA MUCHA AUSENVIO DE NUESTRO SEÑOR: ANÍMALA A CONFIAR, ENSEÑÁNDOLE SU MAJESTAD LAS CAUSAS PORQUÉ AFLIGE A LOS SUYOS, Y LOS FRUTOS QUE DE ELLAS SACA

No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y mejores son, dice la Escritura (Prov. XXVII), *las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece;* y grande agravio hacemos a quien con amorosas entrañas nos reprende o castiga, en pensar o decir que por querernos mal nos persigue.

No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero Nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo pueda soltar si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene en suficiente y sobrada paga, en cuanto de su parte es, de todos los pecados del mundo y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia.

Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón, que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo, y a nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo (Psalm., XXI): *Longe a*

salute mea; y pidió perdón de ellos sin los haber cometido, y con entrañable amor pidió que los que a El se quisiesen llegar fuesen amados como si para El lo pidiera; y como lo pidió lo alcanzó, porque según ordenanza de Dios, somos tan uno El y nosotros, que o hemos de ser El y nosotros amados, o El y nosotros aborrecidos; y pues El no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en El con la fe y amor, y antes por ser El amado lo somos nosotros, y con justa causa. Pues que más pesa El para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que El sea aborrecido. Y más ma el Padre a su Hijo, que aborrece a los pecadores que se convierten a El; y como el muy amado dijo a su Padre, o quiere bien a éstos o quiere mal a mí, porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados, y porque sean incorporados en mí, venció el mayor amor al menor aborrecimiento, y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor; y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado, como la vuestra lo está, provee el Señor de consuelo, diciendo en el Profeta Isaías (XLIX) de esta manera: *¿Por ventura puédese olvidar la madre de no tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, yo no me olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escrita.* ¡Oh, escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne! Y la sentencia de la letra dice: *Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te traje a mí.* Tal, pues, escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado.

Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosa de éstas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amores se enclavaron en cruz. Y si queréis entender lo que os viene

al intento que Dios os lo envía, sabed que son prueba para que seáis examinada, y después como a persona fiel en la prueba seáis con corona de justicia de la mano del mismo Señor coronada. Y porque no penséis que esas cosas que pasáis son señales de reprobación, y que a solos los malos las envía Dios, oíd qué dice David en su persona y de otros muchos que andan el camino de Dios (Psalmus XXX): *Yo dije en el exceso de mi ánima: alanzado soy delante de la faz de tus ojos;* y aunque es cosa que mucho lastima este desmayo del corazón y disfavor sentido en lo de dentro de él, y no atinar el ánima cómo está con Dios, ni cómo estará, ni en qué parará; mas con todo esto, pocas cosas hay con que uno tanto purgue sus pecados, ni tantas cosas aprenda, como en aquella obscuridad tenebrosa y aflicción interior, que hace sudar del corazón gotas de sangre, lo cual envía Nuestro Señor a los suyos, porque no se vayan de este mundo sin sentir qué es cruz y tribulación: y así hiéreles en lo del espíritu, donde están vivos; porque si les hiriera en las cosas temporales, a las cuales están muertos, no lo sintieran. Conviéneos, pues, dar buena cuenta de este peligroso paso donde Dios es servido poneros, y adorando sus juicios, y confortada con la confianza de su bondad, abajar vuestra cabeza, y sin más escudriñar abrir la boca de vuestro corazón, tragar esta píldora de obscuridad y del sentimiento de la ausencia y disfavor de Dios con obediencia del mismo Dios.

Sabed, cierto, que si queréis no desdecir en la prueba que Dios os envía, que os conviene haceros robusta, como dijo el Angel a Josué, y vivir muriendo cada día, como San Pablo hacía (I Cor., XV): *Coceos en el fuego de la tribulación,* para que seáis fuerte como ladrillo, y seáis conveniente para sufrir lluvias y vientos de tentaciones y de trabajos; y no blanda como adobe de barro, que se deshace en el agua, y no es fuerte para edificio; que la gente que ha de ser puesta en el edificio del cielo, con golpes de diversos trabajos y tentaciones ha de ser probada en el suelo, según está escrito: *Probólos el Señor, y hallólos dignos de sí.*

Enseñaos, pues, a mantener con gruesos manjares, y esforzaos a convertir en pan las piedras de las tribulaciones, si queréis tener testimonio de que sois hija de Dios. Y si os da gana de pan blando y blanco de consolaciones, remitid eso a la voluntad del Señor, y contentaos con que tendréis tanto de eso en el siglo que está por venir, que lo dulce de allá excede sin comparación a lo amargo de acá; y en lugar de los duros huesos de acá que daban a comer a los dientes del ánima, será allá el mismo Dios sabrosísimo pan de vida que nunca se acabe. Esperad esto y esforzaos con esto, porque este negocio ni es para regalados ni para hombres de flaca fe.

En trabajos os veréis muchas veces, que si con sentido humano los miráis, os parecerán ser señales de infierno y principio de él, y habéislos de sufrir con paciencia y sin consolación, y aun sin sentimiento de confianza, para que sepáis qué cosa es padecer de verdad: porque mientras la confianza está fuerte, no hay cosa que mucho lastime; mas cuando Dios esconde su faz y no enseña favor al ánima, sino disfavor y siendo perseguida de sus enemigos no siente favor en su buen ánimo, entonces es el padecer puro y sabe a tormentos de infierno. No sentiréis entonces esperanza de escapar; mas contentaos con no desesperar, y séaos aquel desconsuelo penitencia por vuestros pecados, con los cuales algún día os consolasteis, y sírvaos de ver a la clara qué es lo que podéis vos de vos. Justo es que quien peca amándose y pareciéndose bien, que lo pague descontentándose entrañablemente de sí; y quien en sí confía, que le demuestren tan a su costa qué es lo que puede. Por este fuego os conviene pasar, si queréis gozar del descanso. Esta guerra habéis de vencer para merecer la corona del cielo. Mirad que dice la divina Escritura (Jacob., I, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida*, la cual prometió Dios a los que le aman. Si os agrada la corona, no os sea pesada la prueba; y no puede haber prueba sin tentación; y no os vendrá tentación que no pase por la mano de vuestro

Padre Dios, midiéndola que sea convenible para vuestro provecho y para vuestra flaqueza. No temáis de beber con paciencia lo que Dios os da con amor. El mismo dice (Prov., III): *Hijo, no te angusties cuando eres de Dios castigado; porque al que el Señor ama castiga, y como padre en hijo se agrada.* Y en otra parte dice: *Hijo, en tu flaqueza no te desprecies, más ora al Señor, y curarte ha.* Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos a El fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos le dará.

¡Oh, Hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios! ¡Oh, si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón, y cuando a nosotros nos parece que estamos alanzados, cuán cercanos estamos a El! Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar cuanto El asegurar; múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo a obscuridad de abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno, y pongan diez mil peligros delante, que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí. ¡Oh, Cristo, puerto de seguridad para los que acosados de las hondas tempestuosas de su corazón huyen a Ti! ¡Oh, fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados!

Tú eres descanso entrañal, fiucia que a ninguno de su parte faltó. *Amparo de huérfanos y defendedor de las viudas* (Psalm. CIII). Firme casa de piedra para los erizos llenos de espinas de pecados, que con gemidos y deseo de perdón huyen a Ti. Tú defiendes de la ira de Dios a quien a Ti se sujeta. Tú, aunque mandas algunas veces a tus discípulos que entren en la mar sin Ti, y que

se desteten de tu dulce conversación, y estando Tú ausente se levantan en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima, mas no los olvidas. Dícesles que se aparten de Ti, y vas Tú ahora al monte por ellos; piensan que los tienes olvidados, y que duermes, y estás las rodillas hincadas rogando por ellos; y cuando son ya pasadas las tres partes de la noche, cuando a tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como Señor de las ondas mudables andas sobre ellas, que para Ti todo es firme, y acércaste a los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de Ti, y dícesles palabras de confianza, que son: *Yo soy, no queráis temer.* ¡Oh, Cristo, diligente y cuidadoso Pastor, cuán engañado está quien en Ti y de Ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, si quiere enmendarse y servirte! ¡Oh, si dijeses Tú a los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar a servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien Tú eres basta para los consolar!

Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese; y por esto dices: *Yo soy, no queráis temer. Yo soy aquel que mato, y doy vida, meto a los infiernos, y saco* (I Reg., II): quiero decir, que atribulo al hombre hasta que le parece que muere, y después le alivio y recreo y doy vida. Meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metido no los olvido; mas sácolos, y por eso los mortifico para vivificarlos; para eso los meto, para que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella sombra del infierno sea medio para que después de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy Omnipotente, y os querré librar; porque soy todo bueno y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro Abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros,

mas engrandeceros, si a mí quisiésedes servir, porque fuisteis con grande precio comprados. Yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible: el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros a innumerables tormentos de cuerpo, y mayores de ánima, para que vosotros os esforcéis a pasar algunos por mí, y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en mí tal librador. Yo vuestro Padre por ser Dios, y vuestro primogénito Hermano por ser Hombre.

Yo vuestra paga y rescate: ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta de ellas? Yo vuestra reconciliación: ¿qué teméis ira? Yo el lazo de vuestra amistad: ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro defensor: ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo: ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de mí? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre: ¿qué teméis hambre? Vuestro mi corazón: ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad: ¿qué teméis miseria? Y por accesorio son vuestros mis ángeles para defenderos: vuestros mis santos para rogar por vosotros: vuestra mi Madre bendita para seros Madre cuidadosa y piadosa: vuestra la tierra para que en ella me sirváis: vuestro el cielo para que a él viniereis: vuestros los demonios e infiernos porque los hollaréis como a esclavos y cárcel: vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca se acaba: vuestros los buenos placeres, porque a mí los refiráis: vuestras las penas, porque por mi amor y vuestro provecho las sufráis: vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra eterna corona: vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida; y todo esto tenéis en mí y por mí, porque ni lo gané para mí solo, ni lo quiero gozar yo solo; pues que cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, comiese, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda.

No sois pobres los que tanta riqueza tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no la queréis perder a sa-

biendas: no desmayéis, que no os desampararé aunque os pruebe: vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá; vuestra flaqueza hace parecer más fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi bondad y de mi misericordia: no hay cosa que os pueda dañar si me amáis, y de mí os fiáis: no sintáis de mí humanamente, según vuestro parecer; mas en viva fe con amor, no por las señales de fuera, mas por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuanto es de mi parte. Pues veis tales obras de amor de fuera, y corazón tan herido con lanza, y más herido de vuestro amor por de dentro, ¿cómo os negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme a sogas y cadenas que me lastimaban, ¿y negarme he a los brazos y corazón de cristianos donde descanso? Dime a azotes y columna dura, ¿y negarme he al ánima que me está sujeta? No volví la faz a quien me la hería, ¿y volverla he a quien se tiene por bienaventurado en la mirar para la adorar?

¡Qué poca confianza es aquesta, que viéndome de mi voluntad despedazado en mano de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿A quién desprecié que me quisiese? ¿A quién desamparé que me llamase? ¿De quién huí que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué a los apartados y sucios: importuno yo a los que no me quieren, ruego yo a todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo; mas encúbrolo por amor de mi criatura, a la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí, sino remitirse a mí: en aquella ignorancia está su saber, en aquél estar colgada su firmeza, en aquella sujeción su reinar; y bastarle debe que no está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, pues por ella las dí a clavos de cruz, y más son que suyas, pues hicieron por el provecho de ella más que las propias suyas,

Y por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas y que no sepa de sí; mas si se fía y no se aparta de mi servicio, librarla he y glorificarla he, y cumpliré lo que dije: sed fiel hasta la muerte, y darte he corona de vida. Amén.

86—CARTA A UNA DONCELLA ATRIBULADA: ENSÉÑALA CÓMO LOS TRABAJOS SUELEN VENIR O POR CULPAS O POR PRUEBA DEL SEÑOR

La paz y gracia de Nuestro Señor sea siempre con vos. Amén. El amor verdadero con que os amo en Jesucristo ha causado en mí tanta compasión de lo que padecéis, que me movió a escribiros esta letra, deseando ayudaros en algo. No sé, Hermana, si os alegre, o si antes os ayude a llorar; ni sé si os diga que es bueno lo que tenéis, y lo que debéis llevar con alegría; ni si conceda con lo que a vos parece que es malo, y que como tal se debe huir. Veo que si lo pasan muchos buenos, no lo dejan de pasar también muchos malos; y que si en unos es señal de amor, en otros es sospecha de ira. A unos castiga el Señor con esas cosas, a otros que no han menester castigo prueba con ellas mismas, y les da en qué merecer; y aunque eso que vos pasáis pueda proceder de cualquiera de estas dos causas, no me pesa que os persuadáis vos que debe ser azote de alguna culpa liviana (si liviana se debe llamar la que tan grave castigo merece), y no prueba de vuestra bondad; porque si los santos no conocen en sí bondad alguna, antes muchas faltas y maldades, cuánto más vos, que tan lejos os conocéis de santidad y tan metida en pecados.

Pues si tenéis por más probable que esos frutos nacen de esta raíz, el remedio es que examinéis bien si habéis hecho alguna cosa por donde merezcáis esa corrección. Y sabed que las más veces suele ser algún polvillo de vanagloria; y si no veis porqué, eso tened por peor, pues habiendo tantas culpas, no veis ninguna; y cuando os sacudieren el golpe, humillaos debajo de la poderosa mano de Dios, conociéndoos por digna de mayor tormento; y

suplicad a Nuestro Señor haya misericordia de vos, y que no os alance de sí. Decid: *Señor, pequé: cualquier castigo es liviano para la gravedad de mis pecados: si sois servido de castigarme, heme aquí: alza, Señor, la mano; descarga el golpe, corta, quema y mata; mas no me vea yo apartada ni desechada de Vos: si pequé, no sea el castigo dejarme a que peque más; pues el castigo de la culpa es la pena, y no otra culpa.* No querría tampoco que por pensar que vuestras culpas han causado eso que tenéis, os desconsoléis y entristezcáis tanto que caigáis en algún despeñadero de desesperación.

Quiero que por una parte os humilléis creyendo que vuestros pecados lo merecen, y que por otra os consoléis acordándoos que sois hija de Dios, y no de las olvidadas; pues se acuerda vuestro Padre de castigaros como a hija, porque no os hagáis más mala. Y creedme una cosa (aunque no sea adivino): que si el Señor con su misericordia no os hubiera humillado así, quizá hubiérades caído en alguna soberbia luciferina, que fuera en infinitas partes peor; y con eso os tiene tan humilde, que no osáis ni aun podéis alzar cabeza. Agradeced, pues, al Señor esa merced, y básteos su gracia. Pero ya sé que me diréis: si yo supiese que soy hija, y no enemiga, y que es castigo de padre y no pena de juez; si acabase de persuadirme que estoy en su gracia, ¿qué me faltaba? Pero creo que si no es en el infierno, no hay en la tierra hombre tan malo que tal tenga: no es vida de hijos de Dios ésta mía, sino vida, o, por mejor decir, muerte de dañados. ¡Oh, Hermana, y si supiésedes el don de Dios, y quién son los que estas cosas padecen por la mayor parte, quizá os alegraríades! Si yo viese que solamente los enemigos de Dios pasan tales cosas, cierto me afligiría: mas veo los mayores amigos en eso tentados, ¿porqué no me consolaré con ellos? El bienaventurado Job se vió un día tal, que dijo (Job., VII): *Desesperado he.* Tales cosas había pasado en su pecho, que le pareció haber caído en desesperación: mas porque veáis que no, luego torna a pedir misericordia; pues quien misericordia pide, no desespera. David, siendo quien sabéis, dijo

que ya Dios lo había alanzado delante sus ojos, y que se vió cubierto de tinieblas y obscuridades, cercado de dolores de muerte y de peligros de infierno; y tales cosas dice que le acaecieron, que no las entenderá sino quien las hubiere pasado.

Cállense las tribulaciones de San Pablo causadas por Satanás, que le hicieron abajar el cuello, pues tantas veces las habéis oído. En las vidas de los Padres he leído cosas que no las creyera si el autor no fuera de tanta autoridad; y hoy día vemos y oímos cosas extrañas, que vienen a personas devotas y siervas de Nuestro Señor; y a los unos y a los otros sacó y saca Nuestro Señor de ellas con mucha ganancia. De donde colegimos que es menester creer el hombre en semejantes casos lo que no ve, y esperar contra la esperanza como Abraham. Decidme, Hermana, ¿habéis visto a los cantareros encender algún horno? ¿Habéis visto aquel humo tan espeso y tan prieto, aquel encendimiento de fuego y aquella semejanza de infierno que allí pasa? ¿Quién creyera que los vasos que allí dentro están no habían de salir hechos ceniza del fuego, o a lo menos negros como la pez del humo? Y pasada aquella furia, apagado el fuego, al tiempo que deshornan, veréis sacar los vasos blandos de barro duros como piedras; y los que primeros estaban morenos, salir más blancos que la nieve, y tan lindos, que se pueden poner en la mesa del Rey.

Vasos de barro nos llama San Pablo, y con mucha razón por cierto, pues tan blandos somos y delicados para sufrir los golpes de los trabajos. Una jarrilla sois, y por cocer habéis estado, y por eso érades tan tierna, y no podíades retener ni conservar bien el licor que Dios os infundía. Coceros quieren, Hermana: tened paciencia: metida estáis en el horno de la tribulación: sufrid ahora esos fuegos, y esas humaredas y obscuridades, y confiando en la sabiduría y bondad de nuestro buen ollero, ni saldréis hecha ceniza que lleve el viento, ni tiznada con algún mal que se os haya pegado; antes dura para padecer, para que aunque caigáis no os quebréis; blanqueada del descolorido color que primero teníades, y,

finalmente, hábil y dispuesta para ser vaso de honra y para ser puesta sobre la mesa de Dios. Procurad no salgáis del horno quebrada, porque no os den por ahí de balde; solamente se quiebran los que en el horno de la tribulación pierden la paciencia. Confío en Nuestro Señor y en vos que saldréis sin lesión: sufrío ahora un poco, que presto se apagará todo: no desmayéis por más que atice el demonio: persiga cuanto quisiere: confiad en Dios. Señal es que no tiene Lucifer parte en vos, pues va tras vos; que si os tuviera, no os siguiera: señal es que os habéis ido de su reino, pues tantos escuadrones de gente armada van en pos de vos. Salísteos de las tinieblas de Egipto para ir a la tierra que Dios os ha prometido; sale Faraón tras vos con todo su ejército, os halláis ahora atajada, delante de vos el mar Bermejo, detrás los enemigos: no halláis porqué vía huir. No temáis, esperad, y veréis las maravillas que ha de hacer el Señor: el Señor peleará por vos, y vos callaréis: el Señor abrirá camino por medio de las aguas: las aguas os serán en lugar de muro a la diestra y a la siniestra, y pasaréis a pie enjuto por medio de las tribulaciones y tentaciones, y vuestros enemigos se ahogarán en ellas.

Pensad qué gozo será aquél cuando habiendo pasado todo el pueblo de Dios este mar peligroso del mundo, tomará María Virgen, figurada en María la hermana de Moisés, *el adufe* de su cuerpo, y comience a cantar, y vos en compañía de las otras vírgenes a responder aquel cantar de tanta alegría. Y porque más os consoléis, sabed que no hay de qué tener escrúpulo, porque más es eso tormento padecido que pecado cometido. Entretanto que vos no consentís libremente, ni os deleitáis en el pensamiento que el demonio ofrece, ni lo queréis vos pensar, ¿de qué tenéis escrúpulo? Pues creedme como a hombre que conoce vuestra conciencia, que aunque os parezca que habéis alguna vez consentido, el temor os hace parecer lo que no es, como acaece a los que tienen fiebre o alguna otra fuerte pasión. Y esto sea para excusaros en lo pasado, y no para descuidaros en lo porvenir; y aunque alguna cosilla se os hubiese pegado, aun-

que alguna heridilla hubiésedes recibido, como vos no os rindáis ni deis por vencida, hermosas y gloriosas son las heridas del caballero en los ojos del Rey cuando son recibidas en su servicio. Mayor es el bien y merecimiento que sacáis de la victoria, que el daño que padecéis en la lucha: por eso ninguna cosa os turbe.

No os engañéis en pensar que las imaginaciones y tentaciones son cosa vuestra, obrada por vos: obras son de Lucifer, palabras son que él habla e imágenes que representa: miradlo todo como cosa ajena, y haced como cuando oís a un hombre blasfemar y decir otras palabras feas, que aunque os da grave pena el ver que se ofende Dios, al fin os es algún consuelo ver que no sois vos la que le ofendéis. Péseos que el demonio hable, y haga como quien él es, y consolaos que no sois vos, sino él, y que al fin ha de llevar su pago. San Pablo decía (II Cor., XII) *que se gloriaba en sus flaquezas y tribulaciones, porque en ellas resplandecía más la virtud y fortaleza de Cristo*. Hermana, si a Cristo amáis, gozaros debéis de la gloria que saca El de vuestras flaquezas. ¿No os parece que muestra Dios en vos su fortaleza, pues con las flaquezas de una mujercilla, muchacha y enferma, y nada, vence las fuerzas y poderíos de las huestes infernales? Pues porque Jesucristo sea glorificado, ¿no seréis vos de buena gana combatida? Sí por cierto, y de muy buena gana, que eso creo yo de vuestra caridad que vos pretendéis, eso creo yo que deseáis, que se sirva el Señor de vos, y sea en cosas prósperas o en adversas, en dulces o en amargas, en amores o en dolores, en guerra o en paz. Ahora quiere que le sirváis en la guerra con frío y con sol, las armas acuestas de día y de noche, durmiendo con sobresaltos en pie sobre una pica, y lo que más os duele, lejos de la presencia del Rey. Tras este tiempo vendrá otro, y os mandará que le sirváis en la sala, donde gozaréis de cuanto deseáis. Entretanto, gozaos que servís al Rey. El fortalezca vuestra ánima para pelear las peleas del Señor, y os saque vencedora, para que merezcáis la corona de gloria que tiene prometida a los que vencieren. Amén.

87—CARTA A UNA DONCELLA ENFERMA, CONSOLÁNDOLA EN SUS TRABAJOS

Señora, sabido he que vuestra merced está mala; y no me pesa de ello, porque si es de alguna demasía de penitencia que ha hecho, bien se le emplea el castigo; y si no es sino que Nuestro Señor lo envía, sea muy en buena hora la parte que de la cruz le da: y aunque por una parte me dé pena su pena, cuanto sabe Nuestro Señor, por otra me alegro, porque veo clara la ganancia de quien yo deseo ver muy ganada. No quiero yo para mis hijos consuelo, sino azotes, que después será tiempo de los consuelos. Ahora, Señora, no se quiten sus ojos de la cruz, ni su corazón de quien en ella se puso: no descanse hasta que le sepa bien el padecer, que en ello se parece el amor: no haya piedad de sí misma, que en el cielo y en la tierra tiene quien de ella la tenga muy de corazón, y lo que le viene muy mirado viene, y pasado por mano de quien la ama muy de verdad: no se entibie la fe en los peligros y necesidades, ni el amor entre los trabajos.

Cuando el fuego es grande no se apaga con el viento, antes crece: y así, cuando uno ama a Dios de burla, con un soplillo que le soplan se apaga su fuego como candelilla. Mas el verdadero amor crece en los trabajos; porque más fuerza pone a sufrir, mientras más viene que sufrir; y como sea de Dios, vence a los trabajos, y ninguna agua basta para apagar este fuego que del cielo descendió. Para amar la llamó Dios, y no es cosa el amor para regalaros: conviénele aborrecerse para amar a Cristo, y negarse para confesarle, y ser cruel para sí misma, para ser suave y blanda al Señor. Si le quiere y desea gozar, pierda a sí misma. Si le quiere ver, por lanzas se ha de meter: si le desea aposentar en su corazón, eche de El a sí misma y a toda cosa criada: sola la quiere Dios, y atribulada, no por malquerencia, sino después que su Hijo bendito fué atribulado, no quiere ver a sus hijos vestidos de otra librea. Esto es lo que

delante sus ojos parece hermoso, ver en nosotros la imagen de su unigénito Hijo; y así como no hay cosa que de tan buena gana mire una ánima como a Jesucristo atormentado en la cruz, y mientras más atribulado y afeado está, más hermoso le parece, así mientras más padeciéremos, mejor pareceremos a Dios. Y no es mucho que el ánima que a Dios desea bien parecer se ponga este afeite con que a Dios enamore, pues que las mujeres del mundo hacen muchas cosas y muy a su costa para contentar a hijos de hombres. Señora, mudarse tienen los cueros para parecer bien a Dios.

Con agua fuerte se apura el oro, y quitada la tierra sale resplandeciente del crisol. Hayamos vergüenza de ser tan flojos en empresa tan grande como es agradar a Dios; que si lo sintiésemos cobraríamos ánimo para derramar la sangre por El, porque más hermoso le pareciésemos. Y considerando esto un ermitaño santo, y viendo una mujer del mundo ir muy compuesta y galana, comienza él a llorar y decir: «Perdóname, Señor, perdóname, que el atavío de esta mujer que en un día ha tenido para agradar a los ojos del mundo, sobrepuja al que yo he tenido en muchos años para agradar a los tuyos.» Así que, señora, la empresa del amor no es palabra, sino dolor, crudos tormentos, deshonra del mundo, desamparo de criaturas y ausencia del amparo del Criador; y con todo esto ha de haber buen rostro, no quejas, no caimiento de corazón; mas a semejanza del mártir que le sacaban las entrañas y peinaban con peines de hierro, y no sonaba en su boca sino Jesús, y en su corazón: «bendito sea Dios», y propósito de pasar más si Dios era servido. Don y merced es padecer por Cristo, y no la da sino a quien El mucho ama.

Gran misericordia es dar a uno papirotes, y soltarle los azotes; y si con lo que aquí se pasa se quita lo que allá debemos, trabajemos aquí, y paguemos todo lo que Dios quisiere, porque salidos de aquí, luego veamos la faz de Dios. Baste el destierro de aquí; trabajemos, que en acabándose luego nos metan en nuestra tierra. San Agustín dice *que hace injuria al mártir el que ruega por*

el mártir, porque el martirio le hace volar al cielo derecho: pues trabajemos nosotros de ser mártires con la paciencia, que aunque no es tan grande nuestro trabajo como el de aquéllos, es más largo. Y debemos desear que esta vida no sea apacible, mas un puro martirio, que esta fué la vida de Nuestro Señor, y esta quiere que sea la nuestra. Muchos mártires hubo por la fe, mas en fin muchos han ido al cielo sin serlo; mas mártires de amor todos lo hemos de ser si queremos ir allá. Este nos ha de atormentar haciéndonos tomar pena porque ofendimos a Dios y porque otros le ofenden: éste nos ha de quitar todos los consuelos de acá, y ponernos la cruz encima los hombros: éste nos ha de hacer abrazar los trabajos y pasar por encima de ellos con la llama del amor de Dios encendida: éste hace sufrir deshonras, sin las sentir, y saca a uno de sí, como el vino al borracho. Que en esto se parece al amor, que el que lo tiene no busca a sí mismo, sino a solo Dios y su voluntad: mas este amor tan cruel, ¿qué piadoso será después, a quien le abajó su cuello para recibir su martirio? No puede uno sentir las fuerzas del amor con que aquí atormenta, ni las con que después consuela.

Creámoslo, señora, pues Dios lo ha dicho y en fe de su palabra caminemos, que gran camino nos queda: escoja cual quiere, más largos trabajos y no muy grandes, o breves y grandes, que de pasar mucho no puede escapar. De esto no se entristezca, que si le da Dios muchos trabajos es porque así lo merecen sus muchos pecados y así los pagará aquí; y así lo pido yo al Señor que se los dé; porque si yo muriere primero que vuestra merced, no querría que ella fuese a purgatorio: quizá no tendrá a quien le duela su ánima, ni tenga mucho cuidado de la sacar: y si ella muere primero, harto me basta la pena que de ella tendré. Perdóneme, que no es razón que ella mire a su provecho ni yo, sino que aunque sepamos que después de esta vida hemos de ir a tormentos, debemos aquí esforzarnos a los pasar por amor, y el amor con sólo amar se contenta.

Cristo padeció por nuestro amor, padezcamos por el

suyo: Cristo llevó la cruz, ayudémosela a llevar: Cristo deshonrado, no quiero honra: Cristo padeció dolores, véngame a mí: El tuvo necesidades, ésas quiero yo tener: El por mí fué aquí extranjero, no tenga yo cosa en que repose mi corazón: El murió por mí, sea mi vida por su amor una muerte continua (Galat., II). *Viva yo, ya no yo; mas viva en mí Cristo*, y Cristo crucificado, apasionado, desamparado, y en sólo Dios recibido. Este Cristo quiero, aquí lo busco, y fuera de aquí no lo quiero: haga El lo que mandare de mí, que yo trabajos quiero por El: deme galardón o no, que sólo el padecer por El es muy sobrado galardón. Y si mercedes me quisiese dar, no le pediré otras sino trabajos; porque en esto conoceré que le amo y que me ama, si El me pone a mí en la cruz, donde El aquí estuvo, que aunque no busque mi provecho, bien sé que si persevero en su cruz que me llevará a su reino. A El sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

88—CARTA A UNA DONCELLA, ANIMÁNDOLA A PELEAR LAS BATALLAS DEL SEÑOR, Y ENSÉÑALE LOS ARDIDES DEL DEMONIO, PARA QUE SE DEFIENDA DE ELLOS

Señora: porque creo que vuestra merced pelea las peleas del Señor y se ofrece a todo trabajo, porque en ella reina Jesucristo sólo, le es debida con mucha razón la ayuda y esfuerzo por parte de los ministros de Dios, a los cuales está mandado que avisen al malo del mal que le ha de venir, para que se enmiende y lo huya, y al bueno esfuerce, y vaya tañendo una trompeta delante cuando viere que entra en la guerra; quiere decir, que ha de esforzar con palabra de Dios a los que viere pelear por su honra: porque de otra manera, así como le será pedida cuenta del malo, a quien no avisó, así también del bueno, porque no le esforzó; y será castigado por el mal que uno hizo, y por el bien que el otro dejó de hacer. Esfuércese, pues, vuestra merced en la pelea que con la antigua serpiente tiene, queriendo apartarla de Dios, y queriendo ella llegarse a su Dios: y esté muy

sobre el aviso que los principales tiros son al corazón; porque no se le da a él mucho que uno sirva a Dios con recoger sus ojos y con guardar silencio, o con rezar y cantar y con semejantes cosas, sino en el corazón pone él su ponzoña, que es propio complacimiento o propia estima y amor.

Las doncellas locas doncellas eran, mas por no tener óleo en sus vasos oyeron de la boca del Señor aquella terrible palabra: *En verdad os digo que no os conozco.* ¿Y qué es el vaso sino el corazón? ¿Y qué el óleo sino el espíritu de la verdad, que mantiene y ceba las buenas obras, si buenas han de ser delante de Dios? ¿Y qué es el espíritu de verdad sino el que hace que el hombre se despliegue y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y esta es la verdad en que hemos de vivir, y sin esto en mentira vivimos: y algunas veces cuanto más bien parece que tenemos y más sanos, estamos peores faltándonos esto; porque confiando en esto y otras cosas, parécenos que somos algo, y no así delante los ojos de Aquel que mira los corazones y dice (Apoc., III): *Nombre tienes de vivo y estás muerto.* Nombre tiene de vivo quien no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el Justo Juez condenare? No sabe el mundo tener por malo ni castiga a uno que se parece bien a sí mismo, y se contenta de sí con soberbia o no se descontenta. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede a sí mismo, como si trajese un perro muerto a sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante de los ojos de su Criador, como quien tuviese delante un juez de acá habiendo hecho un feo delito. Y si esto llega a ser pecado mortal, cuádrale de todo en todo lo que Dios dice; y si es venial tócale algo. Frente de ramera tienes, y no has sabido haber vergüenza. Y es una mala tacha en el ánima que no sea vergonzosa, como lo es en las mujeres, aun en lo exterior.

No condena el mundo una fiucia propia, no una esti-

ma propia, no una voluntad viva a buscar su contentamiento. Mas en los ojos de Dios son estas cosas y otras semejantes muy grandes males y que impiden su santa gracia y amistad, si son mortales; y si veniales, impiden el aprovechamiento de la gracia y la comunicación del Señor. Y sabiendo esto el demonio, dásele poco porque en lo más grueso esté una ánima viva, si en lo interior está muerta. Y muchas veces no procura él que aquella persona caiga en muy feos pecados, que si los hiciese se confundiría mucho, porque viéndose así caída en cosas que aun a los ojos del mundo son muy malas, tomaría muy a pechos la penitencia, y se desplazaría muy de corazón y se remediaría; y quiere más tenerla asida con la ceguedad interior, y tenerla segura con que no caiga en otros pecados, que quizá si en ellos cayese saldría de unos y otros y se le iría de entre las manos.

Por tanto, señora, los ojos sobre el corazón; y cuando no sintiere un entrañable desprecio y confusión delante el acatamiento de Dios, sepa que no se conoce perfectamente y que no tiene sino ojos de mundo, y no luz celestial, porque ésta descubre los rincones y hace avergonzar al ánima: de los ojos mundanos alguna vez dirían que es cosa muy buena, y tras ésta vienen lágrimas y verdadera humildad, que de todo en todo sujeta el ánima a Dios y a toda criatura. Y cuando esto no hay, está de otra manera, y no sana de raíz, sino sobresana. Y debe entonces llamar al celestial Médico, y no descansar hasta que poco a poco le dé una poquita de luz para entrar a mirar sus senos y escondrijos, y hallar sus faltas aun en lo que parece bien hecho. No da el Señor luego este don hasta que El es servido; mas entretanto sepamos no fiarnos de otras buenas obras si esto nos falta, y esperemos en el Señor que nos lo dará cuando sea servido; porque El prometió que no daría piedra a quien le pidiese pan, y que el Padre del cielo daría buen espíritu al que se lo pidiere. El sea luz de vuestra merced para que conozca a El para honrarle, y a sí misma para despreciarse, y salga toda de sí, y se sujete toda a El, y esté vuestra merced avisada que tiene en la tierra quien le pida

cuenta: por eso tenga ganada mucha santidad para cuando allá vaya, y no tenga cosa por la cual me convenga a mí reñir, y ella sea avergonzada con pena de ambos. Cristo la guarde en su seno rompido con lanza. Amén.

89—CARTA A UNA DONCELLA AFLIGIDA, PORQUE LA ENFERMEDAD LA IMPEDÍA LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES: ENSÉÑALE CÓMO SE HALLA LA PAZ

El mejor consuelo en los trabajos que nos vienen contra nuestra voluntad es no haber nosotros cometido alguna culpa para que nos vengan; porque a la conciencia limpia fácil cosa le es llevar cualquiera carga que le echen, y a la no tal, la pequeña le es insoportable. Si así supiesen los hombres buscar los medios para su descanso, como saben desearlo, gozarían de El y no se quedarían con sólo desearlo. Ley es de Dios que los que tienen deseos fuera de El, sean atormentados, o no se cumpliendo o se cumpliendo; porque ya que venga lo que desearon, no pueden gozar de ello por el remordimiento que la conciencia les da; y si no vienen están colgados con la dilación de lo que desean. Muy mal contrario de esto es el deseo puro de Dios; porque si David dice (Psalm. CIV): *Alégrese el corazón de los que buscan a Dios,* ¿qué será el hallar a Dios? Si la hambre del buscar les da alegría, la hartura de la mesa ¿qué será?

Por tanto, quien quisiere paz y verdadero descanso entienda en quitar deseos, y osada y fielmente ponerse en la voluntad del Señor, y no se verá hollado de tinieblas, ni afligido con acaecimientos. Mas ¿quién hará a los hijos de los hombres que entiendan lo que Dios les manda decir (Psalm. IV): *Hasta cuándo seréis de pesado corazón, y amáis la vanidad, y buscáis la mentira?* ¿Quién los desengañará de su ceguedad, que andando buscando paz hallan guerra? Y por la misma vía que la buscan, por allí la pierden. Entiendan todos que como no hay más de un Dios, no hay más de un verdadero descanso: y que como fuera del verdadero Dios no hay Dios, fuera de su descanso no hay descanso. Verdaderamente mentirosos

eran los montes y muchedumbre de los valles; y solamente en el Señor Dios Nuestro hay verdadera salud, dicen los que después de cansados con la experiencia de sus vanos deseos vienen a conocer quién es Dios y quién los que a El se allegan.

No tenemos, señora, no tenemos pan ni panes en nuestra casa con que dar de comer a nuestro amigo que viene de fuera, si no lo vamos a pedir a nuestro vecino, que es Dios humanado, tan cercano a nos, que es nuestra cabeza, Padre y Hermano. Quien a El alzare sus ojos y le mirare a las manos; quien fuere mendigo de su puerta; quien le deseare y se fatigare de hambre de El, será recreado con su hartura, que tanto excede a la de las criaturas cuanto excede El a ellas: mas fuera de El no se atreva nadie a hambrear, porque *dondequiera que la carne buscare abastanza*—dice San Agustín—, *hallará falta*, para que por experiencia entienda qué diferencia va del Criador a la criatura, y desarrimado de ella, pues ya probó no haber en ella lo que buscaba, vaya con lleno corazón al que sólo es bastante a le dar más de lo que el ánima puede recibir.

Así que, ilustrísima señora, no se vaya vuestra señoría tras el engaño grande de muchos grandes del mundo, que son muy amigos de su voluntad y están llenos de sus deseos, pareciéndoles que tienen para ser más abundantes en deseos de cosas, cuanto más lo son en estado de acá, y no veo que saquen de aquí sino mayores tormentos, porque a la medida del desear es el penar, y como San Bernardo dice: *Cese la propia voluntad, y no habrá infierno.* Así podremos decir : cese, y no habrá acá ni pecado ni trabajo: porque no es lo que nos da la pena lo que nos viene, sino el venirnos lo que queremos que venga. Y por esto nos pide Dios nuestro corazón, para quitárnoslo de tantos males, y a trueco de darnos el suyo, que es pacífico y reposado y alegre en los trabajos; y necio de aquel que quiere más vivir en su angostura que en el anchura de Dios, y morir en sí que vivir en la vida. Y si en algún tiempo o en alguna cosa hemos cometido este mal de haber dado la rienda suelta a nuestro deseo,

humillémonos delante el Padre de las misericordias conociendo nuestras faltas, y esperemos perdón de El, tomando en descuento de nuestro yerro la pena que por nuestro deseo nos vino; con lo cual suele Dios quitar el pecado, como quien toma los ramos de un árbol y con ellos pone fuego al mismo árbol, y lo quema de raíz.

Muy mejor es al pecador que le suceda pena de su pecado que no descanso; porque, como San Agustín dice: *No hay cosa más desdichada que la buena dicha temporal del pecador.* Y aprendamos de aquí adelante a dar nuestros deseos a Dios: y como una piedra va hacia lo bajo y un fuego a lo alto, y cada cosa a su lugar, así nuestro corazón vaya a su centro con gran ligereza que es Dios. ¿Quién no se espantaría de ver una gran peña colgada en el aire sin que fuese a su centro? ¿Y quién no se espanta de ver un corazón criado para descansar en Dios, detenido en el aire, y menos que aire? Sea, pues, o porque no podemos descansar sino en Dios, o porque merece El ser Señor de todo nuestro amor, pues es piedra imán de todo espíritu, no hagamos tan gran necedad, no demos tal mancha en nuestra honra, no tal traición contra Nuestro Señor, que de aquí adelante otro deseo en nosotros entre sino el de El o por amor de El. Y así huirán de nuestro corazón las nieblas tristes, las congojas desaprovechadas, las esperanzas y temores vanos. Y en lugar de esto amanecernos ha luz nueva, con ella alegría, porque ver lumbre del cielo causa es de ella, y el ciego no puede verla. Y por esto decía Tobías (cap. V): *¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo lumbre del cielo?*

Gran verdad es, cierto, que ninguno que no está desengañado no puede tener verdadera alegría; porque aunque le parece que ve, es vista de tierra y no lumbre del cielo. Tras esto es la cura de raíz: conviene que vuestra señoría no quiera que con disposición desigual haya ejercicios iguales, porque muchos se afligieron ignorantemente por no alcanzar lo que ni su fuerza ni estado les permitía.

Está claro que con esa disposición no ha de querer la orden que antes tenía, ni Nuestro Señor tal pide; pues su

voluntad es muy igual, y templada con misericordia, que no pide sino lo que El da de aparejo; y no sólo no quiere recoger donde no siembra, mas aun conténtase con coger mucho menos de lo que sembró. No se desconsuele vuestra señoría por lo que no puede alcanzar, que eso ¿qué sería sino estar penada porque no tiene alas para volar por el aire? No ponga los ojos en consuelo ni en oración, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor. Y pues El quiere que el tiempo que se gastaba en orar se gaste ahora en vomitar, sea muy enhorabuena; y El contento, todos contentos los que tienen en más el contento del que posee cielos y tierra. Y si el escrúpulo diere pena con pensar que vino esto por alguna culpa, o que es castigo de dar Dios lo que deseamos, ¿qué hay más que hacer sino echarnos a sus pies y pedir azote y perdón? Y el Señor dará entrambas cosas, o el perdón sin azote; mas nunca azote sin perdón, si por nuestra culpa no queda. Y por esto debemos tomar el trabajo por prenda de la paz; y porque ésta haya entre Dios y nos, vénganos todo lo que El mandare.

No hay sino una cosa que temer, y es no se solape nuestra pereza debajo la ocasión del no puedo más. Aquí es menester vivir con siete ojos, porque esta Eva que dentro de nosotros está, es tan amiga de regalo y de pasarse por el huerto y comer del árbol vedado, que tiene mil mañas para hacer entender a la razón que lo que pide no es demasía, sino necesidad; y enójase mucho si no se lo dan y si no se lo creen. Menester, señora, son dos cosas: una, que cuando claramente viere que puede tener sus ejercicios, en ninguna manera los deje. Ose trabajar por el amor del Señor, pues el amor no sabe ser flojo, y cuanto es piadoso para su amado, tanto cruel y no nada regalado para sí mismo. Acuérdese vuestra señoría de las hazañas que en este mundo ha hecho el amor de Cristo en los corazones donde ha morado; cárceles, tormentos, deshonras ha hecho pasar, y con grande alegría, poniendo delante los ojos del amador el gran valor del amado: y pues tanto ha acabado con otros, no sea tan flaco en vuestra señoría que no tenga fuerza para

pasar un poco de trabajo por agradar a tan alto Señor, al cual tanto más será acepta cuanto con mayor trabajo a El se llegare; y el Señor no es amigo de nuestras penas, sino sólo de nuestros amores; y éstos no se pueden conocer ser verdaderos sino en cosa que duela, porque el amigo fijo en el tiempo de la tribulación aquél es el verdadero.

Aunque Dios conozca sin prueba quién somos, quiere probarnos para que nosotros nos alegremos viéndonos fieles en el amor, y vivamos con esperanza *de ir a ver a quien amamos, pues la prueba obra esperanza,* como dice San Pablo (Rom., V). Así que, esta sea la orden mientras no hubiere salud para tomar otra, que estando libre de vómito o dolor tenga su ejercicio; y haciendo esto pida a Nuestro Señor le dé su lumbre para conocer cuándo es engaño de la carne el estorbo que pone, o cuándo es necesidad justa; porque quien bien usa de lo que conoce alcanzará lumbre para lo que no conoce, que el otro no tiene boca para pedirlo, pues le pueden responder: ¿Para qué quieres saber mi voluntad y agradamiento, pues en lo que lo sabes no lo cumples? Y cuando hay algún alivio, aunque no sea mucho, haya ejercicio, aunque no sea mucho ni con mucha atención, sino con un conocimiento de nuestro deseo y un presentarnos delante el Señor. Y con esto y con no dejar caer el corazón, porque va en esto la vida, pasará vuestra señoría hasta que provea Dios de otro tiempo. La Samaritana preguntaba que dónde había de orar; y el Señor responde (Joann., IV) *que en todo lugar, y en espíritu;* y así ha de hacer el cristiano, que en todas sus obras ha de orar al Señor, no en monte ni en templo sólo, sino en comer y beber, dormir, salud, y enfermedad, refiriéndolo todo a Dios y gozándose en todo por recibirlo de la mano de Dios.

Mire mucho vuestra señoría no enangoste a Dios, pues es inmenso: no piense que no le ha de buscar ni hallar sino en tal lugar o tal obra. En todo está, si ella está con El; y si en todo le busca, en todo lo hallará. *Alegréme* (dice el Sabio, Sap., VII) *en todas las cosas, porque iba delante de mí esta sabiduría;* y así lo hace en quien todo mira a Dios, haciéndolo como El lo manda, y teniendo atención

a El: y de otra cosa síguese tristeza y descontento, y caimiento en el corazón, que es cosa que en gran manera se debe huir, porque según está escrito (Eccl., XXX), *no hay provecho en la tal tristeza, antes mucho daño para cuerpo y ánima y prójimos*. Mas la alegría da fuerzas, da perseverancia y hace entristecer a nuestros enemigos, y alegra al espíritu de Dios que en los suyos mora, porque El es alegre: y sobre esto use vuestra señoría recibir a Nuestro Señor algunas veces; y pues en el corazón hace El su morada, no hay que tomar pena por andar el cuerpo como anda, que aunque algún impedimento sea para trabajar, no para dejar de amar, mayormente que el Señor es todopoderoso y muy amigo de dar fuerzas al corazón que le desea amar, pues es para cumplimiento de la cosa que en el cielo y en la tierra más bien le parece, que es el amor, del cual esté vuestra señoría tan abundante en la tierra, que merezca estar más cerca del Señor en el cielo. Amén.

90—CARTA A UNA DONCELLA, EN QUE LE TRATA DE LAS TRES VENIDAS DE CRISTO EN CARNE, A JUICIO Y AL ÁNIMA, Y CÓMO NOS HABEMOS DE DISPONER PARA RECIBIRLE

No dan licencia los muy grandes negocios ni las maravillosas nuevas que se hable en otra cosa, si en ellas no: y así me parece que el tiempo del advenimiento de Cristo Nuestro Señor no permite, como cosa muy grande, que en otra cosa se entienda, sino en cómo nos sepamos aprovechar de él. Nuevas son que mucho importan venir Dios, porque si hablamos de su advenimiento en carne, ¿qué cosa mayor puede haber, pues dice San Agustín *que ésta no tiene igualdad en cuantas Dios en tiempo ha hecho?* Si hablamos de su venida a juzgar, ¿quién llamará pequeño al negocio de aquel día, pues se han de juzgar en él todos los días que han vivido todos los hombres, y darse a unos vida que siempre viva, e inefable descanso, reinando con Dios, y a otros muerte que siempre estén muriendo en compañía de Lucifer y los suyos? No es pequeño día aquel sino para quien no lo piensa; aunque

hablando verdad, para aquél será más terrible día y más pesado negocio que ahora menos caso hace de él. Pues estos dos advenimientos son muy grandes, no se tenga el tercero por pequeño: pues siendo de venir Dios al ánima, es razón que nos ponga grande admiración. ¿Quién, a quién y a qué viene? ¿Quién vió venir los Reyes a las casas de los muy bajos y viles y traidores vasallos? Y esto no por cosa que a los Reyes cumpla, sino puramente por provecho de los que muy mal le han servido, que cuidado es razón que ponga esta voz: el Señor quiere venir a vuestra casa, al ánima que lo cree, y quiere gozar de tal huésped.

¡Oh, gran confusión de nuestra mayor desvergüenza! ¡Ponemos cuidado y muévenos todo el corazón saber que viene a nuestra casa una pequeña criatura, y oímos con orejas sordas y con corazón más que muerto: ¡El Altísimo quiere venir a ti! ¡Abrimos luego a quien llama a nuestra puerta, y veces hay que por nuestro mal, y dejamos estar a Nuestro Señor llamando a la puerta de nuestro corazón para entrar cargado de bienes, y hacémonos sordos, y no le queremos abrir! Justicia tendrá el día postrero en cerrar El la puerta de su misericordia, y decir (Matth., XXV): *No os conozco*, a los que llamaren: *Señor, Señor, ábrenos*. Pues no es mucho que desprecie entonces al que ahora le desprecia a El. ¡Oh, quién un rato hablase a solas y en seso con su ánima propia, y le preguntase: ¿qué es aquello por lo cual no abre a su Señor, y cuál es el estorbo que tiene para servirle! ¿Quién puede hacer contrapeso a estar Dios llamando a la puerta, convidándonos con *que si le abrimos cenará con nos, y nos con El?* (Apoc., III). El come nuestro arrepentimiento, bebe de nuestras lágrimas, y gózase de cómo le pedimos lo que nos falta y agradecemos lo que nos ha dado; y nosotros comemos del perdón de los pecados que nos da, del esfuerzo en los trabajos y de otras mil mercedes que consigo trae, que dejan al ánima tan harta y tan otra, que le parece haber resucitado de muerte a vida.

¿Qué es aquello, ánima mía, qué es aquello que tienes

en tu corazón? ¿Por qué no abres luego, luego y de prisa al Señor que a tu puerta llama? (Cant. V): *Su cabeza tiene llena de rocío, y sus cabellos llenos de gotas de la noche*, que son los muchos golpes y remesones que le dieron en ella por ti, cuando dijo: *Esta es vuestra hora y poder de las tinieblas*. ¿Por qué eres desagradecida a tanto amor y mal criada a tal Majestad? Abre ya, y echa de tu corazón cualquier cosa que te estorbe el puro y fuerte amor que le debes; porque cualquier cosa que sea, adúltero es, y no tu varón, pues éste es sólo Dios tuyo. ¿Qué esperas a mañana, que no sabes si lo verás ni cómo en él estarás? Ya es hora de levantar, que alto va el sol, y basta lo dormido y perdido de tu vida, pues no has vivido más de cuanto has vivido a él. No te entristezcas por dejar los estorbos, ni te fatigues al tiempo de levantar, que el Señor hará que te alegres después de levantada mucho más que es la pena que te da el levantar.

Ofrécele al Señor tu dolor y trabajo que pasas por El. Ofrécele lo que en tus ojos más luce, y el contentamiento que podrías tener; y cuanto éste fuere más y mayor, tanto más te alegra en lo dejar; porque por el grande mucho se ha de pasar, y mucho se ha de dejar, que al fin no será tanto cuanto el grande pasó por ti y cuanto El te quiere pagar. Sea por amor, sea por vergüenza, sea por codicia, sea por temor, no te cumple otra cosa que ser sierva del Señor y trabajar por tenerle contento; porque El es el que con su bondad y hermosura merece todo tu amor, aunque mucha más fuerza tuvieras. Cuanto más, que compró justísimamente tu amor con amarte El primero: y de aquí nace, que es mucha desvergüenza tuya no reamar a quien primero te amó. Si vergüenza tienes, mira que fuiste primero amada; y paga deuda tan justa, porque no seas llamada mala y desvergonzada. Y mira más, que amándole a El te ganas a ti y ganas a El; porque no hay medio para ser tú salva si no es por amarle; ni para alcanzarle a El si con amor no le hieres. No aprovecha que lo quieras comprar con todo cuanto quieras por El dar en cielo ni en tierra, aunque todo sea tuyo y lo des; y con sólo tu corazón que le des lo has com-

prado sin falta ninguna, no porque des el precio que El merece, mas porque El se quiere cautivar y prender de quien ve preso de amor por El.

¡Oh, codiciosos, qué hacéis entendiendo en tratos, inciertos trabajos y quizá perdidosos! Andad acá a las ferias de Dios: amadle, que es vuestro Dios. ¿Qué hacen los de corazón magnánimo que esta joya tan grande no buscan, pues con sólo corazón contrito y despreciador de las poquedades y apreciador de esta grandeza alcanzan a Dios? Venid todas las gentes pequeñas y grandes al convite del Señor, el cual se da por posesión tan propia de quien lo quiere, que es más nuestro que el pan que comemos y ropa que vestimos. ¿Estaremos, pues, sordos a esta voz? ¿Quedarnos hemos atollados en nuestro cieno, experimentando cada día el poco satisfecho que nos dan las cosas de acá? Comencemos ya, pues, vida nueva y partido nuevo por Dios y para Dios: seamos enemigos de sus enemigos, que son nuestros propios afectos, y aparejémosle posada en nosotros, abriéndole el seno de nuestro deseo. El se llama *el deseado de todas las gentes* (Ageo, II), y no quiere venir sino donde es deseado; y no sólo deseado, mas llamado y rogado: con que miremos que no le convidemos y después no tengamos qué darle. Aparejemos nuestro corazón, y de ése comerá; abundemos en buenas obras, y éstas serán atavío de casa; amemos el reposo y silencio, porque más podamos tratar nuestros negocios con El, y a tiempos salgamos a nuestros prójimos por la caridad, para que así cumplamos con El y con ellas; y de tal manera nos hallemos como si presto hubiésemos de pasar de este destierro a la tierra de los bienaventurados: allá lleve Cristo a vuestra ilustre señoría. Amén.

91—CARTA A UNA DONCELLA, ANIMÁNDOLA MUCHO AL AMOR DE DIOS Y AL EJERCICIO DE LA ORACIÓN

No he recibido tantas cartas como, señora, decís que habéis enviado; mas aunque muchas hubiesen venido a mis manos, y yo no respondiese, tengo tanta fiucia en

Nuestro Señor, que el que me pone a mí verdadero amor de vuestra ánima, El os dará a entender en lo secreto de vuestro corazón que no queda el no escribir por falta de memoria y amor, y con esto estoy consolado mucho, aunque os vea quejar.

Hermana mía en la sangre de Jesucristo, no os descuidéis, porque no lloréis; mirad el amor con que habéis sido tratada de este Niño que nace, y no endurezcáis vuestro corazón a tan grande fuego, que basta para derretir las piedras durísimas. ¿Qué hacéis si no le amáis con todas vuestras entrañas? ¿Cuya sois, si suya no sois? ¿Adónde miráis, sino a El? ¿De qué habláis? ¿En qué pensáis? ¿Qué os traba el corazón sino este Señor, que así le trabasteis vos de su corazón, que os trajo en El treinta y dos años y tres meses, pensando en vuestro remedio y llorando vuestra perdición, y al cabo fué por vuestro bien puesto en cruz, y abriéronle su corazón para que veáis vos el lugar amoroso donde vos andábades.

Hermana, amad a quien os amó cuando Niño, habiendo frío por vos y llorando en el pesebre por vos. Amad a quien os amó: de ocho días nacido derramó sangre por vos, y no sabe hablar, y sabe amar: y como crecen los días, crece el amor, demostrándose las obras con los hombres. Quien, siendo Niño, tiene amor, ¿qué os parece que hará cuando mayor? Crece el cuerpo, y crecen los trabajos; crecen los dolores y tormentos y cruz. Amad, pues, a quien primero os amó, y ahora os ama desde los cielos: no os contentéis en servirle como quiera , que El no se contentó con buscar vuestro bien con tibieza; mas todo El se empleó por vos: no conozcáis a nadie por conocer mucho a El: no tengáis en el corazón a criatura alguna aposentada, por darle corazón y posada desembarazada a El. Sabed que cuanto más mirásedes criaturas, os será quitada la vista del Criador; y dándoos toda a Dios, aun faltaréis en muchas cosas. ¿Qué hará si os repartís? Ya dejasteis el mundo, y os disteis a Dios: no tornéis a tomar lo dejado, que perderéis lo prometido. San Pablo dice (I Cor., VII) *que la doncella que a Dios se ofrece, ha de ser santa en cuerpo y en espíritu, y no ha de*

tener más de un cuidado, que es agradar a Nuestro Señor; y así vos no entendáis en otra cosa, porque hagáis ésta bien hecha; que pues Dios con vos se contenta, débeos bastar a vos, pues basta a los ángeles y a cuantas cosas El crió. No sé cómo os va de oración, y no querría que os fuese mal; porque si en ella aflojáis, sentirá vuestra ánima una hambre que tanto os enflaquezca, que os veréis caída en lo que antes muy ligeramente vencíades.

Toda vuestra fuerza está en Dios: que de vos, ¿qué tenéis sino caídas? Y Dios comunica su favor a quien en la oración es vigilante; que a quien duerme, agriamente le reprende, diciendo como a San Pedro: *No pudiste velar una hora conmigo.*

Hermana, desocupaos de las hablas de las criaturas, para que gocéis de la comunicación del Criador; que tenerlas entrambas, ya vos sabéis que no puede ser: vivid siempre en vuestro corazón sola y desterrada, para que podáis pedir a Nuestro Señor que os visite como a huérfana y extranjera; y para esta soledad de corazón mucho os aprovechará la comunicación poca de fuera; que bien sabéis vos que otro rato tan alegre no hay como cuando estamos solos con Dios; y que si por acá nos consolamos, que después cuando vamos a hablar con el Señor, o se nos esconde, o nos riñe hasta que decimos que otra vez no derramaremos el corazón: y el que ama al Señor no ha de ser tan mal criado que espere que el Señor le diga una cosa muchas veces; mas debe vivir con entrañable cuidado para conocer la voluntad del Señor, y ésta sabida, cumplirla. Y si alguna vez por flaqueza la traspasó, llorarlo mucho y guardarse con doblado cuidado de tornar a dar enojo a El, que es lumbre de sus ojos y entrañas de su corazón; y así vos, Hermana, pues amáis, amad mucho; pues servís, servid bien; pues a Dios habéis escogido, dejad todo lo que no es El. Si la casa eterna de Dios os ha contentado, no busquéis acá cosa en las casillas de barro, que presto se han de acabar.

Ensalzada habéis de ser en el cielo entre los coros de los ángeles: haceos ahora tan baja que beséis el suelo y tierra que huellan los más bajos de vuestra casa. No ten-

gáis miedo de despreciaros, que a vuestro amor despreciaron, y permitiólo El, porque con sus desprecios sois vos preciada, y con sus deshonras muy mucho honrada: no queráis luego cumplir con regalos de carne, que la de vuestro Esposo atormentada fué con azotes y rompida con clavos. No debemos nada a la carne, que ya por Cristo se deshizo el mal concierto que teníamos con ella cuando Cristo no vivía en nosotros; mas cuando vino el concierto espiritual con Cristo, deshizo el carnal de la carne. No tenéis que ver con el mundo; por eso romped con El, que vuestro amor dice (Joann., XVI): *Confiad que yo vencí al mundo.* No miréis honra ni deshonra; mas bajad vuestra cabeza como al ruido que pasa por el tejado, y meteos en las llagas de Cristo, que allí dice El que mora su paloma, que es el ánima que en simpleza le busca. Finalmente, después que quisisteis ser suya, no tenéis ya que cumplir con vos ni con nadie. El os recibió, y no os dejará si vos no le queréis dejar a El, y cumplirá con vos lo que por mi boca os prometió; por tanto, *sedle fiel hasta la muerte, y daros ha la corona de vida* (Apoc., II) que nunca se acabe, en compañía de tanta bienaventuranza cual ni ojo vió, ni oído oyó, ni lengua de hombre puede decir, la cual os dé El por quien El es, como yo lo suplico porque El me lo manda: y ésta hayan por suya las que estuvieren presentes a vuestra carta. Cristo con todos. Amén.

92—CARTA A UNA DONCELLA, QUE NO SENTÍA PAZ EN SU ÁNIMA: ESFUÉRZALA A LA CONFIANZA EN EL SEÑOR

Escrito está *que el hermano que es ayudado de su hermano es como ciudad firmísima* (Prov., XVIII, 19); y aunque yo haya más menester la ayuda de vuestra oración que vos la mía, el cuidado que Nuestro Señor me pone en mi ánima de la vuestra, junto con el oficio que tengo, me hacen olvidar mi insuficiencia y esforzar por esforzar a vuestra ánima en el camino del Señor, en que El os ha puesto por su sola bondad. Hermana mía, criada y redimida por Dios, no penséis que os llamó Nuestro Señor

para daros luego el descanso que quizá deseáis: primero habéis de trillar, o por mejor decir, ser trillada, que os den a comer el pan del consuelo. No penséis que aquella perfecta paz, de la cual dice Dios por Isaías (cap. XLVIII): *Ojalá hubieras mirado a mis mandamientos: paz te hubiera venido así como río*, que luego se ha de hallar tras la puerta: ni penséis que aquel gozo continuo, del cual dice San Pablo (Cor., VI): *Andamos como tristes, mas siempre gozosos;* y en otra parte amonesta diciendo: *Gozaos en el Señor siempre: otra vez digo; Gozaos*, que a la primera jornada se halla. Muchos han recibido escándalo en el camino del Señor por no entender el tiempo de sus promesas, pensando ser engañados por ellas, pues no venían al tiempo que ellos pensaban, y pusieron duda en la verdad divinal por la mucha codicia de anticiparse a gozar de sus bienes. *Abominable hombre*—dice la Escritura (Eccl., XX)—*es aquel que hoy presta y mañana viene a pedir lo prestado;* y así es la persona que a Dios se ofreció, y por Dios renunció sus placeres, y luego quiere que Dios le dé el consuelo por lo poco que dejó.

Catorce años sirvió Jacob por Raquel, no con livianos trabajos; y cuarenta años gastaron de camino los hijos de Israel desde que de Egipto salieron, que significa el pecado, hasta la tierra de promisión, que significa el gozo de las divinas promesas que en el cielo se darán, y algunas veces algo de ello acá. No os congojéis antes de tiempo, porque no perdáis lo que Dios os tiene prometido en su tiempo. Mirad que dice la Escritura (Prov. XX): *La herencia que al principio se apresura carecerá de bendición en el fin.* Quiere el Señor que estemos entre mil trabajos; que todos nos conviden a impaciencia y desesperación, y entre todas aquellas marañas que esté firme nuestra esperanza y sosegada nuestra voluntad. Mirad que la virtud si no es combatida no es probada, y la no probada no es mucho de estimar; y así como tiene la castidad sus combates, y la paciencia y otras semejantes virtudes, así los tiene nuestra fe y esperanza; y así como la mejor castidad es la más combatida, así cuando no sintiéredes en vos cosas que os combatan

vuestra confianza, no penséis que es mucho de estimar.

Por eso la fe de Abraham fué alabada del Apóstol San Pablo, porque creyó y esperó en la esperanza que le daba la palabra de Dios contra la esperanza que le daban las razones que él veía. No es de alabar la mujer que por eso es casta, porque no hay quien la siga, ni el hombre que es paciente, porque no hay quien lo persiga, ni tampoco el ánima que está muy confiada, porque no siente cosas que le conviden a perder la confianza. La fe que agrada a Dios es la que cree sin tener prendas de milagros ni razones, y el amor que le hiere su corazón es el que le tenemos cuando El nos maltrata, y la buena esperanza cuando nos parece dar cosas contrarias a las que esperamos, y a la buena paciencia cuando sin ningún consuelo interior ni exterior padecemos, y la buena confianza cuando asidos de su bondad y palabra estamos firmes entre muchas ondas de desconfianza, que de lo que sentimos en estos combates quiere el Señor que aprendamos a tenerlo por verdadero y por bueno: y esto en ninguna parte se hace mejor que en aquestos trances, en los cuales lo que sentimos de El nos tiene que no caigamos: y este sentimiento es no dulzura, mas antes una gran amargura de no tener en nosotros sentimiento de Dios con aquella firmeza que querríamos, y con esto es un arrojarnos a oscuras en su verdad, que prometió favor a los que pelean por El y en su bondad , que es una misma, aunque no lo gustemos. Y cuando el ánima está enseñada de esta firmeza en ausencia de la firmeza , dale Nuestro Señor muchas veces la firmeza que desea, porque ya no pierde en la recibir, como acaece muchas veces hacer Dios por milagro que vea uno lo que cree; y esto porque ve Dios que es tan grande la fe de aquel que no cree más por ver, que antes que no veía.

Así, Hermana, acostumbraos a tener a Dios por quien es, aunque no le gustéis; comed pan de dolor, que El os dirá algún día (Jerem., XXXI): *Cese tu voz de llorar y tus ojos de lágrimas, que galardón tiene tu obra.* Contentaos ahora con su cruz, aunque os la dé seca, que El os dará algún día la suave unción suya; no os espanten los

adversarios, que el Señor quiere mostrar su grandeza en vencer con langostas gigantes: no derribéis vuestro corazón, porque os veáis ser otra de la que debéis ser y deseáis; que ninguno hay que con tanta paciencia os sufra como el Señor benigno, que conoce muy bien vuestra flaqueza; y aunque pueda el ánima, que no está del todo sana, tener gozo entrañable, sabed que así como agrada al Señor la perfecta justicia del justo, así le agrada la vergüenza humilde del imperfecto. Así que, si os pena lo que faltáis, que os consoléis en lo mucho que os sobra en Jesucristo. En éste holgad, cuando no viéredes en vos sino trabajos; aquí os esforzad; de aquí pagad lo que debéis, que la fe y amor y la devoción en El, y el pesar y conocimiento de vuestros pecados y miserias, hacen vuestro a Jesucristo, según la cantidad que de esto lleváredes. Adoradlo y tomadlo; confiad y gozad; conoced vuestra enfermedad, y también vuestro Médico, y más os consolad en El que os desconsoléis en vos. El papel faltó, aunque sobra la gana. Cristo os guarde, que por vos murió, y para vos vive. Amén.

93—CARTA A UNA DONCELLA QUE PADECÍA TRABAJOS: ANÍMALA A LLEVARLOS, Y QUE LOS CONFIRIESE CON LOSQUE EL SEÑOR PADECIÓ

La paz de Jesucristo séa siempre con vuestra merced. Si vuestra merced pensaba que había de ir a gozar de Dios sin primero pasar por las amarguras de este mundo, muy engañada estaba. Y si ya que se las da Nuestro Señor a beber le amargan según la carne, flaqueza humana es; porque, según dijo el Salvador (Matth., XXVI): *La carne flaca es;* mas si con el espíritu no acepta y con hacimiento de gracias la purga que el celestial Padre le envía para su salud, muy grande desacato comete contra la Majestad que se la da, y muy grande infidelidad contra su amor, y muy grande injuria contra su ánima, perdiendo por impaciencia lo que tanto provecho podía traer.

Señora, no piense vuestra merced que este reino de

Dios que esperamos es cosa tan poca que no merezca pasar por él estos y otros mayores trabajos; que si otra cosa fuera, nunca Cristo, que todo lo sabe, tan recios tormentos y deshonras pasara por entrar allá y llevarnos consigo: mas así como este reino tiene bienes mayores, *que ningún ojo vió, ni oreja oyó, ni lengua puede decir, ni corazón pensar*, así pasó Cristo por él penas cuales no se puede hablar ni pensar: y esto para esforzar a nosotros que con osado corazón llevemos lo que a nos se nos ofreciere en este camino, teniendo por cierto que así como el trabajo de Cristo no le salió en balde mas tuvo fin y descanso, así de estos nuestros tormentos saldrá tanto descanso, que los daremos por bien empleados; y si nos parecieren grandes, no es porque lo son, mas porque nosotros somos pequeños y tenemos poco amor a Cristo crucificado; y, por tanto, nos parece pesado pasar algo de lo que El pasó; que si amásemos, el amor lo haría todo liviano, y aun deleitable. Pues que Cristo recibió nuestras deshonras, y por juntarse con nosotros fué infamado, y le llamaban amigo de pecadores, ¿porqué el cristiano se tendrá por deshonrado en la injuria que se le ofrezca? Si a Cristo amamos, en la deshonra hallaremos honra, y en los trabajos descanso, y en lo que el mundo aborrece y escupe hallaremos tesoro.

El reino de Dios es semejante al tesoro escondido; porque si tanteamos las cosas según lo que de fuera parecen, en la carne nos quedaremos; y estando en la carne, dice el Apóstol que no podemos agradar a Dios. Entremos, pues, en todas las cosas a lo interior de nosotros, y presentémoslas ante el juicio de Cristo puesto en la cruz; y juzgando, según El, no recibiremos engaño, y allí veremos que no se debe sentir por deshonra, ni por trabajo, ni por pérdida sino el ofender a Nuestro Señor; y cuanto más se siente la herida en algo de ésto temporal que en lo del ánima, muy mala señal es no sentirlo; y aquello es digno de ser llorado y remediado, y por remediar este mal envía muchas veces Nuestro Señor trabajos en lo temporal, porque hiriéndonos en lo que sentimos, pongamos remedio en lo que no sentimos:

estábamos muertos en las ánimas, y no veíamos nuestro mal, y por eso no buscábamos el remedio. Azotónos nuestro piadoso Padre con los cabos de las agujetas donde estábamos muy vivos, para que experimentado un poco de su rigor, huyamos de experimentar su castigo, que nunca tiene fin: y esto es gran señal de amor para quien desea no ser para siempre perdido y muy barato compra su salvación, por recio que le parezca el azote.

¡Oh, locura miserable de los mortales, que tan puestos tienen los ojos en lo presente, y tan de mal se les hace en lo que les toca, y cuán en poco tienen lo que está por venir; y aunque saben que en las presentes pérdidas ganan en lo venidero, no lo quieren haber por bueno, mas aventuran y quieren que les vaya allá mal, con tanto que les venga acá bien! ¡Oh, locura tan para llorar si se sintiese! Quieren pasar de bien en bien: quieren pecar y salvarse: quieren ofender a Dios, y no ser castigados por ello. Y toda su felicidad es no ser buenos, mas una mala libertad sin castigo. Nosotros, señora, no vamos por este camino, cuyo fin es perdición eternal, mas por el que va derecho al cielo, aunque tenga algunas espinas.

Bajemos nuestro cuello a la vara amorosa de Dios: hagámosle gracias en lo uno y en lo otro. Cuando nos envía bienes, conozcamos que nos trata según El es; y cuando trabajamos, como nos merecemos, y que todo lo tengamos por señal de merced: mas por mayor lo postrero, porque aunque no sea tan sabroso, es más provechoso; y el cristiano más ha de mirar a lo que cumple que a lo que deleita, y a lo que le hace aquí purgar sus pecados que a lo que le pone ocasión de hacer otros, y más a lo que le hace semejable a Cristo que desemejable: y más quiero ir por donde fueron los que están en el cielo, que por otros sospechosos caminos.

Y aunque de haber ofendido recibe pena, mas de ser castigado recibe gozo, porque aunque fuera mejor no haber menester este cauterio, ya que lo es, gran merced es de Dios salvarnos con él. Vamos al cielo, y siquiera sea dándonos cien azotes por las calles, que más le die-

ron al inocente Cordero sin merecerlos. No merece entrar allá, si no tiene por muy barato todo lo que por El le pueden pedir. Ahora atrevámonos a perder todo lo que acá florece, que después no nos hallaremos engañados, mas muy acertados. Cristo verdad es, y El dijo (Matth., V): *Bienaventurados aquellos que lloran, que ellos serán consolados*. Lloremos, señora, quiero decir, pasemos adversidades, que el consuelo prometido por Cristo no nos faltará. Fiemos a Dios nuestras penas, que El las tornará en placeres. Destetémonos ya de esta leche que parece sabrosa, y comamos pan de varones, que son trabajos. Este pan comieron los amigos de Dios; pues ¿porqué a nosotros tan mal nos sabe? Y si todavía nos parece duro, vamos al que nos lo da, y pidámosle alguna cosa en que mojemos el pan para poderlo llevar.

¡Oh, señora, y si pidiese vuestra merced a Cristo que le mostrase esta tribulación en sus llagas, cuán blanda le parecería, si la mojase en cuando le iban pregonando por las calles a voz de pregonero, diciendo de El lo que en nosotros cabía! ¡Oh, si pensase más en las penas de El que en las propias suyas, cómo habría vergüenza en quejarse de sus chicas mirando las grandes de El! Entonces vería que lo que le parece pérdida es ganancia, y que es grande honra seguir el hombre a su Señor. Diga, pues, vuestra merced al Señor (Matth., IV): *Pues eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se tornen pan; di a este mar que se sosiegue; di a esta peña que no me parezca dura*. Ella en sí no lo es, mas yo soy la niña y la flaca; pon fuerza de amor en mí, para que me alegre yo en ella por Ti, y la reciba por empresa de amor.

La empresa que Tú, Señor, por mi amor trajiste, mayores tormentos y deshonras fueron, porque tu amor no tuvo semejante ni tal dolor; mas a mí, como flaca y de poco amor, otórgame que esta tan chica no me parezca grande. Si las tuyas tan grandes te parecieron tan pequeñas por mi amor, ¿por qué seré yo tan desamorada que sobrepujen mis penas a mi amor? No lo consientas, Señor, por quien Tú eres: mas haz, pues puedes, que aunque yo mucho padezca, más te ame, y todo lo que

padeciere me parezca poco por Ti, y cuanto otro tiempo aborrecía yo el padecer, porque no te sabía amar, ahora, Señor, te ame, y el padecer por Ti me sea agradable. Otórgame que yo halle gracia en tus ojos: y si Tú quieres, halle desgracia en los del mundo. Goce yo de Ti para siempre, y si quieres padezca aquí toda la vida, que ninguna cosa me podrá empecer, si fuere tan dichosa que tenga a Ti por mío en tu reino para siempre; y a todo esto responde: pedid, y daros han. Yo suplico a Nuestro Señor Jesucristo dé a vuestra merced gracia para que halle en la hiel miel, y en la miel hiel, todo por amor de Aquel que bebió por nuestro amor hiel como si fuera miel. Amén.

94—CARTA A UNAS DONCELLAS DEVOTAS, QUE PADECÍAN TRABAJOS: ANÍMALAS CONOCIENDO QUE SON MERCEDES DE DIOS, Y DECLÁRALES SU AMOR PARA CON LOS HOMBRES

Vuestra carta recibí con tanto amor con cuanto me fué enviada; porque de verdad podéis creer que si Nuestro Señor Jesucristo ha mandado y obrado en vuestros corazones que me améis por El y en El, lo mismo ha hecho en mí para con vosotras: y cuanto a lo que decís de vuestros trabajos, pláceme que los tengáis, y pésame que los sintáis; porque creed por muy cierto que otro camino no hay para alcanzar los gozos del cielo, que pasar acá trabajos por Cristo; que si otro hubiera, Nuestro Redentor y Maestro Jesucristo nos lo hubiera enseñado por palabra y por obra. Mas, pues, su bendita boca llama *bienaventurados a los que lloran, a los que padecen hambre y sed, a los que padecen persecuciones*, y toda su vida no fué sino un continuo martirio, ¿qué duda nos queda a los que somos discípulos suyos sino que firmemente creamos que éste es el camino de la salud?

No dudéis, Hermanas muy amadas, de seguir la luz, que es Cristo, que sin falta, si vais por donde El fué, iréis adonde El fué; porque palabra suya tenemos, que adonde El estuviere estará su sirviente. No miréis de quién o por quién vienen los trabajos como hacen los que

dicen: «Si Dios me los enviase, sufriríalos; mas vienen de Fulano y Fulano, ¿por qué los he de sufrir?» Estos, teniendo ojos no ven, porque los tienen puestos en tierra, y por eso se ciegan: mas si a Dios los alzasen, verían la luz de la doctrina de Dios, que nos enseña que por mano de los malos limpia Dios a los suyos, y por mano de esclavos enseña a sus hijos, y que todo lo ordena El para provecho de quien le ama.

Nunca tengáis cuenta con muchos, que es cosa de grande trabajo: tenedla con Dios, y en sus benditas manos os arrojad; y venga el trabajo de donde viniere, recibidlo de su mano, y dadle gracias por los trabajos y por el descanso, que todo viene de una mano y de un amor, y el fin de todo es para nuestra santificación: y si Dios os diese viva fiucia de que sois amadas de El, y que todo lo que os viene os lo envía El por vuestro bien y para en testimonio que os ama, no os hallarían esas tinieblas; antes, aunque muy incrédula fuésedes, creeríades a amor probado con tantos testigos. ¡Oh, fuego de amor perpetuo, y cuántos son tus testimonios del amor que nos tienes! Para esto criaste el cielo y la tierra, para esto nos sirven tus criaturas altas y bajas, para esto nos criaste y conservas después de criados, para que, pues es cierto que todo esto Tú nos lo das, y no por temor que nos tengas, ni por esperanza de lo que te hemos de pagar, veamos claro tu amor, que está secreto, pues tantas señales públicas de él nos manifiestas.

¿Quién será aquél tan descreído que no habiendo pasado ni un sólo momento de todos los años que ha vivido en el cual no haya recibido bienes de Dios, no crea de corazón que Dios le ama, pues otra cosa sino el amor no le compele a hacernos mercedes? Cobran fama los hombres de dadivosos por diez o doce mercedes que hacen, son creídos los hombres por dos o tres testigos que traen en prueba de lo que dicen; ¿y por qué, Hermanas, no cobrará el Señor en nuestro corazón fama y crédito de amador, pues cuantas criaturas hay, y cuanto tenemos y somos, dicen a voces que nos quiere bien Dios; y porque no pusiesen los hombres tacha en estos

testigos, por ser cosas bajas para dar testimonio de tan alta cosa como es el amor que nos tiene Dios, quiso El, por su infinito y eterno e incomprensible amor, darnos por amor a su amado Hijo, para que teniendo una prenda y testigo de amor tan excelente como el mismo Dios, creyésemos esta verdad: que nos ama Dios?

¡Oh, abismo de infinita bondad, del cual tal dádiva sale al mundo, que así lo ames que des a tu Unigénito Hijo para que todo hombre que cree en El y le ama no perezca, mas tenga la vida eterna! Alábente los cielos con todo lo que en ellos está, y la tierra y la mar con todo su arreo, porque Tú, tan grande, has amado tan grandemente a los que eran dignos de desamor. ¿Y quién será aquel que dude en tu amor viendo dar a tu Hijo? ¿Quién será aquel que no te ame viéndose tan amado? ¿Quién será aquel que no esperará verte en el cielo, pues por nos fué visto Dios en la tierra, y tan abajado, que podamos bien creer que seremos ensalzados por El? Porque más fué abajarse Dios a ser hombre, que los hombres ser ensalzados a ser participantes de Dios. Gran cosa es los hombres ser hechos hijos de Dios; mas cosa mayor es Dios ser llamado y hecho Hijo de Virgen. Gran cosa esperamos en ser compañeros de ángeles, mas mayor fué ser Dios acompañado de ladrones en el día de su Pasión. Y si os parece mucho unos tales como nosotros haber de ir delante el acatamiento de Dios a gozarnos con El y para siempre, mayor cosa fué el Hijo de Dios estar colgado en la cruz ante tanto acatamiento de gente y con tanto propósito de padecer por los hombres, que si conviniera al provecho de ellos estar en la cruz padeciendo hasta la fin del mundo, allí lo estuviera; porque determinado tenía de rescatar a los hombres, costase lo que costase; mas porque bastó y sobró lo que dió, no pasó más, aunque nosotros le debemos dar gracias por lo que pasó, y por el amor con que determinó de pasar por nos mil tanto si menester nos fuera.

Considerad, pues, esta muerte tan penosa y tan larga en la intención de Cristo Nuestro Señor, y veréis que no

es mucho que den vida sin fin y con gozo a los hombres que tuvieren fe y amor a este Señor, pues El por ellos ofreció una vida tan valerosa. Asentad, señoras, en vuestro corazón lo que dice San Pablo (Rom., VIII), y nunca de vuestra memoria se parta: *Que cuando Dios a su Hijo nos dió, todas las cosas nos dió con El.* Claro es que quien dió el Hijo dará la casa y la hacienda y todo lo demás; porque todo es menos que el Hijo y tal Hijo. Pues si todo esto habéis escuchado con aquellas orejas con que se oyen las cosas de Dios, yo que en todas las cosas que os acaecieren sentiréis el vivo amor con que Dios os las envía, y os serán todas unas luces que os declaren la benevolencia y bienquerencia que Dios os tiene, y hallaros habéis tan cercadas de saetas de amor, que no podáis (si piedra no sois) dejar de amar a quien tanto os ama. No esperaréis horas ni lugares ni obras para recogeros a amar a Dios; mas todos los acaecimientos serán despertadores de amor. Todas las cosas que antes os distraían, ahora os regirán; y las que derribaban vuestra confianza, ahora os la esforzarán. Porque, decidme, ¿quién no confiará de quien ve ser tan amado, que a cada momento le hace mercedes? Bienaventurado aquel a quien Dios dió sentimiento de su bondad en todas las cosas, y que todas usa en viva fe; y miserable de aquel que hace de las armas de la confianza instrumento para desconfiar, y se le tornan carbones apagados y apagadores los encendidos carbones que Dios le envía para le encender.

Mirad, Hermanas, todo lo que os viniere con estos ojos, y daréis al Señor alegría; porque gran descanso es para un señor tener un criado que le entienda bien lo que dice. No seáis como los edificadores de Babilonia, que pidiéndoles instrumentos para edificar, derriban; no seáis maliciosas y sospechosas; que si os saludan pensáis que os maldicen: no seáis víboras, que la dulzura de las flores que la abeja torna en miel, torna ella en ponzoña. Sabed contratar con Dios, pues ya una vez os abrió los ojos: y no le seáis tan desabridas, que lo que El os envía para señal que os ama lo toméis por señal que no

os ama. El lo envía para que más y más confiéis en El: no lo toméis para entristeceros, y derribar vuestro corazón con desconfianza: señales son de paz, no de guerra, si vosotras mismas no estáis al revés.

Maldito sea este parecer propio, que tanto trabajo da a quien lo tiene, y tanto desacato es contra Dios. Este es el que no os deja reposar, y el que mil cuentos de veces os turba y angustia, y os hace que no halléis anchura donde reposar, la cual veríades tan ancha y más ancha que lo es la anchura del cielo, si dejado vuestro corto parecer, os encomendásedes en la infinita bondad del Señor, de la cual veis que tantas veces ha con vosotros usado. Gran mal es, por cierto, no confiar que os ama después de traídas el que os trajo así estando apartadas. Amóos estando afeadas por vuestros pecados, ¿cómo no os amará ahora que os ha limpiado y emblanquecido con su sangre hermosa? No seáis de tan poca fe para con quien es razón que tanta tengáis. Poco hacéis en fiaros de quien tantas prendas tenéis: vivid en fe de quien nunca desamparó a los que con humilde corazón de El se fiaron. Tened cuidado, no de regiros, mas de contentaros como Dios os rigiere. Vuestra voluntad es tuerta y vuestro parecer ciego: no queráis tales guiadores; guíeos aquella voluntad sumamente buena, y que no puede querer sino lo bueno. Ríjaos aquel saber que ni engaña ni es engañado: echad vuestro cuidado en aquel que tan bien cuida y vela sobre los que a El se le encomiendan. Arrimaos a aquel que os miró antes que vosotras naciésedes; dad gracias a aquel que os trajo al conocimiento de su santo nombre, y que os tiene aparejado un reino sin fin; y porque si esto creyésedes y sintiésedes, los trabajos os serían rosas, por eso dije que me pesa que lo sintáis; y si lo sentís, no os derriben, mas sea vuestra fortaleza aquel que por nosotros se hizo flaco. No hay más papel, y por eso no escribo más: ésta hayan por suya todos los que vosotras mandáredes, y rogad por mí.

95—CARTA A UNA DONCELLA EN TIEMPO DE ADVIENTO: LE PERSUADE A RECIBIR EL NIÑO JESÚS

¡Cuán ocupada estará vuestra merced en este santo tiempo en aparejar posada al huésped que le ha de venir! Paréceme que la veo solícita como Marta, sosegada como la Magdalena para con los servicios exteriores e interiores servir al que viene; pues de uno y de otro es digno el Señor. ¡Oh, bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios en carne a morar entre nosotros para enseñar nuestras tinieblas, y en caminar nuestros pies en la carrera de la paz, y haciéndonos hermanos suyos gozar de una herencia con El! No sin causa vuestra merced desea su venida y le apareja su corazón por morada: porque este Señor deseado fué antes que viniese, y el Profeta le llamó *el Deseado de todas las gentes;* y a ninguno se da si primero no lo desea. Muy mal empleado es el buen manjar en el gusto que no toma sabor en él; y así es Dios en quien no lo desea: el deseo de los pobres oye Dios, porque tiene sus orejas puestas en el suspiro del corazón que otra cosa no desea sino a El; y a este tal viene, y no se le niega, según lo dice en los Cantares (IV): *Heriste mi corazón, hermana mía; esposa, heriste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cabeza.* ¿Puede ser cosa más tierna que la que es herida con la mirada de sólo un ojo? ¿Puede ser cosa más flaca que la que es atada con un sólo cabello? ¿Dónde están los que dicen que Dios es difícil de alcanzar, y riguroso para tratar, e incomportable para sufrir? Querellémonos, señora, de nosotros, que por querer mirar a muchas partes, no ponemos la vista en Dios, y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas, para con todo nuestro pensamiento mirar a sólo el Señor.

Cierra el ballestero el un ojo para mejor ver con el otro, por acertar en el blanco; ¿y no cerraremos nosotros toda la vista de lo que nos daña, para mejor acertar a cazar y herir al Señor? Coja y recoja su amor, y asién-

telo en Dios quien quisiere alcanzar a Dios, que como Dios sea amor, de sólo amor se deja cazar, y no tiene que ver con los que no le aman: y si dicen que le conocen como lo deben conocer, no dicen verdad, como dice San Juan: y este que con amor es herido, con un cabello es atado; porque lo que amor prende, el pensamiento recogido y atento lo conserva que no se pierda. Y para que se diese más confianza a los hombres que podrían alcanzar a Dios, y que no huye de ellos, se hace uno de ellos, y se pone en los brazos de una doncella, teniendo El fajados los suyos, sin poder huir del hombre que buscarle quisiere. ¡Oh, celestial pan salido del seno del Padre y puesto en la plaza de este mundo, convidando contigo mismo a cuantos te quisieren comer y gozar! ¡Y quién es aquel que puede sufrirse de no ir a Ti y tomarte, pues por la sola hambre te das? ¿Y pides más sino que suspire el ánima por Ti, y confesando sus pecados te quieran a Ti y te reciban?

Grande miseria es la de aquellos que viniéndoseles el pan a su casa, ellos se quieren más morir de hambre que no abajarse y tomarlo. ¡Oh, pereza, y cuán mal haces! ¡Oh, ceguedad, y qué bienes pierdes! ¡Oh sueño, y cuántos bienes nos quitas! Pues estando prometido que todo el que busca halla, y el que pide que le darán, y al que llama que le abrirán, está claro que si mal nos va, por nuestra negligencia es. Pues ¿cómo, señora, ha de pasar esto así? Habiendo Dios venido a curarnos, ¿hémonos de quedar enfermos? Estando a la puerta de nuestro corazón llamando y diciendo: *Ábreme, amiga mía, esposa mía* (Cant., IV), ¿dejarle hemos estar llamando envueltos en nuestras vanidades y no salirle a abrir?

Anima mía, ven acá, y dime, de parte de Dios te lo pido, ¿qué es aquello que te detiene de no ir toda y con todas tus fuerzas tras Dios? ¿Qué amas, si a este tu Esposo no amas? ¿Y porqué no amas mucho a quien mucho te amó? No tuvo El otros negocios en la tierra sino entender en amarte, y buscar tu provecho aun con su daño. ¿Qué tienes tú que ver en la tierra sino tratar amores con el Rey del cielo? ¿No ves que se ha de aca-

bar todo esto? ¿Qué ves? ¿Qué oyes? ¿Qué tocas? ¿Qué gustas y tratas? ¿No ves que es todo esto tela de arañas, que no te puede vestir ni defender del frío? ¿Adónde estás cuando en Jesucristo no estás? ¿Qué piensas? ¿Qué estimas? ¿Qué buscas fuera del único y cumplido bien? Levantémonos, señora, ya, y rompamos este mal sueño: despertemos, que es de día, pues que Jesucristo, que es luz, ya ha venido, y hagamos obras de día, pues algún tiempo hicimos obras de noche. ¡Oh, si tanto nos amargase el tiempo que a Dios no conocimos, que nos fuese grandes espuelas para ahora con grande ansia correr tras de El! ¡Oh, si corriésemos! ¡Oh, si volásemos! ¡Oh, si ardiésemos y nos transformásemos! ¿Qué hace, señora, la criatura, pues ve a su Criador hecho hombre solamente por amor? ¿Quién nunca oyó amor como éste, que amando uno a otro se tornase El? Amónos Dios cuando nos hizo a su semejanza; mas mucho mayor obra es hacerse El a imagen del hombre. Abájase a nos para llevarnos consigo; hácese hombre para hacernos dioses, y desciende del cielo para llevarnos allá; y, en fin, murió para darnos vida. ¡Que entre estas cosas esté yo durmiendo y sin agradecimiento a tan grande amor! Alumbra, Señor, mis ojos para que no duerman en tal muerte, y tú que hiciste la merced, danos el sentimiento de ella, que de otra manera el mayor bien se me tornará mayor mal.

Abre, Señor, mis ojos para que te consideren descender del seno del Padre, y entrar en el de la Virgen Madre; y agradeciéndotelo mucho, humílleme yo por Ti: véate yo en un pesebre por cama, llorando con frío, y fatigado con pobreza, y aprenda yo a desechar el regalo por Ti: suenen tus lágrimas en mis orejas para que se ablande mi ánima, y se te dé como cera a todo lo que Tú quisieres; y no permitas Tú que llore Dios y no lo sienta el hombre, que no sé de cuál de estas dos cosas me maravillaría más. Sella, Señor, en mi ánima tus palabras, para que yo no peque contra Ti. Recójase en mi corazón la sangre que por mí derramaste, y todo Tú seas mi amor, porque quedes contento de cuantos traba-

jos pasaste por mí. A mí buscaste, por mí lo has, por mí son todas tus justas, libreas y gastos; no me vea yo ser de otro, pues también me mereces Tú.

Ea, señora, aparéjense esas entrañas, que viene Dios a nacer, y no tiene casa ni cama; téngalas muy encendidas de amor, porque el Niño ha mucho frío; y si las tiene tibias, con el frío del Niño las calentará; porque mientras más frío padece por nos, más amor enseña tenernos; y donde más amado me veo, allí debo más amor. De fuera frío padece; mas del mucho amor que tiene, no sufre ropa, que desnudo nace, y desnudo lo ponen en la cruz; porque al nacer y al morir nos enseñó mayor exceso de amor. Apareje, señora, cuna para dormirlo, que es sosiego de contemplación; y mire que lo trate y cure bien, que es Hijo de alto Rey; Hijo es de Virgen, y en virginales corazones reposa de buena gana. Porque la carne que El come, carne muerta y crucificada es. Y porque tiene muchos parientes pobres, y quien a El quiere, también ha de querer a ellos, tienda vuestra merced la mano para les dar, porque son hermanos del Criador; y después de nacido en ella, guárdelo bien. El la guarde y la salve por su misericordia. Amén.

96—CARTA A UNA DONCELLA, EN TIEMPO DE ADVIENTO, ROGÁNDOLE APAREJE POSADA AL SEÑOR

El cuidado de aparejar posada a Nuestro Señor y de saberlo tratar no se debe pasar por alto en el tiempo que el Señor viene a convidarse consigo mismo, deseando aposentarse en nuestras entrañas: y si esta merced entendiésemos, bastaríanos para engrandecerle a El, y estimarnos a nos y desestimar todo lo que acá hay. ¿Qué mayor grandeza de Dios que no tomar asco de nuestras llagas, y bajarse a morar en nosotros, siendo los cielos chicos e impuros para ser casa de El? ¿Qué cosa es ver a Dios a la puerta de una ánima llamando y rogando que le dé posada para bien de ella? ¿De qué me maravillaré más, de pedir Dios, o de negarle su criatura lo que le pide su Criador? ¿De convidarse Dios, o descon-

vidarle la criatura? ¡Oh, hijos de Adán ciegos! ¿A quién cerráis la puerta de vuestro corazón, pues éste es el que lo hizo, y el sólo que lo puede contentar y hacer bienaventurado? Dios os quiere, y no le queréis: míraos Dios, y volvéis las espaldas vosotros; y siendo amados, desamáis.

No seamos, señora, de aquéstos: agradezcámosle que nos quiere por casa, pues Salomón le agradeció que le dió licencia para hacerle una casa fuera de sí. Oigamos este mensaje de Dios, que quiere venir a nos, como lo oyó la bienaventurada María, que toda se ofreció por esclava de Dios, y conozcamos esta merced; y tengámonos por dignos de ella, diciendo con San Juan (Luc., I; Matth., III): *Yo tengo de ir a Ti, y Tú vienes a mí:* y pónganos cuidado la grandeza del huésped para ataviarle la casa, aunque no como su alta dignidad pide, mas a lo menos cuanto nuestra flaqueza pudiere, pues que en ninguna cosa nos podemos y debemos mejor emplear que en dar posada apacible al que nos crió, y a quien la ha de ser nuestra en su reino. Volvamos las espaldas a todo, por volver a este Señor los ojos, y tratemos con El, de manera que comencemos aquí los negocios de su amor, que duren para siempre en el cielo, pues esta vida no nos fué dada sino para ganar lo que no tiene fin en compañía de Dios y de sus cortesanos. La humildad le pone el cimiento a la casa, las paredes las cuatro virtudes, el alto de ella es la caridad, porque es cumplimiento de todo. Déla Cristo a vuestra merced tanta gracia, que dé a El todo su corazón y El a ella a sí mismo.

97—CARTA A UNA SEÑORA DONCELLA, EN QUE LE DICE QUE JESUCRISTO DESCUBRIÓ SU BONDAD INMENSA NACIENDO NIÑO, PARA HACERNOS NIÑOS EN SU CONFIANZA

San Pablo se hizo todo a todos para ganar a todos; y si él lo hizo, por virtud de Cristo lo hizo, que él así lo confiesa, que moraba y obraba en él Cristo; y pues el siervo esto hizo, y con espíritu del Señor, el Señor ¿cuánto más lo hizo y hace? ¿No ve vuestra señoría cuán

propio viene a nacer para conformarse con los pequeños? ¿No ve cuán chiquito, cuán niño, cuán sin dar muestra sino de que hace frío, y que es El delicado? Escondida está la grandeza y manifiéstase la flaqueza, y cuán a su costa, y pasa cochura por hermosura: pues mientras más descubre lo flaco, más descubre lo hermoso. ¿Qué cosa hay más flaca que llorar, y después morir, y en un palo de malhechores? ¿Mas qué cosa más hermosa que amar Dios a sus criaturas hasta hacerse niño pobre, y crucificado por ellas? Aparece la humanidad y benignidad, porque apareció la flaqueza, y se escondió la fortaleza y grandeza; y cuanto parece descrecer en lo grande, parece crecer en lo bueno y amoroso. Y digo parece, pues en El no hay crecer ni menguar, sino para nuestra consideración. Y pues tan chico y tan grande está, tan sin rigor de grande y tan acompañado de blandura de niño, no sé qué se hace vuestra señoría, porqué no pasa de sí a Belén a ver este Verbo de Dios hecho niño, pues ve cuán propio está para ella, que siempre, desde que de El es, le ha sido niña ella a El, y El padre y ayo que de la mano la ha traído, y por ella ha hablado y ha obrado lo que ella ni sabía, ni podía, ni quería.

Mire bien en el pesebre, y verse ha a sí misma, y verle ha hecho ella para ganar a ella, para que pues ella es tan sin saber, fuerza y virtud como niña, sea del todo niña en la malicia y en todo mal: porque será grande en la malicia y niña en la bondad, habiendo de ser, como dice San Pablo (I Cor., XIV), *niños en la malicia y grandes en el sentir*. ¿No ve cuán arrimado está un niño a su padre? ¿Cuán asegurado de él? ¿Cuán colgado de él? ¿Cuán esforzado con él? Que su único refugio en todo lo que le viene su padre es, con corazón y con boca, y ni por pensamiento le pasan malicias de desconfianzas con su padre ni otra cosa más de mi padre. Bastarnos debería, señora, esta palabra mi padre, si nosotros fuésemos niños e hijos. No más que mi padre, señora, no más, no más: todo lo otro es mi enemigo, mi perdición, mi flaqueza, mi engaño. No haya yo en arrimo, no yo en amor, no yo en nada, sino mi padre en todo y en mí.

Y entonces entenderá V. S. cuánta parte de sí ha sido ella, y cuánto ha tomado para sí, y quitado a Dios; y cuanto le ha quitado tanto ha perdido, porque no hay salud ni bienandanza sino en Dios.

Cuanto ha tomado de sí ha perdido de Dios, y por eso restitúyale lo que le ha tomado, y restituírsele ha Dios. Sea niña pequeña, para que le diga su Señor (Cant., VIII): *Nuestra hermana es pequeñuela, ¿qué le haremos para el día que le han de hablar?* Toma Dios a su cargo a los pequeños, para los guardar en el día que los hablan las tribulaciones y en el día que les habla El, o de parte de El. Y si flaquezas hay en estos tiempos, por no ser el hombre niño, y tener tan gran ceguedad, que siendo pequeño se tenga por grande y por alto, flaqueza es ser flaco; mas insufrible cosa es no tenerse por tal. Esta luz pida vuestra señoría siempre, porque no sea hallada ingrata y desconocida a su bienhechor, y ser demonio debajo de vestidura de oveja. Guárdese de hurtar a Dios su honra, y de levantar ídolo contra El; mas en verdadera niñez se dé a El: y lo que no fuere niñez, séale verdadero demonio, ayudándose de la niñez de Jesús, y ayudándola El con su gracia; y no haya miedo a trabajos, que es vergüenza con tal padre; y holguéme mucho de que desee estar tan firme en la verdad del propio conocimiento.

98—CARTA A LA MISMA SEÑORA, EN TIEMPO DE PASCUA DE REYES: LE DICE CÓMO HA DE IR A ADORAR AL NIÑO, Y LE HA DE OFRECER ORO DE AMOR DIVINO

El adviento escribí a V. S. la gran merced que Nuestro Señor nos hacía en querer venir a nosotros, y la bienaventuranza del ánima que lo recibe. Espero de su misericordia que habrá venido a la casa de V. S., y que lo ha recibido con fe y amor: y por esto no resta sino que toda se ofrezca en perpetuo sacrificio al mismo que ha querido ofrecerse a ella por huésped amoroso, y que imite la fe y ofrendas de los Magos después que al Niño hallaron, pues les ha imitado en el trabajo de lo buscar.

Bien será que contemple V. S. al gran Señor tan humillado en un portal y pesebre, donde la razón humana de los Reyes no lo pensó de hallar. Mas la estrella, que es la fe, no quiere pasar adelante, mas con rayos más resplandecientes declara como con lenguas que en aquello escondido a la razón está aposentado el que es sobre toda ciencia y razón; porque así aprendamos a creer más firmemente donde menos señales de ello hallaremos: porque si como estrella los guió, los guiara su razón, fueran a buscar al Rey nacido en algún gran palacio real, pues el lugar y lo que en él está han de ser proporcionados.

Gran merced hizo el Señor a quien le provee de su estrella, que es la fe, para que busque a Dios escondido, así en los pañales y pobreza de su nacimiento, como en el desprecio y muerte de cruz. En una parte le hallan los Reyes, y en otra el Ladrón; porque ellos y él tuvieron ojos de fe, y ésta les hizo adorarle echados en tierra protestando ser nada delante su acatamiento: porque si lo conocieran por Rey terrenal, aunque grande, bastara hacerle reverencia de hombre a hombre; mas postrarse unos grandes delante un Niño, señal fué de la interior fe con que conocieran la Majestad escondida en la niñez. Y mire V. S. que no parezca vacía delante el Señor, ni piense que da algo si su amor no le da. Ninguna cosa sin Dios puede a V. S. hacer bienaventurada, y ninguna que ella le dé fuera de sí, puede a El hacer contento. No es este amor de interés, que mira las dádivas, sino muy verdadero, que es unión de corazones. Y este es el lenguaje, como San Bernardo dice, en que Dios y el ánima se comunican y se hablan a un tono: porque si el Señor me castiga o amenaza, no tengo yo de hacer lo mismo; antes humillarme, mientras El mas se enzalza. Mas si me ama, helo de amar, diciendo como la esposa: *Mi amado a mí, y yo a El.*

¡Oh, gran dignidad de la criatura poder traer con su Señor el dulce yugo del amor, y responderle como de igual a igual, pues el amor baja los montes y alza los valles! Ofrezca su amor al que por amar de grande es he-

cho Niño, y de Dios, Hombre, y derrama su sangre a cabo de ocho días, que no se contentó con lágrimas cuando nació. No se hurte a este Señor, pues tan verdaderamente es suya, porque no sea de aquellos de quien dice Jeremías (VII): *Fuese consigo misma como quien se alza consigo.* ¿Dónde con más razón se debe? ¿Dónde con más provecho se puede emplear? ¿Dónde más alto puede subir que en amar a Jesucristo, que la amó y lavó con su sangre, y se da a sí mismo al que le ama, y de hombre la torna Dios? Sea en esto recatada, y ofrezca oro al Niño Jesús: porque así como poco de oro vale más que mucho de otros metales, así poco de amor verdadero es más precioso que mucho cobre y otros metales de temor y de interés, o de obras que de estos afectos nacen. Muchos se miden por hacer muchas obras buenas, y no entienden que no mira Dios allí, sino al corazón de que nacen, y que le puede a El ser más agradable uno con menos que otro con más, si el de menos obras tiene mayor amor. Persona habrá que en un ayuno o pequeña limosna agrade más al Señor, con la viuda, que otras con muchas; porque lo hace con más amor que no el otro. Y en esto parece la grandeza de Nuestro Dios, que ningún servicio, por grande que sea, es grande delante de El, si no es grande amor; porque quien no ha menester cosa alguna, ni puede crecer en riqueza ni en otro bien. ¿Para qué quiere todo lo que le pueden dar, sino el ser amado, que es dádiva tan agradable que ninguno la debe desechar, y así la pide Dios tan de verdad, que quien no se la diere le castigará con eterna muerte?

¿Qué cosa tan sin codicia como el que ningún servicio ha menester? ¿Y quién con tanta como El, que castiga con infierno a quien no le da su amor, y muy de verdad y sobre todos los amores? Y así decía San Agustín: *Señor, en posesión me tienes, que me mandas que te ame, y si no lo hiciere me amenazas con gran miseria.* Este, pues, sea el principal cuidado de V. S. entender en amar al Señor; y por eso se ha hecho chiquito, porque cuanto disimula de la Majestad, tanto demuestra más su bondad; y ésta nos atrae al amor, que mira más la pequeñez que tomó

que a la grandeza que le es natural. Su saber se esconde hecho Niño sin saber hablar: su poder también, estando ligado con unos pañales y ceñido con fajas: padece del frío y todo, porque mientras más cosas de éstas esconde, más se manifieste su amor, para que así le amemos a El cuanto más le viéremos padecer por nosotros. Cierto es que verle temblar de frío más nos enciende que si le viéramos muy bien arropado y que no llegara trabajo a El: y por tanto es muy malo quien le niega su amor, pues tan a su costa lo merece este Niño, y tan a costa del que no lo da será su castigo. Y quien esto da, *ofrece al Señor holocaustos con médulas* (como dice David); porque como el fuego quema todo el animal, así el amor todo el hombre de dentro y de fuera.

No consiente pajas de vanidades en lo exterior el fuego del verdadero amor. ¿Cómo podrá acabar consigo de ser amador de pompas el que de verdad ama al Niño Jesús, puesto en un pobre pesebre, pues el amor hace ser semejables? Gran luz nos es ver a Dios acá bajo, para saber por dónde hemos de caminar para le agradar, y pues camina al revés del mundo, escojamos de qué guía más nos fiamos, que a entrambas no podemos seguir, y la del mundo para en error, pues Cristo es verdad que salva a los que la creen y siguen; y tenga médula el animal, porque es cosa blanda y que presto se derrite. Y así tiene el corazón el que al Señor ama, porque ahora sea para las cosas de El, como para lo que toca a los prójimos, no tiene sequedad ni dureza, sino blanda ternura: y tiene guardado muy bien su amor, como está la médula dentro del hueso; porque antes que llegue al amor, tiene puesto en guarda la piel y la carne y la dureza del hueso. Todo lo que tiene y desea pone delante quien ama, para que antes se pierda aquello, que no tocarle en el amor, y tiene un propósito firme y duro, así como de hueso, de no perder el amor del Señor aunque arriesgue todo lo que es y ser puede: tal ha de ser el oro que V. S. ofrezca al Niño nacido en pobreza, para que ofrezca abriendo su tesoro, como los Reyes hicieron: porque si este corazón no abre, que es su tesoro, todo lo

otro diremos que de fuera le cae, y es oropel y no oro, y tomarse para sí lo mejor y dar al Señor lo peor.

Abra, pues, su corazón, y meta en él al Niño nacido, pues aquel corazón sólo vive en quien El está; y pues es poco pesado, no lo quite de su seno, como el manojito de mirra que dice la Esposa: trátele con reverencia, porque es Dios: ose comunicarse con El, pues que es Niño, y tan suave tiene el corazón, cual parece en lo de fuera. Guárdelo bien no se le caiga, porque pide mucho cuidado para guardarlo. Y si no hay mucho amor, luego se le olvidará o le parecerá muy pesado: y de tal manera negocie con El, que no descanse hasta que sienta por conjeturas ser amada y amar, que hasta que una ánima esto siente, siempre vive en temor, tristeza y carga de ley; y cuando a esto ha llegado, no hay cosa que la pueda fácilmente turbar por pensar que está Dios con ella, y ella en Dios; y así acaezca a V. S. Amén.

99—CARTA A UNA SEÑORA, EN QUE LE ENSEÑA LO MUCHO QUE OBRÓ LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO EN LOS APÓSTOLES, Y CÓMO SE HA DE DISPONER

Dios dé a vuestra merced buenas Pascuas, no de oídas, sino de experiencia; que sienta su corazón en esta fiesta lo que los creyentes en Jesucristo, juntos en el cenáculo, sintieron, infundiéndose en ellos el que les quitó las flaquezas, y enseñó sus ignorancias, e hinchó sus senos de tanto gozo, que se dió bien a entender que la sangre de Jesucristo no fué derramada en balde, ni las voces que el Padre dió fueron vanas, pues por El fué comunicado a ellos la participación de la divinidad. ¡Oh, cuántas veces, viéndose tan deificados y enriquecidos amadores y amados de Dios, daban mil alabanzas a Jesucristo, maestro suyo, conociendo que El les había enviado este don en cuanto Dios, y merecido en cuanto hombre! Porque según el mismo Señor lo prometió, que venido el Espíritu Santo había de clarificar a Jesucristo y había de dar testimonio de El para que los discípulos y el mundo lo conociesen, y conociéndolo entendiesen que

todo el bien les vendría por El, y le diesen servicio como a verdadero, y agradecimiento como a copioso bienhechor, y así quedasen más ligados con cuerda de amor con El en ausencia que primero lo estaban en presencia, y probasen cuán fuerte amor es el Espíritu Santo y cuán de verdad hace amar al bendito Verbo de Dios, del cual procede y en el cual descansa, y no dudasen de pregonar aunque les costase la vida.

Si tuviésemos parte de esta fiesta acá dentro en los corazones, celebraríamosla bien en lo de fuera. Y si fuese nuestra ánima rociada con alguna gota de agua de este río, caudal que procede de la Silla de Dios y del Cordero, sería apagada en nos la sed de todo lo de este mundo, y con el celestial rocío seríamos refrescados de nuestra sequedad y dureza en que estamos tibios, baldíos y estériles. ¡Oh, cuán obligados nos sentiríamos a Nuestro Redentor, sintiéndonos de verdad redimidos, y ahogados nuestros pecados, y consumidas nuestras tristezes con abundancia del gozo! No nos aquejarían dolores, no destierros, no ausencia de lo que amamos, no falta de las cosas que parecen necesarias, no, en fin, cosa ninguna; porque así es poderoso este Espíritu y su fuego que hacia arriba sube, haciendo amar y confiar de Dios, que ninguna agua de tristeza y tribulación lo puede apagar, mas siempre vivo y metido en las entrañas abrasadas tan de verdad, que mata todo lo que mal vive, y hace que ni aun la misma muerte no venza al que El ha mortificado con aquesta venida.

Este es el huésped dulce que sana la llaga que la ausencia de Jesucristo hizo en los corazones de los que le amaban; hinchó el hoyo que la ida de El había hecho. Y si pudo consolar tristeza causada por ausencia de Jesucristo, mejor podrá hacerlo en ausencia de criaturas, cuando de no verlas tuviéramos pena. Este es el Padre cuidadoso de huérfanos que los viste con virtud de lo alto y los abriga debajo de su manto, y les hace entender que tienen Padre en el cielo, y que lo llaman osada y no soberbiamente Padre, renueva lo caído, alumbra lo obscuro, calienta lo frío, endereza lo tuerto, alienta lo

cansado, y dando cada día nuevas fuerzas, hace volar hasta el monte de Dios.

Razón será, señora, que nos ponga apetito tan excelente don, y vendamos todas nuestras afecciones para comprar esta joya, con la cual sola seremos dichosos. Por nuestra puerta pasa, en nuestras orejas suenan las voces de cómo viene a los hombres, y se huelga de morar en ellos: no le dejemos pasar sin que le constriñamos a que nos visite y consuele para más servirle, y según la parte de donde fuere rogado, no se hará mucho de rogar para quedar con nos, porque el Padre le envíe por Jesucristo su Hijo Señor nuestro. El lo ganó para nos, que de otra manera, ¿qué tenía que ver el Espíritu altísimo con los que somos carne tan inmunda, flaca e inclinada a todo mal? Más nos excede este Espíritu que el cielo a la tierra, si no fuera porque el celestial engendrado del Padre se abajó haciéndose hombre, que quiere decir terreno; y así Dios humanado y contemperado con nuestra flaqueza, trabajó y sudó, y a trueco de su vida nos ganó. ¡Que se abaje este espíritu que crió los cielos a morar en los vasos de barro!.

Demos gracias a Jesucristo, y gocemos de sus trabajos. Y pues el Espíritu Santo , mirando los merecimientos de Jesucristo, viene de muy buena gana a morar con nosotros, no seamos nosotros, a la una y a la otra merced, tan ingratos que las perdamos entrambas. El Alto quiere abajarse con los bajos, y ser ayo y padre de ellos; ¿por qué seremos tan locos que le digamos de no? Salgamos a recibir con amor al que viene con amor, y deseemos recibirle, pues El de buena gána se aposenta donde es deseado. Seamos como aquel que dijo: *Mi ánima te deseó en la noche, y en mi espíritu, y en mis entrañas: de mañana velaré a ti.* De noche desea al Espíritu Santo, quien se ve atribulado y no pone su fiucia en su brazo, y suspira a este Espíritu como a consuelo de tristes y alivio de trabajados; y de mañana vela a El quien no pone por postrero de sus cuidados lo que conviene aderezar para la posada; mas en la cabeza de ellos pone éste, cómo alcanzará el favor de este Señor y siendo deseado y llamado

cierto vendrá, porque así lo hizo Jesucristo, que se llama *deseado de todas las gentes* (Agg., II) y es el amador de los que le desean. Llamemos al Espíritu Santo con voces de lengua y de entrañas; mas miremos no tengamos la casa tan mal aparejada, tan sucia y tan sin atavío, que después de convidado y sentado a nuestra mesa no tengamos qué darle de comer.

Mortifiquemos nuestra carne, que ésta es la que El come y le sabe bien: que de esa viva huye cielos y tierra, y hiédele peor que perros muertos. Mortifiquemos nuestro parecer, porque seamos enseñados por el suyo; que dos cabezas mal rigen una casa, si no sigue la que menos sabe a la que más; y nuestros quereres renunciémoslos todos, porque éstos son los enemigos capitales de este celestial Espíritu, el cual enseña a decir (Luc., XXII): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha*. Seamos diligentes en limpiar nuestra conciencia con la penitencia y confesión de toda la inmundicia y de todo polvo, por pequeño que sea; porque es huésped limpísimo, y no es bien darle casa que lo descontente. Tengamos paz de dentro y de fuera, porque por honra del huésped los rencillosos suelen disimular sus rencillas. Y metido El en nuestra casa, guardémosle palacio, que es el Rey muy alto, y no es razón que lo dejemos dentro de nos, y nos vayamos nosotros a ver vanidades.

Cerremos nuestras puertas, y echémonos a sus pies; digámosle que no tenemos cosa que nos estorbe, que a todo hemos dicho que nos deje solos con El; y gocemos de El, que es bastante a hacernos bienaventurados, y que todo el mundo no nos lo pueda quitar. Y si esto así lo hace, vuestra merced será consolada en todo lo que desconsolada está, y beberá del río del deleite de Dios hasta embriagarse; y yo lo seré viéndola en manos de quien tan bien la guardará, enseñará y salvará en la eternidad: El sea favor de vuestra merced, etc.

100—CARTA A UNA SEÑORA PENADA, ANIMÁNDOLA A PADECER POR CRISTO

Señora, sospecha tengo que vuestra merced está trabajada; y aunque yo mucho desee su consuelo, más deseo su provecho, y por eso más la querría ver con penas y con paciencia, que con descanso y con devoción; porque más agrada a Dios la obediencia en los trabajos, que las gracias que le damos en la prosperidad. Acuérdese de los trabajos de la Virgen nuestra Señora, que en el solo trago de la Pasión de su Hijo, y en aquella tan penosa vista cuando le vió llevar a justiciar con tan pesado madero acuestas, tan desemejado que apenas le conocía, pasó más pena que todas las madres con no ver a sus hijos. Mire cuántos tormentos sentirá la que vió delante sus ojos pasar al que más que a sí misma amaba. ¿Qué sentiría cuando en sus brazos tuvo muerto y tan maltratado al que conocía ser Hijo de Dios y suyo? Y después de resucitado y subido a los cielos, estuvo muchos años ausente de El, con mucha más pena que las otras madres, porque más que todas amaba a su Hijo bendito. Pues si nos preciamos de ser servidores de Nuestra Señora, ¿porqué no la acompañamos en sus trabajos? Si alzamos nuestros ojos a la mirar cómo estaba al lado de la cruz de Nuestro Señor, mirémosla con corazones atribulados, conforme al que Ella tenía; porque no se huelga un desconsolado que lo vayan a hablar con corazones muy alegres. Y así, quien quisiere la comunicación de Nuestra Señora y de su Hijo bendito, quiera también parte en sus penas. ¿Cuándo a tal Hijo y tal Madre faltaron en este mundo trabajos? ¿Cuándo vino placer, que no fuese luego mezclado con gran desconsuelo? Toda la vida no fué sino un penoso destierro y una muy grave cruz, y hasta que de aquí salieron no supieron sino tormentos: y ya que descansen, no quieren que sus servidores tengan ojo a lo que ahora tienen, mas a lo que cuando aquí vivían pasaron.

Señora, el descanso guardado está, y muy grande es;

echemos mano aquí del trabajo. Muchos hay que son amigos de mesa de Nuestro Señor, mas pocos de tribulación, y de estos pocos conviene que seamos, si queremos ser sus amigos. Ayudémosle a beber su purga, y en aquello se verá que le queremos bien. No es pequeño negocio ser amigos de Jesucristo, y sólo el padecer declara quien es amigo fingido o verdadero; y aunque amargue este trago, bébalo, que si mira por quién se bebe, cuán presto se pasará y cuán grande será el galardón, sabrá muy bien por el gran dulzor que en él hallará, y no se quejará porque le da un poquito de él. Enséñese a amar, pues que es amada; y sepa que aquel ama de verdad a Dios que del todo se da a El y ninguna cosa deja de sí para sí. No haya miedo de ponerse y perderse en las manos de Dios, que todo lo que en ellas se pone queda salvo, y lo que no, será perdido sin falta. Sentencia es del Salvador (Joann., XII): *Que quien ama se perderá, y quien se pierde, se ganará*. No mire a lo presente, que cuantos a ello han mirado han sido engañados: alce sus ojos al cielo, para donde fué criada, y pida que la lleven allá, y cueste lo que costare.

Ninguno de cuantos allá están pasó aquí sin mayores trabajos que vuestra merced tiene; y si algunos los pasaron menores, en purgatorio los pasaron más recios sin comparación; porque ha ordenado Nuestro Señor que ninguno goce de sus gozos si no tuviere aquí parte de sus penas; y pues con sus amados, que allá ahora tiene, esta ley ha guardado, no nos llamemos nosotros agraviados, ni queramos, aunque en nuestra manos estuviese, pasar por aquí sin acompañar a Cristo y a su Madre en sus penas. Este es el camino del cielo, andemos por él: este es purgatorio de nuestros pecados, no nos parezca mal. Esta es la empresa de que los amigos de Dios se han de arrear, que el pasar placeres quienquiera lo hace. Acuérdese de lo que Nuestro Señor nos ha dicho (Joannes, XVI), como quien bien sabía lo que había de acaecer: *En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y plañiréis vosotros, y el mundo se regocijará: vosotros os entristeceréis, mas vuestra tristeza será en alegría tornada. La mujer*

cuando pare tiene tristeza, porque ha venido su hora; mas cuando ha parido niño, ya no se acuerda de la apretura por el gozo de que ha nacido hombre en el mundo. Y así vosotros ahora tenéis tristeza; mas otra vez os veré, y gozarse ha vuestro corazón, y vuestro gozo ninguno os lo quitará. Esto dice Nuestro Señor; y, por tanto, hasta que nazca este hijo olvide estotros; y hasta que el Señor la vea, sufra con paciencia su destierro, que más presto vendrá que piensa.

101—OTRA PARA UNA DONCELLA

De ninguna otra parte es cosa justa que os comience a escribir sino de pediros perdón de no haberos escrito, habiendo sido tan pedido por vos, y tan merecido, y teniéndoos yo tan particular amor en Nuestro Señor, pues que El os me dió por hija, no para que os olvidase, mas con cuidado ayudase a proseguir el camino del cielo, en el cual Dios por su bondad os ha puesto para coronaros allá con corona de gloria, la cual tiene aparejada a los que le temen.

Mas no penséis que por no haberos escrito, os he olvidado en mis oraciones; antes tanto más os doy de ellas, cuanto menos de cartas, por suplir con lo uno lo que tanto conozco que os debo en lo otro del escribir.

Bien creo que no os han faltado tribulaciones de dentro y de fuera; porque ese es el camino por donde el Señor lleva a los suyos al eterno descanso, por conformarlos con su Hijo sagrado que, después de ser bautizado y declarado por Hijo de Dios con voz del cielo venida, fué tentado de diversas maneras. Y así el que es de Dios llamado, no debe esperar placeres, no regalos, mas desconsuelos; y con lo que los mundanos huyen, que es el padecer, con aquello el Hijo de Dios se ha de mantener. Aprended, Hermana, a manteneros con las piedras duras de los desconsuelos, y daréis testimonio que sois hija de Dios, pues tornáis las piedras en pan.

Aparejaos a padecer, y no padeceréis; porque cuando el padecer es amado, no es padecer, mas gozar, y cuando

es huído, más viene, y más pena da. Y por eso no descanséis hasta que por amor de Aquel que por vos padeció tantas cosas, vos padezcáis de buena gana las pocas que os pueden venir, y deseéis padecer otras mayores. El siervo de Cristo, mucho más ha de desear hacer por él de lo que hace, y padecer de lo que padece, para que dé testimonio cómo hay fuego en su corazón que quema lo presente y junto, y echa centellas lejos de sí, y sea varón de deseos como dijo el Arcángel a Daniel. No os contentéis con ser tibia en el amor de Cristo, pues que El tan encendidamente nos amó. Mucho puso por nosotros, y más de lo que se puede decir; mas con el grande amor que nos tuvo parecióle poco, y más pasara, si más hubiéramos menester. Los tibios ni conocen a sí, ni conocen a Dios; porque si mirasen cuántos pecados les ha soltado Nuestro Señor, por cada uno de los cuales justamente nos pudiera echar en el infierno, amarían mucho a quien mucho les soltó. De esa manera habíamos de agradecer a Nuestro Señor el no habernos condenado, antes esperado a penitencia. ¡Cómo lo agradecería uno que en el infierno estuviese, y lo sacase Dios de allí y le diese esperanza de misericordia! Porque cuanto de nuestra parte es, también merecíamos nosotros estar allá, como los que están; y sola la bondad divina nos ha defendido de su justicia, y de las asechanzas del demonio que ya nos hubiera mil veces muerto y llevado allá.

Mas mirad, doncella, no digáis en vuestro corazón poco he pecado, y por eso poco debo agradecer, porque poco me han soltado. Ciego es el tal pensamiento y lleno de hinchada soberbia; porque, dejado aparte que no hay quien mucho no deba, pues dice Santiago: en muchas cosas hemos todos ofendido; es verdad muy averiguada que también debemos a Nuestro Señor los pecados que no hemos cometido, como los que cometimos; porque aquella bondad suya que nos perdonó los hechos, aquella nos excusó de caer en los que no caímos. Porque no hay pecados que uno haga que otro no los haría, si no lo tuviese la poderosa mano de Dios. Y por eso, no sólo debe ser agradecido el que mucho ha caído, mas

quien poco. Y aún más lo debe ser quien menos cae; porque mayor bien recibe de Dios en el ser tenido para no caer, que el otro ser perdonado, después de caído.

Por tanto, dad, Hermana, gracias a Nuestro Señor por lo que os ha perdonado; y muchas más por lo mucho que hubierais caído, si no os tuviera de su mano.

Amad mucho, pues debéis mucho; ningún rato haya en el cual vuestro corazón no ofrezca a Dios sacrificio de alabanzas y de amor encendido; porque El mandó que siempre ardiese su fuego en su altar, que es nuestro corazón. No repartáis el corazón, mas dadlo todo a Aquel cuya sois. Si abrís las puertas del corazón a las criaturas, hallarlo heis duro y triste y obscuro. No hagáis caso de todo lo criado, mas pensad que no hay sino Dios y vos. Abástaos El. ¿Qué queréis mirar a otra cosa? Si vieseis y oyeseis todo cuanto pasa en el mundo, ¿qué sería todo sino una vanidad que pasa con un zurrido (*sic*) y deja desconsolado el corazón?

Olvidad, pues, ahora de gana lo que presto habéis de dejar por pura fuerza. Ganad honra con el mundo que a tantos engaña; dejadlo primero que os deje; morid a todo lo que pasa, y pasaos a vivir a lo que siempre dura; allá esté vuestro pensamiento adonde Dios es claramente visto en su gloria; porque cuando de aquí salgáis, el peso grande del divinal amor que de aquí llevaréis os suba adonde está lo que amáis. No penséis que perdéis algo en perder este mundo, que lo más lucido de él es obscuro, y lo más alto es de muy poco valor, y lo que más florido parece, se pasa como un vapor breve, y se marchita como flaco heno. Poneos al fin de vuestra vida y veréis cuán gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca e inestable que corre más que correo. ¿Qué desatino mayor que, yendo como todos vamos de camino para la muerte, pararnos a reir y jugar como si fuésemos a la vida? Quien a morir va, muy de camino ha de ir y no ha de entender sino en pedir perdón a los que ha injuriado, y llorar los pecados que ha hecho, y rogar a los presentes que rueguen por él a Dios; que así vemos que lo hacen los que llevan a ajusticiar. Sed, pues, vos

una de los que han pasado por esta vida como de camino y han alcanzado la vida del cielo en que viven; los cuales si hubieran amado esto presente, ya se les hubiera pasado el placer y tuvieran eternos tormentos. ¿Qué aprovechan ahora a los malos sus desatinos, o qué dañan a los buenos los trabajos que aquí pasaron? Pásase lo uno y lo otro, mas no el fruto que de ello sacaron. Gozáronse unos en la maldad, y lloran para siempre en tormentos. Trabajaron otros por agradar a Dios, y véislos ahí honrados en el cielo y en el suelo, gozando de un sano y eterno bien, en pago de lo poco que dejaron acá.

Aprended, Hermana, en los malos, de no pecar, pues tan amargo fruto sacaron en el pecar; y de los buenos a trabajar por Dios, pues tanto provecho les vino de lo que trabajaron. Presto os veréis vos al fin de esta carrera; la muerte viene muy presto, y siempre decimos que no nos tome de sobresalto, y en el fin de ella querriáis haber vivido bien. Mirad que ahora que tenemos tiempo no le perdamos, y ninguna ocasión que se ofrezca de hacer bien la dejemos pasar.

Los días, dice San Pablo, son malos; por tanto, redimamos el tiempo. Si miráis a lo que la ocupación de este mundo ha menester, nunca os vagará a entender en lo que toca a vuestra ánima. Cortad, si no podéis desatar, y pasad de camino olvidando lo del cuerpo, y hágase muy bien hecho lo del alma. Los hijos de aqueste siglo son muy cuidadosos en hacer lo de acá, y quieren que ni un punto vaya mal hecho, porque lo estiman en mucho; mas los celestiales han de cuidar las cosas del cielo y hacerlas con cuanta perfección pudieren, y disimular en las de acá.

Si falta hubiere de haber, más vale en la comida del cuerpo que en la santa comunión, en la mesa que en la oración; más vale que la casa no esté muy ataviada, que no estar el ánima sucia y desnuda. Muy pocas son nuestras fuerzas; si las repartimos, serán muy menores; cuánto más si damos las más a lo que se pasa que a lo que dura sin fin.

Vos, Hermana, no así. Pues Dios os llamó para sí,

poned vuestro cuidado en vos misma. ¡Qué gran necedad es tener diligencia en las bestias y no en el Señor; tener cuidado de la cuna y no del ánima; labrar muy bien el campo y hacer que dé mucho fruto, y nunca labrar ni sembrar el corazón, mas tenerlo lleno de abrojos y espinas! En lo que más cuidado pusiereis, en aquello sacaréis más fruto, e irá mejor hecho. Si trabajáis en vuestra ánima, vendrá vuestra mies abundante, así como fuente. Si trabajáis en el cuerpo y sus cosas, irán muy bien hechas; mas ¿qué os aprovecha? Ellas y él se acaban.

Dejad lo visible para las bestias, el mundo para mundanos; que vos llamada sois para ejercicio de ángeles y familiaridad con el Criador. Y recogeos toda para daros a Dios; volved las espaldas al mundo y romped con él, como quien públicamente se muestra por su enemigo; y volved vuestros ojos al Señor que quiere miraros y que le miréis. Aparejadle en vuestro corazón posada blanda, pacífica, casta, llena de misericordia, para que os haga templo suyo y os santifique.

¿Dónde podréis vos emplearos, que mejor os vaya, que en aquel que los ángeles desean mirar, y mirándole nunca se hartan? Bástaos Dios, si vos queréis que os baste; no busquéis otra cosa con El, porque no quiere ser posesión de aquel que con sólo El no se contenta.

Y con mucha razón: pues que El hizo todo lo que es, esto buscad, y viviréis; esto pedid a su misericordia, y dadle por ello todo lo que os pidiere. No hayáis miedo de perder vuestros placeres por este placer; poned en su mano vuestra honra, y fama, y salud, y vida, y todo lo que tenéis y deseáis; y decidle que tome lo que quisiere, y cuándo y cómo quisiere; y que se os dé El a vos. Rogadle que sea cruel en todo eso, y sea piadoso en dárseos El; y no os quejéis de trabajo que os venga que todo es poco para tan grande bien. Y si os quisiereis quejar, quejaos de vos que no recibís con alegría lo que Nuestro Señor nos envía y para vuestro provecho; quejaos de cómo no estáis muerta a este mundo y a vuestra voluntad; quejaos a Dios y pedidle que haga con vos lo que os cumple y no lo que vos queréis, y esforzaos

vos a hacer buen rostro a tentaciones, necesidades, condiciones ajenas y a todo lo contrario que venir os pudiere.

Probada habéis de ser, si habéis de ser coronada; por eso mirad que seáis como oro que se apura en el fuego, y no como paja que se quema en él. No seáis como los que quieren servir a Dios, mientras no les acaece algo que les sea contrario; mas en viniendo dan testimonio que no viven con la voluntad de Dios, mas con la suya. Los que han de ir al cielo, personas señaladas han de ser, y tales, que merezcan, por haber vencido, eternas coronas triunfales.

¿Pensáis vos, hermana, que habiendo entrado el Señor del cielo tan atormentado, cual sabéis que fué descendido de la cruz, que han de entrar sus criados peinados y sin que les toquen?

Agarrochados salen los toros y dejaretados del coso; y así hemos de salir de este mundo para gozar en el otro.

La vida del cristiano, dice San Agustín, que toda es martirio. Y así es verdad; que si miráis qué se pasa por no pecar, y por hacer la voluntad del Señor en cualquier cosa que acaeciere, veis que los que mueren por la fe de Nuestro Señor, y los que viven por no perder su obediencia y su amor, todos son mártires. Muchos sayones, y fuegos, y otros tormentos, combatían la fe del mártir para quitársela; mas muchos más combaten la castidad, la caridad, la paciencia, la obediencia de Dios, para quitárnosla. El que perseverare con Cristo, aquel será salvo y aquel sólo perseverará a quien El tuviere de su mano poderosa y piadosa; y aquel será tenido, que no se quisiere a sabiendas derribar; mas con cuidado hiciere según su flaqueza pudiere, y sin dormir le diere voces a Nuestro Señor como otro San Pedro diciendo: «Sálvame, Señor.» Aunque nos parece que andamos por tierra, en mar andamos. Mudanzas es aún lo más fuerte de nuestra vida. No calle nuestro corazón; mas viendo que nos ahogamos, demos voces al Señor. No callemos ni demos silencio a Dios, hasta que nos dé su amor, fortifique

nuestra flaqueza, y mande al mar que sosiegue y haya bonanza. No callemos hasta que sintamos en nuestro corazón fortaleza del cielo, que nos tenga firmes y atados con Dios con un nudo tan estrecho, que ni cortar ni soltarnos se pueda.

Amemos a Cristo tan de verdad, que digamos: ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo; tribulación, o angustia, o hambre, o cuchillo? En todo esto sobrepujamos, porque en la tribulación hay refrigerio, en la angustia da Dios anchuras, y con la hambre, harta; y quien con el cuchillo de su palabra ha cortado la voluntad propia y ha arraigado la de Dios, no tiene de qué temer la espada del hombre. Más fuerte es el espíritu de Dios que las flaquezas humanas. Al que Dios tiene en su mano, ¿quién se lo podrá quitar? Ninguno. Ninguno estorbará que El nos ame, y nos tenga y nos saque victoriosos de esta pelea, y nos corone en su reino. Solamente nos arrimemos a El, nos fiemos de El, desconfiados de nosotros. Y dando a El la gloria del vencimiento, gocemos nosotros del provecho de El, para que para siempre ricos, demos para siempre alabanzas al que merece ser de la tierra y del cielo adorado y alabado, y vive y reina, Dios trino y uno, en todos los siglos de los siglos. Amén.

102—OTRA CARTA DEL P. MAESTRO JUAN DE AVILA A UNA DONCELLA

Amada hermana en Jesucristo: Recibí la carta de vuestra merced y sus quejas: plega a Cristo de daros a entender el cuidado y memoria que de vuestra ánima tengo, para que no os penéis. Desde casa no fuí a Salamanca, pues quien más lo ha deseado soy yo; no fué Nuestro Señor servido de darme este consuelo. Sea El bendito para siempre. Mis pecados lo merecieron. Acerca de vuestra vida no tengo otro parecer más que del escrito, que os vayáis a vuestra tierra y os metáis monja, porque estar donde estáis no es cosa que os cumple. En tanto, señora, esforzaos en Dios, que da su virtud a los que con humildad se la piden, y acrecienta sus do-

nes a los que dan buena cuenta de los recibidos. No me espanto que os acaezcan trabajos, ni querría que los tuvieseis por cosa nueva, porque ninguno puede ser coronado si no es probado, ni probado si no hay en qué se pruebe, y esto es los trabajos. Muchas veces estaréis desconsolada de dentro y de fuera, y ninguna cosa hallaréis que os pueda quitar el desconsuelo, porque es Nuestro Señor servido que aprendáis por su amor a sufrir soledad y angustia de corazón como El sufrió por vos.

Esperad en la otra vida descanso y en esta no, sino trabajos. ¡Mas bienaventurados trabajos que en tal descanso se han de trocar! Pelead varonilmente, que la joya que buscáis, de toda diligencia y trabajos es digna. Vuestro galardón será Dios; decid como San Francisco decía: «Tanto es el bien que espero, que no siento el mal que tengo y sufro». No perdáis vuestra oración, aunque vaya tibia, y tenedla cuan larga pudiereis, porque de otra manera no haréis cosa de buen fundamento. No perdáis tiempo, pues tan contado lo tenéis; y pues Dios en todas partes está, no es razón que en parte alguna estéis derramada, mas siempre gozando de aquel, que más dentro de vuestras entrañas está que vos misma. El que ama a Dios y no busca sino a El en todas partes y negocios lo hallará, y el negocio y el ocio todo le sirve para gozar de Dios. Desnudad vuestro corazón de toda cosa criada: no se os dé nada que sea esto o aquello, no tengáis cuidado de vidas ajenas ni tampoco de lo que dicen de la vuestra, mas ofreceos a Dios, y creyendo que El tiene cuidado de vos, tomad con gran sosiego todo lo que os viniere de dentro y de fuera. Si os vagare usar la oración, hacedlo, y si no, pedid a Nuestro Señor que os dé, pues puede, sin comulgar, lo que os había de dar comulgando; y hacerlo ha, pues no mira sino al deseo. Sea el vuestro pensamiento y cuidado que viene a vuestro corazón, en que en el Señor esté puesto. Buscad y hallaréis; llamad, y abriros han; pedid y recibiréis, y fiaos de Aquel que a ninguno engañó. El os pondrá adonde está, si vos os atrevieseis a ir, por donde El caminó. El sea vuestra fortaleza. Amén.

TRATADO TERCERO

DE SEÑORAS DE TITULO SEGLARES, CASADAS Y VIUDAS

103—CARTA PARA UNA SEÑORA DE TÍTULO, CASADA, QUE SENTÍA VARIOS ESPÍRITUS DE AMOR, TEMOR, RIGOR Y BLANDURA

Aumentada.

Leído he con atención, y más de una vez, las dos cartas de V. S. (1), y después de haber pedido a Nuestro Señor lumbre para responder a ellas, me parece que veo a Rebeca preñada de dos hijos, y que el uno pelea contra el otro, y a las veces prevalece el malo contra el bueno. Y paréceme ver un Abel justo, y un mal Caín envidioso, hasta desear y procurar la muerte a su buen hermano. Y paréceme que veo un Faraón, que no quiere que viva varón del pueblo de Dios, y un dragón acechando a una mujer, para en pariendo tragarle su hijo, y para que más claro parezca lo que digo, que anda el tirano Herodes por matar a Dios Niño, nacido en el portal de Belén. Mas acuérdese V. S. que siendo Dios consultado

(1) En un libro manuscrito de aquel siglo, con diferentes cartas del autor, resulta que ésta se escribió para la excelentísima señora Duquesa de Arcos, doña María, hija de la Marquesa de Priego, en respuesta de otras suyas. (Nota de F. Montaña).

sobre la guerra que sentía Rebeca en su vientre, por la cual estaba tan penada, que llegó a arrepentirse por haber deseado los hijos y por haber concebido, responde Dios: *Dos gentes están en tu vientre, y dos pueblos saldrán de ti; y el uno vencerá al otro, y el mayor servirá al menor.* En el angustia que esta preñada tenía por la guerra que dentro de sí sentía, podrá ver V. S. lo que tiene dentro de sí. No hay paz entre los dos espíritus que dentro de sí siente V. S., como no la había *entre Jacob y Esaú* dentro del vientre de su madre Rebeca; y no querría que hubiese llegado la pena hasta hacerle decir lo que Rebeca dijo: *Si así había de ser, ¿para qué era menester concebir?* Palabra es de persona amiga de descansar en esta vida, y por no pelear quiere quedarse sin merecer la corona que excede todo ser y valor: la cual no es otra cosa sino el riquísimo y abundantísimo Dios.

No sea V. S. como los flojos de Israel(Exodo, XVI), que a cada cosita trabajosa que se les ofrecía en el desierto, luego se quejaban y se arrepentían de la salida de Egipto: mas ponga sus ojos en quien la sacó, que El la defenderá del calor del sol que no la queme, y de la luna y frío y tinieblas de la noche, para que no encuentre con malos encuentros, pues que Dios ha tomado a su cargo este negocio y mandado que confíe de El. Viniendo más en particular a la respuesta de sus cartas, diho que casi cuanto hay que responderle todo está ya respondido de parte de Nuestro Señor; sino que ella no asienta en ello, ni sabe valerse con el adversario, aunque le han dado armas con que lo vencer. Entienda V. S. que el espíritu que está dentro de ella, y la convida con amor y confianza y anchura de corazón y blandura, es espíritu de Dios y de verdad; y el que la estrecha y hace dudar y desmayar y enojar contra Dios y contra los prójimos y contra sí misma, y parecerle todo mal, es espíritu del demonio y de mentira. Y esta diferencia nota la Santa Escritura que había entre Jacob y Esaú, *que Jacob era blando, y Esaú lleno de vello blanco y áspero.* Y en esto está engañada, pensando que esos males que siente en el corazón son de su propia cosecha, no lo

siendo. Porque cierto es que el espíritu sólo de V. S. no sería tan desacatado contra Nuestro Señor, ni tan malicioso, ni tan ignorante como parece en las cosas que en ella pasan. Porque hacerle entender que en todo cuanto hace peca, y aun mortalmente muchas veces, es cierto ser mentira y del demonio, pues ella misma entiende y ve que no hay tal.

En conclusión, entienda V. S. que aunque en su corazón hay algunas raíces del mal, como en corazón que viene de Adán, lo edificado sobre ellas demonio es, y los alborotos levantados, del demonio son, por matar a Jesús, que en su ánima ha nacido por su sola bondad. Y esta es cosa tan usada en este camino, que casi no hay quien por esta ley no pase, porque en contrapeso de gozar de Dios le han de dar que sufra al demonio. Y pues es ley tan general de que Dios usa con sus amigos, pase vuestra señoría por ella, pues es uno de ellos, y asiente en su corazón que esto ha de ser así, y que por aquí van al cielo. Y conociendo quién es cada uno de los que hablan dentro en ella, será cosa fácil alcanzar victoria; pues descubierta la verdad, la creemos, y descubierto el engaño, lo descreemos y lo aborrecemos. La muerte de las afecciones a toda criatura que Dios le pide es muy justa; y así está dicho por boca de San Pablo (I Cor., VII): *Los que tienen mujeres, como si no las tuviesen; y los que usan de las cosas de este mundo, como si no las usasen*, y esta muerte no quita el amor de los prójimos, ni quita el amor de las cosas de Dios; porque como después de la muerte del Señor vino su Resurrección, así después de esta muerte de todas las cosas viene una resurrección, que es una nueva vida, en la cual el ánima se alegra con todas las criaturas de Dios, y las ama y abraza, gozando de ellas en el mismo Dios. Y esto es lo que le han dicho, que puede amar al Señor en sí mismo, y lo puede amar con todas las criaturas, y gozar de El en ellas. Y pues lo dejan en su elección, haga lo que más paz diere a su corazón, pues es señal que aquello es lo que más a Dios agrada; con condición, que viva con cuidado no se pegue el corazón tanto queriendo

amar en ellas a Nuestro Señor, que sienta que se le aparta el corazón del amor de Dios.

Mas mientras no hubiere este peligro, sino un amoroso talante para con Dios en las criaturas, goce enhorabuena de El en ellas; aunque más veces debe usar el amar y gozar del Señor en sí a solas, porque es cosa más lejos de los peligros que de la memoria de las criaturas suelen venir. Así que no le pese de morir tal muerte, pues es medio para alcanzar mejor vida, que es vivir a Dios, y no sin gran gozo de V. S. La confianza que ha mandado el Señor que tenga en El, es justo que la tenga, pues le enseñó el abundantísimo mar de su amor, que no tiene término. Y no le engañe el maligno espíritu, diciéndole que el amor que Dios le tiene, mostró tenerlo a todos; y con ser así, se pierden muchos por no se aprovechar de él; porque una cosa es amar a Dios cuanto es de su parte a todos y ayudarles para que se salven, y otra cosa es amar con afecto más particular, que es hacer que una ánima le ame a El, que esto es señal que Dios la ama con particular amor y que es uno de sus escogidos, que El *ab æterno* predestinó, no por merecimiento de ellos, sino por mostrar El su bondad en ellos, porque no pareciese sola la justicia en castigar a los reprobados por sus pecados, sino también la gloria de su misericordia en querer guiar sus escogido al cielo.

Cierre V. S. las orejas a las muchas pláticas que el demonio y su propio corazón le trajeren, diciendo: «¿Para qué me quiere a mí Dios llena de tanta inhabilidad para el bien, tan sin provecho para él, y, en fin, con tantas faltas que yo misma me aborrezco a mí, y que juzgo ser cosa muy justa que Dios no me ame?» Porque todo esto es de no conocer los tesoros de la bondad de Dios ni el secreto de su voluntad con que escoge vasos indignos en que enseñe las riquezas de su misericordia. Y esto suele nacer de una secreta raíz de soberbia, con la cual querríamos o no haber menester a Dios, o si lo hubiésemos menester, que no nos diese de gracia lo que nos da; o a lo menos que ya que no lo merecemos, no lo desmereciésemos tanto.

Este es el mal consejo de nuestro corazón, y la herencia del hurto de la divinidad de Dios, que nuestra madre Eva quiso hurtar. Y por esto no nos consolamos de ser amados de Dios, o no lo creemos, porque no querríamos que fuese verdad ser amados siendo tan dignos de ser aborrecidos; y como en nosotros no hay quilates de bondad para sufrir tachas ajenas sin desgracia, ni tenemos amor para amar cosas que son tan menguadas, no podemos creer que Dios lo tenga, por pensar que es como nosotros. Y no mirando que ha dicho El (Isai., LV): *Como son ensalzados los cielos de la tierra, así lo son mis caminos de los vuestros;* y si en todos los caminos que El anda es maravilloso y alto, mucho más en los caminos de su misericordia para con sus escogidos, los cuales son de El tan amados que es para sacar de juicio a quien lo conoce; y si en cosa es maravilloso Dios, en ésta lo es más que en criar los cielos y la tierra y cuanto en ellos hay; porque si esto crió, no hubo quien le contradijese, pues no hubo quien le hiciese resistencia.

Mas amar donde tanto desmerecimiento y desagradecimiento y pecados hay (o habría de nuestra propia cosecha), esto sobrepuja a todo juicio, tanto, que no hay ninguno que no quede ahogado en la admiración de tanta bondad. Y porque esta bondad más parezca, anda buscando Dios persona a quien amar, que son más indignas de ser amadas: y como San Pablo dice (I Cor., I): *Escoge las cosas flacas, necias, bajas y para menos, y allí pone sus ojos, para enseñar El la grandeza de su bondad en amar El a los tales; y las dé su poder y saber defendiéndolas y rigiéndolas para su gloria,* como El lo dijo (Isai., XLIII): *Este pueblo escogí yo para Mí, éste cantará mi alabanza.* De manera que este negocio en gracia se funda, no en propio merecimiento ni habilidad. Y quiere Dios que sepa quién es El en bondad, y le glorifique; y si no puede alcanzar quién es El en bondad y cuán grande es en sí mismo, a lo menos sepa cuán grande es en bondad para con ella, y que le alabe y le ame, y se fíe de El. Y cuanto ella es menos para esto, más parecerá quién El es.

No se desmaye en ninguna manera por verse tal, ni pare su vista en sí misma, sino luego pase a Dios, y diga: ¡Oh, bondad admirable, que a cosa tan indigna amáis! ¡Oh, bendita paciencia, que tales faltas sufrís! Señor, no he menester mirar los cielos ni la tierra, ni todas las otras hermosuras que en ellos criasteis, para rastrear y conocer algo de vuestra hermosura y bondad, sino mirar mis maldades y mi fealdad que de mí misma tengo, y allí veo vuestra bondad mejor que en todas las otras cosas. Señor, ¡que con todo esto me amáis! ¡Que no me echáis de delante de vuestros ojos, siendo yo cosa tan fea y leprosa de mi propia cosecha! Señor, ¡que a tales criaturas dais la hermosura de vuestra gracia y amor! Verdaderamente más me amáis que nadie, y más que yo misma, pues lo que nadie me sufriera, y aun lo que yo no me sufriera, vos me lo sufrís, y desámome y desgráciome yo conmigo, y Vos no, Señor.

Este, señora, es Dios: Este, que es mayor en bondad que todos: Este, que tengo harto que hacer en creer cuán bueno es. Este es Dios: Este, tan rico en bondad y amor, que arde como fuego en seco. Este es Dios; y así como su ser es infinito e incomprensible, así lo es su amor. Pues si Dios, como San Juan dice, es amor; y Dios es infinito, ¿qué se espanta que la ame el Señor siendo ella quien es? ¿Dios no es mayor que no ella? Cierto sí, pues lo mayor vence a lo menor, y la mayor bondad vence a toda maldad; y así Dios es bueno para con ella, y la limpia, justifica y hace agradable, aunque ella sea quien es, hija de ira y de perdición de su propia cosecha.

Esto asiente así en su corazón, y por esto dé gracias a Nuestro Señor, que quiso que fuese una de sus escogidas y de las que hallen gracia delante de sus ojos, y que es amada de El: y donde este amor hay, todo lo encubre, según que está escrito: *La malquerencia despierta rencillas y el amor apaga las levantadas. Todo esto encubre el amor: todos los pecados encubre la caridad*, como lo dijo San Pedro (cap. IV), y este principalmente es el amor que Dios tiene a sus ovejas, de las cuales dice

(Joann., X): *Que ninguno se las quitará de sus manos, ni ellas tampoco se le irán, porque El las tendrá; y si las dejare caer, levantarlas ha.* Si quiere gozar de esto, crea que cabe esto en la bondad de Dios, y alégrese en que tal Dios la ha tomado por suya. Y si su corazón le dijere que ¿cómo es posible?, dígale que Dios todo lo que quiere puede, y que quiso El darle su amor; y lo que El da, ella lo puede muy bien poseer, no por título de merecimiento, sino de merced; y diga: no soy digna de ser amada; mas sin serlo, El es digno de ser amado; y para esto ama, para dar su amor. Y pues Nuestro Señor le da gracia para no caer en culpas mortales, que no lo son las que comete, esté confiada que está en su gracia; porque si Dios tiene bondad para de enemigos hacer amigos, por la sangre de su Hijo, tenerla ha para amar a sus hijos aunque en esas faltas pequeñas caigan. Y esto respondo a lo que V. S. me pregunta, que ¿en qué confiará que está en gracia? Digo que en tener propósito de no ofender a Dios mortalmente, y pesarle de le haber ofendido; y pues esto le ha dado, no sospeche enemistad habiendo paz.

Vengamos a lo que más pena le da a V. S., que es verse presto despojada de lo bueno y llena de lo contrario, lo cual nace de la poca experiencia que tiene en este camino. Esto, señora, hace el demonio, y permítelo Dios para que saquemos de ello muy grandes bienes. Conviene que pruebe nuestra locura una y muchas veces cómo el bien que tenemos no es nuestro; porque apenas hay cosa en que tan presto queramos pecar como asir en la honra y complacimiento de lo que somos. Es menester que lo que teníamos muy asentado y fijo lo veamos a cabo de un credo tan lejos de nos, que ni aun el rastro no nos quede, y que nos veamos tan sin arrimo, que en ninguna cosa hagamos pie, para que así veamos que no estamos en nuestros pies, sino en las manos de Dios, y que es pura limosna la que nos hace en darnos lo que nos da. Y si le parece que es recia prueba ésta, y que menor bastaba, digo que plega a Dios que ésta baste; porque según es nuestra locura, a veces

acaece haber estado en punto de perdernos, y en visitándonos Dios luego pensamos que algo habemos hecho y merecido por aquello que nos viene. Y no sin causa dijeron aquellos Padres del Yermo, que la postrera batalla y la más importuna es la de la soberbia, y por esto ha menester más continua y más recia cura; y esta es, como digo, verse el ánima tan desamparada y toda llena de infierno, y que pierda los bríos de puedo, valgo y sé valerme por mí.

Mas en estos trances no se desbaratan los experimentados, mas entienden el negocio, y aunque afligidos, no desesperados, sufren su cauterio como pueden, esperando que se les pase aquella tormenta, y venga bonanza, mayormente cuando piensan: «Otras veces me he visto en esto, y me ha librado Dios»; lo cual no entienda vuestra señoría que basta para quitar la pena, mas basta para que no se desbaraten con ella. Y aunque sienten sentimientos de odio con Dios y desesperaciones muy inferiores, y verdaderamente sentimientos del espíritu del demonio, no se derriban, sino como quien sufre un frío recio de ción (1), están debajo de aquel azote, no consintiendo en nada de aquello, sino sudando por no irse tras de ello, y esperando que se les pase; y si hablan, entonces disimulan lo que tienen; y si rezan, otro tanto. Y al fin hacen lo que han de hacer, aunque vayan sin corazón y contra corazón, y buscan cómo se les pase aquel rato, hasta que torne Nuestro Señor con su luz; y tornada, no desmayan por lo pasado, que bien saben que ha sido obra del diablo, sino entienden en humillarse a Nuestro Señor y en agradecerle lo amargo que les dió y la visitación que les visita, y creen que una es medio para la otra, porque así lo enseña la experiencia, que tras gran batalla, gran consuelo, y tras gran consuelo, gran guerra.

Así que, señora, lo que V. S. ha de hacer en esto es

(1) *Ción*, igual a calentura o terciana intermitente: es palabra castiza y usada en muchas partes del reino de Toledo, en que el Beato Avila había nacido, y en Andalucía.

no turbarse dentro del corazón, aunque lo de encima se turbe. Diga a Nuestro Señor: «Aunque yo estoy mudada, Vos el de ayer sois; y aunque os escondéis, conmigo estáis, según vuestra promesa, que decís (Psalm. XC): *Con El estoy en la tribulación;* y pues conmigo estáis, sea enhorabuena: estemos juntos, y sea en cruz: mirad por mí, pues que yo no soy para ello». Y refrene la ira cuanto pudiere, y el desabrimiento; y aunque esté a su parecer en el corazón, crea que no está en el corazón interior, sino en el exterior: y no se turbe, porque no tiene Dios la principal cuenta con aquello que se siente, sino con lo interior, como acaeció a Santa Catalina de Sena, que siendo molestada muy reciamente de imaginaciones deshonestas, dijo al Señor, *¿Y dónde estábades Vos, Señor, cuando yo tal padecía?* Respondióle el Señor: *En ti estaba;* y en esto lo verás, *pues te desplacían esas imaginaciones, que si yo no estuviera dentro, aplaciérante.* Así que halla el ánima dentro de sí aplacimiento; mas con lo de más adentro desplácele y aborrécelo; y esto es lo que mira Dios.

Hable V. S. con paz, y hágase lo que se hubiere de hacer con paz, sufriéndose con paciencia como sufriera a otro que aquello tuviese; y no hay de qué tomar pena entonces por estar así con esto, porque no es cosa que es en su mano, ni en que tiene culpa; y si alguna hay, es muy poca: y aunque le parezca que está sin amor, y que no puede llamar a Dios, no se fatigue, que la misma tribulación llama a Dios, el cual tiene cuenta con el trabajo y dolor, como dice David (Psalm., XLI): y si se acostumbra a no tomar pena, irále en gran manera mejor; y mientras más pena tomare, peor le irá que esto quiere el diablo, como a uno que ven que se corre, mas lo persiguen los pajes. Disimule con ello, no haga caso de ello, no ponga allí el corazón, mírelo como a una obra del demonio, y con todo el sosiego que pudiere dejarlo pasar, e irle ha mejor. Otra vez le aviso que no se amargue por ello, e irle ha bien; y créame, que entonces con cuán fea ve que está, agrada al Señor tanto y más que cuando está muy devota; porque si cuando

está muy devota, está de placer, cuando está tentada, está de provecho; y este es el que quiere Dios; mas no para El, sino para ella.

Las ocasiones que para esto da conviene que quite en todo caso, que son pensar que cada cosita es pecado; y que ya que caiga, se levante luego y se vuelva a Dios. Esto se ha de curar muy de raíz. De pecado mortal esté muy confiada por la bondad de Dios que no la dejará caer en él; y si cayere, verá muy claro lo que es; porque en los que aman a Dios y le temen no suele así acaecer que los deje caer Dios, sino es queriendo ellos a sabiendas derribarse. En los veniales crea que por mucho que se mire ha de caer alguna vez; y asiente en su corazón que por estas faltas no se va Nuestro Señor, ni se enoja del todo, sino que le agrada mucho la humildad del propio conocimiento y la libertad del corazón con que van sus hijos a El a pedirle perdón con buena gracia; y con esto se lo da sin más alborotos, que son más dañosos que las mismas caídas. Y si a ella le parece que es cosa recia recibir con amor a gente que así cae, digo que por eso es El, y no ella; y si ella no tiene bondad para hacerlo así, no quiera quitalla al que la tiene para lo hacer; porque aunque se la quiera quitar, no podrá.

Entienda en las cosas de casa sin pusilanimidad, con alegría, pensando que Dios se contenta de ello, y que El se lo manda, que así es la verdad; y no piense que le anda Dios poniendo lazos en todas las cosas, sino con corazón esforzado y alegre (llevando a Dios delante) riña y mande, y haga lo que conviene, en fe que agrada a Dios en ello; y aquel dejar de hacer las cosas, porque le parece mejor no hacellas, por quitar propia voluntad, es engaño del diablo, y huya de él; sino haga lo que ve que conviene según buena razón, y lo que es menester hacer y cumplir, y no tener el corazón caído y sin nervios, sino un corazón que tenga dentro de sí otro corazón y esfuerzo: que una cosa es dejamiento de corazón, y otra recogimiento de corazón. Los dejados son flojos, y están caídos como un corazón descoyuntado y sin fuerza. Los recogidos traen el corazón esforza-

do y unido, y no caído, sino alzado a Dios y a lo que es menester: no mortecinos, sino avivados y diligentes en lo que conviene; y aunque ocupados en Dios, no faltan a lo que son obligados, sino como pueden se esfuerzan a cumplir con ambas cosas.

Verdad es que el recogimiento quita mucho la memoria; mas para esto hay remedio de escribir lo que se ha de hacer, y mirarlo muchas veces: y así remédiase con el papel en la mano, y la persona que tiene casa que regir es bien que salga algún poco más de su corazón para cumplir con lo que debe, que si no tuviese casa a su cargo; y esto se ha de hacer con fe creyendo que agrada a Dios en ello, y no pensando que nos quiere hacer reventar; *porque sus Mandamientos suaves son para quien lo ama;* y las horas del recogimiento puede V. S. mudar a tiempo más desocupado; y no ha de pensar que teniendo tan buen Padre en el cielo, como tiene, no ha menester a nadie; porque este Padre es amigo de caridad y humildad, y quiere aprovechar a unos por medio de otros, y quiere salvar a unos por medio de otros; y por esto ha de esperar en Dios, y que todo su remedio viene de El; mas si quiere El, por mano de quien El quisiere, le hará bien.

Dirá V. S., pues: «Señor, yo quiero buscar vuestro favor por medio de cuantos pudiere, pues no sé por medio de quién me habéis de salvar». Y con esto se humille a todos; porque es posible que haya Dios elegido para medio de su salvación la oración de una persona de muy poca virtud. De manera que su esperanza por sí y por medio de otros la haga buscar cuantos pudiere; y el no querer ser de las más altas en santidad se remedia con ofrecerse tal cual es a Nuestro Señor, y no querer ella nada para sí, sino que El la ponga donde El quisiere, y que allí estará contenta: y suplíquele que sea en el más chiquito lugar del cielo, con que esté muy contento El; y sepa estimar cuán gran bien es hallar gracia delante de Dios, y verá que no hay gracia pequeña; y cuando este pensamiento combatiere, diga: *No mi voluntad, Señor, sino la tuya sea hecha.* El pensamien-

to que le viene cuando ha confesado que no queda bien confesada, es tentación del diablo: no torne a confesar, sino comulgue, y diga lo que se le olvidó a Nuestro Señor, pues que no son pecados mortales. El servir a Dios es para ser regalada de El unas veces, y otras para que ella le regale a El; y cuantas más veces hiciere lo segundo, será mejor sierva: que los regalos El los guardará para el otro mundo, donde mientras El fuere Dios no dejará de regalar a los suyos. Espere un poco, y contentarla ha Nuestro Señor en esto.

Entre tanto pásese con lo menos que pudiere, no porque no tiene Jesucristo amor para ello, sino porque a ella es más provechoso; y trabaje de no le ser incrédula; mas crea y confíe ser amada de El, aunque no le demuestre regalo ninguno. Y si dice que sobre qué prenda, digo que sobre muchas que Dios le ha dado. A lo que dice que no tiene condición para servir a Dios, digo que la mayor parte de esa condición, o, por mejor decir, imaginación, es causada por el demonio, y tentación suya es. Dios se contenta con ella; no tiene con quien más cumplir; para eso la tomó, y la llamó para hacerla de mala, buena. Poco a poco se mudan las condiciones : súfrase, pues Dios la sufre; y procure de ir ganando algo de mejoría, aunque sea poca.

¿Desea tener vida con buena esperanza y amor sin contradicción? Deseo es de carne por holgar y vivir a su placer. Quien a servir entra, a voluntad de su Señor ha de andar; y de tal Señor, que nos lleva por do más nos cumple. Ofrézcase a la voluntad de Dios, y no elija por dónde ha de ser salva, que El tiene cuidado de ella. Ella sea constante en pedir; El vendrá, que temprano es: y no crea V. S. que a los que sirven a Dios nunca les falta sentimiento del amor que a Nuestro Señor tienen, y de la esperanza: más veces les falta que tienen cabellos; más todo ello pruebas son para ver si saben llevar cruz y navegar con vientos contrarios; y aunque no sienten siempre que Dios los ama, créenlo aunque sin gusto; y si este crédito les quitan, no se fatigan con pensar Dios lo proveerá; y como les ha acontecido esto muchas

veces, no se turban; y cuando muchos le acosan diciendo: Dios no te quiere bien, dicen ellos: si Dios no me quiere bien, yo lo quiero querer a El, y seguirle hasta la muerte; y aunque no tengo claro conocimiento del amor, esto tengo que por ninguna cosa le quiero ofender mortalmente; y en esto veo que lo amo y quiero más que a mí.

Holgueme cuando leí que me tenía cansado más que cuantos he tratado; porque diciéndole yo que se engaña, y creyéndolo, entenderá V. S. que si a mi poca caridad no cansa, menos cansará al fuego de ella, que es Dios; y otras mayores barajas he visto, y en mayores guerras me he hallado, y con la gracia del Señor he estado contento en ellas. No tengo lugar para más escribir, que es víspera de Ramos, y ayer fué día de sermón. Dios sea luz de V. S., y acabe en ella lo que ha comenzado. *Tenga esta confianza, no para que la haga descuidada, sino agradecida y esforzada.*

104—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO QUE DESEABA SERVIR A DIOS, Y NO SE ATREVÍA A LO COMENZAR: ANÍMALA A QUE COMIENCE FIADA DE DIOS, QUE LE PUSO EL DESEO

De vuestros santos deseos de agradar al Señor huelgo mucho, y de vuestra pusilanimidad en ponerlos por obra tengo pena; porque tengo por mal caso osar quedarse uno en la vanidad de su vida, y no osar comenzar partido nuevo por Dios, confiando del mismo Dios. Hermana, ¿y quién hubo desde que hubo hombres que esperase en Dios, y tuviese cuenta con sus Mandamientos, y fuese de El desamparado? ¿Quién le llamó con entero y perseverante corazón que de El no fuese oído? El nos anda buscando e incitando a que le sirvamos. ¿Cómo es posible, pues El es bueno y verdadero, que no salga al encuentro y nos eche sus brazos encima, y nos favorezca cuando vamos a El? Sí hará, cierto, sí hará, y muy más cumplidamente que nosotros podemos entender, según dice San Pablo (Hebr., IX): *Comenzad, sierva de Dios, y comenzad arrimada a Dios, fiada de Dios, confiando*

que quien el deseo os dió, os dará el obrar y el acabar, pues no despierta al dormido sino para hacerle muchas mercedes después de recordado.

Comenzad con denuedo, con diligencia y fervor; porque no hay peor cosa que principiante flojo, y que tiene mucha cuenta con su cuerpo de regalarlo y con el mundo de contentarlo. Cerrad los ojos a las alabanzas humanas y a los vituperios también, que presto veréis tornado polvo y ceniza al que alaba y al alabado, y al que deshonra y al deshonrado, y seremos todos presentados delante el juicio de Nuestro Señor, donde tapará su boca la maldad, y será la virtud muy honrada. Entre tanto asíos de la cruz, y seguid al que en ella fué deshonrado y perdió la vida por vos, y escondeos en aquellas llagas, para que cuando venga el Señor por vos, os halle dentro de El, y os hermosee con sus dones, y os dé a sí mismo en pago que dejasteis todas las cosas por El y a vos con ellas. Mas, ¡oh, cuán poco deja quien todo lo deja, pues no deja sino lo que presto ha de dejar, quiera o no quiera! Y aun el gozar de ello es una grave miseria, pues todo lo que Dios no es, es grave carga y dolor para el ánima. Abástaos Dios, abridle las entrañas y gozad de El, que blando lo hallaréis y lleno de amor, mucho más de lo que pensar podéis.

Alguna veces me paro yo a pensar cómo una persona quiere o puede querer mal a otra estando en medio de entrambas Jesucristo Nuestro Señor, cómo puede tener desabrimiento con el cuerpo quien tiene o debe tener amor con la cabeza. ¿No sabéis, Hermana, que cuando el Señor resucitó y apareció a sus discípulos se puso en medio de ellos (Luc., XXIV), y no a la cabecera ni en otra parte? Y esto ¿para qué sino para que entendiésemos que está en medio de nosotros, y que no podemos querer ni hacer mal a nadie sin que primero lo hagamos a El? *Quien al prójimo quiere mal, a Cristo, que es su cabeza, quiere mal;* y quien a Cristo quiera mal, mejor le fuera no haber nacido, pues no sabe conocer aquello para que fué criado, que es para amar a este Señor. Pensad, Hermana, que vuestros prójimos son cosa que

a Jesucristo toca, que son imágenes suyas, que son cosa por la cual dió su sangre, y decid: *¿Cómo querré yo mal a quien mi Señor quiere bien?* ¿Cómo desearé muerte a quien El quiere dar la vida? Murió mi Señor por estas personas, y tornaría otra vez a morir por ellas si menester fuese; ¿y dejaré yo de amar a quien El tanto ama?

¿Qué se me da que me hagan malas obras, pues no las amo yo por quien ellas son ni por lo que a mí hacen? Por Cristo las quiero. ¿Qué parte son sus obras para quitarme el amor que por Cristo les tengo? Plega a Dios que sean muy grandes delante su acatamiento, y que gocen ellas de El, y El de ellas, para que haya más templos donde mi Señor more, más ánimas que le alaben y sirvan, más corazones que le amen, pues El lo merece; y cada vez que las viéredes, decid: *Señor, gozad Vos de estas ánimas, y no sean de otro sino vuestras.* «Señor, gocen ellas de Vos, pues Vos queréis daros a todos; Señor, vuestras imágenes son: estén tales que representen a Vos, y a ellas y a mí y a todos dadnos perdón, gracia y gloria.» Y si la carne no quisiere decir esto, dígalo el espíritu, y alzad el corazón al Señor pidiéndole socorro, y diciendo: «Señor, por tu amor, y no por ellas; poco a poco os hallaréis en paz; y si guerra hubiere, no seáis en ella vencida, ni digáis ni hagáis cosa que no sea buena para con ellas, ni consintáis cosa en vuestro corazón que sea perjuicio contra ellas».

Los escrúpulos de las confesiones son tentaciones del demonio para atormentaros y quitaros la dulcedumbre del corazón, y dejaros sin gusto de las cosas de Dios; porque el corazón escrupuloso no está bueno para amar ni para confiar, ni le parece bien el camino de Dios; y luego se va a buscar otros caminos donde más se deleite por no hallar en el de Dios lo que le contentaba; y tiene la culpa el escrupuloso que levanta tranquillas donde hay paz, y no el camino de Dios, que es muy suave y muy llano. Haced burla de ellos, y sujetaos a lo que os dicen vuestros confesores, y no os dejéis llevar del escrúpulo ni de vuestro parecer, sino decid: *Mi Señor Dios no es escrupuloso:* yo hago lo que me mandan de su parte;

no tengo más de que dar cuenta. Daos, Hermana, priesa a amar, y quitárseos han los escrúpulos que nacen del corazón temeroso, y el amor perfecto echa fuera el temor. Orad al Señor, y decidle: *Deus meus illumina tenebras meas* (I Joann., IV; Psalm. XVII). Y confiad de su misericordia, que sirviéndole vos, El la hará con vos, y os dará a entender cada día qué os falta, para que lo remediéis. También os reíd de la vanagloria, y decidle: ni por ti lo hago, ni dejaré de hacer: Señor, a ti te ofrezco cuanto hiciere, dijere y pensare. Y cuando venga la vanagloria, decidle: tarde venís, que ya está dado a Dios.

Buen consejo es que los principiantes no hagan cosas que parezcan de mucha santidad; porque como son tiernecitos, y su negocio todo está en flor, suele el viento hacerles daño; y esles mejor esconder sus bienes que no demostrarlos. Y así lo haced en cuanto fuere posible, y lo que no, hacedlo sin miedo, y alzad luego el corazón al Señor, y decid: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* O decid: *Gloria Patri, et Filio*, etc. Y por conclusión os encomiendo que echéis de vuestro corazón todo aquello que Dios no es, y améis en este mundo el lloro, soledad y humildad y trabajo; y vuestros ojos siempre al Señor, porque librará vuestros pies de los lazos. Poned en obra la ley de Dios, y veréis cómo os allana el camino y os pone vuestros enemigos debajo de los pies, y entenderéis obrando lo que no podéis hablando ni oyendo; porque en este camino aprenden poco los flojos y habladores, y mucho los diligentes obradores. *Jesucristo va delante de vos; seguidle con vuestra cruz, y con El os veréis en el cielo.*

105—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO: ENSÉÑALA QUE LA HAMBRE DE NUESTRO CORAZÓN NO LA PUEDE HARTAR SINO EL ESPÍRITU DEL SEÑOR: QUE LA FIESTA DEL ESPÍRITU SANTO ES DISPOSICIÓN PARA LA DE CORPUS CHRISTI

Señora, deseo tengo de saber de qué parte se mantiene ahora el corazón de V. S.; porque si miramos a la semana en que estamos, es del Espíritu Santo, el cual da lumbre

al entendimiento, infunde amor en la voluntad y fortaleza en el cuerpo con los cuales tres panes tenemos que poner delante de nuestro amigo, que viene del camino hambriento y cansado, porque la hambre que nuestro corazón siente andando fuera de sí, y ocupado en las criaturas, suele el Espíritu Santo quitar dándonos pan de hartura. Y ¡ay de nos si no sentimos la falta que en las cosas criadas hay, y no nos tornamos ya a nuestro corazón, siquiera cansados de haber hallado falta y mengua donde pensábamos que había algún sosiego! ¡Oh, válame Dios! ¿Y cuándo hemos de tener ánima casta y leal a su esposo Cristo, dándole nuestro amor puro desnudo de la bajeza de las criaturas? ¿Cuándo hemos de entender de verdad que el varón de nuestra ánima es Cristo, y que nos crió El para sí, y que El es muy propio para nosotros? ¿No basta lo que muchas veces hemos probado cuando mal nos va en la tierra, y que nunca nuestra ánima ha tenido descanso, paz ni sosiego sino cuando, conociendo su propia mengua y poquedad se va a Dios y es de El recibida y amparada? ¿No vale más un rato de aquéllos, que toda la vida de los que a la vanidad y ruido de las cosas del mundo ignorante viven? ¿No será ya el tiempo de decir a todo lo criado: *no os conozco*, por aparejar morada limpia y desocupada al que os crió e hizo de nada?

Pláceme mucho que lo hemos con un Espíritu Santo y tan Santo, que no quiso venir a los discípulos del Señor hasta que el cuerpo de El se les quitase delante, para que conozcamos su condición qué tal es, y le aparejemos templo donde otro no more si El no; y huelgo mucho que vuestra señoría con gracia de El se habrá aparejado y le habrá recibido, y estarán El y ella contentos. Huélguese V. S. con El, porque El gozo es; y mire que dice el Apóstol San Pablo (Ephes., IV): *Que no entristezcamos al Espíritu Santo de Dios, con el cual estamos señalados para el día de la redención, que es el juicio final.* Aquel entristece a este Espíritu que con pereza y caimiento de corazón anda flojo, tibio y perezoso en su santo servicio, y hace cosas que no agradan a este altísimo huésped: el

cual, como es fuego, quiere que su siervo sea ferviente y ande muy vivo, echando siempre leña de buenas obras, y soplando con santos pensamientos para que este celestial fuego no se apague en nosotros, pues nuestra vida está en tenerle vivo; y así, manteniendo nosotros este fuego, mantiénenos El, y aun lo que le damos, El nos la da: de manera, señora, que de esta parte buen manjar tiene V. S. en esta semana, pues la habrá celebrado no en carne, como los que se contentan con el solo estruendo de las festividades; mas habrá celebrado fiesta de Espíritu en el espíritu, según el Señor dice: *Que quiere adoradores espirituales.*

Ahora veamos cómo le va con el olor de la fiesta del Cuerpo del Señor, que tan presto viene; porque para los corazones cristianos, grande afrenta será no oler este santo pan antes que venga su fiesta, pues le olieron los Magos desde tan lejos, y aun los Profetas y Patriarcas mucho antes que encarnase. ¿Qué mejor nueva que la de ver andar a Cristo por las calles entre nosotros, andar entre nuestras manos comunicando y tratando con hombres, y tenerle delante de nuestros ojos, y al que no cabe en cielo ni en tierra, ver encerrado en una pequeña cortina de accidentes de pan, y después entrar en nuestro tan pobre e indigno pecho? Señora, no oiga V. S. estas nuevas con orejas sordas, despierte su corazón, y dígale que se halle muy atento a tan gran merced y obra de Dios; y que vomite todo otro manjar que tenga, para que hambriento se harte de este celestial pan de que comen los ángeles. Dígale que vele estos días, porque entonces no se duerma. Y pues es semana de Espíritu Santo, pídale gracia para saber sentir la fiesta del Cuerpo que fué concebido por Espíritu Santo; y cuando venga la fiesta del santísimo Cuerpo, vendrá con él el Espíritu Santo, porque por merecimiento de Cristo descendió este Espíritu.

Cuando el cuerpo de Cristo se nos da, con El se nos dan sus merecimientos, según la medida de la disposición que llevamos; de manera, que una fiesta ayuda a otra, y es aparejo para otra; y pone gana de comer para la otra; que no hay aquí lo que en los carnales convites, que los

muy hartos en la comida no han gana de comer a la noche. De fiesta en fiesta anda el ánima comiendo con nuevo sabor, cumpliéndose lo que Dios prometió (Lev., XXVI): *El trillar de los panes alcanzará a la vendimia y hasta la sementera, y comeréis vuestro pan en hartura.* Bendita su bondad, que tan largamente nos provee, no como quiera, sino dándose El mismo a nosotros. El Hijo nos es dado, y por El el Espíritu Santo; y dándosenos estas dos personas, no se queda el Padre sin dársenos. Nuestro es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ya comenzamos acá la contratación que en el cielo hemos de tener: agradezcámosle sus misericordias, aparejémonos para recibir las que quedan, y con corazones levantados de la tierra celebremos las fiestas del cielo, para que de regocijos temporales pasemos a los eternos, en los cuales vuestra señoría se vea. Amén.

106—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO, AFLIGIDA: EXHORTÁNDOLA A SUFRIR CON CONFIANZA EN EL SEÑOR

Aunque los temores aflijan mucho, este consuelo puede vuestra señoría tener, que son temores vanos, y que no tiene porqué tenerlos: y en esto verá quién somos; pues cuando andábamos sin respeto ni temor de Dios, no temíamos; y cuando tenemos algún respeto a El, no nos podemos valer de temores, habiendo de ser al revés; pues al que no teme a Dios le están hechas amenazas graves, que son para hacer temblar a los muy altos; y al que teme a Dios le está mandado que se consuele y confíe en la misericordia de El, que está prometida a los que le temen. En prueba está V. S., y por ese fuego ha de pasar para que vea y entienda y toque con sus manos quién es y quién sería, y se torne polvo y ceniza en sus ojos, y desconfíe de toda su habilidad y fuerza; y así, pobre y llagada ha de aprender a ser mendiga, importunando las orejas de Cristo pidiéndole alguna limosna. No puede la vanidad de nuestra soberbia y propio aplacimiento ser curada sino con dejarnos Dios en nuestras manos, para que así veamos quién es aquel de quien nos hemos

enamorado y de quien nos hemos contentado. Y cuando hubiéremos bien entendido quién somos, y huyéremos de nosotros como de pestilencia, y nos fuéremos a Jesucristo pidiéndole nos favorezca contra nosotros, seremos de El remediados.

Espere V. S. la cura, y cura con fuego, que por ella vendrá la salud. No se desmaye, no se canse: sea ella su cruz, quizá algún día fué ella su ídolo: no se dé tanta priesa a sentir sus temores, que escrito está (Isaí. XXVIII): *Quien creyere no se dé priesa;* porque Nuestro Señor quiere que del todo nos sujetemos a su voluntad y la esperemos. Y como algunos no han andado camino de voluntad ajena, háceles de mal cuando dan algún paso fuera de la propia. La suma es que Nuestro Señor quiere dejar a V. S. se vea y conozca, para que en las mercedes que después le hiciere no se alce con la honra de ellas, mas tenga muy visto quién es, y quién sería si por El no fuese. No se haga pusilánime, pues quiere servir a Dios, porque a los tales manda El que tengan un león de esfuerzo en el corazón, y hacen afrenta a Nuestro Señor los que le quieren servir y no se confían de El; y pues El ha traído a V. S. estando ella lejos, no la dejará estando ya cerca. Quien a la ajena tomó por hija, no dejará a la que ya lo es; y esta sea su prenda de lo que hará, el mirar lo que ya ha hecho, y no me falta deseo de ir por allá; mas si V. S. quiere mirar esto que aquí digo, creo sentirá alivio: *y sirva a Nuestro Señor con buen corazón, y sentirá el remedio, que en El está.*

107—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO: TRATA CÓMO ES GRAN MERCED DE DIOS SENTIRSE AMADA DE SU MAJESTAD

Como cuando los padres oyen comenzar a hablar a sus hijos pequeños se alegran mucho, aunque la palabra no vaya muy bien pronunciada, porque aquélla les da esperanza que el niño hablará perfectamente adelante, así me ha acaecido a mí con la carta, oyéndole decir a vuestra señoría que en no tener habilidad para hacer un examen no se desconsolaba, sino entendía que Nuestro Señor

le quería mostrar la inhabilidad que ella tiene de sí, y que era para bien de ella y se consolaba con ello. A Dios gracias, señora, que hablan los niños, que hablan los mudos, que entienden los tontos, y cuantos más V. S. quisiere. Otra vez gracias a Dios, del cual sólo viene esta merced, que uno se sienta amado cuando en lo exterior parece desfavorecido.

Siga esta vena que Dios le ha mostrado, y cave hasta que llegue al cabo: y en todo lo que no hallare lo que desea, entienda que le quiere Dios enseñar cuán poco puede V. S. de sí, ni aun sabe lo que le cumple; y esté toda puesta en las manos de la misericordia de El, tomando lo que le diere con hacimiento de gracias, ahora sea pan, ahora sea piedra, entendiendo que todo es para bien de ella; y con esta receta podrá oír los sermones y podrá hacer todo lo demás con contento de Nuestro Señor. Ponga ella su pobre caudal, y espere de Nuestro Señor lo que le cumple; y aquello piense que le cumple que El le envía. Plega a su inmensa bondad abrir con gracia sus ojos para que vea cuánto tiene porqué desconfiar de sí propia, y cuántos para confiar en el Padre de las misericordias, que por remedio de los viles esclavos dió el propio Hijo. En aquellas entrañas que tal hazaña hicieron encomiendo a V. S., y en ellas procure morir y acudir en todas sus cosas.

108—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO: QUE NUESTRO SEÑOR ENVÍA TRABAJOS PARA ACIBARAR EN LOS DELEITES, COMO PURGA RECETADA POR NUESTRO PADRE CELESTIAL

En todo caso querría que V. S. persuadiese a su corazón que el lugar de su descanso es el cielo, y que acá no hay sino pena y miseria; y mirar que ningún amigo tuvo Cristo que no viviese acosado de mil maneras de trabajos hasta entristecerse, penarse y llorar, suspirando por su tierra, que es la vista de Dios; y de esta manera fueron bien recibidos allá, porque ninguno lo es sino quien primero mucho lo desea; y para mucho desearlo, es menester que nos pongan acá acíbar en nuestra boca,

para que destetados de lo que bien nos sabe, busquemos nuestro propio manjar, que es el espiritual y advenidero. ¡Oh, señora, y cuánta es la corrupción de nuestro apetito! ¡Y cuán tarde nos sabe bien el corazón lo que nos trae provecho! ¡Y cuánto nos saboreamos en lo dañoso y liviano! ¡Cuántas sofrenadas son menester contra nuestro corazón para que no tome gusto en lo transitorio! ¡Y cuán de buena gana corre a ello sin que le pongamos espuelas! Grande es nuestra enfermedad, y gran remedio ha menester, y éste procura el Señor por mil artes; y no son de las menores amargarnos y penarnos, para que como locos seamos con la pena cuerdos; y heridos vamos a buscar remedio en El, y El de muy buena gana nos lo dé. Conviene, señora, hacer el corazón a trabajos, y como a medicinas de nuestra ánima amarlos, o a lo menos sufrirlos con igual corazón; porque más razón es que queramos nuestra salud eterna con alguna costa, que nuestra muerte por huir de trabajos. Trate V. S. con Nuestro Señor muy a menudo; trate con profundo conocimiento de su propia necesidad; trate con un corazón sujeto a la ordenación de su providencia, y que sobre todo desee tener contento a este tan inmenso Señor: no quiera que El le diga a ella lo que ella quiere oír, sino que le tome la voluntad y la ponga en la de El.

Esta sea, señora, su oración, este su pensamiento, cómo se dará del todo y con amor muy sujeta a la santa voluntad y ley del Señor, y ésta le sepa más dulce que la miel y el panal: no se hace esto así tan fácilmente si no se despega el ánima de lo que se lo puede impedir, ni se alcanza sino con importuna oración. Mas ¡dichosa hora en que se da, aunque mucho haya costado! Y si viniere V. S. a recibir de la mano del Señor alguna centella de su amor, entonces será su corazón ensanchado en mitad de las tribulaciones, y huirán las congojas, nieblas y desconfianzas, y pondrá de muy buena gana sus cosas en las manos del Señor, y esperará de ellas buen suceso, pues de tales manos no sale sino lo mejor. Acuérdese vuestra señoría que el Señor mete en peligros, y saca y envía recios dolores, para que sea con grandes voces

llamado, y muy glorificado cuando hubiere librado de ellos; y por esto no se desmaye, no se desconfíe: traiga su cruz con alegría, que en algo que duela se ha de experimentar el amor, y con ello se ha de servir al Señor y ganar el eterno reino. El dé a V. S. mucha copia de su santo Espíritu, para que, fortalecida con él, la sirva en grande alegría. Amén.

109—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO: ENSÉÑALA QUE LOS TRABAJOS ESFUERZAN SI ESPERAMOS EN EL FAVOR DE DIOS

Quien tiene pico para pedir cruz, tenga hombros para llevarla; y quien se precia de amores, ha de tenerse por muy honrada en los dolores; y a quien Dios le pareció bien, ninguna cosa que por El le pidan le ha de parecer mal; y quien le quiere, a sí misma se ha de aborrecer; porque como ninguna cosa, si Dios no, basta al ánima, ninguna, si el hombre no se le da a El, le contenta a El. Así que menester es salir de flojo quien a Dios ama, y para esto envía el Señor la espuela del trabajo; y si le parece a V. S. que ha menester más paciencia y esfuerzo, pídala a quien la pone en el ejercicio; y pídala sin tasa, y sin cotejarla con la que otro tiene o tuvo, que quizá quiere Nuestro Señor dar más; porque no hay tasa en sus misericordias: y espérela de El, que para eso envía el trabajo , para dar el esfuerzo, que bien conoce El la flaqueza de nuestra carne, y especialmente la de algunos como yo; y para ser El glorificado suele en el vaso de mayor flaqueza poner los tesoros de su fortaleza: de manera, que lo que sirve para desmayar mirando a sí mismos, sirve para esforzar mirando a Dios: solamente haya en nosotros lealtad de conocer quién somos y de agradecerle lo que de El recibimos; de arte, que no atribuyamos a su divinidad nuestras culpas, ni a nuestra animalidad sus gracias; y pidiéndole con vergüenza y con fe, y esforzándonos en la guerra sin huir, sin duda veremos el socorro de Dios sobre nos, hasta que nos alegremos con la Cruz por la grandeza del amor, como el Señor lo hizo

por nos, y digamos (Galat., VI): *No plega a Dios yo me gloríe en otra cosa sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo.*

Comience V. S. la guerra del amor padeciendo dolores, y diga como San Ignacio cuando fué llevado preso: *Ahora comienzo a ser discípulo de Cristo;* porque como San Agustín dice: *Si no has comenzado a padecer, mira que no debes haber comenzado a ser perfecto cristiano.* Razón es, pues, que no vivamos más tiempo en balde, sino que comencemos a entrar en la escuela de la cruz, en la cual quien más padece es mejor discípulo y más amador del Maestro, y más amado de El; y a trueque de esto, quien más pudiere padecer, más padezca y por más privado se tenga y conforme a su Señor; y si del primer boleo no pudiere la nueva discípula tomar la presa, no desmaye, que primero son ruines lectores los que después salen buenos. El ejercicio y el esfuerzo y la gracia sacarán maestra a V. S., si ella no rompe el libro, ni quita los ojos de las letras, ni se hace sorda a la lección que le diere el Maestro. El sea su luz y fortaleza. Amén.

110—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO, EN QUE LE ENSEÑA QUE EL CÁLIZ DEL SEÑOR ES DULCE

¿Qué hace V. S. de callar? Si es de muy ocupada con Nuestro Señor, callaré yo: si de muy triste, quejarme he yo porque el cáliz que el Señor envía con amor, se recibe con desagradecimiento y desamor. No es razón, señora, no es razón que entristezca cosa a la criatura viniendo dispensada por la mano de su Criador; porque nos ha de ser cosa tan preciada el contentamiento de El, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere, porque si no, ¿dónde está el amor, si la voluntad no es una en lo uno y en lo otro? A Dios gracias, que como por amor atribula a los suyos, por amor les da consuelos; porque la pena que sienten es en ver a quien aman ser ofendido o poco servido, doliéndose de culpas ajenas como si fueran suyas, y su consuelo en las penas es ver que Dios las envía y se sirve que ellos las pasen. Todo es poco y muy poco, sino el contentamiento del señor de

todo. No plega a su Majestad que tal mancha demos en nuestra honra, que a otra parte miremos que a El. Sople el viento de nuestra inconstancia de donde soplare, perseveremos en mirar a Dios, que El sacará nuestros pies del lazo, y después de los vientos contrarios vendrá a nos sobre la mar, y entrando en nuestra nao hará bonanza.

No viene esto todas veces tan presto como querríamos, *porque a la cuarta vigilia de la noche vino el Señor a sus discípulos;* mas bástenos esperar que ha de venir a remediarnos, aunque no sepamos el cuándo; y si tarda, quiere probar nuestra fiucia, y quiere probar nuestra paciencia, y dar ocasión a nuestro amor en que se ejercite; porque cuando es verdadero, más crece con el soplo de la tribulación; y trabajando por no ser desleal, hácese mucho más leal por cumplir lo que está escrito (Prov., XVII): *En todo tiempo ama el que es amigo.* A Nuestro Señor plega fortalecer a V. S. con la fuerza de su santo amor, para que ni aguas ni vientos lo apaguen; mas como viva llama queme todo lo que le contradijere, y con los vientos crezcamos a gloria del que la ama, y se le tiene guardado por galardón en el cielo.

III—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO, EN QUE LA ENSEÑA QUE EN LO PRÓSPERO Y ADVERSO SE HA DE ECHAR EL ÁNCORA EN LAS MANOS DE DIOS

A Dios gracias por todo lo próspero y adverso, pues todo lo envía El, y con amor de aquellos a quien lo envía. No hay cosa desabrida en el gusto del amador de Dios, pues halla la semejanza de su corazón: en lo que le envía Dios halla su amor, y con esto se satisface, sin tener cuenta qué color o sabor tiene el ramo, pues ve que la raíz es tan de estimar. Y pues V. S. quiere tratar con Nuestro Señor, o, por mejor decir, Dios quiso que tratase con El, no le parezcan mal las leyes de esta amistad, pues el amigo es rectísimo y sin maldad, y todas sus carreras son igualdad, peso y medida. No le parezca a vuestra señoría fuera de ley de amor darle un tiempo

gusto de la miel, y en otro de hiel; porque entre estas mudanzas en los efectos uno es el corazón de su amado, que por una vía y por otra procura el bien de ella, y cuando le parece que no le envía bien hácelo El por no enviárselo pequeño: pequeño es el amor que no padece algo por el amado; y sin amor no hay bien, y el amor sólo es el bien; y por esto quiere Dios dar a sus amados su amor; y amor no para descansar, sino para trabajar, porque ricos en el amor trabajado, tenga el Señor ocasión de llevarles adonde sean muy más ricos en amor y muy lejos de trabajos, y amen y gocen, y no como acá, que aman y desean, y aman y trabajan, y al mayor amor sucede mayor trabajo, o de pena de la ausencia del amado, o de le ver ofendido, o de verse tan probado que se siente flaco en la prueba, y quizá dudoso en si de Dios es amado.

La áncora que entre estas tempestades ha de tener a vuestra señoría en pie y firme, será una libre y verdadera renunciación de sí y de todas sus cosas en las manos de su amantísimo Padre, con la cual quede desapropiada de todo, y el Señor de ello, sin más osar entremeterse ella en lo que de ello ha de querer El hacer. Sea en mudanzas que al ánima acaecen, sea en trabajos del cuerpo, haga ella lo que siente que Dios le manda con cristiano cuidado y diligente prudencia, y tenga confianza que el suceso será muy bienaventurado como guiado de mano de Padre sapientísimo, poderosísimo y amorosísimo, cuyo intento es pedir que le pongan los negocios en las manos, no para olvidarlos, sino para que no lo echemos a perder con nuestra necedad, o no los podamos acabar con nuestra flaqueza, o no busquemos nuestro mal a sabiendas. ¡Oh, dicha tan grande, querer Dios, y pedirlo El, encargarse de nuestros negocios, y que estemos ciertos, que pues con ello se convida, es así como dice, pues es muy lejos de su verdad el engañar a nadie: y ya que no se quisiera encargar, dijéralo claro; mas su bondad le mueve a que lo haga, y su amor a que lo diga, y a nosotros nos asegura su grande verdad, por lo cual dijo (Psalm. LXXXVIII): *Lo que sale de mis labios, no lo dejaré salir en vano.* Y pues la ley de los que se aman

es que se ayuden en los cuidados, esté V. S. descuidada con el cuidado de Dios; y cuando la tristeza o tempestad le combatiere para que torne a tomar lo que había renunciado, diga lo que San Pablo decía (II Cor., I): *Bien sé a quien creí, y cierto estoy que es poderoso para guardarme lo que depositè para aquel día.*

Poderoso le llama, y amoroso lo cree y verdadero: ser poderoso, de su ser le viene, y ser bueno y leal y verdadero; y por esto es causa de nuestra esperanza y de nuestro descanso en el cuidado que de nos tiene. Camine V. S. con su cruz en compañía de su Señor, y entienda que el amor que le han dado no es para holgar, sino para trabajar; porque no quiere Dios que estén sus dones ociosos, y éste menos, porque es el mayor de todos, y de tal condición que no puede estar ocioso si vivo está: su ser es hacer o padecer; y como vivo fuego que del cielo vino, está en movimiento continuo subiendo hacia allá; y por dificultad de la empresa no se arrepienta de la haber comenzado, pues sabe que ella no se metió en ello: y quien desde el cielo se le dió a conocer, y tan lleno de amor, ese mismo dará fuerzas para andar y acabar el camino. V. S. no estime en poco la merced; no se haya flojamente con ella, no se desmaye, si alguna vez faltare, que no es amigo este celestial Padre de ánimas desabridas que le turben el corazón que es aposento de El. Bien conoce su alteza nuestra bajeza; y como David dice (Psalm. CII): *Nuestro figmento;* y se contenta mucho de nuestro humilde conocimiento, que confiese nuestra flaqueza con sosiego y confianza de perdón mirando a El: porque así como le hace injuria quien no conoce sus propias faltas, así también quien conocidas no se consuela con la bondad de tal Padre; y de esta manera será su camino seguro, y el Señor le dará luz en las tinieblas: si ella la espera sin desbaratarse de lo comenzado, poco a poco la irá enseñando y doctrinando de cosas que ella no sabe.

112—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO, EN QUE LA ENSEÑA LA TIERRA DONDE DIOS FUÉ AHELEADO PARA IR ADONDE HAY TODA DULCEDUMBRE Y DESCANSO

Bien va así, ilustrísima señora, bien va así: más vale hiel que miel en la tierra donde Dios fué ahcleado: así van a la tierra que mana leche y miel, donde Dios será visto faz a faz, y no habrá gemido ni dolor, porque el Señor omnipotente enjugará las lágrimas que acá hizo llorar; y como supo acá entristecer, nos sabrá allá alegrar. Pase V. S. con esfuerzo su carrera, no como quien corre de burla, sino los ojos puestos en la joya enamorada de la hermosura de ella, diga que no son dignas las pasiones de esta vida para la gloria que se descubrirá en nosotros. Y pues ya está avisada que conviene morir a todas las cosas, no quiera ella vivir a lo que Dios quiere que muera, sino viva a Aquel que por comprarle su vida y su amor, perdió El la suya por amor. ¿Qué hay que pensar en esto? Dios se dió por ella, y se ha dado a ella, ¿quedarse ha ella consigo misma, alzándose con su corazón y hurtando su amor a quien tan justo se le debe? San Pablo dice (II Cor., V): *Que para esto murió Jesucristo, para ser Señor de vivos y muertos, para que los que viven no vivan para sí mismos, sino para Aquel que por ellos murió;* y pues el título de nuestra compra es tan justo, seamos por amor de Aquel que nos compró, y no cierto para matarnos ni maltratarnos, sino para hacernos participantes de El.

¿Dónde mejor podremos estar que en El? ¿Cuyos mejor podremos ser que de El? El es la bondad y todos los bienes: y si de otro somos, ni aun mantenernos podremos, cuánto más ser bienaventurados; mas quien de El fuere, alégrese, que escrito está (Psalm. XXXII): *Bienaventurada la gente de la cual el Señor es su Dios, y el pueblo que escogió para heredad suya.* Mire V. S. quién tendrá mejor labrada la heredad, Dios o la criatura. Y aunque El dé golpes y meta la reja del arado y rompa la tierra, tierra es, y para que acuda con mucho fruto

lo hace; porque si le perdonan el hierro, quitarle han la bienaventuranza de la fertilidad. V. S. tenga los ojos en el Señor, esté colgada de su contentamiento, y pues en tan buenas manos está, descanse el corazón de ella, que el ánima que en Dios ha puesto su fe y amor, entre los peligros tiene su paz. El sea esfuerzo de V. S. I. y todo su amor.

113—CARTA A UNA SEÑORA EN QUE LE DICE QUE LA MISERIA DEL HOMBRE ES TAN GRANDE, QUE MUESTRA DIOS SU GRANDEZA EN LA REMEDIAR

Recibí la carta de V. S., y anteayer escribí a V. S.; mas todavía había que responder a esta presente respuesta: dé hacimiento de gracias a la fuente abundantísima de ellas, y respuesta de reprensión a nuestra maldad, que a tanta bondad no se deja, no la ama, no la sirve, no la conoce como debe. ¿Qué le parece a V. S. quién es Dios? ¿Qué le parece quién es la criatura? ¿Ha visto cosa tan buena? ¿Ha visto cosa tan mala? No veo para qué somos buenos, sino para que más se demuestre quién es Dios amando y librando a unos tales, y a El gracias que le servimos de algo, siendo ocasión que su gloria aparezca más clara en la obscuridad de nuestras tinieblas. *Si el Altísimo toma por su honra hacer mercedes a unos tales, ¿quién le irá a la mano?* (Rom., IX.) ¿Quién desmayará por sus faltas, si el Señor quiere enseñar sus riquezas en los vasos miserables para la gloria de su misericordia? Alabada sea tal bondad, de donde tales obras proceden. ¡Qué razón es que deseemos ver corazón del cual tales frutos proceden!

¿Qué le parece a V. S. que será la admiración y el amor y el gozo que cuando a este inmenso mar de bondad veamos, tendremos? Si parece que no cabe en nosotros cuando una centella de sus obras nos enseña acá, si sus manos son tan hermosas, ¿qué tal será su faz sino la misma hermosura infinita, que saque los corazones de sí mismos y los ponga en sí mismo, transformándolos en El y más contentos con ser de El que con ser suyos

propios, y nadando de gozo en las mismas entrañas de El, hechos un espíritu con El, tan unidos como está un hierro metido en una fragua con el fuego, poseído de El, y tan lleno de El, que parece ser fuego? ¡Ya viniese aquel día cuando tuviésemos presente la hermosura del todo hermoso, para que viéndolo delante los ojos, no se nos fuese a otra parte, pues tan mal empleados fuera de El son!

Entre tanto: señora, trabajemos de alzarlos a El, según su palabra, que en David dice (Psalm. XXIV): *Mis ojos siempre al Señor, porque El sacará mis pies del lazo;* y otro remedio igual no lo hay que en el tiempo de la necesidad acorrerse luego el niño al Padre; y El es tal, que luego lo recibe en sus brazos, aunque el mismo niño no lo entienda. Y es tanta su largueza, que de mucha no puede la humana miseria creer con sus fuerzas que es esto verdad; porque nunca su corazón llegó a aquel quilate de bondad ni lo vió en otro. Y como unos flacos ojos, que mirando al sol, que no tienen fuerza para ver tanta luz, así acaece a nuestra flaca vista con las obras de Dios. Mas la fe ensancha el corazón a creer que aquello que nos parece tan sobre nuestro juicio, aquello tan sobre todo merecimiento y medida, aquello es Dios, y propio rastro y señal de El; y cada vez que le falta el esfuerzo para comprender esto, adora aquello que así sobrepuja a todo su juicio, y poco a poco va oliendo y rastreando a Dios, conociéndole ser El por el rastro de ser la cosa muy maravillosa.

Y pues esto es lo que el Señor de V. S. quiere, déselo ya, y darle ha descanso, pues desea la salud de ella; y la voluntad de El es la santificación de ella; y cuando fiucia le faltare, aprovéchese de la misericordia; pues ha días que le dije, que entre otras señales de ser amada de Dios, tomase ésta por una, decírselo yo: y hace muy mal en pasar liviano por sus mercedes: porque aquello es de ánima floja y no avivada, que no tiene peso para pesar cada cosa en lo que es. Y verse ha esto ser así cuando la luz del Señor viene, que hace conocer y estimar en lo que es razón lo que El hace por nosotros: y

sabe muy bien reprender la pesadumbre de nuestra confianza y la pereza de nuestra tibieza, que con tales prendas aun no se fía, y con tales espuelas no anda ligero: y de esta manera misma respondiera aquel Padre a V. S. si se le diera relación clara de la enfermedad, la cual Nuestro Señor curará en su tiempo, pues ha tomado a su cargo ser médico de su ánima, para que mucho resplandezca su gloria, cuando de tan enferma la parare muy sana, y diciéndole ella (Psal. CXVIII): *Sáname, Señor, y seré sana; sálvame, seré salva; porque la honra mía Tú eres*, le responda El (Psalm. XXXIV): *Yo soy tu salud, tu bien y tu paz.* ¿Quién te ha dado cuanto bien tienes, librado de muchos males? ¿Quién te amó antes que fueses, y te hará bienaventurada con tenerme a Mí a toda tu voluntad, y sin temor de perderme? Esto esperemos que hará el que es poderoso, y cuyo nombre es santo, inmenso en misericordias, y potentísimo para cumplirlas.

114—CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO, CONSOLÁNDOLA EN LA MUERTE DE UNA HERMANA SUYA

Pocos días ha que supe la merced que Nuestro Señor hizo a su esposa la señora Soror María en sacarla de este peligroso destierro y llevarla al puerto de la seguridad: y también entendí y supe la pena que con su ausencia vuestra señoría ha tomado. Necesarios me fueron dos corazones, para con el uno gozarme con la que goza, y con el otro penarme con la que pena; pues que a entrambas soy deudor general y particularmente: mas pues ella ya está en salvo y no tiene necesidad de mi gozo, y acompañar a los penados es cosa que debemos elegir, determino de ocuparme y enderezar esta carta al desconsuelo de V. S. Parte de él tengo, y especialmente porque en ninguna manera querría que hubiese en V. S. lo que temo, y es no tome la pena con algún exceso de la que sería razón tomar, porque esto sería doblada pérdida, con amargura de pena juntarse ofensa de Dios.

Suplico a V. S. mire con muy despiertos ojos, que

como no tenemos licencia para los demasiados placeres, tampoco la hay para la demasiada tristeza; pues en lo uno y en lo otro debemos ser sujetos a la santa ley de Dios, que no menos cumplimos nuestra voluntad en llorar y penar hasta hartar, que vanamente reir y regocijarnos. No menor impedimento es para servicio de Dios la tristeza que consume y derriba el vigor del corazón, que la vana alegría que se hace absoluta y sin peso: porque ¿cómo podrá el corazón derribado decir con verdad a Nuestro Señor (Psalm. LVI y CCVII): *¿Aparejado está mi corazón, Dios: aparejado está mi corazón?* Pues estando sumido en el abismo de la tristeza y enflaquecidas todas las fuerzas, no se puede tener en pie para lo que cumple a los prójimos y lo que cumple al Señor? Así confesó su flaqueza el sacerdote Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisés de no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: *¿Cómo podré yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso?*

Cierto, ilustrísima señora, quien a otro ha de servir, tan ajeno ha de estar de profunda tristeza como de otro cualquier impedimento; porque no podrá hacer servicio, o irá lleno de hiel para sí o para quien lo recibe: y por estos y otros males que de la tristeza sobre los difuntos suelen venir, ya que la Escritura dé licencia para que tomemos el lloro, luego acude diciendo (Eccl., XXXVIII): *Consuélate de la tristeza, y no des tu corazón a la tristeza; mas alánzala de ti y acuérdate de tus postrimerías.* Y en otra parte dice (Eccl., XXX): *Alanza la tristeza lejos de ti, porque a muchos mató la tristeza, y no hay provecho en ella.* Y no sólo no aprovecha, mas mucho daña, como en otra parte se escribe al mismo propósito de tristeza causada sobre difuntos. De la tristeza se sigue siempre la muerte, y derriba la virtud y abaja la cerviz.

Y esto, señora, a ser solamente en el cuerpo no fuera tan de temer; mas toca en el ánima, y por eso se ha mucho de huir; porque para andar un ánima en pie delante de Dios, y poderse defender de tantos enemigos como la combaten, y poder darse manos a negocios que

de ella penden, ha menester un vigor interior y un esfuerzo muy entero, ni más ni menos de como quien anda en la guerra, y durando en ella esté en pie y cumple por todo, y perdido éste, luego es caída; y sobre ella cargan los enemigos como cuervos sobre animal flaco y caído, al cual acaban de matar con picos y uñas: de manera, que mediante el desmayo y flaqueza le viene la muerte, como le acaece al ánima con la tristeza; pues no envió Dios estos trabajos a V. S. para perder, sino para ganar, ni la amargó sino para la curar y sanar. No vuelva el negocio al revés, enfermando con la medicina, y desagradando a Nuestro Señor en el tiempo que más le había de agradar.

Mire al pacientísimo Job, que viendo siete hijos muertos en un día y en una hora súbitamente, no se quejó ni desmayó, mas bendijo al Señor, que le quitó lo que primero le había dado; y aunque los tenía muy bien doctrinados, y gastaba muy santamente su hacienda, y empleaba muy bien su propia salud, quiso Nuestro Señor quitárselo todo, para que entendiésemos él y nosotros que le agrada más nuestra paciencia obediente que nos viene de la adversidad, que el uso, aunque bueno, de la prosperidad. Y para ejercitarnos en ésta pone Dios sus ojos para quitarnos delante los nuestros lo que más en ellos lucía, para que tanto más el sacrificio de nuestro corazón lastimado y obediente sea a El agradable, cuanto a nosotros es más amargo por carecer de cosa muy amada. Y de esta manera mató Dios la mujer del Profeta Ezequiel, de él muy amada y le dijo (cap. XXIV): *Hijo de hombre, yo quito delante de ti lo deseado de tus ojos: no llores ni plañas, ni corran lágrimas de tus ojos: gime gustando, y no hagas llanto de muertos.*

Bastantemente estaría el Profeta lastimado con haberlo herido en lo que más lucía en sus ojos, y acrecentarle más la tristeza con quitarle el consuelo que con llorar y plañir los así heridos suelen tomar; y hartándole su ánima de acíbar, no le dejan hartar de llorar, ni aun gustarlo.

Para que entendamos que el siervo de Dios, según he

dicho, no ha de soltar la rienda a la tristeza ni lágrimas, mas ser también en eso obediente, como en tomar los placeres por tasa: y repítolo esto otra vez, porque no sea V. S. engañada como muchos, a quien finalmente se les persuade que deben huir de la demasía del gozo, porque no ofendan al Señor, y no hay quien los pueda sacar del pozo de la tristeza, pareciéndoles no correr peligro ni hacer mal con estarse en ella; los cuales si supiesen que la cuenta que Dios con nosotros tiene, más es con las raíces de nuestro corazón que en las obras que tenemos de fuera o dentro, verían claro que si toman la tristeza sin regla o medida y sin obediencia de Dios, no lo hacen sino por cumplir en ello su propia voluntad. Y siendo esta la raíz, tan desagradable es al Señor como cuando toman los grandes placeres por la misma voluntad.

Por lo cual, ilustrísima señora, abra su corazón a la palabra de Dios, y entienda que no por ser atribulado uno es amigo de Dios, sino por pelear contra la tribulación; y llevarla ha lo menos con paciencia, si no pudiere con alegría. Levante el corazón caído y esfuerce las manos enflaquecidas, y luche con el gigante, que es el dolor, para que quede probada en la tentación y gloriosa con la victoria, y pueda decir al Señor (Psalm. XVI): *Probaste mi corazón, y visitástelo en la noche: con fuego me examinaste, y no fué hallada maldad en mí.*

Despierte, señora, y abra sus ojos, y mire a la más Santa de las santas, y más atribulada que todas las santas y no santas, cómo estando su Hijo colgado en un palo y crucificado con duros clavos, Ella estaba al pie de la cruz: lo cual quiso el Espíritu Santo que supiésemos nosotros, porque en la manera del estar el cuerpo de fuera viésemos cuán en pie está en trance tan recio su corazón en lo de dentro; cuán de verdad y con cuánto dolor y con cuánto esfuerzo ofreció su querer y su Hijo en la voluntad del Padre, queriendo ser antes hecha millones de pedazos que perder un solo punto de la leal y esforzada obediencia que a Dios se debe tener. Mire también el Profeta Elías tan cargado de tristeza, que deseaba y pidió la muerte al Señor, y se cae dormi-

do con el peso de ella; mas no le responden del cielo conforme a su voluntad, que no se pagan de tales corazones caídos. Despertólo el ángel del Señor, y dícele (II Reg., XIX): *Levántate y come, que mucho camino te queda de andar.* Y así me parece, ilustrísima señora, que veo a vuestra señoría muy apegada con la tristeza y adormecida con la amargura, y tan cansada de vivir que escogería de buena gana el morir. Mas oiga ahora vuestra señoría por boca de un pecador lo que Elías por boca de un ángel; pues ella está como él, provecho le será oír lo que él, aunque el mensajero sea diverso.

Levántese, señora, que mucho camino le queda por andar: deje ya las lágrimas llenas de infidelidad, como San Jerónimo lo dice *sin medida y sin tasa;* conténtese ya con la afrenta que ha hecho a la carne, dejándola entristecer y llevar a su voluntad. Levántese de la muchedumbre de pensamientos, que como vientos bravos turban la mar de su corazón, y no la dejan reposar ni adorar con silencio al que este azote envió sobre ella. Tenga ya algún lugar la razón para poner tasa a la sensualidad: téngalo la fe para confiar que aquella por quien llora no es muerta, mas goza de muy mejor vida: téngalo la esperanza para consolar a V. S. y darle a entender que pues Dios con tales golpes aquí la labra, asentarla tiene en el cielo por piedra escogida: los golpes oímos y el estruendo de sierra y de la azuela también. Y pues el oficio de Dios es en este mundo hacer este ruido labrando a los suyos para asentarlos después en su templo de paz, y donde no se oye ningún sonido de aquestos, espere V. S. el asiento de la paz. Y pues ve en sí los ejercicios y prueba de la guerra, y pues es una de las desterradas y martilladas con muchedumbre de trabajos, espere que se verá ser una de las ciudadanas contentas del cielo, pues que dice San Pablo (Rom., V): *Que la tribulación obra paciencia, y la paciencia probación, y la probación esperanza, y la esperanza no nos saldrá en balde; porque la caridad de Dios es infundida en nuestros corazones.* A ésta haga V. S. lugar en la mitad de las muchas aguas de sus tribulaciones, no la deje

apagar, porque si quiere nombre de amadora de Dios, no la ha de ganar entre los regocijos y acaecimientos conforme a su voluntad, mas entre estos azotes, espinas, hiel y vinagre, y en desierta cruz, a semejanza de Cristo, que metido entre estas cosas nos enseñó su amor, el cual, señora, fué verdadero porque fué probado y permaneció fijo en la tribulación, y así, si V. S. quiere responderle con amor, sepa que no lo hay sin dolor, y que aunque no hay espada que con mano de sayón la martirice, este amor infundido de la mano de Dios la martirizará, pues no la dejará andar a su propia voluntad; mas hacerla ha contradecir a su tristeza y aun gozo por andar a voluntad de su amado; y toda esta pena que por una parte sufriere, resistiendo a su voluntad, por otra parte se la quitarán, haciéndola tomar con dulcedumbre la voluntad del Señor más que por propia.

Amor es el que a V. S. ha entristecido, amor es el que la consuele: la ausencia de su querida la ha fatigado, la obediencia y amor de Dios le quite su fatiga. El fué el que lo hizo, no le parezca a V. S. mal, pues le parece bien al Señor que lo hizo, y con el amor de El venza el amor de la criatura, cuanto más, que si no tiene adormida la confianza, con el mismo amor de su querida, recibirá consuelo de la llaga que con su ausencia le dió; porque si acá hizo falta, allá hizo presencia. Si esto dejó, cosas mejores le dieron. A sus hermanas dejó; mas allá halló otras hermanas, y otro padre, y madre y esposo. A su Dios fué, a su dulce Esposo fué, al cual obedeció, sirvió y amó. ¿Qué mal hizo su Esposo en llevar a su esposa consigo, ni ella en irse con El? ¿No ve V. S. que ella era desposada, y que había de venir algún día de día de las velaciones, y salir de casas ajenas e irse con su marido? ¿Qué quiere? ¿Tener la desposada por muchos años, que estaba apartada de su marido? Pues que se da prisa a enviar de las cosas de la tierra a los hijos que engendró, ¿porqué se le hace tan de mal enviar a esta bienaventurada a la casa del cielo, pues como a propia hija la ama? Y que alguna pena se sienta en ver ausentar a quien mucho amamos, mas solémosla tem-

plar en ver ir en prosperidad al que a nosotros hace falta. Pues coteje V. S. la prosperidad de los hijos que acá tiene con la que esta su amada posee, y verá que pues la ama, debe vencer el gozo de su bien a la pena de su ausencia, como un gigante a un enano, pues aquéllo es eterno y lo otro temporal.

¡Oh, señora, si pudiésemos ver cuán bienaventurada está *nuestra Sóror María!* En bodas está, o ataviándola para el día de ellas. Ningún contento recibirá con ver a V. S. con ropas de tristeza en las fiestas de su alegría. Muy bien le ha pagado Nuestro Señor el mundo que dejó, el esposo de carne que renunció, la fe que le dió y le guardó, y por mil mundos no trocaría el menor bien de los que allá posee. Sacádola han del lugar de la miseria, y del lodo y de la hez y de los peligros, trasladándola a la región de la seguridad, donde hace perpetua luz y gozo, que sale de la vista de la Divinidad, que como río con grande avenida refresca, harta y embriaga a los ciudadanos del cielo. Su comida es del árbol de la vida perpetua, y su vestidura es lumbre y gloria, y su corazón está transformado y absorbido en el mar infinito de la dulcedumbre de Dios, y echa un espíritu con El, con atadura y abracijo tan fuerte que mientras Dios durare, ninguna cosa será tan fuerte ni tan poderosa para la apartar a la bienaventurada *Sóror María* de este abracijo tan apretado y casamiento tan juntísimo que entre ella y Dios se ha celebrado, o muy presto se celebrará.

Gozosa está ella con ello: esténlo los que la aman; y cuan delantera es en el amor, séalo en el gozar; pues el verdadero amor quiere el bien del amado aunque con pérdida propia; y cese ya el luto y tristeza, porque Nuestro Señor no se ofenda, y a ella no reprenda, como Santa Inés a su madre, el tiempo que ni a vivos ni muertos aprovechará, ni a sí, más a todos daña; y no sea impedimento para el aprovechamiento de las virtudes que ha menester alcanzar para lo que le queda de caminar y padecer hasta llegar al monte de Dios. Para lo cual es menester esforzarse y levantarse con propósitos nuevos,

como quien ahora comienza a comer el pan *subcinericio*, que es confesar y comulgar, y beber el agua, que es oír la palabra de Dios; *porque para no faltar en el camino, todo esto es menester, y comenzar luego a caminar.*

115—CARTA A UNA SEÑORA ILUSTRÍSIMA, CONSOLÁNDOLA EN LA MUERTE DE UNA PERSONA, CUYA AUSENCIA HABÍA SENTIDO MUCHO

Dios mandaba en los tiempos pasados, cuando iban a castigar a la tierra de promisión, que convidasen primero con paz a la ciudad o lugar donde fuesen, y si con esto no se rindiesen, la castigasen y tomasen por guerra: conforme al cual mandamiento pudiera yo tener licencia para reñir con V. S., pues por paz no se ha querido rendir en lo que tan blandamente le supliqué acerca de su consuelo en el trabajo que Nuestro Señor le envió: antes me dicen que la carta de paz sirvió no de quitar lágrimas ni tristeza, sino hacerlas salir de nuevo mientras se leía, tomando V. S. ocasión de más enfermar con la medicina. Mas con todo esto no podré acabar conmigo de reñir, porque la licencia que por una parte me daba la razón, me la quita por otra la compasión, la cual tanto más se debe a V. S., cuanto más sin cuenta y tasa se aflige; y por esto tornaré otra vez a curar la llaga con blandura, pues dice la Escritura (Pro., XVII): *Que aprovecha más la corrección al prudente, que cien azotes al necio.* Y plega al Señor sea servido obrar El hablando yo, para que ni V. S. quede cansada de leer y sin consuelo, y yo de escribir y sin fruto.

Dígame, ilustrísima señora: ¿por qué, ya que los ojos del cuerpo se han ocupado con abundancia de lágrimas que impiden la vista del cuerpo, los ojos del ánima se han ido tras ellas y cegado con ellas, pues no han considerado al que envió este trabajo y el valor de él, y el fin para que fué enviado? Que de falta de esto ha nacido la mucha sobra del sentimiento que, como quien no tiene estorbo, se ha enseñoreado del todo en el corazón de V. S. ¿Cómo señora? Así se han de recibir las

mercedes de Dios, que sólo por darlas El deben ser estimadas aunque sean llagas. Pues de mano de tan alto Señor y amoroso Padre no viene cosa que por reverencia de El no deba con humilde obediencia ser recibida y con hacimiento de gracias muy abrazada.

¿Así se ha olvidado que siendo el sacerdote Helí amenazado de parte de Dios con muerte de dos hijos en un día y con otras aflicciones, respondió con la reverencia debida: *Señor es: haga lo que en sus ojos fuere agradable*? De la misma manera dice David: *Que si el Señor no fuere servido sacarlo de la tribulación en que iba huyendo de su propio hijo y desterrado de su propio reino, que haga lo que en sus ojos bien visto fuere.* Los cuales entrambos tenían consideración de la humílima obediencia que a la soberana majestad de Dios se debe en todo lo que hace o quisiere hacer de nosotros y de nuestras cosas. Y ésta se ha de conocer en la mansedumbre y en la igualdad del corazón con que su azote se recibe; porque decir la boca: bendito sea Dios que lo hizo, y exceder el modo de la tristeza y lágrimas, es confesar con la lengua al Señor y con las obras contradecirlo. Y aunque el Señor quitase aparte su majestad, con la cual puede hacer lo que de nosotros quisiere, sin que tengamos licencia para murmurar de El ni para exceder en el sentimiento, puede con mucha justicia reprendernos mirando el mismo castigo.

Enjugue V. S. un poco sus lágrimas, sosiegue su corazón, y verá cuán bien dice la Escritura: *Hijo, no te fatigues cuando eres del Señor castigado; porque a los que El ama castiga, y como el padre en su hijo, así se complace.* (Hebr., XII.) ¿Qué quiere V. S. tanto llorar lo que la Escritura dice que no se fatigue, y quiere entristecerse por ser tratada como hija, e hija amada? ¿No sabe que dice San Agustín: *Si estás fuera del número de los azotes, estás fuera del número de los hijos?* ¿Porqué prevalece tanto el amargor del gusto, que hace al ánima que no halle dulzor en merced tan grande? Dígame V. S.: ¿pequeño bien le parece ser amada de Dios como hija? Pues si este parentesco le contenta, no le desagrade ser

tratada como tal. Téngase por indigna de ser ella vestida de la librea que el Hijo de Dios y su santa Madre fueron vestidos, el cual murió teniéndola a Ella delante sus ojos y sintiendo lo que Ella sentía; y Ella lo vió morir a El delante los suyos con menos regalos que vemos morir a los que nosotros amamos. Pues ¿qué locura será la nuestra no querer imitar a aquellos a los cuales nos preciamos de adorar y honrar, ni querer ser compañeros de los que queremos por señores, y huir de seguir a los que deseamos conseguir?

Basta ya, señora, la fiesta hecha a la carne: baste el tiempo que se ha ocupado en roer lo amargo de la cáscara: éntre ya en lo secreto del corazón, y adore allí al Señor que esto hizo, y dele gracias porque la tuvo por digna de darle a beber de su misma copa. Llame, Hermana, la tribulación, y dele muchos abrazos, que ésta fué la esposa de Jesucristo, y tan amada de El, que murió abrazado con ella, pues murió con brazos abiertos en cruz: no piense que esta honra que con ella le vino es sin provecho, pues antes se contarían las estrellas del cielo que los provechos de la tribulación.

No tenga V. S. a nuestro celestial Padre por tal que quite algo sin dar cosa mejor, ni que azote sin mucha ganancia del azotado. ¿Porqué piensa que la azotó? Por perdonarle en el otro mundo la pena que sus pecados merecen. ¿Porqué la azotó? Por darle ejercitación más alta que la que tenía, que aunque entendía en buenas obras y sea buen ejercicio, más alto es ser llamada para sufrir tribulaciones: y aunque mucho agradase al Señor en la compañía de su querida, más agradará en sufrir con paciencia su ausencia, *como el buen Job y Tobías* más agradaron con las gracias en la tribulación que con el gozo de lo que poseían y bien gastaban.

Estos son los triunfos de los cristianos, como San Jerónimo dice: *Que el no dejarse vencer de las angustias, es gloria.* Y si todavía pregunta porqué la azotó el Señor, diré: por amonestarle que anduviese más aprisa el camino de Dios; porque como San Hilario dice: *Siempre la paz fué peligrosa a la fe ociosa,* y cuando no tene-

mos cosa que nos punce, andamos tan tibios que es asco vernos; y hiérenos el Señor como a perezosos, para que los ojos que la culpa cierra, la pena los abra, y lo que su amor no alcanza de nosotros, lo acabe el dolor. No para que V. S. se esté llorando le envió Dios esto, sino para que más y más olvide cuál fué el sarmiento con que la hirieron y entienda en lo que le quiso decir el Señor con el golpe. ¿No sabe cuán reciamente se enojó Dios contra los hijos de Israel porque se sentaron a llorar a la puerta de sus moradas en el desierto, y caídos sus corazones con poca fe, los tenían llenos de desaprovechada tristeza? Santa Paula lloró la muerte de su hija, y reprendióla mucho San Jerónimo, *llamando a sus lágrimas llenas de infidelidad, y sin tasa y medida;* porque, cierto, donde la fe está viva de ser Dios quien lo hace, y del buen lugar donde el espíritu está, y del provecho que Dios busca en el azote, será tanto el gozo causado de aquesta fe con obediencia, que quite o temple la tristeza causada del golpe.

Los judíos tenían por grave mal la muerte del cuerpo, porque amaban mucho los bienes de acá; y con todo esto lloraban sus muertos siete días, como hicieron al santo Jacob; y al más santo que entre ellos había, que era Moisés, lloraron por espacio de treinta días. Pues ¿qué vergüenza será a una cristiana que está enseñada por Jesucristo temer y llorar la vida, y amar el día de la muerte como entrada en el reino, perseverar tanto tiempo en llorar, que excede a los que eran de este mundo vecinos? San Pablo dice (I Thesal., IV): *No os entristezcáis por los que duermen, como los que no tienen esperanza.* Pues V. S. la tiene de su querida, ¿porqué la llora como si no la tuviese? ¿Porqué no toma para sí lo que el Señor dice a las hijas de Jerusalén, que lloren sobre sí y dejen a El? ¿Llora V. S. por quien está fuera de peligro, y descuídase de ponerse ella en cobro? ¿Llora por quien fué a su tierra y entró en el tálamo con su esposo, y olvídase de llorarse a sí por estar en el desierto y tan lejos de su Señor?

Levántese ya encima sus pies: no deje pasar el tiem-

po en balde: tome acuestas su cruz, y camine, y no esté tanto tiempo arrodillada con ella; y mire que esto le envió el Señor para provecho de su ánima, para tanto más acompañarla cuanto más sola quedó de quien la servía y agradaba. Hinque en el suelo sus rodillas, y bese el cabo de la vara del gran Rey Asuero, como hizo Esther, adorando al Señor y dándole gracias por esto que ha hecho, no mirando al medio de la vara, sino al cabo de ella; porque aunque esto tenga cuerpo de tribulación, al fin es provecho de la difunta y de V. S., y gloria del mismo Dios. Y pues el paradero es tan bueno, súfrase el golpe de la vara que da Asuero, y cóbrese esperanza del mismo golpe teniéndose por amada, para que la misma vara le sea consuelo, como decía David, y diga (Psalm. LXXVI): *Ahora comienzo, y abro los ojos.* La hiel me ha tornado la vista como a Tobías, y camino adonde está la que en este mundo amó; pues que los males que aquí nos fatigan, a Dios nos constriñen que vayamos. Y peleando con su corazón desechará la tristeza; pues habiendo celebrado pasión, es razón que celebre resurrección, y así goce de la ascensión y corona del cielo, que es de gozo, y se gana con muchos trabajos

116—CARTA A UNA SEÑORA: ENSÉÑALE QUE PARA SERVIR A DIOS, EL PADECER POR SU AMOR ES LO MÁS ALTO, SEGURO Y CIERTO

Señora: En tanta ligereza de vida como es la que vivimos, razón es escoger lo mejor para el servicio de Cristo, y aquello ponerlo por obra con diligencia; porque después no nos arrepintamos de no haber sido siervos fieles al Señor, que tan fiel nos ha sido, y esperamos que nos será. Muchas cosas hay en esta vida en que podemos poner nuestros ojos, pues que tenemos de Dios el libre albedrío para echar la mano a lo uno o lo otro; mas entre tantas, squé escogeremos? ¿Por ventura placeres que como humo ¿e pasan, y dejan diez tanto de dolor que trajeron de alegría, o el estiércol de las riquezas que suele cegar los ojos de

quienes las poseen y hacen ser dificultosa la entrada en el cielo?

No hay, señora, que mirar en cosa ninguna de acá, porque aunque uno las tenga todas, no tiene sino afligimiento de espíritu y embarazo para caminar, y vanidad de vanidades y todo vanidad. Por tanto, es bienaventurado quien aparta sus ojos de lo que tan presto ha de pasar y los pone en lo que nunca se acaba, adonde los placeres son verdaderos por ser tomados en la verdad, que es Dios; y la riqueza es muy cierta, pues consiste en tener al que El sólo basta para hacer rico con bienaventuranza inestimable al que El posee. Mas para mirar y servir a este Dios hay muchas cosas, y unos se aficionan más a unas, y otros a otras, según el sentido de cada uno: a los unos aplace la vida activa, a otros la contemplativa; unos se esmeran en la abstinencia, otros se hallan más esforzados para la castidad; y así vemos haber florecido diversos Santos en diversas virtudes de Dios.

Mas, señora, entre todo lo que acá hay para agradar al Señor, escojamos el padecer por su amor, que esto es lo más alto , seguro y cierto, y esto nos enseñó el Maestro de la verdad, que es Cristo: pues viniendo a este mundo en esto principalmente se ejercitó, y a esto nos convida. Esto es cosa segura de polvo y de paja, pues no es conforme a la sensualidad, sino contra ella: y sólo el amor de Jesús nos hace que nos sepa bien, el cual es bastante para hacernos acometer y abrazar lo que de sí es desabrido y que hacer huir. ¿Qué cosa significó que viendo Moisés una serpiente delante de sí se espantó y echó a huir sino los que mirando lo que padecen o han de padecer se espantan, y no lo querrían ni aun ver de los ojos? Mas mandóle Dios que tornase a aquello de que huía; y no sólo tornase, mas la tomase en las manos; y obedeciendo a la palabra de Dios, halla en sus manos no serpiente que muerde, sino báculo que sustenta.

Así acaece cada día a los que obedeciendo en sus trabajos a la voluntad de Nuestro Señor que los envía y tomándolos en sus manos, que es ponerlos en obra y aceptarlos con obediencia, hallan no desconsuelo ni al-

borotos, que con quejas fatigan el ánima, mas consuelo de sustentación y esfuerzo, confiando que pues Dios les envía tribulación, El está cerca de ellos según su promesa, y que pone su amor en ellos, pues los trata como a hijos amados y como en este mundo trató a cuantos amigos en él ha tenido; y así la tribulación obró paciencia, y la paciencia fué prueba del amor y fe que en Cristo teníamos: y la prueba obra esperanza, porque Dios ha prometido de hacer participante en su gozo al que lo es de su cruz; y así se tornó la tribulación báculo y arrimo de nuestra flaqueza, pues que nos hizo confiar más y más en el Señor, y nos quitó las picaduras y quejas que la tribulación antes de esto nos daba como si fuera serpiente.

Sea, pues, señora, avisada en escoger lo que a Dios agrada, y no sea de aquellos que reprende el Apóstol San Pablo diciendo: *Era razón que fuérades maestros, por el mucho tiempo que ha que servís a Dios; y estáis tan niños, que habéis menester ser de nuevo enseñados en los principios de las cosas de Dios, y estáis más para mamar leche que para comer pan con corteza, que es pan de grandes.*

Mire, señora, que no aplace a su maestro el discípulo que diciéndole la cosa muchas veces, se está tan rudo como a la primera vez; y que el médico toma fastidio cuando en una medicina que muchas veces pone no halla remedio por falta del enfermo; y así quiere Dios que no siempre nos estemos en la leche de los regalos, mas que con ligereza corramos a El aunque sea por lanzas, y el fuego de nuestro amor queme todo aquello que delante se nos pusiere; pues no hay cosa que tanto nos convenga como amor, y el amor no se puede probar sino con el dolor o tribulación. Y no debe quien a Cristo ama quererse estar sin probar si de verdad le ama o no; porque aunque mucho le duela la prueba, más consuelo le da ver que le ha Dios examinado con fuego, y no se ha hallado maldad en él, ni ha tornado atrás de la empresa que había comenzado. Gran honra es estar firme en lo que mucho nos amarga y otro igual placer no damos a Dios que cuando muy de corazón somos angustiados por El

y bebemos aquel cáliz en compañía del que El por nosotros bebió.

En esto, señora, ponga sus ojos, pues que Dios quiso escogerla para que mirase a El: no se acobarde de pelear las peleas del noble amor del Rey celestial: no tenga por tiempo bien empleado sino el que por su amado padece, que este solo tiempo le puede dar alivio y conjetura que ama al Señor: que en lo demás, aunque sea ser llevada al tercero cielo, no sabe si se ama a sí o ama a El; porque quizá es su placer porque se cumpla lo que desea, y no puramente porque se cumpla lo que quiere Dios; y pues para amar a El está dedicada y comprada, mire que se haga bien y a la continua su oficio, para que como mujer hacendosa aparezca el día del juicio rica en amor y despedazada en la guerra de él, a semejanza de Cristo, que murió en la pelea de aqueste amor, convidando a cuantos le aman a padecer de lo que El padeció y a responder con amor a su amor, y estando aparejada a darse en galardón eterno a los que estos amorosos trabajos pasaren por El: una de las cuales será vuestra merced, por la gran misericorda de quien la escogió.

117—CARTA A UNA SEÑORA, QUE SENTÍA MUCHOS IMPEDIMENTOS NE EL SERVICIO DE DIOS, ENSEÑÁNDOLA LA CONFIANZA QUE DEBE TENER EN EL SEÑOR

La lumbre y fuerza del Espíritu Santo sea siempre en el ánima de vuestra merced. Los que por el profundo mar navegan con nuevas de alguna tierra lejos, y muy sana y muy rica, que van a buscar y esperan hallar, suelen pasar grandes trabajos, ya de tempestades de la mar, ya de falta de mantenimiento, ya de otros peligros que hay en la mar, especialmente cuando no se ha navegado por allí; y con la esperanza de la tierra rica sufren todo lo que les acaece ,aunque pierdan la vida: y pues hay en tierra tanto esfuerzo para padecer mucho en busca de cosas pocas, no se desmaye vuestra merced, a quien Dios ha dado nueva del bien que en los cielos tiene aparejado para los que le aman; mas sufra mucho, pues anda

en empresa tan grande, y no se maraville de quedar algunas veces como encallada y que no ve luz ni norte donde atine, sino que todo le parezca tinieblas; que Dios quiere meter a los suyos en tales trances que ellos , por necios que sean, ven muy claro que no les aprovecha su juicio ni fuerzas; mas no los desampara ni deja en aquel abismo de obscuridad y desmayo; mas sácalos o luego o al tiempo que a El place, y salen humillados y más confiados de Dios. Verdad es que después vienen a otros trances, que tampoco se puede el hombre aprovechar de aquella merced que Dios le hizo en sacarle como si no hubiera pasado, y quedan del todo tan pobres como de antes; y así trae el Señor a los suyos tan colgados de sí, que tiemblan mirando en qué abismos caerían si de arriba no viniese socorro; y quiere El tomar este negocio por suyo y estar más cerca de su siervo, cuando al siervo parece que está más lejos; y aunque el siervo no pueda confiar con aquella firmeza que querría, no deja Dios de le guardar, para que así vea el hombre que Dios es fiel, que no deja a los suyos, aunque ellos falten en muchas cosas.

Como redoma de vidrio en manos de hombre que juega de manos, que la echa muchas veces en alto, que piensan los otros que se ha de caer y hacer cien mil pedazos, mas el diestro jugador tómala muy seguro en la mano y tórnala a echar, hasta que ya se les quita el miedo a los que lo ven, y tienen por tan diestro al jugador que se admiran de su destreza; no tema la pecadorcita, mas confíe que la mano poderosa de Dios la tiene en su mano, y la echa en alto y en el profundo, mas siempre le ha ido bien por la fidelidad de Dios que la ama; y aunque ella tiembla y no halla la fiucia y firmeza en su corazón que querría, que mudándose ella, no se muda Dios; mas allí en medio de los torbellinos y de los grandes des peñaderos, allí puede estar confiada, pues está escrito (Joann., X): *Las ovejas que tengo en mi mano, ninguno me las quitará.* Y por la bondad de El puede pensar que ella es oveja de Dios.

Acuérdome que los tiempos pasados deseaba con gran-

de agonía Rebeca, mujer de Isaac, tener hijos, y rogó su marido a Dios que se los diese, y luego concibió, y a cabo de ciertos días sintió dos hijuelos andar en su vientre, con tanta brega uno contra otro como si fuera un torneo o batalla: espantada de esta novedad y fatiga con sentir guerra dentro de sí, vase a su marido y díjole: «Si así había de pasar este negocio de tener hijos, no sé para qué los deseé, ni para qué concebí: ruégote que me digas ¿qué es esto, o qué significa? Pónese el marido en oración, y respóndele de parte de Dios: «Que aquellos dos hijos significaban dos pueblos que saldrían de ellos; y que el mayor de aquellos niños serviría al menor, aunque el mayor era guerrero y combatidor de sus hermanos»: y así sosegóse.

Señora, si desea vuestra merced saber qué es lo que tiene, oiga: dos hijos trae en su alma, y el uno pelea contra el otro, y dan pena a la madre: *el uno es instinto e inspiración de Dios;* el otro es *tentación del demonio;* y el uno es manso, lleno de paz; el otro es turbación y regaño: consuela el uno a su madre en los trabajos que pasa, y dícele que se pasarán presto, y que más merece Dios que sufra por El; y el otro dice que vida tan larga y siempre trabajos, ¿quién los ha de llevar? El uno esfuerza diciendo que Dios acabará lo comenzado; el otro desmaya y trae desesperación, tanto, que fatigadas algunas madres con pelea tan cruda y continua, dicen: «Si estos puertos hay que subir en el camino de Dios, ¿para qué me metí en este camino?» Mas dice el varón por consejo de Dios, que no tema la buena mujer, que de estos dos hijos ha de prevalecer el menor, y mandar al mayor; y que con esta esperanza se consuele y sufra su trabajo. Primero, señora, tuvimos el mal pensamiento y el mal corazón que el bueno, y por eso el mal hijo es el mayor; y después viene el bueno , y ve ahí la guerra entre ellos; mas como el bueno sea cosa de Dios y siempre vence, sepa toda criatura que siente esta guerra, que vencerá el menor al mayor, y le pondrá tan sujeto que no ose rebullirse él, ni pensamiento que venga de él.

Por eso, señora, pues Dios ha vencido en vuestra mer-

ced hasta aquí, espere que vencerá de aquí adelante, y aprovéchese del ruin hijo para ver cuán ruin es la madre que le engendró: ese hijo es propio suyo, y de ella sola, que el bueno infundido es por el Espíritu Santo; y suya es la gloria, no nuestra. En todo la sacará Dios victoriosa, porque toca así a su honra: con estos tormentos apurará esa ánima, y la hará vaso escogido suyo, y sacará mil provechos si está atenta a ella, y aprenderá a sufrir faltas ajenas, viendo cuán poco puede quitar las propias suyas hasta que las quita Dios; y acabarse ha de purgar de mil cosas, que sin tribulación ni prueba no se pueden quitar ni entender; porque escrito está (Eccl. XXXIV): *Que el varón que no es tentado, ¿qué sabe?* Y de pedir leche de niña vendrá a comer pan con corteza; y en lugar de lo que me envía a decir cerca de mi ida, me enviaría a decir palabras de grande, como Dios le ha enseñado que se han de decir. Esperando estoy este día para hacer fiesta en él, como lo hizo Abraham cuando destetó su madre a su hijo Isaac; mas si tan presto no viniere este día, no recibiré yo pesadumbre de hacerme flaco con el flaco para ganarlo para Cristo y servir así o así; y todo el tiempo de mi vida lo tendré por muy grande merced de Dios, como hasta aquí lo he tenido. Cristo la guarde debajo de sus alas. Amén.

118—CARTA A LA MISMA, ENSEÑÁNDOLA CÓMO EL CAMINO DEL CIELO ES LA CRUZ, Y CÓMO SE LLEVARÁ CON ALIVIO

Señora, ya sabe que no ha de costar poco el cielo: ya sabe que unos de una manera y otros de otra, no se ha de salvar nadie sin cruz, y que no está en manos del hombre escogerla, sino que ha de tomar la que el Señor da; porque si el hombre la escogiese, ni le sería provechosa, ni se probaría la obediencia de la voluntad que a Dios se debe sujetándonos a El en lo que queremos y no queremos. Muy mejor sabe El lo que nos envía, que nosotros lo sabemos pedir; y por esto hemos de pasar adelante aunque sea por puertos muy agrios y agujeros muy estrechos que nos hagan sudar; y saliendo de una guerra,

entrar en otra, y decir cada día: ahora comienzo, porque esta santa porfía es la que vence al demonio y agrada al Señor: porque no es la arremetida, sino la larga perseverancia que cobija al hombre hasta su fin, como la vestidura que hizo Jacob a su hijo Josef, que llegaba hasta el calcañar, cubriéndolo todo. Adelante, señora, adelante, que por fuego y agua hemos de pasar al descanso; más merece el Señor que se pase por El. Mucho más será el descanso que el trabajo; pues será mayor calidad y mayor en el durar.

Todo lo de acá tiene fin; lo de allá no. Los que se cansaron en el desierto, y se desmayaron por ser el camino largo y duro, y los enemigos grandes como gigantes, desagradaron al Señor y fueron de El desechados, porque se contentaban más de haber estado en Egipto en cautiverio que haber salido tras el Señor por camino áspero, y perdieron sus trabajos pasados por pereza de no sufrir los presentes. San Pablo cuenta de los trabajos de los Santos Patriarcas y Profetas, alabando en ellos mucho la longanimidad del corazón, que es una virtud que hace al hombre muy largo en esperar, y nunca ahitarse de la tardanza de las promesas de Dios. Y por esto dijo Dios por Isaías (XXVIII): *El que creyere no se dé prisa:* lo cual el Señor dijo porque mandando anunciar por boca del Profeta la venida de su Unigénito al mundo, quizá habría algunos que pensasen que había de ser a cabo de pocos años: mayormente, como el Señor decía, que de ahí a poquito vendría: avísales, pues, que no traten con El, ni con sus promesas como hombres de corto corazón, oyendo hoy y esperándolo mañana, sino que sea su creer sin mucho aguijar, esperando luego lo prometido.

Baste, señora: que el camino que vuestra merced ha caminado ha sido por desierto; y como dice Jeremías, por tierra de sed, y que tiene imagen de muerte. Y paréceme que el desierto no es acabado, mas queda que andar, y a las veces queda al cabo de la jornada una gran cuesta para subir a la ciudad adonde vamos; y al cabo de la copa de la purga suele estar lo que más amarga; y al cabo del cautiverio de Egipto fué la persecución mayor contra

el pueblo de Dios, que nunca había sido: y aunque por una parte dé esto desconsolación, porque parece agua caliente sobre quemadura y viene sobre tanto cansancio, por otra es cosa de consolar, pues tras la cuesta está la ciudad, y acabado de beber el suelo de la purga no hay más que beber; y tras la grande persecucón de gitanos viene la liberación de la mano poderosa de Dios, y uno es víspera de otro.

No conviene, señora, desmayar por la grandeza de los enemigos, no por sus astucias; no por tormentos que den, que tanto será más acepta a su Señor cuanto más fuere perseverante en mayores tormentos por El: en cruz conviene estar hasta que demos el espíritu al Padre; y vivos no hemos de abajar de ella, por mucho que letrados y fariseos nos digan que descendamos, y que se seguirá provecho de la descendida, como decían al Señor. La cruz se tomó por El, y El la ha ayudado a llevar hasta ahora; y si alguna vez es tan pesada que hace arrodillar, así también hizo a Nuestro Señor: y no se maravillará El que nuestra flaqueza arrodille, pues su gran fortaleza arrodilló; lo cual El quiso hacer para que no desmayasen los flacos, cuando con el peso de los trabajos algunas veces les parece que, no pudiendo sufrir tanto quedan atollados con tristeza y como con alguna desconfianza, y sin aquella alegría en el padecer que otra veces: bien sabe el Señor nuestra masa, bien sabe nuestra mancha, que en la frente la traemos escrita para con El: no se maravilla de nuestras flaquezas, y más ama nuestra humilde confesión de nuestra falta, que nuestro engreimiento con la justicia.

Padre nuestro es, guía es de nuestro camino, aunque alguna vez se esconde a los caminantes, como la estrella a los Reyes; y no por eso los dejó, que luego les tornó a enseñar su luz, con la cual se gozaron de gozc nuevo, como quien tenía tristeza por haberla dejado de ver. Por estas mudanzas pasaron los siervos de Dios que ahora reinan con El, ya con lumbre, ya a obscuras, ya con esfuerzo para vencer todo el mundo y todos los trabajos, ya con tanta flaqueza que una paja les parecía un quintal,

y no podían pasar adelante apesgados de su propia pesadumbre, y parecíales cosa recia andar en estas mudanzas, y como dice Job (cap. XIV): *Nunca permanecer en un estado mismo;* y David dice (Psalm. XXIX): *Que a la tarde hay lloro y a la mañana alegría; y otras veces hay tarde alegre y mañana triste.*

Queramos o no, por esta mar hemos de navegar, que nunca está queda. Diferencia ha de haber de quien reina en la tierra firme del cielo, a los que navegamos en la mudanza continua de la mar; y debemos contentarnos con que no huyamos de la guerra, aunque algunas veces nos hieran en ella; que, en fin, no desechará Dios a su pueblo, como dice David. Y se acordará del amor del desposorio cuando siguió en el desierto. No tiene el Señor olvidado lo que por El ha pasado: no la tiene olvidada en lo que ahora pasa. En tormentos está por su honra y amor; El sacará a puerto su nao, y ojeará los cuervos que vienen a ensuciar el sacrificio. Así trató otros sus siervos acá, y así los libró y galardonó; y después cuentan con más alegría lo que acá más pena les dió. Pensemos qué placer sería del demonio si en sus manos nos asiese, y qué burla haría de ver que goza él de nuestros trabajos; y por otra parte pensemos qué placer daremos al Señor y a sus ángeles en ser fieles en lo que nos puso, y con cuánto gozo cantaremos las misericordias del Señor para siempre en el cielo por habernos librado de las miserias, y lazos de aqueste suelo. El sea luz y esfuerzo de vuestra merced, amén, para que todo lo pueda confortada por El.

119—CARTA A LA MISMA SEÑORA, ANIMÁNDOLA A LO MISMO QUE EN LAS PASADAS

Mi ánima ama a la de vuestra merced, porque Dios la ama, y porque de su bien me ha de caber a mí no poca parte. San Pablo dice que aquellos a quien predicó eran su gozo y su honra y su corona; porque recibiendo por su boca la palabra de Dios, habían mudado su vida y entrado en el camino de Dios, y así daban muy grande gozo a San Pablo; porque allende que se alegraba del bien de

ellos, esperaba también el galardón el día postrero por haber sido instrumento mediante el cual Dios había ganado aquellas ánimas: por eso les llama corona, por que así como una corona hermosea y honra la cabeza de quien se la pone, así los que fueron salvos por la predicación de uno, le honrarán y alegrarán como hermosa corona de ricas piedras; y siendo esto así, no es mucho de agradecerme que yo quiera el bien de su ánima; porque el bien de ella es mío, por haber Dios héchome esta merced de me la haber dado por hija, y me la ha de dar por una de las piedras de mi corona, que en aquel día me dará si yo perseverare en serle fiel en el llamamiento que me ha llamado. Y porque, señora, es vuestra merced piedra que ha de poner en corona, quiere Nuestro Señor labrarla muy bien, que no es razón que ponga en corona piedras toscas y de ningún valor, que aquéllas han de ir a los infiernos, pues no recibieron la labor y esmalte del espíritu del Señor.

Mas las piedras vivas, de las cuales se edifica la celestial Jerusalén, son aquí labradas con tantos golpes que parece que las quiere Nuestro Señor quebrar y que sin compasión les da golpes nuevos, aun antes que se haya quitado el dolor de los dados; mas no las quiere quebrar, sino apurar; no destruir, sino hermosear; y para tales, que cuanto acá parecían más maltratadas, tanto más resplandezcan el día postrero delante el acatamiento de Dios: entonces parecerá misericordia lo que aquí parecía crueldad, y asentará Dios a sus piedras labradas cada una en su lugar, y en tan bienaventurado lugar, que el menor de ellos es de más estima que los reinos e imperios y que cuantas cosas se pueden pensar. ¡Oh, bienaventurados golpes que en tal descanso han de parar, y bienaventurado trabajo que ha de ser pagado con abrazos de Dios! Hiérenos, Señor, aquí cuanto mandares, porque allí nos halagues: haznos llorar, porque nos enjugues las lágrimas: desconsuélanos en todo, porque gocemos de ti, que eres el todo; y senos aquí riguroso, porque nos guardes para allí tu misericordia: en este mundo desterrados estamos, y como en víspera de Pascua y arrinconados: el

cielo es nuestra tierra, y nuestra fiesta, y nuestra anchura; y por eso como quiera nos pasaremos aquí, para que cuando aparezca la gloria de Dios aparezcamos nosotros en gloria y celebremos aquella alegre Pascua con tantos ciudadanos que aquí primero celebraron la vigilia.

Señora, dé gracias a Nuestro Señor, que la trata como trató y ha de tratar a sus muy queridos: que a su Unigénito Hijo, que es la principal piedra, mire qué de golpes le dieron, que le labraron de pies a cabeza; y aquellos golpes también le lastimaron a la segunda piedra del cielo, que es la Virgen Nuestra Señora: y así conforme al asiento que a cada uno han de dar, así aquí ha de ser labrado. Y si esto conviene aun en los justos, ¿qué diremos los pecadores, sino abajar la cabeza y decir: «Señor, poco me castigas para según yo merezco»? Poco es todo lo que yo puedo pasar, aunque todos los trabajos yo solo pasase; porque quien el infierno merece, ¿qué pena de acá le debe parecer grande? Conozcamos, señora, que nos es Dios piadoso, aun cuando más riguroso parece: que cierto así es; pues a quien aquí castigare, allá no le castigará, mas consolará; porque escrito está, que no juzga Dios una cosa dos veces. Todo lo que pasamos merecémoslo; mas es Dios tan piadoso, que por los azotes que nos envía nos perdona los pecados, y nos los cuenta en servicio para darnos corona por ellos; y pues los trabajos de acá excusan el purgatorio y hacen ganar el cielo, ¿quien no los amará cuando vienen, y aun pedirá a Dios más y más de los que tiene, y estará triste cuando no los tiene? Quien a Cristo y a su reino conoce, no tiene en este mundo compasión de sí, porque tanto más cree ser apto a El cuantos más trabajos pasa por El. Y así decía aquel amoroso San Ignacio: *Fuego, cruz, fuerza de bestias, cortamiento, y apartamiento, y quebramiento, y destrucción de miembros, y destruimiento de todo el cuerpo, y los azotes del diablo;* todas estas cosas vengan sobre mí, porque yo merezca alcanzar a Jesucristo. Ninguna cosa me aprovecharán las cosas de este mundo ni el reino temporal; mejor me es morir en Cristo que reinar en los fines de la tierra. Estas cosas dice aquel Santo, como

quien conocía y amaba a Jesucristo y veía cuán bien empleado es todo por le ganar.

De esta manera, señora, se esfuerce vuestra merced a padecer purgatorio de sus pecados; y aunque no hubiera pecado, se había de esforzar a pasar trabajos por el puro amor de Jesucristo, que por ella tantos pasó sin haber hecho porqué; y así se lo diga, que aunque ella lo debe, que lo quiere pasar por amor de El, como si no lo debiera, y conforme a su corazón así lo recibirá el Señor, como empresa que vuestra merced trae por amor de El: en los amores de acá otras empresas se dan: mas en los de Dios el padecer es la empresa: y quien no es fuerte a padecer mucho, no diga que ama a Cristo mucho, porque no hay amor sin dolor acá. Espero en Dios que así como acá le da dolores y trabajos, en el otro mundo le tiene guardado descanso, aunque harto galardón es padecer por tal Señor; y así como ninguna cosa hay tan para desear en la otra vida como gozar con Cristo, así no la hay en esta otra tal como padecer con El y por El. Sufra de buena gana, pues que ha de ser coronada, que los trabajos que pasa le vienen para ganar corona.

120—CARTA A UNA SEÑORA QUE SE HABÍA CONSAGRADO A DIOS: AVÍSALE QUE SEA AGRADECIDA A SU MAJESTAD

Ya habrá vuestra merced entendido cómo entre las cruces que Nuestro Señor quiere que llevemos, es una el no poder ayudarnos uno a otro a llevarla, aunque lo deseemos; y pues nos hemos ofrecido a su voluntad, conviene que en todo, sin sacar nada, la adoremos y abracemos en nuestro corazón, para que así con su gracia ganemos merecimientos de vida eterna y hagamos lo que debemos a la obediencia de tan gran Señor y piadoso Padre, lo cual he dicho por el no escribir tanto a vuestra merced. Mucho se alegró mi corazón en el nuevo deseo del espiritual matrimonio con el celestial Rey; y muchas gracias se deben dar a tal bondad, que así ha llevado a vuestra merced poco a poco hasta subir a la dignidad de esposa, que es la mayor honra y amor que hay:

y porque con tanta alteza no se desvanezca la cabeza, le avisan que sea humilde con Dios y con los hombres y así yo se lo he avisado en las cartas días ha. Para con el Señor traiga vuestra merced en su memoria aquello de Abraham: «Hablaré yo al Señor Dios mío, aunque sea yo polvo y ceniza». Téngase por una pequeña hormiga que está sobre la tierra, y que le sacó la piadosa mano de Dios de los infiernos, do ella por sus pecados merecía estar, y ande cargada con el peso de los beneficios de Dios, dándole el tributo y alabanza y gracias que ella pudiere, por no caer en el mal vicio de la ingratitud; porque cuando Dios descarga a uno de sus pecados, cárgale con obligación de le dar gracias y de le servir como a Señor, de cuya mano tanto bien ha recibido: y también traiga en su memoria la palabra de Nuestra Señora: «He aquí la esclava del Señor»; y por tal se tenga, pues de su parte es esclava, y mala esclava, y toda su honra es Dios, y así se llame.

Conviénele, señora, ser rica en amor, pues que como el Señor dice (Malach., I): *Si Yo soy vuestro Señor, ¿qué es del temor que me tenéis? Y si Yo soy vuestro Padre, ¿qué es de la honra que me catáis?* Así dirá: Si soy vuestro Esposo, ¿qué es del amor que me tenéis? Esto, señora, le ha de pedir que le dé, para que ella se lo dé a El, y con amor le parecerá bien, y estará su ánima hermosa, y con amor será rica en merecimientos, y con amor se atará con Nuestro Señor, como se atan acá los que se casan. Procure mucho de apurar su ánima de toda cosa que no es Dios; y si algunas faltas hiciere, límpielas luego con la vergüenza y dolor y con la confesión, para que siendo del Señor perdonadas, vaya delante la hermosura de su ánima, la cual, aunque los pecados veniales no la quitan, obscurecen la vivez del color del ánima, que es imagen de Dios; y por eso y otros daños que traen debe procurar de huirlos cuanto en sí fuere, y abundar en buenas obras, para que, como dice San Juan (Apoc., XXII): *El que es justo sea más justificado.* Para con los prójimos tenga humildad, teniéndolos por más dignos de las mercedes de Dios que ella, y téngase por esclava de Dios:

reveréncielos en su corazón y en lo de fuera según conviene al recogimiento de la casa. Acuérdese muchas veces de que el Señor lavó a sus discípulos los pies, y haga ella en su corazón lo mismo, y haga por ellos las buenas obras que pudiere con un amor entrañable como a miembros de Nuestro Señor, mirando lo que El dijo (Joannes, XIII): *¿No fuera razón que tuvieras misericordia de tu prójimo, como Yo la hube de ti?* El voto que vuestra merced desea hacer, cese ahora: conténtese con los dos que tiene hechos; y en lo demás, guarde lo que dice San Pablo (I Cor., VII): *Los que usan de este mundo, como si no usasen de él.* Sea Dios su hacienda y riqueza.

121—CARTA A UNA SEÑORA TRABAJADA, ANIMÁNDOLA A LLEVAR LA CRUZ

La venida de vuestra merced sea muy enhorabuena; y cuanto más trabajada, tanto venga más enhorabuena; y cuanto menos refresco halle, tanto más enhorabuena, que con estos tales golpes se fabrica la corona que vuestra merced busca, y se gana el amor del celestial Rey, del cual ella de su gana quiso ser cautiva. Ya sabe que no hay amor sin dolor, y mucho mayor en el de Dios, porque es más verdadero amor, el cual ha de ser probado con trabajos, como oro con fuego; y el que queda en pie aquél es el fino, y el que hace que el Señor diga (Luc., XI): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones: Yo os dispongo el reino como mi Padre lo dispuso a mí.* Crea, señora, por cierto, que si cuanto yo más trabajada la veo más me parece que la amo, o a lo menos más tiernamente, ¿qué hará aquella divinal Bondad sino más y más querer a quien más ve padecer por su amor? Y esto entendía bien San Andrés cuando decía: *Tanto seré más acepto a mi Rey, cuanto por El más padeciere:* y esto desean todos los que a Dios desean; porque no en gozar con El, sino en padecer por El consiste nuestro amor.

Y pues vuestra merced ha vendido a sí misma y cuanto tiene por comprar esta joya, no se desmaye si le piden

mucho por ella, que más y más vale, y señal es que se la dan, pues tanto le hacen pasar, que si no le dieran, no le pidieran; si no la tuviera el Señor en su amor, no la metiera en trabajos: en guerra está, tengo esperanza de la corona. La cruz le dan, confíe que le dan al que se puso en ella, que El y ella casados son; y por eso está fijado con clavos, porque sepan todos que quien a ella tiene, tiene a El, y quien a El quisiere llevar, ha también de llevar a ella; porque a los que Dios juntó, el hombre no los aparte. Consuélese, pues, vuestra merced en sus peregrinajes y trabajos, y hágales rostro de sierva de Cristo, que pues tiene la esposa, que es la cruz, no se le negará el Esposo, que es el Crucificado: y sea por donde El quisiere, o como El quisiere, ¿qué se le da a ella si Dios es así contento? Ya se dió a El, no conviene tornarse a tomar: en el punto que deseó amor, se obligó a ser mártir de El: no le pese por pasar mucho por el Señor, que no es pequeña honra del caballero ponerle su Rey en los pasos de mucha afrenta, y cuando los otros duermen, que él vele; y cuando están sin armas comiendo y holgando, que esté él armado y en pie, y si es menester derramando la sangre; mas esto tiénelo él por una grande merced, porque es señal que el Rey tiene de él mucha confianza, pues le pone en mayores trabajos que a otros.

Conviene, señora, que dé buena cuenta cada uno de lo que el Señor le ha encomendado, y que a quien le ha puesto en más peligrosos y trabajosos trances, no se tenga por más desdichado, mas por más amado: y si viere a otros estar en paz, y a sí mismo en guerra, no se aflija ni desee trocar su suerte por la ajena; mas que sea agradecido a quien le tuvo por fiel para le encomendar mayores trabajos; y espere de la mano de quien le trabaja corona copiosa de todos ellos; que si el hombrecillo es fiel a Dios en llevar con fuerza de amor la carga pesada, ¿cuánto más será Dios fidelísimo en galardonar a su caballero? Este galardón le está, señora, guardado, que es el mismo por quien trabaja. Aparéjese a pasar más por El, que mucho más y más merece que se pase por El; y sepa que a ninguno engañó que de El se fiase. Los Pro-

fetas andaban por los montes y cuevas necesitados, angustiados, afligidos, y muchas veces mofados de los hombres, y abofeteados y muertos: los Apóstoles y mártires desterrados de sus casas, tierras y parientes, desconocidos de sus amigos y perseguidos de todos; encarcelados, en frío, desnudez y hambre y peso de las cadenas; azotados, apedreados, deshonrados y hechos como un poco de estiércol en los ojos del mundo, y así fueron preciosos en los de Dios, y fueron tenidos por amigos de El, y gozan ahora de El; y pues que a Dios le va por juramento que no tendrá parte en El quien no toma su cruz y le sigue, más razón hay de haber compasión de los que viven sin trabajos, pues no gozarán del descanso, que tomar pena de los que no vienen; no es posible descansar aquí, y allá poseer a Dios, y vivir a nuestro querer.

A pospelo hemos de ir de todo lo presente para alcanzar lo que está por venir. Y más me alegro de ver el camino tan cierto por donde el Señor la ha llevado y lleva, que si la viera llena de consolaciones. Señora, no es quienquiera el Señor a quien ama; no haga cobarde la recuesta de su amor, por el cual hombres y mujeres, viejos y mozos tantas cosas pasaron. A Dios creyó, de Dios se fió, a Dios amó, a Dios busca, y por su amor pasa lo que pasa: si le duele, mire la causa del padecer, y hallarse ha dichosa en el padecer por tal Señor. Gózanse los Apóstoles de ser azotados por el nombre de Cristo: gócese vuestra merced en lo que pasa por El, que si bien agradece estas mercedes, Dios le dará otras mayores. ¿Qué, piensa que es ya la guerra acabada? Esfuércese, que mientras más creciere en amor, más carga le han de echar, y pues no la quiere el Señor para pequeños bienes, no le han de costar pequeños trabajos.

Abaje su cuello al yugo del Señor, y a ojos cerrados vaya tras El: no quiera comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, parándose a mirar lo mucho que padece, y que fuera mejor ir por otro camino; que si a esto abre sus ojos, todo irá perdido, y luego desmayará, y se le andará la cabeza alrededor, como acaeció a nuestros padres primeros, que por comer del árbol de la cien-

cia perdieron de comer del árbol de la vida. Señora, no use de su propio juicio, sino viva en fe; no escudriñe, sino a ojos cerrados fíese de Dios; cate que en la hora que quisiere ella aquesto o aquello, sale de la obediencia del Señor, el cual quiere que con perfecta sujeción nos sujetemos a El sin preguntarle por qué nos lleva por tal o tal camino sin murmurar de El; por qué nos sacó de Egipto y trajo a desierto de tanta aspereza y amargura. Conviene al hombre tornarse ciego y más que ciego por seguir a Dios, tornarse necio para seguir al que todo lo sabe. Y la sabiduría de los santos consiste en negar su parecer y su voluntad, y seguir a ojos cerrados la de Nuestro Señor; y si alguna vez les venía su propio juicio a decir: recio camino es éste, errado va, mejor fuera por aquí o por allí, desechaban este pensamiento como habla de la serpiente que preguntó a Eva (Génesis, III): *¿Porqué os mandó el Señor que no comiésedes de este árbol?* A lo cual si ella respondiera: «yo no soy juez para juzgar los caminos de Dios, sino sierva que ha de obedecer su voluntad con santa simplicidad», no cayera en lo que cayó.

Señora, no consienta a su juicio que pregunte nada de lo que en ella el Señor hace. No le diga que la lleva por desierto espantable; mas con entera fe adore lo que Dios quiere, y sin entender por dónde la llevan, que el que está en los cielos y la ama, sabe el cómo y por dónde, y lo que El envía, eso conviene; y le dice desde allá: ese es el camino, camina por El. Ya sabe de cuánto tiempo está avisada; no se le haga de nuevo lo que conoce de Dios que quiere que pase. El lo quiere, El sea bendito, que en todas las cosas la quiere probar; no deja acíbar que no le da para hacerla muy agradable delante sus ojos, y cuanto más martillada, más reluciente; y mientras más extranjera, ciudadana; y por el desconsuelo presente le ha de dar muy grandes consuelos. Cristo sea luz y esfuerzo, y consuelo de su ánima. Amén.

122—CARTA A UNA SEÑORA ENSEÑÁNDOLA EN QUÉ CONSISTE LA SANTIDAD

Las cartas de vuestra merced he recibido, y aunque no respondo a todas, no deje vuestra merced de preguntarme lo que quisiere, si quiere ser muy santa como dice; porque lo otro ni es de humildes ni obedientes, y, por tanto, no es de santos. Lo que vuestra merced ha de hacer para ser muy santa es lo primero tenerse por muy mala, y tener a Dios por muy bueno, del cual sólo es hacer a los malos buenos, y a los buenos mejores, ayudándose ellos de sus favores que da. Conviene, señora, ser muy leal a Nuestro Señor Jesucristo para darle toda la gloria del bien que tenemos; porque si en ésta le tocamos, en la niña de los ojos le tocamos, y quedarnos hemos sin honra y sin bien. *Item*, conviene amarle mucho para tener mucha santidad; porque el amor hace la santidad; y quien más ama, más santo es; y pruébase este amor ser verdadero en guardar las palabras de Dios y en padecer cruz por El; y mientras más dura y seca, tanto más se parece el amor de quien la lleva. *Item*, se prueba el amor en el propio desprecio y propia abnegación, como el Señor dice: *Que quien quiere ir tras El, se niegue a sí mismo*. Gran enemigo de su propio parecer y de su propia voluntad es el que a Dios ama mucho y agradece mucho a quien le ayuda a vencer estos enemigos con contradecirle y darle muchos enojos.

Y hasta que uno no tiene este celo de Dios contra sí mismo, vengándose de sí con la penitencia que puede, y holgándose que otros venguen a Nuestro Señor de El, poco ha caminado en el camino del perfecto amor de Nuestro Señor, el cual hace santamente aborrecerse a sí mismo, para de verdad amar al Señor y a sí mismo. *Item*, la prueba del perfecto amor de Nuestro Señor es el perfecto amor del prójimo el cual crece como crece el de Nuestro Señor, y hace a1 que lo tiene tan uno con todos los prójimos, como son los miembros de un cuerpo; y de aquí nace la oración cuidadosa por todos, y el

hacer penitencia por ellos si puede. Sea Cristo su amor para siempre.

123—CARTA A UNA SEÑORA AFLIGIDA

Dilatado he la respuesta de la carta de vuestra merced esperando tener alguna mejor disposición para con mejor aparejo pedir a Nuestro Señor la respuesta que vuestra merced ha de responder a El; y como todavía dura mi indisposición, parecióme no esperar más, porque no es justo dilatar la respuesta mucho tiempo a tan gran Señor, pues en sabiendo su voluntad, es razón que le demos la nuestra. Ya vuestra merced ha oído de mí muchas veces que el mayor favor que en este mundo Dios hace a los suyos es padecer por amor de El; y esta merced es tan grande, que por tal la concedió el Eterno Padre a su amantísimo Hijo, y el Hijo la concedió a los muy amados de El, honrándolos con hacerlos semejables a El; y dándoles prenda, que pues los hace semejables en el padecer, los hará también en el reino. Y así, señora, vuestra merced se debe tener por indigna de tal misericordia, y agradecerla de todo corazón al Señor que la hace, y acordarse de aquella palabra que la Sacratísima Virgen María dijo (Luc., I): *He aquí la sierva del Señor; sea hecho en mí según tu palabra.* Y cuando David envió a decir a aquella buena y prudente mujer Abigail que la quería tomar por mujer, ella, conociéndose por indigna de tal dignidad, respondió (I Reg., XXV): *He aquí tu sierva para lavar los pies de tus criados.*

Téngase vuestra merced por esclava, que de su voluntad se ofrece a servir a su Señor y sus siervos en cualquier cosa que El mandare honrosa o deshonrosa, de descanso o de pena, de vida o de muerte; y un día, cuando quiera comulgar, diga al Señor con reverencia y amor: «Señor, yo no soy digna de padecer por vuestro amor; mas pues vuestra bondad esta merced me ofrece, yo la recibo y la consiento con que Vos, Señor, con la misma bondad me deis la fuerza para llevar vuestra cruz para gloria vuestra, pues conocéis mi flaqueza»; y luego

diga: «En vuestras manos, Señor, encomiendo el espíritu mío». Y reciba a su Señor con mucha confianza, que le dará esfuerzo para padecer lo que le enviare; y vuestra merced procurará pedir oraciones para lo mismo. Nuestro Señor la haga mártir de su amor.

124—CARTA A UNA SEÑORA MUY AFLIGIDA: ALIÉNTALA A LA FIDELIDAD DEL SEÑOR PARA CONFIAR EN ÉL

La gracia y consuelo del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre. Alguna pena tengo de no haber recibido carta o encomiendas de vuestra merced; porque temo que lo impide, no el olvido, mas alguna grande tribulación, procurada por el demonio para hacerle mal, y permitida por Nuestro Señor para hacerle bien. Y tanto más creo que es esta la causa, cuanto más creo que ha de poner ahora todas sus saetas el adversario para turbar la paz y salir con alguna ganancia; por lo cual conviene, señora, que a la mayor guerra ponga mayor resistencia, y la persecución no le sea causa de desmayo, mas espuelas para más encomendarse a Nuestro Señor, y freno para más regidamente vivir, que ya sabe que no hay otro mejor camino para agradar a Dios sino aqueste de los trabajos. Y ya sabe que quiere que los suyos no piensen que están de El olvidados, aunque estas cosas les vengan; mas que contra esperanza esperen, y puestos los ojos en El lo traspasen todo: y aunque sientan dentro de sí disfavor y respuesta de muerte, la confianza les esfuerce y profetice que les ha de librar el Señor con mucha ganancia. El Apóstol dice (II Cor., I): *Hágoos saber, hermanos, la tribulación que pasé en Asia, que fué sobre manera, y fué sobre mis fuerzas, tanto que me daba fastidio el vivir, y dentro de mí tenía ya respuesta de muerte;* mas esto fué para que no confiemos en nosotros, mas en Dios, que resucita a los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros, y en el cual esperamos que nos librará, ayudándonos vosotros en la oración.

Señora, pues, mire si es razón que nos quejemos los

pecadores de ser tratados como lo fueron los grandes amigos de Dios, y que huyamos de lo que purga nuestros pecados y nos hace hábiles para recibir la corona del reino de Dios. Sepa, señora, que le conviene tener guerras grandísimas y vida que le parezca muerte, y un puro traslado del purgatorio, para que así entienda cómo trata Dios en esta vida a sus escogidos, uno de los cuales vuestra merced pueda confiar que es a gloria de Dios. El Apóstol dice (II Cor., IV): *Cada día somos traídos a muerte por amor de Jesucristo;* y en otra parte suplicó al Señor *que le quitase la tentación del demonio que le atormentaba mucho;* y oyó que le responde Cristo: *Que bien está así, y se contente con que está en su gracia.*

Por tanto, señora, no se derribe con flaqueza, ni desmaye por las grandes guerras; que este Señor que las permite la sacará victoriosa. No suelen los marineros dejar perder las naos ya que las tienen en el puerto o cerca y con buen tiempo, habiendo pasado primero muchos trabajos con ellas en el tiempo de la tempestad y en medio del golfo. Y tampoco dejará Nuestro Señor perder la ánima que estando en golfos tan peligrosos la guardó, y no permitió que se sumiese en los infernales tormentos: mas sacóla con tanta muchedumbre de maravillas, que dan esperanza que no desamparará hasta el fin a la que tanto amor ha mostrado en los principios y medios. ¿Adónde está, sierva de Cristo, vuestra confianza, si después de tantas prendas de amor aun desconfiáis ser amada? ¿Es, por ventura, el Señor semejable a los que enseñan amor y no lo tienen? Antes, cierto, es tan amador, que aun cuando de fuera parece que castiga y desama, entonces ama y más ama. No sospeche vuestra merced enemistades, que en verdad no las hay. El Cordero bendito pagó nuestros pecados, y nos ganó la bienquerencia del Padre.

¿Qué causa hay de desconfianza donde tal Redentor y Medianero tenemos? Si mi dicho valiese, diría que creo muy creído de la bondad de aqueste Señor, que así como por sí mismo sin nuestros merecimientos sacó esta ánima de sus ofensas, así por sí mismo la ha de guardar

entre todas las guerras y llevarla hasta su presencia en el cielo, no obstante sus faltas y ruindades, pues son veniales, y le da dolor de ellas: El hará como quien es, y mirará a sus llagas que en las manos tiene; y no sólo a las obras de nuestras manos y a los pensamientos de nuestro corazón, porque El guiará como estemos en pie, o nos levantará después de caídos; mas a gloria suya coronará a la que pelea, y alegrará a los que la aman. Humíllese mucho a Dios y a los hombres, que no hay otra arte para escapar de los lazos del demonio sino ser chiquito, porque David dice (Psalm. CXIV): *El Señor guarda los chiquitos: humilléme yo, y libróme El.*

Armese mucho de paciencia, pues lo que sufre lo sufre por Dios, y no se enoje por mucho que dure la guerra, porque suele el demonio ser importuno por vencer con sola importunidad; y si no sintiere el ánima cual desea, preséntela a este Señor, que es Médico de ellas, y espere con largueza de corazón su medicina: El vendrá, cierto, y entrará en su ánima, y mandará a la mar que sosiegue, y le reprenderá de poca confianza, y la abrazará con mayor suavidad que antes ha sido la amargura. Acá no hay olvido ni descuido en la encomendar a Nuestro Señor: espero de El que oirá las oraciones de los pobres. El sea alegría de vuestra merced en el cielo, y aquí esfuerzo para mucho padecer por El, como yo lo deseo.

124—CARTA A UNA PERSONA ESCRUPULOSA

Bien parece, Hermana, que no sois para prueba, ni habéis salido de la niñez, pues en dejándose de reír el celestial Esposo con vos, luego ponéis sospecha que está con vos enojado. ¿Adónde están las particulares misericordias que de su mano bendita habéis recibido en testimonio que particularmente os ama? ¿Así habéis de olvidar cuánto os ha regalado? ¿Y tan presto habéis de pensar que quita Dios su amor de quien una vez tan de verdad lo ha puesto? ¿Para qué os ha dado tantas prendas, sino para que le fiéis algo sobre ellas? Fiadle

este crédito, que os ama, aunque ahora no os lo muestra. Y pensad que no seréis en ello engañada, pues que ya os he dicho otras veces que el amor que al Señor tenemos no ha de ser tal que nos derribe con demasiada tristeza, si en alguna culpa liviana caemos; que de esa manera, ¿quién de los hombres tendrá descanso ni paz, pues todos pecamos? Quiere el Señor que os arriméis a El y os gocéis en El, y que pongáis vuestras llagas en las suyas, para que quedéis sana y consolada, por recias y sensibles que sean las vuestras.

¿Hasta cuándo habéis de andar escarbando tanto como escarbáis en vuestro muladar, que no sacaréis sino cieno, y de mal olor? Acabad ya de creer que no por vos, sino por Jesús crucificado, habéis de ser sana y amada; y no os desmayéis tanto por vuestras faltas, pues por los frutos que de ello sacáis podéis ver que no agradáis al Señor en ello. Mejor será tener un corazón varonil y esforzado, mirando el bien que por Jesucristo habéis recibido y tenéis: y así lo mirad, que os doláis de vuestros pecados y viváis con cuidado de no le ofender; mas no que perdáis vuestra paz y paciencia si os viéredes caída, pues os he dicho muchas veces que tal cual sois os ama el Señor. Contentaos con ser amada por su bondad, aunque por vos no merezcáis ser amada. Si una esposa parece muy hermosa a su esposo porque él la mira con ojos de mucho amor, ¿qué va en ello que ella no sea tan hermosa, pues lo es en los ojos de su esposo? Si a vos sola miráis, daros ha asco de vos, y desmayaréis viendo tanta miseria.

Mas ¿qué os falta, pues tenéis en el cielo quien os ama, y a cuyos ojos parecéis bien, porque os mira por los agujeros de sus llagas que por vos padeció, por las cuales os dió su gracia, y suple vuestras faltas, y os sana y hermosea? Descansad, pues ya sois sierva del Crucificado, y olvidad las turbaciones pasadas como si pasado no hubieran; que de parte del mismo Señor os digo, como otras veces os he dicho, que El lo quiere así. Corred de aquí adelante vuestra carrera con ligereza, como quien ha echado de sí una carga pesada que le impedía;

que aunque luego no venga la serenidad deseada, no os fatiguéis, que a las veces se camina más con tempestad que con buen tiempo, y se merece más con la guerra que con la paz: el que os redimió os regirá como os cumple para ser salva. Fiaos de El, pues tantas razones tenéis para ello: y lo que escarbáis en vuestra miseria, escarbadlo en su misericordia, y sacaréis de ello más provecho que de lo primero. Esta os cobije con su dulcedumbre eterna, como yo lo deseo, y suplico y espero, pues para eso os llamó: encomendadme al mismo Señor por amor de El.

126—CARTA A UNA PERSONA, QUE TRATA DEL AMOR DE DIOS PARA CON EL HOMBRE

El Niño nacido por nuestro bien dé a vuestra merced parte de los bienes que trae, pues tomó El los males que nosotros teníamos: El le dé fuego vivo de amor, en que a vivas llamas arda; pues por encender éste en nosotros viene tan pobre y arrecido de frío. Mientras este Niño más padece, más nos roba el corazón para le amar; y mientras más le amamos, más deseamos padecer por El; porque el amor huye del descanso como de una cosa contraria a su intento; y buscando los otros libertad y placer, el que ama aborrece esto, y desea ser siempre esclavo, y trabajar por quien ama. Señora, ¿quién constriñó a Dios a hacerse hombre? No otro sino el amor. ¿Quién le constriñó que ya que era hombre fuese nacido en tiempo tan recio, en lugar extranjero, en casa de establo, en tanta pobreza y bajeza, que se ha de haber de El compasión? Cierto otro no lo hizo que el amor que desde el cielo le trajo preso al vientre virginal de Nuestra Señora; y del vientre lo llevó al duro pesebre, y de allí a otros trabajos, y después a la cruz, adonde amándonos verdaderamente, nos hizo que de verdad le amemos, según El mismo lo dijo antes: «Si me ensalzáredes de la tierra, todas las cosas traeré a Mí.» Ensalzar de la tierra quiere decir morir en cruz, como murió, y

entonces trajo todas las cosas a sí mediante el grande amor que encendió en los corazones.

Porque mirando a este verdadero amador, unos han olvidado sus tierras, viviendo en peregrinajes; otros dejado sus haciendas, viviendo en pobreza; otros se han ofrecido a trabajos y muerte, deseando más padecer por Cristo que holgar sin El. Y sea su clemencia por siempre bendita, que entre los que por este noble amor del Crucificado han olvidado sus cosas, y a sí con ellas, es una vuestra merced: no de ella, mas de Aquel que en ella obra para gloria de El; y así no lo dejará en las flacas manos de ella sola, pues El y no ella de sí lo comenzó.

Alégrese, señora, en Dios su alegría, pues es cobijada con manto tan fuerte y tan blando: fuerte para le defender de sus enemigos y de sí propia, que es el mayor enemigo, y blando para la consolar entre sus trabajos, y para sentirlos como si de El fuesen, y para darle parte de su corazón, y muy herido de amor por ella. ¿Cómo el Señor pudiera haberla esperado, traído, guardado y sustentado, si muy de verdad no la hubiera amado? ¿Cómo no le provocaran a ira las faltas de ella, si no hubiera en El tanto amor que cerrara los ojos a ellas, y los abrió a lo que le cumple? Y diráme: ¿de dónde a mí tanto bien, que el Rey eterno me ame, y por eso sufra, y me dé bienes en lugar de males? Respondo, señora, que me diga ella: ¿por qué el fuego quema, y el sol alumbra, y el agua refresca, y cada cosa hace según su naturaleza? Y si dice que porque el fuego es fuego, por eso quema, así le digo que porque Dios es Dios, por eso nos ama libremente y hace misericordias a quien no las merece. No tiene nada, no, nuestra soberbia de qué gloriarse; mas la vergüenza y deshonra es nuestra, y la honra es de El. De los bienes nosotros gozamos; mas la gloria suya es, que así lo cantaron los ángeles, nacido el Niño (Luc., II): *Gloria sea a Dios en los cielos, y paz a los hombres de buena voluntad.*

Gloria demos, señora, al Señor de todos por las misericordias que de su mano hemos recibido: gloria sea a El, porque con tanto poder nos libró de las manos de

aquellos a los cuales nosotros, con miserable consejo, nos habíamos entregado: gloria sea al que pareciendo tan desgraciado trajo a su gracia, y nos sustenta y corona con gran misericordia y misericordias, y nos da a entender que acabará lo que ha comenzado; porque de aquél suele ser el cuidado y carga de un negocio de quien ha de ser la honra; y quien lleva la honra ha de tener el cuidado; y pues aqueste bendito Señor quiere ser en nosotros glorificado y llevarse la honra de nuestra victoria, El quiere tomar el cuidado de nuestra pelea y El hará que caminemos a El por El, y nos atará con nudo de amor tan fuerte que ni muerte ni vida de El no nos apartará: El hará que le miremos con ojos abiertos, y que a todas las cosas los tengamos cerrados; y tanto se nos imprimirá en el corazón, que por su amor y memoria olvidemos todas las cosas y a nosotros también.

Esto hará el que es piadoso y poderoso, y es santo su nombre, y el que más nos ama que nosotros sabemos decir ni pensar; porque sus obras son sobre todo sentido. A El sea gloria en los siglos de los siglos. Amén. A lo que me pregunta de mi salud, mal me va, pues soy flaco, que si no lo fuese, no me quitaría tan presto Dios los dolores como me los quita: y a lo demás, respondo que el fuego grande, mientras más encerrado y callado, más arde. Cristo la haga discípula verdadera y fiel del enseñamiento de su amor, para que en algo sepa responder a su inefable y divino amor, como yo se lo suplico.

127—CARTA A UNA SEÑORA QUE PADECÍA TRABAJOS, ANIMÁNDOLA A LLEVAR SU CRUZ CON LA ESPERANZA DEL PREMIO

Sí, señora, sí sé que vuestra merced está en cruz, y no a solas, que no pienso yo que Nuestro Señor la ama tan poco que la quiera tener lejos de sí. Su cama, señora, y su mesa la cruz fué: en ellas ha de poner a sus amados, si lo quieren ser y no se turbe vuestra merced porque no hay cosa que le consuele, pues ha oído que el Señor dijo puesto en la cruz: *Busqué quien me consolase, y no lo hallé.* Desamparado de su Padre dijo que estaba;

y esto excede a todo nuestro desamparo, por mucho que sea, como también sus dolores exceden a los nuestros. Téngase, señora, firme en la cruz: no quiera descender de ella por descansar. Ofrézcase a la voluntad de Dios para que haga de ella su voluntad, sin que le resista. Déjese llevar de tan buen Padre adonde El mandare, y diga como dijo Santo Tomás: *Vamos, y muramos con El* (Joann., XI). Mire que este negocio no es palabras, sino obras, y finos dolores y desamparos; y no tiene uno más amor del que parece en el tiempo de la tribulación; y cada cosa tiene su tiempo. Aquí hemos de padecer con el amor, y hacer que abracemos la cruz; en el otro mundo nos hará gozar del mismo Dios.

Sufra, señora, al amor su carga, que El se lo pagará doblado en el cielo; y acuérdese que se le ha ofrecido por sierva tantos años ha, y que no desdiga en el tiempo de la prueba, sino que le sea leal, para que por tal sea coronada en el cielo. No espere acá otra fruta sino hiel y vinagre y lo demás de la cruz: y mientras más se le acercare la libertad eterna, más recios trabajos ha de pasar. ¡Mas dichosa avenida de tormentos, que sacarán el ánima de tan penosa cárcel y la presentarán delante su Criador limpia, hermosa y pasada por fuego resplandeciente! No es esto cosa de carne y sangre, mas virtud del Señor, que da a los que se le sujetan, para que así como flaquezas y tormentos El venció y entró en su reino, así El en ellos haga lo mismo y los lleve consigo victoriosos y para siempre bienaventurados. Dígale, señora, a su cuerpo y ánima: descansad en esta esperanza, y aquí no esperéis sino cruz, y es esto lo que os conviene. Hágase en buen hora la voluntad del Señor en nosotros, que nadie nos quiere tanto como El, y El por su bondad nos pondrá en cobro. Esfuércese vuestra merced, y corramos nuestra carrera juntos, y llevemos nuestra cruz acá en la tierra, para que allá en el cielo nos gocemos juntos. Dios sea con vuestra merced, como yo se lo suplico y deseo.

128—CARTA A UNA SEÑORA ENFERMA, ENSEÑÁNDOLA CÓMO SE HABRÁ CON LA PAZ DEL CORAZÓN

A Nuestro Señor gracias, porque con el crecimiento de enfermedades del cuerpo hace que crezcan mercedes en el ánima; y así ha de pasar; supliquémosle que corte y queme, como San Agustín decía, porque en lo interior y que ha de durar nos enriquezca; pues todo lo que por tal joya como es Dios se diere y padeciere es muy poco y de ningún valor, si no es por su gracia. Lo que vuestra merced debe procurar es recogerse toda y ser como vaso entero sin agujeros, para que el licor que Nuestro Señor en ella echare no se salga por aquí o por allí: los agujeros del corazón las afecciones son, cuando en otra cosa se ponen que no sea Dios o por Dios, y así conviene renunciarlas todas y trocarlas por el amor de Dios: que así como antes amábamos las criaturas por parentesco u otro respeto, ya no se amen sino por Dios y en Dios. Es esto un morir y un resucitar muerte a todo amor, mirando la criatura en sí, y resurrección mirando a la criatura en el Criador, o a El en ella, que es lo que mejor suele armar a los que siguen el recogimiento; y he dicho esto porque no piense vuestra merced que quiere Dios ser El sólo amado en sí y no en las criaturas; pues es cierto que dió dos mandamientos del amor, y entrambos se han de cumplir, aunque el amor no es más que una virtud por la cual amamos a Dios por Dios, y al prójimo por Dios y en Dios.

Conviene que vuestra merced traiga muy gran cuenta de guardar la paz y sosiego del corazón por reverencia de aquel Señor que en él mora, que es tan amigo de paz que se llama *Príncipe de paz* (Isaí, IX), y pacífico, y aun la misma paz; y así ha de huir de toda congoja, temor, ira, desabrimiento, deseo con ahinco, tristeza demasiada, y alegría también, y vivir en una paz en cuanto le fuere posible: que a cualquier rato que el Señor quiera visitarla, no la halle turbada ni inquieta; y primero que hable o reprenda algo, encomiéndese mu-

cho a Nuestro Señor para no turbarse, y no reprenda hasta que esté en paz; y por eso se debe acostumbrar a mortificar cuando algún enojo o falta hicieren, y humillarse a recibirlo en venganza y satisfacción de lo que ha ofendido a Nuestro Señor: y después de aprovechada ella, podrá aprovechar a otros, que este es el fin de la corrección.

Esta paz se alcanza con estár confiada de Nuestro Señor como de verdadero Padre, y con no tener voluntad ninguna más de la de El, y ésta abrazarla con todas sus fuerzas y gozarse y regocijarse en ella: y hasta que halle un entrañable gusto en que se cumpla en ella la voluntad de Nuestro Señor, aunque sea con trabajos, menosprecios, dolores y todo lo demás, por adverso que sea, no descanse ni piense que ha aprovechado en el camino de Dios y en sus mismos dones que le diere: su principal gozo sea porque El se contente, y por tener con que más contentarle a El. Para el trato familiar con Nuestro Señor, para el cual El la llama, conviene mucho el recogimiento del pensamiento y vivir dentro de sí. Y esto ha de ser con la mayor suavidad que pudiere; porque la humana flaqueza siente mucho que la encierren y no la dejen callejear; y por eso conviene poco a poco acostumbrarse a esto, unas veces entrando muy dentro de sí, y otras estando como ni dentro ni fuera; y si alguna vez salen de sí a mirar las criaturas, es para mirar a Dios en ellas, y nunca alejarse de sí misma, sino traerlo luego al corazón, y allí, como abeja solícita, hacer su morada y su miel. Dejar del todo el cuidado de la casa, no entiendo que lo quiere Nuestro Señor, mayormente no habiendo en ella a quien se pueda encomendar que tenga habilidad para ello. Mas mire vuestra merced a qué cosa se extiende la habilidad de N., y aquélla lo puede encomendar; y lo demás provéalo vuestra merced con todo el sosiego posible, y rogando a Nuestro Señor que con poco cuidado de vuestra merced lo guíe El, pues obra sin congoja y sin trabajos.

Esto es lo que se me ofrece que decir para prosecución del camino por donde Nuestro Señor la quiere lle-

var. Su misericordia suplirá lo que aquí falta con que vuestra merced sienta siempre de sí como de gran pecadora, y diga como San Pablo (I Cor., XV): *Yo no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios.* Acuérdese el hombre de quién era él cuando vivía por sí, para que agradezca a Dios, cuando le da gracia para vivir en El; y porque me parece muy bien un hecho que hizo un hombre sabio, a este propósito se lo contaré, y fué que siendo rico y sabio y de linaje, se casó con una labradora de una aldea, no por afección torpe, sino con juicio de razón, por tener mujer que le fuese humilde, agradecida y obediente viéndose casada con quien a duras penas merecía servir; y porque las ropas y joyas y todo el más aparato que le dió como a mujer de hombre tan calificado no la ensalzase, tomó la ropilla vil y pobre que ella traía vestida cuando la recibió, y colgóla en su palacio donde ella muchas veces la viese, y con esta memoria de la pobreza pasada nunca se ensoberbeciese con la honra presente. Así que, señora, mire vuestra merced la pobreza en que vivió en tiempos pasados, y nunca de ella se aparte profunda humildad, agradecimiento y amor a quien tantas mercedes le ha hecho y le ha de hacer. El sea por siempre bendito. Amén.

129—CARTA A UNA SEÑORA QUE LE PREGUNTÓ QUÉ SERÍA ESTAR DESCONSOLADA Y ALEGRE DE LO ESTAR: RESPÓNDELE A LA PREGUNTA

Una carta de vuestra merced recibí y bien veo la razón que tiene en desear que yo la ayudase siquiera con cartas a llevar la cruz que por amor de Nuestro Señor ha tomado sobre sus hombros; aunque, como vuestra merced dice, mi poca salud es causa de faltarle, más que falta de voluntad. Lo que vuestra merced desea saber de qué es que por una parte esté atribulada de dentro y de fuera, y por otra contenta de estar donde está, digo que como Rebeca traía en su vientre dos hijos que entre sí peleaban, así en nosotros tenemos deseos, unos

que proceden de nuestro hombre exterior, y otros del interior. *El primero* huye de la cruz y busca el temporal descanso; *el segundo*, como ama a Dios y las cosas eternas, ama la cruz y trabajos como medio para se salvar, y debe dar vuestra merced gracias a Nuestro Señor porque le da fuerzas para no irse tras lo que su sensualidad quiere, porque eso es una señal que Cristo mora en ella, pues vence en ella como El venció, tomando la cruz por obediencia del Padre, aunque su carne no deseaba padecer.

Esfuércese vuestra merced a llevar la cruz que ha tomado sobre sí, pensando en la que Cristo tomó por amor de ella. Y cuando se viere muy fatigada y cargada, acuérdese de aquella agonía en que Cristo estuvo, hasta sudar gotas de sangre que regaba la tierra; y con todo esto prevaleció tanto el amor que a vuestra merced tuvo para hacerle decir que quería más la salvación de ella que escapar El del tormento de cruz. Y si esto pasó el que es nuestro Criador y Señor, y ni nos debe nada ni espera provecho de nosotros, ¿cuánto más es razón que vuestra merced diga en sus trabajos: «Señor, por vuestro amor quiero pasar esto, pues Vos pasasteis por mí muy mayores cosas»? Hágase vuestra voluntad en mí, y no la mía; pues Vos, Señor, buscáis mi bien y yo mi mal; Vos me buscáis el cielo, yo huyo de él y me querría quedar con los deseos de la tierra. Y tenga, señora, por cierto que si se atreviere a seguir a Nuestro Señor por el camino de la cruz, que es dolores, pobreza, desprecio y desamparo de criaturas, que El se lo pague tan bien pagado aun acá, que le pese por no haber sido agradecida a los trabajos que le ha enviado: y así, señora, le encomiendo que cada día le dé particulares gracias por todos los trabajos exteriores e interiores que en toda su vida le haya enviado, y le pida gracia y fuerzas para de aquí adelante los agradecer como muy particulares mercedes, y tenerlos por señales de su salvación.

Tenga esto como cosa asentada y determinada en su corazón, que el camino por donde ha de ir es cruz; y que mientras más se acercare al fin de la vida, mayor ha de

ser su cruz: que así acaeció a Jesucristo Nuestro Señor, al cual nosotros hemos de imitar; y procure de entender en cómo ha de sufrir condiciones ajenas con aquella blandura que Dios la ha sufrido y sufre; y si es menester reprender a alguno, sea, como San Pablo dice, *en espíritu de blandura*, considerando a ti mismo no seas tentado. Para sí sola sea cruel, y para todos blanda: sus faltas le parezcan grandes, y ríñase y castíguese mucho por ellas; mas de los otros haya compasión y alivie sus faltas, y temple con misericordia la reprensión y castigo. Y de esta manera le será Nuestro Señor blando y piadoso, según El lo ha dicho, *que con la medida que midiéremos, seremos medidos;* el cual sea esfuerzo y consuelo de vuestra merced para le servir y aprovechar a otros por su amor.

130—CARTA A UNA DEVOTA SUYA, EN QUE LE PIDE AME MUCHO A NUESTRO SEÑOR

Esperando he estado ver alguna carta vuestra para saber de la salud de vuestra ánima, y para alegrarme si está cual deseo, o penarme si no. Yo suplico a Aquel que por vos vivió y murió, para daros con su vida ejemplo y con su muerte fuerza, que desde que no sé de vos hayáis ido en crecimiento del divino amor, pues por amor fuisteis criada, redimida, llamada y ganada, y que no déis tal mancha en vuestra honra que siendo amada de un tan alto Rey, dejéis vos de le responder al mismo tono, diciendo lo de la Esposa (Cant., II): *Mi amado a mí, y yo a El.* ¡Oh, Hermana, y qué merced nos hizo Dios en darnos licencia para le amar y de convidarnos a ello, haciéndolo primero El, guardando con nosotros la ley del verdadero amador, que es hacerse uno con lo que ama! ¿Quién hizo a Dios hombre, y, como San Pablo dice (Philip., II), *ser hallado en hábito y manera de hombre*, sino el amor que tuvo a los hombres, para que tomando El nuestra pobre compañía tomásemos nosotros la rica de El? Hízose semejable a nosotros para hacernos semejables a El; desciende El para que subamos, y murió para

que vivamos, y toma nuestras cargas para que libres y desembarazados corramos a El con el ímpetu del amor, estimulados con las agudas espuelas de sus beneficios.

Amad, Hermana, a tan fuerte amador; y porque de vos no tenéis el amor que El os pide, pedídselo vos a El, para que tengáis qué le dar, y con obras piadosas, y con santos trabajos y ferviente oración, *no deis silencio al Señor*, como dice Isaías (cap. LXII), hasta que envíe en vos el fuego de su amor, con el cual dulcemente os queméis, y sabrosamente ardáis, y santamente viváis: y si no os la da luego, no dejéis de le importunar, porque suele El probar a sus deseosos con dilación del deseo, para que cuando les diere el deseo de su corazón, tanto mejor les sepa la merced, y mejor la guarden cuanto con más trabajo alcanzada y más tiempo deseada: y también lo dilata porque quiere ser amado de verdad, y para esto es menester ser deseado de verdad y con perseverancia, porque quien se cansa de andar buscándolo, también se cansará de pasar otros trabajos que vienen con el amor; y así conviene que en esperar sus mercedes y en todo andemos sujetos a su voluntad, aunque El no ande a la nuestra; y andemos contentos con la hambre, pues son llamados *bienaventurados los que han hambre y sed de justicia* (Matth., V). ¿Y cuál justicia más justa que amar una ánima a su Criador? ¿Y cómo dejará de dar este amor a Aquel que tan justamente lo pide?

No perdáis, pues, vuestra hambre de las ansias del amor; mas pasad vuestra hambre con esperanza de la hartura, que acá o allá os veréis junta con el que desea vuestra ánima, y los senos de ella tan llenos del bálsamo de la vida que aviva los celestiales y cuanto vive, que todos vuestros huesos digan: bendice, ánima mía, al Señor: y acordaos de lo que os encomendé, que vayáis paso a paso en este camino, porque queriendo andar muy apriesa, no tropecéis y caigáis; porque escrito está (Proverbios, XVI): *El que es apresurado en andar, tropieza;* y también dice (Prov., XXVIII): *Que es más segura la hacienda que se gana poco a poco, que la que de golpe;* y por esto así tened diligencia en buscar esta merced,

que vaya acompañada de entrañable sosiego, fundado en que ninguno puede tener más de lo que Nuestro Señor le diere: y mirad mucho vuestra vida, no haya en ella algo que desagrade a los ojos de Dios y os sea estorbo para que no os dé lo que pedís; porque quien pretende tener trato de amor con el Rey celestial, conviene que viva con mucho aviso de dentro y de fuera; porque estando en la tierra, y querer comer aunque sea de las migajas de los del cielo, no se puede hacer sin gran mortificación de lo de la tierra y mucha limpieza de vida.

Sed, pues, agradecida a la merced que el Señor os ha hecho en poneros en esa poca de buena vida que podáis conjeturar que estáis en su gracia, y ya que no os acrecentase más virtud, bastaría ésta para salvaros por su misericordia y para vivir consolada; pues no es poco tener esperanza de ir al cielo, aunque sea pasando por purgatorio, y aunque sea con los menores, pues allá ninguno es pequeño: y no os digo esto para que viváis en tibieza, hartándoos con el poco amor que tenéis; mas para que se os quiten los desabrimientos y desmayos que por no alcanzar luego todo el amor que deseáis podríades tener. Pedid mucho amor, porfiad por él, y la perfección de él os ponga cuidado de trabajar; y ese poco que el Señor os ha dado, tomad en prenda de que El os dará más. Decid con los Apóstoles (Luc., XVII): *Acreciéntame, Señor, la fe:* pedid mucho amor, como la Magdalena, para que vuestra esperanza sea muy firme de gozar en el cielo del Señor que acá deseáis. El sea vuestro favor, lumbre y amor ahora y siempre.

131—CARTA A UNA SEÑORA, ANIMÁNDOLA A QUE PELEE CONTRA EL DEMONIO Y RESISTA SUS TENTACIONES

Plega a Nuestro Señor esté vuestra merced como yo deseo: que no en balde se dijo ser el amor cosa llena de temor cuidadoso. Mas, en fin, tengo en el Señor confianza que mirará, como en Jeremías dice, el amor con que se desposó con El en el tiempo de sus principios, y de cómo le siguió por el desierto en la tierra sin camino y llena

de trabajos, y que tiene semejanza de muerte. El es muy agradecido a quien con amor le sirve; y en el tiempo de nuestras flaquezas, cuando está nuestra virtud para faltar, entonces mira El al tiempo que fuimos fuertes y a la intención amorosa que le tuvimos, y socorre nuestra miseria con la abundancia de su misericordia; por eso esté vuestra merced con el corazón esforzado, y como dice San Pablo (Hebr., X): *No queráis perder vuestra confianza, porque tiene galardón.* Y ésta es la que el demonio querría quitar o enflaquecer para derribar al que él derriba, cuánto más siendo mujer, de cuyas manos él se tiene por más despreciado de ser vencido, como dijo Abimelech a su escudero (Judicum., IX): *Mátame tú, porque no se diga que una mujer me mató, y había la mujer arrojado un pedazo de un terrón desde la fortaleza.* Y así haga vuestra merced cuando el demonio le diere combate; arrójele a Jesucristo, y dele con El en la cabeza, que por ser hombre se llama tierra, y así morirá el enemigo: y si le parece que todavía se queda viva, sepa que le es grande dolor, y de muerte, el verse vencido y ser ocasión que vuestra merced gane corona, pensando él que le había de hacer caer en cadenas. ¡Qué mayor mal para su enemigo que ayudarla a ser ella muy grande en los ojos de Dios! Que, cierto, si los ojos de vuestra merced viesen el tesoro que tienen ganado con resisitir tantas veces al demonio, no hay duda sino que templaría bien lo amargo de sus trabajos con lo hermoso y rico de sus coronas: tantas piedras preciosas tiene para su corona, cuantas veces ha resistido a los consejos del demonio; y tanto ha ganado de descanso, cuantas veces sufrido con paciencia sus pesados trabajos que le trae: por eso no se canse de ganar piedras preciosas, aunque al tirárselas le hieran un poquito con ellas, porque en tirándole, luego son suyas; y mire que resista a la desaprovechada tristeza, *que es principio de muchos males,* sino confiada en el Señor, y alegre con su amor, huéllelo todo, y parézcale poco, como dice San Bernardo: *Mi trabajo a duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento.* Huelle al dragón y al león, y téngale él miedo

a ella, y no ella a él; y dígase a sí misma: *El Señor es mi ayudador, ¿a quién temeré?* (Psalm. XXVI). El Señor tiene cuidado de mí, ¿porqué me dará descontento cosa que me viene? El Señor me rige, muy bueno va: el Señor se sirva de mí; no quiero otro bien, aunque sea muy a mi costa; porque hallándola el demonio esforzada y apercibida, no la pueda derribar, y tema de la acometer. El Señor que la llamó la conserve, y haga tal cual yo se lo suplico. Amén.

132—CARTA A UNA SEÑORA: ENSÉÑALA LA MISERIA EN QUE CAE EL ÁNIMA QUE HACE PECADO MORTAL Y TRAICIÓN EN DEJAR A DIOS POR EL DEMONIO

La gracia y paz del Espíritu Santo sea en el ánima de vuestra merced, y le ayude en este santo tiempo a aparejar su ánima para el Niño que ha de nacer, sin tener casa propia en las ánimas que lo quieren recibir: extranjero viene y en mucha pobreza: dele vuestra merced su ánima, porque le diga el día postrero: *Huésped era, y acogísteme.* Mas mire que así como no hay cosa tan para desear como aposentar este Niño en el ánima, así no hay cosa que más cuidado y diligencia pida que tenerle aparejada casa a su voluntad: en humildad y pobreza viene, humildes y pobres le han de recibir: a trabajos viene, con trabajos se le ha de ataviar la casa en que ha de morar: casto es, y a castos ama; y aunque es niño y chiquito, es Dios y muy grande, y por eso no es pequeña cosa aparejar posada al gran Dios. Delicado es Nuestro Señor, y por un pecado mortal, que muchos fácilmente cometen, no entra en el ánima, y también por otro se va, y después de ido, no viene tan presto como se va; mas da bien a sentir en la dificultad del tornar con cuánta diligencia debe ser guardado cuando le tenemos.

¡Oh, señora, y qué rico está quien a Dios tiene, y cuán muchas veces al día había de mirarse su seno, preguntando al Señor si estaba ahí! ¡Qué cadenas le había de echar de rogativas y lágrimas, suplicándole lo que dice David (Psalm. XXI): *Señor, no te apartes de mí!* ¡Cuán enfrena-

do ha de andar el hombre porque no haga cosa en que dé enojo al Señor, y de enojado se vaya! Porque si El es todos los bienes, ¿qué será perderlo sino caer en todos los males? Cosas dolorosas siente el ánima que a Dios ha perdido, que en ninguna manera las pudiera creer, aunque todo el mundo se las dijera; lo cual parece bien en nuestros padres Adán y Eva, que mirando Eva la fruta del árbol vedado, parecióle muy hermoso, y que si ella comiese de él le sería muy dulce y le sería gran bien; mas después de comido se le abrieron los ojos para ver tantos males que por ello le vinieron, que experimentó a su costa que fué mayor el amargor de haber quebrantado el mandamiento de Dios, que había sido el placer de haber comido del árbol: y entonces vió que lo que le parecía que el fruto vedado era hermoso y sabroso, era engaño del diablo, que le hacía trampantojos y le ponía fastidio de los frutos que Dios le mandaba comer, pareciéndole desabridos; y le parecía que en aquello que Dios le vedaba estaba el sabor y bien escondido.

¡Oh, cuántos han sido por falsas imaginaciones engañados del diablo, prometiéndoles contento y sabor, que después han llorado amargamente, porque dieron crédito al que sabían ser mentiroso y padre de mentira! Y unos a cabo de muchos trabajos y lágrimas, a duras penas tornaron a cobrar la amistad de Dios, aunque todavía vivieron con aquel puñal en el corazón: ¿cómo ofendí a Dios habiéndome El hecho tantos bienes? Y parécéles que no gozan del alegría del perdón con el continuo dolor y vergüenza que tienen por la ofensa. Otros hay que idos una vez, nunca más tornan, como gavilanes que idos de la mano de su señor, hallan carne que comer, y de encarnizados no tornan; y después de haber gustado manjares de ángeles, vienen a deleitarse en manjares de puercos. *Y de estos*—dice San Pedro—, *que les fuera mejor no haber conocido el camino del Señor, que después de conocido dejarlo;* y que les acaece como al perro, que come lo que una vez vomitó, y como a puerco, que se revuelca en el cieno de una parte y de otra. Y el Señor dijo, que quien pone la mano en el arado y mira atrás,

no es bueno para el reino de Dios; antes queda hecho mundano y propio para ser escarnecido de los demonios y puesto en escarmiento para que otros no ofendan a Dios.

De esta manera se perdió la mujer de Lot, que habiéndole Dios hecho tan gran merced de librarla del fuego que vino del cielo sobre Sodoma y Gomorra, donde ella moraba, y mandándole que no mirase atrás, no obedeció; y en tornando la cabeza atrás, quedóse hecha estatua de sal, *en que lamen las bestias*. Y es de mirar que si tan reciamente castigó Dios a la que no había sido pecadora en su ciudad, solamente porque no obedeció el mandamiento de no tornar atrás, ¿qué espera el pecador librado de los castigos de Dios por su grande misericordia, si despreciando tan grande bondad vuelve su corazón a los fuegos pasados y a las ollas podridas de carne de Egipto? Guarde Dios por quien es Dios a toda ánima de caer en males tan grandes; porque, como dice San Pablo (Hebr., X): *Espantable cosa es caer en manos de Dios vivo*.

¿Quién es el hombre para que pueda sufrir a Dios enojado y airado? Porque así como un grandísimo fuego se traga una pequeña pajita, así la fuerte ira de Dios traga a las ánimas y cuerpos de los que de El se apartan. Y así como cuando la mujer muy querida ha hecho adulterio, se enoja el marido más mientras más querida había sido de él, así el enojo de Dios es muy incomportable contra el ánima que El había sacado de cautiverio de pecados, y de esclava hecho libre, y de desnuda de gracia muy rica y vestida, y de mala esclava muy honrada y amada mujer, ¿qué merece la que ingrata a tantas mercedes, no digo hace adulterio a su tan piadoso y honrado marido, mas aun le pasa por pensamiento con muchas lenguas? ¿Quién así piensa dar bofetada a quien tantas por ella pasó, y tornar a crucificar y deshonrar de nuevo a quien fuera razón de antes untarle las heridas recibidas que darle otras de nuevo? ¡Qué maldad para asombrar, dejar a Dios por el demonio, y estando en camino del cielo meterse de pies en el infierno, y querer más tratar con Dios enojado que con El, apacible y manso!

No he escrito, señora, estas cosas porque yo piense

que este mal ha de venir por vuestra merced; porque mi confianza no está en ella, mas en Aquel que tan piadosamente la rescató del cautiverio en que estaba, y le ha enseñado tanto su amor que da bien a entender que no ha tomado el negocio de burla, ni quiere que ella ni yo lo tomemos. En este Señor, que tan fielmente ama, tengo mi confianza, que no en vuestra merced, que tan mal responde al amor fiel: mas he escrito esto para que barrunte algo del peligro en que está y más y más se encomiende a Nuestro Señor, y siquiera no se pierda el tiempo en admitir pensamientos desaprovechados. El Señor ha de sacar esto a luz y ha de acabar lo que ha comenzado, y no me ha de quitar a mí esta corona; por eso tengo paciencia, que lo que Dios me ha dado, ella no me lo ha de quitar: acá tiene vuestra merced muchos siervos y siervas de Dios, que con muy gran cuidado la encomienden a su misericordia: El la haga muy cumplida con vuestra merced. Amén.

133—CARTA A UNA SEÑORA AFLIGIDA Y TENTADA DEL DEMONIO

Señora, ¿qué tiene? ¿qué la duele? No haya miedo, que el Fuerte es su defendedor, y la Madre del Fuerte su patrona; no piense que la han olvidado, que no es sino que se huelgan de verla en pruebas, para que los demonios queden confundidos en tornarse sin ganancia, y Dios sea glorificado, que hace victoria en las cosas flacas, y su ánima quede hermoseada; y mientras más martillada, más aparejada para ser candelero de oro en el templo de Dios. Ea, señora, levántese del polvo de la tristeza y sacúdase de lo que nuestro enemigo le trae, y no dé mancha en su honra, pues la suya es de Dios: no me entristezca a mí con verla caída, sino alégreme con su victoria, y véala yo tener en pie la bandera de Cristo, aunque le cueste la sangre: muerta sí, vencida no, y la corona que tiene resplandeciente no la obscurezca; y si el demonio porfía, porfíe ella; si él la quiere derribar, levántese ella por dar contento a Nuestro Señor y por no per-

der lo servido. Acuérdese qué gozo es haber sido fiel a Cristo, para que oiga de la boca de El (Lucas, XXII): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; Yo os dispongo el reino como mi Padre lo dispuso a Mí.* Sea compañera de Nuestro Señor, y diga como San Ignacio: *Tormentos, cruces, quebrantamiento de huesos y todos los tormentos por arte del demonio inventados, todos vengan sobre mí, sólo con que yo merezca ver a mi Señor Jesucristo en su gloria.* Y pues tiene esperanza que lo ha de ver, tenga esfuerzo para padecer, y mire que no le tomen de sobresalto; pues tanto antes que le viniesen estos trabajos le han sido dichos: escogióla el Señor para mártir de amor y para que beba su cáliz con El. No se escandalice en lo que le envía, que El dijo (Matth., XI): *Bienaventurado el que no se escandalizare en Mí.*

Bueno va, señora, bueno va, pues el que es todo bueno así lo quiere. Persuadido estoy que la ama, que la cuida y que no da licencia a nuestros enemigos para fatigarla, sino para bien de ella: El la ha de sacar de esta angustia, como de otras ha hecho: por eso cobre esfuerzo, que ángeles la cercarán, que no demonios, y el mismo Dios está presente, sino que calla cuando están apaleando a su sierva como hacía a San Antón. Ahí está el Señor viendo su pelea: por eso hágalo varonilmente; que así como a los elefantes les ponen delante sangre para que se esfuercen a pelear, así para que la sierva de Cristo sea esforzada, es bien que esté presente su Señor y su amado, para que a ella le crezca el esfuerzo mirando a El, y antes muera que sea cobarde. Haga hazañas, señora, y sean de amor, y como llama viva salga la fe y el amor diciendo: De Cristo soy; no conozco a otro; a El me encomiendo; no temo a nadie: mi ánima le he dado, ¿cómo se la podré quitar? Padecer quiero por El, y esta sea mi parte en este mundo; y aun no he comenzado, que mi trabajo liviano es; y si es pesado, con el amor me parece liviano: Aquel es mi confianza que a nadie faltó; más creo la verdad de El, que las mentiras del demonio; más quiero morir en el camino de la verdad, que vivir fuera de él. Señora, ya sabe que las obras del demonio son tinieblas, y sus

palabras mentiras: dígales un no, y cierre su puerta; y si viniere a llamar, disimule con él, y como pudiere llame o desee llamar a Nuestro Señor, y no se derribe ni se desmaye, mas sea aprobada y hallada fiel, y examinada con fuego, y no se halle en ella maldad, que el Señor proveerá de socorro (Marc., XIV), *y vendrá sobre la mar a la cuarta vigilia de la noche, y la mandará sosegar.* El que la ha guardado, Ese la guarde y defienda de todo mal para honra de su santo nombre. Amén.

134—CARTA A UNA SEÑORA ENFERMA: ENSÉÑALA QUE CON LA TRIBULACIÓN SE PURGAN LOS PECADOS

Dicen que está vuestra merced mejor del cuerpo: creo lo estará en el ánima; que aunque vuestra merced siempre la tenga buena, a lo que yo creo, mas lo bueno en la tribulación se hace mejor; porque la paciencia, como dice Santiago, tiene obra perfecta; y es la causa, porque quien bien lleva la tribulación da testimonio que el amor que tiene a Dios no es palabrero, sino obrador; pues no falta en el tiempo de la tribulación, que es el tiempo donde se prueban los amigos ser verdaderos, y donde se descubren los fingidos. Acuérdese vuestra merced de los dolores de Nuestro Señor, y tenga por merced suya tener parte en ellos, y como tal se la agradezca cuan de corazón pudiere; porque así como no es propia señal del cristiano amar a quien nos ama, sino también a quien nos aborrece, ni tampoco lo es dar gracias a Dios cuando nos sucede lo próspero, porque aquello aun los malos lo suelen hacer.

Dé vuestra merced gracias por lo que su Esposo le envía, como preciosas joyas, de las cuales nadie es digno, según lo mucho que valen; y como crecieren los trabajos, crezca la confianza en el Señor que los envía; porque pues son testigos del amor que nos tiene, razón es que a más testigos, más creamos. No se deleita, señora, Nuestro Señor en vernos trabajados, no, sino porque nos desea ver enriquecidos en nuestras ánimas y que en este mundo purguemos nuestros pecados, y con trabajos ganemos y merezcamos el cielo. Por esto nos envía estas

joyas, que son medio para alcanzar estos bienes. Ofrézcase vuestra merced favorecida de El, y alcanzará lo que más le cumple; y mire que salga de la cama con más amor y más confianza en Nuestro Señor, el cual sea salud entera de vuestra merced, que así se lo suplicamos acá.

135—CARTA A UNA SEÑORA: ENSÉÑALE QUE JESUCRISTO EN LA CRUZ ES MEDICINA CON QUE SE CURAN NUESTRAS ENFERMEDADES

Si en la noche del nacimiento del Señor llevaron a vuestra merced al monte Calvario, y le dieron compasión del Crucificado y lágrimas con que lavar sus pies, de creer es que ahora, en Cuaresma, y cerca del tiempo en que se representa su pasión, la tendrá el Señor por tan moradora de aquel monte, que de allí no la deje salir. Bien está allí, señora: dígale al Señor como San Pedro (Matth., XVII): *Bien es que nos estemos aquí;* y será mejor petición, porque él deseaba el monte donde había el descanso; en estotro hay trabajo: y por esto lo postrero es señal de mayor amor; pues no en el descansar, mas en el penar se demuestra y emplea el amor del Señor. Estése, señora, en las llagas de su Señor, pues por sanar las de ella pasó El aquéllas; y si no es para pasar ella por El otras tales, sea para agradecérselo a El, y para compadecerse con El y llorar, porque sus pecados le pusieron aprieto tan grande. More allí, señora, no dé paso, como por venta, como los que pasaban por el camino y movían sus cabezas blasfemando del Señor, sino esté de reposo muy fijada par de la cruz, como la Virgen y Madre, y el amado discípulo y las otras santas mujeres; porque los que de paso se pasan por este beneficio tan grande ni lo conocen ni agradecen, ni les queda más que el sonido; y algunos, como son los infieles, con blasfemar de El, porque no se paran a mirar despacio esta gran maravilla de amor; mas el cristiano que mora aquí, dice de corazón (Psalm. CXXXI): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí.* Y si la esposa

no está enclavada en el corazón donde su Esposo está enclavado en el cuerpo, ¿cómo escapará de nombre de desamorada y desagradecida? Allí, señora, habrá remedio para la ponzoña de las falsas alabanzas, y avergonzarse ha de verse ella honrada y pregonada por buena, viendo al qué de verdad es bueno y santo, de éstos ser pregonado por malo y engañador; allí verá cuán poca razón hay para pensar que es digno de estima, en cuanto es de su parte lo que ella hace; pues tan falto es, cotejado con lo que el Señor hace allí, y con lo que ella debía hacer.

Mírese, señora, en este espejo, y verá bien las manchas de su rostro; pues aun cuando más mansa ha estado, si se coteja con la mansedumbre de El, será su mansedumbre como ira; y su obediencia cotejada con la de El, será muy suelta, y su humildad muy soberbia; mas el mundo ciego piensa que no hay otros pecados sino los que él conoce por malos. Otros son los ojos de Dios, otra la regla con que nos mide, en la cual muchas veces se halló falto lo que en los ojos de los hombres parecía muy justo y cabal. Por tanto, cuando esas lisonjas ponzoñosas le dijeren, diga dentro de su corazón lo que dijo San Pablo (I Cor., IV): *El que me juzga, el Señor es;* y acuérdese luego de cómo el Señor fué pregonado por malo, y suplíquele que no permita El que ella lo sea por buena; y calle su boca, que el Señor lo verá; y mire bien que cuando sea despreciada, que se goce de ello, que quizá no permite el Señor que le digan mala palabra, porque no tiene ella fuerza para la sufrir. Quien quiere algo de la cruz del Señor ha de recibirla como a una preciosa reliquia con mucha reverencia y agradecimiento, y estimarla en más que otro estimara todo el tesoro del mundo. Y porque hay pocos que estimen como deben las reliquias de la cruz, por eso el Señor no se las da; porque quiere que su cruz sea honrada y muy amada, y llevada con gozo; y así déjanos en nuestra niñez sin enviarnos ejercicios de varones, cuánto más si nos derribamos con impaciencia o demasiada tristeza en alguna cosa de éstas que nos envía.

Así que, señora, si tiene mucho amor del Crucificado,

El le dará parte de su cruz: mire bien que la reciba como empresa de grande honra, como dice a la Esposa (Cant. VIII): *Ponme como sello en tu corazón y sobre tu brazo, porque fuerte es el amor como muerte;* y en la pena que tiene por no poder recibir al Señor las veces que quiere, no se turbe, que ya le he dicho que quiere el Señor que le cueste algo: y es mucha razón, pues las ánimas costaron tanto a El. ¿Piensa ella que en diciendo Nuestro Señor: «sean mías las ánimas», luego se le rindieron? ¿Piensa que el amor que vuestra merced tiene a Nuestro Señor y el señorío que El tiene sobre ella costó poco a El? No por cierto: que su sangre derramó como un esclavo en trueque de que su ánima sirviese a El y fuese de El; pues así conviene hacer al ánima que lo quiere alcanzar, que lo sude primero, que lo llore, que lo importune, que sufra malas palabras y aun malas obras, y todo le parecerá poco por recibirlo una vez; y si no se lo dieren, ya habrá ganado mucho en haber sufrido algo por El.

Así no sale en balde el buscar a Dios; negócielo con El: y si El dice sí, no habrá quien lo estorbe; y si se le pusieren a estorbar, no saldrán con ello; y si salen, entienda que ella no ha bien negociado con Nuestro Señor, que le quiere decir: «Da voces más altas», y tome este consejo; y cuando le diere gana de comulgar, piense como si estuviese comulgando, y suplique a Nuestro Señor, pues es todo poderoso, que le dé allí comulgando espiritualmente lo que le diera si comulgara sacramentalmente; y placerá a su bondad, y no la dejará tornar ayuna, si ella va bien aparejada y de dos o tres días antes; y por esto no piense que ha de dejar de confesar sus pecados al confesor después, sino haga que tenga lugar para decirlos al confesor, digo que los diga a Nuestro Señor; y en todo caso tenga su corazón en paz, y conserve la obediencia y humildad con sus mayores y Prelados, que este es el camino de Nuestro Señor, y no conviene salir de El; y esfuerce a pasar adelante en sus ejercicios, que aunque cuando se hace parece que no se saca provecho, sí se saca, y después se siente; y el Señor mirará algún día a los que han andado mucho tras El; y vale más un día

que El mira, que los tres de trabajo que anduvieron tras El. La corona le está aparejada en el cielo: Dios será su ayudador, y no la olvidará: persevere en la obediencia hasta ver al Señor de los señores en Sión. El cual la haga muy suya, santa y salva.

146—CARTA A UNA SEÑORA: ENSÉÑALE QUE PARA VENCER AL DEMONIO, EL REMEDIO ES CONFIAR MUCHO EN DIOS

Bueno llegué acá, gracias a Nuestro Señor, y aunque di acá con mi venida mucho gozo, bien creo que di allá con mi partida más pena, por ser el amor mayor: plega a nuestro buen Jesús que el gozo de acá y pena de allá sea todo para servicio suyo, como espero que lo será; pues acá se entiende en algunas cosas de que es servido, y allá recibe en sacrificio la pena que se pasa: y no piense vuestra merced que es al Señor cosa desgraciada o de poco valor ofrecerle sacrificio de penas; pues habiendo El gozado tanto de ellas, no podrá sino amarlas en nosotros como en El, y darnos a beber del cáliz que su Padre le dió, y pedirnos testimonio si le amamos, como el Padre pidió a El, y El lo dió cuando dijo (Joann., XIV): *Para que sepa el mundo que amo al Padre, levantaos, y vamos de aquí;* y el negocio a que iba era a padecer muerte de cruz, porque las injurias a la majestad del Padre hechas fuesen satisfechas con pagarlas El, siendo humillado y acoceado, porque la honra del Padre fuese estimada. Así, señora, hemos nosotros de responder a Nuestro Señor diciendo: para que El vea cómo le amo, esforcémonos a padecer, no tengamos el corazón caído con la carga; mas levantémonos a padecer; y en esto enseñemos el amor que al Señor tenemos, pues no hay mayor prueba de amor que padecer por el amado; y por esto dice el Apóstol Santiago (Jacob., XIV): *Que la paciencia tiene obra perfecta:* y como los que tienen sentido de carne juzgan una cosa por mala por serles amarga, así los que tienen el del espíritu la han de oler por buena por ver en ella trabajos, porque éstos alegaba el Apóstol San Pablo en prueba de que era Apóstol enviado de Jesucris-

to, y de éstos se gloriaba como suelen contar por honra las hazañas que han hecho.

Eche, pues, vuestra merced su cuenta, y mire si su obra tiene sello, y hallará que desde el primer día hasta ahora está lleno de sellos, porque está llena de tribulaciones de dentro y de fuera, de hombres y demonios, de su sangre y de extraños, para que vea en su obra una semejanza de Cruz de Nuestro Señor, y tanto más la conozca por Dios cuanto más la viere arreada de estas señales. No sea ella como los judíos, que se escandalizaron en Nuestro Señor porque no trajo descansos y prosperidades temporales, antes trajo lo contrario; y por esto, así como no más royendo la cáscara amarga, pensaron que todo era así, y así arrojáronlo lejos de sí, y perdiéronlo y fueron ellos perdidos; mas la Iglesia cristiana tanto más lo conoce por su verdadero Esposo y Ungido, cuanto más pobreza y desprecio y trabajos trae: así como hizo la hija del Rey Faraón, que viendo ir por el río abajo una cestita de mimbres, y en ella iba un niño, que ella sacó, dijo: *De los niños de los hebreos es este infante;* ¿y en qué lo conoció?, en la pobreza y en ir a tanto peligro: así el verdadero cristiano conoce a su Cristo por verle ir sobre aguas de tribulaciones, y todo al contrario de la carne y sangre; y así como El es conocido por esta señal, así sus obras lo son, que no han de ir reguladas con el humano juicio, sino con fe; y que acaecen cosas en ellas, que sola la fe basta a dar satisfacción, y toda razón se turba y deja a obscuras a quien a ella se arrima.

¿Quién dijera que habían de hallar los Reyes Magos al Rey del cielo en un tan pobre portal y pesebre? Y por esto ellos iban adelante a lo buscar en alguna casa grande y rica, conforme al que nació, pues esto parecía conforme a razón; mas la estrella no quiso pasar de allí, mas echaba nuevos rayos como haciéndose toda lenguas, y diciendo: *Aquí está, donde no pensáis:* hasta que creyendo a la estrella más que a su propia razón, encontraron y hallaron y adoraron al que buscaban, y gozaron del fruto de su fe, y escaparon del peligro de su razón, que los quería engañar. Sea Nuestro Señor bendito, que aunque

en vuestra merced ha habido peleas, y muy grandes, entre razón y fe, que en fin ha vencido la estrella, y ha quedado hollada la razón, por muchos colores y afeites que traía, los cuales con la luz de la fe son descubiertos y conocidos por puros engaños. Pase adelante, señora, pase, y hágase fuerte en fe, y no en razones, y parézcale muy bien Jesucristo en todo lo que hace, hará y ha hecho con ella, acordándose de la palabra que dijo a los discípulos de San Juan (Matth., XI): *Bienaventurado es el que no se escandalizare en Mí.* Esté muy sentada, que ése a quien siguió es Jesucristo, éste por quien todo lo dejó es Jesucristo; y contenta con haberlo perdido todo por El, esté muy rica, porque quien más pierde por El, más gloriosa es en el reino de Dios; y para esto es bueno tener mucho, para poder perder mucho por El, y tener grande honra delante su acatamiento y delante los justos, donde cada uno contará lo que por su Dios dejó; y mire bien no deje hollar su corazón de lo que una vez ella holló, ni lo deje vencer de lo que una vez venció, porque no se diga de ella que tomó lo que dejó, y que después de se haber desnudado la ropa mala, se la tornó a vestir.

Esté firme, libre, esforzada como el día que comenzó la guerra: y las marañas que el demonio le trajere, huéllelas, diciendo como David (Psalm. XVII): *En favor de mi Dios pasaré el muro;* porque muchas veces representa el demonio unos muros tan altos, que hace decir a los flacos lo que dijeron los hijos de Israel, que las ciudades de la tierra de promisión eran cercadas con muros que llegaban hasta el cielo, y que tenían moradores tan grandes, que comparados los hijos de Israel con ellos, parecían langostas con gigantes; y así desmayaron y perdieron la tierra que ya tenían en las manos. ¿Qué hemos de responder entonces nosotros sino decir: en mi Dios pasaré el muro, por alto que sea: en mi Dios holla-ré dragones y leones, y El vencerá los gigantes con las langostas; pues mientras más flaqueza hay en mí, más honra gana su brazo en vencer conmigo a los fuertes? Y viéndola sus enemigos fuerte y alegre, enflaque

cerán ellos y entristecerse han; porque como sean envidiosos, nuestra alegría los mata, y nuestra tristeza los aviva. Y mire bien que no esté un momento ociosa; porque no hay persona tan santa que se pueda valer si tiene plaza al demonio, escuchándole sus marañas y pensamientos que trae; y hace muy mucho al caso para quien tiene pelea con él, tener alguna ocupación que le haga tener atención, para que olvide algo de lo que el demonio trae; porque de otra manera, aunque se trabaje por desechar, no podrá: y mil veces acaece dar el combatiente consigo en el suelo, derribado con el peso de la tristeza; y entonces se huelga el demonio de verle caído como a bestia debajo de carga, y lleno de tristeza y amargura y caimiento de corazón; y de allí llévalo a otros pensamientos peores, como se llegan moscas a la olla que no hierve; y este es su tiro para contra los que están solos, derribarlos con esta tristeza y pereza.

Por esto decían los viejos santos, que cuando el solitario hace la celda, se ríe el espíritu de la pereza, y sienta par de la celda sus reales; y por esto no hay cosa de que tanto los solitarios huyan como de estar sin alguna ocupación que les ayudase a cerrar la puerta contra los pensamientos del demonio, y ya mudaban una, ya otra, trayendo el corazón con fervor, sin dejarlo caer: y con esto andaban siempre fuertes, y no hallaba el diablo por dónde les entrar: y este es muy mejor modo para pelear que no otro, aunque no consientan en los pensamientos; porque a bien librar aflacan la fe, entibian el amor, y hacen perder el tiempo mirando, y esto me atrae, y esto viene de aquí, y estotro de allí; porque aunque esto no sea consentir, es andar el ánima angustiada y ocupada solamente en defenderse de los golpes que le dan; mas de la manera que he dicho anda más guardada, y los enemigos más lejos, y con un fuerte vigor, que pone espanto a los demonios; y así decían los Padres, que era imposible tener los pensamientos quedos sin estar el cuerpo ocupado en alguna cosa, y no poder llegar uno a la perfección si por aquí no pasaba.

He dicho esto porque creo que grande alivio sería para

vuestra merced no estar siempre a las manos con sus enemigos, sino hurtarles el cuerpo, como cuando uno anda por hablar al otro, y el otro nunca se desocupa para ello, ni le da lugar. Bien sé que aunque todo se haga, que ha de haber combates, y lanzarse los pensamientos del demonio: sino digo esto para que no tuviese tanto poder, y no diese con ella en el suelo, cargándola de amarguras y flaqueza de corazón. El Señor que la llamó y la ha guardado la tenga siempre de su mano, y la haga muy agradable siempre en sus ojos, como yo se lo suplico y deseo. Amén.

137—CARTA A LA MISMA SEÑORA: ENSÉÑALE QUE LAS ENFERMEDADES SON AGUAS CON QUE SE HERMOSEA EL ÁNIMA

Apriesa, señora, apriesa, que es tarde, y hemos andado poco, y queda mucho por andar para llegar al lugar de la eterna holganza. Dicen que está bien cargada de enfermedades: sea en buena hora, que así estará hermosa delante los ojos de Dios, como esposa ataviada con preciosas joyas; y aunque sean costosas, todavía se han de amar, que por mucho que a vuestra merced cueste el estar hermosa y agradable a los ojos de Dios, más le costó a El, pues a poder de tormentos pagó nuestros pecados que nos afeaban, y con el lavatorio de su preciosísima sangre nos emblanqueció más que la nieve; y no es razón que trabajando El tanto por nos, le dejemos solo en la cruz, sino que con mucho amor y alegría le acompañemos, no sólo mirando lo que padece, mas padeciendo juntamente con El; porque no sé cómo se compadezca su amor viéndole pasar tanto y no querer tomar parte de sus penas, pues El tomó las nuestras con tan excesivo amor. Y pues que el descansar era suyo, y el padecer nuestro, derecho tenemos para le pedir penas, pues le pedimos lo que es nuestro; sino que donde no hay amor no hay querer padecer; y donde poco amor, ni se desea; y si algo viene, parécenos mucho; y luego pedimos que nos quiten de la cruz, como gente que tiene poca fuerza de amor.

Priesa, pues, señora, a padecer, que hasta aquí regalo ha sido nuestra vida; y si otra cosa nos parece es por nuestra tibieza, que con poco se contenta. Priesa a nos humillar, a nos despreciar, y querer ser por su amor despreciados, que la cruz tres brazos tiene, y todos amables y deseables para los que aman al Señor, que en ella se puso; tormentos, desprecio y pobreza son, y algunos no quieren ser abrazados con ninguno, otros no con todos; mas el amor verdadero, por juntarse con quien más ama, todos tres los quiere, y hace un *ramal de tres cuerdas, que se ata con su Señor, y difícilmente se rompe.* Con tanto se ha de juntar amar al prójimo, pues nosotros fuimos la verdadera y pesada cruz que el Señor llevó, y nosotros le apretamos como viga de lagar, y le hicimos derramar su santísima sangre; y así hemos de amar y sufrir a los prójimos, y darnos por esclavos de ellos, mirando en aquel Señor que el Jueves Santo se arrodilló delante sus discípulos y les lavó los pies con agua, y el viernes siguiente lavó las ánimas con sangre de sus sacratísimas venas. No sea nadie suyo alzándose consigo mismo, pues nos compró Cristo por precio muy justo, y nos mandó que por su amor amásemos con corazón, palabras y obras y verdadera paciencia a los prójimos, haciéndonos esclavos por amor, a semejanza de Cristo, que se hizo nuestro hasta morir por nosotros con amor.

Esta es, señora, la prisa que nos hemos de dar para que el Señor nos halle aparejados para las bodas eternas, o nos haga compañeros de su gloria, que tiene aparejada para los que aquí le aman y por su amor cumplen sus palabras y llevan cruz, y sirven a prójimos por El. Yo he predicado unos días: ya he caído: debe ser como no soy para hacer penitencia ni llevar cruz, tomándola yo: échala el Señor, y pónemela de su mano: ruéguele vuestra merced, ya que no soy para tomarla, sea con su gracia para llevarla, como es digna cruz de tal mano dada; y el mismo Señor crucificado sea amor único de vuestra merced para siempre.

138—CARTA A UNA SEÑORA: ESFUÉRZALE A PADECER TRABAJOS POR AMOR DE JESUCRISTO

Dios dé a vuestra merced muy buena Semana Santa: quiero decir, muy gran sentimiento del vivo amor que nuestro Cordero Jesús tuvo en ella, y de los puros dolores que le acompañaron hasta que su ánima del cuerpo salió: muchos fueron, más que la mar; mas muy más fué lo que amó que lo que padeció; y si fuera menester padecer más, nunca se cansara, porque no tiene tasa su amor.

¿Entiende, señora? No se contente con lo que padece, aunque sea mucho; porque si en el padecer ponemos tasa, en aquel punto la ponemos en el amor; y en éste no es razón que la haya, pues la tasa de él es amar sin tasa. Ame, señora, a nuestro Señor, y salten centellas vivas de su amor, que son fervientes deseos de padecer por El, que la Esposa dice (Cant., VII): *Salgámonos al campo, mi amado, y veamos si nuestra viña ha florecido, y si las flores se han tornado en fruto, y si han florecido las granadas.* El salir al campo es un desembarazar el pensamiento y una libertad que Dios da, con que el ánima no es ocupada ni impedida por cosa de acá. Y allí se para a mirar qué deseos buenos tienen, y si de ellos salen buenas obras, porque no sean deseos vanos, y aunque tenga deseos y obras, no se contenta si no han florecido las granadas, que, quiere decir, si tienen deseos de derramar la sangre por Jesucristo; porque aquello es darle verdaderamente el amor, pues ninguno lo tiene mayor que dar su vida por quien ama; y aunque demos la vida por Cristo, aún es poco: debemos desear tener muchas para darlas todas por El, pues una sola que El por nos dió vale más que todas las de los hombres y ángeles.

Por tanto, señora, pues nuestra vida es poca, esforcémonos a dársela a Nuestro Señor; y como el amador de sí mismo tiene todo su deseo y pensamiento en cómo descansaré y huiré del padecer, sea el nuestro cómo más

padeceré por Nuestro Señor; y no nos contentemos con padecer lo que El nos envía, sino salgamos al camino, deseando lo primero que venga, que si nosotros hubiésemos hambre de cruz, el Señor nos daría mucho de ella; porque escrito está (Prov. X): *Que no afligirá Dios con hambre el ánima del justo;* mas como luego nos hartamos y damos de arcadas, no nos da sino poquito, porque no lo vomitemos todo, hasta que se nos va ensanchando poco a poco el estómago y nos va sabiendo el padecer dulce; y entonces está nuestra ánima sana, pues le sabe bien su manjar, que es el Crucificado. Y mucho huelgo de las comuniones de vuestra merced, porque para llevar cruz, menester es recibir al que la llevó en sus hombros, pues El es el que la lleva en nosotros; y así lo haga vuestra merced, aunque el demonio no quiera; y mire bien no se haga escrupulosa a cabo de rato con las confesiones, que son artes de nuestro enemigo para quitarle la paz. Bien confesada está, y a lo que podemos conjeturar también perdonada: entienda más en amar que en temblar, y en confiar que en escrupulear, que esto es lo que el Señor más quiere de ella.

139—CARTA A UNA SEÑORA CASADA, ESFORZÁNDOLA A QUE LLEVE CON PACIENCIA LOS TRABAJOS

Señora, deseo tengo de preguntar a vuestra merced a qué saben los frutos de la cruz, pues tanto come de ellos. El Señor dijo (Cant. VII): *Subiré a la palma, y tomaré los frutos de ella:* y parece que ha tomado a vuestra merced de la mano, y subídola consigo a lo mismo, porque si antes solía subirla para que mirase y contemplase cómo El comía, ahora no se contenta con que ella lo acompañe con haber compasión de las penas de El, sino que coma con El en la cruz y sea testigo de prueba de lo que El padecía cuando comía. Bienaventurada oso llamar al ánima que con la Madre de Dios está al pie de la cruz del Hijo, como ella estaba penando con El, comiendo a una mesa, crucificada con El; que no hay cosa tan agradable a los ojos del Padre como ver

a su Hijo, y a los que a su Hijo acompañan con imitación de sus trabajos y cruz.

No se engañe nadie pensando que se enamora Dios de donaires y niñerías, o que han de reinar con El cualesquiera. El favor de Dios es para los amadores de los trabajos. No ha de reinar sino el Crucificado, para que los hombres sepan que pues acá les pide tanto, aquel reino no es como quiera, sino muy abundante en riqueza y descanso, pues es Dios su joya, y se esfuercen con nuevos alientos a despreciar todo descanso presente y sufrir todo trabajo. ¿Qué quiere vuestra merced que haga Nuestro Señor sino lo que con sus amados hijos hace y hará? ¿Qué quiere que haga sino tratarla como el Padre suyo lo trató a El? *Como el Padre me amó, os amo Yo a vosotros*, dijo El (Joann., XXV); pues quien se parare a mirar el tratamiento de tal Padre a tal Hijo, sufrirá con paciencia el suyo, por áspero que parezca.

Espere un poquito, señora, que pasarse ha esta tempestad, y gozarse ha de haberla pasado. Abaje su cerviz a la voluntad de su celestial Padre, que así hizo Jesucristo cuando le pusieron al cuello una soga que le desollaba la cerviz, y El callaba de dentro y de fuera por la obediencia del Padre. ¿Qué nos dice esta dura soga en cerviz tan delicada, y aquella pesada cruz en hombros tan cansados, sino que seamos obedientes en sufrir los trabajos, aunque nos desuellen y arranquen el mismo corazón? No es razón que sea ya vuestra merced parte en sí misma para ordenar su vida, y escoger, esto quiero y esto no, pues se ha ofrecido muchas veces por esclava verdadera del Señor a toda la voluntad de El; porque no es razón que quiera ahora desdecir en el trabajo lo que antes afirmó en la paz, ni querrá ser como amigo fingido, que en el tiempo del placer hace muchas ofertas, y cuando le dicen que pase algo, desdice lo dicho. *¡Ay de aquellos*—dice la Escritura (Eccl., II)—*que perdieron el sufrimiento!* Quiere decir, que como cansados de trabajar y esperar, dieron con su corazón en el suelo, como quien no puede llevar la carga.

El justo, señora, de la fe vive, y el Señor le manda

que espere, aunque haga tardanza, y promete que vendrá; mas si el justo tiene reloj que da muy aprisa las horas, y le parece pasarse el tiempo sin que Dios le remedie, decirle han lo que está en Isaías (I, 28): *El que creyere no se dé prisa, sino ponga su salud en la longanimidad*, como dice San Pedro. El Señor vendrá, señora, y la consolará. Alborotada está la mar, y las olas quieren anegar la navecilla, y el Señor duerme de buen reposo, como quien tiró la piedra y escondió la mano, y picó y huyó. El hizo levantar la tempestad, y luego echóse a dormir. El ha puesto a vuestra merced en los trabajos que tiene, que no otra mano: El atribula y hiere, que sin El no se puede nada hacer: y el que también ha sabido herir y tan vivo ha estado para atribular, duerme ahora cuando le piden remedio, y mientras más le piden consuelo, suele acrecentar desconsuelo; y con todo esto quiere que tengamos una fe viva, que en todos estos trances no desconfíe; y si lo hacemos, con lo que recuerda es venir y decir (Matth., VIII): *Hombres de poca fe, ¿por qué estáis temerosos?* Ve reñir, cuán esmerada, probada y pasada por fuego quiere esta fe para confiar. Que así como una castidad es probada en cosas contrarias, una humildad con deshonras, una paciencia con trabajos, una caridad con hacer bien a quien nos hace mal, así es la fe y confianza probada enviar Dios trabajos que parezcan sacar de juicio, y esconderse El, y parecer que añade mientras más es rogado. Conviene pasar esto si queremos oír: *Mujer, grande es tu fe.* Esta lucha hemos de vencer si queremos nombre y corona de verdaderos y perfectos fieles: y conviene recibir azotes, y que escuezan hasta el ánima, y creer que son abracijos de grande amor. En esto, que de fuera parece ira, hemos de creer el corazón de Dios muy pacífico, y sus entrañas muy paternales, para que no vivamos en sentido de carne, sino en fe, que es muerte de sentido de carne.

Esta, señora, es la sabiduría de la Cruz, que a ojos cerrados se sujeta a la santa ordenación de Dios, y con este no juzgar, sino confiar en El, es más sabia que todo

el saber del mundo; porque quien a Dios quisiere conocer y agradar, no alce, sino abaje los ojos con humildad, y no escudriñer, y alcanzará el verdadero saber, y hallará al Señor de las virtudes, que en todas las cosas es suave para los suyos, y entonces les hace mayores bienes cuando a los ojos de carne parece que los desampara.

Mas días ha que vuestra merced cantó este cantar (Cant. II): *Mi amado a mí, y yo a El.* Cántelo ahora, que para el tiempo de los trabajos son los requiebros: su amado la mira y tiene de ella cuidado; mírelo ella, y fíese de este cuidador. El a ella es padre, aunque la azote: sea ella hija en recibir con obediencia y hacimiento de gracias su azote; y si duele mucho mirando el azote, témplelo mirando la mano que envía el azote. Su amado es, y más amador que amado; con amor la azota, con amor lo reciba, para que responda al tono que el Señor le habla. Apurarla quiere con fuego; no huya del crisol, aunque le duela, que más vale quedar limpia de la inmundicia de la tierra, que es la propia voluntad, aunque quede hecha pedazos, que no sana y suya. Cante al Señor (Psalm. XVI): *Probaste mi corazón y visitástelo en la noche: examinásteme con fuego, y no fué hallada en mí maldad.*

Así, así, señora, apura Dios a sus escogidos; y quien así no es probado y apurado, no es hijo, ni será heredero. Y pues ha días que vuestra merced tiene prendas de heredar, sufra con paciencia la carga aneja a la herencia. Muy rica y gozosa es ella; mas los herederos han de ser muy atribulados acá; y de la Cruz los han de quitar acá cuando entren a reinar allá, que no de placer a placer. Agarrochados salen los buenos toros del coso, que los flojos sanos se van. Y es así el buen cristiano, que de todas partes ha de tener garrochas. Y cuando faltan tiranos y sayones, bastan la casa, hijos, marido y amigos, que por otras vías más blandas atormentan más que los otros. Cierto es que ver padecer a quien amamos, cuchillo nos es, y el amor es nuestro sayón, y mientras mayor amor, mayor sayón; mas no le

volvamos el rostro, que este amor fué el sayón de Jesucristo, que más le penó que los de fuera; y este fué el sayón de su Madre y de cuantos escogidos hay de Dios. Apareje vuestra merced la cabeza para ser de El cortada, su corazón para ser atormentado; y en la presencia de Dios y de su corte, que le están mirando, pelee varonilmente, pues le está aparejada excelente corona. El Señor que envía el trabajo sabe el tiempo del desconsuelo, y El lo proveerá en su tiempo, y entre tanto dé paciencia, y sea con vuestra merced siempre. Amén.

140—CARTA A UNA SEÑORA CASADA, AFLIGIDA CON TRABAJOSCORPORALES Y TRISTEZAS ESPIRITUALES: ENSÉÑALE EL REMEDIO CONTRA LOS ESCRÚPULOS

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced. Dos cosas creo que son las que atribulan a vuestra merced: una el cuerpo que pasa trabajos, y otra el ánima llena de desconsuelos, los cuales le nacen de parecerle que está contraria a Dios por no servirle como desea: y aunque padece, como dicen, *por mar y tierra*, creo que cuanto excede el ánima al cuerpo, exceden las desconsolaciones de ella a los trabajos de él; porque quien tiene deseo de agradar a Dios, fácilmente ofrece su cuerpo a cualesquier trabajos; mas no fácilmente sufre en su ánima las culpas que comete, o le parece que comete contra el Señor, y de buena gana acrecentaría en trabajos de cuerpo por quitar de su ánima culpas; porque, cierto, dientes muy agudos tiene el gusano de la conciencia para roer las entrañas de quien comete pecado.

Mas si Dios encaminase a vuestra merced a quien le supiese distintamente declarar qué bien es Jesucristo Nuestro Señor, luego huirían de su ánima esas desconsolaciones que tanto desmayo le causan, como huía del Rey Saúl el espíritu malo al sonido de la música dulce del Profeta David: no hay ánima que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quién es Jesucristo no baste

a levantarla de la tristeza y desconfianza y henchirla de gozo, si de ella se quiere aprovechar. Y como a tal dijo el ángel a los pastores (Luc., I): *Anúncioos un gozo grande que tendrá todo el pueblo, porque os es nacido hoy el Salvador:* y el mismo Señor dió testimonio de esto diciendo (Isaí. LXI): *El espíritu del Señor está sobre Mí porque me ungió, y me envió a dar buenas nuevas a los pobres, y a sanar los quebrantados de corazón, y a predicar libertad a los cautivos, y dar vista a los ciegos, y a dar suelta a los quebrantados con deudas, y a predicar el año agradable del Señor.* Y por no saberse vuestra merced aprovechar de la consolación que trae esta nueva, viene a ser hollada de la desconsolación que tan demasiadamente le aflige, quitando los ojos de este Señor puesto en cruz, para que todo hombre que con ojos de fe y amor le mirare, no perezca, y poniéndolos en sí misma y en sus obras, que es una vereda tan sin consuelo que ningún hombre que por ella caminó a solas, puede tener paz ni consuelo; porque como cada cosa dé tal fruto cual ella es, no puede tener más paz ni contento quien mira a sus obras solas de cuanto ellas tienen de bondad; y aunque no todas sean pecado, muchas de ellas, especialmente en hombres imperfectos en el servicio de Dios, llenas de faltas; de ahí viene que den crueles bocados de remordimiento al ánima que las obró, y son más causa de lloro que no desconsuelo; lo cual dice San Bernardo haberle acaecido a sí mismo diciendo a su ánima: *¡Oh, viña mía, cuántas cosas nos fueron hurtadas por malas astucias, aun en aquel mismo tiempo que comenzamos con más vigilancia a entender en el cuidado de nuestra guarda! ¡Cuántos y cuáles racimos de buenas obras nos los ahogó la ira, o se los llevó la jactancia, o los ensució la gloria vana! ¡Cuántas cosas padecimos del regalo de la gula! ¡Cuántas del espíritu de la acidia! ¡Cuántas de la desconfianza y tempestad del espíritu!* De esto que San Bernardo dice, y de lo que cada uno en sí experimenta, se ve claro que quien se arrima a cosa tan llena de menguas no puede tener en pie la alegría de la confianza; mas por fuerza

ha de ser apretado con angustias y desordenado temor, cotejándose con la ley de Dios y viéndose falto en ella, sin saber adónde arrimarse. Gran temor dió la ley cuando fué dada en el monte Sinaí, y tanto que dijeron los que allí estaban (Exodo, XX): *No nos hable el Señor, porque no muramos.*

De esta manera, cuando un ánima considera los mandamientos de Dios y las terribles amenazas que están puestas, y que de cierto vendrán contra quien los quebranta, y ve que ella es una de aquéstas, síguesele muy grande tristeza, sintiendo tanto mal de presente y temiendo otro mayor en lo por venir, y anda con tal remordimiento y acusación y tormentos dentro de sí, que le parece ser El para sí un intolerable infierno. De lo cual le nacen bravísimas desesperaciones, porque es cosa recia sufrir luenga vida con remordimiento continuo de la conciencia: y no sólo es temal, mas muchos suceden de aqueste desmayo y desconfianza, que nace de mirar el hombre a sí mismo a solas. ¿Pues qué remedio tendremos, pues que no nos podemos dejar de mirar, y mirarnos causa desesperación? Por cierto el que suelen dar a los que pasan por algún río y les avisan diciendo: «no miréis al agua que corre, porque se os desvanecerá la cabeza y caeréis y os ahogaréis; más mirad hacia arriba fuera del agua, e iréis por las aguas seguro».

Estas aguas, señora, que corren hacia abajo, nuestras obras son, a las cuales solas ningún hombre miró que no le diese desmayo, por justo que fuese; porque delante el acatamiento de Dios todos se conocen faltos, y le suplican (Psalm. CXLII): *No entres, Señor, en juicio con tu siervo.* Y aunque muchas obras hagan justas con que agradan a Dios, mas mirando todo el discurso de su vida, dice San Agustín: *Que aunque sean santos, tienen de qué llorar.* Conviene, pues, no mirarnos a solas; mas con mirarnos y llorarnos, alzar los ojos arriba considerando a Jesucristo Nuestro Señor, el cual es tan lleno de misericordia y remedio, y de merecimientos para nosotros, que basta y rebasta para consolar y enriquecer a

los muy tristes y pobres. Sépalo, señora, si no lo sabe, que la confianza y consuelo de los cristianos que se desean salvar, no ha de estar puesta en sus propias fuerzas ni obras solas, mas en la gracia que nos es dada en las de Jesucristo, que por su infinita bondad las quiso comunicar con todos los que con fe y penitencia se sujetaren a El, según dice San Pablo: *Que fué hecho causa de salud a todos los que le obedecen.*

Teniendo tal arrimo en El como tenemos, estemos tan confiados y sosegados cuanto es razón que lo estén los que participan de merecimientos de Dios humanado; porque el negocio de salvarse los hombres, más es gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor, que fuerza y valor de nuestros trabajos propios; y más quiere Dios ser glorificado de salvar por gracia, que de pagar lo que debe: porque pagar quienquiera lo hace, mas darnos su Hijo y por El tomarnos por hijos, y darnos el don de su gracia, y como a tales darnos fuerza para servirle como buenos hijos, y como a tales prometernos la herencia, esta es merced inestimable de Dios, y por tal quiere El que sea conocida y agradecida. Y por esto dijo San Pablo *que la vida eterna es gracia de Dios;* porque aunque se requieren merecimientos del hombre para entrar en ella, mas éstos no tienen su valor principal de parte del hombre, mas de la gracia del Señor y de ser incorporados en su Unigénito Hijo, lo cual resulta no en alabanza del hombre, mas en la de Dios y su gracia; porque una cosa es herencia que se da a hijos que obedecen y sirven con amor a su padre, y otra es jornal que se da al extranjero, teniendo cuenta con el valor sólo de sus trabajos; y lo que nosotros esperamos, herencia es: y aunque se ha de ganar con buenas obras, y por eso se puede llamar jornal, mas no se han de hacer con ánimo de jornalero interesado y extraño, mas de hijo, que con amor sirve a su padre, cuyos servicios más son galardonados por ser servicios de hijo que sudores de jornalero.

Y pues este negocio es entre padre e hijos, no piensen los desconfiados que por cada cosa que un hijo haga o deje de hacer no conforme a la voluntad de su padre,

luego le han de desheredar; porque, según hemos dicho, esta herencia y este consuelo y confianza para la alcanzar no está fundada principalmente sobre nuestro arrimo, ni fuerzas ni obras; porque si así fuera, ¿qué cosa hubiera de mayor desconsuelo que en cosa tan importante estar arrimados a cosa tan flaca; y que si nuestra fuerza u obras faltaran, ya no tuviera más remedio para cobrar la gracia perdida, ni esperar herencia de padre, como se suele hacer con los jornaleros, que si no trabajaron o mal trabajaron, se les niega el jornal por justicia, sin remedio de lo cobrar por misericordia? Acá nuestro fundamento y arrimo es la misericordia de Dios, que por los merecimientos de Jesucristo su Hijo nos quiere salvar, dándonos remedio para que aunque nuestras obras falten, aunque sea quebrantando los Mandamientos de Dios, podamos, si queremos, y El nos ayuda a querer, alcanzar perdón, y recobrar la gracia perdida y ser salvos por Jesucristo Nuestro Señor, cuyos merecimientos nos alcanzan la misericordia que nosotros no merecíamos.

Y si vuestra merced dice, como suele decir, que allende de estos merecimientos de Cristo son menester los nuestros de buenas obras, y que la sola fe no basta, digo que es verdad; mas que tántas han de ser estas buenas obras para esperar o el perdón del pecado, o la herencia del cielo, en esto, señora, gravemente se engaña; porque todo aquel que tiene fe, esperanza y amor, que le causa propósito de obedecer a los Mandamientos de Dios y de su Iglesia, en gracia de Dios está: y si con esto muere, salvo será para siempre, aunque tenga madera, heno en que pagar en el purgatorio; y porque aquí hablo para ella, cuya vida tengo conocida, le digo de parte de Nuestro Señor (*en todo cuanto a mí se me entiende*), que con esa vida que tiene, tal cual ella ve que es, se contenta la infinita bondad de Nuestro Señor; y que mientras El le diere en ella perseverancia, puede esperar de su misericordia que la salvará. Mas si siente de la bondad divinal y de los merecimientos inmensos de Jesucristo Nuestro Señor tan estrecha y bajamente, que

piense que si uno no es tan perfecto cual ella lo tiene pintado y desea ser, que este tal no será salvo, no es así, porque Cristo tiene en su cuerpo místico miembros perfectos e imperfectos. Sospecho que le ha de decir Nuestro Señor: «como lo crees,» o por mejor decir: «pues no crees así, no te salves».

Deje ya, señora, de medir a Dios con tan chico palmo, y alabe la gracia que en su Hijo le hizo, que es tomarla por hija y prometerle la herencia cuando le dió gracia de que con dolor de sus pecados se confesase y propusiese de ahí adelante de servir a Dios. Y sobre estas prendas, no dadas por nuestros merecimientos, mas por la muerte de Jesucristo, prosiga los ejercicios de su buena vida con alegría y esfuerzo; y si cayere, procure de se levantar con el socorro de los Sacramentos; y no piense que aunque sea hija imperfecta le han de negar la herencia del cielo; porque aunque entre los hijos haya uno enfermizo y cuan ruin le quisiere pintar, en fin, porque es hijo, también hereda, aunque no tanto como los otros. Los pecados veniales, señora, no impiden la herencia de hijos: acá o en purgatorio se pagan; y si fuere mortal y le socorriere el remedio de la penitencia, tampoco nos quitará el cielo; porque el grande amor que Dios nos tiene por Jesucristo su Hijo, le movió a darnos remedios para que cuando nuestra virtud faltare, seamos con la suya remediados y fortalecidos.

Y paréceme cierto que uno de los mayores pecados que vuestra merced tiene es sentir tasadamente de la bondad del Señor, que es sin medida, y por una parte tiene a Dios por altísimo, y al pecado por muy malo por ser contra El; y por otra parte siente de Dios bajamente, pues no confía que por la inefable gracia que hizo al mundo en darnos su Hijo usa de misericordia con los desamados, para que sean traídos por la penitencia a ser amados, y reciban mercedes los que no merecían el pan que comían y aun eran dignos de azotes; y por el mismo Señor son sufridos y amparados los que mirando a sí mismos merecían ser castigados. Esta, señora, es la verdad, cuya confesión redunda en gloria de Jesucristo;

y si nosotros de nuestra parte no lo merecemos, mereciólo El para nosotros. Quien esto cree, alaba a Dios, y de la cosa que El más quiere ser alabado, que es de ser bueno y bienhechor de los hombres, aunque ellos no lo merezcan; *porque si la gracia que se da por Jesucristo a los penitentes fuera por merecimientos de ellos, no fuera gracia, sino deuda*, como dice San Pablo (Rom., XI); y si dar Dios el cielo fuera por las obras de los hombres, como cosa a ellas debida, sin tener cuenta con la gracia, tampoco fuera gracia. Y por eso no se da por ella a solas, si no se junta con ellos la gracia que se da por Jesucristo Nuestro Señor, de la cual y del cual las obras del hombre tienen valor de merecimiento para tan grande bien como es el eterno reino.

En los tiempos pasados pretendía Dios ser estimado por justo, castigador sabio y fuerte, y ser reverenciado y temido por tal; mas como ya escogió obras nuevas, quiere también que se le den alabanzas nuevas. ¡Qué mayor novedad pudo ser que hacerse Dios hombre, y ser pobre, y cansarse el que es riqueza y descanso del cielo y de la tierra! ¡Qué mayor novedad que morir el que es vida! De las cuales obras nuevas y amor nunca visto ni oído salen para con los hombres tales efectos de misericordia, que es mucha justicia que alabemos ya al Señor con todas nuestras fuerzas con nombres de amador y de lleno de misericordia, con más frecuencia que con nombre de sabio, ni fuerte ni justo. Y no es pequeño consuelo para los que son flacos en su servicio pensar que El es tan rico en amor y misericordia, que nos sufre y ama aunque nosotros no le respondamos tan por entero como era razón. Y si vuestra merced sintiese la palabra que me escribió, diciendo que Dios la ama, no sería menester escribir yo tantas, no para otro fin sino para persuadir a vuestra merced lo que ella misma me escribe.

Pregunto, señora: si Dios la ama, ¿de qué esta congojada, entristecida y desconfiada? ¿Por ventura no ha oído lo que dijo San Agustín, *que Dios no ama y desampara?* ¡Oh, divina Bondad, que amaste a los que es-

taban lejos de Ti, y por amor les inspiras la penitencia, y los traes a Ti, no habiendo en ellos cosa digna para ser amados, mas muchas para ser aborrecidos! ¿Y porqué no confiarán los que Tú trajiste que tendrás bondad para sufrirlos siendo ya hijos, pues tuviste bondad para los traer siendo enemigos? Olvidaste, Señor, y perdonaste por la penitencia tantas abominaciones como Tú sabes que contra Ti se hicieron, y ¿pensaré yo que me tienes guardados mis pecados menores que ahora hago? Que aunque por vía de conocerte más y de haber recibido mayores mercedes, sean en alguna manera mayores; mas, en fin, ellos en sí son muy menores, y me dañarán menos, porque conociendo tu misericordia mejor que antes, y el remedio medicinal de tus Sacramentos que para los penitentes has ordenado por el merecimiento de Jesucristo Nuestro Señor, tengo más ocasiones y alientos para pedir el perdón y para esperarlo. Y si Tú, Señor, quieres sacar de mis caídas esta alabanza, que digan que eres tan bueno que salvaste un tan malo como yo, sea tu gloria para siempre ensalzada, y plega a Ti que mis males y bienes sirvan, Señor, a que Tú seas glorificado. A unos salvas guardándolos de caídas, y a otros perdonándoles las que dan. Y aunque yo quisiera ser más de los que no caen, no por eso dejaré de esperar de tu bondad que me salvarás aunque haya caído, y que me ayudarás a levantar en lo de adelante.

Bendito seas tú para siempre, que me enseñaste el remedio de todos mis males y me declaraste adonde me arrime para no caer, y a quien dé la mano después de caído, a quien dé gracias cuando estuviere en pie, y a quien pida perdón cuando hubiere pecado. ¡Oh, Jesús benditísimo, Hijo de Dios Padre y de la bendita Madre Virgen María, Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, abogado y amansamiento delante del Padre por nosotros tus siervos, consuelo de tristes, riqueza de pobres, poderoso esfuerzo de los enflaquecidos! Por eso te llama San Pablo (II Cor., I) *esperanza nuestra*. ¿Qué diré, Señor, de Ti que digno sea de tus alabanzas? Amparo de nuestra orfandad: merecimiento de la justificación de

nuestros pecados, esposo de nuestras ánimas, escudo fuerte que recibiste los golpes de la justicia divina que merecían nuestros pecados, muro y antemuro de nuestra ciudad, torre de nuestra fortaleza, vida que muriendo nos avivaste, justicia que siendo vituperada de los hombres nos hiciste justos delante del acatamiento de Dios, ganándonos la gracia que teníamos perdida, y siendo Tú condenado nos absolviste, y cayendo sobre Ti las maldiciones, la ley y deshonras de hombres, hiciste que cayesen sobre nosotros las bendiciones de Dios: abajástete Señor, hasta ser acompañado de los ladrones, para darnos a los ángeles por compañeros. Pregonado fuiste por malo en la ciudad de Jerusalén; y después en el monte Calvario, lugar de los malhechores, fuiste deshonrado y atormentado, desamparado y muerto con extrema pobreza, y allí nos ganaste la gracia con que merezcamos la compañía de Dios en el monte santo del cielo, adonde entremos a gozar de tus benditos sudores.

¡Oh, Padre muy amador de tus pobres hijos! ¡Quién te viera velar, trasnochar, caminar y sudar, después morir, para con tu vida y tu muerte dejar a tus hijos ganado tanto favor y riquezas, que aunque ellos falten a tu servicio tengan remedios y favores y valor para ir a gozar de lo que por sí no merecieron, y alegres en el conocimiento de tus riquezas bendigan para siempre tu amor, que te constriñó a vivir y morir por el bien de tus siervos! En este amor me gloriaré y confiaré, que es fortísimo; no en el flaco que yo a Ti tengo. Esta es mi gloria cuando bien me glorío; esta mi riqueza y mi esperanza, y en esto estoy confiada, y cantaré: *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso para guardar lo que le deposité para aquel día* (II Tim., I), como dice San Pablo, y si pregunta porqué, diré lo que dice San Agustín: que tuvo Dios amor para tomarme por hijo, y poder para hacer bien a quien ama, y verdad para cumplir lo que promete.

Este Señor es fundamento certísimo, en quien debemos estribar; que nuestras obras muchas de ellas son tales como caña flaca y quebrada; que quien a ella se arrima,

antes se horada la mano que se pueda sustentar en ellas; y las que son buenas y de valor, por la gracia de Dios lo son, ganada por los merecimientos de Jesucristo, en los cuales me gloriaré, y en su gracia que me ganó; mas en mí mismo no, sino en mis flaquezas. Señor Jesucristo, yo confieso delante de Ti que soy pobre, desnudo, hombre flaco y pecador, lleno de muchas deudas antes que te comenzase a servir, y también después; mas yo te confieso por perdonador de los que con corazón quebrantado te piden perdón: mayor es tu misericordia que mi maldad, y por esto confío más por Ti, que desespero por mí. Tengo por gran merced tuya no confiar en justicia que yo tenga de mí; mas en la tuya, Señor, que por tus merecimientos infundistes en mí, dándome tu gracia con que te agrade, y que mis pequeños trabajos, que de sí son tan pequeños, reciban valor de vida eterna y te sean agradables: y tengo, Señor, confianza que sufrirás con paciencia las faltas de aquel que trajiste a Ti con amor. Y mientras me dure contigo la fe y el amor que por tu misericordia me has dado, me durará la esperanza viva que me has de salvar y que me darás perdón de mis faltas cuando te lo pidiere, como dulcísimo Padre a su indigno hijo, que por ser hijo lo sufres y ligeramente perdonas.

Tengamos, pues, esta firme confianza en el Salvador del mundo, Jesucristo Nuestro Señor, y metamos en el seno la esperanza de la gloria que nos ganó; y así, pues ha dado conjeturas que tenemos su gracia, esforzados corramos con buen talante, con acrecentamiento de esta gracia y obediencia de los Mandamientos de Dios, y echemos fuera las desconfianzas que nuestras obras malas nos trajeren, poniendo luego la medicina de la penitencia sobre ellas, en confianza que por los merecimientos de Jesucristo y virtud de sus Sacramentos somos perdonados. No obremos con desconfianzas: mas adorando y agradeciendo al Eterno Padre que nos dió a su Hijo, por el cual y en el cual nos hizo agradables dándonos su gracia y favores, confiemos que agradamos a El, no sólo en las obras altas, mas aun en las muy comunes, así como dice

San Pablo (Ephes., I): *Ahora comáis, ahora bebáis, o cualquiera otra cosa que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios.* Y de esta manera tengamos reposado nuestro corazón, pensando que pues el Señor nos tomó por hijos, le agradamos como a Padre en lo que conforme a su ley y razón hacemos.

Esta alteza y dignidad no la hubimos de nuestra cosecha: Nuestro Señor Jesucristo nos la ganó para que participásemos del agradamiento que El tiene delante del Padre. Así como en lo que hiciéremos, yendo bien hecho, hemos de pensar que agradamos a Dios, así en lo que nos viniere debemos pensar que nos lo envía El por nuestro bien, y esforzarnos a recibirlo con hacimiento de gracias. No envía Dios a los suyos lo que les envía para ponerles tropiezos ni lazos, mas con amor paternal, para que de todo saquemos bien y conozcamos el cuidado que de nosotros tiene. Y de esto no debemos sacar desconsuelo, como lo suelen hacer los hombres llenos de achaques, que de las mercedes que Dios les hace sacan más desconfianza, diciendo: lo próspero que Dios me envía, es por pagarme en este mundo y condenarme en el otro, y lo adverso es para principio de condenación infernal. No deben hacer así los que al Señor desean servir; mas en lo uno y en lo otro deben entender que Dios les quiere ayudar a salvar, y que su voluntad es que andemos alentados y consolados con las señales que tenemos en ser amados y muy amados de un Rey y tal Rey. Y así usaremos de lo que Dios envía conforme a su voluntad y a nuestro descanso; porque recibiéndolo con la desconfianza ya dicha, no es otra cosa la vida sino un continuo tormento.

De manera que debemos traer el corazón confortado y fiado de Dios, estribando en El, y no en nuestra flaqueza, y con corazón amoroso hacer y sufrir lo que conviene según su ley. Y ese cuerpo, que Dios dió a vuestra merced para martirio, no sé en qué mejor lo pueda emplear que en ofrecérselo para que le sirva en ese estado que le dió pariendo y criando. Y pues el mismo Señor tomó carne delicadísima para tener en qué padecer por

nosotros, piense vuestra merced que la que Dios dió a ella es sensible para que padezca por El: confiado estoy de su misericordia, que El está de ella contento. Deseo que vuestra merced esté sosegada, y que las cosas de su ánima y de su casa las haga con este corazón que le he dicho, confiando de su bondad; que pues El le puso en esa atahona, que El se sirve que ande alrededor de ella; y si lo que le he dicho no basta para sacarle de sus desconfianzas que tanto le dañan, no resta sino que roguemos a Dios que El de su mano le dé confianza y conforte de corazón, pues es dádiva suya; esperando con estas prendas y conjeturas ya dichas de estar en su gracia, que nos hará merced de nos guiar hasta nos meter en la celestial tierra prometida, donde veremos y poseeremos al mismo Dios. Sea El en quien esperemos, y El sea lo que esperemos, porque de nadie podemos alcanzar a Dios, si El no se da, ni es razón esperar de Dios cosa menor que el mismo Dios.

141—CARTA A UNA SEÑORA CASADA, A CUYO HIJO LE HABÍA SUCEDIDO UNA DESGRACIA, CONSOLÁNDOLA

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con vuestra merced. Como sabe Nuestro Señor Dios cuán mucho nos va en conocer nuestros males y los bienes que de El tenemos, para que le pidamos remedio para lo uno y le demos gracias por lo otro, tiene cuidado de enviarnos algunas tribulaciones para que veamos nuestra flaqueza, y nos desengañemos si por fuertes nos teníamos, y veamos la fortaleza que Dios nos da para alegremente sufrirlas, y conozcamos cuán poderosa es su mano, que en vasos tan flacos pone virtud, y cuán bueno es, pues nos hace ganar en los males.

Dícenme que ha acaecido no sé qué a un hijo de vuestra merced; sea por ello nuestro Señor bendito, y por todo lo demás que nos acaece, al cual, sin duda, debemos más cuando nos envía de esta fruta que cuando de las consolaciones; pues mediante éstas limpia nuestras culpas y nos fabrica en el cielo coronas, y las gracias que estas tri-

bulaciones a Dios se dan es una música cristiana y suave en sus orejas. Digo cristiana, porque el dárselas en las consolaciones es de todos, mas en las tribulaciones, de sólo los buenos cristianos, que son como trompetas hechas a golpes, que echan de sí este suavísmo son: *El Señor lo dió, el Señor lo llevó: como al Señor plugo, así fué hecho: sea su nombre bendito* (Job. I). Cante, señora, este cantar, si quiere alegrar a sí, y que se le tornen las piedras en pan: porque vendrá a tomar tanto sabor en las tribulaciones, que se mantenga y haga fuerte con ellas, y las pida al Señor, como el niño pide pan a su madre: ligeramente hará esto si ha dado a sí y sus cosas a Dios; mas si en el hijo estaba algo que a Dios no lo había dado, compasión he de verdad de vuestra merced cuánto le habrá atormentado, como herida en la carne llagada, que ella es la que duele, que el fruto del espíritu gozo es. Si eso pasa, encomiéndese vuestra merced y dé sus hijos a Dios, pues El dió su Hijo por amor de ella: y no tenga por acaecimiento lo que viere venir a su hijo; porque la verdad cristiana confiesa que ninguna cosa viene acaso, mas todas debajo de la providencia de Dios; y como cosa de su mano tome vuestra merced lo acaecido; y aunque lo tome de su mano, mírele al corazón, y hallará que envió esto con amor, aunque en la mano parezca rigor.

Amanos Dios verdaderamente, aunque alguna vez disimula su amor y finge que se va lejos, no porque nos olvida, pues tiene jurado diciendo (Psalm. CXXXVI): *Si de ti me olvidare, mi mano derecha sea olvidada, y mi lengua se pegue al paladar, si de ti no me acordare.* Pues cierto así lo cumple, como lo dice el que nos tiene escritos en sus manos y muy a su costa; mas apártase porque suspiremos por El y agucemos la hambre, para que después mejor nos sepa el pan que mantiene a cielo y tierra; y el querer ser llamado, no es porque El haya menester nuestros ruegos, o nos quiera vender su comunicación, pues muchas veces viene antes de ser llamado; mas porque ve El con su inestimable sabiduría que cumple dejarnos desconsolados años y años, y a muchos por toda la vida presente; y la parte de éstos creo ser la mejor,

si hay fe para no sentir mal y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Aunque, a la verdad, el que algo ve, hallará que otro gozo ni descanso no hay sino que se cumpla la voluntad de Dios en nosotros; y la consolación verdadera es gozarnos en la voluntad de Dios, aunque nos desconsuele; y si estas desconsolaciones nos parece que vienen por nuestra tibieza (que es lo que a muchos suele desconsolar), digo, después de haberlo mirado, que es muy mejor llevar su culpa con igualdad sosegada de corazón y buena confianza en la misericordia divina, que por matar la mosca (como dicen) que me pica en la frente, darme un golpe con que me mate.

No han de ser todos iguales los que al cielo han de ir, ni hemos de desesperar porque no somos de los mejores ni medianos; mas dar gracias a Nuestro Señor porque nos dió esperanza de salvación por su clemencia; y conviene alegrar en esto el corazón, y agradecerlo a Dios porque no nos quite esto que nos ha dado como a desagradecidos, y así caigamos en el infierno, porque no nos hizo Dios de los mejores del cielo. Créame, que esta cosa de la paz del corazón que los perfectos tienen, no se da por descontentos ni puñadas; mas Dios la da a quién y cómo y al tiempo que es servido. No dejemos de hacer lo que pudiéremos y tener buena confianza en Dios, en el cual nos debemos de poner tan de corazón, que aun sobre nosotros mismos no osemos dar sentencia de cómo nos va; mas confiados en El, correr con alegría la carrera de sus mandamientos y de sus pisadas, y esperar que nos galardonará nuestros bienes y perdonará nuestros males, para que por uno y otro le alabemos y bendigamos en los siglos de los siglos. Amén.

142—CARTA A UNA PERSONA QUE ESTABA MUY CONGOJADA POR SU POCO APROVECHAMIENTO EN LA VIRTUD: ENSÉÑALE CÓMO TODO SE HA DE HACER POR EL AMOR DE DIOS, Y NADA POR AMOR PROPIO

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con vuestra merced. La raíz de todos los males es el amor propio, así como la de todos los bienes es el amor de Dios: y así

como el que a Dios ama no halla qué sufrir, porque no busca sino el querer de El y en éste se deleita, así el que se ama halla todas las cosas ásperas y contrarias y es atormentado con fatigas y diversidades de acaecimientos. No está el descanso sino en desear poco o nada por amor de Dios y contentarse con ello por El, al cual tanto ofrecemos y damos cuanto por El dejamos de desear: y si Dios abre nuestros ojos para que consideremos con David las maravillas de su ley, hallaremos *que no sólo hay peligro acerca de este mal amor propio en lo exterior y visible*, mas aun en lo que a muchos parece que es santidad desear más y más; y si pregunta vuestra merced qué es aquesto, digo que las virtudes y paz del ánima, y el paraíso y el Señor de él; para que así veamos cuánto es nuestro peligro, pues en lo que es seguridad lo hay, y cuánta la maldad del propio y desordenado amor, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad: no porque las haga El malas a ellas, que no puede, mas porque deseando las cosas buenas por nuestro fin y amor último, nos hacemos malos nosotros tornando al revés el orden que el amor de Dios da, que es querer todo lo bueno, y a nosotros con ello por Dios y para Dios, y de la manera y con la medida que quiere Dios.

No consiste el amor de Dios, por más que la boca lo diga, en desear muchas virtudes y al mismo Dios desenfrenadamente y con demasiada congoja y codicia, como otras cosas se suelen desear; porque si yo me muevo por Dios, no será mi principal deseo tener aquello; mas tenerlo, si Dios quiere que lo tenga, y cuándo y cómo y cuanto quisiere, y no ser codiciosa de ello por mi bien, mas en que la voluntad de Dios sea cumplida, aunque fuese estar yo sin virtudes y ciego. Digo aunque fuese, porque no lo es; mas a lo menos ha de estar nuestra voluntad tan puesta en las manos de Dios, que esté aparejada a querer todo lo que Dios quiere que queramos, sin sacar alguna excepción, porque si nuestro amor está vivo, tanto es más peor y encubierto su mal cuanto lo que deseamos parece mejor; porque en aquello, como es cosa segura, se suele El más descuidadamente extender,

y diciendo que deseamos amor de Dios, estamos llenos del nuestro, que nos hace desear a Dios para nosotros sin orden ni ley, habiendo de ser al contrario.

Acuérdome que dicen algunos Doctores que esta maldad cayó primero en Lucifer, el cual deseó cosa buena que era la bienaventuranza; mas no la deseó cómo ni cuándo ni en quien ni por quien era razón desearla, mas con una desenfrenada codicia, que mira al bien propio, como puede un avariento codiciar tener mucha hacienda, o un soberbio la honra. Por cierto, si la raíz y fin es uno, no hace la cosa deseada toda la diferencia; antes, como he dicho, es peor cuanto lo deseado es mejor; porque no hay peor mal que desear uno para sí como para último fin: el último fin es sumo bien de los bienes, que es Dios, el cual debe ser el fin y el paradero de todos nuestros deseos. Y si alguno dijere, por no entender bien lo que digo, que parezco decir que no debemos ser fervientes en desear ser más y más virtuosos, mas que lo dejemos a Dios, así lo del ánima como lo del cuerpo, digo que así como en las cosas exteriores hemos de ser más diligentes, y no congojosos ni codiciosos, mas ponerlo en manos de Dios y tomar con paciencia lo que nos viniere, así en lo del ánima debemos ser diligentes; mas con condición que si con todo ello viéremos que no tenemos cuanto queremos, no hemos de dejarnos caer en una impaciencia que sea peor que la principal falta porque nos da la pena; mas conformarnos en todo con la voluntad de Dios, al cual agrada más la humildad y paciencia en las flaquezas que la soberbia, devoción y contentamiento en la fortaleza. Y si no alcanzamos a estar sin faltas, demos gracias a Dios porque nos dió conocimiento de nuestras faltas.

¿Por ventura echó a perder otra cosa al fariseo soberbio sino el contentamiento de sus buenas obras? ¿Y salvó al publicano sino el conocimiento y desplacer de sus malas, pidiendo a Dios misericordia? No todos son para conservar la humildad entre la alteza de las virtudes, y muy pocos hay a quien no descontenten sus faltas; y por eso, aunque el primer camino no es más alto, el se-

gundo es más seguro: todo lo cual dispensa el sapientísimo Dios guiándonos por diversos caminos para un mismo fin, que es El; y por más codiciosos que seamos, esto nos debe consolar, que es esperar que iremos al paraíso, ora sea por la alteza de virtudes, como algunos van, ora por conocimiento de cómo nos faltan, y con penitencia de ello, como otros muchos van. Y aunque por esto no debemos dejar de imitar a los muy mejores que viéremos, pues Dios nos ha dado deseo de ello, y sernos ha tomada cuenta si no lo hacemos, empero así deseemos ser mejores como tengamos paz, si no llegáremos a lo que deseamos, que de otra manera no creo que ha habido hombre en este mundo (dejando aparte lo que todos entienden) que no desease ser mejor de lo que es; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban por su propia codicia, que nunca dice *harto hay*, mas por Dios, con cuyo repartimiento están contentos, aunque menos les diera, teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que El le da, más que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio que es para más servicio de Dios: y no creo que hay paz en aqueste mundo sino en la paciencia, ni creo que es verdadera paciencia la que sufre a sus prójimos y no sufre a sí mismo, no para que deje de castigar y enmendar sus faltas, mas para que no se le derribe el corazón ni se entristezca demasiadamente, sino que ande en todo lo que le acaeciere contento de dentro y de fuera, haciendo sus diligencias, las cuales todas, si no las hiciere, vale más que le pese y se levante presto con alegría que dobla las fuerzas, que no, que pensando que llora sus faltas por Dios, desagrade al mismo Dios con servirle mal con el corazón, caídas las alas y con otros ramos que de esto suelen nacer. La conclusión sea lo que dice San Pablo: *En todas las cosas haciendo gracias a Dios use la oración, e irle ha bien*. Jesús con vuestra merced sea y con todos. Amén.

143—CARTA A UNA SEÑORA (1), ANIMÁNDOLA A SABER CONFIAR EN EL SEÑOR, Y ENCÁRGALE EL ÁNIMO EN EL CAMINO DE DIOS

Muy magnífica señora: la paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced. En dos cosas nos conviene mucho estudiar, si no queremos ofender a Nuestro Señor: una es en amar su bondad, otra en confiar de su misericordia. Grandísima es la ceguedad del ánima que a tan buen Señor no ama, y grande es la flaqueza de quien en tanta muchedumbre de misericordia no confía; y así como las mercedes que nos ha hecho nos deben incitar a le amar (pues que son hechas con el amor que Dios nos tiene, el cual pide amor), así nos deben esforzar a confiar, pues que quien nos ha dado lo pasado y metido en su carrera, nos dará el acabar en ella; y lo mismo debemos sacar de la pasión de Nuestro Señor, al cual debemos amar, pues El fué el que murió por nuestro amor, y tener confianza en sus merecimientos. Váyase, pues, a lejos toda duda, toda flaqueza de corazón y toda desconfianza; pues cuanta es la virtud de su pasión, tantos son nuestros merecimientos, pues que ella es nuestra, siendo nosotros de Jesucristo, que El nos la dió. Allí confío yo y presumo, allí hago burla de mis enemigos, allí pido yo al Padre ofreciéndole a su Hijo, de allí pago lo que debo, y me sobra. Y aunque mis dolores son muchos, allí hallo mayor remedio y causa de alegría que en mí de tristeza.

¡Oh, amoroso Dios y todo amor, y cuán grande bofetada te da quien de todo su corazón en Ti no confía! Si con habernos Tú hecho tantas mercedes y lo que más es, con haber por nosotros muerto, aún no confiamos de Ti, ¡no sé qué diga, sino que somos peores que brutos! ¿Cómo y qué creeremos que nos darás, pues tanto nos has dado? ¿No creeremos que defenderás a los que sa-

(1) Según el manuscrito de El Escorial, fué dirigida a doña Sancha Carrillo.

caste del infierno? ¿No darás de comer a los que tomaste por hijos? ¿No enseñarás la carrera a los que siendo descaminados pusiste Tú en ella? ¿No darás lo que te pidieron para tu servicio a los que dabas muchas cosas andando fuera de tu servicio, y ofendiendo ellos, los defendiste Tú, y huyendo de Ti, los seguiste y traiste a Ti, y los limpiaste y diste tu espíritu, y henchiste sus ánimas de gozos, dándoles beso de paz? ¿Y para qué todo esto? Por cierto para que crean que pues por Cristo los reconciliaste contigo siendo enemigos, mejor los guardarás por Cristo siendo ya amigos.

¡Oh, Dios mío y misericordia mía! ¡Plega a Ti que no permitas que después de tantos millares de beneficios ande nuestro corazón en dudas y preguntando si nos amas o no, si nos has de salvar o no! Más claros son tus testigos, los cuales son las cosas que has obrado, que el sol de mediodía, que dan testimonio que nos quieres bien y esperanza que nos has de salvar. Asentemos, pues, nuestro corazón con esta fiucia de Dios, la cual tengamos aunque no sintamos en nos el dulzor de las consolaciones de Dios: porque así como la fe verdadera es la que cree sin milagros y razones, y el amor verdadero el que ama, aunque es azotado, y la verdadera paciencia que sufre más sin consolación, así la verdadera confianza es cuando estamos firmes y no sentimos los regalos de Dios. Confiemos un día de Dios sin que nos dé prendas, y osemos esperar que nos irá bien en El, pues El lo mandó que así lo esperemos. Sentímonos flacos: esperemos en Dios, seremos fuertes; porque los que en Dios confían (Isaí. IX) *mudarán fortaleza y tomarán alas; como palomas volarán, y no faltarán*. No sabemos lo que hemos de hacer: confiemos en Dios, y sernos ha dada luz, como dice Isaías (cap. L): *Si alguno anduvo en tinieblas y no tiene luz, espere en el nombre del Señor y arrímese sobre su Dios:* y en otra parte está escrito (Sap., VIII): *Los que confían en el Señor entenderán la verdad.* Estamos en tribulaciones: esperemos en Dios, y seremos librados, como dice Dios por David (Psalm. XC): *Esperó en mí, y Yo le libraré.* En las cuales palabras habemos de mirar que no pide Dios otro mere-

cimiento para librarnos, sino esperar; y con mucha razón, porque los que caen en tribulaciones, por poca fe caen. Como San Pedro, que mientras no tuvo temor anduvo por encima la mar como si fuera firme tierra, y cuando temió, luego comenzó a hundirse, y oyó de la boca de Jesucristo (Matth., XIV): *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*

Temamos, pues, esta reprensión: aunque la mar de las tentaciones ande muy brava, no caiga ni migaja de duda o temor en nuestro corazón; mas confiados en quien tan de verdad nos ama, estemos seguros en medio de cualesquiera peligros. Todo esto he dicho, porque así como querría ver a vuestra merced creer la santa fe católica sin error y amar a Dios sin pizca de tibieza, así la querría ver confiar en Dios sin pizca de duda o temor. Créame que basta Dios para todas nuestras dudas y tentaciones. Pluguiese a Dios ya nos convirtiésemos del todo a El y nos arrimásemos a El, que cierto no es menester criaturas si bien supiésemos darnos al Criador, y si alguna vez dudáremos algo, no nos determinemos en ello, sino pasemos a entender en otras cosas, que pues Dios no nos da medio para saberlo, no debe de ir mucho en saberlo. Lo que en esta Cuaresma encomiendo a vuestra merced y al Sr. Pedro(1), para el cual también escribo esta carta, es que tenga mucho tiento en los ayunos y cosas que tocan al cuerpo; y miren que no olviden esta palabra y que trabajen mucho; que ayunen sus memorias de todo pensamiento de criaturas, y aunque sea de sí mismos; mas todo olvidado, nosotros también nos pasemos a Dios, y en El moremos; y ayunen de toda consolación de cualquiera criatura, para que viviendo en soledad de pensamiento venga Dios a henchir las ánimas que estuvieren vacías de criaturas; y cuando delante de Dios se hallaren, trabajen más por escucharle que por hablarle, y más por amarle que por entenderle. El mismo Jesucristo, de quien hablamos, sea con vuestra merced y con todos, Amén.

(1) Este Pedro parece ser Pedro de Córdoba, hermano de doña Sancha.

144—CARTA A UNA SEÑORA QUE TENÍA MUY A SU CARGO, ANIMÁNDOLA A LA PERSEVERANCIA EN LA VIRTUD

Si vuestra merced supiese cuán gran gozo ha sentido mi ánima con sus cartas, creo que me escribiría muchas veces, aunque más el demonio lo estorbase: y si supiese cuán gran favor es para mí verla confiada en mi fe, y que se atreviese a probarme, creo que se le quitaría parte de las imaginaciones que el demonio le trae cerca de pensar que me da fastidio. Yo, señora, no he tomado tan de burla el habérmela puesto el Señor en mis manos que me fastidie de cosa, por grande que sea, cuánto más de cosa que no es penosa, sino alegre. Pídole yo, por amor de Nuestro Señor, que se lo pregunte ella a Nuestro Señor si la amo o no, que yo espero de El que le dirá que sí, pues es amigo de la verdad, y sabe que es así. ¿Ya no sabe que el arte del demonio para derribar a flacos es ésta? ¿No sabe cuánto daño hace en sus vecinas este pensamiento cuando le creen? Bien sabe ella reñir con los que no creen ser amados, y bien sabe volver por el ausente; ¿porqué no toma ella por sí lo que aconseja a los otros? ¿Porqué me quiere fatigar con su incredulidad como los otros? No pase esto así por amor del Crucificado, sino que esté confiada que el Señor la ama, y me da a mí amor verdadero para todo lo que necesario le fuere, hasta que gane esta corona para que el Señor la llamó, la cual no será pequeña, ni estoy yo poco gozoso de ser yo ayudador para que se gane: y no diga ni piense que es ese estado para su condenación, que es tentación del mismo demonio, que querría que lo dejase para llevársela él.

No la llamó Nuestro Señor sino para que se salve; y gracias a El que la ha conservado y conservará en el bien que ha comenzado, aunque al demonio le pese: y si le parece que no tiene aquel recogimiento que debía, yo me huelgo que lo desee y suspire por él, mas no de manera que no piense que no sirve a Dios en hacer lo que hace. Muchas veces sirven personas más a Dios con

no tener recogimiento y desearlo, que con tenerlo; porque algunas y muchas veces quiere Dios que por entender en sus hijos, dejemos el dulzor de entender con El sólo. Y el Patriarca Jacob estaba enamorado de Raquel que era hermosa, y sirvió siete años porque se la diesen por mujer; y al cabo diéronle a Lía, hermana de Raquel, sin saberlo El; y como él se quejase, respondiéronle que en aquella tierra no se usaba casar primero las hijas menores, como él quería; dícenle que se case ahora con ésta, y que si mucho amaba a la otra, que trabajase otros siete años por ella, y que al cabo de ellos dársela habrían: y así lo hizo, y así lo alcanzó.

Quien se quiere casar con la vida hermosa del recogimiento y oración devota, bien desea; mas conviene primero que se case con la vida trabajosa, y que se ocupe primero con prójimos, y después perseverando, darle han otra cuando el Señor viere que cumple. Mas entre tanto el Señor se contenta con que suspiremos por ella y entendamos en esa otra. No hace bien quien se huelga con las ocupaciones, ni hace bien quien se anda quejando en ellas: mas aquel cumple con lo que Dios quiere, que trae las manos y obras en servir al prójimo, y su deseo es servir al Señor en más quietud, no para que este deseo le haga quejar o descontentar, mas toma en paciencia la ocupación y en amor la quietud, las manos en lo uno y los ojos en lo otro; obedece por lo uno, y suplica por lo otro; y según dije de algunos, se sirve más Dios en lo primero de trabajos, que en lo segundo de descanso, porque solemos solapar el deseo que tenemos de holgar y seguir nuestra voluntad, y el no sufrir pesadumbres ajenas, debajo del título de darnos a la contemplación; y por eso el Señor, que sabe más que nosotros lo que nos cumple, y los deseos de nuestro corazón qué tales son, tiene cuidado de guiar nuestra vida según sabe que nos cumple, y el servidor suyo así le debe obedecer, y así lo debe tomar con hacimiento de gracias. Y si dice que la ocupación que tiene es buena, sino que ella es floja y no sirve a Dios como ella querría y debe, también quiero que así lo conozca y así lo diga, porque ¡ay de

aquel que pensare que puede valerse con Dios sin pedirle misericordia!

Conózcase, señora, por mala, y cobijarla ha Dios con su bondad y misericordia, y cada día le irá haciendo mayores mercedes, y piense que así, tal cual es, la ama Nuestro Señor y la quiere: con que persevere en la guerra sin volver las espaldas, lo tiene contento y a mí también. Y pues su Padre del cielo y de la tierra están contentos, estélo ella, no para dejar de pasar adelante en el servicio de Nuestro Señor, sino para no estar desmayada en la vida que tiene. Y tenga crédito, que el Señor se sirve de su estada ahí, y yo se lo digo de su parte; y que la ha de consolar mucho, y hacer muy grandes mercedes, y guarde bien esta palabra: sea fiel a Dios, y no le vuelva las espaldas: no crea consejos del demonio, ni de carne ni sangre. Ose fiarse, y ose ofrecerse por Dios a morir primero que deje lo que ha comenzado, que presto verá cuán bien lo hace Dios con los que están firmes en la pelea por El. Y el Espíritu Santo guarde y conforte a vuestra merced.

145—CARTA A UNA SEÑORA VIUDA, CONSOLÁNDOLA EN LA MUERTE DE SU MARIDO

Dilatado he el escribir a vuestra merced, creyendo que mi carta será poca parte para aliviar la gran tristeza que me dicen que vuestra merced tiene; y tenía por mejor acuerdo hablar con el Señor del consuelo, encomendándole a vuestra merced, que hablar con ella por cartas: y como con tanta instancia se me han pedido, que me da testimonio del mucho deseo que de ellas se tiene, y porque el Señor es poderoso de hacer lo que quisiere mediante unas letras muertas, quise hacer lo mandado y lo debido, suplicando al Señor Nuestro sea El servido obrar en el corazón de vuestra merced el consuelo que yo le deseo. Querido ha Nuestro Señor que vuestra merced pruebe a qué saben las angustias que en este valle de lágrimas se suelen coger, y no de cualesquiera, sino de las más principales: sea su nombre bendito, sus juicios ado-

rados, su voluntad cumplida; pues lo que debe criatura a Criador es toda reverencia y sujeción, no sólo en lo placentero, mas en lo que mucho duele; y por probar Dios esta obediencia nos suele herir en lo que más delante de nuestros ojos luce, para que entendamos que por el Señor grande, grandes cosas hemos de hacer y de padecer.

Gran amor tenía Abraham a su hijo Isaac, y en aquél le quiso Dios probar. Grande lo tenía Job a sus siete hijos, y en un día se los llevó Dios; y así suele hacer a todos los que ama, porque por esta vía ellos declaran el amor que tienen a El, y El tiene ocasión de hacerles grandes mercedes. Bien entiendo, señora, que la carne no entiende este lenguaje, y que solamente se ocupa en sentir su dolor y pérdida, sin tener cuenta con otras cosas. Mas si Dios en nosotros está, hemos de refrenar su sentimiento, y hacerla obedecer a la razón y voluntad del Señor; y aunque mucho duela, no la hemos de dejar salir con la suya: mas acordándonos de la angustia de Nuestro Señor, que le hizo sudar gotas de sangre, y dijo (Luc., XXII): *Padre, no mi voluntad, mas la tuya sea hecha,* hemos de decir nosotros lo mismo, si queremos ser conocidos por discípulos suyos; pues a ninguno conoce por vasallo en la tierra ni por compañero en el cielo si no llevare a cuestas su cruz y le siguiere como oveja a pastor, aunque le cueste la vida.

Dígame, señora, ¿de qué nos podemos quejar en nuestros trabajos, pues en ellos son nuestros deshechos, y nosotros hechos semejables al Hijo de Dios? Porque ¿qué desacato tan grande será no querer pasar los esclavos por la ley que pasó su Señor, y los hijos adoptivos por la que pasó el natural? ¿Quién más amado que el mayorazgo de Dios Padre? ¿Y quién más penado de diversas penas que El? Varón fué de dolores, y que supo trabajos; y si se pueden contar las gotas de la mar, podránse contar sus angustias. ¿Pues parécele que es razón que siendo el Hijo de Dios angustiado y entristecido hasta la muerte, pasemos nosotros sin beber con El hiel y vinagre? ¿Adónde está la vergüenza si le queremos

dejar padecer a solas y gozar con El en su compañía? Desengáñese toda criatura, y sepa que si el Rey del cielo entró en su reino por tribulaciones, por aquel mismo camino hemos nosotros de entrar: no hay otro camino sino Jesucristo, y éste crucificado; y quien otro buscare, no lo hallará; y si por otro caminare, perderse ha, y verá que aunque es cosa desabrida padecer aquí, que lo es más padecer en la otra vida.

¡Oh, ceguedad de los hijos de Adán, que no tienen cuenta con lo advenidero, con que en lo presente les vaya bien; no miran lo que les aprovecha, sino lo sabroso; no a razón, sino a pasión, y por esto se lloran cuando se habían de llamar bienaventurados, y se gozan cuando se habían de llorar! ¿Qué es toda la presente prosperidad sino un humo que poco a poco se va deshaciendo hasta que no se ve cosa de él? ¿Y qué son los años de nuestra edad sino un breve sueño, que recordando de él nos hallamos burlados, y en teniendo un trabajo, por chico que sea, nos hace olvidar los placeres pasados, y aun dancs pena de haberlos pasado? Pues si tanta instabilidad hay en esto, ¿por qué no buscamos lo otro? Y pues vemos faltarnos esto de entre las manos cada día, ¿por qué no buscamos aquello que de verdad dura y hará durable nuestra bienaventuranza?

Señora, si hasta aquí hemos tenido ceguedad en los ojos, abrámoslos ya; y si la prosperidad nos decía que en este mundo había algo de qué contentarnos, la hiel de la tribulación, puesta en nuestros ojos, dénos luz para ver que somos en este mundo verdaderamente miserables, y que no estamos en nuestra tierra, mas en muy penoso destierro; y alzando nuestro corazón al cielo, sea nuestra conversación allá. Este es el fin porque el Señor ha azotado a vuestra merced, para que más y más tenga cuenta con El cuanto menos tiene sobre la tierra con quien tenerla. No piense que se deleita Dios en sus penas; y pues es misericordioso, duélese de sus lágrimas; mas quiere ponerle ese acíbar que tanto le amarga, para que despedido el corazón de todo humano consuelo, en sólo Dios ponga su arrimo. Quitádole ha Dios, mas es

para darle, porque así lo suele hacer: viuda la ha hecho, mas es para ser El marido de vuestra merced, pues su nombre éste es, el Padre de huérfanos. Muchos trabajos se le ofrecerán en su viudez, y en muchas cosas echará de menos al que las remediaba, y en muchos hallará poca ayuda y poca fidelidad, y menos agradecimiento; mas en todas estas cosas quiere Dios que recurra a El y platique sus penas con El, y como con verdadero Padre descanse con El; y si de corazón le llamare y de sus manos se fiare, cierto hallará refugio en todas sus penas y guía en sus caminos; y muchas veces sin saber cómo ni por dónde hallará sus negocios hechos muy mejor que ella pensó, y entenderá entonces cuán amigo es Dios de atribulados, y cuán de verdad mora con ellos y procura por ellos; y si alguna vez no diere a vuestra merced lo que ella desea, será por darle lo que le cumple, que este celestial Médico así lo suele hacer con los que con El se quieren curar, que miran más con lo que han de sanar que con lo que les da sabor al paladar. Vuestra merced no se aparte de sus manos y cura, aunque mucho le duela. No le pida que se haga lo que ella quiere, mas lo que El. Sus armas sean oraciones y lágrimas no perdidas, por lo que el Señor le quiso llevar, mas vivas, porque el Señor quiere a él perdonar, a ella salvar.

¿Qué aprovecha, señora, la demasiada pena que me dice que toma, sino tras la pena que tiene añadir también culpa? ¿Ahora sabe que como no tenemos licencia para vanamente reír, tampoco para demasiadamente llorar? Sino que en uno y en otro hemos de estar obedientes a la santa ley de Nuestro Señor. ¿Qué se queja, señora, qué se queja? O es pecadora, y es purgada con este trabajo, o es justa, y es probada para ser coronada. Lo uno o lo otro que sea, conviene hacer gracias al Señor muy de corazón, y entender en amar el fin del castigo, aunque la medicina sea desabrida, que esto nos quiso decir la Escritura (Esther, V), que cuenta *haber besado el cabo de la vara del Rey Asuero.* No se le pase, por amor de Dios, el tiempo en hartarse de llorar; mas entienda ya en alzar su corazón al Señor, y aparejarse

ella para este paso por donde se ve a otros pasar.

Basta ya, señora, basta ya la fiesta que a la carne se ha hecho; enjugue ya sus ojos, porque no se pase el tiempo en llorar muerte, pues le es dado para que gane la vida. Acuérdese que el Señor echó fuera de casa a los que lloraban una moza muerta, diciendo (Marc., IX): *Que no era muerta, sino que dormía;* porque entre cristianos el morir no es sino dormir, hasta el día del despertar a tomar nuestros cuerpos para reinar con Cristo en cuerpo y en ánima. Y piense vuestra merced que por quien llora no está muerto, sino duerme, y sueño de paz; pues vivió y murió como buen cristiano, ¿qué le pesa a vuestra merced tanto? Porque a quien amaba lo sacó el Señor de este lugar tan miserable, y lo llevó camino de salvación; y si le dejó trabajos, tómelos de buena gana, porque El vaya a descansar; y si mucho siente su ausencia, consuélese, que presto le irá a ver: pues nuestros días tan cortos son, y tan poca ventaja nos llevamos en el morir entienda que el Señor se lo llevó porque estaba bien aparejado, y a vuestra merced dejó para que bien se aparejase.

Y pues en el estado de casada sirvió a Dios en alegría, sírvale en la viudez, en paciencia y en trabajos, que si allí ganaba treinta, aquí sesenta, y tendrá una vida, si no sabrosa, a lo menos provechosa para purgar sus pecados, para imitar al Crucificado y para ganar de verdad su reino. Y para esto debe pedir gracia al Señor con oraciones y lágrimas, y debe usar leer algunos libros devotos y recibir el celestial pan del Santísimo Sacramento, y levantar su corazón caído, y caminar, que para llegar al cielo largo camino le queda: y si allá ha de entrar, no será este el postrero trabajo que ha de pasar; porque es de tanto valor la joya que espera, que es Dios, que por mucho que cueste, nunca fué cara: y pues vuestra merced la ha de haber, gócese con la esperanza, y no se queje con el trabajo, mas diga: tanto es el bien que espero, que no siento los males que tengo: todo lo cual haga Jesucristo en vuestra merced, amén, como yo se lo suplico y deseo.

146--CARTA A UNA SEÑORA QUE SE LE HABÍA MUERTO SU MARIDO, COMENDADOR: CONSUÉLALA, Y DÍCELE LO MUCHO QUE APROVECHAN LOS TRABAJOS A QUIEN BIEN LOS SABE LLEVAR

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced. Muchas gracias sean dadas a Jesucristo por todo lo que ha hecho e hiciere, pues que es justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras. No plega a su misericordia que otra cosa diga nuestra boca ni sienta nuestro corazón, sino confesar que es bien hecho todo lo que hace, aunque, según el parecer de los que poco saben, otra cosa parezca; del número de los cuales deseo que vuestra merced no sea, y confío en la misericordia de Dios que no será, mas que le dará gracia para que por muchas tempestades que combatan su ánima de las presentes, y de las que por venir se le representan, y la traerán turbada a una parte y a otra, no quite sus ojos de Dios y de su santa voluntad, que es el norte al cual hemos de mirar en la noche y mar de aqueste mundo, para aportar al puerto de salud, que no tiene fin.

¡Oh, señora, y si mirásemos las cosas como cristianos, que por ser discípulos de Cristo habemos de conocer la verdad, y no como hombres sin luz, que lloran de lo que han de gozar y ríen de lo que han de llorar, cuán claramente veríamos que hace Dios merced, y mucha, al que de este destierro le saca, y con lo que decimos muerte da fin a nuestros trabajos y a sus ofensas! ¡Oh, vida tan falsamente dicha vida, pues tantos trabajos y muertes engendras de cuerpo y ánima! ¿Y qué diré de tu engaño? Que si quien vive tiene trabajos, la misma vida le es muerte, y le es ocasión de impaciencia y de otros pecados; y si siente prosperidades, hácese vano y olvidadizo del dador de la vida; y esta es muerte, aunque tenga nombre de vida. ¿Pues porqué había de ser amada una cosa que cuanto más próspera viene, tanto más debe de ser temida? Bienaventurado aquel que ha esca-

pado de tus lazos que en todos los momentos y negocios tienes armados, no para llevarnos oro o plata, mas para cazar nuestras ánimas, más valerosas que oro ni plata; y son tales y tan sutiles, que ninguno por ti pasa sin ser enlodado, y tanto, que contar diez años de vida no es sino contar diez años de caídas y engaños y trabajos que hemos vivido. ¿Pues qué remedio para no caer en tus lazos? Por cierto Dios lo da cuando nos saca de tu jurisdicción tan trabajosa y cruel, y nos pone adonde no sintamos tus combates ni alteraciones; mas libres de tu yugo hagamos gracias al que quebrantó nuestras cadenas y nos dió libertad.

No llore, pues, vuestra merced la muerte a solas, llore la vida, y dé gracias a Dios que le haya medio librado de aqueste cieno, y la librará cuando El sea servido del todo. Digo medio librado, porque el marido y la mujer una cosa es, y lo medio de vuestra merced, que está fuera de aqueste mundo, está bien y en libertad; y lo medio, que es vuestra merced, está acá en cautiverio y miseria. Y si bien siente cuán miserable cosa es vivir aquí, suplicará de corazón a Nuestro Señor que lleve presto la parte de acá con la de allá, donde juntas y enteras den gracias a Dios por haberlas librado de muerte y puéstolas en el abismo de la vida, que es Dios: no esto por impaciencia o por desesperación, mas por deseo de no dar más enojos al que merece servicios, y por deseo de ver al que es toda luz y hermosura. ¡Oh, luz que alegras a los que te ven, y así alegras que ningún rincón dejas en ellos sin alegría! ¿Y cuándo gozaremos de tu hermosura? Que otra no sea nuestra comida, ni habla, ni riqueza, ni deleite, ni vida, sino ver a Ti y gozar de Ti, vida, manjar, tesoro, gozo y todo nuestro bien. ¿Qué nos tiene de ver esta deleitable visión? ¡Oh, si pluguiese a Ti que por amor de Ti se nos tornasen amargos todos los placeres presentes, y nos fuesen dulces los trabajos de acá, porque son camino muy cierto para Ti, pues Tú fuiste aquí tan abundante en trabajos, y así entraste en tu gloria!

Señora, abramos los ojos y no queramos engañar a

sabiendas a nosotros mismos, pues la verdad de Dios nos desengaña, que dice: *que por tribulaciones hemos de ir al descanso*. Y no seamos como siervos mal criados, que cuando no se hace como ellos quieren, murmuran de su señor; mas fiemos del amor con que Dios nos ama, y diga la carne flaca lo que dijere, que la verdad es ésta: que lo que Dios ha hecho en llevar al señor comendador, que sea en gloria, ha sido muy bien hecho para él y para vuestra merced: para él, que pues él vivió y murió como cristiano, de creer es que Dios le dará galardón como a buen cristiano; y si no le da luego el galardón de cristiano perfecto, que es ver a Dios, a lo menos tendrá galardón de cristiano pecador y arrepentido, que es purgatorio, donde hay certidumbre de ver a Dios. Y verdaderamente creo que si oyésemos su ánima, nos diría: «¿Porqué me lloráis, pues yo estoy contento con lo que Dios de mí ha hecho? ¿Qué tenéis bueno en esa vida en la cual me queríades? ¿Hay otra cosa a que me podáis convidar sino a dolores, enfermedades, miserias de cuerpo y de ánima? Baste lo pasado, y sea bendito el que de ello me sacó: no lloréis a mí, mas temed vuestra vida, y hacedla tal que merezcáis ser presto sacados de ella, y gozar de la de acá».

Estas cosas, señora, aunque otros no las creyesen, es razón que vuestra merced las crea, pues fué testigo de su largo purgatorio que en su enfermedad tuvo, y con tanta paciencia, que no sólo yo, mas cuantos le veían daban gracias a Nuestro Señor. *Y pues Dios no castiga una cosa dos veces* (Nahum, I, 9), razón es que esperemos que Dios será Padre de consolación en el otro mundo, a quien en éste fué Padre castigador. Mas ya veo que vuestra merced dice que no duda en esto, sino que la pena que tiene es porque queda ella acá entre tantos trabajos: a lo cual digo que el mayor consuelo de quien ama es saber que le va bien a quien ama, aunque a él vengan trabajos; y pues así es, vuestra merced debe tener esto por grande ganancia, pues fué para provecho de quien amaba: y si bien quiere mirar, hallará que aunque le dejó Nuestro Señor entre muchos trabajos, todo

es para su provecho, pues a quien más trabajare, más galardonará; y si se siente flaca para ellos, sea su fiucia en aquel que tanto más favor de secreto da, cuanto más parece que quita en lo público. No está nuestro arrimo en carne ni sangre, que ya vive, ya muere; mas en Dios vivo, librador de los que en El tienen esperanza, aunque todos los demás les falten; y si los fingidos amigos nos faltaren en las necesidades, no desmayemos; mas creamos que en lugar de todos y por todos basta y sobra éste tan fiel, que mientras tuviéremos esperanza y amor en El no nos dejará; y aunque otra ganancia no se saque de las tribulaciones sino ir más veces a Dios que íbamos de antes, no es pequeña merced, pues de la comunicación de Dios tanto bien nos viene.

Estas sean las armas de vuestra merced en todas las guerras que le vendrán: éste es el consejero en todas sus dudas: éste su consuelo en todas sus angustias: éste su provisor en todas sus necesidades: su amigo, pariente, padre, marido y todo su bien. Y tenga una cosa por cierta, que no para otro fin le quita delante estas cosas sino para que tome a El en lugar de ellas; y tanto mejor le irá a vuestra merced con El que con ellas, cuanto va de El a ellas. Solamente ella vaya a El, y con esperanza de su misericordia, que antes faltará agua en el mar y luz en el sol, que misericordia en El para el corazón quebrantado y humillado. Y si vuestra merced quiere aprovecharse de Dios y recibirle, pues El se quiere dar, yo sé que antes le dará gracias por lo que le ha enviado, que quejas. Recoja su corazón a Dios, y encomiéndese a El con todas sus cosas: hágase dura para los trabajos, pues el delicado Hijo de Dios tantos trabajos tomó por nosotros; y cuanto mejor rostro les hiciere, mas ligeros le serán de sufrir; y cuando mucho fatigaren, váyase a Jesucristo, y piense en la agonía que tuvo en el huerto y en la palabra que dijo al Padre (Luc., XXII): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha;* y esta misma diga vuestra merced con el corazón y la boca lo mejor que pudiere.

Y si considerare que esos trabajos no se los dió otro sino la bendita mano de Dios, creo que no le serán gra-

ves de sufrir, mas que le diría: Señor, pues Tú me los envías, yo los recibo, que no es razón que sea tan mal criada que torne yo la cara a cosa por Ti enviada. Y pues los trabajos que un ministro de Dios nos pone en penitencia los sufrimos de buena gana, ¿porqué no de mejor los que Dios nos envía, aunque sean mayores, pues El es mayor? No durará para siempre, ni andaremos siempre debajo la vara del castigo de Dios: día vendrá en que arroje la vara y enojo, y nos abrace como a hijos queridos, y tanto más le seremos aceptos cuanto mejor rostro y paciencia mostráremos entre los castigos: poco es el trabajo que envíe en comparación del galardón que a quien le sufriere dará; y pues a los más trabajados más descanso se dará, merced hace mientras más envía, no mala obra.

Seamos varoniles en el sufrir, seamos hijos verdaderos en el obedecer, que Dios será abundante en el galardonar y hará verdaderas las promesas que en su nombre a los que sufren tribulaciones con paciencia promete. Aquel Señor que es Padre de consolación, y sabe y puede y quiere confortar y consolar los corazones de los que a El se encomiendan, dé a vuestra merced su favor y consuelo; pues que la Escritura dice (Oseas, VI): *Que Dios hiere y sus manos dan salud; y el que da la llaga, da la medicina.* A El se den gracias y alabanzas siempre y en todas las cosas, y en todos los lugares del cielo y de la tierra. Amén.

147—CARTA DEL PADRE JUAN DE AVILA PARA UNA HIJA DEVOTA SUYA CONSOLÁNDOLA SOBRE LA MUERTE DE SU MARIDO

De nuestro hermano, señora, supe el trabajo que Nuestro Señor ha querido enviaros en llevar para sí el Señor a vuestro marido. No se puede esto pasar sin grande angustia, pues después del favor de Dios, otro no tiene la mujer, sino el del marido: mas aquel Señor que hiciere, sabe lo que hace, y hace lo que nos cumple; y por eso, pecho por tierra; habemos de adorar sus juicios y

conformarnos con su voluntad santa; saquemos de la pérdida ganancia y del mal bien y enderecemos nuestros pasos al camino de Dios, pues para eso dan azote a la bestia, para que entre por el camino o aguije por él. Grande es nuestro descuido en el servicio de Nuestro Señor y no aprovechan palabras de amonestación ni halagos que nos hagan, para despertarnos del pesado sueño de nuestra torpedad y flaqueza; mas nuestro piadoso Padre danos un azote que nos duela para que digamos como David: «buena cosa me es a mí que me has humillado, para que aprenda tus justificaciones». Porque si un animal mudo, con azote entra en camino, razón será que una persona razonable azotada de Nuestro Señor entre en él, meta la mano en su pecho y considere sus pensamientos y examine su corazón y quite lo malo que hallare y enmiende su vida; y ésta es la diferencia de los escogidos; en las tribulaciones enmiendan su vida y los otros se pasan peores. ¡Bienaventurado trabajo que hace a un hombre mirar por sí; saca ganancia su ánima con la temporal pérdida, y viendo el azote de fuera, agradece a Dios que se lo envió para bien de su corazón y hace de la hiel amarga que le vino medicina para sus ojos y purgatorio para sus pecados y ayuda grande para adelantarse en el camino del Señor. Así, señora, conviene hacer en este trabajo que el Señor le ha enviado y templar el dolor que la herida le dará porque ¿qué aprovecha gastar el tiempo y ocupar el corazón en solamente llorar su pérdida y vivir en amargura y desconfianza y estrechez de corazón? Basta ya haber sentido según la carne el trabajo; esfuércese de aquí adelante a llevar su cruz con paciencia y fuerza, que si su vida fuese atribulada, en el cielo será galardonada; y con esperanza de aquel bien, trague este acíbar amargo, que fiel es Nuestro Señor y no le dará trabajo acá y allá; y pues aquí la juzga, no la juzgará otra vez. Agradézcale mucho que la ha castigado como a hija y le quitó delante lo que más amaba, no por ira que por ella tenga, sino por amor; porque cuanto más ella vaya a Nuestro Señor en todos sus trabajos, tanto menos tiene ya a quien mirar;

y tome a Nuestro Señor por marido, pues El se precia de ser llamado juez de viudas y padre de huérfanos, y sepa que no quita Nuestro Señor, sino para dar; y si con fe lo llamase, hallarlo ha muy fiel para todo lo que le cumpliere; trabajos tendrá porque viudez es un río de trabajos, mas el Señor le dará fuerzas para llevarlos y mejor es trabajos con paciencia, que prosperidades con devoción; y cuando más fatigada se sintiere, lea algún libro devoto y confiese y reciba a Nuestro Señor y alce sus ojos a mirar a El y verá cuántos más trabajos pasó que nosotros, y agradézcale que la hizo compañera suya en los dolores: lo cual no es pequeña merced para quien lo sabe sentir. Gran bien es ir en compañía de Jesucristo, y ninguna cosa nos debe tanto derribar por áspera que sea y amarga, cuanto nos debe consolar la compañía de tal Señor; y aunque ahora no parezca de cuánto provecho es esto, parecerse ha, cuando salgamos de esta vida, y no se haga caso de los placeres, sino de las personas, y reciba Jesucristo a los atribulados en su reino, pues aquí le fueron compañeros en sus trabajos. Y pues pronto nos vendrá este día, no estemos muy derribados con el peso de las penas, mas dando gracias al Señor por ellas, entender en cómo seamos agradables a El para que allá gocemos de nuestros amados que nos lleva y del mismo Señor que los lleva, y cojamos en gozo, lo que acá sembramos en lágrimas. Plegue a Nuestro Señor que así sea y consuele a vuestra merced con su piadosa gracia y consuelo, Amén, y lo mismo a la señora madre, a la cual suplico haga esta por suya.

148—CARTA DEL PADRE AVILA PARA DOÑA MARÍA DE EGES

Devota sierva de Jesucristo: Maravillaros tenéis de las mercedes que Nuestro Señor os hace, mirando cuán poco vos las merecéis; mas si no ponéis los ojos de vuestra fe en aquel infinito abismo de bondad divina, que según dice David no tiene fin, veréis que cuanto os da, es poco en comparación de lo que puede y os quiere dar, según, hermana, la vena de la misericordia que El os ha ense-

ñado y comenzado a dar gusto de ella; que si con los principios estáis tan gozosa, ¿qué sería si de hecho y con vuestras entrañas os diéredes a este Señor? Sed vos como los codiciosos que quieren comprar alguna heredad, que para allegar dineros para ella se excusan de gastar en otras cosas, aunque parezcan necesarias, porque no se les vaya allí el dinero con que han de comprar la rica heredad, teniendo por mejor pasar necesidad en otras cosas que dejar de comprar aquella cosa, que sola ella los enriquece. Haced vos así, doncella de Cristo; sed escasa de gastar el tiempo por guardarlo para gozar de Cristo; hablad poco para poder más hablar en la secreta oración; haced fuerza a vuestros deseos y quebrantad vuestras condiciones, por estar mansa y humilde y toda, tal cual Jesucristo quiere que estéis; que sin duda, si por El perdéis vuestra voluntad y acoceáis vuestras pasiones, El será bien vuestro y descanso, y veréis, hermana, cuán bien empleado es perder todo lo restante por sólo ganar a Jesucristo bendito. El es tesoro escondido en el campo, que quien lo halla vende cuanto tiene por comprarlo; El es la perla preciosa que busca el mercader, la cual hallada, vende cuanto tiene, queriendo más quedarse con ella que poseer todo lo otro sin ella. Déos El su piadosa mano, como espero que hará, que no ha comenzado en vos sus maravillas para dejar de acabarlas, mas para que vayáis cada día de virtud en virtud, donde El está glorioso, al cual sea gloria. Amén.

149—CARTA DEL PADRE AVILA PARA DOÑA MARÍA

Señora: Las enfermedades o trabajos corporales vienen por una de cinco causas: una, porque el hombre que con la prosperidad está olvidado de Dios, torne sobre sí con la pena de la tribulación, y con el trabajo abra los ojos que la culpa había cerrado; y de esta manera convirtió Nuestro Señor a Nabucodonosor que, siendo muy soberbio, le hizo Dios andar siete años en los campos, pensando que era bestia y comiendo y tratándose como bestia, y después de ellos humillado fué bueno,

mediante la vara del castigo de Dios, llegado a Dios, y perdonados sus pecados en lo que toca a la pena del infierno; la segunda que el hombre queda obligado a ser castigado por ellos en la pena de purgatorio, y, porque aquellas penas son muy graves, azota aquí Nuestro Señor a los que mucho quiere, porque pagando aquí cumplidamente sus culpas, no tengan después que pagar, mas todo el gozo sin mezcla de pena les sea allá dado, pues acá fueron muy atormentados; la tercera causa es porque ve Nuestro Señor, que hay algunos tan flacos, que si estuviesen ricos con los bienes que de mano de su misericordia reciben y no tuviesen alguna cosa que les abajase, ensalzarse habían con la soberbia y perderse hían de muy livianos, y por eso dales algún contrapeso, que les diga quién son, y así son guardados del viento de la vanidad, y son salvos. De este arte salvó Dios a San Pablo, el cual dice: porque la grandeza de las revelaciones no me ensoberbezca hesme dado un aguijón para mi carne que me abofetee. La cuarta es porque señal... (*Aquí se interrumpe la carta en el códice de El Escorial.*)

150—CARTA DEL PADRE AVILA PARA LA SEÑORA DUQUESA DE ARCOS

Ilustrísima señora: De la señora D.ª Mencía de Narváez supe, como de testigo de vista, los trabajos y peligros que vuestra señoría pasó, y la merced que Nuestro Señor le hizo en favorecerla. Y paréceme que a mercedes tan colmadas, se deben entrañables gracias y devotos servicios y perpetua memoria del peligro pasado, para que sea un despertador de nuestro descuido, haciéndonos poner en la obra los buenos deseos que ya entonces tuvimos; porque proponer servicios a Nuestro Señor en el tiempo del trabajo para que nos saque de él, y sacados, olvidarlo, ¿qué mayor maldad puede haber? Plegue a su majestad dar a vuestra señoría ilustrísima gracia para que sea muy agradecida a las mercedes pasadas, de tal manera que por lo pasado agrade a

Nuestro Señor y sea digna de otras mayores mercedes. Amén.

Supe la limosna que vuestra señoría había mandado para el Colegio de los niños recogidos de esta ciudad, y parecióme ser parte del agradecimiento de la merced que Nuestro Señor a vuestra señoría hizo; y querría que vuestra señoría entendiese que es la limosna bien empleada; no obstante que según hay en los hombres diversos pareceres, no me maravillaría que a algunos no les pareciese bien, mayormente según hay algunos atrevidos en dar parecer en las cosas de Dios, sin haber para ello estudiado, ni haber tenido para ello lumbre del Espíritu Santo.

Quéjase San Jerónimo que en los oficios comunes no osa nadie entrometerse en juzgar del oficio que no aprendió, ni sabe; y que en tratar la Santa Escritura, no hay quien no presuma de saberla o, por mejor decir, despedazarla. Así pasa. Cierto que uno no osaría decir en un oficio muy bajo su parecer y sin embargo, confiesa su ignorancia diciendo: no sé, porque no es mi oficio. ¡Y verle han tan sabio y responder: esto es bueno y esto es mejor, esto agrada más a Dios que esto; como si toda su vida hubiese aprendido la sabiduría de Dios, por la cual y no por antojos de cada uno se ha de determinar cuál o cuál agrada más a Dios!

¿Qué será de los tales consejos y consejeros y aconsejados, sino que el Señor dice: *que si el ciego guía al ciego, caen entrambos en la hoya?* Posible es que haya parecido a algunos que por ser esta limosna fuera de la tierra de vuestra señoría, no sea bien dada, pues debe más a sus vasallos que a los extraños. Y causan en el corazón de vuestra señoría arrepentimiento del bien, o a lo menos algún resfriamiento para que no se haga, o se haga de arte que gane poco delante de su acatamiento. Porque no quiere dones ofrecidos con tristeza, mas quiere alegre dador. No hay de esto duda, sino que siendo todas las circunstancias iguales, entre el vasallo y no vasallo, mejor es remediar al vasallo, por ser cosa más conjunta y que debe y a quien se debe mejor fide-

lidad. Mas concurriendo en el no vasallo otras circunstancias, que pesan más que ser vasallo, ¿porqué nos hemos de atar entre cristianos a ésta o a esta tierra, pues la caridad no se puede estrechar por tierras ni reinos, haciendo como nos hace miembros de un mismo cuerpo?

Claro es que debo más a mi pariente que al vasallo, y es cosa cierta que puede haber tanta bondad en uno que no es mi pariente, que sea mejor socorrer al bueno extraño que al pariente malo. *Item*, más me debo a mí que al vasallo; y es cierto que si no tengo sino un pedazo de pan y si no como de él, pongo caso, que moriré, y veo en estrecho a un hombre de cuya vida muchos reciben beneficio y el bien público es muy aprovechado, puedo yo en tal caso y con mucho merecimiento delante de Nuestro Señor, quitar el pan de mi boca, aunque sepa que he de morir de hambre, por dar de comer para que viva al que vive para muchos, para provecho de muchos, posponiendo mi vida por la de aquel que vive para muchos. Así lo hizo la viuda de Sarepta.

Pues concurriendo éstas, y otras causas muchas que puede haber en los no vasallos, que eso es cerrar con todo y decir: mejor es remediar los vasallos, sin primero pasar por peso fiel todas las circunstancias de lo uno y otro. Ciertamente, si yo viese un mal de ánima fuera de mi tierra y otro de cuerpo en mi vasallo, antes había de remediar el ánima extranjera que el cuerpo cercano. Y si el cuerpo del extraño padece muy mayor necesidad que el del vasallo, también; y si la cualidad de la persona extranjera fuese tal que de justa razón se le debe a aquélla antes que a otra, también se debe pensar cuál pesa más, la circunstancia de ella, o ser vasallo el otro; y no cerrar la puerta con «no es vasallo aquel».

Plugiese a Dios, señora, que hubiese quien pusiese estos escrúpulos en lo que los señores dan a truhanes, que no son vasallos, y en lo que juegan y pierden con los que no son sus vasallos, y en las superfluidades que hacen en gastos y atavíos y comidas, de los cuales se siguen muchos males a los vasallos; porque si ven un traje cos-

toso, ellos trabajan por hacer otro tal, o a lo menos que se llegue a él en cuanto pudiere; y gastan lo que no tienen, movidos por el ejemplo de los señores; y aunque ellos sean locos por tomar este ejemplo, también lo pagará el señor en darlo, pues que fué demasiado para el mismo señor; y había de saber que ha de ayudar a ser buenos a los suyos; y ponerles tropiezos para perderse y también tendiendo tanto la mano en estas cosas, no hay para proveer necesidades de vasallos. Y para juegos, truhanes y gastos superfluos no hay quien desayude, aunque se lleve el truhán de cien leguas la seda y brocado de doscientas leguas y gane los mil ducados; o si se da a una buena obra diez o quince leguas de su tierra una poca cosa que los perros gastan, allí hay tantos estorbadores que dan bien a entender que la obra fué de Dios, pues tantas contradicciones le hacen.

Vemos que los prelados, que tienen mayor obligación de mirar por los pobres de su Obispado que los señores por sus pobres vasallos, suelen dar limosna para buenas obras fuera de su Obispado, así como si se comienza alguna buena obra de nuevo en alguna parte. *Item*, si se hace mucho servicio a Nuestro Señor, así como enviar limosna a algún Monasterio o casa semejante de estas. Cierto, gentil cristiandad sería si en una tierra no pueden o no quieren mantener un Monasterio, que no sea lícito a un señor de vasallos enviar a aquel Monasterio limosna para que no se desuele y se pierda el fruto que allí se hace.

Estas son causas tan claras, que no era menester gastar tanto el tiempo si no hubiese en el mundo tanta ignorancia. La obra, ilustrísima señora, que aquí se hace es muy buena, no sólo de cuerpo mas de ánimas, enseñando doctrina cristiana a quinientos niños, que muchos de ellos se habían de quedar como animales y a duras penas se supieran santiguar; y sin éstos, hay otros veinte niños que no tienen padre ni madre, y muchos de éstos andaban con ladrones, siendo espías para hurtar, como aquí se ha probado bien claro. Toman estos niños y descubren los ladrones o, lo menos, hácenlos huir; porque como ven

tomado el niño y saben que los ha de descubrir, no para ladrón donde hay colegio. Y estos niños doctrinados y castigados sirven para enseñar ellos la doctrina cristiana a otros, y los que el diablo tenía por instrumento para el mal, toma Dios para bien; y gánanse ellos y otros, y después, o siguen la Iglesia y algunos saldrán predicadores, y otros enseñan a oficios, o los ponen con amos.

Vea vuestra señoría si es algo estorbar tantos hurtos y muertes y pecados y ganar tantas almas de ellos y de otros, porque las limosnas de acá no bastan, por ser mucha la costa. Inspiró Nuestro Señor a vuestra señoría para que ayudase, porque la obra no cayese, para que tuviese parte en tanto servicio de Nuestro Señor. Y aunque en la tierra de vuestra señoría se pueda poner quien enseñe doctrina cristiana, y sería muy bien hecho, mas no es provechoso tanto como en la de acá, porque no hay tanta copia de muchachos perdidos y ladrones como en estas ciudades; y pues es bien tan universal, y bien de ánimas y la cantidad no mucha, y la obra está a los principios y pobre, ¿qué causa puede haber para dejar de ayudar hasta que ella tenga con que tenerse en pie, si no es alguna tentación del demonio para estorbar? ¡Bueno estuviera San Pablo y San Bernabé, que pidieron limosna para enviarla a los pobres de Jerusalén, si tuvieran escrúpulo: «no es bien demandar limosna, sino para naturales!» No curaron de estas particiones, considerando que todos somos un corazón y cuerpo llamados a una fe y una herencia, mantenidos con un pan y rescatados con un precio; y donde tanta unidad hay, poca parte es la división de las tierras. Basta y creo que sobra lo dicho para que vuestra señoría se huelgue de lo que prometió, y se esfuerce a lo cumplir, y sea Jesucristo, Señor de todos, luz y bien de vuestra señoría, y la haga muy grande en su reino.

Al ilustrísimo señor Duque no escribo, porque no he sabido si pasó en obra la carta que para el nacimiento de Nuestro Señor le escribí, y no querría perder tiempo sin provecho de ánimas.

151—OTRA DEL P. ÁVILA A UNA DEVOTA SUYA, DE LA CENIZA (1)

Dios dé a vuestra merced buenas cuaresmas, y que así tome la ceniza al principio que siempre permanezca en su ánima la santa humildad, significada por ella; porque a quien Dios le da conocimiento de quién ha sido cuando andaba apartada de Dios, líbralo de gran ceguedad y hácele capaz de todos los bienes. No de otra parte vienen todos los pecados, sino de la soberbia, ni a otro se da la gracia, que es madre de las virtudes, sino al humilde. El soberbio busca su honra y aflígese con la deshonra; el humilde averguénzase de que lo traten bien, y huélgase con su desprecio, porque en aquéllo se hace justicia. Todo le falta al soberbio, y todo sobra al humilde, porque aun de la tierra que huella se conoce indigno, y los mismos infiernos tiene por pequeños para castigo de sus pecados. El soberbio no cabe aún consigo solo, el humilde con todos, porque a todos se abaja y a todos sufre; y parece al soberbio cosa muy recia seguir tras la voluntad del hombre o de Dios; mas el humilde, sujétase y apócase, y cabe por la puerta angosta de hacer el hombre la voluntad de Dios.

Mire, pues, señora, qué de bienes vienen con la ceniza de la humildad, y no esté sin ella porque no esté sin Dios: y acuérdese que la ceniza se hace de leña quemada, mas nuestra humildad viene con Jesucristo muerto con fuego de amor y tormentos en cruz. No quite sus ojos de aqueste espejo, porque no pierda la hermosura que Dios le ha dado y después sea mala de tornarla a cobrar. Coja santos ejemplos de la pobreza, hiel y vinagre, deshonras, dolores, compañía de sayones y todo lo demás que el hijo de Dios por nosotros pasó, y esfuércese con estas armas a la guerra que le está aparejada, que cierto, mucho queda que andar, y no sé si hemos bien apenas comenzado el

(1) Al principio es esta carta semejante a la escrita a un devoto, página 910, pero después no.

camino. Acuérdese con qué aliento comenzó a servir a Cristo, y no se detenga ahora en el camino, mas desnuda de todo lo criado, a aquel sólo encierre en el corazón que la tiene a ella sellada en el suyo. Gran fidelidad es obligada a tener a tal y tan alto Señor, y véola tan en peligro, si se descuida, porque el Señor quiere ser diligentemente servido, mayormente de quien particularmente escogió, y lo que en otras sería cosa liviana, en éstos es grande, y muy de culpar; porque el particularmente amado, particularmente ha de servir y amar.

Si un poco, señora, se descuida, crecerán en su corazón malas hierbas que le ahoguen la buena que el Señor siembra, y por una mala deja el Señor todo el campo y se va de él, porque El lo quiere todo entero y muy por entero, pues todo entero se entregó por él, y quien quiere dar parte de sí a Cristo y parte retener para sí, entrambas partes pierde, porque ninguna toma Cristo, y la planta que El no planta, caerse tiene por fuerza. Señora, ¡y si supiese qué amarga cosa es perder a Dios, y con cuánto cuidado andaría temblando por no pasar en poco ni en mucho la voluntad del Señor; más baja andaría que una hormiguita y a todos besaría los pies, porque rogasen al Señor por ella, que no permitiese que ella hiciese cosa con que desagradase a su Majestad: las culpas pequeñas le parecerían graves con el temor del Señor, y una palabra sin fruto le parecería blasfemia, y no sufrir a los malos le parecería hacerles ella grandes males, y no ser muy pobre de corazón y de obra, le parecería ser muy codiciosa, y no ser esclava de las esclavas, le parecería muy grande soberbia! Así se enseñorea de la persona que a Dios ama su amor y temor, que en todo anda recatada por no perderle, y muchas veces aun huye de las cosas lícitas por no caer en ilícitas: todo lo renuncia por alegre que le sea, todo lo olvida por amado que le sea, todo lo sufre por penoso que sea; y por tener contento a su Dios, pierde todo lo que no es El. Señora, demos una carrera esta Cuaresma que no sabemos si veremos otra, y amansemos a Dios de los enojos que le hemos dado y especialmente de los que le dimos en el tiempo que ya nos dió

su conocimiento, y miremos que grande empresa pide, grandes sudores y grandes trabajos, y que a no salir con ella, mejor fuera no haberla comenzado; porque delante de Dios y las gentes seremos confundidos por hombres desagradecidos a las mercedes de Dios, y que debajo de nombre de siervos de El, fuimos señores de nuestra voluntad, y habiendo de buscar a El puramente, le dimos un corazón lleno de muchas marañas y tan lleno de agujeros, que el licor de su gracia y consuelo que El nos da, luego nosotros con mala guarda lo derramamos. Abramos los ojos y tomemos el negocio de Dios muy de veras, que el Señor es muy gran Señor y quiere ser fielmente servido; encerrémonos dentro y digamos: «en mi nidillo moriré», y escudriñemos las raíces de nuestro corazón, si están echadas en otra cosa que en Dios, y cortemos el amor de la honra y clamor de la carne y vida y voluntad propia tan de raíz, que podamos decir con San Pablo: vivo yo, ya no yo, mas vive Cristo en mí; de manera que ninguna deshonra nos parezca grande, ninguna carga nos parezca pesada, ninguna cosa nos parezca para desear sino sólo Dios, y ninguna para huir ni derechos, sino su ofensa. Esto no se hace jugando ni durmiendo, mas reventando y velando, y llorando y pidiendo la mano a quien todo lo puede; y mírese que lo que queda sea bien guardado del polvo de la soberbia y del viento y del parlar, y lo que el Señor dice, que sea oído con reverencia y sea obedecido con presteza, y que no sea menester que le diga una cosa dos veces. Sea diligente en todo, porque el día que ha de salir a plaza su corazón y su vida, se alegren todos los que la aman y bendigan a Dios en ella, cuando vieren que es recibida en el celestial tálamo de Jescucristo su señor y esposo, donde libre de todo peligro, goce de aquel que acá con todo su corazón deseó y buscó; el cual la esfuerce en esta pelea y le dé fuerza para le servir y seguir, aunque sea en tormentos de cruz; y no se olvide de encomendarme a su Majestad, pues yo no me olvido de vuestra merced.

TRATADO CUARTO

PARA CABALLEROS SEGLARES Y SEÑORES DE TÍTULO Y UNOS DISCÍPULOS SUYOS

152—INSTRUCCIÓN PARA JUECES; EN CARTA A UN ASISTENTE DE SEVILLA



UY ilustre señor: Si no entendiera haber dado Dios a vuestra señoría aquella caridad de la cual dice San Pablo (I Cor., XIII) *que patiens est*, mucha pena me diera la falta que he hecho en no haber respondido a la carta de vuestra señoría; y si no temiese mi propio amor, que ciega a los hijos de Adán para escuchar sus culpas en lugar de acusarlas, procurara de aliviar mi culpa con mis ocupaciones forzosas y continua enfermedad, que no me dejan cumplir con lo que deseo y debo. Y también he sospechado que pues la gran misericordia de Dios, la vida y gobernación de vuestra señoría tiene porqué ser imitada más que avisada, se ha dilatado mi respuesta por no ser menester. Y con todo esto me determino a obedecer a vuestra señoría, que manda que le dé algunos avisos, confiado en que por merecimientos de vuestra señoría y por respeto del bien público, el Señor me dará algo de provecho que diga.

§ I.—*Trata del cuidado con que se ha de gobernar sin desear el gobierno.*

El dechado que el Padre Eterno ha dado a todo género de personas para que acierten a servir a Dios según su

contento, es su benditísimo Hijo Jesucristo Nuestro Señor, cuya doctrina y vida ha de ser el nivel de la nuestra, y ha de ser la que nos ha de juzgar en el día postrero. Y así en el monte Tabor sonó la voz (Matth., XVII): *Este es mi Hijo muy amado: a El oíd.* Y el mismo Señor dado por maestro en la doctrina, amonestaba muchas veces a la imitación de su vida, así en obrar virtudes como en la mortificación de la cruz, aun hasta perder por su amor en ella la vida. Y como la grandeza de este Señor es muy grande, es dado por ejemplo a pequeños y grandes: a unos para que sepan vivir, teniendo cuenta consigo solos; a otros para que no olvidando sus propias obligaciones, tengan cuidado de la gobernación y provecho de otros; porque el ser bueno para sí solo, cosa imperfecta es; y el ser bueno para otros y no para sí, cosa es dañosa; y aquél será llamado grande en el reino de los cielos, que siendo él bueno, procure de hacer lo mismo a los otros, teniendo tanta vigilancia que cumpla con entrambas obligaciones, sin que la obligación de mirar por sí le haga estrecho para contentarse con ellas, ni el cuidado de mirar por los otros le haga aflojar el cuidado de sí. *Et ad hæc quis idoneus?*, dice San Pablo (I Cor., II). Ninguno, por cierto, si mira sus fuerzas propias. Y por esto aun en lumbre natural halló Platón y otros filósofos que el hombre cuerdo no debe buscar, ni pedir, ni desear oficio de regir a otros; y que por muchas partes buenas que para ello tenga, por solamente ingerirse al oficio, es hecho indigno de él, y por el mismo caso se le debe negar.

Cosa recia es que siendo tan dificultoso negocio alcanzar un hombre las virtudes que ha menester para sí solo, cual experimentan los que las quieren alcanzar y lo tienen por fácil los que no ponen las manos en el arado para reformar su corazón, sea un hombre tan atrevido que piense cumplir con lo uno y con lo otro, o sea tan malo que por ganar a los otros se pierda a sí mismo. Y si éstos se hubiesen hallado presentes a aquella cuenta estrecha que Dios tiene amenazado que ha de tomar a los que presiden a otros, como parece (Sap., VI) donde

dice el Espíritu Santo: *Judicium durissimum his, qui præsunt, fiet*, creo que temerían y huirían de este juicio durísimo, y procurarían de evitar tan gran peligro. Pues no hará poco quien en aquel día estuviere en pie, pues ha de ser estrecho y duro juicio aun para los que tienen cuidado de sí solos. Y esta misma sentencia de los filósofos naturales confirma el Espíritu Santo diciendo (Ecclesiastés, VII): *Noli ab homine ducatum quærere, neque a Rege cathedram honoris*. Y el mismo dechado nuestro, Jesucristo Nuestro Señor: *Non semetipsum clarificavit, ut Pontifex fieret*. Mas fuélo por la voluntad y obediencia del Eterno Padre, que acá le envió. Y tanto más libremente digo estas cosas, cuanto con mayor certidumbre sé que vuestra señoría ha estado muy lejos de meterse en ese oficio y peligro, y que está en él por pura obediencia de quien no es lícito decirle de no.

Resta que pues Dios ha hecho merced que la entrada de vuestra señoría no sea por bardales, sino por la puerta legítima, que es Jesucristo Nuestro Señor, pida a su misericordia, que El que ha guardado su entrada, ordene el proceso de ella de manera que también guarde la salida de todo pecado y condenación. Y porque es menester con la oración hacer un hombre lo que es de su parte, debe vuestra señoría poner sus ojos en el dechado, que es Jesucristo, y de El aprenderá el buen uso de su oficio; de manera que no sólo evite condenación, mas alcance galardón en el cielo: y no cualquiera, sino el que el mismo Señor ha prometido a los que bien ejercitan los oficios públicos, y que dan a sus consiervos la justa medida de trigo en el tiempo conveniente, diciendo que el tal siervo es bienaventurado (Luc. XII): *Et super omnia bona sua constituet eum*.

§ II.—*Trata del buen celo y amor que el juez ha de tener, y fortaleza para juzgar.*

Mire vuestra señoría a este Señor de dentro y de fuera, porque todo El es digno de ser mirado e imitado; y principalmente mírele su corazón, pues que de allí, según

El dijo, procede lo exterior. Acuérdese muchas veces de aquellas palabras que con tanta razón se dicen de El (Psalm. LXVIII): *Zelus domus tuæ comedit me: et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt superme.* Considere cuánto más lastimado y espinado andaba aquel sacratísimo Corazón con ver a su Padre tan ofendido, que su sacratísima cabeza lo fué con la corona de espinas que en el día de su pasión en su cabeza pusieron. Este celo fué tan grande que se dice haber comido al mismo Señor; porque de tal manera se enseñoreó de El, que le hizo poner su honra y su vida porque se efectuase el deseo del celo, que era que Dios no fuese ofendido, sino honrado, y las ánimas no condenadas, sino salvas. Lo cual no fué concedido a este Señor de balde, sino muy a su costa; pues las deshonras de los que deshonraban a Dios vinieron sobre El, porque pagó los pecados del mundo por pura caridad, sin tener culpa de uno chico ni grande.

Este celo, muy ilustre señor, debe procurar vuestra señoría que se encienda en su corazón si quiere bien ejercitar su oficio, porque sin éste, *un Gobernador de república será un brasero sin ascuas, una apariencia sin existencia, cuerpo sin ánima, y altar de sacrificios sin tener fuego para ofrecerlos a Dios.* Este celo ha de comer las entrañas; porque así como uno que come una cosa la convierte en sí mismo, así este celo ha de tragar, comer y convertir en sí mismo al que tiene persona pública; de manera, que como Aristóteles le llama ley animada, que quiere decir *ley viva*, así ha de ser un fuego vivo que todo lo abrase. Este ha de hacer que por el amor de la honra de Dios y el bien público no se tenga cuenta con hacienda, salud, honra y vida cuando fuere menester ofrecerlo todo por la buena ejecución de su oficio. No es pequeño negocio ser una persona pública, si lo ha de ser de verdad, y henchir con las obras lo mucho que pide este nombre.

Corazón real y divino ha de tener, porque si lo tiene particular y encorvado hacia sí mismo, no tiene parte en este negocio, pues con particular corazón no se puede

ejercitar oficio de persona pública. Profesión es de hacer bien a muchos aun con pérdida propia; y quien no es rico en amor, vuélvase de esta guerra, que no es para él: y he pasado del celo al amor, porque, a la verdad, el celo hijo es del amor, pues aquello procuramos bien y de aquello queremos quitar el mal a lo cual verdaderamente amamos, y cual es el amor, tal es el celo; pues de cosa flaca nace flaco efecto, y de padre enfermo hijo enfermo; mas el amor que se requiere para engendrar el celo que es menester para cumplir la obligación de este oficio, no es de los de por ahí (como dicen), pues según leyes de filosofía moral y cristiandad, llega esta obligación hasta poner la vida por el bien público: y para esto requiere ser un amor fuerte, cual está pintado en la Escritura (Cant., VIII), que dice : *Fortis est, ut mors dilectio. Dura sicut infernus aemulatio.* No halló la Escritura divina cosas más fuertes que muerte y sepultura, o muerte e infierno; pues la una a todos vence, y la otra a todos recibe, y los tiene encerrados; y a la primera compara al amor, y a la segunda al celo, para dar a entender que han de ser tan fuertes que todo lo que les fuere contrario lo venzan, y por todo pasen, aunque sea por lanzas, por llegar a lo que desea, que es el bien del amado.

No es este pequeño negocio, que las aguas muchas de persecuciones que de fuera vengan, o de afecciones y de intereses que dentro del corazón estén, no puedan apagar este fuego del amor celoso, aunque sean aguas muchas, y que corran con torrente como río; porque todo esto se ha de poner debajo de los pies, por poner encima de nuestra cabeza el contentamiento de Dios y el bien público. Mire y remire el que gobierna república si tiene esta fortaleza de amor, que como fuerte vino le embriague, y saque de sí y de sus intereses, y pase a ser padre de muchos con el amor y esclavo de ellos con el trabajo. Y a todo aquello que a esto le contradijere, desconocerlo, por muy conocido y amado que sea, y decirle lo que el Señor dijo a su benditísima Madre: *Mujer, ¿qué a mí contigo?* ¿Qué parentesco, qué conjunción

puede haber más íntima que el Hijo de Dios tenía con su benditísima Madre? Y cuando se ofreció que convenía a honra del Padre, que eternalmente lo engendró, que el milagro se hiciese, no cuando era pedido, desconoce tal Hijo a tal Madre, para darnos ejemplo de tener cuenta con lo que Dios quiere, sin tenerla poco ni mucho con lo que a esto contradijere.

Desnudo fué puesto el Hijo de Dios en la cruz cuando ejercitó oficio público, ofreciéndose en ella por el bien público del género humano; y el oficio público cruz es, y desnudo de todos los afectos propios, y vestido del amor de los muchos ha de estar el que en esta cruz hubiere de subir para imitar al Hijo de Dios, y que su cruz sea provechosa para sí y para los otros. Dícese que el monje que tiene un cornado, no vale un cornado. Y también podemos decir lo mismo de la persona pública, porque ya pueda tener y poseer honra, hacienda y cosas semejables, mas ninguna chica ni grande ha de tener que no la tenga ofrecida al provecho común, como cosa menor a mayor. Y si un cornadito, una cosa poca la tiene con amor propio, sin tenerla ofrecida en su corazón al bien común, como es dicho, aquélla le estorbará la ligereza de la corrida, que en el oficio de tener y de aquello poquito vendrá a ser mayor el impedimento, porque la hierba mala crece presto. Y lo que primero por ser poco le estorbaba la ligereza, después le atará los pies para que no pueda dar paso con que cumpla su obligación. Y porque el hombre no venga a tanto mal que el oficio de hacer bien a muchos se le torne en daño propio, y daño de eterna condenación, avisa Dios con sus entrañas de misericordia al que tal oficio toma, que no se atreva a tomar carga sobre sí sin que se examine primero si tiene fuerzas para llevarla.

Cosa por cierto muy justa; pues uno que gana de comer a llevar cargas, hace lo mismo, tanteando una y otra vez si hay proporción entre la carga y las fuerzas; y si no la hay, no quiere aventurar el daño que le puede venir con caer debajo de la carga, por el interés que le ofrecieron por la llevar. Las palabras del Espíritu Santo

son éstas (Eccl., VII): *Noli velle fieri judex, nisi virtute valeas irrumpere iniquitates: ne forte extimescas faciem potentis, et ponas scandalum agilitate tua.* No puede tener fortaleza para castigar las maldades el que no ha vencido en su corazón con fortaleza las propias afecciones que le pueden hacer temer la faz del poderoso y ponerle tropiezo en la ligereza que pide su oficio, que es tanta cual el Señor significó a sus Apóstoles cuando los envió a entender en el provecho de otros, y como también lo avisó Elías a su discípulo Eliseo cuando lo envió a dar vida al muerto, diciendo: *A ninguno saludes en el camino; y si alguno te saludare, no le respondas;* porque el enviado al bien público ha de ir tan ligero a hacer este oficio, que ninguna cosa contraria le impida de él, ni le aparte de él, ni buscándola él, que eso es saludar, ni recibiéndola aunque se la den, que eso es ser saludado; mas matar todo aquello por el cumplimiento de la ley de Dios para ser uno de aquellos en cuya alabanza se dice: «Dijo a su padre y a su madre (Deut., XX, 33) no os conozco, y a sus hermanos lo mismo. Estos guardaron tu palabra, y tus juicios y ley; y así será participante en las bendiciones que se siguen: echa, Señor, tu bendición a la fortaleza de él, y recibe las obras de las manos de él.» Sentencia del Señor es, y muy justa, que a la fortaleza del que fuertemente busca el bien público le eche Dios su bendición con se le acrecentar y galardonar, y al que en esto es flaco, le quiten lo bueno, si algo tenía *Qui enim habet, dabitur, et abundabit: qui autem non, et quod habet auferetur ab eo* (Matth., XIII).

He sido tan largo en hablar del amor y celo que se requieren, porque importa mucho asentarse en nuestros corazones esta verdad, que como esta virtud es la más principal de todas para la salvación del cristiano, así también lo es para el buen uso del oficio público, con la cual verdad se deben desengañar los que piensan que lo principal de la buena gobernación consiste en restaurar los muros de la ciudad, en empedrar las calles, proveer de mantenimientos, y a lo más castigar bien los delitos y dar a cada uno lo suyo cuando traen pleito-

Buenas son estas cosas y necesarias, mas ni son bastantes ni las principales. El fin que debe pretender el que gobierna república es hacer virtuosos a los ciudadanos, según afirman todos los filósofos que de esta materia hablaron. Y como la virtud esté en el ánima, que es la principal parte del hombre, así se han de ordenar las cosas de la república, de manera que el principal cuidado se ponga en lo que es principal y fin y paradero de todo lo otro, sin que se deje de proveer lo que es menos, aunque necesario para alcanzar lo que es más: y para esto sirve el amor de la honra de Dios y del bien público, para hacer que no se contente el hombre con hacer estas cosas pocas, sino que pretenda con todo su corazón que Dios sea servido y no ofendido, y que los ciudadanos alcancen el bien más excelente, que es la virtud, y virtud cristiana: porque ya que en lumbre natural es cosa muy clara que lo que debe pretender el que gobierna república es la virtud humana y conservación pacífica de los ciudadanos: mas en la lumbre cristiana también es cosa cierta, que como el fin que nos demuestra la fe es más excelente que el que demuestra la lumbre natural, así el poder y gobernación temporal ha de servir para la edificación de las ánimas y ser sujeto a la regla del poder espiritual: que no en balde se dice en la Escritura *el reino de los fieles reino sacerdotal*, sino porque no sólo ha de ser regido por humana razón para alcanzar su fin y ser llamado humano, mas también por la ley divina para ser llamado santo y cristiano, pasando de lo humano a lo divino, como cuando a uno bautizan y le ponen nombre de nuevo. Y cumplir con esta obligación no se puede hacer si no arde en el corazón del Gobernador este celestial fuego que le queme el corazón, procurando que Dios sea honrado, y sus ciudadanos alcancen virtud.

Tampoco basta para buena gobernación ser uno buen castigador de pecados, porque esto una parte es del oficio que se encomienda al Alcalde de la justicia, y aunque necesaria, cierto muy costosa y dolorosa, y que no se debe amar ella por sí, ni comenzar por ella poniéndola

en ejecución, sino que ha de venir a la postre de otros muchos remedios, como un cauterio de fuego que se da a más no poder. Mata un hombre a otro, pongo por caso; ya perdió aquel hombre la vida, y la república perdió un miembro suyo, y los parientes un pariente, y muchas veces se pierde en él padre y marido: y con esta pérdida se junta, que el matador ha de huir, y lo pierden la república y sus parientes, y queda su casa tan perdida como la del muerto quedó; y esto a buen librar, como dicen, porque se escapó de las manos de la justicia: mas ya que la justicia le tome y haga en él su operación, ¿qué será sino matarlo como él mató, y seguirse las pérdidas que del primer muerto se siguieron, de manera que del delito y del remedio de él se siguió igual pérdida? Verdad es que este castigo es justo, y si justo, bueno, así para que satisfaga el culpado su culpa, como para ejemplos de otros, y que pueda vivir el bueno entre los malos con seguridad.

Mas este remedio tan necesario ha de ser el postrero de los otros remedios, porque le han de preceder muchos avisos y muchos buenos medios que ayuden al hombre para no hacer cosa que haya menester castigo. Jenofón, filósofo, dijo esto muy bien, y todos los que tratan de república convienen en ello, que es muy mejor gobernación prevenir los delitos que castigarlos después de hechos, y vivir por buenas costumbres mejor que por buenas leyes. Y por esto concuerdan todos en que, puesto caso que el castigar sea parte necesaria de la buena gobernación, mas que la principal es acostumbrar a los ciudadanos a que con buenas y frecuentes operaciones sean virtuosos, y tales, que con facilidad y deleite puedan cumplir las buenas leyes que les son puestas; porque de otra manera, ¿qué son las buenas leyes dadas a hombres malos, sino carga pesada en flacos hombros? ¿Tropiezos con que más caigan y ocasiones de derramar sangre, no por culpa de ellas, sino por flaqueza de ellos? La cual flaqueza debían procurar de esforzar los que gobiernan con todos los medios posibles, aunque muy costosos les fuesen.

§ III.—*Trata del castigo amoroso, y cómo ha de gemir el Juez y hacer oración.*

Desengáñense todos los que piensan cumplir con oficio de reinar o gobernar con sólo hacer buenas leyes y castigar a los que las quebrantan; porque pues la ley que el mismo Dios dió justa, y con amenaza de castigos y ejecución de ellos, no bastó a hacer buenos a aquellos a quien se dió, grande ignorancia será pensar que ley de hombres alcanzará lo que no alcanzó la ley del Señor de los hombres, el cual con gran amor que tuvo a los hombres, y gran compasión de ver que se perdían por no guardar su santa ley, descendió de los cielos, y el mismo que dió la ley con los trabajos y muerte que pasó en la tierra, ganó fuerzas para que los hombres pudiesen cumplir lo que El mandaba en su ley. Y si tenemos ojos para saber mirar aquesta obra tan llena de humildad y de amor, hallaremos que no sólo da materia para alabar y para la agradecer al Señor que la hizo, mas que también es dechado al cual deben imitar los que gobiernan y reinan, para que no se contenten con sólo mandar que aquello sin amar se puede hacer, mas desciendan de su majestad por subir en la bondad, y dejen el ocio y regalo, y tomen el azadón en la mano, y caven con sudor de su cara la dura tierra de los corazones de sus súbditos si quieren gozar del fruto y del nombre de gobernadores cristianos, imitadores de Jesucristo.

Y porque hay pocos que entiendan esta carga aneja al oficio público de procurar de hacer buenos a los que le son encomendados, no sólo con mandar como señores, mas con poner buenos medios como buenos padres para que sus hijos sean virtuosos, hay tantos que desean estos oficios cuando no los tienen, y están muy contentos cuando los han alcanzado; y sin conocer ni hacer lo que deben a lo principal de ellos, están asegurados, y por ventura esperan alcanzar de Dios el galardón prometido a los buenos gobernadores. Mas cuando sean presentados en el juicio de Dios, y ellos presenten los mu-

chos castigos que han hecho a los que han quebrantado las buenas leyes, y se les replique de parte del justo Juez: El castigo ha de ser prevenido con buenos medios, para que no sea necesaria medicina tan costosa. ¿Qué es de los buenos ejemplos que habéis dado a vuestros súbditos? ¿Las paternales amonestaciones? ¿Los maestros para que les enseñen virtud y para que los críen en ella? Si no habéis sembrado aquesta buena semilla, ¿cómo esperábades coger el fruto de la virtud? El corazón del hombre es como una fuente, que si está clara, claros arroyos salen de ella, y si sucia, sucios. Os contentábades vosotros con limpiar la tierra que había ensuciado el agua sucia, y como no limpiábades la fuente, luego tornaba a echar de sí lo mismo que antes: y así se gastó la vida de los súbditos haciendo maldades, y la vuestra en las castigar. Mas si trabajáredes en limpiar el hondo de la fuente para que diera agua clara, gozárades del fruto de los buenos árboles regados con el riego de la virtud.

Esta cuenta, y más estrecha y con más espantables palabras, será tomada a los que pensaban que sin poner trabajo en hacer a sus súbditos buenos, porque les faltaba el amor, cumplían con castigar sus delitos, no se les dando mucho porque no cayesen en ellos, ejercitando oficio más de rigurosos señores que de amorosos padres. Y no sólo es el amor necesario para esta parte tan principal, que es hacer a los súbditos buenos, mas aun también lo es para usar bien de la menos principal, que es el castigo, porque castigar sin amor, cerca está de venganza o de crueldad o dureza de corazón; y por esto muy lejos del castigo humano, y muy más lejos del castigo cristiano. El hombre debe compasión a otro hombre; y aunque la justicia le compela a lo maltratar, no tiene licencia para desnudar sus entrañas de compasión y misericordia para el que es hombre como él, y que como aquél cayó, pudiera caer quien lo juzga en aquel delito o en otros, y por ventura ha caído. Y el cristiano, cuya virtud muy principal es la misericordia, y tan embebida en su corazón que se diga tener entrañas de misericordia, en todo debe mezclar esta virtud, conociendo que por

misericordia fué él criado de nada, fué hecho cristiano, no fué condenado cuando pecó, fué perdonado cuando se convirtió, es tenido en pie para no tornar a caer, y, en fin, espera ser salvo por la misericordia de Dios; y no es razón que quien tan copiosamente la ha recibido, la niegue al prójimo en la manera que se la puede dar.

Si es persona particular, perdone su injuria; si pública, sea cuan moderado pudiere ser en dar el castigo; y el que diere, siéntalo primero en su corazón, y duélale, porque no puede dejar de dar el cauterio de fuego a un hijo suyo o hermano, de lo cual puede y debe tomar ejemplo del soberano Dios, supremo Juez, que dice por Isaías (cap. I): *Heu! vindicabor de inimicis meis;* dando a entender que precede el ¡ay! de la compasión al castigo de los malos. Y esto mismo declara el Hijo de Dios encarnado, que primero llora a Jerusalén, y a cabo de muchos años la castigó. Y pues el Criador, que con tanta justicia puede castigar al culpado que le ofendió, se inclina a compadecerse primero que castigue, ¿cuánto más lo debe hacer el hombre Juez con otro hombre semejable a él, y por ventura menos malo que él? Poco es razón que duerma la noche antes que hubiere de dar sentencia de condenación; y débese pasar en gemidos y oraciones, suplicando al Señor consuele y esfuerce y haga misericordia a aquel su hermano, al cual es él forzado a dar el trabajo de la condenación. Esto conviene hacerse así por cumplir con lo que debe a su prójimo, y también para que con esta misericordia provoque a la de Nuestro Señor que le sea favorable cuando el mismo que ahora juzga sea presentado como reo en el juicio de Dios. Y pues tanto importa hacerse así este negocio, y esto no se puede hacer sin amor, claramente se ve que necesario es el amor, así para evitar los delitos, como para bien castigar a los que en ellos hubieren caído.

Aun hay más cosas para que sirva el amor a la persona pública que lo quisiere ser como debe ser; y es una de ellas no estar atado a la estrechura de las leyes particulares, mas vivir en la anchura del amor, que comprende obligación de justicia y obligación de caridad: digo

esto porque algunos que gobiernan repúblicas tienen tan limitado su celo, que no se extienden sino a quitar aquellos delitos que por leyes particulares están vedados, y no entienden la obligación en que se les pone la ley del amor de la honra de Dios y del bien público, aun de la persona particular. Cierto es que un prójimo no es obligado por obligación de justicia a prestar dineros a otro, aunque esté en gran necesidad, ni a evitarle un daño, ni a corregirle de un pecado, si no hubiese alguna particular obligación por ser su padre, o cura, etc. Mas la ley de la caridad obliga a más que la ley de la justicia, y condena, y con pena eterna, al que la quebranta, aunque la ley de la justicia le absuelva; porque la misma ley del amor ella sola por sí tiene fuerzas para obligar a evitar el daño notable temporal del prójimo, y *a fortiori* el espiritual; y a semejanza de esto, como a la persona pública le esté encomendada la honra de Dios y el provecho público, tiene obligación de remediar unas cosas limitadas por leyes particulares, y otras por esta general obligación que tiene de evitar deshonras de Dios y daños notables públicos.

¿Quién duda sino que si se ofreciese una particular irreverencia a un templo o a una casa de Dios, sería obligado el Gobernador de la república a la impedir o a la castigar? Y si los ciudadanos hiciesen notables excesos en vestir, comer, atavíos de sus personas y casas, y otros excesivos gastos, debería el Gobernador irles a la mano por esta ley general, que es daño de la república empobrecerse los ciudadanos por estos medios tan fuera de razón. Y si un súbdto suyo fuese murmurador o se embriagase, o cosas semejantes a éstas, aunque ley particular no le obligase al remedio de esto, oblígale la ley de Dios por el precepto de la caridad, el cual no cesó, antes más se fortificó por ser persona pública el que lo ha de ejercitar. Y digo fortificó, porque como el precepto de hacer bien al prójimo, o evitarle el mal, obligue más a quien más tiene, o más sabe o más puede, pues conforme a la posibilidad es la obligac ón de ponerla en obra, claro es que pues la persona pública puede más,

siéndolo, que podrá siendo particular, correrá más en la obligación del aprovechar que cuando era persona particular; y esto es lo que San Gregorio decía, *que crece la cuenta cuanto crecen los dones*. Y el Señor, que mentir no puede, lo afirma diciendo (Luc., XII): *Al que mucho le es dado, mucha cuenta le será pedida;* y El galardona a quien bien granjea, y trae ganancia de los talentos recibidos, y castiga con infierno a los que no emplean bien el talento que El dió. Y no se contenta con que se lo tornen entero, si no se lo dan con ganancia; y talento, como San Gregorio declara, se entiende ser todo aquello con que el hombre puede aprovechar a su prójimo o evitarle el mal.

Terrible cosa y muy nueva para los que piensan que no hay que temer en las riquezas o poder que les es dado, y por eso no piensan tener obligación sino cuando por vía de estrecha justicia son compelidos a ella. Adviértase bien cómo los que tienen mandos públicos, mediante su autoridad y la necesidad que los súbditos tienen de ellos, hallan casamientos muy buenos para sus hijos; pueden mucho sus ruegos con chicos y grandes, y, en fin, por medio de sus personas públicas alcanzan muchas cosas para sí y para sus amigos, que no alcanzaran si fueran personas particulares. Por lo cual claramente se ve cómo su talento es más crecido, y por eso más obligatorio. Y será la razón de su condenación muy clara; pues empleándolo en cosas propias ganaban mucho, y no lo quisieron emplear en provecho de otros, donde también fuera la ganancia muy cierta.

Y si esto, que tan claro es, las personas públicas quisiesen considerar de propósito y tantear el bien que pueden hacer y males que evitar por sí o echando terceras personas, y, en fin, por los medios que acostumbran negociar lo que a ellos cumple, sería tanto el provecho que hiciesen en sus repúblicas, que en breve tiempo las tuviesen todas reformadas, o a lo menos muy mejoradas, y tendrían cuenta de siervos fieles para el día de su juicio, ofreciendo al Señor ganancia de cinco por ciento, y de dos por dos. Y oyendo aquella alegre y dichosa pa-

labra que se dice en San Mateo (cap. XXV): *Gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor*, evitarían el temeroso tronido de la otra contraria dicha al que no empleó bien el talento: «Atadlo de pies y de manos, y echadlo en las tinieblas de fuera.» Cuán valerosa cosa es el amor, y necesario para bien usar del oficio público, pues él es el que hace emplear bien los talentos, y ser galardonado por ello; y la falta de él hace al hombre descuidado y flojo, y lo echa en penas eternas; pues según dicen los santos, lo que es el ojo en el cuerpo del hombre es el que gobierna a la república.

Notoria cosa es para cumplir bien con este oficio ser necesaria la lumbre de la prudencia, con la cual disponga bien los medios con que alcance su fin, que es la paz y virtud de los ciudadanos; y de este tal dice el Espíritu Santo (Eccl., X): *Judex sapiens judicabit populum suum, et principatus sensati, stabilis erit.* Y de aquel a quien falta esta prudencia se dice (Matth., XV): *Si cæcus cæcum ducit, ambo in foveam cadunt.* Echándose a perder a sí y a su ciudad, según está escrito (Eccl., X): *Rex insipiens perdet populum suum: et civitates inhabitabuntur per sensum potentium.* La ciudad semejanza tiene de nao, y el que la rige se llama Gobernador, de donde parece cuán necesaria es la prudencia para bien gobernar, como es el arte en el piloto para dar buena cuenta del gobernalle donde va puesto. Y acreciéntase la dificultad de llevar bien la nao si la navegación es por mares donde hay corrientes contrarias o frecuentes, y grandes tempestades o peligrosos bajíos; y sobre todo esto si la navegación es por donde ha mucho que no ha ido nao, y no hay de quien aprender la altura del norte, y los peligros que hay en la navegación.

Acrecienta el temor saber que ha habido muchos pilotos, que juntamente con sus pasajeros han caído en el profundo del mar; y con todas estas dificultades que esta tal navegación tendría, no llega a la que tiene la gobernación de la república, en la cual nunca faltan vientos contrarios; porque ya que de fuera no haya quien los levante, los mismos pasajeros que en la nao van

mueven unos contra otros guerra civil, y por esto más peligrosa. *Difícilmente es domado el hombre*, como dice Platón; y domar tantos, unos altos y otros bajos, y ricos y pobres, sabios e ignorantes, soberbios y humildes, y en fin, malos y buenos, cosas son que requiere aquella prudencia, con la cual dice San Pablo (I Cor., IX): *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos*. Y como por nuestros pecados estén las repúblicas tan mal gobernadas y de muchos años atrás, y las cosas tan fuera de sus principios, y los ciudadanos tan duros para ser corregidos, que el serlo toman por menoscabo de honra, es cosa dificultosa el abrir camino que tan cerrado ha estado con las malas costumbres, y ser condenado de novedad lo que es tornar los negocios a las buenas costumbres antiguas.

Séneca comparó al que se encargó de regir la república a un médico que entrase en una enfermería donde hubiese muchos enfermos de diversas enfermedades: y tiene razón, pues no hay otra tan dañosa y peligrosa enfermedad como el vicio del ánima. Muy sabio médico ha de ser aquel que sepa proveer a tanta diferencia de enfermedades y muchedumbre de enfermos; mas para curar las malas costumbres de la república mayor maña se requiere, pues los enfermos son más, las enfermedades más peligrosas, y los enfermos más desganados de tomar medicinas, y algunos las aborrecen, y al médico que los quiere curar: y con esto se junta que en un cuerpo enfermo ordinariamente hay una enfermedad o pocas más, y acá hallarán en un ciudadano tres y cuatro y cinco y más vicios, y algunas veces unos contrarios a otros. Y para medicinar tantos y tales enfermos, *quis idoneus?* Muchas cosas dijeron los sabios ser provechosas para alcanzar la prudencia necesaria que tal cura requiere. Una es que el tal Gobernador sea de su misma naturaleza prudente e inclinado al amor de la sabiduría; y esta misma es la primera que el Concilio Cartaginense dice que debe tener el Obispo: condición por cierto muy necesaria, por que como sea cosa muy dificultosa pelear un hombre contra su naturaleza, queriendo alcanzar lo que ella le

negó, pocas veces sucede bien el arte que no se funda sobre habilidad natural junta con afición: y en tanto estimaba esto Platón, que no duraría más el bien de la república de cuanto durare en ella seguir cada uno aquel arte o ministerio a que es inclinado y aficionado; porque de esta manera salen los hombres señalados y excelentes en sus oficios, y los llevan con suavidad y deleite, y con provecho de aquellos que los han menester.

Y hablando como cristianos, podemos decir que estas tales son señales de querer Dios que el hombre siga aquel camino y tener vocación para él. El que esta prudencia natural tiene, haga cuenta que le ha dado Dios fundamento sobre que edifique la casa de la sabiduría. Mas si se contenta con esto sólo no será hábil para gobernar, como tampoco la tierra, por fértil que sea, ni el árbol, ni la vid, ni cosas semejantes, darán buen fruto si no se junta con la virtud natural que ellos tienen el cuidado y trabajo de quien los cultiva. Y Platón tiene por cosa casi imposible haber ingenio que por sí sólo sea suficiente a bien gobernar, pues que es cosa difícil hacerlo bien aun a quien tiene muchas partes para ello. Que cierto si aquel filósofo que era esclavo sacado a la plaza a ser vendido, y preguntado qué oficio sabía, respondió que mandar a hombres libres, si dijo verdad, mucho sabía: porque *arte de artes es el regimiento de ánimas*, como San Gregorio dice; y el fin del legislador es hacer en su manera a los ciudadanos virtuosos, lo cual es regimiento de ánimas.

§ IV.—*Trata de las ayudas para saber gobernar, y la elección de Jueces, y advertencias para ellos.*

Ayuda para alcanzar la prudencia del bien gobernar la lección de los filósofos que trataron de la buena orden que ha de tener la república; porque aunque no todas las cosas que dicen convengan para nuestra religión ni para nuestros tiempos, mas muchas hay que sí, y a lo menos se aprende de ellos cuán caídas están nuestras repúblicas y cuán pocos hay, aun de los que las gobier-

nan, que sepan regirlas ni aun entender lo que son. También se conoce la perdición de los ciudadanos y pueblo, y cuán fuera de quicio van sus costumbres aun cotejadas con la lumbre y razón natural, y cuán dignos son de condenación, pues son hallados peores y muy más desordenados que aquellos hombres que no tenían más lumbre que la natural. También se requiere lección de las leyes del reino, y de otras, si para ello tuviere habilidad: porque la lección da lumbre a quien no la tiene, y acrecentamiento de ella a quien tiene alguna. También notaron los filósofos que no se debe encomendar regimiento a mancebos, porque como para bien ejercitarlo se requiere prudencia, según se ha dicho, y ésta pide experiencia, y de muchas cosas y tiempo, faltando a la mocedad, no puede ser hábil para su oficio. Confírmase lo que estos filósofos dicen por la Escritura divina, en la cual se cuenta que fué dicho a Moisés *que eligiese para Jueces, viejos*. Y el Juez que el Profeta Daniel vió dice que era tan antiguo de días que tenía la cabeza blanca.

Ser el Gobernador de su parecer es cosa muy peligrosa y contraria a la prudencia, como en otra cualquiera persona: y antes se ha de escoger un hombre que sepa menos, si conoce su falta y la remedia con el consejo de los más sabios, que otro que sepa más y está confiado que es el que acierta, y los otros no. Verdad es ésta de Dios, el cual dice (Prov. XXVI, 12): *Vidisti hominem sapientem sibi videri? Magis illo spem habebit insipiens.* Las historias divinas y humanas están llenas de ejemplos de los que han acertado por vía de tomar consejo, y han echado a perder a sí y a otros por seguir el propio. Si un hombre no sabe toda razón, pide que pida consejo; y si es sabio, el Espíritu Santo dice, *que oyendo el sabio, será más sabio*. Lo que conviene advertirse, es que tome consejo con el sabio y bueno, pues sabemos haber perdido el Rey Roboán de doce partes del reino las diez por haber seguido el consejo de mozos, y desechado el que le daban los viejos. Un filósofo dijo, y con mucha razón, que la ira y la aceleración en los ne-

gocios son enemigos del buen consejo; y así conviene mucho mirar que el que ha de ser lumbre de los otros no tenga él su ojo ciego con la ira, pues el oficio de ella es impedir el conocimiento de la verdad; y esto es así verdad, aunque al airado le parezca que tiene mucha razón en lo que hace.

Porque pues la ira es breve furor, no hay por qué creer que el que está loco acierte a juzgar, y pues también emborracha la ira al ánimo como el vino al cuerpo, y Platón manda: «Que el que rige a la república no beba vino;» claro está que hasta que se pase la ira, de ninguna cosa se debe fiar el airado, como tampoco el embriagado hasta que haya dormido el vino y tornado a su juicio, que con la embriaguez había perdido. Y a esto atendió el bienaventurado San Ambrosio cuando dió por penitencia preservativa al Emperador Teodosio que ninguna sentencia de sangre que se diese se ejecutase hasta pasados treinta días, en castigo de una cruel sentencia que el Emperador había dado arrebatadamente contra los de la ciudad de Tesalónica. Sócrates dijo a un su criado: «Castigárate si no fuera porque estoy enojado.»

¿Cuánto más debe mirar y temer su propia ira quien tiene cargo de castigar, no esclavos, sino libres, y no cualesquiera, sino gente principal? Perniciosísimos yerros, y algunas veces irremediables, se siguen de ser los Gobernadores airados. Y por eso deben de procurar con todas sus fuerzas, y principalmente pidiéndolo a Dios, tener muy desarraigada de su corazón esta ponzoñosa víbora, y vestirse de mansedumbre, para que sean imitadores del soberano Juez, que no con ira: *sed cum tranquilitate omnia judicat:* y particularmente debe huir de palabras injuriosas y mal criadas, porque éstas antes suelen dañar que enmendar; y que cuando son blandas, hacen que aunque uno vaya castigado, vaya consolado.

Justo ha de ser el Gobernador, y si fuere menester riguroso en sus obras, mas en las palabras blando y muy comedido. Y alcanzar esta virtud de mansedumbre los que gobiernan los pueblos es cosa dificultosa; porque las

desobediencias y malas crianzas de los súbditos, la muchedumbre y diversidad de sus negocios y pasiones, los delitos y sinrazones y agravios que hacen, y el no querer ser castigados ni reprendidos por ellos; las malicias y calumnias con que a otros ofenden y a ellos se ofenden, todas estas cosas y otras muchas son ocasiones tan vehementes para mover a ira el ánimo del superior, que si no trae siempre el freno en la mano contra su ira, recelando la caída, como quien va cabalgando en una bestia rijosa por un monte y senda muy estrecha, que en saliendo de ella dará el hombre consigo en grandes despeñaderos, no podrá el tal superior dejar de caer en la ira. Y tanto más debe temer esto, y procurar por no dormirse ni descuidarse, cuanto más se viere inclinado a esta pasión, especialmente si algunas veces ha sido vencido de ella; porque grave culpa es no hacerse el hombre avisado para no errar cuando primero ha errado, y no sanar con tan costosa medicina.

Procure, pues, de no hacer cosa con ira ni con poca deliberación, y arrepentirse ha pocas veces de lo que así hubiere hecho, y tendrá el ojo de la razón claro para usar de la prudencia que con los dichos medios hubiere alcanzado: y después de la larga deliberación, sea breve la ejecución; porque tanto defecto es tardanza en la ejecución, cuanto la presteza en la deliberación. Son tantos, tan graves y tan diferentes los negocios a que ha de atender el que gobierna república, que por mucho que se ha dicho de los medios para alcanzar la prudencia que ha menester, aun queda por decir lo más necesario; y alguno se maravillará de aquesto si considerare la dificultad que hay en regir a personas tan diferentes, que cada una ha menester medicina y freno por sí: Uno ha menester blandura, otro rigor. Una pena merece quien peca por ignorancia o flaqueza, y otra quien peca por malicia. Una cosa es cuando una comunidad toda entera o la mayor parte delinque, otra cuando un particular. Algunas veces conviene disimular el castigo porque no se siga mayor mal, y otras esperar tiempo más conveniente para lo hacer.

Conviene entender las malicias de los malos sin haber sido malo, para se las impedir por vías secretas, que no las entiendan; prevenir los alborotos, y sosegarlos después de venidos; y, finalmente, siendo uno hacerse muchos, cual cada uno lo ha menester. Y como es negocio de actos particulares, en los cuales concurre diversidad y muchedumbre de circunstancias, no unas siempre, mas muy diferentes, y una sola que falte, o que venga de nuevo, hace variar la determinación; resulta de aquí tanta incertidumbre en la prudente determinación, que aun los muy sabios muchas veces tienen diferentes pareceres, como por experiencia se ve, así en lo escrito como en los consejos se practica, que más parece el acertar, cuando se acierta, ser acaso que no por reglas de arte cierta. Y así los filósofos dijeron que las particulares circunstancias no caen debajo de arte por su gran variedad, y déjanse al arbitrio del prudente varón; y tan dificultoso es el negocio, que ninguna humana prudencia es bastante para no errar: y por esto es necesaria al Gobernador la lumbre del cielo que fortifique la prudencia adquisita, y supla cuando ella faltare.

Esta verdad alcanzó Platón, y se afirma en ella una y muchas veces, y con tanta certidumbre, que se determina a decir que nunca la república será bien regida, ni se pondrá fin a sus males, hasta que el regidor de ella, con la potencia espiritual de su ánima, se junte con Dios, y de aquel conocimiento viva su ánima, y se mantenga y traiga lumbre para regir a los hombres por las leyes y regla que conoció en Aquel que es verdad y bondad de sí mismo, y no por ajena participación. A este tal Gobernador llama hombre divino, por ser más que hombre, y dice que ha de exceder a los regidos por él, como excede un hombre a un niño. Y que así como para guardar o apacentar ovejas y bueyes ninguno pone animal que tenga este cargo, sino a hombre que tiene razón, así quien a hombres ha de regir, más que hombre ha de ser, y éste se llama hombre divino. Cosa de maravillar es cómo este varón alcanzase aquesta verdad; mas no debemos dudar en ella, porque la tenemos confirma-

da y aun dicha por Dios muchos años antes que Platón la dijese, y aun que naciese.

Léese en el libro de los Números que quejándose Moisés a Dios de la grande carga que le había echado a cuestas mandándole llevar sobre sus hombros todos los negocios de la gobernación de aquel inmenso ejército del pueblo de Israel que salió de Egipto, y diciendo que él no podía sufrir a solas carga tan pesada, le respondió el Señor: «Elige setenta varones de los que tú has conocido» (Núm. XI): *Quod senes populi sint ac magistri: et duces eos ad ostium tabernaculi fœderis, faciesque ibi stare tecum, ut descendam et loquar tibi: et auferam de spiritu tuo, tradamque eis, ut sustentent tecum onus populi, et non tu solus graveris.* Trajo Moisés los varones, y el Señor les dió del espíritu que tenía Moisés sin quitarle nada del que él tenía; y los varones con el espíritu del cielo que en ellos vino profetizaron, y con perseverancia y con este espíritu rigieron el pueblo. Y es de advertir que este regimiento no era espiritual, sino secular, y para hacerlo como se debía hacer fué dado espíritu sobrenatural; y lo mismo parece en Moisés, pues también regía al pueblo y juzgaba entre ellos de las cosas temporales, y consultaba con Dios qué pena daría al que traspasaba la ley, por qué tierra iría, qué capitanes enviaría a la guerra, y todas las demás controversias que en aquel pueblo acaecían, no obstante que él fuese docto en la sapiencia humana en que abundaban los sabios de Egipto.

Tanta es la flaqueza de nuestra prudencia, que aun para gobernación de cosas temporales no basta; y esto se declara bien por cierta experiencia en el capitán Josué, elegido por Dios, el cual con los principales de Israel fué engañado de los gabaonitas, y la causa de ello no quiso la Escritura divina callarla, por no quitarnos un ejemplo que nos amonestase de nuestra flaqueza y nos hiciese recurrir a pedir lumbre a Dios en los negocios que nos acaecieren. La causa, pues, del engaño fué porque fiaron de las conjeturas, que a su parecer eran tan claras para determinación del negocio, y no preguntaron a la boca del Señor, pidiendo que los enseñase lo que habían de hacer.

Estos dichos ejemplos u otros semejantes movieron al Rey Salomón, que habiendo recibido el señorío de todo Israel, temió peso de tan grande carga, cotejado con la flaqueza de su entendimiento; y como el temor sea causa de buscar remedio y consejo, estimulado de él, fuése a Dios, y pidióle de todas sus entrañas (como él lo testifica), *que le diese lumbre de sabiduría para regir el reino* para el cual el mismo Dios lo había elegido. Alega para esto muchas razones, y una es confesarse por insuficiente para el entendimiento del juicio de las leyes, humano y divino, según las cuales había de juzgar. También alega que pues Dios le eligió para el reino y para edificarle templo, le diese lumbre para bien lo hacer, pues es su costumbre dar lo necesario para bien administrar la dignidad que El mismo es servido de dar. Alega también el impedimento que para pensar bien los negocios y alcanzar la humana prudencia da el cuerpo corruptible que traemos a cuestas, y la dificultad y, por mejor decir, la imposibilidad que en nosotros hay para alcanzar la ciencia y consejo de Dios, así en las cosas especulativas de los ministerios de su alta deidad, como en el consejo de su santa voluntad en las cosas particulares que hemos de hacer; porque de éstas se entiende, según lo declara la Glosa, lo que el dicho Rey Salomón dice (Sap., IX): *Cogitationes mortalium timidæ, et incertæ providentiæ nostræ.*

No hay certidumbre de evidencia que dé entera seguridad en el juicio de las cosas particulares, sino mezcla de temor, aunque haya inclinación mayor a creer uno que otro. Incierto es lo que juzgamos de presente; incierto lo que preveemos para adelante, y el errar eso es cosa cierta, y el acertar muy dudoso. Y porque ninguno piense que está fuera de esta necesidad por muchos dones naturales que tenga, y le comprenda la sentencia de la divina Escritura que dice: *Qui confidit in corde suo, stultus est;* y con esta confianza se descuide de pedir a Dios la sabiduría que pidió Salomón, diciendo que por ventura aquél era mozo o no de muy buen entendimiento; proveyó el Espíritu Santo para el remedio de tan dañosa confianza

y ciega soberbia, que no sólo el Rey Salomón confesase la necesidad que tenía su propia persona de la lumbre de Dios para la buena gobernación de su reino, mas tendiendo los ojos de su entendimiento por todo el género humano, dió esta sentencia de todo él por lumbre de Dios, diciendo (Sap., IX): *Et si quis erit consummatus inter filios hominum, si ab illo abfuerit sapientia tua, in nihilum computabitur:* y lo mismo cuando en el mismo capítulo dice: *Quis enim hominum poterit scire consilium Dei? Aut quis poterit cogitare quid velit Deus?*

Bien parece que había leído el mismo testimonio de la gran necesidad que la humana flaqueza tiene de la lumbre de Dios que había dado su padre David cuando dijo (Psalm. XCIII): *Dominus scit cogitationes hominum, quoniam vanæ sunt.* Y porque no pensasen los que se tienen por sabios que no les toca a ellos este reproche, infamia de poco saber, declara San Pablo con espíritu de Dios que estos hombres , cuyos pensamientos son vanos, son los sabios, diciendo (I Cor., III): *Novit Dominus cogitationes sapientium, quoniam vanæ sunt:* dando a entender que no habla David de la vanidad de pensamientos tocante al deseo de cosas bajas, sino de los engaños del entendimiento en que caen los sabios; y no sólo en uno o dos, mas en pueblos enteros; y no sólo en personas bajas, mas también en las muy principales, como parece claro en otro testimonio que da el mismo David diciendo (Psalm. XXXII): *Dominus dissipat consilia gentium: reprobat autem cogitationes populorum, et reprobat consilia principum.* Y esto es porque estos consejos son plata que no ha plantado el Padre celestial, que los que El inspira de éstos, se dice (Psalm. XXXII): *Consilium autem Domini in æternum manet,* etc. Y el no entender los que gobiernan reinos y repúblicas esta profunda insuficiencia de la humana sabiduría para la buena gobernación de los súbditos, y el descuidarse de no hacer lo que Salomón hizo, por lo cual se quedan sin recibir la lumbre que él recibió, es la causa de la mala gobernación de las repúblicas, y, por consiguiente, de la perdición de ellas, según lo testifica el Espíritu Santo diciendo

(Prov., XXIX): *Cum propheta defecerit, dissipabitur populus.* Y llámase aquí profecía la divina Escritura y la lumbre celestial de que hemos hablado.

De estos tales se queja Dios, y a éstos amenaza diciendo (Isai, XXX): *Væ filii desertores ut faceretis consilium, et non ex me, et ordiremini telam, et nom per spiritum meum.* Mal irá a las repúblicas hasta que sean regidas por hombres regidos por Dios, según lo ha dicho el Espíritu Santo en la dicha autoridad. ¿Qué se concluye de aquí sino que pues de lo dicho consta, según dice una Glosa, que para la buena gobernación es necesaria esta sabiduría del cielo, que el que tiene este oficio no esté sin esta lumbre si quiere acertar a hacerlo, como él se salve y su república sea bien gobernada? Y así como arriba hemos dicho que para alcanzar la humana prudencia sirve mucho la naturaleza del ingenio inclinado a ella, así para alcanzar la divina hace mucho al caso tener un hombre inclinación a no presumir de su saber, y a pedir a Dios lumbre de todo lo que ha de hacer. Y tras esto conviene que tenga alguna noticia de la ciencia y palabra de Dios que está en la Escritura divina; pues allí están los principios y avisos para gobernar un hombre a sí mismo, que no es pequeña parte para gobernar bien a otros; y también hay doctrina particular para los que rigen a otros.

Hay ejemplos de buenos Reyes a quien seguir, y castigos de malos que pongan temor; y no sin causa mandaba Dios que el libro de su ley fuese dado a los Reyes por mano de los sacerdotes, sino para que leyendo en él conociesen de cuya mano tenían el reino, y cómo lo habían de gobernar, según las leyes que en la Escritura divina están. Especialmente servirá para esto la lección de Proverbios, Eclesiástico y Sabiduría y Libro de Reyes, y algunos lugares de los Profetas que tienen particular cuenta con los que rigen a otro; y el Testamento Nuevo, cuya doctrina es más excelente que otra ninguna. Y convendrá tener una glosa ordinaria para declaración de algunos lugares que tengan alguna dificultad. También les aprovechará leer algunos lugares de los Santos Con-

cilios de la Iglesia, y el Pastoral, de San Gregorio; porque como se tratan en estos libros cosas de gobierno eclesiástico, puédese de allí tomar aviso para el temporal, y también de lo que a los Obispos se manda; pues sacada la administración de los sacramentos y cosas espirituales y de la palabra de Dios, en muy muchas cosas conviene el oficio de Obispo con el del señor o Gobernador temporal. Y si otros más libros de Santos quisiere leer, no por curiosidad de saber, sino para remedio de su ignorancia o flaqueza, y escogiendo lo más provechoso, no perderá, antes ganará mucho con tal lección para sí, y para gobernar cuán conveniente cosa sea el tomar consejo en negocios importantes; y cuánto lo sean los de la gobernación de la república, la Escritura divina y humana y razón natural y experiencia nos lo demuestra.

Y así como para alcanzar lo que debemos hacer según humana prudencia, se ha dicho arriba que se debe tomar consejo con los que la tienen, así para regir según la divina conviene también consultar a los que la tienen; porque aunque, según se ha dicho arriba, el mismo que rige debe tener esta lumbre para no estar del todo colgado de la sabiduría de otro, mas no por eso ha de pensar que de tal manera la tiene que le baste para todos sus negocios sin haber menester pedir lumbre a los que la tienen; porque no hay cosa más contraria a esta sabiduría que desciende del cielo, que la soberbia y confianza de sí, ni tan cierta señal que uno la tiene como tener humildad; porque escrito está (Prov., XI): *Ubi humilitas, ibi et sapientia.* Debe, pues, el tal Gobernador, alto o bajo, sabio o no sabio, ser amigo de pedir consejo, y blando para recibirlo; porque una de las condiciones que Santiago Apóstol (III) pone de la sabiduría que del cielo desciende, es *no ser porfiada ni tiesa, sino pacífica y que se deja persuadir;* de lo cual tenemos ejemplo en David, que teniendo el espíritu del Señor, y muy familiar, traía consigo al Profeta Gad, y después al Profeta Natán, por el parecer de los cuales regía su persona y negocios.

San Agustín dice que aunque viejo y Obispo estaba aparejado a ser enseñado por el que era Obispo de un año,

Todo lo cual se entiende cuando el hombre acierta con personas espirituales, que tengan ciencia espiritual y don de consejo; y acertar con éstos es don de Dios muy particular, y darles crédito también lo es; porque aunque la buena vida a solas alguna vez sea tanta parte con Dios para alcanzar lumbre de lo que se debe hacer, según dice la Escritura (Eccl., XXXVII): *Anima viri sancti enuntiat aliquando vera, quam septem circunspectores sedentes in excelso, ad speculandum;* mas esto no es cosa ordinaria, aunque se debe tener en poco; mas lo que se debe en mucho estimar es cuando se junta ciencia divina con vida espiritual y perfecta y don particular de consejo. Y de esto se entiende: *Multitudo sapientium sanitas est orbis terrarum* (Sapientia, VI); porque ni la Filosofía ni la Escritura divina llaman sabios a los que tienen cualquiera ciencia que sea, aunque sea la divina, si con ella no se junta la vida ya dicha; porque a quien ésta falta, está sujeto a muchos errores; y tanto más peligrosos, cuanto más se fía de ellos, porque los tiene por ciertos: engáñase con la apariencia de su sabiduría, y engáñanse muchos viéndola en él, porque hay pocos que sepan conocer los verdaderos sabios, y arrimándose a lo que no tiene existencia y firmeza, por fuerza han de dar muchas caídas.

En el Concilio Cabilonense se dice *que los que rigen los pueblos tomen consejo con los Obispos en las cosas de importancia y que fueren dudosas;* y lo mismo manda el Emperador Justiniano con espíritu muy cristiano: y los Reyes de Castilla pasados usaron esto mucho: uno de los cuales pidió a los Obispos congregados en un Concilio Toledano, que le diesen leyes con que el reino viviese, y diéronlas; y también los reyes presentes tienen por de su Consejo a los sagrados Obispos. Semejanza tiene esto con lo que Dios mandó en tiempos pasados, que si los Jueces de los pueblos del reino de Israel tuviesen varias opiniones en algún negocio, que subiesen a Jerusalén y lo consultasen con el Sumo Sacerdote, y siguiesen el parecer de él. Y es de mirar que este recurso, que en las cosas dudosas se manda tener a los Obispos, no es tanto por la

mayor noticia de leyes humanas que ellos tengan, sino por la mayor lumbre celestial que de la contemplación de Dios resulta, y mora en ellos como en otro Moisés, con la cual declaran lo que la humana prudencia no podía alcanzar: mas si la dicha lumbre les falta, faltarles ha lo principal. Y cosa es muy importante que el tal Gobernador elija confesor que tenga las dichas dos partes de ciencia y de espiritual vida, y que sea desinteresado de toda vida humana, pretendencia, y desocupado de todo otro negocio; porque si ha de usar bien su oficio, tendrá tanta ocupación en guardar de peligros la conciencia de quien tantos negocios dependen, que no se vagará a entender en otros.

§ V.—*Trata de los juramentos, arancel, oficiales, y su remedio, y el de los niños.*

Tras esto se sigue imitar al Rey Salomón en la oración que al Señor hizo pidiéndole esta sabiduría tan necesaria; y digo imitar, no sólo al pedir, sino con las circunstancias que él lo pidió; conviene a saber, de todas sus entrañas, con profundo conocimiento y temor de su propia insuficiencia, y con corazón no aficionado a riquezas: aunque por este mismo hecho el Señor se las dió, y en gran abundancia, por añadidura de la sabiduría a que se aficionó y pidió según el Señor lo acostumbra a hacer y ha prometido hacer, cuando dice (Matth., VI): *Quærite primum regnum Dei*, etc. También alegó que pues el Señor le había elegido por Rey, le diese sabiduría para que bien supiese ejercitar oficio de Rey; y comenzando por esta última circunstancia, parece claro que los que se ingieren y procuran los medios que ellos saben de alcanzar estos tales oficios, no tendrán lengua para decir al Señor: «Pues que Tú me elegiste para esta dignidad, dame prudencia para el buen ejercicio de ella»; ni el Señor tendrá ocasión de la dar, pues ellos sin El se metieron en ella. De los cuales El se queja, diciendo: *Ipsi regnaverunt, et non ex me, Principes steterunt, et non cognovi;* quiere decir, no lo oprobé. Andarán estos miserables entreni-

zados en lo de fuera, y honrados en los ojos de los hombres, mas tenidos por viles en el acatamiento de Dios; gente que no entró por la puerta a regir las ovejas de Dios, caminando por peñas y resbaladeros, tinieblas de noche, en donde se siguen muchas caídas de pecados, y después en las tinieblas de la noche eterna.

Lo primero y que más pena da, es ver a Nuestro Señor tan ofendido con juramentos falsos, o diciendo mentira en lo de presente, o no cumpliendo lo que se jura; y donde más se usa esta desventura es donde más lejos había de estar; conviene a saber, en el ejercicio de la justicia y cosas tocantes a ella. Los que en este caso más desenfrenados están son los escribanos, que jurando todos de guardar el arancel de estos reinos, casi ninguno lo guarda; y aunque es verdad que era cosa muy justa acrecentarles los derechos, pues los tiempos son diferentes, mas no por eso dejan ellos de pecar quebrantando lo jurado; pues *juramentum debet impleri in specifica forma*, ni Dios deja de ser ofendido. ¿Y quién dirá las veces que en esto lo es? Cuéntense los contratos, testamentos, actos judiciales y, en fin, todas las escrituras que hacen y todas las veces que las hacen, y súmense cuántos perjuros habrá cada día en esa ciudad, y cuéntense todos los demás que se hacen en el reino, y parecerán ser tantos que no haya corazón cristiano donde entre esta consideración que sea capaz de recibirlos sin reventar de dolor ni sin temor del castigo que tantas y tales ofensas merece.

No es de creer que Dios deja sin castigo tantos perjuros, pues un solo juramento que hizo Josué a los gabaonitas, aunque engañado de ellos, el cual el Rey Saúl después quebrantó, se ofendió tanto Nuestro Señor que en castigo de él estuvo tres años sin llover en el reino, y hasta que fueron satisfechos los gabaonitas con la muerte, y muerte de cruz, de siete personas descendientes de Saúl, no se amansó la ira de Dios ni envió su lluvia sobre la tierra. Y para mí tengo, que una de las causas porque el Señor nos azota en cosas temporales y espirituales, con esterilidad de unas y otras, es por este pecado, como San Je-

rónimo dice; y la razón está clara, pues que la divina Escritura dice (Eccl., XXIII): *Vir multum jurans implebitur iniquitate, et de domo ejus non discedet plaga*, cuánto más vendrá este castigo sobre el varón que *multum perjuratur*. Lo mismo se dice (Zach., V), y en otras partes de la divina Escritura. Y aunque algunos dicen que el remedio de esto se ha pedido a la Real Majestad, y que se responde que aunque se acrecentasen los derechos todavía los llevarían demasiados, parece que a lo menos se les quitaría la ocasión de alegar que por no se les pagar lo justo lo toman ellos.

Mas entretanto que la Real Majestad no provee esto, ellos verdaderamente quebrantan el juramento y tienen propósito de lo quebrantar, y por eso están en pecado mortal y no pueden ser absueltos en el sacramento de la Penitencia; y así ha parecido a muchas personas doctas que por mandado del reverendísimo Obispo de Córdoba se juntaron a conferir sobre este negocio: y no sólo corren peligro por quebrantar el juramento mas por ser tan excesivos los derechos que llevan, que por mucho que el Rey se los tasase no serían tanto, ni con mucho, como lo que ellos llevan, o pidiéndolo, o recibiéndolo; y lo uno y lo otro les está vedado por leyes de aquestos reinos, aunque pocas personas hay que quieran dar de su voluntad más de lo que deben; y si lo dan, es por entender que el escribano no le despachará con diligencia su negocio si no es a peso de dinero; y como los escribanos hagan demostraciones suficientes para que esta voluntad suya se entienda, en buen romance, tanto es como pedirlo y constreñir que se le dé.

Los Jueces tienen obligación a remediar esto, así por vía del perjuicio, pues es cosa pública, como por vía del excesivo precio que llevan, y así está mandado por leyes del reino que sean castigados por ello; ni los tales Jueces se pueden excusar en el juicio de Dios con decir no hay quien los acuse ni pidan nada en residencia, porque ya se sabe que si no hay pasión que mueva a pedir estas cosas no hay quien se le dé nada por ellas, y por temor de los mismos escribanos, pues es gente que puede dañar, o

por lo que a cada uno se le antoja ,quiere más callar que meterse en estos pleitos. Y, por tanto, pues esto consta a vuestra señoría, tiene obligación de lo castigar y remediar, y no es cosa difícil al celo y prudencia que Dios a vuestra señoría ha dado, tomar a esta gente con el hurto en las manos; porque como es cosa ordinaria y continua exceder en los derechos en todas las escrituras que hacen, quienquiera podrá dar testimonio de lo que a él han llevado, y así habrá tantos testigos cuantos hubieren hecho escrituras con ellos; y si por ser cada uno singular no fuere bastante para condenación, fácil cosa es de hacer que vaya con él al tiempo de pagar al escribano un par de amigos suyos disimuladamente, o con achaque de hacer ellos alguna escritura, o de ser testigos de la que el amigo hace, o con otra disimulación, y así habrá probanza suficiente para el delito, y no faltará sino que suceda el castigo y remedio para que Dios no sea ofendido, ni el prójimo damnificado. Y aunque entrambas cosas dan causa de justo dolor, la primera más. Y cierto si hubiese remedio para no tomarles juramento de guardar el arancel como él lo manda, sino como se usa, y aunque del todo se dejase de tomar, yo lo tendría por menor inconveniente que lo que ahora pasa, pues no había entonces más de un pecado contra el prójimo, y ahora hay otro mayor, y estotro no cesa.

En este Estado del señor Marqués de Priego se hace muy bien, porque hay tasadores para todo lo que hacen los escribanos, y éstos, y otras veces el Juez, tasan lo justo, y así está este barranco allanado. Dios alumbre a vuestra señoría para quitar de esa ciudad y su tierra tan graves pecados; y si se diese gracia para que de la Majestad Real alcanzase remedio para todo el reino, sería doblada merced. Los alguaciles del campo y guardas de monte, los cuales guardan sus juramentos tan mal o poco menos que los escribanos, dáseles ocasión con no darles salario con que se mantengan, y han menester hacer lo que hacen para sólo comer. Yo si pudiera no recibiera juramento de personas de tan baja suerte y conciencia, por la poca esperanza que da de los cumplir.

También hay otra cosa que en esto da pena, y es que cuando denuncian de uno, jura ser verdadera la denunciación, y también toman juramento al denunciado, y todo este negocio se funda muchas veces sobre un ramo de árbol, que a duras penas puede valer siete u ocho maravedís; y aunque el denunciado jure que no tiene culpa, se juzga por el juramento del denunciador; de manera que no sirve aquel juramento sino de ponerle lazo en que caiga su ánima. Averiguar los malos conciertos que hacen, tomando dádivas por disimular con los que entran en lo vedado, es fácil cosa, habiendo personas que disimuladamente lo pregunten a los que tratan con ellos. El secreto de los Cabildos de las ciudades, aunque jurado, se guarda muy mal: sería bien avisarles de ello; y para esto y para el buen ejemplo de ellos sería cosa conveniente que alguna persona religiosa les hiciese plática una vez en la semana, o a lo menos en el mes, y en la Cuaresma más a menudo. Pida vuestra señoría por merced a Nuestro Señor le dé gracia para dejar introducida esta buena costumbre en este su Cabildo, cerca de lo cual no digo más, porque la materia es larga, y vuestra señoría que la trata de más cerca la entenderá mejor.

Bien será vuestra señoría encargue mucho a sus oficiales la guarda de sus juramentos, así en lo que toca a llevar derechos como en hacer bien y fielmente sus oficios, porque la negligencia en esto sería culpa doblada, y todavía se puede temer que excedan y falten en aluo. Rastree vuestra señoría los pasos que dan, pues aun, según el juicio de las leyes humanas, se imputa al Corregidor la culpa de sus ministros; y no se espere a que se remedie con la residencia, porque si vuestra señoría no se la toma, y cada día, por la ajena poco se remedia; y también les encargue que todo lo que pudieren excusar lícitamente tomar juramentos, los excusen, y especialmente cuando se tema razonablemente que se ha de jurar falso, o a lo menos hay más licencia para esto cuando se toma de oficio, y no a petición de parte. Igualmente tenga vuestra señoría cuidado de examinar cómo se guardan los juramentos que se toman a fieles ejecutadores,

y a los que tienen cargo de mirar los oficios mecánicos, que se hagan bien hechos, porque es tanta la facilidad con que se toman y hacen, cuanta se tiene en no los cumplir.

También hay costumbre de que la primera cosa que hace un juez con un delincuente es tomarle la confesión con juramento; y pues hay tan poco temor de Dios, que por interés de un real se comete un perjuro, por aquí se puede entender cuán poco crédito se debe dar, siendo en causa criminal y en personas de ruin vida. San Pablo dice (Hebr., VI): *Que el fin de toda controversia es juramento.* Y estos juicios hacen al principio lo que habían de ser al fin; y aunque juran, no por eso se acaba la controversia, ni sirve de otra cosa que de cometerse aquel pecado mortal. Tienen el pedir juramento en tan poco, que aunque para condenar a tormento dan traslado de los indicios a la parte, para pedirle juramento no se curan de ello: no sé otra cosa, sino porque se tiene el daño del cuerpo en más que el pecado del ánima. He dicho esto, no ignorando que la práctica está en contrario, mas para que vuestra señoría haga en ello todo lo que pudiere, porque el nombre de Dios no sea despreciado, pues hay tantas causas para creer que en estos juramentos lo es. Y téngase mucho cuidado con inquirir juramentos falsos de testigos; y hallados, castíguense con ejemplares castigos, porque la gravedad del delito y frecuencia lo piden así. Oído he decir a personas fidedignas que algunos Corregidores y Jueces tienen por costumbre de reprender a los que sin necesidad juran delante de ellos, y con buena crianza y risa les hacen pagar un cuarto por cada vez. Parécemé buena costumbre; y si no se pudiere sacar el dinero, déseles reprensión.

El mal recaudo que hay en las escuelas de niños, y lo que importa haberlo bueno, por ser aquella edad el fundamento de toda vida, notorio es a vuestra señoría. Téngase mucho cuidado de buscar maestros de buenas costumbres, aunque sea a costa de dineros de la ciudad, y procúrese alguna persona religiosa que haga pláticas a los dichos maestros, juntándolos en uno, declarándoles lo que importa a la ciudad hacer bien el oficio, pues de

aquellos chicos que él enseña ha de salir el cuerpo de la ciudad, y el galardón o castigo que, según lo hiciere, recibirá de Nuestro Señor: y creo haría vuestra señoría particular servicio a Nuestro Señor en llamar algunas veces a los dichos maestros y enseñarles regalo y favor si bien hicieren su oficio. No parecerá esto cosa indigna a quien considerare que la majestad de Dios descendió a hacerse nuestro ayo y maestro y a lavar los pies a unos pobres hombres, no sólo dándonos materia para decir: bendito sea Dios que tanto se humilló, mas mandándonos que le imitásemos en esta humildad a bajos y altos. Téngase también cuidado que en las dichas escuelas se diga la doctrina cristiana, y que una o dos veces en la semana fuese algún Padre a hacer alguna plática conforme a la capacidad de los oyentes; y se ordenase que el niño que oyese jurar a otro, u ofrecer al demonio, o palabras deshonestas o cosa semejante, avise de ello al maestro para que lo castigue.

Una cosa he deseado; no sé si por ser esa ciudad tan grande se podría hacer, mas no se pierde nada en decirlo. Muchos mancebicos de diez y más años se quedan ordinariamente sin oír Misa los domingos y fiestas, y se están jugando o haciendo otros peores recaudos, y como tengan edad para ser obligados al precepto de la Iglesia que manda oír Misa, es cosa de lástima verse cometer tantos pecados mortales, y públicamente. Y de allí quedan con indevoción de oír Misa cuando grandes, y dispuestos para hacer otros muchos pecados. Decir a sus padres que los lleven a Misa es por demás; y ya que lo quieran hacer, hay mal aparejo en las iglesias, porque están llenas de gente de más edad, y serles ya molesta la inquietud que tienen los muchachos cuando están juntos. Sería cosa conveniente que se deputase para esta gentecilla iglesias u hospitales donde no fuese otra gente, donde los domingos y fiestas los llevasen los maestros de las escuelas a oír Misa de algún sacerdote diputado para ello, el cual les hiciese una plática de buenas costumbres con algún buen ejemplo, y cómo se ha de oír Misa y lo que han de rezar.

Y para esto era menester que anduviesen alguaciles por las calles cogiendo los muchachos para llevarlos al lugar de la Misa, y encomendar a los padres de los hijos que aprenden en la escuela que los enviasen a la dicha escuela para cumplir el Mandamiento de Dios, pues los envían el día de entre semana para que sepan leer y escribir.

Grande ayuda sería para esto la ayuda y favor del Prelado. Procúrese de cobrar, y quien advirtiere lo mucho que va en la buena crianza de la primera edad, lo cual aun conoció Aristóteles sin lumbre de fe, cualquier trabajo tendrá por pequeño por salir bien con esta empresa: y lo mismo se entiende de la casa de la doctrina de los niños perdidos que se recogen; y aunque esta materia era más larga, lo refiero al celo y prudencia de vuestra señoría.

VI.—*Trata de las mujeres públicas, padres de la casa, oranato de cantoneras, pobres presos, órdenes para ganar los jubileos, fiestas de toros y trajes de los oficiales.*

Las casas públicas de ruines mujeres, desgraciadamente se permiten para remedio de la concupiscencia carnal que pone en aprieto al hombre flaco para hacer mayor mal, si no se apaga, dicen, con aquel menor; y está este negocio tan fuera de quicio como otros muchos. Convendría que no dejasen parar a hombre en la dicha casa, porque de estar allí irritan a la misma concupiscencia en las muchas ocasiones que para ello hay, y toman por ocasión de avivar lo que se permite por triste remedio para apagar lo avivado, si la concupiscencia le vence: si va allí, sálgase luego que no es menester avivar lo ya muerto, pues aquello es tornarse en gula lo que se ordenó para mísera necesidad: conviene, cierto, no dejarlos parar.

Item, no se debe consentir que estas tales mujeres se pongan a las puertas donde irriten la concupiscencia de los que las ven, como se escribe en los Proverbios (IX): *Quæ vocat transeuntes itinere suo.* Y algunas veces ha

cen esta persuasión no sólo con palabras, mas con obras; basta y sobra que los hombres miserables sepan que hay tales casas de Satanás: no es menester que ellas estén donde sean vistas ni oídas. El que se llama padre de ellas es muy perjudicial, porque éste las trae cuando no las hay, y otras veces las recibe en empeño, y otras les empresta él más cantidad de lo que la Pragmática Real manda, y de aquí viene impedir la conversión de ellas, y también lo mucho que deben.

La excusa que para esto dan los dichos padres de ellas es lo mucho que les cuesta el arrendamiento de la casa pública, como hacen los escribanos que tienen arrendadas escribanías de los señores por tales precios, que si ellos no roban, no pueden pagar la renta y comer. Y de esta manera están los señores debajo de aquella grave reprensión del Profeta Isaías, que dice (capítulo I): *Principes tui infideles, socii furum.* Y está claro, pues ellos y el escribano reparten entre sí lo que el uno hurta y el otro dió ocasión de hurtar. Y así parece acá, que llevándoles tal cantidad cual no puedan pagar sin hacer estos pecados, son participantes en ellos, como si ellos los hiciesen. Convendría que se buscase un hombre temeroso de Dios, y fuese puesto en aquel oficio, y le pagasen suficiente salario, sin que pudiese llevar más, ora hubiese muchas mujeres, ora pocas; y no interesando éste nada, cesarían los inconvenientes ya dichos, y también daría noticia de los rufianes, que no es pequeño provecho. Y mírese que no se les preste más a las dichas mujeres de lo que manda la Pragmática.

El cuidado de las cárceles, y que no sea largo el tiempo de ellas, y Abogado y Procurador para pobres: y que en mesones y ventas no haya ruines mujeres, ya vuestra señoría lo tendrá advertido y obrado. Algunos veinticuatro son tan largos en decir su voto, que son causa de dilatarse muchos negocios; sería bueno que lo abreviasen en siete u ocho renglones. Las mujeres cantoneras es razón que no estén mezcladas con las buenas, y no se debía consentir que saliesen acompañadas ni ataviadas; porque es grave escándalo la prosperidad de éstas para

hacer titubear la castidad de las buenas mujeres que padecen necesidad: y si es verdad lo que he oído decir, que a las de la corte les mandan traer una cierta señal, sería bien hacer lo mismo en esta ciudad.

Muchos males se hacen por ocasión de los jubileos, yendo juntos hombres y mujeres: cosa conveniente sería que pues se pueden ganar por la tarde y otro día, fuesen un día los varones y otro las mujeres. Correr toros es cosa peligrosísima para la conciencia de quien los manda o da licencia para los correr, y a muchas personas doctas parece ser pecado mortal, si no fuese de manera que no se siguiesen los inconvenientes que se siguen muchas veces. Haga V. S. lo que de su parte fuere, y si no pudiere más, habrá librado su ánima del peligro. En los pueblos sujetos a esa ciudad, si es como en otras partes, habrá un grande mal y digno de mucho remedio, conviene a saber: que algunos escribanos del pueblo tienen por trato con algún otro de la ciudad de enviarle todas las informaciones, aunque sean de rencillas muy livianas entre vecinos, y aunque se hayan ellas perdonado: va un alguacil allá, y hace tal riza en ellos que llega a venderles sus bestezuelas y alhajas, de tal manera, que sé yo de algún pueblo del cual por sola esta causa se desavecindaban muchos vecinos. El hecho es éste: vuestra señoría procure de se informar muy particularmente de estas mañas tan perjudiciales, y de los agravios que de parte de la Justicia de esa ciudad reciben los pueblos.

En la visita sería bueno mirar las ordenanzas que tienen los pueblos, porque habrá algunas que convenga quitar, o alterar o añadir otras; y es buen aviso, que quien hace ordenanzas que tenga intención de no obligar a más culpa de lo que la ley de Dios o la humana obligan por aquel caso, sino a sola la pena. Muy muchas cosas hay dignas de remedio: que no pueden ser sabidas inmediatamente de los jueces, por muy vigilantes que sean, y por esto es cosa importantísima buscar personas, así en la ciudad como en los pueblos de ella, que temen a Dios, y mandar y cargarles mucho la conciencia, que

den aviso de las cosas que han menester remedio, si no fuere de las ocultas; y aun V. S. podría remediar éstas guardándose el orden del Evangelio, declarado por los teólogos, no como juez, sino como padre: por sí o por tercera persona les podrá decir V. S. que aun estas tales cosas se le pueden por este orden descubrir, y tendría por cosa más acertada que estos tales avisos de lo uno y de lo otro, de la ciudad y de fuera, viniesen al confesor de V. S., porque el aviso sería más secreto, y menos cargoso y más fácil de dar; y en ponerse en efecto esta advertencia, cierto va mucho.

Del grande exceso que en los vestidos hay en esa ciudad, no hablo; porque aunque sea una de las cosas que tienen echada a perder la república, no sé si V. S. tiene mano en lo remediar más de lo que la Pragmática manda; y aunque aquélla se guarde, no deja de haber cerrajero en esa ciudad, o lo ha habido, que haciendo su oficio está con jubón y musclos de calzas de carmesí; y ahora hay plateros que también hacen su oficio con jubones de raso y calzas de terciopelo, y he oído decir que bodegoneras se sientan en cojines de carmesí: pocos años ha que los señores o el Rey no usaban más que esto. No encargo el buen ejemplo que es menester que V. S. y sus oficiales den al pueblo, así en la frecuencia de las confesiones y comuniones como en todo lo demás, porque creo que se hace mejor que yo puedo decir. La reverencia de la Iglesia y eclesiásticos encomiendo a V. S., no mirando que somos indignos de ser bien tratados mirando a nosotros, sino a Jesucristo Nuestro Señor, que merece que todo lo que a El toca sea muy estimado y bien tratado.

153—CARTA A UN SEÑOR DE ESTOS REINOS: TRATA DEL CONOCIMIENTO DE DIOS Y DE SÍ MISMO, Y GOBIERNO CON SUS VASALLOS

La paz de Nuestro Redentor Jesucristo sea con vuestra muy ilustre señoría. Dos cosas pedía en el tiempo pasado el bienaventurado San Agustín a Nuestro Señor,

diciendo: *Dame, Señor, que me conozca y te conozca.* Cosas son dignas que todos las pidamos, y que ninguno esté sin ellas, si no quiere estar sin salud. Dos partes tenía el templo de Salomón, y ambas eran santas; aunque la una era más santa, la menos santa era camino para la más santa. La primera es el conocimiento de sí mismo, que es cosa por cierto santa, y camino para el *Sancta Sanctorum*, que es el conocimiento de Dios, donde el Señor responde a nuestras preguntas, y remedia nuestras necesidades y hallamos una fuente de vida; porque esta es la vida eterna, dice el Señor, que conozcan a ti y al que enviaste, Jesucristo. Y esta cosa tan alta, que es conocimiento de Dios, no se alcanza sin esta otra que parece baja, que es conocerse a sí mismo. Ninguno, seguramente, miró a Dios si no se mira a sí mismo, ni es cosa segura volar alto sin tener hecho este contrapeso de propio conocimiento, que nos hace sentir bajamente de nosotros.

Entre las grandes mercedes de Dios, sabrosamente estarían mirando los discípulos al Señor, cómo se subía a los cielos el día de su Ascensión, ya que les quitaba su conversación Aquel cuya conversación no tiene amargura: hallaban consuelo con estar mirando el camino por do iba, y el lugar do iba. Mas ¿qué les mandó hacer el Señor? Por cierto no que se estuviesen siempre mirando los ojos al cielo, aunque parecía cosa justa; mas fuéles dicho: *Varones de Galilea, ¿qué miráis al cielo?* Dándonos a entender que aunque mirar a Dios es cosa sabrosa, conviene también volver los ojos a mirar a nosotros: lo uno para la reverencia que a Dios debemos, al cual hemos de mirar con vergüenza, teniéndonos por indignos de ello; lo otro porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engríe, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor santo y hácese liviano, como nao sin lastre, que pierde las áncoras en tiempo de tempestad, cuyo fin es ser llevada acá y acullá hasta ser perdida.

Nunca vi seguridad de ánima sino en el conocimiento de sí mismo. No hay edificio seguro sino es hecho sobre hondo cimiento. Y es tiempo muy bien empleado el que

se gasta en reprenderse a sí mismo: cosa muy provechosa para nuestra enmienda, examinar nuestros yerros. ¿Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina, sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado se hace malo, medida sin medida y sin regla, y por eso es falsa y, finalmente, hombre sin hombre? Pues quien no se conoce, ni se puede regir como hombre, ni se sabe ni se posee a sí mismo: y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo no sabe parte ni arte. Estos son los que olvidados de sí tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, y teniendo los ojos cerrados a sus defectos, tienen más que cien ojos abiertos y velando por saber los ajenos. Estos son los que agravan y reagravan las faltas ajenas y olvidan las suyas; porque como las ajenas sean de ellos más de continuo y más de cerca miradas, parecen mayores que las suyas, que las miran de lejos; y así, aunque grandes, parécenles pequeñas; de lo cual vienen a ser rigurosos y mal sufridos, porque como no miran su propia flaqueza, no han compasión de la ajena.

Nunca vi persona que se mirase que no le fuese ligero sufrir cualquier falta ajena; y quien maltrata al que cae, testimonio da que no mira sus propias caídas; de manera, que si queremos huir de esta ceguedad tan dañosa, conviénenos mirar y remirar lo que somos, para que viéndonos tan miserables clamemos por el remedio al misericordioso Jesús, porque El se dice Jesús, que es Salvador, no de otros por cierto, sino de los que conocen sus propias miserias y las gimen, y reciben, o no pudiendo, desean recibir los santos Sacramentos, y así son curados y salvos; y aunque para conocer a nosotros mismos hayan hablado muchas y muchas cosas Dios y los Santos, mas quien quisiere mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas para desestimarse, que de espanto de su abismo diga: no tienen cabo mis males.

¿Quién hay que no haya errado en lo que más quisiera acertar? ¿Quién no ha pedido cosas, y aun buscádolas, pensando serle provechosas, que después no haya visto que le han traído daño? ¿Quién podrá presumir de sa-

ber, pues innumerables veces ha sido engañado? ¿Qué cosa más ciega que quien aun no sabe lo que ha de pedir a Dios, como dice San Pablo? Y esto es porque no sabemos lo que nos cumple, como acaeció al mismo San Pablo, que pidiendo a Dios le quitase un trabajo, pensando que pedía bien, le fué dado a entender que no sabía lo que pedía ni lo que le cumplía. ¿Quien se fiará de su deseo y parecer, pues aquel en quien moraba el Espíritu Santo pide lo que no le cumple alcanzar? Grande, por cierto, es nuestra ignorancia, pues innumerables veces erramos en lo que más nos conviene acertar: y ya que una vez Dios nos enseñe lo bueno, ¿quién no verá cuán flaca es nuestra flaqueza, y cómo damos de rostro en lo que vemos que era razón que no cayéramos? ¿A quién no ha acaecido proponer muchas veces el bien, y verse caído y vencido en lo que pensó más verse en pie?

Hoy lloramos nuestros pecados con intención de los evitar; y si estando las lágrimas en las mejillas se nos ofrece alguna ocasión, llorando porque caímos, hacemos de nuevo porqué llorar, recibiendo el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo con mucha vergüenza de los desacatos que le hemos hecho; y aun habiendo poco que lo tuvimos en nuestro pecho, nos acaece algunas veces por algún pecado echar su gracia de nos. ¡Qué caña tan vana, que a tantos vientos se muda! Ya alegre, ya triste, ya devoto, ya tibio, ya tiene deseo del cielo, ya del mundo e infierno, y ya aborrece, y luego ama lo aborrecido, vomita lo que comió porque le hacía mal estómago, y luego tórnalo a comer como si nunca lo hubiera vomitado. ¿Qué cosa puede haber más de variedad de colores que un hombre de esta manera? ¿Qué imagen pueden pintar con tantas haces, con tantas lenguas, como este hombre? Cuán de verdad dijo Job (XIV, 7): *Que nunca el hombre está en un estado;* y la causa es porque al hombre le llaman ceniza, y su vida viento.

Muy necio sería el que buscase reposo entre viento y ceniza: no pienso que habrá cosa más espantable de mirar, si mirarlo pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre en lo de dentro de sí en un solo día: toda su

vida es mudanza y flaqueza, y conviénele bien lo que la Escritura dice (Eccl., XXVII): *El necio, mudable es como luna.* ¿Qué remedio tenemos? Por cierto conocernos por lunáticos. Y como en tiempos pasados llevaron un lunático a Nuestro Señor Jesucristo para que lo curase, ir nosotros al mismo Jesús para que nos cure como a aquél curó. Aquél dice la Escritura que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba en el fuego, ya en el agua; y lo mismo acaece a nosotros; unas veces caemos en el fuego de avaricia, de ,ira de concupiscencia; otras en agua de carnalidad, de tibieza y de malicia. Y si miramos cuántas deudas debemos a Dios de la vida pasada, cuán poca enmienda hay en la presente, diremos, y con verdad: «rodeádome han dolores de muerte, y peligros de infierno me han cercado».

¡Oh, peligro de infierno tan para temer! ¿Y quién es aquel que no mira con cien mil ojos no resbale en aquel hondo lago donde para siempre llore lo que aquí temporalmente rió? ¿Quién no endereza su camino, porque no le tomen por descaminado de todo el bien? ¿Dónde están los ojos de quien esto no mira, las orejas de quien esto no oye, el paladar de quien esto no gusta? Verdaderamente señal es de muerte no tener obras de vida. Nuestros pecados son muchos, nuestra flaqueza grande, nuestros enemigos fuertes, astutos y muchos y que mal nos quieren; lo que en ello nos va es perder o ganar a Dios para siempre, porque entre tantos peligros estamos seguros, y entre tantas llagas sin dolor de ellas, porque no buscamos remedio antes que nos anochezca y se cierren las puertas de nuestro remedio, cuando las doncellas locas den voces y les sea dicho: *No os conozco.*

Conozcámonos, pues, y seremos conocidos de Dios; juzguémonos y condenémonos, y seremos absueltos por Dios; pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrará; consideremos nuestras miserias, y aprenderemos a ser piadosos con las ajenas; porque, según la Escritura divina dice: *De lo que hay en ti aprenderás lo que hay en tu prójimo.* Si yo me veo caer algunas veces por flaqueza, pensaré también que así puede acae-

cer a mi prójimo; y como quiero que me sean piadosos en mi yerro, helo de ser en el ajeno. Cuando me enseñan mis mayores un disfavor, y me da pena, he de pensar que así lo sienten los sujetos a mí conmigo. Si tengo tristeza, quiero ser consolado; así lo quiere el prójimo. Siento una mala palabra que me dicen, porque digo que soy carne, y no de hierro; eso me prueba que mi prójimo es de carne también, y se siente; pésanme las condiciones ajenas, y túrbanme, y querría que las enmendasen, porque no me fuesen ocasión de pecar, esto mismo quieren mis prójimos: de un metal somos todos, y no hay regla mejor para mi prójimo que mirar bien lo que pasa en mí, pues él y yo somos uno. Quien esta misericordia tiene con su prójimo, seguramente se puede llegar al conocimiento de Cristo, y será de El remediado, porque los misericordiosos alcanzarán misericordia; mas de otra manera oirá lo que la Escritura divina dice (Prov., XXI): *Quien cerrare la oreja a la voz del pobre, llamará él, y no será oído.* Pobre es todo hombre, y no hay quien no tenga alguna necesidad; miremos bien si nos hacemos sordos a ella, que así se hará Dios a las nuestras; ni piense nadie que la medirá Cristo con otra medida que con la que él a su prójimo mide. No piense alcanzar perdón quien no da perdón; desgracia hallará el desgraciado, y pesadumbre el pesado, e injuria el injuriador, y caridad el caritativo; porque sembrar espinas en el prójimo y querer coger de Dios higos, no es posible.

Y porque muchos no miran esto, hay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quejosos que Dios se olvida en remediar sus penas; y maravíllanse cómo Dios les envía trabajos de dentro y de fuera, mayormente llamándose misericordioso y hacedor de misericordias, y convidándose a los hombres a que vayan a pedir a El socorro en sus fatigas: llaman, piden y buscan, y no hallan remedio, y de ahí les viene la queja; mas si no fuesen sordos a la ley santa que Dios Nuestro Señor en su Evangelio tiene publicada diciendo: *Con la misma medida que midiéredes seréis medidos*, verían claro

que ellos son los que faltan a sus prójimos, y faltan a Dios en ellos, y por eso les parece que falta a ellos. Quéjanse de sí, que no tienen caridad con su prójimo, que Dios muy mucha tiene, y no es razón, ni quiere hacerla con quien con su prójimo no la hiciere. Y si alguna vez El da bienes temporales al que es malo contra sus prójimos, ¿qué aprovecha al malo tener otros bienes, si a él se tiene perdido? Mas cosa, como dicen, que le entre en provecho, no le darán sino con condición que él sea el que debe con su prójimo.

Conozcámonos, pues, y seamos con otros cuales queremos que con nosotros sean, y pasemos de nos a Dios Sancta al *Sancta Sanctorum*, y alcemos los ojos al Señor puesto en cruz por nuestra salud, y en El veremos tantos y más bienes que en nos vivos males. Y si mirando a nosotros nos entristecemos considerando nuestros grandes pecados y peligros venideros, mirando a El nos alegraremos considerando cuán de verdad y con cuánta sobra pagó lo que debíamos, y nos ganó fuerzas para ser más fuertes que nuestros enemigos: El nos asegurará de nuestros peligros, con condición que nos arrimemos a El. ¿Qué temerá, Señor, quien te sigue? ¿De qué se espantará quien te ama? ¿Quién podrá empecer a quien te tomare por defendedor? ¿O cómo podrá el demonio llevar a quien está en Ti incorporado? ¿O cómo dejará de amar el Padre Eterno al que ve estar en su Hijo como sarmiento en la vid? ¿O cómo no amará el Hijo al que ve que lo ama a El? ¿Y cómo desamparará el Espíritu Santo al que es templo suyo?

Mayores bienes tenemos en Cristo, que en nosotros males; más hay porqué esperar mirando a El, que porqué desconfiar mirando a nosotros: ni hay otro consuelo ni arrimo para quien de sí está desconsolado, sino mirar a este Jesús en la cruz, al cual puso Dios por remedio de todos los heridos de bocados de serpientes espirituales. Y como en otro tiempo mandó poner una serpiente de metal, para que todo hombre que mirase en ella fuese sano de la mordedura de las víboras corporales, quien a El mirare con fe y amor, vive; quien no lo mirare, de

verdad morirá. Quien se siente llagado y entristecido, mire aquí, y alegrarse ha, como hacía David cuando dice (Psalm. XLI): *En mí mismo mi ánima fué conturbada; por tanto, me acordaré de ti, de la tierra de Jordán y Hermón y del monte Pequeño.*

Quien a sí se mira y ve tantas abominaciones, túrbase muy de verdad; y no hallando hora bien gastada en toda su vida, ve sus males muchos y grandes, y sus bienes pocos y flacos. ¿Qué hará sino turbarse quien delante de Juez tan estrecho tiene mala cuenta, que acordándose de Cristo, mirando lo que obró en la tierra de Jordán y monte Pequeño, y gimiendo sus males, y recibiendo los santos Sacramentos, viviendo en obediencia de los Mandamientos de Dios y de su Iglesia, ose esperar como hijo la herencia del cielo? Y también se acuerda de lo que obró el Señor en los montes de *Hermón,* que son muchos, y en el monte Pequeño, el cual ahora sea *Oreb,* donde Dios dió la ley, ahora otro monte, poco nos va a los cristianos, a los cuales Jesucristo nos abrió el sentido para entènder las Escrituras: y aquel las entiende que en ellas entiende a Cristo, el cual está en ellas encerrado como grano en espiga y como el vino en la uva; y, por tanto, el fin de la ley es Cristo, porque toda ella va a parar a El.

Los montes de Hermón, así fuera de tierra de promisión como en ella y en el monte Pequeño, aun monte significan, que se puede decir con razón de Hermón y Pequeño, este es el monte Calvario, donde nuestra redención fué obrada por el derramamiento de la sangre del Hijo de Dios. Y para que sepamos cuán bien le conviene el nombre, es de saber que Hermón quiere decir maldición, pues que mejor se puede decir Calvario, que por nombre de maldición, pues era el lugar do llevaban a justiciar a los malos, que llama la Escritura malditos por ser castigados. Y porque Cristo vió que nosotros estábamos malditos por nuestros pecados y condenados a maldiciones eternas, quiso por su inmensa caridad tomar El nuestras maldiciones sobre sí, quiero decir, el castigo de nuestros pecados, para que viniese su bendición so-

bre nosotros, y esto dice San Pablo de esta manera: *Cristo fué hecho por nosotros maldición, para que la bendición viniese sobre las gentes.* El era bendito, nosotros malditos: trocamos personas: tomó El el lugar de maldito, que era el tormento de cruz que se debía a nosotros, y tomamos nosotros la amistad de Dios y el ser hijos suyos herederos del cielo, con otras mil bendiciones que eran de Jesucristo bendito, y en el cual siempre moran. ¡Oh maravilloso trueque, que la vida muera, para que la muerte viva! La bendición es maldita, para que la maldición sea bendita: es herido el sano, para que sane el enfermo: el Hijo como esclavo tratado, y el mal esclavo es adoptado por hijo: tratan cruelmente al que merece misericordia, y cae el buen tratamiento y regalo sobre quien merece el infierno.

¿Qué diremos? Prenden al que no hizo porqué, y sueltan al culpado: paga el justo por los pecadores, y la inocencia es condenada, y el culpado justificado: que escogió Cristo los trabajos nuestros, y danos de sus descansos. ¿Qué diremos a tal caridad, sino de día y de noche bendecir a este Señor, que tanto a su costa obró nuestra salud y remedio? Este es verdaderamente el monte de Hermón y monte Pequeño, y tan de verdad, *que fué estimado* (Isai, LIII) *por el más bajo de los hombres.* Por lo cual el mismo Señor dice (Psalm. XXI): *Gusano soy, y no hombre; deshonra de hombres y abatimiento del pueblo.* ¡Oh, honra de hombres y ángeles, y como eres de hombres, ensalzamiento del pueblo, del cielo y del suelo! ¿Quién te hizo abatimiento del pueblo sino tu gran caridad, que por honrarnos sufriste tantas deshonras? Que como dicen a uno muy inhabilitado que deshonra a su linaje, así decían de Ti que deshonrabas al linaje humano.

Bendito seas sin fin, que toda la honra que todo el linaje de los hombres tiene es de Ti y por Ti, la cual le diste juntándote con ellos, haciéndote hombre y muriendo por el hombre, y ensalzarlos has tanto a ser iguales a ángeles y aun serafines si quieren serlo: y que de hijos del pecador Adán sean hechos hijos de Dios y herederos

del Padre, juntamente herederos contigo y hermanos tuyos; y eres, Señor, llamado deshonra y abatimiento del pueblo. Abatístete, Señor, para ensalzarnos, y abatístete más que todos los hombres juntos, para que fuésemos ensalzados sobre los ángeles. ¿Qué te daremos, Señor, por tantas mercedes sino conocer entrañablemente que por Ti tenemos y valemos y somos agradables a Dios, y darte gracias y alabanzas porque un tal como Tú por unos tales como nosotros te ofreciste a padecer tantos trabajos? Apocástete en el monte Pequeño, para ensalzarnos en el monte Grande. Moriste en el monte, para que viviésemos en el monte del cielo. Y por la maldición que allí cayó sobre Ti, nos ganaste y darás aquella bienaventurada bendición tuya. *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado.* A Ti, Señor, maldijeron, y Tú nos has de bendecir. Tú ser muerto por darnos vida: tu trabajo nos ha de dar descanso. Pues que fuiste juzgado, es razón que seas Juez.

Alegrémonos, pues, muy ilustre señor, que quien tanto nos ama ha de ser nuestro Juez, y seguramente iremos a juicio, siendo el Juez nuestra carne y sangre. Si no sabemos lo que habemos de hacer para agradar a Dios, miremos a Cristo, y El nos enseñará la cruz, la mansedumbre, que aun con los males no maldice a quien le maldice, no se venga, aunque puede, de quien mal le hace, desprecia la honra, la riqueza, el regalo. El, por obedecer la voluntad del Padre, se pone a riesgo de cruz. Quien no sabe ciencia, venga a oír este Maestro sentado en su cátedra. Quien quiera oír buen sermón, oiga a Cristo en el púlpito de la cruz, y será libre de errores, porque la verdad, que es El, lo librará. Y si somos mudables y flacos en el obrar, miremos al Autor de nuestra fe cuán clavado está en la cruz de pies y de manos, y tan sin se mover, para hacernos a nosotros por su gracia firmes en el bien y perseverantes.

Quien a Cristo va a que le cure del mal de la mudanza, darle ha El una firmeza como a Ana, madre de Samuel, de la cual se dice que su rostro no se mudó más en cosas diversas. Quien en Cristo está no se anda

acá ni acullá, mas está firme en el bien, según dice la Escritura, que está firme como el sol, cuya luz no se mengua; porque quien en Cristo está, participa de Cristo. Y así como Cristo es justo, así él es justo, aunque no tanto. Cristo firme, él también; porque así como en un cuerpo no hay más que un espíritu que se derrama por todos los miembros, y todos viven una vida humana, y no una vida de hombre y otra vida de león o de otro animal, así todos los que están en Cristo viven del espíritu de Cristo, como el sarmiento de la vid y los miembros de la cabeza. Y quien este espíritu tiene, es semejable a Cristo y de las condiciones de Cristo, aunque, como he dicho, no en tanto grado como Cristo. Y quien no tiene espíritu de Cristo, oiga a San Pablo, que dice (Rom., VIII): *Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, éste no es de Cristo.* Mírese, pues, y remírese el hombre si tiene dentro de sí conformidad con Cristo, y así ligero le será guardar las palabras de Cristo, pues tiene dentro su condición; y si no váyase a Cristo y pídale su espíritu, con el cual sea hecho firme, como lo pedía David (Psalm. L): *Con el espíritu principal confírmame.* Porque poco me aprovechará haber venido Cristo al mundo, si no ha venido a mi corazón. Cristo trajo consigo bondad, paz, gozo en el Espíritu Santo, con otros muchos bienes. Si yo vivo en maldad, guerra, y tristeza y malos deleites, no mora Cristo en mi ánima, y tanto será para mí como no haber venido al mundo, salvo para mi mal, porque seré más castigado por no haber querido recibir la salud que tan de buena gana me ofrecían. Cristo por todos murió, y a todos quiere recibir; vamos a El siquiera por darle placer, y no dejemos que tantos trabajos y tan preciosos vayan sin fruto. El precio de ellos nuestras ánimas son, si las llevamos a Cristo: derribémonos a sus pies, condenando nuestras maldades y mala vida pasada, desconfiando de nuestro poder, y saber y valer, y perseverando en pedir, buscar y llamar, henchirnos de fuerzas para obrar, y de saber para acertar y de perseverancia para no faltar, según está escrito (Isaí, XL): *Los que confían en el Señor*

mudarán la fortaleza, tomarán alas, como águilas, volarán y no faltarán. Y pues en Cristo hay más bienes que en nosotros males, vamos a El, conociéndole por nuestro remedio, porque así no desesperemos por nuestros males, mas nos gocemos en sus muchos bienes.

Esto me parece, muy ilustre señor, que bastaba para comienzo de una persona que se quiere llegar a Dios. Mas porque en V. S. hay dos personas, tiene necesidad de dos reglas. En cuanto es persona particular, basta lo dicho. *En cuanto es persona que tiene cargo de tantos*, es necesario que más y más mire por sí; porque muchos hay que cuanto toca a su conciencia particularmente, son buenos; y faltan en ser buenos señores, porque lo segundo es más dificultoso y obra como de persona acabada. Y fúndase sobre la primera bondad, y pasa más adelante. Quien para sí mismo no es justo, no lo será para cuanto toca a los otros. Mas no basta ser justo para cuanto toca a su sola persona quien tiene cargo de otros. Bueno era Helí en cuanto a su persona, mas no era bueno en cuanto a sus hijos, pues los dejó de castigar, y fué él gravemente castigado de Dios; de manera, que bondad doblada han menester los señores, pues tienen la persona doblada: en cuanto a esto segundo, que es ser persona de todos, parece que otro espejo no hay mejor en que el señor de otros se mire, que es en el Señor de hombres y ángeles, cuya persona representa. El que en lugar de otro está, razón es que tenga las condiciones de aquel cuyo lugar tiene.

El señor de vasallos, lugarteniente es de Dios, el cual ordena que haya en la tierra buenos que rijan y manden, y otros que obedezcan. *Y quien a éstos resiste*, dice San Pablo (Rom., XIII, 8), *a la ordenación de Dios resiste*, el cual dejó todas las cosas debajo de orden. Pues mire el hombre qué es el oficio de Dios para con el hombre, y sabrá ser él señor para con sus hombres. Dios castiga a quien yerra, sin exceptuar persona alguna, y tan de verdad, que ninguno tiene El tan privado que si hace porqué no se lo pague muy bien pagado; y aun a su propio Hijo no perdonó, no debiendo cosa alguna

mas porque se obligó a pagar pecados ajenos. Muy lejos está, por cierto, de aceptar personas quien a su Hijo unigénito, y tal Hijo y tan amado castiga, y tan recio y por pecados ajenos. Ninguna cosa ha de inclinar al que rige para dejar de hacer lo que debe; mas estar derecho como la lengua del peso, que ni acá ni acullá se acuesta, para que lleve cada uno lo suyo. Toda la república iría perdida y errada si las cosas públicas se torciesen por afecciones particulares; y en aquel punto una persona deja de ser pública cuando se acuesta a la particular. Y pues que el propio provecho no ha de torcer al que rige, cuánto menos por el ajeno, pues a ninguno debe tanto como a sí. Cristo, dechado es de todos, no sólo cuanto toca a la conciencia particular, mas aun cuanto toca a ser persona pública; porque El fué Rey y es, aunque no a la hechura de este mundo, mas estando en la silla de la cruz dijo a su Madre: *Mujer, ve ahí a tu hijo;* para dar a entender que quien está en silla de persona pública ha de renunciar todo particular amor, aunque de su propia madre sea. Y este ejemplo nos dió El cuando algunas veces respondía ásperamente a su Madre bendita, para decirnos cuánto nos debemos guardar de nuestras particulares afecciones, aunque otros se enojen, y nosotros suframos alguna pena, antes que siguiéndolas descontentar a Dios.

No hay cosa en que tanto los señores deban mirar para estar bien con Dios y con los hombres, cuanto de verdad y delante de Dios, y que salga de corazón, estar siempre en el fiel sin acostarse acá ni acullá; y esto hará ligeramente el señor que pensare que no es sino ministro de Dios y como un mero ejecutor, que no puede hacer más de la comisión que le dieron: no para hacer ni deshacer pone Dios a los señores, mas para ejecutar las leyes de Dios y de su santa voluntad. Y si se dicen señores, son debajo de universal Señor, en cuya comparación son tan vasallos como sus vasallos y tienen tan limitado el poder como ellos, cuando toca a torcer de lo que debe hacer. Aquel será, pues, más favorecido y querido que más justicia tuviere, y más castigado a quien más lo mereciere. Y en

esto parecerá el señor al verdadero Señor, que sin aceptar personas da a cada uno según sus obras, y algunas veces castiga más a los más privados, porque era razón que menos le ofendiesen, y porque no piensen que por ser amados han de tomar ocasión de hacer lo que quisieren y lo que no es razón. Tanto debe durar la amistad cuanto la bondad, y la enemistad cuanto la maldad; porque de otra manera, ¡ay de los que dicen al bien mal, y al mal bien!

Debe también vuestra señoría mirar cómo le puso Dios con ojos de muchos, de aquéllos que tienen por regla lo que ven a él de hacer: haga cuenta que está puesto en alto y que habla y vestidos son de todos mirados, de los más son seguidos. Si un traje se trae en palacio, si una habla se usa, aquello procuran todos de usar. Y si se usase entre señores a quien les da una bofetada parar el otro carrillo, y aborrecer los pecados, y tener por grandeza el obedecer las leyes de Cristo, sin duda los bajos tendrían por honra lo que ven hacer a los altos; y, por tanto, creo que de las más ánimas que se pierden son causa Prelados de Iglesia y señores del mundo. Mírese vuestra señoría con cien ojos en cuanto persona particular, y con cien mil por ser persona a la cual miran muchos y se han de ir tras de ella, y tenga su persona y casa tan concertada como la ley de Cristo quiere; porque quien quisiere imitarla, imite a Cristo, y que no halle cosa en que tropezar. El pueblo, sin falta, es como mona: miren los mayores lo que hacen, que aquello ha de ser seguido, o para la salvación de ellos, si buen ejemplo dan, o para su condenación, si malo. Y esto sólo debería bastar para que los señores viviesen como unos santos, aunque les fuese trabajo, mirando cómo el Hijo de Dios, Señor Nuestro, no quiso ser Rey, sino con sus trabajos dar descanso a sus súbditos, y huyó de prosperidades y honras por no dar ocasión de pecar a los suyos, los cuales pensarían que pues El las seguía, ellos las debían buscar. Todo es barato para hacer que Dios sea servido. Y sea la final conclusión, que cuanto uno más mirare e imitare a Jesucristo, tanto será mejor hombre y mejor señor, porque en El comencemos y acabemos.

154—CARTA A UN SEÑOR DE ESTOS REINOS: CÓMO SE HA DE APROVECHAR DE LA CUARESMA PARA SENTIR LA SEMANA SANTA Y REMEDIO DE LA PENITENCIA

Muy ilustre señor: Vuestra señoría sea venido enhorabuena a su casa, que así lo creo yo que será; porque lo menos bien del propio rincón, es más bien que lo mejor de la corte. No quisiera que tiempo tan santo como entre manos tenemos se celebrara donde tan mal se podía celebrar. Y por eso Nuestro Señor le trajo a su reposo, para que con El piense despacio los grandes misterios que en estos días acaecieron. Límpiese vuestra señoría, para con limpio corazón comer del Cordero, no ya en figura, mas en verdad; no ya temporal, mas eterno; no hijo de oveja, mas Hijo de Dios en el cielo, y de Virgen en la tierra. Razón es que este Cordero, aunque es dulce, se coma con lechugas amargas; porque nuestra es la culpa del sinsabor que tenemos, que no de El. Nosotros hicimos cosas para que sea menester arrepentir y llorar: que Dios todo es dulce, y fuente de agua muy sabrosa. Mas ya que no tuvimos seso para mirar que no nos ha hecho Dios obras para le enojar, tengámoslo para tener enojos nosotros de lo que dimos a El.

¡Oh, Señor, y qué amarga cosa es haber pecado, y cuán presto se hace llaga en el ánima, y cuánto tarda en ella el arrepentimiento! ¡Cuántas lágrimas hace derramar! ¡Cuánto quebrantamiento del corazón! ¡Cuán terribles tormentos, viendo que el ofendido es omnipotente para castigar, y que todo se hace delante de sus ojos para no ignorar cosa, y que aborrece tanto el pecado que ninguna amistad hay tan firme con Dios, que si el pecado entra en medio, no basta a la deshacer! Gran dolor es, señor, haber pecado, y espina es que nunca sale mientras en esta vida un hombre viviere; porque si no sabe que le está perdonado, ¿qué lugar tendrá el corazón de alegría, que sabe estar sentenciado para el infierno por los pecados que ha hecho, y no sabe estarle revocada la sentencia? ¿Cómo se alegrará quien no sabe si la misericordia que ha

pedido se le ha concedido por falta de él, no sabiendo pedir como Dios quiere, y no por falta de Dios, que a los que verdaderamente se convierten a El muy de verdad los perdona?

En pecando Adán y Eva, luego se escondieron y temieron la voz de Dios. Y en pecando un hombre, luego viene en temor, que quiera o no. Y si alguna vez quiere la bondad de Dios quitar este temor, y con secretas inspiraciones y con caricias alegrar al hombre dándole a entender por algunas señales que está perdonado, diciéndole: tus pecados te son perdonados, vete en paz; que es lo que más deseaba, diciendo (Psalm. L): *a mi oído dará gozo y alegría, y gozarse han los huesos humillados*, quitarse ha entonces el temor, mas no el dolor; y no sólo no se quita, más acreciéntase. Porque viendo la bondad del Señor que con él usa en le perdonar, mereciendo castigo eterno, enciéndese todo en amor el que tanto conoce deber. Y de este mayor amor nace mayor dolor, porque así como la sombra sigue al cuerpo, así el dolor de la ofensa viene del amor del ofendido, y crece con él y decrece con él; porque viéndose uno más amado, más ama; y mientras más ama, más le desplace haber ofendido a quien ama. De ahí es que aunque sepamos ser perdonados, no debemos dejar de tener dolor, si del todo no queremos ser tan muertos al amor que Dios nos tiene que con ninguna cosa le respondamos.

Comamos, pues, señor, lechugas amargas ahora, para que en la semana del Cordero por nos amargado podamos tomar parte de sus amarguras, y recibiéndole en nuestras entrañas, sentir alguna cosita de sus dolores; porque quien no llora sus propias amarguras que a Dios dió pecando, ¿cómo llorará las que los otros le dieron cuando le crucificaron? Y por eso la santa Iglesia nos da esta Cuaresma de término para deshacer con penitencia los malos tratos que entre año hemos hecho, llorando de lo que nos reímos, contradiciendo lo que abrazamos, pareciéndonos mal lo que antes nos agradó, para que así, quitados los pecados de en medio, vengamos a tomar parte de las penas que Nuestro Señor pasó, lo cual es de ami-

gos y no de enemigos, y si vuestra señoría pregunta: «¿Qué pensaré para que me dé gana de llorar mis pecados?» dígole yo que lo principal sea que por lo que él hizo mataron a su Padre, que es Cristo. No sé yo qué hijo habría que por una cosa que hubiese hecho viniese tanto mal a su padre que le quitasen la hacienda y casa y la ropa, dejándole desnudo en camisa, después le deshonrasen, difamasen con extremo abatimiento, y no parase en esto el negocio, mas le azotasen y atormentasen, y después matasen, y todo esto por lo que el hijo hizo; no sería el hijo tan malo, por malo que fuese, que no le penase en el corazón lo que había hecho, pues pudiera ligeramente excusar donde tanto mal le vino a su padre.

Dígame, señor, ¿quién empobreció a Cristo? ¿Quién lo cansó? ¿Quién lo deshonró? ¿Quién lo azotó? ¿Quién lo corrió y crucificó? ¿Por ventura hízolo otro que nuestro pecado? Yo le afligí y entristecí con mis malos placeres; yo le deshonré por ensalzarme malamente; los deleites que yo en mi cuerpo tomé le pararon tal a El su cuerpo atado a una dura columna, y porque yo quise vivir vida mala, perdió El su vida buena. Pues ¿cómo tendremos alegría habiéndose hecho tan mala obra a quien tantas buenas nos hizo? ¿Porqué toda criatura no había de vengar los males que contra el Criador hicimos? No se puede echar, señor, más carga ni mayor sobre nuestros hombros para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció. No hay cosa que así nos humille y nos haga estimarnos en poco como saber que fuimos causa de la muerte de Nuestro Señor. ¡Oh, quién lo supiera antes que hubiera pecado para morir antes que pecar! Pensaba el hijuelo que no hizo nada en lo que hacía. Después vino a pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la cruz por el contrapeso que el pecado hacía: ¿cómo podemos mirar al Padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos? ¿Y cómo este Padre nos quiere mirar y no nos aborrece, deshonradores de El y verdaderos parricidas, y que merecen no cualesquier tormentos, mas muy crueles?

¡Oh, divina bondad, y hasta dónde llegas! Espantámo-

nos que estando en la cruz rogaste por quien en ella te puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacía. Yo digo que no sólo con aquéllos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo hiciste lo que con aquéllos. Porque si por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos: y aquellos pocos y todos te debemos aquella oración, y quizá algunos más que los ignorantes sayones que presentes allí estaban crucificándote. Todos, Señor, conspiramos en tu muerte, y a todos conviene lo que dices, *que no saben lo que hacen*. ¿Quién, Señor, tan mal te quisiera, que si supiera que el fruto de sus malos placeres tan caro había de costar a tu Real Majestad, no reventara antes que ponerte en aprieto tan grande? Perdona, Señor, perdona, que no supimos lo que hicimos; y ahora que nos lo has declarado, enseñándonos en tu santa Iglesia que por pecados moriste, y que lo que burlando yo hice, tú lo pagas tan de veras, ¿qué será si a sabiendas reiteramos la causa de tu muerte penosa? No es razón, Señor, que queramos bien a quien a nuestro Padre mató; y pues los pecados le mataron, aborrecerlos tenemos si te amamos a Ti. David dice (Psalm. VI): *Los que amáis al Señor, aborreced la maldad;* y tiene razón, porque pecado y Dios, bandos son contrarios, que es imposible contentar a entrambos.

Escoja el hombre de cualquier ser, que es imposible al hombre ser de entrambos, porque cualquiera de ellos quiere servidores leales y que mueran por ellos. (Hier., II). *¿Qué escogeremos, Señor? ¿El cieno de los aljibes rotos, o la vena de las aguas vivas?* Señor, ¿qué escogeremos, buscar privanzas de criaturas o de Criador? ¿Qué, en fin, arder con los demonios en el infierno, o reinar con Dios en el cielo? (Psalm. IV). *¡Oh, hijos de Adán, hasta cuándo seréis de corazón pesado!* Y convidándonos con la verdad que para siempre ha de durar, y hace durar a los de su bando, ¿queréis seguir la vanidad, que hace parar en nada a los de su bando? ¿Hasta cuándo cosquearéis a una parte y a otra, ya siendo de un bando, ya siendo de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios, porque El solo basta hacer dichosos a los que le sirven

Ya Cristo ha muerto al pecado: ¿porqué seguís bando de muerto, y queréis dar vida a vuestro capital enemigo?

No améis al pecado, y no vivirá; mas trabajad de lo deshacer con dolor y penitencia, para que se deshaga el que hicisteis amándolo. Sacadlo afuera para que sea juzgado, reprendido y condenado, lo cual se hace cuando lo confesamos; y de ahí adelante tenedlo por capital enemigo, trabajando por lo contradecir, estorbándolo doquiera que pudiéredes, que no ose parecer delante vosotros; porque el amador de Dios, si tiene entrañable aborrecimiento al pecado, trabaja por lo alanzar de sí y de los otros, deseando que la honra de Dios vaya siempre delante, y que en todos reinase El, pues a todos crió y por todos murió.

Esto, muy ilustre señor, he acordado a vuestra señoría para cumplir con la fidelidad que le debo, y por eso le aviso se guarde de este traidor enemigo de Dios, haciéndole saber que si con Dios quiere privar, otro medio ni remedio no hay sino hacerse muy entrañable enemigo de todo pecado: y porque este aborrecimiento es dádiva de Nuestro Señor, hásele de pedir muy de corazón y con mucha humildad y fe; y hase de buscar con buenas obras, y ayunando y rezando, y dando limosnas, y satisfaciendo lo que debemos, porque quitemos los estorbos al Espíritu Santo, mirando por la justicia de sus vasallos, sin inclinarse a una parte ni a otra; mas así como es lugarteniente de Dios para con ellos, así sea semejable a Dios en el tratamiento, en aparejarse a sufrir más que a ser sufrido y no torcer por pasión alguna, como Dios no tuerce.

Que razón es que quien está a la silla de uno sea semejable a él; y pues en la honra tiene lugar de Nuestro Señor, téngalo en la carga, téngalo en el celo del bien común. Ninguno hay, por chico que sea, que no sienta provecho y consuelo de tener tal señor, como ninguno hay en el mundo que no sienta provecho de Dios. Es el señor con el pueblo como el ánima con el cuerpo: halo de consolar, avivar, calentar, sustentar y entrañablemente amar, y sentir mucho lo que al pueblo acaece,

como siente el ánima lo que al cuerpo se hace; para que siendo semejable al Señor Jesucristo, que buscó el bien de los suyos, aunque con trabajo y pérdida propia, vaya a reinar con El para siempre adonde dé por bien empleados los trabajos que acá hubiere pasado.

155—CARTA A UN SEÑOR DE ESTOS REINOS, CONSOLÁNDOLE EN SU ENFERMEDAD, Y CÓMO ES MERCED DE DIOS

Sabido he que está vuestra señoría mal dispuesto, y no sé si me pene o si me goce, porque me parece haber causa para lo uno y para lo otro. Si a su cuerpo miro, compasión le tengo; porque es grave género de padecer el estar enfermo: si a su ánima, no puedo sino gozarme; porque confío de Nuestro Señor que esta corporal molestia es para mucho bien de ella. Resta por una parte me pene su pena, y por otra me alegro de su ganancia; y cuanto más vale ánima que cuerpo, tanto es mayor el gozo de su bien que la pena de la enfermedad del cuerpo. Trabájese vuestra señoría de entender a Dios, cuyas obras son palabras; porque la Escritura dice (Prov., XIV): *Que es acepto a su señor el siervo que entiende;* y la experiencia declara que cosa es molesta al señor la torpeza del criado que entiende uno por otro, cuánto más si entiende lo contrario de lo que le dicen. Jesucristo quiere salvar esa su ánima muy de verdad. Y esto no es mucho que se crea, pues que las llagas y muerte que por ella pasó dicen a voces que la ama; y no ama y desampara, sino quiere hacer mucho bien a quien ama; porque su amor cosa fecunda es, y no estéril. Y queriéndola salvar, le solicita por muchas maneras esta salvación; muchas de las cuales serán a vuestra señoría notas, pues sabe las inspiraciones, las ocasiones que para su bien Dios le ha procurado, y otras no entenderá por ser encubiertas o por no mirar El en ellas.

¡Es posible que todavía vuestra señoría se haga sordo y sea la dureza tal que con tanta blandura no se ablande, y que haya hecho olvidar los buenos propósitos que Cristo le ha dado! Y como, según la palabra del Apóstol

(Ephes., II): *Dios sea rico en misericordia*, añade El bondad y mercedes, aunque hayamos destrozado las que nos ha hecho; y pónenos casa y caudal de nuevo, aunque jugamos y perdimos lo que primero nos dió; e inmenso es Dios, y de su propia naturaleza dadivoso, sufridor y de mucha misericordia, y nunca el hacer bien le pudo ahitar. Muy grande es la sed que tiene de nuestro bien (porque es El bueno), mucho mayor que la que el más codicioso hombre pudo tener de su bien e interés propio; y por esto torno de nuevo a acordar a vuestra señoría lo que muchas veces le ha dicho, que le quiera tomar por padre, y El le tomará por hijo; que quiere tratar con El, y que El se holgará de ello, y que todo el provecho será de vuestra señoría; porque Dios no quiere más de gozarse de nuestro bien, porque nos ama y porque hay algunos hombres pesados para ir a Dios a gozar de El; y El en todo caso quiere que vayan tras de El por diversos medios, hasta que los cansa y experimenten que fuera de El no hay sino angustias, desmayos y perdición. Dales amarguras muy vivas, que con ningún dinero, estado, favor y miedo se pueden quitar, para que probando lo amargo de todo lo criado y la falta y poquedad de ello, resurjan de ello y vayan a gozar del Señor, que es todo suave; como niño herido corre a los pechos de su madre, y cuando no lo era andaba lejos de ella, y quizá con peligro.

Tenga vuestra señoría por cierto que esto que le envía es mensaje de amor y de paz, aunque parece cruel guerra y azote, y que como a pez grande le trae río abajo y río arriba hasta cansarle; que su padre es, y no se deleita con verle padecer, sino para que viéndose cansado, se vaya a Jesucristo a descansar, y sea de El recibido con brazos abiertos; y entonces dirá Cristo: porque gozases de este abracijo te envié aquel azote, y por sanarte en lo más, te herí en lo que es menos, y por medio de lo que parece ira te he hecho participante en mi misericordia.

Este es el fin de la vara del castigo de Dios; y mirando este fin tan rico y suave suframos lo amargo del medio,

que Ester besó el cabo de la vara que el Rey Asuero tenía en la mano. Agradezca vuestra señoría a Jesucristo Nuestro Señor este trabajo, y sepa aprovecharse de él, mirando lo que la Escritura dice: *Hijo, no te desmayes ni desprecies en tu enfermedad; mas ora al Señor, y curarte ha.* Ya sabe que dicen: si no sabes orar, entra en la mar; porque somos tales, que si no es en el tiempo de los trabajos, no oramos atentamente al Señor; y llama a orar al gemido que sale del corazón por las ofensas de nuestra vida pasada, y el firme propósito de renovar nuestra vida. Esto se hace más fácilmente en la enfermedad que en la salud; porque viéndonos en peligro de vida, esnos ayuda para tener en poco la vida, y para enmendar la que nos queda. Y pues Cristo con amor le visita, vuestra señoría con amor le salga al camino, y le ofrezca de buen corazón los trabajos de su enfermedad, los cuales El recibirá como un muy precioso don, así por ser cosa que mucho duele, como por ser ofrecidos con humilde obediencia: y cuanto más padeciere su cuerpo, tanto más se goce su ánima, porque tanto queda ella más rica, cuanto el cuerpo afligido. El mal del cuerpo se pasará, el bien del ánima no.

Esfuércese ahora vuestra señoría un poco, y haga cuenta que entra en guerra, que aun Séneca dijo que el varón fuerte también tiene en qué ejercitar su fortaleza en la cama, padeciendo enfermedades, como en el campo ejercitando la guerra; porque la principal parte de la fortaleza, es sufrir más que acometer; y la Escritura dice (Prov., XVI): *Que es mejor el varón paciente que el fuerte;* y pues vuestra señoría es amigo de sonido de tambor y de guerra, ejercite ahora su deseo en pelear con unas tercianas, y pelee contra la poca gana del comer, y coma sin gana cuando es menester: otro tiro, no comiendo lo que le daña, aunque lo haya gana, y otros mil ardides hay, que vuestra señoría bien entenderá. Y piense que se saca de esta pelea mayor honra y riqueza que de otro cualquier vencimiento.

La joya de aquello es una ciudad o reino o reinos; mas en fin, son de tierra y polvo: la de acá es el perdón de

los pecados, los cuales por la penitencia perdona Dios. Es el tener domada la carne, que es muy peligroso enemigo cuando está fuerte; es la amistad de Cristo, el cual particularmente ama a los trabajados, porque El lo fué; y ve en ellos imagen de El; es, en fin, la joya Dios, el cual se da a trueco de trabajos; y por eso se debe vuestra señoría animar a salir victorioso de aquesta pelea; y cuando flaco se viere, mire a Jesucristo sudando y angustiado en la suya; y viendo a su Rey tan fatigado, haya vergüenza el caballero de tornar atrás por más trabajos que vengan; y pida esfuerzo al mismo Cristo, que si El no esfuerza, no hay fuerza. Y según fué dicho a un Rey por boca de un Profeta: «Si piensas que la victoria consiste en fuerzas humanas, hará el Señor que seas de tus enemigos vencido; porque de Dios es dar victoria, y de Dios es hacer huir.»

Pida vuestra señoría la medicina al que envió la herida; que para sanar hirió, no para herir: llámele, que cierto le oirá, y muy mejor que cuando estaba sano. Use el sacramento de la Confesión y Comunión, con que tenga fuerzas para llevar su trabajo; haga dar las limosnas, porque su mal sea alivio de males ajenos, y pida ofrezcan al Padre Eterno su Hijo en sacrificio en el altar para que su misericordia esfuerce la flaqueza de vuestra señoría y le perdone lo errado, le encomiende lo que va tuerto, consuele lo que está triste, descargue lo que da pesadumbre, asegure lo que le da temor; y cuando su voluntad sea, le levante de esa cama sano del cuerpo y del ánima, y con tanta gracia que le sea un leal servidor, y por tal reine en el cielo con El. Larga carta es esta para enfermo: mándela vuestra señoría leer a pedazos, cuando la terciana diere lugar, y sea Jesucristo su salud. Amén.

156—CARTA A UN SEÑOR DE ESTOS REINOS, ANIMÁNDOLE A BUSCAR SOBRE TODA COSA LA GRACIA DEL SEÑOR

Pues que la vida cristiana hace poco caso del cuerpo, y su principal trato es en el espíritu, no es mucho que

sin haber visto a vuestra señoría sea muy dado a su servicio con desearle mucha gracia delante los ojos de Dios, y con suplicarlo al mismo Señor en mis oraciones y sacrificios, y con muy verdadero corazón para en todo lo que más pudiese ayudar a vuestra señoría, para que gane esta corona en el cielo prometida; porque a mi ver, el cristiano, o no tiene más de un negocio, o éste es el principal, conviene a saber: hallar gracia delante de Dios; pues tenerlo contento es la mayor parte de las buenas dichas que nos pueden venir, porque sin esto, ¿qué es todo sino pesadumbre y pobreza? Y teniendo este negocio bien hecho no hay cosa que dañe; pues teniendo a Dios no se debe nadie tener en menos, aunque todos los trabajos vengan sobre él; y creo que una de las causas porque muchos se quedan sin tener a este Señor, y se contentan con las poquedades del mundo, es por no conocer el valor de El, o por no conocer la gana que tiene de darse; porque quien en un bien solo halla juntos todos los bienes, y que le están rogando con él, más querría tener aquél que andarse cansando y mendigando de las criaturas de cada una alguna parte, y después de muchos trabajos quedarse tan vacío como si ninguna cosa hubiera alcanzado.

Denos Cristo su luz para que alcemos a El nuestros ojos, y nos parezca tan digno de ser querido que sin miedo ninguno demos por le haber cuanto por El nos pidiere; porque quien por Dios quiere dar algo, no bajamente siente de El; y por esto merece quedarse sin El, pues tan mal responde al precio con que Dios nos apreció cuando todo se dió en la cruz por nuestro amor. Mucho se ha de dar por el que es, mucho se ha de estimar la gloria de todo lo criado, y cuanto más nos doliere lo que nos pide por sí, tanto más alegrarnos por tener en qué honrarlo y enseñarle el amor. Y si esto está bien a todos, ¿cuánto mejor a las personas de estado, a las cuales el Señor dió más aparejo para le servir y les dotó de mayores mercedes? Yo he dado gracias a Nuestro Señor por la buena parte que del servicio de Dios a vuestra señoría cabe; a su misericordia plega darle cada día

mayor y mayor gracia, para que vaya ganando más gloria delante de Dios, y dándole perseverancia en su amor, pues al que persevera está prometida aquella celestial corona.

157—CARTA A UN SEÑOR DE TÍTULO, ANIMÁNDOLE A CONFIAR EN DIOS, Y ENSEÑÁNDOLE CÓMO HA DE VIVIR PARA ALCANZAR ESTA ALEGRE CONFIANZA

Ayer supe que vuestra señoría había escrito, y que andaba con sus acostumbrados achaques cerca de su salud. Es cierto que aunque la compasión no se puede negar a los males corporales de vuestra señoría, que es más mi placer cuando oigo que anda así, que no mi pena. Tengo a Nuestro Señor por Padre muy verdadero y por Médico muy cuidadoso para el bien de vuestra señoría; y miro estas cosas como particulares remedios que de su providencia vienen, para que la soltura del corazón de vuestra señoría se restrinja debajo la santa ley, y entienda más en aparejarse para morir que no en vivir largos días o vanos días; y así como esto es grande merced suya mirar más a nuestro eterno provecho que a nuestro breve pasatiempo, así será grande nuestra locura si no aceptamos esta gracia y nos aprovechamos de tales remedios. Temer debemos no se diga de nosotros; *Que curaron a Babilonia, y no sanó* (Jerem., LI), y por eso la dejaron: y en todo caso conviene tener los ojos puestos en lo que más nos va, que es lo del ánima.

Si las temporales ocupaciones de la vida, casamiento y estado no dan lugar a que con entrambos ojos y corazón muy entero miremos esto, a lo menos lo miremos con el ojo derecho, y lo estimemos por lo principal en nuestro corazón, y en lo del ánima entendamos con amor: en estotras cosas por más no poder, y entonces conozcamos las cosas que menos son, cuando no contradijeren a las que más son, ni nos apartaren de ellos: y si no puede vuestra señoría amar a sólo Dios sin que ame algunas cosillas otras con El, a lo menos ámele más que a todas las cosas, y caigan debajo los pies cuando qui-

sieren levantarse a ser preciadas más que un mandamiento de Dios. Ya que no puede tener la limpieza de la conciencia que El querría, tenga aquella que es necesaria, sin la cual ninguno puede ser llamado hijo adoptivo de Dios ni ver su faz. Campo hay donde la gente común oye al Señor, y monte donde los más fuertes suben a le oír; y he visto algunos dejar de ser medianamente buenos porque no son perfectamente tales. ¿Qué mayor locura que ésta, meterme en el infierno porque no me hicieron de los mayores santos del cielo? ¿Qué mayor desatino que porque no ando sin tropezar alguna vez, darme tanto desagrado de mi mal andar, que por aquello me quedo caído o me corto los pies? *Hijo*—dijo la Escritura—, *en tu flaqueza no te desprecies: mas ora al Señor, y curarte ha.*

De alabar es en el flaco que se mida y se estime conforme a su poquedad, mas muy de reprender que se desmaye y dé con todo en el suelo porque se ve sano: porque de aquesta manera viene a caer en mayor enfermedad, aborreciendo la misma enfermedad. Digo esto porque deseo que tuviese vuestra señoría asiento cierto en su ánima y una concertada vida, de manera que pueda con ella esperar de la bondad de Nuestro Señor que está en su amistad y que tiene parte en su reino, y que sea muy cuidadoso y porfiado en guardar esta tal vida y tener en pie el alegría del corazón que de la guarda de los Mandamientos de Dios nace. Y aunque las malas disposiciones del ánima suelen dar pena, aunque no sean males de muerte, como se ve en las del cuerpo, no se ha de dar tanto lugar a esta pena que derribe mucho el corazón, mas irle a la mano diciendo: bendito sea Dios, por cuya misericordia estoy vivo, aunque enfermo: y el placer del vivir delante los ojos de Dios temple la pena de la poca salud, y téngase por muy dichoso en tener esperanza de ser salvo, aunque pasando primero por fuego.

Mucho querría ver a vuestra señoría alegre y consolado en la gracia de Jesucristo, y el corazón persuadido que por El ha de ser salvo mediante la guarda de su

santa ley; y que llevase unos pasos ciertos y sosegados, una cuenta clara y de buena esperanza, con que tuviese conjetura que le ha de decir el Señor (Matth., XXV): *Gózate, siervo bueno y fiel;* y que en todo caso para esto no haya pereza, no se alegue pobreza, no respete a cosa ninguna, sino que se cumpla con el ánima, de donde diere: que si Dios ve en un corazón verdadero deseo de agradarle a El, no dejará por su bondad de abrir caminos como se efectúen los buenos deseos, con tal que entendamos que algunas veces es menester derramar la sangre en estos caminos; y esa es cierta señal que son de Dios, pues El dijo ser estrechos. Cierto, si un hombre espera que se le ofrezcan los medios para su salud sin trabajo y sin pérdida de lo temporal, muchas veces se quedará sin la salud de su ánima, porque tan barato la quiso comprar y tan sin trabajo alcanzar; pues aun en la del cuerpo, que muy menor es, no se sufre esto. Bien entiendo que no se hace esto tan presto como se dice; mas ¿qué hemos de hacer donde vemos estar en balanzas, ganar o perder a Dios, y para siempre? ¿Qué cosa puede haber que haga contrapeso a cosa en que tanto va?

Por tanto, Señor, entremeta vuestra señoría este cuidado entre los otros, o, por mejor decir, sea éste el principal, y los otros los entretejidos, y duela o no, corte aunque sea de su carne, hasta quedar con salud, que después se alegrará. Ose acometer la entrada en el cielo, que a Dios hallará por ayudador en el camino; y no sólo no se desmaye en los trabajos, mas gloríese que le pone Dios en ellos para mayor gloria de El. A su misericordia plega dar a vuestra muy ilustre señoría su santo espíritu, con que le sea dulce cumplimiento de su palabra y alcance aquel reino para que fué criado. Amén.

158—CARTA A UN SEÑOR DE TÍTULO, ENFERMO, ANIMÁNDOLE A PADECER, POR EL GRANDE FRUTO QUE DE ESTO VIENE

He sabido que después que de allí me partí ha ido vuestra señoría aún más trabajosamente que cuando yo allá estaba, y debe ser por hacerle Nuestro Señor más

merced, pues lo son los trabajos para quien los sabe entender. Y bien es, que para tener parte en la venida de Jesucristo Nuestro Señor esté vuestra señoría en ellos, pues dijo El (Isaí., LXI): *Que había venido para dar a los pobres buenas nuevas, y medicinar los quebrantados de corazón, y consolar los llorosos, y darles corona por la ceniza y alegría por el lloro.* Y pues el consejo del Altísimo es no dar parte de sí sino a quien de estas cosas tuviere parte, témplese el sinsabor de ellas con venir Dios con ellas o tras ellas; lo cual no sólo las hace sufribles, mas deseables, porque muy mayor es la ganancia que traen que la pérdida; y siendo Dios el que se da a trueco de la hiel que ellos tienen, en ninguna manera deben dejar de ser amadas, y así bien recibidas cuando vienen, y aun deseadas y llamadas cuando se tardan.

Fortísima cosa es un corazón determinado en querer a Dios; porque como entiende que puede alcanzar a éste que desea, no teme meterse por lanzas, teniéndose por cumplidamente dichoso con sólo este bien que alcance, aunque sea a trueco de todo lo que le pueden pedir. Estima a Dios en mucho, y de ahí le viene estimar los trabajos en poco, pues leemos de Jacob haberlo hecho con su amada Raquel, y aunque le echasen carga de nuevos trabajos, toda la llevó por gozar de su deseo: y pues a vuestra señoría ha cabido suerte, por la misericordia de Dios estar apalabrado con Dios, sobre que será El su galardón y descanso de sus trabajos, no dé esta mancha en su honra que le parezcan grandes, siendo Dios la paga de ellos y el mismo que los envía.

Sufra vuestra señoría la carga y la sobrecarga los siete años primeros y los siete siguientes, que si persevera en el amor de Raquel, su galardón será el eterno descanso, y cantará delante el acatamiento de Dios: *Lætati sumus pro diebus quibus nos humiliasti, annis quibus vidimus mala* (Psalm. LXXXIX); y entenderá entonces el valor de la enfermedad y dolores que Nuestro Señor ahora le envía, y mirarlas ha como a simiente de su gozo, y a camino de su descanso y a cosas que le acarrearon a Dios; y pues el cristiano acá ha de tener parte de aque-

lla luz que allá ha de poseer perfectamente, mire vuestra señoría sus trabajos con ojos de fe, cotejándolos con lo que de ellos saldrá, y serle han consuelo de ellos mismos, y verá que aunque son cargosos, ellos mismos traen fuerza con que sean llevados, porque lo que afligen con lo presente consuelan con la esperanza; y como ésta sea muy cierta, pues lleva la orden que Dios tiene puesta, que es que venga después de ser uno probado en la tribulación, ningún lugar queda para no ser bien recibidos los anunciadores de nueva tan buena como es de llevarnos al cielo. Tenga vuestra señoría cuidado de les dar compañía cual ellos desean, que es paciencia en ellos, y diligencia en hacer las buenas obras que pudiere; que pues Dios da a entender que le quiere salvar, no es razón ser flojo en efectuar lo que conviene para tan grande bien y que tan presto vendrá: y esté con mucha confianza en las piadosísimas manos de Dios, el cual sea guarda de vuestra ilustrísima señoría, y todo su bien y su eterna corona. Amén.

159—CARTA A UN SEÑOR DE TÍTULO, ENFERMO, Y DE LA MUERTE TEMEROSO, ENSEÑÁNDOLE A CRECER EN EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Recibí la carta de vuestra señoría, leíla y entendíla, y espero de Nuestro Señor Jesucristo misericordia para vuestra señoría, pues para la grandeza de El no es mucho hacer bien a quien lo merece, habiéndolo hecho a los que lo desmerecen. No me pesa que vuestra señoría tenga temor de la muerte; porque aunque es cosa penosa, no es peligrosa, y muchas veces enviada por Nuestro Señor para que con esta espuela hagamos lo que con la del amor no hacemos. Y El, como es Padre de misericordia, suele guiar estos negocios de arte, cómo temor y esperanza nos ayuden a andar el camino, el cual será bien allanar y aparejar, pues para todo suceso aprovecha y para ninguno daña.

Querría que vuestra señoría mandase hacer la casa del aposento de los pajes. *Item*, que se pagase aquello de

las armas y caballos que se echaron en aquellos pueblos. *Item*, que por ahora no se compre cosa costosa de vestidos y cosas semejables. *Item*, si vuestra señoría ha malganado algo a juego, que no esté restituído o tornado a perder con la misma parte, que se restituyese. *Item*, si dijo a algunas personas que jugasen, y por respeto de vuestra señoría, cuyo ruego es como mando, jugaron, y alguna perdió, que se le restituya. *Item*, porque las personas que tienen Estado, como vuestra señoría, no alcanzan muchos cargos y agravios que se hacen a otras o sus criados por descuido de ellos, que vuestra señoría mandase decir en las iglesias de su Estado que cualquiera persona que tenga algún agravio, que lo venga diciendo y se le satisfará. Y poner vuestra señoría al Prior de Santo Domingo, y un Letrado de Derechos, que sepa los negocios del Estado, y al cura, para que oigan y vean lo que se debe hacer, y algunos casos oirá vuestra señoría aunque le sea trabajoso, porque no se le digan en otra parte que más pena le dé. Y en todo caso querría que se hiciese esto, porque me parece ser remedio de cualquier mal que a prójimo toque, y fácil de hacer bien, cuanto difícil si se guarda para después de la vida. No sea impedimento para esto lo que al mundo puede parecer de hacerlo, pues quien tiene cuenta con Dios, fácilmente la perderá con el mundo.

A la persona que vuestra señoría manda que hable, no he hablado, porque ha diez o doce días que estoy en la cama: ayer me levanté: yo tendré cuidado cierto de lo hacer con brevedad, y avisaré a vuestra señoría de lo que hay. Desde que vuestra señoría se partió de acá, ha querido Nuestro Señor de me poner cuidado más vivo de lo encomendar en las manos de su misericordia. No había entendido la causa, y debe ser la mayor necesidad: sea lo que fuere, vuestra señoría se esfuerce mucho con aliento nuevo a ofrecerse a la voluntad del Señor, como quien hace servicio a un padre de algo que mucho ama. No nació vuestra señoría para sí, sino para Dios; y antes que naciese ya estaba comprado por Jesucristo, el cual consigo, a precio de tanta ventaja, nos compró, para

que los que vivimos, como dice San Pablo (II Cor., V): *No vivamos para nos, sino para El.* ¿Quién querrá quedarse por propio, viéndose comprado por Dios, y por precio de Dios? Hay hombres que se ofrecen en una guerra por causas ligeras a perder la vida; ¿y seremos tan cobardes que no queramos darnos a Dios? Dióse El por nos a manos de sayones: y ¿no nos daremos nosotros en las suyas a El para vivir, habiéndose dado El para morir?

No sea vuestra señoría avariento en esto: haga esta cuenta: Dios hay: por quien es, y por lo que por mí pasó, y por lo que me ha soltado, y por lo que me ha hecho, me le debo tres mil veces: si hasta aquí no le he dado el señorío de mí, pésame de ello: ahora se lo doy libre y desembarazado, para que me trate a su voluntad, y que yo haga la suya, así en lo que me tiene mandado que yo haga en su santa ley, como en cualquier trabajo que me quisiere enviar, quitar o poner: ¿dónde estaré mejor guardado que en las manos de Dios?: a las cuales yo me doy, pues El no deja perder sus cosas, y porque yo hiciese esto perdió El la vida: no lo pidiera si no lo quisiera, y no se gozara si no lo deseara; porque no es de Dios mandar que le den y no querer recibir, como tampoco es mandar que le pidan y dejar de dar. Y pues nos ha notificado su dulce voluntad, con la cual quiere nuestro bien, y por esto quiere que seamos suyos, sin duda creamos que quien tan cuidadoso es en pedir, y quien pide con amenaza de infierno y con promesa de reino, no será descuidado en el recibimiento de lo mismo que El pidió.

No le parezca a vuestra señoría que pecados pasados son parte para estorbar este amoroso abracijo de Dios, pues con brazos abiertos está llamando al mismo pecador, primero que el pecador llamase a El, y le dice (Jeremías, III): *Fornicata es cum amatoribus multis, revertere ad me, et ego suscipiam te.* No se cansa el pastor en buscar la oveja perdida, ni el cazador su azor, y cuando lo halla, tómalo y tráele consigo con mucha alegría. Digo esto, porque a lo que vuestra señoría entiendo, tiene más

de propio conocimiento que no de conocimiento de Dios, y por eso tendrá más de temor que de esperanza y de amor. No se desdiga vuestra señoría de la mala posesión en que se tiene; confiéselo así, créalo así, y no quiera remediar su temor con falsa esperanza y mentira, alivianando sus males; no así, que será mal sobre mal, y el postrero peor que el primero, y estorbo para remedio, pues no da Dios su perdón ni misericordia sino a quien conoce su propia miseria. Mas crea que como nosotros somos más malos de lo que alcanzamos, así es Dios más bueno de lo que entendemos. Otro corazón tiene El que nos, y especial en el perdonar, lo cual saben los hombres muy mal hacer, porque saben muy mal amar. Y de aquí nace no alcanzar aquella alteza de misericordia que Dios con los pecadores tiene; porque como no han experimentado sino ira con quien les ofende, y si perdonan les quedan mil reliquias y resfriamientos de amor, juzgan de Dios lo que de sí; y aunque su boca diga que hay diferencia de Dios al hombre, no lo siente así su corazón.

Cuando sean más grandes los hijos de vuestra señoría y le den algunos enojos, quizá lo entenderá algún rastro de aquesto. No desama el padre al hijo aunque le enoje, sino castígalo y tiénele corazón de padre; y así hace Nuestro Señor, el cual, siempre que el pecador quiere tornar a El, no le niega el corazón paternal; y cuando no volvemos, está deseando que volvamos, sin ser parte para estorbar este deseo todos nuestros pecados, porque es mayor su amor; y este amor y cabida en su corazón ganamos por el medianero de Dios y los hombres, Jesucristo Señor Nuestro, que siendo El Hijo natural, nos ganó adopción de hijos y corazón en Dios de padre con hijos, cada y cuando que de El quisiéremos gozar por la penitencia y sacramentos. Este amor es la raíz de donde sale el esperarnos Dios, el llamarnos, el recibirnos, y perdonarnos y salvarnos; que si bien se mira, el corazón y amor con que esto hace nos enamora más y obliga más que lo que hace. ¿Qué cosa es querer tanto Dios al hombre que, por amarle tanto, por mucho que le enoje no

le quite este amor, y hacerle decir: no quiero a Fulano bien aunque se torne a mí, no le quiero buscar, ni enviarle a rogar que se torne a mi casa? No, nada de esto, sino aquel perseverante amor que como vivas llamas arde, y tan encendidas, que así como las muchas aguas de las penas no se lo pudieron apagar para que dejasen de morir por nos (Cant. VIII): *así las mayores aguas de nuestros pecados no pueden apagar esta encendida caridad de Dios con nosotros;* mas siempre vencedora en las penas y en las culpas, y allí padeciendo, aquí perdonando; y todo nace de una misma raíz de amor, y tan fuerte, que no hay maldad que le venza.

Quien de esto se maravillare tendrá razón, porque de igual a igual, de menor a mayor, fuera cosa maravillosa; y este amor de Dios al hombre es más que maravilloso. Mas quien por parecerle cosa muy grande no lo creyere, afrenta hace a Dios, pues por su corazón maravilloso, por eso no lo cree, siendo rastro propio para conocer las obras de Dios el ser tales que hagan maravillar a los que las conocen; porque si El es maravilloso, hanlo de ser sus obras; y si otras sí, éstas del amor más, pues nacen de bondad, de cuya manifestación Dios más se precia y Dios más usa que de los otros atributos suyos (Psal. CXLIV): *Miserationes ejus, ait David, super omnia opera ejus.* ¡Pues cuán mal lo mira quien por ser mucho lo que Dios hace no lo cree, por ser mucho lo que promete no lo espera, cotejando las cosas de Dios con la medida tan chica de su entender! No alcanza la Samaritana dónde o de dónde tenga Cristo agua, y gana de dar la que quien la bebiere no tenga más sed. Mas dice el Señor que no sabe la mujer el don de Dios, ni quién es el que pide a ella fe y penitencia y quiere darle el Espíritu Santo. Y no faltan ahora hombres tan acobardados y flacos en la fe que no puedan creer de Dios sino conforme a su propia pequeñez, puestos los ojos en su poco poder, poco merecer, y como animales de tierra andan por ella, y así se quedan en ella. Mas quien a Dios mira, y dándonos su hijo, que es su amor y amansamiento, y contentamiento y donde sus ojos se recrean, ¿qué dudará de

este corazón, sino que le será propicio cuando le llama con penitencia, y piadoso cuando le hubiere menester? Pues quien esto conoce, y lo pide como lo debe pedir, puede esperar que lo tendrá, y con tenerlo tiene todo bien, y no porqué temer, como esclavo sin amor.

Dese, pues, vuestra señoría priesa a amar a este Señor que tanto le ama y tanto bien le tiene guardado, y mire que si algún tiempo tuvo deseo de se enmendar y seguir al Señor, ahora lo renueve y acrecciente; porque dos veces mandó el Señor que circuncidasen a su pueblo: una cuando lo mandó a Abraham, y otra cuando lo metiese Josué en tierra de promisión. La primera significa cuando uno sale de la vida mala y mundana y sigue el camino de la ley de Dios, que es el camino estrecho, máyormente en los ojos del mundo. Y la segunda es cuando Dios quiere llevar a uno a su reino, mándale que con nuevo fervor se mire, se enmiende y cercene todo lo superfluo que es menester, para que con alegría y limpieza espere la corona de Rey que la bondad de Dios tiene aparejada a los suyos. Use vuestra señoría el confesar y comulgar, porque es la cosa que más consuelo y esfuerzo da oír la sentencia de nuestra absolución y recibir en nos a Jesucristo. Rezar algo, y leer, y limosnas, y todo lo demás que Nuestro Señor le inspirare. Y hágame sabedor de cómo le va; y si le fuere a vuestra señoría mejor de salud, quedarnos hemos con el buen estilo del ánima, y habremos sacado esfuerzo del miedo. El espíritu consolador que por Jesucristo se da a los hombres que se aparejan, more en vuestra señoría, y le enseñe a agradar a Dios, y lo guíe por camino derecho. Amén.

160—CARTA A UN SU AMIGO, CONSOLÁNDOLE EN LA MUERTE DE UN HIJO ÚNICO

Sea Nuestro Señor bendito por todo lo que ha hecho, pues allende de haberse cumplido su santa voluntad, lo cual debe ser al cristiano grande alegría, ha hecho muy grande merced a nuestro hermano e hijo vuestro en alzarle el destierro que en este mundo padecía, y llevarlo

a su propia tierra, que es la vista del mismo Dios. No conviene, y por ninguna vía conviene que los que le amábamos estemos de esto penados, pues el amor verdadero, bienes verdaderos ha de desear a quien ama, y gozarse cuando le vienen. Y estos tales no los hay en este mundo, aunque todos juntos a uno se den. Gocémonos, pues, en el Señor, que multiplicó su misericordia con nuestro amado, y por medio de quitarle una vida transitoria y que no tiene más de vida que el nombre, lo llevó a la que de verdad lo es y eternalmente.

¿Qué pudiérades vos, hermano, con ser su padre, desearle ni buscarle que tan bien le estuviera como lo que el celestial Padre ha hecho con él? Hale sacado de la peligrosa guerra de este mundo y llevádole a la tierra de paz, donde goce de las victorias que aquí ganó contra los pecados, que son los enemigos de Dios. Y pues quien tiene corazón del mundo se suele gozar cuando su hijo es prosperado en los bienes del mundo, el padre cristiano que ha de tener corazón de cristiano, que es celestial, gócese con más razón con haber venido a su hijo un reino, que aunque no se vea acá, no por eso deja de ser verdadero, antes por eso más cierto y verdadero, porque no es a estos ojos visible. No penséis que se os ha muerto, pues no es muerto quien con Dios vive. No lloréis, pues él goza de la fuente perpetua de la alegría. Y si a vos os hace falta con su ausencia, acordaos que los padres por el bien de los hijos suélenlos enviar a otras tierras, y con saber que están bien sufren con paciencia y alegría la pena que la ausencia suele dar.

Dad al Señor gracias que quiso tomar por siervo e hijo al que de vos salió, y lo quiso hacer su ciudadano en el cielo y que vea su faz a cosa tan vuestra. Alegraos, que no estaréis ya congojoso qué será de mi hijo, qué le acaecerá, si ha de ofender a Dios, si ha de llevar hasta el fin el bien comenzado; pues ya han visto vuestros ojos que ha acabado su vida en servicio de Dios Nuestro Señor y le fué fiel hasta la muerte, y por eso le ha dado corona de vida según su promesa. Bien acabado está este negocio; entended ahora cómo se acabe bien el que

os queda, que es el vuestro, procurando de imitar en él al que en edad era menor: si verlo deseáis, trabajad de ir al cielo, que allá lo hallaréis, y cierto sin ningún deseo de tornar acá; y pues los mozos tan presto se mueren, no tardarán los viejos de ir; y por esto es bien darnos prisa a servir al Señor, como quien muy presto ha de ir a verlo.

El Señor quiso que vuestro hijo fuese delante para que vuestro corazón no tuviese acá que amar, pues no tenía sino a él, y allá se fuese vuestro pensamiento do va vuestro amor: para que muriendo en este mundo viváis a las cosas del servicio de Dios, y os sea grande ayuda para eso vuestro hijo muriendo como lo era viviendo: lo uno llevándoos el corazón consigo, lo otro rogando al Señor por vos. Y pues tales favores tenéis, esforzaos a ello, para que allá os gocéis con él en el Señor y del Señor en sí mismo, viendo su faz, adorando su Majestad y poseyéndole eternalmente para su gloria y vuestro descanso. Y entretanto será bien hacer algunas buenas obras por el difunto, porque si alguna cosa le detiene en el purgatorio, el Señor se la suelte. Sea Cristo vuestro consuelo. Amén.

161—CARTA A UNOS SUS AMIGOS ATRIBULADOS CONSOLÁNDOLOS Y ENSEÑÁNDOLES LOS TESOROS EN PADECER, CÓMO EL SEÑOR LOS FUERZA PARA LOS LLEVAR

Bendito sea Jesucristo Nuestro Redentor, Señor, Padre, y Maestro, que por tantas vías busca nuestro bien, enseñándonos su amor, aunque de los que poco saben y aman no sean sus obras entendidas ni recibidas con la reverencia y agradecimiento que sería razón; del número de los cuales suplico al mismo Señor saque a vuestras mercedes, y les dé lumbre con que vean la lumbre de aquesta verdad, de lo cual vendrá la obediencia y agradecimiento; porque ninguno habrá, si extremamente malo no fuere, que no reciba de buena gana lo que es su provecho, y que no agradezca a quien se lo envía, mayormente siendo enviado con mucho amor. ¡Oh, amador! ¡Oh,

amor de nosotros muy verdadero y probado, Jesucristo bendito! ¡Y quién dudará de tu amor habiendo sido de él testigos el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos está! Tú, Señor, lo diste y porque nos amas lo diste, que ni esperas provecho de nuestros servicios, ni nos lo debes, pues todo lo que tenemos es tuyo. Ni hay otro motivo en Ti para hacernos mercedes, sino tu sola bondad, en la cual nos amas verdaderamente.

Señor, desde que oídos tenemos, otra cosa en nuestras orejas no suena sino bien os quiero; porque si sordos no somos, ¿qué otra cosa es la vida, la salud, el pan, el vino, la tierra y el cielo, y todo aquello con que vivimos y nos movemos y somos, sino voces que pregonan el amor que nos tienes y pides? Lo cual sentía bien San Agustín cuando decía: *Todas las cosas me dicen a voces que te ame.* Y esto es por lo que hemos dicho, porque nos dicen que Dios nos ama. Mas porque estos testigos son bajos por ser criaturas, el mismo Criador nos vino a testificar su amor con el testimonio más cierto que hay; el cual es no sólo dar, porque aquello poco duele, mas darse y padecer por nosotros; lo cual es tanta mayor señal de amor, cuanto va de su persona a los dones; y este testimonio, porque sin duda fuese de nos recibido, firmólo con su muerte, habiéndolo escrito con su sangre; que pues no se puede más por uno pasar, por muy amado que sea, que morir por él, sepan los hombres que son amados de Cristo, pues puso por nosotros lo último que se pudo poner. ¿A qué propósito esto? Para acordar a vuestras mercedes que confíen que los quiere bien Cristo.

¡Oh, palabra alegre en las orejas de los pobrecitos, la cual tienen los ángeles en gran reverencia! ¡Oh, palabra, que nos dice la causa de cuánto bien tenemos y esperamos tener! Porque no de otra parte ni principio nos viene, sino porque somos amados de Cristo. ¡Oh, si en otra cosa no hablásemos ni escribiésemos sino que nos quiere bien Cristo! Y este amor, aunque sólo basta para hacernos ricos y en hora buena nacidos, porque grande bien es hallar gracia en los ojos de tan alto Rey; mas su amor no es estéril, antes su amar es hacer bienes. Y como

San Agustín dice: *No amas, Señor, y desamparas.* Por lo cual reverenciemos, agradezcamos, y con fe y amor participemos de los merecimientos que Cristo nos ganó; y confiando en lo mucho que nos amó, dejemos todo pecado, y desterrada toda tristeza que suele venir en las tribulaciones, desterrada toda cobardía que suele combatir a los flacos, alanzando todo descontento que suele venir con lo adverso, hinquemos las rodillas de nuestro corazón a este Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos amó y amará, y agradezcámosle la merced que nos hace en enviarnos señales de amor; porque verdad dijo el que dijo (Hebr., XII): *Fili mi, noli negligere disciplinam Domini: nec fatigeris dum ab eo corriperis, quem enim Dominus diligit, castigat: flagellat autem omnen filium quem recipit.* Y puesto que duela, hemos de mirar el principio de donde sale y el fin donde va a parar, y con esto confirmar nuestra voluntad.

Los que miran no más de las manos de Dios engáñanse muchas veces, juzgando su corazón por sus obras; mas los que le miran a su corazón no son engañados, antes tienen el verdadero conocimiento de las obras, pues conocen de dónde nacen y dónde van a parar. No se engañe nadie pensando que la prosperidad que Dios envía es siempre señal de amistad; porque algunas veces suele ser señal de recísima ira: ni huyamos de lo adverso pensando que es ira de Dios, porque casi siempre suele ser señal de su amor: pues con amor, y lo que más es, por amor nos atribula, debemos agradecérselo, pues no se debe menos al padre cuando castiga a su hijo que no se pierda, que cuando le halaga amorosamente. Y si miramos que la intención del Señor es nuestro provecho y su gloria, adoraremos a su Majestad, que tanta merced nos hace, aunque el medio nos parezca amargo.

Esto se nos dió a entender en la Reina Ester, que besó el cabo de la vara dorada del Rey Asuero; porque aunque la vara de nuestra corrección nos espante, mas mirando el fin o cabo de ella, que es nuestro provecho y gloria de Dios, debemos besar este fin, aceptando lo que el Señor nos envía. Y esto no será muy dificultoso de

creer a quien cada día manda purgar con acíbar y otras cosas más amargas a los que bien quiere, haciendo en ellos justicias y amándoles mucho. No es mucho que un cristiano tome la purga que Dios le da para sanarle su ánima, pues que el hombre toma la purga que el hombre médico le da para sanarle el cuerpo, y en la purga de Dios está cierta la salud, en las otras no: y del celestial Médico estamos ciertos que no errará en dar más o menos, porque todo va dispensado por un saber infinito, que no se le puede disminuir ni crecer, mas en el del suelo podemos dudar. ¿Pues qué sinrazón sería quien pide licencia y confianza a sus enfermos cuando los cura, que no la tenga en Dios cuando le cura?

Esforcémonos en Jesucristo Nuestro Señor, que de cierto no nos dará más purga de lo que podemos beber. Y aun porque de buena gana la bebamos, bebe El con nosotros; lo cual sintió San Pablo cuando decía de Jesucristo (Hebr., II): *Que por la gracia de Dios gustó la muerte por nosotros*. Sobre lo cual dice Crisóstomo, que así como el médico gusta primero la purga amarga por hacerla salva y quitar el espanto al enfermo, así Cristo, por quitarnos el temor de los trabajos y muerte, lo quiso primero gustar por nosotros. ¡Oh, si mirásemos cómo bebió El toda la purga sin estar enfermo porque nosotros lo estábamos, y cuanto acíbar hallaba en ella cuando decía (Matth., XXVI): *Padre, si es posible, pase este cáliz de Mí!* Mas mirando nuestro remedio y salud que de su trabajo venía, mirando la voluntad del Padre que así lo había ordenado, dice: *Mas no como Yo quiero, sino como Tú.* ¡Oh, palabra, que hace al que de verdad la piensa y ama ser invencible de carne, mundo y demonio e infierno! ¿Quién puede dañar a quien dice de corazón: no como yo quiero; sino como tú?

Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejan su voluntad propia y hacen la de El; y esto no en las prosperidades (que aquello poco es), mas en las adversidades, adonde vale más un gracias a Dios, un bendito sea Dios, que tres mil gracias y bendiciones de prosperidades. Estas son las trompetas en las cuales nos está mandado

que alabemos a Dios, porque son hechas a golpes; y esta es la música a las orejas de Dios más acepta que le podemos cantar. Bien veo yo que estas cosas más presto se dicen que se hacen, y que es más ligero consolar que sufrir, y que no se conoce el cristiano en saber consolar a los otros, mas en saber consolar a sí en la tribulación. Mas en todo esto fiel es el Señor, cuyas manos hieren y consuelan, y en cuya fortaleza ha de ser nuestra confianza.

No debemos derribar nuestro corazón por más que las penas crezcan, porque tanto más aparejo hay para que parezca la fortaleza de Cristo en nosotros, cuanto nuestras flaquezas fueren mayores. Y esto es lo que Nuestro Señor dijo a San Pablo (II Cor., XII): *La virtud* (quiere decir *la fortaleza*), *en la flaqueza es más perfecta*. La fortaleza: no la tuya, que no la tienes, como lo pruebas; mas la mía más fuerte parece mientras tu flaqueza fuere mayor; porque cuando Dios defiende una cosa muy perseguida y muy enflaquecida parece ser fuerte, pues a cosa tan flaca sustenta contra tantas flaquezas. Y pues la intención del Señor es demostrar su gloria, mientras nosotros más atribulados y con menos fuerzas, más aparejo hay para que Dios gane honra; y fortaleciéndonos con su fortaleza, no debemos desmayar, por mucho que crezca la tempestad; mas mientras ella más crece, más confiar y decir al Señor: esta es tu hora. Esto rogaba David al Señor cuando decía (Psalm. LXX): *Cuando faltare mi fortaleza, no me desampares, Señor*. Y pues que esto es así, digamos con San Pablo (II Cor., XII): *De buena gana me gloriaré en mis flaquezas porque more en mí la virtud de Cristo*. Flaquezas llama a las tribulaciones. Si en sustentar Cristo a San Pablo en ellas moraba la virtud, que es la fortaleza de Cristo, en San Pablo parecía la honra de la fortaleza de Cristo. Y, por tanto, San Pablo antes rogó tres veces al Señor que le quitase la tribulación porque le dolía, la cual no creo, ni es de creer, que era tentación de la carne, mas otro trabajo, que ya no pide que le sea quitado, porque ve que teniéndolo, y no siendo derribado, parece la fortaleza de Cristo en

la flaqueza de él. Y porque nuestros ojos no deben mirar a nuestro descanso, sino a la gloria de Cristo, dice San Pablo que está contento con ellas, pues sucede en gloria de Cristo aunque sea con trabajo.

Así que, hermanos, no pensemos que la victoria de esta pelea ha de ser por nuestras fuerzas a solas: Cristo nos pone en ella, y El quiere la gloria de la victoria: El peleará por nosotros y con nosotros: no desmayemos, y veremos el favor del cielo ser con nosotros. Aprovechémonos de esta medicina para conocer cuán flacos somos; lo cual es principio de salud, y cuán miserable cosa es vivir sobre la tierra, y cuán colgados estamos de Dios, y cuánto nos ama, pasando, no a más no poder, por nosotros, mas de su gana, lo que a nosotros tan recio nos parece de sufrir. Porque, a la verdad, nunca hombre, por contemplativo que sea, tanto conoció los dolores y amores de Cristo como quien pasa algo de ellos. Sepamos también cuán necios somos en pecar, pues nos obligamos a otros mayores dolores, y cuán bueno es Dios, que mereciendo nosotros estar en continuos dolores acá y allá, nos hace merced del infierno de allá y nos ayuda para pasar lo de acá, satisfaciendo por nuestros pecados y ganando en el cielo coronas.

Estas y otras doctrinas aprenderéis en la tribulación mejor que en cuantas escuelas y púlpitos hay, y más de verdad; porque en estos lugares se suelen oír con las orejas, estando quizá el corazón en otra parte: en la tribulación óyese que Dios enseña con obras. No piense vuestra caridad que solamente es menester fortaleza para pelear en el campo por Cristo: en la cama y casa hay aparejo para ganar coronas; y no cualesquiera, porque la pelea de la enfermedad y dolor no es cualquiera. Cierto es que cuanto la cosa que nos viene es más contraria a nuestro querer, tanto es más recia la pelea, y más agradable a Dios la victoria. Pues por cierto (a lo que yo alcanzo y experimento), cosa es muy desabrida la enfermedad, mayormente si trae dolor. Y cuando uno con el favor de Cristo y por Cristo viene a hacer tan buen rostro al dolor y desabrimiento de ella como a la salud,

paréceme que tiene gran victoria de su sensualidad, y será su corona grande.

A esto nos debemos esforzar, como Séneca decía; porque si el dolor es poco, no es mucho que se sufra; y si es mucho, no es poca, mas mucha la gloria que de sufrirlo se sigue. Y por esto no hay excusa para no sufrir, cuánto más si miramos a la alta amenaza de Dios, que, como dice San Pablo (Rom., VIII): *Predestinó a sus escogidos a ser semejables a la imagen de su Hijo.* Pues si hemos de ser semejables en la gloria, también en los dolores; porque no es razón heredar con Cristo los gozos del cielo, y no querer parte con El en los dolores del suelo. Oigamos lo que dijo a sus discípulos y a nosotros con ellos (Luc., XXII): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones, y yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mí, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi Reino.* De estas palabras parece claro que los que quisieren sentarse a la mesa a gozos eternos con Cristo, primero les conviene sentarse con El a sus trabajos que tuvo en el suelo; porque a éstos dispone el reino, como su Padre a El. ¡Oh, si tuviésemos ojos para ver cuán gran soberbia es no contentarnos con pasar por la ley que Jesucristo pasó, y no aceptar el reino con la condición que su Padre se lo dió a El! Notorio es que el Eterno Padre únicamente ama a su Unigénito Hijo; mas por eso no dejó de disponerle el reino con tantos dolores y deshonras como pasó. Pues ¿porqué yo pensaré que el Señor no me ama aunque me envíe trabajos? ¿Porqué no me gloriaré que me trata como a su Hijo? ¿Porqué no le daré gracias, pues que me viste de la librea de su amado Hijo ¿Porqué no tendré esperanza que me hará participante en su gloria, pues me veo serlo en sus trabajos?

¡Oh, bendito seas, Dios y Señor y Padre nuestro, que quisiste que tu amado Hijo fuese el primogénito de todos sus hermanos, dándole más gloria que a otro alguno, y quisiste que fuese también el principal, y que no tuviese igual ni segundo en el padecer dolores y otros trabajos! Hicístelo metro y mensura de nuestra perfección y gloria,

para que uno mientras más llegado a su vida en este mundo, más perfecto sea; y mientras más llegado a El en el otro, más gloria tenga. Pues si bien miramos, ¿qué tuvo Cristo en esta vida sino trabajos? Mientras más fuéremos trabajados, más conformes, más cercanos a Cristo; y por eso más ciertos de serlo en el cielo, adonde limpiará Dios las lágrimas de nuestros ojos, adonde nos recibirá como Padre amador de sus hijos, adonde nos coronará la pelea de acá, adonde parecerá mejor el cristiano que va herido y ensangrentado de la guerra de este mundo, que el otro que saliere sin herida.

162—CARTA A UN DEVOTO: TRATA DE LA HUMILDAD Y SOBERBIA, Y PERFECCIÓN DEL DIVINO AMOR

Dios dé a vuestra merced buenas Cuaresmas, y que así tome la ceniza de fuera al principio de este santo tiempo, que permanezca siempre en el ánima la santa humildad significada por ella: porque a quien Dios le da conocimiento y dolor de quién ha sido el tiempo que anduvo apartado de Dios, librádole ha de la peligrosa ceguedad de la soberbia, y hácele capaz de todos los bienes espirituales que le conviene tener; porque, como la Escritura dice (Eccl., X): *El principio de todos los males es la soberbia; y quien la tuviere será lleno de maldiciones;* quiere decir, de vicios; porque así como no suele andar un rey solo, así acompañan a la soberbia muchos pecados; y, por el contrario, nunca la humildad está sola, pues, como Santiago dice (cap. IV): *A los humildes da Dios su gracia,* la cual es madre de las virtudes. El soberbio busca su honra, y aflígese con la deshonra: el humilde avergüénzase de que le traten bien, y huélgase con su desprecio, porque entiende que en aquello se hace justicia, la cual él ama, como verdadero justo que es. Todo le falta al soberbio, porque por mucho que tenga y le den, se tiene por digno de más; y todo sobra al humilde, porque aun de la tierra que huella se conoce por indigno, y los mismos infiernos tiene por pequeño castigo para sus pecados. El soberbio con nadie cabe, ni aun consigo sólo; mas el

humilde, con todos, porque a todos se abaja y a todos sufre, teniéndolos por mayores en su corazón. Parece al soberbio cosa muy recia ir tras la voluntad ajena, o del hombre o de Dios, mas el humilde sujétase y apócase, y así cabe por la puerta angosta de hacer la voluntad ajena, o de la criatura o del Criador.

Grandes son los bienes que vienen en la ceniza de humildad; y no conviene a nadie estar sin ella, si no quiere estar sin Dios; porque como dijo San Agustín: *¡Cuán alto eres, Señor, y los humildes de corazón son casa tuya!* Y la divina Escritura dice: *¿A quién miraré, o sobre quién descansará mi espíritu sino sobre el pobrecillo que tiembla de mis palabras?* Esta humildad, que hace al hombre sentir de sí bajamente, no es cosa baja ni fruta que nace en la tierra: en el cielo está, y Dios la da a cuantos escarban en su estiércol, revolviendo con mucha diligencia sus propias faltas y su propia flaqueza; porque entre aquellas poquedades y vilezas se suele hallar esta joya preciosa, y por nuestros pecados hay tanta materia de nuestras faltas que examinar y llorar, que si no es quien quiere quitar los ojos de sí mismo, otro no hay a quien no sobren causas para humillarse y avergonzarse. Y ¡ay de nosotros si somos de aquellos de los cuales dice Dios (Jerem., III): *Frente de ramera se te ha hecho, no quisiste haber vergüenza!* Y en otra parte se queja de otros diciendo (Jerem., VI): *Con la confusión no se confundieron.* Porque ¿qué cosa puede haber más fea que la desvergüenza en la persona que tiene razón para avergonzarse? ¿Y quién hay que ose alzar los ojos a Dios ni a sus criaturas, si considera cómo ofende a El y se hace indigno de ellas?

¿Quién hay de nosotros que no falte al perfecto amor de Dios, pues ni le amamos con todo el entendimiento, creyendo su verdad con tanta firmeza como convenía, y teniendo aquellas consideraciones, y pensamientos y avisos de cómo mejor le servir? ¿Quién le ama con todo su corazón, no dando parte del amor a sí ni a otro sino en Dios o por Dios, y renunciando el propio interés, ha pasado a amar a Dios por el mismo Dios? Y quien mirare

cuán poco mortificadas tenemos nuestras pasiones, y cuánta guerra hace al reino del amor de Dios, verá cómo nos ama Dios con toda su ánima; y mandando el Señor que le amemos con todas las fuerzas, hacémoslo nosotros con tanta tibieza cuanta El nos perdone; porque las fuerzas que empleamos en cumplir con nuestro amor, y lo mucho que de nuestra codicia está vivo, nos hace faltar a Dios en la diligencia de le servir y en el fervor de su amor. San Agustín dice: *El crecimiento de la caridad es disminución de la codicia; y entonces será perfecta la caridad cuando no haya codicia ninguna.* Y llama codicia al propio desordenado amor que cada uno tiene a sí mismo. Y como no hay nadie de los que de Adán vienen, sacando a Jesucristo Nuestro Señor y a su sacratísima Madre, que no haya tenido algún exceso de este propio amor, no hay quien no haya faltado en algo a la perfección del divino amor; porque cuando mi amor está muerto al de Dios, entonces está el hombre en pecado mortal; y cuando vive, reina en mí el amor de Dios, con el cual tengo propósito de no le ofender mortalmente; entonces estoy en gracias, aunque falte algo al perfecto amor de Dios, porque quiero cumplir algo con mi amor o de las criaturas. Y de esta falta de amor nos viene la falta en las otras obras, porque El es como vida de ellas.

De aquí viene faltar en el amor del prójimo, no habiendo compasión de sus males, ni gozándonos con sus bienes, como de cosa muy conjunta a Dios, y adoptados en el sacramento del Bautismo por hijos de El. Y también les faltamos en las obras porque faltamos en el amor de aquel que dijo: «Lo que a uno de estos chiquitos míos hicisteis, a mí me lo hicisteis». Y de falta de estos dos amores, que son las raíces de las buenas obras, nacen otras muchas faltas en lo que obramos, aunque no todas veces sean tales que sean pecados; antes muchas , haciéndose en gracia , son meritorias de la vida eterna. Mas de estas tales, si en verdad y humildad vivimos, hemos de dar la gloria a Dios, y agradecerle que nos ayudó a querer el bien con nuestro libre albedrío, y a quien fuese meritorio por la gracia que por su misericordia nos dió. Y no por

esto dejar de escudriñar las faltas que en otras obras hacemos; porque más segura cosa es pensar a menudo en lo que nos falta, que en lo que tenemos de la virtud. Y tened por cierto que por mucho que penséis y escudriñéis, aún se os quedará mucho escondido, por lo cual os convenga decir con gemido al Señor (Psalm. XVIII): *Límpiame de mis cosas ocultas*. De aquí viene no amar al prójimo como Dios quiere, o no tanto como El quiere: de aquí no sufrirle, ni huir de le dar enojos: de aquí, finalmente, todas las otras faltas que mancillan nuestra ánima, como podre que siempre mana de una llaga. Mayores son nuestras faltas, que pensamiento humano puede alcanzar; y sólo aquel que crió nuestro corazón, y lo ve claro, puede comprender nuestra flaqueza cuán grande sea: y muchas veces parece sucio delante su juicio lo que al nuestro parece ser muy perfecto.

Por tanto, debemos, como Job decía (cap. IX): *temer todas nuestras obras*, aunque parezcan buenas, no pareciéndonos bien ellas, ni contentándonos en lo secreto de nuestro corazón. Porque aquel sólo agrada a Dios que a sí mismo desagrada. Aquel es delante de Dios justo, que conoce venirle la gracia y la justicia de la misericordia de Dios. No hay a Dios más contraria cosa que el corazón que bien se parece, porque no tiene vaso en que Dios eche las riquezas de su misericordia, y quédase en su propia pobreza, y se quedará, por no querer abajarse, para que corran a él las aguas de la gracia con que viviese contento en Dios, y llevase fruto como el huerto adonde abundan las aguas. Todo nuestro bien de Dios viene; y quien creyere que puede de sí mismo poder menear la lengua para decir a Jesús Señor, él mismo se hace Dios, pues se atribuye lo que es de sólo Dios. Yquiere Dios dársenos con condición que conozcamos esta verdad, que en El y de El, y no de nosotros, viene nuestro bien; y mientras más bien tenemos, más deudores somos, y más tenemos de qué nos acusar, pues no respondemos a mayores mercedes con mayores servicios, y a mayores gracias con mayores agradecimientos.

El que es enseñado por la verdad divinal, ninguna cosa

atribuye a sí mismo, sino el no ser y el pecar. Porque quitado todo lo que Dios le dió cuando lo crió, y cada día le conserva, no hallará ser sino nada, y en nada se tornaría, como de nada fué hecho. Y quitado el favor de Dios, que por Jesucristo nos es comunicado, ¿qué sería del más santo sino ser lo que fué Pedro cuando lo negó, o Pablo cuando andaba persiguiendo al que lo había redimido, y lo que cada uno prueba en sí que era antes que el Señor pusiese su mano sobre él, quitándole aquel corazón viejo y dándole uno nuevo? La justificación no es sino una resurrección del ánima que estaba muerta en pecados, y ahora vive por el espíritu de la vida que Dios le infundió por la muerte de su Hijo bendito: y así como sería muy loco un cuerpo que atribuyese a sí el vivir y el moverse, y no al ánima que en él está y le da vida, así es muy ciega el ánima que la vida de las buenas obras que siente tener, piensa que es de sí misma y no del espíritu de la vida que Dios le infundió; y algunas veces castiga Dios a estas almas quitándoles lo que les había dado, porque viéndose no poder ver, ni oír, ni gustar, ni obrar lo que antes podían, sientan que otro era el que en ellas obraba la vida, y ellas lo recibían, y que otra cosa no son, sin la gracia de Jesucristo, sino lo que es el cuerpo cuando el ánima se va de él.

Por tanto, Hermano, no veáis otra cosa en vos sino faltas, que no tenéis otra cosa de vuestra cosecha. Si el Señor os desconsuela, mirad cuán flaco y flojo os paráis, cuán con poca conformidad recibís lo que tan bien merecéis. Si os consuela, mirad con cuán poca humildad lo recibís, siendo razón de tanto más abajaros, cuanto más Dios os honra; y tanto más avergonzaros de quien vos sois, cuanto Dios más bien os trata, como si fuérades bueno. Pensad cuán poco sabéis aprovecharos de las inspiraciones y hablas del Señor; y cuántas veces os dice el Señor una cosa, y cuán presto la olvidáis sin la poner en efecto, siendo razón que cada palabra de El os durase para toda la vida, sin ser menester decíroslo otra vez. Pensad cuántas veces pone Dios en vos buen licor, y vos con tener vuestro corazón lleno de agujeros se derra-

ma muy presto lo que fuera razón que mucho tiempo guardárades: y algunas veces siendo razón que cuanto Dios más consuela, tanto más nos olvidemos de los consuelos de acá, y se pare nuestra ánima más cerrada y entera, y dentro de sí para otra vez recibir a Dios, acaece consolándonos El hacernos livianos por nuestra propia liviandad y derramar más nuestro corazón que estaba antes.

¿Qué diremos de nuestras flaquezas sino que bien examinado no hay cosa que a derechas hagamos, y que antes era razón que de cualquier cosa que nos acaezca nos corramos de cuán defectuosamente va hecha, que pasarnos por pensamiento que hemos hecho cosa que sea de mirar? Claro es que si un paje sirve al Rey, y no le hace bien la reverencia, que le castigan; si respondió, y no tan presto, castíganlo; si se tardó en el recado, también; y, en fin, no se contentan aquellos a quienes servimos con que hagamos lo que dicen, sino que ha de ser bien hecho, para no avergonzarnos y reprendernos. Pues decidme, Hermano: ¿quién de nosotros tiene a Nuestro Señor la reverencia tan profunda como es razón? ¿Dónde está el adorar a tan altísima Majestad con un entrañable temblor como lo hacen los del cielo, de los cuales se canta en la Misa tiemblan los poderes? ¿Dónde está la vergüenza que de aquel saber infinito tenemos, que sabe muy bien quién nosotros somos, y nos ve muy claramente? ¿Dónde la obediencia tan presta, que no esperamos que nos digan la cosa dos veces? ¿Dónde la discreción para saber servir y agradar? ¿Dónde el agradecimiento a sus inefables e innumerables beneficios? ¿Dónde, finalmente, el servicio del cuerpo y de ánima que a tan gran Dios y Señor se debe?

Cierto, quien ojos tiene para ver, no ve en sí sino una profundidad de miserias y faltas; y cuando a la noche se toma cuenta qué tal ha sido aquel día, otra cosa no halla sino males que ha hecho en hablar, obrar y pensar, o bienes que ha dejado de hacer por no haber amado a Dios y a los prójimos como debía, no haber sido agradecido a Dios, no haber sufrido a sus prójimos, con otra

innumerable carga de cosas que había de tener y no tiene; y si algo de bien ha hecho con el favor de Nuestro Señor, halla o que lo ha maculado con la soberbia o vanagloria, o con pereza, o con no responder como debía, o con otras dos mil faltas que Dios le da a conocer, y con otras dos mil que aun no las ve, mas cree que las hay, y por tal se tiene, y la menor parte de sus males cree que es la que conoce.

Porque así como cree que Dios es más bueno de lo que él conoce, así también que él es más malo de lo que él alcanza; y aunque Dios le hace mercedes, no se atribuye a sí cosa de ellas, sino las faltas que hizo en no responder ni aprovecharse de ellas como debía; y esto es andar, en verdad, dando a Dios lo que es suyo, que es todo el bien sin ninguna mezcla de mal. Y con esta consideración arraigada en las entrañas, como verdad dicha por la boca de Dios, desarrímase de sí como de caña quebrada, y anda siempre arrimado a aquel que todas las cosas sustenta. Mírase a sí mismo, y no ve sino qué llorar, y mirando a Dios, en cuya bondad confía, sin temor de verse desamparado. Y como El sea tan fiel que no deja a los que a El van, y tiene tanto cuidado de ellos, que antes faltará agua en la mar y luz en el sol que la misericordia de Dios, por esto corren y vuelan, porque Dios los lleva; y no caen, porque Dios los tiene; no yerran, porque El los rige; ni serán condenados, porque el Señor da su reino a los que son como niños.

Hermano, pues, entended a vos, pues el Señor tanto lo quiere, y de todo lo que en vos pasare apartad la gloria para Dios, y la deshonra y vergüenza para vos, y poned vuestra esperanza de salir con lo comenzado en aquel Señor que os puso en el camino, no cierto para dejaros en el medio de él, mas para llevaros a la compañía de sus esposas que en el cielo tiene. Mucho os quiere honrar allá, no procuréis la honra de acá: con el olor de tan excelente convite no es razón que os hartéis con la vileza de acá, que no hay en la tierra cosa que saber bien a quien un poquito gusta de sabor celestial. Volved las espaldas a todo, que presto lo habéis de dejar y no

pongáis vuestro corazón en lo que tan presto se pasa. Muy poco es lo que por Dios podéis pasar, aunque vos sólo pasásedes todo lo que se puede pasar; porque mirando al infierno que habéis merecido, y al paraíso que os ha de dar, pues os ha puesto en el camino, y a lo que El por vos pasó, no es de poner en cuenta ni mirar lo que vos pasáis o pasaréis. Tened a Dios por tan precioso que todo lo que os costare penséis ser muy poco, y que aunque os cueste la vida, que lo compráis muy barato.

Allá veréis cómo no fuisteis engañado en el trueque que habéis hecho; mas viendo llamar de locos y malaventurados a los que pusieron aquí su corazón, y embaucados con esto presente olvidaron lo que Dios prometió, daréis alabanzas a Nuestro Señor, que yendo vos engañado os desengañó; y mirando a la tierra, os alzó los ojos al cielo; y siendo esclavo de la vanidad, os hizo hijo de El; y viviendo sin la esperanza de las promesas divinas, os ha puesto en camino para que podáis esperar que El os ayudará a bien vivir, y después a bien morir; y acabado este destierro, os lleve a la tierra de los vivos, que es la presencia clara de Dios, adonde tengáis tanto bien que a sólo Dios pertenezca conocerlo, así como a El sólo pertenece darlo y poderlo dar. Y esto hará el Señor, no por vos, sino por El, porque es bueno y para siempre su misericordia; al cual por todo y de todo y en todo sea gloria y alabanza por todos los siglos de los siglos. Amén.

163—CARTA A UN SU AMIGO: PÓNELE DELANTE LAS MISERIAS DE LA TIERRA, Y LO MUCHO QUE HAY EN EL SERVIR A DIOS

Así como quien está esperando una cosa nueva, que mucho desea, se alegra cuando ve alguna señal de su deseo, y aunque sea pequeña, le da no pequeño gozo por la muchedumbre de su deseo, así mi ánima se hinche de regocijo con la carta de vuestra merced, porque no sé qué barrunté de las palabras que en ella venían; lo cual si fuese de hecho, sería un gozo para mí tan gran-

de que pocos me vendrían que se le igualasen. Mi señor, yo deseo de ver esta vuestra ánima desengañada de las muchas vanidades que se usan y tratan, y que pensase con verdadero corazón que en ninguna cosa está su descanso sino en poseer al mismo que la crió, y anduviese tan cuidadosa de buscar este bien y tan herida del amor de su Dios, que todo este mundo con su flor le pareciese un humo que falta y una sombra sin tomo, y un engaño de necios, que a sus amadores hace enemigos de Dios, y por lo temporal les hace perder lo que nunca se acaba. ¡Vióse nunca tan grande mal como éste! ¡Vióse trueco tan pernicioso! ¿Adónde están los ojos de quien esto no ve, y el corazón de quien esto no siente? Y con todo esto, es tan grande nuestra flaqueza, que si Cristo no nos despierta y da a entender esto, no hay más remedio para salir de este engaño, que le tiene un ciego para ver, o un muerto para vivir.

¡Oh, humana miseria, digna de ser con lágrimas vivas llorada, que eres inclinada a lo que te daña, pensando que eso es lo que te cumple! Tienes por ganancia y piensas que te ha ido bien cuando de esto presente eres abastada, y a duras penas sientes ni lloras de estar en desgracia de Dios. Sabes mirar y estimar la honra del mundo, que tan presto se pasa (y cuando dura, aun no es para hacer a su poseedor un cabello mejor delante del acatamiento de Dios), y no curas si eres honrado o deshonrado en la corte de Dios. Temes una pequeña afrenta que te amenaza, y no provees remedio para la que está guardada y amenazada para el día postrero a todos los que no hubieren con fe viva y obediencia verdadera honrado al Señor. Estímaste en mucho, y a Dios en poco, pues haces tu voluntad contra la suya, y duélete mucho una pequeña cosa que a ti toque, y no sientes aun lo mucho que toca a la honra de Dios. Vives contigo para ser miserable del todo, y no vives al contento de Dios, que es suma felicidad: una será de dos, sin falta ninguna, o que la lumbre del Espíritu Santo ha de dar a entender esta gran ceguedad, o el gran tormento que está aparejado abrirá los ojos del engañado cuando ya no tenga

remedio, que como San Gregorio dice: *Los ojos que la culpa cierra, la pena los abre.* Pues, señor, si a vuestra ánima amáis, si a Dios teméis, si vuestro corazón no es de piedra, mirad la brevedad de la vida, y cuántos habéis conocido que estando muy asentados y avecindados acá, los ha mandado Dios salir, no con tanta alegría ni contentamiento como fuera razón, diciendo cómo les había el mundo engañado y que por él se habían descuidado de servir a Dios: lo que aquéllos fueron, somos; y en lo que pararon, pararemos; porque una tierra nos ha de recibir y tornar en ella. ¿Pues qué esperamos? ¿Qué nos detiene? ¿Qué nos engaña y hace descuidados en negocio que tanto nos va? ¿Porqué pensamos que va en esto poco, pues otro negocio no hay mayor? Y si decimos que por tal lo tenemos, ¿porqué tan poco trabajamos? ¿Tan pocas horas gastamos en él? ¿Tan poco lo removemos? ¿Tan pocos consejos pedimos? ¿Tan mucho nos parece un rato que en ello empleamos, no cansándonos ni pareciéndonos mucho todo lo que se emplea en los negocios de acá? Si es menester gastar mucho para la presente vanidad, cuán magníficos somos, mas cuán cortos en lo que conviene gastar por la honra de Dios y amor de los prójimos. Allí no miramos hijo, ni necesidad, ni gasto de casa; mas todo esto se pospone por una curiosidad; mas acá cargan tantas de cosas, que cierran bolsa y mano para la buena obra. Mas ¿qué digo de una sola prueba de nuestra flaqueza? Toda nuestra vida da voces que amamos más lo presente que lo venidero, y lo exterior que lo interior, y el dinero que la virtud; porque aquello amamos más que más deseamos alcanzar cuando nos falta, y por quien con más ansia trabajamos, y con que más nos gozamos cuando lo tenemos, y de qué manera nos duele cuando lo perdemos. Y si viene caso en que conviene perder lo uno y lo otro, aventuramos la buena conciencia por poner en obra la honra, placer o provecho de acá. Día vendrá en que estos tales terrenos se queden burlados, y dejando sus trabajos y frutos de ellos en la tierra, vayan desnudos, pobres, avergonzados delante de aquel que acá los envió, no para

que en el camino se quedasen mirando las vanidades, mas para que pasasen por lo temporal sin parar; no pegando el corazón en ello, y trayendo el cuerpo en la tierra, trajesen el corazón en las cosas del cielo, viviendo en la carne, y no según la voluntad de la carne; y estando en el mundo, no teniendo condiciones del mundo, mas que como hijos que imitan a su padre, fuesen limpios, verdaderos, piadosos, humildes, mansos, y que buscasen la honra de Dios y cómo aprovechar a sus prójimos.

¿Qué hará aquel día el que no ha puesto en obra el negocio a que acá lo enviaron? ¿Qué hará el que ni por pensamiento le ha pasado de comenzar a entender en él, mas olvidado de la pureza cristiana, que es imitadora de Dios, se ha ensuciado en el lodo de la tierra, y como a muchacho que le han enviado al mandado y se paró con otros muchachos a jugar o mirar algo, ni fué al mandado, ni se le acordó a lo que iba, hasta que a la noche torna a su casa sin recaudo alguno de a lo que le habían enviado, y lleva azotes y reprensiones de quien le envió?

Despertemos, señor, ahora que tiempo tenemos: miremos por lo que más nos cumple y para siempre ha de durar, y dejemos la vanidad a los vanos, que ellos y ella perecerán. Alcemos los ojos al que nos dió la vida y ser que tenemos, y después dió su vida porque no se perdiese la nuestra, y con grandes trabajos nos enseñó el camino que habíamos de andar; y con muerte llena de tormentos y deshonras nos esforzó a toda virtud, y nos alcanzó gracia para servir y agradar a Dios. Escudriñemos los rincones de nuestra conciencia, y curemos lo que está llagado. Desatemos los lazos de nuestros pecados, pongamos remedio en lo que más nos hace temer, y aplaquemos los gritos que nuestra conciencia nos da, haciendo lo que nos manda, y Dios por ella; porque estando todo bien ordenado y puesto en concierto, estemos esperando como siervos fieles y despiertos a la venida de Nuestro Señor, y seamos hallados con candelas encendidas y los lomos ceñidos, y oigamos aquella dulce palabra: *Gózate, siervo bueno y fiel, que en pocas cosas*

fuiste fiel: yo te constituiré sobre muchas: entra en el gozo de tu Señor. Aquel es día que esperan los buenos cristianos por el cual pasan los penosos de acá con mucha paciencia, y aquella corona les hace que sufran acá los combates del mundo y la carne, escogiendo el presente abatimiento por el ensalzamiento eterno, y el lloro breve por la risa sin fin, y el perder aquí su voluntad por hallarla siempre unida con la de Dios en el cielo, adonde ninguna cosa tendrá que les descontente, y todo lo que les fuere agradable será porque poseerán a Dios por tesoro muy precioso, en el cual está todo el bien. Si el Señor ha comenzado a visitar esa ánima, entenderá estas palabras, y aprovecharse ha de ellas; y si no (lo que no sea), será oír una historia que luego se olvida. Cristo sea amor de vuestra merced y de la señora su mujer, cuyo deseo de verme le pague Dios; y la venida por acá cese hasta que Dios ordene mi ida allá, pues yo también la deseo.

164 — CARTA A UN SU AMIGO, CONSOLÁNDOLE DE LA MUERTE DE SU MADRE Y HERMANO

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced. Si la caridad hace, como dice San Pablo (Rom., XII), *llorar con los que lloran, y gozar con los que gozan*, mucha pena tendrá vuestra merced por las de las señoras sus hermanas que quedan desconsoladas, y mayor gozo tendrá por la gran merced que Nuestro Señor hizo a nuestro muy amado P. Gregorio Estéban llevándolo al verdadero gozo, cierto de nunca perderlo: y pues somos llamados cristianos, y llamamos al celestial Rey Padre, no suene en nuestra boca otra cosa sino la que a hijos obedientes conviene y la que el Unigénito Hijo dijo: *Padre, no como yo quiero, mas como tú quieres sea hecho.* Y así como tenemos carne para sentir el trabajo de los que acá quedan, tengamos espiritual fuerza para gozarnos del bien de los que al cielo han ido; y consuele el gozo a la tristeza, mayormente habiendo El hecho lo uno y lo otro, el cual entonces más provee

a sus hijos cuando al sentido humano más parece desampararlos, y mejores ganancias les trae cuando más parece llevarles.

No quita Dios sino para dar; no hiere sino para medicinar; no derriba sino para levantar, y, en fin, no mata sino para dar vida, y vida que nunca se acaba por trabajos que muy presto se pasan. Ya descansa nuestro Padre que acá trabajó: ya tiene lo que deseó y buscó: ya coge en gozo las lágrimas que acá sembró: ya tiene Dios aquesta ánima en seguro que nadie se la podrá llevar. Maduro estaba para cogerlo, y por eso (Sap., IV) *lo arrebató Dios antes que la malicia mudase su entendimiento y el fingimiento engañase el ánimo de él.* No tienen los que lo aman porqué llorarlo como a muerto, pues vive delante el acatamiento de Dios, al cual agrada en la tierra de los vivos. Ni por lo que a estas señoras toca debemos desmayar el corazón, porque aunque sin madre y hermano quedaron acá, mas no sin Dios, que es Dios de los atribulados y desamparados, cuyos ojos miran el trabajo y dolor; y donde menos humano favor hay, allí se precia El más de enseñarlo. Padre se llama, y eslo de huérfanos; debajo de las alas de tal Padre no puede nadie llorarse por desamparado, mas por abrigado cuanto va de criatura a Criador. Y aun el favor de nuestro Padre no se ha perdido, que el justo más puede después de muerto que en vida; pues estando vivo delante el trono de Dios, puede con su oración aprovechar mucho más que acá con su cuerpo. Y pues ninguna razón consiente que de tal madre y de tal hijo otra cosa creamos (por el derramamiento de la sangre de Jesucristo, al cual ellos amaron), sino que viven para siempre con Dios, con uélense los que están en la tierra teniendo tales parientes en el cielo; y olvidando el sentido de la carne, obre en nosotros la fe y obediencia de Dios, ofreciendo a su divina Majestad esto que nos quiso llevar para sí.

Y cuanto más los amamos, tanto más nos agradecerá la conformidad con la santa voluntad de Dios, pues a tal Dios y Señor no nos hemos de contentar con ofre-

cerle que quiera más aquello que más en nuestros ojos luce, según él dijo a Abraham, *que le ofreciese a su hijo unigénito y muy amado:* dándonos a entender que en esto prueba a sus escogidos, pidiéndoles lo que más aman en testimonio del amor que a Dios tienen. Y por eso dijo el Señor: *Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham;* porque así como aquél obedeció con sencillo corazón al mandamiento de Dios, y en cuanto fué de su parte ya mató a su hijo en sacrificio, así nosotros no hemos de matar los que amamos; mas si el Señor viene por ellos y se los lleva, ya que la carne algo sienta, ha de ser vencedor el amor divinal, no sólo en lo que Dios lleva, mas diciéndole que se sirva de lo que lleva y de lo que queda, sin sacar nada.

Este es el ánimo que el cristiano debe tener para andar en paz con Dios, no tener rincón ninguno en su casa que no tenga ofrecido a Dios; y en esto no se hace mucho, pues El todo se ofreció por nos, dando su honra, fama y su vida, dejando a su Madre bendita tan afligida y a sus amados discípulos tan desabrigados. Pues ¿porqué no ofrecemos nuestro todo pequeño al que por nosotros ofreció su todo muy grande? ¿Porqué no fiaremos lo que somos y lo que tenemos de las manos que por nos se enclavaron en el árbol de la cruz? ¿Porqué nos parecen las tales manos muy pesadas, pues en todo y por todo son suaves, aun cuando nos parecen amargas? Señor, lo que se ha hecho, Dios lo ha hecho, y por ello sea su nombre bendito, que quitó lo que El mismo había dado; y si lo quitó fué para ponerlo en cobro y no se perdiese, dándole lo que todos deseamos que nos dé; y si hirió en algo a los que acá quedan, el que hiere dará la medicina. El que ha desconsolado de madre y hermano, él mismo será lo uno y lo otro. Y a ellos dió descanso, y a los que quedan da esto para que ganen aquel descanso; porque si el Señor de la gloria entró en ella por tragos amargos que acá pasó, no espere nadie gozar de aquella dulcedumbre más que de miel si no bebe acá de copa más amarga que los ajenjos.

Así lo ha ordenado Dios, así ha tratado a sus hijos;

y el que no pasa por azote de hijos, bastardo es, no legítimo, y deputado para el eterno azote, y no para el descanso sin fin. Y por eso aflíjanos aquí Dios, para que tengamos señal que somos sus hijos; quémenos aquí, porque florezcamos allí; corte por donde El mandare, porque allí hallemos refrigerio; pues lo que atribula es breve, y lo que está prometido es eterno: esforcémonos a caminar para allá, para donde fuimos criados, y cuanto más entristecidos y llorosos, tanto nos juntamos más con Dios; que los males que aquí nos vienen más nos ayudan a ir a Nuestro Señor. Y ordenemos nuestra vida, y pensemos en nuestra muerte, que no tardará mucho de venir. Y así vivamos, que cuando acabemos la jornada, seamos hallados dignos de gozar lo que esta madre e hijo gozan allí, y nos veremos y conoceremos no con temor de perderlos como acá, mas seguros de compañía eterna; y allí parecerá ser merced lo que aquí pareció azote; y estaremos ellos y nos con el que nos crió y redimió, alabándole con todas nuestras fuerzas, cantándole para siempre sus misericordias. Allí nos esperan nuestros dos difuntos, y de allí nos llaman. Tengamos el cuidado allí, y sentiremos poco el trabajo de aquí; y pensemos en nuestra muerte, y consolarnos hemos en la ajena: que ésta no fué partida para muchos años, que el que hoy llora a otro, mañana llorarán por él; y por eso el fin de todos sea adorar a Dios en todo lo que hace, y aprovecharnos con la paciencia de los trabajos que Dios nos envía, y aderezar nuestra vida para que antes nos podamos alegrar cuando se acabare, que con remordimiento de conciencia temer. Cristo consuele a vuestra merced y sea siempre en su corazón, para que en todo se sujete a su santa voluntad y así gane la corona que a la obediencia se debe; y vuestra merced me tenga por su capellán y siervo, pues los difuntos me tenían por tal; y en lo que yo pudiere quedo obligado a servir a todos los que a ellos tocan.

165—CARTA A UN HOMBRE DEVOTO: PERSUÁDELE A QUE SE DÉ TODO A MORTIFICAR SUS PASIONES

Pax Christi, qui exuperat omnem sensum, semper tecum (Philip., IV). Recibí vuestra carta, y ruego a Nuestro Señor Jesucristo os dé a entender cómo para quien a Dios sabe buscar y tener más le impiden las criaturas que le aprovechan. ¡Oh, si quisiésemos mortificar nuestras pasiones y dar nuestros corazones libres a Nuestro Señor, como barro en mano de ollero! ¡Oh, si no huyésemos de su presencia, mas estuviésemos en silencio escuchando, como dice David (Psalm. LXXXIV), *lo que el Señor Dios habla a su pueblo y a los que se convierten de corazón!* Sin duda le habla una paz y sosiego que harta a todo el hombre, y le hace decir (Psalm. LXXII): *Buena cosa me es a mí llegarme al Señor y poner en El mi esperanza.* Recojamos, pues, nuestros derramamientos y cerremos las puertas de nuestros sentidos, que son ventanas por donde sube la muerte, y esperemos a Dios apartados de todo solaz y memoria de las criaturas; que, sin duda, echada toda gente de casa, hallaremos dentro al que en todas partes está y nuestros alborotos que tenemos no nos lo dejan gustar, por ser El quietísimo y amador de reposo.

Cosa es ésta para espantar, que nos manda Dios tener sosiego y no queremos nosotros. Nuestra memoria está sosegada con la memoria de sólo Dios, cerrando las puertas a las criaturas, que son unas moscas que quitan el dulce sueño. Nuestra voluntad está muy quieta, habiendo recogido todo su amor y puéstolo en Dios. De las otras partes del hombre no es de curar, porque son semejables a bestias, y no está en nuestras manos sosegarles del todo: aunque muchas veces de la paz y gusto del ánima desciende a la parte sensitiva, como dulce maná que viene del cielo a la tierra, para que todo el hombre diga cantando (Psalm. LXXXIII): *Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo.* Busquemos a Dios, y bástanos: El nos enseñará, consolará y hartará, sin

haber más menester; porque a ninguno va mal sino porque huye de El. Leed, orad y comulgad, y tened caridad, y será Dios con vos, y rogadle por mí, que así lo hago yo por vos.

166—CARTA A UNOS SUS DEVOTOS AFLIGIDOS POR UNA PERSECUCIÓN QUE SE HABÍA LEVANTADO, ANIMÁNDOLOS MUCHO AL AMOR DE LA CRUZ, A IMITACIÓN DE CRISTO: LA CUAL IMITACIÓN HABLA ADMIRABLE Y REGALADAMENTE

Bendito sea Dios y Padre Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, de manera que podamos nosotros consolar a los que en toda angustia están, y esto por la consolación con la cual Dios nos consuela; porque así como las tribulaciones de Cristo abundan en nosotros, así por Cristo es abundante nuestra consolación (II Cor., I). Palabras son éstas del Apóstol San Pablo. Tres veces fué azotado con varas, y cinco con azotes, y una vez apedreado hasta que fué dejado por muerto, y perseguido de todo linaje de hombres, y atormentado con todo género de trabajos y penas, y esto no pocas veces; mas como él en otra parte dice (II Cor., IV): *Nosotros siempre somos traídos a la muerte por amor de Jesucristo, porque la vida de Cristo sea manifiesta en vosotros*. Y con todas estas tribulaciones no sólo no murmura ni se queja de Dios, como los flacos suelen hacer; no se entristece, como los amadores de su honra o regalo; no importuna a Dios que se las quite, como los que no las conocen, y por eso no las quieren por compañeras; no las tiene por pequeña merced, como las que las desean poco: mas toda la ignorancia y flaqueza dejada atrás, bendice en ellas y da gracias por ellas al dador de ellas, como por una señalada merced, teniéndose por dichoso de padecer algo por la honra de aquel que sufrió tantas deshonras por sacarnos de la deshonra en que estábamos, sirviendo a la vileza de los pecados, y nos hermoseó y honró con su espíritu y adopción de hijos de

Dios, y nos dió arra y prenda de gozar en el cielo de El y por El.

¡Oh, hermanos míos muy mucho amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son disfavores, y cuán honrados somos en ser deshonrados por buscar la honra de Dios, y cuán alta honra nos está guardada por el abatimiento presente, y cuán blandos, amorosos y dulces brazos nos tiene Dios abiertos para recibir a los heridos en la guerra por El, que sin duda exceden sin comparación en placer a toda la hiel que los trabajos aquí pueden dar. Y si algún seso hay en nosotros, mucho deseo tendremos de estos abrazos; porque ¿quién no desea al que todo es amable y deseable, sino quien no sabe qué cosa es desear? Pues tened por cierto que si aquéllas os agradan, y las deseáis ver y gozar, que no hay otro más seguro camino que el padecer: esta es la senda por donde fué Cristo y todos los suyos, que El llama estrecha, y empero lleva a la vida, y nos dejó esta enseñanza: que si queríamos ir donde está El, que fuésemos por el camino por donde fué El; porque no es razón que yendo el Hijo de Dios por camino de deshonras, vayan los hijos de los hombres por camino de honras, pues que *no es mayor el discípulo que el maestro, ni el esclavo que el Señor* (Luc., VI); ni plega a Dios que nuestra ánima en otra parte descanse, ni otra vida en este mundo escoja, sino trabajar en la cruz del Señor: aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí parecen que son descanso en cama florida y llena de rosas.

¡Oh, Jesús Nazareno, que quiere decir florido, y cuán suave es el olor de ti, que despierta en nosotros deseos eternos y nos hace olvidar los trabajos mirando por quién se padecen, y con qué galardón se han de pagar! ¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar, y en ella te hallo, y hallándote me curas, y me li-

bras de mí, que soy el que contradice a tu amor, y en quien está mi salud: y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú amándome moriste de amor de mí. ¡Mas, ay de mí, y cuánta vergüenza cubre a mi faz, y cuánto dolor a mi corazón! Porque siendo de ti tan amado, lo cual muestran tus tantos tormentos, yo te amo tan poco como parece en los pocos míos. Bien sé que no todos merecen esta joya tuya, de ser herrados por tuyos con el hierro de la cruz; empero mira cuánta pena es desear y no alcanzar, pedir y no recibir, cuánto más pidiendo no descanso, mas trabajos por ti.

Dime, ¿porqué quieres que sea pregonero tuyo y alférez que lleva la seña de tu Evangelio, y no me vistes de pies a cabeza de tu librea? ¡Oh, cuán mal parece nombre de siervo tuyo y andar desnudo de lo que Tú tan siempre y tan dentro de Ti y tan abundantemente anduviste vestido! Dinos, ¡oh, amado Jesús!, por tu dulce cruz, ¿hubo algún día que aquesta ropa te desnudases, tomando descanso? ¿O fuéte algún día esta túnica blanda que tanto a raíz de tus carnes anduvo, hasta decir (Matth., XXVI): *Triste es mi ánima hasta la muerte?* ¡Oh, que no descansaste, porque nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía siempre padecer! Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga desde pies a cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en Ti cosa que no estuviese teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí, resplandeciente y precioso: la cabeza con espinas, la faz con bofetadas, las manos con un par de clavos, los pies con un muy cruel para Ti, y para nosotros dulce, y lo demás del cuerpo con tantos azotes, que no sea cosa ligera de los contar. Quien mirando a Ti amare a sí y no a Ti, grande injuria te hace. Quien viéndote tal, huyere de lo que a Ti lo conforma, que es el padecer, no te debe perfectamente amar, pues no quiere ser a Ti semejable; y quien tiene poco deseo del padecer por Ti,

no conoce a Ti con perfecto amor; que quien con éste te conoce, de amor de Ti crucificado muere, y quiere más la deshonra por Ti que la honra ni todo lo que el engañado y engañador mundo puede dar.

Calle, calle, en comparación de tu cruz, todo lo que en el mundo florece, y tan presto se seca, y hayan vergüenza los mundanos del mundo, habiendo Tú tan a tu costa combatido y vencido en tu cruz, y hayan vergüenza los que por tuyos son tenidos en no alegrarse con lo contrario del mundo, pues Tú tan reprobado y desechado y contradicho fuiste de este ciego mundo, que ni ve ni puede ver la verdad que eres Tú. Más quiero tener a Ti, aunque todo lo otro me falte, que ni es todo ni parte, sino miseria y pura nada, que estar yo de otro color que Tú, aunque todo el mundo sea mío; porque tener todas las cosas que no eres Tú, más es trabajo y carga que verdadera riqueza; empero ser Tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza, porque Tú eres el bien verdadero.

Olvidádome había, amados Hermanos, de lo que comenzado había a hablaros, rogándoos y amonestándoos de parte de Cristo que no os turbéis y no os maravilléis como de cosa no usada o extraña de los siervos de Dios con las persecuciones o sombra de ellas que nos han venido; porque esto no ha sido sino una prueba o examen de la lección que cinco o seis años ha que leemos diciendo: padecer, padecer por amor de Cristo. Véislo aquí a la puerta: no os pese, a semejanza de niños que no querrían dar lección de lo que han estudiado; mas confortaos en el Señor y en el poder de su fortaleza, que os ama para querer defenderos; y aunque es uno, puede más que todos, pues que es omnipotente; pues por falta de saber no temáis, pues no hay cosa que ignore; pues mirad si es razón que se mueva quien con estos tres nudos estuviere atado con Dios; ni os espanten las amenazas de quien os persigue, porque de mí os digo que no tengo en un cabello cuanto amenazan, porque no estoy sino en manos de Cristo. Y tengo gran compasión de su ceguedad porque el Evangelio de Cristo, que yo en ese

pueblo he predicado, está cubierto a los ojos de ellos, como San Pablo dice (II Cor., IV): *Que el Dios de este siglo, que es el demonio, cegó las ánimas de los infieles para que no les luzca la gloria del Evangelio de Cristo:* y deseo mucho, y lo pido a Nuestro Señor, que haya misericordia de ellos, y les dé bendiciones en lugar de las maldiciones, y gloria por la deshonra que me dan, o por mejor decir, dar quieren; porque en la verdad, yo no pienso que otra honra hay en este mundo sino ser deshonrado por Cristo.

Haced, pues, así, amados míos, y sed discípulos de aquel que dió beso de paz, y llamó amigo al que le había vendido a sus enemigos, y en la cruz dijo (Luc., XXIII): *Perdónalos , Padre, que no saben lo que hacen.* Mirad en todos los prójimos cómo son de Dios, y cómo Dios quiere su salvación, y veréis que no queráis mal a quien Dios desea bien. Acordaos cuántas veces habéis oído de mi boca que hemos de amar a nuestros enemigos, y con sosiego de corazón y sin decir mal de persona. Pasad éste tiempo, que presto traerá Nuestro Señor otro: y estad sobre el aviso, porque no tornéis atrás ni en un solo punto del bien que habíades comenzado, porque eso sería extremo mal. Mas asentad en vuestro corazón que este a quien habéis seguido es el Señor de cielo y tierra y de muerte y de vida, y que, en fin (aunque todo el mundo no quiera), ha de prevalecer su verdad; la cual trabajad por seguir, que siguiéndola, no sólo a hombres, mas ni a demonios ni aun a ángeles, si contra nosotros fuesen, no los temáis.

Usad mucho el callar con la boca hablando con los hombres, y hablad mucho en la oración en vuestro corazón con Dios, del cual nos ha de venir todo el bien; y quiere El que venga por la oración, especialmente pensando la pasión de Jesucristo Nuestro Señor: y si algo padeciéredes de lenguas de malos (que otra cosa no hay que padezcáis), tomadlo en descuento de vuestras culpas, y por merced señalada de Cristo, que os quiere limpiar con lengua de malos, como estropajos, para que ella quede sucia, pues habla cosas sucias, y vosotros limpios

con el sufrir, y vuestro bien esté cierto en el otro mundo. Mas no quiero que os tengáis por mejores que los que veis ahora andar errados; porque no sabéis cuánto duraréis en el bien, ni ellos en el mal. Mas obrad vuestra salud en temor y humildad, y de tal manera esperad vuestro bien en el cielo, que no juzguéis que vuestro prójimo no irá allá, y así conoced las mercedes que Dios os ha hecho, como no despertéis las faltas de vuestros prójimos; porque ya sabéis lo que acaeció entre el fariseo y el publicano, en lo cual debemos escarmentar.

No hay santidad segura sino en el temor santo de Dios, en el cual envejeced, como la sagrada Escritura dice, para dar a entender que no sólo conviene a los principios más aún al fin, temer a Nuestro Señor Dios. Este temor no da fatiga; mas en gran manera es sabroso, y quita toda la liviandad del corazón, y hace al hombre que aun de lo que bien hace no ose aprobarlo por bueno, mas deje a Dios el juicio de sí y de todos, como San Pablo decía: *Yo no me juzgo a mí; mas quien me juzga el Señor es.* Este temed si queréis perseverar en el bien, y que vuestro edificio no se caiga, mas crezca firme hasta llegar al Altísimo Dios, lo cual se hace por el amor. El cual plega Jesucristo Nuestro Señor de os dar. Amén. Rogad a Dios por mí muy de corazón, como creo que lo hacéis, que yo espero en El que os oirá y me os dará para que os sirva como de antes.

167—CARTA A UN SU DEVOTO, EN QUE LE DICE CUÁN FLACA COSA SEA UN HOMBRE SIN DIOS

La paz de Nuestro Señor sea siempre con vos. Es tanta nuestra flaqueza, y tan astutos y fuertes los que nos guerrean, que no es de maravillar si alguna vez somos vencidos, mas que si alguna vez vencemos; y a la verdad, nunca vencemos, mas vence en nosotros Jesucristo, Nuestro Redentor, que es fuerte León de Judá, el cual si nos dejase, luego seríamos sorbidos de nuestros enemigos, como dice David; mas no nos deja porque nos ama, y mayormente a los que tienen su esperanza en El,

según dice David (Psalm. XVII): *Defendedor es de todos los que esperan en El.* Y si alguna vez se nos esconde, no por eso se nos va; mas antes está mirando por los agujeros como esposo celoso qué hace la tal ánima en ausencia de sus abrazos, y especialmente mira si perdemos la fiucia; la cual quiere que esté tan arraigada en nosotros, que ningunos vientos de tentaciones la arranquen, mas antes la afirmen, creyendo que cuanto más tentados, tanto más amados de Dios, cuyo cuidado y vigilancia es mayor sin comparación para defendernos que la astucia de nuestros enemigos para engañarnos; y la causa es porque más nos ama El que el demonio nos aborrece; y más fuerte es que nuestra carne es flaca, y tiene un escondrijo bienaventurado, adonde, como en puerto seguro y como en seno de madre, acoge a los que, fatigados de las tormentas de tentaciones, por él ocurren a El. De aqueste dice David (Psalm. XXX): *Esconderlos ha en el escondrijo de su faz.*

Parécenos, amado Hermano, que estaréis bien escondido y seguro y alegre en la faz de Dios; mas diréis, ¿por qué la llama escondrijo? Por cierto con mucha razón; porque así como la faz divina no es escondrijo, sino cosa luciente, según la divinidad, así la faz de Cristo Dios y Hombre se llama escondrijo según la humanidad: y esto no cuando en el monte Tábor resplandeció su faz como el sol, y sus vestiduras como luz, mas cuando se desfiguró en el monte Calvario, y parecieron sus vestiduras y carne bermejas con la sangre que de El salía en precio de nuestro rescate. Si bien miráredes su faz amarilla con el largo ayuno y bermeja con las bofetadas, y los cardenales de los dedos en ella, y llena de lágrimas que de los ojos salían, y de sangre de la corona de espinas, verdaderamente diréis que estaba escondido aquel rostro, del cual dice David (Psalm. XLIV): *Hermoso más que los hijos de los hombres, derramada es gracia en tus labios, por tanto te bendijo el Señor para siempre.* Por cierto, escondido es el más hermoso de los hombres, y más atormentado que los hombres, y tan desfigurado, que dice Isaías (cap. LIII): *No tiene hermosura ni lindeza, y*

vímosle, y no tenía figura; y después dice: *Y su rostro estaba casi escondido y despreciado, y por eso no le estimamos.* Verdaderamente El sufrió nuestras enfermedades, y nuestros dolores El los sufrió, y nosotros tuvímosle por leproso, herido del Señor y abajado.

Hermano, pues, en esta faz, al parecer afeada, mas muy hermosa a los que le miren con ojos de fe y amor, considerando el amor que lo paró feo por hermosear a los feos, allí esconde Dios a los que trabajan por no apartarse de El, y dales luz cómo le puedan ver en la faz, y reciban de ella tanta fortaleza y consuelo que sientan que dijo verdad el que dijo: «Enséñanos tu faz y seremos salvos». Esta faz es mirada del Eterno Padre, y de la vista resultan a nos rayos de su luz y bondad; porque por ésta nos vienen todos los bienes que Dios nos envía: y conociendo esto David, suplicaba a Dios diciendo (Psalm. LXXXIII): *Mira en la faz de tu Cristo;* porque mirando en ella quitará el enojo que de las nuestras desvergonzadas recibe y nos dará hermosura para ellas; y porque esta faz estuviese siempre delante del Padre, dice San Pablo (Hebr., IX): *Que entró Jesucristo en el cielo para parecer a la faz de Dios por nosotros;* y pues en este espejo mira el Padre Eterno para venir a nosotros, en éste miremos para no nos apartar de El. Otro remedio, Hermano, no hay para nuestra flaqueza sino la flaqueza de Jesucristo Nuestro Señor, de la cual dice San Pablo (II Cor., XIII): *Que murió por la flaqueza, mas vive por la virtud de Dios.*

Considerad cuánto pasó porque nuestras ánimas tuviesen con qué amar sus flaquezas y porque no se diesen a los ajenos, siendo tan penosas y preciosamente compradas de su propio Señor; y cuán mal seso es apartarnos del gozo que alegra a los ángeles, por el gozo del cual gozan las bestias; y cuán mal mirado es trocar la miel por la hiel, y a Dios por la criatura. Pobres de nosotros, ¿y dónde iremos, o qué buscaremos fuera de Cristo? ¿Podremos quizá hallar otro tal Señor, otro tan dulce compañero y amigo para trabajos y placeres? ¿Dónde otro que tal sea, tan manso para perdonar, tan hermoso para mirar, tan sabio para aconsejar, tan bueno para

amar? ¿Adónde otro que muera por mí con tantos dolores y amores, y que esté ahora de voluntad de tornar a morir si yo hubiere menester otra muerte? ¡Oh, cuán gran verdad dijo San Pedro (Joan., VI): *¡Adónde iremos, Señor, que palabras de vida eterna tienes!* Hermano, bien estamos por Cristo adonde El por su misericordia nos puso. No queramos probar a qué sabe estar sin Cristo, que es cosa amarga, y se paga con más que setenas. Miremos a sus trabajos que por nosotros sufrió, y con ellos consolemos los nuestros, y por ellos le pidamos gracia y favor, y sernos ha dado, con la cual venceremos mundo, carne y demonio, y nosotros viviremos en Dios, pues El murió por matar nuestra muerte y darnos vida.

168—CARTA A UNA PERSONA AFLIGIDA, EN QUE LE DICE EL PROVECHO QUE HABEMOS DE SACAR DE LAS AFLICCIONES

Aunque las nuevas no sean alegres, huelgo de las saber, para que sean espuela a mi tibieza, para llamar al remediador con mayor ahinco; y por esto no se deben dejar de escribir , y quizá hubiera aprovechado haberse escrito antes, cuando he tenido más salud para escribir y orar. Creo que es tanta nuestra locura que ha menester curas contrarias a nuestra estima; pues a uno a quien Dios llamó e hizo vaso de escogimiento, le fué necesario que le fuese dado un ángel de Satanás que lo afrentase y diese de pescozadas, enseñándole cuán afrentosa cosa era de sí mismo, y cuánta necesidad tenía de la mano de Dios. Y pues esta medicina fué necesaria para aquel tan excelente vaso, ¿qué nos maravillamos que los que somos menores en santidad y mayores en locura pasemos por esta ley, pues la necesidad es mayor?

En la Escritura está (Mich., IV): *Saldrás de la ciudad, y vendrás hasta Babilonia, y allí te librará el Señor de manos de tus enemigos.* Porque muchas veces permite El que salgamos de nuestra secreta y pacífica morada, y vengamos a tal confusión (que eso quiere decir Babilonia), que ni nos entendamos ni podamos remediarnos, puestos en cosas tan diferentes de las que cuando está-

bamos en la ciudad teníamos, que nos espantemos y digamos: «¿Soy yo el que deseaba servir al Señor, y el que El amaba?» Somos allí afrentados viendo la vanidad y maldad tan señora de nosotros, para que así desagradados de nosotros, llamemos a Dios y le confesemos ser El nuestra salud, y entendamos estar nuestro bien en sus manos, y nuestro mal en dejarnos en las nuestras. Y así andamos temblando delante de El con un santo recelo temiendo no nos deje y nos hagamos pedazos, y así andamos más seguros que con una liviana alegría, que parece espiritual compañera de una falsa libertad, que no tome peligro ni ocasión de mal, lo cual es muy grande engaño, y que se suele muy bien pagar; y aprendemos que no hay en esta vida seguridad, sino pelea, y deseamos estar ya en la tierra de la paz. Esto es lo que Nuestro Señor pretende en dejarnos abofetear del mal ángel, y por esto debemos mucho mirar que le respondamos con un santo recelo y temor de la caída, y conocimiento de nuestra flaqueza, y confianza amorosa en aquellas manos, en las cuales estamos como barro en manos del ollero, confiando que El mirará sus obras que en nosotros obra, y porque éstas no sean destruídas, llevará adelante el negocio comenzado por honra de su nombre.

Lo que hacer debemos es huir con toda posibilidad de las ocasiones, pues que quien esto no hace merece ser dejado caer en ellas, y velar sobre nuestro mal corazón, para que ninguna cosa more en él sino quien lo crió y murió, para con su sangre comprarlo por morada, porque siquiera ninguno se lo pueda llevar por vía de mayor precio. Y pues ninguno en amarnos se le iguala, a ninguno tanto debemos, ninguno así nos merece, y ninguno puede ser descanso de nuestro corazón sino El. ¡Qué locura es pudiendo plantar en mi huerto un árbol, que me sea árbol de vida, dejarlo, y plantar otro que desde chico me hace enfermar, y si crece me causa la muerte! Bien está Dios en nuestro corazón, y bien está nuestro corazón en El, pues verdaderamente son para en uno, lo cual no tiene con otra cosa sino con Dios: humillemos a Dios nuestra cerviz y orémosle con instancia y siempre,

y velemos sobre nuestro corazón, no se nos vaya de él nuestra vida; y el Señor es tal, que librará sus ovejas, y sacará bien de sus caídas para gloria suya, pues por ellas hace lo que hace.

169—CARTA A UN DESCONSOLADO, PORQUE NO HALLABA LA PAZ QUE QUERÍA

Leyendo la de vuestra merced, y viendo que dice que no sabe valerse en prosperidad ni adversidad, y de la sequedad de corazón y batalla de pensamientos que no lo dejan reposar, se me acordó de un viejo de los Padres, que habiendo consolado muchas veces a un mozo y dádole regla cómo se hubiese, y con todo esto el mozo decía que no hallaba descanso ni aquel aprovechamiento en su corazón que quería, preguntóle el viejo: «¿Qué tanto ha que estás sirviendo al Señor?» Respondió el mozo: «Ocho años.» Respóndele el viejo: «Yo ha que le sirvo veintitantos, y no puedo hallar el reposo que tú buscas: ten paciencia, y espera en el Señor.» Esto dice a vuestra merced, porque me parece que se desconsuela y turba mucho con sus faltas, lo cual tengo por muy peor que las mismas faltas. No conoce vuestra merced las entrañas de Nuestro Señor que con sus hijos tiene, y por eso no se sabe llevar y soportar a sí mismo, y hace consigo como haría con otro que hiciese con vuestra merced lo que El hace con Dios. Mayor y mejor es Dios que el hombre, y préciase El en este negocio de blandura de decir: «No soy yo como el hombre». Así lo dice en un Profeta (Oseas, XI): *Non faciam furorem iræ meæ; quia Deus ego, et non homo.* Los que a sí se miran, y no a Dios, viven desabridos y desmayados; y de aquí nace la flojura, madre de todo mal.

Un amor nos tiene el Padre en su Hijo, que no se le quitará por estas faltas, pues no son mortales; y el grande amor cobija la muchedumbre de los pecados, y ama, no obstante ellos. Porque los ríos de las maldades no pueden apagar aquella encendida llama de amor que en el pecho de Dios arde; pues vemos que estando tan

llenos de pecados y tan húmedos con estas aguas, con repugnancia de ser encendidos en el amor del Señor como leña verde y mojada, sopló tan fuerte el espíritu del Señor que echó fuego en nuestras entrañas, y apagó el agua de nuestra maldad haciendo bien a los malos. Quien este amor ha experimentado, ¿porqué anda dudoso del amor del Señor, pues se ve por su bondad libre de aquellas grandes humedades de primero? No bastaron las primeras para que el Señor no trabajase: así, a quien amó no bastarán éstas para que eche de sí al que recibió. Quiere Dios ser conocido por amoroso, pues lo es; y que la gloria de esto sea conocida ser suya, pues sin lo merecer nos ama. Y si quiere hallar un gran libro para leer cuán bueno es El, mire cuán malo es vuestra merced, y crea que Dios le ama, y verá un retablo de hermosura, de amor pintado en la vileza de sus propias maldades.

He dicho esto para que entienda que no se huelga Dios que sus hijos anden desabridos, aunque sea por sus propios defectos; mas quiere que luego miren a El para templar la tristeza que les viene de mirarse a sí mismos. Quiérelos esforzados, mirando que son amados, y no pusilánimes, viendo que deben ser aborrecidos. Y por esto conviene ir poco a poco y con buena esperanza en este camino, cantando al Señor, que es bueno, y para siempre su misericordia en traer, en sufrir, en amar, en glorificar. Y en esto respondo a lo que vuestra merced me pide, cómo conocerá a Dios y tratará con El. Digo que lo que ha menester conocer de Dios es quién es para con vuestra merced; y esto conocerá entrando en cuenta con sus misericordias, desde que de nada le crió hasta el punto en que estuviere cuando lo pensare, y pidiéndole lumbre para conocer sus misericordias por no ser ingrato, dársela ha poco a poco, y conocerá quién es Dios, pues tanto ha hecho por un tan indigno, y cobrará un ánimo esforzado y amoroso para tratar con Dios. Y este es el modo como El quiere que traten con El los suyos. *Item*, con amor y confianza.

No conviene fatigar la cabeza con el recogimiento,

porque este negocio es de pura gracia del Señor: paréceme que antes de la oración vuestra merced lea algún libro que trate de lo que quiere: después pensar, porque con esto se recoge un poco el corazón; y es mal hecho dejar la comunión, aunque falte la devoción, como quien no se quiere llegar al fuego si no está caliente: nunca pase de ocho días; y si hubiere alguna particular necesidad o mucha hambre de El recíbale alguna vez en la semana. El aparejo ha de ser la buena orden que tenga en toda la vida y semana (según uno decía), que nunca hacía particular preparación para comulgar, porque cada día hacía todo lo que podía. Mas bien será que haya más templanza en la cena la noche antes, y particular pensamiento de esta palabra: *Ecce sponsus venit, ecce Rex tuus venit: tibi præpara in occursum Dei tui;* y Cristo sea su luz.

170—CARTA PARA UN CABALLERO DE CÓRDOBA: QUE SE EJERCITE EN PELEAR CONTRA LA PROPIA VOLUNTAD

Oído he las razones de vuestra merced para me persuadir que es más acertada cosa estar en esa ciudad que en esta villa; y cierto, aunque ellas son sutiles, no por eso me mueven; porque es más cierto lo que por ejemplo de Cristo se hace, y lo que por oración se alcanza, y lo que por experiencia se ve, que por humano parecer y fuerte aficionado se juzga. ¿Quien duda si no que vuestra merced como morador de esta ciudad, y como favorecedor de mi poquedad, deseando mi estada ahí, es juez y testigo en su propia causa? Y por eso lo que gasta en buscar razones, gástelo en devotas oraciones. Y acaecerá a vuestra merced con el predicador lo que San Bernardo dice que ha de hacer el predicador con los oyentes: *Si persuadere, inquit, vis, gemendo magis quam clamando id facies.* Y aunque en lo que he dicho vuestra merced me parece que excede, en otra cosa lo gana, y me edifica: conviene a saber, en la mucha paciencia que ha tenido en escribirme tres cartas sin ver respuesta mía: estimo esto en más que el vivo razonar, cuanto va de obrar a

hablar, y es cosa que yo deseo mucho de quien me escribe, porque hallo tantos impacientes en esto, que querría más que no me escribiesen, que no tan presto se enojasen. *De his hactenus.*

¿Qué diré a vuestra merced, o qué le pediré, pues lo tengo por mi Señor? Que pues es caballero, que pelee, y no tenga el nombre en falso, que es la cosa que un cristiano más debe huir, pues es amador de la sencillez; y de ser tal, sea cual se nombra y parece. Bien entiendo que la vigilancia que nuestro capital enemigo el demonio trae por nos hacer de su bando y para que no ganemos lo que El perdió, traerá muchas veces en la memoria de vuestra merced que es pelea la vida del hombre sobre la tierra, y le hará alguna vez gemir con el trabajo de su molesta importunación, y le hará clamar al Señor (Isaí., XXXVIII): *A quo venit auxilium: Domine vim patior, responde pro me.* Y pues hay quien a vuestra merced haga acordar que vive en guerra, quiérole yo acordar que de tal manera se haya que venza en ella: porque de esta guerra no se puede esperar sino grande bien o grande mal; pues la joya de la victoria es Dios poseído eternamente, y la pérdida del ser vencido es perder a Dios para siempre. ¡Oh, quién pudiera dar una voz que a todos los hombres llegase, y los asombrase con este temor, y los animase con esta esperanza!

¡Oh, hijos de Adán, hasta cuándo ciegos, que esto no veis; sordos, que esto no oís; insensibles, que esto no os penetra hasta lo más dentro del corazón! Decid, ¿porqué os habéis rendido debajo de los pies de vuestros enemigos, y sin temor ni vergüenza os vais las manos atadas tras de ellos? ¿No sabéis que quien se deja vencer del pecado es cautivo del diablo? ¿No sabéis que el sueldo que da el pecado es de muerte, y de cuerpo y de alma en los infiernos, y esto para siempre jamás? ¿Porqué os queréis tan mal que busquéis vuestro mal, y os andéis dando de puñaladas vosotros mismos, enojándoos tanto porque os hacen un breve y chico enojo? ¿Porqué no sentís la pérdida de Dios y de su amistad, pues tanto sentís la de una poca de hacienda o de honra, que tenerla ni per-

derla no os hace menos ni más? ¿Qué responderéis en el día de la visitación y de la angustia que sobre vosotros viene, cuando pasadas estas sombras y desvanecido este humo salgáis de esta carne que tanto amasteis, y dejando esto presente que estimasteis, seáis presentados delante el riguroso Juez, que tanto más recio le hallaréis contra vosotros cuanto El menos sujeto os halló para sí? ¿Qué queréis, que os conozca por sus caballeros, pues anduvisteis peleando en el real de sus enemigos, y manteniéndoos El de sus bienes, y dándoos la misma vida que vivís, obedecisteis a las leyes de su capital enemigo y aborrecisteis las suyas? ¿Qué queréis que os pague Dios lo que no le servisteis? ¿En qué razón cabe servir a uno y pedir la paga a otro? ¿Cómo ofender a uno e irle a pedir paga como leal servidor?

No nos engañemos, ¡oh, hombres!, en esto; que no cogerá cada uno sino lo que sembró (Galat., VI): *Quien en carne siembra, corrupción cogerá; y quien vida quiere coger, siembre en espíritu, que no nacen de espinas uvas, ni de los abrojos higos* (II Cor., IX). Olvidádome había hablando con muertos como si fueran vivos. ¿Qué aprovecha tocar trompeta al que está sordísimo? ¿Qué aprovecha decir oíd esto a los hombres que aun no les entra a la primera puerta del corazón? ¿Qué haremos, Señor, que está hoy cumplida aquella amenaza de Dios por el Profeta Isaías (cap. VI): *Oyendo, oiréis y no entenderéis, y viendo, veréis y no veréis*, etc? Porque ni palabra ni azotes, ni halago basta a despertar de este mortífero sueño, hasta que venga el fin de los miserables, y todos oigan la sentencia que los envía al infierno, y vean sus males sin remedio de ellos. Gran mal es éste, y bienaventurado aquel a quien el Señor de él libró, dándole conocimiento de sus malos caminos y voluntad de los buenos.

Acuérdese el hombre de aquel día en que Dios le llmó y sepa que entonces le abrió las orejas y ojos para ver y oír, como si un sordo o ciego sanara; y acordándose agradézcalo mucho, pues le fué dado un don, si él se dispuso, que le vale más que todas las cosas, pues le fué dada amistad con el Señor, a la cual no se puede comparar

cosa alguna. Y esta sea la señal del verdadero agradecimiento, el verdadero cuidado de perseverar, de tener sus ojos abiertos y sus orejas también: porque muy más de culpar sería quien teniendo los ojos abiertos cayese, viendo que se cae, que el que no los tiene. Una cosa es hacer locuras un loco, y otra hacerlas el hombre que tiene juicio; y así desagrada más al Señor la caída del que El levantó y puso en pie, y le dió su luz con que viese, que las que dió primero que á Dios conociese y amase. Por tanto, Señor, avise vuestra merced a esos caballeros nuevos del Rey celestial, que no tomen el negocio de burla, pues el castigo de la negligencia y el galardón del cuidado no se dan de burla.

Gran Señor es Dios, que quiere ser diligentemente servido, y al siervo perezoso no le dió menor castigo que echarlo, atados pies y manos, en las tinieblas de fuera, que quiere decir, excluirlo de los bienes de Dios y su casa. Y pues por privar con el Rey y para conquistar una poca de tierra son menester cuidados, vigilias, trabajos y derramamiento de sangre, no emperezcan ellos en esta pelea, pues Dios, cuya es, será su capitán, con cuyo brazo, cierto, saldrán victoriosos. El enemigo que han de vencer, la ciudad que han de conquistar, su propia voluntad es: a ésta pongan delante de sí, y contra éste asesten sus tiros. A éste digan: tú eres enemigo de Dios, pues quieres lo contrario de El, y por tanto eres mi enemigo, porque soy de Dios y amigo de sus amigos, y enemigo de sus enemigos: no he de tener paz contigo, por no tener guerra con Dios: reine Dios en mí, y no mi voluntad: regirme tengo con lo que El manda, y no con lo que se me antoja.

Preguntaré a mi Dios que me enseñe su querer, y aquél será mi ley, aunque mi querer otra cosa quiera: duela o no, determínome de atarme con Dios, pues allende de se lo deber, pues El se ató con la cruz por mí, cúmpleme llegarme a El; pues todo aquel que no se llegare acá por amor, será apartado allá de El por desamor. Cuésteme mi sangre, y no pierda yo a Dios. Y por oír de su boca: gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor, todo lo que se puede pasar es muy poco,

que al fin es temporal todo esto, y aquello eterno; esto es liviano y aquello de peso, y, por tanto, digamos de corazón con David (Psalm. XXVI): *Una cosa pedí al Señor, y ésta buscaré: que more yo en la casa del Señor en la longura de los días.* Y sea la conclusión que nunca el cielo costó caro. Nuestro Señor lo dé a vuestra merced y a todos por la sangre suya. Amén.

171—CARTA A UNA PERSONA VIRTUOSA, QUE TENÍA CRIADOS Y FAMILIA: ENSÉÑALE CÓMO HA DE LLEVAR SUS FALTAS Y LOS HA DE CORREGIR

Tengo por providencia de Nuestro Señor el haber caído a vuestra merced en suerte sufrir esa persona; porque ¿cómo se ha de cumplir lo que muchos años ha le fué mostrado, que había de padecer en todo sin sacar una pajica, si así no? Y también, ¿cómo había de aprender paciencia, y mortificación y humildad, sino en estas tales guerras con esa persona y con las demás de su casa? Porque aunque tenga vuestra merced muchos y buenos propósitos de padecer y de mortificarse, si no hay quien los ejercite, sueño son más que verdades: en la guerra se conoce la fortaleza, que fuera de ella todo es blasonar. Y parece ser esto así, pues que cuando algo de esto a vuestra merced acaece, se turba y se pone como la persona a quien corrige. En todo caso conviene ejercitar la paciencia, y no se puede ganar con quitar ocasiones; porque si dentro está la raíz, no hay sanidad de fuera, aunque parezca haberla, por no haber quien la ejercite. Haga cuenta vuestra merced que le envió Dios esa gente para que mortificasen la mucha viveza de vuestra merced, y le parasen tal cual se lee haber sido aquel hijo del Rey, que siendo injuriado del viejo de Atenas, se rió diciendo que se reía porque él le daba de balde lo que le había costado muchos dineros que otros le dijesen.

Acuérdese vuestra merced de los desprecios que hicieron a Nuestro Señor, y no pare hasta holgarse de ser así tratado, y téngase por muy dichoso el día que tal le acaeciere por dar algún placer a Nuestro Señor. San-

ta Isabel, hija del Rey de Hungría, siendo muy injuriada de muchas personas, oró por ellas con lágrimas, suplicando a Nuestro Señor diese a cada una una merced por cada injuria que le habían hecho. Y respondióle Nuestro Señor, que nunca oración tan acepta le había hecho, y que por aquélla le perdonaba todos sus pecados. No es pequeño negocio vencerse un hombre cuánto más en lo que es inclinado. Y no es de pequeña estima delante de Dios ser despreciado de los que le habían de servir. Y esto acaeció a Job entre otros trabajos, que su criado, llamado, no quería venir ni le estimaba. Y el Señor padeció traición de su mismo discípulo, y deshonras y muerte de quien había de servirlo. San Agustín dice: *No penséis que viven los malos de balde en este mundo, porque Dios los tiene y sufre aquí para que se conviertan o para que ejerciten a los buenos.* No puede ser Abel a quien no ejercita la malicia de Caín, ni podría haber mártires si no hay crueldad de sayones, ni se prueba la castidad si no es perseguida, ni la paciencia sino con golpes. Así que, reciba vuestra merced eso de la mano de Dios como muy particular merced, y agradézcasela, y aprovéchese de ella hasta que no se halle sin ella, como decía el Santo Job: *Compañero fué de avestruces y hermano de dragones.* Y en cómo le va a vuestra merced en esto verá en qué grado está de santidad, mejor que en la dulcedumbre de la consolación y que en los trabajos de la enfermedad; porque como esto es tan áspero de sufrir, es a Dios muy agradable de que haya amor en nuestro corazón para pasarlo por El.

Esto es en lo que vuestra merced ha de imponer su corazón. Y en lo que toca al castigar, esté avisado que no lo haga cuando el corazón está alterado, sino déjelo pasar, y después corregir por amor, más como quien ruega que no como quien riñe; porque este medio es muy más eficaz para aprovechar al prójimo, que es lo que debemos pretender cuando ha errado, y no satisfacernos de nuestra injuria o desacato que nos hicieron. Aprenda también a disimular cosas. Y aunque le parezca que no salen con tan buena crianza como vuestra merced

querría, pase por ello; porque a veces se esconde nuestra ira y soberbia con decir que pretendemos que nuestro criado haga lo que debe. Cierto, es el corazón del hombre profundo; y muchas veces él mismo se engaña. Y por eso es mejor declinar a la parte de nuestra mortificación que a la contraria, y avezarnos a sufrir que nos hagan un sinsabor y otro, hasta que, como he dicho, nos holguemos y sintamos gran placer en ser así tratados.

Así que, convendrá disimular muchas veces; y como decía uno que está aquí, a otra persona muy viva: «Señor, hágase vuestra merced tonto, y cuando sea menester reprender, sea con blandura, diciendo: catad que deseo vuestro bien, y me da pena ver que no sois el que deseo, ni el que Nuestro Señor quiere; y esto es lo que me da pena más que las faltas que me hacéis»: y así con blandura corregir. Y cuando esto no basta, por mejor tengo darles alguna penitencia de ayuno o cosa semejante, que herir con palo ni mano. Mas si fuese mucha la perseverancia, sufrirse ha darle con el bordón; y en todo esto ha de andar la oración por ellos, que sin ésta no hay nada hecho; y quien no entiende que tener criados es tener señores, y tener a quien sufrir y por quien rogar, no sabe qué es tenerlos, ni imita a Nuestro Señor ni al trato que tenía con sus discípulos. ¡Oh, qué blando, qué amoroso, qué sufrido, qué orar por ellos, qué morir por ellos! Esto ha de mirar el mayor con sus menores, pues el Señor les lavó los pies, y dijo: *Ejemplo os he dado.* Y sea la suma, que trate vuestra merced más a los suyos con amor de padre, y padre amoroso, que no por rigor de señor: y que haya mucho de blandura y sufrimiento y de oración, y algo de rigor, poco.

172—CARTA A UN SU AMIGO: TRATA DE LOS TRES GRADOS DE LA VIRTUD DEL AGRADECIMIENTO, Y ANÍMALO A LA ORACIÓN

Tres grados se suelen poner de la virtud del agradecimiento: el primero es conocer en el corazón el beneficio

recibido; el segundo, alabarlo y contarlo con palabra; el tercero, satisfacerlo con la obra, según la posibilidad de quien lo recibió. Y mirando yo muchas veces en el agradecimiento que a vuestra merced debo, me parece que de poco me remuerde la conciencia que tendrá tercera de él; porque así como la principal parte del beneficio es el amor puro, liberal y sin interés con que se hace, así lo principal con que se debe agradecer es el mismo corazón grato y aparejado a hacer lo que pudiere con quien le benefició, para que así corresponda corazón a corazón, y haya igualdad. Que de otra manera, pagando con amor a quien no dió con amor, más le pagan de lo que deben. Y pagando con obras solas a quien dió amor, no se le paga lo que se le debe. Y porque Nuestro Señor me hace merced de poner en mi corazón tan presentes los beneficios amorosos que de vuestra merced he recibido, como si siempre los estuviese recibiendo, y me da conocimiento y agradecimiento de ellos, no me angustia mi pobreza en las obras viendo tanta riqueza en el corazón: y si me dijere que este agradecimiento es muy estéril, digo que pues yo no puedo más, y vuestra merced no me hace mercedes con esperanza de retorno, creo que no parecerá pequeño el servicio a quien ningún servicio buscaba.

Díceme que me acuerde de los hijos, que tanta necesidad tienen: digo que pongo a Dios por testigo que sí hago, y no como quiera, mas muy en particular; sino que en el no sentir allá el provecho, veo yo cuán flacas son mis oraciones; lo cual no es pequeño desconsuelo para quien no tiene otra cosa con qué pagar sino con ellas. Mas siempre osé confiar de Nuestro Señor (por quien El es), mirando a la caridad que vuestra merced siempre conmigo ha usado, ha de satisfacer conforme a su verdad y bondad, pues ha dicho (Matth., X): *Qui recipit prophetam in nomine prophetæ, mercedem prophetæ accipiet.* Cartas no escribo tantas cuantas parece que sería razón; mas, cierto, lo que allí faltó, en Misas lo pago; y creo que es trueco que vuestra merced no se tendrá de él por engañado. Plega a Cristo me haga tanta gracia, que

yo pueda antes que de esta vida salga enseñar a vuestra merced con obra cuán entrañablemente me tengo por deudor suyo en el corazón. De aquesto no más.

Pena siento de la ida del Padre Fray Vicente, por la falta que hará. Súplase su ausencia con añadir oración y lección: que por cierto tengo que a quien esto sobra, de ninguna cosa siente falta. Mire, señor, cuán peligrosa está la vida, y cuánto trabajo es menester para conservar esta centellica del celestial fuego, que no sea apagada entre tantos vientos de tentaciones, y entre tanta frialdad de ocupaciones como tenemos. Y si la candela se nos apaga, nos quedaremos a obscuras. Líbrenos Nuestro Señor de habiendo tomado el arado del camino de Dios en la mano, tornar atrás, dejando el buen camino que guía a la tierra de los vivos, y caminar a la de los siempre muertos. Líbrenos El, que es luz verdadera, de parecernos mejor la vanidad que pasa, que la verdad que para siempre dura, y escoger un breve cumplimiento de voluntad y perder un eterno. Menester es, señor, en tiempo de tanta necesidad, suplicar a Nuestro Señor que nos quiera dar su verdad y su luz para que las tinieblas, que tan espesas andan como en tierra de Egipto, no nos cieguen el corazón, y hagamos obras vergonzosas, y que den temor para el día que todo ha de salir a luz.

Deseemos, señor, al Señor por amigo; que no hay quien sin amigo pueda vivir: que si no le deseamos, no le tendremos: que así como no vino al mundo hasta que fué muy deseado y rogado, así no viene al alma si no se ve muy deseado y rogado; y por cierto con mucha razón; porque no es razón que se dé tal manjar a quien tiene fastidio de él. Perdido parece el bien en poder de quien no le conoce. Mal empleado estaría Dios en el ánima, que aunque le tenga delante, no se le incita el apetito a le desear y amar. ¡Oh, bien sobre todo bien, y sólo y suficientísimo bien! ¿Y qué le sabe bien a quien Tú no le sabes? ¿En qué se deleita quien en Ti no halla deleite? Por fuerza quien en Ti no halla tomo, lo ha de hallar en lo que no tiene tomo, o por mejor decir, se queda

sin hallarlo en cosa; porque al apartado de Ti no le puede encontrar sino falta y pobreza.

¡Oh, deseo de los ángeles! ¿Y quién no te desea, y se muere de hambre de Ti, cumplimiento de nuestras faltas, y sobrado henchimiento de los más interiores senos y rincones de nuestras entrañas? Suspire a ti el extranjero, pues Tú eres su tierra de tanto descanso. Búsquete quien algo busca, pues quien te halla pone fin en buscar otras cosas. Gócese de Ti y por Ti y contigo quien es amigo de gozo, pues Tú sólo haces el ánima tan de verdad gozosa, que así endulzas las congojas y las tristezas como un fuego infinito abrasa y deshace unas muy pequeñitas pajas. Buscarte a Ti es virtud sobre toda virtud, y hallarte es bien sobre todo bien. No hay cosa que se le ofrezca a quien te busca que le deba quitar de te buscar; porque no hay cosa que por Ti den, que no cueste, Señor, muy barato. Daban en otros tiempos de muy buena gana por Ti la salud que se perdía en las cárceles, la fama que se perdía en los pregones por las calles, la honra que se perdía en las deshonras o desprecios que en presencia se hacían a quien te confesaba, y perdían por Ti hacienda, tierra, hijos y mujeres y vida; y con sólo Tú, joya de valor infinito, se daban por bien pagados los que tantas cosas perdían; porque Tú sólo eres en valor todas las cosas, y de todas pierde deseo quien a Ti solo tiene: y ahora, Señor, aunque no haya aquel aparejo para poder así perder todas las cosas por confesión de la fe, haylo y muy grande para servirte en confesión de amor.

Padecían de antes por no perder la fe: padecen ahora por no apartarse de tu voluntad; y no sé si es más dificultoso guardar entre tantos contrarios de dentro y de fuera, visibles e invisibles, prósperos y adversos, que nos quieren quitar de tu voluntad, la firmeza de obediencia y caridad, que en otros tiempos lo era entre manos de sayones guardar sin desmayo tu fe: aparejémonos a ser mártires de la caridad, pues no lo somos de la fe; y poniendo nuestros ojos en aquel que en la cruz subió tan denodado para sufrir, corramos esta carrera con alegría,

en cuyo fin está Dios puesto por joya, y quitando todo impedimento, alleguemos hasta el cumplimiento de la voluntad del Señor, que aquel es el centro donde ha de reposar nuestra ánima, si en algún lugar ha de estar: llamemos cuando mal nos fuere a aquel por quien peleamos, que no hallaremos descuidado para nuestro socorro al que nos convida a la guerra, y fué cuidadoso de nuestro bien con costa de su vida propia: vernos tenemos delante el acatamiento de Dios: hagamos vida que nuestra faz no sea confundida en aquel día y para siempre avergonzada, mas llena de gloria con los que fielmente sirvieron y gloriosamente han de ser coronados. Amén.

173—CARTA A UN CABALLERO AMIGO SUYO: LE ENSEÑA QUE LOS TRABAJOS PONEN ESPERANZA A LOS JUSTOS Y TEMOR A LOS PECADORES

A Cristo gracias que ha hecho a vuestra merced participante en dolores, que es la prenda del cielo que más cierta hay en la tierra, pues es la más semejable al Señor, que del cielo descendió por darnos lumbre para que esto amásemos, y esfuerzo con su ejemplo, y gracia con su merecimiento. No le parezca a vuestra merced crueldad la dispensación de las obras de Dios; que como su galardón no es liviano, no quiere que el medio para lo alcanzar sea liviano: ni hay cosa más ajena de ser cosa de burla y de palabras que lo que el Señor tiene aparejado para los que le aman. Para que esto se conozca y se estime es bien que así sean tratados los que de ello han de gozar, para que el mundo se desengañe, pensando que viviendo de burla han de ir a gozar de galardón de verdad. Avisa el Señor a los suyos, y amenaza a los ajenos; porque a los unos dice que sientan de su galardón grandemente, pues con este rigor lo da; y a otros dice que cómo piensan escapar de las manos de su rigor siendo enemigos, si así son tratados los hijos e hijas escogidos para grande bien. Si miramos este rayo de rigor y justicia, que son dolores, hallaremos ser grande ocasión para

esperar y para temer; y en lo uno es glorificada la misericordia de Dios y en lo otro la justicia.

Espere descanso el trabajo: tema trabajo quien acá no le tiene; porque como en cualquiera persona, por justa que sea, haya muchas cosas que merezcan castigo, aunque no de infierno, y éste hase de dar si no se purga con tan grande exceso de amor que la contrición valga por castigo, como en la Magdalena y otras, claro es que aquí o en purgatorio será menester pasar por fuego: y aunque los que no tienen aquel grande amor de Dios, que causa grande dolor, que vale por la satisfacción, les parezca que se les hace agravio en ir ellos salvos por fuego, y los otros sin él, están muy engañados en esta cuenta; porque el amor grande de Dios en la tierra, donde Dios es ofendido, causa mayor dolor que los que vuestra merced tiene; y en esto se ve ser así, cuando quien a sí ama, tomaría de buena gana lo que vuestra merced tiene porque le quitasen su dolor. Y de esto no nos debemos espantar, pues hay personas que por no verlos pasar a vuestra merced, lo pasarían ellas, en señal que da más pena el amor que uno tiene que el dolor que pasa otro. Y si vuestra merced ama a una persona mucho, no querría que a él se le quitasen los dolores, si había de ser con condición que se le pasasen a ella, en señal que le dolerían más en ella que le dolerían en él.

Pues si esto puede el amor de la criatura, ¡cuánto más lo podrá el amor del Criador infundido por el Santísimo Espíritu del Señor, que excede a toda otra fuerza! Y así es grande verdad que así o así no hay quien escape de padecer para ir a gozar; y quien de esta ley se quejase, quéjese de ser hombre y porque no le hicieron ángel; y quéjese de la justicia y razón, pues toda ella pide que la virtud ha de ser con trabajo, y a ésta corresponde el galardón. Mas ¡oh, Señor!, ¿y quién osará quejarse de Ti porque le tratas con rigor, pues luego le tapas la boca con que así amaste al mundo, que a tu Unigénito diste para que a poder de trabajos, dolores y muerte que de El cargase el mundo, evitase los del infierno y gozase del cielo? ¿Quién, Señor, se osará quejar viendo recia

mente tratados a tus más amados, y que andan a porfía en tu palacio los favores y los dolores, y que digan, mandándolo Tú, a uno de tus favorecidos: «porque eres acepto a Dios fué necesario que la tentación te probase?» Pues si con esta carga das tu gracia, amor y cielo, y a Ti mismo, no nos quejemos, no, del contrapeso, pues es Dios. No deje vuestra merced caer el corazón debajo de los trabajos; mas acuérdese que algún día deseó hacer y pasar algo por Dios.

No es Dios sordo a las hablas de nuestro corazón: El dió a vuestra merced lo que El por mejor estimaba: y si ahora le parece recio, confíe de quien lo envía, que dará fuerzas para lo llevar. Acabarse ha lo que duele: sucederá lo que dará descanso; y no será aquello como esto, sino sin comparación mayor. Y si vuestra merced dice que renunciaría aquello por no pasar esto, no es bien dicho ni de corazón generoso, el cual más quiere verse en peligros y trabajos por la virtud, que estarse ocioso sin ejercicio; y no es bien que teniendo vuestra merced el corazón tan esforzado para las guerras del Emperador, lo tenga flaco para las de Dios. No le piden acá que rija un ejército entero como Capitán general, sino que lleve bien la carga de su pica y dé buena cuenta de su lugar: no sea cobarde vuestra merced en lo menos, pues tiene camino para lo más: métase todo en la Pasión del Señor, y aprenda en lo que pasa lo mucho que el Señor pasó y el grande amor que le tuvo; pues pudiéndolo redimir por otra vía, no quiso sino a costa de dolores, y muy recísimos: y así es que como El en una hora amaba más a su Padre que todos los hombres juntos, así en una hora pasaba más dolores que todos los hombres, y en toda la vida de ellos no hubo amor igual al suyo ni dolor.

Esfuércese vuestra merced a querer pasar algo por El: no sea esclavo, pues le quiere y trata por hijo: que el padre a su hijo azota, y vuestra merced lo está, y por esto se puede tener por hijo. Ame a su Padre: salga ya de sí, y dese a Dios: dígale: «Señor, seguiros quiero, aunque por dolores: esta ofrenda os quiero ofrecer: no os

quiero dar cosa de poco precio, sino que me cueste mi sangre, porque me digáis como a Abraham (Gén. XXII): *Quia fecisti hanc rem, et non pepercisti unigenito tuo propter me*». Mire: si Dios agradece a un hombre que da su hijo por El, cuánta razón es que el hombre agradezca que Dios dió el suyo por El: y aquel sólo lo agradece que en recompensa da a Dios su propio hijo, que es lo que más en su corazón le duele, para que se pase, porque Dios lo quiere. Mire vuestra merced este dechado del amor que Dios le tuvo; mas sea para sacar de El que como le dieron sangre y dolores, dé El lo mismo; que cierto si así responde a los dolores, El responderá a los dolores de vuestra merced con tal galardón que se agrade mucho de haberlos pasado; y aunque la carne no crea esto, la fe supla la falta, que cantar tiene vuestra merced: *Lætati sumus pro diebus quibus, nos humiliasti: annis quibus vidimus mala*. Así sea. Amén.

174—CARTA A UN SU DEVOTO QUE LE PIDIÓ CÓMO SERÍA BUENO ENSEÑARLE SE APERCIBA PARA TRABAJOS Y EL FRUTO QUE TRAEN

Recibí vuestra carta, y dígoos verdad, que si no fuese porque yo tan pocas veces os escribo por mis ocupaciones, yo os rogaría muy mucho que muy a menudo me escribiésedes, porque recibo mucho gozo en saber de vos y de vuestra casa. Mas, pues tanto yo os debo en otras cosas, no dejéis de echarme también en esto carga, que todo lo pagará Nuestro Señor. Huelgo que me pedís que os escriba con qué seáis bueno, porque mucho tiene andado el camino el que lleva buena gana de lo andar. Mas mirad no sea como a muchos acaece, que el saber la voluntad de Dios no les sirve de ponerla en obra, mas de obligarlos a mayor pena; porque, según dice el Señor (Luc., XII): *El siervo que supiere la voluntad de su señor y no lo hace, será azotado con muchos azotes*. Por eso no se obliga a poco quien pide ser enseñado en el camino de Dios, y creo yo que la intención con que vos lo pedís no es otra sino para poner en obra lo que

se os dijere, y por eso es mucha razón que se os diga.

Hermano, las buenas obras son en dos maneras: unas son exteriores, así como rezar, ayunar, dar limosna, no jurar, no mentir, no murmurar, no hacer mal al prójimo, no le enojar y otras semejantes obras. Otras hay que están en lo dentro de nosotros, que son un corazón encendido en amor de Dios y del prójimo, un profundo sentimiento de nuestra indignidad, un entrañable agradecimiento a las mercedes de Dios, una reverencia que a la divina Majestad tenemos, que nos tornamos delante de su grandeza como si fuésemos nada, con otros muchos sentimientos interiores que decir no se pueden. Las primeras buenas obras de fuera son más ligeras de hacer, y es muy de culpar el hombre que en ellas es flojo: porque el que en lo menos es perezoso, ¿cómo será cuidadoso en lo más? No tiene razón para quejarse que no le da Dios cosas mayores, quien no es para refrenar su lengua y tener a raya su cuerpo y ejercitarlo en buenas obras.

El templo de Dios tenía un portal, en el cual entraban los legos, y otro más interior, donde no entraban sino los sacerdotes, y así el oír Misa y honrar a los mayores, no hacer mal ni decir mal, con otras semejantes obras, comunes son a los cristianos que son amigos de Dios, y a los que no lo son. Mas el corazón lleno de fe y de caridad, este es el propio don de los amigos de Dios, y que distingue entre los hijos de perdición y de salvación. Y así como por el primer portal entran al segundo, así por estas buenas obras primeras van a este santo corazón, no porque estas buenas obras engendran a este corazón, que sola la gracia de Dios lo da, mas porque a los que hacen, según su propia flaqueza, lo que en sí es, corresponde Nuestro Señor conforme a su grande misericordia. El corazón nuevo, así como es la cosa que más nos cumple tener, así es la cosa que menos nos cumple pensar que la podemos tener nosotros. No es fiel quien no cree que Dios le dió el ser que tiene; ni tampoco lo es quien piensa que otro que Dios le puede dar el ser bueno, pues que es mejor el buen ser que el solo ser. Y los que piensan que por su saber o poder

han de alcanzar este don a cabo de muchos trabajos pasados y muchos caminos andados y probados, hállanse estar más lejos cuanto más cerca pensaban estar.

Por abatirnos y despreciarnos alcanzaremos lo que deseamos, más que por otra porfía soberbia. Dios es muy alto; mas a las cosas bajas miran sus ojos en el cielo y en la tierra. Y en balde trabajó por le agradar quien por otra parte que por abajarse lo procura. Ya vino el Hijo de Dios a la tierra, y nos enseñó en su vida y palabras el camino para ir al cielo, y este camino es humildad, según El lo dijo (Luc., XIV): *El que se abajare será ensalzado.* Hermano, pues, si queréis que Dios os dé corazón nuevo, enmendad primero vuestras obras, y después sentid vuestras faltas, reprended vuestras culpas, no alivianéis vuestras tachas, juzgaos en verdad, y no os ciegue vuestro amor; y sintiéndolas no las olvidéis, mas ponedlas delante los ojos, y presentaos a Jesucristo, Salvador y Médico nuestro, y lloraos delante de El, que sin falta El os acallará. No hay armas tan fuertes como lágrimas de niño para su padre; ni hay cosa que así nos haga victoriosos delante de Dios como llorarnos delante de El y quejarnos de nosotros a El; no para que haga justicia, más misericordia.

Llamad, que no lo habéis con sordo: presentadle todas las llagas que en vuestra alma sintiéredes, que no lo habéis con ciego; contadle vuestras miserias, que piadoso es para os remediar: confesad y comulgad, y llegándoos al Señor sentiréis derretirse vuestra ánima de suave dulzor, y diréis: «¡Cuán grande es la grandeza de tu dulcedumbre, Señor, que escondiste a los que te temen!» Mas mirad que cual, sintiéredes ser el Señor con vos, as ítened cuidado de ser vos con vuestros prójimos; que de otra manera hallaréis a Dios desabrido si el prójimo os halla así a vos. Ya sabéis su firme sentencia, que con la medida que midiéredes os ha El de medir. Pues no seáis vos corto, porque Dios no lo sea con vos. Por una cosa que vos perdonáis, seréis de El perdonado en muchas. Por poco que vos sufrís, os sufre El muchas cosas. Dais poco, recibís mucho; por tanto, esforzaos de guardar con

mucho cuidado la ley de la caridad, que en ella está vuestra vida. Veis aquí, Hermano, cómo habéis de vivir, en breves palabras dicho: tened cuidado de encomendar vuestras palabras y obras. Y usad la oración, pidiendo a Cristo corazón nuevo y derecho, y no haciendo contra vuestros prójimos cosa que les sea cargosa, antes todo el buen tratamiento de palabra y obra que vos pudiéredes. Y así haréis lo que debéis para con vos, y para con Dios y para con el prójimo.

Haced esto, y viviréis con que sepáis que si habéis de ser amigos de Dios, que os aparejéis a sufrir trabajos; que si esto no hay, ¿qué es el bien que uno tiene sino ciudad sin muros, que al primer combate es vencida? La paciencia es el escudo de las otras virtudes; y ella faltando en un rato, perdemos trabajos de muchos días. Y por eso nos amonesta nuestro Maestro y Redentor: en vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas, que ésta faltando no somos nuestros, porque así roba el juicio la ira como el beber vino. Haced el corazón fuerte para sufrir trabajos, que sin pelear no podéis gozar de victoria, y no se dará la corona sino a quien venciere: no os parezcan grandes vuestros trabajos, que para lo que merecemos, y para lo que Jesucristo Nuestro Señor pasó, y para el galardón que por ellos nos será dado, muy chicos son. Acordaos que presto saldremos de este mundo, y todo lo pasado nos parecerá una breve sombra, y estimaremos por mejor el trabajo que el descanso. Sabed vos aprovecharos de las penas, que gran tesoro traen al ánima (Sap., III). Apúranla de los pecados pasados; porque lo que es el fuego para el oro, es la tribulación para el justo, porque le hará muy apurado: mas los malos quedan más sucios, porque en lugar de ser agradecidos a Dios, quéjanse de El; y en lugar de ser mejores con el azote, hacen pecados con los trabajos, y pierden lo que pudieran ganar, y ganan el infierno con mucho trabajo. Vos, Hermano, no así; mas estad más fuerte mientras más probado.

En las tribulaciones prueba Dios a los suyos: y quien no es probado, no será coronado; porque según dice San-

tiago (cap. I): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida;* la cual prometió Dios a los que le aman. ¡Oh, si entrase en nuestro corazón el valor de esta corona, y cuán de buena gana seríamos atribulados ahora! ¡Oh, si pensásemos de corazón cuán alegres están ahora y estarán para siempre los que un poco lloraron acá! Hasta la tierra nos abatiríamos con deseo de ser en el cielo ensalzados, y los placeres de acá desecharíamos, aunque nos los diesen, porque con la esperanza de aquéllos perderíamos éstos. Presto se descubrirá la vanidad de este mundo, y aparecerá el reino de Dios. Vivid ahora como extranjero; y teniendo acá vuestro cuerpo, tened vuestro corazón allá, para que cuando el Señor os llamare no os halle durmiendo, mas aparejado para ir con El y para oír aquella dulce voz: *Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor.*

175—CARTA PARA UNOS AMIGOS SUYOS, ENSEÑÁNDOLOS A VENCER SUS ENEMIGOS, CARNE, MUNDO Y DEMONIO

Amados Hermanos en Jesucristo: la paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros. Después que de vuestra presencia me partí, siempre os he tenido en mi memoria presentes, porque el amor que os tengo no me consiente otra cosa. Amaos para Dios Nuestro Criador y Redentor, pues que ya una vez os disteis a El, y yo fuí el testigo de ello; y, por tanto, querría que no os arrepintiésedes de haberos ofrecido a Dios, pues El se ofreció a la muerte por vos. Combates tendréis, y no muy pequeños, porque nuestros enemigos muchos son y muy crueles; por tanto, no os descuidéis; si no, luego sois perdidos. Y si los que velan aun tienen trabajo en guardarse, ¿qué pensáis que será a los descuidados, sino ser del todo vencidos? Acordaos que el placer que el pecado nos ofrece es poco y sucio y breve, y el dolor que después queda es muy grande, y la pérdida que nos viene mayor. ¿Qué dolor, por grande que sea, puede ser igual con la pérdida, que es perder a Dios? ¡Oh, cosa

para temblar sólo en oírla, que si amamos al pecado no tendremos parte en Dios! Quien a esto no despierta, muerto está, no dormido.

Miremos, pues, cómo vivimos, que en breve pareceremos delante de Dios a dar cuenta de nuestra vida: no nos engañe la suciedad de la carne, la vanidad del mundo, la astucia del demonio, mas miremos a Jesucristo puesto en la cruz, y veremos atormentada su carne y deshonrado del mundo y vencedor del demonio. ¿Y quién siguió a Cristo, que fuese engañado? Ninguno, por cierto. No apartemos, pues, nuestros ojos de El, si no queremos tornarnos ciegos: no parezca que le tenemos en tan poco, pues que muriendo por nos, no le queremos mirar; por eso murió, porque nosotros nos esforzásemos mirando a El para morir a nuestros pecados. Muera ya, pues, en nosotros el viejo hombre, pues murió por nosotros en la cruz el nuevo hombre, que es Cristo. Lleguemos a El nuestras llagas, que con las suyas serán sanas. Y si el apartarnos de nuestros pecados nos parece penoso, muy más le fué a El apartársele el ánima de su cuerpo cuando murió, para que nosotros para siempre vivamos.

Ea, pues, cobremos ánimos para seguir a tal Capitán, pues que El va delante; nosotros en el hacer, y El en el padecer. Crucifiquemos nuestra carne con El, para que ya no vivamos según sus deseos, mas según el espíritu que da vida. Si el mundo nos persiguiere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una acordada música que nos dan, y las piedras nos parecerán perlas preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh, Jesús, y qué fuerte es tu amor, y cómo todas las cosas conviertes en bien! Cierto, quien de tu amor se mantiene no habrá hambre, no sentirá desnudez, no echará menos cuanto en el mundo hay; porque poseyendo a Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea. Tomemos, ¡oh, muy amados hermanos!, deseo de ir y ver esta visión, cómo arde la zarza y no se quema; quiero decir, cómo los que aman a Dios, en las injurias no sienten las injurias, en la hambre están hartos, desechados del mundo no se afligen, tenta-

dos del fuego carnal no se queman, hollados están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos y muy familiares a Dios. Todo esto y más hace el noble amor de Jesús en el corazón donde se aposenta.

Ninguno puede venir a esto si no se descalza los zapatos, que son sus afecciones mortecinas, que nacen del amor propio, que es la raíz de la muerte, como el amor de Dios es causa de vida. La tierra santa no sufre zapatos, ni la vida espiritual los deseos del propio amor: quien a Cristo ama, a sí se ha de aborrecer: quien a Cristo no quiere ser cruel, no sea a sí piadoso: los que son dulces a sí, amargos son a Cristo; y los que a sí miran, no pueden mirar a Cristo. Demos, pues, nuestro todo (que es chico todo) por el gran todo, que es Dios. Dejemos de seguir nuestra tuerta voluntad, y sigamos con diligencia la de Dios. Tengamos todas las cosas por estiércol, por ganar la perla preciosa, que es Cristo; y por verle en su gloria hermoso y gozoso, abracemos acá su deshonra y trabajo. Cierto no va engañado quien tal trueque hace; porque cuando aparezca Dios con sus santos y venga a dar a cada uno según sus obras, entonces parecerá locura lo que ahora es tenido en más precio, y llorarán los que ahora gastan su vida en deleites. Y sólo aquel será conocido de Cristo que siguiere su santa voluntad.

¡Oh, cuánto será el gozo de los buenos entonces, cuando honrados por Dios se asienten en las sillas aparejadas *ab æterno*, y juntos con los coros angélicos alaben a Dios su Señor. ¡Oh, cuánto será el gozo de aquellos que han de ver al Rey en su hermosura, en el cual contemplando estarán tan contentos que ningún seno les quedará que no rebose de lleno de aquel licor y bálsamo que crió todos los buenos licores, al cual comparada toda hermosura es fealdad, y la luz del sol es tiniebla, y los grandes deleites son amargura; y por no decir cada cosa por sí, todas las cosas juntas en comparación de esta cosa no son cosa, ni por alguna se deben de contar! ¡Oh, Dios, que eres todas las cosas y ninguna de ellas, porque eres sobre todas ellas! ¿Y cuándo ha de ser el día que te hemos de ver?

¿Cuándo se ha de quebrar este vaso de barro que tanto bien nos impide? ¿Y cuándo se romperán estas cadenas que no nos dejan volar a Ti, descanso verdadero de los que descansan?

No miremos, ¡oh, hermanos!, a otra parte, si a Dios no: llamémosle a nuestro corazón, y tengámosle allí muy apretado con nos porque no se nos vaya. ¡Oh, tristes de nosotros! ¿Qué haremos sin El sino tornarnos en nada? Echemos ya atrás esto que tan adelante traemos, y comencemos ya a gustar algún día cuán suave es el Señor: corramos tras Aquel que corrió a nosotros desde los cielos para llevarnos allá. Vamos a quien nos llama, y con tanto amor desde lo alto de la cruz, despedazada su carne y quemada con fuego de amor, para que más sabrosa nos sea. ¡Oh, si comiésemos, o si nos quemásemos, o si nos transformásemos, o si nos hiciésemos un espíritu con El! ¿Qué nos detiene? ¿Qué nos estorba? ¿Qué nos engaña que no nos lleguemos a Dios? Si es nuestra carne, refrenémosla; si es nuestra honra, despreciémosla; y si es nuestra hacienda, echémosla si pudiéremos, si no, tengámosla como estiércol, entendiendo en ella con diligencia y sin amor de ella. Si es la mujer, dice San Pablo (I Cor., VII): *Los que tienen mujeres, sean como si no las tuviesen;* si los hijos, querámoslos para Dios; y si otra cualquier cosa, digámosle y con lágrimas: no me apartes de mi Dios. ¡Oh, si tanto llorásemos por Dios que de aquella agua se encendiese fuego que quemase todo aquello que de Dios nos aparta! Las lágrimas nos lavarían, y el fuego nos quemaría, y seríamos animales santos todos ofrecidos a Dios.

¡Oh, fuego de Dios, que consumes nuestra tibieza, y cuán suavemente ardes, cuán sabrosamente quemas y con cuánta dulcedumbre obras! ¡Oh, si todos y del todo ardiésemos por Ti! Entonces dirán todos nuestros huesos: Señor, ¿quién es semejable a Ti? Porque del fuego del amor tuyo nacería conocimiento de Ti, pues que quien dice que te conoce como te ha de conocer, y no te ama, es mentiroso. Amémoste, pues, y conozcámoste por el conocimiento que de amarte resulta, y tras esto venga el

poseerte, pues tan ricos son los que te poseen, y poseyéndote a Ti seamos poseídos de Ti, y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios Trino y Uno, Rey infinito, sabio y poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que a Ti se llegan, glorificador de los que te sirven, y Dios de cuya perfección no hay fin, porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de Ti sólo eres del todo conocido. A Ti sólo sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

176—CARTA A UN DEVOTO SIERVO DE DIOS: ENCARÉCELE LO QUE IMPORTA LA HUMILDAD

De cætero frater confortare in Domino, et in potentia virtutis ejus (Ephes., VI): que fiel es el que nos llamó, no para dejarnos en el medio camino, sino para llevarnos al fin de todas las cosas. Y aunque habrá enseñado a esos sus siervos cuán grande es la virtud de la humildad, para que Dios repose el ánimo, no me impute a mal que por mi indigna boca se lo encomiende y reencomiende. ¡Oh, Señor, y cuántos que bien caminaban han sido descaminados por faltarles esta virtud, y lo que peor es, que yendo fuera del camino piensen que van en él! ¿Qué remedio queda al miserable que tiene ciego el mismo ojo con que ha de ver sus defectos, y que tiene enfermedades en la parte que había de ser cura de todas las enfermedades? Tiemblo en pensar esto.

Que no sé por dónde o cómo entra tan delicada soberbia, que sintiendo un hombre que todo el bien que tiene es de Dios, y que de sí no tiene sino pecados, con este sentido esté lleno de soberbia, que baste a desagradar a Dios. Verdaderamente debemos temblar *in conspectu Domini* y no sentir maravillosas cosas de nosotros, ni tener en poco a quien camina por donde a nosotros nos parece: porque este negocio más consiste en hallar gracia delante los ojos de Dios, que en tener muchos dones, que a las veces pueden estar sin gracia, o con menos gracia, y ser más cuerpo que espíritu, y riquezas humanas o

dones gratuitos dados a los hijos de las concubinas, que prenda de la heredad que se da a los hijos. Señor, humillemos *ex toto corde animas nostras;* escarmentemos en tantos que parecían altísimamente caminar, y el fin declaró que fué principio para mayor caída, y no alteza debida delante los ojos del Altísimo Dios. No es daño que nos tengamos a raya, aunque algo se excediese en sentir menos de nuestros dones que sería razón; mas es muy gran daño si un poco excedemos. Por eso nos está aconsejado (Luc., XIV): *Recumbe in novissimo loco.* San Agustín aconsejando: *quæ est via ad cœlum?* dice: *humilitas.* Y si otra vez me preguntáredes, responderé lo mismo; y si otra vez y mil, no responderé sino *humilitas.* Y ésta, como digo, no es sentir solamente que todo el bien es de Dios, y el mal nuestro, sino otro sentido allende de éste, el cual yo sé poco sentir, y de lo que siento sé menos hablar.

Ruego a Jesucristo que El lo enseñe a todos, porque tengo por cierto que ninguna persona lo sabrá enseñar, ni el hombre que en esto está cerrado lo sabrá tomar, si por particular merced de Dios no se abren a esto los ojos, *expertus loquor.* Tanto los siervos de Dios duraban en lo comenzado, cuanto esta modesta y pacífica, y que de sí poco siente, humildad, los durare, porque por faltar ella se han ido todos los edificios que parecían ir buenos, y adonde ella está tiene puestos Dios sus ojos: *Gratiam tecum, et fratribus meis, tecum commorantibus.*

177—CARTA EN QUE EXHORTA A UNA PERSONA A SER AGRADECIDA EN GUARDAR EL DON DE DIOS, Y NO SE EMBARACE EN LOS BIENES TEMPORALES, QUE SE PASAN COMO HUMO

Muchas veces me acuerdo de vuestra merced, y hácelo el amor que le tengo; y no hay vez que con su memoria no se cause en mi ánima un temor y temblor, considerando los muchos peligros en que esa ánima está, por la cual tanto Nuestro Señor ha hecho, que a poder cansarse, cierto El lo estuviera muy mucho; mas ya se cansó cuando tuvo carne pasible, y de aquellos cansancios resulta

el cuidado que sin cansancio ahora tiene de los que así trae. ¡Oh, Señor, y con cuánta razón vuestra merced debe ser agradecido al bien recibido, y cuidadoso por la guarda de él a lo menos; y temeroso no se le vaya de entre las manos! Y dije a lo menos, porque el que tiene conjeturas que ha recibido de Dios el don de la justificación, debe obrar como diligente negociador, para que con cinco gane otros cinco, creciendo en el bien que Dios comenzó, y ganando cada día más parte del cielo, pues está la puerta abierta para más cada día ganar: que cierto es que si a uno dijesen que había un camino muy largo, por los pasos del cual diesen grandes bienes, y por un solo paso diesen valor de un reino, y que aunque en toda la vida quisiese un hombre andar por él nunca le quitarían su galardón, y tan copioso como el primer paso que dió, no habría en el mundo de los del mundo quien no fuese tan paseador que a duras penas descansase.

Pues si la codicia de lo visible esto obraría, ¿qué es razón que obre el amor de lo invisible y eterno, sino un vigilante cuidado de andar el camino de Dios con alientos tan nuevos, y más de lo que el primer día tuvimos? ¿Quién será tan mal mirado que no se tenga por muy deudor de Dios por tantos dones como de El ha recibido en pago de tantos males nuestros, que no corra con diligencia a servir como pudiere a Señor tan benigno, que mirando de dónde el Señor le sacó no se atreverá a alejarse cada día más y más del lugar del infierno y de la maldad del pecado? No parece dolerse bien de la ofensa quien con diligencia no procura estar de ella muy lejos.

No agradece suficientemente al Señor este don a quien se le va el pensamiento de El, y se le envejece con el tiempo, ni se despierta a nuevas gracias y nuevos servicios, conociendo cada día más, como quien tiene más luz, esta tan grande merced, que llama David (Psalm. XX) *bendiciones de dulcedumbre;* pues es mucha razón que crezcamos en el ser nuevo de la gracia que el Señor nos dió, y no quedar contentos con quedarnos siempre chicos. Dije que a lo menos debemos ser cuidadosos por la guarda de aqueste don, porque a buena razón hemos de

ser acrecentadores de mayores bienes cada día más. Y de aquí es que como yo vea estar la candelica de vuestra merced combatida con tantos vientos, y vea su flaqueza entre tantos y tan grandes y astutos enemigos tiemblo sobre él, como una madre sobre un hijo, que no osa gozarse del bien que le ve, con el temor de que le puede perder.

Señor mío, ¿cómo le va? ¿Está vuestra merced en pie delante su Dios? ¿Vive delante la vida? ¿Tiene aposentado a Dios Nuestro Señor en su corazón? ¿Hay unión de amor entre Dios y su ánima? ¿Por ventura hay alguna rencilla o desconveniencia que haya causado el cuidado del siglo, y el poco cuidado de agradar a su Señor? Temo de oír la respuesta, y no puedo estar sin oírla: si buenas nuevas me da, alegrarse ha mi ánima en el Señor, y darle ha gracias por haber guardado lo que ganó, y si otra cosa hay, dolerme ha: mas saberlo quiero; porque no me quiero estar yo sin dolor, estando vuestra merced en algún espiritual daño o enfermedad.

Parte espero de su corona, parte quiero de su pena. Y si algo de esto hay, no deje añejar las llagas ni hacer nudos ciegos a las ataduras de los pecados. Quiebre presto lo mal atado, que no tiene licencia para estar apartado de Aquel que en cruz por él se ató con muy recios clavos: diga a todas las cosas: apartaos de mí, que no soy vuestro, ni debo ser mío. Sea lo que fuere, sea quien fuere, vaya lo que fuere, no tiene nadie razón ni justicia para llevar por suyo a vuestra merced, sino Jesucristo, que lo crió y tomó por hijo, y después de haber sido pródigo, lo recogió y honró, y dió nueva ropa y dulce abrazo de paz, y le tiene guardada silla de gran descanso en el cielo si guardare sus mandamientos. De este Señor es este hombre: aunque aleguen de su derecho todos los hombres, no hay quien tan justamente lo comprase, siendo El, por otro título, suyo; porque ¿qué es morir por nos sino comprar con mucha costa lo que ya era suyo por creación, y sacarnos de los infiernos y darnos de nuevo su amistad? ¿Qué es sino multiplicar títulos sobre una misma cosa, y tan grandes, que cada uno de ellos

es muy justo para llevarse a todo el hombre tras sí? ¡Oh, traición de los hijos de Adán! ¿Qué es lo que hacéis cuando prevalece en vuestro corazón otra cosa contra Jesucristo o que no sea Jesucristo? ¿Cómo podéis decir no, al que tan obligados sois a servir, aun con pérdida de vida? ¿Así os ciega un tan pequeño título, que cualquiera cosa puede tener para llevaros, y ponéis en olvido tantos y tales que tiene el Señor de los cielos? Váyase, Señor, el mundo de nuestros corazones, pues presto se ha de ir de nuestros ojos; y cuando viéremos que algo en El florece, llevémosle a soterrar y pisar con la sepultura, que allí nos darán verdadera relación de ello, y tal, que nos quite de ello el cuidado de todo lo que acá es buscado con pestilencial codicia. ¿Qué mejor peso y medida quiere para no ser engañado y para no recibir uno por otro, que el llevarlo luego a la muerte de Jesucristo, que condenó lo que el mundo estima, y a la muerte nuestra, que nos hace ir desnudos, solos y abatidos, y ser pisados de los pies de nuestros criados? Y acuérdese vuestra merced de esto, pues allende del temor que todos debemos tener de aquel paso, tiene vuestra merced otro muy particular, porque tiene otro particular conocimiento del que casi no faltaba un dedo para pasar del todo por él a la parte de la eternidad.

Mire, mire no le engañen la falsa apariencia y pintadas máscaras, que no son sino máscaras con que convidan y engañan ánimas. Y si estas sombras le parece bien, alce el corazón al cielo, donde están las verdades de esto que acá parece algo. Y así no tendrá envidia del que viere ir delante en estas cosas, ni tendrá aun de buena gana lo que por fuerza no puede dejar: no se embarace en la tierra, pues tiene prendas del Señor, que le quiere llevar al cielo, las cuales son su sacratísima muerte, el conocimiento y amor del Crucificado, y recibir los santos Sacramentos, por lo cual se da en la santa Iglesia perdón de los pecados y adopción de hijos de Dios, y por esto herederos. Busque las sombras el que no espera las cosas de tomo: tome la brevedad el que no ha gustado de los bienes espirituales, que duran para siempre; y regocí-

jese locamente en las prosperidades de acá quien no ha sentido en su corazón cuán dulce cosa es echar lágrimas por haber ofendido al Señor, y cuán bienaventurado en arrimarse a Jesucristo, y vivir para El.

Y pues el Señor nos ha llamado por su misericordia, y nos ha dado conocimiento de su Hijo Jesucristo, no vivamos según la carne, ni recibamos consejo contra este consejo, que en cosa tan manifiesta, con buscar y estimar el contento de Cristo, menospreciando el mundo y todas sus cosas, no es menester parecer de nadie; ni nos mueven las vanidades, por muchas y muy usadas y conocidas que estén en el mundo. *Pasa el mundo y su deleite,* como dice San Juan (cap. II). Mas el que hiciere la voluntad del Señor estará con El para siempre; porque quien se arrimare a lo inestable, caerá con ello; quien adorare ídolo, semejable a él será hecho, y quien a Cristo amare (y aquel le ama que al mundo desama), éste será el sabio, el alto, el que ha de ser ensalzado para asentarse en el reino con el mismo Jesucristo, como El se sentó en la diestra del Padre: más vale allí ser el menor, que acá el mayor: por tanto, si nos deleita el reinar, deseémoslo en el eterno: éste dé Cristo a vuestra merced. Amén.

178—CARTA A UN DEVOTO, ANIMÁNDOLE A BUSCAR A DIOS, Y ENSEÑÁNDOLE CÓMO EL RECOGIMIENTO NO ESTÁ ATADO A LUGAR

Vuestra carta recibí, y lo que a ella hay que responder es que os acordéis que no hay en esta vida persona que viva sin trabajos, y que quejarse de ellos es quejarse de ser hombre, pues para ello nacimos. Y si os parece que con estar encerrado tendríades vuestra ánima más recogida, mirad que no es pequeño fruto del ánima la obediencia en cosas que nos desagradan y la humildad en los oficios bajos; y creed que el hombre cuidadoso del recogimiento, y que pone su confianza en Dios, muchas veces se halla recogido en las calles y plazas como si estuviese en su celda; y los que atan su devoción a lugar particular, luego la pierden perdido el lugar, y aun muchas ve-

ces les falta en su propio lugar; y la causa de ello es por quererla ellos allí, y no se esforzar a buscarla en todas las partes y obras en que por obediencia entienden. En la cual os debéis mucho fundar, sin escoger vos esto o aquello, pues es cosa a Dios tan agradable, que excede a todo lo que el hombre hiciere guiado por su propia voluntad, por bueno que os parezca ser. El P. Fray Luis de Granada irá por allá: haced con mucha confianza lo que él os aconsejare. Sea el Espíritu Santo con vos siempre.

179—QUE NO SE DEBEN HACER MUDANZAS SIN CONSULTARLO CON DIOS

Como soy enemigo de las mudanzas, y las tengo por tan sospechosas, soy tardo en dar respuesta en lo que toca a ellas, hasta que por las oraciones de vuestra merced haya más lumbre para el camino, porque no se anden a ciegas y se hallen más estorbos de los que se querrían huir. Suplico a vuestra merced lo solicite con Nuestro Señor, y en habiendo satisfecho en mi corazón, lo haré saber a vuestra merced, y entre tanto le encomiendo mucho el sosiego del ánima, porque acaece a algunos perder el tiempo y aparejo que Dios les da, pensando en el que desean tener, y quédanse sin gozar de uno y de otro.

Haga vuestra merced cuenta que no hay más de un día de vida para vuestra merced, y que éste es cuando amanece, y gástelo como si fuese el postrero con el cuidado que pudiere. Y cuando venga el deseo de otra cosa, respóndale (Math., VI): *No queráis pensar en mañana;* y ejercítese en quebrantar su voluntad; porque cuando uno huye de donde hay aparejo de la quebrantar, es como huir de la guerra; y como huye siendo cobarde, y se lleva la flaqueza consigo, en viniendo la ocasión se hallará tan flaco como primero, porque mudó el lugar, y no el corazón. Dé vuestra merced buena cuenta de esa casa y aparejo que tiene, y entonces tendrá lengua para pedir a Nuestro Señor otro mejor; que de otra manera decirle han que quien destroza lo que le dan, ¿para qué le han de dar otra cosa mayor?

180—CARTA A UN AMIGO: ENSÉÑALE EL APAREJO PARA BIEN MORIR

Pídeme vuestra merced que le avise de algunas cosas que le sean provechosas a su salvación, petición por cierto justa, y digna de ser concedida si hubiese en mí dificultad como hay voluntad. Señor mío, cuando un hombre comienza a usar de razón había de comenzar a ordenar su vida para cuando llegase el día de su muerte, de tal manera, que su vida fuese un cuidado de cómo estaría aparejado para que la corona de gloria asentase bien sobre su cabeza; mas ya que en esto haya descuido, débese llorar y enmendar: y cuando viene ya la edad más madura y anunciadora de la muerte, debemos con nuevos alientos esforzarnos a remediar nuestras flaquezas pasadas, y de todo corazón entender en el aparejo para nuestra muerte, el cual, no sólo es no deber nada a nadie, no estar en pecado mortal, mas con frutos dignos de penitencias deshacer los males pasados, para que pesados en balanza justa nuestros males y bienes, y siendo de nuestra parte la misericordia de Dios, pese tanto nuestro cuidado en el servicio de Dios como algún día pesó el cuidado del mundo.

Conviene ser limosneros, caritativos, devotos, pacientes y humildes, para recompensar lo que de esto en otro tiempo nos faltó, y andar con un santo fervor, como abeja que hace miel, buscando cómo más y más nos llegaremos a Dios con el corazón, pues en la edad ya estamos más cerca de ser presentados delante de El; porque de otra manera, ¿qué responderemos a nuestro soberano Juez si fuéremos descuidados en lo postrero de la vida, lo cual El por grande merced nos concedió para enmienda de la pasada y aparejo para ganar la eterna? Por tanto, señor, afloje en los cuidados temporales para estar vigilante a lo que más importa. Salga con su corazón del mundo antes que lo saque Dios en el cuerpo. Guarde gran reposo en su ánima aunque pasen carretas por él; y como hombre que va corriendo una posta en que la vida le va,

que no vuelve aún la cabeza a otras cosas, así haga él a lo de acá. Diga en su corazón: a la muerte me llevan, ¿qué se me da a mí de lo de acá? A Dios voy, no quiero enlazarme en otras cosas; porque si aun trabajándolo así muchas veces me veo ocupado y detenido, ¿qué será si no lo trabajo? Piense, señor, que comienza ahora a servir al Señor; y acuérdese de los propósitos que algún tiempo tuvo, y pídalos al Señor, y empléese ahora en ellos, pues está más experimentado que antes para mejor los guardar.

Su vida está en llegar su ánima a Dios, y para esto ha de trabajar por tener su corazón desasido de lo de acá; y mirando esto como cosa que mañana dejará, entender en su lección, oración, confesión y comunión, y pensar que no vive acá sino para hacer algo por Dios y para sufrir cosas que no quiera. Conviénele ser muy blando en lo uno, dando el corazón a Dios y haciendo lo que pudiere por sus prójimos, y ser duro como piedra en sufrir lo que Dios le enviare, que ni aprovecha bien obrar sin llevar cruz, ni trabajos sin buena vida. Y si esto parece recio, miremos a Nuestro Señor y Maestro cuán lleno de entrambas cosas fué; y tales quiere que sean, en su modo, sus servidores, que pues El pidió a su Padre, y lo alcanzó, que donde El ahora está, allá estén sus servidores: razón es que no huyamos en el destierro de estar con El donde El estuvo, pues deseamos estar adonde ahora está. Y aunque esto sea muy penoso, aquello es más sabroso, pues es más gozar de Dios que el padecer acá por El. Y siendo avisados que si juntamente padecemos hemos de reinar juntamente, no seamos incrédulos a estas promesas, ni perezosos en las ganar, porque tras este breve trabajo gocemos de aquel descanso sin fin. Esta haya por suya la señora su mujer, y juntos se ayuden y esfuercen a ser compañeros en el provecho espiritual, para que se vean entrambos en el cielo con Dios, pues acá los juntó en la tierra.

181—CARTA A UN SU AMIGO: DÍCELE CUÁN TIRANA ES LA TIBIEZA, LA CUAL HACE INJURIA A DIOS Y PONE AL ÁNIMA EN ABOMINABLES PECADOS

Vino la carta de vuestra merced mezclada de nuevas de alegría y de pena. Lo primero, por decir que le iba mejor de las antiguas enfermedades, y lo segundo, por haberse habido tibiamente en los ejercicios de la virtud. Demos a nuestro piadoso Señor gracias por la salud: démosle quejas de nosotros por lo malo que hemos hecho. ¡Oh, tibieza en el bien! Y si este nombre de tibieza fuese entendido de lo que tan experimentado es, no tan de ligero nos dejaríamos vencer de él, porque temeríamos ser cautivos de un tirano tan cruel y tan cargoso, y tanto, que ninguna cosa hay que por Dios se haga ni se sufra, aunque sea la misma muerte, que sea pesada, si la tibieza está ausente; y una paja hace tanto peso al tibio, que lo derriba en el suelo, y le hace dejar lo comenzado, y aun arrepentirse de lo haber comenzado; y le hace entender ser amargo de sí lo que es más dulce que la misma miel. El estómago de los que por el desierto venían era el desabrido, que no el maná que Dios enviaba, pues contenía en sí todo deleite; y ellos eran tan ciegos, que no se quejaban de sí mismos ni de los malos humores que tenían, sino del manjar, que de sí era sabrosísimo: y por esto pedían otros, con los cuales pensaban ser hartos y contentos: diéronselos, mas costóles la vida: para que entendamos si mal nos saben las cosas de Dios, que no hemos de desear las contrarias, aunque nos parezcan deleitables, porque cierto está en ellas la muerte; mas echar de nos el sinsabor que en nosotros está, y entonces con paladar sano tendremos verdadero y sabroso gusto en el manjar que Dios da a sus hijos.

Esto, señor, tenga por cierto, si con pereza y tibieza negocia el negocio de Dios, que allende de ser desleal al Señor, que con tanto ardor de amor negoció nuestro negocio tomando la cruz por nos con grande denuedo, sobrándole amor, y faltando qué padecer; mas aún, vivi-

rá una vida tan miserable , que de penada la haya de dejar; porque como el tibio no goza de placeres de mundo por haberlos dejado con un poco de buen deseo, y como por falta de diligencia no goce de los de Dios, está como puesto entre dos contrarios, que cada uno le atormenta por su parte, padeciendo desconsuelos gravísimos que le hacen, en fin, dejar el camino, y con miserable consejo buscar las cebollas de Egipto, que ya dejó, porque no puede sufrir la aspereza del desierto. Ponga vuestra merced en una balanza los trabajos que se pueden pasar siendo uno diligente y viviendo en fervor, y los que pasa el tibio porque no quiere pasar éstos, y verá que son de los tibios mil tantos mayores de los del que vive en fervor. Cosa es ésta maravillosa, que halla más deleite el que sirve al Señor con diligencia en el velar, orar, ayunar y en todo lo que se ofrece de trabajo, que el tibio en regalos, y en perlas y en todo lo demás. Riéndose está el tibio por defuera y carcomiéndose de dentro, y llora el justo y alégrase en el corazón.

Pues ¿porqué por huir unos pocos de trabajos caemos en otros mayores, y queremos más morir de hambre que trabajar un poco para comer? ¿Porqué no entendemos que Dios es joya de nuestros trabajos, y que tal joya no se debe ganar voceando y durmiendo y mano sobre mano? Hayamos vergüenza de tener la lengua tan larga, diciendo que queremos a Dios, y la bolsa tan cerrada, no queriendo dar por El un poco de diligencia. ¿Así se honra a Dios? ¿Así se estima? Que se quede sin bien tan valeroso quien en tan poco le aprecia, esa es la justicia, y así lo ha sentido el mismo Señor cuando nos manda velar y estar aparejados, como siervos que esperan a su señor para le abrir cuando llamare: y ha dicho que quien no toma su cruz y le sigue, no es digno de El. Pues llevar cruz no es cosa de flojos, sino de amadores del Señor, que en ella se puso, e imitadores de su esfuerzo, y por eso compañeros de su victoria: que los otros hoy comienzan, y mañana lo dejan, y poco a poco vienen a del todo dejarlo, según el Señor lo ha amenazado, diciendo: *Porque eres tibio, vomitarte he;* que es dejar caer

al hombre en mayores y más feos pecados. Y pues en este camino hay tantos ladrones para nos robar y matar, tantos lazos en que caer, tantos estorbos para pasar, no conviene irse durmiendo quien en tanto peligro va. Y si alguna vez hemos visto aun peligrar los que parecía que iban cuidadosos y recatados, ¿qué esperamos los descuidados sino a cada paso caer en manos de nuestros enemigos con miserable cautividad?

Seamos, señor, diligentes, ahora sea por frialdad de temor, ahora por calor de amor, y no permitamos reinar sobre nos tibieza, que como hiel hace amargo el camino de Dios al hombre, y a Dios el servicio del hombre. Desenvolvamos las manos, y comencemos a obrar con diligencia; porque, según dice la Escritura, si fueres diligente, venirte ha tu mies abundante, así como fuente, y hallaremos ser verdad lo que Dios promete a los suyos, que es una agua que quien la bebe nunca más tiene sed; y si esto aquí da, allá ¿qué dará? Si en el tiempo de la guerra hay tal refresco, en las fiestas de la victoria ¿qué habrá? Hagámonos fuerza, que aquel reino así se ha de buscar, y tanto aprovecharemos en el camino de él y en el agradecimiento de Dios, cuanto a nos mismos nos negáremos e hiciéremos fuerza a nuestras inclinaciones. Paréceme que no se hable en estudio hasta haber a lo menos pasado un año de rozar las malas matas y raíces que en su ánima hay; y si fuere poco un año, gastará más; por eso dese prisa, pues hasta estar medianamente este negocio hecho, no se ha de entender en otro ninguno.

182—CARTA A UN ESTUDIANTE: ENSÉÑALE LA PERFECCIÓN Y SUS EJERCICIOS

Más consiste el aprovechamiento del ánima en negar la propia voluntad, y con corazón esforzado hacer aquello que el hombre siente ser agradable al Señor, que no en tener ternura de corazón y dulcedumbre devota; porque en lo uno se muestra el verdadero amor que a Dios se tiene, en el cual consiste la perfección de la cristiandad, y en lo otro puede estar escondido el amor propio, que

todo lo ensucia: por lo cual no debéis desmayar por la sequedad del corazón que decís que tenéis, mas caminar por el desierto, donde no hay árbol fresco, ni sombra que refresque, ni agua que alegre. Y si en la oración no halláis aprovechamiento, leed un rato. *Et inter legendum*, meditad alguna cosa conforme a lo que leéis, mezclando la lección con la meditación, y rezad algunas oraciones vocales, teniendo delante alguna imagen de la Pasión del Señor o su cruz; y perseverad en esto aunque sintáis mucha sequedad, ofreciendo al Señor el rato que allí estuviéredes, y El lo recibirá, pues mandó que se hiciese, y recibid al mismo Señor de quince a quince días, o si provecho sintiere vuestra ánima, de ocho a ocho.

Ya vivid confiado que agradáis a los ojos del Eterno Padre por estar incorporado en su bendito Hijo; pues tenéis señales que os ha dado su amor, según El dijo (Joann., XVI): *Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis, et credidistis, quia a Deo exivi.* Y si vuestros padres no están en necesidad tan extrema que en ninguna manera puedan vivir sin que vos entendáis en negocios, entended en ellos por la obediencia de Dios, que manda honrar a los padres no sólo con palabras, mas con temporal subsidio, como el Señor lo declara en el capítulo XV de San Mateo. Y si esta necesidad tan grande no tienen, aunque alguna haya, dejad los lazos del mundo, y proseguid vuestro estudio, tomando para vuestro mantenimiento esa renta que decís que podéis hacer: y sea vuestro amor Jesucristo crucificado, pues tan verdaderamente os amó, que dió la vida por vos.

183—CARTA A UN CABALLERO AMIGO SUYO: DÍCELE QUE NO ESTÁ LA VIRTUD EN HUIR LA DIFICULTAD, MAS EN VENCERLA

Dos cosas se ofrecen sobre qué escribir a vuestra merced: una toca a él y otra a mí; y si le parece sea una, pues la caridad nos hace uno. Quería que estuviese contento vuestra merced y sosegado en ese asiento, y trabajase por avenirse bien con él, porque su pereza no

fuese causa que se quejase del oficio, y huyendo de él se llevase a sí mismo, y dondequiera que fuese hallase inquietud por llevar consigo la raíz de ella. Crea, señor, que hemos menester otras armas para huir; porque si a éstas nos acostumbramos, de toda parte huiremos, porque en toda parte hemos de hallar batalla que ejercite nuestras fuerzas; y si rostro no hacemos, seremos miserablemente vencidos. Más sana cosa es quejarse el hombre de sí mismo que de su oficio; y mejor siente quien se descontenta de sí mismo y echa la culpa a sí, que quien se descontenta de los otros y de lo que le acaece, echando la culpa a lo que es ejercicio, y no mirando que la tiene el ejercitado. Y es cierto que si estas cosas supiesen hablar, con mayor razón se quejarían de nosotros, que nosotros de ellas.

Por tanto, vuestra merced pida gracia a Nuestro Señor para saber valerse con su ocupación, y que la adapte a El para su oficio, para que si conviniere dejarlo, no sea cobarde, que no es para defenderse sino como siervo de Cristo, que vence en lo que le ha puesto, y lo deja por poco, buscando lugar de mayor servicio del servicio del Señor. Esté sobre aviso de refrenar las cosas que más son conformes a su inclinación, y sea tardo en querer enmendar a los otros, porque no pruebe a costa suya que *perversi difficile corriguntur*. Y que más fruto se saca de examinar cada uno su conciencia callando y oyendo, que de querer remediar la ajena. Mucho hace, cierto, quien tiene bien labrada su conciencia y huye de descubrir su ganancia porque no se la lleven ladrones. Para muy pocos es el hablar y el demostrar su justicia; porque nunca se había de demostrar sino cuando fuese tan cumplida y firme que no recibiese alteración ni movimiento arundíneo. Y pues esta firmeza no tenemos, no nos tratemos como firmes, porque no caigamos como flacos y lloremos como imprudentes.

La segunda cosa es quejarme de vuestra merced porque me quiere llevar a parte para donde no soy; porque aunque su intención sea buena, creo que no va acertada; y estoy tan puesto en esto, que creo que no sólo no

ministra a la voluntad del Señor en esto, mas que la contradice o estorba; y digo estorba, porque ya que El sea servido de la ida, no lo es que se negocie como se negocia; porque negociarlo vuestra merced es en mis ojos lo mismo que negociarlo yo; y alabarme vuestra merced es lo mismo que yo. Y ya le avisé de esto acá, y halo olvidado; y pues me pide que le diga si hace bien en ello, digo que creo que no; y si no me creyere, a lo menos yo habré declarado mi corazón, y no se quejará con razón quien hubiese trabajado por alcanzar el sí de allá, y le respondieren acá con un no; porque, señor, otros pensamientos pienso ahora, que no ir a la corte; y plega a Cristo, cuyos son, no impidan mis pecados la ejecución de ellos, que ya tiempo sería de hacer más que de hablar y de entender en la residencia que de mi oficio se me ha de tomar; y por eso querría que vuestra merced hablase poco y muy templadamente de mí, no demostrando todo lo que me ama, porque a ninguna cosa aprovecha, y a muchas daña: mas antes, pues tan uno mismo es, se avergüence como yo haría cuando oyere hablar bien de mí, y les quite estimación, que *forté* no es verdadera; y si me pregunta qué ha de responder si le dijeren si iré allá enviándome a llamar, diga que no sabe, pues es así la verdad; y si le preguntaren si cree que iré, diga que cree que no; y preguntado cómo lo cree, diga que yo le he escrito que ahora tengo determinado de no ir, y que si el efecto viniese, no sé qué haría; mas que ahora me parece que sería mejor no ir, y creo que así me parecería entonces; y digo esto porque mi flaqueza, y la poca certidumbre de mí, no me deja que osadamente diga esto haré.

Por tanto, vuestra merced se apacigüe, y con un no sé, se puede cumplir con quien en ello le hablare; porque no les dé algún crédito de mi ida, y les haga escribir, y quede vuestra merced y ellos afrentados, y yo notado por mal criado o porfiado, y reciban algún escándalo. Y pues conoce de mí que hablo *in sinceritate*, y lo siento: mire lo aquí dicho, y no exceda de ello. Deje a Nuestro Señor, que no es El servido que vuestra mer-

ced sea medio de esto: *Nec in hoc operan tuam desiderat.* Antes digo que creo que o le enoja o le impide. No hay de acá qué escribir a vuestra merced sino que me he estado este verano en una casa de campo, y por eso no he predicado a sus monjas; hacerse ha con ayuda de Dios Nuestro Señor: El tenga a vuestra merced en su seno, porque no se le pierda.

184—CARTA CONSOLANDO A UNA PERSONA ENFERMA: QUE LOS TRABAJOS DE LA MANO DE DIOS TIENEN GRANDE PREMIO LLEVADOS CON PACIENCIA

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Oyendo las enfermedades corporales que vuestra merced pasa, tengo de él compasión; y oyendo la paciencia con que por la misericordia de Dios las pasa, me gozo considerando que si afligen el cuerpo, enriquecen el ánima; y que por el trabajo que de presente dan, dará Dios a vuestra merced eterno descanso. Bendita sea su misericordia, que ordenó que los trabajos se pasasen en esta presente vida, que por larga que parece es muy breve, y los galardones de ellos fuesen en la vida que nunca se acaba. Conozca vuestra merced esta misericordia, y agradézcala de corazón a Dios, y tómelo por prenda de ser hijo, pues Dios se ha con él como Padre, cuyo oficio es reprender y castigar con misericordia a sus hijos, para mediante el castigo perdonarles sus yerros y hacerlos avisados, para que de aquí adelante sean más avisados en le servir. Ofrézcale vuestra merced a Nuestro Señor la aflicción que pasa, que aunque mirada por sí sola, aun no basta para pagar uno de los menores pecados que ha hecho; mas con el valor de la gracia del Señor, y juntándolas con su sagrada Pasión, no sólo es purgatorio para nuestros pecados, mas servicio que será galardonado en el cielo.

Los jueces de acá, si castigan a un culpado, no tienen más que ver con él, porque no son más de jueces para dar a cada uno lo que merece: mas como Jesucristo Nuestro Señor no solamente es Juez, sino Padre nuestro,

cuando castiga a un hijo suyo perdónale el yerro y galardónale la paciencia y obediencia con que recibió el castigo. Y por esto los que entienden las cosas con lumbre del cielo, tienen por una merced señalada de Dios que los castigue aquí, donde el castigo es menor y con más consuelos, y se purgan los pecados, y se ganan nuevos merecimientos, que no en el purgatorio, donde se padece mucho más. Y aunque se purga el pecado, no se gana gloria de nuevo. Y en este sentido decía San Bernardo: *Sea yo, Señor, azotado, porque se me cuenten los azotes en merecimientos.* Y así lo diga vuestra merced, pues el provecho es tan grande y eterno. Mas aunque esto no hubiera, eslo Nuestro Señor padeciendo por nosotros sin culpa, tan atractivo de nuestro amor para con El, que aunque no tuviéramos pecados porqué pagar su amor, nos había de hacer escoger antes los trabajos que los descansos, por evitar la vergüenza que es ir el esclavo en un caballo y con mucho regalo, y su Emperador y señor a pie, cansado y derramando sangre por él.

No plega a Jesucristo que tanto se enseñoree la tibieza en nosotros, que habiendo sido El humillado y trabajado en la tierra, queramos nosotros grandezas y descansos en ella. Acompañémosle aquí en su cruz, y cierto le acompañaremos en la gloria en su reino, según la palabra que El dijo (Joann., XII): *Donde estoy, estará mi sirviente:* y El quiere servirse de vuestra merced en que esté en esa cama con las aflicciones que El sabe; y si quiere ser siervo suyo, no ande pensando en si esto o en estotro servirá mejor al Señor, mas cerrados los ojos acepte lo que le envía, y dele muchas gracias por ello, y entienda que lo que Cristo le da con su paternal amor, le es muy más provechoso que lo que él con su humana prudencia pudiera pensar. Y si su parecer y carne no se contentare de ello, repréndale como el Señor a San Pedro diciéndole (Joann., XVIII): *El cáliz que mi Padre me dió, ¿no quieres tú que lo beba?* Sea cuan amargo fuere a la carne lo que nos viniere, por enviarlo el celestial Padre es justo que nos sea muy sabroso al espíritu, y lo bebamos con mucha paciencia y hacimiento

de gracias, repitiendo muchas veces aquella saludable palabra de obediencia que Cristo dijo sudando gotas de sangre (Luc., XXII): *Padre, no mi voluntad, sino la vuestra, sea hecha.* Pídale vuestra merced que por aquella agonía en que entonces estaba sea servido darle fuerzas para decir la misma palabra con todo su corazón, y que aunque mucho crezcan los dolores, sea mayor el amor y la paciencia, de manera que las muchas aguas no la puedan apagar, porque la paciencia en los trabajos dádiva es de Dios, y a El se debe pedir.

Procure vuestra merced también algunos ratos le lean libros de buena doctrina; y el confesar y comulgar a menudo le será muy eficaz medio para tener la obediencia de Dios en pie entre sus trabajos. Tenga alguna imagen de la Pasión del Señor en que mire, y verá cuán poco es lo que padece en comparación de lo que el Señor padeció, y haber vergüenza de quejarse en su poco, viendo al Señor tan callado y sufrido en su mucho. Encomiéndese muy de corazón a El y a su Madre sagrada, y tome por abogado algún Santo, y tenga esperanza en las misericordias de Dios, que le ha dado gracia de confesar sus pecados con dolor de ellos y propósito de enmienda, y le da aquí su purgatorio: reciba el cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor, que sobre estas prendas quiere que confíe, que pues no juzga una cosa dos veces y no desprecia el corazón contrito y humillado, hará con vuestra merced según su gran misericordia, para que como aquí le ha hecho gemir y llorar, puesto en el cielo diga (Psalm. LXXXVIII): *Las misericordias del Señor cantaré para siempre.* Aparéjese para esta merced, que no tardará mucho en venir.

185—CARTA AL MARQUÉS O MARQUESA DE PRIEGO

Ilustrísima señoría: Dicen que hay aves que, cuando son viejas, son mantenidas por sus hijos, en recompensa de lo que los padres hicieron por ellos. No lo he visto en aves, mas véolo en mí y cierto con haber trabajado poco en la cría de quien ahora me consuela y mantiene,

recíbolo como quien no lo merece y con hacimiento de gracias a aquel Señor, cuyo oficio es mantener así a los ingratos y malos, a cuya misericordia plega darnos entero conocimiento de ella, para que bondad tan sin término no pase sin ser alabada y amada. Mas, ¿qué parte es todo lo criado para esto?, pues merece Dios ser infinitamente engrandecido, y lo criado es todo finito. Gocémonos que hace El lo que nosotros deseamos y no podemos, y pidámosle no permita que demos a otro lo poco que somos; porque si se reparte lo poco, ¿en qué quedará?

No respondo, sino a lo de la moza, usando de la misericordia que vuestra señoría me concede de no querer que me canse. Parece bien ese medio que vuestra señoría dice o todo otro que pueda tomar, para que esa mujer no se pierda, pues el Señor de todos por ella se dió.

Aquel hombre que sacó la niña de cautiva en nombre de vuestra señoría, me escribió el otro día diciendo que le diesen los dineros. No se me acuerda qué está hecho en ello; que yo pensé que ya estaba cumplido. Ya estoy un poco mejor; mas creo que está la enfermedad tan posesionada de mí, que la vida ha de ser a echalevanta. Penado me he de verme enfermo en tiempo del uso de mi oficio y sospechado que es algún enojo que el Señor me ha guardado de los muchos que yo le he hecho y hago. Si vuestra señoría no tuviera cuidado entrañable de me recomendar a su misericordia, suplicáraselo. Esta sea guarda de vuestra señoría y de todas sus cosas. Amén. Al Sr. D. Antonio mis encomiendas. Siervo de vuestra ilustrísima señoría.—JOANNES DE AVILA.

186—CARTA A UN CABALLERO: ENSÉÑALE QUE LA PERSONA QUE SIENTE HABERSE RESFRIADO EN LA VIRTUD, TIENE RAZÓN DE SENTIRLO MUCHO; Y QUE ESTE DESMEDRO VIENE POR DESAGRADECIMIENTO, O POR NEGLIGENCIA EN LOS BIENES RECIBIDOS, Y EL REMEDIO ES PONER EL MAYOR CUIDADO, Y LLORANDO LO PASADO, COMENZAR CON NUEVOS ALIENTOS

El que algún tiempo vió su ánima aprovechada en la virtud, y de presente la ve desmedrada, tiene mucha razón de penarse y procurar remedio por cuantas vías pudiere; porque si se siente la disminución en los bienes temporales, ¿cuánto más se debe sentir en los del ánima, que verdaderamente lo son? Job (cap. XXIX) decía con suspiro *que deseaba estar como en el tiempo de su mocedad, cuando el Señor le mandaba, y lucía su candela sobre la cabeza.* Estas y otras cosas que dice que antes tenía y al presente le faltaban, más debían ser sentimientos regalados y devotos que el Señor tenía y entonces le faltaban, que no virtudes de que al presente careciese; porque pues tan buena cuenta dió de sí en el tiempo de la prueba, que es el tiempo en el cual se ve de verdad qué fuerza tiene uno, no tenía porqué quejarse, que el Señor no le guardaba, ni velaba su lumbre sobre El. Sentíase desconsolado, no sólo de fuera, mas también de dentro; y por esto dice, *que quién le diese ser como antes era y estaba.* Y si de esto se queja, ¿qué es razón que haga quien siente desmedro en la misma virtud, y siente irse su ánima apartando poco a poco, no sólo del sentimiento de Dios, que algún tiempo tuvo, con que se consolaba, mas de la guarda de su ley y conformidad con su voluntad? Y aunque este mal es grande por la pérdida presente, es muy mayor por la que se teme. Porque víspera de gran caída es la pequeña caída, y de ser vomitado la vida tibia.

Dios, por su preciosa Pasión, guarde a todo hombre de este mal, pues es tan grande, que dice San Pedro serles mejor a los tales no haber conocido el camino del

Señor, que después de haberlo conocido y caminado por él, dejarlo y entrar en los malos caminos. Y no sin gran misterio dijo el Señor al enfermo de treinta y ocho años *Mira que ya estás sano, no quieras más pecar, porque no te acaezca otra cosa peor.* Pesarse deben estas palabras y temerse, pues son recia amenaza, y dichas por la boca de la misma verdad; y suelen muchas veces ejecutarse en los que no le temen ni ponen remedio para no caer en ellos. Acaéceles cosa peor, porque los pecados en que después caen, son más calificados en culpa que los de antes, como quien cae con los ojos abiertos, o con ojos cerrados, como hombre que tiene seso y hace obras de loco, o como quien no tiene seso, o muy poco; como hombre que debía toda su vida agradecer y servir la merced recibida, o como hombre que no ha recibido. Una cosa es encontrar al Rey por la calle, y viendo quién es no le hacer cortesía, y hacerle desacato, y otra no le conocer, o poco, o no mirar quién es el que pasaba por la calle.

Muy grande merced hace Dios a quien le da conocimiento de sus pecados, y conocimiento con amor de Dios, mas a mucho le obliga, *pues conforme a la dádiva*—dijo el Señor (Luc., XII)—*que había de ser la cuenta de ella;* y si es mal no dar bien en pago de bien, ¿qué será dar mal por el bien recibido, y responder con ofensas en igual de servir? Acaéceles cosa peor a éstos, pues suelen pecar más que antes, y con peor circunstancia que antes, y vienen poco a poco a endurecerse y secarse de manera que aun no son para hacer el bien que de antes hacían, no sólo cuando estaban prósperos en el Señor, mas aun antes que el Señor los llamase a su servicio. Suspiran entonces, aunque con corazón duro y desabrido, por haber un poquito de bien, y no lo hallan, sino sienten que el cielo les es de metal y la tierra de hierro, porque no llueve en ellos gota de agua que les ablande el ánima ni les dé fruto con que les mantengan. Y aquellos que en algún tiempo eran visitados y llovidos con muchas inspiraciones, a las cuales no se dignaban responder, ya desean una y no la alcanzan. Así son castigados

los ricos fastidiosos, con matarlos de hambre, como el rico avariento era castigado con sed; y de dureza de corazón a infiernos, muy pocas leguas hay; pues dice la Escritura (Luc., I y XVI): *Cor durum male habebit in novissimo.* Y el sanar de este mal es cosa cara y de gran privilegio en Nuestro Señor, como San Bernardo dice: *Nullus unquam duri cordis adeptus est salutem, nisi quem forte Deus misertus sanaverit, et abstulerit ab eo cor lapideum, et dederit cor carneum.*

Estos son los paraderos de los malos hijos, que después de recibidos por tales y tratados como tales, olvidan al Señor suyo: *Qui possedi, fecit et creavit te.* (Deut., XXXII). Y quien de esto no tiembla, ya da testimonio que tiene duro corazón, y tanto más debe temer cuanto menos teme. Y por esto, señor, prevengamos señales de que quiere venir, y cuando vemos que se caen terrones de la pared, pongamos remedio, pues somos avisados del peligro. Temamos mucho el desmedro de un solo día, y no dejemos pasar sin castigo el defecto, aunque parezca pequeño; y digo aunque le parezca, porque en la verdad ninguno es pequeño, pues tanto mal nos hace, aunque unos son mayores que otros. Entendamos que este mal viene por una de dos causas, que son: o por no agradecer bien el recibido, o por guardarlo negligentemente. San Bernardo dice que la causa porqué dando Dios a muchos bienes grandes sin que ellos se los pidiesen, les niega otros chicos que ellos pedían, es por haber sido ingratos a los primeros mayores, por lo cual se hacen indignos de recibir los menores. Y no es cosa nueva perderse los bienes, aunque grandes, de quien les pone mal cobro, como que no sea menester trabajo para conservar lo ganado. Así que, señor, agradezcamos de nuevo el bien recibido, y pongamos cobro de nuevo en lo que nos queda, porque no se acabe de perder y nosotros con él. Aflojemos en otros negocios para entender bien en éste, pues que fuerzas pequeñas repartidas en muchas partes, se tornan casi ningunas; y débese contentar quien ha recibido bienes del cielo, con guardarlos y ser ricos en ellos, aunque haga alguna falta a los bienes de acá,

porque si se quiere cumplir muy por el punto con lo de acá, temo que ha de ser a costa de lo que más vale; pues está el mundo tan maligno, y nuestras fuerzas son tan pequeñas, que somos como flaca candelica entre muchos vientos, que en faltando diligente guarda, se nos apaga. Tal es la desventura de los que vivimos en este destierro, y por eso los que seso tienen, gimen y temen y desean salir de aquí.

Haga vuestra merced cuenta que esta es su principal hacienda, honra, salud y vida, y aquí ponga su ojo derecho y en lo demás el izquierdo; y si algo se ha de perder, sea lo que se ha de perder por mucho que lo guardemos, y quede en salvo aquello que si nosotros no lo perdemos nos salvaremos para siempre. Jacob puso en la delantera del peligro la mujer e hijos que menos amaba, diciendo (Genes., XXXI): *Que si algún mal acaeciese, fuese en aquello y no en lo más amado;* y cada día en lo temporal hacemos lo mismo perdiendo lo menos por guardar lo más. Entendamos, pues, que mejor es tener buena conciencia que mucha hacienda; tener nombre delante de Dios que en la tierra, y así en lo demás, y procurando con penitencia y confesión amansar al Señor por lo pasado; comencemos nuevo propósito y nueva vida con alientos nuevos, muy enojados contra nosotros, porque hemos sido ingratos a nuestro bienhechor y descuidados en lo que nos cumple. Los ejercicios de penitencia, oración y lección y frecuencia de sacramentos no se deje aunque se haga secamente, y la humilde oración y quebrantado corazón no falte; que la misericordia del Señor, que está esperando que vayamos a El para nos hacer bien, nos saldrá al camino y nos cobijará con el manto de su misericordia, y dará nuevas fuerzas para que de nuevo y con fervor le sirvamos y ganemos nuevos méritos para su reino. A El plega hacerlo así con vuestra merced para perpetua gloria de su bondad. Los libros que vuestra merced pregunta me parece que le convienen: *Confesiones* de San Agustín y *Meditaciones morales* de San Gregorio; *Summa mysteriorum fidei*, de Titelman y el Cartujano. Dios sea con vuestra merced siempre.

187—CARTA DE UN SU DEVOTO: DE CUÁN GRAN CEGUEDAD ES POR LOS BIENES TEMPORALES PERDER LOS ETERNOS

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced. Una carta recibí los días pasados fecha en Sevilla, y aunque con ella holgué mucho, más me holgara en hallarme allá para gozar, señor, de vuestra conversación, que tantos días había deseado: plega a Cristo nos veamos en el cielo, adonde reposen nuestros deseos, poseyendo al que es verdadera hartura de ellos. Mucho, señor, querría que el humo de estas cosas perecederas no cegase nuestros corazones para impedirnos la vista de las eternas. Cuán mal trueco hace quien por lo de fuera, que no es sino corteza o cáscara, pierde lo que de dentro se posee, que es el verdadero fruto. ¡Ay de aquel que tiene más cuidado de la hacienda que de la conciencia, y que pone a peligro su ánima por asegurar la vida del cuerpo! No así, hombres, no así, mas como hizo José, que por guarecer la castidad dejó la capa en manos de quien le quería robar su tesoro del ánima. Sentencia es de Cristo (Matth., V): *Que si nuestro ojo derecho nos es ocasión de pecar, lo saquemos y lancemos de nos.* El ojo derecho es el amor que tenemos a la hacienda, honra, vida o parientes, el cual, si con la demasía nos es ocasión de pecar, así como quien por el amor de estas cosas ofende a Nuestro Señor, nos habemos de extrañar a él y cortarle de nos porque no nos extrañemos a Dios.

Ninguna cosa nos debe ser tan amada que no la hollemos si nos estorba estar bien con Dios. No se da la amistad del reino soberano sino a quien piensa que compra barato, aunque le cueste la misma vida; que los que quieren cumplir con sus afectos y con el amor del Señor, muy engañados están amando a Dios como a una de las otras cosas, queriendo El ser amado sobre todas. ¡Oh, engaño de los hijos de Adán! Y ¿quién los engañó? Y ¿quién los desengañó? ¿Quién les sacó los ojos para traerlos alrededor *moliendo esta pesada tahona como otro San-*

són, viviendo al querer de los vicios y al desplacer de Nuestro Señor? ¿Quién les hará entender que andan engañados en buscar primero los dineros y después la virtud? Y si algún caso acaece, donde todo no lo puede tener, quédase sin virtud por no quedarse sin el dinero, poniendo la luz en tinieblas y las tinieblas por luz. ¡Oh, si Dios abriese los ojos de aquéstos y cuán amargamente llorarían viendo cuán mal truecan! Por dicha ¿no es mejor la amistad de Dios, que con las virtudes se gana, que todo lo que desearse puede? Por dicha ¿no son más para desear los Mandamientos de Dios que millares de oro ni plata? ¿Adónde está un verdadero peso para pesar cada cosa en lo que es para no vivir en mentira?

Los hombres huyen todos de ser engañados en lo que poseen; ¿porqué no huyen con mayor diligencia de serlo en lo que más les va? Quéjanse si son engañados en las cosas que compran en la mitad de justo precio, y no les podemos apaciguar de pedir remedio para su engaño, y están tan prestos a perder el ánima por una poca de ganancia, o por una murmuración u otro pecado, que no los podemos atraer a que ellos lo sientan para que digan: Engañado estoy, deshágase tan gran maldad. *Más vale, hombres, más vale el ánima que perdéis, que todo lo que en trueque de ella se os puede dar.* ¿Qué aprovecha ganarlo todo si a ti sólo pierdes? ¿Qué aprovecha tenerlo todo bueno, si a ti sólo tienes malo? ¿Qué aprovecha ganancia en la bolsa, y daño en el ánima y gran nombre delante de los hombres, y ser ignorado delante los ojos de Dios? Vendrá día, y cierto vendrá, cuando destruya Dios todos los que obran maldad, y ¿qué aprovechará entonces lo que aquí más buscaron? ¡Oh, día de cuenta de todos los días, y cuán poco eres mirado, y por eso tan poco temido! ¡Y qué a rienda suelta corren los hombres por esta florecilla que tan presto se pasa, y que cada día ven que se pasa de entre las manos, y nunca falta quien la quiera tener, aunque ella se les vaya huyendo! No es aquí, señor, nuestro reino ni nuestro descanso.

¿Qué es esta vida sino un camino desde nuestra casa

hasta el lugar donde nos han de matar, pues que cada día más caminamos, y no a otra parte sino a la muerte? ¿Quién sería, pues, tan desatinado que llevándole a matar, y muy aprisa, se acongojase por no ir muy subidamente vestido, o se divirtiese a entender en vidas ajenas, o le deleitase mirar algunos juegos, o se penase porque no le quitaron bien el bonete? ¿Pues cuántos vemos, por nuestros pecados, tan fuera de sí, que yendo, como todos vamos, al paradero de la sepultura, y cierto más corriendo que una saeta, unos se detienen en vanos vestidos, otros en humillo de honra, otros se enojan muy de corazón que no se hace lo que ellos quieren, y lo que quieren es cosa que ni les excusa su perdición ni les alcanza su bien? ¿Qué es aquello que así nos cegó para hacer de la eternidad tiempo y del tiempo eternidad? Así han despreciado los hombres el eterno bien que Dios en el cielo les promete, como si fuera temporal, y así han puesto todo su amor en esto perecedero, como si esto fuese lo eterno. ¿Cuántos habrá que pasen por esto como extranjeros, según San Pedro nos manda, y asienten sus corazones en lo por venir como en su ciudad y reposo? Diga la lengua lo que quisiere, pues las obras dicen que somos ciudadanos de este mundo, pues tanto deseamos y procuramos ser engrandecidos y abastecidos, y deseamos ser al otro mundo extranjeros, pues no procuramos ser ciudadanos de allá.

Pensamos quizá que se ha de ganar este reino sin mucho cuidado. Por cierto, aun los cuidadosos tienen que hacer y lo tienen en duda. ¿Qué será del descuidado, sino perderlo del todo? *Nuestra vida lucha es, y quien lucha*—dice el Apóstol (I Cor., IX)—*que de todo se desembaraza para ganar la corona.* Parejas corremos, y la joya es el reino de los cielos; mas no todos los que corren llevan la joya, sino quien mejor corre. Cuán gran necedad sería atarse el hombre los pies y pensar que había de llevar el premio que se da a quien muy bien corre. Y no es menos quien enlaza su ánimo con afectos pesados, que no le dejan correr hacia Dios. Manda Dios (Matth., V): *Quien en un carrillo te hiere, vuélvele el otro;* que quiere

decir: «Si te injuriare, no sólo no te vengues de la injuria recibida, mas ten el corazón aparejado para sufrir otra si te viniere; y si otra viniere, vuelve otro carrillo, que es aparejarte más; de manera que antes se canse el otro de hacer mal, que tú de sufrirlo; porque mayor ha de ser la bondad tuya, que la maldad ajena.» ¿Pues cómo podrá correr este camino quien tiene grillos del amor de su honra? Este hace que la injuria se vengue, porque, según San Gregorio dice (Matth., XIII): *Ninguno siente la deshonra sino el que ama la honra.* Pues si este amor no se quita, ¿cómo correremos? Si manda Dios que antes muramos que pequemos un pecado mortal, ¿cómo lo cumpliremos, si no quitamos las cadenas del amor demasiado de la vida? Cadena es la codicia que no nos deja guardar la verdadera proximidad. Cadena la envidia, cadena la ira, cadena y raíz de las otras el amor de sí mismo. ¿Qué necedad es pensar que siguiendo un hombre lo que es su placer, puede correr la carrera de los que corren a Dios? Contentándose a sí, piensa que puede contentar a Dios, y viviendo consigo quiere vivir con el Señor.

Despertemos ya por amor de Dios; despertemos antes que nos despierte el infierno, y sepamos que el reino de Dios es tesoro escondido, y quien le halla vende todas las cosas para comprarle, teniéndose por más rico con sólo esto que con tener todas las cosas. No es menester quedarse un hombre sin hacienda para ganar este reino; mas es menester por el amor de este reino quitar la ocasión del amor demasiado de la hacienda, y de la honra y de la vida regalada, de nuestra voluntad. Desnudos nos quiere Cristo para que pasemos a El, pues El desnudo murió por nosotros. Desnudo está quien lo que tiene para su vida y honra lo tiene puesto debajo de la voluntad de Cristo, haciendo de ello, no lo que quiere la honra o deleite, mas lo que quiere Cristo, y que lo tiene en tan poco como si no lo tuviese, aparejado antes a ponerle fuego a todo que ir contra la amistad de Nuestro Señor en un solo pecado ni ofenderle. Y aunque entienda en hacienda no ha de ser por el amor que le tiene, mas porque Dios lo manda. Si vive, no porque ame a la vida, hacien-

do en ella su postrer paradero, mas quiérala para Dios, para ponerla por él antes que ofenderle, y si se viste, no toma consejo con la vanidad de cómo será por los vestidos estimado; mas con la palabra de Dios, que manda usar de estas cosas, no por superfluidad, mas a honesta necesidad, y así éste no se tiene por suyo, mas por de Dios; no mira lo que él quiere, mas lo que Dios manda; tiénelo todo y a sí debajo de los pies, por tener a Dios sobre su cabeza. Manda Dios, y obedece él; rige Dios, y va tras ello él; y así como la sombra sigue al cuerpo, así la voluntad de éste sigue a la de Dios.

Estos son los hijos de la obediencia, a los cuales está prometido *que se sentarán a la mesa de Dios*, para que así como el Hijo verdadero de Dios por obediencia padeció, y así entró en el reino, así los hijos adoptivos por obediencia entren allá. No es razón que habiendo uno servido a los mandamientos del turco vaya a pedir salario al Emperador, porque luego le responderá: «Págueos a quien habéis obedecido»; y así responderá Dios a quien ha vivido en obediencia de sus apetitos cuando vayan a pedir la gloria. Muchas gracias a Cristo, que de esto nos avisó, porque si queremos mirar en ello, no nos hallaremos burlados en Cristo, que tanto nos estima. El aviso es (Matth., VII): *No todo aquel que me llamare Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; mas quien hiciere la voluntad de mi Padre, que está en ellos, aquél entrará en la gloria*. ¿Qué es menester más, pues la palabra de Cristo no puede faltar? Y ¿quién será aquel que a aquesto no despierte, pues va en ello, no reino de tierra, mas el del cielo, si allá no entra sino el que hace la voluntad de Dios? Estudiemos en esto, hablemos en esto, aconsejemos esto, miremos con vigilancia aquello que los hombres tememos que no esté conforme a la voluntad de Dios; y porque nuestra vigilancia no basta, llamemos al mismo Señor que nos ayude, conozcamos nuestra miseria, y pidámosle de corazón misericordia.

No es el Señor que nos ayuda tal que se niegue a quien de entrañas le busca. Si de verdad le llamásemos, cierto nos abriría; y aquél llama de verdad que llama con ora-

ción y buenas obras: y aquél llamando será oído, que oyó a su prójimo cuando le llamó, y ayudó en su necesidad, y le perdona sus yerros, y no hace mal a los otros, y sufre con paciencia lo que le hacen a él. *Estos son la generación de los que buscan al Señor, y éstos le hallarán.* Vamos, pues, a correr esta carrera, que bienaventurados son los trabajos que por alcanzar tal joya se pasan, y pasarse han presto; mas el galardón durará para siempre. Atesoremos allí, que bástanos poseer a Dios, y no perdamos el tiempo que para esto nos es concedido; mas para esto vivamos, para que vivamos para siempre, y así pasaremos de la bajeza a la altura, del destierro a la propia tierra, de esta pobreza a la riqueza, que poseeremos en los siglos de los siglos. Amén.

188—CARTA A UN HIJO DE PENITENCIA, PARA PERSEVERAR EN EL CAMINO DEL SEÑOR: DE LOS COMBATES QUE EL DEMONIO DA PARA IMPEDIRLO Y MEDIOS PARA VENCERLOS

Son tantos los peligros que nos están de continuo amenazando, que sería bien que los que deseamos salvarnos por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, muy de continuo nos incitásemos y amonestásemos a mirar por nuestra salud para que, así velando a nuestros enemigos, evitásemos sus continuos lazos que traen a muerte. No debe nadie, hermano muy amado, estar sin recelo; pues que dice San Pedro Apóstol *que nuestro adversario, el demonio, anda rodeando, buscando a quien trague.* Y pues tal enemigo tenemos, que tanto sabe y puede, y tanto desea nuestro mal que en ninguna cosa entiende sino en dañarnos, no debemos estar descuidados porque no nos trague, haciéndonos caer en algunas tinieblas de errores o de pecados, y haga burla de nosotros porque nos dormimos en tiempo de vela. El Profeta David dice *que le escondieron los soberbios lazo en el camino que andaba.* (Psalm. CXXXIX). Pues ¿cómo pensaremos nosotros que no corremos peligro? Y es de mirar que, no sólo tiene puesto lazo a los que andan fuera del camino de Dios, mas dice: «En el camino que andaba me escondieron

lazo. Este camino es el del conocimiento y amor de Dios, en el cual arma el demonio lazo a los que andan por él». No pensemos que basta haber comenzado, porque de los muchos que comienzan pocos perseveran. Mas ¿qué aprovecha comenzar, *pues el que perseverare aquél será salvo?* Ropa hasta los tobillos hizo Jacob a su hijo José. Vida buena y que dure y llegue a nuestras postrimerías habemos de tener para ser amigos de Dios.

¡Oh, cuántos entrados en el camino de la verdad han sido trastornados por sutiles engaños de este demonio! *Los cuales*—según dice San Pedro—*son tan malaventurados, que les fuera mejor nunca haber nacido en ellos la verdad, que después de conocida dejarla.* La gracia que el Señor da debe con mucho gozo ser recibida, porque con ella se nos da esperanza de ser siempre salvos; mas debémosla tener con recelo, no se nos pierda por nuestra culpa lo que el Señor nos dió por su bondad. Y porque el demonio sabe cuán miserablemente caen los que después de encaminados salen del camino, trabaja más por derribar al que ya caminaba, que por estorbar al que no entró en el camino. Mas, pues, que este enemigo es tan de temer, y la carga tan peligrosa, ¿qué remedio tenemos? El mismo San Pedro, que nos avisó el peligro y combate, nos enseña el remedio para no ser vencidos, diciendo (II Petr., V): *Al cual resistid fuertes en la fe.* Esta es la denfensa fortísima contra todas las asechanzas del demonio. Quien ésta tiene, no ha menester más para la batalla, lo cual confirma aquel gran caballero de Jesucristo, San Pablo, el cual dice que conoce las astucias de Satanás, y por eso es muy de mirar qué armas, qué arte, qué golpe nos enseña para vencer a éste que tantas artes y maneras tiene para combatirnos; y la enseñanza es aquésta (Ephes., VI): *En todas las cosas toma del escudo de la fe, con el cual podéis apagar todas las saetas encendidas del malo.* ¡Oh, cuán ardiendo vienen las tentaciones del enemigo! ¡Oh, cuán enherboladas son sus saetas de hierba mortal y encendidas con infernal fuego! Y aunque así sea, es más fuerte la fe para apagar aquel fuego, que el fuego para arder en esta agua.

¿Qué puede el demonio traer que no vaya vencido y corrido si la fe le ponemos delante? Contra él se tornan sus tiros cuando con la fe nos escudamos. No tiene él en todas sus artes sino estas dos para engañar a los hombres, conviene a saber, *hacerles que no crean las cosas invisibles y que crean las visibles;* y pues quien fe tiene cree lo que no ve, ya es el demonio vencido cuanto a la primera pelea, y quien tiene viva fe desprecia lo que ve que no es conforme a la ley de Dios, ya queda la segunda vencida. ¿De dónde vinieron tantas victorias a tantos millones de mártires que del demonio triunfaron? ¿De dónde tanto vencer a Reyes y a sabios y a un mundo entero? ¿De dónde aborrecer tantos premios como les prometieron, y abrazar tantos tormentos con que los amenazaban? Y lo que más es, aborrecer amor de hijos y mujeres, y de todo lo que en este mundo amaban, y por sólo agradar a Cristo desagradar a todo lo que no es El. Cierto, no de otra parte, sino de la fe, que le mostraba cuán grandes bienes son los que con aquello ganaban, y cuán breves los que despreciaban, y esforzados con esto por una parte, y mirar que Cristo murió primero por amor de ellos por otra, eran hechos invencibles, y las muchas aguas de las tribulaciones no pudieron apagar el encendido fuego de la caridad de Cristo que ardía en sus ánimas. Poco podía el cuchillo de hierro, porque el cuchillo de la palabra había traspasado sus afecciones de la carne y avivado las del espíritu. ¿Qué aprovechaba amenazar con hambre a los que comían y estaban hartos del pan celestial? No aprovechaba quitarles la hacienda, porque estaban hartos de Dios; y si les deshonraban, teníanse por más honrados en ser deshonrados por Cristo, y a este solo Señor mirando parecíanles los azotes picaduras de moscas y los tormentos ser cosa de burla.

¡Oh, fe, esfuerzo de corazones, victoria de los tiranos, sosiego de los turbados, ojo de las cosas invisibles y fundamento de todo el fundamento espiritual! ¡Perla preciosa, sin la cual cuanto uno más tiene más pobre está; camino sin yerro para Dios, fuera del cual quien más anda menos anda, y pensando que sube al cielo baja al

infierno; puerta por donde Dios a nosotros da disposición para dársenos el Espíritu Santo! ¡Honra de Dios, del cual, mientras cosas más altas queremos y que sobrepujan a nuestro corazón, más le honramos y más nos le sometemos! ¡Oh, columna de luz, que en la obscuridad de este mundo alumbra a los hijos de Israel para entrar en la tierra de Promisión, casa debida a los justos: *Justus ex fide vivit!*

Mas quien es incrédulo, no estará derecha en él la honra de Dios en el mundo, pues por ella se hacen los milagros que dan testimonio de su infinito poder. Esta es la luz, que es la primera cosa que Dios cría en el ánima cuando la justifica. *Y así como antes de la distinción de las cosas crió una nube de luz*, y después de aquella poca luz sucedió este sol que tiene tanta abundancia de ella, así en la ánima donde la luz de la fe viviere, sucederá la copiosa luz de ver a Dios en el cielo. Esta conviene tener, porque así como Dios entró en el vientre de María haciéndose hombre, *porque ella creyó la palabra que le fué dicha*, así venga Dios en el ánima por la palabra de la fe. Abraham fué justificado por la fe, y los que tienen fe son verdaderos hijos de Abraham (Génes., XXII), al cual prometió Dios que enviaría uno de su semilla en el cual fuesen benditos todos los linajes del mundo, y así como son sus hijos los que creyeron que había de venir este Prometido, así también los que creen haber venido. Esta es la obra que habemos de obrar para alcanzar mantenimiento que nunca perece, y la obra que dice en el Evangelio: «Creed en aquel que Dios envió, que es Nuestro Señor Jesucristo».

Mas miremos que esta fe no ha de ser estéril, mas llena de frutos y flores; flores han de ser de buenos deseos, y frutos de buenas obras; porque de otra manera acaecerle ha lo que a una higuera, que pasando por ella Nuestro Señor Jesucristo y habiendo gana de comer higos, llegó a ella, y como viera que no los tenía sino las hojas, maldíjola diciéndola: *Nunca de ti nazca fruto para siempre; y en aquel punto se secó.* No tuvo aquella higuera culpa de no tener higos, pues el Señor no se los había dado ni

era tiempo de tenerlos; mas significa aquella higuera a nosotros, que somos árboles plantados en el huerto de su Iglesia, los cuales no nos habemos de contentar con solas palabras buenas ni sola confesión de la fe sin tener frutos de buenas obras; porque de otra manera maldecirnos ha el Señor cuando nos muramos, e iremos adonde nunca más demos fruto. Y porque no pensemos que hemos de aguardar tiempo para dar frutos, maldijo el Señor la higuera en tiempo que no era tiempo de higos, por darnos a entender a las higueras vivas que no digamos: «Cuando sea viejo serviré a Dios; cuando acabare este negocio que traigo entre manos, entenderé en mi conciencia; cuando venga la Cuaresma, me confesaré, y perdonaré, y restituiré; mas dejadas todas las longuras, demos fruto en todo tiempo»; y por decirnos el Señor esto, maldijo la higuera, que ninguna culpa tenía: y plega a a Dios que entendamos lo que tan dicho nos está y que tanto nos cumple, y que no nos acaezca lo que vemos que a otros acaece, que se echan buenos y amanecen muertos, y siéntanse riendo en una silla y no se levantan sino para la sepultura. Estas y otras semejantes burlas acaecen por acá y pueden acaecer por allá, y nosotros todavía buenos que buenos, o, por mejor decir, malos que malos.

¡Oh, dureza de corazones! ¡Oh, descuido tan perjudicial! ¡Oh, olvido tan digno de reprensión! ¡Y cuándo ha de venir este día que despertemos, mirando cuán mal se ha gastado la vida pasada y cuántos peligros en la por venir! ¿Cuándo tan de corazón servimos a Dios, cuanto algún tiempo servimos al mundo, carne y diablo? ¿Porqué no me deleitaré tanto en buscar y mirar la honra de Dios, cuanto me deleité en buscar la mía? Si mi vida era en seguir mi voluntad mala, ¿porqué de aquí adelante no será en seguir la buena y muy buena de Dios? ¿porqué ha de valer conmigo más la suciedad que la limpieza? ¿la bondad menos que la maldad? ¿el diablo más que Dios? y, finalmente, ¿porqué no me dan en rostro mis males, y me dan buen olor y sabor los bienes que siempre debiera haber amado? Basta para los hombres lo hecho,

basten los enojos dados a Dios, tornen los malos a su corazón y digan a Dios, no de burlas, no a media cara, no interesadamente ni a tiempos, mas en todo y por todo y por siempre y con todo: *Sirvamos, loemos y adoremos a quien para siempre sea bendito en todos los siglos de los siglos. Amén.*

189—CARTA A UN AMIGO SUYO, QUE DIOS HABÍA LLAMADO A VIDA ESPIRITUAL

A muchas obligaciones que vuestra merced me echa con sus cartas respondo tarde y mal, y aunque de ello me confundo, *sed non emendor*, con pensar que ha dado Cristo a vuestra merced alguna migaja de caridad y la primera condición que ella tiene, según lo atestigua aquel que mucha tenía y bien la conocía (II Cor., XIII): *Quia patiens est.* Plega a la inmensa fuente de ella la de acrecentar en vuestra merced hasta que sea bastante, hasta dar la vida por enemigos, pues Cristo la dió por nosotros. Quéjase vuestra merced de sequedad, aunque creo no es queja, sino relación que da al que ama de la disposición de su alma, y digo, que cuando la sequedad no llegue y entibie a la virtud, no es cosa que debe dar mucha pena, pues lo que se arriesga es perder una suavidad en las cosas de Nuestro Señor, aunque los que de ella se saben aprovechar, suéleles ser espuela para más dejarse y más pasarse a Dios; y porque deseo a vuestra merced bien en lo mucho y en lo poco, le deseo amor fuerte, sabio y dulce, pues Aquel a quien debemos amor le son debidas. Mas si El no da sino el fuerte y sabio, será para por otros modos que no sabemos, hacernos otras secretas mercedes, para con éste desatinarnos, ejercitar nuestra caridad, que es mucho menester para tratar con El, que es sapientísimo, y amigo que nadie lo sea en sus propios ojos. Así, señor, el cuidado de vuestra merced sea seguir las fuerzas que Nuestro Señor le da, y no faltará su gracia, y darle gracias por lo que entiende y no entiende, y en esto está la salud.

Andando la edad, y viniendo experiencias de cuán poca

parte es el hombre para efectuar negocios, por pequeños que sean, se confirmará vuestra merced más en la buena costumbre que ha comenzado a tomar en lo del callar, y verá que se hace muy bien el negocio hablando muy a la larga con Dios y a la corta con el hombre. Indecible cosa es nuestra ignorancia, nuestro adelantarnos, nuestros necios celos, y a duras penas puede ser creído sin habernos costado errar en muchos, porque heredamos de nuestros primeros padres un secreto deseo de divinidad, aunque robada, que nos hace imitarlos en ello, y querer que las cosas se hagan cómo y cuando nos parece, con otras secretísimas raíces que no se ven sin lumbre del cielo; ésta no se puede alcanzar sin oración larga. En los negocios de esas almas que vuestra merced desea remediar digo lo dicho, que se encomiende el negocio de corazón al Señor y se tenga esperanza en el uno y otro; y no esté vuestra merced congojado, pues ha conocido tener padre en el cielo que le llamó para sí, y le será guía en su camino.

Gaste lo mejor que pudiere el rato de vida que de presente le da, y por el venidero no esté congojoso, sino haciendo cuenta que nadie le puede quitar a Dios, sino su propia pereza; pelear con ésta, y si la venciere, verá que la plaza es celda y los negocios río. Más diligencias pide el camino en que Dios a vuestra merced ha puesto de la que por su carta dice que pone en el llegarse a los buenos ejercicios con perseverancia, y si en presencia fuera, contárale cosas acaecidas a personas que son flojas en los ejercicios en que vuestra merced viera cómo no tiene Nuestro Señor por pequeño mal ser uno lunático, ya ejercitándose, ya no. Señal clara es de ánimo cautivo de propia voluntad el hacer bien cuando se le antoja y cesar otra vez por lo mismo, y como falta la propia negación, van manchados cuando no hacen y también cuando hacen, porque viven consigo; y los castigos del Señor a éstos es no darles copia de sí cuando ellos la quieren, pues ellos no se la dan a El cuando El la pide, y por esto conviene pedirle perdón de la poca perseverancia y enmendarla con entera renunciación en las manos del Señor de lo que de los ejercicios saliere.

Ose perderse por Nuestro Señor obedeciendo lo que manda, y no mire lo que sale de allí, que ahora sea sequedad, ahora devoción, todo es merced, pues todo es contentamiento del Señor, y cuanto pudiere estar vivo a contentarse con éste, y muerto a buscar el propio, tanto le irá de bien. Ningún rato gaste vuestra merced en pensar si será bien aceptar o repudiar aquel negocio de que escribieron se haría sin duda, porque es señal de corazón no ofrecido al recogimiento, y que presto pierde el tiempo presente con cuidado de cosas por venir. Olvídelo, y suplique a Nuestro Señor no le traiga en tentación, pues conoce su flaqueza, y viva sin congoja en el corazón celebrando fiesta al Señor, de arte que, preguntado a su corazón qué cuidado tiene, le responda ninguno, sino de dar este ratico mi corazón al Señor. Lo que fuera de esto sale no es bueno por muy colorado que venga, y aquí entra el pensar mudarse a otra parte. Efectos son todos esos de corazón tibio y no ocupado en lo que le llamaron, que es trato continuo con el Señor que cada momento le mira y le pide que le mire, *y le abra el corazón a El, pues es suyo, y lo niegue a todo lo que El no es.* Desvergonzado de un hombre en cuyo corazón Dios quiere reposar y darle reposo, y él anda por acá y por allá trabajando, y dice que para buscar reposo *éntrese en sí y múérase allí*, que allí hallará su vida y su salud, y nacerle ha un sol que le quite todas esas tinieblas y tristezas, y sabrá lo que no sabe. Humildad pide esto, y trabajo de tener encerrado en su corazón; mas para esto murió el Señor, para que tengamos esfuerzo para morir nosotros por El y hacer esto. Cristo sea su luz, y guárdese de saber más por especulación de cosas de oración que por práctica, que el Señor es maestro de los niños: *Et abscondit se, et sua a prudentibus.*

190—CARTA PARA UN CABALLERO DE ESTOS REINOS

¿Qué aprovechan espuelas cuando el jumento es tan perezoso como yo? Y juntándose con esto la carga de mi poca salud, no es maravilla que no escriba ni responda.

Esta se escribe con tanta angustia *temporum*, que no sé si irá de provecho. Heme alegrado de la ablactación del niño, aunque sé que algunos mueren entonces por no tener fuerzas para comer pan con corteza; mas como le tenga vuestra merced por hijo de promisión como a Isaac (Génes., XVII), espero de Jesucristo que no morirá con manjar de piedras, sino que lo gustará como Cristo el vino mirrado. El consentimiento le quitará Dios; el sentimiento será tormento de cruz para gloria del que nos amó en ella, y rogándonos nuestros enemigos que descendamos de ella, queremos más confesar a Cristo y estar en ella, que llegar y descansar.

Ya sabe vuestra merced la suma y omnipotente bondad de nuestro celestial Padre, que llega a sacar bienes de males y calor de frío; y por esto no desmaye de verse apartado de alas de padre que en la tierra vive, ni de hallar esterilidad donde pensaba hallar mantenimiento abundante. Ose vuestra merced estar a solas con Cristo, no desperdiciar los medios de los siervos de El, mas obedecer su ordenación cuando quiere que quede vuestra merced sin abrigo en la tierra; porque entonces es costumbre usada en el Señor nuestro hacer mercedes visibles y mayores, que por medio de los suyos las hacía y aprende el tal hombre que tiene Dios, y muy buen Dios, y dice (Joann., XVI): *Non sum solus, quia pater mecum est.* Y comienza a crecer en la fe, y ensancha su oración en el amor, siendo ayudado del amor con que ve ser amado, y así crece con lo que parecía y temía que había de desmedrar, y halló compañía en la soledad, y anduvo sin báculo el flaco: no falte cuidado de recibir al que es todo nuestro bien; esté siempre diciendo con verdad (I Reg., I): *Loquere, domine, quia audit servus tuus.*

Encastíllese en su corazón que, aunque es de flaqueza de vidrio, el que a él vendrá a morar lo hará tan poderoso, que todo lo que quería combatir será vidrio, y él más fuerte que acero; y por no hacer esto hay flaqueza en el corazón cuando la hay, según está escrito (Oseas, X): *Divisum est cor eorum, nunc interibunt;* no hay lugar seguro donde asentar el corazón sino en el secreto ence-

rramiento y escondrijo interior donde no entra sino sólo Cristo (Joann., XX): *januis clausis*. Y fuera de aquí andan a tanto peligro como moza liviana fuera de casa entre malos hombres. Y si hubiese justo castigo, y bien ejecutado por cada salida a callejear el corazón, *forte* escarmentaríamos como hace un jumento; aunque quien atento estuviere luego verá el castigo que del cielo viene sobre el mismo corazón (Jerem., XIV): *Quando diligis movere pedes*, y es lo que luego se sigue *et Domino non placuit*. Uso quiere este negocio, que después el mismo corazón se está quedo, aunque le abran la puerta, como ave doméstica en jaula; y esta es la raíz de todo aprovechamiento, porque a los pies de Cristo lo ha de haber si verdadero ha de ser: *Christus Jesus sit cum omnibus*. Amén.

191—CARTA A UN CABALLERO DE ESTOS REINOS

Una de vuestra merced recibí llena de buenas nuevas acerca de la oración y obediencia. A Nuestro Señor dí gracias por ello; por vuestra merced suplico que conozca el valor del metal, y la indignidad de quien lo recibe, y la grandeza de quien lo da; porque si cualquiera cosa de éstas pide agradecimiento, ¿qué hará donde todas tres concurren? Y usar bien de los mismos dones es gran parte para que el dador de ellos los conserve y acreciente; y, por tanto, tenga vuestra merced cuidado de guardar su ánima limpia de imaginaciones desaprovechadas y pensamientos mortecinos para que no impidan la secreta habla con el Señor, que pide silencio con las criaturas, porque hablar a ellas y a El es imposible. Aun a San Agustín parece que para la perfecta oración debe el ánima callar aun a sí misma, y un viejo de los Padres dijo: *Non est perfecta oratio monachi, quando monachus quod orat intelligit*. Bien creo que miradas estas cosas en sí, no serían nada ayudadas por el estudio de la filosofía humana: mas pues le es mandado a vuestra merced, tómelos sin dudar y sin contradecir, que la obediencia verdadera, *sepulchrum est propiæ sententiæ, propriæ voluntatis*. Que no es nuevo este don celestial hacer mila-

gros en la tierra; y por uno de ellos tengo, crecer principiante en la oración, y salir con ella usando juntamente estudio de artes. Ya ve vuestra merced cómo sabe Dios alumbrar los partos sin presencia de predicadores y a más sabor que cuando estuvimos presentes. A El gracias por sus misericordias, y plégale que no sean solamente exteriores y transitorias, sino que nos sean motivos para entrar dentro de nos a recibir otras tanto mayores, cuanto va de ánima a cuerpo, que son las que Dios pretende dar por medio de éstas. En lo que vuestra merced manda de mi vida, le suplico lo deje a lo que Nuestro Señor me encaminare, sin recibir deservicio de ellos, porque El me encaminará el cómo y el cuándo; pues a lo que siento, menos oportuno tiempo es para mí ir a ser presente en regocijos que a dolores de parto. A la ciudad hablé el lunes; dicen que se recibió bien. Todo lo encamine Nuestro Señor como sabe que más le hemos de servir, y le haga a vuestra merced todo suyo, lo cual es cuando su solo amor reina en nosotros; *porque si de El no somos, ¿con quién nos irá bien?*

192—CARTA PARA EL MISMO CABALLERO

La voz del mensajero que se parte me toma de noche y sin papel con las ordinarias indisposiciones. El Señor Todopoderoso le diga a vuestra merced por sí lo que le había de decir por mi pluma, pues no hay en mí merecimiento ni aparejo. Las quejas que vuestra merced tiene de la prudencia son justas; admítalas y hágalas justicia, temiéndose siempre del enemigo tan astuto y andándole contando sus pasos para conocer sus engaños, y en estas tentaciones el conocerlas es vencerlas; haga consigo la cuenta que el otro monje hacía: *No vine a juzgar a nadie, sino a ser juzgado de todos.*

Dígase vuestra merced. No vine a ser celador, si no es de mí; no me pone Dios en estado de guía, sino de ser guiado. Y ¿quién es tan desatimado que piense acertar en lo que Dios no le pone? pues que *omnis plantatio*, etc. Y si por obediencia conviene dar algún parecer, pídaselo a

Nuestro Señor, y delo con temor y como cosa que la ofrece para que sea examinada por ajeno juicio y no con determinación de arte que lo arroje con tanta libertad que ni quiera que sea aprobada ni ejecutada porque a él le pareció, ni que por aquello valga algo, sino que se haga en aquello lo que a otros pareciere, o aceptando aquel parecer o desechándolo, entendiendo que ya cumplió vuestra merced su obediencia y que no tiene más cosa propia en aquel negocio.

Los que tienen lumbre del cielo, o los que han aprendido a poder de caídas, tanto temen los buenos deseos de cosas particulares como los acontecimientos de los malos, y por alguna manera más, por ser el engaño de ellos más difícil de entender y de vencer; y este temor les hace no arrojarse luego a recibirlos, sino a estarse en su puesto encomendando al Señor aquel deseo, y preguntando. Y este temor es principio de salud, y el fin de ella en ésta se puede aquí mal declarar: mas para quien tiene a quién obedecer, todo es declarado con contarlo y recibir el consejo. Cuando se hubiere conocido servirse Dios de los negocios y convenir que se traten, ha de ser de modo que Su Majestad no se ofenda de quien los tratare, porque si hinche el corazón de cuidados y distraimientos; mayormente fuera de tiempo, no es tratar justamente lo justo. Bueno es tenerse por ministro mandado y no por guía del negocio, ni por maestro mayor, sino por mozo de daca aquello, haz lo otro.

Cuando viniere el cuidado fuera de tiempo, decir: No me manda mi Señor ahora nada de eso: no tengo yo que pensar, todo irá errado por ir de mi cabeza. Cuanto mi Señor me mande que haga he de hacerlo: oiré y haré, y para esto es bien tener tiempo determinado para estos cuidados, porque no vengan a hacer estruendo cuando el hombre ha de estar en silencio con Dios; y si dan congoja que inquiete, entender que no es aquel el camino de Dios ni cumplimos su palabra de *nolite sollicite esse: labor enim exercendus sollicitudo tollenda* (Matth., VI), pues dice el Señor que confiemos en el celestial Padre para quitarla. Quien la tiene, cierto siente que el negocio

pende de él, y que su saber le puede encaminar en él, y por esto se ha de persuadir el cristiano que no es de provecho, aun para el mismo negocio, aquella angustia inquieta, ni aquel demasiado pensar vedado por la Escritura (Eccl., XXX): *Ne afligas temetipsum in consilio tuo.* Dígase a sí mismo: «Dios lo ha de hacer, no yo: *forte* no quiere Dios que se remedie esto por aquí, y si lo quiere con paz ha de ser y con ganancia mía y no con pérdida», y así procurar que el corazón ande celebrando siempre el cristianismo que dice San Pablo, y de que diga el Señor: «Venid a mi corazón, que desembarazado está, y no tengo cosa que me estorbe de oíros y hablaros». Y tiene vuestra merced razón de pedir socorro de oraciones para ello, porque no así fácilmente se alcanza. *El Señor que llamó a vuestra merced para sí le conserve en su gracia, y después le lleve consigo a su eterno descanso.*

193—CARTA PARA UN CONOCIDO: DE LA CEGUEDAD DEL MUNDO, Y DIFERENCIA QUE HAY DE LOS QUE LE SIGUEN A LOS QUE SIGUEN A CRISTO

Mucho me he holgado con las cartas de vuestra merced oyendo la misericordia de Nuestro Señor que en esa ciudad obra. Costámosle caro, no es maravilla que viéndose enajenados de sus enemigos y nuestros, se apiade de nosotros y nos saque de servidumbre tan dura, y nos traslade a su luz y reino, donde hay toda verdad, paz y consuelo. Grande es, por cierto, la ceguedad del mundo, y viendo ser el Príncipe del condenado, le quieren seguir y ser participantes en su deshonra y tormentos, convidándolos el príncipe de la paz en su compañía. ¿En qué juicio cabe querer más arder con Lucifer que reinar con Cristo, dando el uno tan poco por llevar al infierno, y pidiendo el otro tan poco para dar el cielo? Y aun lo que pide El, El lo da; pues por su gracia cumplimos lo que nos manda en su ley. Estas cosas tan claras no las conoce el mundo, porque él está en ceguedad, y como el Señor dice (Joann., XIV): *No puede recibir el Espíritu Santo porque no le conoce ni ve.* Pues triste del mundo si no pue-

de recibir al Espíritu Santo; forzosa cosa es que reciba al espíritu malo; y de aquí le vienen los males, que como gente guiada por espíritu de error y maldad, hacen cosas conforme a su corazón. Mas sentencia es firme de Dios que el mundo se pasa y sus codicias, y que el que hace la voluntad del Señor vive y permanece para siempre. Triste de aquel a quien hallare el día postrero debajo de la bandera del demonio, pues por el mismo caso es el bando contrario a Cristo. *Y a quien tiene por contrario a Cristo, ¿quién le defenderá?* Pronto vendrá el día, y cierto vendrá en que se vea, y todos le vean, qué diferencia va de seguir las leyes mundanas o las celestiales.

Condenado será quien a sí se amó; el que vivió con su voluntad, atormentado será, y ninguna cosa será hecha a su voluntad; mas quien dejare la suya por hacer la de Dios, gozará de contentamiento eterno, y no habrá cosa que se haga contra su querer para darle pena. Que tal es Dios, que no pide sino para dar, y pide poco para dar mucho; porque El es mucho en bondad; si demanda nuestra voluntad, es para dárnosla después en el cielo, y si nos quita acá de placeres es para dárnoslos en la eternidad. ¿Quién no se dejará llevar por Señor tan bueno, que todo su cuidado es mirar cómo dará, y más dará, y no para su voluntad, hasta darse a sí mismo? ¡Oh, dichoso día para corazón que le ha de poseer! *Y dichosas orejas que tal palabra oyen y ponen por obra.*

194—CARTA A UN DISCÍPULO: QUE SE DEBEN DEJAR TODAS LAS COSAS POR CRISTO, Y CUÁNTO BIEN GANAMOS PERDIÉNDONOS

Charissime: Pues que vos no os acordáis de me hacer saber de vos, quiero yo ganar esta joya, que pues vos habéis sido primero en hacerme buenas obras, no es mucho que yo lo sea siquiera en palabras. Deseo veros desenredado del mundo, para que, vuestras cadenas sueltas, pudiésedes correr tras el que corrió hasta la cruz, para desde allí correr al descanso del cielo. No es cosa ligera ser uno cristiano en las obras; regla es muy santa, que los

que tienen el corazón partido pasan mucho trabajo y corren mucho peligro en este negocio; el cual sólo es el que nos debe poner cuidado, porque ¡ay de nos si lo hacemos mal! San Pablo dice: *Quiero que todos estéis sin cuidado;* esto es, que cuando faltare el cuidado en lo temporal, tanto lugar hay en lo espiritual, para lo cual es menester mucho, porque mucho es lo que va en ello, y muy mucho es este Dios a quien hemos de servir. No os ocupéis, pues Dios os ha librado; no os hagáis sujetos de tierra a quien hizo herederos del cielo. ¿Qué podéis tener aunque todo el mundo tengáis? ¿Tenéis, quizá, más contento o seguridad de vuestra salvación? Sabed que a quien más dan, más cuenta le han de pedir, y debajo de las mayores dignidades hay peligros para mayores maldades; escondeos porque no os hallen los que siempre andan buscando a quien traguen.

No luchéis vestido porque no ganaréis la corona, no corráis con grillos, que os cansaréis y no llevaréis la joya. Si el más aparejado para la lucha suda para vencer, ¿qué espera el mal aparejado sino ser vencido? Salid de Sodoma y salvaros habéis en el monte, que todo este mundo está puesto en el mal; y no sólo de ella, mas de sus alrededores, que son las ocasiones para caer. Quien trata la miel, algo se le pega, y quien trata la pez, será con ella entiznado; y así es difícil cosa tratar negocios corporales y no perder algo del ánima. Si estuviérades metido en yugo de matrimonio, dijéraos vuestro peligro, mas amonestáraos a paciencia y cuidado; mas estando libre, dígoos *que no son para vos cuidados de acá*, y que no quiero que tengáis paciencia para ser esclavo de la tierra, *mas que busquéis alas de paloma para descansar en Dios*. San Pablo amonesta que compremos, porque los días son malos.

Haced vos así, que esta ocasión y oportunidad que ahora tenéis de seguir a Cristo en reposo, no la vendáis por codicia de tener más dineros; mas compradle, aunque os cueste cuanto tenéis. *El reino de Dios es margarita preciosa*, y quien la halla, todo cuanto tiene vende para comprarla, y con ella sola se tiene por más rico que con

todos los bienes; no duda perderlo todo, aun hasta su vida, por ganar esta rica y cierta esperanza de ser heredero del cielo. No negará Dios a quien todo lo niega por El: Dios, que dárseos ha; perdeos, que hallarlo habéis, y a vos con El; porque así como el que a sí se busca, pierde a Dios, y a sí mismo, también quien a Dios busca, halla lo que busca, que es a Dios, y también a sí mismo que no se buscaba. No es menester dilación para cosa tan clara y tan buena; no seáis como los yernos de Loth, que se hicieron sordos a quien les amonestaba salir de Sodoma, y la pena de su dilación fué ser quemados con los otros por el fuego que del cielo llovió. *Con mucha prisa*—decían los ángeles a Loth (Genes., XIX)—*que saliese*, y no quieren que haya dilación en huir del peligro, porque no sean envueltos en él, hallándose burlados los que pensaban que no les comprendería.

Hermano, no dió Cristo licencia al mancebo que le quería seguir que viniese a ordenar su casa y hacienda, antes le dijo (Luc., IX): *Que ninguno que ponía la mano al arado y torna atrás, es bueno para el reino de Dios*, y esto porque sabe cuántos se han quedado pescados del mundo en el corazón por haberse llegado con las manos a sus negocios: si no podéis presto desatar negocios, cortadlos, que si algo esperáis nunca veréis ese día. ¿Qué os pena la temporal pérdida, pues Cristo promete aquí ciento y tanto, y después la vida eterna? Ensanchad el seno para recibir los bienes divinos, y no os fiéis en cosas perecederas, porque no perezcáis vos con ellas. Básteos Dios, pues basta a los ángeles, y para que de mejor gana quiera ser de vuestra parte, no toméis otra parte; que quien a El tiene, todo lo tiene y le sobra todo. ¿Porqué queréis hambrear migajas de criaturas teniendo tal hartura de mano del Rey? Esforzaos a servir a Dios, que alcanzarlo habéis; tanto alcanzaréis de El cuanto perdiereis de vos. Tanto os consolará, cuanto por El trabajáredes, y tanto seréis ensalzados, cuanto acá humillados. Atreveos un poco a confiar de Dios todo esto presente, y ha de seros dado lo que no se puede decir ni pensar; porque sobre todo pensamiento será lleno y abastado

quien por El se empobrece; porque así como Dios es grande, así lo es para los que se apocan para El, para manifestación de su eterna e infinita bondad y por eterno provecho de ellos. Esperadlo, no aquí sino en el cielo, *adonde plega a Nuestro Señor Jesucristo nos veamos. Amén.*

195—CARTA PARA UN CABALLERO DE ESTOS REINOS ESTANDO ENFERMO: DEL BIEN DE LA PACIENCIA EN LAS ENFERMEDADES

¿Qué rico y contento debe estar vuestra merced ahora con sus calenturas?; creo que no las daría por el oro del Perú. No puedo creer sino que como vió al Licenciado con ellas, de envidia de tanto bien, proveyó Dios que gozase lo que deseaba y tuviese compañía en ellas a quien tiene compañía en el amor. Nuestro Señor sea bendito en todo y siempre, cuya mano sabe dar lo que conviene mejor que nosotros desearlo y al cual habemos de estar tan devotos y agradecidos y reverentes en el tiempo del trabajo como del consuelo; y aunque la salud se emplee bien no nos escandalicemos que el Señor la quite, porque quiere probar a los suyos de una parte y de otra para que de cualquiera parte caigan bien con figura cuadrada. Muy bien gastaba Job su hacienda y *quitósela el Señor;* porque quien había ganado coronas de buen despensero de pobres la ganase en el ser él buen pobre y enriquecer más su ánima con la pérdida que antes lo era con la abundancia, y servirse más el Señor con tener paciencia en el trabajo que antes en servirle con salud; porque como San Crisóstomo dice: «Nunca tanto ganó en todas las limosnas que hizo como en aquel *Sicut Domino placuit, etc., sit nomem Domini benedictum.*» Así que, señor, aunque la salud de vuestra merced se emplease bien, más se huelga Dios con la paciencia en la enfermedad, porque es cosa donde más se ejercita el amor, que con la ganancia de la salud.

El sabe lo que envía, y sepamos recibirlo nosotros, y guardemos la conformidad con su voluntad, *et usque ad mortem crucis.* Sospecha tengo de vuestra merced y del

Licenciado, y de él más, que algunos excesos de penitencia han sido causa de la enfermedad, y si no fuera porque están enfermos, yo les riñera agriamente; mas sanarán y hacerse ha, que no menos debe ser reñida la voluntad propia, aunque sea en cosas buenas, que en otras notables, pues la misma voluntad propia las hace malas. Esto me atrevo a escribir a vuestra merced porque está algo mejor. Al Licenciado no oso, porque está enfermo. *Sea el Espíritu Santo salud entera de vuestra merced, y le haga vencedor en todo.*

196—CARTA PARA UN SU CONOCIDO, QUE TENÍA CARGO DE UNOS ENFERMOS

Días ha que recibí una carta de vuestra merced, por la cual vi la merced que Nuestro Señor le ha hecho en tomarle por instrumento para hacer misericordia con sus prójimos, o por mejor decir, con El mismo, pues es tanto su amor con ellos, que toma por hecho a El lo que a ellos se hace. Sepa, señor, agradecer esta merced, y conózcase por indigno de ella; pues no es a todos dado emplearse en las obras de Nuestro Señor, y gozarse de la merced mirando que Dios quiere recibir de él servicio, por tener ocasión de galardonarle; y tema su flaqueza y la alteza de la obra, y no sea vuestra merced hallado falto en ella. Acuérdese de la diligencia que ponen los hombres en los negocios que sus señores les encomiendan, cuánto más si tocan a los mismos señores en sus personas: y viva vuestra merced confiado, mirando que le ha Nuestro Señor encomendado una cosa, por cuyo amor perdió la vida; y llámele pidiéndole gracia, y espérela de El pues le dió la primera, y traiga siempre delante sus ojos al mismo Señor puesto en la cruz y cercado de nuestros pecados y de nuestros dolores, y por El esfuércese a sufrir pesadumbre de pobres y a saber llevar a cada uno como es menester, haciéndose todo a todos para que aproveche a todos. Y entre estas cosas no olvide vuestra merced su propia ánima, y dele el cebo que ha menester para estar fuerte; porque algunos

hay que so color de aprovechar a otros dejan sus ánimas sin oración, sin lección y sin semejantes ejercicios, y así faltan en la obra exterior, o la hacen mal hecha porque faltando el interior esfuerzo todo va lleno de flaqueza, y para tener éste es menester ganarle de nuevo, que de otra manera no hay caudal, por grande que sea, que no se gaste, si sacan de él y no gana.

Por esto es comparada la oración con mucha razón al sueño, porque en ella cobra el ánima nuevos espíritus, como el cuerpo en el sueño; y la palabra de Dios es manjar, porque restaura lo que con las ocupaciones, aunque buenas, perdemos. El camino es estrecho; mire vuestra merced no se aparte a una parte o a otra, o entendiendo en él sólo, o en los otros con olvido suyo. Haga como el Señor, que velaba y oraba hasta sudar gotas de sangre, y luego visitaba y consolaba a sus discípulos, y después tornaba a la oración, para darnos doctrina que se ayudan maravillosamente tratar con Dios y hacer bien a prójimos, y que lo uno y lo otro es menester. El Señor le enseñará, y allá tiene personas con quien puede tomar consejo sobre el orden que puede tener, en particular sobre ese negocio. *Cristo que lo comenzó, lo acabe para su gloria y honra.*

197—CARTA PARA OTRO DISCÍPULO SUYO QUE ESTABA ATRIBULADO

Esta tarde vi una letra de vuestra merced, y pues que Dios le ha dado a entender que por tribulaciones hemos de ir a su reino, no se debe desmayar por las que le envía. Pruebas son de amor, no señales de reprobación; que como es señal propia de cristiano amar a quien no le ama, así no lo es devoto y agradecido a Dios cuando envía lo que queremos. El es Nuestro Señor, y nosotros sus sujetos: algún día se había de probar la obediencia que le debemos, porque no fuese obediencia de nombre. A Abraham tentó: mándale dejar su casa y tierra, y después mandóle matar su unigénito hijo; y porque obedeció en simplicidad de fe, sin mirar a sus razones, fué

llamado amigo de Dios; y lo que más es, el Unigénito de Dios Señor Nuestro fué aprobado con obediencia muy agradable. Mandóle su Eterno Padre que ofreciese a beber el cáliz muy amargo de la Pasión, aunque su carne sintió trabajo de esta obediencia, para dar a entender que era hombre verdadero, y como tenía hambre, cansancio y tristeza, así tenía también temor natural; mas enteramente y de corazón se ofreció todo a la voluntad de su Padre, y quiso que aquélla fuese cumplida, queriendo más quedar con la obediencia que quedar con la vida: y porque así se humilló y obedeció, fué ensalzado y clarificado por su Padre, y quedó hecho ejemplo de obediencia a los hijos adoptivos, al cual mirando se esforzasen a obedecer, aunque dura cruz les fuese impuesta, y esperasen con certidumbre que siendo obedientes serán esforzados y hallarán gracia delante de los ojos de Dios.

Y pues vuestra merced es hijo adoptivo en la sangre del Hijo natural Jesucristo, no le sea molesto pasar por la ley que pasó su Señor; que aunque nuestras culpas merezcan cualquier castigo que nos sea enviado, es tanta la misericordia del Señor, que mediante el castigo perdona nuestros pecados, y después nos da corona de gloria, porque sufrimos lo que justamente merecemos. Y no es pequeño bien desquitar un hombre lo que debe, y que faltándonos los merecimientos, nos quite Dios los azotes por servicios. Con la tribulación el justo es probado, y el pecador es guardado; todos debemos recibirla con hacimiento de gracias, así por nuestro provecho como por el contentamiento de nuestro celestial Padre, al cual debemos estimar en tanto cuanto El estuviere contento. Estemos nosotros, aunque muy afligidos, muy pagados: El enviará bonanza tras aquesta tempestad, porque así lo suele hacer; y como la prosperidad se pasa presto, y le sucede adversidad, así ésta también se muda; y viene el tiempo del consuelo, por lo cual es bueno el consejo del Sabio (Eccl., XI): *Que en el día de los males no te olvides de los bienes, y en el de los bienes no te olvides de los males*, para que viviendo en una igualdad templada

no seamos combatidos con los vientos de la instabilidad, ya subiendo hasta el cielo, ya descendiendo hasta los infiernos: mas nuestros ojos puestos en Dios estemos fijos, teniendo cuenta no tanto con lo que nos viene como quien lo envía; y bajado nuestro cuello a su azote, esperar de El su misericordia, *la cual cobije a vuestra merced siempre y le haga bienaventurado.* Amén.

198—CARTA PARA UN DISCÍPULO SUYO QUE ESTABA ENFERMO

Paréceme que el amor que Cristo os tiene no es cualquiera, pues os ha tornado a visitar con sus tercianas. Hermano, añadid fe y paciencia, pues El añade en qué os ejercitéis: sedle muy de veras agradecido, que os aflige en lo poco para haceros mil bienes en lo que de verdad es. ¿No sabéis que es buen trueco, a trueco de penas de cuerpo recibir bienes de ánima? *Nisi forte* pensáis que *Christus delectetur in pœnis filiorum suorum: sed punit et percutit, ut sanet; mortificat, ut vivificet:* y no da sólo un papirote que temprano o tarde no lo pague con abrazos. Vuestros ojos verán, vuestra ánima lo gozará lo que ahora os hace pasar. Y con mucha ventaja excede el bien al mal; porque es mucha la ventaja del obrar miseraciones al obrar puniciones. Suyo es el hacer mercedes, y nuestros los castigos; porque si no le compeliésemos a castigar con nuestras malas obras, El dulce es, y no tiene amargura; mas como El es mayor que nosotros, así usa con mucha más ventaja el hacer mercedes que le son propias, que el hacer castigos, que son como obra ajena a El. Por tanto, Hermano, regraciadle de corazón esas mercedes, sed hijo de fe, que cree amor en lo que parece ira, y ganancia en la pérdida. No miréis la mano que os lastima, sino el piadoso corazón que os quiere hacer mercedes, mediante el azote. Amad de verdad al que de verdad os ama (Eccl., XXX), *Nam qui diligit filium, assiduat illi flagella,* y cuando convenga, El quitará el azote, pues es Padre que dispensa lo que mejor nos está. *In hac spe dormi et requiesce.*

189—CARTA PARA UN DISCÍPULO SUYO, SOBRE LA CONFORMIDAD EN LOS TRABAJOS

Bendito Nuestro Señor, que os dió su mano en tiempo de tanta necesidad, que en ello os da a entender que os ama, pues no os desampara. No os pese de ser trabajado, pues los trabajos son prueba de nuestra fe, y nuestra fe nos alcanza corona, y la corona es tan grande que todos los trabajos son pequeños para la alcanzar. Con todo esto se pasará presto, y ya se va pasando; haced de manera que de esto que se pasa os aprovechéis a sacar lo que para siempre ha de durar, pues a ese fin lo envía Nuestro Señor. Mirad mucho no juzguéis según vuestro sentido los juicios de Dios, que erraréis más que el ciego en juzgar colores, y que un animal en juzgar un ángel. Adorado debe ser Dios en todo lo que hace, no juzgado; obedecido, no murmurado. Si a vuestros juicios miráis, pareceros han desastres vuestros acaecimientos; mas mirad el saber con que vienen dispensados, y aunque no lo alcancéis vos, creeréis a lo menos que de saber infinito no viene ni puede venir sino cosa muy acertada, tan acertada que el fin de ella es vuestro provecho; porque el amor que el Señor os tiene en su unigénito Hijo no le dejará hacer otra cosa, sino buscar el bien de aquel por cuyo amor entregó su Hijo a dolores de cruz.

Alabadle en todo aunque vos no lo entendáis, confiado en El siempre, y cuanto más azotado, más confiado; que escrito está (Job, III): *Cum iratus fueris, misericordiæ recordaberis*. Y todo lo tened por misericordia aunque os parezca ira; porque si es ira, es ira de Padre, que hiere para sanar, y castiga para tener ocasión de más galardonar. No os queráis para este mundo, y ahorraréis las penas que los trabajos suelen traer. En el cielo está vuestra morada: pensad que se os vende muy barato por mucho que os pidan, y día vendrá en que estiméis en más lo que habéis pasado que todos los placeres del mundo juntos. Paréceme que por ahora os estéis quedo, pues

también sois recreado, y tomaréis algunas fuerzas, las cuales cuando el Señor os las diere os enviaré a decir lo que debéis hacer. Cristo sea vuestra luz para que en todo acertéis.

200—CARTA A OTRO DISCÍPULO SUYO: DE LA SEGURIDAD QUE HAY EN SERVIR A DIOS POR TRABAJOS MÁS QUE POR CONSUELOS

Algunas de vuestras cartas he recibido, y he dado gracias a Nuestro Señor por daros salud, y su bendita ayuda para estar en gracia delante sus ojos, llevando adelante el bien que en vos ha comenzado; y así confiad en El que lo hará hasta el fin, pues sus obras son acabadas. Merced es ésta que os ha de hacer, y no merecimiento vuestro, ni os ha de dejar en vuestro cuidado o regimiento; mas El que por su gloria ha de tomar la mano del negocio de vuestra salud, y como sapientísimo médico, ya con los halagos, ya con las señales de ira, dando una vez luz de consuelo, y otra amargor de ajenjos, ya escondiéndoseos para probar vuestra fe, ya demostrándoseos para acrecentarla, y con otros mil modos que El tiene, dará vuestra ánima sana, sin sentirlo vos hasta que lo estéis. No os turbéis, Hermano, en vuestro juicio, ni para gloriaros cuando os parece que os va bien, ni tampoco deis sentencia sobre vos pensando que ya es todo perdido, cuando sentís en vos lo que os descontenta.

Malo es el corazón del hombre, y no se puede escudriñar sino del saber del mismo Dios, y a El y a su juicio debéis remitir la sentencia del cómo os va, y caminar vos en buena confianza de su misericordia y en religioso temor de su alta Majestad. No os apartéis a una mano ni a otra; no os fiéis de santidad ninguna si le falta el temor santo y casto que hace humillarse, mirando ser ajeno el bien que tiene, y hace estar colgado de las orejas de Dios, suplicándole con oración continua no le quite el bien que por su bondad le ha dado, el que sin injusticia le puede quitar. Ni tampoco creáis a espíritu ninguno, que por graves tentaciones que os vengan, ni desconsuelos

interiores, ni por tinieblas y angustias en que vuestra ánima estuviere metida, si os quisiere hacer desmayar, y os dijere que desconfiéis del Señor que os ama; decidle que si dijera que confiárades en vos, no tuviera razón, pues no tenéis sino flaqueza; mas que en la salud común no tengáis vos salud, decidle que miente y acertáis en ello. Más os ama Cristo de lo que pensáis, sino que conviene que se os esconda este amor; porque quizá conocido, os sería mayor ocasión de peligro de vanidad, que la sospecha que tenéis del no ser amado os es desesperación; porque sin duda menos hombres pueden recibir la prosperidad sin mezcla de alguna elación, o demasiado contentamiento del dulce manjar que les dan, que la amargura de la tribulación.

Por tanto, pensad que el Señor os guarda en puerto de seguridad, debajo de la cáscara amarga de la tribulación, para que no os corrompáis con la mucha dulzura, mas seáis preservado con lo amargo de la mirra. Y de esto no os debe pesar, pues debéis escoger lo que eternamente os será provechoso, más que lo que temporalmente os diera un poco de consuelo. Y en las espirituales consolaciones no se saca tanto provecho cuanto deleite; ni os será demandado cuántos consuelos tuvisteis, mas cuántos desconsuelos sin faltar en la fe y amor padecisteis, creyendo que aquello recibe Dios en servicio que siendo contrario a vuestra sensualidad y propia voluntad, lo aceptasteis vencido de su amor, y no aquello que un hombre, por sensual que fuese, lo tomaría de buena gana; porque si esos regalos fuesen el verdadero servir a Dios, no tendría El tan pocos servidores, pues hay muchos que por acá o por allá buscan las consolaciones, los cuales no entienden cuán ajeno es de Dios no consolar cuando conviene a sus llorosos y trabajados: y tan ajeno le es el parecerle bien los que quitando los ojos de su penosa cruz, los ponen en buscar consuelos, pensando que mientras más tienen de ellos, más amados son y mejor les va; y no miran cuán pobres parecerán el día que escudriñe Dios a Jerusalén con candelas, y nos pida cuenta si de lo más profundo de nuestro corazón le amamos a El, y a

nosotros para El, y en El y por El, o a El por nosotros y para nosotros; y entonces parecerán muchas obras ser carnales e inficionadas del propio amor e interés que resplandecía como el fino oro en los ojos de quien las hacía.

Por tanto, Hermano, más seguro vais del propio contentamiento e interés viniéndoos cosas que os causan amargura. Sólo el amor de Dios os convide a las sufrir, hasta que Nuestro Señor os provea de otro estado, en el cual tengáis tanta fortaleza de Espíritu Santo que abundéis en caridad y paz y gozo, teniendo vuestras pasiones holladas y vuestra ánima embalsamada de gracia. Y aunque tengáis el gozo no lo queráis para vos; mas lo empleéis con mayores fuerzas al que os lo dió, sacando del todo crecimiento de mayor amor, pues por amor os fué dado. Aquel Señor que se acordó de vos, olvidándoos de El, os fuerce en el interior hombre para que lo sepáis adorar, obedecer y amar, enviando en vos su Santo Espíritu, que os guíe a la tierra de la perpetua caridad. Amén.

201.—CARTA A UNOS DISCÍPULOS QUE TENÍA EN LA CIUDAD DE ÉCIJA

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros. Amén. Después que de vuestra presencia me partí, siempre os he tenido en mi memoria presentes; porque el amor que os tengo no me consiente otra cosa. Amaos para Dios, pues que ya una vez os disteis a El y yo fuí testigo de ello; y por tanto, querría que no os arrepintiésedes de haberos ofrecido a Dios, pues El se ofreció a la muerte por vos. Combates tendréis, y no pequeños porque nuestros enemigos son muchos y muy crueles; por tanto, no os descuidéis, si no luego sois perdidos. Si los que velan aún tienen trabajo en guardarse, ¿qué pensáis será de los descuidados, sino ser todos vencidos? Acordaos que el placer que el pecado nos ofrece es poco, y sucio y breve, y el dolor que después queda muy grande, y la pérdida que nos viene muy mayor. ¿Qué dolor, por grande que sea, puede ser igual con la pérdida

que es perder a Dios? ¡Oh, cosa para temblar en sólo oirla! Que si amamos al pecado no tendremos parte en Dios. Quien a esto no despierta, muerto está, no durmiendo.

Miremos, pues, cómo vivimos, que en breve pareceremos delante de Dios a dar cuenta de nuestra vida.

No nos engañen la suciedad de la carne, la vanidad del mundo, la astucia del demonio; mas miremos a Cristo puesto en la cruz, y verle hemos atormentada su carne, y deshonrado del mundo, y vencedor del demonio. ¿Quién a Cristo miró que fuese engañado? Ninguno, por cierto. Pues no apartemos nuestros ojos de El si no queremos tornarnos ciegos; no le parezca que le tenemos en tan poco, que aun muriendo por nosotros no le queremos mirar. Por eso murió porque nosotros nos esforzásemos mirando a El, para morir a nuestros pecados. Muera, pues, ya en nosotros nuestro viejo hombre, pues murió por nosotros en cruz nuestro nuevo Hombre, que es Cristo. Lleguemos a El nuestras llagas, que con las suyas serán sanas. Y si el apartarnos de nuestros pecados nos parece penoso, muy más lo fué a El apartar su alma de su cuerpo cuando murió, porque nosotros para siempre vivamos.

Ea, pues, cobremos ánimos para seguir a tal Capitán, pues que El va delante de nosotros en el hacer y en el padecer. Crucifiquemos nuestra carne con El, porque no vivamos según los deseos de ella, mas según el espíritu. Si el mundo nos persiguiere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una música acordada, y las piedras nos parecerán piedras preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh, Jesucristo, y cuán fuerte es tu amor! Y cómo todas las cosas conviertes en bien, como dice San Pablo. Cierto quien de tu amor se mantiene no morirá de hambre, no sentirá desnudez, no echará menos todo cuanto en el mundo hay; porque poseyendo a Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea. Tomemos, pues, muy amados Hermanos, deseo de ir a ver aquesta visión, *cómo arde la zarza y no se quema* (Exo-

do, II): Quiero decir, cómo los que aman a Dios en las injurias no sienten injurias; en la hambre, están hartos; desechados del mundo, no se afligen; tentados del fuego carnal, no se queman; hollados, están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos; acá no conocidos, y muy familiares a Dios. Todo esto y más hace el noble amor de Jesucristo en el corazón donde se aposenta. Y ninguno puede venir a esto si no se descalza los zapatos, que son afecciones mortecinas que nacen del amor propio, que es la raíz de la muerte, como el amor de Dios es causa de Dios.

La vida santa no sufre zapatos, ni la vida espiritual los deseos del propio amor. Quien a Cristo ama, así se ha de aborrecer. Quien a Cristo no quisiere serle crudo, no sea a sí piadoso. Los que son dulces a sí, amargos son a Cristo; y los que a sí miran, no pueden mirar a Dios. Demos, pues, nuestro todo, que es chico todo, por el gran todo, que es Dios. Dejemos de seguir nuestra tuerta voluntad, y sigamos con diligencia la de Dios. Tengamos todas las cosas por estiércol, por ganar la perla preciosa, que es Cristo, y por verle en su gloria hermoso, y con gozo abracemos acá su deshonra y trabajo. Cierto no va engañado quien tal trueco hace; porque cuando aparezca Dios con sus Santos, y venga a dar a cada uno según sus obras, entonces parecerá locura lo que ahora es tenido en gran precio, y llorarán los que ahora gastan su vida en deleites; y sólo aquel será conocido de Cristo que acá hiciere su santa voluntad. ¡Oh, cuánto será el gozo de los buenos entonces, cuando honrados por Dios se asienten en las sillas aparejadas *ab æterno*, y junto con los coros angélicos alaben a Dios su Señor! ¡Oh, cuánto será el gozo de aquellos que han de ver al Rey en su hermosura, en el cual contemplando estarán tan contentos que ningún seno quedará que no rebose de lleno de aquel licor y bálsamo que crió todos los licores buenos al cual comparada toda hermosura es fealdad, y la luz del cielo es tiniebla, y los grandes deleites son amargura; y por no decir cada cosa por sí, todas las cosas juntas en

comparación de ésta no son cosa, ni por algo se deben contar.

¡Oh, Dios, que eres todas las cosas, y ninguna de ellas, porque eres sobre todas ellas! Y ¿cuándo ha de ser el día que te habemos de ver? ¿Cuándo se ha de quebrar este vaso de barro que tanto bien nos impide?¿ Cuándo se romperán estas cadenas que no nos dejan volar a Ti, descanso verdadero de los que descansan? No miremos, Hermanos, a otra parte sino a Dios. Llamémosle en nuestro corazón, y tengámosle muy apretado con nos, porque no se nos vaya: que tristes de nos, ¿qué haremos sin El, sino tornarnos en nada? Echemos ya esto detrás que tan delante traemos, y comencemos ya algún día a gozar cuán suave es el Señor. Corramos tras de aquel que corrió a nosotros desde los cielos para llevarnos allá. Vamos a quien nos llama, y con tanto amor desde lo alto de la cruz, despedazada su carne, y quemada con fuego de amor para que más sabrosa nos sea. ¡Oh, si comiésemos! ¡Oh, si nos quemásemos! ¡Oh, si nos transformásemos! ¡Oh, si nos hiciésemos un espíritu con El! ¿Quién nos detiene? ¿Quién nos estorba? ¿Quién nos engaña que no nos lleguemos a Dios? Si es nuestra carne, refrenémosla, despreciémosla. Si es nuestra hacienda, desechémosla si podemos, y si no, tengámosla como estiércol, entendiendo en ella con diligencia y sin amor de ella. Si es la mujer, dice San Pablo *que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen*. Si los hijos, querámoslos para Dios, tanto que de aquella agua se encendiese fuego que quemase todo aquello que de Dios nos aparta. Las lágrimas nos lavarían, el fuego nos quemaría, y seríamos animales santos ofrecidos a Dios en fuego.

¡Oh, Dios, que consumes nuestra tibieza, y cuán suavemente ardes! ¡Y cuán sabrosamente quemas! Y ¡con cuánta dulcedumbre abrasas! ¡Oh, si todos y del todo ardiésemos por Ti! Entonces dirían nuestros huesos (Psalm. XXXIV): *Señor, ¿quién es semejante a Ti? Pues quien dice que te conoce y no te ama, es mentiroso*. Amémoste, pues, y conozcámoste por el conocimiento que de amarte resulta; y tras esto venga el poseerte, pues tan

ricos son los que te poseen; y poseyendo a Ti seamos poseídos de Ti, y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios Trino y Uno, Rey infinito, sabio, poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que a Ti se convierten, sustentador de los que a Ti se llegan, glorificador de los que te sirven, y Dios de cuya perfección no hay fin; porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de Ti sólo eres del todo conocido. *A Ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.*

202—CARTA EXHORTANDO A LLEVAR BIEN LOS TRABAJOS

La consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Amén. Vuestra merced no se aflija, mas haga ese corazón robusto; que digno es el reino de Dios de estos y mayores trabajos. No viene cosa sin permisión de Nuestro Señor, y todo es por nuestro bien; aunque nosotros no lo sepamos tomar al intento que Dios lo envía. Afligir quiere Dios aquí a los que después ha de dar gozo; y pues vuestra merced ve que Nuestro Señor la lleva por el camino del cielo, no vaya de mala gana. Pues El la quiere salvar, no quede por ella. Apareje tanto más su ánima, cuanto más se viere atribulada. No pierda por falta de vaso lo mucho que Nuestro Señor le quiere dar. Con golpes de penas se fabrica la corona que le han de poner; y quien no quiere ser atribulado, huye de ser coronado. Mucho duele lo que ahora sentimos; mas mucho más nos alegrará lo que entonces tendremos.

Apareje vuestra merced su corazón a lo que está por venir, que eso es lo que Dios quiere decirle, en darle penas, en lo que ve. Acuérdese de la madre de Dios que al pie de la Cruz estaba en pie, y con corazón esforzado, entre tantos trabajos. Y si parte quiere del gozo de ello, téngala en las penas con ella. No se canse de su provecho, aunque le amargue; mas diga a Nuestro Señor que haya piedad de ella, y que la salve en su reino. Y si El viere que para ir allá conviene pasar tales tragos, que los envíe; no le pida que sea aquí piadoso con ella en esto temporal,

porque lo sea en lo que nunca se acaba. Fíese de El, pues no castiga dos veces, y mientras más airado le viere, más piadoso le espere; que escrito está: «Cuando, Señor, estuvieres airado, te acordarás de tu misericordia.» Sea Cristo consuelo de vuestra merced. Amén.

203—CARTA EXHORTANDO A BUSCAR LA GLORIA DE DIOS

Charissime: No es esa ánima la más olvidada de mí; no soy yo el más olvidado de ella, para que no le haga saber cómo me va y no desee saber cómo le va. Llegué bueno y estoilo gracias a Nuestro Señor, en el cual espero que la obra de este Colegio, que El ha inspirado, ha de ser para ensalzamiento y alabanza de su santo nombre, que es lo que todos deseamos, y con mucha razón; porque así como El, siendo verdadero hijo, empleó su vida y su muerte en predicar y dar a conocer el nombre de su Eterno Padre, buscando en sus palabras y sus obras no su propia honra, mas la del Padre, así nosotros, si somos lo que debemos, hemos de buscar cuantos modos pudiésemos para que la gloria y conocimiento de Jesucristo sea ensalzada hasta los cielos y más, y extendida hasta los fines de la tierra y más adelante, hermano mío y mi hijo, por el Evangelio. Y ¡quién pudiese tener mil millones de lenguas para pregonar por todas las partes quién es Jesucristo! Cuán paciente es en nuestras ofensas, cuán piadoso en llamar a los que van perdidos, cuán fuerte en mudarles los corazones, cuán blando en recibirlos cuando van a El, cuán madre en curar las llagas que por apartarse de El se hicieron y cuán padre en proveerlos, guiarlos y favorecerlos. ¿Qué diré de la corona que tiene aparejada, ataviada de gloria, a los que merecían, por las malas obras, cadenas de infierno? Angeles da por compañeros a quien merecía demonios, y dice que le verán los ojos que no son dignos de mirar la más chica de sus criaturas. ¿Qué diremos de estas cosas y de aqueste Señor? Amemos, hermano, a tan buen padre, pues El primero y tan de verdad nos amó y sirvamos con todos nosotros a quien con todo El nos amó y sirvió; tornémonos polvo

y ceniza, que así lo hizo El por nosotros; contentóse El con nuestro provecho, seamos contentos nos con su honra; su voluntad busquemos; y hallada, amémosla, y pues no se ha despreciado de recibirnos en el número de sus pequeños, preciémonos de servirle y de ser despreciados por El; no demos mácula en nuestra honra, que es la limpieza de nuestra ánima. El, por las riquezas de su bondad, guarde esa ánima que redimió por su sangre y tenga siempre los ojos de su misericordia puestos sobre ella. Amén.

204—CARTA DEL MISMO PARA UN AMIGO SUYO

Muy reverendo señor y padre: Días ha que no he sabido de vuestra merced, ni de su hermano y mío, y aunque soy flojo en el escribir, querría a menudo saber cómo les va allá, pues su buen suceso o lo contrario es mío, y lo tengo por tal. A Cristo plega prosperar a vuestra merced en el espiritual ejercicio de las ánimas, pues le ha dado el deseo de ellas, para que El goce de los trabajos de la redención, y vuestra merced del premio de ser fiel siervo que con mucha ganancia acude a su Señor, y oiga de su boca aquella bienaventurada palabra: *Intra in gaudium domini tui.* ¡Oh, padre!, si de verdad nos quemase las entrañas el celo de la casa de Dios, o si trajésemos atravesadas en el corazón estas joyas, que trajeron atravesado el del Señor hasta ponerlo y alancearlo en la Cruz, para que se viese cuán herido estaba de amor interior el que así apareció herido del hierro. ¿Cómo puede uno, que al Señor ama, no amar cosa tan conjunta a El, cómo tendrá paciencia en ver las esposas de Cristo enajenadas de El y atadas con nudo de amor tan falso como el que el Señor aborrece, y deshonran a El y piérdense a sí? Creo yo que si fuésemos los que debemos, no daríamos sueño a nuestros ojos, ni descanso a nuestras sienes, hasta que hallásemos morada para el Señor; pues tan desechado y alcanzado está de las que por tantos títulos son suyas, *mittat Dominus ignem sui spiritus de*

excelso ut erudiat nos, inflammet ex alto induatque virtute ut eo confortante omnia possimus. Amén.

205—OTRA CARTA DEL P. ÁVILA PARA JUAN DE LEQUEITIO DE CÓRDOBA

Charissime: A Cristo gracias que pone a vuestra merced en estrechos de muerte y le saca a vida para que tanto más conozca que la vida es dádiva del Señor, cuanto más por experiencia ve que la quita y la da en un punto. Así lo hemos menester los ingratos, y gran merced nos hace Dios en ello, pues mediante esto venimos en conocimiento de quién El es y le somos agradecidos. Si lumbre celestial tuviésemos, veríamos muy claro la inefable bondad de Cristo que nos sustenta, regala y defiende, llena de innumerables misericordias; y nuestro corazón, aunque hierro fuese, se ablandaría y se rendiría al amor de tal Señor, que con tanta requesta de amor y mercedes anda procurando que le digamos un sí de todo nuestro corazón, con que nuestros ojos no miren sino a El como a varón legítimo de nuestra ánima, como a verdadero padre nuestro, como a todo nuestro bien; y así como hay pocos que sin caídas se humillen, y sin tentaciones aprendan, así son pocos que sin faltarles algo y dárselo Dios son agradecidos, y por esto algunas veces me parece ser la buena cura de nuestro desconocimiento que fuésemos a la tinaja por agua o por vino y que dijesen: «no hay»; y fuésemos a las fuentes y dijesen: «tampoco vayan al río, secádose ha». Entonces diríamos de corazón: «Dios (no) nos da el agua que bebemos, porque no se lo agradecemos». Cierto; estamos en el número de aquellos de quien dice el mismo Señor: «yo fuí como ayo de Efraín y los traía en mis brazos y ellos no conocieron que tenía cuidado de ellos.» ¿Quién conoce ahora que Dios tiene cuidado de él, pues a cada paso oímos las palabras que dijeron los medrosos en el mar: «Señor, ¿no se te da nada que perecemos?», ¿quién cree que Dios le cuida, pues están los corazones de los hombres tan llenos de cuidarse

ellos, que a sí mismo tienen su ánimo, su consejo y su guía, y en faltándoles el suyo, luego dan consigo en el hoyo de la tristeza y desconfianza?

¡Oh, hijos de Adán, neciamente sabios! ¿Y quién os cuidará mejor: el Señor que nunca duerme, nunca yerra, ni el amar y hacer bien le da en rostro, o vuestro cerebro loco, estrecho, angustiado, cuyo saber es necedad, y mientras más acertado se parece, más engañado está? Porque no entendéis siquiera de lo que habéis experimentado, que lo que habéis vosotros más cuidado, menos bien os ha salido, y otras veces nunca se ha hecho, y lo que menos, os ha sucedido mejor. Echad vuestro cuidado en el Señor, que sabe bien hacer ese oficio; descansad en la anchura de su corazón, pues en el vuestro padecéis angustia. ¿De dónde estos males? Cierto de no conocer cuán colgados y necesitados estamos de Dios y cuán verdadero cuidado tiene de nosotros. Bien es que nos ponga el Señor en punto de perder la vida muchas veces y en otros trabajos que veamos claro que no somos parte nosotros con toda nuestra fantasía para remediarnos, y así entendemos nuestra miseria y nada, y agradecémosle lo que nos da y ofrecémosle a nosotros mismos en servicio y respuesta de lo que por nos hace; vemos que somos todos suyos por derecho, ofrecemos a ser suyos todos por amor y en esto consiste nuestra salud y cumplimiento de la ley de Cristo. Gracias he dado a Nuestro Señor por las buenas obras, que El da gracias al señor obispo que haga en ese su Obispado, y para que las ejecute, a vuestra merced; y pues también sucede, esté vuestra merced consolado en la ida; que yo así lo estoy, y si es con mayor trabajo de la salud de vuestra merced, así será el sacrificio a Dios más agradable. Del P. Pero Rodríguez, he sabido que está en Burgos; no querría que tal pieza se ausentase de ese Obispado, y hágale vuestra merced que predique aunque no quiera, pues tiene talento para ello y sea Cristo esfuerzo de vuestra merced para que pelee sus guerras y salga con victoria y después corona. Enfermo estoy, más ha de medio año; no me deje vuestra merced de encomendar a Nuestro Se-

ñor. Yo enviaré el recaudo al P. Manuel Fernández de Córdoba. A tres de agosto, año de 1551.

206—OTRA CARTA DEL P. ÁVILA A JUAN DE LEQUEITIO

Dios dé a vuestra merced buenas salidas de Pascuas, porque esperar acá otro gozo que no sea padeciendo trabajos, no cumple, ni lo debemos desear; que aquello ¿qué sería sino ser de aquellos de quien el Señor dice: «el mundo se gozará»? El Señor llevó su cruz poniendo delante el gozo que de nuestro bien El había de sacar mediante su pasión, y nosotros debemos llevar la nuestra poniendo delante el contentamiento de su voluntad y la hermosura de la librea de estar vestido al traje de El, y porque creo que el mismo Dios ha enseñado a vuestra merced esta doctrina del gozo en la cruz, sin lo cual ninguno se debe gloriar de ser cristiano, no alargo en ello más, sino que vaya a la bendición del Señor, etc. El portador va a Valladolid; y pues vuestra merced va también, allá váyanse juntos; y haga vuestra merced cuenta que soy yo, y ayúdele en el camino y allá a todo lo que convenga a su quietud: que lo que a El se hiciere, Jesucristo lo recibirá, el cual sea con todos. Amén. De Fregenal, a nueve de abril.

206 CARTA AL MUY MAGNÍFICO SEÑOR, EL SEÑOR DON FRANCISCO DE GUZMÁN, MI SEÑOR, EN ÁVILA

La gracia y paz del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre. Ahora me dieron una de vuestra merced, y como la respuesta es breve, doila luego: porque la tempestad de las enfermedades está tan alta, que no deja entender, sino en procurar paciencia para llevarlas; y por la misma causa fuí breve en otra que a vuestra merced escribí, y creo habrá llegado a sus manos. Lo que en ésta tengo que decir, es que tengo por más acertado y de mayor reverencia para las sacras órdenes, por el ejemplo que se debe dar, que vuestra merced no se ordene de Misa esta Cuaresma, sino cuando tenga el latín que con-

viene; y éste alcanzado, me parece muy bien que vaya a hacer los ejercicios, antes que diga Misa. Y procure vuestra merced de llevar el negocio del estudio de manera que no se pierda el de la oración, ni otros buenos ejercicios: porque algunas veces, especialmente si se toma con mucho ahinco y aprisa, suele dañar. Y por ahora esto basta, hasta que Nuestro Señor me dé más fuerzas y lugar para escribir más.

Al señor Martín Daza escribí el otro día, y no a todo lo que su merced me dice. Suplico a vuestra merced alcance de él me espere por lo que falta: que cierto no estoy para más. Amén. De Montilla, a 15 de marzo de 1566.—JOAN DE AVILA.

207—CARTA DEL P. ÁVILA PARA LA VILLA DE UTRERA

La gracia y paz de Jesucristo sea siempre con vuestras mercedes. Lo mucho que conozco que debo a ese pueblo y lo mucho que veo que de él soy amado y le amo, me hacen vivir con cuidado de cómo no hago obras con que sirva algo de lo mucho que debo, y se manifieste lo que amo. Por lo cual me pareció, ya que pues por presencia no puedo, amonestaros, señores y hermanos, por carta, que busquéis a Aquél que sólo es bien verdadero y suficiente hartura de muchos deseos, esperando en El. Que conforme al amor con que soléis oír las palabras de Dios por mi boca, y al deseo con que os la hablo, pondrá Nuestro Señor su potentísima mano en vuestros corazones para que la palabra que mi pluma escribiese en este papel la escriba su poderoso dedo en vuestras ánimas, y quede la mía alegre con veros hechos carta escrita con dedo de Dios, transformándoos en El y semejables a El para perpetua gloria suya y provecho suyo.

Grande descuido ha caído en los hijos de Adán acerca de lo que a sus ánimas cumple, andando a porfía la bondad de Dios para hacerles mercedes y nuestra malicia para buscar nuestros males. Quien bien considerase cuánto cuidado ha tenido Dios de nuestro remedio, darle ia muy entrañables gracias por haberse querido ocupar

tan de hecho en el bien de una criatura que tan poco a El importa, y condenaría a los hombres por muy culpados, por no quererse aprovechar de remedio tan grande. ¡Qué cosa es considerar cómo estando Dios enojado con los hombres (y no sin causa), mas con muy sobrada y tan justa, que muy justamente nos pudiera enviar a tormentos eternos, quiso antes salvarnos y perdonarnos que condenarnos y tomar por hijos a los que habían sido malos esclavos! ¡Oh, bondad sin término, y cuán sin término nos amaste, cuando tanto amaste al mundo que diste a tu único hijo para que todo hombre que en él creyere se salve, y siendo tú el injuriado y quejoso, rogaste al injuriador con la amistad, y porque ésta no se podía hacer sin que la injuria a Ti se satisficiese, Tú mismo diste al culpado con qué pagase para que viese que de verdad tenías gana de su amistad, pues de balde le perdonabas y tan a tu costa le dabas con qué te pagase!

Cosa, Señor, es ésta tan nueva que dieses tu Hijo inocente para que el pecador, tu deudor, tomase de sus tormentos y pagase sus deudas, y gozase de tus abrazos el que merecía tu maldición. ¿Quién nunca tal cosa oyó que entregue Dios a su Hijo a cruel muerte de cruz para que los que merecían muerte de infierno alcancen vida del cielo? ¡Condenan al inocente y absuelven al culpado; y que maldigan al bendito de todos los siglos para que caiga sobre los malditos aquella bendición soberana: «Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado desde el principio del mundo!»

Muere la vida y viven los muertos. Deshonran la honra y son los despreciados levantados a tanto precio que sea Dios Hombre su precio. ¿Qué diremos a estas cosas, pues tanto Dios nos amó que por nos no perdonó a su propio Hijo, mas entrególo por todos nosotros? Esta es la paz de toda parte firmísima que Dios había prometido de enviar al mundo diciendo: «Mirad que yo sé pensamientos de paz que pienso sobre vosotros». Cierto gran paz es ésta que esté Cristo entre el Padre y nosotros, y ofrecido por nuestros pecados los deshace todos; porque más

sin comparación agrada al Padre aquel valeroso y poderoso sacrificio de su propio Hijo precioso en la cruz, que le pueden desagradar todos nuestros pecados.

Grandes voces dan nuestros pecados pidiendo venganza a las orejas de la justicia de Dios; mas muy mayores voces da la sangre de Cristo pidiendo perdón, porque como dice San Pablo: «Allegádoos habéis a un derramamiento de sangre que da mejores voces que la de Abel; aquélla pide venganza; ésta perdón: aquélla justicia; ésta misericordia para todo el mundo y aun para los mismos que la derramaron, pues ya no suenan los pecados por muchos y grandes que sean, porque la sangre del inocente cordero los hace callar». ¡Oh, sacrificio muy más poderoso que la culpa de Adán y nuestras ofensas! ¡Oh, peso que vales a Dios y por eso haces que no pesen nuestras ofensas por pesadas que sean! ¿Quién es aquel que no agradece la gran misericordia y no goza de tan gran medicina? El que pone duda en este valor infiel es, como Caín, que por conocer su propia maldad, no conoció la bondad de Dios. Y quien cree tan gran precio y remedio, ¿qué hace que no lo toma? Esto es, hermanos, lo que sobre toda manera es de sentir, ver el remedio venido y estar los pecados todos perdonados de la parte de Dios, pues, ¿porqué hay hombres que se están adeudados con ellos? La paz en la cruz se ganó; ¿porqué están muchos enemistados con Dios?; abierto es el cielo, ¿porqué los hombres lo cierran con sus pecados? ¡Oh, dolor! Que haya Cristo hecho una medicina para nuestras ánimas con la cual sanemos de nuestras graves y pestilenciales enfermedades de las pasiones, y que nos estemos tan sujetos a ellas como si no hubiera venido la medicina, o como si costara tan barato que fuese poco lo que perdiésemos? Trabajo costó a Cristo su humildad, ¿porqué no la tomas? Entrañable dolor le costó tu descanso, ¿porqué tienes tu ánima entristecida con remordimientos de mala conciencia? ¿Qué gozar de gozo y descanso que de la presencia del Espíritu Santo nacería en ti? Pues la carne de Cristo fué azotada y crucificada para que la tuya fuese casta por El, ¿porqué no eres

casto? Así tienes en poco sus trabajos inmensos, ¿o piensas acaso que no le dolía su sagrada pasión? Oye que dice Cristo por Isaías: «Servirme hiciste por tus pecados y trabajo me diste en tus maldades.» Era el hombre siervo de los pecados y sirvió Cristo por él padeciendo penas; comió el hombre de la manzana dulce y causó acedia al gusto del justo. ¿Qué misericordia es esa, Señor? ¿Quién nunca vió hombre, siervo de otro, por mucho que lo amase, ni por mucho galardón que de él esperara, que quisiese servirle, de cada y cuándo que el otro enferma; se deje hacer excesos, que sangrasen y juzgasen a él por el otro y lo que más es, que si el otro hurtase que lo azotasen a El y si fuese traidor que lo matasen a El y dejasen al otro? No se halla este amor en la tierra ni entre iguales con iguales, ni entre menores con mayores, ni entre parientes con amigos, y hallóse en Jesucristo Nuestro Señor y Dios que se obligó El a servir por nuestros pecados pagando lo que nosotros habíamos hecho y merecido por nuestros excesos. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios eterno y sirviente de hombres! ¿Y quién no se confunde de su soberbia oyendo decir al Hijo de la Virgen que no vino a ser servido sino a servir, y dar su ánima en rescate de muchos? Y dijiste, Señor, que quien era mayor, que se hiciese menor, y quien presidía, como si fuese esclavo, a semejanza de Ti, que tanto te abajaste a servir a los hombres, no tan sólo con buenas palabras, mas con recios azotes y muerte de cruz. Aprended, mayores, a trabajar por los menores; aprended regidores y jueces de pueblos a buscar el bien común, aúnque sea con vuestras pérdidas de haciendas y muerte. Las veces tenéis de Aquél que por ser buen pastor murió por el pro de sus ovejas; pareced en el amor a El, pues parecéis en la dignidad. Oficio público tenéis, no tengáis corazón particular, no miréis lo que a sólo vosotros cumple, mas lo que a todos aunque con daño vuestro. El lugar de perfección que tenéis es para aprovechar a todos y para que tengáis un acuerdo del bien común con olvido del vuestro. No es el pueblo ordenado para vuestro pro, mas vosotros para él. Del pueblo de Dios esperad el galardón y

descanso de vuestra administración, que acá no esperéis sino trabajos por el bien público, contradicciones por hacer justicia. Bien tiene Dios con qué os pague si os atreviereis a perder por El en este mundo por la ganancia de sus ovejas que os encomendó. No os faltará el galardón si no os falta la lealtad del servicio, ni tampoco el tormento si desleales os hallare. Presto provocaréis lo uno o lo otro; porque escrito está: presto y espantablemente os aparecerá Dios; porque juicio duro será hecho a los que tienen mandos. Y vosotros, hermanos, a quien Dios puso debajo del yugo de vuestros mayores, mirad que así como ellos son obligados a amaros como hijos, así vosotros sois obligados a reverenciarlos como a padres; habéislos de amar entrañablemente, ni en presencia ni en ausencia no decir cosa que no sea razón. Manda el Apóstol San Pablo que los cristianos sean sujetos a los jueces aunque infieles, ¡cuánto más lo debéis ser a los que son participioneros en la fe de Jesucristo y herederos del reino de Dios! Manda que les seamos obedientes, no sólo por el temor del castigo, mas por la conciencia, dando a entender que agrada a Nuestro Señor la reverencia y obra de corazón a los que rigen. Sean, pues, los mayores benignos para los menores, buscando el bien de ellos; mas los menores no los desprecien, por los ver abajar, antes tanto más los honren cuanto más ven que no quieren usar de sobrecejo por mirar a la caridad; no debe de ser en poco estimado quien por amor se desprecia; y todos, generalmente, guardad la unidad del corazón que Cristo oró al Padre diciendo: «Quiero Padre, que sean una cosa, así como Tú y Yo somos una cosa»; no haya división, que es cosa del infierno, entre los llamados a la santa cristiandad, que se llama reino de Dios; no traigan pleito los que son hijos de paz, no haya maldiciones entre los que esperan poseer el reino de Dios; por una bendición, no haya envidias entre los que son miembros de un cuerpo, entre los cuales el uno se goza del bien del otro y se entristece del mal; no fantasías entre los que adoran a Aquél que el Jueves de la Cena se hincó de rodillas delante de sus discípulos, y

después de haberlos lavado los pies, dijo: «Ejemplo os he dado que así como yo he hecho así hagáis vosotros. No tenga lugar la codicia entre los que oyen: mi mandamiento es que os améis unos a otros como yo os amé.» Sed, pues, hermanos tales, que vuestra vida glorifique a vuestro Padre que está en los cielos; sed tales, que deis testimonio que sois hijos de Dios y esperéis su reino que nunca se acaba; daos prisa a sembrar en trabajos y lágrimas, que en alegría cogeréis; sembrad, no en carne, porque de ella no sacaréis sino muerte, mas en Espíritu que da vida. Mientras tiempo tenemos, obremos bien a todos, aprovechemos a todos, ninguna oportunidad para bien hacer dejéis pasar sin ponerla por obra; para esto es la vida presente, para ganar la otra: no hagamos del camino fin. En el cielo esperad vuestro bien, acá poneos a lo que Dios quisiere, que es trabajar, consolaos con la buena esperanza que Cristo nos dió de su reino, mirad por los enfermos y recreadlos, por los hambrientos y necesitados y ayudadlos: dad tierra y daros han cielo; no perdáis vuestra buena costumbre de confesar y comulgar a menudo, porque no digáis: «Mi corazón se secó porque me olvidé de comer mi pan.» Sed amigos de la palabra de Dios leyéndola, hablándola, obrándola; tened paz en vuestros corazones, obedeciendo en ellos a Cristo y contentaos con aquello que El os envía; servidle como El quiere y no como vosotros queréis; tened paz en vuestras casas mirando cada uno no sea pesado a su compañía; tened cuidado de bien doctrinar a vuestros hijos por halago y castigos; amaos todos en Cristo y seréis todos ricos, porque siendo los corazones unos, también lo sea la hacienda; sed cuidadosos en vuestras costumbres, sed apacibles a vuestros prójimos, sed hijos de obra a Dios Nuestro Señor y en galardón de estas cosas esperad el reino de Dios a donde plegue a El nos veamos. Amén.

LIBRO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA Y DEL ESPÍRITU SANTO Y DE NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN SANTA MARÍA

LIBRO PRIMERO

TRATADO PRIMERO

DEL AMOR DE DIOS PARA CON LOS HOMBRES



A causa que más mueve el corazón al amor de Dios, es considerar profundamente el amor que nos tiene El, y con El su benditísimo Hijo Nuestro Señor. Más mueve al corazón el amor, que los beneficios; porque el que hace a otro beneficio, dale algo de lo que tiene; mas el que ama, da a sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar. Pues veamos, Señor, ahora si Tú nos amas; y si es así que nos amas, qué tanto es el amor que nos tienes. Mucho aman los Padres a los hijos; ¿por ventura ámasnos como Padre? No hemos entrado en el seno de tu corazón para ver esto; mas el unigénito Hijo tuyo, que descendió de ese seno, El nos trajo señas de ello, y nos mandó (Matth., VI) que te llamásemos Padre, por la grandeza del amor que nos tienes; y sobre todo esto nos dijo que no llamásemos a otro padre sobre la tierra (Ibid., XXIII); porque Tú sólo eres nuestro Padre. Porque así como Tú sólo eres bueno por la eminencia de tu soberana bondad, así Tú sólo eres Padre y de tal manera eres Padre, y tales obras nos haces, que en comparación de tus entrañas paternales, no hay ninguno que así pueda llamarse.

Bien conocía esto tu Profeta, cuando dijo (Psalmus XXVI): *Mi padre y mi madre me dejaron, mas el Señor me recibió.* Tú mismo te quisiste comparar con los padres, diciendo por Isaías, XLIX: *¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito, y no tenga piedad para con el hijo que salió de su vientre? Posible será que ella se olvide, mas yo no me olvidaré jamás de Ti; porque en mis manos te tengo escrito, y tus muros están siempre delante de mí.* Y porque entre las aves el águila es muy afamada en amar a sus hijos, con el amor de ella quisiste comparar la grandeza de tu amor, diciendo (Deuterenomio, XXXII): *Así como el águila defendió su nido, y como a sus pollos extendió sus alas, y los trajo sobre sus hombros.* Sobre el amor de la esposa es ese amor, por lo cual dice (Gén., II): *Por ésta dejará el hombre a su padre y a su madre, y se llegará a su mujer, y serán dos en una carne.* Mas a éste sobrepuja tu amor; porque según dices Tú por Jeremías (cap. III): *Si el marido echa a su mujer de su casa, y después de así echada se juntare con otro, ¿por ventura volverá otra vez a él? Mas tú has fornicado con cuantos amadores has querido, y con todo eso vuélvete a mí* (dice el Señor) *que Yo te recibiré.*

Y si todavía eres incrédulo a ese amor, mira todos los beneficios que Dios tiene hechos a ti, porque todos ellos son prendas y testimonio de amor. Echa la cuenta de todos ellos cuántos son, y hallarás que todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todos cuantos huesos y sentidos hay en todo tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos vives de la vida, todos son beneficios del Señor. Mira también cuántas inspiraciones has recibido buenas, y cuántos bienes en esta vida has tenido; de cuántos pecados te ha librado, y en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído, si El no te hubiera librado, que todas estas cosas son señales y muestras de amor: hasta los mismos azotes y tribulaciones que te envía, son argumentos de amor, porque son muestras del corazón de aquel Padre, que castiga todo hijo que recibe, para enmendarlo, y para despertarlo, y

para purgarlo, y para conservarlo en todo bien. Finalmente, pon los ojos en todo este mundo, que todo él se hizo por amor para ti, y todo él y cuantas cosas hay en él predican amor, y demandan amor, y significan amor.

Y si a todas estas cosas estás sordo, no es razón que lo estés a las voces que el Salvador te da en el Evangelio (Joann., III): *En tanta manera amó Dios al mundo, que le dió a su Unigénito Hijo, para que todo el que creyere en El, no perezca, sino alcance vida eterna.* Todas estas cosas son señales de amor, y ésta más que ninguna de todas, como escribe aquel tan amado y amador de Dios, su Evangelista San Juan, diciendo (I Joann., IV): *En esto conocemos el amor que Dios nos tiene, que nos dió a su Hijo para que vivamos por El.* Y este beneficio con los demás, son señales del amor que Dios nos tiene, y como centellas que saltan acá fuera, de aquel abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto mayor debe ser aquel fuego escondido, pues las centellas de él son tan grandes? ¡Oh, amor grande! ¡Oh, amor gracioso! ¡Oh, amor digno de ser gratificado con amor! Danos, Señor, a sentir con todos los Santos (ad Ephes. 3) la alteza y profundidad, la grosez y largura de ese amor para que por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de tu amor. Pero veamos ahora, ¿qué tan grande fué ese amor que nos tuvo ese Hijo que nos diste? No hay lengua que lo pueda explicar; porque, como San Pablo dice (ad Phil. IV), la caridad de Cristo excede a todo conocimiento y sentido, aunque sea el de los ángeles, porque todos no lo alcanzarán a conocer.

Algunos ignorantes y duros no acaban de caer en la cuenta de este amor, porque como el amor de ellos nazca de la bondad y perfección de la cosa amada, porque el objeto del amor es la bondad y perfección de las cosas, siendo el hombre una criatura tan baja e imperfecta, según el cuerpo, y según el ánima, un vaso de maldad, ¿qué amor se podrá tener a criatura tan miserable? Considerando especialmente que aquel divino Amador no es ciego, ni apasionado, ni menos antojadizo; pues donde no hay ceguedad ni pasión en el que ama, y la cosa que

se ha de amar es tan fea y miserable, ¿qué amor se podrá tener? No es esta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor, porque no nace el amor de Cristo de la perfección que hay en nosotros, sino de la que El tiene, que es mirar a su Eterno Padre. Para lo cual, tomando este negocio de sus primeros principios, has de considerar la grandeza inestimable de las gracias que por toda la Santísima Trinidad fué concedida a aquella Santísima Humanidad de Cristo en el instante de su Concepción, porque allí le fueron dadas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas en su manera es infinita. (Thom., 3.ª p., q. 1, y II. Joan I; Thom., 3.ª p., q. 8, a. 1. Ad Ephes. V. Thom., 3.ª p., q. 7, a. 1). Conviene a saber, la gracia de la unión divina y la gracia universal que se le dió como a Cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su ánima. Diósele primero a aquella Santa Humanidad el ser divino, juntándola y uniénola con la divina Persona; de manera, que a aquella Humanidad se le dió el ser Dios de esta suerte; que podemos con verdad decir que aquel Hombre es Dios, e Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios (Thom., q. 7, a. 11). Esta gracia ya se ve que es infinita, por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios, y por la manera que se da, que es la más estrecha que se puede dar, que es por vía de unión personal.

También se le dió a aquel nuevo Hombre que fuese Padre universal y Cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud (Joann., X; Athan., *in Symb.*). De manera que en cuanto Dios es igual al Padre Eterno, y en cuanto Hombre es principio y Cabeza de todos los hombres, y conforme a este Principado, se le dió gracia infinita, para que de El, como de una fuente de gracia y un mar de santidad, la reciban todos los hombres, no solamente por ser mayor de todos, sino por ser Santificador de todos, y como si dijésemos, un tinte de santidad, donde han de recibir este color y lustre todos los que hubieren de ser Santos. Esta gracia también es infinita, porque es para

toda la generación humana, que no tiene número de personas determinado; sino puede, cuanto es de su parte multiplicarse en infinito, y para todo cuanto en ella se multiplicare, hay méritos y gracia en la bendita ánima de Jesucristo.

Diósele, finalmente, otra gracia particular para la santificación y perfección de su vida, la cual también se puede llamar infinita, porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia, sin que nada se le pueda añadir. (Thom., 3. p., q. 7, art. 2). Diéronsele, además de esto, en aquel punto todas las gracias *gratis datas*, de hacer milagros y maravillas, cuantas quisiese; y diéronsele todas en sumo grado y en suma perfección. Porque esta es aquella hermosa Flor de Hermosura donde se asentó la Paloma blanca del Espíritu Santo, y tendidas sus alas la cobijó, y tendió sobre ella toda su virtud y gracia cumplidamente.

Este es aquel vaso de escogimiento donde se infundió aquel río de todas las gracias, con todas sus avenidas y crecientes, sin que ninguna gota quedase sin entrar en El. (Thom., 1.ª p., q. 25, a. 6 ad 4.) «Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer, y dió cuanto pudo dar; porque aquí hizo lo último de potencia y gracia (Thom., 3. p., q. 34, art. IV), dando todo lo que podía a aquella ánima dichosísima en el punto que fué criada.» Y sobre todo esto le fué dado en aquel mismo punto que viese luego la esencia divina y conociese claramente la Majestad y gloria del Verbo, con que era ayuntada; y así viendo fuese bienaventurada y llena de tanta gloria, cuanta ahora tiene a la diestra del Padre. Si te pone en admiración esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es, que todo esto se dió de pura gracia (Thom., 3 p., q. 19, art. 3), ante todo merecimiento, antes que aquella bendita ánima pudiese haber hecho obra meritoria ninguna por donde la pudiese merecer; todo fué junto el criarla y dotarla de todas estas gracias; no por más de porque así quiso el Señor amplificar y extender sus manos y largueza para con ella, y magnificar así su gracia: por lo cual llama

San Agustín a Jesucristo dechado y muestra de la gracia; porque así como los grandes escribanos o pintores suelen trazar algunas muestras de labores en sus oficios, cuando se quieren dar a conocer, en las cuales emplean todo su saber, hacen lo último de potencia, para que todo el mundo vea qué tanto es lo que alcanzan, así aquesta bondad y largueza infinita de Dios determinó de criar una nueva criatura, y usar con ella toda su magnificencia y gracia, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de ella (Esther, I): *El Rey Asuero hizo un convite maravilloso a todo su reino.* Dios hizo un convite muy mayor y más maravilloso a esta Humanidad con quien se desposaba, para que todas las criaturas celestiales y terrenales conociesen por ella la divina grandeza de su bondad, que a tales cosas se extendió.

Mira tú qué dádiva sea ésta tan admirable, y cuán dichosa haya sido aquella ánima bendita a quien Dios tal gracia quiso hacer, y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que El recibió, no solamente la recibió para sí, sino también para ti. En nombre suyo se escribieron aquellas palabras de Job (cap. XXXI): *Si comí yo a mis solas mi bocado, y el extranjero no comió de él, porque desde mi niñez creció conmigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo;* así que no comió su bocado a solas; mas antes lo repartió con los peregrinos. Como verdadera Cabeza nuestra recibió lo que recibió, no solamente para sí, sino para sus miembros también. Ahora pasemos adelante, y veamos de tan grandes riquezas como éstas qué es la parte que nos cabe. Dime cuando esta ánima santa en aquel dichoso punto que fué criada abriese los ojos y se viese tal cual has oído, y conociese de cuyas manos le viniese tanto bien, y como el que nace Rey, y no lo gana con su lanza, se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese ante sí arrodilladas todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto le adoraron, como San Pablo dice (ad Heb. I); dime si es posible decir, ¿con qué amor amaría esta tal ánima al que así la había glorificado? ¿Con qué deseo codiciaría que se le ofreciese algo con que pudiese agradar y

servir a tal dador? ¿Hay algunas lenguas de querubines y serafines que esto puedan decir?

Pues añade más, que a este deseo tan grande le fuese dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se encargase el Hijo bendito, por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta empresa tan gloriosa, y no descansase hasta salir al cabo con ella. Y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas es de obrar por amor, porque todas ellas obran por algún fin que desean, cuyo amor concebido en sus entrañas las hace trabajar, y por tanto, pues El había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que los amase con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituídos en la propia gloria se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario; dime ahora, después que aquella ánima, tan deseosa de agradar al Eterno Padre, esto conociese, ¿con qué linaje de amor revolvería hacia los hombres, para amarlos y abrazarlos, por aquella obediencia del Padre? Vemos, que cuando un tiro de artillería echa una pelota con mucha pólvora y fuerza, y la pelota resurte a soslayo de do va a parar, tanto con mayor ímpetu resurte cuanta mayor fuerza llevaba. Pues si aquel amor del ánima de Cristo para con el Padre llevaba tan admirable fuerza (porque la pólvora de la gracia que le impelía era infinita), cuando después de haber ido derechamente a herir en el corazón del Padre resurtiese de allí al amor de los hombres, ¿con cuánta fuerza y alegría revolvería sobre ellos para amarlos y remediarlos? No hay lengua ni virtud criada que aquesto pueda significar.

Esta es aquella fuerza que significó el Profeta cuando dijo (Psalm. XVIII): *Alegróse como gigante para correr el camino; desde lo más alto del cielo fué su salida, y su vuelta a lo más alto de él, y no hay quien se pueda esconder de su calor.* ¡Oh, amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y tornaste a Dios!; porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios; y en tanta

manera lo amaste, que quien considera este amor, no se puede esconder de tu amor, porque haces fuerza a los corazones, como lo dice el Apóstol (II Cor., V): *La caridad de Cristo nos hace fuerza.* Este es aquel amor que significó la Santa Iglesia tuya en los Cantares, cuando dijo (Cant., II): *Miradlo cómo viene con tanta prisa saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi Amado a la cabra montés y al hijo de los ciervos, según la ligereza que trae.* Esto mismo significó el Profeta Isaías cuando dijo (cap. XLII): *No se entristecerá y turbará hasta establecer en la tierra juicio y concierto, y su Ley esperarán las islas.* De aquí nacieron aquellas palabras tan amistosas que dijiste (Psalm. CXXXI): *Si diere Yo sueño a mis ojos: si dejare siquiera un poquito pegar mis párpados: si tomare algún descanso para mi vida, hasta que halle algún lugar y morada en la tierra para el Dios de Jacob.* Esta es la fuente y origen del amor de Cristo para con los hombres, si hay alguno que lo quiera saber; porque no es causa de este amor la virtud, ni bondad, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas, que dijo el jueves de la Cena (Joann., XIV): *Para que conozca el mundo cuánto Yo amo a mi Padre, levantaos, y vamos de aquí.* ¿Adónde? A morir por los hombres en la cruz. Cata aquí, pues, ánima mía, la causa de este grande amor.

Tanto quema más el resplandor del Sol, cuanto más fuertes son los rayos que lo hacen reverberar. Los rayos de ese Sol Divino derechos iban a dar al corazón de Dios: de allí reverberaban sobre los hombres. Pues si los rayos son tan recios, ¿qué tanto quemará su resplandor? No alcanza ningún entendimiento angélico, qué tanto arda ese fuego, ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegó la muerte y la cruz; porque si así como le mandaron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor; y si lo que le mandaron padecer por la salud de todos los hombres, le mandaran hacer por la salud de cada uno de ellos, así lo

hiciera por cada uno como por todos; y si como estuvo aquellas tres horas penando en la cruz, fuera meneser estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si nos fuera necesario. De manera, que mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas, de lo que mostró acá de fuera en sus llagas. No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese entre otras particularidades del templo de Salomón, ésta, conviene a saber: «que las ventanas del templo eran saetías, que por de dentro eran mayores de lo que por de fuera parecían.» (3. Reg., 6.)

¡Oh, Amor Divino, cuánto eres mayor de lo que pareces! Grande pareces por acá de fuera, porque tantas heridas, y tantas llagas y azotes sin duda nos predican amor grande, mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es allá dentro de lo que por de fuera parece: centella es ésta que sale de ese fuego, rama que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Esta es la mayor señal que puede haber de amor, poner la vida por sus amigos, mas es señal y no igualdad. Pues si tanto te debo por lo que hiciste por mí, ¿qué tanto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de todos, ¿qué tanto más será lo que solamente ven los ojos de Dios? ¡Oh, piélago de amor! ¡Oh, abismo sin suelo lleno de amor! ¿Quién dudará ya del amor de Cristo? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado?

Suplícote, Señor mío, por las entrañas de misericordia que te movieron a dar tal dádiva, me des ojos y corazón para que yo la sienta y conozca, para que me gloríe siempre en tus misericordias, y cante todos los días tus alabanzas. Si quieres, ánima mía, barruntar algo del amor de Cristo, del deseo que tuvo de padecer por ti, párate a pensar la grandeza del deseo que tuvieron los Santos de padecer por amor de Dios, y por aquí entenderás el deseo que tuvo este Santo de los Santos, pues les excede tanto en santidad y gracia cuanto la lumbre del Sol a la de las estrellas, y mucho más. Mira el deseo de aquel bienaventurado Apóstol San Andrés, que viendo la cruz en que

había de morir, se requebraba con ella como con esposa muy amada, y le rogaba se alegrase con él, como él se holgaba con ella.

Vengo a otro género más alto de martirio y a otra manera nueva de deseo, que fué el de San Pablo, (ad Rom., IX) que pareciéndole pocos todos los géneros de tormentos juntos para satisfacer a su deseo, vino a tanto deseo de amor, que deseó las mismas penas sensibles del infierno por la honra de Dios y por la salud de los hombres. Codiciaba—dice—ser anatema de Cristo por mis hermanos, deseando en esto estar apartado de Cristo cuanto a la participación de la gloria, aunque no cuanto al amor y a la gracia, como dice San Juan Crisóstomo. Pues, ánima mía, toma ahora alas, y sube de este escalón hasta las entrañas y corazón de Cristo, y miro que si este Apóstol sagrado, no teniendo sino una gota de gracia, tenía tan grande amor a los hombres, que verdaderamente deseaba padecer las penas del infierno por ellos, ¿cuánto mayores serán los deseos de Cristo, pues tanto mayor era su gracia y caridad? ¿Qué otra cosa nos quisiste dar a entender en aquellas palabras cuando dijiste (Lucas, XII): *Con un Bautismo deseo ser bautizado, cómo vivo en estrechura?;* porque era tan grande el deseo que tenías de verte ya teñido en tu sangre a fuerza de dolores por nosotros, que cada hora que esto se dilataba te parecía mil años por la grandeza del amor y de aquí nació aquella fiesta gloriosa de los Ramos que quisiste que se hiciese cuando ibas a padecer, para enseñar al mundo la alegría de tu corazón, que así cercado de rosas y flores quisiste ir al tálamo de la cruz.

No parece, Señor, que vas a la cruz, sino a tu desposorio, pues es tanta la fiesta que quieres que se te haga en el camino (Cant., III). Pues salid ahora, hijas de Sión; salid, ánimas devotas y amadoras de Cristo, y veréis al Rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su madre en el día de su desposorio, en el día de la alegría de su corazón. No hallo yo, Señor, otra guirnalda sino la que hizo su Madre la Sinagoga el viernes de la Cruz, no de rosas, ni de flores, sino de espinas para atormentar tu

cabeza. ¿Pues cómo se llamará ese día de fiesta y alegría de tu corazón? ¿Por ventura esas espinas no te lastiman? Sí por cierto, y más a Ti que a ninguno de los hombres, porque tu delicadeza era mayor: mas con la grandeza del amor que nos tenías, no mirabas a tu dolor, sino a nuestro remedio; no a tus llagas, sino a la medicina de nuestras ánimas enfermas. Si al Patriarca Jacob le parecían poco siete años de servicio por casar con la hermosa Raquel, por el grande amor que la tenía, ¿qué te parecerá a Ti un día de la cruz por desposarte con la Iglesia, y hacerla tan hermosa que no le quedase mancilla ni arruga? Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriaga de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado de una cruz hecho escarnio del mundo. Tú eres aquel Noé que plantaste una viña, y bebiste el vino de ella en tanta abundancia, que embriagado de este poderoso vino caíste dormido en la cruz, y padeciste tales deshonras en ella, que tus mismos hijos te escarnecieron e hicieron burla de Ti.

¡Oh, maravilloso amor, que a tal extremo descendiste! Y maravillosa ceguedad de los hombres, que tomaron ocasión para descreerte, de donde la había de tomar para más amarte! Dime, ¡oh, dulcísimo Amador!, si sola esta centella que nos mostraste acá de fuera, fué tan espantable a los hombres que ha sido escándalo a los judíos y locura a los gentiles, ¿qué hiciera si les pudieras dar alguna otra muestra que declarara toda la grandeza del amor tuyo? Pues si sola esta muestra, que es menor, hace salir a los malos de sus sentidos y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus verdaderos hijos y amigos, que tan creído y conocido tienen tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí y quedar atónitos, cuando recogidos en lo secreto de su corazón les descubres estos secretos y se los das a sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas; de aquí el desear los martirios; de aquí el holgarse con las tribulaciones; de aquí el sentir refrigerio en las parrillas y el pasearse sobre las brasas como sobre rosas; de aquí el desear los tormentos como convites, y holgarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece,

y buscar abominaciones de Egipto para sacrificarlas a Dios.

El ánima—dice San Ambrosio—que está desposada con Jesucristo, y voluntariamente se junta con El en la cama de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las insignias y librea del Crucificado; ¿pues cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor? Esto sólo es digno de recompensación, que la sangre se recompense con sangre. Aquella sangre con que Moisés celebró la amistad entre Dios y su pueblo (Exod., XVI), la cual fué figura de ésta, parte se derramó sobre el altar y parte sobre el pueblo, recibiéndolo, reconciliándolo con Dios; y la que sobre las cabezas del pueblo, fué para obligar a los hombres. Dulcísimo Señor, yo conozco esta obligación; no permitas que yo me salga fuera de ella, y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh, cruz! hazme lugar, y recibe mi cuerpo, y deja el de mi Señor; ensánchate, corona, para que pueda yo ahí poner mi cabeza; dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazón, y llagadlo de compasión y amor. Para esto dice tu Apóstol (Rom., XIV): *Moriste para enseñorearte de vivos y muertos, no con amenazas y castigos, sino con obras de amor.* Cuéntame entre los que mandares, o por vivo o por muerto, y véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor.

¡Oh, qué maravillosa manera de pelear ha tomado el Señor!, dice la santa Profecía (Judit V); porque ya no con diluvio, no con fuego del cielo, sino con halagos de paz y amor ha conquistado los corazones; no matando, sino muriendo; no derramando sangre, sino la suya por todos en la cruz. ¡Oh, maravillosa y nueva virtud! lo que no hicis tedesde el cielo, servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones. ¡Oh, robador apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar a un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes; Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones, Tú has inflamado a todo el mundo en tu amor; Tú mismo dijiste a un Profeta (Is., 93): «Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra»; y en tu Evangelio dijiste (Luc., XII):

Fuego vine a poner en la tierra; ¿y qué otra cosa quiero sino que arda? Bien había entendido la virtud de esta venida y de este fuego aquel santo Profeta, que por eso daba voces diciendo (Isaí., LXIV): *Ojalá rasgases ya los cielos y vinieses; las aguas arderían como fuego.* ¡Oh, dulce fuego! ¡Oh, dulce amor! ¡Oh, dulce llama! ¡Oh, dulce llaga, que así enciende los corazones helados más que nieve y los convierte en amor! Este es el intento principal de tu venida a henchir el mundo de tu amor, y como dice el Profeta (Psalm. LXIV): *Visitaste la tierra, y embriagástela en amor, y así multiplicaste sus riquezas con tal linaje de amor;* visitando la tierra embriagaste los corazones terrenos.

¡Oh, amantísimo Señor, suavísimo, begninísimo, hermosísimo, clementísimo! Embriaga nuestros corazones con este vino, abrásalos con ese fuego, hiérelos con esa saeta de tu amor. ¿Qué le falta a esa cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? La ballesta se hace de madera y una cuerda estirada, y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Esta santa cruz es el madero, y ese cuerpo extendido, y brazos tan estirados, la cuerda, y la abertura de ese costado, es la nuez donde se pone la saeta de amor, porque de allí salga a herir el corazón; desarmado se ha la ballesta, y herido me ha el corazón. Ahora sepa todo el mundo que tengo el corazón herido. ¿Corazón mío, cómo te guarecerás? No hay remedio ninguno que te cure sino morir.

Cuando yo, mi buen Jesús, veo cómo de tu costado sale el hierro de la lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa, y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no me penetre. ¿Qué has hecho, amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, y hasme herido. Vine para que me enseñases a vivir, y hácesme loco. ¡Oh, sapientísima locura, no me vea yo jamás sin Ti! No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados;

los brazos tienes tendidos para abrazarnos; las manos agujereadas para darnos tus bienes; el costado abierto para recibirnos en tus entrañas, los pies enclavados para esperarnos y para nunca te poder apartar de nosotros; de manera, que mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto vieren mis ojos, todo convida a amor; el madero, la figura y el misterio, las heridas de tu cuerpo; y sobre todo, el amor interior me da voces, que te ame y nunca te olvide mi corazón: ¡Pues cómo me olvidaré de Ti, oh buen Jesús! *Si me olvidase de Ti* (Psalm. CXXXVI): *Sea echada en olvido mi mano diestra; péguese mi lengua a los paladares, si no me acordare de Ti y si no te pusiere por principio de mis alegrías.*

Cata, pues, aquí, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo nos tiene; porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino de mirar a Dios, y del deseo que tiene de cumplir su santa voluntad; pues por este mismo camino podrás entender de dónde provienen tantos beneficios y promesas como Dios tiene hechas al hombre, para que de aquí se esfuerce tu esperanza, viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada. Has, pues, de saber, que así como la causa porque amó Cristo al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el medio porque Dios tiene prometidos tantos bienes al hombre no es el hombre, sino Cristo (Isaí., LIII). La causa porque el Hijo nos ama, es porque se lo mandó el Padre; y la causa porque el Padre nos favorece, es porque se lo pide y se lo merece el Hijo.

Estos son aquellos celestiales planetas por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la Iglesia, y se envían todas las influencias de gracias al mundo. ¡Cuán firmes son los estribos de nuestro amor, y no lo son menos los de nuestra esperanza! Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo mandó; y tu Padre nos perdona, porque Tú se lo suplicas. De mirar Tú su corazón y voluntad, resulta me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar El tu Pasión y heridas, procede mi perdón y salud, porque así lo piden tus méritos. Miraos siempre Padre e Hijo, miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi sa-

lud. ¡Oh, vista de soberana virtud! ¡Oh, aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no le mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre le mira, ¿quién no será perdonado? A un suspiro que dió aquella doncella Aja ante su padre Caleb, le dió el padre piadoso todo cuanto le pidió; pues a los suspiros y lágrimas de tal Hijo, ¿qué se le podrá negar? De esta manera, ¿cuándo faltará mi remedio, si yo lo buscare? ¿Cuándo se agotarán mis merecimientos, pues son los tuyos? ¿Cuándo olerá tan mal el cieno de mis maldades, que no huela más suavemente el sacrificio de tu Pasión, siendo tan grande su hermosura, que todos los pecados del mundo juntos no son más parte para afearla que un lunarito muy pequeño en un rostro muy hermoso?

Pues, ánima mía, flaca y desconfiada, que en tantas angustias no sabes confiar en Dios, ¿porqué te desmayan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti sólo, sino en Cristo; no son tus merecimientos solos principalmente los que te han de salvar, sino los del Salvador; porque si el demérito de aquel primer hombre a cabo de tantos años fué bastante a condenarte, mucho más lo serán los méritos de Cristo a salvarte: ese es el estribo de tu esperanza, y no tú. El primer hombre terreno fué principio de tu caída; el segundo y celestial es principio y fin de tu remedio. Trabaja por estar unido con ése por fe y amor, así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco; porque si lo estuvieres, así como por el deudo natural participas la culpa del transgresor, así por el deudo espiritual comunicas la gracia del justo. Si con El estuvieres de esta manera unido, sé cierto que lo que fuere de El será de ti, que lo que fuere del Padre será de los hijos, y lo que fuere de la Cabeza será de los miembros, y donde estuviere el cuerpo allí se juntarán las águilas (Mat., XXIV). Esto es lo que en figura de este misterio dijo el Rey David a un hombre temeroso y turbado: Júntate conmigo, que lo que será de mí será de ti, y conmigo serás guardado

(I Reg., XXII). No mires a tus fuerzas, que te harán desmayar, sino mira a ese Remediador y tomarás esfuerzo. Si pasando el río se te desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto y mira los merecimientos del Crucificado, y pasarás seguro; si te atormenta el espíritu malo de la desconfianza, suene el arpa de David (I Reg., IX), que es Jesucristo en la cruz.

Echa tus cuidados en Dios, y asegúrate con su providencia en medio de tus tribulaciones: y si crees de veras que el Padre te dió a su Hijo, cree también que te dará lo demás, pues todo es menos. No pienses que porque se subió a los cielos te tiene olvidado, pues no se puede compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda que tenía te dejó cuando subió allá, que fué el palio de su Carne preciosa en memoria de su amor. Mira, que no solamente viviendo padeció por ti, pero aun después de muerto padeció la mayor de sus heridas; y para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y para que entiendas por aquí que cuando dijo al tiempo de expirar: *Acabado es*, aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor. «Jesucristo —dice San Pablo (ad Hebr., XIII)— ayer fué, y hoy es también, y será en todos los siglos, porque cual fué en este siglo mientras vivió para los que le querían, tal es ahora y será para siempre para todos los que le buscaren, amaren y quisieren.» Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento a tal Señor y a tal amador.

Pusimos este Tratado del amor de Dios el primero, porque en él se descubre la grandeza del amor que Dios tiene a los hombres; y también porque habiendo de hablar del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, era éste el principio, por haberse instituído y dádosenos por amor, y para abrasarnos y derretirnos en su amor, y para que se vea cuán abrasado estaba el Autor de este divino amor.

TRATADO SEGUNDO

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Pro eo quod laboravit anima ejus, videbit et saturabitur.

(ISA., LIII.)

«Por lo que trabajó su ánima, verá, y será harto.»

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

Las justísimas razones que hubo para que esta festividad del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo fuese instituída y celebrada en nuestra Iglesia cristiana, en reconocimiento y hacimiento de gracias de esta inefable merced que el amoroso Señor nos hizo de quererse quedar con nosotros acá El mismo por presencia real en este Santísimo Sacramento, notámoslo en otros Sermones; y lo que hoy nos conviene particularmente tratar en este presente, es de una excelente singularidad que esta fiesta tiene, que así por ser ella digna de mucha consideración, como por no haberla en ninguna de las otras fiestas, por grandes que sean causa mucha admiración y pone deseo de saber su causa. Instituirse día de esta santa fiesta, y que sea de holgar y que se rece oficio propio de ella, y que tenga octavas solemnes, cosa nueva fué en la Iglesia, porque de nuevo fué instituída por el Papa Urbano IV, y confirmada por

el Santo Concilio de Viena como en otro sermón hemos dicho. Mas si miramos que también hay en la Santa Iglesia católica otras muchas fiestas, así del Señor como de sus Santos, que con todas estas dichas solemnidades son celebradas, no parece haber singularidad, ni ventaja de ésta a las otras, pues no vemos en qué las exceda.

Verdad es,que quien con atención mirare el resplandor de este sacrosanto Misterio, en el cual la misma Persona de Jesucristo Nuestro Señor está presente, y con El celebramos la fiesta, hallará que fiesta echa de sí unas luces, y pone en el ánima un sentimiento, que aunque en el celebrar con solemnidad haya comunidad entre ella y otras fiestas, más todavía parece en ésta una particular excelencia, una majestad no común. Y quien bien quisiere aparejarse para recibir lo que en ella se da, sentirá cuán particular cosa es fiesta de *Corpus Christi*, y verá cumplido en sí lo que está escrito: *Aparejaste, Señor, en tu dulcedumbre al pobre* (Psalm. XCVII). Mas aunque esto es así, y muy bastante para estimar esta santa fiesta, lo que en ella causa singular maravilla es mandarnos la Iglesia que hagamos mañana una procesión con cuan gran solemnidad alcanzaren nuestras fuerzas, y saquemos al Señor de su Palacio Real, y lo llevemos por nuestras calles con suaves cantares, fiestas y gran regocijo.

Esta particularidad tan preciosa no se cuenta en fiesta ninguna, ni del Señor ni de sus Santos, aunque sea en los alegres días de su Nacimiento, Resurrección y Ascensión en los cuales con singular gozo y con justísima causa los cielos y la tierra se alegran. Y si esta salida del Señor fuera a visitar y comulgar algún enfermo, aunque es cosa digna de grande admiración y que pide singular agradecimiento por tan amorosa merced, mas ni es nueva en la Iglesia, ni está muy oculta su causa, pues es cierto que aquella caridad que le hizo salir del cielo a Bethleem, y después a la cruz por salvar los pecadores, y medicinar sus enfermedades, aquella misma le hace salir de su casa cuando le han menester, a les visitar y consolar, para que recibiéndole gocen ellos de la preciosa Redención que El les ganó, y El reciba contentamiento viendo que su muer-

te y Pasión no salen en balde en aquellos a quien va a visitar. Mas mañana no vamos con el Señor a visitar enfermos, sino a placeres y fiestas con El; cosa por cierto para Vos, Señor, muy nueva, iros a pasear por las calles, y con regocijos, y cuanto más nueva, tanto más nos hace admirar, y con grande deseo suplicaros nos digáis el porqué de cosa tan nueva.

Mas no permita vuestra misericordia que este nuestro deseo nazca de aquella curiosidad que nace a los hombres del natural apetito que tienen de saber lo que les cumple, y lo que no les cumple; tampoco permitáis que nazca de infidelidad, queriendo saber para creer. No, Señor, no Señor, no, por quien Vos sois; porque no nos comprenda lo que está escrito (Isaí., XVII): *Si no creyéredes, no entenderéis*. Firmemente creemos, por vuestro don, que lo que vuestra Iglesia ha ordenado es inspirado por Vos, y muy conforme a vuestro contentamiento y a nuestro provecho; mas deseamos saber la intención vuestra en esta fiesta, para mejor acertar a la celebrar, e ir con Vos como debemos en la santa procesión que para mañana la Santa Iglesia, inspirada por Vos, tiene ordenada.

A esta pregunta provechosa y justa responden las palabras de nuestro tema, aunque muchos años antes dichas por el Profeta Isaías (cap. LIII), y en romance dicen así: *Porque el ánima del Señor pasó trabajo, verá y será harto*. Palabras breves, sentencia profunda, la cual declara el Apóstol San Pablo con más copia de palabras, que son como glosa de este texto. Dice así (Philip., II): «Humillóse el Señor Jesús a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual el Padre lo ensalzó, y le dió nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se incline, así de los celestiales como de los terrenales, y los que están debajo de la tierra, y toda lengua confiese que el Señor está en la gloria del Padre.»

Justísimo galardón, por cierto, y muy clara razón, que aquella sobrepujante e inefable bondad de Dios, que le hace llegar a tanto, que El mismo se da en galardón, y galardón eterno, en pago de un jarro de agua fría dado

por su amor; y que salga de corazón limpio, y que esté en estado de gracia: no es justo que bondad que con tal galardón galardona una obra pequeña, y hecha por hombre pequeño, deje de galardonar tan grandes servicios, tan excesivos trabajos de Jesucristo Nuestro Señor, cuya obediencia y amor le hicieron llegar a padecer una muerte, en la cual se juntaron tan graves tormentos con tan calificadas deshonras, que no se haya hallado desde el principio del mundo, ni se hallará hasta el fin de él, haber cosa igual. Y si se junta con esta grandeza del servicio la grandeza y valor inmenso de la persona que lo padeció, que es persona divina, veremos, que no sólo hay justa razón, mas que sobra para que el Padre lo ensalce en cuanto hombre, dándole nombre sobre todo nombre, dignidad sobre toda dignidad, para que El tenga el Principado en todas las cosas, y haciéndole Señor de todo lo criado, mandando que, o de gana o por fuerza, toda criatura en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra le incline la rodilla en reconocimiento de supremo señorío, y le sea dado el honroso y piadoso nombre de Salvador del mundo, con mucha más razón que le dió Faraón al casto José, el cual fué figura de este Señor, no sólo en la singular castidad, mas también en el ser vendido de sus hermanos y echado en cárcel sin culpa, y en la mucha honra que después recibió.

De aquí nace que los pasos de la sagrada Pasión, que con mucha deshonra Jesucristo Nuestro Señor padeció, quiere el celestial Padre que en la Santa Iglesia cristiana sean honrados y solemnizados, así en las siete horas canónicas como en el ara, y altares y vestiduras sacerdotales, en el santo sacrificio de la Misa, representando todo y significando muy en particular la muerte del Señor y sus circunstancias de ella: y pues el Altísimo Señor quiso que en todas estas cosas correspondamos con honra y servicio a la deshonra y dolor con que su benditísimo Hijo lo padeció, ninguna razón sufre que siendo honradas las cosas menores con colmo de honra, queden sin correspondencia las cosas mayores. Y para que más nos acerquemos a nuestro propósito, conviene que os acordéis

que en tiempos pasados el Arca del Testamento del Señor no estuvo queda en un solo lugar, mas primero fvé llevada del Desierto a la tierra de Promisión, y colocada en el Silo, que fué camino asaz largo, y después fué llevada a la guerra, y cautivada de los filisteos, en cuya tierra anduvo de ciudad en ciudad, y de allí fué traída a Betsames, y de allí a Cariathiarim, y después a Masfad, y después a Gálgala; y después fué llevada otra vez a la guerra, y también estuvo en Nobe, y después en casa de Aminadab, y de allí la trajo David y todo Israel a casa del levita Obededón, y después la pasó David a su alcázar, donde la tuvo con mucha honra (Núm. X, I. Reg., I, IV, VI, VII).

¡Oh, válame Dios, Señor! ¿Para qué tantas procesiones con aquella vuestra Arca, que si tuviera sentido se cansara y quejara de tantas mudanzas largas y trabajosas? No fué esto sin causa; mas para que sepáis que así como aquella Arca de palo, y dorada, fué figura de la sacra humanidad de Jesucristo Nuestro Señor en muy muchas cosas, también lo fué en figurar con sus muchas procesiones de una parte a otra las muchas y muy penosas que el Señor había de pasar. Cuan bien cumpliste, Señor, la figura del Arca en ser Arca de la divinidad, tan bien la cumplisteis en andar más procesiones que ella, y con mucho dolor y deshonra, no sintiendo la otra Arca uno ni otro.

Caminó nuestra Arca en el día de Jueves Santo desde Bethania al sacro Cenáculo de Jerusalén (Joan XII), dejando allí a su Santísima Madre muy llena de penas, como lo iba El; y anduvo camino de dos millas, bastantes para cansar su delicadísimo Cuerpo, mayormente con la carga de la compasión que de su Sagrada Madre llevaba. Y después de esta procesión que con sus discípulos hizo, se siguió la otra, desde el dicho Cenáculo hasta el huerto de Gethsemaní, donde fué preso, que hay dos mil y trescientos y treinta y ocho pasos, que según El estaba cansado del primer camino, y del trabajo del lavar los pies a sus discípulos, y de la gran tristeza que su ánima sintió no se pudieron dejar de andar con grande cansancio. Mas en lugar de descanso es el Señor preso, y con muy mal tra-

tamiento es llevado cuesta arriba hasta la casa de Anás, que estaba en lo alto del monte de Sión, en distancia de otros mil y tantos pasos: de allí anduvo otros cuarenta y ocho pasos hasta la casa de Caifás, en la cual fué muy maltratado gran parte de la noche; y lo demás de ella estuvo preso y atado a una columna en una estrechísima cárcel; y tras haber estado toda la noche en pie, anduvo por la mañana otra procesión de mil y trescientos y cincuenta y cuatro pasos, que había desde casa de Caifás hasta la casa de Pilatos; de allí fué llevado a casa de Herodes, que hay ciento y veinte pasos, y después los tornó a andar, siendo traído de Herodes a Pilatos. El trabajo de todo lo cual fué tan grande, que si no fuera por vía de milagro, no se pudiera tener el Señor en pie.

Mas si cotejamos el trabajo de estas procesiones ya dichas con el de la postrera que le quedaba de andar, de casa de Pilatos hasta el monte Calvario, para allí acabar de derramar toda su Sangre, y dar la vida en la cruz por nosotros, parecerá que aunque las pasadas le fuesen muy costosas, en comparación de ésta se pueden contar por livianas. Aquélla, Señor, aquélla fué procesión dolorosa, según que Vos que la pasasteis, muy bien sabéis; en la cual, sobre cansancio de la noche y del día, y sobre la flaqueza causada de los malos tratamientos que en casa de Pilatos recibisteis en vuestro sacratísimo Cuerpo con crueles azotes, con agudas espinas, y como Isaías dijo (LIII), todo hecho como leproso, y tan maltratado, que aunque os pusieran encima de una blanda cama, y os menearan aún por pequeño espacio, y con mucho miramiento y sosiego, os fuera grave dolor; mas no lo hacen así, mas añadiendo dolor a dolor, ponen sobre vuestros sacratísimos hombros dos pesados maderos, uno de quince pies de largo y otro de diez, para que como viga de lagar os apretasen y moliesen; y os mandan ir con este peso, no cinco o seis pasos, mas mil y ochocientos y sesenta y dos, que son los que hay desde la casa de Pilatos hasta el monte Calvario.

¿Quién pudiera pensar que tal crueldad se pudiera hacer? que parece, o que el Señor no sentía pena en lo que padecía y por eso lo podía llevar, o si lo sentía, su amor y do-

lor eran tales, cuales nunca se vieron ni se verán; y porque no tomasen los hombres malos ocasión de pensar que no lo sentía, o que lo sentía poco, fué ordenado por la Providencia divina que para que rastreásemos algo de cuán graves eran sus dolores, de cuán grande el cansancio de su divina Persona, cuán pesada la cruz y cuán extremada la flaqueza de su sacratísimo Cuerpo, que si no fuera por milagro, no sólo andar, mas aun vivir no pudiera.

Comenzando a andar distancia de veinticinco pasos, apretó tanto el peso de la cruz al Señor, que dió con El en el suelo, para que así públicamente a todos constase, presentes y por venir, y aun a sus mismos enemigos, que lo llevaban a crucificar, que los dolores del Señor no eran de burla, sino muy de verdad, pues tal obra hicieron en El. Y porque esto fué tan notorio aun a sus enemigos, ordenaron ellos, que porque no se le acabase la vida al Señor hasta que llegase al monte Calvario, donde le querían poner en cruz, y que muriese en ella, de no tornársela a poner encima de los hombros, y ponerla sobre algún hombre de muchas fuerzas que la pudiese llevar; mas ella era tan pesada, y el llevarla tanta deshonra, que entre muchos millares de gente que había allí, ni un hombre solo fué hallado que por ruego, ni por dinero, ni por otro respeto la quisiese llevar, y tomaron por medio de constreñir por fuerza a Simón Cirinense, para que aunque no quisiese la llevase y siguiese al Señor, al cual, aunque le quitaron el pesado madero de encima de los hombros, no por eso, en lo que restaba del camino, le dejaron de lastimar con malas palabras y con desacatadas obras, y pregonándolo con voz alta de pregonero por malhechor, y no como quiera, sino muy señalado; y al estruendo y pregón salían las gentes a las puertas de sus casas, y otros a las ventanas, para verlo llevar, deshonrado y afligido, compadeciéndose muy pocos de El, y gozándose casi todos y los más principales de su mal tratamiento, diciendo que lo tenía muy bien merecido, y que aun mayores tormentos, hasta quitarle la vida en la cruz.

¡Oh, misericordiosísimo Padre! ¡Oh, inmensa bondad

para galardonar aun los pequeños servicios que se hacen por Vos! ¿Podrá vuestro corazón sufrir que dejéis pasar sin galardón tantas, y tan largas y tan costosas procesiones, especialmente esta postrera, que vuestro benditísimo Hijo anduvo por vuestra obediencia y por nuestro provecho, con tanto dolor y deshonra que ninguna lengua lo pueda hablar, ni entendimiento humano ni angélico lo pueda alcanzar? No es esto vuestro, Señor, pues sois justo y juzgáis en igualdad toda la tierra, como decía Abraham. Y pues se celebra con mucha honra su santo Nacimiento, y los otros actos de su vida en diversas fiestas, y también las particularidades de su Pasión en el santo sacrificio de la Misa, mandad, Señor, que en pago de aquellas procesiones, especialmente de la que anduvo al monte Calvario, se haga en toda la cristiandad tal día como mañana una solemnísima procesión, en la cual vaya vuestro benditísimo Hijo honrado y cercado de sus vasallos, como acullá iba de sus enemigos, y en lugar de los mentirosos pregones que entonces se dieron de El, le canten mañana las devotas alabanzas que con mucha verdad y justicia caben en El.

Isaías dijo, hablando de este Señor (cap. LIII): *Si pusiere su vida por remisión de nuestros pecados, verá espiritual generación larga, que procede de El.* Cumplidle, Señor, aquella promesa, y mandad que aquellos por cuyos pecados El puso su vida, vayamos mañana en la procesión con El, confesando que la generación espiritual que tenemos, por El nos es concedida, y con devoto ofrecimiento de nosotros a El le digamos: «Volved los ojos, Señor, alrededor y mirad, que toda esta gente que aquí va en la procesión se ha juntado y venido a Vos como a verdadero Señor y Redentor suyo. Mirad, Señor, y ensánchese vuestro Corazón con alegría de tener tantos vasallos, que aquí con Vos van más determinados de morir por vuestra fe y por vuestros Mandamientos, que los de la otra procesión os tenían aborrecimiento.» Salgan mañana los sacerdotes, a quien El tanto honró, que los eligió por ministros suyos, y llévenlo encima de sus hombros con grande reverencia y amor, teniéndose en esto por

muy favorecidos en recompensa de que el Señor llevó la cruz a cuestas, y todos nuestros pecados encima de sí. Cérquenle los devotos cristianos, honrándole tan de corazón que echen delante de El la ropa en el suelo, para que la huellen los pies de los que al Señor llevan, como hicieron los que iban con El el día de Ramos.

Mírenlo con mucho amor, y adórenlo con mucha reverencia los que están en las calles y desde sus puertas y de las ventanas; váyanle incensando los sacerdotes, bailen delante de El los legos con devota alegría, como hizo David delante del Arca, y resuene la tierra con gran solemnidad, y con tal cuidado se ordene la festividad de mañana que para manifestación de la Justicia divina, que honra a sus obedientes, ninguna de las deshonras que le fué hecha al Señor en la otra procesión quede en ésta, sin que le corresponda una honra igual o mayor que fué la otra deshonra. Esta, pues, cristianos es la procesión de mañana singular y no celebrada en otro día ninguno; esta es la causa y justicia de ella; este es el sentimiento con que se ha de celebrar con memoria y correspondencia, por vía contraria de la otra procesión muy amarga que el Señor anduvo; en la cual, como dice el Thema (Isaí, LIII): *Trabajó su ánima con grandes angustias, y su cuerpo con indecibles dolores;* por lo cual quiso Dios que vea mañana en la procesión tanta muchedumbre de fieles vasallos que con devotas alabanzas y servicios protestan que son suyos, que dan al Señor hartura y descanso.

Ya que esta duda está satisfecha, quédanos otra no menos digna que preguntar, ni menos provechosa para saber, y es ésta: Que ¿con qué corazón y con qué justicia podremos celebrar con tales alegrías memoria de tales dolores? Y esto ponía a San Anselmo en aprieto cuando lo pensaba, y de maravillado decía: «¿Cómo, Señor, me alegraré yo de haber recobrado salud, pues que me fué dada salud por tus dolores? ¿Cómo me gozaré de mi vida, que te costó a Ti muerte?» Esto dice este santo; y cierto parece cosa extraña ir nosotros mañana en la procesión cantando y bailando, en memoria de que el

Señor iba en otra procesión llevando una pesada cruz a cuestas, cansado y sudado, y aun derramando por el camino su preciosa Sangre. La Escritura dice (Eccl., XXII) *que la música en el tiempo del lloro es cosa importuna, sin razón y pesada;* y no parece ser consuelo del atribulado saltar y bailar en memoria de sus trabajos; antes, si bien se mira, nos parece obra de odio que obra de amor; que el que quiere mal a otro se regocija de verlos y acordarse de ellos, mas el que ama tiene los trabajos de su amigo por suyos, y como tales los siente y los llora, y aun muchas veces con mayor sentimiento que el mismo amigo que los padece. ¿Qué es esto, cristianos? ¿Qué es esto que tenemos aparejado para mañana? Organo, músicas, danzas y bailes, todo fiesta de mucha alegría, sin mezcla de ninguna tristeza; y siendo lo representado, en cuya memoria se hace, una grandísima y purísima pena, sin ningún rastro de alegría.

Si nos mandaran representar aquella procesión alegre que los Santos Padres del limbo en el día de la Resurrección del Señor hicieron con su benditísima ánima hasta el sepulcro, para que desde allí el Señor resucitado y glorioso, en cuerpo y en ánima, acompañado de hombres y ángeles, todos llenos de alegría, fuesen a visitar y consolar a su Sacratísima Madre, como lo hizo, venía muy bien mañana hacer muchas alegrías en nuestras procesiones, en memoria de otras mayores que en la otra se hicieron; mas celebrar mañana memoria de dolorosa Pasión, regocijándose los que tienen amor al mismo que padeció, eso ponía a San Anselmo en admiración y la pone a todos con deseo de inquirir cuál sea la causa de correspondencia, llena de tanta extrañeza y desigualdad. Mas aunque esto parezca así al espíritu humano, que no sabe juzgar de las obras de Dios, la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, nos manda mañana celebrar esta fiesta de la manera y con las alegrías que la celebramos, según parece en la Clementina: *Si dominum,* cuyas palabras santas son éstas: «Así los clérigos como los legos concurran gozosos a esta festividad, y se ejerciten en alabanzas y cantares del Señor, y los corazones, deseos,

bocas y labios, todos digan cantares de saludable alegría; cante la fe, dé saltos de placer la esperanza, regocíjese el santo amor, dé palmadas de regocijo la devoción, el coro cante con mucha alegría, y la puridad se regocije; y todos los fieles se junten con alegre corazón y pronta voluntad, y pongan en obra sus loables ejercicios, celebrando la solemnidad de tan grande festividad.»

¿Habéis oído bien aquestas palabras? Pues con esta alegría tan cumplida que os he contado nos está mandado por la Santa Iglesia que llevemos mañana al Señor por esas calles, en memoria de su sagrada Pasión. ¿Cómo acertaremos a hacer esto, para que vaya bien hecho? Declaradnos Vos, Señor, este enigma, como declaró el suyo Sansón a su esposa; y debe ser esto la declaración de esta duda, que en la Pasión del Señor hay dos cosas que considerar: una es mirando a ella misma en sí, y según esto, muy dolorosa y penosa fué al Señor que la padeció, y, por consiguiente, lo debe ser a todos aquellos que le quieren bien, y débenla sentir con amargura en lo entrañable de su corazón, y aun con lágrimas de los ojos en lo exterior. Y para cumplir con esta obligación tan justa, y celebrar con dolor esta dolorosa memoria, señaló la Iglesia el tiempo de la Semana Santa, en la cual las cruces se visten de luto, y mudan los altares sus ornamentos, cántase la Pasión del Señor cuatro veces, según los cuatro Evangelistas que la escribieron, y hácese de ella sermón, y todo provoca a sentimiento de compasión y tristeza, para que así paguemos el servicio de compasión al Señor que padeció, y padeció por nosotros, y cumplamos con esta primera consideración, mirando la sagrada Pasión en sí misma, que fué causadora de penas al Señor, y a nosotros de compasión. Mas si la miramos según otra consideración en cuanto a los efectos que de ella proceden, hallaremos por esta vía tanta materia para nos alegrar, como por la otra hallábamos para nos entristecer.

Lastimera cosa es pensar que Jesucristo Nuestro Señor, sin deber nada, muriese, y muerte de cruz, mas si consideramos cómo por merecimiento de esta preciosísi-

ma muerte han resucitado desde el principio del mundo, y han de resucitar hasta el fin de él, millones de ánimas de la muerte del pecado a la vida de la gracia, y después del general juicio, juntos ánima y cuerpo gloriosos han de vivir para siempre, gozando de Dios en el cielo, hallaremos muerte dichosa la que tantas y tan preciosas vidas causó. Porque si San Gregorio llama al pecado original, porque fué remediado con tal redención, y por tal Redentor, *culpa dichosa*, ¿cuánto más merece tal nombre la misma redención y muerte de Cristo, la cual no fué culpa como la de Adán, mas pena tomada sin culpa propia, con ferventísima caridad para destruir los pecados ajenos?

Este día vió Abraham en espíritu, y de verlo se gozó, no cierto de las penas que había de padecer el Señor, mas porque vió que de ellas había de salir muerte del pecado, vida de gracia y de gloria, el valor de lo cual no hay quien lo sepa sentir ni decir; y lo que más confirma lo dicho es que, aunque sabía el Señor cuánto le había de costar a El nuestro remedio, no sólo no huyó de él, mas poniendo los ojos en redimirnos, y no teniendo cuenta con los dolores y muerte que le había de costar, decía viviendo en esta vida mortal con ferventísimo amor nuestro (Luc., XII): *Con un bautismo tengo de ser bautizado; ¡cómo ando congojado porque se pusiese en efecto!* Y así, cuando el día de su Pasión vino y fué bañado con su Sangre en la cruz, aunque según Jeremías dijo en persona de él: «No hay dolor igual al mío»; mas entre los mismos dolores estaba su amor tan vivo para con nosotros, que sin se arrepentir, sin tornar atrás de comprar a sus criados con precio de su preciosísima Sangre, y vida divina, que como la Escritura dice (Cant., VIII): *Las muchas aguas de los dolores, ni los abundantes ríos de su Sangre preciosa no pudieron apagar el amor*, mas siempre quedó vencedor, y hacía decir al Señor: *Si todo esto que por los hombres padezco no basta para su remedio, yo padeceré más y más.* Y pues conforme al amor que a uno tenemos es el gozo que de su bien tomamos, ¿quién contará lo que el Señor se gozó de nuestro bien, aunque ganado muy

a su costa, pues el amor de Cristo, como dice San Pablo, es mayor de lo que puede ser conocido?

Ya, Señor, se cumplió vuestro deseo, que os ponía en estrecho, y vino vuestro día penoso por una parte, mas muy gozoso por otra, en el cual hicisteis la mayor hazaña que nunca fué hecha, pues ejercitasteis la mayor obra de amor y con mayor amor que en el mundo se ha visto, ni se verá, muriendo por vuestros esclavos, no buenos, sino traidores. Y no es maravilla que de árbol tan preciosísimo salgan frutos poderosísimos y dulcísimos, y sean rescatados los que primero estaban cautivos; cobraron espiritual vista de fe los que estaban en tinieblas y ciegos; reciben ligereza de ciervos para correr con fuerzas y con alegría el camino de Dios los que estaban antes flacos y cojos; son sueltos los que estaban presos en cárceles de pecados, atados con hierro y pobreza, y toma Dios por hijos adoptivos a los hijos de los hombres, y como San Agustín dice: *Murió el único, porque no quedase uno;* quiere decir, porque tuviese compañeros y hermanos que juntamente con El gozasen de nombre de hijos de Dios y de la esperanza de ser herederos del cielo.

¿Quién no ve, considerando estas cosas, cuán gran razón hay para que bienes de tanto valor, preciosos y eternos, sean celebrados con grandísimo gozo de dentro y de fuera, así para honra de Jesucristo Nuestro Señor, que nos la ganó, como por el grandísimo bien que a nosotros nos vino? Providencia divina es ésta del Altísimo Padre, que ha manifestado con tales efectos, que fueron mentirosos los que mal sentían de su unigénito Hijo, cuando llevándolo a crucificar, y después de crucificado, decían: «Mirad en lo que ha parado este hombre, sus sermones, milagros y la gente que le creía: El condenado a muerte, sus discípulos huídos, y todo acabado y perdido.» Sean, Señor, confundidos los labios que hablan mentira, y los corazones ciegos que pensaban que su doctrina y su vida eran humana invención, y no obra vuestra; sepan, que aunque pusieron en cruz y entre dos ladrones a vuestro único Hijo, procurando de envolverlo con los

malhechores para que la memoria de El fuese olvidada como la de ellos y que no hubiese hombre que creyese en El, ni aun lo osase nombrar, que ha de ser todo al contrario de lo que pensaron, hablaron y procuraron; y que todo lo que hicieron, no sólo no les aprovecha para salir con su mal intento, mas que fué, como dicen, echar aceite en el fuego; porque tanto más honrado y amado fué, y es y será para siempre vuestro benditísimo Hijo, cuanto más mal ellos le hicieron y desearon hacer, persiguiéndole con odio rabioso, y El padeciendo con vuestra obediencia y amor.

Sepan, Señor, aquellos malos, que cuando pensaban que los negocios de vuestro único Hijo estaban perdidos, entonces comienzan a reverdecer con fuerza divina, la cual tanto más resplandece y se manifiesta cuanto menos hay de humano favor y más hay de humano disfavor. No esté, Señor, esta lumbre encendida por Vos, debajo del candelero; sea pública en el mundo; sepan todos el preciosísimo y abundantísimo fruto que se siguió de morir Nuestro Señor Jesucristo por el bien de los hombres; salgan a público, y hágase alarde de la gente que ganó, no derramando ajena sangre con lanza en la mano, mas siendo sus sacratísimas manos rotas con clavos, y con nuevo y nunca visto modo de victoria, derramando su propia Sangre y muriendo, fué vencedor. Haced, Señor, que en lugar de un pueblo que blasfemaba de El y tenía por acabada su fe y los que le creían, salgan mañana pueblos innumerables en todo el mundo, llenos de grande regocijo, créyendo firmemente con el corazón, y confesando devotamente con la boca, que por los merecimientos de la muerte y Pasión de Jesucristo Nuestro Señor han recibido la sagrada lumbre de vuestra fe, conociendo por un solo y verdadero Dios al Padre, Hijo y Espíritu Santo, y todo lo demás que enseña la Santa Iglesia Católica Romana.

Salgan también mañana con el Redentor los muchos cautivos que en diversos pecados mortales estaban, haciéndole gracias y confesando que por la sagrada Pasión de El les fué dado socorro con que hiciesen penitencia

de su mala vida, por lo cual el demonio los tenía cautivos, y mediante los santos Sacramentos que en la Iglesia hay, recibiesen el perdón y la gracia. Vayan mañana con el celestial Médico, regocijándose con Él los que han sido sanos, por los merecimientos de su Pasión, de largas y espirituales enfermedades, dándole gloria y agradecimiento; y todos mañana se acuerden, y cada uno en particular, del tiempo que el Señor le ha sufrido cuando vivía en pecado, y de peligros de cuerpo y ánima de que le ha librado; de las flaquezas y enfermedades espirituales de que le ha sanado, de las buenas obras que le ha hecho, y agradeciéndole todo a esta sagrada Pasión, fuente de todo nuestro bien y remedio, cante cada uno con devoción al Señor aquel cantar de David: *Anima mía, bendice al Señor, y todas las cosas que dentro de mí están bendigan a su santo Nombre, porque El ha sido manso y perdonador de todas tus maldades, y El sana todas las enfermedades, conserva tu vida que no caiga en muerte, y corónate con misericordia y misericordias* (Psalm. CII).

Salgamos todos, todos mañana con este Señor, protestando que El es nuestro verdadero Criador y Pastor, y nosotros, por su gracia, ovejas de su rebaño, que nos quitó de la boca del lobo infernal y nos ganó y salvó con su Sangre preciosa; y démosle gracias porque nos libró del reino del pecado, que nos tenía sujetos, de la tiranía del demonio, de las penas del infierno, e incorporándonos en su Cuerpo, tomónos por sus hermanos, y diónos esperanza de reinar con El en el cielo. ¿Quién no dará saltos de placer, mirando que ha escapado de la suciedad de la carne, de la amargura de la malquerencia, hinchazón de la soberbia y de otros muchos pecados en que se acuerda que anduvo, y ha pasado a la limpieza de la castidad, a la luz de la humildad y a la blandura de caridad, con la cual ama a los buenos en Dios y a los malos por amor de Dios?

¿Quién habrá que considerando que le ha dado Dios conjeturas que le ha perdonado sus pecados pasados, y, como dice David, (Psalm. X), los ha alejado tanto de nosotros cuanto hay de Oriente a Poniente, no cantará con ale-

gría: *Digan los que son redimidos del enemigo por el Señor, y los ha juntado tornándolos a sí mismos de los sueltos derramamientos que antes tenían* (Psalm. CXLVI): *alaben al Señor sus misericordias y sus maravillas en los hijos de los hombres?* Que así lo hacen los que han estado muchos años presos y metidos los pies en cadenas y grillos, que cuando salen de allí no se hartan de dar saltos de placer, dando gracias a Dios, ejercitando los miembros que antes habían tenido impedidos. Sean, pues, nuestras voces nuevas, y corazones y obras, y renovándonos con la gracia del Señor, y apartando de nos el pecado, por pegado que esté con nosotros, corramos mañana con nuestro Señor, humildes, devotos y agradecidos, y tan regocijados de dentro y de fuera que demos a entender a todo el mundo que estamos tan gozosos y ricos con tenerle a El por Señor, y con la mercedes que nos ha hecho, y con la esperanza de las que nos ha de hacer, que de muy llenos de alegría, ni cabemos dentro de nosotros, ni en nuestras casas, ni en los templos, y que salimos a lo ancho de las calles y plazas a mostrar con exteriores señales la grandeza del gozo que dentro de nosotros tenemos, acompañando, y dando gloria, y celebrando triunfo al Señor, que nos rescató de cautivos, muy mejor que los que David rescató de los amalecitas, los cuales iban delante de él, y los que lo oían decían (Zach., IX): *Esta es la presa que ganó David.* Véannos a nosotros mañana todos los hombres de toda la tierra, mírennos los ángeles y santos del cielo, y sepan que somos presa, que nos rescató y ganó Jesucristo Nuestro Señor, y lo llevamos en la procesión con agradecimiento y confesión de que El es nuestro Criador y Redentor, y esperamos que será nuestro Glorificador. Y porque nosotros no bastamos a hacer esto como se debe hacer, rogamos a los de la tierra y a los del cielo nos ayuden a dar a Cristo la honra y el agradecimiento que le son debidos.

De lo dicho se saca muy claramente la respuesta de la pregunta ya dicha; y es, que como en la Semana Santa sentimos y lloramos la Pasión del Señor, teniendo cuenta como le fué muy penosa por nuestros pecados, así mañana, considerando que de la Pasión del Señor nació honra

y señorío para El y grandes bienes para nosotros, nos gozamos con El y manifestamos con exteriores señales de alegría el agradecimiento de los bienes que por su sagrada Pasión nos vinieron, y también sacaremos de aquí la medida con que hemos de tomar mañana este gozo; porque así como tiene compañía, causa y efecto, así es razón que ni la pena que por la sagrada Pasión se toma sea sin algún consuelo, ni el gozo que por sus efectos se toma sea sólo, mas que vaya mezclado con las tiernas y dulces lágrimas que de la memoria de la Pasión del Señor suelen nacer. Los que en el cielo se gozan con el Señor tienen justísima causa para beber puro el vino de su alegría, aunque se acuerden que la alcanzaron mediante la amargura de la Pasión que por ellos padeció el Hijo de Dios, porque están seguros de que ya para siempre no perderán su alegría, y certificados que no quiere Dios que mezclen tristeza con ella en mucho ni en poco; y aunque ellos la quisiesen mezclar, El no concurrirá con ellos, y por eso no se seguirá tal efecto; porque así como por castigo de su justicia estará para siempre lejos de los del infierno cualquiera alegría, por pequeña que sea, así por su grande misericordia huirá muy lejos de los que están en el cielo dolor, gemido, tristeza y cualquiera cosa que les dé pena en poco o en mucho.

Este, hermanos, es lenguje del cielo; mas los que en este desierto vivimos, y no sabemos cuánto durará nuestra perseverancia en el bien, y que no nos ha vedado Dios, antes mandado que tomemos saludable tristeza, debemos celebrar estas santas festividades con gozo por el bien que tenemos, y mezcla de temor porque lo podemos perder, y de tristeza, aunque no desabrida, por los dolores que nuestro gozo al Señor costó. Lo cual no es invención mía, sino doctrina que nos da la Santa Iglesia en la dicha Clementina, enseñándonos con lumbre del cielo cómo hemos de celebrar la festividad de mañana, por estas palabras: «Esta es la gloriosa memoria que hinche de saludable gozo los corazones de los fieles, y juntamente les da devoción de lágrimas; con alegría gozámonos, y con razón hacemos memoria de cómo fuimos libertados, y

acordándonos de la Pasión del Señor, por la cual nos vino esta libertad, dificultosamente podemos retener las lágrimas que no corran de nuestros ojos. De manera, que en esta sacratísima conmemoración tenemos juntamente gozo de suavidad y acompañamiento de lágrimas, porque nos gozamos derramando lágrimas; y derramando lágrimas nos gozamos devotamente, teniendo alegres lágrimas y alegría llorosa, porque el corazón lleno de grande gozo destila dulces gotas de agua.» Todo esto dice la dicha Clementina, y de ello sacaremos doctrina de la templanza que han de llevar mañana nuestros corazones; conviene a saber, que vayan gozosos y tiernos acompañando al Señor; y también se nos da a entender, que mañana no es día de representaciones dolorosas de la Pasión del Señor, pues que no se celebra con la amargura de la Semana Santa, mas por el bien que causó, según hemos dicho.

Y pues las tales representaciones, siendo tan santas en sí, no vienen bien con la procesión de mañana, por parecer cosa fuera del tiempo, claro está que muy menos se deben consentir otros juegos que en todo tiempo son indecentes, sino que todo vaya conforme al contentamiento de este Señor, a quien se hace la fiesta. Para lo cual conviene, y muy mucho, que ninguna cosa, chica ni grande, se represente, haga ni diga que no sea examinada por persona grave y sabia; y que no se contente con que no haya en estas cosas palabras de error ni deshonestidad manifiesta, y que tenga sentido cristiano y espíritu del Señor, para gustar qué cantares y representaciones le agraden a este Señor a quien se hace la fiesta; el cual, como es muy grave y honesto y le parece mal cualquiera ociosa palabra, cualquier hecho que no vaya acompañado con mucha honestidad y decencia, claro está que lo que en todo tiempo y lugar no le parece bien, peor le parecerá en su santo día, procesión y presencia.

Graves yerros he visto y cído cerca de esto, y mucho se debe mirar que sea muy calificada la persona a quien se somete este examen; y ésta hallada, mandar, so graves penas, que ninguna cosa se haga ni diga en esta ni

en otras festividades sin ser examinada por ella; porque de otra manera, más sería renovar al Señor las penas de su Pasión que darle gozo, pues no ve obrados en nosotros los efectos de ella. Y esto sea a todos notorio, que lo que el Señor pretende en todas sus obras y festividades no es que tomemos alegría vana, de la cual ordinariamente se sigue algún daño del ánima, mas la ganancia de nuestras almas y santificación nuestra; y por eso todo lo ordenado en las fiestas ha de ir conforme a este fin; las representaciones, a la tarde vienen mejor que se hagan.

Este provecho de nuestras almas le trajo del cielo a la tierra; éste le puso la cruz en los hombros; y quien le preguntara, yendo por la calle de la Amargura cargado con ella: «Señor, ¿dónde vais y porqué vais así tan ajenamente tratado de como Vos merecéis?», respondiera el Señor lo que José cuando le envió su padre a visitar sus hermanos, y andando fuera de camino le preguntó uno qué buscaba, y él respondió: *A mis hermanos busco* (Gen., XXXVIII) ¡Oh, válame Dios, y cuán fuera de su camino iba el Señor aquel día, pues que el padecer pena conviene a quien tiene culpa, y el morir no es cosa que cabe en el inmortal! Mas estas obras tan ajenas de El, mirada su justicia y su omnipotencia, tomó el Señor y se abrazó con ellas por obrar su misericordia para con los hombres, que es obra muy propia suya, como lo había profetizado Isaías (LIV). Que por obrar el Señor su obra propia, obró cosas muy ajenas de sí; y aquel salir de su propio camino, y aquello que parece ser fuera de camino, fué entrar más en él, pues las obras de su misericordia son a El más honrosas y para los hombres más provechosas, y por eso las usamos.

Estaban los hombres fuera de su propio camino, el cual es la Ley de Dios, y como dice Isaías (cap. LIII): *Todos nosotros erramos, cada uno por su parte, como ovejas perdidas;* y si el piadoso Señor no saliera del camino de su descanso e inmortal (no porque perdiese lo que tenía, mas porque tomó la sacra humanidad mortal y pasible, para en ella pagar las culpas de los errados y descaminados), nunca encontrara con ellos, ni los trajera a camino,

ni los ganara. Todo lo cual os he dicho para que sepáis que aquel mismo deseo de buscarnos y santificarnos que le sacó del sacratísimo seno del Padre, donde estaba invisible e impasible, y lo puso humanado, sujeto a trabajos y muerte en este mundo, y lo hizo predicar en templos, en casas, en calles, en plazas, en montes, en tierra y en mar, convidando a los hombres con el remedio que El traía para todos los males que ellos tuviesen, y rogándoles que se aparejasen con penitencia para gozar de los dulcísimos frutos de su vida, trabajos y muerte, que son eterna salud, ese mismo deseo le sacará mañana de su casa, que es el templo de su Sagrario, donde está escondido, a ir por nuestras calles en la procesión.

A quien de esto se maravillare, y le preguntare: «¿Qué a Vos, Señor, con pasear nuestras calles de tierra, viles y estrechas, pues tenéis por vuestras las anchuras del cielo en que lo hacer? ¿No basta lo que paseasteis por la tierra de promisión con mucho trabajo, viviendo en carne mortal, sin que ahora que tenéis cuerpo inmortal y glorioso, y está colocado en el cielo a la diestra del Padre, andéis por las calles de vuestro destierro que no son propio camino vuestro, pues por ser lugar de corrupción no son lugar de cuerpo glorioso, que es incorruptible? ¿Sabéis qué responderá el Señor a quien esto le preguntare? Todo eso sé yo; mas quiero que sepáis vosotros, que así como el Padre me envió por mi Encarnación a visitar los hombres, hermanos míos, y anduve caminos extraños de mí por los remediar , así por ordenación de mi Padre salgo de mi Sagrario, y voy por estas calles a buscar mis hermanos, para darles el fruto de mi muerte, que con ferventísimo amor por ellos pasé».

¡Oh, entrañas dulcísimas! ¡Oh, amor inefable! ¡Oh, amoroso fuego, que siempre ardes y nunca te apagas! ¡Oh, Corazón más ancho que el cielo para sufrirnos y meternos en Ti, y buscar lo que nos cumple! ¿Quién contará los caminos que tienes para buscar el remedio, aun de los que huyen de Ti? Estás tan lleno del deseo de nuestro bien, es tanto el amor que en tu corazón reina, que parece mañana que no cabes en tu templo, por gran-

de que sea, y que la gente que allí te va a ver en la Misa te parece poca con el deseo que tienes de abrazar a todos, y lastimado de lo que pierden los que no van a Ti, y como madre ansiosa y cuidadosa del remedio de sus hijos, sales a las calles y lugares públicos, y, según está escrito, predicas en público, y das voces en las plazas, diciendo (Prov., IX): *Si alguno es pequeño, venga a mí.* ¡Oh, sabiduría eterna del Padre, cuán callado parece que vas puesto en las andas debajo de las cortinas y accidentes de pan! Mas quien fuese digno de alcanzar de Ti unos ojos y vista espiritual que pudiese penetrar hasta ver tu amorosísimo corazón, y tuviese tales orejas espirituales que te pudiesen oír. Este tal entendería, que así como cuando vivías en esta vida mortal, predicabas y con voz alta decías: *Si alguno ha sed, venga y beba* (Joann., VII; Matth., XI): *venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé*, eso mismo que entonces decía tu lengua, dice ahora tu corazón yendo en las andas.

Porque aunque entonces era oída tu voz y ahora no; mas tu amor con que entonces hablabas, y ahora vas de esta manera, uno es; el cual no te deja descansar, y te mueve a buscar unos medios y otros, hasta que acabes tu deseada obra del bien de los hombres. Porque aunque tienes acabado con tu Eterno Padre que perdone y reciba a su gracia a los pecadores que por penitencia se convirtieron a El, y alcanzar esto te costó a Ti tu vida; mas si el hombre no se apareja para recibir esta gracia, ninguna cosa le aprovechará haberla Tú alcanzado en la cruz (Matth., XXVII). Y por eso, Señor, este cuidado te queda ahora de acabar con los hombres que quieran ellos descubrir el perdón y la gracia; lo cual ellos habían de rogar, andando tras Ti, y aun trabajar hasta la muerte, porque se la dieses.

Esta dureza de corazón que en los hombres, Señor, hallas, con que no quieren recibir rogados aquello por lo cual ellos habían de rogar, y dar la vida por ello, ésta te saca de tu casa propia y te lleva por las calles, dando tu corazón altísimas voces (Matth., XI): *Venid a mí todos los que estáis perdidos, gozad de mi redención, que yo os*

daré remedio para cualquier mal que tengáis. Y como cuando entonces, Señor, salías por las calles, sanabas enfermos, convertías pecadores y hacías otra obras de misericordia a los que las querían recibir, así, si ahora hubiese quien entendiese que vas en aquellas andas mañana, con el mismo amor que andabas cuando vivías vida mortal y cuando fuiste con la cruz a cuestas a padecer por los hombres, y si te oyesen que vas diciendo en tu corazón: «Aquí voy, hombres, en esta procesión, en testimonio que no estoy arrepentido de haber andado la otra al monte Calvario, sudando y derramando sangre por vuestro remedio; y si es menester tornar otra vez a pasar lo que allí pasé, y a morir en la cruz, todo lo que se me pidiere haré y sufriré, porque tu ánima no se pierda, mas alcance la eterna salud:» ¿quién, Señor, que esto sintiese, se defendería de tu porfiada requesta de amor? Y viendo que sales a buscar por las calles aun a los que no te van a buscar en tu templo, y vas a convidar con tu vista aun a los que no te quieren ver, ¿quién quedaría sin rendirse de todo su corazón a la obediencia de tus Mandamientos, y a lanzar todo pecado de sí? ¡Ay de tanta dureza, que tan grandes bienes impide, y hace salir en balde la salida del Señor a pasear nuestras calles, que era para hacer su oficio acostumbrado de curar los enfermos y pecadores que a El se llegasen!

Acordaos que cuenta el Santo Evangelio (Marc., V), que yendo el Señor a resucitar una moza difunta, acompañado de mucha gente, se llegó por detrás de El una mujer enferma por tiempo de doce años, que había gastado su hacienda en curarse, y lo que había sacado de la cura era, que siendo primero rica y enferma, había quedado enferma y pobre, y sin esperanza de humano remedio; mas hallólo en Jesucristo Nuestro Señor, diciendo en su corazón (Matth., IX): *Si yo pudiese llegar y tocar el cabo de las vestiduras de este Señor, confío en El que luego alcanzaría salud:* llegó y tocó, y en tocando fué sana, correspondiendo al corazón de la buena mujer la misericordia de Cristo, el cual preguntó a los que iban allí: *¿Quién me tocó?* Y respondió San Pedro: *Maestro, aprié-*

tate la muchedumbre de la gente, y Tú dices: ¿Quién me tocó? A lo cual respondió el Señor, dando a entender que no llamaba el tocarle al apretarle: *Alguno me tocó, que yo he sentido salir virtud de mí.*

¡Oh! Si tanta merced nos hiciese mañana este Señor en la procesión, que hubiese algunos corazones deseosos de su salud, devotos al Señor, confiados de su misericordia, que fuesen criados de El, pues que han de ir mañana con El muchos que están enfermos en sus ánimas (no hay que dudar), unos llevarán enfermedades de pecados mortales (líbrenos de ellos la misericordia de Dios); otros veniales, otros malas inclinaciones y malas costumbres, que por ventura les han durado doce años, como a la otra mujer la enfermedad del cuerpo, y aun puede ser que más; y llegará cerca de nos el Médico Omnipotente con gran voluntad de curarnos, y rogándonos con la cura, y aun pagándonos porque nos queramos curar; y por no haber quien le toque, como le tocó la otra mujer, acabada la procesión y hecha nuestra cuenta, hallamos que nos traemos a casa nuestros pecados y malas inclinaciones, tan enteros como estaban de antes, y plegue a Dios no volvamos peores que fuimos. ¿Sabéis qué es tocar al Señor para alcanzar salud de El? Creerle con fe católica, conocer las propias culpas, pesarle de haberlas hecho, proponer la enmienda y la confesión, tener confianza que por las llagas que padeció Jesucristo Nuestro Señor en su sagrado Cuerpo, Manos y Pies, que es lo postrero de su vestidura, recibirá perdón de sus pecados y salud de sus llagas, y saliendo a la procesión malo y enfermo, tornará justificado y con salud de su ánima.

¡Oh, Señor!; qué alegre procesión y hora es aquella para Vos cuando halláis por esas calles una oveja perdida, que deja sus pecados y viene a Vos, consiente que la toméis encima de vuestros hombros y la llevéis a vuestra Iglesia, y confesándose y comulgando, se junta con las otras de vuestro rebaño, que están en vuestra santa gracia y amor! ¡Oh, si muchas ganancias hubiese de éstas en la procesión de mañana! Mas ¡ay, dolor!, que temo que acaece lo que dice San Pedro: «Que las compañas

aprietan al Señor, y apretándole, no le tocan.» Aquellas gentes de buena gana iban acompañando al Señor, y por ir cada uno más cerca de El se apretaban unos a otros, y también le apretarían a El, y tocándole tantos con el cuerpo, no le tocó provechosamente sino aquella mujer. ¿Habéis visto y mirado cómo lo mismo pasa a la letra entre nosotros? ¿Vamos con el Señor por las calles con mucho regocijo y contentamiento, procuramos el lugar más cercano para ir junto con El; y algunas veces habéis visto y oído decir, que en los templos y en las procesiones hay contiendas, y aun más adelante, sobre quién estará en el lugar más honrado y más cercano al Señor (cosa muy desacatada y muy castigada será), y con ir así descuidados de sentir el ánima la dulcedumbre de la presencia del Señor, embebecidos en mirar los regocijos y juegos exteriores, sin orden, sin aparejo, sin pureza de ánima, sin dolor de pecados, sin quererse aprovechar de aquella omnipotente virtud poderosa para remedio de todos los males, ofrecémosle al Señor sólo el cuerpo con que allí le hacemos presencia y acompañamiento, y vamos apartados según el ánima; y de esta manera, aunque vamos cerca, apretámosle y no le tocamos.

¿Queréis ver esto más claro? ¿Qué cosa es apretar un cuerpo, sino quererle hacer que quepa en menor lugar del que le es justo y debido? Y así como el lugar donde el inmenso Dios ha de morar en nosotros ha de ser estimarle, amarle sin tasa y sobre todas las cosas de la tierra y del cielo, y amándole más que a nosotros mismos, si tú, cristiano, no das a Dios tu corazón, ensanchado con la grandeza y anchura de esta reverencia y amor, quiéreslo meter en lugar pequeño, quiéreslo pagar con amor pequeño, y El quéjase, y dice (Matth., X): *El que ama a padre o a madre más que a mí, no es digno de mí.* Y si tú fueses un infiel que carece de amor y carece de fe, diríamos: «Ningún lugar tiene allí Dios, y en el corazón y entendimiento de aquel hombre, es Dios como si no fuese; porque sin la fe verdadera, que es el fundamento y principio de todo bien, no hay estima ni amor del Señor». Mas tú, que por una parte tienes la fé católica y verdadera, y celebras

mañana esta santa festividad, con acompañar y reverenciar al Señor; y por otra parte no llevas en tu ánima aquella anchura espiritual del corazón, amando al Señor sobre todas las cosas, llégaste con la fe, llégaste con el cuerpo, llégaste con las ceremonias corporales no más; apriétasle malamente, y cuando te mira no se podrá decir con verdad: «Verá, y será harto». Mas tiene todavía grandísima hambre de ver puesta tu ánima en estado de gracia, y que tornases a tu casa libertado de los pecados que trajiste a la procesión.

Gran dolor que yendo con un Señor que te puede y basta para llevar a un hombre al infierno, quieras tú más quedarte en estado de condenación con tus pecados a cuestas, que ser libertado y correr por los Mandamientos de Dios con ligereza de ciervo. Mas aun lo que que peor es y más de doler, y que basta para hacer reventar de dolor al cristiano corazón que tiene amor al Señor, es que en la misma fiesta de su sacratísimo Cuerpo, en la misma presencia del mismo Señor, en el día diputado para que vea y se harte y descanse en pago de lo que su ánima trabajó en la sagrada Pasión, allí, allí le ofendes, cristiano, y sin ninguna vergüenza alzas los ojos que habían de ir fijos en el Señor, y cébaslos en las faces de las mujeres, y en tu corazón las codicias; y si en esta desmesura cayese sola la gente del vulgo, que, como dice Jeremías (cap. VIII): *Por ventura ignoran el juicio del Señor*, mas aun también la gente principal, y cuánto más si es eclesiástica, los cuales, unos y otros deben tener más entendida y puesta por obra la voluntad del Señor, ¿quién tendrá corazón para lo sufrir? ¿quién lengua para lo hablar?, sino para decir con Jeremías (cap. V): *Mirad, que estos tales quebraron más el yugo, y rompieron las cadenas del Mandamiento de Dios. ¿Quién dará agua para mi cabeza* (Jerem:, IX) *y para mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré de día y de noche los muertos de la hija de mi pueblo? ¿Quién me llevará a la soledad, por donde pasan los caminantes, y desampararé a mi pueblo, y apartarme he de ellos, porque son adúlteros y junta de pecadores?*

¡Oh, día santo y solemne del Cuerpo de Jesucristo

Nuestro Señor, y cuán poco descanso y hartura le das a El, y tan poca ganancia a las ánimas, por el mal aparejo con que lo celebramos! ¡Oh, cristiano ejército del gran Capitán Jesucristo, que tan esforzado solías ser para vencer las pasiones de la carne, para negar la propia voluntad, y que te ofrecías de muy buena gana a la muerte por la honra de tu Señor!, ¿quién te ha hecho con miserable trueco tan flaco, que en un día del Señor, en un rato, y en la misma presencia del Señor, no tengas fuerza para dejar de mirar y codiciar una mujer teniendo delante de ti a Dios humanado, en el cual con mucha razón, con gran provecho y deleite, podías cebar hoy tu vista y emplear todo el amor de tu corazón? ¿Porqué haces cosa tan al revés? ¿No sabes que saliste hoy acá para dar testimonio que por la Pasión de Jesucristo Nuestro Señor te libró Dios Padre del poder de las tinieblas y te pasó al Reino del Hijo, que es limpieza, gracia y justicia?

¿Cómo se dirá de ti, que eres la presa y despojo que nuestro David libertó del poder de los amalecitas, si por el pecado en que estás te tiene el demonio en el cruel cautiverio, y estás hecho miserable presa de él, haciendo que se pierda en ti lo mucho que el Señor trabajó por te ganar, para que viéndote recibiese descanso, y en lugar de esto apriétasle con la dureza de tu corazón, lastímasle cuanto es en ti con nuevas heridas? Y aunque allí va callando en el Sacramento, a tu parecer, mas en la verdad quejándose va de la crueldad que usas con El, según está escrito: *A quien tú heriste, ellos persiguieron* (Psalm. VIII). *Y sobre el dolor de mis heridas, añadieron dolor.* El Eterno Padre le hirió por nuestros pecados y dióse por contenta y satisfecha la divina Justicia con lo que el Señor por ellos padeció; y siendo razón que le ofrecieses mañana corazón confesado, comulgado y ataviado con buenas obras, en el cual El reposase de los trabajos pasados, y viese tu limpieza y virtud, y se hartase, dasle en lugar de esta miel, amarguísima hiel, renovándole las antiguas heridas con las nuevas de los nuevos pecados que en su fiesta cometes. Y herir sobre herida, es cosa de gran dolor;

y así lo es para el Señor hallarte ingrato al beneficio de su amor y de la sangre que por ti derramó. Y habiendo sembrado uvas de dulcísimos beneficios en ti, haces tú que el fruto que coja sean abrojos y espinas.

Vergüenza, vergüenza, cristianos de tan grande fealdad. Compasión, compasión de lo que trabajó el ánima del Señor en su procesión al monte Calvario y muerte de cruz; trabajemos, aunque nos cueste la vida, en dejar los pecados e ir como humildes, pacíficos, devotos y tales que el Señor que nos mira, vea y se harte. Ninguno de cuantos allí vamos, por chico que sea, hay que no muriese Cristo por él; ninguno hay, grande ni chico, varón ni mujer, que no vaya allí con agradecimiento de esta merced y con limpia conciencia. Principalmente tienen esta obligación las persons principales eclesiásticas y seglares, los cuales tanto deben exceder a los menores, y ser singulares en el servir y agradecer con mayores virtudes a este Señor, cuanto más singulares son en haber recibido mercedes de El, y en representar la persona de Dios por el público oficio que de El recibieron. Y pues son personas particulares, no se contenten con su bien particular; mas si quieren que su modestia y devoción que mañana llevaren sea de doblado merecimiento y galardón, no consientan que la otra gente vaya como no debe, porque no pierdan el bien propio por el mal ajeno; pues de los tales se dice, que el no resistir es consentir y aprobar.

Los sacerdotes llevarán mañana en las andas al gran Señor, a quien adoran y reverencian los ángeles: agradézcanle mucho que se quiere servir de los hombros de ellos, y que sufran calor, y que suden, y esperen por ello galardón muy grande del liberalísimo Señor que sobre sí llevan; y acuérdense del trabajo que el Señor pasó llevando a ellos y a todos sobre sus hombros en el día de su Pasión, y sacarán ellos fuerza para sufrir el propio suyo con mucha paciencia y aun con alegría; y estén avisados no sea más falta de devoción que de fuerzas corporales el sentir mucho el peso de las andas, el calor del sol, la longura del camino, que sería cosa muy vergonzosa. Los

legos que tienen hacienda den mañana para rescate de algún cautivo, o saquen de la cárcel algún preso por deudas, en honra y agradecimiento de la dichosa redención de nuestro espiritual cautiverio y de la libertad de las cadenas en que nos tenían nuestros pecados, que se celebra mañana en la procesión. Casar una huérfana también será cosa conforme a esta santa fiesta, pues celebramos en ella la procesión y día en el cual el Señor lavó con su sangre a su Iglesia y la tomó por esposa; y también vendrá muy a propósito dar de comer a los pobres, recrear los enfermos, vestir los desnudos en honra de este sagrado manjar, que tan piadosamente nos es concedido en refección de nuestra ánima y cuerpo, en salud copiosa de nuestras enfermedades, en vestido, casa y abrigo, y generalmente en remedio de todas nuestras necesidades.

Para que estas obras de misericordia mejor se hiciesen, debían los cofrades de este Santísimo Sacramento encargarse de ellas, y pedir en la fiesta de mañana, y en todo el octavario, limosnas a los fieles para efecto de ellas, y los fieles ser muy largos en dar por amor del Señor y al mismo Señor de sus temporalidades, pues El dió por ellos su vida; y quien no tuviere hacienda para servir con ella al Señor, por ventura habrá recibido de su prójimo alguna mala obra, o pasará trabajo en sufrir la mala condición de él. Y si este tal perdona a quien le enojó y sufre con paciencia la cruz de la mala condición ajena, piense que ha ofrecido mañana al Señor, no hacienda, sino sangre del propio corazón, pues duele mucho más esto que aquéllo. El enfermo o pobre ofrezca mañana paciencia al Señor, y acompañe mañana al Señor, conformándose con su santa voluntad y dándole gracias por todo, y unos y otros procuren de llevar los corazones (a los cuales Dios mira) tan limpios, que los ojos corporales con que al Señor miraren le den vista agradable con que El se contente: porque así como los limpios de corazón han de ver a Dios en el cielo con espiritual vista, así la vista corporal, que da contentamiento al Señor en la tierra, de la limpieza del corazón ha de salir. Y porque en esta limpieza va mucho, y poca gente sabe alcanzarla por vía de contrición

sola y propósito de confesión, nos aconseja la Santa Madre Iglesia que desde el domingo pasado nos aparejemos con buenas obras y pura confesión de nuestros pecados, para recibir a Nuestro Señor y celebrar dignamente su fiesta, y gozar de los frutos de su sagrada Pasión.

No os parezca cosa dura hacer lo que se os ha pedido para celebrar dignamente esta procesión: porque si el Rey David dió en galardón pan y carne y colación a los que acompañaron la procesión del Arca del Testamento Viejo, mucho mejor galardonará Jesucristo Nuestro Señor los que acompañaren su divina Persona, significada por la otra Arca pasada. David era Rey temporal, y dió pequeño galardón y de cosas de poco valor; mas las riquezas de nuestro Rey son preciosísimas y son eternas; y la anchura de su Corazón para dar excede a cualquier gana que un hombre tenga de recibir. Dad, hermanos, a Nuestro Señor lo que os pide, para ir como debéis en su santa procesión, y en lugar de la carne y pan que David dió, daros ha su sagrado Cuerpo y su preciosísima Sangre, y su Anima y Divinidad. Todo lo cual recibís, cuando comulgáis; y dichoso aquel que bien lo recibe, porque en este bien están encerrados bienes sin cuento: que si un hombre trabajase toda su vida con buenas obras, estaría muy bien pagado con entrar una sola vez Nuestro Señor en su pecho.

No sólo este Santísimo Sacramento bien recibido os dará mantenimiento y fuerzas para vuestra ánima, como el pan y la carne las da para el cuerpo; mas también, en lugar de la colación que dió David, que es más fruta que mantenimiento, os dará este Señor, celebrando su procesión como os he dicho y recibiendo su santo Cuerpo, una espiritual recreación, un sentiros descansados y descargados del peso de la mala conciencia, que os cause mayor deleite que todas las frutas del mundo. Y también podéis contar por fruta las santas indulgencias y días de perdón que a los que bien celebraren estas fiestas son concedidas; porque aunque sea gran cosa y muy de estimar la remisión de las penas del purgatorio, que

se conceden por estas y otras indulgencias, mas en comparación de la gloria eterna que a las buenas obras es prometida, aquélla es fruta y ésta es manjar: y aunque cualquier galardón de los ya dichos sea bastante para alentaros y esforzaros a hacer todo aquello que se os pide de parte de Nuestro Señor, para ir mañana, como debéis, acompañándole en su procesión; mas si para vuestra tibieza aun esto no basta, ruégoos por amor de Nuestro Señor os acordéis de aquellas procesiones que eternalmente se han de hacer, no en las calles lodosas o pedregosas de aqueste destierro, mas en las anchas plazas de la Jerusalén celestial, tan preciosas y limpias, que dice San Juan en su Apocalipsis (cap. XXI): «Que son de oro limpio, y allí el Cordero que se asienta en medio del trono tomará a sus dichosas ovejas que allá moraren, y las regirá y llevará a las fuentes de las aguas de la vida.» Y como dice el mismo San Juan: *Ni tendrán de ahí adelante hambre, ni sed, ni caerá sobre ellos sol, ni calor, y el Señor enjugará sus lágrimas de los ojos de ellos; y no habrá más muerte ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque todas estas cosas se fueron sin más parecer allí.*

¿No os parece, hermanos, que es bien empleado sufrir el sol y el calor una vez en el año por acompañar esta santa procesión, a trueque de que para siempre jamás ni el calor os dará pena, ni habrá lloro, ni muerte, ni cosa que le parezca? ¿No os parece bien empleado que los principales que rigen los pueblos vayan mañana confesados y comulgados y con la reverencia y buen ejemplo que os he pedido, honrando al Señor, para que en aquellas procesiones honre el Señor a ellos, y como lo ha prometido los ponga sobre todos sus bienes? ¡Qué bien pagada será allí la obra de misericordia que por honra de esta santa procesión hicieres, perdonando a quien te ofendió o dando de comer al pobre, vistiendo al desnudo, rescatando al cautivo, con otras obras semejantes, pues en pago de ellas te harán participante de aquella grande, eterna e inefable misericordia que tiene prometido de hacer allá con los que aquí obraren misericordia! La cual, así como Jesucristo nos la ganó con su

preciosa muerte y Pasión, viviendo en esta vida mortal, así El mismo, reinando en el cielo y sentado en el trono de gloria que el Eterno Padre le dió, nos ha de poner en posesión de la gloria que nos ha de ser dada, y conservarnos en ella, pues El es Juez de vivos y muertos y mayordomo de su Padre, al cual le dijo que pagase el jornal a los trabajadores.

Este Señor irá delante de sus ovejas, porque tiene más gloria que hombres ni ángeles, y todos ellos le seguirán como ovejas a pastor, criados a señor, miembros a su cabeza; y llevarlos ha en procesión a las fuentes de las aguas de la vida, que son las tres divinas Personas, que tienen una misma y sola esencia, y allí serán hartos, refrescados y recreados, viendo a Dios faz a faz, amándolo y poseyéndolo sin ningún fin; donde darán por bien empleado lo que aquí padecieron e hicieron por El: y lo mismo haremos nosotros si nos aparejamos a ser los que debemos, y a llevar mañana con la debida reverencia a Jesucristo Nuestro Señor en la procesión con nosotros, para que El nos lleve después en su compañía en la procesión que en su gloria hará.

preciosa muerte y Pasión, viviendo en esta vida mortal, se fué mismo, reinando en el cielo y sentado en el trono de gloria que el Eterno Padre le dió, pues ha de poner en posesión de la gloria que nos ha de ser dada, y conservarnos en ella. Pues El es luz de vida y muertos y mayordomo de su Padre, al cual le dio que pagase al torno a los trabajadores.

Este Señor va delante de sus ovejas, porque tiene más gloria que hombres ni ángeles, y todos ellos le siguen como ovejas a pastor, criados a señor, miembros a su cabeza, y llevados bien en procesión a las fuentes de las aguas de la vida, que son las tres divinas Personas, que tienen una misma y sola esencia, y allí serán hartos, refrescados y recreados, viendo a Dios cara a cara, amándolo y poseyéndolo sin ningún fin, donde darán por bien empleado lo que aquí padecieron o hicieron por El; y lo mismo haremos nosotros si nos aparejamos a ser los que debemos, y a llevar muchas con la debida reverencia a descanso a Nuestro Señor en la procesión con nosotros, para que El nos lleve después en su compañía en la procesión que en su gloria hará.

TRATADO TERCERO

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Caro mea vere est cibus, et Sanguis meus vere est potus.

«Mi Carne es verdaderamente manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.»

(JOAN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

Los que traen trigo a los pueblos, deben ser honrados y bien tratados; la que nos trajo el pan del cielo, con que nuestras ánimas se mantienen, ¿cuánto debe ser honrada y reverenciada? Hazañas hicieron algunas mujeres, por las cuales quedaron en perpetua memoria. Judit, Ester, Débora y otras semejántes; mas en compáración de la Virgen, todas hicieron muy poco. Instrumentos fueron para librar sus pueblos de la muerte del cuerpo; pero la Virgen María Nuestra Señora, para librarles de la muerte del alma. Ella fué la que nos dió este fruto de que comemos y gozamos; la que nos amasó este Pan, y con tanto deseo que lo comamos, nos convida a él (Eccl., XXIV): *Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini.* Que dice: «Todos los que me deseáis, venid a mí, y no os arrepentiréis, e iréis llenos de mi generación; de lo que yo engendré seréis llenos; del

fruto que en sí contiene todos los frutos y gracias; que quien este fruto recibe, todo lo recibe; porque en él se contienen todos los bienes.» Y porque de este convite no se vayan nuestras ánimas ayunas de la gracia, *Caro mea vere est cibus, etc.* «Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.» Con tres o cuatro hijos que tenéis, si no llueve, perdéis el sueño, pensando cómo les daréis de comer. El que tiene hijos es obligado a darles de comer. ¿Pensáis que no hay más sino ser casado y no mantener a los hijos? Allá lo pagaréis. El que da el ser, es obligado a dar el mantenimiento y la doctrina.

¿Qué hará Dios con tanta gente como tiene, para darles de comer? ¿Pensáis que no hay más de lo que habéis visto? Esto es lo menos que El tiene (Psalms. CXLIV y CCXLVIII): *Oculi omnium in te sperant Domine.* Dar de comer a estos cuerpos, poco es para Dios. *Dixit et facta sunt.* Con criar un poco de pan y un poco de vino, los harta. Aunque hayamos hambre, con un poquillo que comamos, quedamos hartos. Mas es otra hambre, que aunque le deis todo el pan y vino del mundo y toda la carne criada, no queda harta, antes más hambrienta. ¿Qué haremos para hartarla? ¿Dónde compraremos pan para que la criatura racional coma y se harte? El hombre y el ángel, ¿qué harán de pan para comer, y que queden hartos y contentos, y digáis vos: contento estoy? ¿Hay en la plaza pan? No, que el Rey y el Papa se mueren de hambre, no pueden hartarse. ¿Ahora veis qué boca tan grande y qué grande hambre? ¿Quién será aquel que diga: harto estoy? ¿Pequeño negocio es éste, hartar tanta gente? Si Dios no fuera el que se te da, y a todos se da, no pudiera hartar tanta gente y tanta hambre. ¿Qué comerá un ánima y un ángel para que vivan? Estad atentos:

Bien veis que tenemos ánima y cuerpo, y cuanto al cuerpo, habemos hambre, y si no comemos, moriremos. Bien lo veis. Y que el manjar que coméis no está dentro de nosotros, que de fuera lo tomamos, que en el campo se cría, y que queráis o no queráis, está vuestra vida colgada del pan y del agua, y del cabrito, y de la galli-

na; al fin colgada de un animal; y si no que moriréis; y después pensáis: muy rico soy; y, sin embargo, de un carnero estáis colgado: y que si no coméis, moriréis; bien lo veis esto. Pues que tenéis cuerpo, quiero que sepáis que tenéis ánima. Dígolo, porque hay algunos que viven tan sin pensar que tienen ánimas, como si no las tuviesen; ni saben si está viva ni muerta, si está harta o hambrienta, si está sana o si está enferma, y aunque la tenga llena de puñaladas, no la dan un poco de ungüento, ni dicen: *¡Ay! que me duele*. Tienes una herida en un pie, y duélete, y buscas medicina; y herida del alma no la sientes. Si creyeses que la tienes, ¿dejaríasla así? No dirías: «¿Quiero buscar remedio, que mi alma está enferma?» Alma tienes, pues que come, porque si no come, morirá. ¿Qué entendéis morirá? No digo muerte natural, que esa no la puede morir, porque ésa siempre estará viva, aunque esté en el infierno, mientras Dios fuere Dios, para siempre. Su muerte segunda la llama San Juan, y los que están en el infierno estarán, como los que están en agonías de muerte, agonizando: siempre estarán tragando la muerte, y nunca acabarán de morir: tendrán muerte siempre viva, y vida siempre muerta. No hablamos de ésa, sino de la vida de gracia; si alcanzará perdón, si ha de ir al cielo, comer tiene: ¿qué comerá?

Bendito sea el que da el manjar conveniente a cada uno en su manera. A Dios los ángeles lo miran y comen de su vista, y quedan hartos y contentos; y el alma, ¿qué será su manjar? Padre, decidme: ¿cómo come, o qué será su manjar? ¿Qué dientes tiene, o estómago, y qué calor? El molino del cuerpo son los dientes: también el ánima tiene sus dientes, y estómago, y calor, todo lo tiene en su manera como el cuerpo. ¿Cuáles son los dientes del ánima? Las potencias para todos, los dientes del alma son la fuerza que tiene para entender y amar. Esa fuerza se declarará con la ayuda de Dios. Aquello con que pensáis y amáis son los dientes del alma, aquello con que desmenuzáis el manjar del alma, aquellos son sus dientes. Ved el mal del alma, y luego lo bueno; pensando tú en tus dineros, o en la mala mujer, o en la honra

vana, aquello estáis pensando, pues aquéllos son los dientes con que desmenuzáis esto que estáis pensando. Y cuando lo habéis desmenuzado, os deleitáis en ello, y lo tragáis y lo pegáis en vuestra ánima, y de él y de vos queda una cosa, una voluntad y como mal casamiento. (Gén., II.) *Erunt duo in carne una.* Entonces lo habéis digerido; que no sin causa dijo Agustino: *Que si tierra amáis, tierra sois; y si carne, carne:* porque esto es comer tu alma, juntarte con aquello que pensaste: comiste carnero, digerístelo, y hácese hombre: comiste una lechuga, y vuélvese por la digestión en carne y sangre.

¿Qué es la causa que de la comida y del que la come se vuelve y hace una cosa? Cuando tu alma come alguna cosa y se pega a alguna cosa, comídola ha; cuando amas el dinero está tu alma endinerada; y cuando amas a la mala mujer, está enmujerada, encarnizada; y cuando amas el humo de la honra, está enhonrada: comido ha, ¿qué es eso? Que resulta una cosa de esas dos: que ciertamente, que si pudieses hacerte una cosa realmente con lo que amas, lo harías; aquello que mucho amas, en esto te vuelves. Yo te sé decir, que si a Dios amas, Dios eres. He aquí el mal amor, y comer malo. Digamos del buen comer. Las fuerzas del ánima son los dientes. Daisos a estudiar Aritmética o Filosofía, y andáis a buscar una verdad, y cuando la halláis, queda muy contento y muy harto vuestro entendimiento; aquella fuerza con que pensó aquella verdad, es el diente del ánima. Pensasteis en una palabra de Cristo, que oísteis en el sermón: *Si perdonáredes a vuestros prójimos, vuestro Padre os perdonará a vosotros; y si no perdonáredes, no os perdonará Dios* (Matth., XVIII). Cuando te paras a pensar: gran cosa es el perdonar, pues que si no perdono no me perdona Dios: pues si lo perdono, ¿qué dirán de mí? Si no lo perdono, no me perdona Dios: al fin quiero perdonar, porque Dios me perdone a mí; comido has. Y el que antes no podíades ver, comienza a parecer bien, y habláis al que no hablábades, ni podíades ver más que al diablo; ya os comienza a parecer bien; comido habéis. Así como el mantenimiento del entendimiento es la ver-

dad, así el de la voluntad es la bondad, y bien estáis con la cosa que queréis bien. ¿Qué ha comido tu entendimiento? Aquella verdad, pues que con tanta fuerza os movéis a amar al que tanto aborrecíades.

¿Cuál es el mantenimiento de la voluntad? El bien, y no hay otro mayor, ni tan grande bien como es Dios; y este es el manjar y hartura del ánima, y ninguno otro la puede hartar, ni contentar su seno y estómago; El sea bendito para siempre. ¿Cuál es el manjar del entendimiento? La verdad: cuando veas a Dios, suma Verdad, cuando ames a Aquél sumamente bueno, entonces estará tu ánima harta, y sin El no; que no es posible estar tu entendimiento harto sin el conocimiento de esta suma Bondad, ni tu voluntad contenta sin este sumo Bien y Bondad. Ahora habéis visto vosotros finitos y tasados, y vuestra voluntad y entendimiento tasado, y no poderse hartar ni henchirse, si no les dan y echan infinito. ¿Qué es esto? Mayor es la boca que todo el cuerpo; que si al mismo Dios no conoce bien tu entendimiento, no puede ser harto. Y si al mismo no ama la voluntad, no puede tampoco contentarse; hambrienta se queda: por eso dije, que si no fuera Dios, no pudiera hartar esta gente. Cuando en hora buena vayamos al cielo, cuando veamos la majestad infinita de Dios, allí quedará muerta nuestra hambre, y diremos: *Contentos estamos, no queremos más:* cuando veas aquella Verdad y ames aquella Bondad, ni te cansarás de comer aquel manjar, ni el manjar cansará de hartarte, pues tu alma es eterna, vivirás para siempre, mientras Dios viviere. ¡Qué lindo manjar! ¡Qué linda bebida! Esto es lo que la Escritura dice por metáfora de comer y beber.

Ego dispono vobis regnum, sicut disposuit mihi Pater, ut edatis et bibatis super mensam meam (Luc., XXII), dice Cristo. Yo seré entonces harto, cuando apareciere tu reino, tu gloria (Psalm. XXXV). *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ; et torrente voluptatis tuæ potabis eos:* que nos ha de emborrachar de su deleite y abundancia. Catad, Señor, que en decirlo así dais ocasión a los carnales que piensen que hay en el cielo comer y beber.

Pareció a la sabiduría de Dios decirlo así debajo de estas metáforas de comer y beber; porque no hay cosa más deseada que la vida, y ella se sustenta por el comer y beber; y de ahí es, ser cosa deseada el comer y beber. No que allá en el cielo haya manjares y bebidas y esas poquedades; porque el manjar es Dios, y esto come tu alma con los dientes, con las fuerzas que tiene para conocerlo y amarlo. Esa es la hartura que allá tendrás, conocerlo y estar contento con El, y estar comido y harto. Veisnos aquí un poquito dentro de la materia. ¿Pues qué responderemos a las palabras de Cristo Nuestro Señor (Joann., VI): *Mi Carne verdaderamente es manjar?* Habéis dicho que el manjar del ánima es ver a Dios, y que no le puede hartar ni contentar otro manjar. ¿Cómo decís ahora que la carne es manjar, y la Sangre bebida? Henos aquí en la mar; tened paciencia un poquito. Decís que el manjar del ánima es infinito; la Carne de Cristo es finita: ¿cómo puede ser manjar de ánima no teniendo eso? Gran verdad dijo aquel que dijo las palabras del tema. Mirad, por dos cosas se dice la Carne de Cristo sacratísimo manjar del ánima; porque el fiel manjar del ánima es la verdad; también es manjar del ánima la Carne de Cristo, como su divinidad.

Atentos: vais por el campo, paráisos a mirar una encina; decidme: ¿no se crió este árbol tan grande de una bellota? El que de una cosa tan chica hizo tan grande árbol, grande es su poder. El que le dió esta frescura, también la podrá dar a mí. Quien le dió a ésta fruto, también dará a mi ánima fuerzas para que haga fruto. El que tanto poder y bondad usó con este árbol, ¿qué hará y usará con mi ánima? Si de mirar aquel árbol vienes en conocimiento de la grandeza, poderío y bondad de Dios, comido has; de aquello se mantiene tu ánima. Y de aquí será, que aunque no sea vuestra la viña, si tenéis dientes para comer, y sabéis bien tomar, sacaréis vos tanto fruto y tanta renta, y aun quizá más que su dueño, si de allí sacáis conocimiento, amor y alabanzas del que la crió, y comida para vuestra ánima y edificación. De manera que os mantenéis mediante aquel ár-

bol o viña; porque no crió Dios las cosas corporales solamente para el cuerpo, sino para el ánima, y para que te aproveches y digas: grande es la hermosura y poder del que tan grandes y tan hermosas cosas quiso criar; y ¿qué me dará a mí quien a estos árboles tantas hermosuras dió? ¿Pensáis que no crió Dios el sol más que para alumbraros? Para más lo crió; que bien pudiera El con una lumbrecilla por ahí alumbraros. Criólo para que con su grandeza y hermosura lo alabásemos y engrandeciésemos, y de esta manera comiese nuestra ánima.

¿Habéis entendido esto? Pues apliquémoslo. Los ángeles que en el cielo están, dejo los hombres, que eso claro está, que como en el cielo nuestra ánima tiene su manjar, que es la Divinidad, así nuestro cuerpo tendrá su gloria y comida celestial, que será la Humanidad de Jesucristo, aquélla será su comida, su abundancia, su hartura. ¿Qué será la gloria de tu oír, sino oír aquella palabra de Cristo que será más dulce que cuantas músicas hay? Y tu alma se hartará en su Divinidad, y así serán los dos hartos, y contentos y glorificados. Pues tomad los ángeles; ellos están contentos y hartos mirando la Divinidad; pues tu alma mirando el árbol, come, considerando en él las grandezas de Dios. ¿No comerán los ángeles en el cielo, considerando la Humanidad de Cristo, espantándose de sus deleites tan excelentes, y conocerán la sabiduría de Dios viendo aquella Humanidad levantada a ser supositada en Dios, y a ser personada en El, y a serle comunicadas sus grandezas y atributos? Si en el árbol resplandece la bondad y saber de Dios, ¿qué sabor, qué gusto tomarán los ángeles en aquella Humanidad? ¿Qué hartura en la mirar? Padre, abajaos un poco me decís; que me place.

Cuando tú piensas que has comulgado, no sea el comulgar sin que pienses: «Señor, ¿que tanto me amasteis, que derramasteis vuestra Sangre por mí, que sin buscaros me llamasteis, y sin rogároslo yo me hicisteis y me disteis tantos bienes y más que me tenéis aparejados?» Cuando esto has pensado, ¿no queda tu ánima contenta y consolada? ¿Qué es eso que has

comido? Párate a desmenuzarlo, que así lo has de comer: no lo tragues entero, que te hará mal. Que por eso mandaba Dios en la ley, que no le ofreciesen el carnero todo entero, sino que lo partiesen por partes. Quiere decir, que para que te aproveche el Cordero pascual, que es Cristo, no lo has de tragar así a bulto todo junto, sino que lo partas. Una coyuntura es cómo nació pobre, otra sus trabajos, otra cómo fué azotado, otra crucificado, otra sepultado; no lo tragues entero, piénsalo bien, rúmialo, que aunque seas de hierro y de piedra te derretirá el corazón, y comerás y sacarás provecho; mira la Sangre de Cristo, recíbela en tu alma, que bálsamo es. Para probar el bálsamo fino, échanlo en la palma de la mano, y si la pasa calentándose por encima, es fino; la Sangre de Cristo échala y métela en tu alma, que yo sé cierto que pasará tu alma, y de indevota la hará devota, y de tibia la hará ardiente en el amor de Dios, y de dura la hará blanda y amorosa: échala en tu alma, que no hay bálsamo que tanto pase. Si no dime: cuando te paras a pensar en la Pasión de Cristo, ¿no sientes que te pega nuevo amor y nueva devoción? ¿No se te ablanda el ánima? ¿No recibes fuerza? ¿No pides perdón de tus pecados? ¿No derramas lágrimas?

¡Oh, lágrimas sabrosas las que se derraman por la Pasión de Cristo, que hacen derretir en amor suyo! Pues si este pensar en Jesucristo despacio te hace vivir, y te esfuerza y contenta, eso es haber comido y estar esforzado: comido has, que a eso llamamos comer la carne de Jesucristo, reverenciarla; ella te hace que andes aprisa el camino de Dios, y te da fuerza y ánimo. Luego síguese que la gloriosa Carne de Cristo es manjar de tu alma, viático para andar el camino del cielo.

¿Porqué más es la carne manjar del ánima? Atentos: ¿El pan que vos coméis es la vida del cuerpo? No es; que el ánima es la causa mediante aquel manjar que toma el estómago, y tomándolo, cuécelo y envía su parte al higado, y allí se torna a cocer, y hácese sangre, y repártese de allí por las venas; porque la sangre es asiento del ánima, toma de allí fuerzas para vivir, y toma fuerza

para dar vida al cuerpo; no sé si me doy a entender, que da vida al cuerpo y al ánima. Sopló Dios en Adán (Genes., II): *Et factus est in animam viventem:* ¿qué fué aquel soplo? El ánima que le dió; pues así el Espíritu Santo, espíritu de vida del ánima, es soplo de vida, soplo de Dios. Pues así como no basta para que viva el cuerpo que tenga ánima, sino que es menester que coma, porque morirá si no come, aunque tenga ánima, así también poco aprovecha que tu ánima tenga con que viva si no come.

Padre, ¿no bastaba para dar vida a mi ánima la Santísima Trinidad? Si ella quisiera, sí bastaba; mas ella ordenó que no sea la Santísima Trinidad sólo su manjar; mas si no come de la Sangre de Jesucristo y de su Carne, no puede vivir; ninguna ánima está en gracia, sino es mediante la Sangre de Cristo. ¿Quién da vida al ánima? La divinidad, la Santísima Trinidad; mas no se la da sino mediante la Sangre de Jesucristo, como el ánima no da vida al cuerpo sino mediante el manjar. Dijo Cristo (Joann., X): «Yo soy buen Pastor, y pongo mi ánima por mis ovejas. Yo soy puerta: quien entrare por mí, salvarse ha: los que antes de mí vinieron, ladrones fueron, no vinieron sino para matar y perder: yo vine para que tengan vida.» ¿Qué queréis decir, Señor? Que si tú no creyeres en Jesucristo, en el Verbo humanado, que en El está tu salud y la de todos, no puede vivir tu alma: si no lo crees y amas y obedeces, no te puedes salvar: no te dará nadie vida si no comes de la Carne y Sangre de Jesucristo, si no tienes fe. Esto es lo que hizo a San Pedro que dijese (Act., IV): *Non est aliud nomen.* No hay otra vía o título para que el hombre se salve, sino el nombre de Jesucristo y su fe. ¿Qué queréis decir? Que si se hicieren los hombres pedazos y ardieren en llamas por Dios, si no comieren este manjar, esta fe, perdidos van; no se pueden salvar. Porque así como no está la vida del cuerpo en el manjar, sino en el alma, así también como el manjar está fuera del hombre, que no es de suyo, así has de conocer que tu pan, tu remedio no está en ti, sino que tienes necesidad de mendigar-

lo y pedirlo a Cristo, y conocer que nuestro remedio está en sólo El.

Si este manjar no comes, es imposible que vivas. El manjar no es sólo el espíritu, ni en él sólo está la vida; mas toma la Carne y Sangre para que te dé vida. ¿Habéislo entendido? *Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre bebida verdaderamente, no fantásticamente;* que más verdaderamente vive el ánima por esta comida, que el cuerpo por el manjar corporal, que cuanto es mejor el ánima que el cuerpo, tanto es mejor esta vida que da este manjar. ¿Cómo, Padre? ¿Si uno no come este manjar no puede ir al cielo? En la mar estamos: *Quid paras dentem et ventrem? Crede, et manducasti.* Dice San Agustín: «¿Para qué aparejas el diente y el vientre? Cree, y ya has comido. Si no me creyéredes y amarédes por Salvador y Mesías, no podéis ser salvos.» Así lo expone San Agustín. Mas el Concilio Tridentino dice (Ses. 15, c. 8) que aquel paso se entiende de la comida sacramentalmente hecha, y esto se ha de tener, éste es el comer.

Veis cómo la Carne de Jesucristo es manjar del ánima: que los que fueron antes de Cristo y se salvaron, comieron este manjar, esta Carne y esta bebida. Así lo dijo San Pablo (Cor., X): *Omnes eamdem escam spiritualem comederunt, et eumdem potum biberunt, bibebant autem de petra, petra autem erat Christus.* Helo ahí cómo comieron. ¿Pues cómo? Que aun no era venido Cristo. Tenían unos dientes tan largos, y unos ojos que llegaban hasta acá, que es la fe que tenían que había de venir un Salvador, un Mesías, en el cual se salvaron. Esto es comer la Carne y beber la Sangre de Jesucristo, y por esta fe somos nosotros un cuerpo con ellos, tenemos un mismo espíritu, una fe y una cabeza. Esto, pues, es comer la Carne de Cristo, sin la cual nadie puede ser salvo, aunque haga todos los bienes que hicieron los hombres juntos: si esto no tiene, no basta para se salvar; pues creer y amar es comer, y para que se salve el hombre basta creerlo así: si esto es verdad, ¿para qué se nos quedó acá en manjar en especie de pan y vino? ¿Qué os parece a vosotros? ¿Fué bien que se quedase o no? ¿Pasámonos sin El? Sa-

ben bien esto los que tienen mujeres livianas. Cata, Señor, que es el género humano liviano desde su nacimiento. Fuése, y subióse Jesucristo al cielo, y no nos acordamos más de El, y por esto ordenó su misericordia de se nos quedar acá, que para cuando te dijeren que todo tu bien está en el cielo y es Jesucristo, no lo teniendo acá, pareciérate que andabas engañado y vago: yo en la tierra y El allá. ¿Qué tal estaré yo sin El? Ordenó su bondad manera cómo esté allá y acá, porque tengas allá tu descanso, y acá tu amor y mantenimiento: que para, cuando te dijeren que es tu bien, y te dijeren veslo allí, se prende tu ánima para no recibir otro que no sea tu Pastor.

Sois desposado, habéis de estar con la esposa. Decid, ahora que se me acuerda, ¿porqué absuelven al hombre que está él aquí y su mujer lejos de él sin necesidad? ¿Por qué se hace tal cosa? ¿Qué regimiento lo consiente, que una bestia que se va de su dueño hay quien la vuelva, y mesón de perdidos donde la llevan, y que se esté un marido ausente de su mujer un año y años, y que no haya remedio ni castigo? Señor, ya le envío cartas y joyas, y desde acá la proveo. Véaos ella a vos, que eso la moverá más, que se acordará que se casó con vos, y dejará el adúltero, y llegarse ha a vos. ¡Oh! Glorifíquente los ángeles, Señor. Cartas te envía Jesucristo tu Esposo, que son los Evangelios y los pensamientos santos, los sermones y los consejos buenos que oyes; envíate presentes y joyas, que es eso que comes y vistes, y en tanta abundancia; y con todo eso es tan grande tu olvido, que olvidas a tu Esposo, que tanto bien te hace, y pones por tu maldad los ojos en lo que tu carne quiere, en deleites, en juegos, en vanidades, en burlerías. Envíate cartas, no te aprovechan; envíate presentes, no te aprovechan; antes algunas veces son causa de mayor olvido, y determina El venir acá, pues no aprovechan mensajeros, para que te acuerdes, que es el primer Esposo con quien te casaste. El es el que derramó su Sangre por ti, para que quites los ojos del adúltero y los pongas en el que es tu Pastor, y le digas con San Agustín: «Perdonadme, Señor,

que hasta ahora que os conocí, había vivido descuidado y olvidado de Vos; ahora no quiero sino a Vos; sólo a Vos amaré y serviré.»

No tenéis algún amigo con quien tengáis amistad en ausencia, que escribáis cartas y le enviéis presentes; y si os envía una cédula con que os libréis de la muerte, estando condenado a ella, cuando este tal amigo viene, ¿qué es lo que sentís, cómo os lo paráis a mirar, cómo le agradecéis lo que ha hecho por vos? Que esta es ley de la presencia del amigo, que cuando viene, le contéis cuántos bienes ha hecho por vos, dándole gracias. ¡Oh, consejo amoroso lleno de alegría, lleno de amor! Quedársenos acá Jesucristo, para que cuando le veamos nos acordemos de lo que por nosotros ha hecho, y se lo relatemos, y le demos gracias por ello. Señor mío, Vos sois el que bajasteis del cielo, y os hicisteis hombre mortal por mí, y estuvisteis en el portal de Belén; el que pasasteis hambre y trabajos por mí; el que fuisteis preso, abofeteado y azotado por mí; el que derramasteis vuestra Sangre, y perdisteis vuestra hermosura y vida en la Cruz por mí. Vos sois el que tanto me amáis. Vos sois todo mi bien. Esto has de sentir cuando vieres a tu Señor, y comulgares; si esto sientes, tu alma come y comulga. Vos, Señor, sois el que tanto me amasteis y tanto hicisteis por mí estando yo ausente. Haced esto en mi nombre. ¿Qué, Señor? Como yo hice, haced en mi nombre. ¿Quién lo hará?

No todos los cristianos, sino los ordenados solos (como yo hice) que si el sacerdote consagra, no es en su virtud, sino en la de Jesucristo. Haced esto en mi nombre, y cuando lo hiciéredes, acordaos de mí. ¿Qué es eso? Muero de amores de los hombres. ¿Qué te va, Rey Nuestro, en que se acuerden unos gusanillos de Ti? Denos vuestra Majestad licencia que hablemos; ¿porqué no nos pide sino que nos acordemos? Es tanto lo que Jesucristo ha hecho por nosotros, que no es menester para movernos decir más, sino que nos acordemos de sus obras, de su justicia, de lo que padeció; porque aunque seamos piedras y hierros, su memoria tiene tanta fuerza, que con ella se derretirá nuestro corazón. *Memoria Iosiæ in com-*

positione odoris, opus pigmentarii (Eccles., IV). La memoria de Josías es como una poma que quita los desmayos, y como miel, que es dulce en la boca, y como música en las orejas: y así en cualquier corazón de hombres es más dulce que la miel la memoria de Jesús. Si tus pecados te desmayan, si tu carne te aflige, si tu alma está desmayada, toma esta medicina, que huele tan bien, que da salud, y quita dolor y da dulzura a todo corazón. ¿Para qué, Señor, presente? Para que me améis, para que me gocéis. Pues ¿porqué tan escondido, que ni la vista os ve, ni el oído os oye, ni el gusto, ni el tacto os conoce? (Isaí., XLV). *Verdaderamente Vos sois Dios escondido; ¿para qué tan escondido?* Para que sepa otra vez el demonio con quién se toma: para que rabie y aúlle y le haga se vuelva por donde vino.

Cerca Senaquerib con gran soberbia a Jerusalén, y con gran confianza en su gente, envía al Rey Ezequías mensajeros a que se diese: «¿En qué tienes confianza —le dice— en Egipto? ¿En tu Dios? No te engañen sus palabras, que dicen que venció tal y tal Rey, que no los librarán dioses de mis manos, pues tampoco te libraron a ti.» Rasgó Ezequías sus vestiduras, fuése al templo, echó las cartas de esta mensajería delante de Dios. Dícele: «Señor Dios de Israel, que hiciste el cielo y la tierra, cuyos son los reinos y señoríos, ya has oído las blasfemias de éste contra Ti. ¿Qué son los otros dioses, obras de manos, ni qué valen para defender? Sálvanos, Señor, de sus manos y conozcan todos los reinos y gentes que eres tú Señor». Envía luego Dios a Isaías que le diga: Dile a esa bestia: «Yo te haré un freno, yo te enfrenaré loco, y te haré que te vuelvas enfrenado por el camino que viniste, y que en llegando allá te maten tus hijos.» Así fué que envió Dios un ángel aquella noche al real de Senaquerib y mató ciento y ochenta y cinco mil hombres, y a la mañana alza su real y vase; y en llegando, lo mataron sus hijos, para que sepa con quién se toma. ¿Cómo se perdió el mundo? ¿Cómo se perdió el hombre? Por una fe falsa que tuvo una mujer.

Vino el demonio a Eva y preguntóle: «¿Porqué os man-

dó Dios que no comiésedes de este árbol? —Porque no muramos por ventura. —Anda, que son amenazas, que no moriréis: antes en la hora que comiéredes, seréis como dioses.» Cree la mujer a la palabra del demonio falsa que serían como dioses: creyó que debajo de la manzana que veía estaba otra cosa, y que debajo del manjar corporal había ciencia espiritual: por esta falsa fe que tuvo a las palabras del demonio, y mediante lo que veía, creyó otra cosa que no veía. ¿Por qué se perdió? Porque cayó: porque le dijo el demonio que debajo de una manzana había lo que no veía, y creyólo. Pues para que sepa el demonio con quién se toma, yo haré que se vuelva enfrenado por el camino que vino. Por una falsa fe se perdió el hombre: sálvese por una fe verdadera acá, que debajo de aquel manjar corporal hay manjar divinal, que parece pan en el olor, y sabor y color; hay sacramento del Altar; crea que está allí el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y su Sangre y divinidad. Pues que hubo quien creyese por una fe falsa, haya quien crea por una fe verdadera lo que no ven: que no es mucho, pues que el demonio halló quien creyese su mentira, que halle Dios quien le crea su verdad. Por la falsa fe del demonio se perdió el hombre: por la verdadera, que está allí el manjar que da la vida, se salva; que está allí debajo de aquellas especies sacramentales que veis; pues si no estuviera escondido, no hubiera fe; y no habiendo fe, no respondiera merecimiento y vida de gloria, y así quedó el demonio confundido.

¿Por qué tan escondido? ¿Pues qué, quisiérades vos verlo? Si la Reina Ester no pudo sufrir la majestad del Rey Asuero, ¿cómo podrá una hormiga sufrir el resplandor de la cara de Cristo glorioso? ¿Cómo podrá sufrir una claridad que en su comparación la del sol es tiniebla? No hay ojos mortales que le puedan ver; o te has de quedar sin El, o tomarlo así escondido; o has de decir que te quieres quedar sin El, o tomarlo así tan gran Cuerpo en tan pequeño espacio. Sí, en la menor partícula está tan entero como está allá en su reino. ¿No preguntó Cristo a un demonio, cómo te llamas? Díjole *Legio*: una

legión de demonios, ¿cómo cabían en un cuerpo tan chiquito? No ocupan lugar. Así el Cuerpo sacratísimo no tiene dimensiones cuantitativas en orden a lugar. ¿Cómo tú podrías tener en tu manga un millón de ángeles? ¿Cómo se puede hacer del pan Carne, y del vino Sangre? ¿Cómo? ¿Porque vos no lo entendéis, no se puede hacer? ¿No hay cosas por ahí que hace un oficial, que otro en su mismo arte no las entiende, y queréis vos entender el artificio y sabiduría de Dios? ¿Si vos viérades una bellota, y os dijeran que se hace de allí una grande encina, si no lo supiérades, creyéradeslo? ¿Cómo de un grano de trigo nace hierba verde, y ni el grano es verde, ni la tierra, ni el agua? ¿Pues cómo se hace aquella verdura? ¿Y cómo se hace vino de las cepas do salen las uvas, pues en la tierra no está? Pues el agua que llueve no es vino. ¿Pues cómo se convierte en vino? Como de una cosa se hace otra, no hay otra ventaja o diferencia, sino que en el altar se hace presto y en el campo más despacio. ¿Es mucho que se haga esto? ¿Cómo salió Jesucristo del vientre de su Madre, quedando la Virgen entera? ¿Cómo salió del sepulcro?

Pensáis que las cosas de Dios son tan bajas, que las habéis de entender. Si ellas fueran tales que vos las entendiérades, ya no fuera Dios grande. Dice San Gregorio: quiere hacer lo que tú no entiendes, para que te humilles y sujetes tu entendimiento a la fe y merezcas. ¿Pues cómo puede estar en tantos lugares? Cuando yo hablo, ¿cuántas voces son las que hablo, una o muchas? Una, porque claro está que no tengo más que una voz; esta una, ¿no es en las orejas de muchos y de cuantos aquí estáis? ¿Cómo es esto? Pues si en la voz se hace, ¿cómo no se podrá hacer acá? ¿Cómo puede ser, que partiéndolo se quede entero en cuantas partes se parte la Hostia? Partid vos un espejo y miraos en él: cuando estaba entero hacía un rostro, y partido hace tantos cuantos pedazos hay; así acá. ¿Qué locura es ésa? ¿No querer creer lo que no alcanza la razón? Pues que eres hombre de razón y tan amigo de regirte por ella, pasemos por esa ley, pues no quieres creer cosa sin razón, ni hacerla. Ningún hombre

coma ni beba, si no supiere cómo se crió el mantenimiento y bebida, cómo se crió el pan y el vino que ha de comer y beber. ¿Queréis saber cómo se hace y no queréis creer? Pues quedaos sin comer, pues no sabéis cómo se cría el pan y el agua y el vino en la viña. Y pues no te paras a preguntar cómo se hace, y alguna vez os traen guisado de la cocina cosa que no sabéis cómo se guisó, y calláis y coméis, haced así acá, callad y comed. ¿Para qué tan escondido? Para que tuviese lugar la fe verdadera. Dijo Cristo Nuestro Señor (Joann., VI): *Mi Carne es verdadero manjar, y mi Sangre verdadera bebida*. Así es que vuestra carne es manjar, porque el pan confirma el corazón del hombre (Psalm. XXII): *Super aquam refectionis educabit me, et animam meam convertit*. Poned aquello por vuestra vida en vuestro repostero. Estoy yo bien en gran manera con aquel verso: Púsome Dios Nuestro Señor sobre el agua de la refección, de recreación, de refresco, agua de refrigerio: *Animam meam convertit*. El hebreo dice: *Animam meam restituit*. Que ese bocado divino vuelve el ánima a su lugar, esto es, volvióme el ánima.

Vase huyendo Elías de la mala mujer Jezabel; desesperado, ya no podía andar, pónese debajo de un enebro, y dice a Dios (III Reg., XIX): *Señor, sacadme ya de esta vida, que ya no lo puedo sufrir; llevadme ya; ¿para qué vivo?* Duérmese con el cansancio y enojo, llegó el ángel de Dios, y despertólo y díjole: *Levántate y come, que te queda largo camino; y dióle un pan cocido en la ceniza y rescoldo, y un jarro de agua; y comió y bebió* (Psalm. CXV). *Dormitavit anima mea præ tædio*. ¿Ya queréis descansar tan presto, Elías? Levantaos con presteza, que largo camino os queda; aguarda, no andéis tras Dios: llévame, Señor, que entonces os dará más larga vida: come y bebe.

Levantóse, y comió y bebió, y anduvo con la fuerza de lo que comió cuarenta días: ¡qué lindo manjar! Mas nota que el que se lo dió para que comiese, el que lo despertó, ángel de Dios era; fué oficio de sacerdote; oficio de ángeles de Dios, convidar, rogar, importunar a los dormidos, a los desmayados, a los temerosos a recibir este divino manjar.

Desmayado estás, murióse tu padre, perdiste la hacienda, persíguente los pecados; levántate de los pecados, vete a confesar, y come, recibe este Santísimo Sacramento que para eso se quedó acá para remedio de tus llagas y trabajos: oficio de sacerdotes es decir a las almas: «Corre, ve, recibe este pan», que no solamente se llama Viático, porque nos da fuerzas para caminar cuando morimos, sino mientras vivimos y sentimos desmayo en el camino de esta peregrinación. Cuando vos habéis de caminar, ¿no aparejáis alforjas, y comida, y bebida y lo necesario? Pues así los que vamos en este camino, más desierto que el de Egipto, más seco de aguas, más enemigos en él, más serpientes, más gigantes, tierra que la llama Zacarías sombra de muerte, ¿no habemos menester provisión y comida? Cuando vuestros hijos vinieren a razón y discreción, enseñadles luego que sean devotos de este Santísimo Sacramento del Altar; corre, confiesa y comulga, cata que te queda gran camino, y peligroso, más de cuarenta días, largo en gran manera. Dios se lo pague a quien a mí tanto bien me hizo. Soy devoto de este santísimo Sacramento, y creo que se me pegó de un santo varón que me lo aconsejó.

¿Cómo podéis vivir sin este pan? Yo me espanto de ello; él harta, enseña y esfuerza. Para andar este camino, de una vez a otra que comulgáis, se os había de hacer un año, y diez años; ni tantas como algunas mujeres, ni tan pocas como algunos hombres. ¿Qué veis en el Sacramento, que os han de hacer venir a comulgar con penas y excomuniones? ¡Malaventurados de los tales! ¿Habéis ido por mesones cuando camináis? Lléganse algunos a comer a escote, y otros dicen: «No quiero comer así; quiérome pasar acá con lo que tengo, con pan y vino, para gastar menos». Después, alzada la mesa, paga el que comió, y el que no comió no tiene que pagar; quien comió, escote. Aquí es al contrario; los que comieron irán salvos, y el que no comiere pagará el escote de lo que no comió. No hay bolsa que pague tanto cuanto debe, porque no comió; que el que no quisiere aprovecharse de este manjar, el que no lo reverencia, adora y ama, a semejanza

de los que le crucificaron, pagará el escote: *El que derrama la sangre, y el que no paga el jornal al que lo sirvió, iguales son*, dice el Sabio.

¿Porqué no pagas, hermano, el jornal a Jesucristo? Había sobre la tierra hombres tan desdichados, que pusieron manos sobre el Hijo de Dios y lo osaron crucificar: ellos son los que lo crucificaron, y tú no pagas a Cristo el jornal, pagarás el escote, que con mayor diligencia y trabajo te sirvió que el jornalero. Algunas veces gana el jornalero cantando, y come, y descansa; y Cristo bendito, de día y de noche no descansó, entendiendo en nuestro negocio; de día sanando enfermos, y de noche orando por nosotros al Padre en los montes, ¿y apenas lo queréis ahora creer esto? No te pide otra cosa por jornal de sus trabajos sino que goces de ellos, que te aproveches de su penitencia, y de sus cansancios y trabajos y azotes, y de su obediencia y su muerte, que eso es verdaderamente comulgar; que eso quiere decir el vocablo comunicársenos lo que nos ganó Jesucristo; y que venga Jesucristo y que se quede acá; y que llama al cristiano y que se esté quedo; plega a Dios él lo remedie, que por eso permitió Dios que en Alemania perdiesen la fe; porque usaban mal de este divino pan, permitió Dios que se lo quitasen.

Si a uno le pusiesen una espada de Roldán o del Rey Don Fernando, si el tal en lugar de emplearlas en hazañas se anduviese cortando melones y suelas de zapatos con ella, ¿qué os parece que merecía? Que le quitasen la espada, pues tan mal usa de ella. Este divino Sacramento significa aquel alfanje con que el Rey David mató a Goliat. Estaba guardado en el templo, envuelto en un lienzo, y en un lugar a manera de Sagrario, y el lienzo significa los accidentes y blancura. Y este divino Sacramento degüella los pecados mejor que el otro alfanje, que era no más que figura. ¡Oh, espada mal empleada de Roldán, con que pudiera hacer tales hazañas! Yo vine para que los que no ven, vean; y los que ven, no vean. ¿Qué harán en el infierno los malaventurados, privados de la vista de Dios? *Si no viniera, y los llamara, no tuvieran pecado; vísteisme, oísteisme, llameos, convideos con*

perdón, y me ofrecí a pagar por vuestros pecados, y lo hice (Joann., XV): que se les ponga de todo eso que habéis hecho por ellos en una balanza a su cargo: que quien se parare a pensar lo mucho que ha hecho por lo hombres y lo poco que de ello nos aprovechamos, dirá que nos ha dado la espada de Roldán, y que la empleamos en cortar nabos; y que hay personas que no vendrían a comulgar si no los excomulgasen. ¿Quién no tiene devoción a este Santísimo Sacramento? Anda, que otro día nos veremos juntos, aunque no esté yo tan alto como ahora estarlo ha Jesucristo. Entonces oirán los malaventurados aquella sentencia (Matth., XXV): *Andad, malditos de mi Padre, al fuego eterno, pues no os quisisteis aprovechar de mí.*

¡Oh, glorifíquente los ángeles, Señor, que viniste del cielo a morar con nosotros! No entendáis que vino por ese aire bajando desde allá, sino que el que está en el cielo, comienza también a estar aquí estándose en el cielo, y viene a buscar posada. ¿Y no habrá quien diga, venid a mi casa, Señor? ¿Pensáis que viene El, porque se huelga de estar en el relicario? No estima más el oro que yo el lodo; andaos llamando y convidando. ¿Queréisme tener por compañero de casa y mesa? Hombre miserable, cuando quieres a alguno bien, querríaslo meter en lo más dentro de tus entrañas, y pegalle a ti mismo y hacerlo uno contigo. Pues eso quiere Jesucristo, entrar allá y morar allá, y darte allá un abrazo de amor, y de todo más hartura que cuanto se puede pensar. Que venga él acá, que ande buscando posada; ¿y que haya hombre que no se quiera levantar a abrirle?

No me contento con que no haya herejías entre nosotros, gracias a Dios por ello, sino que debíamos tener tanta devoción y tanta hambre de este celestial Pan, que ardiese fuego en nuestras entrañas de su amor, y que se nos hiciese cada día que no comulgásemos treinta años, y con decir acá está, nos contentamos. Un elefante, con ver sangre derramada, toma ánimo para pelear; y el esposo, viendo a su esposa delante, toma ánimo para defederla, y no hay alguno tan cobarde que no defienda a su mujer. ¿Y que no tengamos ánimo, viendo la Sangre

de Jesucristo ante nosotros para pelear contra los enemigos? ¡Y que no tengamos allí nuestra confianza, nuestro ánimo, nuestro consuelo! Plega a Dios que no nos castigue con quitarnos la lumbre de la fe. Pues en eso empleas tu ánima, que te la quiten entonces, ¡qué amargo dolor será! Así será su venida, bien para unos y mal para otros: veslo aquí para quien lo recibe, ayuda, y es paga de sus pecados, y para otros que no lo recibieron, condenación.

Mas ¿qué trabajos y cuidados ponéis en hacer cálices y ver si son menester corporales y lumbre y otras cosas para este Huésped? sino en hacer vajillas, y vestidos y comidas para los gusanos. ¿En qué estabamos? No nos estaríamos hasta la noche predicando, allí estábamos (Sap., XII): *Animam meam convertit.* «Volvióme el ánima mía»: así que no habéis de comulgar tanto ni tan poco: las Pascuas, las fiestas, para lo que se ha perdido entre año, que se gane entonces, y las otras veces con parecer del prudente y sabio confesor. Está Elías desmayado, cansado, durmiendo; come, y levántase y anda cuarenta días con un bocado de pan; córtenme esta cabeza con que lo digo, si no lo halláredes así. Y si estás triste, tibio, desmayado, tentado, perseguido de tus enemigos, vete a este Santísimo Sacramento, confiesa, comulga, y hallarte has consolado, contento, esforzado, con nueva fuerza para andar el camino de Dios. ¿No es éste el cáliz que harta y embriaga? Dirás: «yo no tomé la Sangre». Sí tomas, que con el Cuerpo está, en el Pan está el Cuerpo *ex vi sacramenti*, porque la forma del consagrar del pan lo significa así; y porque no puede estar el Cuerpo sin la Sangre, dícese estar allí *ex concomitantia*. En el cáliz está la Sangre *ex vi Sacramenti*, y el Cuerpo *ex vi concomitantiæ*, o compañía, que todo es uno. De manera, que junto está Cuerpo y Sangre en cada una de las especies; por eso no diga nadie: «Poco me dáis a mí»; que no se consagra en dos especies, sino para darte a entender que en el tiempo de la Pasión se apartó el Cuerpo de la Sangre, y para significar esto se hace. Pues a tan buena mesa te asientas, sábete aprovechar, pues el manjar es Cristo, la divinidad

harta tu ánima, su verdad tu entendimiento, su bondad tu voluntad, y allí hallarás hartura. Cómele, dale posada en tus entrañas, que por eso está acá peregrino en la tierra, para que le des posada, y morará en ti, esforzaráte, inflamárate en caridad, defenderte ha de tus enemigos, y darte ha aquí gracia, y después su gloria.

TRATADO CUARTO

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Qui manducat mean Carnem, et bibit meum Sanguinem, habet vitam aeternam.

«Quien come mi Carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

VIDA eterna, ¡oh, preciosa promesa! Fuéralo si prometiera el Señor solamente vida, aunque corruptible, aunque enferma: ¿qué hará prometer vida eterna a quien comiere su Carne y bebiere su Sangre? No es menester encarecer en cuánta estima tienen todos las vidas, pues dan de ello testimonio todas las cosas que viven, así espirituales como corporales; las cuales como desean su ser y conservación en él, así desean su propia vida; porque a las cosas que viven el mismo vivir es el mismo ser: si no, preguntadlo a un hombre enfermo que se quiere morir, qué dará por dos años de vida. En Job está escrito (cap. II): *Pellem pro pelle dabit homo* , etc. Y si el Señor dice (Matth., XVI): *Quam commutationem dabit homo pro anima sua?* ¿Qué aprovecha al rico que tenga muchos tesoros, señoríos y reinos, si se muere y lo deja acá todo? Trocaríalo todo de buena gana por una poca de vida aunque fuese con tra-

bajos, y pidiendo por amor de Dios de puerta en puerta. Sin vida, ninguna cosa se goza, y con ella de todas; y cuando todas fallecen, el mismo vivir da contentamiento, aunque tenga anexos muchos trabajos.

Ea, pues, los que deseáis vivir, andad acá al manjar de la vida, que es la Carne y Sangre de Jesucristo, y hallaréis en El vida sana, alegre, rica y fuerte, y no por tantos y tantos años, sino para todos los que Dios fuere Dios. ¿Quién hay que no despierte del sueño de su olvido? ¿Quién hay que no mire con otros ojos este divinísimo Sacramento, oyendo decir, y por su boca, de que quien lo come tiene vida, y vida eterna, que convida con ella el mismo Señor? Pues qué, ¡si supiésedes en particular cuán excelente y bienaventurada vida es aquésta! Tanto, que esta vida que tenemos excede en valor a todas las cosas de acá temporales, según hemos dicho, y que el hombre la ama más que a todas ellas; es cosa tan baja en comparación de esta vida que el Señor promete a quien bien lo recibiere, que ni tiene que ver con ella, ni merece nombre de vida; antes, como San Gregorio dice: «La presente vida es una muerte prolija, con la cual el hombre está muriendo tantos años.» Esta es vida verdadera, y para deciros en una palabra, la nobleza y valor de esta vida sobre toda naturaleza, pues vale más un hombre con esta vida por bajo y pobre que sea, que todos los ángeles y arcángeles, hasta querubines y serafines, si de ella carecen.

Paraos a pensar la excelencia de los espíritus angélicos, su sabiduría, fortaleza, hermosura y bondad que pueden alcanzar por su naturaleza; todo esto junto no vale tanto como aquesta vida, que da el altísimo Dios a una viejecita, y a un pastorcico o a otro hombre, por bajo que sea, cuando habiéndose confesado dignamente, se llega al santo altar y recibe de mano del sacerdote el divinísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. La cual vida, si el hombre no la echa de sí, no haya miedo que ella se acabe, como la del cuerpo, que por muchos puntales que pongáis y por mucho que la queráis guardar de todos sus contrarios, no la podréis tener sin que se acabe. ¡Oh, válgame

Dios, y qué joya tan rica! ¿De dónde a los hombres tan grande bien? No es como quiera el negocio, no es cosa que nace de criaturas, aunque ellas la tengan y gocen; mas la fuente de ella, sólo Dios es (Psalm. XXXV). *Apud te est fons vitæ.* Porque como ninguna cosa puede tener ser sino participando, en su modo, del ser infinito, que es Dios, ninguna buena, ninguna sabia ni fuerte, si no participa de estas perfecciones que hay en Dios; así ningún árbol, ni animal, ni hombre, ni ángel puede tener vida si de esa infinita fuente, que es Dios, no la saca. Tuya es, Señor, la vida de todos los vivos, y tú la puedes dar y tornar a quien no la tiene, que para Ti no hay nadie muerto. Y por esto se dice con mucha razón (Psalmus XCIV): *Adoremos al Rey, al cual viven todas las cosas.*

Mas entre todas estas vidas, que de la única vida, que es Dios, manan, es ésta de que hablamos, que en aquel divino Sacramento se da. Y porque no pensemos que es vida obscura y triste, añade diciendo (Psalm. XXXV): *Y en tu lumbre veremos lumbre.* Vida rica, vida alegre y que quien la tiene no vive en las tinieblas, mas en lumbre semejable a la lumbre en que vive el Señor. ¿Quién hablará estas cosas? ¿Quién tendrá peso para las saber estimar? Que quien bien come la Carne y bebe la Sangre del Señor, tiene vida semejable a la vida que vive Dios. ¿Qué es esto, Señor? Hacéis a los hombres deiformes, y acabáis con darles gracia en este mundo, de engrandecer en ellos la imagen natural que a tu semejanza criaste, para que así como, Señor, tu vida es, tus placeres, tu negocio, tu ocio, conocerte, amarte, gozarte, poseerte para siempre jamás, des a los hombres vida, dándoles tu gracia con que te conozcan, y amen y gocen acá en su modo, y en el cielo en el suyo; que, según se ha dicho, valga más un hombrecito que la tiene, que millones de ángeles si carecen de ella. No es vida corporal esta que haya menester diente ni vientre; vida es del ánima, y es la mejor parte del hombre, y que se ceba y mantiene de sólo Dios, y hace para siempre bienaventurados los que la viven.

Porque la divina sabiduría conoce cuán excelente vida es aquesta; la suma bondad crió ángeles, no con otro

intento sino para que participasen de esta vida tan buena y tan deleitable. Criólos en vida de gracia, y a los que le agradecieron esta merced y usaron bien de ella, perfeccionólos esta vida, dándoles la vida de gloria. Porque la gracia, principio es de la gloria, y a los que la perdieron arrojólos en el infierno, excluídos de todo bien, ajenos de la vida bienaventurada , alanzados de la lumbre de Dios, y condenados a tinieblas de fuera y muerte que no tiene fin. Y porque la naturaleza de Dios es la misma bondad, y por eso le es propio el comunicarse y hacer mercedes, acostumbra El de cuando en cuando, por unos que caen por su culpa, y pierden la corona que les quería dar, si fueran los que debían levantar a otros por su misericordia, que reciban los dones y buen lugar que los otros perdieron.

Caen los ángeles malos, pierden por su soberbia la vida de gracia, que Dios de balde les había dado; y cría Dios del polvo de la tierra a nuestro padre Adán, y dándole naturaleza a él y a Eva, dióles juntamente vida de gracia, con la cual su ánima viva, conociendo, y amando y gozando de Dios por muy excelente manera, aunque no viéndole faz a faz, porque esta vida guárdase para su galardón de quien en este mundo hubiere guardado la santa voluntad de Nuestro Señor; y para que la guardasen, les puso mandamiento en que ejercitasen la obra y sujeción que a su Señor y Criador es debida. Dióles también manera cómo aunque la vida de su cuerpo de sus propios principios fuese corruptible, y que no podía durar para siempre, por ser el cuerpo compuesto de elementos contrarios, no obstante esto crió un árbol, el cual plantó en medio de aquel Paraíso terrenal, comiendo del cual fuese su vida conservada para siempre jamás; y por eso se llamó el árbol de la vida. De manera, que les dió árboles para comer y mantener la vida del cuerpo, y otro árbol para que comiendo de él nunca muriesen; y otro árbol, para que no comiendo de él obedeciesen a Dios, y comiese su ánima del manjar de la obra que hace al hombre conservar y aumentar la gracia del Señor y merecer la vida eterna.

¡Qué bien lo habéis, Señor, ordenado todo con vuestra sabiduría, diciendo (Prov., VII): *Cum eo eram cuncta componens!* Lo del cuerpo, lo del ánima, lo presente, lo por venir, lo que habían de hacer, lo que no habían de hacer, todo, Señor, hermoso, como Vos sois hermoso; y no sólo fuisteis bueno para con nuestros primeros padres, dándoles vida de gracia, justicia original, señorío sobre todas las criaturas, medios para vivir y para nunca morir; mas no paró vuestra bondad en ellos, como personas particulares, sino quisisteis que fuesen cabezas de todos los hombres, y que mediante ellos gozásemos todos nosotros de la misma vida y mercedes, participando los miembros de los bienes de la cabeza.

Convite, Señor, les hicisteis, y muy rico y muy deleitable por cierto, y a todos nosotros. Mas así como el criado del Profeta Eliseo salió al campo y cogió unas hierbas mortíferas y desabridas y las echó en la olla de que habían de comer los convidados de su señor el Profeta Eliseo, así nos aconteció aquí. Echa el criado de Eliseo las hierbas en la olla, y cuando comenzaron a comer, halláronla tan amarga y ponzoñosa, que dan todos gritos al Profeta, diciendo la angustia que sentían con el gusto de aquellos manjares; y como a quien tenían por varón santo, que podía alcanzar el remedio de Dios, dicen a voces: *Varón de Dios, la muerte está en la olla.* Esto acaeció allí, y conforme a esto acaeció a nuestra madre Eva, que se sale al campo, y cogió, y comió y dió a comer a su marido del amargo manjar vedado por Dios, y por eso lleno de ponzoña; y como ellos eran la olla en que estaba la naturaleza humana, y de ellos la habían de tomar todos los hombres buena y sana si tal la guardaran, tomáronla mala, enferma, corrupta, despojada de la gracia y justicia original en el ánima, y de la vida del cuerpo que antes tenía, y condenada a muerte, y sujeta a tantas miserias, que no sólo de parte del cuerpo, más aun del ánima, se diga el hombre, con verdad, relleno de muchas miserias. ¿Quién dirá cuán amarga cosa es llevar esta vida miserable, que ya es atormentada con frío, ya con calor, etcétera? ¿Y quién dirá cuán amarga cosa es sentir guerra dentro

de sí, dividido el hombre en dos partes, queriendo cosas contrarias, y ser fuerte la parte que quiere el mal, y flaca la que quiere el bien? Esta condición que el hombre siente, este tirano que mora en nosotros y da tan mala vida al hombre interior, que desea lo bueno, cosa es que todos lo experimentan y a todos amarga.

Sintieron esto los hombres que quisieron vivir vida humana, que es vivir según razón y no según apetito; y dábales mucha pena, y quejábanse de ello: mas como no sabían el remedio de este mal, no podían escapar de él, y así se quedaron en la muerte que de Adán heredaron. Mas el Señor, cuya misericordia es grande, inspiró a Adán y a otros que le diesen voces a El, que era el Señor que había hecho el convite, y tenía poder para remediar el mal que había hecho su mal cocinero Adán. Dan voces a El, llenos de amargura y tocados de la ponzoña: «Señor de las virtudes, la muerte sentimos dentro de nosotros, y una inclinación tan viva a pecar, que nos lleva cautivos a lo que ella quiere; remedio, Señor, para tanto mal.» Estas voces dió Adan, dieron los Patriarcas, dieron los Profetas, y por su gran misericordia, oyólos el Señor. Moisés dió remedio para que el pueblo de Israel en el desierto pudiese beber con dulcedumbre unas aguas muy amargas, porque no pereciesen de sed y hambre, y Eliseo hizo que pudiesen comer de la olla, en la cual había amargura y muerte; el primero echando un madero en las aguas, y el segundo un poco de harina en la olla. Alabado seas Tú, Señor de la vida y Señor de la muerte; que fuiste servido de hacer Tú solo lo que estos dos siervos tuyos hicieron cada uno por sí, y remediaste el mundo con el madero de la cruz y con la poca de harina, que significa la santa humanidad de tu Hijo bendito, y ordenando que El tomase nuestra naturaleza, que es echarse en nuestras aguas y en nuestra olla, muriendo en la cruz por nuestros pecados, siendo hecho manjar debajo de las especies de pan, como en el divinísimo sacramento de la Misa está: nos hiciste libres de los errores, significados por las aguas amargas, y nos hiciste fuertes para obrar la verdad que nos enseñas, confortados con aquel divino

manjar, que alanza la muerte y trae la vida de tanta virtud, que con él tenemos fuerza para caminar por los limpios caminos de tus Mandamientos, hasta llegar al monte del cielo, como las tuvo Elías para llegar al monte de Oreb.

¿Qué te daremos, Señor, por esta merced, que nos has recobrado la vida perdida, nos has resucitado por tu Hijo bendito, al cual llama San Pablo autor de la vida? Y el mismo Señor dijo (Joann., X): *Yo vine para que mis ovejas tengan vida, y muy cumplida vida.* Este es el constituído por Príncipe, y Príncipe de paz y de vida, de todos aquellos que gimen sus pecados con amargura y los confiesan dignamente, y a éstos da vida por la muerte que El murió en la cruz, cuya virtud se aplica en los Sacramentos, que tienen virtud para resucitar ánimas muertas, y este divinísimo sacramento del Altar para conservar y acrecentar la vida ya recibida, y aun para darla de nuevo, según adelante diremos.

Este Señor es cordero, y quita los pecados del mundo, cuya muerte tuvo virtud para esto, aun antes que El la padeciese en la cruz; por lo cual se dice muerto desde el principio del mundo. Este es el árbol de la vida, puesto en medio de la Iglesia para que quien comiere de él viva para siempre. San Juan en su Apocalipsis vió la ciudad grande, por la plaza de la cual corría un río de agua resplandeciente como el cristal, el cual salía de la silla de Dios y del Cordero; y en cada una de las riberas de este río había un árbol de vida, que daba doce frutos en los doce meses del año, y sus hojas daban sanidad a la gente. Este río tan hermoso es la gracia del Espíritu Santo, el cual procede del Padre y del Hijo como de un principio; éste riega la gran ciudad, que es la Iglesia, así a la que está en el cielo como a la que está en la tierra; porque aunque la una goza y la otra trabaja, no son dos ciudades; una es la escogida de Dios, una su Esposa, porque la de allá y la de acá, a un Dios adora, en un Dios se anima, a un Dios ama y sirve según su manera.

A esta ciudad riega el Espíritu Santo; allá dando gloria, acá dando gracia. En las dos riberas de aqueste río

está el árbol de vida, que es Jesucristo Nuestro Señor: cómo está de parte de la una ribera, que es allá el cielo, los dichosos que allá están, y que la ven faz a faz, lo sabrán decir: que en estotra ribera acá en la Iglesia, veslo allí como está, al cual, aunque no vemos en su resplandor y hermosura inefable, como allá, mas suspiramos por El, y esperamos de su grande bondad que traerá aquestos ojos que derramaron lágrimas por deseo de verle, o a lo menos, porque hicimos cosas por las cuales merecíamos verle, le han de ver con mayor alegría que acá tuvieron amargura: y que decimos con Job (cap. XIX): *En mi carne veré a mi Salvador:* Entre tanto miramos allí con los ojos de la fe, *y el galardón de quien cree lo que no ve* (como dice San Agustín), *es que algún día vea lo que creía.* Y pues los que ahora le ven allá pasaron por aquí, y por creerle y amarle gozan ahora de su bienaventurada fiesta, debemos nosotros contentarnos con creer lo que creyeron, y obrar como obraron, y esperar lo que esperaron, y procurar de hacer lo que hicieron.

Allí está, cristianos, allí está el árbol de la vida en el Santísimo Sacramento del Altar, regado con el agua del Espíritu Santo; porque su cuerpo no fué engendrado de hombre, mas de la Virgen Madre, y formado por el Espíritu Santo, y su ánima tan regada de El, que dice San Juan Evangelista (Joann., III) *que le dió el Padre el Espíritu Santo, y no a medida.* Este árbol da doce frutos, por los doce meses del año, que ahora sean los doce frutos que cuenta San Pablo, ahora sean otros muchos más, en fin, esto es cierto, que recibiendo bien a este Señor, recibe el ánima frutos de vida, no para tres años o cuatro, sino para siempre jamás, y que no se acaba el fruto recibido en un mes, mas luego otro y otro. Y como Isaías dice (cap. LXVI): *Habrá mes de mes, y sábado de sábado,* que quiere decir que nunca se acabará. ¡Qué hermosos frutos que son las gracias, mercedes y gloria! ¡Qué frescas y saludables hojas que son las palabras que nos predicó! Tan poderosas para dar salud cuanto lo probará quien de ellas se quisiere aprovechar.

¿Estás enfermo de ira o de soberbia? Reposa debajo

de una sombra de este árbol, que dijo (Matth., XI): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Mira la frescura de aquella sombra. ¿Puede haber cosa más hermosa que Dios humillado, y tan manso, que maldiciéndole a El, El no maldice; siendo atormentado, no dice amenazas; y siendo crucificado, ruega por quien lo persigue? Si tenéis frío por falta de caridad con vuestros prójimos, comed de este árbol divino, y seréis sanos, la cual es (Joann., XV): *Amaos como yo os amé;* y de esta manera, si conociérades vuestras enfermedades y entre las hojas de sus palabras buscáredes las recetas convenientes, si las quisiéredes poner en obra con su gracia, cierto experimentaréis que las hojas de este árbol de vida dan salud a las gentes. Mas una cosa queda por declarar, y digna de ser muy notada en aquesta revelación de San Juan; el cual dice, que el río tiene dos riberas, y por consiguiente había de decir que había árboles, aunque no fuese más de unos de una parte y otros de otra: no dice sino que hay árbol en entrambas riberas. Lo cual, aunque, según algunos dicen, se puede entender según la divinidad del Hijo de Dios, la cual siendo una está en todas partes, parece que esto es cosa muy clara; y para que tenga el negocio algún misterio, según es razón, y porque parece más conforme a la letra, esto se debe entender de su santa Humanidad, y aquí está el misterio, que aunque está en el cielo, que es la una ribera, también está acá, que es la otra; mas aunque está plantado en dos partes, no son dos Cristos: el mismo que está allá, ese mismo acá; árbol de vida allá, árbol de vida acá. Y en esto parece la grande misericordia y sabiduría divina, que ordenó modo cómo siendo El uno, gozásemos de El los del cielo y los del suelo.

Ya cesó aquel entredicho que estaba puesto por Dios (Genes., III), de que ni Adán ni otro no pudiese llegar a comer del árbol de la vida, que estaba en mitad del Paraíso: y para este efecto puso Dios un querubín a la puerta con una espada muy ligera y de fuego. ¿Para qué, siendo el portero tan sabio? ¿Qué quiere decir querubín? Cumplimiento de ciencia; ninguno le pudiese engañar, y

teniendo espada, que allí significaba justicia, no se pudiese por pleito vencer; y siendo El espada de fuego, y tal fuego que ninguna cosa lo podía apagar, quedase el hombre tan excluído de comer del árbol de la vida, que ni se pusiese en ello, ni aunque se pusiese, lo pudiese alcanzar.

¡Oh riquezas, oh altezas, oh profundidad de sabiduría de Dios! que movida por tu misericordia hallaste manera para cumplir con tu justicia, que era la que tenía cerrado el camino para comer del árbol de la vida, no sólo la del cuerpo, mas también la del ánima: y descargando tu espada, la cual sacaron y vencieron nuestros pecados en el inocente Cordero, que nunca pecó, y cayendo su Sangre sobre el fuego de tu encendida ira, que contra nosotros tenías, fué justicia, que pues el Hijo inocente había satisfecho por los malos esclavos, tu justicia no les castigase, mas cuanto es de tu parte los perdonásedes, y recibieses por hijos, y fuesen juntamente herederos con tu bendito Hijo que los libertó, cuyo servicio te fué tan agradable que Tú que de antes tenías cerrado el camino del árbol de la vida, y dijiste: *Póngase esa guarda, porque por ventura no coma Adán y viva para siempre*, mandas ahora pregonar: *Si no comiéredes la Carne y bebiéredes la Sangre de aqueste árbol de vida, no tendréis vida en vosotros*. Allí de comer de un árbol murieron; aquí dicen las palabras de nuestro tema (Joann., VI): *Quien comiere mi Carne y bebiere mi Sangre, tiene vida eterna*. Cuán diverso mandamiento aqueste del otro; y aunque entrambos buenos, éste es mejor. Manda allí Dios: «No comáis de este árbol; y si coméis, moriréis, y si no coméis, viviréis». Manda aquí Dios: «Comed de aqueste árbol, y viviréis; y si no coméis, moriréis». Allá mandaba ayuno, aquí hartura; aquello suele ser muy penoso, esto muy deleitable; y en gran manera excede el provecho que se sigue de comer de este árbol, que es Jesucristo, al que había de no comer del otro árbol vedado.

Gracias, Señor, a tu infinita bondad, que si el primer Adán nos convidó a comer de su olla, en la cual había muerte, dándonos a comer una carne muerta y que mata

nuestra ánima, nos convida el segundo Adán al convite de su sacratísima Carne deificada, Carne que da vida, Carne más poderosa para remediarnos que la otra para dañarnos. Extendido has, Señor, tu brazo, y convertídonos nuestro llanto en gozo. Y si el demonio y Adán nos convidaron a pecado y a muerte, Tú, Señor Omnipotente, que sacas de los males bienes, y cuya bondad parece más ilustre destruyendo el mayor mal, prometiste en Isaías muchos años antes, y como lo prometiste así lo cumpliste delante los ojos del mundo y delante de los mismos nuestros. La promesa dice así (Isaí., XXV): «El Señor de las batallas hará en este monte convite de cosas gruesas a todos los pueblos, convite de vendimia, convite de cosas gruesas y que tengan médulas, y de vendimia apurada, y despeñará en este monte, etc., y será trillado debajo del Moab, como son trilladas las pajas debajo del trillo.»

Alabado seas, Señor Dios Todopoderoso de las batallas, que puedes hacer todo lo que quieres. Alabado seas, Señor misericordioso, que has compasión de los que están cautivos debajo de la tiranía del pecado y de la muerte. Alabado seas, Dios verdadero, que lo que tu misericordia prometió, tu verdad lo ha cumplido; pues en el monte de Sión una noche antes que tu Hijo bendito padeciese por nosotros, hiciste un convite de tu Hijo bendito, no sólo para que comiesen los doce Apóstoles que estaban allí, a quien se dió consagrado, mas convite universal para todos los pueblos que hay en el mundo. Y es tan bastante manjar aqueste para cumplir con tantos convidados, que si millones de mundos hubiese y todos comiesen de él, ninguna mella ni falta le hallarían. Porque así como siendo muerto no fué acabado, sino salió vivo del vientre de la ballena, así siendo comido no es consumido, mas quédase vivo y entero, sin diminución. Convite de gruesas cosas que tienen médulas, convite de un vino muy apurado. (Psalm. CVI): *Quis sapiens, et custodiet hæc, intelliget misericordias Domini.* ¿Qué haces, Señor, qué haces? Parece que tienes cuenta solamente con la tu Omnipotencia y con tu bondad, y no con nues-

tra flaqueza. Tú, Señor, inmenso eres, que ninguna obra, por grande que sea, es desproporcionada a Ti, antes el ser grande es señal de que es tuya; porque al grande, cosas grandes le conviene hacer; mas mira, Señor, que nuestro seno es angosto, y aunque al tuyo convenga dar mucho, es de temer que por ventura no cabrá en nosotros.

Oigan los hombres, oigan los ángeles, oigan los cielos, oiga la tierra y lo que debajo de ella está, y todos digan: «Señor, no hay cosa semejable a Ti, y especialmente en aqueste convite que a todo el mundo has hecho»; en el cual el manjar que recibimos es el santísimo Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor, que por las palabras de la consagración allí viene. Recibimos su purísima Sangre los sacerdotes, consagrada con las santas palabras: los legos acompañada con el santo Cuerpo que reciben; y así no reciben más unos que otros, y todos reciben el Cuerpo y Sangre de Jesucristo y con su Cuerpo y Sangre está su benditísima Anima, y con el Anima está la divinidad del Verbo de Dios: y donde está el Verbo, está el Padre y el Espíritu Santo; y todo esto recibe el que recibe el Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor.

¡Oh, bendito sea Dios! que con tal manjar nos mantiene, figurado en las tres medidas de flor de harina de que Sara hace pan que coman los ángeles. Un Cuerpo comemos el mejor de los cuerpos, y una Anima la mejor de las ánimas, en naturaleza; y mejor que todos los ángeles y celestiales espíritus que hay en el cielo en riqueza de gracia, y de gloria y de dignidad personal: porque ella es, Señor, de ellos, y ellos sirven a ella.

Con el Anima y Cuerpo recibimos la altísima Divinidad, que no tiene comparación con cosa ninguna; porque es un bien sumo, que en infinito excede a todos los bienes. Esto prometiste, Señor, hacer: esto, Señor, has cumplido; y de tal convite como éste, ningún provecho que de él se siga no debe ser increíble. Todo es poco, Señor, el provecho que nos puede venir, en comparación de la grandeza de tan excelente manjar: es poderosísimo, y por eso suficiente para desatar y deshacer las ataduras

malas con que están atados todos los pueblos; y por ser manjar de vida, y vida omnipotente, y vida eterna, despeñará a su contraria la muerte para siempre. Y porque es convite de grande alegría, quitará el Señor lágrimas de toda faz, y la deshonra de su pueblo que por Adán había entrado, porque así lo ha hablado el Señor. Y los tales convidados con alegría confesarán lo que creen, diciendo: *He allí nuestro Dios: esperámosle y hanos hecho salvos* (Psalm. XLIV): *este es Nuestro Señor; confiamos en El, y regocijarnos hemos y alegrarnos hemos en su salud, porque tales cosas hará el Señor, que su mano descansará en este monte:* y cuanto El fuere más ensalzado, y más convidados hubiere, y más aprovechados con esta comida, tanto más Moab, que es el demonio y pecados serán trillados, y quedarán tan sin fuerzas como las pajas debajo del trillo.

Esto ha dicho el Señor que había de suceder del convite que había de hacer a todo el mundo en el monte Sión. Y aunque allí se hizo la primera vez, con la misma verdad se ha hecho y se hace en toda la Iglesia, consagrando los sacerdotes el Cuerpo y Sangre de Jesucristo Nuestro Señor en manjar de convite, para que todos los que quisieren comer de él lo puedan hacer. Aquí está la mesa, que es el altar; aquí la misma persona de Jesucristo en manjar; no falta sino el conocimiento de tan grande merced, y el aparejar el ánima para gozar de estos frutos de libertad de pecado, de consuelo de conciencia, de este destierro de muerte, de unión con Dios, y de otros muchos frutos; y si el sólo oírlos y olerlos da gran consuelo, ¿qué regocijo será el del sabor? Echemos, pues, de nuestra conciencia los malos humores, que son los que nos impiden el deseo y buena hambre de este santo manjar, vomitándolos con confesión pura, y dando casa limpia a Huésped tan limpio.

No seamos tan perezosos que el llegar el manjar a la boca nos parezca trabajo. Mas ora sea por lo que nos cumple, pues no podemos vivir sin este manjar; ora sea por dar contentamiento al Señor que lo manda, y porque tal convite no salga en balde, echando de nos, como

dice San Pablo, el pecado que tenemos junto con nosotros, corramos con limpieza de vida, con profunda humildad, con propósito de enmienda, con hacimiento de gracias, a recibir este Señor, el cual es vida, y nos dará su gracia y gloria.

TRATADO QUINTO

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Qui manducat meam Carnem, et bibit meum Sanguinem, vivet in aeternum.

«Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, vivirá para siempre.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

Es tan sublimada la naturaleza de Dios, es tan flaca nuestra vista para lo conocer en sí mismo, que hasta que estemos en su reino, donde faz a faz es visto, debemos contentarnos y satisfacer a nuestro deseo con lo conocer, rastreándolo por sus efectos, como lo dice San Pablo (Rom., I): *Invisibilia Dei*, etc. Y su discípulo San Dionisio lo dice más largo y no sólo ésta es verdad en lo que toca al conocimiento de su Divinidad, mas aun en el de su santa Humanidad, cuya excelencia ni hombres ni ángeles pueden comprender, porque es elevada sobre todos ellos, y tiene nombre sobre todo nombre, y toda rodilla se le debe inclinar haciéndole reverencia, no sólo según el cuerpo, mas aun según el entendimiento, abajándose y confesando que es más alto que ningún entendimiento puede acabar de comprender; y esto queda reservado para sola la Divini-

dad. Ya que presente, Señor, os tenemos hoy, vuestra festividad nos compele a hablar de Vos: pues si no os conocemos, hablaremos lo que no sabemos; y la tal habla, ni es conforme a razón, ni a Vos os agrada; mas dadnos osadía, que aunque no os alcancemos a comprender en vuestra alteza, son tantos vuestros efectos que en nosotros obráis, ya quitando males, ya haciendo bienes, levantando al pobre del polvo, y del estiércol al menesteroso, para sentarlo con los Príncipes de vuestro pueblo, que lo que nuestro corto entendimiento no alcanza, mirándoos a Vos, a lo menos rastreará algo por las mercedes y efectos que de Vos recibimos. Con esto, hermanos, nos contentemos, hasta que este Señor, que aquí se nos ofrece encubierto, se nos represente en su claridad; y hacerlo ha, si de aquesto que acá podemos, bien nos aprovechamos.

Grandes y muy grandes, grandísimas y muy grandísimas son las mercedes y socorros que este Señor recibido de nosotros nos hace, y debemos pedir lumbre particular del cielo para conocerle; que lo que nos pudiera aprovechar, respondiendo a ello con agradecimiento, nos da olvido e ingratitud. Y porque los bienes que la santa comunión nos hace, y remedios que de nuestros males nos da, presuponen otros bienes y otros males, que otro tiempo teníamos, convendrá comenzar a hablar de aquéllos, para saber conocer estotros. Por lo cual os debéis acordar que cuando el Señor en el principio del mundo crió a nuestros dos primeros padres Adán y Eva, póniéndolos en un huerto, que eso quiere decir Paraíso en otra lengua, proveyóles de manjar que comiesen y de ejercicio que obrasen. Porque el buen padre ha de mantener a sus hijos, y en ninguna manera consentir que vivan ociosos ni mal ocupados; porque ningún tiempo ni obra se puede llamar ociosa con mayor razón que aquellos en que el hombre se emplea en mal trabajar, pues es peor lo dañoso que lo ocioso. Proveyóles, pues, Dios de ejercicio de cortesanos, más para su recreación y evitar la ociosidad que para darles trabajo; porque no habiendo pecado, no hubiera trabajo. Y proveyóles de co-

mida, dándoles licencia que comiesen de los árboles de aquel huerto, salvo de uno.

Mas ¿porqué, Señor, les vedáis comer de aquel árbol? ¿Tiene aquel fruto alguna cosa más con que mate o haga enfermedad a quien lo comiere? No por cierto. Pues no criasteis Vos muerte ni enfermedad, ni hubiera cosa que las causara. No, Señor, ni fué por esto, ni fué por falta de liberalidad, que no sois Vos como los que dan las mercedes tasadas, y que aun no han comenzado a dar, y ya les parece que han dado mucho. Muy dadivoso sois Vos, y quien bien os conoce hallará que lo que quitáis o no dais es para en recompensa de aquello dar otra cosa mayor y mejor. De todo árbol de este huerto, dice el Señor, comerás, y de éste no comerás. No para que mueras de hambre, sino para que los otros árboles, comiendo de ellos, mantengan tu cuerpo, y con no comer de este árbol, sea mantenida tu ánima, y estando tu ánima mantenida, y viva en mí, goces de mí para siempre. Por cierto, si el quitarnos algo ha de ser para darnos a Vos, suplicámoos con todo nuestro corazón nos lo quitéis todo, para que más desembarazados los senos de nuestra ánima, sean más llenos de Vos. No os puede servir si no os obedece; no hay obediencia si no hay mandamiento para que el hombre haga algo o se refrene de algo; y por eso mandó Dios que se refrenasen de comer de aquel árbol, como en reconocimiento, como sujeción que debían a Dios; la cual no pareciera tan clara si los mandara comer de todos.

Este fué el intento del mandamiento del Señor, y éste era su galardón si fuera guardado, y puso pena de muerte si lo quebrantasen. En cualquier hora que comieres de él, muerte morirás; que quiere decir, según la frase hebrea, verdaderamente morirás. Mas ¡oh humana flaqueza, que tan poco persevera en el bien y con tan pequeña ocasión se derriba, y elige caer antes en la ira del Señor que perseverar en su gracia! Vase la mujer a pasear por el huerto, ¡cosa peligrosa por cierto! ¡Que muy bien está la mujer al lado y sombra de su marido, como las ovejas debajo de la sombra de su pastor! Vase la mujer sola,

y en esto halla el diablo ocasión para la acometer, y acométela por engaño, entendiendo que fácilmente la engañará por saber poco y no estar su marido presente para responder por ella o decirle lo que había de responder. (Genes., III): *¿Por qué os mandó el Señor*—preguntó el demonio—*que no comiésedes de este árbol?* Respondió Eva: *De todos los árboles nos mandó comer, y de éste nos mandó que no comiésemos ni le tocásemos.* ¡Oh, madre nuestra! Cuán claro parece que no habéis cargado con el mandamiento de Dios, pues como persona desabrida de ello añadís a lo que El mandó: que no comiésedes dijo, no que no le tocásedes; según la carne, vuestros hijos somos, y pluguiera a Dios que no lo fuéramos en parecernos carga pesada lo que nos mandan nuestros mayores, y en poner tacha a sus mandamientos y juzgar a quien los mandó. Y plega a Dios no pase este mal adelante y que no haya algunos que estén mal con los mandamientos de castidad, de templanza, de perdonar injurias y otros semejables, y que no se escandalicen del Señor que los mandó.

No se canse nadie de obedecer; pues como San Agustín dice en este lugar, *la obediencia es virtud propia de la criatura racional.* Adelantóse nuestra madre en decir más de lo que Dios había mandado; mas en lo que toca al castigo que Dios amenazó si quebrantasen su mandamiento, allí quedó corta; allí dijo de más, aquí dijo de menos. Porque habiendo dicho Dios absoluta y determinadamente que si comían morirían, lo acortó ella a hacerlo dudoso. Responde al demonio: «Mandónos que no comiésemos ni tocásemos, porque por ventura no muriéramos.» ¿En duda ponéis, buena mujer, la verdad de Dios? Cerca estáis de perderla; y los hijos que de vos descendimos, la misma tacha tenemos. Sentimos carga de los mandamientos de Dios; queremos cumplir nuestros apetitos; y aunque Dios ha amenazado que quien quebrantare sus mandamientos será atormentado con vivos fuegos en los infiernos, no acabamos de creer que es aquella verdad, o muy flacamente, y hacémonos entender que hay una cierta misericordia en Dios que le haga no ser

verdadero. Lo cual es blasfemia muy grande, pues no es menos de esencia de Dios su verdad que su misericordia.

¡Qué alegre quedó el demonio de ver esta poca duda en el corazón de la mujer, y cuán confiado que por aquella puerta que le había abierto podía fácilmente entrar y robarle toda su hacienda y quitarle la vida! No se descuide nadie ni tenga en poco los males pequeños, que es tan astuto y tan fuerte nuestro enemigo, que si le dais una puertecilla, por pequeña que sea, que aunque sea de los trascorrales de casa, desde allí os hará guerra, hasta llegar a la torre del homenaje. Así dice el demonio: «¿Que os amenazó Dios que por ventura moriríades? No se lo creáis, que cierto aunque comáis no moriréis: sino como este árbol y su fruto tienen escondida una cosa admirable y divina, que aunque parece manjar para el cuerpo y para sustentación de la vida humana, es de tanta virtud, que si coméis de él luego seréis como dioses en la sabiduría, y sabréis bien y mal. Que quiere decir, de lo que habéis de hacer, y de lo que os habéis de apartar, sin tener necesidad de preguntar ni de ocurrir a Dios, sabréis todo lo que os conviene.» Créelo la mujer; ensálzasele el corazón con aquella promesa de ciencia y semejanza de divinidad, y cúmplese lo que después se escribió. Antes de la caída ensálzase el corazón. Y llevando ya en su ánima aquella mala simiente que el diablo le echó en el corazón tan mala y de tan malos frutos, que hizo al ángel diablo, alza los ojos al árbol vedado, el cual con la hermosura y fresco que Dios le había dado como a los otros, y con los trampantojos que el diablo haría en los ojos de la mujer, parecióle el árbol tan bien y tan hermoso, tan deleitable para ser visto, y por aquí sacó cuán suave sería para comer, que sin esperar consejo de su marido, sin considerar quién era aquel que le hablaba, sin pedir lumbre a Dios para ello, sin acordarse de las amenazas de Dios, alza las manos y asióse del árbol, y comienza a coger de la fruta, y no sería muy despacio, y come de ella, y hace que su marido la coma.

¡Oh, mujer, si supieras cuán cara había de costar esa

comida de tu desobediencia a quien nunca gustó manjar de desobediencia de Dios! ¡Oh, si supiera ese tu gusto sabroso cómo se había de apagar con gusto de hiel y vinagre! Y si tú temieras los brazos abiertos y alzados, y asidos de un árbol, y supieras lo que representabas, y cuya figura eras, no fueras tan cruel, y por gozar tu paladar de comer de una fruta pusieras a tu Criador en grandes dolores y angustias. Brazos alzados al árbol vedado, manos asidas con él, haz cuenta que al Hijo de Dios has crucificado, y que ha de tener, como tú, los brazos alzados y abiertos, y manos plegadas y fijadas con duros clavos en el árbol de la cruz. Arbol seco, duro, sin hojas para le amparar, sin fruto para le recrear: ¿porqué con dolores ha de pagar lo que tú has pecado por tus placeres? Muerto lo has, Eva, muerto lo has. Hijo tuyo será según la carne, y Criador tuyo es según la Divinidad. Mira qué has hecho en ser matadora de tu hijo, y más te digo, matadora de tu Dios. Porque el mismo que será hijo tuyo según la carne, ese mismo es Dios, teniendo en dos naturalezas una persona; y aunque no morirá según Dios, morirá el que es Dios! A El has sido traidora, a la madre que lo engendrara muy perjudicial, a todo el mundo has echado a perder; maldito sea placer que tan caro cuesta. ¿No os parece, hermanos, que fué mala madre? ¿No os parece maldad digna de grande castigo? ¿Por hacer su voluntad contra la de Dios, ser causa de la muerte de Dios humanado?

Desde que hubo pecado, hubo causa para que Dios muriese, y en la determinación de Dios quedó determinado que así fuese. Dice San Juan que el cordero es Cristo que fué muerto (Apoc., XIII), *ab origine mundi;* no en sí, porque no había entonces tomado carne, mas en la determinación de Dios, que para remedio del pecado ordenó que muriese su Hijo. ¡Oh, gran crueldad de nuestros padres primeros! ¡Oh, grande inadvertencia, digna de que sea reprendida, escupida y condenada de todos los hombres! Mas sabéis que temo que la virtud de Dios y su divino juicio, que está mirando cómo nosotros reprendemos y blasfemamos de cosa tan mal hecha, no se

torne contra nos y diga (Luc., XXIII): *Et tu in eadem damnatione es.*

¡Oh, cristiano!, ¿hate alguna vez acaecido convidarte el demonio, o tu carne, o algún prójimo, con alguna manzana vedada por mandamiento? ¿Hante convidado, quiero decir, con algún pecado? ¿Has alzado los ojos al árbol vedado? ¿Hate parecido bien el pecado, y has extendido la mano de tu consentimiento, juntándolo contigo y diciendo sí quiero, olvidando lo que Dios manda? El cielo, ¿qué promete a quien le obedece? Ver a Dios con eternidad de descanso e infinitos bienes que hay en El; y el infierno se dará a los que a Dios ofenden, y éste les durará mientras Dios fuere Dios, donde se paga el pecado más que con las setenas; y cerrando los ojos a todo, como animal mudo, te dejaste vencer de lo que tanto bien te quita y mal te hace. No riñas con ella, riñe contigo; que ni sabía ella tanto, ni pensaron ellos que Dios se enojara tanto ni castigara tanto aquel pecado, porque como no habían visto cómo castigaba Dios los pecados, pensaron que era cosa liviana; y no solamente Eva, mas Adán, del cual dice San Agustín: *Credit culpam venialem.* Mas a quien conoce que lo que hace es malo, ninguna excusa tendrá, aunque no sepa la cantidad de la pena. ¿Mas qué dirás tú, hermano, que sabiendo que lo que haces está vedado por Dios, y vedado con amenaza de muerte eterna, lo cual no sabían aquéllos; y sabiendo que lo que puso al Hijo de Dios en la cruz son los pecados, haces cosa que a Dios mató, renovando la causa de su muerte?

¡Oh, válgame Dios! También parece un poco de deleite bestial, que aunque vaya envuelta con él ponzoña, y tal ponzoña que mata para siempre y hace perder a Dios para siempre, ¿lo has de tomar a ojos cerrados? El Rey David no quiso beber una poca de agua que había deseado, porque se había alcanzado con mucho peligro de los otros hombres; y tú quieres beber el pecado que puso a Dios, no en sólo peligro como a los otros, mas en trance de muerte muy verdadera y muy lastimera. Con mucha razón pregunta Job (VI): «¿Cómo puede uno gustar lo

que en siendo gustado acarrea muerte? No suelen esto hacer sino los locos o desesperados.» Mas si es grande mal el gustar la cosa que mata a quien la come, ¿cuánto mayor será acusar por mi comida al Hijo de Dios? Bajemos todos nuestras cabezas de vergüenza, ahitemos nuestro corazón de dolor, confesemos nuestra culpa, que desde el principio del mundo hasta el fin de él, sacando al Hijo de Dios y su Madre benditísima, todos hemos pecado, aunque unos más que otros, y todos hemos sido causa de nuestro mal y de la muerte del Hijo de Dios, y dicho con nuestras obras: *Crucifícalo, crucifícalo;* porque como dice San Pablo, por todos murió Cristo, y por consiguiente, por pecados de todos. ¿Del árbol vedado hemos comido? Incurrido hemos en muerte de cuerpo y de ánima, como dice David (Psalm. LXXXVIII): *Quis est homo qui vivet, et non videbit mortem?*, etc.

Un convite hizo Eliseo a unos hombres, y el que había de cocer la olla salió al campo a coger algunas hierbas para echar en ella, y asió de unas coloquíntidas, y echólas en la olla, y cuando fueron a comer de ella amargaba mucho, y comienzan a dar todos voces a Eliseo, diciéndole: *Varón, la muerte en la olla, en la olla.* ¡Oh, qué claro, qué espiritualmente se nos declara aquí nuestro mal y la causa de él, y aun también nuestro remedio! El que hizo el convite, Dios es, de buenas cosas por cierto, dando a Adán y Eva cuerpo y ánima, y su preciosísima gracia que morase en ellos, y la justicia original con que la parte sensitiva se inclinase y holgase de obedecer a la razón, y la razón a Dios, y ni hubiese muerte en ánima ni en cuerpo; porque aunque por ser compuesto de elementos contrarios, naturalmente se hubiese de acabar, conserváralos Dios mediante que comiesen del árbol de la vida, hasta que de este mundo los llevase al cielo, sin saber qué era trabajo, ni muerte, ni enfermedad.

Criólos señores de todas las cosas, con corazones derechos, con cuerpos hermosos y sanos, y hechos hijos adoptivos de Dios, sin guerra de tentaciones que sintiesen dentro de sí, llenos de paz, por la justicia original; todo

lo cual les dió para sí y para sus descendientes, si ellos perseveraran en la obediencia de Dios. ¿Viste nunca convite tan precioso, sabroso y tan largo, pues era para todo el mundo universo? ¡Oh, si no salieras al campo Eva Madre! ¡Oh, si no echaras mala hierba en la olla, no sintiéramos la amargura que sentimos, ni estuviéramos en los males que estamos! ¿Quién hay, aunque sea corto de vista, que no experimente cuánta amargura hay en la naturaleza humana? ¿Quién, de los que a Dios quieren servir, no gusta cada día hiel y vinagre, con los amargos tragos que le hace beber su sensualidad?

TRATADO SEXTO

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Qui manducat meam Carnem, et bibit meum Sanguinem, in me manet et ego in eo.

«Quien come mi Carne, y bebe mi Sangre, está en mí y yo en él.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

AUNQUE todas las perfecciones de la divina Esencia (que son infinitas en valor), sean una misma cosa que se llama deidad, mas en lo que toca al uso de ellas, de algunas usa más que de otras; y si se pudiesen apartar en sí mismas, serían más perfectas unas que otras a la manifestación de las criaturas. La misericordia de Dios con que hace y libra de males a sus criaturas, si apartarse pudiese de las otras perfecciones, más excelente sería que ellas, porque es redundancia de lo mucho que El tiene. San Juan, tan sabio de los divinos secretos, dijo que Dios es amor, no porque también no sea sabiduría y omnipotencia, y otras innumerables perfecciones: mas no hallándose en la Escritura, que tan claramente se diga Dios sabiduría, o poderío o cosas semejantes, se halla escrito que Dios es amor: y entendamos cuánto Dios se precia de aqueste nombre, y que quien quisiere agradarle tenga su amor,

y quien mucho le agradare, tenga más amor. Fuego de amor infinito es El, y cuanto uno más se llegare a El, más encendido estará, y más semejable en el amor, lo cual declara el Señor diciéndonos (Matth., V.): *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecieren, y rogad por los que os persiguen y acusan, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos.*

No os engañe nadie; ninguno tiene más santidad de cuanto es junto con el Santo de los Santos, que es Dios, y ninguno se junta con El sino por el amor, y quien más ama, más junto está. Y ésta es la piedra con que este soberano Artífice toca los corazones de los hombres, y es la señal con que El, como el águila, examina a sus verdaderos hijos, recibiendo por suyos a los que confortados los ojos de su ánima con los resplandecientes y encendidos rayos que de Dios a ellos descienden, imitaren según su manera al dechado de amor infinito, que es Dios, no espantándose, ni teniendo por imposible su mandamiento, en que manda *amemos a Dios, pues El primero nos amó. Mi mandamiento es éste: que os améis unos a otros, así como yo os amé.* De donde parece, que pues Jesucristo Nuestro Señor es más cercano, en cuanto hombre, a la Divinidad, fuego infinito de amor, y tiene alteza sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, ha de ser mayor que todos ellos en el amor, pues lo es en la santidad y en la cercanía con Dios. Y así como a uno que mucho sabe le llaman sabiduría, así a El le llaman amor, sólo porque según Dios le tiene mayor que se puede pensar.

Sepan todos que nuestro Dios es amor, y que sus deseos son amar y ser amado, sin buscar propio interés. Y porque los que le amaren y El amare es razón que sean buenos, porque Dios aborrece al malo y a la maldad, y es enemigo capital de los malos, y ninguno habría bueno si El no lo hiciese, ordenó con el gran deseo de tener amigos, de hacer buenos, aunque muy a su costa y con mucho trabajo, y perdiendo sobre ello la vida. Atended, hombres, que gana tiene de amigos el que murió, y tal muerte por hacer de enemigos amigos, y tener a quien

amar y le amasen (Joann., XV): *Ninguno tiene mayor amor*—dijo El—*que el que pone su ánima* (que quiere decir su vida) *por los amigos;* porque aunque murió por los enemigos, fué a fin de cobrar amigos. Y de esta obra tan admirable y tan costosa, con cuyo precio quiso comprar amados cuando no los tenía, se verá claro qué trato les hace cuando los tiene, y cuánto se huelga de los tener. «El amor—dice San Dionisio—tiene dos virtudes: una que hace salir al que ama de sí, y ponerlo en el amado, y otra que es unir consigo al que ama.» Salió Dios de sí cuando encarnó, cuando lloró, cuando murió, no porque dejase la Divinidad que tenía, mas porque tomó la naturaleza humana que no tenía, y porque tomó flaquezas y muerte, que eran muy ajenas de El, y muy conformes a aquellos a quien amaba: y así como allí salió de sí el que es vida para morir, así en este divino Sacramento, el que es vida y resurrección, junta consigo por manera inefable a nosotros mortales y miserables. Amorosísimo trato de enemigos es morir por ellos en la cruz, y también lo es, hechos amigos, juntarse con ellos en este divino Sacramento por manera tan inefable y tan llena de admiración, que todo lo criado en los cielos y tierra no la pueden comprender.

¡Oh, si Dios tanta merced nos hiciese, que nos metiese como a la esposa en la bodega del vino, que es el corazón de Jesucristo Nuestro Señor, como dice David, que entró en los poderíos del Señor y se acordó de su sola justicia!, tengo por cierto que del olor y sabor de amor tan poderosos seríamos hechos embriagados y olvidados de todas las cosas; y con admiración que nos sacase de nos, exclamaríamos con altísimo efecto: «Señor, ¿quién hay semejable a Ti?» Entonces sabríamos sentir la grandeza de este misterio, y nos tendríamos por muy dichosos en tener con nosotros tal prenda de amor, y nos aparejaríamos con gran cuidado para lo recibir; y después de haber hecho todo esto, entenderíamos que el amor de Cristo, según dice San Pablo, sobrepuja a todo conocimiento. Así este beneficio de dársenos Dios para que lo recibamos, es mayor que se puede entender y más digno de

reverencia y agradecimiento que los hombres lo pueden dar, y que la pureza, aun de los ángeles, no es del todo digna para lo recibir. Bondad y benignidad, dice San Pablo que son dones del Espíritu Santo, y unos tienen lo primero, que es una liberalidad y prontitud para hacer bien a otros; mas este Señor que aquí entre nosotros tenemos, como es rico en amor, eslo también en benignidad, y trata a su esposa en este Sacramento según las leyes que al buen desposado le pone San Pablo, diciendo que los maridos no sean amargos, quiere decir, desabridos con sus mujeres. Y el Eclesiástico dice (Eccl., IV): «No quieras ser como león, que trastorna y maltrata los de su casa.» ¡Qué lejos, Señor, estás Tú de aquesto! ¡Y con cuánta razón deben tomar ejemplo de Ti los casados y no casados, para ser prontos a hacer bien a todos con amor entrañable!

¡Con cuánta razón dijo David, hablando de este divino Sacramento (Psalm. CXLII): *Apacentaste, Señor, en tu dulce nombre al pobre!* Dice que le apacentó Dios, y no dice con qué, sino dice que es cosa dulce. Gustarse puede, comprender no. ¿Quién hablará, soberano Señor, la grandeza, la dulcedumbre que aquí nos enseña? Que si sola una vez esta maravilla hicieras, como el jueves de la Cena lo hiciste, y nunca más lo hiciste, y nunca más lo hicieras, tuviéramos hasta el fin del mundo que hablar tan gran maravilla, tan grande bondad como es consagrarte Tú a Ti mismo, y aun darte en manjar a tus amigos, y aun a tus enemigos; y la paga que te dió por tal beneficio, fué salir de allí y entregarte a la muerte. Acordáramonos de esto con devoción, celebráramoste fiesta de ello, enterneciéranse nuestros corazones con tal memoria, como lo hacemos de los beneficios de tu Encarnación, vida y Pasión y de todos los demás.

Por enseñar Tú el invencible amor tuyo y la mucha dulcedumbre de tu corazón para con nosotros, no te contentaste con igualar este misterio con los otros, ejercitándolo una vez no más, y que hiciésemos memoria de él; mas quisiste que como una vez te consagraste, tengamos poder los sacerdotes de te consagrar tan verdaderamente

como Tú hiciste; y no a uno, o cinco o diez, mas para mayor manifestación de tu deseo con que deseas comunicar tu poder, a innumerable número de sacerdotes. Y si cada uno, Señor, te consagrara una vez en toda su vida, fuera grande merced y grande milagro; y si dieras licencia que una vez no más en la vida pudieran comulgar tus cristianos, también lo fuera. Mas ¡oh, fuente de dulcísimo amor! que te consagran innumerables sacerdotes, y te reciben innumerables pueblos; y tan a la continua, que según por lo que del mundo está descubierto, y especialmente en nuestros tiempos, podemos conjeturar que de veinticuatro horas que tiene el día y la noche, muy pocas quedan en que no vengas del cielo a ser consagrado en el altar, y en las ovejas, que juntamente tienes en muchas partes; y tantas veces, que parece que todo te empleas en andar camino del cielo a la tierra. Mas no vienes Tú, Señor, descendiendo de allá acá por medio, sino que desde do estás sentado a la diestra de Dios Padre, y sin te mudar de allí, en diciéndose las palabras de la consagración, quedándote allá, estás acá, trescientos mil cuentos de leguas lejos del cielo donde Tú estás. ¿Quién te ha hecho, Señor, tan ligero, que eres muy más ligero que el sol y que el primer cielo, cuya velocidad es mayor que la de una saeta, y que de todas las otras cosas, y parece incomprensible al humano entendimiento?

Cierto si a un criado tuyo o a muchos mandaras que anduvieran estos caminos, y tantas veces, por amor de los hombres, fuera tu amor admirable, y nuestro agradacimiento y servicio muy justo. Mas así como Tú eres el que nos criaste y el que nos redimiste en la Cruz, sin enviar criado a que esto hiciese, así en lo que toca a nuestro mantenimiento y trato de nuestro amor, no te quisiste fiar de tercero; mas Tú mismo en tu propia persona nos vienes a ayudar cada día, y te encierras por admirable modo debajo de los accidentes de la criatura, dándotenos por manjar cada día, para que vivamos en vida de gracia, como por Ti vivimos en vida de naturaleza. ¿Qué sed es aquesta, Señor, que tienes de presencialmen-

te visitar al hombre y meterte en sus entrañas? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres con tan continua e importuna requesta? Dínoslo por tu misericordia, ¿porqué lo haces? Y enséñanos ese horno de tu corazón de ardentísimo amor, que te cumple hacer tales obras. No se puede responder a esta maravilla tan grande, sino por vía de admiración. San Basilio responde diciendo: «¡Oh, milagro! ¡Oh, bienquerencia de Dios, que el mismo que está a la diestra del Padre sea tratado en las manos de los hombres!»

Esta es la respuesta, cristiano, de lo que deseabas saber, que la causa de tan admirables frutos la raíz del amor es y bienquerencia de otro. Como la justicia de Dios se llama ser alta, como montes de Dios, y manera es de hablar hebrea, que queriendo encarecer una cosa, dicen *es como cosa de Dios;* bienquerencia de Dios es aquésta, y por eso grandísima y admirable es, y que excede a todo humano entendimiento: amor le trajo al mundo, y después de venido, le hizo trabajar de mejor gana y con mayor cuidado que trabajó Jacob por Raquel: y al fin de la vida embriagóse tanto con el amor de las criaturas que él mismo crió, como Noé con el vino de la viña que plantó, que se desnudó como él de todas sus ropas, como quien no puede sufrir tal calor; y así desnudo fué puesto en la Cruz, donde su mal hijo el pueblo de Israel lo menospreció y crucificó; y aquel mismo amor que allí le hizo desnudar de sus ropas, en el Sacramento le hace vestirse de las ajenas para que sea comida de vida a las ánimas, la cual las ganó con su muerte.

¡Oh, admirable negocio, digno de que siempre estemos en perpetua admiración! Allí se quita la ropa, quiere decir, disimula su fortaleza, no usando de ella para poder padecer. Aquí el amor le hace cobijar su gloria y esconder su resplandor debajo de accidentes de pan, para que le podamos comer: porque si El no inventara estas nuevas invenciones, ¿cómo pudiera padecer en la Cruz, ni comerlo nosotros en este Sacramento? (Joann., XIX.) Admirables son por cierto a toda sabiduría humana y angélica; mas lo que te mueve, Señor, a hacer obras tan

admirables, el amor que nos tienes es. Este te tiene en estas prisiones de accidentes de pan y de vino, para que hartemos nuestra hambre de Ti, como te tuvo preso de prisiones corporales en el tiempo de tu Pasión, para hartar la rabia de los que mal te querían. ¿Quién podrá contar la grandeza de este amor con que vienes tan impaciente de sufrir dilación y ausencia, pues que no puedes pasar un día sin dejar de ver a tu esposa, que es el ánima cristiana; y no sólo sin verla, mas aun estar muy cerca y abrazarla y juntarla contigo?

Señales de amor son aquéstas que el Señor en aqueste Sacramento nos muestra: que si bien se mira, parece que exceden a todas las demás que nos ha mostrado. Enseñónos amor en aquel día, que siendo Dios se hizo hombre, y como canta la Iglesia: *No aborreció de entrar en el vientre de una doncella;* mas si cotejamos la pureza de aquella doncella y la impuridad de nosotros, espantarnos hemos de cómo no aborrece de entrar más en el pecho del pecador que en el vientre de la Santísima Madre (Luc., II). Y si consideramos su santo nacimiento, portal, pesebre, pobres pañales y su santa y dulce niñez, que toda ella convida a que lleguen los hombres a El, veremos que así como el Niño bendito recibe dulce leche de los pechos de su sacratísima Madre, así El todo de dentro y de fuera es ternura de leche y miel para nosotros. Y aunque esto sea gran consolación, como lo es, mas cuando un hombre mira con ojos cristianos a un sacerdote, vuelto a la gente que ha de comulgar, y ve al Señor puesto en sus manos encima de una patena, hecho manjar con que vivan los que son criados, y no vestido de la ropa de su majestad, mas de unos accidentes de pan, que por ser accidentes son más pobres y bajos que los pañales y faja con que le envolvió su sacratísima Madre en Belén, y estaba allí el Niño con la cantidad de una tercia, o más, que los niños recién nacidos suelen tener, y la que aquí lo mide, a duras penas tiene dos dedos, y que allí estaba en un pesebre, cercado por abajo, y abierto hacia arriba cual El lo crió, para que recibiese a su Criador; mi corazón, que recibe a este Señor,

está muy al contrario, pues está abierto para recibir las cosas viles y bajas, y cerrado o que muy tarde abre a su Criador.

Allí cuando vinieron los tres reyes, estaba el Niño en los brazos sagrados de la purísima Virgen, cuya santidad es tanta, que aunque la niñez del Niño bendito convide con su dulcedumbre a llegar a El, mas la Majestad de la Madre inefable parece que hace temblar a quien allí se llegare: y acá tiénelo un sacerdote en sus manos, flaco como nosotros, pecador como nosotros, y que no hay porqué huir de llegar. Y yo no sé cuál fué el favor que fué hecho a los pastores para que llegasen al Niño la noche de su nacimiento, ni los tres Reyes Magos que le vinieron a ver. Lo que el Evangelio dice es, que tendidos en el suelo le adoraron, y cuando mucho favor les fuese hecho, sería que besasen los pies del Niño, teniéndolo su Madre en los brazos, y con esto serían los pastores muy bien pagados del camino y de la prisa con que vinieron al portal de Belén, y los grandes trabajos que los tres Reyes Magos pasaron en el largo camino desde Persia hasta Belén, y de haber puesto su vida a riesgo de perderla por confesar que había nacido Rey nuevo en la ciudad donde Herodes reinaba.

Mas ¡oh, dulcísimo Señor, cuán más breve camino andamos nosotros que los Reyes y pastores! ¡Con cuán menor devoción venimos aquí, y sin los peligros de muerte a que los otros se pusieron, y hallamos al mismo Señor en las manos del sacerdote, que aquéllos en los brazos de la Virgen! Y dánnoslo, no sólo para besarle los pies, mas para recibirle en nuestras entrañas, pues más adentro no puede entrar. Cuántos hay que dicen ahora: «Deseo ver la cara de Cristo, sus vestiduras, su calzado, su figura.» Pues sábete que en el Sacramento a El ves, a El tocas y a El comes. Tú deseas ver sus vestiduras, y El te concede no solamente verlo, mas comerlo, tocarlo y recibirlo dentro de ti. En la cruz, ¿qué otra cosa da más que su sangre, y su Pasión y misericordia para el hombre, por cuyo consuelo da voces el Señor, que fué desamparado y desconsolado? Mas

allí está tan guardado de sus enemigos, que sus amigos, por mucho que lo deseen y lloren, no pueden llegar a El. Y aquí está tan puesto en nuestras manos, y tan abierta la puerta, que El está rogando consigo, y sólo aquel que no quiere no llega; y aunque el verle derramar su Sangre en la cruz es grande consuelo para el pecador, mas como se derrama por todos, y es menester que se aplique a cada uno en particular, por eso es necesario que tú le recibas en tu pecho con fe y amor, para que participes de tantas riquezas como allí se dan.

Gocémonos, pues, de que esté una medicina hecha con que pueden sanar todos los males; mas no basta estar hecha, si no es recibida aquí. Una cosa es hacer la medicina, otra cosa es recibir en nosotros la medicina que allí se hizo: por lo cual es aquí la consolación más íntima y particular que la que sacamos de allí. Allí muere el cordero bendito en precio de mi redención; aquí se me aplica la redención recibiéndolo a El. Fué molido y atormentado, y perdió la vida para que tanto me fuese más sabroso y provechoso cuanto más hubiese padecido por mí, y aquí se me da en manjar dulce, y bebida de consuelo, el que por mí bebió allí hiel y vinagre. Espantado de esto, exclama San Crisóstomo diciendo: *Mira con qué honra eres engrandecido,* etc. Mira de qué mesa gozas, que los ángeles que la ven no osan mirarla libremente por el gran resplandor que de ella procede. Con este Señor somos nosotros apacentados; a Este somos unidos, y somos hechos un cuerpo y una carne de Cristo (Psalmus CV): *¿Quién hablará los poderíos del Señor, y quién cantará las alabanzas de El?* ¿Qué pastor hubo que apacentase sus ovejas con la propia sangre de él? ¿Y qué digo pastor? Muchas madres hay que después de los dolores del parto entregan sus hijos a otras mujeres que les den leche y los críen. Mas esto no sólo no lo consintió El, sino que con su propia Sangre nos mantiene y nos junta consigo.

Cosa grande es aquésta que sobrepuja todo nuestro sentido; no la pudiéramos entender si la fe de la Iglesia no nos la afirmara y no nos la enseñara. Dificultosa pregun-

ta fué la de Sansón que hizo a los filisteos (Judic., XIV): *Del que come salió el manjar, y del fuerte la dulcedumbre;* y si no la declarara aquélla a quien él la descubrió, no supieran ellos responder: *¿Qué cosa hay más fuerte que el león, ni más dulce que la miel?* ¡Oh, inefables maravillas, manifestadoras de la bondad divinal en aqueste divino Sacramento que entre manos tenemos! ¿Quién vió matar al hijo del Rey para que lo coma el esclavo? ¿Quién da al hombre para que con él sea mantenida su propia gallina, su propio gusano, su propia hormiga, su propio perro, que no sólo ningún provecho le trae, mas le ha ofendido y mordido? El que come de todas las cosas, por razón y justicia, Cristo es; quiere decir, que no se ordena El para fin de ellas, como menor a mayor; mas todas ellas, como menores, le deben ser sujetas, y le deben servicio y amor, y si menester fuere, deben perder la vida para que El viva, y para que su honra y su ley esté en pie. ¿Quién tornó estas cosas tan al contrario, que aquel que es Señor de todos y tiene derecho para mantenerse de todos, venga a morir El, y en un madero, y sea hecho manjar de sus criaturas que le han ofendido? Según lo demuestra esta presente festividad, lo podrá comer cada uno que lo quisiere, estando dispuesto, según el Señor lo tiene mandado y su santa Iglesia romana.

¡Oh, fuerte león de la tribu de Judá! ¡Oh, fortísimo diamante tan fuerte, que ni azotes, ni bofetadas, ni muerte pudo quebrar el fortísimo amor que a los hombres tienes, cuán suavemente de aquella Pasión, que tan esforzadamente pasaste, has sacado la dulcedumbre de miel que, cuando nosotros te recibimos, gustamos! En el león de Sansón, solamente en la boca había dulcedumbre de miel; mas así como Señor, siendo león te hiciste Cordero, así no sólo tu boca, mas todo Tú entero, eres dulce, suave y consuelo del ánima que te recibe en este divino Misterio, estando bien dispuesto (Psalmus LXXX): *Hartólos Dios*—dice la Escritura—*de miel que salió de la piedra:* todo Tú eres miel para quien te recibe en el Sacramento; y si cosa hay (que sí hay) por

la cual el Apóstol San Pablo llama a Dios (II Cor., I): *Dios de toda consolación, y Dios de solaz* es por el consuelo que da con dar a su Hijo en manjar, o principalmente por esto le conviene este nombre, y el que en otra parte dice David (Psalm. CXLIV): *El Señor es suave para todos, y las misericordias de El son sobre todas sus obras.*

Aquí, aquí, hombres, los que andáis desconsolados, afligidos en vuestras conciencias, anheleados con diversas amarguras, cuales vosotros sabéis. Aquí hallaréis miel, azúcar y toda blandura que venza con su dulcedumbre a la amargura que traéis, cualquiera que sea. Dejad vuestras malas cargas de pecados, que os bajan hasta el infierno. Dejad vuestros superfluos y demasiados cuidados llenos de congoja, para que vuestra ánima pueda correr los caminos de Dios. Y si no sabéis dónde echar cargas tan pesadas, ni conocéis quién os tenga tanto amor que os quiera descargar de ellas, anúncioos, no con engaño, sino con verdad, y verdad de Dios, que está allí un Señor de hombros tan fuertes que podrá llevar sobre sí el peso de vuestros pecados, y ya lo ha llevado. ¿Qué es de tanta sabiduría? ¿Qué de los negocios que vosotros cuidáis, y no acertáis, y que más os enlazan mientras más pensáis libertaros? Y El los tomará a su cargo, los solicitará y dará mejor suceso que vosotros podéis pensar, ni aun desear. Y sabed que este Señor tan fuerte en sus hombros, de tan sabia cabeza, es tan amoroso y tierno en el corazón, que iguala la liberalidad con la riqueza, y el amor con el poder y saber, según de El está escrito; según la grandeza de El, así es su misericordia. Verdadera palabra os digo, tened fe para creer, no porque la digo yo, sino aquel Señor que allí está, que aunque El calla, manda que yo hable por El lo que El habló cuando estaba y predicaba en vida mortal. Mas esto que yo dijere con mi lengua de carne, El lo está diciendo con su corazón, y con harto mayor clamor (aunque no se oiga con las orejas) que será el que yo diere en las vuestras, por alto que hable.

Esto dice el Cordero de Dios, que allí está encerrado, a

todo el mundo y a todos los que estáis aquí (Matth., XI): *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé: tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis holganza para vuestras ánimas, porque mi yugo es suave y mi carga liviana.* A todos convida el Señor, y el remedio de todos los males ofrece, y de balde lo ofrece, pues es tan poco lo que pide, que aun con esta merced que nos hace se ofrece a tomar todas nuestras cargas sobre sí, con que nosotros tomemos su carga y llevemos su yugo. Mas, Señor benditísimo, y cuán poco nos engañas en este trueco, pues que las cargas que nosotros te echamos a Ti fueron nuestros pecados y grandes maldades, que, como dice San Pedro, *el cual llevó nuestros pecados sobre su cuerpo y sobre el madero,* que es su cruz; cargas pesadas, que te hicieron sudar, y aun gotas de sangre, y aun derramarla toda en la cruz; y a trueco de estas cargas tan pesadas, quieres Tú que llevemos la tuya suave y liviana, conviene a saber: humildad y mansedumbre, y otras virtudes, las cuales llevan a un hombre al cielo con su ligereza, como el pecado lo lleva al infierno con su pesadumbre. Tu carga, Señor, el amor tuyo es, el cual no apega al hombre hacia las cosas de la tierra, ni le da trabajo, antes hace que tu ley le sea suave y los trabajos corporales le sean dulces, pobreza, deshonra, pedradas y ser azotado y muerto por Ti.

Las alas del ave peso son, mas peso que lleva a todo el cuerpo; y si propiamente las quisiéremos nombrar, alivio son, no trabajo. ¡Qué cosa más suave que amar, y amar a la suma Bondad y hermosura infinita! Carga con sólo nombre de carga, y como dice David (Psalmus XCIII): *Trabajo fingido en el mandamiento.* Y a trueco, Señor, de te amar, te encargas de nuestras cargas, y no prometes recreación y holganza liviana, ni por de fuera, como el mundo y la carne la ofrece; mas holganza para nuestras ánimas firme, interior, que llega hasta recrear y henchir los senos de nuestras entrañas. Y esto, Señor, que de palabra dijiste, de ser tu carga liviana, aunque no ha menester otra prueba sino decirlo Tú,

que eres suma verdad, que ni puedes engañar a nadie ni ser engañado, mas para que con mayor provecho y recordación se sienta en nuestras ánimas, quisiste confirmar tu palabra, llena de verdad, con obra maravillosa, que en este Santísimo Sacramento has obrado. Dime, hermano, ¿quién está encerrado debajo de aquella blancura? Si católico quieres ser, tienes de creer que está allí el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, el mismo que está a la diestra del Padre, aunque allí manifiesto y aquí escondido; porque allí está dando gloria a los que lo miran, y aquí dando merecimiento de fe a los que lo creen. Pues si su Cuerpo, y todo entero, está aquí, ¿cómo tomando la Hostia en las manos no pesa más que pesaba antes de la consagración? ¿Qué se hace del peso del cuerpo, y cuerpo tan grande? No parece, no obra, ni más ni menos que si no estuviese allí.

Para que entiendas que como allí tomándolo en las manos no hace peso, así tampoco lo hace tomar su ley y su obediencia en las manos, que quiere decir las obras; y a quien le parece que la guarda de sus Mandamientos es grande carga, entienda, como dice San Agustín, que no ha recibido de Dios el don de su amor, con que la guarda de la ley se hace suave. Y si aquí está alguno a quien esto falta, y desea alcanzarlo, y me preguntare qué hará para ello no sé mejor remedio que aparejarse con la gracia que el Señor le diere, y confesarse y llegarse al altar, donde está el fuego de Dios, que del cielo vino, y recibir aquella Carne sagrada, que por estar unida con la divinidad la llama San Juan Damasceno carbón encendido; y metiendo el fuego en sus entrañas, serán participantes de su calor, e imitarán al que por ellos murió por amor y de ahí nacerá alcanzar las otras virtudes que ha menester para otra vez bien comulgar y para vivir como cristiano. Y si me preguntas cuáles o qué tales son, doyte por libro en que las leer, por retablo en que las mirar, este divino Sacramento; que no sólo tiene fuego de amor para encender, mas lumbre para enseñar, porque en él sólo está proveída la Iglesia de uno y de otro, como en la vieja Ley en el templo había panes de la

Proposición para mantener y lumbre de candelas para mirar.

Considera, cristiano, atentamente y despacio esta obra de Dios que aquí está: pídele don de entendimiento para en aquello visible entender lo invisible, y sacar luz de doctrina para acertar en lo que debes hacer, cómo también hay allí pan y esfuerzo para caminar. Allí le verás vestido, según hemos dicho, de vestiduras de poco precio, de accidentes de pan; y entiende tú, que estar tan pobremente vestido es reprenderte a ti de tus vestiduras preciosas, muchas, curiosas y delicadas. Avergüéncense el pecador y esclavo de traer curiosamente vestido un cuerpo corruptible, flaco, sujeto a pecados, cuánto más si viene a recibir a este Señor, el cual quiso, para nuestro ejemplo, estando ya inmortal y glorioso, vestirse más bajamente que cuando aún vivía acá en forma de siervo.

Cosa parece contra razón, pues que las ropas de fiesta y de gloria deben ser más preciosas que las del trabajo de entre semana y del tiempo de la penitencia. Mas fué tanto el mal que Dios Nuestro Señor vió que había de venir al pueblo cristiano por los muchos excesos y vanísima vanidad de estos vestidos y aparato de casas, que no se contentó con dar a entender cuánto le desagradan con vestirse él bajamente en el tiempo de su mortalidad, cuando sudaba y trabajaba haciendo penitencia por nosotros; mas para cumplir toda justicia, que decía con obras, muy más claro que si fuesen palabras, subido ya al cielo, reinando sobre todos los ángeles, celebrando victoria y lleno de gloria, desciende a nosotros más pobremente vestido que estaba de antes, añadiendo humildad sobre humildad, para que, como dijo a Moisés: «Si no creyeron por el milagro de la primera señal, crean por la segunda.» Mas quien ni por la humildad del Señor en la tierra, ni por la que nos enseña siendo ya glorioso y encerrado en este Sacramento, no entiende o no quiere medirse en sus vestidos y pompas, disconforme está del Señor, pues viene a recibir al que está vestido de ropa de tan poco precio, trayendo él

las señales de soberbia, como la reina Ester llamaba al atavío precioso.

Pues si quieres gozar de la buena cara y frutos de este Señor que allí recibes, conviene aprender de El, y como espejo miraros en El, y quitar lo contrario, y poneros semejables a El. Mirad su humildad, su mansedumbre en sufrir a todos, buenos y malos, que lo reciben: mirad la obediencia tan sin resistencia y tan presta que tiene al sacerdote que lo consagra y tiene en sus manos; en siendo llamado de las palabras de la consagración, luego viene: y si el sacerdote lo quiere alzar y tenerlo alzado mucho o poco, El no se resiste; y si lo quiere menear de una parte a otra despacio o de prisa, tratándolo con razón o sin ella; si lo quiere tener mucho en el altar; si lo quiere tener poco, a todo obedece como si fuese inferior, a todo calla como si no supiese hablar. Todo lo sufre como un cordero, y no tiene movimiento propio, sino como las especies sacramentales son movibles por la voluntad del sacerdote, así se mueve o para El sin resistencia ninguna. Aprendan de El los hijos que quieren bien comulgar, a obedecer a sus padres; las mujeres a sus maridos; los súbditos a los señores, los legos a los sacerdotes; para que recibiendo los obedientes al obediente, reciban corona de su mano como El la recibió de su Padre.

No sea nadie porfiado, no pertinaz ni pesado en su parecer, no amigo de su voluntad, pues ven a este Señor no tener movimiento propio, sino dejarse llevar sin elegir esto o aquello. Aprendan los grandes a no extender sus grandezas, ni piensen que mientras más libremente hicieren lo que quieren, tanto más grandes son. No es poder usar mal del poder, mas usar de él según razón y justicia; pues ven este Señor, grande sobre todos los grandes, no usar de su grandeza, mas renunciar lo que le era lícito, y ponerse en aquel altar el que, según su valor, es más grande que todos los ángeles, y según el cuerpo, tiene estatura grande de hombre bien proporcionada, y está allí tan abreviado que no excede a dos o tres dedos, y hecho manjar que lo pueda comer,

como lo canta la Iglesia, el pobre y el siervo y el bajo.

En la cruz se extendió todo su cuerpo cuan grande El era; y aun los sayones con estirar de sus brazos, le extendieron en más cantidad que El tenía; y aquél extendido en la cruz sobre sí, se abrevia aquí en menor cantidad que la suya, para darnos a entender que si grandes queremos ser, lo seamos en la virtud, lo seamos en el padecer por ella y por el bien de los prójimos, como dice San Pablo: «Que fué atribulado sobre sus fuerzas, porque le dieron más trabajos de los que parece podía llevar.» En estas cosas es bien extenderse, y hacer hasta más no poder; mas en el tiempo de la honra y en el uso de la prosperidad, y del mando y poder, deben los hombres abrazarse con la humildad y tenerla por inseparable compañera de la alteza y prosperidad, si no quieren verse derribados tan bajos y con gran deshonra, cuanto primero estaban subidos y lozanos con la vanidad. Miren que el gran Dios se hizo hombre pequeño cuando encarnó, mírenlo hecho aquí más pequeño delante de nuestros ojos; y tengan por abominable atrevimiento y digno de recio castigo que se ensalce el gusano, viendo humillado al Rey de la majestad.

Vayan a recibir obedientemente los humildes al manso y humilde, los obedientes al obediente; los amorosos al amoroso. La vida buena que comenzaron no sea para un día, perseveren en ella, acaben lo comenzado; que eso quiere decir ponerse el Señor debajo de figura redonda en aquella Hostia, que es figura perfecta, que ni tiene principio ni fin. Y, como dice San Dionisio, el amor hace vuelta redonda, porque torna a Dios, del cual procedió. Y de esta manera sentirán la consolación que se da en comulgar, y cuán de verdad se llama este Sacramento mesa de paz, por el mucho consuelo que pone en el ánima, y de tal manera, que aunque un hombre reciba el Sacramento de la Confesión, le parece quedar falto y desconsolado no recibiendo la Comunión. Testimonio de esto dió Absalón (II Reg., XIV), que habiéndolo perdonado su padre y traídolo a la ciudad donde estaba, no gozaba de su consuelo; y quejándose de cómo no veía

a su padre, dijo al capitán Joab: «Si no tengo de gozar de la presencia y conversación de mi padre, ¿para qué vine acá?» Este es el trato que entrañablemente consuela al pecador, verse sentado a una mesa con su Señor, como se suele hacer entre los que bien se quieren, y verse tan regalado que el mismo Señor se le da, y se mete en sus entrañas, y en testimonio de perdón con señal de paz que le da, que es prenda de la gloria.

TRATADO SÉPTIMO

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Caro mea vere est cibus, et Sanguis meus vere est potus.

«Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

Es tan grande cosa ésta de que habemos de hablar, que no puede menos, el que ha de decir algo de este divino Sacramento, sino que se le vaya luego la lengua a decir (Exodo, XVI): *¿Qué es esto?* como lo dijeron los hijos de Israel cuando comieron el maná. Es cosa tan admirable, es cosa tan alta, es cosa que saca de seso al que con seso lo piensa: sobrepuja entendimientos de ángeles, cuanto más de hombres. Porque decidme: ¿Quién hay en el mundo, que por mucho que se desvelara, pensando acertar a pedir lo que nos ha dado Jesucristo Nuestro Señor: y acertado, ¿quién osara a pedir que estando en los cielos tan grande como es, que su majestad y grandeza no cabe en los cielos ni en la tierra, se quedase acá entre nosotros, que lo tenemos aquí presente, y está en los cielos, y lo recibimos en nuestros cuerpos, y que entra en nuestros estómagos, como manjar suavísimo estando en los cielos?

¡Oh!, bendita sea, Señor, tu santa misericordia! Los ángeles y los cielos bendigan a tu Santísima Majestad, que tanto cuidado tienes de nosotros, que excede a nuestros pobres y abatidos pensamientos, si pensarlo queremos. ¿Qué es aquesto, hermanos, que tan cerca está, que tan entre las manos traemos a nuestro Dios, al que nos crió, al que nos redimió, al que nos sacó del poder del demonio, nuestro bien, nuestro amparo? ¿Qué es aquesto que tan cerca de nosotros anda, que nuestros ojos lo ven, y nuestras manos lo palpan, y nuestros estómagos lo reciben? (Deut., XXVI): *¿Qué es esto?*

Mandaba Dios en la vieja Ley, que cada uno que cogiese nueva fruta de la tierra fuese al sacerdote a hacer protestación, y decir, en señal que Dios había mandado al Patriarca Abraham y a su generación la tierra de Promisión, y que se le había dado una tierra, que en cada cabo estaba llena de miel, de leche, de mil maneras de animales, sin criarlos ellos, ovejas, cabras, vacas, carneros, aves, muchos géneros de fruta: decía el que traía la fruta nueva: «Yo protesto y confieso que Dios Nuestro Señor nos ha sacado del cautiverio de Egipto, y nos ha dado la tierra de Promisión que prometió a nuestros padres; tierra que mana leche y miel»; y allí cantaban todo el Psalmo LXXX: *Exultate Deo adjutori nostro, jubilate Deo Jacob.* Por estas misericordias allí decían todos (Psalm. XLVII): *Sicut audivimus, sic vedimus.* Como lo oímos que nuestro Dios nos había de dar esta tierra, así lo hemos visto. Así que allí protestaban cómo les había Dios dado aquella tierra tan abundante, y bendecían por ello a Dios. Si por la tierra que manaba leche y miel, si por la tierra que tenía una poca de fertilidad de lo que de acá, se le daban y hacían en la vieja Ley tantas gracias a Dios Nuestro Señor, ¿qué ha de hacer el pueblo nuevo, el pueblo renovado, qué de gracias, qué de alabanzas?

¡Oh!, bendita sea, Señor, tu palabra, que así la has cumplido; como lo mandó, así nos lo ha dado. ¿Qué es esto, *que nos mantuvo con la flor del trigo, y de la miel de la piedra nos ha hartado?* ¿Qué quiere decir eso? Pa-

réceme que es cosa, y cosa de Sansón. (Judic., XIV): *De comedente exiit cibus, et de forti egressa est dulcedo.* Para que lo entiendan: Iba una vez Sansón a la tierra de los filisteos, y salióle un león muy feroz al camino: arremetió a él, echóle mano de las quijadas, y desencajándoselas, matóle: fuése su camino; a la vuelta quiso saber, apartándose del camino, en lo que había parado el león, y halló que había venido un enjambre de abejas, y habían allí criado, y tenía en la boca muchos panales de miel. Halló que le corría mucha miel: espantándose mucho Sansón de aquéllo, y tomando de los panales, dió de ellos a su madre y padre y comió él. Y entonces hizo a los filisteos un problema, un qué es cosa y cosa: *Del que come salió el manjar, y del fuerte salió la dulzura.* Los filisteos, como no acertaban, no hacían sino ir y venir a interpretar lo que quería decir aquéllo, y no aprovechaba, porque no sabían ni entendían lo que significaba, hasta que, como Sansón se lo había declarado a Dalila, ella se lo descubrió a ellos.

Parece esto a lo que tenemos entre las manos: ¿qué es cosicosa (Joann., VI): *Hartólos de la flor del trigo, y de la miel de la piedra los sustentó?* «Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre es verdadera bebida.» Del que come salió el manjar, y del fuerte salió la dulzura del fortísimo león (Apoc., V): *Vicit leo de tribu Juda radix David.* De Jesucristo penado y atormentado; de Cristo trabajado, azotado y crucificado; de Cristo muerto en una cruz; de Este sacamos manjar, sacamos mantenimiento, con el cual nuestros trabajos, nuestros cansancios, nuestras miserias son remediadas; con Este nos sustentamos en esta larga peregrinación; con Este nos refrescamos para la sequedad y desierto de este camino. ¿Qué quiere decir *de comedenti?* Del que come.

Cuanta hermosura de criaturas veis en el mundo, todo lo crió Dios por amor de Jesucristo, para que le alabase, y fuese para gloria y honra y alabanza de Jesucristo. Todos nosotros suyos somos, por honra suya nacimos, y porque El fuese glorificado (Hebr., II): *Decebat enim propter quem omnia, et per quem omnia, qui multos filios*

in gratiam adduxerat. Dice el Apóstol San Pablo: «Jesucristo es Nuestro Señor, nosotros somos sus esclavos; para su servicio somos criados, porque El nos redimió con su Sangre bendita; El nos rescató del poder del demonio; suyos somos; su Sangre le costamos; obligados somos a servirlo, como un esclavo sirve a su amo, que lo compró por tantos dineros.» Dice San Pablo (II Cor., V): *Pro omnibus Christus mortuus est, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est:* «Jesucristo murió por todos, para que todos fuésemos igualmente suyos; para que los que tienen vida por amor de El, ya no vivan para sí, no sean suyos, sino de aquel que los redimió. El es Juez de vivos y muertos, y a vivos y muertos compró.»

De todos nosotros se enseñorea; suyo es todo lo criado, cielos y tierra; y esto El lo dice en muchos lugares (Joann., XIII): *Omnia dedit mihi Pater in manus:* «Todo es mío, todo me lo ha entregado el Padre en las manos.» Hémosle, pues, de obedecer como a Padre, como a Pastor nuestro, como a amparo nuestro; hémosle de temer como a Juez; todo es suyo, todo se lo comió El; todos nosotros somos manjar aparejado para El. (Isaí., XLIX): *Vivo ego dicit Dominus*—dice Isaías—*quia omnibus his velut ornamento vestieris, et circundabis tibi eos quasi sponsa.* «Vive Dios, que te vestirás y compondrás de todos éstos, como de vestidura preciosa; ni más ni menos que una desposada de sus vestiduras muy ricas, te hermosearás y honrarás con ellas; darte he muchedumbre de gente que te sirvan, y te hermoseen, que los enseñorees: que te obedezcan ellos.» Dice Isaías: «Los cristianos son honra, son hermosura, son gloria y alabanza de Jesucristo; todos son ordenados para que los enseñoree El; para que los coma.» Así como un capón es ordenado para vuestro servicio, y para que lo comáis vos, del que come de él, todo es suyo; de él salió el manjar.

¡Oh, benditas sean tus maravillas! ¡Alabadas sean tus grandezas, y glorificadas sean tus misericordias! Y cuán poco se puede decir de ellas, y eso poco que se alcanza, la lengua no lo sabe, ni puede decir, y todo cuanto dice

también es poco. Del que come salió el manjar; el que se enseñorea de todos, de aquél por cuya causa lo crió Dios todo, del Dios tuyo, del amparo tuyo, del Criador y Redentor tuyo, de aquel de quien los ángeles tiemblan de estar delante de El, de Este salió el manjar; Este se ha abajado hasta hacerse manjar con que te mantengas, que lo comas con la boca y lo metas en tu estómago para que engorde tu ánima. ¿Qué señor hay en el mundo que se haga manjar para sus criados, y diga: Mi criado está malo, sángrenme a mí, azótenme a mi, muera yo en una cruz porque mi criado viva, pase yo trabajos porque él descanse, yo me quiero hacer manjar para que él coma y engorde? ¡Todo esto hiciste, Señor! ¿Qué es esto, Señor? ¿Faltaba a tu soberana magnificencia con qué mantenernos? ¡Qué, no te contentaste con cuantas aves y animales, frutas y otras cosas que criaste para mantenimiento y servicio del hombre, que fuiste ahora a hacerte Tú mismo manjar!

Los ángeles te bendigan. ¡Y cómo desfallecen nuestros juicios pensando en esto! Pues ¿por qué lo hiciste, Señor, si había otra cosa con qué mantenernos? Para que veamos cuánto nos ama, que no estuvo contento hasta hacerse manjar y meterse en nuestras entrañas, para engrandecernos, para transformarnos, para hacernos una misma cosa con El. Y de la piedra salió miel. Es el Santísimo Sacramento una representación de Jesucristo crucificado. Amad, hermanos, a Jesucristo; hallaréis alegría, hallaréis sosiego, hallaréis remedio, hallaréis dulzura y sabor para sufrir los trabajos, y no los sentiréis. De la piedra salió la miel de Jesucristo crucificado.

Padre, ¿no es blando, no es sabroso, no es amoroso? ¿Pues por qué le llamáis piedra? Piedra fué Jesucristo en sufrir trabajos. ¡Qué de bofetadas! ¡Qué de pescozones! ¡Qué de azotes! ¡Qué corona de espinas sufrió! ¡Qué de blasfemias oyeron sus orejas! ¡Qué Cruz! ¡Qué clavos! ¡Qué muerte tan deshonrada! ¡Y qué recio y qué firme, qué constante como piedra dura! Cuanto más le lastimaban, más fuerte estaba; nunca los trabajos le pudieron doblegar, para que dejase de padecer con el amor que

nos tenía. ¡Qué firmeza hasta la muerte! ¡Qué dureza que parecía que era de acero! Aquella carne virginal, limpísima, parecía que no sentía (Ezech., III): *Ut adamantem, et ut silicem dedi faciem tuam.* Dice Dios por Ezequiel: «Púsele cara, púsele su rostro, díle un gesto durísimo, fuerte más que el diamante.» Y si es así, ¿cómo es tan blando y tierno? Mira, ¿no lo veis? ¿Qué amigo tendréis vos por quien sufráis una afrenta, una deshonra, un trabajo, que digáis vos: «Cargué esto sobre mí porque a fulano no le venga esta pena?; luego os quejais por una tentacioncilla, por un trabajuelo, por un desconsuelo que no lo podéis sufrir, y decís: «¿Quién ha de pasar adelante a tantos estorbos?» ¿No miráis aquel sufrimiento de Jesucristo? ¿Es mucho que pases tú por El una nonada? ¿No ves lo que por ti pasó, con cuánta firmeza y fortaleza lo pasó? Así como piedra, puso su rostro, así como diamante. Mira con cuánta paciencia, con qué silencio, aparejado a sufrir más, si pudiera ser, aunque se imaginaran infinitos tormentos. ¿Sois yunque, Señor, que tanto sufrís?

Más pagó de lo que era menester, más pagó de lo que se debía a la Justicia de Dios; piedra se dice por lo que sufrió, por aquella firmeza y determinación de no volver el rostro a las bofetadas. Blando es, porque a todos consuela. ¿Nunca has probado a ir cuando lo has menester? Vé, pues, a El, hermano, y verás cuán blando lo hallarás para abrazarte, para consolarte y remediarte. ¿Quién nunca fué a El que no lo consolase, que no volviese remediado? De la piedra salió la miel, de la piedra dura a las bofetadas, y a ninguna respondió mal ni ásperamente. Aquí cumplió El a la letra lo que El había mandado: *Al que te hiriere en el carrillo, vuélvele el otro.*

Anda, pues, hermano mío, vete al Santísimo Sacramento, vete a Jesucristo crucificado, vete a morar a las cuevas de la piedra, vete a meter a las llagas de Cristo, y todos cuantos trabajos hay te parecerán pocos. Dice San Bernardo «que los mártires no tendrían fuerzas para padecer los tormentos que padecían, si no tuvieran los trabajos de Jesucristo delante». Porque ¿en qué juicio

cabe que una doncella, criada toda su vida en casa de su padre, en grandes regalos, en camas blandas y vestiduras delicadas, que había de poder por fuerzas humanas sufrir los tormentos que padecían? A una la asaban viva, a otra la hacían tajadas, a otras les peinaban las carnes con peines de acero, y ellas estábanse riendo. ¿Por qué lo sufrían? Porque estaban metidas en los agujeros de la piedra; decían ellas: «Mi Señor Jesucristo pasó por mí esto: y teníanle delante de sus ojos crucificado, y en su corazón. ¿Es mucho que pase yo esta nonada? Todo es poco para lo que yo debo; que El hizo por mí esto, y más que esto.» Esto les hacía padecer con alegría, que de otra manera, ¿cómo era posible? De la piedra salió miel. ¿Quién nunca tal vió, de la piedra seca y dura miel suavísima? De la dureza de los trabajos de Jesucristo, miel dulcísima: para que pasemos los nuestros con alegría, y que se nos hagan dulces, sale de la tristeza de Jesucristo alegría para nosotros, de su muerte vida eterna, de sus penas coronas para sus criaturas. ¡Quién nunca tal vió! ¡Quién se para a pensar los milagros y maravillas que Jesucristo obró, donde se anega nuestro juicio! Tengo sed. Piensa, hermano, en la que Jesucristo pasó por ti, y quedarás refrescado, y tu sed apagada sin agua. Tienes hambre, piensa en la de Jesucristo, y luego serás harto sin pan. Estás desnudo, piensa en Jesucristo crucificado desnudo, y hallarte has vestido sin ropa.

¡Oh! Dios nos dé gracia para pensar, pues tanto remedio hay escondido en pensar la Pasión de Jesucristo. Vete a las deshonras, hallarás honra; vete a la muerte, hallarás la vida; vete a sus trabajos, hallarás descanso; vete a la Pasión de Cristo, que allí está todo tu remedio. Hartónos de la miel de la piedra; eso quiere decir, que de la muerte sale la vida, que de un Dios-Hombre crucificado entre dos ladrones, tenido por otro tal como ellos, sale la vida, y El la da. ¿Qué es esto, que de un Señor sólo sale vida, sale consuelo, sale alegría, sale hartura, sale remedio para todos nuestros males? Si del santísimo Cuerpo de Jesucristo nos vienen todos estos bienes, y toda nuestra bienaventuranza está en recibirlo como de-

bemos, dirás: Padre, ¿para qué es esta comunión? ¿Ya no nos ha redimido Jesucristo? ¿No se puso en la cruz por nosotros? ¿No murió por nosotros? ¿Ya no pagó por nosotros? ¿De qué sirve este comulgar? Para que no esté aquí alguno medroso, que aun con todo eso no esté seguro, sino que piense que es menester más. El pacificó al Padre la ira que contra nosotros tenía, como dice el Apóstol San Pablo: *Nunc autem in Christo Jesu vos, qui aliquando eratis longe, facti estis prope in sanguine Christi: ipse enim est pax nostra* (Ephes., II).

Todo cuanto bien tenemos nos vino de El; en la cruz ganó el consuelo, remedio de nuestros trabajos, la alegría, la vida, la gloria que para siempre esperamos. ¿Qué es menester más comunión? ¿No está ya la justicia de Dios satisfecha? Perdonados nosotros, ¿qué era menester más? Sí es menester, hermanos. Bendita sea la hora en que lo pensó; bendito el lugar donde tal pensamiento cupo; bendito sea el día en que tal ordenó; bendita la boca que tal habló, y bendito el que nos concedió y dió tal licencia que vamos a recibirlo. ¿Qué es esto, Padre? ¿Porqué es menester comulgar ?Mira, hay algunos que piensan en la Pasión de Jesucristo, y piensan en los bienes que nos causó, conocen las misericordias que en ella nos hizo, que nos rescató del poder del demonio, que nos dió la vida y descanso, nos dió fuerzas para nuestros trabajos, medicina para nuestras enfermedades, que nos alcanzó vida y gloria, y con todo no estamos contentos ni alegres. ¿Que hay hombres de esos, Padre? Sí; Dios nos libre de tan poco esfuerzo, que de todas maneras nos está ya perdonado. ¿Qué temes? «Cuanta diferencia hay del cielo al abismo—dice San Agustín—tanta diferencia va de lo que Jesucristo pagó a lo que se debía.» Mira la altura de los cielos, mira el profundo de los infiernos, mira la diferencia que hay de lo uno a lo otro, que no es nada en comparación de lo que Jesucristo pagó por nuestros pecados; hay hombres que aun no se consuelan con todo eso: dicen: «Padre, bien sé yo lo mucho que ganó Jesucristo en la cruz; bien sé que remedió allí a todos; bien sé las misericordias que nos ha hecho; pero ¿qué sé yo si querrá

El que se particularicen en mí los merecimientos de su Pasión? ¿Qué sé yo si seré yo uno de aquellos por quien El se puso en la cruz? Que de haber El muerto por todos, de haber El redimido a todos no hay duda; pero ¿qué sé yo si soy uno de ésos, Padre?

No creo que me entendéis las viejecitas. ¿No habéis entendido? Pues escuchad: habrá alguna que diga: «Bien sé yo que Jesucristo murió en la cruz por todos; mas como eran tantos, ¿qué sé yo si allí se acordaba El de mí? Eso, pues, hace la comunión, que sepas que se acordó allí de ti. Pareció al que vino por nuestro consuelo, pareció al que trajo un manto de consuelo para cubrir los desconsolados, pareció a la magnificencia soberana de Jesucristo, dejarnos acá una prenda para que poseyéndola tuviésemos grandísima certidumbre moral que Jesucristo murió por nosotros, y que cada uno piense y tenga por cierto que por él particularmente murió, como si no hubiera más que él sólo (I Cor., X): *Panis quem frangimus, nonne participatio corporis Christi est? Quoniam unus panis et unum corpus multi sumus, omnes de uno calice et de uno pane participamus.* Cuando comulgas, bebes un trago de caldo *esforzado.* Cuando acá está uno muy malo que ya no puede comer, hácenle un poco de caldo *esforzado* con oro y con muchas piedras preciosas y perlas, y danle de aquéllo a tragos.

Mirad: un trago de caldo *esforzado* recibís, que en su comparación todas las perlas y piedras preciosas son basura; un bocado de pan vas a recibir que vuelve el alma a su lugar (Psalm. XXII): *Super aquas refectionis educavit me, et animam meam convertit.* Da esforzada confianza, da segurísima certidumbre moral que eres tú uno de aquellos por quien El murió. Di ¿comulga otro por ti? No, que no puede ser; digo de los legos; sino tú comulgas por ti, y con tu boca recibes a Jesucristo; en tu propio estómago lo metes. ¿Para qué esto? Para que sepas de aquí adelante que cuando te llegas a comulgar, no es otra cosa que particularizar en ti los méritos de la Pasión de Cristo, y hacerte uno de aquellos por quien El derramó su Sangre.

Tengo mucha compasión de veros tan desmayados, tan tristes, que el uno falta aquí, el otro desfallece allí; ya le espanta la carne, ya la vanagloria, ya otras tentacioncillas. ¿Desmayados había de haber? ¿Desesperados había de haber estando con nosotros Jesucristo? Sí, desmayados estáis; sí, tristes; sí, desesperados; porque no sabéis comulgar: el uno llega tibio, el otro desconfiado, el otro no lleva más esperanza que lo ha de remediar Jesucristo que si allá no fuese. ¿Qué es comulgar?, di. Un certificarte, en cuanto es de tu parte, que lo que Jesucristo ganó en la cruz es para ti; para que sepas que la sed, hambre y cansancio, deshonras, tormentos de Cristo, todo es para tu propio rescate. ¿Qué es comulgar? Hacerte saber que eres una de las ovejas por cuyo amor derramó su Sangre. Para eso abres tú la boca y comulgas, para que sepas que Cristo se cansó, lloró y gimió, le azotaron, le coronaron de espinas, y murió en la cruz por ti mismo.

¿Habeisme entendido? Creo que no. ¿Porqué no sentís provecho? Porque no sabéis comer. No hay manjar, por muy amargo que sea, que si no lo mascáis, sintáis su amargura. Si no, miradlo en una píldora, que con ser como una hiel, no se siente, porque no se masca; ni tampoco hay manjar tan dulce que si os lo tragáis sin mascar, sintáis su dulzura. ¿Porqué no sabéis comulgar? Porque os tragáis el Santísimo Sacramento entero, y no lo desmenuzáis: que si el sacerdote, antes que fuese a decir Misa, pensase un rato en los trabajos de Cristo; si se entrase un rato en un rincón y se parase a pensar en aquella tristeza que Jesucristo pasó en el Huerto de Getsemaní; si te lo estuvieses allí mirando con cuánta tristeza oraba al Padre, y te dolieses allí de El, y llorases y te entristecieses con El; y si pasases más adelante, cómo le prendieron, y cómo iba aquel benditísimo Cordero entre aquellos lobos rabiosos con tanta mansedumbre; si te parases a mirarlo cómo anda de juez en juez; si tus ojos lo mirasen en aquella durísima columna amarrado, desnudas sus carnes, y te parases a pensar cómo las desmenuzan con crueles azotes; si un rato antes tu

ánima se parase a mirar a Jesucristo, cómo le coronaban de espinas, y mirases por aquel rostro sacratísimo cómo corrían arroyos de sangre; si parases a considerar cuál iba por aquella calle de la Amargura, tan cansado con la cruz por ti; si lo considerases puesto después en ella con tanta deshonra y tormento, tan blasfemado y hollado de todos; si te parases a pensar esto, y dijeses: «¿Adónde voy? ¿Qué voy hacer, Señor, que os voy a recibir a Vos? Señor, ¿que habéis Vos de entrar en mi cuerpo? Bendito Vos seáis»; y ¿cómo no desfallecemos pensando en esto?

Si el sacerdote y el que va a comulgar desmenuzase muy bien a Jesucristo primero, no dudo sino que sintiérades grandísimo sabor y dulzura en comulgar; pero no lo desmenuzáis, no os aparejáis, ¿qué queréis que os haga? Ojalá, hermano, os aparejásedes como para un convite que hacéis a un amigo vuestro; ver qué negociado andáis, qué solícito, diligente, buscando lo uno y lo otro. No os disponéis como sería razón; no hay más sino ¡alto! a comulgar quiero ir; no lo habéis pensado cuando ya lo tenéis hecho; en comulgando , ni os recogéis más que antes; hacéislo como primero; en comulgando luego ¡alto! a la plaza; ¡alto! a casa a comer la olla, a entender el uno con el otro; ¡alto! a la conversación, y andar por ahí perdidos: no lo desmenuzamos, no sentimos nada, porque no rumiamos; comémonos el pan de la fuerza; y quedámonos desmayados y flacos; comémonos el pan de alegría, y quedámonos tristes; comémonos el pan de la vida, y quedamos amortecidos como antes: ¿qué es comulgar?

El Santísimo Sacramento es manjar para flacos, manjar de desmayados, de tristes, llorosos, desconsolados, manjar de pobres. En recibiéndole, di: «Comulgado he, he sido participante de lo que ganó la Sangre de mi Señor Jesucristo: mío es ya con haber comulgado lo que El mereció; parte tengo en la herencia que me ganó; participado he de sus merecimientos». Así lo dice el Apóstol San Pablo en la epístola que escribió a los hebreos (capítulo III): *Participes Christe effecti sumus*. Dice Santo Tomás, «que así como el bautismo es entrada y puerta por donde

uno entra a ser partícipe de los merecimientos de Jesucristo, ni más ni menos la santísima Comunión es una señal de que eres uno de aquellos a quien ha de aprovechar la Pasión y Muerte de Jesucristo». ¿Qué quiere decir comulgado he? He participado de lo que Jesucristo pasó. Padre, pues tanto bien gano en la santísima Comunión, ¿cómo no lo siento que ni tengo acá dentro sentimientos como otras personas, ni consolaciones, ni otras cosas de éstas? Eso, hermano. Nuestro Señor lo da a quien él es servido; no tengas tú cuidado de eso; bástate que recibes lo principal, que es la gracia para la gloria que esperamos, si bien comulgaste. ¿Pues qué más quieres? Comulgado he, no quiere decir otra cosa sino que soy de aquellos para quien Jesucristo quiere su gloria.

¿Porqué no queréis comulgar? Porque no queréis ser participante de los trabajos ajenos, convidándoos con lo que otro trabajó y sudó, y no lo queréis. ¿Quién nunca vió tan grande locura? Cuando van a dar el Santísimo Sacramento a los enfermos, díceles el sacerdote: «Hermano, dad gracias a Dios que os ha dejado recibir el Cuerpo santísimo de Nuestro Señor Jesucristo.» Pluguiese a su Majestad, y no dijésemos noches y días otra palabra; ¡oh, qué palabras para detenernos en ellas toda nuestra vida, y no predicaros más! Pluguiese al Espíritu Santo, pues a El toca este negocio, y viniese en nosotros, para que de verdad dijésemos: «Hermanos, demos muchas gracias a Nuestro Señor, que nos ha dejado recibir su santísimo Cuerpo.» ¡Oh, Señor, bendita sea tu misericordia, y lo que Tú ganaste la lanza en la mano! Es nuestro consuelo abrir nuestra boca, recibirte y comerte con el aparejo debido. Lo que El sudó y trabajó con malas noches y peores días, es nuestro, con tan poco trabajo. ¡Oh, bendita sea, Señor, la hora en que ordenaste de hacerte nuestro manjar! Muy grandes mercedes hace Dios a quien El da gracia para que se confiese y comulgue (Psalmus XXII); *Nam etsi ambulavero in medio umbræ mortis non timebo.* Dice David: «Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré, aunque los pecados me persigan y me digan: anda, vete, mal hombre; y

siendo quien eres, querrías tú ahora salvarte.» Aunque los demonios te hagan cocos, aunque todo el infierno se junte a espantarte, aunque todas las tentaciones se junten a querer derribarte, comulga y no temerás.

Padre, ¿qué es comulgar? No rogaríades a Dios que nos enviase quien nos lo dijese y nos lo diese a entender de veras. Decid: ¡si tuviese el Rey una mesa, como en tiempo de los romanos, que tenían una mesa donde se juntaban a comer de tanto a tanto tiempo los que unos a otros se habían injuriado! Los que habían reñido, sentábanse todos a aquella mesa, y en asentándose, no había más enojo, ni más enemistad; entre aquellos llamaban la mesa de la amistad, la mesa de la paz. Nuestra mesa es ésta, hermanos; mesa de paz entre Dios y los hombres, mesa de concordia, mesa de caridad, mesa de comunión de pobres y ricos, el altar donde comulgamos es; que el altar, mesa significa. Decid: si dijese el Rey, y mandase pregonar por todo el mundo: el que me ha hecho alguna traición, si me ha ofendido en algo, por la cual injuria merecía la muerte, doy señal, que si yo le convidare para que venga a comer a esta mesa, que yo le he perdonado; si hubieses tú hecho alguna traición, si te enviase a llamar el Rey para que comieses con él, ¿qué alegría sentirías? ¿qué regocijo? ¿qué placer? El Rey me ha enviado a llamar para que coma con él, luego perdonado me tiene. ¿Sería menester llevarte por fuerza? No sería menester excomulgarte. ¡Oh, Señor, bendito seas para siempre! Pues hombres hay ahora, que si han de comulgar de año a año, los han de llevar por fuerza, y a poder de excomuniones; y se les hace más de mal, que tiemblan de ver venir el día en que han de comulgar. ¡Ah! y si no los castigasen, no lo harían tarde ni temprano. Digo de parte de Dios, que no estáis los tales a un canto de real de ser herejes. ¿Y de dónde, negro, se han levantado las herejías que se han dicho del Santísimo Sacramento? De no comulgar, de dejarlo olvidar el que no lo recibió sino de año a año. Dios nos guarde, por quien El es: Dios nos guarde y tenga que no caigamos; tenéis a Jesucristo entre vosotros, y no

lo miráis con los ojos que sería razón; no se lo agradecéis, no os aprovecháis de sus misericordias. Si comulgásedes muchas veces con devoción, con humildad, iríades de buena gana a la mesa de la paz. ¡Qué nueva para el encarcelado, que está esperando cuándo lo han de sacar a la horca: hermano, el Rey te llama para su mesa! ¡Qué nueva para tristes, para desmayados, para los que han ofendido a Dios!

Vete, hermano mío, a la mesa, que si vas triste volverás alegre; si vas desmayado, volverás con esfuerzo; llégate a la mesa, gozarás de un abrazo que allí da Dios tan suave, que no se sabe decir. Allégate, hermano, que allí está tu descanso, allí está tu placer, allí está tu gozo, allí está la paz, allí está la gracia y después la gloria.

TRATADO OCTAVO

DEL SANTISIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA

Caro mea vere est cibus, et Sánguis meus vere est potus.

«Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

Dos peligros muy grandes, entre otros, traemos en esta vida, de los cuales nos cumple apartar; hemos menester vivir con grande vigilancia para no caer en ellos. El uno es no mirarnos, no tomarnos cuenta de quién somos. El otro es, después de habernos visto, después de haber sabido quién somos, desmayar. ¡Ay de quien no se ha mirado! ¡Ay de quien no trae cuenta consigo y procura de saber quién es! ¡Ay de aquel que después que se ha mirado y después que ha hecho la cuenta de lo que es, desmaya! El no mirarse, el no saber el hombre quién es, acarrea un grande mal, que es soberbia, presunción, tenerse en mucho, pensando que es algo el haber puesto en sí los ojos, el haber conocido lo poco que es, el haber venido a conocimiento de cosa tan baja. Hay hombres tan olvidados de sí, tan hechos a pecar, tan hechos a tantas abominaciones, tan olvidados de quien son, que no han puesto los ojos en

su miseria y maldades. Hay hombres tan olvidados de Dios, que tan de nuevo pecan cada día, que hacen tantas abominaciones, que parece que no hay Dios que tal vea y castigue; parece que no ofenden a la Majestad de Dios, pues que les deja pasar con tantas maldades, y no los traga la tierra vivos y los sume en el profundo del infierno. Echado han atrás, olvidado han, Señor, tus palabras en sus corazones; no hay de ellos, Señor, quien de Ti se acuerde, ni de guardar tus Mandamientos; todo lo han olvidado. (Psalm. XIII): *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus*. Dijo el malo en su corazón: no hay Dios, no hay a quien toquen estos males que hago; quiero vivir como se me antojare; yo haré lo que mi apetito me dijere; quiero seguir mi carne en todo lo que ella me dijere; que no hay Dios que lo vea ni lo juzgue. Dijo el malo estas cosas en su corazón, no con la boca; da a entender, que es mayor mal decirlo con el corazón, por decirlo en la parte afectiva que allí está, ser una cosa buena o mala, que decirlo con la lengua. Porque bien puede uno decir una cosa con la lengua, aunque sea ella mala, y no serlo, porque siente otra cosa en el corazón contraria de aquélla; pero el que la dice con el corazón, es grandísimo mal, como lo nota aquí el Profeta.

De éstos, los que ofenden a Dios, el carnal, el avariento, el homicida, todo aquel que peca con el corazón, dice que no hay Dios: profesas uno con la boca, y tus obras dan a entender otro, y que no sientes con tu corazón lo que con la boca confiesas. Dice el Apóstol: «También tienen las obras su manera de hablar como la lengua»; habla el que vive descuidado de ver quién es, en qué ando, cuánto ha que nací, en qué he gastado mi vida, porqué he ofendido tanto a Dios. ¿Porqué tantos pecados? ¡Oh, miserable de mí, qué ha de ser de mí! ¡Cuán olvidado estoy de mí! En gran mal vivo, en gran peligro estoy, Dios haya misericordia de mí; ¡ay del que no se mira! Miras tu haza, miras tu viña, miras tu heredad, y tienes cuidado de ella; miras tu capa, miras tus zapatos, y tienes cuidado de traerlos limpios; de todo esto tienes cuidado de traerlo limpio, y no te mi-

ras a ti, y haste olvidado de quién eres; de todo esto tienes cuidado, y estás olvidado de conocerte; ¡ay de ti! «Ruégote—dice San Agustín—que tengas tanto cuidado de mirarte a ti, como lo tienes de limpiar tus calzas, como de limpiar tus zapatos; si no dejas ensuciar la ropa que traes vestida; si andas limpiándola, y relimpiándola, ¿porqué te olvidas de ti? No dés al demonio fruto de ti pues por lo demás miras que no se pierda; mírate.» ¡Ay de aquel que no se mira! ¡Ay de aquel que de sí se olvida! Cuanto menos te mirares ahora quién eres, tanto menos echarás atrás la miseria, la hediondez y podredumbre que eres; tanto más te mirarás y remirarás. Después que en los infiernos estés ardiendo, hará Dios que te estés mirando, y será el mayor tormento que tendrás, mirarte; querrás huir de ti, y no podrás; querrás olvidarte de ti, y mientras Dios fuere Dios te estarás mirando, y te tendrás a ti mismo delante de los ojos, mirándote y remirándote, y dándote vueltas, que no quedó cosita de ti que delante de los ojos no la tengas; mírate. San Agustín es uno de aquellos a quien acaeció esto, antes que Nuestro Señor le hiciera las misericordias que le hizo; contábanle la vida de San Antón, aquellas virtudes suyas tan altas, aquella vida tan perfecta; como estaba oyendo la vida del Santo, iba él dentro de sí comparándose a sí con el otro, y decía: «¡Oh, Santo Dios!, aquél tan limpio y yo tan sucio, metido en otros mil cuentos de abominaciones y suciedades; aquél tan abstinente y yo tan glotón; aquél tan bueno y yo tan malo, ¿qué ha de ser esto?» Viéndose cuánto le encarecían la vida del glorioso San Antón, no quería más pensar en ella adrede, ni quería mirarse por la suciedad y obscuridad de su corazón.

¿Hay aquí algún malo a quien acaezca otro tanto? ¿Predicamos aquí la ley de Dios y sus Mandamientos? ¿Predicamos aquí la luz y clarísima doctrina del Evangelio de Jesucristo? ¿Decimos aquí lo que cumple de parte de Dios? Cuando estáis oyendo, ¿no os estáis mirando vuestra mala vida, vuestros pecados y abominaciones, y deseando que acabemos para iros? Vaisos,

y dejáislo olvidar, porque os da pena, y os está escarvando la conciencia, y diciéndoos quién sois: dejáislo olvidar, porque no os esfuerce la luz de la doctrina; no queréis que se os acuerde adrede, por no pasar un mal rato; háceste olvidadizo de quien eres. El mayor mal que hay en el mundo es éste; Dios, por quien El es, lo remedie (Joann., III): *Dilexerunt homines magis tenebras quam lucem.* Por esto se dijo: «Amaron los hombres más las tinieblas que la luz; abrazaron más el olvido de sí propios que el acordarse de quién son.» No es mucho pecar, hermano; pasión es, flaqueza es. Harás un pecado, y mañana te enmiendas; andar, malo es; somos tan malos y flacos, que estamos sujetos a mil miserias. Cuando viene el pensamiento bueno que envía Dios, ¿qué haces, pecador de ti, en qué andas? Si ahora te murieses, ¿qué sería de ti? Tantos años ha que naciste, ¿qué es de lo que has hecho por Dios? Vuelve sobre ti, mírate quién eres, deja esa mala vida; si lo recibes, si lo pones por obra, si no le dejas ir, la misericordia de Dios te ha cercado.

Bueno estás, alaba a Dios; pero si lo dejas ir, si se te olvida, si no te acuerdas más de El, vaste por ahí a pasear, no tienes más así que así, como si Dios no te hubiera avisado con el pensamiento bueno. Desdichado de ti, ¿para qué naciste? Si no te miras y te acuerdas de ti, cuanto más te olvidares ahora de mirarte, más te mirarás después: cuando traiga Dios una hora en que salga el ánima de esas carnes y vaya y se ponga delante el justo juicio de Dios (Psalm. XLIX): *Statuam contra faciem tuam.* Ponerme he enfrente de ti, cercada de demonios tu alma, cercada de pecados, que pone espanto mirallos, y te los hagan mirar por fuerza, y que tú mismo te condenes, y digas justísimamente merezco los infiernos, ¿qué harás, desdichado de ti? ¿No será bueno mirarte ahora, porque después no te hagan mirar por fuerza? No te olvides de ti, acuérdate de quién eres. Señor, tenme de tu mano, alúmbrame para que me conozca; aborrézcame yo a mí porque te ame a Ti. *Ut nobis displicentes, tibi placeamus,* para que desagradándome yo a mí, contente

a Ti; queriéndome mal a mí, quiera bien a Ti. Con pensar quién eres, con la pena que recibes de tus pecados, con ese temblor de la justicia de Dios, con esos trasudores, viene el bien; con esa vergüenza que recibes en ver quién eres vendrá tu salud y remedio de no acordarte de ti, de no procurar conocerte, de no mirarte, de olvidarte; grande vergüenza te espera para el día del juicio, grandes tormentos, suma desdicha.

Espera cuando estés muy corrido de mirarte en ti de vergüenza, de mirar una vida de cuarenta años o cincuenta, y que apenas podrás dar cuenta de una hora buena y bien gastada: ¡malaventurado de mí! ¿Qué he hecho, en qué he andado envuelto? Olvidado de mí, he dejado a mi Dios, a mi Bien, a mi Señor, por uno que si lo conociésedes, no daríades por él un cornado, antes huiríades de él cielo y tierra: a quién he dejado, y por quién, cuando piensas (Ezech., XVIII) Que *anima, quæ peccaverit, ipsa morietur*, ¡qué haré yo que he pecado, que he ofendido a Dios! ¡Oh! que si carga Dios la mano, entonces, ¡oh, qué paso! ¡oh, qué angustia! Y por todas partes entonces es menester la ayuda de Dios mucho. Si así andáis, por ahí anda Dios (Isaí., II): *Oculi sublimes hominis humiliati sunt, et incurvabitur altitudo virorum*, dice el Profeta Isaías. «Si Dios ha andado por casa, abajádose habrán ya los ojos muy altos, los pensamientos elevados; un día antes que venga a vuestras casas, será bajada la alteza de los varones; en eso se verá si ha venido, si andan todos bajos y humildes, derribados por tierra, si entendéis ya en pedir a Dios que os perdone, y no en las vanidades pasadas.»

Si Dios ha tocado vuestras ánimas, sentiréis una carga de la Majestad de Dios, que os apega y que da con vos en el suelo, y os abate, que no os oséis menear y digáis: ¿Quién soy yo que he ofendido a tan alta Majestad? ¿Qué gusano de tierra ha osado levantarse contra tan gran Señor? ¡Ah, desdichado de mí, y cómo al día del juicio precederán aquellas señales tan espantosísimas, aquellos terremotos, aquel fuego terrible, que ha de quemar todo el mundo, para que los hombres tiemblen como

hojas en el árbol! Así también, cuando Elías estaba en la cueva metido vinieron primero grandísimos terremotos de aire y de fuego antes que viniese Dios. De esta misma manera, en el ánima, un rato antes que venga Dios, veréis el temblar; ¿quién soy yo que he de parecer el día del juicio delante de Dios? ¡Oh, desdichado de mí, que mis maldades, mis traiciones, mis abominaciones han de parecer delante de los hombres, y de los cielos y de la tierra! Cuanto mal pensé hacer toda mi vida, todo ha de ser descubierto, ¡qué ha de ser de mí! Día amargo, día del parto es este día , día de dolor (Psalm. XLIV): *Timor et tremor venerunt super me:* el temor y el temblor vinieron sobre mí, dice el Profeta David: el temor de ver quién soy, el temblor de qué será de mí: *Dolores inferni circumdederunt me.* Los dolores del infierno me cercaron, los dolores de los pecados, de las maldades que he hecho: así estoy condenado.

¡Oh, Señor!, que estoy aquí y mi nombre en el infierno; está entonces el ánima tan arrecida, que no osará menearse, sino que pensará que se ha de hundir la tierra con ella; está tan mansita: y esto os doy por señal, si ha venido Dios a vuestra casa, si estáis chiquitos, si estáis tamañitos, entonces, aunque sea el Rey y el Papa, está metido en un agujero, que aunque entonces le diesen de voces y de palos, no despegaría la boca, sino diría, todo es poco para lo que merezco; había de estar ardiendo en los infiernos. ¿Qué mucho, que me den una bofetada, que me huellen por ahí todos? Yo lo doy todo por bien empleado, esto y más que hagan, porque haya Dios misericordia de mí, porque no me eche donde merezco; porque la Majestad de Dios me sea mansa, yo sufro todo eso de buena voluntad.

¡Entonces, hermano, no habrá soberbia, no habrá tener a los otros en poco; no habrá fantasía, sino humildad, y andar la boca por el suelo, por mandado de quienquiera; olvídanse las curiosidades, de todo cuanto antes se hacía, no hay nada; ahora todo anda al contrario; porque me perdonen, dice el hombre, yo andaré hecho basura por ahí; los que se están enteros, los que no se han bajado,

los que no han perdido nada de su fantasía, y de su locura y curiosidad, los muy galanes, los muy elevados, no ha venido esta hora por ellos. Si no están los soberbios quebrantados, si no están por el suelo, no ha entrado Dios por su casa, no saben qué cosa es Dios: tiembla el que a Dios siente; tiembla como hoja en el árbol de la justicia de Dios; allí está el provecho, si te sabes aprovechar, y el peligro, si no te sabes regir; en eso está tu remedio si sabes usar de ello, y tu daño si no te has como te has de haber.

Grandísima cosa es la comunión: ahí está tu salud si sabes aprovechar el comulgar, y tu perdición si no te sabes llegar al Santísimo Sacramento como es menester; ahí está el peligro, donde está tu salud: muy solícito anda el demonio por estorbarlo: ¿y porqué digo esto? ¿Quién nunca vió en tal día como el de ayer en la procesión donde va el Cuerpo de Jesucristo, diablos llenos de cuernos y con unas malas vistas? ¿Quién entremetió al diablo con el Santísimo Sacramento? ¿Hay tal cosa en el mundo? No te espantes, si vas a comulgar con deseo de aprovechar, con deseo de estar bien con Dios y allí va el demonio a decirte: ¿Qué haces? ¿Si está ahí Jesucristo o no está ahí? Pónete mil dudas y escrúpulos, no te espantes, ni cures de responder: hazte sordo, no hagas caso de él. ¿Qué cosa hay más alta ni más buena que la oración y contemplación? Pues ahí ha cogido el demonio a muchos livianillos, porque no saben regirse ni lo hacen con humildad; están el ojo tan largo, así ven algo, así sienten algo. No así, hermanos, no creáis de esa manera lo que el demonio se quiere; tráeles luego mil imaginaciones, si vi, si no vi; háceles pensar mil desatinos; créenlo ellos pensando que es bueno; veislos ahí caídos. Decid, ¿qué cosa hay más segura que temer a Dios, que temblar de Dios? Pues hay ahí gran barranco, hay ahí armado lazo.

Bueno es conocer el hombre quién es, bueno es pensar el hombre en sus miserias; pero ha de tener tiento; no ha de pensar mucho; no has de ahondar mucho, no escarbes mucho, que peligrarás. Cuando uno pasa un río, si no

tiene la cabeza buena, acaece que mira tanto al agua que corre, que se le anda la cabeza y cae; ¿qué remedio? No mirar al agua, mirar la orilla, mirar la tierra firme; bueno es pensar los pecados, bueno es tener dolor de tu miseria, pero no demasiado; no has de pensar luego que estás ya en el infierno; no es posible, mira que se te anda la cabeza, no mires al agua, mira que caerás muy presto, mira que eso es víspera de la desesperación; no te mires de esa manera, mira a tierra firme, mira que la misericordia de Dios te puede perdonar eso, y muy mucho más que eso; no seas loco, guárdate, mírate con prudencia.

¿Qué remedio para estos dos males, para los que nunca se miran, y para los que mirándose mucho desmayan? (Joann., VI): *Mi Carne*—dice Jesucristo—*es manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.* ¿Si habrá aquí por ventura algún flaco desmayado que diga, quién soy yo para ir al cielo? ¿Quién soy yo para que Dios me perdone? ¿Qué está temblando de Dios? ¿Si habrá aquí alguno que vence su carne y la trae sujeta? ¿Que vence su soberbia, que vence sus pasiones y se enseñorea de todas ellas? Si hay aquí alguno que de tal manera se ha con las cosas de acá, que parece que no está en ellas; si hay aquí alguno que de tal manera está en el mundo, que no vive conforme al mundo, y con todo eso anda flaco, temeroso y desmayado, a éste tal dice Jesucristo Nuestro Señor: «No desmayes; esfuerza, prosigue lo que comenzaste; no desfallezcas en la mitad del camino, que de todo es remedio mi Carne; no te espanten tus males ni tus pecados, que de todo es cura y medicina mi Carne»: esfuerza a tu flaqueza y dará fuerza a tu desmayo; quitará todo el miedo, y en su lugar pondrá grandísima confianza, quitará el temor, y darte ha sosiego: mi Sangre refrescará tu sequedad, recreará tu ánima, esforzarla, ha: más puede este santísimo manjar para alegrarte, que tus pecados a entristecerte; más te esforzará y confortará este manjar que los demonios, y el ver quién eres te pueden desmayar. «Mi Carne—dice Jesucristo—es verdadero manjar.»

Digamos un poquito de la Comunión espiritual, que

otro día diremos de la sacramental. Todo el esfuerzo que pone un manjar bueno en un cuerpo enflaquecido y desmayado, ese mismo pone la Carne de Cristo a un ánima desmayada, desesperada y flaca, que ya está para perderse. Dios me dé gracia que os lo sepa decir, y a vosotros para que lo sepáis oír, para que vayáis hartos y consolados y muy esforzados.

Creedme, que si entendiésedes que está muy grán parte de vuestro consuelo en saber comulgar espiritualmente, esperaría en Nuestro Señor que iríades consolados y alegres. ¿Qué queré decir (Joann., XI): *Mi Carne verdaderamente es manjar?* No habéis de entender, que quiere una ánima la sangre de Jesucristo para sustentar el ser natural que tiene, porque los del infierno vivirán para siempre, sino el ser sobrenatural, con lo cual vivi á el ser natural para siempre en el cielo. A semejanza de esto, comulgando y comiendo, y recibiendo a Jesúcristo, se te da ya, no señal, sino el mismo Señor que todo lo crió, y todo lo sustenta, y cielos y tierra están en su mano: y páraste con todo eso a escrupulear si te dan la hacienda, dándote al Señor de la hacienda (Rom., VIII): *Quomodo non etiam cum illo omnia novis donavt?*, dice el Apóstol a los romanos. ¿Cómo no nos dió con su Hijo todas las cosas? Quien lo entregó a la muerte por nosotros, y porque viviésemos, y lo bajó por ensalzarnos a nosotros, ¿qué no se esperará de Él? Pues quien nos dió el reino, ¿no nos dará el reinado? Quien nos dió el Señor, ¿no nos dará el señorío? Quien nos dió tan bendito Hijo, en quien están y resplandecen todas las cosas, bien se sigue que nos ha dado todo lo que es del Hijo. Pues es testimonio que te han dado parte en sus méritos, el ser ya mantenimiento de tus lágrimas, lo que merecieron sus tristezas, con tantos azotes, coronas de espinas, tormentos y muertes: te mandó comulgar y ordenó la santa Comunión, para que confieses que Dios te quiere bien.

¿Qué mesa hay que pueda dar lo que ésta da? Pues en testimonio que eres uno de los que han de ir al cielo, comes tú a Dios y te come Él a ti. Que te tornas parte de su Cuerpo, esto quiere decir que come Dios a ti y tú

a El. Que te torna El a ti en parte de su Cuerpo, es incorporarte en Dios, hacerte parte suya, no como acá, que si tú comes una lechuga u otro manjar, aquello se torna substancia de hombre. Tú no conviertes al Santísimo Sacramento en tu substancia, sino El a ti en la suya. Este divino manjar te dará fuerza, darte ha confianza, darte ha gozo y alegría, darte ha una paz verdadera para siempre en el cielo.

TRATADO NOVENO

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Qui manducat me, et ipse vivet propter me.

«Quien me come a mí, ése vivirá por mí.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

La general y lamentable caída que los hijos de Adán dimos, heredando de él el pecado, la muerte y la privación de la justicia original, la compara San Bernardo a un hombre que cayese en un charco donde hubiese piedras y cieno, el cual quedaría sucio con el cieno, y lastimado, quebrantado y enfermo con el golpe que en las piedras dió. Así que aquellos a quien la grande misericordia de Dios fué tan favorable que los trajo al santo Bautismo, donde los remedió contra el pecado original y contra todos los demás que ellos hubieren hecho, y son lavados interiormente de la culpa de los pecados por la Sangre de Jesucristo, representada en el agua con que de fuera nos lavan el cuerpo, y limpios perfectamente de la mancha o cieno que el pecado les pegó, con todo eso, quedan todavía con reliquias penosas y peligrosas, causadas de la carga del pecado original, como a un hombre que estuviese muy enfermo y muriese y Dios le resucitase a la vida

que antes tenía, que aunque quedase vivo, quedaría enfermo y flaco para las operaciones que los sanos suelen hacer. Llámanse estas reliquias del pecado original, enfermedad del ánima; porque la enflaquecen para hacer su propia obra, que es amar al Señor con todas las fuerzas, y al prójimo como a sí mismo. Llámanse herida del ánima, porque la dejan con ignorancia de muchas cosas que debe saber, del conocimiento de la voluntad de Dios en particular, y en la voluntad aficionada a la carne, y cosas de ella: y cuanto más aficionada a la carne, tanto más tarda para guardar la Ley de Dios, y tanto con mayor dificultad hace el bien que hace.

También se llaman estas reliquias del pecado, tirano: llámanse ley de los miembros, porque un hombre que no quiere estar sujeto a sufrir los movimientos torpes y desatinados que esta mala inclinación obra en él, aunque no sean pecados, le hace gemir y aun a los que desean servir a Dios, como parece en San Pablo, cuando decía (Rom. VII): *Infelix ego homo, quis me liberabit?*, etc. Palabra digna de consideración, y declaradora del espíritu de San Pablo, y creo, que palabra que nos declara nuestra flaqueza y la pequeñez de nuestro espíritu. Aquel San Pablo sobre el cual tantas persecuciones y de tantas maneras vinieron, y que estaba tan lejos de llamarse desdichado por ellas que las tenía por gloria, y se regocijaba en ellas con muy grande afecto, siente tanto los insultos y movimientos con que el pecado le acomete, que sacan de él, al parecer, mujeril y apocado ánimo. Desdichado de mí, ¿quién me librará del cuerpo de aquesta muerte? Y este mismo sentido y gemido han tenido todos los Santos, que como personas vivas y muy vivas a Dios, no solamente sienten y gimen los pecados, aunque sean livianos, mas cualquier movimiento que nazca del pecado o vaya a parar al pecado; y con todo este sentimiento y cautela que tienen, renovados por el espíritu de Jesucristo, es tanta la flaqueza que del pecado quedó que ninguno de ellos escapó de caer en pecado y pecados, excepto la Santísima Virgen María Nuestra Señora, aunque veniales; unos mirando en ello, otros tomándoles

el pecado de sobresalto; en fin, dieron caídas, causadas de la flaqueza, y no corrían con tanta ligereza el camino de la Ley de Dios, como si estuvieran del todo sanos.

Ni por esto imagine nadie que esta enfermedad y flaqueza sea alguna cosa positiva en el ánima, o alguna lesión en la substancia de ella; porque según dicen todos los Santos, imitando en esto a San Dionisio, si la naturaleza de los demonios se quedó sana, aunque pecó, la de los hombres también lo quedaría; y por eso no se ha de imaginar que la flaqueza del ánima, para andar el camino de Dios, se canse de estar ella misma en su naturaleza debilitada, como un hombre que tiene una pierna coja, que no puede tanto andar ni correr como si estuviera sano. Entera se quedó el ánima, entero se quedó el cuerpo; mas como fué quitado al ánima el don de la justicia original, con el cual ella se convertía y amaba a Dios con gusto y facilidad, y el cuerpo, aunque según su inclinación natural se fuese tras las cosas carnales y presentes estaba tan enfrenado y sujeto al ánima, que no la traía a sí con demasiada afición, ni tenía movimiento ninguno, si primero por la razón no fuese mandado. Esto quitado, fué como quitar un freno a una bestia, que siguiese sus inclinaciones con tanto ímpetu, que aunque por virtud de la gracia no traigan a consentimiento al que rige la bestia, hácele sudar y gemir, y con guerra tan importuna, descuídase o cánsase algunas veces. Y de ahí vienen sus pecados veniales, de aquí la lucha, de aquí los ayunos y vigilias, y de aquí las lágrimas y oraciones, por mortificar y crucificar los deseos de la carne, y poder enseñorearse de ella, para que ni haga al ánima caer, ni la impida de correr el camino de Dios según debemos.

Es de notar y maravillar cómo nosotros estamos tan tibios y tan lejos de sentir aquestas heridas, y tan flojos de pelear con nosotros mismos, teniendo tantos ejemplos de hombres santos, que tan amargamente lloraban, no solamente estas caídas veniales, mas aun los primeros movimientos; y aunque no los tuviesen, el verse inclinados a caer les eran suficiente materia de lloro, y desea-

ban con grande ahinco de salir de vida, en la cual, por mucho que uno viva recatado, ha de caer en pecados veniales, y si más se descuida, da consigo en los abismos del pecado mortal. Cosa digna para hacer temblar a todos cuantos lo oyeren; y por nuestros pecados, hay en algunos (aun en los que están en el estado de gracia) tanto descuido para sentir esta enfermedad y flaqueza que de Adán heredamos, y en nosotros tenemos, que ni la lloran, ni la temen, ni se les da nada por primer movimiento, ni por caer en pecado venial, contentándose éstos con estar vivos, aunque muy cercanos a la muerte: mas viven grandemente engañados, porque de tener en poco aquellas enfermedades, ordinariamente resulta perder la vida del alma por algún pecado mortal.

¿Quién no juzgaría por loco a un hombre que fuese por un camino, a la orilla del cual por una parte y por otra estuviesen unos hondísimos valles, que quien en ellos cayese se haría pedazos, y de sólo mirarlos desde arriba se le desvanece la cabeza al hombre; y si el hombre fuese por allí a pie, aún no sería locura tan grande, porque puede mirar con diligencia dónde pone los pies, e ir poco a poco, y por ventura la grande atención le sería causa de escapar del peligro: mas con qué palabras encareceremos la locura del hombre, que pudiendo ir seguro por medio del camino, quiere ir a peligro por el cabo de él, caballero encima de una bestia que sabe poco de freno, que tira corcobos, que da saltos, y que es tal, que ir encima de ella por camino seguro aún es peligroso? Acuérdate, hombre, cuántas veces te ha acaecido sentir rebelde a ti, y sentir rebeldes a tus pasiones interiores, airarte donde has de ser manso, encenderte en malos deseos queriendo ser casto, y así en lo demás. Y si deseas huir la espantable y miserable caída de pecado mortal, no vayas tan cerca de esa misma caída, pues la bestia que llevas es tan inclinada a pacer la hierba vedada, que no dudará, si ve una poca de hierba fresca fuera del camino, arrojarse con desenfrenamiento a pacerla, y cuerpo y ánima daréis en las peñas bravas del pecado mortal.

¿Quién hay que quiera morar en lugares pequeños, que

ninguna defensa tienen, ribera de la mar en tiempo que andan corsarios por ella, y llevan cautivos a los que no están como fuertes ciudadanos? Métete dentro en la tierra, mora en ciudades de muros, porque los corsarios son tantos y tan fuertes, que aun hasta allí te seguirán, y tendrás harto que hacer en escaparte de sus peleas con huída. No sé qué desventura es aquésta, que habiendo muchas cercas en una ciudad, y como las cercas que son más interiores sean más fuertes, y haya en ellas más gente y más esforzada, y el amparo del Rey esté más cercano, que queramos nosotros vivir en la primera cerca, donde la guerra es ordinaria, los muros más flacos, el socorro menor; y viendo por experiencia que cada día hay allí muchos vencidos y tomados de los enemigos, y muertos con gran crueldad.

El amparo de los que bien quieren vivir, Jesucristo Nuestro Señor es; el lugar donde ampara a los suyos, su santo Cuerpo místico es, que por otro nombre es llamado ciudad de Dios, y conforme a la gracia y diligencia que un hombre tiene, así vive más en lo de fuera o en lo de dentro de esta ciudad, entre la cual y los enemigos hay tan continua y tan cruda guerra, que aun algunas veces acaece llevar los enemigos vencido al que estaba muy dentro y cerca del Rey. Testigo de esto es San Pedro, testigo David, testigos muchos Santos del yermo, que de grande alteza de santidad cayeron en la profundidad del pecado mortal, a unos de los cuales levantó la piadosa mano de Dios, para que nosotros no desesperemos en nuestras caídas, y a otros dejó por justicia, y arden para siempre en el infierno, para perpetuo escarmiento y aviso contra nuestra negligencia y tibieza. Cristiano, si no se te da nada por caer en pecado mortal ¡ay de ti!, ¡ay de ti!; si tienes balanzas para pesar la grandeza, y deseas salir de él, huye también de los veniales, porque aun mirando a sólo ellos, hacen tanto mal al ánima, que ningún hombre cuerdo los debe admitir; mas mirando a que son escalón y disposición para (mediante ellos) caer en pecados mortales, todo buen cristiano con todo cuidado y diligencia los debe huir.

La enfermedad tienes dentro de ti, y no una sola, mas muchas: y acaecerte ha, como dice San Cipriano, que si vences la ira, se levanta la soberbia, y si vences la soberbia, se levanta la deshonestidad, etc. Y quien quiere no ser vencido de algún enemigo de éstos, razón es que vele; y el enfermo que quiere sanar, debe curarse y sufrir los trabajos de la cura, y no salir de ella hasta que sane: y acuérdate bien, que muchas veces enojado el Señor con la tibieza, y viendo en cuán poco le estima el que la tiene, alza su mano de él, y como en el Apocalipsis lo ha amenazado; así lo cumple, vomitando de sí, y dejándolo caer en algún pecado mortal, para que el tal hombre tibio, siendo herido con golpe tan recio, despierte del sueño tan peligroso en que estaba, y entienda lo que no entendía, y cuán mal caminaba, pues dió tan miserable caída. Y así como el soberbio, cuando azotado con caer en algún pecado mortal vergonzoso entiende la soberbia en que estaba por el castigo, y lo alanza de sí, humillándose con gran confusión, así el negligente, herido con golpe de pecado mortal, debe entender que la causa de aquello fué el descuido y tibieza con que vivía, y avergonzado y lastimado con el efecto, poner remedio en la causa, levántandose por la penitencia, y andar su camino con más diligencia que antes.

¿Qué es esto, hermanos? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, que en las cosas temporales está nuestro deseo tan vivo, y va tan adelante de lo que debemos, que no hay quien se contente con ruin capa si la puede tener buena, ni con pocas cargas de uva de su viña, si puede hacer que haya más? La fruta que comemos, ni la queremos demasiadamente madura, ni que esté mal sazonada; pequeña falta en un manjar nos descontenta de manera que no le queramos comer; el servicio que nos hacen, querémosle con buena crianza: que sea presto y con buena gracia: quien puede estar sano y recio, no se contenta con estar enfermo. ¿Pues porqué siendo tan adelantados en escoger lo mejor en todas estas cosas, somos tan apocados en contentarnos con lo menos en las cosas que valen más? Cogemos la ceniza y derramamos la harina, y los que de-

sean tener mucho de tierra, no se les da nada por tener mucho del cielo: y para donde era menester la verdadera codicia, allí tiene una vergonzosa hartura, cosa muy reprendida de la divina Escritura. Y si leemos al bienaventurado San Pablo, hallaremos con cuánto peso y cuántas veces nos amonesta que, desocupados de todo lo que nos puede impedir, corramos con ligereza a la celestial joya; para posesión de la cual Dios ha llamado a los cristianos por su misericordia, y que no nos contentemos con tener el principio de la virtud, sino que crezcamos en ella, y que perfeccionemos nuestra santificación en el temor del Señor.

Esta misma doctrina nos enseñan los Santos, incitándonos al aprovechamiento y perfección de la virtud, y reprendiendo mucho nuestra tibieza, enseñándonos que con gran cautela huyamos los pecados veniales, y con lágrimas y buenas obras los deshagamos, cuando en ellos cayéremos, y con las demás cosas que la Iglesia tiene ordenadas. De manera que el cuidado del cristiano no ha de aflojar, ni dar de buena gana sueño a sus ojos, hasta que, a lo menos, viva sin caer en pecado mortal. No debe caer en él el hombre cristiano; y según hemos dicho, para no caer en él, conviene huir de los pecados veniales; y este fundamento echado, con el cual tendrá esperanza de ser salvo por la misericordia de Dios, añada sobre esto el edificio de la plata y oro y piedras preciosas, y la purificación de su ánima, el colmo de la caridad según más pudiere, con la gracia del Señor; de manera que nunca ande su ánima por el camino de Dios descuidada ni floja, mas herida con la espuela del temor o amor, procure con ensanchado corazón correr el camino de la Ley de Dios, alcanzando su perfección o trabajando por alcanzarla; porque como San Bernardo dice: «A los unos y a los otros contará el Señor por perfectos.»

Este diligente cuidado de buscar perfecta limpieza y entera salud debe ser muy anejo a las personas religiosas que, dejadas las ocupaciones e impedimentos del mundo, se determinaron de servir a Dios; porque si no tienen este cordial cuidado, ni alcanzarán perfecta sa-

lud, y podráseles decir, que teniendo armas no pelean, y lo necesario para edificar y nunca edifican; y que habiéndose desembarazado de todas las cosas para ligeramente correr, a duras penas van paso a paso careciendo de consolación interior, porque no se atreven a destetarse de las transitorias, ni teniendo en abundancia éstas, porque ni el remordimiento de la conciencia les deja y algunas veces les falta aparejo.

Verdaderamente es vida muy miserable la del hombre tibio, el cual por no trabajar de una vez, siempre trabaja; y como el proverbio dice: *Cabra coja no tiene siesta.* Pluguiese a Dios quisiesen entrar en cuenta, y poner en una balanza los trabajos que les costaría el servir a Dios de verdad, y en otras los desconsuelos y remordimientos de conciencia, y dudas de salvación, que son anejas a la tibieza, y verán cuán miserable cosa es, por no querer un enfermo ponerse algunos días en cura, vivir toda la vida desabrido y flaco, sin comer esto ni aquello, y haciéndole mal el aire, el sol, el sereno, viviendo una vida que parece tormento, y en peligro de perderla por cualquier ocasión.

Pluguiese a Dios que determinases, cristiano, de una vez a poner la hacha de la verdadera diligencia a la raíz de tus pasiones; que aprendieses a lavar tus llagas con lágrimas de tus ojos, para que el Señor te las limpiase y diese perfecta salud; y no fueses tan perezoso ni regalado para tomar sobre tus hombros la cruz de la penitencia; porque, cierto, antes de mucho tiempo experimentarías que no hay trabajo mayor que la perniciosa holganza, y que debajo de los santos trabajos, como en un campo, está escondido el Reino de Dios. Que como dice San Pablo, es justicia, y paz y gozo en el Espíritu Santo; y experimentarías cómo tienes fuerza para sufrir aires y vientos de persecuciones, sol de tentaciones carnales, heladas de las que causan los demonios, y beberías ponzoña y no morirías con ella, porque aquel fuerte amor de Jesucristo Nuestro Señor a los que con porfía le buscan, de tal manera enseña al ánima, que puede decir con San Pablo (Philip., IV): *Yo sé abundar y sé pa-*

decer pobreza; ser humillado y ser ensalzado; en todas cosas y en todo lugar me sé haber bien. Y este amor que así enseña, hace al ánima tan robusta, que puede decir: *Todas las cosas puedo en aquel que me conforta.* ¿Qué se puede comparar con alegría y riquezas de aquesta salud? ¿Qué trabajo puede ser grande saliendo tan precioso fruto de él?

No sé por qué las personas de ánimos generosos, a quien Dios dió lo que han menester para pasar esta vida sin que se ocupen en lo ganar, ¿porqué no se enamoran de joya tan preciosa, de salud tan firme y alegre? Pues que deben pensar que no los desocupó Dios de los trabajos de los hombres para que viviesen en ociosidad o en malas ocupaciones, causadoras de mayores pecados, como si no fueran gente tan principal. No fué éste el fin de Dios, sino hacerlos en el cielo más grandes que a otros, como acá los hizo; y el medio para esto son los más justos y devotos ejercicios; y para que los pudiesen hacer, desocúpalos de las cosas de acá, líbralos de las de aquella maldición echada a los hombres: «En sudor de tu cara comerás tu pan»; para que en lugar de aquella obra terrena que mantiene al cuerpo, se ocupasen y sudasen en escardar su ánima de la hierba de las malas pasiones; la arasen y revolviesen con el arado de la cruz e imitación de ella, y se sembrase en ellas Jesucristo crucificado, y no se contentasen con cualquier fruto, sino que fuese muy grande, colmado y perfecto.

Posible es que convidados algunos con el deseo de aquesta salud (pues a todos nos es enojosa la enfermedad) conciban propósito firme de querer curarse de sus enfermedades, y me pregunten que quién es el médico de ellas, y cómo y con qué condiciones se hace esta cura. Bendita sea tu misericordia, Señor, que tan a tu cargo están los enfermos, que para remedio de ellos enviaste del cielo un gran Médico: porque, como dice San Agustín, había en el mundo un gran enfermo. Leed las quejas que Dios da por el Profeta Ezequiel de los pastores de aquellos tiempos: «Porque no curaban las ovejas con aquel cuidado que era razón, no sanaban a las enfermas,

no esforzaban a las flacas, no ataban las quebraduras, no traían a la manada la que se había perdido, ni aun la buscaban; y enojado de esto, dice el Señor: *Yo libraré mi manada de la boca de estos pastores, y no se las tragarán más;* porque esto dice el Señor Dios: «Mirad, que yo mismo buscaré mis ovejas y las visitaré; y así como el pastor visita su manada, en el día que estuviere en medio de sus destrozadas ovejas, así visitaré yo mis ovejas, y las libraré de todos los lugares, en los cuales fueron esparcidas en el día de la nube y obscuridad. Yo las apacentaré en pastos muy abundantes; en los altos montes de Israel serán los pastos de ellas; allí descansarán en las hierbas verdes, y en los pastos gruesos se apacentarán. Yo apacentaré mis ovejas. Yo haré que se echen, dice el Señor Dios; yo buscaré lo que se había perdido; yo tornaré lo que había sido alanzado; yo ataré lo que se había soltado y desmandado; yo esforzaré lo flaco, y guardaré lo que está fuerte y grueso, y en juicio las apacentaré.»

Grandes promesas y piadosas palabras dice aquí Dios, manifestadoras de su mucha caridad para con sus ovejas, y tanto hace por su remedio. «Yo mismo—dice el Señor—las visitaré; y ¿queréis saber cómo?—añade Dios Padre, diciendo:—Yo despertaré sobre ellas un Pastor que las apaciente; a mi siervo David; ese las apacentará, y él será pastor de ellas, y yo su Señor: seré su Dios, y mi siervo David, Príncipe en medio de ellas.» Cuando estas palabras se dijeron, muy muchos años había que el Rey David era muerto, y sin duda ninguna este David que Dios había de dar por pastor a los hombres, Jesucristo Nuestro Señor es: y con razón tiene este nombre, que quiere decir, fuerte con la mano, pues hizo las mayores hazañas, y de mayor fortaleza que nadie hizo, que fué matar la muerte y pecado y ganar a los hombres la gracia de Dios, y hacerles herederos del cielo. Este Señor, por ser Dios, es dueño de las ovejas, pues las crió con el Padre y con el Espíritu Santo, y llamóse siervo y obedeció en la obra de la Redención de los hombres: según está escrito (Isaí., XLIII): *El libertará mi cautivi-*

dad. Y en otra parte: *La voluntad del Señor en la mano de él será prosperada.* Este Señor fué del cual está escrito (Baruc., III), *que halló el camino de la doctrina, y la dió a Jacob su siervo, y a Israel su amado;* lo cual fué cuando en el monte Sinaí dió su Ley al pueblo de los judíos. Después de lo cual, dice el Profeta, fué visto en la tierra y conversó con los hombres.

Muy bien proveído fué que Dios humanado fuese nuestro Pastor y nuestro remedio, para que quedasen llenos nuestros corazones de esperanza, que pues no hay cosa mayor que Dios, ningún mal nuestro hay sin remedio, si queremos aprovecharnos de él. ¿Quién contará cuán bien ejercitó este Señor (cuando al mundo vino) el oficio de Pastor, predicando, sanando enfermos, resucitando muertos, consolando tristes, perdonando pecados? Y en testimonio que era Criador del hombre todo entero, y que su remedio era bastante para todo el hombre, mantenía las ánimas con cosas espirituales, y remediaba al hambre de los cuerpos y las otras enfermedades en el trabajo que lo habían menester. Visitó a sus ovejas, visitó como el pastor que está en medio de ellas, sanando lo enfermo, esforzando lo flaco, guardando lo sano, buscando lo perdido, y trayéndolo al rebaño aun encima de sus propios hombros; y en fin, dando remedio a sus ovejas de todos los males que les habían venido en el día de la nube y de la obscuridad del pecado original, y también de los mortales y veniales que ellas han hecho, si de ellos piden perdón y hacen penitencia verdadera. Sanólas puesto en medio de ellas, viviendo, y en medio de dos ladrones muriendo; puesto encima de su cayado, que es la santa Cruz, para como desde lugar alto mirar mejor por sus ovejas, por las cuales moría. Dichosas ovejas, que vieron y oyeron las obras y la voz de su propio Pastor, con las cuales los que de El se sabían aprovechar, maravillosamente eran apacentados y remediados.

Alabada sea tu bondad, Señor, que te traía por tierra sanando enfermos, enseñando ignorantes, andando en medio de ellos haciéndoles bien, como cuidadoso Pastor a sus amadas ovejas. Y otra vez y otra vez seas alabado,

porque tu grande bondad y amor excesivo que a los hombres tienes, no se acabó en aquellos tiempos, ni en aquella tierra, mas extendióse por todo el mundo, y por todos los años que el mundo durare. Danos, Señor, danos por tu misericordia espíritu, no de este mundo, más del Espíritu Santo tuyo, con cuyo favor alumbrados y fortificados conozcamos y agradezcamos esta inefable merced de que estamos hablando, que Tú mismo, que entonces personalmente estabas y andabas con tus ovejas mil quinientos y tantos años, nunca las desamparaste, y Tú mismo estás aquí entre nosotros, y estarás, mientras el mundo durare, en tu Iglesia.

¿Qué es esto, hermanos? ¿Qué es esto? ¿Cómo no salimos de nos de admiración? ¿Cómo no estimamos esta merced? ¿Porqué no nos tenemos por ricos y bienaventurados, por tener con nosotros a Nuestro Señor? ¿Y porqué no somos más cuidadosos de aprovecharnos de tal pasto y Pastor? Veislo allí al Príncipe soberano cómo está en medio de sus ovejas, que somos nosotros. Y aunque parece que no hace nada, desde allí ejercita con sus ovejas las obras de verdadero Pastor. Paraos a contar los beneficios que entonces hacía, y veréis que no los hace menores ahora, y aun por ventura mayores, pues da fe con que le conozcamos y amor con que le amemos, más que al vulgo de la gente de entonces.

Meta cada uno en su conciencia su mano, y mire qué pasto recibe de la mano de este bendito Pastor cuando viene a Misa, cuando le adora y principalmente cuando comulga y lo recibe en su pecho. Que verdad digo, y verdad de Dios, que este Príncipe nuestro, Jesucristo, Médico y Pastor amoroso, está entre nosotros, y El mismo entra en nosotros, y obra en sus ovejas todo lo que obró por las calles, plazas y templos de Jerusalén; mirad que lo recibáis bien, que por su parte El sanará vuestras enfermedades, que os quedaron como reliquias del día de la nube y de la obscuridad del pecado original, y aun de las reliquias de las malas costumbres, y de la flaqueza de la virtud, que de los pecados que vos habéis hecho os han quedado; y finalmente, hallaréis aquí lumbre contra

la ignorancia de lo que debéis hacer; hallaréis bondad contra vuestra malicia; facilidad para bien obrar, contra la dificultad que sentís, y ese malo y extraño calor (que se llama concupiscencia o *Fomes peccati*) que mora en nosotros, que nos va gastando nuestra virtud, y enflaqueciéndonos, y siendo causa que caigamos en pecado: este divino Sacramento, este Médico y Pastor enviado del Padre, con el rocío de su gracia templa aquel mal calor para que no nos gaste tanto ni tenga tanta fuerza en nosotros. Y como es propio manjar en nuestra ánima, esfuerza nuestro corazón, y con su excelencia restaura lo que el mal calor de nuestra concupiscencia había gastado de nuestra virtud: y no sólo hace esto, como el pan y manjar corporal lo hace en el cuerpo, mas mucho mejor; porque lo que el manjar corporal restaura en el cuerpo, no es tan bueno como lo que se había perdido; y de ahí nace, que como se va poco a poco gastando, y no se restaura tan bien como se perdió, necesariamente viene el hombre a morir. Y para que en el estado de la inocencia se supliese aqueste defecto, ordenó la divina Sabiduría que los hombres tuviesen otros manjares con qué mantenerse, comiesen del árbol de la vida, con cuyo fruto se remediaba aquella falta que no podían remediar los otros manjares.

¡Cuán admirables son tus obras! ¡Quién fuese tan dichoso que pudiese decir con verdad lo que dijo David (Psalm. CXXXVIII): *¡Y mi ánima lo conocerá mucho!* Cuánto te debemos, cuán poco te lo servimos, y algunos hay que aun no miramos en ello. Merced hiciste a los hombres de proveerlos con mantenimiento cuando vivieron en tu obediencia; y mayor merced fué plantarles un árbol en medio del Paraíso terrenal (que se llamaba el árbol de la vida) para que comiendo de él, su salud y fuerzas no enflaqueciesen y se disminuyesen. Mas en comparación de Ti, mi Dios y Señor, manjar verdadero, que vales por manjar y por árbol de vida, plantado en tu Iglesia, como aquí te tenemos en medio de nosotros, aquello que parecía beneficio queda tan obscurecido con el resplandor de éste, que quita la gana de acordarse del

otro árbol de la vida, manjar de nuestra ánima, hierba molida, majada con graves tormentos, para que seas puesta por emplasto saludable encima de nuestras heridas, y seas sustento de nuestra flaqueza y restauración de lo que por el pecado (que mora en nosotros) hemos perdido. No hay miel rosada, no hay medicina que así chupe la podre que mana de nuestras llagas como esta divina medicina lo hace en nuestra ánima, renovando y haciendo cada día lo que una vez hizo con una mujer enferma de doce años, que siendo tocada en lo postrero de sus vestiduras, luego sanó, y se restañó la fuente de la sangre que de ella salía.

No lo dude nadie, no; medicina eficacísima es este divino Sacramento bien recibido para templar todas nuestras pasiones, para alumbrar todas nuestras ignorancias, para confortar nuestro corazón. Contra toda flaqueza hay pelea; y si creéis que aquel maná corporal pasado, manjar de cuerpos, que al fin se morían los que comían, le daba Dios tal virtud, que si el que lo comía era bueno, aunque el sabor natural era de pan con miel, le daba Dios tal virtud, que siendo unos granillos blancos y pequeños, supiese a perdiz y capón, y generalmente a todo aquello que el buen hombre que lo comía quería; este bendito Señor Nuestro ha puesto en el manjar que allí está remedio bastante y sobrado para todos cuantos males tenemos y podemos tener; y San Juan lo vió esto, y lo agradeció el Profeta David, cuando dijo: *Pusiste en mi acatamiento una mesa contra todos los que me atribulan.* ¡Oh, grande palabra! ¡Oh, poderoso remedio! Consuelo eterno para los necesitados que de él se quieren aprovechar, y justa causa de condenación para los que no. ¿Qué decís, santo Rey David? ¿Qué mesa es ésta contra todos los que os atribulan? Contra todos, mundo, carne, demonio, pobreza, riqueza, males de cuerpo, males de ánima.

¡Oh, palabra, tan grande como verdadera contra todos los que me atribulan! Vengan aquí los atribulados y halláran su remedio; no se queje nadie ya, este mal tengo y aquéste; sino quejaos de vos mismo, porque estáis en

pobreza de no venir a la mesa del entero remedio. Y los que os sentís aliviados de la carga de vuestras pasiones, y con más fuerza para bien obrar, mirad que os aviso, si queréis que el bien os dure, comulgad. San Bernardo dice (*Bernard. in Serm. de Cœna Domini, lit. T.*): *Si quis vestrum non tam sæpe modo, non tam acerbos sentit iracundiæ motus, invidiæ, luxuriæ, aut cæterorum hujusmodi, gratias agat Corpori, et Sanguini Domini; quoniam virtus Sacramenti operatur in eo, et gaudeat, quod pessimum ulcus accedat ad sanitatem.* Y conforme a esto, dice San Ambrosio: «Que este divino Sacramento es dado para remedio de nuestra cotidiana flaqueza.» Gran verdad nos dice, y con aquella flaqueza nos avisa de la causa porqué teniendo manjar tan poderoso contra nuestra flaqueza, todavía estamos tan flacos. ¿Queréis oír cuál? La flaqueza es de cada día, el comer es de año a año, o poco menos; viene tarde el socorro del bastimento y la medicina de la herida; y así, aunque alguna vez aprovecha para que después que el hombre cayó y murió se levante, mas no aprovecha para preservar de la muerte, por ser tan de tarde en tarde comido.

Pluguiera a Dios, que cuando los ministros del Rey de Babilonia encendían en ti el horno de las concupiscencias, te llegaras al altar y recibieras a este Señor, y no tuvieras que llorar tu caída, y probaras la virtud de este sacratísimo Pan, que conforta el corazón del hombre para no caer. Y no sólo pierden el fruto de este árbol de vida éstos que tan tarde lo comen, mas también los que a menudo, y por no saber usar de esta medicina. Todos los enfermos desean sanar, mas no todos se quieren poner al trabajo de la cura, y sin la obra aprovecha poco el deseo. Adviértase bien: es como para purgarse; uno recibe jarabes, deja de comer lo que quiere, come lo que mal le sabe, sufre sangrías y otros trabajosos remedios, entendiendo que le va más en su vida, y el que se holgaba mucho andar por las calles y aun por el campo, se encierra en su casa, y se mete en un rincón, como preso en cárcel, y con esfuerzo sufre estar privado de su voluntad y hace lo que es contra ella por recobrar la

salud perdida y gozar la vida de sano, y con todo esto aún le sale muchas veces en balde lo que esperaba, y sobre su enfermedad se queda con sus trabajos; y algunas veces, el que era enfermo y rico se queda enfermo y pobre, y aún más enfermo que antes, que por eso leemos que acaeció así a la mujer de doce años enferma, para que entendamos que no es ella sola a quien esto acaece.

¿Qué responderemos en el juicio de Dios pasando tantos trabajos, tormentos y martirios con esperanza de salud incierta, y la que se alcanza o se torna presto a perder, o se acaba del todo con la muerte: y que por alcanzar la salud del ánima, que para siempre ha de durar, se nos hace de mal confesar nuestros pecados, hacer de ellos penitencia, pagar lo que debemos, perdonar nuestras injurias, cesar de otros negocios por pensar nuestros pecados? Y finalmente, querémoslo hallar todo hecho, sin que nos cueste trabajo, ni que perdamos de nuestros antojos poco ni mucho, dando a entender con las obras que la salud y vida del ánima, y el alcanzar la gracia de Dios y gozar del mismo Dios para siempre, es cosa de tan poco valor que no queremos por ello dar precio ninguno. Y por ventura hay algunos que no lo quieren recibir, aunque se les conceda de balde. En cargo, Señor, te lo tienes esto que te quiero suplicar, mas todavía lo diré por celo de tu honra, y en confusión de los que en poco te precian, que no te des a nadie para que te posea, sino al que te amare y preciare sobre todas las cosas; y si le pidieres la honra, la vida y la hacienda, por Ti lo dé todo de buena gana, y piense que aun con todo esto te ha comprado barato.

¡Oh, falsas balanzas de aquellos de quien se verifica lo que está escrito! (Psalm. CV): *No tuvieron en nada la tierra digna de ser deseada; donde se puede esperar que el justo Juez pondrá nuestras balanzas falsas en la picota del infierno para siempre jamás.* Y los que por su misericordia pasan el trabajo que es menester para limpiar sus ánimas, y ser hechos hábiles para recibir a este Señor, medicina cordial de los flacos y quebrantados, no

se descuiden por haberlo recibido con el digno aparejo; porque si no tienen cuenta sino con que se gaste bien aquel rato de cuando confiesan y comulgan, y no guardan la salud recibida, acaecerles ha gozar tan poco de la salud, poco menos que los que no la reciben. Hermano: San Bernardo dice que muchos tienen costumbre de ser oradores, y no tienen vida de oradores, porque el que trata con Dios en la oración un rato, hásele de parecer en lo demás de la vida. Que si vos lloráis en la oración, y cobráis alguna mejoría, y por parlar y reír perdéis lo que allí ganasteis, nunca en vuestra vida enriqueceréis, ni saldréis de pobreza y miseria si no os llegáis a la mesa del Señor y recibís al mismo con razonable aparejo, y vais confortado y santificado por haber participado de la fortaleza y santidad verdadera; y si os sentáis a otras mesas llenas de parlería, de diversidad y muchedumbre de manjares, y muy más despacio que estuvisteis en la mesa del Señor, no os maravilléis que esté vuestra ánima flaca, pues la salud que aquí recibió, allí la perdió.

La vida cristiana no es cosa que consiste en un punto sólo. Cosa junta es como una cadena que contiene en sí muchos eslabones que se han de llevar todos juntos, o dejar todos juntos; y quien quisiere gozar bien de los frutos de este divino Manjar, toda la vida ha de ordenar de manera que sirva, o para bien recibir aquesta salud, y para guardarla después de alcanzada. Mirad que cuando toma el enfermo alguna medicina, dícenle que repose sobre ella, para que obre su efecto; y si no lo hace así, no sólo perderá el provecho de ella, mas si sale luego a que le dé el aire, por ventura le fuera mejor no haberla recibido. ¿Cómo queréis vos que obren en vos los excelentísimos frutos de esta celestial medicina, después que la habéis recibido, si en lugar de estar recogido un buen rato, agradeciendo la merced recibida y gozando del huésped que en vuestras entrañas tenéis, os salís luego al aire de los temporales negocios? Y plega a Dios que no sea a parlar y murmurar, y no sólo no saquéis fruto de tan gran merced, mas cometáis pecado nuevo por el

desacato que cometéis en no hacer presencia y estar en conversación con nuestro Dios y Señor, que tan benignamente ha concedido a venir personalmente a visitaros.

Cosa nunca vista y de tan mala crianza, que suplicando vos a un Rey que venga a vuestra casa a veros, que estáis enfermo, y a remediar vuestras necesidades, y en entrando él por la puerta de vuestra cámara os levantáis vos y vayáis a entender en otros negocios; ni se hace con Reyes, ni con grandes señores, ni con hombre a quien se tenga respeto, por pequeño que sea. Sosegaos, hermano, para que obre en vos esta divinal medicina, y después en vuestra casa tened algún lugar señalado donde con reposo del cuerpo entendáis en considerar vuestras enfermedades, y las gimáis, y os castiguéis por ellas, y pidáis al Señor medicina, y las tengáis tan sabidas y tan en la uña, que después de haberlas llorado en la confesión, vengáis a esta mesa sagrada y sepáis contar al celestial Médico qué enfermedades tenéis, dónde os duele, y se las presentéis, con esperanza que como por tocar un hombre muerto a los huesos secos del Profeta Eliseo fué resucitado, recibiendo vos a Jesucristo vivo, no iréis enfermo; y si sabéis guardar lo que allí se os diere, cierto experimentaréis la grande merced que Dios hizo a los hombres en darles licencia para comulgar, según está escrito: *El que guarda la higuera, comerá los frutos de ella.* Porque de otra manera, miedo me he, que como en aquel tiempo, que este sagrado Pastor, viviendo vida mortal, andaba en medio de sus ovejas, usando oficio de sabio Médico y de amoroso Padre, no lo supieron estimar, y dijo San Juan Bautista: *En medio de vosotros está el que no conocéis;* que así ahora hay muchos, que aunque por conocimiento de fe muerta creen aqueste divino Misterio, mas con la afección hacen tan poco caso de él, que por gozar de él no quieren pasar un poco de trabajo en poner rienda a sus pasiones, en entender en buenas obras; antes huyen de llegarse a él muchas veces, por no obligarse a vivir con mayor cuidado y a negar en algo su propia voluntad.

Grandísima merced es estar en medio de nosotros este

divino Pastor. Gran cuenta se ha de dar de tal beneficio y recísimo castigo al que no se aprovechare de él. Tomemos mejor acuerdo los cristianos, y lo que Dios nos da para nuestro bien, por su inefable bondad, no lo torne en daño nuestra negligencia. Comencemos nuestra cura en confianza de tan buen Médico, que cura, y da las medicinas de balde, de balde digo, en respecto de nosotros, porque a El la vida le costó hacerse nuestro Médico, y nuestra medicina y nuestro precio. Y no sólo cura de balde, mas aun paga muy bien pagado a quien se quiere curar con El: y es Médico tan acertado que ningún enfermo que se curare según sus reglas dejó ni dejará de sanar. Lo que se nos pide es, que queramos ser sanos y entendamos en nuestra cura, y aunque no sanemos luego del todo, no desmayemos por ello: la enfermedad es larga, y la salud que en esta vida se alcanza, más semejable a convalecencia es que a perfecta sanidad. Y aunque está escrito que la enfermedad larga es cosa pesada para el médico, no ha aquí lugar;«porque aqueste Señor ámanos tanto, que no se cansa de entender, por toda la vida que sea, en curar nuestras enfermedades; y no dice: pues que no sanáis luego, y no os esforzáis cuanto podéis, no quiero perder mi tiempo ni cansarme en curaros. No, no hay tal cosa en la condición de aqueste Señor, que escrito está de El: «No quebrará la caña que está quebrantada, ni la vela que echaba un poco de humo, no la acabará de matar.» Pacientísimo es, y con ver que os vais mejorando en algo, os esperará a que mejoréis más: y mucho respeto tiene a nuestra flaqueza, para no dejarnos de curar, aunque no nos vea tan diligentes como era razón en pasar los trabajos de nuestra cura; y aquel poco deseo y cuidado que tenemos de nos curar, aunque flaco como fuerza de caña quebrantada y como calor de vela apagada, le mueve más a sufrirnos, esperarnos y mejorarnos, que lo que nos falta a echarnos de sí y quebrantarnos del todo.

Bien conoció el Eterno Padre la flaqueza de los hombres, y por eso el Pastor que nos envió le henchió primero de tan grandísimo amor para con sus ovejas, que

por mucho que ellas tengan pesadumbres y faltas. El tiene mucho más sin comparación para las sufrir y llevar encima de sus hombros: y está el mismo hombre enfermo tan descontento de sí y desesperado de alcanzar salud, que él mismo no se puede ver ni sufrir, y se querría echar a los perros; (y) este Señor, que ama a sus ovejas más que ningún hombre se amó a sí mismo, no está cansado de las sufrir ni curar, y les da buena esperanza de que no apartándose de las manos de El les dará en el tiempo que les conviene la salud. Osemos acometer esta empresa de pelear contra nuestras pasiones y contra el mundo, y demonio y carne, y contra cuantos impedimentos tuviéremos para nuestra salud, y entendamos que este Señor es favorecedor de todos los que quisieren comenzar esta guerra en provecho nuestro y en honra de El, y que es más poderoso su sólo favor para nos salvar, que todos los contrarios para nos destruir.

No te espanten, cristiano, muchedumbre de pecados que hayas cometido, ni flaquezas presentes, ni peligros en lo por venir, ni innumerables contrarios que parezcan muy más fuertes que tú. Y acuérdate de que estando Gedeón en grande aprieto por un innumerable ejército que venía contra él, le confortó el Señor diciendo: «No temas, que yo te entregaré este tan poderoso ejército para que lo venzas: y porque con más osadía acometas la guerra, desciende disimuladamente esta noche al real de los enemigos, y allí oirás palabras con que te conforte.» Descendió y oyó que estaba uno contando a otro el sueño siguiente: «Parecíame que del real de Gedeón venía un pan hecho debajo de la ceniza, y venía revolviéndose como rodando, y entró por nuestro real y no paró hasta la principal tienda de todas, y desde lo alto hasta lo bajo da con ella en el suelo, y queda todo nuestro real destruído y vencido». Y dijo el otro que oía este sueño: «No es eso otra cosa sino la espada de Gedeón, varón de Israel, que ha de venir contra nosotros y vencernos a todos.» Lo cual oído por Gedeón adoró al Señor, y con buena esperanza de la victoria tornóse al real, y con solos trescientos hombres, y sin que usasen de sus

armas, venció innumerable copia de gente, para que se cumpliese la verdad de Dios que el otro había soñado: Que la virtud del pan cocido debajo de la ceniza fué bastante a destruir el ejército de Madián.

Alabado seas, Señor, para siempre, que confortaste a Gedeón con el sueño, y a nosotros con la verdad allí figurada, y por eso nuestro conforte es mayor, pues tenemos en nuestro favor al verdadero Pan Jesucristo, concebido y cocido con humildad, y en forma redonda como estaba el otro: en el cual nuestros enemigos (sean cuales fueren, sean cuantos fueren) serán destruídos y vencidos de los que recibiendo este sagrado Pan, somos hechos participantes de su virtud. Y pues el Capitán es tan poderoso, el Médico amoroso y sabio, el trabajo de la cura y de la guerra se irá poco a poco disminuyendo con la buena costumbre. Las leyes de la guerra son tan favorables, que aunque uno sea herido, no por eso, sino por huir de la guerra, perderá la victoria. Comencemos con denuedo nuevo partido por la honra de Dios, no confiados en nuestras fuerzas, mas en las suyas, y tomando con una mano la trompeta de la confesión de la fe, y especialmente la del artículo de este divino Misterio, con la otra mano quebrantemos el barro de nuestro cuerpo, afligiéndole con pena: para que en el cuerpo quebrantado, aparezca la luz de la buena vida para gloria de Dios: que con estas armas venció Gedeón a los madianitas, y venceremos nosotros a nuestros contrarios con el favor de aqueste divinísimo Pan, alto y humillado, que recibiéndolo y humillándonos, nos ensalzará con poderosa virtud.

TRATADO X

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Qui manducat meam Carnem, et bibit meum Sanguinem, in me manet, et ego in eo.

«Quien come mi Carne, y bebe mi Sangre, está en mí, y yo en él.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

PARA subir a las cosas altas no basta un solo escalón, ni para agotar un grande lago de agua basta una sola vasija; y cuanto una cosa es más excelente, más nombres y más inducciones ha menester para ser declarada. Esto parece manifiesto en la cosa más excelente de todas, que es la divina Esencia: pues siendo ella una, y más unísima que ninguna de las cosas, ha menester más nombres y semejanzas, para que cada una por su parte declare algo de la infinidad de perfecciones que ella juntamente en sí tiene. También es notorio cuán muchas figuras, sacrificios, ceremonias, nombres, profecías y semejanzas están escritas en el Viejo Testamento para declarar la excelencia de un solo Jesucristo Nuestro Señor: y por esto no es de maravillar que, pues el Misterio que al presente tratamos, de la dulcísima unión entre Jesucristo Nuestro Señor y los que bien le reciben, es tan grande, no

nos contentemos con declararla con una sola metáfora de comer y beber, mas que añadamos otras, no de nuestra cabeza; porque en cosa tan alta y tan sobre nuestro sentido, ¿quién osará seguir otro parecer que el de Dios y su Iglesia? Para que de Aquél mismo venga la lumbre con que conozcamos este gran bien nuestro, de quien viene el hacer la merced, y tengamos por maestro a quien tenemos por bienhechor. La metáfora que en este presente tratado nos ha de dar lumbre para el conocimiento de este sagrado Misterio, nos la dió Dios por boca del Apóstol San Pablo, órgano muy usado para declarar las riquezas investigables de Jesucristo Nuestro Señor, que para sí y para nosotros tiene; y a Este llama por nombre de cabeza y cuerpo, o cabeza y miembros. En una parte dice, hablando de Cristo: «El es cabeza del cuerpo de la Iglesia»; y en otra parte: «Que Dios Padre dió a Jesucristo Nuestro Señor por cabeza de toda la Iglesia»; y en otras partes usa de esta misma metáfora, como cosa en que hallaba particular gusto, y que entendía ser conveniente para nuestra consolación, porque declara muy al propio este gran beneficio de la unión de Cristo y nosotros.

Había Dios dado a Adán, hombre primero, que fuese cabeza de todos los hombres, principio de todos ellos, y que si él permaneciera en los bienes en que Dios le crió, se derivasen de él en ellos como de una cabeza a su cuerpo; mas porque aquella cabeza fué de mal seso, quebrantado el mandamiento de Dios, cayó en desprecio y deshonra en los ojos de El, y fué despojado como traidor de los bienes que había recibido, y de otros mayores que esperaba recibir, y fué condenado a muerte y a graves penas por la divina Justicia, pues no había querido aprovecharse de su gracia y misericordia. Cabeza deshonrada, pobre y condenada, ¿qué pudo pasar a sus miembros sino lo que ella tenía? Y porque el demonio tuvo derecho sobre él, mediante el pecado, túvole también contra sus miembros; no como quiera, sino siendo cabeza de ellos, influyéndoles de su ponzoña y haciéndoles participantes en sus penas.

Alaben al Señor sus misericordias y sus maravillas en los hijos de los hombres, porque se adoleció de las miserias de ellos, y los sacó del profundo de la deshonra y de la pobreza de las cosas espirituales (Psalm. CVI), y les rescató de las penas que debían, y les quitó cabezas tan malas como eran Adán y el demonio. Y no se contentó su misericordia con sacarnos de estos males, tornándonos a la honra y riquezas que antes teníamos; mas multiplicando su magnificencia, remediónos con tanta ventaja de lo que antes teníamos, como excede el cielo a la tierra; dió-nos por remedio a Jesucristo su Hijo bendito; y no como quiera, mas diónoslo por cabeza, cuyo cuerpo fuésemos nosotros, con lo cual quedamos, sin comparación, muy más honrados y agradables a Dios que antes estábamos deshonrados, y que estuviéramos, si por otro modo ordenara nuestro remedio. Pudiera muy bien su infinita Sabiduría tornarnos a dar a Adán por cabeza, o algún hombre que viniera de él, por el cual nos viniera el bien que habíamos perdido; mas para enseñar Dios las riquezas de su misericordia y la grandeza de su amor con los hombres, y su inefabe sabiduría, tomó el vaso quebrado en las manos, y no se contentó con hacerlo como antes estaba, mas hermoseólo y honrólo con muchas ventajas.

Grande honra fuera tener por cabeza un hombre bueno, y mayor tener un ángel, y mucho más un serafín, y fuéramos ocasión de alabanzas y gracias al Señor, que tanto bien nos había hecho: pues ¿cuáles serán aquéllas que debemos dar, porque pareciéndole todo poco, no por serlo ello, sino por el grande exceso del amor que nos tiene, nos dió por cabeza al mismo Hijo suyo y Verbo encarnado? De manera que si entonces nos pudiéramos gloriar de que teníamos honra en nuestra cabeza, y de que era ángel nuestra cabeza, digamos ahora que tenemos una cabeza, que es Dios, y seamos una persona mística con El. Cosa parece ésta que espanta oyéndola, y que hace encoger al hombre, mirando su poco valor; y parécele como desigual, que sea él parte o cuerpo que tenga a Dios Humanado por su cabeza; mas, en fin, llega la bondad divinal hasta a hacer estos bienes a los mi-

serables, para que se verifique lo que dijo Isaías (XLIII): *Este pueblo formé para mí, cantará mi alabanza.* Obra es de Dios. El da testimonio de ella, creámosla, alabémosla, aprovechémonos de ella, pues tan buena fué nuestra dicha que por la gracia de Dios nos cupiese tal suerte. Cristo nos es dado por cabeza; y conviénenle muy bien las propiedades de este nombre, porque tiene con mucha verdad lo que significa. La cabeza es más alta que todo el cuerpo, y Cristo más alto que todos los hombres y todos los ángeles: en la cabeza están los cinco sentidos y el regimiento y gobierno de todo el cuerpo, y en Cristo, toda la sabiduría, todas la gracias, el poderío y la gobernación del cielo y de la tierra.

Si de la cabeza desciende influjo de espíritus que den movimiento y sentimiento a los miembros del cuerpo, mucho mejor desciende el Espíritu de la gracia de Cristo en los suyos, con que viven y obran obras de vida agradable y meritoria delante los ojos de Dios. La cabeza es de una misma naturaleza con el cuerpo, y Jesucristo Nuestro Señor por la parte que es Hombre, es de una misma naturaleza con nosotros: y por esto, aunque por ser Dios le pudiesen convenir las otras condiciones de cabeza, mas porque no es de una naturaleza con nosotros, ni el Padre ni el Espíritu Santo no se llaman con aquella propiedad cabeza nuestra, como se llama El, en cuanto Hombre. Había mucha distancia de Dios a nosotros; abajóse a hacerse hombre y ensalzónos a nosotros, haciéndonos cuerpo de aquel Hombre, para que así, por medio de El y en El, nos juntásemos con Dios, de quien tan apartados estábamos: Dios en El y nosotros en El; no se pudo hallar mejor medio para nuestro remedio.

Bienaventurado reino que tiene tal Rey, mucho más sabio que Salomón para saberlo regir, y mucho más rico para poder enriquecer a los suyos, y tan lleno de amor para con ellos, para tratarlos, curarlos y regalarlos como lo es una cabeza para con su cuerpo. ¿Quién podrá, Señor, callar tales misericordias? ¿Quién podrá, Señor, hablar tales misericordias? ¿Qué hacen los hombres que no vienen a juntarse con esta sagrada y honrada cabeza

para huir de la deshonra, que por ser miembros de Adán y del demonio los tiene metidos en el profundo de la bajeza y desprecio delante el acatamiento de Dios? Tienes, hombre, tantos pecados sobre ti que no los puedes sufrir, y anda tu ánima acorvada con el mucho peso que sobre ti traes, diciendo con David: *Mis maldades han sobrepujado mi cabeza, y como carga pesada se han apegado sobre mí.* Tus pecados pesan más que tú y no los puedes pagar, aunque te vendan y entreguen en manos de todos los tormentos que de aquí al fin del mundo te pudiesen dar; mas ¿qué digo? ¡Hasta el fin del mundo tanto mal! Es el pecado talento de plomo tan pesado, que sin hacer agravio ninguno, merece ser castigado con tormentos que no se acaben mientras Dios fuere Dios. ¿Qué os maravilláis que un pecador ande triste, y la conciencia herida con remordimientos crueles, fatigado, desesperado, y temeroso dondequiera que esté, considerando que tiene por enemigo al Omnipotente Dios, de cuyas manos no se puede librar? Debéis vos no sé cuantos dineros, y andáis penado y pensativo, y decís que no os entra en provecho lo que coméis y bebéis. Pues si está en la cárcel uno, y condenado ya a que pierda la vida, ¿quién osará pedirle a aquél que se alegre? Y si alguno se lo pidiere, el encarcelado no lo podrá hacer.

Liviana cosa parece el pecado cuando se comete; mas pesadísimo es después de cometido, y tal aparecerá el día que Dios viniere a juzgar los vivos y los muertos, y a castigar los pecados con fuego que nunca se acabe. Cristiano, siente este peso que sobre ti has echado; porque ¡ay de aquel que ya que no fuere para no pecar, no se le da nada de haber pecado! Mas tú, hermano, gime con el peso; mas no desesperes, abaja tu cabeza con vergüenza y dolor: y si quieres que venga por ti un día en que la tengas ligera y aliviada de esta grande carga y la puedas alzar sin confusión a mirar a tu Dios, yo te daré remedio muy cierto con que lo alcances. Jeconías estaba cautivo en Babilonia, y preso y pobre en la cárcel del Rey; y vino un día en que Dios le hizo merced de que el Rey Evilmerodach se acordase de él, y lo sacó de la cárcel,

y lo vistió muy bien, y lo sentó a su mesa; y dice la Escritura, que le levantó la cabeza. Si preso estás en poder del demonio, traerte ha pensamientos de desesperar, y aquellos que primero te decían: peca, que luego saldrás del pecado; Dios te perdonará, que misericordioso es; no eres tú sólo el que haces esto, cuando quisieres harás penitencia, y cosas semejantes, con que te aliviaban la carga que te querían echar encima de tus hombros: a ésos, si tú fueras cuerdo, habías de responder: «Quiero primero probar si puedo llevar esa carga, pues que a uno que vive de este oficio, si se le pide que lleve alguna carga de una parte a otra, ase primero de ella, y prueba si la puede alzar y llevar; y si ve que no, por cosa que le den no quiere tomar sobre sí carga que lo derribe en el suelo y lo mate o lastime.»

¡Oh, miserables, que en los infiernos estáis! ¿Porqué no probasteis primero, cuando os parecía pequeña la carga? Cuando no teníades en nada oír que el castigo del pecado es tormento de infierno para siempre jamás, ¿porqué no probábades siquiera lo medio, siquiera un poco de lo que ahora decís que es incomparable, y blasfemáis de aquel que tal peso y tormento os echó a cuestas, diciendo que no lo podéis llevar? Cristiano, prueba primero que hagas el concierto si puedes llevar el peso de la sentencia (Matth., XXV): *Ite maledicti.* Mas si fuiste tan inadvertido que a trueco de muy vil y pequeño precio echaste sobre ti la pesada carga del pecado mortal, no añadas mal sobre mal, ni eches sobre ti la pesada piedra de la desesperación, incompatible para sufrir, poderosa para en un punto dar en el infierno contigo. Entiende y siente que has hecho muy mal en dar males por bienes, enojos en lugar de servicios a tu Dios y Criador

Gime, que has sido ingrato al Señor que te compró con su Sangre y Muerte preciosa. Y si la muchedumbre de tus pecados, y la acusación de los enemigos, y la grandeza de los tormentos del infierno, el temor de la divina Justicia te aprietan tanto que te quieren hacer desesperar como a Judas, vete así espinado como estás con las punzadas de dolor que te dan tus pecados, y con confianza

cristiana dile a este Señor (Psalm. III): *¡Cuán multiplicados son los que me atribulan! Muchos se levantan contra mí, muchos dicen a mi ánima con pensamientos secretos, que no tengo salud en mi Dios.* Si me dijeran que no la tenía en mí mismo, no me deshicieran, ni me desmayaran, pues que el mal en mí está, el remedio no; mas decirme que no tengo parte en vuestra Redención, que me habéis arrojado de Vos, y que aunque sois Salvador, por mis grandes pecados no me habéis de salvar, esto, Señor, me desmaya mucho, y para esto os pido remedio, y que no me vea yo sumido debajo de la tempestad de las aguas ni caído en el pozo de la desesperación y cerrada la boca. Dadme fuerza, Señor, para que yo confiese mis pecados con esperanza de perdón, y que os diga con verdad las palabras que se siguen (Psalm. III): *Tú, Señor, que eres mi recibidor, honra mía, y que levantas y ensalzas mi cabeza: que entre yo, Señor, con verdad, dando gracias y alabando a vuestra misericordia; que con mi voz llamé al Señor, y que oyó mi voz desde su santo Templo* (que es vuestra santísima Humanidad).

¡Oh, pecadores, que tenéis los corazones espinados por haber ofendido al Señor! ¡Oh, pecadores, que de verdad queréis hacer guerra a vuestras pasiones por tener paz con Dios, y comenzar de nuevo partido con Dios, y por la obediencia de sus santos Mandamientos y de su Iglesia sagrada! No desmayéis, que tenéis en Jesucristo remedio, según está escrito (Psalm. CIII): *Los montes son para los ciervos, y la piedra es refugio para los erizos.* Si no has sido leal a Dios corriendo con ligereza el camino de sus Mandamientos, y no te puedes salvar por vía de la alteza e inocencia de vida, conoce tu bajeza, y que no has sido para correr por los montes, y entiende, que como Jesucristo Nuestro Señor es santidad de los Santos, y ligereza de los ciervos, que corren por el alteza de la vid, también es piedra puesta a la raíz del monte que está cebada y hecha casa donde reposen, y sean recreados los erizos llenos de espinas, que son los pecadores lastimados por haber pecado. Dile, si de verdad quieres ser suyo, confiado de su misericordia, lo que dijo David (Psalm. III):

Señor, Tú eres mi recibidor, Tú mi honra y el que levanta mi cabeza. Yo, Señor, me despeñé cuando caí en el pecado mortal, y por tu misericordia no caí hasta los profundos del infierno; no porque yo no lo mereciese, mas porque se cumpliesen en mí aquellas palabras dulcísimas que mandaste decir en alabanza de tu misericordia: «Cuando cayeren, no se quebrarán, porque el Señor pone debajo su mano.» (Psalm. XXXIX).

Alabanzas, Señor, sean a tu bondad, que ya que mi maldad me derribó al abismo del pecado, tu bondad me guardó que no cayesen en el del infierno, esperándome a penitencia para darme perdón. A Ti confieso por piadoso recibidor mío, y a mí por muy cruel ofendedor tuyo, y más duro que piedra contra Ti. Yo soy mi deshonra, porque te ofendí; y soy tu deshonra, porque fuí causa que te deshonrasen por mí: y Tú, Señor, con tu deshonra me honraste, y a boca llena te alabo y confieso por honra mía; que si oso llamarte, si oso alzar mis ojos a Ti, si espero verte en el cielo, siendo tan indigno de alzar mis ojos del suelo, a Ti, Señor mío, lo debo, pues por tu Sangre y Pasión espero que has de quitar de encima de mi cabeza la pesada carga de pecados que yo eché, y olvidarlos de tu memoria, como si no fueran hechos, para que yo tenga corazón para vencer la confusión de mi cara y levantar mi cabeza, no con soberbia, mas gloriándome en Ti, que libras de la confusión que tienen los pecadores, que levantas a los caídos, y del polvo y estiércol levantas al pobre, para lo asentar con los Príncipes de tu pueblo cristiano. Si mirándote a ti, ¡oh, hombre!, gimes y te hinches de confusión que no osas alzar tu cabeza, y mirando a Jesucristo Nuestro Señor, y tomando las medicinas que en su Iglesia dejó para que tus llagas sean curadas, tienes confianza de su perdón, haces muy bien ,y vendrá sobre ti la palabra divina, que consuela los tales, diciendo: «Al que espera en el Señor, su misericordia lo cercará, remediará y perdonará.» (Psalm. XXXI).

Mas para que sepas qué debes a este Señor, para que más agradecido le seas y mejor entiendas el misterio de la sagrada unión de Cristo con nosotros, cuya declaración

pretendemos, te digo, que aunque mucho debamos al Señor, porque levantó nuestra cabeza caída con el perdón de nuestros pecados, no sé si le debemos más por el modo con que nos la levantó. Dificultosa cosa es de juzgar; secretísima de escudriñar; denos El su santo Espíritu, al cual no hay cosa ninguna escondida, y que escudriña las profundidades del corazón de Dios para que sepamos este secreto. ¿Qué veía el Señor para levantar nuestra cabeza, la cual por nuestros pecados no osábamos nosotros levantar? Por la fe sabemos que el Verbo de Dios se abajó a hacerse hombre por ensalzar a los hombres: que no se contentó con esto, pues que también El hecho hombre abajó su Cabeza en el día de su sagrada Pasión. Aquella corona de espinas, claro está, que dándole golpes encima de manos tan crueles como las de los sayones, que con las cañas le herían en la Cabeza, lastimada con las espinas, se había de abajar e inclinar con el duro golpe.

¡Qué caro costaron al Señor los levantamientos soberbios de nuestra cabeza, pues que para librarnos de la burla y tormentos que por ellos merecíamos ofreció su sagrada Cabeza a trances tan dolorosos! Allí abajó su Cabeza con grave dolor, y en la cruz, cuando inclinándola dió su Espíritu al Padre. ¡Oh, oh, lo que te deben los hombres, Señor! ¡Oh, cómo no miran en ello! ¡Oh, cómo no huyen levantar mal sus cabezas! ¡Oh, cómo no las abajan a Ti para que Tú se las alces! Dejan perder la medicina tan preciosa y costosa que para nuestro remedio hiciste, y queremos más vivir de manera que tomes nuestras cabezas, y según está amenazado, las arrojes y quebrantes, que no gozar de la honra de poderte mirar, que con el abatimiento de tu Cabeza Tú nos ganaste. Mas ¿quién pasará adelante? ¿Quién le osará preguntar, si para levantar nuestra cabeza caída hizo El alguna cosa más de las dichas? ¡Oh, benditísimo Señor!, gracias a tu misericordia, que con abajar tu Cabeza, viviendo y muriendo, mereciste que yo fuese perdonado y mi cabeza ensalzada; y con bajar Tú a ser cabeza mía y a darme disposición para ser miembro tuyo, efectuase en mí lo que en la Pasión me ganaste. Señor, ¿qué haces cuando

te haces cabeza del hombre? Señor, ¿qué participación hay entre luz y tinieblas? ¿Entre justicia e injusticia? (II Cor., VI): «¿Entre el templo de Dios y de los ídolos? ¿Y entre Vos y Belial?» Vos, Señor, ¿no sabéis que suelen los hombres avergonzarse de cuando alguna persona, conjunta con ellos, comete alguna cosa fea, y tiénense por deshonrados, y tanto más cuanto la persona que comete el mal es más conjunta? Plúgoos satisfacer con dolores nuestros pecados: hiciérades como hacen los fiadores, que aunque pagan por aquellos a quien fían, pagan como por extraños, y no se les pega deshonra de lo que como tales hicieron, y créceles mucha honra porque pagan lo que no debían. Mas Vos, Señor, que habéis tomado por vuestras nuestras culpas para las pagar, tomáisnos a nosotros por cosa vuestra, siendo Vos tan enemigo de la maldad, tan honesto y vergonzoso, que ni aun verla, ni oírla, ni pensarla querríades. Mucho debiera de ser vuestro sentimiento de que personas conjuntas a Vos hiciesen las maldades que hemos hecho nosotros. ¿Quién sabrá este secreto, Señor? ¿Quién nos dirá qué sentisteis y cómo pedisteis nuestro perdón, y cómo lo alcanzasteis? Gracias a vuestra misericordia, que para consuelo de nuestras ánimas y para manifestación de vuestro grande amor con nosotros, haya vuestra providencia ordenado que el Espíritu Santo en la divina Escritura nos haya declarado este secreto de vuestro corazón, del negocio de nuestro remedio, tan oculto a nosotros.

Tomad, hermanos, por ejemplo, que unos criados de un hijo de un Rey hubiesen hecho una grande maldad y traición contra el Rey su padre, de lo cual el hijo del Rey estuviese muy sentido, y por ser muy bueno, estuviese como afrentado, porque cosa suya se hubiese desacatado contra su padre, y hecho fealdades indignas de que se nombrasen; y con todo esto, es tanto el amor que tiene a sus criados, que le constriñen a ponerse delante de la presencia de su padre, y aunque está rogando por ellos, se le avergüenza la cara delante el acatamiento de tanta limpieza, oyendo contar cosas de tan gran fealdad, y paréceles que por haberlas cometido cosa tan suya, se le

pega deshonra y está como afrentado delante de su padre.

Cosa, hermanos, usada es ésta, afrentarse el pariente del delito que hace el pariente; avergonzarse la madre de la fealdad que ha hecho la hija: si la relata pidiendo ella perdón, parécele cuenta un propio pecado que ella hubiese cometido. Por aquí podréis atinar, siendo nuestros pecados tan feos, siendo la limpieza de Cristo tan grande en cuanto hombre, que es el que pide perdón, y siendo muy mayor la del Padre y suya, en cuanto Dios, y del Espíritu Santo, delante de quien relatan los pecados, y a quien pide el perdón, ¿qué sentiría aquella sacratísima Anima cuando en tal tribunal lo relatasen y procurase alcanzar el perdón? ¿Queréis que lo diga el Espíritu Santo? Oíd sus palabras (Psalm. XLIII): *Todo el día está mi vergüenza delante de mí, y la vergüenza de mi cara me ha cobijado por lo que me daban en rostro y decían de mí, y por la faz del enemigo y del que me persigue.* Y para declaración de esto, acordaos que el Profeta Zacarías vió en espíritu a nuestro Jesús vestido de vestiduras sucias, y a la mano derecha de él estaba Satanás para hacerle contradicción.

¡Oh, alabado seas, mi Dios y Señor, para siempre fuente de toda limpieza, del cual y por el cual son limpios todos los que lo son! ¿De dónde a Ti vestiduras sucias, sino de juntarte con nosotros y rodearte de nuestros pecados, tomando nuestra naturaleza para los pagar, y vestirte de ellos para desnudarnos a nosotros de ellos y vestirnos de la ropa de tu santidad? Bien sabemos, Señor, que mirándote a Ti el Príncipe de este mundo, ninguna cosa halló mala de que te asir; y si el Profeta ve que está a tu mano diestra contradiciéndote en el negocio que toca a nosotros, en lo cual no estará mudo, como en lo que toca a Ti, mas tiene muchísimos males y cosas muy vergonzosas, que con verdad decir de nosotros, porque las hicimos, y de Ti, Señor, porque las quisiste tomar a tu cargo para las pagar. Este es el enemigo que dice David que te da en cara, y que habla mal y que te persigue, haciendo y diciendo cuanto puede, porque no se dé la sentencia en favor de nosotros, cuyo abogado Tú eres.

Señor, si la vergüenza todo el día (que quiere decir por toda tu vida) está delante de Ti, y si la confusión ha cobijado tu cara, por la faz del enemigo, que como a marido de mala mujer le dan en rostro los adulterios que ella ha cometido, ¿qué vergüenza pasarás Tú, Señor, por ser tan honesto, y el juez de aquel tribunal, que es la divinidad, muy más honesto en relatar cosas tan feas como se relatarían? Ay de nosotros, porque las hicimos. Señor, suplicámoste que las cuentes como maldad de gente extranjera, cuya deshonra no toca a Ti, y basta que nos alcanzaste perdón, y que en el monte Calvario seas deshonrado por mano y lenguas de malos hombres, sin que en aquel secretísimo tribunal de la divina Justicia tengas por tuya gente de cuyas maldades te avergüences y te lastimen.

Mas, ¿quién podrá acabar esto con tu encendido amor, con que estás determinado de ser uno con nosotros, como cabeza con cuerpo, y quieres que nuestras culpas se digan culpas de los que son miembros tuyos? Dinos, Señor, ¿cómo abogaste en aquella audiencia? ¿Cómo dijiste? ¿No tuviste empacho de confesarte por cabeza de gente tan miserable? Deseamos mucho oír lo que entonces dijiste, pues con ello alcanzaste nuestro perdón y remedio. Otra vez gracias a tu Providencia, que ordenó que supiésemos qué fué tu estilo, qué palabras dijiste en negocio tan pesado e imposible de hallarle remedio, si por medio tuyo no fuera.

Oigan los hombre, oigan los ángeles, oigan tus orejas, Señor, la grandeza del amor que Jesucristo, nuestra Cabeza, tiene con nosotros, que por acordarse de nosotros no se mira a sí; por ensalzarnos se abaja; por obrar las obras de su misericordia, hace obras muy ajenas de sí; y siendo más limpio que las estrellas del cielo, y más apartado de compañía de pecadores y de cometer pecados que la alteza del cielo del centro de la tierra, se ha juntado tanto con los hombres y tomádolos por cosa tan suya en el Tribunal de la divina Justicia, que pide perdón de los pecados de ellos diciendo (Psalm. XLIII): *Señor, habed misericordia de mí; sana mi ánima, porque he pe-*

cado a Ti. Otra vez: *Señor, habed misericordia de mí: sana mi ánima, porque pequé a Ti:* ¡Oh, palabras tan nuevas y extrañas! Y para ponernos atónitos, oír pedir misericordia al que es la misma misericordia, y pedir sanidad para su ánima, nunca habiendo enfermado; y decir que pecó el que nunca lo hizo ni lo pudo hacer. ¡Oh, Rey de todos los siglos, en cuánta confusión pone a mi soberbia oír la humildísima confesión tuya! Yo soy el que pequé y a duras penas se puede acabar conmigo que lo conozca y confiese. Está mi ánima enferma, y ocupada en otras cosas no siento mi mal, ni procuro el remedio. Soy mísero y miserable, y no pido misericordia de corazón; y estando Tú ajeno de todo aquesto, oigo decir a tu boca: «Señor, habed misericordia de mí: sana mi ánima, porque pequé a Ti.» Yo, Señor, huyo de que se me pegue deshonra de pecados ajenos, y por esto muchas veces desconozco mis conocidos, y véote decir a Ti: «Sana mi ánima, porque pequé a Ti.»

Contentáraste (¡oh, para siempre bendito!) con decir: «Señor, habe misericordia de mis pecados, sana el ánima de ellos; y si más quisieras honrarlos, sea con decir ánimas de mis parientes, de mis hermanos, y si más querías, dijeras como la mujer cananea que alcanzó misericordia de Ti, diciendo (Matth., XXV): «Habe misericordia de mí, porque mi hija mal atormentada es del demonio.» Porque es señal de gran caridad llamar hijo al que no engendré, y quererle tanto, que tengo su misericordia por mía, y digo: «Habe misericordia de mí», habiendo de decir: «Habe misericordia de ella». Mas ni hay, Señor, padre, ni madre ni amigo semejable a Ti; ni es razón de pedirte que hables como los otros, pues les excedes mucho en amar. Sana mi ánima, dices, Señor. ¿Cuál ánima? Una conocemos, y confesamos que fué criada e infundida en tu sacratísimo Cuerpo en el día de tu Encarnación. De ésta, aunque se dice que llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, mas nunca cayó enferma de enfermedad. ¿Pues qué ánima es ésta, que está enferma por haber pecado, y la llamas tuya? Nunca tal hemos oído, haber un hombre que tenga dos ánimas. Si mi ánima es tuya, Señor,

será ánima de tu cuerpo, y vivirá él por ella, y no ella por él, pues el ánima tiene vida de sí, y el cuerpo la recibe de ella. Mas no es esto así, que Tú, Señor, nos transformas en Ti, y no Tú en nosotros; que así como el ánima da vida al cuerpo, así Tú la das a nuestras ánimas; y así ellas, aunque en substancias sean ánimas, tienen vez de cuerpos, pues reciben de Ti la vida espiritual y el influjo de buenas obras, no como cosa que das a algún extraño, mas como cosa que das a Ti mismo.

Mi ánima es tuya, como un pie o una mano es miembro de una cabeza; y si el pie, por andar muy de prisa, tropezó y se hirió, o le dió alguno una cuchillada, a boca llena dice la cabeza: «Curadme, que enfermo estoy», y de esta manera dice el Señor (Psalm. LXVIII): *Sana mi ánima, porque pequé a Ti.* Y en otra parte: *Mis delitos no están escondidos de Ti.* Y también dijiste: *No tienen paz mis huesos delante de la faz de mis pecados* (Psalm. XXXVII). La voz, Señor, tuya es, como de cabeza, mas no la dices en tu propia Persona, mas de tus miembros que tienen lengua en sí mismos, y tiénenla en Ti, cabeza suya, para quejarse mediante ella, de sus trabajos y pedir lo que han menester; y esto te hace decir que pecaste, y que nuestros pecados son tuyos, y pedirte perdón de ellos como si los hubieras cometido; porque los que los cometimos, somos cosa tuya, somos cuerpo tuyo.

¡Oh, consolación inefable para el pecador, que mediante la penitencia y los Sacramentos quiere incorporarse en Jesucristo Nuestro Señor! ¿Qué temerá pecado quien oye decir que los toma Jesucristo tan a su cargo, que dice que El los ha hecho, que le sanen y le perdonen? Si pide perdón para sí, ¿cómo le será negado, pues que no le pide de gracia, sino pagando nuestros pecados con acerbísimos dolores, con justa paga y aun sobrada de lo que debíamos? ¡Oh, admirable misterio! que diga el justo; «Yo pequé, perdóname mis pecados», y que el no tener que ver Jesucristo con el infierno, es no tener que ver el pecador, unido a El, con el infierno: y que ser Jesucristo perdonado y salvo, es ser el pecador perdonado y salvo. Misterio declarado en el Nuevo Testamento, y barrunta-

do en el Viejo, aunque no del todo entendido. Muchos maestros de la Vieja Ley, leyendo aquel lugar de Isaías (cap. XLV): *Israel es hecho salvo en el Señor con salud sempiterna:* y el otro lugar del Profeta Oseas, en el cual habla Dios Padre, diciendo (cap. I): *Yo solo salvaré en el Señor Dios de ellos*, maravillábanse, y olían estar encerrado en estas palabras un grande misterio, y decían: Lugar dificultoso es aqueste y digno de grande admiración, que la salvación de Israel esté en ser Dios hecho salvo. Y en otra parte dice (Psalm. IV): *Con él estoy en la tribulación, librarle he y enseñarle he la salvación de Dios.* Nota (decían estos letrados) que la salvación con que Dios es salvo, es salvación de su pueblo, y de esta manera dice el Profeta Zacarías, según ellos lo leían (cap. IX): *Decid a las hijas de Sión: mirad que viene vuestro Rey justo y hecho salvo.* ¿Cómo habían de entender esta unión tan grande entre Dios y los suyos, que la salvación de Dios fuese salvación de los suyos, y en ser hechos salvos fuese Dios hecho salvo?

Veis aquí claro lo que estaba obscuro: Dios humanado es cabeza, y los suyos son su cuerpo; y cabeza y cuerpo son una misma cosa. Ser cabeza perdonada, librada del infierno, heredada del cielo, es ser todo esto los que son su cuerpo. El pie hecho sano, dice a la cabeza: «Sanado me habéis y la sanidad de la cabeza redunda en el cuerpo». Acuse el demonio cuanto quisiere a los que se han incorporado en Jesucristo Nuestro Señor, porque no hallará lo que buscaba. Acuso, dice el demonio, a Pedro o a Juan, que merecen el infierno, por este y este pecado mortal que cometieron. Mas si aqueste tal hombre tuvo tan buen seso que recurrió a los medios de la penitencia y de los Sacramentos, por lo cual se incorporó en Jesucristo, cuando el demonio llamare a la puerta diciendo: «Vengo a buscar a Fulano, que tengo contra él sentencia de condenación»; responderá su cabeza, que es Jesucristo, como verdadero Abogado: «Aquí no hay ese hombre que vos buscáis; ese pecador sentenciado al infierno en desgracia de Dios, en las aguas de mi bautismo o de la penitencia se ahogó, y nació otro hombre, que no tiene

nombre arrimado en sí: de mi nombre se llama, miembro vivo mío es, y en mi cuerpo no hay cosa digna de condenación. Si contra mí tienes algún derecho, enséñalo, porque ése que buscas y yo, juntos estamos; o hemos de ir juntos al infierno, o ser libres del infierno juntos; y aunque él merecía ir allá, yo no merezco ir allá; y más fuerte es mi derecho para no ir allá, que su desmerecimiento para ir allá. Yo le he tomado por cosa mía, y le he hecho participante en mis derechos: si contra ellos tienes algo, eso alega, que si a él tocas, a mí mismo tocas, porque él y yo somos uno. Ya una vez respondí a los que me venían a prender: *Si me buscáis, dejad ir libres a los míos*. Prendiéronme, atormentáronme, perdí mi vida en la cruz, y fuí tratado como si fuera pecador: justicia es, y muy justa, que los que buscaron para castigar a quien no debía nada, que no hallen, aunque busquen, a los que eran deudores».

Haz cuenta que una manzana era tuya, o te debía algo; toméla yo, comíla, transforméla en mí, ella es yo, no tienes que ver conmigo, y por eso ni con él (Psalmus XC): *Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum*. ¡Oh, bienaventurada penitencia, bienaventuradas lágrimas, preciosísimos Sacramentos, dichosa comunión, que levantan un hombre tan alto que lo suben de sí a ser Jesucristo! ¿Qué refugio tan alto como llegar hasta allí el azote de la condenación? El que ha de juzgar vivos y muertos, Jesucristo es: ¿cómo dará sentencia contra sí mismo? Pues condenar a su cuerpo sería condenarse a sí. Si dicen que va seguro a juicio quien tiene padre juez, ¿cuán más seguro estará quien es cuerpo del mismo Juez? ¿Qué hacéis, hombres, hijos de Adán, dondequiera que estáis, que no venís a gozar de redención tan copiosa, de lugar tan seguro, donde seáis escondidos de la justicia de Dios, que no os castigue por vuestros pecados?

No se engañe nadie, no; ningún escondrijo hay donde el pecador pueda esconderse para ser perdonado, si no es en la casa del refugio, que es Jesucristo Nuestro Señor; que no hay otro nombre debajo del cielo en el cual los

hombres sean salvos, sino el de Cristo. No os aprovechan vuestros ayunos, ni vuestras limosnas, ni otros trabajos, ni aun perder la vida: no pudo librar la hiedra al Profeta Jonás del gran calor del sol, porque un gusano se la derribó; y podréis vosotros escapar de los encendidos e incomportables rayos de la Justicia divina? Ay de aquel a quien la divina Justicia hallare descubierto y fuera de esta Casa, que es Jesucristo, porque más desventura suya será que de los que perecieron en el tiempo del diluvio, por no entrar en el Arca! ¿Quién podrá resistir una justicia que por un pecado mortal condena a tormentos eternos? Huíd, hombres, tan grande mal; venid todos aguijando, corriendo y volando a este Señor, que aquí está, con verdadera fe, con entrañable penitencia; postraos delante de El; decidle, conociendo vuestros pecados, confiados en su misericordia: «Acosado vengo, Señor, huyendo de la divina Justicia, sedme Casa de refugio, no me seáis Dios airado, mas Dios defendedor; sedme Casa de fortaleza para me defender y salvar» (Psalm. XXXI): *Tú eres mi refugio en la tribulación que merezco. Alegría mía, líbrame de los que me cercan, ponme cerca de ti, enciérrame en tus entrañas, escóndeme en tu corazón, cobíjame con tu mano, para que no me hallen los que me buscan.*

No hayas miedo, pecador, que si de esta manera llamas se haga sordo el Señor de la Casa; esconderte ha, y serás salvo mejor que David cuando se escondió en la cueva de Odolán; mejor que Elías cuando se escondió en el arroyo de Carit; mejor que los mensajeros que iban a David, que se escondieron en el pozo por mano de la mujer; mejor que los mensajeros de Josué, que los escondió Raab la Jericontina. Un escondrijo tiene este Señor donde esconderte, que vale más que todos aquesos, aunque fué figurado en todos ellos (Psalm. XXX): *Esconderlos has*—dice David—*en el escondrijo de tu faz, de la conturbación de las lenguas: defenderlos has en tu morada de la contradicción de los hombres.* No envía Cristo al pecador que se esconda de la Justicia divina, a la sombra de alguna hiedra, de algún humano socorro; en sí mismo lo esconde, y no dondequiera, sino en la parte más hon-

rada de sí, que es en el escondrijo de su cara. Mas ¿qué escondrijo tiene su faz, pues es más luciente y manifiesta que el sol? ¿Sabéis cuál? Vímosle y no tenía hermosura ni lindeza, y su gesto como escondido, y por eso no lo estimamos.

Escondió Jesucristo su faz cuando se ofreció a ser escupido y desestimado, azotado y coronado de espinas, y muerto en madero de malhechores. ¿Qué cosa más escondida a los ojos humanos que ser Dios y Mesías el que así era tratado? Mas a los ojos de la fe manifiesto está, pues creemos que no por sus culpas, sino por quitar las nuestras, fué tratado de aquella manera; y fué justicia, que pues cayó la maldición sobre el bendito, y la justicia sobre el inocente, y la condenación sobre quien nada debía, que los condenados sean absueltos, los pecadores justificados, y sean abrazados con misericordia los que merecían ser condenados y maltratados con la justicia en esta paga que pagó Jesucristo por nuestros pecados, suficiente y sobrada de lo que merecían. En este escondrijo mete al pecador, que viene huyendo de la Justicia divina, y diciendo: «Yo morí por El, yo pagué lo que El debía, El me recibe en sí mismo, yo lo transformo en mí.» No hay quien pueda sacar al pecador de este escondrijo y dícele el Señor lo que a la mujer adúltera: «¿Dónde están los que te acusaban? Ninguno te condenó, ni yo tampoco te condeno; antes te hago salva, y te glorificaré en mi eternidad.» Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento a tal amador y tal Señor.

TRATADO XI

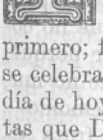
DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Qui manducat meam Carnem, et bibit meum Sanguinem in me manet, et ego in eo.

«Quien come mi Carne, y bebe mi Sangre, está en mí, y yo en él.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO



NSTITUCIÓN divina es que se celebren las Octavas de las fiestas. Mandó Dios que la fiesta del Cordero se celebrase ocho días, y que el día octavo fuese de tanta solemnidad como el primero; figura de éste que tenemos presente. Ocho días se celebra la fiesta del Santísimo Sacramento, y éste del día de hoy no es menos solemne que el primero. Las fiestas que Dios nos manda celebrar, mercedes son que nos hace, porque es decirnos que pidamos mercedes. Tornarnos a mandar que celebremos hoy otra vez esta fiesta, es decir, quizá habrá alguno que la fiesta principal celebrase tibiamente y se haya descuidado estos ocho días; celébrase, pues, otra vez el octavo día. Y el mismo Dios que así lo ordenó, como su intención es despertarnos a celebrar sus fiestas y a recibir sus mercedes, hanos dado vida hasta hoy para que las recibamos. Henos aquí juntos este día, donde las entrañas de Dios están abiertas para los hom-

bres. ¿Qué diremos hoy a Nuestra Señora? (Isaí., LVIII): *Frange esurienti Panem tuum, et egenos vagosque induc in domum tuam: cum videris nudum operi eum, et carnem tuam ne despexeris.* «Repartid, Señora, con los pobres de vuestro pan. Muy bien hecho está, que aunque este pan sea de todos, de ninguno es tan propiamente como suyo. Pues, Señora, aquel que es tan vuestro, comunicádnoslo a los pobres y seremos ricos.»

«El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en mí está y yo en él.» Palabras son de gran consuelo; por eso me pareció no tomar otras nuevas, sino las mismas del primer día. Díjolas Jesucristo Nuestro Señor, y por esto deben ser de nosotros aceptadas con gran benevolencia y amor. Huélgase el Señor de dar a sus criaturas a entender que sin El no hay consejo que prevalezca, ni consejo que se pueda acertar; y esto tan de verdad, que por aquel modo que el hombre pensare remediarse, si estriba en sí, permite Dios que se pierda, y por el camino que tomare para hacer algo contra Dios, le venga mal.

Muchos testimonios de éstos tenemos en la divina Escritura. ¿Qué fué el intento del demonio cuando engañó a nuestros padres? Echar a perder los hombres: ese es todo su cuidado. ¿Por qué medio? Por hablar con una mujer, y darle a entender que el manjar que Dios había criado para sustentar la vida corporal, era bastante para dar vida espiritual. ¿Porqué os mandó Dios que no comiésedes de este árbol? No se ha de preguntar porqué, en lo que toca al mandamiento de Dios. Porque no muramos—dijo ella—. Que no por eso—dijo el demonio—sino porque sabe El que en comiendo de esta fruta seréis como dioses. Mirad; aquella manzana, o lo que es, no es manjar del cuerpo solamente; sabed que tiene escondida la divinidad de Dios, y en comiendo os habéis de tornar dioses. ¡Qué mentira, y qué creída! Como el demonio lo dijo, así lo creyó. Manjar corporal, y que sea mantenimiento espiritual, y que tenga divinidad! ¡Y que haga dioses! Pone los ojos en él; y dice la Escritura que le pareció dulcísimo y hermosísimo; con tales ojos lo miraba, enamoróse de él. ¡Oh, cómo le sabía aquella

fruta! Alza sus brazos, y cuélgase del árbol. Aquello se pagó con extender Jesucristo los suyos en la Cruz y estar colgado de ella. Comió él (Adán) y ella, y probaron que lo que el demonio les había vendido por manjar de vida eterna, era manjar de muerte eterna. Pasó adelante. Ella comió primero, y dió de ella a su marido. Si él fuera cuerdo, riñera con su mujer porque había quebrantado el mandamiento de Dios; mas era tanto el amor que le tenía, y el rogar de ella, que por no entristecerla, sabiendo que era mentira lo que el demonio dijo, comió él también de la fruta.

San Pablo dice que el varón no fué engañado; bien entendió la falsedad del demonio, y solamente por no dar pena a la mujer, comió. Castigólos Dios a entrambos; a la mujer en los dolores del parto y al varón en que así como pecó en obedecer a la que él había de regir, así él sea esclavo de aquella a quien él había de mandar; y como él obedeció a su mujer, así obedezca a su sensualidad. Lo que allí pasó, pasa en cada uno de nosotros. ¿Sabéis qué tenemos en tener dos naturalezas? Otro Adán y otra Eva. La razón, es el Adán; y la sensualidad, Eva; la manzana es el deleite, y el que convida es el demonio. Obedece el varón a la mujer; sea éste su castigo (harto mayor por cierto que el de la mujer, porque el pecado fué mayor en él): que así como tú obedeciste a la mujer, así obedezcas a tu miserable sensualidad. ¿No es verdad? Cuando las mujeres sienten los dolores en el parto, tienen por verdadera la sentencia de Dios. Y cuando el hombre ve que el pecado es malo, y siente allá dentro una gana muy grande de comer de esta fruta, y la guerra que anda entre la razón y el apetito, experimenta él también la verdad de su sentencia: la mujer come cuando la sensualidad la deleita; si la razón no consiente, no hay pecado mortal. Importuna la mujer, y combate la carne con sus halagos; la razón, en lugar de corregirla y disciplinarla, por no sufrir tal guerra, por no enojar su carne (¿quién sufrirá que una parte de sí esté enojada?) consiente en lo que quiere, y déjase vencer de ella.

¿Qué hijos nacerán de aquí? ¿De una madre loca y

de un padre tan desbaratado? Yo os lo diré; nacemos hijos de estos hombres, una gente hecha al revés, gente desbaratada y sin orden. ¿Qué habemos de heredar de tales padres, sino que nuestra razón ande debajo los pies de su sensualidad? Ojalá no lo experimentásemos. Eso es haber Eva, que convida tanto a la razón, que aunque vea que es cosa mala, a sabiendas consiente en sus placeres por no la enojar. Hombres que caen los ojos abiertos, y entendiendo que una cosa es mala, consienten en ella. De esto se veía tan agraviado San Pablo glorioso, que se llama desdichado y dice (Rom., VII): *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* Así pasa: veis aquí el ánima cautiva de su cuerpo: ¿quién vive por quién? ¿El cuerpo por el ánima, o el ánima por el cuerpo? Eso los ciegos lo ven, y si vos no lo sabéis, esperad un poquito que muera, y lo sabréis, y veréis qué tal queda el cuerpo sin el ánima. No hay que dudar, sino que el cuerpo vive por el ánima. Cosa monstruosa sería vivir un ánima por el cuerpo. En la vida de las costumbres, por aquello vive un hombre por lo cual ama. Si la cosa que vos amáis es buena, vuestra vida es buena; y si es mala, vuestra vida es mala; el amar es el comer; y lo amado es el manjar. Pues si una ánima ama a su carne, el ánima vive por la carne y recibe vida de la carne. Mas ¿qué tal será aquella vida? Muerte le digo yo: *Si secundum carnem vixeritis, moriemini:* «Mirad a quién amáis, que si amáis a vuestra sensualidad, moriréis.» ¿Cuándo? Luego; que vivir según carne, es morir.

Vidua quæ in deliciis est, vivens mortua est (I Tim., V) «La vida de la viuda—dice el Apóstol San Pablo—es vida de penitencia y de trabajo; y si la viuda vive en deleites, viviendo está muerta; porque vivir según deleite, es morir.» Que si el ánima vive según la carne, ¿qué tal será nuestra vida, sino muerte? Veis aquí la urdimbre del demonio. Había hecho Dios el ánima buena; sujetóle la carne para que la carne fuese regida y viviese por el ánima. Veislo aquí todo al revés, Señor. ¿Y sufrirán tus entrañas esto? ¿Consentirá tu misericordia que la obra que Tú hiciste tan buena, la tenga el demonio tan he-

cha al revés? Mira, Señor, esta criatura tuya perdida por estar aficionada a su carne: remédiala. ¿Porqué está Jericó tan estéril? ¿Porqué tiene las aguas amargas y estériles? (IV Reg., II.) *Dad acá un vaso nuevo*—dice el Profeta—*con sal y agua;* echólo en las aguas, diciendo: *Esto dice el Señor: El Señor ha sanado estas aguas, y de amargas y estériles las ha hecho dulces y fecundas.* Dicho y hecho. «Varón de Dios, le dijeron otra vez (IV Reg., IV), salió uno al campo y cogió unas coloquíntidas, y guisadas amargaban como las hieles. *Mors in olla*, etc., «la muerte en la olla». Remédialo en el nombre de Dios. Toma un poco de harina y échalo en la olla: coma ahora, que la muerte se ha tornado vida. Señor, nuestras aguas son tan amargas como todos experimentamos; guerras traemos dentro de nosotros, que nos hacen sudar; la muerte está en lo que comemos, la muerte en la olla. El comer se ordenó para vivir, y eso no es la muerte.

Señor, varón de Dios, Mesías enviado de Dios, Redentor del mundo, ¿sufrirán tus ojos vernos tales? Yo lo remediaré. Dadme un vaso nuevo; el santo Cuerpo de Jesucristo es el vaso nuevo (Joann., I). Hágase Dios Hombre, tome flor de harina, tome Carne nueva, Carne pura de Hombre y Dios: échese en las aguas amargas, y en la olla de la muerte la amargura se volverá en dulzura, y la esterilidad en fecundidad, y la muerte en vida. *Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, en mí está, y yo en él. Quien come mi Carne vivirá para siempre.* ¡Oh, milagro de Dios! ¿Quién vió por comer carne vivir para siempre? Esta fué la invención del diablo para dar la muerte; pues esa sea la invención de Dios para dar la vida, para que sepa el demonio con quién se toma. Si la carne causó la muerte, la carne cause la vida; y aun más poderosa es esta Carne para dar vida, que fué aquélla para dar la muerte.

¿Queréislo ver? Más fuerte es Dios que la criatura. La carne de Adán, carne de criatura era, la Carne de Jesucristo, Carne de Dios es. Si mi daño me vino por carne de hombre, mi remedio me vino por Carne de Dios. Carne de Adán, ¿cómo me dañó? Porque era concebida en

pecado: la Carne de Jesucristo (es) concebida por el Espíritu Santo; pues, ¿quién es más fuerte, el pecado o el Espíritu Santo? Pues si el daño nos vino por carne concebida en pecado, y el bien y el remedio nos viene por Carne concebida por Espíritu Santo, mayor es la virtud de este Cuerpo para sanar, que la de aquél para dañar: mayor es esta limpieza, que aquella suciedad; más eficaz es esta gracia, que aquel pecado; cuanto ésta excede al hombre, tanto excede mi remedio a mi mal. Por carne vino la muerte, por Carne se nos da la vida. Si eso es así, luego de parte de Cristo todos estamos vivos, y la harina está echada en la olla. Ya va fuera la muerte, ya tenemos vida, no os dañará vuestra carne si no la amáis, ni os aprovechará la Carne de Cristo si no la coméis; en el comer está lo uno y lo otro. Tomad y comed, y comiendo y creyendo viviréis; ¿no lo dice El así? (Joann., VI): *Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, en mí está.* Para que nos aproveche, menester es comer y creer, que estáis tan lejos de estos negocios, que aun no sabéis qué cosa es este comer. Duéleme veros tan vozales y extranjeros de estos Misterios. Creedme, que si los entendiésedes, eso bastaría para traeros consolados y para haceros ricos y generosos, menospreciadores del mundo, y para que ni las cosas prósperas os levantasen, ni las adversas os derribasen. ¿No lo entendéis? ¿Qué es comer su Carne? Iros al altar y comulgar, y que se haga bien hecho. ¿No dijo el Señor que si falta el espíritu, la carne no aprovecha? Comer la Carne de Jesucristo, es estar Jesucristo en vos, y vos en El, comida como se ha de comer y con buena disposición.

En la Mesa del Señor mandaba El que hubiese pan y lumbre: si os llegáis a comer a obscuras, gentil negocio es ni sabéis a qué vais, ni qué representa esta Mesa, ni qué habéis de traer, ni cómo lo habéis de comer, ni qué habéis de desear. Vais sin lumbre, y volvéis sin lumbre, ¿qué negocio es éste? Dígaoslo Dios por su misericordia. ¿Qué he de hacer cuando comulgo, qué he de pedir, qué he de esperar, qué he de pensar? ¿Sabéis qué es comer? Quitad allá los dientes, que no son menester aquí: *Ut*

quid paras dentem, et ventrem? Crede et manducasti, dice San Agustín. Cree, y has comido: ¿cómo es eso? El ánima que creyere que no hay vida fuera de Jesucristo: el ánima que creyere que fuera de El no hay perdón de pecados ni agradar a Dios, sino estando en Jesucristo; el ánima que tuviere a Cristo por manjar de vida, ya tiene una parte de lo que se requiere para comer a Cristo; pero no basta, porque habéis de entender aquello que dice San Agustín de la fe viva: *Habéis de creer y amar*. Señor, a Vos mismo os habéis dado en manjar: ¿qué tal os dais? ¿De qué manera, guisado, asado, o cocido? Dicen que lo asado es más sabroso; así lo aprueban los enfermos. ¡Oh, bendito seas, Señor, para siempre! (Psalm. LXXXV): *Non est similis tui, et non est secundum opera tua*. ¿Visteis nunca tal cosa? Que porque vais de mejor gana y con amor a comulgar y a comer su Carne, quiso que fuese asada.

El cordero mandó Dios que se comiese asado, y en asador de palo, porque fuese más clara figura de la cruz en que la Carne de Cristo se había de asar; sea la Carne de Cristo asada, porque os sepa mejor. ¿No os sabe bien, decid? Porque mejor os supiese, se entregó en las manos del fuego, y allí le dieron una vuelta y otra vuelta, un tormento y otro tormento, y tantos tormentos cuantos El sólo que los pasó les conoce; ásenme porque sepa mejor, ásenme bien, porque no digan que soy desamorado. ¡Oh, qué sabroso está para quien lo gusta (Psalmus LXVIII): *Parasti in dulcedine tua pauperi Deus!* ¡Aparejaste, Señor; en dulzura para el pobre! ¿Qué le aparejaste? No dice qué, que no tiene nombre, y si algún nombre tiene, es *Maná*. ¿Qué quiere decir? ¿Qué es esto? Más es admiración que declaración. Mayores bienes tiene encerrados en sí, que lengua puede hablar y que entendimiento puede pensar. Aparejaste con dulzura. ¡Oh, qué dulce estabas cuando lo ordenaste! ¡Qué salsa tan sabrosa es este pensamiento (Joann., XIII): *Dominus quidem Jesus, in qua nocte tradebatur, accepit panem*, etc. ¡Qué palabras para abrasar corazones!

A la puerta de su Tabernáculo estaba Abraham, en el

fervor del día, cuando convidó a los caminantes que reposasen a la sombra del árbol y les lavaría los pies, y les daría aquel bocado de pan. A la puerta de su morada estaba Jesucristo cuando este convite ordenó, ni dentro ni fuera, y en medio el fervor de su amor; que cuando hizo esto, para salir estaba de esta vida, y al tiempo en que más se mostraba el fuego de su divino amor. ¡Quién viera entonces, Señor, tu corazón! ¡Cuando los otros se olvidan de todas las cosas, te acuerdas Tú de nuestra vida! Pues en esa hora tomó el pan y lo consagró, y comulgó El para morir, y comulgo yo para vivir. Aparejaste para el pobre; de manera que no se admiten a esta mesa sino pobres, y los ricos fastidiosos son desechados, hasta que se humillen y se hagan pobres. ¡Qué dichoso pobre, qué pobreza tan rica! Hermano, para ir a comulgar no os espanten vuestras flaquezas, no os desmayen vuestras caídas; no es este manjar solamente para los sanos; ¿no lo dijo El así? No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos. Para el pobre. ¿Quién es el pobre? Un gemido que salga de las entrañas, por veros tal, un deseo de veros remediado, un deseo de agradar a Dios, un propósito firme de no pecar, pedirle su gracia para mejoraros; éste, que no halla en sí arrimo, éste es el pobre; para éste, que va desagradado de sí a pedirle remedio y cree que hay mayor remedio en El que mal hay en sí; para éste es la medicina de los Sacramentos.

Así que lo primero que se requiere es creer; allí está mi remedio, allí está el que puede, y sabe y quiere dármelo; allí tengo un Padre y un Hermano y un amigo que me ama mucho, más que yo mismo; allí tengo lumbre para mis ignorancias, esfuerzo para mis flaquezas, rescate para mis deudas, perdón para mis pecados; allí todos mis bienes, y me los quiere dar. Si esto creyésedes de veras, de otra manera os llegaríades a El. El pájaro halló casa, y la tórtola nido donde ponga sus hijos, y el hombre para los suyos (Psalm. LXXXIII): *Altaria tua Domine, virtutum.* ¿No habéis mirado el cuidado que tienen los pájaros de sus nidos, que es para bendecir a Dios?

¿Qué es ver una golondrina cómo hace su nido, y cría en él sus hijos, cuán a menudo los requiere? A osadas que no se va a pasear si tiene hijos. Pues veis la prisa del pájaro el ir y venir a su nido, así haréis vos al altar; allí habéis de tener vuestro pensamiento, que son los hijos; allí ha de ser ir y venir, y aunque no con el cuerpo, siempre en casa, en el campo, en todo lugar acudir al nido; en el trabajo al altar por remedio; en el bien al altar, a regraciarlo. Si lo sintiésedes, más diligentes andaríades y con más fervor. ¡Tus altares, Señor de las virtudes, Rey mío y Dios mío! Si creyésedes esto con viva fe, no tendríades mal ninguno. ¡Qué lástima es veros cuáles andáis de pura necesidad! ¿Estás desconsolado? Vete a tu Padre, vete a tu amigo, que te está convidando y rogando que vayas a El, y allí te remediará y hará rico de sus bienes.

O Israel, quam magna est domus Dei, et ingens locus habitationis ejus! (Baruc., III). ¡Oh, Iglesia, y cuán grande es la casa de Dios! ¿Cuál? ¿El cielo? Otra casa hay mayor. ¿Cuál es mayor, el cielo, o quien hizo el cielo? ¿Cuál es la casa de Dios? Donde recibe al peregrino y extranjero su corazón. ¿Porqué, veamos, pensáis que permitió que se lo abriesen, sino para que viésedes la casa de nuestra morada, donde os trajo encerrados treinta y tres años? En sus entrañas os tiene metidos y abrigados. San Pablo dijo (Philip., I): *En mis cadenas y corazón os tengo.* Cuando esto dijo el discípulo, ¿qué haría el Maestro? Cuando mirásedes la anchura del cielo, acordaos de la de su corazón; no dudo sino que robaría el vuestro, y que tendríades tan gran confianza de El, que en todos vuestros males iríades a El como una saeta. ¿A quién contaré yo mis penas mejor que a El? ¿A quién daré parte de mis males y de mis bienes, que de mejor gana los quiera oír? Porque esto no entendéis, andáis mendigando el consuelo de aquí y de allí, buscando arrimos de caña cascada, que al mejor tiempo se os quiebran; y, en fin, estando allí Jesucristo para tu remedio y consuelo, andas con todo desconsolado. Esta fe es el primer diente. ¿Cuál es el otro diente? Amar: *Si quis*

non amat Dominum nostrum Jesum Cristum, sit anathema. Quien no ama a Jesucristo, no tiene parte en Jesucristo.

Corazón noble, no te dejes vencer sino del amor, aunque te den todo el mundo (Cant., VIII): *Si diere el hombre toda su hacienda en pago del amor, no lo tendrá el Amado en nada.* Dice en los Cantares: «Amad, amad a Jesucristo, y será vuestro Jesucristo.» No cuesta más. Quien le cree y llama, ése lo come, ése se mantiene de El, ése vive por El. ¿Y qué hará El cuando viere que el hombre se arrima a El y le ama de corazón? Desnudarse ha, como hizo Jonatás, y vestirá al pastorcico con las vestiduras del hijo del Rey hasta ceñirle su espada. ¿Qué hará con uno que llega arrepentido de sus pecados, y desconfiado de sí y confiado en El, y se pone en sus manos y le dice: «Vos, Señor, os disteis (*nobis datus*) a mí, y yo me doy a Vos? Aquí, delante de vosotros, ángeles, me doy a Vos: yo vuestro y no más mío.» Si así no lo hacéis, no se os dará a vos; no se hará ese trueco si no hay permutación de personas. ¿No lo veis en el matrimonio, donde el varón se da a la mujer y ella a él? Si él hurta a ella y ella se da a otro, mayor hurto cometen que si hurtasen mucha hacienda.

¿Queréis que sea Dios todo vuestro? Sed vos todo suyo. ¿No osáis, tan duro, ciego de vos, que teméis trocaros a vos por Dios? ¿Por qué teméis daros a El y ofreceros a su voluntad? Señor, yo me doy a Vos, llevadme por do quisiéredes, yo me ofrezco a vuestra voluntad, y me entrego a Vos; y si fuere menester que me desnude delante de Escribano, también lo haré. Mas dirá tu flaqueza: «Si así todo me ofrezco a Dios, dirá El: Yo quiero que te venga este trabajo o esta afrenta, y por eso no osáis.» Si por lo que vos le dais os da a sí mismo, ¿no os atreveríades? Pues eso es comulgar, y significado y hecho en el comulgar. Toma el sacerdote el pan en las manos, y dice las palabras de la consagración: acabadas de decir, ya no hay pan; accidentes sí, pan no. ¿Quién entró allí en lugar del pan? Jesucristo. De manera que se transmudó el pan en el Cuerpo de Cristo, por la tran-

substanciación; pues eso que pasa de fuera, se ha de obrar allá dentro; que los Sacramentos así son, que lo que muestran de fuera obran de dentro. Lávanos en el Bautismo el cuerpo con agua, y lávanos los pecados del ánima con la gracia del Espíritu Santo. Cuando llegáis a comulgar, haced cuenta que vos sois el pan, y que se ha de convertir en Jesucristo, para que digáis con el Apóstol San Pablo (Galat., II): *Vivo yo, ya no yo, vive Jesucristo en mí.* Cuando me injurian, no me injurian a mí, que ya no hay yo, sino mi Señor Jesucristo vive en mí. ¡Oh, dichosa tal vida y tal dádiva!

Palabras, por cierto, bien lejos de vosotros: pues si alguno quiere venir tras mí, niéguese a sí mismo. Mientras no dijéredes un no a vuestro sí, un sí a vuestro no, no habéis pasado a Cristo: habéis de pasar por El. Cristo vive en mí, ya no yo. Quien a Cristo enoja, a mí enoja, y quien a Cristo alaba, a mí alaba; y quien a Cristo sirve, a mí sirve; porque ya no vivo en mí, sino en El; ya se murió Fulano, ya no soy yo, ya no vivo para mí, ni duermo para mí, ni trabajo para mí, ni hago cosa para mí. Viva Cristo, y muera yo en mí para que viva yo en El. Esto es comulgar, y esto habéis de pedir y desear. Señor, ¡que me torne yo Vos! ¡Que de este altar no vuelve Fulano, sino que como el pan se muda en Vos, así haga yo! ¿Habéis mirado cómo están los hombres? Perdidos por cometer pecados: dolámonos de esto. Muy novicio es en la escritura quien esto piensa. Carne es amarse a sí mismo, y carne llama el Apóstol San Pablo a la enemistad, y a la idolatría y a las contiendas; porque todas esas cosas nacen del propio amor; y como cada uno se ama a sí mismo, de aquí viene comer cada uno su carne, y haber división entre muchos; y de la división nace la perdición, la cual quiere Cristo remediar con este divinísimo Sacramento.

Mirad qué bien lo pide la Iglesia en la oración secreta de la Misa de esta presente festividad. (*Oratio secreta in Missa.*) *Ecclesiæ tuæ, quæsumus Domine, unitatis et pacis propitius dona concede, quæ sub oblatis muneribus mistice designantur.* «Señor, suplicamos a vuestra Majes-

tad que deis a vuestra Iglesia las mercedes de la unidad y paz, que hagáis a todos vuestros cristianos uno; las cuales cosas son figuradas debajo de estos dones que ofrecemos.» Lo que ofrecemos es pan y vino: el pan se hace de muchos granos, y el vino de muchos racimos; pues así como aquí de muchas cosas se hace una, y la muchedumbre se torna en unidad, así todos los cristianos, aunque sean muchos, se hagan una misma cosa.

¡Oh, qué chica trompeta es mi voz, y qué poca gente para esto! Aquí os quiero: si comulgáis, ¿cómo no sois uno? La división de Adán viene porque de él toma cada uno su carne. La unidad, ¿de dónde? De la Carne de Cristo. No hay más de una carne aquí, porque aquél amaba su sensualidad, y aquél la suya; de ahí vino la división y el cisma, y que cuando uno lloraba, otro reía. «Pues yo—dice Dios—os daré una carne sola, y será más fuerte mi Carne para haceros uno, que la vuestra para haceros muchos: porque más fuerte es el amor y lazo que tiene el ánima con la Carne de Cristo, que con su propia carne; si no, miradlo en los mártires. Mucho amo mi carne—dicen ellos—, pero más amo la Carne de mi Señor Jesucristo.»

Quiébrese este lazo que tengo en la mía, y muera yo y viva El. Sois muchos, tenéis muchas carnes, yo os daré una carne sola, y será más fuerte carne, y seréis uno; esto es comulgar. Ni sabéis qué es comulgar, ni qué es comer una carne sola, ni qué es ser todos unos. ¿Sabéis qué es comulgar? tener todos un corazón (Act., IV): *Erat credentium cor unum et anima una.* ¿Cómo es posible que todos tuviesen un ánima y un corazón? No es obra de hombres. ¿Cómo se hace eso? Ya que todos los corazones sean uno, ¿cúyo será ese corazón, para que todos los otros se conformen con El? ¿Será quizá el corazón del Rey el molde donde se han de amoldar todos los corazones? ¿Cúyo será? No es corazón de ningún hijo de Adán, que descienda de él por vía de pecado; no es corazón de hombre mortal, que es corazón malo, corazón sucio. ¿Pues cúyo? (I Cor., II): *Nos autem sensuum Christi habemus.* O como dice el griego: *Nos mentem Chris-*

ti habemus. «Nosotros—dice san Pablo—tenemos el sentido, o corazón de Cristo, que todo es uno.»

¡Oh, bienaventurado hombre que tal tiene! ¡Que ande un hombre por ahí, y quizá enfermo, y quizá menospreciado de todos, pobre y sin cama, y sin casa, y que tenga el corazón de Dios! Allí veis cosa baja, veis accidentes de pan. ¿Hay cosa más baja que accidentes? Y tienen dentro a Dios vivo. Que sois vos hombre, y por el mismo caso cosa baja, y dentro de vos tenéis el corazón de Dios. *Nos mentem Christi habemus.* ¿Qué es ser cristiano? Tener la condición de Jesucristo. ¡Oh, qué sabio es Dios! ¡Qué alto su consejo, que supo hacer para convertir el mundo! (Joann., XVII): *Padre*—dice Cristo—, *ruégote, que como Tú y yo somos uno, así todos éstos sean uno, para que crea el mundo que Tú me enviaste, para que viendo los infieles tanta paz y unidad entre los cristianos, digan: No es posible sino que el Dios de éstos es el verdadero.* ¿Veis aquí qué es comulgar? Tanto tenéis de buen cristiano, cuanto tenéis de la condición de Jesucristo (Matth., XI): *Aprended de mí, que soy humilde y manso de corazón.* Aprended del amor que os tengo (Joannis, XV): *Este es mi Mandamiento, que os améis unos a otros, de la manera que yo os amé.* ¿Qué es eso, sino tener su corazón? Si me mandáis, Señor, hacer lo que Vos hicisteis, dadme vuestro corazón; este ha ser vuestro ahinco. Señor, dadme vuestro corazón. Estas vuestras oraciones, éstas vuestras disciplinas, éstos vuestros ayunos, éste vuestro decir de Misas. ¿Hay más que esto? Quien da su corazón, ¿qué no dará? Esta es cristiandad, una gente según la condición de Jesucristo.

Veis un muchacho bien dispuesto, bien criado, virtuoso, decís: «Así era su padre»; el padre sacan por el hijo. Han de ser tales los cristianos, que viendo un infiel cómo perdonan las injurias, cómo viven castamente, cómo son liberales, dijese: «Así dicen que era su Jesucristo.» Esta es la cristiandad, y esto lo que prometimos en el Bautismo. Si tenemos un corazón, ¿cómo reñimos unos con otros? Esto es comulgar. Así como el pan deja de ser pan y se transubstancia en el Cuerpo de Cristo, así el

hombre deja de ser quien era y entra en el Corazón de Cristo. Señor, ya que yo me atreva a todo eso, y diga que haga de mí lo que quisiere, y que su voluntad sea la mía, y El entre en mi corazón como entra en la substancia del pan, ¿qué haré yo? ¿Qué será de mí? ¿Qué hace el pan? ¿No se muda en El? Sí. ¿Pues porqué no os mudaréis vos en El? Escondida es a vosotros esta palabra (Job, XXVIII): *Et volucres cœli latet.* ¿No somos los hombres codiciosos? ¿Dónde está nuestra codicia? ¿Cómo no viene aquí? Siquiera por codiciar bien tan grande, de lo que nos dará, nos habíamos de aficionar. Haraos este Señor bien, daros ha su divinidad. No entendáis que viene allí sólo su Cuerpo, la Sangre viene, y el Anima viene junta con el Cuerpo, y la persona del Hijo de Dios unida con Anima y Cuerpo, y el Padre y el Espíritu Santo juntamente con el Hijo (Marc., XII): «Atreveos a dar ese cornadillo, y daros han en trueco todo esto.» ¿No lo entendéis? ¿Pensáis que es pequeña cosa Jesucristo, no digo en sí mismo, sino aun para vosotros? ¿Pensáis que tenéis poca cosa con El? Si hubiera muchos Pablos que nos dijeran lo que tenemos en Jesucristo (Ephes., III): *Mihi autem omnium Sanctorum minimo data est gratia hæc, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi et illuminare omnibus, quæ sit dispensatio Sacramenti absconditi a sæculis in Deo, qui omnia creavit.* «A mí, el menor de los Santos, me fué hecha esta merced (vaso escogido, dijo Cristo de él, para llevar mi nombre delante los Reyes y de todas las gentes; pero yo le mostraré los trabajos que ha de pasar en llevar mi bandera).

¡Qué merced me ha hecho Dios! Que anuncie a las gentes las investigables riquezas de Jesucristo y declare a todos qué sea la ordenación de Dios en este misterio escondido, de dar a su Hijo a los hombres. Si hubiese lenguas que os dijesen los bienes que tenéis en Jesucristo, más ricos os hallaríades que si tuviérades todo el mundo. Por eso echáis mano del dinero, por eso buscáis consuelo en las criaturas, porque no sabéis lo que tenéis en vuestro Criador. ¿Qué os da? Veamos. Cásase el Rey

con una esclava, comunícanse a la esclava los bienes del Rey, y de la honra del Rey se le da a ella, salvo que a ella honran por él, y no a él por ella. ¿Haría deshonra al Rey el que a su mujer no honrase? Hónrente, Señor, los hombres y ángeles; y glorifíquente para siempre, que así nos honraste (Psalm. III): *Tu es gloria mea, et exaltans caput meum.* Si miro a mí, luego se me caen los ojos de vergüenza; mas cuando miro a Ti, luego hallo de qué gloriarme; Tú eres mi honra, Tú mi santa jactancia, Tú mi santa altivez; en Ti me honraré y me glorificaré. Porque después que recibiste mi naturaleza por esposa, después que me tomaste por hermano, después que me hiciste miembro tuyo, y Tú mi Cabeza, e hiciste a todos uno en Ti, ya Cristo y cristianos son todo un Cristo, como dice San Agustín. ¿Qué honra puede haber que a ésta se iguale, ni a estas riquezas? ¿Quién tendrá envidia a los altos del mundo, pues lo más bajo de esto es más alto que la alteza de los Reyes? Decidme: ¿con qué ojos mirará Dios Padre al que ve casado e incorporado en su unigénito Hijo? Y ¿cómo le faltarán riquezas al que se aplican las de Jesucristo?

Sabed, hombres, conocer a vuestro Bienhechor, y aprovechaos de sus inmensos trabajos que por vosotros pasó. Sabed, cierto, que aquel pasar de tormentos, de azotes, espinas y clavos, y aquellas deshonras tan sin medida, y aquella vida y muerte preciosa, todo era atesorar merecimientos para sus hijos, y como piadosísimo Padre y fortísimo peleador, salió al campo con la lanza en la mano, no derramando ajena sangre, mas la propia suya; murió en la bajeza y pobreza de cruz por dejar ricos a los que quisieren con debido aparejo recibir sus riquezas; las cuales son tantas, que si un hombre, gimiendo su propia maldad, recibiere como debe el sacramento de la Penitencia y este divinísimo Cuerpo del Señor que presente tenemos, puede con santa osadía decir (Psalmus CXVII): *Abridme las puertas de la justicia, y entrando por ellas bendeciré al Señor.*

¡Oh, hombre! ¿y qué pides? ¿Entiendes bien lo que dices, en pedir que se te abran las puertas de la justicia?

¿Quién eres tú para nombrar nombre de justicia, habiendo menester ser perdonado por misericordia? Pues no dijo mal, ni merece reprensión el que aquesto dijo. Porque aunque mirando el penitente a sí mismo, no tiene cosa justa que alegue en el tribunal de Dios para ser perdonado, mas mirando a que los trabajos y merecimientos de Jesucristo se le aplican a él por la penitencia, y los Sacramentos, el perdón y la gracia, que mirando a él se le dan por misericordia, mirando a Jesucristo se le dan por justicia, como dice San Pablo: «Que Cristo nos es hecho justicia, porque debiendo nosotros los tormentos de nuestros pecados, los pagó El con tanto exceso, cuanto va de paga de Dios a deuda de hombres.» Para que conforme a la buena disposición que el hombre llevare, participe, según su modo, de aquella riqueza tan sobrepujante. Y por esto pide el hombre que le abran las puertas de la justicia de Cristo, y entrando por ellas dice que alabará al Señor, porque viendo que de sí mismo merece infierno, y que por la Redención de Jesucristo se lo perdona y le dan gracia con que sea hijo de Dios y heredero del cielo, es lleno de tanto gozo y admiración de la bondad divinal, que tal remedio dió para los miserables, *que todos sus huesos dicen: Señor, ¿quién hay semejante a Ti?* (Psalmus XXXIV). Estos tales piensan de buena gana en Jesucristo, como en piadoso Bienhechor; celebran devotamente la fiesta de su Santísimo Cuerpo, y vánseles los ojos del cuerpo y del ánima tras de aquella santísima Hostia consagrada que allí está, creyendo con firmísima fe que allí está encerrado el verdadero Jesucristo, su Esposo, su Cabeza, su Hermano y Señor, su preciosa honra, su bien y su Dios, el dador de la gracia y de la gloria.

TRATADO XII

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Justorum semita, quasi lux splendens crescit, usque in perfectum diem.

«La senda de los justos, como luz resplandeciente crece, hasta hacer día perfecto.»

(Prov., IV.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

Si de cualquier justo se dice esto con verdad, ¿con cuánta más se dirá del Justo de los justos, por el cual todos lo son? (Rom., VIII): *Justus et justificans impium.* En cuya comparación no se debe nadie llamar justo: *Sicut nemo bonus, nisi solus Deus.* ¡Qué caminos, qué sendas llevaste, Señor, desde que en este mundo entraste, tan llenos de luz, que dan sabiduría a los ignorantes y calor a los tibios! ¡Cuánta verdad dijiste! (Joann., IX): *Quamdiu sum in mundo, lux sum mundi.* Luz fué tu Nacimiento, luz tu Circuncisión, tu huir a Egipto, tu desechar honras; y esta luz crece hasta hacer perfecto día. El día perfecto hoy es y mañana, en los cuales obras cosas tan admirables, que parecen olvidar las pasadas; tan llenas de luz, que parecen obscurecer las que son muy lucidas. ¡Qué denodado estáis hoy, Señor, para hacer hazañas nunca oídas, ni vistas en el mundo, y nunca de nadie pensadas! ¿Quién vió,

quién oyó que Dios se diese en manjar a los hombres, y que el Criador sea manjar de su criatura? ¿Quién oyó que Dios se ofreciese a ser deshonrado y atormentado hasta morir por amor de los hombres, ofendedores de El? Hazañas, Señor, en que das a entender tu amor, con que nos consuelas; como en tiempo pasado las enseñabas con rigor, con que hacías temblar. Cantaremos con mucha razón (Isaí., XII): *Confitebor tibi, Domine, quoniam iratus es mihi, conversus est furor tuus.* Mirad qué va de riguroso Juez a manso Cordero, que muere por el bien de su ofensor.

Estas, Señor, son invenciones de tu amor, que hacen día perfecto, pues no puede más subir el amor de lo que Tú lo encumbraste hoy y mañana, dándote a comer hoy a los que con amor tienen hambre de Ti, y mañana padeciendo hasta hartar la hambre de la malquerencia que tienen tus enemigos de te hacer mal. Día perfecto en amor, día perfecto en padecer, y creciendo has ido en lo uno y en lo otro, hasta el día de hoy y mañana; de manera, que no hay más subir al amor que adonde Tú lo has subido (Joann., XIII): *In finem dilexit eos.* Has amado a los tuyos hasta el fin del amor, pues amaste hasta donde nadie llegó ni pudo llegar.

Más hace dificultad a esto; que los justos crecen en gracia, crecen en amor, crecen en méritos; que un tiempo tienen amor imperfecto, y otro son que van aprovechando: mas Nuestro Señor y grande amador, nunca fué principiante en el amor; porque desde que su ánima fué criada y unida al Verbo divino, le fué dada toda la gracia y amor que son posibles tener una criatura; y aquel amor nunca creció, porque no hubo donde pasase, como un calor de un fuego no hay donde pase, por estar allí en sumo grado. De nuestro Dios está escrito (Deut., IV): *Ignis consumens est.* No sólo en cuanto Dios por esencia que es amor infinito, mas en cuanto hombre, que gusta nuestros pecados, padeciendo por ellos, y gasta aquel divinísimo Cuerpo, poniéndolo en la cruz por amor de nosotros. Escrito está (Eccl., XXVII): *Homo sensatus in sapientia permanet sicut Sol: stultus autem sicut Luna*

mutatur. Y no hay a quien no quepa parte de esta mudanza; pues unos están unas veces en gracia, otros, en pecado; otros, aunque siempre en gracia, ya están tibios, ya fervorosos; ya aman más, ya menos; ya crecen, ya descrecen. Mas nuestro Justo, por antonomasia, *permanet fixus sicut Sol:* porque nunca crece ni mengua, mas está siempre aquel fervor lleno y vivo, amando cuanto se puede amar. Y este mismo amor tenía a los hombres cuando caminaba y cuando descansaba, cuando comía y cuando ayunaba; y no amó más a los hombres cuando estaba muriendo en la cruz por amor de ellos, que cuando estaba comiendo o durmiendo.

Con tanto amor daba un paso por ellos, con cuanto dió la vida por ellos. Y de aquí es, que si se mira a lo que el Señor merecía y amaba, y a lo que hacía, cualquier obra suya merecía nuestro rescate, y nos merecía la gracia. Mas ordenó Dios, que aunque una obra bastara, y a *fortiori* muchas, todavía muriese, y con su muerte nos rescatase; para que siéndole a El el rescate más costoso, nos declarase más su amor, y más le amásemos nosotros, y amándole fuésemos salvos.

¡Oh, hijos de Adán, y cuán malos somos, pues para levantar nuestro amor, para seguir el camino de la virtud, le pareció a Dios que no bastaba haberse hecho Hombre, y ayunado, haber caminado a pie, haber pasado trabajos e injurias, sino que nuestra tibieza y maldad hubiese menester cura tan costosa, que el Señor de todos padeciese bofetadas, clavos y muerte! Confúndete, hombre, avergüénzate, y ensáñate contigo, que seas tal que sea menester levantarte con grandes palancas para sacarte el amor que eras obligado a dar de balde, con tanta costa de Cristo. Y si fuese tal que con lo hecho no amases, no pase tu maldad tan adelante que después de haber muerto por ti le dejes de amar. Si no le amas, aun sin esto, es muy grande delito. ¿Con quién compararemos al hombre que siendo amado de su Dios hasta dar la vida por El, no le ame? (I Cor., XVI): *Si quis non amat Dominum Jesum, anathema sit*. Saca, pues, por esto que hoy y mañana ves en lo de fuera lo que el Señor trajo siempre

en su corazón escondido. Este amor que ves salir por estos resquicios o caños de dársete en manjar y de morir por ti, este mismo tan grande y maravilloso te tuvo desde que se hizo Hombre por ti, y nunca de sí lo quitó; con éste te traía en su pecho escrito como madre a su hijo en su vientre. De manera que se cumple con gran verdad (Isaí., XLVI): *Qui portamini a meo utero, qui gestamini a mea vulva*. Lo de ahora fué rebosar el amor encerrado.

No crece el amor del Señor en sí, ni tiene mudanzas de Luna, mas estabilidad de Sol. Mas crece (como dijo la primera autoridad) cuanto a los efectos, manifestándose más y más; y en estos dos días se manifestó hasta lo supremo que se puede manifestar y pensar (Psalm. CV): *Quis loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes ejus*. Y si las potencias (obras de su potencia) no hay quien las hable, ¿qué hará las obras de su amor y misericordia, pues que son (Psalm. CXLIV): *Super omnia opera ejus? Quis sapiens, et custodiet hæc, et intelliget misericordias Domini?* ¡Oh, entendimientos de ángeles, venid, mirad las misericordias del Señor, que son tales que ni aun vosotros las podréis comprender, cuanto menos nosotros! Si vuela sobre el querubín, que quiere decir cumplimiento de ciencia, ¿qué hará sobre unos entendimientos tan rudos? No usa aquí el Señor tanto del poder cuanto del amor; no tanto de alteza cuanto de humildad Por eso es cosa más maravillosa en El, porque un alto tratarse como tal, no hay que maravillar; tratarse como bajo, eso sí; y eso es lo que aquí trata Dios de humillarse y amarnos. Veamos ya estas maravillas tan nuevas y tan provechosas; veamos las invenciones de Dios; veamos los misterios de nuestra redención y vida; y descalzos los zapatos de nuestros sentidos de carne, quitados los vicios, que son tinieblas del corazón, atentos, humildes y devotos hallémonos presentes, y acompañemos al Señor, que en otra cosa no entiende sino en nuestro remedio, aunque sea con pérdida de su vida.

Prima die azymorum accesserunt Discipuli ad Jesum (Matth., XXVI). El obedientísimo, el ejemplo de la obediencia, quiso hasta la muerte guardar la Ley vieja,

para cumplir con la obediencia de su Padre y para acabar la Ley; porque no tiene ella más que desear, ni quiere ya que nadie la guarde, pues que Jesucristo la guardó. No quiere ya casarse con nadie, después que se casó con Cristo; porque nunca tanta honra le pudo venir, como guardarla el mismo que la dió; ya vino, y la guardó, y se sujetó El a ella (Galat., IV): *Factum sub lege.* Quedó tan honrada y ufana, que no quiere que más la guarde nadie, sino la que Cristo Nuestro Señor dió nueva. ¿Qué es la circuncisión de carne? Circuncisión de espíritu; y así muy honrada y cumplida quede sepultada en la letra, y viva según el espíritu; poque otra cosa no es nueva Ley sino espíritu de la vieja, encerrada en la carne, y sombras de la ley y figuras; y por eso, aunque muere según la letra, vive según su ánima; y más se dice cumplida y mejorada, que destruída; y así protestó el Señor que la venía a cumplir (Matth., V): *Non veni solvere legem sed adimplere.* Y San Pablo dice (Rom., III): *Legem ergo destruimus per fidem? Absit, sed legem statuimus.* Manda, pues, a sus discípulos que vayan a Jerusalén a aparejar el cordero, y lo que fuere menester para la celebración de la Pascua, que quiere decir Tránsito, en representación y memoria de cómo Dios pasó por las casas de los de su pueblo, saludándolos y matando a sus enemigos. La señal de que los salvaba, era tener la sangre del cordero a las puertas; todo lo cual era figura. Mas veamos a qué Casa los envía para que le aparejen la Pascua. ¿Cuál es la Casa donde tal novedad ha de hacer Cristo, que se acabe lo viejo y comience lo nuevo? Nueva Ley, nuevo sacerdocio, nuevo culto, y donde se había de cumplir lo escrito (Isaí, XLIII): *Antiqua ne intueamini.*

No se nos pase por alto esta Casa, porque ésta significa nuestra Santa Iglesia Católica Romana. Y ¡ay de quien no supiere esta Casa, y morare en ella! ¡porque tan imposible es salvarse fuera de ella, cuan imposible fué no ahogarse hombre que en el tiempo del diluvio no entrase en el Arca, y aún más imposible! No hay fuera de la Santa Iglesia Romana salud, no aprovechan buenas obras (como San Cipriano dice): «Morir por Cristo fuera de la

Santa Iglesia Romana, no es martirio ni basta para salvarse: más es perfidia y porfía, que martirio cristiano; porque no acepta Dios honra que le hagan, si deshonran a su Esposa la Iglesia.» En ésta con poco se salvan, pues la fe y obras que se piden son fáciles con la gracia de Dios; fuera de ésta ninguna cosa aprovecha. Pues San Agustín dice: «Obras buenas fuera de la fe son como quien anda fuera de camino, que mientras más anda y corre, más se aleja del camino y llega al despeñadero.» Porque el que está fuera de la Iglesia, mientras más obras buenas hace, menos merecen nombre de buenas obras; sin fe verdadera, engañado y fiado el tal hombre que está en buen camino, menos busca el bien, y más se confirma en el mal; y así se aleja más de la verdad por ocasión de sus buenas obras.

Siete ojos, hermanos, siete ojos a la Casa donde el Señor celebra su fiesta, donde consagra, donde hace sacerdotes, donde predica a sus discípulos, donde envió después al Espíritu Santo. Porque como no hay más de una Iglesia verdadera, y en ella, y no fuera de ella, hay salvación, ya veis cuánto nos cumple acertar con ella, cuánto nos cumple salvarnos en ella. ¿Qué señas, Señor, tiene vuestra Casa, para que los discípulos atinen a ella para os aparejar la fiesta? ¿Qué señas tiene, Señor? (Lucas, XXII): *Intrantibus in civitatem, occurret vobis homo.* Entre tantas calles como hay en Jerusalén, entre tantas casas y gentes, tomad esta señal para que acertéis: seguid a un hombre que lleva un cántaro de agua. ¡Válame Dios, y qué señal tan extraña, tan humilde y tan cierta, y llena de significación! El agua en la divina Escritura, sabiduría significa (Ezech., XV): *Aqua sapientiæ salutaris.* En la divina Escritura, el agua significa la gracia (Joann., VII) *Si quis sitit, veniat ad me et bibat. Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquæ vivæ: hoc autem dixit de spiritu, quem acepturi erant credentes in eum.* Donde hay sabiduría del cielo, así atinaréis a mi Iglesia. Obscuras señas son, Señor. Pues mirad bien, que el agua va en cántaro, y así podréis por el cántaro atinar el agua. ¿Qué cántaro lleva sabiduría del cielo, sino la Escritura divina, en la cual está la ciencia y

palabra de Dios? ¿Qué cántaro contiene gracia celestial con que se apagan los malos deseos, y se riega el ánima, con que da fruto que lleve a la vida eterna, sino los santos Sacramentos de la Iglesia que, como el Concilio Florentino y Tridentino dicen, contienen y dan gracia?

¡Oh, preciosísimos vasos, que contienen tal licor, que es la gracia, y en los cuales mora y obra la virtud de la Sangre de Cristo, por la cual se nos ganó la gracia con que bien vivimos y nos salvamos! Aquella Iglesia que cree y tiene la Escritura divina, y que tiene y confiesa haber Sacramentos por los cuales se da la gracia, aquélla tiene señales de la verdadera Iglesia; porque la que dice que no hay Escritura, o que la gracia se da por la fe sola, y no los Sacramentos, no es agua en cántaro, ni tiene la señal que dió Cristo, y la que dijo, cuando dijo (Marcos, XVI): *Quien bien creyere y fuere bautizado, será salvo.* No creer sólo, no bautismo sólo: fe y Sacramentos bien recibidos, y obras es menester para ser salvos; yo creo que queréis agua en cántaro, que salva ánimas; hela aquí (Ephes., V): *Mundans eam lavacro aquæ in verbo vitæ, salvos nos fecit per lavacrum regenerationis.*

Y si por decir San Pablo en unas partes (Rom., III): *Per fidem justificamur,* se entiende que la fe se requiere, como es verdad, también se saca que Sacramentos se requieren y obras; pues dice por las mismas palabras lo uno y lo otro. Y si por decir que *per fidem,* o *ex fide,* se excluyen los Sacramentos, luego diciendo *per lavacrum,* se excluirá la fe. Pues no hay diferencia en el modo de hablar. Mas así como no es lícito excluir a la fe porque pide Sacramentos, así ni Sacramentos porque piden fe. Donde hubiere Escritura de Dios y Sacramentos, que contienen y dan gracia, seguid a aquél, y atinaréis a mi Iglesia. ¿Qué haremos, Señor, si hay herejes que digan que creen la Escritura y tienen a su modo Sacramentos; dicen que tienen fe en Cristo, y dicen maravillas de El? Dadme otra señal más precisa, y que no me deje engañar; señal clara, visible y manifiesta. ¿Cuál es, Señor, vuestra Iglesia? Mirad bien en lo que he dicho, que allí lo veréis. No dije yo: Entrad en una casa, y mirad donde hubiere

un cántaro de agua, y allí aparejad, sino: Seguid un hombre que lleva un cántaro de agua. Si miráis a solas el agua o el cántaro, por ventura os engañaréis; mas mirad que lo lleva un hombre, y de cierto no os faltará nada para acertar.

Herejes puede haber que traten palabras de Dios, Sacramentos santos, mas no quieren confesar que hay un hombre no más que lleve este cántaro de agua. Dicen que no es menester que haya cabeza, que sea hombre, sino que basta que el que es Dios y Hombre sea cabeza, y que a ése hemos de seguir. Mirad que dice que un hombre lleva el cántaro de agua, porque ha de haber un hombre que sea cabeza y guía a quien vosotros sigáis, para acertar a la Iglesia. San Pablo dice (Ephes., IV): *Una fe, un bautismo;* pues nunca habrá una fe, ni un bautismo, ni un Dios, ni un Cristo en los entendimientos de los hombres, si no hay un hombre que lleve el cántaro de agua, al cual vosotros sigáis; si no, preguntad a los que no quieren reconocer hombre que sea Vicario de Cristo en la tierra, si tienen una fe, y veréis que cada uno tiene la suya, y tantas fes cuantas cabezas, y tantas maneras de bautizar y tantas maneras de dioses.

Un Dios hizo Arrio, y contrario de éste hizo Sabelio; uno pone distinción en la esencia, otro confusión en las personas; y otro hace su Dios como se le antoja, y el Cristo de Eutiches es contrario al Cristo de Nestorio, y el de otros al de otros; y así, ni una fe, ni es conocido un Dios, ni un Cristo, si se quita que haya un hombre que vaya adelante con el cántaro de agua, a quien sigan los otros. Este es el Papa, Vicario de Cristo en la tierra, que lleva en su mano el cántaro de agua , que es la divina Escritura y los Sacramentos, no porque él pueda hacer fe ni Sacramentos, como tampoco el hombre que lleva el agua ni el cántaro; mas llevarlo en la mano es declarar cómo se ha de entender y poner cada cosa en su lugar, y dar a beber el agua que Dios dió, pues le está dicho: *Apacienta mis ovejas.* ¿Cómo las apacentará si no le dan que pueda declarar la Escritura y los Sacramentos en que las ovejas se apacientan? Diósele este poder para sol-

tar y ligar, para declarar e interpretar, y sobre él está fundada la Iglesia, y así la Iglesia es cosa manifiesta y clara que aun los ciegos, si no quieren a sabiendas cegarse, encontrarán con ella.

Esta es la ciudad puesta en alto (Matth., V), señal que aun desde lejos atinan a ella los caminantes. Si ella estuviera escondida, todo estuviera escondido; porque ella es la que da luz a todo. ¿Qué me aprovecha de que haya Escritura de Dios, si yo no sé si es Escritura de Dios? ¿Y cómo sabré si lo es, si la Iglesia no me lo dice? «El Evangelio no creería, si la Iglesia no me lo dijera—dice San Agustín—; no porque la bondad de Dios dependa de nadie, mas porque para saber si es verdad de Dios, es menester que la Iglesia me lo diga.» ¿Y cómo sabré que tal paso de la Escritura quiere decir esto y esto, pues cada uno da su entendimiento, y no hay cosa cierta, mirando a lo que cada uno dice, si no hubiese uno que sin errar me dijese: Esto se entiende así? Quitad esto, y andaremos tan a ciegas como si no hubiese palabra de Dios en la tierra. Porque si el entendimiento de ella queda a lo que un hombre dice, ya no es palabra de Dios, sino palabra de hombre; pues la palabra, en el entendimiento consiste, que no en el aire o en la escritura muerta. Pues para que haya una fe, es menester un sentido; y para un sentido cierto, ha de haber un hombre que lleve en su mano el cántaro de agua, y tenga poder para declarar y aclarar a los hombres el agua, que de sí es muy clara; y esta es la señal de la Iglesia, en que Dios mora, que tiene una Cabeza, que es el Papa, a quien han de servir todos los demás y obedecerle. Iglesia manifiesta, no escondida, no invisible; porque de esa manera, lo que ha de declarar, sería más obscuro.

Tornando, pues, a la historia, idos los Apóstoles San Pedro y San Juan, hallaron al hombre que les dijo y siguiéronle. Siéntase el Señor a cenar al modo de entonces, que era recostado, con sus discípulos, con sus doce ovejuelas, y con el lobo Judas enfrente de sí. ¡Así, Señor, así nos dáis ejemplo de igualdad unos con otros, pues tenéis asentados con Vos a una mesa unos hombres tan

desiguales a Vos! Para que los que se tienen por principales en los pueblos, no se desdeñen de estar sentados en un asiento con los menores. ¡Oh, cosa tan al revés, que en el convite que el Señor ordenó para enseñar igualdad y humildad, en aquella misma obra tú hagas cisma, y enseñes tu soberbia, tornando al revés la orden de Nuestro Señor! Si por allá, en el siglo, eres soberbio, no lo seas en el convite que el Señor ordenó para te humillar, no te desdeñes de tener por compañero a tu menor, pues por mucho que le excedas, no será tanto como Cristo excedió a sus Apóstoles. Mas aquesto de comer a una mesa con Judas, ¿quién lo contará? ¡Qué ejemplo de mansedumbre y caridad tan grande nos es dado para sufrir y procurar de reducir a buen camino al que por hacernos mal estaba perdido! Y si estas cosas, Señor, no hay ojos que lleguen a poderlas mirar y reverenciar como es razón, ¿quién podrá mirar lo que se sigue?

Está sentado Dios humanado a una mesa con unos pobres hombres, y no como principal, sino como sirviente, que El lo dijo así; porque debiera repartirles El la comida (Joann., XIII). Si esto excede a todo entendimiento y lo saca de sí, ¿qué hará, Señor, verte levantar de la mesa a lavarles los pies? ¿Qué haces, Señor, que no hay quien te alcance a mirar? Señor, que te vas de vista como águila que vuela mucho. Mas no es este vuelo levantándote en alto, que esto para Ti no fuera mucho; mas postrástete, Señor, tan bajo, que de bajo no hay quien te vea. Va un hombre por un camino de una sierra alta, y si se para a mirar la hondura en algún valle, parece que se le anda la cabeza, y no tiene vista para bien mirar lo que allí está. Así, cuando uno se para a considerar a Jesucristo arrodillado delante de unos pobres pescadores, no hay juicio ni entendimiento que baste a mirar tal humildad. Y así San Pedro, que fué el primero a quien Cristo lavó, no pudo sufrir tal obra, y por tanto no lo quería consentir. Abajástete, Señor, tanto, que no te hallamos; mas según nos dieres tu gracia, consideraremos, siquiera en parte, algo de este tan profundo misterio.

Ante diem festum Paschæ (Joann., XII). Cuenta el Evangelista su alteza primero, para más encomendar su humildad. Dice San Agustín: Este tan alto, levantóse de la mesa. El que ha estado en la mesa de la Escritura, ya entendido de lo que debe hacer, y mantenida su ánima con el pan de la Sabiduría, no se ha de estar siempre sentado, pensando y rumiando consideraciones devotas y revolviendo siempre libros; levantarse conviene a la obra; porque muchas veces aconteció no ser verdaderos los propósitos buenos que en la lección se tenían, porque faltaron en la obra. Conviene probar las armas en la obra que habemos cobrado en la lección y oración. Adonde obra no hay, no hay que fiar de buenos propósitos y pensamientos. Levántase el Señor a obrar, *Ponit vestimenta sua;* porque para servir a los hombres, se quitó El lo que lícitamente pudiera tener, y da ejemplo que los mayores, por bien de los suyos, no usen de algunas cosas que lícitamente pudieran.

Si los mayores perdiesen algo de su ornato, que es significado por la ropa, lícitamente se remediarían con este ejemplo los excesos de los menores, y serían vestidas las ánimas de éstos mayores con caridad, cuanto menos lo fuesen en lo de fuera. No miró Cristo al *licet*, sino al *expedit*, y *ædificat, ut Paulus* (I Cor., X). *Omnia mihi licent, sed non omnia ædificant, non quærens quod mihi utile est.* Para servir conviene quitar el ornato, porque muchas veces la pompa del mayor le estorba que no aproveche a sus súbditos. Olvidad la majestad y superioridad, y haceos humilde, *et sicut unus ex illis*, si no queréis que huyan de vos las ovejas, y que osen llegarse a descubriros sus llagas. Quitó su vestidura, disimuló su alteza, porque el que *inducit fortitudinem*, de aquí a poco *cœpit tædere, et pavere. Misit aquam in pelvim.* El por sus mismas manos obra. Obra personal ha de tener el superior temporal o espiritual, y no se ha de contentar con echar agua con manos ajenas. Toma toalla, con que se ciñe para limpiar los pies después de lavados; porque hay algunos que con su propia ropa limpian las ajenas inmundicias, y quedan ellos sucios de limpiar los otros.

Quien entiende en limpiar ánimas ajenas, mire que tenga lienzo ceñido donde reciba las ajenas inmundicias; porque hacer a otros buenos, y de allí quedar él malo, tentado o caído, o con otras faltas, no es a Dios agradable. Tenga virtud tal, que no se le pegue la maldad que del otro quita.

Tu mihi lavas pedes? Tenéis razón, San Pedro. Y ¡ay del desvergonzado que, cuando comulga o dice Misa, no se confunde, espanta y sale fuera de sí! *Tu intrasti in stomachum meum?* Yo delante de ti (Luc., V): *Exi a me Domine*, etc. *Quod ego facio tu nescis modo.* Cree, obedece, no te lo quiero decir el porqué lo hago, porque más merezcas con creer y obedecer, sin saber; haz lo que manda. Sufre, hombre, lo que Dios te envía, aunque no entiendas el porqué: espera a Dios, que antes de mucho verás aquí o en el otro mundo, cómo en eso procuraba Dios tu bien, aunque tú te quejabas de ello. Cree ahora (Joann., XIII), que *scies autem postea.* Porfía San Pedro en su humildad, y amenázalo Cristo que lo perderá. ¡Oh, recia cosa! ¡Quién dijera que San Pedro hacía mal en porfiar cosa de tanta humildad! ¿Qué espera el soberbio de tener parte en Cristo, si el humilde es amenazado, que no la tenía? Porque la humildad que no es obediente, no es humildad. Y no se engañe nadie con color de virtudes, que si es porfiado en ellas, si las hace por su propia cabeza contra la obediencia de su superior, no tendrá parte en Cristo. ¡Qué hoya tan peligrosa, en la cual tantos han caído, y tan mal se han descalabrado, o perdiendo la gracia o la fe! ¿Qué hace al hereje ser loco? ¿Es errar? No: sino el porfiar contra el parecer de los mayores. No se fíe nadie de sí en bien ni en mal. *Non tantum pedes.* Porfiado hasta saber la voluntad de su Maestro: y sabida, cuán largo y blando en obedecer. Quien conoce la voluntad de Dios, no queda nada en que no se sujete a Dios, Señor, pues yo todo entero me pongo en vuestras manos. *Qui est mundus.* Contra los herejes, que dicen que no está el hombre sin pecado mortal ni por breve tiempo (Joannis, XIII): *Scitis quid fecerim vobis?* ¡Oh, qué linda palabra para después de comulgar! *Vos vocatis me Magister.*

Todo este negocio tan admirable, para decirnos fué que tengamos humildad y caridad unos con otros. Muchos hay que no les parece que son cosas de tanta estima, que el Señor hiciese tan admirables cosas para las encomendar (I Cor., XI). *Hoc sentite in vobis. Cum litera præcedenti et sequenti.* Preparación para comulgar fué el lavatorio, y significativa de la limpieza que habemos de llevar aun de los veniales.

TRATADO XIII

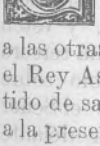
DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Sanctificamini, cras enim faciet Dominus inter vos mirabilia.

«Santificaos, porque mañana hará el Señor entre vosotros maravillas.»

(Josué., III.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



Toda la ley y razón humana y divina pide que a las cosas más excelentes y de valor singular les sea hecho distinto tratamiento y se les dé particular reverencia, distinta de la que se da a las otras comunes cosas. Y con este fundamento mandó el Rey Asuero que ninguno entrase en su presencia vestido de sayal, porque la bajeza del vestido parecía ofensa a la presencia y vista del Rey. Y así vemos ser cosa usada y muy justa que los que están en presencia de señores y Reyes tienen particular mesura en el rostro, hincan sus rodillas, no miran con los ojos a una parte ni a otra, y con aquel temor reverencial que tienen, honran a sus señores y dan sentimiento de su grandeza. Y si queremos considerar las cosas más bajas, hallaremos ser verdad que se requiere cierta proporción del que trata, con la cosa tratada; del que recibe, a lo recibido; del lugar, a lo que está en él; pues que ni está bien recibir una purga sin disposición que preceda a ella, ni un fuego produce

su forma sin que el madero esté para ello dispuesto: y no está bien un precioso bálsamo en un inmundo vaso de barro; y una mano leprosa y llena de llagas, tocando el oro limpio y resplandeciente, parece que le hace ofensa, por la mucha desproporción que hay entre la inmundicia de la mano y la limpieza del oro. Y quien considere cuán guardada es esta ley entre las criaturas altas y bajas, tendrá por cosa muy justa que el altísimo Dios, cuya Majestad es inmensa, cuya paz sobrepuja a todo entendimiento criado, pida a los que han de tratar con El, que pues El tiene singular majestad, en comparación de la cual, las cosas muy altas son muy bajas y no tienen ser, le den un particular tratamiento lleno de reverencia y puridad, distinto del que se da a las criaturas en el cielo y en la tierra, por altas que sean.

Conforme a esta verdad, queriendo Moisés llegarse a la zarza que ardía y no se quemaba, en la cual estaba el Señor, le fué mandado de parte de El que se descalzase los zapatos, porque la tierra donde estaba era santa por la presencia del Señor que allí estaba. Y cuando el mismo Señor hizo aquella merced tan grande a su pueblo de darle los diez Mandamientos, en los cuales conociesen lo que a El le era agradable, y obedeciendo se pudiesen salvar, dice Dios a Moisés (Ex. XIX): «Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana, y laven sus vestiduras, y estén aparejados para el día tercero; porque en el día tercero descenderá el Señor delante de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí.» Y después, una vez que el Señor hizo merced a Moisés de se le enseñar y pasar delante de El, estuvo Moisés metido en un agujero de una peña, y allí postrado, porque la peña no daba lugar para más, adoró al Señor con gran reverencia. Y para que vengamos a nuestro propósito, habéis de saber, que cuando el Señor quiso que su Arca pasase por el río Jordán, y entrando allá en el río, se hiciese aquella gran maravilla que las unas aguas del río se tornasen atrás y las otras corriesen hacia abajo hasta que no fuesen vistas (Josué II), y así quedase camino seguro y sin agua en el dicho río, y por donde todo el pueblo pu-

diese pasar, pareció y con mucha razón, al Altísimo Señor que esta maravilla hacía, que la gente qce la había de ver y gozar, se aparejase para dignamente recibir tal merced, y mandó al capitán Josué que dijese al pueblo las palabras de nuestro tema: *Santificaos, porque el Señor mañana ciertamente hará maravillas entre vosotros.* De donde parece, que no sólo para tratar con el mismo Señor, mas aún con sus cosas y obras, es menester particular disposición y santificación para oír sus palabras.

Cuando dió la Ley (Exodo, XIX), mandó que se santificasen, y al que las ha de hablar le conviene ser santo, porque no diga el Señor aquella terrible y digna palabra de ser temida (Psalm. XLIX): *Al pecador*—dijo Dios—*¿porqué tú cuentas mis justicias por tu boca?* A los sacerdotes mandó que se santificasen para las cosas del templo. Y los que habían de comer de las cosas sacrificadas y celebrar la Pascua, comiendo un cordero (Exodo, XIII), habían de estar santificados, so pena de graves castigos. Esto entendía San Pablo (Rom., XV) cuando, manifestándonos por ejemplo suyo el respeto, la pureza y santificación con que se ha de ejercitar el oficio de la predicación de la palabra de Dios, dice que santificaba el Evangelio de Dios, no porque él lo hiciese santo, pues que el mismo Evangelio lo es en sí; mas como uno que con mala conciencia trata las cosas de Dios se dice que las ensucia, porque si pudiesen ellas ser ensuciadas bastaba lo que él hacía para las ensuciar, y en cuanto es en sí, con aquel mal trato da a entender que las tiene en poco y las tiene por indignas de mejor tratamiento, así, quien las trata con debida santificación, aunque no las dé santidad en sí mismas, dásela en la estimación de su corazón, teniéndolas por dignas de toda reverencia y de toda limpieza.

En este sentido dijo el Apóstol San Pedro a los cristianos (I Petr., III): *Santificad al Señor Jesucristo en vuestros corazones.* Parece recia palabra que el hombre santifique a Cristo, el cual es santísimo en sí, y fuente de cuyo cumplimiento todos los que tienen gracia y santificación la reciben, sin que nadie la pueda haber de otra parte en mucho ni en poco, porque de El y no de otro dice Dios

Padre (Psalm. CXXXI): *Sobre El florecerá mi santificación;* con el cual sentido concuerda San Pablo cuando dijo (III Cor., I): *Que Cristo, por virtud de Dios Padre, es hecho nuestra santificación, porque la que tenemos nos viene de El y por El.* El nos santifica, haciéndonos verdaderamente de sucios, limpios, y justos de injustos, quitándonos la inmundicia que teníamos y dándonos la santificación que nos faltaba. Mas santificarle nosotros a El, es de otra manera, como declara Isaías diciendo (capítulo VIII): *Santificad al Señor de las batallas;* y como si le preguntáramos: ¿cómo hemos de santificar nosotros, criaturas no santas, a nuestro Santísimo Criador?, añade luego diciendo: «Sea El vuestro temor, sea El vuestro temblor, porque el hombre que a Dios teme con reverencial temor, le trata y le estima en lo que debe, y le sirve y ama como a Señor suyo y último fin.» Este le da en su corazón un cierto ser y santificación, pues que lo estima y trata como a cosa santa; y esto le quita el malo, tratándolo indignamente, y ensuciándolo, si fuese posible, como el mismo Dios se queja de ello en el Profeta Ezequiel. Y en este mismo sentido deseamos y pedimos a Dios que sea santificado su nombre, dándonos gracia que lo tratemos con aquella reverencia y santidad que le es debida con mucha justicia; y de no tratarlo así, se queja Dios que le han ensuciado su nombre.

Esto se tenga por cierto, que quien a Dios y a sus cosas no santificare, y con loco atrevimiento indignamente se llegare a El, que pues él no tiene a Dios por Santo, tratándole sin reverencia, el mismo Señor tornará por su honra, y con el castigo que hiciere dará a entender que es Santo, y que los profanos y mal aparejados no se han de llegar a El. Ejemplo de esto tenemos en Nadab y Abiud, sacerdotes, hijos de Aarón, que con mal atrevimiento ofrecieron al Señor incienso con el fuego que no debían; y estando incensando salió fuego por mandamiento del Señor, que los tragó, y cayeron muertos delante de El. Y para que se supiese la causa de este terrible castigo, que daba mucha pena a Aarón, padre de ellos, declaróselo Moisés y díjole: Esto es lo que el Señor ha dicho: «Seré

santificado en los que se llegan a mi justicia.» Justísimo es que el que no tiene a Dios por Santo, tratándole como a tal, sea castigado con tal castigo que él y todos manifiestamente vean que Dios es de tal majestad y pureza, que los justos han de morar con El y los sucios no han de llegar a El. ¿Habéis oído estas cosas, hermanos? ¿Qué sentís de ellas?

¿¿Quién hay entre nosotros que no tenga mucha razón para temer el castigo de las muchas ofensas que al Señor hemos hecho, en la poca reverencia con que hemos estado en su templo, oído o dicho los Oficios divinos, recibido sus Sacramentos, mirarle a El con nuestros ojos, oír con poca devoción su palabra, y, en fin, no haber tenido aquella reverencia y pureza de conciencia que para servirle y para tratar la menor de sus cosas le es justamente debida? Henos aquí en víspera del santo día del *Corpus Christi* y de la procesión del Señor, fiesta dignísima de reverencia, y de mucha alegría para quien bien la celebrare, y de mucha tristeza y daño para quien con desacato y descuido. Despertad y velad, que esto es menester para bien celebrar el día santo y procesión que Dios ha querido alcancemos a ver. Porque si a Moisés mandaron quitar los zapatos; si al pueblo que se santifique para oír los Mandamientos y para ver la maravilla que se hizo en el río Jordán, claro está que quien para aquellas cosas menores pide santificación, para ésta que entre manos tenemos la pedirá, muy mayor, pues esta fiesta es mayor que las otras.

¡Oh, grande, y dichoso y solemnísimo día, que pone a los cielos en admiración, en el cual se celebra el misterio de que el pan y el vino se convierten en Cuerpo y Sangre de Jesucristo, quedando en su ser los accidentes del pan y del vino, y conteniendo dentro de sí al Hijo de Dios humanado, igual al Padre y al Espíritu Santo, Señor de todo lo que hay en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra! Misterio tan lleno de maravillas, que la menor de ellas es mayor que arder la zarza y no quemarse, y que ser oídas voces en el monte Sinaí, y que tornar las aguas del río Jordán hacia atrás. Maravillosas

cosas son éstas; mas son maravillosas en las criaturas por el Criador; mas las maravillas de aquí son hechas en la misma persona del Criador, y por medio de un sacerdote, que es criatura. Santificaos, porque mañana hará el Señor maravillas entre nosotros; y en el nombre del Señor os digo: santificaos, porque el Señor hará mañana mayores maravillas entre vosotros.

No es invención ésta de mi cabeza, sino ordenación del Espíritu del Señor, que en el Concilio de Viena mandó «que los Obispos, por sí o por los ministros de la Iglesia, avisasen al pueblo el domingo de la Santísima Trinidad, que se aparejasen para el quinto día con oraciones, confesiones y limosnas y buenas obras, para dignamente celebrar esta fiesta, recibiendo al Señor y reverenciándole en la procesión». Y en pedir cuatro días de aparejo y santificación, habiendo pedido para las otras un día o dos, nos da claramente a entender, que pues aquí se pide mayor santificación, nuestra fiesta es mayor que las otras. ¿Qué proporción tiene aquel Arca de madera de Setín, aunque dorada, que llevaba dentro de sí las Tablas de la Ley, y un vaso de Maná, y la vara de Aarón, con la preciosísima humanidad de Jesucristo Nuestro Señor, en la cual morará por unión personal el Verbo Divino, Dios verdadero? Y por una maravilla que allí se hizo en el río Jordán, hay aquí tantas, que no se pueden contar. El fruto de aquel milagro fué entrar a poseer tierra y cosas de tierra, y por esta Arca divina pasamos nosotros del pecado a la gracia y de la pobreza de la tierra a las riquezas del cielo.

Si cuando fué dada la Ley descendieron los ángeles al monte Sinaí para hablar en persona de Dios, llevaremos nosotros mañana al mismo Señor en la procesión, y ellos descenderán a le acompañar y servir. Allí fué dada la Ley, mas no fué dada la gracia; y Ley sin gracia, ocasión es para más pecar, como dice San Pablo. Mas este Señor, cuya fiesta es mañana, es de quien dijo San Juan: *La Ley fué dada por Moisés; mas la gracia y la verdad, por Jesucristo son hechas.* Truenos terribles, sonidos de bocina y espantables relámpagos hubo allí, tanto, que el pue-

blo, atemorizado, huía de Dios y decía a Moisés (Exodo, XIX): *Háblanos tú, y oiremos; no nos hable el Señor, porque no muramos.* Muy de otra manera será nuestra fiesta mañana, porque aunque está escrito que Dios es fuego que consume, iremos mañana juntos con El, y su fuego no nos destruirá; y si destruyere, será a nuestros pecados, para que nosotros quedemos limpios y purificados como oro en crisol.

No hay mañana espanto de truenos, ni de relámpagos, ni cosa alguna que nos haga huir de temor; manso va el Señor y callado como un cordero, y con entrañas encendidas de amor, para darnos lo que nos cumple: y todo lo que allí se ve y se cree nos convida a que nos lleguemos a El, a recibir de su mano el perdón y la gracia, y a descansar de nuestros trabajos, y a esperar la gloria que está por venir. Veis con cuánta razón se nos pide que desde el domingo y aun desde antes nos aparejemos y santifiquemos para esta solemnísima fiesta. Mas esto es lo que yo temo, y con mucha razón me da pena, que como tal fiesta como ésta había de ser celebrada con un amor y una reverencia que pareciese a la que en el cielo tienen los santos y ángeles a este Señor. No sé si ha de haber entre vosotros algunos que no sientan esto de esta manera, sino que piensen con terreno sentido que esta fiesta se instituyó solamente para holgarse y corporalmente regocijarse los cristianos en ella. ¡Y que haya algunos que estén tan ajenos de limpiarse de los pecados pasados, que por ventura cometan en la fiesta algunos pecados, que si no fueran en ella, no los hicieran!

¡Oh, lamentable desdicha, que enfermes con la medicina, que te ennegrezcas con la blancura y que llegue tu maldad a tanto, que de fiesta tan santa de la compañía de Dios, de la bondad que usa yendo en la procesión con nosotros, tú no te aproveches de tanta bondad, mas que saques maldad! Cristianos, cristianos, no es esta santísima fiesta para hacer ofensas a Dios, sino para deshacer las hechas, y dar al Señor un día bueno, celebrándo(lo) con tanta santificación que se le dé a El entero contento y placer. No solape nadie, no, hacer fiesta mañana a sí

mismo, y a su vanidad, debajo de título de fiesta del Cuerpo de Cristo Nuestro Señor. Y aunque entiendo que hay muchos entre vosotros que de tal manera os habéis aparejado y aparejaréis que deis en esta fiesta gloria y contentamiento al Señor, y que el oír el domingo de la Trinidad que el jueves siguiente era día del Cuerpo de Nuestro Señor os puso un alegre cuidado de aparejaros para tal fiesta y un entrañable deseo de que ya hubiese llegado este día para recibir al Señor con mejor aparejo que os fuere posible, acompañadle en la procesión con amor entrañable y reverencia cristiana, con que deis placer al Señor que la recibe, y a los prójimos que os miraren, y al predicador que os amonestó; así sospecho que hay algunos entre vosotros que antes que viniese esta fiesta les nació cuidado, no de celebrarla al Señor, mas de celebrarla a sí mismos. Alegre cosa es hablar de los unos y triste haber de hablar de los otros; mas habéisme de dar licencia para si por ventura algunos de éstos tan mal mirados, y que vuelven esta fiesta tan al revés, hurtándola a Dios y tomándola para sí, siendo amonestados por mí de este su error, se quisieren enmendar y celebrar fiesta al Señor, hablarles una palabra.

Decidme, buena mujer, baja o alta, quienquiera que seáis, si estos días pasados, especialmente esta noche, ponéis vuestros pensamientos en cómo saldréis mañana más curiosamente ataviada que otros días, para hacer fiesta a vuestro vano contentamiento y a los ojos vanos de los que os quisieren mirar, y vos también miraréis a todo lo que se os antojare, y por ventura almorzaréis mañana mejor que otros días, sin daros pena ni mirar en ello, de cómo os quedáis sin comulgar y recibir el manjar que del cielo vino, tendréis vuestro corazón derramado en vano, y quizá con pensamientos más ruines que otros días, el cuerpo liviano para la vanidad, pesado para rezar y para otras obras buenas; poneros habéis a una ventana, como ídolo en alto, para ser vista. Haciendo estas cosas y otras semejables mañana, decidme, por Dios, ¿cúya fiesta celebráis, de vuestra vanidad o del misterio de Dios? ¿De vuestro corruptible cuerpo miserable, o del

precioso Cuerpo de Jesucristo? Los niños, las piedras lo dirán, los ciegos lo verán, qué tal fiesta celebráis, cuáles obras hacéis, y que para aquél celebráis fiesta a quien dais contentamiento con ellas.

La fiesta del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, con templanza en los vestidos, en la abstinencia del cuerpo, con agradecido corazón y devotas lágrimas, con haberlo bien recibido, con acompañarle con reverencia y devoción, se ha de celebrar, si a El se hace la fiesta; porque éstas y otras semejantes cosas son las que El pide, y son agradables delante de sus ojos, y dan contentamiento a su corazón; mas de éstas ninguna leváis vos, y de las contrarias vais llenas. Más parece que vais a fiestas carnales que espirituales; a bailar con el cuerpo, que a gozar de Dios con el ánima; y aun lo peor es, que vais más ocasionada para pecar y hacer caer en pecados, que para incitar y dar ejemplo de que sirvan a Dios, declarando que, o vais deshonesta, o a lo menos que hay vanidad en vuestro corazón en ir tan aderezada y vistosa que parece que queréis, o a lo menos sois causa de ello, que los hombres mañana quiten los ojos de mirar al Señor y los pongan en vos.

¡Oh, desvergüenza tan grande! ¿Quién hay que no vea que si fuese a desposarse un Rey, o una Reina, no se debía sufrir que algún criado o criada suya fuesen con su señor más ataviados y vistosos que el mismo señor, y fuesen causa que los ojos de los que van presentes dejasen de mirar al Rey por mirar al criado? Hermana, en el día de vuestra fiesta que a vos se hace en vuestro casamiento, o cosa semejable, que vos sois la principal a quien se hace la fiesta, ataviaos en hora buena. Aunque la mujer cristiana en todo tiempo y lugar ha de tener tanta templanza y modestia en sus atavíos y trato, que siempre resplandezca en ella la cristiana humildad, cuya honra ha de ser en la cruz y no en los vestidos, como dice Tertuliano. Mas tal día como mañana, que ni se hace la fiesta a vos, ni por vos, ni vais vos a vistas, sino Jesucristo, ninguna razón sufre que vos le quitéis su vez, ni le robéis los ojos de sus cristianos; y tened entendido

y entiéndanlo todos, que si el Señor quisiese descubrir la hermosura de su Cuerpo precioso y glorioso, ni tendríamos que rogaros que no saliésedes muy ataviada mañana, ni aunque lo saliésedes, tendríamos temor que dejasen los hombres de mirar a El por miraros a vos.

Ese sol que en el cielo veis tan resplandeciente y hermoso, es pura obscuridad y fealdad en comparación de la hermosura de Nuestro Señor Jesucristo que allí va. ¿Cuánto más lo seréis vos, cuya propia hermosura, la cual El os dió, es muy poca en comparación de la de El, y la que vos queréis acrecentar y fingir con los aderezos inventados por el demonio está tan lejos de ser hermosura, que para quien la sabe estimar es fealdad verdadera y muy bastante para que quiten los ojos de vos? Una vez quiso el Señor en este mundo enseñar la hermosura de su Cuerpo en el monte Tábor, y quedaron los que le vieron tan aficionados y tan satisfechos, que tuvieron por gran bienaventuranza cebar siempre sus ojos en tal hermosura, aunque ni bebieran, ni comieran, ni tuvieran otra riqueza: y cierto nosotros haríamos lo que ellos hicieron, si viésemos lo que ellos vieron, y se quitase el Señor su velo que allí le encubre para que le pudiésemos ver faz a faz: y si esto no hace, no es por privarnos de tanto placer, mas por darnos ocasión de mayor provecho; porque yendo escondido a los ojos corporales, hay hombres tan vanos que los quitan de El y los ceban en la faz de la mujer vanamente ataviada; no faltarán para estos tales castigos.

Procurad vos, si agradar queréis al Señor, de no poner a nadie tropiezo, ni ir tan vistosa que seáis escándalo para los flacos; unos de los cuales pecarán venialmente en miraros, y si la maldad de su corazón llega hasta consentir en codiciaros, cometerán pecado mortal; y si son muchos los que os codician, muchas ánimas mueren por vos; y morir una sola, es mayor daño que morir todos los cuerpos que se han criado en el mundo y se han de criar hasta el fin de él. Y habiéndose perdido tantas ánimas por ocasión vuestra, acabada la procesión iréis muy contenta a vuestra casa, y diréis que habéis andado en la

procesión, y celebrado la fiesta del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y según verdad habéisle a El ofendido, y robádole su hacienda, y héchole fiesta al demonio; pues ha cazado con vos, como con ave muerta, muchas ánimas que estaban vivas, y codiciándoos a vos por mal consentimiento, murieron: día vendrá en que tanta maldad sea castigada. Y si os pusisteis como el dios Dago (I Reg., V) en igual lugar con el Arca de Dios, y aun lo que peor es, que quisisteis más ser honrada y vista que Jesucristo Nuestro Señor, Arca divina, derribaros ha Dios, no sólo cortándoos los pies y las manos, mas castigándoos en cuerpo y en ánima; pues aquí le quisisteis robar su honra y ocupar los corazones de los hombres, que tan justamente le son debidos.

Un día entró el capitán Iehú, por mandado de Dios, en la ciudad de Israel a hacer venganza de lo que había aquel pueblo pecado (IV Reg., IX), y la Reina Jezabel, por evitar el castigo, pensó aficionar a sí el capitán Iehú, y púsose en una ventana por donde él había de pasar, muy ataviada y alcoholada; y salióle muy al revés el negocio, porque pasando él por allí, y alzando sus ojos a la ventana, vió aquella mujer muy ataviada, y preguntó a los que iban con él: «¿Quién es aquella mujer?» Los cuales respondieron: «Aquella es la Reina Jezabel»; y luego en oyéndolo el capitán Iehú, dijo a unos hombres que estaban a la ventana con ella: *Arrojadla de esa ventana abajo;* y como fué mandado, así fué obedecido, y la sangre de su cuerpo roció las paredes por donde cayó, y después de caída en el suelo, las uñas de los caballos la hollaron y mataron; y no paró en esto, que después los perros le comieron su cuerpo, según Dios lo había amenazado y mandado profetizar; y espantados de tal castigo los que pasaban y la miraban, decían: «¿Esta es aquella Jezabel?» (4 Reg., IX).

¡Oh mujer, a quien esto toca, quienquiera que seas!, no ves que pasará mañana Nuestro Señor por donde tú estás la cara acicalada, los vestidos curiosos, los ojos poco honestos y derramados, el corazón indevoto: ¿qué piensas que dirá de ti? Lo que dijo Iehú de Jezabel; pregun-

tará: ¿quién es aquélla? Cosa por cierto digna de ser considerada y temida, Señor, que preguntáis quién es aquélla. Parece que de ataviada no la conocéis, aunque ella por ser más conocida se atavió. Señor, criásteisla Vos, habéisla dado la vida hasta esta hora; sabéis Vos muy bien quién es, y hasta sus más secretos pensamientos son a Vos manifiestos; sabéis lo que ha de hacer; sabéis cuándo ha de morir; sabéis si la habéis de echar en el infierno o llevar al cielo, y preguntáis quién es aquélla. Declaradnos, Señor, esta vuestra pregunta, porque parece es semejable a la respuesta terrible que daréis a las vírgenes locas (Matth., XXV): *En verdad os digo que no os conozco.*

San Ciprián, Obispo y mártir, nos declara esta duda en el tratado que hizo del atavío de las vírgenes consagradas a Cristo, y de las otras mujeres también, donde afirma «que no los ángeles buenos, sino los demonios, enseñaron a horadar las orejas y ponerse zarcillos, pintar los ojos, ponerse afeite y color, teñir el carmesí, y todo género de vanidad y curiosidad de atavío». Y según esto, no se espante nadie que el Señor no conozca a las tales mujeres, viéndolas vestidas al traje de su contrario el demonio. Y con mucha verdad y razón dirá el Señor: Yo de mucha llaneza y simplicidad usé en mis vestidos, y mi Madre sagrada también, y así lo mandé yo a mis cristianos, para que aun en la humildad exterior pareciesen no ser del mundo, sino de mi bando; y que lo de fuera fuese tan honesto y lleno de edificación, que diese testimonio que el corazón de mis cristianos desprecia el mundo y sus pompas, y tiene por verdadero atavío mi gracia y virtudes.

Mas esto que veo, no es obra mía: obra es de mi enemigo, contradicción de mi voluntad, traje profano, ocasión de pecados, señal de liviano corazón; no lo conozco, porque no le apruebo, aunque para castigar no lo ignoraré. Y el castigo será, que ni el Señor mañana holgará que le mires, porque no tienes aquellos ojos que de corazón limpio y cuerpo cristianamente ataviado han de proceder para darle contento, ni El holgará de mirarte, antes apartará los ojos de ti, porque no ve cosa de esas

que tienes que sea agradable en sus ojos; y sabe El muy bien que el menor cuidado que tú tuviste fué de ir mañana a la fiesta con los atavíos del cuerpo y ánima que le diesen contentamiento a El. Mañana te verá puesta a la ventana, y notará muy bien cuán ajena estás de como era razón que estuvieras en su presencia y procesión. Y en el día del juicio, cuando El venga por mandamiento del Padre a galardonar a los buenos y castigar a los malos, entonces te hará cargo de cuán mal celebraste su fiesta.

Y no sólo no se aficionará a tu vano atavío, ni te dejará de castigar por él, mas lo castigará como cosa desgraciada a sus ojos. Y viendo que tenías cuerpo, vestido con ricos y costosos vestidos, y cara hermoseada con mucho artificio, y la triste de tu ánima desnuda de caridad y afeada con pecados, mandará a los demonios, ejecutores de su justicia, los cuales te incitaban a la maldad y a la vanidad y te acompañaban en ellas: Derribadla de esa ventana; y será así hecho; y del estado de honra en que estaba, y del atavío de muchos y costosos vestidos, será derribado tu cuerpo en una angosta sepultura, y echándote tierra encima, te pisarán hombres, y aun por ventura animales que pasarán sobre ti. Allí se pudrirá ese tu cuerpo, y se parará tan hendiendo que ninguno pueda sufrir el mal olor de él; y verás cuán poco te aprovecharon los vanos vestidos, curiosos olores y demasiados regalos con que criaste un manjar de gusanos. Verte han enterrar; y enterrada, acordarse han los hombres de la lozanía que tu cuerpo tenía; y entonces, de verte tan fea y que te han de comer los gusanos, dirán con grande espanto: ¿Es ésta aquella Jezabel tan ataviada y lozana, que parecía que no había de morir?

¡Oh, válame Dios, y cuán vana es la gloria del cuerpo, cuán presto se pasa, cuánta fealdad le sucede, y cuán ciego es quien esto no ve, y cuán imprudente quien no la desprecia y no pone su cuidado en el atavío del ánima, que ha de durar para siempre! Hermana mía, en esto para el cuerpo y su vanagloria, y así lo castiga Dios con deshonra, corrupción y hedor; mas el castigo del áni-

ma que por tener mucho cuidado de servir al cuerpo, regalándole y buscándole entretenimientos, y vistiéndole muchas veces, anda desnuda el ánima, muy mayor será. Dios os guarde, no diga Dios a los demonios que os derriban el cuerpo: «Arrojadle también en el infierno su ánima, adonde se cumpla espiritualmente lo que Dios tiene amenazado a las tales mujeres, diciendo (Isaí, III): «Porque se ensalzaron las hijas de Sión, y anduvieron con el cuello extendido, y mirando vanamente con los ojos, regocijábanse y andaban con pasos entonados: hará calvas las cabezas de las hijas de Sión el Señor, y quitarles ha sus cabellos, y en aquel día quitará el Señor el atavío a sus calzados: *Pro eo, quod elevatæ sunt filiæ Sion;* y tendrán hedor en lugar del suave olor que acá tuvieron, y por la cinta tendrán una cuerda, y calva por el cabello encrespado, y por la faja que trajeron ceñida serles ha dado cilicio.» ¡Oh, qué mal fin tiene el demasiado atavío del cuerpo y descuido de atavío del ánima! Pues el que no lleva atavíos de fiesta, que son gracias y virtudes, celebra mal las fiestas de acá, y será fuera y lejos de la gloria de Dios, y cerca de las penas del infierno, donde hay desnudez, fealdad, batimiento de dientes y pena para siempre jamás.

No se atreva la mujer cristiana a desenfrenarse en sus atavíos, aunque sea rica, moza y noble; ni siga las inclinaciones de su corazón, porque no tenga que llorar para siempre. Espero en Nuestro Señor, que algunas de las mujeres que aquí estáis conoceréis aquesta verdad, y compungidas con estas palabras os pese el poco cuidado que habéis tenido otros años de ir a estas fiestas: de manera que si algunos se hayan escandalizado en vuestros atavíos y vista, que desde mañana comenzaréis a tener cuenta con ataviar vuestras ánimas, para salir a las fiestas con aquel cuidado que otros años ataviábades los cuerpos; y en el atavío de éstos os contentaréis con una cosa mediana, que no provoque los ojos de los hombres a os mirar, ni por muy ataviadas ni por muy despreciadas. Echeos Dios su santa bendición a las que este propósito habéis concebido, y deos fuerza del cielo para que

toda vuestra vida la podáis cumplir, y escapéis del peligro tan grande, vuestro y ajeno.

Mas aunque me alegro de considerar a estas tales mujeres, pénome de pensar que por ventura habrá otras a quien esta verdad se les torne en mal y que ciegas con la afección de sus atavíos, e ignorantes de la Ley de Dios, y aun engañadas del enemigo, en lugar de enmendar su desenfrenada y dañosa soltura, la quieran defender, y añadan mal a mal, diciendo con ánimo obstinado: ¿Qué se me da a mí de lo que hacen los otros? ¿Soy yo cura de ellos? Tenga yo mi corazón limpio de todos esos malos deseos, que si los hombres quieren pecar, ¿qué culpa les tengo yo? Mire cada uno por sí; que no tengo de estar atada por nadie para no ataviarme, pues tengo con qué. Libre y no cristiana respuesta es ésta, y paréceme muy semejable a la que daban unos cristianos en el tiempo de San Pablo: los cuales, como eran sabios, entendían que aunque un manjar fuese sacrificado a un ídolo, no por aquello era más pecado comer de aquél que del otro. Y así, cuando se hallaban en algún convite de algún infiel, y había en la mesa algún manjar de éstos, comían de él sin ninguna diferencia y ningún escrúpulo. Mas como donde hay sabios hay también otros que no lo son, y adonde hay fuertes hay flacos, había también entonces otros cristianos que no sabían aquesta verdad, y pensaban que comer de lo sacrificado al ídolo era honrar al ídolo. Así, ni ellos osaban comer de aquellos manjares, ni tenían por buenos cristianos a los que los comían. Y otros había que pasaban más adentro, y que decían: pues éstos son sabios y gente principal, y comen de esto, aunque pequen en ello, no es mucho que yo también coma aunque peque en ello. Y aunque los sabios entendían esta flaqueza y grande ignorancia de aquéstos, no por eso dejaban de comer los dichos manjares, diciendo: «¿Tengo yo de estar atado a no comer lo que según verdad no es malo, porque al otro ignorante se le antoje que yo hago mal? Si él por su necedad, pensando que pecó en aquéllo, lo come, yo que sé que no peco, quiero usar de mi libertad, y no tengo de perderla por nadie.»

Veis aquí, señoras, una respuesta semejante a la vuestra; veis aquí un corazón amador de cumplir su apetito en comer, el vuestro en ataviaros, sin dárseles nada de aquéllos, ni a vosotras de que el prójimo flaco peque o no peque. La obra que aquéllos hacían y la que vosotras hacéis, diferentes son; mas las palabras y apetitos de cumplir vuestra voluntad, sin tener cuenta con lo que al prójimo toca, uno mismo es; y por eso daremos una misma respuesta a vosotras, y a aquellos que para que no la tengáis en poco, por ser mía o de otro hombre, como de persona que puede errar, os diré la respuesta que el Espíritu Santo, Espíritu de verdad, que no puede mentir ni ser engañado, dió a aquellos sabios amigos de su libertad, por boca de su ministro San Pablo (Rom., XIV), la cual dice de esta manera: «Mirad que esta vuestra licencia o libertad no sea tropiezo para los flacos; porque si alguno viere al que es sabio asentado a la mesa donde se comen los manjares sacrificados a ídolos, ¿no está claro que la conciencia de éste, siendo flaca, y pensando que hace en ello mal, será provocada a comer de aquellos tales manjares? Y perderse ha por la libertad de tu conciencia aqueste prójimo flaco, por el cual murió Cristo.» Y pecando de esta manera contra vuestros prójimos, e hiriendo la conciencia flaca de ellos, contra Cristo pecáis. Por tanto; si el comer algún manjar escandaliza a mi prójimo, no comeré carne para siempre, porque no escandalice a mi prójimo; porque si por comer algún manjar, tu prójimo es entristecido, ya no andas tú según la ley de la caridad. No quieras tú, por comer de aquel manjar, echar a perder a aquel por el cual Jesucristo murió. No quieras por tu comida destruir la obra de Dios. Buena cosa es no comer carne y no beber vino, ni otra cosa, por la cual tu prójimo es ofendido, o escandalizado o enflaquecido en la virtud.

Todas estas palabras dijo el Espíritu Santo por boca del Apóstol San Pablo, aunque no en un mismo lugar; y aunque se dijeron a los de aquel tiempo, hanlas de tomar por dichas a sí mismos las personas a quien tocan, pasadas, presentes o por venir, hasta que el mundo se

acabe; porque la Ley y palabras de Dios no se acaban con las personas a quien fueron dichas. Mas como dice Job (cap. XXXIII): *Una vez habla Dios, y no torna a decir lo ya dicho.* Porque en la divina Escritura con palabras suyas se habla con todos los de todos los tiempos, sin que sea menester hablar a cada uno por sí, diciéndole a él en particular lo que en común dijo a él y a los otros. Así que, señoras, tomad estas palabras por respuesta de Dios, y a vuestra mala respuesta y malos propósitos; entended, que aunque la lengua o mano que esto habló o escribió fueron de carne, mas el principal autor Dios fué: y por eso, antes perecerán cielo y tierra, como el Señor dijo, que estas palabras dejen de ser verdaderas. Y con todo eso temo que como habéis entendido con más tiempo y con más cuidado en aprender consejas y maneras de ataviaros, y hacer otras obras desaprovechadas y aun dañosas, más que en aprender la Ley de Dios, fundada en caridad de Dios y del prójimo, no sé si os han de parecer bien estas palabras, que ponen freno a vuestros apetitos y atan vuestra libertad, cuando de ella sigue daño al ánima de vuestro prójimo.

Cosa es digna de consideración y de llorar, cómo siendo el Mandamiento de la caridad del prójimo semejable al Mandamiento del amar a Dios, lo haya hecho el descuido y desamor de los hombres de tan poca estima, que no sólo no lo anteponen a los otros, pero aun no igualan y ponen a la postre de todos. Hombres hay fuertes en hacer abstinencia, y en otras obras penales, y en rezar devociones, y muy flacos en la caridad, como si no hubiera dicho Jesucristo Nuestro Señor: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os amáredes unos a otros.» Y siendo Mandamiento de Dios (Joann., XIII) «que primero le amemos a El, y después a nuestras ánimas, y tras ellas las ánimas de nuestros prójimos, y a la postre la vida de nuestros cuerpos», estamos tan lejos de amar sus ánimas más que a nuestros cuerpos, que hay muchos que sólo el oirlo les da mucho espanto, y a duras penas pueden creer que Dios Nuestro Señor haya mandado tal cosa. Lo cual es señal que están sin la joya

de la caridad, porque ésta, no sólo no es pesada a quien la tiene, mas hace a las cosas pesadas ser tan ligeras, que la más terrible de todas, que es la muerte, hace pasar de buena gana por el amigo.

No es conseja, señoras, no es conseja, que habemos de amar más a la vida del ánima del prójimo que la vida de nuestro cuerpo; porque para decirnos esto, perdió Dios humanado la vida preciosísima de su Cuerpo en la cruz, porque nuestras ánimas viviesen vida de gracia. Y quien se contenta con conocer y alabar aquella hazaña tan grande que el Señor hizo, y no la quiere imitar cuando conviene, muy engañado está, y no ha leído, o no lo quiere cumplir, lo que el Espíritu Santo dijo por boca del Apóstol San Juan (I Joann., III). «Si Dios Nuestro Señor puso por nosotros su vida, también nosotros debemos poner la nuestra por nuestros prójimos.» Por tanto, señoras, esto os sea notorio, que si en vuestro corazón y estimación se enseñoreare más el amor de vuestro atavío, y aun de vuestra vida, que el de la vida del ánima del prójimo, bien podréis no estar en pecado mortal por no ser deshonestas, mas en pecado mortal estáis por no tener caridad, a la cual pertenece amar con orden, y lo mejor amarlo más. Vestida podréis ir mañana de preciosas vestiduras en la procesión; mas todas ellas serán lana, o seda, o cosas semejantes, hechas de cosas terrenas. Mas de la vestidura de la caridad, por la cual por nosotros Cristo murió, y fué abierto su sagrado costado, y herido su sagrado corazón con lanza cruel, para que viendo aquellas amorosas entrañas con que nos amó hasta la muerte, y muerte de cruz, le amásemos nosotros a El y a los prójimos por amor de El, muy desnudas iréis mañana, y feas delante los ojos de aquel Señor, al cual ninguna cosa le parece bien si no hay caridad; y viendo que no lleváis ropa de boda, alanzaros ha de su soberano convite, y aunque vais presentes a la fiesta, ayunas os tornaréis de ella.

No es palabra cristiana la que habéis dicho con la boca: «qué tengo yo que ver si el otro peca o no peca»; porque quien no tiene que ver con las ánimas, o no se

le da nada que se pierdan o se ganen, no tiene que ver con este mundo, que Dios crió para mantenimiento y regalo del cuerpo del hombre, y el cuerpo por amor del ánima, y el ánima para que se salven entrambos. Y menos tendrá que ver con la Encarnación del Hijo de Dios, ni con su santo Nacimiento, ni misterios de su niñez, ni con su santísima vida, ni con su preciosísima muerte, ni con todo lo demás que hizo después de resucitado, porque todo esto obró el amorosísimo Amador de las ánimas, Jesucristo Nuestro Señor, para resucitar las ánimas muertas y conservarlas en la vida de gracia, y después de gloria, que también para ellas aparejó. De manera, que quien no tiene en nada las ánimas, no tiene que ver con este mundo, ni con el cielo, ni con Dios Nuestro Señor, ni con sus ángeles, ni con sus Santos, porque todos ellos trabajaron mucho por ellas, y las amaron entrañablemente; y no le resta sino tener que ver con los demonios, que las aborrecen y las inducen a pecar, y con el infierno, donde son castigados con fuegos eternos los que murieron con ánimas frías, por faltarles el dulcísimo fuego de la caridad. No os parezca, señoras, pesada la palabra de Dios, que dijo San Pablo (Rom. 14): «Mirad que esta vuestra libertad no sea tropiezo para los flacos.» Otra vez os ruego, señoras, no os parezca cosa pesada dejaros atar de las dulces ataduras de la caridad, para no ataviaros de manera que los hombres flacos tropiecen en vuestro atavío; y como en aquel tiempo el prójimo flaco pecaba por no usar bien de su ciencia el que era letrado, se pierda ahora por vuestro atavío el hombre flaco, por el cual Jesucristo murió en la cruz.

¿Hasta dónde era razón que penetrase esta palabra, *por el cual Jesucristo murió?* Hasta allí penetrará, hasta donde penetrare su amor: y para ser el que debe, ha de penetrar hasta lo más íntimo y principal de nuestro corazón: pues nos está mandado que lo amemos sobre todas las cosas. Cristiano, pesa a tu prójimo con aqueste peso, que murió Jesucristo por él, y verás cuán justa cosa es que tú estimes en más que tu atavío al que Jesucristo estimó más que a su vida. Están tan juntos Cristo y el

prójimo, que dice San Pablo en las dichas palabras, *que pecando contra los prójimos, pecáis contra Cristo.* Porque, como dice la Glosa, ellos son miembros de El; y claro está, que quien corta una parte del cuerpo, a la cabeza y al cuerpo lastima, injuria y ofende. ¡Oh, desdichado atavío, que mata el Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor, y ofende a la Cabeza de hombres y a la Cabeza de ángeles!

¿Qué gusto puedes hallar en cosa mezclada con tanta hiel? ¿Qué provecho tuyo con tan gran daño de Dios y del prójimo? No comer carne para siempre, por no escandalizarlo. ¡Oh, qué mal hecho hacían aquéllos, por causa de comer de un manjar, escandalizar y hacer pecar al cristiano flaco, que estaba delante viendo los sabios, que por causa de aquello pecaban a su parecer! ¡Oh, qué mal hecho hace la mujer sin temor de Dios que sabiendo que algún hombre flaco le está aficionado, según da las muestras de fuera, que parece que la codicia en su corazón, en lugar de dolerse ella del pecado del prójimo y de temer el propio peligro, se huelga de ello, y para acrecentar su locura se le atavía y se le pone delante! ¡Oh, caza cruel, nunca vista, que sobrepuja a la crueldad de los tigres, tejer redes de atavíos, e irlas a tender delante de las personas que con razón se debe creer que han de caer en ellas! ¡Aderezas lazo, saeta y espada, que todo esto es el curioso atavío, para que de lejos o de cerca puedas herir y derramar sangre de ánimas! ¿Qué corazón puede sufrir hacer tan gran maldad y crueldad, pues que el corazón cristiano aun para oírlo y pensarlo no tiene fuerza? Ataviarse para que el ánima muera; echar miel en la ponzoña, para que con mayor seguridad sea bebida; llamar con el señuelo de tu hermosura y ojos halagüeños, para que por la vista entre la muerte al corazón; si esto no es crueldad sobre toda crueldad, no sé cuál lo será.

Si quitar la vida al Cuerpo místico de Jesucristo Nuestro Señor no pone espanto de sólo oír, ¡no sé qué trueno bastará para te espantar! Las buenas obras que no son de precepto, se deben dilatar si el prójimo se escandaliza por ignorancia o flaqueza; los males que escandalizan, ¿porqué se deben hacer? No tengáis éste por pequeño

mal, pues que el justo Juez, que ni engaña ni puede ser engañado, en cuyas manos es terrible y muy espantable cosa caer, ha pronunciado sentencia sobre ello, diciendo (Hebr., X, y Matth., XVIII): *Quien escandalizare uno de estos chiquitos que en Mí creen, conviene que le pongan una piedra de tahona en el cuello y sea hundido hasta el profundo del mar.* ¡Ay de aquel hombre por quien escándalo viene! ¡Oh, cuán triste parecerá entonces la caza que ahora haces con la lozanía, y cómo pagarás en la profundidad de los infiernos con grande peso, que ni te deje salir ni menear para siempre, la soltura que tuviste en querer con liviandad parecer bien al que te codiciaba!

Escrito está (Rom., I): *Que no solamente los que hacen el mal son dignos de muerte, mas también los que lo consienten.* Y pues tú te huelgas de la culpa ajena y ayudas a cometerla, no te tengas por casta, pues te huelgas que otro no lo sea; y serás participante en su pena, pues tienes compañía en su culpa. Y si decir bien de uno a un hombre que está tan apasionado contra él, que sabes tú que diciendo bien del tercero, aquel a quien lo dices le ha de querer mal, o deshonrar o procurar de hacerle mal, es grave pecado tuyo, pues pones por tropiezo al que sabes que ha de caer; y si por hablar una mujer a su marido una palabra ociosa, sabe que el marido ha de blasfemar, y en otros muchos ejemplos semejables a éstos, en los cuales, aunque lo que yo digo o hago no sea malo o livianamente malo, sé que otro ha de caer en pecado mortal, yo peco mortalmente, ¿cuánto más lo será en el caso presente, pues la hermosura y el atavío de la mujer son de sí mismos provocativos a que el hombre caiga en pecado? Que no en balde dijo el Espíritu Santo (Eccl., IX): *Por la hermosura de una mujer se han perdido muchos.* Y de ésta se enciende el mal deseo, así como fuego.

Muchos, mirando con admiración la hermosura de la mujer ajena, se hicieron reprobados. Y en muy muchas partes de la Escritura amonesta el Espíritu Santo a los hombres (III Reg., XI), «que quiten los ojos de las mujeres como de cosa peligrosa y en que fácilmente podemos pecar.» Y en decir la Escritura que son muchos los que

por mirarlas se han perdido; y en conformar con esto la experiencia de varones pasados, aunque éstos sabios y fuertes, se sigue claramente que la faz de la mujer ataviada provoca de sí misma a ser codiciada. Y por esto es más cierto que peca; pues, según hemos dicho, que diciendo una palabra que de sí no provoca a pecado, si por ella se sabe que otro ha de hacer pecado, es también ella pecado. Y aun el poner la mujer aqueste tropiezo a un hombre que es bueno y tiene propósito de no pecar, y sabe la mujer que poniéndosele delante, él con su flaqueza la ha de codiciar, será mayor y más claro el pecado. Mas también lo es ponerse delante, sin alguna causa muy justa al que sabe ya la codicia, que tiene poco temor de Dios, que con pequeña ocasión codicia, a quien tan bien le parece, mayormente ataviándose ella excesivamente, causando con un mal otro. Y cuando San Pablo dice (Romanos, XIV) *que no coman los sabios aquellos manjares delante de los flacos, si saben que se han de escandalizar*, no hace diferencia si aquellos flacos estén en gracia o no, o sin pequeña o grande ocasión caerán en pecado, sino que se tenga cuenta con sobrellevar su flaqueza y no darles causa para que caigan por ella.

Y por esto, y porque la mujer mal puede conocer si el que la ha de codiciar está en gracia o no está en gracia, o si para caer ha menester grande o pequeña ocasión, conviene huir, en cuanto pudiere, pequeña ocasión de salir ataviada curiosamente, para ser vista de persona que con razonables conjeturas puede creer que la ha de codiciar o codicia. Porque claro está, que si un prójimo está en pecado mortal, del cual yo le puedo sacar, soy obligado, si puedo, a impedir que no caiga en él, aunque yo ni dé causa ni ocasión a que caiga en él. Porque el mandamiento de la caridad no sólo obliga a que yo no tenga parte en el pecado ajeno, mas a que lo impida en mi prójimo en cuanto buenamente pudiere. Y está claro que a un buen cristiano no sólo le dolerá cuando él hace mal a otro, mas también si ve que un tercero le hace mal, y que un león le está cruelmente despedazando, y lo impedirá, por las vías que buenamente pudiere; y así

la mujer que entiende que el hombre ha de pecar y caer en los dientes de león infernal por ocasión de ella, aunque ella no le dé causa de su parte culpable, debe con mucha razón evitar aquel pecado en el prójimo; como si supiera que aquel hombre había de codiciar a otra mujer, era obligado a lo impedir, si buenamente pudiera, aunque algo le hubiese de costar: que esto tenga por cierto la mujer que no toma pena de que otro la codicie para mal, aunque ella no tenga culpa, que su castidad no está tan limpia y cabal como debía estar; porque la mujer del todo casta, por género de desdicha ha de tener ser mirada de ojos deshonestos y codiciada de corazón deshonesto. Y así como si la echasen en un cieno, aunque fuese por fuerza, ella se tendría por agraviada, y aunque fuese una ropa suya le daría pena, así saber que su memoria anda en el corazón del hombre sucio, que se anda revolcando en deshonestos pensamientos con ella, le da y le debe dar grande pena, y es cosa digna para hacerle derramar lágrimas y rogar a Dios Nuestro Señor que no lo permita.

De Lucrecia Romana, casada, se lee que aficionándose a ella un hombre principal, vino a tanto mal el negocio, que hizo maldad con ella por fuerza, estando ausente el marido; el cual después de venido, sin saber nada de lo que había pasado, ella se lo contó muy por extenso; y después de contado, se echó encima de una espada y se mató, con el gran sentimiento de que, aunque forzada, había pasado tan mal negocio con ella; el cual hecho y muerte, aunque los historiadores romanos mucho lo alaban, mas no tienen en ello razón: ora consintiese ella en aquel mal, ora no, hizo mal en matarse. Porque como dice San Agustín, *si fué adúltera, ¿por qué la alaban? Si no tuvo culpa, ¿porqué se mató?* Mas aunque contamos este hecho por bueno, no es para que nadie lo imite; contámoslo para ejemplo de lo que debe sentir una mujer casta de estos acontecimientos, aunque no tenga culpa. Y si os parece que aqueste caso, por haber llegado al cabo es digno de sentir, mas el ser deshonestamente miradas o codiciadas, sin pasar adelante, no es de hacer caso de

ello, traeros he otro ejemplo de aquella santa mujer Drusiada, casada y hermosa, discípula de San Juan Evangelista, que siendo codiciada de un mal hombre, enviándole él a decir su mala intención, lo sintió tan asperamente que a cabo de pocos días murió de aqueste dolor.

No os maravilléis, señoras, de esto, porque la verdadera castidad es cosa muy delicada y muy estimada en los ojos de Dios; y cualquiera cosa sabida o sospechada, de tomo o liviana, que en ella le toque, hace temblar a la casta mujer: y considerando cuán mal puesta está su memoria en el corazón del mal hombre, y cómo de aquellos malos deseos suelen hacer malas obras, que unas veces causan infamia a las buenas mujeres y otras veces llegan a más, no pueden dejar de tener malos sucesos, sabiendo los malos principios. Porque la mujer que no teme los peligros, presto llorará las caídas; y aunque a ella no le tocasen a peligro, duélele que se pierdan ánimas tropezando en ella. Y así Dios, aunque castiga culpados por su divina Justicia, procede con sentimiento de misericordia, que le diera pena, si recibirla pudiera; y de aquí aprenden los buenos jueces de llorar primero con misericordia a los que han de castigar con justicia.

Sobre todos tuvo este sentimiento Jesucristo Nuestro Señor: que aunque su vida, doctrina y milagros fué tan nivelado con la voluntad de su Padre, y tan provocativo todo al bien de las ánimas que no pudo más ser, y su pueblo con quien conversó, por su propia malicia y culpa volvió esto al revés, y no sólo no se aprovechó de cosas tan provechosas, mas tropezando en la luz más clara que el mediodía, desconoció, y negó y puso en cruz al Señor que le venía a salvar, por lo cual perdieron sus ánimas con la culpa y fueron castigados por la divina Justicia con grandísimas penas; mas no le costó poco esto a Jesucristo Nuestro Señor, pues sintió tanto el perderse aquellas ánimas (Rom., IX) y haber tropezado en El, aunque por culpa de ellos, que como dicen los santos, una de las causas que la noche de la Pasión hicieron a su ánima triste hasta la muerte, y sudar de su Cuerpo gotas de sangre, fué la compasión de aquel pueblo, porque

se les tornaba en olor de muerte el olor de vida que El predicaba.

Por no contar cada cosa en particular, entended que como el Espíritu de Jesucristo Nuestro Señor mueve al hombre a desear la honra de Dios y la salvación de las ánimas, y a emplearse él de muy buena gana en proseguir los medios que para ello convinieren, por fuerza es, que cuando ve lo contrario de esto, que las ánimas se pierden ora sea por otras ocasiones, ora porque tropiecen en ellos, no le consuela ni le enjuga las lágrimas el pensar: «yo no tuve culpa en su perdición». Como ni tampoco una buena madre que ve muerto a su hijo, aunque le curó e hizo por él todo lo que pudo, mayormente si murió por alguna medicina o cosa que la madre hiciese, aunque bien hecha y con buena intención, y sin culpa. De esto debemos sacar, que si sabemos que otro ha de pecar por cosa que hagamos o digamos, mayormente si no es buena, huyamos con todas nuestras fuerzas de dar escándalo a la flaqueza del prójimo.

Ya entiendo, señoras, que habrá muchas entre vosotras que estáis muy contentas, diciendo en vuestro corazón: «Gloria a Dios que no me tocan a mí estas palabras, porque ni sé que hombre mal me codicie, ni yo lo quiero, ni plegue a Dios que tal haya; verdad es, que soy amiga de galas, huélgome de me las poner para parecer bien, mas no a mala parte, ni quiero que nadie con tales ojos me mire. Yo también, señoras, doy gracias a Dios de que no deseéis ni os holguéis con muerte de ánimas; mas, pues estamos aquí en presencia de Dios, delante del cual hay particular obligación de hablar verdad, decidme: ¿tan pocos años ha que vinisteis al mundo? ¿Tan cerradas habéis tenido vuestras orejas a oír lo que en él pasa? ¿Y tan ajenas estáis de las humanas pasiones, que nunca habéis oído ni sentido cuán fáciles son los hombres para codiciar mujeres? ¿Qué bien les parecen, y cuán fuertes armas son para los vencer y matar los atavíos desordenados de las mujeres? Y esto no sólo ha acaecido en hombres de poco valor, mas, según la Escritura divina nos da testimonio, hombres fortísimos han sido muertos

espiritualmente por ellas. Hay tantos ejemplos de aquéstos que han acaecido (Judic., XVI; II Reg., XI, y III Reges, XI) y cada día acaecen, que ignorar esto es ignorar que hay sol en el cielo, y cosa que nadie, señoras, os creerá si dijéredes que no lo sabéis, porque en cosa tan manifiesta, o la sabéis o tenéis obligación a saberla. Pues siendo esto así, no estéis muy ufanas, porque no conocéis en particular que Fulano o Fulano os codicia, pues que tenéis obligación a saber que si vos vais vistosa llena de galas e invenciones, ha de haber gente que os mire, y tras el mirar se ha de seguir el codiciar y pecar mortalmente.

No veo mucha diferencia en que yendo por la calle os encuentra un hombre, que teniendo sospecha de él que os está aficionado, bebe la ponzoña que lleváis vos, y muere con ella, o que pongáis la ponzoña delante de mucha gente en lugar público, donde hay gente tan flaca, que mirándola ser hermosa en lo de fuera, les dé codicia de beber, y matéis con ella. ¿Qué se me da que vos no sepáis quién la bebe, si ella es de sí provocativa a matar, y vos la ponéis delante de gente, que debéis creer que la beberá? Y si ahora no conocéis quiénes son los que mueren en su ánima por codiciaros, saberlo habéis, y con harto dolor, cuando el día de vuestra muerte seáis presentada delante del juicio de Dios, y seáis acusada de los mismos demonios que os incitaban a hacer la ponzoña, y os digan muy en particular quiénes y cuáles y cuántos fueron los que murieron por miraros y codiciaros.

¡Oh, qué tristes nuevas os serán aquéllas de ver muertas ánimas por lo que tan fácilmente pudiérades excusar! Mucho os debieron de costar los vestidos y joyas con que os engalanasteis, mas mucho más caro os costará aquel día haber derramdo sangre de ánimas, por las cuales murió Jesucristo Señor de todos, y no os valdrá entonces decir delante del acatamiento de Dios lo que ahora libremente decís: «Yo, aunque me huelgo de ser vista, mas no de ser codiciada»; porque si los hombres os sabemos responder a esa fría disculpa, ¿cuánto más os responderá Dios?.

Decidme, señoras: si vosotras no tenéis manos para

refrenar vuestro propio corazón de ese tan desenfrenado apetito que de engalanaros tenéis, ¿cómo queréis tener mano en corazones ajenos y les queréis poner tasa? Llegad hasta aquí, y no paséis adelante; mirad, mas no codiciéis. Estáisos tres horas enteras tejiendo redes aparejadas, como dice la Escritura, para cazar ánimas, y os desveláis por cuantos sentidos tenéis para hacerlas más sutiles y atractivas que podéis, y luego tendréislas muy bien tendidas, donde hay mucha copia de aves, las más de las cuales no tienen ejercicio de dar vuelo al cielo, pidiendo al Señor socorro para que los libre de vuestras redes: y aun los que dan este vuelo, por presto que lo hagan, se les pega algo de vuestros embarazos. ¿Cómo decís: no quiero cazar a nadie, sino que se contenten con sólo mirar las redes que yo he tejido? Considerad la humana flaqueza en aquesta parte, y la fuerza que a faz de la mujer curiosamente ataviada tiene en el corazón de los hombres, y veréis que poneros en los ojos de ellos y decir que os miren y no os codicien, es poner un jarro de agua fría muy fresca en un vaso transparente en tiempo de grande calor delante de muchos sedientos, y decir: Contentaos con mirarlo, mas ninguno codicie el beber aquesta agua: ¿qué cosa se puede pensar más desatinada que aquesta? Poned a los niños la leche delante, y decidles: «Miradla, mas no la gustéis.» Y siendo, como San Jerónimo dice, la faz de la mujer espada de fuego, daisle cuantos filos podéis, para que más fácilmente y más cruelmente mate las ánimas; y como el niño, mirando el resplandor de las brasas, le da gana de las tomar, porque no conoce cuánto queman.

Habéis de saber, que así hay muchos hombres en edad y niños en virtud, que cuando ven la espada de vuestra faz resplandeciente, la codician gozar, sin entender que debajo de aquella faz apacible está muerte eterna. Señoras, no penséis que llevando en las manos un grande fuego por más que digáis: «quiero que lo miréis, mas que no os calentéis», no se ha de hacer lo que deseáis; sino que entre aquella muchedumbre de gente, unos codiciarán muy fácilmente, porque no tienen temor de Dios, y otros que

temen a Dios, que son fuertes, recibirán golpe, y aunque con trabajo, escaparán de la muerte; y otros habrá, que aunque tengan virtud será flaca, y trayendo sus ánimas vivas a la procesión, recibirán heridas mortales, mediante la vista de vuestro atavío. ¡Oh, dolor grande si entenderlo sabéis! Que mueran ánimas, porque toméis vos un poco de vano complacimiento, y que presto pasa, y no tengáis en poco este mal, de que haya hombres que os codicien, pues que por particular privilegio, como dice San Buenaventura, «fué concedida a la limpísima Virgen María Madre de Dios que no sólo hombre ninguno que la viese no la codiciase, mas que el verla obrase en ellos refrenamiento de sus apetitos y les pegase castidad en los corazones». ¿Pues porqué, señoras, no desearéis vosotras que nadie os codicie? Y si decís que lo deseáis, ¿porqué hacéis obras contrarias? Pues que la lengua que dice lo uno es testimonio sospechoso, porque acostumbra a decir mentiras, y pruébasele que hacer lo contrario es testimonio más verdadero.

Sea, señoras, tal vuestro sentido, y traje, y meneo, y gravedad en el rostro, que todo dé testimonio que aborrecéis mucho de que nadie os mire con malos ojos, y de que lo procuraréis así con todas vuestras fuerzas. ¿Quién os ha hecho entender que las ánimas son de tan poco valor como aves del campo, que por tomar pasatiempo los hombres las cazan y matan? Preciosísima cosa son, y criadas a la imagen de la Santísima Trinidad, y una sola de ellas es más valerosa que todos los cuerpos del mundo criados y por criar, así por tener más excelente naturaleza, como por ser capaces de recibir gracia y gloria, y de poseer al mismo Dios que la crió. Y para que este valor a todos fuese manifiesto, salió el Verbo de Dios del escondido seno de su Padre, y tomando carne, padeció y murió por la salud de las ánimas. Y pues sois, señoras, cristianas, por la misericordia de Dios, sentid de las cosas conforme al sentido de Jesucristo: estimad en mucho lo que El estimó, pues que dió su vida y su honra por el provecho de ellas, y le fueron enclavados los pies y las manos en la cruz.

No os parezca a vosotras pesado enclavar vuestros apetitos con el amor de aqueste Señor, procurando el bien de las ánimas muy amadas de El. Y este cuidado de no dañar ánimas, antes de las aprovechar, deseo ver puesto en vuestros corazones, y que de ellos saliesen las obras de nuestros honestos atavíos que los testificasen, porque seáis del bando de Nuestro Señor, el cual dice (Matth., XII): *El que no es conmigo, contra Mí es; y quien no coge conmigo, derrama.* Y no sólo debéis hacer esto por la caridad de los prójimos, mas también por la prudencia que debáis tener en lo que toca a vosotras mismas, la cual os enseñará, así por razón como por experiencia de muchas mujeres, de muchas maneras, que les fueran mejor haber tenido rostros muy feos y atavíos muy pobres, que no por haber tenido hermosura con atavío, haber provocado ojos de hombres para que las miren, y de allí a poco haber sucedido la perdición de ellas y muerte de muchos, y destruimiento de pueblos y aún de reinos enteros, como acaeció a la desdichada Helena, por ser codiciada de Paris; y los mismo sucedió a Dina, como la Escritura dice (Génes., XXXIV).

Yo no entiendo, señoras, cómo no advertís a esta verdad tan manifiesta, que anda más segura una oveja paciendo sencillamente su hierba, sin que los lobos anden por allí, que no que la cerquen y que la acometan, y sea como milagro escaparse de la conquista de ellos, y que con todo esto sea tan vana e imprudente que esté haciendo cocos a los lobos para que arremetan a ella. Señoras, ¿para qué? ¿Para qué incitar a los hombres a que os miren? ¿Qué ganancia podéis sacar de esto, que sea igual con los daños que de esto os pueden venir? Pues están muy cercanos y muy a la mano, entended, por amor de Dios, que si Nuestro Señor os ha dado hermosura en el rostro, que antes habéis de temerla que alegraros con ella, porque es cosa que ha menester mucho seso para regirla, sin que dañe a su dueño y a los otros; y no hay pequeña guerra entre la hermosura y la cordura, ni entre ella y la castidad; y vivid con tanto recato, como quien trae fuego en las manos, o quema su roza en tiempo de

grandes vientos, que ha de estar mirando y temblando no pase el fuego la raya y queme las heredades de sus vecinos, o como los que traen la ballesta armada, que la enderezan hacia lo alto, porque como el soltar es cosa fácil, podría matar algún hombre.

Temed, temed, señoras, la hermosura del cuerpo, y gemid a Nuestro Señor temiendo no se os haya dado para vuestro mal y en castigo de vuestros pecados. Y como las mujeres vanas procuran de acrecentarla y manifestarla a ojos de muchos, aguzando la espada para que con filos más agudos penetre, así vosotras procurad que esta espada no corte tanto, y en cuanto buenamente pudiéredes, escondeos de los ojos de los hombres, y entended que la hermosura que Dios os dió fué para probaros en ella si amáis tanto vuestra vanidad que por cumplir con ella ponéis en público vuestra hermosura, teniendo en poco el ajeno peligro y el vuestro, o si por hacer servicio al Señor que os la dió os priváis de aquel pasatiempo, y por no le ofender, ni que otros le ofendan, os escondéis en cuanto buenamente podéis, no haciendo guerra al Señor con las armas que El os dió, antes servicio. Y aunque este cuidado debe traer la mujer a quien Dios hizo hermosa, y debe temer los peligros ya dichos, mucho más la que no se contenta con la medianía que Dios la dió, sino con artes gasta mucho cuidado en procurar alcanzar una cosa, la cual debía agradecer porque no se la dieron, y debía tener en poco si se la dieran, y aun rogar de buena gana con ella a sus vecinas.

¿Qué desatino es aquéste? ¿Procurar un vano aplacimiento a los ojos de los hombres, con peligro de ánimas ajenas y propia? Estas son con mucha razón reprendidas y culpadas de los males que por su hermosura y curiosidad de atavíos vienen a otros y a ellas, pues con sus propias manos toman el peligro y cometen una culpa, de la cual suceden otras culpas y daños; y ruego yo a Dios que nos libre de todo pecado, aunque sea venial, y muy más particularmente de aquel que aunque es en sí venial, se sigue de él que otras personas cometan pecados mortales. Ni se engañe nadie, diciendo: «hago estas cosas para

hallar marido, que por aficionarse a mí, se case conmigo»; porque muy más se aficionará un hombre, si es cuerdo, por oír de vos que sois tan encerrada que aun las vecinas no saben decir si sois fea o hermosa, que no por veros andar en lo público y acá y acullá convidando a que os miren con mucha apariencia de vanidad, y pensará que también seréis callejera después de casada, como sois antes, y arrepentirse ha y caberos ha a vos parte de su desabrimiento, y de haber elegido mujer por hermosura, más que por la virtud. Y si sois casada, y decís que por agradar a vuestro marido tomáis estos trabajos y peligros de atavío curioso, posible es que sea ello así, y si vuestro marido tiene de ello necesidad, bien hecho es; aunque tengo mucho temor, no se mezcle con la necesidad del marido la vanidad de vuestro corazón, a la cual naturalmente sois inclinadas.

Algunas dicen que aunque los maridos no tengan esta necesidad, son amigos de que anden sus mujeres muy ataviadas, y que se lo mandan expresamente; a lo cual señoras, os digo, que yo no creo tal mandamiento, o que no es hombre cuerdo el que lo manda; porque lo que yo veo es que cada uno quiere guardar bien su hacienda y dinero, y no se contenta con echar una llave, sino dos o tres cuando teme peligro: y quien pone tan buen recaudo en guardar el dinero, no es de creer que lo ponga malo en guardar su mujer. Y es cosa cierta que mientras más ataviada, más codiciada ha de ser; y que es dificultoso guardar lo que muchos codician. Por ventura os manda esto, porque entiende que vos lo deseáis, y que le daréis mucho desabrimiento si no os lo concede, y quiere evitarlo a trueco de esotro.

Mas ya que sea verdad que ellos lo manden por su voluntad propia, ¿porqué la buena mujer no procura de poner a su marido en razón y quitarlo de aqueste engaño? ¿Sois presta en contradecirle en otras cosas que os dice, y para ésta que es tan dañosa sois muda? Yo pienso que si aquel cuidado, rodeos, quejas, desabrimientos y aun lágrimas, que ponen las mujeres vanas para alcanzar de sus maridos aquestas curiosidades, aunque ellos como

cuerdos no las hayan gana, pusiesen las mujeres buenas en alcanzar de ellos que no se las mandasen traer, saldrían en esto con la suya, y vencerían a sus maridos con la razón, pues las otras con importunidades los traen a la sinrazón. Y con todo esto no sé cómo podemos creer que vuestro atavío es por contentar a vuestros maridos, y no a los extraños, pues que por experiencia se ve que donde ellos más os ven y os tratan, allí andáis menos ataviadas, y todo el atavío se guarda para cuando os tienen de mirar ojos extraños.

Negocio es éste de muchas marañas, y en el cual, por la mucha inclinación que, señoras, tenéis, os debéis sospechar a vosotras mismas, y no creer a vuestro corazón, y huyendo de vosotras y renunciando vuestro parecer y vuestro contentamiento, debéis aconsejaros con personas sabias y temerosas de Dios, que conozcan su santa voluntad, que os declaren cuál atavío llega a pecado mortal, cuál a venial, y cuál el que conviene a mujer cristiana; la cual, como dice el Apóstol San Pablo, *profesa el ejercicio de Dios con ejercicio de buenas obras.* (Tito, II). Y quien no se quisiere engañar en este negocio, no tenga cuenta tan solamente en los atavíos y gastos de cosas profanas, mirándolos a ellos por sí; mas considere los muchos males que de aquéllos proceden, pues ponen a los hombres en tan grandes necesidades que para las remediar hacen no pocos pecados mortales. De aquí viene el no osar muchos hombres casarse, y los padres dejar casar a sus hijas, y estar necesitados a dejarlas después de muertos en grandes peligros de su castidad, o viviendo, meterlas por fuerza en los monasterios con grande ofensa de Dios.

De aquí también viene padecer los hombres pobres necesidad, y aun por la castidad muchas mujeres; y lo que peor de todo es, renegar de la fe muchos cristianos en tierra de moros. Porque si se ha de cumplir con atavíos profanos de las personas, de sus camas, tapicerías, criados y casas, no sobra nada para remediar necesidades de prójimos. Y el estar estos gastos en pie, es causa que también lo estén los males ya dichos, y otros que se pue-

den decir, y no todos; porque a modo de decir, antes se podrán contar las arenas que hay en la mar, que los males que de aqueste mal, que parece liviano, proceden. Mas si, según doctrina del Evangelio, por los frutos se conoce el árbol, todo cristiano debe maldecir y aborrecer, y por su parte destruir este árbol de excesivo atavío, aunque tenga apariencia muy fresca y hermosa, pues tantos daños para los hombres y tantas ofensas contra Nuestro Señor de él proceden, como frutos perniciosos y pestilenciales. Dicho os hemos, señoras, a algunas de vosotras que los habréis menester, cómo habréis de celebrar mañana la fiesta, no con vanidad de corazón ni precioso atavío, sino con devoción interior y atavío cristiano, si no queréis dar enojo al Señor y ser castigadas por la Justicia divina. Plega a su misericordia os dé lumbre para lo entender y gracia para bien lo cumplir.

SEGUNDA PARTE

Tiempo es ya que demos doctrina a algunos mancebos que también irán mañana en la procesión, y Dios sabe cómo; aunque a la verdad, hay algunos que yendo en ella dan tales muestras, que aun a los que saben poco es cosa clara cuán lejos van en su corazón de aquel Señor a quien con el cuerpo van muy cercanos. Mucha razón sería, señores, que si la mujer, como cosa inclinada a lozanía y a parecer bien, quisiese mañana ir cual no debe, y hacer plato de su faz a los vanos que la quisiesen mirar, que el hombre, como más perfecto en el entendimiento y virtud, no se fuese tras aquella vanidad; mas con el mirarla, la reprendiese, y diese ocasión a la mujer vana para tornar sobre sí, viendo que le salían en vano sus trabajos, pues ni le compraban sus mercaderías, ni aun las querían mirar con los ojos. Así se había de hacer cierto para celebrar al Señor fiesta agradable, yendo los hombres modestos, y con profunda reverencia del celestial Rey que allí va, y que fuese tanta, que confundiese a las mujeres vanas y las provocase a lo que es razón. Mas si esto así se hace, vedlo vosotros, señores, con qué ojos miráis al Señor. Sábelo Dios y vosotros.

¡Oh, gran dolor! que no sólo os vais tras la vanidad de las mujeres vanas, pero aun las sobrepujáis; porque si ellas miran al Señor con ojos que salen de corazón vano, vosotros lo miráis con vista que sale de corazón malo. ¡Oh, Señor, y quién hará creer a aquesta gente, que todos ojos son para miraros a Vos, y que como es menester aparejo para bien recibiros, conviene que la vista con que habéis de ser visto, salga de corazón que tenga limpieza! Vos dijisteis (Matth., V): *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios en el cielo.* Y los ojos del cuerpo que para darle contentamiento a él en la tierra

le han de mirar, de este limpio corazón han de salir. Leed a San Dionisio y veréis que en el principio de la Iglesia, cuando habían dicho en el Oficio de la Misa la Epístola y Evangelio, y quería el sacerdote comenzar el Prefacio, echaban fuera de la iglesia a tres maneras de personas. Unos, los que eran atormentados por los demonios, que llamaban energúmenos; otros, catecúmenos, porque estaban aprendiendo la doctrina cristiana para ser bautizados, la cual se enseñaba con más espacio y tiempo que ahora; y otros eran los cristianos bautizados que hacían penitencia en la iglesia por algún pecado mortal que hubiesen hecho, y que no la habían acabado. A todos estos echaban fuera, como a indignos de estar presentes a la consagración del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y de mirarlo cuando el sacerdote lo alzase; y solamente quedaban en la iglesia, con licencia de poder mirar al Señor, aquellos que estaban dispuestos para comulgar. Entonces se sentía bien la reverencia que se debe tener en mirar a este Señor que allí está encerrado, y que quiere ser mirado con ojos limpios, como de paloma, que son los que con su vista le hieren de amor. Y por aquello que entonces pasaba, podremos entender el gran desacato que ahora se le hace en mirarlo con ojos irreverentes, sucios y desacatados; y por cierto, no con corazón dispuesto para comulgar, como entonces se hacía, y para decir la verdad, ni aun dispuestos para confesar, ni aun para estar en la iglesia.

¡Oh, grande confusión! ¡Oh, cosa para que todos lloren, y para que las personas a quien toca la lloren y teman! Que no siendo entonces lícito mirar al Señor el cristiano que hacía penitencia de su pecado, aunque estuviese arrepentido de él, hasta que del todo la hubiese acabado y satisfecho a Dios Nuestro Señor por la ofensa contra El cometida, y con esta penitencia y buenas obras estuviese dispuesto para comulgar, que pasen las cosas ahora tan al revés que miren al Señor muchas personas desvergonzadamente, aunque hayan cometido no uno, mas muchos pecados mortales, no sólo sin haber acabado de hacer penitencia por ellos, mas lo que peor es, sin haberla co-

menzado a hacer. Y lo que muy peor es, sin haberse arrepentido del pecado ni aun tener intención de hacer penitencia. Pues si esta desvergüenza es tan calificada, que aun faltan palabras para declarar los grados de su malicia, ¿en qué lugar pondremos, o cómo llamaremos al desacato de mañana, si en presencia del mismo Señor Dios Nuestro van gentes que alzando los ojos a las ventanas y mirando curiosamente la faz de las vanas mujeres con aquellos mismos ojos que cebaron y encarnaron en la criatura deshonestamente, se atrevan a mirar al honestísimo Señor Jesucristo, Dios y Hombre, que allí va encerrado? Y si tras el mirar a la faz de la mujer se sigue codiciarla para mal con dañado consentimiento, esta ánima, ¿qué tales ojos tendrá? Este tal hombre ¿con qué mirará al Señor? Acordaos de los ojos con que miraban al Señor los que le iban a crucificar, cuya vista era tan cruel y terrible que ponía espanto, y daba testimonio de la rabia y odio que en sus corazones tenían, no se hartando de todos los tormentos que pasaba el Señor, sino creciéndoles el maldito fuego del deseo de la venganza con los tormentos que el Señor padecía, como el fuego con echarle leña.

Malditos y terribles ojos eran aquéllos. Y dirás tú: no son los míos así. ¡Oh, dolor! que aunque tus ojos parecen blandos, con que miras a las mujeres vanas y las codicias con vista requebrada y halagüeña, si cotejas la pena que al Señor dieron tus pecados, y se la darían ahora si El la pudiese recibir, con la pena que le daba el ser mirado con los ojos crueles de los que le querían mal, no tiene comparación la pena que le daba nuestra culpa con la que le daban las bofetadas, las espinas, los clavos y todo lo que padeció en su muerte. Porque por quitar nuestros pecados y la pena que le daban, se ofreció a tan dura pasión, como quien elige el menor trabajo por evitar el mayor. Pues si el Señor fué tan cruel contra sí, por ser a ti piadoso, y todo lo que hizo y sufrió daba testimonio del inmenso amor que en su corazón tenía, ¿por qué tú quieres imitar a aquellos que declaraban en los ojos la malquerencia que le tenían en el corazón, mirando

mañana de tal manera, que tus ojos dicen que arde en tu corazón el fuego de la mala concupiscencia, vedada por Dios, y más desabrida para El que su sagrada Muerte y Pasión? Cierto era mucha razón que te despedazaran todo tu cuerpo a tormentos miembro por miembro, porque en día de tal fiesta, y en tal lugar, y en la presencia misma de Nuestro Señor, hicieras a Dios una ofensa. Era cosa muy debida que antes murieras dos mil muertes, pues El murió por ti una, que vale más que cien mil, que no ofenderle como le ofendes. ¡Y cuánto más es tu culpa mayor en ofenderle, sin ponerte nadie el cuchillo a la garganta, sin darte tormento ninguno, y tan sin porqué, que con mucha razón se puede este Señor quejar mañana de ti y decirte: «Sin causa ninguna me quisieron mal!»

Caín sacó al campo con apariencia de paz a Abel, su hermano, y le mató a traición. Joab mató a Abner con palabras de paz. Y Dios Nuestro Señor dijo a Judas (Luc., XXII): *Judas, ¿con un beso entregas a la muerte al Hijo de la Virgen?* Y así podrá el Señor decirte mañana: «Cristiano, ¿con vista blanda y señas de amor me vas ofendiendo, y te pierdes tú, perdiendo mi gracia, y me quitas a Mí la vida, que Yo tenía en tu ánima? Eras primero parte de mi Cuerpo místico, háceste por este deshonesto deseo miembro de la mala mujer y de Satanás. ¿Porqué haces que mi muerte salga en balde, pues la pasé por traspasarte del poderío de las tinieblas al Reino de mi claridad? ¿Qué te he hecho? ¿En qué te he sido molesto? ¿Porqué tan desacatadamente me tratas, tan cruelmente me lastimas, y me das males por bienes?» ¡Oh, Señor mío y Dios mío, cuán justa es vuestra queja! ¡Cuán grande nuestra culpa! ¡Cuán recio será el castigo del hombre que no quiso imitar a los once Apóstoles que acompañaban a Nuestro Señor Jesucristo con corazón sencillo, casto y devoto, cual lo llevarán mañana muchos en la procesión, y quiso ser compañero de Judas, que acompañando al Señor con el cuerpo, tenía de El muy lejos su corazón, y de otros muchos que tienen paz en la boca y muchas maldades en el corazón! Y final-

mente, quiso ser compañero de los que llevaban al Señor a crucificar, y aun de los mismos demonios, cuyo intento principal es que sea Dios ofendido, y que en las fiestas diputadas para mayor servicio suyo, allí se hagan mayores ofensas.

Los cielos y la tierra y cuanto Dios Nuestro Señor ha criado, serán en el día del terrible y espantable juicio testigos de esta maldad, y dirán a voces que justamente merece ser prohibido de la vista de Dios en el cielo quien con tanto desacato miró y codició lo que no debía en la tierra, matando su ánima por el pecado, y la vida que el Señor tenía en el corazón de él. ¡Oh, cuán mal celebramos esta solemnísima procesión de esta Arca divina! ¡Cuán al revés le hacemos la honra, de la que le fué hecha por el Real Profeta David y el Rey Salomón su hijo, en las procesiones que con ella hicieron! El uno de los cuales hizo esta honra, que de seis en seis pasos que andaba el Arca de Dios Nuestro Señor, mataban delante de ella muchos animales, ofreciéndolos en sacrificio y olor de suavidad al Señor. Y en la procesión que el Rey Salomón hizo con ella, creció la honra, y como era más rico, mandó matar delante de ella de bueyes veinte mil y tantos, y de otros animales, que era cosa sin cuento. Aquel sacrificio de animales mudos, aunque por sí mismo no era agradable a Nuestro Señor Dios, mas éralo por la devoción y fe con que se hacía, y porque representaba la Pasión del Señor; y porque El mandó que le fuese ofrecido y recibía contento en que su santa voluntad fuese cumplida y obedecida, y galardonaba a los que aquellas obras hacían.

Mas decidme, cristianos, por caridad, ¿habéis oído decir que mandase el Señor que le matasen hombres delante de su Arca? Diréis: «No, por cierto; porque al amador de los hombres y dador de la vida no le son agradables los matadores de hombres». Porque escrito está (Psalm. V): *Al varón de sangre y engañoso, el Señor lo aborrecerá.* Mas ya que eso no habéis oído, ¿por ventura sabéis si ha mandado que le maten ánimas delante su Arca? Diréis que eso muy menos, y que cuan lejos está la al-

teza del cielo de la profundidad del infierno, tanto y muy más está del corazón del Señor querer muerte de ánimas, que se causa por el pecado. Nunca tal hemos oído, mas esto sí, que el Arca de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, murió en la cruz delante de mucha gente, porque las ánimas no muriesen en el acatamiento de Dios. ¿Cómo se ha de mandar o se ha de holgar que le maten las ánimas en su presencia, pues es Padre de ellas, Criador y Redentor y Glorificador?

Cuando la Escritura quiere dar a entender cuánto desagrada a los ojos de Dios ofrecerle sacrificio de la hacienda que roban al pobre, no halla otra cosa más fea con que la comprar, que con sacrificar un hijo delante de su padre. Cosa ajena es ésa de Nuestro Señor, y muy propio del demonio y de sus servidores que adoran ídolos: los cuales matan o ven matar delante de sí a sus propios hijos, y sacándolos los corazones, y así ensangrentados, untan con ellos los vezos del ídolo; de lo cual el demonio que en ellos mora, recibe gran contentamiento de ver que tal crueldad hagan los hombres para honra de él y mal de ellos, como quien los aborrece de corazón y les desea todo mal que les pueda venir. Eso hemos oído; mas de Nuestro Señor en ninguna manera, mas todo lo contrario de aquésto. Pues tened por cierto, que cuanto esta verdad es más cierta, y el Señor más amador de las ánimas, y que no sólo no ha mandado que se las maten, mas halo vedado, tanto nuestra culpa es mayor, y nuestro dolor es más justo.

¡Oh, benditísimo Señor! Vos sois nuestro Padre que nos criasteis con el poder de vuestra Divinidad y nos redimisteis con nuestras humanas flaquezas. Y también sois nuestra Madre, que con grandes gemidos nos paristeis en la cruz, y fueron tan grandes los dolores de vuestro parir, que porque nosotros quedásemos vivos, quedasteis Vos muerto. Pues siendo Vos nuestro Padre y Madre, ¿quién tiene corazón tan cruel para matar a vuestros hijos? ¿Quién, Señor, os ha hecho a Vos o quiere hacer semejable al demonio y su ídolo, pensando que recibís Vos alegría en fiestas donde la mujer vana con

el fuego que resulta de su acicalada cara, penetra el corazón del mancebo descuidado, y le saca de seso, y por mal consentimiento muere su ánima, y ofrece su corazón al demonio, quejándoos Vos mucho, mi Dios y mi Señor, por Isaías, diciendo (cap. XL y XLVI): *Di, ¿a quién me hiciste semejable; con quién me igualaste y comparaste?* Quien, Señor, piensa que tal cosa os agrada, muy mal siente de Vos; ciertamente es hereje, pues contradice a la fe, la cual nos enseña que el malo y la maldad son aborrecibles a Dios. Y si creen que los pecados y muerte de ánimas os dan tanto enojo y mucho mayor que darían a un padre matándole a su hijo delante sus ojos, díganmelo los que tan mal celebran vuestra procesión. ¿Porqué a sabiendas y en el día de vuestra alegría hacen cosas con que tanto os enojan y ofenden? Cristiano, ¿porqué celebrando el fruto de la Pasión de Nuestro Redentor Jesucristo, que es remisión de pecados, vuelves esta fiesta tan al revés, que haces cosas contrarias a ella, que son los pecados? Mas ¿quién contará cuántos son?

¡Oh, válgame Dios! Si cuantos malos deseos de hombres a mujeres y de mujeres a hombres se cometen en la procesión, mediante el mirarse; si cuantas rencillas y malquerencias, por llevar el más honrado lugar, o por otras ocasiones livianas que suelen acaecer en aquestas juntas; si cuantas dejarán de oír Misa mañana, pudiéndola oír, con otras muchas desobediencias que se cometerán contra los Mandamientos de Dios Nuestro Señor y de la Iglesia, tantos pecados mortales serán los que mañana se hacen, miedo me he que morirán ánimas delante la presencia de aquesta Arca divina, más a menudo que de seis en seis pasos, que era el término en el cual mataban animales en la procesión del Arca pasada; y mucho temo que son tantas, que no tienen cuento, como los animales que se mataron delante el Arca en tiempo del Rey Salomón.

¡Oh, día del *Corpus Christi*, instituído para honra de Dios Nuestro Señor, y para espiritual alegría y aprovechamiento de los fieles! ¡Quién te ha vuelto tan al re-

vés, que te ha hecho día de muerte de ánimas, de guerra cruel contra ellas, que de muertas o heridas no hay cuento! Hízote Nuestro Señor Dios convite para darte espiritual vida con este pan que vino del cielo, y haste tornado banquete de ponzoña con que las ánimas mueren; y lo que fué ordenado para alegrar a los ángeles y para tristeza de los demonios, has tornado tan al contrario, que se regocijan los enemigos con la mucha ganancia de ánimas, y los ángeles y el Señor de los ángeles que allí va acompañado de ellos, llorarían si pudiesen llorar, porque se pierden las ánimas que con el precio de su preciosísima sangre El compró. ¡Oh, fiestas tan falsamente dichas fiestas, para los que de esta manera las celebran, y que con más justa razón serían llamadas para ellos día de muerte, pues que con miserable descuido mueren en ellas, y muerte de ánima!

¡Desdicha grande de tiempos, tan faltos de temor de Dios y amor de virtud, que no hay junta de hombres sin que haya contenciones, rencillas, malquerencias, y algunas veces llegan a muertes; y cuando se juntan mujeres y hombres, se han de hacer o codiciar tales cosas, que salga el diablo con mucha ganancia, y Jesucristo Nuestro Señor con mucha pérdida, sin que se tenga respeto a santidad de fiesta, ni a la Iglesia, ni a la misma presencia de Dios! Dadme, Señor mío, licencia para que os pregunte: ¿quién os metió entre gente tal y tan descomedida, y que tan mal os sabe servir, y tan desacatadamente os trata y atrevidamente os ofende? Señor, mirad el amoroso corazón con que vais en la procesión, deseando el bien de todos, y holgándoos de haber muerto por ellos, y determinado, de si menester fuera, pasar otra vez por ellos lo que primero padecisteis; y por otra parte, mirando el corazón de éstos, con que os van acompañando, tan irreverentemente desagradecidos, despreciadores de vuestros Mandamientos, y que tienen en más el pecado que a Vos.

Si no fuese porque Vos sabéis todas las cosas, yo os diría que vais como vendido entre aquesta gente, como de otro Judas, y que debajo de alegrías y reverencias

exteriores os dan bofetadas, y os ponen espinas, y os hieren con caña, como lo hicieron los soldados en casa de Pilato, y os dan a beber hiel y vinagre, como lo hicieron en el monte Calvario. Allí, Señor, la malquerencia y deshonra era en descubierto; no os creían, no os amaban, así concordaban las obras de fuera con lo de dentro del corazón. Mas creed, Señor, que Vos vais allí, y que sois Dios y hombre, y no hacer caso de vuestra presencia ni darse nada por ofenderos, y llevando corazones vacíos de vuestro amor verdadero, y llenos de desobediencia, ir con Vos en lo de fuera y cantaros y acompañaros, y bailar delante de Vos matando sus propias ánimas, renovando vuestra pasión, espantable cosa es de oír, lastimera de ver, y que con muy justa causa debe causar amargo sentimiento en el corazón de quien bien os quiere. Plega a Vos, Señor, que haya quien esto sienta y entienda: porque ya que el Señor por su infinita misericordia y admirable paciencia disimula sus injurias, aunque le sean hechas en su propia presencia, y ya mañana como en el tiempo de su Pasión, despreciado, hollado y ofendido, y no quejándose, como un manso cordero que no abre la boca, no es razón que seamos nosotros tan desagradecidos y desamorados que dejemos de sentir su deshonra y llorar sus ofensas.

Cosa digna de consideración es, que yendo el Señor en el día de su Pasión entre tanta gente, a muchos que les había sanado sus enfermedades, alumbrando ciegos, levantando cojos, limpiando leprosos y habiendo hecho diversos bienes a cuerpos y ánimas, que ninguno de aquéllos osasen tornar por El, ni aun hablar una sola palabra. Y por ventura pasará lo mismo en la procesión de mañana, que no habrá quien torne ni sienta los desacatos de este Señor, como si ninguno hubiese recibido bienes de su larguísima mano, ni halle quien le consuele a la diestra ni a la siniestra. ¡Oh! qué mala señal ver cumplido en nuestros días lo que dijo el Señor (Luc., XVIII): *¿Piensas, cuando venga el Hijo de la Virgen, que hallará fe en la tierra?* Veislo aquí por nuestros pecados cumplido. De lo que podréis tomar conjetura que estamos en

los días postreros cercanos al gran juicio de Dios. Porque si de la fe católica lo queréis entender, ya veis la mucha gente que por diversas herejías en nuestros tiempos ha perdido la fe. Si lo queréis entender de la fe amorosa y lealtad obediente que se debe tener con Nuestro Señor, mirad cuántas ofensas le son hechas cada día en el mundo, y cuán pocos hay que se pongan a las estorbar, aunque puedan, y que giman sobre las abominaciones que se hacen en Jerusalén. Y por lo uno y por lo otro entenderéis que no hay lealtad para con Dios en la tierra, como dijo Dios Nuestro Señor.

Mas no por esto entienda el cristiano que siendo persona particular ha de ir a reprender públicamente al que fuere desacatado en la procesión del Señor, movido por el celo de Dios. y no según ciencia. Porque allende de que este oficio no es suyo, hallará por experiencia que antes se empeora el corregido que no que se enmiende; porque la desvergüenza de nuestros tiempos ha llegado a tanto colmo de mal, que siendo los hombres sueltos para ofender a Dios, son muy enemigos de ser corregidos, y no quieren entender que la verdad y justa reprensión, por cualquier boca que sea dicha, es del Espíritu Santo.

Cosa es de temer que si un cura o un sacerdote reprende, aunque sea con mucha razón, a algún hombre, cuanto más si es honrado, cuán mal es recibida la reprensión, cuán pagada en decir mal de quien le reprendió, y con darle a entender que ni le tiene en nada ni ha de ser corregido de él. Mucho temor me da ver aquesto, porque el desprecio de personas eclesiásticas y el hablar con libertad en sus vidas, fueron los medios para que el perverso Lutero fuese quien fué, y de medios semejantes, fines semejables se deben temer. Y por esto tiene más obligación un juez seglar, o un Obispo, o persona que tenga autoridad para corregir a los tales mañana, cuanto menos mano tienen en ello los que no lo son. Y cosa digna sería de Rey cristiano y celador de la honra de Dios, que para que la fiesta de mañana fuese para hacerle servicio, y no para irritarle con nuevas

ofensas entre los capítulos de buena gobernación que dan a sus corregidores, fuese uno y muy principal que tal día como mañana, ni hubiese curiosidad en atavíos de mujeres, ni deshonesto mirar en los hombres, y proveer que las ventanas no estuviesen echando de sí pestilencia con poner algún medio con que las mujeres no perturben esta santa procesión. Evítese todo paseo en la fiesta, y antes de la fiesta no ande hombre a caballo por las calles que ha de andar el Señor. Y todo, sin faltar nada, se ordene de tal manera que ninguna cosa haya que pueda nublar la santa alegría de aquesta fiesta, ni que pueda descontentar al Omnipotente Señor para quien se celebra.

Porque si en lugar de la santificación que nos pide le damos profanidad, y en lugar de servicios, enojos, teniéndole en poco los unos y disimulando los otros, temor tengo que este Señor, que sabe cuán justamente se le debe honra y servicio y cuán mal se le paga, aunque ahora va callando como cordero, para provocarnos a penitencia y a enmienda con su benignidad, si nosotros tomamos ocasión para más pecar y tenerle en menos por su mucho callar, tornarse ha cierto de manso cordero en bravo león, y dirá lo que muchos días ha que prometió en Isaías (cap. XLII): *Siempre callé, sufrido he, mas yo hablaré como mujer que tiene dolores de parto.* ¡Oh, qué voces dará este Señor, terribles como bramidos de fuerte y airado león, contra aquellos que en el día de su honra le ofenden y contra los que tienen por oficio de reprender a los tales y callan!

Oíd el recio bramido del fuerte León de Judá, cuyas palabras son éstas (Isaí., V): *Yo quitaré el seto a mi viña, y será robada; yo destruiré su cerca, y será hollada, y la haré que quede desierta.* ¡Válame Dios, oh, Señor benditísimo! ¿y podréis Vos con vuestras piadosas entrañas castigar tan recio a los que celebran vuestras fiestas con tantas alegrías y regocijos? Qué, ¿tendréis corazón para quitar de vuestro pueblo el muro de vuestro amparo, y enviar infieles que roben y huellen vuestra viña, y quedar marchita sin hoja ni sin fruto? Qué, ¿podréis

acabarlo con Vos? Responde el Señor por Jeremías (capítulo VII), hablando con Jerusalén, y amonestándole que haga penitencia de sus pecados, y que viviendo mal, no confíen en tener entre sí el Arca del Señor en el templo. Porque así como la sacó de la ciudad de Siloé, donde primero estaba, porque no la tenían con el acatamiento debido, y la mandó pasar a Jerusalén para que allí fuese honrada, así les decía, que si la trataban con poca reverencia como en Siloé, que también se la quitaría de en medio de ellos como de los otros, y como el Señor lo amenazó, así se cumplió; porque por los pecados de Jerusalén la ciudad fué destruída, y el Arca del Señor quitada de allí, porque no escarmentaron en ajena cabeza.

¡Mas ay dolor! que ni Jerusalén escarmentó en Siloé, ni los cristianos en una ni en otra; y siendo nuestra divina Arca más preciosa, sin comparación, que la otra, y que pide mayor honra, y que perderla nos será más dañoso, hay muchas tierras a las cuales el Señor se la ha quitado en castigo de sus pecados. Id a Siloé, dice el Señor; id a Jerusalén, os digo yo ahora, y hallaréis que ni el Arca del Señor está en una ni en otra. Y si os parecen estos ejemplos ya viejos, y que os mueven poco, porque ha mucho que son pasados, id a Constantinopla, a Rodas y a Grecia; id a muchas ciudades y villas de Alemania, donde celebraban esta procesión como nosotros, y preguntad; «¿Hay mañana procesión aquí? ¿Hay música, hay bailes y danzas en honra del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo?» Y veréis que no la hay, ni memoria de ella; porque unos han perdido la fe de aqueste divino Misterio, y aunque puedan, no quieren celebrar esta fiesta, y este castigo es mayor; y otros desean, y no pueden, por estar enseñoreados de infieles, habiéndoles quitado el Señor la posibilidad por su justo juicio, por sus pecados y porque celebraban mal sus santísimas fiestas.

¡Oh, qué recio juicio, Señor, no querer recibir de vuestros cristianos las honras y regocijos que tal día como mañana se os dan, y habéis hecho que la alegría se torne en tristeza, y los cantares en lágrimas! ¿Porqué, Señor benditísimo, habéis echado de vuestro acatamien-

to vuestra santa festividad, instituída por el Espíritu Santo, y galardonada con muchas indulgencias concedidas por el Santo Concilio de Viena a los que os honrasen en ellas? «Engañados estáis—nos responderá el Señor (Sap., XIV)—; no desecho mis fiestas, no destruyo mis obras, antes las conservo y las perfecciono, y riego lo que he plantado, y mantengo lo que he criado; y si las manos de los hombres no deshiciesen y tornasen al revés mis obras, que de sí son hermosas y buenas, ni tendría yo porqué castigar, ni vosotros porqué llorar, y mis fiestas serían durables, y vuestros sucesos bienaventurados. Mas decidme, ¿porqué llamáis fiesta mía al día que no teniendo cuenta con mi contentamiento, lo empleáis vosotros en comer más, en vestir más y en ser más derramados y más deshonestos?

«En Isaías tengo dicho (cap. LVIII) que no recibo yo por ayuno mío, ni agradable a mí, aunque ande uno afligido con hambre, y tan grande hambre que de flaqueza no pueda tener su cabeza enhiesta, sin que se le acorve, y aunque ande vestido de cilicio, y se eche en ceniza, si con hacer estas cosas, que de sí son buenas, en el día de tal ayuno usa de crueldad con sus prójimos y le falta misericordia con ellos. Y desechando yo estas tales fiestas, y no tenerlas por mías, ¿recibiré por fiesta mía el día en que estáis muy hartos y traéis con liviandad las cabezas muy levantadas, y en lugar del cilicio y de la ceniza traéis preciosos vestidos, hechos con toda la curiosidad que han podido inventar las personas vanas, que carecen de mi temor y tienen cuenta con el contentamiento del mundo?» (Zach., VII): *Cuando ayunasteis, para vosotros ayunasteis; y cuando comisteis, para vosotros comisteis, y no para mí*, dice el Señor. Y eso mismo nos dirá ahora si le preguntáremos porqué ha desechado sus fiestas. «Para vosotros bailasteis y cantasteis, comisteis y bebisteis, y os ataviasteis y holgasteis, que no para mí.» Tiene el Señor mucha razón.

Desengáñense todos, sepan que sin puridad de conciencia, sin reverencia al Señor, sin honestidad de dentro y de fuera, ninguna música, ningún regocijo ni honra agra-

da a sus ojos, antes le da en rostro, y dice: «No recibiré el olor de vuestros sacrificios; quítame allá la concordancia de música, que no quiero oír los cantares de vuestra vihuela.» Dios espíritu es, y aunque tomó cuerpo, así como lo principal de El es su Divinidad, la cual es espíritu, así el principal servicio que pide, en espíritu ha de ser, porque tales adoradores quiere, como dice en el Evangelio (Joann., IV): *Que le adoren en espíritu y en verdad*, mas no en espíritu sólo, porque Dios no tiene espíritu sólo. Juntemos el servicio corporal de fuera con el espíritual de dentro, y habremos cumplido con lo que nos pide, y será bueno lo uno y lo otro, y entonces le ofreceremos servicio conforme a El, y le agradarán nuestras festividades, y las llamará suyas, y las tendrá por tales, y nos defenderá de nuestros enemigos, para que alegres con la paz y señorío cristiano celebremos hasta el fin del mundo sus santas festividades, y estaremos sin temor de que venga sobre nos el recio castigo de quitarnos el Señor la fe de este divino Sacramento o sus fiestas, como lo ha hecho en otras partes, según hemos dicho. Suene, pues, en nuestras orejas una y muchas veces, y suene más en nuestros corazones esta palabra divina, dicha por boca de Josué (cap. III): *Santificaos, que el Señor hará mañana maravillas entre vosotros*. Descalcemos nuestros zapatos, que son el humano sentido y afecciones de carne y de tierra, porque el Señor, en cuya compañía vamos, y la tierra por donde pasa, santa es, y para tratar con El no basta menos que sentido de fe, que es sobrehumano, y limpieza de ánima, purificada de las afecciones mundanas con amor celestial.

Y si para oír en el aire, en el monte Sinaí, voces formadas por ministerio de ángeles, manda Dios que se santifique el pueblo un día y otro, y laven sus vestiduras, y estén aparejados para el día tercero, mucha más razón es que nosotros para ir con el Señor en su procesión nos santifiquemos cuatro días antes; que quiere decir que estemos limpios de obras de carne, aunque sea entre casados: porque si para tratar con el Señor en la oración, que es trato más de lejos, aconseja San Pablo que

se abstengan los casados, porque el lodo y la bajeza de la carne no impida la elevación del ánima que se requiere para orar al Señor, ¿cuánto más será cosa conveniente esta limpieza para acompañar y tratar a este limpísimo Señor y amador de la limpieza? A aquéllos fué mandado que lavasen sus vestiduras: lavemos nosotros las manchas de nuestras ánimas con amargas lágrimas de contrición, por humilde y verdadera confesión y con digna satisfacción, entendiendo en esto y en otras buenas obras los cuatro días que hay desde el domingo pasado hasta el fin de hoy, como el Santo Concilio de Viena nos lo amonesta, para que así aparejados, purificados y ataviados ocurramos, no al ángel que nos ha de hablar, sino al Señor de los ángeles que nos ha de llevar en su compañía. Y si para ver las maravillas de Dios en el río Jordán (Josué, III), mandó Dios que se santificase su pueblo, por lo cual se entiende la limpieza de carne, la elevación del ánima en Dios, el orar y velar aquella noche, para dignamente ver el paso del Arca, que hizo secar el río Jordán, ¿con cuánta más razón debemos nosotros hacer esto, para ver mañana en la procesión de este Señor, que con su tránsito, que fué su muerte, secó el torrente de nuestros pecados, e hizo que nuestros corazones, que de sí mismos van hacia abajo como agua de río, se tornen hacia atrás, y despreciando lo del suelo amen a Dios y busquen los bienes eternos?

Esta noche santa no es de dormir, o de poco dormir, mas de oraciones devotas, estando deseando la venida de la mañana para gozar de la buena vista de aqueste Señor, que quiere pasear nuestras calles. Mas habéis de estar avisados (que va mucho en ello) que aunque os parezca que habéis hecho lo que según vuestra flaqueza sois obligados para os aparejar a ir en la procesión y compañía de este Señor, no por eso os ensoberbezcáis, y vayáis con poca reverencia en la procesión; porque aunque los que pasaron el río Jordán iban santificados como Dios lo mandó, mas no por eso les fué dada licencia para que fuesen cerca del Arca, sino lejos, y no como quiera, pues mandó Dios que su Arca fuese delante y el pueblo al

siguiese sin llegar a ella, por espacio de dos mil codos enteros. En lo cual veréis la grandísima dignación de Dios con su pueblo cristiano, que mandando que los de aquel pueblo pasado fuesen tan lejos del Arca como os he dicho, nos da licencia a nosotros, que vayamos en una calle juntos con El, y algunos tan cerca, que no hay entre ellos cinco pasos enteros.

¿Qué novedad es ésta, Señor? Allí: «Apartaos de mi Arca tan lejos.» Aquí: «Allegaos a mí, y muy cerca.» Ciertamente es hacernos mayores mercedes, y por consiguiente, obligarnos a mayores servicios; y advertimos que no es razón que por ser el Señor más humilde con nosotros sus siervos, le tengamos nosotros en menos a El; y que su inefable llaneza de conversación no cause en nosotros desprecio, sino mayor reverencia (I Petr., III; Isa., VIII): *Hermanos, santificad a Cristo*—dice San Pedro—; *y esto sea*—dice Isaías—*temiendo y temblando de tu grande indignidad, para ir con un Señor del cual tiemblan los poderes del cielo, y las estrellas no son limpias en su acatamiento divino.* ¿Qué harás, cristiano, mañana en la presencia de tan alto Señor? ¿Cómo has de cumplir con su benignidad, que te convida a ir cerca de El, y con tu amor que lo desea? ¿Y cómo cumplirás con la reverencia que se le debe, que justamente te obliga a ir lejos de El? En grande aprieto estuvo San Pedro cuando se vió en una nao con el Señor, por haberle visto hacer el milagro de que echando la red en la palabra de Dios, se pescaron muchos peces, donde no los había primero, y teniéndose por indigno de estar en la compañía de El, dijo con profunda humildad: «Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador.» Siente tú lo mismo mañana; espántate y di: «Señor, ¿qué vamos juntos vuestra Alteza infinita y el abismo de mi poquedad? Señor, ¿qué merced no merecida ni vista es aquésta? Yo os confieso, que no sólo merezco estar lejos de Vos los dos mil codos que antes mandábades, mas dos mil leguas y doscientas mil; porque vuestro lugar es el cielo, por ser vuestro por muy justos títulos, y el mío es el infierno, que yo justamente merezco por mis pecados.»

¿Quién juntó en una tanta alteza con tanta bajeza, al Criador con la criatura? ¿Luz con tinieblas? ¿Verdad con mentira? Y finalmente, ¿una Bondad infinita, con un abismo de nada y de maldad? Abaja, hermano, tus ojos, y di: «Señor, sed manso conmigo, dadme gracia para que sepa conocer y agradecer esta merced, no atribuyéndola a mí, sino a Vos, cuya es la gloria» (Luc., XVIII). Y después de te haber humillado y abajado tus ojos con el publicano arrepentido, toma confianza cristiana para los alzar al Señor, y dile con muy firme fe (Matth., XVI): *Yo creo, Señor, que Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*, como dijo San Pedro; y dile con todas tus entrañas (Joannis, XIX): *Gracias te hago, Señor, porque derramaste tu Sangre, y diste tu vida por mí en la cruz.*

También, Señor, te bendigo, y particularmente te agradezco, que por tu gran caridad te quisiste quedar con nosotros en manjar para vida, y en defensa de nuestros peligros y en remedio cumplido de todas nuestras necesidades. Dadnos a todos gracia, Señor, que correspondamos con los servicios debidos a tan grandes mercedes. Da lumbre de fe a los infieles para que conozcan a Ti, Criador y Bienhechor suyo. Enciende tu amor en nosotros, haznos de un ánima y de un corazón; haznos humildes, danos tu paz y destierra de nos todo pecado; y haz que todos te sirvan y ninguno te ofenda, y recibe en tu amparo y servicio mi cuerpo y mi ánima y todas mis cosas, que a tu gran bondad encomiendo y ofrezco en perpetuo sacrificio, para que desde ahora para siempre jamás se haga en mí y en ellas tu santo contentamiento, para perpetua honra de su Majestad infinita. Y dicho esto, torna a bajar tus ojos con humildad y dile: «Señor, el Patriarca Abraham se hallaba indigno de hablar con un ángel, y se tenía por polvo y ceniza en su acatamiento. El santo Moisés abajaba su faz, y no osaba mirar hacia la zarza, en la cual estaba un ángel que representaba al Señor; yo soy más indigno que aquéllos. Vos sois criador y Señor de los ángeles, ¿cómo me atrevo a hablar con Vos, y a miraros, no mereciendo que la tierra me sufra? Suplícoos, Señor, que Vos que sois Au-

tor de esta merced, me enseñéis cómo tengo de usar de ella y que templéis mi corazón y mis ojos, para que ni el amor me haga atrevido, ni mi indignidad pusilánime.»

Acuérdate, cristiano, que las aguas del mar Bermejo dice David que miraron al Señor (Psalm. LXXVI): *Mirároule, y temiéronle, y fueron conturbados sus abismos:* y procura tú que si las aguas insensibles del mar Bermejo, por el respeto que tuvieron a Dios como a su criador, se atemorizaron en su modo, y lo más profundo de ellas se movió de su lugar e hizo camino enjuto y sólido para que el pueblo de Dios pasase, obedeciendo en esto a la voluntad del Señor, tú que eres hombre y cristiano, mirando al Señor, no sufras que tu corazón se quede en su propio lugar, mas que hasta lo más dentro de él penetre la saeta del amor y temor de aqueste Señor, al cual con tus ojos miras, para que de ahí nazca morir al que eras, y te mudes en otro varón que viva a la voluntad de Cristo. Y particularmente te encomiendo que si desde que te confesaste acá, por tu gran desdicha, has cometido algún pecado mortal, y no te has arrepentido de él, que el mirar al Señor te mueva tan de verdad tu corazón, que entrañablemente te pese de haberle ofendido.

Si por tu mayor desdicha te sientes tan aficionado al pecado, que aun mirando a la hermosura de este Señor le tengas en menos, y al pecado en más, suplícale te añada fuerza para que hollando al pecado, mires al Señor con ojos amigables, leales y agradables a El. Porque aunque la Santa Iglesia católica, regida por el Espíritu Santo, relajando el rigor que en el principio de ella se tuvo, porque convenía entonces así, mandando que no fuesen admitidos a la vista de este Señor los que estaban en pecado mortal e indispuestos para lo recibir, considerando la flaqueza de sus hijos en estos tiempos ser tanta que si no los admitían a ver al Señor, del todo se extrañaran y dejaran de ir a la iglesia, y que el hincar las rodillas para adorar al Señor, con herir los pechos, y el favor que de la compañía de los buenos cristianos que en el templo están, por cuya oración acostumbra el Señor a hacer merced de convertir a los pe-

cadores), relajó aquel rigor, que entonces convenía tenerse y ahora no, por la diversidad de los tiempos, y dió licencia para que todo hombre que tuviere fe y bautismo, y no estuviere excomulgado, pueda ver y adorar al Señor; mas por esto no penséis vos que habéis de tener poca vergüenza y mirar al Señor estando en pecado mortal, adorándolo a El con el cuerpo e hincando las rodillas del ánima al demonio y al pecado en que estáis.

Por tanto, para que la vista del Señor, dondequiera que sea, os entre en provecho, y sea a Dios agradable, procurad vos de arrepentiros de vuestro pecado, y pedidle para ello gracia, según está dicho (Prov. XVII): «Pues que si el justo en principio de su oración es acusador de sí mismo, con más razón lo debe ser el que ha cometido pecado mortal y quiere mirar al Señor.» No es, hermano, pequeña merced, ni se debe tratar como quiera el ir en compañía de este Señor, gozando de la hermosura de su vista y hablando familiarmente. No es bastante para estimar esto tu espíritu humano, por enseñado que sea. Pide lumbre del cielo; y si te fuere concedida, conocerás algún rastro de la hermosura que el Señor lleva mañana en la procesión, y la diligencia con que le debes servir, y el fruto que debes sacar de su vista: y no digo esto por la hermosura del Cuerpo de Nuestro Señor, de la cual, por ir escondida, no podemos aquí gozar; mas hablo de la espiritual hermosura, que es más excelente que la corporal, y es lo mismo que la bondad, y ésta podémosla conocer, aunque no con los ojos del cuerpo, con el entendimiento alumbrado por fe.

Hermosísimo apareció Jesucristo cuando nació en el portal de Belén de su sacratísima Madre, y estuvo en los brazos de Ella, y fué reclinado en el santo pesebre; porque como el hacerse Dios Hombre sea la mejor obra que se ha hecho ni se hará, si lo bueno es hermoso, ninguna hermosura hay que iguale a la de Dios humanado, porque ninguna obra hay que iguale a ésta en bondad y en amor. Y porque hermosura tan admirable como ésta no quedase sin ser conocida y amada, luego en naciendo el Señor, mandó Dios que los pastores de cerca, y los Re-

yes Magos de lejos le viniesen a ver y a adorar; y no sólo a ellos, pero también a los ángeles; y todos lo hicieron así y se le ofrecieron por suyos. Y no sólo el Señor fué hermoso en su nacimiento, fuélo también en su niñez, fuélo siendo de mayor edad, sanando enfermos, haciendo milagros y obras tan ilustres y llenas de admiración, que, como dice San Atanasio, obscureció la fama de todos los hombres que después la tendrán; y por sentencia del Espíritu Santo fué dicho de El (Marcos, VII): *Todas las cosas hizo bien, y a los sordos hizo oír, y a los mudos hablar, y ningún hombre habló en el mundo como éste habló.*

No sólo fué bueno y hermoso en el hablar y obrar, mas en el padecer muerte y Pasión por amor de los hombres, manifestando su grandísimo amor, y por consiguiente su gran hermosura. Mas no piense nadie que porque cumplió en esta vida las obras que el Padre le había mandado hacer, y después de muerto y resucitado se subió al cielo, y está asentado a la diestra de Dios, que por eso cesó de hacer obras que manifiesten su hermosura; y por nueva y admirable manera conoció por su Sabiduría aqueste Señor que aquellas obras magníficas suyas, que en vida mortal hizo por amor de los hombres, muy dignas por cierto de que siempre estuviesen presentes a nuestra memoria y obrasen en nuestros corazones agradecimiento y amor, las habíamos de olvidar por nuestra flaqueza, y por haber muchos días que ellas pasaron; y por eso, aunque llenas de hermosura, ni eran amadas, ni obraban en nuestros corazones lo que era razón. Y para resucitar la memoria de aquéllas, y darles su fuerza, acordó el benigno Señor de hacer otra obra llena de amor y particular hermosura, que fué quedarse con nosotros en este Santísimo Sacramento, para que viéndole presente con los ojos de fe, movidos con la hermosura de tal obra presente, y con la memoria de las pasadas, se encendiese nuestro corazón en su amor, que es lo que de nosotros pide, no porque le venga a El provecho, mas porque es necesario que nosotros le amemos, si le hemos de poseer y gozar en el cielo.

Bastantes obras eran aquéllas por cierto para nos aficionar a El y servirle, y dar por El nuestra vida. Mas conociendo El nuestra flaqueza y pesadumbre para le amar, acordó de añadir bien sobre bien, hermosura sobre hermosura. Y porque ya que El esté en el Sacramento, y en la Iglesia, donde le podemos ver y gozar de su hermosura; porque algunos no van a la iglesia, o si van, la poca capacidad de ella te estorba de ver al Señor cuando lo alzan, o si lo ves, por ventura parece poco el tiempo en que es alzado para ser visto del pueblo, y no hartas tu vista en El, como deseas, por estas causas y otras, que todas paran en nuestro provecho, sale el Señor mañana de la estrechura de la iglesia a la anchura de nuestras calles a vistas públicas, y va en unas andas públicamente, para que todos le puedan ver sin impedimento, y despacio, cuatro o cinco horas enteras, y se acuerden de lo que ha hecho y ahora hace por amor de los hombres; y tanto más se aficionen a El, y con amor más entrañable y fundado, cuanto la vista de El fuere más despacio. Y más larga es esta obra y merced tan digna de admiración, y tan digna de ser vista de todos, que así como siendo nacido este Señor en Belén, mandó su Padre Eterno (Luc., II) a hombres y a ángeles que le fuesen a mirar, adorar y servir, así también en la fiesta de mañana lo manda, diciendo: «Salid, hijas de Sión, y mirad al Rey pacífico con la guirnalda que le puso su Madre en el día de su desposorio, y de la alegría de su corazón.» Así fué cumplido entonces que vieron el Verbo divino vestido y ataviado con la guirnalda de su humanidad, la cual le puso su sacratísima Madre cuando de su purísima sangre le concibió, y El se desposó con la Iglesia, y con mucha alegría de su corazón, por ver cerca el remedio de los hombres, deseado y procurado por El, y efectuado con la medicina de su sagrada muerte y Pasión.

Alcemos los corazones a Dios, pidámosle su lumbre, y si el Profeta David pide al Señor (Psalm. CXVIII): *Espabila, Señor, mis ojos, y consideraré cosas maravillosas de tu Ley*, mucha más causa tenemos nosotros para con-

fesar nuestra ignorancia y pedir lumbre al Señor para considerar las maravillas de aqueste divino misterio. En el cual, y en el misterio de la Santísima Trinidad, como dice San Agustín, nuestro entendimiento alcanza menos, y nos es más necesaria la fe. Las hijas de Sión, manda Dios que salgan a ver al Rey pacífico, humanado y nacido en Belén, y también son mandadas que salgan a verlo mañana por las calles en la procesión. Sión, atalaya quiere decir y sin atalayar a Dios, viéndole faz a faz en el cielo, o sin atalayarle en la tierra por fe, ninguno es digno de le mirar, ni tiene que ver en este convite. Mas los ángeles que en el cielo le ven, y los hombres fieles que hay en la tierra, salgan mañana a ver la hermosura de aqueste Señor y glorificar a su bondad con alabanzas y encendido amor.

Hermoso era Cristo en el portal de Belén, y hermoso es ahora, estando, por presencia real, en la iglesia; hermoso en los brazos de su Santa Madre; hermoso, y aun más hermoso en las manos de un sacerdote, aunque pecador, porque cuanto El muestra mayor bondad en ponerse en manos de persona más indigna, tanto parece mejor su hermosura; pues hemos dicho, que lo bueno es hermoso; y si fué hermosura particular estar Dios hecho Niño, reclinado en un pesebre y vestido de pobres pañales, no es por cierto menor ir mañana en las andas, consagrado y abreviado con pobres vestiduras de accidentes de pan. Y si la guirnalda de su sacratísima humanidad que le dió su Santísima Madre (la cual El no tenía) fué cosa muy maravillosa, también lo es que un sacerdote (aunque pecador), con las palabras de la consagración, ya que no dé a Cristo cuerpo de nuevo, dale que esté donde primero no estaba, y aun ser Sacramental, lleno de inefables maravillas, el cual no tenía antes de la consagración. Y si el día de su santa Encarnación fué día de su desposorio y de alegría de su corazón, sepamos que también lo es en el día de mañana, en el cual el Señor, con unas ánimas se desposará, si se aparejaren para recibir la gracia de nuevo; y a otras que están desposadas con El, por estar en su gracia, les añadirá más gracia para que el des-

posorio sea firme, y porque el fin de su Encarnación, y de su vida, y trabajos y muerte es el bien de las ánimas. Como fué día de su alegría el obrar nuestra redención, así es día de su alegría mañana, en el cual entra en nuestros pechos, y sale por esas calles a poner en efecto su redención, buscando ovejas perdidas para traerlas a su rebaño, guardando y confortando a las que están en su gracia, y dando a unos y a otros los frutos del derramamiento de su sacratísima Sangre.

Conoce, cristiano, este día alegre de tu visitación, porque no seas condenado con la ingrata Jerusalén, y despabila tus ojos para ver mañana a este Señor benditísimo, que sale para ser visto, y manda que le miren todos, que pues El te miró con ojos de amor cuando antes que fueses nacido puso su vida por ti, y El te crió y te hizo cristiano, y te ha mirado con ojos de misericordia, librándote de muchos males y haciéndote muchos bienes, unos de los cuales tú sabes, y éstos son los menos, y otros sabrás cuando estés en el cielo, este Señor ha de tener cuidado amoroso de ti, y ha puesto sobre ti los ojos para que no te le pierdas de vista, como pastor cuidadoso con oveja amada. Mírale tú mañana a El con mucho agradecimiento y amor; busca lugar para que le puedas mirar muy despacio, y ceba tus ojos en su hermosura, pues El te da licencia, y aun te manda que así lo hagas; y mira no te dé en rostro, ni te canse el mirarlo. Que si San Agustín dice de sí que no se harta de considerar la alteza del consejo de Dios, con que dió remedio al género humano, no te fastidies tú con los ojos del cuerpo y del ánima mirar este admirable modo que el Señor ordenó para enseñarnos este amor y hacernos mercedes: con el cual, estando en el cielo, está con nosotros, y el que a todo el mundo universo tiene en su mano, es llevado en aquel relicario con grande admiración de los ángeles, que por ello le dan muy particulares loores.

Pues esta fiesta se hace por ti, aprovecháte de ella, y confúndete de llevar corazón tibio, considerando cuán regocijados y fervorosos van los ángeles con el Señor en la procesión, y cuán amoroso va contigo el mismo Señor;

pues te ama ahora de presente en esta procesión, con aquel amor que te amó cuando anduvo la otra del monte Calvario (Matth., XXVI). Si esto entiendes, si estas mercedes pasan a tu corazón, si tienes tu corazón herido y enclavado con los clavos que enclavaron los pies y manos de aqueste Señor, herido con la lanza que hirió su sagrado Costado, pon mañana tus ojos en El con blanda y amorosa vista, y tras los ojos envíale tu corazón, haciéndole gracia de El y suplicándole te lo guarde y lo tenga en compañía del suyo, y si vas delante de la procesión, vuelve de rato en rato tus ojos a lo mirar (Psalm. XXIV): y unas veces pídele perdón de tus pecados, otras dile: *Mis ojos siempre al Señor, porque El librará de lazo mis pies:* otras, *como los ojos de la esclava miran a las manos de su señora, así nuestros ojos al Señor siempre miren, hasta que haya de nosotros misericordia.* Y está muy atento al dulce cantar que le van diciendo en la procesión: *Nobis datus nobis natus ex intacta Virgine,* que quiere decir en romance: *Este Señor nos es dado, y para nosotros nacido de la sin mancilla Virgen María.* Gózate con tales palabras con todo corazón y con todas fuerzas, pues oyes en ellas que el riquísimo, inmenso y hermosísimo Dios hecho Hombre, nació para ti y es dado a ti; cosa por la cual te debes tener por más bienaventurado y rico que si fueras señor de cuanto Dios ha criado en el cielo y en la tierra: dile a tu ánima que considere esto, y que cese ya de andar fuera de sí, mendigando por la criaturas unos bienes que en la verdad no lo son, y le hacen olvidar y perder éste que verdaderamente lo es.

Dite a ti mismo: «¿Yo qué más quiero, sino gozar de este Señor y de esta procesión que me hará rico? Muy avariento es a quien Dios no le basta; quiero poner mi cuidado en aparejar mi ánima con penitencia, con reverencia, sacramentos, y con ejercicios de buenas obras, para alcanzar y poseer a este Señor, y no perder por mi culpa tan grande dádiva como El me da por su misericordia que aquesto me basta.» ¡Oh, qué prudente serás si esto entendieres y de ello te supieres aprovechar!

Ten, hermano, a Jesucristo por tuyo; usa de El como

de cosa tuya; y para tus penas y para tus ojos, y para alcanzar perdón, y para hacer buenas obras, ninguna necesidad tendrás que El no sea bastante para la remediar. Usa de El como de maestro para aprender cómo has de vivir: tenle por tu verdadero Rey y Señor, y obedécele como a tal; sele agradable como a tu Redentor; arrímate a El como a tu verdadero amparo; mírale como a dechado para le imitar; tenle por tu Abogado delante del Padre, y para lo que pretendes, piensa que tienes remedio en El: no te hartes de lo mirar con entrañable amor, como a cosa tuya, y procura de honrarle, con que, con los ojos que le has mirado, te guardes mucho no mirar las vanidades ni cosa que no convenga mirar, en secreto ni público; que ya sabes que los moros que iban a la casa de Meca y veían el zancarrón de Mahoma, se sacaban los ojos por no ver con ellos otra cosa alguna, habiendo visto aquella miserable reliquia. Sácatelos tú, no como aquéllos, según la letra, mas mortificándolos para que no vean cosa indecente, pues han visto a este Señor, fuente de toda bondad y limpieza. Sabe estimar esta vida, y con tal aparejo mira al Señor, que puedas decir con verdad lo que el Patriarca Jacob dijo cuando luchó con el ángel (Génes., XXXII): *Vi al Señor faz a faz y fué hecha salva mi ánima*. Gózate mucho de tan dichosa suerte como te cupo por la misericordia de Dios, de que fueses cristiano y acompañases mañana a este Señor en la procesión, y duélate entrañablemente de la gente que no te cree, y de la que lo cree y no lo trata con debida reverencia, y no le recibe con la debida limpieza.

Suplícale con gemido que salga de lo más dentro de tus entrañas, que te perdone a ti y a ellos las faltas que se han cometido en el tratamiento y veneración de la divina Persona que en el Sacramento está, y que envíe El su lumbre y su gracia con que los infieles lo crean, y los cristianos con particular devoción, con entrañable agradecimiento, con encendido amor, le honremos y le reverenciemos y le recibamos; y que no permita El que aquello que con inefable misericordia nos fué dado para remedio de nuestros pecados, se nos torne en mal y ocasión d

hacer más pecados. Y si de esta manera fueres mañana en la procesión, entenderás por experiencia que la salida del Señor por las calles no es humana invención ni obra ociosa, como tampoco lo era cuando andaba por las calles y plazas de Jerusalén; porque vendrá tu ánima mejorada, como quien ha estado en un dulce convite, vendrá más confortada en la fe de aqueste divino Misterio, y más inflamada en su amor con las centellas que de El han salido.

Y sabrás que es mejor ir a esta procesión y a las congregaciones públicas de la Santa Iglesia, que quedarse en secreto, con título de mayor recogimiento. Sentirás tu ánimo con aquestas cosas tan adelante en la esperanza de tu salvación, que tendrás por prenda de ella el haber mañana sido compañero de Jesucristo Nuestro Señor, yendo en una misma calle con El. Porque según es El copioso en misericordia y agradecido a los servicios que le hacemos, y más son mercedes que El hace a nosotros, que en pago de que le fuiste a acompañar en el día de su alegre fiesta, en la cual salió de su casa para andar por las calles, te saque El de tus ruines caminos y te dé gracia para andar por los que El anduvo de sus hermosas virtudes; y que para el día de tu muerte le recibas en este divino Sacramento, y como quien le acompañó en la tierra, te haga El compañero suyo y participante de su Reino, dándote para siempre gloria.

TRATADO XIV

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Hic est panis qui de coelo descendit.

«Este es el pan que vino del cielo.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

SEGÚN esto, en el cielo comida hay, pues que hay pan. Sí hay, por cierto (Ambros., *de Sacrament.*, lib. VI, cap. I), pues que hay vida, y la vida mantenimiento ha menester, y el mantenimiento con comer se toma; y así, el manjar que de allá descendió para dar vida acá, allá está dando vida. Este es el pan que del cielo descendió. Pan vivo, porque da vida; pan vivo, porque él vive y es la misma vida (Psalmus XXXV): *Cerca de Ti está la vida*—dice David hablando con Dios—, *y en tu lumbre veremos la lumbre.* ¿Sabéis qué es esto? Lo que dijo San Juan (cap. I): *La Palabra estaba cerca del Padre.* La Palabra del Padre su Hijo es, engendrado eternalmente de El. *Y como el Padre tiene vida en sí mismo, así dió al Hijo tener vida en sí mismo.* Porque aunque en las Personas sean distintos, la esencia es una; y esta esencia, que está en el Padre y en el Hijo, y en el Espíritu Santo, cosa viva es, la mis-

ma vida es, de la cual y por la cual viven las divinas Personas; vida la más excelente de las vidas.

Por eso entendemos que es vida de espíritu, que es más excelente que la del cuerpo; y la vida del espíritu consiste en conocer la verdad y en amar la bondad y entenderla, poseerla y gozar de ella; no a cualquiera, porque verdades hay que aunque el espíritu las coma todas juntas, se queda tan hambriento como si no hubiera comido nada de ellas. Testigos son de esto los filósofos, que después de haber metido en su entendimiento las verdades naturales, supieron como vacíos, y dijeron: «Esto sólo sabemos, que ninguna cosa sabemos.» Resérvase este privilegio de dar hartura al entendimiento para la suma e infinita verdad, que así da contentamiento y satisfacción al entendimiento, que no desea otra comida ni la busca. Tras lo cual viene, que como conoce claramente la suma verdad, la cual juntamente es suma bondad, sigue tras el conocimiento un tan grande amor de la bondad y un deseo de gozar de ella, que todos los deseos y senos del corazón quedan tan llenos, que se llama el hombre, y verdaderamente lo es, bienaventurado, sin tener más qué hambrear ni qué desear. Y porque aquello que mantiene la vida se llama manjar, síguese que la verdad suma es manjar verdadero del entendimiento, y la suma bondad es manjar de la voluntad, que la ceba, mantiene, conforta y da vida; y porque el usar del manjar se llama comer en lo corporal, pasamos este nombre a las cosas espirituales, y por esta semejanza llamamos comer al entender y amar. Y esta vida es la vida de Dios; porque antes que hubiese criatura alguna, El tenía vida, y era vida, porque conociendo su misma esencia y amándola, vive una vida excelentísima, más buena de lo que se puede pensar, más gozosa y alegre de lo que se puede entender; porque su vida es infinita, y de infinita perfección y de infinito contentamiento, y tan fuerte, que es imposible perderse ni enflaquecerse; porque entre las perfecciones que tiene es ser omnipotente, dulcísimo de gozar, fortísimo para sustentarse.

Sea Dios glorificado, que es Dios vivo, y no ídolo muer-

to: vive de sí, y no recibe vida de nadie: es vida tan riquísima para sí mismo, que de muy lleno y abastado, acordó dar parte de sí, criando ángeles que participasen en su manera de esta vida bienaventurada con tanta honra, que comiesen el mismo manjar que Dios come, y se sustentasen del mismo manjar que Dios se sustenta y cogiesen dulcísima fruta del mismo árbol que Dios coge. ¿Quién contará el precio de esta vida, pues que por ser participación de la vida, que es Dios, participa también de las condiciones de ella, y es vida justa, santa, sabia, limpia, fuerte, alegre, rica, inmortal, llena de gozo, que los hace bienaventurados a semejanza de Dios? (Psalm. CXLVIII). Angeles, bendecid al Señor, que os honró tanto, que con vuestro entendimiento conozcáis la misma verdad claramente como Dios la conoce, aunque no con tanta fuerza como El y améis la misma bondad que El ama, y gocéis de esa misma esencia de que El goza, sentado a una misma mesa con El y comiendo de un mismo manjar El y vosotros; con el cual El es bienaventurado, con bienaventuranza de Dios, y vosotros, bienaventurados, hechos dioses por participación. Gozarnos hemos de vuestro convite que os ha hecho Dios, ayudaros hemos a agradecer a Dios tan grande merced; llorará el mundo, porque está tan lejos de esa comida tan festival, tan real, y tiene cerrada Dios la sala comiendo con vosotros, y no queriendo que entre allá hombre ninguno.

¡Oh, abismo del juicio de Dios, que en tiempo de cinco mil años, poco más o menos, ordenó que hombre ninguno del mundo viese su rostro, ni gozase de su esencia, ni supiese a qué sabía su dulce manjar! Su justicia justísima sentenció esto por la traición que hizo el primer hombre, que habiendo sido criado en conocimiento y amor de Dios, y con esperanza de si usaba bien de ello ir a ser convidado del otro más excelente convite del cielo en compañía de Dios y sus ángeles, perdió acá la espiritual comida que Dios le había dado por comer de un árbol vedado, que fué convite de muerte; y así fué excluído del celestial convite que da vida, y vida eterna; de lo cual no

se puede quejar con razón, pues a otras criaturas mejores que él, que fueron los ángeles, criados en gracia y que se les diera la gloria si usaran bien de ella como los otros usaron, los derribó Dios del lugar del convite, porque quisieron mantenerse de sí mismos y no de Dios, arrimarse a sí, ser señores de sí, y no juntos a Dios, y probaron por experiencia que es buena cosa, como dice David (Psalm. LXXII), allegarse la criatura a su Criador amándole más que a sí misma, y poner en El su esperanza esperando bien de El; y que quien quisiere amarse a sí mismo, y arrimarse a sí mismo, será derribado, sin haber quien lo sustente, hasta los más profundos infiernos; y que él mismo para sí mismo sea tormento, muerte y malaventuranza, pues quiso amarse y gozar de sí.

Justicia usó Dios con los ángeles y con los hombres; pues está muy mal que los traidores al Rey se sienten a una mesa con él; y mal empleado es el convite de vida en el que lo tiene en tan poco que se harte de manjares de muerte. Mas aunque esto haya sido justicia, quiso El por su bondad que los hombres, como más flacos, alcanzasen su misericordia, y los ángeles, como más fuertes, fuesen para siempre excluídos de este convite. Airado estaba el Señor con los hombres, y con mucha razón; mas El se acordará de su misericordia, perdonará al pecador arrepentido. Venga, Señor, el tercer año de tu reinado, y alzarse ha el entredicho de tu convite; y a semejanza del Rey Asuero, convidarás a tu mesa a todos los hombres, chicos y grandes, que quisieren ir. Pasó el tiempo de la ley de naturaleza, pasó el de la de escritura, vino el cumplimiento del tiempo de la gracia de Dios, y envía a su unigénito Hijo hecho debajo de ley, y engendrado de mujer, para que tomando humanidad hiciese capaces a todos los hombres que a El se juntasen de gozar del excelente convite en que Dios es el convidado y el mismo manjar. Y en prendas de aquesto, en siendo aquella ánima suya santísima criada, fué convidada a este convite, y vió y gozó de la divina Esencia, según la parte posterior de ella, con tanta ventaja y dulcedumbre, que

comió más de aqueste sabroso y dulce manjar que todos los ángeles juntos.

¡Gran gozo para los hombres, que haya ya Dios descubierto su faz a un hombre y puéstolo en la cabecera de la mesa de su santo convite, y que siendo hombre sea cabeza de hombres y cabeza de ángeles, y con ser tan alto sea tan amigo de los hombres desechados, que no quiso comer a la mesa solo, sin llevar otros convidados, aunque le costase la vida! Alabada sea la misericordia de Dios, que nos dió a su benditísimo Hijo: vida por ser Dios; convidado a esta vida por ser hombre. Y venido a este mundo, después que hubo hecho aquel gran convite de cuerpos, y hartando a millares de hombres y de mujeres con cinco panes y dos peces, gloriándose los judíos de que Dios había dado a sus padres en el desierto el maná del cielo con que se mantuviesen, les dijo el soberano Maestro, Dios humanado, las palabras del tema, hablando de sí mismo: «Este es el pan que descendió del cielo.»

Es palabra de tanto valor y de tanta consolación, que se les pasó por alto, y como a gente de tierra no les supo bien el manjar del cielo, mas por su mal. Oigan los cristianos las misericordias de Dios dichas por boca del Verbo encarnado; tengan firme fe para creerlas; tengan cuidado de aprovecharse de ellas, agradecidos a Dios por tan grande merced, y temerosos los que no la recibieren como es razón. ¡Oh, palabra dulcísima y digna de toda acepción! Este es el pan que vino del cielo (Joann., II): *El que es de tierra*—dijo San Juan—, *de tierra es y de la tierra habla; el que viene del cielo, sobre todo es.* Si estabas hombre, habituado a comer manjares de tierra, manjares vanos, manjares de muerte que te causaban hablas de tierra y vida de tierra, abre las orejas y oye: «Este es pan que viene del cielo, más precioso, fuerte y sabroso que los otros manjares que has gustado, cuanto excede de la alteza del cielo a la profundidad de la tierra.»

Descendió el pan del cielo, porque como Dios sea Señor de los de allá y de los de acá, y no sólo sea Señor, mas también sea amantísimo Padre, y no descuidado de la provisión de sus hijos, ordenó mantenimiento para los

que tiene en el cielo y para los que tiene en la tierra, Jesucristo, Pan verdadero, descendió del cielo por nosotros hombres, y por nuestra salud encarnó en el vientre virginal de Nuestra Señora, y salió hecho pan de los hombres, conforme a la flaqueza de ellos. Cómenle los ángeles en el cielo como a Dios invisible, mas los hombres de la tierra no tienen aquellas fuerzas, y por eso convino que el que es pan de los grandes en el cielo, fuese hecho pan para mantenimiento de los pequeños de acá. Al que ven los ángeles en el cielo invisible, ya le ven acá los hombres con sus corporales ojos, oyen su voz con orejas de carne, pueden tocarle con sus manos, y gozar de él conforme a su pequeñez. Mas porque su morada según el cuerpo en este destierro convenía, según la ordenación de Dios, que fuese por pocos años y en pequeña parte de la tierra, y había de tener en todo el mundo hijos que mantener, ordenó su amor que ya subido, resucitado, a las alturas del cielo descendiese a la tierra, no a esta parte ni a aquélla, sino a todo el mundo universo donde hijos tuviese, y no por treinta y tres años, sino por todo el tiempo que el mundo durase, hecho manjar de ellos según su divina palabra, más firme que el cielo y la tierra: *Yo con vosotros estoy todos los días hasta que el mundo se acabe.*

Todos te demos alabanzas y gracias, Señor, porque por nosotros hombres, y por nuestra salud, descendiste del cielo, y haciéndote hombre en el virginal vientre, saliste de allí y conversaste familiarmente con los hombres, gozaron de tu preciosa habla y milagros, y acabaste la obra de nuestro remedio. Bien fué aquél para los pasados, presentes y por venir; y en señal de esto la gente que el día de Ramos iba, Señor Jesucristo, delante de Ti y detrás de Ti, y a los lados, te cantaban loores como a universal y común Salvador; mas los que de tu presencia no gozamos en aquellos tiempos, porque aun no éramos nacidos, te alabamos, y de corazón te agradecemos que por nosotros hombres, y por nuestra salud descendiste del cielo, no una vez, como entonces en el vientre de la Virgen, mas innumerables veces en el vientre de la Hostia consagrada, para desde allí entrar en nuestros estómagos

a darnos la vida con esta tu venida que nos ganaste con la primera. ¿Qué aprovecharía al mundo que descendieras del cielo y murieras en la cruz, si no descendieras ya vivo del cielo para darnos la vida que nos ganaste en la cruz con tu muerte?

«¿Quién de los fieles hay—dice San Gregorio—que no crea que en la hora de la consagración se abren los cielos a la voz del sacerdote, y se juntan en uno las cosas bajas de la tierra y las altas del cielo, y de las cosas visibles e invisibles se hace una cosa?» Lo cual se ha de entender, que así como cuando descendió a ser hombre, no quiere decir que el Verbo de Dios dejase el lugar que en el cielo tenía, y según movimiento local descendiese a la tierra, pues que la divinidad ni es cuerpo ni está en lugar señalado; mas todo lo hinche y a todo excede, y ni se muda según substancia, ni se muda según el lugar, mas dícese que descendió del cielo para dar a entender que desde la alteza del cielo a la profundidad de la tierra hay grande baja, y así siendo Dios, juntar consigo en el sacratísimo vientre de la Virgen un cuerpo y un alma, de tal manera que el que es Dios también sea hombre; es una descensión mucho más baja que si descendiese un cuerpo desde el cielo a la tierra.

De esta manera, cuando decimos acá que a la voz del sacerdote se abren los cielos y desciende el Señor a la tierra, no queremos decir que desciende corporalmente por esos cielos y aires abajo sino como el cuerpo en el vientre de la virgen, formándolo de nuevo de su purísima sangre: y así el cuerpo que ya tiene en el cielo está debajo de la Hostia, y es el mismo que está allá a la diestra del Padre. Y así hay semejanza entre la santa Encarnación y este sacro Misterio, que allí se abaja Dios a ser hombre, y aquí Dios humanado se abaja a estar entre nosotros los hombres; allí en el vientre, aquí debajo de la Hostia; allí en los brazos de la Virgen, aquí en las manos del sacerdote.

En la primera venida padeció y fué sepultado, y aquí se llama ser sacrificado en la Misa, porque es representación de su sagrada Pasión; entonces muerto, fué sepulta-

do en el sepulcro, y aquí es puesto vivo en nuestros corazones, para que por la conveniencia de estos misterios entendamos que los que bien usamos de aquesta vida, somos participantes de los bienes que nos ganó en la otra primera, y que para nosotros nació vivo, fué muerto y sepultado. Pues aquí tenemos la semejanza de todo aquello, al mismo que aquellas cosas obró, y así está escondido. Aquello fué proporcionarse con nuestra flaqueza; porque si pareciese en su propio resplandor, ni nuestros ojos sufrirían verle, ni tendríamos merecimiento de fe. Y como El tenga más cuenta con lo que nos es provechoso que con lo que nos es sabroso, quiere más que ejercitemos la fe creyéndolo en escondido, para que se nos dé por premio en el cielo de ver cara a cara su hermosura; y no cuida de darnos acá el contentamiento que tuviéramos en verle en su propia figura. Mas esto es cierto, que éste que entre nosotros tenemos es el que nació, padeció y fué sepultado, y el mismo que está en los cielos. Mas ¿queréis que os diga otra exposición, aunque será muy causadora de pena en vosotros y en mí, de aquestas palabras? Qué, ¿se representa aquí el Señor muerto y sepultado?

Decidme: este pan que está debajo de la Hostia, ¿vino del cielo o es pan de la tierra? ¿Está allí Jesucristo, o un pedazo de pan? Esta cosa tan alta ¿qué es, Dios humanado, o una tortilla de pan cenceño no más? ¿Vino del cielo, es Rey del cielo, es Dios y Hombre verdadero, o es pan de la tierra? Sospecha tengo que no me osáis responder, sino que estáis atajados como los fariseos, a quienes aquel Señor viviendo en vida mortal preguntó: «¿El bautismo de Juan, es del cielo o de los hombres?» No osaban responder; porque si decían que era invención de los hombres, era tanta la estima en que el pueblo tenía a Juan, que matarían a pedradas a los fariseos si dijeran que su bautismo era humana invención y no ordenación del Señor; y si respondían que aquel bautismo era cosa del cielo, temían no les replicase el Señor y dijese: «¿Pues porqué no lo creisteis y os bautizasteis?» Y así acordaron de callar, porque no tenían qué responder.

Decidme, hermanos: ¿es verdad que este pan vino del cielo? No osaréis decir que no, porque os quemarán por herejes: mas desdichado de aquel que tiene puesta su fe en el temor del castigo, y que si no hubiese castigo, él no creería a la fe. Porque poco le aprovechará que escape del fuego de acá, pues arderá en el infierno para siempre jamás. No, Padre, no hay hombre que tal diga. Católicos somos por la misericordia de Dios, y creemos este santo Misterio como nos lo enseña la Santa Iglesia romana. ¿Pues así que aquél es el pan que vino del cielo? (Joann., VI). Sí: es el pan que comen los ángeles, y son bienaventurados en comerlo, viviendo vida en su modo semejante a la de Dios, y mientras Dios fuere Dios. Sí: este pan es Dios verdadero y Hombre verdadero, y por la inefable e indecible misericordia de Dios quiso descender del cielo a la tierra, para que siendo El nuestro manjar, nos librase de la muerte del pecado, y con su gran poder nos traspusiese de la tierra en el cielo, para que allá le comamos en compañía de los ángeles y vivamos y seamos bienaventurados en compañía de ellos y del mismo Dios.

Si tan gran cosa es ésta, ¿porqué no gozáis de ella? Si creéis que el convite es tan excelente, ¿por quéhuís de él? Si (en) el convite del Rey Asuero que hizo a todos los principales de su reino, y después a chicos y grandes, gozaron de ver su grandeza, y fueron hartos con la excelencia y variedad de tantos manjares, ¿porqué no vais al convite que hizo Dios para enseñar la grandeza de su poderío, la alteza de su sabiduría, las entrañas de su inefable bondad, y no queréis ir a ver tantas excelencias y gozar del pan que descendió del cielo, habiéndooslo dicho Dios Nuestro Señor? Pues que habiendo dicho los ángeles a los pastores que les diesen albricias y se gozasen que les era nacido el Salvador, y que en tal parte y con tales señales lo hallarían, dijeron con entera fe y devoción entrañable: «Pasemos hasta Belén, y veamos esta cosa que nos ha sido dicha»; y fueron apriesa, y hallaron al niño envuelto en pañales y reclinado en el pesebre; y fueron tan hartos con aquel convite, que se tornaron

glorificando a Dios por tantas maravillas como habían visto: las cuales no las guardaban para sí solos, mas publicábanlas con su santa simplicidad a los otros, para que fuesen a ver lo que ellos habían visto, y viniesen con las espirituales riquezas con que ellos habían venido.

¡Oh, hermanos míos, y qué bienes perdemos por no hacer como aquestos pastores, que fueron apriesa y vieron al Hijo de Dios, y lo trajeron espiritualmente en sus entrañas! Buena dicha fué la de aquellos Pastores; mas mirad bien en ello, y veréis que la vuestra no es menor, y por ventura es mayor. Excelentes predicadores fueron los ángeles que les anunciaron que el Señor estaba en Belén. Mas si ángeles dijeron aquéllo, el Señor de hombres y ángeles y de todo lo criado dice estotro. Y aquellos dicen (Matth., XXVI): *En Belén ha nacido.* Y el Señor dice: *Aqueste es mi Cuerpo.* En Belén, que quiere decir *casa de pan*, dicen los ángeles que ha nacido el Señor, y debajo de unos accidentes de pan, que es la casa donde el pan moraba, allí dice el Señor que ha venido a morar, y está consagrado, y la substancia de pan dió la casa al Señor en que él moraba: aunque él tomó otra mejor, que fué convertirse en el Cuerpo de Cristo.

¡Albricias, cristianos, albricias; un gran gozo os anuncio de parte de Dios, que en aquella casa de pan está el Hijo de Dios consagrado y envuelto en pañales de pobres accidentes, y puesto en aquel relicario como en pesebre, hecho manjar de los hombres, que como limpios animales hienden las uñas y saben rumiar, discerniendo este manjar celestial de los corporales, preciándoles y honrándolo con debida veneración, y rumiándolo con devota memoria y admirándose como los otros pastores de tan gran novedad, y glorificando a Dios por las maravillas que hace en este divino misterio, que a todo entendimiento, sino es al suyo, son incomprensibles. Si esto creéis, ¿qué hacéis que no vais muy apriesa a gozar de este sagrado convite a que sois convidados? Estaos Dios llamando (Prov., IX): *Venid, y comed mi pan, y bebed mi vino;* ¿y hay cosa alguna que os detenga de no ir a El? «El ciego hijo de Timeo que estaba pidiendo limosna en un camino

por el cual pasaba el Señor, cuando le dijeron (Marc., X): *El Señor está allí* y te manda llamar, saltó con grande alegría, y por correr mucho se le cayó la capa, y no curó de ella, entendiendo que si él llegaba a aquel Señor que lo mandaba llamar, aunque llegase desnudo, tornaría vestido y enriquecido, y como lo confió le acaeció.» Y está aquel mismo Señor llamándote amorosamente desde aquella Hostia sagrada, y por ventura tienes más necesidad de llegarte a El por lo que toca a tu ánima, que aquel ciego por lo que tocaba a su cuerpo, y estás tan embarazado con negocios que te cercan como vestidura, y es tanta tu pereza y tan poco tu cuidado de gozar de este bien, que ni corres como el ciego, ni te apresuras como los pastores; y así te quedas sin gozar de la bienaventurada vista espiritual y corporal con que él y ellos vieron a Nuestro Señor.

Decidme, señores: si el Rey viniese a esta tierra muy alegre y de fiesta, y deseoso de regocijaros, e hiciese un convite cual convenía a su persona real, y él se asentase a la cabecera de la mesa con rostro amoroso y alegre convidándoos a comer con él, y agradeciendo a quien se asentase a la mesa, y no sólo agradeciéndolo, mas galardonándolo con copiosas mercedes, y siendo los manjares muy bien guisados, sabrosos y tales que quien los comiese no moriría, y viviría vida para siempre bienaventurada, ¿en qué posesión sería tenido el hombre que siendo rogado del Rey, y siendo los manjares de la calidad que os he dicho, no fuese al convite porque se le ofreció no sé qué impedimento, o porque le dijeron que para ir al convite era menester primero lavarse la cara y las manos? (Isaí., I). ¡*Oh cielos, oh tierra, oídme y ayudadme a sentir la ceguedad de mi pueblo!*

¿Porqué, hermanos, porqué no vais a este sacrosanto convite, al cual os convida el Rey de los Reyes, de tan alta majestad, que en su comparación todos los Reyes y todos los ángeles son una pequeñita hormiga, y El está a la mesa con amorosísimas entrañas y cara, rogándoos que vayáis a El, galardonando a quien va, enojándose con quien no va, y dándose a sí mismo en manjar precioso

sobre todo precio, sabroso sobre todo sabor, manjar que libra de los pecados y da vida que nunca se acaba? ¿Qué os detiene? ¿Qué os ciega que no entendáis este bien y no vayáis a gozar de él? ¿Qué os piden para sentaros a esta mesa sagrada? Que no llevéis la cara y las manos llenas de lodo: es mucha razón que se pida, porque a la mesa de la limpieza, limpios se han de llegar. Mas no lo dejéis por eso, que el agua del dolor de vuestros pecados, con que habéis de lavar la faz de vuestra ánima, y las obras de fuera, el Señor os la dará; las ropas ricas y perfumadas que habéis vos de llevar a este convite, no las habéis vos de comprar, porque no tenéis dineros que basten a ello. Ayudaos vos a vestir la ropa que de balde os dan; y aun no os vestiréis a solas, que para eso os ayudarán. Meted la mano en la bacía del agua, que el agua os dan, y ayudaros han a lavar, y aun enjugar después de lavado.

¿Estáis sucio, estáis mal vestido o desnudo en vuestra ánima? Idos a un confesor y decidle: «Padre, muy bien me ha parecido el Santísimo Sacramento: mi ánima desea comer tan excelente manjar (Prov., XXIII); ya estoy harto de comer tierra y ponzoña, aunque bien mezclada debajo de pestilenciales deleites; tornarme quiero a mi Dios; y pues su bondad me convida a su mesa, no quiero ser ingrato a su misericordia, ni hacerme a mí tanto mal que pierda tantos bienes como allí están; enseñadme lo que tengo de hacer, cómo tengo de pensar mis pecados, cómo tengo de confesar; mi conciencia pongo en vuestras manos para que me la aparejéis de manera que yo vaya a comer aquel santísimo manjar de suerte que me aproveche. Ten, hermano, por cierto, si eso poquillo que puedes, haces, el Señor dará lumbre a tu confesor y a ti, y te dispondrá para que recibas bien el Santísimo Sacramento de la Comunión, donde se dé gracia que lave tu ánima, y la vista para que seas hecho digno de la mesa de Dios.

¡Mas, oh, Señor, que ni aun esto poquito quieren hacer los cristianos para ser convidados a vuestra sacratísima mesa! ¡Oh, Señor, que si algunos van, son el hijo de Ti-

meo, ciego y pobre, y son los simples pastores que están velando sobre la guarda de su ganado! Mirad en ello, y veréis y lloraréis con mucha razón, que si hay gente que comulgue las fiestas, cada mes, o cada semana una vez, han de ser mujeres, y aun no de las más principales; o son hombres de los más bajos del pueblo, y muy pocos veréis de la gente principal que vengan al convite de este Señor. ¡Oh, cosa tan al revés, que la gente a quien Dios ha honrado, le honre menos a El; que la gente primera sea la postrera, y la cabeza pies, lo alto bajo! Y los que, si el Rey viniese acá e hiciese un convite, serían los primeros que fuesen a El, y estuviesen, y anduviesen más juntos a El, y fuesen más privados suyos, éstos son los que más huyen de la mesa de Dios, en testimonio que son de la tierra más que del cielo, pues por el convite de la tierra se honran más que por el convite del cielo. Catad que desea Dios que los Reyes vayan a esta mesa suya, y los grandes señores gocen del convite de aqueste grande Señor. Catad que no hay cosa en esta mesa de que se os pegue deshonra o bajeza. Mirad que los ángeles se sientan a ella, y aun se tienen por indignos de ella; y lo que más es, el mismo Dios está en ella, y convida a ella, y es el manjar, y El mismo come de él; porque si bien se os ha dicho, su bienaventuranza consiste en conocerse y amarse. ¡Ay, ay, ay de los grandes que no precian a este Grande, y que pudiendo con su buen ejemplo hacer que los menores tomasen esta buena costumbre de comulgar muchas veces, ellos no gozan del convite, y por ventura desfavorecen a quien lo quiere gozar, y el no favorecerlo es harto mal; y así unos por unos achaques, y otros por otros, el pan del cielo está allí rogando consigo mismo a quien quiere ir a comerlo; y siendo dado para que nos acordemos de su Pasión, hemos dado tan buen recaudo, que hemos olvidado a él y a ella!

Grandes quejas da de aquesto aquel Señor que allí está, aunque calla; mas como antes que encarnase, y antes que este misterio ordenase, y antes que fuésemos nosotros nacidos, ya sabía El esta frialdad nuestra de su amor y esta negligencia en ir a su mesa, mandó de-

cir por boca del Profeta David, lo que nosotros hacemos con El en aqueste tiempo (Psalm. XXX): *Olvidado me han como un muerto que lo olvidan de corazón.*¡ Oh, cuidadoso Padre y Señor, que tanto nos tienes en tu memoria para hacernos bien! ¡Cuánta razón tienes de quejarte de agravio tan grande, de que acordándote Tú siempre de nos, nosotros te hayamos puesto en olvido! Murióse un vecino vuestro, y al cabo de pocos días olvidáislo en vuestro corazón tan olvidado, como si nunca lo hubiéredes visto y conversado; y así hace el mal cristiano, que como ha días que murió el Señor, olvídale de corazón, sin tener gusto en pensar en su sagrada Pasión, y sin dársele nada por recibir al Señor, sino es al cabo de un año, y aun eso mal hecho.

¿Qué hicieron más los judíos? Matáronlo, despreciáronlo y fué puesto en la sepultura; mátaslo cuando cometes un pecado mortal; tiéneslo en poco, y olvídaslo cuando teniéndolo presente y rogándote consigo mismo, por no dejar tus pecados y por no ponerte en cuidado de enmendar tu vida, no quieres llegarte a recibir al Señor, como cosa en que te va poco. Pues no es poco, y Dios no lo tiene en poco, y de muy agraviado da queja por el Profeta Isaías, y no espera a darla al medio ni al fin de sus razones, mas como muy sentido y muy lleno de enojo, quejándose, comienza a hablar y dice (Isaí., I): *Oye, cielo; tierra, oye.* ¿Qué será esto? ¿Qué, Señor, queréis decir con tanta afrenta del hombre, como quien dice: pues no me oyen los hombres a quien di entendimiento, óigame el cielo, óigame la tierra la queja que de ellos doy? «Yo mantuve hijos y los ensalcé, y ellos despreciáronme. El buey conoció a su dueño, y el asno al pesebre de su señor; mas Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió.»

¡Oh, qué mala paga te damos, Señor, de que nos criaste y mandaste a tus criaturas que nos sirviesen y nos mantuviesen, y sobre todo esto nos ensalzaste con darnos licencia que nos llegásemos a tu mesa, y te recibiésemos a Ti mismo hecho manjar, igualándonos con los ángeles! Y siendo razón que pues gozamos del beneficio

de los ángeles lo agradeciésemos y preciásemos como lo hacen ellos, es tan grande nuestra torpeza y negligencia, que podemos ser condenados en comparación del buey y del asno; porque aquéllos conocen a su dueño y el lugar de su mantenimiento, y con grandísima hambre van a él, y muchas veces quiebran las ataduras con que están atados, y no hay quien los pueda detener de ir a tomar el manjar; y nosotros, teniendo el manjar divinal delante, que nos ensalza juntándonos consigo, nosotros le despreciamos con abominable desprecio. No esté aquí alguno tan ciego que no conozca que desprecia al Señor, y con el desconocimiento cierre la puerta a la confesión de su culpa y al perdón del Señor. ¿Qué decís? ¿Que no desprecie al Señor? Muchos días ha que respondieron eso unos malos sacerdotes al Señor, que eran negligentes en su oficio, a los cuales replica el Señor diciendo (Malac., I): *¿Preguntáis en qué me despreciasteis? En que decís que la mesa del Señor es cosa despreciada; que quien a sus cosas desprecia, a El desprecia.* Esa respuesta te da Dios a ti, cristiano, que en lo que le desprecias a El es en tener por cosa despreciada su mesa, y con más razón que la otra mesa antigua; pues que en aquélla no había sino unos panes de trigo de la tierra, y el pan que en ésta hay es el mismo Dios humanado; y no pienses que porque te hinques las rodillas y creas de El lo que se debe creer estás ajeno del no despreciarlo.

Gentes hay—dice San Pablo (Tit., I)—*que con la boca confiesan que conocen a Dios, y con las obras lo niegan.* Los infieles no creen que en esta mesa está Jesucristo, y los malos cristianos, aunque lo creen, no atienden, y por ventura no creen a la virtud y riquezas que este pan celestial comunica a quien lo recibe. Conocen a El en él, mas no su virtud y sus efectos poderosísimos para tener en pie un ánima y darle victoria contra sus enemigos. Y por falta de este conocimiento hay mucha gente que tiene por imposible el vivir sin pecado mortal y el vivir vida aprovechada en la virtud; y como ninguno intenta aquello que tiene por imposible, estánse caídos debajo del poderío del demonio y de la maldad del pe-

cado, hollados de sus enemigos, sin procurar salir debajo de sus pies; ni toman armas, ni pelean, ni lo procuran, ni lo piensan, y están muy contentos con decir: «Creemos que está allí el pan que vino del cielo.» Si creéis que está allí el pan que vino del cielo, ¿porqué no creéis que tiene la virtud para hacer a los hombres que tengan costumbres del cielo? Si conforme al manjar que uno come tales humores engendra; manjar limpio, ¿porqué no hará limpios, y santo, santos, y celestial, celestiales?

Si hiciese un Rey un convite en mitad de esa plaza, y rogase a todos que fuesen a comer en él manjares que diesen salud, riquezas y vida que nunca se acaba, y se anduviesen los hombres paseando por allí cerca, y oyendo las amorosas voces del Rey no fuesen allí, ¿quién diría que esta tal gente no despreciaba al Rey, y a su mesa, y a su manjar, y a todos los bienes que de presente da a sus convidados y a los muchos que promete que les ha de dar? ¡Oh, cosa digna de gran confusión, que convidando Dios con el pan que vino del cielo, se hagan sordos los hombres, sin tener respuesta que sea de ver para ello! Dejan de ir a comer el pan de los ángeles por comer pan de puercos, que son los deleites carnales; apaciéntanse del humo y aire de las honras y pompas de aqueste mundo, y pierden el pasto celestial que Dios da en su mesa, y huyen de la contratación y conversación de El, por no pasar un poco de trabajo en aparejarse, o no sé porqué.

Decidlo vosotros que huís, ¿porqué huís? ¿Porqué tenéis en poco las admirables invenciones de amor que el Señor inventó con su sabiduría para juntarse con vosotros y ser manjar vuestro? ¿No me decís el porqué? Preguntarlo he a Nuestro Señor para que El os lo diga, y oírlo he yo. Decid, Señor, decid, sabedor de todas las cosas, quejaos de este agravio que esta gente a quien criasteis, mantuvisteis, ensalzasteis, por quien nacisteis, por quien disteis vuestra sangre, os hace despreciar a Vos y a vuestro convite, y los grandes provechos que de él sacarían (Joann., VI). «No queréis venir a mí—dice el Señor—ni me queréis bien a mí, que los que bien se

quieren, juntos desean estar y conversar (Joann., V). Ni queréis vida; pues de mí, que sólo la puedo dar, huís tanto.» Señor, pues a quien a Vos no ama, ni quiere venir, ¿de qué le asiremos para convidarle que vaya a Vos? Cristiano, acuérdate de estas palabras, avergüénzate de ellas, duélete, porque se dice de ti con verdad: «No queréis venir a mí para tener vida».

¡Oh, cosa recia! que dice la Escritura (Prov., XXVII), *que son mejores las heridas que da el que ama, que los falsos besos que da el que quiere mal.* ¡Y que haya llegado nuestra ceguedad a tanto que queramos más recibir heridas de quien mal nos quiere, que abrazos de quien mucho nos ama! Los pecados que haces, heridas son que te dan tus enemigos: y en la mesa del Señor te da abrazos y vida con mayor amor que tú tienes a ti. Hermanos qué, ¿es verdad que no queréis venir a mí para tener vida? ¿Porqué? ¿Porque te parezco hombre bajo, como los fariseos decían? ¿Porqué? ¿Porque hago mal rostro a mis convidados? ¿Porqué? ¿Porque no os quiero bien? ¿Porqué no queréis venir a mí a recibir vida? ¿Porque soy yo el que la doy? ¡Oh, desacato tan grande, obra que por ser tan mala no tiene respuesta! Porque el Señor es tal, que aunque El diese azotes, y en otra parte hubiese placeres, habíamos de ir corriendo y desalados a El, queriendo más llorar con El que reír con el mundo. ¡Oh, mesa sagrada, cuán mal conocida eres, y por eso tan poco estimada, y por eso tan poco usada, y por eso perdemos los excelentísimos frutos de la vida cristiana, vida de gracia, vida de toda virtud, vida de consolación entrañable, que en ti se dispensa para los que bien se aparejan para recibir en ti el pan que vino del cielo! Si Dios se queja de que la otra mesa suya, que era figura de ésta, era tenida en poco, ¿con cuánta más razón se quejará de ser tenida en poco esta preciosísima verdad y cumplimiento de aquella pasada, cumplimiento del cordero, cumplimiento del maná y de otras muchas figuras, según canta la Iglesia? (Exodo, XII-XVI). Este pan celestial da cumplimiento a las figuras pasadas: es tan grande el valor de esta mesa, que porque no nos espan-

tase con su grandeza, quiso Dios mucho tiempo antes representar por figuras esta verdad, para que acostumbrados los hombres a tratar las sombras, con mayor facilidad recibiesen el cuerpo cuando viniese.

Ya tenemos entre nos el santo Cuerpo de Jesucristo: pan que vino del cielo, figurado por las figuras pasadas, y figura de aquel eterno convite y eterna hartura que hemos de tener en el cielo; lo cual nos declara la santa Iglesia en la oración *Post communicanda* de la Misa de este divino Misterio, que dice: «Haznos, Señor, ser llenos del gozo de tu sempiterna divinidad, según es figurado en el recibimiento corporal de tu Cuerpo y Sangre.» ¡Palabras de gran consuelo y de grande estima por cierto, que haya cosa en la tierra que represente la eterna comida del cielo! Si nos diese Dios ojos para saber mirar esta mesa sagrada, el corazón se nos iría tras de ella, así por los bienes que de presente recibe quien bien comulga, como por los que representa que le darán en el cielo en pago de la comida de acá. Este es el pan que vino del cielo, y por eso poderosísimo para hacer a los terrenales celestiales. Porque, según dice San Pablo (Cor., XV), *cual es el terreno, tales los terrenales; y cual es el celestial, tales son los celestiales*. Sea a todos notorio, que pues el manjar comido de Adán, por el cual él fué pecador y nos hizo a todos pecadores semejantes a él, fué poderoso para derribarnos de su vida y gracia celestial que tuviéramos, que este pan que descendió del cielo es más poderoso para hacer celestiales semejantes a sí a aquellos que bien lo comieren.

Muchas pruebas ha dado de aquesto en testimonio que lo mismo hará con todos nosotros si nos aparejamos para recibirlo. ¡Oh, nuevas dichosas! Este es el pan que descendió del cielo. Si el Señor está en la tierra, la tierra tornádose ha cielo; pues ha descendido a ella lo que daba valor al cielo y le hacía ser cielo. Si Dios dejase el cielo y se fuese al infierno, allí estaría el paraíso como estuvo en el limbo, y allí nos iríamos sin hacer caso del cielo. Dichosa nuestra tierra, que cobra nombre de cielo por tal morador; y también se quedó el cielo dichoso; por-

que aunque este pan divinal descendió acá, quédase allá; y estando acá el Hijo de la Virgen, dijo El que estaba en el cielo: y dos ciudades hay habitadas de Dios, dos paraísos tenemos, y en éste de acá moramos según el cuerpo, y en el cielo con el pensamiento y deseo. Mas para que no os canséis, ni os duela mucho la cabeza de subir hasta las alturas del cielo a pensar en Jesucristo Nuestro Señor, tenémosle acá presente para que podamos pensar en El, pedirle socorro, enderezar nuestras oraciones a El cuando quisiéremos acá, y cuando quisiéremos allá. Junto quiso estar el Señor con nosotros, para que en diciendo que digamos ¡ay!, esté cerca para nos oír y remediar, como médico o madre que estando el hijo enfermo no se apartan de la cama de él, y si es menester allí cerca duermen.

¡Oh, cuidadosísimo Padre, amorosísima Madre, dulcísimo Médico, cuán atado te tiene tu amor con nosotros! ¡Cuán cercano te has hecho para en doliéndome el alma, para que en mordiéndome el lobo, si yo a Ti, Señor, me quejare, estés tan cercano que luego me oigas, y cuando yo duerma, Tú me estés velando siempre despierto, que ni duermes, ni te viene sueño, guarda vigilante de los que se encomiendan en Ti! Y es de mirar, que ya que Dios nos hizo esta merced de que la Persona divina de Jesucristo Nuestro Señor descendiese del cielo a estar con nosotros por real presencia en este Sacramento divino, dícesenos por tales palabras, que no sólo nos dan a entender la verdad de su presencia, mas la alteza del provecho que de ello nos viene. *Este es el pan que del cielo descendió* (Joann., VI), dice el Señor. Si es pan del cielo, mantenimiento es de los que están en el cielo; y si tenemos acá el mantenimiento del cielo, tendremos acá la vida del cielo. Porque si en el mantenimiento corporal que tomamos, los humores se engendran conforme al mantenimiento, y aunque sea muy baja la cosa comida, es levantada a tan gran valor que tenga vida de hombre, porque quien lo come es mejor que el manjar, y por eso le pega su propio valor, ¿pues qué será aquí donde el pan que comemos es Jesucristo, mantenimiento

del cielo, y este manjar es mejor que nosotros, y comiéndole nos come El y nos convierte en sí mismo, y de hombres terrenales nos hace hombres celestiales, semejantes a los ángeles en la vida, como lo somos en el manjar?

No tiene que ver la vida del cristiano con la vida de la tierra, porque el Hijo de Dios lo convierte en sí mismo y lo hace celestial en sus costumbres como el Señor lo es, cuyas manos, dice la Esposa que son llenas de jacintos, que son del color del cielo, porque sus obras eran celestiales, y así lo son las de aquellos a quien El mantiene consigo mismo, y los transforma en sí. San Pedro dice que los infieles de aquel tiempo se maravillaban de cómo estaban tan ajenos de seguir los deleites carnales que los infieles seguían. Y también se cuenta que se maravillaban de cómo los cristianos pasaban tantos tormentos por amor de Jesucristo Nuestro Señor, y decían: «Mucho quieren los cristianos a su Dios, más que otras naciones.» También dice San Pedro, que las mujeres cristianas tuviesen vida tan alta, que convirtiesen a sus maridos con el buen ejemplo, ya que no se convirtiesen con la predicación y milagros de los Apóstoles. El Señor dice (Joann., XVII) «que todos los cristianos sean una cosa por la caridad, para que viéndolos el mundo, crea que Cristo Señor de ellos es Dios verdadero». Y San Pablo dice a los Filipenses (cap. II), «que son como las lumbreras del cielo que alumbran al mundo, y que tienen obrada en sí la palabra de la vida», Esta ventaja ha de llevar la vida cristiana a la vida de los infieles, aun en lo que toca a las buenas costumbres, cual la lleva el cielo a la tierra. Y por esta regla miden los Santos en su doctrina la cristiandad, y los reprenden si no suben más altos que ellos.

Si os parece esto de poca autoridad, el mismo Señor, para dar a entender esta celestial vida que hemos de tener, dice (Matth., V): «Si amáis a los que os aman, o hacéis bien a quien os hace bien, ¿qué mucho hacéis en eso? Pues que lo mismo hacen los infieles y los arrendadores, que entonces eran tenidos por gente que tenía

poca cuenta con Dios; sed perfecto como vuestro Padre celestial es perfecto, y haced obras que imiten a su bondad, de las cuales el mundo se admire, y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos, por veros a vosotros, aunque andéis en el mundo como ellos andan, que no vivís según el mundo, pues en la vida sois celestiales.» Lo mismo nos amonesta San Pablo diciendo (Rom. XII): «No os queráis conformar con este siglo, mas renovados en la novedad de vuestra ánima, para que por experiencia probéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, bien paciente y perfecta. «¡Mas ay de la tibieza de nuestros tiempos, tan lejos de tener vida celestial, conforme al pan celestial que del cielo vino! (Matth., XVIII): *¡Ay del mundo por los escándalos!* dijo el Señor; y no es el menor tropiezo en el camino de la virtud la tibieza, pues allende de privaros de la perfecta virtud, no es tropiezo para caer en pecados mortales. *¡Ay del mundo por el escándalo* de la tibieza en que muchos tropiezan, mas ay de aquel por quien este escándalo viene! Si la gente simple vive en tibieza, mal hecho es; mas su mal tiene remedio, y no dañan sino a sí mismo; mas si los enseñadores son tibios, entonces se cumple enteramente el *ay* del Señor para el mundo, por el grande mal que de esta tibieza le viene; y el *ay* que amenaza a los tibios enseñadores que pegan su tibieza a los otros, y aun les apagan su fervor.

No dañan tanto a los hombres los ladrones que están acechando en los caminos para robar caminantes; no tanto los corsarios que roban en el mar a los que llevan muchas riquezas, y navegan con próspero viento, cuanto daña un enseñador tibio a un hombre que corría ligero por el camino de Dios, y sale él de través con desordenados temores que le pone a veces con palabras buenas mal entendidas. De tal manera lo trata, que le echa unas cadenas a los pies para que no pueda correr como antes, sino andar muy poco a poco; y la frialdad que el tal enseñador tenía dentro de sí, la derrama como agua fría sobre el corazón del que tenía fervor, y se lo apaga como el fuego con agua. Camina otro por el mar de este

mundo con muchas virtudes, inspirado con el soplo del cielo, y sálele al camino el espíritu y soplo de la humana prudencia, y hace que deje el otro el agua del cielo que le hacía celestial, que se abaje a ser terrenal regido por la humana prudencia, maestra de la tibieza, enemiga del fervor. No tienen todos lumbre para conocer este mal que la doctrina tibia viene a la Iglesia; mas siéntelo Jacob, y llóralo, y dice con lágrimas (Génes., XXXVII): *La pésima bestia fiera ha tragado a mi hijo José*, el luchador, significado por Jacob el mañoso, y esforzado para las guerras de Dios. Este siente y llora el mal que hace en la Iglesia la malísima bestia fiera de la tibieza, que se ha tragado el aprovechamiento de la virtud, significada en José, que quiere decir crecimiento; porque matando o no favoreciendo el crecimiento de la virtud, poco a poco se viene tanto disminuyendo hasta que del todo se pierde. Contentarse debían los tibios enseñadores con su mal propio, causado de su propia tibieza, y debíanse poner en su propio lugar, que es aprender y mejorarse, y crecer en virtud, y no tomar oficio para daño suyo y ajeno.

Por maravilla, y muy a pospelo se hallará hombre que con eficacia reprenda el vicio en que él está, porque ya que no tema que los hombres le digan (Luc., IV): *Médico, cúrate a ti mismo*, porque, por ventura, su mal es secreto, mas aquellos latidos que la propia conciencia le da, acobardan tanto, y el amor que al vicio tiene le ata de manera, que cuando de él dice mal, es como cosa fingida, y que el modo del decir da a entender cuán poco aborrece en el corazón lo que reprende de fuera. No es de todos la dispensación de la palabra de Dios, sino de aquellos que la tratan conforme a lo que ella es: conviene a saber, martillo para quebrantar peñas, y fuego para encender la tibieza (Mich., III): *Yo*—dice el Profeta—*estoy lleno de la fortaleza del Señor para anunciar a Jacob su pecado.* Ardía con fuego de Dios, como también Jeremías dice que le acaeció, y confortado de su corazón con aqueste fuego divinal, echaba palabras de sí, que al malo hacían temblar de temor y al tibio en-

cendían en deseo de aprovechar con el fuego del amor.

¡Oh, gloria cristiana, y cuán caro te cuesta la falta de aquestos tales enseñadores, pues por esta causa está tu faz tan desfigurada y tan diferente de cuando estabas hermosa en el principio de tu nacimiento! ¿Dónde está ahora aquel desprecio del mundo con que en el principio de la Iglesia dejaban los cristianos sus haciendas (Act. V), y el precio de ellas lo ponían a los pies de los Apóstoles, significando que las despreciaban en sus corazones como tierra, polvo y lodo que está debajo de los pies? Gente habrá que midiendo este negocio por su corazón, diga: ¿Cómo pueden ser estas cosas? Si tal preguntáis, responderos hemos a esta maravilla que había entonces. Oíd otra, que siendo muy muchos los cristianos, dice el Evangelista San Lucas (Act., IV) *que de los creyentes era el corazón uno, y el ánima una;* y ahora, ni aun padres con hijos, ni marido con mujer, aun no tienen un corazón. ¿Queréis otra? No sólo estos santos tan grandes, mas otra innumerable gente, varones y mujeres, mancebos, viejos y mozos, hollaban la carne y escogían más virginidad con pobreza, que casamientos muy ricos. Pasaban tormentos para espantar, y muchos se ofrecían a ellos con mayor alegría que uno de nosotros ama la vida y la busca donde la halla. ¿Qué era la causa de vida tan celestial, que ponía en tanta admiración a los hombres que la miraban, muchos de los cuales se tornaban cristianos viendo tanta alteza de virtud que tenían aquéllos, tan ajena de lo que en sí propios sentían? ¿Sabéis cuál fué la causa de vida tan celestial? Haber buenos predicadores, encendidos con fuego de amor celestial, que encendían los corazones de los oyentes al fervoroso amor de Jesucristo Nuestro Señor, y usarse entonces comer de este pan celestial; se ha quitado el comer y se ha quitado la fuerza. Descendió el pan del cielo para darnos vida y fortaleza del cielo; apartámonos de él, no sé por qué; comemos falsos o vanos manjares con que estamos tan flacos, que con una pequeña y vana tentación nos caemos, y en ofreciéndose cosa que toque en nuestra hacienda, o nuestra honra o nuestra vida, aun no se es-

pera a pelear, porque luego damos con nosotros en tierra.

No es menester, para prueba de esta fortaleza y celestial vida que da este pan celestial, acordarnos de los tiempos pasados ni buscar testigos fuera de casa. Determínate, cristiano, a comer muchas veces este pan celestial, limpiando tu conciencia, viviendo con el cuidado, cual debe tener la persona que quiere conversar con Dios humanado, y ser convidado a su mesa y recibirlo con debido aparejo en sus entrañas; y te acaecerá muchas veces, que acabada la Misa o la comunión, te sentirás tan otro del que eras cuando te llegaste a esta mesa sagrada, que tú mismo te admirarás de lo que Dios obra en ella; y no te conocerás mirando qué tal viniste, y qué misericordias ha hecho Nuestro Señor contigo. Tendrás un gusto de este divino pan que has recibido, que así te quitará el gusto de la carne y de todos sus regalos, que aun de pensarlo te dará fastidio, aborrecimiento y admiración, y te espantarás mucho cómo cosa tan desabrida y amarga algún tiempo, te supo bien, o cómo te venció o te dió guerra cosa tan flaca.

Probarás que San Gregorio dijo verdad: «Que así como gustada la carne, parece el espíritu desabrido, así gustado el espíritu, se torna desabrida toda la carne.» Sentirás tormento en sentarte a comer a la mesa del cuerpo, acordándote de aquella dichosa hora en que fué puesto por manjar de tu ánima Dios humanado, que del cielo descendió. Y con esta riqueza te parecerán cosas de tan poco tomo todas las cosas de aqueste mundo, que te parecerán un poco de humo, que muy presto se deshace, sombra, y no cuerpo, engaño, y no verdad; y te maravillarás, y habrás compasión de que haya gente que estime cosas tan indignas de ser estimadas; sentirás un esfuerzo tan grande, que hollarás al león y al dragón, que es el demonio, y te será dado un señorío tan alto, que ni temas disfavores, ni estimes los favores de todo este mundo; y ni tengas temor de la muerte, ni de enfermedades, ni de pobreza, ni de necesidades, ni te verás aficionado demasiadamente a la vida; y tan rico te hallarás, y tan favorecido por recibir al Señor y experimentar

que El te favorece y que entre de buena gana en tu pecho, que te veas como señor de cielo y tierra, y por todo lo que en él hay no trocarás esta merced de que Dios humanado sea manjar de tu ánima.

Entonces sabrás por experiencia que este pan no es pan de cuerpo, ni que se cogió en las hazas de la tierra, sino pan que vino del cielo para hacer a los terrenales celestiales; y como San Ambrosio, cuando iba a decir Misa, decía a este Señor: «Hazme, Señor, aquesta merced, que yo experimente la dulcedumbre de tu presencia», pues estás aquí, suplicarle has tú: «Experimente yo la fortaleza de vuestra presencia, que dais a los que bien os reciben.» (Psalm. LXVII.) *Pan del cielo les dió, y el pan de los fuertes*, como traslada San Jerónimo, come el hombre, porque lo comen los ángeles fuertes en el cielo, y hace a los hombres flacos, fuertes, y de fuertes, más fuertes. Y aunque estos dichosos sentimientos no se comuniquen a todos los que bien comulgan, sino cúmplese lo que dice San Pablo (II Cor., IX): *El que escasamente siembra, escasamente coge, y el que siembra en bendiciones* (que quiere decir en abundancia) *también cogerá en abundancia la vida eterna.*

Hay gentes esforzadas en el servicio de Dios que pasan muchos trabajos y hacen muchas buenas obras, y lo dan todo por bien empleado porque cuando se ven en aquella hora dichosa de recibir a Nuestro Señor sean de El recibidos amorosamente y hechos participantes en la grandeza de sus riquezas. Estos dicen al Señor lo que dijo David (Psalm. LXII): «Dios, Dios mío, por las mañanas al tiempo que sale la luz velo en oración a Ti; mi ánima tiene gran deseo de Ti, y también mi carne en muchas maneras. En la tierra desierta, sin camino y sin agua, y en toda santidad me he presentado delante de Ti para ver tu fortaleza y tu gloria. Mejor es tu misericordia que todas las vidas, y mis labios te alabarán. Te bendeciré en todo el tiempo de mi vida, y en tu nombre levantaré mis manos para bien obrar, para que mi ánima sea llena de redaño y de grosura, y mi boca te alabe con labios de regocijo.»

¡Qué buen consejo el de aquestos que velan en la oración, y su carne y su alma tienen hambre y sed del Señor (Matth., V, 3), ejercitándose en la vida áspera de la penitencia, procurando alcanzar santidad para presentarse delante de aquel Señor que es fortaleza y gloria del Padre! Hacen buena vida, y no presuntuosos; mas confían en la misericordia de Dios, y alaban a El, y no a ellos. Bendícenle en lo que les acaece en su vida, y confiados en el socorro de Dios alzan sus manos, y emprenden cosas fuertes por El; íbales tan bien en la comunión, que su ánima es llena y rellena de grosura de amor y devoción entrañable; y habiendo también comido y gustado la celestial dulcedumbre, alaban al Señor, no con alabanzas frías ni secas, mas de mucha alegría, semejables al dulce corazón de do salen. Cúmplese en ellos lo que está escrito por David (Psalm. XXI): *Comerán los pobres, y serán hartos: y alabarán al Señor los que le buscan, y con este manjar de vida vivirán sus corazones en el siglo de los siglos.* Si trabajan bien, bien les pagan; si sudan, comen su pan; y ellos aparejándose cada día mejor, y el Señor a hacerles en esta mesa nuevas mercedes, vanse cada día apurando más, creciendo en justicia, y con la participación del pan celestial, y haciéndose cada día más celestiales, y tan divinos, que, como dice Orígenes, los hombres no lo conocen por estar tan reformados y transformados en Dios; y en fin, viven una vida tan bienaventurada, que sólo el Señor que la da, y ellos que la experimentan, saben cuál es. Verdad es que esto no es siempre, porque no sea continuo el paraíso en la tierra: escóndeles el Señor su amor y quítales su dulcedumbre, para que no se hagan a ella más de lo que es razón, y lleven cruz de desconsuelo interior que les excite y humille, porque esto es más seguro para este destierro.

Cuando así te acaezca, cristiano, no te desmayes por ello; no dejes tu buena vida, ni te apartes de aquesta mesa sagrada, que la dulzura y consolación de que algunas veces careces, con sufrirlo en paciencia la tendrás guardada para cuando vayas al cielo. Lo que debes de

procurar, y te amonesto mucho que adviertas, es que si el Señor algún tiempo te ha tratado con estos espirituales regalos, no se te hayan quitado por alguna culpa de liviandad, o negligencia o desagradecimiento, o cosa de aquéstas. Y si en ello has caído, pon el remedio conforme a la culpa, y el Señor hará contigo lo que mejor te estuviere; y si no eres de aquellos que se aparejan con tanto esfuerzo para esta mesa sagrada, ni sientes lo que ellos sienten cuando comulgan, procura de mejorarte en el servir, para que el Señor cuando fueres a su mesa tienda su mano en galardonarte. Y espérale, que El volverá, y te mirará, y por muy poco que te dé de aqueste sagrado convite lo debes estimar en más que si todo el mundo te diese. Más vale un poco de oro, que mucho de lodo; y sin ninguna comparación, es más preciosa una migaja que el Señor te dé de aquesta celestial mesa, que cualquier bocado que te dé el mundo, por grande que sea. Toda razón pide que lo que aquí se da es de mucho valor, pues creemos que el mismo Señor se aposenta en nosotros con verdadera presencia real. Y pues un hombre rico y piadoso que condesciende a visitar los pobres de un hospital, no se debe creer que se saldrá de allí sin hacer misericordia, ¿qué podremos esperar siendo Dios riquísimo, y dándosenos El mismo, sino que quien a sí mismo se nos da, no habrá cosa que niegue?

Alabada sea, Señor, para siempre tu bondad. Bastantes mercedes son aquestas que Dios de presente da a los que a su mesa sagrada se allegan para despertar nuestra hambre, y poner espuelas a nuestra pereza, y correr a esta mesa divina a gozar de sus bienes. Mas para que más entiendas cuánto te cumple ser convidado de aquesta mesa, por mucho que te costase, has de saber que así como este divino convite es cumplimiento de muchas figuras pasadas, es también figura del convite del cielo, que se tiene de hacer a los que comieren como deben de aqueste divino pan que descendió del cielo a la tierra. Figurado fué este convite de que ahora gozamos en el pan y vino que ofreció Melquisedech. Figurado fué en el maná que llovió Dios a los padres en el desierto;

y más por extenso fué figurado en aquel famoso convite que el gran Rey Asuero hizo en la ciudad de Susán en el tercer año de su imperio a todos los Príncipes y esforzados caballeros y a todo su reino, del cual diremos aquí, dejando las otras figuras para en sus lugares.

Quiso aquel Rey, según la Escritura dice, enseñar las riquezas de la honra de su reino y los deleites que podía dar según la grandeza de su poderío, y en un portal que estaba cerca del palacio real, y cerca de un huerto de mucha frescura, como convenía a la majestad del Rey, mandó poner las mesas para los convidados, y encima de ellas muchos doseles de color blanco y colorado, y de jacinto, los cuales eran sustentados con cuerdas de holanda y carmesí, y atadas a unas columnas de mármol para que se tuviesen; y con este amparo eran defendidos los convidados del sol y del agua, para que mejor pudiesen gozar del convite. El suelo del portal era de piedras preciosas, y maravillosamente adornado, encima del cual había lechos de oro y de plata en que se acostasen los convidados para comer, porque era uso y costumbre que entonces se usaba. Los platos y tazas eran de oro, y había tantos, que los mudaban de unos en otros, y no era menester que uno aguardase para beber a que otro convidado hubiese bebido. El vino era muy excelente, como vino de Rey, y había de ello grandísima abundancia (Esther, I). Y porque no hubiese convidado que recibiese algún sinsabor, mandó a todos los que tenían cargo de proveer las mesas, que ningún convidado fuese constreñido a beber cuando no quisiese, o más de lo que quisiese, sino que en todo se guardase su contentamiento. A algunos parece que primero hizo convite a los Príncipes de su reino, que duró muchos días, y después convidó a todos, chicos y grandes, cuantos había en la ciudad, por tiempo de siete días. Y otros dicen que el aparejar del convite duró mucho tiempo, y que fueron juntamente convidados los Príncipes y los otros, chicos y grandes. Famosa figura de este convite divino; pero más famoso es el cumplimiento de esta figura. Asuero era Rey de un poco de tierra, y Jesucristo nuestro Señor, es del cielo

y tierrra y tiene escrito en su muslo, según dice San Juan (Apoc., XVI): *Rey de Reyes, y Señor de señores;* porque aun según hombre es el señor de todas las cosas.

Queriendo este benditísimo Rey de Reyes y Señor de señores enseñar la grandeza de sus riquezas, que son virtudes y gracias, y los deleites santos que hay en El, quiso en el tercer año de su reinado, que fué en el tiempo de la gracia, en la ciudad de Jerusalén, sobre cuyo monte, dice el mismo Señor por boca de David (Psalm. II): *Yo soy constituído Rey de la mano del Padre sobre su santo monte Sión,* y en el cenáculo que en aquel monte está, cenando con sus discípulos, tomó en sus santísimas manos pan y vino de lo que estaba en la mesa, y después de haberlo consagrado lo dió a comer y beber a los doce Apóstoles que había de constituir Príncipes sobre toda la tierra, y dándoles poder para hacer lo mismo que El había hecho a ellos y a los sacerdotes derechamente ordenados, convidó también a los cristianos chicos y grandes, no de una ciudad, sino de todo el mundo universo. Y si el otro convite duró siete días, o ciento ochenta, éste durará no sólo semana de días, ni de meses, ni de años, sino por todo el tiempo que el mundo durare, que significa en número de siete, y en tiempo de una semana; porque todo el tiempo por estos siete días se vuelve, y lo comienzan otros siete de nuevo. Mas si este convite tanto excede al otro en lo mucho que dura, ¿quién tendrá lengua para decir cuánto le excede en el manjar y en el vino que en él se dispensa?

Animales o aves sería lo principal de aquel convite, el vino sería añejo, de buen olor y sabor, producido de las vides de la tierra. Y en cumplimiento de aquella figura tenemos nosotros aquí en este convite el manjar que del cielo descendió, santísima carne, santísima ánima, excelentísimo pan, que es el Verbo de Dios. Este es el manjar que comemos, y en lugar del otro vino bebemos su bendita Sangre. Nuevo convite, nunca oído ni visto hasta que Dios lo ordenó; ni corazón de hombre tal pensó que la divina bondad tanta manifestación diera del amor que tiene a los hombres para gloria suya. Si quiso

enseñar sus riquezas, muy bien acertó a tomar este medio, pues con las cosas que aquí se hacen se manifiestan las riquezas de su sabiduría, bondad o misericordia, de tal manera, que este sacrosanto Misterio se llama gloria de Dios, por cuya participación los pobres son hechos ricos de riquezas espirituales y eternas, y quiso enseñar la grandeza de sus deleites. Muy buen aparejo hay en aqueste divino manjar, aparejado con dulcedumbre al pobre, y sabrosísimo de gustar sobre todos los sabores, porque conforme al ser de la cosa, así sea su sabor. Siendo Dios el que comemos, bien sobre todas las cosas y dulcedumbre infinita, manifiesto es que nos manifestará bien su deleite incorporándonos en El mediante esta santa comida, como una pera metida en un mar de azúcar dulcísimo, y por todas partes y hasta lo último de ella penetrada de él. Los platos y copas en que se come esta Carne y se bebe esta Sangre son la consideración amorosa de los beneficios que este Señor nos ha hecho desde que se hizo hombre por nosotros hasta el punto que lo vamos a recibir en el altar.

El manjar uno es; mas si consideras, este Señor se hizo hombre por ti, nació en pobre casa, fué puesto en pesebre por ti, y al cabo de ocho días derramó su preciosa Sangre, y después huyó a Egipto, y tornando a su tierra se cansó por los caminos y padeció muchas persecuciones, y al fin de la vida mayores, y perdióla en la cruz por ti; fué sepultado, y resucitó por nuestra justificación, subió a los cielos a parecer delante del Padre abogando por nosotros, enviónos el Espíritu Santo, y El mismo se nos pone en el altar para que le recibamos.

¡Oh, cristiano, y qué hartura, y qué dulcedumbre recibiría tu ánima si no comieses este sagrado manjar así de prisa y todo junto, sino que le repartieses en estos bocados! Cada uno de los cuales es tan grande, que se puede repartir en otro y otros, y el menor de ellos es más precioso y más deleitoso que todo lo que en el mundo puede haber. Pide a Dios ojos interiores para saber mirar y estimar lo que te ponen delante cuando comulgas, y con amorosa memoria dile: Señor, Vos sois el que por mi amor descendisteis del cielo; Vos el que nacisteis,

vivisteis y moristeis por mí. Y ten por averiguado, que así como nunca faltó el aceite a la viuda de Eliseo, hasta que le faltaron los vasos en que echarlo, nunca a ti te faltarán las dulzuras en este manjar, si no te falta devota y amorosa consideración; y digo amorosa, porque los vasos y platos del otro convite eran de oro, y el oro significaba el amor, como cosa más preciosa de todas; y si quieres gustar de este manjar y chupar esta Sangre, lleva contigo vaso de amor, porque de otra manera no se comunicará contigo este divino manjar, guisado con grandeza de amor.

Hermoso era el suelo del otro convite: más hermosa es la fe, fundamento de todo bien, que excelentemente se ejercita en este divino Misterio, por ser cosa sobre toda razón. Y no dejes pasar en olvido que sobre el suelo estaban camas de oro y de plata, sobre que se recostaban para comer con descanso: para darte a entender, que si quieres comer con provecho y sabor de este divino manjar, has de traer tan buena conciencia de esperanza y caridad, y otras buenas obras, que no te remuerdan y acusen, sino que descanses en ella con mucha paz. Y los doseles del otro convite, que defienden de los impedimentos que podría ofrecer a los convidados, son las doctrinas de la Iglesia y de los Santos pasados, que nos defienden de los errores y tentaciones de los demonios y de nuestras ignorancias, y de todo aquello que nos puede ser impedimento para no gozar de este convite como debemos. Estos Santos son columnas firmísimas que sustentan esta santa verdad de este divino Misterio: hombres a quien Dios habló, hombres de santísima vida, que con la santidad de su vida y con el derramamiento de su sangre por Jesucristo Nuestro Señor cobraron tanta autoridad, que tienen en pie su doctrina, como las columnas del otro sustentaban los doseles con cuerdas de holanda y carmesí; porque hallarás que estos Santos tuvieron mayor blancura de limpieza de vida que una fina holanda, y fueron tan encendidos en el amor del Señor que derramaron por El su sangre, con que fueron teñidos mejor que ningún carmesí. Y una cosa queda por decir, que no

es la menor, que no había en aquel convite quien constriñese a beber, porque el vino debía de ser tal que El mismo convidaba consigo, y antes sería menester freno y que constriñesen a no beber tanto, que forzarles a que lo bebiesen.

¡Oh, dulcísima sangre! ¡Oh, preciosísimo vino! ¿Quién nos ha cerrado los ojos? ¿Quién ha derribado nuestro apetito para que no conozcamos tan grande valor, no gustemos tu dulcedumbre y sintamos tan mal de ti que sea menester que los predicadores os importunemos con tantas palabras a que vayáis a comer y beber este celestial pan y vino, que esfuerza y alegra nuestro corazón? Y lo que es peor; que hay algunos que es menester que les fuerce el Prelado y la justicia para que vengan de mala gana a la mesa de la buena gracia, donde el Señor de tan buena gana se da. ¡Oh, válgame Dios, y qué diferentes caminos andamos Tú, Señor, y nosotros! Tú vienes del cielo muerto de hambre por mantenernos, y el hombre no ha gana de Ti, y huye por no recibirte. Adolécete, Señor, de cuán errados caminos andamos; métenos por tu misericordia en los caminos de tu verdad y de tu amor, para que, pues vienes con grande gana de dártenos, vayamos a Ti con gana de recibirte. ¡Cristiano, que es menester rogarte que comas de este sagrado manjar y bebas de este dulcísimo vino! Verdaderamente merece El por quien es, por su hermosura, por su bondad, que le amásemos tanto y tuviésemos tanta hambre de ir a El, que las voces que ahora os damos los predicadores rogándoos que vayáis, había de ser deciros, que aunque el vino es dulcísimo y vuestra sed grande, que os templásedes en el beber, que por ventura comíades más que vuestros trabajos merecían.

Plegue, Señor, a tu misericordia que venga ya aquel día en que faz a faz nos veamos, para que tu hermosura claramente vista despierte en nosotros deseos eternos. Vendrá, cierto, vendrá, y vuestros ojos verán claro a este Señor que ahora veis escondido, si queréis aprovecharos de este convite, que como es cumplimiento de las figuras pasadas, así es figura del convite que está por venir. No

figura en lo que toca al manjar, porque el mismo que aquí comemos en fe, es el mismo que allá comeremos en su propia especie. Que por esto dice San Juan que él vió en las dos riberas de un río que salía de la silla de Dios un árbol, y no árboles: porque de la una parte del río, que es el cielo, está Jesucristo Nuestro Señor manteniendo a los de allá; y a la otra ribera, que es la Iglesia en que estamos, está el mismo árbol de la vida manteniéndonos como manjar. Y aunque en el sitio local hay muchas leguas de esta ribera a la otra, de la tierra al cielo; mas para quien bien come de aqueste manjar, muy cerquita está el convite del cielo, según está figurado en el convite pasado, que fué hecho en un portal cerca del huerto del Rey. Y aquella bienaventuranza del cielo es llamada por nombre de paraíso que quiere decir huerto, por ser cosa fresca que da mantenimiento y deleite, y ante de él está el portal, que es la Iglesia, y aquello y esto se llama un reino de Dios, y se llama paraíso y huerto cerrado.

De manera, que como en los nombres somos cercanos al cielo, así lo seremos en entrar allá, si sabemos aprovecharnos bien de aquesta mesa sagrada, en la cual, aunque esté el mismo manjar, y cuanto a esto no sea figura, mas cuanto al modo de comer y cuanto a otras circunstancias, es grandísima ventaja la que aquel convite del cielo hace al que celebramos en la tierra, como este convite excede a las cosas que lo figuraban. Por un pequeño templo en que aquí celebramos este convite, hay allá la inmensidad del cielo, en cuya comparación lo de acá es un punto. Aquí hay música de alabanzas divinales para que mejor nos sepa el manjar: allá hay música de innumerables cantores, que no descansan noche ni día alabando al que los crió. Este Señor que aquí está es Rey; no está solo, que muchos ángeles están con El, aunque no los vemos; pocos son en comparación de los que están allá, pues millares de millares lo sirven, y diez veces centenas de millares asisten a El. El suelo en que se hace el convite de acá es precioso, mas las plazas de aquella ciudad que San Juan vió son de oro purísimo. Encubierto está aquí este Señor para mérito de nuestra fe: allí es visto faz a

faz para galardón de los que aquí trabajaren. Abrimos aquí la boca y recibimos su santísimo cuerpo en nuestras entrañas; mas aquella conjunción que en el cielo habrá cuando nuestra ánima se junte con la divinidad, dichosos los que la gustan, que a nosotros es inefable. Un hierro metido en un fortísimo fuego, parece que es el mismo fuego; y cuando el sol se incorpora con una nube, párala tan luciente que semeja al mismo sol: mas todo esto, y más que se puede decir, es muy bajo en comparación de aquella íntima junta, por la cual en el cielo el ánima es hecha un espíritu con Dios, y queda Dios más dentro de ella que ella misma consigo.

¡Oh, junta hermosa, deleitosa, bastantísima a hacer un ánima enteramente bienaventurada! No tienes precio, no tienes nombre: sobre todo pensamiento y deseo te has levantado, y eres un maná escondido, que sólo el que lo recibe lo sabe. El deleite se causa de juntarse una cosa con otra, que le es conveniente de una cierta porción que hace dos cosas semejables que venga una con otra. ¿Mas qué lengua habrá que diga cuán bien, cuán propio, cuán ajustado viene Dios con el ánima? Pues ella es criada a imagen de El, y la junta es indecible, y el amor es indecible, y así lo son los deleites. Tiene esto la infinita hermosura de Dios, que en siendo vista, causa en sus amadores hambre y sed de espiritualmente comerlo y beberlo, y de tal manera les roba los corazones, que ninguna saeta tan recia va a dar en un blanco cuanto ellos van a juntarse a Dios, y según la hambre así es la hartura. Y aunque el cuerpo tenga sus corporales placeres que toma de las criaturas; mas el ánima y sus potencias, como son más excelentes que las corporales, cuando allí se emplean todas en su Criador, gozan un deleite tan verdadero, que la menor gota de aquel dulcísimo vino es más preciosa que todos los deleites de acá, y quien de aquello bebiere, de todo lo demás tiene muy apagada la sed: y como el ánima es incorruptible y eterna, y el manjar mucho más, la hambre, para que el manjar sepa bien, es grandísima, el manjar está muy junto con ella, comen siempre con hambre que no atormenta, sino que alanza el fastidio,

y aunque la divina esencia sea una, sus perfecciones son infinitas, y ya contemplan en una y en otra comiendo siempre, y hallando siempre de nuevo qué comer.

Son servidos en diversos vasos con diversos manjares, no en la esencia sino en la consideración; y todos son de oro, porque están encendidos en perfectísimo amor, y no es menester que les constriña nadie a comer ni beber, porque la hermosura, bondad y dulzura de Dios los saca de sí y los junta consigo con suavísima fuerza. Aquí tenemos doseles de doctrina de Santos de la Iglesia que nos defienden de los errores e impedimentos que nos pueden turbar nuestra sagrada comida; mas allí no habremos menester este reparo ni lumbre de fe, porque claramente veremos todo lo que aquí creemos, sin poderlo dudar. El dosel que allí los cobijará, serán las alas divinas, que así los tendrá amparados bajo de su sombra, como la gallina tiene a sus hijos, morando en ellos, y ellos en él, gozoso de hacerles bien, y gozosos ellos de recibirlo. Sus deseos son tan llenos, que no tiene más que desear, y nunca ellos pensaron ni desearon que era tan grande el bien que de la mano poderosa de Dios habían de recibir. Ellos están asentados a aquella mesa divina y comiendo del pan celestial sin velo ninguno; nosotros estamos acá en este miserable destierro. Y aunque somos dichosos por comer del pan que del cielo vino, tenemos porqué llorar, porque ni sabemos comer, ni se puede comer acá tan bien como allá. Y no es maravilla, pues que esto es figura celebrada en este destierro, que más es para despertar hambre que para quitarla, y el cumplimiento de ella está allí donde está escrito (Psalmus XXXV): *Que serán embriagados de la abundancia de la casa de Dios, y los dará a beber con el río de su deleite.* Gocemos entretanto, hermanos, de este deleite, y suspiremos por aquél; agradezcamos éste, alleguémonos a él, y tendremos una prenda y señal del que hemos de ser convidados del otro.

Estad muy atentos a lo que pasa en este convite en este tiempo presente, y veréis una clara figura de cómo le irá a cada uno en el día del juicio que está por venir.

San Agustín dice que la cruz donde el Señor fué crucificado, no sólo fué tormento de quien padecía, mas también fué silla de juez que daba sentencia. Dos culpados tenía a los lados este juez, y al que conoció y confesó sus pecados y le dijo (Luc., XXIII): *Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino*, le perdonó, y aquel mismo día lo llevó al paraíso, y le hizo convidado de su mesa divina, compañero de los santos y de los ángeles, que comen a Dios y se mantienen de El para siempre. Dichosa suerte, por cierto, y copiosa paga de su confesión: y por el contrario, desdichado del de la mano izquierda, que por no hacer lo que el otro hizo, perdió el convite de Dios y fué sentenciado a ser manjar de la muerte, que lo pazca, y sin acabarlo esté siempre lamentando mientras Dios fuere Dios. Pues aquello que en la cruz pasó de ser salvo el que estaba a la mano derecha y condenado el que a la izquierda, que fué figura de que el día postrero, cuando el Señor que fué de los hombres juzgado y condenado, venga en las nubes del cielo con gran majestad y absuelva a los de la mano derecha y condene a los de la izquierda, esto mismo representa en esta mesa sagrada mal de unos, bien de otros.

Si hay ojos que lo sepan mirar, ¿qué piensas, hermano, que es paraíso? Es sentarse Dios y decir (Matth., XXV): *Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está aparejado desde el principio del mundo.* ¿Y qué piensas que es infierno? Ser alanzado un hombre de la mesa de Dios llena de hartura y lumbre, y echado en las tinieblas de fuera con la voz del juez, que dice: *Apartaos de mí, malditos de mi Padre, al fuego eterno que está aparejado;* juntarse con Dios , es paraíso; apartarse de Dios, es infierno.

«Dime, cristiano—dice San Cipriano—: tú que te apartas de este sagrado convite, en el cual está Dios, ¿no ves que ya das señal en esta vida presente de lo que ha de acaecer en el terrible día del juicio que está por venir? Tú mismo te apartas de Dios, tú mismo das sentencia contra ti, no te hará Dios injuria en apartarte de sí, aunque tú mucho lo ruegues, y todo el cielo y la tierra

que te junte consigo, pues ahora tú te apartas de El de tu propia voluntad, y con tanta porfía, que aunque te rueguen predicadores y el mismo Dios que te está convidando, te haces tan sordo como si no valiese nada con lo que te convidan, o como si pudieses valerte sin El, y como si Dios que te lo ruega no fuese nadie.» Ay de ti, para en aquel día en que Dios entrará en juicio contigo, y será la sentencia (I Cor., XIV): *El que ignoró, será ignorado; el que de mí se apartó, será de mí alanzado.*

Otra señal tienen por cierto las ovejas de Nuestro Señor, que según su flaqueza se aparejan para con limpia conciencia venir a comer de este pan celestial y este pan divino, conociendo y confesando sus culpas y suplicando al Señor se acuerde de ellos en bien cuando venga a juzgar vivos y muertos; y llegándose muchas veces recibiendo su santísimo Cuerpo, van aprovechando en la buena vida y juntándose con el ánima cada día más a Nuestro Señor. Este pan que del cielo descendió obra en ellos desprecio de las cosas de la tierra, y levántales con su poderosa fuerza a que deseen las cosas del cielo y suspiren por ellas; porque como es pan que desciende de alto, tiene virtud para subir al hombre a tan alto como El descendió: y así los inflama con el deseo de aquel eterno convite, que están ligeros para correr el camino de los Mandamientos de Dios y fuertes para sufrir los trabajos y tentaciones de cualquier manera que sean. Todo lo tienen en poco por ser participantes de aquellas verdaras y dulces palabras (Luc., XXII): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones: yo os dispongo el reino como mi Padre lo dispuso a mí, para que comáis sobre mi mesa en mi reino.* Comen de esta mesa, y tienen hambre de aquélla. De aquí cobran fuerza, y allí cobran el descanso. Este pan celestial les es pan para trabajar, y allí lo esperan para gozar; y viviendo aquí con el cuerpo, viven allá con el ánima: como acaeció a Santa Mónica y a otros muchos, que habiendo acabado de comulgar, como recibió el pan que descendió del cielo, fué inflamado su corazón en el deseo del cielo, y como embriagad o de vino de Dios que había bebido, comienza a dar voleos

diciendo: «Volemos al cielo, fieles, volemos al cielo.»

¿Qué maravilla que, pues aqueste sol criado, hiriendo con sus rayos en la tierra llovida, levanta con su calor los vapores de ella, trayéndolos hacia sí y haciéndolos subir a lo alto, que Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Sol de justicia, criador de estotro sol, levante con la fuerza de su amor el ánima que está llovida con gracia, y humedeciendo el corazón y ternura la haga subir sus deseos a lo alto del cielo, y olvidada la bajeza de acá la encienda en amor de la casa del cielo donde Dios mora, y la haga decir como otro David (Psalm. LXXXIII): *¡Cuán amadas son tus moradas, oh, Señor de las virtudes! Mi ánima codicia, y, en gran manera desea los palacios del Señor, mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo,* o como dice otra letra, *llamaron o alabaron a Dios vivo.* En otra parte dijo David (Psalm. LXII): *Mi ánima y mi carne hubo sed;* porque el ánima encendida con amor del Señor, y la carne afligida y mortificada con la penitencia, entrambos desean a Dios; y cuando reciben este divino Sacramento, entrambos se gozan en Dios, y entrambos desean estar en el cielo, y con entrañable suspiro dicen lo que se sigue (Psalm. LXXXIII): *El pájaro halló casa para sí, y la tortolilla nido donde ponga sus hijos.* Y entiendo yo, mi Dios y Señor de las virtudes, que tus altares son para mí nido y casa, y suspiro por ir a ellas, Rey mío; y entretanto que yo voy, considero la buena dicha de los que moran en tu casa, y no con envidia, sino con alabanza tuya, y deseo de verme con ellos. Digo que son bienaventurados los que moran en tu casa, Señor, y que son tantas las magnificencias que haces con ellos, son tan grandes las perfecciones que ven en Ti, que ni estarán ociosos, ni tendrán extrañas ocupaciones; mas en los siglos de los siglos te alabarán.

Mas aunque el cristiano que acá mora en obediencia y deseo de Ti no es tan bienaventurado como aquellos que te ven cara a cara, mas cábele parte de aqueste nombre, y digo que es bienaventurado el varón del cual Tú eres su arrimo y fortaleza, y con tu gracia tiene fuerza que aunque la propia inclinación y cosas de este mundo

tiren de él hacia abajo queriendo hacer que se huelgue y tome gusto de las cosas de la tierra, él no anda por estos caminos, mas tiene puestos en su corazón tus caminos y subimientos para Ti, despreciando todos los impedimentos, y con obras y verdaderos deseos va cada día subiendo más y más hacia Ti; ni le estorban los impedimentos de aqueste valle de lágrimas, ni lo próspero ni lo adverso; por todo pasa para guardar aquí tu ley y para llegar a tu sagrado convite, y esto tiene en su corazón y por consuelo en esta vida: y como el Señor inspira estos deseos y dichosa hambre de comer de Dios a su mesa allá, y acá corresponde a los tales deseos con particulares favores, dando gracia el que dió la ley para que la cumplan y confortados con ella caminan aquí de virtud en virtud hasta que vean al Dios de los dioses en la celestial Sión.

Clamen al Señor suplicándole oiga sus oraciones y cumpla sus deseos, y díganle: Señor de las virtudes, oye mi oración; óyela con tus orejas, Dios de Jacob, defendedor nuestro, mira en la faz de Cristo: míralo sentado a tu diestra abogando por nos: míralo aquí entre nosotros encendiendo nuestro corazón, levantándolo a Ti: míranos por El, pues nos redimiste por El, y cumple el deseo que nos has dado y estimación de tu casa, que tenemos por mejor un día en tus palacios que millares de días en cualquiera parte; más quise ser el menor, y estar en el umbral de la casa de Dios, que morar en las moradas de la maldad y de los pecadores. El umbral de la casa del cielo es la sagrada comunión, porque por ella suben allá y sin comparación vale más el bien, el deleite y la honra que en este umbral hay, que todos los bienes y placeres que dan los pecados a los pecadores. El Señor ama la misericordia, pues nos dió este manjar; ama la verdad, pues como lo prometió lo cumplió; y Dios es nuestro sol y nuestro escudo, porque no sólo nos alumbra y alienta de dentro, mas nos defiende de los males de fuera, y nos dará su gracia y su gloria; a los malos castigará, y no dejará sin galardón a los que viven sin hacer daño a otros. Y después de mucho pensado y enseñado, Señor, por tu

Espíritu, digo que bienaventurado es aquel hombre que espera en Ti. Si bien hay en este mundo, si cosa que desear, si placer, si contentamiento, aquel lo tiene que de presente recibe con buena conciencia tu sacratísimo Hijo, y con esta prenda tiene esperanza, acompañada de buenas obras, que después de este destierro lo llevarás a tu gloria.

TRATADO XV

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se.

«Hizo memoria de sus maravillas el misericordioso Señor y hacedor de misericordias; dió manjar a los que le temen.»

(Psalm. 110.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



Cuando alguna cosa muy grande súbitamente se ofrece, y primero no es creída como lo había de ser, suele causar grandísima admiración; y por eso se tiene por costumbre, cuando alguna cosa grande se tiene de decir, que precedan algunas cosas pequeñas, e ir así creciendo poco a poco hasta venir a decir la cosa que quieren, como el que sube una altura muy grande por unos escalones pequeños; y entonces, como han precedido cosas que han ayudado para venir a aquella grandeza, no suele causar tanto espanto. Es tan gran cosa lo que Dios hizo en este divinísimo Sacramento, que porque los hombres no se espantasen de ver una cosa que a los ojos humanos, no mirando al infinito poder de Dios, parece tan grande y tan alta ver a Dios hecho manjar para que le comamos, que cosa es que pone

grandísimo espanto: y así, para que pudiese ser creída, ordenó que no se manifestase luego, sino que desde el principio del mundo acaeciesen cosas y precediesen figuras que poco a poco declarasen lo que tenemos entre manos, para que nuestros ojos viesen ahora las grandezas que Dios hizo en este Santísimo Sacramento, para que se comenzase a decir esta verdad, para que nuestras orejas oyesen ahora que el Verbo de Dios era ya encarnado y que estaba en el altar hecho manjar de vida, convidándonos que le vayamos a comer. ¡Qué de comidas, qué de convites que precedieron! Porque si luego al principio del mundo, cuando los hombres aún no estaban recios en la fe, se hiciera Dios Hombre y se metiera en el Santísimo Sacramento, donde ahora está, ¿quién lo creyera?

Entre otras cosas y convites que figuraron este Santísimo Sacramento, leemos que fué el del Rey de los medas y persas, Asuero, el cual, queriendo mostrar la gloria de las riquezas de su reino y la magnificencia de su poder, para que por muchos años quedase la memoria de él, hizo un gran convite a los principales de todo su reino, tan abundante de manjares y de diferentes guisados, que duró seis meses enteros. Estando ya todo aparejado, las mesas puestas, los convidados presentes, dijo el Rey Asuero: «No falta nada aquí sino la Reina Vasti, mi mujer, para que todo el convite esté cumplido; llamádmela acá»: y mandó a ciertos criados suyos que trajesen delante de sí a la Reina Vasti, su mujer, y que la aderezasen muy ricamente, y la pusiesen una diadema sobre su cabeza para que todos viesen su gran hermosura, porque era hermosa en grandísima manera. Entraron, pues, sus criados y dijéronla que el mismo Rey mandaba que saliese al convite: ella no quiso ir al convite, y dijo: «Andad, decidle al Rey que no quiero ir allá.» Enojóse de aquello en grandísima manera el Rey Asuero, y pidió consejo a los letrados y sabios de su corte de lo que debía hacer sobre ello.

Ellos, habido su consejo, respondieron: «Señor, no hay otro medio sino que, pues la Reina Vasti, vuestra mujer, no os obedece, vos la echéis de vuestra casa, y no sea más

tenida por mujer vuestra; porque si esto se disimulase, y vos, señor, no lo castigásedes, sería grande escándalo de vuestro reino, y cada mujer hará otro tanto con su marido, viendo que vos dejáis pasar esto sin castigo; porque los mayores siempre son dechados de los menores, y así viéndolo el pueblo hacer al Rey, hará él otro tanto: no hay mejor que, pues la Reina Vasti no ha conocido el bien que tenía en ser mujer vuestra, que lo pierda, y pongamos en su lugar otra, a la cual la Reina Vasti no lleve ventaja en hermosura y natural, que sea muy cumplida de todas virtudes, y que en lugar de la desobediencia de la Reina, esta otra sea muy obediente y humilde.» Estaba entonces en aquella ciudad una doncella llamada Ester, huérfana, desamparada, pobre, que no se acordaba nadie de ella: era hermosa en grandísima manera, a la cual en ninguna cosa llevaba ventaja la Reina Vasti: cumplida de todas virtudes, casta, honesta, obediente, humilde, bien criada, amorosa. Esta, pues, trajeron al Rey Asuero, la cual le agradó más, y le fué más obediente que la Reina Vasti le desagradó. Venida, pues, Ester, estuvo el convite lleno y bien cumplido, como no faltaba otra cosa.

Cuando en las historias leyéredes que se hizo algún convite, acordaos de éste que entre manos tenemos, porque aquéllos figuraron a éste. ¿Qué convite puede haber que sea tal como éste, en el cual Dios se hizo manjar? Éste es del cual dijo Isaías, hablando del monte de Sión, porque allí estaba el cenáculo donde Nuestro Redentor cenó el Jueves Santo e instituyó el Santísimo Sacramento (Isaí., XXV): *Faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemiæ, pinguium medullatorum vindemiæ defaecatæ.* «Hará—dice el Profeta—el Señor de las batallas un convite en este monte a todos los pueblos del mundo de cosas gruesas y de vendimia muy delicada, de cosas gruesas y médulas, y dará un vino de lo que sale de la flor de las uvas sin pisarlas, vino apurado del mosto que se escurre sin estrujarlas; hará un convite a todos los pueblos.» ¿Cómo se puede entender esto a la letra, que se habían

de juntar allí en aquel monte todos los hombres del mundo? Sino que lo dice por el Santísimo Sacramento, convite grueso, de médulas muy gordas, donde da a entender la gran substancia, virtud y fuerza de este Santísimo Sacramento; convite en que se dará vino de la flor de las uvas, dando a entender la suavidad y dulzura de este divino manjar; convite grueso.

En el Santísimo Sacramento hay tres cosas: la Carne de Jesucristo, su ánima y la divinidad. Por la compañía que tienen el cuerpo y el ánima, dando el cuerpo nos da el ánima, y por la compañía que tienen el ánima de Jesucristo y la divinidad, se nos da Dios dándonos el ánima. Y así, cuando comulgamos recibimos al que es verdadero Hombre y verdadero Dios juntamente. ¿Qué cosa se podía pensar igual a ésta? ¿Qué sabor, qué dulzura hay en el mundo que se compare con ésta? Si nos espantamos de un sabor de una fruta, o de otra cualquier cosa que nos hace perder el tino y decir: «¡Oh, bendito sea el que te crió!», ¿qué tan dulce os parece que será el que dió ese sabor a esa fruta? ¿Qué tan sabroso será aquel en cuya comparación lo más dulce de esta vida es amargo, y lo más sabroso desabrido? Está ya todo aparejado, no falta sino aquella Reina de desobediencia, nuestra madre Eva, a la cual habiéndole Dios mandado que no comiese del árbol que El había señalado, no curó de lo que Dios le mandó, sino antes quiso obedecer a la antigua serpiente, confiada que la mentira que le había dicho saldría verdad, y que comiendo del árbol vedado sabría tanto como Dios. La cual, por su desobediencia, fué echada del lugar en que Dios la había puesto, y le fué quitado todo el bien que le había dado, pues que en tan poco lo tuvo.

En cuyo lugar ordenó Dios que se buscase otra que no debiese nada en hermosura ni en natural a la primera Reina, que le hiciese ventaja en virtudes; y fué hallada la humilde Ester, que es la sacratísima Virgen Nuestra Señora, hermosísima más que nuestra primera madre, dotada de todas virtudes, limpísima de todo pecado, bien criada, honestísima, mansa, humilde, amorosa, en cuya boca nunca se halló palabra de desobediencia,

sino que tengo para mí que dijo, mientras que vivió en este mundo, infinitas veces las palabras que dijo al ángel (Luc., I): *Ecce ancilla Domini: fiat mihi secundum verbum tuum.* «He aquí la esclava del Señor: sea hecho en mí según su voluntad.» Palabra es ésta que la habían de decir siempre los cristianos, y nunca se les había de caer de la boca, y que la dicen los siervos de Dios en prosperidad y adversidad. He aquí el criado del Señor, yo le he dado ya mi libertad; suyo soy en riquezas y en pobreza; servirle tengo en muerte y en vida; no me olvidaré de El en la prosperidad, ni desconfiaré de El en la adversidad; cúmplase en mí todo lo que le pluguiere, presto estoy para le obedecer.

Fué, pues, recibida la Virgen María Nuestra Señora, y agradó más y sirvió tanto a Dios, que venció su humildad la soberbia de Eva, y su obediencia la desobediencia de Eva. De manera, que hallada esta Señora, fué cumplido con ella todo el convite: allí está el manjar en el altar: la sacratísima Virgen es la que nos lo parió y la que lo crió en sus benditísimos brazos, la que lo envolvió y dió a mamar; ella es la que nos lo guisó, y por ser ella la guisandera, se le pega más sabor al manjar, aunque El de sí es dulce y sabroso, y pone gran codicia de comerlo: desde allí nos está convidando con El. Comámoslo, que no nos irá mal, y tendremos gracia para bien obrar y bien hablar.

Dice el santo Profeta David (Psalm. CX): *Hizo una memoria de sus maravillas el Señor misericordioso; dió manjar a los que le temen.* Si preguntáis qué hace Dios en este tan profundo Misterio que entre manos tenemos del Santísimo Sacramento, responderos ha David: *Hizo una memoria de todas sus maravillas.* ¿No hacen acá memoria de sus hazañas? Pues así Dios ha hecho una memoria de todas sus maravillas y grandezas. Quisiera yo veros a todos comulgados y confesados, y en gracia, para que se os pegara bien a las entrañas lo que se ha de decir; pero creo que no lo habéis hecho. Decid: ¿habéis confesado y comulgado en esta fiesta? ¿No dicen que no basta la vista del médico para sanar si no hacen lo que

dice? Yo os he dicho que no basta mirar, y que no ha de engordar vuestra ánima ni se puede hartar con sólo el ver si no come. Ahora tornemos a lo pasado. ¿Qué es esto? Luego se ofrece admiración a los que se paran a pensar el alto, y sobre todo entendimiento misterio del Santísimo Sacramento. !Señor, que pareció a vuestro alto consejo hacer una cosa tan grande como es encerraros en una hostia, y hacer una cosa tan grande que fuésedes manjar de vida para nuestras ánimas! Salieron los del pueblo de Israel la mañana que Dios les había llovido el maná dijeron: (Exodo: XVI). *Manhu*, ¿qué es esto? ¿Qué manjar es éste? Responde David y dice (Psalm. CX): *Que hizo Dios una mención de sus maravillas;* hizo una maravilla donde recogió todas sus maravillas, sumó y recogió todas sus maravillas y grandezas en una.

¿No os holgáis vos de tener diez o veinte ducados en una pieza? Pues así Dios quiso recoger todas sus maravillas en una. Dais dineros por tener un retablo, porque os dibujen en una tabla cinco o seis pasos de la Pasión, de que sois devoto, o de cuando Jesucristo llevaba la cruz a cuestas o de cuando estaba orando, o de cuando estaba crucificado; y es muy buena cosa tener un retablo de esta manera si están las imágenes dibujadas al vivo; y esto hacéislo por acordaros de lo pasado, de lo que pasó Jesucristo por nosotros: pues así hizo Dios un retablo en que dibujó todo lo pasado, presente y por venir. Padre, ¿cómo encerró Dios en este Sacramento todas sus maravillas pasadas y por venir? Escuchad, yo os lo diré, ya que no hay quien os haga pensar en sus maravillas y en su vida; pero al fin algunos sois devotos del descendimiento de la cruz, otros de la columna, otros del crucifijo; unos de uno, y otros de otro; pues aquí en el Sacramento hallaréis todo esto que ha ya tantos años que pasó. Pues ésa es la virtud que tiene este Santísimo Sacramento, como la que tenía el maná que cayó del cielo; del aire habéis de entender, que esto quiere decir allí cielo, como decir que llueve del cielo, pero no es sino del aire. Tenía tal virtud aquel maná, que sabía a cada uno a lo que quería; al que quería que le supiese a gallinas,

a eso le sabía; el que a perdices, a perdices; el que a miel, a miel le sabía; pues así es este divino Sacramento que entre manos tenemos. Creedme, que si os aparejáredes para recibir dignamente este Santísimo Sacramento, que os sabrá a lo que quisiéredes.

¿Tienta la carne; pícaos con heridas encendidas que os hace reventar? Comulgad, recibid la Carne de Cristo, y hallaréis que por tocar en vos aquella Carne de Jesucristo (concebido por el Espíritu Santo, no por obra de varón) se os quitan todas las tentaciones; hallaréis que se os apaga todo el ardor malo que tenéis de vuestra propia carne. Si estás triste, comulga y recibirás alegría. Si la pobreza te da mucha pena, comulga y todo se te sosegará. No hay tal remedio en el mundo para cuantos trabajos hay. *Si crees*—dice San Bernardo—*hallarás remedio*. ¿Qué es esto? Hizo un retablo Dios en que puso todas sus maravillas, en que está dibujada su Encarnación, su Nacimiento y su Pasión, y todas las obras pasadas que ha hecho dignas de memoria, para que si deseas acordarte de todo, lo halles todo junto y nada te falte de lo que deseas; y este manjar, con ser uno y solo, te sepa a todo lo que quisieres. Si eres devoto de la Encarnación, aquí en el Sacramento hallarás esa contemplación, aunque no del todo semejable, pero muy parecida. Piensa que como cuando Jesucristo encarnó, bajó del cielo, así ahora baja también al altar, no por movimiento local. ¿Pues cómo baja Jesucristo donde se consagra el pan? (S. Thom., p. III, q. 26, a. 6.) Porque Dios lo quiso así, que luego que el sacerdote, de parte de Jesucristo, dice (Matth., XXVI): *Este es mi Cuerpo*, luego se halla allí, y no saldrá mentirosa la palabra de Dios; antes se hundirán los cielos y la tierra que falte Jesucristo de hallarse cada y cuando que el sacerdote dijere las palabras que hemos dicho de parte suya.

He aquí quitadas todas las dudas de los que dicen, cómo puede ser, cómo no puede ser, si puede o no puede, cómo viene, cómo no viene. Son ignorantes; puede Dios hacer que yo que estoy ahora aquí esté a cien leguas de aquí tan entero como estoy aquí, y que esté en

otras cien partes del mundo sin pasar por lugar, sino porque El lo quiere, y en queriéndolo El, es hecho. Pues no digas ya más de aquí en adelante cómo puede ser. ¿Tan necio eres que te paras a dificultar en lo que Dios pueda hacer con sólo El quererlo? Como son las viejecitas que aún no saben bien hilar, y páranse a dificultar una cosa tan honda, que si la preguntáredes: decid, viejecita, esa lechuga que coméis, ¿cómo de un granito de simiente se hizo tan grande? ¿Por dónde le entró la substancia? ¿Y cómo bastó ese jugo de la tierra a criarla? ¿Cómo está un durazno, una bellota, cómo de cosa tan chica, cosa de un cuesquecito, viene a hacerse un árbol tan grande y a llevar hojas y fruto? Dime, ¿cómo se hizo esto? Dirásme: no sé. ¿Pues para qué lo dificultas? ¿No entiendes esto que es una nonada, y méteste en un abismo tan grande como es esotro? ¿No te basta creer que lo puede Dios hacer todo?

¡Oh, Señor, y si quisieses tomar a manos los infieles, y cómo lo harías con sólo esto! Esta ley habías de poner, que nadie comiese si no dijese primero qué es aquello que come, y cómo y de qué manera fué engendrado; y sería buena ley por cierto, que no comieses cuando vas a comer hasta que dijeses cómo y de qué manera nació aquello que has de comer. Eso que bebes ¿qué es? Padre, es vino. Y ese vino ¿de qué se hace? Padre, de uvas. ¿Y cómo? Estrujadas en un lagar, y aquel mosto al cabo de tanto tiempo se hace vino. Y esas uvas ¿de dónde nacieron? De una cepa. Y esa cepa ¿cómo nació? De un sarmiento, y ese fué creciendo poco a poco hasta que se hizo una cepa grande. Y ven acá; y si se secara ese sarmiento ¿no naciera? ¿Pues porqué no se secó? Porque le llovió. Y esa agua, ¿dónde se engendró? Allá arriba en la media región del aire. ¿Y cómo regó esa vid, y después de regada, cómo se convirtió la simiente de uva en uva? ¿Cómo? Con el agua y la tierra se corrompió la forma de simiente, y se vino la forma de sarmiento. ¿Pues cómo puede ser cosa tan distante nacida de tan distante, un contrario que nazca y se engendre de su contrario? No sé, Padre; tanto preguntáis que no os

sabemos responder. ¿Pues si una cosa que comen las bestias no alcanzáis a saber cómo es, qué hará en las maravillas de Dios? ¿Cómo las queréis entender por razón? Come y calla; cree que Dios lo puede hacer, y di que tú no sabes cómo puede ser o cómo no; que no sabes más de que la palabra de Dios no puede faltar, sino que es verdadera, y que por qué El ha dicho que está allí, es así verdad.

¿En qué estábamos? Cómo el Alto descendió a hacerse hombre; pero no habéis de entender que descendió de lugar, así como no entendemos que venir al Santísimo Sacramento pasa por lugar, porque si eso fuera, no estuviera Dios en todo lugar: lo cual es falso. Piensa, pues, cómo descendió Dios de su alteza, no de lugar, que en todo cabo está. Piensa cómo el Alto, el soberano, el inmenso se abajó; que ha bajado su inmensa grandeza; de eterno se ha hecho temporal, de impasible se ha hecho pasible; que siente el frío, el cansancio, la sed y el hambre. Piensa cómo Dios se abajó, no según lugar, sino en hacerse hombre; como un Rey que se casa con una mujer baja no deja de ser Rey, mas abaja su alteza; pues como el que solamente era Dios, ha venido a hacerse también hombre, así también en el altar ha bajado su majestad y grandeza en hacerse manjar para que lo comamos, no dejando de ser quien es. Piensa cómo el Alto se abajó de ser una cosa sola, que es Dios, a ser hombre y Dios en un solo supuesto; y como allá, antes de nacido, estaba en el vientre de la Virgen María, así acá ahora está debajo de los accidentes y encubierto debajo de ellos (Hier., XXXI): *Fœmina circumdavit virum*, dijo Jeremías. «Una mujer cercará a un varón.»

Como estaba Dios y hombre dentro del vientre de la Virgen, así es acá en el Sacramento. Así como estuvo antes escondido en las entrañas de la Virgen, así lo está ahora debajo de los accidentes del pan. Toma, pues, esta contemplación, y ve comparando la Encarnación con el Sacramento, y di: «Señor, allá os bajasteis a vientre en el cual estuvisteis escondido; acá, Señor, os bajáis a estar debajo de esos accidentes: ¿dónde estáis que

no os vemos, aunque creemos que estáis ahí? ¿No decís acá, viniendo de Misa, de dónde venís? Decís, de ver el Cuerpo de Cristo, y no lo visteis, que aquella blancura y cantidad que visteis no es el Cuerpo de Cristo: a semejanza es esto; el que viera la humanidad de Jesucristo, dijera con verdad que había visto a Dios, y no lo vió, que no vió más del Cuerpo de Jesucristo, el cual en lo de fuera no parecía sino un puro hombre, sino porque vió la humanidad, la cual anda tan conjunta con la divinidad, por eso se dice con verdad que vió a Dios, aunque no es acomodada la similitud. Ya os lo dije, porque acá en el Sacramento el Cuerpo de Jesucristo y la blancura y cantidad no hacen una persona, allá la hacen la divinidad y humanidad, pero es un rostro por donde se puede contemplar la Encarnación, y aun hay harta semejanza, como hemos visto. Es, pues, una imagen el Sacramento de la Encarnación; es un retablo donde está dibujada esta grandeza y maravilla de Dios, que es hacerse hombre.

Si eres devoto de ver a Jesucristo niño, recién nacido, humillado, pobre, muerto de sed y de hambre, temblando, puesto en unas pajitas en un pobre pesebre por falta de ricos colchones y camas de campo, envuelto en pobres pañales, temblando, aquí en el sacramento lo verás así. ¡Oh, bendita sea tu misericordia, Señor, que estás en los cielos adorado de ángeles, y tienes por bien de estar acá en la tierra tan humillado y tan callado! Así como los pobres pañales encubrían la limpísima y bendita carne de Jesucristo niño recién nacido; así está ahora cubierta de los accidentes, cantidad y blancura; debajo de ellas está encubierta su grandeza y omnipotencia; más bajo es el accidente que la substancia, y los accidentes son los que aquí encubren el cuerpo de Jesucristo. Digo que es más bajo el accidente que la substancia, porque la substancia tiene ser por sí, y bien puede estar sin el accidente, mas los accidentes no, sino su ser depende de la substancia; y no puede ser que naturalmente haya accidente si no hay substancia en quien esté sujetado: por eso, pues, es el accidente más bajo; y así, estando el

Cuerpo de Jesucristo encubierto debajo de accidentes, está cubierto de bajeza, está humillado y pobre, más que debajo de los pañales, que aun no se le ha olvidado la humildad allá donde está en el trono de su gloria sentado a la diestra de su Padre.

Si lo quisieras ver entre los pobres pastores, cómo le vienen a adorar, míralo en manos del pobrecito como yo, y mira también a los que lo reciben cómo son también pobrecillos, bajitos y pastorcillos: *Manducat Dominum servus, pauper et humilis*, dice Santo Tomás. ¿Quisieras ver los ángeles cómo cantaban cantares de alegría la noche que lo vieron nacido? Pues acá también hay ángeles. Es cosa ésta para contemplar que están allí los ángeles dándole gracias por tan grandísimo bien como fué quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento, porque no podemos darlas nosotros las que a su Majestad se deben por tan grandísima misericordia. También las dió Jesucristo por todos nosotros, viendo lo poco que todos éramos para darlas, porque no cayéramos en falta. Ya os lo dije, que dió Jesucristo gracias al Padre por tan grande bien, viendo que no habíamos de ser para darlas; allí, pues, están los ángeles alabando a Dios, espantados de ver su grandeza y majestad, tan abajado, hecho manjar de los hombres pecadores.

¡Oh, Padre, que no veo yo nada de eso, ni veo si hay ángeles, ni si no; no veo nada! No te espantes, hermano, por más encubierto que lo veas, no pienses que es peor eso, y más haces en creer a las palabras de Dios sencillamente, que crees que está allí Jesucristo, porque lo dijo El, más cierto que si con los ojos lo vieses; y mucho más, porque en esto se pueden engañar tus ojos pensando que ven, no viendo nada, y en la palabra de Jesucristo no. Guárdate de querer ver, como algunos desean, alguna carne o sangre en la Hostia; luego andan muy bulliciosos, ¿no vería yo allí un niño, o a Jesucristo crucificado? ¿No vería yo alguna señal o mudanza en la Hostia? Más mereces, si no viendo, crees fidelísimamente que si viendo creyeses; porque si no viendo, nada crees, es señal que fías mucho de Jesucristo y que tienes por

más cierta una cosa que El dice, que si con tus propios ojos la vieses; y no has menester testigo ni señal que aquello es así. Como cuando un amigo cuenta a su amigo una cosa, el cual si luego se cree de él, agradéceselo mucho y es señal que lo quiere bien y que lo tiene por hombre de crédito; si le dice que quién estaba delante, es señal que no se cree de su palabra, sino que quiere más seguridad que la palabra de su amigo para creer lo que dice. Es, pues, muy malo no creer a las palabras de Jesucristo sin prenda, como lo hacen los que decíamos, que quieren alguna señal en el Santísimo Sacramento. Así, que hay allí ángeles. Mira lo que dicen los teólogos, y muy bien por cierto; que aunque viniese un cuerpo glorificado de los que más gloria tienen, no cualquiera, sino aunque fuese la Santísima Virgen María, no vería más en el Sacramento con los ojos del cuerpo que uno de nosotros, si no quisiese Dios mostrárselo particularmente. Mirad que tan encerrado está allí Jesucristo; procurad de ser fiel en creer, que no faltará la palabra de Jesucristo, porque más vale creer que ver.

Si quisieres ver a Jesucristo predicando, si lo quisieres ver acá entre los hombres haciéndoles tantos bienes, curando enfermos, dando vista a los ciegos, curar los leprosos, sanar los sordos, perdonando las mujeres pecadoras, resucitando muertos, aquí lo hallarás haciendo otro tanto. Si nos diese Dios devoción, todo lo entenderíamos en este Sacramento, y no querríamos ver nada. El que no tiene devoción, no os daré por él un maravedí. Dios me libre del cristiano que no es devoto; y ¡ay de aquéllos que no lo son!; y la causa es, porque no viene aquí a comunicarse con Jesucristo; y los que no se comunican luego se olvidan; y del olvido viene a haber tan pocos devotos del Sacramento, que no hace en ellos más impresión ver a Jesucristo entre nosotros, como si no quedara; como se comunican pocas veces, olvídanse de El, y váseles poco a poco entibiando la fe; y si viniese un hereje con una razón falsa, les haría creer que no estaba allí Jesucristo, y perder la fe que en El tienen. De olvidar la comunión y comunicación de Jesucristo,

se viene a entibiar tanto la fe, que a no nada que os apremiasen, os harían perder la fe.

¿Hay aquí algunos a quien Dios ha resucitado de muerte a vida, a quien ha perdonado sus pecados, a quien ha sanado de ciego, de cojo, de mudo? ¡Si viéramos hacer a este Santísimo Sacramento en las ánimas lo que antes hacía en los cuerpos cuando vivía en este mundo! Si entonces resucitaba hombres muertos, ahora también; si cojos, ahora también; si dió lengua a los mudos, ahora ni más ni menos; si dió vista a los ciegos, ahora ni más ni menos; porque si has hecho un pecado mortal, muerta queda tu ánima; si te confiesas y comulgas dignamente, perdónante. ¿Ves cómo te han resucitado quedando ya tu ánima con vida? Has pasado de la muerte del pecado a la vida de la gracia. Si andas embebecido tras la vanidad de este mundo, y andas sumido en mil miserias, y Dios trayéndote un buen pensamiento y otra inspiración, ¿qué haces, triste, porqué confías en cosa que se acabará mañana? Todo se ha de quedar aquí, procura de buscar morada de gloria, deja eso; y tú con todo eso no oyes, ni dejas de andar como antes andabas: ciego estás; comulga, y serte ha restituída la vista. Si andas atónito por un deleite, y no ves lo que acarrea después de cumplido, ciego estás. Triste de ti; comulga, y serte han restituídos los ojos. Si estás tibio, que no tienes gana de rezar ni de recogerte un rato, y para hacer una buena obra te pesa cada pie un quintal, cojo estás, recibe a Jesucristo, y serte han dados pies ligeros y firmes; y dirás con David (Psalm. XXXIX): *Statuit supra petram pedes meos:* «Dado me ha el Señor pies ligeros y firmísimos sobre la tierra, sanos y libres.»

La Carne de Jesucristo—dice San Juan Damasceno—*est sicut carbo ignis:* «es como un carbón encendido», la cual hace arder a los tibios en fe y caridad; y como ella es ardiente como fuego, así para a los que la comen. Para cuantos males hay es remedio: nadie la recibió bien que no fuese sano de cualquier enfermedad que tuviese. Tomadla y comedla, que es carbón encendido que os quemará y convertirá en sí, o por lo menos os calen-

tará y alanzará de vos esa frialdad (Prov., VI). *Numquid potest homo abscondere ignem in sinu suo, et vestimenta ejus non comburentur?* «¿Quién habrá que meta en su seno fuego, y sus vestiduras no se le quemen?» Si estáis tibios, comed, que no es posible que no recibáis calor metiendo en vuestros pechos el mismo fuego, que es la Carne de Jesucristo; o ya que no os queme, calentaros ha. ¿Sabéis vosotros, por dicha, qué es devoción? No por cierto. Pensaba yo que no entienden los cristianos de nuestro tiempo qué cosa es ser devotos, amorosos, blandos. Por eso nos untan con el óleo en el bautismo, en señal que recibimos el Espíritu Santo, que es la misma blandura, la misma devoción, el mismo amor: y así había de ser el corazón del cristiano, tierno, amoroso, blando, benigno. Pero sois tales de dentro, cuales parecéis de fuera: tenéis los corazones ásperos, fieros como las fieras. Y las espaldas que traéis ¿para qué son? Sois unos cobardes, tenéis vergüenza de ir a comulgar, porque no os digan que sois hipócritas y alumbrados. No os llegáis a comer, por eso no tenéis devoción.

No os engañéis: sabed que el comulgar no es sino para verdaderos penitentes, humildes, mansos, benignos, amorosos y limpios de ánima y cuerpo, y para los que no han vergüenza de comulgar, mas antes se tienen por dichosos, porque tal suerte les cupo de recibir a Jesucristo y comerle, y lo desean de corazón. No tenéis devoción, no lo deseáis. Engaña el mundo a unos con honras, a otros con deleites, a otros con sedas y vestidos: hacéis de lo chico grande y de lo grande chico: habéis hecho del establo cielo, de lo temporal eterno: no veis nada; andáis ciegos, y lo peor es que no lo conocéis, sino que pensáis que veis, no viendo nada; que vais por buen camino, y vais errados. Despertad los ojos de sueño tan profundo. Por reverencia de Dios, poned todo sobre vuestra ceguedad, conoced quién sois, que eso quiere decir; descubrid vuestras llagas a Cristo y llegaos a El conociéndolas: pensad que todo el bien os ha de venir de este divino Sacramento, y no de vosotros: pensad que de allí os ha de venir la vista para vuestra ceguedad, la

alegría para vuestras tristezas, la misericordia para vuestras misericordias, y desconfiad entre tanto de vuestras fuerzas, y confiad en Jesucristo; porque el que pensare que de otra parte le viene el bien, sino del Sacramento, loco es y soberbio. Dice San Bernardo: *Comulgad, que con Cristo vienen todos los bienes.* Si decís: «¡oh, quién viera a Cristo ser convidado!» Llegaos aquí, hermano, que más es verlo a El convidar; y que El mismo es el manjar con que convida, y no hay quien quiera venir, no hay quien lo reciba, ni hay quien le dé posada, andando rogando El que le acojan.

¿Sabéis qué ha de decir el día del juicio el mansísimo Cordero que allí veis que está ahora callando? (Matthaeo, XXV): «Hambre hube, y no tuve quien me diese a comer; en la tierra estuve, y posada no me disteis, andándoos yo rogando que me acogiésedes. Id, malditos, al fuego eterno.» Señor, ¿de qué os quejáis, que no os dan posada? ¿No tenéis grandes custodias de oro y plata y piedras preciosas? ¿No estáis cubierto con ricos paños de brocado? Bueno es que haya todo eso, y que sirvan a Dios todas sus criaturas, pero no lo ha El por nada de eso. La posada que El quiere es el ánima de cada uno; ahí quiere El ser aposentado, y que la posada esté muy aderezada, muy limpia, muy quitada de lo de acá; no hay relicario, no hay custodia, por más fina que sea y de piedras preciosas, que se iguale a esta posada para Jesucristo; con amor viene a aposentarse en tu ánima, con amor quiere ser recibido; pero tráete amor, y dasle malquerencia; date humildad, y vuélvesle soberbia; tráete castidad y limpieza, y tú estáste con tus deleites sucios; tráete mansedumbre, y tú eres un airado; tráete misericordia y caridad, y a ti no hay quien te haga dar una blanca en limosna, ni haber misericordia de lo que a ti te sobra en tus rincones y se pierde en tus trojes. ¿Qué trajo del cielo? Amor. ¿Qué le trajo al vientre de la Virgen? Amor: con amor viene, recíbelo con amor; para hacerte bien viene, sabe ahora agradecérselo con darle buena posada; pero no se hace nada, habíamos de estar con los ojos

tan largos para recibirle con lámparas encendidas, con mucho aceite, como las buenas doncellas (Matth., XXV): *Ecce sponsus venit, exite obviam ei.* Cuando el Rey viene a alguna ciudad, no oiréis otra cosa sino, el Rey viene; si vais por esta calle, el Rey viene; por esotra, el Rey viene: y viene Jesucristo cinco mil veces cada día, y más, desde el cielo a la tierra, tantas veces cuantas Misas se dicen en todo el mundo, y estás tan tibio que, si viene a mano, por no dejar de dormir u otra cosa que no pesa una paja, no vienes a verlo a la Iglesia.

¡Recibamos con amor al que viene con tanto fuego de amor. Apareja, hermano, tu lámpara, y recíbelo con amor; que aunque otro pensamiento no tuvieses sino pensar que cada día viene Jesucristo a la tierra, bastaba para hacerte bueno. Di: «mi Redentor viene para hacerme bien, a remediar mis necesidades y a consolar mis tristezas, a perdonar mis pecados, a justificarme, a salvarme». Decid: ¿qué cosa sería si viniese un hombre de las Indias a veros y haceros bien, y que solamente le moviese el amor que os tiene, sin deberos nada, y vos no lo recibiésedes ni quisiésedes verlo ni oírlo? Grande desagradecimiento y mala crianza sería ésta, por cierto. Pues Jesucristo Nuestro Señor viene desde el cielo a la tierra, que es más que de las Indias, sin debértelo, sino por sólo el amor que te tiene, y no a cosa que a El le cumpla, sino a ti: sábeselo agradecer, que con sólo esto se contentará El. Di: «mi Señor viene a posar en mi ánima, quiero aparejarle la posada, no quiero que halle en mí pecado ninguno, quiero tener mis pensamientos limpios; no haya cosa en mí que le desagrade para que deje de aposentarse en mi ánima».

¡Oh, manjar tan mal conocido! ¿No hay ninguno que quiera aparejarse para comerlo ni gustarlo? ¿Qué mala ventura es ésta, que esté entre nosotros la hartura y muramos de hambre? Creo que pasa hoy día lo que en el advenimiento de Cristo, que a unos aprovechó su venida y presencia, a otros dañaba. ¿No lo dijo así Cristo Nuestro Redentor? (Joann., I): *Ad hoc ego veni in hunc mundum, ut qui non vident, videant, et qui vident, cæci*

fiant: «Para esto vine al mundo, para que los que están ciegos y no ven, vean; y para que los que ven, no vean y se tornen locos y ciegos»: y así fué, que a unos parecía bien su doctrina, y le recibían y creían por Dios; y otros se morían de envidia, y le blasfemaban. Así pasa ahora a la letra: unos hay que se mueren por comulgar, y desean ver venida la hora en que han de recibir en sí mismo a Cristo. Yo conocí una persona que me decía que deseaba ver el día en que había de comulgar como la salud. Otros hay que los hacen ir por fuerza, y los constriñen a poder de penas y excomuniones, como hace el Rey, que cuando no quiere alguno venir a su mandado de su voluntad, le hace venir por fuerza como mal criado; así la Santa Iglesia católica romana a los que no quieren ir a comulgar algunas veces entre año, hace que cada año vayan por fuerza, y que no puedan dejar de hacerlo en este tiempo. A lo menos no sé qué aparejo podéis tener, ni cómo habéis de examinar una conciencia de doce meses. Y así acaece, que como entre el año no le recibís muchas veces por amor y de vuestra voluntad, cuando vais de año a año por fuerza, tampoco le recibís por amor, ni sentís ni gustáis qué es lo que coméis, ni a qué sabe. ¿Quién os lo preguntase? Decid, hermanos, ¿a qué sabe Dios? ¿Habéislo alguna vez probado? Creo que no habrá quien responda; esto no lo entendéis vosotros, porque no queréis curaros de tantas enfermedades.

Estáis malos y tenéis aquí el remedio de vuestros trabajos, y la medicina de vuestras enfermedades, y no queréis recibirla; aosadas, que se os parece bien en la cara! ¿No decís acá a uno cuando está mal dispuesto: malo andáis, que en el gesto se os parece? Pues así andáis vosotros; bien se os parece en el gesto el mal que hay en vuestras ánimas: coméis malas hierbas, hacen os mal provecho; los unos os mantenéis de un poco de honrilla perecedera; otros de unos poquillos de dineros; otro de un malaventurado deleite; todos traéis el gesto cuales son los mantenimientos que coméis (Psalm. CI): *Aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum.* Dice

David: «Secádose ha mi corazón, porque me he olvidado de comer mi pan», el cual es el Santísimo Sacramento, que da vida a nuestras ánimas. Porque esotro pan las bestias lo comen; y este pan solamente sustenta los cuerpos, que son como bestias: esotro pan es el que os ha de sustentar. ¿Porqué tantos males en el mundo? Porque no queréis comulgar. ¿Porqué tanto pecado? ¿Tan poca caridad unos con otros? ¿Porqué tan pocos que hagan bien? Porque no queréis comulgar.

Así como el cuerpo se seca y no se puede sustentar sin el pan de acá, así el ánima no se puede sustentar, ni puede holgar ni reposar sin este pan de vida, sino que está flaca y seca: en tocándole, luego se resiente; si le hacen una injuria, luego se quiere vengar; si se le pierde la hacienda, no hay quien se valga con ella; ¿pues aun no os cortan y ya os sentís? Cómo, ¿qué no ha de haber un día más paciencia que otro? ¿Cada día habéis de ser ruin? Comulga, no se os pase este tiempo en balde, sin que queden fuertes, alegres y bienaventuradas vuestras ánimas con este santo manjar. Allegaos al altar a tomar remedio, pues tenéis allí a Jesucristo como lo quisiéredes contemplar, lloroso, triste, azotado, orando en el huerto, crucificado, sepultado; todos cuantos bienes pudiéredes desear los hallaréis allí; llegaos si sois devotos de lo que padeció Jesucristo por vosotros; de manera, que este Santísimo Sacramento es un retablo de toda la vida pasada de Jesucristo, y de sus maravillas y grandezas.

También es el Santísimo Sacramento retablo de las cosas que están por venir; dibujadas, allegadas, pintadas, recogidas están allí todas las grandezas de Dios que esperamos, que aun no son venidas. Figura es el Santísimo Sacramento de la gloria que esperamos. Manjar es éste que entre manos tenemos que significa el que hemos de comer en la gloria; así lo canta la Iglesia en la última oración de la Misa de este Sacramento: *Fac nos, quæsumus Domine, divinitatis tuæ sempiterna fruitione repleri, quam pretiosi Corporis et Sanguinis tui temporalis perceptio præfigurat:* «Concédenos, Señor, que seamos

hartos y rellenos del sempiterno gozo de tu divinidad, el cual gozo nos presenta la recepción temporal de tu preciosísimo Cuerpo y Sangre.» Así, que recibir el Cuerpo de Jesucristo e incorporarnos acá en El mediante la comunión, es figura de la unión que ha de haber entre nosotros y El en los cielos.

¿Qué piensas que es comulgar? Una representación, una semejanza del traslado que habría en los cielos: acá nos ensayamos, para que cuando allá fuéremos, más descubierto y más de asiento comamos de hecho a este amorosísimo Señor. Decid: ¿El que ha de ir a la mesa del Rey, primero no pregunta qué uso, qué crianza, qué costumbres se usan en la mesa del Rey? ¿Qué cortesía tengo de hacer cuando entre? ¿Tengo de estar quitada la gorra? ¿No tengo de escupir mientras comiere? ¿Tengo de sonarme las narices? ¿Cómo hemos de estar? Primero se informa de lo que ha de hacer. Así, pues, para cuando norabuena vamos, Señor, delante de Ti a darte las gracias de las misericordias que nos has hecho, de los trabajos que nos has librado, teniendo por bien de escogernos para Ti, para cuando te vayamos a ver y a gozarnos contigo, nos ensayemos ahora recibiéndote hecho manjar de vida para nuestras ánimas. Es menester, pues, ensayarnos aquí, para cuando vayamos a la mesa del cielo a comer: ¿qué? ¿Leche y miel? Donosa necesidad; eso los moros lo dicen, que en el cielo han de comer leche y miel, y que han de tener muchas mujeres; que los sabios y entendidos no dicen tal. Avicena hizo burla de las necedades de Mahoma, y dice que otra cosa más linda y más suave que miel y leche tiene Dios guardada para los buenos moros, que nada de aquellas burlerías no. En el nono libro de la Metafísica, en el capítulo VII, dice que no ha de haber allá mujeres, ni casamientos, ni comidas, ni bebidas, ni nada de esos deleites sucios, ni cosa del cuerpo; porque éste no tiene de comer allá, sino que de la gloria del ánima se ha de mantener. Es tanta la fuerza de un ánima viendo a Dios, que dice San Agustín que de la gloria del ánima pasa al cuerpo, y queda harto y contento.

Es tanta la hartura espiritual que un ánima tiene gozando de Dios, que de lo mucho que le sobra pasa al cuerpo, y hace que no haya hambre ni sed, ni haya menester dormir, ni asentarse, ni descansar, y sin ninguna cosa de éstas vivirá para siempre. Mira cuán grande es la dulzura, la hartura, el descanso, el gozo que un ánima tiene; ¿pues el cuerpo puede pasar sin sentir las necesidades de lo que se le pega del ánima? Y porque no parezca palabra vana y recia para los necios, infieles y herejes, decir que los cristianos comen a su Dios, digo que no hay palabra más dulce ni más suave en el mundo, ni que mayor esfuerzo ponga en el corazón de los que la oyen y la creen. Yo pondré la cabeza y la vida, y mil vidas que tuviera, delante de cuantos infieles hay en el mundo, sobre que esto es así verdad como digo. Porque decidme: ¿puede ser acá uno bienaventurado sin ver a Dios? Eso todos lo confiesan, que la bienaventuranza del hombre está en ver a su Dios. Moros, judíos, idólatras, cuantas naciones hay en el mundo confiesan eso: ellos verdad es que se engañan en poner los dioses que ponen; porque unos adoran un palo, otros una estatua de piedra, otros el sol; pero cualesquier que ellos sean, todos conciertan en esto, que en gozar de su Dios está la bienaventuranza del hombre. Luego la salud, la bienaventuranza, la vida del ánima es ver a Dios. Pues si para que sustente el ánima, para que tenga vida, para que nada le falte y sea bienaventurada es menester ver a Dios, dígole yo Dios al manjar que me sustenta y da vida inmortal, y me hace bienaventurado: luego no es palabra vana decir que el hombre come a su Dios.

¿En qué estábamos? En que os ensayáis cuando comulgáis para la mesa del cielo. Mirad en ello cuando comulgáredes, y pensad lo que hay allí en el Santísimo Sacramento, que es Jesucristo que se os da por señal; que así como recibiéndolo en vuestro cuerpo os convierte en sí y os hace una cosa con El, así también os ha de hacer en los cielos alegres, dichosos, bienaventurados, que nada os falte de cuanto desear pudiéredes estando unido a El y gozando de El para siempre sin fin. Y la pren-

da de que algún día habéis de veros, como decimos, es dárseos El a sí mismo, y el haber muerto y padecido por vos: lo cual también os trae a la memoria este Santísimo Sacramento. Y así habéis de tener a Jesucristo delante de vuestros ojos, lloroso, corriendo sangre, afrentado, cansado y muerto cuando allí os llegáredes a recibirlo. Es gran cosa ésta cuando Dios la quiere dar a entender, pero pocos la gustan; empero todavía lo sienten algunos a quien el Señor quiere: otros no sienten nada, sino parece que comen un pedazo de pan, según no toman gusto en el Sacramento.

De los que comulgan de año en año, de esos no decimos; que esos claro está que no sienten nada. Yo no sé cómo podéis aparejaros con pensar vuestros pecados en una o dos horas para lo que habéis hecho en doce meses: creo que os vais como os estábades, y que no barréis bien aun ni un rincón de vuestras conciencias. ¿Pues cómo? no os contentáis con que barra vuestro esclavo la casa así como quiera, yendo tan poco en ello, ni la mujercita deja ni aun un rincón por barrer en toda la casa, ¿y en lo que va la vida a vuestras ánimas para siempre ponéis tan poco cuidado como es mirar y remirar con siete ojos lo que habéis hecho para confesarlo, y procurar luego, en sintiéndoos caídos, poner remedio en el mal sin dejar añejarlo? No hagáis carga de un año, que es gran peligro.

Pues de los que mal aparejados están, de esos no digo, que no sienten nada, sino de los que demás de veras se aparejan y a menudo comulgan; de esos hablamos, que quiere Dios algunas veces que se traguen el bocado entero y sin digerirlo, sin alegría de ello, ni lo gusten, ni lo sientan más que si no lo hubieran recibido, sino que tengan solamente una fe, que es Dios aquello que reciben, consuelo no, ni por pensamiento. No penséis que es malo, no desmayéis ni dejéis de comulgar, que visto habéis enfermos que a cada bocado que comen les cuesta lágrimas de pasarlo. Mas decidme: ¿es bien que no lo coman porque pasan trabajo? No; porque por eso no deja de hacerles provecho porque pasan trabajo. Pues

así no dejéis de comulgar porque no sentís gusto en ello; sino comed y creed. No penséis que está en eso el comulgar bien. Digo a los que os aparejáis y vivís con aviso, ¿queréis buscar a Dios por gusto y sabores? Engañados andáis: no es cosa segura ni cierta, sino muy peligrosa; no penséis que porque no veis a Dios como querríades, no le gustáis como deseáis, que por vuestro provecho es. Yo conozco muchos que les ha hecho mal el habérseles comunicado Dios muy estrechamente, porque no se han sabido regir, engriéndose de los regalos y consuelos que Dios les daba.

Trátaos Dios como el padre que quiere mucho a su hijo, que por una parte le da azotes y por otra le abraza y le hace mil regalos. No siempre le abraza, ni siempre le azota, porque no se vece a temerlo como esclavo, que es muy malo, ni siempre le muestra amor, porque perdiéndole la vergüenza no se haga bellaco (no castiguéis siempre a vuestros hijos, ni siempre los halaguéis). Pues así hace Dios con vosotros; unas veces os consuela, otras veces os castiga con no dejaros gustar nada; porque si te enseñase Dios el abrazo que te da en el altar cuando te llegas a comulgar, más trabajo tendrías en buscar ciencia y humildad para disimular tantos favores, para no ensoberbecerte de que Dios te trata tan amorosamente: y así no te entraría en gozo el sabor y dulzura que sentirías, y también sentirían otros tu soberbia y locura. Por eso te está mejor comer el manjar sin gusto: así te ama Dios, y juntamente te corrige. Muchos hemos visto que de comer mucha miel les ha hecho mal, y no es cosa mala la miel, antes tan dulce y suave como veis; así hay quien tiene muchos consuelos y gustos; y aunque, como veis, son buenos a unos, a otros son malos y peligrosos, porque no se saben aprovechar de la visitación de Dios. En lugar de humillarse y tenerse en menos, cuanto más ven que Dios se abaja a comunicarse con una cosa tan vil, ¡oh, Señor, que a cosa tan miserable y apocada te abajas!, cobran los tales fantasía y una soberbia solapada encubierta; y cuando pensaban que estaban más cerca y más favorecidos, estaban ya caídos en suma mise-

ria. Mejor señal es para ver si has comulgado bien, si vences muy bien tus pasiones y las traes debajo de tus pies después que comulgaste, que no ver si tienes gustos. Más segura y cosa cierta es ver si vences tu malquerencia, si no haces lo que te pide tu carne, y traes debajo de los pies a tu envidia, y sujetada muy bien tu soberbia, que no si cuando comulgaste sentiste mucha alegría. Mas nunca habéis visto unas mujeres que verlas comulgar es para alabar a Dios de ver las lágrimas que derraman, la devoción con que se llegan a recibir a Jesucristo, y en yendo a sus casas luego se enojan por una palabrita, y no sufren un sinsaborcito que no pese una paja, menos que antes que comulgasen. Es muy mala señal que te sepa muy bien el manjar cuando comes, y no te sepas aprovechar de él después, sino que te haga mala digestión, y bueno al gustar, y al digerir malo; haz hincapié en vencerte, que eso es lo seguro y lo que hace al caso; haz misericordia como se hace contigo: ¿haos vestido y cubierto con su gracia? Vístete tú y cubre los desnudos; perdónante, perdona tú también a los que te han injuriado: esto es recibir a Jesucristo; esto es comulgar, porque Jesucristo es humildad, castidad, paciencia, mansedumbre, caridad; y aquel lo recibe y lo come que se le imprime en el corazón y se hace una cosa con El, pareciéndole.

Y en todo, siendo El humilde, tú también humilde; Jesucristo casto, tú casto y limpio; Jesucristo manso, tú manso; la misma caridad, y tú también caritativo. Esto, pues, es en lo que has de hacer hincapié; y los gustos y consuelos cuando vinieren y Dios los enviare, recíbanse con humildad y hacimiento de gracias. ¿En qué estábamos? En que este divino Sacramento es figura de lo por venir que hay en el cielo. Cuando vas a comulgar llega con mucha reverencia alabándolo, y temblando de amor di: «Mi Dios de tanta majestad está allí, y yo, gusanillo miserable, llego a recibirlo», que así hacen en los cielos: *Quem laudant angeli, tremunt potestates;* tiemblan del sólo estar en su presencia: ¿qué te parece que debes hacer tú, gusanillo miserable, que no sólo estás en su presencia, sino que lo recibes, lo que no hacen los ángeles?

Ten, pues, reverencia del Santísimo Sacramento. Espántome cómo no temblamos cuando nos llegamos al altar; no digo de temor como esclavos, sino de amor y reverencia como hijos. Hagámoslo así, y darnos ha su gracia, y enriquecernos ha con sus dones.

TRATADO XVI

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum.

«Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

Más fuerte es el don que por Jesucristo nos vino, que el mal que por la comida de Adán. Si por el delito de uno, que fué Adán, la muerte reinó, muchos más son los que reciben la abundancia de la gracia y del don y de la justicia, y reinaron en la vida por Jesucristo. Esto dice San Pablo. De lo cual se saca, que si aquel manjar vedado fué causa que Adán ofendiese a Dios, y la ofensa a Dios fué causa de muerte de cuerpo y ánima, mucha más fuerza tendrá este divino manjar para juntar el ánima con Dios y dar vida de cuerpo y ánima. No se gloríe la muerte porque por el pecado de Adán reinó en todos los hombres; mas oiga lo que este Señor que allí está (vida de todas las vidas, omnipotente, delante de cuyo acatamiento es la muerte deshecha), le dice (Oseas, XIII): *Muerte, yo seré tu muerte.* Porque muriendo el mismo Señor mató nuestra muerte. Y porque estábamos en muerte de ánima y cuerpo, estu-

vo El muerto y sepultado, y de esta manera nos ganó la vida de gracia para el ánima, y vida inmortal y gloriosa para el cuerpo, sin que tenga fin una ni otra. Porque ¿qué quiere decir (Joann., VI): *Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre*, sino por virtud de este pan la muerte será muerta para siempre? Esto creemos ahora, esto veremos después cuando, como dice San Pablo (I Cor., XV): *El enemigo postrero, que es la muerte, será destruído, y se cumplirá la plabra de Dios que tiene dicha contra la muerte: que será absorbida con la victoria de la vida*. Y los que de aquella bienaventurada vida de cuerpo y ánima gozaren, harán burla de la muerte, que ahora parece que es señora de todos, y diránle: *Muerte, ¿dónde está tu victoria? Muerte, ¿qué es de tu aguijón?* El aguijón de la muerte el pecado es; porque en él tiene ella su fuerza para matar, pues por el pecado entró en el mundo, y la fuerza del pecado es la ley: porque vedando y no dando fuerzas para vencerlo, toman los hombres ocasión de pecar más.

Gracias a Dios—dice San Pablo (I Cor., XV)—, *que nos dió victoria por Jesucristo Nuestro Señor*. Ganónos con su muerte gracia y virtud para cumplir la ley de Dios, vencer el pecado; y éste vencido, es vencida la muerte, pues que la fuerza de ella estaba en él. No hay que temer muerte, no, si el hombre ha vencido al pecado, y como entonces estará del todo muerto en el cielo, estará del todo muerta la muerte. ¡Tiempo bienaventurado y reino dichoso! ¡Con cuánta razón diremos bienaventurado al que ha de comer pan en el reino de Dios! ¡Oh, Señor! En qué cuidado estamos puestos en este destierro, pues nos está puesta ley de morir una vez, y este yugo harto grave era, aunque fuera solo, y hácese muy más grave porque tras la muerte se sigue su riguroso juicio, donde se pide cuenta del mal que hemos hecho por toda la vida, y de los bienes que dejamos de hacer; y no sabemos, Señor, qué tal será tu sentencia, aunque sabemos que será o de grandísimo mal o de grandísimo bien. Mas, cristiano, aunque esto sea así no desmayes, acuérdate de estas palabras (Joann., VI: *El que come de este pan, vivirá*

para siempre. Si temes la muerte estando con salud o cuando te quieres morir, que es el tiempo en que su temor más aprieta, entre todos tus desmayos mirando tus pecados y el rigor de la justicia de Dios Nuestro Señor, y las penas del infierno, y el espanto y obscuridad de la muerte que te cerca y te quiere tragar, entre todos estos espantos acuérdate: confesádome he de mis pecados, hecho he lo que mi confesor me mandó, recibido he a Cristo; espero que me ha de salvar.

La muerte vino porque el ánima se apartó de Dios; por lo cual ella murió primero que el cuerpo, y pareció a la divina Sabiduría el dar remedio por el orden que vino la perdición. El, por su misericordia, ordenó Sacramentos para que, bien recibidos, cobrásemos la vida del ánima; y nos dió este pan celestial tan fuerte y tan lleno de riqueza, que entre todos los impedimentos y contrarios que la vida de nuestra ánima tiene, El, como más poderoso, la hace más fuerte que todos ellos, y la hace andar y correr por el camino de los Mandamientos de Dios, por el discurso de la vida, hasta que la meta en el cielo. Mas aunque el ánima esté remediada y libre de la muerte por el espíritu de la vida que recibió, el cuerpo se queda todavía sujeto a la muerte y a los trabajos que de ella proceden para ejercicio de virtud y para socorro contra el pecado; y porque es bien que así como en el cielo hemos de ser conformes a Cristo Nuestro Señor en cuerpo y en ánima, también lo seamos estando acá, el cual, aunque su sacratísima ánima desde que fué criada siempre fué viva, en vida de gracia, tuvo su sacratísimo Cuerpo sujeto a trabajos y a la misma muerte. Y pues no es mayor el siervo que el Señor, y es grande gloria seguirle y parecer a El, no tenga nadie por mal, que aunque tenga su ánima viva, su cuerpo tenga necesidad de morir.

Ofrece a Cristo tu vida de muy buena gana, que te la quite la enfermedad, y acepta el gusto de esa muerte que te parece tan desabrida en razón de la muerte que el Señor recibió en la cruz con mayores tormentos por ti. Y si te parece cosa espantosa entrar en esa tan obscura casa, acuérdate que has comulgado y cuán poderoso es el

que has recibido, y en su confianza osa decir (Psal,-mus XXII): *Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males, porque Tú eres conmigo.* ¡Oh, dulce palabra! ¡Oh, dulcísima obra, que abra el hombre su boca y reciba dentro de sí al Señor de las virtudes, al destruidor de la muerte, al que en el sepulcro entró muerto y salió vivo, sin que los lazos de la muerte lo pudiesen tener! Terrible cosa pareció a Jonás, profeta, ser echado de la nave, y ser tragado de la ballena y andar en el vientre de ella; mas el Señor de la tierra y mar, de los peces chicos y grandes, no sólo libró a Jonás de la muerte en el vientre de la ballena, mas tomólo por medio para darle la vida. Y mandó a la ballena que lo sacase a la orilla, como si fuera un navío seguro, y lo echase en la tierra vivo y sano.

¿Qué temes, hombre? Este Señor que has recibido venció a la muerte para El y para ti, y pues te has arrimado a El, El te sacará a nado de este mar donde quieres entrar. Acuérdate que el piadoso samaritano tomó al llagado que estaba en el camino, y le untó sus heridas con aceite, y lo lavó con vino, y lo puso encima de su bestia, y lo llevó donde recibiese perfecta salud. Dad gracias a este Señor, que viniendo del cielo a caminos de trabajos, te vió herido de heridas mortales, que son los pecados, y por curarte descendió acá, y untó tus pecados y los lavó, cuando por su misericordia te dolieron y gemiste por haberlos cometido, y con amargura de tu ánima confesándolos cumpliste la penitencia que te fué mandada, y otras cosas que según tu flaqueza habrás podido hacer. Y su misericordia no te dejó en este desconsuelo; mas ordenó que su ministro, en nombre de El, dijese aquellas palabras de la absolución sacramental, más dulces para el gusto del ánima que la misma miel, más sabrosas de oír que la música por acordada que sea, más blandas y mitigadas del dolor del ánima que el aceite para el cuerpo. Las cuales son: *Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

¿Qué blandura se puede igualar con aquésta? Que en el tribunal de Dios te acusan delante del Juez puesto por El, y tus orejas oigan sentencia definitiva en tu causa

por la cual te den por libre de la muerte que merecían tus pecados para siempre jamás. Alabado sea Dios por esta misericordia, y alabado sea por la que hace tras ésta, que habiendo untado al llagado, lo toma y lo pone, no encima de bestia, sino encima de sí mismo, encima de sus hombros, llevando sus pecados a cuestas, y aun metido en lo más dentro de su corazón, amándole más fuertemente de dentro que parece en lo de fuera, aunque lo uno y lo otro es incomprensible. Cristiano, ¿qué temes? ¿Muerte de cuerpo? Pues ya ha muerto Dios tus pecados, y llevádolos sobre sus hombros; para ti nació, para ti fué circuncidado, para ti fué bautizado, para ti predicó; cansóse por esos caminos, ayunó, sudó y lloró; recibió azotes, bofetadas, espinas y clavos; expiró en la cruz con grandes dolores, y deshizo los pecados como un grandísimo fuego se traga una paja. ¿Qué, temes pecados tuyos siendo Dios la paga de ellos? ¿Porqué no esperarás el cielo, habiéndolo comprado Dios con su Sangre en la cruz? Ten averiguado, que aunque mucho dista el alteza del cielo más alto del centro de la tierra, que es lo más bajo de ella, mucho más vale tu precio, que es Dios humanado, que el perdón de los pecados por grandes que sean, ni la gloria del cielo, aunque sea más grande; todo es nada en comparación de Dios. Y para que tu flaqueza estuviese enteramente confortada, no te dieron por remedio algún ángel o serafín, mas al Criador de ellos, Jesucristo Nuestro Señor y Redentor.

Mas ya entiendo por qué agujero se sale la flaqueza de tu corazón. Todo eso creo me dirás, y con todo eso temo, y mucho temo: porque sé que con haber pasado Nuestro Señor todas esas cosas, están muchos en el infierno, no por el poco valor de su Sangre, mas por falta de bien se aparejar los que han de gozar su merecimiento. ¿Y qué sé yo si soy uno de ésos? No penséis, hermano, que tenemos tal Dios que tenga desconsolados a los suyos. Que San Pablo le llama (II Cor., I) *Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones*. No se contentó la divina Bondad con remediar nuestras necesidades, sino con que

estuviésemos consolados en nuestras tribulaciones; y como ésta sea la mayor, no es de creer que aquí falte la dulcedumbre de su consuelo. Los infieles que no conocen a Cristo, los malos cristianos que están en pecado mortal sin querer salir de él, teman y tiemblen cuando se les acerque la muerte, pues que se les acerca su condenación, como gente que, o no conoció, o desechó el potentísimo remedio para sus males, que a costa de la Sangre de Cristo les era ofrecido. Mas el cristiano que es bautizado y tomado por hijo adoptivo de Dios, si ha mortalmente pecado y va a lavarse, con gemido de lo pasado y propósito de se enmendar, a la piscina de la Sangre de Jesucristo, que obra en el santo sacramento de la Penitencia, y de allí, con aparejo bastante en el altar recibe a Jesucristo, ¿porqué este tal se ha de dejar caer con desconfianza, pues tiene tantas causas para esperar?

¡Qué piadosamente lo hizo el Señor! ¡Cuán gran remedio puso El en la sacra comunión contra nuestras desconfianzas! Porque si nuestro temor nace de que no sabemos si el merecimiento de Jesucristo se aplica a nosotros en particular, no hay cosa tan apropiada contra esta enfermedad como la grande benignidad que en este divino Sacramento se muestra.

Dices tú: la vida y muerte de Cristo, suficientísimas son para mi remedio contra el pecado y contra la muerte, y si yo supiese que era participante en Jesucristo, viviera y muriera muy consolado. Alabado seas, Señor, por siempre, y la hora en que ordenaste esta dulcísima medicina, manifestadora de tu dulcedumbre y causadora de nuestro consuelo: que porque Tú conoces bien cuán ponzoñosa cosa es el pecado, y cuántos desmayos causa en el corazón de quien lo comete, y cómo hace huir de Ti y esconderse, como nuestros padres hicieron, y hace temblar lo principal del ánima, como tembló la cabeza a Caín, pusiste aquí tal remedio que haga huir a nuestros desconsuelos, por ser señal y causa que el hombre goce del merecimiento de Cristo. Palabra es del Espíritu Santo, dicha por boca del Apóstol San Pablo; palabra digna de toda acepción y de todo consuelo, que dice (I Cor., X): *El pan*

que repartimos, ¿por ventura no es participación del Cuerpo de Cristo? El cáliz, el cual bendecimos, ¿no es comunicación de la Sangre de Cristo? ¿Oyes, cristiano, que el recibir este pan celestial que en el altar se reparte, y el recibir su sacratísima Sangre, y quien el Cuerpo recibe, la Sangre recibe, es ser participante del Cuerpo y Sangre de Jesucristo?

Si prometías de vivir y morir consolado con saber si eras participante de Jesucristo, ves aquí palabra de Dios, que te afirma que el comulgar es participar de su Cuerpo y Sangre. No pidas saber que participas de los merecimientos por certidumbre de fe ni claridad de evidencia. No te cumple eso, ni Dios lo ordenó; porque certidumbre infalible no la has de tener si no es por revelación divina: conténtese con una confianza cristiana, que aunque no llega a los grados de aquella certidumbre, es bastantísima para desechar las flaquezas del corazón, y arrimada a los merecimientos de Cristo hace vivir consolados y morir confortados, poniendo debajo de sus pies la desesperación que causa el pecado, y el demasiado temor que causa la muerte. Ahora dice, hermano, la divina misericordia que te hizo merced, que con razonable aparejo llegaste a la mesa de la paz, a la señal de la reconciliación a gozar de los dulces abrazos de Cristo: júntate con el mismo que ha de ser tu Juez, y en prendas de que entonces te será piadoso Padre y dará sentencia por ti, quiso El recibir de ti este servicio de tomar tus entrañas por casa, para serlo El tuya en el cielo.

¿Quién hay sabio entre vosotros, y entenderá las misericordias de Dios? (Psalm. CVI), dice David. Y si para alguna parte es necesaria esta exclamación, para aquí mucho más. ¡Oh, Misterio dulcísimo, cuán de verdad se cumple en Ti lo que antes prometiste a nuestros padres pasados, que les habías de dar una tierra que les manase leche y miel! Más dulce, más sabroso te nos has guisado, Señor, en manjar, que lo es toda la leche y miel que hay en el mundo. Verdad tuya es, que los que aquí hicieren misericordia los pondrás en el día del juicio a tu diestra, porque dieron de comer al hambriento y de beber al se-

diento, e hicieron obras semejables, les dirás, Señor: (Matth., XXV): *Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está aparejado desde el primer día del mundo.* Aunque sea tanta tu bondad que te hayas juntado con nos, y digas Tú con tu santísima boca que la comida, bebida y vestido y obras de misericodia que al prójimo dimos por Ti, lo dimos a Ti, no te contentaste con recibir estas obras por tercera persona, mas ordenaste Tú, piadosísimo amador, este consuelo, que pudiesen los hombres hacer obras de misericordia a tu misma persona.

Dichosa fué tu sacratísima Madre; dichoso el Santo José; dichosos todos aquellos que te dieron comida, bebida y vestido, posada y cualquier refrigerio: porque allende de ser gran bienaventuranza dar el hombre algo a quien todo se lo dió, y remediar la criatura la necesidad de su Criador, el galardón de aquellos tales que a la persona inmensa de Cristo hicieron buenas obras, muy más abundante e ilustre será que el de los que hacen las tales obras a otras personas por amor de El. Obras dignas, por cierto, con las cuales con razón llamamos bienaventurados a quien las hizo, y que en oyéndolas suspiremos de corazón porque nosotros no fuimos dignos de alcanzar aquel tiempo y ayudar a las necesidades de Nuestro Señor, aunque fuera haciendo de nuestro corazón manjar que El comiese, ropa con que se vistiese, casa donde morase, sepulcro donde después de muerto fuese enterrado.

¿Quién no tornará otra vez y muchas veces a exclamar: *Quién hay sabio entre vosotros que entienda las misericordias de Dios?* ¿Quién tendrá, Señor, ojos para mirar las riquezas de tu sabiduría, la grandeza de tu poder que ejercitas en este santo Misterio, lleno de milagros, tan incomprensibles a nuestro entendimiento, que lo primero que nos ofrece y postrero cuando pensamos en él es decir: ¿qué es aquesto?, quedando admirados nuestros entendimientos, vencidos de gran resplandor de tu sabiduría y poder con que este Misterio ordenaste? Mas cuando llegamos, Señor, a pensar la misericordia y dulcedumbre con que aquí te aparejaste en manjar para el pobre; y cómo aunque te subiste al cielo, donde ni es ya menes-

ter que te den de comer y beber, ni recibes de nadie en persona obras de misericordia, hallaste manera cómo estar entre nosotros y en tu misma persona recibir de nosotros obras de misericordia, para que nosotros seamos consolados en hacerte bien y tengas Tú ocasión de por lo poco que nosotros te damos, darnos Tú mucho en el cielo. ¿No habéis pensado, hermanos, aquesto, que el lugar propio de Nuestro Señor es el cielo, pues a cuerpo ajeno de corrupción tal lugar le es debido; y con todo eso, el amor que nos tiene le hace extranjero, por acompañar a los que somos extranjeros y estar en aquella pequeña casa de los accidentes de pan, casa asaz desproporcionada para su Majestad, mas muy a lo propio para su amor y a la obra que viene a hacer?.

No piense nadie, no, que el estar el Señor allí encarnado es el fin porque allí está; medio es para otra cosa; y si quieres saber para qué está guisado y proporcionado, bien puesto debajo de aquella pequeñez, para desde allí dar un salto y meterse en las entrañas de nosotros pequeños, para que recibiendo de nosotros posada tener ocasión de ser El la nuestra en el cielo. Rogadle, rogadle con mucha afección lo que decía David (Psalm. XXX): *Sedme, Señor Dios, defensa y castigo de refugio para me salvar;* y responderos ha San Agustín en su nombre: «Si tú quieres que Dios sea tu casa en el cielo, sé tú casa suya en el suelo.»

¿Quién de las personas, hermanos, que en este mundo aposentaron al Señor, quedó sin muy buena paga de la posada? Su sagrada Madre fué la primera que en sus entrañas le aposentó, y El a Ella la tiene aposentada en el cielo sobre todas las criaturas humanas y angélicas, y muy junta consigo. Una vez no más le dió Zaqueo posada, y dijo el Señor (Luc., XIX): *Hoy ha sido hecha salud en aquesta casa;* y fué hecha salva hoy aquel ánima por un rato que dió aposento al Cuerpo del Señor. Preguntad, ¿cómo ha pagado a María y a Marta el hospedaje que le hicieron? Mirad el sepulcro que al cuerpo muerto dió posada, cuán honrado de todos está, que lo llama Isaías glorioso. ¿Mas qué nos maravillamos de aquesto, si Elías

resucitó el hijo muerto de la mujer que le daba posada? Si Eliseo alcanzó hijo a su huéspeda no lo teniendo, y después de muerto se lo resucitó; y lo que más es, si por tocar los huesos de Eliseo ya muerto, recibió vida el que estaba muerto, ¿con cuánta más razón el Señor, que es mayor y más dadivoso que fueron sus siervos, hará estas mercedes y otras mayores a los que le dieron posada?

¡Oh, palabra dulcísima, que de la boca del Señor el día del juicio oirá el cristiano que aquí hubiere bien recibido el Cuerpo del Señor: «Huésped era, y acogísteme; tomad el reino que os está aparejado!» ¡Oh, palabra más que dulcísima: «En la cárcel estaba, y vinisteis a mí; tomad el reino que os está aparejado!» ¿Entendéis esto? *¿Qué sabio hay que guarde estas cosas y entienda estas misericordias?* (Psalm. CVI). Huésped era, y acogísteme, y en la cárcel estaba, y viniste a mí. ¿No lo veis extranjero, debajo de hábito más disimulado que el que llevaba cuando se juntó con los discípulos que iban a Emaús? ¿No habéis oído en vuestro corazón sus santas palabras, que hacen arder el corazón cuando el hombre ha comulgado? ¿No entendéis que desde aquella sagrada Hostia os está diciendo lo que dijo a Zaqueo (Luc., XIX): *Desciende apriesa, porque hoy me conviene posar en tu casa.*¿ Mas ¡ay de mí, que Zaqueo descendió presto del árbol en que estaba, y dice el Evangelio que fué gozoso y lo recibió, y así gozó de tal Huésped y tal galardón! Y hay muchos entre vosotros a quien deciros: «recibid al Señor», os es palabra de tristeza y amargura, y así os quedáis sin gozar de tal fiesta y de tal galardón.

¿Qué haréis—dice Jeremías (cap. LXI)—*en el día de la visitación y de la desventura, que viene de lejos?* ¿A quién huiréis para que os dé socorro? ¿Qué haréis, hombres? Jesucristo, infinita bondad, pide que le deis casa y que descendáis de vuestras soberbias y desobediencias, y sujetándoos a los Mandamientos de Dios y de su Iglesia, y humillándoos a sus sacerdotes, limpiéis vuestras conciencias, para que en casa limpia recibáis su limpísimo Cuerpo y os pague la posada según la grandeza de su misericordia. ¿Duéleos abajar vuestro cuello? ¿Duéleos hu-

millar vuestro corazón a perdonar a vuestro prójimo y pedirle perdón? ¿Duéleos obedecer a la palabra de Dios, que seáis castos, para en cuerpo casto recibir al castísimo Cuerpo de Jesucristo? ¿Duéleos? ¡Oh, cuánto más os dolerá cuando en aquel día terrible, en el cual a ninguno recibirá Dios en su casa sino a quien lo recibió a El en la suya, dirá con terrible voz y con más terribles ojos (Matth., XXV): *Huesped era, y no me recibisteis: en la cárcel estaba, y no me vinisteis a ver: andad, malditos de mi Padre, al fuego que está aparejado al demonio y a sus ángeles!*

¿Queréis ver los que tienen señal que han de ser de aquellos reprobados? Yo os diré cuáles son. Los que respondéis ahora lo que responderán aquéllos: «Señor, ¿cuándo te vimos extranjero y en la cárcel y no vinimos a Ti?» ¡Oh, gente desconocida, que no entiende las misericordias de Dios! ¿Cuándo te vimos extranjero? Responderos han: tantas veces cuantas le visteis en el Sacramento, allí le visteis, y allí le veis: pidiéndoos está posada, y para eso desciende del cielo, no lo habiendo El menester, sino por hacer bien a vosotros, que os hacéis sordos a su voz, teniendo en poco todo lo que os puede dar en pago del hospedaje, y teniendo en poco su divina persona y su descendida del cielo, y no curando nada de lo que El se desveló en guisarse por manjar para que lo comáis y en abajarse a ser vuestro para que lo recibáis.

Decidme, hombres desconocidos: ¿qué es Dios estar encerrado en un Sagrario y en un Sacramento? ¿Qué le falta para estar preso y encarcelado, sino que por el grande amor que nos tiene El mismo se deja prender, y verdaderamente está encarcelado, aunque en cárcel de amor? Quítale el amor con que allí está, y verás que es incomportable estar donde está. ¿Cómo sufrirá el Señor encerrar su cuerpo tan grande debajo de una cantidad tan pequeña, pues ninguna cárcel, por estrecha que sea, es tan pequeña, como ésta, en comparación de Cuerpo tan grande? ¿Y piensas, cristiano, que poco hace este santísimo y limpísimo Señor en morar en tierra donde hay pecados, y tantos pecados, y que se cometen continuamente? Des-

proporcionado lugar para el Cuerpo incorruptible de Cristo en este mundo, por ser lugar donde se corrompen unas cosas para que se engendren otras: mas sin ninguna comparación es lugar más ajeno de su ánima, aborrecedora de todo pecado, estar en lugar donde tantos se cometen cada día. Si no, dime: ¿qué sentiría un hombre muy santo y amador de sus alabanzas, si lo pusiesen en compañía de muchos hombres que con gran desacato estuviesen blasfemando contra Nuestro Señor? ¿Qué sentiría una doncella honestísima que la pusiesen entre muchas malas mujeres que hablasen y tratasen cosas conforme a su deshonestidad? Pues tanto excede el aborrecimiento que la sacratísima ánima de Nuestro Señor Jesucristo tiene a toda ofensa de Dios, a la que estas tales personas podían tener, cuanto excede el amor que El tiene a su Padre, al amor que estas personas le podían tener. Recísimo tormento es para un hijo que mucho ama a su padre, o para una mujer que mucho ama a su marido, estar oyendo las blasfemias de él y viendo que le hacen muy grandes enojos.

¡Obedientísimo corazón, que cuando en el mundo vivíais vida mortal fué mayor la pena que te dieron las ofensas cometidas contra tu Padre, y más atormentada fué tu ánima con el dolor de ellas, que tu sacratísimo y delicadísimo Cuerpo con azotes, espinas, clavos y muerte de cruz; y con mucha justicia se debía a tu ánima morar en una tierra, que es cielo, más lejos de haber en ellá pecado, que según el sitio corporal está lejos de la partecica más baja de toda la tierra. Mas Tú, Señor, que renuncias tus derechos por condescender con nuestras necesidades, quisiste morar acá entre los pecadores, en la tierra de los pecados, que aunque no puedes padecer ahora dolor ni pena, mas a lo menos ves cosas que sobre toda manera aborreces tanto como, las aborrecerías entonces, y bastan más cuanto es de parte de ellas para atormentarte.

No hay hedor que tan mal huela a las narices de uno que tuviese muy delicado el olfato, cuanto los pecados hieden al sentido de Dios. Y si este mal olor no siente

vuestra ánima, si no os da pena vivir en tierra donde es Dios ofendido, miedo me he, o que está muerta vuestra ánima, y que no tenéis amor al Señor, o si alguna vida de su amor tenéis, es vida poca, vida de principiantes, vida imperfecta; que a los que tienen muy vivos los sentidos del ánima, grave tormento les da el hedor de los pecados del mundo, y con entrañable suspiro suplican a Dios que los saque de la cárcel tan hedionda y los lleve a los cielos nuevos y tierra nueva, donde mora la santidad y justicia. Y el consuelo con que estas tales pueden pasar su destierro y penosa carcelería, es ver que Nuestro Señor esté acá encarcelado, viendo cosas que tanto aborrece su ánima, como acaeció a uno que quejándose mucho al Señor que por qué le mandaba estar en vida, tan llena de muertes y donde tantas ofensas hay de su Majestad, le fué respondido: «Pues que yo sufro estar acá, súfrelo tú.» Mas como no experimentamos la pena que es estar en este mundo miserable, extranjeros en él, ni ver ofendido a nuestro amantísimo Padre, no sabemos agradecer a Nuestro Señor el vivir acá con nosotros y estar encerrado en lugar tan desproporcionado a El, que sola la fuerza de su grande amor, y otra cosa no, es bastante para lo tener.

Cristiano, pues el Señor es extranjero todavía y caminante, ¿no mirarás en ello? ¿No se te moverá el corazón y con profunda consideración dirás a tu ánima lo que la mujer de Sunán dijo a su marido (III Reg., IV), viendo pasar por allí al Profeta Eliseo? *Marido:*—dijo aquella buena mujer—, *paréceme que este varón que por nuestra casa pasa muchas veces, es varón santo; hagámosle una celda y pongámosle una mesa, una cama y un candelero donde repose cuando por aquí pasare.* Parecióle bien al marido, e hízose así, y dieron agradable posada al grande Eliseo, y por ello la mujer estéril fué hecha fecunda, y recibieron entrambos un hijo de la mano de Dios. Hermano, ¿no ves, no a Eliseo, sino al Señor de él y de todos los Profetas, al Señor de hombres y ángeles, pasar muchas veces delante de ti? ¿No lo ves que le traen en procesión? ¿Que lo llevan a visitar los enfermos? ¿Que lo consagran y alzan

en la Misa? ¿Que lo ponen y lo sacan del Sagrario? ¿Que lo entran por la glesia a vistas para que se mueva tu corazón y digas a ti mismo: este Señor, gran Señor es, muchas veces pasa por delante de mí, su tierra es el cielo, y extranjero es acá; quiérole aparejar posada en mi corazón donde El descanse; porque para esto anda por aquí llamando a la puerta de los corazones, para que si hay quien le quiera dar posada, pagarála muy bien?

Si esto, hermano, considerases y pusieses en obra, por ventura no estaría tu ánima tan estéril y sin fruto de buenas obras; porque recibiendo a este Señor, daríate parte de su Santo Espíritu, cuyos frutos son, como dice San Pablo, caridad, paz, gozo, con otras semejables. Mueres de hambre, atorméntate la pobreza, está el campo de tu ánima seco con esterilidad, por no querer recibir en tus entrañas al que saca agua de la piedra, al que hace reverdecer lo seco, y al ánima estéril hace madre de hijos, y que more en su casa con alegría; y si entendieses lo que el Señor hace por ti en estar allí encarcelado por tu amor, no vivirías tú con tan mala libertad y soltura, mas atarías tus pies y tus manos, tu cuerpo y tu ánima con las prisiones de su santa ley y de su santo amor, y tendrías tu corazón puesto en aquel divinísimo Sacramento, acompañándole con amor al que allí está encarcelado por ti. Y si quieres cumplir con El esotras obras de misericordia, aparejo tienes, El te las recibirá de buena gana y te las pagará con grande ventaja. Hambriento y sediento está, no de manjar corporal, mas de otra hambre y sed muy mayor. Y si la del cuerpo le hizo decir a la Samaritana: *Dame a beber*, y decir en la cruz: *Sed he;* ten por averiguado que con mayor instancia te pide a ti que le quites aqueste hambre y aquesta sed, que entonces lo pedía para su Cuerpo. No pienses que por otra cosa está aquí encerrado, sino para que te dé a ti de comer, y tú a El. Muchos años ha que lo mandó decir a su Apóstol San Juan (Apoc., III): *Yo estoy a la puerta, y llamo; si alguno quiere abrir, entraré a él, y yo cenaré con él, y él conmigo.*

¡Oh, hartura de los ángeles! Tú mucho tienes para que

yo cene contigo, pues Túe res inmenso bien, que basta a llenar de bienaventuranza y entrañable alegría a todo lo que es criado, y a mil cuentos de mundos que criases de nuevo. Y cuando hubieses hartado a todos ésos, se quedaría tu plato tan abastado como si ninguna persona hubiera comido de él, porque en tu persona se dice (Psalm. XXII): *El cáliz mío que embriaga o* —como dice el original hebreo— *que siempre está lleno, ¡cuán excelente es!* No hay, Señor, comida igual a la tuya, ni convidados tan dichosos como los tuyos. Mas, Señor, ¿qué hallaste Tú en mi casa, qué viste por mis rincones, qué ganados, qué aves, que quieres Tú, Señor, ser mi convidado y cenar conmigo? ¿Qué te dará, Señor, mi pobreza que sea digno de poner a tu mesa y que comas tú de ello? No, dice el Señor, no os excuséis por ahí (Psalm. XLIX): *Yo no comeré carne de toros, ni beberé sangre de cabrones.* Ni estéis acongojados porque no podéis traer a mi mesa, las flores del campo para me recrear: todas las aves y animales míos son; la hermosura que el campo tiene, yo se la dí, mía es: lo que es vuestro, eso os pido, dádmelo bien guisado: que por poco que sea, el amor que os tengo es buena salsa para que me sepa bien y me haga contentar de ello, y pagároslo bien.

¡Oh, dichoso hombre que tiene cosa propia que dar al Señor, y con que le convidar, y manjar que le sepa bien! ¿Qué cosa tan preciosa será ésta? Cierto no la supiéramos si el Señor no nos avisara de ella, diciendo (Psalmus XLIX): *Sacrifica al Señor sacrificio de alabanza, y al Altísimo dale tus deseos, y llámame en el día de la tribulación, y librarte he, y honrarme has.* Alaba, cristiano, y da gracias al Señor por las mercedes que te ha hecho, y especialmente por el bien que te hace con este divinísimo Sacramento, el cual tiene por nombre Eucaristía, que quiere decir hacimiento de gracias, y tiene por nombre bendición, que quiere decir alabanza de Dios; y con esto dale al Señor tus deseos, dale tu amor libre, que es cosa tan suya que lo puedas dar a quien tú quisieres; y si te vieres en necesidad, piensa que tienes quien bien te quiera y quien te pueda de ella sacar, y llámale con buen

corazón y librarte ha y honrarlo has. Si al Señor, pues, alabares y fueres agradecido según te enseña la fé, y si tras esto le dieres tu amor, y si en el tiempo de la tribulación confiares en El, toma esta fe, esperanza y caridad, y apareja tu corazón bien con ellas, y escucha bien los golpes que el Señor está dando a tu puerta y rogándote desde allí que le abras tus entrañas, porque quiere venir a cenar contigo, y dale tu corazón contrito y humillado, dáselo amoroso y agradecido; ponle en sus manos a ti y a todas tus cosas, y habrasle dado un manjar mucho más sabroso que el pan y becerro con que Abraham convidó a los tres ángeles; y en pago de eso poco que tú le das, te dará El a sí mismo, manjar de vida eterna, cuyo gusto te haga parecer desabrido todo lo que El no es, y halles en El deleites, el menor de los cuales es mayor que todos los deleites del mundo. Si quieres cumplir con el mismo Señor la obra de misericordia de vestir al desnudo, entiende lo que se canta en el Oficio de esta santísima fiesta: Que los hijos de la Iglesia, cuando están comulgando, son como pimpollos de oliva alrededor de la mesa del Señor, y cumplen lo que está escrito (Isaí., XLIX): *Yo te vestiré con todos aquéstos, como con atavío;* y así se goza el Señor de verse de ellos cercado en e laltar, como un padre muy rico y muy amoroso de ver su mesa llena de hijos (Isaí., LXI): «Gozando me gozaré en el Señor en cuanto hombre, y mi ánima se regocijará en Dios; porque me vistió con vestidura de salud y me rodeó con vestidura de justicia, como un esposo hermoseado con corona y como esposa ataviada con las manillas.»

Amorosísimo Señor, pues que tanto te gozas con ver a tus hijuelos alrededor de tu altar, pues que los tienes por vestidura tuya, y corona que dan testimonio de que tus trabajos y Sangre fueron de tanto precio que a los perdidos dieron salud y a los injustos justicia, ¿porqué huímos de tu mesa, pues que el comer nosotros es comer Tú, y según está escrito, nuestra fortaleza eres Tú? Ya ha muchos años que has prometido que habías de poner a tus hijos como una bendición alrededor de tu collado.

Aquel collado era el monte de Sión, donde el templo estaba, y donde Tú instituíste este divino Misterio, dándote en manjar a tus hijos, que eran los discípulos que estaban alrededor de tu mesa. Gran fiesta, Señor, te hace, muy buena comida te da quien aparejándose se llega a tu mesa a que cenes con él, y él contigo, y te vista y te honre, y dé testimonio del valor de tu Pasión, que fué bastante para le resucitar, y como hombre vivo va a comer el manjar de la vida.

Y porque ninguna obra de misericordia quede que el Señor no reciba de ti sin pagarte El con muy más copiosa misericordia, quiere que así como el santo sepulcro le recibió muerto, así tú seas sepulcro suyo que le recibas vivo. Sábelo bien guardar, conoce la honra que te es hecha, que no menos te compete a ti, antes mucho más el nombre que dijo Isaías (cap. XI): *Que el sepulcro de este Señor sería glorioso*, que le compete al otro de piedra: mejor eres tú por ser criatura racional, que el sepulcro de piedra insensible: más excelente está el cuerpo del Señor vivo, que muerto; y es tanta tu gloria por lo recibir, que quedas más honrado con ello que con toda la honra del mundo que se te pudiera dar. Lecho y relicario de Dios eres, y por la misma causa, aun los mismos ángeles te estiman en mucho; y si el mismo hacer misericordia a Cristo es aquí honra, provecho, deleite, ¿qué será en aquel día cuando El como otro Josué, Capitán del ejército de Dios, venga a destruir a Jericó, que son los malos, y meter a los buenos en la tierra prometida del cielo, cuando estaremos unos y otros atentísimos a la sentencia que dará este soberano Juez? Si entonces está viva Raab porque dió posada a los mensajeros de Josué, que por otro nombre se llaman Jesús, ¿qué buena suerte será la de aquel que en aquel día terrible, delante de los cielos y la tierra, oiga esta voz (Matth., XXV): «Sea salvo Fulano, viva para siempre Fulano, porque dió posada en su pecho al Hijo de Dios?» Tal día comulgó la Cuaresma, y tal día de Pascua; comulgó en tal y tal fiesta: y de otros dirán: comulgó cada semana; y de otros más veces, y de otros cada día: y págales ahora el Señor

en la misma moneda, que siendo extranjeros del cielo los mete en El; pues cuando El lo era en la tierra le dieron posada.

No es pequeño el vínculo del amor, ni la obligación que resulta entre el que recibe posada y es convidado, y que con estos beneficios le hizo. Y como el Señor es tan leal, y fuente de donde toda la lealtad nace, guarda muy bien estas leyes del hospedaje y del comer a una mesa; y por el mismo caso que hace merced a uno de tan estrecha conversación de querer entrar en su pecho, y ser su manjar, y que el hombre lo sea de El, queda según su bondad obligado a no desamparar al tiempo de la necesidad a la casa donde moró y al compañero que tuvo a su mesa. Y porque hay pocos que saben guardar lealtad, de éstos tales hay pocos que sientan la grandísima riqueza que es comulgar, y la fuerte esperanza que podemos tener de que teniendo con el Señor tan estrecha y tan continua conversación en la tierra, no huirá de nosotros ni nos negará la suya en el cielo.

Con este espíritu y sentimiento y confianza ruega la Iglesia al mismo Señor en una oración *Post communicandam:* «No permitas, Señor, caer en los humanos peligros a los que haces merced que recibiéndote a Ti gozan de tu divina conversación.» De manera que no hay cosa que así conforte nuestra esperanza de estar para siempre con Cristo en el cielo, como recibirlo en la tierra, según su palabra, que dice: «El que come de este pan vivirá para siempre.» Porque para entrar en el cielo requiérese que se aplique al hombre los merecimientos de Cristo, y también se requiere que el hombre no vaya estéril, sino que tenga buenas obras que se junten con las del Señor. ¿Pues qué prenda se puede dar de mayor certidumbre para que la humana flaqueza confíe que participa en los méritos de Jesucristo, que es recibir en sus entrañas a la misma persona de Cristo? Y no sin acuerdo grande de la divina Sabiduría, que procura siempre nuestro remedio y nuestro consuelo, fué así considerado: y bendita la hora en que fué ordenado. Así, que la misma persona de Jesucristo realmente recibimos los cristianos

cuando comulgamos, para que entendiésemos que así como cuando la mujer entrega por casamiento su cuerpo al marido, tras la persona va la hacienda, como cosa menor tras mayor; así el camino más cierto y más llano para participar de los méritos de Cristo es la sagrada Comunión, que, como dijo San Pablo (I Cor., X), *es participación del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo.*

¿Qué desconfías, cristiano, qué desconfías del perdón de tus pecados? Pues recibes en ti al verdadero sacrificio y amansamiento de Dios, paga bastante y sobrada para ellos, ¿qué desconfías de que no se te dará fuerza para vivir sin morir por pecado mortal, pues recibes el pan de la vida, más fuerte para te guardar que todos los contrarios para te matar? Ten confianza que el reino del cielo te será concedido, pues que no te es negado recibir al Hijo de Dios, que es el Señor y el Rey de aquel reino. Gran verdad dijo San Pablo (Rom., VIII): *Que dándonos a su Hijo, nos dió todas las cosas con El, como menores y accesorias a El* y a las obras buenas que se requieren de nuestra parte. Porque así como el manjar que recibes es el mismo Cristo, así el aparejo que tú has de llevar, *no tanto consiste en las cosas fuera de ti, como en ti mismo: conviene a saber, que lleves tu cuerpo ejercitado con alguna pena, tu entendimiento alumbrado con fe, y especialmente de aqueste divino Misterio, y tu voluntad dada al Señor por sus santos Mandamientos y de su Iglesia, y la memoria saludable de la muerte que el Señor padeció por tu amor, y ofreciéndote a ti de esta manera haces al Señor más señalados servicios en esto que si mil mundos le dieses.* El hace a ti plato de su misma persona; tú a El de tus mismas entrañas; la merced que te hace y dádiva que te da, la mayor de todas es, y el servicio que tú le haces también es mayor que todo lo que puedes hacer.

De lo dicho se ve cuán provechosísima cosa es ejercitarse el hombre a menudo en recibir este divino Sacramento; porque en otras buenas obras puede el hombre dar limosna y quedarse con una mala querencia en el corazón; puede dar la lengua a Dios y el corazón al de-

monio. Mas si se determina de recibir este Señor, el aparejo y servicio que ha de llevar para se confesar y comulgar bien son cosas que le salen de las mismas entrañas, por las cuales él mismo se ofrece a Dios en recompensa de que el mismo Dios se da a él; y por esto las obras buenas que aquí se hacen dan mayor consuelo y mayor esperanza que las que fuera de aquí; con condición que el hombre ponga en su lugar cada cosa, y entienda que aunque la gloria del cielo se llama jornal, no porque se haya de ganar con obras hechas con ánimo de jornalero, como por principal intento, porque hace las obras que faltando el jornal deja de obrar; mas como el Concilio Tridentino dice en la ses. 6, c. 2, pueden los justos mirar al premio. Mas porque es menester que se haga con ánimo y obra de hijo, con todo eso la misma gloria se llama herencia, y San Pablo la llama, que es don dado por gracia de Dios; y en otra parte el mismo San Pablo junta estos dos nombres diciendo (Colos., III): «El galardón de herencia, si preguntáredes si es galardón de trabajos, como herencia que se da por ser hijos, habéis de saber, y conviéneos mucho saberlo, para que deis a Dios la gloria debida y se amolde vuestro corazón con la verdad que sea guía de vuestro vivir.»

Esto, hermano, os sea notorio, que es tanta la bondad divinal y tan grande su magnificencia, que llega hasta hacer a un hombre merced de cosa tan grande, como es gozar del mismo Dios en el cielo para siempre jamás. Y en testimonio de aquesta comunicación tan valerosa y tan de balde, os doy otra mayor, la cual hay entre las personas divinas, dando el Padre al Hijo toda su divina esencia, y Padre e Hijo dándola al Espíritu Santo. ¡Oh, piélago de bondad infinita, qué bien no esperan los hombres de Ti! Pues aunque sea poseerte a Ti por gracia y por gloria, es sin ninguna comparación menor este modo de participarte que el que es por naturaleza entre las personas divinas. Y la primera ánima a quien fué hecha esta merced, y del todo de balde, de que fuese bienaventurada viendo a Dios claramente, fué la benditísima ánima de Jesucristo Nuestro Señor, que en el mis-

mo instante que fué criada fué tomada del Verbo de Dios en unidad de persona, y vió la divina esencia tan claramente como ahora la ve. Gracia inefable fué, y pura gracia, serle dada aquella vista que hace bienaventurados. Y porque no comiese tan buen bocado a solas, fuéle también prometida la gloria del cielo para todos aquellos que fuesen suyos y se juntasen con El. Mas esto que a otros tocaba no le fué dado de balde, como lo que tocaba a El; mas la gloria que habían de gozar los suyos fué a costa de sus trabajos y de su propia vida que puso en la cruz. De manera que no debe pensar el cristiano que si va al cielo, va allá porque sus obras solas lo merecen: a cosa ganada va, y por trabajos justísimos. Porque si le dan compañía de ángeles, mayor cosa fué estar Cristo humillado y deshonrado entre dos ladrones. Si le dan a Dios gozoso, que lo hincha de gozo, bien lo mereció el Señor, que dijo (Matth., XXVI): *Triste es mi ánima hasta la muerte*, humillado y sudando gotas de sangre.

Parécele al humano corazón cosa desproporcionada que un hombrecillo concebido en pecado, lleno de muchas miserias, suba a las alturas del cielo con nombre de hijo de Dios a gozar de Dios como de propia herencia, limpia, incorruptible, que nunca se marchita, como dice San Pedro. Mas si consideramos que para que el hombre tan bajo subiese a Dios, descendió Dios de los cielos haciéndose hijo de una mujer, viviendo vida humilde, y muriendo en cruz, lugar más bajo que todos los hombres, esforzarase nuestro corazón con toda confianza. Y en esto estriba nuestra esperanza de que hemos de vivir para siempre con Dios en el cielo, en que la divina largueza, por los merecimientos y muerte de Jesucristo, hace esta merced a los hombres de darles la gloria del cielo. Porque aunque se requiere que los hombres reciban los santos Sacramentos que hay en la Iglesia, y que vivan en obras buenas en ellas; mas si se miran las obras del hombre en sí mismas, y a solas todas ellas sin gracia, por grandes, por muchas que sean, aunque duren desde el principio del mundo hasta el fin de él, no son bastantes a merecer que el hombre vea a Dios una

hora sola en el cielo, y por eso aunque se requieran, no estorban que al dar Dios la gloria se llame gracia y merced; pues lo que el hombre hace de su parte es tan poco para igualar con aquella grandeza de gloria, que le conviene lo que el Profeta dice al Señor (Psalm. LV): *Hacerlos has salvos por nada*, y esto por el valor que reciben de los méritos de Jesucristo. Aunque la divina Bondad, que no se contenta con nuestro provecho, mas también procura nuestra honra y valor, y toma en sus manos aqueste cobre de nuestras obras, y atavíólo con riquísimas piedras preciosas (que son su gracia y la participación de los méritos de Jesucristo), y con este valor dado de gracia, valen nuestras obras y merecen el cielo, de lo cual la gloria es de Dios, y no nuestra; El nos la dió, y en El la tenemos. Y por eso no debemos andar hinchados con los buenos servicios, mas hacerlos, y confesar que de gracia se nos dió el valor, y de gracia se nos da la gloria; porque el precio que pagamos por ella al Señor, El mismo nos lo dió para que se lo pagásemos.

Por no tener muchos hombres asentada en su corazón esta verdad de que llega la magnificencia de Dios a hacer merced de la gloria, tienen el corazón tan pequeño y tan lleno de desconfianzas, como gente que mira a su propia pequeñez y no tiene lumbre del cielo con qué confortar su corazón y dar gloria a Dios, de que es poderoso, sabio y bueno para dar a los hombres el cielo: que aunque tengan vida con razonable obra de Dios, como no estriban sino en ella, viven sus corazones vacíos de alegría, que da la esperanza, y llenos de tristeza desconfiada, causadora de muchos pecados. ¿Por ventura no podréis pensar cuán importante cosa es al cristiano traer el corazón alegre, contento y confortado con la cristiana esperanza de que ha de ir al cielo, y cuántos trabajos puede sufrir, y cuántas buenas obras acomete y sale con ellas, y cuántas veces vence al demonio? Todo lo cual le falta al estrecho y desconfiado corazón. *El perfecto amor*—dice San Bernardo—*ni siente los daños de la desconfianza, ni cobra fuerzas de la confianza.* Porque este tal amor destierra de sí, y muy lejos, todo temor y des-

confianza, y por eso no siente los daños que le pueden hacer. Y como es perfecto, que sólo el contentamiento de Dios es su espuela que lo aguija y el norte por donde navega, no ha menester el socorro de la esperanza, que mira al propio bien, aunque es buena. Mas así como hay pocos que tengan este perfecto amor, así son muchos los que han menester ayudarse de la esperanza, que en grandísima manera hace obrar con esfuerzo, sufrir trabajos con paciencia y pelear las peleas del Señor, como otro Judas Macabeo, con alegría. Y cuando esto falta, sin que ninguna carga echen al hombre, se cae, y antes que entre en la guerra ya está vencido: el medroso, aun del sólo resplandor de las armas y estruendo de la guerra echa a huir.

Visto hemos muchos que cuando vivían en ofensas de Dios, y tenían razón para temblar, pues tenían por enemigo al Omnipotente, andaban tan asegurados como si tuvieran muy buena vida. Y si Dios les hería los corazones con saludable herida, sacando de ellos agua de amargo arrepentimiento, y enmendaban su vida viviendo en temor del Señor, eran tantas y tan grandes sus desconfianzas y tristezas desaprovechadas, que corrían por allí no pequeño peligro. Estaban primero mal asegurados en el tiempo que habían de temblar de la Justicia divina; y después que por la misericordia de Dios recibieron señales y conjeturas de que estaban perdonados y en gracia de Dios Nuestro Redentor, todo su negocio es temblar y desconfiar, errando en esto como en lo otro. Alcen estos tales sus ojos a la Bondad divina, alcen los ojos a los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor, y entiendan que aquella enmienda de vida que les ha venido, de estas fuentes les ha venido. Y aunque mirándose en sí mismo sea muy poco, arrimándose a Jesucristo es muy mucho. Ofrézcanse de corazón en la Bondad divinal, y oigan que dice por el Profeta Isaías (cap. XLVI): *Yo os hice, yo os sufrí, yo os llevaré, yo os salvaré.* Y han probado que Dios los sufrió cuando estaban apartados de El. Ya pueden confiar, pues se han confesado y comulgado con razonable aparejo, que Jesucristo Nuestro Se-

ñor los ha incorporado en sí mismo y hecho participantes de sus merecimientos; y desterrando toda pequeñez de corazón, tengan en mucho aquesta merced, y tengan en mucho a Jesucristo, por el cual y en el cual osen esperar el reino del cielo, como miembros vivos que tienen cabeza tan valerosa.

Consideradas estas cosas, recibiendo el hombre al Señor, cobre corazón de león, no en sí mismo, sino en el mismo Señor, y sepa estimar el beneficio recibido de que Dios se ha querido juntar con él para ampararlo debajo de sus alas, como gallina ampara a sus hijos: arrímese a El; hágase a El, pues en El está toda la seguridad; y después que hubiere sido harto recibiendo este manjar divinal, sea muy agradecido y cante al Señor aquel divino cantar, propísimo para esta razón (Psalm. CIII): *Anima mía, bendice al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí bendigan su santo nombre*, etc. Mira con atención todas aquestas mercedes que canta David, y hallarás que todas son concedidas en este divino Sacramento a quien bien lo recibe. Aquí el Señor se amansa con el dolor de nuestros pecados; aquí da fuerza a nuestra ánima, para que de aquí adelante no caiga en ellos; aquí sana nuestras enfermedades e imperfecciones; aquí nos junta consigo; aquí se nos da El mismo en prendas de que viviremos para siempre con El, porque es la levadura que se echó en las tres medidas de harina para que el pan fuese sazonado y fuese gustoso al Señor. Y fuera de este sacratísimo Cuerpo no hay vida, ni salud, ni razón en las buenas obras; no hay gracia, ni gloria, ni bien alguno. Porque así como la fuente de la lumbre es el Sol, y en la mar se juntan las aguas, así en este poderosísimo Señor están juntos todos los bienes, y quien lo recibe puede decir (Sap., VI): *Todos los bienes me vinieron con El:* y esté sin miedo de la muerte, pues ha recibido la vida, y espere de gozar de la dulce y verdadera promesa de Jesucristo que dicen las palabras del tema: *El que come de este pan vivirá para siempre.*

TRATADO XVII

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

In me manet, et ego in illo.

«Está en mí, y yo en él.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

MUCHO se admiró el sacerdote Abimelec (I Reg., XXI) de ver que David, principal persona del reino, señalado en armas y yerno del Rey, y de toda parte varón ilustre y digno de honra, venía solo y sin armas, como si fuera un hombre particular y pobre; y deseando mucho saber la causa de tal novedad, le preguntó: *¿Por qué vienes solo, y nadie contigo?* Y si nosotros tuviésemos sentido cristiano para sentir la admirable obra que el Verbo de Dios hizo en tomar nuestra carne y andar por este mundo solo y en hábito de pobre, sin armas y sin otro subsidio temporal, maravillaríamonos mucho de que siendo Dios (en cuya comparación todas las cosas, por altas que sean, se dicen no ser, y le deben servicio y acompañamiento) preguntaríamosle, y no sin lágrimas: «Señor, ¿porqué estáis solo en vuestro nacimiento, en vuestra vida, y mucho más puesto en una cruz y en un sepulcro; tanto más solo, cuanto más acompañado de aquella muchedumbre de gente, que no sólo no os reverenciaba, mas despreciaba, aborrecía y

atormentaba? ¿Porqué, Señor, y sin armas?» David respondió a Abimelec que el Rey le mandaba ir de tanta priesa y con tanto secreto, que ni hubo lugar para tomar armas, ni para llevar gente consigo, ni convino, porque el camino fué muy secreto; mas la verdad era que él iba huyendo del Rey Saúl porque le quería matar. No responderá nuestro David, a quien le preguntare esto, porque va huyendo de la muerte que su suegro le quería dar; mas dirá que él viene solo y sin armas, porque el Hijo de la Virgen vino a servir y no a ser servido; y para este oficio más conviene venir solo y pobre, que rico y acompañado. Tampoco trae espada, porque no viene a juzgar el mundo, sino a salvarlo; ni viene huyendo de la muerte, sino a buscarla, y dar su ánima, como El lo dice, por rescate de muchos.

¿Quién no se admira de tal caridad que no mira a su descanso, sino a nuestro provecho; y lo desea tanto, que no dudó de perder su vida por darnos vida y matar en sí mismo las enemistades que estaban entre Dios y nosotros, como dice San Pablo? Si queréis saber porqué el Señor anda solo, porqué pierde su vida en la cruz, es por hacer paces entre Dios y los hombres; lo cual no puede haber habiendo pecados, ni se pueden quitar los pecados sino por la muerte y por derramamiento de sangre de Jesucristo. Grande es y muy grande la conveniencia y amistad que hay entre Dios y los hombres, pues El los quiso honrar tanto, que los crió a su imagen y semejanza; y no hay pintor que si pinta a sí mismo, si es perito en el arte, y él es hermoso, que no ame haberse pintado y se huelgue con la imagen que le representa. Y si no se entremetiese entre Dios y el hombre el pecado, no había cosa que bastase a poner mal a Dios con su imagen, ni aun habría cosa en ella que desagradase los ojos de su Criador.

¡Oh, pecado, que haces divorcio entre tales casados, que apartas cosas tan justas que tanto se aman! ¿Quién no se espantará de ti, de que puedas tornar a Dios de manso en airado, de amoroso en aborrecedor, y que envíe al infierno, y para siempre castigue a quien crió a

su imagen y semejanza, y aun a quien había tomado por hijo y prometido la herencia del cielo? ¿Quién habrá que no te aborrezca, sino quien no te conoce, o a quien no se le da nada por estar mal con Dios ni ser de El castigado? Fortísima cosa es el pecado y fortísima enemistad causa entre Dios y el hombre. Y quien quisiere estar bien con Dios, aborrezca el pecado, y entienda que por ninguna otra vía, ni medio, ni puerta puede entrar a privar con El, si no fuere aborreciendo, huyendo pecados: y en ellos nos estuviéramos si el Hijo de Dios no viniera a pelear contra ellos y a quitarlos de nuestras ánimas, para que ellos quitados, nos mirase Dios con ojos amorosos y nos diese su gracia y su paz, viviendo con el sosiego y concordia que el buen padre con buenos hijos, o marido y mujer. Y porque ya se ha dicho de cómo este Señor por su Sangre en la cruz nos mereció el perdón de nuestros pecados, y en los santos Sacramentos y en este santísimo del Altar se nos aplica el perdón de los pecados mortales, resta ahora decir cómo también nos trajo remedio para pecados veniales; porque es tan grande el amor que nos tiene, que no se contentó con quitarnos los pecados que nos hacen perder a Dios para siempre y ser atormentados en el infierno sin fin, mas aun aquellos por los cuales somos castigados en purgatorio, y hacen nuestro trato con Dios desabrido y desgraciado en alguna manera; y si esto entendéis, no caeréis en un error, en gran manera dañoso, en que muchos están, no haciendo caso de pecados veniales, pareciéndoles que apartarse de ellos o hacer penitencia de ellos es una cosa sobrada, o que va poco en ella, que es cosa que conviene a los Santos y no a los medianos cristianos.

Decidme, hermano; si una mujer os dijese: con que yo no os haga traición con otro hombre, o no os fuere a las barbas, o diera bofetadas en la cara o cosa semejante de aquéstas, de esotros enojos que os diere no se me da nada, o muy poco. Decid vos que tenéis hijos, diga el Señor, diga el Rey que tiene vasallos, y para que todos entremos, digan los que tienen amigos: si os dijesen todos éstos: cuando yo no hiciere cosa contra vos

que sea digna de muerte, poco va en que os haga otros enojos cualesquiera que sean, ¿quién podrá sufrir tal respuesta? ¿Qué trato sería entre los casados? ¿Cuándo habría paz entre padres e hijos? Ni se hablarían, ni holgarían de estar juntos, y poco a poco vendrían del todo a apartarse. ¿Queréis saber qué es pecado venial? Dígoos que es pecado: entendedme: digo que el pecado venial no sólo es pecado venial, mas a boca llena es pecado. No os engañéis si leyéredes en algún Santo que este nombre pecado es análogo a pecado mortal y (no) a pecado venial, que también este nombre ser o substancia, bondad o sabiduría, son análogos, según aquel Santo, a Dios y a la criatura; mas no por eso dejamos de decir que el hombre tiene ser y tiene substancia, y bondad y sabiduría: ni el Santo quiso decir otra cosa, ni piense nadie que como decimos que el hombre muerto no es hombre, así el pecado venial no es pecado; eslo cierto y a boca llena; y así lo llaman los santos todos, y como a tal lo huyen, y como a tal lo lloran cuando lo han cometido. Y a quien le pareciere pequeña la autoridad de ellos, oiga la palabra de Cristo Nuestro Redentor, que dice (Joann., XX): *Cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados; y los que retuviéredes, serán retenidos*. En las cuales palabras instituyó el santísimo sacramento de la Penitencia, por el cual son perdonados a los que vienen dispuestos, no sólo los mortales, mas aun los veniales; que muy mal se engañaron los que pensaron que los pecados veniales no son materia del santísimo sacramento de la Penitencia (Conc. Trid., ses. 14, c. 5). Si dijeran que no son materia necesaria, acertaran en ello; mas si se confiesan verdaderamente, obran en ellos las llaves, y la verdad de este santísimo Sacramento; de manera que se comprenden en aquellas palabras de Cristo Nuestro Señor, «cuyos pecados perdonáredes serán perdonados», aunque no se digan veniales.

¿Queréis que lo diga el mismo Señor otra vez tan claro como aquesto? Dionos manera de orar y pedir perdón de estos pecados veniales, y lo que por un Evangelista dice que digamos (Matth., VI): *Perdónanos nuestras deu-*

das, en otro dice: *Perdónanos nuestros pecados*, sin decir veniales o no; porque en este nombre pecados se entienden unos y otros; pues que esta oración no sólo la rezan los que están en pecado mortal, mas aun los que están en estado de gracia, que cometen veniales. Y si bien se mira, más es oración propia de estos tales, que siendo hijos por gracia llaman Padre a Dios, que no de los que están en pecado mortal, enemistados con Dios, indignos de llamarle Padre, y si se lo llamaren, les puede El responder con mucha verdad (Joann., VIII): *Vosotros hijos sois del diablo*. Y si queréis otro nombre del pecado venial, que os parezca más feo, San Jerónimo dice que no es cosa liviana ofender a Dios, aunque sea en cosas que sean de sí muy livianas. Y porque no penséis que no se atrevió El a poner este nombre tan infame a cosa que tanto vos tenéis por liviana, oíd al Espíritu Santo, que por la boca de aquel santísimo varón Santiago dice de esta manera (Jacob., III): *Hermanos, no queráis ser hechos maestros, porque sabed que tomáis sobre vosotros más peligroso juicio; porque todos hemos ofendido en muchas cosas*. Y siendo esto verdad, no acierta quien dice que en el pecado mortal hay ofensa de Dios, y en el venial no. Ofensa hay, y aunque es mucho menor sin comparación, ¿quién habrá que tenga en poco cosa con que Dios se ofende; cosa que le desgracia el corazón, no para echar a su hijo o esposa de su casa, mas para no tratarla con aquella blandura y paz que quienquiera desea ser tratado?; y veces hay que les quita por esto los regalos e inspiraciones espirituales, y hablas que con ellos tenía; las cuales cosas quien las tiene en poco, no las ha experimentado; y quien las ha perdido por los pecados veniales, yo aseguro que no las llore poco, ni las huya poco.

Mas si por aquí no entendéis la malicia de pecados veniales, decíroslo hemos por semejanzas. San Bernardo dice que el pecado venial ensucia el ánima. Y otro dice que es como lodo y como polvo que se echa sobre ella. Mirad vos si sois hombre, o si sois mujer, si os holgaréis de traer suciedad, barro o polvo en la cara; y creo me responderéis, que ni aun en los brazos, manos ni pies;

poco os digo, que ni en vuestro bonete, ni la mujer en su tocado, ni en vuestra ropa, ni en el cabo de ella, ni en vuestros zapatos. ¿Decíslo así? (Luc., XIX), *De tu boca te juzgo, siervo malo*. Así dirá el Señor cuando en la hora de vuestra muerte os tome estrecha cuenta de vuestros pecados chicos y grandes, para convenceros sin otros libros, sin otras razones y autoridades. No sufres un poco de barro en tus faldas, ni en tus calzas, ni en tus zapatos, y súfreslo en ti mismo y en la mejor parte de ti, que es el ánima, y en sus principales potencias, que son entendimiento y voluntad. ¡Oh, sentido tan al revés! ¡Oh, sentido tan engañado! Y con cuánta verdad dijo de los tales (Psalm. XIX): *Mentirosos son los hijos de los hombres en sus balanzas*. ¿Qué es esto, hermanos? ¿Tan vivos para sentir los males del cuerpo, de la hacienda, de la honra? ¿Qué os diré de un poquito de barro en la capa, de una pajica, que traéis un mozo para que os la quite? Y que los que tenéis ojos para mirar cosas tan pequeñas, los que tenéis pesos para ponderar mucho la falta de la salud que tenéis, las necesidades, los trabajos que pasáis con vuestros hijos, con vuestros maridos, con vuestras mujeres, los cuales contáis muy por extenso (y aun os enojáis si no os lo creen y os ayudan a decir que es así), ¿porqué en los males del ánima (el menor de los cuales es mayor mal y os hace más daño que cualquier de esotros y que todos juntos, y que tanto ponderáis y sentís) estáis tan muertos a ellos como si fueran nada, y por risa los cometéis, y después de cometidos dáseos muy poco por ellos?

¿Queréis que os diga la causa? Oíd a San Pablo (Romanos, VIII): *Qui enim secundum carnem sunt: quæ carnis sunt, sapiunt: qui vero secundum spiritum sunt, quæ sunt spiritus sentiunt*. Esto tengo por cierto; quien no siente el lodo de los pecados veniales, o no tiene la gracia de Dios, y como muerto no siente nada, o tiene tan poca y tan poco sentido espiritual, que si no le dan una puñalada mortal no siente las otras heridas, ni bofetadas, ni azotes. El Señor dijo (Joann., X): *Yo vine para que tengan vida, y más abundantemente tengan vida*. Por-

que no se ha de contentar el cristiano con tener una vida tan flaca y enferma, que no tenga más de vida de que no está muerto del todo. Vivo está uno que está desahuciado de médicos y oleado por el sacerdote; mas no creo que os contentaríades vos con tener vida tan cercana a la muerte, y vida de que tan poco gozáis. Si amáis vida del cuerpo, sana, recia y alegre, ¿porqué la del ánima la queréis al contrario? El pecado mortal es muerte del ánima, y el pecado venial es enfermedad de ella, y la enfermedad hace al hombre flaco para hacer obras y para trabajar, quítale la fuerza para llevar cargas, y trae al hombre desabrido, y algunas veces tanto, que daría todas sus riquezas, y tener pobreza, por un poco de salud.

¿En qué andáis quejándoos de desconsuelos, desasosiegos, descontentos y cosas semejables, que las sabéis sentir y no remediar, ni aun entender la causa de ellas? Sabed que la enfermedad (cuánto más si es más que una, y mucho más si dura años) es cosa muy desabrida, y así lo es el pecado venial para el ánima; y que ese contento que vos deseáis es efecto de ánima sana, que con cuidado huye de pecados veniales, y tiene fuerza para hacer buenas obras, y paciencia para trabajos, y en lo uno y en lo otro está conforme con la voluntad del Señor, ¡Qué gran verdad dijo la Escritura (Prov., XVI): *Que la sanidad del ánima es dulcedumbre de los huesos*! Que como los malos no tienen paz, tampoco pueden tener alegría; y si no escudriñáis estos males, deciros he lo que dijo San Gregorio: *Los ojos que la culpa cierra, la pena los abre.* Día vendrá, cierto, en que experimentéis la estima en que Dios tiene los pecados veniales y por cuán ofendido se tiene de ellos, y os lo enseñará a poder de castigos y castigos de fuego, y recísimo fuego, en el purgatorio. ¿Quién creerá esto si Dios no lo dice? Mas dícelo El, y por eso el cristiano no lo debe dudar. Palabras son del Verbo encarnado, verdad engendrada del Padre, que de cualquiera palabra ociosa que los hombres hablaren darán cuenta en el día del juicio. ¡Oh, cosa tan lejos del sentido de muchos! ¡Oh, peso más sutil que el de la plata,

del oro, de las piedras preciosas! Pues para que una balanza de aquéllo algo se abaje, es menester algún peso por chico que sea, y en el peso del juicio de Dios, una palabrilla, que es un poco de aire, dicha sin causa se pesa en el peso, y lo abaja para ser castigado el hombre que la dijo. ¿Mas con qué, Señor, la castigaréis? Cosa terrible que el castigo de los pecados veniales en el purgatorio es vivísimo fuego, y no como el de acá, mas que atormenta tan gravemente que no se pueden comparar con él las penas que acá pasaron los mártires, aunque sea el ser desollado de San Bartolomé, y el ser asado de San Lorenzo, y todos los demás tormentos que en este mundo se han dado.

¿Qué os diré? Que hay penas en el purgatorio más recias que las que pasó Jesucristo Nuestro Señor con sus cinco mil azotes que le dieron, con la corona con que le traspasaron su santo cerebro y con los tormentos, que sobrepujan a todo sentido, que en la cruz y en la muerte pasó. Testimonio claro es aqueste de la bondad divina, pues tan reciamente castiga los pecados mortales, de los cuales aquí no se hizo entera satisfacción, y los pecados veniales, que tan livianos parecen. Y si el castigo fuera en el infierno, donde están los que mal le quieren y son enteramente sus enemigos, no pareciera tan grave el rigor; mas castigar en el purgatorio con fuego y con tan graves tormentos a los que tiene en su gracia, a los que son sus hijos y miembros vivos de Jesucristo, y a los cuales ama tanto que después de aquellos trabajos los ha de llevar a la gloria del cielo, esto parece mayor rigor en su modo que el de los dañados en el suyo. Da a entender Dios en castigar tanto los males de sus propios hijos, cuánto quiere que sean buenos, y aborrece tanto la maldad, porque es muy amigo de la bondad, y Él mismo es la misma bondad esencial e infinita. Y a quien esto le parece rigor, ni tiene lumbre de la verdad, ni amor entrañable de la bondad. No es verdaderamente casta la mujer casada que le parece mucho rigor que el castigo del adulterio sea el cuchillo del marido que le corte la cabeza. Ni me parece del todo leal el criado del Rey

que le parece pena demasiada la que se pone contra los traidores. Ni aun ama la fe católica como es razón el cristiano que no le parece justísima pena que la herejía sea castigada con fuego. Riñe el padre virtuoso, o madre, con el hijo liviano y derramado, y parécele al hijo que le encarece su padre las culpas más de lo que era razón; y a la hija liviana parécele incomportable su madre, porque le manda esconderse y recatarse de las ocasiones que le pueden traer a perder la castidad, o cuando la castiga por algún defecto que acerca de ella haya hecho.

No es pequeña merced de Nuestro Señor, ni pequeña señal de tener un hombre su espíritu, cuando siente de las culpas ser cosa muy mala, y los castigos menores de los que ellas merecen. Y así dice San Agustín, que el que tuviere sentido de la altísima sabiduría y lumbre de Dios, juzgará que el castigo que hizo Dios en todos los hombres desde el principio del mundo hasta el fin por el pecado de Adán, no le parecerá ser sobrado, sino muy justo. Por tanto, quien del castigo que Dios hace por los pecados veniales se escandalizare, testimonio da de la poca lumbre que tiene y del poco amor de la bondad, con el cual siente poco la pérdida de ella; y por el mucho amor que tiene a la carne le parece recio el castigo. El es el que tiene falsas balanzas, que *los juicios de Dios* —como dice David (Psalm. XVIII)—*verdaderos son, y en sí mismos justificados*, y con gran verdad se canta de El (Deut., XXXII): *Dios es fiel, y sin ninguna maldad, justo y derecho;* y así como su castigo pone temor a los malos, así pone gran consuelo a los buenos. Porque demostrándose tan justo en aborrecer y castigar aun los males pequeños, declara cuán largo es en galardonar los bienes aunque pequeños; y que si aborrece al malo, ama al bueno, y que en queriendo uno, será favorecido de Dios con toda su omnipotencia.

¿Quieres, pues, cristiano, no temer el castigo de Dios y su justicia? Haz bien, como dice San Pablo, y serás alabado y favorecido de ella. Y entiende que así como los pecados veniales no son todos iguales, tampoco la pena que por ellos se da. Y aunque lo que dijo San Gregorio,

de ser mayores las penas del purgatorio que las penas de Jesucristo Nuestro Señor, sea verdad, cotejando la mayor pena del purgatorio con la Pasión del Señor: mas las otras penas no se sigue que sean mayores ni que sean iguales. Aquí se verifica también como en el castigo del infierno: según la medida del delito, será la medida de los azotes. San Pablo dice que sobre el buen fundamento, que es la fe, esperanza y caridad, por el cual está un hombre en estado de gracia; unos, y éstos son los buenos y aprovechados cristianos, edifican oro, plata y piedras preciosas, que son buenas obras, edificio conforme a tan buen fundamento; mas otros hay mal mirados, negligentes y de poco saber, que no siguiendo la conformidad con el buen fundamento, edifican madera, heno y paja, cosas que ni tienen firmeza, ni valor de oro, ni plata, ni de piedras preciosas; y no sólo no tienen valor de bien, mas aun pérdida y mal. Y aunque esto no se conozca ni se estime, *el día del Señor*—dice San Pablo (I Corintios, I; Matth., XXV)—*que es el día de la muerte*, donde Dios ha de juzgar a cada uno según sus obras, aquel día, con el fuego que ha de traer manifestará qué tal es la obra de cada uno; y si ha edificado oro, plata y piedras preciosas, aunque pase el fuego por él no le quemará, ni el tal hombre perderá de su edificio; mas el que edificó la madera, heno y paja, no le hace injuria el fuego en se la quemar, pues es propia materia donde él prende y con que se ceba. Y aunque el tal fuego no le cause condenación del infierno, porque halla allí fundamento de fe, esperanza y caridad, mas atormenta al tal hombre por los pecados veniales, y salvarse ha, mas por medio del fuego. Y este será más recio cuando quemare la madera, y menos cuando quemare al heno, y muy menos cuando la paja.

Diferentes son las mansiones de la gloria que hay en el cielo, diferentes las sillas de los condenados en el infierno, y también diferente el castigo de los hijos en el purgatorio. Si vuestros pecados veniales son muy graves y gruesos como madera, así como una gula destemplada en comer o beber, un exceder mucho en precio y curiosidad de ves-

tidos. unos deshonestos pensamientos, con mucha negligencia resistidos, aunque no lleguen a pecado mortal, y cosas de esta manera que traen consigo culpa notable, que parece que frisan con pecado mortal, tened entendido que cuando os muráis, lleváis madera con vos, y que prenderá en vos el fuego de la divina Justicia, tanto con mayor rigor cuanto vos llevasteis materia en que el fuego mayor llama hiciese y más tiempo durase: y tener en poco estos pecados veniales, es causa o de graves tormentos en el purgatorio, o de cometer acá pecados mortales, y por esto está mucha gente perdida; porque escrito está: (Eccl. XXI) «Como de la cara de la culebra, huye el pecado.»

Si queréis tener guardada vuestra ánima de pecados mortales, tenedla guardada de los veniales, y especialmente de los mayores; porque sin esta guarda y cuidado entended que la serpiente del pecado mortal os ha de morder, y las bestias, que son los demonios, han de entrar en la heredad de vuestra ánima, y hollarla y pacerla, y hacer morada en vos. Tras estas culpas gravísimas, figuradas en la madera, vienen otras que son menos graves, algunas de las cuales cuenta el glorioso Doctor San Agustín en el libro de *Natura et Gratia*, diciendo así: *Hac ergo Virgine Maria excepta, si omnes illos Sanctos et Sanctas cum hic viverent, congregare possumus, et interrogare, utrum essent sine peccato, quid fuisse responsuros putemus? Utrum hoc quod iste dicit? An quod Joannes Apostolus: Si dixerimus quod peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est?*

No es cosa tan grave un pecado venial hecho por inadvertencia, y aunque sea advirtiendo, como el que tiene raíz en el corazón de inclinación natural, de mala costumbre, de afección pegada o deshonesta, o de codicia, o de honra, o de cosa de esta manera, que como raíz o árbol brota aquel fruto de sí. Tenga grande atención quien quiere tener cuidado de sí, de que la fuente donde mana su agua, que es su corazón, por el cual se entiende la voluntad, esté limpia, no pegada con amor demasiado, aunque no mortal, con criatura ninguna; porque así

como juntándose el agua y la tierra se hace lodo, y ensucia a quien lo trata, así quien pegare su amor con la criatura, si no fuere por Dios Nuestro Señor, entienda que tiene lodo dentro de sí, y que por hermosa o preciosa que le parezca la tal criatura, se ha de verificar lo que dice el Espíritu Santo (Eccles., XIII): *Quien tocare la pez, será ensuciado con ella.* Y cuando estas aficiones no se quitan del corazón, acaece muchas veces estarse los hombres con los pecados veniales que de ellas proceden, sin mirar en ellos, ni sin arrepentirse de ellos; y aunque confiesan, no se les quitan, porque les place tener aquella afección, y no procuran de quitar la raíz que en el corazón está, que es causa y ocasión eficacísima para que muchas veces el hombre haga obras conforme a la tal afección, y muchas veces sin mirar en ello.

Examínese, pues, cada uno con diligencia y cuidado, y mire dónde tiene puestos sus pies, que son las afecciones de su corazón, sus inclinaciones, el amor de los hijos, y el de los casados uno en otro, y de cosas semejantes, y oigan lo que dice San Agustín: *Señor, poco te ama quien alguna cosa ama contigo, que no la ama por amor de Ti.* No es este amor tal que haga amar a la cosa más, o tanto como a Dios Nuestro Señor; mas aunque sea menos, hay desorden, porque no se ama por Dios, o en Dios, y tanto se le quita al amor divinal cuanto se le da a éste.

Y por esto dice el Apóstol San Pablo (I Cor., VII): *Los que tienen mujeres, como si no las tuviesen; los que compran hacienda, como si no la poseyesen, los que usan de este mundo, como si no usasen de él;* porque la figura de este mundo se pasa: eso quiero, que estéis sin congoja, y la congoja, del amor desordenado procede. Y aunque la tal inclinación o afección no es pecado cuando sale en acto, mas según se ha dicho es grande ocasión para él, y muchas veces obra el hombre de dentro o de fuera conforme aquella afección o inclinación que tiene dentro de sí.

¿Quién tendrá el fuego en su seno—dice la Escritura (Proverbios, VI)—*y no se quemará?* Sacudirlo conviene de sí, si no queremos llevar al otro mundo manojos de heno en que ardamos, y nos atormente el fuego de la

divina justicia. Y quien de ella y del heno hubiere escapado por la misericordia de Dios Nuestro Señor, dando El su gracia, con la cual el hombre vive con mucho recato, teniendo su ánima purificada de extraño amor, viviendo con diligencia, mirando qué piensa, qué habla y qué obra, procure de guardarse también de estos pecados veniales, que son muy menudos, significados por paja, la cual, aunque se quema en el fuego, ni es tan recia ni tan durable como las otras cosas. Estos pecados son tan sutiles, que algunos de ellos caen aun en los hombres muy santos; tanto, que sacado el Hijo de Dios y su Madre bendita, ninguna persona ha habido en el mundo, ni la habrá, que no edifique alguna paja de aquéstas, unos más veces que otros, y más grandes pajas que otros; mas estar sin ninguno, si no fuere por algún tiempo no largo, ni es ni puede ser, si no fuese por algún particular privilegio, cual fué dado a la sacratísima Virgen María, como el santo Concilio Tridentino lo afirma.

Vida miserable es aquesta, en la cual los más descuidados caen en pecados mortales, y los que algún cuidado tienen para huir, éstos caen en veniales, y muy graves, y los más cuidadosos en menos graves. Y que por santo que un hombre sea, aunque sea Apóstol de Dios, que fueron los más santos en santidad que todos los otros, no escapan de aquestas culpas, aunque muy livianas. Y el castigo de todos dice el Apóstol San Pablo que es fuego. ¿Qué remedio, hermanos, tendremos? Pues que nuestros pecados veniales en unos serán pajas, y no muy pequeñas, en otros heno, en otros madera, y ha de quemarnos el vivísimo fuego del purgatorio, del cual no saldremos *hasta que*—como dice el santo Evangelio—*paguemos el postrer cuadrante*, que vale dos minutos: y otro Evangelio dice, *hasta que paguemos el postrer minuto*, que, según declara Orígenes, quiere decir las mismas culpas que hubiéremos cometido. Recia cosa es el fuego: y como dice San Agustín: «Aquel fuego excede a toda la pena que han pasado en este mundo los mártires», y de fuego tan vengativo Dios nos libre, aunque no nos queme, como a los que más quema.

No puedo sufrir tener llegada la mano a un fuego de acá más de lo que conviene; siento mucho caerme en la mano una centella o agua hirviente; ¡y que me meta el ánima entera, que es la raíz del sentir, en el fuego tal como aquél! No es buen consejo: aprovechémonos de la misericordia de Dios, que por la Sangre de Jesucristo Nuestro Señor perdona con misericordia en este mundo los pecados veniales; y es fácil cosa sufrir aquí el castigo de sus manos, que por ellos nos da, para que no vayamos al fuego del purgatorio, donde su justicia con rigor castiga las culpas, y aunque no para siempre, mas en su manera se puede decir con mucha verdad lo que San Pablo dice (Hebr., X), que es cosa espantable caer en las manos de Dios vivo. Aprovechémonos de la amenaza de allí para no ir allá; tomemos los remedios suaves en este mundo que la Sangre bendita de Cristo nos ganó, el cual por su grande amor nos lavó de nuestros pecados, y con su Sangre ¿Tenéis muchos? Creo que sí. ¿Os dan pena? También lo creo. ¿Pero quién no la recibirá de haber dado enojos a Dios, aunque no sean mortales? ¿Y quién no deseará de tener con El comunicación amorosa estando en su gracia y teniendo con El trato gracioso? También creo que además desearéis tener vuestra ánima limpia, sin lodo y sin polvo, y no probar a qué saben los tormentos del purgatorio, a lo menos lo menos que pudiere ser, en cuanto fuere en nosotros. Oídme los que deseáis estas cosas, y bendecid al Señor, que con el grande amor que nos tiene ordenó medios de paz y paz perfecta, quitando de en medio todo enojo grande o chico que esté entre Dios y entre nosotros.

Y pues que la Sangre de Jesucristo derramada en la cruz en remisión de nuestros pecados es la que los quita en los Sacramentos, y por los medios que diremos, no porque ella realmente esté en ellos ni en aquellas cosas, ¿cuánta más razón es que por este divinísimo Sacramento, en el cual está presente la misma Sangre que fué derramada en la cruz, se perdonen los pecados veniales? El mismo Cuerpo que en la cruz estuvo, la misma Sangre que se derramó, ése comemos y ésa bebemos en memoria

de aquella sagrada Pasión que se celebró en remisión de nuestros pecados. No es mucho, pues, que representándose aquí el derramamiento de aquella sangre, y estando ella presente aquí, bebiéndola con devoción se nos aplique el perdón que allí nos ganó. San Ambrosio dice: «Si la muerte del Señor anunciamos en este Sacramento, y el perdón de los pecados, yo debo tomarla siempre para que se me perdonen mis pecados siempre: y yo que siempre peco, debo tomar siempre la medicina.» ¿Qué no se podrá esperar de tan grande merced como es recibir aquí al mismo Señor, fuente de toda gracia y de todo perdón? Pues como dice San Pablo (Rom., VIII): *Todas las cosas nos dió con el Hijo;* no dude nadie de recibir el perdón, pues que aquí está el sacrificio, con tal que venga el hombre aparejado como debe venir. Cosa es de considerar cuántas preparaciones se requieren para bien gozar de aqueste Señor, significadas en las santas palabras que el Señor a sus discípulos el Jueves Santo en la noche antes que los comulgase les dijo, con las cuales les limpió las ánimas de las inmundicias que se les habían pegado de las ordinarias flaquezas, y particularmente de la soberbia y contención que habían tenido, deseando ser cada uno mayor y pensando que lo merecía ser en ausencia de su Maestro. Reprendióles y enseñóles el Señor, y no sin fruto, pues dijo: «Vosotros limpios estáis por la palabra que os he hablado.» Pues si están limpios, Señor, ¿para qué es esa bacía de agua?, ¿el ceñiros el lienzo?, ¿el arrodillaros delante de sus pies y lavárselos con vuestras sacratísimas manos? Ser obra sin provecho no se puede creer, así por ser tan admirable como por ser vos el que la hacéis. Y no es el provecho sólo darles el ejemplo de humildad, mas también , como San Bernardo dice, éste es ministerio de perdón y limpiamiento de nuestros pecados.

«Si no te lavare—dijo el Señor a San Pedro—no tendrás parte en la gloria conmigo, porque para entrar allí ha de estar un hombre limpio de todo pecado mortal y venial.» Y porque el Señor los quería del todo limpios, y ya lo estaban de los mortales, y no de todos los veniales,

limpiólos el Señor de fuera y de dentro, para que así fuesen del todo limpios a recibir su santísimo y limpísimo Cuerpo. Es tanta nuestra flaqueza, especialmente la de los flacos e imperfectos, que aunque ahora los limpie el Señor de algunos veniales, les quedan otros, o si los limpia de todos, tornan presto a algunos de ellos. Si vos habéis de hacer lo que es razón para purificaros de los pecados veniales y recibir a este Señor, aunque haya poco que os habéis confesado, es razón que la noche antes os recojáis y miréis con atención la grandeza del Señor que habéis de recibir otro día; y cuán justamente a nuestra ánima, que ha de ser su casa, se le debe pedir toda limpieza, y mirar y remirar los escondrijos de vuestro corazón; y lo que en él halláredes no limpio, y con todo lo demás que habéis hecho, gemidlo, para que mediante vuestro dolor, el Señor os lo perdone y limpie vuestra ánima. Y tras esta purificación reconciliaos después, y seréis purificados otra vez por el Santo Sacramento de la Penitencia, figurado en aquel gran vaso lleno de agua que mandó Dios nuestro Señor poner a la puerta del templo, en el cual se lavasen los sacerdotes que entrasen a sacrificar.

Comiénzase luego la Misa, y tornáis a decir la confesión general, con la cual se perdonaban los pecados veniales; y después del Evangelio y el Credo tornáisla otra vez a decir; y después otra vez cuando ya estáis para recibir al Señor. Y aunque sean muchas las purificaciones, es tanta nuestra impuridad y la pureza de este Señor que vamos a recibir, que siempre hemos de pensar que aun nos queda algo de purificar; y aunque no nos quedase, toda pureza es menor de la que se debe a Señor tan limpio, que San Juan Bautista, siendo como ángel en la tierra, tiembla de le tocar, y los ángeles de le adorar. Mas no penséis que habiendo vos hecho según vuestra flaqueza estas diligencias y otras para llevar vuestra ánima limpia para recibir al Señor todo limpio, que si con todo eso os quedan pecados veniales, ha de haber el Señor asco de vos y entrar de mala gana en vuestra ánima. Acordaos que el Profeta Isaías fué puesto en es-

píritu en un templo donde vió un gran Señor, de cuya majestad estaba llena toda la tierra, al cual los serafines con grande clamor le cantaban diciendo: «Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de tu gloria.» Lo cual visto y oído por Isaías, hallóse tan indigno de estar allí, y con la claridad de aquel Señor conoció sus propias faltas, que antes no conocía; y compungido en su corazón, y muy humillado, dijo: «¡Ay de mí, que soy varón de labios sucios, y moro en medio de pueblo que los tiene de la misma manera!»

No me espanto yo que un cristiano puesto delante de un altar, viendo con los ojos de la fe al Señor que allí está, y que a quien va a recibir es verdadero Hijo de Dios, igual a su Padre, y verdadero hombre, de mayor dignidad que los ángeles, al cual le cantan los serafines cantares de mucho loor con todas sus fuerzas, que el tal cristiano se encoja y humille y se le represente su indignidad más que antes, y gima diciendo: «¡Ay de mí, que soy pecador!» Mas no desmayéis, que si tembláis como Isaías, también habrá remedio para vos como para él. Voló un serafín de aquellos que estaban alabando al Señor, y fuése al altar donde había fuego, y tomó con unas tenazas un carbón encendido, y fuése con él adonde estaba Isaías y tocó con el fuego sus labios, y díjole palabras de mucho consuelo: «Mira que he tocado tus labios, y es quitada tu maldad, y quedas limpio de tu pecado.» Gran cosa se hizo con él, mas mayor se hace contigo. Un serafín voló para le limpiar, y con un carbón, que es una poca de leña encendida, le tocó sus labios. Mas quién contará la sobrepujante merced que en el altar se hace al cristiano cuando recibe a Nuestro Señor, pues no envía serafín para que limpie nuestros pecados, mas aquel mismo Señor que allá vió Isaías en espíritu, el cual dice San Juan que era Jesucristo, ése mismo desciende de la silla de su gloria, y no con carbón encendido, mas consigo mismo; y no se contenta con tocar nuestros labios y transformarnos en sí, ni para hasta entrar en nosotros, para que de más cerca de nuestro corazón más excelentes efectos obre con El. Escrito está (Deut., IV): *Nuestro Dios, fuego*

gastador es. Y en otra parte (Malac., III): *¿Quién podrá pensar el día de su advenimiento, y quién estará en pie para poderlo mirar ?Porque El será como fuego que apura y como hierba con que emblanquecen los paños, y sentarse ha apurando y limpiando la plata, y purificará los hijos de Leví.*

En aquel día del terrible juicio de Dios será fuego gastador de los malos, ejercitando en ellos tan de verdad su justicia, que examinando sus obras y hallándolas malas se cumplirá lo que está escrito (Malac., IV): «Sabed que vendrá un día encendido como horno, y todos los soberbios y que obran maldad serán como paja, y quemar los ha el día que viene, dice el Señor de los ejércitos, y no dejará en ellos tronco ni hoja: gastarlos ha el Señor para siempre, castigándolos con deshonra, pobreza, tormentos, sin dejar cosa sin castigo, en cuerpo ni en ánima.»

Allí está el Señor, fuego terrible que castiga sus enemigos con severidad. En el purgatorio es fuego que con justicia castiga a los que son sus hijos, con severidad y misericordia, aunque parece tener más parte de rigor que de la dulcedumbre. También es fuego castigando a sus hijos en este mundo con la tribulación, en la cual se perdonan los pecados y se apuran los hombres en el horno de la tribulación, que aunque duela, mucha más parte tiene la misericordia que la justicia: más usa el Señor oficio de padre que de juez; pues está escrito (Hebr., XII): *Castiga el Señor al que ama, y recibe contentamiento en él, como el padre en su hijo.* Mas por enseñar el Señor la suavidad de su amor y el abismo de su dulcedumbre, sin mezcla de amargura ninguna, enseñónos que es fuego de otra manera, escondido a todo humano entendimiento. ¡Quién alcanzará que era Dios tan verdaderamente fuego de amor que descendiese del cielo, y se hiciese hombre por puro amor, y dijese: «Fuego vine a traer a la tierra? ¡cuánto deseo tengo de que se encienda! Con un bautismo tengo de ser bautizado: ¡cómo vivo en estrechura, hasta que sea cumplido!» Fuego de amor es el Señor, y descendiendo El acá, y trabajando por nosotros El en su vida, y muriendo por nosotros en

la cruz, fué encendido con fuego de grave tribulación, y con entrañable amor que de dentro más le abrasaba; y muerto de amor por nosotros, dásenos en manjar para que, encendidos con tal amor, vivamos por El.

En el día del juicio se sentará como fuego, examinando y purificando a los que estuvieren delante de El; y lo mismo hace aquí desde el santo altar: aquel día es encendido así como fuego, y quemará y gastará a los malos desde el tronco hasta la hoja; y aquí está el mismo Señor purificando y colando a sus hijos, gastando en ellos la escoria de los pecados veniales, dejándolos limpios de muchos de ellos; y si mejor disposición traen, purifícanlos de todos, sin dejarles chico ni grande.

No parezca a nadie cosa imposible, ni aun muy dificultosa, haber muy pocos hijos de la Iglesia católica que con tal cuidado viven de caer en pecados veniales. Pocos, y con tan buen aparejo reciben este fuego divinal que aquí está, que queden sin pecado ninguno, y les dure aquella limpieza a unos más tiempo, y a otros menos, según la medida de su diligencia y la gracia que el Señor les da. Que no dijo en balde el ángel San Gabriel al Profeta Daniel (Dan., IX): *Que se acercaba el tiempo en que fuese ungido el Santo de los santos, y viniese al mundo una justicia sempiterna, y el pecado recibiese fin.* ¿Queréis ver un testimonio de que como lo prometió Dios lo cumplió? Oíd a San Juan Evangelista, testigo abonado, cuyo testimonio, según dice él, es conocido por verdadero, cuyas palabras son éstas (I Joann., I): *Si dijéremos que no tenemos pecados, nosotros nos engañamos, y la verdad no está en nosotros; mas si confesáremos nuestros pecados, fiel y justo es Dios para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.* Y arriba había dicho: *Y la Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.* No os espantéis; que pues en la cruz aquella Sangre bendita fué tan subida de precio que mereció el perdón de todos los pecados del mundo, que recibiéndola uno a ella misma cuando recibe el Cuerpo del Señor, le limpie de todo pecado venial. ¿Queréis saber cómo? Es fuego el Señor que allí está; fuego que consuela y no aflige; fuego que quien está en

El no desea salir de El, como los que están en las otras maneras de fuego.

Oíd, que dice San Agustín hablando con este Señor: «¡Oh, fuego santo, cuán dulcemente ardes, cuán suavemente quemas; pluguiese a Ti que todo yo ardiese en Ti!» Y si es fuego, y tan maravilloso y poderoso, no os maravilléis que eche centellas de sí y pegue calor a los que se acercan a El, según lo experimentan los que con pureza de ánima llegan a este Señor; algunos de los cuales, en entrando en la iglesia sienten su corazón encendido con calor que sale de aquel Señor, y otros se sienten del todo mudados cuando están en el altar esperando a lo recibir, y experimentan, que así como el Profeta David hablando con Dios del grande rigor que enseñará a los malos en el día del juicio, dice (Psalm. XX): *Ponerlos has como horno de fuego en el día de la manifestación de tu Padre; el Señor en su ira los conturbará, y el fuego los tragará;* así en este santo día, y en esta dichosa hora, cuando uno está en la presencia de este divinísimo Sacramento, esperando de lo recibir saltan en él centellas que del Señor salen, que lo encienden en fuego de amor divinal, y lo muda el Señor, no con ira, sino con blandura, y lo traga el fuego de su amor. No es maravilla que pues Dios tiene ira para conturbar y quemar a sus enemigos, que tenga bondad y dulcedumbre de amor para en presencia de su gesto derretir y suavemente quemar a sus hijos. Y si antes que el fuego sea recibido del hombre lo enciende con sus centellas, y lo calienta con su calor, ¿qué se puede esperar después que el cristiano ha metido dentro de sí este dulcísimo y eficacísimo fuego, sino que de todo quede hecho horno de amor, que en su manera imite y participe al fuego inmenso, que es Dios? ¿Quién dirá que no es fuego y horno encendido un Apóstol San Pablo, cuando decía (Rom., VIII): «Que ni tribulación, ni angustia, ni espada, ni vida, ni muerte, ni cosa presente, ni por venir, ni criatura baja, ni alta, no le podrían apartar del amor de Dios, que está en Jesucristo?» Recibió el fuego, y tornóse fuego; porque no puede dejar de encenderse quien bien lo recibe, ni es posible al-

canzar de otra parte, si de El no, una centella de fuego.

Oíd a San Ignacio mártir, que dice: *El amor mío el Crucificado es, y no estoy en mí.* Y San Pablo dice (Galat., II): *Vivo yo, mas no yo, Cristo vive en mí.* ¡Habéis visto tal trueco, y tan bienaventurado? Que el hombre es unido con Jesucristo y transformado en El. Pues este trueco, esta unión por amor, que estos Santos y todos los que están en gracia tienen, en este santo Sacramento es significada y es hecha. No veis que recibimos al Señor debajo de forma de manjar, y el bien recibirlo no ha de ser sólo comerlo, mas tener calor para digerirlo; pues cuando no hay calor en el estómago, el manjar es pesadumbre y causa de enfermedad, en lugar del mantenimiento y salud para que se tomaba. Con la fe comemos a Cristo y con el amor le digerimos; y como su amor sea muy más fuerte que el nuestro, digiérenos El y conviértenos en sí, pegándonos consigo, a semejanza de un manjar que el hombre ha comido, que después que ha pasado dentro del cuerpo, por muchas operaciones que en él ha hecho el calor natural, al fin viene a pegarse como engrudo en la misma substancia del hombre, quedando hecho semejable, siendo primero cosa muy diferente.

¡Oh, eficacísimo fuego de Jesucristo Nuestro Señor, cuánta es tu suavidad! ¡Cuánta nuestra honra y provecho el día y hora que ordenaste esta misericordia incomprensible de entrar Tú en nosotros hecho nuestro manjar, y con el gran calor de tu amor mudarnos, y mudarnos hasta que quitada nuestra escoria, nos haces semejables amándote en semejanza de como nos amas, y llevando el fuego de aqueste divinísimo Sacramento, que es el más excelente de todos! El Bautismo es señal y causa de regeneración; otro Sacramento que da fuerza para confesar la fe es llamado Confirmación; otro que da perdón de pecados, Sacramento de Penitencia; y así los otros tres tienen sus particulares nombres, significaciones y efectos. Muchas hijas congregaron riquezas; mas Tú, divinísimo Sacramento, excedido has a todas. La perfección de la ley consiste en amor. La cosa que a Dios más agrada es amor, y nuestra bienaventuranza está en juntarnos

con Dios por amor; y este divinísimo Sacramento se llama Sacramento de amor y unión; porque por amor es dado, amor representa, y amor obra en nuestras entrañas; de manera que, pues todo este negocio es amor, el Señor recibido es fuego, el que bien lo recibe también lleva fuego de amor. Juntándose tales dos fuegos, ¿qué tales pensáis que pasarán los pecados veniales? Ningún fuego con tanta ligereza quema una paja pequeña, con cuanta por la obra de este Sacramento es deshecho y quemado el pecado venial. San Damasceno dice, que cuando el fuego de nuestro deseo se junta y recibe a este fuego y carbón encendido divino, que es Jesucristo, quema nuestros pecados y alumbra nuestros corazones.

El pecado venial cáusase de tibieza de amor: y como aquí el amor del hombre, encendiéndose más con la compañía del amor divinal, hierve y sobrepuja a sí mismo, destruye y aniquila a los pecados veniales como una cosa poderosa a un contrario suyo muy flaco; como el fuego toma entre manos al metal de oro y plata, y obrando en ellos, quita de ellos lo que no es semejable, y los deja apurados y resplandecientes. Y de esto no se maraville nadie, pues el fuego de amor bastó a purificar tantas escorias de pecados mortales y veniales como la Magdalena tenía, según el Señor dió testimonio, diciendo (Luc., VII): *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho.* Lleguemos, pues, con firmeza de fe, con buena esperanza, con fuego de amor a este fuego inefable que aquí está encerrado, que sin falta acrecentará lo bueno que El mismo nos dió, y quemará lo que hallare extraño, dejándonos apurados, resplandecientes, limpios y santificados; que escrito está, que dice Dios, y aquí lo hace (Isaí., XLIV): *Yo quité tus pecados como el sol quita las nubes.* Es fortísimo fuego para quemar las escorias que afeaban el ánima; es fortísimo sol de justicia, que con su grande calor consume las nubes de los pecados veniales que se habían puesto en medio de Dios y del ánima; porque aunque el sol del todo no se fuese de ella y la dejase a obscuras, mas eran impedimento para que no le luciese ni la calentase como solía, y, en fin, estaba

una cosa en medio de Dios y del ánima, que ni a El ni a ella hacía buen gusto; lo cual quitado por este sol de justicia que en el hombre entró, el ánima goza de su Dios a su placer, y el Señor descansa en ella muy de mejor gana que en el cielo empíreo, pues como en casa que más le costó, mora, como San Bernardo dice, de mejor gana que en el mismo cielo. Y así como El es lucidísimo y hermosísimo sol, así la parará a ella resplandeciente, semejable a El, como fué figurado cuando se transfiguró en el monte Tabor, y le resplandeció la cara como el sol y fueron hechas sus vestiduras blancas como la nieve.

Nosotros nos vestimos de Cristo, como dice San Pablo, porque en la gracia y virtud que de El recibimos perdemos nuestra fealdad y cobramos honra y hermosura del cielo, y nosotros somos vestiduras de El; porque nuestros bienes son gloria suya, y lo atavían y honran, pues son testimonio de su grande bondad con que nos los dió y el gran valor de su Sangre con que nos los mereció. Y estas vestiduras que atavían su Cuerpo, y aun se llaman su Cuerpo, que somos nosotros cuando nos transformamos en El, participamos del resplandor que recibió en su cara cuando se transformó, siendo emblanquecido más que la nieve, como David lo deseaba y pedía, diciendo (Psalmus L): *Rociarme has, Señor, con hisopo, y seré limpio:* lo cual se hace cuando nos limpian de pecados mortales; lavarme has, y seré emblanquecido más que la nieve cuando nos limpian de pecados veniales. Para todo tuvo amor, para todo tuvo precio su Sangre.

Amónos—dice San Juan—(Apoc., I)—*y lavónos en su Sangre.* Y pues recibiendo el Cuerpo del Señor recibimos también su Sangre que en sus venas está, no se maraville nadie que metiéndonos en esta piscina, que aunque roja en el color, tiene virtud para emblanquecer, salgan nuestros vestidos limpios de manchas, que, como dice el Evangelista San Marcos, ningún batanero sobre la tierra tan blancas las pudiera parar y entonces obra el Señor lo que está escrito (Ephes., V): *Que se entregó a la muerte para parar a su Iglesia hermosa, que no tenga mancha ni arruga, ni cosa de esta hechura, para que sea*

santa y sin mancha de pecado venial; porque tales para a los que bien le reciben, que no les queda mancha de pecado venial, y les quita las arrugas de las imperfecciones, y algunos principales miembros de su Iglesia los deja tan libres y resplandecientes, que ni les queda culpa ni pena de pecado venial; y si acabado de comulgar muriesen, volarían al cielo como si hubieran recibido el santo Bautismo. A otros les quita todas las culpas de pecados veniales, y pierde los enojuelos que con ellos tenía, y les deja reformado el fervor del amor que habrían perdido, aunque queden en alguna obligación a pagar penas de purgatorio. Estas cosas obra el Señor diferente, según las diferentes disposiciones de quien lo recibe; y no hay remedio tan grande para purificación de nuestros defectos, y quemar las pajas de pecados veniales, como bien recibir este fuego sagrado con que se encienda el fuego de nuestro amor y se quemen las pajas de los veniales. Y aunque no se pueda pasar esta vida sin caer en algunos de ellos, si tomamos esta medicina dulcísima y suavísima, no nos dañarán, pues por ella nos son perdonados, hasta que este mismo Señor, que aquí nos limpia de nuestros pecados, nos dé tan fuerte limpieza que nunca más la podamos perder, confirmándonos en su gracia y dándonos gloria.

TRATADO XVIII

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

David et omnis Israel ludebant coram Domino.

«David y toda Israel se regocijaban ante el Señor.»

(II Reg., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



DESDE que el Soberano Señor, para gloria de su bondad, crió hombres, siempre tuvo comunicación con ellos, enseñándoles los hermosos caminos de la virtud, y oyendo sus oraciones, y recibiendo servicios y sacrificios de las manos de ellos, como parece en el discurso de la humana generación, que duró el tiempo de la ley de naturaleza. Mas cuando este Señor quiso ser conocido y servido de mayor número de gente, eligió al pueblo de Israel, que estaba cautivo en Egipto, y sacándolo con grandes milagros de aquella miseria en que estaba, trájolo al monte Sinaí, donde después de haberle dado la ley por la cual reglasen sus obras y diesen testimonio de la obediencia que se debe al Señor, ordenó que hubiese lugar señalado donde su pueblo le ofreciese devotas oraciones y sacrificios en testimonio de su divinal Majestad, la cual es principio y fin de todas las cosas, y como a tal le sa-

crificasen y orasen, y El, como Omnipotente y de suma bondad, les oyese, enseñase y con serena faz recibiese sus sacrificios, usando con ellos obras de Padre y Maestro, y con estas entrañas dijo a su siervo Moisés (Exodo, XXIV): *Hazme un tabernáculo, y moraré entre vosotros*. Beneficio grande por cierto, avecindarse el Criador con sus criaturas, y señalar lugar donde los efectos de su misericordia fuesen más usados y diesen testimonio del particular cuidado y amor que Dios a aquel lugar tenía. Obedeció Moisés al Mandamiento de Dios, y recibida de El la traza de lo que debía hacer, mandó fabricar un tabernáculo de madera y un arca de madera de Setín, dorada toda de dentro y de fuera con purísimo oro; la cual tenía dos codos y medio en largo, y uno y medio en ancho, y otro tanto en alto; y como dice Josefo, cada codo tenía dos palmos.

Esta arca fué llamada el Arca de Dios, y fué puesta en la parte más honrada del tabernáculo, y allí era Dios consultado por su sacerdote, y daba respuestas de lo que debían hacer. Y dentro de ella mandó Dios poner las dos tablas de piedra en que estaban escritos los diez Mandamientos con su mismo dedo; dando a entender que su ley no la debemos echar tras las espaldas, mas tenerla guardada como cosa de mucho precio en nuestra memoria y corazón, como en preciosísima arca. Y aunque en otra parte dice la Escritura ((Núm. XVII) que estaba en esta arca también la vara de Aarón, que floreció en testimonio de que Dios le elegía a él y a sus descendientes por sacerdotes, con esta vara también dice que estaba un vaso lleno de maná celestial, para memoria del beneficio que hizo Dios a aquel pueblo manteniéndole con este manjar por el desierto cuarenta años enteros. Mas pues la Escritura divina no puede contradecirse, porque toda ella y cada parte de ella es inspirada por el Espíritu Santo, que es suma verdad, hemos de entender, para quitar esto que parece contradicción, que dentro de la misma arca no estaban sino las dos dichas tablas, y en lo de fuera de ella estaban apegadas estas otras dos cosas: conviene a saber, la vara

y el vaso del maná, o como dice Santo Tomás—sobre San Pablo, capítulo IX de los Hebreos—donde dice el Apóstol que estaban estas tres cosas en el arca, se ha de entender que de principal intento estaban las tablas solas. Esta dicha arca fué traída en los hombros de los levitas, y otras veces de los sacerdotes, hasta que fué puesta en la tierra de Promisión, en la tribu de Efraín, en un lugar que se llamaba Siloé, y después fué cautivada de los filisteos, y vino a Betsames, y desde allí fué llevada a Gabaa, que es muy vecina, o es collado de Cariatiarim, que quiere decir ciudad de las Silvas, según lo canta el Salmista, que dice (Psalm. CXXXI): *Oímosla en Efrata, y hallámosla en los campos de las Silvas*, que es la dicha ciudad de Cariatiarim. Y si Efrata es nombre apelativo, que quiere decir fertilidad, no será lugar distinto, sino esta misma ciudad, que era fértil; y si es nombre propio Efrata, tomarse ha aquí por Efraín, donde estuvo el arca primero, o si se toma, como se suele tomar, por Belén, quiere decir, que estando David, cuando pequeño, en Belén, como de allí natural, oyó decir de esta arca, y ahora cuando fueron por ella, la hallaron en la dicha ciudad de Cariatiarim, que David llama campos de Silva.

Estando, pues, la dicha arca en este lugar, parecióle a David (según era devoto del culto divino) que no se honraba allí, ni frecuentaba el arca del Señor como convenía, e hizo voto de no dar descanso a sus ojos, ni entrar en su morada, quiere decir, que no reposaría hasta que hallase lugar conveniente donde poner el arca del soberano Señor. Y por más enseñar la devoción que a ella tenía, propuso de hacerle en su casa real un tabernáculo, el mejor que él pudiese, y colocarla allí. Y habiendo pensado él esto dentro de sí, no fiándose de su parecer en cosa tan ardua, dice la Escritura que mandó llamar a los capitanes del ejército y a todas las demás personas que se solían juntar en consejo pleno para la determinación de las cosas graves que se ofrecían, y estando junto, les propuso su determinación y deseo, diciéndoles que si este negocio les parecía bien, y era cosa

que venía de Dios, que le avisasen de ello para que se pusiese en efecto. A todos les pareció cosa justa y conveniente a la honra del Señor, pues la honra de su arca redundaba en el mismo Señor; y con esta determinación fueron todos por el arca. Y como dicen las palabras del tema, el Rey David y toda la casa de Israel traían el arca del Señor con grande alegría: sonaba música acordada de muchos cantares, y también la había de órganos, arpa y vihuela y otros muy muchos instrumentos: y de seis en seis pasos que andaba el arca, mataban muchos animales en sacrificio al Señor. Y aunque era cosa hermosa y que daba honra al Señor ver tantos regocijos con que era llevada su arca, lo principal y que más devoción podría causar a quien lo mirase era el encendido fervor y profunda humildad con que el santo Rey David (dejado su vestido Real (II Reg., VI), «se vistió una ropa de lienzo, que era ropa de los levitas, y bailaba y daba saltos y saltos con todas sus fuerzas delante del arca del Señor, teniéndose por muy honrado de hacer oficio de humildad delante del arca de la soberana Majestad, cuya alteza es tan grande que pega honra a cualquier cosa, por baja que sea, que por su servicio se haga.» Y con esta devoción y concierto comenzaron a traer el arca: aunque por cierto desastre que acaeció, según contaremos, no se llevó de aquella vez a la casa real de David, hasta que pasados los tres meses fué tornada a llevar con la misma solemnidad y regocijos, y fué asentada en el lugar que el Rey David le tenía aparejado: en el cual estuvo hasta que su hijo el Rey Salomón edificó aquel solemnísimo templo de Jerusalén, y en el *Sancta Sanctorum* del dicho templo aparejó lugar para el arca de Dios, y con grandísima fiesta y regocijos la llevó y asentó allí.

Contado os he; oído habéis los beneficios grandes del Señor que hizo a aquel pueblo antiguo en darle su arca, en la cual se decía particularmente estar asistiendo en ella y haciendo particulares mercedes al pueblo. Mas, ¡oh, Señor!, cuán aventajadas mercedes son las que habéis hecho a vuestro pueblo cristiano, dándole otra arca más

excelente, sin comparación, así en lo que toca a vuestro descanso como en lo que toca a hacer mercedes al mundo. Con mucha razón mandaste decir a vuestro pueblo nuevo por vuestro Profeta Isaías: «De las cosas primeras no os acordéis, y las cosas antiguas no las miréis: mira que hago nuevas todas las cosas, y presto vendrán, y las veréis.» San Pablo dice (Colos., II): «Que aquellas cosas eran sombra de las cosas que estaban por venir, y que el cuerpo de ellas, quiere decir lo significado, y el cumplimiento y el tono de ellas es de Cristo, porque en El se cumplen con entera verdad; como cuando viene el cuerpo, es cumplido lo que representaba su sombra». Y si esto es así en las otras ceremonias cuánta razón tenemos de dar gracias al soberano Señor, que tan por entero cumplió con nosotros la figura del arca pasada, dándonos en lugar de la madera de Setín, que dice ser incorruptible, los purísimos e incorruptibles miembros y Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor, en los cuales ni entró gusano de pecado, por el cual se corrompiese su ánima, ni entró podredumbre, que sucede a los cuerpos muertos, porque El fué el Santo, que aunque vió muerte, no vió corrupción.

Este Cuerpo santísimo está dorado de dentro y de fuera, muy mejor que la otra arca, porque tiene una ánima llena de Espíritu Santo, gracia y amor, diversos dones que la enriquecen con más excelente valor que el oro. Aquí dentro están las tablas de la Ley de Dios; porque, como dice San Pablo a los Colosenses, capítulo II: «En El están escondidos los tesoros de la sabiduría de Dios: y no falta aquí la vara sacerdotal, pues este Señor, por institución y juramento irrevocable de su Padre Eterno, es Sacerdote para siempre, según la orden de Melquisedec, sacerdocio más digno que el de Aarón.» Y aunque estas cosas son de tanta grandeza y excelencia que no solamente exceden sin ninguna comparación a aquella arca antigua, mas aun a todos los hombres santos, y aun a todos los ángeles, desde el menor de la primera orden hasta el mayor de los serafines, pues todos ellos no igualan con la santidad de este Señor; mas con todo

esto hay otra cosa mayor que todas éstas con mayor proporción, que ésta excede a todas las otras, la cual es que no solamente el Señor tiene cuerpo y ánima, en la cual mora por gracia la divinidad como Señor en su casa, mas está en El la misma persona divina del Verbo, eternalmente engendrado del Eterno Padre, no como en los otros Santos por gracia de Dios, mas con singularísimo modo, y a El sólo concedido, que siendo hombre sea también Dios, no por participación, sino por verdad de persona. Este es el nombre sobre todo nombre, honra sobre todas las honras, que ni en los siglos pasados tiene semejable, ni tendrá para siempre. Este es el maná, manjar de dulcedumbre infinita que estaba en el arca que presente tenemos, figurado por el otro maná, de muy poco valor en comparación de éste.

Esta es la grandeza que el Apóstol San Pablo quiso declarar cuando hablando de Nuestro Señor Jesucristo, dijo (Philip. II): «En el cual mora el cumplimiento de la divinidad corporalmente; no porque la divinidad sea cuerpo, mas porque el modo de morar en Jesucristo no solamente es según gracia, que es cosa accidental, más es otro modo distinto y de mayor excelencia sin comparación, cuanto va de cuerpo que es de substancia, a calor que es accidente, y de ser Dios por persona, a ser Dios por participación»: y de esta manera el arca que se nos ha dado en lugar de la otra, y que hemos de llevar mañana en la procesión con nosotros, es hombre que tiene cuerpo y ánima, llena de mayores gracias que ninguna criatura en cielos ni en tierra: y el que mora en ella es Dios verdadero; y el modo de morar es, que Dios y hombre sean una persona y dos naturalezas.

¡Oh, pueblo cristiano, qué debes a Dios! ¡Oh, cuánta honra te ha hecho y en cuánto cuidado te ha puesto de agradecer y servir mercedes tan valerosas, que exceden a las pasadas como el cielo a la tierra, y en cuya comparación nos está mandado que olvidemos las otras! Como cuando viene el Rey nos olvidamos de su mensajero, y cuando parece el cuerpo no curamos de la sombra que le precedía, y, en fin, edificado el arco, no curamos

de la cimbra, y venida la verdad de la cosa no curamos de la imagen de ella. Y porque merced tan señalada no quedase sin agradecimiento y servicio que por ella es debido al Señor, ni los hombres quedasen sin aprovecharse de beneficio tan inefable, así como en el otro tiempo el Espíritu Santo inspiró al santo Rey David aquel ferviente deseo de que fuese honrada el arca del Señor, y llevada con grandes regocijos, y puesta en lugar conveniente, así acá, y con mucha más razón, inspiró el mismo Espíritu Santo al Papa Urbano IV que mandase celebrar esta fiesta, dándole a entender la grandeza de esta merced y la alteza de este milagro lleno de tantos milagros, en el cual el Señor quiso tanto extender su mano a hacer maravillas, que el cielo y la tierra no las pueden comprender, y no cesan de se maravillar.

Cosa nunca oída ni vista, que hallase Dios manera cómo subiéndose al cielo se quedase acá su misma persona por presencia real, encerrada y abreviada debajo de unos accidentes de pan y de vino; y con inefable amor dió poder a los sacerdotes ordenados según la orden de la santa Iglesia romana, que diciendo las palabras que el Señor dijo sobre el pan y vino, hagan cada vez que quisieren lo mismo que el Señor hizo el Jueves Santo en la noche una vez, y con las dichas palabras de la consagración nos lo trajesen del cielo de entre los ángeles, y nos lo pusiesen entre nosotros, y lo comiésemos como dulcísimo y provechosísimo manjar, y fuese nuestro compañero en los trabajos de este destierro, y nuestra defensa entre los peligros; y finalmente, remedio muy bastante y sobrepujante contra todos los males que nos pueden venir, según David lo vió en espíritu y lo profetizó diciendo (Psalm. XXII): *Pusiste una mesa delante de mí contra todos los que me atribulaban.*

Es tan grande esta merced en los ojos de quien la sabe estimar, y tan grande la reverencia, agradecimiento y amor que a la presencia de este Señor que entre nosotros está le debemos, y tan grande la pureza de conciencia con que debe ser recibido y tratado El y todo

lo que a El toca, que puesto esto en una parte, y de otra cuán mal cumplimos estas obligaciones, así los sacerdotes cuando decimos Misa, como los legos cuando la oyen, y cuando comulgan, y cuando entran en la Iglesia; y finalmente, unos y otros somos negligentes y flacos en la honra y en el uso de este divinísimo Sacramento, y cometemos por todo el año muchas faltas, y aun pecados en el trato de él. Por lo cual ordenó el Espíritu Santo por medio del dicho Pontífice, que así como está diputado en el año un día en que se hace fiesta de Todos los Santos para suplir la negligencia que entre año hemos hecho cuando celebramos sus propios días, así acá, aunque la Iglesia hace cada año memoria de este Misterio en el día del Jueves de la cena, en el cual fué instituído, mas ocupada entonces en los oficios de la Pasión del Señor, no puede hacer fiesta ni señales de agradecimiento que a tan alta merced son debidas, se diputan por ahora cada año estos ocho días enteros para solemnizar por entero esta fiesta, y celebrarla con tanta vigilancia y devoción que sintamos y estimemos profundamente la grandeza de este beneficio, y lo honremos con tan buen aparejo que en estos pocos días recompensemos y deshagamos todas las negligencias que en su servicio hemos hecho en todo el año; y recreada nuestra ánima con tan dulce memoria y con recibir tan poderoso manjar, sea hecha participante de los admirables efectos que este soberano manjar obra en quien bien lo recibe, y quedemos industriados para de aquí adelante honrarlo con mayor reverencia y recibirlo con mayor fruto.

Porque así como el trabajador se mantiene de su viña y campo, y el mercader gana en sus ferias para mantenerse en el año, así el buen cristiano ha de celebrar su fiesta tan bien que recompense las faltas que ha hecho en todo el año. Y cuando la festividad es muy grande, como éstas y otras semejantes, ha de cumplir faltas de tiempo más largo, y ganar espiritual hacienda para muchos días: y así celebremos esta festividad siendo encendidos de amor de aqueste Señor, y embriagados y hartos en recibir este divino manjar, y ricos con tener

presencialmente con nosotros al mismo Señor en testimonio de su amor y en prenda de nuestra esperanza. Salgamos mañana por esas calles como quien no cabe de gozo dentro de sí, ni dentro en la iglesia, a rebosar lo que sentimos a las anchuras de las calles y plazas, protestando con nuestra fe, que éste es Nuestro Señor Rey, Redentor, Esperanza y Medianero, Criador nuestro, por ser Dios, camino para pasar a gozar de El, por ser hombre; y finalmente, que es nuestro único y cumplido bien, con el cual nos tenemos por tan ricos, que por todas las cosas no le trocaremos. Y de este fuego de amor y de gozo que en nuestros pechos tenemos, salen centellas y regocijos de fuera, con que hacemos fiesta cuán solemne podemos, para que el Señor reciba gloria y servicio, y los ángeles alegría, y los fieles sean confortados en la fe y devoción de este divino Sacramento. Y para que, como el Concilio Tridentino dice (Conc. Trid., ses. 13, c. 5), viendo los herejes que celebramos este Misterio con firme fe y con devotas alegrías, se conviertan a nuestra verdad o queden confundidos en las tinieblas de su error, siendo rechazados o condenados con el gran resplandor de nuestra festividad, como la idólatra Reina Atalia viendo coronado y adorado por Rey a Joas. Y si se quedaren en su perversa incredulidad y pertinacia, e hicieren burla a de nuestras fiestas y danzas, como hizo Micol de David porque bailaba y saltaba delante del arca, responderles hemos como David a Micol (2 Reg. VI): «Vive el Señor que nos escogió para pueblo suyo, y nos hizo fieles, y os reprobó a vosotros porque habéis perdido la fe, con la cual gozáredes de lo que gozamos»; que pues David bailaba con todas sus fuerzas delante del arca del Señor, hemos de bailar nosotros, y enseñar cuantos regocijos pudiéramos delante del Señor de todas las cosas que aquí presente llevamos, y que a vosotros os ha de castigar con la maldición con que castigó a la mofadora Micol, que fué con no darle el Señor hijos en toda su vida.

Así ha castigado Dios todas las herejías que se han levantado contra este divino Misterio en los tiempos pasados, pues que las destruía luego y las ahogaba con sus

mismos autores, no dando generación de hombres que las creyesen ni las siguiesen; y de esta manera esperamos en la divina misericordia y poder del mismo Señor que ha de tornar por su verdad y deshacer todo lo contra ella levantado, para que acabándose el mal con sus malos autores, sea por todos conocido y adorado este Señor que llevamos con nos. Esta, pues, es la causa de nuestros regocijos y de esta santísima fiesta: la institución de la cual, como cosa a Dios agradable y de mucha importancia, se supo por revelación muchos días antes que fuese instituída, según el mismo Papa Urbano IV lo testifica: el cual, considerando por espíritu del Señor la grandeza de aquesta fiesta, y el mucho fruto que los fieles podrían sacar de ella asistiendo a los divinos Oficios, concedió las indulgencias siguientes a los que estuviesen presentes a ellos.

Primeramente, a los que estuvieren en las primeras Vísperas, cien días de indulgencia, y a quien en las Completas, cuarenta. Y en los Maitines y Misa y segundas Vísperas, en cada uno ciento. Y en las otras Horas canónicas del jueves, por cada una cuarenta días. Y a quien estuviere presente en los otros siete días del octavario a la Misa y Horas canónicas, concede por cada día cuarenta días de perdón. Y para mayor consolación de los fieles ordenó el Espíritu Santo que todo esto que el dicho Papa mandó y concedió, fuese confirmado y de nuevo mandado por el Papa Clemente V presidiendo en el Concilio universal de Viena. Y después el Papa Martino V concedió de nuevo otros cien días de indulgencia a quien fuere en la procesión, y otros ciento al que comulgare. Y después el Papa Eugenio IV, movido con el mismo espíritu, concedió otras tantas indulgencias como cada uno de los Pontífices pasados. Y así montan todas las que se ganan en los Oficios divinos por todos aquestos ocho días, cuatro mil y cuatrocientos días, y los de la procesión doscientos, y para quien comulgare otros doscientos. Y ruégoos mucho que aunque tengáis las orejas a oír, que por esto o aquello se ganan diez, y aun cien mil años de perdón, no dejéis de tener las indulgen-

cias ya dichas en mucho, por ser concedidas por tan justísima causa como es la veneración de aqueste sacrosanto Misterio, y cuanto la causa es más justa, tanto es más acepto el valor de las indulgencias.

Estad avisados, que para ganar éstas y otras habéis de estar en estado de gracia; porque lo que ellas conceden es remisión de la pena de los pecados, y ésta no se puede quitar si la culpa no se quita primero por la penitencia. Póngase cuidado, porque el Señor, que desea que todos estén en su gracia, favorece de tal manera a quien la quiere alcanzar, que sin mucho trabajo el hombre puede venir a ella, si del todo no la tiene en tan poco que no quiere pasar nada por ella. Lo que se requiere es, y para ello mismo ayuda el Señor, tener dolor del pecado y propósito de enmienda, y de confesarse cuando sea obligado. Y quien de verdad tiene esto, puede confiar alcanzará la gracia del Señor; mas porque pocos saben hacer esto bien hecho a solas, y porque se requiere más perfecto dolor cuando el hombre no se confiesa que cuando se confiesa, y las indulgencias se conceden a los verdaderos penitentes y confesados, es cosa más segura no dilatar la confesión, sino hacerla, si algún impedimento justo no hubiese que la estorbase; porque si lo hay, llevando el dicho dolor y propósito, de creer es que la intención del Papa sea que el tal hombre gane las indulgencias. Y también creo que las ganaría el que después de la postrera confesión que hizo no ha caído en pecado mortal, aunque ahora no confesase; porque las palabras de los verdaderos penitentes y confesados parece entenderse de quien no ha hecho pecado mortal; mas pues debéis procurar de recibir en esta fiesta el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, para lo cual debéis confesar, no es menester andar muchas disputas, pues sabemos el cierto camino. Y para que entendáis cuánto provecho os será, y con qué aparejo lo habéis de hacer, el recibir el santo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, para cumplir con esta santa festividad, os contaré las mismas palabras del santo Concilio, que dicen así:

«Por tanto, amonestamos y exhortamos en el Señor a

todos los Obispos, y por estos escritos apostólicos estrechamente mandamos, que en virtud de santa obediencia, y lo ponemos en remisión de vuestros pecados, que en el dicho jueves por cada un año celebréis devota y solemnemente, y hagáis cuidadosamente ser celebrada por todas las iglesias de vuestras ciudades y de vuestros obispados, esta fiesta tan alta y gloriosa; y que amonestéis por vuestras personas o por otras en el domingo de la Santísima Trinidad, que precede al dicho jueves, que los cristianos, por verdadera y pura confesión, y por liberalidad de limosnas, y con oraciones frecuentes y atentas, y con otras obras de devoción y piedad, de tal manera procuren de se aparejar, que muestren ser hechos participantes de este preciosísimo Sacramento en el dicho día del jueves, y lo puedan recibir con reverencia y alcanzar aumento de gracia.» (Palabras del Concilio Vienense.)

¡Cuán bien ha hecho el Señor todas las cosas!; dad magnificencia a su santísimo nombre, y alabadle con la voz de vuestros labios y con cantares de música, y diréis en su alabanza: Todas las obras del Señor son muy buenas; ¡qué bien ha ordenado el Señor esta fiesta! ¡Con cuán justa causa, y cuán bien pagará a los que dignamente la celebraren; y cuán grande motivo de alegría espiritual y corporal nos ha dado! (Malac., VII.) Grande consuelo nos fuera no tener que hablar otra cosa, ni que mudar el son de alegre en triste. Mas esto, hermano, que en la alegría habemos de considerar las obras de Dios tan llenas de sabiduría, benignidad y amor con nosotros, se nos torna en tristeza, considerando lo mal que nosotros respondemos a ellas y el poco fruto que de ellas sacamos, y plega a Dios no saquemos daño, y plega a Dios no saquemos pecados por no usar de ellas como debemos. En procesión iremos mañana con esta arca preciosa, inefable y divina; roguemos a Dios que la sepamos reverenciar y tratar para su gloria y nuestro provecho, y que no nos acaezca algún desastrado caso que nos entristezca, como acaeció en la otra procesión del arca del Testamento, que entristeció y atemorizó al Rey David y a todo el pueblo por alegres que iban (2 Reg. VI).

Cuenta la historia divina, que cuando fueron por el arca del Señor, que estaba en casa de Abinadab, la encomendaron a dos hijos suyos, que se llamaban Oza, y éste era el mayor, y Ahio, que era el menor, los cuales eran levitas, e hijos de levita, y por eso les convenía de oficio llevar el arca del Señor sobre sus hombros, según El había expresamente mandado; mas por no estar santificados para oficio tan santo como llevar encima de sí el arca de la santidad de Dios, o por ventura por huir el trabajo de aquella carga, no la quisieron llevar sobre sus hombros, como lo debían hacer, y como sus antecesores lo habían hecho cuando la trajeron por el desierto y después; mas pusiéronla encima de un carro nuevo, al cual llevasen dos bueyes, imitando en esto a los filisteos, ajenos del conocimiento de Dios (I Reg., VI), que cuando tuvieron cautiva esta arca y la enviaron a la tierra de Israel, no la honraron con llevarla encima de sus hombros, sino enviáronla en un carro nuevo, al cual llevaban dos vacas. Yendo, pues, el hermano, que era el menor, delante del arca guiando los bueyes, y el mayor, como más principal, iba más cercano y puesto al mismo lado del arca, iban contentos, y parecíales que con esto cumplían bien con su oficio; mas al Señor y Juez de todos, delante del cual es muchas veces culpado el que pensaba ser justo, pareció otra cosa muy diferente, y yendo todos haciendo grandes regocijos delante del arca, llegaron a la era de Nacor, o por otro nombre Quidón; y allí, o porque los bueyes se desasosegasen, o según a otros parece, porque iban en grandísima manera quebrantados del peso del arca del Señor, por no ser convenientes para llevar cosa tan santa, en fin, el arca se inclinó como que iba a caer, y cuando el levita Oza, que iba a par del arca, vió aquéllo, puso sus manos, y túvola para que no cayese. Obra por cierto piadosa, según el humano parecer, mas no según el juicio divino.

Y como el levita tendió las manos para tener el arca tendió también Dios las suyas para le castigar, y tan recio, que quebrantándolo y partiéndolo, lo mató allí luego en aquel lugar; y aunque este delito se cometió al

principio de la procesión, porque no tomaron el arca sobre sus hombros como Dios mandaba, mas no los quiso castigar Dios entonces hasta que la experiencia dió a entender el yerro pasado, y cuánta diferencia iba de ser llevada su arca por animales brutos con desasosiego, o por gente consagrada a Dios, que la llevasen con pureza de ánima y con mucho tiento y reverencia. Y aunque todos los que allí iban fueron inadvertidos en no mirar y avisar de este yerro; mas el soberano Juez castigó solamente a Oza, porque a él le incumbía por oficio saber y hacer lo que en este caso debía y era más principal, y por esto debía de ser más cuidadoso que todos, y que su hermano menor, aunque también era levita.

Puso este castigo tan grande espanto a cuantos allí iban, y especialmente al Rey David, que temió llevar el arca del Señor a su casa como tenía pensado, y púsola en casa de Obededón Geteo, que también era levita, hasta que pasados tres meses, informado de cierto que el Señor había hecho muchas mercedes a Obededón por haber recibido en su casa el arca de la santidad, perdió el miedo que le había puesto el castigo pasado, y tornó a congregar a Israel para que fuesen por el arca a casa de Obededón, y la trajesen con gran solemnidad a su propia casa real, como lo había pensado primero. Y como hombre temeroso de Dios, y que había entendido que la causa de aquel terrible castigo fué porque los levitas, como no aparejados para ello, no llevaron el arca sobre sus hombros, según el Mandamiento de Dios Nuestro Señor, llamó a Sadoc y a Abiatar, sacerdotes, y a otros levitas, y díjoles (1. Paral. XV): «Vosotros que sois Príncipes de las familias de Leví, santificaos, y los otros vuestros parientes también, y llevad el arca del Señor, Dios del pueblo de Israel, al lugar que le está aparejado, porque no se haga alguna ilícita cosa y nos hiera el Señor como la otra vez, porque no estábades presentes.» Oyéronlo de muy buena gana y voluntad, y santificáronse unos y otros, y tomaron el arca del Señor encima de sus hombros, según el Mandamiento del Señor, y lleváronla con solemnidad sin acaecer cosa que les tur-

base su alegría, porque el suceso de lo que se hace a contento de Dios siempre es bueno. Si estas cosas habemos oído con sentido de temor de Dios, entenderemos que aquel recio castigo que el Señor hizo contra aquel que no quiso llevar sobre sus hombros el arca, y que tanto espanto puso a los que iban presentes, no se hizo por ellos solos, mas para dar aviso a todos los que tratan las festividades de Dios, pasados, presentes y por venir. Porque así como en una palabra que enseña habla a todos, así en un hecho que hace con uno es aviso para todos los ausentes y que estamos presentes aquí.

Teman, y con mucha razón, los Prelados, curas, y beneficiados a quien está mandado que ellos mismos en sus propios hombros lleven el arca de Dios, que son sus cristianos, cuidándolos, enseñándolos, sufriendo sus pesadumbres y cargas, aliviándoles sus trabajos y cumpliendo cada uno personalmente su oficio y residencia. Teman los Reyes y señores de hurtar el cuerpo a los negocios de sus vasallos, contentándose con llevar el provecho y la honra, y poniendo la carga de los cuidados y despacho de negocios sobre hombros ajenos (Job, XI): *El varon vano*—dice la Escritura—*levántase en soberbia, y tiénese por libre como hijo del jumento silvestre, al cual no le doman ni cargan.* Y así piensan algunos tener licencia para holgar o vanamente ocuparse, viéndose encumbrados y abastados con la grandeza de sus señoríos. Mas la verdad es que nadie heredó tal libertad, y quien la tiene, él se la toma contra toda justicia. Porque si miramos aquel primero y común padre Adán, del cual todos venimos según la carne, no le veremos holgado como a sardesco, mas con azadón en la mano labrando la tierra para comer su pan en sudor de su cara, como Dios lo mandó. Y si miramos el segundo Adán, que es Jesucristo Nuestro Señor y Redentor, el cual, según dice Isaías (IX), es padre del siglo que está por venir, porque de El recibimos la regeneración de la gracia, como del primer Adán el ser natural, hallarle hemos, no con azadón cavando la tierra como el primero, mas cavadas sus manos y pies con crueles clavos, y sus espaldas y cuerpo arados

con surcos de heridas, y su principado puesto sobre sus hombros; porque el señorío que le fué dado sobre los hombres fué con cargo de llevar la cruz y morir por ellos, verificando aquella sentencia, que a tantos hombres tiene uno encima de sí, cuantos parece que manda. De donde parece que quien es persona pública y huye de llevar las cargas de sus súbditos, ni vive como cristiano, pues no imita a Jesucristo Nuestro Redentor, ni como hombre, pues como dice el Santo Job (cap. V): *Nació para trabajar, como el ave para volar.* De otra naturaleza debe ser, no de ésta común que conocemos. Y lo que de esto se sigue lo declara el Espíritu Santo, diciendo de estos tales por boca del real Profeta David (Psalmus LXXII): *No participan en los trabajos de los hombres, ni son azotados con los azotes que a todos por el pecado vinieron: y por eso poseyólos la soberbia, y fueron cobijados con impiedad y maldad, la cual salió de ellos en mucha abundancia como de una grosura. Pensaron y hablaron maldades, y contra el alto tendieron sus lenguas, las cuales pusieron en el cielo, y pasaron por la tierra, diciendo mal de lo alto y de lo bajo.*

¡Oh, qué malos efectos se siguen de querer holgar aquellos cuyo oficio es trabajar! Mal señor tienen en la soberbia que los tiene poseídos; mal vestidos están con impiedad y maldad. Y si tienen abundancia de hacienda, y placeres y recreaciones, ¿qué les aprovecha, pues son abundantes y gruesos en la maldad? Tienen mal corazón, malos pensamientos y lengua, y con su mucha ociosidad tiene el demonio puerta para hacerles escudriñar las vidas ajenas, y lo que peor es, los secretos de Dios Nuestro Señor, que con sencilla fe se han de creer, y acaéceles caer en muy grandes yerros, castigándoles Nuestro Señor por su soberbia y pecados. Cierto cargas son éstas que toman sobre sus ánimas harto más pesadas y perjudiciales que las otras cargas de servir a los suyos que dejan. Huyen de penas, y caen en culpas: el peso de las cuales, si ahora no lo sienten por estar embriagados con la dulcedumbre de los placeres y pasatiempos presentes, sentirlo han cierto en aquella hora cuando su cántaro salga del agua;

quiero decir, cuando su ánima, por mandamiento de Dios Nuestro Señor, salga del cuerpo y sea presentada delante del juicio divino, donde el holgar de acá en este mundo ponga en mucho trabajo, y el haber trabajado por el provecho de otros ponga mucha confianza para estar en pie en el juicio de Dios y para oír aquella dulce palabra: «¿Quién pensáis que es el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre sus criados para que les dé a su tiempo medida de trigo? Bienaventurado aquel siervo al cual su señor hallare que lo hace así; que en verdad os digo que lo constituirá sobre todos sus bienes.» (Luc. XII.)

¡Oh, qué dichosos serían los que tienen mandos, si gustasen con el paladar del corazón la diferencia que va de este galardón prometido a los buenos señores, al recio castigo guardado para los malos!, según luego dice Nuestro Señor de esta manera: «Mas si aquel siervo dijere en su corazón, no vendrá mi Señor tan aína, y comenzará a herir a sus compañeros y comer y beber con los embriagados, vendrá el Señor de aquel siervo en el día que no espera, y en la hora que no sabe, y partirlo ha por medio, y pondrá la ración de él con los hipócritas; allí habrá lloro y batimiento de dientes». Abrid vuestras orejas los que regís las muchedumbres de gentes y estáis contentos con enseñorear las campañas de las naciones, porque vuestro poder el Señor os lo ha dado, y vuestra fortaleza el Altísimo, el cual ha de examinar vuestras obras y escudriñar vuestros pensamientos, porque siendo ministros del reino no juzgasteis derechamente, ni guardasteis la ley de la justicia, ni os gobernasteis según su voluntad. Espantablemente y presto os aparecerá; porque juicio durísimo será hecho a los que tienen mandos, y al pequeño concedérsele ha misericordia, mas los poderosos poderosamente padecerán tormentos.

¿Qué carga se puede igualar, por grande que sea, con estar amenazados los que huyen las buenas cargas con un día de juicio tan estrecho, que los justos dicen (Psal. CXLII): «No entres, Señor, con tu siervo en juicio»; y todos temen el rigor de El, por ser duro, y será juicio durísimo? A los que tienen mandos mejor acuerdo será, o huir de ellos,

y esto es lo más seguro en cumplir lo que dice San Pablo (Rom. XII), que quien tiene mando tenga cuidado, o aunque las tales personas tienen licencia para tomar quien les ayude y lleve sus cargas, elegir las tales personas que no sean ignorantes o apasionadas como animales, mas como la Escritura las pide, varones sabios y temerosos de Dios, en los cuales haya verdad y que aborrezcan la avaricia. Y aunque estos tan calificados ayuden a llevar el peso del arca, no se debe descuidar quien tiene principal obligación de llevarla sobre sus propios hombros, pues que sabemos que aunque Moisés dejó buenos vicarios cuando se ausentó por ir a negociar con Dios negocios del pueblo, hizo su ausencia tanto daño, que llegó a ser adorado un becerro por Dios. Eficacísimo ejemplo y aviso de cuán necesaria sea la presencia del pastor sobre sus ovejas, y escarmiento perpetuo, si no lo quieren disimular, para no echar las cargas sobre solos hombros ajenos.

También conviene advertir a los Obispos y gente principal de la Iglesia, que les estaría muy bien llevar en la procesión, aunque fuese por pequeño trecho, las andas del Señor sobre sí; lo uno por ser los principales ministros de este Señor, el cual va aquí no como en el arca pasada, sino El mismo en persona; y es razón que si a un hombre principal que murió lo llevan hombres principales sobre sus hombros a la sepultura, que los principales ministros de este Señor, para siempre vivo, un día del año que sale con solemnidad a dar vida, sea llevado encima de los hombros de sus principales ministros; y también sería esto edificación para el pueblo y esfuerzo para los sacerdotes que llevan las andas; y también sabrían por experiencia los mayores las cargas de los menores, y no se diría de ellos aquella afrentosa palabra (Matth., XXIII): *Ponen cargas pesadas e incomportables sobre los hombros de los hombres, y ellos no las quieren menear, ni aun quieren llegar a ellas el dedo.* Veces hay que los sacerdotes con el peso de las andas o de la custodia van tan cargados y reventados, que van forzados como Simón Cirineo, y huyen otro año cuanto pueden de tomar sobre sí aquel trabajo.

No es razón que pues Dios Nuestro Señor halló modo cómo yendo allí verdaderamente su Cuerpo, no haya más peso que los accidentes de pan que lo llevan encubierto, que siendo su carga liviana, la hagan pesada y odiosa por cosas que son fuera de El; mas todo se ordene conforme a El, y cómo de buena gana y con devoción sea llevada. Los sacerdotes miren también que llevando mañana al Señor, y sintiendo trabajo, no sea mayor causa para ello la falta de amor y de devoción, que el mucho peso que llevan con las pocas fuerzas del cuerpo; miren mucho que llevando al Señor sobre los hombros del cuerpo, no lleven algún pecado, y por consiguiente al demonio sobre la parte más íntima y más honrada que tienen, que es la parte superior de su ánima, y que como el pecado sea pesado como talento de plomo, les quite los alientos para llevar al Señor Dios nuestro. Porque es cierto que así como la gracia y amor del Señor que en el ánima está, da alientos al cuerpo para hacer el bien que los malos no pueden, así el pecado del ánima enflaquece el cuerpo para las obras de virtud. Nunca El permita que en tal día y lugar tal cosa haya, porque sería abominable y bastante para provocar la ira del Omnipotente y Todopoderoso Dios para darle recio castigo en lugar del galardón que diera al tal sacerdote, y lo llevara sobre hombros de hombre, que aunque es animal, es racional, porque se debe regir por razón, y no sobre hombros de animales regidos por la *ley de la carne; la cual*—como dice el glorioso Apóstol San Pablo (Rom., VII)—*no es sujeta a la ley de Dios*. Y no sólo los ya dichos, mas todos sin sacar ninguno, conviene examinarse y remirarse si van tales cuales conviene ir a gente que va sirviendo y acompañando, no a quienquiera, mas al Señor de los cielos y de la tierra. ¡Oh, qué buen consejo, y cuán importante y propio para este día, el que nos dió el real Profeta David, cuando dijo (Psalm. II): *Servid al Señor con temor, y regocijaos en El con temblor!* El servicio y el regocijo mañana lo veremos, aun con los ojos del cuerpo; mas el temor y el santo temblor que nos manda llevar el Señor Dios nuestro, cuya dádiva es, El nos lo conceda por su misericordia:

lo uno, porque no seamos desacatados contra la alteza de su infinita majestad, que es el mayor mal de los males; lo otro, porque no probemos el rigor de su justicia que probaron los del pueblo pasado por falta de aquesto.

Oíd una cosa terrible y que os pondrá espanto, y mucho mayor que el castigo de Oza, que no os he contado. Pasó así (I Reg., VI): Que cuando los filisteos echaron de su tierra el arca del Señor porque hacía en ellos grandes castigos, pusiéronla, según os he dicho, encima de un carro y dos vacas paridas, dejando sus becerricos encerrados en casa, para que si las vacas llevasen el arca sin que nadie las guiase a la tierra de Israel, entendiesen que la causa de los azotes que habían venido sobre ellos era de parte del Dios de Israel por tener cautiva su arca. Caminan con el arca las vacas, y aunque daban bramidos por sus becerricos, no dejaron el camino derecho ni el peso del arca, dándonos ejemplo, que los que han puesto sobre sí el arca del servicio de Dios no deben tornar atrás por condescender a los afectos humanos, por conjuntos que sean y por mucho que duelan; guía Dios a las vacas, y llevan el arca a tierra de Israel, y paran en un campo de la ciudad de Betsames, en el cual había mucha gente segando trigo, y holgáronse en gran manera de aquel particular favor que Dios les hacía, de que pudiendo enviar su arca a otras partes, eligió a ellos para esta merced; mas si así supieran reverenciar el arca como alegrarse con ella, no se les tornara el favor en castigo, ni pidieran que les llevaran el arca de su tierra, con la cual se habían holgado primero. Pararon las vacas, quitando los levitas el arca de encima de la carreta, pónenla encima de una piedra, viénenla a mirar los que presentes estaban y otros que venían de la ciudad, y embebecidos con la alegría no se acordaron ni se ocuparon de lo que Dios había mandado, que no mirasen su arca desnuda, sino cobijada, so pena de muerte; miráronla, castigólos Dios con matar luego setenta hombres de los principales, y cincuenta mil de la gente del vulgo.

¿Quién tal pensara? ¿Y quién creyera, si no fuera el Espíritu Santo el que lo dice? ¿Quién no temerá de ir

mañana con este Señor, pues que la irreverencia hecha contra su arca, cosa tan baja en comparación de El, fué castigada con muerte de tantos? Y de espantados dijeron: ¿Quién podrá estar en la presencia de un Dios tan santo? Y no osando tener el arca consigo, enviaron a rogar a los de la ciudad de Cariatiarim que viniesen a llevar el arca, porque ellos no la querían tener. Y si en la sombra y figura el Señor quiso ser tan reverenciado que juzgó ser ley justa mandar que no alzasen los ojos a mirar su arca desnuda, so pena de muerte, y como lo mandó lo ejecutó con mucho rigor, y con muerte de tantos, ¿qué hará si mañana no acatáremos como es razón a su propia persona y en presencia, pues el arca de entonces, en comparación de El, no tiene ser ni valor? Despierten, pues, todos, y ninguno haya, chico ni grande, que se atreva a ir mañana con mala conciencia acompañando al Señor que mira los corazones y da a cada uno según sus obras, y a los irreverentes a El, por principales que sean, los castiga con recio castigo. Los sacerdotes no imiten a Oza y a su hermano en ir desaparejados en la procesión, porque no sean participantes en el castigo si lo fueren en la culpa; antes imiten a los sacerdotes y levitas de la segunda procesión, que purificadas las ánimas y los cuerpos, llevaron con reverencia el arca del Señor, y fueron galardonados de su mano bendita.

Los Reyes imiten al Rey David, hallándose presentes a esta santa procesión con mucha reverencia y acatamiento, y con haber confesado y comulgado, por lo que ellos deben a Dios Nuestro Señor, y por dar ejemplo a los otros, que éste es el tiempo en que el Señor tiene necesidad de los Reyes y gente principal, como en otro tiempo lo tuvo de aquellos dos jumentos para entrar asentado en ellos a Jerusalén, pues que vemos estar perdido el respeto que se debe a Dios Nuestro Señor y a su ley, y que solamente se tiene cuenta con apartarse del mal por temor de castigos; y también los ha menester, porque ordinariamente aquello siguen los menores que ven hablar y obrar a los que son mayores, los cuales,

si fuesen por buenos caminos, serían causa de que fuese Dios acatado, y haber muchos bienes, y su galardón sería grande en el cielo.

Yendo por camino contrario, cierto habrá sucesos contrarios; porque la virtud o el vicio de ellos son cosas muy calificadas para aprovechar o dañar. Y si el Rey no tuviere tanta humildad para desnudarse de su real vestidura y vestirse de una sobrepelliz, como lo hizo David, a lo menos vaya mañana templadamente vestido; porque delante de la presencia de Dios que llevamos en la procesión, y está en la iglesia, no es razón que el Rey ni los grandes tengan aquel aparato de estrados como en otras parte suelen tener; pues que ellos mismos quieren que sus vasallos no tomen estas honras estando en los palacios y presencia del Rey o de los otros señores. Y si los Reyes quisieren con su buen ejemplo y con leyes puestas en ejecución templar la profanidad y demasía de los vestidos, joyas y atavíos de casas, que es causa de mayores pecados y trabajos, que se puede decir, harían a Dios muy mayor servicio, y al reino más cumplido bien que hizo David en dejar su ropa real y tomar un vestido, bajo, de levita. Y si tampoco no tuviere el Rey tanta devoción y amor del Señor que le embriague como a David, y le haga ir como fuera de sí, bailando y saltando, y como dice la Escritura, resaltando con todas sus fuerzas, a lo menos imítele en aquel entrañable cuidado del culto divino, y de buscar lugar donde el arca del Señor se pusiese con mucha decencia; que estando los sacerdotes descuidados de aquesto, que era propio oficio suyo, velaba el corazón del Rey, y despertó a los eclesiásticos para que llevasen el arca, y les avisó que le llevasen con aquella santidad que se le debía, y después tuvo ferventísimo deseo de hacer templo al Señor.

Aquel Rey se desnudará muy bien y bailará delante del acatamiento de Dios, que considerando cómo ante aquel Dios, ni tenía ser ni reino, y pudiéndolo dar a otro se lo dió a él libremente; se tiene por pobre y desnudo cuanto es de su parte, y no se ensoberbezca sobre los otros por la excelencia que Dios le dió; antes la atribuya

a la divina bondad, y se humille y abaje más para con Dios y para con los hombres. Y aunque el poderío cuanto es más alto, tanta suele ser la osadía que da para pecar, porque piensa el tal hombre que tiene licencia para hacer todo lo que puede, y como son jueces de otros y no hay quien juzgue a ellos, acaece que se hacen atrevidos para pecar; mas los que delante de Dios en espíritu se desnudan de verdad el aparato real, al contrario de esto hacen, porque entiendan que por ser grandes no tienen más licencia para hablar una palabra ociosa, ni para otra cosa aún más liviana, que toque a la ley de Dios, que la tiene un hombre el más bajo del mundo; antes se tienen por más obligados a toda virtud y por más enfrenados y a raya para no hacer mal; porque entiendan que son espejo donde muchos se miran, y guía a la cual muchos siguen, y regla con que muchos se confirman, y temen que han de hacer como San Jerónimo dice: quien lo quisiere seguir sea constreñido a errar. Muy bien se desnuda aquel Rey y se humilla a quien la carga de la cuenta que ha de dar le pone cuidado y temor de cómo vive y administra su reino; y muy bien baila delante del mismo Señor el que lleno de su amor lleva las cargas de su gobernación con esfuerzo y alegría, como lo hacía Judas Macabeo en las guerras que emprendía por la honra de Dios. Muy bien baila al Señor si le dice de verdad (Psalm. XVII): *Aparejado está, Señor, mi corazón;* quiere decir, que tiene una pronta voluntad de servir y de que le sirvan los otros, aparejado el corazón con celo de justicia para castigar los delitos como recto juez.

Mas no se contenta con este nombre y con esta obra; mas tiene, y más principalmente, aparejado su corazón para con cuidado y entrañas de padre con buenos ejemplos, con buenos trabajos, con buena educación de sus vasallos, y por cuantas vías pudiere procurar, que prevengan a los delitos, y no sea menester el castigo, o no muchas veces. Aquel baila bien que no tiene amor al mandar, sino al aprovechar, y tiene el lugar alto por ejercicio de hacer bien a muchos, y no para sus intereses ni para sus regalos. Y aquel baila bien cuyo

cuidado único es beneficiar a los suyos, y para el bien público tiene ofrecida su hacienda, su honra y su vida, a ejemplo del Señor, que vino a servir y a dar su vida en rescate de muchos. No es desabrido en las palabras, ni áspero en el gesto, porque no lo es en el corazón; ni es pesado en despachar los negocios, porque el amor le hace la carga liviana, con el cual, aunque trabaja como esclavo, siente dulcedumbre en los trabajos como padre y pastor. Todo lo cual ni hace por alcanzar la vanidad de la fama, ni por fin de humana virtud, que esto no fuera bailar delante del Señor, mas delante de hombres. Mas estas poquedades holladas encumbran su intención al agradecimiento de Dios y a la esperanza del eterno reino que ha prometido a los que administrasen bien el temporal: y en particular aquel Rey se desnudará y bailará bien delante del Santísimo Sacramento, que aunque generalmente tenga cuidado de todo lo bueno, lo tenga muy particular y muy encendido en amor de aqueste divinísimo Sacramento, cele mucho la fe y honra de él y lo que toca a los sacerdotes, a los altares y a las iglesias, y finalmente, a lo mucho y a lo poco que de cerca o de lejos tocare a este Señor.

Si en todo tiempo es cosa debida, mucho más lo será en el presente cuando el principio de salirse muchos de la congregación de la santa Iglesia romana fué por tenerla en poco, y a sus ministros y a sus ceremonias. Castigue las herejías; porque quien no resiste al error, es visto aprobarlo; favorezca a los ministros de la fe y a los buenos Prelados, y su cuidado único sea como el pueblo cristiano, que es arca donde mora el Señor; esté defendida de los infieles, y reformada en las buenas costumbres para que pueda Dios recibir de él conveniente servicio, pues que para hacer esta obra ninguno es tanta parte como los Reyes, si dejando sus intereses aparte, y poniendo los hombros a ello, quisieren emplear en el negocio todo el poder que el Señor les dió para que le sirviesen, y por consiguiente, se sigue que si esto no se hace, la mayor culpa y el mayor castigo para ellos será.

Y tras el bailar bien el Rey de esta manera, bailen

también a Dios los otros señores, pues son participantes en el mandar y en la obligación, y lo serán en el galardón. Hagan también lo mismo en su modo la gente principal, y entiendan que aquel ir mañana en la procesión más cercanos al Señor que la otra gente, y tener en los templos lugares más cercanos a El, no es cosa liviana ni que se ha de usar de ella con descuido e inadvertencia, si no quieren ser alanzados más lejos de Dios eternalmente en el otro mundo los que en esta breve vida fueren más cercanos a El. Guarde Dios a la gente principal. Unos irán mañana llevando las varas del palio con que va cobijado el Señor, y otros irán cerca del mismo Señor: no lleven sus corazones desnudos de la divina gracia, que eso hace al hombre ser desemejable a Dios, y no vayan vestidos con la imagen del demonio, que mora donde no mora la gracia; y tales vayan que el Señor que allí va, en cuyo acatamiento los escondrijos del corazón son más claros que la lumbre del sol, viéndolos de dentro tan abominables, y de fuera sirviéndole y cercanos a El, les diga con justísima queja (Matth., XV): *Este pueblo con los labios me honra, y su corazón está lejos de mí.*

Terrible cosa sería que el día que se hace fiesta a un Rey entrase un criado suyo hasta la presencia real a hacerle alguna reverencia o servicio, y que llevase abrazado consigo a un capitán enemigo del Rey su señor, diciendo con la obra: aunque sé que éste es vuestro mortal enemigo y que os hago en ello enojo muy grande, y aunque me habéis mandado que lo eche de mí, lo tengo de querer bien y abrazarlo muy abrazado en vuestra fiesta y en vuestra presencia. ¿Esto sería celebrar fiesta al Rey, o darle hiel y vinagre? Llevar al demonio en el ánima, e ir cerca del Señor en la procesión, ¿es celebrarle el día de fiesta, o renovar su Pasión? No así, no así: por reverencia de Dios, límpiense, confiésense, vayan con mucho acatamiento, amor y temblor, principalmente los principales, para que siquiera un día en el año vea el Señor nuestras ánimas amadoras de El y aborrecedoras de los pecados, que son sus enemigos, y tan capitales, que le quitaron la vida en la cruz, y que como a tales nos ha

mandado que los aborrezcamos y echemos de nosotros si queremos ser suyos: y todos, sin quedar ninguno, procuremos llevar la conciencia limpia con la confesión, y a más no poder con la contrición: y no contentarnos con sólo el estruendo exterior de los cantos, danzas y regocijos que mañana se hacen, que aunque sean buenos, si no corresponde a ellos lo de dentro, a lo cual Dios principalmente mira, no será sino ofrecer un cuerpo sin ánima, una cáscara sin meollo y, en fin, apariencia sin existencia.

Los hombres de Betsames que dijimos que fueron de Dios castigados por su desacatado mirar, muy devotos fueron en el ofrecer sacrificios; porque no sólo le ofrecieron las vacas y el carro que trajeron el arca, mas otros muchos, así víctimas como holocaustos: y no por eso agradaron a Dios ni les libraron del castigo que merecieron por su pecado. Ya tenemos de esto respuesta de Dios por boca del Profeta Samuel, que dice que quiere más obediencia que sacrificios, y que donde hay pecado, ninguna cosa le agrada al Señor. Advirtamos mucho que somos naturalmente inclinados a estos regocijos de fuera, y enemigos y descuidados de la virtud interior; y por esto los que los hacen y los que los miran no se descuiden en contentarse con ellos a solas, ni paren en ellos, mas tómenlos como motivo y despertador del amor y devoción interior; como salsa para comer el manjar, porque el oficio de las ceremonias exteriores éste es. Y así el que cantare con la boca, cante juntamente y principalmente con el afecto del ánima: el que bailare con el cuerpo, enderécelo al amor del Señor regocijándose con su presencia. Quien danza, dance al Señor, y no a contentamiento suyo ni ajeno: y los que miran a estos servicios y honra que al Señor se hacen, gócense en lo más dentro de sus entrañas de ver honrado a su Señor, cuya honra, sobre todas las cosas y con todas sus fuerzas son obligados a desear, y acuérdense de aquellas humildes reverencias, de aquel encendido amor, de aquellos alegres regocijos que los ángeles y los santos en el cielo hacen, y digan con todo su corazón lo que dice David

(Psalm. LXVIII): *Alábenle los cielos y tierra, y el mar, y todo lo que en ellos está.*

Y para darnos a entender cómo la celebración de esta fiesta ha de ser principalmente en el ánima, se dice en el dicho Concilio que cante la fe y se regocije, y salte nuestra esperanza, y la caridad y devoción den palmadas de alegría; y de esta manera cumpliremos la figura de los que ofrecían en la procesión del arca, de seis en seis pasos, animales al Señor; porque a la continua iremos nosotros mañana ofreciendo a Nuestro Señor nuestros apetitos, nuestra voluntad, nuestra propia vida, determinados de perderla antes que negar la fe de este Señor o quebrantar algún mandamiento suyo diciéndole: «Señor, pues disteis vuestra vida por mí, yo os doy la mía y todas mis cosas, para que dispongáis de ellas a vuestro santo servicio. Alentémonos todos a esto, y no nos contentemos con lo exterior, y haga cada uno esta cuenta dentro de sí; por ventura será esta fiesta la postrera que vea en mi vida, quiero ir en ella de manera que satisfaga lo que en otras fiestas, y en oír Misa y cosas tocantes a este Sacramento, habré pecado de un año acá y en toda mi vida; quizá habré ido a la iglesia, no con la pureza de intención que debía; quiero ir mañana por amor de sólo Dios en esta procesión, y tan recogido y tan mirando a Dios sólo, como si no fuese más gente con El, que El; y yo que por ventura me habré vestido demasiado alguna vez para ir a la iglesia, no quiero mañana hacer alarde de mis vestidos y joyas, sino llevar tanta templanza que sastifaga a lo pasado, y que ninguno tome ocasión de poner los ojos en mí y quitarlos de Nuestro Señor. Y el varón oiga y cumpla lo que el Señor dice (Matth., V): *Si tu ojo derecho te hace pecar, sácatelo y arrójalo de ti:* baje los ojos; y si los alza, mire al Señor.

No hagas, cristiano, cuenta que tienes ojos mañana para mirar a mujeres; dáselos al Señor para que le sirvan a El, pues El te los dió; refrena tus malos deseos y tu vista de fuera, que mientras más penoso te fuere, más meritorio te será; y según es Dios lleno de misericordia, por ventura por verte mañana trabajar contigo por no

le ofender con tu vista, te dará fuerza para que te quedes con la buena costumbre de tener vista casta y corazón casto, que no será pequeña merced. Y de esta manera dice San Pablo, templo del Espíritu Santo, que cumpliremos los que nos dijo (I Cor., VI): *Comprados sois con precio grande, honrad y llevad a Dios en vuestro cuerpo y en el espíritu de vuestra mente.*

Hízonos Cristo esta merced, que pudiésemos ser arca divina por la unión de su gracia, como lo es El por unión personal. Procuremos que pues recibimos por la creación un cuerpo y un ánima, que es madera dorada, no la tengamos vacía; mas cumplamos lo que está escrito del varón justo (Psalm. XXXVI): *Que la ley de Dios está en su corazón.* No seamos imprudentes; mas entendamos—como dice San Pablo—cuál sea la voluntad del Señor; porque quien no la conoce, ¿cómo la podrá cumplir y tener? Esto es tener en sí las tablas de la Ley de Dios, y después tengamos el maná celestial, que es Jesucristo, que con su gracia nos mantenga y consuele. Y porque aun con todo esto caeremos en faltas, conviene que nos desvelemos y castiguemos con santa corrección y disciplina, significada por la vara sacerdotal; y así hechos arcas divinas, reposará el Señor en nosotros de mejor gana que en el Sagrario, ni en el relicario ni andas, porque si allí está y allí va, es por entrar y morar en nosotros, y si le pudiésemos ver su corazón amoroso cuando va en la procesión, oiríamos cómo nos va diciendo lo que dijo a Zaqueo: «Cristiano, desciende de ese árbol de tu locura y desamorada ingratitud; humíllate a mí, conoce el amor que te tengo, aparéjame tu ánima, porque en ella deseo descansar y morar.» Alabadas sean, Señor, tus misericordias, que llegan a convidar y rogar Tú mismo contigo que te quieran recibir aquellos que no merecían que les volvieses tu faz, aunque muchos años te lo suplicasen. ¡Que no haya, Señor, por tu misma misericordia, no haya quien te reciba en su casa , pues Tú con tanta benignidad quieres entrar y morar en nosotros, y aun pagarnos colmadamente el hospedaje que te hiciéremos! Porque si echaste tu bendición haciendo señaladas mercedes a

Obededón el levita, porque recibió la otra tu arca, ¿qué tales y qué tan copiosas serán las mercedes que harás a quien bien recibiere en su pecho tu misma persona? Darle has bendición de perdón de pecados, consolación entrañable con tu dulce presencia, lumbre para sus ignorancias, fuerza para sus flaquezas, aumento de gracia con que más te ame, y después le darás tu gloria.

TRATADO XIX

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Non sicut manducaverunt patres vestri manna, etc.

«No así como comieron vuestros padres el maná.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

QUIEN tiene hijos, es razón que tenga cuidados, y si buen padre es, los debe tener doblados, para dar mantenimiento de doctrina y buenos ejemplos al ánima de sus hijos, y el mantenimiento corporal para sus cuerpos, so pena de caer en aquel infame vicio que San Pablo dice (I Tim., V): *El que no tiene cuidado de los suyos, y principalmente de los de su casa* (aquí entran principalmente los hijos), *la fidelidad ha negado, y peor es que infiel:* y también pudiera decir, la naturaleza ha negado, y peor es que animal; pues a todos es notorio cómo por natural instinto, animales y aves tienen cuidado de mantener sus hijos. Alabado seas Tú, Señor, que tan lejos estás de que te sea dicho este baldón, pues no solamente a tus hijos adoptivos, que son los que están en tu gracia, mas a los bastardos y a los que te ofenden, derramando tu copiosa misericordia, haces salir tu sol sobre buenos y malos, y llueves

sobre justos e injustos; y no sólo a hombres, mas a animales, aunque sea a una hormiga, y a las plantas, porque tienen un poco de vida, a todo das mantenimiento cual conviene; en reconocimiento de lo cual, tu católica Iglesia romana te da las debidas alabanzas, diciendo: *El que da mantenimiento a toda carne, porque para siempre es su misericordia.* Tú, Señor, das de comer a los hijos de los cuervos y les oyes. Y finalmente, los ojos de todas las cosas cada una según su manera a Ti se alzan y en Ti esperan, y no en balde, porque les das mantenimiento en el tiempo conveniente; abres la mano de tu magnificencia, y llenas todo animal de bendición. Gracias, Señor, damos a tu bondad por el cuidado que del mantenimiento de nuestros cuerpos tienes; y pues que los animales que de Ti reciben mantenimiento no te pueden dar gracias, porque no conocen, nosotros te las damos por ellos, y con mucha razón; así, porque lo que a ellos das es para que nos sirvan con ello y porque si un hombre cuerdo tuviese cargo de algunos locos o de algunos niños, y algunas personas les hiciesen bien, debía este tal darle gracias por lo que hace con ellos, pues ellos no se las pueden dar.

Otra vez te alabamos, Señor, y bendecimos y glorificamos por tu magnificencia del cuidado que tienes de nuestro mantenimiento y de todas las cosas que viven. Más adelante pasó el cuidado de Dios en la ley de la escritura del que tenía en la ley de naturaleza, porque como tomó pueblo distinto al que dió conocimiento de El, y le dió honra de nombre suyo, convino que le honrase con mantenimiento especial, para darle a entender el amor particular que le tenía, para que viendo las maravillas que con él hacía, más se confirmase en la fe de El, y tomase aquel beneficio en prendas de otros mayores, y le fuese incentivo para más le amar. Saca Dios a Israel de Egipto con grandes maravillas; llévalo por el desierto, tierra sin pan, y cuando se les acabó la provisión que de Egipto sacaron, y les faltaron los medios humanos para se mantener, proveyó Dios en el tiempo de la necesidad, que aquella es la hora propia de sus misericordias: man-

túvolos con un pan singular, nunca hasta entonces visto, sin ser arado ni sembrado, sino enviado del cielo: pan tan precioso, que de él canta David (Psalm. LXXVII): *Pan del cielo les dió, y el hombre comió pan de los ángeles.*

Este es el que se llama maná, que era formado en el aire, que por ser región alta se llama el cielo; y se llama pan de los ángeles, porque por su ministerio se hacía y descendía: él venía junto con el rocío o helada; y a algunos parece que la helada venía primero, y el maná se asentaba encima de ella, y luego el rocío encima del maná, que le tenía cobijado y escondido hasta que venía el sol y derretía el cobertor del rocío, y aparecía el maná, que era unos granos menudicos como simiente de culantro; blancos como un aljófar, y su natural sabor era como de miel, aunque para enseñar la bondad divinal su dulcedumbre y cuán amigo es de dar a los suyos, dió a este manjar sobrenaturalmente tal virtud, que supiese a los buenos que lo comían a cual otra cosa que ellos deseasen o tuviesen gana. Cosa maravillosa, que unos granillos blancos valiesen por sabor de perdices, y de gallinas, y de frutas, y de cualquier cosa que al gusto tocase. Es Dios sabroso, y dador de sabores a las personas que le son obedientes en los servicios. Y por el contrario, los que eran malos y golosos y que no se contentaban con comer el maná como Dios se lo enviaba, sino que por hallar en él más sabor lo molían y hacían tortas y lo cocían, no sólo no hallaban en él aquellos sobrenaturales sabores que los buenos hallaban, mas ni el natural de miel que el maná tenía; porque según la Escritura dice (Exodo, XVI): *Sabíales a pan rociado con aceite.* Cada día acaece esto, que por no querer ir por el camino que Dios nos lleva, por no contentarnos con lo que nos da y por el medio que nos lo da, buscamos nosotros otros caminos más placenteros y que más provechosos nos parecen, y no sólo no mejoraremos nuestros negocios, mas aun los empeoraremos. Justicia justísima es que si el ciego quiere ir delante del que sabe el camino muy bien, y le quiere guiar, que tropiece y se descalabre: y el hijo mozo que pidió la parte de su hacienda a su padre y quiso regirse por sí, perdióla

muy presto, y aun a sí mismo con ella, y de hijo muy honrado y abastado en la casa de su padre, vino a ser guarda de puercos y a no hartarse aun de lo que ellos comían; no le dañara ser mozo, ni su poca experiencia, si quisiera vivir debajo del regimiento de su padre.

Tornando al propósito: con este pan mantuvo el Señor aquel grandísimo ejército que de Egipto sacó, y hasta que lo llevó a la tierra que había prometido, nunca le dejó de proveer con este manjar por tiempo de cuarenta años enteros. Y porque merced tan señalada y tan milagrosa nunca de su pueblo fuese olvidada ni cayesen en desagradecimiento del tal beneficio, mandó Dios a Moisés al principio que les dió este pan, que hinchese de él un vaso y lo pusiese en el *Sancta Sanctorum*, junto con el arca del Testamento de Dios. Esta es la historia, aunque abreviada, de la divina providencia en mantener a su pueblo antiguo que de Egipto sacó: con lo cual estaban los judíos tan ufanos y favorecidos, que les parecía que no podía haber mejor, ni más maravillosa, ni excelente comida que aquesta. Y así cuando el Señor les habló diciendo (Joann., VI): *Obrad manjar que no se acaba, mas que permanece en la vida eterna*, acordándose ellos de su maná, le dicen: «¿Qué señal obras Tú para que creamos en Ti, porque nuestros padres comieron pan del cielo, según dice la Escritura (Psalm. LXXVII): *Dísteles pan del cielo, y el hombre comió pan de ángeles*».

¡Oh, gente grosera, que no sabéis sino de la tierra, no estimáis sino el mantenimiento del cuerpo! Dios os dé su luz, y orejas interiores con que sepáis oír y entender el pan divino que ese Maestro a quien preguntáis que del cielo vino, os dará (Joann., VI): *De verdad os digo*—dijo la verdad de Dios—*que Moisés no os dió pan del cielo; mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo. Yo soy pan vivo, que del cielo descendí, para que todo aquel que de mí comiere viva para siempre.* Parecióles bien el pan que mantiene para siempre: parecióles cosa recia que aquel que era tenido por hijo de una mujer y de un hombre a los cuales ellos conocían, dijese que había descendido del cielo. Y declarando el Señor más el misterio de este

mantenimiento, que hace vivir para siempre, díjoles: *El pan que yo daré, mi carne es por la vida del mundo.* Espantáronse más, y dijeron: *¿Cómo éste nos puede dar su carne para comer?* Gente grosera y tosca, sin fe y sin prudencia, que ya que ellos se engañaban en la manera del entender, preguntáranle al Señor, y dijérales que no entendía El que habían de comer su carne sagrada así a bocados y a tajadas como la carne de un animal que la cortan en la carnicería. Fuéronse del Señor, porque les parecía que esta doctrina era dura, y errando ellos; porque San Pedro, como tenía lumbre del Señor, siendo preguntados los Apóstoles por el mismo Señor: *¿Y vosotros queréis también iros como éstos?*, respondió (Joan. VI): *¿A quién iremos, que tienes palabras de vida eterna?* Tanto va en la disposición de quien recibe la doctrina, que por una misma palabra uno huye de quien la enseña, y otro se llega más; y esta palabra de este divino pan es de tan alto misterio, que sin lumbre de Espíritu Santo no se puede creer, que por ésta dijo el Señor: *Ninguno puede venir a mí, si mi Padre no le trajere.* Enseñó el celestial Padre al bienaventurado San Pedro allá dentro de su corazón la verdad de la fe, y con aquella lumbre creía quién era Nuestro Señor y ser verdad todo lo que decía, ora lo entendiese, ora no, como ha de hacer el verdadero creyente.

Gracias y alabanzas te damos, Señor, todos cuantos estamos aquí por nos y por toda la Iglesia católica, por tu grande misericordia, que nos has dado lumbre y firmeza de fe para que creamos que tu Hijo bendito, aunque según hombre fué engendrado en la tierra, según Dios fué engendrado de Ti antes de la creación de cielos y tierra, y que descendió del cielo para nosotros, hombres, y por nuestra salud fué hecho hombre y murió por nosotros, y está encerrado debajo de aquella Hostia sagrada que allí está. Para aquí, para aquí es la fe; porque aquí hay grandísimas causas para que todo entendimiento humano y angélico se admire y salga de sí. Salieron los judíos al campo cuando vieron aquellos granos menudicos y blancos: maravilláronse mucho, y dijeron: *Manhu*

(Exodo, XVI); que quiere decir: *¿Qué es aquesto?* Y respondióles Moisés: «Este es el pan que dió el Señor para comer.» «Si te maravillas de la sombra—dice San Ambrosio—¿con cuánta más razón del cuerpo que causa la sombra?» Aquel maná con que se mantenían los cuerpos que caminaban por la tierra desierta a la tierra prometida por Dios, fué figura de aqueste dulcísimo manjar que tenemos aquí presente, dado para que sustente la vida espiritual. Los cristianos que, cuando se bautizaron, salieron de Egipto, ahogados sus pecados, recibieron la gracia y virtud del Espíritu Santo, nuevo ser y nueva vida, hechos hijos adoptivos de Dios, a los cuales prometió el cielo si guardasen sus santos Mandamientos. Y para que en tierra desierta de tan recios enemigos tengan fuerzas para caminar y para se defender, les es dado este fortísimo manjar, que les conserve la vida que recibieron en el santo Bautismo hasta que lleguen al cielo.

Mas así como va mucha diferencia de la vida del cuerpo, para cuyo mantenimiento era aquel maná, a la vida del ánima, para cuyo mantenimiento nos da el que tenemos, así hay mucha diferencia de la causa de admiración que aquéllos tuvieron, que les hizo preguntar: «¿Qué es aquesto, Señor, para siempre bendito? No preguntamos para creer, ni queremos entender para creer; porque aquello es cosa de infieles tasados, y apocados y miserables, y os quieren hacer a Vos semejable a ellos, sintiendo de Vos tan bajamente, que lo que ellos no pueden entender, no pueden creer que Vos lo podéis hacer; lejos vaya, Señor, tal blasfemia; hijos somos de vuestra Iglesia católica romana, y enseñados de ella creemos que debajo de esos accidentes de pan está verdaderamente vuestro Cuerpo sagrado; y aunque no lo entendemos, porque lo creemos, como dice David, osamos hablar, y para nuestro consuelo; y para agradeceros más esta merced, preguntaremos, no a Moisés, Señor, sino a Vos, ¿qué es esto que delante de nosotros está, este divino manjar celestial cobijado con rocío de accidente de pan?» Responde el Señor (Joann., VI): *No os dió Moisés pan del cielo; mas mi Padre os da pan verdadero del cielo.* Pan

que comen los ángeles, pan lleno de toda suavidad y esfuerzo. Ahora, Señor, tenemos más de qué nos admirar y preguntar: «¿Qué es aquesto? ¿Quién somos nosotros, Señor, para que el Eterno Padre tanto amor y cuidado tenga de nos, que nos envíe desde el cielo por manjar a Vos que sois su unigénito Hijo?».

Tiene mucha razón Job de espantarse, y nosotros mucha mayor, de tu inefable bondad y efectos de ella, diciendo (cap. VII): *Señor, ¿qué cosa es el hombre? ¿Por qué lo visitas y pones en él tu corazón?* Si se espanta de que Dios haga mercedes al hombre y le visite con ellas, ¿qué diremos de tan inefable merced, que El mismo en persona venga a nos visitar hecho manjar con que viva nuestra ánima? Inefable dignidad es aquésta, mayor, sin comparación, que la que Dios nos dió cuando nos hizo merced de los manjares del cuerpo, porque aquéllos también los dió a los animales, y antes parece más bajeza que alteza sentarnos a una misma mesa animales y hombres; mas darnos este Señor en manjar pan que en el cielo comen los ángeles, no sólo contemplando su divinidad, mas también su sacra humanidad, mirándola con grandísimo deleite, cebándose en el conocimiento y amor de aquella sacratísima ánima del Verbo de Dios, y admirándose de aquella gracia sobre todas las gracias con que la santa humanidad está unida personalmente al Verbo de Dios y está hecha más alta que todos los ángeles, y reverencian al Verbo encarnado como a su Criador en cuanto Dios, y su Rey y Señor en cuanto hombre, y se deleitan en gran manera en pensar cómo se humilló a ser hombre, y del excesivo amor que tuvo en la cruz, y subieron muy alegres con El cuando de la tierra subió al cielo; y con todo esto es tanto el bien que Dios hizo a los hombres, que cuando un sacerdote toma el pan en las manos, y diciendo las palabras de la consagración lo torna en Cuerpo verdadero de Jesucristo, tiene manjar en sus manos con que pueda, y muy sin comparación, convidar a los ángeles del cielo, aunque sean los más altos de los querubines y serafines, a que vengan a la tierra a un altar a gozar de un convite que no se arre-

pientan de haber venido a él. Mas no esperan ellos a que los convidemos; ellos se vienen atraídos del olor del manjar suavísimo, que como en el cielo lo comen y experimentan su dulcedumbre, vienen del cielo a la tierra a le gozar; y no solamente harían esto, mas si fuese posible, por lanzas y fuego se meterían por venir al altar a reverenciarlo, gozarlo y espiritualmente comerlo.

No os maravilléis de aquesto, ni os sea cosa increíble; porque aunque este manjar que aquí está es el mismo de que ellos gozan y se mantienen en el cielo con vista clara y gusto indecible, mas está guisado en el altar de otra manera que en el cielo; y es tan admirable la sabiduría, es tan indecible el amor y las circunstancias con que está guisado, tan nuevas y tan sobre todo entendimiento, que reciben grandísimo deleite en las contemplar, y dan alabanzas y gracias a Dios Nuestro Señor que tal obra hizo, como gente que sabe bien ponderar esta obra y maravilla de Dios. Alabado sea, Señor, tu nombre, que hay quien sepa conocer esta merced, y engrandecer tu sabiduría, y gozar de aqueste manjar. Alábente, Señor, los ángeles, agradézcantelo, Señor, por nosotros, pues que nuestra vida es tan corta, nuestra virtud tan tasada para saberte mirar y servir.

Un convite hizo el Rey Asuero en el tercer año de su reinado (Esther, I), y convidó él a todos los Príncipes de su reinado, y a los Gobernadores de las provincias, hecho con grande aparato de muchos y diversos manjares traídos a la mesa con diversidad de vasos de oro. El vino que les dió a beber era vino precioso y real: estaban las mesas en una sala cerca de un huerto, el suelo cubierto de esmeraldas y mármol, muchas tiendas sustentadas con cordeles de holanda y carmesí metidos en anillas de marfil, y sustentados en columnas de mármol. Comieron primero en el convite, que duró muchos días, la gente principal, y después convidó a toda la gente que estaba en aquella ciudad, desde el mayor hasta el menor, sin que ninguno quedase: y todo esto a intento (dice la divina Escritura) de enseñar sus grandes riquezas y la gloria de su poder. ¡Oh, dichoso pueblo cristia-

no! ¡Oh, dichoso tiempo de la ley de gracia, año tercero del reinado de Dios, en el cual hizo el admirable convite, haciéndose hombre, no lo habiendo hecho en ley de naturaleza ni en ley de escritura! En lugar de los manjares y vino y vasos de oro y marfil, carmesí con holanda y todo lo demás, que todo es tierra, poquedad y miseria, toma una sacra humanidad más preciosa que todo lo criado, y en un portal de Belén, sala más preciosa que la de los Reyes, sale del virginal vientre el Pan del cielo, Jesucristo Nuestro Señor, y los convidados fueron los ángeles, embriagados de tal dulcedumbre, adorándole; y van a rogar a los pastores que vengan a tan gracioso convite, y de muy contentos y hartos dijeron aquel dulce cantar: *Gloria sea a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Luc., II).

¿Qué contemplaciones tan gustosas os parece que tendrían los ángeles de ver a Dios humillado hasta ser hombre, y nacido en un pobre portal, reclinado en un pesebre, cercado de pañales de muy poco precio? Miraban su amor, admirábanse de El, entendíanse ellos con El, y eran mantenidos admirablemente. Allí comenzaron a gustar de El, y comieron a su mesa, y siempre le acompañaron, y atentamente contemplaron el maravilloso discurso de su vida, sus obras heroicas, su doctrina divina, su amor en la cruz, su poder en la Resurrección y su gloria de la alteza en la Ascensión. ¡Qué bien ha cumplido Dios Nuestro Señor con los Príncipes de su reino, con los Gobernadores de sus provincias, con todos sus ángeles! Y los pequeños, Señor, los huérfanos del linaje humanal, ¿no tendrán parte en vuestro convite? ¿No comerán siquiera de las migajas que caen de la mesa de los señores? ¿Qué dices, Señor, que te piden los pobres manjar para que no perezcan de hambre? Y pues has hartado los grandes, no te olvides, Señor, de los chicos (Isaías, cap. XLI): *Los pobres y menesterosos*— dice Dios— *buscan agua, y no la hay; la lengua de ellos con sed se ha secado; yo el Señor los oiré; Dios de Israel, no los desampararé.* ¿Qué comeremos, Señor, y beberemos los pobres a la mesa de los ángeles ricos? ¿Qué, levantarás a

los pobres del polvo para que se sienten con los principales de tu pueblo?

Otra vez sea tu voluntad alabada millones de veces, y para siempre sea bendito tu amor; que si el Rey Asuero convidó a su mesa donde comían sus grandes a todos los de su ciudad, por muy pequeños que fuesen, Tú, Señor, pues eres más largo en bondad que aquel Rey y que todo lo criado, quisiste convidar a los hombres, y de los hombres a los más bajos de los hombres; de manera que a ninguno, por pequeño que sea, le fuera vedado entrar y sentarse a la mesa de que tus ángeles comen. ¡*O res mirabilis*, que el muy pobre, el siervo y el más bajo come al Señor! Señor, ¿quién de los hombres entenderá las grandezas de tus misericordias con que nos precias, nos ensalzas a que comamos de Ti en compañía de los bienaventurados ángeles (gente principal de tu pueblo? Ellos mejor saben comer de este divino manjar que nosotros; más fuerte calor tienen para lo amar, gustar y gozar; mejor saben agradecerlo y estimarlo que nosotros. Mas esto osen los hombres decir a gloria de aquel Señor que allí está e hizo el convite, y es el manjar del convite, que aunque ellos sepan mejor gustar el manjar, mas que hay en él tales circunstancias y tal salsa, que tenemos muy grandes causas para gozar y gustar de aquel divino manjar mucho más que ellos. Angeles del Señor que aquí estáis sirviendo y acompañando a Nuestro Rey Jesucristo, y todos los que en el cielo y en cualquier parte estáis, bien sabemos que estáis llenos de verdad y vacíos de todo desordenado amor propio, y que os gozáis de los bienes de los pobres, y que no os desdeñáis de los servir y poner encima de vuestra cabeza, por amor de Aquel que es cabeza de los hombres y cabeza de los ángeles.

No tengáis por mal que contemos las obras y las misericordias de Dios hechas a los hijos de los hombres; y dígase por autoridad de San Pablo, al cual muy bien conocéis (Hebr., II): *No tomó Dios a los ángeles*—quiere decir—*no se hizo Dios ángel, mas de la simiente de Abraham, porque tomó carne de su linaje*. Sí; primero que nos-

otros comenzasteis a gozar de Dios hecho niño; mas nosotros con la santa Iglesia cantaremos (*In Symbolo*): *Por nosotros hombres, y por nuestra salud descendió del cielo a la tierra, y encarnó por Espíritu Santo de Santa María Virgen, y fué hecho hombre.* Con El anduvisteis, y os deleitasteis en verlo a El y a sus obras, y muy bien supisteis ponderar la obra de su amor, por el cual dió la vida en la cruz; mas a lo menos no cantaréis: «crucificado también por nosotros debajo del poder de Poncio Pilato, padeció, y fué sepultado, como lo cantamos nosotros». Y si este amor que Dios nos tuvo, por ser de cosas pasadas, no nos parece salsa tan eficaz para que comamos este divino manjar con particular gusto, vengamos al tiempo presente. Señor, nuestra honra, nuestro amador verdadero, ¿quién te trajo ahí? ¿Quién te ha encarcelado ahí? ¿Qué haces ahí? ¿Qué quieres? ¿Qué buscas? Decláranos, Señor, esta cuestión; sentencia este pleito: ¿has tomado ese hábito pobre, has bajado a ese portal de Belén, haste puesto debajo de cantidad tan pequeña por amor de los ángeles santos, o de los hombres pecadores y pobres? No, Señor, no; por nosotros; porque ellos allí os tenían en el cielo; mas los pobres de acá quedábamos sin Vos; y como aunque os subisteis al cielo en cuerpo y en ánima, vuestro corazón y amor se nos quedó acá, y donde está vuestro corazón está vuestro tesoro, quisisteis venir con el cuerpo a estar presente con los que amáis estando lejos; y si queremos saber si venís de mala gana, muchos años ha que Vos dijisteis que vuestros deleites son estar con los hijos de los hombres. ¡Oh, verdaderamente encarcelado de amor! ¡Oh, verdaderamente amador de los hombres, pues por ellos naciste, y te diste en precio derramando tu preciosa Sangre en la cruz, y para ellos mismos te has hecho manjar, y son los principales del convite, y los ángeles son los accesorios!

Señor, mientras más te preguntamos y nos respondes, más tenemos que preguntarte. Preguntámoste, Señor, ¿qué cosa es esto? Respondístenos que era pan verdadero que el Padre nos dió. Dichosa renta por cierto. Mas hácenos tornar a preguntar: «Señor, ¿qué es aquesto, que

nos ensalzas a comer a una mesa con tus santos ángeles, y que te hayas hecho hombre y manjar por nosotros, y no por ellos? ¿Qué te queda que darnos? ¿Qué lugar te queda adonde subirnos? ¡Oh, bondad sin tasa! ¡Oh, amor sin medida, que tienes convidados a los hombres para que coman y beban sobre tu mesa, y siendo el manjar Tú, los conviertes en Ti, y siendo Tú verdadero Dios, haces a ellos dioses por participación!» ¿Estaréis, hombres, contentos? ¿Andaréis ya hambreando por las cosas perecederas? ¿Podréis por ventura alcanzar, aunque todo lo criado sea vuestro, tales bienes como en esta mesa sagrada os son dados de honra, deleite y riquezas, el menor bien de los cuales es mayor que todos los bienes del mundo? Y el ser uno de los menores de aqueste convite, es ser mayor que todos los mayores del mundo. Y según Isaías (cap. LX), *el chiquito valdrá por mil, y el muy pequeño por gente fortísima*. Sabed, hombres, preciar al Señor que tanto os precia: sabed preciar el valor de tal vida, para lo cual fué necesario perder Cristo la suya en la cruz, para que mediante el santo Bautismo recibiésemos vida espiritual los que estábamos muertos.

Y para que esta vida no se perdiese, sino que se conservase y aumentase, nos es dado el Hijo de Dios para manjar; y para esto está allí cumpliendo muy de verdad la figura del maná, y excediendo en tanta proporción, que en comparación de este manjar el otro no se llama manjar verdadero. «No os dió Moisés—dijo el Señor—pan del cielo; mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo.» No era el otro pan de mentira; mas era pan de figura, y pan imperfecto por ser pan del cuerpo; mas el Cuerpo de Nuestro Señor es pan del ánima, y su virtud también resulta en el cuerpo; y excede tanto en valor al otro, que ninguna comparación hay. Y no sólo en éste se cumple la figura del otro, mas también en que como el otro, pasados los cuarenta años que cayó en el desierto, estuvo guardado en el templo de Dios en memoria de tal beneficio y desagradecimiento a Dios por él; así este sagrado manjar, no sólo cuando de nuevo se consagró, mas después acá ha estado en la Iglesia, y estará hasta

que el mundo se acabe, no viejo, sino siempre nuevo, convidándonos con más razón a que lo agradezcamos a Dios y nos aprovechemos de él, comiendo de él y viviendo por él, que el otro pasado, que aunque estaba en el templo, serviríales de memoria, mas no de manjar.

Cuán bien, Señor benditísimo, tu sagrado Cuerpo cumple la figura del maná pasado, y con muchas ventajas; y si no hubiera otra figura que cumplimos nosotros, todo fuera de alegría y contentamiento. De Ti, Señor, se dijo (Marc., VII): *Todas las cosas hiciste bien.* Y por cierto así es la verdad, que muy bueno y suave ha sido tu espíritu, y demostrado has tu dulcedumbre a tus hijos en mantenernos contigo mismo, para que comiéndote a Ti, vivan por Ti. Mas ¡ay de mí!, que no sólo el maná es figura de tu Cuerpo sagrado, mas los que entonces lo comían son figura de los que lo comemos ahora, y entrando nosotros en la fiesta, por alegre que sea, luego la convertimos en tristeza y lloro, como muy bien se acordaba Tobías que lo decía el Profeta Amós (cap. VIII): *Comían aquel maná los que eran buenos;* y no faltaba nada para el verdadero mantenimiento y buen uso de él, si la disposición y humores de quien lo tomaba estaban buenos y sanos. El manjar que tomaban era bueno, obraba en ellos operación, y dábales fuerza para caminar y deleite, sabiéndoles a todo lo que querían, y así vivían vida sana y alegre, como lo hacen ahora los que bien reciben este manjar santo. Mas ¿qué diremos? Que como entonces hubo quien se descontentó de aquel manjar, y por ser delicado no les hartaba, y decían que quisieran estar en Egipto para comer ollas de carne, puerros, cebollas y cohombros, que, según había muchos, los daban de balde o baratos. Ellos eran los desabridos, carnales y miserables, indignos de tan buen manjar como Dios les daba. Fueron ingratos a Dios, despreciadores de su manjar, y sintiólo Dios mucho, y castigólos muy bien, aunque les dió carne como deseaban.

¡Ay de nosotros, hermanos, que hay muchos entre nosotros que ni precian este sacratísimo pan, ni tienen gana de comer, y si lo comen van tan mal aparejados, que

siendo él bastante a henchir todos los deseos del hombre, se quedan tan vacíos que dicen: «Seca está nuestra ánima; no ven nuestros ojos sino maná». Si fuera aquel maná pasado, aunque fuera culpa, tenía su excusa con decir: «Otros manjares hay con que vivamos; no es mucho que tengamos aquéste en poco y deseemos los otros». Mas ¡pobre de mí!, ¿adónde iremos, Señor, que Tú sólo das la vida, y tu Cuerpo es manjar de vida, y sin él no hay sino muerte y tinieblas? Y por eso, de los tales se cumple muy bien lo que la Escritura dice (Psalm. CVI): *El ánima de ellos abominó todo el manjar, y acercáronse a las puertas de la muerte.* No es cosa muy peligrosa tener fastidio de un manjar y apetito de otro; mas tener abominación de todo manjar, hace llegar a las puertas de la muerte, porque sin comer no se puede vivir.

Desengañaos; un manjar es aqueste que Dios nos ha dado, mas tiene virtud de todos manjares, y quien de sólo éste tiene fastidio, bástale para morir, pues que fuera de él no hay manjar que dé vida. ¡Oh, Señor, y si te tuviste por ofendido y tu manjar por despreciado cuando aquellos pasados se fastidiaban de él, qué reciamente te quejarás de nosotros, que habiendo Tú desveládote en darnos un manjar que eres Tú mismo, y guisándolo con amor nunca visto ni oído, y con este amor haberlo dado a los hombres y rogarles con él, que haya gente que ni el valor de tu persona, ni la dulcedumbre con que lo has guisado, ni las maravillas que en él están, ni la vida que comiendo de él les prometes, sean bastantes a ponerles ganas de comer de Ti! *¡Oh hijos de los hombres, abajad vuestras cabezas, cobijad vuestras caras de vergüenza!* Confundíos, gemid y llorad, porque nuestra ceguedad, ingratitud y maldad llega a tanto, que tengamos fastidio de comer a Dios humanado. Manjar en el cual no sólo están juntos todos los deleites, mas todos juntos en comparación de él no son deleites.

¡Hombre, hombre, que no te hinche aqueste manjar, y que deseas hartarte de carne podrida, que para en corrupción, y en tal parará quien la siguiere! ¡Hombre, que deseas mantenerte del bien de las honras vanas, de es-

pinas de las riqueza , todo lo cual es puerros y cebollas, cuya comida no sólo no da contentamiento perfecto, mas consume la complexión: y estándolas comiendo con la boca, saltan los humos a los ojos, y los hacen llorar; porque aun estando el hombre haciendo el pecado, allí le está remordiendo la conciencia; y tomando un poco de deleite corporal y temporal, le están atormentando su ánima! Di, hombre engañado, ¿qué, piensas que los cohombros de Egipto, que son los pecados, porque hay muchos de ellos, y tras cada cantillo los hallas, y aun te ruegan con ellos, que por eso se te dan de balde? Entra el pecado por una puerta, y con él los demonios, y obligan a tormentos eternos: sálese por otra puerta Dios y su gracia, y pierdes el cielo: si esto es comer de balde, siendo el escote tan caro, yo digo que no hay cosa en el mundo que sea costosa.

Y si no crees, espera un poco: cuando te asienten en los infiernos en una mesa cual la vió Isaías cuando dijo: «Mesas llenas de vómito y de suciedades», vomitarás, cierto, y con las setenas de dolores, lo que aquí comiste de tus malos placeres, y experimentarás lo que Dios ha amenazado a los tales, diciendo (Jerem., XXIII): *Yo les daré a comer ajenjos, y a beber hiel.* Dime, hombre, a quien es desabrido este manjar celestial, y te son sabrosos los pecados del mundo, ¿quién hizo los placeres, y los sabores y los deleites? ¿Por ventura no los hizo Dios? Preguntó Dios a Moisés: «¿Quién hizo la boca? ¿Por ventura no la hice yo? ¿Pues porqué temes de llevar mi embajada? Aunque seas tartamudo, yo seré en tu boca y sabrás hablar.» Cristiano, sabe, si no lo sabes, que esas cosas que te deleitan, esa honra y riquezas que precias, no las hizo otro sino aqueste Señor. Y entiende que todas ellas son una gota de agua para lo que El tiene en comparación de la grandeza del mar. Si del otro maná se escribe que tenía todo deleite, ¿qué será de éste, que es Criador del otro, e infinito le excede? Si no, preguntad a los ángeles si es Dios sabroso.

¡Oh,h umana miseria! ¡Oh, cristianos! Despertad por amor del Señor. Admírense los cielos, y como Jeremías

decía: «Cáiganse sus puertas de espanto de que haya hombres que tomen fastidio del manjar que es Dios, y que dejen la fuente del agua viva por desabrida, rogándoles con ella, y vayan a buscar para beber cieno podrido en las cisternas disipadas de las criaturas. Aquí les ruega consigo mismo, y no le quieren; y ruegan ellos, y trabajan por alcanzar las cosas que desean, y ni el mundo, ni demonio, ni carne aun no les dan de sus manjares lo que ellos querrían (Judic, I).) Cautivos de Adonibecec, que los tiene debajo de su mesa, cortados los pies y las manos para que no hagan bien ninguno, y aun de sus manjares no les da pedazo de pan entero, mas de las migajas de la mesa que le caen a él de su mantenimiento.» Hijos pródigos, que guardan los puercos de los demonios, y aun no se hartan de lo que comen los puercos. Dime, hombre, ¿porqué te fastidia este divino manjar? ¿Qué cosa se pudo pensar más al contrario de lo que ello es? Si fuera algún manjar grosero que provocara a vómito, manjar de poco precio, manjar mal guisado, tuvieras excusa. *Entremos en cuenta*—dice Dios (Jerem., II)—*¿Qué han hallado vuestros padres en mí? ¿Porqué se apartaron de mí, y se fueron tras la vanidad, y se tornaron vanos?*

Y hablamos, Señor, con vuestra licencia, que como se tornan vanos por amar la vanidad, se tornan dioses por comeros a Vos. Hombre, responde a Dios, que te dice: «¿Qué has hallado en mí? ¿Porqué has huído de mí, y se te pasan meses, y si fuese a más no poder se te pasarían años que no quieres sentarte a mi mesa y recibir mis dulces abrazos, dándote yo a mí en manjar, y por sobremesa prometiéndote el cielo porque me has recibido en la tierra? Respóndeme, hombre: ¿no tienes qué?» Ay del hombre cuando se vea en el estrecho juicio de Dios, y le ponga Dios esta demanda, no con la blandura que yo aquí la digo, mas haciendo temblar a quien la pusiere; ¿porqué fuiste causa que me desvelase yo en hacerte un manjar que me costase la vida para que tú vivieses, y quieres más morir comiendo ponzoña que vivir comiéndome a mí? Y que sean mis deleites estar con los hom-

bres, teniendo muchas causas para ni verlos ni oírlos, y que me diesen en rostro ellos y sus cosas, y que tengan ellos por pesadumbre que les digan de mi parte: «confesaos y recibid al Señor», y que no tengan en nada que yo estuviese aquí o no.

Hombres, ¿qué falta habéis hallado en este divino manjar, del cual está escrito (Exodo, XVI): *¿Dístele, Señor, manjar, aparejado?* Aun el nombre de maná, quiere decir también aparejada cosa es ésta. ¿Cómo, qué cosa es ésta? Manjar aparejado, que ni lo sembraste, ni lo araste, sin que te cueste nada, sin que hicieses nada, y antes que fueses nacido, ya Dios te tenía aparejado este manjar. Si no, dime: ¿qué te ha costado estar allí el Señor hecho manjar tuyo, convidándote a que lo quieras comer? No tienes que responder a esta pregunta. Mas quiero yo responder por ti, y dar la causa porqué hallas fastidio en este manjar y te vas a buscar otros; quizá tendrás vergüenza de responder delante de tanta gente; yo la diré; mas si diciéndolo yo no te parece muy mal y no te enmiendas de ella, delante de los cielos y de la tierra y de los infiernos te será dicha con gran confusión tuya y condenación. Tu manjar, Señor, muy bien aparejado está, y cualquier cristiano, por malo que sea, si no es hereje, no puede poner falta en Ti. El bien cree lo que Tú dices, que eres manjar que del cielo descendiste, y que das vida a quien bien te recibe, y que fuera de Ti, que ni hay vida ni gracia; muy bien aparejado dice que estás, y que estarlo así, a él no le costó nada, mas aquí, Señor, está la llave del negocio; ¿porqué no quiere venir a comer? Porque para ello le piden a él mucho aparejo y muchas condiciones; pídenle que se confiese; pídenle que restituya lo ajeno; pídenle que no blasfeme de Ti, que no se perjure. Piden al casado que no conozca ni codicie otra mujer, y al que no lo es, que viva en castidad; y parécenle estas cosas tan intolerables y tan costosas, que a trueco de ellas quiere perder la mesa de Dios y el manjar de Dios, y aun estar toda su vida sin El.

¡Oh, mal hijo, que tienes por carga decirte tu padre que

seas bueno; y mala mujer, porque tu marido te dice que no seas adúltera, huyes de su mesa, y de su cama, y te es desabrido! Ven acá, hermano, que tu mal me hace haber compasión de ti; ¿duélete mucho el dejar los pecados? ¿Parece cosa costosa aparejar tu cuerpo y tu ánima con buenas obras, para venirte a sentar a esta mesa y comer este manjar celestial? ¿Es cosa costosa guardar castidad por recibir a Jesucristo? ¿Es cosa costosa hacer penitencia? ¡Oh, benditísimo Señor! ¿A quién costó más, a Vos aparejaros para ser manjar para los hombres, o a los hombres aparejarse para venir a comeros a Vos?

No me has menester Tú a mí, y porque estaba yo muerto y condenado a eterna muerte, y te había menester a Ti, ¡a costa de cinco mil y tantos azotes que atado a una columna recibió tu santísimo Cuerpo, quisiste aparejarte para hacerte manjar con que yo comiese y bebiese, y que tenga yo por gran costa tener cuerpo casto y hacer una poca de penitencia para venir a recibirte! Acuérdate, hombre, cómo el Señor fué coronado de espinas en su sagrada Cabeza, agujereados sus pies y sus manos con clavos en la cruz; recibió injurias de afrentosas palabras; recibió bofetadas y recios tormentos, y porque no quedase nada por hacer, para del todo enseñarte su amor, dió en la cruz su vida por ti, para que tanto más sabroso te pareciese cuanto más trabajos padeció por ti; y para que mirando la cosa tan excesiva que El hizo para ser tu manjar, no tengas tú por cosa pesada aparejarte para comer de El. Acuerda, quienquiera que seas, cuando se te hiciere de mal lo que el confesor te manda, o lo que tú ves que es menester hacer para bien recibir al Señor; que si mirases la costa de El, no te parecerá cosa recia que a trueco de la sangre que de sus manos corría, des tú limosna a los pobres, y a trueco de sus bofetadas e injurias, perdones las tuyas por su amor: y si pasares dolor en dejar algún pecado a que estás muy asido y en quitar alguna mala costumbre con que a Dios tienes ofendido, ofrécelo en cuenta de sus dolores y de su muerte, que por ti padeció, y verás que haciendo tú lo poco que puedes, y recibiendo el sacra-

mento de la Confesión, y comiendo este sagrado manjar, se te irá quitando la gana de los pecados y poniéndosete el amor y gusto de las virtudes.

No pienses, no, que ese aparejo que se pide para venir a esta mesa sagrada se te pide a solas tus fuerzas. Es tanta la liberalidad de este Señor, y tanto el precio de la costa que por ti hizo, y tan indecible la gana de que goces de este convite, que El mismo te ayudará para te aparejar; y el confesarte y comulgarte hoy, te acrecentará el aparejo para comulgarte mañana: no te apartes de esta mesa, por amor de Dios y por lo que toca a tu vida. Si deseas tanto la vida del cuerpo, que todo cuanto tienes darás por la conservar, estima tu ánima, pues no tiene fin ni precio; y siendo ella bienaventurada, dará al cuerpo parte de su vida, y también vivirá para siempre. Vida bienaventurada de cuerpo y de ánima hallarás aquí, y fuera de aquí no hay sino muerte. ¿Quieres conservar la gracia de Dios? ¿Quieres escapar del infierno? ¿Quieres ser heredero del cielo? ¿Quieres no cometer pecado mortal, cosa tan para desear? Frecuenta a recibir este divino manjar, y experimentarás lo que El mismo dice (Joann., VI): *Quien me come a mí vivirá por mí.* El Papa Inocencio dice que este santo Sacramento perdona los pecados veniales y preserva de caer en mortales.

San Bernardo dice que este santo Sacramento quita el consentir en pecados mortales: ¡cuánto más lo hará en los veniales!, quiere decir, para que no dañen tanto en el hombre. Todos los Santos dicen que los efectos que el pan y el manjar obran en cuerpo, (cuéntalos bien y piénsalos bien), que todos esos obra este Santísimo Sacramento en el ánima de quien bien lo recibe; y particularmente da testimonio de aquesto el glorioso Obispo y mártir San Cipriano, el cual cuenta que le reveló Nuestro Señor que se había de levantar presto en aquella tierra una grave persecución contra los cristianos, para que a poder de tormentos negasen la fe; y aunque había constitución eclesiástica, que los que negasen la fe entre los tormentos fuesen castigados, y aunque mucha penitencia hiciesen no les fuese dada la sagrada comunión

hasta la hora de su muerte, dijo este santo Obispo, y así lo escribió a otros Obispos, que no obstante esta constitución, se diese el Santísimo Sacramento a los cristianos que habían negado la fe entre los tormentos, para que estuviesen fuertes para confesar la fe en los tormentos que en la persecución que venía les había de dar, cuyas palabras son éstas:

«Pues que los despertamos y amonestamos a que peleen, no les dejemos ir a la guerra desnudos y sin armas, mas armémoslos con el amparo de la Sangre y Cuerpo de Jesucristo; y pues para esto se consagra la Eucaristía, para que pueda ser amparo y guarda a los que la toman, armemos con el amparo de la hartura de este Sacramento a los que queremos que sean fuertes contra el perseguidor. Porque a los que enseñamos y amonestamos que derramen su sangre por la confesión de la fe de Cristo, si les denegamos la Sangre de Cristo, ¿cómo han de pelear? ¿O cómo les haremos idóneos para que beban la copa del martirio, si primero no les admitimos a beber en la Iglesia la copa del Señor, dándoles el derecho de la comunión?» Y un poco después dice: «No puede ser idóneo para recibir martirio a quien la Iglesia romana no arma para la guerra; y aquel ánima ha de desmayar y caer, la cual no recibe la santa Eucaristía para que la encienda y levante.» Palabras dignas de consideración son todas aquéstas; y por ventura son necesarias para semejable persecución a la que fué revelada a este Santo. Grandes novedades hay en el mundo, que dan muestras no sólo de su vejez, mas de su acabamiento; y según la doctrina evangélica, el estar los hombres descuidados de la venida del juicio, es una gran señal que ya está a la puerta.

La pestilencial doctrina de Lutero y los que le han seguido es un gran testimonio de que ya vienen los mensajeros muy cercanos del Anticristo; cuya persecución ha de ser tan recia, que sería muy justo, aunque se tardase su venida, comenzar a aparejar a los cristianos y darles armas para que estuviesen en pie de guerra tan fuerte; cuánto más teniendo tan poco uso de padecer tormentos

por confesión de la fe, y que con razón se debe temer que en persecución tan grande faltarían muchos; pues si los días de ella no se abreviasen, ningún hombre quedaría que fuese salvo. Y si por pareceros que esta guerra no vendrá tan presto no os queréis aparejar, a la puerta tenemos peligros de herejes, y de los turcos, que no sabemos si será menester que ofrezcamos nuestras cabezas en confesión de la fe; y para estar fuertes en trance tan recio, dijo este Santo bienaventurado que es cosa necesaria el recibir el santo Cuerpo y Sangre de Jesucristo; y que aquel ánima ha de faltar y desmayar, que no fuere esforzada por la sagrada comunión que recibe.

Gran daño ha venido a la Iglesia romana por no entenderse, o no enseñarse, y no ponerse en obra aquesta verdad, que para confesión de la fe, y para no caer en pecado mortal, es remedio eficacísimo el recibir aqueste santo manjar: y como dice este Santo, no es justo que pidamos a los cristianos que estén firmes en la confesión de la fe, aunque sean atormentados, si no los armamos con la sagrada comunión. Así también se puede decir a los enseñadores cristianos, que piden al pueblo cristiano que no caigan en pecado mortal, que les enseñen que para esto es muy gran remedio el recibir el Cuerpo del Señor, y por cuantas vías pudieren les induzcan y provoquen a esto. Y téngase por una cierta señal, de que uno es legítimo predicador de Dios si a los hombres angustiados y flacos los consuela y enseña que reciban a Nuestro Señor, y que con esto serán confortados. El ángel así lo hizo con el Profeta Elías, que atemorizado con las amenazas de la Reina Jezabel, iba descarriado, lleno de angustia, suplicando a Dios que lo sacase de vida tan trabajosa: y estando dormido con aquel tedio, le despierta el ángel de Dios, y el remedio que le da es un pan hecho debajo de rescoldo de la ceniza, y dice: «Levántate y come, que te queda por andar mucho camino.» Voz de predicador cristiano es levantar los corazones caídos con aquesta palabra: «Levántate y come de aqueste sacratísimo pan que está debajo de accidentes tan pobres, en señal de su grande humildad»; como, por el con-

trario, es voz del demonio el apartar a los cristianos de la frecuencia de estos divinos Misterios, pues que sin ellos está cierto que han de llegar a las puertas de la muerte; pues es propio efecto de aqueste divino Misterio preservar de pecado mortal. Y si todavía piensas que estándote mucho tiempo sin comulgar no caerás en pecado mortal, no sé qué diga de ti: o que eres hombre de poca fe, pues no crees lo que estos Santos dicen; o que tienes algún privilegio particular para conservar la vida del ánima, que esto no puede ser, que cada día anda en peligros sin comer este divino manjar y sin ser armado con esta celestiales armas que en su santa Iglesia romana Dios nos dejó.

Y si todavía porfías que aunque estés mucho tiempo sin comulgar no caerás, yo también porfiaré que sí caerás. Profetas parecemos entrambos, pues afirmamos de lo que está por venir; mas si me contradijeres a mi palabra (que no es mía, sino de todos los Santos), y dijeres que tú profetizas mejor, y te enojares como Sedecías contra Miqueas, diciéndome que cómo el espíritu de la profecía pasó a mí sin pasar a ti, responderte he lo que Miqueas respondió a Sedecías (2 Reg., XXII): «Quién es mejor Profeta, tú lo verás en aquel día cuando fueres huyendo de quien te irá a matar, y procurarás de te esconder de cámara en cámara, y en fin morirás.» Dejemos disputas, vengamos a las obras; el tiempo te doy pos testigo, que si te apartas de comer de este manjar de la vida, que te has de ver acosado de algún pecado mortal, y te ha de llevar de vencida y, en fin, quitarte la vida del ánima, y entonces te acordarás de la palabra de Dios: «El ánima tuvo fastidio de comer este manjar, y llegaron hasta las puertas de la muerte, y unos entraron dentro de la muerte primera, que es el pecado mortal, y otros entraron en la muerte segunda, que es el infierno (Num., XXI).»

Muchos han cometido pecados mortales, que si hubieran en el tiempo de su tentación, o un poco antes, confesado y comulgado, no hubieran caído en el abismo del pecado mortal; y metidos en éste, muy breve camino hay para entrar en el infierno; porque no falta más sino que le

quiebren el vaso de vidrio, que es este cuerpo que traemos a cuestas, que es una pura flaqueza; y basta para quebrarlo un dolor de costado, o una apoplejía. A uno mata un rayo, a otro ahoga el agua, y muchas veces sin confesar ni comulgar; y diera el hombre entonces mil cuentos de mundos por haber hecho lo que ahora le rogamos. Y plegue a Dios, y otra vez plegue a Dios, que, como dicen, no le entre por una oreja y le salga por otra. Digamos la verdad, y ésta es, que no se te da nada de conservar la vida del ánima. ¡Ay dolor, que trabajas con todas tus fuerzas por huir de la muerte del cuerpo, y curas a tu esclavo porque no se te muera, y mantienes a tu caballo, a tu azor, a tu perro y al pajarillo que tienes en la jaula, siendo cuidadoso de su mantenimiento, y te olvidas de tu ánima, que si tuvieses en algo este divino manjar, desde lejos te apercibirías para estar fuerte con la fuerza que este manjar pone para estar firme en el tiempo de la tentación; mas ni sientes tú necesidad, ni te convida la dulcedumbre de aqueste manjar, y con el fastidio que tienes de él, llegas y pasas a las puertas de la muerte!

¡Oh, sagrado pan tan mal empleado! Pues dice el glorioso Doctor San Agustín, que este pan pide hambre del hombre interior. Deseado, Señor, deseado es razón que seas de nosotros, pues todas las cosas que pueden despertar el deseo, todas están juntas en Vos, y tenéis grandísima razón de quejaros de nosotros, pues que antes que a este mundo viniésedes, aquellos santos Patriarcas y Profetas que tenían olor de Vos, con todas sus entrañas os deseaban; con atentísimas oraciones mezcladas con lágrimas os llamaban y os suplicaban quisiésedes descender acá, para con vuestra hartura matar nuestra hambre; y fué tanto lo que os desearon, que os llamaron por nombre el Deseado de todas las gentes. Cristianos, cristianos, recordad por reverencia de Dios de sueño tan pesado y tan peligroso, limpiad vuestro gusto de fastidio tan sin porqué, conoced la merced que Dios os hizo, y entended que a nosotros dijo Jesucristo Nuestro Señor: «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, y las orejas que oyen lo que vosotros oís: dígoos de verdad, que

muchos Profetas y Reyes quisieran ver lo que vosotros veis, y no lo alcanzaron».

Si con el solo olor de este sacratísimo pan, que más era hambre que hartura, tanto se consolaban, en tanto lo estimaban; si aquel maná de poco valor hacían gracias por él; si tenían en tanta honra el arca de Setín, que bailaban delante de ella con mucho regocijo, ¿qué hicieran si tuvieran presente lo figurado por aquellas figuras, que es este sagrado manjar que presente tenemos? ¿Cómo? ¡Y tenemos corazón para hacer tal afrenta a este Señor y dar tal mancha a nuestra honra, que antes que al mundo viniese fuese llamado el Deseado de todas las gentes, y que después de venido se llama el fastidiado, y tenido por cosa que no os va mucho en recibirlo o no recibirlo! Por cierto, Rey nuestro, Vos tenéis mucha razón de huir de nosotros, y por vuestro justo juicio permitir que perdamos la fe sagrada de este Misterio, y que ni haya Misa, ni Comunión, ni cosa que le parezca: y a quien de esto se quejare le podréis con mucha razón decir: «Yo fuí grano de trigo sembrado en el vientre virginal de mi sacratísima Madre; salí de él tierno y fresco, como un trigo que está en berza; creciéronme aires y muy recios soles de trabajos, caminos y persecuciones; y cuando fuí casi de treinta años, echaron los malos su hoz en mí, y fuí cortado de esta vida, molido y atormentado, y hecho harina para que de ella se hiciese este pan sagrado del cual y por el cual digo: El que me come a mí, vivirá por mí. Y habiendo comprado tan caro darme yo por manjar a los hombres, y estando cerrado y depositado en lugar tan pequeño para que mejor me puedan comer, advierten tan poco a mis trabajos y a mi grande amor y a la gran necesidad que tienen de mí, que algunos ni aun quieren venir a mi casa; y si otros vienen, contentanse con reverenciarme cuando soy consagrado y alzado en la Misa: más aparejar sus conciencias, pelear contra sus pasiones para venir limpios a mi mesa, y recibirme y holgarse conmigo, muy pocos hay».

El fin de quedarse Cristo acá debajo de semejanza de pan y de vino, es para decirnos que así como el uso del

pan y del vino no es solamente mirarlo, sino comerlo, así el fin de los trabajos que Cristo pasó para hacerse pan nuestro y estar allí como está, no es sólo para verlo y reverenciarlo, sino para comerlo y matar nuestra hambre con El, y restaurar y conservar nuestra vida: porque ¿quién se hartó ni mantuvo con sola la vista del pan? Y si nos contentamos solamente con verlo y no recibirlo, no se alcanza el fin que El pretende, y tendrá mucha razón para decir: «Pues que no usáis de mí, según mi deseo y vuestro provecho, por de más estoy aquí, y por de más me tenéis: irme he de vuestros entendimientos permitiendo que perdáis la fe, pues que me echáis vosotros de vuestras voluntades, no me deseando, ni holgando de mi comunicación; pues que un efecto de los que bien se quieren es estar juntos, hablarse y comunicarse. Y para que entiendan todos que este es mi fin, se llama comunión este sagrado Misterio».

¡Oh! cuánta razón, Señor, tenéis de iros de nosotros, cuánta razón tenemos de deciros con los discípulos (Luc., XXIV): *Quedaos, Señor, con nosotros, porque ya es tarde:* no nos castiguéis con vuestra ausencia, como habéis castigado a otros, y como nuestros pecados merecen; porque tenemos, Señor, poca lumbre, y estamos tarde, y si Vos os vais, quedaremos en noche. No, Señor, no, por vuestra misericordia: mas Vos de vuestra poderosa mano sanad el fastidio que nuestras ánimas tienen de aqueste divino manjar, por lo cual hemos llegado a las puertas de la muerte; y por no lo recibir unas veces habemos llegado a peligros de pecar mortalmente, y otras hemos caído en ellos. Cumplid, Señor, lo que está escrito (Psalm. CVI): *Envió su palabra, y librólos de su perdición;* Señor, la palabra yo la digo, y vuestra es: *El que me come, vivirá por mí.* Decidla Vos en las entrañas de los que aquí están, para que, según está escrito, alaben a Dios sus misericordias y maravillas que hace con los hombres; ensálcenle en la Iglesia del pueblo, y cuenten sus obras con alegría.

Cuando esta alegría, hermanos, reinare en nuestros corazones de ver y experimentar la dulcedumbre de

aqueste soberano manjar, de estar muy más hartos con él, le demos alabanzas por tal beneficio: y entonces tendremos señal que nos ha librado Dios de la peligrosa enfermedad del fastidio, y nos ha quitado las gruesas flemas que en el estómago de nuestra ánima teníamos y nos impedían el gusto de aqueste divino manjar. Bienaventurados los que lloran, djjo el Señor, y tras esto dijo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia»; para dar a entender que los pecados son los que quitan la gana de este sagrado manjar, y llorados los pecados y lanzados de nosotros , luego tenemos tanta gana de comulgar, como un hombre sano tiene hambre y sed de su mantenimiento. Y esta es la causa porqué antes de comulgar hemos de confesar, porque en la confesión echamos por la boca nuestros pecados, como quien vomita los malos humores, y quedando el ánima limpia desea recibir este divino manjar, y cuando lo recibe éntrale en gusto y provecho. Quien esto ha recibido de Dios, déle gracias por ello, y entienda que tener particular devoción y reverencia, y agradecer y recibir este sagrado manjar con buen gusto y provecho, es una grandísima señal que el hombre está en gracia y que se ha de salvar; y quien no, tema, gima y quéjese de sí, porque es peor que los brutos y más necio que los niños de un día.

El cordero, por natural instinto sabe conocer su manjar; y si le ponéis muchos manjares, y entre ellos la leche, aunque no la vea, él la sacará por rastro, y comerá de muy buena gana. Un niño busca el pecho de su madre, y lo toma con grande regocijo: y si nosotros estamos sanos, dice San Juan Crisóstomo que hemos de buscar este sagrado manjar , y recibirlo con aquel regocijo que según hemos dicho, y todos lo vemos, el niño toma los pechos de la madre. Hagámoslo así, y no demos causa, por reverencia de Dios, que tan singular obra suya como es aquésta, se nos pase por alto sin ser conocida, estimada, agradecida y reverenciada, ni se nos pase tan excelente manjar sin tener hambre de él y sin recibirlo muchas veces. No demos causa que lo que Dios nos dejó por particular socorro para nuestra flaqueza, por remedio

eficaz para nuestra conservación de la vida, se nos torne por nuestra culpa en juicio de condenación, o por no recibirlo, o por mal recibirlo. Cobremos buenos alientos, pésenos de la negligencia pasada, sea nuestro cuidado huir de pecados, adornar nuestra ánima con buenas ocupaciones; y cualquier trabajo nos parezca liviano por aparejarnos para convidados de aqueste Señor, recibirlo con pura conciencia, porque con esto tendremos nuestra ánima en pie y pasaremos sin caída mortal, aunque tengamos muchos enemigos que nos quieran matar, y tendremos fuerzas bastantes, como las tuvo Elías, para caminar por el camino de los Mandamientos de Dios, hasta que lleguemos al monte Oreb, que es la gloria.

TRATADO XX

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

In me manet, et ego in illo.

«En mí está y yo en él.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO



N aquella oración que Cristo Nuestro Señor hizo a su Padre el Jueves de la cena, en la noche, le dice entre otras palabras (Joan XVII): «Padre, manifesté tu nombre a los hombres, los cuales me diste.» Y entre todas las otras cosas que hizo buenas, y muy buenas, especialmente se esmeró en predicar la honra de su Padre, atribuyéndole a El la doctrina que predicaba, los milagros y obras que hacía: todo para ejemplo nuestro, que encendía los corazones de los Apóstoles en el amor del Padre invisible, tan altamente alabado por su Hijo. Y uno de ellos, que fué San Felipe, dijo en nombre de todos (Joann., XIV): *Señor, muéstranos al Padre, y bástanos:* como quien dice: «Pues tantas cosas buenas nos ha dicho de El, querríamos verle, y ni tendríamos más que pedir ni que desear». Tenía, por cierto, mucha razón de desear ver al Padre, pues hace claramente bienaventurados a los que claramente le ven. ¿Mas cómo se verá, si El no se muestra? ¿Cómo se mostrará, si no le amamos? Pues como dijo Cristo Nuestro Señor (Joannis, capí-

tulo XIV): *Si alguno me ama, manifestármele he a mí mismo.* ¿Y cómo amaremos al Padre si el Padre primero no nos ama, pues que el amar nosotros a El es efecto de amar El a nosotros? ¿Y quién, al contrario, ha de ser amado de una cosa tan alta como es Dios Padre, siendo nosotros tan bajos, que aun acordarse como quiera de nosotros, y darnos el ser de naturaleza, es muy grande merced, y sobre todo nuestro merecimiento? Merced es aquel amor con que nos ama a los hombres y ángeles, con que los levanta sobre toda su naturaleza criada y los hace consortes por gracia y por gloria de la divina naturaleza.

Amar a uno es darle señorío sobre sí mismo, es cautivarse, y encarcelarse y estar en señorío de él. ¿Pues quién no alabará aquel Eterno Padre, principio no sólo de los ángeles y hombres, mas de todo lo criado, y aun de las dos Personas Hijo y Espíritu Santo, del cual —como dice San Pablo—toma nombre toda la paternidad en el cielo y en la tierra? Un Padre del cual el Hijo y el Espíritu Santo reciben todo lo que tienen, y El de ninguno lo recibe, de sí mismo tiene lo que tiene, y es lo que es; ¿mas quién dirá qué es? Es un poder infinito que llegó a poder engendrar un Hijo igual y semejable a sí mismo. Es una bondad tanta, que llegó a dar toda su esencia a su Hijo por vía de generación, y al Espíritu Santo por vía de amor; y finalmente, es un piélago de infinitas perfecciones, que, por mejor decir, es una infinita perfección, al cual los ángeles reverencian, y las dominaciones adoran, y los poderes tiemblan, y las dos divinas Personas conocen que es su principio, y que aunque haya entre ellos suma igualdad, y más que igualdad, pues es unidad en la misma naturaleza, mas con esto está la autoridad del Padre, del cual las dos Personas divinas reciben lo que tienen, y el Padre no de ellas, ni de otro ninguno. Pues poniendo de una parte esta suma majestad e infinita alteza encumbrada sobre nosotros con distancia infinita, y de otra parte nuestra bajeza, y, lo que peor es, nuestros pensamientos, ¿quién osará esperar, ni aun pensar, que dos tan distantes extremos se pudiesen juntar en uno?

¿Quién de los hombres volará tan alto que alcance esta presa, que vuela sobre querubines y alas de vientos? ¿Quién tan rico que posea a este Señor, y le hiera su corazón con saeta de amor, y lo haga bajar a tratar leyes de igualdad de amor con criaturas tan desiguales a El? «Tú eres verdad—decía San Agustín—y yo mentira y vanidad, etc.» ¿Y cuándo podrán juntarse en uno estos extremos? Y si se juntan, cosa es dignísima de admiración, como el santo Job lo sentía, diciendo: *Señor, ¿qué cosa es el hombre? ¿Porqué lo visitas y pones en él tu corazón?* Y según sentencia del Señor, donde está el tesoro, allí está el corazón. ¿Cómo puede ser que cosa tan pobre como es el hombre, sea tesoro de cosa tan rica como es Dios? Cierto es aquí menester la fe de Abraham, que no enflaquecido por parte de la criatura, mas confortado en la promesa del Criador, dió gloria a Dios, teniéndole por tan poderoso que puede hacer todo lo que promete; mas lo que había allí prometido era que Sara, estéril y vieja, pariría un hijo. Gran maravilla por cierto; mas muy más es que Dios Padre se dé por amor a una ánima estéril, a un gusano de la tierra, a un pecador e indigno de mirar el cielo y hollar la tierra y de comer un poco de pan. Que ame Dios y dé amor tan entrañable a su criatura, el hermoso al feo, el Rey al vasallo, el todo a la nada, cosa es de mayor maravilla y más bienaventurada de poseer, mas muy ardua de creer; y no pequeñas prendas son necesarias para certificarnos de tan grande honra, tan grande riqueza y tan copiosa bienaventuranza. Porque si de esto nos dan suficientes prendas, ¿qué resta sino perder la vida, si es menester , por alcanzar el corazón de Dios Padre nuestro y tenerle herido con saeta de amor?

Alabada sea la bondad divinal, que a tanto llega, que nos da el bien que no merecemos, y exceden sus dádivas a lo que le pedimos, y aun a lo que deseamos, y aun a lo que entendemos, según dice San Pablo. Ninguna cosa le parece a Dios ardua en lo que toca a hacer bien a los hombres; y cuanto excede el alteza del cielo a la pequeñez de la tierra, son ensalzados de hacernos bien sobre la

pequeñez de nuestro corazón para osarlo desear y pedir en tus pensamientos. «Señor para lo que cumple—dice David (Psal. LXXXV)—no hay semejable a Ti.» Cierto es así, que el divinal y paternal corazón, conmovido de su entrañable bondad, se quiere poner en los hombres y tenerlos por su tesoro, no para enriquecerse El en ellos, sino para que juntándose con ellos los haga tan rico que lo posean a El. Y el medio que para juntarse estos extremos tomó, fué su santísimo Hijo Jesucristo Nuestro Señor, según «El mismo lo dice (Joann., XIV): *Yo soy camino, verdad y vida; ninguno viene al Padre sino por mí.* Sepan, pues, todos los que quisieren subir a la alteza del Padre, que la escalera es Jesucristo su Hijo; sepan todos que otro medianero principal no hay si El no; porque aunque los Santos lo sean, sonlo por El, y sonlo porque El fué medianero para que ellos tuviesen cabida con Dios, y que para todos es medianero si quieren llegarse a El.

Mas ¿qué haremos, que también El es alto y altísimo, como la Iglesia romana lo canta? Y tampoco podemos llegar a su alteza, como a la de su Padre, pues en cuanto Dios tiene una misma alteza, y en cuanto hombre está unido con la misma Persona del Verbo de Dios. No os iréis por ahí llenos de achaques; días ha que respondió Dios a esas preguntas por boca de Moisés, y después de San Pablo (Exodo, III): *No digas*—dice Dios—*¿quién subirá al cielo, y quién descenderá al abismo para traernos este Mandamiento?* Lo cual declara San Pablo diciendo (Rom., X): *¿Quién subirá al cielo para traernos a Jesucristo? ¿Quién descenderá al abismo para traerlo resucitado?* Muy cerca está lo que te es mandado, en tu boca está y en tu corazón. Pregúntasme dónde está Cristo, para que me llegue y por El suba al Padre, y responderte he, señalando con el dedo como San Juan Bautista, y decirte he tan grande verdad como dice El, y la misma verdad que dijo El: «He allí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo»; allí está vestido de unos accidentes de pan, y por harto más maravillosa manera que estaba cuando lo señaló San Juan con su dedo. ¡Oh, divinal amor del Eterno Padre, que puso por puerta para entrar

a El a Jesucristo su Hijo, según El lo dijo, y la pone tan cerca de los hombres y tan abierta de par en par, que parece que está convidando a que éstos entren por ella! El corazón del Padre, su Hijo es; quien a su Hijo tiene, el corazón del Padre tiene. Pónelo en aquel relicario descubierto a que todos lo miren tan en público como lo veis allí.

¡Oh, sapientísimo Padre! ¿No sabe vuestra Majestad que lo que en público se pone, siendo cosa preciosa o hermosa, que hay muchos que lo codicien? ¿No sabéis, Señor, que como vuestro siervo San Gregorio dijo: «El que lleva el tesoro públicamente, con la obra da a entender que desea que se lo roben?» Vos, Señor, ¿no dijisteis (Proverbios, IV): *Con toda guarda guarda el corazón, porque de él procede la vida?* Y si la vida de nuestro cuerpo procede del corazón, y por eso mandáis que lo pongamos a buen recaudo, ¿porqué no ponéis Vos a mejor recaudo vuestro corazón, pues que de él procede la vida del nuestro, y es fuente de vida por el cual viven todas las cosas vivas en el cielo y en la tierra? Si fuera dineros, no fuera mucho guardarlos poco, pues valen poco; mas vuestro corazón, Señor, que es la misma riqueza, y que tontrato Vos amáis, ¿cómo no teméis que os lo roben, pues tan hermoso y rico es, y tan en público está puesto y tan cerca de nos, que con cuatro o cinco pasos que demos llegaremos a él y lo tomaremos? ¡Oh, invenciones de sabiduría divina, manifestadora de su encendidó amor con los hombres, que por ser tan admirables, ni se deben olvidar ni callar, pues por ellas se dijo (I Paralip., XVI): *¡Declarad en los pueblos las invenciones de Dios!* ¡Oh, deseo, oh, sed intensa que tienes, Señor, de que los hombres te roben, te posean y sean bienaventurados por Ti!

El sol alumbra, calienta y alegra sin que nadie se lo ruegue, sino por su propia naturaleza; y el fuego y todas tus criaturas comunican lo que Tú les diste, sin elección, sino por instinto de naturaleza que Tú les pegaste, haciéndoles participantes en su modo de tu infinita liberalidad. Mas así como son en el ser más bajas que Tú, no tiene que ver su liberalidad con la tuya: ellas, si se dan,

no saben lo que hacen: mas Tú, Señor, sabiendo qué haces, y sobre pensado te comunicas de mejor gana y más copiosamente que ninguna de tus criaturas. ¡Oh, quién entendiese, Señor, tus caminos llenos de hermoso amor! ¡Quién entendiese, como en todas las cosas, cuándo no concedes y cuándo concedes, y cuándo haces y no haces, halagas y riñes! El fin que en todo pretendes es nuestra satisfacción y salvación eterna: mándasnos Señor, que cerremos y guardemos con toda guarda nuestro corazón, porque no se derrame por las criaturas y pierda a Ti, que eres su vida; mandas que esté vacío de todo amor, como el altar de tus sacrificios, y para que todos sus senos se hinchen de Ti y te posean, y mandándonos Tú esta tan estrecha guarda de nuestro corazón, pones Tú el tuyo en público para que todos te lo puedan robar, y el nuestro no nos lo lleve nadie, y el tuyo te lo tomen todos.

¡Ay del mundo ciego, que por enriquecer roba a los pobres, y por hartarse beben cieno, andan tras el viento y humo de la vana honra, y aun de estas miserias no pueden alcanzar lo que desean; y viéneseles a la mano el amor y el corazón del Omnipotente Padre, y no curan de él, pudiendo ser bienaventurados con él! Allí está, hombres, allí está el corazón y amor de Dios Padre; ¿por qué hay tan pocos codiciosos de él? Pregonamos que Dios Padre quiere dar su amor; ¿porqué tan tibios para lo recibir? Y si Dios os hace merced de estimar este don en lo que es razón; si vuestra ánima, con entrañable deseo quiere vivir y ser amada en la oración de Dios Padre, yo os diré las saetas con que lo heriráis, las prisiones con que atéis el corazón invencible, y os enseñaré unos fortísimos bebedizos con que el corazón del Padre se cautive de vuestro amor. ¿Mas quién yo para dar testimonio de este amor grande, que aun los ángeles son pequeños para descubrir cariño que lleva a una mina tan honda y tesoro tan rico? Dígalo el mismo Hijo de Dios, el que, como dice San Juan, está en el Seno del Padre, el cual es sabiduría que no puede errar; dígalo El, y óiganlo sus cristianos con entera fe, y pónganlo en obra con mucho

cuidado. Dice el Señor (Joann., XVI): *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a mí, y creisteis que salí de El.* He aquí con qué se gana el amor de Dios Padre, con amar y creer en su Hijo bendito. ¿Y qué cosa más fácil que amar a la misma bondad? ¿Y qué cosa más debida que amar a quien de amor murió por mí?

El leproso Naamán vino de su tierra al Profeta Eliseo (IV Reg., V) para que le diese salud, la cual los médicos no le podían dar; y mandóle el Profeta que se fuese a lavar al río Jordán siete veces, prometiéndole salud si aquello hacía; y él de enojado, no lo quiso hacer; y perdiendo el trabajo que había pasado, volvió su carro, y tornábase a su tierra: mas sus criados, que miraron el negocio más sin pasión, diéronle buen consejo: «Padre, si el Profeta te mandara otra cosa dificultosa, fuera razón que la hicieres para alcanzar salud de un mal incurable, cuanto más que no te dijo sino una cosa muy fácil: *Desciende al Jordán, y lávate, y cobrarás la salud deseada*». Alabada sea, Señor, tu bondad, que con la grande gana que tienes de darte, pides tan poco por Ti, poco trabajo, cosa muy fácil, amar a tu Hijo bendito.

Cristiano, ¿no ves que tienes tantas razones para lo amar, que no debías preguntar cómo querré bien a Jesucristo, sino cómo lo dejaré de querer? Si algún exceso hubiese, en su amor había de ser, y decir: ¿Qué haré que me veo tan aficionado a El, que antes es menester freno que espuelas? Amar a Jesucristo y quererlo, esto es lo que cuesta el ser amado del Padre; y si quieres, óyelo en menos palabras: el que bien comulga y se tiene por suyo, éste ha vencido, éste ha herido el corazón del Omnipotente Dios Padre. Cuando amas a Cristo y por su amor te pesa de los pecados que has hecho, entonces mueres a ti y estás hecho hábil para ser comido; porque vivo, si primero no muere, ¿quién le comerá? Y cuando con este amor, y con la fe católica confiado en la Pasión del Señor, te llegas al altar y recibes aquel Señor que allí está, entonces El, como más fuerte, según está dicho, te come a ti y te transforma en sí. Y con este engrudo de fe y amor quedas unido con El y hecho miembro

vivo de El, y descienden sobre ti los rayos del divino amor paternal, y te recibe por hijo, y te honra y enriquece como a tal.

Jesucristo Nuestro Señor es Hijo natural de Dios Padre, es el sólo amado de El, es el sólo heredero, es aquel a quien, como dice San Pablo (Galat., III), le prometió la herencia del cielo, como a simiente de Abraham. No hay fuera de Jesucristo bien ninguno de aquéstos; y en El, hay éstos y otros muchos: quien se quisiere llegar a El, quien bien lo recibiere, éste goza de las influencias y riquezas que Dios Padre puso en El. ¡Cosa mucha, cosa no oída, que el Hijo unigénito del Padre ande El mismo buscando y trayendo a sus propios esclavos, para que el Padre de El los tome por hijos adoptivos y agradables y tratados a semejanza de El. Suelen los hijos de acá no querer por compañeros hijos adoptivos, ni quiere nadie adoptar sino a quien le falta hijo legítimo; mas el altísimo Padre, que es rico en misericordia, teniendo sumo contentamiento de su Hijo legítimo Jesucristo Nuestro Señor, quiso dar a los indignos esclavos parte en los bienes que dió a su unigénito Hijo, haciéndolos hijos amados, agradables y herederos, y por darles estos bienes no perdonó a su Hijo, mas entrególo a la muerte por todos. Dinos, Señor, por tu misericordia dinos Tú, que estás callando: ¿pesóte a Ti de esta liberalidad que tu Eterno Padre hizo, tomando a los hombres por hijos y dándotelos a Ti por hermanos, como acostumbran hacer los malos cristianos?

¡Oh, amor nunca oído! ¡Oh, corazón sin igual, más herido con nuestro amor que con la lanzada que le dió Longinos, que estuviste tan lejos de pesarte de esto, que todos tus deseos, obras y palabras se emplearon en ello, y con grande instancia, y profundos gemidos y derramamiento de lágrimas, suplicaste Tú a tu Padre que así lo hiciese, y fué tanto el gusto que tomaste en tener hermanos y compañeros en tus bienes y en tu herencia, que no dudaste de con precio de tu propia Sangre y tu preciosísima vida, rescatar los que eran esclavos y comprar de tu Padre que los amase y tomase por hijos! Murió

el único—dice San Agustín—por no quedar uno. No te sabía bien, Señor, el gozar de tu bien a solas, si no viniesen los pobres a comer contigo, y fuesen amados del celestial Padre. Cuán dulce cosa, Señor, es de pensar, que desde que fuiste concebido en el virginal vientre de Nuestra Señora, tomaste por empresa, y perdiste sobre ello la vida, de que como el Padre te amaba a Ti, amase también a los tuyos; y como Rut rogaba a Booz que extendiese su ropa sobre ella, así rogabas Tú a tu eterno Padre que el amor con que te amaba y cobijaba no te calentase ni parase en Ti sólo, mas pasase a los tuyos haciéndolos participantes del corazón y amor paternal.

Voz tuya fué, Señor; oración tuya fué con que oraste al Padre. En esta noche del Jueves Santo, un poco antes que fueses al huerto a ser preso por nosotros, muy más preso Tú de nuestro amor, dijiste al Padre (Joan. XVII): *El amor con que me amaste, esté en ellos, y yo en ellos.* ¡Oh, cosa admirable! ¡Oh, empresa digna de tal Hijo! ¡Oh, verdadero medianero y reconciliador, lazo de amor entre el Padre y nosotros! Yo en ellos, dices, Señor. ¿Quién son estos ellos, sino aquellos que bien te reciben con el cuerpo y con el ánima? Yo en ellos, como está la cabeza en sus miembros, y el amor con que me amaste esté en ellos; y si queréis saber porqué, porque Cristo está en ellos, como en la misma oración lo había declarado, diciendo: «Yo en ellos y Tú en mí, para que sean perfeccionados, y conozca el mundo que me enviaste, y los amaste a ellos como me amaste a mí». El amor del Padre está en Cristo, y Cristo está en los hombres: de manera que en Cristo se juntan Dios Padre y los hombres.

¡Oh, dichosa comunión con Cristo! ¡Oh, dichoso el trabajo que se pasa por bien comulgar! ¡Oh, substantífico bocado, con el cual confortado, es levantado el pobre del polvo y el menesteroso del estiércol, y subido hasta la alteza del amoroso corazón paternal, y allí mora como en casa, allí se asienta como en silla y, en fin, como amado en el corazón de su verdadero amador! Alábente, Señor, tus misericordias y tus maravillas que haces en favor de los hombres, pues que los levantas a que se junten

con tu Hijo , para que los tomes por hijos en El. Mas es de mirar que no toma a nadie por hijo para que El goce de este nombre, como hombre que está apartado por sí, ni que su voz suene en las orejas de Dios, como de persona propia que suena por sí, y vale por sí y estaba en sí. Si un hijo adoptivo de Dios pidiere algo a Dios y no alegare a Jesucristo, sino que es fulano hijo adoptivo de Dios o que tiene su gracia de presente y derecho para la herencia del cielo, este tal, si otra cosa no alega, ni será oído, ni su nombre conocido, y resolutamente le responderán: no os conozco ni acepto vuestra oración, ni acepto vuestras buenas obras, ni me parecéis bien, aunque seáis un San Pedro, ni un San Pablo, ni aunque seáis la Virgen María.

Los amorosos ojos de Dios, según hemos dicho, la adopción de hijos, la gracia y dones del Espíritu Santo en sólo Jesucristo están, y a El sólo se han dado como a fuente, y aquel sólo gozará de ellos que se incorporare en Jesucristo y fuere cosa de El, no como quiera, sino como miembros o cuerpo, que con su cabeza hacen una persona mística, cual es Cristo y la Iglesia. Quien está en Cristo como miembro vivo, hijo es agradable, es heredero, no como cosa apartada de Cristo, sino como cosa de El, y según se ha dicho que se llama El; y esto no lo tome nadie por caso de menos valer, sino de más valer, y por una merced muy particular. Porque así como si la santísima ánima de Cristo Nuestro Señor fuera dejada en sí misma para tener propia persona que estribase en sí, aunque tuviera toda la gracia y dones de Dios que ahora tiene, no fuera tan alta con tener propia persona, como lo es con carecer de ella y ser personada en el Verbo de Dios, en el cual está arrimada y con el cual está unida con unión de honra inefable; así acá ser hijo de Dios adoptivo es gran dignidad; tener su gracia, cosa dichosa; mas ser cuerpo de Cristo, y estar unido con El en tal unión que se llamen una persona y se llamen un Cristo, esta dignidad es cosa admirable: y este no estar el hombre arrimado a sí, ni tener nombre propio, ni sonar como tal, es grande ganancia y grande riqueza, porque en lugar

de ello es levantado el hombre a ser miembro vivo de Jesucristo Nuestro Señor y a ser llamado por nombre de El; y por ser cosa de Cristo es mirado del Padre con amorosos ojos, y tiene cuidado como de cosa tan conjunta a su Hijo.

Y para certificarnos de aquesta verdad, dijo el mismo Señor (Joann., XV): *Yo soy vid verdadera y mi Padre es el labrador; y a todo sarmiento que no llevare fruto en mí, cortarlo ha; y a todo aquel que llevare fruto en mí, alimpiarlo ha para que lleve más fruto.* ¿Quién callará tales mercedes? ¿Quién agradecerá tales beneficios? ¿Quién será tan sabio que conozca el precio que vale tener Dios tal cuidado de un hombre incorporado en su Hijo, como un sarmiento en una vid para alimpiarlo, corregirlo, abrigarlo, a semejanza de lo que hace un podador con la vid? ¡Oh, celestial Padre, que el hombre tiene cargo de la vid, mas ni puede llover sobre ella, ni darle aire cuando es menester, ni dar virtud a los sarmientos para que produzcan hijos y fruto! Mas dichoso de aquel de quien tuvieres cuidado: y tiéneslo del chico y del grande, que por bien comulgar fuere transformado en el Cuerpo de tu Hijo, que muy bien lo sabrás podar, quitándole las cosas que fueren dañosas: muy bien lo sabrás limpiar, quitándole la escoria de sus pecados y faltas, y lloverás sobre él la lluvia fructífera de la gracia que es tuya: calentarlo has con tus rayos; alumbrarlo has con tu sabiduría, y harás que dé fruto, y fruto de vida eterna, y agradable a Ti, y meritoria para él.

¿Qué hacéis, hombres, los que andáis buscando en precio mucho dinero quien fielmente, muy sabiamente solicite vuestros negocios? (Genes., LXI): *¿Podréis, por ventura, hallar*—como dijo el Rey Faraón—*otro hombre tan industrioso como José, que supo desatar el sueño, y remediar con su prudencia la hambre de Egipto, y enriquecer a su Rey? A tal hombre*—dice Faraón—*encomendémosle nuestros negocios.* Cristianos, ¿quién hará mejor vuestros negocios, Dios Padre, o vosotros, o los que eligiéredes, o adquiriéredes con vuestros dineros? Juntaos con Jesucristo Nuestro Señor; aparejaos para bien

comulgar, y recibiéndolo a El, y juntos con El os recibirá su Padre por hijos y se encargará de vuestros negocios, como de miembros vivos de quien tanto ama, y os regalará, cuidará y os llegará tanto bien que seáis semejables al unigénito suyo: de manera que sean hechos semejables a Cristo y su cuerpo. Hombre, ¿porqué no dices: «De dónde a mí tanto bien, que me siente al convite de Dios, y que su Hijo sea mi manjar, y su Padre me sea mi padre, y tenga cuidado de mí a semejanza del que tiene de su Hijo?» Estaba Mifiboset asaz ofendido, cojo y con temor de que el Rey David le hiciese mal, por ser nieto del Rey Saúl, gran perseguidor de David, sin hallar en él culpa; mas otros pensamientos andaban en el corazón de David llenos de paz para con Mifiboseb, al cual no le dañó ser nieto del mal abuelo y enemigo capital de David; y aprovechóle mucho, y el todo, ser hijo de Jonatás, su padre, tan grande o más amigo de David, que Saúl enemigo. Mandóle llamar David, y consolándolo con dulces y amorosas palabras, le dice (II Reg., IX): «No temas, Mifiboset, porque haciendo, haré misericordia contigo por amor de Jonatás tu padre, y yo te restituiré todas las heredades de tu abuelo Saúl, y tú comerás siempre pan en mi mesa; y así se cumplió, que comió Mifiboset a la mesa del Rey David—dice la Escritura—como comían los hijos del Rey.»

¡Dichoso hombre, por tener padre tan bueno y tan amado de David, que había hecho concierto muchos años había que cuando viniese David a reinar, amase e hiciese bien a la generación de Jonatás, su verdadero y fiel amigo. David representa a Dios Padre, Jonatás a Jesucristo Nuestro Señor, entre los cuales en aquel secreto de la eterna predestinación, aun antes que el Hijo de Dios encarnase, fué hecho concierto que por amor de Nuestro Señor Jesucristo fuesen amados y recibidos por hijos, hecho agradables y amigos los que fuesen hechos hijos espirituales de El, hermanos, cuerpo y esposa; de lo cual da testimonio San Pablo diciendo (Ephes., I): «Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en toda bendición espiritual

en las cosas celestiales en Cristo, como nos escogió en El antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y sin mácula en el acatamiento de El en caridad; el cual nos predestinó en adopción de hijos para con El por Jesucristo, según el propósito de su voluntad en alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo agradables en su amado Hijo, en el cual tenemos redención y perdón de pecados por la Sangre de El.» De manera que lo que en otra parte dice, que Jesucristo Nuestro Señor fué predestinado, según la humanidad, a ser Hijo de Dios natural, se ha de entender de El a solas; mas su cuerpo místico y sus fieles por adopción, ellos por amor de El, no El por ellos; así como no fué criado Adán por causa de Eva, sino ella por fin de él.

Bodas hizo Dios Padre a su Hijo en tiempo cuando se hizo hombre, mas en su eternidad ordenó esta encarnación, obra admirable suya. Y para hacer fiesta a su Hijo predestinó convidados, los cuales también le dió por esposa. Y así como la primera operación en orden, aunque no en tiempo, que el Padre tuvo en su eternidad, fué engendrar a su Hijo igual a El, así la primera y principal obra de las que en tiempo se habían de hacer ordenó en su mente divina que el que por este nacimiento eterno fué Dios, fuese otra vez engendrado de Santa María Virgen, y naciese de ella verdadero Dios y Hombre, para que de dos naturalezas resultase una sola persona, y a éste hizo heredero de todas las cosas, y como El dijo, todas se las puso en las manos, y le dió señorío de todas las del cielo y de la tierra. Y porque le pareció bien que este Hombre Dios, como otro Adán, no quedase sólo, dióle criados, dióle miembros, dióle esposa que fuese carne de su carne y hueso de todos sus huesos, y El es la raíz del amor de entre el Padre y ellos; porque no es cosa digna que valiendo El más que todos ellos juntos, y siendo Señor de ellos, fuese El predestinado por ellos, y no ellos por El (Rom., VIII): *Los que conoció y predestinó*—como lo dice San Pablo—*fueron predestinados a ser conformes a la imagen de su Hijo.*

Y San Agustín dice *que Cristo es dechado clarísimo de*

nuestra predestinación. Y si El es la forma de nuestra predestinación, necesariamente hemos de entender que su predestinación fué primero, y la principalmente pretendida de Dios, y la de los escogidos secundariamente, conforme al dechado de El. A Cristo deben los predestinados el ser amados y predestinados. Y si El saliese de en medio, esto es, el Hijo natural, ninguno habría adoptivo, ni amado, ni agradable, ni heredero del cielo. Por El nos vinieron aquestos bienes, y en El los poseemos; porque estando unidos con El, nos son dados, no como a cosas distintas, sino como a El, como son los hombres recibidos en consorcio de la divina naturaleza, y como el Padre ama los miembros de su unigénito Hijo; ámalos en gran manera, porque ama sobre toda manera a Jesucristo, cabeza de ellos.

No estorba a este amor el ser los hombres nietos del Adán pecador, desobediente, ingrato, y que dió males por bienes a su verdadero Dios, como Saúl a David; porque el estar en medio Jonatás, que es Jesucristo Nuestro Señor, fué cosa más poderosa para que ellos fuesen amados, que la traición y desgracia de Adán para ser aborrecidos. Este es el Señor, por el cual el Padre nos mira con agradecidos ojos, por vernos hechos miembros suyos de quien el Padre mismo dió testimonio diciendo (Matth., XVII): *Este es mi Hijo muy amado, en el cual yo me he agradado.* Y así como la desgracia de Adán se extendió a los que venían de él, así mucho más el amor y agradecimiento que Dios Padre tiene en su Hijo es cosa universal y general para todos, chicos y grandes, que se quisieren juntar e incorporar en el mismo Hijo. Maravillosa cosa, que come al Señor el pobre, y el siervo y el bajo; y por juntarse con El, suben a tanta dignidad que participan de ser amados y mirados del celestial Padre con tales ojos que sean todos ellos llamados por nombre de Cristo (Galat., III): *Todos los que habéis sido bautizados*—dice San Pablo—, *vestido os habéis a Jesucristo.* Ya no hay siervo, ni libre, ni judío, ni griego, ni varón, ni mujer, mas Cristo Nuestro Señor es todas las cosas en todos. Esto se hace en el bautismo es-

piritualmente; mas hácese por virtud de aquel Señor que allí está debajo de especies de pan; y aquello se llama comerlo espiritualmente, y en el altar corporalmente y sacramentalmente, para bien hecho; y la unión que se hace en el bautismo invisiblemente, aquí en el altar se representa visiblemente; porque comiendo a Cristo, somos comidos de El, unidos con El como miembros con la cabeza.

Y también el que se bautiza o recibe cualquier Sacramento, dejado el postrero, que es el de la Extremaunción, no ha de parar allí, mas recibir sacramentalmente el Cuerpo de Nuestro Señor, como el fin y consumación de los otros Sacramentos. Y aunque en los otros Sacramentos se represente algún efecto particular de gracia, como es renacer por el santísimo bautismo, ser perdonados por la absolución sacramental, y así en los demás; mas en este dignísimo Sacramento, donde reside el mismo Señor, fuente de todas las gracias, es significado el fin de toda la ley y la perfección de todas las obras, que es la unión del amor. Y que estos bienes, que en los otros Sacramentos se dan, aunque se dan por Cristo, se dan por vía de estar unidos con Cristo. Y pues habéis visto que en El, como en fuente están todos los bienes, y en El el amor y corazón del eterno Padre, corramos los sedientos a las aguas, los pobres al rico, los descaminados a nuestro camino, los extranjeros a la casa de nuestro refugio. Aunque mucho nos cueste comer con limpieza de conciencia este santo bocado, sufrámoslo y pasémoslo todo: comiendo bien este celestial pan que del cielo vino, Jesucristo Nuestro Señor, nos convertiremos en El, y por El poseeremos por nuestro el Corazón de su Eterno Padre, el cual no se contentará con coronar con corona de honra a su unigénito Hijo, mas hará que desde El, que es cabeza nuestra, descienda la honra y gloria a sus miembros, que somos nosotros, y desde el cuello hasta la uña del más chico dedo nos hermosea, nos cura, nos viste y nos mira como a cosa conjuntísima con su unigénito Hijo. Abástenos, pues, tener a tal Padre por padre, aquí por gracia, después, como San Felipe pidió, viéndolo en la majestad de su gloria.

TRATADO XXI

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Sicut misit me vivens Pater.

«Así como me envió mi Padre que vive.»

(JOANN., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



IENE esto la inmensidad de Dios y la grandeza de sus obras, que mientras más un hombre conoce de El y de ellas, tanto más le parece que es poco lo que ha conocido, y mucho el camino que le queda que andar. A un filósofo preguntaron que dijese qué cosa era Dios. Y porque responder de ligero a una duda mediana parece atrevimiento y señal de liviandad, pidió término para responder a una cuestión tan grave, en la cual aun decir verdad es cosa peligrosa, como San Hilario dice. Pasado aquel término, le pidieron respuesta de quién era Dios. Y dijo que aún no lo había alcanzado, que le diesen más término: diéronle otro, y después otros, al cabo de los cuales dijo que no había menester más términos, ni quería más rastrear cosa tan alta, porque mientras más trabajaba por la alcanzar, tanto menos sabía de ella; y mientras más a ella se acercaba, más era rechazado, como los ojos de un hombre que más se acercase a mirar al sol. El Pro-

feta Ezequiel dice (cap. XIV) «que entró en un río por mandado de un ángel, al principio del cual había muy poca agua, que no le daba más que al tobillo; y entrando más adentro, le daba a las rodillas, y más adentro a los lomos, y pasando adelante no hallaba do hacer pie.» La Sabiduría divina y las obras que de ella proceden es el agua de este río profundo, que mientras más adelante el hombre se acerca a ella, mayores cosas y más difíciles halla en las cuales su entendimiento se agota sin poderlas comprender ni atinar.

Así me parece que nos ha acaecido acerca de los misterios de este profundísimo, altísimo y divinísimo Sacramento del Cuerpo y Sangre de Jesucristo Nuestro Señor, tratando de este nombre *sinaxis*, que quiere decir *comunión*, que con mucha razón le es atribuído. Comunión hay, entre Cristo y quien le recibe, de Señor a siervo; comunión hay de hermano y hermano; comunión hay de padre a hijo; comunión de esposo a esposa; y aunque éstas van creciendo de menor en mayor, como el río de Ezequiel, mas, en fin, con el favor del Señor se halla algún pie para hablar de ellas, aunque no con la dignidad que ellas merecen; mas en la unión entre Cristo y los suyos, de que os hemos de hablar, en la buena dicha, en la grande honra que al hombre resulta de juntarse con Jesucristo Nuestro Señor, la lengua enmudece y el sentido, y los ángeles del cielo tendrán harto que hacer en hablar de aqueste Misterio, y nosotros mucho más en bien entenderlo.

No se contentó la divina Bondad con querer que nos juntásemos con Jesucristo Nuestro Señor con los títulos dichos; mas ordenó otra mayor y más admirable unión, allende la cual no hay que subir, la cual se llama unión de cabeza con miembros, que hacen una persona. Quiso la divina Sabiduría que por el medio que nos perdimos, por aquel nos cobrásemos; y que el soberbio Senaquerib, que es el demonio, se tornase por el camino que vino con un freno en la boca, sacando Dios bien de sus males, y destruyéndolo por el mismo camino que él destruyó a Adán. El cual, aunque en sí era un hombre particular, mas dióle Dios tal superioridad y tal privilegio, que le

hizo cabeza de todos los hombres, no sólo para que recibiesen de él el ser natural, mas también para que heredasen de él la gracia del Señor y la justicia original y muchos bienes que procedían de aquestas dos cosas. Usó mal de lo que Dios le había dado, y quedó perdido para él y para los que de él vinieron; y no sólo los dejó sujetos a muchos trabajos, mas quedaron todos pecadores participantes en pecado de él, y por consiguiente feos y manchados, viles y abominables a Dios, y desterrados del paraíso de la tierra y del paraíso del cielo.

Hace una cabeza alguna cosa mala, así como blasfemar con la lengua, y por lo que ella hizo encarcelan a todo el hombre, y échanle hierros en los pies, y por ventura le dan azotes en las espaldas; porque la unidad de la cabeza y cuerpo hace esto, que el pecado de la cabeza sea pecado del hombre, y que el castigo que se le da no sea injusto. Pecó nuestra cabeza, que era Adán; éramos nosotros miembros suyos, y como tales fuimos culpados con culpa original, y castigados con graves castigos; sucede a esto que como seamos pecadores y mal inclinados, obramos conforme a quien somos y a nuestro apetito, y cometemos pecados actuales, como frutos de la raíz del pecado original. Y si por lo que Adán hizo, el demonio tomó señorío sobre nosotros, tómalo mucho mayor por los pecados que nosotros hacemos, instigándonos él al mal, y procurando de hacernos semejables a él, venimos a recibir sus malas persuasiones, y a tanta desventura, que él sea nuestra cabeza y nosotros su cuerpo místico. Y si Adán, nuestra propia cabeza, nos dió su culpa y su nombre, porque nos hizo pecadores, y que nos llamásemos terrenos como él, el demonio también nos dió de su ponzoña, haciéndonos pecar actualmente, y también nos dió su nombre; porque el cuerpo de los malos y cada uno de ellos se llama diablo, como parece por Judas, por el cual dijo el Señor: *Uno de vosotros es diablo* (Joan., VI). Y por consiguiente, hablando del demonio, le llamó el Señor el hombre enemigo; porque el demonio y los suyos son un cuerpo y una persona mística, y se comunican los nombres de él a ellos y de ellos a él.

¡Miserable género humano debajo de tales cabezas, que les causan abominable deshonra y gravísimo daño! Moviéronse las entrañas de Dios viendo tanta miseria, y acordó de dar en lugar de estas dos pestilenciales cabezas, una cabeza sana, llena de gracias, de gran dignidad, debajo del amparo de la cual fuesen acogidos los hombres, y por juntarse con ella recobrasen con mucha ventaja, así de honra como de provecho, lo que por las dos primeras habían perdido. Esta cabeza es Jesucristo, cuya dignidad llega a ser Dios, aunque el ser cabeza de los hombres es en cuanto hombre, y cuyas riquezas son sin medida, ininvestigables, como dice San Pablo. A ésta vayan los despreciados y perdidos, y hallarán remedio en El para todos sus males; y fuera de El nadie piense librarse del pecado que heredó, ni de los demás que El ha hecho, ni piense poder alcanzar la gracia de Dios, ni obrar cosas que le sean agradables, ni recobrar la herencia del cielo perdida: no quiso Dios librar a nadie del agua del gran diluvio, sino a quien se acogiese al arca de Noé: ni se libraron de las piedras y granizo los animales de los gitanos que se quedaron fuera en el campo, sino los que creyeron a la palabra de Dios, y los recogieron dentro en sus casas. No hay Dios fuera de nuestro Dios: no hay salud sino en la sacra humanidad de Jesucristo. Y quien allí no huyere, y se incorporare con ella siendo miembro suyo de aquella cabeza, no vivirá; y la ira y castigo de Dios serán ejercitados en él; no hay perdón de pecados; no gracia de Dios; no merecimiento de la vida eterna, ni entrada allí sino por Jesucristo, y en Jesucristo Nuestro Señor. Y es de notar, que lo primero sin lo postrero no basta; porque no quiso Dios dar a los hombres perdón y gracia, como a gente que hiciese cabeza por sí, aunque se les diese por los merecimientos de Jesucristo; mas quiso que aquel bien que les dió por El, estuviese colgado y conservado, por estar arrimado al mismo Señor.

Esta cabeza es Jesucristo Nuestro Señor en cuanto hombre: el cual, aunque tuvo a Adán por cabeza en lo que toca a recibir carne de él; mas no lo tuvo por cabeza

en lo que toca a los bienes o males del ánima. Porque como no vino de él por la vía ordinaria de ayuntamiento de hombre y mujer, no pasó en la culpa de Adán, ni pasara en el bien que tuviera aunque no pecara. No recibe este Dios-Hombre bien ninguno de hombres ni de ángeles; mas es cabeza de unos y de otros. Y la cabeza de Cristo, Dios es, según dice San Pablo (I. Cor. XI), que quiere decir: que El, en cuanto Dios, es cabeza suya, y en cuanto Hombre; porque el Verbo divino, como de mayor a menor, redundaron a la sacra humanidad suya todos los bienes que ella tiene. Como es tan sublimada en el Verbo, por ser unidas personalmente con El, es más alta que todos los hombres y que todos los ángeles, y es constituída por cabeza de todos ellos: y así le conviene la primera condición para ser cabeza, que es ser más alta que todo el cuerpo. Conviénele también la segunda, que es influir sentido y movimiento en el cuerpo; pues de El viene a todos los hombres que en el mundo hay, y hubo y habrá justos toda la gracia y favores para ella, toda la gloria que tiene y han de tener.

También es condición de la cabeza que está puesta en el primer lugar de todo el cuerpo, y así se suele llamar cabeza el principio de la cosa, como dice el Profeta Jeremías (cap. IV, Psalm. XXXIX): *In capite omnium platearum.* Y David dice: *In capite libri:* comúnmente solemos decir, la cabeza de la escritura es ésta o ésta. La sacra humanidad de Jesucristo Nuestro Señor postrera fué en el ser real a muchos de los miembros que tuvo; mas también fué cabeza de todos los que en El creyeron desde el principio del mundo hasta la encarnación, los cuales, aunque en el ser real fueron primero que su cabeza, mas en lo que toca a la gracia dícense postreros a El (Santo Tomás, p. III, q. 19, a. 4). Porque según la ordenación de la Santísima Trinidad, antes que fuese criada y unida al Verbo era causa meritoria, por la cual se daba la gracia a los que antes de su encarnación la tenían. Y aunque la santa humanidad no obrase acción real, porque entonces no tenía tal ser, bastaba que los hombres creyendo obrasen, y amando al que había de

venir; y así fué primero en honra y dignidad, pues a todos se les dió la gracia por El, según la divina ordenación. También fué primero, según el tiempo que vió la divina esencia, y el primero que tuvo cuerpo glorificado. La cual bienaventuranza de cuerpo y de ánima es el fin a que se ordena ser El cabeza de los hombres, y conforme a esta condición le llama San Pablo (Colos., I;) *el primogénito de los muertos*, porque el primero que gozó de resurrección de cuerpo glorioso él fué.

Tiene también condición de cabeza con miembros, porque es de una misma naturaleza con sus fieles: El hombre, y ellos hombres. Y aunque con los ángeles no tenga esta unidad específica de naturaleza, mas por tener ánima que es su vida espiritual, tiene conveniencia con ellos bastante para llamarse cabeza, aunque no tan propiamente como con los hombres; y por falta de esta condición no se llaman cabeza de hombres Padre, y Verbo y Espíritu Santo, aunque les excedan en ser principio suyo y en influir en ellos todos los bienes que tienen, porque como haya entre ellos diferencia infinita, pues las tales tienen sabiduría increada y divina y los hombres creada, no hay suficiente conformidad, cual se requiere entre cabeza y miembros. Tiene más Cristo otra condición para ser cabeza, que es influir bienes en sus fieles, no por vía de merecimiento de congruo, que estriba en sola la liberalidad del dador; mas por vía de mérito de condigno y firme ordenación del Señor. San Esteban alcanzó por su oración la conversión a San Pablo, y otros muchos Santos han hecho lo mismo, o alcanzado semejantes favores (S. Thom., 1.ª 2.æ q. 114, a. 6), y como es cosa de pura liberalidad, halo concedido Dios unas veces, y otras lo ha negado, haciendo según su misericordia cuando oía sus ruegos, y no contra su justicia cuando no los admitía; y esto declara el Señor muy expresamente, porque conviene que así lo sepamos.

Cuando el Santo Moisés, movido con entrañas de caridad, y confortado con los muchos favores que Dios le hacía, se atrevió a decir aquella confiada palabra (Exodo, XXXII): *O perdona a este pueblo, o ráeme a mí del*

libro de la vida en que me escribiste; grande osadía fué y gran testimonio de su caridad. Mas el Señor declaró a él y a todos, que este privilegio de aquella santidad y merecimiento de uno, se extendía a aprovechar a otros por vía de justo merecimiento, y de la palabra y ordenación de Dios, que según su ley ordinaria no le puede negar, ni decir de no a quien le rogare por otros. No es de Moisés, ni Abraham, Isaac y Jacob, ni de San Pedro, ni de San Pablo, ni de San Esteban, ni de la sagrada Virgen María, ni del ángel, ni de ninguno del cielo, sino de sólo Jesucristo, en el cual puso el Padre las maldades de todos nosotros, para que la santificación de El se nos comunicase, y por sus merecimientos fuese dada la gracia a los que según santa ordenación estuviesen dispuestos para la recibir. No tema nadie que lo que Jesucristo Nuestro Señor, en cuanto hombre, pidió para otros, le haya sido o sea negado, según El da testimonio diciendo (Joannes, XVII): *Gracias te hago, Padre, porque siempre me oyes.*

Ordenación de Dios es (y sea por ello su santo nombre bendito) que los trabajos y santidad de su unigénito Hijo entren en provecho a los hombres, y como de verdadera cabeza corran los bienes del Señor a nosotros, y en este caso haya unidad y compañía entre El y nosotros, según dice San Pablo: Que somos llamados para la compañía de Jesucristo. ¡Oh, maravillosa merced! ¡Oh, dignación tan digna de agradecimiento! ¡Oh, compañía tan provechosa y tan honrosa entre Jesucristo y nosotros, que en los santos trabajos y merecimientos de El sea participante la humana bajeza y pobreza! Mas dinos, Señor, por esta misericordia con que a tu Hijo nos das para enriquecernos con su compañía y perdonarnos con su Pasión, este influir de bienes de El en nosotros, ¿a qué lo compararemos para que bien lo entendamos? Puede ser uno tan privado de uno, tan privado de un Rey, o hacerle tales servicios, que por palabra que haya el Rey dado o ley que haya hecho, no sólo haga bien a quien le sirvió, mas también a los criados de aquel buen servidor. Puede también tener hecha ley de por los servicios de uno, hacer bien a los que son sus parientes; puede subir más ade-

lante, y hacer bien a sus hijos, y hacer bien a su mujer.

Grandes son aquestas uniones, y cualquiera de estas personas gana con tal compañía, aunque unas excedan a otras. Mas, Señor, ¿con qué palabras engrandeceremos tu don? ¿Con qué lengua te alabaremos? ¿Con qué peso podremos pesar la grandeza de tu virtud y la unión de la compañía que has hecho entre Jesucristo tu Hijo bendito y entre aquellos dichosos que participan de El? ¿Señor, participan como criados, como hijos, o como esposa? A ser así, mucho es. Mas como Tú eres inefable en Ti, son también inefables las obras de Tu misericordia, mirando las cuales, y atónito de no las poder comprender, dijo David (Psalm. XXXVI): *No hay quien sea a Ti semejable en tus misericordias.* No se ha contentado tu misericordia con que gocemos de tu Hijo como sus parientes, criados, hermanos, hijos y esposa, que todo esto nos ha concedido; mas sobrepujando unas misericordias con otras mayores, nos ha levantado a tanta dignidad, que seamos hechos cuerpo de El, una misma persona con El, y que el bien que El influye lo influya en sus miembros. Y para decirlo en una palabra, lo influya en sí mismo, pues cabeza y cuerpo una misma persona son. ¿Quién callará, Señor, tus alabanzas? ¿Quién te dejará de honrar y estimar sobre todas las cosas, honrándonos Tú tanto, que levantes del polvo y estiércol al pobre, y lo coloques, no sólo con los Príncipes de tu pueblo, mas con el Príncipe de los Príncipes Jesucristo, apegándoselo por vivo miembro suyo para que El lo mantenga, y lo honras como a tal?

¿Quién no dirá aquí, mirando la grandeza de tal beneficio, y que excede toda nuestra capacidad, lo que Nicodemus dijo al Señor (Joann., III): *¿Cómo pueden ser hechas aquestas cosas?* El no lo alcanza, y por eso se admira de cómo un hombre torna a nacer para ser hombre; y nosotros nos admiramos con más justa razón cómo puede un hombre renacer y meterse en el cuerpo de Jesucristo para ser miembro vivo de El. Aquí bien viene lo que San Juan Crisóstomo dice, que son tan grandes las mercedes que Dios hizo a los hombres, que uno de los

grandes trabajos de los Apóstoles fué persuadir que la flaqueza de los hombres creyese la grandeza de tales misericordias. Y cierto será menester, como San Pablo cuando hablaba de alguna merced señalada de Dios, apercibir a los oyentes para que la creyesen, diciendo (I. Tim. I): «Fiel y verdadera es esta palabra que os digo». Así, pues que nos dice tan alta palabra: «Vosotros sois Cuerpo de Jesucristo», es menester que nos esfuerce con sus palabras y oraciones, para que nuestra flaqueza no falte en creer que los hombres pueden pasar de sí en Cristo.

¿Qué prueba os daremos de aquesto? Acordaos que estamos en la fiesta de las maravillas, y grandes maravillas de Dios, y que es fiesta del Cuerpo del Señor, en la cual unas maravillas dan testimonio de otras. Este es el misterio que celebramos de nuestra salvación y remedio, que no sólo somos hechos salvos por Cristo, mas el mismo Cristo, uniéndonos consigo con unión tan íntima, dulcísima y alta, que pone en admiración a los ángeles, pues llega a tanto que los hombres sean hechos con Cristo un hombre, una persona, como San Agustín y San Gregorio lo dicen, y un esposo, y una esposa, y un cuerpo y una cabeza, y para que digamos en una palabra la grandeza de la bondad divinal que con los suyos usa, súbelos a tanta honra, que no solamente se llaman cristianos, mas se llaman Cristo, el cual nombre, tan lleno de soberana honra, no sólo compete a todos los miembros vivos de la Iglesia católica romana, mas aun a cada miembro por sí. En la Iglesia diversidad de oficios hay que competen a unos y a otros no. Apóstoles hay, doctores hay, profetas hay y sacerdotes, mas no a todos convienen estos nombres ni oficios. Mas la honra de llamarse Cristo no conviene a esos solos; mas si un hombre pobre, de vil linaje, esclavo (y si otra cosa más baja se puede pensar) recibiere en buen estado aquel sacratísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, es levantado de su bajeza, y a trueco del nombre que antes tenía, es hermoseado y honrado con nombre de Jesucristo. «Hagamos gracias a Dios, hermanos—dice San Agustín—, que no sólo somos hechos cristianos, mas el mismo Cristo.» Y la glosa so-

bre el capítulo XII de la epístola a los corintios, dice: «Por la inefable unión que hay entre los miembros y la cabeza, no solamente somos llamados cristianos, mas el mismo Cristo: así los mayores como los menores, son llamados Cristo.»

¡Oh, soberano Señor! ¿Qué es esto que oyen nuestras orejas? Si David, metido en la consideración de lo mucho que Dios puede, atónito y espantado, dice (Psalmus CV): *¿Quién hablará a los poderíos de Dios y dará a entender sus alabanzas?* Si estuviera en nuestra fiesta, y le metieran con la esposa en la bodega del inefable amor con que Dios nos ama, cuánto más saliera de sí, y bailando con su ánima, exclamará diciendo: «¿Quién hablará la caridad de Dios con los hombres y dará a entender las alabanzas que por ella le son debidas? ¿Quién podrá hablar como es razón de esta honra que Dios da a los suyos que bien los reciben, juntándolos consigo y poniéndoles su nombre?» Y pues que esta unión es inefable, como dijo la glosa (y es inefable, porque el amor con que Cristo la hace no puede ser conocido cuán grande es, como dice San Pablo I. Cor., XII), ¿qué maravilla que de amor inefable nos venga bien inefable? ¿Y qué maravilla que lo que no se puede comprender con el entendimiento no se pueda hablar con la lengua? Pues aun las cosas que bien sentimos no las podemos declarar con la lengua tan presto ni tan bien como las entendemos.

Alabada sea tu bondad, Señor; ensalzado sea tu amor, que tantos bienes nos vienen de él, que son mayores que podemos hablar ni podemos entender. ¡Oh, bocado divino que ahí estás encerrado! ¡Cuán sobre todo nuestro merecimiento, conocimiento y deseos nos mantienes y nos ensalzas, convirtiéndonos en ti y haciéndonos uno contigo! ¡Cuán verdaderamente cumples lo que Job dijo (XXXI): *Si comí mi bocado de pan a solas y no dí parte de ello al huérfano, esto y esto me venga.* El bocado de pan que fué dado a la sacra humanidad de Jesucristo Nuestro Señor, fué el Verbo divino, para que uniese consigo aquella sacratísima ánima y cuerpo en unidad de persona tan de verdad, que fuese llamado aquel hombre verdadero Hijo

de Dios, no adoptivo como los ángeles y como los santos, mas Hijo por naturaleza y Dios verdadero. Y conforme a este altísimo nombre, sobre todo nombre, le fué dada la gracia, poderío, y sabiduría, y otros muchos dones, cuales convenía a humanidad tan sublimada en alteza de persona de Dios (Joann., I): *Vimos*—dice San Juan—*la gloria de El, gloria cual convenía a Hijo unigénito, engendrado del Padre.*

Bien pudiera Jesucristo Nuestro Señor quedarse con su honra y con sus riquezas a solas, y decir como el rico avariento (Luc., XII): *Anima mía, muchos bienes tienes para muchos años, come, y bebe y descansa.* Mas no le supo bien comer a solas del bocado honroso y provechoso y deleitoso que le fué dado, sin que también fuese el huérfano, que es el género humano, convidado por El, y participase de tan excelente manjar. La causa de esto es lo que luego se sigue; porque desde mi principio creció conmigo mi misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo. Estas entrañas tan piadosas, más de lo que se puede decir, constriñeron a Jesucristo Nuestro Señor de no contentarse de comer su bocado a solas, mas de ponerlo debajo de accidentes de pan, para que comiéndolo dignamente gocemos de lo que comió (Matth., XXVI): *Como el Padre que vive me envió y yo vivo por el Padre, así que el que me come a mí, vivirá por mí.* Enviar el Padre al Hijo, es hacerlo encarnar, y por la encarnación, aquella sacratísima ánima levantada a tener persona de Dios, vive vida de gracia por el Espíritu Santo, que, como dice San Juan, le fué dado sobre toda medida; y a semejanza de esta santa misión o encarnación, hace Nuestro Señor con los que bien le reciben, levantándolos a tanta honra, que según hemos dicho, se llamen un hombre, una persona, y una esposa, y un Cristo con El.

¿Quién osará pedir tal honra, ni aun desearla? ¿Quién dijera que de la sagrada comunión se sacaba tal honra y provecho? Es unida la humanidad de Cristo con el Verbo divino, y el hombre es Dios, y Dios es hombre, y del hombre decimos que crió el cielo y la tierra, y de Dios decimos que fué crucificado, muerto y sepultado,

Porque aunque las naturalezas, una divina y otra humana, sean muy diferentes y miradas en sí tengan diferentes operaciones, y les convengan diversos nombres, mas porque la persona es una, la voz es una, y se dice del hombre lo que le conviene según hombre. Y a semejanza de esto la humanidad sagrada de Cristo está unida con el Verbo, y este Verbo humanado se abaja, a que le recibamos, para que por este recibimiento seamos levantados a ser una persona y un Cristo místico con El, de manera que El tome nuestra naturaleza, y nosotros tomemos la suya. ¿Quién dirá cuánto se humilló el Verbo de Dios cuando descendió de los cielos, y juntó consigo la sagrada Humanidad? Mas no se contentó con esto, como dice San Agustín, con tomar de esta manera nuestra pobreza, mas añadiendo pobreza sobre pobreza quiso El, siendo Dios y hombre, abajarse a unirnos consigo en unidad de persona mística.

¡Oh baja causada de alteza de amor excesivo, pues se abajó a tomar naturaleza de malhechores para pagar los pecados de ellos, como si tú, Señor, los hubieras hecho! Y llegó a tanto el disimular tu honra, y vestirte de nuestra deshonra, que diga San Pablo (II Cor., V) «que no sabiendo tú por experiencia qué cosa era pecado, el Padre te hizo pecado en el nombre, que tan lejos convenía estar de Ti, cuan lejos estaba la obra, como de ello dió testimonio Isaías, diciendo (I Petr., II; Isaí., LII): Aun antes, Señor, que vinieses al mundo, que no hiciste pecado, ni fué hallado engaño en tu boca, pecado fuiste llamado y maldición, porque saliste por fiador de pecadores y malditos.» Y así como el Verbo divino se abaja a ser llamado pasible, mortal sepultado y otras cosas muy lejos de El, mirándose a El, y convenientes a El, porque se abajó a ser hombre; así, Señor, aunque estos tales defectos culpables sean muy ajenos a Ti mirándote a Ti, mas pues te quisiste abajar a unir contigo a los hombres, no es mucho que se digan de Ti los nombres que a ellos convienen. Y pues quisiste que la carne sea una, no es cosa injusta que la voz sea una. Honrado eres Tú, Señor, en Ti; mas tu amor te hizo amar a los des-

honrados, y pegámoste los nombres de nuestra deshonra: y de ahí viene que Tú, tan lejos y apartado de los pecadores en lo que toca al pecar, cuanto está el cielo distante de la tierra, tomas la causa de ellos tan por tuya, que llames nuestros pecados tuyos.

Voz tuya es, Señor (Psalm. XXI y XXVII): *Lejos están de mi salud las palabras de mis pecados.* Voz tuya es: *No tienen paz mis huesos delante de la faz de mis pecados.* Y también es voz tuya, que hablas al Padre (Psalm. XL): *Sana mi ánima, porque pequé a ti.* ¿Quién no sale de sí oyendo estas cosas decir a la boca de Cristo: «Pequé a Ti, y delante la faz de mis pecados?» ¿Quién de sus hijos no reventará de dolor, porque por nuestros pecados fuimos causa que el Señor dijese palabras de tanta deshonra, y pagase por nosotros tan grandes tormentos? Llama el fiador deuda suya, no la que él hizo, sino aquella cuya obligación tomó sobre sí. Llama un monasterio deuda suya la que hizo su monje, y dice la cabeza, por muy sana que esté, enfermo estoy, porque una mano o un pie estén enfermos; y así Cristo llama suyos nuestros pecados en los pagar, siendo más ajenos en él cometerlos que está distante la suma alteza del cielo de la más baja parte que hay en la tierra. Y por esta inefable caridad y humildad con que se abajó a tomar persona y lugar de pecadores, hasta morir muerte de cruz, son levantados los que de esto se quieren aprovechar a tanta alteza de honra que tengan la persona de El y sean llamados Cristo.

¡Oh, maravillosa baja del Verbo divino hasta hacer hombre divino, que fué causa que aquella sacra humanidad fuese ensalzada a tener persona de Dios! ¡Oh, admirable baja, y en alguna manera mayor, abajarse Dios humanado a unirse y tomar persona de los pecadores! Porque aunque abajarse el Verbo divino a hacerse hombre es la mayor que puede ser ni pensarse, pues hay distancia infinita desde el que es Dios hasta ella que es criatura, mas es criatura santa y santísima, limpia de todo pecado, y que tiene más abundancia de gracia y de gloria que los más altos serafines del cielo; mas nos-

otros, con quien el Verbo divino se quiso unir, y en cuyo lugar se quiso poner, somos vilísimos pecadores desde nuestro nacimiento, con otros muchos pecados que por nuestra voluntad hemos cometido. Y en pago de esta humildad profunda fué concedido a los hombres tanta honra, tanta alteza, que fuesen incorporados en Cristo, y gozasen de sus bienes y representasen su persona. El abatimiento suyo fué en su sagrada Pasión: el levantamiento nuestro en la sagrada comunión. De aquella hiel que El gustó viene esta dulcísima miel que nosotros gustamos cuando comulgamos; y su hambre de allí nos harta; aquí sus heridas nos sanan; desnudo estuvo y aquí nos viste; sed hubo, y aquí nos embriaga; y de aquella piedra, más dura para recibir bofetadas y golpes por nuestro amor que un diamante, nos harta el Señor con esta dulcísima miel, que hace dulces y enternece nuestros corazones por duros que estén.

Quien esto considerare, verá suelta aquella cuestión que Sansón propuso a los filisteos (Judic., XIV): *Del que come salió el manjar y del fuerte salió la miel;* y verá cuánta razón tuvo Sansón de decir: *Si no arárades en mi becerrilla, no supiérades soltar mi pregunta.* Misterios tan grandes como estar Cristo puesto en la cruz representando persona de pecadores, y pagando por ellos, y que de aquella extremada bajeza saliese para nosotros tanta honra que fuésemos admitidos a recibir en nuestro pecho a El mismo en persona, y que haciéndose esto como se debe hacer, seamos convertidos espiritualmente en la persona de El, y gocemos de sus dones, y seamos llamados Cristo, no lo pudo hacer otro por Dios, ni lo sabrá sino quien creyere a la Iglesia católica romana (I Cor., I). *Cristo es llamado pecado y maldición, y nosotros*—como dice San Pablo—*somos llamados justicia de Dios en El.* Trueco admirable, y así es inefable la baja que dió, y es inefable la alteza nuestra; trocamos personas, hicimos una compañía en que nosotros le dimos nuestras grandes deudas, y El nos hizo participantes en su muy mayor paga. Y aunque, según hemos dicho, es inefable esta unión, no podemos (para gloria del mismo Señor,

que tanto nos amó que nos quiso juntar consigo, y para consolación de los hombres que quieren gozar de esta unión) dejar de decir algo de ella, aunque será mucho más lo que quedará que lo que se dice.

No le faltaba a la sabiduría de Dios otro modo, y otros mil modos para remediar nuestros males; mas las entrañas de su caridad entre todos eligió este más honroso para los hombres y de mayor confusión para los demonios, y que más declarase la sabiduría y poder, y especialmente su amor con nosotros. Miserable y deshonrada cosa era el género humano, y en tan poco precio estimado del que Dios puso por cabeza de él, que por precio de una manzana entregó a todo el mundo a la muerte, al pecado y al demonio, y le hizo perder muy grandes bienes, y a éstos tan despreciados de su propio padre, preciólos tanto el que los crió, aunque ellos le habían ofendido a El, que se determinó en el Consejo de la santísima Trinidad, que una de las divinas Personas, que es el Hijo de Dios, tomase carne humana, y rescatase a los hombres de su miserable cautiverio, y les volviese los bienes perdidos, y esto no por cualquier medio, sino pagando El con graves dolores y muerte los pecados de ellos, y comprándoles los bienes perdidos con precio de su misma vida. *¡Oh, inestimable amor de caridad*—dice San Gregorio—*que por redimir el siervo entregaste al Hijo a la muerte!* Y el Apóstol dice (Rom., VIII) hablando del Padre eterno: *No perdonó a su propio Hijo;* quiere decir, no lo dejó de poner en trabajos y muerte, mas entrególo por todos nosotros.

Admirables son los bienes que Cristo nos ganó, mas muy admirable es el medio con que los ganó, pues El se dió en precio de ellos, que por mucho que ellos valgan, El vale más. Dulce manjar comemos cuando nuestra ánima recibe perdón de pecados, y la gracia y dones de Dios; mas cuando consideramos que para gozar de aquellos bienes nos amó Cristo hasta la muerte, y muerte de cruz, hínchese nuestra ánima de una dulcedumbre tan grande, que nos acaece como a San Agustín, que no se hartaba de considerar la alteza del consejo de Dios sobre

la redención del género humano, el cual fué preciado de Dios, pues fué Dios su precio; y fué lleno de honra, porque como fué hombre el que fué vencido, y cayó, y causa de la perdición de los hombres, también fué hombre el que venció, y los rescató, y remedió (Rom., V): *Por hombre* —dice San Pablo— *vino la muerte, y por hombre la redención de los muertos*. Y en otra parte dice: «Como por la inobediencia de un hombre muchos fueron constituídos pecadores; así por la obra de otro hombre muchos son constituídos justos». Y esta honra del género humano de tener Redentor que sea uno de ellos, resultó en confusión de la soberbia del demonio, pues que uno del linaje del vencido por él, y más bajo en naturaleza que él, lo venza y destruya, y le saque la presa de entre sus manos; grande gloria fué ésta de Dios, y muy ilustre; parécese su perfección y bondad, pues amó tanto al mundo, que diese su unigénito Hijo para remedio de él, y que lo entregase a muerte, para que los pecadores fuesen justificados, y los enemigos reconciliados, y los que estaban desheredados del cielo, recobrasen la herencia perdida. ¿Quién dirá que estos beneficios pueden crecer, ni que hay más amor que enseñar a los hombres, ni que hay más que pedir ni desear?

Alabada sea tu voluntad, Señor, que no tiene término (Psalmus XXXIV): *Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién hay semejable a Ti?*, dice David; y aunque en todas tus obras excedes a todos; pero más particularmente en tus pensamientos amorosos para conmigo. No hay semejable a ti; todo esto hiciste, Señor, por nuestro remedio en señal de tu grande amor; mas como en tu bondad infinita aun está tu mano extendida para hacer otros bienes admirables, de pensar dulcísimos, y llenos de honra y de provecho para nosotros, el misterio de que somos redimidos por Cristo y el desprecio de nuestra bajeza celébrase en el Adviento, y celébrase en la Semana Santa, que se trata de la Pasión, y en otras fiestas particulares. Mas el dichoso misterio que celebramos en estos días del Cuerpo y Sangre de Jesucristo Nuestro Señor, debajo de accidentes de pan y de vino, muy diferente es del otro,

y que añade miel sobre miel, honra sobre honra y amor sobre amor.

Acullá celebramos que somos hechos salvos por Cristo, y aquí que somos hechos salvos en El. Allí, que Dios se abajó a hacerse hombre y morir por los hombres; aquí, que el hombre es levantado a ser unido con el Verbo encarnado que murió por los hombres. Y para que esto se entienda mejor, es de notar que, como dice San Pablo (Galat., III), «la herencia que fué prometida a la simiente de Abraham, que significa la gloria del cielo y significa el espíritu con su gracia y dones, y todo aquello que es necesario de favor para el hombre salvarse, estos bienes de gracia y de gloria fueron prometidos a Jesucristo Nuestro Señor, el cual es simiente de Abraham, y como dice San Pablo, no en muchos, sino en uno, que es Jesucristo Nuestro Señor». De manera que ni se da la gracia, ni se da la gloria sino a Jesucristo; y según esto dijo el mismo Señor (Joann., III): *Ninguno sube al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo de la Virgen, que está en el cielo.* Y como dice San Agustín: que como Cristo sólo descendió del cielo, sólo Cristo sube al cielo.

Y conforme a esta sentencia dice San Mateo que siendo Cristo bautizado le fueron abiertos los cielos. Según esto dice el Señor: «El siervo no permanece en la casa de su señor para siempre». Y si este Hijo es Cristo, y El sólo sube al cielo, y El sólo permanece para siempre en él, como simiente de Abraham, a quien fué prometida esta herencia, ¿qué esperanza nos queda a los miserables hijos de Eva de gozar de estos bienes, pues no somos Cristo? La respuesta es, que los hombres están excluídos de la gracia y de la gloria mirados en sí mismos, y en ninguna manera son de ello capaces; mas si se juntan con Cristo, por ser cosa de El, recibirán la gracia y la gloria, si por ellos no queda; lo cual maravillosamente dió San Pablo a entender cuando dijo (Gal. III): «No a simientes como en muchos, mas a simiente como en uno; como quien dice, que la gracia y la gloria no se niega a los muchos; mas estos muchos no han de estar en sí mismos, sino en uno, el cual es Cristo, y este ha de ser la esperanza de los

que se quieren salvar, que, como dice el mismo San Pablo, sean de Cristo, y así serán simiente de Abraham, y herederos según la promesa.

Mas aunque dice que somos de Cristo, no dice en qué grado puede ser uno de Cristo. En grado de siervo, puede ser casa suya, y subiendo más, puede ser pariente, y hermano, y esposa; y sobre todo, aún hay otro grado de unión, por el cual llega el hombre a ser hecho, como declararemos, no sólo cristiano, mas aun Cristo. Y de esta manera le convendrá el ser simiente de Abraham y heredero del cielo. Y porque mejor esto se entienda, pongamos este ejemplo: unos vasallos de un Rey le hicieron una traición digna de muerte, y queriendo el Rey castigarlos como merecían, púsose en medio el hijo del mismo Rey, y con grande amor y compasión de aquellos vasallos, ofrecióse a morir por ellos, suplicando a su padre que aceptase este trueco, y que siendo él castigado por ellos, ellos no lo fuesen, sino que les tornase su gracia que antes tenían, cumpliendo ellos las ordenaciones que el hijo pusiese para gozar de esta su redención. El Rey fué de tanta bondad, que por hacer bien a sus enemigos y no condenarlos, aceptó el amoroso ofrecimiento del hijo, el cual muere como lo prometió, y quedan los vasallos, que las dichas ordenanzas guardaron, perdonados de su traición y recobrada la gracia perdida, con la cual van a pedir al Rey lo que han menester y son favorecidos de él; y el mismo hijo que les ganó esta gracia perdida, ruega a su padre que les haga mercedes, y solicita los negocios de ellos. Y lo que hemos dicho de vasallos, podemos también entender de hijos adoptivos que tuviese este Rey, y que mereciesen muerte por la traición que hubiesen cometido, y que el hijo legítimo, y engendrado con la substancia del padre, les alcanzase con su muerte el perdón y la gracia que antes tenían.

Estos tales, redimidos se llamarán por el hijo, y la gracia del Rey alcanzarán por él; unos gracia de vasallos, otros gracia de hijos adoptivos, según primero la poseían, y por unos y otros ruega el hijo natural, y les alcanza mercedes, aunque ellos tienen su valor delante del Rey,

y los servicios que le hacen le son agradables a él, y merecen que se les galardone como servicios de vasallos o de hijos adoptivos del Rey. Si Dios ordenara de esta manera nuestro remedio, bastante nos fuera, pues lo quería El, y diéramosle gracias, porque nos remedió por su Hijo, y por sus merecimientos nos tornó la gracia de hijos adoptivos y mérito de nuestras buenas obras, que habíamos perdido en Adán, y fuéramos a pedir mercedes a Dios con nombre y valor de hijos adoptivos; y sobre esto se nos añadiera que el Hijo natural de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, rogara por nosotros. Mas no es este sólo el beneficio que Dios nos hizo, y de esta manera, porque ninguno da perdón de pecados, ni la gracia perdida, ni valor de merecimiento a sus obras, ni es oída su oración, ni es mirado con los ojos de Dios, ni tiene parte en el corazón de Dios, ni en su gloria por título de ser hijo adoptivo del Rey, como distinto de un natural, ni por otro chico ni grande que suene propia dignidad o gracia, si no es de Cristo y por El.

Determinóse Dios de no querer a nadie , ni darle su gracia, ni gloria, sino al hombre que viere unido con Jesucristo su Hijo; y que lo que le diere se lo da porque lo ve unido con Jesucristo e incorporado con El. Y el Hijo, si gana perdón de pecados, si gana gracia, si gana gloria, no la gana como para extraños, sino gánala como para sí mismo, y cuando ruega por éstos, ruega por Cristo como por sí mismo. La cual sentencia declara el Señor orando a su Padre, diciendo (Joann., XVII): *Quiero, Padre, que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en ellos*. Que quiere decir que aquel amor con que el Padre amó a Jesucristo, pase a aquellos que están unidos con El; de manera que el amar a El, será amar a ellos, y amar a ellos, será amar a El, por ser uno ellos y El. Y así aquello que el mismo Señor un poco antes había dicho: «Yo me santifico, Padre, por ellos, para que ellos sean santificados en la verdad; quiere decir, según San Agustín, que éstos por quien me santifico soy yo, y santificarme por ellos es santificarme a mí por ellos, que yo soy tu verdad, en la cual ellos son santificados. Misterio grande,

unión inefable, honra sobre todo merecimiento, que el hombre y Cristo sean un Cristo, y que salvar Cristo al hombre y rogar por él, sea salvarse a sí mismo y rogar por sí mismo. ¿Quién podrá creer tan grande alteza de honra con que el hombre es honrado, si no mira primero la grande bajeza y deshonra con que Dios humanado fué deshonrado por el hombre? Y de aquello profundo nace esto alto; y de ponerse Cristo en la bajeza del hombre nace ser levantado el hombre a la alteza de Cristo. Aquí es menester decir lo que San Pablo decía cuando hablaba de algún grande misterio, para que le creyesen (I Tim., I): *Fidelis sermo, et omni acceptione dignus.* Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento y hacimiento de gracias a tal Señor, y tan grande amador de los hombres.

TRATADO XXII

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Parasti in dulcedine tua pauperi Deus.

«Aparejaste, Dios, en tu dulzura para el pobre.»

(PSALM. LXVII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



ROPTER *nos homines, et propter nostram salutem descendit de cœlis, et incarnatus est de Spiritu Sancto, ex Maria Virgine, et homo factus est* (In Simbolo Fidei). «Por amor de nosotros descendió de los cielos, y encarnó por Espíritu Santo de Santa María Virgen.» El negocio de juntarse Dios con el hombre es negocio del Espíritu Santo; no intervino obra de varón, como el pan que fué dado a los hijos de Israel en el desierto no fué sembrado ni cogido por mano de hombres; pues a proporción ha de ser lo figurado de la figura. Así como Jesucristo encarnó en el vientre de la Virgen, y no por obra de varón, como el pan que fué enviado del cielo y no sembrado por mano de hombre, así para hablar de este misterio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo es menester en gran manera la gracia y el saber de Dios; que si en alguna cosa sabe poco el hombre, en este tan alto Misterio es—dice San Pablo—(I Cor., II):

Quæ sunt Dei nemo cognovit, nisi Spiritus Dei. Las cosas que son de Dios, no las sabe nadie sino el Espíritu de Dios; y si acá las saben es porque las reveló. Los que tratamos el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, hemos menester mucho la gracia para bien tratarlo y para bien aprovecharnos; y los que oímos Misa, para bien la oír; y los que la decimos, para saberla decir; y los que tenemos fe, para saberla tener; y los que hemos de hablar y oír, tenemos necesidad de la gracia del Espíritu Santo, que mueva nuestra lengua y despierte nuestras orejas. Y porque en el vientre de la Virgen fué amasado este pan, que así se llama el pan de la Virgen, y pues que sabemos que no es avarienta en hacernos mercedes, que bien lo sabe repartir, supliquémosle que nos alcance gracia.

Parasti in dulcedine tua pauperi Deus (Psalm. LXVII). Estas palabras son en hacimiento de gracias de este bienaventurado y sacro Misterio que gozamos y entre manos tenemos, del Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Dicen en romance: «Aparejaste, Señor; aparejaste, Dios, en tu dulzura al pobre.» Cuando el pecho está muy lleno de afición, háblanse las palabras sin orden y concierto de compostura: tómame los cantares. Así me parece esto aquí: aparejaste, Dios, ¿qué aparejó? Allá os lo habéis vos y Dios, David; parece que allá os lo dijeron, ¿y paréceos que todos lo entienden? No es tan fácil la respuesta como la pregunta. ¿Qué nos aparejó en este manjar? ¿Qué bienes nos dió aquí? Sobre esto viene el *Manhú* (Exodo, XVI), que preguntaron los hijos de Israel: *¿Qué es esto?* ¿Qué es esto que nos ha aparejado Dios, que tanto caso hace de ello el Profeta David? Poco ha que se puede responder, desde que Cristo Nuestro Señor instituyó este Santísimo Sacramento; que si antes lo preguntaran, ¿quién supiera responder? Este es uno de los misterios muy escondidos de Cristo, y es tan profundo y escondido, que dice San Pablo que ni los ángeles ni los arcángeles no lo supieron, sino cuando lo vieron obrado. Pequeña respuesta es decir: ¿Qué es esto que aparejó Dios? ¿Qué es esto que ha ordenado? Habíamos menester una lengua de Dios para saber responder. Dice

San Pablo (Colos., I): «A mí, el más pequeño de los Santos, me fué dada esta gracia, y me fué hecha esta merced, que mi lengua predique, que sea pregonera de las riquezas ininvestigables de Dios.»

Hame hecho esta merced, y tal es ella, y no pequeña, de predicar yo, y de declarar al mundo que soy despensero de los misterios y sacramentos de Dios, para que amen y conozcan los hombres a Dios, y conozcan sus secretos escondidos, porque este Misterio nace en la dispensación de los siglos. Sobre toda ciencia es y naturaleza, y sobre todo entendimiento, que aunque uno viese toda la orden y naturaleza de las criaturas, no vería este Misterio, porque es más alto que todo ello; es sobre todas las criaturas, y tan escondido, que quiso que aprendan y sean enseñados los ángeles, y les sea notorio lo mucho que sabe Dios hacer; y esto lo aprendan de la Iglesia. Misterio es grande de Dios que sean los ángeles enseñados, que sean discípulos de los hombres (Ephes., III): *Multiformis gratia Dei.* Séales notorio lo que aquí se sabe, el saber y la sabiduría de Dios que es en sí una, y en los efectos de muchas maneras: ¿que saben los ángeles este misterio de los hombres?, ¿cómo no se admiran los hombres? Discípulos son los ángeles de nuestra doctrina y de nuestra Iglesia, y ándanlo mirando y remirando; y mil veces nos llaman bienaventurados, porque fuimos dignos de tratar con nuestras manos, y mirar con nuestros ojos este Misterio; míranse unos a otros ¿cómo es esto? Mira si la pregunta es razonable. ¿Qué ha aparejado Dios? Responda el que lo pregunta (Psalm,XXII): *Parasti in conspectu meo mensam.* Del abismo llama al abismo. ¿Queréis saber qué? (Psalm. XLI): *Aparejaste en mi acatamiento una mesa contra los que me atribulan.* ¿No más? Bendito sea quien tanto pudo y supo, y tanto bien nos quiso hacer.

Cuando tú alzas los ojos y ves en el altar, que es la mesa, el Cuerpo sacratísimo de Jesucristo, ¿qué habías de hacer? ¿Qué? Darle gracias. ¿Qué esfuerzo habías de tomar contra todos los vicios? ¿Qué fuego había de arder en tus entrañas? Y aunque tuvieses un pie en los infier-

nos, habías de cobrar fuerzas; y aunque vinieses helado y muerto de frío, te habías de abrasar en amor. Que este santo Sacramento es figurado, según dice el Damasceno, por el carbón encendido que tomó el ángel del altar y lo puso en los labios de Isaías, con el cual fué limpio. Cuando está el fuego presente huye el frío, y cuando el buen cristiano está presente al Cuerpo y Sangre de Jesucristo, habían de saltar centellas de amor de su corazón por frío que estuviese. *Caro ignita caro Christi* ¿No lo dijeron los discípulos cuando iban al castillo de Emaús; (Lucas, XXIV): *Nonne ardens erat cor nostrum*? ¿Por ventura no era nuestro corazón encendido en tanto que nos hablaba por el camino? ¿No nos ardía el corazón con fuego de amor oyéndole lo que de las Escrituras nos declaraba (Psalm. XX): *Pones eos ut clibanum ignis.*

En el día del juicio ha de haber un horno de fuego que queme a los malos; antes que venga aquél, hay acá otro horno de buen fuego que quema los corazones de los buenos, los purifica y limpia de los pecados. Y quien quisiere escapar de aquél, arda en este otro; que cosa averiguada es que quien viene tibio y frío, si llega con reverencia a este Santísimo Sacramento, le saltan centellas de fuego, y va encendido, y cuando viene a la Iglesia a recibirlo, se quema en vivo fuego de devoción. ¿Qué habías de sentir, cristiano, cuando lo vieses puesto en el altar por ti? Aparejásteme, Señor, mesa contra todos los que me atribulan. Decid: ¿tenéis mucho que sentir? ¿Habéis ofendido a Dios? ¿Qué decís, David? Que no haya ya queja en ti, ni mal, ni desmayo, ni miseria, que no sea bastante el pan de esta mesa que te aparejó Dios para te lo remediar. No puedes estar tan enfermo que no vayas sano. No tienes tú tantos pecados cuanto remedio hallarás en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Allí hallarás fuerza contra tus desmayos y perdón de tus pecados. Si fueres tentado, afligido, triste y desconsolado, allí hallarás medicina y verdadera salud de todos tus trabajos y enfermedades; finalmente, no habrá en ti tanto mal, cuanto bien allí hallarás; y por eso dice muy bien el Profeta: «Contra todos los que me atribulan.»

Decid: ¿tenéis mucho que sentir? ¿Habéis ofendido a Dios? ¿Tenéis algo que lloréis? Señor, multiplicadas son las pasiones de mi corazón. ¿Quién no tiene que sentir? ¿Quién no tiene que llorar de la niñez? ¿Quién hay que entonces no hizo algo que ahora no le dé pena? ¿Quién no está lastimado del tiempo pasado? ¿Quién no trae en su corazón hincado un puñal acordándose de las ofensas de Dios? ¿Quién no tiembla de la hora de la muerte? ¿Quién no teme mucho el temeroso y riguroso juicio de Dios? ¿No anda hincada esta espina en nuestro corazón y en nuestras entrañas, Señor, si estoy perdonado de Dios? ¿si estáis bien conmigo? ¿si os tengo enojado? ¿cómo me va con Vos? ¿si me queréis? bien, ¿qué será de mí? ¿en qué tengo de parar? ¿Quién no es perseguido del demonio? ¿Quién está en paz en este mundo? Todos estamos llenos de guerra, que contra todo lo dicho es tan poderoso el remedio que tenemos, que todo es flaco, y nada contra su fuerza (Psalm. XXII): *Aparejónos Dios una mesa en dulzura, que destierra toda cuanta amargura hay en todo lo demás.*

Hermanos, el remedio contra todos nuestros males (esto se os asiente en vuestros corazones) Dios-Hombre es; venid a comer el pan que os es hoy dado, Dios-Hombre: es Hombre, porque lleguéis a El sin temor, que no os desechará, que se dolerá de vos, que sabe vuestros trabajos, y os consolará en ellos; y es Dios para que sepáis que os puede perdonar y tiene poder para ello, y lo sabrá, podrá y querrá hacerlo. Ase de El; allégate a El; recíbelo, que para todo tiene remedio; en todo te ayudará: tú, hermano, ase de El, que todo es tuyo. Que aparejó Dios Nuestro Señor mesa contra todos los males, mesa contra todas nuestras necesidades. Bien ha dicho el Profeta: en *dulcedumbre*, en *dulzura*, en *amor* y *remedio*. Algunas veces la apareja *in spiritu suo duro:* ¿qué o cuál es la dureza de su espíritu? Leed a Isaías: cuando Dios reprende a alguno, cuando castiga a alguno, cuando lo maltrata, cuando lo lastima, cuando apareja vasos de muerte, cuando ordena castigos de muerte, cuando trata y hace tratar a alguno con rigor de su justicia, todo esto es tra-

tarlo con su espíritu duro: no es así acá en esta santa mesa, en este rico convite, sino en espíritu blando, en espíritu amoroso, en espíritu de dulcedumbre. No pone en su arco saetas de muerte, saetas de enemistad, sino saetas de vida y de amistad. Aparejó su arco Jesucristo, su bendito Hijo, puesto en la cruz: desde allí tiraba saetas que atravesasen nuestros corazones con amor, con fuego de encendido amor y caridad: aparejó dulzura sobre dulzura, amor sobre amor. Dulce y amoroso se nos muestra en el altar: dulce eres, Jesucristo, en la cruz; dulce eres, Jesucristo, en el altar: en todo eres dulce y amoroso.

¿Qué quiere decir que es cosa, y cosa que (Judic., XIV) *de la boca del fuerte salió dulzura?* Halló Sansón en el camino un león: y matólo; y cuando volvió por allí halló en la boca del león un panal de miel. ¿Qué cosa , y cosa es en la boca del fuerte la dulzura? ¿Quién tal pensara que en la boca del fuerte muerto había de haber dulzura? ¿Quién es este fuerte? El león de la tribu de Judá. ¿Quién tal pensara, y quién tal pudiera decir: el fuerte había de morir, y en la boca del muerto se había de hallar la dulcedumbre? El fuerte león murió. El que no podía morir murió, y en la boca del fuerte estaba la dulzura. ¿Que de la boca del fuerte había de salir manjar para hartar y consolar a los hombres, Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de la Virgen, el que anduvo predicando por el mundo, enseñando a los hombres y sanándolos de sus enfermedades, aquel mismo que hacía tantos milagros, que padeció y murió por nosotros, ese mismo, no otro, tengamos acá entre nosotros, y lo miremos con nuestros ojos, y lo tratemos con nuestras manos, y lo recibamos en nuestros corazones?

¡Y que esté y more entre cosas tan bajas como nosotros somos! ¿Quién tal pensara, si no estuviera hecho, que a este tan alto Señor lo tratemos, y que lo conversemos, y le cantemos cantares? No diga nadie, Dios es riguroso, o que Dios no es manso: no lo digas, que no sabes cómo estás con Dios: no tengas ya temores, no huyas de El, mira cuál viene, y mira con qué amor viene, no riguro-

so, no cruel, sino amoroso y manso, y lleno de todos los bienes; y ganoso de te dar a sí mismo . ¿Quién sabrá tantear ni pensar aquesto? Una lengua del cielo había de venir para hablar de este sacrosanto Misterio. ¿Habéislo pensado? ¿Habéis caído en ello? Creo que no, ni tal os pasa por el pensamiento. ¡Cuánto habría que estudiar en esto; que sale Jesucristo y va a visitar un enfermo y pobrecito; que no se desdeña aquella Majestad de ir a su casa, y yo no lo hago!

Bendito seáis Vos, Señor, que vais sin asco y sin desdén a visitar al buboso, y al pobre, y al llagado, y al leproso, a todos cuantos hay por ahí que os han menester. Señor, que andáis visitando los enfermos, los que hieden y no os dan en rostro, aun no os lo digo por lo del cuerpo, que peores y más hediondas enfermedades son las del alma. ¡Oh, bondad y paciencia grande de Jesucristo, que quiso morar con tales como nosotros! Y lo peor es, que (Psalmus XXI): *Aperuerunt super me os suum, sicut leo rapiens et rugiens.* En esto veréis quién es Dios y cuánta fué su paciencia, y cuánto es lo que cada día nos sufre y disimula. Grande fué la Pasión y trabajos que por nosotros padeció, y muchos fueron los tormentos y afrentas que colgado en la cruz padeció; pero mayor espanto es, y mayor su paciencia; pues sufre que comulgue aquel en pecado y que el sacerdote le reciba, y se llegue a aquel santo altar y sacrosanto Misterio, sucio y sin aparejo alguno. ¡Oh, Señor, y que te dejas tratar de tales manos, y que tienes paciencia para sufrir que lleguen a Ti, y que llegue a Ti la boca sucia, y las manos sucias, y el corazón que te ofendió; que te tome aquella sucia boca! ¿Qué es sino que abrió el león su boca para tragarte? León, y peor que león es el que tiene el corazón airado; y el otro es dragón que tiene el corazón malicioso; y el otro es toro, el que es desobediente. Todos éstos, Señor, todos te han cercado, todos te abren la boca para te tragar, y calla el cordero manso, calla y no dice palabra, como si lo tratasen manos buenas, y buena boca, y limpio y honesto corazón.

Gran merced fué, por cierto, quedarse acá con nosotros,

Grande cosa quedarse el médico para nuestras enfermedades; el médico de nuestras almas y conciencias; el pastor de nosotros que somos sus ovejas; y nuestro padre que nos consuele, y tal arrimo para que nos esfuerce y dé aliento, y nos haga sombra y espaldas en todas nuestras necesidades. ¿Qué nos falta teniendo acá a Cristo? ¿Qué hay que desear? Nada nos falta, todo nos sobra, ricos estamos, sanos y bienaventurados, y llenos de todo bien. Cuenta Baruc por gran cosa, que conversó Jesucristo una vez acá en la tierra con nosotros, y que habló y estuvo entre nosotros. Más cierto es, y más hay que espantar de verlo obrar las obras que cada día obra en su pueblo cristiano; porque entonces en sola Judea conversó y anduvo y predicó; y ahora no solamente en Judea, pero en todo el mundo. ¿Quién os podrá contar lo que acá cada día gana Jesucristo y remedia; lo que levanta, lo que sustenta, lo que anima, lo que consuela? todo lo mira, todo lo ve, todo lo conoce, lo pasado, lo presente, lo por venir, en todo lugar está, a todo responde. Cuántas veces te da buenos pensamientos, cuántas por oír uno Misa, por hacer una buena obra, y muchas veces sin hacerla, antes estando descuidado y olvidado de El te despierta y te llama, te da una aldabada que te hace volver como espantado. ¿Qué es esto? Que Jesucristo, bendito El sea para siempre, te llama, te quiere bien y te busca; que así se convierten ahora ánimas a El, como cuando andaba predicando en carne por el mundo, y así obra ahora en las ánimas aquellos milagros y sanidades como entonces las obraba en las enfermedades de los cuerpos.

Cuántas veces te hallas tentado gravísimamente, lleno de miserias, enfermedades, llagado; llégaste a El, llámaslo, confiésaste, tómaslo en tu corazón sacramentalmente, y quedas consolado, fuerte, lleno de alegría: ¿que lo hizo esto? Cosa maravillosa, que así lo hace ahora espiritualmente, como lo hacía viviendo en la carne mortal (Psalm. LXVII): *Aparejado has, Dios, mesa en tu dulcedumbre.* ¿Qué apareja Dios Nuestro Señor? ¿Y a quién tal convite, tal mesa llena de tantas y tales dulzu-

ras, llena de tantos remedios para todos nuestros males y para todos nuestros desmayos? Grueso es el pan del Rey Asuero, y dará deleite a los Reyes. Suelen comer los Reyes pan muy blanco y muy cernido, amasado de la flor de la harina; así es este pan grueso, lleno de grosura, lleno de dulzura, es flor, es amasado con mil gracias y bendiciones; si bien lo tomáis, si bien lo recibís, alegra, da contento, sana, limpia al que lo come. El pan de acá pocas veces harta, pocas veces sentirás sabor, y dulzura y deleite; si bien te sabe, pagarlo has, porque El dijo del pecado (Prov. V): «más amargo es que los ajenjos, más amargo que otra ninguna amargura». Padre, ¿pues cómo no lo siento eso? Eso es más de espantar; pues gran verdad es lo dicho, señales tienes de muerte, pues no lo sientes. ¿Hante herido mortalmente y no lo sientes? ¿Hante llagado tan cruelmente y no lo sientes ni te duele? Espera, vendrá la hora de la muerte, vendrá día cuando todas las cosas se verán en su propio sentido y se conozcan ver daderamente; y tan grande como fué tu descuido, tan grande será el castigo y tormento que durará para siempre jamás; lo que presto y en un momento se acabó, durará su pena y tormento cuanto Dios fuere Dios que no habrá fin.

¡Oh, malaventurado el que por tan pequeño rato se atreve a echar sobre sí penas eternas, penas que nunca se han de acabar, penas que no han de tener remedio, que esta es la mayor pena que los malaventurados han de tener; la certidumbre que tienen que aquellos tormentos y penas no han de haber fin ni remedio, ni jamás han de salir de allí, ni han de gozar de bien alguno! Nace el río Jordán en el monte Líbano, corre con grandísima prosperidad y frescura, y el que nace en monte tan lindo, y tan oloroso, y tan tenido y nombrado de todos, va a parar y acabar en la hediondez y suciedad del mar Muerto. ¿En qué andas? ¿En qué piensas? ¿En qué han de parar tus vicios y tus deshonestidades? Aunque muy florido y muy próspero te parece que estás; aunque se hace ahora todo a tu contento, vendrá un día, vendrá una hora en que se acabe esa corriente de maldades que

tienes, y no puedas más murmurar, no puedas ser más deshonesto, no puedas más robar, no puedas más trasegar.

Acabarse han tus males, acabarse han todos tus deleites; pero no se acabarán los tormentos que por ellos te darán para siempre (Joel, I): *Expergiscimini ebrii.* Despertad todos, llorad y lamentad todos los que bebéis vino en dulzura, porque pereció de vuestra boca. Los que estáis fuera de seso, los que estáis embriagados con el vino de las cosas y placeres de este mundo, despertad. Los que no tenéis cuenta con Dios, los que ahora os reís, los que jugáis, los que andáis en pasatiempos y en alegrías, y en convites, en comidas y en bebidas, lloraos, mesaos, que día vendrá que os quiten la copa de vuestra boca; día ha de venir que se acabe todo esto a vuestro pesar. Di, ¿para qué quieres gozar de cosa que tan caro te ha de costar y tan presto lo has de perder? Mira que eso en que ahora te deleitas, eso que tanto te agrada, eso que te parece que viene con hábito de amigo, enemigo mortal es; finge ser tu amigo, finge ser dulce, finge que te quiere bien, y es amargura , y es tu capital enemigo; míralo con cuidado, míralo bien, no mires a lo que parece, sino a lo que viene escondido; parece hermoso, pero encerrada trae gran fealdad. Cuando te viniere a engañar, dile: «ah, traidor, que bien os conozco; convidáisme con amistad, y sois mi enemigo como otro Joab (2. Reg., XX); decís que traéis vida, y traéis muerte; decís que habéis de durar mucho, y antes que comencéis sois acabado: ¿a qué propósito esto?» Los que sois amigos de riquezas, los que sois amigos de honra, los que queréis tener y gozar de deleites, los que queréis ser regalados, veislo aquí todo eso, veis aquí riquezas, veis aquí honra, veis aquí deleites y regalos(todo cuanto deseas, todo cuanto buscas, todo junto está aquí en este convite, pan dulce, pan sabroso para el pobre, para los Reyes. Hay hombres tan regalados que no pueden comer sino manjares así delicados. A los señores y a los Reyes, el mejor pan y el más blanco se les da, grueso, deleitoso.

¿Qué es esto que habéis dicho, Señor, entre nosotros?

¿Qué misericordias son éstas? ¿Quién lo podrá decir? ¿de este arte vino el maná? Estaban los judíos muy ufanos porque el Señor les había dado aquel pan. Dijo Jesucristo: «El Padre Eterno os dió este pan, no del aire, sino pan del cielo». ¿Qué queréis decir? Que dió Dios a los hombres *Panem angelorum*. Dióles pan de ángeles, pan de dulzura. *O res mirabilis, panis angelicus fit panis hominum!* (Psalm. LXXVII; Thom. Aquin.) ¡Oh, cosa admirable! ¡Oh, cosa nueva y muy maravillosa, que el pan del cielo, el pan que allá comen los ángeles, coman acá los hombres! Gozan los ángeles de este bendito pan, y comen de él y gozan de la divinidad de Jesucristo, y gozan de su santa humanidad; y este gozar es comer y ser bienaventurados. Padre, si es pan de Reyes, ¿cómo se da a los pobres? Si es pan de alto, ¿por qué se da a los bajos? Si es pan del cielo, ¿por qué se da en la tierra? ¿Qué mercedes son éstas que le hacéis al hombre? ¿Qué misericordias éstas que le concedéis?

Cuando Dios crió a nuestros padres primeros en el paraíso, dióles manjares con que se mantuviesen, que fueron aquellas frutas. ¡Qué gran merced fué, Señor, la que entonces hicisteis en darles manjar! Pero también se lo disteis a las bestias, que todas comían de él: no es eso grande honra. Si me convidase el Emperador o el Papa y me sentase a su mesa, ésta sería honra; pero sentarme con una bestia, no fué aquélla honra, sino aquésta que Jesucristo nos hizo cuando dijo: *Tomad y comed: este es mi Cuerpo*. Ahora nos sentamos a una mesa los ángeles y los hombres; todos comemos un manjar, todos comemos de un pan, de una dulcedumbre. Pues que todos comemos un manjar, ¿en qué diferimos? En que los ángeles comen clara y abiertamente, y los hombres lo comen por fe. *Aparejado has, Señor, al pobre, manjar en dulcedumbre*. Si no tienes qué comer, si no tienes qué vestir, si estás muy pobre, si estás afligido, si tienes fatigas, si estás lleno de tentaciones, mira y goza de estas palabras: Aparejaste al pobre, Señor, en dulcedumbre. ¿Qué quiere decir esto? Que así como el pan que envió Dios del aire, el maná que envió a los hijos de Israel, era tal y de tanta

virtud que los mantenía y cumplía sus apetitos y hartaba, dándose a cada uno en aquella forma de sabor que había menester y lo deseaba, así ahora este pan bendito, este pan de ángeles, este pan del cielo da alegría y consuelo, y enriquece, y sana, y da vida, y resucita: finalmente, en cada uno obra lo que ha menester. ¿Qué te falta? ¿Consejo? Ven a Jesucristo. ¿Estás pobre ?Ven a Jesucristo. ¿Estás tentado? Ven a Jesucristo: no haya cosa, no haya necesidad con la cual no vayas luego a Jesucristo; en El y no en otro está el consejo, el remedio y ayuda contra todos los males, y El que sabe, puede, y quiere darte y hacerte todos los bienes.

Tocó Jonatás con el cabo de la vara a la miel, y en gustándola se le alumbraron los ojos (I Reg., XIV), y luego vió, y tomó esfuerzo. Ciego estás; pero luego en tocando que toques aquella dulcedumbre del Cuerpo de Jesucristo, luego serás alumbrado de tus ignorancias, y serás fuerte para seguir a tus enemigos. Anda a Cristo con todas tus necesidades, vea El, y saberte ha a todo lo que has menester; cómelo, recíbelo. ¡Oh, Padre, que estoy muy tentado de la carne, en grande aprieto me pone, rocío del cielo he menester que mate y apague en mí el fuego de los deseos malos y tentaciones! Ve, hermano, al Cuerpo de Jesucristo, llégate a él, que allí está tu remedio: mirad no se olvide esta palabra, acordaos de ella para siempre: La carne de Jesucristo Nuestro Señor tiene más fuerza para las tentaciones de la carne que otro ningún remedio: mata las concupiscencias, y desordenados y malos movimientos: destierra los malos pensamientos, y como agua mata, y apaga el fuego de nuestros corazones: más fuerte es esta carne virginal de Jesucristo para darnos fuerza y gracia, que la de Adán para enflaquecer y matar. Mayores fuerzas hay en Cristo para vencer, que en demonios, mundo y carne para tentar. Vete, hermano, vete a El, no pierdas tanto bien.

Padre, ¿qué haremos para gozar de aquella mesa? Que pues Dios con tanto amor se ha aparejado, también tú, hermano, te aparejes, que te laves las manos, que

limpies tus obras; porque gran limpieza y gran cuidado se requiere para llegarte a tan gran limpieza. ¿No veis cómo el sacerdote se lava los cabitos de los dedos cuando dice Misa?; para dar a entender que aunque esté limpio, todavía es menester limpiar los extremos de los dedos cuando dice Misa, que son los pensamientos. Las cositas, por pequeñas que sean, se han de alimpiar, y hemos de estar muy recogidos. Recogidísimo y hecho ángel ha de estar el que allí fuere al altar a decir Misa, y tratar a Jesucristo con sus manos. Cuando Nuestro Señor quiso dar ley a su pueblo, dijo a Moisés (Exodo, XIX): *Diles de mi parte, que se limpien, que aviven, que estén con grandísima reverencia.* Pues si para ir a recibir la ley que la daba un ángel, era menester tanto cuidado y tanto aparejo, ¿qué tal os parece que debe ser el aparejo que se requiere para tomar al Dador de la ley, y para tratar con nuestras manos y mirar con nuestros ojos el Cuerpo y Sangre de Jesucristo? Hermanos, si queréis, estos ocho días nos aparejemos, y tengamos un poco de cuidado y de agradecimiento a las misericordias del Señor, no pequemos, no murmuremos, no seamos sucios: y todo por su amor, y por reverencia del mucho amor que El nos tiene, pues se quiere estar entre nosotros. Señor, siquiera por esta merced de estar ocho días así como estás entre nosotros, no quiero pecar, quiero dejar de ofenderte. ¡Oh, si vieses aquellas entrañas de Jesucristo Nuestro Señor cuáles andan encendidas y abrasadas en el amor de los hombres, y aquel real corazón tan amoroso para ti, y por ti, que si fuese menester que lo azotasen, y coronasen y le pusiesen otra vez en la cruz por ti, de muy buena gana lo haría por ti, como lo hizo el Viernes Santo! ¡Que vengas Tú a mí a convidarme, Señor, y a rogarme, y que vuelva yo las espaldas! ¡Que llames, y que me haga sordo! ¡Que me ames, y que te aborrezca! ¡Que me hables, y que no responda! ¿Qué es esto, hermanos? ¿Qué es esto? Vergüenza, vergüenza; por reverencia de Jesucristo, siquiera esta santa Pascua os aparejad, y os limpiad, para que cantemos y hagamos fiesta, y demos muchos loores y gracias a Aquel que tantos bienes y misericordias nos ha

hecho en esta Pascua, que así se llama; para que os perdone, para que os consuele, para que os dé fuerzas; no se pase en balde y sin fruto esta gran fiesta; no se pase sin que recibáis mercedes, sin que recibáis dones, que dároslos ha, y haceros ha misericordias.

TRATADO XXIII

SOBRE LA COMUNIÓN

PREGUNTA: ¿SI ALGUNA PERSONA PIDIESE A SU PRELADO O CURA QUE LO COMULGASE MUCHAS VECES EN EL AÑO, SI EL TAL PRELADO O CURA ES OBLIGADO A COMULGARLO CUANTAS VECES LO PIDIERE, NO HABIENDO LEGÍTIMO IMPEDIMENTO?



Al parecer (salvo mejor juicio) es, que no habiendo legítimo impedimento, el Prelado (o en nombre del Prelado entiendo cualquiera que tiene cargo de administrar el Santísimo Sacramento de la Eucaristía) es obligado a darlo a su súbdito cuantas veces le pidiere; lo uno por razón del nombre, que es sacerdote, que da cosas sagradas o Sacramentos; ¿y cuál mejor, ni tal como el de la Comunión? Lo segundo por razón del amor que debe tener a Dios. Si le ama, apaciente sus ovejas; ¿y qué pasto? El que el mismo Dios dice: «Mi Carne es verdaderamente manjar». Y el que este Santísimo Sacramento niega, es injusto, porque le niega lo que con tanta justicia se le debe, como Santo Tomás dice, que el cristiano tiene tanto derecho para pedir el Santísimo Sacramento, que ni su Prelado se lo puede negar, si no fuese por pecado público: pidiéndoselo en público se lo ha de dar, cuanto más debe al que con devoción se lo pide. Es cruel, porque quita el pan a su hijo, al cual es obligado a mantener con manjar espiritual, mucho más que el padre carnal a su hijo con pan material, de quien dice el Apóstol San Pablo que el que

no tiene cuidado de los suyos, mayormente de los de su casa, es peor que infiel. ¿Pues qué diremos del Prelado que no trabaja y procura que sus súbditos frecuenten la Comunión, y más cuando ellos la vienen a pedir con devoción, no habiendo impedimento la niega y no se la quiere dar? Que pues la Escritura condena a grave pecado los muchachos que apartaban a los hombres del sacrificio, no con menos razón debo condenar al tal Prelado que niega el pan de vida a su hijo, a pecado. No siento excusa que le poner, sino traerle razones que manifiesten su ceguedad, y que a dar la comunión le compelan. Lo uno porque la comunión siempre es buena de parte del Sacramento, y por eso hace bien de comulgar; porque de la disposición interior ninguno hay mejor médico que cada uno de sí mismo, viendo que aprovecha en amar a Dios, y en virtudes, no quitándole la reverencia. Que presunción es grande pensar de uno que viene indispuesto y mal aparejado; aunque otro pecado no hubiese sino éste, es grande: cuanto más que le estorba tantos bienes como de la santísima Comunión alcanza. Alcanza salud para el ánima, medicina espiritual para las enfermedades, con que sus vicios se curan, sus pasiones se refrenan, las tentaciones se vencen y disminuyen; dase mayor gracia, la comenzada se aumenta, la fe y esperanza cobran fuerzas, la caridad se acrecienta, impídese de caer.

Yo no sé porqué ponen tasa en la Comunión, pues el glorioso San Agustín (*Lib. de Diffinit. Orthodox. fidei*, cap. XXI) no osa condenar a los que comulgan cada día, ni reprender; y la causa es, porque si está aparejado, es bueno; y si no, es malo; y también amonesta, que comulguen cada domingo; y esto no a sacerdotes, sino a todos los cristianos. Así lo entiende Santo Tomás en la tercera parte. Pues si este glorioso Santo no osa reprender, antes lo amonesta, ¿porqué el Prelado lo veda, o no lo quiere dar, que es más que reprenderlo? El Prelado que tal niega, ni es aparejado para comulgar a ninguno que comulga, ni lo procura de estar, y así no se puede contar entre los siervos de Dios, y hace contra

los Doctores sagrados, y contra la inspiración del Espíritu Santo, y contra la caridad, que es fin de todo mandamiento, y daña a su oveja, y hace contra la institución de la Iglesia. (*C. omnis utriusque sexus, de Pœnit. et remission*). La cual en decir que todos los fieles comulguen, a lo menos una vez en el año, da claro a entender que no estorbe, antes aconseje, y estas veces no tasa diciendo, tantas veces, mas cada y cuando que uno viniere aparejado para ello. En otros tiempos era mandamiento de la Iglesia la pena de ser alanzados de ella quien no comulgase cada día de domingo después de haber comulgado el sacerdote; y después fué mandamiento comulgar las tres Pascuas del año, y ahora una. Y aun aquellos mandamientos ahora quedan como buenos y sanos consejos de la misma Iglesia; y quien a este mandamiento pone tasa, presuntuoso es, y no conforme a su Madre la Iglesia, pues quita el pan a quien ella no lo quita. Y es tanto mal poner esta tasa a la Comunión, que no solamente va contra los Doctores de la Iglesia, mas aun contra toda la caridad.

Pregunto: cuando alguno dice con devoción que le comulguen, ¿de dónde diremos que procede el movimiento de aqueste que pide la Comunión? Claro es que no del demonio, pues es obra tan contraria a él, que dice San Ignacio en una de sus epístolas que por la frecuentación de este Santísimo Sacramento son reprimidas las fuerzas de Satanás. Y San Juan Crisóstomo dice (Homil. 61 *ad Populum Antiochenum*) *que cuando salimos de comulgar, salimos terribles a los demonios, como leones que echan llamas de fuego.* Y si decimos que es de movimiento humano, tampoco; porque no es de hombre creer el Santísimo Sacramento siendo un Misterio en que tan poco valen los sentidos y razón natural, mas es obra de pura fe infundida de Dios. Y quien con devoción lo pide, da testimonio que lo mueve Dios a creer y a que lo ame. Y de este comulgar se sigue que quiere perdonar a los que mal quiere, y pedir perdón a los que había enojado, y enmendar su vida, y crecer en buenas costumbres, que así lo hace quien bien se apareja, pues el deseo y propó-

sito firme de salir de pecados, y enmendar su vida, y ponerlo en obra y creer el misterio de la Eucaristía, no es esto movimiento humano, mas del Padre Eterno, del cual dice el Hijo (Joann., VI): *Ninguno puede venir a mí, si mi Padre no lo trajere.* Es también del Hijo, del cual se dice que es sabiduría que alumbra el entendimiento con fe del Espíritu Santo, el cual mueve el amor; o por mejor decir, es de la Santísima Trinidad, que indivisamente mueve al hombre al bien.

Pues veamos: ¿quién será aquel que ose vedar su buen propósito a éste que viene a comulgar? ¿Qué fuerzas tenemos para contradecir a quien nos crió, que mueve a éste para aquella obra que el Prelado estorba? Y si decimos que no sabe que le mueve Dios, respondo que pareciendo él en devoción, y no estando en pecado público, hase de creer que viene movido por Dios; y resistir a esto es resistir a Dios, y es digno de muy grave penitencia. Una cosa tengamos por averiguada, que le demandará Dios todos los pecados que éste hiciere, porque no comulgó, y todos los bienes que deja de hacer, los cuales es cierto que no son pocos; porque no hay persona que no se aparte de algunos males y haga algunos bienes en la Comunión. Todo lo cual se quita a Dios, y en lugar de coger, derrama. En especial siendo el oficio del Prelado encender en amor de Dios, enfría lo ya encendido; y siendo puesto para hacer creer, quita el mantenimiento; y finalmente, habiendo de ser con Cristo, es contra El.

Si quitar al prójimo el pan y la vestidura que ha menester, y el fuego con que se calienta, y quitarle el consejo y otros semejables bienes, es contra la caridad, ¿qué será quitar al prójimo, no pan de tierra, sino de cielo; no para vivir cuarenta años, mas para siempre? Y si la restitución ha de ser conforme al bien que al prójimo se quita, ¿qué se podrá restituir al que quita al mismo Dios? Quítase al prójimo fuego con que se calienta cuando está tibio. Como dice Juan Gersón, no hay ejercicio con que más se encienda la devoción como la sagrada Comunión; y no es menester para esto alegar Doctores,

porque un rufián dirá que cuando comulga se halla más devoto. Y no sólo es fuego que gasta nuestra tibieza, mas es vestidura que nos cubre; Maestro que enseña a los que lo reciben muchas cosas que ignoran; es consuelo de tristes, fortaleza de flacos; es dador de innumerables mercedes a la posada donde es recibido, y esto no lo limita una vez en el año o en el mes, mas cada vez que le dieren posada la paga muy bien.

Oso decir que no hay mayor bien que éste que al prójimo se quita, porque es el mismo Dios; y pues Dios manda que si tu enemigo hubiere hambre le des de comer, ¿porqué se le quita este pan, no a enemigo, sino a amigo e hijo espiritual? Mayormente pidiéndolo con tanta devoción, ¿porqué niegan al que es todos los bienes? Cuánto más que es cosa acaecedera, que cuando éste viene a comulgar traiga alguna gran necesidad, y venga por medio de la Comunión para no caer en algún pecado mortal. Los experim ntados saben bien esto, que no hay tal remedio en los remedios, para cuando uno anda en cometer algún pecado, como traerlo a confesar y comulgar, porque allí recibe medicina preservativa para no caer. Pues si viene con esta necesidad, si se le quita el remedio tan necesario y cae en pecado, cierto es que aquel fué causa de su pecado, que le quitó su remedio, y comprenderle ha lo de San Ambrosio: «Si no dieres de comer al que muere de hambre, tú le mataste.»

De donde parece cuánto mal está encerrado en estorbar o no dar el cura la comunión cuantas veces el cristiano la pide, no habiendo impedimento, si viniese el prójimo por no comulgar a cometer pecados mortales, siendo obligado a perder la vida por evitar uno, mayormente siendo su hijo. Aunque otra razón no hubiese mayor que ésta para decir que tal Prelado hace mal, es ésta muy suficiente para lo afirmar, pues está aparejado para negar indistintamente el remedio que puede librar de pecado mortal a su súbdito. Y si alguno dijere que aunque el comulgar sea muy buen remedio para no pecar, pero no necesario, porque sin comulgar puede remediar que no peque, respondo a esto: lo uno, que no

es esa voz de Prelado; que él ha de dar a su oveja el remedio mejor y más fácil que pudiere hallar: lo segundo, porque aunque otro remedio sea posible, puede ser el caso tal, que probablemente se puede creer que comulgando alcanzará preservación de pecado por la gracia que en el santo Sacramento se da; y no comulgando pecara, aunque pudiera no pecar si quisiera. Todo lo cual puede acaecer muchas veces por ser tanta la diversidad de las conciencias; y por eso cerrar la puerta a todas sin saber las necesidades de cada una, ¿qué otra cosa es sino negar el remedio que librará del pecado, y dejar el pastor a su oveja en la boca del lobo?

Y si el Prelado tuviese el celo que del aprovechamiento de sus ovejas debe tener, él rogaría que muchas veces comulgasen; que, según la experiencia, tanta diferencia hay de los que comulgan a los que no, como de buenos o malos. En lo temporal no hay hombre que no desee que su viña sea la mejor que pudiere. ¿Cuál es el Prelado que no desea que sus súbditos sean muy perfectos, pues que es obligado a procurar la bondad y remedio de ellos? Y el que esto no hace, da causa que piensen de él que no quiere el aprovechamiento de las ovejas, sino es el esquilmo de ellas, y que las quiere llevar por el camino de la perdición en que él va. Y no solamente es dañoso a sus súbditos, que les quita este bien, mas a los vivos y difuntos, por los cuales ruega uno comulgando con mayor eficacia que sin comulgar. No se sirve a Dios en quitarle el servicio que con comulgar recibiera; hace contra su propio oficio, que es despertar a la perfección; es causa de muchos males, e impedimento de muchos bienes, y quiere medir con una medida a los que son muy diferentes. Aunque algunos hay que no les está bien comulgar tan a menudo, entre muchos hay de muchas maderas; hay algunos aprovechantes, y otros muy perfectos; y así no se deben llevar por una regla, pues se muestran en sus buenas costumbres. Y si alguno hubiere que se escandalizare de ver comulgar muchas veces a su prójimo, digo que este escándalo es gran mal, que no se debe creer de ninguno que cristiano sea. Y si

alguno hubiere tan malo que de lo que había de tomar ejemplo se escandalizare, no se debe hacer caso de aquel escándalo, mayormente que es escándalo de fariseos. Estas cosas miradas, no se debe negar la comunión, sino rogar que todos comulguen y se aparejen cada día. Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento por tantos y tan grandes beneficios.

TRATADO XXIV

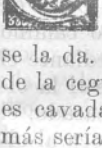
DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

In funículis Adam traham eos.

«Yo los traeré en las ataduras de Adán.»

(Oseas, II.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



Es tan grande nuestra ceguedad, que gozando de una lumbre no miramos el hacha de donde viene, conforme a los animales que pacen la hierba sin alzar los ojos a agradecerlo a quien se la da. Grande es la ceguedad del humano corazón, y de la ceguedad viene la dureza; porque pues una piedra es cavada con dar muchas veces gotas de agua en ella, más sería ablandado el corazón si conociese cuán sin cesar recibe mercedes de la mano de Dios Nuestro Señor. La piedra no siempre es herida con la gota de agua; mas acá no hay momento en que la misericordia y largueza del Señor no esté lloviendo en ti nuevas mercedes. ¿Qué se dirá a esto, sino lo que con mucha razón dice Dios, que los traía en sus brazos, y ellos no conocieron que El tenía cuidado de ellos, y no lo conociendo, son hechos olvidadizos, y de olvidadizos desgraciados e ingratos? Y es tanta la bondad del Señor, que aun pasa

adelante en su bondad, no obstante nuestra maldad; nosotros a olvidarle y El a hacernos mercedes, para que así provocados dejemos un día u otro nuestra dureza y le seamos blandos, agradecidos y humildes. Yo los traeré—dice Dios—en cuerdas de hombres y en prisiones de amor. ¿Y qué son cuerdas para traer a hombres? No sogas, no maromas, sino beneficios; porque más fuerte cosa es para traer a hombre, si insensible no es, el verse beneficiado de mano de otro, que una muy recia maroma para traer al animal.

Multiplica Dios mercedes dándonos bienes de diversas maneras para que vayamos a El, y todavía nuestra maldad olvida sus dones, y con parecerle que son cosas usadas, no mira en ellas, cuánto más agradecerlas. ¿Qué haréis, Señor, que no hay cuerda que lleve a vos gente tan desagradecida? El yugo rompen; de Vos se olvidan días sin cuento. «Yo lo atraeré—dice Dios (Joan. XV)—con prisiones de amor.» ¿Y qué son éstas sino los beneficios que Dios nos hizo descendiendo del cielo, haciéndose nuestro hermano y trabajando y muriendo por nos? Estas cadenas son prisiones hechas con amor; y tal amor que no lo hay mayor, pues quiso dar su vida por el bien de los que amó. ¿Qué dirás aquí, corazón humano? ¿Olvidarte has de tu Dios, acordándose El tanto de ti?

Acuérdate de El con la penitencia, y tendrás parte en lo que El padeció y ganó; porque no por otro camino ha de venir a ti el fruto de su Pasión, sino mediante el acordarse de ella y el hacer penitencia. Porque si la olvidas, tanto es para ti como si no la hubiera pasado; el olvido muerte es de la cosa olvidada, cuando toca al olvidadizo. ¿Qué me aprovecha que haya Dios, si yo de El no me acuerdo? ¿Qué será la justicia de esto, sino que como habiendo un Dios que en sí es tan inmenso, tú lo olvidas como si no fuese nada, y haces que no sea en tu acatamiento el que es verdaderamente en todo y sobre todo; así para lo que a ti te cumple, para ser bienaventurado en El, será Dios para ti como si no hubiese Dios? Sentirlo has para castigarte muy recio; fuerte y omnipotente; mas para tu descanso como si no hubiese

Dios; y esto con mucha razón, pues tú le desechaste en tu memoria cuando en ti fué.

¡Oh, miserable de quien, Señor, te olvida! ¡Y cuán mal le irá cuando Tú te olvidares de él! ¡Oh, humana maldad, y hasta dónde has llegado, que siendo derramada la Sangre del Señor por ti, aun la pones en olvido, y la echas tan atrás de ti como si fuera sangre de algún animal o no por ti derramada; traes el corazón lleno de mil vanidades indignas de ser en ti recibidas, y desechas la memoria amorosa de la Sangre con la cual tendrías vida, y vida muy limpia! Con razón se queja el Señor en persona de Job diciendo (cap. XXVI): *Tierra, no cobijes mi Sangre, porque se siente muy ofendida y afrentada en que sea ella olvidada.* ¿Y porqué? Acuérdaste de las cosas terrenas, y olvidas lo que el Señor por ti padeció. La tierra cobija su Sangre, pues la tierra está encima en tu memoria, y la Sangre hollada, y por causa de la tierra olvidada. ¿Qué más queda por hacer para despertar tu olvido, si beneficio tan grande no te despierta? Quien a esta voz duerme, no es dormido, sino muerto; no es hombre, sino piedra; y no piedra, sino demonio, pues las piedras no pudieron sufrir golpe de tanto amor, pues se quebraron, y no lo siente el corazón por quien la Sangre se derramó. En gran trabajo, Señor, estáis con estas ánimas olvidadas.

¿Qué hará un marido que tiene una mujer moza, hermosa, rica y liviana, y que le conviene ausentarse de ella, y la quiere bien; qué descanso ni contento tendrá el corazón de éste en ausencia, pues tantas razones tiene de temer el olvido de su mujer, la cual él quiere que de él se acuerde? Solicítala con mensajeros, con cartas, con dádivas, y tan continuas, que antes que un mensajero salga de casa de ella, otro es venido con cartas, ruegos y dones: y si la liviandad de ésta es tanta que no tiene cuenta con el ausente marido, sino vásele el corazón tras lo que presente ven sus ojos, ¿qué le aconsejarán los amigos de este ausente, sino que pues todo está tentado y nada le aprovecha, que dejando todo negocio se venga él a estar presente con ella, pues es tanta su liviandad

que aun en los mismos criados que el marido le enviaba para que ella se acordase de él, ponía ella los ojos no castos, alzándose con aquello que había de ser medio para que a su marido amase? Yo quiero ir, dice el marido, que pues es mi mujer legítima, las entrañas se la moverán en viéndome a mí, y olvidará cualquier amor extraño que haya en mi ausencia tenido. Viene el marido con entrañas de amor a despertar la memoria amorosa de su mujer, y si a su presencia no respondiese con memoria de los beneficios que estando ausente le hizo y con el amor que le debe, ¿en qué lugar de maldad pondríamos ésta, y en qué tormentos de infierno estaría bien castigada?

¡Oh, Señor! ¿Y qué hacéis Vos, esposo de nuestras ánimas? Tales son cuales Vos, Señor, las conocéis, vanas, livianas, y que nos vamos tras lo que vemos. ¡Qué de carros de Escritura Sagrada nos habéis enviado: qué de predicadores que de vuestra parte nos amonesten no olvidemos a nuestro legítimo esposo, sin otros mensajeros más secretos que Vos, Señor, enviáis hablándonos en nuestros corazones que nos acordemos de Vos! ¿Quién hay de nosotros que no haya sido muchas veces amonestado en el rincón de su corazón de vuestras suaves palabras para que dejemos el mal camino y nos tornemos a Vos? ¿Quién, si quiere mirar en ello, habrá que no haya recibido de Vos particulares mercedes de vuestra parte, ya en cuerpo, ya en ánima? Y aunque unos más que otros, todos han recibido muchas, y a todos nos hemos hecho sordos, ciegos y tontos, tomando lo que nos dais, y con ello nos olvidamos más de Vos. Muchos ha habido que antes que de Vos recibiesen lo que deseaban, eran humildes, devotos y cuidadosos de su salud, y cuando lo recibieron se enamoraron tanto de ello, que por ello olvidaron a Vos. Así, Señor, os servimos vuestras mercedes, dejándoos a Vos por ellas; grande es vuestra bondad que esto sufre, grande en buscar todavía el bien de esta vuestra esposa. Muy fuertes son vuestras ataduras, y viendo que todo no aprovecha, venís Vos mismo en persona a ponérosle delante para que os conozca, ame y se salve.

Al cielo convenía que fuésedes; en peligro está vuestra esposa, ausente Vos; determinasteis de quedaros en el altar, para que viéndoos ella con ojos de fe, creyendo que Vos mismo que en el cielo estáis, acá estáis, se le mueva el corazón, y recibiéndoos diga: ¡Oh, Señor y esposo mío, Vos sois el que tantos bienes me habéis enviado; Vos el que por mí os hicisteis hombre y moristeis en cruz; Vos de cuya mano yo tantos bienes generales y particulares he recibido! Y así con su presencia se acuerde el ánima de todos los beneficios que en ausencia le ha hecho. Y si uno estando ausente nos enviase muchas dádivas, y después viniese a nuestra casa, todo lo recibido se nos renovaría, y le daríamos gracias por cada cosita con David. Así ha de hacer el ánima cuando comulga, agradecer al Señor lo que por ella pasó y lo que de su mano ha recibido, y tomar la presencia del Señor en este Sacramento para remedio contra su olvido, porque para esto lo ordenó el Señor, según El dijo (Matthæo XXVI): «Haced esto para acordaros de mí.» Porque tiene El tanta fiucia en lo que nos ha hecho, que si de ello nos acordáramos, cierto le seríamos agradecidos; y por esto dice que nos acordemos de El, y se queda acá para ello. ¡Y ay de aquel que ha olvidado lo que le fué dado para remedio contra su olvido! Y bienaventurado aquel que con frecuente memoria se acuerda de este divinísimo Sacramento, y con humilde devoción le recibe, porque con él le vendrán todos los bienes.

TRATADO XXV

DEL SANTISIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA

Parasti in dulcedine tua pauperi Deus.

«Aparejaste, Dios, en tu dulzura para el pobre.»

(PSALM. LXVII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

TIENEN esta excelencia los Sacramentos de la Nueva Ley sobre los de la Vieja, que a éstos llama San Pablo elementos pobres y flacos, porque aunque significaban la santidad, no la daban; mas de los nuestros dice el Concilio Tridentino (Concilio Tridentino, ses. 2, c. 6) que contienen y dan la gracia, obrando dentro lo que representan de fuera. Y si esto pasa en los otros Sacramentos con mucha verdad y provecho de quien lo recibe (Conc. Trid., ses. 13, c. 3), mucho mejor se efectuará en aqueste divinísimo Sacramento, que sin ninguna comparación excede a los otros Sacramentos, que mirados por sí son muy grandes; mas en comparación de éste son ríos pequeños, y todos le conocen ventaja, y se ordenan a él como medios al fin. Y según hemos dicho, tan grandes son las señales de amor y regalo que aqueste Señor enseña a los suyos poniéndoseles encima de un plato para que lo coman y

entrándose con mucha verdad en sus entrañas; y necesariamente a tales muestras ha de corresponder grande efecto. Y si aún falta nuestro entendimiento en saber estimar lo de fuera, ¿quién será aquel de tan penetrativa vista que conozca y nos dé nuevas del trato de este Señor con las ánimas de quien bien lo recibe en su cuerpo? Por los efectos conocemos las causas, y también por las causas conocemos los efectos. Vemos un gran convite de diversos y preciosos manjares, y por allí sacamos que el tal convite costó mucho precio; y de la misma manera si vemos una ropa preciosa, unos edificios muy suntuosos, sacamos de allí que cosas tan grandes mucho costaron. Y, por el contrario, que un señor da a su criado mucha copia de oro para que haga un convite, o compre una ropa, o cosa de esta manera, sin que la hayamos visto, y aun antes que hagamos la tal cosa, la deseamos y estimamos en mucho, y decimos: grande y preciosa cosa será aquella para cuyo precio tanto dinero se da.

Quien quisiere rastrear algo de los grandes dolores y penosa muerte de Jesucristo, sáquelo por el excelente convite, por la benignidad nunca oída ni vista, por la grande consolación que en este Sacramento se nos muestra y bienes que se nos dan, y verá que cosa tan alta y desproporcionada a nuestro entendimiento, tan liberalmente comunicada con nos, no pudo ser sin que mucho costase a Cristo, pues los bienes que a nosotros vienen quiso Dios que los comprase El, y con justísimo precio, y no de dineros, sino de sangre y de su preciosísima vida. Y así, por el contrario, si no tenemos aquella limpieza de vida y viveza de espirituales sentidos que por la gracia del Señor tienen algunos, con que entrando Cristo en su cuerpo, luego sus ánimas sienten la eficacia del Señor que en ellos entró, y dicen de corazón (Cant., V): *Mi ánima se ha regalado en oyendo hablar a mi amado*, a lo menos atinemos algo de este amorosísimo y provechosísimo trato que siendo recibido tiene con los que bien le reciben; de lo mucho que le costó, para que ellos fuesen consolados y bien tratados. Tiene Cristo dos cuer-

pos: uno el que recibió de la Virgen, y otro somos nosotros. Quien quisiere saber cómo trata a aquel cuerpo que lo recibe bien en el Sacramento, acuérdese cómo ofreció el Señor su propio Cuerpo a ser rigurosamente tratado en el tiempo de su Pasión; porque a la medida de aquel rigor es la blandura de su trato. Dice David (Psalm. XCIII): *Según la muchedumbre de mis dolores en mi corazón, tus consolaciones alegran mi ánima;* la cual alegría no sólo fué dada a su propia ánima en la resurrección, mas también la da a las nuestras, que, según hemos dicho, por la unión que hay entre El y nosotros, nuestras ánimas llama suyas. El es la piedra golpeada y herida con diversos dolores, y de ella salió miel con que son hartos los que bien lo reciben, aprovechando y consolando a quien bien comulga y le da según su flaqueza la posada de corazón bien aparejada.

Usada cosa es de El pagar bien a sus huéspedes, que así lo hizo con la primera que lo recibió y trajo en su vientre, que es la sacratísima Virgen María; pues que Raab, mesonera, fué galardonada por recibir los mensajeros de Josué, figura de Jesucristo Nuestro Señor; Santa Isabel lo recibió, no en sus entrañas, como nosotros, mas en su casa, entrando la Virgen en ella; y la paga fué henchir de consolación a la madre y de gracia al niño que estaba en su vientre? Qué diré de cuánta honra pegó al portal de Belén donde nació, al pesebre donde fué reclinado?; y después de grande, siendo convidado y hospedado su sacratísimo Cuerpo, hacía grandísimas pagas en bienes del ánima. Recibióle Zaqueo en su casa, y salva su ánima. Y convídanle las dos hermanas, y resucita a su hermano. Y por concluir, la cruz y sepulcro que lo recibieron fueron llenos de honra, según su capacidad.

¿Quién será tan desconfiado que viendo tantos ejemplos de buena paga a los que lo recibieron siendo chico, y siendo grande, no espera, si bien se apareja, y no creerá que a los que bien se aparejan el Señor recibido de ellos les hará muy grandes mercedes? No hay hombre rico, si tiene misericordia, que entre en un hospital don-

de hay muchos enfermos necesitados, que no le muevan sus entrañas con misericordia, y eche mano a su bolsa, y conforme a su posibilidad y caridad que Dios le dió, y necesidad de los pobres, les haga merced. En ninguna razón cabe, que pues las obras de Dios no son ociosas, pues ni sus palabras lo son, ésta que es tan admirable, y que espanta al cielo y tie a, como recibir la criatura a su Criador por modo tan extraño, deje de hacer grandísimos efectos en quien bien lo recibe. No, señor, no venís Vos en balde, no son fingidas las muestras de amor que aquí nos mostráis; mas según vuestra antigua costumbre, mayor es lo que de dentro tenéis que lo que de fuera parece.

Y quien quisiere, como la Reina Sabá, acercarse a Vos y meteros en sus entrañas, sentirá de Vos mayores cosas que la otra de Salomón. Y con mucha más razón saldrá de sí con admiración, y dirá: «Mayores son tus obras que tu fama; aunque mucho se dice de Ti, lo menos es de lo que en Ti hay». ¡Oh, cuánto perdemos los hombres, Señor, por amar la maldad, o por amar el bien con tibieza! Porque si esto no fuese, sentiríamos alguna poca de dulzura, pues metemos la miel en la boca, y quedaríamos con algún calor que se nos pegase de Ti, que eres fuego infinito. Y diríamos como Santa Mónica después de te haber recibido: «Volemos al cielo, fieles, volemos al cielo.» Quien siente, Señor, tu dulcedumbre dentro de sí, olvida la transitoria, y amárgale más que la hiel; esle carga estar en el mundo, pierde el desmayo que le causan sus pecados, confía ser amado de quien tan piadosamente le trata; ama al Señor que lo ama y desea con gran deseo ser desatado de las cadenas de esta vida y volar a Ti.

Hablando particularmente de algunos efectos de la Comunión sagrada y de la admirable paga que este Señor da a los que bien le reciben, pues de todos no podemos, por ser innumerables, diremos ahora de alguno y después de otros. Si durase el decir hasta la fin del mundo, aun entonces faltaría tiempo, y no que contar de las mercedes que nos vienen por este Señor: si le damos

buena posada, no tiene tasa, ni término, que de éstas se entienden: las misericordias del Señor contaré para siempre (Psal. LXXXVIII).

¿Quién hablará en tiempo lo que da materia para contar, y gozar, y alabar para siempre? Comencemos en esta vida a gozar tales mercedes; comencemos a las agradecer y a cantar a Dios alabanzas por ellas; y alentémonos para no perder por nuestra negligencia bienes tan preciosos y paga no menos que eterna. Señor, ¿cómo trata vuestra Majestad allá dentro en las entrañas al pobre, al siervo, al bajo, cuando habiéndose bien confesado viene a recibiros y os recibe en sus entrañas? Algo, Señor, algo de lo mucho que hacéis con él, enseñad a mi corazón, y despertad mi lengua; abrid las orejas del cuerpo y del ánima de aquestos que me han de oír, para que convidados con el provecho y dulzura de vuestro buen tratamiento, nos esforcemos a echar de nuestra ánima toda maldad y ataviar nuestras cosas con las virtudes, para que siendo Vos recibido en casa, que os agradezcamos nosotros recibidos de Vos en vuestras entrañas, y descansemos en Vos.

Comencemos por aquí: comemos al Señor, y según se ha dicho, cómenos El a nosotros, como lo fuerte a lo flaco, e incorpóranos en sí haciéndonos miembros suyos, o si ya lo estamos hechos, júntanos más consigo, haciéndonos más perfectamente partes de su sagrado Cuerpo místico; de manera que lo que obrare con ellos será oficio de cabeza con miembros, pues los toma por tales. Dichosa suerte por cierto, que no se contentó la divina Bondad con dar a los hombres gracia que les alumbre, virtudes que los esfuercen, para que ellos así ayudados obren como principales cabezas obras de vida agradables a Dios; mas para mayor honra de ellos y de sus obras, y para que más ciertamente acertasen en ellas, dióles otra cabeza que los gobernase, rigiese y moviese a bien obrar, como una cabeza rige y mueve a los miembros del cuerpo, y quiso que la tal cabeza fuese Cristo.

Este es prometido del Padre para regir sus ovejas; y dichoso aquel que con David puede decir (Psal. XXII):

«El Señor me apacienta, ninguna cosa me faltará, en el lugar del pasto allí me ha colocado sobre las aguas de hartura; me ha mantenido y esforzado a mi ánima y tornádola a su lugar.» ¿Qué puede faltar al cristiano a quien Dios apacienta en su Iglesia con el manjar de su sacratísimo Cuerpo, y juntamente con El le da a beber su sacratísima Sangre? Voz grande es, no me faltará nada; mas podemos con mucha razón decir y esperar, que pues el Señor nos da a sí mismo, todas las otras cosas, como menores, también las dará. Si el Rey se nos da, no es mucho que con El venga el reino; y si participamos de su sacratísima Persona, no es mucho que seamos participantes de sus merecimientos y de sus bienes espirituales y temporales, que esto nos promete la divina Escritura, como otra Rebeca al criado de Abraham, diciéndole (Genes., XXIV): *Entra, bendito del Señor, ¿porqué estás fuera?; que no solamente hay posada para ti, mas también mucho heno y paja para tus camellos.*

¡Oh, ceguedad humana! que por no conocer o no querer las sobras de bienes para cuerpo y ánima, para lo presente y lo por venir, y finalmente para todo lo que ha menester que hay, incorporándose en Jesucristo Nuestro Señor, se quedan sin ellos por estarse fuera, fiados de sí mismos, amadores de su voluntad; y por no abajarse con la debida obediencia a entrar por la puerta humilde que es Cristo, verdadera arca de Noé, que libra de muerte, verdadera casa de Dios donde hay abundancia de justicia, paz y gozo del Espíritu Santo, se quedan tiesos en sí mismos, y los ahoga el diluvio, y son lanzados en las tinieblas de fuera, porque no quisieron entrar en la casa de la luz, que es Jesucristo.

Sentía bien David la grandeza de esta merced cuando admirado de que Dios se quería encargar de cuidar y gobernar a los hombres, exclamó diciendo (Psalm. XXXII): *Bienaventurada la gente de la cual el Señor es su Dios, y el pueblo que cogió en heredad para sí.* Dime, hombre, ¿quién labrará mejor tu heredad para que lleve más fruto? ¿Quién la guardará mejor de las bestias y de los caminantes, Dios o tú? «Muy mejor—dice San Dionisio—

nos está ser de Dios, que ser nuestros, porque ahora miremos al poder, o al saber, o al amor, estamos muy mejor en sus sacratísimas manos que en las miserables nuestras.»

Ven, ven y ofrécete a Jesucristo, mata tu vida pasada con el cuchillo del verdadero dolor; avergüénzate y confiesa tus males delante sus sacerdotes, a quienes dió poder de perdonar los pecados; ven al altar con reverencia profunda cual se debe a tal Majestad, esforzado con la confianza de su misericordia, encendido con el amor de su suma bondad; recibe al Señor y queda por suyo, y experimentarás cuán bien sabe labrar su heredad, cuán bien da de comer a sus ovejas y regala su cuerpo, cuán sabia y poderosamente lo guía y lleva por los caminos y obediencia de la Ley de Dios (Psalm. XXII): *Llevóme*—dice David—*por las sendas de justicia, no por mi merecimiento, sino por su nombre.* Y de Jacob dice la Escritura (Sap. capítulo X): «Al justo guió el Señor por caminos derechos, y enseñóle el reino de Dios; dióle conocimiento de cosas santas, enriquecióle con trabajos, y, en fin, le dió fin a ellos, favorecióle contra los engaños de quien le quería engañar, y procuróle una fuerte guerra para que saliese vencedor de ella.» Grande bien es por cierto ser tan derechamente guiado, tener esfuerzo para tales trabajos, de los cuales se le siguió mucha riqueza; tornarle en bien los engaños de su suegro Labán, y dar fin a su destierro y trabajos tornándolo a su propia tierra, y hacerle que luchase en el camino con un ángel, y que fuese vencedor de él. ¿Quién habrá que no desee otro tanto, mayormente siendo estas cosas figura de los bienes espirituales y eternos? Mas miremos bien: ¿por ventura hallaremos el medio por donde este hombre alcanzó tantos bienes, para que imitando nosotros a él, alcancemos lo que él alcanzó? Salió de su casa por obra de sus padres a peregrinar en tierras ajenas, amenazado y perseguido de su hermano Esaú; y viniendo a reposar en un cierto lugar, echóse en el suelo a dormir, y reclinada su cabeza en una piedra, allí vió los misterios del cielo, y oyó voz de Dios que le prometió grandes mercedes, y entre otras le dijo:

«Yo seré guarda tuya dondequiera que fueres, y te tornaré a esta tierra, de la cual ahora te partes, y no te dejaré hasta que haya cumplido todas estas cosas que te he prometido.» (Gen. XXVII).

¡Oh, misterios de Dios! La fortaleza que tiene Sansón para, siendo uno solo, poder más que millares de filisteos, consiste en que sus cabellos estén apegados a su cabeza, y los bienes que alcanza Jacob le vinieron de reclinar su cabeza encima de una piedra. Aquella piedra que herida dió agua, con que gran muchedumbre de gente y de animales apagó su sed; aquella piedra, de la cual dice David: *Cuando mi corazón se angustiaba, en la piedra me ensalzaste* (Psalm. XXVI); aquella piedra fundamental que sustenta todo el edificio de la casa de Dios, prometida de enviar al pueblo de Israel, piedra angular, piedra preciosa, piedra escogida; quien en ella creyere no será confundido, como dice San Pedro; porque esta piedra no es de las canteras de acá; mas es Jesucristo Nuestro Señor, como dice San Pablo (Eph. II): *Arrimóse Jacob a ella, poniendo en ella su cabeza, que es su fe, su esperanza, su amor:* y así fué espiritualmente incorporado en Cristo, y regido, y defendido y enriquecido de El como miembro vivo de tan excelente, poderosa, sabia y benditísma cabeza como es Jesucristo.

Este es el que mueve a los suyos con grande acertamiento y fortaleza a bien obrar; porque en el rebaño de sus verdaderas ovejas que le creen y le aman, ninguna hay estéril, todas dan fruto de buenas obras, y fruto doblado, como dice en los Cantares, porque honran a Dios y aprovechan al prójimo, hacen bienes, con alegría de amor y padecen males con igualdad de paciencia: El les influye virtud, movimiento y espiritual sentido, a semejanza de la cabeza corporal a su cuerpo. El habla en ellos como lo testifica San Pablo, diciendo (II Corintios, XIII): *¿Por ventura queréis tomar experiencia de que Cristo habla en mí?* Y el Señor dijo a los suyos (Joannes, XV): *No vosotros elegisteis a mí, mas yo escogí a vosotros.* Y en otra parte dice San Pablo (Galat., III): *Vivo yo, mas ya no yo, mas vive Cristo en mí;* como si dijera:

Es casto en mí, y en mí es humilde; ayuna, es perseguido, y obra semejantes obras que se llaman de vida.

En este sentido dice San Agustín: «Cristo es criador de nosotros, Cristo ora por nosotros, Cristo ora en nosotros; lo primero es en cuanto Dios; lo segundo hace como hombre por sí mismo sin nosotros; lo tercero hace como cabeza en nosotros, moviéndonos como a cuerpo suyo a orar; de esta manera es como San Pablo llama pasiones de Cristo a las que él padecía, y decía que aun no eran acabadas sus pasiones. Y el mismo Señor, aun reinando e impasible en el cielo, dice que ha hambre y sed, y pasa trabajos en la tierra; porque los pasan sus miembros, y es perseguido en ellos; y así también podemos decir que tampoco son acabados sus bienes, sus milagros, sus sermones, la obediencia a su Padre, sus ayunos y su paciencia en los trabajos.

La cabeza gloriosa padece hasta el fin del mundo en su cuerpo místico que anda peregrinando en la tierra. Y aunque la obediencia y servicios al Padre, que a Cristo le fueron impuestos, sean acabados, mas hasta el fin del mundo predica en los suyos, y hace milagros, y ama a su Padre que le envió. Y es de notar, que la divina Escritura no sólo afirma que Cristo habla y obra en los suyos, mas también dice del Espíritu Santo, que pide por nosotros con gemidos que no se pueden contar; y es frase de la Escritura decir que hace Dios, y no el hombre, lo que el hombre hace ayudado con el favor y gracia del mismo Dios. Y en este sentido dice San Agustín: «Cuando el hombre, por particular don de Dios, conoce a Dios en las criaturas, Dios es el que más las conoce, y no el hombre»; de manera que hallamos conveniencia en estas palabras: Cristo habla en nosotros, el Espíritu Santo pide por nosotros, y habla en nosotros: Cristo obra en nosotros, por el cual reciben nuestras obras un tan grande valor y merecimiento, que nuestros ojos no llegan a saberlo mirar.

¿Quién dirá la diferencia que hay de un poco de pan que toma el sacerdote en las manos antes de lo consagrar, a lo que es y vale después de consagrado? Algún valor

tenía primero, pues es criatura de Dios, aunque insensible; mas, sin comparación, es su honra mayor después de convertido en el santo Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor. Y a semejanza de esto, una obra buena de un libre albedrío no carece de alguna bondad, que por vía de naturaleza es alcanzada; mas será como valor de plomo o de hierro. Y si esta obra es hecha de hombre, que Dios por su gracia ha tomado por hijo adoptivo, excede sin comparación al propio valor; como si un anillo de plomo o de estaño delgado fuese todo engastonado con gran copia de oro. Mas si consideramos que allende de todo esto, esta obra no sólo es de hijo adoptivo de Dios, mas de Jesucristo Nuestro Señor Dios y Hombre, Hijo natural del Eterno Padre, veremos que el anillo que era precioso, por ser obra del adoptivo, es preciosísimo por ser obra del natural, y con mucha razón, pues excede mucho una dignidad a otra, aunque el tal hombre libremente haga la obra y sea ayudado de la gracia de Dios. Mas es tanta la unión de la cabeza, que es Jesucristo, con él, y tanta la principalidad de obrar con él y de moverlo como cabeza a su vivo miembro, que con justa razón, aunque la obra sea hecha de entrambos, se dice con mucha verdad ser más obra de Cristo que obra del hombre, y de aquí le viene tan grande valor que ninguna cosa es razón que se le niegue.

En la Vieja Ley mandaba Dios que cuando el hombre lego fuese a ofrecer sacrificio o víctima de paz, que tomase él en las manos el pecho y la grosura del animal, y lo alzase en alto ofreciéndolo a Dios, y que el sacerdote pusiese sus manos debajo de las del hombre lego, y juntándolas con las de él, le alzase las manos hacia arriba, y yendo de esta manera era recibido el tal sacrificio, y agradable delante de los ojos de Dios (Psalm. CIX). *Cristo es sacerdote para siempre, según la orden de Melquisedec, que ofreció pan y vino* (Hebr., VII): y aunque El en su propia persona no consagró ni ofreció su santísimo Cuerpo más que una vez, mas hácelo cada día hasta el fin del mundo por medio de sus sacerdotes, y lo que hace por medio de ellos cerca de su santísimo Cuerpo, hace

también ofreciendo y santificando a los miembros vivos que son su místico amparo.

Abel, en figura de este Señor, ofreció a Dios corderos de los mejores de su manada. Y el verdadero Abel, que es Jesucristo, ofrece a su Padre los buenos cristianos y sus buenas obras, juntando sus merecimientos, que son sus santas obras, con las obras de ellos, y así las levanta delante del acatamiento del Padre ofreciéndoselas y pidiendo les sean galardonadas.

¡Oh, benditísimo Jesús! ¿Cómo dejará de agradar a los ojos de vuestro benditísimo Padre el ayuno, limosna y buena obra que Vos con vuestras santísimas manos le ofrecéis, y no como ajena, mas como vuestra? ¿Quién fuese digno de hallarse presente a tal ofrenda, donde el sacerdote que ofrece es Jesucristo , y a quien ofrece es el Padre, y lo que ofrece es una buena obra que un buen cristiano hizo, y lo que dice es: «Séaos, Padre, agradable esta obra mía, y galardonadla como mía, y el galardón es para mí»?

¡Oh, entrañas de amor, que llegaron hasta juntarnos tanto contigo, que Tú obras en nosotros, y das tu valor a nuestras obras, y en el tribunal de Dios sean estimadas y recibidas por tales, y que seamos uno nosotros y Tú, que así como los males que nos hacen dices tú que son hechos a Ti, así el galardón que pides para nosotros en pago de las buenas obras, dices que es para Ti! Págame, Señor, a mí esta buena obra que yo hice. Es tu modo de interceder por nosotros tan valeroso delante del tribunal de Dios, que por vía de justicia no se te puede negar lo que pides. Cuánta verdad dijo David (Psalm. XXVI): *En la piedra me ensalzó, y ensalzó mi cabeza sobre mis enemigos.*

Oye, cristiano, entiéndelo bien, da gracias al Señor que tanto te honró a ti y a tus buenas obras, que las toma en sus manos conociéndolas por suyas, y como por tales pide que sean galardonadas; porque si tu ignorancia o pusilanimidad, o el demonio con desconfianzas te quiere estorbar o entibiar la diligencia y cuidado de hacer buenas obras, haciéndote entender que no valen nada, y

que es atrevimiento y locura por tales nonadas esperar eterno peso de gloria, no lo creas, no aflojes, haz a sabiendas más buenas obras, y dile a quien te desmaya, que tus obras, mirando que salen de ti, son de poco valor, como el pan antes de ser consagrado; son como un anillo de muy bajo metal, indignas de ser presentadas delante de Dios y ser galardonadas con gloria por El.

Mas di: bendito sea Jesucristo mi Señor, que tomó en sus manos cinco panes de cebada, y dos peces; y por la virtud que en ellas había, fué aquel bajo y poco manjar multiplicado y hecho bastante para hartar millares de gentes, y las mismas manos consagraron el pan y el vino en su sacratísimo Cuerpo y preciosísima Sangre: y su virtud lo hace cada día, mediante las manos de los sacerdotes.

Este Señor ensalza tanto a los suyos juntándolos consigo mismo, a semejanza de un cuerpo con una cabeza, que el bien que hacen ellos lo hace El con ellos; y por esta parte, lo que de sí era de poco valor, es preciosísimo y meritorio de vida eterna, aunque sea rezar un avemaría, aunque dar por amor de Dios un jarro de agua fría, u otra cosa menor, con que sea buena, o hecha por hombre que está en gracia incorporado en el Cuerpo de Jesucristo, y que goza de renombre de miembro vivo suyo, y que en valor se llama Cristo.

TRATADO XXVI

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Hoc facite in meam comme morationem.

«Haced esto en mi memoria.»

(Luc., XXII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

CUANDO en la sagrada Escritura oyéredes alguna palabra que Jesucristo diga para que lo tengamos en la memoria y se nos acuerde de El, podemos pensar que lo hace por una de dos cosas, o porque es tan celoso que por lo que cumple a El quiere que no le olvidemos, porque de ello se le sigue interés, o mirándole con otros ojos, pensemos que es tan amoroso y manso que nos lo manda por nuestro provecho y porque El sabe el gran bien que de hacerlo se nos sigue. Lo primero, es imposible caber en Dios que diga: «Acordaos de mí, porque yo gano algo de ello por el bien que tengo yo de haber.» ¿Porqué? Porque si Dios pudiese ser una migajita más de lo que es, no sería Dios. Es Dios inmenso, infinito, perdurable, sumamente bueno. Asiente, pues, bien en el corazón quien a Dios quiere servir, que si Dios manda: «Acordaos de mí, haced esto en memoria mía», es por el grandísimo bien y provecho que de ello se nos sigue. Hermano, mira, si Dios te dice sé pobre:

no desees las riquezas: sé humilde, no seas soberbio; si Jesucristo dice que sufras la deshonra, y no ames y quieras ser honrado; si te dice que dejes los malos deleites de la carne; si todo esto te dijere, asiéntalo en tu corazón, cree que te lo dice por tu bien, aunque tú no ves el bien que de ello se te siga.

Señor, ¿qué es el bien que tengo yo de haber de esto? ¿Para qué, Señor, decís que os tengamos en la memoria? Para que sepas cristiano, y tengas fijado en la memoria «los ojos de Dios me miran». Si en mi casa los ojos de Dios me están mirando; si en mi retraimiento encerrado, donde pienso que nadie me ve, los ojos de Dios, que resplandecen más que el sol, me están acechando, y teniendo esto en tu memoria, digas: «¿cómo delante de tan soberana alteza tengo yo de hacer cosa tan baja y vil? ¿cómo delante tan profunda limpieza pensaré yo pensamiento tan sucio? ¿cómo teniendo yo a Jesucristo delante mis ojos, que es suma humildad, osaré ser soberbio?» «Si siempre tuviésemos en la memoria:» «los ojos de Dios me están mirando y están delante», no haríamos tantos males como hacemos. Los mozos perezosos, mientras sus amos están delante, hacen lo que han de hacer bien hecho; en quitándose el amo de allí, luego se descuidan: mientras el cristiano se acuerda de Dios, sabe que hay Dios que lo está mirando, está bueno, anda en el camino de Dios como ha de andar, está muy contento y consolado cuando se acuerda de Dios; en perdiendo a Dios de su memoria, luego se hace flaco, tibio, luego desconsolado, luego le pesa cada pie un quintal para entender en cosas de Dios.

Gran remedio, hermanos, para las ánimas y cuerpos es tener a Dios en la memoria. Dios siempre está presente, pero nosotros muchas veces nos olvidamos de estar. «Haced esto en memoria mía»: grande remedio para los corazones afligidos y ánimas enfermas. Grande medicina, grande consuelo para desconsolados; que es acordarse siempre de Jesucristo y tenerlo en la memoria. ¿Pues qué es esto, hermanos? Que lo que Dios ordenó para nuestro alivio, y aquello sin lo cual nadie puede haber contento, les es a algunos tanta pesadumbre y lo tienen algu-

nos por carga tan pesada, que rato por rato querrían más estar en esos tormentos que dan en esas cárceles. Hay hombres tan desasosegados en sus vicios, que ni quieren oír sermones, ni palabras santas, ni leer cosas buenas, ni aun querrían saber si hay Dios.

¡Oh, bendito seas Tú, Señor, por siempre, y tu misericordia, y bendita la hora en que tuviste por bien de hacerte hombre por amor de los hombres! Antes que Dios se hiciese hombre estaban tan temerosos los hombres, consideraban a Dios alto, poderoso; veían que era tan justiciero, que nadie se la hacía que no se la pagaba; no querían aun acordarse de El. ¿Qué hace la Sabiduría eterna, viendo que ser El inmenso, y tan grande, que su grandeza les era causa que los hombres se extrañasen de El? Acordó Dios de hacerse hombre, para que viéndolo hecho hombre, viéndolo humilde, viéndolo acá hablar y conversar con ellos, lo tuviesen siempre en la memoria, y lo amasen y no se les cayese del corazón. Y no sólo se contentó con esto; pero viniendo al mundo cansóse, hubo hambre y sed, y trabajó por amor de los hombres. Y demás de esto, quiso tanto a los hombres, que quiso morir puesto en cruz, la más abatida y deshonrada muerte que se pudo padecer; todo porque el hombre no olvidase a Dios. «Haced esto en memoria mía». Mira, cristiano, mira, ánima, que te dice Jesucristo que te acuerdes de El; esfuérzase mucho una ánima flaca y cansada con pensar en la Pasión de Jesucristo.

¡Oh, hermanos, qué consuelo y qué alivio, qué remedio para nosotros! Piénsalo, hermano, por reverencia de El mismo. Jesucristo rico, míralo pobre por amor de ti. Jesucristo honrado, deshonrado por amor de ti. Jesucristo alto, humillado por amor de ti. Jesucristo, la misma vida, muerto por ti. ¿Qué consuelo hay, hermanos, que se compare a tan gran consuelo como éste? Aquí, hermano, hallarás remedio para todo lo que no tiene remedio. Quien se viere deshonrado, vaya a la cruz de Jesucristo, y verlo ha deshonrado, y hallará honra. Quien estuviere con tanto rencor que no pudiere consigo acabar de perdonar a un prójimo que le hizo una injuria, váyase a la

cruz de Jesucristo, y verá cómo puesto en ella está rogando al Padre que perdone a los que allí le pusieron. Eres tentado de la carne: vete, hermano, a la cruz de Jesucristo, y verlo has de arriba abajo desollado y corriendo sangre: y viendo tú que la limpísima carne de Jesucristo está desollada y corriendo sangre, y que los azotes crueles no dejaron en ella cosa sana, no querrás ofender con tu sucia carne a la carne limpia de Jesucristo. Piensa, hermano, en la Pasión de Jesucristo, y hallarás remedio para tu ánima.

Figurado estaba (Eccl., XLIX): *Memoria Josiæ in compositione odoris, facta es opus pigmentarii in omni ore quasi mel indulcabitur ejus memoria.* La memoria de Josías, memoria de Jesucristo; aquélla figura era, sombra era que significaba otra cosa: la memoria de Jesucristo se ha hecho una poma de olor: bendita sea su misericordia. ¿No dicen los filósofos que con olores se podrá un hombre sustentar algún poco, prolongar la vida por algún rato? ¡Oh, qué poma tan preciosa y tan substancial el Cuerpo de Jesucristo en la cruz! Huele, hermano, esa poma, piensa en la Pasión sacratísima; refrescarse ha tu ánima; sustentarse ha, recibirá nuevas fuerzas: piensa una vez y otra en la Pasión de Jesucristo: huele esa poma, saldrán unos olores tan suaves, tan confortativos y tan substanciales, que con aquellos solos olores tu ánima se sustente: y esta memoria se ha hecho más dulce que la miel en toda boca: no hay panal de miel tan dulce. El ánima del cristiano recibe gran favor en pensar en la Pasión de Jesucristo; y mira que dice en toda boca, no dice en una boca sola, ni en pocas, sino en todas: para darnos a entender que ninguno sea tan cobarde ni tan para poco, que no se atreva a pensar en ella, diciendo: «no es para mí»: para todos es: quien quisiere allegarse a ella, hallará sabor muy excelente. La Pasión de Jesucristo para todos fué; su muerte por todos pagó; su Sangre preciosa fué con que todos quedamos rescatados. Por malo y pecador que uno sea, no por eso ha de dejar de llegarse a pensar en esta Pasión; antes mientras más pecador, más necesidad tiene de esta medicina, y no des-

confíe nadie como Caín y Judas, diciendo que es tan pecador que no piensa hallar remedio. «Más es el precio, y sin comparación mayor, el tesoro con que fuimos redimidos, que los pecados que se pueden pecar: mayor bien es la Sangre de Jesucristo, que no el mal y las ofensas que contra Dios cometemos.» (Papa Inocencio.)

Pues Padre, si es así que la Pasión de Jesucristo es bien general para todos, ¿qué es la causa que unos gozan de la Pasión, y otros no? ¿Porqué hay muchos que ahora se van al infierno? La causa es que unos tienen la Pasión en la memoria, y se acuerdan de ella, y aman al que la pasó, y otros la tienen olvidada. No hay, hermano, otra causa sino ésta, que los unos por gozar de tanto bien se acuerdan de ella, y otros, olvidados de ella no les aprovecha; de manera que para que la Pasión de Jesucristo nos aproveche, hemos de pensar en ella y no la habemos de olvidar. ¿De dónde vino veamos que en tiempo que perseguían a los cristianos, doncellas tiernas y niñas sufrían tantos tormentos y muertes por no negar a Jesucristo? ¿De dónde nacía que a Santa Inés, doncella de trece años, de una parte le ponían muchas sayas de sedas y joyas de oro, y prometían que sería Reina de la tierra porque no confesase a Jesucristo y la decían: «Estos bienes te daremos porque niegues a Jesucristo», y de otra parte le ponían fuego, diciéndola: «Niega, niega a Jesucristo, y si no lo quieres negar, te hemos de echar viva en estas llamas ardiendo»? ¿Cuál era la causa que la doncella menospreciaba todas aquellas riquezas y decía: «Quitádmelas allá, que me huelen mal; mi honra y mis riquezas y todo mi consuelo no es otro sino que mis carnes sean peinadas con crudos peines de acero, y ser toda despedazada por amor de Jesucristo crucificado»? ¡Oh, bendito seas Tú, Redentor mío, que una doncella tierna osase menospreciar todo lo de esta vida y las riquezas de ella por seguirte a Ti desnudo en la cruz! ¿Qué era esto? Que tenían siempre delante sus ojos, y fijada en el corazón la muerte de Jesucristo. Pero que no goce de esta Pasión quien no se acuerda de ella, no es maravilla. Desventurada del ánima que es tan desdichada que la

Pasión de Jesucristo no le da consuelo. Triste de aquel que habiendo Jesucristo derramado su Sangre por él y dado El su vida por amor de su ánima, se va al infierno, como si Jesucristo no hubiera muerto por él.

¿Qué es la causa que no quiere aprovecharse de lo que ganó Jesucristo por él? ¡Oh, ciego y mezquino de ti! ¿Qué andas a buscar? ¿En qué entiendes? ¿En qué pasas tu vida? Si en la Pasión de Jesucristo no hallas remedio, ¿dónde le piensas hallar? Si Dios no te sabe bien, ¿¡qué buscas que bien te sepa? Todos cuantos se quisieron aprovechar del tesoro de la Pasión de Jesucristo hallaron remedio, hallaron consuelo y alegría. Todo hombre atribulado que estuviere sin consuelo, que tuviere alguna tribulación, por grande que sea, piense en este tesoro, mírese en este espejo, acuérdese y tenga memoria de la Pasión de Jesucristo, y luego se sentirá aliviado de todo lo que le daba pena. Decía David (Psalmus XLI): *Ad me ipsum anima mea conturbata est: propterea memor ero tui de terra Jordanis, et Hermonii a monte modico.* «Mi ánima afligida y conturbada en mí mismo, porque estaba muy fatigada, por eso pensé en el río Jordán, acordéme de Ti, Señor, de la tierra de Jordán, y donde Jesucristo había de ser bautizado. Y también me acordé del monte chiquito, del monte Calvario, donde Jesucristo fué crucificado; monte abajo, donde lo alto fué tenido por bajo, donde aquel mansísimo Cordero Jesús fué crucificado, adonde la verdadera honra fué deshonrada, allí de aquel monte donde se hizo nuestro rescate, de aquel monte, Señor, me acordé; aquél tuve en mi memoria.

No creo yo que hay ánima tan dura, ni corazón tan de acero que no se enternezca y ablande con el pensamiento de la Pasión de Jesucristo. ¿No has leído que al tiempo que Jesucristo murió las piedras duras se quebrantaron y se hicieron pedazos, que quiere decir, que la Pasión de Jesucristo es tan pesado martirio que no hay quien en ella piense que no se deshaga de amor y se le rasguen las entrañas de compasión? Por los hombres murió, que no por las piedras. Y si las piedras duras no pueden reci-

bir golpe sin hacerse pedazos, ¿es razón que seas tú tan duro, y tengas el corazón tan cruel que aun no hagas lo que una piedra hace? Vete, pues, hermano, al monte Calvario, mira a Jesucristo en la cruz y hallarás consuelo y regocijo para tu ánima, hallarás salud para todas tus enfermedades. Figurado estaba en los Números (XXI) cuando mandó Moisés alzar en alto en un madero una serpiente de alambre, y dijo que todos los que se hallasen mordidos de víboras mirasen la serpiente que estaba en lo alto y que luego sanarían.

Así, así, hermano mío, cuando te sintieres picado de la víbora con la gula, alza los ojos a Jesucristo hambriento en la cruz, y sanarás de esa llaga. Cuando te picare la víbora ponzoñosa de la soberbia, mira al humilde Jesucristo en la cruz. Cuando te persiguiere la deshonra o persecución alguna, mira a Jesucristo perseguido y deshonrado en la cruz. Cuando te sintieres con la llaga de la lujuria, mira la carne preciosa de Jesucristo, su Cuerpo enclavado y desollado en la cruz, y serás libre de la ponzoña. La víbora que Moisés puso en el madero alto de alambre, parecía serpiente ponzoñosa, pero ninguna ponzoña tenía. Figura era todo de Jesucristo bendito, para dar a entender que aunque Jesucristo, muriendo en la cruz y con tantos tormentos, parecía pecador y malo, no lo era. Parecía hombre pecador, abatido y despreciado; pero era hombre sin pecado, y verdadero Hijo de Dios. *Hoc facite in meam commemorationem* (Lucas, XXII).

Por carne caimos, por carne nos levantamos; porque la carne del primer hombre pecó, fuimos privados de la gloria y desterrados del paraíso terrenal. Vino Jesucristo nuestro verdadero Padre, y por su preciosa Carne fuimos tornados en gracia y reconciliación de Dios, y coherederos con Cristo. Por carne anda el demonio, y trabaja él, y trabaja por llevarnos al infierno; y por carne quiere Jesucristo que vayamos al cielo. Viendo Jesucristo cuán poco nos acordamos de El y cómo lo tenemos olvidado, quéjase muy reciamente, quéjase que los hombres lo han olvidado como a muerto. Como acá entre los

hombres en vida de uno mientras está presente se acuerdan de él, y en muriendo luego se olvidan de él, así dice Jesucristo Nuestro Señor (Psalm. XXX): *Traditus sum in oblivionem tanquam mortuus a corde.* Por la memoria las cosas pasadas son presentes, y sin ellas las presentes se olvidan. Hanme olvidado como a muerto. Pues si los extraños olvidan al que se murió, la mujer no es razón olvide a su marido; la hija no es razón que eche en olvido la muerte de su madre; que un amigo entrañable es razón que no se le vaya de la memoria el amigo que mucho quiso: que le olvide otra persona que no le ha nada, no es maravilla; pero los que son tan cercanos, afrenta y vergüenza grande es por cierto que tan presto olviden a quien viviendo tanto amaron.

¡Oh, hermanos! ¿Quién ha habido en el mundo que con tanta razón se deba tener en nuestra memoria como Jesucristo bendito? ¿Y quién hay en el mundo que no deba por justa obligación no olvidar a Jesucristo? ¡Bendito seas Tú para siempre, que sufres Tú, Señor, que los hombres te olviden, y que no nos hundes debajo de tierra! ¡Que te olviden a Ti los que sin Ti estaban cautivos, y por Ti son libres! ¡Que te olviden a Ti los que sin Ti estaban condenados a muerte, y por tu muerte quedaron con vida! ¡Y que te olviden a Ti aquellos por quien Tú derramaste tu Sangre, y aquellos que eran dignos del infierno, y por Ti se les abrió el cielo! ¡Oh, hermanos míos! por reverencia del mismo Jesucristo que miréis esto y lo remiréis, cuánta razón tenemos de no olvidar a Dios, sino siempre acordarnos de El, y que nunca de nuestra memoria se aparte; porque aunque verdaderamente murió, no ha de ser de nosotros olvidado como muerto, antes el camino y medio que halló para que no le olvidásemos fué morir por nosotros. Porque fué cosa de tanto precio su muerte, fué cosa tan alta y de tanto valor, que es digno de grandísimo castigo quien echa en olvido cosa tan grande.

Dirá alguno: «¡oh, Padre!, cosa recia es que tenga yo por Dios, y adore por Dios a uno que fué muerto de muerte tan abatida como fué ser crucificado». Mira, pues,

lo que el mismo Jesucristo dice por su boca bendita, que no puede mentir: «No desmaye nadie, no tenga ningún temor pensando eso: que entonces cuando tú piensas que más abatido está, y que menos gente lo ha de seguir, entonces está fuerte y más esforzado para atraer a sí mucha más gente de la que antes tenía.» Así andaban los fariseos muertos por hacer que no siguiese tanta gente a Jesucristo. ¿Qué remedio pensaron ellos? Démosle muerte (Joann., XI), y no cualquier muerte, sino muerte de cruz, muerte baja, muerte deshonrada: subirlo hemos en la cruz, y no lo seguirá nadie; menospreciarlo han todos, tendránlo por hombre bajo, no creerán en El. Dice nuestro Redentor: «Así que, ¿pensáis que porque yo muera no tengo de tener quien me siga?» Pues espera (Joannes, XII): *Cum exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me.* «Cuando fuere puesto en una cruz entre dos ladrones; cuando me pusieren en la cruz y me enclavaren en ella; cuando allí me dijeren deshonras y blasfemias, entonces yo los traeré todos a mí, y no así como quiera, sino por una fuerza amorosa, y que ni sepan cómo ni cómo no, los traeré a mí.» Así como la grana fina y el ámbar refregado atrae a sí a las pajicas, traerá a sí las ánimas de aquellos que pensaren en su Pasión. Si quieres gozar de Jesucristo, si quieres gozar de la alegría verdadera de los ángeles, si quieres que tu ánima se alegre, llégate a la cruz de Jesucristo Nuestro Señor, y di con David (Psalm. XXIV): *Introibo ad altare Dei; ad Deum qui lætificat juventutem meam.* «Entraré al altar de Dios, aquel Dios que alegra mi juventud.»

Dios de alegría es, hermanos, no de tristeza; Dios de consuelo tenemos; lleguemos al altar de Dios, a la cruz de Jesucristo. Allí, hermano, te has de llegar. ¡Oh, cruz de Jesucristo! ¡Oh, remedio! ¡Oh, instrumento de nuestra redención! ¡Oh, árbol santo! ¡Oh, árbol digno de gran veneración, la cruz de Jesucristo! Gran cosa que así encienda un corazón tibio e indevoto, como la cruz de Jesucristo. ¿Quieres, hermano, que tu corazón arda en viva llama de amor de Dios? Toma una rajica de la cruz de Jesucristo: unos piensan en la creación del mundo, otros en el

cielo, otros en diversas cosas buenas: todo es bueno; pero es frío en comparación de la cruz. La cruz de Jesucristo hace hervir el corazón, arder el ánima en devoción: ¿hay por ventura otro remedio? ¿Hízolo Dios? ¿Jesucristo dejó efectuada alguna cosa para que no lo olvidásemos? ¡Oh, hermanos, y cuántas invenciones de amor usó Jesucristo para que nos acordásemos de El y lo tuviésemos en la memoria! ¡Cuántas mercedes nos hizo, cuán extrañas y cuán sobre toda razón humana!

Bendito sea Jesucristo, Redentor nuestro; bendita sea tu misericordia, y bendita sea tu bondad; bendígante, Señor, los ángeles. Manda Tú que ellos te bendigan, bendícete Tú a Ti, alábate Tú a Ti, glorifícate, y ensálzate Tú a Ti por tan gran misericordia como con nosotros usaste en quedarte con nosotros en el Santo Sacramento del Altar. «¿Qué haré—dice Dios—con esta gente tan olvidadiza, que no se acuerdan sino de lo que tienen delante, por mucho que con ellos he hecho? Heles mostrado mil maravillas, díles maná del cielo, saquéles agua de la piedra, abríles el mar Bermejo por do pasasen a pie enjuto, ahogué allí a sus enemigos, he hecho dos mil cosas por ellos, y todavía me olvidan; ¿qué remedio? Yo haré que no me olviden.» Cata, Señor, que os ponéis a mucho; es la gente tan olvidadiza: a mucho, Señor, os obligáis.

Acordó la eterna Sabiduría, para que nuestro olvido cesase, que el mismo Jesucristo se quedase acá con nosotros, para que en su presencia, teniéndolo delante, no lo olvidásemos. Y también la Santa Madre Iglesia, alumbrada por el Espíritu Santo, procura traerte siempre a la memoria la muerte de Jesucristo y la institución del Santísimo Sacramento. A la puerta de la iglesia está puesta una cruz, por las paredes muchas cruces, cuando te bautizan tantas cruces, cuando te confirman con cruces, cuando dicen Misa hacen infinitas cruces, todo para que te acuerdes que Jesucristo murió en cruz. También manda la Iglesia que el viernes no comas carne; ¿porqué piensas que es aquello? Para traerte en la memoria cómo

en tal día como aquél, la Carne de Jesucristo fué crucificada, y para que tú por amor de aquella Carne no comas carne y hagas más penitencia que esotros días, te abstengas de pecar más que en los otros días; pero también pecamos como si no lo fuese, y tantas maldades cometemos en aquel día como en los otros. También viendo esto que no basta, quísose El mismo quedar presente, y que digan tantas Misas para que te acuerdes que el mismo Jesucristo se quedó por tu amor en el santo altar debajo de las especies sacramentales de este Santo Sacramento cuya fiesta hoy celebramos. Bendito sea Jesucristo por siempre, que hora ni momento no nos quitó de su memoria, y para darnos a entender que se acordaba de nosotros en el Jueves Santo en la cena, en la víspera de su Pasión, tomando el pan en sus sacratísimos manos, alzando los ojos al cielo, dió gracias al Padre.

Bendito seas Tú por siempre. ¿Para qué, Señor, dabas Tú gracias al Padre? Hacíase el bien a nosotros, y como si Tú mismo lo recibieras, así le das las gracias a tu Padre celestial. Porque vieron, Señor, tus ojos, que era tan alto el bien que en quedarte Tú acá se nos hacía, y que la merced era tan grande, que sobrepujaba todo entendimiento humano. Bien vieron, Señor, tus ojos que no habíamos de saber agradecer la merced, ni menos saber dar las gracias que convenían, y por eso las diste por nosotros. Dió gracias al Padre, y dijo: «Comed, que este es verdaderamente mi Cuerpo: haced esto en mi memoria.» El Rey Faraón celebrando, el día de su nacimiento, estando en mitad de los convites entre los manjares, acordóse de su paje de copa que estaba preso. «¿Qué es de mi paje?—dice el Rey (Ges. XL)—. Tráiganle aquí.» Grande señal de amor es, cuando uno se acuerda de otro que bien quiere cuando está en algunas fiestas o banquetes. ¡Oh, si estuviera aquí Fulano! ¡Oh, si viera esto, o comiera de esto! Y si en todas las cosas los que bien se quieren desean que sus amantes estén presentes a alguna cosa principal, Redentor nuestro; y cuando celebrasteis Vos aquella solemne cena con vuestros sagrados Apóstoles, ¿acordásteos de nosotros? ¿O por ventura echástenos en ol-

vido? Bendito seas, Señor, por ello, que así de nosotros te acordaste.

«¿Qué haré yo—decía el bendito Jesucristo—para que mis cristianos, mis ovejicas coman de este manjar que yo ahora como? ¿Qué haré para que todos participen y tengan parte en este convite? Haced esto en memoria mía. No penséis, cristianos, no penséis, hijos míos, que os tengo olvidados: que ahora estoy cenando con mis discípulos, y mañana estaré puesto en una cruz por vuestro amor y demás de esto, parte tenéis en mi cena.» Señor, ¿qué nos dejaste? ¿Por ventura dejáisnos acá las sobras y los relieves que entonces quedaron? Dice San Crisóstomo: «Mirad, cristianos, no nos dejó Jesucristo lo que sobró, no dejó lo que ellos no pudieron comer: la cena tan entera como estaba antes que se comenzase, eso nos dejó: dejónos el mismo altar, dejónos el mismo mantenimiento; y aquel mismo que entonces aparejó el manjar, ese mismo lo apareja ahora: Jesucristo era el manjar allá, y Jesucristo es el manjar acá: allí dió El su Cuerpo por mantenimiento a los Apóstoles, y el mismo Cuerpo de Jesucristo dan hoy a todos los cristianos. Jesucristo fué el que nos dió el manjar, diciendo aquellas sacratísimas palabras, y Jesucristo acá también prepara el manjar.

Porque aunque el sacerdote diga, «aqueste es mi Cuerpo,» no lo dice el sacerdote por sí; porque si él lo dijesepor sí sólo, no aprovecharía; en persona de Jesucristo lo dice. Y para dar a entender esto, en el instante que lo dice, el Cuerpo de Jesucristo se halla presente debajo de las especies de la Hostia, y debajo de aquella pequeña cantidad está Dios, está Jesús tan alto, tan poderoso y tan grande como está en el cielo (Matth., XXVI; I Cor., XI): *Hoc facite in meam commemorationem.* Esto manda Jesucristo, hermanos, que hagamos para que nos acordemos de El, que recibamos con devoción su sacratísimo Cuerpo.

¡Oh, hermano, si supieses qué merced tan grande te hizo Jesucristo en quedársete acá para mantenimiento! Cuántas veces te acontecerá que te ves tan triste, tan tibio, tan flojo en las cosas de Dios, tan indevoto, que ni

te querrías ver tú a ti mismo; que estás muy descontento y te da sinsabor el rezar, el ayunar, el dar limosnas y el llegarte a este Santísimo Sacramento, en llegarte a querer recibir el Cuerpo de Jesucristo. Hace El que sin que tú lo entiendas ni sepas de dónde vino, te halles alegre y diligente en el servicio de Dios, y te halles devoto, y reces tus devociones, y des tus limosnas. Y si estabas flaco, que de medroso no entrabas en campo ni aun con una mosca, recibiendo el Santísimo Sacramento te paras tan fuerte, tan esforzado, que un león no te espanta.

No hay mejor remedio para que un ánima fría hierva en caridad de Dios Nuestro Señor, y ame a Jesucristo con ferviente amor, como es tomar y comer el Cuerpo de Jesucristo. ¿Habéis visto un instrumento que hay para calentar las manos, que es una manzana de metal abierta por medio? Toman un clavo hecho ascua, échanlo dentro y ciérranla, y así se calientan trayéndola en las manos. Así, pues, ¿quieres que tu ánima sienta mucha devoción y sentimientos maravillosos de Dios? Mete en tu pecho el Santísimo Sacramento, comulga a menudo, allégate al santo altar de Jesucristo, y ruégale con mucha devoción: «Señor, en esta tribulación estoy; Señor, en esta fatiga estoy; esta tentación me fatiga; esta deshonra me anda rodeando; Señor, estoy tibio, estoy flojo, estoy frío; Señor, pues Vos sois fuego verdadero, encended mi ánima con vuestro amor; abrasad, Señor mío, mis entrañas en caridad. Pídele que yo salga por fiador, que si con buena fe se lo pides, que te lo dará; grandísimas mercedes en gran manera nos hizo en dejarnos acá su santísimo Cuerpo.

Decía Séneca, aun siendo gentil, que el hombre bien agradecido había de tener un librico donde tuviese escrito todas las buenas obras y mercedes que de otro ha recibido. Fulano me hizo esta buena obra, Fulano estotra: y dice más, que si aquel de quien recibió la buena obra está ausente, y aunque por carta se lo has agradecido, es muy gran razón que cuando lo veas presente, le des gracias de la merced recibida, y lo agradezcas mucho. Enviáte tu esposo, que fué no sé donde, una joya, una

saya, un no sé qué. Es razón, cuando venga, que le digas: señor, téngoos en merced la memoria que de mí tuvisteis, bien se parece el amor que me tenéis, pues estando ausente os acordasteis de mí. Así es razón que haga el cristiano cuando Jesucristo le saca de una tribulación o tentación que mucha pena le daba: cuando alguna cosa hubiere hecho por ti, dale gracias, agradécelo mucho, sabe conocer la merced, que es grande, y corresponder con grande hacimiento de gracias.

Pero mira que en esto se dice estar Jesucristo como ausente, envíale tus pensamientos, envíale tu ánima, dile: yo conozco que esta merced que ahora, Señor, me hiciste, es de tu mano: todo el bien, si alguno tengo, de tu mano es: si tu mano poderosa no me librara del pecado, en él me estuviera, y no era yo bastante a librarme de él: caído, Señor, estaba, Tú me levantaste, y si Tú no lo hicieras, todavía me estuviera caído. Envíale estos agradecimientos; pero cuando te llegues al santo altar, cuando quieras recibir el Santísimo Sacramento, cuando lo hayas recibido, gózate en el esposo recién venido, y sábele aposentar en tu ánima, sábele regalar, y cuando así lo tuvieres, acuérdate de los bienes que por su ayuda has tenido, y acuérdate de los trabajos de que te sacó, tórnale a dar gracias de nuevo. Tráele a la memoria las muchas mercedes que el Señor te ha hecho, y de cuánta necesidad y peligros te sacó, y por todos dale siempre mil géneros de bendiciones, y dile: «Señor, siempre me habéis hecho mercedes en ausencia; ahora que estáis presente, os suplico no me olvidéis: hacedme, Señor, esta merced, que tengáis por bien de hacerme grato a vuestras mercedes y misericordias.» Dile mil ternuras de amor con la Esposa: pídele, pues tienes contigo a quien estando ausente tantas mercedes te hizo: allégate a este santo Sacramento muchas veces, si quieres gustar qué cosa es Dios.

Y si quieres que tu ánima esté consolada, llégate al altar, y allí hallarás también la memoria de la Pasión. El ara, la cruz significa donde Jesucristo fué puesto; los corporales, la sábana donde fué envuelto; el cáliz, el

sepulcro donde fué sepultado. Gozarás de los dos remedios principalísimos para tu ánima, memoria de la Pasión, frecuentación en recibir el Santísimo Sacramento. Allégate, pues, al Santísimo Sacramento, no de tarde en tarde, sino ven con mucha reverencia, con amor, con devoción, con mucha humildad, y muchas veces en el año; porque no se te vaya de la memoria, sino siempre lo tengas delante los ojos como espejo, y tú verás por experiencia lo que se te sigue de la santa Comunión. Aplícasete cuando te comulgas lo que ganó Jesucristo en la cruz: mira, pues, si es de perder tal ganancia. Llorar deberías cuando esto perdieses, o lo dejases de ganar: llorar tenías, y no como quiera. Sientes por grandísima pérdida cuando te viene la nueva de la nao que se te hundió, o de que fuiste a las Indias, y no trajiste muchos dineros; sientes mucho esto, y no te revienta el corazón cuando por tu culpa pierdes lo que Jesucristo Nuestro Redentor ganó en la cruz con lágrimas de sangre: lo habéis de llorar muy llorado. ¿De dónde piensas, hermano, que se levantaron errores y herejías contra este Santísimo Sacramento? Tengo averiguado, y no me quitarán de la cabeza, que la causa principal fué olvidar de la memoria tan gran merced, y olvidarse de comer su pan. ¿De dónde vino el otro hereje a decir no sé qué, y el otro, y el otro? De no llegarse por cierto a este santo Sacramento.

Los soberbios y presuntuosos, amigos de cosas grandes, vinieron a pensar, considerando a Dios tan alto en este Misterio, y que aquel tan grande estaba encerrado en cosa tan pequeña, como aquello que no cabía en su entendimiento y sobrepujaba su juicio, que no quisieron sujetarse a El ni recibirlo; de no recibirlo vinieron a caer en grandes errores y herejías, como los judíos a no creerlo. No así, por reverencia de Jesucristo, sino considera la misericordia de Dios, mira las palabras que Jesucristo dijo: «Haced esto en memoria mía»; y mira que mientras menos entiendes este Misterio, mayor es la merced que te hace. Que si las obras de Dios fuesen tan bajas que nosotros las entendiésemos, no serían grandes, como dice

San Gregorio: y viendo que las cosas son tan grandes venimos en conocimiento de la grandeza del Hacedor. Y mira también el tiempo en que Jesucristo te dijo: «Haced esto en memoria mía»; que fué queriendo padecer y morir por amor de quien lo dijo. Llégate a comulgar muchas veces con devoción, ten en la memoria la Pasión de Jesucristo, la institución de este Santísimo Sacramento; con la frecuencia de él alumbrarte ha Jesucristo el corazón para que no caigas en errores; esforzará tu ánima para entender en cosa de su servicio; confortará tu ánima, y consolarla ha; hará que seas misericordioso, humilde, casto, continente, caritativo para con los prójimos; darte ha su gracia, y después gloria. Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento a tal Señor y tal amador.

TRATADO XXVII

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

A fructibus eorum cognoscetis eos.

«De los frutos de ellos los conoceréis.»

(MATTH., VII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

ENSÉÑANOS el santo Evangelio, que cuando quisiéremos conocer a alguna persona, que miremos a sus frutos, que veamos qué tales son sus obras, y así conoceremos quién es (Matth., VII): *Ex fructibus eorum cognoscetis eos.* La lengua suele algunas veces engañar; aunque oigas hablar bien a un hombre, puede ser que haya otra cosa dentro de lo que por la boca habla; pero si le veis hacer obras, eso no os puede engañar, que no le veáis luego notoriamente lo que es. No hay cristiano que no desee conocer a la Virgen Nuestra Señora para servirla y acatarla; no hay quien no desee saber quién es para amarla y reverenciarla: ¿qué remedio tendremos para conocerla? ¿Qué? Mirarla a las obras, mira qué tales son sus frutos, y ahí veréis quién Ella es; qué humilde, qué casta, qué limpia, qué de virtudes tiene, qué acabada la hizo Dios. «Comienza a considerar la grandeza de la Virgen—dice

San Bernardo—, y es cosa grande, es cosa infinita: *Sed de misericordia ejus loqui, hoc magis placet.* Pero decir que es misericordiosa, decir que está entendiendo allá donde está en alcanzarnos misericordias, esto agrada más que otra cosa.»

Decir vos a uno que tiene necesidad: «¡Oh, si supiésedes qué gracias tiene Fulano, qué rico, qué gentil hombre, qué bien hablado, qué afable, no le falta cosa!»; dirá el otro: «¿Qué provecho me viene a mí de esto?» Si le decís: «Misericordioso es, ¡oh, qué caridad tiene!, nadie va a él que no le remedie; a nadie envía desconsolado de cuantos le piden algo», dirá el otro: *Hoc magis placet:* eso me agrada a mí, eso es lo que yo he menester, y lo que me parece bien. Cuando nos dicen de la Virgen Nuestra Señora cuán linda la hizo Dios en el cuerpo, y en el ánima sin mancha, mucho nos alegramos y bendecimos a Dios; pero cuando nos dicen que nos favorece, que está siempre rogando por nosotros a su Hijo bendito que nos remedie, que nos ampare, que tiene puestos los ojos en nosotros de misericordia: *hoc magis placet:* esto nos agrada y satisface. Mas ¿quién será tan desagradecido que no te agradezca tanta misericordia? ¿Quién será tan triste que no se alegre en ver que eres tan misericordiosa, Señora? Pero, Señora, ¿en qué veremos que nos quieres bien? Danos seguridad que nos amas.

Si os amo o no, dice la Virgen, ved lo que he hecho por vosotros, mirad mis frutos y obras. *Caesar, si te amo, vulnera mea loquuntur pro me,* decía el otro al Emperador César, habiéndolo revuelto y desacreditado; y respondió al César, preguntándole si era verdad lo que le habían dicho de él descubriendo su cuerpo lleno de heridas, qué había pasado por él; *César, si te amo,* etc., hablen mis llagas por mí, sean testigos de mi corazón. Señora, ¿osaremos confiar de Vos nuestra salvación? ¿Osaremos dejar a vuestro cargo la salud de nuestras ánimas? ¿En qué veremos que no nos olvidaréis? Hablen sus frutos por Ella, responda lo que por nosotros hizo. Mirad el fruto de su vientre, mirad qué pedazo de carne, salido de sus entrañas, el santo Sacramento. ¿No lo dijo la

sabiduría de ella (Prov., IX): *Venite, et comedite panem meum, et vinum quod miscui vobis:* Venid y comed este pan bendito, esta carne que de mis entrañas salió, que a El de buena gana os convida; gozad del fruto de mis entrañas, pues según el fruto conoceremos la que nos lo dió? Vos, Señora, pues sabéis qué tal es, alcanzádnosle para que le gustemos, y gustando de El, sepamos hablar algo de su excelencia.

Veisnos aquí en la fiesta del Santísimo Sacramento; confío en la misericordia de Dios que saldréis con más hambre de Dios de tanta hartura, porque veáis quién es Dios, que cuanto más lo comáis, más gusto tenéis de El; más hambre y mayor deseo de El causa el gustarlo. Muchas veces nos dice de El (Eccl., XXIV): *Quien me come, habrá más hambre;* y por esto poquito que habéis sentido, por una poquita de devoción os dará Dios en el cielo infinita hartura, y con ella infinita hambre. Este es un gran milagro que allá en el cielo hay, que comiendo siempre un manjar, está nuestra bienaventuranza en comerlo; y es tanta la dulzura que sienten los bienaventurados, que cuanto más comen, más hambre tienen de El. Y de aquí podéis conjeturar cómo se compadece, que en el cielo, durando millones de millones de cuentos de años, comiendo de un solo manjar, que es el mismo Dios mientras El durare, y que al cabo, mas ¿qué digo? no hay cabo, que pasados infinitos millones de años está la comida tan fresca como al principio. ¡Oh, bendigan, Señor, los ángeles el abismo de tu dulzura, que durando tanto como dura, no da en rostro, antes pone grandísima hambre, con tener en sí toda la hartura! ¡Oh, bendito seas, Señor, que no entendiendo los que de Ti gozan, sino en comer a Ti, en hartarse de Ti; teniendo en Ti cuantos deleites pueden desear, que no bastan entendimientos de ángeles para pensarlo, y que al cabo les parezcas tan nuevo, tan dulce, tan sabroso como si no hubieran comido; y que con tanta hambre y gana comiencen a comer a cabo de infinitos años, como si entonces comenzasen.

Este es Dios, hermanos: ¿habéis acabado ya de comer

en esta fiesta, y aun os queda más hambre? ¿No está vuestra voluntad aún satisfecha? ¿Haos sabido tan bien, que quisiérades que durara más el convite? ¿Qué remedio, Padre, para matar esta hambre? Remedio hay. Mirad, hermanos: aunque las fiestas de Jesucristo cuanto al tiempo pasen, su virtud no es pasada; para el que quisiere celebrarlas cada día, su virtud siempre está presente. El buen cristiano ha de hacer como la hormiguita. ¿No la habéis visto alguna vez andar buscando mantenimiento en el tiempo del verano para el invierno? ¿No anda buscando con mucha diligencia? Coge un granillo, otro no sé qué; en fin, lo que halla enciérralo para cuando hubiere menester. Así el cristiano tal fiesta como ésta no ha de ser pasada para él, siempre ha de tenerla presente, recogiéndose, buscando, pidiendo que le dure la devoción del mantenimiento hasta otra fiesta, procurándolo con su buen vivir, suplicando a Nuestro Señor le conserve en el bien que hubiere recibido en tal fiesta como ésta; de esta manera andará siempre bien mantenido. Mas si alguno se quedase sin comer entre tanta hartura, ¿qué sería de él? ¡Cuán mal lo habéis mirado! ¡Triste del que estando en tanta hartura, donde sobra el mantenimiento, por no llegarse a la mesa y pedir, se seque y muera de hambre! No lo permita Dios que haya alguno ahora.

Al propósito volvamos; hemos oído, si hemos estado bien atentos, otras veces, qué cosa es comulgar espiritual y sacramentalmente. Todo lo hemos dicho; mas de la comunión espiritual, plegue a Dios que lo hayamos entendido, que espero que os ha de aprovechar harto. Digamos ahora un poquito de la comunión sacramental. Padre, ¿qué fué el motivo que movió a Dios? ¿Qué digo? No mueve a Dios nadie sino El. ¿Qué mercedes, qué misericordias fueron éstas que quiso hacernos cuando se quedó con nosotros? ¿Qué es la causa que movió a su alto consejo quererse quedar acá con nosotros? No se podrá decir las mercedes que nos hizo, aunque se junten ángeles y hombres. Decid: si vosotros tenéis una heredad y andan en ella trabajando los peones, ¿no os

holgáis de ir allá y estar allí presente, y andar sobre ellos para que trabajen más y hagan más hacienda? ¿No dicen acá que donde no está su dueño, etc., que el mozo trabaja más cuando el ojo de su amo le está mirando?

Pues así Dios quiso quedarse en esta su heredad con los trabajadores, que somos nosotros, para que hagamos más hacienda, para que andemos ligeros: nadie se duerma viendo que Nuestro Señor anda tras nosotros: porque digamos: mi Señor me ve, quiero trabajar, quiero servir bien, quiero ser fiel, no quiero hacer cosa que parezca mal delante sus ojos: y aun paréceme que bastaba aun sólo esto para nunca ofender a Dios. Mas hay tan poca fe, que creo hay pocos que piensen de veras que los están mirando los ojos de Dios, para que cuando estás tú en tu casa y te viene un pensamiento malo, sudes, y mueras y trabajes por resistirlo, y le digas: anda, vete, que no quiero consentir en eso que me traes, que está mi Señor delante, y sus ojos me están mirando cómo trabajo; pues para que trabajase, quedó acá en este divino Sacramento.

Grandísimas medicinas hay, grande remedio quedó, gran salud, grandes cosas hay encerradas en los santos Sacramentos. Santo Tomás pone tres; pero hay infinitas. Si lo sintiésemos, y supiésemos y gustásemos lo que es, andaríamos abrasados de amor de Dios. La confesión es para hacer las amistades entre Dios y tú. Estaba Dios airado contra ti, estaban dadas tantas sentencias de muerte para los Infiernos contra ti; confiésaste, eres hecho amigo de Dios, no están ya a tu cuenta aquellos pecados mortales, perdonádotelos ha ya Dios, que no te castigará en los infiernos por ellos. La confesión es para que se deshagan tus pecados, para que no se acuerde Dios más de ellos, aunque ordinariamente quedas obligado a pagar algo en purgatorio.

¡Oh, bendito seas, Señor! Si supiésemos cuánto bien nos cantan en aquel cantar (Daniel, III): *¡Bendecid, sacerdotes, al Señor!* ¡Qué mal te sabemos agradecer el poder que has dado a los sacerdotes, y cómo los has hecho despenseros de tus merecimientos! ¿Qué amigo hay que

diga a su amigo: mirad que de aquí adelante, en las cosas que tocan a mi hacienda, a mi honra, a mi casa, no negocie nadie conmigo, sino todos los que vinieren negocien con vos todo lo que a mí tocare? Señor, ¿y si os dan una bofetada? También. Pues así lo hizo Jesucristo con nosotros, que nos dió poder para que negocien con nosotros todo lo que a su honra y a su hacienda tocare: y que por soberbio y sucio, por abominable, por endiablado, por desprecios que haya hecho a Dios, y con ellos el hombre venga a pedir perdón a Jesucristo a los pies de un sacerdote idóneo, ha dado poder que de su parte lo perdones y le absuelvas de todos sus pecados. ¿Quién lo dijo, Padre? ¿Es por dicha Escoto, o San Agustín? No, sino el mismo Cristo. Bendito sea El, Amén. (Joann., XX): *Quorum remiseritis peccata, remituntur eis; et quorum retinueritis, retenta erunt.* «A quien perdonáredes les serán perdonados, etc.»

¿Qué es confesión? Que estando tú muerto, estando en pecados y en ira de Dios, por confesarte son los tuyos perdonados, y quedas tú en paz con Dios, que no te demandará su justicia que le pagues lo que le has ofendido, y de esta manera la confesión resucita muertos. Con venir tú a los pies del confesor habiendo hecho lo que en ti es, por virtud del Sacramento vuelves de muerte a vida, y allí te da el arrepentimiento que basta para que tus pecados puedan ser perdonados. Padre, si, como decís, por la confesión quedo perdonado, ¿qué es menester más comunión? ¿No basta estar libre del infierno? ¿Qué es menester más, si estamos libres de la justicia de Dios? Más es menester, que aunque uno queda perdonado, no queda sano del todo (Job, cap. X): *Si ad horam pepercisti mihi, quare ab iniquitate mundum me esse non pateris?* Dice Job: Señor, si en un momento me perdonaste, ¿porqué no consientes que quede del todo libre de mi maldad? ¿Porqué, Señor, no me limpias del todo cuando haces lo más, que es perdonarme? *Dominus patiens, et magnus fortitudine, et mundans non faciet innocentem* (Nahum, I), dijo el Profeta: «¿De qué os quejáis, Job? ¿Luego queréis quedar sano del todo? ¿No basta

que quedéis libre del mal, sino que queréis luego convalecer?» Estabas en ira de Dios, confesástete, arrepentístete, restituíste, tienes propósito de nunca ofender a Dios; bueno es todo eso; razonable estás, aunque no estás por eso sano del todo. He aquí vuestros pecados perdonados; ¿qué más falta, pues decís que es menester más? Mucho es estar libre del infierno, pero todavía es menester más. Decid: si uno estaba ya para morir, y le dieron una medicina que con beberla no murió, ¿luego está bueno del todo? ¿Luego puede andar? ¿Y está recio y esforzado, y puede comer con gana como si estuviese sano? No, son menester otras medicinas o conservas que le esfuercen, buenos manjares que le engorden.

Estabas tú en pecado, estabas tú muerto, no te faltaba sino que te echaran en los infiernos; confesástete, arrepentístete, ya estás libre de la pena del infierno. Pero dime, ¿luego estás bueno? Es grandísimo mal el pecado; acarrea otros mil cuentos de males, aunque quedes perdonado de lo principal, pero quedan mil reliquias de una ira, de enojarte por nonada que te hagan, quédante mil trabajos; tiéntate la carne; si primero fuiste carnal, querría volverse a su costumbre; quédate una fantasía interior, una voluntad propia; reliquias son todas éstas del mal del pecado. Mira, así como en la vida natural el calor natural es el que gasta y consume los miembros, tenemos un calor que desde que nacemos no hace sino gastar y consumir nuestra vida, y para eso comemos, para sustentar y cebar los miembros, para que no los gaste luego el calor, sino que en lugar de ellos gaste del manjar. ¿Qué sería del hombre en gastándose el húmido? Uno muere. ¿Sabéis cómo es? Como un candil o hacha que arde todo el tiempo que dura el aceite o la cera para que la gaste el fuego, y en faltándole luego se apaga. Así, si no echáis húmido que gaste aquel calor, secaréisos; eso, pues, obra el comer: mantener y sustentar aquel calor. ¿Y es bueno sustentarlo? Así burlando, no tenéis más vida de cuanto dura. Así es acá, tenemos un calor en las ánimas, no bueno, sino malo, que nos inclina al mal. Este es el que seca y consume nuestras ánimas

cuando no hay cuidado de remediarlo, cuando no comemos algo con que pierda la fuerza y no gaste nuestras ánimas.

De eso, pues, sirve el Sacramento, que te quita ese ardor malo; mitígalo, que no te dé tanta pena. Este ardor es la concupiscencia, las malas inclinaciones a que quedamos sujetos por el pecado, el *fomes peccati* que llaman, que nos trae casi por fuerza a desear y pensar mal, ora a soberbia, a pecados de carne, a querer hacer nuestra propia voluntad. Todas estas inclinaciones al mal están dentro de nosotros, esta guerra continua que traen los pecados con nosotros, y si consentimos en lo que nos inclinan, luego morimos (Jacob, I): *Peccatum, cum consummatum fuerit, generat mortem.* Así que, cuando tú te confiesas, quedas perdonado de lo principal; no morirá tu ánima, pero queda tan flaca, tan desmayada y tan sin fuerzas como el que sale de una grande enfermedad. Así diéronte una purga que te amargó como la hiel, que te llegó a par de muerte el beberla; en esto no puede haber remedio, sino que si el enfermo quiere sanar, la ha de beber, aunque amargue después de ella bebida, para que no sientas el amargor o el mal olor: porque quedas desmayado, dante una poma que huelas, dante agua de azahar, dante algunas conservas para restaurar lo que la purga estragó en tomarla.

Estos olores y conservas que te dan son el santo Sacramento; confesástete tú, dolióte el llorar por tus pecados, porque estabas vezado a reír y no sentir pesar ninguno; dolióte el dejar la manceba; hízote gemir el restituir, el sacar los dineros de tu bolsa para volverlos a quien los habías mal llevado; dióte mal trago el perdonar la injuria; démosle a tu ánima un bocado que la conforte y esfuerce para las reliquias de los pecados, para que mitigue las malas inclinaciones, la soberbia, la ira; para que consuma y apague el fuego de la concupiscencia; para que le sepa bien el rezar, el ayunar, dar limosnas; para tener amor con todos, y lo procures y te deleites en ello; para que tomes gusto en las buenas obras; para que se te quite la gana del pecar, el deseo de hacer mal,

el deseo de honra; de pecar en la carne; para que cobres fuerzas, que se te quite ese desmayo; para que no te venga luego cualquier enojillo; para quitar unos humillos que te quedan en el ánima, para que del todo quede limpia y ligera para servir a Dios, quitadas las pesadumbres de las inclinaciones.

Y mirad, no os parezca cosa liviana desechar estas cosillas, porque algunos hay que sin mucho trabajo salen de los pecados, y no de estas faltas; algunos hay que por ventura ha diez años que salieron de pecar, y se tienen estas cosillas tan vivas, tan frescas, que parece que ayer salieron; y como no han sido poderosos de cobrar fuerzas, sino que aun se están flacos y desmayados, para esto el comulgar es muy gran remedio, todo lo apaga el Santísimo Sacramento, da esfuerzo, conforta, siéntese la salud a pedazos sensiblemente; un día ves una falta menos, otro otra, hoy se te quita la gana del pecar, mañana se te parece bien la oración, el contemplar y la confesión; comienza el bien en ti, sales en ella de culpa, perdónasete la pena del infierno, quedas dispuesto para que te dé Dios su gracia con el Santísimo Sacramento, que es Sacramento de consumación, porque acaba en ti el bien que la confesión comenzó. Cuando tú te sientes tan esforzado que no temes demonios, ni tentaciones, ni carne, todo lo tienes en nada, parécete que lo vencerás y que nada te empecerá; eso es la virtud del Sacramento, que ha acabado en ti la buena obra, y te ha dado salud del todo, y has convalecido: sano estás enteramente.

Por dos cosas, entre otras, es buena la comunión. Lo uno para ayudar a salir del mal, y para convalecer y alcanzar entera salud, y para cobrar esfuerzo contra las tentaciones y vencer nuestras pasiones. Lo otro para que se perdonen nuestros pecados. De esta manera se enciende en devoción y caridad el ánima comulgando, y así se limpia de todos los pecados veniales. Y perdónanse los mortales en este Santísimo Sacramento dignamente recibido: y tal contrición podría uno tener, que se les perdone culpa y pena. San Agustín dice: *Sacramentum hoc mortuos vivificat;* que da vida este Sacramento a los

muertos. ¿Hay más? Convídanos y danos dineros, danos todo lo que habemos menester este pan bendito: si no, vedlo vosotros, dice el Apóstol (I Cor., X): *Calix benedictionis, quem benedicimus, nonne communicatio Corporis et Sanguinis Christi est?*

El cáliz de bendición que bebemos con hacimiento de gracias, ¿no es comunicación y participación de la Sangre de Jesucristo? Padre, ¿y en aquella partícula está Jesucristo? Mira, ¿y de eso os espantáis? Decid, ¿si está escrito en aquella pared con letras grandes este nombre, Pedro, y en la otra pared escrito con letras chicas, porque no sean las letras iguales no quieren decir una misma cosa? Sí, que lo mismo es; pues así acá, tan entero está el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en una Hostia grande como en una pequeñita; no hay más Cristo en un cabo que en otro; lo que es en el nombre que decimos letras, es acá en el Sacramento el pedazo grande o pequeñito; no hay que detenernos en eso. Decidme, dice el Apóstol: la partecica que os quebramos para que la recibáis, ¿por ventura no es comunicación del Cuerpo de Cristo, y por ella sois hechos participantes de El? Bendito sea el Señor.

¿Qué es comulgar? Ser hecho participante de los merecimientos de Jesucristo, ser incorporado en Jesucristo. Remediónos cuando padeció, aplicónos en el altar el remedio; hizo la medicina, los emplastos, las conservas para nuestra enfermedad cuando murió; aplicónosla cuando comulgamos, cuando llegamos al altar a recibirlo. Para venir al mundo a redimirnos hízose Dios hombre, y cuando tú vas al altar y lo recibes, transfórmaste tú en El, y si dijese háceste tú Cristo por participación, no mentiría, que así lo dice San Agustín, que por la grande unión que hay entre Cristo y sus miembros, El se llama el nombre de ellos, y ellos el de El. ¿Qué es comulgar? Ingerirte en Jesucristo, y como se ingiere la mano en el brazo, y el brazo en el cuerpo, y el dedo en la mano, hacerte parte de su Cuerpo. Si bien comulgas, ingiéreste en sus merecimientos, tienes parte en ellos; teniéndola en sus merecimientos, tiénesla en lo que El ganó; teniéndola

en lo que El ganó, sé cierto que irás a gozar de El en el cielo.

Gracias hago a mi Señor Dios—dice el Apóstol—por la gracia suya que os he dado (I Cor., I): *Qui et confirmavit usque in finem sine crimine*, etc. No desconfiéis, hermanos, esforzaos, que el que ha comenzado en vosotros la buena obra, la conservará, El acabará en vosotros hasta el día de Jesucristo, en el cual os conservará sin crimen. El que os ha hecho comenzar vida nueva, fiel es, el que os llamó en compañía de Jesucristo, el cual no os defraudará de la heredad que os ganó, pues tenemos ya de ello tal prenda. ¿Y qué puse yo, Señor, para tal compañía sino mal, y Tú el bien? Yo los pecados, Tú, Señor, el perdón y la gracia. Pone El que seas hijo de Dios tú, que antes eras enemigo suyo. Fiel es Dios, que nos llama en compañía de Cristo. ¿Qué compañía es ésta? Cuando comulgas eres recibido en esta compañía, eres hecho miembro del Cuerpo de Cristo; a El has sido dado por compañía eterna, que nunca de su parte faltará. Fiel es Dios, que os llama en compañía de Cristo: el cual es el cuerpo místico de la Iglesia, y todos somos miembros de este cuerpo. Así como la mano es parte del cuerpo, y vive y se sustenta en él, así tú tienes parte de Cristo, y vives y te sustentas en El, y te incorporas en la comunión como el miembro en el cuerpo (Joann., XX): *Sicut misit me Pater*. Así como me envió el Padre que vive, y yo vivo por El, así el que me come a mí es hecho parte mía, es incorporado, vive por causa mía: ninguna ánima puede vivir si no está incorporada en Mí.

Así como un sarmiento no puede crecer ni sustentarse si no está asido en su vid, sino que luego se seca, así Jesucristo predicó que es vid, y que el que no estuviere asido en El, que se secará y arderá para siempre en los infiernos: eso es comulgar bien, ser participante de Jesucristo, ser hecho una cosa con El. Ruégoos que penséis cómo cuando uno ha comulgado tiene a Cristo en sus entrañas, cómo es transformado e incorporado en El, es hecho participante de sus merecimientos, de todo lo

que El ganó, de la gloria del reino, de la herencia del descanso en que ahora está. Como cuando se casa una mujer con un Rey, ella tiene vestido y estado de Reina por ser la hacienda de su marido: y dícese todo lo que El tiene suyo propio por estar casada con El, porque es una cosa con su marido; así comulgando tú, metiendo a Cristo en tus entrañas, conviértete El a ti en sí, y quedáis tú y El hechos una cosa; y por eso quedó debajo de semejanza de pan para dar a entender la unión que hay entre El y el que lo recibe. Así como cuando tú comes una lechuga se convierte en substancia, y queda la lechuga hecha tú, así es acá; pero no convertiste tú a Dios en ti, mas El a ti en sí, y quedáis ambos hechos una misma cosa, no en unidad de substancia ni de persona, sino que la honra y provecho, riquezas y gloria que le resultó a El de morir por ti, se te comunica a ti recibiéndolo cuando has comulgado.

Mírate Dios Padre como a hechura de su Hijo; mírate ya con aquellos ojos que mira miembro de su Hijo, por ser tú ya miembro suyo y de su Cuerpo por la comunión; mira a la uñita como a cosa del cuerpo; mira a la parte como a cosa del todo; huélgase de hacerte misericordia como a cosa que toca a su Hijo; tiene cuidado con lo que te cumple como a cosa que cumple a Jesucristo. Cortan la mano del Rey, a todo el Rey hacen afrenta, y no como a mano por sí; así es mirado el que comulga, no como cosa de acá y de por sí, mas como cosa de Cristo, y el mismo Cristo mira el ánima como cosa suya propia, y como se mira a sí, ámala, regálala, ampárala, remédiala, consuélala, provéela, como cosa que a El toca (Ephes., V): *Nemo carnem suam odio habuit.* Pues así es, quien el padre tiene alcalde, seguro va a juicio; si sois parte del cuerpo del juez, seguro vais que no sentenciarán contra vos, seguro va el pie del cuerpo cuya lengua ha de dar la sentencia espantosísima del día del juicio. Comulgad, sed hechos participantes de los merecimientos de Jesucristo, incorporaos y meteos en El, no hayáis miedo, no echará El su pie ni su mano en el infierno.

¡Oh, Señor, bendita sea tu misericordia! No hay entendimiento que alcance esto; no hay quien explique lo que somos por comer de este manjar de vida. Y si así es todo lo que habéis dicho, ¿quién no se maravillará de los que no quieren comer, de los que no quieren llegarse a mesa tan abundante donde hay tantas riquezas, tantos bienes? ¿Quién no se espantará de los que no quieren aprovecharse de tantas misericordias? ¿Los que no quieren recibir tanto bien? Maravillarme he, dice Dios; y maravillarme he de ellos de tan gran desagradecimiento de nuestra parte, de tanta misericordia de parte de Dios, y de tanta providencia suya (Psalm. CIII): *Omnia a te exspectant, ut des illis escam.* «Señor—decía el Profeta David—, como no hay otro que pueda proveer esto sino Tú, como no hay otro que pueda hacer esto sino Tú, de Ti esperan todas las cosas el mantenimiento, y todos los animales que les des manjar al tiempo de la mayor sazón; dándoselo Tú, lo comen ellos; abriendo tu poderosa mano, todas las cosas son llenas de bondad y misericordia.» Come el león lo que Dios le da, come el siervo lo que Dios le da, come la avecita (Ibidem): *Dante te illis colligent;* ¡y no comes tú el manjar que Dios te da! ¡Y qué manjar de manjares, y sobre todos los manjares, que es el mismo Dios! Matar al hijo para que coma su criado, ¿quién nunca tal vió? ¿Qué, dió el Eterno Padre a su Hijo unigénito para que le comamos, y comiéndolo seamos bienaventurados, y que no hay quien coma, no hay quien se llegue a esta mesa de tanta abundancia? ¿Come el animal, y no come el hombre? ¿Está Dios convidando, la mesa puesta, y no hay quien llegue a comer sino de año a año, de tarde en tarde? ¿Quién hay que tenga paciencia viendo esto?

Tengo por muy averiguado que os acaece a los que comulgáis de año a año lo que cuando viene el Rey a una ciudad: vos no querríades recibir huéspedes de vuestra voluntad: hácenoslos recibir por fuerza: así creo que comulgáis algunos, porque viene el tiempo, porque no os castiguen; hacéislo ya de pura necesidad y no por amor. No sé lo que me diga de esto. El que frecuenta el comul-

gar, dificultosamente pecará, porque anda continuamente con aquel recelo, guardándose con mil ojos. Pero olvidado, el que comulga de año a año, como anda olvidado de sí y descuidado, tras cada paso da de ojos. Gran salud es comulgar muchas veces, y así lo confesaron los Santos. Leed a San Jerónimo en la epístola que escribió a Luciano, el cual le había enviado a rogar que le avisase lo que debía hacer en lo de la comunión, y si podía comulgar cada día. San Jerónimo le respondió en aquella carta, que pues en las iglesias de España así se usaba, que lo hiciese así.

Preguntándole otros a San Agustín si era bueno comulgar cada día, responde: «No os sé decir de ello mal ni bien.» San Agustín no osa decir que es malo comulgar cada día, ¿y tú osas decirlo de comulgar aun de ocho a ocho días? La causa porque San Agustín no se determina, es porque a unos puede estar bien y a otros no: mas dice luego que aconseja a comulgar de ocho a ocho días. Dicen algunos que habla aquí San Agustín de los sacerdotes. No es así, no lo entienden los que esto dijeren. Santo Tomás lo entiende del comulgar de los legos. San Vicente dice que los del pueblo escojan diez o doce fiestas para comulgar. Gabriel, Alejandro de Alés y todos los teólogos dicen que es bueno comulgar muchas veces de parte del Sacramento; pero que de tu parte es bien que te examines qué provecho sientes.

San Buenaventura lo particulariza más, diciendo: «Si vieres que te va bien con frecuentar la santa Comunión, que te crece el amor sin descrecerse la reverencia, usa el comulgar; mas si el mucho uso te causa irreverencia, detente algo más, y no uses como usan de comulgar algunos que los lleva la liviandad, y no piensan más en ello, sino antojándoseles, hételos van a comulgar sin más pensar, ni recogerse, ni tener cuidado de la enmienda de la vida.» Para éstos no es el comulgar muchas veces. ¿Pues para quién? Para los que sudan, para los que revientan y mueren por no ofender a Dios: para estos es el frecuentar la comunión, que comen su pan en sudor de su rostro. Unos hay que por comulgar muchas veces

pierden la reverencia, otros por llegarse tarde pierden el amor. ¿No sabéis que los que se quieren bien es menester que se comuniquen porque no se olviden? Piérdese mucho el amor con la ausencia y falta de comunicación.

Porque no se puede dar regla cierta que a todos convenga en esto; mire cada uno cómo le va con la frecuentación de aqueste Misterio, y así haga, y principalmente con consejo de su confesor, el cual, vista la disposición del penitente, así le aconseje. ¿Mas qué diremos? Que hay hombres que sin ver la conciencia de los que se llegan a comulgar, juzgan y dicen que es malo, y lo murmuran; estos tales el oficio del diablo tienen, aborrecedores y estorbadores de las obras de Dios. El confesor que sabe y conoce las conciencias de los que confiesan, bien es que juzgue y dé su parecer al que confesó; mas el que no ve, ni sabe, ni entiende qué tiene cada uno en su corazón, ¿cómo sin ver el proceso sentencia? Contrario es al ángel de Dios, cuyo oficio es aconsejar a Elías que se levante y coma, que mucho le queda que andar. Y así el buen sacerdote o cristiano ha de aconsejar, amonestar y esforzar a su hermano para que comulgue. Y así como quien no comulga debe guardarse de juzgar ni impedir al que comulga (I Cor., XI), *así el que comulga mire mucho cómo comulga, porque no coma su juicio y condenación.*

Había en una ciudad un clérigo que estaba en pecado mortal, y no por eso dejaba de celebrar cada día: estando un día diciendo Misa, ya que quería alzar, cuando ponen las manos sobre el ara, vino fuego del cielo, y quemóle ambas manos sobre el ara. Este y otros grandísimos males han acaecido por llegarse los hombres allí sucios. En un lugar estaba un hombre casado, y era un mal hombre que estaba en pecado mortal, y fué a confesarse con su cura, y él estaba en tal disposición, que le dijo el cura que no comulgase: y no bastó esto, sino que otro día fué a comulgar entre otros. Cuando el cura le vió que venía a comulgar no pudiendo hacerlo, dijo: «Dios juzgue entre mí y ti.» Porque aunque el otro lle-

gaba indispuesto, no puede negar el cura el Sacramento al que se lo pide en público, si no es pecador público, que entonces puede negárselo. Comulgólo, y luego, antes que acabase de pasar el Santísimo Sacramento, reventó, y llevaron los demonios su ánima, y abriéronlo a él, y hallaron el Santísimo Sacramento en la boca. Yo sé de una persona que se llegó a comulgar con mala conciencia, y le fué dicho de parte de Dios que si no rogara un Santo de Dios por él, reventara en el altar comulgando. Dios nos libre de comulgar mal (I Cor., XI): *Qui manducat et bibit indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini*. Dice San Ambrosio: «En este caso será castigado por la muerte del Señor, porque hace salir en balde su muerte; y también porque comete pecado semejable al de los que le mataron.»

Padre, ¿pues qué remedio sería bueno para comulgar bien? ¿Qué haríamos para llegarnos dignamente a recibir el Santísimo Sacramento? Toda la vida había de aderezarse para el día que habías de comulgar; no había de haber otro cuidado sino en que tengo de comulgar. ¿Cómo viviría yo ahora sin ofender a Dios? ¿Cómo me guardaría yo limpio para el día que he de recibir a Dios? Habían de guardarse los ojos para que no viesen cosa que hiciese mal al ánima; los oídos de oír cosa mala que dañar los pudiese; la lengua de hablar; todos los sentidos se habían de guardar. Vive con cuidado, y siquiera dos días antes aparéjate; mira tu conciencia, acúsate de todo aquello que te hallares culpado; piensa un paso de la Pasión, cual tú quisieres, desmenúzalo, mira el amor con que Jesucristo Nuestro Redentor lo padecía por ti; mira los tormentos, las lágrimas, la sangre que por ti derramó; piensa en esto, que eso quiere decir lo que mandaba la ley que comiesen el cordero asado (Psalmus XXXVIII): *In cogitatione mea exardescit ignis*. Piensa en Jesucristo asado en fuego de tormentos de amor tuyo; eso es comer asado. Vete luego a comulgar después de confesado, y piensa antes que recibas el Santísimo Sacramento el mismo paso que pensaste antes; haz cuenta que tienes a Jesucristo delante tan atormentado como

lo pensabas antes en tu rincón; confiésate antes, y no digas más de lo que agrava tu conciencia.

No seáis escrupulosos, no miréis en unas nonadas, no dejéis de comer por eso. Di: si diesen a uno un manjar muy precioso, y por un pelico que venía en él no lo quisiese comer, ¿qué dirían de él? Hombres hay que entre el altar y el lugar donde se confiesan les levanta el diablo mil dudas y zancadillas, y de todas dice que se ha de tornar a confesar, y no hacen sino ir y venir; no seáis así, dejad las motillas, aunque se os acuerde allí; si no es pecado mortal, no curéis de ello, que otro día lo confesaréis, deja esas nonadas.

No quiere el diablo más para hacerte dudar: no pares en esas niñerías, sino confesando lo mejor que pudieres, llégate en paz a comulgar. Padre, ¿qué pensaré? ¿No te o dije? El amor con que Jesucristo se te da allí, el amor con que padeció por ti; recíbelo y pásalo poquito a poquito, y después de pasado bebe el agua que te dan por lavatorio. Padre, ¿cómo no nos dan a nosotros los legos la sangre, y a los sacerdotes sí? En el lavatorio no os dan la sangre, sino una poca de agua, mas no por eso la dejáis de recibir; porque el Cuerpo que recibís no está sin sangre, mas con ella: y aunque no está la sangre en el cuerpo *ex vi Sacramenti*, está por concomitancia, así como en la sangre consagrada en el cáliz está también el Cuerpo, *non ex vi Sacramenti*, mas por concomitancia; y así como quien el cáliz sólo recibiese, a todo Cristo recibiría, así recibiendo su Cuerpo, su Sangre recibe. Goza, pues, de todo tu Señor: agradece y estima mucho tan grande Sacramento, con cuya virtud será fortalecida tu ánima, santificado tu cuerpo, y después por El mismo te será dada la gloria.

VIVE, ÁNIMA MÍA, EN PERPETUO HACIMIENTO DE GRACIAS A TAN GRAN SEÑOR Y TAN GRAN AMADOR

EL HIMNO PANGE LINGUA

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

QUE EL VENERABLE MAESTRO JUAN DE ÁVILA TRADUJO EN METRO CASTELLANO PARA QUE LOS NIÑOS FUESEN CANTANDO EN LA PROCESIÓN DEL «CORPUS», COMO SE PREVIENE EN ESTE VOLUMEN, Y LA COMPOSICIÓN DEL «SACRIS SOLEMNIIS», EN SÉPTIMAS POR EL MISMO AUTOR

Pange, lingua, gloriosi
corporis mysterium,
sanguinisque pretiosi,
quem in mundi pretium:
fructus ventris generosi
rex effudit gentium.

Nobis datus, novis natus
ex intacta Virgine,
et in mundo conversatus,
sparso verbi semine,
sui moras incolatus
miro clausit ordine.

In supremæ nocte coenæ
recumbens cum fratribus,
observata lege plene
cibis in legalibus,
cibum turbæ duodenae
se dat suis manibus.

Verbum caro, panem verum
verbo carnem efficit;
fitque sanguis Christi merum,
et si sensus deficit:
ad firmandum cor sincerum
sola fides sufficit.

Canta, lengua, al glorioso
cuerpo y sangre que dejó
el Príncipe generoso
que cielo y tierra crió:
sacramento es amoroso
que por prendas nos dejó.

A nos dado, a nos nacido
de una Virgen no tocada:
conversado y conocido
por su doctrina sagrada,
dió fin a lo prometido
con su venida y morada.

En la noche de la cena
que comió con sus hermanos,
la ley ya cumplida y llena
de los legales ancianos,
dióles la comida buena
de su Cuerpo, y con sus manos.

El propio ser y sustancia
que tenía el pan y el vino
se mudó con gran mudanza
en Sangre y Cuerpo divino:
Gloria, gracia y alabanza
le dé el mundo de continuo.

Tantum ergo Sacramentum
Veneremur cernui:
et antiquum documentum
novo cedat ritui:
præstet fides supplementum
sensuum defectui.

Genitori, Genitoque
laus et jubilatio,
salus, honor, virtus quoque
sit et benedictio:
procedenti ab utroque
compar sit laudatio.
Amen.

Tan sublime sacramento
honremos con fe y amor:
el Antiguo Testamento
reconozca su mayor;
no busquéis aquí argumento:
la fe supla, que es mejor.

Al Padre y al Engendrado,
loor y jubilación,
salud, honor, gloria, estado
se le dé con afición;
al que procede Expirado
demos igual bendición.
Amén.

HIMNO DEL SACRIS SOLEMNIIS

Sacris solemniis juncta sint gaudia,
et ex præcordiis sonent præconia;
recedant vetera, nova sint omnia,
Corda, voces, et opera.

Noctis recolitur cœna novissima,
qua Christus creditur agnum, et azyma
dedisse fratribus, juxta legitima
priscis indulta patribus.

Post agnum typicum, expletis epulis,
corpus Dominicum datum discipulis
sic totum omnibus quod totum singulis,
ejus fatemur manibus.

Dedit fragilibus corporis ferculum,
dedit et tristibus sanguinis poculum:
dicens, accipite quod trado vasculum,
omnes ex eo bibite.

Sic sacrificium istud instituit,
cujus officium committi voluit
solis Presbyteris, quibut sic congruit
ut sumant, et dent cœteris.

Panis angelicus fit panis hominum,
dat panis cælicus figuris terminum:
O res mirabilis! manducat Dominum
pauper, servus, et humilis.

Te trina Deitas, unaque poscimus,
sic nos tu visita, sicut te colimus,
per tuas semitas duc nos quo tendimus
Ad lucem quam inhabitas.
Amen.

COMPOSICIÓN DE ESTE HIMNO EN SÉPTIMAS POR EL MISMO VENERABLE MAESTRO ÁVILA

En tal solemnidad,
demos con devoción
a la suma Bondad
loor de corazón:
con recta prontitud,
en tan buena ocasión
mudemos el mal en virtud.

Memoria nos quedó,
que en la cena legal
Cristo a los suyos dió
el cordero pascual,
conforme a la ley
mandado en general
a los de aquella antigua grey.

Después les dió a gustar
su Cuerpo el gran Señor,
haciéndose manjar
del hombre el Criador:
Todo a todos se da,
y todo con amor,
a cada cual que allí está.

Los flacos convidó
con su carne a comer,
y a los tristes les dió
su Sangre a beber:
diciéndoles, tomad
el cáliz a placer,
todos juntos de él gustad.

Ministros de este don,
según Cristo ordenó,
los sacerdotes son,
y otro alguno no:
Y a los cuales también,
mandó, en conclusión,
que ellos coman y a otros les den.

El pan angelical
es pan de hombres ya,
y el manjar celestial
ya en tierra se da:
¡Cosa de admiración!
Que el pobre y siervo acá
coman a Dios sin excepción.

¡Oh, alta deidad,
Trino y un solo Dios!
nuestra necesidad,
Señor, visítanos:
Por tu senda, Jesús,
a todos guíanos
a do estás en la eterna luz.
Amén.

LIBRO SEGUNDO

QUE TRATA DEL

ESPIRITU SANTO

TRATADO PRIMERO

CONSIDERACIONES SOBRE EL APERCIBIMIENTO QUE DEBEMOS TENER PARA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

No tomo tema en esta plática que tengo de hacer, porque nuestro tema quiero que no sea otro más que nos apercibamos para ser morada donde el Espíritu Santo se aposente (Joannes, IV, y Rom., VIII); y que pidamos con mucho ahinco al mismo Espíritu Santo que tenga por bien de venir en nosotros: pedírselo con tema. Y no haremos poco si nos apercibimos, como es razón, para recibir tal huésped. Habéis de saber, hermanos, que aunque las fiestas de Dios se pasaron cuanto a la historia, pero no se pasaron cuanto a la virtud. Bueno fuera, por cierto, para nosotros si como se pasó el tiempo en que Jesucristo padeció, también se pasara la virtud de su Pasión (Joannes, X). ¿Qué fuera de nosotros si como pasó mil y tantos años ha, ella no durara? Siempre dura la virtud de la Pasión hasta que el mundo se acabe. A propósito de lo de la fiesta del Espíritu Santo, aunque pasó tantos años ha, has de hacer cuenta que el mismo efecto

hará hoy el Espíritu Santo en tu alma que hiciera en ti en el tiempo de los Apóstoles: mira si lo deseas.

¡Oh, quién viera a Jesucristo para pedirle mercedes, cuando andaba en este mundo entre nosotros padeciendo trabajos! Si cuando en el mundo estaba, echándote tú a sus pies tienes por cierto que, según es piadoso, según su infinita caridad, no te negara las mercedes que le pidieras, ¿tú, hermano, crees esto? (Hebr., XIII); cree que tan aparejado está el día de hoy, y de tan buena gana te hará las mercedes hoy (Marc., XVI), estando en el cielo, como cuando entre nosotros estaba. Y si tú en este tiempo te aparejas para que el Espíritu Santo venga en ti, haz lo que es necesario: y dígote de su parte, que también vendrá a tu ánima dándote su gracia, como cuando a los Apóstoles (Act., II), viviendo en el mundo vino.

¡Oh, qué tiempo éste que hay de aquí a Pascua tan santo! Esta es Semana Santa: Adviento del Espíritu Santo: este santo tiempo significa cuando los Apóstoles (Marc., XVI), después que Nuestro Señor Jesucristo subió al cielo, estaban esperando la promesa que les hizo cuando les dijo (Joann., XIV): *Yo me voy, pero yo enviaré al Espíritu Santo que os consolará: y os enviaré al Consolador que os consuele de la pena que tenéis de mi partida.* Como ellos oyeron esta palabra, estaban esperando, los ojos puestos en el cielo, qué cosa sería. Decían ellos: «Nuestro Maestro nos dijo que nos enviaría un consolador que nos consolase de la ausencia de su partida». Amaban los Apóstoles en gran manera a Nuestro Señor Redentor Jesucristo. El era consuelo de sus tristezas, padre de sus necesidades, Maestro en sus ignorancias, teníanlo como a espejo en que se miraban. Estaban todos colgados, transformados en su Maestro. ¿Que ha de venir otro que sea tan grande, tan poderoso, tan sabio, tan bueno, que nos satisfaga y favorezca como nuestro Maestro? ¿Quién será Este? Alzaban sus pensamientos y sus voces al cielo, y decían: «Señor, deseamos os, y no os conocemos, querríamos que viniésedes, y no sabemos quién sois: por vuestra misericordia tengáis, por bien

de venir y consolar nuestros corazones; venid Señor, que estamos muy desconsolados esperando vuestra venida».

Así estaban los santos Apóstoles juntos con la benditísima Virgen María Nuestra Señora en el Cenáculo, en este santo tiempo; y así, hermanos, es muy gran razón que estemos nosotros, pues somos una cosa con ellos, una Iglesia y una unión en Jesucristo (Ephes., IV). Todos aquellos que sirven a Jesucristo, que está en su servicio, todos son una misma cosa: la Iglesia de Dios, y la congregación de los cristianos, una es: (Cant., VI), *Una est amica mea, una est columba mea.* Habla Dios con su Iglesia, y dice: *Una es, amiga mía, una es, paloma mía:* pues así también es razón, que en este santo tiempo nos aparejemos y deseemos con la benditísima Virgen María Nuestra Señora y los santos Apóstoles la venida del Espíritu Santo. Alcense nuestros corazones al cielo, y pidamos con lágrimas de nuestros ojos, diciendo (Hymnus Eccles.): *Consolador de mi ánima, venid, consoladme:* y en todo este tiempo no hagamos otra cosa que desear que el Espíritu Santo venga a nuestras ánimas a morar.

Lo primero que conviene para que el Espíritu Santo venga a nuestras ánimas, es que sintamos grandemente de El y que creamos que puede hacer mucho bien en nuestros corazones. Por desconsolada que esté una ánima, basta El a consolarla: por pobre que esté, a enriquecerla; por tibia que esté, a encenderla; por flaca que esté, a esforzarla; por indevota que esté, a inflamarla en ardentísima devoción. ¿Qué remedio para que venga el Espíritu Santo a nosotros? Sentir de El muy magníficamente. Y así dice hablando de la grandeza del Espíritu Santo (Joel., III): *El poder de Dios es muy grande, y de solos los humildes es honrado.* Lo segundo, conviene mucho para que el Espíritu Santo tenga por bien de venir a nuestros corazones, para que no nos deseche y tenga en poco, tener deseo de recibirle, y que sea nuestro convidado, un cuidado muy grande, un deseo muy firme y ansioso. ¡Oh, si viniese el Espíritu Santo! ¡Oh, si viniese aquel Consolador a visitar y consolar mi ánima!

Hágoos saber, hermanos (Matth., VI), que impiden mucho los cuidados de lo que cumple a nuestro cuerpo. En esto las personas religiosas nos llevan la ventaja; porque si están en el coro, si están en el refectorio, si en el retraimiento, en todas partes están en el servicio de Dios, empleadas en cosas de su ánima, siempre alabando a Jesucristo, dándole gracias: y si comen, no es para otro fin que para alabar a Dios; y si beben, lo mismo (I Cor., X), y lo mismo en todas las operaciones humanas. Y los casados se atreven a mucho por cierto. Piensa la mujer que se casa que no hay más sino en amaneciendo Dios tomar el manto y venirse al sermón, y tomar buen lugar en la Iglesia; y viene su marido a comer, y no halla la comida aderezada, descompónese y ofende a Dios. Más valiera, hermana, que antes que viniérades, dejárades la casa puesta en orden, y cuando esté todo puesto, venir al sermón; aunque vengas un poco tarde no es priesa, que más te aprovechará una palabra, que por ventura todo el sermón, y con todo puedes cumplir; pero ya que no puedas, más vale que hagas lo que Dios te manda, pues te casaste.

No lo decía por esto, sino que se atreven a mucho los que se casan, porque se obligan a mucho, a mantener la casa, a mantener los hijos y hacerlos que sean virtuosos, y la mujer a criarlos, a ponerlos en buenas costumbres.

Poco es esto; ¿y el cuidado del ánima, el cuidado de lo que cumple al servicio de Dios? Todo se puede hacer; pero son las cosas del mundo pegajosas y son tan malas de despegar, que por eso tiene el hombre casado por dificultoso (con tantos cuidados) poder entender en su ánima como se debe. Mira, hermano, cómo vives: mira que no venga a querer tanto el marido a la mujer, que por hacerle regalos a ella vengas tú a ofender a Dios como Adán (Genes., III). Quiero mucho a mi mujer, téngola de dar una joya, que aunque sepa hace lo que no debe, se la tengo de dar. Y tú, mujer, no vengas a poner el amor tanto en tu marido, que por él olvides a Dios y con el amor que tienes a tu marido olvides de

hacer lo que conviene a tu ánima y lo que Dios manda. ¡Oh, cuánto cuidado había de tener uno que se casa antes que se case; cuán santo había de ser el hombre y cuán santa la mujer! Antes que se viniesen a juntar, habían de haber gastado muchos años en servicio de Dios (Matth., XXII): saber ser castos, ser humildes, ser pacientes, ser misericordiosos, guardar los Mandamientos de Nuestro Señor, y después casarse, para que aunque después tuviesen muchos cuidados, muchos estorbos, con una ojeada que diesen, una vuelta en su conciencia de las costumbres de antes, quedase todo apaciguado y amansado. Como un señor que tiene un criado tan bien doctrinado, témele tanto que con sólo que el señor le mire a la cara se ponga el criado como ha de estar para servirle, que aquello sólo basta. Pero ni el casado sabe qué cosa es ser casado, ni la casada menos sabe qué cosa es serlo, y júntanse, pónenlo entrambos de lodo. Lecciones habíades de tomar muchas. «¿Cómo, Padre, podré cumplir con entrambas cosas, con mi casa y con Dios?» Es cosa muy dificultosa, dice San Pablo (I Cor., II): «El que tiene mujer, el que es casado, anda muy congojoso y solícito cómo la agradará y contentará, y para esto anda muy cuidadoso en las cosas del mundo, y está repartido. Pero la mujer que no se quiere casar, la doncella, piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en espíritu.»

Señoras monjas, esta fiesta se gaste en pensar cómo agradaré a mi Señor. Así como las desposadas andan con mucho cuidado de andar muy bien tocadas, de no traer nada mal puesto, que aun cuando tienen algo mal puesto, traen consigo un espejo, así las Madres monjas, las Religiosas y doncellas, han de andar muy cuidadosas, como no traigan nada deshonesto; han de mirarse en Jesucristo, viéndose como en un espejo; no tengan alguna mancha en la cara, no tengan algún pecado en el ánima, alguna suciedad, porque su Esposo no las deseche.

Estad, hermanos, con mucha atención y cuidado en el servicio de Jesucristo, y en la esperanza de la veni-

da del Espíritu Santo, no entendiendo en cosas rateras ni bajas de por acá; porque la consolación del Espíritu Santo es muy delicada, y poca cosa le hace estorbo: no se compadece con cosas de acá del mundo. Dice San Bernardo: «Delicada es la consolación divina y muy sutil, y no se da a los que admiten consolaciones humanas. Despéguese toda ánima de consuelo humano si quiere que el Espíritu Santo la consuele y esté siempre con ella. Con mucha razón quiere el Espíritu Santo ser deseado.»

Venid acá: si un hombre no quiere ir a casa de otro, si no sabe que en casa de aquél es deseado, ¿qué hará el Espíritu Santo, que quiere que el hombre que lo quisiere tenga gran deseo, y también quiere que lo deseen? ¡Cuán deseado fué Nuestro Redentor antes que viniese al mundo! Deseólo Adán, deseólo Noé, deseólo Abraham, Isaac, Jacob, deseáronle los Profetas y Patriarcas, todos le desearon (Isaí., LXIV): «Rociad cielos desde lo alto, y las nubes lluevan: abrásese la tierra y produzca al Salvador». Decía el Profeta Ageo: *De aquí a poco, poco falta, dice el Dios de los ejércitos, yo moveré el cielo, y la mar, y la tierra* (Isaí., I), *todo lo moveré, y entonces vendrá el Deseado de todas las gentes* (Malach., III), *y el ángel del Testamento que vosotros queréis.* Jesucristo en gran manera fué deseado. Pluguiésete, Señor, que rompieses los cielos y descendieses a la faz de la tierra. Jesucristo fué muy deseado en gran manera, y así quiere el Espíritu Santo ser deseado; porque aquella merced cuadra bien, que antes que venga es bien deseada; y el manjar que por sí es bueno, es mal empleado en quien no tiene gana de comer. Maten una gallina o una perdiz que parece que pone gana de comer. Dice el enfermo a quien se la dan: «Quitadla allá, que tengo perdido el gusto y la gana del comer, que no me sabe bien». Mala señal en gran manera, no tenéis gana de comer, señal de muerte es.

No vendrá el Espíritu Santo a ti si no tienes hambre de El, si no tienes deseo de El. Y los deseos que tienes de Dios, aposentadores son de Dios, y señal es que tienes deseos de Dios, que presto vendrá a ti: no te canses

de desearlo, que aunque te parezca que lo esperas y no viene, y aunque te parezca que lo llamas y no te responde, persevera siempre en el deseo y no te faltará.

Hermano, ten confianza en El, que aunque no viene cuando tú le llamas, El vendrá cuando vea que te cumple. Porque debes, hermano mío, asentar en tu corazón, que si estás desconsolado y llamas al Espíritu Santo y no viene, es porque aun no tienes el deseo que conviene para recibir tal huésped. Y si no viene, no es porque no quiere venir, no es porque lo tiene olvidado, sino para que perseveres en este deseo, y perseverando hacerte capaz de El, ensancharte ese corazón, hacer que crezca la confianza, que de su parte te certifico, que nadie lo llama que se salga vacío de su consolación. ¡Y cómo lo dice esto el Real Profeta David! (Psalm. XXI): *El deseo de los pobres no lo menospreció Dios, oyólo el Señor.* ¿Quién es pobre? (Psalm. XXI): *Pobre es aquel que desconfía de sí mismo y confía en sólo Dios;* pobre es aquel que desconfía de su parecer propio y fuerzas de su hacienda, de su saber, de su poder; aquel es pobre que conoce su bajeza, su gran poquedad, que conoce ser un gusano, una podredumbre y pone juntamente con esto su arrimo en sólo Dios, y confía que es tanta su misericordia (Psalm. XIII y LXI) que no le dejará vacío de su consolación: los deseos de estos tales oye Dios.

Mira que el Espíritu Santo no sólo se contenta con que estés ocupado en estos deseos; no cumples, hermano, con esto esperando al Espíritu Santo, mas ha de haber obras. ¿Quiéreslo ver? Mira lo que les dijeron a los Apóstoles estando suspensos mirando al cielo, cuando el Señor subió allá. Ellos estaban colgados de El, estaban todos desnudos y esperando al Espíritu Santo; estaban con grande deseo de ver al Espíritu Santo, como su Maestro se lo había alabado; estaban olvidados de sí mismos, mirando a Jesucristo Nuestro Señor cuando subió al cielo. Sea El bendito, que tan cuidadoso es de nuestro bien; que no se contentó con mirar por nosotros y tener tanto cuidado de nuestro bien; pero aun subido al cielo, tuvo tanto cuidado de los suyos, que envió dos án-

geles vestidos de vestiduras blancas, y les dijeron (Act. I): «Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesucristo que visteis ahora subir al cielo, de la misma manera que lo visteis, con tanta majestad vendrá otra vez». Y dijéronles que fueran al Cenáculo, porque allí había de venir sobre ellos el Espíritu Santo.

No has de estar todo el día mirando al cielo: no ha de ser todo el día rezar ni contemplar; anda, hermano mío, al Cenáculo, no estés ocupado y detenido en pensar en la presencia corporal de Cristo. Ya os he dicho muchas veces, que la causa porque no vino el Espíritu Santo a los Apóstoles estando acá Jesucristo en este mundo, fué porque estaban ellos colgados de la presencia de su Maestro y estaban contentos con aquello sólo; y aunque la presencia de Nuestro Señor era tan santa y buena, pero estorbaba a los Apóstoles de no ser perfectos, y por eso Jesucristo se quiso ir. «Discípulos míos, mucho me queréis, mucho me amáis. Yo sé que conmigo estáis vosotros contentos; pero más os amo yo a vosotros, y para mostraros este amor, quiérome ir (Joannes, XVI); porque viniendo el Espíritu Santo seáis más perfectos, subáis más altos vuestros pensamientos». ¿No miráis en esto que la presencia de Jesucristo hacía estorbo en alguna manera a la venida del Espíritu Santo?

Celosísimo es el Espíritu Santo; no penséis es así como quiera (Exodo, XXXIV): *Ego sum Dominus Deus tuus* dijo Dios a Moisés; para darte a ti a entender, hermano, que tienes puesto tu amor en el confesor, aunque bueno, y en el predicador que te da buenos consejos y consuelos, tienes puestos los ojos en él; no vendrá el Espíritu Santo hasta que quites el amor demasiado de las criaturas. El Espíritu Santo a solas quiere estar contigo. «¡Oh, Padre, que es un santo, y me guía por el camino de Dios, y me esfuerza en los trabajos»! Más santo era Jesucristo, y aun le hizo estorbo al Espíritu Santo. El siervo de Dios, el confesor y el predicador, no le han de ser estorbo para el Espíritu Santo; hate de ser una escalera para que tú subas a Dios.

El amor, aunque no sea malo, demasiado estorba; no

te haría daño si tú supieses usar de él; lo que amares en el confesor y en el predicador, sea por Dios y en Dios. ¿En qué veré, Padre, cuándo es amor de Dios? Cuando mucho quieres a uno, si cuando te lo quita Dios de delante o permite que se aparte de ti, si entonces no pudiere tanto el amor que te perturbe el servicio de Dios, quiero decir, que no sientas tanto la partida, que te desasosiegue el corazón, y te traiga alborotado, de arte que te quite tus buenos ejercicios; si esto no hay, de Dios es el amor. Una poquita de pena, cosa natural es; pero mucha, esa no es buena. Si estas moticas hacen estorbo al Espíritu Santo, ¿qué harán los malos pensamientos deshonestos, las palabras demasiadas, y otras cosas a este modo?

¿En qué estamos? ¿Qué es menester para que el Espíritu Santo venga a nuestras ánimas? No sólo lo hemos de desear, pero hemos de aderezar la casa limpia. Y si esto hacéis cuando os ha de venir un huésped a vuestra casa, ¿cuánta más razón es que esté vuestra ánima limpia, que no tengáis malos pensamientos, ni malas palabras, ni malas obras, y que estéis adornados de las virtudes, porque el huésped que esperáis es limpísimo en gran manera? Mirad que más es menester que llamar al Espíritu Santo, y más es menester que aderezar la posada; es necesario que aderecéis la comida. Habéis de echar mano a la bolsa, no os ha de doler el gastar mucho, habéis de ser largo y muy generoso. Cuando tenéis un huésped, no os duele de comprar sólo lo que a él le basta, pero aun compráis para que sobre; así es menester, hermano; esperáis a este santísimo Huésped, pues El es tan liberalísimo para con vos, sedlo vos para con El; echad mano a la bolsa, y no deis poquedades, dad larga limosna, dad de comer al hambriento, vestir al huérfano y a la viuda, haced oficio de padre con todos los necesitados. Mira tú que eres padre de pobres y consuelo de desconsolados.

Bien hacía este oficio el santo Job, cuando decía (capítulo XXXI): *Si comí yo, Señor, mi bocado a solas.* Y en otra parte decía: *Que era el pie al cojo, y mano al*

manco. Dale a comer al Espíritu Santo, y dale a comer tu corazón, que carne come; pero mira que es carne mortificada lo que come. ¿Qué cosa sería si le pusieses a tu convidado una ave viva? Cómo te diría: «Quita allá, que esa ave no es para comer». Sube ese corazón al cielo muchas veces y suplícale te lo abrase con fuego de amor; muerta ha de estar tu carne y manida, castigada y mortificada, adornada con ayunos y disciplinas; has de estar muerto al mundo, has de tener tu corazón guardado, en Dios tus pensamientos y deseos levantados. Hazte con estos pensamientos y ejercicios un águila real; no descanses hasta topar con este Santo Espíritu; no te asientes, ni pongas tus pensamientos en cosas muertas ni bajas.

Mira lo que hizo la paloma que echaron del arca de Noé; echáronla fuera, fué volando, y cuando salió, ya había cesado el diluvio: había en la tierra muchos cuerpos muertos y no se quiso sentar sobre ninguno de ellos, ni descansó entre ellos, sino subióse a una oliva, cogió un ramito con el pico y volvióse con él al Arca. Así ha de hacer el ánima del cristiano, no asentarse sobre ningún cuerpo muerto, ni tus pensamientos han de estar en cosas muertas, ni perecederas, ni hediondas, mas han de estar en el cielo puestos adonde está tu tesoro Jesucristo; allí esté todo tu corazón, y particularmente en esta fiesta. Está esta semana muy recogido para recibir el Espíritu Santo. Está con cuidado, mira aquellos criados que estaban esperando a su señor cuando viniese de las bodas; no seas como aquellas vírgenes locas y necias; no estés dormido ni emborrachado en cosas de este mundo; mas imita a las vírgenes prudentes en el cuidado y ornato, y en tener aceite de misericordia para ti primero, teniendo mucha cuenta con tu ánima y reformación de tu corazón. Busca estos días el rincón, y guárdalo.

Mira a la benditísima Virgen y a los santos Apóstoles recogidos en el Cenáculo: ¿qué harían? ¡Qué lágrimas tendrían acordándose de la Pasión de Jesucristo, acordándose de su ausencia! ¡Qué suspiros enviarían al cielo, deseando este Santo Espíritu su consolador y repara-

dor suyo! Ten todos tus deseos corregidos, los ojos mortificados y bajos, no miren alguna cosa que después tengan que llorar; porque si el ojo mira, el ojo llora. Vió David una negra vista, que más le valiera estar ciego que no ver lo que vió; porque si el ojo se deleitó en mirar, bien lloró después, y tanto, que dicen que tenía David hechos surcos en la cara del correr de las lágrimas. Y es menester celebrar esta Pascua de esta manera con mucho cuidado, pues lo que esperamos es tanto. ¿Sabéis, hermano, qué tiempo es éste? ¿Y qué pierdes si el Espíritu Santo no viene a morar a tu casa? Que ni la Encarnación de Jesucristo, que es la principal fiesta de todo el año, ni su santo Nacimiento, ni su Pasión, ni Redención, ni su Resurrección y subir al cielo te aprovechará nada, si de esta fiesta no gozas; todo aquello que Jesucristo ganó, pierdes si esto pierdes.

Aunque es verdad que con la muerte de Jesucristo se abrió el cielo y se cerró el infierno, ¿peró qué te aprovechará si no recibes al Espíritu Santo? Sin gracia de Dios, mira qué te puede aprovechar lo demás: y si al Espíritu Santo recibes en tu corazón, todo te aprovechará y dará consuelo. Este sólo Espíritu Santo bastará a consolarte y dar esfuerzo a tu flaqueza, a dar alegría a tu tristeza, y como lo sabe El hacer.

Yo supe de uno a quien el Espíritu Santo se le quiso comunicar tantico, y cómo salió dando voces por las calles. ¿Queréislo ver? Miradlo por los Apóstoles, que antes que el Espíritu Santo viniese, estaban tan acobardados, tan medrosos, que no osaban salir, sino tenían la puerta del Cenáculo cerrada. Así como el Espíritu Santo vino en ellos, abren las puertas de par en par, salen por esas plazas y comienzan a predicar a Jesucristo.

Dice San Atanasio, un gran Santo, que escribió contra la herejía de los arrianos. Este Santo, pensando los escrúpulos que algunos tenían, «si soy bautizado, si no soy bautizado», dice él: «¿Sabes en qué lo verás? Si, como la mujer que está preñada siente bullir la criatura, sientes tú bullir el Espíritu Santo». «Pues Padre, yo soy hombre; yo no soy casado, no sé qué es bullir la

criatura, ¿cómo lo sentiré?» «Esta señal te doy, hermano: cuando sintieres en tu corazón un fuego encendido de caridad, un amor firme en Dios, que el Espíritu Santo fuego es: si sintieres dar saltos de cara arriba dentro de ti.» «¿Cómo es eso, Padre?» «El mismo Jesucristo lo dijo por San Juan, hablando con la Samaritana: «Quien bebiere del agua que yo tengo.» «¿Qué condición tiene esa agua, Señor?» «Haráse él—dice Nuestro Redentor—una fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna». Ves aquí la señal que dió Cristo para saber cuándo ha venido el Espíritu Santo a ti: que el Espíritu Santo tiene esta condición, que no puede estar encubierto, y El mismo da testimonio, si tienes ahora a Jesucristo, que dice El en el Evangelio que se dice en la Misa (Joannes, XIV): «Cuando el Paráclito viniere, cuando el Espíritu Santo viniere, el Espíritu de verdad, que procede de mi Padre, ése dará testimonio de mí, ése os enseñará de mí». Que quiere decir, que os consolará, alumbrará, recreará y encaminará.

El Espíritu Santo es Consolador, hermanos, ¡cómo sabrá consolar! Pues por su grandeza se llama así, *Consolador*. ¿Qué es lo que buscamos en esta vida? ¿Tras qué andamos? Toda la vida trabajamos, no para otra cosa sino para buscar tantico consuelo, tantico contento; ¿pues porqué no trabajamos por tener nosotros un Consolador que nos consuele y que enriquezca nuestra pobreza? ¡Oh, si os pudiese yo pegar la devoción con el Espíritu Santo! Pégueosla El por su infinita misericordia.

«Cuando estuvieres triste, ten por cierto que el Espíritu Santo te consolará de esa tristeza, si lo tienes en tu ánima», dice el Apóstol San Pablo. Porque si alguno pensare quién es bastante a consolar una tristeza que tengo, un desmayo, quién me favorecerá, hay pelea de fuera, y de dentro grandísimos temores. Pero aquel que tiene por costumbre de consolar a los que son humildes, nos ha consolado.

El oficio del Espíritu Santo es consolar a los que están atribulados. Pregonado está este Consolador en toda la Iglesia de Jesucristo Nuestro Señor; pregonado y pu-

blicado está por Consolador de nuestros trabajos. El enfermo busca médico para sus enfermedades; el pleiteante busca buen abogado que le ayude, y va al juez y dícele: «Sentencia por mí.» Pues que todos estamos tristes, tenemos necesidad de acudir a quien nos consuele nuestra tristeza. Todos estamos tristes, los malos por pecados que hemos hecho; a los justos también les pesa de sus pecados, y tienen grandísima tristeza, si han de ofender a Dios, si han de perder a Dios. Todos estamos tristes, todos hemos menester un consuelo. El Espíritu Santo tiene por oficio de consolar a todos; pidámosle tenga por bien de venir a nuestros corazones y consolarnos.

Dirá alguna ánima que se ve tan acorralada y tan medrosa, que hubiere cometido tantos pecados: «Padre, ese Espíritu Santo que decís es Dios, es Dios Todopoderoso, Dios terrible; yo soy un gusano, una hormiga; ¿cómo querrá venir ese Espíritu Santo a mi posada tan mal aderezada? Temo que no querrá venir.»

Si miras a ti, razón tienes por cierto que no querrá venir el Espíritu Santo; ¿pero sabes qué has de hacer? Poner en medio de ti y de El a Jesucristo y a sus merecimientos, y viendo el Espíritu Santo lo que Jesucristo pasó por ti, por amor de El, luego vendrá. Después que uno se desconsoló porque tú te consolases; después que uno se entristeció porque tú te alegrases; después que uno sufrió cansancio porque tú descansases; después que uno murió porque tú vivieses, no tienes que temer, si sabes llorar tus pecados y hacer digna penitencia. Bendito sea Jesucristo, y los ángeles lo bendigan, amén. Dice Nuestro Redentor (Matth., III): *Busqué quien me consolase y no lo hallé, y diéronme en manjar hiel, y cuando había sed, diéronme a beber vinagre.*

No halló Nuestro Redentor quien lo consolase; estuvo Nuestro Redentor muy lleno de tristeza, muy desconsolado; no halló consuelo ninguno; estaba con tantas tristezas de dentro y de fuera, que dijo El mismo (Matth., XXVI): *Tristis est anima mea usque ad mortem.* Quiere decir, que Nuestro Redentor tenía tristeza de muerte; no decimos la parte superior del ánima, que ésa

gozaba de Dios, no hablo sino de la parte sensitiva; en aquella parte estaba desconsoladísimo en gran manera. ¡qué de cansancios, qué de hambre, qué de sed, qué de sudor por esos caminos!

Y cuando ya se llegó el tiempo de padecer, había tanto dolor en pensarlo, que decía (Matth., XXVII): *Padre, si posible es, no beba yo este cáliz, esta copa de amargura.* También dijo Cristo Nuestro Redentor en la parte sensitiva, viendo que Dios le dejaba padecer y viendo los tormentos que pasaba: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Fué tanto, hermanos míos, lo mucho que Nuestro Señor pasó; fueron tantos los tormentos que pasó, los azotes, corona de espinas, las bofetadas que en su divino rostro le dieron, que dice El mismo (Thren., I): *O vos omnes qui transitis per viam.* «Todos los que pasáis por el camino, todos los que vivís en el mundo, mirad si hay dolor como el mío.» Bendito seáis Vos, Redentor mío, por siempre. ¿Qué es la causa de tantos dolores? Señor, ¿los dolores, los tormentos, no son pena de los pecados y castigo de los malos? A los que mal hacen les conviene el castigo. Vos, Señor mío, ¿qué mal fué el que hicisteis, que tantos tormentos pasasteis? ¿Porqué tantos dolores?

Dice Nuestro Redentor Jesucristo: «¿Qué deben éstos?» «Señor, muchos pecados han hecho.» «Pues quiero—dice Cristo—caiga sobre mí el castigo porque caiga el descanso del cielo encima de ellos; la tristeza caiga en mí, porque la alegría caiga sobre ellos. Quiero que me den hiel a mí, porque les den a ellos miel; denme a mí tormentos, porque den a ellos descanso; denme a mí la muerte, porque a ellos les den la vida.» Ten, pues, hermano, confianza en estos merecimientos que Jesucristo tuvo; no pienses que es voz muda la que tienes en el cielo en tu defensa: los merecimientos de Jesucristo están allá abogando por ti; ni tampoco es voz muda si alegas para que el Espíritu Santo venga. No desconfíes, que si los merecimientos de Jesucristo tú das por ellos, te darán al Espíritu Santo.

Tanto vale lo que das como lo que te dan. Si te dan

a Dios, a Dios das, y aunque por la parte que es Dios, Jesucristo Nuestro Redentor no padeció, pero en fin se dice haber padecido aquel que era Dios. Y por la hiel que El bebió, estando puesto en la Cruz, te darán a ti la miel del Espíritu Santo, llamarán tus pensamientos, palabras y obras al Espíritu Santo, que El sobrevendrá en ti, sin que tú sepas cómo ni en qué manera, sin que lo sientas ni sepas porqué parte entró, y hallarlo has dentro en tu corazón aposentado; hallarás dentro de tu ánima una alegría grande, un regocijo tan admirable y tan lleno que te hará salir de ti.

Decía el santo Rey David (Psalm. L): *Darás, Señor, gozo y alegría a mi oreja, y gozarse han los huesos humillados*. El corazón que estaba triste, el ánima que estaba muy congojada, recibirá alegría y gozarse ha; oirás al Espíritu Santo que te hablará en tu oreja, y te mostrará todo lo que debes hacer. El mismo que tiene por oficio consolar; ese mismo tiene por oficio exhortar; y el mismo que te consuela, ese mismo te reprende.

¡Oh, hombre cobarde, de poco ánimo, no quieras temer como niño, ten esfuerzo de varón! El mismo Espíritu Santo que te viene a consolar, ese mismo te reprenderá, para quitar aquello que impide tu consuelo. *Paracletus*, quiere decir *Consolador*. Y pues ves, hermano, que por los merecimientos de Jesucristo se da el Espíritu Santo, no ceses de pedirlo, no dejes de desearlo con gran deseo, sintiendo de El que vendrá a tu ánima, y será tanto consuelo para ti que nadie bastará a quitártelo. Apareja tu posada, apareja la comida para este huésped, pues tan bien la merece y tantas obligaciones le tienes; hagamos muchas limosnas a los pobres; hagamos misericordia a nuestros prójimos; abstengámonos de todo pecado y de toda falta en esta Semana Santa; tengamos nuestros sentidos muy sujetos, y todos estemos con verdadera confianza, que por su misericordia vendrá en fuego de amor, fortalecerá nuestros corazones y darnos ha sus dones.

TRATADO SEGUNDO

DEL ESPÍRITU SANTO

Cum venerit Paracletus, quem ego mittam vobis a Patre.

«Cuando viniere el Consolador, el cual os enviaré del Padre.»

(JOANN., XV.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

TODOS *buscan sus cosas* (Philip., II), *no las cosas de Jesucristo*, dice el Apóstol San Pablo, quejándose de las costumbres de los hombres. Todos buscan lo que les cumple, y no lo que le cumple a Jesucristo; y hablando de Jesucristo, dice el mismo Apóstol (Rom., XV): *Etenim Christus non sibi placuit, sed sicut scriptum est, improperia improperantium tibi ceciderunt super me.* Todos buscan lo que les cumple a ellos, y no lo que toca a Jesucristo: mas Jesucristo, olvidado de lo que le cumple a El por acordarse de lo que nos cumple a nosotros, *non sibi placuit*, no escogió vida a contentamiento de lo exterior, antes muchas veces se cansó por esos caminos, derramó muchas lágrimas, padeció muchos denuestos, y finalmente, padeció la muerte, para que entiendan los hombres que pudiendo vivir descansadamente olvidaba su descanso por dar descanso a los hombres.

Señor, si fuérades como nosotros, ¿cuán mal nos fuera? ¿Cuántas veces os habrá acontecido andar tras de Nuestro Señor, demandándole alguna merced, importu-

nándole con oraciones, con lágrimas, con limosnas, con disciplinas, y después que os lo ha dado, vos como mal pagador os olvidáis de Dios? En la adversidad vais a El, y en la prosperidad os olvidáis del Señor. Mal hecho es. Si El fuera como nosotros, ¿qué fuera de nosotros? Ya está en los cielos, ya no le falta nada para su descanso; si estando en su prosperidad nos olvidara, ¿qué fuera de nosotros? Sea su misericordia bendita (Rom., VIII): *Fué Jesucristo al cielo*—dice San Pablo—*a parecer delante el acatamiento del Padre, para ofrecerle su Pasión y ser nuestro abogado.*

Por parte de Jesucristo bien libraremos, que recibiremos el Espíritu Santo. Señora, ¿y por vuestra parte libraremos bien? Raquel dos hijos tuvo, la Virgen benditísima dos hijos tiene, uno natural y otro adoptivo; el Hijo natural ya está en el cielo, ya está reinando, en cobro está, no tiene que pedir para El, y os resta que a los que somos hijos adoptivos nos alcancéis gracia, dones que son necesarios para ir donde está el natural.

Cum venerit Paracletus, etc. (Joann., XV.) Estamos en Pascua del Espíritu Santo: venga en vuestros corazones, para que tengáis buenas Pascuas. Dice Jesucristo por San Juan (Ibid.): «Cuando viniere el Consolador que yo enviaré de parte del Padre, que es Espíritu de verdad, El dará testimonio de mí, y vosotros lo daréis también, porque habéis sido testigos de vista, y que desde que comencé a predicar me habéis conversado; aparejaos, que grandes trabajos os vendrán, echaros han de las iglesias y perseguiros han, y un solo descanso que podéis tener, que es descansar algún día que os dejasen de perseguir, aun éste os faltará, porque nunca cesarán, haciendo cuenta que en perseguiros y mataros hacen servicio a Dios; consolaos con que es gente ignorante, que no conocen al Padre ni a mí, y que os persiguen sin merecerlo por amor de mí. Dígooslo antes que venga, porque cuando viniere la hora os acordéis que os dije lo próspero y adverso que os había de venir, y hallaréisme verdadero en uno y en otro.»

Cuando viniere el consolador, etc. El Señor, ya os he

dicho algunas veces, que si dejásemos a su corazón hacer lo que quiere por nosotros, todo sería hacernos misericordia, porque a El propio es el hacer misericordia: si castiga, como forzado castiga, y fuera de su condición (Thren., III): *Non enim humiliavit ex corde suo, et abjecit filios hominum.* Cuando abate Dios a uno, no lo hace de corazón, sino como forzado, como padre que ve a su hijo ser malo, castígalo con amor, y el hijo hace que le castigue Dios. «Dulce es de naturaleza—dice San Jerónimo—, mas nosotros le hacemos que nos castigue.» De aquí viene que cuando castiga, luego busca el consuelo (Levit., XXVI): *Quoniam abjecit, et miserebitur secundum multitudinem misericordiarum suarum.* ¡Qué desconsuelo recibieron los Apóstoles cuando les dijo que se quería ir! (Joannes. XVI, 6): *Quia hæc dixi vobis, tristitia implevit cor vestrum.* Amaban tanto a Jesucristo, que no tenían paciencia para oír decir: «Voime.» Pues sois tan amigo de dar consuelo, ¿qué consuelo daréis a éstos que tan desconsolados están por amor de Vos?

Dos consuelos les da: el uno (Joann., XIV): *Si diligeretis me, gauderetis utique.* «No pospongáis mi bien a vuestro contentamiento. Si me amásedes, os gozaríades porque me voy a reinar; y porque este consuelo es de perfectos, que viven en trabajos y toman por consuelo que la voluntad de Dios se cumpla en ellos.» Dales otro consuelo que toca al provecho de ellos. «Tristes estáis porque me voy; pues yo os digo (Joann., XVI) *que os cumple que yo me vaya.*» Mira qué palabra, que es menester grandísima fe para creerla: «Yo os digo en verdad, que os conviene mi ida; y paréceos a vosotros que yéndome yo quedáis desamparados, y que los judíos y todos los hombres os han de perseguir. ¿Pensáis que quedáis como niños, que en apartándose la madre de ellos los ha de comer el lobo?» Señor, si dijéredes que os cumplía a Vos, fuera bien; mas que nos cumpla a nosotros, ¿cómo es posible? (Joannes, XVI): *Si enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos.* «Cúmpleos que me vaya, porque si no me fuere, el Consolador no vendrá a vosotros; y si me fuere, enviároslo he; por eso os cumple que me vaya.»

Señor, ¿consolador por consolador, Vos no sois buen Consolador? ¿Qué hacía el Señor? Decirles bienes de este Consolador, para que con su venida templasen la pena que recibían de su ida. Enviaros he uno que ha por nombre *Consolador;* uno que os enseñará, no solamente las cosas presentes, mas aun las por venir; uno que os dirá quién Yo soy, que aun no me conocéis bien; uno que sea Espíritu, que allá dentro de vosotros os enseñe, que ni sea menester orejas, ni ojos para verle; uno que nunca os dejará, sino que estará con vosotros cuando comáis y cuando durmáis, cuando estéis en la iglesia y cuando estéis en casa; uno que será tan vuestro compañero, que nunca se apartará de vosotros; tened ahora por bien mi ida, porque venga a vosotros este Enseñador. Todo lo que Yo os he hablado El os lo declarará, El será vuestro Maestro, vuestro Ayo, vuestro Consolador, para que os consoléis con El; tened por bien que Yo me vaya.»

Grande es la dignidad del Espíritu Santo, que tuvo por predicador al mismo Jesucristo. ¿Quién predicó de Jesucristo? El Espíritu Santo por boca de los Profetas; mas al Espíritu Santo el mismo Jesucristo Dios y hombre lo predicó por su propia boca, y dijo tantos bienes de El porque los Apóstoles tuviesen paciencia de su ida. Señor, consolador por consolador, ¿no os quedaréis Vos? Contentos estamos con Vos; no hay pena que con veros no se nos quite; quedaos Vos con nosotros, Señor. No tenéis razón, aquella humanidad de Jesucristo que veían no era tan buena como el Espíritu Santo; porque la humanidad era cosa criada, y el Espíritu Santo era Dios. La divinidad de Jesucristo no se iba, como no descendió del cielo.

La divinidad tampoco subió ahora al cielo; lo que se ausentaba era el ánima y el cuerpo, y éste menor era que el Espíritu Santo. Pues no tenéis razón de decir que no se vaya para que venga él. «Cuando este Enseñador venga, El os dirá quién Yo soy; y cuando le hubiéredes conocido, daréis por bien empleada mi ida, por haberle conocido.»

Henos aquí metidos donde yo deseaba. Tenga cada

uno el gusto que quisiere; el mío harto ruin es por cierto; mas uno de los tiempos en que mi ánima está más consolada y en que mayores mercedes espera recibir de Dios, es esta semana antes de Pascua, llamada por nombre *Semana Santa*. Por reverencia de Dios que me hagáis esta merced, y a Dios este servcio, y a vuestra ánima tan gran bien, que si en otro tiempo habéis sido los que no debíades, esta semana sirváis a Dios muy de veras, y yo os doy palabra de parte suya, en cuyo lugar estoy, aunque indigno, que El os pagará el servicio que le hiciéredes. Quien de esta semana tiene parte, en todas las otras fiestas de Jesucristo la tiene, y quien de esta semana no tiene parte, ni tiene parte en su nacimiento, ni en su ayuno, ni en su oración, ni en sus azotes, ni en su muerte, en cuanto ha hecho ni hará, si no tiene parte en esta semana.

¿Paréceos que es de tener en mucho esta fiesta? Porque los hombres tuvieran parte en esta fiesta hizo Jesucristo Nuestro Dios todo esotro que hizo (*Collecta Eccles.*): *Ut divinitatis suæ tribueret nos esse participes*. Así lo canta la Iglesia estos días. ¿Qué es participar de su divinidad? Es celebrar bien esta Pascua, recibir el Espíritu Santo, que es el mismo Dios; para eso trabajó Jesucristo tanto, para que gocemos de esta santa fiesta. ¿Y qué fiesta es ésta? Fiesta del Espíritu Santo, y ¡ay de aquel que no tuviere el Espíritu Santo! ¿No me pasaré yo con vivir en mi carne, o a lo menos con vivir en mi espíritu? «No—dice San Pablo (Rom., VIII)—: *Vos autem in carne non estis, sed in spiritu. Si quis Spiritum Christi non habet, hic non est ejus*. No desmaye nadie. «Vosotros—dice San Pablo—no vivís en carne, no vivís por vuestro juicio, no os regís por vuestra voluntad y apetito.» ¡Quién fuera tan dichoso predicador, que os dijera con verdad: «No vivís en carne, sino en espíritu»: *Si tamen*, o *si quidem*, como dice otra letra: *Si quidem Spiritus Dei habitat in vobis;* porque ciertamente el Espíritu de Dios mora con vosotros!

Porque entendáis que vuestra bienaventuranza es tener por huésped al Espíritu Santo, sabed que si alguno no

tiene espíritu verdadadero de Cristo, este tal no es de Cristo. Otra vez era menester decir, y otras mil veces, ¿si no es de Cristo, cúyo será? Todas mis riquezas, Rey mío, están en ser de Vos: con esta condición da Dios las riquezas al cristiano, con que él sea de Dios (I Cor., II): *Omnia vestra sunt, sive Paulus, sive Apollo, sive Cephas, sive mundus, sive vita, sive mors, sive præsentia, sive futura, omnia enim vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei.* No os llaméis pobres, que todas las cosas son vuestras; Pablo es vuestro, porque trabaja y padece por vosotros; Cephas, que quiere decir Pedro, es vuestro, porque también suda él, y revienta hecho esclavo. Apolo también; el otro predicador es vuestro, pues os predica; la vida es vuestra, pues la vivís para Dios; la muerte es vuestra, pues por la muerte pasáis a Dios; lo presente, lo por venir vuestro es, porque de lo presente, si usáis de ello como Dios quiere, lo porvenir guardado os está: todas las cosas son vuestras, y vosotros de Cristo; de manera, que con esta condición son vuestras todas las cosas con que vos seáis de Cristo. Si no fuéredes de Cristo, ¿cúyo seréis? (Joann., III): *Qui incredulus est Filio, non videbit vitam: sed ira Dei manet super eum:* El que es incrédulo al Hijo de Dios, el que no está bien con El, la ira de Dios queda en él.

En Adán comenzó la ira, y en Adán nacemos todos hijos de ira: en Jesucristo comenzó la gracia, y todos los que no estuvieron ingeridos en Jesucristo, la ira de Dios quedará sobre ellos. En Adán es el pecado, en Jesucristo es la justicia; en Adán la desgracia, en Jesucristo la gracia; en Adán el infierno, en Jesucristo el cielo. Si no eres de Cristo, si no estás bien con Cristo, la ira de Dios es sobre ti (Eccl., V): *In peccatores respicit ira illius:* La justicia de Dios está mirando contra los pecadores.

En cometiendo un hombre un pecado mortal, luego muere a Dios, y pone Dios los ojos en él airados. ¿Quién tendrá la mano a Dios? ¿Quién te defenderá de El? (Psalm. XC): *Scapulis suis obumbrabit tibi.* ¿Quién te hará sombra, y te guardará del Sol tan recio como la ira de Dios? *Scapulis suis obumbrabit tibi.* ¿Quién te

librará de Dios airado? Dios manso. ¿Quién te defenderá de Dios riguroso? Dios Cordero. Envió Dios a su Hijo para que su disciplina y castigo cayese sobre el que no debía nada, y el culpado quedase libre; para que con sus espaldas te hiciese sombra, y la justicia de Dios no te abrasase; ponte detrás de El, que en El dió el ardor del sol, y sobre El descargó la ira de Dios, y detrás de El hay sombra; allí hallarás refrigerio. Si no estuviere en El, ¿qué será de mí?

Si el sarmiento no permaneciere en la vid, no escapará del fuego; y si tú no estuvieres en Jesucristo, no escaparás del infierno. Nadie sube al cielo sino Jesucristo, que descendió del cielo. Nadie entrará en la gloria sino el gracioso, el amado del Padre; y nadie es gracioso, ni amado, sino en Jesucristo. Quien no está arrimado a Jesucristo, condenado será para siempre; quien no tiene espíritu de Cristo, no es de El; ¡ay de él! Quítame, Señor cuanto hay en el cielo y en la tierra, y no me quites ser tuyo; si tuyo soy, mandarme ha tu bondad, mandarme ha tu humildad, mandarme ha tu mansedumbre; si no soy tuyo, mandarme ha la ira, mandarme ha la carnalidad, mandarme ha la pasión. Mirad, ¡qué señores éstos para regiros, que ellos mismos son pasiones! ¡Mirad, cómo mandarán sin pasión!

No hay palabra tan áspera como ésta (Rom., VIII; Isaías, XXXIII): *Qui non habet Spiritum Christi, hic non est ejus*, etcétera. *Conterriti enim sunt in Syon peccatores; possedit tremor hypocritas.* Cata que tengo de hablar hoy con vuestros corazones, y he de poner por testigos a vosotros mismos. Espantado se han los pecadores en Sión, temblor ha tomado a los hipócritas. ¿De qué? (Rom., VIII): *Quia qui non habet Spiritum Christi, hic non est ejus.* ¡Oh, qué recia palabra! Catad que no os desmayéis, no os desmayéis tan aína. No basta, hombre, que vivas en carne, ni basta que vivas en espíritu tuyo; no pienses que basta echar mano a la bolsa y dar limosna, si no lo haces en espíritu de Dios; Dios es Espíritu y ama a su semejante; quiere que le adores y sirvas en espíritu. Si dentro no hay espíritu limosnero, no aprovecha dar limosna acá fuera.

¿Qué te aprovecha pasar y pasar cuentas, si dentro no ora el espíritu? (Isaí., XXIX): *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me.* ¿Qué sirve la sobrepelliz blanca, qué significa la castidad si ni el espíritu ni el cuerpo tienen castidad? ¿Qué aprovecha tener las rodillas hincadas, y el alma tiesa y que no quiere humillarse a obedecer los santos Mandamientos de Dios? Menester es que le sirvan en lo de fuera y en lo de dentro; contentarse ha con eso, con que le sirvamos con el cuerpo y con el espíritu. No, no desmaye nadie, yo os diré cuando desmayéis, si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo: no te basta tu propio espíritu.

«No lo entiendo», dirás; declarártelo he, que me place: no basta que un hombre viva conforme a su razón, y que tenga las pasiones refrenadas y reguladas por su espíritu. San Juan (cap. I): *Dedit eis potestatem filios Dei fieri his, qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus, nec ex voluntate carnis, nec ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.* ¡Oh, qué bien lo habéis dicho, Aguila de Dios! Los que son hijos de Dios, nacen, no de hombres, no de sangre, no de voluntad de carne ni de voluntad de varón, sino de Dios; no basta para ser hijo de Dios y subir al cielo que haya nacido de sangre; nada sirve que seáis hijo de Conde, ni de Duque, ni que seáis de sangre de Rey, poco es eso. El mayor serafín que está en el cielo, que no tuviese el Espíritu de Cristo, no sería bienaventurado.

No se da el cielo por linaje, *non ex sanguinibus, nec ex voluntate carnis;* no nacen de voluntad conforme a lo que quiere su carne; no nacen con voluntad afectada a la carne; y si nace con voluntad afectada a razón, ése en la Escritura se llama varón; que quien vive conforme a la carne, no merece nombre de varón; no basta nada de eso para poseer el cielo, no basta ser hombre sólo (Joannes, III): *Quod enim natum est ex carne, caro est. Nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, filius hominis.* No basta que seas hombre, menester es que estés en Cristo, para que en El subas al cielo. Si solamente eres hombre, heredarás a tu padre, mas no heredarás a Dios. No nacen de ahí los que han de subir al cielo:

Sed ex Deo nati sunt, de Dios han de nacer. ¿Declarárémelo? *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei.* Aquel es hijo verdadero de Dios que hubiere renacido de agua y Espíritu Santo, y si no, no entrará en el cielo. Esto es lo que dijo San Pablo (Rom., XIII): *El que no tiene espíritu de Cristo, éste no es de Cristo;* no teniéndolo, no serás hijo de Dios, ni te salvarás.

Recia cosa es; esperad un poco, pues que aun no he acabado, cuantos estáis aquí a quien esta doctrina parecerá tan nueva como si no fuérades cristianos, y después de haber probado que lo dice Jesucristo, vais a vuestras casas dudando si es verdad lo que se hubiere dicho. «Clama—dijo Dios a Isaías (cap. XL)—: *Omnis caro fœnum, et omnis gloria ejus quasi flos agri: exsiccatum est fœnum et cecidit flos, quia Spiritus Domini sufflavi in eo.* Da voces, Isaías, di *que toda carne es heno* y todo lo más honrado de la carne *es como flor de heno.* Secóse el heno y cayóse la flor, porque el Espíritu de Dios sopló en él.» A voces se lo manda decir; porque estará aquí algún mozo o moza que pensará ser tan gran cosa, ser gentil hombre o gentil mujer, ser honrados y acatados, y tener fresca edad. «Diles que se engañan, que todo eso es como florecica de heno, que en viniendo un airecito la derriba.» Viene el airecito delicado del Señor, y da con todo en el suelo.

¿Habrá quién entienda esto, *toda carne es heno?* ¿Qué quiere decir carne? Dice San Agustín (lib. XII, *de Civit. Dei*), que «por carne se entiende todo el hombre, tomando la parte por el todo»; no quiere decir esta parte exterior, sino todo el hombre. Da voces, que quizá habrá algunos que aunque no pongan su gloria en vestidos, ni en galas, ni en deleites de carne, quizá estarán más engañados que los que claramente van a su perdición. Predicad, que todo hombre, en la parte sensitiva y en la parte intelectiva es heno, y toda la gloria de él es como flor del heno. ¿Cuál es la gloria y honra de la carne? Tomad un filósofo, que leer sus obras parece una cosa venida del cielo, hallaréis un entendimiento tan claro

y tan vivo, una voluntad tan aborrecedora de vicios y amadora de las virtudes; esa es su honra, honra y gloria, eso es lo mejor que tiene el hombre; mejor es que riquezas, y mejor que honra; pues diles *que esa gloria es como la flor del heno.*

¡Oh, cuántos habrá que os parecerá tener buena cuenta delante de Dios, y cuando seáis llamados a su juicio no podréis estar en pie, porque el soplo del Señor soplará! Aquel juicio tan estrecho, aquel escudriñar a Jerusalén con candelas, aquel examinar no solamente los pecados, mas también las buenas obras, «la limosna que disteis, el Padrenuestro y Avemaría que rezasteis, la Misa que dijisteis y oisteis, la intención de las buenas obras que hicisteis, que os parecía a vos que teníades en ellas algún refugio para la hora de la muerte. Diles *que toda carne es heno.*

Día vendrá, cuando el Espíritu del Señor sople en esas cosas, y no podrán estar en pie. ¿Porqué no podrán estar en pie? ¿Quién te defenderá del juicio de Dios? ¿Piensas tú que te podrás defender? No te defenderá de Dios, sino el mismo Dios. El soplo de Dios derriba la flor; quiere decir que si diste limosna, si perdonas la injuria, si dices y oyes Misa, no te aprovecha nada si de ti sólo sale. «No lo entiendo.» Pues oigan los sacerdotes y teman. Dicen los hijos de Araón (Levit., X): *Incensemos a Dios, que está airado, para que se amanse.* Bien hacéis; toman los incensarios, y ponen fuego de por ahí, y no del que Dios había mandado; comienzan a incensar, y no solamente no fué acepto, mas presencialmente los mató Dios, y los sacaron muertos con sus sobrepellices, por causa del fuego que pusieron. Habíales Dios mandado que no sacrificasen con el fuego de las casas, sino con el que El enviase; hácenlo al revés, y reciben la pena de su delito.

¡Ay del sacerdote que sube al altar si no lleva en su corazón el fuego de Dios! ¡Ay de aquel sacerdote que dice Misa o va a entierros con fuego de la tierra, con fuego de codicia o de voluntad, y no con fuego de amor de Dios! ¡Ay de él! Cuando le dirán: «Daca el bien que hiciste,

¿de qué corazón salió, salió de corazón tuyo, o de corazón mío?» Todo lo que hallare no haber procedido de fuego de amor de Dios Nuestro Señor (no vengo a disputar aquí si las obras indiferentes, o las obras moralmente buenas que no proceden de caridad como de raíz,, sean meritorias) basta que todo lo que hallare hecho sin haber estado presente el Espíritu del Señor no lo recibirá, aunque sea hacer milagros, aunque sea derramar sangre: si no está presente el Espíritu de Jescucristo, todo es perdido. ¡Oh, Virgen María, qué de gente ha de haber engañada para aquel día! (Rom., VIII): *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo.* ¿Qué sentís cuando oís esto? Tened punto. Este lugar es de Dios; desde aquí son juzgados vuestros corazones. Una representación es este juicio de lo que ha de obrar Dios en aquel día del final juicio. Dice Dios: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo.*

Espera, ¿no dijisteis que lo decía San Pablo? ¿No es más verdad lo que predicó Dios encarnado, que lo que escribió Pablo y está aprobado por escritura canónica? ¿No va diferencia de Dios a Pablo? ¡Y cuánta! Si Pablo hablara como Pablo, bien fuera: mas Pablo pone la lengua y garganta; él pone la voz, mas la palabra de Jesucristo es. San Agustín dice: «Cuando uno va a sembrar, lleva una espuerta , que quizá va llena de barro, y el trigo que va en ella es muy lindo; no es el trigo de la espuerta porque va en ella.» San Pablo, Isaías, Jeremías, ¿sabéis qué son? Espuertas de la semilla, y palabra de Dios. No tengáis en poco la semilla, si la espuerta es vil. El Concilio Tridentino (ses. 4.ª, c. 1) aprobó por canónicos todos los libros de la Biblia, excepto el tercero y cuarto de Esdras. Tan de verdad es lo que Pablo dice en sus Epístolas como lo que Cristo dice en su Evangelio, pues todo lo dice un mismo Espíritu. ¿Qué sientes del día del juicio? Unos se gozarán y otros gemirán.

¿Qué sentís de esta palabra: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo?* Habrá unos que oyéndola bendecirán a Dios, porque por su misericordia confían que tienen Espíritu de Cristo: otros habrá que oyén-

dola, les dé mal de corazón, especialmente algunos que oyendo decir Espíritu hacen cuenta que oyen nombrar al demonio, como los gentiles que no podían oír decir que había un Dios. Los judíos bien confiesan un Dios: mas cuando oyeron decir que este Dios tiene Hijo, el cual es igual al Padre, luego les tomó el demonio, y dijeron (Matt., XXVI): *Este hombre blasfemado ha que se ha hecho Hijo de Dios.* Algunos cristianos confiesan un Dios, y que tiene Hijo igual a su Padre: mas en nombrándoles el Espíritu les da mal de corazón. ¿Cómo hemos de hablar sino como Dios y la Escritura habla? Espíritu se dice en la Escritura. ¡Gente tan enemiga de Espíritu, que aun no lo quieren oír nombrar!

¿De dónde nace eso? De estar el corazón maleado. ¿Qué hacéis cuando oís una palabra que os da pena y os dicen: «Dios la dijo»? Que dijo Acab: «Miqueas nunca me profetiza cosa que me agrade.» «Yo soy pregonero, soy mensajero, soy el notario, ¿qué culpa tengo yo?» Dios os lo envía a decir. La palabra dicha en el púlpito que no revuelve al malo los humores, no se dice como palabra de Dios ni se recibe como palabra de Dios (Isaí., XXV): *Domine Deus meus es tu, exaltabo te, et confitebor nomini tuo: quoniam fecisti mirabilia, cogitationes antiquas fideles. Amen.* «Señor, Dios mío eres tú, ensalzarte he.»

Ensalzar la palabra de Dios es ensalzar al mismo Dios. «Yo alabaré tu nombre, porque hiciste cosas maravillosas, y los pensamientos antiguos, lo que pensaste eternalmente pusiste por obra.» Ea ya, decid ¿qué es? *Quia posuisti civitatem in tumulum, urbem fortem in ruinam, domum alienorum, ut sit civitas, et in sempiternum non ædificatur: super hoc laudabit te populus fortis. Civitas gentium robustarum timebit te.* «Yo te alabaré, Dios mío, porque has puesto la ciudad en montón de piedras, has alborotado aquella ciudad de malos que vivía en el corazón, que estaba reposado y arrellanado en sus pecados, la has revuelto.» No hay ruibarbo que así revuelva el estómago, como la palabra de Dios revuelve el corazón. Nadie espere ser consolado de Dios, si primero no es entristecido. Si quieres ser consolado, dolores y temores

has de tener, alborotado has de estar, so pena de no ser palabra de Dios la que oíste, o de no obrar en ti como palabra de Dios, si estás en pecado.

¡Triste de mí, que me dicen (Ephes., V) *que ni el fornicador, ni el avariento, ni el maldiciente han de entrar en el cielo!* «Anda—dice el otro—que no será tanto como dicen, que Dios es misericordioso.» Andáis buscando achaques con que, aunque no matéis la palabra de Dios, a lo menos la herís y debilitáis, como los otros labradores de la viña, que a unos mataron y a otros hirieron de los criados del señor. Aquel mata la palabra de Dios, que dice: «Quita allá, que no quiero cuenta con eso.» Aquel la debilita, que dice: «A la vejez seré bueno.» Anda buscando achaques para no ir desconsolado del sermón: ¿porqué no niegan la palabra de Dios? Porque es palabra de Dios no la osan negar, por eso le buscan achaques, porque salen del sermón desconsolados, y a cabo de poco se tornan a consolar y olvidar de lo que oyeron. *Hoc est judicium*, dice la glosa (Joann., III). Esta es la causa de su condenación. *Quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem.* ¿Porqué lo hacen así? Vino la luz al mundo. Sea Dios bendito por ello. ¿Quién es la lumbre? Jesucristo, la palabra de Dios es la lumbre con que habéis de mirar vuestra ánima si está buena o mala; y amaron los hombres más las tinieblas que la lumbre.

Dios os guarde de hombre que lo vais a llamar cuando está durmiendo porque le hace mal el dormir, y le ponéis un hacha delante sus ojos y la apaga por dormir más a su placer. ¿Porqué aborreces la palabra de Dios? Porque te hace mal sabor al sueño que quieres dormir. Dícenos (Matth., VI): *Si no perdonáredes a vuestros prójimos, ni Dios os perdonará a vosotros.* ¿Qué ha de sentir el enemistado? Dícenos (Matth., XVIII): *Si no os tornáredes como niños, no entraréis en el reino de Dios.* ¿Qué ha de sentir el fantástico, qué sentirá el que tiene lo ajeno cuando oyere decir: «Si alguno tiene lo ajeno, el diablo lo tiene a él?» ¿Qué ha de hacer? ¿Apagar la lumbre para dormir a su placer? Recuérdate que te mata el dormir; cata que te vas

a más andar al infierno. ¿Hácesete de mal dejar el pecado, y por no decir no es verdad la palabra de Dios (Joannes, III) quieres apagarla y no acordarte de ella? *Amaron los hombres más las tinieblas* (que son los pecados) *que la luz.* No así. ¿Cómo habéis de hacer cuando os desconsuela la palabra de Dios? No la olvidéis: cuando tenéis el emplasto puesto en la llaga, no lo quitéis de la llaga, y daros ha sano. Díceos Dios una palabra que os lastima, ponedla sobre la llaga. «¡Oh, que me entristece!» Entristezca, hágaos llorar, obre. «¡Oh, que me da pena!» Hermano, con eso sanaréis y vereis cuán gran consuelo os da después. Al punto que os da pena el oír (Rom., VIII): *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo,* pensad bien ello, deteneos; ¿qué es lo que sentís? ¡Oh, qué desmayados estáis aquí! Quien no vive por el espíritu ajeno, éste no es de Cristo.

No has de vivir, hermano, por tu seso, ni por tu voluntad, ni por tu juicio: por Espíritu de Cristo has de vivir, Espíritu de Cristo has de tener. ¿Qué quiere decir Espíritu de Cristo? Corazón de Cristo. El que no tuviere corazón de Cristo, este tal no es de Cristo. A la esposa dice Jesucristo (Cant., VIII): *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum; quia fortis est, ut mors dilectio,* etc. «Cristianos, herrados habéis de estar con mi hierro; sellados habéis de estar con mi sello; yo mismo tengo de ser el sello; ablandad vuestros corazones como cera, y selladme en él y ponedme como señal sobre vuestro brazo.» ¿Qué queréis decir? Quiere decir que los predestinados han de ser semejables a Jesucristo, como dice San Pablo. ¿En qué han de ser semejables? (Ephes., V): *Ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos.* «Dadme, Señor, vuestro corazón, y luego amaré lo que Vos amáis, aborreceré lo que Vos aborrecéis». *El que no tiene corazón de Cristo, no es de Cristo:* cosa recia es. ¿No es por cierto?

¡Oh, qué de sermones habéis oído, y no acabáis de entender lo que os predico y lo que os cumple! Desconsolados estamos, Padre. Así lo quiero yo, hermano, y así lo quiere Dios. ¿Qué remedio para esto? ¿Cómo tendré con-

suelo? ¿Qué sé yo si estoy en gracia? ¿Qué sé yo si tengo el Espíritu de Cristo? Buenos estamos por cierto; ¿qué sabéis vos? Hablo con frailes, clérigos, personas recogidas y desocupadas; si me decís de saberlo por ciencia evidente, si me habláis de artículo de fe, bien decís que no sabéis si estáis en gracia. Mas hablamos de un conocimiento por conjeturas y por señales de un descanso y sosiego de corazón entrañable. Malaventurado de aquel, no quiero decir condenado, sino penado, de aquel que no tiene este consuelo, aquella confianza, aquel decir: «Salvarme tengo.» No hay cosa más desconsolada que el que no tiene este consuelo.

Que los mercaderes, que los negociadores, que los casados y los que están ocupados en negocios temporales, no tengan esta consolación del Espíritu Santo, no es de maravillar; mas ¡quien contrata con Dios, quien habla con Dios y Dios con él, que cuando leemos habla Dios con nosotros, y cuando oramos hablamos nosotros con Dios; quien tiene familiaridad con Dios y vive desconsolado, grandísimo es su desconsuelo y grande es su desdicha! ¡Que subamos al altar y metamos un terrón de azúcar en la boca y no sintamos dulzura! ¡Que metamos un gran fuego en nuestro seno y no sintamos calor! ¡Gran pena, gran desconsuelo! Téngase por desdichado el que de esta manera se sintiere. Si preguntásedes a una esposa: «Decid, señora, ¿qué condición tiene vuestro esposo, es dulce o es áspero?» Y os dijese: «No sé, por cierto». ¿Quién lo sabrá? Si preguntáis a un sacerdote que trata con Dios qué condición tiene Dios y dice que no sabe, ¿a quién lo preguntaréis? (Rom., VIII): *Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei.* El mismo Espíritu Santo, con su consuelo, con su calor, nos da testimonio y dice que somos hijos de Dios.

Veis aquí cómo se conoce por conjeturas estar uno bien con Dios. Estáis desconsolado, guárdame ese desconsuelo para su tiempo (Joann., XIV). *Cuando venga el Consolador*—dice Cristo—*El dará testimonio de Mí.* Estás desconsolado, también estaban los Apóstoles desconsolados; ellos porque se les iba Jesucristo, y tú tam-

bién porque se te ha ido Jesucristo por el pecado que hiciste. ¿Por qué estás triste? «Porque ofendí a Dios; porque le he sido ingrato y le he dado de bofetadas». Estás triste; en hora buena; espérate un poco, que de aquí a ocho días vendrá un Consolador que te consuele. Quisiera haberos demandado albricias antes que os lo dijera; vais al confesor o al predicador: «Padre, consoladme». ¿Queréis que os deje un Consolador que os consuele en vuestra casa y en vuestra cama, y que no tengáis necesidad de ir a buscar quien os consuele? El Espíritu Santo es.

Mucho quiere a las viudas, mucho ama a los huérfanos, mucho a los tristes; ¿queréis recibirlo? ¿Estáis triste por habérseos ido Jesucristo? De parte de Jesucristo os prometo que El venga en vuestros corazones y en vuestras entrañas; muy sin cuidado me iré esta noche a dormir, que no me toméis en mentira. «Padre, ¿cómo consolará una tan gran llaga?» En eso veréis que es Dios. Si el Espíritu Santo no fuera mayor que la Humanidad de Jesucristo, no pudiera consolar la tristeza que tenían por su ida, no pudiera henchir el vacío que dejó con su ausencia. Mira el desconsuelo que tenían los Apóstoles por la ausencia de la humanidad de Cristo, que mayor es el consuelo que recibieron con el Espíritu Santo. No hay tristeza que el Espíritu Santo no consuele, por muy grave que sea.

Hermanos, este Consolador vendrá; algún aparejo es menester que hagáis para recibirlo. Quien no tiene espíritu de Dios, ¿qué hará para tenerlo? Ese es el negocio en que hemos de entender esta semana; desocupaos de negocios temporales para recibir en vuestros corazones el Espíritu de Jesucristo; porque el Espíritu Santo procede de El en cuanto Dios, y porque mora en El en cuanto hombre. «Padre, querrámelo dar?» No es bien que yo os lo diga, dígaoslo quien os lo ha de dar. Estaba Jesucristo en Jerusalén una Pascua de los Tabernáculos, que caía en septiembre, y predicaba en el templo. Y estando predicando dale un grandísimo fervor y comienza a encenderse y a entonarse y alzar la voz, con aquel fervor que tenía de salvar las ánimas.

¡Quién te oyera dar voces, Rey mío! Y bien te llamas voz y clamor del Padre, porque no pudo más alto hablar de lo que entonces habló, cuando te engendró. ¡Quién le oyera dar voces, y le viera aquel rostro encendido! Decid, Señor, que aunque ha tanto tiempo que predicasteis, bien os oiremos, que para los de entonces y para todos los que después viniesen dijisteis (Joann., VII): *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.* En el templo estaba, y en Pascua, y el postrero día de Pascua, que era más solemne que todos, decía, no como quiera, sino a grandes voces: «Si alguno ha sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, ríos de agua viva correrán de su estómago». Dárosla ha allá dentro el que tuvo por bien de predicarlo acá fuera.

Hermanos, ¿porqué os morís de hambre y sed? (Isaí., LV): *Quare appenditis argentum non in panibus, et laborem vestrum, non in saturitate.* ¿Por qué traéis corazones semejantes a infierno que nunca se harta? ¿Qué angustias tenéis? Venid al Espíritu Santo de Cristo y El os las remediará: si tenéis sed, El os hartará (Jer., XVII): *Perdix fovit, quæ non peperit.* Pone la perdiz sus huevos, pasa por el nido otra perdiz, y échase sobre los huevos ajenos; viene la que los puso, y no la deja llegar la otra: finalmente saca los perdigoncillos, y cuando pasa la madre verdadera, puso Dios tal instinto a los perdigoncillos, que dejan la madre falsa y vanse con la verdadera. ¡Oh, más que animal robador de lo ajeno, o demonio! ¿Porqué tienes empollando los huevos que puso Jesucristo? ¡Oh, lujuria, o malquerencia! ¿Porqué has de tener usurpada un ánima que crió y redimió Jesucristo, que es la madre verdadera?

Hijos sois de Dios, el cielo para vosotros es. Ea, pues, cristianos, redimidos por Jesucristo, oíd la voz de vuestra Madre verdadera: oíd la voz de Jesucristo, que os parió en la Cruz con grandes dolores; conoce la voz de tu Madre que está llamando: «Si alguno ha sed, venga a mí y beba. Veníos a mí, daros he contentamiento y hartura». Si el hombre tuviere seso dirá: «Este es mi Redentor, este es el que dió su sangre por mí, quiero irme

a El. Darte ha a beber su espíritu, quedarás tan harto y contento, que saldrán de tu estómago fuentes de agua viva». No solamente tendrás agua y contento para ti, mas también para los otros; deseoso está El de darnos su espíritu, deshaciéndose está por dártelo, no tengas duda de eso, no quedará por su parte. ¿Pues qué haré yo esta semana para estar aparejado para recibirlo? Haz lo que hicieron los santos Apóstoles. ¿Qué queréis Espíritu Santo? Sabed que no es amigo de carne.

Dicen los Santos Doctores que una de las principales causas porque se fué Jesucristo Nuestro Señor, fué por el grande amor que le tenían a su sagrada Humanidad. «Váyase El—dice el Espíritu Santo—, y luego vendré yo». Celoso sois, Espíritu Santo, ¿y de quién? ¿De la carne limpísima que fué concebida por Vos mismo? Desengáñense los amancebados, desengáñense los carnales, que a ningún carnal vendrá el Espíritu Santo. La paloma que salió del Arca de Noé tomó un ramito verde de oliva, y no quiso poner sus pies sobre un cuerpo muerto; limpia se volvió al Arca. El cuervo a comer carne muerta, la paloma no come carne muerta. La paloma figura es del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no toca a carne muerta; limpia nuestros corazones de deseos carnales. Ayunad esta semana los que tuviéredes fuerzas para ello, que ya que quiera carne, ha de ser carne manida, carne enflaquecida con ayunos y penitencias. ¿Qué más? En albricias y en merced os lo demando, que barráis vuestra casa con confesión muy devotamente, que ha de venir vuestro huésped, y no es razón que halle la casa sucia ni desapercibida. ¿Qué más? La comida aderezada, mira que trae gente consigo y habéis de dar de comer a sus criados, mira los pobres que tenéis en vuestro barrio, y dadles esta Pascua de comer.

Pues Dios se da a sí mismo, dadle vos siquiera un poco de limosna; mira que el primer fruto del Espíritu Santo es la caridad; dad la saya a quien estuviere desnuda; dad la camisa a quien tuviere necesidad de ella; sacad de las cárceles a los encarcelados. No tengo de qué hacer limosna; perdonad las injurias, rogad a Dios

por los que os persiguen, llorad con el que llora, los males ajenos tenedlos por vuestros, que esta es verdadera misericordia. ¿Hay más? No más, sino que la casa barrida y ataviada, es menester que le roguéis que venga, no como algunos mal criados, que no teniendo la casa aderezada ni puesta la mesa, dicen: «Sí, venid a mi casa». Apareja primero la casa, y luego rogadle que venga: «Señor, por la sangre que derramasteis, nos enviad al Espíritu Santo que nos prometisteis». Rezad siete veces el Avemaría y el Pater noster a los siete dones del Espíritu Santo. Díjeos poquito, esforzaos vosotros a hacer más; a lo menos de aquí a Pascua rezad esto cada día; rezad con la boca y con el espíritu; importunadle que venga, y os dará en este mundo su gracia, y os enriquecerá con sus dones divinos.

TRATADO TERCERO

DEL ESPÍRITU SANTO

Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant.

«Yo vine para que tengan vida, y más abundancia.»

(JOANN., X.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO



os negocios en que va la vida suelen ser muy estimados, tratados con gran cuidado y diligencia. Solemos decir: «¡Oh, Señor, que me va la vida en ello!». Todo cesa cuando decimos: «Vame la vida en ello». En el tiempo pasado leemos, que por oraciones y ruegos del Profeta Eliseo dió Dios Nuestro Señor un hijo a una buena mujer, y en saliendo el muchacho al campo murió; dióle un gran dolor de cabeza, y vínose a su casa y murió en los brazos de su madre. Púsolo así muerto encima de la cama del Profeta Eliseo, y la buena mujer viuda y lastimada salió al monte Carmelo a buscar al Profeta Eliseo, y con amargura y angustia de corazón se echó a sus pies y díjole: «Siervo de Dios (IV Reg., IV) *nunquid petivi filium a Domino meo? Nunquid non dixi tibi*, etc.? Muy mayor es la pena que he recibido con su muerte que la alegría y gozo que recibí cuando me lo dieron». Entonces mandó el Profeta a su criado que tomase su báculo y fuese donde estaba el niño muerto y le tocase con él,

No se contentó la buena mujer con esto, échase otra vez a sus pies y dijo: *Vive Dios, siervo suyo, que no iré de aquí si primero no vas conmigo.* Pudo tanto el ruego importuno de esta mujer con el Profeta, que se va con ella; y llegan a su casa, y entra a la cama donde estaba el niño muerto, sube el Profeta y encórvase todo sobre el niño difunto, junta su boca con la del niño, y ojos con ojos, y manos con manos, y cuerpo con cuerpo; al fin, juntóse todo con el niño, apocóse, encogióse el Profeta Eliseo, y vive el que estaba muerto, resucita el que estaba difunto. Tomóle el Profeta y sacóle afuera, y dalo vivo a su madre, y dícele: *En vivit filius tuus.* «Cata aquí a tu hijo que vive.» *Verdaderamente conozco que eres siervo de Dios y que vive el Señor en ti,* dijo la buena mujer. ¿Habrá aquí alguna madre que sepa llorar su muerte? ¿Que sepa llorar e importunar algún santo Profeta? Llámase *Semen,* porque así como vos nacéis por generación de sangre, en lugar de sangre, y lo que ella hace, hace acá el Espíritu Santo, y el mismo amor que la sangre pone, ese mismo pone el Espíritu Santo en el ánima adonde mora y adonde viene.

Entendedme, que si viene el Espíritu Santo en vosotros, tendréis amor a vuestros prójimos, como a vuestros hermanos, y aún más. ¿Porqué? Porque más fuerte es el engrudo y liga del Espíritu Santo que el de la sangre, el cual hace solamente amar al padre y a la madre y a los hermanos y parientes; y por esto, puesto caso que la Virgen Santa María Nuestra Señora, a sólo Jesucristo Nuestro Redentor tuvo, y fué su Hijo natural; pero porque fué allí derramado el Espíritu Santo abundantemente en su corazón y entrañas, ámanos en gran manera, ámanos entrañablemente. No hay comparación de esposo a esposa, ni de madre a hijo, ni de hijo a padre: más fuerte es el amor espiritual que como hijos adoptivos nos tiene. ¿De dónde es esto? El mismo Espíritu Santo es ternura, es amor (Joann., IV): *Deus charitas est.* Y como tan gran abundancia y plenitud se infundió en la Virgen, no tiene que ver la viuda con ella. Las oraciones, y ruegos y lágrimas de nuestra verdadera

Madre, trajeron al grande para que se hiciese chico, y el que es sobre todas las cosas se hiciese una cosa y se apocase, se encorvase y abajase, y el eterno se hiciese temporal. Esta Señora es por cuyas oraciones todo lo que se pide se alcanza del Señor (Joann., X): *Yo vine para que tengan vida y más abundosamente la tengan.* Este Evangelio habla aquí a los Pastores, y pues no están aquí, habrémoslo de traer a nuestro propósito, que somos las ovejas.

Ya sabéis que Dios Nuestro Señor nos quiere bien; muy antiguo es el amor. Al amigo viejo no le hemos de desechar. Ya sabéis cómo cuanto crió Nuestro Señor Dios, todo fué para nosotros y para nuestro servicio y provecho. Crió el cielo y la tierra, el sol y la luna, la mar y todo cuanto en ellos se mueve, estrellas, árboles, peces, animales. Señor, Dios mío, ¿para qué? Todo para servicio y regalo del hombre: «Quiero poner casa a mi hijo». Estaba todo lo dicho criado: crió al hombre de lo más ínfimo de la tierra, y como buen ollero, desde que lo tuvo formado de la tierra (Genes., II): *Soplóle en la faz soplo de vida* (el hebreo dice *en las narices*). En soplando, que el Señor le sopló, levantóse el hombre vivo (Rom., VIII): *Sicut corpus sine spiritu mortum est:* así como el cuerpo sin anhélito es muerto, así está muerta el ánima sin el Espíritu Santo.

Este Espíritu Santo es ánima de nuestra ánima. Sopló Dios Nuestro Señor en el primer hombre *spiraculam vitæ*, resuello de vida, y luego la tuvo, y aquello fué figura de la vida espiritual. Dióle Nuestro Señor Dios a Adán cuerpo, y para que aquel cuerpo tuviese vida y viviese, dióle ánima que lo vivificase; y para que aquella ánima también tuviese vida, dióle espíritu santo, *Spiritus vitæ*, dice San Pablo, vida de mi vida, alma de mi alma; dióle soplo de vida corporal, dióle también soplo de vida espiritual, fuéle dado espíritu santo. ¿Viste nunca, que viviendo en estas dos vidas, los primeros hombres comieron y murieron; comieron y costóles la vida? Cuán bien acertado está: todo el bien de una criatura que a Dios quiere agradar, está en perder su liber-

tad y su querer propio y voluntad. Fué Eva sin licencia a pasearse por el huerto; sin licencia fué, que si no fuera así no cayera; engañóla el demonio, comió como el demonio le aconsejó, y murió el ánima, porque el pecado es pestilencia del ánima, es rejalgar para el ánima (Job., VI): *Aut potest aliquis gustare, quod gastatum affert mortem?* ¿Quién está aquí tan fuera de juicio que comiese manjar que sabe cierto que comiéndolo le había de matar?

Mandáronles a nuestros primeros padres que no comiesen del árbol vedado y certificólos Nuestro Señor que luego que de él comiesen morirían, y comieron y murieron. Para manjar del cuerpo les había criado Dios en el paraíso terrenal muchos árboles; y para manjar del ánima, mandóles que del árbol prohibido no comiesen; de manera que la obediencia les dió Dios Nuestro Señor para su ánima. Comiendo de los árboles que Nuestro Señor había criado en el paraíso, comían los cuerpos de nuestros primeros padres, y vivían vida de ánima; manteníanse, y dejando de comer del árbol vedado, comían el fruto de la obediencia, y vivían vida espiritual. Desobedecieron al mandamiento que Dios Nuestro Señor les había puesto, y murieron por la desobediencia muerte de ánima, porque quisieron hacer su voluntad, y comen y mueren sus ánimas. Quedan obligados a morir corporalmente: queráis o no, corporalmente vuestro vivir es morir: daos por muertos, pues la vida no es otra sino una prolija muerte, como cuando uno está en la cárcel sentenciado a ahorcar y ya no hay apelación ni tiene remedio alguno. Murió nuestro padre Adán en el ánima, murió en el cuerpo, y todos cuantos de él venimos quedamos obligados a morir como él.

¿Qué remedio? ¿Quién remediará esta muerte del ánima y del cuerpo? Entra el Evangelio, y dice Nuestro Señor Jesucristo (Joann., X): *Omnes quotquot venerunt, fures sunt.* «Todos los que vinieron antes de mí, ladrones y robadores son». ¿Qué tal quedó el género humano? ¿Qué tales quedamos nosotros? Perdida la vida del ánima y obligados a morir corporalmente. ¿Qué tal está el

que ha perdido la gracia? Está como un hombre que está condenado a muerte, que después de muerto se juntan a hacer experiencias de anatomía en él, y lo despedazan y acuchillan miembro por miembro; hácenle aquello porque ya está muerto. ¡Qué de crueldades hace el demonio y todos los demonios en una ánima que está sin Dios, que está muerta por el pecado! ¡Cuál la paran, cuál la llevan al que ha perdido su ánima, al que condenaron a muerte porque ofendió a Dios Nuestro Señor!

Plega a Dios que no lo probemos; pero sí lo probasteis: cuando venía la tentación, luego os llevaba; cuando se os ponía un delito delante, luego os llevaba; cuando venía la carne hacía lo mismo por una parte, y el mundo por la otra, todos dan en aquella ánima que dejó a Dios, que volvió las espaldas a Dios por el pecado; todos la hieren y la acuchillan y hacen pedazos; ya os dan una puñalada, por no querer vos perdonar una injuria; ya os dan otra, por tener un rencor con otro; ya os dan otra en persuadiros que robéis lo ajeno. Todos son ladrones los que antes de mí vinieron; todos los que a tu ánima venían, ladrones son: *Fures erant.* Como dicen los juristas, ladrón es el que hurta claramente en el día, en la lumbre del sol. Vínote una tentación de la carne, y aunque sabías que consintiendo en aquella suciedad perdías a Dios claramente, y lo entendías así y creías que por aquello perdías a Dios y su amistad, y no obstante esto lo cometías, este tal pensamiento, esta tal tentación es ladrón de mediodía, es ladrón que acomete en la lumbre del sol, pues que hace consentir en el pecado, sabiendo que haces mal en ello, sabiendo que por aquello perdías a Dios y su amistad y gracia.

Gran ceguedad y gran miseria es la tuya, sabiendo cuán gran pérdida es la que pierdes perdiendo a Dios, y lo que ganas que es infierno para siempre: por una miseria, por un deleite que en un momento se pasa, pierdes a tu Dios; y pesa más delante tus ojos una fealdad y una suciedad que Dios. Claramente escoges por mejor la maldad, y olvidas a Dios, fuente y abismo de todos los bienes; y haciendo esto dejaste de hacer fuerza, aun-

que no del todo, porque libremente quieres. Este es el ladrón que viene de día y te roba tu ánima; y la deja sin Dios y llena de todos los males. El robador que viene de noche es el más peligroso y más de temer. Tienes un buen pensamiento, y date Dios un deseo de le seguir en algo, y dices: «¿Para qué quiero riquezas? ¿Para qué quiero fausto? ¿Para qué quiero honra vana? Quiero dejar todo esto, quiero pasarme con poco, quiero ser pobre; no quiero tratos, no quiero trampas, no quiero oficios, no quiero nada de este mundo». Viénete otro luego y dícete: «Déjate de esto, eso es perfección, esa vida es de perfectos; sé que bien puedes mercadear y tratar y ser rico y salvarte».

¿Quién te quita que no sirvas a Dios y des limosnas, y hagas muchos bienes? Antes los bienes dan más y más aparejo para salvarse el que los tiene, que no si fuese pobre, porque la pobreza acarrea muchos males, hace distraer al hombre andando cuidadoso de las cosas que ha menester, y faltándole las más veces. Anda, que eso no lo quiere Dios, sino que anden sus siervos alegres y riéndose. La tristeza y el andar la cabeza baja, y traer los vestidos rotos y de mal paño, hace que seas conocido y te tengan por santo, y de esta manera caerás en algún pecado de soberbia; más vale que andes como todos andan, que no seas singular, que comuniques con todos, que te vistas razonablemente; más vale que andes humilde en lo de dentro, que no en lo de fuera, que aquello es lo que mira Dios, que lo de fuera poco hace al caso, antes ayuda a encubrir la santidad del corazón, y de esta manera estarás más seguro.

Todo esto trae el demonio, no para que pares en esto que no es de sí malo, sino para de aquí llevarte poco a poco a cosas peligrosas, de donde pierdas a Dios, y así hacerte entender que no hay peligro adonde le hay. Estos son los robadores que vienen solapados debajo de buenos y razonables colores. Otros hay más peligrosos que éstos, y que más daño hacen. Dios nos guarde de espíritus, imagen de bestias, peores que brutos animales (Psalm. XLVIII): *Homo cum in honore esset non intelle-*

xit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.

Como el hombre estuviese en honra, que lo crió Dios en ella, no entendió lo que tenía; pecó, y comparado es a las bestias, hecho es semejante a ellas. Mas ¿qué dirá Dios Nuestro Señor cuando vea que un gusanillo de un hombre tenga fantasía, cuando vea que un hombrecillo, que delante de sus ojos es tan bajo, es desagradecido, qué dirá? Dijiste que eras rico, y eres pobre; dijiste que eras bueno, y eres malo. Guárdeos Dios, por quien es, de tanto viento de corazón; guárdeos Dios, hermano, de tantica presunción, de tantica vanagloria. ¡El cristiano soberbio! ¿De qué? Avergonzarnos teníamos y afrentarnos y corrernos de nosotros mismos, cuánto más tener fantasía. Como bestias vivimos, como bestias comemos, como bestias dormimos, y como bestias morimos.

Tuvo Dios compasión de nosotros; siquiera porque nos crió, no quiso dejar de remediarnos. ¿Y cuánto le costó, si os place, el remedio? Un pecado hizo Eva, pero bien caro costó. Vino Jesucristo, segunda Persona de la Santísima Trinidad, y vino el Espíritu Santo a poner remedio en esta llaga; mira lo que crees, que el Hijo de Dios y el Espíritu Santo vinieron a la tierra para tu remedio. Y pues el ánima del hombre es semejante a Dios en la naturaleza, y en la bondad y conocimiento que tiene de Dios, el ser del ánima no se perdió; aunque el hombre muere, el ánima no se muere, siempre será; y como el Padre sea fundamento de las Personas divinas, atribúyese a El el ser; y como aquel ser no se perdió, no vino el Padre.

Perdióse el conocimiento del hombre, y vino el Hijo; perdióse la bondad del hombre, y vino el Espíritu Santo; vino el Hijo, porque nuestros pecados fuesen perdonados; vino el Hijo, porque se le hizo grande enojo el comer de la manzana, porque comieron por saber la sabiduría del Hijo; porque *por el pecado*—como dice San Pablo (Ephes., II)—*nacimos hijos de ira y de enojo.* No nos miraba Dios como a hijos, sino como a malos esclavos; éramos detestables delante de los ojos del Padre;

vino Jesucristo al mundo, para que viniendo El por amor de los hombres, el Padre los amase y quisiese bien, y los mirase con buenos ojos y morase entre ellos.

Esta fué la empresa de Jesucristo, que como el Padre se fué del hombre por el pecado, por su Hijo volviese la cara a él. Si vieres llorar al Niño en el portal y en el pesebre, por eso llora. Si lo vieres circuncidar, por eso le circuncidan. Si lo vieres tener hambre, por eso la tiene. Si lo vieres tener sed, por eso es. Si lo vieres amarrado a un poste y azotado, por esto es. Si lo vieres abofeteado y coronado de espinas, por esto es. Si lo vieres enclavado y muerto en la Cruz, por esto es. ¡Oh, Redentor mío! ¿Qué te movió a padecer tanto por amor de los hombres? ¿Por qué mercaduría andáis Vos, Señor, tan codicioso, que ni el sol que os hace sudar os estorba de día, ni el hielo de la noche os impide? Mercader celestial, ¿qué es esto que andas a buscar tan cansado? Andaba muerto de amores por nosotros. Dícese que Jacob sirvió catorce años a su suegro Labán porque le diese por mujer a Raquel, y durmió en el campo al frío y al calor, y parecíale todo poco. Callen, callen todos los amores en comparación de los de Jesucristo: todos son fríos comparados con éstos.

¡Oh, Redentor mío! ¿Servisteis Vos por Raquel? Sirvió Jesucristo, trabajó Jesucristo en este mundo por otra Raquel, no catorce años, sino treinta y tres, que en todos ellos no descansó un día. ¡Oh, bendito sea tal enamorado! Andaba Jesucristo de noche y de día al frío y al aire, al calor y al estío. ¡Qué de trabajos, qué de cansancios pasó Nuestro Redentor por esta su Esposa! ¡Cuántas noches se te pasaron, ¡oh, Redentor mío,!, de claro en claro, que no dormiste, derramando muchas lágrimas por nosotros a solas en oración, y rogando a tu Eterno Padre que perdonase a los hombres! Dice el Apóstol San Pablo (Heb., V): *In diebus carnis suæ preces suplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere a morte.* En los días de su carne, todo el tiempo que vivió en este mundo rogaba a su Padre que nos salvase, pues El era el que lo podía hacer. ¡Oh! Quién lo tomara sólo, así

como estaba llorando, y le dijera: «Redentor mío, ¿por-qué lloráis? ¿Qué habéis? ¿Quién es causa de esas lágrimas? ¡Oh, quién fuera tan digno de limpiarlas!» Llora Jesucristo porque tú rías; llora porque tú descanses; llora por tu consuelo; llora en la tierra porque tú te vayas al cielo; llora por el perdón de tus pecados, y porque te llegues a El y no le ofendas.

¿Qué es esto, Señor, que con tanta ansia buscáis? El lo dice: «Padre, no busco otra cosa ni quiero otra cosa sino que con el amor que me amáis a mí améis también a éstos». Como si dijera: «Ya yo sé, Padre mío, que la causa porque los habéis de amar soy yo: quiero estar en ellos, porque amándome a mí améis a ellos».

Toda su vida se le pasó a Nuestro Redentor buscando nuestro consuelo, con fatigas y cansancios, así de dentro como de fuera de su sacratísimo Cuerpo: los trabajos y dolores le parecían pocos en comparación del deseo que tenía de nuestra redención y quería que se efectuase, costase lo que costase; y El mismo lo dijo: «¿A qué pensáis que vine al mundo sino a meter fuego? ¿Qué quiero sino que arda? *Con un bautismo tengo de ser bautizado: ya estoy angustiado hasta que venga aquel día*». El era fuego, y había de ser encendido; y sabía que el Bautismo era cuando había de derramar su sangre en la Cruz; deseábalo Nuestro Redentor. ¡Oh, bendígante los ángeles, Señor, por ello, no como nosotros, que a un trabajuelo que nos venga lo sentimos como si nos llegase a los ojos y huímos de él; y sabía El lo que le había de costar que su Padre quisiese bien a los hombres, y con todo eso lo deseaba; sabía El que había de ser asado con fuego de tormentos en la Cruz, y decía: *Ya estoy deseando que arda.*

Había de ser Nuestro Redentor asado en la Cruz en figura de cordero de la vieja ley. «Todo me parece poco, ya deseo el día en que tengo de remediar al hombre». (Hebr., XII): *Qui proposito sibi gaudio substinuit crucem confussione contempta*, dice San Pablo. «Puesto delante de sí el gozo, sufrió el tormento de la Cruz de buena gana, menospreciando la deshonra». Señor, ¿de qué os gozáis?

Redentor mío, ¿qué es la causa de vuestro gozo? Por ver al género humano libre de pecado, por eso se gozaba el Redentor; aunque bien veía cuán caro había de costar la medicina que había de sanar nuestra llaga; bien sabía El, los ángeles le bendigan, que le habían de cauterizar a El para que nosotros tuviésemos salud.

¿Sabéis cómo? No habéis visto unos padres que andan por los caminos, por soles y aires, y se cansan y sudan, y con pensamiento y voluntad que tienen que sus hijos sean ricos, no sienten el trabajo, y así tienen por bien de sufrir el trabajo y cansancio, y la madre que no descansa noche ni día, y trabaja, y no siente nada de aquello, por ver en descanso a su hija. Así Nuestro Redentor Jesucristo, bendito sea El, no sintió tanto sus trabajos, y si los sintió, en pensar que por ellos habíamos de ser librados, quitaba los ojos de sus tormentos y poníalos en pensar el remedio general que de ellos salía, y decía: «No es nada esto».

¡Oh, bendito seáis, Señor mío, que porque aquella ánima sea casta, dijisteis: «Denme a mí cinco mil azotes!» Teníanos a todos metidos en sus entrañas de caridad y amor. «Porque aquella alma no sea cautiva, no tengan conmigo caridad; porque aquella alma sea caritativa, no tengan conmigo caridad; porque aquella alma se salve y todos alcancen perdón, súbanme en una Cruz, coronado de espinas, crucifíquenme, y no quede de mí gota de sangre en todo mi cuerpo que no se derrame: denme hiel y vinagre a beber y muera yo en la Cruz». «¿Por qué?» «Por remedio de los hombres».

Aprenda, aprenda el cristiano redimido por estos trabajos a no desmayar por un trabajuelo que le viene; en asomando, luego te quejas, luego dices que no hay quien lo pueda sufrir; pues que tanto sufrió Jesucristo, aprende de El; y pues El puso los ojos en tu remedio y los quitó de los tormentos tan grandes que pasó El, quítalos tú de los trabajuelos, si algunos te vinieren, y ponlos en Jesucristo; y mirando por quién los pasas, rogarás que nunca se acaben, saberte han más dulces que la miel. Fué tanto lo que alcanzó Jesucristo en sus traba-

jos, fué tanta la gracia que cerca de su Padre halló, que no hay hombre que baste a desagradar a Dios, queriendo él gozar de la medicina. ¡Qué grande hazaña fué alcanzar perdón para todos! ¡Qué abrazo tan suave y amoroso! ¡Qué beso de paz tan dulce! Si quieres arrepentirte, no perderás el tiempo. Jesucristo puso toda la costa de aqueste negocio: quiere El mismo que tú quieras allegarte a El, que ya es ganado lo que andaba perdido; ya Jesucristo dió fin a nuestra enfermedad, y abajó El su obra. El mismo lo dijo: «Padre, perdonad a éstos, miradlos con ojos alegres; ya, Padre, acabé la obra que me encomendasteis» (Joann., XVII): *Opus consummavi quod dedisti mihi, ut faciam.* La obra que me encomendasteis que hiciese ya es acabada; ya, Padre, es acabado el reparo para los hombres.

Hermanos, con este remedio quedó remediado el entendimiento, quedó remediada la voluntad, quedó remediada la carne, quedaron remediados nuestros pecados todos. Padre, ¿qué remedio es ese, el que en este día de hoy ha venido? Este es el día en que acabó, lo que el otro día en que se dió la Ley se comenzó; este es el día en que se dió la Ley mejor que la otra; aquella Ley se dió en tablas, pero esta otra se dió en los corazones (Hier., XXXI): *Dabo legem meam in visceribus eorum.* «Darles he—dice Dios por Jeremías—una ley en sus entrañas, no escrita en papel ni piedra, sino en los corazones, dándoles castidad, y humildad, y fortaleza y todas las demás virtudes».

La otra se dió en monte: allá se dió en el monte Sinaí, acá en el monte de Sión: descendió al monte alto, y acá también al monte alto; pero con mucha más diferencia. *Siná* quiere decir atalaya, porque dicen algunos que estaba allí una torre que edificó David, la cual sobrepujaba a Jerusalén. Atalaya, dando a entender, que los que han de recibir el Espíritu Santo han de estar en vela con mucho cuidado, no embarazados en otra cosa, sino esperando cuándo vendrá el Espíritu Santo; no detenidos en bajezas de acá, no ocupados en las cosas de este mundo, no en vicios, no en pecados, no en vilezas,

sino muy atentos; el corazón no entrampado en cosas rateras, sino alto y levantado en fe de Jesucristo, que en él se da este Espíritu Santo; por sus méritos viene: tened fe en este mismo Jesucristo. En el otro monte se dió la Ley, y en la otra Ley se mandaba hacer esto; y no esto; en esta Ley nueva, se da cumplimiento para lo que en la otra se manda.

No sé si me entendéis, creo que no; cuando Dios dió la Ley en el monte, antes que se diese aparecieron tantos relámpagos y truenos y bocinas, que ponían grandísimo espanto y temor: todo el monte temblaba y hacía temblar a todos los que lo miraban. Estaban todos muy atemorizados, tanto, que dijeron a Moisés (Exodo, XIX): *Habla tú con nosotros, no nos hable Dios.* Dióles Dios Mandamientos que traían temor; porque cuando el hombre va a su razón, y halla que no ha guardado la ley, halla mil faltas dentro de sí y mil males. No puedes guardar la ley que se te dió, siendo la ley celestial y tú carnal. No hacía aquella Ley sino poner espanto, como el fuego cuando apareció Dios en el monte con aquellos truenos y relámpagos: y aquello que pasó en el día que la Ley se dió en el monte de Sinaí fué en figura de la Ley que se dió en el monte de Sión.

La Ley pone espanto, ¿cómo la guardaré? Pero la Ley nueva de hoy da esfuerzo para ello; que si el hombre no podía ser casto, estotra Ley le da poder cómo lo sea; si no podía ser humilde, estotra Ley le pone fuerza para serlo; si no podía no desear la mujer ajena, ésta le da gracia para no desearla; finalmente, le da poder, le da gracia, le da esfuerzo para cumplir la Ley. Estaban con la vieja Ley los hombres tan flacos, tan temblando, veían la Ley tan rigurosa, que ponía luego en el infierno a quien no la guardaba. Y considerando esto el Apóstol San Pablo, viendo cuán sujeto estaba el hombre a aquella Ley de la carne, decía (Rom., VIII): *Infelix ego homo! Quis liberabit me a corpore mortis hujus?* Llamábase desdichado. «Quien me librará de la muerte de aqueste cuerpo, viéndose tan pesado y tan flaco para guardar la Ley?» Pero cuando esta otra Ley vino, forta-

leciólos a todos, animólos para que pudiesen cumplirla.

Esta Ley que hoy se dió, es ley de Evangelio. ¿De cuál? ¿De los Evangelios que se escribieron? No, que ese Evangelio no propiamente, sino secundariamente se llama Evangelio. Ley evangélica y santa se dice lo que se escribió en los corazones, que aunque no hubiera letras, ni escritura se puede bien entender y se puede cumplir; en dándosela les pegó amor de cumplirla: no fué menester mandarles ser castos, sino púsoles gana de serlo; no fué menester que dijese que no fuesen lujuriosos, sino dándoles la Ley quedó mortificada la carne, como el ángel que hirió el muslo a Jacob. No les mandó la Ley que tuviesen paciencia, pero dióles gracia y amor y voluntad, y poder de poder tener en sí todas las adversidades; esto no de palabra, no de entendimiento (II Cor., II): *Vos estis Epistola mea.* No es menester carta para escribir la Ley: vosotros—dice el Apóstol San Pablo—sois mi Epístola, vuestros corazones son carta, y no penséis que tiene de ser escrita con tinta, sino con el dedo, que es el Espíritu Santo, que es el que escribió la Ley en vuestros corazones, predicándola yo; el Espíritu Santo la escribía—dice San Pablo—; yo soy el ministro de lo que El escribe». Esta es la Ley que da caridad, y humildad, y da todas las virtudes, y porque lo entiendan las viejecitas, esta Ley es la que hace santos, la que hace justos y la que da gracia.

Celebramos hoy cuando dió Dios la gracia al mundo; si allá se dió la Ley en monte, acá la gracia en monte; allá bocinas, acá bocinas; pero allá se espantaron, acá no tanto. Como a la media noche, cuando todo estaba quieto, pacífico y sosegado, suena una música muy suave que suena con dulce armonía, que recordándote tomas un pavorcito y mucho consuelo; luego previno un viento, como quien dice, estad atentos. ¿Qué día es este día de consolación, qué día es hoy? Hoy es el día cuando el Consolador vino del cielo a la tierra. ¿Qué día es hoy, Padre? Este día es tan grande, de tanta dignidad, que quien en él no tiene parte, no la tiene en ningún otro día de Jesucristo.

Ya que la muerte de Jesucristo ganó perdón de pecados, pero sin la gracia que hoy se da no te aprovecha nada. Ven acá, ¿qué te aprovecharía que gastases toda tu hacienda por tener una medicina que mucho vale, si después de habida no la quieres tomar? ¿Qué aprovecha la medicina no tomada para tu enfermedad? Quedarte has enfermo, y hacerte han que pagues la medicina. Lo que Jesucristo obró, la muerte que Jesucristo pasó, la costa que hizo, la medicina que obró para tu enfermedad, si quieres tomarla sanarás, quedarás libre del todo; si no la quieres tomar, haránte que pagues en el infierno lo que Jesucristo pasó; si la recibes, Jesucristo quedará muy contento y pagado de todo cuanto pasó en este mundo; pero si no quieres tener parte con este día, si no quieres recibir el Espíritu Santo (Rom., VIII): *Si quis non habet Spiritum Christi, hic non est ejus.* Si alguno no tuviere el Espíritu de Cristo, este tal no es de Jesucristo, no se puede salvar.

Hoy es el día séptimo de las obras de Jesucristo. Hoy es el día que sopló en la cara del hombre para dar la vida después de su vida, de su santa Encarnación, después de su muerte, de su Resurrección; el día de la santa Ascensión, se acabó todo lo necesario para la vida del hombre. Este es el día en que sopló al montón de tierra. Y si cuando en la creación, sopló en la tierra un ánima para el cuerpo que no tenía vida, hoy sopla y da el ánima que es la gracia; porque el ánima del hombre sin gracia, es estar muerta. Y si cuando viene la gracia, da vida al ánima, hoy sopló Dios el montón de tierra. «¿Cuál era, Padre?» Los Apóstoles de Cristo. «¿Y qué tierra eran?» Tal día como hoy, como Jesucristo se había ido al cielo, antes que se fuese, díjoles que les había de enviar un Consolador; ellos esperaban un día, y otro y otro, hasta hoy; como vieron que no venía, estaban desmayados; estaban tibios y desconsolados.

Como los dos que se fueron, estando esperando la Resurrección decían: «Fuése nuestro Maestro; decía que nos había de enviar un Consolador, y tantos días ha que le esperamos y no viene; vémonos sin Maestro y sin tener

quien nos consuele, ¿qué hemos de hacer? Estamos como ovejas sin pastor amedrentados y apretados; pero en una cosa fueron cuerdos, en lo que querría que lo fuesen todos los del mundo, en no irse sin despedirse de la sacratísima Virgen María».

Por grande misterio tengo quedar la Madre de Dios entre los Apóstoles, así después de la Pasión como después de la Ascensión. Si viene la tentación de la carne, si viene el mal hombre y si te quiere engañar y quiere que ensucies tu cuerpo y tu ánima, abogada tienes en la Virgen María; dí con confianza: «La Madre de Dios es Madre de la limpieza; Ella es limpísima; Ella es poderosa para interceder por mí; no tengo de desechar a Jesucristo sin hablar primero a su Madre».

Ten, hermano, por averiguado que si vas a la Madre de Dios, que si te encomiendas a Ella, vendrás con consuelo y alivio de toda cuanta pena tuvieres. Estaban, pues, los Apóstoles del Señor y los discípulos y otros buenos hombres, que serían hasta ciento veinte; estaban en el Cenáculo a una parte y a la otra estaba la Virgen Nuestra Señora y las Marías y otras santas mujeres; estando desconsolados dijeron: «Hablemos a la Virgen, pues nos la dejó por consoladora». Fuéronse a Ella tristes muchos, cabizbajos, y en gran manera desconsolados: dijéronle a la Virgen cómo estaban tan sin consuelo, y cómo se tardaba el Espíritu Santo, y que ellos estaban entre sus enemigos, y que no tenían ningún arrimo: «Rogad, Virgen, a vuestro Hijo, que nos envíe el Consolador prometido».

Sería esto a las nueve del día: aquella hora salía la Virgen de orar; tenía siempre por costumbre de salir tarde, ya que estaba un poco alto el sol, porque esta hora es muy aparejada para la oración; desde en amaneciendo hasta aquella hora es muy aparejado tiempo para orar, antes que el hombre se ocupe y entretenga en vanidades ni en otros cuidados del mundo; sino lo primero del día, gastadlo en el servicio de Dios. Estaba pues, Nuestra Señora orando, y salió con aquel rostro de paz, con aquel rostro de alegría, que solamente mirarlo consolaba a los

tristes y desconsolados, medicinaba a los enfermos, daba grandísimo alivio a los desconfiados. Salió la sacratísima Virgen a ellos como solía y esforzóles y díjoles. ¿Por qué tenéis poca fe en vuestro Maestro y mi Hijo? El os consolará como lo ha prometido. ¿No sabéis, amados hijos y discípulos de mi sacratísimo Hijo, que la Ley que se dió en el monte de Sinaí se dió desde a cincuenta días que subieron de Egipto? Cincuenta días ha que padeció Jesucristo mi Hijo y os sacó del cautiverio del pecado; hoy vendrá el Espíritu Santo. ¿No sabéis que de cincuenta años era el jubileo en que los cautivos eran libres y las cosas vendidas volvían a sus dueños, y era año de alegría y gran regocijo, año de perdón, donde se soltaban las deudas?

Así a cincuenta días después de la Pasión vendrá el jubileo, vendrá el Espíritu Santo Consolador, que os remediará del cautiverio en que estáis; Dios os perdonará las deudas, no sólo a vosotros, pero a todos; porque determinado está que a la misma hora que dió Dios vida al cuerpo, que le dió Dios ánima, a esa misma hora dará ánima a nuestra ánima: a las nueve vendrá, no os desmayéis, tened confianza, que vendrá. Hízolos poner a todos de rodillas en oración; confortóles, púsoles confianza, y luego la Santísima Virgen, habiendo compasión de aquel ganadillo que le había quedado, hincóse de rodillas, alzó sus manos al cielo, y con lágrimas que salían de sus benditísimos ojos, comenzó a rogar a su amado Hijo: «¡Oh, Señor mío y dulce Hijo mío, ruégoos, por el amor que tenéis, por los merecimientos vuestros, por los méritos de vuestra benditísima Pasión, tened por bien consolar a vuestros Apóstoles; enviadles, Señor, el Consolador que los consuele; cumplid, Señor, la palabra que en vuestro nombre les he dado, que vendría el Espíritu Santo Consolador; a estos flaquillos, enviadles, Hijo mío, vuestro Espíritu Santo!»

Cosa es de contemplar ver a la Madre rogar al Hijo; ver al Hijo rogar, en cuanto hombre, al Padre; El mismo lo dijo por su boca bendita (Joann., XIV; Génes., IV): *Yo rogaré a mi Padre y El os enviará otro Consolador.*

Miró Dios a Abel, y después miró a sus dones; representarse había Jesucristo, en cuanto hombre, delante del Padre, mostrarle había el testimonio de nuestra Redención, mostrarle había las señales de los clavos, y el costado partido de la lanzada, y diría: «Padre mío, habed compasión de aquellas ovejuelas mías, que en el mundo están sin pastor, están flaquillas, están tristes; enviadles, Padre mío, vuestro Espíritu, por los dolores que por ellos pasé; ellos están esperando el Consolador que yo les dije que les había de enviar: enviádselo, Padre mío, por mi amor (Psalm. XXXVI): *Non confundentur qui sperant in te Domine.* No serán confundidos los que esperan en ti; no les haya salido en vano su esperanza; mira, Padre, a tal Hijo, y no le niegues lo que te pidiere; ámalos, Padre mío; por mis merecimientos merecen ellos ser consolados; consuélalos, Padre, envíales el Espíritu Santo». ¿Y quién cree que también no rogaría especialmente al Padre que enviase el Espíritu Santo?

También, Señor, lo hace por amor de mi Madre que está esperando (Génes., IV): *Miró Dios a Abel, y después miró sus dones.* Moviéronse las entrañas del Padre a los ruegos del Hijo, y mirando a El puso los ojos en la Santísima Virgen y en aquellas ovejuelas; puso los ojos en la pobre casilla, por los merecimientos de Jesucristo, que fueron tantos que bastaron a amansar la justicia de Dios que estaba airada contra nosotros. Y mirad con qué amor y cuán de buena gana vino el Espíritu Santo a aquellos hombres, como si viniera el mismo Jesucristo; porque después que Cristo murió por nosotros, ya nos mira Dios con otros ojos, míranos con el amor que a su Hijo bendito.

Vino el Espíritu Santo, rómpense esos cielos; rómpese el velo del Testamento Viejo, y vimos, y mostróse claro el *Sancta Sanctorum.* Ya está abierto todo; quien quisiere entrar, abiertas tiene las puertas. Antes que Cristo muriera, cual y cual se salvaba; después mucho mayor número. Vino primero un sonido que hizo temblar el Cenáculo, para dar a entender que era fuerte. Y luego vinieron lenguas de fuego, que parecían visibles, sobre las cabezas

de los que allí estaban, para dar a entender que el Espíritu Santo es fuego, es ardor de corazón. Cuando vos sentís un encendimiento dentro de vos, que os arde el corazón en amor de Dios, el Espírtu Santo es: es el fuego muy leal mensajero, que está allí el Espíritu Santo. Entra, pues, el Espíritu Santo en los Apóstoles, abrázalos, consuélalos, dales un abrazo de paz. «Padre, decidnos, ¿qué cosa es el Espíritu Santo?» No hay lengua que pueda decirlo, ni oído que pueda oírlo, ni corazón que lo pueda sentir, qué cosa es aquel abrazo.

Dice Elías que Dios le dijo (III Reg., XIX): *Egredere, et sta in monte coram Domino. Et ecce Dominus transit et spiritus grandis et fortis, subvertens montes, et conterens petras ante Dominum: non in spiritu Dominus, et post spiritum commotio, non in commotione Dominus: et post commotionem ignis, non tamen in igne Dominus, et statim venit sibilus tenuis aurœ, illic Dominus.* Mandó Dios a Elías que se fuese al monte; ¿para qué? «Elías, ¿qué viste?» Dice: «Vi un aire muy grande y fuerte que derribaba los montes, pero no venía allí el Señor.» «Pasado el viento, ¿qué vino?» Fuego, pero no estaba allí el Señor. Pasado el fuego, venía un silbito suave, allí venía el Señor». ¿Qué hacéis ahí, hermano? Cuán presto dejarán el río seco aquellos a quien el Espíritu Santo dice: «¿Qué haces aquí? ¿Qué haces, pecador, en ese río seco, en ese mundo ponzoñoso?» Cuán presto lo menosprecia todo, cuán poco se da por todo a la voz del Espítitu Santo, que le dice «¿Qué haces ahí?» En el silbito venía el Espíritu Santo.

No hay quien os pueda decir este abrazo, este beso; no hay quien lo pueda explicar. Es tan bueno el Espíritu Santo con aquel que lo tiene (Isaí., LVI): *Qui adhœret Domino, unus spiritus est cum eo.* Sed castos. ¡Oh, Dichoso aquel a quien el Espíritu Santo viene; un espíritu se hace con El, una misma cosa son. «¿Qué es eso, Padre, es casamiento?» Parece que es eso lo que Jesucristo dijo: *Erunt duo in carne una*: serán dos en una carne. «¿Qué es esto, que Dios, que el Espíritu Santo se haga uno con el hombre?» Darle virtud es obrar en él virtud; darle ves-

tiduras o adornarle y componerle. Todo esto es lo que resulta de la venida, lo que hace el abrazo. Pero el abrazo no se puede decir, como un desposado que da joyas a su esposa; pero no es aquel desposorio sino señales. Darle manillas en los brazos, darle zarcillos en las orejas. Así hace el Espíritu Santo, da joyas de manillas, y ajorcas de virtudes y de buenas obras en entrambos brazos, para que el pecador, tan bien aderezado, le abrace. Da también zarcillos en las orejas, pidiendo atención para obedecer a lo que al oído allá dentro le dijere; pero no es este el matrimonio: dale los siete dones suyos. Todas estas dádivas son arras y ajuar y preparación para la venida, dones son del desposado, pero el abrazo no sé qué es.

«Padre, habéis dicho que el Espíritu Santo se hace uno con aquel en quien está; luego ¿Dios es?» ¡Qué maravilla! ¿Es mucho eso? Pues oíd (Psalm. LXXXI): *Ego dixi dii estis et filii excelsi omnes*. El mismo Dios lo dijo. «Yo digo, dioses sois vosotros». Sabéis, por tanto, que si el hombre tiene en sí al Espíritu Santo y habla, se dice hablar el Espíritu Santo. «Lo que hablárades—dijo Cristo—no tengáis cuidado de ello». (Matth., X.): *Non estis vos qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri est qui loquitur in vobis*. San Agustín dice: «Lo bueno y sobrenatural, sin el Espíritu Santo no es posible conocerlo. Lo que es bueno, no es de hombre sólo».

Cuando el hombre hace una buena obra, no es de sólo el hombre. Madre tiene en la tierra, y Padre en el cielo. El libre albedrío que tú tienes, madre es, no es lo principal, otro más alto, el principio, el ser, el padre, actividad de la cosa, el Espíritu Santo es. Dice San Pablo (Rom., VIII): *Cuando el hombre gime, el Espíritu Santo gime*. «¿Porqué? ¿ Porque es una misma cosa con el que ora. Luego si no son dos, una Encarnación hay. «¡Tate! Eso tan solamente dice ser uno el Espíritu Santo; y aquél, ¿dónde está?» No en persona, que dos personas son: «Pues porqué? ¿Porque el Espíritu Santo obra como principal en el hombre; por eso dice que el Espíritu Santo obra aquello.

«Padre, no nos dice el abrazo: todo es andar por los

arrabales; no hay quien sepa dar cuenta de lo demás que sucedió.» Bien se dice lo que los Apóstoles del Señor obraron, los milagros que hicieron y procedieron de la venida. Bien se dice que vino el Espíritu Santo en ello; pero el abrazo que les dió, mandad perdonar. Decid, si juntasen todos los olores de cuantas cosas criadas hay en el mundo, en que hubiese algalia, almizcle, ámbar, azahar, jazmines; finalmente, todos los olores se juntasen, sin que el un olor impidiese al otro, ¡qué olor tan suave sentirías! ¡Qué consolación te daría! ¡Cómo confortaría tu ánima! Pues mira, todo sabor amarga, todo sabor es desabrido más que la hiel en comparación del que el Espíritu Santo trae consigo. ¡Oh qué sabor, oh qué color, oh qué gusto, oh qué consuelo, oh qué descanso, oh qué regocijo, oh qué alegría, oh qué esfuerzo sintieron los Apóstoles cuando sintieron el silbo dentro de sus entrañas! ¡Qué contentamiento sintieron en sus ánimas, qué hartas, qué rellenas, qué abundantes estaban del Espíritu Santo!

Pléguele a El nos dé el soplito y el silbito. ¿Qué hacemos aquí, hermanos? ¿En qué entendemos aquí? Si aquí nos estamos no podremos medrar. ¿Qué haces aquí, pecador? ¿En qué pasas tu vida? ¿De qué bebes? Seco está ese charco, o se secará presto, y te dejará ella a ti, o tu a ella. ¿Qué haces aquí tú, desventurado, que tienes puesto tu amor en la otra, o la otra en ti? Seco está el charco, presto te morirás tú o se morirá ella, y veréis cuán seco del todo estaba el charco de donde pensabas que te hartabas. ¿Qué haces aquí, soberbio, fantástico? Todo eso ha de haber mal fin, acabársete tiene todo; ahora bebes, y cuando no te cates se acabará tu vida; y desventurado de ti si antes que te mueras no dejas las vanidades y locuras de esta vida.

Como confías en la tierra, no tienes tus ojos en el cielo. Como no te has desarraigado de todo lo de acá, aun no te ha silbado, aún no conoces la dulzura de Dios. (Psalmus XXX): *Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine; quam abscondisti timentibus te!* ¡Oh, cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, la cual aparejaste

a los que te temen! ¡Oh, bendígante los cielos y la tierra! Y si para los que te temen, tanto bien aparejaste, ¿qué harás para los que te aman? Lumbre se dice y fuego. ¿Conoces a Dios, hermano? Di, ¿ha topado Dios contigo? La señal principal que Dios está en uno, es cuando menosprecia todo lo que hay en la tierra que Dios no es, y sólo trata de amar y agradar a su Dios, como bien único suyo. Y en esto verás, hermano, si el Espíritu Santo ha venido a ti, si andas con fervor, con alegría en el camino de Jesucristo. Si el Espíritu Santo te ha dicho: «¿Qué haces ahí?», bueno estás. ¡Oh, qué sintieron los Apóstoles cuando el Espíritu les dijo: «¿Qué hacéis ahí?» No se puede decir, así como no se puede decir quién es Dios.

¡Qué de grandezas usó con ellos, qué mercedes tan grandes les hizo! Dióles gracias del entendimiento. ¿Qué son ni qué saben los letrados, ni filósofos del mundo, sin éstas? Cuantos teólogos hay sin gracia del Espíritu Santo, nada son. Lo principal que les dió fué que claramente conociesen lo que les cumplía en todas las operaciones humanas, que sin errar pudiesen saber esto me cumple y esto no me cumple. Acá bien podemos nosotros conocer cuál es bueno y cuál es malo, pero no en particular; nadie puede saber sino el Espíritu Santo cuál es mejor de esto, casado o no casado, clérigo o no clérigo, fraile o no fraile; pero aquí el Espíritu Santo alumbra, sabe particularmente cuál es mejor para ti.

El Espíritu Santo es ayo de niños. ¡Y qué bien enseñado será el niño que de tal ayo saliese enseñado! Por ventura diréis: «No habrá menester consejo en lo que ha de hacer, si tanto sabe, sino regirse por su parecer y no tomar el de nadie». No, que el Espíritu Santo quiere que vaya a tomar parecer de quien más sabe, y El le dará en voluntad que lo vaya a preguntar, y le dirá lo que le ha de preguntar, y le dará gracia al otro, que responda lo que ha de responder. El Espíritu Santo, ayo del entendimiento y ayo y gobernador de la voluntad, no te dejará pasar con cosa mala de cuantas tu sensualidad te pidiere; y pensarás hacer alguna cosa que no te

cumpla, El hará como no la hagas, sino al contario de lo que pensabas hacer; si no, preguntadlo a Jeremías, que porque le maltrataban algunos porque profetizaba, dijo (Hier., XX): *¿Quién me mete a mí? ¿Quién me mete a mí en estas barajas? Profetízoles la verdad, y por eso me hacen muchos males; no tengo de profetizar más.* Estando en este propósito, descendió fuego del cielo y tocóle, y como le tocó, vuelve, y si antes hablaba una palabra, después hablaba cuatro.

Cuando viene fuego del cielo, cuando viene el Espíritu Santo, quita el temor que el hombre tiene; pobreza, ni deshonra, ni hambre, ni vituperios, muerte, ni tentaciones de carne, ni el mundo, ni el demonio; todo cuanto mal estas cosas le pueden hacer, no lo tiene en una picadura de mosca (Rom., VIII): *Quis nos separavit a charitate Christi?*—dice el Apóstol San Pablo—. *Tribulatio an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius?* «¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿Quién hay tan fuerte que nos pueda apartar de ella? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, la persecución, el peligro o el cuchillo? Nada de esto nos puede apartar de ella, porque aunque parezcan muy crueles, nada nos espanta».

Bien puede todo acaecernos y pasar por nosotros, pero todo nos puede sujetar; antes cuantas cosas más graves nos acaecieren, tanto más crece nuestra caridad con la de Jesucristo, saliendo en todo lugar y en todas las cosas vencedores, ricos y honrados, no por nuestras fuerzas, no por nuestros merecimientos, sino por la ayuda y amparo de Jesucristo; porque amándonos El como nos ama, no consentirá que seamos vencidos. Ni nosotros acordándonos de sus misericordias y grandezas, de las mercedes que de El habemos recibido, y acordándonos de los males que nos ha quitado, aun queriendo nosotros caer en los abismos del infierno, nos ha librado con su mano y brazo poderoso, no seremos derribados por los pecados.

Si esto os parece mucho, que son cosas livianas, esperad y veréis cosas mayores. Mayor apariencia tenían las cosas invisibles de ser temidas, que pelean fuertemente contra

el ánima, que lo puede dañar el cuerpo, y cuando a mucho se extienda, no puede más que hasta la muerte; pero ni en lo uno ni en lo otro, no hay que temer, porque el mismo Apóstol San Pablo lo dice:

«Estoy cierto, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni los poderíos, ni las cosas fuertes, ni las cosas por venir, ni la fortaleza, ni alteza, ni lo hondo, ni lo áspero de la tierra toda, ni criatura ninguna, nos puede apartar de la caridad de Jesucristo». ¿Quién os lo dijo, Pablo, la carne o la sangre? No sino el Espíritu Santo, que es fuego que quema todas estas cosas y las deshace. para que no nos puedan empecer como a pajuelas. No es más esto delante del fuego del Espíritu Santo que una pajita liviana echada en una grandísima hoguera; cuando tengas el Espíritu Santo, El mata todo lo que daña; pero si hay pajitas, señal es que no hay fuego que las queme.

Si estás, hermano, semetido a tus vicios, si estás inclinado a maldades, si tienes en tu corazón pensamientos de liviandad, si tienes fantasía, todo esto estorba, y todo esto quema el Espíritu Santo cuando viene, y no hay cosa que se le resista. Cuando viene el Espíritu Santo, no basta nadie a resistirle, ni la mozuela loca que su vida no era otra cosa sino un continuo pensamiento en cómo se vestiría y cómo se pondría galana, y cómo se había de afeitar la cara. Cuando el Espíritu Santo viene, hace que la mozuela se huelgue de andar templada en el vestido; ya escoge las lágrimas por agua maravillosa para la cara; ya tiene humildad, porque vino el Espíritu Santo; no basta a moverla el mancebete muy enhiesto con su espada a lado, muy vestido, con mucha soberbia, la pluma en la gorra. ¿No sabéis para qué se ponen aquello allí? Para que sepáis, si no lo sabéis, que son locos, y para que sepáis su locura, y sus bajos pensamientos, y sus imaginaciones y sus fantasías; pero cuando viene el Espíritu Santo todo lo quema.

Dice Cristo (Matth., X): *¿Pensáis que vine a traer paz? No vine a traer paz, sino cuchillo.* ¿Qué es que andaba el mancebo por ahí perdido, un loquillo callejero, toda su

bienaventuranza puesta en andar por las calles, mirando y deseando a la otra; y desde ha poco le veis recogido, casto, y humilde y virtuoso? ¿Quién hace esto? El Espíritu Santo; el fuego que quema cuanto halla; con este fuego no hay honra vana, ni riquezas, ni prosperidades, ni deleites que el hombre desee, todo lo hace tener en poco, y tenerlo debajo de los pies; con este fuego se quema todo lo sensual del hombre (Galat., II): *Vivo ego, jam non ego:* ya no yo, pero vive en mí Jesucristo—dice el Apóstol—. «Vivo yo en humildad; en castidad, en paciencia, ya no yo el de antes: no, no mis pasiones, no mis sensualidades, porque esto está ya muerto».

¿Cómo es eso, Apóstol? ¿De qué manera? Vive en Jesucristo por humildad, por caridad y por gracia; y donde esta gracia llega, hace mudar al hombre al revés de como estaba; hace que el que se amaba a sí mismo, y que se tenía en mucho, diga: «Sea Dios engrandecido y sea yo apocado; sea Dios honrado y deshónrenme a mí; glorifiquen a Dios y vituperen a mí». Al que sopló el Espíritu Santo, no quiere nada para sí, todo a honra de Dios. Cuando no había venido el Espíritu Santo, los Apóstoles estaban miedosos, temerosos, las puertas cerradas, no osaban salir por miedo no los matasen, tenían grande miedo.

Tomó Dios una vez a Ezequiel Profeta en su espíritu, y llevólo en medio de un campo, donde había infinitísimos huesos de muertos; estaba una muchedumbre muy grande de ellos, y todos muy secos; díjole: «¿Piensas que estos huesos tienen vida?» Respondió Ezequiel: «Tú, Señor, lo conoces y lo sabes todo». Mandóle Dios: *Vaticinare de ossibus histis* «Profetiza de estos huesos». ¿Y qué, Señor? Di: «Huesos secos, oíd las palabras del Señor: «Yo os daré espíritu y viviréis; daros he carne, y naceros han nervios, y os haré que os cubráis de cuero, y daros he un espíritu, y viviréis». «Yo—dice Ezequiel—hícelo así, y luego se hizo un gran movimiento, y un gran ruido, como los unos huesos se juntaran con los otros cada uno en su lugar y en su juntura; hicieron ruido como cuando un hueso se junta con otro; y vi cómo vinieron sobre

aquellos huesos nervios, y cómo crecía la carne; y luego un cuero fué tendido por todos ellos, y aún no tenían vida; estábanse allí como muertos. «Profetiza y llama al espíritu; llámalo y dirás: Aquesto dice el Señor: «De »los cuatro vientos de la tierra, venid, soplad sobre estos »hombres muertos y vivirán luego». Acabando de profetizar, tuvieron vida, y levantáronse y estuvieron sobre sus pies. Hízose de toda aquella gente un muy fuerte y valeroso ejército. Dijo Dios: «Estos huesos son toda la casa de Israel, porque ellos dijeron: *Aruerunt ossa nostra, et periit spes nostra*». Allí estaban los Apóstoles como huesos muertos desmayados.

¿Hay aquí algunos que estando en figura de vivos, están muertos? Hay aquí tan sin confianza alguno, que diga: «¿Cómo puedo yo ser bueno? ¿Cómo es posible tener yo castidad? ¿Cómo es posible que me perdone Dios? He pecado yo tanto, que en toda mi vida no he hecho otra cosa sino ofender a Dios: ¿cómo me perdonará? ¿Quién yo para el cielo? ¿Quién yo para ir allá?»

El cielo dase a los que hacen buenas obras; yo no las he hecho ni las espero hacer, ¿qué tengo yo con eso? Pruebo veinte veces a no pecar, y no puedo sino pecar. *Jam aruerunt omnia ossa nostra, et periit spes nostra.* «Ya nuestros huesos se han secado, ya se ha perdido nuestra esperanza». ¡Oh, desventurado de ti, si tú tal dices! Esfuérzate, hermano, que hoy es día de perdón: hoy se admiten todos, si quieren conocer sus culpas, y dolerse de ellas y confesarse: no hay más. Y tú, mancebo, piensas que no puedes dejar de pecar, y que no te puedes apartar de ello: prueba y apártate, que hoy es día de perdón; hoy se da fuerza para vencer y derribar aquello que te derriba. Hoy se dan fuerzas, si tú las quieres tomar, para vencer tus pasiones; hoy es el día en el cual prometió Dios de quitar el corazón de piedra, de quitar la sequedad del alma; hoy es el día en que da corazones arrepentidos; hoy es día en que dará corazones aparejados para llorar vuestros pecados y saberlos conocer.

Hoy es el día en que os dará un soplo, no en las orejas,

no en los oídos, no en nada de lo de acá fuera, sino dentro de vuestros corazones; un soplo que os dé vida, un soplo que os dé fortaleza, un soplo que os dé castidad, un soplo que os dé humildad, un soplo que os dé caridad y amor y todas las otras virtudes, un soplo que refresque vuestras ánimas: si no, miradlo en los Apóstoles que estaban cobardes, porque se querían mucho. Viene a ellos el Espíritu Santo, entra en aquellos corazones, quítaseles aquel temor, menosprecian la carne, y la soberbia y la codicia; echan en el suelo todos sus vicios; pasan por encima de ellos como vencedores de aquellos que les habían vencido y los acobardaban y ponían temor.

Levantáronse en pie como ejército poderoso; abren las puertas que antes tenían cerradas, llenos y rellenos del Espíritu Santo, llenos de fortaleza y de caridad, y comienzan a predicar con grandísimo hervor, no doctrinas frías, sino hirvientes como fuego; aquel: «¡Bendito sea Dios!»; aquel: «No hay sino sólo un Dios, tres Personas y un solo Dios verdadero»; aquel: «Jesucristo es Hijo de Dios vivo y está sentado a la diestra de Dios Padre, y es Juez de vivos y muertos»; aquel hablar que todos los entendían. Había allí entonces de todas las naciones, había Partos, Medos, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, de Asia la Menor, de Frigia, de Pamfilia, de Egipto, de Libia, de Creta, de Arabia, de Roma. Todas estas naciones estaban allí y todos los entendían, que hablaban todas las lenguas, y lo entendían todos como si hablaran la lengua de cada uno particularmente. ¿Y esto es maravilla, pues Dios lo hace?

Ahora un predicador habla en romance, y cada uno le entiende en su lengua; habla una palabra que Dios le manda, y entiéndelo uno a quien aquello toca, y los otros no lo entienden. Dice un predicador: «Sed humildes». Entiende aquella palabra el soberbio. Dice otro: «Sed casto». Aquello entiende el lujurioso; y así hablando en un lenguaje diferentemente. Así que del sonido grande que vino cuando el Espíritu Santo vino, habiéndose juntado en Jerusalén, y de que hablando en una lengua entendiese cada uno en la suya, estaban todos espantados,

y decían: «¿No son éstos de Galilea? ¿Cómo hablan tantos lenguajes?» Otros decían: «Dejadlos, que están borrachos». Cuando oyéredes hablar alguna persona y no lo entendiéredes, tened paciencia y no os arrojéis a juzgar de presto; mirad que el Espíritu Santo no parece; mirad lo que hacéis, que por ventura hablará alguno lo que quiso Dios que hablase, y diréis vos que está borracho.

Así que dijeron que estaban los Apóstoles borrachos, levantóse entonces San Pedro, como pastor universal y como su defensor, y dijo: *Varones de Jerusalén, escuchad mis palabras, no penséis que estamos borrachos, porque ahora no es hora de haber bebido, que es hora de tercia* (Act., II). Sabéis que es esto lo que profetizó el Profeta Joel (cap. II, Joann., XXI): *Effundam Spiritum meum super omnem carnem, et prophetabunt filii vestri, et filiæ vestræ.* «Derramaré, enviaré mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos profetizarán, y vuestras hijas y vuestros hijos soñarán sueños, y los mancebos verán también visiones; y sobre mis siervos y criados, enviaré mi Espíritu Santo». (Act., II; Marc., XVI; Joann., XVI.) «Varones israelíticos, a Jesucristo predicamos, Varón aprobado de Dios, al cual vosotros entregasteis a la muerte con todas las señales que Dios hizo; al cual Dios resucitó y está a la diestra de su Padre; y El hizo que el infierno no le empeciese, que no le podía empecer. Y cierto, sepa todo hombre que Jesucristo, que vosotros crucificasteis, es verdadero Hijo de Dios».

Habló San Pedro con tanto hervor, predicóles allí cómo el Espíritu Santo venía deseoso de nos consolar y remediar. Echa, pues, la red el buen pescador; aquel que antes solía pescar peces, pesca ahora ánimas; echó la red; del primer lance pescó tres mil de aquellos que poco había que le habían dicho que estaba borracho; compungíanse y arrepentíanse de lo que habían dicho, y decían: «Desventurados de nosotros, ¿cómo nos hemos ahora de convertir, que somos nosotros los mismos que le crucificamos y dijimos que soltasen a Barrabás? ¿Cómo ha de ser esto? ¿Cómo nos ha Dios de perdonar? » Díjole San Pedro: «¿Qué es eso? No desmaye nadie, misericordioso

es Dios, y Jesucristo está lleno de misericordia; que aunque hayáis hecho eso, aunque vosotros sois los mismos que le matasteis con vuestras propias manos, está aparejado a perdonaros si os arrepentís y hacéis penitencia».

»Confesad vuestro pecado luego, y más tardaréis vosotros en confesaros que Dios en perdónároslo». Ellos, como oyeron esto, dijeron que les placía; y no solamente les perdonó Dios sus pecados, pero usó de tanta misericordia con ellos, que les envió el Espíritu Santo, así como a los Apóstoles, sobre casi tres mil hombres de ellos. ¿No miráis qué buena redada para la primera? ¡Oh, bendita sea tu misericordia, Señor mío, que tan caro te costó lo que ahora tan de balde se da! Daba Dios el Espíritu Santo a quien su Majestad quería, y de balde.

A otro sermón se convirtieron cinco mil hombres; así fueron creciendo los cristianos, y se fué poblando y engrandeciendo la Iglesia de Dios, que estaba pequeña. De aquí comenzó la cristiandad que ahora tenemos. Estaban todos juntos perseverando en oración; comulgaban cada día, y vendían todas sus haciendas, y entregábanselas a los Apóstoles, y decían: «Esto es lo que vale toda mi hacienda, tomadlo, y haced de ello lo que quisiéredes». Tanta parte tenía el que poco traía como el que mucho, todo era igual, todo era común. Hacíase entonces en la Iglesia universal lo que ahora se hace en los monasterios, que no tienen en particular ni en común propio, y por eso mejor librados. Así estaban los santos Apóstoles (Act., V), y los otros santos hombres y mujeres; hacían muchos milagros y maravillas; sanaban enfermos, resucitaban muertos; estaban siempre la mayor parte del tiempo orando muy alegres (Act., III-IX), llenos de gozo del Espíritu Santo, muy regocijados con el huésped.

Plegue al Espíritu Santo, por los merecimientos de Jesucristo y por aquella sangre que derramó en la Cruz por nosotros (Joann., XIX), tenga por bien venir en nuestros corazones y sanar nuestras ánimas, alumbrar nuestros entendimientos, para que conozcamos a Dios, y enderezar nuestra voluntad para solamente amarle, y

olvidarse de las cosas del suelo, y sujetar nuestra carne, y darnos humildad, castidad y caridad para con nuestros prójimos, y darnos sus siete dones, para que teniendo su gracia, nos dé la gloria.

ÁNIMA MÍA, VIVE EN PERPETUO AGRADECIMIENTO DE TAN GRANDES Y TANTOS BENEFICIOS

TRATADO CUARTO

DEL ESPÍRITU SANTO

Paracletus autem Spiritus Sanctus.

«El Espíritu Santo Consolador.»

(JOANN., XIV.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

QUIEN *de tierra es, de tierra habla; el que viene del cielo, sobre todos es* (Joann., III), dijo San Juan Bautista a sus discípulos. Tocóles un poco de envidia, porque la gente seguía más a Jesucristo que a él, y para los apaciguar, díjoles estas palabras: «Ninguno puede tomar más de lo que del cielo le viene, de lo que del cielo le envían». *Qui de terra est*, etcétera. «Tierra es el que de tierra habla». ¿Qué hará la tierra, pues le está mandado subir al cielo? ¿Qué hará, cómo podrá subir? ¿Qué hará el hombre que le está mandado que hable cosas del cielo? Cosa es ésta imposible, cosa que de sí no la podía hacer, cosa tan imposible, como la tierra subir al cielo. *Qui de terra est, de terra loquitur.* Si hubiésemos de hablar de cosas de abajo, daríamos buenas señas; pero hablar del Espíritu Santo, hablar de cosa tan alta, hablar de cosas del cielo, ¿qué haremos que somos más bajos que la misma tierra? ¿Qué haremos para bien hablar? Es menester mucho la gracia del Espíritu Santo.

No en balde fué dada a los Apóstoles para hablar (Act., II): *Audivimus eos loquentes variis linguis magnalia Dei.* Fueron los bienaventurados Apóstoles llenos, y muy llenos de fuego del Espíritu Santo; fueron llenos de esta celestial gracia, para dar a entender que nadie debe hablar ni predicar de este Santo Espíritu, sino lleno y muy lleno de este celestial don y de este santo fuego. Encendidas iban las entrañas, y llenas de gracia, que Nuestro Señor envió a sus santos Apóstoles, pues hablaron las maravillas y grandezas que de Dios hablaron y dijeron, y por todo el mundo pregonaron. Vino en lenguas de fuego, para darnos a entender que han de ser las lenguas de los que hablaren cosas de Dios y sus maravillas, encendidas con fuego, encendidas con amor. No han de ser las lenguas que han de hablar cosas de Dios y sus maravillas, de agua, no de viento, no han de ser de tierra.

Venimos a oír las palabras de Dios, venimos a oír sus sermones, y venimos como a farsa, sin más amor y reverencia. Dígoos de verdad, que un grande riesgo corremos todos los que oímos sermones; gran peligro corremos si no oímos como debemos oír; con corazón encendido, con entrañas abrasadas habíamos de venirlo a oír.

Hermanos, juntádoos habéis a oír y hablar del Espíritu Santo; para tan gran negocio menester hemos la gracia, menester hemos el mismo Espíritu Santo, que se infunda en nuestros corazones y los ablande y abrase con su santo fuego y divinos dones.

Dice San Pablo (Rom., VIII) *que el Espíritu Santo ruega por nosotros con gemidos inenarrables.* La oración que no es inspirada del Espíritu Santo, poco vale; la que no se hace según El, la que no inspira y ordena El, de muy poco fruto es, poco aprovecha. Dijo Cristo a sus Apóstoles (Joann., XIV): *Tristes estáis porque me quiero ir: el Consolador vendrá, que el Padre lo enviará en mi nombre y El os consolará, El os enseñará todas las cosas, El os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho, El abrirá vuestros oídos para que oigáis, y vuestro entendimiento para que entendáis: enseñaros ha a orar, y enseñaros ha*

todo lo que hubiéreles de hacer, para que en todo acertéis.

En gran manera estamos necesitados de este Consolador, de este Doctor, de este Consejero y de este Enseñador. ¿Qué remedio? Que nos vamos a la sacratísima Virgen. En gran manera es muy amiga del Espíritu Santo, y El de Ella. En sus entrañas el incomprensible cupo; su alteza, su grandeza abajó, e hízose temporal siendo eterno, y El rico se hizo pobre, y El muy alto, se abajó, y esto todo por obra del Espíritu Santo, por industria, orden y saber suyo. Dijo el ángel San Gabriel a la Virgen (Luc., I): *Spiritus Sanctus superveniet in te.* «El Espíritu Santo, Señora, vendrá sobre Vos, y la virtud del muy Alto os hará sombra». Conoce muy bien el Espíritu Santo las entrañas de la Virgen: conoce muy bien aquel su corazón tan limpísimo, conoce muy bien aquel palacio donde tantos y tan grandes misterios obró. No hizo la Virgen, ni pensó ni habló cosa que, en un solo punto desagradase al Espíritu Santo: en todo le agradó, en todo hizo su santa voluntad: por ruegos de esta gloriosa Virgen, por gemidos, y deseos y oraciones trajo al Verbo Eterno y lo metió en sus entrañas. Supliquémosla, pues tan amiga es de este Santo Espíritu, nos comunique su gracia para hablar de tan alto Huésped.

Si Spiritum Sanctum accepistis credentes. (Act., II.) «Si recibisteis al Espíritu Santo por la fe creyendo». Dijo una vez San Pablo a unos: «¿Habéis recibido al Espíritu Santo? ¿Tenéislo en vuestras entrañas? Bienaventurada el ánima que tal ha recibido; bienaventurado el que tal Huésped ha recibido, creyendo que por fe se da». Respondieron: «Ni sabemos si lo hay, cuanto más haberlo recibido». No se lo habían dado, y aun quizá habrá aquí quien no lo sepa. ¡Oh, si dijésedes verdad! ¿Habeislo recibido? ¿Amaislo? ¿Habeislo servido? ¿Deseaislo? ¿Tenéis gran deseo que se infunda en vuestros corazones? Ni aun sabéis si lo hay. No aprovecha nada de lo que deseéis; no basta que digáis que venga, que lo queréis recibir; todo no aprovecha si no hay obras dignas y que merezcan su venida. (Tim., I): *Factis autem negant.* Las obras han de convenir con las palabras y con los deseos,

para que este tan gran Huésped quiera venir y aposentarse en vuestra ánima.

Tiene tantos de predicadores el Espíritu Santo, tantos de Profetas que de El hablaron antes que el sol fuese criado! Dice la Escritura que el Espíritu del Señor era traído sobre las aguas (Génes., I): *Et Spiritus Domini ferebatur super aquas.* Los Profetas todos vieron y contaron grandes secretos y misterios de este Santo Espíritu. Entre todos y más que todos, dió tales señales Jesucristo Nuestro Señor de El, y dijo tales cosas de El, que estaban todos espantados de oír las maravillas que El dijo. Dijo Jesucristo a sus Apóstoles (Joann., XIV): *No tengáis pena, no estéis penados porque me voy.* Antes, Señor, por eso están penados. ¿Qué nuevos amores, Señor, son éstos? ¿Qué nuevas maneras de tratar con los que os aman? Vaisos, y ámanos más que a la lumbre de sus ojos; quereisos ir, y para consuelo de vuestra ida, deciesles: «No tengáis pena porque me voy.» Antes por eso la tienen, y es la causa de toda su pena y de todo su desconsuelo pensar: «Señor, que os habéis de ir». Nadie puede entender esto ni alcanzarlo, sino quien tuviere Espíritu Santo.

«Consolados habéis estado conmigo; alegres habéis estado con mi presencia, enseñados con mi doctrina y fuertes con mi presencia (Joann., XIV): *Yo me voy, y rogaré a mi Padre que os envíe otro Consolador en mi nombre.* Hasta aquí yo os he consolado, yo me iré, y yéndome yo, os enviaré otro Consolador, otra persona». ¡Oh, poderoso Dios! ¿Quién es este Consolador que habéis de enviar? «Espíritu de verdad, que morará en vosotros, que os enseñará verdades, no opiniones, no engaños».

Bendígante Señor los cielos y la tierra. No se contentó Dios Padre con darnos a su muy amado y único Hijo Nuestro Señor Jesucristo, y para que muriese por nosotros, sino a sí mismo. Dijo Jesucristo (Ibid.): *Si quis diligit me, sermonem meum servabit et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* «El que me ama guardará mis palabras, y mi Padre lo amará, y a El vendremos, y morada cerca de El

haremos.» Que estudie y rumie sus palabras, y las cumpla y guarde; esto os da por señal y prenda de su amor. Y, hermano, decid, ¿cómo os va cuando oís la palabra de Cristo? ¿Holgaisos cuando os hablan de El? ¿Alégraseos el corazón cuando le oís nombrar, cuando le predican, alaban y bendicen y glorifican en los púlpitos?

Más os alegráis con invenciones, con novedades; esto oís de buena gana. «El que guardare mi palabra, éste me ama». ¿Cómo es eso? ¿Cómo tengo de guardar sus palabras? ¿Cómo le tengo de amar? Habeislo de amar, y en esto mostraréis que verdaderamente le amáis, si por le amar olvidáredes y dejáredes todo cuanto os estorbare para lo amar, y verdaderamente servir (Matth., V): «Si vuestro ojo derecho, si la cosa que así la amáis como a vuestros ojos os escandalizare, si vuestra mano derecha, si cualquiera otra cosa que mucho la habéis menester, os apartare de este santo propósito, cortadla». Cosa recia es, Padre. «Habéis de tener una navaja tan afilada, que aunque os ponga delante padre y madre, y hermanos y parientes, y amigos, y todo cuanto así se pudiere decir, si os aparta del amor de Jesucristo, cortadlo, no lo dejéis, holladlo, pasad sobre ello, que aunque esto parece género de crueldad, es gran piedad». (Hieron.)

Si por el dinero, o por la hacienda, o por el pariente o amigo, o por la deshonra o por la honra, o por el favor o arrimo, o por muerte o por vida pecas, córtalo. ¡Cosa recia! ¿Que no tengo de desear la mujer ajena? ¿Y que no solamente no tome la hacienda ajena, pero que tengo de dar la mía? ¿Y no solamente no tengo de hacer mal a nadie, pero hacer todo cuanto bien pudiere? Cosa recia y trabajosa es ésta: Señor, echad alguna azúcar, que trabajo y sudo por hacer esto, y apenas con todas mis fuerzas salgo con algo; poned algún consuelo, poned algún premio; pláceme (Joann., XVI): «Mi Padre le amará, mi Padre le querrá bien—dice Jesucristo—y el galardón que por cumplir mis palabras y guardar mis mandamientos le darás, en esto se les pagarán sus trabajos, que el Eterno Padre pondrá sus ojos sobre El, y a El ven-

dremos, y morada cerca de El haremos». No será la venida de paso, pues ha de pasarse a hacer morada y mansión.

¿Quién podrá pasar por esta palabra sin dar bendiciones y alabanzas al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, que vendrá el Padre y el Hijo, y harán habitación en El? ¿Queréis más? ¿Estáis contentos? Andaréis ya echando mano de las sombras, buscando dineros, buscando honras, deseando subir y valer, y buscar oficios; ¿queréis más? Dice San Bernardo: «¡Oh, endurecidos corazones, ¿a quién tal cuchillo no corta, y tal fuego no enciende, y tal bondad no mueve, y amansa y ablanda», viniendo el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo a morar en los corazones de los hombres, como a casas suyas?

No te llames huérfano de aquí adelante porque el mundo no te hace honra, porque el mundo no te favorece, porque no tienes prosperidades y riquezas de acá. ¿Quédate más, Señor, quédate más que dar? «Yo rogaré al Padre y enviaros ha otro Consolador». La cosa que más me espanta. Estaban los discípulos esperando este Consolador; deseábanlo tanto, que no se puede decir quién era este Consolador, o qué tal era, que antes que viniese estaban los Apóstoles enamorados de El, y tanto deseaban que viniese para verle. «Y rogaré al Padre, y enviaros ha otro Consolador». ¿Qué decís, Señor? ¿Qué grandezas se os sueltan de esa boca? ¿Qué tal ha de ser el Consolador que viniendo consuele vuestra penosa ausencia? ¿Que consuele y enseñe y haga todo lo que Vos hacéis? ¿Podréis atinar, y decir cuánto era el consuelo de Cristo con sus Apóstoles, cuánta era la alegría que con su vista y presencia tenían? En solamente mirarlo, se les quitaban cuantos trabajos tenían.

No hay madre que tanto ame a sus hijos, y tanto los regale, cuanto Jesucristo amaba y regalaba a sus Apóstoles; no hay ave que tanto cure de sus hijos, y los defienda debajo de sus alas y los abrigue, como lo hacía Jesucristo con los suyos. Amábalos entrañablemente, hablaba con ellos, enseñábales, dábales mil consuelos, quitábales los desmayos, esforzábalos, hacíalos tantos bienes, y amábanle ellos tanto a El, que dejaron sus ha-

ciendas, sus caudales, las redes con que ganaban de comer, y los maridos a sus mujeres, y los hijos a los padres, y algunas mujeres a sus maridos. Erales tan amoroso, y su conversación tan apacible y tan llena de amor, que mil mundos que tuvieran dieran por gozar de El una sola hora. ¡Qué asegurados, qué alegres, qué gozosos estaban con Cristo! Ricos y dichosos se pueden llamar, y sonlo, que con sus ojos veían a Jesucristo y con sus orejas oían sus santísimas palabras.

Díjoles Jesucristo el jueves de la cena (Joann., XIV): *Desconsolados estáis porque os he dicho que me quiero ir.* Estaban estos bienaventurados tan contentos con Jesucristo, que les parecía que no era posible que viniese cosa a sus corazones, faltando El, que los pudiese consolar, y que no había en el mundo persona que hinchiese lo que con ausentárseles Cristo les quedaba vacío.

Estaban abobados, embebidos en aquel santísimo cuerpo y presencia suya; no creían que podían ser consolados ido El de entre ellos. ¿Quién consolará a estos desconsolados? ¿Quién remediará tan gran pérdida? ¿Quién curará esta llaga que la ausencia de Cristo causó en los corazones de sus Apóstoles? Gran llaga de amor fué ésta, necesidad tiene de gran remedio y cura. Si yo me fuere, otro Consolador vendrá que os consuele. ¿Qué Consolador puede venir que no echen menos a Jesucristo? Díceles que se quiere ir, y para templar su pena y tristeza promételes que les enviará otro Consolador. «Y será tal, que no estéis penados por mi ida; otro Consolador tan bueno como yo, otro que os consolará y os regalará más que yo». No otro sino Dios pudiera curar esta llaga; y este es argumento muy grande para creer que el Espíritu Santo es Dios, porque si fuera menos que Dios, no pudiera consolar y curar la llaga que Cristo había hecho con su ausencia; Jesucristo es Dios, si el Consolador que había de enviar fuera menos que Jesucristo, no fuera Dios, y así no pudiera curar la llaga de haberse ido Cristo. Luego claro está, que habiendo de ser Consolador como Cristo dijo, el cual había de consolar a los Apóstoles de la pena que tenían porque Cristo se iba, había de ser tan-

bién Dios como era Jesucristo, y poderoso para consolar como lo era Cristo. Cierto no bastara a henchir aquel seno sino el Espíritu Santo, que es también Dios como Jesucristo.

Por tanto, debéis estar muy consolados, porque si le llamáis, os socorrerá en cualquier trabajo que tuviéredes. Y si decís vos: «Levantáronme un testimonio, no sé qué dijeron de mí, perdióseme la hacienda, fuése mi marido, tengo muchos trabajos y enfermedades, murióse mi padre, faltóme mi amigo, estoy desconsolado, tengo grandes tentaciones, hallo gran sequedad en mi corazón, no sé qué me tengo, siempre ando cercado de trabajos y en peligro de muerte». Tened paciencia; no viváis desconsolados; no os dejéis caer, llamad a este Consolador, que consolaros ha y enseñaros ha; que pues bastó a henchir y sanar y consolar la desconsolación que causó Cristo a sus Apóstoles, también os consolará a vosotros, que mayor pérdida y mayor desconsuelo fué aquel, que cuantos vos podéis tener por grandes y penosos que sean.

Coteja tu desconsuelo y llaga con la de los Apóstoles, y verás cómo el que aquélla curó y consoló siendo tan grande, tan bien y mejor consolará y curará las tuyas. ¿Haos venido este Consolador? ¿Haos venido este Huésped? ¿Haos venido este buen día por vuestra casa?

«Padre, no sé qué me tengo; lo que mucho me alegraba de antes, ahora me enoja; las alegrías del mundo me entristecen, los placeres me dan pena, los juegos, los pasatiempos, las alegrías y todos los deleites del mundo me hieden, todo me da fastidio». Si ha venido este día por vos, si habéis recibido este sentimiento en vuestro corazón, si lo habéis recibido, sabedlo agradecer al Señor, y sabedle dar gracias por ello. Quien en sí recibe este Huésped, quien recibe este Consolador, todo cuanto en el mundo florece y todo cuanto es tenido en algo de los mundanos, hace menospreciar y tener en poco y en nada; todo le da asco, todo harta, todo fastidia y da pena.

Sábele tú llamar a este Consolador, procúralo agradar y tener contento; porque quien tal Huésped tiene, no se debe descuidar en nada, porque tan gran Huésped

gran cuidado pide. Dile: «Señor, con Vos sólo estoy contento, Vos sólo bastáis a me hartar, sin Vos no quiero a nadie, y con Vos todo lo tengo; estad Vos conmigo y fáltenme todos; consoladme Vos, y desconsuéleme todo el mundo; sed Vos conmigo, y todo el resto contra mí». ¿Dónde está la sabiduría? ¿Dónde la hallaremos? En el pecho de Dios está. Pues decid, ¿después que se fué, quedamos huérfanos? ¿Quedamos solos? ¿Quedamos sin consejo, desarrimados? ¿Cómo quedamos? ¿Dejónos acá en su lugar a otro? Predíqueoslo el que lo sabe por su misericordia, y déoslo El a entender.

¡Oh, mercedes grandes de Dios! ¡Oh, maravillas grandes de Dios! ¡Quién os pudiese dar a entender lo que perdéis, y también os diese a entender cuán presto lo podríades ganar! Gran mal y pérdida es no conocer tal pérdida; y muy mayor pudiéndola remediar, no la remediar. Quiérete Dios bien; quiérete hacer mercedes, quiérete enviar su Santo Espíritu; quiere henchirte de sus dones y gracias, y no sé por qué pierdes tal huésped. ¿Por qué consientes tal? ¿Por qué lo dejas pasar? ¿Por qué no te quejas? ¿Por qué no das voces?

Mas ¿cómo la diremos a esta junta que el Espíritu Santo quiere hacer, y hace con tu ánima? Encarnación no; pero es un grado que tanto junta el ánima con Dios, y un casamiento tan junto y tan pacífico, que parece mucho Encarnación, aunque por otra parte mucho diferencien; porque la Encarnación fué una tan altísima unión del Verbo divino con su santísima Humanidad, que la subió a sí a unidad de persona; lo cual no es acá, sino unidad de gracia; y como allí se dice Encarnación del Verbo, se dice acá Espirituación del Espíritu Santo.

Así como Jesucristo predicaba, así ahora el Espíritu Santo predica; así como enseñaba, así el Espíritu Santo enseña; así como Cristo consolaba, así el Espíritu Santo consuela y alegra. ¿Qué pides? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres más? ¡Que tengas tú dentro de ti un consejero, un ayo, un administrador, uno que te guíe, que te aconseje, que te esfuerce, que te encamine, que te acompañe en todo y por todo! Finalmente, si no pierdes la gracia, an-

dará tan a tu lado, que nada puedas hacer, decir ni pensar que no pase por su mano y santo consejo. Seráte amigo fiel y verdadero: jamás te dejará si tú no le dejas.

Así como Cristo estando en esta vida mortal obraba grandes sanidades y misericordias en los cuerpos de los que lo habían menester y lo llamaban, así este Maestro y Consolador obra estas obras espirituales en las ánimas, donde El mora y está en unión de gracia. Sana los cojos, hace oír los sordos, da vista a los ciegos, encamina a los errados, enseña a los ignorantes, consuela a los tristes, da esfuerzo a los flacos. Como Cristo andaba entre los hombres haciendo estas tan santas obras, y así como estas obras no las pudiera hacer si no fuera Dios, e hízolas en aquel hombre, y llamamos las obras que hizo Dios y hombre, así estotras que hace acá el Espíritu Santo en el corazón donde mora, llamamos las obras del Espíritu Santo con el hombre, como menos principal. ¿No se llama desdichado y malaventurado quien no tiene esta unión, quien no tiene tal consejero, quien no tiene tal guía, tal arrimo, tal ayo y consolador y conservador?

Y porque no le tenéis, andáis cuales andáis desconsolados, tristes, sin ánimo, llenos de amargura, sin devoción, llenos de miserias. Decidme, ¿habéislo recibido? ¿Habéislo llamado? ¿Habéisle importunado que venga? ¿Cuántas lágrimas os cuesta? ¿Cuántos suspiros? ¿Cuántos ayunos? ¿Qué devociones habéis hecho? Dios sea con vosotros. No sé cómo tenéis paciencia ni cómo podéis vivir sin tanto bien. Mirad, todos los bienes, todas las mercedes y misericordias que Cristo vino a hacer a los hombres, todas esas hace este Consolador en nuestras ánimas: predícate, sánate, cúrate, enséñate y hácete mil cuentos de bienes.

¿No os ha acontecido tener vuestra ánima seca, sin jugo, descontenta, llena de desmayos, atribulada, desganada y que no le parece bien cosa ninguna buena? Y estando así en este descontento, y algunas veces bien descuidado, viene un airecico santo, un soplo santo, un refresco que te da vida, te esfuerza, te anima, y te hace

volver en ti, y te da nuevos deseos, amor vivo, muy grandes y santos contentos, y te hace hablar palabras y hacer obras que tú mismo te espantas.

Eso es Espíritu Santo; eso es Consolador, que en soplando que sopla, en viniendo que viene, os hallaréis tocado como de piedra imán, y con alientos nuevos, y obras y palabras, y deseos nuevos que antes no hallábades como en cosa ninguna: todo os estorbaba, todo os enojaba, ahora en todo hallaréis sabor y mucho contento; en todo os alegráis, todo os enseña. Una hierbecita, que con atención miráis, os hace dar mil alabanzas a Dios Nuestro Señor; y os da a conocer el Hacedor y Criador maravilloso de todas las cosas, y pone en vuestro corazón sentimientos devotos y agradecidos al Señor Todopoderoso, y otras cosas; que si tuviésedes licencia para hablar, diríades maravillas y grandezas de lo que el Señor de todo lo criado os da a conocer.

¡Oh, alegre Consolador! ¡Oh, soplo bienaventurado, que lleva las naos al cielo! Muy peligroso es este mar que navegamos; pero con este aire y con tal Piloto seguros iremos. ¡Cuántas naos van perdidas! ¡Cuántos contrarios vientos corren y grandes peligros! Mas en soplando este piadoso Consolador, las vuelve a puerto seguro. ¿Y quién podrá contar los bienes que nos hace y los males de que nos guarda? De allá sale el viento, y allá vuelve al Padre y al Hijo; de allá lo espiran, y allá espira El a sus amigos; allá los guía, allá los lleva, para allá los quiere.

Dijo Cristo a sus Apóstoles: «Sentaos en la ciudad». «¿Pues para qué Señor? ¿No iremos a predicar? ¿Qué hemos de hacer sentados? ¿Qué nos falta?» Antes que venga el Consolador, antes que sople este viento de Espíritu Santo, estamos sentados, estamos pesados, pesará mucho nuestra ánima, todo se le hace dificultoso, todo le parece imposible, no le parece que hay camino para el cielo, en todo halla estorbo, y anda cargado con una arroba de plomo: ¡qué digo arroba! Como con cien quintales de plomo. ¿Cómo los huesos muertos han de tener vida? ¿Cómo estando secos han de cubrirse de carne y resucitar? Claro está que ellos de su parte, y solos por

sí, que no podrán nada; pero Dios que todo lo puede, los puede cubrir de carne y darles espíritu de vida, y resucitarlos, y darles movimiento y vida.

Llamó Dios al Profeta Ezequiel y díjole (cap. XXXVII): «Hijo del hombre, a tu parecer estos huesos que aquí ves, ¿podrán tener vida y ser cubiertos de carne y nervios?» Respondió Ezequiel: «Señor, eso que me preguntáis, Vos lo sabéis». Dijo Dios: «Diles así: Huesos secos, yo echaré sobre vosotros espíritu de vida, y os cubriré de nervios, y haré crecer carne sobre vosotros, y extenderé pellejos también sobre vosotros, y os daré vida y sabréis que yo soy el Señor».

Hueso seco, duro y sin jugo ni virtud es todo hombre que está sin el Espíritu Santo: hueso muerto. Pero después que el Profeta llamó al viento para que soplase sobre los muertos, tuvieron los huesos vida; todo se muda, lo pesado se hace liviano, y lo muerto revive.

Estabas tú malo, pesado, sin fuego de caridad, muerto, y no sabías hacer a nadie una poca de misericordia, ni tenías ternura; estabas desmayado con flaqueza, sin esperanza de poder hacer cosa buena, y pesado como muerto. Estando así, dícete Dios: «Hombre, no desmayes, ¿piensas que no has de poder resucitar? Esfuérzate, que más poderoso soy yo para te salvar, y para te resucitar, y dar vida y alegrarte, que todos tus males para derribarte, perderte y entristecerte y matarte. Más bondad es la mía para hacerte bueno, que tu maldad mala para condenarte y hacerte malo». «Bendígante, Señor Dios Todopoderoso, los cielos y la tierra. ¡Cuántos testigos veremos en el día postrero de esto, que sus naos iban ya para se perder, iban a se hacer pedazos, estaban para se hundir, y soplándolos tu soplo fueron salvos, y llegaron con tranquilidad y seguridad al puerto! ¡Cuántos, perdida toda esperanza de vida, resucitó su Espíritu, y dió vida y deseos nuevos, y alegró y confirmó con nueva esperanza! ¿Quién hace todo esto? El Espíritu Santo, que sopló y llevó hasta Dios sin resistir.

¿Qué más hace? ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo podrá decir? Echan los Apóstoles en la cárcel, azótanlos, mán-

danlos que no prediquen; y ellos sálense riendo y gozosos, y sintiéndose por bienaventurados porque fueron dignos de padecer trabajos y afrentas por Cristo Nuestro Redentor: si no, mira que por miedo de una mujercilla, niega y reniega San Pedro tres veces de Jesucristo, y dice (Joann., XVIII): *No conozco tal hombre.* Y después de venido este Consolador, este soplo a su corazón, no bastan amenazas, no cárceles, no prisiones, no azotes, no la misma muerte para hacerle que dejase de predicar y confesar el santo nombre de Jesucristo. Decía San Pablo puesto en prisiones y cárceles (Philip., I): «No penséis que porque estoy en esta cárcel preso estoy desconsolado; hágoos saber que aquí donde estoy en esta cárcel, tengo consuelo para mí y para vosotros, y desde aquí consuelo a todos».

Dice Jesucristo en su Santo Evangelio (Joann., IV): *Quien hubiere sed, venga.* ¿Qué queréis decir, Señor? ¿Qué aguas tenéis para matar la sed a los que a Vos vinieren? No hay aguas ni fuentes tan frescas que así maten la sed y refrigeren a los que están sedientos, como el Santo Espíritu de Cristo. Con El se matan las ansias y sedes de este mundo, y se apagan los calores de fuego que nos encienden los deseos para amar y desear cosas de la tierra. Y por eso dice Cristo Nuestro Señor: *Quien hubiere sed, venga a mí.* Viniendo a El, y bebiendo del agua de su Santo Espíritu, y recibiendo este Consolador y este soplo del Espíritu Santo, será harto, será consolado, será enseñado y lleno de abundancia, y guiado sin error y fuera de toda duda.

Dice San Bernardo que todas las cosas te enseñará; unas veces El solo, otras veces por boca de otro hombre te avisa, te enseña, te consuela, ayuda y esfuerza, que así lo quiere El, que hubiese muchos discípulos que si quisiesen ser señalados con esta doctrina, si quisiesen oír y cursar en esta escuela, gozarían de este Espíritu manso, fuente de sabiduría. En esotras escuelas, aunque sea un hombre malo, puede salir letrado en su género y maneras de letras; mas en esta escuela gozarán de este Espíritu Santo y saldrán sus discípulos

(Isaí., XXVIII): *Ablactatos a lacte, avulsos ab uberibus.* Los que están ya destetados y apartados de los pechos de sus madres, a estos tales enseña el Espíritu Santo, con éstos se comunica, a éstos se da.

Atreveos, hermanos, a destetaros por Dios, atreveos a apartaros de los pechos de vuestras madres, para que seáis discípulos, y enseñados en la escuela del Espíritu Santo. Destetaos de vuestra voluntad, de vuestro propio parecer, salíos y apartaos de vosotros mismos, salíos de vuestro natural y de vuestros juicios. «Señor mío y Dios mío, si Vos no me sois amigo, si Vos no me ayudáis, si no me favorece vuestra poderosa mano, ¿cómo podré yo hacerlo? ¿Cómo podré desarrimarme y destetarme, y apartarme de lo de acá? Y ayudándome Vos, todo lo podré, todo lo haré; no habrá cosa que me detenga, todo lo olvidaré, todo lo menospreciaré y lo echaré de mí. Más quiero, Señor, ser penado por Vos que alegre con el mundo; más quiero llorar que reír, pues tan gran galardón ha prometido Jesucristo Nuestro Redentor, diciendo con su preciosa boca (Matth., V): *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.* Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados».

Al destetar suelen morir algunos niños. Unos tienen su consuelo puesto en sus hijos, otros en sus tesoros y en sus riquezas, otros en la honra, otros en los oficios y mandos, otros en favores, otros en sus mujeres y maridos; y así cada uno se apacienta y se alegra con aquello que es, según su condición, y más contento le da. Déjalo todo, hermano, desteta a este tu corazón, apártale de los pechos donde tiene puesto su amor. Algunos destetados suelen volver atrás. Atrévete, hermano, y si alguna cosa te sabe bien, piérdela por Nuestro Señor Dios, y di: «Por vuestro amor quiero perder esta alegría, este consuelo, esto que me sabía bien, y lo otro que me da contento; todo lo que Vos, Señor y mi Dios quisiéredes que olvide, que aparte, que niegue, que haga, todo lo haré y de todo me apartaré; ayudadme Vos, Señor mío y consuelo mío, esforzadme Vos, dadme favor». (*Hymnus ejusd. Spir.*) *Accende lumen sensibus—infunde amorem*

cordibus—infirma nostri corporis—virtute firmans perpeti.

«Alumbrad, Señor, con los rayos de vuestra lumbre y claridad eterna las tinieblas de mi entendimiento, para que pueda con claridad y certidumbre escoger a Vos sólo por bien eterno mío, y olvide y tenga en poco todas esotras cosas, pues son sombras falsas y apariencias engañosas; y conociéndoos, haced, Señor y mi Dios, que mi corazón y toda mi voluntad se encienda en amor vuestro y deseo vuestro, para que a Vos sólo ame, a Vos sólo quiera, a Vos sólo me arrime, en Vos sólo ponga mis ojos, y para siempre no consintáis que sea apartado de amaros. Y porque la flaqueza de estos cuerpos estorba a que esto no se haga tan libremente como es razón, esforzad, Señor, con vuestra fuerza la flaqueza de mi cuerpo, la bajeza de mi sensualidad y habilidad, para que todo lo que hay en mí os contente y agrade y os entienda, ame y sirva».

«Padre, pues tantos bienes he oído de este Consolador, de este Huésped, que habemos de recibir en nuestras ánimas, sepamos a qué viene, qué hace en nuestras ánimas». Larga cuenta me pedís; ¿quién os podrá contar las mercedes que hace adonde viene? ¡Cuántos dones deja! ¡Qué de misericordias obra el ánima que a El se da toda! Cristo Nuestro Redentor hacía milagros, sanaba enfermos, resucitaba muertos, predicábales. ¿Quién bastará a contar tantos bienes como Jesucristo Nuestro Señor hizo a los hombres? Pues así el Espíritu Santo hace en las ánimas todo lo que Nuestro Señor Jesucristo hacía. El sana enfermos, El resucita muertos, y da lenguas a los mudos para que hablen las grandezas de Dios Nuestro Señor.

¿Quién quiere llevar este Huésped? ¿Quién quiere este Consejero, este Consolador? «Pues, Padre, ¿querrá venir?» Oíd (Isaí., LV): *Omnes sitientes venite ac aquas emite, absque argento, et absque ulla commutatione vinum et lac.* «Todos los sedientos venid a las aguas, y los que no tenéis plata acercaos presto y comed; venid y comprad sin dineros y sin ningún trueco, vino y leche». Primero diga agua, y luego vino y leche. Agua, porque mata y

refrigera la sed y ardor del cuerpo, y refresca los miembros cansados, y limpia todo lo sucio. Vino, porque te hace salir de tu seso y tomar el seso de Cristo; quítate tu parecer y voluntad, y date el parecer y voluntad y querer de Jesucristo Nuestro Señor y Redentor. ¿Quién lo quiere recibir, que de balde se da? Vino, porque da fuerza y da alientos para padecer y recibir trabajos por Cristo, y alegra el corazón, y pone contento en todo lo adverso. Es también leche, porque así trata el Espíritu Santo al ánima del que lo tiene, como a niño que está a los pechos de su madre, y rígelo, gobiérnalo y regálalo como a niño; así es el ayo nuestro, defendedor nuestro, pedagogo de nuestra niñez.

¿Quién lo quiere, quién lo quiere, hermanos? ¿Quién lo desea y está metido en pecados? ¿Quién lo pide con corazón ocupado en otras cosas? Dice el glorioso Apóstol San Pablo (Ephes., I): *In quo et credentes signati estis Spiritu promissionis, qui est pignus hæreditatis.* ¿Qué me aprovecha ser bautizado y creer en Jesucristo, si no tengo al Espíritu Santo? Si no tengo esta prenda de la promisión de nuestra heredad, ¿qué me valen esotros bienes, por muchos que tenga? Ni el ser bautizado, ni el llamarme cristiano es algo sin esto; así como la circuncisión era señal para el judío, así el bautismo es señal de cristiano en lo de fuera; todo no vale para salvarte, si no tuvieres Espíritu Santo, y la señal en que uno se ha de salvar y alcanzar las promesas de Cristo Nuestro Redentor, no es llamarse cristiano; no solamente has de ser bautizado; porque aunque haya esto, si falta presencia del Espíritu Santo, no bastará aquello; hijos son los bautizados, pero no son hijos legítimos, son bastardos; hijos son, pero no heredan a su Padre, porque los bastardos no son hijos que heredan; dones les puede dar su Padre, pero no les dará la heredad.

El que está bautizado y no obedece a Dios Nuestro Señor, no es hijo legítimo; el que está bautizado y no tiene el Espíritu Santo, no es legítimo, bastardo es, pues no tiene la señal que hace a los hijos legítimos y herederos de los bienes de su Padre, que es el Espíritu San-

to (Ephes., V): *In quo et credentes signati estis.* Cuando te señalaron con la señal exterior de cristiano, y cuando te dieron el Espíritu Santo te hicieron oveja de Cristo y te señalaron por oveja suya y de su rebaño. Si no tenemos el Espíritu Santo, no tenemos concierto sempiterno.

Aquel que no ha de faltar, que promete Dios por Isaías (cap. LV): *Faciam vobiscum pactum sempiternum, misericordias David fideles.* ¿Quién lo quiere? ¿Quién lo quiere? ¡Oh, pregoneros que pregonan la buena nueva! ¿Quién quiere este Huésped? ¿Quién quiere este Consolador? No todos son para recibir este Consolador, no todos son para recibir un Huésped, cuanto más si os dicen que es una persona muy cuerda y sabia. Dice el mancebo: «Tengo de estar delante de El, como Jerónimo, no me tengo de menear, no tengo de hablar, ni pasearme, ni ir a juegos ni a fiestas, ni por donde yo quisiere; siempre tengo de estar a raya; eso es gran pesadumbre, ¿quién lo ha de poder sufrir?»

¡Ah! Señor, ¿qué es esto? ¡Que rogamos con Vos, y que no os quieren, que os dais de balde, y que no os precian! Pues Vos, Señor, sabéis lo que en esto nos va y lo que perdemos si no os recibimos; decídnoslo y dadnoslo a entender. La mujer que está preñada no salta ni hace trabajos demasiados, porque no peligre lo que tiene en el vientre. La moza loquilla que no está en cinta, salta y baila y juega sin tener temor, porque no tiene qué peligre dentro de sí. ¿Queréis ver qué es, y que no os falte? Mirad: si viéredes alguna persona descuidada, o si os viéredes descuidado, que os vais adonde queréis, que habláis y reís, y jugáis sin temor, señal cierta que no tenéis qué perder, u os podremos profetizar que lo perderéis presto, pues que no tenéis amor.

Señal cierta es que tenemos algo, si sentimos cuidado de guardarlo y temor de perderlo; y así cuando os dicen: «Mira aquello». Respondéis: «No oso». «Vamos acullá». «No oso». «Holguémonos un poco». «No puedo». «Vamos a pasar tiempo». «No osaré». ¿Qué es esto? ¿Quién os ha arrebatado vuestra voluntad? ¿Quién os ha tomado vuestra libertad? Este santo temor y reverencia de este Huésped

que dentro de mí tengo, que me tiene atado los pies y manos y los deseos y el corazón; todo me tiene atado que no puedo hacer, ni quiero más de lo que El quiere y lo que es su voluntad.

El que espera o tiene este Huésped, así se ata, o para le recibir mejor o con mejor aparejo, o para si fuere venido, conservarle porque no se vaya. ¿Porqué Vos no os vais por ahí? ¿Porqué no hacéis como los otros? ¿Porqué sois tan enojoso? Desenvolveos, sed para algo; si viérades así alguno que hace esto, y que traiga cuidado sobre sí, y no sabe responder por sí, no defenderse, aquél lo tiene en el corazón; con aquél posa este Huésped; señales son del Espíritu Santo (Ephes., IV): *Nolite contristare Spiritum Sanctum*. Mira cómo vives, no entristezcas el Espíritu Santo que mora en nosotros. Vive con cuidado, como el que tiene un gran señor por huésped, que no osa ir a fiestas, ni a juegos, luego se acuerda de su huésped, y dice: «¿Quién lo servirá? ¿Quién le guisará de comer? ¿Quién le dará recaudo? Quiero ir a mi casa, no me haya menester, no me eche menos, no haga falta». Si no hay este cuidado, ni este temor y reverencia al Espíritu Santo que tienes por Huésped, ¡qué libre que andas! Corres, y juegas, y burlas, y comes y bebes sin temor de perderlo, y sin ningún cuidado de le esperar y de lo recibir.

¡Oh, qué dolor si lo esperas, y quieres y deseas que venga! ¿Qué es del cuidado? No hay hombre, por pobre que sea, que si le dicen que ha de venir el Rey a posar a su casa, que no busque prestado, o como pudiere, algunas cosas que colgar, y aderezos para ataviar su casa. «¡Oh, que me dicen que ha de venir el Rey a mi casa! ¿Qué haré? Préstame algo que cuelgue, préstame algunos paños con que le aderece y componga; que no es razón que viniendo el Rey a mi casa, aunque soy pobre, la halle desataviada, y sucia y mal compuesta».

Cuando te convidaren con algún pecado, con alguna mala tentación, responde luego: «Estoy esperando a la limpieza; ¿cómo me iré fuera de casa?» (Genes., VI): *Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est.*

Dice también San Pablo (Cor., VI): *Nescitis, quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti?* Miraos bien, que vuestros ojos, vuestras manos y vuestra boca, templo es del Espíritu Santo; no ensuciéis la casa del gran Señor; pasas un deleite en tu carne, luego se va el Espíritu Santo. No se puede sufrir en ninguna manera el Espíritu Santo en el espíritu sucio; no pueden vivir juntos. No hay medio, o has de tomar lo uno o lo otro; si has de tomar el Espíritu Santo, todo pecado y suciedad has de echar fuera: y si con algo te quieres quedar, irse ha el Espíritu Santo. Mira, pues, ahora cuál vale más, tener al Espíritu Santo Consolador en tu corazón con limpieza, o perder tan gran bien por un deleite que lo pasan las bestias en el campo.

No es mucho, no es mucho que aventuréis, y que perdáis lo falso por tomar lo verdadero, que pierdas lo incierto por lo cierto; en cosa tan clara, en negocio que tanto te va, no es menester tomar consejo; ¿quién le quiere? Mira que se da de balde, no os pedirá muchas cosas. Por reverencia del Santo Espíritu que hoy vino y se derramó en los corazones de los Apóstoles, que de aquí adelante le tengáis reverencia y acatamiento a este Huésped; que le sirváis con mucho amor y cuidado; aunque recibáis pena, trabajéis en contentarle; y aunque durmáis en el suelo, vos le deis vuestra cama; y aunque tengáis trabajos, le contentéis. Esto os pido por su reverencia y amor; que le tengáis respeto; no os deis al espíritu malo; no troquéis este Consolador por nadie; no podéis estar sin Espíritu Santo o espíritu malo: ¿qué va de huésped a huésped? Santiguámonos cuando oímos decir o nombrar el demonio, ¿y no nos santiguaremos de tenerlo en el corazón como lo tenemos, cuando por algún pecado mortal estamos enemigos y mal con Dios?

¡Si tuviésemos un poco de cuidado y mirásemos a los Apóstoles que con fe esperaban! Estaban los bienaventurados esperando el Consolador; está así tú en obras de misericordia, haciendo bien a cuantos pudieres. Estaban encerrados en compañía de la bendita Virgen María; llámale, hazle fuerza como la otra viuda porfió e hizo

fuerza a Eliseo. Esto pensad, que pues vino en los que crucificaron a Cristo, también vendrá ahora a los que con devoción le llamaren. Espanta de verdad su blancura y amor, que se metió entre aquéllos por la predicación e invocación de los Apóstoles.

Predica San Pedro (Act., IV): «Hermanos, pecado habéis, conoced vuestros pecados y arrepentíos de ellos, que el Señor os perdonará luego y os enviará un don. Aparejad vuestros corazones para lo recibir». Abreles Dios los corazones, sus entrañas, y conocen su mal, y suena aquella voz que suena más que órgano, y huele más que algalia, que es conocer su pecado y llorarlo, y llaman muy de corazón el nombre de Nuestro Señor Jesucristo; y en haciendo esto viene sobre ellos el Espíritu Santo. ¿Queréis que el Espíritu Santo venga a vos? Llamadlo en nombre de Jesucristo. Quiere tanto el Espíritu Santo a Jesucristo, que si lo llamáis que venga a vosotros en su nombre, luego vendrá. Es limpio, ¿cómo ha de venir a mí, que soy sucio? Ahí está el punto. ¿Porqué quiso tanto el Espíritu Santo a Jesucristo?

Porque se puso Jesucristo tan de buena gana en la Cruz, obedeciendo al Padre Eterno y al Espíritu Santo, por eso vendrá en nombre suyo a vosotros, y no tendrá asco de nuestra miseria; no dejará de venir; no se tapará las narices de ti quien juntó oro con cieno, limpieza con basura, rico con extrema pobreza, alteza con bajeza, tan grande bien con tanta flaqueza y poquedad: así es verdad, que el hombre no es lugar propio para el Espíritu Santo, ni la Cruz era lugar adonde pusieron a Nuestro Redentor Jesucristo; mas por esta junta de Dios con la Cruz, es esotra del Espíritu Santo con el hombre. El Espíritu Santo amonestó e inspiró a Jesucristo que se pusiese en aquel lugar tan bajo y tan hediondo de la Cruz, y por eso el Espíritu Santo viene a este otro lugar tan hediondo y bajo, que es el hombre. Rogádselo, importunádselo, llamadle en nombre de Jesucristo Nuestro Señor, que cierto vendrá, y dárseos ha con todos sus dones; esclareceros ha el entendimiento; encenderá vuestra voluntad en amor suyo, y daros ha gracia y gloria.

TRATADO QUINTO

DEL ESPÍRITU SANTO

Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.

«Vendremos a Él, y haremos morada cerca de Él.»

(JOANN., XIV.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO



OSA es el hablar y oír cosas de Dios, que debe poner mucho cuidado (así al que oye para oírlas, como al que habla para hablarlas); porque son tan altas y profundas, tan fuera de todo entendimiento humano, que para hablar cosas del cielo ha de venir del cielo quien las sepa hablar. Y no penséis que fué en balde mandar Jesucristo a sus Apóstoles sagrados que no predicasen el Evangelio suyo por el mundo hasta que hubiesen recibido el Espíritu Santo.

Estaba Isaías muy ufano y decía que había de profetizar cosas de Dios, no conociendo su bajeza. Vino Dios, y dijo así: «Pues esperad que yo os descubriré a vos mismo, para que veáis». Dióle un poco de conocimiento de sí; mostróle Dios cual era, y fué tanto el mal que de sí sintió Isaías, conociendo su poquedad y miseria, que no osaba hablar, ni tuvo esfuerzo para profetizar, y dijo (Isaí., VI): *Væ mihi, quia vir pollutus labiis sum.* «¡Ay de mí!» dice Isaías. ¿Qué es eso, Profeta, qué habláis?

«¿Cómo tengo de hablar, pues mis labios están muy sucios, no son dignos de hablar cosas de Dios?» Cuando Dios le vió de esta manera, envió un serafín con unas tijeras de despabilar, que estaban en el altar, y metiólas en el fuego que allí estaba. Tomó el serafín un ascua de aquel fuego, y tocó con ella los labios de Isaías, y luego quedaron muy limpios.

Yo no sé, hermanos, qué tales están vuestros oídos; si vuestras orejas están limpias o no, yo no lo sé. Si mis labios están sucios, yo soy de ello buen testigo que lo están, y no son dignos de hablar cosas del cielo, si el Señor no envía fuego del cielo para que me los limpie; supliquémosle lo haga (Joann., XVI): *Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* A El vendremos, y en El haremos nuestra morada, moraremos en El. Son palabras dichas por la boca de Jesucristo, díjolas a los sagrados Apóstoles, y no solamente a ellos, pero a todos cuantos son y serán.

Dice Nuestro Redentor: *Si alguno me quiere bien, guarde mis mandamientos.* ¡Si alguno me quiere bien! Desdichado de aquel que bien no os quiere, Señor. *Si alguno me ama, guardará mis palabras.* Si tenéis un amigo que tiene en mucho vuestra amistad, decidle: «Señor, ¿amáisme? Ruégoos que guardéis esta palabra, que hagáis esto por mí». Si el otro piensa que en no hacerlo no va menos de perder vuestra amistad, hácelo por no perderla. Así Nuestro Redentor encargó a sus sagrados Apóstoles muchas cosas, y que las guardasen, so pena de perder su amistad; y tanto es esto verdad, que quien no guarda lo que Cristo manda, va perdido sin ningún remedio. Y porque por ventura los discípulos no tenían en tanto las palabras de Cristo por ser suyas, tanto como si fueran de Dios, díjoles Cristo: «Y porque no penséis que son mías estas palabras, y que de mí digo lo que digo a solas». (Joannes, VII): *Sermonem quem audistis non est meus; sed ejus qui misit me, Patris.*

«Las palabras que os he dicho y habéis oído, no son mías, sino de mi Padre que me envió, tenedlas en mucha reverencia y acatamiento, y guardadlas, pues sabéis

cuyas son. Si alguno me quiere bien, guarde mis palabras». ¡Qué amores tan bien pagados son amar a Jesucristo! Señor, ¿hemos de amar de balde? ¿Qué nos habéis de dar porque os amemos? Dice Cristo Nuestro Redentor que vendremos a El, y moraremos en El, y lo tomaremos por posada. ¿Quién son los que han de venir? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; porque dondequiera que una de las tres Personas va, allí va toda la Santísima Trinidad; ¡como quien no dice nada! Y no nos iremos luego—dice Nuestro Redentor—; moraremos en él, haremos nuestra habitación en él».

¡Bendito seas para siempre, y bendita sea la boca que tales palabras habló y de tanto consuelo! ¿No os lo dije, que esperábamos tres huéspedes? Vendremos a él, y moraremos en El. Espanto pone, hermanos, ver el cuidado que toda la Santísima Trinidad tiene, y el amor tan grande con que anda tras el hombre. Quien le preguntase: «¿Qué visteis, Señor, en este hombre que tanto le amáis, que parece que andáis muerto por él de amores?» Si viésemos a un gusanillo, a un hombrecillo de nosotros andar tan solícito y tan enamorado de la Santísima Trinidad como ella anda tras el hombre, espantaríamonos por cierto de tal cosa.

¿Qué es esto que viste en el hombre, que tan bien os ha parecido? ¿Qué interés se os sigue de amar al hombre? ¿Es porque es sabio? ¿Porque es bueno? ¿Porque es rico? Todo eso le falta. ¿Qué es esto, que andáis muerto de amores por los hombres? ¿Por qué, Señor, queréis morar en los hombres? Yo os lo diré: porque moraba Dios en el hombre, y dejando Dios de morar en él, quedó perdido: por eso, por restaurar la pérdida del hombre (donde moraba), quiere morar en el hombre. Crió Dios el primer hombre (Génes., I), tomó un poco de tierra, hizo así una forma, y luego infundió en él ánima, *spiravit in eum spiraculum vitæ:* sopló Dios en aquel cuerpo un soplo de vida; en hebreo está *in nares ejus*, que por las narices sopló Dios el ánima de Adán: dice resuelto, lo que hizo en aquel cuerpo muerto, que fué el ánima; porque sin el ánima está el cuerpo muerto. Crió Dios primero el ánima

de Adán. Así lo dice San Pablo (I Cor., XIX): *Factus est primus homo in animam viventem.*

En el principio del mundo crió Dios los cielos y la tierra, y las estrellas, y la mar, y las arenas, y los peces, y las hierbas, y todos los animales. Crió todo el mundo; hizo en un día esto, y en otro estotro, y así fué Dios discurriendo; ya que estaba todo hecho, dijo Dios (Génes., I): *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* «Hagamos al hombre». Como cuando un buen padre tiene aparejada una casa muy bien aderezada con mucho ajuar, y todo lo que es menester, dice: «No falta ya sino que mi hijo venga y goce de su casa». Así había Dios criado todo el Universo, para ajuar, para servicio del hombre. Dice Dios: «No es razón que se haga esto y que no haya quien goce de ello: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza».

«Crió Dios al hombre, ¿para qué, si pensáis?—*Agust., in Genes.*—Para que amase a Dios, y amándole le poseyese, y poseyéndole le gozase, y gozándole fuese bienaventurado. Fué criado para ir a la bienaventuranza, y alcanzar aquello para que fué criado, si quisiera guardar los medios que tenía Dios ordenados: no los quisieron esperar; quisieron saltar por corrales, bardales y ventanas; no quisieron entrar por las puertas, perdiéronse, pecaron y quedaron malaventurados. Moraba Dios en ellos cuando estaban en gracia; pecaron, no quiso Dios morar allí, veis aquí qué tal quedó el hombre sin Dios». (Génesis, III.I): *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.* En dos casos es el ánima semejante a Dios. Lo uno en la inmortalidad, porque no es mortal; así como Dios no tiene fin, así ni ella lo tendrá: así como Dios es inmortal, el ánima es inmortal. Lo otro en que el hombre le es semejante, es en la sutileza y ser espiritual, que así como Dios es espíritu, así lo es el ánima, tiene conocimiento de Dios, no como los otros animales brutos, que no conocen a Dios ni tienen de El conocimiento.

El hombre debe conocer a Dios: San Juan lo dice: «Esta es vida eterna». (Joann., XVII): *Ut cognoscant te Deum verum.* «Que te conozcan, Dios verdadero». Así

estaban los primeros Padres como conocían a Dios; estando en gracia tenían el entendimiento vivo con que entendían a Dios, tenían la voluntad sujeta a no amar otra cosa sino a Dios; éstos cumplían bien aquella divina palabra (Luc., XI): *Hágase tu voluntad.* Tenían su carne tan sujeta, que ella no quería sino lo que ellos querían; andaba la carne como una sierva muy humilde, que andaba a sabor de su señor; no estaba rebelde, no echaba coces.

En pecando el hombre, en quebrantando el Mandamiento de Dios, luego quedó la gracia que tenía perdida: esto que resplandecía en ellos, en Adán y Eva, quedó en grandísima manera estragado; el entendimiento quedó ciego, perdió el conocimiento que tenía de Dios, y la voluntad tuerta, la cual Dios había dado al hombre para que a sólo El amase, y todo lo que amase fuese por El; ya no sabe el hombre amar a Dios, por solamente Dios, sino por su interés. Si ama al prójimo, no es por Dios, sino por su gusto. Si antes estaba la carne mortificada y sujeta, ahora está rebelde, y tira coces, y yéndose Dios del hombre, quedaron los desventurados tales, que es lástima pensarlo; y yéndose la claridad, quedaron a obscuras.

Rogadles por vuestra vida a los letrados, a los que se tienen por sabios, que entiendan sin Dios, que sepan algo sin Dios. Otras cosas bien las pueden ellos saber; pero la verdadera ciencia, no la pueden saber sin Dios: otra vez (Sap., IX): *Et si quis erit consummatus inter filios hominum, si abfuerit ab illo Sapientia tua in nihilum computabitur.* «Si alguno fuere acabado en sabiduría, que acerca de los hombres fuere tenido por muy sabio, y la sabiduría de Dios no morare en él, sino que esté apartado de ella, será contado por nada». Los ciegos que Cristo sanó, a éstos significaban. Así que todo lo bueno que el hombre tenía quedó estragado, el entendimiento ciego, la voluntad tuerta, la carne rebelde, y ¿cuán rebelde? No hay caballo que tanto haronee como esta carne. ¿No es verdad?

Meta la mano cada uno en su pecho, y verá esto ser

así. No es menester libros para probar esto. El oficio de la carne no es otro sino tirar coces contra la razón. ¿No os ha acontecido alguna vez querer hacer alguna buena obra, y estorbaros vuestra carne? ¡Cuántas y cuántas veces acontece! Si vos queréis ayunar, la carne quiere comer; si la razón sujetarse a Dios, la carne lo estorba. Si el hombre quiere trabajar en rezar u en otros ejercicios, en disciplinar la carne, le estorba la carne. Si el espíritu está aparejado para servir a Dios, la carne está rebelde, está dando voces: «No lo hagas». Así lo dijo Nuestro Redentor por su boca (Matth., XXVI): *Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma.* El espíritu aparejado está, sujeto está a padecer, pero la carne enferma está y rebelde y como rehusa la carrera, con el pecado quedó todo perdido.

Veis aquí quién somos, y mirémonos en este espejo, y veremos lo que somos, pero no lo que podríamos ser. ¡Oh, hermanos, qué seríamos si la mano de Dios nos dejase tantico! Peores seríamos que los demonios; muy mayores abominaciones haríamos. Si os diese Dios a entender lo que podríamos ser, ¡qué veríades, qué fealdades tan grandes, qué malísimas figuras de abominaciones! Yo conocí una persona que rogó muchas veces a Dios que le descubriese quién él era. Abrióle Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro. Vióse tan feísimo, tan hediondo, tan sucio, tan abominable, que a grandes voces decía: «Señor, por vuestra misericordia, me quitad este espejo de delante de mis ojos, no quiero ver más mi figura». Quedamos hechos, hermanos, un terrón de miseria, un pedazo de suciedad; quedamos hechos abominables, espíritu malo que viene con apariencia de Espíritu Santo, y no es sino malo y solapado, y lleno de engaño y maldad para engañar. Cuando vino Judas el jueves de la Cena a engañar con aquella gente y a prender a Jesucristo, luces traía; pero porque venía a prender, y con mala intención, a Jesucristo, no le alumbraron, quedó a obscuras.

¡Oh, cuántos estando en sus monasterios contentos, y muy buenos religiosos sirviendo a Dios, les ha venido pensamiento que si fuesen al desierto estarían más reco-

gidos, más solos; se darían más a Dios y aprovecharían a sus conciencias más que en el monasterio, y que allí no hacen sino comer e irse al coro, y que gastan el tiempo desaprovechadamente; y dales tanta guerra este pensamiento, que parece santo y es malo, que los hace salir de sus monasterios e irse a las soledades para mejor servir a Dios. Entra un casado en un monasterio, y como ve a los religiosos, parécele todo tan bien, que se desagrada de su vida, y de su mujer y de sus hijos, y de todo lo de acá, y abomina y llama infierno a lo de acá, y al trabajar, y aun quizá es para mantener su casa, y dice que no hay otra vida para servir a Dios sino aquélla, y que querría descasarse y meterse allí, y deséalo y procúralo; y es aquello falso, que no lo hace sino de flojo por no trabajar.

Ya que os puso Dios en ese estado, en ése os salvaréis; tened cuidado de hacer en él todo lo que debéis, que ahí os dará El su gracia con que vayáis al cielo; que el demonio no os da contento de esta vida santa, y descontento de la vuestra propia, sino para que perdáis la paz y contento que habíades de tener en vuestro estado, esperando y deseando lo que no puede ser ni es posible alcanzarlo. No os fiéis de nada, mirad cuán fácilmente podéis engañar y engañaros aunque vengan revelaciones e inspiraciones; no os arrojéis, que todo espíritu ha de ser probado, éstos son ladrones y luz falsa, que es peor que tinieblas.

Hay algunos ladrones que están vestidos y ataviados con sayos de seda, que no hay quien los conozca, ni piense que tal maldad caiga en hombres que parecen tan honrados, hasta que los toman con el hurto en las manos; entonces se espantan cómo aquéllos eran ladrones, y dicen: «¿Quién pensara tal?» Dejábante el ánima robada, y no lo sentías; llevábante toda tu hacienda, y no la echabas menos. Antes de mí todos son ladrones. Jeremías (cap. XLIX): *Si fures in nocte rapuissent.* Los robadores corporales cuando vienen a robar, llévante alguna cosa de tu hacienda, y déjante algo, o lo que no pueden llevar, o lo que se les olvida; pero los ladrones que son

espirituales, éstos que vienen, ora sea de día, ora sea de noche, o disimulados, róbante cuanto tienes, robando tu hacienda y tu bien.

Sano quedó el cuerpo, pero muy echado a perder tu corazón y tu ánima; escudriñado te han toda tu casa, todos tus rincones y senos; no te queda bien alguno, todo te lo llevan, y te dejan lleno de todos los males; hecho han estrago en ti tus enemigos, herido te han los soldados, hecho en ti como el lobo en las ovejas: pobre quedas, si algo queda en ti es fe, y ésta descabezada, porque no la tienes con caridad, sino muerta. ¿Quién me remediará? ¿Quién remediará tantos males? No hay vida sin Jesucristo.

Todo mata, todo engaña sin El: ¿quién podrá dar vida a estas ánimas que están muertas? «¿En qué veré, Padre, que estoy muerto?» Por la vida que hace tu ánima. Cuando está viva, ama, conoce y emplea todas sus fuerzas en servicio de Dios; por la vida que hace el ánima, se verá si está viva o muerta. Tres maneras hay de muerte: muerte de olvido, muerte de error, muerte de pasiones: el ánima que a Dios no ama, muerta está su voluntad, entendimiento y memoria; muerta está, y no hace cosa que buena sea. Dice Jesucristo (Joann., X): *Yo vine para que tengan vida y abundantemente la tengan.* Vino Jesucristo para que viviésemos (bendito sea El para siempre, pues con su muerte compró El nuestra vida). Vino el alto y poderoso, y abajóse y juntóse con el niño. Qué cosa es ver a Jesucristo en una Cruz, tenido por malo, deshonrado y atormentado, afrentado; tal cual está en la Cruz, tal está tu ánima. El es allí tenido por malo, tu ánima está mala y enferma; feo con los tormentos, así está tu ánima fea y manchada con las culpas. El está cercado de sayones y ladrones, así está tu ánima cercada de pecados y demonios.

Bendito y glorificado seáis Vos, Señor, que tan a vuestra costa me quisisteis remediar, que tomando semejanza de mi muerte me disteis la vida. ¡Que pecasen mis manos y lo pagasen las manos de Jesucristo! ¡Que anden mis pies pecando y que estén los vuestros enclavados en la Cruz!

¡Que peque mi corazón y os ofenda, y que esté el vuestro abierto y rasgado por mí! Finalmente, todo lo que mis manos, pies y corazón pecaron y cometieron contra Dios, las manos, pies y corazón enclavados y rotos por mí lo pagaron en la Cruz; con su cuerpo bendito pagó todo lo que como malo yo pequé y ofendí.

Crió Dios el primer hombre, y soplóle en el rostro; dióle resuello y espíritu de vida, y vivió (Génes., I). *Et factus est primus Adam in animam viventem, novissimus Adam in spiritum vivificantem* (I Cor., XV). Fué hecho el segundo Adán Jesucristo, y no solamente le dieron y tuvo espíritu para sí como el primer Adán, pero tuvo para otros muchos; tiene Cristo espíritu vivificador, espíritu que da vida, que resucita a los que deseamos vida: vamos a Cristo, busquemos a Cristo, que El tiene resuello de vida por malo que estés, por perdido, por desconcertado que seas; si a El vas, si a El buscas, te hará bueno, te ganará y enderezará y sanará. (Joannes, X): *Los que antes de mí vinieron, ladrones son. Para eso vine yo, para que los que vinieren a mí, los que me buscaren, los que me llamaren tengan vida, reciban vida y resuciten.*

«Padre, ¿cómo da vida Jesucristo?» Dijo El mismo: «En verdad os digo (Ibid.): *Yo soy la puerta: el que no entrare por mí, robador es. Yo soy la puerta*». Sí, Jesucristo es la puerta, luego no se puede entrar al Padre sino por Jesucristo. *Ego sum ostium: si quis per me introjerit, salvabitur, et ingredietur , et pascua inveniet.* «Yo soy puerta: si alguno por mí entrare será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pasto». «Si es puerta Jesucristo ¿adónde hemos de entrar por El?» ¿Adónde? Al Espíritu Santo. «Yo soy puerta: quien por mí entrare hallará al Espíritu Santo». (Rom., VIII): *Lex enim Spiritus vita in Christo Jesu.* «La ley tiene espíritu de vida en Jesucristo.» Así como lo plantó Dios en Adán, y quedó vivo, quedó con espíritu, así plantó en ti Jesucristo su Espíritu vivificador. Darte ha vida. Así conviene que se ponga el gran Eliseo sobre el niño pequeño y difunto, que se encorve y abaje sobre él, que le quiera dar su resuello, su soplo. El que no tiene el resuello de Cristo, por muy

rico que esté, por muy poderoso, por mucha abundancia que tenga de todas las otras cosas, pobre está, flaco está, miserable está, no tiene a Cristo.

Vid y sarmientos con un jugo se mantienen; cabeza y cuerpo con una virtud se sustentan; el Espíritu de Cristo y de los que en El están incorporados, todo es uno (Joannes, XV): *El es la Vid, y sus miembros son los sarmientos.* «Yo soy puerta: quien quisiere al Espíritu Santo, entre por mí». ¿Cómo entraremos? ¿Adónde está esa puerta? ¿Aun no sabéis la puerta? ¡Qué puerta, y qué bien pintada! ¡Qué piedra tan labrada y tan picada tiene la piedra de arriba! Más labores y más picada está que toda aquélla: Jesucristo. Y todos sus siervos fueron así labrados con trabajos y persecuciones de este mundo, y así merecieron lugar con Cristo. Si El es la puerta, ¿cómo entraremos por El? Quien quisiere al Espíritu Santo, ame a Jesucristo, obedézcale, deséele, y así tendrá al Espíritu Santo.

Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis (Joann., XVI). ¿Montas que es pequeña cosa quereros bien el Padre? No hay cadenas mayores para tener al Espíritu Santo, que amar a Jesucristo. «Y porque me amáis a mí—dice Jesucristo—el Padre os ama a vosotros, y porque me quisisteis bien». Buen trueco, por cierto, el que Dios hace con el que ama y quiere bien a Jesucristo, que es darle el Espíritu Santo; y porque los Apóstoles amaron tanto a Jesucristo, soplándoles hoy, dales el Espíritu Santo. Mejor soplo fué éste que aquel que dieron al primer hombre cuando lo criaron. Estaban los Apóstoles como hombres cobardes y flojos, y sopló Dios desde el cielo hoy. Y así como crió a Adán del limo de la tierra, así regeneró a estos Apóstoles bajuelos, llorosos, turbados, temerosos. Piensa en Jesucristo, obedécele, ámalo con todo tu corazón entrañablemente, que por ahí entra el Espíritu Santo que así lo dijo (Joann., XIV): *Ego sum via, veritas et vita.* Por Cristo pasamos al Espíritu Santo.

La santidad que no pasa por Jesucristo, no es, ni la tengo por segura santidad; el que hace burla de las penitencias, el que tiene en poco estas señales y obras de fuera

devotas, no tiene el Espíritu Santo. ¿De dónde espíritus falsos? ¿De dónde espíritus de errores? De pensar que hay otro modo de santidad que la de Jesucristo. Mirad bien no os engañéis, que para que algo sea santo, sea bueno y tenga firmeza, por allí ha de ir; y si por allí no va, todo es nada, El es camino. Pues venido el Espíritu Santo: ¿qué ha hecho en la Iglesia? ¿Qué ha obrado en los corazones de los creyentes en quien vino? Dióles vida, dióles infinitos dones, esforzólos, en gran manera los perfeccionó.

En gracia estaban los bienaventurados Apóstoles, pero aun estaban llenos de flaquezas, no osaban públicamente confesar la verdad de Jesucristo, tenían algún temor; mas venido este santo soplo del Espíritu Santo, llenos de gracia y hechos fuertes sin temor ninguno, empiezan a predicar a los hombres los Misterios de nuestra Redención obrados por la Muerte y Sagrada Resurrección de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre: imprimióles que siempre en su corazón se acordasen y tuviesen reverencia a Dios, como principio de donde manaron todos los bienes y misericordias. Decid, casados, ¿teníades envidia de alguno que tuviese tantas fuerzas que tomase un quintal de plomo y lo arrojase hasta el cielo, una barra de hierro y la pusiese encima de los cielos? Andáis desconsolados y tristes, pudiendo sacar de la pesadumbre de vuestros trabajos que tenéis, descansos para el cielo.

Tened paciencia en los trabajos de vuestro matrimonio, y convertidlo todo en bien; subidlo todo al cielo; tened fuerza para arrojar esos quintales de plomo encima de los cielos; cualquier trabajuelo que tengáis y paséis en vuestra casa, cualquier importunidad, cualquier desabrimiento, la mala condición que sufriérades de vuestra mujer, o de vuestro marido, o de vuestro señor, o de los que están en vuestra compañía, el trabajo que pasáis para sustentaros a vos y a vuestros hijos, decid: «Por amor de Vos, Señor, huelgo de pasar esto». Alzad vuestros ojos y vuestro corazón a Dios, encomendaos a El, ofrecedle vuestros trabajos, que yo os digo de verdad, que recibiréis por todo galardón. El dormir que dormís,

el comer que coméis y lo que bebéis, todo lo subid y enviad al cielo, haciéndolo y sufriéndolo por Dios, y encomendándoselo a El, y ofreciéndoselo a El allá lo arrojáis; hacedlo así, y de esta manera lo pesado será liviano, el plomo, la tierra, subiréis al cielo; y de esta manera posible es que ganéis más en un solo año, que otro en diez. Que lo hace esto, el amor con que lo hacéis, y el saberlo encaminar al fin como se ha de hacer; porque os pusieron en todo lo que hiciésedes memoria de Dios y reverencia a su santa presencia.

«Es el Espíritu Santo un despertador—dice Cristo—que os enviará el Padre, y llámase Paráclitus, Consolador y Exhortador.» (Joann., XV.) Consolador, porque aunque riña algunas veces, no se va sin dejar consuelo en el ánima que reprende. Suele algunas veces este Consolador reprender y reñir a las ánimas, como diciendo: «¿En qué entiendes? ¿Qué haces? ¿Por qué te descuidas? Cata que va mal eso, mira que conviene hacer tal cosa primero que ésa, dejar tal compañía, procurar la otra, comunicar con tales personas; mira que se pasa la vida; haz el bien que pudieres, las limosnas que pudieres; pon por obra lo que te se ha enseñado; no se vaya la vida toda sólo en buenos deseos y pensamientos, y ninguna obra; mira que se pasa la vida, y no sabes si te llamará Dios Nuestro Señor en medio de tu mocedad; cata no te halles burlado; y así otras cosas de esta manera».

Si de esta riña y exhortación quedó vuestra ánima alborotada y desconfiada y con temores, no era aquello Espíritu Santo.

No riñe sino para consolar; no riñe sino para que se enmienden y queden alegres con los avisos; si después de la riña, después de aquella confusión y lágrimas y vergüenza que tenéis de haber errado contra el Señor, quedáis alegre, con confianza en el Señor, que no os ha de desamparar, que os ha de ayudar a ser mejor, y a os enmendar, esto tal de Espíritu Santo es; el Consolador ha entrado en vuestro corazón; El os ha reñido, El os quiere consolar; así lo suele hacer; dar tranquilidad después de los torbellinos, y amor después del temor: el

Despertador, el Exhortador, el Consolador, el Enseñador, todo lo que se hubiere de hacer, te enseñará a regir y guiar tu nao. El hará que contra todos los vientos, con su solo consejo e industria llegues a puerto seguro.

De donde nació que los creyentes, al principio de la Iglesia, no podían sufrir hacienda, ni posesiones, ni dineros, ni nada de lo que ganado tenían; vendían cuanto tenían; tomaban los dineros, y daban con ellos a los pies de los Apóstoles; toma ese estiércol; el grande amor que tenían en sus corazones y entrañas a Jesucristo y a su santa pobreza, les hacía menospreciar todo lo visible. ¿Quién les pegó este amor? ¿Quién? El Espíritu Santo, que abundosamente había venido en sus corazones. ¿Quién trocó la condición a Fulano? ¿Quién le dió tanta paciencia que solía ser muy airado, no había quien se pudiese valer con él, ahora es un San Jerónimo, tiene un corazón de un ángel, a todo calla, todo lo sufre y disimula? El Espíritu Santo es el que hace todas estas cosas; y más que el ánima donde more, la esfuerza y consuela, y hácele innumerables bienes y misericordias.

Todo viene de arriba; de allá desciende; no hay acá en la tierra poder que tal pueda hacer; no hay quien vuelva los corazones; por fuerte que sea tu carne para mal, más fuerte es el Espíritu Santo para el bien; por sano que estés te hace enfermo; por florido que estés te marchita, y por bravo que seas te amansa, y por alto que seas te derriba y mata en ti, y destierra todo lo que hay fuera y en contrario de Dios; y cría, aumenta y resucita todo aquello que agrada a Dios. ¡Que diligencia te pone para buscar en agradar a Dios, qué amor a los prójimos, que así te dueles de sus trabajos y necesidades como de las tuyas propias y más! Date pies ligeros como de ciervo para correr por el camino del Señor.

¿Quién podrá decir los misterios, las maravillas, las mudanzas que hizo este Espíritu Santo, este Consolador y Exhortador en la primitiva Iglesia? Muchos testigos podríamos traer de aquel tiempo; mas pues tenemos cerca otros, tomemos lo que tenemos entre manos. ¿Quién ha hecho que muchos desprecien el mundo, tengan en

poco los vestidos, los ornatos, los placeres, fiestas, pompas y regocijos profanos, que no quieran ver, ni oír cosas del mundo, juegos de cañas, justas ni torneos? No quieren ser vistos, no quieren ver, que ni aun ir a lo forzoso (si fuese posible) no irán por no ir por las calles, y encontrar algo que les inquiete su ánima, aunque no fuese sino por un momento; dejan estos siervos de Jesucristo los placeres, y van a buscar trabajos; van a hacerse esclavos de libres; ¿es menester buscar libros para esto? El Espíritu Santo lo muestra; enseñanza suya es; quieren huir lo de acá, por verse con Jesucristo; más quieren allí llorar y gemir, que reír en el mundo. Esto no puede hacer la carne y sangre, no tiene fuerza para ello; si no, ruégaselo a alguna dama, no lo hará; que no lo puede esto la sangre, porque traimiento y gracia del Espíritu Santo es menester; y a Cristo los envía el Espíritu Santo. ¿Quién hace estas maravillas? Si viéredes alguno que haga esto, no le miréis tanto a lo que hace como al corazón con que lo hace; porque cierto es que más dejaría si más tuviese: y no le pesa de lo que deja, sino porque no tiene mucho que dejar por amor de Jesucristo; mil mundos que tuviese los dejaría por venir a los pies de Cristo; más quiere agradarle a El y servirlo, que ser señor de toda la redondez de toda la tierra. ¿Pues porqué hace esto? ¿Porqué escoge este estado? ¿Porqué se quiere encerrar? Esto no lo puede decir sino el testigo de vista.

Es tan grande el cuidado del siervo de Dios, que quiera agradar a Dios, del que quiere guardarse en toda limpieza, que de lo seguro no se asegura; aun lo bueno tiene por sospechoso: no es malo ser casado y tener casa; pero porque no se sabe si aquello que ahora es bueno, adelante será tropiezo de descuidado, se toma por más seguro estotro. ¿Qué sabe si entre los bullicios de marido, casa y familia se ahogará? Como cuando a uno le dicen: «Entra en este río, que aquí a la orilla no está hondo, no os podéis ahogar». «No quiero—dice—porque si meto los pies en el agua, no sé si metidos me dará gana de entrar más y luego más, y daré conmigo en lo más hondo de donde no

pueda salir y me ahogue; más quiero no comenzar a entrar, porque quizá después no será en mi mano salir cuando quisiere». ¿Porqué quiso este estado? Mostráronle la Sangre de Jesucristo, mostráronle los trabajos de Cristo, diéronle a entender lo mucho que Jesucristo ha hecho por él, lo mucho que le ama, lo mucho que debe ser amado y servido: y por eso quiso El tomar este estado. ¿Quién lo hizo? ¿Quién lo ordenó? Dios; no la sangre ni la carne. No hay en sangre ni en carne fuerzas para este bien. ¿Quién lo ordenó? No lo sé yo, El lo sabe.

Mandaba Dios que le ofreciesen primicias en la vieja Ley (Psalm. XLIV): *Afferentur virgines post eam.* Fué tanto lo que agradó a Dios la limpieza de la Virgen Nuestra Señora, que en aquel verso prometía Jesucristo que serán a imitación de Nuestra Señora. Crecían muchas doncellas, que se ofrecían a este Rey celestial Jesucristo, y de muy buena gana perdían todo lo que en el mundo florece y escogían a El y estaban más contentas con tenerlo a El, que con ser esposas de Reyes y Príncipes de la tierra: «Las primicias—dice San Cipriano—, las vírgenes, son la porción más entera que hay en el cielo, porque tiene entereza en el cuerpo y entereza en el alma, tienen figura acá de lo que hemos de ser en el cielo, hemos de entrar allá incorruptibles, enteros en ánima y cuerpo; así lo están las vírgenes acá viviendo en la tierra, y on viven en carne según carne».

Estas son las más excelentes moradas que Dios tiene entre los hombres; aquí se huelga en los corazones enteros, apartados de corrupción y mancha.

Dice San Jerónimo «que el que en la carne guarda la virginidad y limpieza, viviendo en ella, que es más que ángel; porque el uno, que es el ángel, hace y obra por don natural, el otro por gracia. Vírgenes son, y esa virtud tienen; llámenlos ángeles, pues que guardan en la carne flaca y corruptible, por el don de la gracia, la naturaleza de los ángeles».

Esta dignidad y estado no se ha de escoger por no poder más; no ha de ser sino por amor de Jesucristo, con sólo deseo de le agradar y servir. Aquella es la buena,

la que por esto lo toma, y la que en la mitad de la vanidad huella el mundo y menosprecia sus favores; aquel es siervo y sierva de Dios que vuelve las espaldas al mundo en tiempo que lo pudiera gozar en la mocedad, en tiempo que había aparejo y disposición para ello. Estas son las primicias y espigas tostadas. «¿Quién os ha parado así?» «El sol me ha descolorido, el amor del sol me tiene tal; soy espiga tostada, dentro soy hermosa y fuera tostada y denegrida por los amores de Jesucristo». No se gloríen las hermosas de su hermosura, si solamente la tienen en lo de fuera, porque de fuera parecen hermosas, y de dentro hechas infiernos.

Esposas de Cristo, no os escandalicéis, que si lindezas perdisteis por amor de Cristo, lindezas os darán; todo lo que dejasteis por Cristo, todo se os volverá en mayor abundancia que lo dejasteis. Alegraos en esto, y decid cuando os viéredes angustiadas con la memoria de lo que dejasteis: «Si algo, Señor, por Vos dejé, todo es poco, porque más y más merecéis, y más soy obligada a hacer». Dice San Pablo a los Hebreos (cap. IX): *Si enim sanguis hircorum et taurorum et cinis vitulæ aspersus inquinatos sanctificat ad emundationem carnis, quanto magis sanguis Christi, qui per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum Deo, emundabit*, etc. «Si la sangre de los cabrones, y de los toros, y la ceniza de la becerra derramada, a los sucios santifica para la limpieza de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu Santo a sí mismo se ofreció limpio a Dios, santificó nuestras conciencias de las obras muertas para servir a Dios?»

¿Qué tiene esta bendita Sangre? ¿Esta, que limpia nuestras manchas, lava nuestros delitos? ¿Quién preguntará a Jesucristo, quién os trae, Señor, a padecer tanto? ¿Quién mueve ese corazón a padecer tanto? La Sangre de Cristo, que fué derramada por el Espíritu Santo. El Espíritu fué el que le hizo y le movió que de tan buena gana la derramase. El es el que le decía: «Si no morís, no entrará nadie en el cielo; morid, si no, nadie se salvará».

No os espantéis que el Espíritu Santo os haya traído

hoy a poneros en cruz, que ese mismo hace otra mayor obra, que renunciase Cristo sus placeres, que fuese obediente, pobre, desechado. Quien hizo a Jesucristo que se pusiese en una cruz, ese hizo a vuestro corazón que, dejados y olvidados los placeres, sigáis a Cristo.

No os arrepintáis, no os desmayéis por cosa que os acontezca, porque hágoos saber que mientras vuestra obra es mayor, tanto mayores tentaciones os traerá el demonio. El monasterio os parecerá infierno, y el coro plaza, y la celda cárcel, y las Misas tormentos, y que coméis poco, y que os tratan mal; diréis entre vos: «Esto tenía en el mundo, mucho dejé; bien me pudiera salvar teniendo y gozando de todo aquello». Infinitas tentaciones os vendrán para dar con vos en el suelo; estad apercibida. Dios os dé a entender cuán poco es lo que dejáis, y cuán mucho lo que os darán. No os engañe el mundo, doncella, que debajo de aquellos placeres, ¡qué de congojas, y desabrimientos, y dolores y cuidados! Que quien bien considera, dirá que es bienaventurado quien de ellos está libre. Déoslo Dios a entender, para que claro veáis que no es pérdida, sino ganancia; no es engaño, sino acertar lo que hacéis.

¿No pedía David paraesca par de estos peligros (Psalmus CVIII): *Averte oculos meos, ne videam*, etc.: «aparta, Señor, mis ojos, no vean la vanidad?» Quiso decir, que no se empleasen en ver vanidades los ojos que habían de ver a Dios. Lo que mucho amamos, guardámoslo bien; quítense vuestros ojos de ver vanidades, pues esperan de ver a Dios; que no podréis ver a Dios con los ojos que ven vanidades. Echad vuestros pies en el cepo de la clausura, y vuestro cuello debajo del yugo de la obediencia; haceos cautivo por Cristo, y aherrojaos por su amor, y tened fuerte, que más anchura hallaréis allí que en todo el mundo. ¿Qué os aprovecha anchura, si vuestra ánima está en estrechura? Sufrid de buena gana y fielmente los trabajos que por agradarle a El os vinieren, que El os lo pagará, y os dará a entender mil bienes que de hacerlo así sacaréis. ¡Ay del que tal corazón no tiene!

No tengamos por mancilla que dejéis dineros, padre,

hermanos, casas y placeres por Dios; hacerlo así es honra sobre toda honra; más quería, si me diesen a escoger, y más valen los trabajos de San Pablo y afrentas que en este mundo por Jesucristo padeció, que sus consolaciones y revelaciones. Bienaventurada doncella, que dejasteis tierra porque os den el cielo: perdéis por más ganar: ¿qué diremos? Entraréisle a servir y serviros ha El a vos: echad vuestros pies en el cepo, y poned vuestros pies sobre el collar de oro, aunque estén vuestros mismos pies en trabajos y pasiones: alzad vuestros ojos a la honra que os está aparejada; mirad vuestra corona, mirad vuestro galardón.

En la *Vida* de los Padres se cuenta, que vió un monje una procesión de santos, y traían algunos unos collares muy hermosos de oro a los cuellos; y fuéle dicho que aquella honra de aquellos collares tenían aquéllos porque abajaron sus cervices en este mundo al yugo de la obediencia. Obedeced, doncella, abajaos, servid, barred, haced todo cuanto pudiéredes, cuanto más trabajo tuviéredes acá, tanto más rico y más honrado será vuestro collar en el cielo; perded aquí y ganaréis acullá; si aquí pasáredes soledad, seréis después compañera de los que gozaren de Dios; si cerrásedes vuestros ojos aquí, en el cielo verán a Dios; si trabajáis aquí, acullá descansaréis en la gloria para siempre.

VIVE, ÁNIMA MÍA, EN PERPETUO AGRADECIMIENTO DE TAN GRAN SEÑOR Y TAN GRAN AMADOR

LIBRO TERCERO

QUE TRATA DE LAS FESTIVIDADES

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA NUESTRA SEÑORA Y DEL GLORIOSO SAN JOSÉ, SU ESPOSO

TRATADO PRIMERO

DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS

Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.

«Ves aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

(Luc., I.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO



ía es hoy de buena nueva; si calláremos, grande culpa será nuestra; hoy se hizo Dios hombre por los hombres; si se hiciera piedra, ¿qué hicieran hoy las piedras? ¡Qué de gracias le dieran por tan grande merced y misericordia! Las buenas nuevas que tal día como hoy se trajeron al mundo, se notificaron primero a la sacratísima Virgen Señora Nuestra, y verdadera Madre de Dios. Y porque cada día que predicamos decimos la salutación pidiendo gracia a la Virgen, es bien que la digamos hoy, pues tal día como hoy se dijo.

El santo Evangelio cuenta hoy esta santa salutación y dichosa nueva (Luc., I): *Missus est angelus Gabriel a Deo.* Cuando quiso Dios hacer misericordias al mundo, cuando quiso mostrar hasta dónde llegaba su amor, an-

duve yo buscando qué día fué éste, cómo llamarle, y no pude hallar, ni supe darle nombre. ¿Qué día es hoy? Día de tales nuevas, llamémosle día de las misericordias de Dios (Daniel, III): «Bendigan al Señor todas sus obras.» Si le llamamos día de las misericordias del mundo, eslo; si día de redención de cautivos, eslo; si le llamamos día de desposorio, eslo; si día de dar grandes limosnas, eslo también. El que supo e hizo la misericordia, El sea el que nos dé a entender el día que es hoy, y nos dé a entender cuán grande sea la gracia que hoy recibió el mundo, y la ponga en nuestros corazones, para que la conozcamos y agradezcamos.

Cuando vino el tiempo de derramar Dios sus misericordias en el mundo, fué tiempo de enseñar a los hombres hasta dónde llegaba, cuánto se extendía su misericordia. ¿Hasta dónde? Dice San Ambrosio: tú que lees esto, mira la letra y nota el santísimo misterio, casada y encinta, casada con hombre y encinta de Dios; casada y encinta por Espíritu Santo; nota el misterio tan alto. Cada una de nuestras Iglesias cristianas está casada con uno y encinta de otro; casada con el Prelado, con el Pastor, y encinta de otro, que es Dios eterno; casada con hombre, y encinta de Dios, que es el Prelado y el predicador. Están las ánimas casadas con El, mas allá dentro entra Jesucristo en sus entrañas, y las fecunda con su virtud y con su palabra para que hagan frutos saludables. No sabré yo decir este misterio santo (Isaí., VI): «Yo esconderé—dice Dios—esto de vuestros ojos, esto que hago, este gran secreto no sabrá nadie hablarlo, no lo alcanzará ningún entendimiento de carne». Bien lo sabemos, que en aquel día quitará la maldad de la tierra, quitará los pecados del mundo, lavará todas vuestras manchas. Gloria sea a Vos, Señor, para siempre.

Esto mismo de hoy dijo el Profeta Daniel (cap. IX): *Consummeter prævaricatio, et finem accipiat peccatum, et deleatur iniquitas, et adducatur justitia sempiterna, et impleatur visio, et prophetia, et ungatur Sanctus Sanctorum:* dijo, que en este tiempo se acabaría la prevaricación, sería quitado el pecado, traerse ha la justicia sempiter-

na, cumplirse han las visiones cuando fuere ungido el Santo de los Santos. Hoy se quita y se ha de quitar el pecado, y se da la justicia; pues que vino tiempo en que quiso Dios dar su misericordia, y enseñar hasta dónde llegaba el amor que a los hombres tenía. Envía Dios su mensajero, un arcángel con la embajada, que la venga a traer a la Virgen. Así lo hizo Abraham cuando envió por esposa para su hijo Isaac. Llama Dios un Grande de su casa, un arcángel, dale una embajada que venga a traer para una doncella desposada con un varón, cuyo nombre era José, y el nombre de ella era María.

¡Oh, bendito sea Dios, que hay un Nazaret, una ciudad, según la honra del mundo muy baja! Allí pone Dios sus ojos, allí vino el arcángel, y supo bien la casa. Tomaría figura de hombre, entra en la casa, halla a la Virgen sola y en oración, híncase delante de ella de rodillas, allí muy cerca de ella, que hasta hoy se ven las señales; un marmolito está donde estaba la Virgen, y otro donde estaba el arcángel. Habla a la Virgen, propónele su embajada, y dice (Luc., X): *Ave gratia plena, Dominus tecum;* Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, el Señor sea contigo, que todo está bien. Saludóla como se usaba entonces saludar: Paz sea con vos. El Señor lo mandó así: Cuando entráredes en alguna casa, decid: Paz sea en esta casa. Dice después la Glosa: Quien dice paz, desea paz, y dice todos los bienes juntos. Paz sea a ti, Señora; San Lucas dice, gozo: todo está bueno. Gozo sea a ti, paz sea a ti, pues tiene de venir a ti el que pacificará, alegrará y dará gozo al mundo. Razón es que gocéis; razón es, Señora, que probéis de la fruta que habéis de dar al mundo. Dios te mantenga. Dios te salve llena de gracia, el Señor sea contigo.

Gran salutación fué aquésta, buena nueva fué ésta. Bienaventurada doncella, no fué liviana en el creer como Eva; alzaría sus ojos y su corazón a Dios, y no respondió. Esto tiene la virginal pudicicia, que luego se turba. Veía un hombre delante de sí la Virgen, díjole que estaba llena de gracia, y era graciosa, y alabándola túrbase ella.

No hay cosa de que tanto se turbe el humilde, y más mal suene a sus orejas, que verse alabar. ¿Qué será esto? ¿Si es de Dios o no es de Dios? Buen aviso. ¿Qué recio engaño será pensar que le viene a uno el Espíritu Santo, y venir el espíritu malo? Y por eso cuando os viéredes en duda, pedid lumbre a Nuestro Señor para que podáis conocer si lo que os viene es espíritu bueno o espíritu malo; y así la Virgen no responde nada. Y como el arcángel la vió así turbada, proveyóla a su turbación, y díjole (Luc., I): *Ne timeas, María, invenisti enim gratiam apud Deum.* Esta gracia que os digo no es acá a los ojos de los hombres, no traigo embajada de hombres, no vengo de mala parte; la gracia que os traigo no es de hombres, sino de Dios. Entonces aseguróla Dios. Propone el ángel su embajada; la mayor embajada, la mayor y más alta que nunca jamás se dió. Bienaventurada mujer que tal oyó, y vientre que tal recibió.

Estad atenta, doncella: el Señor os manda decir (Lucas, I): *Ecce concipies, et paries.* Oíd, Señora, estas grandezas: concebiréis y pariréis un Hijo, y llamarse ha Jesús, que quiere decir Salvador. Este será grande, y llamarse ha Hijo del Altísimo, y reinará, y no habrá su reino fin para siempre. ¡Oh, bendito sea quien tal Hijo nos dió! Será grande, y tendrá, no aquel reino cortillo de Judea de cien leguas; mirad qué grande reino, mirad qué reino de cien leguas; darle ha la silla de David su Padre, no aquel reino, sino el figurado por El; que aquel reino de David era muy pequeño, éste muy grande; el de David temporal, éste espiritual; el de David se acabó, el otro nunca se acabará. Darle ha el reino de David, y reinará en la casa de Jacob para siempre. ¿Porqué dijo más en la casa de Jacob, que en la de Abraham y de Isaac? Porque de los que descendían de Abraham, Isaac fué fiel, Ismael infiel. En los de Isaac, Jacob fué fiel y muy amigo de Dios, y Esaú fué malo; en la casa y familia de Jacob todos fueron fieles y creyentes. Reinará en la casa de Jacob, conviene a saber, en los que conocen a Dios, en los buenos, y su reino no se acabará.

¡Qué gentil Mesías tuviéramos, que reinara cien años

y se acabara su reino, y luego viniera otro! Nuestro Rey y nuestro Mesías para siempre tiene de reinar, y su reino no se acabará, que allá donde está en el cielo, acá reina y rige, acá te mantiene, y te defiende, y sustenta, y alcanza gracia y perdón de los pecados, y te libra de los demonios, te consuela en los trabajos, y finalmente te da todos los bienes. Prosigue la embajada del Arcángel, y dice, será llamado este vuestro Hijo, Hijo del muy Alto. Este será llamado, *frase hebrea es*, tanto quiere decir como será. ¿Qué mujer, sin preguntar ni dudar, no recibirá tal Hijo de buena gana? Es tanto el contento que de su virginidad y limpieza tiene la Santísima Virgen, que responde al Arcángel: «¿Cómo se hará esto? Espántame esto». ¡Oh, limpieza, que tan amada eres de la Virgen! ¡Oh, entrañas limpísimas, qué sellado está en vuestro Corazón el amor de la virginidad! No sin causa preguntáis: Angel, ¿cómo se hará esto, que no conozco varón? No es palabra de incredulidad. Mira qué tanto amor tiene la Virgen a su limpieza, que no trueca su virginidad por Madre del Hijo de Dios. No dice si será o no, que no lo duda, mas dice: «Enséñame cómo será, que yo he propuesto y determinado de no conocer varón». Ya lo he dicho otras veces esto, que vale tanto como cuando decimos acá: «No como carne, quiero decir, tengo propuesto de no la comer en toda mi vida». ¿Cómo tengo de concebir? ¿Cómo ha de ser esto? Que yo no querría perder mi limpieza, ni querría desobedecer a Dios. Declaradme esto que os pregunto, si se me quedará mi limpieza, que a Dios bien sé que todo le será posible.

¡Qué ejemplo para doncellas! En todo quiere agradar a Dios. ¡Oh, bienaventurada doncella, que no osa trocar su virginidad por ser Madre del Hijo de Dios! ¿Cómo será esto? Responde el ángel, que no sabe, que no es él el que ha de entender en el negocio, que él por mensajero viene a negociarlo, de parte de Dios viene, que el que lo ha de hacer es el Espíritu Santo, que El sólo es Santo, mas la virtud y fuerza del Altísimo os hará sombra, os esforzará, os enseñará, os sustentará; que no es tan bajo este negocio que basten vuestras fuerzas para

ello, mas la virtud y fuerzas del muy Alto os hará sombra. Frase hebrea es ésta. Y por eso lo que de ti naciere será llamado Santo. No masculino, sino neutro; para que sepas que no tomó persona, sino nuestra naturaleza. Será hijo, no de José, no de hombre, Hijo del muy Alto, concebido por el Espíritu Santo. Como sea santo, no puede hacer cosa que no sea santa, será llamado Hijo de Dios. Mirad, doncella: para que alabéis a Dios, para que le deis muchas gracias y veáis sus misericordias, dice el ángel, vuestra parienta Elisabet, que es vieja y mañera, porque no os espantéis de lo que os he dicho, en su vejez ha concebido un hijo, para que sepáis que no hay para Dios cosa imposible, y por eso os lo represento pues aquello es posible, esto también. Esta es la embajada, yo espero vuestra respuesta, y la Santísima Trini, dad espera vuestro consentimiento: ¿qué respondéis?

Cuando la sagrada Virgen oye las grandes mercedes que de parte de Dios le promete el ángel, asegurada de Dios que lo que le promete hará de su parte, hincadas las rodillas, sus ojos y el corazón en el cielo puestos, dice humildemente y con reverencia: *Ecce ancilla Domini fiat mihi secundum verbum tuum.* «He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra». En aquel momento entró el Verbo divino en sus entrañas, y quedó hecha la mayor obra que se hizo ni se hará para siempre jamás. ¿Pues porqué se llama esclava y se abaja? Así lo quiere Dios, y es razón que la que tal Hijo recibía, y tanto se abajó, que la ensalcen y la confiesen por Señora, y la honren los hombres y los ángeles, y los arcángeles, y por tal la tengan y reverencien en los cielos y en la tierra, a la que tan bien supo abajarse y recibir la embajada de parte de Dios. Grandísimo gozo recibió hoy la Virgen con esta embajada; y pues ahora cada vez que se la decimos se alegra, y para que la sepamos saludar y contar estos misterios, pidámosle que nos alcance el espíritu con que Ella la oyó, para que la sepamos agradar. ¿Quién hablará? ¿Quién hablará los poderíos del Señor? ¿Quién entenderá sus misericordias? ¿Habéis encontrado con algún libro en que hayáis leído las mise-

ricordias de Dios? ¿Habéis visto libro que las diga?

Andaba Moisés apacentando su ganado, y mételo allá en lo más dentro del desierto, y andando él bien descuidado, vió estar una zarza que ardía y no se quemaba; espantóse cómo ardía y no se quemaba. Por cierto que tengo de llegar allá y ver esta gran maravilla. ¿No hay más Moisés? ¿No hay más? Va allá, y ya que llega cerca, halla que estaba Dios en la zarza. Mirad por vuestra vida quien vió a Dios en la zarza, y dícele desde allí: «Moisés, no te llegues acá, muy recio vienes, mira que la tierra donde estás santa es. ¿No hay más sino venir a ver? Descálzate». ¿Estaba más santo por estar descalzo? Descálzate, no traigas tu seso, no tu razón, no tu fuerza, no tu saber, quita allá eso que no vale nada, otro espíritu has menester, otra fuerza, otro entendimiento; descálzate, no eres nada, no vales nada, ¿pensabas que no había más? Cata que estás cerca de Dios, cerca de aquel de cuya Majestad tiemblan los ángeles.

Habla Dios desde la zarza (Exodo, III): *Ego sum Deus Abraham, Deus Isaac, Deus Jacob.* Maravilloso Dios, ¿y estáis en la zarza? ¿Qué manda vuestra Majestad? Yo tengo orejas para oír y ojos para ver las penas que padece mi pueblo: yo he oído las voces que me dan en Egipto: yo he visto su afligimiento, y viendo lo que pasa he descendido acá a librarle. Cata que te mando que vayas a Faraón, y le digas esto y esto de mi parte. Admirable es, por cierto, la visión; más maravilloso es su cumplimiento. ¿Quién entenderá las misericordias del Señor? ¿Quién su consejo? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Si nos entramos al desierto, si llevamos nuestras ovejas a lo más secreto, si nos retraemos a lo más interior de nuestros corazones, veremos la visión de Dios, que cerca está, que arde y no se quema, que ven vuestros ojos una doncella virgen encinta; está Dios en ella y no se quema, preñada está y doncella: si nos acercamos a ver este misterio, decirnos han que nos vamos para necios: quitad vuestras razones y naturalezas, descalzaos vuestros zapatos de cuero de animales, quita allá el saber y

entender de carne (Cant., III): *Salid, hijas de Sión, y veréis al Rey Salomón coronado con la corona, con la cual le coronó su madre en el día de su desposorio.* Pidamos a Nuestro Señor gracia para que sepamos recibir, y gozar y entender algo de este misterio.

No te llegues con corazón profano y deshonesto: desnuda tu razón, llégate con pies descalzos, desconfiado de ti, desarrimado de ti, arrimado y pidiendo socorro a Dios. ¿Qué es esto? Llegaos un poco: ¿qué tiene esta doncella? ¿Qué fuego es éste que tiene dentro de sí? Responderos han: No ángel ni arcángel, sino el mismo Dios que está en ella: «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, Dios de Jacob». ¡Oh, bendito seáis, Señor, y glorificado para siempre, y los ángeles te adoren y reverencien para siempre! ¿Qué hace el Dios grande encerrado en una doncella? El nombre de la ciudad de Dios (Ezech., XLVIII), *Dominus ibidem:* el nombre del Hijo de la Virgen y de Dios, *Emmanuel:* llamáis a la ciudad, llegaréis a la Virgen pensando que no hay más; responderos ha Dios en ella: «Yo estoy aquí». «¿Qué hacéis, Señor, ahí en una doncella?» «Vi el trabajo y penas de mi pueblo y los trabajos y angustias que padece, y he descendido a librarlo yo». ¡Oh, maravilloso Dios; daban voces los hombres, y todos los Profetas, que viniese ya el que había de venir!

Estaba el mundo cautivo en poder del demonio, y en grande angustia; grandes eran las fuerzas del demonio, y gran dolor era ver que obraba el pecado en los corazones de los hombres con eficacia. No hay otro remedio, dice Dios; yo sé lo que pasa mi pueblo; yo sé sus angustias, yo he habido compasión de los hombres, de los Santos Padres del limbo, de las sillas que están por reparar; yo he descendido y venido a lo librar. ¡Oh, glorificado seas, Señor! qué va de lo uno a lo otro! Acullá envió a Moisés para que le librase su pueblo del cautiverio de Faraón, y quedóse Dios sin que le costase nada: ¿es acá así? No. (Exodo, cap. III.) *Descendi ut liberarem populum meum.* Descendí a librar mi pueblo. ¿Qué os costará a Vos? Cuando Moisés libró vuestro pueblo echas-

teis muchas plagas a Faraón; ya le echáis moscas de perros, ya ranas, ya otras cosas que les daban mucha pena y trabajo: ¿mas a Vos qué ha de costar? ¿Qué cosa es esto, Señor? *Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cœlis; et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est.* Hombres, es razón no tener ya el corazón de piedras, sino de carne, pues el Verbo de Dios es hecho carne por nosotros hombres, y por nuestra salud. Dios encarnó y fué hecho hombre; acullá se queda en la zarza y no tocan a El; acá desciende de los cielos, y queda hecho hombre. ¿Qué ha Dios con el hombre? Júntame esos extremos.

Dame hoy gana (si no lo hubiera con quien tanto sabe) de decirle: «¿Señor, sabéis lo que hacéis?» ¿Qué cosa más alta que Dios? ¿Qué cosa más baja que el hombre? ¡Dios y hombre! Después que Adán pecó, hombre es nombre de deshonra, que hombre y pecador una misma cosa es. Y cuando San Pablo quiere reprender a alguno, llámale hombre (Rom., IX): *Nonne homines estis?* Y el Salmista (Psalm. III): *Ut sciant gentes, quoniam homines sunt.* Sepan que son hombres, que son pecadores y miserables. ¿Quién nunca tal pudo pensar? ¿Qué el cielo con el suelo? ¿Qué lo alto con el bajo? ¿Qué el rico con el pobre? ¿Qué el limpio con el sucio? ¿Qué el oro con el lodo del hombre? ¿Qué es esto, Señor, que tan verdaderamente os habéis juntado con el hombre? (Genes., II): *Erunt duo in carne una.* ¿Qué es hacerse hombre? Hácese hombre, y no deja de ser Dios; dos naturalezas y una persona, de manera que se diga Dios, Dios Hombre, y el Hombre Dios, y lo que se diga del uno, se diga del otro. Casados están (Aug., II): *O mira Dei usque ad hominem exinanitio! O mira hominis usque ad Deum exaltatio!* Desciende Dios hasta hacerse Hombre, y sube el hombre hasta Dios: ¡qué baja y qué alta!

Para que sepáis cuánto puede Dios, y su bondad, es abajado a hacerse Dios hombre, hasta juntar la humanidad y darle supuesto y personalidad de Dios; y no son dos supuestos, mas dos naturalezas juntas: naturaleza humana y divina; y la humana está apersonada,

está supositada y arrimada al Verbo divino; no dos personas, sino una, para darte a entender que pudo la bondad de Dios, sin ningún merecimiento, levantar aquella humanidad a supositarla en Dios y adornarla de tantas excelencias y gracias; y que el que tuvo bondad para esto, la tendrá para levantarte a ti del estiércol, para que seas hijo de Dios por participación; que para eso lo hizo, para que vieses en la cabeza lo que había de pasar en los miembros. Que así como le vino a El sin merecimientos, así te vendrá a ti sin los tuyos (Rom., VIII): *Præclarissimum nobis proponitur exemplar prædestinationis nostræ Dominus Jesus.* El dechado de la predestinación, si eres predestinado, si Dios te llama, justifica y salva, es porque es predestinado de gracia.

Casado está hoy el Verbo con aquella santa ánima y cuerpo. ¿Casados, Señor? Por eso decía que yo os lo dijera si no supiérades tanto, casados. ¡Tomadme esa igualdad! ¿Están aquí algunos que entienden en casamientos? ¡Tomadme por ahí esa igualdad de linaje! ¿Son para en uno? ¿Qué va de linaje a linaje? ¿De saber a saber? ¿De riqueza a riqueza? Grandísima diferencia, que los ángeles todos se espantan de las oír. ¿Quién viera descender hoy a Dios y abajarse? (digo abajarse Dios; nunca muda lugar, mas quiero decir, tomar aquella humanidad); desigual cosa fué; mas al fin aquella ánima y cuerpo, limpísimos eran y santos; vuestro amor todo, Señor, lo pasa; todo lo sufre, todo lo enriquece en trueco de hacer misericordias. ¡Oh, gran bien; oh, grande honra! ¿Pensáis que no hay más sino casaros con esa humanidad? ¡Oh, Rey mío, y los parientes de la Esposa son muy desiguales, pobres y desacatados! ¡Si viniese uno de las Indias con muchos dineros, si supiesen que daba limosna, qué harían de demandarle y cargar de él los parientes pobres! Pues mirad, Señor, que vuestra Esposa no debe nada, nunca pecó, limpísima fué en su concepción; pues mirad cuánto debemos los parientes, qué cargados de deudas estamos, qué enfermos, desterrados, condenados a muerte, desarrapados y enemigos de Dios, con mil deudas y trampas, y todas han de cargar de Vos. Si no fué-

rades, Señor, quien sois, yo os dijera: «Señor, ¿sabéis lo que hacéis? Todos los pecados de los hombres han de cargar sobre vuestros hombros: Vos lo habéis de pagar, sobre Vos han de caer todos, que no os han de soltar nada».

¿Sabéis con quién os casáis? ¿No os deshonráis de los parientes de la desposada? ¿Hijo de Padre tan rico en el cielo, venís acá a la tierra a casaros y vivir entre gente tan pobre? Si fuérades, Señor, algún avariento que no os movieran las necesidades de los otros, no fuera mucho en ello; mas siendo Vos, Señor, tan amoroso, tan misericordioso, y que dais las entrañas a quien veis con necesidad, ¿cómo os ponéis entre tantos pobres? ¿Qué habéis hecho? ¡Que han de cargar sobre vuestros hombros las necesidades de todos, y lo que el otro pecó en su carne, y lo que el otro pecó en su locura, y el otro en su adulterar y en su blasfemar! ¿Qué habéis hecho, Señor? Decirlo he, Señor. Bendígante los cielos y la tierra; yo haré que feo ames, y hermoso te parezca. No hay más; fué casamiento por amores; quiso bien el Padre que tal casamiento e Hijo nos dió (Joann., III): *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Quísonos bien el Padre, quísonos bien el Hijo que tal consintió, quísonos bien el Espíritu Santo que tal ordenó. ¿Para qué lo dió el Padre? Para que muriese y lo despellejasen, para que lo casasen con la esclava. He aquí la esclava del Señor. Lo que nace de la esclava esclavo es, aunque sea hijo de libre; porque el parto sigue el vientre. ¿No es así? Esclava se llama la Virgen, y esclavo se llama lo que de ella nace (Psalm. CXV): *O Domine quia ego servus tuus sum, et filius ancillæ tuæ!* ¡Oh, Padre, yo soy tu esclavo, e hijo de tu esclava! Esclavo fuiste, Señor, ¿quién te aherrojó en esa Cruz con clavos? (Luc., XXII): *El Hijo de Dios no vino a ser servido, sino a servir.* Esclavo fuiste de los hombres, pues los serviste, y a duras penas te lo quieren agradecer.

¡Oh, bendita tu bondad, y maldita nuestra maldad! ¡Qué envió Dios a su Hijo al mundo para que remediase los hombres! ¿Qué fué esto, Señor, qué te movió? *Quæ*

te vicit clementia, ut ferres nostra crimina (*Hymnus*). ¿No bastara enviar un Moisés? (Isaí., XLVI): *Non angelus, non legatus, ego feci, ego feram, ego portabo, ego salvabo.* Oídme, pueblo mío, los que os traigo criados en mi vientre, dice el Señor: «Yo os hice, yo os sufriré, yo os llevaré, yo os salvaré, yo os llevaré encima de mis hombros; porque yo os hice, yo os llevaré, y os salvaré hasta la vejez, hasta vuestras canas os esperaré.» ¡Bendito seas Tú Señor, que el que hizo el vaso lo vino a soldar, y aquel a cuyo molde se hizo, El mismo le vino a remediar y amoldar!

Descender quiero, dice Dios; ¿qué fué esto? Dios os guarde de amor. Quísonos bien el Padre y el Hijo, y el Espíritu Santo. Este negocio es todo amor. No pidas igualdad, no te metas en ese trabajo, no pidas razón de amor; es amor; ¿habrá ojos para ver esto, que por el grande amor que nos tuvo se abajó y se encerró en el vientre de la Virgen, determinado de pagar y padecer y morir por los hombres, y pagar todas sus deudas, aunque a El le cueste la vida? Es esclavo; ¿qué es razón que hagamos nosotros? Bien sé yo lo que hizo, que aun viniendo El y pasando lo que pasó, no lo queremos agradecer. Qué, ni aun dar un cuarto por El. ¿Qué hiciera si El no viniera? ¿Qué es razón que hagamos? ¿Qué? Dice San Pablo (Philip., II): *Si qua consolatio, si qua viscera misericordiæ, implete gaudium meum.* ¿Habéis visto lo que he hecho por vosotros? Si alguna consolación, si algún amor me tenéis, si no sois piedras, ruégoos que en esto cumpláis mis deseos. *Implete gaudium meum ut idem sapiatis, eamdem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes, superiores sibi invicem arbitrantes, non quæ sua sunt singuli considerantes, sed quæ aliorum. Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu: qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo: sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo.*

¿Habéis oído lo que os he dicho, y qué es la causa que tenéis para padecer? Pues ruégoos que sintáis lo que Jesucristo Nuestro Señor hizo por vosotros. ¿Qué tanto

se abajó? ¿Qué tanto? ¿No os han dicho que siendo Hijo natural de Dios se hizo extranjero? ¿Y no tenemos algún agradecimiento? Ruégote que sientas en ti lo que El sintió en sí; que siendo Dios, pudiéndose tratar como Dios, padeció, y se apocó, y se abajó hasta morir muerte de cruz; no porque no fué igual a su Padre, no quiso usar de su grandeza, ni de su alteza, mas apocóse, humillóse. ¡Oh, inmensa bondad de Dios! ¡Cómo se abajaba tomando forma de esclavo, y no de cualquiera esclavo, sino de mal esclavo, y por malo era tenido! A los esclavos malos azotan y aherrojan. Por malo fué azotado, y abofeteado, y remesado, y puesto en la Cruz: fué hecho hombre, cansóse, comió y bebió, durmió, padeció; mirad tan gran bajeza; y si Dios tanto se abajó, ¿es razón que el hombre tenga ya presunción? ¡Qué! (Aug.) *Ubi exinanivit se maiestas ibi inflatur servus?*

¿Qué diremos a los que pecan? ¿Qué diremos a los que tienen fantasías? ¿Qué diremos a los que andan en puntos con sus prójimos? ¿Habíame de decir él esto? ¿Habíale yo de consentir esto otro? ¿Qué diremos cuando en juramentos, cuando en honras? Yo me abajaré—dice Cristo—, ¿es razón que el esclavo se ensalce? Yo me abajaré para subir el hombre; no andéis ya en celos de envidias, cada uno tenga al otro por mejor. El que en menos se tuviere, aquel es el que vale más, a semejanza de Dios, que siendo Dios, y estando en forma de Dios, y en su gloria, vino y se vistió de forma y hábito de esclavo, y donde El no podía morir, tomó forma mortal, porque el amor hace grandes cosas y padece mucho, hace el amor que padezcas penas, y que el otro descanse; que tú enfermes para que el otro sane, que se abaje para levantar al otro; que el amor (II Cor., XIII) *non quærit quæ sua sunt, sed quæ Jesu Christi, sed quæ aliorum.*

Este amor prevaleció tanto en Dios, que lo tenemos hoy Dios y hombre, no porque era el amor su descanso, sino de los otros (Philip., II): *Hoc sentite in vobis.* No cumpláis con vosotros, sino con los otros, pues tanto pudo el amor con Dios, que le hizo hacerse hombre y padecer tanto por los hombres, pues razón es que pier-

das ya tu sosiego por el prójimo porque él lo tenga; que te metas en trabajo por sacarlo a él; que por darle vida mueras, pues este amor venció a Cristo a morir por ti. Pues si ves a Dios que perdió su descanso por los hombres, ¿qué es la causa que no te humillas para alzar a tu prójimo? No cumplas contigo por cumplir con los otros, pasa necesidad por remediar a los otros; toma ejemplo en Cristo, que siendo rico se abajó y se hizo pobre; siendo alto se hizo bajo; siendo honrado tomó deshonras. Cásase con el hombre, olvídase de su grandeza, disimula su divinidad. Aprende, aprende, cristiano. ¡Dios hombre por amores! Razón es, que como la Virgen dice (Luc., I): *Ecce ancilla Domini*, así como Cristo, dice: «He aquí tu siervo», así tú digas: «He aquí que soy esclavo, no se haga mi voluntad, sino la vuestra», como El dijo al Padre.

Yo soy vuestro esclavo, hágase vuestra voluntad; en tiempo próspero y adverso, en la vida y en la muerte, ahora y para siempre llámate a boca llena esclavo de Dios, pues que la Virgen así se llama. Señor, ¿qué visteis en Ella? ¿Porqué os agradasteis? (Génes., XXIV): «Corre , ve—dice Abraham a su criado—, búscame una mujer para mi hijo». Fuése allá a su tierra, pónese junto a una fuente, está allí esperando que saliesen las doncellas por agua, alza los ojos a Dios y dice: «Señor, declaradme cuál ha de ser la que yo debo tomar por esposa de su hijo de vuestro siervo Abraham». Dice luego: «Señor, esto tomo por señal, que aquella a quien yo le pidiere de beber y dijere: «Bebe tú y también daré a tus camellos de beber, esto tomo por señal». Dicho y hecho; he aquí viene Rebeca, una hermosísima doncella, y escondida, que aunque escondidas, salían todas por agua; no había tanto mal como hay hoy en el mundo. Cogió su cántaro de agua, llegóse a él y saludóle, y dícela: «Dame de beber, doncella»; vino ella, y con gran diligencia y humildad quítase el cántaro de su cabeza, y dale a beber, y dícele: «Y a tus camellos y todo daré a beber»; y vierte presto su agua, y dales de beber a los camellos. Estábase el otro espantado, y dijo: «Verdaderamente ésta es la que Dios ha encaminado para mi señor». Preguntóla cúya hija era;

como supo era hija de un hermano de Abraham, holgóse en gran manera, y abre sus cofres y saca muchas joyas, tráela para que su señor se case con ella.

¿Qué es la señal en que se verá que la ha de tomar por esposa su señor? La señal que se da es: la mujer a quien yo pidiere de beber, y no solamente me diere a mí, mas a mis camellos, aquella es la que Dios tiene para esposa de mi señor. Viénele el ángel con la embajada de Dios, danle por señal: «Aquella que no solamente diere lo que le pido, sino más de lo que yo le pido, ésa es la que tiene Dios por esposa del Verbo eterno de su Hijo». ¿Qué tiene que ver Rebeca con María? Si Rebeca es sabia, mucho más es María; si Rebeca es escondida, mucho más es María; si Rebeca es hermosa, mucho más es María; ¿qué tiene que ver la caridad de Rebeca con la de María? ¡Qué gran cosa era aquella señal , que diese de beber a quien llegase a una fuente con sed! Una ha de ser la esposa del Verbo, que esté tan llena de misericordia, llena de amor, llena de entrañas de caridad, que no le pidas cosa que no te la dé; que se quite el cántaro, y te dé agua de gracia que en tus tribulaciones sientas su ayuda.

¡Oh, válgame Dios, y cuándo ha de salir a plaza este libro, en que se lea todo lo que por esta Virgen se hace y por sus oraciones! ¡Cuándo será el día que saldrá uno y dirá: «Yo tenía un pie en el infierno, y por ruego de la Virgen me libró y me perdonó Dios»! ¡Cuándo saldrá otro y dirá: «A mí me libró de tales pecados!» Otros de tales peligros de la vida! Cuando viéremos que llamando a la Virgen ayuda y socorre, y no solamente da lo que le piden, sino más. La sujeta a la voluntad de Dios, dice: «Hágase en mí según tu voluntad. Yo esclava soy, y para consuelo de todos». Pues si Cristo se llama esclavo del Padre, y la Virgen se llama esclava, ¿qué haces, cristiano? (Jeremías, XXXI): *Usquequo delitiis dissolveris filia vaga. Quia creavit Dominus novum super terram: femina circumdabit virum.* Ya tenemos a Dios por nuestro hermano, carne de nuestra carne, y hueso de nuestros huesos; hoy se ha engendrado. Así lo decía Moisés al pueblo.

Es nuestro hermano, nuestra cabeza, nuestro amigo, y todo nuestro bien; vino acá a santificarte y quitarte todos los males.

Doncella, ánima cristiana, si te has apartado de Dios no es esa tu tierra; tu ciudad el cielo es, es el servicio de Dios, la caridad es tu guarida, el cielo es tu refugio; torna, torna a Dios, arrepiéntete y vuélvete a Dios, y El te recibirá: ¿hasta cuándo has de huir de Dios? ¡Oh, que no me quieren recibir! Sí querrán, que una cosa ha hecho Dios nueva sobre la tierra: *Virgo circumdabit virum*. ¿Quién desmaya, que aunque esté a la puerta del infierno le puede y quiere sacar, si el hombre se quiere ayudar con hacer lo que es en sí? ¿Para qué temes? ¿Dios no se hizo hombre para que los hombres seamos dioses por participación? Aparejado está para darte gracia y después gloria.

TRATADO SEGUNDO

DEL GLORIOSO SAN JOSE, ESPOSO DE LA VIRGEN MARIA NUESTRA SEÑORA

Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph.

«Como fué desposada la Madre de Jesús, María, con José.»

(MATTH., I.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

CONDICIÓN es de las buenas mujeres casadas encubrir las faltas de sus maridos y publicar las virtudes que tienen, deseando que todos los honren y sirvan; porque como la honra de la mujer sea el varón, el mal o bien que ella de él dice, de su misma honra lo dice, de su misma persona lo dice, pues ella y él una cosa son.

Seguros estaremos que esta sagrada esposa y Virgen María no descubrirá faltas de su esposo el Santo José; porque ni él las tenía, y aunque las tuviera, ella no las dijera; pues tenía mayor virtud que Santa Mónica bienaventurada, de la cual cuenta su hijo San Agustín, que aunque su marido la maltrataba y era de ruines costumbres, a nadie se quejaba ni descubría las faltas de su marido.

No cupo, pues, en la boca de la Virgen decir mal del Santo José; mas decir muchos bienes de él, y honrarlo,

y desear que todos dijesen bien de él, y agradecerlo a quien lo dijese. Cierto es así, que si por nosotros no queda, tenemos muy cierto el favor de Jesucristo Nuestro Señor y de su Madre bendita, para saber contar las grandezas de este bienaventurado Santo; pues así como todo lo que se dice en alabanza de la Virgen bendita, dice San Jerónimo que resulta en honra de Jesucristo Nuestro Señor, su Hijo bendito, así todo lo que se dijere en alabanza del Santo José resulta en honra de Jesucristo Nuestro Señor, que lo honró con nombre de padre, y de la Virgen Santa María, de la cual fué verdadero y castísimo esposo. El Señor querrá que su santo ayo sea honrado, y la Virgen que digamos bien de su esposo, y El y Ella lo agradecerán, y copiosamente galardonarán. Y así porque conviene a la honra de Dios, como por ganar tal galardón, comenzaremos esta santa historia en alabanza de este glorioso santo esposo de la Virgen.

Antes que del todo nos ocupemos en decir las señaladas y grandes misericordias y particulares privilegios que el Señor dió al bienaventurado San José (que cierto son tales que bastan para poner en admiración a cielos y tierra, y para rastrear por ellos la grandeza de la bondad divinal, que sube al pobre y menesteroso a tan grande alteza de honra, como a este Santo subió); antes, pues, que nos metamos en este golfo, conviene que cumplamos con el santo Evangelio, el cual aunque breve en palabras es copioso en sentencias, y que comprende los caminos de Dios, por donde viene y trata con los suyos, y los suyos con El. La cual doctrina no es de estimar en poco, pues si está ignorada andaremos errados como gente que no acierta el camino, y camino que lleva a Dios; y ¡ay, de aquel que lo errare! Tres cosas nos declara este santo Evangelio que acaecieron a estos santos desposados José y María: conviene a saber, las grandes mercedes que Dios les hizo, la tribulación y prueba en que Dios les metió, y el piadoso socorro que en el tiempo de la mayor angustia les envió.

Notad bien y sabed considerar estas tres cosas, porque en ellas se encierra lo que nos acaece, no sólo en un día,

mes o año, mas en toda la vida que en este destierro vivimos. Lo primero de todo que nos acaece es recibir misericordias de Dios; y ninguno pudo tanto madrugar a hacer a Dios algún servicio, que no hubiese Dios madrugado más a hacerle mercedes; y no sólo es primero en dar, mas aun en dar lo que a El se le da. ¡Qué gran verdad dijo el Rey Salomón, hablando con Dios! Todas las cosas, Señor, que tenemos y que te ofrecemos tuyas son, y lo que te damos, de tu mano lo recibimos. No se gloríe nadie de lo que hace por Dios, pues cuanto más le da, tanto más recibe, y tanto más le debe, según dice la Iglesia, Señor, de cuya mano viene que tus fieles te sirvan digna y loablemente. No puede ser visto el sol sino con lumbre del mismo sol, ni podemos agradar a Dios sino con la gracia del mismo Dios; y cuando corona y galardona nuestros merecimientos, es galardonar las mercedes que primero nos hizo.

A Dios se debe la gloria de todo lo bueno, porque de El, y por El y en El son todas las cosas, y a El sea gloria en los siglos de los siglos. Amén. Gran parte de estas misericordias cupo a estos dos bienaventurados casados, la Virgen bendita y San José, y entre ellas fueron muy grandes las que entre manos tenemos; conviene a saber que la desposada fuese hecha verdadera Madre de Dios, y San José, hombre bajo, según el mundo, y oficial carpintero, fuese levantado a tanta honra de ser verdadero esposo de la Madre de Dios, y de ser llamado padre, y tomado por ayo de aquel que tiene al Eterno Padre por Padre, y que es criador de los cielos y tierra. Misericordias grandes, y tan grandes que otras iguales no fueron oídas, y bastantísimas para que ellos fuesen agradecidos a Dios, y para que cantasen sus alabanzas y con todo su corazón se alegrasen en Dios. Mas mirad, que cuan grandes fueron éstas mercedes, así fué grande la tribulación que tras ellas el Señor envió, cuya costumbre es enviar hiel después de la miel, y probar a sus amigos tentándolos, como hizo a Abraham.

Del Señor leemos que en su santo bautismo fué declarado por voz celestial por Hijo carísimo del Eterno

Padre; mas tras este favor se siguió ser llevado al desierto a ser tentado del enemigo. No se engañe nadie ni se tenga por seguro, porque sea recreado del Señor con mercedes y consolaciones, ahora sean espirituales, ahora corporales. Menester es entender muy bien este negocio; y por no lo haber hecho así, han venido desastres no pequeños a muchos, que holgándose con lo próspero presente, dijeron lo que David (Psalm. XXIX): *Yo dije en mi abundancia: No seré movido para siempre.* Y como sucedió la tribulación, y no estaban apercibidos para ella, cayeron muy fácilmente, y perdieron lo que habían recibido; lo cual, o no se cobra, o se cobra con dificultad.

Sepan todos que el lugar verdadero del gozo y descanso y prosperidades, el cielo es; y quien de estos bienes quisiere ser rico, sin temor de perderlos, desee ir allá, y procure de ir allá; mas este destierro es lugar de trabajos, es una trabada pelea, es un mar de amargura y una tentación sobre la tierra; y cuando Dios da alguna consolación o prosperidad, no es para que el hombre goce de ella, parando en ella, sino o porque no desmaye en las tribulaciones que tiene, o porque cobre fuerzas para vencer las que le quieren venir.

¿Para qué dan armas a un soldado, sino para que esté aparejado para la guerra? ¿Para qué dan de comer a un jumento, sino para echarle muy buena carga? Así, hermanos, pensad, y con estos mismos ojos mirad las mercedes que Dios os envía, que son o para esforzaros en la guerra que tenéis, o para avisaros que presto la habéis de tener; porque El es amigo de tener amigos probados, y no puede haber prueba sino con tribulación, ni pueden entrar en el cielo si no caminan por el desierto, ni celebrar Pascua de Resurreción si no pasan por Viernes Santo, que es día de Pasión.

Tornemos a nuestros Santos desposados, María y José. Qué ricos, qué honrados, qué ensalzados en el acatamiento de Dios, ella con tal Hijo, y él con tal esposa, y con ser ayo del Hijo de Dios. Y tras esto viene que José vió a Nuestra Señora estar encinta, por tener su seno crecido; de lo cual recibió tan grande alteración y tristeza entra-

ñables cual no se puede decir. ¡Oh, bienaventurado varón, y de cuántas angustias es tu corazón combatido, y cómo Dios te ha lastimado en las mismas niñas de tus ojos, pues ves preñada a tu esposa, y nunca has llegado a ella ni pensaste llegar; porque ella y tú entrambos tenéis hecho voto de común consentimiento, de guardar virginidad por toda la vida! Estaba el santo varón muy apretado y turbado, por una parte viendo lo que veía, y por otra parte acordándose de la bondad de esta Virgen y de las grandes señales que de sí daba para ser creída.

Sabía este santo varón que la mujer que tiene corazón deshonesto, tiene sus señales en lo de fuera, que dan testimonio de lo malo que tiene dentro de sí, pasos livianos, ojos altos, curiosos vestidos, holgarse de hablar o de oír cosas no castas, falta de devoción y de temor del Señor, amiga de regalos y de ociosidad, dejarse vencer de los deleites de la gula, que son camino para vencerse de los deleites de la carne, y así otras señales, que aunque la lengua de la tal mujer suene castidad, ellas como más verdaderas, por ser obras, declaran que hay deshonestidad; todas las cuales señales juntas y cada una por sí veía este glorioso Santo que faltaban en Nuestra Señora, y que toda ella, y todas sus costumbres eran más contrarias a deshonestidad, que lo negro con lo blanco, y eran tan predicadoras de la limpieza virginal que en su corazón y cuerpo tenía, que daban de sí un olor como bálsamo, y eran como resplandor de aquella pureza más que angélical que en su persona tenía.

Y cuando este santo varón se paraba a considerar las virtudes de ella, y su honestísima conversación, o cuando le miraba su virginal y honestísimo rostro, parecíale cosa imposible caber maldad en vaso de tan excelente bondad, y hacer traición a Dios y a su marido la que con tanta lealtad servía al uno y al otro; y por aquel rato huían las malas sospechas, y reprendíase de ellas; pedía en su corazón perdón a Dios y a su esposa, y descansaba y estaba contento. Mas como era tiempo de tribulación y de prueba, y había determinado el Señor que este santo varón bebiese esta hiel y vinagre, tras este consuelo que

recibía con estas buenas y verdaderas consideraciones, permitía que le viniesen otras contrarias a éstas, y dejábalo en su flaqueza para que fuese atormentado y fatigado con ellas.

Así como cuando se paraba atentamente a considerar las virtudes y honestidad de su santa esposa se deshacía la sospecha que de lo contrario tenía, así cuando la veía preñada se le entraba la sospecha en el corazón, y desaparecían las otras consideraciones; y si no se escondían del todo, no tenían tanta fuerza que librasen al Santo de angustia y sospecha; y así había pelea en su corazón entre unos pensamientos y otros, diciendo unas veces: «¿Cómo es posible que María, mi esposa, de cuya bondad tanta experiencia tengo, haga traición? Y por otra parte, ¿cómo puede ser bien hecho estar encinta, y no de mí?» Gemía, llamaba el socorro de Dios, y no se lo daba, porque se lo guardaba para el tiempo de la mayor necesidad; y entre tanto ya veía lo que podía sentir, pues esta pasión de celos concebidos, aun con pequeña ocasión, atormenta sobre toda manera a los maridos; tanto que en el Viejo Testamento proveyó Dios de particular remedio para que el marido que tenía celos de su mujer, supiese si era culpada o no y así descansase.

En el capítulo V de los Números se lee que cuando este espíritu de celos trajese fatigado un hombre, que llevase su mujer al templo y la presentase delante del sacerdote, diciendo cómo tenía celos de ella; y el sacerdote ofrecía sacrificio por ella, y luego escribía ciertas maldiciones, y lavábalas con agua, la cual agua había de beber, quisiese o no quisiese, y bebida el agua decía el sacerdote: «Si tú no has hecho maldad a tu marido, estas maldiciones no te comprendan; mas si has sido adúltera, vengan sobre ti»; y ella respondía: «Amén, amén»; y así lo aceptaba Dios, que si estaba limpia de tal delito, ningún mal le sucedía, y si había adulterado, se le hinchaba luego el vientre, con otras claras señales, de lo cual venía a morir.

De aquí veréis cuánto atormenta esta sospecha a los maridos, y cuánto desagrada a Dios el adulterio de la

mujer casada, pues para consuelo de los celos de él y castigo del pecado de ella daba Dios este remedio y manifiesta señal. Gravísimo pecado es delante de los ojos de Dios, y gravísima injuria hace la mujer a su marido, que siendo una cosa con él se parte y se hurta, y se entrega al que no lo es. Y así ninguna nación, por bárbara que sea, ha dejado este pecado sin castigo, por ser cosa impresa por instinto natural en los hombres pesarles mucho de que sus mujeres les hagan esta traición. Y por lo que ellos sienten cuando en esto les tocan, es mucha razón que se aparten con muy gran cuidado de hacer maldad con mujeres ajenas, pues entienden por lo que pasa por ellos, o podría pasar, la grande injuria que al marido hacen y grave dolor que le hacen pasar. Nadie tenga en poco este pecado; todos huyan de lo cometer, y no les parezca que porque Dios no haya ordenado sacrificio para castigar al hombre adúltero como a la mujer adúltera, que por eso se deba atrever a cometerlo; porque aunque no lo castigue en los varones, mandando que los lleven al templo a examinar y manifestar su delito, mas no por eso le faltan otros muchos medios con que los castiga.

Atrevióse David, y siendo Rey, a hacer maldad con la mujer ajena; y aunque él procuró que su delito fuese secreto, mas no lo pudo esconder de los ojos de Dios, el cual manifestó en público lo que él había hecho en escondido, y le castigó con castigos terribles, entre los cuales fueron que su hijo Absalón se le alzase con el reino y persiguiese a su padre para le prender o matar, y cuando no lo pudo haber, mandó que le sacasen a la plaza diez mujeres que su padre tenía, y debajo de unas cortinas, por hacer enojo a su padre, hizo maldad con todas diez mujeres. Y cumplióse la amenaza que Dios le hizo diciendo: «Tú pecaste en escondido, yo te castigaré en los ojos de este sol». ¡Oh, pecado gravísimo, que por ser tal le parece a la divina Justicia ser término largo esperar a castigarlo en el otro mundo, y luego lo castiga en éste con diversos castigos, y algunas veces con que haya quien haga malas a las mujeres y a las hijas, como él hizo malas a la mujer e hijas ajenas!

Y pues ésta es co a tan aborrecible a Dios y castigada de El, todos huyan de caer en ella y de cosa que le parezca. Y las mujeres casadas, pues tanto lastiman a sus maridos los celos, no se contenten con no hacer esta maldad, mas vivan con grande cuidado de no dar ocasión al marido para que tan amarga sospecha y tal hiel y vinagre entre en su corazón, porque tan descuidada puede ser en dar estas ocasiones, que aunque no sea mala en pecado de deshonestidad, sea mala y peque contra la ley del matrimonio, que le obligó a no dar enojo ni turbación notable a su marido, y otra mayor que ésta no la puede dar. Y también aviso a los maridos que no fácilmente reciban en su corazón este tirano, porque si de él se dejan vencer y llevar, vienen a grandes peligros de cuerpo y de ánima.

Cierto los celos son cosa que muchas veces el demonio procura, como cosa en que mucho gana, por ser muy dañosa a los que Dios juntó en el matrimonio. Hombres hay que ni pueden comer, ni beber, ni dormir, y se van cada día secando, y con la melancolía y tentación del demonio son tantas las sospechas que de sus mujeres tienen, y muchas veces sin causa ni ocasión, que les dan vida de galeras, y ellos la pasan peor. Hermano, ensanchad ese corazón, y entended que en ninguna manera podéis vivir en esta vida sin que os fiéis de alguno; porque si miráis a puédenme engañar, puede ser que me acaezca esto, toda vuestra vida será una temerosa congoja, una estrechura de corazón que tanto os apriete, que os haga vivir una miserable vida y aun hacer locuras con que se rían de vos. Claro está que saliendo de aquesta iglesia puede ser que a'guno os esté aguardando y os mate, o que en el camino caiga una teja del tejado y os descalabre; mas por eso no habéis da dar lugar al temor, porque es temor loco que nace de vuestra condición y melancolía, cuando lo tenéis sin haber justa causa para temerlo. Y así os conviene, cuando no viéredes suficientes causas para pensar mal de vuestra mujer, tener vuestro corazón sosegado, y resistir a los vanos temores y sospechas que vuestra condición o el demonio os trae sin causa.

Si decís, «¿qué sé yo, si aunque mi mujer parece buena no lo es?» Dígoos yo, que si por esta regla os habéis de regir, también podéis dudar si Fulano y Fulana son vuestros padres. Cuando viéredes, hermano, suficientes causas para sospechar mal, poned el remedio; y cuando no, ensanchad vuestro corazón, y fiad vuestros negocios de la bondad de Nuestro Señor, y obedeced a su Mandamiento, que no queráis juzgar y no seréis juzgado; y que tengáis por bueno al que no conocéis por malo, y no penséis que porque vos por ventura habéis sido malo, también vuestra mujer lo es, o porque habéis conocido algunas mujeres ruines penséis que todas lo son. Bondad tiene Dios para hacer buenos y santos, si ellos se disponen. Si vos lo hubiérades sido, y tratado con buenos, no os fuera tan difícil creer que vuestra mujer era buena; porque ordinariamente por su corazón juzga el hombre el ajeno.

Esto que a los maridos se dice, tomadlo también las mujeres casadas, cuyos corazones, por ser más estrechos, están más aparejados a dejarse vencer de aquesta pasión. Y cuando en ellas cae es una cosa de lástima ver el tormento que ellas reciben, y que a su marido dan, como nos lo declara muy bien el Espíritu Santo, diciendo (Ecclesiastés, XXVI): «La mujer celosa es dolor de corazón y lloro, y en ella hay azote de lengua que a todos se comunica»; y así es verdad que deshonra a su marido, y a las mujeres que la tienen culpa y que no se la tienen, quitando la fama a buenas mujeres sin mirar lo que dice, como fuera de seso con la pasión, mas no por eso dejará de pecar gravemente, así por la mucha pena que da a su marido, como por las malas palabras que dice de terceras personas. Grande lazo del demonio es éste, y cuanto es para él ganancioso, es perdidoso para los casados; es aflicción de ellos, perdición de su salud, dolor de corazón, tristeza continua, engaño del enemigo, y que quita la paz, que es la mejor joya del casamiento. Por lo cual con muy gran cuidado se deben guardar los casados de no dar causa ni ocasión para ello, ni admitir en su corazón semilla de la cual nacen frutos tan perjudiciales para ánima y cuerpo.

Hémonos divertido de la historia de estos santos casados María y José, por la necesidad que tienen de aviso los otros casados; plegue al Señor que les aproveche. Tornémonos, pues, al lugar de donde salimos, que es la grande angustia que el Santo José tenía de ver preñada a su santa esposa sin haber él llegado a ella, y por otra parte considerando cómo podía caber tal maldad en vaso de bondad más que humano. Pensaba unas veces lo que la humana conjetura le declaraba por lo que veía, y otras decía entre sí: «¿Qué sé yo si Dios ha hecho alguna obra milagrosa de las que suele sobre toda humana razón? Pues esta bendita mujer es dotada de tan excelente santidad, y por eso muy aparejada para que Dios haga en ella obras excelentes y maravillosas, y si esto es así, yo no soy digno de estar en su compañía; y si no es así, yo no la quiero infamar con acusarla para que la apedreen, ni llevarla al templo para que con el sacrificio de la ley se examinase la verdad de aqueste negocio.

»Y el medio más conveniente que en caso tan dudoso me conviene tomar es dejarla e irme secretamente, porque nadie me pregunte el porqué; y así ni la infamaré, ni me pondré a peligro de morar con ella si no es buena, ni me atreveré a estar con ella si es tan santa, que Dios ha hecho en ella milagro de haber concebido sin ser de mí ni de otro varón». Esta fué la resolución del Santo José, con la cual, aunque hallaba camino para lo que había de hacer, mas no se mitigaba por esta vía su grande dolor, porque el grande y casto amor que a su esposa María tenía, infundido por Dios, y conservado y acrecentado con la conversación santa de ella, le tenía el corazón tan hecho uno con ella, que haberla de dejar era arrancársele las entrañas y partírsele el corazón, y así andaba lleno de dolor dentro de sí, y daba muestra de ello en el gesto de fuera, porque gran dolor o gran placer mal se pueden disimular.

En gran tribulación, cierto, puso Dios a este santo varón; mas no era menor la de la Virgen bendita, la cual, como por las señales que veía entendía la turbación y causa de ella de su santo esposo, dolíale mucho el verlo

penado como buena casada, y mucho más verse sospechada de cosa tan lejos y tan aborrecida de su corazón; llamaba el socorro del cielo, suplicaba al Señor, que remediase tanto trabajo, y que si El era servido que ella padeciese aquella infamia, estaba aparejada para lo hacer, y que no se quería tornar atrás de haberse ofrecido por esclava suya cuando concibió por Espíritu Santo, para servir en este negocio y en todos, ora fuese por buena fama, ora por mala, por vida o por muerte, por hiel o por miel; que ninguna cosa tendrá tan amada que no la pusiese debajo de los pies del Señor, y de muy buena gana, para que hiciese de ella su santo contentamiento. «No tengáis cuenta, Señor—decía la Virgen—, con mi tribulación o consolación; mas lo que os suplico es que no esté penado este santo varón por mi causa; y lo que sobre todo me duele, y cuyo remedio con todo mi corazón os demando, es que pues lo que tengo en mi seno es Hijo verdadero vuestro, cuya concepción fué por Espíritu Santo y muy ajena de toda maldad, que no permitáis vos que cosa tan limpia y tan verdadera sea tenida por mala y fuera de ley, ni que el que es Hijo legítimo vuestro se piense ser hijo de hombre habido de mala parte».

Oraba la Virgen, y muchas veces con grande angustia de corazón y abundancia grande de lágrimas, y el Señor callaba y dejaba padecer a estas dos tan santas personas; cada una de las cuales le podía decir con mucha verdad lo que está escrito (Psalm. LXXXVII): *Fuí ensalzado de ti y humillado y conturbado;* pues después de tales favores con que los había ensalzado sobre todos los cielos, los ha dejado en tal humillación, que lo uno es tormento de lo otro, y siendo llamado no responde.

Mas, ¡quién fuera tan digno de poder entrar en aquella pobre y santa casita!; y cuando la Santísima Virgen estaba de rodillas en oración pidiendo con lágrimas remedio al Señor, se presentara delante de ella, hincadas las rodillas, y con la reverencia que se debe a la que es verdadera Madre de Dios, le dijera: «Señora, para siempre bendita, el remedio que deseáis , que buscáis y con tantas lágrimas pedís al Señor, en vuestras manos está,

y no con muchas lágrimas, y no con mucho trabajo; pues con pocas palabras que digáis al Santo José, manifestándole el misterio grande que Dios ha obrado dándoos a su Hijo verdadero para que haya sido engendrado de vos, no por obra de varón, sino del Espíritu Santo, él os dará crédito, por opinión de santidad que de vos tiene. Porque como sea esto verdad tan cierta, Dios le dará gracia para creerla, y él quedará sin pena y vos y vuestro Hijo con mucha honra.» Y aunque no se tuviese por muy cierto que el Santo José no la había de creer, era cosa muy conveniente, pues pedido el remedio del cielo por vía de milagro, no venía, se tomase estotro humano, pues había conjeturas que aprovecharía, y en cosas de tanto riesgo con que fuera de esperanza era bien tomar este remedio. Creo que respondiera la Virgen a quien esto le suplicaba lo que el Señor respondió a los hijos del Zebedeo: «No sabéis lo que pedís; sabéis las cosas de hombres y no las de Dios».

Atribúleme el Señor todo lo que fuere servido, que de mi boca no saldrá misterio tan alto, así por guardar el secreto del sacramento de tan alto Rey, como por no decir cosa de que nadie pueda tomar ocasión de pensar que hay en mí tal santidad para que Dios haga conmigo cosa tan señalada, cual nunca en el mundo ha acaecido ni acaecerá: obra suya es; y aunque yo sea esclava, Hijo suyo es el que he concebido. No es posible que El olvide cosa que toque a su Hijo ni a mí, por ser esclava suya; y pues El reveló a Santa Isabel lo que el ángel me había dicho en secreto, y quién era el que estaba encerrado en mi vientre, y que ella y el niño que tenía en su seno lo adorasen, El pondrá remedio en este trabajo y declarará esta verdad al Santo José, pues hay más necesidad que la sepa él que nosotros; y aunque dilate el remedio, es por probar nuestra paciencia y confianza, la cual tengo muy firme en El, que sin que yo diga cosa que toque en mi alabanza, El la dará a entender por la vía que El sabe; mas mi oficio será callar, sufrir y esperar en su misericordia.

¡Oh, Virgen para siempre bendita, cuán verdaderamen-

te estáis enseñada de Dios, y con cuánta razón con vuestro ejemplo podremos acusarnos y reprendernos, pues vos tenéis tanto peso de discreción, humildad y temor del Señor, que en tiempo de tanta necesidad calláis las mercedes, y tales mercedes de Dios; y nosotros, como vasos pequeños, que quiera que Dios nos dé a sentir, luego nos henchimos y rehenchimos, y el espíritu de la liviandad nos hace parlarlo por la boca, y tras el parlarlo viene el perderlo por justo juicio de Dios!

Y de San Pablo leemos que contó algunas mercedes particulares que Dios le había hecho, mas concurrían dos cosas: una el estar tan ajeno y tan lejos de tomar gloria vana, que su gloria era ser deshonrado y estimado por escoria de aqueste mundo; y la otra era decir aquellas cosas porque la doctrina de Jesucristo que predicaba corría riesgo de no ser creída, si él no contara cómo Dios lo había hecho su Apóstol, y otras particulares mercedes, y el mucho trabajo que había pasado, y lealtad que había guardado en la predicación del santo Evangelio, no buscando en esto su honra, antes protestando muchas veces que lo decía forzado para que creyesen su doctrina y glorificasen a Dios, y no fuesen engañados de falsos predicadores; esto muy bien hecho era. Y si vos me dais un corazón fundado en verdadera humildad, y que tenga por azote que mucho le duela el ser estimado, y tenga por deleite el ser despreciado, y concurra necesidad de remediar el peligro ajeno, o de pedir el consejo para que el demonio no le engañase transfigurándose en ángel de luz, como muchas veces lo hace, en tal caso bien hecho es el declarar las mercedes de Dios, como lo hizo San Pablo.

Mas, ¿qué tienen que ver con esto los fervores de los que comienzan a servir a Dios, que movidos con liviandad, que llaman ellos deseos de aprovechar a otros, tienen una comezón en la lengua por decir lo que sienten, y hacerse predicadores antes de tiempo; y para autorizar lo que dicen cuentan alguna merced particular que el Señor les ha hecho, y como tienen poco caudal, y lo echan fuera de su corazón, quédanse pobres, y pensan-

do aprovechar a los otros, dáñanse a sí mismos, y después de la pérdida entienden su yerro, y no todas veces pueden cobrar lo perdido, y gimen porque no cumplieron lo que dice Isaías (cap. XXIV): *El secreto mío para mí?;* y por experiencia conocen que quiere el Señor, que como la mujer casada debe guardar secreto a su marido de lo que pasa a solas con ella, así quiere que el ánima le guarde secreto de las particulares mercedes que de su mano recibe, si no fuere con las condiciones ya dichas. Y aunque hay algunas personas de voluntad tan sana y tan sencilla que aunque cuenten éstas no sienten que el Señor se enoja ni les quita las mercedes que en secreto les hace, todavía la verdadera humildad pide y desea esconder la dádiva, y enmudece la lengua para que no diga cosa por la cual pueda el hombre ser en algo estimado.

Para entender esto así nos debe bastar el ejemplo de esta Santísima Virgen, que como más humilde que todos, aborrecía en gran manera que por su boca saliese cosa por la cual pudiese ser estimada. Y aunque se vió en trance de tanto peligro, suplicó al Señor que pues es todopoderoso lo remediase por otra vía, y no le mandase decir a ella mercedes tan particulares que de su mano había recibido. Verdad es que después de subido el Señor al cielo, y después de haber predicado los sagrados Apóstoles la verdad del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, declararon a todos que aunque había consentido de haber sido estimado por hijo de José, no lo era sino de sólo el Padre Eterno, que en cuanto Dios le engendró, y en cuanto hombre, de la bendita Virgen María, que sólo le engendró por Espíritu Santo. Entonces, como cosa ya sabida y manifiesta, Ella declaró a los Apóstoles, especialmente al evangelista San Lucas, muchas particularidades de la santa Encarnación, y otros muchos misterios que Ella sabía; y aun esto no lo osara Ella decir por su gran humildad, si no fuera particularmente mandada e inspirada por Espíritu Santo, cuya obediencia se debe preferir a la humildad, pues en faltando ésta deja de ser virtud y se torna soberbia.

Y tornando al propósito, padecía San José, y padecía

la Santísima Virgen; llamaban entrambos a Dios, y dilataba el Señor el socorro para que ellos más mereciesen con la paciencia, y nosotros más nos aprovechásemos de tales ejemplos, pues sabía el Señor que nos habíamos de ver en tribulaciones. ¡Mas, oh, Señor, y con cuánta razón debe tener paciencia el atribulado que invoca tu divina misericordia, y debe esperarla, aunque más y más se dilate; pues que ni tienes corazón duro para dejar de sentir los trabajos de los tuyos, ni orejas sordas para dejar de oír sus gemidos y ruegos muy grandes! Muy gran verdad es lo que de ti, Señor, está escrito (Psalmus IX): «Esperen en ti los que conocieron tu nombre, porque no has desamparado a los que te buscan.» Y porque la tardanza del remedio, que a muchos flacos es causa de desconfianza, no nos derribe, mandaste, Señor, darnos aviso contra este desmayo tan perjudicial, y mandaste que nos fuese de tu parte dicho (Habac., III): «Si el Señor se tardare, espéralo, que viniendo vendrá, y no tardará».

Llamaron al Señor en su tribulación Nuestra Señora y José; y cuando estaban ellos más apretados, envíales el Señor su socorro, según su acostumbrada misericordia. Y estando José durmiendo aparecióle un ángel de Dios, el cual se cree piadosamente ser San Gabriel, pues era negocio que tocaba a la Encarnación del Hijo de Dios, que a él había sido encomendado, y dícele al Santo José: «José, hijo de David, no temas de tomar a María tu mujer, porque lo que ha nacido en ella de Espíritu Santo es, y parirá un hijo, y llamarle has por nombre Jesús, porque El hará salvo a su pueblo de los pecados de ellos». Esto le dijo, y con tanta claridad, que el Santo José fué tan certificado de aquella verdad, que ninguna duda le quedó chica ni grande, ni más tinieblas en su corazón; porque todo aquello huyó con el resplandor de la luz celestial, que mediante la habla del ángel del Señor obró a su entendimiento; como hacía a los santos Profetas, que les daba lumbre evidente de que aquello que les decía era verdad y no engaño.

No es impedimento para esta certidumbre acaecer esto

durmiendo, pues ha dicho el mismo Dios, que también aparece a sus Profetas durmiendo como velando, y así también se escribe en el libro de Job, capítulo XXXIII, y así también lo experimentamos, pues hay muchas personas a quien acaece acostarse con ruines propósitos, y estar en mala vida, y tan mala, que a morirse durmiendo fuera el infierno su sepultura, y es tanta la misericordia de Dios que, o por cosas que ven entre sueños, o por palabras que les son dichas, recuerdan los ojos llenos de lágrimas, y el corazón todo mudado, con entrañable arrepentimiento de sus pecados y propósito de hacer penitencia, y el haberla hecho, y el vivir bien, ha sido señal que fué de Dios lo que en el sueño les acaeció. Y si con éstos que con tan mala conciencia se echaron a dormir Dios obra su misericordia, dándoles tales avisos, no es mucho que creamos que hace sus misericordias con los que le sirven, declarándoles entre sueños lo que les cumple, consolándolos en sus trabajos, avisándolos de los peligros, y mil manera de cosas que caben en su infinita bondad. Y estas cosas, cuando son de Dios, traen una satisfacción particular al ánima, y tienen una particular diferencia de los sueños que no son de Dios, como la bienaventurada Santa Mónica decía a su hijo San Agustín que los sentía.

Mas porque puede haber en estas cosas, y muchas veces lo hay, engaño del mal ángel, y vanidad de nuestra cabeza, y obra de nuestros humores, o cosas de aquesta manera, no se debe de fiar la tal persona de cosas de sueños, sin lo comunicar con persona que le pueda dar claridad, pues aun en lo que nos acaece velando, que tiene más certidumbre, es peligroso el propio juicio, y seguro el ajeno. San José bienaventurado no tuvo que consultar al hombre sobre su sueño, pues fué tan clara la revelación y tan llena de lumbre, que ni preguntó si era ángel de Dios o no, como Gedeón, ni lo dejó de conocer como los padres de Sansón, ni dudó como Zacarías, ni pidió señal como Gedeón. No dudó ni pudo dudar por la grande evidencia de la revelación; mas recuerda tan alegre, y más que antes estaba penado, y con cora-

zón tierno da muchas gracias a Dios porque le había librado de la huída que quería hacer, y conócese por muy indigno de haberle Dios hecho ayo de su Hijo y esposo de la Madre de El; y entrañablemente le dolía de no la haber conocido y del haber sospechado, y pidiendo de ello perdón a Dios se fué a lo pedir a la Virgen. Y mirándola ya con ojos alumbrados por lumbre del cielo, parecíale tan alta como en la verdad lo es, que ni se tenía por digno de estar delante de ella y en una casa con ella, y arrojado a sus pies regaba la tierra con lágrimas pidiendo perdón, y la Virgen se arrojó a los pies de él rogándole se levantase y esforzase a servir a Dios en el negocio que le había encomendado.

Reventábale al Santo José el corazón de ver tanta humildad, tanta caridad y tanta virtud en aquella Señora que por esposa le había sido dada. Y cuando consideraba que era Madre de Dios, agotábasele el juicio, salía de sí con admiración, y el corazón no le cabía en el cuerpo, y la ternura y lágrimas no le dejaban hablar, y daba alabanzas a Dios, que lo ha tomado por marido de la Virgen, y ofrecíasele por esclavo. Y pues San Juan Bautista, encerrado en el vientre de su madre, conoció y adoró al Hijo de Dios humanado que estaba escondido en el virginal vientre de Nuestra Señora, ¿con qué reverencia, humildad y amor adoraría el Santo José al bendito Niño Jesús siendo informado que estaba en el vientre de Nuestra Señora? ¿Cuán rico, cuán gozoso estaba el santo varón con verse diputado para servir a tal Hijo y tal Madre? ¿Y por cuán digno se tenía, y cuán chiquito se parecía para servir a tales Señores? Y como tal pedía con grande instancia particular lumbre, prudencia y diligencia, y todas aquellas virtudes que para conversar con Dios hecho hombre y con su Madre bendita Dios sabía que había menester. En grande tribulación había estado; mas sin comparación fué mayor esto dulce que lo otro fué amargo. Y aunque cada vez que pensaba en aquesta merced era su gozo y agradecimiento muy grande, mas como esta vez fué la primera que tal nueva supo, y como vino sobre tribulación, que es

salsa para que la prosperidad sea más sabrosa, y juntábase a esto la consolación que la Virgen tenía de ver consolado a su esposo, fueron muchas las gracias tan agraciadas y alegres que daba a Dios porque después de la tempestad había traído tal bonanza en la mar de sus corazones.

Resultaba de todo esto tanto gozo y admiración en el corazón del Santo José, que no sabía qué hacer ni decir, sino rogar a los ángeles y suplicar a la Virgen su esposa que diesen por El alabanzas a Dios y le alcanzasen gracia para conocer y agradecer tales mercedes, que sobrepujaban a su merecimiento. Consolábalo en este temor la sacratísima Virgen María, ofreciéndole sus oraciones, y persuadiéndole a que tuviesen entrambos confianza en la misericordia de Dios, que pues por su sola bondad lo eligió para el servicio de su Hijo, les daría gracia para bien hacer, de manera que fuese El glorificado y amado. Contó el uno al otro el dulce nombre de Jesús que el ángel les había dicho que pusiesen al Niño después de nacido; y fué muy particular gozo entre ellos de nombre tan excelente y consolativo como es *Jesús*, que quiere decir *Salvador*, y como el ángel dijo, Salvador de pecados. Y así creo que el Santo José por gozar del bien de este nombre se arrojó en el suelo suplicando al Niño Jesús le perdonase sus pecados, y diese gracia para no le ofender. La Virgen su esposa no pidió perdón, porque no pecó; mas conociendo que por los méritos del Niño Jesús Ella había sido libre de todo pecado, hízole reverencia, y dióle entrañables gracias, como si le hubiera perdonado todos los pecados que Ella hubiera hecho si Dios no la hubiera guardado. Este fin tienen los trabajos en que Dios pone, trocándolos en doblado placer: y así se acaba el santo Evangelio.

Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph. El ser desposada la Virgen, y para quedarse siempre Virgen como se quedó, pone admiración y da ocasión de inquirir qué fué lo que en esto pretendió Nuestro Señor; pues sus obras, y especialmente las que obró con su santísima Madre, todas son llenas de profunda sabiduría, aun-

que muchas veces oculta. Mas aunque el mismo negocio por sí nos convida a inquirir las causas del desposorio de la santa Virgen, el convenir esto para rastrear algunas de las grandes virtudes y mercedes que Dios hizo a este santo varón José nos obliga, pues estamos en su día, a hablar de las causas de este santísimo desposorio, porque de allí resultará el conocimiento de la grandeza de este santo varón, que mereció ser el desposado de tan alto matrimonio y esposo de tan bienaventurada y alta Señora.

Muchas causas ponen los Santos por las cuales convino ser desposada la sacratísima Virgen María, así por lo que a Ella tocaba, como por lo que tocaba a su Hijo bendito; y también para nuestro provecho convino que aquella que tan limpia y agradable era en los ojos de Dios, y que estando en la tierra subía el olor de sus virtudes y santidad hasta la alteza del cielo, y como precioso bálsamo henchía de olor toda la corte del cielo, y deleitaba al Rey que estaba en su cama; ésta tan olorosa delante de Dios y sus ángeles no convenía que tuviese fama que oliese mal delante de los hombres, pues que el buen hombre, especialmente la buena mujer, debe tener cuidado, como la Escritura lo manda, de tener buena fama, no por medios vanos ni fingimientos de hipocresía, mas porque con la verdad de la buena vida cobre buena fama, como la lumbre que sale del sol; y esto no sea porque con la buena vida busquemos la alabanza de los hombres: porque sería gran vanidad dejar de obrar, por el contentamiento de Dios, y por su eterno galardón y abatirnos a querer por paga de nuestras obras el humo de las alabanzas humanas que de tan poco tomo es y tan poco dura.

Nunca Dios quiera que pierda el cristiano sus buenos trabajos, ni que oiga aquella justa sentencia que el Señor dará contra los vanagloriosos: «En verdad os digo, que ya recibieron su galardón.» Muy hollada tiene el buen cristiano esta vanidad; muy lejos está de aqueste engaño; porque los ojos que miran a Dios, y le conocen por galardón de las buenas obras y buenos trabajos, no sólo

no se ceban del pago que puedan dar todos los hombres, mas aun se desdeñan de pensar en ello, pareciéndoles que hacen injuria al que es galardón eterno, si mirasen en cosa tan poca. Lo que les mueve a tener cuidado de su buena fama es desear que Dios sea glorificado, y entender, como San Agustín dice, *que como el cristiano ha menester la buena conciencia para su provecho, ha menester la buena fama para el provecho del prójimo.* Y especialmente conviene tener este cuidado todo cristiano en lo que toca a ser tenido por hombre católico, según se lee de un santo viejo ermitaño, hombre de muy grande paciencia en sufrir injurias, y como a tal le fueron ciertas personas a probar, y le dijeron que decían de él muchas faltas y males, y callando él a todo aquello, añadieron los otros diciendo:—*También dicen de ti que eres hereje.* Y entonces él, que a todo había callado, a sólo esto respondió diciendo:—*No soy.*—Y preguntado porqué había callado a los otros males y a éste no, pues ni tenía unos ni otros, respondió que las otras cosas puede el hombre callar por ejercicio de la paciencia, y que en ésta no, por tocar tanto a la honra de Dios; con lo cual concuerda San Jerónimo: *No quiero que en infamia de herejía sea nadie paciente;* quiere decir, que no deje de responder por su verdad y su fe, y probar que sea conocido por cristiano católico.

Este ha de ser el principal cuidado de varones y mujeres en lo que toca a la fama, y tras esto en lugar mucho cercano han de tener las personas dedicadas a Dios que profesan castidad, varones y mujeres, y generalmente todas las mujeres, cuidado muy particular de que su fama tenga en esta parte tan buen olor que ninguna mezcla tenga de malo, ni se excuse nadie con decir: «No tengo culpa, no se me da nada que digan de mí», porque, como dicen los Santos, esto muchas veces toman las mujeres ruines por ocasión para ser malas, y aunque no lo sean, en escandalizar a los prójimos y despreciar la buena fama son culpables. Y como dice la Santa Escritura (Prov., XV): *El que menosprecia su fama, cruel es.* Y aunque nadie debe fácilmente creer las muchas cosas

que se suelen decir de las tales personas, pues muchas veces son testimonios muy falsos, mas pocas veces acaece que aquestas cosas se digan sin preceder alguna culpa, o a lo menos alguna inadvertencia, en la cual las tales personas no miran, y los otros sí, por lo cual conviene que haya tan grande cuidado y recato en quitar conversaciones, y en toda la más compostura de dentro y de fuera, que por mal ojo que uno tenga no se atreva a juzgar mal, y si se atreviere a lo decir, sea tanto el buen crédito de la otra persona que él no halle crédito para su maldad.

Según San Jerónimo cuenta de una doncella llamada Asela, que por sólo la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde era tenido por miseria, los buenos digan bien de ella y los malos no osen murmurar de ella. Y porque el Señor amaba muy particularmente a su sacratísima Madre, y había determinado de nacer de Ella, no quiso que anduviese en boca de hombres que tenía hijo sin tener marido; y quiso más que le estimasen a El por hijo de un hombre bajo, siendo Hijo del Eterno Padre, que no tocasen la fama de su sacratísima Madre, porque como San Ambrosio dice, «sabe el Señor que la fama de las doncellas es muy delicada, y por eso si no es muy guardada, se puede, con cualquier vientecico y ocasión fácilmente ennegrecer y perder». Y en ninguna manera convenía que las mujeres descuidadas en mirar por su fama pudiesen excusar y solapar su poco recato con decir: «No es mucho que digan de mí, pues dijeron de la Madre de Dios»; lejos vaya tal excusa. No hallaréis en la Virgen bendita sombra para cobijar vuestros yerros.

Perfectísimo dechado de toda virtud y de toda limpieza la ha hecho Dios, y sea mayor que la de los ángeles la que en su ánima tiene, y echa de sí su conversación exterior resplandecientes rayos de tanta honestidad, que ningún hombre otra cosa pensase, ni hablase de ella sino mucho bien y alabanzas, cumpliéndose en Ella muy por entero lo que le dijo el arcángel San Gabriel (Luc., I): «Bendita eres tú entre todas las mujeres», porque no sólo

fué bendita de Dios, mas bendita de los hombres y de las mujeres, porque todos la estimaban por persona llena de santidad, y hablaban bien de Ella dando gloria a Dios por las buenas obras que le veían hacer, y así está dicho en su persona (Eccl., XXIV): «Yo como terebinto extendí mis ramas, y mis ramos son de honra y de gracia; y soy como vid que he fructificado suavidad de olor, y mis flores son fruto de honra y de honestidad». Compárase esta Virgen sagrada al terebinto y a la vid, porque estaba dentro de sí llena de fruto, y salían de Ella ramos de buenos ejemplos, dignos de honra y de suave olor, y de toda la honestidad, hecha perfectísimo dechado de toda limpieza y buena fama, con la cual se gocen las buenas mujeres que la imitaren, y sean reprendidas y no defendidas las descuidadas en mirar por sí.

Mucho hay que admirar de la providencia y consejo de Dios en dar al Santo José por guarda y amparo de la fama de la sacratísima Virgen Nuestra Señora, pudiendo El guardarla por otras muchas maneras; mas mucho más hay que admirar de otra segunda causa, por la cual Dios se lo dió por esposo; conviene a saber, para que fuese el Santo José guarda de la misma persona y castidad de la sacratísima Virgen Nuestra Señora. De guarda se dice que proveyó el Señor cuando desde la Cruz mandó a San Juan que tuviese cuidado de la bendita Virgen María, y en guarda fué dado el Santo José a la misma Virgen bendita, pues fué dado por marido suyo. ¡Quién no se admirará de la alteza de tal consejo! Encomendar la guarda a un hombre de una casa tan particularmente metida en el corazón del Señor, y guardada de El. Si la Virgen bendita fuera de aquellas de quien la Escritura dice (Eccl., VII): *En tu hija pon mucha guarda;* y en otra parte dice lo mismo de la hija que es deshonesta; parece que fuera conforme a razón dar hombre que guardase la castidad de la mujer que estaba en peligro, mas si esta Virgen bendita no era inadvertida, sino velaba sobre sí mucho mejor que Isaías y Habacuc, cuando cada uno de ellos decía (Isaí., XXVI; Habac., II): *Yo estoy en vela sobre mí.*

Y si el Señor guarda las ánimas de sus santos, como dice David, y si el Señor dijo a Abraham: «Yo seré tu guarda dondequiera que fueres»; y si tiene Dios puestos sus ojos y corazón en esta Virgen bendita muy mejor que en el templo de Salomón, pues él figuraba a Ella, y está el Señor tan atento a guardar esta su casa y ciudad, que ni se duerme ni se descuida un solo punto, porque la estima en más que toda criatura en tierra y cielo, muy sobrada parece la guarda del hombre para quien es tan guardada de Dios, que con mucha más razón se puede llamar Samaria, que quiere decir guarda de Dios, pues está mejor guardada por la Providencia divina, para que ni le haga mal el sol de día, ni la luna de noche, que la provincia de Samaria, que se llama guarda de Dios por tener a una parte la tierra de Judea, y a la otra la de Galilea, por las cuales partes acostumbraban a venir los enemigos. Y con todo esto, y con ser esta Virgen bendita aquella cama del Rey Salomón, cercada de sesenta caballeros fuertes y muy diestros en la guerra para que le guardasen, que son la muchedumbre de ángeles que Dios diputó para guarda de Ella, especialmente después que el verdadero pacífico Jesucristo Nuestro Señor se reclinó en ella haciéndose hombre en sus entrañas, no obstante la guarda de Dios y de tantos ángeles, y la que Ella tenía sobre sí, le da el Señor otra guarda, que es el Santo José.

¿Quién no se maravillará de la divina Providencia, que quiere tener compañeros en lo que Ella sola puede hacer, y quiere honrar a sus criaturas haciendo medio a unas para que otras se lleguen a El? Y lo que es mucho de maravillar, es que ayude y guarde el menor al mayor, y el menos bueno al más bueno, y que haya ovejas que en la gracia y gloria estén más altas que sus pastores y guardas. Mas a todo esto deseamos saber de vos, Virgen benditísima, si estáis sentida u os tenéis por afrentada de que siendo vos tan limpísima y muy bastante para guardar a los otros, os pongan guarda a vos, y guarda de ángeles y de hombre, siendo vos más limpia que todos ellos. ¡Oh, limpia sobre todos los limpios, y

humilde sobre todos los humildes! Y por eso mas limpia, porque más humilde; que no sois vos Señora, de aquellas llenas de presunción y llenas de flaqueza que se tienen por tan castas, que se llaman agraviadas si alguno les avisa o les pone guarda en cosa que no toque a su honestidad y castidad, dejándolas, como a otro Nabucodonosor, comer manjares de bestias, que son deleites carnales, y conocen las miserables, aunque tarde y muy a su costa, que ni la castidad, ni la fe, ni otra virtud se hereda de los pasados, ni se puede alcanzar ni conservar por las propias fuerzas, si aquel Señor de quien desciende toda dádiva buena y don perfecto no la da y no la conserva.

Para que El esto haga conviene que seamos humildes; pues a éstos da y conserva su gracia, y el humilde ninguna cosa confía de sí; y como San Bernardo dice, «la virgen que de verdad lo es, aun lo seguro teme, y como persona que conoce su propia flaqueza y entiende que ha menester ajena ayuda para que Dios le dé la suya, no sólo no se tiene por agraviada porque le avisen y guarden, mas ella lo ruega cuando no lo tiene, y lo agradece mucho cuando se lo dan; y aun con todo esto no se asegura temiendo su propia flaqueza, no le haga perder la castidad muy amada». Y esto pretenden los santos Concilios cuando mandan a los Obispos que tengan en el aposento donde duermen, varones religiosos y honestos que sean testigos y guarda de su castidad. Y así se lee de San Luis, hijo del Rey de Sicilia, fraile menor y Obispo de Tolosa, que tenía siempre dos religiosos consigo para este efecto. Y costumbre es de mujeres principales nunca estar solas si no es con su propio marido; mas siempre acompañadas de mujeres, o mujer de madura edad, clara fama y antigua virtud. Y San Jerónimo dice a Santa Paula, que enseñe a su hija que nunca se aparte del lado de su madre, y que tiemble de estar sola sin ella.

Saludable consejo, especialmente para todo varón religioso y mujer religiosa, y especialmente doncellas, nunca estar a solas con hombre sino con su confesor, y esto

en el confesonario. Y quien fiare tanto de sí que le pareciere no haber menester guarda de otros, entienda que aunque no haya caído de aquella virtud, está caída en la miserable soberbia, en la cual, como dice David (Psalmus XXXV), «cayeron todos los que obran maldad»; porque según es escrito (Prov., XVI), «Antes del ensalzamiento precede humildad, y antes de la caída precede soberbia». Y así entienda el hombre que aquello de que se ensoberbece presto se lo quitará Dios, y el tiempo que lo tiene le aprovechará muy poco, porque la soberbia o quita los bienes o los hace poseer sin provecho.

Miremos todos a la excelente humildad de la limpísima Virgen María, que con tantas prendas de seguridad recibe y con hacimiento de gracias la guarda que el Señor le dió, y entendamos que aunque el Señor tenía tan particular amor a su benditísima Madre, que estaba a guardarla sin guarda de ángeles y guarda de hombres, quiso darle ángeles invisibles, y hombre visible para que en casa y en caminos y en pueblo estuviese acompañada, y muy en seguro su fama y su castidad. Y de aquí se entienda, que pues quiso dar guarda a su Madre, ninguna mujer le agradará con presumir que ella sola se puede guardar; y que le desagradará mucho la que no buscare quien le avise y ayude a su castidad, y mucho más la que no agradeciere y se aprovechare de la guarda que tiene. Y si se agravia de tenerla, y responde mal y la desprecia, no hallaremos nombre para declarar tanto mal; mas el juicio de Dios y el quitar su amparo dará a entender lo que es.

El querer Dios que su Madre bendita fuese casada con hombre, habiéndola tomado Dios Padre por limpísima esposa, y haber de guardar perfecta virginidad en el casamiento, fué tan grande obra que nos habemos de maravillar de que obra tan grande haya tenido grandes y muchas causas y excelentes efectos; y allende de las que se han dicho hay otra y no de pequeña consideración. Ama el Señor a la Virgen, y deseamos dar contentamiento a quien amamos, y casóla Dios por condescender a los deseos y peticiones de esta Virgen bendita. Mas ¿quién

será tan atrevido que ose hablar de los deseos de aquel virginal corazón, dotado de tanta profundidad y alteza de santidad, que sólo Aquel que tal la hizo es el solo que la puede comprender? Puede la Virgen decir con mucha razón, que así como los cielos son ensalzados sobre la tierra, son los caminos de su corazón muy mucho más altos que los nuestros.

¿Qué podremos alcanzar a decir de un corazón más alto en santidad que los serafines, los que somos de corazones bajos y aficionados a los deseos de carne o a humos de honra, o al engaño de las riquezas; pues ordinariamente por su corazón saca el hombre el ajeno? No piense nadie, no, que los secretos de aquel virginal corazón, y el trato que con Dios tenía, sus deseos y suspiros, eran de tan poco tomo que nuestra pequeñez los puede alcanzar (Job. XXXVIII): *¿Por ventura has entrado tú en los tesoros de la nieve?*, dijo el Señor a Job, para humillarle la presunción que parecía tener de su sabiduría. Y cierto puso Dios mayores tesoros y más escondidos en aquel virginal corazón más alto que el cielo, que en la nieve que se engendra debajo del cielo. No hay quien escudriñe el abismo del mar, ni nosotros presumamos de querer comprender cosa tan escondida: mas por conjeturas rastreemos algo de lo que cumple a la presente materia.

Escrito está (Prov., XII), *que el deseo de los pobres oye Dios, y el aparejo de su corazón oyó su oreja;* y pobre se llama en la Escritura el que es humilde, porque ninguna cosa tiene en sí en que se arrime ni en que confíe, y toda su riqueza tiene puesta en la misericordia de Dios, y su oficio es pedirle y ser mendigo a las puertas de su misericordia. Y como sea cosa cierta haber sido la Virgen la más humilde de todas las criaturas puras que Dios crió, tenía deseos muy grandes, conforme a la grandeza de su humildad: no desea cosas grandes el que desea la honra, ni el mandar otros; humo es, vanidad es, y cosa que hizo a Lucifer de ángel demonio; aborreció la obediencia de Dios, y el humillarse a sus criaturas; deseó no ser mandado de nadie, y mandar él a todos; y esto

es ponzoña tan poderosa que lo derribó hasta el profundo de los infiernos, donde es el más bajo y más malaventurado que todos el que deseó ser más excelente que todos.

Sabía la Virgen bendita, como enseñada de Dios, cuánto desagrada a sus ojos la hinchada soberbia, y cuánto le agrada la sujeción y humildad, no solamente humillándose a Dios y sirviéndole, mas también sujetándose a los hombres por Dios. Y lo que su Hijo bendito y Señor Nuestro predicó e hizo cuando grande en el mundo, se lo predicó a Ella por Espíritu Santo aun antes que fuese concebido de ella; y aquel espíritu de humildad que al Señor movió de lavar a sus discípulos los pies, que obra tanto en los corazones de los que le aman, que por honra de El y por imitar tal ejemplo, como El lo mandó, aborrecen de corazón los lugares más altos y el mandar a otros, y tienen por una muy cumplida riqueza y por gran deleite y encumbrada honra la sujeción y obediencia, no sólo a Dios, mas a todos los hombres, como dice San Pedro, y aun esto les parece poco, porque mirando aquella inestimable humildad con que el Altísimo se derribó a oficio de siervo lavando los pies a personas tan bajas, paréceles que el bajarse ellos a servir y obedecer a los hombres es poca baja, y desean ser sujetos aun a las criaturas menores, y con todo cuanto pueden abajarse y desean no piensan que hacen nada en comparación de tan soberano ejemplo de humildad como el Señor Altísimo dió a sus siervos. Pues si esta pequeña participación del espíritu humilde de Cristo, tan amadores de sujeción y humildad hace a los suyos donde El mora, ¿qué pensáis que obraría en el santísimo Corazón de la Virgen, pues que le fué dado en mayor abundancia, y el vaso en que se recibió fué más que aparejado, y mayor sin comparación que los otros?

Mucho, Virgen Santísima, os ensalzó el Señor, y gran motivo fué para haceros mercedes el tomaros por Madre, porque conforme a la alteza de tal dignidad había de ser la abundancia de las gracias y dones, para dignamente recibirla y usar de ella. Y así como nadie hay que

tan cercana sea en la carne al Hijo de Dios como Vos, pues por ser Hijo y Madre sois una carne, así no hay persona en quien tan espiritual parentesco y unión de corazones y unidad de espíritu haya como entre Vos y El. En el cuerpo y en el rostro dicen algunos que se parecía la Virgen y su Hijo bendito, y que pudieran sacar al uno por el otro, mas sin ninguna comparación era mayor la semejanza en los espíritus, y el uno era imagen del otro. El Señor era toda la hermosura de la santidad junta, y cada uno de los Santos tiene parte de la semejanza de El, conforme a los grados de la santidad de cada uno que del Señor recibió. Mas la más semejable a El, la Virgen bendita es, pues, como San Jerónimo dice: «A los otros Santos se da la gracia por partes, mas a la Virgen se derrama toda la plenitud de la gracia divina».

Pues siendo esto así, ¡oh, Virgen bendita!, ¿quién tendrá ojos para poder mirar en hito el muy resplandeciente sol de vuestra humildad, tan cercana a la de vuestro Hijo bendito, el cual dice que vino a servir y no a ser servido, y fué obediente a su Padre, y por su amor se sujetó a los hombres; y su principal cuidado fué tener humildad para destruir en los hombres la soberbia de Lucifer, pues su venida fué a reparar el daño que por soberbia había entrado en el mundo? Y conforme a esta humildad y obras humildes eran, Señora, vuestros deseos y entrañables peticiones a Dios, suplicándole no os diese honras en este mundo, no mandas ni riquezas, sino sujeción, obediencia, tener a quien reverenciar y por quien ser regida en la tierra.

¡Quién, Señora, fuera digno de estar escuchando vuestra ferviente oración, llena de suspiros y lágrimas, suplicando al Señor tal merced! Diría la Virgen: Concédeme, Señor, que yo sea esclava de aquella doncella que os ha de concebir y parir, y quedar siempre Virgen; que en más estimo ser su criada y esclava, que ser señora de todo el mundo. Y esta merced os pido, Señor, y os suplico me la otorguéis por quien Vos sois. Y si esta merced me negáredes, ordenad Vos, Señor, otros caminos,

cómo yo viva en sujeción y obediencia y no use de mi libertad. Señora, ¿quién os enseñó siendo moza, viviendo en el templo, cuán peligrosa cosa es para todos, especialmente para las mujeres, la libertad? Qué presente tenéis en vuestra memoria el yerro de nuestra madre Eva, tan costoso para todo el mundo, de que se fué sola a pasear por el huerto, y de que siendo razón que tomara consejo con su marido y lo siguiera, se atrevió a darle consejo a él y a rogarle que siguiese la voluntad de ella comiendo de la manzana que ella a solas y con mala libertad había comido.

Y también os acordábades del triste suceso de la salida a pasearse Dina, hija de Jacob, el cual evitara si fuera acompañada de su padre y hermanos, y no sola y confiada de sí. Estos y otros ejemplos de los daños que a las mujeres han venido por querer ser libres, y la doctrina del Espíritu Santo que enseña vuestro corazón, os hacía aborrecer esta peligrosa libertad y amar de todo vuestro corazón las ataduras de la sujeción y obediencia, que causan salud y seguridad. Con tan grande temblor decíades al Señor: «Padre y Señor mío, pues me habéis hecho esta merced, que desde chiquita me recibiesen en esta vuestra casa y templo para que yo viviese en obediencia de la Prelada, y por vuestra gracia me habéis dado en el corazón tanto gusto y amor de la sujeción, que no sólo la procuro guardar con mis mayores, mas aun con todas las que en esta casa están; teniéndome yo por menor y esclava de todas, continuad, Señor, esta misericordia conmigo, y proveed cómo, si yo he de salir de esta casa, tenga a quien obedecer y servir, porque tiemblo de pensar si tengo de vivir en mi libertad, cosa que yo tanto aborrezco.»

¡Oh, confusión grande para nuestra soberbia, palabras de tanta humildad! ¡Oh, cuán pocos hay que deseen lo que la Virgen deseaba, y por eso pocos piden lo que Ella pide: y pulguiese a Dios no lo aborreciesen cuando Dios les ordena vida de sujeción y obediencia, y no procurasen de romper este saludable yugo y gozar de falsa libertad, verdadera causa de su perdición! Mujeres

hay que por no tener a quien obedecer y respetar no se quieren casar; otros huyen de obedecer a Prelados, y aun a sus propios padres; y el castigo justo de esta culpa es dejarlos Dios seguir la alteza de sus pensamientos, y que pierdan los grandes bienes que se siguen de la sujeción, y experimenten con miserables yerros que el bien del varón, y principalmente de la mujer es no querer libertad, que mejor consejo toma la Virgen en desear y pedir el lugar más bajo donde sea mandada y regida; y tal oración como ésta, no dejará de ser agradable a aquellos ojos benditos de Dios, pues de ellos se escribe que miran las cosas humildes en el cielo y en la tierra.

Y en otra parte está escrito (Psalm. CXII; Judic., IX): *Los soberbios desde el principio no te agradaron; mas la oración de los humildes y mansos, siempre, Señor, te agradó.* Y así no es maravilla que esta oración tan humilde, aunque hecha en la tierra, subiese al cielo; pues está escrito (Eccl., XXXV): *La oración del que se humilla penetra los cielos.* ¿Cómo había de negar Dios deseos de persona tan humilde y pedidos con tanto ahinco? Esta es, pues, aquella hierba suave plantada en el corazón de la Virgen que dió suavísimo olor al Rey celestial estando acostado en su cama donde El descansó, que es el humilde corazón, como El por Isaías lo dijo. Concedióle, pues, su petición, dióle contentamiento y descanso; y cuando ordenó su divina Providencia que la Virgen saliese de debajo de la mano de la Prelada que en el templo tenía, púsola debajo de la mano de San José para que le obedeciese, reverenciase y respetase con mucho cuidado, porque dárselo por marido es dárselo para que use con él de aquestos oficios.

«La cabeza del varón es Jesucristo, y la cabeza de la mujer es su varón» (Rom., XI); para que entienda el varón que ha de ser sujeto a Jesucristo, y entienda la mujer casada que ha de ser sujeta a su marido en todas las cosas que no fueren pecado, como es el cuerpo a la cabeza, y como es la Iglesia a Jesucristo, sin que sea estorbo de aquesto ser el marido alto o bajo; porque no ha de ser mirado con ojos de carne, que tienen más cuen-

ta con las cosas de carne que con la verdad, mas con ojos cristianos, que entienden en representar el marido la persona de Cristo, y que el acatarle o desacatarle es acato hecho al mismo Señor. Y para que más os admiréis de la alteza del divino consejo, y cuán por otros caminos va la sabiduría de Dios que la humana prudencia, da marido al que tenía por esposa y la había de tomar por Madre, no Duque ni Conde, ni rico, ni Rey, sino un carpintero que tenía necesidad para se mantener de ganarlo con la azuela en la mano. ¿Quién no se admira hasta salir de sí de cosa tan extraña y fuera de los quicios de la humana razón? ¿Quién no dirá con San Pablo (I Cor., XI): «¡Oh, alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios y cuán sin rastro sus caminos! ¿Quién conoció el sentido del Señor? ¿Quién fué su consejero? ¿Quién le enseñó? Todas las cosas salen de El, todas son hechas por El, todas son conservadas por El».

Señor, para siempre bendito, Dios, cuya sabiduría no tiene término, ya que determinaba vuestra voluntad de tener Madre casada, ¿porqué ordenáis casamiento tan desigual, dando a la que es Reina de los ángeles, y lo que más es, que es Madre vuestra, no a Rey ni Emperador, sino a un carpintero? ¿Tan amigo sois de la humildad y pobreza, no sólo amadas en el corazón, mas puestas por obra? ¿Tan dulce sonido hace en vuestras orejas y de vuestra Madre que os llamen a Vos hijo, y a Ella esposa de un carpintero? ¿Y que pudiendo, y con toda facilidad, Vos y vuestra Madre Sagrada, oír otros títulos de grandísima honra, aborrecéis aquéllos y escogéis éstos? Cosa nueva es ni vista ni oída en el mundo; mas con esta doctrina y ejemplo de tanta humildad queréis, Señor, dar a entender cuán engañados van los que desean engrandecerse en la tierra, y que el abajarse en ella es camino verdadero para ser ensalzados en el cielo.

Y aunque Vos, Señor, muchas veces predicasteis esto con vuestra santísima boca, quisisteis Vos obrarlo en vuestra misma persona y de vuestra Madre bendita,

para dar a entender que no es doctrina de tener en poco lo que con humildad tan extraña y puesta en obra nos encomendáis. Mas, ¡ay del mundo por el gran peligro del viento de la soberbia que nos tiene tan ciegos, que aunque con tales ejemplos aman los hombres lo alto del mundo, como si Cristo se lo hubiera mandado y lo hubiera El buscado, y huyen con todas sus fuerzas de lo que El y su Madre buscaron y amaron, como si en ello estuviese su mal y condenación! ¿En qué pararán, Señor, en qué pararán los que despreciando vuestros ejemplos, siguen los del miserable Lucifer, que, según dice Job (capítulo XLI), es rey sobre todos los hijos de la soberbia, sino en que, pues no caminan por donde caminasteis, no vayan donde Vos fuisteis, y pues les pareció bien seguir al Rey soberbio, tengan parte en el reino de eterna miseria y deshonra, que como Jeremías dice (capítulo II), nunca será puesta en olvido?

¡Oh, cuánta razón tenemos, cristianos, de con grande atención juntar nuestros espirituales sentidos para considerar la alteza de Dios en aquesta obra de tanta humildad, la grande gana que tiene de que seamos humildes y la grande obligación en que nos pone, pues que nos lo dice a costa de obras! Confúndanse todos los soberbios con aqueste ejemplo; avergüéncense y teman las mujeres casadas de cotejarse en su corazón con sus maridos, pareciéndoles que son más altas y honradas que ellos, y que no las merecían tener por mujeres. Y si el negocio llega a tanta desvergüenza que en las palabras o en las obras den a entender la hinchazón pestilencial de su corazón, llórense como gente muy perdida por verse tan lejos de la humildad de la sagrada Virgen María, que olvidada de la grande ventaja que a su marido llevaba, le respeta y acata en su corazón, le sirve y obedece con las obras de fuera. ¡Oh, qué engañadas estáis las mujeres a quien esto toca, en pensar que podéis tener amistad con la virgen casada y humilde vosotras las casadas soberbias! Y si a la Virgen bendita parecéis mal, ay de vosotros, porque en ninguna manera parecéis bien a Dios.

Ordenanza de Dios fué aquesta para demostración de la profunda humildad de la Virgen, y para justificar la condenación de las mujeres soberbias. Pues los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos está, dirán a voces que no hay cosa más monstruosa ni digna de mayor castigo, que humillándose el Rey de la majestad, el hombre y gusano se quede enhiesto y soberbio; y que acatando y honrando la Madre de Dios a su esposo José, como a cabeza suya y lugarteniente de Dios, se desdeñe la mujer hormiga de no hacer lo mismo con su marido. Excelentísimo ejemplo fué dado a las mujeres casadas en ser casada la bendita Madre de Dios, para que como ejemplo de doncellas que están debajo de la mano de sus padres, y de las religiosas que están debajo de la mano de sus Preladas, y de las viudas que pierden marido, lo fuese también de las mujeres casadas, para que todo estado de mujeres tuviese este espejo resplandeciente en que se mirar, y fuese maestra de todas la que es dada a todas por madre, aprendiendo de Ella lo que han de hacer, y alcanzando por Ella gracia para lo cumplir; de todos es la Virgen bendita madre, gracias al que nos la dió.

Estas y otras muchas cosas hubo de aqueste bienaventurado casamiento de parte de la Virgen sagrada, las cuales dejadas a que el Espíritu del Señor las enseñe, hablaremos de otras que de parte del Hijo de Dios se pueden considerar, no menos maravillosas para considerar, ni de menor provecho para imitar, antes en todo mayores, como el Señor es mayor que su Madre bendita.

Fué, pues, la primera causa de parte del Niño Jesús saber que la divina Escritura, la cual tenían y leían los letrados de la ley, no da buenas nuevas de los hijos nacidos fuera del matrimonio; fía poco de ellos, huye de darles cosas que a otros concede, y tiéneles una cierta ojeriza, como cosa hecha en pecado; y como el Señor había de predicar y conversar en aquel pueblo, gente tan achacosa, para calumniar su doctrina, vida y milagros, ordenó la divina Sabiduría de no les dar ocasión ninguna que tuviese apariencia para poner tacha en el Señor ni en sus obras, y que fuese amparado de aquella infamia con

la honra del matrimonio. Y pesó tanto esto en su acatamiento, que aunque pudiera el Señor descubrir quién era su Padre, y sabido, ni su Madre incurriera en deshonra por tener hijo sin ser casada, ni la apedrearan como a adúltera, sino honráranla como esposa de Dios; mas el que vino a pagar el pecado de soberbia y dar ejemplo de humildad para el remedio de los soberbios, no quiso descubrir luego la alteza de su linaje por el cual tenía naturaleza divina, sino la bajeza de la humildad llamándose ordinariamente hijo del hombre, aunque alguna vez se llamara Hijo de Dios, no por ambición, sino por gloria, de Dios, y porque a la salvación de los hombres convenía que creyesen de El que era hombre y que era Dios.

Fué la segunda causa no menos maravillosa que ésta: conviene a saber, por tener quien supliese sus necesidades y le remediase en ellas. Pudiera este Omnipotente Señor, ya que por bien de los hombres se hizo hombre, cumplir con esto con tomar un ánima impasible y un cuerpo glorioso, que ni en ella cupiese tristeza, ni en el cuerpo dolor ni otra alguna necesidad. Y no fuera esto contra razón, que era justo ser ajeno de las penas que entraron por el pecado el que no cometió pecado.

Mas ya que su caridad le hizo renunciar este su derecho, y no se contentó con humillarse hasta tomar cuerpo, mas cuerpo pasible, mortal, sujeto a hambre, desnudez, frío, cansancio y calor, y a las otras humanas necesidades a que los otros hombres son sujetos, las cuales aún sentía más que ellos, por ser más delicado que ellos; mas ya que su amor le ponía este grave yugo de necesidades que se pone sobre los hijos de Adán, que los aprieta desde el día del nacimiento de ellos hasta el día que se les acaba la vida, pudiera el Señor, ya que quería servirse de sus criaturas para mantenerse de ellas, mandar al ave que viniese a ser su manjar, y al pan, y al agua y al vestido que lo mantuviesen y cobijasen, y que el mismo fuego lo viniera a calentar, sirviéndole estas y otras cosas inmediatamente como a su verdadero Señor. Mas tampoco quiso usar de aqueste modo de señorío, aunque muy justo, disimulando con la majestad por cumplir con la humildad,

de la cual había de ser único maestro por palabras y obras, por lo cual no quiso servirse de estas criaturas para remedio de sus necesidades, sino que le fuesen dadas por mano de otras criaturas, como si no tuviera derecho sobre ellos.

Señor, pues si os determináis de recibir lo que habéis menester, recibidlo de la mano de los ángeles, que son muy altos y honrados, porque el magnánimo no recibe de todos, sino de personas muy altas. No será así, dice el Señor; no me hice ángel, sino hombre para abajarme más; de mano de hombres y no de ángeles he de recibir lo que he menester. Pues sea, Señor, de mano de algún Duque o Conde, o de un Rey. No, sino de un hombre bajo. Pues dadle, Señor, renta con que os mantenga. No, sino de lo que ganare con su oficio en mucho sudor de su cara. ¡Oh, humildad! ¡Oh, pobreza, cuán amada sois de este Señor, pues os santifica tomándoos en su misma persona, para después llamar bienaventurados a los humildes y pobres de espíritu! Por lo cual convino que la Virgen bendita fuese casada, para que pues Ella no podía a solas remediar las necesidades de su Hijo bendito, tuviese esposo que la ayudase. Porque así como se escribe de Adán que le dió Dios mujer para que le ayudase, así también no convino que la bendita Virgen estuviese sola en este ministerio, sino que se le diese varón que la ayudase y fuese semejable a Ella.

No es menor que éstas la tercera causa de este casamiento bendito, el cual quiso la divina Ordenación que se efectuase para cumplir con los encendidos deseos del corazón del Señor, cerca de la humildad y obediencia. El cual, sabiendo que el camino para ir al cielo y agradar a los ojos de Dios había de ser por medio contrario al corazón de Lucifer, que le perdió por soberbia, y al de los padres primeros, que cayeron en desobediencia, tuvo único cuidado de las dichas dos virtudes, con las cuales se casó sin jamás se apartar de ellas. Y porque convenía a su grandeza tener estas virtudes en grado muy alto, y la necesidad de los hombres cerca de la falta de ellas había menester poderoso ejemplo que les sanase de enfermedad tan arraigada, no se contentó el grande amador

de estas virtudes de ejercitarlas en humillarse y en obedecer a Dios, como dice San Pablo, mas determinóse de humillarse y obedecer a hombres para que Dios fuese glorificado en obra tan excelente, y los hombres se avergonzasen de quedarse enhiestos y desobedientes viendo al Altísimo tan humillado y tan obediente.

De aquí nació lo que el Señor dijo en reprensión de sus Apóstoles, que deseaban mandar (Matth., XX): «El Hijo de la Virgen no vino a ser servido, sino a servir.» De aquí nació el estar entre sus discípulos como quien sirve, y hacer aquella obra de que todo el cielo se admira, de lavarles el Jueves Santo sus pies, en testimonio que su corazón entrañablemente amaba el servir y aborrecer la vanidad del mandar y ambición de la honra y señorío; porque lo que desde la primera edad se embebe en el hombre, dura con él en la mayor edad. Y para que ninguna parte de la vida del Señor estuviese desacompañada de estas dos virtudes, quiso tener Madre a quien se humillase y obedeciese, guardándole el respeto y preeminencias de Madre. Y no contento con esto, se abajó más a servir, obedecer y honrar a un hombre por ayo, que tenía en lugar de Padre, de menores quilates que los de la Virgen bendita, para que tanto fuese más ilustre su obediencia cuanto la persona a quien obedecía fuese más baja, y tanto fuese ejemplo más eficaz para convidar a los hombres a ser obedientes y humildes; y tanto fuese más justa la condenación de quien con mal consejo otro camino tomase más del de su cabeza, Cristo, y a éste siguiese, amase y obedeciese, para que así seguido y obedecido le diese aquí en este destierro gracia, y después le llevase consigo a su santa gloria.

TRATADO TERCERO

DE LA

FESTIVIDAD DEL NACIMIENTO DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA NUESTRA SEÑORA

Liber generationis Jesu Christi.

«Libro de la generación de Jesucristo.»

(MATTH., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO



L *que tuviere sed*—dice Nuestro Redentor Jesucristo por boca de su Evangelista San Juan, capítulo VII—*venga, que yo le daré a beber de una fuente de agua viva, y de balde.*

Conténtase Jesucristo Nuestro Redentor, en lugar de precio para alcanzarle, que tengamos sed y deseo de El; no quiere más de nosotros; con sólo esto se contenta, que estemos sedientos y deseosos: préciase y arréase Dios mucho de esto, y mándase llamar en la Escritura *el Deseado;* porque a ninguno se da Dios sino a aquel que le desea, y a ninguno se negó que lo deseó. ¿Pensáis que antes que viniese a encarnar y a remediar nuestras necesidades y a hacerse hombre por nosotros, que fué poco deseado? ¡Qué de suspiros, qué de gemidos! ¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo llegará ya esta hora en la cual ha de venir el que nos tiene de remediar? «Espera un poquito», dice Dios (Aggaei, II): *Adhuc modicum, et ego movebo*

cœlum, et terram, et mare, et aridam, et veniet DESIDERATUS *cunctis gentibus*, y vendrá el deseado de todas las gentes. Tengo para mí que este día se pidieron grandes albricias a los ángeles en el cielo. ¡Qué de fiestas, qué de placeres, qué de regocijos creo que hicieron! ¡Qué de corazones desconsolados y desmayados fueron consolados y esforzados con la esperanza del deseado viendo ya llegar el tiempo en que había de venir con el nacimiento de la que había de parir! Tengo para mí que se cumplió hoy la profecía de Malaquías (cap. III) muy a la letra espiritual y verdaderamente: *Et statim veniet ad templum suum Dominator, quem vos quæritis, et angelus testamenti, quem vos vultis*. El santo templo de Dios, las entrañas de la Virgen Nuestra Señora son: *Satim veniet*. Presto vendrá, no tardará. Luego vendrá a su templo, ya es nacida la doncella que lo ha de parir: ¡cuántas albricias pidieron los ángeles a los Padres del limbo! ¡Qué placeres y alegrías se hicieron en los cielos! ¡Qué de consuelos a los siervos de Dios y a los hombres santos en la tierra se dieron con esta bienaventurada nueva!

Ya es nacida la doncella de la cual ha de nacer el Deseado de las gentes. ¿Pues qué a nosotros de eso? El nacimiento de la Virgen María ya es pasado, sé que no ha de tornar ya para nosotros. ¿Pensáis que son acabadas las misericordias de Dios? No; si fuéramos fieles para dar gracias a Dios en esta vida por las mercedes que nos hizo con esta niña, con esta doncella, sentiríamos el nacimiento de la Virgen en nuestros corazones. ¡Qué de regocijos semejantes a los del cielo sentirían nuestras almas! ¿Hay aquí alguno que ande deseoso por topar con Dios? ¡Oh, Señor, que me tenéis muerto por desearos! Tantos años ha que os ando buscando y no os puedo hallar, dádmeos ya, Señor, por quien Vos sois, a conocer. ¡Oh, Señor, que mucho os deseo y no puedo topar con Vos! Désele por señal que la Virgen ha nacido hoy, para que así como su nacimiento de Ella entonces fué señal que se acercaba el de Jesucristo Nuestro Señor, así ahora por su intercesión alcanzaremos gracia para tratar de su nacimiento.

Liber generationis, etc. Estas palabras son principio del Santo Evangelio que escribe el Evangelista San Mateo de la presente festividad de hoy, del Nacimiento de la Santísima Virgen María Nuestra Señora. Comienza el libro de la generación de Jesucristo: ¿qué ha Dios con linaje? Libro del linaje y genealogía de Jesucristo. ¿Qué tiene que ver linaje con El? Según la carne habéis de entender. Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y Fulano engendró a Fulano, etc.; gran negocio es éste. Señor, ¿para qué mandáis escribir eso, si Vos mandáis por otra parte que despreciemos la carne y el linaje, y toda la honra y vanagloria? Cuánto más que si os queréis honrar de vuestro linaje, hubo en él tantos malos, que antes hay en él deshonra que honra. Manasés, que hinchó a Jerusalén de sangre de profetas y siervos de Dios, y fué grande adorador de los ídolos, y a todos mataba. Acab fué otro tal, y aun peor. En medio de estos dos nació uno bueno, que fué el Rey Ezequías. ¿Para que mandáis contar vuestro linaje? Para dos cosas: para la fe, porque estaba profetizado que el Mesías había de venir de la tribu de Judá y de la casa de David. Y porque no siendo de la tribu de Judá no podía ser de la casa de David, por eso dice: «Natán engendró a Jacob y Jacob engendró a José, marido de la Virgen María.»

Padre, ¿si no nació Jesucristo del linaje de José, pues no es hijo suyo sino de la Virgen María, solamente fué concebido por obra del Espíritu Santo, cómo se verifica sin contar el linaje de Jesucristo, que viene de la tribu de Judá y de la casa de David, contando solamente el de José?

La respuesta es, que José y la Virgen María eran de una tribu misma, porque entonces no se casaban los de una tribu con los de otra; y así en contar el linaje de José, que casó con la Virgen María, de la cual nació Cristo, está claro que viene de la tribu de Judá y de la casa de David. ¿Pues cómo se casaron una vez los de la tribu de Leví con otra tribu? ¿Y Santa Isabel sí, que parienta era de Nuestra Señora, y no era de la misma tribu? Luego no está probado que Cristo venía de la tribu de Judá,

por probar que José lo era, que casó con Nuestra Señora, pues que puede ser que fuese de diferentes tribus. ¿Pues cómo sabremos que esto fué así? La respuesta está clara; que aunque algunos se casasen de una tribu con otra, teníase mucha cuenta con el de Cristo, y todos sabían quién era. Cuanto más que otro Evangelista dice (Lucas, II): *Ascendit autem Joseph a Galilea de civitate Nazareth, in Judaeam in civitatem David, quæ vocatur Bethelhem: eo quod esset de domo, et familia David.* La razón es, que José y Nuestra Señora eran de un mismo linaje, y que no solamente eran de una tribu, mas el parentesco cercano, y le bastó al Evangelista decir que José era de la tribu de Judá y de la casa de David, sin hacer mención de Nuestra Señora, porque no se usaba entonces contar el linaje de las mujeres.

Y en decir que José era esposo de Nuestra Señora, está claro que Jesucristo venía de la tribu de Judá y de la casa de David. Lo segundo porque Dios mandó contar su linaje, es para la edificación de las costumbres de todos los hombres altos y bajos, que aunque es gran cosa proceder de Reyes, señores y Patriarcas, según cuenta el Evangelio, y éstos fueron parientes, según la carne, de Jesucristo; y a la Virgen le fué grande honra ser Madre de Dios, según la carne; mas de éstos fueron muchos malos; pero no basta tener este parentesco con Jesucristo para ser buenos, ni a Jesucristo Nuestro Señor se le pegó honra ni grandeza por descender de Reyes, Patriarcas ni señores, porque El no recibió nobleza por descender de ellos; mas si antes alguna había en ellos, la recibieron de El.

Y cuanto más cercanos a este parentesco, más nobles han de ser para estar más cerca del merecimiento y mesura de los buenos. Luego cuanto más llegados al parentesco, se habían de decir que subían, y no que descendían. El, aunque es postrero en orden, el nacimiento se ha de entender según la carne. Dijo una vez San Pablo en una Epístola que escribió a los de Corinto: «¿Qué medio para que se les quitase a los de Israel el velo que tienen encima de sus corazones? Mas no hay remedio hasta que se cor-

viertan al verdadero Jesucristo Redentor y Señor Nuestro. Este velo les quedó desde que Moisés les hablaba con el velo delante de su cara, porque no viesen la claridad de ella». (II Cor., III.) *Cum conversus fuerit Israel ad Dominum auferetur velamen.*

El Señor no es carne sino espíritu, pues convertirse a Dios es convertirse al espíritu. Esa ley tan llena de ceremonias, esa ley tan obscura de fuera, que de dentro tiene tanta luz, así como Moisés, que tenía en la cara tanta lumbre, y de fuera tenía puesto el velo con que le tapaba la cara, convirtióse al espíritu; no se mira lo que de fuera suena, sino los misterios que en ella están encerrados; conviértase al espíritu, ¿de qué manera? Mandaba Dios (Deut., XIV): *No comáis puerco, comed un cordero en tal tiempo, de esta y de esta manera;* vuélvase esto a Dios, vuélvanse estas ceremonias al espíritu. ¿Cómo se entiende, qué quiere decir no comer del puerco? Que no hacer cosa sucia así como puerco. No hacer pecados de carne, no suciedades, que son significados por el puerco. ¿Cómo se entiende el comer del cordero? Así, así se convierte eso al espíritu, entiéndelo espiritualmente.

Entiéndese ese comer del cordero, y el no comer del puerco, no según suena la letra, no según la carne, sino según el espíritu, pues así acá. ¿Qué te movió, Señor, pues que no amas la carne, antes tanto la aborreces, y tanto nos mandas huir de ella mandarnos contar tu linaje y genealogía? Convirtamos el linaje de la carne al del espíritu, y veremos qué es lo que movió al Evangelista de contarnos el linaje de Jesucristo, que es el linaje espiritual de Jesucristo. Eso, eso alabad, pecador de mí, a éste tened envidia, no al que desciende de Abraham, de Isaac, de Jacob y de David, y tantos Reyes y Patriarcas. No tengáis envidia de que desciende, según la carne de tantos generosos; de estar escrito en la generación suya espiritual, esto es lo que habéis de tener en mucho, de esto habéis de hacer gran caudal, que no de ser pariente suyo por más cercano que fuésedes? No lo dijo así Jesucristo cuando una vez estaba predicando y estaban a la puerta su Madre y sus hermanos (Matth., II): *Ecce*

mater tua, et fratres foris stant quarentes te alloqui? Y respondió el Señor entonces: *El que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi Padre, hermano y mi madre.* Esto es lo que Dios alaba, y tiene en algo. Otra vez respondió a la mujer que le dijo (Luc., XI): *Bienaventurado el vientre en que anduviste y los pechos que mamaste:* «Mas antes bienaventurado el que oye la palabra de Dios y la guarda». Esto es el ser hidalgo, el que es del linaje espiritual de Jesucristo.

¿Queréis ser contados con los de su generación? Pues escuchad que en este Evangelio se cuentan y están pintados los pasos que andan los que son de este linaje, y los que habéis de andar vos si queréis y habéis de ser tenido por los de su generación. ¿Quién es el primero de este linaje? Abraham: no entendáis el carnal, dejad ése, pues entended por Abraham lo que entiende San Pablo (Rom., IV): *Pater multarum gentium:* Abraham, padre de los creyentes. Tomad, pues, en cuanto creyente, que quiere decir el primero en ser Abraham, que si estáis fuera de este linaje espiritual de Jesucristo, la primera piedra que habéis de poner, el primer fundamento es la fe que habéis de creer, que habéis de cerrar los ojos a lo que Dios os dijere, sea poco, sea mucho, sea claro, sea obscuro; básteos decirlo Dios para pensarlo que sin falta será así lo que El prometiere.

Era Abraham tan viejo, estaba tan descaecido para haber de esperar de sí generación naturalmente, que no era más que un muerto, y su mujer Sara estéril aun en su mocedad; llegábase entonces a más días de vida, y estaba descaecida en gran manera; Abraham viejo, que había cien años; Sara estéril, casi tan vieja como su marido: ¿qué os parece, qué fundamentos éstos para generación? Pues estos dos son los primeros que entran en el linaje espiritual de Jesucristo. ¿Qué quiere decir que de dos viejos, que de dos flacos, que de dos desmayados y de ninguna virtud y fuerza, de descaecidos, de ellos nace Jesucristo, de ellos nace el Hijo de bendición? Así me parece que quiere decir el hijo de la amistad de Dios, el que ha de estar en su amor y en su gracia,

de viejos ha de nacer, de flacos, de desmayados, de desconfiados de sí mismos, de los que se apocan en sí quitada la fantasía; que por naturaleza no vamos al cielo, sino por gracia.

Aunque seas más sabio que Salomón, aunque seas más rico que Creso, aunque seas más casto que Genócrates, no te vale todo nada: si confías de lo que vales, puedes desconfiar de tus pocas fuerzas. Conoce que eres nada, no te engrandezcas de lo que sabes, cuélgate de la misericordia de Dios, por limosna se lo pide, no por tus fuerzas, y merecimientos. Di: «Señor, ¿puedo alcanzarte a Ti sin ti? No puedo ir a Ti sin Ti: no puedo ir a Ti, si Tú no me das fuerzas para que vaya a Ti. Remédiame, ampárame Tú, que eres todo mi consuelo, todo mi remedio, toda mi defensa; en tus manos están mis fuerzas, en tus manos están mis bienaventuranzas, nadie puede remediarme sino Tú, en tus manos me pongo, Señor mío».

Así, pues, hemos de hacer; confesarnos por flacos, por desmayados, por estériles, por miserables; porque no sabemos, ni podemos, ni valemos, ni hemos de entrar, ni podemos por nuestra naturaleza ir al cielo; que si estás engrandecido, y un poco contento de ti mismo, no porque sea tuyo el cielo ni la tierra, ni por tu castidad, ni por tu humildad, ni por tu paciencia, nunca entrarás en el linaje de Jesucristo; de esta manera entrarás, derribándote, apocándote, desconfiando de tus fuerzas, y éstos son los bienaventurados pobres de espíritu, porque de éstos es el reino de los cielos.

No quiero riquezas demasiadas—dijo Salomón—, *porque por ventura no me engrandezca con ellas y te niegue.* (Proverbios, XXX, y Psalmus LXI.) ¿Qué valió al fariseo, decid, su riqueza, pues con ella salió condenado del templo, porque confiaba en sus fuerzas? ¿No le valió más al publicano su pobreza, pues con ella salió justificado, porque desconfiaba de sí y de sus fuerzas? Del pobre, pues, es el reino de los cielos; del que piensa que no es nada, del que no osa parecer delante de Dios viendo su poquedad; el que dice: «Señor, no tengo ojos para parecer delante de vuestro acatamiento, ¿cómo ha de pa-

recer una tan profunda bajeza delante la incomprensible bondad, y delante de tan grande alteza, como la vuestra, Señor? No soy nada, ni valgo nada, ni puedo algo; Vos, Señor, sois todo mi precio, mi fuerza, mi riqueza; Vos, Señor, todo mi arrimo, todo el bien de mi ánima.» De éstos, pues, debilitados, de los flacos, de estos desmayados nace Jesucristo: por bajeza se entra en su linaje. Señor, ¿tuvo más Abraham? Sí, estaba muy confiado, tenía grandísima fe en Dios. No basta que os conozcáis por miserable si no estáis confiado en Dios; no basta que estéis muy desmayado de vuestras fuerzas si no estáis confiado en Dios, si no pensáis que hay en Dios poder y misericordia para esforzaros y remediaros. No basta que sintáis muy bajamente de vos mismo, sino que sintáis muy altamente de Dios.

Estaba, pues, Abraham muy flaco, muy derribado y desconfiado de sí, y muy esforzado, muy amado, muy fuerte, muy confiado de Dios. Vino Dios por allí un día, y díjole que de allí a un año tendría un hijo. ¿Que esos viejos y debilitados han de tener hijos, Señor? Sí que han de tener, sí. ¿Qué, esos que más parecen muertos, y están para la sepultura más que para engendrar, ahora al cabo de tantos años que viven y nunca han tenido generación, han de tener ahora hijos? Sí; su mujer rióse un poquito de lo que le dijo Dios, tuvo por casi cosa de burla. «Fuí estéril en mi mocedad cuando pudiera engendrar, ahora sobre esto viene la vejez, ¿cómo puede ser esto, que ahora haya de concebir yo?» Dudó un poco Sara, mas el fuerte Abraham creyó sin dudar; no miró soy viejo, mi mujer estéril, ¿cómo ha de ser esto? Ni paró en nada de eso; ¿pues qué hizo? Creyó luego a la palabra de Dios, y confió firmísimamente que no habría falta en lo que Dios le decía.

A nosotros dice esto, que si te lloras por miserable, si te paras a mirar tu flaqueza, si te paras a mirar, treinta años ha que vivo mal, cada día propongo de vivir bien, nunca lo cumplo, hoy caigo aquí, mañana allí. Si te paras a considerar las veces que has querido servir a Dios y nunca has acabado de salir con ello, no desmayes, sino

confía mucho. Menester es aprender y saber que sin Dios no tenemos sino miserias.

Así dijo un santo monje: «Nunca acabarán tus tentaciones de darte guerra hasta que verdaderamente conozcas de ti que eres nada, y que en sólo Dios está tu remedio, y confíes que El te ha de remediar, y estés tan cierto de que no vales nada sin Dios y que no te puedes conocer sin El, como lo estarías de que no podrías si quisieses agotar un mar muy grande con un jarrico muy pequeño, sacando muchos jarros de él hasta venir a no dejar nada». Señor, muy malo he sido, ¿quién podrá contar las veces que te he ofendido? ¡Qué de años he gastado en ofenderte! No podré dar cuenta de una hora bien gastada, sino de mil cuentos de abominaciones. Si no me remedias, Señor piadosísimo, perdido seré; ¿qué ha de ser de mí si me dejas? Bueno estáis; ahora, ya tenéis una parte de las dos de Abraham, el desmayo de vos mismo, la desconfianza de vuestras fuerzas, la flaqueza de quien sois; bueno estáis, ¿pero habéis de desmayar por eso? No, sino habéis de tener confianza en la misericordia de Dios que levanta los caídos, que os ha de remediar, que os ha de esforzar, que os ha de traer a estado de salvación.

Hacer buenas obras menester es, y conocer vuestra flaqueza y bajeza; pero si ahí os quedáis no vale nada. ¿Qué más ha de haber que confianza? Fe viva. No hay tan cierta renta como la de los que confían, como la de los que esperan firmemente en Dios. Confiar tenéis, hermano, que ha de traer Dios algún día en el cual tendrá vuestra Sara un hijo; que un día vendrá en el cual os dé Dios gracia con que se consuele vuestra ánima; que esa ánima tan mala, tan estéril, tan indevota, tan soberbia se vuelva humilde; ella será devota y humilde a su Dios. ¡Qué regocijo suele tener el alma cuando de soberbia se ha vuelto humilde! ¡Cuando de ciega, ve! ¡Cuando de desobediente se ve ya obedecer a Dios! ¡Cuando de mala se ve buena por la gracia de Dios! Dice entonces Isaías (capítulo XLIX): *Ego sterilis, et non pariens, transmigrata, et captiva; et istos quis enutrivit? Ego destituta et sola; et isti ubi erant?* Cuando el alma se ve blanda, de-

vota y limosnera, humilde, casta y limpia, dice: «¿Qué es aquesto? ¿Quién me ha dado estos hijos? ¿Quién me ha engendrado y criado estas buenas obras? ¿Qué es aquesto?» La misericordia de Dios, que hace tantas mercedes al alma que no las puede entender.

¡Oh, Padre, si me dijesen a mí los ángeles que había de venir un día en el cual tuviese un hijo que se llamase gozo, como se lo dijeron a Abraham, estaría confiado; si Dios me lo hubiera dicho, estaría y esperaría con confianza su promesa; pero nunca Dios me ha dicho nada de eso, nadie me ha hablado de su parte, no entiendo ese lenguaje, nunca he sentido en mí nada de esas cosas; no sabré dar señas de eso, ni lo entiendo! Hermano, en vos está la falta, que de parte de Dios no la ha habido, que no ha dejado El de enviaros mensajeros, sé que a hombre se dicen esas cosas, no a los ángeles (Act., II): *Vobis repromissio facta est, et filiis vestris*, dice el Apóstol. A vosotros se ha dicho esta promesa, y a vuestros hijos; a vosotros se ha de comunicar Dios y enviaros sus mensajeros y a vuestros hijos, que os avisen y os comuniquen lo que de vosotros quiere. Decid, ¿nunca os ha llamado Dios? Si sentís en vuestra ánima una mudanza del mal en bien, un mirar la vanidad de esta vida, y ver cómo todo perece; veros a vos cuán presto moriréis, y cómo se quedará acá todo; un decir: ¿Para qué quiero poner mi esperanza en cosa que tan presto se pasa? ¿Quién confía en cosa tan perecedera? ¿Quién confía en cosa que tan ligeramente se haya de acabar?

Si sentís eso, de Dios es: Nuestro Señor os ha llamado. ¿Pensábades vos, hermano, que eso no era de Dios? ¿En tan poco tenéis eso? ¿Qué pensáis, que sois vos bastante para pensar eso de vos mismo? Engañado vivís, sabedlo conocer, que inspiraciones son de Dios; no tenéis vos fuerzas (Joann., VI): *Omnis qui audivit a Patre, et didicit venit ad me.* ¿Pensabas que era tuyo ese bien? Todo aquel que oye y aprende del Padre viene a mí. Si has venido a Jesucristo, fué porque has oído y has sido enseñado del Padre; ninguno va a Jesucristo si primero no le llama y le lleva el Padre, mediante el hablarle en las

santas inspiraciones. Esos propósitos buenos, esos deseos, esa mudanza que has hecho del mal al bien, de Dios te viene; esa palabra de Dios es. Si sientes buenos propósitos, si sientes buenos pensamientos, si anda tu corazón encendido en buenos deseos de dejar la vida mala y llegarte a Dios, y servirle y no ofenderle, ten esperanza que muy presto parirá tu ánima un hijo que se llame gozo. ¡Padre, ¿dónde está la promesa de eso para que haya yo confianza que no faltará la palabra de Dios? Harto mal es eso que no lo sepamos, o que si lo sabemos, que se nos olvide. Cuando te bautizaron, allí se hizo la promesa; el ser bautizado señal es que te ha llamado Dios a la gracia; cuando te tomó por hijo en el santo Bautismo, allí se te dió señal que nunca te faltaría Dios, que siempre te socorrería en todas tus necesidades, que no dejará de hablarte y aconsejarte en tus dificultades y dudas, y enviarte ángeles y mensajeros que te hablen de su parte, que son las inspiraciones buenas. ¡Pensáis que poco es ser cristianos! ¿Cuándo me prometieron que me había de dar Dios hijo que se había de llamar gozo? ¿Que había Dios de consolar y recrear mi ánima, y socorrerla en sus necesidades? Cuando te bautizaron, y si no sientes este gozo, y si no sientes este bien y alegría, si no te ha nacido hijo, es porque te has apartado de Dios, y plegue a El que no sea por el pecado; pero si sientes estos remedios de la misericordia de Dios, si sientes lo que habla en tu corazón, si sabes estar atento a lo que dice, confía, espera en El, ten firme confianza que no te faltará su promesa, pues a nadie faltó en esta vida, y nadie se quejará de Dios que no ha cumplido con él en darle el hijo que le prometió en el bautismo.

Después nace Isaac, que quiere decir gozo, risa (Génesis, XVIII): *Risum fecit mihi Dominus*. Decid, ¿qué es lo que nace después de haber llorado en vuestro rincón vuestros pecados? Después de bien arrepentidos, ¿qué nace? Gozo y alegría. El que no sabe llorar no sabe de bien ninguno. ¿Qué nace después de la confianza que tenéis de que os ha perdonado Dios Nuestro Señor por su misericordia? Un placer que siente el ánima que

le hace salir de sí. ¿Qué nace después de haberos entristecido mucho? Mucha alegría. Más segura es la alegría que viene después de la tristeza, que el gozo que viene sin haber pasado tristeza; guardaos de él. El gozo que no nace de verdadera alegría, tenedlo por sospechoso. Es esta la condición de Dios Nuestro Señor, que no quiere ser servido de dar alegría ni de consolar a nadie sin que primero le desconsuele y entristezca. Un poquito de soberbia que tengas que te la hagan dejar, conocerte y llorarte por miserable, te hace que goces verdaderamente de la alegría, y que sepas de bien. Pues de este llorar, de tristeza, del desconsuelo, de este desechar placeres, de este confiar en Dios nace la risa y el gozo, el hijo que pertenece al linaje de Jesucristo.

Alguno habrá aquí que le habrá nacido, que estará muy alegre, muy gozoso, muy esforzado en Dios, que por la misericordia suya tiene confianza que está en gracia. Bien me quiere Dios, salvarme tengo; ¿cuándo? No hay hombre cuerdo a caballo, no queráis tanto este hijo; no os alegréis demasiadamente con él; paso, mirad lo que hacéis, mirad que hay peligro en eso, no seas como las madres que quieren tanto a sus hijos, y juegan tanto con ellos, y regálanlos tanto que los hacen malos. Esperad y crecerá el hijo y veréis lo que pasa. Cuando ya era grande Isaac, y después de tantos placeres, y después de tantas alegrías como había en Abraham por el nacimiento de su hijo Isaac, cuando más seguro pensó que estaba, llamóle Dios, y díjole: «Abraham, toma tu hijo Isaac muy amado y ve al monte que yo te enseñaré, porque quiero que allí lo mates y sacrifiques». Toma por ahí, ¿paréceos que es menester tiempo? No diga nadie: «Bien estoy, no me falta nada, alegre estoy ahora, bendito sea Dios». (Psalm. II): *Exultate cum tremore.* Gozaos, pero con temor, tened humildad, gozaos con temor, templaos en alegría, mirad lo que hacéis, porque viene rato en que manda Dios matar al hijo.

Dice Dios: «Mátame tu gozo». Iba el pobre viejo con su hijo de la mano para matarle y sacrificarle a Dios. ¡Oh, Señor, que tanto has querido atribular las alegrías

de este hombre, que le mandas que mate con sus mismas manos una cosa que tanto amaba! Si se lo mataran los hombres, andad, pasara; ¡pero Tú, Señor, que tanto alegraste aquella desconsolada vejez con el nacimiento de hijo tan amado, mandas ahora que le mate! Recia cosa es, Señor, por cierto, decir vuestra Majestad: «Mátame a tu hijo.» ¡Vos que dais el gozo y la alegría en el linaje de Jesucristo Nuestro Señor, dais este azote! El mismo que os dió el consuelo, el mismo que os dió la alegría, levantará dentro de vos gran tristeza y grandísimos trabajos para que perdáis el gozo que El os había dado; y El mismo que os dió el consuelo dirá: «Mátame tu gozo».

¡Qué alegres iban los Apóstoles por el mar de Galilea en la navecilla cuando iba con ellos Jesucristo! ¡Qué contentos iban diciendo: «Con nosotros va Jesucristo, el mismo que crió el mar y los vientos, los cielos y la tierra; de esta manera seguros vamos de que no se mueva tempestad; pues va el Señor del mundo con nosotros, no hay que temer!» Levántase un viento recio, y comienza a embravecer el mar, y levántanse las olas, y luego dieron voces a Cristo (Matth., VIII): «¡Señor, salvadnos, que perecemos! ¡Ah, Señor, que perecemos; remediadnos! ¿No veis la tempestad, Señor?»

Comenzaron a temer. ¿Qué es eso, Apóstoles, tan presto os turbáis? Cuán poquito duró el gozo que ahora poco ha teníades, el placer con que poco ha navegábades; y lo que peor es, que el mismo Cristo que con ellos iba en compañía (parecíales a ellos que iban seguros de tempestad) les revolvió la tormenta, y El es el que mandó a las tribulaciones que se levantasen. Y aun eso es porque hay tan pocos que os sirvan, Señor; piensan ellos que es gran descanso serviros; entran con esta seguridad, van muy confiados y seguros que en vuestra compañía no se levantará la tormenta, y como les sale después al revés, dejan lo comenzado. Esta es la causa porque tenéis tan pocos amigos. ¡Qué gentil causa ésta! (Tob., XII): *Quia eras Deo acceptus, necesse fuit, ut tentatio probaret te.* Dijo el ángel a Tobías: «Porque eres agradable a Dios,

porque eres amigo y siervo suyo, y tus servicios eran tan aceptos delante de su acatamiento, por eso fué cosa necesaria que la tentación te probase.»

Todo esto es por ser uno siervo de Dios; por eso ha de ser tentado. ¡Gentil favor parece ése! Pues no lo tengáis en poco, que esto con los muy privados y amigos se hace: cuánto esto pasan los novicios diciendo: «Cuando yo estaba en el mundo no sentía nada de esto que ahora paso, ni aun sabía qué cosa era tentación: ¡qué contento andaba, qué alegre! No sabía rato de pesar; después que vine al monasterio, ¡qué de trabajos que paso! ¡Qué de tentaciones de carne y soberbia! ¡Qué de importunidades me da el demonio para que deje lo que he comenzado! ¿Quién ha de sufrir esto?» No os espantéis, hermano, ¿qué pensáis? Eso quiere Dios; que matéis el gozo y el placer que tomasteis en el mundo; la alegría que traíades cuando vinisteis al monasterio, o los consuelos que habéis tenido después que vinisteis a él, quiere Dios que se los mortifiquéis. Dice Dios: *Daca el gozo, mátamelo.*

¿Sabéis cómo lo hace con el hombre? Como desposado que le muestra mucho amor su esposa, y él quiere probar si es verdadero o fingido aquel amor, y no hace sino fingir que se va lejos tierra, y no sale del lugar donde vive, anda acechando en su ausencia, ver qué hace su esposa, si anda muy compuesta y riéndose, y de ventana en ventana, y de pasatiempo en pasatiempo: y si esto hace, luego ve que no le ama de corazón; pero si no sale de casa, sino llora y no se quiere vestir, sino como quiera, todo por la ausencia de su marido, luego ve su esposo que su esposa le ama. Cuando Dios está con el ánima, ¿qué mucho que no vaya a ver toros, juegos de cañas, ni justas, ni pasearse, ni ver pasatiempos ningunos? Es tanta la dulzura que recibe de la presencia de Dios, que no es de maravillar que desprecie cuanto hay en esta vida.

No hay rufián ni mala mujer que si le diese Dios a gustar un poquito de su dulzura, no dejase luego cuanto acá hay, y el deleite de la mala vida que traen, y se

fuesen en pos de Dios, y en sabor y gusto de los deleites de Dios. Que si Dios te da consuelos, si te visita, si está presente de continuo, ¿qué mucho que andes muy diligente, y sirvas de buena gana, y le andes mirando a la cara para ver lo que quiere mandar? Entonces ¡pocas gracias que seas bueno! Cuando Dios está ausente, cuando tienes trabajos, entonces se ve el que lo ama verdaderamente; cuando te envía tristezas y tribulaciones, cuando te envía un trabajo tras otro, entonces es de ver la constancia de los que sirven. Dice Dios: «Esperadme, esconderme he un poquito y veré qué tal es el amor de Fulano; veamos si anda tan diligente, si anda tan contento, si deja de servirme, si tiene cuidado de los pobres como lo hacía en mi presencia». Va el otro, en pareciéndole que está Dios ausente, en quitándole el consuelo, en dándole un poquito de tristeza, luego se quiere ir, ya piensa que Dios le ha dejado. Dice Dios: «¿Por tan pocas cosas desfallecéis? Luego os queréis ir, poco amor me tenéis vos».

Esto hacen las ánimas flacas desamoradas, los que no se saben menear sino en presencia de Dios; mas la buena ánima más fuerte anda cuando Dios está ausente, procurando de no hacer ni caer en vileza. Cuanto más apartada del socorro de Dios, más se encomienda a El, y procura de ser fiel para cuando su Señor volviere. ¡Ah, cuántas veces anda Isaac en los cuernos del toro! Muchas otras perdéis el gozo; y plegue a Dios no sea por pecado, que este es el negro mal; ahí está el negro trabajo. Eso me decid, que es pérdida. Decidme: ¿Estáis en Cristo? ¿No sois del linaje espiritual de Cristo? Decid, ¿cuántas noches se os han pasado pensando en esto? ¿Qué os aprovecha tener mucha hacienda? ¿Qué aprovechan riquezas, linaje, hermosura, andar tan pulido que todos se espanten de miraros? ¿Qué aprovecha que todo el mundo os honre y os tenga en mucho, si no sois del linaje espiritual de Jesucristo? ¿Estáis en Cristo o no? Unos habrá que sepan responder a esta pregunta; otros habrá que no sepan responder a ella. Unos habrá que si les preguntáis si están en Cristo os respondan que no.

Todo aquel que está en pecado mortal no está en Cristo. Desdichado de él y de la madre que le parió; maldito es el pan que come, maldita el agua que bebe, maldito el sueño que duerme y malditos los pasos que anda. Y más me espanto poderte hallar sin Cristo y hacerte a vivir sin El, y decir a Dios: «Idos que no es menester, bien me hallo sin Vos». Esto es de espantar.

Pecar si luego te arrepientes no es mucho, no hay que decir, no es menester hablar en ello; mas después de haber pecado, hallarte a vivir sin Cristo, eso es mucho más de maravillar. ¿Qué haces sin Cristo? Di, ¿cómo puedes vivir sin El? ¿Qué vida es la que vives sin Cristo? ¿Qué te aprovecha que todo el mundo sea tuyo, que te favorezca el Rey, la tierra, los hombres y los demonios si a la hora de tu muerte te toma el mal estado? Nada de eso te escapará de tormentos y fuegos que nunca se han de acabar, que han de durar mientras Dios fuere Dios, que nunca dejará de serlo.

Artículo es de fe, que si mueres en una mal querencia, si en pecado de carne, o en otro cualquiera pecado mortal, que irás sin falta al infierno. Desventurado de ti si no estás en Cristo. ¿Adónde irás sin Cristo? ¿Porqué lo haces tan mal? ¿Porqué te echas a perder? ¿Porqué eres tan cruel para ti mismo? Qué, ¿te quieres a ti absolutamente echar en el infierno? No te aborrezcas tanto, no te vayas a perder tan a ojos cerrados. ¿Qué quiere decir haber Dios derramado su Sangre por ti, y que no te quieras aprovechar de este bien, porque quieres que se pierda tan gran precio como le costaste? Ya que no tienes compasión de ti mismo, ya que eres tan cruel para contigo mismo que así te quieras destruir, hazlo ahora por Jesucristo, porque no se hayan derramado en balde sus lágrimas, porque no se haya cansado en balde, porque no le hayan azotado en balde, pues todo lo pasó por ti, porque te aprovechases del precio de su Pasión para que tuvieses fuerza para vencer tus pasiones, para no ofenderle.

Otros habrá que responderán a la pregunta: «Padre, no soy yo de esos; no siento en mí pecado mortal nin-

guno, ni quiero mal a nadie; pero no sé qué temo, no sé qué temores me dan en este corazón, no sé si estoy bien con Jesucristo. Padre, no os lo sabré decir». Esa es otra duda, hermano, guardaos de tibieza por quien Dios es. ¡Oh, carcoma, y cuántas ropas tienes comidas! En diciendo: «Pestilencia anda.» Gente muere, en teniendo la enfermedad. En diciéndoos: «Morir tenéis, infierno hay para malos, luego veréis el temblar.» ¿Qué es esto? Si no fuésemos amigos de la tibieza no tendríamos temor; pero tenéis tibieza, habéis de tener temor. Procuremos tener diligencia en este camino de Jesucristo y pues El nos dijo que venía a meter fuego en la tierra, supliquémosle nos dé de este fuego divino para que abrasemos nuestros corazones, porque, como dijo San Juan (cap. IV), *la perfecta caridad excluye y lanza fuera el temor y flaqueza*, para que así gocemos a Cristo en el cielo.

TRATADO CUARTO

DE LA NATIVIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

Tema: Cantic. 6.—¿Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens?



AS palabras del tema son una pregunta admirativa que los ángeles hicieron cuando vieron a esta santa Virgen salir del vientre de la santa vieja Ana, madre suya.

Maravilláronse los ángeles de ver cosa tan nueva, y de que del vientre estéril salía tal fruto de bendición que parecía no cosa de este mundo, sino heredad del cielo. Viendo su hermosura, su donaire, su dorada cara, sus resplandecientes ojos y, sobre todo, la hermosura de su ánima que era ya santa antes que nacida, y espantados que en este mundo hubiese tal cosa, dicen: *¿Quæ est ista?*, etc. ¿Quién es ésta que sale como graciosa mañana, quién es ésta que no nace en noche de pecado, ni fué concebida de él, sino que así resplandece como alba sin nubes algunas, y como sol de mediodía? ¿Quién es ésta que aun no es del todo nacida, y ya nos hace maravillar y nos pone en espanto de lo que ahora en su semblante vemos, muy más de lo que después ha de ser? ¿Quién es ésta, cuya vista alegra, cuyo mirar consuela y cuyo nombre esfuerza? ¿Quién es ésta, para nos tan alegre y benigna; y para otros, como son los demonios, tan terrible y espantosa, que en oyendo su nombre parece

caen sobre ellos saetas que no las pueden sufrir, sino huyen, atemorizados de él? ¿Quién es ésta a quien Dios tantos bienes ha hecho, y muy más le tiene guardados? ¿Quién es ésta, preguntan los ángeles?

¿Gran cosa es, Señor, esta niña; chiquita parece, y muy grande debe ser. Grandes son sus hechos, pues que los ángeles se espantan y admiran de ella, y no pueden comprender el abismo de sus excelencias. Que de ella es escrito: *Ascendit super querubim et volavit super pennas ventorum.* Y pues así es que los ángeles se admiran y no la comprenden, ¿qué haremos nosotros pobres? ¿O qué es lo que nuestras torpes lenguas pueden decir de sus alabanzas, cuando las muy elegantes son insuficientes en decir de ella?

Oíd lo que dice aquella elegante lengua de San Agustín (1): *¿Quid dicam de te pauper ingenio, cum de te, quidquid dixero, minor laus sit, quam dignitas tua mereret?* Alibe: *¿quid nos tantilli, quid actione pusilli in laudibus Mariæ referemus, cum omnium nostrum membra si in linguas verterentur, eam laudare nullus suficeret?* (Item ibi Hieronimus): *ad quid aquæ pusillum mari addam, ad quid modicum lapillum monti adjiciam? Et alibi: ut verum fatear, quidquid humanis dici potest, verbis minus a laude cœli est, quoniam divinis et angelicis est excelentius, praedicata et laudata præconiis, a prophetis quidem pranunciata, a patriarchis, figuris et enigmatibus præsignata, ab Evangelistis exhibita et demotrata, ab angelinss venerabiliter salutata.*

¿Quién pondrá lengua en alabar aquella a quien tantos grandes se pusieron a alabar, y, sobre todo, el grande sobre todos los grandes, Dios? Que suyas son estas palabras: *¡Quam pulchra es amica mea quam pulchra es; et tota pulchra es amica mea, et macula non est in te?* ¡Oh, bienaventurada niña! ¿Y qué haremos nosotros, per-

(1) Estas palabras que el Beato Juan de Avila cita de San Agustín, están tomadas del Sermón 208 del Apéndice *in festo Asumptionis B. M.*, que no es del Santo, sino atribuído a San Fulgencio, obispo de Chartres. (Nota del P. Miguélez.)

plejos, que tememos alabarte, siendo como somos poco, e indignos? Y por otra parte somos obligados a alabarte y decir Bienaventurada, como tú lo profetizaste: *beatam me dicent*, etc., y a darte gracias por los grandes bienes que de ti y por ti nos vienen, y esperamos que nos den. Así, y por eso, tomando el consejo de San Jerónimo, que dice: *et si ad hoc nemo inveniur idoneus, votis tum omnibus cesare non debet quilibet peccator a laudibus Mariæ*, etc., ¿cómo hemos de estar y poder pasar sin alabar a quien tanto debemos, y a quien todas las criaturas alaban? No dejaremos por cierto; que mañana es la Virgen, según nuestro tema dice: «Y en la mañana (1) alegré todas las cosas». Se alegran los hombres, se esfuerzan los caminantes, las avecicas cantan; ¿quién estará triste, por pecador que sea, que naciendo esta clara mañana y dorada alba, no cante, no se alegre, no alabe al que la crió?

Cantaremos, por cierto, y alabaremos, aunque indignos, a esta Virgen y a quien la crió, que es el mismo a quien ella parió. Y digamos: «¡En hora buena sea nacida el alba, y bendito sea el que crió tan hermosa alba; honrada y servida sea tal alba!»

¿Quién es ésta que nace como alba? Gran pregunta es, por cierto, ésta: ¿quién es ésta? Así por quien lo pregunta, que son los ángeles, y lo que aquéllos preguntan, muy grande debe ser. Y no todos bastarán a responderles, así por quien se pregunta, que es la más excelente de todas las criaturas que Dios crió y criará, así por la pregunta que es ¿quién?; que es cosa dificultosa saber decir el que es. Y, por tanto, antes nos ocuparemos en entender lo que los ángeles dijeron de ella, que no en decirles nosotros a ellos, *quién es ella*.

Preguntan allá al que la crió que les diga quién es ella, que nosotros no sabremos. Nace como *mañana*. ¿Por qué como mañana? No sin muchas causas (2); porque

(1) En el sentido de alba o aurora, o principio del día. (Nota del P. Miguélez.)

(2) *In diluculo corruit Jerico;* Josué, 6.—Nota del Beato, sin duda para explanar el texto en el Sermón.

parece en muchas cosas esta sacratísima niña, que tal día como hoy nació, al alba.

Y por no ser prolijo, tomemos tres condiciones del alba, en las cuales Nuestra Señora le parece. Es la primera que es *nunciatrix et genitrix diei*. La segunda, que es *genitrix roris;* la tercera, *quæ odit tenebras*. Estas tres propiedades tiene la mañana. Y las mismas esta clara alba que hoy nació. Tiene la primera, porque fué mensajera de aquel luciente sol, que fué el nacimiento del sol de justicia, Jesucristo Nuestro Redentor. No solamente fué mensajera, mas aún *madre* por parecer en todo al alba, que dice ser madre del sol. Aportónos aquel día saludable, día de perdón, día de descanso, cuando su bendito Hijo anduvo por este mundo. Todo aquel tiempo fué día, porque día es todo el tiempo que el sol anda sobre la tierra. Que como El fuese sol y luz, como y según El lo dice: *quandiu sum in mundo, lux sum mundi* (1). síguese que era día todo aquel tiempo que Jesucristo causó con su presencia.

¡Oh, día bienaventurado, y tan deseado de muchos patriarcas y profetas, y que sólo viéndolo en espíritu les daba grande gozo, según lo dice el mismo Redentor! *Habraham exultavit ut videret diem meum, vidit et gravisus est* (2). Gozóse, y gozáronse los profetas en este día de salud, de alegría, de gracia; el cual hizo el Señor para que nos alegremos en él. Pues para tal día como éste de la encarnación de Dios, tal mañana se requiere como la bienaventurada Virgen. Que si aquel día es día de salud, ella es alba saludable; si día de misericordia, ella es madre de misericordia; si día de gracia, ella es madre de gracia.

¿Veis qué bien concuerda el alba con el día? Y esto es lo que San Bernardo dice: *Sicut aurora valde rutilans in mundum progressa es, o Maria! quando veri solis explendorem tanti sanctitatis jubare praecurristi, ut vere diem salutis, diem propriciationis, diem quam fecit Dominus a*

(1) Joan., 9, 5.
(2) Joan., 8, 56.

tanta claritate immutari dignum fuerit. Hubo tanta santidad en ti, benditísima Virgen, que fuiste digna mañana de tal día. ¡Oh, bienaventurada Virgen! De ti es escrito: *Sicut lux aurorœ, oriente sole, mane absque nubibus rutilat* (2 *Regum*, 23). Así es, Señora, vuestra luz como luz de alba que resplandece, cuando el sol nace sin nubes.

Sin nubes nació el sol de Vos, cuando concebistes y paristes a Cristo Redentor Nuestro, sin pecado y sin dolor; que fué el sol; empero, no os quemó según estaba figurado por Daniel, que vió una piedra cortada de monte sin manos. Que aunque Cristo, Dios Nuestro, de vuestro vientre saliese hecho hombre, al cual es dicho piedra en la Escritura, empero en hacer hombre no hubo mano de hombre, sino todo fué del Espíritu Santo y vuestro.

Sois, pues, Señora, con mucha razón alba, porque sois mensajera y madre del sol. Parecéis, Señora, más alba, porque así como al alba cae el rocío en los campos, y queda húmeda la tierra y se templa el calor, y se conservan las hierbas en su frescor; así en vos, Señora, llovió y cayó aquel bienaventurado rocío, el cual con gracia humedece nuestras sequedades, hace fructificar nuestras ánimas. Y esto, no quitándoos a Vos la verdura de la virginidad, que aunque fué vuestro fruto, no os quitó la flor. Que en Vos sola el fruto es flor, y la flor fruto. *Sicut scriptum est; flores mei fructus* (1). *Et ego flos campi* (2). Luego flor y fruto es en Vos uno.

¿Queréis figura que Cristo descendió en el alba? Leed en los Números, y hallaréis que al alba descendía el maná a los hijos de Israel.

¡Oh, bendita Virgen! Que por Vos se dijo, que por Vos y en Vos nos envió el Padre Eterno a su bendito Hijo, y nos lo envía cada día para justificación nuestra. Por Vos y en Vos, que sois mañana, nos bendice Dios (según es escrito) figurado en la lucha del ángel con Jacob, que fué bendito a la mañana. *Dimitte me, jam aurora ascen-*

(1) Eccles., 24, 23.
(2) Cantic., 2, 1.

dit (1), dijo Jacob; *quasi dicat:* dame ya tu bendición, que ya nace esta bienaventurada Virgen.

¿Queréis otro bien que vino en la mañana? Que Faraón y todo su ejército fué ahogado en el mar, a la mañana. ¿Qué fué esto, sino que los demonios y pecados se ahogan en las aguas de las lágrimas que el pecador echa, cuando esta mañana nace en su alma?

¡Oh, bienaventurada alba, en la cual nace esta sagrada alba, y cuán dichosa es! ¡Oh, señores!, ¿qué haríamos para que así como tal día como hoy nació esta alba en el mundo, así naciese hoy en vuestros corazones? ¡Ay de nosotros, si no la tenemos! ¿Quién nos librará de la ira del Omnipotente? Si la tiene, y armada para herirnos por nuestros pecados, ¿quién hará a Dios que meta la espada de su justicia, la cual nuestros grandes pecados le han hecho sacar de la vaina? ¿A quién llamaremos en nuestras tribulaciones, si a ésta tenemos enojada?

¡Oh, desventurado de aquel que enemigo está con ella! Y ¿qué le aprovecha cuanto tiene y vale, y come y bebe y anda?

Plegue a Dios, señores, que ninguno haya aquí que enojada tenga a esta Señora y que mal esté con ella.

Y má: ¿queréis ver si estáis mal o bien con ella? Mirad la tercera condición del alba, que es ser enemiga de las tinieblas. Ya sabéis que estas tinieblas son aquellas de las cuales es escrito: *Via impiorum tenebrosa;* y *diligerunt homines magis tenebras quam lucem.* En buen romance: «los pecados, éstos son los que Nuestra Señora aborrece sobre todas las cosas». ¿Y sabéis qué tanto? Que ninguno, por servidor suyo que sea, por romerial (2) que ande en su servicio, por más Avemarías que rece, por más candelas que queme en su honra, si en pecado está [usando (ella?) perdonar] en ninguna manera lo quiere ver, ni

(1) Génesis, 32, 26.

(2) Romerial. Aunque el Diccionario no trae esta palabra, se origina, sin duda, de la palabra «romería». Y según la emplea el Beato, confirma el refrán de «que quien anda muchas romerías, tarde o nunca se santifica». (Nota del P. Miguélez.)

recibe servicio de él; sino que lo aborrece y lo tiene por enemigo.

No penséis, señores, que os digo esto por espantaros y que no es verdad. Gran mal es, más verdad es. Ella misma lo dice, porque mejor lo creáis y no os engañéis. Leed Proverbios VIII. El cual capítulo la santa Iglesia (dice?) de la sagrada Virgen. Oíd: *Arrogantiam et superbiam et viam pravam et os bilingüe detestor.* Pues mire cada uno su conciencia; y si en lujuria está, haga cuenta que está maldito de Nuestra Señora; si tienes lo ajeno a tu prójimo, maldito estás de ella; si andas en soberbias y en vanidades, en decir mal, si tienes dos lenguas, maldito estás de aquellos benditos labios. La lengua que Dios te dió, no es sino para decir bien y alabar a Dios. Si dices, dos lenguas tienes.

¡Oh, malaventurado el pecado, que basta para que aquella paloma sin hiel, aquella que no sabe sino ser misericordiosa, la hace airarse y querernos mal! Ea, pues, señores; por amor de esta Señora (pues nos preciamos de ser sus devotos), por estar bien con ella, salgamos de pecados; examinemos nuestras conciencias. El que está mal con su prójimo, reconcíliese con él; el carnal, deje el cebo de la lujuria, porque no esté enemigo de esta Señora. ¡Oh, desventurado y digno de ser llorado el que en pecado está, pues está en ira con Nuestra Señora! ¿Y cómo os sabe bien lo que coméis? ¿Y cómo podéis dormir? ¿Cómo podéis andar, estando descomulgados de esta Señora? ¡Ay! os maldijera un provisor u Obispo y temiérades; ¿y no teméis la maldición y enojo de Nuestra Señora?

Llamad a esta Señora, pedidle perdón de vuestros pecados; besadle aquellos benditos pies; decid que de aquí adelante queréis enmendaros y hacedlo así y estaréis amigos con ella. Ella quiere vuestra amistad: *deliciæ meæ esse cum filiis hominum.* Muévaos el amor con que os ruega que vayáis a Ella: *venite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis adimplemini.*

Pasad vos, los que estáis de la parte del demonio; los que estáis en pecado, dejadlos; que con ellos no podréis

pasar a mí. Y dejados los pecados, henchíos de mis generaciones; que quiere decir, según mis ejemplos, mis virtudes. Que ésta es, señores, muy buena devoción de la Virgen: seguir sus virtudes. Que por amor de ella, uno procure ser casto, otro de ser misericordioso. Y especialmente conviene esto a las mujeres que la sigan, en ser honestas, calladas, no muy ataviadas, ni llenas de dijes, que es una cosa que parece mal a Nuestra Señora. Y ésta es la buena devoción; y mientras uno no fuere bueno de dentro, no piense que, por no sé qué devociones que tenga, que aplacará a Nuestra Señora. Porque es alba y en ser luz es enemiga de las tinieblas de pecados.

Pues ea, señores; *abjiciamus opera tenebrarum et induamur arma lucis* (1). Para que cuando rezáremos Avemarías, no nos vuelva la cara y diga: andad, que es lujuria; andad que tenéis lo ajeno; andad que queréis mal al prójimo. Cueste lo que costare, hermanos, aunque se nos haga de mal, todo se debe posponer por alcanzar la amistad de Nuestra Señora, por ser sus hijos, y ella nuestra Madre; porque nos oiga en nuestras tribulaciones, porque hable a Dios por nosotros.

¡Oh, bienaventurado otra vez y mil veces, quien bien con ella estuviese, aunque todo lo otro le falte! Y malaventurado el que por una nonada de pecado quiere estar mal con ella, aunque todos los bienes tenga! Quien a ella tiene, tiene la vida, como ella dice; quien la tiene, tiene salud y alegría; tiene más que decir se puede.

¡Oh, bendita Madre de Dios! ¡Cuán bien empleado es cualquier trabajo por vos y por veros a la diestra de vuestro Hijo! ¿Qué trabajo, Señora, no tomaremos? Pienso de verdad, que una gran parte de la gloria de los bienaventurados es ver a la serenísima madre de Dios en el cielo. ¿Qué haremos, Señora, para veros .¿En qué os serviremos? Si en dejar nuestros pecados os hacemos servicio, que de parte de cuantos aquí estamos digo que lo dejamos; que nos pesa de corazón de haberlos hecho; que no los queremos más cometer, antes servir a Dios y a

(1) Rom., 13, 12.

vos solamente, Señora. Aquel postrero día os veamos en vuestra silla y os vayamos a besar las manos llenas de jacintos; y estaremos viendo cuán hermosa sois, deleitable para amar, cuán alegre para consolar, cuán suave para gozar. Tan en tanto, Señora, nuestro oficio será pensar en vos, hablar de vos, seguiros a vos en vuestra vida y mirar cómo hacíades y así hacer nosotros. Bendeciros ha nuestra boca, engrandeceros ha nuestro corazón; gastarnos hemos todos en vuestro servicio, hasta que vayamos adonde vos Señora estáis, que es la gloria. *Ad quam nos perducat.* Amén.

TRATADO QUINTO

DE LA FESTIVIDAD DE LA PRESENTACIÓN DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA NUESTRA SEÑORA

Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est?

«¿Qué haremos a nuestra hermana para el día que la han de hablar?»

(Cant., VIII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO



las festividades de la sacratísima Virgen hemos de venir con corazones fervientes y muy agradecidos. Por eso dice San Buenaventura que los que hablan de Nuestra Señora han de tener en sus palabras muy gran verdad y fervor; verdad, porque la Virgen es enemiga de los mentirosos y amiga de los verdaderos en sus palabras y obras. Esta Señora es la que engendró una verdad que destruyó todas las herejías, y una luz que alumbró todas las tinieblas. Fervor, porque si a ésta que es verdaderamente nuestra no amamos, ¿a quién amaremos? San Bernardo dice: «No hay cosa que tanto me agrade como es hablar de esta Virgen bendita, ni que tanto me espante como considerar su grandeza.» Esta Señora que ahora está tan grande en los cielos, algún tiempo fué chiquita acá en la tierra, y verdaderamente será chiquita para los que de verdad fueren

ahora chiquitos en sus ojos y se humillaren y le pidieren gracia.

Soror nostra parvula est, et ubera non habet. Quid faciemus sorori nostræ in die quando alloquenda est? (Cantares, VIII). Nuestra hermana es chiquita. ¿Qué haremos para el día que la han de hablar en persona de Patriarcas y de Profetas, y de todos los hombres? Ahora se dicen estas palabras: Nuestra hermana es chiquita, ¿cómo la ataviaremos para el día que la han de hablar?

Hoy celebra la Santa Madre Iglesia aquella Señora que en su cántico dijo: «Ha hecho el Poderoso en mí grandes cosas».

Celebramos las fiestas de su presentación el día en el cual sus benditos padres San Joaquín y Santa Ana, siendo esta Señora niña de tres años, la presentaron al templo para que sirviese al Altísimo Dios en compañía de las doncellas que allí servían. Había una casa incorporada con el templo a modo de las monasterios de ahora, y allí metían las doncellas principales para que sirviesen al Señor y fuesen enseñadas en su conocimiento y temor. Era un santo Seminario, y después que tenían edad tomaban estado de casadas. La razón porque la presentaron fué porque como ellos eran estériles, prometieron que si Dios les daba fruto se lo ofrecerían a El, guardándola en todo recogimiento hasta que tomase estado de casada. Presentáronla sus padres en el templo. ¿Para qué queréis, Señor, que entre de tres años, que esté encerrada, que no ande por las calles? Porque los que han de recibir a Dios y tratar con El no estén descuidados, sino que sepan que se han de aparejar con mucho cuidado para lo recibir. Para dar Dios la Ley a Moisés, y para decirla al pueblo, le manda Dios que tres días antes no lleguen a sus mujeres, y otros muchos apercibimientos de santidad; ¿cuánta más razón es que se apareje aquel que ha de recibir a Dios y tratar con El?

Decidme ahora: ¿si hubiésedes de echar un poco de bálsamo u otro licor muy excelente en un vaso, no miraríades primero si está sucio el vaso o agujereado para que no se perdiese aquéllo? Pues si para hacer esto tanto exa-

miná is el vaso, para recibir a Dios, ¿qué será razón que hagáis? ¿Para qué entra la niña en el monasterio? Porque ha de venir día en que ha de recibir en sus entrañas a Dios. Día ha de venir en que lo ha de tratar con sus manos, y ha de ser Madre de El. No quiere Dios que sus cosas preciadas estén a vista de todos; y si la que estuviere segura en su casa, y en las calles y plazas, quiere Dios que la encierren, ¿qué hará a los que somos aparejados para caer? ¿Para qué la encerráis, Señor? Para que sea ejemplo a hombres y mujeres; para dar a entender que si la que estaba segura quiso Dios que se quitase de inconvenientes, que necesario es que nosotros los huyamos. ¿Para qué la encerráis, Señor? Porque ha de venir un día que la han de hablar, y hase de hacer la mayor obra de Dios cuando hablen a la Virgen; y para aquel día menester es gran aparejo. ¿Y para qué la atavían? Para el día de las bodas. Entra en hora buena, Señora.

Llévanla sus padres de tres años, y pusiéronla en la postrera grada del altar, que tenía quince gradas por donde subían arriba; y subió con gran ligereza. Si subió por milagro o no, no se dice; piadosamente se puede creer que acaecieron tales cosas en esta niña después que nació, que todos se maravillarían, y tendrían puestos sus ojos en ella y dirían: «¿Qué ha de ser de esta niña?» Porque de creer es que a la que crió Dios para Madre suya, siempre había de hacer grandes maravillas con ella. Sube, ofrécenla sus padres a Dios; entre mucho en hora buena, ofrezcamos con ella nuestros corazones. La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido ni ofrecerá de pura criatura fué la Virgen. «De buena gana me la dáis—dice Dios—, de buena gana la recibo».

Entra la Virgen en el monasterio, no entró llorando ni de mala gana, ni le pesaba lo que dejaba, aunque era niña; pero decía ella: «No vean mis ojos cosas de este mundo. Por amor de Vos esté mi boca cerrada; tenga yo silencio, pues os he de hablar a Vos; esté yo donde me manden todos, donde sirva a todos por amor de Vos». De muy buena gana entra a servir a Dios. Entrada en

el monasterio, ¿qué haremos a nuestra hermana para el día que la han de hablar? ¿Qué le pondremos para que se enamore Dios de ella? ¿Qué le haremos? (Cant., VIII): *Si murus est, ædificemus super eum propugnácula argéntea.* La misma palabra divina preguntando, responde y dice: *Si murus est, ædificemus,* etc. «Pues que es muro, edificaremos sobre ella torres de plata». ¿Cómo la llamáis muro? ¿Qué tiene que ver una niña de tres años con muros? Los muros son altos, anchos, duros y profundos, y más si son como los de la tierra de promisión, que decían aquellos espías que enviaron los hijos de Israel: «Tienen unas ciudades muy guarnecidas, unos muros hasta el cielo». Pues verdad dice Dios, que muro es, pues edifiquemos sobre ella cosas que la defiendan.

Excelsior cœlo, profundior inferno, longior terra, et latior mari (Job, XI). Esta chiquita de que hablamos, más alta es que el cielo, más profunda que los abismos, más ancha que la tierrra, más alta que el cielo en lo espiritual. A lo mejor decimos, más alto y grande entre todas cuantas cosas Dios crió, dejada la humanidad de Jesucristo; entre todas las criaturas puras no hay otra tan excelente; y así tan alta, que aunque es chiquita, es más que los ángeles, más que los serafines. ¡Bendito seas, Señor, que de nuestra generación nos diste esta niña más alta que el cielo! Si la queréis de pensamientos altísima, si la queréis de fundamento profunda, si tenéis buenos ojos, paraos a mirar esta niña humildísima en sus ojos: en esta Virgen no hay cosa más excelente que su humildad. Ella bien conocía las grandezas que Dios hacía con ella, pero no atribuía nada para sí ni a sus fuerzas del bien que tenía. No hubo criatura pura que de tan de veras diese la honra a Dios como esta Virgen. Mira si tiene buenos fundamentos: fáltale anchura. Esta Virgen es muro de todo el mundo universo, y no solamente de éste que es poco, sino de todos los hombres: mira cuántos fueron y se murieron y vinieron otros y otros.

Finalmente, de Eva somos todos hijos según la carne, y de la Virgen según el espíritu. Afecto de madre, corazón de defensora tiene esta niña para todos los hombres; mira

si ha menester ser larga para ser madre de tantos hijos. Niña, ¿de dónde tenéis vos manto para cubrir a todos? ¿De dónde alas para abrigar tantos pollitos? Más ancha es que la tierra. Caben en ella justos y pecadores; los pecadores son perdonados por los ruegos de ella, y los justos conservados en gracia; quien no cabe en el cielo, más ancho que la tierra, y cielo y ángeles, que pues Dios entró en ella y cupo en ella, ¿no cabrás tú, pecador? *Sancta et inmaculata virginitas, quibus te laudibus efferam nescio, quia quem cœli capere non poterant, tuo gremio contulisti.* El que no cabe en los cielos, en sus entrañas se encerró: bien cabrás, pecador, en las entrañas de la Virgen.

Bendito sea Dios, que tal niña nos dió en muro, como dijo Jeremías (cap. I): *Yo te he dado hoy en columna de hierro y muro de metal.* Muro es, pero no es del que dice Dios que son muros fáciles, muros de vidrio: ¿quién son éstos? Plegue a Dios que no sea éste que os habla. Sacerdotes, Profetas, hombres recogidos, gran queja tengo de vosotros (Ezeq., XV): *Quia non apposuistis vos murum,* por la casa de Israel, para que estuviésedes en el día de la batalla del Señor. ¡Cosa brava! «Ando—dice Dios—, buscando un hombre que se ponga entre mí y los hombres, para que si los quisiere castigar esté de su parte, y porque no hallé, *effudi indignationem meam*». ¿Cuándo es el día de la batalla del Señor? Cuando suben nuestros grandes pecados delante de su justicia. Quiere Dios que cuando está enojado con el pueblo, que sus sacerdotes le vayan a la mano, porque no derrame su enojo.

Quéjase Dios que busca quien le vaya a la mano, y entre tantos no halló uno; ésos son los muros de vidrio, ésos son los que no tienen justicia para nosotros; y si para defendernos nosotros no la tenemos, ¿cómo la tendremos para los otros? ¿Cómo seremos poderosos para quitar el enojo de Dios contra su pueblo? No es la Virgen de esos muros quebradizos, ni de los que no pueden sufrir un golpe por la caridad de los prójimos. Niña fortísima, criada y endurecida en trabajos, buena es para muro.

¿Qué armas le pondremos para que pelee con el Señor,

para que lo venza? Norabuena entre la niña en el colegio de doncellas. ¿Qué lleváis, Señora? Gran negocio lleváis, pelear con Dios, y que se amanse con los hombres; el Señor os dé armas. ¿Qué armas lleváis? ¿Son riquezas? No, que todas las dejó; y cuando grande, con sus manos trabajaba para comer. ¿Pues qué lleváis? ¿Hermosura? Sabía ella que dice el Sabio (Prov., XXXI) *que es engañadora la gracia y vana la hermosura:* que no es nada de eso. ¿Pues qué lleváis para vencer? Dígalo el Espíritu Santo (Cant., IV): *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui.* «Has llagado mi corazón con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza»; su gran amor, su gran obediencia y virtudes herían al Señor. Los días de Nuestra Señora habíamos de confesarnos y comulgar, y dar muchas alabanzas a Nuestra Señora en señal que en estos días nos hace Dios mercedes por sus ruegos. ¿No creéis que a los que se aparejaren estos días les hará Dios grandes mercedes, pues que tanto ama a esta bendita Señora Virgen? ¿Qué le pondremos a la niña? ¿Qué armas le daremos para que pelee con Dios, y aun para que lo venza?

Herido has mi corazón, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza (Cant., IV). Bendito seáis Vos, Señor; ¿tan tierno sois que con miraros os hieren, y tan flaco que con un cabello os atan? ¿Qué nos queréis decir, Señor, sino que tenéis los brazos y el corazón aparejados para recibirnos? ¿Qué cosa más tierna que con mirarlo es herido? Veis aquí las armas con que pelea la Virgen. ¿Qué será este ojo? No dos (Psalm. XLIV): *Inclina tu oreja,* dice Dios, no dos orejas, no es más de una: *Unum est necessarium,* un amor, una intención no mezclada. Este es el ojo de que en otra parte dijo el Señor (Matth., VI): *Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será resplandeciente.* ¡Ay, dolor, cuán lejos estaba el corazón de la niña que le dijesen (Isaí., I): *Tu vino se ha mezclado con agua, y tu oro se ha vuelto en escoria!*

El vino de la Virgen, su intención es, ojo no torcido, no mezclado. No quería ella que se hiciese su voluntad, sino la de Dios. Cúmplase vuestra voluntad; no cuenta

de mí, sino de Vos; vea yo vuestra voluntad cumplida. Ama la Virgen a Dios, y a sí por Dios y el provecho de los hombres. Este era el ojo de la Virgen, ojo claro; quien a Dios ama bien, amará al prójimo. Herido me has con uno de tus ojos. No hay cosa con que más aina se alcance de Dios que con amor; no sabe Dios defenderse del corazón que le ama porque no quiere. No hay ballesta que tan presto hiera. ¡Niña y tanto amor! Cristo dice: «Adonde está tu tesoro, ahí está tu corazón; si el ojo es derecho, el cabello no es más de uno; porque si la intención es derecha a Dios, no hay más de un pensamiento, todo se emplea en Dios. ¿Qué tal es tu tesoro? Tesoro de lodo y de carbones; si lo has puesto en la tierra, carne y vanidad, o en el viento de la honra, ruin tesoro. Donde está lo que amas allí está tu corazón».

¿Qué haré, Padre, que me siento a rezar y estoy seco como un palo sin devoción? Hermano, mira que a lo que amáis se va vuestro corazón; poned vuestro tesoro en el cielo y vuestro corazón se irá tras lo que amáis. Si el amor está enredado, ¿cómo tendréis el espíritu recogido? ¿La niña un amor? ¡Quién te viera cantar los Salmos con mayor espíritu que el mismo David que los compuso? (Psalmus LXXII): *Quid mihi est in cœlo?* ¿Qué tengo yo, Señor, en el cielo, y de Ti, qué quiero sobre la tierra? Dios es mi ración.

Una cosa quiere Dios, que mi ración sea de amor puro, y porque no tenía más de un Dios, no tenía más de un amor. En Dios pensaba cuando comía y cuando hablaba, dondequiera que anduviese siempre andaba pensando en Dios. De la cual, los ángeles admirados decían (Cantares, VIII): *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto?* Señor, vergüenza me cae de decir estas palabras, mas quítese esta vergüenza con ver que ésta que tan bien oraba es carne de nuestra carne. ¿Quién es ésta que sube del desierto como varita de humo? ¿Qué tal sería la oración de la Virgen, pues se maravillan los ángeles? ¿Quién es ésta que sube como humo? Humo, no de leña verde, ni que hace llorar, como el de las nuestras, que pedimos venganza de nuestros enemigos y cosas de tierra; ése

es humo que hace llorar; no es vara que sube arriba, sino como es tierra, en la tierra se queda.

¿Pues qué tal es la de la Virgen (Cant., III): *Ex aromatibus mirrhæ*. Humo de incienso, de menjuí, y de estoraque, y de odorífera poma; tales eran los pensamientos de la Virgen. San Bernardo: «Algunos tienen acto de oración, y no vida de hombres que oran». De todo polvo que huela bien ha de ser la oración buena, acompañada de buenas obras de caridad, de ayunos y de disciplinas. Porque, ¿qué aprovecha un rato llorar si lo demás es parlar? ¿Qué aprovecha que tengas un rato de oración de noche, si el día lo gastas en risas y vanidades? Esa vida no es de hombre que ora, porque el que verdaderamente ha de orar, hase de guardar todo el día no ofenda a Dios, y ha de andar siempre pidiendo a Dios Nuestro Señor: «Dadme más de vuestro conocimiento». ¿Porque cuándo seréis ricos, si no juntáis la blanca de hoy con la de mañana y de ayer, y la guardáis muy bien?

De aquí nace aprovechar tan poco los hombres en el espíritu en tanto tiempo. Y el mismo San Bernardo dice: «Más gente hallarás que de mala se torne a buena, que de buena en mejor. Parécenos que estamos seguros con no cometer pecados mortales». Despiértanos Dios para que le sirvamos, y no ha acabado de despertarnos cuando nos tornamos a dormir y caer en nuestras flojedades; oración tenía la Virgen, y vida conforme a ella, porque la que sale de corazón descuidado abajo se va. Pues tiene la Virgen su pensamiento tan recogido, buena es para pelear, pues tiene armas para vencer a Dios; ahora entremos en la pelea.

Quien quisiere ver justas y correr toros, véalas. Quien quisiere ver grandes escuadrones de gente, véalos; no parezca bien otra cosa a mis ojos sino ver una niña de tres años, de una parte una doncella encerrada, de otra Dios. ¡Oh, juego tan bienaventurado, y quién viera la niña luchar con Dios, harto mejor que el Patriarca Jacob! Mas éste no luchó más de una noche, y con un ángel, pero hízolo cuerdamente, que para haber de luchar echó a sus mujeres, y pastores, y ganado, y bestias por

delante, hízolos pasar el río, y él quedóse solo de la otra parte aparejado para bien luchar. ¿Queréis vos bien orar? Echad delante de vos todo lo que os impide; decid a todos los negocios: «Apartaos de mí, que voy a negociar con Dios». Y si es desacato a un Rey o señor estando hablando con él volveros a otras cosas, ¿qué será estando hablando con Dios, andar con los pensamientos acá y acullá? Jacob una noche sola, y solo luchó; luchó la Virgen, mas recogido el corazón; aparejado luchó Jacob, pero más aparejada la Virgen. Y así dice el Esposo (Cantares, IV): *Hortus conclusus:* huerto cerrado, esposa mía, amiga mía, huerto encerrado, cercado el cuerpo en el monasterio, encerrados los ojos y orejas, y encerrados los pensamientos dentro de sí.

¡Quién viera la niña levantarse de noche a obscuras, y sentarse a un rinconcito, y comenzar con su corazón a combatir a Dios! (Cant., IV): *Domine, si inveni gratiam in oculis tuis, dimitte eis.* Sé que Moisés así oraba; ¿pero qué va de oración a oración? Buena la de Moisés, mejor la de la Virgen. Señor, si hallé gracia delante de Ti, haz esta misericordia con los hombres, remedia las almas que están perdidas. Venga, Señor, el Cordero, venga el Deseado de las gentes. Remédianos, Señor; venga el agua que fecunda la tierra. Rogaba la Virgen al Señor que enviase a su Hijo para ser sierva de la que fuese su Madre; quería ella ser sierva, y era la Madre; ¡quién viera qué respuesta le daba Dios! Gusanillo eres, hormiga eres que andas por la tierra, y está la Virgen rogando por ti en el cielo: Señor, misericordia para aquel que me llamó, y perdón para aquel que se encomendó a mí. ¿No veis que éste hecho tal pecado y merece castigo? Ese es el golpe, no merece ese hombre misericordia.

Esos son los golpes que la justicia de Dios da a quien se pone a rogar por otro. ¡Quién os viera replicar! ¿Qué réplica tenéis? Señor, ¿vengo yo delante de Vos a alegar de justicia, o a pedir misericordia? Bien veo que merece castigo, mas pídoos yo misericordia. Señor, o borradme del libro de la vida, o perdonad a éste. Si tuvo caridad Moisés para pedir esto a Dios, ¿no la tendrá la Virgen? Venga

la maldición de la pena sobre mí, y sobre ellos vuestra bendición; yo os ofrezco mi vida y salud; castigadme a mí y perdonad a ellos; yo os ofrezco mi honra, tratadme como quisiéredes, y sed piadoso a estas piadosas entrañas. ¿No creeré yo esto de vuestras entrañas, pues las tenéis más piadosas que las de Moisés, y pedía él esto a Dios? ¿No creeré yo, Señora, que te apiadarás de los pecadores, que te crió Dios para ellos? Mil veces ofrecía la Virgen su vida por los hombres: si anduviésemos la boca por el suelo por amor a ella, era poco; si la amásemos y derramásemos sangre, y perdiésemos la vida, era poco. ¿Que ofrecéis, Señora, por los hombres vuestra vida? Poco es, otra vida ofreció ella, que amaba mucho más que la suya. Dente gracias los hombres, Señora, siempre. Sabía ella que la voluntad de Dios para que el mundo se remediase era que muriese el Hijo; que muera mi Hijo, pues que Vos, Padre, lo queréis. ¿Qué sentirías con dolor de Madre? Hágase, Señor, vuestra voluntad. ¿Qué te debemos? Quien supiere estimar qué tanto amaba la Virgen a Jesucristo, éste sabrá estimar cuánto la debemos.

Así oraba la Virgen al Señor: «Señor, si el mundo merece castigo, venga sobre mí, y haced en ellos misericordia». San Bernardo dice: *Tepida est omnis oratio, quam non præcedit inspiratio.* Testigos hartos habrá de esto aquí; fría es toda oración cuando no la mueve inspiración del Espíritu Santo; órase fríamente cuando no viene primero el soplo del Espíritu Santo. San Pablo (Rom., VIII): «El espíritu pide por nosotros con gemidos que no se pueden contar.» Y otra vez San Pablo: «El Espíritu Santo, que está dentro de nosotros, nos enseña a orar». Hacemos reventar el corazón, que muchas veces no sabe el hombre porqué llora; pide el Espíritu Santo con gemidos que no se pueden contar, ni el mismo que los da los entiende; no se os dé nada que no lo entendáis, que aquel Dios que os los inspira los entiende, y hace que pidáis conforme a lo que El quiere. ¡Qué tales serían, Virgen, vuestras oraciones, pues eran movidas por el Espíritu Santo!

Pues si el mismo Dios la enseñaba a orar, claro está

que oiría las oraciones de la Virgen. Alcanzó con Dios más que Jacob, más que Moisés. ¿Qué pide Moisés a Dios? Señor, que tengáis las manos quedas, que no castiguéis este pueblo; en fin, por aquel tiempo ató las manos a Dios para que no castigase a su pueblo, y la Virgen átale las manos con sus oraciones para que aparte su ira y enojo de los hombres. Un hombre santo que alcanza de Dios si quiere quitar la hambre del mundo, dícele: «Señor, suplícoos no enviéis hambre al mundo por vuestra misericordia». Aquel que está con dolores, quitádselos, Señor, quitadle aquellas penas. Señora, ¿qué alcanzaréis vos? Señor, que quitéis los dolores; alcanza que reciba El penas y dolores por los hombres.

A la prisa de las oraciones de la Virgen responde Dios. Tráelo de los cielos a la tierra, entra en su vientre, ármale de unas armas y carne tan delicada, que le fatiga la hambre y la sed, y el cansancio, y le punzan las espinas, dándole cinco mil y tantos azotes, y El que tenga las manos quedas y que calle, y le hinchan de dolores, y que diga al Padre (Luc., XXIII): *Perdónalos, Señor.* ¿Quién no puede alcanzar delante de Dios negocio tan grande mediante las oraciones de la Virgen? Dice Dios (Matth., XV): «Mujer, grande es tu fe; hágase como tú quieres.»

Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra homines? (Génes., XXIII). Iba Jacob medroso de su hermano Esaú. Jacob, habéis luchado con el Señor, fuerte contra Dios, ¿cuánto más lo seréis contra vuestro hermano? Virgen, ¿quién se pondrá delante de tu poder? ¿A quién no vencerás, pues a Dios has vencido? De ahí nace que los demonios tiemblan de la Virgen, huyendo de Ella en nombrándola; es espantable su nombre contra ellos. El perseguido del demonio recurra a la Virgen con fe, que luego será librado de él. Uno de los principales remedios contra el demonio es recurrir a la Virgen. ¿Qué os espantáis que estando con aquellas doncellas las prevaleciese a todas, y se enseñorease de ellas? La que tales lágrimas derramaba, ¿qué conversación os parece que tendrá? ¿Qué alegría mostrará en el rostro, que aun acá un hombre cuando sale de la oración en la cara se lo ve-

réis? Esposas de Cristo, devotas de la Virgen, ninguno vió a la Virgen enojada. Y aunque no mostrase el enojo en la cara, no entendáis que se iba al rincón a enojar, que aunque disimulaba por de fuera no tenía enojo en su corazón.

Aprended de mí—dice el Señor—*que soy manso y humilde de corazón* (Matth., XI); tal lo tenía la Virgen: mansa, blanda con todos, buscar el lugar postrero: ¿no sería Abadesa? Dios nos dé su gracia para que entendamos esto. Ruegan al Hijo que sea Rey, no quiere y vase huyendo; no le hallaron. ¿Porqué no queréis ser Rey? ¿Podrános por ventura engañar o torceréis la justicia? ¿Porqué no queréis? ¿Caeréis por ventura en pecado? No. ¿Pues porqué huís de la cosa tan segura? Huye el Señor de las dignidades para darnos a entender que si el que estaba tan seguro huyó, que el malaventurado gusano huya de las ocasiones; el enfermo que hiciere del sano: «No me hará mal el sol ni el aire, bien puedo comer de lo que quisiere que ya estoy bueno;» el enfermo que se quiere tratar como sano, presto tornará a caer, y la experiencia le dará a entender cómo era enfermo y no sano.

Juicio durísimo—dice Dios—*será hecho a los que tienen mando, cuanto más si se dan dineros por ello.* (Sap., VI.) Vended vuestro Regimiento, vuestra Veinticuatría. Loco, ¿dónde están tus ojos, ves una motica en tu viña y en tu olivar, tienes tanta cuenta en tus dineros, y en tu salud tienes tanta vigilancia que andas mirando: «Esto me dañará, estotro me aprovechará», aun en las cosas muy livianas, y en lo que toca a tu ánima tanto descuido? ¡Ves una motica, y no ves un monte muy grande! Lastimera cosa es ver unos hombres tan astutos, que en cosas hay que bastan a partir un cabello, y tan necios en lo que tanto les va. ¿Qué cosa hay más necia que decir: «Toma dineros porque me juzgue Dios con juicio duro». Porque ¿qué es decir: «Vendedme vuestra Veinticuatría», sino en buen romance: «Toma mil ducados porque me deis con que vaya al infierno?» No te contentas, triste de ti, con juicio duro, sino que a tu costa quieres comprar

juicio durísimo porque tornas oficio que no mereces?

La Virgen, persecuciones pasó; pero léese de Ella que estaba alegre en las persecuciones; una Virgen con tanta lumbre en el entendimiento, tanta fuerza en la voluntad, tanta humildad, ¿qué mal os estuviera, Virgen, que en este mundo os mostrárades, pues que tan segura estábades de caer? Llegaos que haga milagro. Hacen milagros Santos que están tan lejos de la Virgen como el cielo de la tierra: ¿por los Santos chiquitos tantos milagros, por vuestra Madre no? Sospecho que se echaba la Virgen a los pies de su Hijo, porque en esta vida no quería hacer milagros por la grandeza de la humildad que tenía: rogaba Ella esto a su Hijo: «No me conozcan, no haga cosa que suene a gloria ni honra». Bien conocíades vos nuestra flaqueza, que somos amigos de nuestro daño, de lugares altos. «Déjame, que tengo de ser dechado de mucha gente que después de mí han de venir; tengo de ser dechado de casadas, viudas y doncellas, para darles ejemplo que amen el lugar postrero; aunque lo pudiera hacer a mi salvo no quiero». ¡La humildad de la Virgen, la esclava del Señor! Y así creo que la primera sería en obedecer, y que tomaría la escoba para barrer, y siempre haría los oficios más bajos.

¡Oh, quién viera a esta Virgen cómo trataba a aquellas que tenía en su compañía! ¿Qué doncella se llegó a esta doncella que fuese desconsolada? Cuando alguna estaba desconsolada y se venía a Ella, ¿cómo rogaba a Dios? «Señor, remedio te pido, y suplico des a esta desconsolada». ¿Quién se llegó a ti que no le fuese bien de ello? No es mucho que fuese fuerte para los hombres la que lo fué con Dios, y así creo que tenía presos los corazones de todos. Sacada del monasterio, cásanla; casada, virgen vivió todos sus días. ¿Creéis que cuando vivía en el monasterio de las vírgenes la querían todas bien? ¿Creéis que alcanzaba mercedes de Dios para ellas? De creer es, pues que estando tan lejos de nosotros hay tantos que la quieren bien. Pregúntoos que me digáis, ¿cuántos corazones de cristianos hay ahora que pasarían muerte por la honra de la Virgen? Esto es verdad: ¿qué es eso?

¿Cómo queremos tanto a la Virgen? ¿Cómo hay tanta gente que la ama y que tiene a María escrita en su corazón? Señora, si pudieron tus virtudes prender el corazón de Dios, ¡qué mucho que prendan el de los hombres! Tu cuello torre es (Cant., IV): *Turris David, mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium.* ¿Quién es la cabeza? Cristo. ¿Quién es el cuerpo? La Iglesia. ¿El cuello quién? La que traba el cuerpo con sus oraciones, el cuerpo con la cabeza, medianera entre Dios y los hombres, más alta que nadie, y cerca de Dios en bondad y alteza, y cerca de nosotros por misericordia, más alta que nadie pero más baja que todos en sus ojos. El cuello de la Virgen torre es (Can., VII): *Collum tuum sicut turris eburnea.* En este cuello mil escudos penden donde se arman los fuertes, y a ella se acogen los flacos.

¡Qué cosa, y cosa! ¡Cuántas doncellas ha habido que les rogaba el mundo con casamientos ricos y estados, y prevaleció tanto en ellas el amor de la Virgen, que lo desecharon todo y dijeran: «Por amor de la Virgen yo prometo a Dios y a Ella virginidad!» (Psalm., XLIV): *Adducentur regi virgines post eam.* En hora buena Ella fué Virgen, y en hora buena entró en el monasterio. Serán traídas al Rey muchas vírgenes después de Ella por amor de Ella, por querer seguir su virginidad. Quien tiene guerra con su carne, sepa que en ella se arman los fuertes, y vénzanla con el amor de la Virgen. Si sois flacos para ayunar sus vigilias, que os hagáis fuerza.

¡Cuántos mártires por el esfuerzo de esta mártir fueron mártires, acordándose del sufrimiento que ella tuvo al pie de la Cruz, y decían: «Quiero tener paciencia en mis trabajos, pues que esta Virgen tanta tuvo en los suyos!» ¡Cuántas madres se consolaron en la pérdida de sus hijos, acordándose del Hijo que esta Virgen vió morir ante sus ojos! ¡Y cuántos pobres se consolaron en su pobreza y trabajos! ¡Cuántos perdonaron sus injurias porque la Virgen perdonó a quien mataba a su Hijo! Para sufrir y perdonar y ser vírgenes hay ejemplo en la V Señora, ¿y los flacos no hallaremos algún remedio en vos para nuestra flaqueza? Si la carne te tienta, llama a María.

Bendito sea Dios; no habéis mirado esta maravilla; un hombre y una mujer que tienen tal virtud, que mientras más los amáis, sois más casto. ¿Quién pegó castidad en el corazón de un hombre amando mucho a una mujer? Pues veis aquí una Virgen que mientras más un hombre se enamora de ella será más casto. Dió Dios una carne a Jesucristo y a la Virgen (que toda es una) virginal, que basta para santificar otras carnes. La mujer que se enamora de Jesucristo, por El mismo será casta, y mientras más de El se enamore, más casta. Unico remedio contra las tentaciones de la carne, recibir con limpieza el Cuerpo de Jesucristo. Decirme habéis, ¿los flacos, y personas que reciben mucho al Señor, porqué no son castos? Porque no reciben bien el Cuerpo de Jesucristo; porque si bien lo recibiesen no dejarían de tener limpieza.

De Adán nos vino la suciedad de su carne; pues más limpia es la carne de Jesucristo, que sucia la de Adán; y si bien la recibiésemos, más nos limpiará que nos ensució la otra, sino que la recibimos mal. ¿Qué haré, que soy tentado de la carne? Ten a la Virgen por abogada, que huele a incienso muy bien, que en las plazas derramó su olor. La Virgen huele a mirra que mata los gusanos, que es significada por la castidad, que mata los gusanos de la suciedad; porque si fueres devoto de Ella, sentirás deshacerse las tentaciones como la cera delante del fuego. Llama a la Virgen y dile: «Señora, porque os hago servicio, yo pelearé con amor contra amor, contra el amor de mi mala carne, con el vuestro». Y la Virgen tiene armas para flacos y tentados de desesperación. San Bernardo: «En todas tus necesidades y trabajos llama a María, que si contra Dios pudo, ¿no podrá contra tus enemigos? Y si camináis por el mar tempestuoso de este mundo, mirad al Norte, mirad a María; aquel solo no la llame que la llamó en sus necesidades de todo corazón y no le socorrió».

¿Pensáis que es ser devotos de la Virgen, cuando nombran a María, quitaros el bonete no más? Más hondas raíces ha de tener su devoción, que así dícese de esta Señora (Eccl., XXIV): *In electis meis mitte radices;* ¿qué

raíces? Una gran devoción de corazón con la Virgen; y quien ésta no tiene, no descanse hasta que la halle. Una de las señales de los que se han de salvar es tener gran devoción a la Virgen. En mis escogidos, Madre, echa raíces; ¿cómo alcanzaré esta devoción? ¿Cómo sus padres que eran tan estériles alcanzaron a Ella de Dios? Tan estéril es vuestro corazón, como sus padres lo eran para alcanzar tal hija; ¿pues cómo la hubieron? Con ayunos y lágrimas, y oraciones, y guardando muy bien la Ley de Dios; y en pago de esto les dió Dios a María. ¿Qué haré para tener devoción con la Virgen? ¿No la tenéis devoción? Harto mal tenéis, harto bien os falta; más querría estar sin pellejo que sin devoción de María. En mis escogidos echa raíces; ¿qué haré para alcanzar eso?

Que deis limosnas, que cuando veis una hija de vuestro vecino, que por necesidad se ha de perder, que digáis: «Quiero meter esta doncella monja o casarla por amor de la Virgen; quiero ayunarle los sábados sus vigilias a pan y agua, o como pudiéredes; quiero rezar este Rosario por su amor; que tal es el amor de esta Señora, que aunque derraméis la sangre, es bien empleado por Ella». Ten delante del Padre a su Hijo, y delante del Hijo a su Madre; ofrece el Hijo al Padre, y di: «Señor, ofrézcoos lo que me disteis; por sus llagas habed, Señor compasión de mí». Si tuvieres devoción en aquellas llagas, y la ofrecieres a su Padre con fe que te ha de oír, gran bien tienes; porque si no te aprovechares de Jesucristo y de sus trabajos, contárseos ha a gran ingratitud; que los beneficios hechos a los desagradecidos, por perdidos se cuentan. Dios murió por ti, y no lo sientes, y no te aprovechas de ello; tanto es de tu parte como si no muriera; antes será para gran daño tuyo, que te serán demandados sus trabajos muy terriblemente; sino decid: «Padre, mucho te debo, por tu Hijo me haz esta merced».

Así como el Padre nos dió grandísimo don en darnos a su bendito Hijo para nuestro remedio, así también el Hijo nos dió gran don en darnos a su bendita Madre por abogada nuestra.

Sé que cuando El dijo a San Juan al pie de la Cruz (Joann., XIX): *Ve ahí a tu Madre*, en nombre de todos dijo; allí entramos todos los cristianos; danos Dios a su Madre por Madre, agradezcámoselo, y agradézcanselo los ángeles. Si esto hiciéredes, si pusiéredes al Hijo delante del Padre, y a la Madre delante del Hijo, gran señal tenéis de salvación. ¿Qué haré por la Virgen? Muchos bienes me ha dado Dios por Ella; ¿qué haré por Ella? Acuérdaseos de aquellas bodas cuando faltó el vino, que dijo la Virgen a su Hijo: «Hijo, no tienen vino, compasión, tengo de ellos». Díjole Nuestro Redentor: «Mujer, ¿qué tengo que ver contigo?» Bien lo entiendo; vase a los que servían las bodas (Joann., II): *Quodcumque dixerit vobis, facite.* «Todo lo que os dijere mi Hijo hacedlo». ¡Qué breve sermón, mas muy compendioso! Aquí predicó tanto como Isaías, San Pablo y San Lucas, y todos los Apóstoles y Profetas (Prov., VIII): *Nunc, filii, audite me;* oídme lo que os quiero decir, quizá de boca de la Madre se imprimirá en vuestros corazones; «todo lo que mi Hijo os dijere hacedlo», y así el mayor servicio que le podéis hacer, es hacer lo que manda su Hijo. Señora, por vuestro amor perdono esta injuria. Tenéis amor malo a mujer, quiero apartarme de ella por vos; quiero callar, silencio quiero tener por amor de vos; aquello que más me duele hacerlo o dejarlo de hacer, ofrecedlo por la Virgen, que quererla bien y no imitarla poco aprovecha. Imitémosla en la humildad y en las demás virtudes; porque Ella es el dechado de quien hemos de sacarlas, y haciendo esto nos alcanzará gracia y después gloria.

TRATADO SEXTO

DE LA FESTIVIDAD DE LA VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA NUESTRA SEÑORA

Verba Sapientium, quasi clavi in altum defixi.

«Las palabras de los sabios, como clavos hincados en alto.»

(Eccl., XII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



osa es de maravillar que siendo las palabras cosa de tan poco tomo y tan livianas, pues son aire herido, tengan tanto tomo que sean clavos y muy hincados. Livianas en substancia, más de tomo son en el mal que hacen si son malas, o en el bien si son buenas (Matth., XII; Prov., XVIII): *Ex verbis tuis justificaveris*, etc. *Vita et mors in manibus linguæ*. Veces hay que se pierde una casa, pueblo o ciudad por una lengua mala; y con la lengua mala podéis quitar a uno la hacienda, honra y vida, y sobre todo, ¡ay de aquel que quita a su prójimo a Dios con mal consejo y persuasión! No son vuestras palabras, Virgen, de esa manera, sino *Verba sapientis*. Palabras de la Virgen trajeron a Dios para Ella cuando por el *Ecce ancilla* encarnó Dios en Ella, y por sus palabras vino Dios a nosotros. Si no, mirad en la Visitación de Elisabet, que hablando Ella recibió el niño aceleración de libre albe-

drío, y recibió la gracia, como quien no dice nada. Entonces conoció a Cristo, y se gozó, y lo adoró, y recibió la gracia, y fué limpio del pecado original; que cuando del vientre salió, santo salió, y por eso se celebra su nacimiento, y así son suyas aquellas palabras (Isaí., XLIX): *Ab utero vocabit me, et de ventre matris meæ recordatus est nominis mei.*

¿Cuál es vuestro nombre? *Joannes, gratia*, y esa se le dió por la habla de la Virgen. Si tan provechosas y fuertes son vuestras palabras, Señora, que con ellas se da gracia, *recordare Virgo mater, cum steteris ante Deum, ut loquaris pro nobis bona, et avertas indignationem suam a nobis.* Si estando en la tierra desciende el Espíritu Santo en el niño hablando la Virgen, mucho mejor descenderá rogándoselo Ella desde el cielo do está. Si el gran pregonero de Cristo, San Juan, primero que salga a predicar toma la bendición y salutación de la Virgen, ¿cómo osaré yo enseñar, si no habla Ella por nosotros en el cielo? Eliseo, aunque Profeta, no se siente devoto para profetizar si no le traen uno que le cante. ¿Cómo yo predicaré si no oigo esta gran cantora, que cantó el suavísimo canto del *Magnificat?* (Luc., I.) Visitadnos, Señora, con vuestra intercesión, hablad por nos a Dios para que yo hable bien de Dios, y los hombres oigan y sean alumbrados por merced vuestra.

El ejemplo de todos los hombres que se han salvado y salvarán, Cristo es, y así llamó El (Joann., VIII): *Lux mundi*, y por consiguiente, sol. Y cuando uno está más cercano a El en santidad, tanto más participa de su luz, y tanto más claro nos enseña el camino para Dios. Y como entre todos los cercanos a El ninguno haya tanto como su Madre, nadie como Ella nos enseña las virtudes con que le hemos de agradar. Y quien bien mirare la vida de la Virgen, verá en Ella una grandísima semejanza de la de su Hijo Nuestro Señor, porque convenía que así como ningún parentesco hay tan cercano como entre madre e hijo, y se suelen parecer mucho en el rostro, y particularmente fué esto entre Nuestra Señora y su Hijo, así convino que en lo espiritual ningún paren-

tesco ni semejanza hubiese tan grande entre hombre y Cristo, ni entre ángeles y Cristo, como entre esta Madre y su Hijo (Prov., XXXI): *Multæ filiæ congregaverunt sibi divitias: tu supergressa es universas*, y estas hijas son todas las hijas de la Iglesia, no sólo desde el principio del mundo hasta el fin en la tierra, mas todas las hijas de la Iglesia del cielo, que es una con la de la tierra, y tiene una cabeza, que es Cristo.

Señora la llaman en el cielo, y ventaja no la conocen aun los serafines en el amor y en la gracia. Ninguna conjunción con Dios tan grande después de la unión personal como ser Madre, y ninguna conjunción tan grande en la gracia como entre esta Madre y su benditísimo Hijo. Que aquel *Benedicta tu in mulieribus* (Luc., I) que le dijo el ángel del cielo, y el que le dijo hoy Elisabet, mujer de la tierra, esto nos dice que tiene bendición sobre ángeles y hombres, y más gracia que ellos, y por consiguiente, más gloria. Mirad bien y veréis que si Cristo es virgen, la Madre virgen, y antes que El lo predicase que era mejor virginidad que casamiento, ya Ella lo había propuesto y aun prometido. El predicó pobreza, Ella la obró, dando por Dios lo que le dieron los Reyes. ¡Qué de veces predicó el Señor humildad y caridad, y cuántas veces lo obró primero la Virgen, como enseñada de aquel que en su vientre estaba! Mucho nos maravillamos ver que el Señor lavó a sus discípulos los pies, que nos da a entender humildad y caridad; y es aquello una admirable obra que Cristo al fin de su vida quiso hacer para ejemplo nuestro; mas mirad el lucero que vino primero que el sol, y veréis su profunda humildad y caridad en visitar hoy a Santa Elisabet.

Así como para ver cuán grande humildad fué la del Hijo de Dios en abajarse, dice San Juan, primero cuánta era su alteza (cap. XIII): *Cum omnia tradidisset et Pater in manus*, así para saber bien ponderar la humildad de Ella mirad primero cuán alta es Ella. Señora, ¿no os acordáis a quién lleváis en vuestro vientre encerrado, que es tal que por ser Vos su Madre sois la más alta criatura de la tierra y del cielo; y es razón, que Vos a nadie,

y todos os sirvan a Vos? Aun si fuera antes de haber concebido tal Hijo, que os da a Vos nombre sobre todo nombre que a criatura pura se debe, que es ser llamada Madre de Dios, no fuera tanta la humildad con que os abajáis, porque no fuera tanta la alteza que teníades; mas siendo Vos, Señora, tan alta y ensalzada con título de tanta grandeza, haceros Vos pequeña con la humildad, es cosa, después de la humildad de vuestro Hijo, la más alta de todas, porque Vos que os abajáis sois la más alta de todas. La Escritura dice (Eccl., XXV): *Odit Dominus pauperem superbum.* Porque para eso le da Dios la pobreza, porque descienda de la soberbia y se humille; y no lo haciendo, es su fealdad más aborrecible, porque es soberbia sin ocasión, y no con ocasión. Como la soberbia de éste es más abominable, así la humildad del rico es más amable; porque como el otro tenía ocasión de ser humilde y fué soberbio, así éste la tenía de ser soberbio y es humilde.

No es mucho, no, que nosotros nos humillemos, pues tenemos tantas pobrezas que nos convidan a ello; mas en la Virgen, donde todo es limpio, blanco más que la nieve, sin ninguna mancha de pecado, allí tanta humildad es cosa digna de admiración, con la cual se hizo amable a Dios y lo atrajo a sí; palabras son de la Virgen (Luc., I): *Quia respexit humilitatem.* Ora sea como el original dice, *parvitatem,* ora como los santos latinos nos lo exponen por virtud de humildad, todo viene a una. Y es cosa de ponderar que ni alega fe, ni esperanza, ni caridad, que son las mayores de las virtudes, sino *respexit humilitatem,* porque aunque ésta no es mayor, e fundamento y es causa de conservación de las otras. A los humildes da gracia el Señor, y si la da a ellos muestra quererlos bien; de manera que el perder uno la gracia, señal es de haber perdido la humildad (Psalmus XXXV): *Non veniat mihi pes superbiæ et manus peccatoris non moveat me.* Si no tienes aquel mal pie, no temas esta mala mano: *Ibi ceciderunt omnes qui operantur iniquitatem.* Y no sólo en perder la gracia, *gratum faciente,* mas en perder el gusto de gracia. Y así esta regla

tenía San Bernardo, que cuando le faltaba la devoción decía: *Superbia inventa est in me, et declinavit Dominus in ira a servo suo,* etc.

Y lo que es mucho de mirar, que ama tanto Dios que el hombre sea humilde, que aunque sea a trueque de permitirle caídas, le permite caer porque sea humilde: *Punit Deus latentem superbiam manifesta libidine,* dice San Agustín, y vese en Nabucodonosor, porque por la soberbia fué echado de entre los hombres a morar con las bestias, y así anduvo siete años hasta que conoció y adoró a Dios, y dijo que a quien él quiere dar el reino, de aquél es, y se retractó de lo que había dicho, que en la fortaleza de su brazo había edificado a Babilonia. ¡Oh, cuán de verdad se cumple esto en los soberbios, que les quita Dios lo que les había dado, porque no conocían ni agradecían que El se lo había dado, y permíteles caer en pecados, no humanos, sino bestiales, hasta que los desatina y hace desconfiar de su saber y fuerzas, y díceles (Dan., IV): *Septem tempora mutabuntur super te!* ¡Oh, qué de cosas pasan en aquellos siete tiempos hasta que uno se humilla a Dios y a los hombres por El! ¡Qué de golpes, tentaciones, caídas, hasta que caiga la soberbia!; y entonces el hombre está apto para ser levantado y para ayudar a levantar a otros. Ejemplo en San Pedro. Y no sólo la humildad alcanza y conserva la gracia, mas es señal que da a entender que está allí la gracia, como al que no la tiene, la soberbia es señal de la ausencia de ella (Eccl., X): *Initium omnis peccati, superbia, et qui tenuerit illam, adimplebitur maledictis.* Dice la glosa: *Vitiis.* No suelen andar solos los grandes, ni tampoco la soberbia anda sola, y así la humildad no se halla sola. *Evidentissimum electorum signum humilitas, et reprobatorum superbia,* dice San Gregorio, y esto se nos da claro a entender en que la Virgen, concibiendo al Hijo de Dios, luego hace acto de humildad en ir a ver y servir a la que era menor.

¡Oh, cosa maravillosa, que el lleno de Dios se humille más a servir a su prójimo, y se desprecie más en sus ojos, y cuanto Dios más le alza más se abaja! Hechura

es ésta del cielo, que en la tierra no se usa esto; mas la Virgen hízolo como enseñada de Dios, y debémonos mucho maravillar de ello, mas no contarlo entre aquellas obras que dice San Gregorio: *Quæ sunt admiranda, non imitanda;* que si la humildad del Hijo nos manda que la imitemos, también la de la Madre.

Imitemos todos la humildad de la Virgen, pues es espejo de todos. «Mirad—dice San Jerónimo—a la que amáis, y honremos con la imitación a la que honramos con reverencia». «Aprenda—dice San Ambrosio—la doncella de servir a las viejas, de honrarlas y estimarlas; porque es mucha razón que cuanto la doncella es más limpia sea más humilde; y así pueden y deben aprender los mayores, y aprovechar y humillarse los menores». (I Petr., II.) *Subiecti omni humanæ creaturæ propter Deum, omnes invicem humilitatem insinuantes.* Dice San Pedro que si este consejo se tomase no habría los males que hay. De la soberbia todos los males, de la humildad todos los bienes (Matth., XI): *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem.* Por el contrario, los desasosiegos de la soberbia vienen por vengar, por cumplir con fausto vano. Desdichado del soberbio que pierde a Dios y pierde el descanso.

Quien a Dios tiene, en la humildad se conoce: como el grano de peso a lo hondo se va, el vano nada a lo alto del agua; y el árbol lleno de fruto, encorvado está hacia abajo con el peso; el de hojas solas, enhiesto y lozano está. No creáis que hay santidad sin humildad, ni aunque seáis subido al tercer cielo como San Pablo, si no os tenéis por digno de infierno en cuanto es de vuestra parte; que por falta de esto está el mundo lleno de herejes, teniéndose en más que los Santos pasados y que toda la Iglesia. ¡Oh, caso para espantar, que una gente tan profana y carnal se tenga en más que tantos Santos de vida tan sobrehumana, que son como ángeles en comparación de unas bestias! «No deja—dice San Agustín—de crecer uno a otro en las cosas de Dios, sino porque se tiene por mejor que él»; pues ¿quién se osa cotejar ahora con los Santos pasados? Pues las piedras dan vo-

ces, ¿cuánta diferencia va? Y pues aquéllos fueron más amigos, a aquéllos reveló Dios sus secretos; que cada uno descubre su corazón a su amigo mejor que a quien no lo es (Joann., XV): *Vos autem dixi amicos*, etc.

Y en los negocios de Dios poca parte es ingenio, ni estudio, ni lenguas, sino el magisterio de Dios, y esto mejor lo ha dicho Dios a su Iglesia, y a Santos, vírgenes, mártires, y de grandísima vida, que a una gente perdida; porque si conocimiento de Dios hay en la tierra, éste tienen los amigos de El; mas es tanta la ceguedad de la soberbia, que no deja ver aun lo más claro. No está allí Dios, cuyo espíritu es humilde y manso; mas el espíritu del soberbio Lucifer es, y Rey de soberbios. Quien quisiere tener alguna conjetura de que tiene a Dios, sea humilde e imite a la Virgen, que siendo encinta por obra de Dios va a visitar a la que lo está por obra de un hombre; no va a parlar, no va por callejear, no va por enseñar sus vestidos y hermosura, sino a servir a la vieja y embarazada, que a esto han de ser las visitas y entrada; no contó nuevas, no dijo mal de ausentes, sino servía de obra y edificación de palabra, aprovechando a la madre y al hijo.

Acordaos de esto, señoras; cuando fuéredes a visitaros, sanas o enfermas, sea para edificación, no para traer más pecados. ¡Oh, dichosa persona a quien, Señora, visitas! ¡Oh, cuán de verdad dirá (Job, X): *Visitatio tua custodivit spiritum meum!* Pues que de nuevo lo da no es mucho que lo guarde. ¡Oh, dichosa la casa donde entras a visitarla! ¿Qué bien habrá que no le traigas contigo, pues llevas contigo a Dios? Nunca la Virgen andaba sola, todas las virtudes la acompañaban, que la hermoseaban mejor que todo el oro. Acompañábanla los ángeles como a su Reina y Señora; mas mirad a quién lleva en su vientre, y veréis cuán rica y acompañada va para sí, y para darlo a la casa donde entra. ¿Qué bien no dará la que lleva a Dios en sí? Y para que supiesen los hombres católicos, y se confundan los herejes, que es cosa provechosa la intercesión de los Santos, y que por sus ruegos nos hace Dios bienes, quiso Dios que se diese el espíritu

de gracia al niño, por hablar la Virgen, y se diese el espíritu de profecía a la madre.

Porque, decidme, ¿quién dijo a Santa Elisabet que aquella Señora era bendita, lo mismo que el ángel la dijo? ¿Quién le enseñó que era (Luc., I) *Mater Domini mei?* ¿Quién le dijo: *Beata quæ credidisti*, pues fueron cosas que pasaron entre el ángel y la Virgen? Díjoselas Dios, y pudiera decírselas antes que la Virgen viniera, para que la fuera la vieja a visitar o la saliera a recibir, y no fué servido, porque no entendiéramos esta verdad, sino aguarda que la Virgen entrase y saludase a la vieja para que diga (Luc., I): *Ut facta est vox salutationis tuæ.* Por la habla, por el medio de la Virgen les vino este bien, y así parece cuán provechosa nos es su intercesión y el encomendarnos a Ella, y con cuánta razón la debemos suplicar nos visite. ¡Oh, casa dichosa donde, Señora, visitas, y otra vez lo diré (Sap., VII): *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* San Andrés y otro discípulo preguntaron a vuestro Hijo bendito (Joann., I): *Ubi habitas?* Señora, preguntámoos a Vos vuestros indignos siervos: «¿Dónde visitáis? ¿Cómo se llama la casa? ¿Qué señas tiene? ¿Qué haremos para traeros a nuestra casa, para que nos consoléis y se alegre nuestro niño y se alumbre nuestro corazón?» La casa donde visita la Virgen es casa de Zacarías, y saluda a Elisabet. Zacarías quiere decir el que se acuerda de Dios.

Bienaventurado el hombre que de Dios se acuerda, pues le sabe la Virgen la casa. Acordarse de Dios ¿qué será?, que pues tan gran bien es, no debe de ser cosa de muchos. La memoria de Dios, dice San Jerónimo: *Expellit omne peccatum.* La memoria de Dios consuela en las tribulaciones (Psalm. XLI): *Ad me ipsum anima mea conturbata est, propterea memor ero tui.* De manera, que quien peca no se acuerda de Dios de esta manera, para que la Virgen venga a su casa; y esto declara David cuando dice (Psalm. CXVIII): *Memor fui mandatorum tuorum ad faciendum ea.* Acordarse de Dios es acordarse de sus Mandamientos, es ponerlos por obra; y así el que olvida los Mandamientos, olvida a Dios, y el que no los

guarda, aquél los olvida aunque los sepa de memoria. Esta, pues, es la causa porqué no somos visitados de la Virgen, el no guardar los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; pues los unos y los otros son necesarios. Y esto declara Dios por el Profeta Oseas (cap. IV): *Quia oblita est legis Dei, obliviscar et ego filiorum suorum.* ¡Ay de quien de Dios y su Ley se olvida! Qué amenazado está que le será pagado en la misma moneda, que se olvidará Dios de él, como quien no dice nada; de aquí viene llamar y no ser oídos; porque (Prov., XXVIII; Isaí., XLIX): *Qui obturat aurem suam ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis. Numquid oblivisci potest mulier,* etc. *Populus vero meus oblitus est mei, diebus innumeris.*

Con cuánta razón se queja Dios (Matth., XXVIII): *Oblivione datus sum tamquam mortuus a corde.* Harto nos encomendó El: «Acordaos de mí.» Y para esto se quedó acá en el sacramento del Altar; mas no aprovecha, que a El y sus beneficios hemos olvidado. Olvidado tenemos a Dios y a su Ley, y por eso no somos visitados de la Virgen, que Ella así lo siente, pues lo dice (Joann., II): *Quodcumque dixerit vobis facite,* ¡Oh, consejo tan de Madre, y tal Madre! *Quodcumque dixerit,* etc. Así, así se torna la tristeza en alegría, el agua en vino, haciendo lo que el Señor nos manda; así es visitada Elisabet, que quiere decir hartura de mi Dios, que es la buena voluntad con que Dios se harta y el hombre se harta, que aunque la casa se llama de quien de Dios se acuerda, la visitada es la mujer encinta. El acordarse de Dios más pertenece al entendimiento que se acuerda de Dios y piensa en El; mas la hartura a la voluntad, en la cual está el amor. El entendimiento, el varón, la voluntad, la mujer, y ésta es la visitada y bendita (Psalm. CXXVII): *Sicut vitis abundans, in lateribus domus tuæ.* A éste le ganó la Virgen gozo para sus buenos propósitos, que de pocos se hagan muchos, de chicos mayores, y se ofrezcan más a Dios, que le adoren y reverencien. Viene, en fin, con ella la bendición de Dios, como en otro tiempo bendijo Dios a Obededón porque recibió en su casa el Arca

de Dios; y fué tanto lo que Dios le dió, que David, con codicia de aquellos bienes, trajo a su casa el Arca de Dios.

¡Oh, si supiésemos qué bienes tiene quien a la Virgen tiene! Desearíamos y procuraríamos traerla a nuestra casa para ser más y más benditos de Dios; y aquel tiene a la Virgen, que tiene a su Hijo o lo quiere tener; el que está en gracia le tiene, y quien gime sus pecados y los confiesa también le tendrá, que no sólo la Virgen es Madre de los justos, mas también abogada para alcanzar perdón al pecador. Ella es la que cuando Dios está enojado y viene a matar el necio y malo de Naval, sale al camino, y con su palabra, y echada a los pies de David, y ofreciéndole dones, le amansa. Mejor lo hace esto, cierto, que la otra Abigail, y mejores dones tiene que le presentar que la otra, porque ofrecióle tantos panes; mas la Virgen tráele a la memoria que le dió carne humana, que le trajo en su vientre, que le dió leche. ¿Qué maravilla, que pues Cristo es tan agradecido aun a un jarro de agua que dan por El, que lo sea a quien le dió no sólo agua, sino la carne y lo que hubo menester para vivir, vestir y lo demás necesario? ¿Paga a quien da por amor de El, y no a quien le da a El? Y de aquí nace que alcance que se amanse Dios.

¡Oh, quién te viese, Virgen, abogar por los pecadores, y decir que nos perdone Dios, que no sabemos lo que hacemos! Y si no es oída, es porque no la oímos en el sermón que nos predica (Joann., II): *Quodcumque dixerit vobis, facite.* Si Ella está rogando por mí delante de Dios, yo estoy enhiesto en mi voluntad, duro con malquerencia, abominable con deshonestidades; había de estar la lengua orando, está murmurando. Es impedida la oración de Ella por nuestros pecados, ayudemos a la Virgen con nuestra penitencia, y sentiremos el provecho de su Visitación; diremos (Luc., I): *Unde mihi?;* seámosle agradecidos, y Ella dará gracias a Dios por los bienes que nos hace, estará con nosotros hasta que nuestro niño nazca, ayudando a los buenos propósitos para que vengan en obra y tengan vida eterna.

TRATADO SÊPTIMO

DE LA FESTIVIDAD DEL NACIMIENTO DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA NUESTRA SEÑORA Y ES SEGUNDO DE ESTA FIESTA

Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora?

«¿Quién es ésta que se levanta como la mañana?»

(CANT., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



ICEN que un ignorante puede preguntar más que responder un sabio; y si la pregunta del ignorante pone en aprieto al sabio, ¿qué hará la del sabio al ignorante? Preguntó una vez el Señor a sus Apóstoles que le dijesen quién era El: pregunta por cierto bien dificultosa aun para los ángeles, cuánto más para gente que había gastado su vida más en ejercitar el oficio de la pesca que no en predicar teología; y aunque la hubiera predicado, es gran verdad lo que el mismo Señor dijo: *Que ninguno conoció al Hijo sino el Padre y a quien el Padre lo quiere revelar* (Matth., XI); y porque al mundo importaba la salvación, saber los hombres quién es Jesucristo, y ellos no lo podían saber, proveyó el Eterno Padre de lo decir por boca del Apóstol San Pedro, diciendo (Matth., XVI): *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.* Gran pregunta, ¿quién es Jesucristo? Y después de ésta es gran pregunta, quién sea

su bendita Madre. Es tan grande esta niña que hoy nace, que pone en gran admiración a los hombres y a los ángeles, y así como admirados preguntan (Cant., VI): «¿Quién es ésta que nace como el alba que amanece, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, terrible y espantable como escuadrón de gente bien ordenada?»

¿Quién será tan atrevido a responder lo que los ángeles preguntan con admiración, cuánto más sabiendo nosotros tan poco que siendo preguntados de una hormiguita o de un gusanillo aun no sabemos decir todo lo que en ellos hay? Señor benditísimo, vuestro Eterno Padre declaró por boca de San Pedro quién érades Vos: mirad cuánto bien se sigue al mundo de que conozcamos quién es vuestra benditísima Madre que hoy nace. Porque conoceros a Vos, es conocer nuestro Redentor y nuestro remedio, y conocerla a Ella es conocer el camino para gozar de Vos y de vuestra redención. Confesámoos, Señor, que no somos suficientes para conocer ni hablar la menor parte de las grandes riquezas que en vuestra Madre pusisteis; tomad, pues, la mano, pues que sois su Hijo y queréis honrar a vuestra santísima Madre, y sois su Criador y su Dios, que la criasteis y dotasteis de todas las gracias que tiene, y por eso la conocéis muy bien, y la daréis a conocer como hemos menester.

Quæ est ista quæ progreditur, etc. (Cant., VI). Estando un día el Profeta David en contemplación de las obras de Dios con aquella lumbre que Dios para ello da, y sin la cual no se pueden bien conocer, fué tan admirado de la grandeza de ellas, que salió con esta voz y dijo: *Maravillosas son, Señor, tus obras, y mi ánima las conocerá mucho.* Dichoso aquel cuya ánima conociere esta obra de Dios que entre manos tenemos, esta sacratísima niña, en la cual no hay cosa de mano ajena, mas toda hecha por mano de Dios, y por eso toda llena de maravillas, vaso admirable, obra del muy Alto, como el Eclesiástico dice (cap. XLIII): *Chiquita es en sus ojos, mas la dignidad y grandeza suya a todo lo criado excede, con grande ventaja.* «Más alta es que el cielo, dice San Agustín, ésta que queremos alabar; más profunda es que el abismo;

más ancha es que el mar, y su longura es mayor que de Oriente a Occidente».

Maravíllanse de Ella los hombres y los ángeles; viéronla las hijas de Sión, y llamáronla bienaventurada, y las Reinas la han alabado; porque así los ángeles que atalayan a Dios en el cielo faz a faz, como las ánimas muy santas que hay en la tierra, todos le conocen ventaja, y se postran delante su acatamiento, y confiesan ser insuficientes para conocer la grandeza de esta pequeña, y preguntan, si hubiere quien les responda: «¿Quién es ésta que sale del vientre de su madre como alba, que nace hermosa como luna?» No seamos nosotros tan atrevidos a quererles decir a los ángeles lo que ellos no saben; ellos preguntan, y con preguntar nos enseñan, y no haremos poco si con la gracia del Señor supiéremos entender y declarar lo que ellos preguntando enseñan.

¿Quién es ésta que sale como alba, hermosa como luna? De manera que ya sabemos algo de esta benditísima María, que es alba, luna, sol y escuadrón de gente bien ordenado. ¿Porqué alba, benditísima niña? Porque así como el alba no tiene que ver con la noche, así Vos cuando nacéis del vientre de vuestra madre no tenéis que ver con pecado. En el alba ahogó Dios al Rey Faraón y a los suyos en el mar Bermejo, y en Vos, que nacéis como alba, ahogó Dios al demonio y a los pecados, de manera que en ninguna cosa tuviesen que ver con Vos. ¡Oh, niña bendita, cuán segura estáis Vos de que os cierren la puerta del cielo con aquella palabra que San Juan dijo: «¡Ninguna cosa sucia entra en aquella ciudad, toda ella es oro limpio, y no admite escoria de pecado chico ni grande!» Señora, Señora, a nosotros dice aquesta palabra, y a nosotros pone temor, pues somos concebidos en pecado original, y nacemos pecadores del vientre de nuestra madre; y con nuestro descuido y mal miramiento, sobre el pecado que de Adán heredamos hemos añadido otros por nuestra culpa y propia voluntad. Unos han cometido más que otros, mas ninguno que en este mundo vive ha estado, sino Vos, escogida particularmente por la divina bondad para que por honra no cayese pecado en

Vos, mas toda fuésedes limpia y preciosa como oro fino; y como Jacob recibisteis la bendición espiritual sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, más ajena de pecados que todos, y más rica de gracias y virtudes que todos.

Algunos hubo, como Jeremías y San Juan Bautista, los cuales nacieron del vientre de sus madres sin pecado original, y después vivieron muy santamente; mas éstos no tienen, Señora, que ver con Vos, pues si cuando nacieron no tuvieron pecado, fueron concebidos en él; y si cuando grandes no cometieron pecado mortal, cometieron veniales, de los cuales ninguno fué libre sino sola Vos.

Salís como alba y ponéis en espanto a los que no os conocen; dais alegría a los que os miran, porque ver un cuerpo que nunca fué rebelde a su ánima, ni un solo movimiento tuvo contra ella, y una parte sensitiva que sin rebeldía obedecía siempre a la razón, y una razón y voluntad siempre sujetas a Dios, son obra nueva, hasta hoy vista en nadie, ni después de Vos sino en vuestro sacratísimo Hijo; con mucha razón se admiran los ángeles y toda la Iglesia en veros nacer con lumbre de alba, pues ven en Vos una santidad que ni hubo semejable en lo pasado, ni la tendrá en lo por venir. Demos alabanzas a Dios para siempre, que nos ha declarado por medio de la pregunta de los ángeles algo de lo que esta Virgen sagrada es, para que la tengamos por cosa ajena de todo pecado, alegre, limpia y con lumbre de Dios. Ya es razón que hablemos de cómo es hermosa: así como luna es toda blanca, purísima; y así como su Hijo es blancura de la eterna luz, así Ella participa de esta blancura más que hombres y ángeles; porque, como dice San Anselmo, fué cosa conveniente que esta benditísima Virgen resplandeciese con tan gran puridad, que después de Dios no podía ser pensada otra mayor.

Es la Luna blanca, y la Virgen es purísima; es la Luna la más veloz de todos los siete planetas, y la Virgen la más diligente y presta en servicio de Nuestro Señor que ninguna criatura; la Luna es más baja de todos los pla-

netas, y la Virgen la más humilde que hay en el cielo y en la tierra; y así como la Luna aunque unas veces parece con poca lumbre, y otras no parece, y otras parece llena, y en la verdad nunca tiene menos lumbre una vez que otra, sino siempre está llena, sino porque no parece a los ojos de los hombres aquella parte la cual es alumbrada del Sol, por eso juzgamos que tiene algunas veces poca, y ella siempre está llena; así la Virgen sagrada todo el bien y lumbre que tiene de Jesucristo Nuestro Señor, que es sol de justicia, le viene; y aunque muchas veces estuviese haciendo ejercicios corporales que al parecer son de poca luz, así como comer, beber, trabajar, y otras cosas de aquéstas; mas Ella siempre tenía su ánima convertida y atenta a Dios, el lucidísimo sol, y con grandísimo fervor y amor, y elevación de entendimiento y voluntad hacía todas sus obras chicas y grandes, corporales y espirituales.

Por todo lo cual os confesamos, Señora, que sois hermosa como la Luna, y mil cuentos de veces muy más hermosa, pues que en comparación de vuestra benditísima ánima y de la hermosura espiritual que en ella puso el Espíritu Santo, la Luna no osara parecer, y son excedidos de Vos los hermosísimos espejos de Dios, que son los espíritus angelicales bienaventurados, y no para la santidad de la Virgen en ser como alba y ser como luna. ¡Ay de nosotros, que tan presto nos contentamos con una pequeñuela parte de bondad; mas esta Señora cumplió lo que está escrito, que la senda del justo es como luz que nace hasta el perfecto día! ¡Oh, qué cuidado! ¡Oh, qué diligencia trajo esta abejita de Dios, haciendo miel dulcísima dentro del corcho de su corazón! Creciendo de lumbre de alba a lumbre de Luna que es mayor, y después a lumbre de Sol que es mucho mayor; porque no sólo es alabada de las dos cosas primeras, mas dice ser escogida así como sol; nombre es éste que se pone su Santísimo Hijo, porque El es la fuente de toda luz espiritual en el cielo y en la tierra, como este sol es fuente de lumbre para todo el mundo; mas quien le dió ser, parte de su santidad, darle ha también su lumbre de sol,

pues la dió a sus Santos Apóstoles, a los cuales dijo (Matthaeo, V): *Vosotros sois luces del mundo.* Sol que procede del sol es aquesta niña sagrada, y la mujer vestida del sol, que San Juan vió en su Apocalipsis. Lumbre y calor tiene el sol, y con tanta excelencia, que la flaqueza de nuestros ojos no la pueden mirar en hito. ¡Quién contará la lumbre que a esta niña bendita fué concedida para regir todas sus obras, para contemplar al Altísimo Dios y para todo lo que convenía para le servir!

De Abigail se cuenta (I Reg., XXV) y de otras mujeres, en la divina Escritura, que eran prudentes; mas de esta Virgen canta la Iglesia: «Virgen prudentísima, ¿adónde vas?» La prudencia de las otras podémosla medir con nuestra medida; mas la de esta Virgen, ¿quién la podrá comprender, pues así supo agradar al Altísimo Dios, con mucha más ventaja que lo hizo David? Pues el fuego de amor que Dios vino a encender en la tierra no hay lengua que pueda explicar cuánto se enseñorea en el corazón de esta niña, pues sin comparación amó más al Señor que a sí misma; y su vida toda fué una lumbre, un fuego bastantísimo a mover a los que la miraren para servir al Señor. «Hoy es el nacimiento de la Santa Virgen María», canta la Iglesia, cuya vida excelente a todas las Iglesias alumbra; de manera que aunque el día de nuestra salud y tiempo aceptable al Señor es desde que El mismo encarnó y nació en este mundo, y en comparación de El esta Santa Virgen y su nacimiento se llamen mañana, mas mirando la excelencia de su vida, también a su modo se llama sol y causa de alegría en la Iglesia, según está escrito (Eccl., XXVI): «Así como el sol que sale al mundo, así es el rostro de la buena mujer.» «Quita—dice San San Bernardo—el sol corporal de este mundo, y todo quedará en tinieblas; quita a la Virgen, y todo quedará en obscuridad de pecados».

Bendito sea nuestro Dios que nos alegra con el nacimiento de esta santísima niña, tan llena de luz, que de alba procede a luna, y de luna a sol, dándonos ejemplo de lo que nosotros debemos crecer en el servicio de Dios, y ayudándonos para ello con su eficacísima intercesión y

oración. ¿Queda más que decir? ¿Queda más donde suba aquesta niña bendita, pues es comparada con la lumbre del sol, que es fuente de toda luz? Aun queda más; porque para ser una niña perfecta en el servicio de Dios, no sólo es menester que tenga luz para conocer el santo agradecimiento de Dios, mas que tenga fuerzas para lo cumplir y poner en obra.

Poco aprovecha a muchos que sepan los Mandamientos de Dios, que son el camino para el cielo, si no los ponen en obra: causa de mayor condenación es saber lo bueno y no cumplirlo; y como el Evangelio dice (Matth., XIX): *El siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple, será azotado con más azotes que el que ni la sabe ni la cumple.* Lejos de esta Virgen está esto; ferventísimo amor tuvo, que es el que da las fuerzas para servir al Señor, y por ninguna adversidad, tentación ni trabajo dejó de cumplir la santa voluntad del Señor y andar sus santos caminos. Tomólo a pechos, y como persona determinada de morir o vencer, salió con victoria de todos sus enemigos, y se hizo temer de todos ellos, y que no osasen parecer delante de Ella, y de esto la alaban los ángeles, que es terrible y espantable a los demonios y a los pecados como escuadrón de gente ordenada.

Dulcísima es esta niña para los hombres, blandísima, sujetísima a Dios; mas contra los pecados no hay cosa tan brava, ni tan perseguidora, ni enemiga de ellos, porque el fuerte amor que a Dios tenía la hacía aborrecerlos, tanto como dijo David (Psalm. XCVI): *Los que amáis a Dios, aborreced el mal.* Tenía, pues, la Virgen un magnánimo corazón, lleno de fortaleza del cielo con que hollaba al león y al dragón, que es el demonio, con todas sus bramuras y astucias; y él y los suyos le tenían cobrado tanto temor, que de su presencia y de su nombre iban huyendo, iban derretidos así como cera. Porque si con San Antón este tema tenían los demonios, que oyendo su nombre echaban a huir, con cuánta más razón se debe creer que al nombre de María huirán y con más ligereza, pues Ella es la mujer de la cual está escrito que había de quebrantar la cabeza al demonio, no sólo

porque escapó del pecado original, mas de todos los otros mortales y veniales, lo cual no hizo San Antón ni otro alguno.

¿No véis qué dulcísima cosa es hablar de la vida y excelencias de aquesta benditísima niña? ¡Cuán dichosos fuéramos si no hubiera necesidad de hablar en estas santas festividades de nuestras miserias y tristes caminos, sino que nos ocupáramos todos en alabar a Dios que tal niña crió, y darle gracias porque nos dió tal Madre, y en gozarnos de sus bienes como la santa Iglesia dice en una Antífona: «Celebremos con alegría el nacimiento de aquesta sacratísima Virgen, porque Ella sea intercesora nuestra con Jesucristo Nuestro Señor, confesados y comulgados, y todos en estado de gracia y alegres con el testimonio de la buena conciencia y con la viva esperanza de ver a esta Señora en el cielo, y gozarnos para siempre con Ella, cuyo bendito nacimiento celebramos en este miserable destierro. Porque las cosas santas, si no queremos que se nos tornen en dañosas, con santidad las habemos de celebrar y tratar, y muy mal celebrará la fiesta santa de la reluciente niña (que tiene luz de alba, de luna y de sol, que siempre es victoriosa de sus enemigos) el que está en la triste obscuridad de la noche de pecado mortal, en la cual, como hombre que vive sin lumbre ni conoce sus males que de presente tiene, ni los terribles tormentos del infierno, que con longura eterna han de ser vengadores de sus momentáneos placeres que en esta vida pasó, ni tiene lumbre de gracia para conocer y amar a su Dios ni a sus prójimos, pues según está escrito (Prov., XI): *El que anda en la noche no sabe para dónde va.* ¡Oh, Señor, y si está aquí alguno que está fuera de vuestra gracia y lumbre, y vive en obscuridad de pecado mortal, ora sea si está con propósito de cometerlo, o porque lo cometió y no ha hecho penitencia de él para ser perdonado! Preguntan los ángeles el día de hoy: «¿Quién es esta Virgen que nace?», admirados de su gran lumbre y virtud. Y si alguno está aquí entre nosotros en este grande e indecible mal de pecado mortal, mirarlo han, y espantados de su obscuridad,

cautiverio y tristeza, y desventura que no se puede contar, preguntarán: «¿Quién es esta ánima tan ajena de lumbre del cielo, y tan obscurecida con espirituales tinieblas? ¿Quién es ésta que siendo criada a imagen de Dios ha puesto sobre sí la fea y abominable imagen del enemigo?»

¡Oh, qué gran verdad dijo Jeremías Profeta (Thren., IV): *Que los Nazarenos de Dios, que primero eran blancos como la nieve y más hermosos que marfil, son vueltos tan al contrario, que están muertos en las plazas, y tan feos que no son conocidos quién eran!* ¿Cómo conocerá Dios sus ángeles, quiero decir, cómo aprobará lo que no es hechura suya, lo que es obra del demonio, y contradicción y destrucción de las obras suyas? «Hermoso te crié yo—dice Dios—, ¿cómo tan miserable te has afeado? Y con mi propia sangre te lavé, ¿cómo te has tornado a ensuciar?» (Psalm. VI): *Apartaos de mí*—dice el Señor—*todos los que obráis maldad, porque no os conozco.* Y aunque sean doncellas y tengan apariencia de buenas obras, si carecen de la gracia divina que hace al alma hermosa delante de los ojos de Dios, sean quien fueren, tengan lo que tuvieren, quieran o no quieran, oír tienen esta terrible palabra de Dios (Luc., XIII): *No os conozco, apartaos de mí.* ¡Oh, hermano mío, quienquiera que seas, a quien esto toca, ¿cómo puedes sufrir tanto mal tuyo, y tan de tomo por unos bienes falsos o placeres que desaparecen así como humo? ¿Qué cosa te pueden dar que te entre en provecho, si en contrapeso de ella te llevan el alma? ¿No te acuerdas que dijo Cristo Nuestro Señor (Matth, XVI): *¿Qué trueco puede el hombre dar en lugar de su ánima?* Y si por tu ánima que pierdes no te pueden dar igual trueco, dime por reverencia de Dios, por sus llagas sagradas, por el nacimiento de esta Virgen bendita, ¿qué es lo que te dan en trueco porque pierdas a Dios, y renuncies el derecho que tienes para gozar de El en la gloria, y puedas vivir en su enemistad, y tan lejos de gozar de El como si no hubiese Dios sino para castigarte?

Un hombre hace sentimiento y echa menos cuando

pierde un ducado y una cosa de menos valor; ¿y tú no echas menos perder a tu alma, perder la gracia de Dios, y al mismo Dios, bien infinito, y para siempre jamás? ¿Qué es aquello que te dan cuando tantos bienes te quitan? Dilo si lo osas decir. ¡Oh, bien infinito, y bien tan grande que no hay cosa que se pueda igualar con Vos; porque sois tal, que quien a Vos sólo tiene, aunque ningún otro bien tenga, es de verdad bienaventurado; y quien a Vos no tiene, ay de él, ay de él, ay de él, que malaventurado es a boca llena, aunque tenga todos los bienes que en la tierra hay! Esta, hermano, es obscuridad de la noche, y por eso pasa tan grande engaño, y lo sufres tú, que te dan un chanflón y dicen que es ducado de a diez, y te llevan un gran pedazo de oro diciendo que es plomo, y tú estás tan ciego y tan miserable que te huelgas de la miseria que te dan, y lloras cuando la pierdes, y no sientes que te quitan a Dios y te han engañado con inmenso daño.

San Agustín cuenta de sí, en el tiempo que estaba sin la gracia de Dios, que cuando leía en Virgilio que la Reina Dido se mató porque se fué Eneas y la dejó, se le enternecía el corazón y lloraba, y quéjase él después de sí mismo diciendo: «¡Y sufría yo, Señor, con ojos secos ser apartado de Vos, vida mía, Dios mío!» Lloraba porque se había apartado un ánima de un cuerpo, y sufría con ojos enjutos haber apartado a Dios de su ánima, la cual queda más fea , pesada y muerta, por apartarse Dios de ella, que queda un cuerpo cuando el ánima sale de él.

Hermano, si tu desdicha ha llegado a tanto que por un sucio deleite, vedado por la Ley de Dios, o por desearlo tomar, o por una malquerencia o murmuración, o por otro quebrantamiento de la divina Ley, estás en tinieblas de noche y no ves la lumbre del cielo, gime tu mal y da muchas gracias a la divina bondad que te dejó llegar a este día y venir a la iglesia a celebrar día del nacimiento de esta benditísima niña, que no sólo tiene lumbre de alba, y de luna y de sol, y gran fortaleza para sí misma, mas aun también para ti.

El alba en medio está de la noche y del sol; y esta Vir-

gen bendita medianera es entre los pecadores que viven en noche y entre Jesucristo Nuestro Señor, sol verdadero. Y como no se puede pasar de la noche al sol sino por el alba, tampoco quiso Dios que alguno pasase del pecado mortal a la gracia sino por María. Hermano, no desesperes, ¿quieres ser curado? ¿Quieres sanar de tus heridas mortales? Si quieres, no me respondas: *No tengo hombre;* un hombre tienes para tu remedio, que es Hijo de Dios, Jesucristo, que aboga por ti delante del Padre, y puso a riesgo de muerte su vida por ti; y a éste que es carne de tu carne y hueso de tus huesos le puso el Padre en sus manos todas las cosas, como El mismo lo dijo, y a éste hizo Juez tuyo, y tiene las llaves de la muerte y del infierno, y de la vida y del cielo; porque si te recatabas de entrar en juicio en el tribunal del Omnipotentísimo Padre, no te recates de entrar en juicio de El, que aunque es un mismo Dios con el Padre, es hombre contigo, y dió la vida por ti. Juzgado fué de Poncio Pilato, y por eso es constituído por Juez de vivos y muertos; y como el Evangelio dice (Matth., XXV): «El Padre no juzgá a ninguno, porque todo el juicio dió al Hijo».

Da gracias a Dios por haberse dado por Juez uno que es hombre y Dios, y que sabe de enfermedades, y que fué tentado para con la experiencia aprender a ser piadoso, y en todo cual lo ha menester y lo podía desear la humana y miserable flaqueza. Mas porque el desmayo y temor que causa el pecado en quien lo comete es en gran manera muy grande, y con su gran peso hizo desesperar a Caín y a Judas y a otros muchos, y conociendo Dios esto quiso, como San Bernardo dice, consolar nuestra flaqueza, confortar nuestro temblor con darnos por abogada a esta Virgen bendita que hoy nace, cobra, hermano, alientos nuevos, pues que estás en el nacimiento de esta alba muy alegre.

Y si las enfermedades de pecados te traen cansado, atemorizado y triste en la noche en que has vivido, mira que al alba sienten los enfermos alivio, y las aves cantan, y nace nueva alegría. Gózate de este día de la buena nueva, y anímate y pide misericordia a esta nueva abogada

y piadosísima Madre que hoy nace para tu consuelo. Y si tienes miedo de allegarte a Jesucristo, porque no sólo es hombre y hermano tuyo, sino Omnipotentísimo Dios de majestad infinita, allégate a esta Virgen sagrada mansa y piadosa, y que no tiene otra naturaleza más que la humana, y como San Bernardo dice: «Si hallares en Ella alguna cosa áspera, alguna desabrida respuesta, algún rigor de justicia, yo te doy licencia para que la temas; mas todo lo que en Ella hay es blandura; no sólo para los justos que andan en lumbre, mas como luna perfecta y hermosa llena de misericordia, que nació para ser abogada de buenos, luce a los que andan de noche para que no se pierdan, y poco a poco vengan a la lumbre del sol».

Y como la Luna es el planeta entre los siete el más cercano a nosotros, así esta luna nos es dada por verdadera Madre, y tan cercana para nuestro remedio, que a ninguna pura criatura en la tierra ni en el cielo tan presto le tocan nuestras miserias como a su virginal corazón, tan rico en misericordia, que la llama la Iglesia *Madre de misericordia*. La luna tiene poder sobre las aguas, que significan las tribulaciones; y esta piadosa Señora está diputada por Dios para socorro de atribulados, y es universal limosnera de todas las misericordias que Dios hace a los hombres, y en lo que se ocupa es en tener las manos hacia arriba para recibir mercedes de Dios, y luego volverlas hacia abajo para darnos lo que ha recibido. Aprovéchate, por amor de Dios, de tan buena oportunidad, y no dejes pasar este día de misericordia lleno.

El alba nace, ella misma da voces con la lumbre que trae, y dice: «Ya es tiempo de caminar, levantad los dormidos.» Los gallos cantan, y las otras aves también, y la Virgen está desde el cielo dándote voces en este santo día que Ella nació, que despiertes del sueño del pecado y que andes en la lumbre de Ella, que te será fiel abogada y piadosa Madre. Los gallos, que son los predicadores, te dan voces también, por boca de los cuales te dice Dios también lo que dijo por boca de San Pablo: «Levántate, tú que duermes, despierta de entre los muertos, y alum-

brarte ha Cristo». (Ephes., V). Dios quiere salvarte, y te ruega con el perdón; la Virgen desea lo mismo; los ángeles, de la misma manera; los predicadores y toda la Iglesia te desea ver fuera de esa triste noche en que vives. ¿Qué respondes a tantos como te ruegan que no te vayas al infierno, sino que sirvas a Dios y ganes para siempre el reino del cielo? ¿Qué respondes? Recuerda que duermes.

¡Oh, Señor, y qué recia cosa es estar un hombre embebecido y embriagado en su falso deleite, en una malquerencia endurecida, en tener las cosas ajenas, en otras semejantes miserias! A los cuales acaece que duermen profundamente este sueño, sin que valga ponerles la palabra de Dios delante de los ojos para recordarlos que es luz verdadera para despertar los dormidos, así como si les dijese: «Infierno hay para siempre, donde has de pagar con eternos tormentos el placer momentáneo que te dan aquí los pecados; el cielo pierdes si la tierra amas; Dios se te va por una puerta, si el pecado entra por otra; enemigo es Dios del malo y de la maldad; y no se podrá acabar con El que esté bien contigo si no aborreces y echas de ti sus enemigos y tuyos, que son los pecados». ¿Quién podrá dormir si le ponen esta luz a los ojos? Y por eso muchos con malaventurado consejo quitan sus ojos de la lumbre; y ni quieren procurar ni oír las palabras de Dios por no tener quien les haga mal sabor a sus dañadas voluntades. Y otros más endurecidos quieren mal a la verdad y a quien se la dice. Y como uno que está muy dormido y no quiere que le recuerden, apaga la lumbre que le ponen ante los ojos y se enoja con quien se la puso, así éstos, dignos de ser llorados con lágrimas de sangre del corazón, han hecho concierto con el pecado e infierno, y pésales tanto de quien los quiere apartar de sus malos caminos, que ni querrían que hubiese verdad ni justicia, honestidad ni vergüenza, ni aun quien la dijese: «Viven en tinieblas: y todo hombre que hace mal, aborrece la luz, y no quiere venir a ella—dice San Juan—porque no parezcan sus grandes maldades».

¡Oh, engañados hombres y desdichados, tomad otro consejo, que ése no os puede valer! Ha dicho el Hijo de

Dios (Luc., XII): *Las cosas que predicasteis en tinieblas, serán predicadas sobre los tejados;* y tiene ordenado que todas las obras de la noche, que son los pecados, salgan a la plaza en el día del juicio, donde sean examinados y condenados, y parezca su fealdad con la lumbre de Dios; y vosotros no seréis poderosos para hacer que se quebranten estas palabras, ni deje de ser lo ordenado por Dios. ¿Qué me responderéis? *Levántate, levántate tú que duermes entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo,* que el alba es nacida, ya es tiempo de caminar. Por ventura ¿habrá aquí alguno a quien parezca mal esta amonestación? Antes la agradecerá conociendo lo que le importa: mas oírla ha, y no la tomará esperando que acabará ciertos negocios, o que gozará primero de su gusto (como ellos dicen) y dormirá todo este tiempo y después recordará.

Hombre, ¿quién te hizo a ti dios, que quieres el oficio de Dios? Pues que dijo Nuestro Señor: «No queráis saber los tiempos y momentos que el Padre puso en su poder». ¡Qué sabes tú si llegarás a ese tiempo que te prometes! No tienes certidumbre que llegarás a la noche, y aventuras tu salvación sobre la incertidumbre de vida. Y ya que supieses que te habías de enmendar, ¿quién es tan necio que estando cautivo en poder de turcos, con muy mal tratamiento y a peligro cada día de perder la cabeza, responda a quien luego le quiere rescatar: «No quiero salir tan presto, hasta de aquí a dos o tres años, no por otro fin sino por estar aficionado a una mala mujer o cosa semejante a ésta?»

Hermano, no seas más imprudente que los niños y que los infieles, y que los animales, que si en un pozo caen o en cieno hediondo, no sólo dan la mano luego a quien les ayuda para salir, mas aun con voces llaman a quien les socorra. San Agustín lloraba en algún tiempo esta dilación que había tenido cuando estaba en pecado, y decía: «Llamábasme Tú, Señor, y decíasme: «Levanta, »que duermes, y sal de entre los muertos». Mas yo, Señor, no respondía sino palabras de hombre dormido. «Es- »pérame un poco, ahora me levantaré». Mas aquel poco cuán largo era, y aquel ahora nunca venía; y así dila-

tando yo de vivir en Ti, no dilataba de morir en mí». De esto se queja San Agustín; y si Dios te da lumbre, y algún tiempo te saca de entre los dormidos y muertos, también llorarás tú porque pecaste, y porque en pecando no te levantaste con el socorro que Dios te prometía, extendiendo su mano para tu remedio.

¡Oh, qué cuchillo de dolor atraviesa el corazón del cristiano cuando se acuerda que pudiendo servir a Nuestro Señor, ha servido al demonio! Ejemplo tenemos en el mismo San Agustín, que decía: «Tronaste, Señor, desde arriba con una voz grande, y dijiste: Hágase la luz». Y fué hecha la luz en mi corazón, y vi las tinieblas en que había estado acostado, y espantéme y dije: «¡Ay, ay de »aquella ceguedad cuando no te conocía; ay de aquel »tiempo cuando no te amaba! Tarde te conocí, hermosura »tan antigua; tarde te conocí, hermosura tan nueva. »No sientes ahora el mal en que estás como el loco, ni »el que tiene modorra, mas si Dios te diese salud, darás »unos gemidos de grave dolor por los golpes que te diste »estando sin seso». Y la principal señal que uno tiene de que Dios es venido en su ánima, es si dice de corazón: «Pésame Señor, de cuán tarde os he conocido». ¿Qué dilatas, pues, hermano, lo que está cierto que tanto te cumple? Y no sabes, si ahora lo dejas, si después lo habrás, y si lo hubieres será con mayor trabajo, porque la mala costumbre que habías alcanzado y los pecados que hicieres de aquí allá te pondrán en mayor aprieto, pues que mayores pecados piden mayor pena, y la mala costumbre es muy dificultosa para quitar.

Ahora tienes buen aparejo; brama en tu corazón y di: «¿Cuándo ha de ser el fin de mis fealdades y abominaciones? Ahítome de comer a la continua un manjar, aunque sea bueno, ¿y aun no estoy ahito de ofender a Dios tantos años ha comiendo, no manjar, sino verdadera ponzoña? Si no pongo fin a mis males, ¡ay de mí, que el infierno es mi casa! Y si algún día los tengo de dejar y llegarme a Dios, ¿porqué no será luego, pues el remedio es más cierto y el trabajo menor, y la ganancia muy mayor sin comparación? No quiero más guardar estos

puercos, que aun de lo que a ellos les sobra yo no me harto; levantarme quiero, e irme a mi Padre y decirle: «Padre, pequé contra el cielo y contra Ti, no soy digno de ser llamado tu hijo; haz conmigo como con un jornalero tuyo». Hermano, si ese brío y esos propósitos andan meneando tu ánima, entiende que te ha amanecido el alba, que es el aparejo para venir a estado de gracia; entiende que anda por tu corazón el favor de la Virgen María que te ha alcanzado la gracia preveniente, significada por Ella misma, con que te aparejes a recibir la gracia de Dios, que te ponga en su amistad.

No es del hombre ponerse en estado de gracia, ni tampoco lo es el aparejarse para que Dios lo ponga; dádiva es de Dios el perdón de nuestros pecados; dádiva suya es el darnos corazón arrepentido y humillado y con propósito de verdadera enmienda. Esta disposición mueve el corazón humano, por asentado que esté en sus vicios y pecados, y hace volver los ojos a Dios y temer al que antes tenía en poco (Cant., V): «Mi amado—dice la Esposa—metió la mano por el agujero de la puerta, y mi vientre tembló, o mis entrañas temblaron cuando me tocó». No es cosa fría la que se siente en el corazón del hombre a quien Dios ha tocado; hácele temblar por esforzado que sea, y abajar aunque haya sido soberbio, y tórnalo tan blando y tan lleno de confusión, que aunque le pisen la boca no sabrá responder. Y este es el don que nos alcanza esta bendita niña, que nace como alba; y, según hemos dicho, es medianera entre la obscuridad de la noche y la lumbre del sol.

¡Oh, quién tan dichoso fuese que alcanzase un libro donde estuviesen escritos todos los pecadores de quien Ella hubiese sido medianera para que salgan de la obscuridad de la noche y cobren la lumbre de gracia! ¿Quién nos dirá qué de ánimas perdidas gana Dios mediante esta niña que hoy ha nacido? Porque así como Eva desayudó al primer Adán en lo que tocaba al servicio de Dios, así esta niña es criada para que ayude al segundo Adán, que es Jesucristo, para ayudarle a la redención y recoger las ánimas por quien El derramó su sangre

(I Cor., V): *El murió por todos*, como dice San Pablo, y Ella es el alba, luna y sol que nace para todos; y aquel sólo no gozará de ella que se quiere meter, huyendo de su lumbre, en las cuevas hondas y tenebrosas de sus pecados. Ten, hermano, confianza en esta Virgen sagrada, que si tú quieres llamarla con ruegos, hacerla servicios, implorar su misericordia y oficio de interceder, sentirás que ni Ella es sorda para oírte, ni tus oraciones y servicios saldrán en balde.

Poderosísimo es Dios, y de buena gana emplea su poder en sacar ánimas de pecados. Y escrito está en Job (cap. XXXVI): «El te librará de la boca angosta y del pozo que no tiene suelo». Guárdate, hermano, guárdate de la estrechez de la desesperación, no se estreche tu corazón con la desconfianza por la muchedumbre de los pecados que has cometido. Ora al Señor lo que dice David (Psalm. LXVIII): «No me hunda la tempestad del agua, y no cierre el pozo su boca sobre mí». Por mucho y mucho que hayas pecado no desconfíes de la misericordia de Dios, y no te dejes apretar, ni pienses que con su favor te será imposible la salida del pozo por angosto que sea, y aunque no tenga suelo; porque quien cae en un pecado mortal, de allí cae en otro, y después en otro y en otros; y si no es porque la mano piadosa de Dios le tenga que no abaje más, el pecar no tiene suelo ni fundamento donde parar.

No me alegues que tus pecados son muchos, porque más poderosa es una gota de sangre que el Hijo de Dios derramó, si de ella te quieres aprovechar, que todos tus pecados para te condenar. Ni me digas: «¿Cómo, Padre, enmendaré la vida, que estoy mal acostumbrado, y me parece imposible dejar de vivir como vivo?» Que escrito está (Isaí., X): «Que echando aceite en el yugo, se podrece el yugo»; y con una poca de gracia que el Señor eche en tu corazón, se deshará ese yugo de mala costumbre que te tenía debajo de sí y como carga pesada te llevaba donde quería. Y si el demonio te tiene cautivo, y cuando quieres pelear con él y escapar de su tiranía sientes que es más fuerte que tú, tampoco desmayes,

porque escrito está: «¿Por ventura la cautividad podrá ser libre de la mano del fuerte? ¿O la presa será quitada del muy robusto? Pues yo os digo—dice Dios—que aunque esto no sea posible a fuerzas humanas, que con el favor de mi brazo la cautividad será libertada de la mano del fuerte; y lo que asió y prendió el robusto le será quitado».

No tengas, hermano, tú esas congojas, que una niña te es nacida que ha quebrantado la cabeza del demonio, y no sólo en sí misma, mas en las ánimas de los pecadores: nacida te es hoy para tu consuelo y remedio: ponla por intercesora entre Dios y tú: gime tus culpas y pecados y vete a Ella, que como verdadera Madre te halagará, remediará y consolará. Y si Dios tanta merced te hace que después de tu mala vida y obscuridad te nazca lumbre de alba, no pares ahí, imita a la Virgen que creció de luz en luz: y tras la del alba, tras tus buenos principios crece en lumbre de luna, para que tu vida pasada, que fué ejemplo de obscuridad y causa que otros pecasen, sea ya lumbre para traer al servicio de Dios a los que están en tinieblas, y considera cómo tú también lo estuviste, y ahora estás fuera de ellas. Si comienzas a servir a Dios, comienza de verdad, comienza con denuedo, comienza perfectamente, mira cómo no hay hombre en los negocios del mundo que si puede tener mucho tenga poco, y si puede emplear su dinero donde gane ciento, no se contenta con cincuenta.

Ten tú una santa codicia de ser rico de los bienes verdaderos y eternos; pues aquéllos tienen vana codicia y pasan muchos trabajos por henchir sus arcas, bolsas y senos de un poco de estiércol y pura vanidad, que ni los hace mejores un solo cabello delante del acatamiento de Dios, ni les podrá librar en el día terrible del juicio de Dios; antes les será más carga, y les pondrá en mayor estrechura lo que aquí pensaban que era ganancia y placer. Grande es el engaño de la gente tibia en el servicio de Dios, que por huir unos pocos y chicos trabajos caen en muchos mayores. Porque si ponen en una balanza los trabajos que pasan los que sirven a Dios con fervor y

ponen el hacha a la raíz de sus pasiones para desarraigarlas y cortarlas con el cuchillo de la palabra de Dios y con la imitación de la vida y muerte de Jesucristo, son muy menores en comparación de los trabajos que pasan los tibios, que se contentan con vivir descuidadamente en lo que toca a su aprovechamiento, y se contentan con una vida floja que solamente tiene cuenta, y aun ésa muy negligente, con no cometer pecado mortal.

Caen éstos muy a la continua en pecados veniales graves, que son causa de harta tristeza; y de allí algunas veces caen en pecados mortales, que son fruto amargo que del pecado se sigue, y no gozan de la victoria perfecta de sus enemigos, ni sienten el placer de la limpia conciencia, ni la fuerte esperanza que alegra las entrañas de la herencia del cielo, ni los dulces frutos del amor divinal, el cual hace los trabajos que por El se padecen más dulces que los placeres que dan los pecados del mundo; que no mintió quien dijo: «Más dulces son las lágrimas de los penitentes, que los deleites de los Reyes». Y si llorar por Dios excede a los placeres del mundo, ¿en qué lugar pondremos el gozar de este Señor?

Hermano, pasa adelante, no te perdones ni te parezca duro cualquier trabajo, porque crezca en ti la gracia de Dios; porque así como hallaste a la Virgen fuerte y piadosa para que salieses de obscuridad de la noche a la lumbre del alba, de la misma manera la hallarás también para que crezcas en la buena vida que con su oración te alcanzó; y dichoso serás tú si algún día vinieres a tanta bienaventuranza en aquesta vida, que no sólo tengas luz de alba y luz de luna, más también seas semejable a la lumbre del sol. Entonces arderá tu corazón suavísimamente en el amor divinal. Entonces te deleitarás en imitar a Jesucristo Nuestro Señor en su santa vida y en su muerte, y te sabrá bien su benditísima ley, y sentirás mucho cualquier pecadito por pequeño que sea, y no tratarás tanto de cómo no le ofenderás, como de servirle mejor y mejor y tener por regla de tu vida el santo contentamiento de El; y de allí pasarás a ser espantable a tus enemigos, y experimentarás en ti lo

que dijo David (Psalm. CXVIII): «Aborrecido he la maldad, y abominádola he, y amado tu ley».

Porque el buen cristiano esta señal ha de mirar para si ama a Dios verdaderamente, como cuando le convidan con manjar desabrido, y que su estómago le abomina y alanza de sí; de esta manera su ánima abomina y aborrece el pecado como una cosa asquerosa y que le causa abominación. De esta manera se vencen los pecados y se matan, porque el aborrecimiento verdadero de ellos muerte suya es. Y si te hallares flaco en esta pelea, y hallares algún gusto, por pequeño que sea, en algún pecado, alza luego los ojos a esta Virgen sagrada, pidiéndola te alcance salud para tu paladar estragado, y que aquello te sepa bien que a Dios sabe bien, y mal lo que a El le sabe mal; porque aunque es mujer, es mujer fuerte, y aquella misma la cual Salomón deseaba hallar cuando dijo (Prov., XXXI): «¿Quién hallará mujer fuerte?» Mas cuando le fué revelado que había de nacer ésta que nos ha hoy nacido, díjole en persona Dios (Cant., IV): «Mi cuello es como la torre de David, de la cual están colgados mil escudos y todas armas de fuertes».

¡Oh, niña para siempre bendita, la más cercana a Dios humanado de cuantas hay en el cielo y en la tierra! El es la cabeza, y la cosa más cercana a El es el cuello, que sois Vos, tan alta en virtud y santidad, y mucho más que la torre de David en espiritual alteza. De Vos están colgados mil escudos y todo género de armas para que peleen los fuertes, y para que los flacos se hagan fuertes. Y quien en vuestra vida mirare hallará las armas que ha menester para pelear las peleas de Dios, si las quisiere tomar. En Vos tienen que mirar los niños, los mozos y los viejos; en Vos los que se casan y no se casan, los mayores y los menores; ni hay virtud que Vos no enseñéis, ni trabajo en que Vos no los consoléis y esforcéis, porque fuisteis Vos la más Santa de las santas, y la más trabajada de todas. Vos sois puesta para medio de nuestro remedio delante del acatamiento de Dios: en vuestras manos, Señora, ponemos nuestras heridas para que las curéis, pues sois enfermera del hospital de la mi-

sericordia de Dios donde los llagados se curan. Y aunque tenemos gran confusión y vergüenza de presentar delante de tanta limpieza la hediondez de nuestras abominables llagas, creemos que os dotó Dios de tanta misericordia, que vuestra limpieza y pureza no se desdeña ni alanza de sí a los pecadores llagados, mas que cuanto es mayor su necesidad, tanto más vuestra misericordia os mueve a su remedio, conformándoos con vuestro Hijo bendito, que no vino a llamar justos, sino a pecadores a penitencia. - A Vos, Señora, presentamos nuestros males para que delante del trono de Dios los deshagáis y alcancéis perdón de ellos. A Vos también presentamos nuestras obras, aunque llenas de muchos defectos, y en vuestras manos sagradas ponemos nuestro corazón; porque Vos, como otra Rebeca, y muy mejor que ella, sabéis, muy bien lo que es gustoso a vuestro Hijo bendito; guisáis nuestro corazón y nuestras obras de manera que sean sabrosas a su Majestad, para que teniéndoos a Vos por defensora contra nuestros males, y por nuestra en nuestros bienes, los reciba el Señor, hallándolos en vuestras manos, no mirando a las nuestras que los hacen, sino a las vuestras que los ofrecen. Alcánzanos, Virgen santísima, gracia para que con ella y por ella merezcamos veros en la gloria.

TRATADO OCTAVO

DE LA FESTIVIDAD DE LA PURIFICACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA NUESTRA SEÑORA

Santifica mihi omne primogenitum, tam de hominibus quam de jumentis; mea sunt enim omnia.

«Santifícame todo primogénito, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas.»

(Exodo, XIII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



OMENCEMOS el sermón por donde comenzamos la Misa (Psalm. XLVII): *Suscepimus Deus misericordiam tuam, in medio templi tui.* «Habemos, Señor, recibido tu misericordia en medio de tu templo». Este es el hacimiento de gracias que hace hoy la Santa Madre Iglesia a Dios por haber enviado hoy su Hijo al templo. Orígenes dice que uno de los nombres con que es llamado Jesucristo es *Misericordia;* y así decir que Dios es Padre de las misericordias, es decir que es Padre de Jesucristo. Hoy fué presentado al templo el Señor del templo, y por manos de otro más verdadero templo, que fué la Virgen su Madre; y pues en Ella lo recibimos y por Ella, roguémosle que mediante sus oraciones ahora lo recibamos para hablar de esta santa festividad.

Santifica mihi (Exodo, XIII): «Ofréceme—dice Dios—todos los primogénitos, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas». San Gregorio dico que no se puede edificar moralidad sin contar primero la historia. Y así habéis de saber que hoy, cuando menos, concurren tres fiestas, las cuales son Purificación, Presentación, Candelaria o fiesta de Simeón. La Presentación, que es la mayor, fué cuando no queriendo Faraón soltar al pueblo de Israel de Egipto, aunque Dios le había castigado con nueve plagas o azotes, matóle Dios en una noche todos los primogénitos, desde el primogénito del Rey hasta el primogénito de un esclavo; y entonces dejóles Faraón salir a sacrificar, y así dijo Dios: «Pues para libraros maté yo los primogénitos de Egipto, justa cosa es que en reconocimiento de esta merced me ofrezcáis a mí todos vuestros primogénitos». Los primogénitos de una tribu, que es la de Leví, serán míos para siempre; los demás redimirlos habéis por cinco siclos cada uno; y si fuesen animales sucios, como perros, o los habían de matar o trocarlos por otros, *ut ibi dicit* (Lev., XXVII): *Omne primogenitum asini mutavis ove;* y esto se llamaba Presentación, la cual se hacía en los cuarenta días después del nacimiento, y así dice el Evangelio (Luc., II): *Postquam impleti sunt dies Purificationis Mariæ;* la glosa interlineal dice, y refiérese a Nuestra Señora, según nosotros en nuestro texto decimos, o como la misma glosa a Jesucristo, no porque en ella hubiese que purificar, sino para denotar lo que mandaba la ley, como si dijese, los cuarenta días que la ley mandaba para la purificación.

La segunda fiesta se llama Purificación, la cual es por los pecados que la mujer pudiera cometer en la concepción y el embarazo y en el parto del niño, y cuando es antojadiza regalada; después del parto descontentadizas, rencillosas, enojosas: por tanto, mandaba Dios que por estos y otros semejantes pecados, que si pariese hijo hasta cuarenta días no entrase en el templo, y si hija ochenta, y a los cuarenta días llevase un cordero si fuese rica, o un par de tórtolas o palomas si fuese pobre; pero por

esta parte libre era la Virgen, porque particular cuidado tuvo Moisés de sacarla cuando dijo (Exodo, XIII): *La mujer que hubiere concebido de varón:* para dar a entender que había de venir la Virgen que no concebiría de varón, sino de Espíritu Santo; pero quiso cumplir la ley como verdadera obediente a la ley para dar ejemplo de obediencia.

La tercera fiesta es del santo viejo Simeón, el cual deseaba y pedía al Señor que enviase la salud que había prometido a todo el pueblo, para lo cual habéis de imaginar que tal día como ayer, teniendo la Virgen aparejada su ofrenda, salió del portal de Belén y de do había parido, porque no era lícito salir del lugar donde pariese hasta el día de la Purificación o Presentación, y compró un par de tórtolas o palominos como pobre, porque el oro que los Reyes le habían dado ya lo había, como misericordia, expendido a pobres, y ayer tarde vino a Jerusalén, y esta noche dormiría en casa de algún amigo o pariente, y tal como esta mañana viene al templo con su niño en los brazos, y amanece con su sol más claro que éste en el templo; y había un hombre justo y temeroso, porque no puede ser justo sin temer (Eccl. I): *Qui sine timore est, non potest justificari;* porque el que no tiene temor presto caerá; el que dice: «Aunque vaya allí no caeré, aunque vaya a tal casa no me acaecerá nada», presto caerá; y por tanto dice el Sabio (Proverbios, XXVIII): *Beatus vir, qui semper est pavidus.* «Bienaventurado el varón que está siempre temeroso». Y antes había dicho (Prov., XIV): *Sapiens fugit, et declinat a malo: stultus confidit, et transilit.* «El sabio huye y apártase del mal, y el necio cae». Y así el Santo viejo como era justo temía (Luc., II): *Et expectabat redemptionem:* no puede haber mayor señal para ver si este buen viejo era santo y bueno que desear el bien común.

Dice San Ambrosio, era justo porque deseaba el bien del pueblo: decía: «¿Pensáis que tengo de ver tanto bien? ¿Que tengo yo de ver con mis ojos al Señor, que vea yo la libertad del pueblo? ¡Oh, Señor, si Vos sois servido no me llevéis hasta que yo con mis ojos vea tanto bien!»

Este era viejo que no nos consta ser sacerdote, y tan deseoso de bien común. Padres sacerdotes, si hubiera ahora muchos Simeones, ¡qué bienaventurados fuéramos! ¡Qué confusión para nosotros, que nos contentamos con decir Misa, y qué de paso, y qué de prisa, sin amor, sin agradecimiento! Bienaventurado el que cuando tuviere a Cristo en sus manos sintiere lo que este viejo Simeón, que el sacerdote tan limpio ha de ser, que no ha de llevar pecados que llorar en el altar, sino los pecados del pueblo, porque, según San Agustín dice, el pecado mortal no es pecado de cristiano, ¡cuánto menos lo será de sacerdote! Y así se quejaba Dios por Malaquías diciendo (Malach., II): *Porque me hinches mi altar de gemidos*, lo cual se puede entender de dos maneras. La una de las quejas que tienen vuestros prójimos de vosotros, padres sacerdotes, las viudas pobres. La segunda se puede entender, porque hacéis pecados que tenéis después que gemir en mi altar. Decid: aunque veis las necesidades de la Iglesia, ¿cuántas lágrimas os cuestan? ¿Cuántos gemidos rogando a Dios que las remedie?

Cuando Urías fué llamado de la guerra por David, y lo envió a dormir con su mujer y dijo (II Reg., XI): *Arca Dei manet in papilionibus*. «El Arca del Señor queda en los casares, y mi Señor Joab peleando contra mis enemigos, y que duerma con mi mujer; por la salud de tu ánima no haré tal cosa». Mira qué respuesta de un hombre casado; y aun por no haber muchos Urías anda el mundo como anda; éste por estar el Arca en el campo peleando contra sus enemigos no quiso llegar a su mujer propia, y habrá ahora muchos que deseen llegar a las ajenas. Pues porque el Santo Simeón deseaba este bien común, por eso era justo; y así como Dios se lo había prometido se lo cumplió, porque vino: *In spiritu in templum*. No quiere decir que vino en espíritu, no en cuerpo, sino movido por Espíritu Santo. No como vienen muchos a parlar, a reír, o movidos por otras vanidades (Luc., II): *Et accepit eum in ulnas*, etc. ¡Qué pensáis qué regocijo tendría cuando viese tal merced y tan deseada, cumplida, y viese en sus brazos el bien del mun-

do! Comiénzase a hacer niño con el niño, que es Cristo (Psalm. CII): «Renovarse ha como la del águila tu juventud». Si en el deseo de este Santo te ocupases, o con él vinieses con espíritu al templo, la Virgen te daría su Hijo en los brazos como a éste; y pues es tan dadivosa, pidámosle a su Hijo, que dárnoslo ha. En las manos lo tomó, porque no le recibió por palabra, sino por obra.

Aquel recibe la gracia del Señor en sus manos que la pone por obra. ¿Veis cómo se regocija el buen viejo teniendo a Dios en sus manos? Pues ¿cómo puede un sacerdote ofender a Dios teniendo a Dios en sus manos? ¡Oh, quién con trompetas dijese aquel (Cant., III): *Benedicite Sacerdotes Domini Domino!* ¡Cómo no nos deshacemos de alegría cuando vemos a Dios en nuestras manos! (Cant., V): «Derretídose ha mi ánima después que me habló mi amado»—dijo la Esposa. ¿Cómo nos atrevemos a le ofender, y no decimos como José de su amo (Génes., XXXIX): «Cómo podré yo ofender al que todas las cosas de su casa me tiene entregadas?» ¿Con qué ojos le vemos, pues así le ofendemos puesto en nuestras manos? ¿Sabéis de adónde viene no sentir lo que este Santo viejo?; por no haber con lágrimas procurado y demandado esta venida, como éste la pidió. ¡Oh, qué pena debe haber para el mal sacerdote en el infierno! San Basilio dice que a la muerte del buen sacerdote muchos ángeles bajan del cielo por su ánima, y a la muerte del malo muchos demonios vienen por su ánima. Bendijo a Dios, y dice (Luc., II): *Nunc dimitis;* con razón, por cierto, porque quien a Dios recibe, ni tiene más que pedir, ni que desear: *Santifica mihi*, etc. Echad mano a las bolsas; ¿traéis bolsas? Día es hoy de dar y ofrecer a Dios mucho, pues tanto demanda (Exodo, XIII): «Santifícame todo primogénito, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas».

Espántome, Señor, cómo a gente tan pobre y tan avarienta como nosotros le pedís tanto; Señor, si yo fuese tan largo como la Virgen, daría todo lo que me pedís; pero pobre y avariento ¿cómo lo podré dar? Pues en esa palabra me demandáis que os dé todas las cosas. Dame

tu primogénito, que es tu primer amor. Ponen dos maneras de amor los filósofos (Santo Tomás, 1.ª 2.æ, q. 26, a. 4), uno de concupiscencia, y otro de amistad. El de amistad te pide Dios, pues en El está bien empleado. ¿Para qué quieres riquezas? Para comer y vestir. ¿Y para qué quieres comer y vestir? Di la verdad, que no es sino porque te quieres bien; pues ese amor propio, el cual es causa de todos los otros amores, ése es tu primogénito, el cual Dios te pide. Dame el amor de tu ánima, el cual es causa de todos los otros, y fin y paradero de ellos. Dame acá la fuerza de tu ánima; veamos si me amas de veras; ¿qué hay que no haga un hombre por amarse a sí mismo? A las Indias va; ni teme mar, ni trabajos, ni muerte. Dame acá tu primer amor. Bien parece, Rey mío, que tenéis ojos de lince, que penetráis lo secreto de mi corazón; bien parece que habéis escudriñado todos los rincones y secreto de mi corazón, pues en sola esa palabra me pedís cuanto tengo, mi vida, mi ánima y mi cuerpo. Dame ese primer amor, porque es **mío.**

Pues, Señor, si es vuestro no puedo hacer otra cosa; por fuerza os lo tengo de dar. «No lo quiero por fuerza ni por temor, sino dame tu amor, y dámelo por amor». ¿Señor, a un hombre tan miserable y tan necesitado pedís tanto? En verdad que habéis de enseñar título de cómo es vuestro si queréis llevar vuestra herencia, si no alzarémonos con ella. Pues sea el primer título. Poned de una parte en una balanza un enojo de Dios, y de otra parte en otra balanza todos los tormentos que se puedan imaginar, y toda muerte cruel: mirad que tal Señor es Dios, que antes habéis de elegir todos los tormentos y muerte, que no hacer un enojo a Dios, mortal pecado se entiende. Recia ley es esa. Decía Elías a la vieja de Sarepta (III Reg., XVII): «Haz para mí primero de esa harina y aceite una torta, y después para ti y para tu hijo». ¿Habéislo entendido? Que primero habéis de cumplir con Dios que con vuestra honra, que con vuestra hacienda, que con vos mismo; haya para Dios y falte para vos. Palabra recia y dura; no es recia ni dura, sino

tú eres recio, duro y flaco para cumplirla. Muéstrame título (Exodo, XII): *Mea enim sunt omnia;* llevad vuestro niño delante de Dios, y pareceros ha cosa justa llevar el niño a Jerusalén, que quiere decir vista de paz. Dichosa ánima de la cual se dijere con razón lo del Evangelio (Luc., II): *Tulerunt puerum:* Llevaron el niño a Jerusalén. Cuando os pareciere recia ley, llevad vuestro niño, que es vuestro espíritu, a Jerusalén, a la vista de paz, y veréis cómo es cosa justa; llevad vuestro niño a considerar quién es Dios, a considerar su hermosura, su bondad, y hallaréis que Majestad infinita demanda reverencia infinita; la bondad ininvestigable todo tu amor pide.

¡Si entendiésedes todos estos títulos, todos veríades que todo se le debe. Mandáis cuando estáis malo matar una gallina: ¿para qué la mandáis matar? Para vivir yo, porque es mía; pues si os parece cosa justa matar vos un animal para vivir vos porque es vuestro, más sois vos de Dios que es el animal vuestro; pues luego aunque muriésedes vos por su contentamiento, con justo título os pedía la vida. Matar vos por vuestro contentamiento vuestro animal aunque no tengáis necesidad de él, no es pecado, porque por ser vuestro os debe la muerte. Siendo vos más de Dios que el animal vuestro, más verdaderamente le debéis la muerte, y padecer cuantos tormentos se os ofrecieren por El, y amarle sobre todas las cosas. ¿Qué os parece que piensa un corazón de carne cuando oye decir que es menester padecer trabajos por no desagradar a Dios? Pésale de tal mandamiento y ordenación de Dios, y así viene a menospreciar lo que el Señor le manda.

Santifícame todo primogénito (Exodo, XIII). Señor, aunque bastaba ese título que habéis mostrado si fuéramos lo que habíamos de ser, pero somos muy avarientos; mirad si tenéis otro título. Sea el segundo título: porque yo maté al demonio y a sus primogénitos, que son los pecados; porque yo maté tus pecados, por los cuales estuvieras en el infierno para siempre jamás; yo te saqué de allá y te puse en el camino del cielo; ¡si entendie-

ses cuánto debes a Dios por no te haber dado la muerte cuando tenías grandes pecados! ¿Sabes cuánto le debes? Que tantos infiernos merecías cuantos pecados has hecho, y si considerases qué tanto es no te dar el infierno mereciéndolo, como sacarte de él estando allá, si una vez de allá te hubieran sacado, ¿qué te pareciera recia ley, aunque te mandara los mayores trabajos del mundo?

Mostrad otro título, Señor, si lo tenéis (Matth., XIII): *Qui habet aures audiendi, audiat:* si por matar los primogénitos le debo, y me demanda este amor, ¿por el modo con que los mato qué le deberé? Si por matar los primogénitos tanto le debo, ¿por matar a su primogénito y mayorazgo, adorado de los ángeles, amado como a sí mismo, unigénito suyo, qué no te deberé, Rey mío? ¿Qué ley me parecerá recia? Pues más te debo por el modo con que me redimiste, que por el remedio que me diste (Psalm. CXV): *Quid ego retribuam Domino pro omnibus, quæ retribuit mihi?* El me sacó del infierno y mató mis pecados, y para ello mató a su mayorazgo. ¿Qué te daré en recompensa, Dios mío? Mi vida no es nada, porque aunque se ayuntasen todas las vidas de los ángeles y de los hombres, y todas te las diesen, más me diste Tú en darme a mí la tuya, que te daría en dártelas yo todas: pues ¿qué te daré, Señor, pues tan poca cosa es mi vida en recompensa de la tuya? ¡Oh, bienaventurada viuda, que por mirar Dios a tu corazón ofreciste más que todos!

¿Qué es que debemos a Dios ayunos, limosnas, injurias? *Præbe mihi cor tuum:* démosle el corazón, que con eso se contenta más que con todo. ¿Decíroslo he? No sé si lo diga: habéisme de perdonar y rogar a Dios que os dé a entender esto, y quite de entre cristianos tan gran oprobio. Dice Dios (Exodo, XIII): *Santifícame todo mayorazgo, así de hombres como de bestias:* daca el mayorazgo de tu bestia, que es la sensualidad: ¿y no hay hombre que se lo quiera dar? Hijo, de tu bestia son los apetitos sensuales y pasiones naturales, pues si dijésedes a un amigo por quien hubiésedes puesto la vida: «Matad un perrillo por mí», y no lo hiciese, ¿qué sentiríades? Mal amigo es por cierto el que no mata una bestia por un su amigo.

¡Oh, Señor, bendito seas Tú para siempre, que no me demandas en recompensa de la muerte de tu Unigénito sino que mate yo mi bestia, y yo no lo hago! Una bestia tienes, hombre, un apetito de gula, ira, envidia, que aunque sea pecado por parte de la razón, también lo es por parte de la sensualidad. Dice Dios: «En recompensa de que maté yo a mi Hijo por ti, mata tú esa bestia, que la he mucho menester. No te pido—dice Dios—bestia provechosa, sino perjudicial y dañosa para ti; una bestia que te ha de acocear, morder y matar; mata esa bestia, que son los regalos de la carne, porque si no los matares morirás; un pasatiempo malo en vuestra carne, un deleite de la sensualidad, porque si no matarte ha a ti». San Pablo (Rom., VIII): *Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.* «Si viviéredes conforme a los apetitos de la carne, moriréis; pero si con el espíritu mortificáredes los apetitos de la carne, viviréis». Si tu bestia vive, muerto estás, a Dios has perdido, y los demonios poseen tu ánima; ¿quién no matará su bestia, pues Dios por nosotros entregó a la muerte su Mayorazgo? ¡Oh, Señor, soy muy piadoso, no puedo matar nada, no tengo corazón para ello! No dice Dios que lo mates tú, sino que lo des al sacerdote que lo mate y derrame la sangre con el cuchillo. Por tanto, si hay aquí alguno que tenga bestia, démela y matársela he: si hay alguno que tenga bestia de carne, darla acá, y matársela he con el cuchillo de la palabra de Dios.

Qui in carne vivunt, Deo placere non possunt (Romanos, VIII), dice San Pablo. Que los que según la carne viven, no pueden agradar a Dios. ¿Para qué queréis vivir si no habéis de agradar a Dios, pues más vale agradar a Dios con muerte y trabajos, que vivir con cuantos bienes hay en su desgracia? Traéis bestia de malquerencia, mostrarla acá y matarla he (Matth., VI): *Si non dimiseritis hominibus peccata sua, nec Pater vester dimittet delicta vestra.* «Si no perdonáredes las injurias, ni vuestro Padre perdonará vuestros pecados». Y en otra parte dice: «Perdonad, y perdonaros han». Si alguno trae lo ajeno, San

Agustín dice *que no se perdona el pecado si no se restituye lo tomado*. Padre, si con todo eso soy tan codicioso que no quiero dar mi bestia a Dios, ¿qué le daré? ¿Qué remedio tengo si no quiero dar mi mayorazgo? Porque no sé lo que querrá hacer Dios de mí, no sé si me ha de mandar perder hacienda, honra y vida. Pues mira cómo os engañáis, que el perder por Dios, ganar es (Joann., XII): *Qui amat animam suam perdet eam*. «El que ama su ánima perderla ha», y el que perdiere su ánima por mí, hallarla ha en la bienaventuranza; que el perder por Dios ganar es, y el no perder por Dios perder es.

¿De eso os espantáis? Sé que juego hay que se llama el ganapierde; todo cuanto guardas para ti, lo pierdes, y cuanto pierdes por Jesucristo, lo tienes guardado; que la piedra preciosa en el arca, aunque no la veáis, más guardada está que en la mano. San Pablo (Cor., III): *Omnia vestra sunt, sive Apollo, sive Cephas, sive Paulus, sive præsentia, sive futura, vos autem Christi, Christus autem Dei*. «Todas las cosas son vuestras sirviendo a Dios, ora sea San Pablo, ora sea Cefas, todo lo presente y por venir, y Jesucristo es vuestro, con que seáis vosotros de Jesucristo; si sois de Jesucristo, todo es vuestro; si no, no tenéis nada.» ¿Qué podéis perder? ¿Vida? San Bernardo dice que la vida sin Jesucristo, infierno es, ¿qué podéis decir, que es vuestra honra? ¿Cómo llamaré mío lo que me echa al infierno?

Hermano, si os dais vosotros a Dios, todo es vuestro; si no tenéis nada, démosle luego honra, hacienda, dinero, vida, que el dársela no es para perderla, sino para que nos la guarde. San Pablo dice (Tim., I): *Credidi et certus sum, quia potens est depositum meum servare usque ad illum diem*. «Bien sé de quién me confío, que cierto estoy que me tiene guardado todo cuanto le he dado para aquel día». Cuanto le diéredes lo tendréis guardado, y cuanto no le diéredes perderéis. ¿Cómo no os consuelan los trabajos y necesidades, aunque tuviésedes vida de galera, pues la tenéis guardada para aquel día?

¿Cómo no hacéis buen rostro a las injurias e infamias, pues tal cosa os tiene aparejada? ¿Qué hará uno que no

se atreve a dar su mayorazgo a Dios, y no osa decir a Dios: «Señor, no quiero vivir a mi contento, sino al vuestro?» Andad acá con la Virgen María al templo.—Señora, ¿adónde vais?—Al templo.—¿A qué?—A presentar a Dios su Mayorazgo y mío, el cual El me dió.—¡Quién viera aquel relicario de Dios, y con cuánta humildad lo ofrece! (Luc., I): *Quia fecit mihi magna, qui potens est.* «Señor, este niño os ofrezco, vuestro es; pues de Vos es eternalmente engendrado; y mío, porque por Vos, para remedio de los pecadores, me fué dado: a Vos sea la gloria, vuestro es, yo os lo ofrezco». La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido, y más agradable a los ojos del padre, fué la que la Virgen ofreció hoy; y si miró Dios a Abel y a sus dones, ¿cómo no mirará mejor a la Virgen y a su cordero e Hijo que ofrecía? «Padre, yo os ofrezco a vuestro Hijo». Padres sacerdotes, aprended de la Virgen cómo habéis de ofrecer al Padre su Hijo para vuestro servicio, para que os agrade y para el provecho de los pobres, para que los predique y enseñe, para que trabaje por ellos y muera por ellos. ¡Oh, qué ejemplo para las madres que tenéis hijos! Ofreced vuestros hijos al templo: el que más amaba que a sus entrañas, al Padre le ofrece para su honra del Padre; y así ensalzó sobre los coros de los ángeles a la Virgen, pues le ofreció la mejor ofrenda. Y pues, Señora, ¿de nosotros no os acordáis? Sí por cierto. ¡Oh, cuánto debemos a la Virgen! ¡Cuánto te costaría decir: «Ofrézcoos, Padre, este niño para que padezca por los hombres: sea azotado, escupido, muerto por ellos, para que con su muerte ellos vivan en la eternidad vuestra para siempre jamás!»

TRATADO NOVENO

DE LA FESTIVIDAD DE LA SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA NUESTRA SEÑORA

Flere cum flentibus, gaudere cum gaudentibus.

«Llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se alegran.»

(Rom., XII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



ICE el Apóstol San Pablo—(Rom., XII): La ley de amor pide esto: *Quiere que lloremos con los que lloran y que nos gocemos con los que se gozan.* Cosa usada entre los que aman, ser común a ellos la alegría y la tristeza; de tal manera, que si vos amáis a alguno mucho y le sucede alguna cosa de que se debe alegrar, vos también os alegráis como si a vos mismo os sucediera; y por el contrario, os entristecéis si alguna cosa adversa le viene. El presente día es dispuesto para acompañar a la sacratísima Virgen María Nuestra Señora en sus dolores y trabajos: la devoción de este día es atribuída a Ella, y no le costó poco. Por cierto digno de reprensión sería el hijo que viendo a su madre muy atribulada, llorando afligida, no se entristeciese con ella y le ayudase a llorar sus trabajos, cuánto más si hubiese sido causa de lo que la madre padece. Nosotros somos cau-

sa de la Pasión de Jesucristo y de las angustias de su Madre. Duélente, Señor, no tus pecados, sino los míos; afligístete, cansástete, no por lo que Tú hiciste, sino por lo que nosotros cometimos, porque Jesucristo no tenía pecado, ni porqué padecer de su parte, no debía nada de sí.

Si tuviese una madre un hijo que se lo hubiesen muerto por amor de mí, y viese que yo me estaba riendo, y que no le ayudaba a llorar a su hijo, ¿qué tanto le pesaría? No sé qué mala ventura es ésta: ya no hay tiempo de Pasión, no se celebran tanto estos días como solían. En otro tiempo había sentimiento de la Pasión de Jesucristo: en la primitiva Iglesia duraba la Misa y el Oficio hasta la mañana que Jesucristo resucitó; ya no hay nada de esto, sino en pasando el viernes, ¡alto! Ya es Pascua. ¡Sus! A entender en lo que habemos de comer, en lo que habemos de vestir. ¡Qué gentil celebrar de Pasión, por cierto, y así se había de hacer ello! No os dura la devoción de estos santísimos días un momento: gastad ahora, por reverencia de Dios, este día en acompañar a la viuda y sola, y cada uno en su rinconcillo ayudarle a llorar y a estar allí con Ella; pues sois la causa de sus dolores, celebrad la Pasión de Jesucristo, si queréis sentir los gozos de su Resurrección. Todo cristiano debe gastar este día en acompañar a la Virgen, que fué hoy lastimada en gran manera.

Cui comparabo te? (Thrent., II). «¿A quién te compararé y asemejaré, hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaré, Virgen hija de Sión? Grande es así como el mar tu quebrantamiento: ¿quién te pondrá medicina?» Cántalo el profeta Jeremías muchos tiempos antes, viendo los males que estaban esperando a la ciudad de Jerusalén; y esto mismo podemos decir ahora nosotros viendo a la Santísima Virgen María tan afligida y penada, y llena de tan grandes angustias: que de Ella también se dijo en figura: «¿A quién te compararé?», etc. Andaba la espada de la justicia de Dios en tiempo del Rey David haciendo gran destrozo en la gente de su ejército, sin tener culpa del castigo que Dios les enviaba, sino porque David

se había parado a contar el pueblo: castigaba Dios a ellos, no por lo que habían hecho, o, por mejor decir, a él en ellos. No pudiendo el Profeta sufrir y ver padecer aquella gente sin culpa por lo que él había pecado, púsose en disputa con Dios y díjole: *Ego sum qui peccavi, isti qui oves sunt, quid fecerunt? Vertatur manus tua contra me*, etcétera. «Yo soy el que pequé, yo soy, Señor, el que te tengo ofendido,yo soy el que merezco el castigo, que éstos ¿qué culpa tienen? Ovejas son sin culpa, no tienen hecho porqué padezcan tanto mal; vuélvase, Señor, tu mano airada contra mí; ejecuta, Señor, en mí la furia de tu castigo, alza la mano de tu ira de sobre ellos».

¡Cosa recia es, por cierto, que ande la espada de Dios hiriendo a Jesucristo y a la Sacratísima Virgen su Madre, y que nos pongamos nosotros delante! Señor, ¿qué es esto? ¿Qué os han hecho esta oveja y su cordero? ¿Los inocentísimos, los limpios, los sin pecados, los justos, qué culpa tienen? Estas ovejas inocentísimas son, que no hicieron porqué; nosotros somos los traidores que os ofendimos, nosotros los que pecamos, vuélvase vuestra ira contra nosotros; cosa grave por cierto. Van a prender a Jesucristo el jueves de la cena en la noche, y lo primero que dice, olvidado de sí (Joann., XVIII): *No toquéis a estos mis hermanos*. Mandáis que no toquen a los siervos: ¿qué justicia es ésta, Señor? Prenden al inocente, y mandáis que dejen a los culpados; atan al Mayorazgo de Dios, y dejan ir libres a los esclavos; llevan a Jesucristo preso, y dejan al malhechor en casa.

¡Oh, bendita sea, Señor, tu misericordia! Que no se ponga el cristiano en medio y diga: «¿Señor, qué es esto? ¿Qué justicia es ésta? Vuélvase vuestra espada contra mí; ejecutad en mí la ira de vuestra justicia, que yo soy el que merezco el castigo: ¿qué es esto, Señor, porqué así matáis a vuestro Mayorazgo y así atormentáis a vuestra sierva María?» La respuesta de Jesucristo clara está, la de la Virgen María Nuestra Señora no está tan clara (Isaí., LIII): *Disciplina pacis nostræ super eum cujus livore sanati sumus*. Cayó sobre El el castigo, por el cual fué adquirida la paz entre Dios y nosotros: no es-

taba en más ser reconciliados nosotros con Dios, sino en que Jesucristo muriese: cayó sobre El la ira del castigo, porque nosotros fuésemos remediados. No sabe pregonar ese pregonero: si le preguntáis a Pilato deciros ha (Joannes, XIX): *Ego nullam invenio in eo causam.*

Por eso murió, porque fué su voluntad de salvar a los hombres; de esta manera no hubo causa, no hubo quien lo constriñese a hacer lo que hizo, sino sólo el amor que nos tuvo: si pregona el pregonero: «Esta es la justicia que manda hacer Poncio Pilato a Jesús de Nazareth, porque dice ser Hijo de Dios, y por alboratador y malhechor», no sabe lo que dice, que no tenía Pilato poder ninguno sobre El, que de arriba viene (Joannes, XIX): *Non haberes potestatem adversum me ullam*, dijo Jesucristo al mismo Pilato. Pues ¿porqué muere? (Isaí,, LIII): *Propter scelera populi mei percussi eum.* Eso sí, «por los pecados de mi pueblo, porque me ofendieron los hombres, por eso lo castigo yo», dice el Padre Eterno; porque ellos no se perdiesen para siempre en el infierno; pues la culpa es de los hombres que han pecado, ellos son la causa de la muerte de Jesucristo; ¿luego qué justicia es ésta, Señor, que castigáis al justo por los pecadores? ¿Que muera el inocente por los culpables?

Señor, parece que hay escrúpulo en vuestra justicia, pues castigáis al que no tiene culpa, y dejáis ir libres a los que hicieron el mal; si lo quiso El, ¿qué haremos? Si quiso morir por nosotros, ¿qué diremos? Luego así había de decir el pregón: «Esta es la justicia que manda hacer el Padre Eterno a Jesucristo su Hijo, porque amó a los hombres. Quien a tantos y tales ama, que tal haya». ¿Por qué moristeis, Señor?—Por el amor que te tuve.—¿Quién te cansó, Señor, tanto? ¿Quién te afligió? ¿Quién te hizo haber hambre y sed? ¿Quién te hizo sudar? ¿Quién te paró tal hasta morir desnudo en una Cruz?—El amor y caridad que tuve a los hombres.—¿Porqué, Señor, afligiste tanto a la Madre y al Hijo? ¿Qué culpa tienen? Ovejas son inocentísimas.—El amor que tuvo a los hombres Jesucristo, eso es.—¿Pero qué tiene que ver con eso la Virgen María Nuestra Señora? ¿Porqué tan afligida?

¿Porqué la atribuló tanto el Padre Eterno el día de hoy? ¿No está escrito (Deut., XXII): *Si encontráredes en el campo algún nido de pájaro, y estuviere en él su madre, tomad los pájaros y no llegueis a la madre?* ¿No manda Dios en el Exodo, no cuezas el cabrito en la leche de su madre? (Deut., XIV): *Ne coxeris hœdum in lacte matris suæ?* Señor ¿tenéis cuidado de las aves? ¿Tenéis cuidado de los animales? (I Cor. IX): *Numquid de bobus cura est Deo?* ¿Qué es esto Señor? ¿No bastaba matar al Hijo y ponerlo en una Cruz, sin matar también a la Madre? ¿Porqué se cuece Jesucristo en lágrimas de su Madre? Si lo queréis asado, asado está en el fuego de tantos tormentos; asado lo tiene el fuego de amor, que en su benditísimo Corazón ardía mientras que estaba padeciendo en la Cruz; y si lo queréis cocido, cocido está en las lágrimas que de los ojos de su sacratísima Madre salían viendo lo que estaba padeciendo.

¡Oh, bendita sea vuestra misericordia, Señor! Y ¿qué os ha hecho esta bienaventurada Virgen? ¿Qué os hizo la que todos los días de su vida os sirvió? ¿Qué os hizo la que mientras en esta vida estaba, en otra cosa no entendió sino en agradaros y en esto gastó su tiempo? ¿Qué os hizo la que tan desvelada andaba todas las noches y los días por contentaros? ¿Qué hizo su virginal y limpio corazón, en el cual aun pensamiento el más pequeño del mundo nunca jamás hubo de que Vos, Señor, os ofendiésedes, que así la habéis hoy lastimado, que así la habéis hoy entristecido? ¿Qué os hizo, Señor, esta Santísima Virgen limpísima en quien nunca hubo pecado? ¿Porqué la habéis tanto afligido el día de hoy, Señor? (Prov., XXXI): *Multæ filiæ congregaverunt sibi divitias, sed tu supergressa es universas.* Muchas hijas allegaron riquezas; pero tú, Señora, a todas has sobrepujado. Quiere decir: muchas santas, muchas mártires castas, muchas vírgenes, muchas han amado a Jesucristo en gran manera, tanto, que dejaban riquezas y honras, y ser esposas de Reyes, y todo lo que el mundo ofrece, y tras lo que los hombres andan perdidos por haberlo; pero a todo lleváis Vos, Señora, la ventaja.

Vos, más santa que todas la Santas, más amasteis a Jesucristo Vos sola que todas cuantas dejaron el mundo y su ostruendo por seguir a El; y por amarle nadie se igua la con Vos. Muchas hijas allegaron riquezas; pero Vos, Señora, muchas más que todas. Dos cosas pelean hoy, Señora: veamos cuál va delante: vuestra santidad, vuestros dolores, vuestra privanza, vuestras angustias; Vos, la más santa que todas, y la más lastimada, la más querida, la más angustiada, la más alta y la más abajada. Dos cosas andan hoy a porfía: ¿cuál, Señora, de las dos que hemos dicho va delante? ¡Señor, y cuán caro vendéis a esta Santísima Virgen vuestra privanza!: si mucho la amasteis y quisisteis, mucho la afligisteis; si muy santa la hicisteis, mucho la angustiasteis; a la medida del amor que le tuvisteis, fué el dolor que ha pasado.

¿A quién te compararé? ¿A quién te igualaré? Con quién te asemejaré y consolaré, Virgen tan lastimada? Grande es así como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina? (Thrent., II.)¡Oh, bendito seas Tú, Señor, que así desconsolaste hoy a esta bendita Virgen! No hay en la tierra ya quien la consuele; no hay quien enjugue sus lágrimas; no hay quien dé fin a sus lamentaciones; no hay quien acompañe su soledad, quien ahora mitigue tu dolor; no hay ya consuelo para ti. Estaba la madre de Tobías el mozo, esperando, cuando su padre lo había enviado a la ciudad de Rages, y como se tardaba tanto no podía reposar, pensando qué sería de él, si era muerto o vivo, si le acaecería algo. Y dice la Santa Escritura, que no pudiendo sufrir la soledad de su ausencia, se salía a los caminos (Tob., X): *Et plorabat lachrymis irremediabilibus*, y decía: «¡Ay de mí, hijo mío!, ¿y por qué te enviamos a peregrinar por esos caminos? Lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra postrimería, ¿a qué te enviamos de nosotros? Si pobreza teníamos, con estar tú presente no se sentía; si trabajos padecíamos, teniéndote a ti no se nos hacía nada. *Omnia simul in te uno habentes.* En ti sólo teníamos todas las cosas.»

¡Oh! Virgen bendita y quién te preguntase: «¿En quién

estaba tu consuelo? ¿En quién esperabas? ¿Qué era lo que más amabas? ¿Por ventura no era Jesucristo? El uno y solo era tu consuelo y esposo, tu Hijo, tu alegría y tu remedio: El solo te era todas las cosas; con sólo El estabas, Señora, contenta, y ninguna cosa echabas menos; teniéndolo a El, y con El, ninguna cosa te faltaba; faltándote El, todo tu bien has perdido; no lo trocaras por cielos y tierra». Ella es la que más perdió, la más entristecida, la más desconsolada, la más afligida de cuantas hubo ni habrá. Cuando lo viese que ya quería expirar, cuando viese obscurecerse aquellos lucientes ojos, cuando viese levantarse el sagrado pecho tan apriesa con las ansias de la muerte, ¿la Madre que tal vió, qué haría? No hay corazón que sepa sentirlo, no hay lengua que sepa explicarlo. No te quedó consuelo ni arrimo en la tierra, muerto tu Santísimo Hijo, porque en El tenías todas las cosas.

¿A quién te compararé? Mandó Dios a Abraham que subiese al monte y sacrificase a su hijo Isaac; pero después contentóse Dios con sola su obediencia de corazón, y dióle un carnero que sacrificase (Génes., XXII). Al monte subió con su hijo Isaac, y del monte bajó con él; mas la Virgen Nuestra Señora no es así. Al monte Calvario subió con su Hijo; más a la vuelta no lo trajo consigo, que allá lo dejó. ¿A quién te compararé, hija de Sión? ¿Compararte he quizá con la madre de los Macabeos, que le mataron delante de sus ojos siete hijos en un día, y guardáronla viva hasta el cabo porque sintiese mayor dolor de ver la muerte de sus hijos? No, que si morían tenía la madre licencia de consolarlos y esforzarlos. Consentíanle que estuviese allí animándolos y ayudándolos a bien morir; pero la Virgen Nuestra Señora aun no le daban lugar, ni le dejaban ver de cerca a su Hijo Jesucristo, porque eran tantas las blasfemias, las malas palabras, las voces de aquella desconocida gente, que no le daban lugar de consolarle. Allá alaban a los Macabeos porque morían por la Ley de Dios, por la cual se consolaba la madre: acá dicen que Jesucristo muere por blasfemo contra la Ley y Mandamientos de Dios.

En gran manera fué hoy afligida, no hay para Ella consuelo en la tierra, no hay remedio para alegrarla, no hay quien le iguale en el dolor, como no hay quien le llegue en la santidad.

Grande es así como el mar tu quebrantamiento. No bastaría decir como fuente, sino como mar. Porque tienen compañía mar y María. ¿Qué es esto, Señor? ¿Hacéis ahora mundo de nuevo? Mirad, hoy lo veréis. Como cuando al principio del mundo crió la luz, así le veréis hacer fuego de nuevo: y como allá manda llegar todas las aguas a un lugar, y llamólas mar, así acá manda que se lleguen todas las virtudes que están repartidas por muchos en un lugar: toda la santidad, toda la castidad, toda la fe, y la esperanza y caridad, júntanse en esta Virgen muy más perfectamente que en otra persona alguna; y júntanse también todos los dolores, las angustias, las tristezas y lágrimas el día de hoy en esta Virgen, y llámase María (Ruth., VI): *Ne vocetis me Noemi (id est pulchram) sed vocate me mara (id est amara) quia amaritudine valde replevit me omnipotens.* «No me llaméis ya Noemi—dice la Virgen—, que quiere decir hermosa; no me conviene ya ese nombre, no es para mí ese nombre; mas llamadme María, que quiere decir amarga, porque en gran manera me ha amargado el Omnipotente, porque entré llena y salgo vacía». Así salió la Virgen Nuestra Señora, como adelante oiréis.

Grande es como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina? (Thrent., II.) ¿Qué hizo esta Virgen, Señor? ¿Porqué la habéis amargado el día de hoy? ¿Y qué culpa tiene y qué mereció? ¿Porqué así la afligisteis? ¿Qué hizo esta oveja inocente, Señor? Por donde se perdió el mundo, por ahí se ha de tornar a cobrar; hombre y mujer lo perdieron, hombre y mujer lo han de tornar a cobrar. Negra manzana y negros deleites, ¡qué caros habéis costado al Hijo, y por eso a la Madre! Adán y Eva perdieron el mundo: Cristo y María lo han cobrado. ¿Qué hizo esta oveja bendita? ¿Porqué, Señor, la habéis angustiado? Decid: si la Virgen María no pasara esto, ¿qué consuelo quedaba a las vírgenes en sus traba-

jos, y a las viudas? Ahora todos tienen consuelo, porque si a la doncella le viniere algún trabajo, tenga dechado de paciencia en la Santísima Virgen, y diga: «Pues más trabajada fué mi Señora la Virgen María». Si casada perdiere algún hijo que mucho quería, mirando a la Virgen se consuele, y con pensar sus dolores, y con pensar qué lastimada fué este día, se consuele y esfuerce, y diga: «Pues si perdí hijo, mejor lo perdió mi Señora la Virgen María, mayor fué su angustia y dolor que el mío, cuanto era mayor su Hijo que el mío; pues luego por amor de ti atribula el Eterno Padre hoy a la Virgen para que tú saques consuelo y provecho». Por tu amor atormenta hoy a la Madre y al Hijo: sábelo, por amor suyo, conocer y agradecer; sábete aprovechar; no hayan ahora padecido Madre e Hijo tormentos tan grandes en balde; en balde sería si no hubiese quien se aprovechase del fruto de ellos.

Hablar ahora de la muerte de Jesucristo sería cosa muy larga, y es tarde, y tenemos poco tiempo; este día es diputado para contemplar los dolores de la Virgen. Tenga vuestro corazón sentimiento todos los días de vuestra vida el jueves en la noche y viernes hasta la tarde, de la Pasión de Jesucristo, y desde el viernes en la tarde hasta el sábado, de los Dolores de la Virgen María Nuestra Señora. No se os olvide, en viniendo el sábado, de tener memoria particularísima, sin que falte día, de los dolores que la Virgen María pasó. ¿Quién medicinará tus angustias? ¿Quién pondrá tasa y medida a tus dolores? ¿Quién bastará a contar tus penas? ¿Quién contará de lo que tal día como hoy padeciste? Cuan grande es el amor, tan grande es tu dolor; cuan grande es el amor que ardía en tu corazón, tan grande es la angustia. Si supiésedes conocer cuán grande es el amor que esta sacratísima Virgen tenía a su Santísimo Hijo, sabríades conocer el dolor que hoy ha pasado por Ella; pero como no se puede conocer el amor, así tampoco se entiende el dolor que recibió.

¿No habéis visto en las criaturas irracionales el amor que una madre tiene a un hijo, como una vaca a un be-

cerrillo, que se dejará matar por él?: allegádselo a quitar; aun se ha visto una gallina morir por sus pollitos, porque ellos no recibiesen daño. Pues pensad ahora en la Virgen que amaría a Jesucristo como a Hijo, y amábalo como a Dios; aquella reverencia con que lo trataba, aquella reverencia con que estaba delante de El, creo que no osaba alzar los ojos del suelo. Pues ¡con qué amor le trataba cuando niño, cuando le daba sus virginales pechos! Para mí tengo que mientras el niño dormía, que estaba hincada de rodillas adorándolo y pidiéndole gracia para saberlo tratar. En las madres de acá hay remisión en el amor que a sus hijos tienen por mucho que los amen: aquí no hay tasa, sino que la Virgen amaba a Jesucristo cuanto el Espíritu Santo le soplaba; y esto era mucho, y así no es decible ni se puede tasar; no hay palabras para poder encarecerlo.

¡Oh, bendito seáis Vos, Señor, que fuisteis servido que el amor grande de esta Virgen fuese sayón que la atormentase tanto, que dice San Jerónimo que cada herida que daban a Jesucrito en el cuerpo era una lanzada que atravesaba el corazón de la Virgen; cada bofetada, cada azote, cada llaguita que hacían a Jesucristo, tantas puñaladas eran para el corazón de esta Virgen! ¡Oh, bendita sea, Señor, tu misericordia, que tantas saetas tuviste hoy para herir y traspasar el corazón de esta Virgen! Pues si el cuerpo de Jesucristo estaba con cinco mil azotes repartidos en un cuerpo como el suyo, su sacratísima cabeza atravesada por tantas partes de las espinas, todo corriendo sangre, sus sacratísimas barbas peladas, sus pies y manos horadados con clavos tan crueles, escupido, abofeteado, aquel delicado cuerpo desconyutado y sus tiernos miembros desencajados, ¿qué tal os parece que estaría el corazón de la Virgen que esto tenía delante los ojos? ¡Oh, virginal corazón! Pintáisla con siete cuchillos, con setecientos la habíades de pintar; no tienen cuenta las gotas de la mar ni sus arenas, no tienen cuenta las estrellas del cielo con los dolores de la Virgen María.

¿A quién te compararé, ¡oh, Virgen Santísima!, cuál estaba tu corazón? ¿Qué sentiste en este día, bebiendo

agua de dolor, entrando las aguas de los tormentos hasta lo interior de tu corazón? Subido han las ondas tempestuosas de las aguas hasta zambullir su corazón: menester fué ayuda particular para sufrir y pasar lo que hoy por ti pasa. ¡Oh, gran lástima, Madre, que al que adoraba por Dios, oyese decir tantas injurias, tantas blasfemias!

¡Oh, lastimado corazón, que tal pregón oíste pregonar al Hijo de Dios y tuyo como a malhechor, y decirle tantas injurias! ¡Qué de dolores entraron por tus oídos! ¡Qué de dolores por los ojos! Pensad en esto, y pedid gracia, y pidámosla todos para entenderlo y sentirlo. Alzó los ojos la primera madre Eva para ver el árbol de que Dios le había mandado que no comiese. Alzó los ojos la Virgen a Jesucristo en la Cruz. Más lastimó a la Virgen ver cuál estaba Jesucristo, que agradó y deleitó ver a la primera mujer el árbol que le estaba vedado que comiese. ¿Para qué son ojos hoy, Señora? Deseaba la Virgen benditísima ver a Jesucristo; alzaba los ojos a mirarlo, era tanto el dolor que recibía de ver lo que tanto padecía, que cuan presto alzaba los ojos tan presto los bajaba: no pudiéndolo sufrir, decía al Eterno Padre: «Señor, no te pido vida para mi Hijo; ya veo, Señor, que está ya muy cerca de su muerte; recibe, Señor, su muerte en recompensa de los pecados de los hombres; cese ya tu justicia; no castigues a tus esclavos, pues así has castigado a tu Mayorazgo, porque ellos no se perdieran. Con alegría, Señor, lo recibí, y con gran dolor te lo torno. Grande fué el gozo que mi ánima recibió el día que el ángel me trajo la nueva que la había de parir; pero grandísimo dolor sentí en mi corazón de verle partirse de mí con tanto trabajo».

¿A quién te compararé? Cuando llegó la hora en que expiró, ¿qué sintió tu corazón de verle agonizar con la muerte en aquellas ansias mortales? Muere el Hijo. ¡Cual quedaría su Santísima Madre! Expira Jesucristo en la Cruz, queda lastimadísima la Madre en la tierra.

Veis las balanzas, en bajándose la una se alza la otra; el Hijo, alto; la Madre, baja; muere el uno en la Cruz,

y queda lastimado y herido el corazón del otro al pie de ella. ¿Qué sentiría la compañía? ¿Qué es lo que San Juan haría? ¡Qué de lástimas harían las Marías de ver tan excesivo dolor, de ver padecer a Jesucristo! Aflígense en gran manera de ver medio muerta a la Madre. La Virgen sacratísima comienza a decir tantas lástimas, que quebraba el corazón a cuantos la oían. «¡Oh, Señor, Tú muerto en la Cruz, y yo viva en la tierra! ¿Es posible que tan duro es este corazón que ha podido verte morir sin llevarme juntamente contigo? Gran desamor mío es éste; mucho más pensé, Señor, que te amaba. ¿Porqué quieres que crea de mí, viéndome viva, estando Tú muerto? ¿No tuvieras por bien llevarme contigo?» ¿Qué haría la pobrecita compañía en ver a la Virgen hacer tales lástimas? Pues responderle han al mismo tono: el dolor de sus corazones menearía sus lenguas para mostrar el dolor por las palabras que sus ánimas tenían allá dentro. Quedáronse allí María Magdalena, y San Juan y las Marías con la Virgen. Era ya tarde, hora de Vísperas, ya la gente se había ido y no sabían que hacerse; ellos eran flacos, la Cruz estaba muy alta, los clavos muy gruesos, no tenían herramienta para sacarlos, para poder bajar el cuerpo.

Estando en esto ven venir a la gente de la justicia de Pilato, que venían a quebrar las piernas a los crucificados, porque era así costumbre para acabarlos de matar; piensa qué sentirían. Pues cómo, ¿no basta cuál lo habéis tratado? ¿No bastan los tormentos pasados sin de nuevo quebrar el corazón de la Madre? ¡Con qué ruegos le rogarían a todos aquellos ministros de la justicia! Diría la Virgen: «¡No le quebréis a mi Hijo las piernas, por amor de Dios! Si lo hacéis por atormentarle más, ya no sentirá nada: si por acabarlo ya de matar, ya está muerto; si no os doléis de El, haced compasión de mí; quebraréis las piernas del muerto que ya no siente, quebrantaréis mi corazón, que aún está vivo, aunque traspasado para sentir tanto dolor». ¿Ellos qué harían? ¿Qué se ha de pensar de gente tan cruel? En lugar de condescender a las peticiones de esta bienaventurada Virgen, diríanle: «¡Qui-

ta allá!» Oírla han y desviarla han con desprecio. Pero tanto les rogó, tanto les importunó, que puso Dios en sus corazones que no le quebrasen las piernas. ¿A quién te compararé? Entonces uno de aquéllos, a quien llamaban Longinos (no fué ciego, que dicen por ahí no sé qué conseja: es burla), tomó una lanza y dió una lanzada por encima de su Madre a Jesucristo en el lado derecho, y luego comenzó a salir sangre y agua. Ya está cumplido lo de acullá; que de una costilla del lado de Adán hizo Dios a Eva.

Del costado de Jesucristo sacan la Iglesia. ¿No veis el rescate de nuestra redención? ¿No veis ahí la sangre con que fueron lavados nuestros pecados, y la sangre con que se satisfizo a la justicia de Dios? Veis ahí el cielo abierto, que hasta aquella hora había estado cerrado por el pecado de Adán, y han abierto la ventana del Arca de Noé, por la cual todos los que entraron fueron salvos. Ya el querubín que estaba a la puerta del paraíso terrenal es ido; la espada que allí estaba ya la han quitado; el fuego que allí ardía ya es apagado; ya han dado fin a los trabajos de Jesucristo; ya acabó la obra, a la cual fué enviado del Padre, que era redimir a los hombres, y a quitarlos de la servidumbre del pecado; mas los trabajos de la Virgen aun ahora comienzan. ¿Qué os parece que sentiría de ver romper así tan cruelmente aquella carne virginal salida de sus entrañas? Hacen todos planto de nuevo viendo partir el Corazón de Jesucristo en aquel Cuerpo tan atormentado y lastimado.

Estando así todos, ven venir a José, el cual era discípulo de Jesucristo; pero hasta allí había estado encubierto por miedo de los judíos, y había ido a Pilato, y pedídole el Cuerpo de Jesucristo, porque no le podían quitar de la Cruz sin su licencia. Hizo su cuenta: «¿Qué me pueden hacer, matarme? ¿Quitarme la vida y la hacienda? Todo es poco, ya no es tiempo de disimular más; ahora en las adversidades es menester mostrarse los hombres ser del bando de aquellos a quien aman». Vase a Pilato, pide el Cuerpo de Jesucristo: respondió Pilato: «¿Ya es muerto?» Espantóse de que tan presto fuese muerto. «¿Es muerto,

preguntáis? Bien parece que no sabéis cuán delicado era; bastaba el menor dolor de cuantos padeció a quitarle la vida, si la divinidad no lo sustentara».

¿No sabes tú lo que padeció en la columna cuando a puros azotes le desollaron aquel tierno y bienaventurado Cuerpo? Bien parece que no sabes tú lo que padeció llevando la Cruz sobre sus delicados hombros, y después cuando lo pusieron en ella, que no te maravillarás de cuán presto era muerto. En fin, concedióle Pilato lo que pedía, y dióle licencia que lo quitase de la Cruz para enterrarle. Fué el buen hombre y compró una sábana de un lienzo muy bueno, compró mirra, compró acíbar para ungir el cuerpo como entonces lo tenían de costumbre; trajo un par de escaleras, y finalmente todo lo demás que era menester para enterrar al Señor. Vino con él un buen hombre, fariseo, amigo de Jesucristo, al cual llamaban Nicodemus; toman algunos buenos hombres que les ayudasen, y viénense al lugar donde estaba la Virgen acompañando a su Hijo bendito. Esto era viernes en la tarde poco más de las cuatro, porque Jesucristo estuvo tres horas vivo en la Cruz.

Pues como vieron venir así aquella gente temióse la Virgen no fuese otra cosa; díjole San Juan: «No temáis, Señora: a esta gente yo la conozco, no viene a hacer mal, antes son amigos de Jesucristo vuestro Hijo, y deben venir a consolaros y ver si habéis menester algo». Llegando los buenos hombres, con muy buena crianza y con mucha vergüenza, dícenle: «Señora, si hasta ahora no os habemos servido y acompañado en este vuestro trabajo tan grande, perdonadnos, hémoslo hecho como pusilánimes en no haber arriesgado las vidas y las haciendas por confesar a vuestro Hijo; harto arrepentidos estamos de ello, de aquí adelante nos enmendaremos. Ved, Señora, al presente qué mandáis hagamos; nosotros venimos a dar sepultura a vuestro Hijo y maestro nuestro, y para ello traemos aquí todas las cosas necesarias; por eso dadnos, Señora, licencia.»

Agradecióles la Virgen su buen comedimiento, y a Dios porque así había proveído quien le ayudase a en-

terrar su Hijo unigénito. Alleguémonos todos ahora a ver cómo pasa esto. No es razón que el cristiano se halle ausente al entierro de Jesucristo; quienquiera se llega a la cama de uno que se quiere morir; cuanto más que nosotros somos los que ganamos, y sacaremos grande provecho si con devoción y atención miramos lo que allí se hizo. Ahora mirad cómo pasó. Era la cruz muy grande, de quince pies en largo; ¿habéislos medido ya en vuestra cámara? Bendito seáis Vos, Señor, que tan delicados hombros llevaron tal peso. Estaba la cruz puesta en una peña, hecho un agujero de dos o tres palmos de hondo; ponen la una escalera delante, y la otra por la otra parte; suben unos a desclavar los brazos, otros a sustentar el cuerpo; los clavos eran muy gruesos, y quitábanlos con mucho trabajo, por no acabar de rasgar las manos.

Leído he en un autor que le rodearon una soga por los pechos y por debajo de los brazos cuando le crucificaron para que se sustentase el cuerpo, porque, si no, se rasgaran las manos si en ellas solas estuviera el cuerpo sustentado. Los golpes que sonaban daban en el corazón de la Virgen, y representábansele los que le daban cuando lo crucificaban. Al fin, desclavados los brazos, abrazóse Nicodemus con el cuerpo ensangrentado; quitan poco a poco el clavo de los pies, el cual era grueso más que los otros, y estaba muy apretado. Llégase la Virgen para tomar a Jesucristo en sus brazos; con el dolor no podía reposar, ni descansar en pie, ni descansar sentada. «Dádmelo acá.» «¡Oh, Señora! ¿Sabéis lo que pedís? Mirad que no descansaréis con eso, antes se doblará vuestro dolor». Toman el cuerpo y pónenselo en sus brazos; toma San Juan de la cabeza y la Magdalena de los pies; comienzan todos a llorar con tanto sentimiento de ver por una parte aquel bendito cuerpo tan atormentado, por otra parte de ver las lástimas que la Santísima Virgen hacía. ¡Oh, gran dolor! ¿A quién te compararé?

Comienza la Virgen de allegarle las manos a la cabeza, y topaba con las espinas que le habían quedado hincadas al quitar de la corona; todos los cabellos llenos de sangre; no hacía sino rodear aquel cuerpo; no se hartaba de mi-

rarlo, y por otra parte desfallecía del gran dolor; tómale las manos, las ve hechas pedazos; pone los ojos en el rostro de su Hijo, abre aquella boca y comienza a hablar, quebraba el corazón al que la oía. «¿Qué es aquesto, Señor? Hijo mío, Dios mío y consuelo mío, ¿cómo me has dejado sabiendo que tanto te amo? ¿Para qué me has guardado para tanto dolor? ¿Este es el cuerpo que yo tan tiernamente trataba y envolvía? ¿Quién, Señor, te ha parado tal? ¿Qué corazón bastó a hacerte tanto mal? ¡Oh, beldad de Dios escupida! ¡Oh, hermosura tan afeada! ¡Oh, lumbrera del cielo obscurecida! ¡Oh, rostro que alegras en el cielo a los bienaventurados, y quién te ha desfigurado de tal manera! ¡Oh, lengua que a tantos consolaste, que a nadie supiste decir mala palabra! ¿Dónde estás que no me respondes? ¿Cómo se ha tornado mi arpa en lloro, y mi música en lágrimas?»

Comienza San Juan: «¡Oh, Maestro mío! ¿A quién iré de aquí adelante con mis dudas? ¿Quién, Señor, me aconsejará? ¿Quién me consolará? Anoche tuve mi cabeza reclinada sobre tu pecho: ahora, Señor, está la tuya sobre el mío». La Magdalena también decía: «Señor misericordioso, ¿quién me favorecerá? ¿Quién tornará por mí cuando el fariseo murmurare de mí? Tú, Señor, tornaste por mí cuando mi hermana me decía que porqué no le ayudaba. Tú respondiste por mí. ¿Cómo dices que te amo, pues soy viva viendo mi alegría muerta?» Era lástima de oír a esta buena mujer, y entre tanto bañaba los pies de Jesucristo con lágrimas de sus ojos. Llora la Madre, lloran cuantos están presentes, lloran allí los ángeles; que para mí tengo que tomaron cuerpos para venir al enterramiento de Jesucristo, y no va fuera de razón creer que es así, pues tomaron cuerpos para hacer otras cosas de menos calidad. Así, de creer es que los tomarían para venir a llorar juntamente con la Madre la muerte del Mayorazgo de Dios, y para hallarse en su enterramiento. ¡Qué llanto se haría! ¡Oh, bendita sea tu misericordia, Señor, que no hay corazón que baste a pensarlo sin que se deshaga y quebrante de dolor! ¡Qué hiciera si viéramos con nuestros propios ojos lo que allí

pasaba! Decía la Madre (Job, VI): *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea ænea est.* «Ni yo tengo fortaleza de piedras, ni mi carne es de metal».

Pensad que fué el más tierno corazón el suyo de cuantos ha habido en el mundo, y de Ella se dice (Job, XXXI): *Quia ab infantia mea crevit mecum miseratio, et de utero matris meæ egressa et mecum.* «De ver a un pobre lloraba: desde el principio crió Dios conmigo el ser compasiva, el ser misericordiosa; la ternura de mi corazón desde el vientre de mi madre salió conmigo». Esto se dice de la Virgen en persona de Job. El corazón más tierno del mundo fué el suyo; y si de ver un pobre llora, ¿qué haría de ver padecer a su Santísimo Hijo, de verlo muerto en sus brazos, y tan atormentado como estaba? Era tan tierna, que si viera padecer algún mal o algún trabajo a los mismos que crucificaron a su Hijo y le trataron tan cruelmente, se doliera de ellos. Pues decidme, ¿qué os parece que sentirá de ver padecer tanto a su unigénito Hijo? Consuélate, cristiana mujer, y hombre que estás en trabajos, sábete que tienes una Madre en los cielos que se duele de sus fatigas más que tú mismo te dueles y así procura Ella de remediarlas. El mayor dolor de cuantos hay en el mundo, en el corazón más tierno, ¿qué os parece que sentirá?

Aquí se cumple el *Ecce ancilla Domine* del día de la Anunciación, que San Agustín dice que el mismo día que encarnó, ese día murió. Cotejad, Señora, día con día, templad la alegría del uno con la tristeza del otro; acordaos, Señora, de la alegría que sintió vuestra ánima cuando el ángel os dijo que habíades de parir al Hijo de Dios que venía a remediar al mundo perdido, que habíades de ser Madre de Dios quedando Virgen, para que no desmaye vuestro corazón con lo que ahora tenéis delante de vuestros benditos ojos. Acordaos, Señora, de la alegría de aquel día, para que no desfallezcáis en los trabajos de éste. Aquí viene, Señora: *Ecce ancilla Domini:* aquí viene el conformaros con la voluntad de Dios: alzad, Señora, los ojos al Eterno Padre, y conformaos con su voluntad para suplir estas angustias, como allí os con-

formasteis con la misma para aceptar lo que el ángel de su parte os decía. «Padre de misericordia—decía la Virgen—, veis aquí vuestra esclava, cúmplase en mí vuestra voluntad; este Hijo me disteis, con grande alegría lo recibí; veislo, ahí os lo torno; Vos me lo disteis, Vos me lo quitáis, cúmplase vuestra santísima voluntad; esclava soy para todo lo que vuestra Majestad quisiere hacer de mí. El día de mi alegría os canté (Luc., I): «Engrandezca mi ánima al Señor y gócese mi espíritu en Dios»; mi salud el día de mi tristeza y dolores; suplico que la recibáis en agradable sacrificio por los pecados de los hombres.

«¡Oh, pecadores, cuán caro me costáis, que por amor de vosotros ha pasado mi corazón trance tan amargo como ha sido éste, ver a mi Hijo Jesucristo padecer tan cruel muerte y pasión! Lo que vosotros hicisteis, El lo ha pagado, y mi ánima lo ha sentido; bien empleado vaya, aunque ha pasado tantos trabajos, porque vosotros recibáis el fruto de ellos y alcancéis perdón de Dios.» ¡Oh, Señora, bendita seáis Vos, que tantos trabajos padecéis por los hombres, y tan poco os lo agradecemos! «Yo los perdono, Señor, no por la parte que me cabe de los trabajos que os he visto padecer por amor de ellos; perdonadlos, Señor, hacedles bien, consoladlos en sus tribulaciones, socorredlos en sus necesidades, ayudadlos en sus trabajos, oídlos, Señor, cuando os llamaren; alegradlos, hacedles bien por mí.»

El *Ecce ancilla* (Luc., I) aquí se cumplió bien el conformarse con la voluntad de Dios. ¡Oh, dechado de madres! Perdonad, no esperéis que os vengan a rogar. ¿No veis a esta Señora, Madre bendita, cuán de buena gana perdonó la muerte de su bendito Hijo, y estando aún corriendo sangre fresca, recién muerto, y no espera que le vengan a rogar, antes Ella ruega por los que le habían dado la muerte y por los que habían sido causa de ella?

Era, pues, ya tarde; llega San Juan: «Señora, tened por bien que enterremos luego a vuestro Hijo y mi Maestro porque se llega ya la Pascua; cesen vuestras lástimas; poned fin, Señora, ya a vuestras lágrimas; acabad, Seño

ra mía, tanto dolor, que no hay corazón que sufra poderos oír que de dolor no esté quebrantado y traspasado». Sacan la sábana, comienzan de cubrir el cuerpo después de lo haber ungido. ¡Oh, qué harían después de haberlo cubierto! ¡Oh, Pontífice sumo y verdadero, que ya habéis entrado en el *Sancta Sanctorum*, hallado para eterna redención de los hombres, ganado no por sangre de animales, sino por la vuestra propia! Claridad obscurecida, ¿quién os ha tornado trabajo mío, siendo en quien está todo mi descanso? Vos érades el que me alegrábades, ¿quién os ha tornado, tristeza mía? En sólo mirar vuestra bendita y resplandeciente cara solía desechar todos mis trabajos; mas en miraros ahora, todos mis dolores se doblan. ¿Qué trueque ha sido éste tan grande? A Vos os cubren con mortaja, a mi corazón cubren de dolor.

Tomó el sudario con sus propias manos, y púsolo en su cabeza, y envolvióla muy bien en él, y dióle besos de paz. Tenía aquella cara bienaventurada toda llena de sangre de su bendito Hijo. ¡Qué buen arrebol, y cómo le parecería! Veo yo aquí cómo llevarían a Cristo; unos sustentarían el cuerpo, otros las piernas, otros la cabeza, no con más pompa de ésta, no más andas, ni más lutos, no más hachas, ni más soberbia. ¡Cuál va el Señor de los cielos y la tierra! ¡Oh, corazones no de carne, mas de mármol, pues estáis enteros, que no os quebrantáis oyendo y considerando estas cosas! Llegan al sepulcro. ¿Qué diría la Virgen? «¡Oh, sepulcro que te dan a ti lo que yo parí! ¡Quítanmelo a mí para dártelo a ti! ¡Oh! ¿quién fuera tú!» Ponen dentro al Señor, echan luego la piedra sobre la puerta del sepulcro, cúbrese el corazón de la Madre. ¡Oh, qué llanto tan nuevo comenzaría aquí! ¡Qué retorcer de manos! ¡Qué afilarse el rostro, y desfigurarse del gran dolor y angustia!

«¿Adónde iré—diría—que más descanso tenga? ¿Qué más quiero yo que estar tan cerca de donde está todo mi bien sepultado? Aquí será mi estancia; esta será mi consolación». En fin; llégase San Juan y suplícales que se fuesen. Ya que era tarde comienzan a irse poco a poco.

Envió la Magdalena por luto y por tocas para la viuda. Entonces Nicodemus pidió licencia a la Virgen para irse por otro camino antes que lo viese alguno, porque no les viniese algún mal. Fuéronse los buenos hombres, quédase la Virgen con su compañía. En esto llega el atavío de la viuda, pónenle su manto negro y sus tocas negras.

Quomodo sedet sola civitas plena populo, facta est ut vidua Domina gentium (Thrent., II). Un poco antes lloró esto Jeremías: «¡Cómo está sola la ciudad! ¡Cómo está triste la que tan alegremente vivía en esta vida con su Hijo! Está hecha así como viuda la Señora de las gentes, la libre vuelta es tributaria». Comienzan a irse hacia el aposento; iba la Virgen casi por fuerza; el cuerpo se iba alejando del sepulcro; pasa por do estaba la santa Cruz, híncase de rodillas, adórala, enternecióse con ella en gran manera. Esta Señora fué la primera que adoró la Cruz de Jesucristo Nuestro Señor murió. Llévanla al cenáculo donde el mismo Jesucristo celebró la noche pasada la Pascua. ¡Cuáles irían por las calles algunas buenas mujeres que conocerían a la sacratísima Virgen, que sabían cómo Jesucristo Nuestro Señor era Santo, que ya el hecho era público, y sabían cómo sin culpa lo habían muerto por envidia que tenían de El!; y dirían aquellas buenas mujeres que viesen a la Santísima Virgen ir tan sola, tan triste y tan angustiada: «¡Oh, lastimada mujer! Sola y desamparada, ¿qué harás? ¿Con quién te consolarás? ¡A quién contarás tus lástimas? ¿Qué corazón te bastará a no desfallecer habiendo perdido tal Hijo, y habiéndole con tus propios ojos visto padecer tantos tormentos y tan sin culpa? Nadie se quejó de El, antes todos dicen mil bienes. ¿Quién te hizo tanto mal? El Señor Dios te consuele y esfuerce, y te dé paciencia».

Así, pues, llegaron a la casa, y entonces quedóse San Juan a la puerta para despedir la gente, y agradecerles su buen comedimiento. Díjoles: «Señores, el Señor por quien habéis hecho esto, os lo pague y os depare siempre quien en vuestros trabajos os ayude y favorezca. Ya veis, señores, cuán penada viene esta Señora; déjenla sola llorar su dolor, pues no hay en la tierra consuelo para Ella».

Entra la Virgen en el aposento donde la noche antes había cenado. ¡Qué renovar de lágrimas habría allí! «¡Oh, Hijo y Señor mío, compañía mía, ¿dónde quedas? ¡Es posible que venga yo dejándote a ti sepultado! ¡Anoche estabas aquí con tus discípulos, y ahora te dejo debajo de la tierra! ¿Qué va, Señor mío, de esta hora a la de ayer a estas horas? ¿Dónde iré que te halle? ¿Adónde iré que me alegre faltándome Tú? ¿Cuánto más consuelo sintiera mi ánima estando allá acompañándote que en estar aquí apartada de tu presencia?»

Llama a San Juan: «Di, hijo mío, ¿adónde están mis hijos? ¿Vuestros hermanos, dónde están? Los racimos de mi corazón, los pedazos de mis entrañas, ¿adónde están? Traédmelos acá». «Dejad eso, Señora; harto tenemos ahora en qué entender con el muerto; dejad ahora los vivos». «No—dijo la Virgen—, baste mi dolor, no añadáis dolor a dolor, bástenme mis angustias; traédmelos, que no descansaré hasta que vea los discípulos de mi Hijo».

«Que no digáis eso, Señora, ¿quién ha de osar venir? Todos huímos cuando le prendieron; Pedro lo negó, que no querrán venir de vergüenza.» «No me digáis tal; traédmelos, que yo les prometo perdón de mi Hijo.» Fué San Juan hacia la fuente de Siloé; a uno hallaba en una cueva, a otro en otra; paróse a escuchar, oyó voces de hombre que estaba lamentando: «¡Oh, traidor, cobarde, cambiador, fementido! ¿Y así habías de huir y dejar a tu Maestro en las manos de sus enemigos? ¡Oh, mal hombre!» Llega San Juan: «No más, no más, hermano, anda acá que nuestra Madre la Virgen te llama». Llega y dícenle: «Quita allá no me digas eso, ¿y parecer había yo delante de gentes, cuánto más delante de la Madre de mi Maestro? Hombre que tuvo cara para huir, ¿quieres que la tenga ahora para parecer?» «Calla, hermano, que perdonarte ha: ¿no conoces ya su misericordia? Tu Madre ha prometido ya de alcanzarte perdón; anda acá, no hayas vergüenza».

Pasa más adelante: oyó que hacían gran llanto en una cueva; paróse a escuchar, y en la voz conoció que era San Pedro. «¡Oh, canas traidoras, mal empleadas!—estaba

diciendo—. ¡Oh, pecador fementido, cobarde, mentiroso! ¿Y así habías de negar a tu Maestro? ¿Tres años de conversación tan estrecha, que ni una hora nunca de ti me aparté, tantos favores me diste, tanto amor me mostraste, y yo juré que no te conocía ni sabía quién eras? ¿Pusiéronte cuchillo, mal hombre, a la garganta? ¿Estaban los tormentos aparejados delante, para si no querías negar a tu Maestro? ¿Acometióte algún esforzado hombre, hubo algún grande ejército? Una voz de una esclavilla te hizo temblar. ¡Oh, mal hombre! ¿Y qué hiciste?» «No más—dice San Juan—, anda acá, hermano, que nuestra Madre te llama». «Vete de ahí, ¿qué dices? No digas tal; aquí acabaré los días de mi vida con esta lengua que dijo que no lo conocía; aquí la castigaré en pena de su mal hablar; estos ojos se harán fuentes de lágrimas, estas manos serán sayones, y yo tomaré venganza de mí mismo».

«Yo hice el mal, yo lo pagaré; andad con Dios, hermano, dejadme llorar mi pecado.» «Anda acá, Pedro, no digas tal, ¿tan poca confianza tienes de nuestro Maestro? ¿Porqué dices eso? ¿No sabes cuán blando es y cuán amoroso? Anda acá, que su Madre y nuestra te llama; hazte ahora amigo con Ella, y luego te alcanzará perdón. Anda, vamos, no hayas vergüenza. Busca más: hallólos todos, vanse para el cenáculo, hallan a la Virgen, llegan todos la boca por el suelo: «Señora, he aquí los malos, los cobardes, todos huímos y le dejamos: sola Vos, Señora, no huísteis: todos perdimos la fidelidad: Vos, Señora, no la perdisteis; alcanzadnos perdón, Señora». Júntanse allí todos: toda la noche y el día era pensar cómo le crucificaron, su plática no era otra; decía San Juan que lo vió todo: «¡Oh, hermanos, si le viérades en la columna, si en la coronación de espinas, si le viérades con tanto trabajo llevar la Cruz sobre sus benditos hombros pregonándole por traidor, con cuánta deshonra, con cuánto cansancio; si lo viérades en la Cruz, perdido el color de su bendita cara, las lágrimas en aquellos ojos, su cabeza corriendo sangre, sus pies y sus manos hechos también fuentes, y dar con tan gran trabajo el ánima al Padre!» Así pasaron la noche, así pasemos nosotros acompañan-

do y consolando a la Virgen y llorando con Ella tanto dolor como por nuestra causa le vino; y esta Señora, que tan afligida es hoy en la tierra, nos pagará rogando por nosotros en el cielo cuando la llamáremos. Consolarnos ha en nuestras tristezas, y socorrernos ha en nuestros trabajos y necesidades, y nos alcanzará la gracia y después la gloria.

TRATADO X

DE LA FESTIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA NUESTRA SEÑORA EN EL MILAGRO DE LAS NIEVES

Quis loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes ejus?

«¿Quién hablará los poderíos del Señor y hará que se oigan todas sus alabanzas?»

(Psalm. CV.

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS



LORIA es de una castidad ser combatida y no vencida. Más clara parece una paciencia mientras más cosas pesadas y fuera de razón son contra ella y ella está en pie. Y con el mal que os hacen a vos se perfecciona el amor que tenéis al prójimo por Dios, queriendo bien a quien os hace mal; y así parece el arte de Dios, que por ocasión del que mal quería quitarte la virtud se te acreciente, y te esclarezca más; así pasa en el Señor, que por ocasión de nuestra maldad se ilustra su bondad, pues tanto se demuestra uno ser bueno cuanto más perdona. Y así San Pablo dice (Rom., V): *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis quoniam cum adhuc peccatores essemus*, etc. Y así parece su poder más fuerte mientras más obra grandezas en cosas flacas. Y por eso dijo San Pablo (Corintios, XII): *Virtus in infirmitate perficitur*. Porque mien-

tras es más perseguido, encarcelado y no lo podían derribar, tanto más excelente parece la virtud de Cristo, que lo tiene en pie contra tantos.

Este fué el modo con que Dios quiso enseñar su poder, obrando sus victorias contra el pecado, muerte y demonio, no con fuerzas de potencia, sino de flaqueza: mediante azotes y muerte obró las mayores hazañas que nunca había obrado (I Cor., I): *Infirma mundi elegit.* «Y así venció y reinó por medio de hombres flacos y pobres; sin humana ciencia convirtió al mundo, para que tanto más se parezca la gloria de su grandeza cuanto más obra por instrumentos flacos, y se admiren todos de sus potencias, cuenten sus alabanzas», como dice David; no sin propósito, porque se nos ha cantado un Evangelio pequeño en palabras, muy provechoso y grande en cantidad, que encierra en sí la suma de todo lo que nos conviene hacer para ser bienaventurados. Si pensamos cómo esto vino por ocasión de una persona baja, con la cual Dios obró grandeza, admirados diremos (Psalmus XV): *Quis loquetur potentias Domini.*

Predicaba el Señor a mucha gente de diversas maneras, mujeres y varones, ricos y pobres, sabios y sin letras, altos y bajos: y acaecía que aquellos mayores, que era razón que más gustasen de su doctrina y lo pusiesen en obra, no sólo no lo hacían, mas lo contrario; porque aquel milagro que el Señor hizo de sanar un hombre ciego, sordo y endemoniado, por lo cual era razón que conociesen y reverenciasen al Señor que los hizo, entendiéronlo tan mal, que siendo hecho por virtud de Dios lo atribuyeron al espíritu malo, y dijeron que porque el Señor tenía amistad con Belcebú, príncipe de los demonios, tenía poder para alanzar los demonios.

¡Oh, justos juicios de Dios, que los que parece que ven están ciegos, y los más cercanos a Dios en tratar su ley y sus sacrificios, que moraban en su templo, que enseñaban a los otros, estaban más lejos de El, y gustaban menos de El y lo tenían en menos! Hinchábales su soberbia e impedíales la vista espiritual, como un hombre que tiene tan hinchada la cara que le impide el ver cor-

poral, de los cuales confiesa San Agustín que era un tiempo, diciendo: *Facies mea inflammata erat, et non poterat verum videri.* Huye de éstos la lumbre y gracia de Dios, porque con humildes y sencillos es su conversación y por justo juicio suyo hace lo que dijo. «Yo en juicio vine a este mundo para que los que no ven vean, y los que ven sean hechos ciegos». El a alumbrar vino a todos; mas el que piensa que sabe, y no se rinde a las palabras de Dios como un niño a su maestro, huye de la luz del Señor, porque él mismo con su soberbia lo alanza de sí.

Estando después aquellos fariseos y mayores blasfemando del Señor y del milagro que había hecho, fué hecha la mano del Señor sobre una mujercita que estaba oyendo el sermón; mujer pobre, quizá tenía el manto roto, y de las comunes del pueblo. Oía con simplicidad, con deseo de aprovecharse, con reverencia del Señor y de su palabra, y gustó de la doctrina del Señor, y recibió mucha lumbre del Espíritu Santo para conocer quién era aquel que en hábito humilde estaba predicando a toda aquella gente, cuán grande era su alteza y cuánto se abajaba a conversar con hombres y ser su maestro. Y en fin, tales cosas se le dieron a entender a esta mujer, y tanta reverencia y amor tuvo al Señor, que pospuesto todo temor, y olvidada de que era mujer y estaba entre tanta gente, y sin tener respeto a los mayores que blasfemaban de Cristo, con fe entera, con amor verdadero y determinación de morir si menester fuera por amor del Señor, levanta y entona la voz para dar a entender cuán grande afecto de corazón le salía; dijo al Señor aquellas bienaventuradas palabras en alabanza de El y de su sacratísima Madre, por las cuales se canta este Evangelio en esta fiesta. Palabras dignas de admiración y que nos convidan a imitación suya.

Oigamos lo que la mujer dice, aprendamos de ella a alabar a la sacratísima Virgen diciendo: «Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste. ¿Quién contará, Señor, tu grande poder, que por vaso tan flaco has obrado cosa tan fuerte, y en un suelo de arena has

edificado una casa, que ni ha miedo ni a lluvias ni a fuertes vientos; y desechándote los otros de sí, ella te recibió en su pecho con determinación de sufrir por ti y por tu Madre todo el mal que le quisieren hacer?» ¡Oh, mujer! Dinos por Dios ¿qué cosas viste en este Señor, que así te encendieron el corazón sin poder disimular lo que sentías? ¿Quién te enseñó a honrar y alabar a su Madre con palabras a las cuales toda la Iglesia católica después ha seguido? Comenzaste este cantar de las alabanzas de la sacratísima Madre de Dios, y comenzaste a cumplir y sacar verdadera la profecía de la Virgen, en la cual dijo: «Bienaventurada me llamarán todas las generaciones». Mucho has hecho, mujer, y mucho te lo debemos agradecer nosotros de alabar al Señor en ti, o a ti en el Señor. Porque si el ángel San Gabriel llamó a quien tú alabas bendita entre las mujeres, aquello fué a solas y no tenía a quién temer por decirlo.

Elisabet también la alabó, y con grande voz como tú; mas en su casa estaba, y sin miedo de nadie; mas en ti ha obrado Dios Nuestro Señor tan gran maravilla, que antes que el Espíritu Santo hubiera venido con aquella virtud que ha echado fuera todo temor, que hizo a los Apóstoles y a los mártires confesar quién era *Cristo* y su santísima Madre delante de los chicos y delante de los grandes; tú, mujer flaca, tomas la mano, y haces ahora lo que ellos hicieron después: una mujer eres y flaca, mas figura tienes de mucha gente y muy esforzada, porque por ti es representada la Iglesia congregada de diversidad de gentes en una fe y un bautismo con determinado corazón.

Confiesa ser bienaventurada la sacratísima Virgen María y haber concebido y dado leche al verdadero Hijo de Dios; y si lo trajo en su vientre y le dió leche, verdadera Madre suya es, y El es verdadero hombre, cortando la cabeza a los herejes que decían que tuvo cuerpo fantástico y no natural. Madre es la sacratísima Virgen de Dios verdadero, y aunque no Madre de Dios en cuanto Dios, sino de Dios en cuanto hombre, dos naturalezas y una persona, Hijo es de Dios e Hijo de la sa-

cratísima Virgen María; mas no es dos hijos, sino uno, y por eso ella es Madre del que es Dios y hombre verdadero. ¿Quién contará qué dignidad es aquésta? ¿Quién declarará la sentencia que esta mujer dijo? «El vientre que te trajo y los pechos que mamaste», dignidad sobre todas las dignidades, nombre sobre todo nombre, que en cielos y tierra a pura criatura no puede convenir.

¿Queréis honrar a la Virgen? Llamadla Madre de Dios humanado; porque quien esto le dice, honrala da sobre toda la honra, y no será sin galardón, porque Ella es muy agradecida, y ama a quien la ama y honra a quien la honra. Mas hay aquí mucho que advertir, y es, que siendo el Señor tan honrador de su santa Madre, ejemplo de todos los buenos hijos en reverencia, amor y obediencia, del cual se escribe que era súbdito a Ella, ¿porqué no agradeció a esta buena mujer las alabanzas que dijo a su Madre? Por cuanto, pues, la mujer extraña confesaba a su madre, ¿porqué no le respondió al mismo tono, y dijo: «Dices gran verdad en lo que dices y entiendes, y aun mucho más bienaventurada eres de lo que dices y entiendes?» ¡Oh, buen Señor, y qué secretos son vuestros caminos, cuán profunda vuestra sabiduría, que pareciendo que negáis concedéis, y en todo nos enseñáis! «Bienaventurada llamas—dice el Señor—a mi Madre porque me trajo en su vientre y me mantuvo a sus pechos; mas yo te digo que son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan».

Alabado seáis, Señor, por tales palabras, y gracias damos a la mujercita, por ocasión de la que tal doctrina nos diste, que de tanta ceguedad nos libra si queremos recibir tu lumbre. Mujer, la que alabas, merece ser alabada, y mucho más de lo que tú pfensas; y porque tú no sabes alabarla por lo que ella principalmente lo debe ser, yo te enseño. Y otra causa hay de su mayor bienaventuranza, que por lo que tú la llamas bienaventurada; tú hablas al modo común, que viendo a un hijo muy bueno, suele llamar a su madre bienaventurada, porque lo engendró y dió su leche; mas esta alabanza en los ojos de Dios, cosa es de muy poco valor; y si mi

Madre no tuviera virtudes con que me concibiera en su ánima, hiciera y guardara la palabra divina de Dios, poco le aprovechara ser Madre mía según la carne, si no fuera según el espíritu.

Toda criatura se desengañe, que pues por parentesco tan cercano como es ser Madre y tener Hijo tan grande como es Dios humanado, no basta para hacer una mujer bienaventurada, menos bastarán otros linajes ni otras cosas, si no hubiera parentesco espiritual con Cristo Redentor Nuestro, que consiste en fe verdadera y obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Y porque vió el Señor que muchos habían de ser engañados por poner en estima el linaje, y otros por hacer algunas buenas obras, sin tener obediencia a sus santos Mandamientos, cada vez que le tocaban en negocio de parentesco luego apelaba al del espíritu (Luc., XI): *Aquí está tu madre y tus hermanos*, le dijeron una vez estando predicando; y tendió El la mano hacia sus discípulos, y dijo: *¿Quién es mi madre y mis hermanos?* Llamaban entonces a los parientes hermanos. *Quien hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, aquel es mi hermano y mi madre.*

¡Oh, ceguedad de los hijos de Adán, y porqué no miramos cuán honrosa y cuán dichosa cosa es emparentar con Rey tan altísimo, y de parentesco tan cercano como es ser madre, hermano y hermana! ¿Por ventura en comparación de este linaje real y divino, no es asco el linaje de la carne todo entero, aunque sea linaje real? ¿Qué tanto bien está encerrado en oír la palabra de Dios y guardarla, que si uno hiciese esto sería más bienaventurado que la Madre de Dios fué, si no tuviera más que ser Madre de Dios? Mas ninguno lo es ni será tanto como Ella, porque ninguno fué Madre de El, según la carne, como Ella, ni según el espíritu tanto como Ella. ¡Oh, Madre verdaderamente bienaventurada, que con ánima y cuerpo engendrasteis a Dios humanado, y de tal manera sois Madre, según la carne, que os dió Dios tales gracias para que seáis digna Madre! Y así como no hay cosa tan conjunta a El, según la carne, como Vos, así

tampoco la hay según el ánima; y por esto el darle carne, el darle la leche, el defenderlo del frío abrigándolo en vuestros brazos, sirviéndole con oficio de Madre hasta la menor cosa que le hacíades, era hecho con tanto amor y tanta gracia, que era preciosísimo delante de los ojos de Dios, y en cada cosa, por baja que fuese, le ofrecíades vuestras entrañas aparejada a dar la vida por El.

¿Quién contará, hermanos, lo mucho que el Hijo de Dios recibió de su sacratísima Madre, pues recibió el ser hombre, por ser recibido de Ella, y el ser mantenido en su vientre, y fuera de él; de manera que aquella sacratísima vida, con cuyos trabajos y muerte fuimos redimidos, podemos decir que fué carne de la Virgen, pues que Ella se la dió y le mantuvo? ¡Oh, Señora, y qué te debemos, y cuán mal te lo agradecemos, y peor servimos, que por un guisado que nos dan a la mesa solemos dar gracias a quien lo guisó, no tanto por la dádiva cuanto por el amor y cuidado con que lo aderezaron para nosotros! ¿y cómo no agradecemos a la Virgen que tal manjar tan bien guisado nos dió?

¿Sabéis qué nos dió? No menos que a Dios. ¿Sabéis cómo nos le dió? Humanado, y con El en las manos nos está convidando (Prov., IX): *Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo aguado.* ¿Quién podía sufrir la justicia de Dios antes que se entrase en las entrañas de la sacratísima Virgen, y de ellas saliese humanado a tratar con nosotros? ¿Qué era Dios entonces sino vino puro, que no había quien lo sufriese? ¿Qué cosa es después de humanado sino vino templado, que temblando primero de El los muy altos, se llegaron después a El los niños, y los abrazaba y los bendecía, y riñó con sus discípulos porque no dejaban llegar los niños a El? Pan fortísimo es Dios, y muy proporcionado a la flaqueza de nuestros muy flacos estómagos; mas el pan que el niño no puede comer, cómelo la madre y conviértelo en leche, y así lo puede el niño comer; y tal nos da la sacratísima Virgen a Dios, pues nos lo dió niño, puesto en un pesebre, manso y humilde para que ninguno que quiera ser remediado, tema de llegarse a El; pues El convida y llama a los

pecadores que se lleguen a El, diciendo que vino por ellos y murió por ellos. ¿Quién nos tiene que no digamos a voces lo que dijo la mujercita: «Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste?» ¿Porqué no sentimos en nuestro corazón cuán grande y dulce es Cristo, y agradecemos y servimos a su sacratísima Madre por el bien que nos hizo en nos le dar? ¿Porqué tan tibios en sus alabanzas, en ayunar sus fiestas, en oír sus Misas y comulgar en ellas, ¿en imitar sus virtudes, en alegrársenos el corazón y en ablandársenos en oyendo el dulcísimo nombre de la Virgen María?

¿Por qué tenemos dureza para negar al pobre que nos dice: «Dadme limosna por amor de la Virgen María?» Bienaventurada mujer, que sentiste quién era Jesucristo en ti y para ti; bienaventurada mujer, que creiste ser Jesucristo Redentor nuestro, y gozaste de su redención. Nosotros, por nuestros pecados, contentámonos con creer con una fe muerta lo que tú creiste, y muchos de nosotros no gozamos de lo que tú gozaste; tú creiste y amaste; oíste la palabra de Dios, guardástela, y aun dicen algunos que aquesta mujer fué Santa Marcela; mas nosotros estamos lejos de oír y aguardar la palabra divina de Dios como ella; confesamos a Jesucristo por Redentor de pecados, y estamos cautivos en los pecados; llamamos a Dios nuestro Padre, y por la mala vida somos hijos del demonio, y habiéndonos Jesucristo ganado perdón de nuestros pecados, fuerza para ser buenos, adopción de hijos de Dios, gracia para agradarle y cumplir sus santos Mandamientos, gloria para siempre en el cielo, hay muchos que se están sin recibir cosa ninguna de aquéstas, como si Jesucristo Redentor nuestro no hubiera traído nada de aquesto.

Creo cierto que el hombre que ha sentido en su corazón amargo dolor por haber ofendido a Dios, y ha hecho una verdadera y sencilla confesión, y que ha satisfecho a Dios y a sus prójimos conforme al consejo de su prudente confesor, y se ha dado tan buena maña con la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que aunque no tenga evidencia clara que sus pecados le son perdonados, y que

es recibido por hijo de Dios (que en esta vida no se puede tener sin particular privilegio), mas a lo menos tienen alegría de corazón, una mudanza de propósitos, de malos en buenos, una confianza nueva en Dios, un amor entrañable con El y con sus prójimos, un grande aborrecimiento de pecados y cosas, que quien las recibe las sabe, que le hacen conjeturar que le ha sacado Dios del infierno y lo ha puesto en camino del cielo por los merecimientos y sangre de nuestro Redentor Jesucristo, Hijo de la Virgen María. ¿Cómo podrá éste, viéndose tan remediado por el Hijo de la Virgen, dejar de decir con entrañas y lengua: «Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste?» Si por comer del fruto de un árbol parece que lo agradezco al árbol y lo bendigo, y con comer de aquel fruto escapas de una ponzoña mortal, ¿cuántas veces dirías: «¡Bendito Dios Nuestro Señor que crió aquel árbol?»

No es invención ésta mía, figurado está muchos años ha en el pueblo de Betulia, que viéndose libre de la muerte por medio de la Santa Judit, le dijeron (cap. XIII): *Benedicta filia tua Domino, et non recedet laus tua de ore hominum.* Por Señora tienen a la Virgen María, y por muy obligados a su servicio los que han recibido la vida por el fruto de su vientre, que es Jesucristo; no se aparta de su corazón la memoria de Ella, ni de su boca la alabanza de Ella, y unas veces a solas como el arcángel San Gabriel y Santa Elisabet la bendicen; y si es menester la bendecirán delante de toda la infidelidad, aunque les cueste la vida. Mas los que no gozan del fruto de su vientre no viven con la vida que trajo, ni reciben el perdón, ni su gracia. Estos no la alaban, o si la alaban no la aman, y si la aman no es de verdad. Porque aquel de verdad la ama que oye y guarda sus palabras: ¿Queréislo oír dicho en su persona? (Eccl., XXIV): *Transite ad me omnes, qui concupiscitis me: et a generationibus meis adimplemini;* que es: «pasad a mí, imitadme, que es ser llenos de sus generaciones»; mas de sus virtudes, esto es lo que Ella nos pide, que imitemos su castidad y humildad.

Et nunc filii audite me, beati qui custodiunt vias meas, et observant ad postes ostii mei (Prov., VIII): No piense nadie privar con Ella sino por el camino que Ella privó con Dios. Ella guardó la palabra del Señor; sigamos nosotros a Ella por sus caminos, y entonces seremos bienaventurados, y llegando a las puertas de su misericordia seremos oídos; que llamarla y ofender a Dios y a Ella ya no es cosa que cumple. El que llamare en nombre del Señor está salvo, mas en otra parte dice (II Tim., II): *Discedat ab iniquitate omnis qui invocat nomen Domini.* Así ha de ser: *Omnis qui invocat nomen Domini.* Y a los que llaman al Señor, *in veritate*, está El cerca y también Ella. ¿Queréislo ver? Mirad la fiesta que hoy celebramos de las Nieves; aquellos dos romanos Patricio y su mujer eran buenos cristianos, y como no tenían hijos no tenían codicia de este mundo; con bondad de vida juntaron oraciones, hacían limosnas, y fueron oídos de Nuestra Señora, y Ella fué oída de su Hijo, y llovió nieve en tiempo de Agosto. Calor hace ahora; mas no es tan ajeno ahora el llover agua como nieve en tiempo de Agosto. ¡Oh, Virgen siempre bendita! ¿Para qué escogisteis este milagro en señal que queríades ser heredera de aquestas dos buenas personas? Para dar a entender la blancura de su virginidad, la pureza de su vida, que se significa por lo blanco.

¿Para qué nieve en tiempo de Agosto? Para darnos esperanza, y que si fuere de nosotros fielmente llamada, nos alcanzará agua que temple el calor de la tierra para dar fruto. No queda por Ella, no; no le falta cosa alguna para buena abogada; mucho puede con Dios; mucho nos quiere; Madre es de Dios; mucho derecho es el de la madre con el hijo. Y Madre es de nosotros, y mucha es la ternura del corazón maternal para con nosotros; no está olvidada de que al pie de la Cruz le encomendó su Hijo a los cristianos en persona de San Juan, diciendo (Joannes. XIX): *Ecce filius tuus.* No hace su oficio flojamente, ni tiene descuido en lo que Dios le encomendó. Con humildad le ruega, con perseverancia le suplica, y Ella suele amansar los enojos de El estando en el cielo la que lo

acallaba en la tierra cuando siendo niño lloraba. Muy bien sabe representarle los servicios que le hizo entonces, pidiéndole que nos haga mercedes a nosotros por Ella; y pues Dios recibió tanto, y El es tan agradecido, no dejará de la oír.

Acordaos de aquella mujer, *Tecuites*, a la cual dijo Joab (II Reg., XIV): *Lugere te simula*, y mirad cómo abogó delante de David por Absalón, que había muerto a su hermano, y alcanzó lo que pidió: dice el texto que esto hizo Joab porque entendió que el corazón del Rey estaba vuelto y ablandado para con Absalón; y dice la glosa que lo oía suspirar por su hijo.

Pecado hemos contra los Mandamientos de Dios, mas su paternal Corazón se compadece de nos, pues murió por nos, y aunque nos azota, siempre va forzado a lo hacer. Primero le duele a El que a nosotros, y forzado de nuestros pecados nos castiga; que El querría más hacernos mercedes. *Proprium est illi misereri;* mas nosotros, como San Jerónimo dice: *Clementem Dominum in amaritudinem vertimus*, y como la Virgen le conoce las entrañas de su misericordia, y que *non continet, in ira misericordias suas*, llégase a El y no ha menester fingir que llora, que en sus entrañas tiene, aun estando en el cielo, entrañable compasión de nosotoros.

Porque San Bernardo dice tiene la Virgen compasión de los hombres, y con corazón de Madre dice al Señor: «Yo, Señor, tuve dos hijos y riñeron en el campo, y mató el uno al otro. Ya, Señor, sabéis que Yo soy Madre vuestra y Madre de los cristianos; ellos por sus pecados mataron a Vos delante de mis ojos en el campo del Calvario; por las travesuras de ellos fuisteis Vos crucificado con grande dolor vuestro y mío; víos morir, y túveos en mis brazos muerto, y cuantas heridas Vos en vuestro cuerpo tuvisteis, tantos cuchillos tuve yo en mi corazón. Vos, Señor, y no otro, sabéis lo que vuestra muerte me costó y adónde me llegó; y si no fuera por ayudarme Vos milagrosamente a que no muriera, yo no pudiera sufrir el peso de tanto dolor, pues otras personas mueren de menores angustias. Vos, Hijo mío, gustasteis dolores y tris-

tezas de muchas veces, porque si no fuera por el conforte sobrenatural de vuestra divinidad, muchas veces muriérades, y para más padecer no moríades. Y ordenasteis Vos que yo también no muriese, no porque faltase dolor de compasión que bastase a matarme, mas porque queríades Vos que yo más y más padeciese por Vos y con Vos.

«Acordaos, Señor, acordaos de lo que allí pasé viéndoos morir por los pecados de los hijos que me disteis. Consoladme de los dolores que en la muerte vuestra yo pasé, con que no mueran estotros hijos míos, que por vuestra grande bondad tomasteis por hermanos; no vea yo que habiendo Vos muerto por ellos, Vos los azotéis y aflijáis, porque será dolor sobre dolor; mas para aliviarme aquél, haced bien a éstos, y por ellos ofrezco vuestra Pasión y mi compasión». ¡Oh, Virgen para siempre bendita! ¡Oh, Madre de misericordia! ¡Oh, abogada sapientísima y eficacísima! ¡Cuántas veces con estas y semejantes razones habéis amansado a vuestro Hijo bendito! Y cuando El decía como a Moisés .(Exodo, XXIII): *Dimitte me ut irascatur furor meus*, Vos le habéis suplicado por nos, y le habéis tenido las manos y hecho que torne su espada a su vaina, y que no nos castigue. ¡Cuántas veces fuéramos ya destruídos si no fuera por Vos! Si no, díganlo las historias de que habrá trescientos años que estaba Dios para destruirnos con tres lanzas, de hambre, pestilencia y guerra, y fuisteis Vos poderosa de lo amansar; y presentasteis al Señor a Santo Domingo y a San Francisco, para que predicasen penitencia con que vuestra justicia fuese aplacada, y así lo fué de esta vez, que nos excusasteis de perdición. Y vemos, y por aquí sacamos que otras muchas también lo habréis hecho. ¿Qué es esto, Señora, que siendo llamada por unos buenos casados en Roma, enviasteis nieve en tiempo de Agosto, y otras veces habéis alcanzado misericordia, y ahora no la alcanzáis? Cierto es que la pedís, y vemos que no la alcanzáis, ¿qué secretos, porqué no llueve Dios, porqué no oye a su Madre, porqué? (Genes., I): *Non est bonum fœminam esse solam*, como *non est bonum hominem esse solum*.

Crió Dios la mujer para que ayudase al hombre, y

cierto lo cumplió muy mal la primera mujer, pues tan mal ayudó a su marido, que le hizo pecar. Mas nuestra bendita mujer fué criada para que ayudase al segundo Adán, Cristo, a restaurar lo que el primer hombre y mujer echaron a perder (Prov., VI): *Cum eo eram cuncta componens*, se dice en persona de Ella: y si San Pablo dice (II Tim., IV), que los predicadores y sacerdotes *coadjutores Dei sumus*, ¿cuánto más lo será la Virgen María dando carne para la redención y oraciones eficacísimas para que se efectúe en nosotros lo ganado en la redención? No es bien que el varón Cristo esté solo, haya quien le ruegue por nos, le amanse en el tiempo de su ira, causada por nuestros pecados, y así lo hace la Virgen.—¿Pues porqué no ahora?—Porque no es razón que Ella esté sola.—¿Cómo sola?—¿No está acompañada de ángeles?—Sí por cierto; mas digo sola en el rogar y pedir misericordia.—¿Pues cómo? ¿Y no la ayudan los ángeles y santos?—Sí, también.—¿Pues cómo sola?—Porque *qui creavit te sine te, non salvabit te sine te*. Si la Pasión del mismo Señor no te aprovecha, si tú no te dispones, ¿qué te maravillas que la oración de la Virgen no te aproveche, si no te dispones con penitencia, con orar, con buen obrar?

Sola, Señora, te dejamos orar, y cuando tú amansas nosotros enojamos (Eccl., XXXIV): *Unus orans, et alter maledicens; unus aedificans, et alter destruens: quid proficit illis labor?*

Si Ella está orando por mí, que había de estar yo llorando mis pecados, estoy pecando, ¿cómo ha de ser Ella oída? Destruyo yo lo que Ella edifica; Ella está bendiciendo; yo blasfemando, murmurando y ofendiendo; son oídas más mis malas palabras y malas obras para ser castigadas, que la oración de la Virgen es bastante para ser oída; y viene esto a tanto que alguna vez dice Dios (Hier., VII): *Tu ergo noli orare pro populo hoc, nec assumas pro eis laudem, quia non exaudiam te*. ¿Qué aprovecha hacer procesiones, andar con los pies buenos pasos, si nos estamos en nuestros males antiguos de nuestros pecados? Estos son los que habíamos de llorar, éstos habían de doler mucho más que la falta de cosas temporales. Malos

esclavos, y no hijos, que sentimos nuestro azote, y no la ofensa de nuestro buen Padre. Bien entiende Dios esto, bien lo sabe decir: *Quæritis me non propter lucem quam vidistis.* Y como dice San Agustín en persona de El: *Quaerite me propter me,* no sabéis este lenguaje, sino aquel del cual está escrito (Oseas, VII): *Super triticum et vinum ruminabant, et ego erudivi eos, et confortavi brachia eorum, et in me cogitaverunt malitiam,* etc. Vuestras penas son, no tenemos trigo. Y los suspiros que en vuestras camas dais por esto son: *Et ad Dominum non revertebantur.* ¿Cómo te vuelves a Dios si tienes lo ajeno, si estás en mal estado, si hablas mal? Esto es porqué no es oída la Virgen de Dios, ni nosotros de Ella, porqué no llueve.

Tres años estuvo sin llover porque el Rey Saúl quebrantó su juramento, que habían hecho los gabaonitas (II Reyes, XXI), y quebrantólo por buen celo. ¿Qué por ahí vais, Señor? Tarde lloveréis, porque más que una vez quebrantamos juramentos y más de diez juramentos con mentira. ¿Porqué no llueve la gracia sobre nosotros? Por nuestros pecados, que no los quitamos, que si nos hubiésemos enmendado, ya habría Dios consoládonos (Jerem., XVIII): *Si pœnitentiam egerit gens illa a malo suo agam et ego pœnitentiam.* Que os diré que es tanta nuestra desvergüenza como en tiempos pasados, cuando de enojado Elías contra los que ofendían a Dios, rogó a Dios que no lloviese, y así lo hizo Dios (III Reg. XVIII). «¿Qué decís, Elías?» «Señor, que no llováis». Mas porque no penséis que lo hacía esto por venganza o malquerencia o por espíritu propio: *Vivit Dominus in cujus conspectu,* y como dice el original, *In cujus facie steti;* no fué antojo el decir: «No llováis», sino cosa que dijo habiendo estado en el acatamiento de Dios, en la alteza de su oración comunicando con Dios, de allí sacó este celo de la honra de El, con que dijo: «Señor, no llováis». Grave cosa es haber ofendido a Dios; cuando más bien nos hace, más ofendido. ¿Qué aprovecha que Dios hubiese abierto las manos de su misericordia?

Si por eso no dejaste de jurar, mentir, hacer mal (Je-

remías, V): *Et non dixerunt in corde suo, metuamus Dominum Deum nostrum, qui dat nobis pluviam temporaneam et serotinam in tempore suo, plenitudinem annuæ messis custodientem nobis.* ¿Cesaron los males? No. ¿Pues qué hiciste? Lo que hicieron aquéllos. ¿Qué? *Saturavit eos, et mœchati sunt, et in domo meretricis luxuriabuntur. Numquid super his non visitabo, et in gente tali,* etc. Veis aquí, hermanos, que ha provocado a ira los ojos de Dios. ¿Y porqué pide Elías que no llueva? Porque si ha de dañar a vuestra ánima la abundancia, más vale que Dios no nos la dé. ¿Queréis que Dios llueva su gracia? Quitemos los pecados públicos y secretos, y cada uno mire su conciencia y quite lo malo que en ella hubiere; y quien está descuidado de esto, aquél es por quien Dios no la envía. Estaban en gran tempestad los marineros que llevaban a Jonás, y lloraban y llamaban a sus dioses, y no eran ellos por quien se levantó la tempestad, mas aquel que estaba en lo más bajo durmiendo y roncando: van a él; levántanlo del sueño, y: «¿Cómo ahora es tiempo de dormir estando para hundirnos? Llama a tu Dios como nosotros hacemos, si por ventura nos remediará». Levántase, y conoce que por sus pecados se levantó la tempestad, y confiésalo y pide penitencia y que le echen en la mar, porque él pecó; muera él, no se ahoguen ellos por él; y con el arrepentimiento de este culpado y su penitencia en el vientre de la ballena, y los otros librados de muerte, luego vino bonanza.

¡Oh, hermanos, y cuántos Jonás habrá en este pueblo que les haya Dios mandado algo y no lo hayan hecho; que hayan quebrantado su mandamiento, y han levantado ellos tempestad, no de agua, sino de seca; y estamos todos afligidos, y por ventura aquel por cuyo pecado viene esto descuidado, durmiendo está en su pecado, que ni llora ni lo confiesa, ni hace penitencia, y es causa que azote Dios a los otros! ¿Qué duermes, hombre pecador, ahora es tiempo de pecar? ¿Ahora es tiempo de no hacer penitencia? Por aquél viene la tempestad que huye de Dios y se está durmiendo. Si pecaste, levántate del pecado; llama a Dios, pide perdón, di lo que dijo Da-

vid: «Yo, Señor, soy el que pequé; éstas, ovejas son.» ¿No te mueve a compasión ver niños inocentes, buenas y santas personas que padezcan por ti? No será mejor que digas: ¿«Yo soy el que pequé, echadme en el mar»? Todos temamos no sea cada uno aquel por quien Dios azota. Y aunque no te conozcas estar ahora en pecado mortal, quizá lo has hecho, y no está hecha bien la penitencia de él; y como San Agustín dice, castiga Dios a los malos porque pecaron, y a los buenos porque no los corrigieron.

¿Quién osará decir, no he hecho porqué merezca ser castigado? Si el pecador duerme, despiértele su hermano. Ya le despertamos desde aquí, y le decimos: «Levántate y ora al Señor». Mas si esto no basta usen los mayores de su oficio, y examinen qué pecados hay, y quítenlos, no se echen sobre sí pecados ajenos, y no les diga Dios (Núm., XXV): *Suspendite coram me Principes populi.* Cada uno como pudiere mire por su ánima y la de su prójimo; quitemos pecados, que así como Elías oró y no llovió, porque había pecados, quitemos nosotros los pecados y lloverá el Señor. Entonces es la oración eficaz, cuando se quitan pecados; demos limosnas, hagamos buenas obras, ayudemos a la Virgen, que si experimentamos la justicia de Dios en nos castigar, experimentaremos su misericordia en ser oídos y consolados: alcanzaremos lo que nos cumple para la eterna salud de la gracia.

TRATADO XI

DE LA FESTIVIDAD DE LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA NUESTRA SEÑORA

Tè assumam et regnabis super omnia, quæ desiderat anima tua, et eris Rex super Israel.

«Levantarte he, y reinarás sobre todas las cosas que desea tu alma, y serás Rey en Israel.»

(III Reg. XI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

La fuente de toda la lumbre es el sol, y de la mar nacen los ríos: y el sumo bien que estas cosas crió es autor y dador de todos los bienes; y sin El, ni aun el más chico se puede alcanzar. El da el cielo y la gracia para merecerlo; El da los reinos de la tierra a los que los tienen, y los pasa de unos a otros, según su santa voluntad; y por no conocer esto Nabuccdonosor le fué quitado su reino, y anduvo siete años en los campos como bestia salvaje, hasta que la misericordia de Dios lo miró y lo hizo alzar sus ojos al cielo, dándole conocimiento de que el Señor es Rey de los Reyes, y los reparte y quita según su voluntad.

El castigo del soberbio e ingrato es privarle de los bienes que Dios graciosamente le había dado. Y el remedio de este mal es hacer de ello penitencia, y entender

que del cielo, y no de sí mismo, le vino el bien que tenía, y conforme a esta misericordia, dice Dios en las palabras del tema a un hombre particular y común (III Reg., XI): *Yo te tomaré y reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima, y serás Rey de Israel,* para que entendiese que el reino que había de alcanzar ni le venía por su industria ni por su fortaleza.

Mas porque el supremo Señor de los Reyes y reinos quería dividir el reino de las doce tribus de Israel, y dejándolos a los descendientes del Rey David les quería quitar los diez y darlos a este hombre que se llamaba Roboán, porque reinase sobre ellos, en castigo de los pecados que hizo el Rey Salomón agradeciendo tan mal los bienes que Dios le había hecho, y viniendo a tan gran ceguedad, que habiéndole dado Dios muy abundante sabiduría, y héchole merced de que edificase templo para el verdadero Dios y Señor, fué maleado su corazón con el demasiado amor que tuvo a las mujeres, y por darles contentamiento puso ídolos en el mismo templo que había edificado al Señor, y les hincó las rodillas, y miserablemente los adoró; y si no fuera por amor de su padre David, cuyos servicios el Señor tuvo presentes, perdiera el reino entero Salomón con todos sus descendientes; mas no lo hizo así Dios por cumplir lo que primero había dicho (Psalm. CIV): *Yo soy Dios, que hago misericordia a los que me aman, y a mil generaciones de los que de ellos descienden.* De tal manera, que por amor de El le dejó dos tribus, y por cumplir con su justicia le quitó las diez, y las dió a Jeroboán, diciéndole el Profeta las palabras dichas, arriba ya declaradas, y amonestándole que si guardase los Mandamientos de Dios a semejanza del Rey David, que El sería con él, y le haría mercedes como hizo a David. Mas, ¡oh humana miseria y flaqueza de los hijos de Adán!, que como gente de poco seso y cabeza desvanecida, viéndose puesto en lugar alto y de prosperidad, pierden el poco seso que tenían, embriagados con el falso vino del mandar, de las riquezas y placeres, y como su virtud fué puesta en peligros y pruebas, desfalleció como una chiquita candela, que estando guardada en casa

da lumbre, y sacada y puesta a los vientos se apaga.

Cosa más usada ha sido en el mundo, así entre étnicos como entre cristianos; los lugares altos hacen muchas veces a los buenos malos, y ninguna o pocas de los malos buenos, en lugar de ejercitar la virtud primero alcanzada, y que sea perfecta para que entre las muchas ocasiones que hay de perderla no se pierda, porque querer de nuevo alcanzar la virtud entre ocasiones, que aun la alcanzada se pierde, no es cosa de hombres prudentes pensar de salir con ello.

Testigos son de esto el Rey Saúl y el Rey Salomón, que fueron escogidos por Dios por la virtud que en ellos había cuando eran personas particulares, y fueron reprobados de Dios por los pecados que hicieron con las ocasiones que la dignidad real tiene anejas. Y entre ellos se puede contar este Jeroboán, de quien vamos hablando, del cual la Escritura no cuenta culpa alguna antes que fuese elegido de Dios, y debemos presumir que tenía virtudes, pues Dios lo eligió; y fué tan malo después que reinó, que hizo idolatrar a todo su reino, y les puso ídolos a los cuales fuesen para que olvidasen el templo de Dios, al cual solían ir, y no adorasen al verdadero Dios; al cual solían adorar; y como lo pensó, así lo hizo. Porque la idolatría duró en Israel hasta que el Rey Salmanasar los llevó cautivos.

¿Quién hay que tenga un poco de seso y que del todo no esté engañado con la exterior sobrefaz de los señoríos y reinos? ¿Quién no temerá de poseerlos viendo que los que Dios escogió, por ser buenos, pararon en mal, por no usar bien de la dignidad y alteza que para su salvación Dios les había dado? Hombres ha habido étnicos, así como Rómulo y Diocleciano, siendo infieles que el primero siendo convidado que reinase sobre Roma lo desechó cuanto pudo; y Diocleciano siendo Emperador de ella, dejó el Imperio y eligió vida baja de hombre particular, y por mucho que le rogaron nunca se pudo acabar con él que tornase a tomar el Imperio dejado, ni dejase su suerte y vida pobre que había tomado. ¿Mas para qué habemos menester traer ejemplos de hombres que no

fueron cristianos, pues Jesucristo Nuestro Señor, cuyas palabras mandó el Eterno Padre que oyésemos, se ofreció en la Cruz de su voluntad propia, y huyó de ser Rey siendo buscado de la gente para que reinase?

Bien seguro estaba el Señor, pues es impecable, de usar mal de aquel reino pequeño, aunque lo tomara, pues administrara Dios el reino del cielo y de la tierra, y debajo de la tierra, de todo lo cual es Señor. Mas huyó del reino el que con seguridad lo podía tener, para dar a entender que ninguno de sus cristianos sea tan atrevido que deje de temer que pueda errar y pecar por su mucha flaqueza, viéndose en lugar tan lleno de peligros, que para que le creyésemos y temiésemos, el Señor huyó de él. Esta sabiduría contraria es a la del mundo engañado, que piensa que en los mayores peligros hay seguridad; y si tiene una dignidad y señorío procura otro y otro si puede, y embriagado con la falsa y momentánea dulcedumbre de lo visible, ni advierte ni se le da nada por peligros y caídas; ni teme la estrechísima cuenta que se ha de tomar a los que tienen mandos según Dios lo ha testificado y avisado diciendo (Sapientia, VI): *Juicio durísimo será hecho en los que presiden.*

Entonces, aunque tarde, y con grave dolor y sin fruto, conocerán lo que aquí no quisieron, y sabrán que los montes más altos son combatidos con mayores vientos, y son más heridos con rayo del cielo que los lugares más bajos; y que el lugar más alto, como San Gregorio dice, es tempestad del ánima, y que se debe de huir en cuanto fuere posible; y ya que se haya de poseer, ha de ser con dolor y gran temor y solícito cuidado para evitar los muchos peligros que con dificultad perdonan aun a los avisados, y gravemente derriban a los descuidados y negligentes, como acaeció al miserable Jeroboán por no estar tan fundado en la virtud como era razón, ni tener aquella verdadera estima de lo que es precioso y de lo que es vil, para estimar y desear lo uno y tener en poco lo otro. Que por ventura, si él no estimara en mucho la alteza del reinar con lo que a ello es anejo, recatárase de ello, y aunque lo poseyera, tuviéralo en poco, y así no viniera

a perder por ello la fe y obediencia de Dios. Lo cual se saca de las palabras del tema que Dios le mandó decir: *Reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima;* que quiere decir, deseos visibles conforme a esta vida animal y sensitiva que vivimos.

Porque si fueran deseos del Espíritu Santo espirituales y de cosas sólidas que estuvieran arraigadas en su corazón, aunque reinara en lo que deseaba, no por eso se perdiera, mas antes se mejorara; pues cuanto mayor abundancia de cosas buenas ejercitase, tanto a un hombre irá mejor, y el cumplimiento de sus deseos es mayor gracia y seguridad, y éstos son los que a boca llena son llamados bienaventurados por el Profeta David, cuando dice (Psalm. LXIV): *Bienaventurado el que elegiste y tomaste, porque morará en tus palacios.* Y agradeciendo a Dios en persona de todos ellos esta gran merced de tomarlos Dios para sí cuidando de ellos, guiándolos y haciendo que todas las cosas se le tornen en bien y en medios convenientes para reinar en el cielo , dijo: «La misericordia y verdad irán delante tu faz. Bienaventurado el pueblo que sabe la interior alegría. Señor, en la lumbre de tu rostro andarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia serán ensalzados; porque la virtud de ellos Tú eres, y en tu buen contentamiento será nuestra flaqueza ensalzada, porque nuestro amparo del Señor es, y el Santo de Israel nuestro Rey».

¿Qué comparación puede haber entre los elegidos de Dios para bienes temporales, aunque sean reinos e imperios? Y pues lo más alto de ellos es una pura bajeza en comparación de los grandes bienes para los cuales Dios escogió a los buenos cristianos, con los cuales *ab æterno* usó Dios de misericordia ordenándolos para la gloria del cielo, lo que misericordiosamente propuso de dar antes de los tiempos, con mucha verdad lo cumplió en su tiempo criándolos, llamándolos, justificándolos y engrandeciéndolos; y aunque no gozan de los temporales pasatiempos y corporales deleites, que son verdadera ponzoña, saben por experiencia la interior alegría que harta el corazón que nace de Dios y de la guarda de sus

santos Mandamientos, de la buena esperanza de ir a reinar con El.

Estos parecen de fuera tristes, de dentro trabajados, y andan de dentro siempre gozosos; mas los mundanos muy al revés, que de fuera parecen gozosos, ricos y descansados, y traen su corazón despedazado con cuidados, atormentado con aflicciones, sediento por tener más y carcomido de tristeza; y faltándoles tanto lo que tienen como lo que no tienen, rígense éstos por su propia prudencia, tienen su confianza en su brazo, no los toma el Señor para sí, y así todo se les torna en mal. Pues la planta que el celestial Padre no plantó quieran o no quieran ha de ser arrancada; mas de estotros dice David que andan sus caminos y ordenan su vida en la lumbre del Señor. Y aunque mirando a sí mismo hallan porqué llorar, mirando a la bondad divinal, en la cual confían que son amados, y que si ellos desean a Dios son ellos deseados de Dios, destierran de sí toda confianza y aflicción de vana tristeza, y no sólo se gozan, mas se regocijan todo el día, que quiere decir, en todo lo que les acaece, y esto no en su nombre, mas en el de Dios.

Entiendo que no de ellos, sino de la gran misericordia de El les vienen estas mercedes, y que el ser ensalzados de ser hijos de hombres a ser hijos de Dios, esperando la herencia del cielo, y viniendo de manera que la merezcan, les viene toda esta alteza por ser participantes de los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor, que es verdadera justicia y causador de ella en todos los que son justos; los cuales confiesan que la gloria de todo lo bueno que tienen es de Dios, y que no en los propios merecimientos, mas en el buen contentamiento de Dios, la fuerza y fortaleza de ellos será ensalzada a que puedan vencer al pecado, y al demonio y al mundo, y que pasen por el trance de la muerte y no queden muertos, mas les sirva de puente para pasar a la inmortalidad. Dan a Dios gloria de todo aquesto, y sonle agradecidos a estas mercedes, conociendo que la raíz de todas ellas es haberlos tomado para sí la bondad del inmenso Dios y Rey nuestro. No se espante nadie del largo preámbulo que habe-

mos hecho antes de entrar en las alabanzas de la sacratísima Virgen María Madre de Dios; pues para cosa tan alta cualquiera escalera y número de escalones son bajos y pocos.

¿Quién podrá contar el inefable amor con que Dios dice a la Virgen: *Yo te tomaré?* ¿Y quién podrá contar la grandeza del reino para el cual hoy la toma? Y tampoco sabremos decir la pureza, y excelencia y grandeza de las cosas que deseaba el ánima de esta sacratísima Virgen. Ella dice (Eccl., XXIV) que desde *ab initio, et ante sæcula* fué criada; porque aunque en el ser real fué en el tiempo criada, mas en la mente divina en todo tiempo lo fué; y aunque también lo fué todo lo demás que Dios crió en tiempo, mas esta Señora fué antepuesta a todas en ser más amada y elegida para mayor dignidad y para mayores bienes; y por eso se llama la primera engendrada ante toda criatura; porque en los ojos y corazón de Dios es la más dotada de gracias que todo lo restante de lo criado. Y de aquel inefable fuego de amor con que la Virgen fué amada resultó el ser criada y reservada de todo pecado, y vivir tal vida, que con la gracia del Señor mereció subir hoy al cielo, y reinar con mayor excelencia que ninguna pura criatura ni ángel, según lo canta la Santa Iglesia, diciendo: *Ensalzada es la santa Madre de Dios sobre todos los coros de los ángeles a los celestiales reinos;* lejos está de nosotros saber hablar de cosa tan alta.

Los ángeles y santos que fueron presentes a la solemne fiesta de hoy, en que fué puesta sobre la cabeza de la Virgen sagrada la riquísima corona de Reina de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, sabrían decir algo, y Dios que la galardonó y honró lo sabrá decir todo; mas nosotros en este destierro con nuestra corta vista muy poco podemos ver, y aun de lo que entendiéremos menos podemos decir. Y no es maravilla que de cosa tan distante, como es lo que pasa en el cielo, no sepamos hablar, pues aun de los deseos que tenía, aun viviendo en esta tierra el ánima de la Virgen, no sabremos dar cuenta. ¡Oh, qué va de los deseos del ánima de Jeroboán a los deseos del ánima de la Virgen Nuestra Señora! Gran diferencia hay

entre el corazón de los hijos de Adán, que se quedan en su propia miseria, al corazón purísimo de esta Señora, al cual no tocó el pecado de Adán, y fué tan tomado de la gracia del Espíritu Santo, que más se puede llamar divino que humano. Gran negocio es conocer el corazón del hombre, el cual (según Dios da testimonio) es tan torcido y de tantos senos y revueltas, que el mismo hombre no las puede enteramente conocer, y sólo aquel que lo crió lo conoce.

En el Profeta Ezequiel (cap. VIII) leemos que le mandó Dios en su visión que entrase en el templo y viese las maldades e idolatrías que se cometían; y vistas aquéllas, le mandaba entrar más adentro, y veía otras mayores; y al cabo de muchas y muy abominables, mandóle cavar en una pared, y por allí vió estar cierto número de gente vueltas las espaldas al templo, y las faces, a los ídolos adorándolos y ofreciéndoles incienso; y aquella maldad es allí notada por la mayor de todas las otras, y en ella se nos declara la gran maldad de nuestro corazón, del cual nacen las fornicaciones y los hurtos y pensamientos malos. Hace uno una mala obra, que sale a lo de fuera: aquello es hacer maldad en el acto exterior que vió Ezequiel. Mas entrando más adentro, y mirando de qué raíz procedió esta mala obra, hallaremos un vicio de fornicación interior, o de malquerencia, u otro semejable, el cual hizo salir afuera la mala obra conforme a esta mala raíz; y si cavamos más en la pared de nuestro corazón hallaremos que esta fornicación o malquerencia interior tiene por causa el amor propio, el cual vuelve las espaldas a Dios y la faz a las cosas temporales, amándolas para sí mismo más que al mismo Dios.

Mala cosa es el deleitarse un hombre en la obra mala, mas muy peor es volver a Dios las espaldas y decirle (Job, XXI): *No os quiero*. Y así con justa justicia en el lugar donde es castigado el pecado, que es el infierno, se da al hombre pena de sentido, porque se deleitó en las criaturas, y dásele pena de daño, que pierda a Dios para siempre, porque viviendo en esta vida volvió las espaldas a Dios, despreciando el bien infinito. Estas

son las obras, estos los deseos, esto lo que pasa en el ánima del pecador deseando cosas malas o vanas, o reinar en lo malo, que verdadera malaventuranza es, y en lo vano verdadero peligro; y tal lo fué para Jeroboán, pues por reinar en aquéllo vino a ser esclavo del pecado y del demonio, y causó que innumerable gente ofendiese a Dios y fuese al infierno.

¡Oh, Virgen para siempre bendita! Cuán seguro estará quien viere vuestra sacratísima ánima de ver en ella deseo de cosa mala, deseo de cosa vana, ni en toda vuestra vida cosa que tenga rastro ni olor de cosa de aquéstas. Había muy bien leído esta prudentísima Virgen que el Rey David había deseado en un tiempo beber un jarro de agua de un aljibe que estaba a la puerta de Belén, y dando cuenta de ello a sus caballeros, fueron ellos, con gran peligro de la vida, pasando por el ejército de los filisteos para poder coger el agua, y trajéronsela a su Rey para que la bebiese como deseaba; mas él no quiso beber, mas derramóla en la tierra ofreciéndola a Dios, porque le pareció que no era razón de beber agua de tanto peligro, pues se habían puesto en aventura de perder la vida por la traer.

Este recatamiento había aprendido la Virgen de la Escritura divina; mas muy mejor se lo había enseñado el Espíritu Santo, dándole a entender que aunque las cosas y reinos temporales de sí no sean malas, mas que la posesión y uso de ellos es lleno de mucho peligro, y que a muchos ha costado la vida del ánima; y que quien bien la quiere guardar se debe apartar aun de lo lícito.

Sí es peligroso por no caer en lo ilícito, que es dañoso y mortífero; y de poseer a amar hay muy poca distancia; lo uno porque somos inclinados a estas cosas visibles, y lo otro porque con la presencia y uso se entran poco a poco en el corazón; y cuanto ellas ocupan, tanto pierden Dios y su presencia. Y conforme a esta doctrina se gobernó la Virgen de manera que huyó de toda pompa de riquezas y prosperidades, y de todo lo que las ánimas de los mundanos desean, temiendo no le fuesen aquestas cosas algún impedimento para que el fuego de su ánima,

que en el altar de su corazón ardía en honra de Dios, no se le entibiase o le estorbase, por muy poco que fuese, de darse toda y con todas sus fuerzas al que más que a sí amaba.

Y así sus obras fueron santas para glorificar al que la crió, y éstas salían de excelentísimas virtudes que en su ánima tenía, en comparación de las cuales, las obras, aunque buenas, eran pequeñas; y quien cavare más en el corazón de la Virgen hallará en lo más dentro de él un mar abundantísimo de gracia y amor, del cual salían las virtudes así como ríos. Allí no había espaldas vueltas a Dios y ojos al mundo, mas totalmente muerto el amor al mundo, y todo él despreciado y estimado en nada en los ojos de la Virgen, y sólo el bien sumo mirado, estimado, amado y preciado de ella sobre todas las cosas, diciendo con mucha verdad (Luc., I): *Mi ánima engrandece al Señor*, tan engrandecido, que todas las cosas tiene por nada en comparación de El; y que después que lo ha engrandecido con todas sus fuerzas, y fuerzas dadas por el Espíritu Santo, cree de El que en comparación de lo que merece ser alabado, y preciado y amado, es nada o poco lo que ella le sirve y le engrandece.

¡Oh, purísimo corazón! ¡Oh, amor, verdaderamente amor, que haces olvidar el interés y provecho de aquesta sacratísima Virgen, y que aun ni a sí misma vuelva los ojos por no apartarlos un solo momento de la hermosura divina, y que por amarle a El primeramente no ame Ella a nadie, ni aun a sí misma, sino a Dios en todas las cosas, y a sí misma por amor de El! Este era su ejercicio: mirar y amar al Señor Dios suyo, y decirle con mayor verdad que nadie lo dijo, lo que está escrito (Psalm. XXVI): *A ti dijo mi corazón, mi faz te ha buscado; tu faz, Señor, buscaré de corazón.* Y no de sola lengua dice la Virgen a su Criador, mi faz te ha buscado. ¡Oh, prudentísima Virgen, todo el cuidado ponen las vanas mujeres en ataviar la faz con colores y diversas unciones para parecer bien y ser vistas de unos hombres que los ojos que miran y la faz que es mirada estarán presto en la sepultura llenos de mal olor y de fealdad! La Virgen sagrada con mejor consejo tro-

có este cuidado en ataviar la faz de su ánima, que es su conciencia, con diversidad de virtudes, y con la unción blanda del Espíritu Santo, que cumplió muy por entero lo que dijo David (Psalm. XLIV), *que la hermosura de esta Reina toda es en lo de dentro, donde miran los ojos de Dios.* Las vírgenes locas no fueron conocidas de Dios, porque no llevaban la unción del óleo de la santísima gracia en los vasos de la conciencia y hermoseadas con otras obras de caridad. Y porque así como por la paz conocemos a uno, y la conciencia no buena no es agradable a los ojos de Dios, dícese que Dios no conoce a la tal persona, porque no aprueba la tal conciencia, de la cual está ausente la hermosura de la celestial gracia.

Y como el cuidado de la Virgen era uno, como San Pablo lo manda, y ayudado muy particularmente del favor del Espíritu Santo salió también con el negocio, que paró la faz de su ánima tan hermosa, que no tuvo mancha ni arruga, y halló tanta gracia delante de los ojos de Dios, que se holgase Dios de mirar su faz y oír su voz. Palabras de El son dichas a Ella (Cant., II): *Enséñame tu faz, y suene tu voz en mis orejas, porque tu voz es dulce y tu cara muy hermosa.* Dichosa Virgen que tan buen orden llevó, primero en hermosear más su conciencia, que en hablar con la lengua; porque los que primero presumen de hablar que de bien obrar, antes de la luz se levantan y son testigos de vista del camino de Dios que enseñan a otros; y no por eso agradan a Dios ni escaparán de aquella terrible amenza que dijo Dios al pecador (Psalm. XLIX): *¿Porqué tú hablas mis justicias y tomas mi ley en tu boca?* Esta Señora, con la hermosura de su faz, dice que buscaba a Dios, porque así con el pensamiento recogido como con las obras buenas, que son hermosura del ánima, buscaba y llamaba a la puerta de Dios, teniendo su intención toda tan fijada en El y tan convertida en El, que ahora comiese o bebiese, u otra cosa hiciese, todo—como dice San Pablo (Cor., X)—, lo hacía en gloria de Dios, sin tomar de ella propia gloria, mas verdaderamente buscando en todo la gloria y contentamiento de Dios».

Este era el cuidado; esta faz era la de la Virgen, con que dice que buscaba, y añade lo que buscaba diciendo: «Tu faz, Señor, buscaré». No hace aquí mención la Virgen sagrada de los pies de Dios, ni de las manos de Dios, sino de la faz de Dios, y ésta es la que Ella buscaba; porque aunque muchas veces se postraba a los pies de Dios, que son su justicia, debajo de los cuales nos postramos los pecadores pidiendo perdón de nuestros pecados, y Ella, considerando los que pudiera hacer si Dios no la guardara, esta consideración le causaba un gran temor, que sirve de reverenciar a Dios; y también otras veces consideraba las obras de los merecimientos, y por ellas como por escalera subía al conocimiento de Dios, y como muy agradecida a las manos de la liberalidad divina, con perfecto conocimiento de las grandes mercedes que Dios le había hecho, y por ellas cantaba con perfecta humildad (Luc., I): *Hizo en mí grandes cosas el que es poderoso y su nombre santo.* Mas aunque esto algunas veces usaba; y andaba estas estaciones de los pies a las manos, mas su principal y casi continuo ejercicio era buscar la benditísima y hermosísima faz del Señor.

Justamente se debe a Dios el agradecimiento de todas las misericordias generales y particulares, y no quiere que ninguna, por pequeña que sea, quede sin ser conocida y agradecida; porque lo que así queda, por perdido se puede tener. Y para darnos a entender esto, después de haber hartado el Señor en el monte aquella muchedumbre de gente con cinco panes y dos peces, mandó que se recogiesen los mendrugos que habían sobrado, aunque fuesen pequeños, porque no pereciesen.

Esto así es; mas cuando un amor es muy perfecto que llega a hacer perfecta unión entre el que ama y es amado, y los hace, como San Pablo dice, ser un espíritu, éste conoce que su amado no le pide tanto el agradecimiento de las mercedes que le hace, cuanto verdadero amor que más y más le junte con El. Claro está que de lo que hace un buen marido por su mujer, no tanto le pide agradecimiento, cuanto amor de mujer leal.

Porque si un filósofo dijo a un su amigo: «No me des gracias de lo que hago por ti, porque no parezca que tú y yo somos dos, pues el verdadero amigo es otro yo, y ninguno quiere que le den gracias por lo que hace en su casa propia»; mucho mejor un marido guardará esto en su propia mujer, con la cual es una misma cosa; y muy mucho mejor lo guardó Dios con su sacratísima Madre, pues en la dignidad era Madre y esposa, y por el perfectísimo amor que entre ellos había, El tenía a Ella por cosa muy suya; las mercedes que le hacía, como en tal cosa las hacía; y Ella tenía a El tan abrazado con tan grande amor de su corazón, que lo amaba cien mil veces más que a sí misma. Y como sabía que esto quería Dios de Ella, no curaba de detenerse en beso de pies, ni en consideración de las criaturas; porque aunque para los imperfectos es buena escalera para subir al Criador, mas los ejercitados en el ejercicio del perfecto amor, por rodeo lo tienen, y de un vuelo se ponen derechamente en contemplación y amor del Bien sumo, que es Dios; y enamóranse de El tan de verdad, que buscan la faz de El, y olvidados de su propio interés quieren ser todos enteros para Dios más que para sí.

Y encendidos con el fuego del divino amor se ofrecen cada momento a sí mismos y todas sus cosas, como abrasados holocaustos para que Dios haga de ellos su buen contentamiento en tribulación o prosperidad en vida o muerte, en este mundo y en el otro; y su deseo sólo es nunca ofenderle y en todas las cosas y en todo tiempo agradarle. Y si esto pasa en muchos amadores de Dios, si esto pasa en los ángeles del cielo, ¿quién contará la grandeza del divinal amor que en el virginal corazón de la sagrada Madre de Dios había, que la encendía y suavemente abrasaba, deseando su ánima con mayor deseo, ofreciéndose en suavísimo holocausto a la voluntad y honra de Dios, y tanto con mayor suavidad, cuanto su corazón estaba más desocupado de todo amor de criaturas, como mandó Dios que el altar de los holocaustos estuviese, y su ánima muy dispuesta para recibir en sí el fuego del amor celestial que le fué enviado

del cielo, y su bendito Hijo quiso que se encendiese en la tierra aunque le costase la vida?

Estos eran los deseos que el ánima de la Virgen sagrada deseaba, sobre los cuales le dice Dios que le hará reinar; porque si mucho desea reverenciar, agradecer, servir y amar al Señor, todo le fué concedido, y con tanta ventaja sobre todo lo criado, como lo tiene la Reina del señorío sobre sus vasallos todos. Mas ¿qué haremos con este virginal corazón, que aunque sirve a Dios y le agrada más que todo el restante del universo no se contentan sus deseos con tan grandes servicios?

Mas en comparación del amor que a Dios tiene, todo le parece pequeña cosa para servir al inmenso bien, y amarlo de todo corazón sobre toda medida, y por eso deseaba con entrañables deseos que todo lo que Dios crió en los cielos y tierra conociese, reverenciase, obedeciese y amase a Dios de todo su corazón, y los convidaba muchas veces desde el más alto serafín hasta la hormiguita y hierbecita del campo, que todos juntamente engrandeciesen a Dios con ella y ensalzasen el nombre de El en concordia; todo lo tomaba la Virgen por leña, lo alto y lo bajo, para cebar y mantener el benignísimo y gastador fuego del amor divinal que ardía en su corazón. Y para remedio del desmayo y corporal flaqueza que estos deseos encendidos causaban en ella, decía muchas veces lo que antes que Ella naciese fué dicho en su persona (Cant., II): *Sustentadme con flores, cercadme con manzanas, que estoy enferma de amor. Fortísima cosa es más que la muerte el amor perfecto de Dios.* Y así con el continuo pensamiento que hace tener en el amado, y el abrasado amor y deseo de ver a Dios, consume la carne y gasta las médulas, y mata el amor de todas las otras cosas, que de tal manera se enseñorea de la dichosa persona donde El está, que la enflaquece y enferma, hiere, prende y cautiva, para que toda se emplee en el bien y hermosura infinita que merece ser amado con inefable amor.

El alivio que se toma para este gran fuego es ver el amor de Dios, oír y acordarse que hay gente que tiene

deseos de servir a Dios, que son flores, y gente que de verdad le sirve con obras significadas por las manzanas. Esta era la epítima, el aire fresco que la sagrada Virgen tomaba para remedio de las ansias amorosas de su corazón, y con acordarse de los servicios que a Dios Nuestro Señor le son hechos en la tierra, y principalmente en el cielo, y que de todo recibe Dios gloria, o por vía de justicia o por vía de misericordia, tenía fuerzas para defenderse de la muerte, que muchas veces su fuerte amor le causara. Y también se entiende de aquesto lo que Dios le promete, que reinaría sobre todas las cosas que deseaba su ánima; porque aunque en esta vida se levantaba muchas veces sobre sí misma al conocimiento de los servicios que se hacían a Dios en el cielo y tierra, bebiendo de aquel agua se remediaba su sed.

¿Quién será tan atrevido, Virgen sagrada, que ose pasar más adelante aquesta empresa de conocer y declarar qué cosas son las que deseaba vuestra ánima, sobre todas las cuales os promete Dios que habéis de reinar? El Señor pregunta a Job (cap. XXXVIII): *¿Has entrado, por ventura, en los tesoros de la nieve?* Para darle a entender que no presumiese de sabio, pues aun de aquella cosa tan pequeña entre las obras de Dios, aun no sabría dar buena razón.

«¿Pues cómo la daré yo—dice San Agustín—pobre de ingenio, hablando de la santísima Virgen María, que si todos los miembros de todos los hombres se convirtiesen en lenguas aun no serían suficientes ni bastantes para la alabar?» Y si San Agustín y otros altos gigantes en las cosas de Dios se hallan tan pequeños enanos en las alabanzas de esta tan alta Señora para siempre bendita, ¿qué debo yo de sentir en hablar de ella, pues soy enano en comparación de todos los Santos y sabios? Menester es, Señora, suplicaros para el fin de este discurso, como para el principio, que nos alcancéis el favor del Espíritu Santo, que os hizo tan santa y tan alta, para que el que puso en vuestro corazón tan gran fuego de amor, que saltan de él centellas de vivos y grandes deseos muy mejor que del Profeta Daniel; que este mismo Espíritu

Santo nos enseñe, ya que no todos vuestros deseos, mas alguna parte de ellos, para que a gloria de Dios que os los dió, cumplamos con el oficio del hablar en vuestra santísima fiesta. Señora, ¿quién soy yo para entender en los tesoros de la nieve, que son las inestimables e innumerables riquezas de la santidad y pureza más blanca que nieve de vuestro corazón? Mas dame mucha confianza que el Señor bueno envió comida a Elías, su Profeta leal, por medio de un cuervo negro; mirad, Señora, a esta gente congregada y devota en el día de vuestra alegría y ensalzamiento, y dadles el conocimiento de los deseos de vuestro corazón, sin mirar la indignidad de mi lengua que los ha de hablar.

Decidnos, Señora para siempre bendita, ¿no están satisfechos los deseos de vuestro corazón con que desde que fuisteis concebida hasta que de esta vida salisteis, en ninguna cosa, chica ni grande, enojasteis a Dios? En todo le agradasteis con mayor agradecimiento que hubo ni habrá, Señora, ¿y los servicios que a Dios humanado hicisteis dándole carne humana formada de vuestra purísima sangre, trayéndole nueve meses en vuestras entrañas, pariéndole y sirviéndole cuando chico y cuando grande? Esto, Señora, ¿no satisface a los deseos de vuestro corazón? Y si todo faltase, ¿no bastaba aquella obra mayor que todas las que hicisteis, más digna de loor que ninguna lengua puede contar, cuando estando al pie de la Cruz de vuestro Hijo bendito amasteis tanto al mundo que por remedio de él ofrecisteis en vuestro corazón la muerte de vuestro benditísimo Hijo, obedeciendo como esclava a la voluntad del Señor cuando os lo quiso quitar, como cuando en la Encarnación fué servido de dároslo?

Y si con todo esto se juntan los servicios hechos a Dios por todos los hombres desde el principio del mundo, y que se harán hasta el fin de él, ¿qué amor hay que con esto no se contente? Y si se junta con esto los servicios y alabanzas de los ángeles, y de todos los que se han de salvar que han de dar a Dios en el cielo, no parece que hay cosa más que desear para quien a Dios ama.

Y si esto, Señora, no basta, mucha razón tenemos de avergonzarnos de que nuestro amor es tan flaco y tan corto, que con un no sé qué que hacemos o que sufrimos nos contentamos, sin tener vivos deseos de hacer más y más por nuestro Señor, y que todos le sirvan y alaben. ¡Oh! Dice la Virgen, que todos los servicios, que todas las criaturas celestiales y terrenales hacen y pueden hacer al altísimo Dios, son una pequeña arenita en comparación de la grandeza del cielo; todos los servicios que se pueden hacer son una gran poquedad para lo que merece el que es bien sin medida. No hay proporción de finito a infinito, y por eso los deseos de mi corazón no se contentan con todo lo que las criaturas le pueden dar; y a quien le parece que esto no es así, será porque tiene peso falso; y por tener poco amor en la balanza le parece que pesa mucho lo que hace por Dios puesto en otra. Si reinar tengo sobre todo lo que desea mi ánima, mayores bienes tengo de ver que tiene Dios, que todo lo que el cielo y tierra le pueden dar.

Albricias, albricias, corazón virginal, en el cual cupo Dios, y por eso no le hinche la poquedad de las criaturas. Albricias, que os manda decir el Señor: «Yo te amaré, Madre mía, y reinarás sobre todas cosas que desea tu ánima, y quien dijo todas ninguna sacó». Y si vuestro deseo, como la Escritura dice, es todo el bien, ya es venido el día en que veáis todo el bien y se os descubra la faz del Señor que buscáis, la cual en esta vida tienen cubierta con sus alas los dos serafines, aun cuando habla el Señor con los Profetas amigos suyos. El se os enseñará y os dará el deseo de vuestro amorosísimo corazón. ¿Quién contará esto? ¿Quién dirá que es ver a Dios claramente, retablo de hermosura infinita, piélago inmenso de infinitísimas perfecciones, el cual siendo claramente visto roba los corazones de los que lo ven, y los enciende en tan grande fuego de amor cual no se puede decir, y en cuya comparación el mayor de la tierra parece tibieza? Porque como dice Isaías (cap. XXXI): *El fuego de Dios está en Sión y el horno en Jerusalén;* dando a entender que lo que excede el fuego de un gran

horno a otro fuego pequeño, excede el amor de Dios que resulta de verle en el cielo significado por Jerusalén, al que acá se le puede tener en la tierra, por grande que sea, significado por Sión.

Esta faz hermosísima es la que enciende en amor a los serafines, y a todos los que la ven engendra en ellos unos deseos tan vivos, una sed tan entrañable de que tenga bien, gloria, poderío, sabiduría, y por decirlo en una palabra, desean con indecible deseo que tenga Dios infinitos bienes, y como todo lo criado sea finito, hacen tan poco caso de ello, que no les apaga su sed causada de la vista de su hermosísima faz. Y si el altísimo Dios no les cumpliese este deseo, ellos quedarían con grande angustia.

Mas en el cielo enjuga las lágrimas de los ojos de los suyos, y destierra el dolor y el llanto, y todo lo que pueda dar pena; no hay lugar de tormento ninguno, ni falta de cumplimiento de la santa sed de los que allá van, porque Dios se la quita con darles a beber de aquel río resplandeciente como el cristal que San Juan vió en su Apocalipsi, que procede de la silla de Dios y del Cordero, y va por aquellas plazas de oro fino de Jerusalén, cuyo espíritu alegra toda aquella ciudad de Dios, porque como dice David, les da Dios a beber con el río de su deleite. ¿Cómo estarán sedientos los que por vaso tienen un río, y lo que beben es deleite de Dios? ¡Oh, inmensa bondad tuya, Señor, que Tú los hieres con las saetas de tu amor que salen de tu hermosísima cara, con que olvidados de sí mismos te desean infinitos bienes, y Tú mismo los sanas de aquella herida y les quitas la hambre y sed que Tú les causaste! Y si tu faz despertó en ellos tales deseos, la misma faz tuya les da el cumplimiento de ellos y los acallas sin que tengan más que desear, como la madre al niño que toma a sus pechos.

Viendo a Dios, según habemos dicho, le desean infinito bien, y esta es la hambre y la sed; y viendo al mismo Dios, ven que tienen tantos bienes de sabiduría, fortaleza, bondad, hermosura, gozo y bienaventurada vida, que ni tuvo principio, ni tendrá fin, ni puede crecer más por

ser infinito, ni descrecer un solo cabello por ser omnipotente; y como hallan en él todo lo que deseaban, y mucho más, quedan contentos y recontentos; y cuanto fué la grandeza del deseo, tanto es el gozo causado por el cumplimiento de El. Quien lleva el vaso más capaz del amor, más se goza del bien de Dios, y si quien más pequeño lo lleva es tanto el gozo que no cabe de placer en sí mismo, porque ama a Dios, sin comparación más que a sí mismo. ¿Qué os parece qué tal será el gozo de esta Virgen y Madre que hoy sube al cielo y ve claramente la faz del Señor que ella buscaba, pues el vaso de su amor y del deseo causado de la vista de Dios es más capaz que el de todos los hombres puros y de todos los espíritus bienaventurados?

Alegraos con Jerusalén, que es la sagrada María, y gozaos todos los que la amáis, porque hoy la ha vestido el Señor con excelentísima gloria, viniendo sobre ella como arroyo de paz, y poderosísimo río, con grandes ondas de dulcísima miel; a Dios buscó, a Dios ha hallado, y sin temor de perderle, mientras Dios fuere Dios, para siempre engrandecerá su ánima al Señor, y se regocijará en espíritu de Dios, salud suya. Deseó el bien de Dios, y renunció su provecho, y halló a Dios; y asímismo esle dado Dios para que se goce de los bienes de El, y le ha dado bienes para que se goce, para gloria y contentamiento de Dios; y de todas partes está cercada de la dulcedumbre de Dios, engolfada en el abismo de la bienaventuranza de El, transformada en El más que ninguna criatura, y por eso hecha Reina y Señora de todo lo criado. Con mucha razón canta la Iglesia: *Subida es María al cielo, gózanse los ángeles y bendicen al Señor;* y con grande razón nos dice otra vez: *María Virgen es subida al cielo: gozaos, porque para siempre reina con Cristo.*

Virgen para siempre bendita, muy alegres estamos vuestros muy indignos siervos de que tan grande hayáis sido en servir al Señor, que es tan copioso en misericordias para os galardonar, y de que vuestros deseos sean cumplidos de ver a Dios faz a faz. Descansad, Señora, y, como dice Isaías, «ensanchad el lugar de vuestro aposen

to, que es vuestro corazón, porque mucho es lo que Dios os ha dado y no os lo quitará para siempre». ¿Quédaos, Señora, más que desear? ¿Quédaos algo más sobre que reine vuestra ánima? Y aunque parezca ignorancia esta pregunta, no lo es, porque juntó Dios el cuerpo y el ánima de cualquier humana persona con un tan íntimo lazo de amor, y aunque el ánima esté fuera del cuerpo y esté en el cielo gozando de Dios, tiene un natural deseo de verse junta con el cuerpo para darle vida como antes hacía, mayormente sabiendo que su cuerpo no ha de tener en el cielo las pesadumbres e imperfecciones de acá, ni le ha de ser impedimento, sino instrumento hermoso, sutil, incorruptible y ligero, y tal cual conviene para ánima que goza de Dios. Y si las ánimas bienaventuradas desean tener sus propios cuerpos consigo para que sean participantes en la gloria, pues lo fueron en las buenas obras, ¿con cuánta más fuerza desearía el ánima de la Virgen sagrada tener en el cielo consigo su santísimo cuerpo, pues que tan lealmente le ayudó a servir a Dios estando en aquesta vida, sin tener movimiento ni inclinación mala como los cuerpos de los otros Santos?

Es por cierto cosa muy justa que pues en cuerpo y en ánima fué la Virgen bendita silla de Dios, y por muy particular manera, que ya que se partió esta silla en dos partes el día de su sagrada muerte, que luego al tercer día torne Dios a juntar su silla y sacratísima arca para que vean todos los que en el cielo estuvieren aquella santísima carne, de la cual el Verbo divino tomó carne humana, y que esté tan resplandeciente que baste a alumbrar todo el cielo y henchir de nueva gloria a todos los que allá están; y así es de creer que lo pidieron los ángeles, y que Dios lo concedió y que toda la Virgen entera está reinando en el cielo sobre todas las cosas que desea su ánima; y una de ellas era, según habemos dicho, tener consigo su benditísimo cuerpo, descansando para siempre bienaventurada. Bendita entre las mujeres, y sobre ángeles y hombres; dadnos licencia para os preguntar si son cumplidos todos vuestros deseos, pues que parece que sobre vuestra gloria ni hay más que te-

ner ni qué desear y que podréis decir con grande verdad (Psalm. XXII): *El Señor me apacienta: ninguna cosa me faltará, colocado me ha en lugar de su pasto, y muy abundoso.*

«Gran verdad es—dice la Virgen—que en lo que a mí toca no tengo más que desear, porque he entrado en el gozo del Señor más dentro y con mayor abundancia que ninguna pura criatura entró ni que nadie puede decir; mas tengo hijos en el mundo, la salvación de los cuales deseo con muy amoroso y natural corazón, y aunque no puedo tomar pasión o penas de sus trabajos y males, porque con el gozo del cielo no se compadece pena ninguna, mas no he perdido la compasión de ellos ni el deseo de su salvación que tenía en el mundo, antes se me ha acrecentado la caridad. Este cuidado tendré hasta que el mundo se acabe. Este oficio haré, ser fiel abogada de los negocios de ellos delante del trono de Dios, y cuando lo viere enojado con ellos, pondréme delante, y si fuere menester hincaré mis rodillas, y echaréme a sus pies, y traeréle a la memoria los servicios que El me dió gracia que yo hiciese y El recibió de muy buena gana, y haré todo aquello que una amorosísima madre hace con sus hijos, sin cansarme ni enfadarme de abogar por justos y pecadores».

¿Ois esto, cristiano? Dichosos nosotros, por cierto, que tenemos a Dios por Padre y a su sagrada Madre por Madre; y si queremos mirar en ellos, nos es dada hoy una gran confianza para nos salvar, pues ha subido de la tierra al cielo una Señora que tanto puede con Dios como Madre con Hijo, y que es muy más piadosa para con nosotros que ninguna madre lo ha sido ni será con los propios hijos que engendró y parió. ¿Quién contará las grandes misericordias que están en aquellas palabras dulcísimas que por tu meliflua boca dijiste (Matthæo, XXIV): *No queráis llamar padre sobre la tierra, porque uno es el Padre vuestro que está en los cielos?* No porque Tú, Señor, vedas que llamemos y honremos por padres a los que según el cuerpo nos engendraron, antes lo has mandado en tu cuarto Mandamiento, y es cosa muy agra-

dable en tus ojos, como dice San Pablo. Mas quieres descubrirnos el secreto del corazón de tu Padre, que nosotros no sabíamos y tanto nos importaba saber, y es que el paternal amor que nos tiene excede tanto al que nos tienen nuestros padres que nos engendraron, que así como en comparación de Dios ninguno merece ser llamado santo, ni bueno, ni alto, porque El es sólo el Santo Señor altísimo y bueno que obscurece con su bondad la bondad de las criaturas, porque les lleva ventaja infinita, así los que nos engendraron, por mucho amor que nos tengan, no hinchen este nombre de padre, ni merecen tenerlo, sino Dios, cuyo amor y cuidado para con nosotros justísimamente merece este nombre, y lo hinche y cumple de todo su significado, haciendo altísimamente el oficio de padre.

Bendecímoste, Señor, por misericordia tan llena de gracia, raíz y causa de muchos y diversos bienes que de esta misericordia proceden, que como verdadero Padre nos haces en este mundo y en el venidero, y también te bendecimos porque nos diste a tu santísima Madre por Madre; que como es la cosa más conjunta contigo en el parentesco de la carne, así lo es en el fuego de la caridad. Y como un hierro echado en el fuego está todo lleno de él, que parece que es el mismo fuego, así esta Virgen bendita, echada en el horno del divino amor, sale toda tan llena de El, y tan semejable a El, que es tan verdadera Madre del pueblo cristiano, que en comparación de Ella las madres no merecen nombre de madres.

¿Quién habrá que no despierte del sueño del pecado, si en él está, y que no se anime a proseguir las buenas obras que ha comenzado, con tener favor de tan potentísimo Padre y regalos de Madre tan piadosa? Comencemos nuevo partido para alcanzar la gloria del cielo. Parémonos a considerar cuán grande parte será de nuestra bienaventuranza verla en el cielo y agradecerle los favores y misericordias que nos hizo para ir allá.

Entendamos muy de verdad que con el grande amor que nos tiene desea que vayamos donde Ella está, y que

para esto está muy aparejada para socorrer a cualquiera persona en cualquier tiempo y negocio en que la llamare. Riquísima es, para todos tiene; los pecadores alcanzan por Ella perdón, los justos más gracia, los ángeles gloria, y el Hijo de Dios tiene de Ella carne humana, y la Beatísima Trinidad gran gloria, por ser hechura suya. Y es tanta su libertad para dar, cuanta su riqueza para poder dar. ¿Qué resta sino que hagamos lo que está escrito (Prov., I, VIII): *No dejes, hijo, la ley de tu madre?* Y ella misma nos dice: *Bienaventurados los que guardan mis caminos.*

Y si la amamos, imitémosla; si por madre la tenemos, obedezcámosla, y lo que nos manda es que hagamos todo aquello que su Hijo bendito nos manda, porque el camino por do Ella ganó lo que tiene, la obediencia de Dios fué, y si ésta no tuviera, ninguna cosa le aprovechara ser Madre de Dios según la carne; y toda persona que guardare la santa voluntad de Dios, será madre de Dios según el espíritu; y de que haya muchas madres de éstas no tiene envidia la Virgen y Madre, antes lo desea y lo procura; y Ella, como principal de todas, nos es dada por ejemplo, para que imitando su humildad, mansedumbre, limpieza y caridad, y todos los otros caminos que Ella anduvo en obediencia de Dios y siendo ayudados de Ella, no sólo con sus ejemplos, mas con sus ferventísimas oraciones delante del trono de la misericordia de Dios, se nos comunique tal gracia, que en el día de nuestra muerte nos sea dicho de parte de Dios: «Yo te tomaré y reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima, gozando en compañía de esta santísima Virgen en la sempiterna gloria del cielo». Amén.

TRATADO XII

DE LA FESTIVIDAD DE LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA NUESTRA SEÑORA

Quæ est ista, quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum?

¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de regalos, recostada sobre su amado?

(Cant., VIII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

No hay término que no llegue en las cosas que son medidas por tiempo. No se alegre el malo en los placeres y prosperidades que tiene, porque presto vendrá un día por su casa en que le quiten de la boca la embriaguez de sus vicios, y se dé contra él aquella dura y justa sentencia (Apoc., XVIII): *Cuanto se glorificó en sus deleites, tanto le dad de tormento y lloro.* Pasáronse los siete años de la fertilidad que hubo en Egipto, y sucedieron otros siete de mayor esterilidad que la pasada fertilidad, y por unos deleites y pecados breves que en siete días se gozan, que significan toda esta vida, les sucede no siete años solos grandes tormentos, mas siete mil cuentos de años, y mientras Dios fuere Dios; era temporal esta vida, vino su término, y vino tras ella la muerte, que no tendrá fin. No se alegren los que en este mundo tienen prosperidad; no lleguen su co-

razón a las riquezas; aunque les vengan no se alegren; cuando compran no lloren; cuando pierden hacienda, usen de este mundo como si no usasen, porque se pasa, y muy presto, su figura, como dice San Pablo.

Y los varones de las riquezas durmieron el sueño de la muerte, la cual, quieran o no quieran, ha de venir, y ninguna cosa de ellas hallaron en sus manos, como dice David: «No tiene porqué gloriarse el malo ni el vano, porque él dijo: «de lo que aquí le daba placer, es más amargo sin comparación que el deleite que recibieron». Si gozaros queréis, yo os diré lo que para ello habéis de hacer. A vosotros digo, que os tenéis por extranjeros en este mundo, y habéis puesto vuestro cuidado en tener tal vida, que tengáis con razón esperanza de gozar de la otra. Alégrense los que guardan los Mandamientos de Dios, porque los servicios su término tienen, el galardón para siempre será. Consolaos los que lloráis vuestros pecados, y los que lleváis a cuestas la penosa cruz de la penitencia y mortificación de vuestras pasiones, y sois obedientes a Dios en los trabajos que El os envía, y no le dais por ellos quejas como los mundanos, mas gracias como buenos cristianos, porque todas estas cosas temporales son, y su fin tienen, y obrarán después en vosotros eterno peso de gloria.

Alegraos, alegraos los que de veras amáis al Señor, por cuyo amor tenéis la morada de esta vida por penoso destierro, y por ser leales al amor del Señor en ninguna cosa os queréis aquí consolar, mas como casta tórtola tenéis el gemido por canto y os habéis sentado sobre los ríos de Babilonia, despreciando todo lo que en el mundo florece, porque se pasa como agua del río, y vuestro oficio es llorar acordándoos de aquella celestial Sión, en la cual Dios es visto con grandísimo y eterno gozo, no por velo, sino faz a faz claramente. No desmayéis en vuestros trabajos, porque jurado ha el Señor de quitar la copa del amargor de vuestra boca y daros eternas consolaciones, y día vendrá, y cierto vendrá, y presto vendrá, en que Dios os dé el deseo de vuestro corazón, y abrirá vuestra cárcel, y romperá las cadenas de vuestra

mortalidad, y pondrá en vuestra boca un cantar nuevo, y sacrificaréis a Dios en el cielo sacrificio de alabanza perpetua.

Sabed bien considerar el presente día y solemnísima fiesta, en el cual se llegó el término tan deseado y tan pedido por la sacratísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, y gozándoos de tan grande bien como a Ella le vino, pues hoy entró en la ciudad celestial con tanta fiesta y regocijo que pone en admiración a los ángeles, y espantados de que en este miserable desierto hubiese tan preciosa reliquia, y que con tanta honra y pompa fuese subida a la alteza del cielo, y constituída por Señora de los que están allá y de los de acá, preguntan diciendo (Cant., VIII): *¿Quién es ésta que sube del desierto, abundante en regalos, arrimada sobre su amado?*

Gócense, pues, los buenos hijos de la libertad de su bendita Madre, y esperen ellos que a semejanza de Ella les vendrá el día de su libertad, en que libres de la corrupción de esta vida gocen con Ella en el cielo del don de incorrupción perpetua, de cumplida gloria y de la alegre vista de Dios, y entiendan que esta Virgen bendita no sólo nos es dada para ejemplo de nuestra vida, a la cual sigamos e imitemos en sus virtudes, mas también tenemos en Ella ejemplo y motivo para esperar que si fuésemos acá por el camino que Ella fué, aunque no tan aprisa ni con tanta santidad, iremos donde Ella fué aunque menores en gloria.

Estemos, pues, muy atentos, y no perdamos de vista a esta Señora tan acertada en sus caminos, y tan verdadera estrella y guía de los que en este peligroso mar navegamos. Y pues que en otras fiestas, desde que fué concebida en el vientre de su madre hay mucho que mirar y que aprender, y con qué consolarnos, tenemos obligación el día de hoy a decir algo de Esta que no tiene menos provechos que cualquiera de las otras, y comencemos por aquí. Señor, amando a vuestra benditísima Madre con amor tan grande cual conviene amarla tal Hijo como Vos sois, y ser amada tal Madre como Ella es, ¿qué fué vuestro consejo, que aunque justo en sí, fué

para Ella penoso, que subiendo Vos rico y próspero, acompañado de ángeles y ánimas santas a reinar en el cielo, sentado a la diestra del Padre, donde hay deleites para siempre jamás, dejasteis a esta Señora en el destierro de la tierra, donde aunque por vuestra gracia Ella tuviese vida muy ajena de todo pecado, mas por estar ausente de Vos le había de ser un penoso destierro? ¿Quién, Señor, entenderá vuestros caminos? ¿Quién dijera que pidiérades más trabajos a esta Virgen bendita que los que pasó al pie de la Cruz viéndoos morir en ella con graves dolores? Vos, Señor, sois el Sol y Ella la Luna, y pues Ella se eclipsó cuando Vos os eclipsasteis, ¿porqué cuando vais lleno de lumbre y de gloria no participa Ella también de lo que Vos en tanta abundancia? La sombra sigue al cuerpo, y la Virgen a Vos, y de Vos está colgada como fidelísima sierva. Porque, pues en el tiempo de vuestra tribulación Ella os acompañó y siguió, ¿porqué os vais al cielo con mucha prosperidad y la dejáis a Ella en la tierra?

Ya veo, hermanos, que estáis respondiendo lo que Dios dijo por Isaías (cap. XLV): *Cuanto son ensalzados los cielos sobre la tierra, tanto mis caminos exceden a los vuestros.* Así, Señor, lo creemos; todos son justos, llenos de sabiduría y de bondad, y alabándolos por tales los deseamos, pues los queremos entender para vuestra gloria y nuestra edificación. Mas es primero de advertir, que por mucho que despabilemos nuestros ojos para considerar cuán grande fué el martirio que esta Virgen sagrada pasó todo el tiempo que vivió en este destierro desde el día que su benditísimo Hijo y Señor subió a la ciudad soberana hasta el día de hoy, en el cual Ella alcanzó lo que deseaba siendo llevada allá, no podremos entender aun la menor parte de su penoso martirio. El amor le causaba deseo de ver a su Dios faz a faz: *Tanto cuanto el amor es mayor, el deseo es más crecido y su dilación más penosa; si hubiere quien pueda pesar el gran peso del amor que la Virgen tenía, aquél podrá saber sus encendidos deseos dónde llegaban* y cuánto le atormentaba la dilación de cumplirse.

¡Oh, Virgen gloriosa, que de una misma fuente os nace lo dulce y amargo, lo que os hace a Dios agradable y lo que os martiriza!

El amor y grandísimo amor que sobrepuja todo conocimiento que a Dios tuvisteis, éste os hace alta y agradable bienaventurada en su acatamiento, y este mismo a la medida de su grandeza os atormenta como gran sayón. Aquel cuchillo que el santo viejo Simeón os profetizó que había de traspasar vuestro corazón cuando visteis a vuestro Hijo crucificado y morir en la Cruz, fué figura al vivo. Mas si no hubiera en vuestro corazón cuchillo de amor con que vuestra sacratísima ánima estaba dulcemente herida hasta lo más íntimo de ella, poco os atormentara el ver padecer a quien amábades. Este, este vivísimo amor os hacía cuidar lo que convenía a vuestro sacratísimo Hijo; este temer no le viniese algún mal; este llorar cuando le vino, y sentir dolores de muerte en su muerte; y cuando al humano juicio parecía que este amor os hubiese de dar descanso, gozando en el cielo del que tanto amasteis viviendo en la tierra, comienza de nuevo, por consejo de Dios, a atormentaros como de antes, y que dure el tormento por toda la vida, y aun vaya creciendo mientras más creciere la vida.

Por experiencia tenemos, que los amigos de Dios que se hallaron presentes a la muerte del Señor y se compadecieron de ella, se contentó Dios con aquel martirio de compasión interior que allí pasaron y padecieron, sin consentir que mano de sayón exterior atormentase a los que el interior amor tan gravemente martirizó. Mas según veo, Señora, Vos, la que más allí padecisteis, os tornan a dar a beber el cáliz de amargura de la ausencia de vuestro benditísimo Hijo, más penoso para Vos que la muerte que os pudieran dar los sayones crueles.

Tenía esta Virgen grandísima lumbre en su entendimiento para conocer y poner en su lugar los beneficios que Dios le había hecho; tenía muy tierna voluntad para agradecerlos y considerarlos muchas veces; y soplando a la continua en leña tan aparejada para encender fuego, engendrábase en su corazón una llama de amor que la

abrasaba, y hacía desear con todas sus fuerzas ver ya aquel que tan singulares mercedes le había hecho. Y si hay hombres que acordándose que Dios les ha perdonado los pecados que han hecho, ni se pueden contener de lágrimas tiernas, ni cesan de amar al que tanta misericordia les hizo, y el Señor dice que a quien más pecados le son perdonados, más amor tiene a su perdonador, ¿qué sentiría aquella Virgen bendita cuando se acordase de tan grande beneficio recibido de la mano piadosa de Dios, que ni en su concepción ni en toda su vida cayó en Ella pecado, porque muy bien sabía que es mayor merced dar Dios la inocencia, no dejando caer en pecado, que al caído darle perdón? Y por esto todos los pecados que allí pudiera haber hecho, y que otros hacían, ponía a cuenta de deuda propia, y agradecía a Dios como si los hubiera cometido y fuera perdonada, y aun mucho más según habemos dicho.

¿Qué os diré? Que amor obraba en su corazón el agradecimiento de la gracia y santidad que había recibido; que como humilde y fiel sierva, por todo ello engrandecía su ánima a Dios, y no a sí misma: pues cuando pensase la inefable y nunca oída merced que Dios le había hecho en tomarla por Madre, sería tanto el amor que de Ella se enseñorease, que le causase desmayo y falta de fuerzas, y le hiciese decir muy de corazón lo que está en los Cantares: «Que de amor estoy enferma». Sus grados tiene el amor; hiere y ata, y es insaciable; herido está el corazón del amor de Dios cuando se enseñorea tanto del hombre que a todos los otros amores éste sobrepuja, y cumple lo que el Señor en el Evangelio pidió (Luc., XIV): *El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y si alguno viene a mí, y no aborrece padre y madre, mujer, hijos y hermanos, y aun a sí mismo, no puede ser discípulo mío.*

La ley de la bondad divinal pide, y con mucha justicia, que así como ella es en sí cosa infinita, así sea preciada de hombres y ángeles sobre todas las cosas, de manera que le haga decir con San Pablo (Rom., VIII): *¿Quién nos apartará del amor de Cristo?* Ni tribulación, ni angus-

tia, ni hambre, ni desnudez, ni peligro, ni persecución, ni espada que mate, mas en todas estas cosas sobrepujamos por amor de aquel que nos amó; porque cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las por venir, ni fortaleza, ni alteza, ni lo profundo, ni otra criatura alguna nos podrá apartar del amor de Dios, que está en Jesucristo Nuestro Señor. ¿Qué saeta tan fuerte, ni con tanta violencia puede herir a un cuerpo como este amor que Dios infunde en el corazón? Hiere el ánima hasta lo más íntimo de ella; herida es que da salud; y quien esta llaga no tiene, mal sano está; y aunque tiene nombre de herida, dulcísima cosa es. Y sin ira tira esta saeta el Señor, y sin enojo la recibe su criatura, antes se precia de ella en los Cantares, diciendo: *Herida estoy con amor*. Dichosa herida para la criatura, pues el mismo Dios Omnipotente e insuperable no se defiende de aquesta saeta si hubiese quien se la tirase, según El da testimonio, diciendo (Cant., IV): *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza.*

¿Quién contará los misterios del amor que entre Dios y la Virgen pasaban, hiriendo El a Ella con la contemplación de su hrmosura y de su bondad, y Ella a El con amarlo y pensar en El con grandísima fidelidad? Porque el ojo derecho, el amor de Dios es; y el un cabello de la cabeza, el continuo pensamiento en el mismo Dios es. De donde parece que no sólo la bendita Madre de Dios estaba herida con el amor, y amor fuerte e insuperable, con el cual estaba determinada de morir antes mil muertes que hacer a Dios una ofensa chica ni grande; mas también tenía su pensamiento tan puesto en Dios, que nunca le ponía en olvido. Bendito sea Dios para siempre, que hubiese en la tierra quien con amorosa y continua memoria de Dios hiciese contrapeso a los muchos que recibiendo cada hora y momento mercedes de Dios se les pasan por alto los días y horas sin se acordar del que nunca de ellos se olvida; y si se acuerdan, es una memoria seca y desamorada; porque aquella es la verdadera, que así

se acuerda de Dios y de sus Mandamientos, que hace que se pongan en obra, y por aquellos tales se queja el Señor, diciendo por Jeremías (cap. II): *¿Por ventura púdese olvidar la doncella de la faja con que ciñe sus pechos? Mas mi pueblo hame puesto en olvido días sin cuento.*

¡Oh, doncella, honra de todo el pueblo de Dios, cuán mayor cuenta teníades Vos de traer siempre rodeado a Dios a vuestro corazón, que ninguna doncella tuvo cuidado de su faja ni de sus atavíos! Aquéllas por tener cuidado de la vanidad y bien parecer a los hombres, se descuidan de tener a Dios en su corazón; mas Vos, Señora, cuyo propósito siempre fué despreciar todo lo perecedero y buscar la hermosura de las virtudes que agradan los ojos de Dios, todo vuestro pensamiento, orando o no orando, y en todo tiempo, lugar y hora, estaba atenta a Dios, cumpliendo y sobrepujando lo que dijo el Profeta David (Psalm. XVIII): *El pensamiento de mi corazón está siempre delante de ti.* Parecíaos, Virgen bendita, gran traición acordarse de Vos siempre Dios, y Vos olvidarle un solo momento, trayendo santa competencia con El, y aprendiendo de lo que El hacía con Vos para hacer Vos lo mismo con El. Amábaos El con amor magnánimo, sin respeto de propio interés; porque dejos está de la infinita riqueza de Dios vender a nadie su amor, ni esperar provecho, pues que su bien ni puede crecer ni disminuir.

Vos, Señora, con aquel corazón magnánimo y no interesado, semejable en su manera al de Dios, y recibido de la mano de El, teníades puesta en olvido a Vos misma, y dábades a Dios un amor desinteresado y una memoria continua, para que se verificasen de Vos mejor que de nadie aquellas palabras de los Cantares (cap. II): *Mi amado a mí y yo a El*, que más contienen afectos de ánima que cumplimiento de sentencia, pues que ni dicen qué es vuestro amado; mas no diciendo en particular lo que es el uno al otro, se da a entender que es tanto que no se puede decir.

Todas las cosas, Señora, os es Dios, y todas las que una criatura puede ser para El, Vos lo sois; el mayor

contentamiento que la pura criatura le puede dar, Vos se lo dais. Razón tuvo por cierto el Espíritu Santo en no declarar cosa particular en aquellas palabras, porque fuera decir poco de lo mucho, y las cosas altas mejor se declaran en las honrar con silencio, que con decir la menor parte de sus excelencias. ¿Quién contará esta guerra tan dulce, tan sin enojo entre Dios y la Virgen bendita, en la cual la hermosura de El hiere a Ella, y la de Ella hiere a El, presa y atada con aquellas prisiones, de cuya fortaleza El se gloría diciendo (Oseas, XI): *Yo les traeré a mí en las cuerdas de Adán y en las prisiones del amor?* Entendiendo por lo primero los beneficios naturales que hace a los hombres, y por lo segundo los que son sobre naturaleza. Y si miráis lo que vale cualquier beneficio de Dios, aunque sea el menor de ellos, y principalmente el amor de su divino corazón con que nos lo da, ninguno hay tan chico que no sea bastante de sí a prender al hombre y atarlo con Dios por amor y ofrecerle todo servicio; y si uno sólo es bastante para hacer esto, ¿qué presos de amor nos debían tener tantos y tan grandes como Dios de nos ha hecho a los hombres, y cada momento nos hace!

Mírese un hombre mismo a sí, mire el cielo y mire la tierra, y vea que todo es leña de beneficios para encender en el hombre el fuego del divino amor, y todos son tan fortísimas cuerdas para amorosamente atarle con la santa voluntad de Dios y su ley, que le hagan amar la atadura de la salud, que es la obediencia de Dios, y aborrecer la mala soltura de la propia voluntad, causadora de que en el infierno aten al hombre que aquí la siguió de pies y de manos, donde esté preso, cautivo de los demonios, y sea el esclavo el que aquí no quiso sujetarse a Dios para vencer demonio y pecado. ¿Quién bastará a maravillarse de tan gran enfermedad de los hijos de Adán, que con tantos emplastos llenos de eficacia y blandura no cobran salud, pues con todos ellos y gozando de ellos, y holgándose de recibir los dones de Dios, no levantan sus ojos a considerar que es mucha razón de ser amado y servido un bienhechor tan continuo, que ningún momento deja de serlo, y tan copioso que ninguno basta a

contar la innumerable copia de sus mercedes, y tan piadoso que por sólo amor y bondad hace lo que hace, deseando que los hombres, provocados con los beneficios que de su mano reciben, le amasen y tuviesen disposición para recibir lo que El desea darles, que es a sí mismo?

¡Oh, lamentable ceguedad y traición de una esposa que enviándole su esposo muchas y hermosas joyas para que a la continua se acuerde de él y no se le enfríe, antes más y más se encienda en su amor con las muchas y preciosas dádivas, torna ella esto tan al revés, que aficionándose a las joyas, huelga tanto con ellas, que por ellas olvida a su esposo que las envió pa·a incentivos de amo·osa memoria! Y si estos beneficios de naturaleza debían bastar para prender a los hombres en el amor del Señor, ¿qué os diré de la fuerza que habían de tener en nuestros corazones los beneficios que sobre toda orden de naturaleza recibimos? Si en darme Dios el ánima y cuerpo que tengo me obliga a amarle y servirle con ello, ¿en qué obligación me pone darse Dios a sí mismo a muerte de Cruz por remediar lo que primero me había dado y yo le había perdido por mis pecados? Si por lo que me da para mantenimiento y regalo de este miserable cuerpo le debo amor, ¿qué será por la gracia y por sus Sacramentos que son causa de ella, que para que mi ánima sane y se esfuerce en el camino de Dios ordenó que le costase su vida?

Por beneficio natural me hizo señor de este mundo, y por sobrenatural me hizo heredero del cielo: mercedes son éstas tanto mayores que las naturales, que sin ninguna proporción les exceden; y por eso la divina Escritura llama a las primeras cuerdas y a las segundas prisiones; las primeras convidan, las segundas parece que fuerzan. Porque ¿quién se defenderá de la violenta saeta de Dios, y saeta sin pecado, y quitadora de nuestros pecados, que es Jesucristo puesto en la Cruz, bastante para herirnos de amor por sólo ponerse en ella, aunque fuera sin pena ninguna? Mas para que más fuertemente nos hiera, y del todo parezca saeta, le son puestos clavos en las ex-

tremidades de sus pies y manos, porque palo con hierro sea tan fuerte saeta tirada de la mano de Dios, que no haya quien se defienda del calor de su amor, ni arma ni acero que le resistan.

Mas, ¡ay de nos, que es mayor nuestra dureza que la del hierro y de las piedras, y hacemos salir en balde las invenciones que la sabiduría de Dios busca para remediar nuestra mala soltura; y siendo el invencible Omnipotente, parece que le vencemos en la guerra continua que entre El y nosotros hay, haciéndonos El beneficios, provocándonos a su amor, y nosotros con gran desvergüenza recibimos lo que nos da, y negámosle nuestro amor y nuestra obediencia!

Dejemos de hablar de esto, porque es triste materia y digna de lloro, y no viene bien para la fiesta alegre que entre manos tenemos; porque como la Escritura dice, que en el templo del lloro es la música cosa importuna y fuera de tiempo, así también en el tiempo de la alegría es el lloro cosa importuna. Convirtamos nuestra habla a la dulcísima Virgen, y recibirá nuestro corazón consuelo de ver cuán bien obraban en ella la prisión que pretendían los beneficios de Dios, el cual la tenía, según habemos dicho, tan herida con su amor, que él era ley de su corazón, y puesto en el mejor lugar de su ánima; y tenía el pensamiento tan atado con él, que no le dejaba que se olvidase ni un solo momento. Puede un herido pensar en otras cosas para que con aquella diversión olvide el dolor que le da su herida; mas quien tiene atado su pensamiento continuo con lo que le hirió y su herida, ¿qué remedio le queda, pues no puede huir de lo que le causa el dolor?

Herida y presa estaba la Virgen del amor divinal, más que ninguna criatura; y herido y preso tenía a su Señor y su Dios más que ninguna criatura; ni el Señor ni Ella querían resistir a las heridas y prisiones de amor, antes se daban de muy buena gana tan sujetos al señorío del que obraba en ellos cuanto quería, salvo que en Dios no podía obrar pena, y toda caía sobre la Virgen bendita, porque El es del todo impasible, y Ella muy aparejada

a padecer martirio de amor. Y lo que es mucho de mirar, que guardaba esta Virgen tanta lealtad al amor de Dios, que toda la había poseído, que tenía por género de traición contra el amor del Señor tomar consolación en alguna cosa que no fuese Dios. Había leído lo que dice David (Psalm. LXXVI): *No quiso mi ánima ser consolada.* Y cumplíalo muy mejor que él.

Y decía a las consolaciones que aquí podía tomar (aunque sin pecado) lo que Job a sus amigos: «Consoladores sois pesados vosotros». Porque antes tenía por impedimento de la verdadera consolación divinal consolarse en las criaturas, que no por remedio de la herida amorosa de su corazón; y mientras no estaba en el cielo viendo y poseyendo al Señor que la hirió, vivía una vida de martirio, siéndole todas las cosas de este destierro muy llenas de cruz; y así no gozaba de lo que acá podía gozar, ni alcanzaba la subida al cielo que deseaba. Y a semejanza de Job que decía (cap. XVII): *Mi ánima ha escogido estar colgada,* estaba la Virgen entre el cielo y la tierra, colgada de donde estaba el deseo de su corazón, de manera que su vida era un puro tormento, y ni descansaba con llorar, ni le daban lo que deseaba; y así decía con ansias de su corazón, mayores que las del Profeta David (Psalm. XLII): *Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi ánima desea a ti, Dios. Hubo sed mi ánima de Dios, fuente viva: ¿cuándo vendré y pareceré delante de la faz de Dios?*

Y porque estuviésemos ciertos que mientras no estaba presente a su Dios, al cual deseaba, no se inclinaba a tomar otra alguna consolación, decláranos luego cuál era su ocupación y ejercicio, diciendo: «Fuéronme mis lágrimas pan de noche y día, mientras me dicen: ¿Dónde está tu Dios?» Derramaba lágrimas por su largo destierro, diciendo con David (Psalm. XLI - CXIX): *¡Ay de mí, porque mi morada en este destierro se ha prolongado! Vivido he con los moradores de Cedar, y mucho tiempo ha sido mi ánima moradora de tierra. Como desea el jornalero el fin de su trabajo, y el ciervo cansado la sombra donde repose;* «así yo—decía la Virgen—he tenido me-

ses vacíos y he contado trabajosas noches para mí».

No vivió la Virgen ni un solo momento sin ganar nuevos merecimientos, y de esta manera nunca vivió meses vacíos; mas para lo que Ella deseaba, que era ver a Dios en el cielo, tenía por cosa vacía el tiempo; y contábalo por noches trabajosas mientras no alcanzaba lo que deseaba. No se maraville nadie de que la Virgen bendita dijese con suspiros salidos de su corazón: «¡Ay de mí, porque mi morada se ha prolongado; porque no es pequeña causa de dolor para quien tiene perfecto amor del Señor, vivir en la tierra de Cedar», significada por este mundo, lugar en el cual es Dios ofendido! Y como la Virgen bendita tenía el amor en Dios tan sin medida, del cual nacía la viveza de los espirituales sentidos, olíanle peor los pecados que en el mundo se hacían, y amargábanle más que ninguna cosa corporal por bedionda y desabrida que sea, ni que pueda dar desabrimiento a los corporales sentidos. Y juntando en uno el desabrimiento que lo que pasaba en la tierra le daba, que la convidaba a huir de tal lugar, y por otra parte el deseo de la presencia de Dios en el cielo, era tan grande el ímpetu de su corazón a lo alto, que muchas veces alzaba los ojos al cielo donde estaba su tesoro, con arroyos de lágrimas que de ellos salían: suspirando decía lo que dijo David, y mucho mejor (Psalm. LXXXIII): *Cuán amadas son de mí tus moradas, Señor Dios de las virtudes: mi ánima desea, y con el grande deseo desmaya por estar en los palacios del Señor.*

No piense nadie que este deseo tan encendido de esta Madre bendita por ver a su Hijo bendito en el cielo era causado de naturaleza, como otras madres suelen desear la presencia de sus hijos; porque aunque el amor natural no estaba en Ella perdido, pues no es contrario a la gracia; mas era tanto el sobrenatural con que a su Hijo amaba en cuanto hombre, y muy más sin comparación en cuanto Dios, que sobrepujaba al amor natural y a los deseos de todas las madres de ver a sus hijos, como excede un fuego tan grande como todo el mundo al de una pequeña centella.

Espíritu era de Dios el que meneaba su corazón para estos deseos, y le hacía pedir el cumplimiento de ellos con gemidos que no se pueden contar. No hay en el corazón de la Virgen cosa que no fuese cubierta con oro, y oro fino, pues lo había así en el arca del Testamento, que era figura de Ella, porque era amor sólo sobrenatural, o el amor natural tan rodeado y cercado de la gracia del Señor, que en lo uno y en lo otro era movida por el Espíritu Santo. Y como Ella entendía venirle del cielo aquesta moción y soplo divino que la soplaba y encendía los deseos de ver a su Dios, soltaba la rienda a su corazón para que con todas sus fuerzas lo desease, pues su intento era obedecer y agradar a Dios en todas las cosas. ¡Quién no se admirará de ver en cosa tan amada de Dios paso de tan grave tribulación, que la hacía desmayar, y que la mirasen los ojos de Dios, y la dejasen padecer tantos años; y lo que más de admirar es, que El mismo le encendía más y más los deseos, y ni le daba lo que deseaba, ni le quitaba lo que le atormentaba!

¡Incomprensibles son vuestros caminos, Señor! Sobre la mar andáis, y, como decía David, vuestras pisadas no son conocidas. Profunda es vuestra sabiduría, y grande misericordia recibiremos si nos dais a entender, o si queréis rastrear, por qué tal Hijo a tal Madre le dilata tan justos deseos, siéndole esta dilación causa de tan grandes tormentos. Una cosa, hermanos, tened por averiguada: que obra tan particular en persona tan delicada no tiene causas livianas, sino muy importantes, si hay lumbre del cielo para las mirar. Miró en esto el Señor al mayor provecho de su sacratísima Madre; miró al provecho de la Iglesia que entonces había, y también a los que después habíamos de nacer en ella hasta que el mundo se acabe.

Determinado tenía Dios *ab æterno* el alteza de la gloria que había de dar su sacratísima Madre. Y para cumplir con su justicia quiso que fuese por medio de grandes servicios que Ella hiciese y grandes trabajos que padeciese. Y aunque la predestinación suya fué de balde, y para gloria de la divina bondad, los medios de Ella

quiso que fuesen costosos, y muy costosos, proporcionados con la grandeza de la gloria que la había de dar. No tenga nadie a Dios por cruel en ordenar que la vida de la Virgen antes de la Pasión fuese un puro martirio, y después de la Pasión también. Amor fué y no malquerencia; y como el Padre de El le trató siendo su Hijo amantísimo, así El trató a su amantísima Madre. Y los que no podemos ver la grandeza de la gloria y descanso que tiene en el cielo esta Virgen, rastreémosla por los grandes trabajos y cuchillo agudo que de muchas maneras hirió y traspasó su corazón benditísimo, que en la tierra sabemos que padeció, pues está escrito que seremos juntamente glorificados con Cristo, si juntamente padeciéremos con El.

Y quien más padeciere, más glorificado; porque El es dechado así en santidad como en padecer trabajos, al cual quiso el Padre Eterno que fuésemos conformes en la tierra y en el cielo los hombres que en la tierra escogió; por lo cual nadie se queje de ser tratado como Jesucristo lo fué de su Padre, y su Madre sagrada lo fué de su Hijo, mayormente si se considera cuán poco es todo el trabajo que acá se puede padecer, en comparación de la gloria que será revelada en los que aquí llevaren su cruz, en imitación y obediencia de Cristo Nuestro Señor, según dice San Pablo (II Cor., IV): *La tribulación que en este mundo se pasa, aunque parece muy larga y pesada, a la verdad es de un momento, y de poco peso, y obrará en el cielo eterno peso de gloria.*

Mas para tener de esto verdadera estimación conviene oír lo que luego dice, contemplando nosotros, no las cosas que se ven, mas las que no se ven; porque las cosas que se ven temporales son, y las que no se ven son eternas (Isaí., LXIV): *Abre, Señor, nuestros ojos para que consideremos maravillas de la gloria, que ni ojo vió, ni oreja oyó, ni corazón pensó, ni lengua puede decir; la cual tienes aparejada para los que en esta tierra de frialdad pusieren en ti el amor de su corazón como Tú lo mandas.* Si aquello que allí está, si lo medio, si una partecica, si la gloria de un día sólo se pudiese ver, parecernos ha que la comprá-

bamos muy barata a trueco de estar en tormentos desde ahora hasta el día postrero.

No penséis, no, que queriendo Dios tanto a su Madre le vendiese tan caro lo que era de poco valor, ni que la atribulara, si no fuera a trueco de darle un eterno descanso, que sin comparación excede a los trabajos que acá pasó. Amóla el Señor de verdad, y el amor verdadero no tiene tanta cuenta con regalar al amado como con darle lo que le cumple: atribula en lo poco, y que presto se acaba por tener ocasión de regalar en lo mucho, que no tiene fin; de manera que el martirio que la Virgen pasó con la dilación de ver a su Hijo, penoso, le fué muy más provechoso. Y si la esperanza que se dilata y aflige al ánima tiene por contrapeso que mientras más se dilata el bien, más le dan de él, y con mayor honra lo recibe; porque mayor gloria es recibir galardón en pago de los buenos trabajos que no recibirlo de balde, y mayor bien es la virtud de la obediencia y amor que en la paciencia se ejercita, por lo cual el hombre es hecho justo, que el descanso que pierde por ejercitarse en estos buenos trabajos; pretendió, pues, el Señor, con su sacratísima Madre su mayor merecimiento y gloria, y por eso la trabajaba según hemos dicho.

Quiso también aparejarla para el gran día de esta fiesta, en el cual había de entrar con excelentísima gloria a ver y gozar de la hermosa vista de la Beatísima Trinidad, lo cual es tan grande bien, que años y millares de años que uno gastase en aparejarse para este bien, haría muy poco para oír el sonido de la bocina y las voces formadas en el aire por ministerio de ángeles. Mandó Dios a Moisés que para llegarse a ver al Señor en la zarza, en señal de la pureza interior que había de tener, que se descalzase los zapatos. Y antes de la entrada en la tierra de promisión manda Dios a Josué que circuncide su pueblo. Y la Reina Ester se apareja con ayunos y oraciones para entrar delante del Rey Asuero a abogar por el pueblo de Dios; y para éstas y aun para otras cosas mucho menores se nos pide aparejo. ¿Quién será aquél que piense que para la mayor de todas no es menes-

ter grande y muy grande? Y grandísimo negocio es un hombre nacido en la tierra subir a poseer el reino del cielo.

Dichoso día y hora es aquella en que, desatado de las prisiones de esta mortalidad, es subido a ver la hermosísima cara de Dios y a gozar de El sin temor de para siempre perderlo. ¡Oh, hermanos! Dios nos dé a entender que la vida que aquí nos da no es para otro intento sino para que en este momento de tiempo (aunque parezca largo, en fin, no es más que esto) nos aparejemos para alcanzar pureza de ánima para gozar del que es todo puro y no para oír trompetas, ni voces de ángeles, sino al mismo Criador de ángeles, bien infinito. Aquella tierra, sin duda, es la verdadera tierra de promisión, y los que han de entrar en ella, circuncidados de sus pasiones y enemigos de su própia voluntad han de ser; y los que quisieren parecer graciosos delante del verdadero Rey Asuero, Jesucristo Nuestro Señor, con ayunos y oraciones y otras buenas obras se han de aparejar. No os maravilléis, pues, que Dios apareje a su Madre para este dichoso día en el cual fué subida a los cielos a comenzar un gozo y gloria que nunca, mientras Dios fuere Dios, le será quitado; porque tan grande bien como le fué dado, gran aparejo pedía, y tan preciosa corona después de gran victoria se había de dar, y quiso que ganase la victoria con grande trabajo, para que tanto más honroso y sabroso le fuese cuanto más le había costado.

Mas ya que el Señor quiso que su Madre bendita se aparejase para ver a Dios en el cielo, es cosa digna de preguntar qué aparejo había de ser éste, pues ni tenía pecados que llorar, ni descargos de conciencia con que cumplir, ni había menester que le dijesen Misas, ni en otra cosa había entendido en toda su vida sino en aparejarse para este día tan grande. Gran cosa, Señor, debe ser lo que dais en el cielo, particularmente lo que aparejado teníades para vuestra Santísima Madre, pues, á la que tan aparejada estaría, le pedís más aparejo. Y como el bien que le habéis de dar excede al que habéis de dar a los otros, la mayor virtud que a Dios más agrada,

y sin la cual ninguna le agrada, y ninguna es viva ni de provecho, es la virtud del amor. Y ésta, que es la reina de las virtudes, como el oro entre los metales, es la que convenía que más arraigada estuviese en la Virgen bendita, que excede a toda pura criatura, como reina a vasallos, y en esto se ejercitó más por toda su vida, y ésta fué su compañera continua; y como en la vida se amaron, hicieron lo mismo en la hora de la muerte, y en el tiempo del aparejo para bien morir.

Amor fué el aparejo de esta Virgen bendita, el cual lá hacía desear con nuevos deseos estar junta con quien amaba, porque efecto es del amor verdadero querer vivir junto con aquel a quien ama, y no tanto por el propio interés y descanso, como algunos malos pueden desear gozar de Dios y de sus bienes, movidos no por el propio amor, cuanto porque viendo de más cerca y con luz clara la presencia de Dios, tanto con mayores fuerzas le glorificase y amase, y para este fin quería lo que tenía y lo que esperaba y deseaba. Con el cual amor y deseo, la que estaba aparejada se aparejaba mejor, y se le ensanchaba más el corazón para que en Ella cupiese más gloria, y tanto más sabrosa le fuese aquella divina comida en el cielo cuanto hubiese precedido mayor hambre y sed en la tierra, conforme a la promesa del Señor: «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos».

Por éstas, pues, y otras muchas causas tocantes al provecho de esta muy amada Madre de Dios, que él sabe, e ignoramos nosotros, quiso que Ella quedase en este destierro, y fuese martirizada con el deseo del cielo, para que con la mayor dilación allegase mayores riquezas y se hiciese apta para sentarse en silla de gloria, enseñoreándose y reinando sobre toda criatura. Ahora oíd cuánto provecho se siguió de su quedada acá para los cristianos que entonces vivían, y cuánto daño les fuera, habiéndoseles subido al cielo el sol de justicia, lumbre del día, que fuera también con El su Madre sagrada, lumbre que alumbra en la obscura noche, que en este mundo es tan continua.

¿Quién confortará a los Apóstoles de la tristeza y flaqueza que les quedó cuando vieron que su Maestro y todo su arrimo se había subido al cielo muy acompañado de servidores y amigos, y se quedaban ellos en este miserable destierro y entre miserables y crueles enemigos? Cierto desmayaran, y ni aun por diez días esperaran; confortados con la habla, fe y oración de esta benditísima Virgen, con la eficacia que sus palabras tenían para con los hombres y sus oraciones con Dios, se la ponía a ellos para esperar y recibir el socorro del cielo, y con su oración se lo alanzaba y traía.

¿Quién contará el deseo que daba a los que se convertían a le fe de Jesucristo bendito, de ver a la Madre del Hijo, que era su Redentor y su Dios? Adoraban, alababan al Hijo, gozaban de sus trabajos y redención, y como gente agradecida deseaban ver y agradecer el árbol que tal fruto dió, y echábanle mil cuentos de bendiciones; porque si los de Betulia agradecieron a Judit la libertad que por su medio alcanzaron, y el beneficio que hizo Ester a su pueblo no pasó sin ser agradecido, y lo uno y lo otro era temporal, ¿qué agradecimiento, qué cantares y loores darían los cristianos a aquella Señora por cuyo medio fué descabezado Holofernes y Amán ahorcado, que representan al demonio y al pecado, cuya cabeza quebrantó la Virgen y cuya muerte causó, engendrando la vida, y fueron libres los presos, y resucitados los muertos por la muerte de Cristo Nuestro Señor? Y juntábase con este agradecimiento y amor que a la Virgen cobraba el soplo del Espíritu Santo, Jesucristo, que como honrador de su Madre les inspiraba y movía a que la honrasen y deseasen ver y servir, y conociesen que por Ella habían gozado del fruto de la vida, y que de Ella, como de muy alto monte, fué cortada la piedra, que es el que quebrantó la estatua de la idolatría. No puedo pensar sino que era tanto el concurso de los cristianos a ver esta preciosa arca de Dios que lo trajo encerrado en sí misma, que los caminos para su casa iban llenos de gente, y no sólo los de la ciudad de Jerusalén, mas de fuera de ella, corriendo los unos y los otros movidos por el Espíritu San-

to, y provocados de fuera con el dulcísimo olor de sus ungüentos, que era la odorífera fama de sus virtudes, el grande amor con que recibía a los que iban a Ella, su grande misericordia que a ninguno desechaba, y aquella gran maravilla y milagro, y altísima dignidad, de que era verdadera Madre de Dios.

¿Quién dirá de cuán buena gana, cuán llenos de confianza y devoción iban a Ella, así por deseo de verla como por ser enseñados en sus dudas, confortados en sus trabajos y aprovechados en todo lo que convenía a sus ánimas?

Cumplíase muy de verdad lo que muchos años antes había profetizado Isaías viendo en espíritu el grande concurso de gente que había de ir a oír la palabra de Dios, y ver obras maravillosas de Jesucristo Nuestro Señor, y después de su muerte de los que habían de ir a ver a su Madre sagrada y gozar de su doctrina y de los Apóstoles (Isaías, II): *Andad acá, decían unos a otros, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha sus caminos, y andaremos en las sendas de El; porque de Sión saldrá la ley, y la palabra de Dios de Jerusalén.* Como fué profetizado, así fué cumplido, pues vinieron a ver al Señor, monte más alto en santidad y en dignidad que todos los santos; y después venían a ver la casa del Dios de Jacob, que era la Virgen sagrada, templo santo de Jesucristo, para ser enseñados de los caminos de los Mandamientos de Dios y las sendas de sus consejos, que para lo uno y lo otro y para todas cuantas necesidades traían les daba suficiente consejo y remedio la prudentísima y santísima Madre. Mas si a duras penas os podemos decir el gran deseo y devoción con que todos a Ella venían, ¿cuánto menos os podemos declarar la buena gracia y las encendidas entrañas de su caridad con que Ella los recibía? San Pablo dice que daba leche y regalaba a sus hijos pequeños, y que para ganar a todos se hacía todas las cosas a todos; ¿cuánto más verdaderamente haría el oficio de madre esta Virgen sagrada, pues sin ninguna comparación les tenía mayor caridad que San Pablo?

¿Con qué ojos miraba la Virgen bendita aquella gente

convertida a la fe de su Hijo que a Ella venía, pues había amado tan de corazón la salvación de sus ánimas, y gracia del Señor que por el santo Bautismo habían recibido?; que porque ellos tuviesen el bien que tenían y viviesen en gracia delante de los ojos de Dios, Ella ofreció a la muerte de Cruz a su Hijo unigénito, y por eso sus entrañas santísimas se henchían de consolación viendo que el fruto de la Pasión de su benditísimo Hijo no salía en balde, pues por el mérito de Ella tanta gente se convertía a El. Y parecíale que acoger y regalar, enseñar y esforzar a los que a Ella venían, era recoger la Sangre de su Hijo bendito, que delante los ojos de Ella se había derramado por ellos; alababa a la divina Bondad, daba gracias por los bienes hechos a ellos, y salían de sus ojos lágrimas dulces, sacadas de la ternura de su corazón, y ningún trabajo le parecía pesado, y ninguna hora era fuera de hora para recoger aquel ganado que entendía que el Señor le enviaba para que lo apacentase en la gracia del Señor.

Muy bien supo el Señor lo que hizo en dejar tal Madre en la tierra, y muy bien se cumplió lo que estaba escrito de la buena mujer, que confió en ella el corazón de su marido. Porque lo que su esposo e Hijo Jesucristo había ganado en el monte Calvario, derramando su sangre, Ella lo guardaba y cuidaba y procuraba de acrecentar como hacienda de sus entrañas, por cuyo bien tales y tantas prendas tenía metidas. ¡Dichosas ovejas que tal pastora tenían y tal pasto recibían por medio de Ella! Pastora, no jornalera que buscase su propio interés; pues que amaba tanto a las ovejas, que después de haber dado por la vida de ellas la vida de su amantísimo Hijo, diera de muy buena gana su vida propia si necesidad de ella tuvieran.

¡Oh, qué ejemplo para los que tienen cargo de ánimas, del cual pueden aprender la saludable ciencia del regimiento de ánimas, la paciencia para sufrir los trabajos que en apacentarlas se ofrecen! Y no sólo será su maestra que los enseñe, mas si fuere con devoción de ellos llamada, les alcanzará fuerzas y lumbre para hacer bien el oficio,

Este, pues, era el ejercicio de la Santísima Virgen después de subido al cielo su Hijo y Señor; enseñar a los del pueblo, y también a sus ministros, aunque fuesen los Apóstoles, los cuales aprendieron de Ella muchas cosas que ignoraban, y los santos Evangelistas escribieron cosas que de Ella supieron. Y aunque esto es mucho de maravillar, mucho más es que aun los ángeles podían aprender de Ella cosas que por haber sido Ella testigo de vista y saber todas las particularidades, daba mejor razón de ellas que ellos.

Y pues San Pablo dice que los principados y potestades del cielo aprendieron de la Iglesia lo que no sabían, mucho mejor lo harían de esta Virgen sagrada, pues es la persona más principal de todo el cuerpo de la Iglesia, y más que todos enseñada por Dios. Este ejercicio ya dicho de caridad con los hombres, del cual Dios recibía servicio, le era algún consuelo para que la pena de su destierro no la matase; y también se ejercitaba en visitar los santos lugares donde su Hijo bendito comenzó, medió y acabó su sagrada Pasión, los cuales Ella regaba con copia de lágrimas, trayendo a su memoria lo que en todos aquellos lugares su Hijo había padecido, y lo que en muchos de ellos Ella con sus propios ojos le vió padecer.

Enseñaba en esto su amor maternal para con su Hijo; dolíale la memoria de lo que allí había pasado; daba infables gracias a Dios por el gran bien que al mundo había de venir mediante el precioso precio de su sagrada Pasión, y suplicábale no fuese en balde tanto trabajo y derramamiento de sangre tan preciosísima: en lo cual fué hecho ejemplo de los cristianos para que procurasen de visitar aquellos santos lugares. Y no fué en balde su ejemplo, que desde entonces hasta el fin del mundo no faltará gente de cerca y de lejos que con devoto corazón vaya a besar la tierra donde el Señor puso sus pies, y derramar lágrimas en el lugar donde El padeció y derramó la sangre por ellos. Maestra del mundo hablando; maestra obrando; madre regalando, y abogando delante del acatamiento de Dios.

¡Oh, Virgen y Madre para siempre bendita, y qué te

debemos! ¡Y qué dolor es no conocer tus grandes beneficios, y ni te los agradecer ni servir! Súplicamoste nos alcances gracia de tu benditísimo Hijo para serte siquiera en algo hijos, leales e imitadores de tu mucha caridad y lealtad con que Tú nos eres madre, y muy piadosa. Con estos dos ejercicios ya dichos, uno de la caridad de los prójimos y otro de la compasión a Jesucristo su Hijo y su Dios, se juntaba otro tercero que también tenía, y era el recibir el Cuerpo sagrado de su Hijo bendito, consagrado por las palabras que El ordenó. Decíale Misa su bienaventurado hijo y capellán, el Evangelista San Juan, y comulgaba él, y comulgaba Ella: y dichoso aquel que merecía ser acólito, y servir en aquella Misa, y poner el paño a la Señora que recibía al Señor.

¡Oh, si se nos pegase algo oyendo comunión tan devota, de lo mucho que a la Virgen le sobraba! ¡Qué reverencia tendría aquella humildísima ánima, que mirándose a sí misma no se tenía por digna de un poco de pan que comía, ni de hollar la tierrra sobre que andaba! ¡Y con qué agradecimiento y amor recibiría el Cuerpo de su santísimo Hijo, pues por ser hombre era una carne con Ella, y por ser Dios era Ella un espíritu con El, y de lo uno y de lo otro resultaba amor inseparable e inefable que juntaba a Dios y a Ella, y la convertía cada día más y más en aquel Señor que tomaba, y más que otro ejercicio ninguno la esforzaba a pasar su destierro, pues que tenía presente y recibía en sus entrañas al deseado de su corazón; y aunque no le viese faz a faz, como lo deseaba y esperaba ver en el cielo, mas El como piadoso Hijo y Señor se le enseñaba en el Sacramento, ya como cuando nació de su vientre sagrado, ya como cuando lo tenía en los brazos dándole leche; y así según la diversidad de estados en que en esta vida lo había visto, según Ella lo deseaba por entonces ver!

Y para que los cristianos no olvidásemos aquel gran negocio de la comunión de la Virgen y nos aprovechásemos de ella, dura hasta hoy el lugar de la dicha capilla y también el de la celda donde moraba la bendita Señora. Todo lo cual es en el sacro Cenáculo donde el Señor

instituyó este inefable misterio; y a tiempos hay un olor en aquella celda, según dicen los que allí han estado, que no tiene que ver con los olores de acá, sino como celestial cosa.

Y para gozar de la consolación y conforte que da a los que lo huelen, va al dicho lugar mucha gente, no sólo de la ciudad de Jerusalén, mas aun de los pueblos de alrededor. Ya entiendo vuestros suspiros, y por ellos saco vuestro corazón: que teniendo por bienaventurados a los que eran vivos en aquel tiempo y gozaban de la visitación y consolación de la Virgen, lloráis vosotros vuestra suerte, porque no fuisteis en aquellos tiempos para gozar de lo que aquéllos gozaron. Sea Dios para siempre bendito, porque dió a aquéllos que gozasen de la presencia tan provechosa y deleitosa de la Madre de Dios; y también sea bendito porque ya que nosotros no lo vimos, lo creemos, y entramos en el número de los que dijo el Señor (Joann., XX): *Bienaventurados los que no me vieron y creyeron.* Despabilemos bien nuestros ojos, y aprovechémonos de la lumbre de la fe que Dios nos ha dado, y si no nos hallamos presentes a tanto bien con los cuerpos, hallémonos presentes con el espíritu, trayendo a la memoria aquellos dichosos tiempos en que la Virgen, como un resplandeciente sol, alumbraba y calentaba la tierra.

Y si miramos con atención las causas de su estada en la tierra, y nos sabemos aprovechar de ellas, por ventura ganaremos más que algunos de los que entonces la comunicaban; pues es notorio que ha habido muchos en la Iglesia que no viendo a Jesucristo Nuestro Señor en la carne, ni oyendo sus sermones, ni viendo sus milagros, se dieron tan buen recaudo que mediante la fe y el amor se aprovecharon más de El, y fueron más santos que muchos de los que gozaron de su corporal presencia. Entendamos cierto, que no sólo dejó Nuestro Señor a su benditísima Madre en la tierra porque creciese el mérito de Ella y por el provecho de los que entonces vivían, mas también por el de aquellos que habían de nacer mientras el mundo durase.

Aprovechémonos de la ordenación divinal, que pudien-

do dar a la Virgen la gloria del cielo por los trabajos que había padecido, quiso que pasase más, para que a costa de Ella fuésemos nosotros desengañados de que queriendo regalos acá, no podemos esperar gloria allá. Y por decirnos esto con mayor eficacia, y para que muy de verdad lo creyésemos y obrásemos, quiso Dios que nos fuese dechado, no sólo por palabras, mas con trabajos y muerte de Jesucristo y de su sacratísima Madre. Los más amados de Dios ellos son; y si con algunos se hubiera de dispensar de que sin trabajos fueran al cielo, con ellos fuera razón que lo fuera; mas pues vemos que no les fué quitada esta ley, antes fué con ellos guardada con mayor rigor, y cuanto más amados, tanto más trabajados, ninguna excusa y causa de ignorancia queda a los que son menos amados, para pensar que si no hacen fuerza a sí mismos, y si no son cuidadosos de la guarda de los Mandamientos de Dios y vigilantes en la oración, pidiendo socorro, pacientes en los trabajos y llevando cada uno la cruz que el Señor le pone con la obediencia debida, no piense entrar en el cielo.

Y entender esto y ponerlo por obra es grande ganancia que se nos sigue de la quedada de la Virgen en la tierra, habiendo subido su Hijo al cielo. Y por ventura, nos será mayor provecho que si entonces gozáremos de su presencia. Mucho ha hecho quien de verdad ha entendido lo que dijo San Pablo, que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos. Y que no será coronado sino quien peleare legítimamente.

También podemos aprovecharnos de que el Señor quiso aparejar con nuevo aparejo a su Santísima Madre para el día que había de entrar en el cielo, de lo cual entendamos que si a Ella estando tan bien aparejada la aparejan más y más, ¿cuánta más razón es que los que estamos mal aparejados procuremos disposición conveniente para que el día de nuestra muerte podamos estar en pie en el juicio de Dios y oír sentencia en nuestro favor de la boca del Juez Soberano, el cual muchas veces, y a muchos, como piadosísimo Padre, El mismo nos aparej a de su mano para bien morir, y aun algunas veces sin

que ellos lo entiendan? ¿Nunca habéis visto venir a un hombre una nueva gana de confesar generalmente, de mirar sus libros y cuentas, de pagar lo que debe, perdonar y pedir perdón, y hacer aprisa todo lo que haría si le dijesen que se quiere morir, y acabado de hacerlo, a poco después cae enfermo en la cama del mal de la muerte, o viénele otro acaecimiento que le quita la vida, y entonces dice que por todo el mundo y otros mil mundos no quisiera haber dejado de hacer lo que ha hecho, y entiende que lo que hizo no nació de él, sino que fué inspiración piadosa de Dios, con que le quiso prevenir para que antes de su juicio hiciese justicia y no tuviese que responder en el día de la estrecha cuenta?

Otros veréis que están en pecado mortal de malquerencia, de mal amor endurecidos, y ordena Dios medios y muéveles las voluntades para que salgan del cautiverio del demonio y se pongan en estado de gracia y a cabo de poco viene la muerte por ellos; y otros vemos ser buenas personas, y no tienen estos peligros de mal estado, y sienten en su corazón un nuevo deseo de recoger más su vida, de usar más el ejercicio de la oración, de dar más limosnas, hacer más penitencia, recibir más a menudo los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, y subírseles su corazón y deseos a la gloria del cielo, y a cabo de cuatro o cinco meses que duran en esto, llámalos el Señor para sí, y ellos van de muy buena gana, confiando en El, que pues lo mejoró y dispuso para morir, les será favorable en aquella hora terrible y les pagará en el cielo lo bueno que acá hicieron con la gracia de El.

Todo esto, hermanos, nos quiere decir que el paso de la muerte es tal, que para no ser de ella tragados conviene a los malos y a los buenos aparejarse cada uno según su manera, teniendo la conciencia tan a punto para partir, que si cada noche el Señor dijese: «Venme a dar cuenta de cómo has vivido», no diga el hombre: «Dadme, Señor, más larga vida para enmendar, y para hacer esto y esto que había de estar hecho». Y también nos conviene saber qué aquella gloria que deseamos, no recibe sino

hombres virtuosos y que por guardar la obediencia de Dios huellan su voluntad propia, y en el vencimiento de sí mismos hacen hazañas; y así puros y limpios son hechos dignos de morar en el cielo, donde no entrará cosa manchada, porque las plazas de él son oro limpio, y el Señor de él es la pureza, y los justos moran ante su faz.

Mas las tinieblas y la impuridad no tienen participación con la divinal lumbre y pureza; y ya que cobremos ánimo para nos aparejar para el día que salgamos de este mundo, tomando ejemplo en que la sacratísima Virgen lo hizo, así procuremos de la imitar, y no sólo en aparejarnos, mas en la calidad del aparejo; porque por nuestros grandes pecados y demasiada tibieza hay tan pocos que tengan esta vida por penoso destierro, y suspiren y lloren deseando salir de ella y ver a Dios en el cielo, que cierto la Virgen bendita tiene pocos discípulos que la imiten en esto. En aquellos tiempos sí había, lo uno por la abundancia de la gracia que Dios llovía en los corazones de ellos, que les ponía asco de lo que florecía en la tierra, y les levantaban los corazones al deseo de los bienes eternos donde estaba su deseo y su corazón; y lo otro ayudábanles mucho a subir hacia arriba las continuas persecuciones, el tomarles la hacienda, el desterrarlos a diversas partes, y esperando cada día el martirio; de manera que aunque quisieran no podían gozar de este mundo, y juntándose con el no poder el no querer, navegaban hacia el cielo con mucha ligereza con velas y remos, deseando cada día ser sueltos de cárcel tan penosa y gozar de la libertad y herencia de los hijos de Dios en el cielo.

Estos imitaban a la Virgen bendita, la cual y ellos pedían con grande instancia lo que el Señor les enseñó, diciendo: «Señor, venga tu reino». Mas nosotros pedímoslo con la boca, y como gente que está sin la gracia del Señor o tiene poca, y como gente que está avecindada en aqueste mundo y tiene aquí el asiento de sus honras, riquezas y placeres, tienen los estómagos hartos y ni desean salir de aquí, y aun tomarían por partido de que esta vida fuese más larga.

¡Miserable estado de gente; miserables tales tiempos en que los hombres de buena gana renuncian y se quieren pasar sin unos bienes tan grandes como hay en el cielo; el menor de los cuales vale más que todos los de acá juntos; y son tales, que porque los hombres gozásemos de ellos, el Hijo de Dios padeció muerte, y muerte de Cruz!

¿Qué mayor señal de que la mujer casada ha vivido mal en ausencia de su marido, que no desear que venga ni aun que le mienten su venida? Terrible palabra para la mala mujer: «vuestro marido viene y está informado de las traiciones que le habéis hecho, sin que las podáis negar». Y dulce es a la mujer buena pensar y hablar en la venida de su marido, y más dulce verle entrar por su casa, bien informado de la lealtad que su mujer ha guardado en ausencia de él. Tales han de ser los cristianos, pues han de decir con verdad de su corazón lo que con la vida rezan y piden: «Señor, venga tu reino». Y de éstos era San Pablo, cuando decía: *Buena pelea he peleado, mi carrera he acabado, la fidelidad he guardado, en lo demás aparejada me está una corona de justicia, la cual me dará en aquel día el Señor, que es justo Juez, y no solamente la declarará a mí, mas a todos aquellos que aman su advenimiento* (II Tim., IV).

Y así da testimonio San Pablo, que entre los cristianos hay hombres perfectos en la caridad, que echan fuera todo servil temor desarraigados del amor de las cosas presentes, movidos por el Espíritu Santo a desear la vista de Dios, y como hijos desean ver a su Padre, y como esposa leal a su esposo; y consideran que desde que fueron criados, cada día y cada momento han recibido muchas mercedes de la piadosa mano de Dios, y que antes que ellos naciesen les tenía aparejada la gloria, y para que la alcanzasen se hizo hombre y perdió por ellos la vida. Desean ser sueltos de aquesta cárcel para ver y gozar de la presencia de aquel de cuyos bienes y mercedes han gozado en la tierra; y ayúdales mucho a este deseo el miserable estado de esta vida muy penosa para ellos, no tanto por los trabajos que en ella hay, porque éstos

con la grande fuerza del amor nada o poco los sienten, mas porque mientras viven en la carne pueden pecar y perder la gracia de su Señor, y desean huir cien mil cuentos de leguas del lugar donde tanto mal les puede venir, que enojen a Dios y pierdan su gracia; y así aborreciendo esto y amando aquello, desean, suspiran y lloran por verse en aquella ciudad soberana.

Estos provechos, pues, ya dichos y otros se siguieron al mundo de la estada de la Virgen acá, los cuales Ella, como enseñada de Dios, muy bien conocía, y refrigeraban el fuego de sus encendidos deseos de subir al cielo, y aunque del todo no se los quitaban, ayudábanle a que sin morir los pudiese llevar. Mas cuando vino el tiempo que la divina Providencia tenía ordenado que la bendita Virgen subiese a los cielos, fué tan encendido su corazón a desear lo que deseaba con mayores ansias, que ni con el fruto que a los presentes hacía, ni a los por venir había de hacer, ni con visitar los santos lugares, ni con recibir el Cuerpo de su santísimo Hijo, que solía ser su mayor consuelo, ya no descansaba, y su vida era tal que ya naturalmente no podía durar, y con la gran fuerza del amor de su ánima enflaqueciéronsele las fuerzas del cuerpo, y fué menester, como enferma, echarse en la cama, según a otros suele también acaecer. Y viéndose tan vencida del amor y deseo de Dios, sin tener fuerzas para vivir ni sufrir aquel peso de amor, que era más fuerte que la muerte, pues por cumplir con él deseaba morir, enviaba a Dios nuevos gemidos, suficientes para provocar al Señor a misericordia. Y decíale: *Saca, Señor, de esta cárcel a mi ánima para alabar tu nombre. ¿Y hasta cuándo, Señor, me has de olvidar? ¿Hasta cuándo vuelves tu cara de mí? Enséñame tu faz, y seré contenta; porque sin ella cada día y cada momento estoy muriendo con deseo de Ti.* (Psalm. CXLI).

No se contentaba esta Virgen bendita con suplicar a Dios por el cumplimiento de sus deseos; mas con su grande humildad y deseo de ser ayudada por todos, rogaba a los ángeles y a todas las ánimas bienaventuradas que en el cielo estaban, que se compadeciesen de su trabajo

y fuesen intercesores por Ella delante el acatamiento de Dios; y pues que le veían faz a faz, le dijesen que estaba vencida y enferma de su amor, y que sólo su remedio consistía en verlo. ¿Qué os diré?

Tal prisa se daban a rogar los que en el cielo moraban, que movidos de compasión de Ella, y de la justicia de lo que pedía, y de la dignidad de su persona, y también por el deseo que tenían de verla en el cielo, se postraban todos con profunda humildad delante el acatamiento de Dios, y le suplicaban diciendo: «Omnipotentísimo y misericordiosísimo Señor, sea vuestra misericordia servido de oír los gemidos de la casta tórtola que os engendró. Pues Vos dijisteis que son bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados, y ninguna cosa la puede consolar sino verse con Vos en el cielo, dadle esta consolación, pues todas las otras ha dejado por Vos; ninguna razón lleva que dos personas tan conjuntas en carne y espíritu estén tan distantes, una en el cielo y otra en la tierra. Acuérdese vuestra Majestad del celo del Rey David, vuestro siervo, cuando dijo (II Reg., II): *El arca de Dios está debajo de pieles, y yo vivo en casa de cedro.* Y no permitáis que estando Vos en la gloria, la santísima arca que os tuvo encerrado en sí misma esté debajo de las pieles de mortalidad. Sansón comió del dulce panal que halló, y dió parte de él a su madre. Salomón mandó poner una silla a su madre y sentóla cerca de sí. Mayor es vuestra majestad que la del uno y otro: excededles en dar descanso y honra a la que os engendró: descanse ya vuestra benditísima Madre, pues desde que la criasteis otra cosa no sabe sino serviros, y trabajar por Vos con humildad de esclava y amor verdadero de Madre.

»Y pues os ha acompañado, Señor, en vuestros trabajos, acompáñeos en vuestros placeres: mirad, Señor, cómo está postrada delante vuestros pies gimiendo y llorando, y su profundísima humildad con que nos pide que intercedamos por Ella, con tan ferviente y continua oración, que aunque sus servicios no mereciesen lo que pide ni se tuviese respeto a quien es, merecía la importunidad

de su oración, y el llamar a la puerta de su buen amigo que se levantase, y le abra la puerta, y le dé todos los panes que ha menester, según vuestra Majestad lo dijo en el mundo. Oídla, Señor, y poned sus lágrimas en vuestro acatamiento, porque Ella nunca cerró sus orejas a vuestra ley, ni las cerró al clamor del pobre; mas, según está escrito, su mano extendió al pobre, y mucho más su corazón, en el cual nunca hubo maldad, y por eso debe ser oída, según dice David.

»También desea toda esta vuestra corte tener consigo a su Reina; porque reino sin Reina, y casa sin la señora de casa, parece que no está perfecto, pues le falta persona tan principal. Y pues lo es tanto que bastará con su vista a darnos nueva alegría y a honrar todo el cielo, no nos privéis de tanto bien, pues debe bastar a la tierra el tiempo que de Ella ha gozado; y no tendrá razón si se agraviare de que se le quiten delante, pues Ella es tan llena de misericordia y tan valerosa delante de vuestra Majestad, que aunque la subáis al cielo, su piadoso corazón no olvidará a los que están en la tierra, ni dejará de hacer el oficio de madre abogando por ellos delante del trono de vuestra misericordia: ni Vos, Señor, dejaréis de oírla, ni de hacer mercedes al mundo por Ella.

»Suplicamos a vuestra misericordia que como en tiempos pasados mirasteis las lágrimas del Rey Ezequías, y oísteis su oración, y mandasteis a vuestro profeta Isaías diciendo (IV Reg., XX): *Di a Ezequías, capitán de mi pueblo: Yo he visto tus lágrimas, y he oído tu oración, no morirás, y yo te añado quince años más de vida;* que así ahora mirando las lágrimas y oyendo la oración de nuestra Reina y Señora, mandes a uno de nosotros que le vaya a dar la buena nueva del cumplimiento de su deseo, no de que viva quince años de vida, que ya los ha vivido con harto trabajo en ausencia vuestra; mas según la grandeza de vuestra bondad y el grande amor que os tiene y la tenéis, dadle, Señor, que se le acabe la vida mortal, y que en este cielo viva con Vos para siempre». ¿Qué había de responder el Señor a súplicas tan

justas, y que tocaban a su sacratísima Madre, cuya honra y descanso El más que ninguno desea y procura, y cuya oración le es más agradable que la de hombres y ángeles, sino conceder de muy buena gana lo que se le pedía, mandar que todos se aparejen para la solemnísima fiesta que a su Madre quiere hacer, y que descendiese del cielo algún espíritu bienaventurado de aquellos a dar esta buena nueva a la sacratísima Virgen?

Aunque no sepamos quién fué el mensajero, sabemos que cada uno del cielo deseaba ser, y a lo que parece convenía que fuese el arcángel San Gabriel, por ser más conocido de esta sacratísima Virgen. Poco tardaría de andar el camino, y entrando en el aposento de la Virgen, hincaría sus rodillas en tierra con su acostumbrada y debida humildad, y diría: «Yo, Reina y Señora, soy Gabriel, vuestro siervo, que por mandado de Dios os traje en años pasados la alegre nueva de que el Hijo de Dios había amado la hermosura de vuestra ánima y os había escogido por Madre, y quería descender del cielo a la tierra a reposar y tomar carne de vuestras entrañas; ahora me envía el mismo Señor, y os manda decir que pues descendió del cielo a la tierra y Vos le disteis muy apacible morada, que El os quiere llevar de la tierra al cielo, y daros par de sí la mejor morada que a nadie se dió ni dará. Esta es, Señora, mi embajada; decidme: ¿qué respondéis?» Fué tanta la alegría de la Virgen de ver tal mensajero y oír tal embajada, que de gozo se le regalaba el corazón, y primero derramó muchas lágrimas que hablase palabra; y cuando habló, ¿qué había de responder, sino las palabras que tenía en uso para decir en todos sus acaecimientos tristes y alegres?

Cuando encarnó en Ella el Hijo de Dios, lo que respondió fué: *He aquí la sierva del Señor; sea hecho en mí según tu palabra.* Y esto diría también al pie de la Cruz, y esto mismo respondería ahora a San Gabriel, y con hacimiento de gracias diría (Psalm. CXV): *Desatado has, Señor, mis cadenas; a Ti sacrificaré sacrificio de alabanza.* Tórnase luego el arcángel al cielo, y divúlgase luego en la tierra que el Señor quería llevar consigo a su Madre

bendita; y hubo tan gran movimiento y sentimiento en los cristianos, cual en ninguna muerte de persona querida ni grande en este mundo lo ha habido. Porque esta Virgen era más querida que padre y que madre, y más estimada que Reina, y era todas las cosas para los cristianos; y por fuerza el sentimiento de lo que perdían, había de ser conforme a la pérdida, pues nadie había que pudiese suplir el lugar que Ella dejaba vacío.

Viérades ir y venir gente de nuevo al aposento de esta Madre común, y con amargas lágrimas de sus ojos, más que con palabras, le manifestaban la pena que su ausencia les daba; representábanle la necesidad que de Ella tenían; suplicábanle no desamparase a sus hijuelos, que con sus oraciones había engendrado y con su doctrina y ejemplo había criado; y si se quería ir de este mundo, que los llevase consigo, porque no osaban quedar sin Ella entre tantos peligros, ni podrían sufrir la ausencia de tan amantísima Madre. No oía la Virgen sagrada estas cosas sin gran compasión; y con aquella ternura de corazón de que Dios la dotó, se condolía con ellos y lloraba con ellos, y les prometía que aunque según el cuerpo se apartaba de ellos, no los olvidaría en su corazón, y que mientras viviesen les sería fiel abogada, y que la llamasen en sus necesidades, y que cierto sentirían que tenía cuidado de ellos y de ellas; y que pues esta vida tan presto se pasa, se esperasen un poco y perseverasen en la fe y buena vida que habían comenzado, y que presto irían ellos donde Ella iba, y estarían todos juntos, sin se apartar, para siempre jamás.

Vinieron también los Apóstoles, que entonces eran vivos, como dice San Dionisio, y Ella les daría cuenta de la merced que Dios le quería hacer; lo cual ellos no oirían sin lágrimas por el amor tierno que le tenían. De algunas santas personas leemos que cuando se querían morir dejaban algunos particulares avisos, como por herencia, a los que presentes estaban, para que sirviesen mejor a Nuestro Señor; y no es de creer que los que allí estaban, pues la habían tenido por maestra en la vida, la dejasen de suplicar que también lo fuese en la muer-

te, dejándoles alguna palabra que les fuese recordación de Ella y aviso para mejor servir al Señor. ¡Mas qué les diría la Virgen bendita, sino como humilde, que guardasen lo que el Señor les mandó! Y si importunada a que más en particular dijese con qué cosas Ella se había hallado mejor, respondería que para el cuerpo con virginidad, y para el ánima con humildad y mansedumbre, que halla gracia delante de Dios y los hombres, y entrañable amor y misericordia con todos los prójimos, aun hasta rogar a Dios por los que estaban crucificando a su Hijo delante sus ojos.

Allegábase ya el dichoso día 15 de Agosto, y enflaquecíasele su sagrado cuerpo cada día más, y crecíale a su ánima esfuerzo con la alegría de la buena nueva de que presto había de ver a su Dios. Y cuando vino la hora determinada del Señor para hacer esta grande hazaña de galardonar a su Madre conforme a su grande magnificencia y a los servicios que de Ella había recibido, suena en el cielo una voz, que el Señor quiere descender a la tierra a traer consigo a su benditísima Madre, y que manda que la acompañe su corte, y que regocije cada uno la fiesta lo mejor que pudiere; porque toda la honra que a su Madre hicieren, la recibe El como hecha a sí mismo. ¡Oh, cuán alegres y cuán de fiesta estarían todos, y el Hijo de la Virgen más! Y El y ellos descienden del cielo, y entran en el aposento donde estaba echada la que en sus entrañas dió aposento agradable a su Dios.

Y pues que en la muerte de otras santas personas se lee haber venido ángeles o santos, y haber olor suavísimo que le incitaba y confortaba el corazón de los que presentes estaban, claro está que daría el Señor señal de su bendita presencia y de tan bienaventurada compañía como venía con El, y que todos los que presentes estaban sentirían grandísimo consuelo en sus corazones, y tendrían por cierto que era causado de la presencia de los que del cielo venían.

No sabemos si el Señor allí se mostró claramente, o si los ángeles y santos tomaron cuerpo para ser vistos, o si hubo música corporal de que gozasen las orejas de la

Virgen y los que presentes estaban. Mas como muchos de estos favores ha hecho el Señor a personas menos amadas, no es fuera de razón creer que los mismos o mayores hizo con su Madre, más amada que todos, a cuya muerte fué mucha razón que El mismo en persona, y no por tercero, se hallase presente, para que en saliendo del cuerpo su preciosísima ánima, la reclinase en sus brazos, sin fiarla de nadie, pues que fué servido que Ella con tanto dolor estuviese presente en aquella hora terrible cuando El expiró en la Cruz, y que después de descendido de ella fuese recibido en los brazos de su Madre, y lavado con lágrimas de Ella. No tenía el Señor olvidado este servicio, pues que de otros menores se acuerda para los galardonar en la muerte, y El mismo la visita, consuela y esfuerza, haciendo en todo su oficio de Hijo muy obediente y amoroso.

Y cuando ya vino el punto que aquella dichosa ánima saliera de su virginal cuerpo, entonces su Hijo bendito dijo aquello que mucho antes estaba profetizado para esta hora (Cant., IV): *Ven del Líbano, esposa mía, y serás coronada.* Ven a mi huerto, hermana mía; esposa, levántate, y date prisa, paloma mía, hermosa mía, que ya ha pasado el invierno de los trabajos, ya han venido las flores del alegre verano de la gloria que te está aparejada; vente a mí, que yo te recibiré en mi humanidad que de ti recibí, y de mi divinidad con que te crié, y te tendré siempre conmigo, haciéndote bienaventurada para siempre jamás. A esta dulcísima voz y convite, que sería la postrera que en esta vida la Virgen oyó, respondería su acostumbrada palabra (Luc., I): *He aquí la sierva del Señor; hágase en mí*, etc.

Y porque en vida y en muerte le fué su Hijo maestro y dechado a quien Ella miraba, y le oyó decir cuando en la Cruz expiró: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, las cuales palabras Ella tenía guardadas en su corazón para la hora en que estaba, dijo con gran humildad y perfectísimo amor: «Hijo mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu». Y tras esta palabra sale aquella benditísima ánima de la morada de su cuerpo,

tan libre de dolor cuanto de pecado. No quiso el Señor que cuando El nació tuviese dolores de parto, ni de muerte cuando Ella renació para la gloria. Mas ¿quién contará el apretado y dulcísimo abrazo que Cristo dió a aquella benditísima ánima, y el gozo que Ella sintió de ver claramente la humanidad y divinidad de su Hijo, con que fueron cumplidos sus deseos y enjutas sus lágrimas, como el niño que tomándole la madre en su pecho cesa de llorar, y no tiene más que desear, pues recibe leche del pecho de la madre?

¡Oh, quién viera aquella hermosísima ánima hermoseada con hermosura de gloria más blanca que la nieve, más resplandeciente que el sol, la más pura y limpia de cuantas Dios ha criado y criará, después de la de su benditísimo Hijo! Y tengo para mí, que pues Dios quiso que San Antón viese el ánima de San Pablo, primer ermitaño, más blanca que la nieve, subir al cielo acompañada de los ángeles, que también sería servido de enseñar a muchos de los que allí estaban presentes, y aun a los ausentes, la hermosura del ánima de su santísima Madre, y la gloria de que gozaba, y la grande honra que le era hecha en aquella solemnísima subida a los cielos.

Arrimada, pues, la Virgen bendita a su amado Hijo y Señor, llena de indelebles deleites, comienzan todos a caminar hacia el cielo con tanto regocijo, con tan acordada música, con tan suaves aleluyas, con aquel *Sancta Immaculata Virginitas, quibus te laudibus*, etc., que cantarían en honra de la Virgen sagrada, aquel Gloria sea a Ti, Señor, que naciste de esta Virgen; cantando en honra de El y de Ella, no a cuatro, sino a cuatro mil y más voces, con otros cantares tan sentidos, tan alegres y concertados como convenía a la fiesta y grandeza de las personas de quien se cantaban, y que bastaran a que si un hombre las oyera, fuera de su dulcedumbre, tan absorto que no pudiendo sufrir tal peso de dulcedumbre, el ánima se saliera del cuerpo y se subiera al cielo con tal compañía. Eliseo vió subir al profeta Elías en un carro de fuego hacia el cielo, y sintiendo mucho írsele su maes-

tro, decía a grandes voces: «¡Padre mío, padre mío, carro y guía de Israel!» San Antón se quejaba del ánima de San Pablo, y decía: «¿Por qué te subes al cielo sin primero despedirte de mí?» Y San Lorenzo se quejaba de San Sixto, Papa, porque yendo a morir por Cristo, no le llevaba consigo para el mismo efecto. ¿Qué haremos nosotros en el día de hoy? ¿Gozarnos hemos porque la Virgen va llena de gloria y de alegría, o llorar hemos porque nosotros nos quedamos acá?

¡Oh, Virgen prudentísima! ¿Dónde vas como alba muy resplandeciente, toda hermosa y suave, hermosa como la luna, escogida como el sol, paloma hermosa, lavada con leche, a la cual cercaban los lirios de los valles, y las flores y las rosas, acompañada de ánimas santas y ángeles bienaventurados, y en los brazos de tu Hijo? ¿Dónde vas, prudentísima Virgen, y dónde nos dejas? ¿Qué haremos los indignos hijuelos tuyos sino correr tras ti; y viéndote subir al cielo, decir con voces de nuestro corazón: «Madre mía, Madre mía, carro que sustenta a los pecadores pesados y guía de los buenos?» Elías, movido por las voces de su discípulo, le echó su capa, con lo cual Eliseo pudo pasar por el río Jordán sin ahogarse ni aun mojarse. Duélanos a Vos, Señora, nuestros gemidos y nuestra necesidad y soledad, y echad en nuestros corazones vuestra memoria, vuestra devoción y obediencia, con la cual vistamos nuestra desnudez, y favorecidos con Vos pasemos por el peligroso río de este mundo sin ser ahogados con los pecadores que hay en él.

Vos, Señora, subís a sentaros en el resplandeciente trono de gloria que vuestro Hijo bendito desde *ab æterno* os tiene aparejado a su mano derecha, donde experimentaréis con gran dulcedumbre que hay grandes y limpios deleites en la mano derecha de Dios, no por años tasados, mas hasta el fin, como lo dice la Escritura. También beberéis de aquel río claro como cristal que sale de la silla de Dios y del Cordero, que es la excelentísima divinidad y sagrada humanidad, que con su vista alegra y harta toda aquella santa ciudad de Jerusalén, la del cielo, cuyas ondas a Vos, Señora, más que a otra ninguna sue-

tentan y hartan y hacen bienaventurada, sin que tengáis más qué pedir ni qué desear.

Gracias y muchas gracias a la divina Bondad damos vuestros pequeñuelos hijos, gozándonos mucho de vuestro tan cumplido bien, que también podemos llamar nuestro, pues sois Vos nuestra Madre; y mirando esto, celebramos el día de vuestra partida con alegría y regocijo. Mas con todo eso no podemos dejar de sentir soledad y desabrigo viéndonos tan llenos de necesidades, y nuestra Madre tan lejos de nos. Suplicámoos, Virgen bendita, que en ninguna manera nos pongáis en olvido; mas pues podéis con Dios todo lo que queréis, haced limosna a los pobres que quedamos acá. Y como de vuestro Hijo bendito se escribe, que subiendo a lo alto dió dones a los hombres, así Vos, Señora, pues subís a lo alto tan semejable con El en la gloria, parecedle también en esto, que le pidáis mercedes para los que quedamos acá, y sean muchas, porque lo piden así nuestras necesidades, en todas las cuales habemos de recurrir a Vos como a amantísima Madre.

Haced Vos, Señora, que alcancemos lo que a Dios pedimos; y cuando algún servicio os ofreciéramos, recibidlo de buena gana; dadnos lo que os rogamos; excusad lo que tenemos, porque después de Dios Vos sois esperanza única de los pecadores, y por Vos esperamos el perdón de nuestros pecados y el favor para todo bien, y en Vos está la esperanza de los galardones que en el cielo esperamos. ¡Oh, Madre santa y santísima! Socorred, Señora, a los miserables, confortad a los flacos de corazón, consolad y regalad a los llorosos, orad por el pueblo, interceded por el devoto linaje de las mujeres. Todos, Señora, chicos y grandes, que celebraren vuestra santísima festividad, y de Vos se acordaren y de corazón os llamaren, sientan vuestro socorro y alivio, alcanzando lo que os pidieren.

¡Oh, bendita, que hallaste gracia engendradora de la vida! Madre de la salud, humildemente te suplicamos que por ti nos reciba el que por ti fué dado a nosotros. Excuse tu santidad e integridad cerca de El las culpas de

nuestra corrupción, y tu humildad, agradable a Dios, nos alcance perdón de nuestra soberbia; tu copiosa caridad cobije la muchedumbre de nuestros pecados, y tu gloriosa fecundidad nos haga a nosotros fecundos de merecimientos. Señora nuestra, medianera nuestra, reconcílianos con tu Hijo bendito, alcánzanos de El gracia para que salidos de este destierro nos lleve donde gocemos de su santísima gloria.

TRATADO XIII

DE LA ANUNCIACION DE LA VIRGEN MARIA

Curam illius habe, et cum rediero reddam tibi.— (Lucas, 10-35).



osa es muy usada acerca de los que tratan el arte de aparar oro y plata y otros metales, que por hacer el ámbar fino, el cual se hace de mixtión de oro y plata, es menester vaso muy excelente y que no tenga polvo alguno, ni color, ni humor, ni esté en lugar adonde algún viento le dé. De otra manera, nunca se juntará el oro y la plata, de la cual mezcla se hace el dicho ámbar. El ámbar es cosa muy excelente, en el cual el oro pierde de alguna manera algo de su resplandor, y templa su color fino; y la plata se esclarece muy más con la mixtión del oro, que ella por sí cría clara; y este tal ámbar fino es el que trae a sí las pajitas del suelo por su excelencia, y por eso requiere tanta guarda el vaso donde se ha de hacer.

Ahora vamos al espíritu. El sapientísimo artífice Dios tenía ordenado *ab æterno* de hacer un ámbar fino, en el cual se juntase oro de divinidad y plata de humanidad; y saliese un ámbar, Cristo, que atrajese a sí las pajas, quiero decir, los pecadores, vanos como pajas y los hiciese justos. Y así había de ser esta unión, de divinidad y humanidad; que el oro de la divinidad templase su resplandor y la plata de humanidad alcanzase más resplandor que ella tenía. Y así fué que, estando Dios

sin ser hombre, era tanto su resplandor que no bastaban ojos humanos a verlo; y así se lee que cuando Moisés estaba con El en el monte de Sinaí, suplicó que le enseñase su gesto: *Domine, inquit, si inveni gratiam in occulis tuis, ostende mihi faciem tuam.*

Poco pedía. No hay, por cierto, más que desear ni pedir. Respondió Nuestro Señor: no puedes verme, que es tanto mi resplandor y es tan excelente mi luz que no puede ser vista de hombre, *non videbit me homo et vivet.* Y San Juan: *neme vidit Deum unquam.*

Señor; pues ¿qué remedio para veros? Que se junte con ese oro resplandeciente plata, que no es tan alto metal, y templará algo de su resplandor, y así podremos veros. Y así lo ordenó Dios y lo mandó decir por sus profetas, que había de hacer esta gran maravilla, este milagro de milagros, que habría de ser un Cristo Dios Hombre.

Mas no se hizo este ámbar hasta que fué fabricado y salió al mundo el excelentísimo vaso en que se hiciese, que fué la sacratísima Virgen María.

Ella fué en cuyo vientre se juntó divinidad y humanidad; ella es de la cual es escrito: *vas admirabile, opus Excelsi.* Y de verdad admirable, pues que en él cupo el que en el cielo y tierra no cabe: *cœlum et terram ego impleo,* y cupo en el vientre de la limpísima Virgen. ¡Oh, vientre santo, vientre puro, vientre no mancillado, no tocado!; ni hay en ti polvo de vanagloria, ni tierra de deseos de cosas de este mundo, ni amor de deseos de carne, ni viento de soberbia; vaso hecho por mano de Dios, en el cual se remiró más Dios que en todas las cosas que hizo! Y así, otro lugar no hubo, ni entre los ángeles ni serafines del cielo, ni en toda la tierra, adonde mejor ni tan bien, Dios se aposentare como en el vientre de la Virgen.

¿Quién dirá las grandezas de vuestro limpio vientre, Señora, que enmudecen de hablar de él los muy sabios? Allá, Salomón, viendo en espíritu de profecía esta gran maravilla, dijo: *¿quis scrutabit secreta ventris?* ¿Quién alcanzará a decirlo? Sólo aquel, por cierto, que os hizo

y anduvo en vuestras entrañas. Decid, Señor, fruto bendito de Virgen, decid Vos qué tal es este vientre en que anduvisteis; ¿a quién os parece, Señor, que se debe comparar?

Oíd lo que dice en los Cantares: *Venter tuus sicut acervus tritici vallatus lilliis.* Señor, ¿qué es eso? ¿qué quiere decir? ¿porqué montón? ¿y porqué de trigo? ¿Qué es eso, qué quiere decir cercado de lirios? Montón, porque es lo bajo ancho y va hasta arriba ensangostado, como el arca de Noé, que fué figurada a esta excelentísima arca de Dios. Era abajo ancha, y arriba angosta de un codo. ¿Qué quiere esto decir, sino que lo profundo de esta Virgen fué ancho, fué capacísimo, que fué su humildad, en la cual cupo ser Madre de Dios y llamarse Ella esclava, y desde este fundamento sube hasta acabarse en un codo de arriba, que es Dios? Esto, pues, quiere decir montón. ¿Y porqué de trigo? Con mucha razón, porque nos trajo el trigo con que nos mantuviésemos. A aquél que comían los ángeles solos, trájolo esta Virgen y lo coció en su vientre con fuego de amor, y nos lo dió a comer. Por eso es montón de trigo. Tiene fruto, mas este fruto cercado de lirios; que quiere decir virginidad, pureza. Pues está cercado el fruto del trigo con lirios, quiere decir que tiene fruto y es virgen: *virga Aaron floribus et fructibus.* Pues luego, con mucha razón habéis, Señor, dicho: *acerbus tritici.* Y mirad si ella misma no dice otro tanto: *flores mei, fructus honoris.*

Leemos en los Cantares adonde dice Cristo: *ego flos campi.* Porque así como el campo produce flores sin ser arado ni sembrado por hombre, sino con la influencia del cielo y del sol, así la Virgen produjo esta flor, que es Cristo, por sólo influencia del Espíritu Santo. Veis, pues, quién es su flor: Cristo. ¿Pues quién su fruto? *Benedictus fructus ventris tui, Jesus.* Pues luego flor y fruto, todo junto, Virgen y madre, todo en una. ¡Oh, bienaventurada Virgen! ¿Qué más te podemos honrar que haciéndote Virgen y Madre de Dios? Porque si santa te llamamos, muchas lo han sido, aunque no tanto; si Virgen, otro que tal; si humilde..., ¿qué más? En lo que no tienes compa-

ñía ni tendrás, en lo que excedes, es en ser madre de tal Hijo y con esto ser Virgen. ¡Oh, bienaventurada tú y el vientre tuyo, que tal bien nos trajo, y en el cual se fabricó el ámbar excelente, Cristo, que refregado en la Cruz de su Pasión, atrajo y cada día trae a nosotros pecadores, que somos pajas: *si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.* Y con mucha razón. ¿Qué corazón aunque de piedra sea, no se encendería en servir y amar a Cristo, Dios nuestro, viendo lo que por nosotros pasó? Y, por tanto, Señora, pues tanto bien por vos nos vino, nosotros nos conocemos obligados a serviros y honraros toda nuestra vida.

¿Y quién, Señora, no os servirá viéndose por vos librado muchas veces de los infiernos? Por cierto, aunque otra cosa no hubiere que nos convidase a ser buenos y a no pecar, sino haceros servicio, Señora, era mucha razón que así lo hiciésemos; y por honra vuestra proponemos, Señora, de aquí adelante de enmendar nuestras vidas. Mas, porque no lo podremos hacer sin gracia, y vos sois madre de ella, suplicámoste humildemente nos la queráis alcanzar; y para más obligaros, ofrezcamos la salutación angélicamente pía. Ave María.

Curam illius habe et ego cum reddiero, reddam tibi. — (Lucas, 10-35).

Buenas nuevas, señores: alégrense nuestros corazones e hínchanse de gozo nuestras almas, que la que es Madre de Dios es madre nuestra, y la que los ángeles se tienen por dichosos en servir se deleita en estar con nosotros. *Deliciæ meæ.* Y no sin causa, Señora: lo uno, por la vuestra gran misericordia, Señora; lo otro, porque por los hijos de los hombres sois vos Madre del Redentor de los hombres. Y por eso, como San Agustín dice, en alguna manera estáis vos obligada a socorrernos; más, mucho más, nosotros a serviros.

Acordaos, Señora, de que nuestro Redentor, vuestro bendito Hijo, nos tiene encomendados a vuestras manos, y os dijo cuando de este mundo se partió las palabras

de nuestro tema: *Curam illius habe (scilicet peccatoris) et cum reddiero, reddam tibi.* Y pues sois pagada, no por eso dejaréis el cuidado de nosotros; porque con esa intención os coronó que fueseis abogada nuestra, y con esa confianza os osamos pedir gracia para el presente sermón.

Para declaración de estas palabras, y para que veáis a qué propósito y cómo las practica aquel gran maestro, Cristo, os quiero decir la letra de este santo Evangelio, el cual es una respuesta que nuestro Señor dió a un doctor de la ley que le preguntó quién se puede decir *prójimo*, para que seamos obligados a amarle como nos está mandado: *diliges proximum tuum sicut te ipsum.* Habíale antes preguntado que cuál es el mayor mandamiento de toda la ley; y aunque al principio se movió a preguntarle, más por tentarle que por aprender; empero, oyendo aquellas saludables palabras de Jesucristo Redentor nuestro, se convenció y mereció que le dijese: *non longe es a Regno Dei*, como San Marcos dice (capítulo XII). Donde parece que tanto provecho trae el habla y comunicación de los abismos de Dios, que aunque el hombre se llegue a ellos frío y tibio, y no con tan buen propósito como era razón, empero, oyendo y conversándolos nos mudamos en bien. Especialmente es esto verdad, y acaece muchas veces, en el bien obrar; que muchas veces tenemos una pereza, una mala gana de hacer una buena obra, y cuando la comenzamos envíanos Dios devoción y buenos propósitos; y por eso ninguno, aunque tibio se sienta, aunque pesado, deje de hacer buenas obras, porque es Dios tan misericordioso, que quien a él se llega no le deja frío ni hambriento. Los que se dan muchas veces a la oración, experimenten esto y verán cuán gran verdad es; que se llegan hambrientos a la mesa de Dios y se van hartos.

Preguntóle, pues, este fariseo a nuestro Redentor: *Quid faciam et vitam æternam possidebo?* A lo cual respondió: *Diliges dominum Deum tuum ex toto corde tuo, ex tota anima tua, ex tota mente tua et ex omnibus viribus tuis: hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: diliges proximum tuum sicut te*

ipsum; in his duobus mandatis universa lex pendet et profetæ. (Mateo, 22.)

Por eso, señores, los que no sois letrados, no penséis que por eso no podéis ir al paraíso; estudiad estos dos mandamientos y cuando los hubiereis cumplido, haced cuenta que habéis cumplido todo lo que manda la ley y los profetas, y los Evangelios, y los Apóstoles, y cuanto os amonestan infinitos libros que escritos hay.

Amad a Dios más que a vos, y a vuestro prójimo como a vos mismo: que si vos deseáis ir al cielo, deseéis que él vaya; si deseáis que Dios os perdone, desead que también le perdone a él. Y regla general os doy; mirad lo que quisierais que con vos se hiciese y cómo os tratasen los otros, y si errabais contra algún prójimo, querríais que os perdonase; y haced así a vuestro prójimo y así lo amaréis más.

Es duda. ¿Quién es este prójimo a quien tanto debemos, y por quien tanto quiere Dios que hagamos, y que tanto nos lo encomienda, y que tanto nos amenaza si no lo hacemos? ¿Que tiene puesto por ley y mandato pregonar en sus cortes que, ni más ni menos, de como lo hiciéramos con nuestros prójimos, así lo hará El con nosotros? Por eso, si deseáis, señores, saber cómo os ha de ir con Dios, cuando le pidáis algo, cuando le hayáis menester, si habrá misericordia de vosotros, si os oirá, mirad cómo lo hacéis con vuestros prójimos; si procuráis ayudarlos en sus tribulaciones, si los consoláis, si les dáis, si procuráis por la salvación de sus ánimas; y con la medida que midiereis, así os medirá Dios. Por eso hinche bien las manos del prójimo, y henchirá ciento tanto Dios las vuestras.

Y pues tanto va en esta cosa del prójimo, razón es saber quién es. Y esto le preguntó a Nuestro Señor este doctor de la ley: *Et quis est meus proximus?* Y aun creo que algunos de vosotros no lo debéis de saber, y será bien que lo sepáis.

Dice el Evangelista que Nuestro Señor miró hacia el cielo, dando a entender que cuando queramos obrar o hablar pidamos del cielo ayuda. Y dijo: ¿quieres saber

quién es tu prójimo? Oíd una cosa que acaeció, y en ella veréis quién es prójimo. *Homo quidam descendit at Hierusalem* (dígase la letra).

Y bien claro creo que habéis visto, señores, cómo la projimidad no está solamente en el parentesco, ni en la vecindad, ni en que quieran bien, ni en ser de una ley, ni en ser de una religión; sino que todo aquel a quien podemos hacer bien o nos puede hacer, todo aquel es nuestro prójimo; y todo aquel que puede ser particionero en la bienaventuranza con nosotros, como todos los teólogos dicen, todo el tal es nuestro prójimo. De donde se sigue que el moro, el judío, el hereje, el árabe es nuestro prójimo; porque le podemos hacer bien y él a nosotros, y porque puede convertirse y gozar de Dios con nosotros. Asimismo se sigue que las ánimas del purgatorio son prójimos nuestros, porque les podemos hacer bien ahora, y ellas a nosotros cuando vayan al paraíso. Asimismo se sigue que los ángeles son prójimos nuestros y todos los que en el paraíso están, porque nos hacen bien y son capaces de bienaventuranza. Solos los demonios, y los que están en el infierno no son prójimos, porque ya quiere Dios que en ninguna manera puedan gozar de El ni ser participantes en su gloria. Y por eso no quiere que les deseemos bien, sino antes nos gozaremos de sus penas, aunque sean nuestros padres y nuestros hermanos; y es muy justo, pues fueron traidores a Dios y no quisieron en este mundo enmendarse, como muchos hacen ahora. Veis aquí la letra del Santo Evangelio de hoy.

Ahora démosle otra vuelta, según el sentido alegórico y quizá después otra según el moral. *Quidam homo descendebat*... Quién sea este hombre que no se contentó con estar en el monte de Jerusalén, sino quiso descender a los valles de Jericó, a todos es manifiesto que fué el primer hombre criado, Adán, al cual puso Dios en Jerusalén, que quiere decir visión de paz. Y para ir allá dióle visión, que quiere decir conocimiento; porque fué el mayor letrado de los que ha habido. Que fué criado en su entendimiento el conocimiento de todas las cosas. Pues las había de regir todas, y les puso nombre a todas,

menester era que las conociese. Dióle asimismo visión alta, que quiere decir de Dios, porque tuvo excelentísimo conocimiento de Dios, porque aunque no viese a Dios intuitivamente, porque esto ningún hombre en cuerpo mortal viviendo pudo ver; vióle, empero, con muy excelente manera de vista, más que ahora muchos contemplativos le vean. Y esta vista era pacífica por el don de la justicia original que tenía, con el cual era tan señor de sí, y tenía tanto mando sobre este mozo de nuestro cuerpo y de las potencias sensitivas, que le obedecían *ad nutum*. Que si él quisiera contemplar, no se quejaba el cuerpo; si quería hacer una buena obra, no tenía dentro de sí quien pelease contra él porque no lo hiciese, como ahora nosotros tenemos.

No se contentó Adán con lo que tenía, no lo conoció, quiso probar qué había abajo, y descendió a Jericó, que quiere decir luna, por la cual se significa la mudanza del pecado y del mundo: *quia stultus sicut luna mutatur. Scriptum est enim: peccatum peccavit Hierusalem, ideo instabilis facta est.* Descendió y comió del pomo que su mujer le dió, y cayó, y mira el engaño. Que ellos pensaban que subían. A lo menos Eva pensó que habría de subir tanto como Dios, y fué hecha ella y él iguales a los brutos animales: *homo cum in honore esset non intellexit.* Asenle los ladrones, los robadores de las ánimas, que son los demonios, *expoliaverunt eum* de los bienes gratuitos de gracia, que fué el mayor bien que le pudieron quitar: la amistad de Dios. Quitáronle la justicia original, y quitada la paz, toda la parte quedó en guerra y dejónos en guerra. Siéntelo quien trabaja por ser bueno.

De donde nos viene que si queremos rezar, no quiere la carne y la pereza; y si queremos darnos a Dios y dejar las cosas de este mundo, no podemos; sino que así, aunque no queremos, nos deleitamos en ellas. ¿De dónde nos viene esta inclinación tan grande a ser mundanos, a ser malos, que parece que no hay trabajo en ello, y si queremos ser buenos se nos hace de mal, como quien va cuesta arriba, y como agua que la hacen tornar por la canal arriba? De falta de la justicia original que Adán perdió.

Y bastará que le despojaran; mas aun hiriéndolo; que lo que no le pudieron quitar, le dejaron más llagado.

Estos son los bienes naturales, por los cuales el hombre es hombre. No los puede perder, aunque al infierno vaya; mas hiérenlos muy bien heridos. Que al entendimiento hirieron con ignorancia y ceguedad; a la voluntad con deseos de cosas de acá dañosas, y con hastío de las buenas; a la memoria hiriéronla con llagas de cosas terrenas, que no haya placer de acordarse del cielo ni de cosas que le aprovechan; sino de vanidades, de las injusticias de lo de acá abajo. Hirieron la parte sensitiva con aquel *fomes peccati*, que es aún gran llaga. Que lo sentía bien San Pablo cuando decía: *invenio aliam legem*, este que en otra parte llama tirano y *lex membrorum*.

Mas, quien no siente esta guerra, tiene mala paz: *non veni pacem mittere in terram, sed gladium*. Veis aquí los males del ánima en que cayó. Dejo de contar lo del cuerpo, las hambres, las enfermedades y trabajos, ser engendrados en pecado, naciendo llorar, con dolor de nuestras madres, vivir y morir con lloros y temores. ¡Oh, cuánto bien estabáis Adán en Jerusalén, sin que subierais a Jericó! Ni nosotros lo supiéramos.

Veis aquí cual quedó Adán, y tras él todo el mundo: del pecado tendido en el suelo; amando cosas de tierra, y herido de llagas de pecados desde la planta del pie: *omne caput languidum et omne cor mœrens* (Isaías, 1.°). Acaeció que pasase par de este llagado un sacerdote y un levita; y aunque entrambos le vieron, ninguno le remedió. ¿Quién es el sacerdote, sino la ley vieja, que principalmente consistía en sacrificios y ceremonias? ¿quién es el levita, sino los Profetas? Pasó, pues, la ley vieja, y vió al herido, porque conoció sus llagas y dió conocimiento del mal en que el mundo estaba por el pecado; mas no pudo remediarlo, porque según San Pablo dijo: *ex operibus legis non justificabitur omnis caro. Lex per Moysem data est, gratia per Jesum Christum*. No dió la ley gracia *ex opere operato*. Mostraba los pecados, y por esto dice el Evangelio que miró al llagado, mas no le remediaba, porque no daba gracia. Pasaron los Profetas y también

vieron los pecados y los males, mas no podían dar gracia, y por eso ni remedio; y así también descendía por el mismo camino el sacerdote y el levita, como el herido, según el Evangelio dice, porque todos los que debajo la ley y profetas estaban, descendían al limbo y estaban en pecado orginal, hasta que vino aquel verdadero samaritano Cristo, que quiere decir guarda, e hizo mina para este herido. No dice el texto que descendió por el mismo camino del herido, sino haciendo camino vino al herido: *et videns, cum misericordia motus est; quia in eo nullum invenit meritum* (dice San Agustín). *Et appropinquans, alligavit vulnera ejus.* Allegóse tomando carne semejante a la nuestra pecadora, llegóse conversando con heridas de pecados: *et appropinquans.* Tanto, que le reprendían los fariseos: *quia hic peccatores recipit, et manducat cum illis;* ya en casa de un publicano, ya en casa de un cambiador, ya con la Magdalena, ya con la adúltera, y al fin, con los ladrones.

Así había de ser, que el que venía para curarnos, no tuviese asco de nuestras llagas. Allegóse por sacramentos. ¿Qué es atando las llagas, sino darnos mandamientos que nos aprieten los pecados, y no muy apretados, porque hace mal (*jugum meum suave est*), ni muy flojo, porque atadura floja no es algo (*sint lumbi vestri præcenti*). Ató sus llagas diciéndole que no pecase, que se apartase y que se hiciese fuerza para resistir los pecados; y para las llagas que ya tenía echóle óleo y vino. En el óleo se significa la misericordia; en el vino, justicia; porque es justo que, pues más acepta fué a Dios la pasión de su unigénito Hijo que fueron nuestros pecados ofensivos, y más mereció ella que mal nuestros pecados, que nos sean perdonados por ella. Y por eso decía San Pablo que esperaba corona de justicia, no de justicia de obras, sino de la Pasión de Cristo nuestro Redentor, lo cual se nos comunica por fe y buenas obras. Pues luego echó en nuestros pecados óleo y vino; y tomó al enfermo, *alias*, herido, y púsolo sobre su caballo.

El caballo del ánima es el cuerpo. Ponerlo luego Cristo sobre su caballo, fué ponerlo sobre su cuerpo; lo cual se

puede entender en muchas maneras: o que tomó los pecados de él para pagarlos en su cuerpo, como cuando dicen «sobre mi cabeza os tomo», que se obligan a pagar por quien toman, o sobre su cuerpo, porque quedándole fe, lo incorpora en su cuerpo y lo hace su miembro; y así llevólo *ad stabulum*, que es la Iglesia; y porque es donde descansan los viadores de este mundo. Curóle él un día; quiere decir, mientras acá estuvo presencialmente. Y otro día (*post resurretionem*), queriéndose ir al cielo, dijo al principal de la Iglesia que es San Pedro: *pasce oves meas... curam illius habe*, que es todo uno y asimismo a todos los prelados. Y dióles dos denarios: que quiere decir dos testamentos con que lo curen. Que si fuere menester hacer más, o darles muy buen ejemplo, y otra cualquier cosa, que lo hagan; que cuando El venga a juzgar o el día de la muerte, del tal prelado o prójimo que tuvo cargo del enfermo, que El lo pagará.

Veis cuán proveído dejó este bendito Samaritano al mundo enfermo! Pues pregunta ahora el mismo Cristo: ¿quién fué prójimo de este enfermo? ¿La ley vieja, los profetas o el Samaritano?

Por cierto Señor, muy clara está la respuesta: que vos, Samaritano bendito, sois nuestro prójimo y el que os doléis de nuestros males, que curáis nuestras llagas; y si por vos no hubiese sido, ya nuestras ánimas estarían ardiendo en los infiernos. Tú, Señor, eres nuestro prójimo. Pues, *vade et tu fac similiter: quia exemplum dedi vobis ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis*, etcétera.

De todo este Evangelio, no me parecieron tan bien otras palabras como las de nuestro tema: *Tened cuidado de ese enfermo, que cuando yo torne, lo pagaré.*

Es grande el cuidado que Dios Nuestro Señor de nosotros enfermos tiene, que nos cura y manda a otros que nos curen, y paga El a quien curase a su prójimo. Cuando Yo volviese, dice el benignísimo Señor, Yo pagaré. Voime ahora, que cumple así, mas Yo vendré presto y lo pagaré. «Voime». ¡Oh, benditísimo y dulcísimo Señor! ¿Dónde vais? ¿Y dónde nos dejáis? ¿Cómo, Señor, podemos oír con paciencia decir que os vais y que tornaréis presto?

¡Oh, Señor, y cuán largo es el tiempo que no os vemos, en que no estamos con vos, en que estamos acá apartados de vos, bien nuestro y reposo nuestro! Este presto que decís que volveréis, ¡cuán tarde es para quien os ama, para quien no tiene otro deseo sino de vos, ni querría ver, ni oír, ni hablar a nadie sino a Vos! Y veros tan lejos, allá, tan apartado, es el tormento intolerable, sin estar con aquel a quien sobre todas las cosas ama. Y por eso, Señor, quien bien os quiere, muy aborrecida tiene esta vida, y su mayor deseo es cuando ya se acabase y os viese: *cupio dissolvi et esse cum Christo*, decía San Pablo.

Mas, ¡oh, señores!, y qué poco deseo tenemos nosotros de este día. ¿Y cómo estamos contentos en este destierro, estando tan lejos de nuestro bien? Holgamos, reímos, aconsejamos, comemos bien, ataviámonos mejor, pensamos que tenemos algo en este mundo, y que es aquí nuestra tierra; y de verdad que estamos desterrados, y por mesones y ventas, y no habíamos de hacer cuenta sino que estamos en una cárcel por nuestros pecados, y debíamos siempre rogar a Dios nos quebrantase ya estas cadenas, con que está el alma atada en este cuerpo, para que libre pudiese ver y holgarse con su Dios. Mas como no le amamos, no se nos da nada no verle; como no le deseamos, no nos da pena el estar en este destierro. ¡Oh, desventurados de nosotros, que estamos veinte y treinta años, y cuarenta, y sesenta, y más, sin ver a quien nos hizo, a quien murió por amor de nosotros, a quien nos mantiene, a quien nos guarda, Aquel de quien un solo momento no hay que no nos haga mercedes, y grandes mercedes! ¿No iríamos ya a besarle las manos por las mercedes que nos ha hecho, a darle gracias, darle mil alabanzas por el amor que nos tiene, y las buenas obras que nos ha hecho? ¡Oh, triste el día y la hora en que a nuestro Dios y a nuestro bien no veamos, y por esto, triste, se debe llorar!; y así nos lo manifestó Cristo: *beati qui lugent*.

Mas es menester paciencia y aparejarnos continuamente para este día, para que en viniendo a llamarnos, vaya-

mos de buena gana con El. Tan en tanto, miremos qué nos mandó cuando se fué; hagámoslo de muy buena gana por mandárnoslo El. *Curam illius habe.* Nos mandó cuando se fué: ten cuidado de ese enfermo. ¿De cuál, Señor? De ese enfermo que ha caído en poder de ladrones, ahora seas tú, ahora tu prójimo.

Pues será nuestro sermón de cómo hemos de tener cuidado de nosotros y de nuestros prójimos, porque cuando venga Nuestro Señor nos lo pague.

Ten cuidado de ti, dice Nuestro Señor. Paréceme que lo hace Nuestro Señor en esto como Padre misericordioso que mucho ama a sus hijos, y siempre les anda amonestando que sean buenos, que miren por sí, que no curen de cosas de mancebos, sino que miren por su honra, y cuyos hijos son. Así hace nuestro Dios. Ten cuidado de ti. Mas, mirad, señores: ¿no habéis oído lo que dice allá un poeta:

pectora duas non admittentia curas

y que *nemo potest duobus dominis servire,* dice Cristo? Para tener cuidado principal de nosotros, conviene que no lo tengamos de otras cosas en que tanto no nos va como en nosotros, y éstas son las cosas de este mundo. Oíd al mismo Señor que aquí nos dice que tengamos cuidado de nosotros; como en otra parte dice que no tengamos cuidado de este mundo: *nolite, inquit, gravare corda vestra crapula et ebrietate, nec curis hujus sæculi.* Y en otra parte: *nolite solliciti esse animæ vestræ quid manducetis.* De manera que para tener cuidado de nosotros (y no tengáis, señores, este consejo en poco) que de verdad creo que una de las principales causas de nuestro descuido y de los grandes males en que están nuestras ánimas, y especialmente en este mal, es que no se nos da nada que estén malos, y por los muchos cuidados de este mundo.

¿Qué es la causa porqué el hombre no puede rezar un *paternoster* con atención, sino que comienza uno y acaba otro, sino porque tiene mil cuidados que le llevan el

corazón? ¿Porqué no da limosnas a un pobre? ¿Porqué los trabajos no le dejan acordarse de sí? ¿Porqué no guarda lo que Dios le manda? ¿Por qué con sus negocios no se acuerda de Dios, ni de sus mandamientos? ¿Porqué deja andar su ánima muerta, y hecho casa de diablos un mes y otro y otro? Porque no le dejan mirarlo los cuidados. Ya toma un negocio, ya otro; y lo mejor es, o lo más malo, que piensa: desde ahora, en acabando éste, tendré reposo y entenderé en mi alma; y nunca viene este tiempo en que le dejen cuidados, sino hecho esclavo de ellos, que en un momento no le dejan entender en lo que le cumple, sino el alma muerta y desventurada, desnuda, pobre y triste, y el cuerpo andar y trabajar, y hablar; y ya entiende en una heredad, y ya en otra, ya en otro negocio, ya en otra rabia, que nunca descansa. ¡Oh, desventurada gente! ¿Y tu hermano, dónde está? ¿Has ya acabado los negocios de tu alma? Di, ¿has dado ya cuenta buena? ¿Cómo no tienes cuidado de ti? ¿Qué te aprovecha que todo el mundo ganes, si pierdes tu alma?

Está queda un poco, reposa algún rato en el día, y entiende en ti; no seas como *vitulæ esca indocta diligere tricturam*. Mira que es vanidad eso en que andas: cata que andas vendido y engañado; ¿qué buscas, tras qué andas? ¿Buscas reposo? Créeme que no le hallarás. ¿Buscas que no tengas falta? Creéme que siempre te ha de faltar, porque cumplir una necesidad es principio de otra. Echa de ti esta carga, por Dios, conténtate con poco; si pudieres, trae sayo de buen paño; si no, sea de ruin; si puedes comer y beber, bien; si no, sea como quiera. No puedes tener bienes sobrados, sino ten para pasar este camino, que no es aquí tu tierra. Mira lo de este mundo: el tener o no tener, el bien vestir o no vestir, el ser honrado o deshonrado, hágote saber que delante de Dios no pesa un pelo, ni es el hombre mejor por tener esto que parece algo, ni por no tenerlo; sino que estamos realmente engañados, de día y de noche trabajando por haber lo que después de habido, no nos hace un pelito mejores. Cata que al mejor tiempo te echará de sí este mundo y te hallarás burlado, y no cumplirá contigo lo que te

prometió; y entonces no tendrás remedio. Ahora, pues, conténtate en pasar como quiera por él, y sea el principal cuidado el mirar tu alma. Cúrate, que estás enfermo, según las palabras de nuestro tema: *curam illius habe*...

Ahora veamos cómo hemos de tener cuidado de nosotros y de nuestro cuerpo, y luego de nuestra ánima, y luego de nuestro prójimo. A nuestro cuerpo, señores, es bien que lo tratemos como a enfermo, que lo es por el pecado original. Allí enfermó, y así siempre desea cosas dañosas y aborrece las que le cumplen, como quien tiene el apetito dañado. ¿Qué veréis a un cuerpo, sino desear hartarse bien de comer y beber y dormir mucho, y holgar mucho; no pasar frío, ni calor, ni cansancio, no rezar mucho ni ayunar, no castidad, sino antes lujuria, como enfermo que para cumplir su apetito pospone el alma? ¿Qué le puede hacer lo que come? Dígoos de verdad, señores: si a este cuerpo miráis, que por cumplir una cosa cualquiera, os echará redondamente en aquellos fuegos infernales. ¡Oh, malaventurado cuerpo!, que porque tú huelgas por cumplir tus apetitos, por no querer ayunar, por no pasar una poca de pena en ser casto, echas a un ánima en tormentos eternos, que duran cuanto durare Dios en los cielos! ¡Oh, ceguedad grande soltar la rienda a este enfermo! No así por Dios; sino lo que le ha de hacer mal, quitárselo, aunque lo pida y desee; y lo que le ha de hacer provecho, hacer que lo tome, aunque le pese; que después, el día del Juicio, él os lo agradecerá si aquí así lo hiciereis con él. Mas si ahora lo dejáis a él hacer, entonces os maldecirá, porque no le curasteis como era razón.

¿Queréis ver figura de cómo lo habéis de hacer con este enfermo? Oíd: mandaba Dios en la ley levítica que si alguno sacrificase tortolilla, que no le cortase toda la cabeza, sino que la matase y la volviese la cabeza hacia el cuerpo, de una manera que estuviese muerta y no apartada del cuerpo. Veis aquí cómo habéis de hacer los que queréis ser tortolillas, que significan a los que hacen en este mundo penitencia, y lloran por haber visto perdido a su esposo Cristo.

Matad la carne; quiere decir: no vivas según ella quiere, y no mande ella, sino obedezca; azótala hasta que no viva, mortifícala como San Pablo dice: *mortificate membra vestra quæ sunt super terram.* Mas mirad, no la apartes del cuerpo, y no la eches del todo de ti; no la apartes de tu alma, quiere decir, no te mates, sino dale lo que ha menester solamente para vivir el alma; que sierva suya es la carne y caballo en que anda. Y así como sería cosa monstruosa ver a un caballero andar gimiendo, y de día y de noche muriendo, por contentarle y por regalarle, no curando de su persona propia, así lo es que un hombre ande calentando a su cuerpo, y se olvide de lo que él es; que su ánima quita el freno a su caballo y échaselo a él, y dice al caballo que rija a él y que haga todo lo que el cuerpo manda. Si manda trabajar, para tragar, que trabaje; si le manda lujuriar, que lujurie; si le manda quebrantar ayunos, que los quebrante; de manera que ya no traes tú del freno a tu cuerpo, sino él a ti.

¡Oh, cosa para llorar! ¡Oh, cosa monstruosa, que una cosa tan vil se enseñoree de una cosa tan excelente! Remedio, por Dios, señores; y tened al cuerpo por quien es, y a vuestra ánima por quien es; quitad el freno de la mano del cuerpo, que os llevará derechos al infierno; y tomadlo vosotros y hacedlo andar a raya, dándole lo que le cumple y no más, aunque lo pida y lo desee; y así lo curaréis bien, y él bien curado, y quitados tantos cuidados como el amor de este cuerpo y de este mundo os da, entended en curar vuestra ánima que está enferma. ¡Desventurada de ella, triste, desconsolada, con enfermedades mortales! ¿Y no quieres remediarla ni darla una sed de agua? No sé si me creeréis en deciros que estáis enfermos, viéndoos como os veis sanos y buenos; y pensáis que esto es una conseja que con sólo oírla, no es menester más. ¿Creéis que estáis enfermos? Decid: ¿estáis en algún pecado? ¿Habéis descendido de Jerusalén a Jericó, que quiere decir del estado de gracia a pecado? Pues creed, como creéis en Dios, que estáis enfermos y que os han llagado los demonios, que son los ladrones. *Domine, sana animam meam, quia peccavi tibi,* dijo

uno que sintió el mal del alma. Y pocos creo yo que hay aquí que no hayan pecado alguna vez mortalmente, en palabra, deseo, o en obra; y por eso pocos habrá que no estén enfermos. Y si me decís que os habéis curado confesándoos, y llorando vuestros pecados, y restituyendo a vuestros prójimos lo que debíais, dígoos de verdad que se hace pocas veces bien, y como se debe hacer; y puesto que se haya hecho, quizás has pecado después acá; y puesto que no, dígote de verdad que no sé si te han sido perdonados tus pecados, aunque más hayas hecho, hayas llorado más lágrimas que hay en el mar. No sé si estás perdonado, ni nadie lo puede saber, por eso no se tenga nadie por sano, y procure de cuidarse y salir de manos de estos ladrones robadores, que nos han herido y dejado medio muertos, como el Evangelio dice. Medio muertos, porque dejan el ánima muerta, que es la una parte y la principal del hombre, aunque el cuerpo quede vivo.

¡Oh, qué cosa es ver a un hombre en pecado! Dígoos en verdad que es monstruo y si ver pudiéramos el ánima, nos espantaríamos de su fealdad y desventura.

Es cosa maravillosa ver una cosa que parece viva y está muerta; ver hablar, comer, beber, como vivo, y estar el desventurado muerto; verle reír, y está un paso no más del infierno; verle de fuera vestido y de dentro desnudo; verle blanco de fuera y negro de dentro; y hermoso de fuera, puesta la figura del diablo encima de sí; verle que parece que no anda nadie con él, y anda con compañía de millares de demonios que nunca se apartan de él. ¡Oh, malaventurada la tal ánima que en pecado está!

¿Y porqué no se llora? Lóranse los muertos del cuerpo, la pérdida de hacienda y las destrucciones de ciudades; ¿y porqué no una ánima que vale más que todos los cuerpos juntos? Cuya pérdida, como San Agustín dice, es mayor que la pérdida de las cosas corporales, o más grande. ¡Que la que fué hecha para ser cosa de Dios sea de diablos! Remedio por Dios, señores; curaos como Cristo os dice; curaos y decid a Dios: *Domine*

miserere mei, sana animam meam. Luego os echará óleo de esperanza, y vino de temor; y venid al mesón del Samaritano, que es la Iglesia, reposo de viadores; y confesaos muchas veces. Que dos monedas han dado al principal de la posada, que es el sacerdote, con que os cura, que son dos *claves* de potestad y ciencia. Y luego guardaos de pecar, y así tenéis cuidado de vosotros, según nuestro tema.

Mas no os olvidéis del prójimo, al cual también habréis de curar: cuerpo, por limosna; y ánima, por buen ejemplo y consejo. Mirad a San Pablo: *Volebam esse anathema pro fratribus meis.* Y así no veréis vuestro reposo, vuestra consolación, vuestro provecho, sino la salud de las ánimas de vuestros prójimos; que el Señor lo pagará bien pagado. Y oíd a San Gregorio: *Nullum sacrificium aceptabilius quam celum animarum.* Y él lo pagará aquí por gracia y después por la gloria.

TRATADO XIV

DE TODOS LOS SANTOS

Sermo omnium Sanctorum. Joa. D. A.

Quos prædestinavit, hos et vocavit, et quos vocavit hos et glorificavi. Quid ergo dicemus ad hæc? Si Deus pro nobis, quis contra nos? Ad Romos. 8 capto.

PARA bien hablar de las cosas de Dios es menester espíritu de Dios: y para que caiga en nuestras entrañas, humillémonos a Nuestra Señora y digámosla el Ave María.

Quos prædestinavit, etc. La gracia del Espíritu Santo sea con Vuestras Mercedes. Las palabras que tomé para nuestro sermón son de la carta que el Apóstol envió a los romanos; están a los ocho capítulos de ella. En romance suenan: a los que predestinó, etc.

Este oficio de predicar no es tan fácil como pensáis y pensamos. Hablar un hombre bien de Dios, muy difícil cosa es. Decía el Profeta David: *¿quis narrabit potestatem Domini? ¿Quis loquetur potentias Domini?* Espantábase del gran poder de Dios y de sus grandezas: ¿quién las podrá entender y contar? Y el Profeta Isaías, cuando pensaba que había entendido, cuando pensó mucho de la ira de Dios, cuando pensó que había conocido a Dios, decía: *¿Quis iram Domini intelligit?* ¿Quién entenderá la ira del Señor? Y entre todas sus obras, muy

dificultosa cosa es de entender una de que El más usa, que es la misericordia; y tanto más, cuanto más usa de ella que de la ira y de la justicia, como decía el Profeta: *Misericordia ejus super omnia opera ejus.*

Pues si aquellos Santos alumbrados por Dios no sabían hablar de su ira y de sus potencias, ¿cómo hablará un hombrecillo como yo de una cosa que tanto excede, como es de lo que hemos de hablar hoy, que es de la misericordia que usa Dios con los Santos bienaventurados que están en el cielo, y estuvieron aquí donde nosotros estamos? Que de esto hemos hoy de hablar, que hoy celebramos el día de todos los Santos.

Cuando dijese Santos, no entendáis solamente San Pedro, San Pablo y San Juan y otros así; mas entendamos todos los que están en el cielo, todos los que están en gracia; que hoy es el día de todos los Santos, hoy es el día que se nos muestra la misericordia de Dios con los que El quiso llevar a gozar para siempre de El; hoy es el día que se nos da a nosotros esperanzas para ir a caballo para siempre con ellos.

¡Quién viese la fiesta que hoy hacen en el cielo!; por cierto que de antes lo desearía hoy saber: qué es la misericordia, qué será Dios con los que allá están y ha de usar con los que allá hemos de ir, entrando allá.

Quos prædestinavit, etc. ¡Cuán bien que lo dice San Pablo en estas palabras, y en cuán breve suma! *A los que predestinó, llamó Jesucristo.* ¿Pensaréis ahora que me he de meter yo en cuestiones de la predestinación? Que dicen algunos que se desconsuelan en oírla, y así dicen que por eso no se ha de hablar de predestinación; que así lo dice San Agustín, que por eso no hablaba muchas veces en ella.

¿Qué cosa es predestinación? Claro que todos lo entendéis. No es otra cosa sino que desde que Dios es Dios tiene amor a ciertas criaturas; con querer hacerles participantes de su gozo, de su ser y bondad, y tener propósito desde que El fué, que ciertos hombres y ángeles se sentasen a su mesa a comer su manjar. Esto es predestinación. Una escritura en el pecho de Dios de dar su

gloria a Fulano y a Fulano. Aunque no les debo nada, sino por mi bondad, llamarlos he cuando sea tiempo. Pues, ¿porqué nos ha de desconsolar habernos tenido Dios amor desde que es Dios, y propósito de hacernos tan gran merced?

Y es tan cierta esta merced, y tan firme este propósito, que en ninguna manera puede faltar; aunque se levanten lluvias y vientos, y la tierra y el infierno, es imposible que falte uno de los que Dios tiene asentados en su pecho para salvarlos.

Las ánimas de los Santos están en las manos del Señor, tráelos Dios tan guardados, que los tiene siempre en su mano. Mira cómo se le han de perder. Dice Dios por el Profeta: *Ego nutritius eorum; in humeris meis portabo faetus, et in sinu meo agnos.* Yo seré su ayo de ellos; yo los traeré siempre en mis manos; las preñadas, como buen pastor, traeré a cuestas. Porque llevó a cuestas nuestros pecados, pagando por ellos; y tráenos en su seno, porque nos tiene tan guardados.

Asentad en vuestros corazones que, a quien Dios tuvo propósito de salvar, que por acá o por allá, vaya o venga, El lo ha de salvar.

Pues diréis: Padre, si es tan cierto ese propósito, ¿cómo se le caen muchas de las manos? ¿Cómo se le quiebran y se pierden?

Digo que cierto está que muchos de los que están en el cielo estuvieron en pecados veniales. Sólo Aquél que es Hombre y Dios, y Nuestra Señora, de quien creemos que no lo tuvo, estuvieron sin él. Mas fuera de ellos, si todos los Santos dijeren (dice San Juan, 1.ª; Joannis, capítulo I): *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus et veritas in nobis nos est.* Y si hablamos de pecados mortales, ¿cuántos hay allí que estuvieron en pecados mortales, y muy grandes, y muchos, y lo más de la vida? Luego ¿cómo o porqué consiente Dios que se le caigan de sus manos y de su seno? Para que se manifieste más su bondad.

Otras muchas causas hay; mas ésta es la principal, para que mientras más fuere tu maldad, más se mani-

fieste la bondad de Dios en perdonarte y hacerte tan grandes mercedes. Como algunas veces permite Dios que seas perseguido y que te hagan mal, y que mientras más mal te hacen, más se parece tu bondad haciéndoles bien; así, para que se vea cuán bueno es Dios, que siendo tú malo usa de tanta bondad contigo que te limpia y te perdona (que no puede tanto tu maldad que no lo venza su bondad), permite que caigas.

Ve Dios que está un ánima enferma, que está hinchada, que muy pocos hay que andan el camino del Señor que no tengan acá dentro un repizco de soberbia, un poco de hinchazón, un poco de fariseo, un poco de «bueno soy, no hago tan malas obras como aquél». Pocos hay que no lo tengan. Así decía San Juan que lo que más desde niño procuró era no tener corazón soberbio. ¿Tenéis allá ese viento, enfermo estáis; menester es cura, aunque sea recia. Permite Dios que os caigáis de la mano y de su seno y que os quebréis. ¿Quién hizo decir a San Pedro: «si todos te negaren, yo moriré contigo?» Un poco de hinchazón. Permite Dios que caiga, para que conozca que todo le viene de la mano del Señor. ¿Porqué permitió a la Magdalena estar envuelta en tanta muchedumbre de pecados? Para que se manifieste a nosotros que no pueden ser tantos que impidan su bondad; antes allí muestra más su amor. Como cuando le abofeteaban, allí estaba más hirviente su amor para salvarlos.

Andáis vos muy flojo en el servicio de Dios y en el camino del cielo, que os hace decir: «Pocos pecados tengo, no he menester yo tanto como otros; pocos pecados me han perdonado, por eso amo poco». Enfermo estáis: es menester cura, aunque sea recia. Porque no se puede dar mayor pena en esta vida que caer en pecado, permite Dios que caigáis en pecado, para que conozcáis claramente cuán bueno es Dios, para que conozcáis cuán de veras es Dios poderoso para levantar al pobre del polvo y al mendigo del estiércol; para sentarlos en las sillas con los Santos bienaventurados. Andáis flojo; es menester que os dé Dios una espolada para que os levantéis diligente y más cauto. No os duele cuando cae

en pecado vuestro prójimo, antes lo menosprecias. Permite Dios que caigáis, para que sepáis después tener misericordia de El.

Predicaba tanto esto San Pablo, que le levantaron un testimonio: «Que pues que nuestros pecados mostraban la bondad de Dios, que era bien que pecásemos». Dice él: Tate, yo no digo tal; sino que no desespere nadie por los pecados pasados; mas, que no peque. Da esfuerzo a los pecadores para no desesperar, no licencia para pecar. Cáense de las manos de Dios, porque ellos se quieren caer, y ordena Dios que sea para su bien y que en ello se muestre su bondad. Déjate Dios caer para que seas curado. El lo dice por el Profeta Miqueas: *Gaude, filia Sion, egredieris de civitate, habitabis in regione, et ad medium Babilonis, et ibi liberaberis ab omnibus inimicis tuis.* Saldrás de la ciudad; estás en gracia; estás en la guarda y dentro de los muros de Dios; caes en un pecado, quédate aún un deseo de salir de él y no ofender más a Dios; quédante aún tus oraciones y devociones,y oir tu misa de buena gana. Aun estás en la región del rededor de la ciudad; estás cerca de la gracia.

Mas deja Dios más la mano, y vienes hasta la confusión, que eso es Babilonia; hasta que vienes a espantarte y confundirte a ti mismo, hasta andar tu casa al revés, que la razón ande abajo y la carne ande encima; que donde quiere la ira, allí vayas tú; donde quiere la soberbia, allí vayas; hasta traer un freno de bestia en la boca, y regirte una bestia. Y hay en eso confusión de Babilonia.

Te librará Dios de tus enemigos; ahí te saca de los pecados. Aunque muy grandes sean, mayor es su misericordia. No desmayes; que aunque sean infinitos, infinita es su misericordia. Y de ahí te sacará. ¿Y para qué, sino para justificarte y engrandecerte en su reino? Aunque estés tan lleno de pecados que no quede cosa buena en ti; aunque estés tan llagado de pies a cabeza, como erizo lleno de madroños; para que cantes de veras: *Me eripuiste; tribulationes multas et malas, et ex omnibus liberasti me, et de abisu eduxisti me.* (Salm. LXX).

Quos praedestinavit, hos et vocavit. A los que predestinó llamó. Llamarles Dios, es traerlos a su conocimiento y convertirlos a El. Uno de tal padre o tal madre; otro de otros; uno de aquí, otro de allí, otro de los moros, otro de los judíos. Que si es de los que Dios tiene predestinados, aunque esté allá en los fines de la tierra y no haya hombres, enviará Dios un ángel que le predique y le dé su conocimiento, y le alumbre con la fe de Jesucristo su Hijo, y lo bautice. Aunque sea el más obstinado judío, le quitará Dios el corazón de piedra y le dará corazón de carne, para que le crea y se convierta.

Y es cosa de notar con cuánta sabiduría, con qué manera, con qué arte, y por cuánta diferencia da Dios a cada uno de éstos los remedios para que alcancen aquel fin, para lo que los tiene predestinados. A uno pobre; y a otro da riquezas para que sean medio que con ellas se salve; a otros quita el hijo; a otro da enfermedades; a uno lleva para que oiga a un predicador; a otro lo quita para que no lo oiga; a aquél porque le aprovecha más el otro. Y todos son medios para salvarle. Uno es hombre, otro mujer; uno blanco, otro negro; y llámalos Dios más particularmente a aquéllos que a otros; que aunque dos estén a este sermón, el uno sale con buen propósito, y el otro se queda tan entero como antes en sus pecados; otro sale con propósito de ser bueno y perseverar en ello, porque Dios le ayuda y le llama con más eficacia que al otro; y por eso no es este llamamiento como el que dice: *Multi sunt vocati, pauci vero electi.* Y el que no persevera no tiene de qué quejarse; que lo que Dios le ayuda, basta para perseverar en el bien, si él quiere.

Luego el llamar Dios, es convertirte a El. ¿Qué tenías? Y es de tanta fuerza, que aunque tuvieses el corazón de hierro y fueses de piedra, responderías a Dios si eres de ellos. No salva Dios a nadie por fuerza; mas ordena el que tú quieras hacer con que te salves, queriendo. Llámalos Dios y límpialos, y justifícalos para engrandecerlos, para usar con ellos de misericordia.

Pluguiese a El que nos hiciese misericordia, que nos diese a entender lo que usa con ellos en el cielo, que mu-

cho haría para nuestro bien. ¡Si Dios abriese nuestros ojos para que creyésemos que Dios es verdaderamente bueno, y que nos ama, y el bien que nos tiene aparejado! Aunque para el que no tiene conocimiento de esto, es bueno el temor; mas para quien conoce el amor que nos tiene, mucho bien le es pensar en ello, para ser bueno, a quien tanto le ama.

¿Qué tenéis, Señor, para dar a estos vuestros amados? ¿Quién lo sabrá decir? Un alabar a Dios para siempre, desde que entraron en el cielo; un ser sin falta, un descanso sin trabajo, un gozo sin pesar, una vida sin muerte, un deleite no sucio. ¿Qué es lo que tenéis? *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cœlorum.* Es un reino donde han de reinar y ser reyes; no de reino que se acaba, sino de reino para siempre. *Beati mites quoniam ipse posidebunt terram.* Darles ha también una tierra. Pues, ¿porqué ya le llamáis cielo, y ya tierra? Llámase tierra, porque no será como los bienes de acá, que ya los tiene el hombre, y ya no tiene nada; mas darles ha un bien que será firme como la tierra; que así como no se mueve, así ellos no lo perderán. Bien que no es oro sino el que crió el oro; no deleite sucio, sino deleite celestial.

¿Cómo se llama más? *Beati pacifici, quoniam fili Dei vocabuntur.* Llamarse han hijos de Dios, estarán entre los hijos de Dios, en compañía de los ángeles y con Dios. Acá se llaman hijos de Dios que no han heredado. Allá serán hijos de Dios que habrán heredado.

Beati mundi corde, quoniam ipsi Deum videbunt. También les darán ver a Dios. Denle gracias los ángeles para siempre jamás; que hemos de ver a Dios como El es, y gozar de Dios, aquel piélago de infinitas perfecciones, aquel retablo y dechado donde sale todo el bien. Que hemos de comer el manjar que es el mismo Dios, como a su mesa, y que al cabo de cientos de años, estaremos tan hambrientos de comerlo, como el primer día.

Manjar que nunca dará fastidio, porque siempre hay sabor nuevo, y cosas nuevas que ver; que es piélago de infinitas perfecciones, escondrijo de escondidos secretos,

que nadie puede comprender lo que en El hay, porque es infinito. Que hemos de comer a su mesa misma, y su propio manjar, y oír la música que oyen sus mismas orejas. A gozarnos del gozo que El goza, que es el manjar que come Dios. Verse a sí y conocerse a sí; y esta es la gloria suya y su gozo.

Pues esto han de tener los Santos; luego han de comer de su mismo manjar; y oyen su música, que es ver aquella bendita esencia, simplicísima y en concordancia con tres personas. Ver tantas perfecciones y una misma cosa, ésta es la música que han de oír sus orejas, y gozarse en su gozo donde está.

Intra in gaudium Domini tui. Siervo fiel, porque te puse sobre pocas cosas, y fuiste fiel, entra en el gozo de tu Señor. Como si el rey estuviese en su sala, y llamase a un esclavito de la cocina, y le dijese: ven acá, entra en la sala de tu señor a sentarte a su mesa, y a oír su música, y a gozarte de lo que él goza; entra en el gozo que se goza tu señor.

¿Cómo se llama? *Beati misericordes.* Llámase misericordia que se da a los que usan de misericordia; y es misericordia que excede a toda misericordia. *Beati qui lugent:* llámase consolación que se da a los que en esta vida fueron desconsolados; halago para los afligidos. Por eso decía San Bernardo: «Bienaventuradas lágrimas que han de limpiar las manos de Dios». Luego, pues, que tal consolación y tal regalo esperamos, no se nos hagan recios los trabajos de esta vida. ¡Qué regalos, qué ánimos, qué acallamientos, qué arrullos hará Dios! Ea, no se corra nadie; que tal es el Señor. Dícelo El por Isaías (capítulo VI): *Ad ubera portabimini et super genua blandietur vobis, quia sicut mater blanditur ita ego consolabor in Hierusalem; consolabimini, videbitis et gaudebit cor vestrum et osa vestra quasi herba germinabit,* etc.

Digo que no se corra nadie; que os traerá Dios como niños en los brazos a sus pechos; que jugará con vosotros sobre las rodillas como hace la madre a su hijo; que os tendrá jugando y brincando sobre sus rodillas.

—No digáis tanto, que no se crea. «Vosotros lo ve-

réis, dice Dios y no otros. Vosotros lo veréis y os gozaréis, y Yo os consolaré». ¡Bendito seáis, Vos, Señor, que sois nuestro consuelo! Pues que así es, no quiero placer en esta vida, no quiero halagos, por tenerlos en la otra; no quiero deleite sucio, por no perder aquel tan limpio y casto; no quiero consolación tan breve y vana, pues voy a aquella que es mi Dios, descanso de nuestros trabajos, fuerza de nuestra flaqueza, esperanza de nuestras caídas, gozo de nuestro pesar! ¡Ya faltan palabras con qué decirlo! Es ello tanto, que no se puede decir, ni aun imaginar con entendimiento.

También en este Evangelio se llama una corona que tiene Dios para el que viene a El. Si vieseis, señoras madres, las coronas, las sillas que Dios os tiene, ¡de cuán buena gana sufriríais el trabajo de la religión y cuán alegres estaríais! Pues una niña que la llevan a ver a su padre, ¡qué alegre va! ¿Porqué las que van a ver a su Padre celestial han de ir sino con mucho esfuerzo y alegría? Si supiereis, hermanas, las coronas que Dios os tiene cuando vayáis allá, ¡con cuánto placer iríais por el camino del Señor!

¿Cómo se llama lo que Dios tiene en el cielo? ¿Qué es? Si mucho importunáis, deciros he que ese mismo es su nombre. *¿Qué es esto?* No tiene nombre, sino un ¿qué es esto? *Dabo eis manna absconditum quod memo scit nomen ejus, nisi qui accipiet.* Daréles un maná escondido que no tiene nombre, sino *¿qué es esto?* Llovió Dios a los hijos de Israel una cosa, la cual era como culantro blanco, y espantados dijeron: *Manuhu; ¿qué es esto?* Ese es su nombre.

Diréis: «padre, ¿qué le dimos nosotros, pues que tanto nos ha de dar?» ¿Y qué le dieron los que allá están, pues tanto les dió?

Diréis: «caro les costó: que a unos descabezaron, y a otros crucificaron, y a otros peinaron con peine de hierro, y a otros quemaron y a otros desollaron vivos». ¡Oh, hermano! Que eso de Dios es; que el morir por Dios, el quererlo, de Dios fué dado; y el poderlo pasar, efecto es de la predestinación; parte es del bien que Dios les tenía,

que por eso se lo dió; porque quiso que fuesen allá. Diréis: dispusiéronse ellos a la gracia para ello. También eso es don de Dios. Usaron bien del libre albedrío. Dice San Agustín: no hurgues tanto para buscar a Dios de tu cosecha; que no hallarás qué darle, sino pecados. *Quid habes quod non accepisti?* Todo lo bueno es de Dios; no tienes de ti sino el faltar, el caer y el pecar. *¿Porqué te dió Dios la gracia?* Porque lo quiso salvar. ¿Porqué te quiso salvar? Porque quiso. ¿Porqué quiso? No hay que ir más adelante.

Otros dicen: «porque yo hice lo que era en mí». No; tate. Anoche leía en San Agustín *De praedestinatione Sanctorum*, que aun de las excelentes cosas que dijo (sobre él) ¿porqué me salvó? (añade): «Porque me quiso salvar y guardar y ganar, no por lo que yo hice; no quiero yo fiar mi salvación de cosa tan flaca como yo, sino ponerla en Dios; porque Dios es mi guiador y me lleva por la mano. No tenemos Dios ciego, ni olvidadizo, sino Dios que tiene gran cuidado; hincados tiene Dios lo ojos en los tuyos: *Firmabo, inquit, super te oculos meos.* Es Dios muy celador de su honra. Tiene un hombre una mujer; ámala tanto que no quiere que le llegue nadie a ella. Ama Dios tanto su honra, que no quiere que nadie le toque en ella. No te atribuyas a ti la honra de tu salvación. El es nuestra guía, El es báculo de nuestra flaqueza, El es la firmeza de nuestra esperanza. ¿En quién pones tu fuerza? ¿En ti? En viento confías. Desconfía de ti, y pon la confianza en Dios. Digan otros: por lo que yo hice. Di tú: *Salvum me fecit, quia ipse voluit me.* Salvóme porque El me quiso salvar.»

—Diréis, pues, padre, ¿cómo sabré que soy uno de ellos? Que si de ellos soy, dadlo por hecho, no he menester sino dejarme estar así.

—Ahí está el punto. ¡Oh, si me mandase Dios que dijese a todos cuantos estáis aquí, que nos hemos de salvar! Pluguiese a su misericordia que fuese así. Grandes señales tenemos de Dios para ello; que pues Dios nos pudiera criar entre turcos, y nos crió entre cristianos; y nos pudiera dejar como a otros cristianos, perdidos, y

no nos dejó; y nos dió gracia para que recibiésemos su gracia en el Santo Sacramento, y oír más de su parte: el *ego te absolvo;* yo te desato de tus pecados, y nos dió gracia que nos llegásemos a su mesa.

Grandes prendas tenemos de Jesucristo para creerlo. Todo cristiano lo debe creer. Que no hemos de creer que es Jesucristo tan infiel, que nos dé beso de paz con su gracia y nos tenga armada zancadilla para después condenarnos. No lo hemos de creer de El. Pues que somos suyos, que El nos ganó en la cruz, porque quiso Dios salvarnos, y estaban en medio nuestros pecados, que impedían, vino El a tierra; y pudo tanto su pasión, sin comparación más que nuestros pecados. Púsose en medio de los hombres y Dios; y quitó con su amor que donde más mal le hacían, allí estaba más hirviente para salvarlos; y pagando El, pudo más su paga para agradar a Dios y alcanzar perdón, que nuestros pecados para impedirlo. Y así, venciendo lo mayor a lo menor, quedó el amor para los hombres, quitados los pecados que impedían; y en pago de haberlos librado, dijo Dios: yo se los doy a Jesucristo por suyos. Como si el Rey dijese a su hijo: porque habéis rogado por estos que estaban condenados, yo os hago merced de ellos. Y así dijo Dios porque los ganastes, yo os doy a Fulano, y a Fulana, y a Fulana, y a Fulana. ¡Mas qué bienaventurados Fulanos estos! Así lo dijo El: *Tuyos eran y tú me los diste para que ninguno perezca.*

Tengámonos, luego, por esclavos de Jesucristo y sirvámosle como criados suyos; pues El nos ganó. Que merced suya somos (Isaí., III): *Ideo dispertiam ei et fortium dividet spolia pro eo,* etc. Daréle muchos que serán despojo de fuertes, despojo de los demonios, cuyos eran, y en cuyo poder estábamos condenados al infierno.

Luego, a los que predestinó, llamó; y a los que llamó, limpió, y justificó; y a los que justificó, engrandeció. *Quid, ergo, dicemus ad hæc?* ¿Qué diremos a estas cosas? Si Dios es por nosotros, pues que Dios es con nosotros. Si Dios es de nuestra parte, si Dios es nuestra guarda, ¿quién será contra nosotros? Si Dios nos quiere

salvar, ¿quién osará condenarnos? ¿Quién osará levantarse contra nosotros? ¿Qué diremos a estas cosas, sino que sea El bendito para siempre jamás, y que cuando nos llamare que le respondamos, y recibamos su gracia, y nos esforcemos a seguirle hasta su gloria? *Ad quam nos perducat*. Amén.

PLATICAS

DEL

BEATO JUAN DE ÁVILA

PARA SACERDOTES

PLATICA PRIMERA



RANDE es la alteza del beneficio que Dios nos ha hecho en llamarnos para la alteza del oficio sacerdotal, pues que habiendo tantos a quien lo poder encomendar, *elegit nos ab omni vivente* (Eccl., XLV): y si elegir sacerdotes entonces era gran beneficio, ¡qué será ahora en el Nuevo Testamento, cuyos sacerdotes somos como el sol en comparación de la noche? ¡Oh, divina bondad, que tanto se manifestó en levantar hombres a tal alteza, que ponga en las manos de ellos su poder, su honra, su riqueza y su misma persona! ¿Quién no se tendrá por muy beneficiado de Dios con ser poderoso en la tierra para hacer descender fuego del cielo? Mas que Dios le elija para le consagrar, y cuán presto venga su Majestad siendo llamado, mayor beneficio es que lo que se cuenta de Josué cuando hizo estar quedo el Sol, como dice la Escritura que no hubo día tan largo: *Obediente Domino voci hominis.* Más grande día es éste y mayor, pues allí se quedó el Señor donde estaba, y aquí toma ser sacramental donde no lo tenía. ¿Quién con tanta ligereza obedece a su mayor, con cuanta Cris-

to a sus sacerdotes? ¡Oh, gran lección nuestra! ¡Oh, admirable ejemplo, de cual cierto se puede con mucha razón decir: *Si ego Dominus, et Magister!*

«Y si estando glorioso y en tiempo de ser servido de tantos ángeles en el cielo, como lo estoy, me bajo Yo a os obedecer con tanta presteza y de tan buena gana, ¿cuánta más razón será que vosotros me obedezcáis a Mí y a todos por Mí?» ¿Quién después que ha comulgado no queda atónito y con profunda humildad no dice al Señor con San Juan: *Tú, Señor, vienes a mí?* ¿Qué sacerdote, si profundamente considerase esta admirable obediencia que Cristo le tiene, mayor a menor, Rey a vasallo, Dios a criatura, tendría corazón para desobedecer a Nuestro Señor y sus santos Mandamientos, y para no perder antes la vida que su obediencia? ¿Quién alzaría el cuello contra su mayor? ¿Quién no se bajaría a su igual y menor? Viendo esto San Juan se espantó, y dijo (Matth., III): *Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad me?* ¿Y así no podríamos nosotros decir: *¿Yo, Señor, había de ir a Ti y obedecerte, y Tú vienes a mí?* Y así ha de tener el sacerdote vergüenza de ser soberbio. Acordémonos, Padres, cuando alguna cosa de los Mandamientos de Dios se nos hiciere dificultosa, de esta obediencia, humildad y amor con que Dios obedece a la voz del hombre en la consagración. Allí representamos su sagrada persona, y decimos las palabras en persona de El. Y aquella honra que antes de encarnado daba a los ángeles, que decían en persona de Dios: *Ego Dominus*, ya se ha pasado a los sacerdotes, los cuales dicen: *Ego te absolvo. Hoc est corpus meum, in persona Christi.* ¿Quién contará la alteza de honra donde nos sube? ¿Cúyo corazón no se regala como el de Simeón tratando a Cristo con sus manos, mirándolo con sus ojos, y siendo traído tan de lejos, mediante la lengua, ser abrazado y metido tan de cerca de sí, tan dentro de sí, en el mismo pecho? Quien quisiere honrar a Cristo, acuérdese de esta honra que recibió de El: quien fuera del altar quisiere andar compuesto y con el peso que debe, acuérdese de cuán engrandecido estuvo, cuán importante negoció trató en el altar.

Si el demonio, la carne o el mundo le tentare fuera del altar, acuérdese de cuán preciado y beneficiado fué de Dios en el altar, y diga con José: *¿Cómo puedo hacer este mal y pecar contra el Señor Dios mío?* Mas si los sacerdotes no somos piedras o demonios, viendo que el Señor se ata con nuestras palabras, se deja prender con cadenas de amor de nuestras indignas manos, ni tenemos corazón, ni lengua, ni ojos, ni manos, ni pecho, ni cuerpo para le ofender, porque nos veremos todos enteros consagrados al Señor con el trato y tocamiento del mismo Señor.

Los moros que van a la Meca a ver el zancarrón de Mahoma, se tienen por tan bienaventurados en lo ver, que muchos de ellos se sacan los ojos, porque habiendo visto con ellos cosa tal, les parece que le hacen desacato si con los mismos ojos miran otra cosa. ¿Cómo, Rey mío, emplearé mis ojos en mirar vanamente faz de mujeres y cosa que sea indecente, pues se emplean en mirarte a Ti, que eres limpieza y hermosura infinita? Con mucha razón, por cierto, mandaste Tú que todos los suyos se saquen los ojos que los escandalizan, y con mucha más razón nos los debemos sacar los sacerdotes, quiero decir que los mortifiquemos por el acatamiento que se debe a la vista de tu sagrada Persona. La lengua del sacerdote llave es con que se cierra el infierno, y se abre el cielo, y se alumbran las conciencias, y consagra a Dios. Si quisiéremos, Padres, pecar con la lengua, pidamos otra lengua prestada; que ésta con que consagramos a Dios y hacemos tan admirables efectos, en ninguna manera se sufre emplearla en servir al diablo con ella. *Nugæ in ore sacerdotis blasphemiæ sunt: consecrasti os tum Evangelio, talibus aperire non licet, si nugæ blasphemiæ sunt, inquit Bernardus.* Mirémonos, Padres, de pies a cabeza, cara y cuerpo, y vernos hemos hechos semejables a la sagrada Virgen María, que con sus palabras trajo a Dios a su vientre; y semejables al portal de Belén y pesebre donde fué reclinado, y a la cruz donde murió, y al sepulcro donde fué sepultado; todas estas cosas son santas por haberlas Cristo tocado, y de lejanas tierras las van

a ver, y derraman de devoción muchas lágrimas, y mudan sus vidas, movidos por la gran santidad de aquellos lugares. ¿Porqué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, impasible, como no vino a los otros lugares? ¿Y cómo el sacerdote lo trae con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros lugares, sacando la Virgen? Relicarios somos de Dios, casa de Dios, y a modo de decir, criadores de Dios, a los cuales nombres conviene gran santidad. ¿Quién será aquel tan desventurado que siendo de Dios tan preciado y honrado dé consigo en el lodo y hediondo cieno de los pecados? ¡Oh, Padres míos! bienaventurados somos si sabemos conocer y nos queremos aprovechar del gran precio y estima con que somos honrados por Dios: y ¡ay! ¡ay! ¡ay! de nosotros si siendo tan preciados de El, ni nos preciamos a nos ni le preciamos a El! ¡Oh, palabra que hiere más que afilada espada, la que dijo Dios a los sacerdotes pasados, por el Profeta Malaquías (capítulo I): *Filius honorat patrem, et servus dominum suum: si ergo Pater ego sum, ubi est honor meus?; et si Dominus ego sum, ubi est timor meus dicit Dominus exercituum?; ad vos, o sacerdotes, qui despecitis nomen meum.* ¡Que te desprecian, Señor, tus sacerdotes!

Los tan preciados de Ti, los que te deben tan justamente servicio, los levantados por Ti sobre la dignidad de los ángeles, siendo Tú honra de ellos, ellos deshonra de Ti! Nunca cosa tan fea se oyó, vió ni obró: y si de aquéllos se queja Dios, y con mucha razón, ¿qué hará de nos que somos más beneficiados que aquéllos, y era razón que escarmentáramos en el castigo de aquéllos? Conozcamos, Padre, que no respondemos al Señor con el precio y honra que era razón: no añadamos pecados sobre pecados, como aquellos que respondieron: *In quo despeximus te?* No plega a Dios que sobre nuestros pecados se añada también ceguedad de conocerlos. Muy lejos estamos, Padres, de aquella santidad que nuestro oficio demanda; y si esto no conocemos, ciegos estamos. «Más limpios y resplandecientes habemos de ser—dice Crisóstomo—que los rayos del sol». Luz del mundo y sal de la tierra

nos llama Cristo. Lo primero, porque el sacerdote es un espejo y una luz, en la cual se han de mirar los del pueblo, para que viéndola conozcan las tinieblas en que ellos andan y les remuerda el corazón, diciendo: «¿Porqué no soy yo bueno como aquel sacerdote?» Y llámanse sal porque han de estar convertidos en un sabrosísimo gusto de Dios: tanto que el que tocare sola su habla y conversación, por derramado que esté y disgustado de las cosas de Dios, cobre gusto de ellas y pierda el gusto de las cosas malas: la gente del pueblo, con sus ocupaciones, ni tiene luz ni gusto de las cosas de Dios. Para esta olla de carne proveyó Dios que fuesen los sacerdotes fuego, lumbre y sal, como gente que ha de tener tanto de esto que haya para sí y para otros. Y considerando esta alteza de santidad que aquel altísimo oficio demanda, ha habido muchos, aunque de muy buena vida, que no se han atrevido a recibir tal dignidad, queriéndola más por señora que por mujer. San Marcos fué uno de aquéstos y San Francisco otro, el cual, siendo rogado de muchos que pues era ordenado de diácono se ordenase de Misa, y yendo él por un camino pensando en esto y encomendándose a Dios, le apareció un ángel con una redoma muy clara llena de un licor más claro y resplandeciente, y le dijo: *Francisco, tan claro como este licor ha de ser el ánima del sacerdote;* y era tan grande el resplandor de este licor, que San Francisco, con ser San Francisco, cotejando la limpieza de su ánima con aquel resplandor, le pareció no tener suficiente disposición para ser de Misa, y nunca jamás lo osó ser. Otros muchos hubo en los Padres del yermo de excelente santidad y venerables canas, que oliendo que los querían echar esta dignidad encima, se iban huyendo de sus monasterios a tierras extrañas.

Veían éstos la alteza de este estado y cuán gran santidad pide; y aunque mucha tenían, parecióles poca para oficio tan alto. Y nosotros no conocemos la dignidad sacerdotal, y por eso no sólo no huimos de ella, mas lo que mucho es de llorar, que siendo faltos de santidad, la buscamos y pretendemos, y como gente ignorante corremos a ella, poniendo los ojos a lo honroso de ella

y no en la obligación que consigo trae de gran santidad. Para bien alcanzar esto, Padres, es ser sacerdotes, amansar a Dios cuando estuviere enojado con su pueblo; tener experiencia que oye Dios sus oraciones, y que les da lo que piden; tener íntima familiaridad con El, y tener virtudes más que de hombres, y que pongan en admiración a los que los vieren; *hombres celestiales o ángeles terrenales han de ser los sacerdotes;* y aun si pudiera ser, mejor que ellos, pues tienen oficio más alto que ellos. Y porque con más autoridad entendamos cuáles hemos de ser, miremos a nuestro Padre San Pedro, al cual en figura de Leví dice Dios por Malaquías (cap. II): *Pactum meum cum eo fuit vitæ et pacis;* y como quien nos conocía, nos amonesta a los sacerdotes qué tales debemos ser (I Petrus, II): *Vos autem genus electum.* No de carne y sangre, mas nacidos de Dios. Hijos suyos semejables en las costumbres a El; no viene bien ser hijo del diablo, como lo es el pecador, para ser sacerdote. Hijo adoptivo de Dios y muy amado de El; que tal es razón que sea el que ha de consagrar al muy amado e Hijo natural de Dios Padre. Sois Sacerdocio Real, Reyes santos, que regís vuestra voluntad y pasiones conforme a la ley de Dios, y rigiéndoos bien a vosotros, regís al pueblo dándole mayores beneficios, y ejercitando cosas de mayor poder que los Reyes de la tierra sobre sus vasallos. Reyes sois de la tierra, porque la despreciáis; Reyes de los hombres, porque los regís según Dios; a los demonios mandáis; con Dios podéis tanto, que lo traéis a vuestras manos, y de airado le volvéis manso. ¿Quién hay que reino tan conforme, rico y preciado posea? Y en testimonio de esta verdad real está mandado que los sacerdotes traigan corona; la cual no es rasura que traemos encima de la cabeza; mas los cabellos cercenados por las orejas, aunque ahora con la costumbre tan usada, no se parece esta corona por andar sin cabellos. Reyes somos y gente santa, dice San Pedro, el cual aun a los legos pide que lo sean, cuánto más a nosotros, a los cuales dice el Señor (Lev., XIX): *Sancti stote, quoniam ego sanctus sum.* Diciendo voy esto e hiriéndome el corazón; mirándome

que habiendo de tener santidad, no creo que tengo el principio de ella: gente santa, pueblo que Dios ha ganado y se llama heredad y hacienda de El, porque es principal posesión de Dios en la tierra, en la cual ha de coger fruto en sí y en los otros.

Los sacerdotes somos particularmente diputados para honra y contentamiento y guarda de sus leyes en nos y en los otros; y si algún tiempo vivimos en las tinieblas de nuestros pecados, ya el Señor nos llamó, dice San Pedro, de aquella ceguedad y nos trajo a su admirable lumbre, dándonos su gracia y lumbre de su divina doctrina, con que nosotros enderecemos nuestros pasos conforme a la voluntad de Dios; y hechos lúcidos, anunciemos a los que están en tinieblas las virtudes y bondades de aqueste Señor, que las ejercitó con nosotros. Tales, Padres míos, y tan calificados debemos ser los que oficios tan calificados tenemos; y la poca estima en que este oficio es tenido, y la mucha facilidad con que se toma, y la poca santidad con que se trata, no son bastantes causas para que en el juicio de Dios se les deje de pedir la buena vida que el tal oficio demanda. No es oficio éste, que por santo y muy santo que sea un gran hombre se deba atrever a buscarlo; enviado ha de ser de Dios para ello, y por revelación invisible u obediencia de Prelado, o consejo de persona a quien deba creer: y aun entonces debe temblar con el peso que le echan a cuestas, que basta para hacer temblar hombros de ángeles. Y si hasta aquí habemos sido poco cuidadosos en mirar la grandeza del beneficio que Dios nos ha hecho, y negligentes en el servir, sea su santo Nombre bendito, que nos ha esperado hasta ahora, sufriendo los desacatos que le habemos hecho y en el mal tratamiento de su Cuerpo santo y Sangre, y los otros pecados y negligencias que habemos cometido; y no sólo sufriendo, mas con deseo de nuestra enmienda y salvación, nos ha enviado Prelado que por la misericordia de Dios trae celo de nos ayudar a ser los que debemos. No trae gana de enriquecer, no de enseñorearse en la clerecía, como dice San Pedro, mas de apacentarnos con buena doctrina y con buen

ejemplo, y ayudarnos con todo lo que él pudiere, así para el mantenimiento temporal, que es lo menos, como para que seamos sabios y santos, los más sabios y santos del pueblo, como San Isidoro dice a los Prelados.

Manda San Pedro que hagan estas cosas con la clerecía, y a la clerecía manda que sea humilde y obediente a su Prelado; y si cabeza y miembros nos juntamos a una en Dios, seremos tan poderosos que venzamos al demonio, y que libertemos al pueblo de los pecados. Porque así como la maldad de la clerecía es causa muy eficaz de la maldad de los seglares, así hizo Dios tan poderoso al estado eclesiástico, que si es el que debe, influye en el pueblo toda virtud, como el cielo influye en la tierra: y de esta manera cobraremos la estima que habemos perdido con el pueblo; cobraremos los años perdidos que la langosta de nuestra negligencia nos ha comido; seremos agradables a los ojos de aquel Señor, que puestos los ojos suyos sobre nosotros, quiso elegirnos entre todos para su alabanza, familiar trato y servicio, y ganaremos nuestras ánimas y las de muchos , y seremos dignos de este excelente nombre de sacerdotes de Dios, y mereceremos con su gracia reinar con El en su gloria. Amén.

PLATICA SEGUNDA

Para tratar lo que conviene a la dignidad del altísimo oficio sacerdotal que tenemos, de manera que tan grande bien no se nos torne en mal, me parece tratar aquí en medio las palabras del Profeta David (Psalm. CXVIII), que en sí mismas nos enseñen y muevan a lo que conviene saber y tener; para que viendo nosotros que un Rey temporal con tanto cuidado sabe también pedir lo que ha menester, y el mucho afecto con que lo pide, nos esforcemos nosotros, pues nuestra dignidad y peligro es mayor, a pedir y desear lo que nos conviene. Las palabras son: *Bonitatem, et disciplinam, et scientiam doce me;* que parecen ser una cosa con los tres panes que el Señor dice que habemos de pedir a nuestro vecino, para poner

delante de nuestro amigo que viene del camino cansado. ¡Válgame Dios! ¡Si los hubiesen ya dado en rostro las vanidades de este mundo, que como sombras se pasan; los placeres sucios de la carne, que durando tan poco, se escotan con tormentos eternos; y si oyésemos con interior oreja la justa amonestación de David (Psalmus IV): *Filii hominum usquequo*, etc.! Básteos, dice por Ezequiel Dios, los pecados que habéis hecho, casa de Israel. ¡Oh, qué justa demanda! ¿Hasta cuándo, Padres míos, habemos de hallar gusto en pecar? Ahítase un hombre de comer perdices y otros buenos manjares, y esle pesado continuar un ejercicio aunque sea bueno; ¿porqué no nos dará en rostro el manjar que mata, el ejercicio que es la misma maldad? Sentía esto San Agustín cuando decía llorando: *¿Cuándo será, Señor, el fin de mis suciedades?* Y quejábase reciamente de la tardanza que había tenido en desengañarse en los engaños de las criaturas, y en venir en conocimiento de Dios: *Sero te cognovi pulchritudo, tam nova; sero te cognovi pulchritudo, tam antiqua.* ¡Ay de aquel que no está cansado de ofender a su Criador, y que después de haber gastado su vida andando fuera de sí, no recibe descontento de ello, y no entra en sí, y tiene hambre de la enmienda de su vida, viendo cuán poco contentamiento ha hallado en la posada!

Y quien esto hiciere y con amargas lágrimas hubiere purgado su corazón de las malas aficiones en que recibía gusto y hartura, podría decir a Nuestro Señor de verdad: mi amigo ha venido de fuera, y no tengo qué ponerle delante: préstame, Señor, tres panes para remedio del cansancio y hambre que trae, pues la vida pasada, ni verdadera hartura ni verdadero contentamiento le ha podido dar. Y porque, David aunque en algún tiempo pecó, otro lloró, y le fué muy más amargo el lloro que sabroso el pecado, y tuvo interior hambre de la virtud y gracia del Señor, pídele con todas sus entrañas que le dé pan de bondad, y pan de disciplina, y pan de ciencia, en las cuales palabras nos enseña lo que debemos pedir y el orden con que lo debemos pedir. La bondad es mejor

y lo primero; y el segundo lugar tiene la disciplina, y el tercero la ciencia: si no hay bondad, ¿qué aprovecha la ciencia, ni buen ejercicio, ni profecía, ni hacer milagros, ni aunque todo lo tengas, si la caridad que hace bueno a un hombre, le falta? Osadamente dice San Pablo (I Cor., XIII): *Nihil sum.* No se engañe nadie en pensar que ha de poner otra cosa en el primer lugar de su cuidado y de su deseo, sino procurar de ser el que debe, y que por entender en la salvación de los otros, él no se pierda. Muy usada sentencia es, mas, plegue a Dios sea tan entendida cuanto común: ¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo si pierde su ánima? Esto nos quiso decir aquel sabio luchador y Patriarca Jacob en los grandes sudores y trabajos que pasó por alcanzar a Raquel; y después, viniéndole su hermano al encuentro, y temiendo no le matase su gente, puso en la frontera la mujer e hijos menos amados, y par de sí a Raquel y al hijo querido, con intento que si peligro hubiese, alcanzase a lo que menos valía y quedase guardado lo que más. José deja la capa en las manos de la mala mujer por escapar la vida; y Susana se ve en aprieto de pecar o de perder la vida, y escogió perder la vida del cuerpo antes que ofender a Dios, y libróla Dios de lo uno y de lo otro.

He dicho esto para que tengamos hambre de alcanzar la virtud, la gracia del Señor, el ser siervo suyo como David, que pedía una cosa, y espiritualmente entendida, es estar en la gracia del Señor, y con este corazón pide aquí bondad primero que todo, mas si como fué Rey, fuera sacerdote, no se contentara con decir: «Señor, dadme bondad», sino : «dadme santidad». Porque el peso con que se pesaban las cosas del templo, que se habían de ofrecer a Dios era mayor que el peso común que se usaba fuera del templo; para que entendamos que el peso de las virtudes de los que tratamos con Dios, y andamos en su casa y le ofrecemos sacrificio, ha de ser mayor que el de la gente común: y le debemos exceder tanto en la santidad cuanto en la dignidad; la cual no es invención mía, sino verdad de la Iglesia: en el ofertorio de la Misa del Santísimo Sacramento dice: *Sacerdotes*

Domini incensum, et panes offerunt Deo, et ideo sancti erunt Deo suo. Yo, Padres, tiemblo de aquellas palabras: cuchillo me es y causa de gran confusión, viendo que me pide santidad, y por ventura no tengo bondad. ¡Oh, cuán presto pasamos por esto, y cuán poco sentimos la altísima alteza de esta dignidad! Y por eso ni tenemos temor de meternos en ella, ni de administrarla después, ni aun por ventura tenemos compunción de cuán bajos quedamos para ser lo que debemos, según lo pide tal dignidad.

No era este oficio, Padres míos, sino para gente escogida de Dios, que excediese a los otros en virtud, como el Rey Saúl excedía a todo el pueblo de los hebreos. Y San Isidoro dice *que el más santo y más docto que hubiere en el pueblo, aquél sea elegido en sacerdote.* Somos, Padres míos, no sólo sacrificio de Dios, cuya parte se quemaba en honra de Dios, y otra parte comían los hombres: todos enteros habemos de ser encendidos con el fuego del amor divinal, como el holocausto, que todo era quemado en honra de Dios, sin que llevasen nada los hombres. Y a quien le pareciere esta santidad mucha y dificultosa, oiga la causa, y por ventura le parecerá que aun no le pide tanto cuanto ella merece. Pedís, Madre Iglesia, que seamos santos vuestros sacerdotes, porque es carga tan grande que sólo oírlo hace temblar. Vos lo declaráis diciendo: *Incensum, et panes offerunt Deo.* Tan gran cosa es ofrecer incienso y ofrecer panes, cuánto más si son los de la proposición que en el templo de Salomón se ofrecían. ¿Para incensar y para ofrecer unos panes pedís santidad? ¿Pues qué será para incensar espiritualmente y ofrecer un pan que del cielo vino, Jesucristo Nuestro Señor, figurado en aquellos panes, y que siendo uno, vale más que todos juntos, y más que el mundo y el cielo y cuanto en él está criado? ¡Oh, qué gran negocio es incensar y ofrecer este santo sacrificio y andar estas dos cosas juntas! Porque para hacer bien y ser valeroso no se ha de partir una de otra: el incienso es orar; y aquél ha de tener por oficio el orar que tiene por oficio el sacrificar, pues que es medianero entre Dios y los hombres

para pedirle misericordia, no a secas, sino ofreciéndole el don que amansa la ira, que es Jesucristo Nuestro Señor.

De este cargo que el sacerdote tiene de orar dice San Juan Crisóstomo las siguientes palabras: «El que tiene oficio de legado por una ciudad, mas ¿qué digo por una ciudad?, antes por todo el mundo universo, y ruega que Dios se amanse a los pecados todos, no solamente de los que viven, mas de los muertos, ¿qué tal piensas que debe ser? Y no pienso que la confianza de Moisés y Elías es bastante para tal oración; porque como a hombre a quien le es encomendado el mundo universo, y que es padre de todos, así se ha de llegar, rogando a Dios que se apacigüen las guerras dondequiera que las haya, que se deshagan los alborotos y que se pacifiquen todas las cosas, y que se ponga fin y remedio a todos los males privados y públicos: de manera, que tanto ha de exceder a todos con influencia de virtud este tal rogador, cuanto excede y se diferencia en el mismo oficio. Pues cuando llamare al Espíritu Santo, y sacrificare aquella hostia digna de reverencia, y tocare al Señor de todos, dime: ¿dónde pondremos a este tal con vuestra estimación? Dime: ¿cuánto resplandor pediremos que tenga y cuán gran religión?» Párate bien a pensar qué tales conviene que sean aquellas manos que son ministras de cosas tan grandes: qué tal ha de ser la lengua que pronuncie tales palabras, o qué cosa ha de haber más limpia y más santa que el ánima de aquel que ha de recibir tal espíritu. A mí, Padres, espántanme mucho estas palabras, que piden tan gran fuerza de oración que aproveche a todo el mundo; para lo cual dice este Santo que le parece es pequeña la confianza de Moisés y de Elías: el uno de los cuales, con la fuerza de su oración, alcanzó perdón para aquel gran ejército que por el desierto iba; el otro cerraba el cielo cuando le parecía que no lloviese, y abríalo cuando quería, y con su oración traía fuego del cielo y mataba vivos, y también con su oración daba vida a los muertos. ¡Ay de mí! Si la confianza de éstos aun no basta para la oración que el sacerdote ha de hacer por todo el mundo,

pues que siendo mi oficio mayor no llego ni con mucho a la fuerza del orar ni a la santidad de aquellas personas, cuando seamos presentados en el juicio de Dios y nos hagan cargo de las guerras que hay, de las pestilencias, de los pecados, de las herejías y de todos los males espirituales y corporales que hay en el mundo, por ventura amargará entonces haber sido sacerdotes; y les parecerá la honra de besarles la mano, de las ricas vestiduras de la honra sacerdotal, y aun de la renta, carga tan pesada, que por todo el mundo no la quieran haber tomado sobre sus hombros.

¡Cosa recia de pensar, que no siendo yo para orar por mí, y que he menester ayuda de mis vecinos para que me amansen a Dios, a quien yo he provocado a ira con mis pecados; y siendo tan poco espiritual, que ni siento ni lloro mis defectos ni pecados, me piden tan vivos sentidos y entrañas tan encendidas en caridad, que sienta los males de todo el mundo, como si fuera padre de todo el mundo, y tenga tal santidad que me ose oponer a la ira de Dios y tornarle de enojado pacífico, y de castigador perdonador. De Aarón cuenta la Escritura, que andando el fuego del castigo de Dios quemando la gente de los reales, tomó el incensario en la mano y se puso entre los muertos y los que quedaban vivos, llorando, incensando al Señor, e hizo que parase su ira. Padres, ¿hales acaecido esto algunas veces? ¿Han peleado tan fuertemente con Dios con la fuerza de la oración, que queriendo El castigar, y suplicando que no lo hiciese, haya dicho Dios: *Déjame que ejercite mi enojo;* y no querer vosotros dejarle y en fin vencerle? ¡Ay de nos, que ni tenemos don de oración ni santidad de vida para ponernos al encuentro de Dios estorbándole que no derramase su ira! Y aun no sé si entendemos el mismo don de oración; porque, como San Jerónimo dice: *Este negocio de oración más se hace con gemidos que con palabras; y aquél sólo sabe gemir como debe, para que su oración tenga fuerza, a quien el Espíritu Santo le enseñare este modo de orar.* De esto nos avisa San Pablo diciendo: *Nosotros no sabemos qué ni cómo habemos de orar; mas el Espíritu Santo ora por nos-*

otros con gemidos que no se pueden contar. El Espíritu Santo en sí mismo ni padece ni gime: dícese que pide con gemidos que no se pueden contar, porque hace gemir a nuestros corazones gemidos que no se pueden contar: que andamos pidiendo que nos digan cómo habemos de orar en el momento, quién pondré primero, quién pondré después, para que en espacio de dos o tres credos pasemos aquéllos por la memoria; y con esto pensamos que habemos bien orado, y procedemos luego a la consagración. ¡Oh, dolor grande! ¿Y así se ha Dios de amansar? ¿Y así se ha de alcanzar la paz de las guerras? ¿La fe para los infieles? ¿La conversión para los pecadores? ¿Y el estar los justos en pie? ¿Con cosa que tampoco cuesta pensamos alcanzar cosa de tanto precio? ¿Y oración que parece de burla ha de alcanzar cosas de tanto tomo y verdad? *Gemidos, gemidos, nos son pedidos;* y no que salgan de sentimiento de cosa temporal, ni que salgan de voluntad guiada por razón, mas inspirados por el Espíritu Santo tan imposibles de ser entendidos por los que no los tienen, que aun los que los tienen no los saben contar.

Padres míos, ¿saben qué tales han de ser los gemidos que debemos dar los sacerdotes en el acatamiento de Dios, pidiendo remedio para todo el mundo, como dice San Basilio, que así como en el oficio sacerdotal rèpresentamos la persona de Jesucristo nuestro Señor, así la habemos de representar e imitar en los gemidos y oración que el oficio sacerdotal pide? Párense bien a pensar en su rincón cuando se aparejan para decir Misa, con qué afecto, compasión, gemidos y lágrimas, puesto el Señor en la cruz derramando la sangre de fuera, oraría de dentro por todo el mundo, y procuren de le pedir semejanza de aquel espíritu, parte de aquel corazón tan espinado; para que pues nos llegamos a rogar en su nombre por todo el mundo, y le tenemos en el altar en las manos, tengamos en el corazón la semejanza de sus gemidos, para que como El, ofreciendo con lágrimas, como dice San Pablo, fué oído del Padre por su reverencia, así nosotros, orando y gimiendo a semejanza de El, seamos oídos por El. Y si algunos, entre los cuales soy yo, se atemorizaren y con-

fundieren de ver la sequedad de su corazón en la oración, del poco sentimiento que tienen de los males ajenos, y poca fuerza y poca santidad, para que en su oración hagan fuerza al Omnipotente, y que sus gemidos son tan breves y fáciles, que quienquiera los puede contar; y, en fin, si se ve lejos de tener aquel don de oración, infundido por el Espíritu Santo, tan necesario para bien ejercitar el oficio sacerdotal de ser abogado por los hombres en el tribunal de Dios; y si este tal así atemorizado y confundido me preguntare: «Padre, qué haré que muy lejos estoy de tener y saber los negocios de esta oración», decirle he que si no es sacerdote, que no tome oficio de abogar, si no sabe hablar: y diría yo que no sé con qué conciencia puede tomar ese oficio quien no tiene don de oración, pues que de la doctrina de los santos y de la Escritura divina parece que el sacerdote tiene por oficio, según habemos dicho, orar por el pueblo. Y este orar, para ser bien hecho, pide ejercicio y costumbre y santidad de vida, apartamientos de cuidados y, sobre todo, es obra del Espíritu Santo y don suyo particular no dado a todos, mas a quien El quiere; y a quien lo daba en el principio de la Iglesia, oraban y gemían, como dice San Crisóstomo, y enseñaban a los otros a orar. Quien no tiene estilo de abogar en la audiencia divina, distintísima de la audiencia de acá, y que puesto de rodillas, cuando no halla oración vocal que rezar, está como un mudo delante de Dios, *¿con qué desvergüenza tomó el oficio de orar sin lengua del cielo?* Y aunque este tal lo hace muy mal, no sé si lo hace peor el Prelado que ordena sin examinar en esta calidad al que ha de ser ordenado; porque como maestro y guía, y por la mucha experiencia que ha de tener de la fuerza y provecho de la oración, como San Gregorio dice, ha de tener experiencia que su oración es tan poderosa delante de Dios que alcanza lo que le pide.

Debe este tal desengañar al que sin este don se quiere ordenar, porque no caiga sobre él la falta del otro. ¿Mas qué hará quien es ya sacerdote? Que llore, porque inconsideradamente lo fué sin pararse a contar muy despa-

cio, como el Señor dice, si tenía suficientes expensas para edificar en sí la torre altísima de la majestad sacerdotal, y tema; y mucho tema no le acaezca lo que el Señor dice, que viendo que no tuvo la que era menester para la edificación de la torre, hagan burla de él y digan: «Este hombre comenzó a edificar, y no lo pudo acabar». Libra, Señor, por tu misericordia a cuantos estamos aquí, y a todos los que son tus ministros, no mofen de nosotros los demonios en el infierno, dándonos en rostro que teniendo alteza de sacerdocio tuvimos vida muy baja, indigna y desproporcionada de tal dignidad. Temamos, Padres, temamos, que Juez tenemos a quien dar cuenta, y cuenta más estrecha que la gente del pueblo; la cual, como ha recibido menos, dará menos cuenta; mas a nosotros se endereza de en ello aquella terrible y verdadera palabra que dijo el Señor: *A quien mucho es dado, mucho le será pedido.* Y en un Salmo que David cuenta de la venida de Dios a juzgar, lo primero que cuenta es que dijo Dios al pecador: *¿Porqué cuentas mis justicias por tu boca?* Si rezar los Salmos y las oraciones y las palabras de Dios es cosa indigna del pecador, que ha de entrar en juicio sobre ello, ¿qué será tomar en la boca sin el debido aparejo a Jesucristo Nuestro Señor, y consagrarle y faltarle en las cosas principales que el sacerdote debe hacer? No sé, Padres, cosa más lastimera; y pensando algunas veces en ella casi me faltan las fuerzas y enflaquece el corazón, que un sacerdote tan honrado de Dios, que a su llamada venga del cielo, y se ponga en sus manos, y lo aplique para bien del mundo, y aunque su obra se hace en la tierra, su negocio se hace en el cielo, y sube su voz hasta el trono de Dios, y se despachan por ella negocios importantísimos en persona de la Iglesia, aunque él sea malo, que esté con tanta alteza de honra, y reverenciado de Príncipes y Reyes de la tierra y de ángeles del cielo, y conocido de Dios por ministro, descienda al infierno por su mala vida, y sea atormentado de los demonios el que acá a ellos atormentaba, y que sea desamparado de Dios y dejado de El para siempre en tormentos eternos. Quien cotejare la honra de acá, el estar

en el altar vestido con vestiduras benditas y ricas, tan cercano de Dios, tan familiar a El, y cotejare de otra parte la obscuridad, bajeza, hedor, tormentos, demonios, que nunca se acabarán para siempre jamás, del infierno, no sé si tendrá fuerza para considerar la grandeza de tanto mal después de haber pasado por tanto bien.

Despertemos, Padres, despertemos con tan recio tronido, que van al infierno sacerdotes de Dios. Beda cuenta en su historia de un hombre que fué llevado al otro mundo, y vió el purgatorio y el infierno; y que estando allá vió que los demonios llevaban tres ánimas, dando ellos grandes gritos y risas, y ellas amarguísimos gemidos, y una de ellas conoció ser de mujer, y otra de lego y otra de clérigo. Mas ¡cuántos muchos más hay de éstos que dan testimonio de condenación de ministros de Dios, que nos deben poner cuidado de mirar cómo vivimos, y entender que si el sentarnos a la mesa de Dios es cosa dulcísima y de mucha honra, que debemos tener vida conforme a la dignidad, y estar vestidos de justicia, como dice David, y como se representa en las vestiduras sagradas que nos vestimos, porque no nos diga el Señor: *Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener vestidura de boda?* Y nos echará en aquellas tinieblas de fuera de la sala de Dios, donde está la lumbre, y paguemos allí el escote del manjar celestial que aquí comimos, con comer allí ajenjos y beber hiel de dragones, según dice la Escritura; y aunque tarde, llegará el castigo de lo que aquí poco caso hicimos. El que come y bebe indignamente, come y bebe juicio; que quiere decir, come condenación, y la bebe para sí. Súfrenos el Señor, y calla, esperándonos a penitencia; mas líbrenos su misericordia de cuando se enoja con un oficial suyo, que el tiempo que le da para penitencia lo gasta en hacer más pecados; sabe muy bien, porque es sapientísimo; podrá, porque es poderosísimo, sin haber quien lo resista; querrá, porque es justísimo castigar al tal oficial, o dejándole morir sin penitencia verdadera, aunque tenga lugar y tiempo para lo hacer, o matarlo ha súbitamente, estando hablando o haciendo otra cosa. Cosa cierta es, y no creo ha un mes

que acaeció, que yendo un cura de un lugar a otro bueno y sano encima de su mula que llevaba, se le adelantó un poco el mozo, al cual le pareció que la mula salía de camino, y corrió para lo alcanzar, y vióle echar espumarajos por la boca sin poder hablar, y a cabo de poco le quitaron de la mula, y sin más hablar expiró: y contómelo otro cura, en cuyas manos murió. En otras partes, pocos días ha, me cuentan que han muerto otros dos; y ahora, una legua de aquí, súbitamente se cayó uno muerto en la sacristía; y aunque estas muertes son recientes, no son nuevas, que cosa es ésta muy usada, y por eso señal de mayor ira de Dios con sus ministros (Job, IX): *Si repente interroget, quis respondebit ei?* Y como San Gregorio dice , dar Dios término y aprovecharse de él el hombre para aparejar la conciencia, y responderle en su estrecho juicio, señal es de su misericordia, y consuelo para el que ha de ir a juicio; mas llevar a uno súbitamente, es preguntar a deshora, cosa terrible para quien lo pasa y de mucho escarmiento para quien lo oye.

Tornando, pues, al propósito, los que esta carga tomamos, sin medir nuestras fuerzas para si la podíamos llevar o no, lloremos nuestro atrevimiento; lloremos los males que habemos hecho; los malos ejemplos que habemos dado; y aun no basta esto. Lloremos los males que han venido por nosotros, la santidad de vida, la fuerza en la oración, que era menester para ir a la mano al Señor, y recabar de él misericordia y perdón en lugar de castigo; que si hubiese en la Iglesia corazones de madre en los sacerdotes, que amargamente llorasen de ver muertos en pecados a sus espirituales hijos, el Señor, que es misericordioso, les diría lo que a la viuda de Naín: *No quieras llorar;* y les daría resucitadas las ánimas de los pecadores, como a la otra le dió su hijo vivo en el cuerpo. Bajemos, Padres, nuestras cabezas, y nuestras obras se llenen de confusión, y atraviese dura espina de dolor nuestro corazón, y pidamos perdón a Dios y al mundo de que a El no le habemos servido conforme a la alteza y honra en que nos puso, y al mundo de que no le habemos evitado muchos males y alcanzádole muchos

bienes: que si nosotros fuéramos los que debíamos, le hubiéramos librado de mal con nuestra oración y sacrificio, y alcanzádole muchos bienes de cuerpo y de ánima. Así pasa, Padres, así pasa; y si esto bien se sintiese, no nos vagaría gastar tiempo ocioso, ni osaríamos hablar palabras ociosas, ni traeríamos los ojos altos, ni daríamos lugar a otros cuidados, porque éste nos tendría y traería tan poseídos, que por dar buena cuenta de él aflojaríamos de las otras cosas. San Pablo dice (Ephes., V) a los legos: *Fornicatio autem, et omnis immunditia, aut avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos: aut turpitudo, aut stultiloquium, aut scurrilittas, quæ ad rem non pertinet: sed magis gratiarum actio.* Mírese que aun lo que llaman acá gracias, no consiente decirse: y la causa es porque no hacen al caso a nuestro negocio: ¿y cuál negocio es éste de tanta importancia, que ni admite malas palabras ni vanas glorias? Cierto, el cumplir la voluntad de Dios entre tantas ocupaciones de quebrantarla; siendo nacido en la tierra, procurar hacerse violencia, y combatir y ganar el cielo, cosa es que no admite burlería ninguna; y quien esto no siente, no procura de ir allá. Y si al propósito de un buen lego no convienen estas cosas, ¡cuán lejos conviene que estén del negocio que el sacerdote tiene entre sus manos, pues tiene oficio que le pide más santidad y cuidado de aprovechar a los otros! Muy buena respuesta es para cuando la maldad o vanidad combatiere, o la negligencia o pereza nos amonestaren, u holganza, acordarnos del negocio que entre manos tenemos, que es de oponernos a Dios, para que hiera a nosotros, y derrame su misericordia y perdón sobre los culpados.

No es ésta, Padres, invención mía: palabras son de Dios, y de aquel Dios que nos ha honrado con hacernos ministros suyos, que nos ha de tomar cuenta y ponernos los cargos de nuestra residencia, entre los cuales declara uno (Ezech., XIII): *¡No os pusisteis por muro en favor de la casa de Israel para estar en pie en la guerra en el día del Señor!* Y en otra parte dice (Ezech., XXII): *Yo busqué entre ellos un varón que se interpusiera y estuviera*

contrario a Mí, en favor de la tierra que no la destruyera, y no lo hallé; y derramé sobre ellos mi enojo y consumílos con el fuego de mi ira. Quiere el Señor que aunque el pueblo consuma la vida, esté tan atemorizado de Dios que no ose parecer delante de El, ni alzar los ojos al cielo: que su sacerdote con la limpieza de su vida, con la familiaridad amigable y trato particular entre él y el Señor, esté derribado con temor como los otros, mas tenga una santa osadía para estar en pie y llegar al Señor, y suplicarle e importunarle, y atarle y vencerle a que en lugar de azote pesado envíe su deseada misericordia. Y esto quiere decir lo que cada día hacemos en el sacrificio de la Misa; que estando el pueblo arrodillado y humillado, el sacerdote está en pie en el altar, negociando con Dios, en testimonio de la santa osadía, y de lo que mucho vale para estar en pie en el día de la guerra del Señor cuando quisiere castigar su pueblo. Padres míos, por este arancel habemos de vivir, y estos cargos se nos han de poner cuando muriéremos, y de estas palabras de Dios entenderemos que la causa de haber derramado Dios su enojo sobre su pueblo, y habernos consumido enviándonos pestilencias e infieles que nos venzan, herejías que han nacido, y tanta abundancia de pecados como hay, y, finalmente, males de cuerpo y ánima, ha sido porque buscó Dios varones de oración que se le pusiesen delante, y no los halló. ¿Quién pensará que tanto importara el ejercicio de la oración en la Iglesia? ¿Quién contará los daños que por falta de ella han venido? Y plegue a Dios que estando nosotros tan ajenos de ella, sepamos llorar los males que por nuestra falta han venido; *y entendamos que nosotros somos los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar todos los males que vienen al cuerpo.* Y para hacer bien este oficio pongamos ya fin a nuestros malos placeres, y llorémoslos, y andemos con entrañable cuidado como gente que trae sobre sus hombros una carga en gran manera pesada.

Si un hombre con cuatro o cinco arrobas de peso anda acorvado, ¿qué haría si le echasen encima una casa entera? ¿Qué si un pueblo entero? ¿Qué si grandes ciuda-

des? ¿Qué si un reino? Pues si todo el mundo estuviese encima de él, ¿tendría fuerza para saltar? ¿Tendría gana de reír? ¿No le apesgaría tanto aquel peso, que para podello bien llevar procuraría de aliviarse de todos los otros, y pediría a sus vecinos que le ayudasen, y a Dios con lágrimas que le socorriese? Pues cuando nosotros entendamos que está sobre nuestros hombros la carga de nuestros pecados, bastantísima para hacernos gemir, y la de nuestro pueblo, y, según San Basilio dijo, la de todo el mundo, entonces comenzaremos a sentir qué cosa es ser sacerdotes, y diremos, como dice la Escritura, a nuestro padre y a nuestra madre: no sé quién sois; y a nuestros hermanos: no os conozco; y andaremos cuidadosos de libertarnos de todo para dar buena cuenta de esto; y conociendo que mucho nos falta, andaremos rogando a los buenos y a los sabios que nos enseñen a orar y bien vivir, y que rueguen a Dios por nosotros; y heridos del gemido de no haber sido lo que debemos, quitaremos los regalos del cuerpo y el sueño a los ojos con penitencia rigurosa y amargas lágrimas. Pediremos al Señor perdón de haber sido malos ministros y de no haber entendido la honra de la alteza en que nos puso; y por eso habemos sido comparados con los jumentos y hechos semejables a ellos, porque el Señor, que por su misericordia nos escogió para su servicio y culto divino, nos haga dignos y santos para ofrecerle incienso de limpia y eficaz oración, y para consagrar y ofrecer el cuerpo de su santísimo Hijo, de manera que quede nuestra conciencia confortada y por bastantes conjeturas consolada de las tres cosas que al Señor pedimos, bondad, disciplina y ciencia; nos ha dado la primera, y si no con aquella perfección que a los santos y sacerdotes pasados, a lo menos aquella con que en su gracia vivamos y ejercitemos aqueste dignísimo y santísimo oficio con aquella diligencia que nuestra flaqueza, ayudada con el favor de Dios, pudiere; porque una cosa es usarlo casi sin ningún respeto, como muchos lo hacen, a los cuales está aparejada la eterna damnación, como gente que fué desacatada al mayor misterio y oficio que hay en la tierra, y otra cosa es que

ya que un sacerdote no vela toda la noche en oración a lo menos tiene sus ratos diputados para ella. Y una cosa es no tener cuenta con su conciencia, o tan poca que es casi nada, y otra tener su rato diputado y señalado para examinarse y juzgarse y traer mediano cuidado para no ofender al Señor mortalmente; antes aprovecha de bien en mejor, aunque en estas cosas no alcance aquello que desea, ni lo que otros mejores que él; porque así como tiene el Señor en su pueblo miembros suyos que están en gracia, aunque imperfectos y flacos, también entre sus ministros, ninguno es razón que haya malo: más sufridora cosa es que haya flacos, con condición que lo que les falta de la medida que habían de tener, lo suplan con el conocimiento de sus defectos, y con lágrimas con que se laven, y con el propósito y deseo de se mejorar; porque esta moneda, aunque parece de poco valor, recibida es en el tribunal de Dios; y, como San Bernardo dice: *El deseo y cuidado de la perfección, por perfección se reputa;* de manera, que desterrada toda tibieza, procurando cada día ser más leales y agradables al Señor que nos escogió, le sirvamos en su santo altar como debemos, para que pasemos al cielo a gozarlo en su gloria. Amén.

DOCTRINA ADMIRABLE

Y DE MUCHA IMPORTANCIA QUE DIÓ EL PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA A UN MANCEBO PARA QUE SEGURO SIRVIESE A DIOS NUESTRO SEÑOR EN EL CAMINO DEL ESPÍRITU



sí que, mi hermano, como hay muchos engaños en pensar que no hace al caso en el camino de Dios la devoción y sentimiento de El mismo, con el cual el ánima se alienta y apresura en el camino del espíritu, y este engaño tiene su raíz en el distraimiento que las ánimas tienen, así os aviso que hay otro engaño de otros: el cual es más dificultoso de conocer y aun de curar cuanto va debajo de mejor título, creyendo que el verdadero amor de Dios es sentimiento de El mismo; en lo cual yerran muchos, porque no puso Dios su amor en que El os dé sabor a vos, sino en que vos sepáis bien a El: y entonces sabéis vos bien a El, cuando por su amor padecéis sin tasa, y tomáis de su mano, sin desechar cosa, en ser humilde, casto, paciente en vuestro aniquilamiento, en sufrir y callar y en ser deshonrado por Cristo con las demás virtudes, y no en sentimiento de devoción sensual. Esta no se ha de buscar, y en las virtudes no hay peligro, ejercitándonos en ellas por amor de Dios, y en las dulzuras, sentimientos espirituales, sí. Mirad bien, hermano, no salgáis de un lazo y entréis en otro; quiero decir que para llegar a Dios si renunciasteis todo sabor y contentamiento, y disteis de mano a lo que deleita, porque esto buscábades y tras esto andábades en aquel tiempo de vuestra perdición, y esto os ocasionó a os apartar de Dios, ahora que

lo servís, no tornéis a buscaros en Dios, deseándoos contentar con El y andar a vuestro sabor, y servirle como vos queréis y no como El quiere, porque todo es engaño.

Y advertid mucho que hay un amor de Dios defectuoso, el cual tiene muchas veces el que menos ama y es menos perfecto; porque muchas veces amamos la hermosura de Dios, su bondad, su grandeza, con otras perfecciones que de El sentimos, por el gusto y sabor que nos dan; mas no amamos lo que se ha de amar en Dios, que es su misma voluntad y querer, antes huímos de ella; y verlo hemos, en que si Dios nos quita su favor y nos atribula, lo llevamos con rostro torcido, desconfiamos entristecidos; donde se nos muestra bien claro que no es amor de Dios, sino nuestro; de suerte que amamos a Dios como a hombre bien vestido, que nos parece bien la ropa que trae de seda, mas no amamos su voluntad, si El quiere lastimarnos y trabajarnos; por este camino tratamos con Dios, y no queremos de El sino lo que sentimos de dulzura y lo que gustamos de su sabor, que es lo que vemos en El con la vista espiritual, mas no amamos en El su querer, su voluntad: como esto sea verdadero amor, no penséis que tanto ama uno a Dios cuanto siente de El, y cuanto en aquel estado de su devoción piensa El que ama, sino cuanto fuere dado en virtudes y caridad y en la guarda de los Mandamientos de Dios (Joann., IV).

Este es fiel amador de Dios y fiel amigo: el afecto dulce puede ser sensual y engañoso, y muchas veces procede de la humanidad del hombre y no de la gracia de Dios, y del corazón carnal y no del espiritual, y de la carne y no de la razón; de suerte que el espíritu algunas veces se inflama y siente devoción en lo que a él le sabe bien y da dulzura, y no en lo que más le aprovecha y cumple. Verlo habéis devoto, porque le sucedió a su gusto tal cosa, y dice: «Bendito sea Dios que me dió este aparejo, esta buena oración para servirle a mi contentamiento, y me puso en esta quietud donde nadie me va a la mano; rezo cuando quiero, duermo cuando tengo gana, déjanme hacer lo que quiero, tengo paz en otras

cosas que cada uno sabe, que las abrevio, porque habíamos topado cantera muy larga»: y si Dios le quita el gusto o aparejo, y le envía tentaciones, necesidades, cuidados, cruces, y le aflige con infamias, testimonios y riesgos, tómalos con impaciencia y tristeza.

¿Veis, hermano, claro cómo toma el hombre mayor devoción y afecto del menor bien, que es de lo que bien le sabe, y no del mayor, que es de lo que más le aprovecha y cumple, como es todo lo penal? De suerte, que ama (Joann, XIV) la presencia de Dios y su hermosura porque le da sabor, y no su voluntad porque le da cruz y trabajo. En esta devoción y afecto erraban todos los discípulos de Cristo, porque buscaban en El lo que les daba deleite y no lo que más les cumplía, como esto sea lo que más se ha de buscar: y así les dijo El mismo que no le amaban cuando se quería subir al cielo y quitárseles de delante, lo cual ellos mucho sentían. «Si me amásedes—dice—, aunque me ausento de vosotros y os quito el contento que os da mi humanidad, gozaros habíades; mas como no me amáis, no os gozáis».

¿Cómo, Señor, en tiempo que están vuestros Apóstoles hechos un mar de lágrimas, que antes querían morir que dejar de veros, les decís que no os aman y que no es amor el que os tienen? ¡Oh, cuántos piensan que lloran por Dios y lloran por sí! ¡Oh, cuántos piensan que le aman, y se aman a sí; que le buscan, y se buscan a sí! Quien mirara aquellos rostros de los Apóstoles, y aquellos ojos hechos fuentes de aguas, que regaban la tierra, demudados y trabados los corazones, heridos de la ausencia de Jesucristo, ¿no juzgara que amaban entrañablemente a Dios?; y aun ellos lo juzgaron, porque así lo sentían en sus corazones. Y díceles la suma Verdad, que no piensen que afición, ni lágrimas, ni dulzura ni sentimiento es amor suyo, sino conformidad con su querer, y el vivir con su voluntad, y que huelguen más de lo que El quiere, aunque sea quitarles a sí mismo por presencia, que no de lo que a ellos deleita: y si de aquesto habían de holgar, pareciendo cosa tan justa el tener pesar pues eran privados de la presen-

cia del Hijo de Dios, ¿de qué se ha de quejar el verdadero amador de Jesucristo, que en la vida le quite que sea honrado, ni interés espiritual ni temporal, como le quede el cumplimiento de lo que quiere su Criador?

¡Oh, válgame Dios, qué de cosas pasamos por tan buenas y verdaderas, siendo tan malas y falsas! ¡Oh, cuántas intitulamos por espirituales que son pura carne! Si no echad de ver a San Pedro (Matth., XVI; Núm. XXII), cuando Cristo trató que había de morir y padecer afrentas, etc., él dijo: *Señor, tened piedad de vos, que no es razón que muráis.* ¿Quién no dijera que procedía esta compasión de grande amor y no era sino carne? Y fué respondido y reprendido con la respuesta que dió el mismo Dios al demonio, llamándole Satanás, que quiere decir acusador, adversario y contradictor de las obras de Dios: y si hubiéramos de juzgar aquel consejo según lo dicta la carne, diéramos voto que era muy justo y muy provechoso, pues era quitar cruz y muerte a quien no lo merecía: mas Cristo dice que es Satanás, y que no sabe de las cosas de Dios, sino de la carne, y que no es amor de Dios, sino desamor, pues no quería que aceptara la cruz ni que bebiera el cáliz que su Eterno Padre le enviaba para remedio del mundo. También parecía grande amor quererse estar San Pedro a la gloria de la transfiguración de Jesucristo, y era propio amor e interés, pues lo quería ver vestido de gloria y no penando en la cruz.

No se puede pensar pestilencia mayor para el linaje humano, ni cosa más enemiga para los bienes del alma, ni ocasión más cierta de perdición, que amores tan falsos como los que vemos, y ver cosas de tan poco valor en tan alto precio, y caminos a nuestro parecer llanos, cuyos fines son peligrosos y despeñaderos.

Tendríamos por muy loco, y con muy grande razón, al que se proveyese de pedazos de vidrio, confiado en el relucir, y pensase que con aquello había de comprar grandes posesiones, y por otra parte menospreciase el oro y las cosas de verdadero precio para el fin de lo que desea. Pues muy más loco es y de muy más peligrosa lo-

cura el que deja lo que verdaderamente y principalmente la divina Escritura enseña, para que Dios sea servido y amado como debemos, y nuestras penitencias sean verdaderas, con cierto aborrecimiento de pecados, y nuestro corazón esté limpio, y los misterios de Dios nos pongan buen gusto, y nuestra caridad esté muy encendida, y nuestra mortificación sea muy cabal y verdadera si se contentase con solas fábulas, y con cosas falsamente entendidas, y con gustillos de niños, y con sobresanar sus heridas y enfermedades, y con imaginaciones y cosas que tienen el parecer sólo, y en lo de dentro no tienen fundamento, ni hay fruto sobre qué estribar; y es lo peor, que éstos buscan consuelo y contentamiento en las cosas divinas: si son avisados por persona que les entiende su engaño, curan poco de tomar consejo tan sano, y buscan de nuevo maestros que les aprueben su carnal vida y les tengan compañía.

De esta miseria tan grande, que no se puede pensar mayor, tenemos profecía del Apóstol San Pablo (Tim., VII, 4), por la cual dice: «Que vendrá tiempo en que los hombres aparten los oídos de la verdad y del verdadero espíritu, y se conviertan a oír fábulas y cosas de sus intereses y contentamientos, y busquen maestros que les enseñen cosas apacibles y bien coloreadas, y les pongan descuido en aquello sin lo cual no pueden ir acertados, y los ceben y sustenten con vano mantenimiento y con darles buena esperanza de acertado camino y de próspera salida; pues sin verdadero negamiento de la voluntad propia, y mortificación y cumplimiento de la ley de Dios, y sin tener esta raíz en los corazones de los hombres, no pueden ir al cielo por más que se eleven en los aires y vean visiones; ni hay cosa que baste para descuento de lo que en este caso Dios nos pide». No quiero, hermano, gastar mucho tiempo con vos en deciros si hay algún daño que venga por este camino a los que se dan a los ejercicios espirituales; remítome a le experiencia de cada uno y a su poco aprovechamiento, y a los vicios en que viene a dar sin mirar en ello; porque viven contentos con buscar en Dios su propio contentamiento y sabor,

sin quererlo para más que esto: y los hombres de verdadero celo podrán juzgar cuán poco es el grano para tanta paja, y cuán poco es el seso, y cuán menos la verdad entre tantas apariencias y ceremonias, confesiones, y comuniones y recogimiento, lo cual todo son medios para gran santidad y aprovechamiento.

¡Oh, hermano, cuán faltos estamos de buen paradero y de acertar la posada entre tanta diversidad de caminos y entre tanta diferencia de enseñadores, y tan diferentes de los enseñados! Hurtad el cuerpo a todo lo que os pide deleites, y gusto y sabor, y no lo procuréis hasta que Dios os lo dé, y ejercitaos en puro padecer a secas Cristo en vuestra lección, oración, penitencias, confesiones, comuniones, y obedecer, y ejercitaos en las demás virtudes, y no erraréis, porque éste es el camino que el Hijo de Dios ha notificado a los hombres, que es la cruz, que como llave abre los cielos a todos los que consigo la llevan. ¡Oh, Señor mío, y cuán poquitos te sirven y se sirven! ¡Cuán muchos se aman y dicen que te aman, y dicen que andan tras Ti y andan tras sí! Avise cada uno, y procure hacerse a la voluntad de Dios y a su conformidad, y busque esto y no gustos ni contentamientos, así en la oración, como en la confesión, como en la comunión y en cualquier otro santo ejercicio.

Hermano, mirad que es sutil este engaño, y he visto muchos en él; y aun los conozco y trato, que desordenadamente desean, y con grande afición quieren llegarse al sacramento santísimo de la Eucaristía por gustillos y lágrimas, sin tener respeto de qué es lo que se debe pretender de los Sacramentos, y el fin para que Jesucristo acá nos los dejó. Andan tras la miel de las cosas divinas, y no tras la cruz, que les ha de salvar; y se les parece en el pelo, pues ellos quedan desaprovechados y con ocasión de desaprovechar a los compañeros: busque, busque el que no quiere hallarse en estos inconvenientes y riesgos sola la voluntad de Dios, curando poco de todo lo demás.

¡Oh, amor propio, cómo eres causa de que no falte vicio en las cosas espirituales! Espiritual hermosura era la

que Lucifer deseaba en el cielo, y porque no le convenía ni la remitió a la voluntad de Dios, como rayo bajó del cielo y cayó, y deseando el contento cayó en eterna cruz, y procurando lo ajeno perdió lo propio. ¿Para qué quiere el siervo de Dios el contentamiento y la excelencia de la santidad y abundancia de gracia? ¿Es por ventura para agradarse a sí, viéndose consolado y con gusto, o para agradar a Dios? Si espera esto segundo, sabed, sabed, amigo, que entonces agrada el hombre a Dios cuando se contenta de lo que El le da, y no cuando el alma está contenta de lo que tiene; luego si os da a padecer desconsuelos, persecuciones y tristezas, etc., y El está contento, contentaos vos, y daréis testimonio que buscáis su voluntad y no la vuestra. A las lágrimas y muestras de amor de los Apóstoles, dice Cristo que no es amor, y al llevar su cruz, y la pena que les causaba su ausencia con paciencia, pone por título y renombre de amor; y así dijo: *Si me amásedes, contentaros habíades con mi ausencia.* Amar es padecer; amor de Cristo es hacer bien a quien nos hace mal. Más sentiste de Dios cuando disimulaste la ira y llevaste la injuria, y sufriste la pena y te contentaste con la tribulación, que cuando lloraste y tuviste consolación y te arrebataste. *Esto sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús,* dice el sagrado Apóstol (Philip., II). ¿Qué es lo que habemos de sentir? Menosprecios, como El mismo; pobreza, y humildad y abatimiento, como El, que siendo igual al Padre, se hizo hombre, y tomó forma de siervo: esto es sentimiento de Cristo, y lo demás es sentimiento de hombre: sentimiento del Hijo de Dios, y muy seguro, es pasar penas.

Pero el sentimiento de la carne es sólo cebarse en los de espíritu, si no fuere cuando el Señor los da de su mano: no busca conformidad con su querer; y entonces podrás tener por seguras tus lágrimas, serte han provechosos los sentimientos, e irás muy asegurado: y lo demás que por aquí no se regla es engaño; porque muchas veces hay espíritus tan afectuosos y con aficiones de Dios, que les proceden de ser muy sensuales e imperfectos, porque verdaderamente ellos no aman a Dios como deben;

mas aquel sentimiento y gusto sensual que les causa el contento y dulcedumbre que toman en Dios y no en su santa voluntad, ni se ha negado, ni renunciado en sus santos Mandamientos: lo cual sería verdadero amor; y cuanto les dura aquel dulzor, tanto se aprovechan y no más: luego los veréis, en quitándolos aquel gusto, airados, inquietos y pecadores de arte mayor; flacos y sin rienda en los vicios; lo cual es testimonio de lo que decimos, que se amaban a sí y no a Dios, y más a aquel bocadillo de gusto que no a Cristo.

Estos son muy parecidos al niño que llora, que dándole una melcochuela, en tanto que la come calla, y en acabándola llora: de manera, que cuando callaba no era porque su padre le mandaba callar, sino por el sabor de lo que comía; no era obediencia ni amor, sino golosina e interés propio. ¡Oh, qué de niños desobedientes a Dios hay hoy! Que si no riñen, o deshonran o murmuran, o hablan ocioso, o maldicen, o pierden el tiempo, no es por contentar a Dios o hacer lo que El manda, sino porque les ha dado alguna melcochuela de devocioncilla que ellos buscan, en la cual se entretienen; mas en quitándosela, miradles a las manos, y verlos habéis que sus lágrimas y deseos no eran amor sino propio interés, pues ofenden a Dios y le descaran de suerte que tanto les duró el amor cuanto les duró la dulcedumbre, como que en los bienes y abundancia se conocen los verdaderos amigos, y no en los trabajos y necesidades.

Quiero que sepáis, amigo, que muchas veces los livianos y flacos de corazón y pobres de la gracia del Espíritu Santo tienen muy de ordinario esta dulcedumbre de espíritu y afección interior; lo cual no sienten los verdaderos amadores de Dios: y más fácilmente se mueve el que no está tan aprovechado, y el flaco y el liviano de corazón, y el que no sabe qué es perfecta consolación: y así en ofreciéndosele cualquier sentimiento de devocioncilla, luego la abrazan y reciben como si allí les fuese la vida. Y mirad bien que esta dulcedumbre y afectos de devoción muchas veces los causa, no la abundancia y muchedumbre de la gracia, sino la pobreza que de

ella tiene el ánima: las cosas pequeñas alegran mucho al pobre, por poco valor que tengan: como si diésedes un buen sorbo de buen vino a uno que estuviese borracho de lo beber, no lo sentiría ni se alegraría: mas si lo diésedes a uno que no lo ha bebido y le tiene gana y muere por él, hará maravillas y alegrarse ha.

La gente que no está embriagada ni llena del vino de Dios, con mucha caridad y gracia tiene en tanto un sorbillo de devoción, que le parece que ya tiene vivienda en la gloria; y dicen que les ha visitado Dios, y estiman sus lágrimas, y andan con mucha alegría, y en hecho de verdad es poco o nada, y por ventura y aun sin ella, como dijimos, procede de poco amor y espíritu verdadero. Mas el que está lleno de amor fuerte y fino, no cura tanto de la devoción sensual, ni la estima en tanto, ni la tiene por caudal, sino para echarla en paciencia, en mortificación propia, en amor de la cruz, y en sufrir las injurias, y en todas las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en sí propio.

Esto es testimonio de tener espíritu y gracia en abundancia: y así veréis que cuando Dios llama a un alma por mucha abundancia de gracia y dones suyos, no responde el hombre a sorbillos ni a gustillos, sino con una viveza allá dentro muy interior y entrañable, fundada en un deseo vivo de padecer por quien le llamó, y en la determinación del cumplimiento de la voluntad de Dios. Y así dijo Job (cap. IV): *Llamarme has, Señor, y yo te responderé.* ¿Y en qué le enviaréis la respuesta, varón santísimo? ¿En qué? En tener paciencia grandísima en las adversidades y pérdidas, en las enfermedades y desamparo, en las llagas y en la pobreza, y en el resto de la cruz, en las tentaciones de Satanás y en el ejercicio de las demás virtudes.

Así el Apóstol San Pablo (Cor., IX), cuando fué llamado con viva voz de Dios, no dió respuesta de gustillos y niñerías, sino muy cabal de gran substancia, diciendo: *Yo os doy mi querer, y póstrolo al vuestro, y póngolo en vuestras manos; tomadlo, y mandad lo que mejor os parezca:* y vemos adelante, que el mismo Dios dice

notificando la posesión que tenía ya en Pablo (Cor., IX) y lo que le quiere como a escogido y llamado: *Yo le mostraré cuánto le conviene padecer por mi nombre y gloria.* Esta obra es la verdadera muestra del verdadero siervo de Cristo, y este es el verdadero título de los muy amados de El, no dulzoncillos ni contentamientos, sino grandes sufrimientos en los trabajos y ejercicios, en angustias y en infamias, testimonios, pobreza, necesidades, y cosas que tienen por fin lastimar y deshacer a la misma carne. Este es el buen responder a Dios cuando llama.

Avisad, hermano, que el sentimiento de Cristo deja obligado al que fué llamado a muy particulares servicios, si no quisiere hallarse el hombre con grande ingratitud delante su Criador. De suerte, hermano, que entonces entenderéis que el llamamiento y sentimiento es de Dios, cuando le respondiéredes con el cumplimiento del divino querer, aunque sea con riesgo de perder la hacienda, vida y honra; y esto es lo que justifica al hombre y le pone en la perfección, y le hace muy parecido y semejante a Jesucristo, que a sorbos tuvo, y muy de paso en esta vida, los consuelos; y siempre estuvo en ejercicio de cruz, sin resfriarse un punto en el amor de ella.

También sabed, hermano, que algunas veces el demonio endulza el alma, y la pone devota, a fin de tener la carne en gran flaqueza por medio de aquel gusto y sabor de la espiritual gula, y para que el alma confíe mucho y descanse en ella, pareciéndole el tal que es verdadero espíritu lo que siente interiormente; y con aquel falso sabor indiscretamente se ejercita en vigilias y larga oración, o extremados ayunos, no comiendo ni durmiendo lo que ha menester, y sacándose la sangre sin tasa ni medida; y así con esta demasía venga a perder los ejercicios más útiles, y en que Dios más se sirve y agrada. Y aun de aquí resulta otro engaño, y es, que como el alma se siente muy abundante en estos sentimientos y dulzuras, cree de sí que es perfecta, y con éstos se hace lerda, y no procura de aprovechar más y adquirir más virtudes, estando como está en esto el verdadero amor de Dios y el verdadero espíritu. Trae en

otro desvarío el demonio a los tales; y es que con aquel sabor y dulcedumbre de espíritu que ellos dicen, no es otra su intención en todos sus ejercicios, en que se ejercitan en el camino del Señor, sino andar buscando sentimientos de devoción y dulcedumbre, hechos golosos tras estos deleites, seguidores y amadores de su mismo regalo, poniendo todo su fin en sí mismos; los cuales vienen de poco en poco a ser del justo Juez Cristo permitidos caer en grandes pecados en este mundo, y en el otro en eternas penas y aflicciones. Porque este alto Señor pone los ojos en la intención de los corazones humanos: y pluguiera a Dios, hermano, que antes hubiérades sido un glotón de bien comer y beber, y contentaros a vos mismo, según la carne, en estos deleites; porque al cabo el mismo hastío fuera causa de vuestra enmienda, y no hubiérades sabido a qué saben sentimientos de Dios, si no sabéis estimarlos y darles el lugar que merecen, prefiriendo el ejercicio de las virtudes, el padecer y la cruz a todos ellos; porque el sabor suyo quizá no os hubiera engañado, poniendo en él todo el fin de vuestras obras, conociendo vos cómo Jesucristo Nuestro Maestro puso en la cruz el fin y aun el principio de todos sus días, y allí acabó la vida por vos.

Mirad, hermano, que el verdadero amor está escondido allá en lo profundo de las virtudes, y manifiéstase en cualquiera adversidad. Declárome más: el fundamento de la paciencia es un deseo entrañable de padecer por amor de Dios todo lo que es posible sufrir al hombre y pasar en tiempo y eternidad. Y asimismo digo en las demás virtudes; y que cuando el alma siente este entrañable deseo de humildad y paciencia, este deseo y amor se manifiesta exteriormente cuando el hombre actualmente padece, sufriendo cosas de pena; hallando en ellas descanso y dulzor; o a lo menos, llevándolas con paciencia. Este, si por amor de Dios lo pasa, es verdadero amor, y todo lo demás sospechoso y sin fundamento.

La santidad de hogaño, hermano, se compone de tener grandes deseos en la oración, y hacer grandes pecados en la conversación: lloramos allí los dolores de nuestro

Redentor Jesucristo, y luego procuramos darlos a nuestros prójimos y hermanos: allí reverenciamos la paciencia del Hijo de Dios, y después ejercitamos la ira, callamos una hora y parlamos todo el día. De manera que sacando en limpio nuestro espiritual aprovechamiento, es irnos a callar allí, orar y pensar en Dios, dando esto por precio de lo que deseamos y buscamos, que es consuelo y deleite; y luego quedamos como de antes: de manera, que nuestra santidad es de molde, porque nunca crece, ni se trata de este punto, siendo el principal de quien debemos tratar; mucha gente va engañada por este camino; Dios lo remedie. Amén.

Mirad, pues, que os cumple tomar la mano de este aviso que os doy, porque os levantéis y no tropezar en el pie de los que le atraviesan para que caigáis, induciéndoos a que busquéis los deleites de Dios y no su cruz. Esto, pues, es lo que os digo que debéis vos hacer, si no queréis ser compañero de su engaño y malo como ellos. Guardaos de estos huecos y vacíos, que no dejan cosa de Dios y de sí, que toda no lo vierten en la conversación espiritual que ellos dicen: y cuando les falten verdades vienen a decir mentiras, y aun a tratar pecados, y aun a cometerlos sin asco.

No sé qué os pueda decir sino que el que tomare la mano, como yo ahora la tomo a contradecirlos, y yo sólo con muy poco a tantos millares, queriendo desquiciarlos de su modo de santidad falsa y profana, en que están fundados, temo pasaré no pequeño peligro, y que no me han de tener por de tan buen seso cuanto es necesario sea tenido quien ha de aconsejar y adiestrar a otros. Mas no me conviene hacerlo menos, pues que con la ayuda de Dios he tomado este cargo de desengañar a algunos que andan muy fuera de camino, entendiendo que van por el espiritual: y así no he dejado ni dejaré de decir cosa que me parezca cumplir al aprovechamiento perfecto del varón verdaderamente espiritual, ni disimularé aunque sea a riesgo mío; pues que los verdadero amadores de Dios, con los cuales yo me entiendo en estos renglones, no me lo tendrán a mal, antes me lo agra-

decerán: y si algunos hubiere a quien hayamos sacado a plaza para que con los ojos del espíritu vean que lo que hasta aquí tenían por espiritual es carne e imperfección, antes me deben agradecer el aviso que condenarlo, pues les muestro el tesoro que tenían por carbones.

El que no está tal cual aquí he pintado, piense que esta doctrina no le toca: y si está tal, conozca su engaño, y téngase por avisado. ¿No es cosa de gran dolor que no habemos de osar deciros lo que os cumple, sino dejaros ir por despeñaderos sin guía, a ciegas y perdido el camino? Verdaderamente es cosa de no poco espanto ver que siendo tanta la muchedumbre de los que caminan por el camino de Dios engañados, haya tan pocos que piensen que lo están: si no preguntadlo, y no habrá hombre en todos que no crea y diga en todo su seso, por verse en una devocioncilla y lágrimas, que es ya perfecto y que sabe mucho de cosas de espíritu, y que tiene para sí y aun para los otros santidad verdadera, y que tienen ya prendas y muy ciertas de que les han de dar silla y asiento en el reino de Dios. Toda esta temeraria confianza nace de una cosa muy peligrosa y común a muchos, que es la falta del conocimiento del verdadero espíritu de Dios; casándose cada uno con su opinión; teniendo por mejor lo que quieren hacer que no lo que deben, y seguir antes do guía el apetito de la sensual devoción, que escuchar do llama el espíritu y doctrina de Cristo, que es negarse el hombre en todo, y resignar su voluntad en la del Señor, y procurar enteramente la mortificación de sí mismo.

Mirad qué va de esto a andar tan vivo el hombre, que acabado su recogimiento, luego busca su propia estimación. ¿Pues cómo, hermano, allí te encierras y echas la aldaba tras ti, y aquí buscas estimación de tus obras, fama y loor? Allí lloras porque pecaste, y aquí haces de nuevo por qué llorar: allí dices que eres tierra, y aquí juras que eres cielo, y que tienes mejor carne y sangre que el otro, siendo todos sarmientos de una cepa, y agua de una fuente y fruto de una raíz: blasonas que en la oración aprendes grandes verdades y conocimiento de

cosas divinas, y aquí te hallamos lleno de tantas mentiras y ceguedades. Mira en ti y hallarte has entero, carnal, lleno de tu propio querer, y que en todo te buscas y engrandeces con grande infamia de los ejercicios espirituales, pues ocupándote exteriormente en ellos, interiormente no te aprovechas por tu misma malicia y engaño.

Por esto andamos, hermano, por abrirte los ojos y que veas, y por despertarte de sueño tan pesado: por tanto, entrad dentro de vos, y de nuevo comenzad a andar en el camino de la mortificación siempre, curando poco de lo que a vos toca, y mucho de lo que Dios quiere: y mirad que os oso decir que no tendréis pureza de espíritu si paráis o penéis vuestro fin en sus dones, cualesquiera que ellos sean, aunque me los pintéis altos y celestiales dulcísimos y secretos. Pasad adelante de todo lo que podéis comprender, y de toda criatura, y sólo descansad en aquella voluntad de vuestro incomprensible e infinito bien: aquélla abrazad y amad como quiera que os sucedan las cosas, prósperas o adversas, seguras o de grandes peligros; porque no puede el alma subir a mayor dignidad, ni hacer cosa más ilustre, ni de más honra y grandeza, ni aun de mayor contentamiento, que tener tanta conformidad y amistad con Dios, que quiera una misma cosa con El.

¡Oh, bendito seas, Dios mío, Criador de todas las cosas y vida de todo lo que es; pues siendo Tú Criador y yo criatura pecadora, Tú ser infinito y nosotros nada y miseria, llegamos a tanta y tan grande participación con tu suma bondad, que te parecemos en el querer y en el juzgar! Vos, Señor, decís que esto es bueno; lo mismo decimos nosotros: vos lo queréis, también lo queremos acá. Haos parecido que estemos veinte años en una cruz con sequedades y tentaciones; aceptámoslo de muy buena gana: queréis que seamos testimoniados y abatidos, deshonrados y perseguidos; el mismo voto tenemos, y por vuestro seso nos gobernamos. Mirad si podemos errar, o nos podía faltar cosa de las que para el cielo importan, De voluntad tan santa como la divina, y querer tan justo ¿qué mandamiento puede salir que no sea justo, santo

y perfecto? Y siendo tan liberal y larga, ¿qué puede pedir al hombre que no sea para él grande e incomprensible tesoro? ¿Qué camino nos puede enseñar que no sea de gran seguridad y muy llano? ¿Qué aviso puede dar que no sea de gran misericordia y profundísima sabiduría, y qué consejo nos puede dar que no sea fidelísimo y cierto, y que nos importe la vida en tomarlo, siendo esto tan cierto, tan de fe y tan sin poderse dudar? ¡Qué locura es la nuestra, hermano, en seguir nuestro querer y apetito y el cumplimiento de nuestra voluntad, dejando de guiar tras la de Dios, que tanto nos asegura! Azote, castigue, mate o sane, quite devoción o póngala, trátenos como a esclavos o como a hijos, penitenciénos o regálenos, todo es seguro si hay en nuestras entrañas conformidad con su voluntad y negamiento de la nuestra, que tan perjudicial es; pues no tiene para cosa más habilidad que para deshacer en nosotros lo que Dios hace y para borrar de nuestros corazones lo que Dios en ellos con su dedo escribe, y para resistir a su divino querer.

Mirad, hermano mío, si son daños éstos para temerlos y para huirlos: buscad lo que a Dios contenta y a vos descontenta; porque esto es camino cierto, dar en la mortificación de vos mismo: y si en esto os ejercitáis, no llegaréis a la confesión, contemplación, lección ni oración, y a los otros santos ejercicios, por el gusto que en ellos habéis de hallar y sentir, ni andaréis en las obras de Dios mendigando vuestro propio interés, sino su gloria y cumplimiento de su voluntad. Ni aun en vuestras comuniones os llegaréis por gozar de aquel sabor espiritual, ni para satisfacción de vuestro espiritual deseo, ni a que allí os dé manjar de paz y quietud, ni por otro propio interés, sino sólo por la honra y gloria de Jesucristo, y porque es su voluntad que por estos medios aprovechéis, no en contentamientos, que hartos os dará en el cielo si le servís, sino en virtudes y propia mortificación, y en la conformidad de padecer por El mismo. Este es espíritu seguro y verdadero amor de Dios.

Ocupaos, hermano, vos en lo que aquí se os ha dicho; descuidaos de vuestro propio contentamiento, que Cristo

tiene cuidado de ellos para darlo o quitarlo cuando convenga, como verdadero médico, que entiende la enfermedad del enfermo y sabe cuándo le ha de sangrar para darle salud, y cuándo le ha de dar la purga para limpiarle, y el faisán para que le sustente y esfuerce.

Si Dios os diere consuelo, recibidlo, mas no lo busquéis vos, que os perderéis: y advertid que os digo esto para que algún rústico entienda por ello que no quiero decir que son malos los sentimientos de Dios y sus dulzores, los cuales da a los que le sirven y no le ofenden y se mortifican, antes podéis creer que a los tales suele visitar con la mano de su largueza, para que con más fervor y menos pesadumbre anden el camino del cielo.

Lo que digo y aviso es que no tengáis grandes ansias en buscarlos y suspirar por ellos, sino por Dios sólo, no parando sino en la conformidad de su voluntad, siguiéndola en todo y deshaciendo vuestro propio querer; porque no podéis, por mucho que lo procuréis, ofrecer a Jesucristo cosa mejor y más rica que vuestra propia voluntad, ni podéis tener cosa peor ni que más os dañe; porque es lepra pestilencial que cunde en el hombre interior, y de ella nacen los pecados todos, la ira y la soberbia, etcétera, y, finalmente, todo lo que enoja a Cristo Nuestro Señor; porque a Dios sólo es reservado tener propia voluntad, la cual a nadie está sujeta y ha de ser la regla de las demás. Luego cualquiera que usa de propia voluntad hurta a Dios su corona, pues a sólo El se debe, y en cuanto en sí es quiere ser semejante a Dios, y le quita su dignidad y excelencia.

Procurad, pues, hermano, desde hoy no caer jamás en yerro tan grande, porque os perderéis; no curéis de santidades, fundadas en vuestro propio amor y contentamiento, sino derribaros totalmente a los pies de Dios, y en buscar conformidad con su querer, y yo salgo por fiador que El os ponga en el cielo y os pague el negamiento de vuestra voluntad, porque tiene bien con qué: y porque no tengo más lugar , y tengo otras ocupaciones y negocios entre las manos, me perdonad la brevedad, recibid mi deseo. Pues el vuestro me necesitó a escribir

esta doctrina breve; mas si la penetráis, a la verdad es la más larga que el vulgo puede entender.

Ponedla, señor, por obra, porque de haberla leído, no saquéis mayor condenación, no haciéndolo así; y si alguna cosa no entendiéredes, otro día lo conferiremos de vos a mí, aunque yo sé cierto que es condición de nuestro buen Padre y Maestro Jesucristo, que aquellos que de veras le buscan, lo que sus entendimientos no entendieren lo pondrá en sus corazones para que le amen, que es el punto de todo el negocio y el fin de todo lo que vemos y pensamos: y como estemos ya diestros y advertidos a la conformidad de nuestro gran Dios, ni eso ni lo otro nos desalentará para seguirle y amarle, pues le habemos de servir dónde, cómo y de lo que El quisiere, y no como nosotros quisiéremos, que es negocio que emprenden pocos.

Encomendadme a Dios y pedidle para mí destierro de mi propio parecer, negamiento de mi voluntad, amor de su cruz, y perseverancia en su camino y olvido de todo lo que no es El: y así lo haré yo por vos para que nos veamos en aquel alto reino de su gloria, y gocemos de lo que Jesucristo nos ganó por trabajos y cruz, al cual sea dada la honra y gloria de todo lo que hemos declarado y dicho. Amén.

EXPOSICION BREVE

DE

LAS BIENAVENTURANZAS

QUE PREDICÓ EN EL MONTE, CRISTO NUESTRO SEÑOR (1)

BEATI PAUPERES SPIRITU

El que fuere tan humilde que tuviere muy claro conocimiento cómo de sí mismo es nada, y amare con grande amor su propio desprecio, dando de corazón la honra a Dios, éste será pobre de espíritu.

BEATI MITES

El que se hallare libre no sólo del deseo de la venganza, mas aun de la turbación de la ira, dándose suave y afable a los rencillosos sus injuriadores, como si no hubiera sido injuriado, éste será manso.

BEATI QUI LUGENT

El que huyere los deleites presentes y tomare el gemido por canto, abrazando los trabajos con mayor afección que los mundanos sus placeres, éste es lloroso bienaventurado.

---

(1) Matth., V.

BEATI QUI ESSURIUNT

El que tuviere más grandísima gana del manjar espiritual que los muy golosos del manjar corporal, éste ha hambre y sed de justicia.

BEATI MISERICORDES

El que tuviere los males ajenos por suyos, a semejanza de madre que está más enferma y llorosa con la enfermedad de su unigénito hijo que el mismo hijo que padece el mal, éste es el buen misericordioso.

BEATI MUNDO CORDE

El que tuviere perfecta limpieza de corazón, la cual es perfecta santidad, a éste le conviene la sexta palabra.

BEATI PACIFICI

Aquel cuyos movimientos estuvieren tan sosegados que no se levanten contra la razón, y que la voluntad siga con mucho amor a la de Dios, y después tuviere gran deseo y trabajo por ver esta paz en los otros, a éste le conviene la séptima palabra.

BEATI QUI PERSECUTIONEM PANTIUNTUR

El que padeciese por defender la virtud, la verdad y justicia, y tuviere gana de padecer hasta dar la vida, a éste le conviene la octava bienaventuranza.

El que hubiere cumplido estas palabras, ha conseguido la cumbre de la perfección que en esta vida se puede alcanzar.

REGLAS MUY PROVECHOSAS

PARA ANDAR

EN EL CAMINO DE NUESTRO SEÑOR

COMPUESTAS POR EL

VENERABLE MAESTRO JUAN DE ÁVILA

Clérigo, predicador apostólico en Andalucía.

La primera: tome este negocio con veras, y ponga en él aquel cuidado y diligencia que en un negocio que mucho le fuese pondría; porque, según sentencia de Nuestro Salvador, es la puerta angosta, y es menester porfiar para entrar en ella.

II. La segunda regla es que tenga el menos cuidado que pudiere de las cosas de esta vida, ordenando su vivienda con los menos impedimentos que pudiere; porque, según sentencia de Nuestro Salvador, el cuidado de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra de Dios y hácenla ser sin fruto; y por eso nos amonestó diciendo: *Mirad no se embaracen vuestros corazones en el comer y embriaguez y cuidados de esta vida.* Y esto es claro, porque no puede tener uno gran cuidado y diligencia en dos cosas: y por eso conviene quitar el uno de estos dos cuidados, y sea el del siglo que es honra y codicia y deleite, tomando gran cuidado de servir a Dios en todo y por todo, forzándose a contentarse con lo menos que pudiere.

III. La tercera: haga una confesión general de toda su vida con un confesor bueno y discreto, con aquel cuidado y propósito que lo haría estando enfermo y le dijesen los médicos que ordenase su ánima porque se quería morir; y ponga tal su conciencia, que le quede testimonio en ella que si Dios lo llevase a la otra vida no le pesaría de ello.

IV. La cuarta: tenga de ahí adelante cuidado de enmendar sus costumbres y vida cada día y cada rato, sin descuidarse, mirando qué habla y qué hace, y en lo demás en que entiende: y cuando se quiera acostar, tómese cuenta de lo que ha hecho aquel día y repréndase de lo que hubiere pecado; de manera que no deje pasar cosa sin castigo, y como si tuviese algún niño hijo de un Rey a cargo y encomendado para que mirase por él y lo castigase lo mal hecho. Y no eche en olvido lo que pensare; mas guárdelo en su memoria, juntándolo lo de un día con otro, para que cuando vaya a confesar, sepa en breves palabras en lo que ha pecado; y así con arrepentimiento de los descuidos de aquel día, y con propósito de enmienda y confesión, duerma con la paz de Nuestro Señor.

V. La quinta: confiese y comulgue las Pascuas y días de fiestas principales, que sean diez o doce veces en el año; porque de otra manera el buen propósito que en una confesión cobró, lo habrá olvidado cuando venga a otra; y así siempre trabajará, y cada día, como si no hubiese hecho nada, comenzará de nuevo. Para esto tenga hablado a algún buen confesor para que quiera tener este cuidado de confesar y sea breve; y si es persona recogida y quitada de tráfagos, será la confesión más a menudo, al parecer del confesor discreto.

VI. La sexta: busque algún rato o lugar desocupado cada día, para que lea libros buenos y piense en algún paso de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y en el artículo de su muerte. Consuélese con Jesucristo, y hable con El en su corazón, teniendo confianza que será piadoso y remediador, y pídale su amistad y gracia con todas sus fuerzas; y cada vez que triste o alegre se sienta,

recurra a Jesucristo a pedirle consuelo o darle gracias. Lo que leyere no ha de ser para ser sabio, sino para aprovechamiento de su ánima; y estando leyendo tenga el corazón en Dios.

VII. La séptima si no tiene en este mundo trabajo, tome alguno por amor de Jesucristo, que fué trabajado por nos; y si alguno tiene, de cualquiera parte que venga, ahora sea espiritual, ahora sea corporal, tómelo por merced de Dios; y en levantándose ofrézcase a Dios; y todo lo que aquel día le viniere, tómelo de buena gana y con entera confianza, que Dios se lo envía para su remedio y salud.

VIII. La octava: viva con cuidado de no hacer cosa que no deba contra su prójimo, y mire si le puede ayudar en alguna cosa, como es limosna, darle consuelo, o consejo, o favor, o cualquier otra cosa, hágalo; porque bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; y juicio sin misericordia será hecho a quien no hiciere misericordia.

IX. La nona regla: conviene que para lo que toca al recogimiento de su conciencia tome por guía y padre alguna persona letrada y experimentada y ejercitada en las cosas de Dios, y no tome quien no tenga uno sin otro; y pues tanto en acertar va con buena guía, debe con mucha instancia pedir al Señor que os lo encamine; y encaminada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón: no le escondáis cosa buena ni mala: la buena para que la examine y os avise, y la mala para que la corrija. Y cosa de importancia no hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que pondrá en el corazón y lengua de vuestro guía lo que conviene a vuestra salud: y de esta manera huiréis de dos malos extremos: uno de los que dicen: *No he menester consejo de hombre, Dios me rige y me satisface.* Otros están sujetos al hombre, sin mirar otra cosa sino que es hombre, que les comprende aquella maldición que dice: *Maldito el hombre que confía en el hombre.* Sujétese al hombre, y habrá escapado del primer peligro, y no confíe en saber y fuerzas de hombres, mas en Dios, que le favorecerá y

hablará por medio del hombre; y así habrá evitado el segundo peligro. Y tenga por cierto que aunque mucho busque, no hallará otro camino tan cierto ni tan seguro para hallar la voluntad del Señor, como éste de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los Santos y tan aprobado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las vidas de los Santos Padres. Y porque pocas veces estos tales varones se hallan, es bueno, sin decir mal de los otros, escoger a quien Dios le encaminare, uno entre mil, al cual en el nombre de Dios incline su oreja con toda obediencia y humildad.

No resta sino que se alegre con el estado que el Señor por su sola voluntad le dió, con que tenga cuidado de ser el que debe; y así tema de su flaqueza, que confíe en el Señor, que acabará en él lo que ha comenzado; porque así, ni la merced hecha le dé alegría liviana, ni el temor de lo mucho que debe le derribe. Mas entre temor y esperanza camine hasta que el temor se quite en el perfecto amor que en el cielo habrá, y la esperanza que tengamos presente y sin temor de perder aquello de quien en ausencia esperamos.

X. No así fácilmente disminuya ni añada lo que tiene de costumbre; y antes que lo haga encomiéndelo mucho a Dios.

XI. Cuando llegare a ti alguna persona necesitada, si tú no la pudieres socorrer, a lo menos encamínala a las personas que sabes que la podrán socorrer, y dila alguna palabra de consolación siquiera. Nuestro Señor os consuele y os remedie por su misericordia.

XII. En viniéndote algún deseo, confórmalo con la voluntad de Dios, y habrás descanso.

XIII. No te acaezca jamás desear ni procurar algún bien por malos medios, ni por muerte ajena; y esto nace de los deseos ahincados: por eso guárdate de estos ahincos, que son peligrosos.

XIV. Pide a Dios perdón de lo pasado, esperando siempre en su infinita misericordia.

XV. Lo presente y lo por venir encomienda mucho a Dios muy atenta y ahincadamente, desechando los

temores desaprovechados de las cosas inciertas y congojosos cuidados.

XVI. En todos tus pensamientos, palabras y obras procura siempre derecha, fiel y verdaderamente la honra de Dios y el cumplimiento de su voluntad.

XVII. Cuando quisieres hacer alguna cosa, examina primero con diligencia y sin pasión qué te persuade, por qué fin lo quieres hacer, y sácalo bien en limpio, sin engañarte a ti mismo.

XVIII. Mira que no te hagas sordo a la doctrina de Dios ni al remordimiento de la conciencia, ni vayas contra ella precipitadamente y a cierra ojos; sino detente un poco en los ímpetus y persuasiones de tu espíritu: *Subditus esto Domino, et ora eum.*

XIX. No seas desagradecido ni tampo lisonjero: da a cada uno la honra que se le debe y en ti es. Y guarda que ni por prosperidad tuya ni adversidad suya jamás se la disminuyas, porque serás causa que te aborrezca y sé siempre verdadero, y huye la mentira e hipocresía cuanto pudieres.

XX. Guárdate de escandalizar y dar mal ejemplo a otro: no quieras parecer singular, y procura cuanto en ti fuere que nunca el prójimo quede de ti descontento ni contristado, por pequeño que sea; no pienses que lo menosprecias.

XXI. Nunca deseches a nadie por abyecto que te parezca: guárdate de juzgar por las apariencias de fuera en todo lugar y en toda cosa y guarda cada cosa para su tiempo. Desecha presto la mala sospecha y tentación, y está atento a lo que haces como si fuese lo postrero. Nunca por ti se quebrante la paz tuya ni ajena.

XXII. Nunca desees más de lo necesario, y eso conclúyelo en lo menos que pudieres: *Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus.*

XXIII. Comúnmente no hables hasta que te pregunten, ni te entremetas donde no te llaman. Sea tu habla graciosa, con gesto sereno y apacible.

XXIV. No te mudes de ligero del lugar y compañía que tuvieres conocida, con esperanza de lo incierto y no

conocido, que por ventura, huyendo de un inconveniente, caerás en muchos más graves; mas ten firmeza, encomendándolo todo a Dios y buscando su consejo.

XXV. El bien que pudieres hacer no lo dejes para mañana, que cada día trae consigo su tarea.

XXVI. Después que al cuerpo hubieres dado su ración, cortando toda superfluidad, no le creas por más que te persuada y finja flaqueza y necesidad.

XXVII. Cuando el cuerpo fingiere cansancio o regalo o pereza en el trabajo ordinario, entonces te aviva más y esfuérzate en Dios, diciendo que se haga lo que se ha de hacer.

XXVIII. Nunca estés del todo ocioso.

XXIX. Guárdate de porfiar por salir con la tuya.

XXX. Antes que salgas de tu casa y aun de tu cámara, mira bien dónde vas y qué te mueve.

XXXI. Procura de hablar palabras de que no te hayas de arrepentir.

XXXII. Si alguna persona con ahinco y mucha gana te pidiere que la confieses, confiésala; porque suelen acaecer grandísimos provechos de no rehusar las tales confesiones.

LOS DIEZ DOCUMENTOS

QUE SE SIGUEN, QUE DIÓ EL MISMO VENERABLE MAESTRO ÁVILA A OTRA PERSONA

EL primero será, que trabaje siempre de acordarse que Nuestro Señor Dios, trino en personas y uno en esencia, está en todo lugar y en su corazón, y dondequiera que se hallare; y así trabaje de estar con mucha reverencia estando presente tan gran Señor; y acordándose de El, tenga en su voluntad un gozo y querer con que esté muy contento y alegre de que este Señor está tan lleno de gloria como nuestra fe nos dice, holgándose de que sea tan rico en su mismo ser. Este consejo dió el Patriarca Tobías a su hijo, en el capítulo IV, diciendo: *Omnibus diebus vitæ tuæ in mente habete Deum.* Que a esto debían atender los Santos Patriarcas, que se ejercitaban cuando decían: *Vive el Señor, delante de quien estoy.*

II. El segundo sea, que busque un lugar solo donde cada mañana, en levantando, se recoja una hora o más, e hincado de rodillas o como mejor se hallare, teniendo presente a Nuestro Señor, conforme a lo dicho, conociéndose por pecador e indigno de estar allí, piense un Paso de su Pasión con mucho sosiego, pensando por menudo, como si cabe sí le tuviese, lo que pasaba y el amor grande que le tiene. Este consejo es del Apóstol San Pedro, capítulo IV, que dice: *Christo igitur passo.*

III. El tercero sea, que a la noche, del mismo arte se ponga a pensar con mucho sosiego en la muerte, ha-

ciendo cuenta que se ve morir, y pensando por menudo la agonía, las tentaciones, el aprieto de la muerte, la cuenta estrecha que se le ha de pedir, el cómo se ha aprovechado de las inspiraciones divinas; cómo enterrarán su cuerpo, y será manjar de gusanos; cómo será su alma juzgada de la más pequeña palabra ociosa, el tormento del infierno, el premio del cielo, gastando una hora en algo de esto. Pida favor a Dios para que pueda tener buena cuenta aquel día temeroso. Este consejo es del Eclesiástico, capítulo VII, que dice: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.*

IV. Sea el cuarto, confesar y comulgar a menudo; porque, según dice San Bernardo, la confesión a menudo es medicina ligera, y allende la gracia de Dios que se da, quédase avergonzado el hombre de confesar muchas veces una misma cosa: sea el confesor letrado y siervo de Dios, con cuyo consejo recibirá la santísima comunión; porque de ella dice San Juan Crisóstomo que salimos espantables a los demonios, como leones que echan llamas por la boca; y de ella dice San Bernardo que nos quita totalmente la gana de los pecados mortales y nos disminuye los veniales, por cuya causa quien quisiere aprovechar en la virtud debe frecuentarla.

V. Sea el quinto, que quite los ojos de vidas ajenas, mirando por su propia alma, desechando todo pecado mortal, porque con él ningún bien hay en el alma. Y lo bueno que en otro viere, trabaje de imitarlo; y lo que mal en otro le pareciere, por ser claramente malo, tener lástima del que lo hizo, conociendo que él haría otro tanto si Dios no le tuviese; y así alabe a Dios que le guarda, y pídale misericordia para el otro, doliéndose de él como de hermano; porque, según dice San Gregorio, la santidad verdadera tiene compasión de los flacos y pobres, y la falsa indígnase contra ellos.

VI. Sea el sexto, de San Pablo (Hebr., XII), que ponga sus ojos en el autor de nuestra salud, que es Cristo, para tenerle a El sólo por dechado en lo que hubiere de hacer, teniendo por verdaderos sus Mandamientos y consejos en todo tiempo, para que caída ninguna de per-

sona que parezca buena no le escandalice, y luego le haga dejar lo comenzado; sino como hombre ya avisado por Nuestro Redentor, que se han de levantar falsos Profetas antes del juicio, no mudarse de sus buenos ejercicios por cosa que vea, creyendo que cuando alguno cae, no nació aquella caída del recogimiento ni de la oración, sino de su soberbia; y así tomará aviso para humillarse, y no para dejar lo bueno comenzado.

VII. Sea el séptimo, que huya de malas compañías como del mismo demonio; porque su garganta, según dice David, es sepulcro abierto, de donde no salen sino palabras malas que, según dice San Pablo, corrompen las buenas costumbres.

VIII. El octavo será huir con mucho cuidado de murmurar ni hacer mal a nadie; porque dice Nuestro Señor por un Profeta: *El que os tocare, toca a las niñas de mis ojos.* Y si otro murmurase, repréndalo si se espera enmienda; y si no, mostradle la cara triste; porque dice San Bernardo que duda él de cuál pecará más, quien murmura o quien oye de buena gana murmurar.

IX. El nono sea la caridad con los prójimos, que trabaje por hacer cada día alguna limosna corporal o espiritual; porque en esto dice Cristo que se han de conocer sus discípulos, en amarse unos a otros; y este amor, dice San Juan, que no sea de palabra, sino de obra: *Filioli, non diligamus verbo* (I Joann., III).

X. El décimo y último, en que debe mucho mirar, sea que de tal arte viva bien que quite sus ojos de sus obras, creyendo que son todas, según dice Isaías (capítulo LXIV), como paños manchados, y ponga su confianza en las obras y merecimientos de Jesucristo, confiando que es tanto el amor que el Padre Eterno tiene a su Hijo, que por El le hará misericordia en este mundo y le dará la gloria en el otro. Amén. Porque dice San Pedro que no hay por otro salud, sino por Cristo; y así, le debe tomar por medianero en sus oraciones. Este documento y el primero se deben mucho mirar.

AVISOS

A

D. DIEGO DE GUZMAN Y AL DR. LOARTE

PARA ENTRAR EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Lo primero, quiten los ojos de querer aprovechar por este medio o por aquél: ni hagan cuenta que hay almas más que para desearles bien, y pedirlo a Nuestro Señor; mas no para elegir este o aquel medio para las aprovechar; antes resistan a este pensamiento como a otra cualquiera tentación.

2. En ninguna manera piensen que entran a juzgar lo que hacen los otros, sino traer en su corazón aquel dicho de un monje: *Ego judicari veni, et non judicare.* Y de este peligro se guarden mucho, especialmente si piensan que saben algo; porque hay grande resbaladero, el cual deja alguna vez hasta perder la gracia de Nuestro Señor. Crean que Dios rige a los ojos que rigen, y que tienen para lo que hacen algún motivo, que ellos no saben, o algún particular intento: empero no juzguen sino *quid ad te? Tu me sequere*, como que se desembaracen; porque de otra manera vivirán desconsolados e inquietos.

3. Fúndense en obediencia, teniéndola por una grande merced de Dios en la tierra, esperando que Dios, por vía de sus mayores, les dirá su voluntad, la cual esperanza no ha de estar en la sabiduría del mayor, sino en la promesa de Dios que da su ayuda a quien se humilla:

y si tuvieren fe en el obedecer, gozarán de gran paz, y en breve aprovecharán mucho.

4. Item, entiendan que aunque no tengan aquella libertad que parece convenir para ganar ánimas, y los ocuparen en otras cosas que tiran más a otros fines que a convertir ánimas, no por eso se inquieten; porque como de la conservación y aumento de esta orden depende mucho a las ánimas aquello que para esto va ordenado, aunque sea fregar escudillas, convertir ánimas es; y con grande consuelo se debe hacer, enderezando sus vidas en el acrecentamiento de esta obra en aquello que les mandaren: de manera que quiten los ojos de otros medios, y se ofrezcan a aquello que les fuere mandado, no tanto por lo que es, como por ser mandado lo estimen, teniendo por merced de Cristo ser miembros de este cuerpo, en el cual El recibe servicio.

5. Estarán aparejados a cruz, y a ella han de pensar que van trabajando de no dar a otros ocasión de que se quejen; y sufriendo lo que les fuere hecho, no se turben con la diversidad de las condiciones que hay en las Comunidades; mas piensen que hasta que uno es probado con prójimo, es muy poco lo que de Dios tienen; y a esto principalmente enderezarán sus fuerzas, a no ser inquietados con prójimos, llevar injurias con alegría, a ser hollados como lodo, a ejemplo de Cristo; y miren que nunca anden descuidados en esto, porque en faltando el cuidado está cierta la caída, por la guerra continua que hay: pongan sobre sí los ojos, y no procuren hacerse maestros de otros, ni en ello hablen si no fueren mandados; y cuando no, *non judicare veni, sed judicari.*

6. Traten el negocio de su aprovechamiento con el cuidado que se debe a negocio de Dios, acordándose que se han llegado a ver la celestial visión de Dios en zarza de cruz, y que es tierra santa donde están, y que no sufre mortecinos afectos: esfuércense mucho en Cristo, *et in potentia virtutis ejus*, a negarse a sí mismos, no sólo en la sensualidad, mas en la voluntad principalmente y en el entendimiento, que éste es el derrama-sólaces, el enemigo de la paz, el alcalde presuntuoso el juez de

sus mayores, y padre de la división y enemigo de la obediencia, ídolo puesto en lugar de Santo Dios. Otra y otra vez les encomiendo y ruego por las entrañas de Cristo que derriben este su entendimiento y reine Dios por la fe en él, estando muy confiados que lo que sus mayores les mandaren es voluntad del Señor: y esto y no otra cosa tengan por consuelo en todas sus cosas, y por refrigerio en todas sus dudas; y mientras esto les durare irles ha muy bien.

CINCO GRADOS DE HUMILDAD

1. El primero es que el hombre, conociendo de verdad su vileza, se menosprecie a sí mismo en la voluntad.
2. Este menosprecio muestra exteriormente en el hábito y en el andar, y en ejercitarse en cosas bajas y despreciadísimas.
3. Cuando es menospreciado de otros, tenga paciencia.
4. Que en este menosprecio se alegre.
5. Que de todo corazón desee ser menospreciado de todos.

OTROS DOCE GRADOS DE HUMILDAD

1. El primero es el temor de Dios Nuestro Señor,
2. El negamiento de la propia voluntad.
3. Obediencia.
4. Paciencia.
5. La confesión de los pecados.
6. Menosprecio de sí mismo.
7. Anteponer los otros a sí, estimándolos en más.
8. No hacer alguna singularidad notable en las cosas exteriores.
9. Callar hasta ser preguntado.
10. No ser fácil para reír.
11. Hablar pocas cosas y buenas.
12. Pretender estado y hábito humilde, etcétera.

DIEZ AVISOS PARA CAMINAR POR LA VÍA RECTA

1. Todo juicio, no solamente temerario, mas cualquiera pensamiento de falta o pecado de otro, desecharlo luego, volviendo el entendimiento a Dios Nuestro Señor, mostrándole la llaga de mi ánima para que la cure.

2. Toda reprensión, tristeza, afrenta o desabrimiento y trabajo que me viniere, ya que no haya fuerzas para desearlo, a lo menos sufrirlo con paciencia callando; no mirando a quien me lo dice, sino ver que aquello viene de la mano de Nuestro Señor; y así le rogaré por quien me es causa de estos trabajos, y que me dé gracia para sufrirlos por su amor, considerando que sufrirlos con paciencia es señal de nuestra salvación.

3. Toda gracia espiritual, don natural y cualquiera cosa bien hecha, referirla a Dios Nuestro Señor, dándole gracias, no atribuyéndome a mí otra cosa sino los pecados, faltas e imperfecciones.

4. Cuando me viniere envidia, así de dones espirituales como naturales y temporales que en algunos hubiere, alzar el corazón a Dios, suplicándole que se los aumente más, y holgándome de su bien y pesarme de su mal.

5. Tener muy fijado en mi ánima, que ninguna cosa debo desear, ni por cosa alguna me he de fatigar sino por la gracia y amor de Nuestro Señor; y no ofenderle en cosa alguna, sino agradarle, ahora venga la muerte o la vida, enfermedad o sanidad, tristeza o alegría, honra o deshonra, ser rector o cocinero, aquí o en el cabo del mundo, sólo en cuanto me llegare a Dios Nuestro Señor.

6. Persuadirme de veras, que mientras viviere nunca me han de faltar trabajos, tristezas, tentaciones, cruz; que esta es la librea de los siervos de Jesucristo Nuestro Señor; y así sufrirlo con paciencia, considerando que mis pecados esto y mucho más merecen: *Nam militia est vita hominis super terram, et qui perseveraverit usque ad finem, hic salvus erit.*

7. Cualquier pensamiento, palabra u obra de soberbia que me viniere, que soy mejor o más aprovechado, o preferirme en otra cosa cualquiera a otro, desecharla luego como cosa muy aborrecible a Dios Nuestro Señor, mostrándole mis pecados y faltas, y pidiéndole remedio, *quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.*

8. Cuando me vinieren razones, que otros tienen en alguna cosa culpa y yo no, no me excusaré, aunque sea verdad que no la tengo; sino acusarme he, y alabaré a mi hermano; pues cuando me viniere la tal penitencia, reprensión o trabajo, o entonces no lo he merecido, mis pecados pasados lo han causado; de manera que nunca padeceré inocentemente, y así nunca me excusaré jamás.

9. Acordarme he muchas veces entre día, especialmente cuando hago el examen, de dar gracias a Nuestro Señor Jesucristo porque me redimió y me hizo amigo con Dios, y me ganó tantos bienes con su Pasión y trabajos; y luego darlas a nuestro Dios porque me lo dió, y por quien El es.

10. El fruto de la comunión y de otro cualquier ejercicio espiritual ha de ser adquirir más fuerzas para servir y amar a Nuestro Señor con mayores veras, y para resistir a las tentaciones y trabajos con paciencia, y no por gustos y sentimientos; los cuales suelen ser señales de imperfectos, y aun pueden venir del demonio para engañarnos: y así no nos habemos de fatigar mucho por ellos, si Nuestro Señor no nos los envía; y teniéndolos, no despreciar a los otros si no los tienen, que será caer en soberbia y presunción, pues aunque otros no los tengan, pueden ser más santos y amigos de Dios.

QUINCE AVISOS PARA QUIEN DESEA SER RELIGIOSO

1. Ten siempre tus pecados presentes, y duélete de ellos cada día.

2. No sientas de ti otra cosa sino ser vilísimo, negligentísimo e indignísimo de toda compañía y aspecto de otros; y así, desesperado de ti, en sola la misericordia de Dios espera.

3. De tal manera has de sentir de los otros, que no solamente no juzgues, mas aun seas tan simple que ni pienses ni sientas la falta ajena; solamente te ocupa en las tuyas.

4. Con ninguno te muestres airado, ni lo estés, ni tengas mal querer, ni odio, ni tristeza con nadie; mas ten el corazón quieto, pacífico, humilde, y el rostro severo, ornado de vergüenza.

5. Muéstrate pronto y alegre para servir a todos.

6. Abstente perfectamente de las palabras ociosas de juegos y liviandades, salvo en cosas que la caridad fraterna requiere.

7. Sufre con paciencia las molestias, riñas, vituperios, malas palabras, que de Dios te vienen, para ejercitarte en paciencia; súfrelas con alegría, con deseo, con voluntad resignada, no contradiciendo en tu ánima.

8. Mortifica toda curiosidad de saber, de sentir, de experimentar y de tener lo que es necesario; y esto sólo busca con solicitud; cómo aproveches.

9. Desecha a los principios todo pensamiento que te lleva fuera de Dios.

10. Por ninguna cosa de esta vida seas solícito, si no es para agradar a Dios.

11. No te maravilles de los acaecimientos, y digas porqué es esto así o así; mas todo lo recibe como de la mano de Dios con hacimiento de gracia, esperando sin dudar que El tiene cuidado de ti y de todos, y que no permitirá que venga otra cosa sino aquello que fuere para mayor bien nuestro, aunque nosotros no lo entendamos.

12. Fuera del manjar común que a todos se da, nada desees ni busques mientras estás sano; y si no lo pudieres comer, da gracias porque te dió ocasión para dejarlo de comer.

13. En cosa que no te toca por necesidad, no te entremetas, *máxime* en defectos de los hermanos o hechos de los oficiales.

14. Ten siempre a los superiores obediencia, reverencia y amor de puro corazón, sintiendo bien de ellos; y

no consientas que ante ti se diga o haga algo contra ellos, ni contra otro hermano o prójimo.

15. Busca siempre la soledad, así del ánima como del cuerpo, y nunca estés ocioso; y procura que todas las cosas mundanas te parezcan muy viles.

Con toda diligencia guarda las reglas y constituciones en su lugar, tiempo y modo, y las demás circunstancias necesarias, porque éstas son tus armas; y si no quieres peligrar en la tentación, hazlas guardar.

LAS LECCIONES QUE LEYÓ EL MAESTRO ÁVILA

DE LA CANÓNICA PRIMERA DE SAN JUAN EN ZAFRA

CAPÍTULO PRIMERO

Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus, quod perspeximus.

(JOANN., I, 1.)



L intento de escribir el Evangelio San Juan, fué declararnos la divinidad de Cristo por causa de los herejes que la negaban, y así quiso, como águila, mirar al sol de hito en hito. De la cual águila decía Job: *Numquid ad præceptum tuum elevavit aquila et in altissimis ponet nidum suum?* San Juan era esta águila, elevada sobre sí mismo. Y así ahora también comienza en esta Epístola por la Divinidad, diciendo: *Quod fuit ab initio.*

Harta alegría es para nosotros tener un amigo antiguo, el cual era *ab initio*. Dice Salomón: «Procura tener un amigo viejo, y confía de él cuando se añejare, como el vino». La amistad, al principio del amor, comienza a hervir como el vino, y al mejor tiempo falta; pero cuando el amigo es viejo y dura, confía en él. Tenemos, pues, dice San Juan, a un Dios, el cual nos ama *ab initio*. Porque no nos puede amar Dios en principio de tiempo; porque si en el amor de Dios hubiese novedad, ya

se mudaría, y no sería Dios. ¡Qué alegres nuevas decir que este amigo es *ab initio!*

Y ¿qué tal es el amigo? Dice aquel que es imagen de Dios invisible, es imagen sacada al natural, en la cual se sacó e imprimió toda la perfección del Padre. *Philipe, qui videt me, videt et Patrem;* porque no puede ser visto el Hijo, sin que se vea el Padre. Y así, quien ve la bondad, la paciencia y las demás virtudes y los milagros que Cristo hizo, ve al Padre. Porque los mismos que Jesucristo hizo, hiciera el Padre si encarnara; porque no son dos bondades, sino una; y así, lo mismo obrara.

Esta palabra eterna se hizo temporal. Si hubiese predicadores que esto predicasen, no habría necesidad de predicar otra cosa. Por ventura, ¿no se encierran todas las cosas en Dios? Luego, predicar a Dios encarnado, sería predicar todas las cosas; porque, como decía San Francisco: «¡Oh, Dios y todas las cosas: *Deus meus et omnia!*» Y Bartholomaeus: *Theologia est nimis lata et nimis brevis,* porque en Dios todas las cosas criadas se incluyen. Y así decimos: *Mi Dios es agua, cielo,* etc., y negáis Dios no es agua, no es tierra.

Pues ¿porqué afirmamos estas cosas de Dios? Porque no pudiera dar virtud y perfección a estas cosas, si no las tuviera en sí. Y así, decir que es agua es decir que tiene la perfección del agua; porque, si el agua da refrigerio, cuánto más lo dará El, el cual es vena de aguas vivas, según lo llamó el Profeta, y asímismo de las otras cosas y criaturas; de esta manera se verifican todos estos atributos.

Pero ¿cómo negamos todas estas cosas de Dios? Porque en esencia ninguna cosa es de éstas, sino en virtud y perfección. Y así dice David: *Petra mea et refugium meum.* Y donde nosotros decimos *Petra,* dice el griego *Fortitudo.* Luego, llamar David a su Dios *Piedra,* es decir que lo que a las otras cosas es su fortaleza, a él lo es Dios. Pero porque no es cosa tan baja en esencia como piedra, por eso decimos no ser piedra, y negamos los demás atributos.

Mas ¿cómo dice Dionisio no ser bondad ni justicia, lo

cual es cosa más dificultosa? Digo que dice esto, porque no hay acá especie, la cual, claramente, le pueda representar, antes digo, ser imposible, hasta que allí le veamos cara a cara (aunque hubo herejes que dijeron que ni aun en el cielo le hemos de ver rostro a rostro; pero yo más creo a San Juan, el cual dice, que le veremos según es). Luego, como no hay aquí especie para representar a Dios como El es, de aquí viene que cuando oímos decir *bondad*, formamos especie de la bondad, pero no formamos noticia de Dios; de suerte, que afirmamos de Dios que es cosa como bondad, pero no formamos especie de El.

¿Para qué es todo esto? Si me preguntáis qué cosa es Dios, direos: *Una cosa que no podemos entender qué es.* Ni es tierra, ni es cielo, etc. Esta es aquella obscuridad donde entró Moisés a hablar a Dios, y se quedaron fuera los viejos. Porque, cuando una ánima ha venido a dejar todas las especies creadas, y queda en la obscuridad del entendimiento y apagan las velas, entonces, si le preguntan qué es Dios, responderá: *No sé.* Entonces esta tal ánima está en lo fino de entender a Dios y hablar a Dios. ¿No murió Raquel cuando nació Benjamín? Nació Benjamín, que quiere decir *hijo de la mano derecha*, y murió Raquel, que quiere decir: *Videns Deum* o *Videns principium;* porque, cuando muere en vos el entender a Dios, nacerá el hijo de la mano derecha, y el crecimiento de la mente delante de Dios, que es amarle con voluntad. Sabéis amar al que no sabéis entender. No lo puedo decir más claro, porque es cosa que se puede sentir y no decir. Quédese el paje con la hacha en la antesala, antes de donde está el Rey, y entre allá el caballero; quédese vuestro entendimiento fuera, pues no puede entender, y entre la voluntad a amarle, pues le puede amar; y no rastreéis por cosas criadas, porque no lo podéis entender. Y así dice Ricardo que, donde no puede entrar el entendimiento a entender, puede entrar la voluntad a amar.

Pues luego, si esta palabra encarnada se os predicase, y no por lengua de carne, sino de espíritu y gracia, más

suficiente sería para mover vuestros corazones que si os predicasen todas las cosas. Con ésta haríamos temer más que con el infierno; con ésta consolaríamos más que con el cielo. Ved aquí lo que Dios quiso que se predicase con el Evangelio, que se diesen estas nuevas alegres al mundo, que tanto nos amó que se transformó en uno de nosotros. ¿Por ventura visteis nunca amar tanto marido a mujer que por amor de ella se transformase e hiciese de hombre mujer? Pues ved aquí nuestro buen Dios *qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlo, et homo factus est.* Esto encarece San Juan en lo que se sigue: *Quod vidimus et prospeximus,* lo que vimos y miramos atentamente, como en espejo.

Y ¿cómo lo vieron? *Beati oculi qui vident quæ vos videtis,* decía el Padre: *Mi Hijo os envío: allá sabedle mirar.* (I, 1-2): *Et manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ.* (Verbo de vida, que nuestras propias manos palparon.) No solamente es palabra de vida en sí, sino también por la cual los que viven, tienen vida, y los muertos la reciben, según dice el Señor: *Ecce venit hora, et nunc est, quando mortui audient vocem Filii Dei, et qui audierint, vivent.* (Y he ahí, que llega el tiempo, y ahora es cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y quienes la oyeren, vivirán.) Dádmelo vos que tenga orejas para oír esta palabra: que, aunque esté muerto de cualquier pecado, verdaderamente vivirá, porque más poderosa es su palabra para dar vida, que el pecado para dar muerte.

Quod vidimus, dice San Juan, con el cual conforma San Lucas, haber dicho Cristo a los Apóstoles: *Eritis mihi testes in omni Judæa et Samaria et usque ad ultimum terræ.* (Me seréis testigos en toda la Judea, Samaria y hasta los confines de la tierra). Testigos dignos de fe. Si por dicho de solo Moisés, que dijo que le había visto (y hase de entender con ojos de ánima, porque con ojos de cuerpo no puede ser visto); y aunque San Agustín dice haber visto Moisés la esencia de Dios, que otros no lo admiten, y da testimonio, le creen todos los judíos, ¿cuánto más son dignos de fe doce testigos que

afirman haberle visto y oído y tocado con sus manos?

Esta palabra de vida estaba escondida en el seno del Padre; y ahora temporalmente, tomando carne humana, apareció entre nosotros, y anda por los templos, por los púlpitos. ¿Habéis oído decir a David: *Domine, ostende nobis faciem tuam, et salvi erimus?* ¿Señor, muéstranos tu rostro y seremos salvos? Como si dijera: *Señor, tenéis la cara vuelta allá á los ángeles, y las espaldas a los hombres* (como dijo él a Moisés: *Verás mis espaldas, porque mi cara no la podrás ver*). Pues muéstranos ahora tu cara, *Señor, que es esta palabra encarnada.*

Pero, para verlo bien, pide primero David: *Domine Deus virtutum, converte nos ostende faciam tuam, et salvi erimus.* (Señor Dios de las virtudes, conviértenos, muestra tu faz y seremos salvos.) Porque ¿qué aprovecha mirarte Dios y volverse a ti, si Tú no te vuelves a él? ¿Dónde estarán luego los ojos, si las espaldas tienes vueltas a Dios? San Agustín dice: *Væ illis qui diligunt nutus tuos præter te.* ¡Ay de quienes aman tus criaturas más que a ti!. ¡Que hay hombres que tengan siempre los ojos puestos en la sombra, y no en la verdad! ¿Miras la sombra del sol, y no el sol? Alza los ojos y mira que, *si quod miraris est umbra, cuanto magis erit illud cuyus umbram miraris?* (¿Si te admira la sombra cuánto más te debe admirar la realidad?) Dice David: *Filii hominum, usquequo grabi corde? Ut quid deligitis vanitatem et quæritis mendacium?* (Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis ciegos de corazón? ¿Y porqué amáis la vanidad y buscáis la mentira?) ¡Quién tuviera ahora el espíritu del que dijo esto para encarecer este mal tan grande! Decía Amós (III): *Pon tus ojos en una mujer que la ama su marido y ella pone los ojos en su enamorado: Sic filii Israel: ego amo illos, et ipsi diligunt vinaria ubarum.* (Así que yo amo a los hijos de Israel y ellos aman los toneles de vino.)

¡Oh, hijos de los hombres! ¿Porqué amáis los dineros, las honras, los deleites más que a Dios? Envíaos Dios la cosa para que os holguéis con ella, y vos dejáis a Dios por las cosas que os envía. Quejaos, Señor: ¿os sabréis

quejar? *Déjanme por granillos.* Granillos son los ángeles, y granillos los querubines, y granillos todas las criaturas en comparación de Dios. Luego ¿porqué dejáis a Dios por ellas? Atanasio *de Incarnatione* sobre aquel paso: *Fac Deos qui præcedant nobis, nam hunc Moises nescimus ubi sit: Querían Dios visible*—dice—(Haznos dioses que nos guíen); porque a Moisés no le veían. Así, los hombres aman los dineros y la hacienda, y las otras cosas visibles, y de las invisibles no se les da nada. Y ¡qué engaño tan grande, que por lo visible dejan a Dios invisible! Dice Dios: «Pues por cosas visibles me dejan, y no quieren sino Dios visible, Yo tomaré carne humana y apareceré visible para que me amen y para que, conociendo visiblemente a Dios, sean arrebatados al amor de las cosas invisibles».

Pues ya que un hombre ama tanto las cosas visibles, y no ama a Dios visible, ¿qué pena merece? San Pablo la pone diciendo: *Qui Dominum Jesum non diligit, anathema sit.* (Quien no ama a Nuestro Señor Jesús, que sea anatema.) ¡Qué terrible pena! Burlaos, si os atrevéis, de ella. Luego roguemos con Jeremías cada día: *Converte nos, Domine, ad te, et convertemur.*

(I, 3): *Quod vidimus et audivimus, annuntiamus vobis, ut et vos societatem habeatis vobiscum, et societas nostra sit cum Patre et cum Filio ejus Jesu Christo.* (Lo que hemos visto y oído, os anunciamos, para que estéis en sociedad con nosotros, como nosotros con el Padre y su Hijo Jesucristo.) Diréis: «Bienaventurados, hombres, pues para vosotros fué tanto bien y para vuestra compañía». Si esto conocieran los hombres, ¡oh, y cómo se tendrían! No tendrían en nada las miserias que padecen. Hermanos, compañeros somos de los Apóstoles y de todos los santos, cuantos han sido y fueron desde el principio del mundo.

Diréis: *Señor, no tengo quien bien me quiera.* Y mentís; porque hay una compañía, la cual llamamos Iglesia, en la cual todos los bienes son comunes. Tal es la virtud de la amistad de ellos, que, teniendo cada uno, su bien es común para todos; y, teniendo cada uno su mereci-

miento particular, es común para todos. ¿No decimos: *Pater noster, danos esto y esto?* Por eso decimos: *Padre nuestro*, porque para todos pedimos. El buen cristiano no pide cosa particular para sí, sino todas las cosas para todos. ¡Oh, quién predicase a los cristianos como a los indios que no han conocido a Dios! Y así os habrán de predicar. ¿Sabéis qué cosa es caridad? Dígalo San Pablo: *Veritatem autem facientes in caritate crescamus.* El verdadero crecimiento del ánima es en la caridad. Ni por consolaciones espirituales, ni por revelaciones, ni por oración, ni por mucho padecer habéis de pensar que crecéis, si no veis mejorar en vos el amor de Dios y del prójimo.

Esta compañía en la Escritura tiene diversos nombres, para denotar su grande excelencia: como a Dios nombramos por diversos nombres, para denotar su gran bondad y perfección. Llámase *ciudad: Fundamenta ejus in montibus sanctis. Jerusalem quæ ædificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum, in concordia* (sus fundamentos descansan en los montes santos: Jerusalén edificada como ciudad, y cuya participación es en paz, en concordia), porque han de concordar la genealogía y la verdad.

Digamos en qué conviene la ciudad y la Iglesia. No se llama ciudad por las casas, sino por los ciudadanos. Así la Iglesia, no por las piedras, sino por los fieles. Tiene fundamentos, que son los Apóstoles, en los montes santos, que son los Profetas. Tiene muro de fortaleza. *Urbi fortitudinis nostræ Sion: Salvator ponetur in ea murus et antemurale.* (Isaiæ.) Es el Salvador muro y barbacana por la gran perfección y amparo con que guarda a los suyos. Llámase *castrorum acies terribilis: et castrorum acies ordinata.* (Ejército terrible, ejército bien ordenado.) No es la gente de esta compañía tímida, sino gente de guerra. Tiene capitán, que es Jesucristo: *Judæa et Jerusalem, nolite timere: cras egredíemini, et Dominus erit vobiscum.* (Judea y Jerusalén, no temáis: mañana saldréis, y con vosotros será el Señor.)

Llámase templo, porque en cada uno de ellos mora el Señor, no solamente en el alma, mas también en el

cuerpo. Del alma, San Pablo lo dice: *Templum sanctum Dei, quod estis vos.* Del cuerpo, el mismo San Pablo: *An nescitis quia corpora vestra templum sunt Spiritus Sancti?* (¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo?). Mora en el alma infundiendo virtudes, y vive en el cuerpo mortificando las pasiones, y usa Dios como quiere de aquel cuerpo, como tú de tu casa. Tienes muchas piezas para diversos usos, como sala para dormir, cocina para cocer: y como en el templo de Salomón había lugar para ofrecer incienso, y lugar para santificar, así en el templo de cada uno mora Dios en el alma, infundiendo virtudes como incienso, y en el cuerpo, mortificando las pasiones, que son los animales que se le sacrifican. Y así como vos queréis casa limpia, así *Domun tuam decet sanctitudo, Domine,* etc. ¡Oh, Señor, tu casa reclama santidad!

Llámase también esta compañía cuerpo, como dice San Pablo: *Vos autem estis corpus Christi, et membra de membro.* La razón, porque así como pasa en un cuerpo, así también en esta compañía, y como no hay cuerpo sin cabeza, la cabeza de esta compañía es Cristo: *Ipsum dedit caput Ecclesiæ.* (Dióse a sí mismo por cabeza de la Iglesia).

Otro nombre tiene esta compañía general, que comprende todos éstos, que es Iglesia, el cual quiere decir congregación; porque toda esta congregación recibe gracia por Jesucristo. Apuntamos arriba esta autoridad (Ephes., IV): *Veritatem autem facientes in caritate crescamus (in illo prosequitur usque in finem: vide textum).* Conforme a la cabeza, que es Cristo, dije que nunca crece la Iglesia sino en caridad, y que nadie, ni por profecías, ni por don de lenguas, ni por otra gracia ha de crecer. Como ninguno puede entrar a servir a Dios sino por Jesucristo, así nadie puede crecer más sino por Jesucristo. Está trabado este cuerpo de la Iglesia como con junturas y nervios, según en la autoridad se dice: *Ex quo totum corpus compactum et connexum per omnem juncturam subsministrationis.* Y así como por los nervios o junturas pasan los espíritus vitales y se reparten a

los miembros, así también en este cuerpo místico: y así como todo el cuerpo juntamente crece, según se sigue en la misma autoridad: *Augmentum corporis facit in ædificationem sui in caritate.* Dice *caritate,* porque mediante ésta, crece este cuerpo místico o compañía.

¡Cuántas veces habéis rezado el *Credo,* y llegando a aquel paso *Et Sanctorum communionem,* por ventura no lo habéis entendido! ¿Qué comunión es esa? Compañía. Y ¿qué compañía? Como la del cuerpo; que el mal de un miembro es de todos. Y está un hombre tamañazo echado en la cama; y porque le duele un dedo o pie, dice que todo está malo. ¡Oh, cuán pocos son los que tienen parte en esta compañía, que los males y bienes tienen comunes! ¡Qué linda gente! ¡Qué lindo Reino! ¿Qué sería de ver una ciudad en la cual de esta manera viviesen los hombres, que cada uno, olvidado de su propio interés, buscase las cosas que convienen para su prójimo, como se hace en el cielo, del cual dice David: *Sicut lætantium omnium habitatio est in te!* (¡Morada hay en ti como de cuantos se regocijan!). A esto vino el Hijo de Dios del cielo, a trasplantar esta caridad del cielo a la tierra, y salió con ella. *Credo Sanctorum communionem.* De suerte que, cuando alguno pide, para todos pide: cuando está malo, a todos los de la compañía les duele la cabeza. ¿No habéis oído compañía de pérdida y ganancia? Pues ésta es. No sé si os he consolado o desconsolado.

Pero, direisme: *En esta compañía, ¿entra el que está en pecado mortal?* Acaece alguno que estuvo mucho tiempo en gracia, caer en un pecado mortal, en el cual no sabe si está: ¿qué hará este tal? Este es de esta compañía. Lo que ha de hacer es rogar con David: *Domine Deus meus, illumina tenebras meas, nequando dicat inimicus meus: Prævalui adversus eum. Id est, illo nesciente.* (Señor, Dios m´o; alumbra mis tinieblas, para que nunca diga mi enemigo: Prevalecido he contra él; ignorándolo él). No se vaya alabando y diga: «¡Cómo le engañé sin que lo entendiese!» Por tanto, necesidad tenemos de oración, y nuestra vida es peligrosa sin ella; porque como

dice San Pablo: *Qui autem judicat me Deus est; id est.* (Quien sabe el que yo soy y me conoce a mí, Dios es).

Pero ¿cuál es el malaventurado y desdichado que se ve estar en pecado mortal, y come de la Mesa de Dios, ve con los ojos que Dios le dió, y habla con la lengua que le dió, y pisa su tierra, y no sale del pecado mortal en que está, como un amancebado o que tiene hacienda ajena? Este tal no le llaméis hombre, sino bestia; este tal, ¿será de la compañía de la Iglesia?

Hubo un error antiguo de los donatistas, que, si los Prelados no tenían gracia, no valía nada lo que hacían: y de la misma manera decían los luteranos, que el Papa, si estaba en pecado mortal, no valía nada lo que hacía. Pero estuviera en gran manera incierta la Iglesia, si hubiera de estar atada, a saber, si el ministro estaba en gracia, o no, para hacer lo que su oficio demandaba; y cuanto a esto, de esta compañía son todos los ministros que están en pecado mortal. Cuanto a si sean de esta compañía, textos hay que parece que dicen que sí, y textos hay que parecen decir que no. Error fué también de Lutero, que todo aquel que no estaba en gracia, no era de la Iglesia. Pero, entendido como él lo entiende, miente. Porque el Señor dice: *Simile est regnum sagenæ cœlorum missæ in mare.* (Semejante es el Reino de los cielos [la Iglesia] a una red arrojada al mar.) Y no entiende allí por Reino de los cielos la gloria, sino la Iglesia; porque, como dice San Juan: «En la ciudad del cielo ninguna cosa sucia ha de entrar». Luego los malos parte son de la Iglesia.

Texto que parece que no, es aquello: *Credo sanctam Ecclesiam*, como los pecadores no sean santos, luego no parecen ser de la Iglesia. Respondo concordando que, si tomamos Iglesia propiamente, *et pro famosiori significato, id est, pro Ecclesia viva, ut proprie accipitur* (significado por lo principal, esto es, por Iglesia viva, como propiamente se toma), como hombre se toma por hombre vivo, y no muerto; en este sentido, los pecadores no son propiamente de la Iglesia; pero, si se toma impropiamente este nombre Iglesia, cuanto a algo, que es

tener fe, son de la Iglesia. Santo Tomás (III, q. 8), trata esta materia, y dice que el miembro seco tiene algo de vida, como en los paralíticos, aunque no tenga tal vida cual tuviera si estuviera entero. Tal es el pecador, el cual tiene algo de vida, porque tiene esta unción del Señor, que es creer, la cual no tienen los infieles: mas no tiene vida entera, porque más es lo que le falta, pues le falta la caridad, la cual es mayor que no la fe; y así, no totalmente ni propiamente es de la Iglesia, pero es en alguna manera cuanto a algo. Porque diferencia va del pecador al hereje, el cual más lejos está de esta compañía que no el pecador.

Pero ¿qué tales son éstos que son propiamente de la Iglesia? ¿Tienen solamente fe? *Sponsa dicit: Capilli tui sicut grex tonsarum, quæ ascenderunt de lavacro, omnes gemellis fœtibus, et sterilis non est in eis.* (Son tus cabellos como atajo de ovejas que suben del lavadero; todas de dos en dos dan a luz, sin que entre ellas haya estéril alguna). Todas dan a luz de dos en dos. Estériles son las ánimas de los cristianos pecadores que tienen fe para obrar y no obran. Y qué es lo que la fe ha de obrar, San Pablo dice: *Fides quæ per dilectionem operatur.* (La fe que obra por amor). Estos son los dos corderillos o fruto de su vientre de los buenos. *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Aparejado para amar a Dios, y aparejado para amar al prójimo. Estas son las dos investiduras que decía Salomón que tenían todos los de esta compañía: *Omnes domestici ejus vestiti sunt duplicibus.* (Todos sus servidores vestidos llevan dobles). Doblada vestidura, es doblado amor de Dios y del prójimo; estas son las obras de la fe. Y aun dice San Ambrosio: *Opus fidei est dilectio.* Si la obra de la fe es amor, ¿cómo no amara el pecador, si no tuviese la fe cautiva? Hay hombres que tienen la fe presa y cautiva, que no la dejan obrar: de los cuales dice San Pablo, que *Veritatem Dei in iniustitia detinent.* Porque el que cree que por un pecado mortal merece perpetuo infierno, si no tuviera atada la fe, antes muriera que pecara. Esta es la maldición con la cual es maldita la mujer estéril.

Pues ¿porqué maldecís a la mujer, si vos no le dais el fruto de su vientre, pues no puede concebir? «No maldigo a la mujer estéril—dirá Dios—sino al ánima estéril de la esterilidad que tenemos dicha». ¿Qué pena merece este tal? La propia pena que merece, es ser apartado de Dios, y que no influya Dios como cabeza en su ánima gracia ni virtudes. ¿Y qué, tan gran pena es apartarse de Dios? *Augustinus: Nihil magis timendum est homini christiano quam separari a corpore Christi.* (Nada más tremendo al cristiano, que separarse del cuerpo de Cristo). Porque, así como al miembro cortado no comunica la cabeza su virtud, así ni tampoco Dios al que está apartado de El; mas al que está junto con El con amistad, sí; y para esto da Dios una señal en el ánima, por la cual se conoce si son de esta congregación o no; o si estáis en su amistad o en pecado. Porque, así como el Bautismo y el Sacramento de la orden imprimen carácter en el ánima, así la amistad de Dios imprime una forma que es su gracia, la cual es certísima señal de su amistad; porque acá de fuera no la hay ninguna así cierta. *Regnum Dei (ait Dominus) non veniet cum observatione, nec dicent: Ecce illic, aut ecce hic; sed regnum Dei intra vos est.* No en señales exteriores, como pensaban los fariseos, sino en el corazón.

No en esta obra o en aquella, no en mucho rezar ni en mucho comulgar, ni por dar limosnas, se sigue de cierto que está un hombre en Dios, sino porque tiene su gracia, la cual le hace tener limpio su corazón; porque todas estas otras son señales exteriores. Menester es señal adentro, que el Reino de Dios al tesoro escondido lo compara el Señor, y muchos piensan que están en gracia, y no lo están; y también al contrario, algunos piensan que no lo están, y estánlo.

«Padre, que soy bautizado, y creo la fe de Jesucristo, y me confieso, y no quiero mal a nadie; luego, ¿porqué no estoy en gracia?» Concluyamos, que las señales exteriores no son suficientes señales para que con ellas conozcamos quién está en gracia o no; porque todas estas cosas que hace un hombre con gracia, las puede otro hacer sin ella.

Pero la señal de dentro, que es la misma gracia, cuyos efectos son templanza y simplicidad interior, y amor de prójimos, y humildad, no la puede imitar quien no está en gracia. Y así, si el corazón no agrada a Dios, ¿qué aprovecha quererlo agradar con obras?

«¿En qué veré si mi corazón agrada a Dios?» *Si quis spíritum Christi non habet, hic non est ejus.* (Quien no tiene el espíritu de Cristo, no es de Cristo). La razón, porque así como esta compañía es un cuerpo, así tiene su espíritu y una vida, y así ha de tener un ánima que les dé vida; porque de otra manera diríamos ser monstruo si dijésemos que la cabeza es de hombre y los miembros de animales. Pues en la Iglesia la cabeza es Cristo; diríamos ser monstrua, si se sufriese los miembros tener otro espíritu sino el de Cristo. De donde es que todos los justos que hubo desde el principio del mundo hasta el fin tuvieron y tenían este mismo espíritu. Este espíritu se reparte por todos los miembros, y este cuerpo no tiene otra vida sino ésta; y quien este espíritu no tiene, no es miembro de este cuerpo.

¿Queréis verdaderamente una muestra de esta unidad de espíritu que tiene esta Iglesia? En viéndose dos (amigos), aunque sea uno de Indias y otro de Alemania, se conciertan y se hablan y se aman como si siempre se hubiesen tratado; y es la causa, porque tienen un mismo espíritu. Y por el contrario, aunque sea tu hermano, si estás diferente con él, aun no le puedes hablar ni mirar a los ojos, por falta de la unidad de este espíritu. El que tiene este espíritu de Dios, todo su bien y deseo es hablar de Dios; pero el malo, el mayor tormento que le podéis dar, es hablarle de Dios. Los de una tierra, en viéndose, se hablan; así también los buenos, pero los malos, no.

«¿En qué veré, Señor, si tengo este espíritu?» Duelos tiene el enfermo cuando dice: *Señor, tomadme el pulso, y ved si tengo calentura;* señal es de ruin disposición: que el sano no pregunta eso. Dado caso que hay muchos escrupulosos, pero otros muchos hay que no quieren mudar sus condiciones, y andan desasosegados, preguntando: *Si tengo suficiente contrición de mis pecados, si me basta*

esto. Y estos tales más pecan por malicia que por ignorancia. Llamad de verdad a Dios, que El os responderá: que más consolación recibiréis con la seguridad de estar bien con Dios, que en las consolaciones del mundo.

«Padre, ¿qué es espíritu de Cristo, para que conozca si lo tengo o no?» Mira si tienes la condición de Cristo. «Y ¿cuál fué la condición de Cristo?» Para con el Padre, gran obediencia y reverencia; y para con los prójimos, grandísimo amor. Del Padre El dijo: *Non possum a me ipso facere quidquam.* De la obediencia, ¿qué mayor obediencia puede ser que estando en aquella agonía, la más dolorosa que se vió, sudando Sangre de la representación de los dolores, dijese: *Non sicut ego volo, sed sicut tu.* (No como yo quiero, sino como tu). Obediente al Padre y amador de los prójimos, muriendo y padeciendo por ellos, y diciendo: *Vágales bien a ellos, y cuésteme a mí la vida y mi Sangre.* Mira luego si tienes esta condición, porque cristiano quiere decir hombre que sigue el rastro y pisadas de Cristo. Y ¿qué mayor reverencia también para el Padre que decir: *Non ego quæro gloriam meam, sed honorifico Patrem meum?* Mira luego si tienes esta condición, así en reverenciar al Padre como en amar a los prójimos, que dicho tiene: *In hoc cognoscent homines quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.* (En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos; si os amáis unos a otros).

«¿Qué haré, Padre, para tener esta espíritu?» Demandadlo a Aquel que lo puede dar, que así te lo mostró por San Lucas: *Si vos quum sitis mali,* etc. ¿Qué más bien quiere un hombre que, teniendo este espíritu de Cristo, viva en Cristo y tenga así el rostro de Cristo?

Pues veamos: creciendo el cuerpo crecen también juntamente los miembros todos. ¿Si será así en la Iglesia, que, creciendo uno, crezcamos todos? Cierto doctor dijo que no: pero yo más creo a la Iglesia que dice: *Credo communionem sanctorum.* Si a uno va bien, a todos va bien; si crece uno cada día más en el servicio de Dios, hoy más que mañana, luego, haciendo cada día oración por todos, más acepta será su oración hoy que ayer,

siendo de mayor amigo de Dios hecha. Luego, rezando por todos, más eficaz será la oración que hace hoy por todos; y así aprovecha más a todos, y les cabrá más parte a cada uno de la oración que este tal hace. De esta manera creciendo cada uno, todos crecen; y aprovechando uno todos aprovechan. También, creciendo uno, crecemos por la hermandad que todos tenemos, de la cual se sigue alegrarnos todos del bien de uno: como, cuando un hombre viene de las Indias, todos sus hermanos se alegran del bien de éste. Y así dice San Pablo: *Si gaudet unum membrum, cætera congaudent.* (Si un miembro goza, gozan los demás). Luego, la gente de esta Iglesia es gente que se favorece y hace uno mucho por otro.

No solamente dice San Juan: *Ut societas vestra sit cum Deo Patre* (que vuestra sociedad sea con Dios), pero también: *Cum Filio suo.* Parece que espanta oír decir que un hombrecillo tenga compañía con el Padre y con el Hijo. ¿En qué consiste esta compañía? En bondad y descanso y gloria. En bondad hemos de ser compañeros para que lo seamos en gloria; y aun dijo Dios: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* ¿De qué manera? Que así como hay en Dios entendimiento y voluntad y otro tercero que sale de aquí, que es bondad, así en el ánima hay entendimiento, que representa al Padre; noticia que representa al Hijo, y memoria, que representa al Espíritu Santo; y, así como una potencia no puede ser apartada de las otras, así de la Trinidad las personas. Pero esta compañía o similitud no es totalmente semejante, porque ésta tiene el que está en el infierno: luego, no por las potencias, sino por los actos de ellas es esta semejanza: porque sobre la semejanza natural va dicha, que representa a Dios, tiene el diablo en el pecador puesta otra de malas costumbres, la cual estraga el valor de la otra. Esta imagen de los actos u obras perfecciona la otra, que es la de las potencias, y ésta es la de que habla aquí San Juan, diciendo: *Ut societas vestra*, etcétera.

«Pero ¿cómo podré imitar al Padre?» Dice San Pablo: *Spoliantes vos veterem hominen, induimini eum qui renovatur de die in diem ejus qui creavit eum.* (Despojándoos

del hombre viejo, vestíos al que se renueva de día en día, de Aquel que le crió.) Hombre viejo es hombre flaco y que está ya para acabarse. Así el pecado está cerca de ser castigado *in judicio quod prope interitum est et antiquatum senescit.* (En el juicio próximo a la muerte, y anticuado, envejece.) La bondad es fuerte. También se llama el pecado viejo, porque la maldad más vieja es en nosotros que la bondad: pues en pecados fuimos concebidos, y en el vientre fuimos hechos hijos de ira. Luego renovado *de die in diem:* porque no juntamente luego perviene hasta la imagen del que lo crió, sino creciendo de virtud en virtud cada día un poco *secundum imaginem ejus qui creavit illum.* Y esto se llama estar en gracia.

Algunos dijeron que el estar en gracia era ser acepto a Dios, y no que se infunde hábito de gracias sin virtudes: pero el Concilio Tridentino dice: *Quicumque dixerit quod in justificatione impii non infundatur gratia et caritas et ceteræ virtutes, anathema sit.* (Si alguno dijere que en la justificación del impío no se le infunde la gracia, la caridad y demás virtudes, sea anatema). No hay pintor que así pinte una imagen como Dios un ánima. Pónele primero una ropa, la más preciosa que se puede imaginar, en tanto que le dice el Esposo a ella: *Revertere, revertere, sunamitis; revertere, revertere ut intueamur te.* Y en esta otra parte: *Pulchra es, amica mea; et macula non est in te.* Dicen los teólogos que es como si un esposo diese a su esposa una vestidura, y le dijese: *Mientras guardáredes esta vestidura, yo os amaré.* Y así dice Dios. Y por eso, de los que conocen el valor de la gracia, dice Salomón que dicen: *Neque comparavi illi omnem lapidem pretiosum: quoniam omne aurum in comparatione illius arena est exigua.* (Así que no comparé con él las piedras preciosas; porque comparado a él el oro, resulta simple arenilla). Y esta gracia no es hábito que inclina a obrar, sino sirve para hermosear el ánima y hacerla agradable a Dios. Por eso de ella nacen otros hábitos de virtudes, los cuales inclinan el ánima a obrar. Y no es ésta pequeña dádiva de Dios, pues que ni Rey, ni Papa ni otra persona alguna la puede dar, ni puede dar virtudes a un hombre para que sea bueno,

dado caso que pueda dar vestiduras con que pueda hermosear el cuerpo. Y así, la gracia, de sólo Dios se ha de alcanzar; porque como no pueden navegar al cielo con viento de tierra, así, ni con condiciones ni obras de tierra puede el hombre agradar a Dios; y así es necesaria la gracia, para que le agrade. De donde veréis el error de muchos que dicen: *En mi mano está ser bueno.* No es negocio de tierra, sino del cielo: y así, el Concilio Tridentino juzga por anatema a cualquiera que dijere que el pecador, después que haya caído en el pecado, puede levantarse sin ayuda y gracia del Señor. Lo segundo, yerran otros que luego desmayan porque les dicen esto. Y porque sepáis la verdad, mirad que no se deleita Dios sobre hijos inútiles, ni le aplacen, como dice la Escritura, como ni tú en tener un hijo bellaco, borracho. Luego, hemos de ser imitadores, como dice San Pablo, de Jesucristo: «Imita luego a Jesucristo y sus costumbres, y serás su hijo; porque como por esencia no puedes ser hijo, resta que lo seas por imitación». Luego, si has de ser por imitación hijo, no bastan tus fuerzas, sino de Dios han de venir.

«Padre, pues, ¿cómo lo seré? ¿No me dará gracia para serlo? ¿Queréis que os lo jure?» Sí dará; y pedidle gracia, que El os dará. ¿Pero pensáis que, por reñir a ratos con vosotros mismos, y por lloraros, y por veros tan llenos de cuidados, que ya el que más se llena de cuidados, se tiene por más honrado? Para cosas de tierra, grandes cuidados; pero para el cielo, ningunos. ¿Cómo podéis con el menor de los cuidados cumplir el mayor de los negocios? Desembarazaos y pedid, que escrito está: *Vigilate et orate.* Proseguid, importunad.

De esta gracia nace la caridad y las virtudes morales; y es tan hermosa el ánima que, si se viese, de sí misma se enamoraría; y son tales las virtudes que de ella nacen, que dice Santo Tomás: *Quod non sunt res creatæ sed increatæ.* Y creed que del amor de Dios nacen estas cosas, y así viene de día en día un ánima a perfeccionarse tanto, que llega a ser imagen de Aquel que la creó. Los que os holgáis de ver imágenes de Flandes, holgaos más en ver imágenes de Dios; porque como dice San Pablo: *Ibi non*

est Scytha nec barbarus, sed omnia in omnibus Christus. (No hay allí escita, ni bárbaro, sino que Cristo es todo en todos). Jesucristo es hermosura de esta imagen, y así no es visaje de tierra, ni gracia de tierra, sino de cielo, lo que se encierra en Cristo. Y esto es lo que dice aquí San Juan: *Ut societas nostra sit cum Deo Patre et Christo.* Como en sí es El bondad, misericordia y paz, así es en nosotros estas virtudes.

Tenemos también compañía con Dios en el gozar y en el descanso; y con razón, porque razón es que quien es semejante a Dios en costumbres, sea también en la gloria, según dice el Evangelio: *Euge serve bone: intra in gaudium Domini tui.* Entra tú a gozarte con el mismo que es tu Señor: a comer sus mismos manjares: *Ego dispono vobis*; no debajo de la mesa, sino a una mesa misma estemos Dios y nosotros: y que diga el bueno: *Acá no quiero comer del manjar del pecado, porque estoy convidado a la mesa de Dios: y entretanto bástame esta esperanza de decir:* Convidado estoy, *para nunca pecar.*

«Pero ¿cómo será esto?» Dios es bienaventurado por amarse y conocerse: así tú no serás bienaventurado por amar, ni ver a serafín, o ángel, o criatura alguna, sino a Dios: de suerte que se haga un engrudo indisoluble cuando viere a Dios, para no deshacer aquel abracijo: *Ut societas nostra sit cum Christo.* Cuanto a la humanidad, según dice San Pablo: *Conformes fieri imagini Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus.* (Que nos conformemos a la imagen de su Hijo, y sea el primogénito de todos los hermanos).

«Pero ¿cómo seré semejante a Cristo?» Si hemos de ser semejantes a la Divinidad, también seremos semejantes al ánima de Cristo, porque ella fué la más semejante a la Divinidad. Lo segundo, porque si la Divinidad no padeció, y no podemos ser semejantes a la Divinidad, en el padecer trabajos, lo seamos a la Humanidad de Cristo que los padeció. Pero hay muchos que quieren ser semejantes a la Divinidad en el gozar, y no a la Humanidad en el padecer. Pero quien quisiere ser semejante en el gozar, menester es que lo sea en el padecer. Si quieres ser

semejante a la Divinidad, toma la Cruz: y la razón, porque el ánima de Cristo no es bienaventurada en sí, sino en el Verbo; pues lo mismo las nuestras. Y de aquí es que dice la Esposa en los Cantares: *Quis det fratrem meum sugentem ubera matris meæ* (Quien me diera a mi hermano amamantado a los pechos de mi madre.) Luego, si fuéramos semejantes en obras a Cristo, seremoslo también en la gloria: porque la misma gloria tendremos, aunque El mayor. *Hæc vobis dico ut gaudium vestrum plenum sit.* ¿Quieres tener gozo lleno? Gózate en cosas espirituales, y ten este gozo por tuyo: porque el gozo de las cosas corporales no será lleno, porque es menor la cosa que gozas, que tú que la gozas; pero el gozo de las cosas espirituales es mayor que tú, y por tanto, puede henchir tus senos.

Hæc est annuntiatio quam audivimus ab eo et annuntiamus vobis, quoniam Deus lux est, et tenebræ in eo non sunt ullæ. (Esta es la noticia que hemos oído de El mismo, y os lo anunciamos: que Dios es Luz y en El no hay tinieblas).—Para andar en compañía con Dios no hemos de andar en tinieblas, porque Dios es luz clara. Luz unas veces se distingue contra error; otras, con opinión o dubitación: así, la esencia de Dios no tiene dudas, ni errores ni opiniones, sino una verdad tan clara que, cuando nos veamos en el otro mundo, nos reprenderemos, diciendo: ¿Porqué no anduvimos en sus caminos, y no me contenté con los juicios de Dios? Que ahora cada cual reprende a Dios, y dice: *¿Porqué se hace esto, y no lo otro?* Como la lumbre tiene calor y limpieza, así Dios tiene amor y limpieza; y esto no es accidente en El como en nosotros, sino substancia; que no puede dejar de ser estas cosas. ¿Qué sería ver un ángel que fuese todo amor? ¿Pues cuánto más será ver un Dios infinito todo amor, y que sea infinito amor? ¡Bendito sea tal Dios! Amén.

Et tenebræ in eo non sunt ullæ.—Los sabios tienen tinieblas privativas y positivas: y los ángeles tienen tinieblas o ignorancia privativa, aunque no positiva, la cual no es culpable, porque algo revela Dios a un ángel que

no revela a otro: donde dice Santo Tomás, *quod multi angeli habebant mysteriorum gratiam*. (Que muchos ángeles tenían la gracia de los misterios).

Pero diréisme: *Las tinieblas en el entendimiento están, y no en la voluntad, porque las tinieblas privación son de la luz, y la luz en el entendimiento se pone: luego ¿porqué al que no tiene amor, le llamáis estar en tinieblas, si tiene conocimiento en el entendimiento?* Digo que se dice estar en tinieblas el que está sin amor, porque llámase estar en tinieblas y no tener lumbre al que no tiene los efectos de la luz, como son calor, claridad y demás: y así se llama estar en tinieblas al que no tiene amor.

Hæc est annuntiatio quam audivimus ab eo, quia ipse est lux, et tenebræ in eo non sunt ullæ—Metaphorice se dice que Dios es luz, como que es manjar o león, porque mediante la luz corporal se manifiestan las cosas. San Pablo añadió: *Omne quod manifestat, lumen est.* No se ha de leer *omne quod manifestatur*, como está en el texto, porque mediante el conocimiento que de Dios viene, se conocen todas las cosas, lo que valen, y las que le agradan y desagradan. Y así se dice: «Dios luz nuestra». Y en sí mismo es luz, porque, mediante sí mismo, ve y conoce perfectísimamente todas las cosas que se pueden conocer.

«¿Porqué se dice por propio de Dios que es luz?» Porque en El no hay tiniebla ninguna como en los hombres, a los cuales el pecado los puso en tinieblas; y aunque en los ángeles no hay estas tinieblas, haylas de ignorancia; que el ángel más alto algó ignora, que se puede saber; y tmabién así los hombres, como los ángeles, no tienen lumbre por su esencia, como Dios, si no es comunicada de Dios; y así, más propiamente se diría Dios luz en ellos, que no ser ellos luz.

Dos maneras hay de luz en nosotros. Una es natural, que manifiesta los males y bienes de la ley natural; y otra sobrenatural, que manifiesta en particular la voluntad de Dios; y esta es la gracia, que sin ella, en ninguna manera puede saber uno qué quiere Dios que crea ni haga en particular; conviene a saber, cómo ha de usar de la vida, de la hacienda, de la honra; lo cual enseña la

gracia y espíritu de Dios: *Et erunt omnes docibiles Dei.* (Enseñará Dios a todos.)

Si dixerimus quoniam societatem habemus, etcétera.—Por una de dos maneras se puede decir uno estar en tinieblas para que le impidan de no tener compañía con Dios; o por tener en el entendimiento algún error con la fe, o carecer de la fe, o por tener en la voluntad algún pecado; y aunque sepa que lo tal es pecado, dícese tiniebla, porque aquel conocimiento del pecador es conocimiento muerto, así como el conocimiento y fe que de Dios tiene, no merece nombre de fe o conocimiento *simpliciter*, en absoluto, sino fe muerta.

Et sanguis Domini nostri Jesu Christi.—San Juan sólo usa de este vocablo, *lavar*, por el perdonar, lo que la Escritura llama justificar y redimir. Allí *peccata* tómase por todo pecado, así mortal como venial, del cual nos lava la Sangre de Cristo nuestro Señor. Porque aunque algunos digan que el venial no se ha de llamar *simpliciter* pecado, de la Escritura se colige que se llama así como aparece en la oración del *Pater noster*, que es oración de hijos, en los cuales no hay sino pecados veniales, y dice en ella *nuestras deudas*, lo que otro Evangelista le llama *pecados*. La Santísima Trinidad nos lava autoritativamente; la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, meritoriamente; la gracia, formalmente; y ninguna otra cosa nos puede lavar nuestros pecados y manchas, meritoriamente, sino la Sangre de Jesucristo, la cual, de justicia, nos lava. Poco aprovecharán limosnas, ni lágrimas, ni ayunos, ni otra sangre, si ésta de Jesucristo no interviene. «Si te lavares con salitre y hierba mora, con que blanquean en los batanes los paños, poco te aprovechará», dice Dios. Está profetizado por Zacarías (XII), que habían de venir tiempos donde estuviese una fuente para la manchada y el pecador, que son el pecado original, el cual se hereda con la mancha, y también el actual. Esta fuente es la Sangre de Jesucristo, abierta a todos, que a ninguno desecha. No procuró David limpiarse del adulterio y homicidio con los sacrificios de la Ley; en esta fuente pide ser lavado, diciendo: *Asperges me, Domine, hyssopo, et mun-*

dabor; lavabis me, etcétera. (Me rociarás, Señor, con el hisopo, y seré limpio: me lavarás y quedaré más blanco que la nieve). El hisopo era el culantrillo puesto en un palo de cedro y atado con una hebra de grana, el cual mojaban en sangre y agua para rociar al leproso, y quedaba luego limpio.

El culantrillo, ¿cuál es esta hierba? Es la carne de Jesucristo: *Quia omnis caro fœnum*. Está en la cruz atada con amor; y mojada en Sangre suya; lava con ella los que se rocían estando leprosos por el pecado, el cual remedio pedía David.

Si dixerimus quoniam peccatum, etcétera.—Añadió esto, porque el aparejo que Dios quiere en nosotros para lavar nuestros pecados es conocimiento de ellos; mas si éste falta, mentimos, y no nos lavará Dios. Hubo algunos que dijeron que venía el hombre a estado que no podía ya pecar, y erraron. No ha habido puro humano, excepto Nuestra Señora, en quien no haya habido pecado, como parece por este lugar y por lo que dice Salomón en la oración que hizo a Dios después de hecho el Templo y otros lugares. Otros hubo que dijeron, como Lutero, que en todo pecamos, y aun en el mismo amor de Dios, porque no es de todo corazón, como se manda, lo cual no puede ser en esta vida, por el *fomes peccati;* los cuales también erraron; porque por las mismas palabras que Dios demanda el amor, dice David que lo confesará: *Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo;* lo cual cumplía como decía. Tiene Dios su tasa de amor, y hasta qué tanto obliga el amor, so pena de pecado mortal, y hasta dónde a pecado venial, y queda algo sin obligación de ningún pecado; y así hay muchos que en algunas obras ningún pecado hacen. La obligación del amor de Dios, sin distraimiento, como lo tienen los bienaventurados, nace de parte de la grandeza y beneficios de Dios; mas templóse esta obligación por la fragilidad e impotencia humana, y quedó tasada por la sabiduría divina.

Si confitemur peccata nostra, etc.—Si conociésemos que somos pecadores; que éste es el aparejo que Dios quiere, el cual mandó a Jeremías dar voces a su pueblo

para que se volviesen a él, que él les perdonaría, porque es santo. Porque la santidad verdadera no desprecia a los pecadores que se conocen, como hace la fingida. Y así ha de hacer el confesor, como hizo Judas con su nuera Tamar, cuando la quería quemar por estar encinta: *Justior me est.* Excusóla conociéndose por culpado. Aquí el confesor no se toma solamente por la confesión sacramental, mas entiéndese de la detestación y arrepentimiento que se ha de tener del pecado, sin lo cual no perdona Dios la culpa. Mas esta confesión no ha de ser fingida, con sola la boca o golpe de pechos, diciendo: *Pequé*, sino con el corazón quebrantado; porque lo demás es confesión mentirosa; pues se muestra otra cosa de fuera, así con la palabra como con la obra, de lo que tiene el corazón. De lo cual se queja Dios por Jeremías, diciendo que Israel se convertirá a él en mentira y no de corazón. Pues Dios espíritu es, y tales quiere los adoradores que le adoren y se lleguen a él en espíritu y verdad.

No hay porqué poner en cuestión si es menester, juntamente con el arrepentimiento, propósito de apartarse del pecado: porque donde Dios manda el arrepentimiento, manda convertirse a El, que es propósito de dejar el pecado y seguirlo a El; ni puede estar el arrepentimiento, *propter Deum summe dilectum* (considerando a Dios amado sobre todo), sin proponer de dejar el pecado.

Hará alguno dificultad si el pecado que cometió, aunque Dios se lo perdone, si le dará vergüenza cuando se publique el día del Juicio. Escrúpulo es de persona imperfecta en la fe, que antes le será materia de alegría o regocijo, viendo cómo sus pecados están muertos, sin fuerza contra él, por la virtud divina: como hicieron los hebreos cuando vieron a los gitanos ahogados a la orilla del mar Bermejo; los cuales alegres alababan a Dios, y decían: *Cantemus Domino.* Cómo haya Dios de quitar esta vergüenza, creed vos que El sabrá cómo, y que querrá, porque así lo tiene prometido por Isaías, y basta. *Fidelis est et justus.* Dice que es fiel para nos perdonar, porque lo tiene así prometido: y siendo fiel, no puede faltar en su palabra; que ésta es la que hizo a los santos,

a unos perder las vidas, y a otros las haciendas y compañías de sus padres y parientes, y a otros a sus propios deseos y deleites. Quien no está confiado de Dios acerca de la palabra que Dios le tiene dada, falto está en la fe: y así lo está el solícito de qué comerá, qué beberá, qué hará en esto, cómo saldrá con estotro; pues en todo tiene Dios prometido al justo buen suceso: *Dicite justo quia bene.* Que todo se hará bien. Y también está falto el dudoso: *¿Cómo me juzgará Dios? ¿Si me condenará o me dará por libre? ¿Cómo se habrá conmigo en el otro mundo?* Porque de aquella manera se habrá allá como se ha acá su palabra con vos: si su palabra acá os absuelve, tened por cierto que allá también os absolverá; y si aquí una palabra suya os condena, no esperéis que os deje de condenar El allá. Por eso, condenándoos acá alguna palabra suya, no digáis: *Dios es misericordioso;* porque así os dé el cielo, que, haciéndolo misericordioso, lo hacéis mentiroso; pues tiene prometido al que mal viviere el infierno. Ved vos cómo os habéis con su palabra, que de esa manera os habéis con El. Por eso engañáisos si decís que le amáis y no amáis sus Mandamientos: que si con algunos de éstos estáis mal, no estáis bien con Dios, que es simplicísimo y justo; y tal tiene el corazón cual la palabra. Parece que no hace a propósito de perdonar ser justo, antes de castigar. Si dijera porqué es misericordioso, muy a propósito hace, como más abajo lo declara el mismo San Juan en el segundo capítulo.

CAPÍTULO II

Filioli mei, haec escribo vobis, etc., advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum, et ipse est propitiatio



N esto se asegura mucho el perdón de nuestros pecados y nuestra amistad y compañía con Dios y la entrada en el cielo; porque la justicia con que hemos de parecer ante El, no es nuestra sino de Jesucristo su Hijo, cuyo valor es infinito, para que por igualdad quede Dios de nuestras ofensas; y de este modo no nos quede miedo ninguno de la entrada en el cielo; y así concurren en nuestra Redención, misericordia y justicia. Misericordia, en darnos Dios su Hijo para que se hiciese justicia nuestra y sacrificio por nuestros pecados; santidad nuestra y justicia, en perdonarnos los pecados por aquel sacrificio, y agradarse de nosotros por aquella justicia y santidad. Y por eso dice David que todos los caminos del Señor son misericordia y verdad y justicia. Primero la misericordia, porque de ella nació la justicia; porque si en sola la misericordia estribara nuestra Redención, ni Dios quedara bastantemente pagado de la ofensa, ni el hombre pareciera estar bien confiado ni seguro en su justificación: mas ahora bastantísimamente quedó Dios pagado, y de sobra, porque se castigó el pecado más aún de lo que merecía (si un infinito es mayor que otro), y el hombre como a cosa que tiene derecho, está confiadísimo del premio que a la justicia se debe, porque Dios la ha hecho suya como si del propio hombre fuera.

Et in hoc scimus quoniam cognoscimus eum.—Había dicho arriba San Juan que Dios es luz, y que el que no anda en luz, no tiene compañía con El. Explica ahora qué cosa sea andar en luz o conocerla por conocimiento vivo y que mueve a obrar; y dice que en esto conoceremos o sabremos: que es manera de hablar de la Escritura, al conocimiento cierto llamarle saber, aunque no sea evidencia que conocemos a Dios. Estamos en su luz, si guardamos sus Mandamientos: porque *qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est.* (Quien dice conocer a Dios, y no guarda sus mandamientos, mentiroso es). No se engañe ninguno por bueno que parezca y por constante que esté en algunas cosas de virtud o devoción; si no cumple los Mandamientos de Dios, en uno sólo que falte, miente si dijere que conoce a Dios de este conocimiento que San Juan habla.

Qui autem servat verbum ejus.—Porque algunos podrían cumplir el cuerpo de los Mandamientos sin tener el alma de ellos, que es la caridad, o amor de Dios y del prójimo, lo cual todo no aprovecha, *quia caro non prodest quidquam.* Dice San Juan de qué manera ha de ser este cumplimiento de los Mandamientos de Dios para que se diga conocer a Dios, y es estando en caridad perfecta: porque poco aprovecharía tener la fe de Dios sin conocer dioses ajenos, y no jurar en vano, y santificar las fiestas, y honrar a sus padres y todo lo demás, y no codiciar mujeres ni cosas ajenas, si falta la caridad. Aprovecharán las tales obras de la ley para evitar los pecados que de quebrantarlos se habían de seguir, mas ninguna de aquéllas es agradable delante de Dios; aunque decir que las tales obras conformes a los preceptos, porque no son por amor de Dios, son pecados, está condenado en el Concilio Tridentino: y también decir que servir a Dios, o hacer bien por amor del premio o temor de la pena, sea pecado, aunque no es de valor alguno para la vida eterna.

Dice San Juan: *Charitas Dei perfecta est.* No en respecto de la caridad que tienen los incipientes o proficientes, que no es perfecta; porque esta manera de caridad perfecta no se requiere en todos los que están en luz y guar-

dan los Mandamientos de Dios, sino llámase en respecto de aquello que en ninguna manera agrada a Dios: la cual caridad le agrada, y cuanto a ésta, es perfecta, *quia ei nihil deest.* (Porque a El nada falta). Aunque la caridad, considerada en sí, tiene sus grados; porque en algunos está sin excluir todos los pecados veniales, antes de propósito y deliberación los hacen, aunque no sin pena y remordimiento; porque si sin ningún remordimiento viniese en las tales personas, era de presumir que no tenían caridad, como es el hombre que, con amar a Dios sobre todas las cosas, todavía ama su hacienda, su honra, sus hijos y persona, pero esto *infra Deum,* (menos que a Dios), que si el amor de Dios le obligase a ir contra algo de aquello que ama, iría por no perder el de Dios. Y en este tal es la caridad imperfecta, y está en estado muy peligroso, y no será maravilla caer de él pronto si no tiene cuidado de aprovechar y mortificar el amor de las criaturas; y para los tales no aprovechan los remedios contra los pecados veniales que ponen en la cartilla, del *Pater noster* y agua bendita. Porque, como el pecado venial se haya de perdonar por el movimiento y hervor de la caridad de Dios, aunque tomen el agua bendita y digan el *Pater noster,* si no tienen el movimiento de la caridad en Dios, no aprovecha para tal efecto: mas si tuviese el tal hervor o levantamiento, perdonársele han; porque aquellas cosas de sí no son ordenadas contra el pecado venial, sino en cuanto mueven el alma a levantar el afecto a Dios, y aborrecimiento del pecado, por lo cual se perdona. Pues, como el pecado venial se opone derechamente al hervor de la caridad, no se ha de perdonar sino el hervor de ella: ni tampoco se perdonan por cada levantamiento de la caridad todos los pecados veniales, sino en aquella parte o de la manera que a Nuestro Señor le es quisto.

Otros cometen los pecados veniales de flaqueza, y no de deliberación o voluntad; y estos son pecados de santos: porque no se dice santo porque no peque, mas porque tiene deseo de no pecar, y en éstos es muy fácil el perdón, pues lo procuran luego. Y el mejor remedio contra los

pecados veniales es la frecuente confesión de ellos. Porque aunque uno dijo que no eran materia de la confesión, engañóse: que sí son, aunque no son materia necesaria como los mortales. Además, si no fuesen materia de confesión, seguirse ha que el que confiesa los veniales solos, no recibe el Sacramento de la Penitencia; porque, aunque concurra la forma de la absolución, falta materia; que es gran inconveniente y no digno de admitir.

Los pecados veniales no se perdonan al que está en pecado mortal, aunque haga penitencia por ello y se arrepienta: más uno ha querido decir que se perdonan aun en el infierno; pero mejor dice Santo Tomás que son perdonados por el hervor de la caridad al cual se opone. Pues como el que está en pecado mortal no haya caridad, menos podrá haber hervor de ella: luego no se le puede perdonar. Si queréis no faltar en el camino del Señor, no consintáis vuestra ánima andar sin espuela por camino tan largo. Esta es, o amor de aprovechar en servir a Dios, o temor de faltar y de las penas del infierno: *Utinam calidus aut frigidus esses: sed quoniam tepidus, incipiam te evomere de ore meo.* (Ojalá fueras caliente, o frío; mas siendo tibio, empezaré a vomitarte de mi boca). Señal es de faltar la tibieza como de vomitar. ¿Queréis que Dios no os vomite ni eche de sí? Dadle el manjar caliente o frío: porque, si en vos falta el amor o temor y estáis tibio, dejaros ha, porque le habéis vos dejado.

In hoc scimus quoniam in ipso sumus.—¿En qué sabemos que estamos en Dios? ¿En qué? Dice San Juan: «En esto que os tengo dicho, en que guardemos su palabra porque entonces *in hoc caritas Dei perfecta est*, ni en otras devociones ni invenciones que la sabiduría humana ha inventado para estar en Dios dejando el cumplimiento de su palabra». Notablemente, las palabras de San Juan, tiran al corazón, y a reformar y sanar el mismo corazón, que sin caridad no puede tener sanidad; porque no basta dejar un vicio u otro, si no queda el corazón limpio de todo pecado y aficionado a Dios. Acontece dejar uno un pecado de carne, o de jugador, por un sermón; mas no por eso se sigue que ya estará su

alma bien con Dios, que consiste en cobrar un nuevo amor a Dios sobre todas las cosas. *In Christo autem nec circumcisio nec præputium aliquid valet, sed nova creatura, de qua Joannes: Oportet denuo nasci:* (mas en Cristo no valen la circuncisión, ni el prepucio; sino criatura nueva: de ella dijo San Juan: Convino renacer), y estar en él y no en cosa ninguna del mundo; que con nuestro amor, a ninguna cosa del mundo sirvamos tanto como a Dios, que esto es estar con Dios con el corazón, que está más donde ama que donde anima.

Y esta morada o habitación en Dios con dos partes que tiene nuestra ánima, la hemos de hacer: con el entendimiento y voluntad. Con el entendimiento, creyendo en Dios y confiándonos de El y esperando en sólo El. Muchos son los dolores y desmayos que al hombre cercan. Pues, ¿dónde irá que los huya todos? No hay otro lugar sino en Dios, que lo defenderá de tan fuerte enemigo. *Altissimum posuisti refugium tuum: non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tibi; cadent a latere tuo mille.* (Altísimo pusiste tu refugio: no te alcanzará el mal; ni el azote se te aproximará; sino que a tu lado caerán a millares). ¡Oh, qué seguro está el que se ha venido a guarecer en Dios! Ni se le acercará mal ni le herirá azote. ¡Ver que tanta gente vive desmayada, y afligida, y derribada de las tentaciones, a su diestra y siniestra; mas él siempre permanece en pie, porque se ha sabido bien valer!

La otra parte con que el hombre se ha de poner en Dios, es el amor; porque aunque las obras por temor, siendo de otra manera buenas, no sean malas, como tenemos dicho, si no incluyesen propósito de no hacerlas, ni tal pena no se recreciese; mas no son de valor ninguno delante de Dios. Ni es bueno el atrevimiento que algunos toman en la misericordia de Dios para no ponerse con El por amor, dejando de estar en las cosas del mundo con El; porque no saben si tendrán lugar de penitencia y de volverse a Dios: y ya que lo tuviesen cierto, ¿no es gran maldad, de la bondad de Dios que le convida a amarle, tomar ocasión a menospreciarle? Por cierto, no

sería buena la mujer que, con la confianza que tiene en la bondad de su marido, osara cometer adulterio; ni el hijo que osa enojar a su padre es bueno, antes es grandísima maldad. Porque así como la mayor bondad es sacar bien de mal ajeno, como lo hace Dios, así la mayor maldad es sacar mal del bien ajeno.

Qui dicit se in Christo manere.—¿Queréis saber si estáis en luz? ¿Queréis tener compañía con Dios? ¿Queréis guardar su palabra y que la caridad sea perfecta en vos, y, finalmente, estar en Jesucristo? Es menester andar como anduvo El. Esta es la resolución y regla certísima de estar en Dios, si andamos como anduvo Jesucristo. Mirad el acuerdo de Dios. Hizo al hombre a su imagen y semejanza, amador de lo que Dios amaba, y le pareció bien. Procuró la serpiente de obscurecer la imagen y juntar con ella su propia imagen y condición, y así lo hizo, que quedó el hombre hecho bestia, paciendo hierbas. Quiere ahora reformar esta imagen Dios y tornarla a su primera institución, y por acuerdo de la Santísima Trinidad vino el Hijo, que es imagen del Padre, como lo dice San Pablo, al mundo, para que, suprimiendo en nosotros su propia imagen, quede impresa la propia del Padre, y así volvamos a ser la imagen de Dios que éramos. *Nam quos præscivit et prædestinavit conformes fieri imagini filii sui* (A los que previó y predestinó ser conformes a la imagen de su hijo). A esto vino el Hijo de Dios al mundo, para que, imitándole, fuésemos imagen de Dios, fuésemos adonde El volvió, que es donde primero había venido, como verdaderas imágenes suyas. ¡Oh, gran merced que Dios a los hombres hizo! Si un Rey quisiese tomar por siervos suyos unos esclavillos, y porque son bozales y sin crianza, enviase a su hijo a su tierra de ellos, para enseñársela, ¿no sería digno de ser tenido en mucho? En dos cosas debemos de imitar a Cristo: en lo que predicó y en lo que obró; que así obremos y conversemos en el mundo con él, como dice San Pedro: porque ¿cuál gracia es que mereciéndolo nos den de bofetadas? La gracia consiste en que no mereciéndolas, nos las den y lo suframos; porque a esto somos lla-

mados, a imitación de Jesucristo, que siendo maldecido, no maldecía. No queremos obligar a todos a la pobreza, a la peregrinación y predicación y tormentos de Jesucristo, sino a sus virtudes, a su humildad, obediencia, amor del padre y de los prójimos, menosprecio del mundo y confianza en Dios, como nuestro Redentor tuvo, y si no en aquel grado, pero en alguno. Y en lo demás de la pobreza exterior y menosprecio y tormentos, tenga cada uno según viere que cumple para la conservación y aumento de lo interior. Porque todo lo exterior se ordena a lo interior, como las hojas para la fruta. Y de esta manera el que tuviere casa y familia, tendrá aquella hacienda que ha menester para ello; vestirse ha de la manera que conviene a persona que su voluntad es de agradar a Dios y no al mundo: socorrerá a los pobres pudiendo, y aprovechará a los prójimos en lo que pudiere; cuando se le ofreciere a él injuria, súfrala, como lo hizo Jesucristo. Y si se pudiere sustentar sin propia hacienda, no la tendrá, por más desocuparse al servicio de Nuestro Señor. Y esto es andar como anduvo Jesucristo. *Qui mihi ministrat, me sequatur:* seguir e imitar dice. Hemos también de andar, como el Señor, de palabra, que fué lo mismo que obra, pues *cœpit facere et docere* (comenzó a obrar y enseñar), como él mismo lo dijo por San Marcos: *Qui dixit ad omnes; qui vult venire post me abneget semetipsum et tollat crucem suam.* (El cual a todos dijo: quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz), no lo limitó a solos los Apóstoles, sino *dixit ad omnes.* Pues si no vamos a Jesucristo, no iremos adonde El fué; y como no hay otro lugar de Iglesia sino aquél, quedarnos hemos en nuestra miseria.

Y así fué figurado nuestro Salvador en la columna de fuego que iba delante de los judíos sacados de Egipto, que caminaban a la tierra de promisión; la cual andaba cuando habían de andar y paraba cuando habían de parar. Y de esta manera es la guía Jesucristo de los que caminan para el cielo. *Charissimi novum mandatum.* Es muy usada el habla del amor en San Juan; pues aun

de él se dice que siendo ya viejo lo llevaban en una silla a la iglesia a predicar, y en el camino donde paraban, luego decía: «Hijuelos, amaos unos a otros». Y preguntado porqué encargaba esto, respondía: que porque era el Mandamiento de Nuestro Señor: *Hoc est mandatum meum, ut diligatis invicem.* Dice ahora aquí, que no les escribe Mandamiento nuevo del que les ha predicado y oyeron cuando recibieron la fe, que es del amor, sino viejo y el mismo que otras veces le habían oído. *Iterum mandatum novum.* Mas otra vez les repite y renueva aquel mismo Mandamiento, que aunque es viejo, cuanto al tiempo de la notificación de él, porque ya lo habían oído, mas es nuevo en sí; porque es Mandamiento nuevo como el Señor dijo. Y así llámale ahora nuevo, porque habla del Mandamiento en sí. *Mas hay dificultad, cómo se puede llamar mandamiento nuevo el de amor de los prójimos, pues fué dado a los judíos. Dícese que es nuevo, cuanto a la manera del cumplirlo,* como lo cumplió Nuestro Señor Jesucristo: y por eso quiso que lo cumpliésemos, que fué desinteresadamente, negándose y sufriendo todos los tormentos que sus enemigos en él quisiesen hacer, con otras innumerables penas que a ellos se juntaron por nosotros, a lo cual en su manera nos obliga. Pues mandamiento de amor, de esta manera nuevo es, nunca notificado ni a gentiles ni a judíos. Que si alguno lo entendió antes de Cristo en esta forma, no era por razón del Mandamiento ni por lo que sonaba, sino por se lo enseñar y revelar así Dios interiormente: *Quod verum est et in ipso et in vobis.* El cual fué cumplido en el Redentor nuestro y en vosotros. *Que esto es ser verdad el Mandamiento;* tener su cumplimiento y verificación.

Y es manera de hablar de San Juan, como llama al mal de la voluntad, tinieblas, y al bien de ella luz. Y aunque el Mandamiento sea en sí verdadero, y no haya quien lo cumpla; empero no parece tener entero cumplimiento ni perfección hasta ser cumplido; porque su fuerza y apetito llega hasta el cumplimiento. Así como el anima racional, verdadera ánima es apartada, mas no parece tener su perfección y cumplimiento hasta que se

junte al cuerpo para el cual se ordena; de esta manera Nuestro Señor Jesucristo, por la fe y doctrina del Evangelio que fundó, no solamente no destruyó la ley de los judíos, mas dióle su cumplimiento; que no lo pudo tener sino con su venida: *Non veni solvere legem sed adimplere, et jota unum aut unus apex non preteribit a lege.* (No vine a quitar, sino a cumplir la ley; de la cual no se suprimirá jota, ni ápice). Y esto es lo que dijo San Pablo (*ad Rom*): *Arbitramur enim hominem justificari per fidem, sine operibus legis?, et paulo in ferius; legem ergo destruimus per fidem? Absi, sed legem statuimus.* (Creemos justificarse el hombre por la fe, sin las obras de la Ley;? y después: ¿Destruímos, pues, la Ley por la fe? De ningún modo, sino que la establecemos. De manera que quiere San Pablo que la fe y doctrina del Evangelio no solamente no pelee contra la ley, mas que le dé cumplimiento y firmeza, que sin ellas no podía tener. Y el griego dice en lugar de *statuimus, stabilimus.* Tenía la ley cosas morales y ceremoniales; las ceremoniales no eran por sí, ni hacían al hombre mejor ni peor: como es, que no comiese carne de puerco, que no sembrase en su heredad diversas semillas, que no vistiese de vestidura hecha de lino y lana (que tenía de estos preceptos seiscientos y sesenta); los cuales eran para significar y entender por ellos las cosas morales que les eran mandadas. Los Mandamientos morales ordenaban al hombre a bien vivir. Pero ni los morales, ni los ceremoniales menos, pudieran tener cumplimiento hasta la venida de Jesucristo y hasta ser dada su fe y gracia; porque no había fuerza para el cumplimiento de la ley en toda la ley: solamente había miedo o amor de premio, que no era bastante ni agradable a Dios; y así estaba la ley como edificio sin fundamento para se caer y como con puntales. Dióle cumplimiento la fe y gracia de Nuestro Señor Jesucristo, y así quedó firme y cumplida. Y porque lo ceremonial no era de valor alguno en sí, que era la corteza, venida la gracia, cesó; porque en ella se sustenta lo moral mejor que no en lo ceremonial. Y por cuanto quedó lo que significaba y lo que de ella se pretendía firme y con cum-

plimiento, dícese que la fe da cumplimiento a toda la ley.

Quia tenebræ transierunt.—Ya pasaron las tinieblas, que fueron las ceremonias de la ley, en las cuales está encubierta y escondida la verdadera luz, que es Jesucristo.

Qui dicit se in luce esse. (El que dice estar en luz).—Y por tanto, como no sea esta obra de luz para su hermano, lo será de tinieblas; porque quien lo aborrece, aunque más se parezca que anda en luz, en tinieblas anda. Es cosa muy miserable, venida ya la luz al mundo, andar aún en tinieblas; y así lo son los pecados de los cristianos. Y esto es lo que con gran sentimiento decía Marta: *Quatriduanus est, jam fetet.* Hiede mucho el hombre que ha cuatro días que está muerto. Que es ley de naturaleza, de escritura, y de gracia, y de particulares inspiraciones de Dios: *Qui diligit fratrem suum,* éste tal está en luz. Y mira que es menester hacerle bien, porque no basta no quererle mal: *Et scandalum in eo non est.* Teniendo amor del prójimo, ha echado el hombre de sí un tropezadero, donde tropieza ofendiendo a Dios. Porque si queréis mirar en eso, hallaréis que los más pecados que cometéis son de falta de amor del prójimo: de ahí viene la envidia, el murmurar, el juzgar, el no compadecerse de él, y el no le favorecer en sus necesidades con lo que podéis.

Tiene dicho San Juan, aquí en este capítulo, que el que está en Dios ha de andar como anduvo Jesucristo; lo cual él mismo también dijo: *Et oves meæ vocem meam audiunt, et me sequuntur: ergo qui non sequuntur me, non sunt oves meæ.* (Mis ovejas oyen mi voz y me siguen: los que no me siguen no son ovejas mías). La cual palabra podría en algunos causar gran desmayo, cotejando sus fuerzas con la alteza de lo que es seguir a Cristo; y porque tal desmayo nace de la prudencia de la carne y no de la doctrina del Salvador, sería bien remediarlo.

«La prudencia de la carne—dice San Pablo—*inimica est Deo, legi ipsius Dei non est subjecta, nec ei enim potest*». La prudencia de la carne es enemiga de Dios; es el sentido o sentimiento que la carne misma tiene de las cosas

que desea; porque aquello es su saber, ni se extiende a más de a querer y procurar riquezas y deleites del cuerpo: aquel apetito es, pues, de la carne. Aqueste sentimiento del alma hacia ello y el acuerdo e industria que en lo conseguir pone, se dice prudencia de la carne; porque todo el saber del alma, cuanto aquella parte, sirve a lo que la carne quiere. Y también se podrá decir prudencia de la carne el deseo que tiene la razón de la bienaventuranza no fortificada por gracia, y consejo que para ello toma la misma razón no alumbrada por fe y conocimiento vivo. De manera que entender el consejo de Dios de la manera que la razón desmedida lo quiere entender, y querría que se entendiese, es prudencia de la carne. Y aunque el hombre no viva ni obre según los deseos del sentido, sino de la parte racional; mas por cuanto allí no hay más que hombre desnudo, llámase carne, conforme le suele la Escritura llamar: *Ut sciat omnis caro, id est omnis homo.* (San Pablo.) *Animalis homo non percipit.* (Teofilato.) *Animalem hominem vocat.* (Hombre animal le llama: como dice Teofilato.) De esta prudencia de la carne se sigue en el hombre, si conforme a ella vive, murmurar contra Dios, como hicieron los judíos en el desierto. *Murmurar*, no se toma allí por decir mal, que eso se dice detraer; sino por quejarse.

Quejábanse mucho los judíos de Moisés, porque los había sacado para tantos trabajos. Y cuando vinieron los doce capitanes de ver la tierra de promisión, oyendo de ellos que las ciudades eran de fuertes muros, y los habitadores muy grandes, sentóse cada uno a la puerta de su tienda a llorar y quejarse de Moisés, porque los había sacado, olvidados del poder que tenía de parte de Dios, del que tanto se habían aprovechado. Esto hace en los hombres la prudencia de la carne, cuando le dicen que ha de imitar a Jesucristo en las virtudes, porque les parece ciudad con muro hasta el cielo, y los enemigos como gigantes. Dice era la ley de Moisés tan áspera y dura de llevar, que en el primer Concilio que tuvieron los Apóstoles dijo San Pedro: «¿Para qué procuráis que guar-

demos la ley y nos carguemos de carga que ni nosotros ni nuestros padres no la pudieron llevar?» Y esto era tener Moisés las manos muy pesadas. Pues si la ley del Evangelio añade carga sobre aquélla, por demandar limpieza de corazón, y lo mismo el imitar a Jesucristo, ¿quién podrá sobre esa carga? Y que añada sobre la ley vieja, dice Nuestro Señor: «Oístes que está dicho, *dentem pro dente; ego autem dico vobis, non resistere malo; ego autem dico, omnino non jurare*». (Diente por diente; pero yo os digo que no resistáis al malo, y que absolutamente no juréis). Donde añade a la ley, y pasa adelante a cosa más dificultosa, que es a la limpieza del corazón. Está alejada la prudencia de la carne de Dios, y de aquí viene a no creer que se ha de entender así; y que son consejos aquéllos; y que le bastan los diez Mandamientos, así mal entendidos a su modo; y decir mal de los predicadores o a desmayar y desconfiar de poder seguir a Jesucristo y de salvarse. No hay duda, sino que grande cosa pide Jesucristo para que vayamos al cielo y le agrademos: pide imitación de sus virtudes, limpieza de corazón; pide cumplimiento de una ley santísima y purísima, a la cual aborrece y repugna nuestro corazón; porque el pecado a quien se sujetó lo ha hecho contrario del corazón de Dios. ¿Qué cosa más contraria al mancebo carnal que la castidad, y al avariento dejar la codicia, y al soberbio sufrir la bofetada? Pues todo esto pide Dios, so pena de no agradarle; y que no sólo lo cumpláis por fuera, sino en el corazón, por amor de El. Así ha de estar la castidad, el menosprecio de la hacienda y de la honra.

Mas mirad que el que os ha espantado, El mismo os asegura; el que os hiere, os cura; por vuestra flaqueza no neguéis la verdad de Dios. Conoce que sois flaco e inhábil para lo que Dios os manda, mas por eso no dejéis de confesar que lo manda Dios y pide del hombre, porque el mismo que os obliga a tal cosa, El os ayuda para ello: que no sois vos el que lo habéis de hacer, sino Dios en vos por los merecimientos de Jesucristo, su Hijo, de cuyo espíritu nos da para que podamos andar por el

camino que El anduvo; no a las parejas corriendo con El, mas andando tras El, porque es Dios y tiene el Espíritu Santo sin medida, que procede de El. *Et vidimus eum plenum gratiæ et veritatis. Et de plenitudine ejus omnes nos accepimus.* (Joann., I.) *Et gratiam pro gratia: valde, quia lex data est per Moysem.* (Y lo vimos lleno de gracia y de verdad; y de su plenitud todos hemos recibido: Gracia por gracia; porque Moisés nos dió la ley, mas Jesucristo, la gracia.) Helo aquí el remedio contra vuestra flaqueza: el mismo que os dice *qui michi ministrat me sequatur*, os dice: *Omnes, qui laborati estis et onerati, venite ad me, et ego reficiam vos.* (Quien me sirve, sígame: Venid a mí los que estáis trabajados y abrumados, que yo os aliviaré.) No se asiente en vuestro juicio que vuestras fuerzas son las que pueden guardar los caminos duros que dice David: *Ego custodivi vias duras*, ni que pueden vencer tan fuertes enemigos. Como el hombre tiene fuerzas y favores de Dios, gracia suya, hecha a vos por los merecimientos de Jesucristo, nuestro Redentor, ya que conozcáis que es fuerza de Dios, no os engañéis pensando que os ha sido comunicada por vuestra justicia, por vuestros merecimientos, sino por los de Jesucristo; que ya no fuera gracia si por vuestras obras se os diera. De lo cual avisa mucho Dios a los judíos, queriendo entrar en la tierra de promisión (Deut., V): que no piensen que por sus obras les entrega Dios la tierra de promisión; que se acuerden cuán mal lo han hecho desde que salieron de Egipto y cómo le provocaron a ira. Por eso vos no penséis, habiendo de entrar o entrado en la tierra de promisión, que es la paz de los perfectos, o en la celestial Jerusalén, que por haber bien servido a Dios, después que os sacó del pecado, habéis merecido la perfección y el cielo, y que no se apartase Dios de vos, que innumerables veces le habéis provocado a ira, y a dejaros sin misericordia, si por Jesucristo no os hubiera guardado.

Scribo vobis, filioli, quoniam remittuntur vobis peccata propter nomen ejus. (Os escribo, hijitos míos, que vuestros pecados son perdonados en méritos de su Nombre)—

Son altas las cosas que aquí ha dicho San Juan; y por parecerle que no convenían a todos, dice él que sí; que a todos dice aquello mismo, y escríbeles porqué les son perdonados todos sus pecados. *Propter nomen ejus,* que es de Nuestro Señor. Y esto se puede entender, o por el nombre del Hijo en cuanto hombre o del Padre; y si del Padre en dos maneras: o el *nomen* quiere decir *fama, ut melius est nomen bonum quam divitice multæ,* y entonces quiere decir hacer Dios algo por su nombre, por su fama y honra, como pedía Moisés a Dios, que no perdiese su pueblo por su nombre, porque parecía poner nota en la fama de Dios acerca de los infieles, ver que al pueblo sacado de Egipto no lo había defendido ni llevado donde le había prometido por no haber podido; y así hace Dios muchas cosas con su pueblo, que merecía recios castigos, *propter nomen suum;* o quiere decir, y se toma *nomen* por la grandeza, santidad y bondad y limpieza de Dios, y de esta manera decimos «santificado sea el tu nombre», y de tal manera, Señor, se hable y se sienta de ti como Tú mereces, conociéndote y confesándote y amándote como a poderosísimo y santísimo y bonísimo por esencia infinitamente.

Otras veces se toma el nombre de Dios por el Hijo, porque el nombre es por donde se da a conocer cualquiera, y Dios es conocido por su Hijo; porque así como la definición notifica a la cosa definida, así el Hijo, que es *Verbum Patris et lux,* manifiesta al mismo Padre. Quiere luego decir que Dios perdona los pecados, no por nuestros merecimientos, sino por su nombre, conviene a saber, por su gloria y honra, por su poder y bondad y santidad y por los merecimientos de su Hijo. Pero resta una dificultad: cómo perdone Dios por los merecimientos de su Hijo, no habiendo en Dios cosas que una sea causa de otra por su infinita simplicidad y perfección, lo cual denota el *propter.* A esto se responde que así es verdad: que en Dios no hay cosa que esté colgada una de otra, ni dependiente; porque ya en Dios habría algo que fuese *prius et posterius;* que absolutamente todo lo que hay en Dios, no es sino su esencia simplicísima de

infinita perfección, que igualmente contiene en sí todas las cosas cuanto al conocerlas y amarlas y obrarlas. Y así, aunque de la lumbre del sol se sigue el calor, y la lumbre es causa del calor; mas en Dios no es causa que produzca el calor el producir la lumbre. Y así aunque en Dios una cosa no sea causa que Dios haga o quiera otra, más es gran verdad que Dios quiere que en las criaturas haya orden, y que una sea causa de otra. *Non vult hoc propter hoc, sed vult hoc esse propter hoc.*

De esta manera decimos que en Dios no es causa de querer salvar los hombres y llevarlos al cielo la muerte de Cristo su Hijo; mas ordenó El que en nosotros el perdonarnos los pecados y salvarnos, estuviese colgado de los méritos de su Hijo; aunque como digo, en sí absolutamente sin causa, eligió Dios y amó hombres para el cielo, y así dijo Nuestro Señor a sus discípulos: *Ipse pater amat vos; pusille grex, complacuit patri dare vobis regnum.* (El mismo Padre os ama; plugo al Padre, grey pequeña, daros el reino.) Gran falta es de las personas que están descarnadas y flojas, decir: «Si me tiene Dios perdonados mis pecados». Cuando en vos veis cuidado de servir a Nuestro Señor y mudanza en vuestra vida, ¿porqué no habéis de pensar que os ha perdonado Dios y que os ama y está de vuestra parte? No porque de ello tengáis evidencia ni aun tanta certidumbre como de la fe, mas muy gran seguridad y confianza; que aunque resta temor, no desconsuela, pues es para os solicitar y no dejar aflojar, y por eso, más se consuela el alma que con El se halla; pues ve en sí don de Dios, que es aquel santo temor. Quitad esa sospecha, como dice Job; no es Dios como el hombre, *qui cum pax sit, insidias meditatur.* Está predicando San Pedro este paso de la remisión de los pecados, y dijo: *Omnes prophetæ testimonium perhibent, remissionem peccatorum.* Que son perdonados los pecados a los que piden perdón, por Jesucristo; y aparejándose a ello, cayó luego el Espíritu Santo sobre los que lo oían.

Scribo vobis fratres, quoniam cognovistis eum, qui ab initio est.—Porque *in principio erat Verbum.* (Os escribo

hermanos, que conocisteis al que es desde el principio). Por cuyo conocimiento viven los hombres. Viene bien a los ancianos de días el conocimiento maduro y asentado del Señor; porque ya los tales más parece emplearse en el conocimiento quieto de Dios, que en resistir a los enemigos: pues así como los viejos en las fuerzas del cuerpo están debilitados, así están los enemigos espirituales si bien han peleado de mozos.

Scribo vobis adolescentes, quoniam vicistis malignum.— Al demonio y al mundo, que hablan por una misma boca; pues tienen un mismo espíritu, y a éste vencen los mancebos, porque donde carga más la batalla es en los días de la juventud, y así el propio oficio del mancebo es pelear y vencer.

Scribo vobis, infantes, quoniam cognoscitis patrem.— Torna a repetir lo dicho, para encarecer el afecto y amor con que les escribe. Ni es prolijidad, cuando tal provecho se pretende; aunque a algunos les parece que decir una cosa dos veces, lo es. Habla así de los niños, porque es propio de los niños hacerles conocer a su padre y nombrarlo por nombre de padre; y así habían de hacer a los niños, enseñarles que tienen un Padre celestial en quien han de poner su confianza, y al cual han de llamar más rico y poderoso que ninguno de los hombres.

Scripsi vobis, patres.—A los viejos conviene mucho la prudencia, para que sepan para sí y para los mozos. Dice el Sabio: *Tres species odivit anima mea et aggravor valde animæ ipsorum; pauperem superbum, et divitem mendacem, et senem faturum et insensatum.* (Tres cosas detesta mi alma, que agrava harto a la de ellos: al pobre soberbio; al rico embustero; y al viejo insensato y necio). Porque todos éstos son muy incorregibles y desordenados; humilla Dios al pobre con quitarle los bienes, y es ensoberbecido aún; el rico, que tiene quitada la ocasión de adular y mentir, que mienta, es cosa muy mala; y el viejo que del discurso de su vida no haya cogido sabiduría, sino que todavía esté simple y sin entender el mal y el bien, es cosa muy fea. El viejo, aunque de mozo se descuide y se pierda, a la vejez, si se

da prisa, puede cobrar lo que perdió. Como el caminante que en la mañana anduvo poco y durmió la siesta; mas tal prisa se puede dar a la tarde, que cobre lo perdido. Ha de llorar el viejo las faltas de la mocedad, como hizo San Jerónimo, que a la vejez se apartó al yermo a llorar las faltas de la juventud, si es que en verdad las tuvo. Y llorándolas David, decía: *Delicta juventutis meæ ne memineris.*

Scripsi vobis, juvenes, quoniam fortes estis.—¡Qué bien parecen los mancebos fuertes contra los vicios, y cuán mal dejarse vencer de ellos! Muy flaco es el mancebo que no sufre una palabra, y de quienquiera toma venganza. Pues ¡qué fácilmente es vencido del vicio de la ira! ¡Oh, qué engaño, pensar él que vence y es tenido por fuerte si a otro hiere o mata, y es él vencido o muerto! ¡Oh, qué tiempo pierden los mancebos, si lo pierden, que en la vejez no pueden pelear contra los vicios o no tan bien! ¡Cómo se embriagan de la dulzura de este mundo! De los cuales dice la Escritura: *Væ, qui fortes estis ad bibendum vinum!* Toda la gloria y deleite de la carne es vino; y como falta el sabor del vino espiritual, anda el alma muerta de sed y hambre, y desea beber de ese vino ponzoñoso de la carne; que el estómago muerto de hambre comerá hojas de rábanos y cortezas de pan; y el alma que no conoce a Dios, ni Dios es su manjar muerta de hambre, echa mano de los manjares malos de la tierra. «Babilonia tiene un vaso, y da a beber y emborracha», dice Jeremías. ¿Qué es Babilonia sino la carne que de su dulzura da de beber a los hombres.

Nolite diligere mundum, nec ea, quæ in mundo sunt.—Es tema del bienaventurado San Juan que tengamos mucho miramiento dónde ponemos nuestro corazón. Y así dice el Sabio: *Omni studio custodi cor tuum, quoniam ex ipso vita procedit.* Así como la vida corporal consiste en tener el corazón vivo, porque en muriendo el corazón muere el cuerpo; así el corazón del alma es el amor; adonde no hay amor, muerta está el alma, porque en lo que consiste la vida, eso es el corazón. Decía Hugo de San Víctor: *Anima mea, vita mea, amor tuus.* Díce-

nos el Sabio: «Con toda guarda, guarda tu corazón», *tu amor*, quiere decir; y que tal recaudo pongamos en él, que le echemos llave sobre llave y guarda sobre guarda; que lo guardemos con siete guardas. Como si un hombre tuviese en un vaso un poco de bálsamo, ¡con qué cuidado guardaría el vaso, porque no se le vertiese o se le quebrase! Pues sábete que si de tu alma derramas el amor, que estás perdido y muerto; porque no tienes más vida de cuanto tienes amor. Es conclusión que todas las cosas son hechas por amor. San Dionisio dice: *Omnia quæcumque agunt, propter amorem agunt.* (Todo lo que obra, lo hace por amor.) ¡Qué fuerza puso Dios en el amor! Todas las cosas que hacen las criaturas racionales e irracionales, las hacen por amor. Pregúntese cada uno a sí mismo: cuando habla, ¿porqué habla, porqué come, porqué hace esto o lo otro? Por amor, y aun cuando queréis mal, os movéis por amor de vos mismo, por sosegar y pacificar ese amor que os tenéis. El animal, ¿porqué come y bebe? Por el amor que se tiene a sí. Y cuando camina, ¿porqué aguija? Por amor que se tiene, que no le den. ¿Y porqué para descansar una piedra si está en alto se baja a lo bajo? Porque tiene su amor a lugar bajo. San Agustín decía: *Amor meus, pondus meum; quocumque feror, amore feror.* (Mi amor es mi peso; doquiera que voy, por amor voy). *Mi peso*, no cosa pesada, sino la inclinación de la cosa, llama su peso. Pues este es el amor. Del fuego, su peso es subir arriba; como en la piedra su peso le hace bajar abajo, que es aquella inclinación que tiende a bajar. Todas las criaturas se mueven y aman por amor. Luego mucho va en tener cuenta con el amor, pues él es causa de todo movimiento; menester es mirar quién guía la danza, porque así andará todo el corro. Y por eso San Juan encomienda tanto que miremos nuestro amor dónde le ponemos; y por eso nos anunció que Dios nos amó desde el principio, y que fué tanto, que se hizo hombre, y que podemos tener compañía con el Padre y con Jesucristo, que es con la Divinidad y Humanidad de Jesucristo.

Díjonos cómo Dios era luz, y cómo, para servirle, he-

mos de andar en luz, y cómo hemos de guardar su palabra. Y porque El es los Mandamientos abreviados, para tener compañía con Dios, es menester tenerlo, y amar lo que El ama. No despreciéis el amor, pues tan gran bien os puede hacer. Y si amáis lo que Dios aborrece (que El no lo permita), cata que hay una ponzoña, que si la coméis, moriréis; no queráis amar al mundo ni a las cosas que en el mundo son: *Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo.* «Si alguno ama al mundo, no está la caridad del Padre en él». ¿No es razón que paguemos bien pagado al que tal aviso nos da? Y quizá nos encontramos con la ponzoña y no la conocemos. Si estuviese un jarrico de vidrio de agua muy clara en vuestra casa y quien bebiese de aquella agua muriese, y vos sintiereis gran gana de beber y no supiereis la ponzoña de aquel agua; si alguno os avisase, ¿no le deberíais mucho? Avísanos San Juan: «No queráis al mundo; si alguno ama al mundo, no está la caridad del Padre en El». El Padre Eterno es nombre y palabra de consuelo. El que ama al mundo ha perdido la amistad del Padre, porque el amor del mundo echa fuera el de Dios: *Adulteri, nescitis quod amicitia hujus mundi inimica est Dei? Quicumque ergo voluerit amicus esse hujus sæculi, inimicus Dei constituitur.* (Adúlteros, ¿ignoráis que la amistad de este mundo es enemiga de Dios? Todo el que quiera ser amigo del siglo, enemigo es de Dios.) ¿Porqué los llama Santiago adúlteros? Porque el mismo amor al mundo es adulterio; porque ponéis el amor de Cristo en el mundo, y por el mismo hecho, estáis constituídos enemigos de Dios. Y porque el Señor sabía que esto lo habían de oír muchas orejas y pocos corazones, lo dijo tantas veces. Dijo el Señor a sus discípulos el Jueves de la Cena: *Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit; si de mundo fuissetis, mundus, quod suum erat diligeret; quia vero de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus.* (Si el mundo os odia, recordad que a mí me odió primero; si del mundo fuérais, amaría el mundo lo suyo; mas como no sois del mundo, sino que yo os saqué del mundo, por eso mismo

os aborrece el mundo). «Porque no sois del mundo, como cosa extraña os aborrecerán». Nuestro Señor y sus discípulos no eran del mundo, y en aquella oración que escribe San Juan que hizo a su Padre, tan solemnísima, dijo: *Ego pro eis rogo; non pro mundo rogo, sed pro his quos dedisti mihi; quia tui sunt: et mea omnia tua sunt, et tua mea sunt, et clarificatus sum in eis.* (Yo ruego por ellos; no por el mundo, sino por los que me has dado; porque son tuyos: y todo lo mío tuyo es, y lo tuyo, mío, y soy glorificado en ellos). Y por el mismo San Juan dice: *Et ego rogabo patrem, et alium paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in æternum, spiritum veritatis quem mundus non potest accipere, quia non vidit eum, nescit eum, vos autem cognoscetis eum, quia apud vos manebit.* (Rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, que permanezca siempre con vosotros; Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir; porque ni lo vió, ni le conoce; pero vosotros sí le conoceréis, porque estará con vosotros). No puede el mundo recibir el Espíritu Santo, porque Dios y el mundo son enemigos capitales. Tan largamente se ha probado esto, tantas veces nos lo ha dicho Dios, que plegue a Dios que sea de los hombres creído, y no sirva solamente de acusador en el Juicio. ¿En qué copa está aquesta agua? Y si la bebo, ¿moriré? ¿No será razón te prevengas con conocer esta ponzoña? ¿Cómo decís que el mundo es esta ponzoña y que no amemos al mundo ni las cosas que están en el mundo? ¿No lo crió Dios? ¿No crió la tierra, el agua, no hizo los árboles y animales, no hizo el Sol y la Luna, y dice en el Génesis: *Vidit cuncta quæ fecerat, et erant valde bona?* Y el cielo, y tierra, y hombres, ¿son malos? No. Pues, ¿qué es esto que dice San Juan que no amemos el mundo ni las cosas que están en él y que nos diga Dios: «Si este mundo amáis, mi amor habéis perdido?» ¿Cómo es esto? Pues quien a Dios ama, todas sus cosas ama, hasta un gatillo y perrillo, porque El lo crió. Porque acá decís: «Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can». Pues si Dios crió el mundo, ¿porqué no lo tengo de amar, por ser cosa de Dios? ¿Porqué tan grande entredicho

en amar lo que Dios hizo, pues si bien queréis a una persona, aun la ropa que se viste queréis bien, y una prenda suya, por ser suya, la queréis bien? Los teólogos preguntan si la caridad se extiende a amar las cosas irracionales y sin sentido; parece que sí. Si bien queremos a uno, cualquiera cosa suya queremos bien. Si amo a Dios, amo sus cosas con el mismo amor.

Lo irracional no se ama con el mismo amor que se ama a Dios y las criaturas que son capaces de Dios. El amor de la caridad no se extiende sino a los seres que son capaces de gozar de Dios. De aquí se saca que de las criaturas racionales tan solamente los demonios y dañados no se han de amar con este amor; pero que todos los ángeles y santos y hombres fieles e infieles se han de amar con tal amor. Los infieles, porque están en potencia de ser fieles; los malos cristianos que están en pecado mortal porque pueden salir de él y venir a estado de gracia. Unos gozan de gracia como son bienaventurados y buenos cristianos, y otros pueden gozar, como infieles y malos cristianos; sólo los demonios y condenados salen de esta compañía.

Las criaturas irracionales no son capaces de ser amadas con este amor de caridad; mas tales cosas, como son los cielos, agua y tierra, animales y árboles, secundariamente se pueden amar, no por ellos, sino porque resplandece en ellos la gloria de Dios, que está en ellas; y así decís: «Bendito sea Dios, que crió tal árbol». Y de quien bien queréis, aun la ropa que trae vestida le amáis, según que le es provechosa a aquel que bien queréis. Con amor de caridad amáis al prójimo para que goce de Dios, y amáis la hacienda en cuanto aprovecha para servir a Dios; no se ama la piedra para bien de la piedra, ni el sol para bien del sol, sino para gloria de Dios. «¡Bendito sea Dios, que les crió!» De manera que si el amor que tengo a la criatura racional o irracional es amor de Dios en ella, más que de la criatura, ese es honrosísimo amor. Ya se han visto personas tan enamoradas de Dios, que por su amor abrazaban las piedras y los árboles y hierbas, porque las crió Dios. Mientras más quieren a Dios, más quieren

lo que El crió. No se llama eso amar las criaturas por sí, sino un retorno, unos rayos, reflejos que salen del amor de Dios. «Decid: si es bueno el amor del mundo y de las criaturas, ¿por qué lo condena tanto San Juan?»

El mundo unas veces se toma en la Escritura Sagrada por esto que Dios crió; y de esta manera decía San Juan: *Mundus per ipsum factus est.* Que es el sol y el cielo y la tierra y animales; y quien está debajo del sol y anda en la tierra, está en el mundo; y según esto, las monjas y frailes y clérigos y beatas están en el mundo, porque viven en el mundo; y en los monasterios tierra y aire y piedras hay. Y este mundo, de que hemos dicho, no es malo, del cual no dijo San Juan, como vimos, que no podía recibir el Espíritu Santo, sino hablaba de un mundo que es capaz de recibir a Dios. Quiere decir, que hay hombres que no pueden recibir el Espíritu Santo; y así dijo el Señor a sus discípulos: «Vosotros no sois del mundo, como Yo no soy del mundo». ¿Cómo, Señor? ¡Vos y vuestros discípulos no estáis en el mundo? «Si no quiero decir eso». Ahí está el punto y ahí ha de haber el aviso para guardarnos: hágoos saber que este mundo, que nuestro Señor dice, ni se ve con los ojos, ni se toca con las manos, ni se huele con las narices. No es cosa visible, ni se oye con las orejas; en conclusión, no se puede entender ni saber con sentidos corporales. «Pues ¿qué es ese mundo? ¿Es aire?» No debe ser nada. Ese es su nombre, que quien no tiene el Espíritu de Dios, es aire y en nada se vuelve. ¿Sabéis qué es este mundo? Un desorden en el amor, amar al mundo y a sus cosas por ellos mismos; que si vos amaseis a este mundo, que es lo que Dios crió, como quiere Dios que se ame, en El y por El, no hacéis mal. «Pues qué no tengo de amar al mundo, y ¿cómo tengo de haberme con él?» Declárelo San Juan, porque tenga más autoridad: «No queráis al mundo ni a las cosas que en el mundo son; porque si alguno ama al mundo, la amistad del Padre no está con él».

Quoniam omne, quod est in mundo concuspiscentia carnis est et concupiscentia oculorum et superbia vitæ. «Porque todas las cosas que están en el mundo son concupiscencia

de la carne y concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida».

Este es el mundo malo: he aquí el agua de solimán; helo aquí el vaso de la ponzoña: «Concupiscencia de la carne y codicia de los ojos y soberbia de la vida». Ved aquí el peligro de que os habéis de santiguar; todo esto yo lo tengo en mí. Pues ese es el mundo malo, que dentro de vos está. Pues qué, ¿pensabais que eran las paredes? Quien tiene estas tres condiciones o alguna de ellas, este tal está en el mundo, aunque sea monja encerrada o fraile cartujo. Todos los cristianos habían de estar fuera de este mal mundo. El que no tuviere alguna de estas dolencias, sepa que éste no está en el mundo, aunque sea seglar: y la monja o fraile, clérigo o beata que tuviere algo de esto, a boca llena le digo que está metido en el mundo. En el tiempo de San Pablo, decía él mismo de los cristianos que estaban puestos por espectáculos de todos: *Spectaculum facti sumus*. Echannos a las bestias, trátannos mal, somos hechos terreros del mundo y de los hombres: Dios nos mira de arriba y sus ángeles. Parece, San Pablo, que decís palabras ociosas. ¿Mundo y hombres no es todo uno? Dice San Ambrosio, que llama San Pablo a los infieles mundo, y a los cristianos hombres. Ahora, como hay en la cristiandad tantos malos cristianos, llámanse los malos mundo; los que viven en los monasterios y los de la iglesia no habían de estar ni vivir en este mundo: si viven en este mundo o no, allá se verá. Este es el mundo malo, enemigo de Dios, estas tres codicias. Guardaos de una cosa que tenéis dentro de vos. No me dicen: «Guardaos de la mujer, guardaos de la hacienda»; sino: «Guardaos de vos mismo». Codicia de la carne, y codicia de los ojos y soberbia de la vida, en vos mismo está; y por eso de vos mismo os habéis de guardar. Todo el mal y todos los pecados que un hombre puede hacer, dentro de sí están: *Sanguisugæ duæ sunt filiæ*. (Dos hijas tiene la sanguijuela.) ¿Qué es codicia de carne? De ahí el mal; porque sabemos no se usa otra cosa, sino buscar los hombres descanso y huir trabajo. Esto es lo que trae el mundo en peso, procurar descansar y huir de tra-

bajar. De aquí es el procurar las camas blandas, las vestiduras delicadas, el comer espléndidamente: todo el negocio va a parar en dar contentamiento al cuerpo, tomar placer y huir trabajos.

«¿Qué es codicia de los ojos? ¿Los ojos no son carne?» Sí. «¿Pues para qué será menester decir codicia de los ojos, pues se entiende en codicia de la carne?» Verdad es; mas porque hay mirar que no para en el mirar, sino tira a otra cosa que tiene por fin, dijo: «Codicia de los ojos», distinto de la codicia de la carne. Porque el que se deleita en el mirar, y allí para, en deleitar los ojos o la carne, codicia de carne tiene; mas porque hay mirar que toma deleite en otra cosa más que en mirar, por esto dijo: «Codicia de ojos». Mira un mozo liviano una mujer hermosa (ídolo de mozos, ¡qué baratos se venden los mozos al diablo por un mirar codiciando!), ¿deléitase en mirar? Codicia de carne. ¿Tiene un hombre muchos dineros, y no en oro ni en plata, sino en chanflones negros, y deléitase en mirarlos, no por hermosos, pues son feos, sino por el fin, que son muchos dineros y valen mucho, y, finalmente, huélgase mucho con codicia de tener bienes del siglo? Este no se llama deleite de la carne, sino codicia de dineros, que es distinta de la carne y del mirar que es codicia de la carne. «No me deleito del mirar los dineros, porque son dineros, sino porque son míos». Vais a las viñas o a vuestras piezas, y holgáisos de mirar aquellos sarmientos secos y aquellos terrones. ¿Porqué os holgáis? Porque son vuestras las viñas. Esa es codicia de los ojos, que se reduce *ad bonum utile*, que se ama por otra cosa. El deleite ámase por sí mismo; porque deleite y bien honesto ámanse por sí. El dinero y la hacienda ¿porqué lo amáis? Dicen los teólogos que *appetitur propter aliud*. Concupiscencia de los ojos es codiciar bienes provechosos; y porque se suele mirar con gran deleite, llamó San Juan codicia de ojos: bien pudiera decir codicia de acá dentro, de hacienda, codicia de provecho.

¿Y *soberbia de vida*, fausto de vida, qué es? Aun si no lo supieseis qué es fausto de vida, las amas que os

acompañan, los trajes de vestidos, y las invenciones demasiadas, las muchas camas de arreo, los tapices, los muchos mozos y caballos, deseos de valer y mandar, soberbia de vida es. He aquí los siete pecados mortales; hace dos cabezas; que las sanguijuelas tienen dos hijas, que dicen: «¡Daca, daca!» Dice San Pablo (ad Timotheum): *In novissimis diebus instabunt tempora periculosa et erunt homines seipsos amantes* (dice la Glosa interlinear: «Raíz de todos los males») *cupidi, elati, superbi, blasphemi, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti, sine afectione, sine pace, criminatores, incontinentes.* (En los últimos días vendrán tiempos peligrosos, porque habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, malvados, sin afecto, sin paz, calumniadores, incontinentes). Pero puso la raíz, *amadores de sí mismos.* El hombre hase de amar a sí, porque es cosa de Dios: si come, porque quiere Dios que viva; y si anda vestido así, porque quiere Dios que ande así. ¿Porqué come una madre que quiere criar a su hijo? Pues come buena comida, por tener buena leche. Así el buen cristiano todo lo que hiciere, hágalo por Dios. Las dos hijas que dicen de la sanguijuela, llamadas, «*Affer, affer!*», son soberbia de vida y soberbia de carne: como ser estimado entre las gentes, ser en el primer lugar, y descansare: *honra y descanso; a esto se reduce.* Huir de ser deshonrados y huir de trabajos constituye soberbia. Envidia. De ella dice San Gregorio: «Ahoga a la madre y morirse ha la hija». Acuérdate de Jesucristo, y dile: «Señor, pues Vos fuisteis deshonrado, no se me dé nada de serlo yo; Vos tuvisteis trabajos, vengan a mí en hora buena». *En estas dos condiciones del mundo nacen todos los siete pecados mortales,* porque de la codicia de la carne sale la lujuria, gula y pereza, que son tres pecados mortales. La ira nace de cualquiera hija de éstas, o de soberbia de vida: porque me quitan la honra o porque me tocan en la carne, por eso me enojo. La avaricia es como el mercurio, porque toma la virtud de la planta con quien se junta; los dineros o hacienda, o son para soberbia de vida o para regalos de car-

ne: he aquí todos los siete pecados mortales encerrados en soberbia de vida y regalos de carne.

Quien esto ama, no es de Dios; el que fuere de Dios ha de estar fuera de esto: en lugar de soberbia de vida ha de tener humildad. No quiero ser estimado en el mundo, sino porque soy Corregidor: es menester tener honra por el oficio que tengo, y no porque yo la quiero; porque si me abatiese, no me tendrían en nada y sería la justicia menospreciada. Decidme: si en una comida como tres gallinas, habiéndolas menester para servir a Dios y no por mí, que verdaderamente si me pudiese pasar sin comer, no comería, ¿es esto comer demasiado? Dice San Agustín: «Si en comer manjares más viles estuviese la abstinencia, manjar más vil comen las bestias que los hombres, y más abstinentes serían. Más abstinencia hace el que come gallinas por Dios, que el que ayuna a pan y agua por su voluntad; porque lo que coméis es haberlo menester para vuestra vida. Dice el padre: «Si yo mando a mis hijos que me honren, no es por mí, que yo deseo no tengo de ser honrado; y pluguiese a Dios permitir, pues yo he sido mal hijo para con El, que fuese yo deshonrado y maltratado: no quiero, pues, ser honrado, sino por provecho de mis hijos, que verdaderamente yo no amo la honra».

¿Porqué coméis? «Porque Dios me manda que coma; que si El no me lo mandase, no comería». Eso no es gula. ¿Porqué os vestís ricamente? «Porque quiere mi marido y por le contentar». Bueno es eso, no se ofende Dios. ¿Porqué os vestís con traje talar? «Porque soy sacerdote y por honra del sacerdocio, y porque mandan los Cánones que ande así vestido; que si no fuese esto, de sayal andaría vestido». Mirad el fin por que se hace; que conforme a él será la obra. Si me caso y busco sucesión para servir a Dios, y visto, y como, y descanso para el mismo servicio de Dios, no es cosa de mi voluntad, sino de la santa voluntad de Dios; y no merece nombre de cosa del mundo, sino de cumplimiento de la voluntad de Dios. A los malos, si les preguntáis porqué os vestís, porqué coméis, dirán: «Por parecer bien y por mi apetito.» Y por

eso comen demasiado, porque su intento no es Dios, sino codicia de carne. ¿Qué ha de salir de ese mundo? Infierno. «Dura cosa es eso que nos decís». Pues más duras son las penas del infierno, y por no las pagar, sufrid acá esta purga; que, aunque parece muy amarga y recia, cura.

Todo lo que hay en el mundo es codicia de carne y codicia de ojos y soberbia de vida, o fausto de vida, lo cual no se compadece con Dios. Luego con mucha razón el verdadero cristiano ha de ser enemigo de estas tres cosas, por las cuales es entendido el mundo; y quienquiera que le amare, no está la caridad del Padre en él. Estas son las tres lanzas con que el capitán Joab mató a Absalón, que perseguía a su padre David. Que como fuese un día huyendo del dicho capitán Joab, revolviéronsele los cabellos a una encina, y allí lo atravesó su enemigo. El que anda en desobediencia de Dios tiene los cabellos largos, que son los deseos, los cuales se le revuelven a encina, que es árbol que da manjar para puercos; y, revueltos los deseos en cosas sucias, que son el manjar de puercos, llega el mundo con estas tres lanzas, y mátalo: codicia de carne, codicia de ojos, soberbia de vida. Lo contrario a esto es deseo de trabajos, pobreza y humildad. Decía San Pablo: *Absit mihi gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi; per quem mihi mundus crucifixus est ego mundo.* (Lejos de mí gloriarme, sino en la Cruz de Cristo, por quien para mí crucificado está el mundo, y yo para él). He aquí la muerte del mundo. ¿Cuál será vivo al mundo? Aquel en quien viven estas tres cosas o alguna de ellas. Cuando San Pablo decía aquello no tenía que ver en él codicia de carne, ni de hacienda, ni fausto de vida, el cual decía (ad Colossenses): *Vos mortui estis.* (Estáis muertos). Entendamos en esta verdad, en dar alguna doctrina para nuestro provecho acerca del engaño que tienen algunas personas, diciendo que pueden tener algunos regalos y alguna codicia y honra. No niego, sino que algunas veces es menester que los hombres procuren esto: mas hase de mirar el cómo y el fin.

El Padre bien puede procurar ser honrado de sus hijos; porque sus hijos no sean mal criados y no pierdan la reverencia que le deben por ser padre; y lo mismo el juez, si lo hace, por tener autoridad y que la justicia no sea menospreciada, sino tenida en más. Y en tal caso es bien que lo procuren ellos. Y así no toda manera de honra, ni de codicia, ni de regalo de la carne es mala; que si un hombre para la conservación de su vida ha menester comer buenos manjares, muy justo es que los coma. Mas mira que ha de ser por aquel fin y no por gula, que si los coméis por gula, aunque los hayáis menester, ya es pecado. Si vos tenéis el corazón tan desasido de la gula y tan limpio de la honra, que no la queréis, ni os holgáis con ella por vos, antes la aborrecéis, y si la tomáis es por el bien de vuestros hijos, porque no sean mal criados; bien la podéis tomar, que esa no es honra, sino caridad; pues por ella la tomáis y decís dentro de vos: «Por lo que toca a mí, pluguiese a Dios que ellos fuesen verdugos de mí, porque desobedecí a mi Dios». Pesarnos ha con la honra en lo que nos toca, y holgarnos por el provecho de los prójimos que de ella les viene. Lo mismo ha de ser en la carne. Ha de tener el cristiano tan quitado de sí tomar descanso en lo que toca a él, que no haya cosa que de más mala gana tome; y tanto, que si Dios le dejase en su mano, él no tomaría nada. Estáis malo: ¿porqué os curáis? «Porque me parece que ofenderé a Dios si no me curo». A eso obediencia de Dios lo llamo yo, que no regalo de carne. ¿Porqué coméis? «Porque quiere Dios que coma y que me vista». Llamadle obediencia de Dios. Tal nombre tiene el arte, cual es el fin por que se hace. Si tenéis el corazón limpio y sin afecto de carne, que no lo tomaríais aquello si Dios no lo ordenase y quisiera, no se llama eso acto de carne, sino acto de obediencia.

Por el contrario, tema el hombre que hace una buena obra porque le honren; que da limosna porque le tengan por bueno y ayuna por lo mismo. ¿Llamarse ha esto ayuno? No. Cata que no comió más de una vez. ¿Qué le falta para ayuno? Lo más. El cuerpo tiene de ayuno y llamas de vanagloria. Dijo Aristóteles: «Quien hurta para

adulterar, más es adúltero que ladrón». Y como es en lo malo, es en lo bueno. ¿Yo codicio hacienda, y la busco para mantener a mis hijos y los caso para que sirvan a Dios? Esa no es codicia, sino obediencia de Dios. Dadme que el intento de granjear y negociar sea limpio, que el ir a ferias con este intento llamadle ir a iglesias. Mirad el fin con que negociáis, con que camináis, si es mundo o si es contrario a mundo.

Ahora estamos en el golfo mayor de la mar, donde se anegan por engaño los hombres o se libran por verdadero conocimiento; y quien aquí acertare, bienaventurado es en la tierra. Ved aquí la cobertura con que muchos cubren sus males: en las cosas claramente malas y que son de sí malas, cada uno se condena a sí mismo; mas hay cosas que pensáis que son buenas y delante del juicio de Dios no lo son. Dadme una mujer que tiene muchos vestidos, demasiados, que solamente los trae por vanidad, ésta no es menester libro que la condene, que la soga lleva arrastrando. San Gregorio dice: «Ninguno busca vestiduras preciosas si no es por gloria vana». Tiene un hombre muchos mozos, una mujer trae muchas amas. ¿Porqué las traéis?—Porque me honren.—Claro está que eso es malo, que es mundo.—No lo hago por ese intento. —Pues ¿porqué lo hacéis?—Porque conviene a mi estado; soy justicia y es menester que me teman.—Bien está eso. Mas el engaño que ahí puede haber es por pareceros que es por ese fin, y ser de mundo. Y ya que no lo sea de mundo en sí, tomáis más de lo que es menester para el fin y excedéis en los medios, que aunque el fin sea bueno, podéis errar en los medios. «¿No es bueno el que está enfermo desear la salud?» Sí; mas tanta cañafístola podéis tomar o ruibarbo, que os muráis, que aunque tengáis deseo de sanar, si el medio es desordenado podéis morir. ¿Para qué tomáis ese regalo? «Para conservar mi vida». Mirad, no os engañéis. Aquí *pendent leges et prophetæ*, en saber tomar un buen medio para este buen fin. ¿Para qué tanto vestido, tantas galas? «Para mi estado, por no escandalizar, si me abajarme de él». Los hombres de ahora cincuenta años, hombres eran como vos, y no

sé si diga mejores; y eran casados como vos, y había Condes y caballeros y jueces y tenían estados. Pues ¿cómo se pasaban con tan pocos vestidos y trajes?

Dice Santo Tomás que estado es una manera de vivir que tiene obligación perpetua de vivir así en ella. Si esas demasías en los trajes fuesen necesarias al estado, callaría. Mas no lo son; que con lo que gastáis vos un día en ropas, gastaban en un año en otro tiempo. Lo mismo digo de los señores; y en aquel tiempo Condes había y Duques, y no gastaban en dos años lo que ahora se gasta en vanidades en un día. Si llamáis estado el uso, «hago esto porque se usa», que es la mayor cobertura que tenéis, no es palabra esa de cristianos. Mas dado caso que lo digáis, si cuando Dios os tomare cuenta porqué gastasteis tantos dineros en vanidades, padeciendo los pobres tantas necesidades, se os admitirá en el juicio ese descargo: «¡Señor, usábase, y todos hacían así!» En cosa que es mala, alegar el uso, mala excusa es: para quien se ha de nivelar por palabra de Dios, muy mal descargo le será el uso. ¿Cómo? Y el Mandamiento de Dios, que es recto, ¿hase de nivelar por uso de hombres torcidos? Si fuera ley humana, sufriérase pasar por el uso, si se usara en contrario de ello. Si se usase de no guardar el día de San Lorenzo, o de no ayunar las cuatro Témporas, el uso quitaría el pecado al que no ayunó; porque es de derecho humano, el cual el grande uso quita. Mas en lo que toca al derecho divino o natural, dice el capítulo final *de consuetudine*, que tanto los pecados son más graves, cuanto *diutius infelicem animam detinent alligatam*. Mientras más vieja es la enfermedad, más mala es, más incurable. Y por eso el uso contra palabra de Dios peor es cuanto más usado. Por cierto que andaría buena la escuela de Dios que se rigiese por el uso de los malos discípulos. Y que se tuerza la regla con lo torcido que se ha de reglar no es bueno, sino que lo torcido se enderece con la regla. Que así lo dijo El: «No queráis a nadie llamar sobre la tierra maestro, que uno es vuestro, que es Jesucristo, y no hay más de El: que los maestrss de por acá son debajo de El para enseñar lo que este Maestro

enseña (como, en una palabra, hay un maestro que da orden, y debajo de éste están los oficiales menores), no maestros por sí, sino para explicar lo que este verdadero Maestro les mostró.

Si el uso, pues, no puede prescribir contra lo que Dios mandó, ¿recibiros ha Dios esta excusa: ¿Usase»? Una cosa me espanta, ver a los hombres tan torpes en esto, y por otra parte tan delgados que partirán un cabello. Ellos mismos se dejan engañar. Tiene un señor una Bula para comer carne la Cuaresma y los días de pescado con necesidad; tiene aquel señor un médico que por dineros bailará; y como el médico está acostumbrado a contentar a su señor, con la menor cosita del mundo le dice que bien puede comer carne, y verdaderamente le parece a él que acierta. Tiene un señor un letrado o confesor y dícele: «Querría hacer esto, mas con buena conciencia». Viene el letrado y revuelve leyes y libros, y viene a hallar que se puede hacer con buena conciencia lo que el señor quiere. ¿Quién le engaña a este letrado? La voluntad que tiene de contentar a su señor; y por eso ni los aficionados ni los que tienen pasión son buenos para jueces; que muchas veces dice el entendimiento que es verdad lo que no es, porque la voluntad lo quiere. ¿Porqué coméis tanto? «Helo menester». Miradlo bien. ¿Porqué demandáis tantas reverencias a vuestros criados? Mirad que quizá podéis pasar sin ellas y alcanzar el fin que deseáis con menos medios. Porque como tienen el deseo de ser estimados o regalones, hácense entender que lo han menester para su vivir; y que aquella honra que buscan, que la han menester para su estado; pero todo ello no es sino el negro deseo que tienen de contentar y ser estimados. Entonces seréis buen juez de vos mismo, cuando acá de dentro no tenéis deseo de aquello que habéis de juzgar; excusáis vuestras vanidades con el «se usa»; lo cual bastaría para ser avergonzado todo hombre que se fundase en eso. ¿Paréceos que estáis bien excusado con el uso del traje que inventó una mala mujer por contentar a su amigo? Que lo más probable es ser así, que de allí haya traído origen, y que el aprobar de vuestra obra

sea el pecado de la otra. ¿Queréis tomar por excusa de vuestro yerro el pecado mortal que la otra hizo? ¿En la escuela de Dios y en su casa los locos han de poner reglas? Si me dijérades que lo había usado San Pedro o San Pablo, tomáralo por excusa; o si me dijérades: «Esto usó San Luis, Rey de Francia», conformárame con ello. Lo que los tales usaron a ojos cerrados lo podéis usar. Mas que lo inventado por el diablo lo haya de aprobar Dios, eso es imposible. ¿Y hay hombres que con esta necedad están asegurados? ¿De dónde pensáis que está el mundo perdido, sino por este fausto de la vida, y por esta soberbia y vanidad?

De aquí viene que ni podéis mantenceros ni podéis casar vuestros hijos; una hija se os pierde, otra metéis por fuerza en un monasterio; metéisla en cárcel. Y de aquí viene que como el hijo ve que el padre no le puede ayudar, se va por ahí perdido. Otros por no atreverse a mantener estas locuras no se osan casar: otros por cumplirlas hacen mil pecados mortales; de aquí resulta que falta siempre para rescatar cautivos; muchos, por no ser rescatados, reniegan la fe. Empleáis lo que en esto falta en esto otro. ¿Porqué tanto para gastar en el mundo? Porque pide una mujer un vestido y otro, y por tener el marido paz con ella, dáselo; mas para cumplir aquello ha de engañar a otro, o ha de hacer algún pecado mortal; estos son los efectos que hace la soberbia de vida. Quitad lo que tenéis demasiado para vivir y vivid con razón. *Curam carnis ne feceritis in desideriis.* (No escuchéis los deseos de la carne.) ¿Para qué tanto colchón en la cama? ¿No os podéis pasar sin tanto colchón? ¿No podéis pasar sin comer tanto? Descanso de carne y soberbia de vida. Pues ¿qué dirán de mí, si no me traigo tantas amas y tengo tantas sayas? En verdad que muchos dirán muy bien. ¿Y qué palabra de cristiano es: «Qué dirán de mí»? *Curam habe de bono nomine.* Ten cuidado de tener buena fama; de no hacer cosas que por ellas os tengan por malo, para que así, como de ver un árbol hermoso y con fruta alaban a Dios que lo crió, así digan: «Bendito sea Dios, que tan virtuoso te hizo». El pecar deshonra a los hombres, que

no el traerse llanamente y dejar las vanidades. *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est.* (De tal modo brille vuestra luz ante los hombres, que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos). No nos encomienda aquí Jesucristo la buena fama por los atavíos, sino por las virtudes, por las cuales es glorificado Dios en vos. Gloria del padre es la bondad del hijo, y gloria de Dios es la bondad en el cristiano. Procura de ser bueno siquiera porque no pierda Dios esta honra.

Dice San Crisóstomo sobre esto: «En el servir a Dios no habéis de tener tanto cuidado para que otros alaben a Dios por vos, como vos particularmente de servirle; que la misma buena obra dará luz, aunque no queráis». Poned aquí un hacha encendida, que, aunque vos no queráis, no deja de alumbrar. Sed vos bueno, sin mirar que os tengan por tal, que la virtud dará lumbre. No siendo la cosa que hacéis mala, ¿qué dirán? «Fulana es mujer cuerda, que puede traer muchas galas y muchas amas, y se pasa sin ellas». «Fulano puede traer muchos criados, y se pasa con pocos; de bueno lo hace». «Decirme han de mezquino». Gastad vos lo que gastabais en vanidades en servicio de Dios, y no os dirán mezquino. Sed liberal en dar limosnas, en casar huérfanas, en rescatar cautivos; vean que lo que gastabais en vanidades lo conmutáis en servicio de Dios, y verán que no es mezquindad, sino verdadera largueza. «Tenerme han en poco; que está el mundo tal, que tiene a los virtuosos en poco». Sufridlo por amor de Cristo, que a El lo tuvieron en menos de lo que a vos os pudieren tener. Cuánto más, que si algunos os tuvieren en poco, otros dirán bien. Porque también murmuran de los que andan locamente vestidos; y si murmurasen de vos, serán los malos, que a ellos les parece mal eso. Que a los buenos y a Dios bien les parece; las locuras parecen mal a Dios y a los cuerdos; sé que más son de vuestra parte que de la de los locos. Si fuerais cuerdo, dirá mal de vos un loco y un necio; pero bien Dios, y el cuerdo y el sabio. De esta mala vanidad que en

los hombres hay, se hacen mil pecados mortales. No lo tengáis en poco; que esta es la causa de muchos pecados, unos clara y otros solapadamente. De aquí viene, que por lo mucho que se gasta en este fausto, no hay para casar la hija, y hácese mala mujer.

«Padre, ¿es pecado mortal tener tanto fausto?» Si no es pecado mortal, de lance en lance, se viene a hacer un pecado mortal y muchos. De aquí viene, que se verifican contratos malos por salir con esta vanidad; que, aunque ella en sí no es pecado mortal, mas por sustentarla, se cometen muchos. Muy bien lo dijo Isaías con grande amenaza: *Væ, qui trahitis iniquitatem in vinculis vanitatis.* ¿Púdose decir más claro debajo de *væ:* «¡Ay de vosotros que traéis la maldad en las cuerdas de la vanidad!»? Esas cuerdas son de vanidad, y si ello en sí no es pecado grave, mirad que lo que arrastra son pecados mortales. Si os guardarais de la cuerda de la vanidad, no arrastraríais la maldad. Todavía decís: «¿Qué va en eso?» ¿Nunca oisteis decir: «Sentáronse fulano y zutano a jugar un real y viniéronse a matar»? Anda, que jugar un real no es pecado mortal, pero sí es gravísimo pecado mortal matarse. Irse un mozo a pasear por las calles no es pecado mortal; mas ¿qué se sigue de ahí? Que vea lo vedado y lo codicie y cometa un pecado mortal. Ya que esas ocasiones y vanidades no sean pecados mortales, ¿no veis que son graves pecados veniales? No sembréis árbol en vuestra casa que, creciendo poco a poco, venga por tiempo a dar fruto de que muráis. No busquéis honra, antes la cortad; y si Dios os la da, no se os pegue el corazón a ella. Hombre hay casado que dice: «Así Dios me ayude, que cuando me honran o estiman, me pesa».

Aquel casto José, cuando su ama lo requirió de amores (o de dolores), respondióle: «Toda su casa y hacienda me ha puesto mi señor en la mano; mas no le haré yo esa afrenta tan grande que le tome su mujer». Todo cuanto quisiereis os tiene Dios puesto en vuestras manos; su casa y hacienda, este mundo y lo que está en él. Mas la mujer, que es la honra, no se la toméis; y cuando quiso Lucifer alzarse a Dios con esta mujer, mirad en qué paró. Can-

taron los ángeles: *Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus.* ¿Quieres tú quitar la gloria que a Dios se debe? Quien hurta lo que no es suyo, pierde lo que es suyo; quítante a ti la paz y la gloria. Quien quiere honra, que pierda la honra y el provecho. Nuestro Señor dijo a los fariseos que le llamaban samaritano, que quiere decir hereje y endemoniado: *Ego gloriam meam non quæro.* «No busco mi honra». Pues si vos, Señor, no buscáis la honra, en cuya comparación los ángeles y arcángeles son gusanos, ¿porqué andan tras ella los hombres? El mismo San Juan dice: *Qui a semetipso loquitur, gloriam propriam quærit; qui autem quærit gloriam ejus, qui misit eum, hic verax est et injustia in illo non est.* (Por hablar de sí, busca su gloria: mas quien busca la gloria del que le envió, es veraz y no injusto). Cuantas veces decís: «Hago esto por mi honra», la quitáis a Dios. Si la tomareis ha de ser por honra de Dios y provecho de los prójimos. Sí, que bien sabía algunas veces San Pablo alabarse, cuando dijo que fué llevado hasta el tercer cielo y que había visto secretos de Dios. Y otra vez dijo que había trabajado más que todos los Apóstoles. Pero no buscaba en esto su honra, sino habíalo menester la flaqueza de los cristianos que entonces eran; y por eso no es aquello honra, sino servicio de Dios. El fausto de vuestra vida ha de ser tal, que sea para honra de Dios y provecho de los prójimos; que de otra manera, grave ofensa hacéis a Dios, que le quitáis a su mujer. Para esto no pueden dar licencia, ángeles ni hombres, sin grave pecado.

Quæ non est ex patre, sed ex mundo est, et mundus transit et concuspiscentia ejus.—No es del Padre ninguna de las concupiscencias de que ha hablado; no nace del Padre, sino del diablo cuyo es hijo, aquel que ama alguna cosa de aquellas que están en el mundo. Son propios términos de este Evangelista estos ablativos: *Ex Patre, ex Deo, ex nobis, ex mundo.* Y quiere decir: «No es el tal del bando del Padre, sino del mundo». De manera que todas las veces que oyereis decir *codicia de carne, codicia de ojos* y *soberbia de vida*, sentenciadlo por del mundo, no del Padre; porque el espíritu de Dios induce, al con-

trario, a humildad, a mortificación de carne y a huir la avaricia y codicia de los bienes temporales: Dios y mundo, bandos son contrarios. Parecióle a Nuestro Señor, por San Juan, que con decirles a los hombres que no amasen el mundo ni las cosas que están en él, porque perderían la amistad del Padre, no habían de dejarlo por amar, y habían de decir: «Bien veo que es malo amar al mundo; mas sábeme bien codicia de carne; háceme buen gusto codicia de dineros; dame contento ser estimado y tenido en mucho; soy aficionado a honra, y no vale uno más de lo que se tiene». Quien esto ama, no es del Padre. Bastaba esta palabra para un cristiano, para no querer al mundo, aunque no le pusieran por contrapeso de perder tal amistad, las penas del infierno; mas porque sabía Dios que había corazones que no se habían de mover con aquello, pasa adelante y dice: «¿Sabéis qué mal tiene el mundo para que le aborrezcáis?» *Et mundus transit et concupiscentia ejus.* (Porque pasa el mundo y su concupiscencia). No pongáis vuestro corazón en el mundo, que se pasa; *mundo* se toma aquí por este mundo visible; no pongáis vuestro amor en las paredes, que se han de caer. ¡Qué bueno es esto para los que tienen puesto su amor en las cosas curiosas! San Juan escribe que oyó decir al Cordero: *Ecce nova facio omnia.* Que vió el cielo nuevo y tierra nueva. David dice: *Ipsi peribunt; tu autem permanes, et omnes sicut vestimentum veterascent.* (Perecerán ellos, mas tú permaneces, y todos como vestimentos envejecerán.) He aquí lo que dijo San Juan, que vió el cielo nuevo y la tierra nueva; entiéndese, que después del Juicio, queda cielo y tierra y aire todo purificado. Y esto apunta San Pablo: *Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit et parturit usque adhuc, non solum autem illa, sed, et nos ipsi, primitias spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei exspectantes, redemptionem corporis nostri: ipsi enim salvi facti sumus.* Somos comendadores de espera. Cuando el Rey casa un hijo, da a sus esclavos librea. Así toda criatura gime y está esperando esta renovación. Andan todas las cosas como de parto; la tie-

rra anda ya cansada de dar fruto y producir plantas. El sol y el aire tienen en deseo de estar renovados; no solamente estas criaturas, mas también nosotros gemimos, esperando la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo. Atrás dice San Pablo en el mismo capítulo: *Nam exspectatio creaturæ revelationem filiorum Dei exspectat:* Mejorando Dios a sus hijos, dará librea a sus siervos. El cielo no ande, mas descanse; a la tierra, agua y aire, quítense las impuridades. Esté la tierra luciente, no dé más fruto, porque no tendrán los hijos de Dios necesidad de comer. Por honra de los hijos mejorará los criados. Por eso dice San Juan, que vió cielos nuevos y tierra nueva. Si las codicias del mundo no las queréis dejar, porque no son de parte de Dios, mirad que el mundo se pasa y sus concupiscencias; cata aquel deseo de la carne que se pasa; la codicia de los dineros se pasa; la soberbia de la vida se pasa y va de camino. «Avísoos—dice San Juan—de cómo todo se pasa», para que huyáis de ello y lo dejéis, pues ha de ser por fuerza.

Qui autem facit voluntatem Dei, manet in æternum. Mas el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre. No era menester que esto se dijese por muchas palabras, viendo lo que vemos. Cuántos habrán andado por esta tierra por donde nosotros andamos, ¿qué fué de ellos? Ya pasaron. ¡Qué cosa ver herbores de cortes, justas, torneos, invenciones, faustos y atavíos! Espera un poquito. ¿Qué se hicieron? ¿No tuvo razón el Rey Jerges, que teniendo un campo de hombres de un cuento, subióse a un monte y paróse a mirar aquella multitud de gente, y comenzó a llorar? «¿Por qué lloráis, Rey?» «Porque me llaman Rey de tanta multitud de gente, y soy Rey de polvo, porque de aquí a tantos años no habrá ninguno de éstos». *Fallax gratia, et vana est formositudo, et pulchritudo, mulier timens Deum ipsa laudabitur.* «Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme a Dios, esa será loada», dice la Sabiduría. ¿Qué dirán los malos en el infierno, y plega a Dios que lo entendamos y escarmentemos en cabeza ajena? *Quid nobis profuit superbia vitæ? Aut divitiarum jactantia quid con-*

tulit nobis? Transierunt omnia illa. Pasaron todas aquellas cosas, como saeta tirada al blanco, que no sabemos qué camino llevó, porque no dejó señal: *Sic nos nati, continuo desivimus esse et virtutis nullum signum valuimus ostendere; in malignitate nostra consumpti sumus; talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt.* ¡Malaventurados! ¡Quién os hiciera entender eso, mientras vivisteis acá! ¡Si lo creyérades, cuando acá os lo predicaban!... Unos le llamaron al mundo sueño, y otros la ampollita que hace el agua, que luego se deshace, y si otra cosa en el mundo hallareis más breve, comparadlo a ella. Vana es la buena gracia, pero engañosa: *Fallax gratia.* Guardaos de ella; cata que es vuestro enemigo, aunque tiene apariencias de amigo. Dios nos libre; que con ser vano el mundo, es engañoso. Dice Jeremías del cáliz de Babilonia: *Calix aureus inebrians omnes gentes.* El cáliz bueno parece, que está dorado; mas mirad, que emborracha todas las gentes. La vanidad del mundo cosa buena nos parece; el valer y ser estimado, cosa de gusto; la codicia de la carne, sabrosa; la codicia del dinero, buen rostro nos muestra; hermosa cosa nos parece el mundo.

Pues mirad que os engaña; cata, que emborracha, es engañoso; pareceros ha hermosura por de fuera, y tiene de dentro fealdad. ¡Dios os guarde de su engaño! Viene un vuestro amigo a deshora y da a la puerta: «¡Abrid aquí!» «¿Quién sois?» «¿No me conocéis? Fulano, vuestro amigo, soy». Vais, abrísle, entra vuestro amigo, y tras él vuestro enemigo y tómaos descuidado y daos de puñaladas. ¿Habéis visto vuestros mercaderes malos, que muestran buena muestra y después dan mal paño? Mostráis buen vino, y daísme después ponzoña que me mate. Así el mundo con nosotros tiene unos halagos que parece que es nuestro amigo, y es para con aquellos darnos ponzoña. ¡Qué halagos trae la carne, cuando nos quiere engañar! ¡Qué contentamiento nos promete la codicia del dinero! ¡Qué apacible se hace la honra, que parece que reluce a los hombres! Si cuando estos enemigos diesen a la puerta, mirásedes vos quién viene tras ellos, no los dejaríades entrar; porque conoceríades que viene

con esa apariencia de amigo vuestro enemigo a mataros. El hombre naturalmente desea descanso. Engañámonos; tomamos el paño malo por la muestra buena. Convídaos el mundo con vuestro apetito, con aquello que vos codiciáis; abrís la puerta. Cuando no catáis, daos de puñaladas y mátaos. Dios usa al revés del mundo con nosotros; el mundo tiene los principios sabrosos y los dejos amargos; Nuestro Señor tiene los principios amargos y los dejos sabrosísimos, y de gran perpetuidad y descanso. ¿Qué nos dice el Señor? «Primero toma la Cruz, y sígueme; sufre la tentación por amor de mí, sufre los trabajos; que el fin de ellos será la gloria. Sufre aquella muestra trabajosa que la virtud tiene consigo, que después será muy gran deleite aun en esta vida». «Que si os ejercitáis en virtudes y cumplís la Ley de Dios, ¡daros ha tanto contentamiento! Vendrá tiempo que os será más deleite trabajar, sufrir injurias y necesidades, que a los malos cumplir sus deseos. Tenéis aquí un peso con dos balanzas iguales; no lleguéis a ellas, dejadlas pesar». No tienen los hombres paciencia para dejarlas pesar; sino antes que vean cuál balanza pesa más echan mano de la cosa deleitable. Dejad pesar ese peso, no tengáis esa balanza: *Amor meus, pondus meum; quocumque feror amore feror (Augustinus)*. Vuestro amor es vuestro peso; adondequiera que va vuestro amor, allá sois llevada; el deleite os lleva.

No diréis: «Quiero ver lo que me lleva, quiero ver lo que me dais». No echéis mano a la balanza; no tenéis paciencia para hacer esto. Ponéis vuestro corazón en la codicia de la carne o en el fausto de la vida; no miráis el amargura que eso os trae, porque no tenéis paciencia para pesarlo con la virtud. Como el mundo tiene los principios sabrosos, de ahí viene que le siguen mucha gente. Vendrán los dejos y allí veréis el llorar, el arrepentir y el conocer cómo iban engañados. No solamente el mundo es vano, mas engañoso; porque, siendo amargo, dice que es deleitable; siendo breve, dice que es largo; y siendo sombra, dice que es cuerpo; y siendo nada, dice que es mucho. Y el negro mal es que lo creemos,

¿Quién hará entender a un mancebo, que no piensa morir en mil años, que la vida es breve? ¿Quién le hará entender a un avariento que aquello que ama no es nada? ¿Y quién hará conocer a un fantástico, que es aire su fantasía y su honra? Están tan satisfechos de sus carnalidades y vanidades, tienen sus leyes tan canonizadas, que no habrá entendimiento humano que otra cosa les haga entender. Está el mundo tan engañado, que para hacerle entender que van errados, ha de ser por gracia de Dios. Y así como Dios hace señalada merced a un hombre que perdió el juicio, en volvérselo; así la hace señaladísima al hombre que le da a entender lo poco en que debe ser tenido el mundo. Y esto no se puede hacer si Dios no entra en el corazón y da lumbre para leer este libro.

El mundo se pasa y sus codicias. Recio amenaza el Profeta Job a los que aman al mundo: *Expergiscimini et ululate, ebrii, qui bibitis vinum in dulcedine; quia ablatum est vinum de ore vestro;* quitaros han esas carnalidades, quitaros han esas vanidades, esos dineros; y quitado ese vino de la boca, vendrá otro, del cual dice la Sagrada Escritura: *Fel draconum, vinum eorum* (hiel de dragones es su vino). Pues el que hace la voluntad de Dios, éste permanecerá para siempre. ¡Los deseos de grandes memorias! Mirad; aquí el mundo es codicia de la carne y codicia de ojos y soberbia de vida. Decidme: ¿un hombre que va al infierno, que vivió acá en estas codicias, tendrálas allá? Sí; que con las codicias que acá murió, con esas estará en el infierno. Allá tiene deseo de pecar como acá tuvo; mas no le dejan poner en el efecto sus codicias; como en el bueno duran sus virtudes que acá tuvo; que si acá fué manso, serlo ha en el cielo; acá casto, también allá; acá humilde y sujeto, allá también. Los malos que acá pecaron, aunque murieron, no perdieron la concupiscencia del pecar; aunque para los efectos del pecar no les dan lugar. Y esta es grandísima pena y castigo para esos que siempre están pecando y deseando desordenadamente, que si se les quitara la concupiscencia del pecar, menos tormento les fuera; mas siempre

están pecando y el mismo pecado es pena de su pecado, aunque no tienen otra nueva pena de sentido, porque están fuera del estado del desmerecer. Mas quien hace la voluntad de Dios deléitase en la castidad, deléitase en la modestia, en la humildad y el trabajo, y el deleite de la virtud permanece para siempre. Y si algo se pierde, es la fe; en lugar de ella sucede otra mejor cosa, que es ver a Dios: *Qui autem facit voluntatem Dei, manet in æternum.* En aquel juicio general se asentará Dios en su silla en el pleito que se trata entre Dios y el mundo. En él ahora es deshonrada y tenida en poco la virtud y estimado el vicio; que acá, si uno hace lo que debe, luego mofan de él, y los malos parientes deshonran al pariente que perdona la injuria, y no la vengó. Dará el Señor la sentencia en favor de la virtud y condenará lo que los mundanos hacen. El mundo perecerá y será deshonrado, abatido y despreciado. Los buenos serán favorecidos y estimados y tenidos en mucho: *Prope est verbum in ore tuo.* ¿Queréis agradar y contentar a Dios, y que el día del Juicio seáis de los escogidos? Guardad sus Mandamientos, guardadle su condición, haced su voluntad, no busquéis devociones extranjeras.

«¿Y los trabajos que me vienen?» Recibidlos con paciencia; que así hizo Job, *sicut Domino placuit,* así se hizo. «¿Qué? ¿Los trabajos envía Dios?» Sí, y El sabe porqué. El lo dice por el Profeta Oseas: *Si est malum in civitate, quod ego non fecerim?* (¿Qué pena hay en la ciudad que yo no haya mandado?) El mal es en dos maneras; mal de culpa y mal de pena; la pena no es mala; que buena cosa es que un juez ahorque a uno que lo merece; buena cosa es que un padre castigue a su hijo. Castíganos el Señor, porque seamos buenos; no solamente hemos de hacer los Mandamientos de Dios, más también sufrir los trabajos que nos envía, que no basta lo uno sin lo otro. Bien dijo esto San Pedro: *Itaque hi, qui patiuntur secundum voluntatem Dei, fideli creatori commendant animas suas in benefactis.* Así que aquellos que padecen según la voluntad de Dios, encomiendan sus ánimas con buenas obras al Criador. Uno sin

otro no aprovecha nada. Si el Señor se quiere servir de mí con trabajos, sea el Nombre del Señor bendito: «El mundo, soberbia de vida». ¿Qué le es su contrario? Amar deshonra. El mundo, codicia de carne; su contrario, amor de trabajos. «¿Cómo? ¿Tengo yo deseo de ser deshonrado, y deseo de pasar trabajos, y de ser pobre? ¿Tengo totalmente de ser contrario al mundo?» Deciros he lo que basta de necesidad, y lo que debéis hacer para más perfección. Bástale a un cristiano para se salvar, no amar la codicia de la carne y de los dineros: «No quiero honra; porque no como de ese manjar; ni quiero regalos de carne. ¿Basta esto?» Basta; mas si queréis amar a Dios perfectamente, habéis de pasar de ahí. Dice San Pablo, que los que son de Cristo concrucifican su carne con los vicios y concupiscencias. Después que Cristo vino al mundo trocáronse las lanzas; El fué por nosotros crucificado; nosotros hemos de ser crucificados por El. Pudiéndonos Cristo redimir sin trabajos, murió por nosotros; pudiéndonos curar con medicinas, nos curó a costa de su Sangre preciosa. Oíd a San Bernardo: «Dulces son las afrentas del Crucificado al que las conoce». Esto, Señor, me mueva a que más os ame y padezca por Vos trabajos; ver que, pudiéndome rescatar sin trabajos los quisiste recibir tantos y tales y tan grandes.

Este es, Señor mío, purísimo amor que me tuvisteis, porque estaba mejor para mí. Mueve tanto el corazón este amor que Cristo nos tuvo, que hace a los verdaderos cristianos desear padecer por El muchos trabajos; y danle tormento y desconsuelo los regalos y vanidades del mundo. Cava tanto el corazón pensar que Dios sin trabajo nos pudo redimir y no quiso, que hace a muchos, que siéndole puesto delante el trabajo y el descanso, y siendo éste lícito, escojan el trabajo; y si Dios les manda que tomen el descanso les es muy gran tormento. Vanse a querer la deshonra, huélganse con ser menospreciados y desean padecer hambre y sed. Y dice el buen cristiano: «Quiero responder a mi Señor en el tono que me habla. De esta manera me amó; puro amor le hizo padecer; quiero yo en retorno hacer por El lo

que El hizo por mí». Si Dios dijese a uno: «No trabajes, no te fatigues, que yo te llevaré al cielo sin trabajos», él, verdaderamente agradecido, podría decir: «¡Señor, vergüenza tengo de lo que me decís! ¡Que seáis Vos tan maltratado, tan lleno de trabajos, y que yo no tenga necesidades! No me lo mandéis, que es gran desconsuelo para mí; nunca tal haré». Que vaya el Emperador a la guerra con una pica al hombro y descalzo, y corriendo sangre, sudando y cansado, y que diga a un caballero: «Pero vos cabalgad en una mula y vestíos y comed muy bien y regalaos, y veníos conmigo a mi lado». En verdad que si aquel caballero tiene vergüenza, que se afrente gravemente de esto y le sean más pena aquellos regalos que si fuera como va el Emperador; y así dirá: «No me lo mandéis, Señor, que es gran afrenta y dolor para mí». «Habéislo de hacer, que lo manda el Emperador».

Dice Dios: «Sígueme». Si éste tiene hacienda, honra, vive sin trabajos y sin afrenta, tendrá gran dolor de ver a Cristo a su lado pobre y ser él rico, de ver a Cristo con trabajos y él con descanso, de ver a Cristo con una Cruz a cuestas, descalzo y corriendo sangre, y él a su placer. En verdad que el cristiano que esto siente, tendrá gran dolor de ver que no puede ir como va su Señor; y de aquí nace que, como deben consolar al caballero que va regalado con el Emperador, diciéndole: «Tened paciencia, haced lo que el Emperador os manda, aunque os parezca cosa recia, que, yendo él con tanto trabajo, vais vos tan regalado; haceos desplacer a vos por contentar a él». Así habíamos entre cristianos de consolar al rico y consolar al honrado: «Tened paciencia, cata que quiere Dios que os honren». ¡Oh, qué cosa recia, que vea yo a mi Señor sudar gotas de Sangre, vivir en tantos trabajos y con una Cruz a cuestas, y que vaya yo muy harto y muy regalado! ¿Quién lo podrá sufrir? Señor, si me dais estas riquezas, con pena las recibo; mas por cumplir lo que mandáis las tomo. ¿Yo honrado y alabado, y Vos pregonado por Jerusalén como malhechor? ¡Y yo sin dolor, ni enfermedad, ni trabajo, ni

hambre, y Vos lleno de dolores y trabajos, hambre y sed y cansancio! Esto ha de hacer el cristiano. Como el mundano tiene deseo de ser regalado, honrado y de tener dineros, así el cristiano ha de tener deseo de ser deshonrado, de ser pobre y pasar trabajos. Y si como Dios quiere que coma, si quisiera que dijese mis pecados públicamente, yo los diría, porque me tuviesen en poco, como mi Señor fué deshonrado. Dice Dios por Jeremías: *Si pœnitentiam egerit gens illa a malo suo, quod locutus sum adversus eam, agam et ego pœnitentiam super malo, quod cogitavi ut facerem ei.* (Si aquella gente hiciere penitencia de su maldad, me arrepentiría de lo dicho contra ella y de lo que tenía pensado hacerle.) Si Dios os dijere: «Al infierno te quiero llevar» (si esto os dijeren en nombre de Dios, no lo creáis que Dios diga esto, antes creed que es el diablo, que no son palabras de Dios, para quien le sirve); mas pongamos por caso que Dios lo dijese y te mandase ir al infierno. ¿Qué dirías? «Sea enhorabuena».

En el infierno hay dos cosas: culpa y pena; y porque en el infierno hay culpa, ninguno va allá por la voluntad de Dios; sino por sus malas obras. Como un buen juez que ahorca al malo, que no quisiera que hiciera aquel mal ni que en él se ejecutara la justicia. Pongamos caso que uno murió en pecado mortal; fuese al infierno; mas Dios no quiere que vaya allá. Sus pecados lo llevaron. Santo Tomás (2.ª 2.ae, q. 10, 4, y en la 2.ª 2.ae, q., a. 10), dice que hemos de querer la voluntad de Dios. Dios quiere que si muere vuestro padre, le lloréis, y hacéis bien; mas en cuanto toca a que lo quiso Dios, holgaisos; en lo tocante a que era vuestro, pésaos, porque murió. Quémase una casa a vuestro prójimo. Lloráis con los que lloran, reís con los que ríen. «Andad, que Dios lo hizo, holgaos de eso». ¡Qué gentil caridad! Sé que un padre azota un hijo y no quiere que los otros hijos se rían, antes se huelga él que lloren como aquél. ¿Pues no me tengo de conformar con la voluntad de Dios? Sí; mas no es toda una regla, voluntad de Dios y de hombre. Dice San Agustín que puede Dios, con volun-

tad buena querer una cosa, y querer vos lo mismo que El quiere y no conformaros con su voluntad, y puede haber conformidad *in volito* (en lo querido) y no *in modo volendi* (en el modo de querer). Dice un padre a un hijo: «Ve a los segadores a llevarles de comer». «Y vos, padre, ¿qué queréis hacer?» «Estarme aquí en esto pegado». Dice el hijo: «Yo también quiero lo que vos queréis». Eso no es hacer su voluntad, antes es chufa, o lo que es lo mismo, burla. Ha de querer el hijo lo que su padre desea que el hijo quiera. La verdadera obediencia es que vos queráis lo que Dios quiere que vos también queréis. Aun diciendo Dios: «Yo quiero que vuestro padre se muera y quiero que se queme aquella casa de vuestro vecino; no habéis de buscar vos que vuestro padre se muera ni que se queme la casa del otro, antes habéis de sentir trabajo y llorarlo». Otra regla es razón que tenga Dios con nosotros. Tenedla en vuestro querer y no querer, que sea la voluntad de Dios. Y de aquí conoceréis cuán sin pecado tenía Jesucristo aquella guerra con su sensibilidad, repugnando la muerte.

«Pues si Cristo tenía guerra, tenía repugnancia; y habiendo repugnancia, por lo menos habrá pecado venial.» Es falsísimo; antes la misma razón mandaba a la sensibilidad que sintiese aquella agonía y que se entristeciese, sabiendo Nuestro Señor que había de haber herejes que dijesen que los trabajos que Cristo había padecido no le habían dolido. Diría el Señor: «Para que veáis, herejes, que los trabajos verdaderamente los siento, quiero dejar a mi sensibilidad que sienta lo que otro hombre humano podría sentir». Y aún más: por haber sido más delicado. Y eso es lo que dice: «Padre, si es posible pase de mí este cáliz». Esta no es desobediencia al Padre: antes conformidad en el modo del querer y no en la cosa querida, *in modo volendi* y no *in volito*. Esta repugnancia que tuvo la sensación de Cristo, no sólo fué sin pecado, mas con virtud. ¡Causa acá la sensibilidad guerra! Estaros deteniendo en aquella sensualidad ¿come Eva y no come Adán? no consiente la razón: no hay pecado mortal hasta que coma Adán y diga la razón;

«Soy contento». Aquel detenerse sin consentir en el pecado o tentación que el demonio trae, es pecado venial. Como en Cristo no hay cosa mala, la sensibilidad tenía obediencia a querer lo que la razón quisiese. Nuestro querer no es así. Una regla es del querer de Dios, otra es la regla de nuestro querer: «Yo no querría que se muriese mi padre». Llévanle a una mujer a su marido a ahorcar; llora, y no peca en ello. ¿Porqué lloráis? «Porque ahorcan a mi marido.» ¿Porqué no queréis lo que Dios quiere? «Porque no quiere Dios que yo lo quiera».

¿Sabéis cuándo pecaría la mujer? Cuando le pesase mirando la misma justicia que se hace. Si dijese: «¡Pluguiera a Dios que no hubiera justicia para castigar los culpados!» Habéis más de estimar el bien público, que el bien vuestro particular, vuestro trabajo o pérdida; lo cual bien podéis hacer. Ley general es que sea amada la Justicia. Cumplís ambas leyes: una del llorar con los que lloran, otra conformaros con la voluntad de Dios. Si Dios echa a uno en el infierno y dice uno: «Pésame, porque Dios hace justicia», peca. Mátanle a la otra el marido. Si mira su mal particular: «Pésame por la falta que me hace; mas considerando que lo hizo Dios, alábole y digo que se cumpla su voluntad». ¿Cumple con esto? Sí; no es obligada a decir: «Huélgome con este mal, porque es enviado de Dios»; sino: «Duélome de este trabajo, mas cúmplase la voluntad de Dios». De esta manera cumplís con la ley particular; porque sois obligado a sentir y llorar el mal del prójimo como el vuestro; y cumplís con esta otra ley, que se haga la voluntad de Dios, de la cual dice San Juan que quien la hace permanece para siempre.

Filioli, novissima hora est. Et sicut audistis, quoniam antichristus venit, et antichristi multi facti sunt. Unde scimus quia novissima hora est. (Es la hora última, hijitos míos. Y como oisteis que viene el anticristo, muchos se hicieron anticristos; por eso nos conste ser la hora postrera.)

El intento de San Juan, en lo que hemos visto, ha

sido persuadir y engrandecer este bien tan grande, que es tener compañía con Dios. Ha dicho cómo para tener esta compañía hemos de andar en luz; hemos de guardar los Mandamientos de Dios; hemos de amar nuestros hermanos; porque quien no los ama, ni está en luz, ni tiene compañía de Dios. No hemos de amar al mundo, so pena de perder la amistad de Dios. Para firmeza de esto mismo y dejarnos fundados mejor en esta compañía de Dios, avísanos ahora de algunas cosas que nos pueden quitar la compañía y amistad de Dios, diciendo: *Filioli, novissima hora est.* «Hijitos míos, ya es la hora postrera». Y así como el anticristo viene, y ahora son muchos anticristos, de ahí sabemos que es la postrera hora. Estos de nosotros salieron, mas no eran de nosotros. Anticristo quiere decir contra Cristo (*anti* en griego quiere decir *contra*); y aquel *antichristus venit*, es de presente y no de pretérito (lo que no es del Evangelista: *Venimus cum muneribus*, que es pretérito); dice, pues: «Oisteis que viene el anticristo». Por ser cosa tan cierta dice San Juan que viene; que quiere decir: *vendrá;* pero es tan cierta como si ya estuviera presente. Pues de ése os habéis de guardar. ¿Quién no se guardará del contrario de Cristo? Pues aquellos nacidos que lo hayan de ver.

El anticristo es un hombre que está profetizado que ha de venir: malísimo sobre toda maldad. En el cual, así como en un Hombre-Dios, Jesucristo Nuestro Señor, fué infundida toda la gracia, así en este malignísimo hombre infundiría el demonio toda la maldad. Dice San Juan de Cristo Nuestro Redentor que le dió Dios la gracia sin medida; y por eso fué el que más agradó a Dios, porque no tuvo medida su gracia. Y así este diablo del anticristo será un hombre verdadero, mas endemoniado, en quien el demonio más derramó toda su maldad en hacer milagros y en contradecir a Nuestro Señor Jesucristo, y hacer que no le sigan, y para esto perseguir y hacer muchas crueldades a los que siguieren al Divino Maestro. Este tomará por empresa decir mal de Cristo y alzar guerra contra todo el que invocare su Nombre.

Dice el Profeta Daniel, que le fué dado al anticristo poder para combatir contra los santos y vencerlos. Aquí *santos* quiere decir cristianos. Así como un cáliz es santo, porque es dedicado a Dios, de esta manera se dicen todos los que tienen la fe, *santos*, aunque no sean justos. Este anticristo matará muchos cristianos, que no querrán negar la fe, y otros muchos la negarán, y serán hechos de su bando no pocos, letrados y no letrados. A unos dará dineros, a otros Estados y honras por atraerlos a sí: y si con todas estas dádivas no aprovechare, pondrálos en grandes tormentos y matará muy muchos.

Sobre esto no os diré cosa de poca autoridad de las que hay por ahí escritas, sino cosas sacadas de la Escritura. San Pablo dice (ad Thessalonicenses), hablando de este anticristo: *Cujus est adventus secundum operationem Satanæ omni virtute et signis et prodigiis mendacibus et in omni seditione iniquitatis his, qui pereunt et qui charitatem veritatis non receperunt.* (Cuya venida será según operación de Satán en toda eficacia, signos y prodigios falsos, en toda inicua sedición a quienes perecen sin recibir el bien amoroso de la verdad.) La venida de éste dice San Pablo que será, «según la obra de Satanás, en toda virtud y en todo poder y milagros, por virtud del diablo». Hará levantar los muertos, porque el diablo se meterá en los cuerpos, y harán, y hablarán, y dirán que lo hacen, en virtud del mismo anticristo. «Y en prodigios». Prodigio es milagro que mucho espanta, que es más que milagro común. Milagros espantosísimos y mentirosos y en toda manera de engaño. Mira lo que ahí está encerrado. Y porque estuviesen apercibidos, amonéstalos en principio de este capítulo: «Ruégoos, hermanos, por el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y por nuestra congregación en El, que no os mováis presto de vuestro sentido, ni os espantéis». *Neque per spiritum, neque per sermonem, neque per epistolam tamquam per nos missam, quasi instet dies Domini.* No os engañe nadie con decir: «Ya viene el Juicio». No os engañe nadie, que no vendrá tan presto; porque primero que venga, se descubrirá aquel hijo de maldad, hijo de perdición, aquel

que se levanta y contradice, sobre todo, lo que es Dios. Así como la Iglesia cristiana, que fué fundada con muy gran persecución de los cristianos, y que en diciendo: «Soy cristiano», decían: «Daca la cabeza»; también al fin de la Iglesia, ha de haber muy grandes persecuciones y muchos mártires. De este modo ha de ser la Iglesia, probada al fin como lo fué al principio. Bien creo yo que para tan gran guerra y persecución, no está la Iglesia esforzada; y así, creo que caerá muchísima gente. Hará el enemigo muy repetidos milagros; ¿qué se le dará al diablo tomar un cuerpo fantástico? Y hará levantar a vuestro padre, porque lo dejará Dios hacer lo que pueda. Y ahora por esas tierras andan diablos en figura de hombres familiares. Dará guerra a letrados con argumentos, y hará caer a muchos, ¿qué hará la demás gente? Será el anticristo un hombre soberbísimo: *Ita ut in templo Dei sedeat, ostendens se tamquam sit Deus.* (De modo que se siente en el templo de Dios, mostrándose como Dios). Dice San Juan: *Et nunc multi antichristi facti sunt.* Muchos son hechos anticristos. ¡Más me espanta eso! Estos son anticristos como miembros de aquel, que, como cabeza de ellos, es el más principal.

Ninguno es bueno, si no recibe virtud de la cabeza, que es Cristo, porque Cristo es *caput ecclesiæ.* Y así el diablo es cabeza de los malos, del cual dice Job: *Diabolus et rex super omnes filios superbiæ.* El diablo y los malos es un cuerpo, del cual el diablo es cabeza. Y el malo, como más llegado a la cabeza, es más principal de sus miembros y participa más de él. Incitará a los miembros del diablo a error y mal, así como Cristo, por el contrario, incita a sus miembros a bondad y virtud. Dice San Juan: *Filioli, novissima hora est.* ¿No veis qué larga hora? Pues verdad es lo que dijo San Juan, que aquel tiempo, que ha mil quinientos y tantos años, era la hora postrera. Y la santa Madre Iglesia le llama al tiempo que Cristo encarnó, *la tarde: Veniam ad vitæ vesperam.* (En la víspera de la vida, vendré.) Y en el Génesis se cuenta que, cuando Jacob se quiso morir, llamó a sus hijos: *Congregamini, ut annuntiem, quæ ven-*

tura sunt vobis in diebus novissimis. Non auferetur sceptrum de Juda, nec dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est. (Congregaos para anunciaros yo las cosas que en los postreros días vendrán. No saldrá el cetro de Judá, ni el poder de su muslo hasta que venga el Mesías). Llamó Jacob postreros días, cuando Nuestro Señor vino al mundo. Y San Pablo dice (ad Corinthios): *Hæc omnia in figura contingebant illis: scripta sunt autem ad correctionem nostram, in quos fines sæculorum devenerunt.* (Todo les acaecía en figura: y todo fué escrito para corrección nuestra y para quienes vino el fin de los siglos). Llama San Pablo a su tiempo fin de los siglos. Y en otra parte llama San Pablo el tiempo en que Cristo encarnó *novissima hora*, y San Juan dice aquí en esto: «Sabemos que es postrera hora», porque hay muchos anticristos. Y San Pablo: «No os engañe nadie diciendo que viene el día del Señor» *Nunc retinetis, quod, quum adhuc essem apud vos, hæc dicebam vobis, et nunc quod detineat scitis.* Cosa que San Pablo les había dicho en secreto, no lo sabemos; mas podémoslo adivinar, que les diría que se detendría la venida del anticristo para que se poblasen las sillas del cielo. Porque si luego viniera el día del Juicio, no hubiera tanta gente que se salvara. «Sea lo que fuere». *Nam ministerium jam operatur iniquitatis.* El misterio de la maldad ya obra; misterio, significa secreto. Quiere decir: «Ya hay mensajeros que obran lo que ha de obrar el anticristo». En nuestros tiempos hay de éstos que, con tormentos y engaños, hacen a los hombres que nieguen a Cristo. El oficio del anticristo será apartar a los hombres cristianos de la Iglesia con tormentos y engaños. «Pues ahora hay hombres que hacen eso, mensajeros tiene ahora».

Esto decía San Pablo por su tiempo, que desde la primitiva Iglesia hubo herejes que, con sus falsas doctrinas, procuraron de apartar la gente del camino de la verdad. En creciendo la buena simiente, luego creció la mala hierba, y ahora hay muchos rastros de aquéllos que, con engaños y falsos argumentos, quieren apartar a los cristianos del camino de Dios. Desde el principio de la Igle-

sia hasta el fin, hay anticristos; mas llámase aquel *antonomastice* anticristo, contra Cristo, y los otros *secundum quid*, como miembros de El. Hay otra manera de anticristos (por ventura habrá muchos que no me lo creerán), que no es decir herejía contra Cristo ni perseguir a los cristianos para que en El no crean, sino es cuando un hombre en su corazón es contrario a Cristo. San Agustín dice: *Omnis, qui non diligit Deum, antichristus est; foris sis, intus sis.* Tanto me da que estés en la Iglesia o fuera de ella; que como te falte el amor de Dios, anticristo eres. Que aunque seas bautizado, y vayas a la iglesia, y tomes agua bendita, y oigas Misa, si no tienes amor de Dios, anticristo eres. Decidle esto por vuestra vida a alguno, que en verdad que se enoje. Y por ventura os llevará delante el Alcalde. ¿Amas algún pecado mortal? Anticristo eres, contra Cristo. San Jerónimo dice (está en el *Decreto*): «Muchos se engañan pensando que es negar a Cristo contradecir su Ley. Cristo no sólo es verdad, mas es humildad, castidad, paciencia, templanza, fortaleza y justicia. Todas las veces que niegas una virtud de éstas, niegas a Cristo. La virtud es negada por el pecado; todas las veces que ofendes a Dios, niegas a Cristo. Porque Cristo no sólo es verdad, mas bondad; luego tantas veces negáis a Cristo, cuantos pecados mortales hacéis. Y pues negáis a Cristo, anticristo os podemos llamar. Lo mismo dice Orígenes sobre San Mateo, XXIV. De éstos dice San Pablo: *Confitentes se nosse Deum, factis autem negant.* (Confiesan a Dios, pero lo niegan con los hechos). Dice San Gregorio: «Advierte que también hay impiedad en las obras, como en los errores». El negar a Cristo es cosa de impiedad; y no sólo con la falsedad negamos a Cristo, mas con la maldad. San Pablo dijo: «Confiesan conocer a Dios, y niéganlo en los hechos». Y de ahí sacaron los doctores llamar anticristo a boca llena al que ofende a Dios. San Pablo: *Qui non habet spiritum Christi, hic non est ejus.* Su espíritu es la gracia, que obedece a Dios. El que no tiene este corazón de Cristo, no es de Cristo. Será, como El mismo dice: *Qui non est mecum, contra me est; et qui non colligit mecum*

dispergit. (Quien no está conmigo, contra mí está: quien conmigo no allega, desparrama). Ese es el nombre del anticristo o que confiesa la fe de Cristo. Bien está, en eso no sois contra Cristo.

Cristo no sólo es verdad, mas bondad; pues negáis la bondad, contra Cristo sois; si no negáis a Cristo con las palabras, lo negáis con las obras. Veis esto probado por palabras de Dios. Y si la maldad del hombre pasare adelante induciendo a otros para ser malos, ¿qué le falta a éste para verdadero anticristo, que ni cree en Cristo, ni quiere que los otros crean? Lo mismo haces tú, que ni quieres ser bueno, ni que los otros lo sean. El hereje no cree en la fe y procura que los otros no crean la verdad. Y el que ama la maldad, no quiere la bondad, e induce a otros para que no la amen. Un mal hombre que persigue a una mujer para que sea mala, o una mala mujer que aconseja a otra que ofenda a Dios, el otro que aconseja a su pariente que no perdone la injuria, todos tienen oficio de anticristo, por la parte de la bondad; porque tantas veces perseguís a Cristo cuantas hacéis que otro peque. Si dice Dios que el no coger con El es derramar; si el no andar a buscar gente que sirva a Dios es derramar, ¿cómo le llamaréis al derramar la gente que Dios tiene allegada? Gravísimo pecado, y que se ha de pedir de él estrecha cuenta. Dice Gersón: «Uno de los pecados de que en este mundo no se hace penitencia, y ya que se hace, mal hecha, es ser causa que otros pequen; porque mi pecado, arrepiéntome de él y enmiéndome; mas el pecado que yo hice en hacer pecar a otro, ni me acuerdo de él, ni me arrepiento, ni hago caso de él». Mirad no os vayáis al infierno cargados del pecado de otros. Si habéis echado almas en el infierno y murió alguno (que vos hicisteis pecar) primero que vos, está allá dando gritos, pidiendo justicia a Dios sobre vos; y es menester que vos deis gritos contra aquellos gritos, pidiendo a Dios misericordia. Andáis a derramar la hacienda de Cristo. Quiere uno confesarse y recogerse, y venís vos y murmuráis de él, y decís que lo hace por no sé qué, y ponéisle nombres; deja de hacer lo que quería, ¿paréceos que tenéis con qué

pagar aquel daño? Habéis echado a perder lo que Dios compró con su Sangre, contrario a Cristo sois; os llaman a boca llena anticristo, contrarios fines tenéis vos y Cristo. Por haber gente que murmure y contradiga a los que siguen a Cristo, están muchos contrarios al bando de Cristo. Cosa recia es que haya esto entre cristianos.

Dice el Esposo en los Cantares: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.* (Como el lirio entre espinas, así mi amiga entre las hijas). Dice San Agustín: «Mira que dice entre las hijas, y no entre las extrañas». El buen cristiano ha de ser como rosa entre las espinas, ha de ser amigo de Cristo entre las hijas que son los cristianos; de los cuales, aunque sea combatido de todas partes, ha de considerar que es rosa entre espinas y que le han de picar de una parte y de otra. *Ecce amaritudo mea amarissima.* (He ahí que mi amargura es amarguísima). ¡Que entre gente que trae paz, haya guerra! San Bernardo: *Amara fuit ecclesia in persequitione martyrum.* Y más con la persecución de herejes. El tirano dice: «Muera éste, porque confiesa a Dios». Mas el hereje, que con su herejía hace entender, que no se ofende Dios; más amarga está la Iglesia con la persecución de los herejes y mucho más en la falsa paz de los cristianos; allí es la Iglesia más amarga. Persígueme un tirano; ya veo que me ha de hacer mal, y huyo de él. Predica un hereje, díceme la Iglesia que no lo crea; mas del que está en la Iglesia como yo, y conversa como yo, y profesamos una fe, y me dice, «Mira qué nuevas santidades; dejaos de esas hipocresías; haced lo que los otros hacen». ¿Qué responderé al tal que es cristiano como yo? Cuando tocó la mujer que padecía el flujo de sangre a Nuestro Señor en la fimbria de la vestidura, iba mucha gente con Nuestro Señor; y dice el Señor a San Pedro : *Quis tetigit me?* (¿Quién me tocó?) Respondió San Pedro: *Vides Domine, quia turbæ te comprimunt, et dicis: Quis me tetigit?* (Señor, ves que las gentes te aprietan, y preguntas ¿quién me tocó?) Estos malos cristianos son los que aprietan el Cuerpo de Cristo. ¿Cuál es el Cuerpo de Jesucristo? Los que están en gracia. *Vos autem estis Corpus Christi.* ¿Sabéis de qué

sirven esos otros? De apremiar el Cuerpo de Jesucristo. Porque los que no tienen más que fe, son espinas; mayores fuerzas son menester para servir a Dios entre cristianos malos que entre infieles. Perdona uno una injuria, dícenle cobarde y malaventurado. ¡Cuántos mozos no dirían palabras deshonestas ni jurarían, si no fuese porque otros les corren y afrentan! ¿Porqué no vestís bajamente? «Porque no murmuren de mí». Está profetizado: «En la hora postrera hay muchos anticristos, y va obrando la hora postrera». Señor, si ahora mil y quinientos y tantos años se dijo con verdad que era la hora postrera, ¿qué será en nuestros tiempos, donde están los que no pueden creer que se ha de acabar el mundo?

Dijo una vez un predicador una necedad (que a veces decimos muchas), que había de durar el mundo cuarenta mil años. Muchas señales hay para creer que será presto; no es profecía lo que digo. Que quien esto profetizare sin dar parte al Obispo o al Papa, está excomulgado. Dice Jeremías de nosotros, los predicadores, «que somos atalayas que estamos en alto». Está el pueblo durmiendo y el atalaya velando. Mas si las atalayas son ciegas o se duermen, ¿cómo dirán al pueblo cuando viene el enemigo: «¡Alarma, alarma!»? Pues dice Dios: *Si stetissent in consilio meo, et nota fecissent populo meo verba mea, avertissent utique eos a via sua mala et a cogitationibus suis pessimis.* (Si en mi consejo anduvieran y predicasen al pueblo mis palabras, le apartarían del mal camino y de pésimos pensamientos). Por Ezequiel dice asimismo Dios: *Speculatorem te possui in Israel.* Si el pueblo se muere, no sea, predicador ni Prelado, por tu causa; avísale tú cuando viene el enemigo. ¡Oh, pobres de nosotros, predicadores y Prelados, que vemos menos de las cosas de Dios, que la otra gente; somos atalayas ciegas en codicias de dineros, y de cosas de tierra, y de mundo! No somos de los que dice San Pablo: «Nuestra conversación es en los cielos». En las virtudes, que son las que llevan al cielo. No penséis, quiere decir, que siempre andemos pensando en el cielo; sino que siempre obremos virtudes para el cielo; no vilezas, no bajezas de mundo.

Si hubiese buenos predicadores y Prelados, ya habríamos dicho: «¡Alarma, alarma!» Que ensayasen su vida para pelear con los enemigos; para que si en nuestro tiempo viniese el anticristo, que no nos tomase desapercibidos: y para que si viniere en tiempo de nuestros hijos o nietos, que ésos hubiesen aprendido de vosotros; y cuando viniese estuviesen en vela. No están aquí Prelados a quien toca esto; mas aprovechará para mí, y para rogar a Dios que nos dé lumbre, para que sepamos ser atalayas. Tengo por señal que vendrá presto el anticristo; ver la grande priesa que en la India hay a descubrir tierra y convertir gente. San Mateo dice: *Et prædicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe in testimonium omnibus gentibus et tunc veniet consummatio.* Quiere decir, que hasta que en todo el mundo se oiga la nueva del Evangelio, no vendrá el fin. Si en cuarenta años venideros descubren en las Indias lo que se ha descubierto cuarenta años ha (digo, otro tanto), paréceme que no habrá que descubrir más. Van los hombres con codicia de dineros a descubrir tierra, y hace Dios su negocio. Es maravilla la priesa que en las Indias se han dado a convertir gentes. Por acá, en Oriente y en el Occidente, ya se ha oído la fama del Evangelio.

Otra señal que pone San Pablo: *In novissimis diebus instabunt tempora periculosa et erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemi, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti.* Estarán unos tiempos para salvarse los hombres en los postreros días peligrosos. ¿Cuándo estuvo tan combatida la castidad con desvergüenza de mujeres? ¿Cuándo hubo tanta deshonestidad en los trajes? ¿Cuándo estuvieron los mancebos tan deshonestos como ahora? ¿Era, ahora cincuenta años así, que andaban los mozos jugando con las mujeres de treinta años, y no había deshonestidad ni bellaquería? ¿Cuándo los tiempos tan peligrosos? ¿Cuándo la bondad tan contradicha? ¿Sabéis en qué hemos crecido nosotros? En unas devociones de fuera, en un rezar, en un ir más veces a la iglesia. Pues ¿sabéis cuán poco vale eso sin esotro? ¿Quiero encaminar este joven en servicio de Dios? Mur-

muran esos otros mozos. Los tiempos peligrosos son éstos. ¿Quiero servir a Dios? Persíguenme. «¡Anda, tanto confesar y comulgar! Fulana hacía así, y paró en la Inquisición». No fué allá por cierto por confesar y comulgar, sino porque lo hacía mal hecho. No erró nadie por ser devoto y recogido. *Erunt homines seipsos amantes.* (Y serán los hombres amantes de sí mismos). ¿Cuándo lo fueron más que ahora? Los regalados de nuestros tiempos en fin del mundo se vieron. Todo cuanto aquí dice San Pablo, es cumplido. *Cupidi.* Van los hombres tras las codicias tres mil leguas; pasan mar, tierras y peligros grandísimos. *Elati.* ¿Cuánto mayor hinchazón de corazón que ahora? Y todo lo que nos dice San Pablo a la letra está cumplido. La más principal sospecha y conjetura que tengo es la venida de Lutero, que así como antes de la venida de Cristo vino el precursor San Juan, como aposentador, así me parece que debe ser éste el mensajero del anticristo. San Pablo dice: *Nisi venerit discessio primum.* No vendrá el Juicio hasta que venga la disensión. Disensión es cuando unos soldados se amotinan con su capitán. El griego dice *apostassia.* Un fraile que deja sus hábitos, hace disensión, que se aparta de su cabeza. «Tras esto—dice San Pablo—viene el Juicio».

Decidme: desde que hay Iglesia, aunque ha habido muchos herejes, ¿ha ninguno predicado ni seguido tanta apostasía como este Lutero? Herejes ha habido; el capitán de todos fué Arrio; su guerra y cuestión fué contra las personas divinas; mas no tuvo amotinamiento, como el Lutero; ni lo predicó tanto, ni llegó a sí tanta gente. Fué su amotinamiento y ponzoña contra el Papa. Decía que no hay Papa, y que todos los Obispos son iguales al Papa; no ha habido hereje que tanto hincapié pusiese sobre esto como aquél. Dijo que tenía por guerra más acepta a Dios pelear para que no hubiese Papa, que no contra turcos. Mirad qué amotinamiento tan grande, tan diabólico. Y no se contentó siendo vivo con predicar esto, mas hizo el rótulo que después de muerto le pusieron en su sepultura, y fué éste: *Sive vivens, sive moriens, ero mors tua, oh Papa.* Lo que Dios dijo: *Ero mors tua,* dijo él:

«Ora sea viviendo, ora sea muriendo, yo seré tu muerte, Papa». No ha habido hereje igual a éste en ser contra el Papa. Y San Pablo: «Que antes que venga el Juicio, habrá amotinamiento». Este hereje lo ha tenido bravísimo. Tengo esto por grandísima señal que vendrá presto el fin, y sospecho ser éste el mensajero del anticristo; y fúndome en esto que he dicho de San Pablo. San Vicente predicó que venía el anticristo y que su oficio de predicar fué para avisar que venía. Juntas estas conjeturas y otras que yo sé, sospecho que ha de venir muy presto el anticristo. Lo que sacaremos de aquí es que nos aparejemos. Por San Lucas dice Nuestro Señor lo que acontecerá antes de que el fin venga, y avísanos diciendo: *Vigilate itaque omni tempore orantes, ut digni habeamini fugere ista omnia, quæ ventura sunt, et stare ante Filium hominis.* Ezequiel dice: «Que nunca la gente cree lo que Dios amenaza». El cual nos ha dicho: «Velad en todo tiempo orando y pidiendo a Dios que seáis tales que podáis huir todas aquellas cosas y permanecer delante de El en su fe y servicio». Amén.

Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis; nam si fuissent ex nobis, permasissent utique nobiscum. Sed ut manifesti sint, qui non sunt utique ex nobis.—Declara ahora San Juan lo que dijo atrás: «Que muchos anticristos había entonces, y éstos—dice—salieron de nosotros, mas aunque estaban con nosotros, no eran de nosotros; porque si fueran de nosotros, si tuvieran nuestro corazón y costumbre, no se salieran de nosotros; mas aunque de fuera eran cristianos, no lo eran de dentro. Como un fraile que se sale de la Orden, que tenía hábito de fraile, mas no el corazón. Estos eran cristianos que se partieron de la Iglesia, dejándola, y siguieron los errores. A éstos llama San Juan anticristos, y dice que hay muchos. Permitió Dios esto para que se vea claro que no son todos los que parecen de nuestro bando; y así dice San Pablo: *Nam et opotet et hæreses esse, ut et qui probati sunt manifesti fiant ex vobis.* Porque allí resplandece la bondad del bueno, donde está el malo, y por eso permitió Dios la maldad del malo, para que el bueno sea en más tenido. Dice San

Agustín: «No dejara la bondad suma de Dios pasar la crueldad de los hombres, si no fuera para sacar de allí bienes». Malísima cosa era la crueldad de Nerón, mas grande el premio de los mártires que éste hizo. Quitadme la crueldad de los tiranos, y no hubiera la hermosura de los mártires que hay en la Iglesia. Permite Dios que los que están en la Iglesia se salgan para bien de los que quedan, y que sea manifiesto que no son de nosotros.

Sed vos unctionem habetis a sancto, et nostis omnia.— Aunque éstos se han salido y negado la bondad, vosotros no así, porque tenéis la unción del santo acá dentro, y con esa unción sabéis todas las cosas. No os habéis turbado, ni habéis ido tras la mentira que os enseñan los herejes que se apartaron de nosotros; porque tenéis acá dentro la unción del santo, que tiene más fuerza que la maldad de todos esotros malos. ¿Quién es ese santo? Podemos entender que es Cristo: *Christus* dice en lo griego; *Messia* en lo hebraico. Dice el ángel Gabriel al Profeta Daniel: *Et ungetur Sanctus Sanctorum.* Y podemos entender el Espíritu Santo, que es lo mismo. Hace cuenta que todo es uno. Dice, pues: «Aunque haya muchos engañados, no lo sois vosotros, porque sois ungidos por el Espíritu Santo». Esto es un *que es casi cosa*, que no lo sabe sino el que lo recibe. Y es una cosa muy poderosa, que sabiéndola, sabréis todas las cosas que os cumplen para salvaros. Así lo habéis de entender, que es la ciencia más alta de las ciencias.

Non scripsi vobis quasi ignorantibus veritatem, sed quasi scientibus eam quoniam omne mendacium ex veritate non est. (No os escribí como a ignorantes de la verdad, sino como a conocedores de ella; porque la mentira no nace de la verdad). Habría sabios y no sabios. *Quis est mendax, nisi is, qui negat, quoniam Jesus non est Christus.* Eso no lo aprendieron de nosotros, que no lo enseñamos eso que es mentira. ¿Quién es mentiroso, sino aquel que niega que Jesús no es Cristo? Es tan grande mentira ésta, que en su comparación no se llaman las otras mentiras. Decís acá, cuando tenéis delante un gran tañedor: «Estando aquí Fulano, no digáis que hay otros tañedores». No se

ha de llamar otro mentiroso, sino aquel que dice que Jesús no es el Cristo. Porque este tal, en una palabra lo niega todo; niégalo todo y miéntelo todo, porque negando que Jesús no es Mesías, niega todo lo que hizo y predicó. Niega que no somos obligados a creerle, y por eso es contrario a Cristo.

Hic es antichristus, qui negat Patrem et Filium. (Anticristo es quien niega al Padre y al Hijo). Aquí se podrían fundar diciendo que el anticristo no es persona particular. El que tal dice, ninguna razón lleva ni camino. Porque así como de decir que hay muchos Cristos no se sigue que deje de haber uno, que es el mayor de todos, Cabeza y amparo de todos ellos, así de los Cristos, Jesucristo es ungido por Cabeza, y propiamente este es el nombre de Nuestro Señor. Mas también llamamos a los sacerdotes ungidos: *Nolite tangere Christos meos.* Y también los Reyes se llaman ungidos, porque a los Emperadores y Reyes de Francia los ungen. Y todos los cristianos somos ungidos, porque en el Bautismo nos ungen con el óleo santo: aquella unción que de fuera hacen, es señal de lo que interiormente haya. El Lutero dijo que todo cristiano podía actualmente ofrecer sacrificio como sacerdote; herejía es. Cristo fué sacerdote y sacrificio; El fué el que ofreció y lo que ofreció. «Fué —como dice San Pablo—, que así como Abel ofreció a Dios corderos de su manada y pareció bien a Dios aquel sacrificio, así Cristo se ofreció a sí, Cordero sin mancilla, y agradó a su Padre». Y así dijo Dios a San Pedro: «Pedro, apacienta mis corderos», por nosotros. Estos ofrece El ante el acatamiento de su Padre, que son los buenos cristianos, como corderos mansos, y sencillos y pacientes. ¿Qué debemos a Cristo, que siendo Hijo de Dios, nos dió poder para que tuviésemos parte en este bien de ser hijos de Dios? ¿Quién nos dió por Padre al Padre de Jesucristo? El mismo Jesucristo, el Hijo natural, nos hizo a nosotros hijos de Dios adoptivos. El nos dió este bien, y así nos dijo: *Ipse pater amat vos.* San Pablo: *Qui prædestinavit vos in adoptionem filiorum per Jesum Christum in ipsum secundum propositum voluntatis suæ in laudem gloriæ*

gratiæ suæ, in qua gratificavit nos in dilecto filio suo. Hízonos Dios agradables en su Hijo muy amado. El Hijo agrada al Padre en sí, y nosotros agradamos al Padre en El. Y por eso dice San Pablo, que hemos de ser *cohæredes Christi.* Quiso Jesucristo dar parte a los sacerdotes para que exteriormente pudiesen ofrecer sacricicio, y a los cristianos hízolos sacerdotes en el espíritu. ¿Qué queréis decir? Que como un sacerdote ordenado por la Iglesia puede ofrecer sacrificio a Dios en este altar, así todo cristiano tiene poder para en el altar de su corazón sacrificar a Dios. En vuestro corazón ofrecéis a Dios una oración, una limosna y otra buena obra, y parécele a Dios bien.

¿Paréceos que es poquito bien éste que Cristo Nuestro Redentor os hizo, que tengáis derecho para ofrecer a Dios en vuestro corazón y que le parezca a Dios bien? Ese poder os dió, para que así como los sacerdotes en la ley vieja ofrecían a Dios animales, vos, en vuestro corazón, le ofrezcáis y matéis también animales. Matad aquel animal que es la soberbia, matad la carnalidad y todos los demás vicios, y tened por cierto, que en ello agradáis a Dios; y por esto nos llamamos ungidos por Reyes y sacerdotes. Reyes, para matar los pecados (hay una palabra cortada al margen), para agradar a Dios, sacrificándolos. Mas por esto no se sigue que no haya un ungido principal sobre todos; al cual, quien más se llegare, más le cabrá de la unción, más bueno y santo será. San Pablo dice que «entonces será revelada la venida de aquel malo». Esto de un hombre particular se dice. Y San Juan aquí: «¿Quién es mentiroso, sino aquel que niega que Jesús es ungido?» Este es anticristo. Estotros por acá, que niegan eso, serán anticristos mas participantes de éste, y éste es: *Qui negat Patrem et Filium. Omnis qui negat Filium, nec Patrem habet.* Quien niega al Hijo, por fuerza ha de negar al Padre. Bien puedo yo confesar que uno es hombre, y puedo negar que no es padre; mas el que confesare que Dios es Dios y que no tiene Hijo, niega al mismo Padre, porque no puede ser sin Hijo. Quien confiesa al Hijo, confiesa al Padre.

Vos quod audistis ab initio, in vobis permaneat. (Que permanezca en vosotros lo que aprendisteis desde el principio). Que aunque veáis malos ejemplos de otros, no os apartéis de lo que habéis oído de nosotros.

Quia, si in vobis permanserit quod audistis ab initio, et vos in filio et patre manebitis, et hæc est repromissio, quam ipse pollicitus est nobis, vitam æternam. Hæc scripsi vobis de his, qui seducunt vos; et vos unctionem, quam habuistis ab eo, maneat in vobis; et non necesse habetis, ut aliquis doceat vos; sed sicut unctio ejus docet vos de omnibus; et verum est, et non est mendacium. (Porque permaneciendo en vosotros lo que desde el principio oisteis, permaneceréis en el Padre y en el Hijo: y esta es la promesa que nos hizo, la vida eterna. Tales cosas os escribí yo de los que os seducen; y conservad la unción que hubisteis de El; sin necesidad de que otro os enseñe: sino que la unción os enseñará toda la verdad, y no la mentira). «Vosotros tenéis unción, permaneced en ella, que no seréis engañados». Gran promesa. *Et sicut docuit vos, manete in eo.* Que es esta cosa tan bienaventurada que nos promete San Juan, que se llama unción; esta es la gracia del Espíritu Santo; ésta, verdad de Dios; ésta, sabiduría de Dios. Esto es lo que Dios infunde a uno. ¿Qué tiene que ver eso con unción? Esto no es emplasto, como la pecadora que ungió los pies del Señor en una unción como agua odorífera. David: *Unxit te Deus tuus oleo lætitiæ.* Llámase la gracia de Dios unción, porque obra el efecto que hace la unción en el cuerpo. La unción ablanda lo que está duro. ¿Puede haber cosa más tiesa que un corazón sin gracia? Amase un hombre a sí mismo, está seco y encogido; viene la gracia, y ablándalo; como un cuero, que estaba seco, y con la unción, se ablanda. Decís a un hombre sin gracia: «Mira que manda Dios esto». Responde: «¿Qué se me da a mí?» Viene la gracia de Dios, y ablanda aquella dureza de corazón, y queda más sujeto a Dios que una poca de cera blanda está sujeta al sello. Llámase también unción por el olor que tiene la unción, y también porque en la unción se sustenta la lumbre; que si no hay aceite, apágase el candil y que

dáis a obscuras. Esa unción que tenéis en vuestra alma, Dios os la guarde, que da buen olor a vuestras obras, y os da lumbre para vuestra vida; si ésa permanece, ésa os enseñará todas las cosas. Es una lumbre que va adelante en el camino de Dios. ¿Os acordáis de los hijos de Israel que les dió Dios una lumbre de noche que fuese delante de ellos, y de día una nube que los defendiese del calor del sol? Y dice Isaías: *Creavit Dominus super locum montis Sion (et ubi invocatus est) nubem per diem et splendorem ignis flamantis in nocte.* No penséis que aquella lumbre que Dios dió a los hijos de Israel de noche y la nube de día se acabó allí. Porque cría el Señor, sobre todo lugar del monte Sión (y donde es invocado, dondequiera que Dios fuere llamado, criará), una nube para el día y una lumbre de fuego que resplandezca de noche. Dice Isaías: «Aquello pasado que Dios usó con los hijos de Israel, Dios lo renovará en el monte de Sión». Allí vino el Espíritu Santo sobre los Apóstoles. El venir lumbre de noche y nube de día es apartarse de pecar y seguir a Cristo. San Pablo: *Discedant ab iniquitate omnes, qui invocant nomen Domini.* Aquel llama a Dios, que aborrece los pecados. David: *Per dies sol no uret te, neque luna per noctem.* Defiéndenos El, como dice el mismo Profeta: *Asagitta volante in die, a negotio perambulante in tenebris, ab incursu et dæmonio meridiano.* La saeta que vuela de día, el día de la prosperidad es, el día de la carne y de las codicias del mundo; aquel es, del cual dice Jeremías: *Diem hominis non concupivi, domine, tu scis.* Día de placer, día de descanso, día de rosas de acá, día de hombre; en este día vuela la saeta, que son los pecados. «El sol no te quemará por el día».

¿Qué sol es éste? Las tentaciones que andan por el día, que es este mundo. Pues no le temas, que te pondrá Dios una nube en medio del calor del sol, que es en medio de las tentaciones, para que no nos den pena y nos derruequen, que es la gracia; esa es la nube que pone Dios en tu ánima para el sol. ¿Tenéis tentaciones de carne de mundo? Daos Dios la gracia del Espíritu Santo, para que su templanza refresque vuestra ánima, y que el calor de

las tentaciones no la pueda quemar. Y para de noche: *Splendorem ignis flammantis in nocte.* Noche es la ignorancia; cuando no sé qué tengo de hacer para agradar a Dios, eso es noche. Prométenos el Señor, para que esta noche no nos sorprenda, una lumbre. De manera que los que quisieren salir de Egipto, del cautiverio de Faraón, no se escandalicen entre tantas dudas; que lumbre hay para que podáis distinguir bueno de malo y falso de verdadero. Esa es la lumbre de la cual dice el sabio: *Neminem diligit Deus, nisi eum, qui in sapientia inhabitat.* Quien está en gracia, tiene esta lumbre; que faltando ésta, ni aprovecha ingenio ni sabiduría. Esta sabiduría tiene el niño bautizado. Ninguno ama a Dios, sino aquel en quien mora la sabiduría. Dijo el Sabio: «¿Porqué no decís sabio al que tiene muchas letras, aunque no tenga gracia?» Porque en la cosa que más importa, es necio. Es menester lumbre de Dios para saber la verdad y tener fe católica y hacer lo que Dios os manda. Esta es lumbre que da Dios de noche a quien le invoca; y por esto pecan muchos, por no tener cuenta con esta lumbre, que piensan que se pueden valer sin ella. Dice el otro: «Yo sé lo que me cumple». Cata que os digo que si esa lumbre falta, todo esotro no vale un caracol. Dice la Sabiduría: *Si quis fuerit consummatus inter filios hominum, si ab illo abfuerit sapientia tua, in nihilum computabitur.* (Aunque uno sea consumado entre los hijos de los hombres, si no tuviere, Señor, tu sabiduría, por nada será tenido.) ¿Qué me aprovecha leer buenos libros, si no tengo el espíritu con que se hizo el libro? San Bernardo y Santo Tomás dicen que para entender un libro es menester el espíritu con que se hizo el libro. Toda escritura ha de ser leída con la sapiencia que fué hecha. Un hombre carnal, ¿cómo entenderá a San Pablo? Acá, para un hombre entender a otro hombre, es menester entenderle el corazón. Y así en leer.

Dice San Gregorio: *In vanum laborat lingua doctoris, nisi Deus scripserit in corde.* No aprovecha nada mi hablar, si Dios no escribe en vuestros corazones mis palabras. Y por esto, quien no tiene cuenta con esta lumbre de Dios, no tiene gana de entender a Dios; con la boca

dice que sí: *Factis autem negat.* Dice San Pablo: «¿Quién no procura alcanzar esta lumbre?» Los que viven, como dice el mismo Apóstol, *Tamquam sine Deo in hoc mundo.* Hay gente que vive tan descuidada de Dios, como si no hubiese Dios. Esta sabiduría de Dios, para alcanzarse, quiere ser deseada, rogada e importunada; y quiere Dios que el que la ha de recibir, que limpie su casa, que escrito está: *In malevolam animam non introibit sapientia.* (En alma perversa no entrará la sabiduría). Si yo sé que para que venga el Rey a mi casa es menester tenerla barrida y limpia, y que si la tengo sucia no vendrá, aunque con la lengua no digo que no lo quiero recibir en mi casa, con la obra claramente se la niego; y aunque diga que sí no me lo creerán. Salomón, en la Sabiduría, dice: *Optavi, et datus est mihi sensus, et invocavi, et venit in me spiritus sapientiæ et intellectus, et præposui illam regnis et sedibus et divitiis multis et divitias nihil esse duxi in comparatione illius.* (Yo deseé y me fué dado sentido; clamé y vino a mí el espíritu de sabiduría y entendimiento, y la preferí a muchos reinos, sedas y riquezas, las cuales tuve yo por nada en comparación de aquélla). *Yo deseé;* veis ahí el aposentador que va delante, el *deseo* de Dios. «Señor, dadme esta lumbre que me guíe, enseñadme a hacer vuestra voluntad».

El deseo es gran parte para alcanzar la gracia de Dios, porque muchas veces se inclina Dios a hacer nuestros deseos, *desiderium pauperum exaudivit Dominus, præparationem cordis ejus audivit auris tua.* (El deseo de los pobres escuchó el Señor, como también el preparativo de su corazón). ¿Quién es el pobre? «El que no se consuela con cosa del mundo; éste da gemidos a Dios y óyelos El, porque el aparejo de su corazón oye Dios. Esta es la primera condición para alcanzar la gracia de Dios, deseo de ella. (*Y fuéme dado sentido*). Todo es uno; que para sentir conforme a lo que Dios quiere, no se hace sin instinto de la gracia de Dios. No se contentó el sabio con eso; dice más: (*Invocavi*). «Y vino a mí el espíritu de la sabiduría». Y después que lo tuviste, ¿qué hicistes de él? «Túvelo en más que los Reinos y las sillas, y las riquezas

dije que no eran nada en su comparación: ni lo comparé a la piedra preciosa, porque todo el oro en su comparación es arena menuda; y la plata delante de ella es como lodo». Esta gracia es una lumbre que nunca se apaga; guardaos, no la apaguéis vos, que ella de sí no hay miedo que os falte. Escóndese algunas veces; mas no se pierde, que allí se está; no la perdáis ni por hacienda, ni por oro, ni plata, ni por tierra, ni por cielo, porque más vale sin comparación que todo eso, porque es imagen de la bondad de Dios, participación de Dios. Tanto está en nosotros Dios, cuanto es sabiduría. Llámase gracia de Dios y luz suya, sabiduría y su instinto. Hemos de tener muy gran cuenta con guardarla muy bien y para esto habemos de aborrecer los pecados; y si esta lumbre nos enseña, no hemos menester maestro. ¿No nos hemos menester unos a otros? Sí; que aunque esta lumbre nos enseñe interiormente, hemos menester quien nos avise fuera de los peligros en que podemos caer; mas ella nos enseña si el aviso es falso o verdadero, porque en la mar hay unos lugares donde se hunden las naves, y si en estos peligros no sois avisados, hundiros habéis.

De aquí esto que dice San Juan: «No tenéis necesidad que ninguno os enseñe; mas de que la gracia de Dios os enseñe todas las cosas», tomaron ocasión unos devotos necios a decir: «Yo tengo la gracia de Dios, no tengo necesidad de ser mostrado por hombre». Estos hacen burla de las letras y del aprender, diciendo: «Yo tengo lumbre que me enseñe, no he menester maestro». Tomaron de aquí achaque para decir mal de las letras y no aprenderlas. ¡Grandísimo engaño! No sé cuál es mayor engaño: el de éstos o el que estriba en las letras y en sus libros, y no hacen caso de esta lumbre y gracia de Dios. Dice el devoto necio: «No he menester a nadie que me enseñe». Poquito a poco. Vendréis a ser hereje. ¿Qué hace a uno ser hereje? Creer una cosa con pertinacia y no querer ser corregido en ella. Dice Agustino. «Yo bien podré errar, mas no seré hereje». Sé que San Agustín y San Cipriano cosas tuvieron que eran errores, mas sujetáronse a la determinación de la Iglesia y a la corrección de ella.

La pertinacia en el hombre lo hace hereje. El que dice: «Yo tengo esto, y aunque me digan otra cosa contra esto, no lo creeré», mal camino lleva. El hereje se hace de presunción que entiende todas las cosas, y toma aquella autoridad de San Pablo: *Spiritualis homo judicat omnia et ipse a nemine judicatur*. Dice: «No hay otro tan espiritual como yo». ¿Quién hay que me muestre a mí? He aquí Goliat, el gigante, que dice al pueblo de Dios: «¿Hay alguno que salga a hacer armas conmigo?» Decíalo con menosprecio; y mirad en lo que paró: que un pastorcito, David, le cortó la cabeza con sus propias armas. Dice San Bernardo: «Tú que piensas, en tu casa luce el sol, y en las otras hay nublados, no hagas así; antes quiero que hagas al contrario». Aquel que dice: «Yo sé más que todos, uno por uno venga quien quisiere», tenedlo por hereje o que está cerca de ello. El Lutero decía: *Docere me, quis potest?* Por ahí van allá. La gente confiada por esta lumbre y que tiene descuido en oír libros y oír sermones y en no querer ser enseñados, tened por cierto que va errado.

Dice San Agustín sobre esto de San Juan: «Huyamos de tales pensamientos, de creer que nosotros somos bastante para salvarnos; porque son superbísimos y peligulosísimos, y aprendamos que cuando Dios convirtió a San Pablo, le preguntó este santo Apóstol: *Domine, quid me vis facere?* (Señor, ¿qué quieres que yo haga?) Y no le enseñó Nuestro Señor por sí, sino díjole: «Anda, ve a la ciudad a Ananías, que él te lo dirá». «¿Cómo, Señor? ¿Está hablando San Pablo con Vos y pidiendo que le digáis qué ha de hacer, y qué mandáis Vos que haga; y enviaislo a los hombres que lo enseñen?» Es menester para enseñamiento de los hombres. Dice San Agustín: «¿No habéis oído que honra Dios su templo?» *Vos templum Dei estis*. Honra Dios a un templo suyo, hablando por él a otro, y quiere que uno enseñe a otro para que los hombres se humillen. Donde San Vicente dice (*De vita spirituali*): «Si no tienes maestro, pierde cuidado, que por el mismo hecho Dios no te enseñará». Avisó Dios a los hombres de este engaño; iba el eunuco privado de la Reina

de Candaces, en su carro, leyendo a Isaías. Dijo el espíritu a Felipe: «Ve por tal camino, y sal al encuentro de aquel eunuco». Fué Felipe y díjole: *Putasne, intelligis quod legis?* (¿Crees tú entender lo que vas leyendo?) Responde el eunuco: «¿Cómo lo puedo entender, si alguno no me enseña?» Bien pudiera Dios enseñar por sí a este eunuco; mas no quiso, sino que Felipe le fuese a enseñar. ¿Quién fué a enseñar a Cornelio? San Pedro. La Sagrada Escritura está llena de estos avisos y ejemplos.

Esta ciencia y lumbre, que Dios da, buenas cosas enseña inmediatamente a vos mismo, y otras cosas os enseña enseñándoos que vayáis a otros a pedir consejo y que lo toméis y que lo sigáis. Todo proviene del don de Dios, así lo que enseña por sí mismo, como lo que enseña por otros, enseñándonos que lo busquemos y tomemos; y por esto es verdad que todas las cosas nos enseña esta lumbre. No penséis que esta gracia hace al hombre soberbio para que no se humille a otro, sino humilde. Dice Dios por David: «Yo te enseñaré el camino por donde has de andar, y pondré sobre ti mis ojos. Yo te enseñaré y tendré cuidado a quien vayas a preguntar». Da esta unción de Dios, lumbre de dentro, y doctrina de fuera, pero es menester tener mucha cuenta con nuestra ánima, no vivamos engañados, pensando que tenemos esta sabiduría, estando sin ella; porque en el ánima mala no entra la gracia del Espíritu Santo. Y así dice Isaías que habrá dos males: El uno: «Lee en este libro; no sé, que está cerrado». El otro es: «Lee en este libro; no sé». Abrid el libro, que si está cerrado no podéis. La verdad por boca del otro se os ha de mostrar; mas si no tenéis lumbre de Dios, os enseñan, y luego lo olvidáis. Si tenéis el libro cerrado, tampoco lo podéis leer, aunque dentro tengáis la gracia. Si no se os predica doctrina, no leeréis en el libro, que está cerrado. Tomadme un niño; bautícenlo; no oiga la doctrina de la fe. ¿Inclinarle ha, para que crea, la lumbre que en el Bautismo recibió? No bastará, porque San Pablo dice que la fe entra por el oído; que lo que hemos de creer, hémoslo de oír. Y esto es lo regular que Dios tiene ordenado. ¿Qué aprovecha que tengamos

buenos ojos, si estamos a obscuras? ¿Qué aprovecha oídos, si no suena nada en ellos? Es menester buenos ojos y lumbre; es menester doctrina de fuera y lumbre de dentro. La cual nos dé el Señor *per merita sua.*

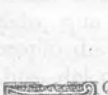
Et nunc, filioli, manete in eo; ut, quum apparuerit, habeamus fiduciam et non confundamur ab eo in adventu ejus.—Hanos dicho que sintamos de la fe según la Unción del Espíritu Santo, y no de otra manera, conviene a saber, propia de nuestra carne. «Ahora dice: Amonéstoos ahora, hijuelos, que estéis en Jesucristo, para que cuando viniere a juzgar, estemos confiados y no seamos entonces avergonzados». Todos tememos aquí el día, pues para no ser avergonzados, el remedio es estar en Jesucristo. Gran consuelo es tener confianza en aquel día. Esto, que es estar en Dios o en Jesucristo, es término propio de San Juan, y es estar arrimado e ingerido en Dios, del cual se recibe influjo de vida de gracia, como el sarmiento que está en la vid. *Ego sum vitis vera et vos palmites: manete in me, et ego in vobis.* (Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos: permaneced en mí, y yo en vosotros). Que ni El se deshaga de nosotros ni nosotros de El. Pues el que así estuviere unido e ingerido con Jesucristo por fe y amor y vida nueva, no será en el Juicio avergonzado. Ni es posible. Porque no ha de hacer Jesucristo juicio contra sí. Pues como somos miembros, y El la cabeza, y de El y nosotros se haga un todo, claro está esto que no aborrece Jesucristo su cuerpo y carne, como dice San Pablo: *Nemo carnem suam odio habuit, sed fovet et nutrit.* Que si la aflige con ayunos o castigos, no es porque la quiere mal, sino por mucho amor que le tiene, para que con aquello se goce después. Y por aquí amonestaba el mismo San Pablo el amor del marido para con su mujer, y concluye que se le debía tener, porque es su carne. En testimonio de lo cual hizo Dios a Eva de la carne y costilla de Adán; y dice San Pablo que este Misterio es gran Sacramento en Cristo y su Iglesia, que es su Esposa y su Cuerpo y carne. Luego, pues, Jesucristo no ha de dar sentencia contra sí, claro está que tampoco la dará contra su carne y sus miembros, que todo su cuer-

po entero ha de llevar al cielo. *Pater, volo, ut, ubi ego sum, illic et minister meus sit.* Y ¿quién está en Jesucristo? El lo dijo: *Si præcepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego præcepta Patris mei servavi, et maneo in ejus dilectione.* (Si guardáreis mis preceptos permaneceréis en mi amor, como yo observé los mandatos de mi Padre y permanezco en su amor). Este seguro estará que no será condenado en el Juicio.

CAPÍTULO III

Si scitis quoniam justus est, scitote quoniam omnis, qui facit, etc.

Si sabéis que (Jesucristo) es justo, sabed que quien obra conforme a justicia, nacido ha de Él.



QUÍ comienza el tercer capítulo, aunque en la traslación latina está el principio de él donde dice: *Videte qualem*. Porque el sentido viene dependiente de allí: *Si scitis*. Y es como si dijera San Juan: «Hermanos, ya os he dicho cuán gran bien es tener compañía en Jesucristo, y andar en luz, y andar como El anduvo; y cómo se han de huir los que fingen ser cristianos y son contra el mismo Cristo. Ahora os digo que, para que entendáis esta bienaventurada compañía, quiéroos decir en qué consiste y cómo se alcanza». Y dice: «Si sabéis que Cristo es justo, entended que todo aquel que hace la justicia es nacido de El». ¿Qué queréis decir? «Lo primero que, como os dije que Dios es luz, y que quien quiere tener compañía con El ha de andar en luz, así ahora os digo que es justo, y aun la misma Justicia». ¿Qué es justicia? ¡Gran vergüenza es de los cristianos que aun los propios términos de nuestra profesión no entendemos! Espíritu, lumbre, gracia y justicia es propio de nuestra profesión, y de pocos se entiende. Cuando el pueblo de Israel estaba en Babilonia, olvidó su propia habla hebrea, y parece que venimos en la misma falta. Justicia en tres maneras se toma: la primera, por la justicia conmutativa que acontece en los

contratos, cuando se guarda igualdad de lo que se da a lo que se recibe; la segunda, por la distributiva, que consiste en la equidad del distribuir los bienes públicos; la tercera, por la justicia general, que consiste en guardar compiladamente todas las leyes, que obligan, que forman el deber; porque el que guarda en todo la ley, pónese justo e igual con la ley. Y de esta justicia se entiende cuando decimos que Dios es justo; porque en todas sus leyes se muestra el deber: acerca de la omnipotencia, criando el mundo; del saber, en regirlo; de su misericordia, en perdonar los pecadores; de su bondad, en comunicarles su gloria; y aquella ley que Dios tiene en ser Dios, cumplidísimamente la guarda. Y así no solamente es justo, según justicia conmutativa o distributiva, que son justicias particulares, mas según justicia general; porque el que así es, en todo es bueno y cumplido, y no sólo en alguna cosa. Pues si sabéis que Dios es de esta manera justo, entended que el que ha de tener compañía con El, ha de ser justo cumpliendo la ley a que está obligado.

Dice, pues, San Juan: «Sabed que todo hombre que es justo ha nacido de Dios». Y en esto ha respondido a lo que se preguntaba: «¿Cómo alcanzaremos esta compañía de Jesucristo?» Porque ninguna cosa es hecha de sí misma; que la causa ha de ser primero que el efecto, o en tiempo, o en causalidad y natura. Porque otra cosa es ininteligible. Y por eso hay distinción entre las Personas divinas, en las cuales una procede de otra. Y así, el que es justo, de necesidad es de Dios; porque como sea cierto que ninguno es por natura justo, antes como dice San Pablo: «Pecadores somos e hijos de ira», de necesidad lo ha de participar de Dios, que sólo la puede dar. Porque así como no hay ninguno bueno, sino sólo Dios, *nemo bonus, nisi solus Deus*, y ninguna cosa hay buena por esto sino de El, así ninguno es justo sino Dios; y el que lo es, por participación lo es de Dios. Así, como de ninguna cosa se dice absolutamente tener ser, sino de Dios: *Quis est qui misit me*. Dijo Dios a Moisés, que dijese Dor dónde conociesen a Dios, que era el que lo enviaba, ponde San Jerónimo dice a Dios: «No os dijerais vos *el*

que Es, si vuestro *ser* no fuera tal que no pudiera convenir a las criaturas». Ni tiene bondad, ni justicia y ser la criatura, según que aquellos títulos se dicen de Dios. Porque la bondad de la criatura, comparada a la de Dios, es como si no fuese; y porque no es por naturaleza, sino participada; y porque depende de Dios en ser y conservación: y lo mismo se ha de afirmar de la justicia y ser. Levantad la consideración a las mercedes que os ha hecho Dios en daros que seáis justos: *Videte qualem charitatem dedit nobis pater, ut filii Dei nominemur et simus.* (Considerad cuál amor nos tuvo el Padre, que podemos llamarnos y ser hijos de Dios). ¡Qué amor éste tan grande que el Padre nos ha dado! Allí el Padre no es nombre de persona, sino de toda la Santísima Trinidad. Dios todas las cosas ama. (Sapientia): *Diligis omnia, quæ fecisti, et nihil odisti.* Porque Dios es dar algún bien; y así, en cuanto les ha dado algo, dícese amarlos. Porque como Dios sea riquísimo y poderosísimo, nunca su amor está sin dádiva; y aquesto es el amor, dar algún bien. No como el hombre, que acontece amar y no dar, porque no tiene qué.

Y así Nuestro Señor todas las cosas ama, porque no hay ninguna de ellas que no le haya dado su ser; a unas más perfecto que a otras; a las plantas más que a las piedras, y a los animales brutos más que a las plantas; y a los hombres más que a los brutos. Y aunque el amor en Dios sea el mismo con que ama una cosa y otra, porque es El mismo; mas en las mismas cosas, diversos grados de amor se muestran. Que por la medida del bien comunicado se muestra el amor en la cosa. Y según esto decimos, que más ama a los hombres que a los brutos, y más a los brutos que a las plantas. Y de esta manera es verdad que Dios a todas las cosas ama, aun a los mismos demonios, porque les dió la naturaleza que tienen y se la conserva. Y así ama en ellos la naturaleza, porque aquello les da; y su amor es dar, porque si no la amara la aniquilara. Mas en cuanto la culpa, aborrécelos, y lo mismo a los hombres. Y no es mucho amar y aborrecer una misma cosa, según diversos efectos o conside-

raciones, como el juez al delincuente, o el padre al hijo malo. ¡Mirad qué amor nos ha dado el Padre! ¡Porque si el amor de Dios es dádiva, habiéndonos dado tan gran cosa como es ser llamados hijos de Dios y serlo, grandísimo ha sido el amor! ¡Gran cosa nos ha dado por cierto; y en esta mayor que si nos hiciera sin ella serafines!; porque mayor bien es un hombre ser hijo de Dios y estar en su gracia (como lo está un niño recién bautizado), que tener naturaleza de serafín sin gracia, aunque esté sin pecado. Porque por alta que sea su naturaleza, por ella no puede llegar a gozar de Dios, ni a ser su hijo si no le comunica su gracia y don graciosamente dado. Merced sobre merced es luego ser Hijo de Dios. Bienaventurado el que la entiende. Somos hijos de Dios verdaderamente, no naturales, porque sólo uno tiene Hijo natural Cristo Nuestro Señor, sino adoptivos; mas con tanta verdad hijos, que toda la ley que el padre guarda con los hijos, cumplidísimamente la guarda Nuestro Señor para con nosotros; porque así nos tiene en su Corazón, así nos provee y mira por nosotros como conviene a padre. Este es el linaje del cristiano, más alto que de Reyes. Helo aquí el consuelo en los trabajos, en los cuales se debe ocurrir al Señor, como verdadero Padre, poderoso de lo sacar de ellos; como el Hijo natural, Jesucristo Nuestro Redentor, que afligido en el Huerto acudía a su Padre: *Pater mi, si possibile est, transeat a me.*

El propio nombre y apellido de Nuestro Redentor es: «Padre mío», y el de nosotros: «Padre nuestro». Porque de la manera que es su Padre, no es de ningún otro; y de todos nosotros es de una misma manera. Gran confianza, seguridad y honra es tener a Dios por Padre, y osarle llamar Padre, y esperar de El amor y oficio de Padre. De lo cual dice San Pablo: «Envió Dios el espíritu de su Hijo, *in quo clamamus: Abba, Pater*». Padre, Padre, dos veces, para denotar el grande afecto que mueve el espíritu a llamar a Nuestro Señor Padre: la una, por el premio que de El esperamos; y la otra, por el amor puro y desinteresado que le tenemos. ¿Cómo osara el hombre tener confianza que Dios es su Padre, si no le diera Dios

el espíritu de su Hijo, que da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios? *Propter hoc mundus non novit nos quoniam non novit eum.* (Por eso el mundo nos ignoró; porque no conoció al Padre). Encarecíonos antes San Juan esta gracia y merced que el Señor nos hizo en tomarnos por hijos. Podía alguno decir: «Pues ¿cómo hace el mundo tan poco caso de nosotros siendo hijos de Dios?» A esto dice San Juan: «No os espantéis; porque el mundo no nos conoce, y no conociéndonos, no es mucho tenernos en poco». Y ¿sabéis porqué no nos conoce? Porque no conoce a Dios, que es nuestro Padre; y el conocer tómase por estimar y hacer bien, que es manera de hablar de la Escritura, como se dice de las vírgenes fatuas: «No os conozco». Y porque el mundo no estima ni ama al Padre celestial, que esto es conocerlo, por eso no os estima ni os ama. ¿Qué mucho es que no estime ni ame al hijo del Rey quien a su padre no estima? Mas el que a Dios conoce, luego se le van los ojos tras los hijos de Dios; y es movido su corazón a amarles. Y esta es una señal de los que han de ir al cielo. ¿Queréis ver si habéis de ir al cielo? Mirad si vuestro corazón estima los siervos de Dios, si querríais parecerles, si los amáis y si os parece mal el pecado y profanidad de los del mundo. Y así exclamaba David: *Domine quis habitabit in tabernaculo tuo? Aut quis requiescet in monte sancto tuo?* El post: *ad nihilum redactus est in conspectu ejus malignus; timentes autem Dominus glorificat.* (Señor, ¿quién habitará tu tabernáculo? ¿Quién descansará en tu monte santo? A nada fué reducido el malo en tu presencia; porque el Señor glorifica a los que le temen). No estima el hijo de Dios, que ha de ir al cielo, el mando, la gloria y deleites que en este mundo tiene el malo y hombre mundano; antes tiene por dichosos y bienaventurados a los que temen al Señor, y de ellos querría ser con muchos trabajos y faltas de las cosas de este mundo; y no de los otros, sin ellos y con abundancia. Si estimáis en mucho los siervos de Dios, si sus menosprecios y abatimientos no os retraen de quererles parecer y tenerlos por dichosos, señal es de ir al cielo, y lo contrario de no ir allá.

¿Por dónde probó Nuestro Señor a los fariseos que no eran hijos de Dios, sino del diablo, *ut patet*, por San Juan, donde les concluye el Redentor, que aunque sean hijos de Abraham, según la carne, no lo son, ni de Dios en lo que pertenece al Reino de los cielos; porque no vale nada la carne, sino el espíritu? Y porque ellos no tenían éste por el cual se pareciesen e imitasen a Abraham, sino al demonio, cuyos hijos, cuanto a esto, eran verdaderamente; parecíales mal Nuestro Redentor y sus obras, y queríanlo matar, como El mismo dice. Por cuyo razonamiento les concluye ser hijos del diablo, el cual, desde el principio, fué homicida, y no estuvo en verdad. Otra vez estaba Nuestro Señor en Galilea, y sus parientes, quienes le buscaban para honra del mundo y los bienes de él (como ahora a los predicadores, que no los quieren sino para valer y ser aprovechados de ellos), dijéronle: *Si hoc facis, ostende te in mundo.* (Puesto que tales cosas haces, muéstrate al mundo). ¡Qué palabras tan de carne para quien tan espiritual era! Decíanle aquello con intención de valer en el mundo por El. Mas cuando le pusieron en la Cruz, por ventura no le quisieran por pariente, afrentándose de tener pariente que muriese en palo por malhechor. Respondióles el Redentor: *Tempus meum nonduum venit, tempus autem vestrum paratum est.* «Vuestro tiempo aparejado está ahora o cuando os habéis de holgar, porque sois del mundo y estáis en él, y el mundo no puede aborrecer lo que es suyo. Mi tiempo no es venido, porque yo no busco al mundo, ni soy de él; así a mí, como a cosa extraña, no me ha de hacer honra ni fiesta. Mi tiempo será cuando pase de este mundo al Padre». Ved aquí cómo los hijos del mundo no estiman sino a los tales, y a los de Dios no hacen caso de ellos, antes los aborrecen. Luego señal de perdición es amar los del mundo y aborrecer los hijos de Dios, y es señal de ir al cielo estimar los hijos de Dios, menospreciados aquí del mundo, y no hacer caso aquí de los bienes y prosperidades que aquí los del mundo tienen. Decía David: *A fructu frumenti, vini et olei sui multiplicati sunt, in pace in idipsum dormian et requiescant quoniam tu Domine, sin-*

gulariter in spe constituisti me. (Con la abundancia de trigo, vino y aceite, se multiplicaron (mis enemigos); pero yo dormiré y reposaré tranquilo en tu paz y bondad, Señor; porque en particular manera me confirmaste en esperanza). En lo cual relucía esta señal de los que han de ir al cielo: «Esos bienes temporales no me contentan, ni los estimo, ni llamo dichosos a sus poseedores; de lo que yo hago caso y estima: *Quoniam tu Domine, singulariter in spe, constituisti me.* Por eso: *In pace, in idipsum dormiam et requiescam.*» El mundano es todo al revés; que si no es por bienes de acá que se vean, no dará nada. Esto estima y tiene en mucho; y de los bienes espirituales no hace caso.

Y de esta manera es forzoso que no convengan ni les parezcan las cosas de los unos a los otros, ni de los otros a los otros. Y los del mundo juzgan a los de Dios por errados, y los de Dios a los del mundo; mas los de Dios aciertan, y los otros se engañan. ¿Esto no es verdad? ¿A quién estiman los del mundo por de mejor linaje, a un hijo de un Rey o de Dios, que no toma la carne del Rey? Pues al primero. ¿Porqué? Porque este secreto y esta verdad, a saber; que las cosas espirituales y el linaje espiritual de Dios es mejor y más alto que los carnales, y que el carnal es de los hombres no la puedeu entender. Porque, como dice San Pablo: *Animalis homo non percipit ea, quæ Dei sunt quia spiritualiterex aminantur* (Porque el hombre animal no comprende las cosas de Dios, que espiritualmente son estimadas). Parécele necedad y poquedad, porque *spiritualiter* es examinado el negocio de Dios, para cuyo examen le falta espíritu; porque toda cosa ha de ser examinada con su espíritu: la Medicina, *medicine* (medicinalmente), y la Retórica, *rethorice* (retóricamente; y espiritualmente es examinado el hombre mismo animal), *spiritualiter examinatur homo ipse animalis.* Y por eso no puede dejar de haber en él gran falta, siendo él carnal. Luego el hombre animal, que carece de espíritu de Dios, no puede examinar las cosas de Dios ni percibirlas. Santo Tomás, sobre este paso, dice: «Que así como uno que está durmiendo no puede juzgar

las cosas del que vela, así el hombre animal, las cosas de Dios». Porque *hombre animal* se toma allí por hombre que lo que sabe, lo sabe por su juicio y razón, al cual no ha enseñado la unción del Espíritu Santo. Y así lo dice Teofilato: *Animalem hominem voco philosophum, qui suo nutu, suo sensu ducitur*, aunque sea en cosas de virtud y de Dios. Este es el hombre que se rige por su razón y seso; como el espiritual el que se rige por el espíritu de Dios, como dice la Glosa sobre el mismo paso, que el espiritual es el que tiene ilustrado el entendimiento y entiende de las cosas según la lumbre de Dios y la voluntad inflamada en Dios. El que esto no tiene, yerra juzgando a los que sirven a Dios; porque no los puede conocer, pues no los estima ni ama. Y ¿porqué no los ama? Responde el Redentor: «Si el mundo os aborrece, a mí me aborreció primero; luego si tenéis mi espíritu, no puede el mundo dejar de aborrecer a vosotros».

℣ *Charissimi, nunc filii Dei sumus, et nondum apparuit quid erimus.*—Ahora tenemos este bien, que somos hijos de Dios, estamos en la posesión de ello; pero mucho os debéis de gozar; que mucho más de lo que ahora parece, se ha de manifestar. Porque así como Jesucristo, siendo Hijo natural de Dios, porque no era venido su tiempo, pasó miserias, y hubo frío, calor, cansancio, dolor y tristeza; mas cesó todo esto, y cogióse de ello el fruto de la gloria y reino suyo; el cual se manifestará a todos el día del Juicio; porque no es venido el tiempo de los hijos de Dios adoptivos, por eso, aunque verdaderamente sean hijos, no se ha descubierto lo que han de ser. Está encerrada su bienaventuranza en las miserias de este mundo, como las flores en las fealdades de los árboles sin hojas. Mas sabemos dice San Juan: *Quoniam, quum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum, sicuti est.* (Porque cuando apareciere, semejantes seremos a El, y le veremos tal cual es). ¡Bendito sea el que tanto bien ha de mostrar en nosotros! ¡Qué ricos, qué hermosos, qué contentos y bienaventurados estaremos cuando seamos semejables a Dios! ¿Y de dónde nos nacerá el ver a Dios? Quiere aquí Cayetano decir, que la lumbre

de gloria que han de tener los bienaventurados, los hará semejables a Dios; de lo cual vendrá ver a Dios, como cosas que por aquella disposición se hacen semejables a Dios, y dispuestos por eso para verlo. Pero mejor es decir que no pretendió aquí San Juan aquello, sino dar la causa de ser semejables a Dios, que es ver a Dios. Porque el que a Dios ve, transfórmase en El; como de mirar el sol, si se pudiese bien ver, queda el ojo lúcido y semejante a El. Así quedará el entendimiento de ver a Dios; lúcido, lleno de verdad, y la voluntad llena de bondad, semejable a la de Dios; pues por su amor (al cual sobre todas las cosas ama), la ama y tiene. Porque del amor de la cosa amada, resulta hacerse el amante semejante a ella. Como se dice de los discípulos de Platón, que por amar mucho a su maestro andaban acorvados como él andaba. Pues así se quedará la voluntad transformada en Dios, y toda la fuerza racional se acostará a la semejanza de Dios; y así serán los hombres, castísimos, templadísimos, amicísimos y muy limpios, a semejanza de Dios. Porque las virtudes y propiedades de Dios ocuparán todo el hombre y lo poseerán; como un limón que se echa en conserva, que lo empapa y cala la miel de todas las partes.

San Pablo dijo: *Et erit Deus omnia in omnibus.* (Y será Dios todas las cosas en todos). Serle ha luz en su entendimiento, bondad y virtud en su voluntad: *Et omnis, qui habet hanc spem in eo, santificat se.* (Y todo el que tiene tal esperanza en El, se santifica). Porque conoce que de solos los Santos ha de ser Dios gozado, sabiendo que está escrito: «Ninguna cosa sucia entrará en la ciudad». Y también: *Beati mundi corde quoniam ipsi Deum videbunt.* (Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios). Pues ved aquí el bien que esperan los hijos de Dios, para el cual se santifican, y se limpian de las cosas de la tierra, quitando de ellas su afición; como El es santo limpísimo, que ninguna cosa ama, sino por sí. Pues si hemos de ser semejantes al Santo, conviene que nos santifiquemos, y si al limpio, que nos limpiemos. *Omnis qui facit peccatum, et iniquitatem*

facit. (Todo el que peca, comete iniquidad). Pero sigue San Juan la materia que trata: Que todo el que tiene compañía con Dios, es justo; porque Dios es justo: y por el contrario, todo aquel que no es justo y hace injusticias, no tiene compañía con El: pues de esta manera dice ahora que todo aquel que no hace pecado, tiene compañía con El; porque El es ajeno de pecado, como diremos más abajo, y porque quiere San Juan cómo sea el que es injusto y hace mal debajo de este nombre de pecado. Y tiene ya concluído, que el que hace injusticia no tiene compañía con Dios, para concluir lo mismo del que hace el pecado. Dice que pecado e iniquidad, lo mismo es: *Quia omnis, qui facit, peccatum, et iniquitatem facit, et peccatum est iniquitas.* Porque: *Iniquitas est, quod est contra æquitatem et justitiam.* (Porque todo el que peca, iniquidad comete: el pecado es iniquidad: la cual es contra equidad y justicia). De manera que vale tanto como injusticia o no cumplir aquello a que está obligado. Pues lo mismo es pecado, que es defecto en aquello que debe. Luego bien probado está, que el que hace el pecado, comete iniquidad; y por el consiguiente, de la manera que sea la iniquidad con Dios, se ha de haber el pecado. Es por cierto, el pecado, desigualdad. ¿Y qué mayor desigualdad que el pecado? Desigualdad es no obedecer al padre el hijo, al Señor no agradecerle lo bien hecho. Pues toda esta desigualdad comete un hombre que hace un pecado mortal; no obedece al Padre y Señor, ni es agradecido a su bienhechor.

Et scitis quia ille apparuit, ut peccata nostra tolleret, et peccatum in eo non est; omnis, qui in eo manet, non peccat. (Ya sabéis que apareció (el Señor) para quitar el pecado, que El no tiene: quien está en El, no peca). Pues si la iniquidad es con Dios tan contrariamente, que el que la hace no está en Dios, el pecado e iniquidad son una misma cosa. ¿Qué resta de aquí, sino razonar como allá?, el que hace pecado mortal no está en El y el que está en El no comete pecado: *Quoniam deus est in ipso,* Porque tan limpio y ajeno está Dios de pecado, cuanto de iniquidad. Antes a eso vino al mundo y fué visto en él

en carne, para quitar los pecados que en él había y hay. ¿Qué siente el que oye esto: *Omnis, qui in eo manet, non peccat? (A destructione consequentis ad destructionem antecedentis) ergo qui peccat, non manet in eo.* Dura os parece esta sentencia, que el que peca no está en Dios, mas es verdadera. ¿Cómo ha de estar quien hace el pecado y lo tiene en su voluntad, en el que vino a quitar los pecados, y a dar, por condenarlos y destruirlos, su vida? Y fué tan eficaz la destrucción que de ellos hizo, que los pecados ya hechos y que no se podían destruir ni dejar de haber pasado, se den por ningunos y se reputen como si no hubiesen sido; y para los por hacer, dé fuerza, para que no se hagan ni cometan. ¡Poderoso Dios, qué podéis Vos hacer, Señor, que lo que ha sido sea tanto como si no fuese! Decía Job: *Peccavi, quid faciam tibi?* «¡Señor, ya pequé; mi pecado no puede dejar de haber sido!» *Quia ad præteritum non est potentia.* ¿Qué remedio? No os acongojéis; que aunque lo pasado no puede dejar de ser, mas puede hacer Dios que no os perjudique, como si no lo hubieseis hecho.

Está una mujer muy penada porque enojó a su marido; dícele el marido que cese de su pasión; pues mayor pena le dará con ella; que él se da por no ofendido. Si el amor que al marido tiene la causaba la pena, sabiendo que mayor se la da con tenerla, cesará; y si todavía se está con ella, no es por amor del marido. Dice el Señor por Jeremías: «Cese el clamor de tu voz y las lágrimas de tus ojos; no más; que Yo castigaré ya en mí tus pecados, y me doy por satisfecho de ellos, y ellos quedan para contigo como si no hubieran sido». No os avergonzará más por ellos. *Beati, quorum remissæ sunt iniquitates, et quorum tecta sunt peccata.* (Bienaventurados son aquellos cuyas iniquidades y pecados les son perdonados). Cobijados están los pecados de aquel que Dios se los ha perdonado; para que no sean vistos con vergüenza, tienen cubierto su mal aspecto y olor, y todas las malas propiedades. ¿No os acordáis de los gitanos, cuando salieron tras los hijos de Israel, de cuya vista ellos desmayaron, y comenzaron a decir a Moisés: «a qué nos sa-

caste acá? ¿No había en Egipto sepulturas en que nos enterraran?» Y díjoles Moisés: «Estad en confianza, y veréis las maravillas que ha de hacer hoy Dios aquí. Estos gitanos, tantos y tan grandes, que aquí veis, no los habéis de ver más». Los cuales, como entrasen por el mar, por donde habían pasado los hijos de Israel, ahogólos a todos el agua, que se volvía a su lugar, después de ellos entrados. Y Moisés y los de Israel cantaron alabanzas al Señor, cuando vieron los gitanos ahogados por la orilla del mar, diciendo: *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est.* Bien cumplió Dios su palabra que dió por Moisés, de no verlos más; porque, aunque los veían, no era para temerlos ni poderles hacer mal, porque los veían muertos; antes les era materia de mayores alabanzas a Dios y de mayor seguridad suya y contentamiento, viendo los enemigos muertos. Pues los pecados hechos, que son los gigantes a quien servisteis, estando en las tinieblas de Egipto, no pueden dejar de ser hechos. Véislos venir tras vos en gran multitud, y os desmayan. ¿Y quién podrá escapar de ellos? ¿Qué será aquí? Esforzaos, que vuestro Capitán, Jesucristo, dice: «No desmayéis, y veréis las maravillas que Dios ha de hacer; que todos esos pecadazos que así parecen venir contra vos, acusándoos con ímpetu de tornaros a cautivar y haceros que sirváis como solíais, los ahoga en el mar bermejo de su Sangre el Señor. Se tornará a nosotros y habrá misericordia de nosotros, y arrojará nuestros pecados en lo profundo del mar». Dice la Escritura: «En su Sangre nos lava». Ved vos el pecado que habéis hecho; mas no le temáis, que ahogado está. ¿Qué teméis? *Deus est, qui justificat, quis est, qui condemnetur?* (Dios es el que justifica ¿pues quién será condenado?

Si la parte y el juez perdonan, ¿qué hace que acuse el fiscal? ¿Qué le aprovecha al demonio que pida venganza del pecado, pues Dios, que es el ofendido y el que lo juzga, está satisfecho? ¿Qué derecho tiene él allí, pues el pecado no se hizo contra él? Muertos están nuestros pecados, si hemos pasado el mar bermejo de la Sangre de Jesucristo. Alegres podemos cantar: *Cantemus Domi-*

no, gloriose enim magnificatus est (el caballo es el pecado, el caballero es el demonio), pues a entrambos los derribó Jesucristo en el mar y allí se ahogaron. *Equum et ascensorem projecit in mare.* Esta es la empresa que Jesucristo tomó en este mundo. Sepan, pues, los hombres pecadores que Jesucristo les mató los pecados y les quitó la pena y vergüenza y deshonra que le causaban; y que les ganó fuerza contra los por hacer, para que si el hombre de su voluntad no se dejare vencer de ellos, los venza y sobrepuje. Mas es gran dolor ver que de tanto bien como es la libertad de que Dios ha usado con los hombres, tomen ocasión de ofenderle y de no aprovecharse de ella; debiendo de ser al revés, que de allí les había de nacer un firme propósito de no cometer pecados (pues tienen fuerza contra ellos), y de llorar los pasados y salir de ellos (pues en aquellas lágrimas por la Sangre de Jesucristo están ahogados). ¿Qué remedio envió Dios al mundo en Cristo Nuestro Redentor contra los pecados? Setenta semanas hay precisas, dice San Gabriel a Daniel, de aquí a cuando *consummetur prævaricatio et finem accipiat peccatum; et deleatur iniquitas et adducatur justitia sempiterna et adimpleatur visio et prophetia et ungatur sanctus sanctorum* (se acabe la prevaricación y el pecado, y se borre la iniquidad, y llegue la justicia sempiterna, y se cumpla la visión profética y el Santo de los Santos sea ungido). Allí el día se toma por año, según la computación de la Escritura, que dice que el año del Jubileo es de siete en siete semanas, tomando el día por un año. Pues tanto pasó juntamente hasta que vino Nuestro Redentor desde el tiempo de la profecía. Setenta semanas de días por años, que son cuatrocientos y noventa años, al cabo de los cuales vino el Santo de los Santos y fué ungido, *oleo lætitiæ præ consortibus suis.* Y tuvo fin el pecado y se acabó la prevaricación, porque el venido hizo campo en el pecado, y muriendo El mató al pecado, y El quedó vivo. Porque este vencimiento es contrario al que el mundo hace y alcanza. Y así, dejándose vencer de la muerte la venció y quitó al pecado sus fuerzas.

Pues aunque había en Cristo parte flaca, por la cual le pareció a la muerte tener entrada en El, y por allí le acometió pensando de enseñorearse en El; mas, como tenía otra parte más fuerte que aquella flaca y no podía morir, que es la divina, mató a la misma muerte, enseñoreada ya en la parte humana, resucitando por virtud de la divina: la cual victoria comunica a los que se unen a El por fe y gracia. Y viendo esto los santos Profetas, pedían a Dios la venida del Redentor, diciendo: *Rorate cœli desuper et nubes pluant justum.* Que con el Salvador nació nuestra justicia. De manera que los que se condenan, por su culpa es; y lo mismo los que hacen pecados, y por su gran pereza; pues quien quisiere tomar la medicina, sanará, y quien quisiere jugar de las armas, vencerá. En el mundo está: venido es ya el Cordero de Dios, el que quita los pecados. *Ecce agnus Dei. Et pecatum in eo non est.* Que si pecado alguno tuviera, no fuera bueno para perdonar pecados. *Nunc autem.* (Mas ya lo sabéis): no lo tiene, ni lo puede tener: por eso es muy conveniente para este oficio, del cual dice San Pablo: *Segregatus a peccatoribus est excelsior cœlo.* (Separado fué de los pecadores, y está más alto que los cielos). Pues si El está limpio, que no solamente no tiene pecado, mas por su mucha limpieza quita los pecados; el que está en El no peca. Que no se compadecen, cierto, estar en Cristo y pecar mortalmente. Y si peca, no está en El, ni lo conoce, ni lo vió; porque ni le ama ni le estima. Quien no está en Cristo, ¿en quién está? ¡Oh, desdichado de él! Y ¿dónde estará? San Agustín, sobre aquello de San Juan: *Ego sum vitis vera.* «El que está en la vid está en Cristo; el que está en Cristo llámase cristiano». Recia palabra es ésta, mas verdadera. *Filioli, nemo vos seducat; qui facit justitiam, justus est.* Hijuelos, no os engañe nadie. En tiempo de los Apóstoles estaban muchos engañados, diciendo que viviendo al mundo se habían de engañar, debajo de dioses misericordiosos, y enseñábanlo así; y ahora hay harto de esto, de lo cual avisa aquí San Juan. Y San Pablo: *Iniqui non possidebunt regnum Dei.* (Los inicuos no poseerán el reino de Dios). Donde cuenta

muchas especies de pecadores, de los cuales ninguno poseerá el reino de los cielos, permaneciendo en su mal vivir. Pues no os engañéis pensando que viviendo mal habéis de ir al cielo. *Nolite errare.* Decía San Pablo: *Quacumque seminaverit homo, hæc et metet.* Si sembrare de la carne, de la carne recogerá corrupción, que es su fruto. «Pues no os engañéis, hijuelos—dice San Juan—que tan solamente es justo el que hace justicia, y éste sólo está en Dios, como El es justo».

Qui facit peccatum ex diabolo est.—Mas el que hace el pecado del diablo procede y en él está. Parecióle a San Juan que les retraería más diciéndoles que tenían compañía con el diablo, que no sólo por no decirles que hacían pecado. Y así es que en una cosa mal hecha, más temen los hombres ser por ella entregados al diablo y tener derecho en ellos, que el mismo pecado, que es ofensa de Dios. Y había de ser al revés; que más habían de temer al pecado, en el cual consiste todo el mal. Antes del demonio no se había de temer, sino por el pecado, porque por él tiene entrada y derecho al hombre. ¿Y escupís del demonio, porque es el atormentador, y no se os da nada por el pecado? Dice, pues, San Pablo: «El que hace el pecado, del diablo procede». Hijo suyo es. ¡Qué mal padre! ¿Qué podéis heredar de él, sino maldades? ¿Qué os enseñará y a qué os moverá? Tristezas y desabrimientos y faltas y afrentas en que os pondrán, y después, en la otra vida, enviaros han con él, por la sentencia justa que pronunciará Jesucristo. «Andad, malditos, al fuego eterno, que está aparejado al diablo y a sus ángeles. Andad con vuestro padre, al cual en este mundo quisisteis. Apartaos de mí, malditos, que me desechastéis cuando os buscaba; idos ahora con quien tuvisteis en la vida compañía». ¿No bastaba esto para nunca más pecar? Y ¿porqué son los tales hijos del diablo? Porque le imitan en las obras; que en ser espiritual, o malo o bueno, aquel, a quien imitan , se dice padre.

Quoniam ab initio diabolus peccat.—Desde el principio peca, porque antes de él no hubo pecado. Desde el principio del pecar, peca, y de hacer mal; porque la misma

mala voluntad y deseo tiene siempre, de la cual proceden las malas obras que hace, aunque no se le imputen a demérito ni más pena. *Post lapsum.* (Después de caído.) Y esto, que el pecado es hijo del diablo, entiéndese del mortal y no venial. *In hoc apparuit filius Dei, ut solvat opera diavoli.* Ha tratado San Juan en qué se conocerá el padre que uno tiene, si a Dios o al diablo: porque si hace injusticia y pecado, al diablo tiene; el cual desde el principio peca, y al cual imita el hombre que peca, y por eso es su hijo, pues le comunica su propia naturaleza, como hace un padre carnal a su hijo. De la cual manera sólo el Hijo de Dios es natural, al cual comunica el Padre su esencia *una en número*, y por eso es Hijo suyo propio; y los justos no lo son por esta vía, sino por la imitación, y, como diremos, por el origen que de él toman. Pues dice ahora San Juan: «Si alguno, oyendo que tiene al diablo por padre, le pesa de ello y le quiere dejar, sepa que hay remedio». *In hoc apparuit filius Dei.* Veamos: ¿hay alguna otra razón (además de la imitación) porqué los que hacen justicia se dicen hijos de Dios, y del diablo los que cometen pecado? Además de la imitación sí hay. Notad que hay dos cabezas: padre de los buenos, que hacen justicia, es Cristo; de los malos, que pecan, es el demonio. Y además de ser ejemplo de imitación Jesucristo de los buenos, porque es mejor que todos, obra en ellos virtud y fuerza, que es su espíritu o gracia, con que puedan imitarle y hacer obras de justicia; y de esta manera los engendra para la vida, después de la primera generación de carne, que fué la muerte; y por eso se llama «padre del futuro siglo», según Isaías; porque el primero es tomado de la generación de Adán para la muerte, después del cual sucede la regeneración de Cristo.

Abraham, padre se llama de los creyentes; mas solamente por la imitación y por la excelencia y perfección de su fe mereció ser puesto por ejemplo de los creyentes y tener nombre de padre de ellos; pero no pasó adelante la razón de padre en él, como en el Hijo de Dios, que reengendra por su virtud a los hombres y los enseña y tiene

cuidado de ellos, como propio padre. He aquí la una cabeza. El diablo es otra, de los malos, de los cuales se dice que es *rex super omnes filios superbiæ* (rey sobre los hijos todos de la soberbia), no solamente por tenerlo por ejemplo a quien imiten en su desobediencia y soberbia, mas *quia nati sunt ex illo* (porque nacieron de él, pecando), como tiene dicho San Juan: y si nacidos de él, algo les pega y comunica para el mal, así como Jesucristo para el bien. Y esto es ceguedad y maldad, estímulo y fuerza para el pecado, aunque con todo esto no fuera el hombre para hacerlo, que libremente peca, como libremente obra el bien al que Dios ayuda. También les llamó Nuestro Señor a los malos «hijos del diablo». *Vos filii estis diaboli.* Y pues tienen el nombre, también les conviene la razón de él. A los mismos llama San Pablo «hijos del Príncipe de este mundo». *Secundum principem potestatis aeris hujus spiritus, qui nunc operatur in filios diffidentiæ.* El príncipe de este mundo es el demonio, porque el mundo tómase por los malos, sobre los cuales tiene mando, y a los cuales llama San Pablo hijos suyos e hijos de desconfianza, porque tienen perdida la esperanza de gozar de Dios. De ello ningún cuidado tienen; por ella ninguna cosa hacen, pues donde no hay efectos de esperanza, ¿cómo habrá esperanza? Y así como cuando uno oye de otro, que es rico, del cual ninguna cosa espera, no le da placer; así el que no espera los bienes celestiales de Dios, aunque le digan que Dios tiene tantos y tales bienes, ningún agradecimiento les da; mas el que es hijo del reino oyendo que Dios tiene gloria, alégrase y gózase. ¿Por qué es? Porque le ha de dar de ella, sabiendo también, que ha de alcanzar de aquella sabiduría. Y este tal huye todo aquello que impide a venir a la posesión de estos bienes, y lo que no sabe, procura saberlo, porque *qui habet hanc spem, sanctificat se.* Y esta es aquella esperanza de la cual dice San Pedro: «¡Bendito sea Dios, que nos engendró en una esperanza de vida!» Pues la esperanza que no mueve a obrar los medios para la posesión de lo que se espera, o no es tal, o lo es muerta, como se dice de la fe.

Pues he aquí en qué consiste la razón de ser padre el diablo, el cual les impide y mueve tanto al mal, que les hace andar a su voluntad, aunque, como dijimos, no les fuerza. Mas un alma sin la gracia de Dios está tan ciega, tan flaca y tan miserable, que de su voluntad acude al mal a que el demonio la solicita, y se huelga de ello. Dice ahora San Juan: «Si alguno está descontento de este mal padre, sepa que ha venido remedio del cielo para dejarlo y tomar a Dios; pues para esto apareció el Hijo de Dios: *Ut dissolvat opera diaboli*. Para deshacer la obra del diablo. ¡Qué placer es ver llegada la hora de Dios, en que las tales obras del mal padre deshace! «Señor, toda la noche trabajando, no hemos tomado nada», dijo San Pedro a Nuestro Señor; pero después súbitamente sacó multitud grande de peces, echando la red a mandamiento del Señor, el cual allí de nuevo crió para él milagro. ¡Qué de años tiene el demonio la posesión de un alma, de la cual se mantiene y ceba su mala voluntad, conforme a la sentencia contra la serpiente dada: «Tierra comerás todos los días de tu vida». Tierra son los pecadores, pues no saben ni quieren sino las cosas de la tierra. Mas viene Nuestro Señor y deshace en un punto su obra; quítale la presa y déjalo rabioso; deshácele la tela que tenía urdida, como dice Isaías: *Præcipitavit in monte illo faciem vinculi colligati super omnes populos et telam, quam orditus est super omnes nationes*. (Despeñará Dios en el monte Calvario el yugo que tenía Satanás puesto sobre todos los pueblos y la tela que tenía urdida sobre todas las naciones). Y añade más bajo: *Et triturabitur Moab sub eo, sicut feruntur palea in plaustra*. (Y será triturado Moab, como lo es la paja en la era). Aquí fué el demonio acoceado y echado por el suelo, siéndole quitada la fuerza y deshecha su arte. El arte fué hacer pecar al hombre, de lo cual entendió el demonio la perdición del género humano. Mas no entendió el remedio que Dios le había de dar. Y porque su deseo fué deshacer la obra de Dios e impedir su consejo, para mostrar Dios sus maravillas y la ceguedad del diablo, no solamente dió remedio al hombre que el demonio por irremediable tenía, mas por

el mismo arte que él lo perdió, lo restauró Dios. Miradlo bien. Un ángel vino a hablar a una doncella, que llamamos Eva; consiente y cométese el delito con la fruta del árbol. Envía Dios un ángel a otra doncella; consiente y cóbrase lo perdido en otro árbol, que es la Cruz. *Ars ut artem falleret.* (Arte destructora del arte). Cuando estaba Senacherib sobre Jerusalén, muy soberbio, y confiado de cautivarla, decía: «Los dioses de tal parte y de tal otra no pudieron resistir mis manos, pues tampoco vuestro Dios podrá». De lo cual, atemorizados lloraban; mas Dios les mandó decir por Isaías, que se consolasen y que aquel necio El le hará echar un freno en la boca y tornar por el camino que vino.

Y así dice Dios al demonio: el cual, muy soberbio, le parecía ya tener ganado todo el género humano; mas haciéndose Dios hombre, hízole huir y volver afrentado, porque los hombres ganaron más que perdieron; más les dió Dios que el demonio les había quitado. Si no aprovechan de ello, no deja la obra de Dios por eso de ser de la misma grandeza que si en todos tuviera efecto; y así, mirando el remedio que Dios ya dió a los hombres y a la victoria contra el demonio, quédase este avergonzado y deshecha su arte y de ningún valor. Y como en común y general deshizo Dios la obra del demonio y contraminó su arte en la Cruz, también en particular sacándole al mundo de entre las manos; pues le tenía por suyo, diciendo con soberbia y confianza: «¿Quién podrá sacar el cautivo de las manos del fuerte?» Pues decidle que David; porque cuando el león o el oso toma la oveja, lo desquijarra y le quita la oveja viva de la boca. Este es Jesucristo, que quita las almas de la boca del diablo, mordidas de él y hechas presa por el pecado. En Isaías se dice: «Días vendrán en que cantarás y dirás: *Quo modo cessavit exactor, quievit tributum, contrivit Dominus baculum impiorum?*» Cesado ha el cobrador de tributo. ¡Oh, qué tributo es éste, con tanta importunidad demandado del diablo, que aun el mismo que peca se hastía de sí y se maravilla de la frecuencia del pecar! Maravillarte has. ¡Válgame Dios! ¡Cómo que ya no se te da nada

de hacer este pecado, por parecerte ser imposible dejarlo de hacer. Pero más hace Dios; que de aquello que el demonio toma para más bien encadenar a uno, toma Dios ocasión, y le hace ser medio para que se le suelte. ¡Qué corrido queda el demonio! Pensaba que por hacerle cometer a uno más y más graves pecados sería más suyo; y, de verse tan perdido, le pone Dios deseo de dejar el pecado, y así se convierte. Esto es cortarle la cabeza con la misma espada suya, como David a Goliat. Pues si a tanto se extiende el poder y saber de Dios, ¿quién desmayará? ¿Porqué desmayáis, hombre? «Porque son muchos mis pecados y graves». Pues de ahí tomará Dios ocasión para levantarte. Que a esto vino el Hijo de Dios al mundo, a deshacer las obras del diablo. Medicina hay para nuestra enfermedad; mas, maldita sea nuestra pereza, que por ella morimos, y no por falta de remedio.

Omnis qui natus est ex Deo, peccatum non facit.—Dijo San Juan: «El que peca es hijo del diablo; y entrometió esta plabra: *In hoc apparuit.* Para confianza de medrosos». Y luego dice: «Y todo aquel que es nacido de Dios no peca». ¿Véis aquí porqué llamáis escrupulosos a los predicadores y que estrechan mucho? ¿Qué más estrecho que lo que pone San Juan? ¿Queréis que no os digamos lo que dice la Escritura sagrada? ¿Qué os puede decir el predicador, si Dios dice que todo el que es nacido de El no peca? Y ¿porqué? *Quoniam semen illius in eo manet.* (Porque permanece en El su semilla). ¿Qué semilla es ésta? *Semen est verbum Dei.* De la cual nacen los hijos de Dios y con la cual son conservados. Y ¿qué palabra es ésta? La palabra de la modestia, mansedumbre, castidad. No sólo la palabra de fuera; que por eso dice San Juan: *Qui non renatus est ex aqua et Spiritu Sancto, non potest intrare in regnum cœlorum.* (Quien no renaciere del agua y Espíritu Santo, no entrará en el reino del cielo). No basta la palabra de fuera; es menester que se forme en el corazón por el Espíritu Santo, y esta es la semilla que la renueva y la hace renacer, y no sola el agua. La cual semilla os hace que no pequéis, y lo que es más,

parece que ni podéis pecar. *Et non potest peccare.* Si en vuestro corazón está un fuego, ¿cómo entrará allí el frío? Estando en vos la castidad, ¿cómo se compadecerá carnalidad? Entre tanto que permanece la castidad, no puede pecar, si guarda la semilla; por más que libertad tenéis para echar de vos la gracia, y pecar; porque esta libertad nunca se pierde en este estado. Que aunque los Apóstoles y Nuestra Señora fueron confirmados en gracia y no pudieron pecar mortalmente; mas esto fué por privilegio particular, y no santidad; porque ninguno, por grande que sea, tiene en esta vida tal impecabilidad, si Dios no privilegiase a la tal persona: que harto santo era David y pecó; y San Pedro, antes de la venida del Espíritu Santo, y pecó. Mas después de la venida de él, quedaron confirmados los Apóstoles. Y así puede acontecer que un gran santo pueda pecar mortalmente, y otro que no es tan grande no pueda, porque puede estar confirmado por privilegio particular. Y de esta manera bien se admite que en esta vida haya hombres que no puedan pecar mortalmente por privilegio, y no de otra. Cerca de lo cual hubo dos errores. El primero decía que podía ser uno tan santo en esta vida, que no pudiese pecar, y esto sólo por la santidad, no haciendo mención del privilegio; como si a alguna santidad le correspondiese en esta vida la tal impecabilidad. El segundo decía que después de uno ofrecido a Dios y dejado en sus manos, no podía pecar, porque cualquiera cosa que quisiese era conforme a la voluntad de Dios; y aunque fuese impureza y robo, decían que no era pecado. Y estos eran los *dejados*. Esto defendía Mahoma, tomando la mujer que bien le parecía, aunque fuese casada. Y siendo reprendido por Aja, su principal mujer, decía que así quería aquello, y mostraba una cédula en que decía: «Nos, Dios, tenemos por bien que vos, Mahoma, toméis tal mujer». La cual decía que la traía el ángel San Gabriel. Y tomándole gota coral, decía que no podía sufrir el resplandor del ángel que le venía a hablar, y decíale Aja: «Mucho te quiere Dios, Mahoma».

Notad cómo por grande que sea la santidad de alguno,

aquí no le necesita a sus operaciones; como en el cielo, que necesita, aunque no fuerza, porque de su voluntad obran; como el Padre que conociéndose necesariamente engendra en la mente eterna al hijo, mas no forzadamente, pues obra por voluntad. Y aunque no está en mano de los bienaventurados dejar de amar a Dios, que si lo estuviera, no lo fueran, mas porque el acto es conforme a su naturaleza e inclinación, no es por fuerza. Mas acá no hay necesidad, porque puede uno ser malo. *Saltem si non est confirmatus.* (Sobre todo, no estando confirmado). Pero la menor gracia de todas dicen los teólogos que es bastante, si uno quiere usar de ella, contra todo el infierno, y si la pierde, es por su culpa.

También se puede entender: *Non potest peccare* (cuanto es de parte de ser hijos de Dios y de la gracia), que sea formal la locución, porque las obras del pecado no nacen de la gracia, a las cuales no instiga, antes resiste. Y por eso el pecar no es obra de hijo, ni de hombre que tiene gracia. Y así, cuando peca, usa solamente de su nacimiento de carne, no teniendo respeto ninguno al que de Dios viene. Y celebra el día de su propio nacimiento, que es de hombre pecador, con naturaleza dispuesta e inclinada y necesitada a ello de sí propia. *In hoc manifesti sunt filii Dei et filii diaboli: omnis qui non facit justitiam, non est ex Deo: et qui non diligit fratrem suum.* (En esto se manifiestan los hijos de Dios y los del diablo: porque quien no obra justicia no es de Dios; como quien no ama al prójimo). Prosigue lo que comenzó atrás del amor del prójimo, como persona enseñada del celestial maestro, el cual dijo: *Hoc est mandatum meum, ut diligatis invicem.* (Este es mi principal mandamiento, que os améis los unos a los otros).

Esta es el Arca de Noé, que por la parte baja era muy ancha y capaz, y por la parte superior de no más de un codo; que el amor ancho ha de ser, cuanto a la capacidad, que quepan todos en él. Y esta anchura ha de coger debajo de un amor estrecho y muy unido, que a todos se tenga, por la única razón que es Dios. Muchos codos ha de tener en lo de abajo, porque muchos han de ser los

comprendidos en él. Angosto en lo alto y de un codo; que para todos no ha de haber más de un amor, y éste ha de ser por Dios. *Omnis consummationis vidi finem latum mandatum tuum nimis.* «Toda cosa perfecta y que al parecer es acabada—dice David—tiene fin, y yo se lo he visto; mas este tu mandamiento no lo tiene; es muy ancho, más ancho es que el amor del cielo, porque aquél a solos los buenos se extiende, y el de acá, a buenos y malos, a fieles y a infieles». Pues de este mandamiento del amor va tratando San Juan. «Aquí—dice—manifiestos son los hijos de Dios y del diablo». Señales hay por donde se conozcan; porque así como no hacer justicia y cometer pecado es señal de hijos del diablo también lo es no amar a su hermano. *Et qui non diligit fratrem suum.* De manera, que hacer iniquidad y pecado y no amar a su hermano, todo es uno; porque así lo uno como lo otro, constituye hijos del diablo. Recia palabra es ésta para este tiempo; recia, mas verdadera. ¿Y quién es mi hermano? Todos los cristianos se llaman hermanos, según aquello de Jesucristo: *Patrem noli vocare super terram.* Un padre tenéis celestial, y todos vosotros sois hermanos. Y San Pablo: *Si quis frater inter vos nominatur.* (Si alguno entre vosotros es llamado hermano); el cual anda de esta o de aquella manera. Muy frecuente era este nombre en el principio a los cristianos, y es propio nombre de ellos. No solamente hemos de entender debajo de aquel nombre, cuanto a la fuerza y extensión del amor, los que naturalmente son cristianos, mas todos los que lo pueden ser y ponerse en estado de gracia. Y como en esta vida no haya ninguno a quien se le niegue esta potencia, tampoco ha de haber ninguno a quien se le niegue o no se extienda el nombre de hermano para amarle. Aunque más propiamente, son hermanos solos los que están en gracia; porque los otros no lo son tan propiamente ni tan legítimamente: los cuales parecen ser hijos bastardos; mas no por eso, como dijimos, se han de excluir de hermanos, cuanto al amor que les debemos tener, como probó el Redentor hablando del Samaritano, que hizo bien al judío herido en el camino de Jerusalén

a Jericó; el cual, no obstante que era infiel y no judío, dijo ser prójimo y hermano. Solamente los demonios y las ánimas condenadas, no son prójimos; todos los demás, sí.

«El que no ama a su hermano, no es de Dios». Es menester tenerle amor, y basta haberse indiferentemente con él, ni amarle ni aborrecerle; no particularmente, porque eso ni aun de las personas que conoce no sería posible poder tener particular amor, cuánto más de las que no conoce, por ser la capacidad del hombre pequeña; mas basta para amarles a todos en general. ¿Qué es amarles? Desearles bien a su alma, que sean buenos y se salven; y a su cuerpo, que sean librados de los males de él, según que los bienes se enderecen al bien del alma. Y de aquí es, que no va siempre contra el bien del prójimo, desearle algún daño temporal en el cuerpo o vida; porque si aquel daño cumple a su salvación, como puede acontecer, conforme a caridad se puede holgar de él y aun pedirlo a Dios. Conforme a lo cual, Santa Bárbara pedía a Dios que llevase a su marido, si su vida había de ser para ofenderle. Y lo mismo puede hacer una madre con su hijo; si ha de ser malo, rogar a Dios que lo lleve. De manera que amor es desear a todos bien, no excluyendo a ninguno; que si sacáis alguno, de cuyo bien vos no os holgáis, porque no querríais que le viniese, no es tal el amor que Dios os manda tener. Y más lo habéis de tener en la obra, demás del amor del corazón, para que todas las veces que vuestro prójimo os hubiere menester, lo socorráis. Y esta determinación es menester que tengáis en vuestro ánimo, y que salga en obra las veces que se ofreciere caso para ello; porque el que esto no tiene, no es amador verdadero de los prójimos. Pues así como todos los que estáis aquí con voluntad de morir antes que negar la fe de Jesucristo, a lo cual la misma fe compele e inclina, así el amor que al prójimo se debe tener, no se contenta con holgarse del bien de él y pesarle del mal; mas incluye en sí de necesidad, si es el amor que debe, esta determinación de socorrerle en aquello que os hubiere menester, aun con detrimento de vuestra vida, si cumple para la

salud de su alma, como se dirá abajo. Y quien este amor no tiene, no es de Dios.

Quoniam hæc est annuntiatio, quam audistis ab initio.— Acordaos bien, hijos, porque esta palabra y esta predicación del amor del prójimo, es la que mucho se os encargó al principio, cuando recibisteis la fe; y así se hacía en tiempo de los Apóstoles, que a los recién bautizados y recibidos a la fe, instruían mucho en este Mandamiento del amor.

Dirá alguno. ¿Cómo se hace tanta fuerza en este mandamiento, siendo el del amor de Dios mayor, como enseñó al escriba el Redentor, el cual dijo que el Mandamiento mayor era amar a Dios de todo corazón y de toda la mente, y el segundo era amar al prójimo? Aunque el del amor de Dios sea mayor, no falta causa para encargar y encomendar tanto el del prójimo, por la mayor dificultad que tiene de ser cumplido. Que en amar a Dios no parece hacerle fuerza ninguna al corazón, porque se va naturalmente a él como a su corriente por las grandes razones que se muestran en Dios de bondad y de ser deseado. Lo cual todo convida al corazón humano y tira por él a que lo ame: tanto, que es grandísima vergüenza de los hombres ver que haya Mandamiento y debajo de pena o de galardón para amar a Dios. En esto se muestra grandísimamente la miseria humana. Esta fuerza a ser amado no la hay en el prójimo; no es razón tan violenta la del amor al prójimo, en el cual hay tantas cosas malas y pesadas y recias de sufrir. Y así parece correr de nuestro corazón el amor al prójimo hacia arriba y muy forzado. Por lo cual fué menester encomendarlo tanto, y animar y esforzar mucho a él, como a cosa dificultosísima, y así lo es; porque no es pequeño don de Dios el amor del prójimo. Mas Dios de sí mismo se está amado, que no era menester decir sino «Dios hay», para que nunca las criaturas racionales le dejaran de amar, porque todo cuanto en El hay es amable, y ninguna cosa hay en su divino ser que no lo sea. «¿Qué hallaron vuestros padres en mí; porqué se apartaron de mí y se fueron tras la vanidad y se hicieron vanos?» Porque cada uno tal se hace,

cual es la cosa que ama, en la cual se transforma y toma sus propias condiciones. Lo cual no hace el entender; que puede uno entender mal, y no por eso ser malo, antes bueno. Mas no, amar mal, y dejar de ser malo. Y esto es aquello común de los teólogos «que el entendimiento no saca al hombre de sí, pero sí el amor». ¿Queréislo ver por ejemplo palpable? Si una mujer se casase con un Rey, aunque ella fuese baja, cobra valor; y si con uno menor que ella, rebájase; porque a la medida del varón es rebajada o ensalzada.

Decidme: según el mundo, ¿no sería necia la mujer que dejase un Rey por casarse con un oficial? Así es que crió Dios una potencia, esta es la voluntad; que según a lo que se llega por amor, se ensalza y perfecciona o baja, según con quien se casa. Porque cuando una cosa sale de sí, deja su propia condición, y toma la de la cosa amada, en la cual se transforma; y así, amando al mundo, condición y costumbres tiene del mundo; y si ama a Dios, con Dios está, y propiedad es de Dios. Si ama a hombres hácese hombre, y si a ángel, ángel es su condición: en tanto, que de amar a Dios, diga San Agustín que se hace Dios, no por naturaleza, mas por condición y por propiedad, porque se transforma en El y toma sus condiciones, su misericordia, su paciencia y su humildad, su castidad, su amor, y, finalmente, su bondad. Y esto es hacer Dios por participación, dignidad mayor que serafín, por naturaleza, sin ella; que llega hasta hacer a un hombre que se llame con verdad Hijo de Dios, que es el mayor título que puede haber sobre la tierra y el cielo. Mas si se junta con otra cosa más baja que Dios, ha perdido mucho de sus quilates, aunque sea ángel, al cual ame, *super omnia*, puesto que el ángel es más alto en naturaleza. Porque lo que le hinche su capacidad y le da la honra y perfección para que fué criada, no es criatura, sino Dios, el cual sólo es su último fin, y en el cual sólo puede tener hartura. Y así como una mujer, fuera de su marido, está estragada y fuera de su perfección, así el alma y voluntad humana, con cualquiera cosa que no sea Dios, está estragada y fuera de su perfec-

ción, derribada de su dignidad y honra, y no casada con ella, sino amancebada. Por Oseas dice Dios: *Facti sunt abominabiles, sicut ea, quæ dilexerunt.* (Hiciéronse abominables, como las cosas que amaron). Y esto es lo que dijo Dios por Jeremías: «¿Qué hallaron vuestros padres en mí que se fueron tras la voluntad y quedaron vanos?» Porque tal es el amante cual es lo que ama.

Todo es dicho para aquel Mandamiento de Dios. No tiene más dificultad, considerando la cosa, que es mandada en sí; pues Dios todo es amable, todo lo que en El hay convida al humano corazón a amarle. Tal hermosura, tal hartura, tal saber, tal honra y bondad tiene, cual el corazón humano ha menester y puede desear. Y por tanto, no había necesidad de encargar el amor de Dios por esta parte, aunque por la nuestra lo fué, por la miseria y flaqueza en que nos paró el pecado. Mas el amor del prójimo, contra el cual tantos impedimentos hay de parte de la cosa que se ha de amar; es menester encargarlo mucho: es menester grande ayuda y fuerza. Y por eso el amor del prójimo, cual Dios manda, declara el amor de Dios, tal cual El manda que lo tengamos para ser sus amigos. Porque ningún otro amor que a Dios se tenga, si no es aquel que llega hasta los prójimos, le agrada a El: porque el amor que a El le agrada y nos hace sus amigos es fuerte y grande. Pues no lo es el que no se extiende a amar lo difícil, cual es el prójimo; porque flaco y pequeño es el fuego que no arde, sino en leña seca; mas el que es fuerte, en la verde arde también. Tal es el amor que llega hasta el prójimo. Porque, cierto, amarle es la cosa más dificultosa de cuantas hay; mas ¿quién resistirá todas las demás tentaciones? Porque amar un hombre malo que me hace mal (procurándole yo bien) y por tantas vías y maldades lo procura, es dificultosísima cosa de parte de la persona que se ha de amar. En la cual no hay nada o poco que mueva la voluntad a ello y mucho que la retraiga. No sin causa dijo Jesucristo a San Pedro: «Pedro, ¿ámasme?» «Sí, Señor.» «Pues apacienta mis ovejas. En esto experimentaré si me quieres bien, que aunque estén roñosas, y se hagan

zorras, y víboras que te hayan de morder, mira por ellas, y cuida de ellas, desvelándote en ellas». Esta es la prueba del amor de Dios, que es tal cual Dios quiere que le tengamos, y a El se debe, si está con el amor de nuestros prójimos, donde tanta dificultad hay. Porque amar así a Dios en sí y quererlo bien, ¿qué dificultad es? Qué, ¿tanto amor es menester para esto? Por cierto, poco; y tan poco, que casi no habrá persona, por mala que sea, que no se lo tenga. ¿Queréislo ver? ¿Qué mala mujer o qué mal hombre habrá que si le dijesen: «Jesucristo está en vuestra puerta», no dejaría de comer y se lo daría todo? Sí, por cierto; porque el mismo Dios convida a que en sí mismo huelguen de hacer y de quererle bien. Mas muchos hay que, aunque vean al pobre padecer grandes necesidades no se mueven a socorrerle. Muchos que hacen capillas y dan ornamentos a la Iglesia, no les arredra dejar morir los pobres de hambre. Porque la dificultad está en el amor del prójimo. Sabed que cuando éste tuvieseis, llegado habéis al amor de Dios, por el cual le agradáis y sois su amigo; y faltando éste, no lo tenéis. Si decís que hacéis y aconteceréis por Dios, mirad que unos hijos pobres tiene Dios, donde se pruebe si es verdadero amor aquel que os mueve hacer esos ofrecimientos a Dios. No digáis al pobre: «Remédiele otro»; pues sería señal que el amor que os parece teníais de Dios, no es tal cual El quiere; porque ha de ser fuerte como la muerte.

Non sicut Cain, qui ex maligno erat et occidit fratrem suum. (No como Caín, de espíritu perverso, que mató a su hermano).—Pues ved aquí la anunciación y predicación que al principio os encomendamos y declaramos. Ha dicho San Juan que nos amemos unos a otros, *non sicut Cain*, no como Caín; el cual representaba al pueblo de los malos e infieles, que era nacido del maligno, que es el diablo, que mató a su hermano. *Et propter quod occidit cum?* Y ¿por qué le mató? *Quoniam opera ejus maligna erant, fratris autem ejus justa.* Por que sus obras eran malas, y las de su hermano buenas. Pecado de envidia: Dios nos guarde. Por el pecado de envidia, entró el pecado de homicidio en el mundo. Ofreció Caín de sus

espigas, que era labrador, y debió ser poco y ruín, como desconfiado de Dios, que le había de faltar; Abel, de sus ganados, que era pastor, de lo mejor y primogénito y en mucha abundancia, según dice San Pablo: *Plurimam hostiam obtulit Abel.* Dió testimonio Caín que amaba poco a Dios, y por eso no aceptó Dios su sacrificio; no miró a él ni a su ofrenda. No vino fuego sobre el suyo, como vino sobre el de Abel, en señal que Dios le aceptaba; al cual y a sus dones miró el Señor. De aquello tomó el malo envidia y aborrecimiento con su hermano, donde se había de arrepentir y enmendar. Que el bueno con todo gana; con el bueno, despertándose a lo seguir y a conocerse por falto; y con el malo, retrayéndose de allí, conociendo su propia flaqueza, pues puede hacer otro tanto. Y el malo es al revés. Mas entró envidia en Caín, y determinó de matar a su hermano. No puede la maldad de la envidia sufrir la bondad ajena, entre los cuales hay enemistad formada. Díjole algunas palabras de lo que tenía pensado, y sácalo al campo y allí mátalo; y quieren decir que con un palo, porque entonces no habría armas; y como en Abel, inocente, fué figurado Jesucristo, aparece conveniente que fuese muerto en palo. Pues dice San Juan: «No como Caín, que mató a su hermano». *Nolite mirari, fratres, si odit vos mundus.*—¿Porqué os habéis de maravillar, si el mundo os quiere mal, cosa tan acostumbrada de él; cuando Caín, por ser del mundo, mató al que tan allegado le era en la sangre? ¿Porqué os maravilláis, si los del mundo, que no os tienen parentesco, os quieren mal? Queramos bien o mal al mundo, ha de querernos él mal; porque no es Abel a quien no persigue el mundo, como alega San Gregorio: *Nos scimus, quoniam translati sumus de morte ad vitam quoniam diligimus fratres.* (Sabemos ser trasladados de la muerte a la vida; porque amamos a nuestros prójimos). Ponen los sermonarios muchas señales de gracia y de estar en caridad; Dios, por San Juan, puso ésta diciendo: «Nosotros sabemos que somos trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos; porque entonces tiene la ánima la condición de Dios». Del cual dice el

mismo San Juan: *Deus charitas est.* Cuando Dios se puso en la Cruz, a todos amó, malos y buenos, porque por todos murió. ¿Y pagó por los pecados de los que se condenan? Paga hay bastante, y de todos en particular se acordó; y tal agradecimiento le habéis de dar, como si por vos sólo muriera; y tan distintamente se acordó de vos en la Cruz, como si vos sólo fuerais aquel por quien moría sin interés alguno, sino para vuestro provecho. Pues el ánima que así tuviere el amor desnudo de parentesco y otro respecto de la tierra, Jesucristo está en ella. «Sabemos», dice San Juan. Esta sabiduría no es por experiencia de sentidos ni demostración, ni fe: determinado está en el Concilio Tridentino, que el conocimiento que se tiene de hallarse uno en gracia, no es tan firme como de fe, *cui non potest subesse falsum*, y a esto otrosí; mas es un conocimiento que basta a asegurar y quietar el ánima y ponerla en paz y quitarle toda sospecha, a lo menos que no le dé pena. Y a esto llama «sabemos».

Qui non diligit fratrem manet in morte. (Quien no ama a su hermano, al prójimo, está muerto).—He aquí la prueba de lo dicho: «Porque el que no ama, en muerte está». De donde sacaremos que la vida del alma es la caridad.

Omnis qui odit fratrem suum homicida est; omnis qui irascitur, como Caín decís: «No eché mano a la espada, ni le saqué sangre, ¿cómo por querer mal a mi prójimo soy homicida?» Eso es para con el Alcalde, mas para con Dios, homicida es. *Omnis qui irascitur fratri suo, dignus erit judicio.* Digno es de la pena y juicio de homicida, el que se enojare con odio de su hermano; porque si no es más de una ira que no pasa en quererlo mal, ni desearle mal, no sería pecado mortal, sino venial. Y el que allende de enojarse queriéndolo mal, lo muestra por obra, que es con alguna señal o movimiento, que es decir *raccha*, mas peca. Y el que lo deshonra de palabra, añade al pecado el matarlo, y esto es decirles *fatue.* Y por eso se engañaban los fariseos, a los cuales Nuestro Señor esto hablaba, pensando que solamente los que sacaban sangre eran matadores.

In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam, pro nobis posuit. (En esto conocimos la caridad de Dios; en haber entregado la vida por nosotros).—Prosigue la materia de la caridad de los prójimos, la cual mucho nos ha encomendado, diciendo: «El que tiene amor de los prójimos, es de Dios; mas el que no ama a sus hermanos, no es de Dios». Bastará esto; mas, porque no se excuse ninguno, dice ahora otro motivo para alentarnos al amor de los prójimos, y es: «En esto conocemos el amor que Dios nos tuvo, en que puso su vida por nosotros». Y siendo esto así, ¿quién duda, sino que *et nos debemus animas ponere pro fratribus?* Nosotros también, a semejanza de El, debemos poner nuestras vidas por nuestros hermanos. Mucho pide y mucho dice; porque ninguna cosa, fuera de la gloria del cielo, nos deja retener que no ofrezcamos por nuestros prójimos, como El hizo. *Anima,* en la Escritura, las más veces se toma por vida. *Majorem dilectionem nemo habet quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Animam, id est, vitam. Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo et mente, et anima,* i. e. *vida.* (Nadie muestra mayor amor a los prójimos que quien da por ellos la vida; el alma, esto es, la vida; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, tu entendimiento y toda tu alma o vida). Luego si Dios puso su vida por mí, ¿qué mucho es que la ponga yo por mis prójimos, por los cuales El también la puso? Mas porque no miramos lo que El hizo, sino lo que nos manda, hácesenos recio; que si cuando nos dicen que amemos a nuestros prójimos hasta poner nuestra vida por ellos, mirásemos cómo el mismo que eso nos manda, lo hizo primero por nosotros, no aparecería tan áspero. Amónos Dios hasta morir por nosotros; porque muriendo El, murieron nuestros pecados, que nos acusaban y condenaban. En figura de lo cual, Sansón consintió en su muerte por matar a sus enemigos; y más mató muriendo que viviendo. Pues habiendo Dios muerto por nosotros, que es la mayor prueba que se puede dar del amor, ¿quién dudará de que Dios le querrá, si él quiere a Dios?

No se os ponga tal locura en la cabeza, por amor de

Dios, que digáis: «Son muchos mis pecados. ¿Si me querrá a mí Dios?» Si vos le queréis a El, ¿no os ha de querer? Si cuando no os acordabáis de El, os andaba El buscando, ahora que lo buscáis, ¿cómo ha de huir de vos? ¿Qué dudáis de quien murió por vos? ¿Qué teméis de quien os anda convidando con la paz? Confesad vuestro pecado, salid de él y arrepentíos; porque ofendisteis a quien amáis; y estad seguros que os recibirá Dios, y se olvidará de vuestras culpas y se holgará con vos. ¿Qué otra cosa esperáis, pues ha muerto por vos? No le pidáis otra, que bastantísima es aquélla. Puso Dios su ánima o vida por nosotros. «¿Y Dios tiene ánima?» Allá dice: *Juravit Dominus per animam suam;*—metafora est. (Juró el Señor por su vida), aunque esto metáfora es. Mas hecho hombre, habiendo tomado carne humana, vida tiene de hombre; y así, no es de esencia de la Divinidad la tal vida, sino comunicada, por estar la Persona divina supositada (personalmente unida) en la humanidad, por la cual se le comunica, para que con verdad se diga de Dios todo lo que de la naturaleza humana. Y esta vida que de la unión con la humanidad se le comunica a Dios, puso por nosotros de tal manera, que, aunque en sí la divinidad no recibió lesión ninguna (ni es posible), mas verdaderamente se dice de Dios que murió. De aquí se saca, cuán gran precio se dió por nuestras almas, que fué el valer el mismo merecimiento de Dios. Mirad, ¿qué precio y valor tendrá un ayuno de Dios, un cansancio de Dios, un dolor de Dios, una afrenta de Dios y una muerte de Dios? Pues ese mismo se dió para nuestras almas; que Dios es el que hizo todo aquello por ellas. Luego de parte nuestra tenemos valor y merecimientos infinitos; porque Dios los ha hecho nuestros. Hombre, ¿porqué no te esfuerzas? ¿Porqué estás desmayado? Si tienes pecados y deudas, mira que Dios te da merecimientos infinitos con que las pagues; que valen más que pueden pesar tus pecados; porque, por muchos que sean, se pueden contar. Mas el valor que Dios te da de su Sangre, no tiene cuento. Afrenta hace a la Pasión del Señor el desconfiado de ella, como Santo Tomás dice.

Si miramos a la ánima de Cristo, de donde se producían, como de principio inmediato, las obras de la Pasión, no le viene de aquí el valor, sino de la Persona divina; a la cual, por la unión con el ánima, se le atribuyen las operaciones, como a todo el hombre la operación del miembro; que con la mano se le da la limosna, y decís que el hombre la da: *Nam actiones sunt suppositorum, ut ait Aristoteles.* (Porque las acciones son de los supuestos, de las personas, como dice Aristóteles). Si el ánima de Cristo obrara aquellas obras, no estando unida al Verbo, no fueran de infinito merecimiento, como lo son. De manera que valor infinito no le proviene, sino de parte de la Persona divina, a la cual verdaderamente se atribuyen las operaciones por razón de la unión.

Pues si estos infinitos merecimientos da Dios al ánima que a El se convierte, ¿qué derecho le queda al demonio contra ella? «¿Qué debía ese hombre?» Una pequeña deuda que el mismo hombre podía pagar en el infierno, con la cual la justicia de Dios quedaba satisfecha; mas él miserable. Pero dice Dios: «No sea así, páguese mi Justicia de otra cosa, y no de su miseria; porque quede él con gloria, y sean valor y merecimientos suyos». ¿No os parece que bastarán a satisfacer a su Justicia?

Si pequeña satisfacción del hombre bastaba de la manera que dijimos, ¿no bastará y sobrará satisfacción hecha por Dios? Mayores castigos de pecados son, por cierto, ser Dios por ellos muerto, que ser quemados todos los hombres por ellos en el infierno. Y por eso fué más recio Juicio el Viernes Santo en la Cruz contra los pecados, que será el día del Juicio. Más celador de su honra se mostró Dios en la Muerte de su Hijo, que en la pena del infierno.

Diréis: «Si la satisfacción de los pecados está ya hecha en Jesucristo bastantísimamente, y tanto, que dijo Dios al ángel que mataba la gente en Jerusalén por el pecado de David: «¿Para qué es la pena del purgatorio?» Respondo que decir que regularmente, cuando un hombre es absuelto de sus pecados, con la culpa se le perdona la pena, es error condenado ahora en el Concilio Tridenti-

no: demás que ya antes lo estaba también; sino hase de entender, que cuanto a la condenación y muerte del alma a que por el pecado estaba condenada es hecha la satisfacción, convertida a Dios: y esto más que con la pena de purgatorio; la cual muchas veces no se perdona, cuando la culpa. Aunque también puede acaecer que sí, como en la Magdalena; porque fué grande el amor y arrepentimiento; y quedó perdonada la culpa y la pena temporal, en la cual se conmutó la eterna, para ser purgada por la penitencia inyunta o voluntaria, o en el purgatorio. Y porque más se satisface por la obra de la penitencia inyunta en el Sacramento, que si es voluntariamente tomada, deberían de procurar los penitentes que les diesen buenas penitencias. Diréis todavía: «Si me queda que pagar, ¿qué perdón es el de la culpa?» Pues ¿no es grande y de tener en mucho que Absalón haya muerto a su hermano Amón, y diga el Rey: «Yo lo perdono, con que no vea mi cara hasta que yo quiera». Mirad cuán gran merced es quitarle la pena del infierno, que es pena de enemigos de Dios, y conmutársela en temporal, que es de amigos de Dios. Luego, como tan gran distancia haya de la pena del infierno a la pena temporal, con mucha razón se llama perdón el de la pena del infierno, aunque reste la pena temporal. Antes sólo el de aquélla se debía llamar perdón, pues hace al hombre amigo con El; y el de la temporal, no; pues, no es sino un impedimento que le quedó para ir a la gloria, el cual quitado, no es menester ganar otra licencia de Dios.

Y así, aun diríais: «¿Cómo la Pasión de Jesucristo, tan suficiente, no me quita también la pena temporal como la eterna?» Disponeos vos, que sí quitará; que bastante es para ello. Declaro esto: cierto es que si os ha de aprovechar para la pena eterna, es menester, de vuestra parte, cierta disposición, conviene a saber, fe y movimiento de la fe en Dios, y amor del mismo Dios, y arrepentimiento de los pecados y confesión de ellos o propósito de ella: entonces obrará en vos su valor la Pasión. Así también, para la pena temporal, es menester cierta disposición: la cual es, tan grande dolor de vuestros peca-

dos, que juntamente con la culpa se perdone la pena toda; y en diciendo: *Ego te absolvo*, quedáis absueltos de la una pena y de la otra. Como aconteció a la Magdalena, porque amó mucho. Y porque del amor nace el dolor, cuanto fué el amor, tanto fué el dolor. Qué tanto sea este dolor para que se os perdone pena eterna y temporal, sólo Dios lo sabe, que le tiene puesta medida y tasa; al cual el que llegare gozará de la liberalidad de la Magdalena y quedará en estado de inocencia, como el que sale de la fuente bautismal, y volará al cielo. Mas si no tenéis tan grande dolor, para eso os da Dios vida, en la cual podáis hacer penitencia y pagar por la pena debida. Y aunque por flaqueza corporal no podáis hacer penitencia; si tenéis amor, y con él os ofrecéis a Dios para mortificaros, si pudiereis, os lo recibirá Dios en cuenta; porque el tal amor incluyó en sí la penitencia. Y también recibe por ella las penas que en la vida se ofrecen, sufridas con paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, que quiere que las padezcáis. Y aunque regularmente se pague con obra penal, mas también por el amor que incluye pena. «Y pues El puso su vida por nosotros, debémosla nosotros poner por nuestros hermanos». De aquí sus palabras: *Pendent leges et prophetæ.* (De ella penden la Ley y los Profetas). En esto tiene eficacia nuestra Redención, en que la vida que puso y dió por nosotros, es vida de Dios. ¡Qué alegría ésta, de la cual San Pablo dice: *Quomodo cum illo non omnia nobis donabit?* (Si el Padre nos dió su mismo Hijo, ¿cómo nos negará todo lo demás?). Si es mío el Rey, será mío el reino; y si es mío el esclavo, mas mío lo que ganare. Si Jesucristo, hijo de Dios, es mío, ¿no lo será también su reino? Pues si os parece también la manda de haberos dado Dios a su Hijo, y con El su reino, no os parezca mal la carga con que os lo da. Porque si El puso su vida por nosotros, también nosotros la debemos poner por nuestros prójimos, y amarnos como El mismo nos amó.

Si os parece bien que murió Dios por vos, parézcaos asímismo bien que muráis vos por vuestros prójimos. ¡Oh,

Señor! ¿Qué son esos consejos para perfectos? Gracias a Dios que lo aclaró bien y nos desengañó. ¿No veis que dice: «Nosotros debemos?» Mandamiento es, que no consejo. Pues no creer la escritura de San Juan aquí, tan gran herejía es, como negarlo en el Evangelio; que de un mismo espíritu procedió la una y la otra verdad; y no lo es la una más cierta que la otra. Los desamorados y flojos anduvieron inventando consejos en los preceptos de la caridad. Pero ella es la que sola agrada a Dios, y fuera de ella no hay quien le agrade. ¡Oh, ceguedad! ¡Que tienen por mayor pecado los hombres dejar de rezar sus devociones o de ayunar un día que tenían en costumbre, que no estar mal con su prójimo o dejarlo padecer mil trabajos pudiéndolo remediar de ellos! Aquí os tengo ahora, hombres mundanos. No os podéis salir fuera. Aquellos que no dais de comer a un pobre, ¿cómo cumplís lo que Dios os manda, esto es: «que debéis de morir por vuestro hermano»? Aquí, si lo sentís; ni podéis dejar de conocer vuestra flaqueza; porque rico ha de ser de amor el cristiano. Pues si sois desamorados (y teniendo riquezas), ¿cómo cumplís esto? San Gregorio sobre aquello, *ego sum pastor bonus*, dice: «El que no tiene amor para dar la hacienda a su prójimo, ¿cómo dará la vida?» ¡Qué fatigados, qué asombrados estaréis con esto! *Contriti sunt in Sion, et timor possidet hypocritas.* (Contritos andan los de Sión; y a los hipócritas preocupa el temor). Hipócrita es el fingido, que muestra amor, y no le tiene. Alguna vez, con la limosna que hace, muestra amor; mas no le tiene, porque aunque parece viva, mas es limosna muerta, pues no procede de amor. Y porque la limosna de sí es muestra de amor, el cual no está en vos, aunque no pretendéis de ganar, ni hacéis la tal limosna por ostentación de santidad, no dejáis por eso de quedar hecho hipócrita fingido.

Veamos cómo se entiende este Mandamiento «que debemos morir por nuestros hermanos». Entiéndese, por las ánimas de ellos y por su salvación; que por remediarle su vida corporal, no estoy obligado a perder la mía. Mas si por remediarle su ánima conviniese perder yo mi

vida, téngola yo de perder. Mas hay diferencia entre las personas que tienen otras a cargo, como el Obispo, cura, señor temporal, y las personas privadas; que los primeros no cumplen con hacerlo cuando se ofreciere el caso, mas son obligados de vivir con cuidado; de inquirir si hay semejantes males de remediar, donde sea menester perder su vida. Mas las personas privadas satisfacen cuando, ofreciéndose el caso, lo cumplen, sin que ellos lo anden inquiriendo; porque no les compete de oficio. Ejemplo podemos poner de semejantes casos, cuando es obligado el hombre a perder su vida por el alma del prójimo. Si una mujer quiere vivir en honestidad y para su defensa recurre a vos que le podéis dar favor, y de negárselo se presume que pecará, sois obligado a favorecerla, aunque sea con pérdida de vuestra vida. Y si sois persona que tenéis oficio público, además de hacerlo cuando se ofreciere, habéis de traer cuidado de inquirirlo. Y esto, si no hay otra persona que lo remedie; que si la hay, no sois obligado a perder vuestra vida, aunque sería consejo, que bien empleada va. Diréis: «¿Y qué le debo yo a aquel para morir por él? Nunca hizo nada por mí». Aunque derechamente no lo debéis a él, debéislo a Dios que murió por vos, y el retorno de ello quiere que sea en vuestro hermano. ¿Y qué más bien queréis vos que morir cuando Dios os pide vuestra vida? ¡Dichosa tal muerte! Mártir sería el que la padeciese, porque todo aquel que muere por la verdad de Dios o por el cumplimiento de algún precepto, mártir es. Si os matasen porque no quisisteis decir una mentira, mártir seréis. Santo Tomás, Arzopispo cantuariense, mártir fué, y no murió por la fe, sino por defender su Iglesia. ¿Qué os parece esto cotejado a nuestra vida? ¿Duéleos tanto el pecar ajeno o irse al infierno como perder vuestra vida? Esto nos hace a los predicadores que nos enojemos y nos tengamos por escrupulosos, como no sea sino deciros la verdad. Dios lo remedie, que caridad, ni la entienden ni saben si la hay. ¿Os ha pasado por el pensamiento poner la vida por la salvación del alma de vuestro prójimo? Pues dígoos que el que no tiene esta determinación y

propósito, que no está en estado de gracia. Y así lo dice aquí Cayetano. Porque el que tiene caridad, ella misma le pone en este propósito. No tiene caridad. No es menester que os andéis tanteando y echando juicios: «Si me viniese esto, haría esto otro». Porque si sois flaco, es cosa peligrosa pararos a pensar de industria qué haríais si os diesen una bofetada en la plaza; y no lo debéis de hacer, sino echadlo de vos; y si alguna vez se os representare, respondedle con decir: «Haría lo que Nuestro Señor fuese servido, al cual antes querría morir que ofender». Mas basta un propósito así general; que si vuestro prójimo os hubiese menester en cosa que le fuese a él su salvación, lo haríais, aunque fuese perdiendo vuestra vida. Pero a las personas recias en el espíritu, no les corre peligro en semejantes consideraciones; porque cuando piensan en qué harían si les diesen una bofetada, fácilmente se persuaden que rogarán a Dios por la tal persona. Ejemplo para lo dicho, es en la madre, que no se para en pensar: «Si me diesen por mi hijo 1.000 ducados, sí lo daría»; sino tiene ya una determinación, que por ningún precio lo cedería. Y así se ha de haber, a lo menos, el flaco, y bástale. Entenderéis de esto dicho, cuán preciosa cosa es un ánima por la cual Dios dió su vida, y manda al hombre que dé la suya.

¡Dichosa la vida de aquel que la diere por la salvación de un alma! Y ¿cuándo mereció el servir a la dama que sirvió Jesucristo? Algunos tomaron achaque de aquí a decir que no debían defenderse, porque no muera el otro que está en pecado mortal; pero no tienen razón; porque yo no sé si él morirá luego, sin que se arrepienta, o si morirá de la herida que él recibe defendiéndome yo. Lo segundo: «¿Qué sé yo si estoy en mejor estado que el otro?» Lo tercero: «Yo usé de mi derecho; porque toda ley me concede mi defensa contra el que injustamente me quiere matar, y yo aquí no hago más que defenderme». Porque, si otra cosa pretendiera, no es lícito matar al invasor. Aunque su fin sea defenderse, si toma por medio matar al otro, porque no tiene ninguno, mas peca en ello, porque tiene intención de matarlo. ¿Nunca es

lícito tener intención de defenderse, aunque vea que de la defensa se le sigue al otro la muerte? *Hoc licet;* esto es: lícito; aunque consejo de perfección sería no defenderse y dejarse matar, porque el otro no muera. Donde parece, quien se defiende, no ha de hacer contra el otro más de aquello que es defensa, sin ánimo de matar al otro.

«Dios puso la vida por nosotros, luego nosotros debemos poner la nuestra por nuestros hermanos». ¿De dónde sale esa consecuencia? De aquello que atrás dijo San Juan: «El que está en Cristo, debe andar como El anduvo». Y más aún, del otro lugar del Evangelio: «¡Siervo malo, ¿Yo no te perdoné a ti toda la deuda? *Nonne oportuit misereri conservi tui, sicut ego sum tui misertus?* (¿No debías compadecerte de tu prójimo, como yo me compadecí de ti?), Pues que tan mal lo hace, échenlo en la cárcel». Dios no ha menester retorno, mas hanlo menester sus hijos. Tenéis vos un hijo en Salamanca, y vino de allá algún noble ciudadano que puede aprovechar a vuestro hijo; haceisle acá mucho bien, no para que él lo pague a vos, que no habéis menester su paga, sino para que lo gratifiquen a vuestro hijo. Pues entended que las mercedes que Dios os hace, son para que se las gratifiquéis en vuestros prójimos, midiéndolos con la misma medida que vos fuisteis medido de Dios. Y si así no lo hiciereis, mediros ha Dios con la misma medida que vos midiereis a vuestros hermanos. ¡Justa justicia de Dios, de la cual dice David: «Los cielos cantaron tu Justicia»! Porque será tan justa y tan divina, que ellos y todas las cosas la aprobarán, y se tornarán lenguas para contarla. Si vos no queréis perdonar a vuestro prójimo, ¿cómo esperáis que os perdone Dios? Si sois desabrido con él, ¿cómo esperáis que os consuele Dios? «¡Que nunca siento consolación!» Mirad que no sea la causa no darla vos a vuestro prójimo. Si padecéis mucha necesidad, mirad no sea la causa el apretamiento que tenéis en vuestro corazón para con vuestros prójimos. Porque, como os hubiereis con vuestros prójimos, se ha de haber Dios con vos: *Qua mensura mensi fueritis, metiemini.* (Con la me-

dida que midiereis, os medirán). ¡Oh, quién pregonase a grandes voces esta sentencia! ¡Oh, válgame Dios! Y ¡qué de quejas tienen los hombres! El uno, «que no hay quien le haga bien»; el otro, «que no tiene qué comer». ¿No veis cuántos queréis mal? ¿No veis cuán avariento corazón tenéis? Pues ¿porqué os maravilláis que os midan con la medida que medís? Por no caer en sentencia tan rigurosa, sed caritativos con vuestros prójimos. Dad de la medida que os dió Dios, para que en él halléis lo que dais a vuestros prójimos, no para vuestro daño, sino para vuestro provecho.

Qui habuerit substantiam hujus mundi et viderit fratrem suum necesse habere. (Quien tuviere las riquezas del mundo y viere en necesidad a su prójimo...)—Tiene dicho cómo, a imitación de Jesucristo, tenemos de poner lo más, que es la vida; lo menos, que es la hacienda, ¿quién duda sino que también lo habemos de poner? De donde concluye San Juan ahora, ¡cuán lejos está de cumplir este precepto y de morar en Dios y traer compañía con El, el que tiene bienes de esta vida, y ve que su hermano padece necesidad y no le socorre! De este tal dice que «¿cómo vivirá en la caridad de Dios?» Como si dijera: «No es posible». Si queréis que la caridad de Dios esté en vos, vestíos de esta ropa de misericordia que es dada a los escogidos de Dios y por tales los señalan. Porque el que la tiene, reforma en sí la imagen, y redúcese a la semejanza del mismo Dios. ¿Queréislo ver? El es misericordiosísimo, y tanto que reluce en él esta virtud mucho. De lo cual nota Zacarías diciendo: *Per viscera misericordiæ Dei nostri, in quibus visitavit nos oriens ex alto.* Si queréis saber quién trajo del cielo a Dios las entrañas de misericordia, escuchad: viónos ir perdidos; hubo compasión de nosotros, y por esto descendió el *Oriente*, que allí no se toma por cosa que se nace, sino por el Oriente, sustantivo. Y llamóse Nuestro Señor Jesucristo, el Oriente, por el cual difunde la luz por todo el mundo: y así dijo Jesucristo: *De quo populus, qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam.* (De quien vió luz grande el pueblo que andaba en tinieblas). Y así

como el Oriente alegra y se muestra muy hermoso; así el hijo de Dios, el cual fué ungido para evangelizar a los pobres, sanar a los quebrantados, y soltara los cautivos. Cuando quisiereis alcanzar alguna cosa de Dios, para que no os la pueda negar, conjuradle: «Por aquellas entrañas de misericordia Señor, que te trajerón al mundo, me otorga esto». Pues en estas entrañas de misericosdia quiere Dios que le parezcamos, y así nos lo manda: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros, benefacite his, qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos. Ut sitis filii Patris vestri, qui solem suum.* (Mas yo os digo: amad a vuestros enemigos: haced bien a quienes os aborrezcan; y orad por vuestros perseguidores y calumniadores, para que seáis hijos de vuestro Padre que hace alumbrar su sol sobre buenos y malos). Para que seáis sus hijos, y le parezcáis a vuestro Padre celestial; que eso es ser sus hijos, parecerle. Y San Juan: *Estote ergo misericordes, sicut Pater vester misericors est.* (Habéis de ser misericordiosos como vuestro Padre celestial lo es). Llueve el Señor nuestro sobre buenos y malos; a todos hace bien, a los buenos como justo, a los malos como misericordioso, para convertirlos con los beneficios. Pues ¿cómo seréis vos duro, desabrido, escaso y cruel con vuestro prójimo, teniendo tales entrañas de misericordia, por ejemplo, a las cuales habéis de imitar? Luego bien dijo San Pablo, que los amados y escogidos de Dios, han de tener entrañas de misericordia. ¡Dios me libre del que éstas no tiene! ¡Qué fiera cosa! San Ambrosio dijo: *Omnis summa christianæ disciplinæ in misericordia consistit.* (Toda la suma y cifra del cristianismo consiste en ser misericordioso). Que ésta es señal y obra de cristiano. Y por eso San Pablo dirigiéndose a Timoteo, su discípulo, el cual era muy penitente, y tanto, que era menester mandarle que bebiese agua, ya le dice: «Ejercítate en la piedad; que el ejercicio del cuerpo para pocas cosas es provechoso». ¿Qué queréis decir? Que no usase ya de los rigores que solía contra su cuerpo, estando enfermo, como estaba; sino que se ejercitase en la piedad; porque el ejercicio corpo-

ral de la penitencia para poco aprovecha. No que no sea provechoso, que es error; mas en comparación de mejores cosas, cuales son las de la piedad, virtud por la cual se da el tributo al superior, la honra y reverencia debida, y la benignidad y hermandad con el deseo y obras a los iguales e inferiores. Dice pues: «Ejercítate en la piedad»; conviene a saber, en hacer reverencia a Dios con la fe y el amor y esperanza, y a tus hermanos que han de ser ciudadanos juntamente contigo en el cielo, y acá lo son ahora, misericordia y buen amor; y serte ha bien en esta vida y en la otra. Porque dicho está: *Honora Patrem tuum*, y vivirás y hacerte ha Dios bien en esta misma vida (que esto es *vivirás*), y en la otra también.

San Ambrosio dice que la palabra de la piedad hace tanto en quien la guarda, que aunque tenga flaquezas de la carne, *vapulabit plagis* (azotado será con trabajos), mas no lo dejará Dios perder la pureza: *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur*. He aquí porqué no le dejará Dios caer: y, si cayese, le ayudará a levantar. Justa cosa es hacer misericordia con aquellos que la hacen con sus prójimos; no que el que hiciere misericordia, si por otra parte tiene un vicio, no se dejará de condenar por la misericordia, si no dejó el vicio; sino que se ha de entender esperanza que Dios le traerá a buen estado y conocimiento, porque no se pierda. Sácase luego de aquí que tener entrañas de misericordia, tener compasión y deseo de remediar males de prójimos, es grande señal de hijos de Dios.

Hay algunos muy acongojados porque no tienen qué dar. No desasoseguéis por eso. Bástaos vuestro buen deseo. Quizá es mejor así que no lo tengáis. Sabe Dios bien que si algunos tuviesen bienes, que les habían de tener amor, y que se los había de hacer de mal repartirlos. Quiere que no los tengan, porque entonces hay menor amor de ellos, y por eso más deseo de repartirlos, y aquel deseo recíbelo Dios como si hiciesen lo que desean. Lo cual, por ventura, perderían si tuvieran los bienes que desean. Dejad obrar a Dios, que sabe mejor lo que os

cumple, que no vos. Paréceos que si tuvierais salud que serviríais a Dios e hicierais y acontecierais; y por esto estáis fatigado, porque no la tenéis. Mirad que conocía Dios vuestra flojedad, y que con la salud no le habíais de servir como os parece, y quitóosla para que le sirváis con el deseo, y con eso se contenta El. ¿No habéis visto muchos en peligro de muerte, prometiendo grande encomienda para la salud, la cual después no cumplen? Andad, que bien estáis así, con esa poca fuerza y buen deseo sin obra por no poder, y no con mucha y sin deseo ni obra, pudiendo.

Dice, pues, San Juan: *Qui viderit proximum neccese habere et clauserit viscera.* El que no le socorriese (que esto es cerrar las entrañas de misericordia, la cual abre para el necesitado el corazón y la mano), ¿cómo está la caridad de Dios en él? En corazón cerrado, ¿cómo puede haber caridad de Dios? ¿Corazón duro delante la necesidad del prójimo? No mora Dios allí, porque no se compadece haber compasión y misericordia del prójimo y no socorrerle. Y hemos de entender por la *substancia del mundo*, no sólo la hacienda, mas todo aquello con que vos le podáis aprovechar; de lo cual el prójimo tiene necesidad, como de un consejo, aviso, reprensión, administración de Sacramentos, consolación; que algunas veces hay necesidad de esto y aun de las reprensiones. Porque una flojedad de no reñir lo mal hecho a las personas que tenéis a cargo, no es caridad; antes lo es cuando vos, por el amor que le tenéis, para su enmienda le reñís y castigáis. Mas si lo hacéis por satisfacer a vuestro enojo e ira, es pecado, aunque haya causa de reñir. Y que seamos obligados a estos socorros espirituales, claro está; pues es mayor el daño que se quita y mayor el bien que se gana. Pues si dicen los Santos acerca de la sustentación corporal: «Apacienta al que se muere de hambre; si no lo apacentaste, matástelo»; también si no le diste el consejo, el consuelo o la reprensión, habiéndolo menester, matástele el alma. ¡Cómo os duele una llaga que tiene vuestro criado o hijo en el cuerpo y le buscáis remedio! Más os había de doler el pecado en que está o

el que está para hacer, y con mayor diligencia le habíais de buscar remedio.

Menester es que declare esto. No piensan que es obra de misericordia sino socorrer al cuerpo, porque no hay ojos para socorrer los daños del alma. Y como no los tienen en nada, no estiman en nada el remedio de ellos; que si los viesen, más se moverían los hombres a esto que no a lo otro; más misericordia tendrían para los males del alma que del cuerpo. Pues los ojos del alma son la fe; y ésta nos enseña cuán gran mal es el pecado. No se había de tener por cristiano el que no sintiese más ver a otro en pecado que si lo viese muerto de hambre y de sed, desnudo y enfermo; que las verdaderas miserias el pecado es, y esas otras, sin él, no lo son. Cuanto va de ánima a cuerpo, tanto de miseria a miseria, y tanto lleva de mejoría la misericordia de lo uno a lo otro. Porque más vale una ánima que mil millones de cuerpos. ¡Ay de aquellos que tanta cuenta hacen de los cuerpos que los estiman más que las almas; antes no hay cosa ya en menos tenida que aquéllas! Más estiman las gallinas y más cuidado hay de ellas. ¿De dónde ha venido a introducirse tan gran mal en el mundo, que ya que alguno tenga algunas entrañas de misericordia, todas las emplea en el cuerpo? No ven las necesidades del alma; que si viesen su hambre, su desnudez y su enfermedad, más le dolerían estas miserias en ella, que no en el cuerpo. Mas como el hombre no ve la propia hambre de su alma, ni su enfermedad, por estar ciega, no estima la ajena. Decid: si vos vierais ir un ciego cerca de un barranco, ¿no os daríais prisa por estorbárselo, aunque fuese con pérdida vuestra? Pues si un alma que está en pecado, o lo quiere cometer, va a caer en un fuego para siempre jamás, ¿cómo os pasáis por ello, sin pensar de remediarlo, ni tener pena por ello? Si es que no lo veis, estáis ciegos; y por eso no hay en vos entrañas de misericordia. Esto nos hace a los predicadores dar gritos y voces y que nos tengáis por escrupulosos y estrechos, que vemos el engaño y perdición del mundo, y cómo es perdida en muchos la luz verdadera, que no estimáis lo pre-

cioso y tenéis en mucho lo que vale muy poco. Pues que tan grande es el mal que se remedia en el alma, grande es el bien que se gana, y grande será el agradecimiento que un alma tenga en el cielo a aquel que fué causa que se salvase.

Dar de comer al cuerpo, bueno es; mas al fin, de morirse tiene, y se ha de acabar el bien que en él hacéis; mas el ánima, que ha de durar para siempre, y para siempre ha de durar el bien que en ella hacéis, ¡qué fría cosa parece al mundo! Si hay un mancebico, pobre y hábil, para estudiar, «da, daca para que estudie aquél». «¡Quita allá, que es esa cosa muy larga!» Si fuera para algún hambriento y desnudo, bien. No condeno esto, sino lo alabo; pero condeno vuestra ceguedad, que no sabéis estimar las cosas en lo que son. Que si vos ayudáis para el estudio de aquel, por cuya palabra vendrá el Espíritu Santo en las almas de los que lo oyeren, vestisteis al desnudo y disteis de comer al hambriento, y cumplisteis todas las obras de misericordia, porque de todas esas miserias sale el alma que deja el pecado y mora el Espíritu Santo en ella. «¡Quién tuviere de la substancia de este mundo!» Ya habéis visto cómo no solamente se entiende por la hacienda, mas por cualquiera bien espiritual con que podáis aprovechar a vuestro prójimo. Pues el que esto tuviere, y no le remediare, no está en él la caridad de Dios; en pecado mortal está. Y ¿cuándo sois obligado de socorrer a mi hermano en su necesidad? Cuando sabéis que la tiene. Con todos habla; que a esto todo género de personas son obligadas, pudiendo. Mas hay diferencia entre los que tienen oficios públicos, como las Justicias seglares y eclesiásticas, y las personas privadas cuanto a esto; que la persona privada no es obligada a inquirir las necesidades, sino remediar aquellas que supiere que hay, pudiendo; mas las personas que tienen oficio son obligadas a procurarlo y tenéis este cuidado, así en las necesidades corporales como espirituales. Y ¿en qué necesidad ha de estar para obligarme? ¡Qué de cosas hay escritas sobre esto! Dicen algunos que necesidad *extrema*. ¡Dios nos dé quien nos sepa declarar su vo-

luntad! Echemos esto aparte; y también que extrema necesidad no es cuando está a punto de morir. Porque entonces proveído, ya no tendría remedio.

Y por eso la extrema necesidad no es cuando ya veo que está a punto de morir. Por cuya razón, la extrema necesidad, en que ha de ser socorrido el prójimo, no es aquella, sino cuando él está en tal necesidad, que socorrido, tiene remedio, y no socorrido, no lo tendrá. También lo echemos aparte, que no solamente por la necesidad, a la cual estamos obligados, se entiende la extrema necesidad, mas aquella que haría venir a un hombre en un gran daño, aunque no sea de muerte; como que le corten un brazo o caiga en locura. Y a remediar ésta soy obligado, so pena de pecado mortal. En negocio de caridad no creáis a todos, aunque sean predicadores, porque hay poca por nuestros pecados. Pues así como la enemistad ciega, así también el desamor, y lo hace errar con sus prójimos. Probemos esto: lo primero, por razón; lo segundo, por autoridad. Decidme: la señal del pecado mortal, que se suele dar para conocerlo, ¿no es ésta que aquello que entre amigos basta a deshacer la amistad entre los hombres de razón, es suficiente para constituir pecado grave? De donde se saca que aunque haya algunas faltas acerca de vuestro prójimo, por las cuales os dé pena o enojo, no siempre es pecado mortal. Porque si la cosa no es tan grave, que baste a quebrar la amistad y hacerle entender que no soy su amigo, no es mortal, sino venial. La cual regla pone Santo Tomás y los Doctores.

Pues si vos tuvieseis un grande amigo, que si no le socorrieseis en lo que quería, o caería en una grande enfermedad o estaría muriendo de hambre en la cárcel, ¿no os parece que el no socorrerle entonces que haría quebrar la amistad? Pues eso mismo será pecado mortal. Y de aquí se concluye que el médico está obligado a curar al pobre, si no tiene de qué pagar, si la enfermedad es tal que se pone en peligro de algún notable daño; o mejor, de perder la vida; y el jurista ha de defender al que es acusado injustamente, si no hay otro que lo

quiera y lo pueda hacer. Si decís que es pobre, y que por eso no lo queréis curar, porque no os lo ha de pagar, vos sois obligado a curarlo, aunque después que venga *ad pinguiorem fortunam*, podéis recibir vuestro precio, y sería obligado a dároslo. Regla general, que cuando quiera que incurriere en notable daño el prójimo, si no le socorrieseis, no socorrerle pudiendo buenamente, aunque sea con un poquito de trabajo vuestro, es pecado mortal.

Por autoridad también se prueba lo mismo, tomándolo del divino maestro Jesucristo, luz del mundo, el cual enseña que dirá a los malos en el juicio: «Vísteisme haber hambre, y no me disteis de comer; haber sed, y no me disteis de beber; estar desnudo, y no me vestisteis: andad, pues, al fuego eterno». He aquí la sentencia y el proceso. ¿Habrá alguno tan desatinado que diga que sólo se entiende de aquellos que lo dejaron de hacer en la necesidad extrema? Porque allí dice: «Vísteisme andar peregrino, y no me disteis posada». Pues por no dar a uno posada, no se muere, ni ordinariamente por andar desnudo. Y si yo tengo tasadamente para lo que yo he menester, ¿tengo de hacer limosna? Dígoos, por conclusión verdadera, que cuando estuviere el prójimo en extrema necesidad, sois obligado a socorrerle en ella, aunque sea de lo que habéis menester para la decencia de vuestro estado. Y en esto no hay que parar; porque las extremas necesidades no empobrecen a los que las cumplen, que son pocas y con poco se cumplen: y más tengo de amar la vida de mi prójimo que la decencia de mi estado. Para eso soy obligado en tal caso al prójimo, aunque sea habiéndome de vestir de frisa. Y, por tanto, en los tiempos de necesidades y hambre no ha de haber manillas, ni joyeles, ni trepas. Cuando no es extrema la necesidad, es obligado a proveerle de lo que le sobra de la decencia de su estado y no de lo que ha menester para él, si no fuese tan notable el daño que de ello se sigue, y se pudiese socorrer sin mucho daño de la decencia del estado. Lo cual cómo se haya de hacer, la caridad lo enseña. Concluyamos con Santo Tomás, que la limos-

na está como precepto en dos casos: el primero, en la extrema necesidad; el segundo, sobrándole los bienes, habiendo necesidades de prójimos, aunque no sean extremas. Y según fuere la necesidad, así será el pecado que, si fuere grande, será pecado mortal, y si pequeña, venial.

No faltan excusas por donde os salgáis fuera de este Mandamiento, por más que aquí San Juan lo haya declarado. Decís, pues: «He menester para mi estado». ¿Cuál es el estado? Las manillas y las cortaduras; ¿son bien cortaduras? Burladores de vosotros, que no de Dios, que no lo engañáis: ¿esto es estado? Llamadle así, porque hace estar de pie dos mil cuentos de males. De ahí viene no tener con que se case la otra y se haga mala mujer, y se muera el otro pobre. Decís: «Son haraganes, que trabajen». No dudo, sino que hay muchos. Mas oid al Apóstol San Pablo, que dice acerca de las necesidades de los tales: «No les habléis, porque hayan vergüenza y trabajen; mas, si estuvieren en necesidad, no los dejéis de socorrer». Pues, ¿cuál es el estado? ¿El traje que inventó vuestra locura y la una ropa de esta hechura y la otra de la otra? Os han de tomar cuenta de lo que coméis, y vestís, y guardáis. ¿Pensáis que no hay más sino decir: «Nuestro es»? Mirad que tenéis hermanos necesitados, y quien no los tiene por hermanos, no tenga a Dios por Padre, del cual se dice: «Padre nuestro». Pues no es ley de hermanos que vistáis y comáis como habéis gana, y que los otros ni tengan qué vestir ni qué comer. No solamente vuestras demasías son locuras, mas son robos, que hurtáis a los pobres, para los cuales os lo dió Dios, y no para locuras; que así lo dicen los Santos. No es, por cierto, cosa de hermanos, en unos tanta abundancia y a otros que tanto les falte. De manera que con lo que os sobra habéis de socorrer a las necesidades aun no extremas. Mas no es menester que lo entreguéis como dado: mas basta prestado, para cuando os lo puedan pagar. «No me sobra». Mirad que os engañáis; eso es porque llamáis estado a la locura, que ahora cincuenta años por locura tuvieran lo que usáis y no por estado.

Filioli, non diligamus verbo nec lingua, sed opere et veritate. (Hijitos míos: no amenos con la lengua y de palabra; sino de verdad y con la obra.)—Aquí encomienda más el Mandamiento del amor del prójimo, en el cual se nos manda socorrer a nuestros hermanos necesitados, lo cual algunos cumplen con buenas palabras: «Haré y haré; tengo tanta pena de vuestra necesidad». Y nunca pasan a la obra. «Pues no basta eso—dice San Juan—, es menester que no sólo améis a vuestro prójimo con la lengua, y palabras, mas con la obra y verdad». A la palabra responde la obra y a la lengua la verdad Díceles: «Hijuelos», porque era ya viejo, y a los viejos estáles bien; y también porque los había engendrado en el Evangelio. No hay cosa más contraria a la Doctrina cristiana, que la mentira y palabras buenas, mas obras vanas. Porque, es tan amiga de verdad nuestra Doctrina y de obras, que las mismas palabras son obras. Veréis: esta palabra: «No jurarás, santificarás las fiestas, honrarás los padres, no matarás», según que son palabras de la Religión cristiana, no son puramente palabras, sino palabras-obras, porque no están sin las obras. Porque es Dios tan amigo de obras, y aborrece tanto las palabras sin ellas, que ordenó que por la venida de su Hijo la ley fuese más obra que palabra: *Unde lex per Moysem data est, gratia et veritas per Jesum Christum facta est.* El hablador de la ley Moisés fué; mas la verdad de ella, su cumplimiento y la gracia de él, por Jesucristo Nuestro Redentor. Y esto es lo que dice San Juan: «Con obra y con verdad». Esto es, con aquel cumplimiento del amor que Nuestro Señor hizo que fuese con obra y verdad, como declararemos más. *Verdad* algunas veces se toma, según que se opone a mentira, que es acepción común; otras, según que se opone a vanidad y a cosa de poco tomo, como solemos decir: «Esto es verdad», porque es cosa sólida y de importancia; otras, a figura, porque en el Testamento Viejo había tantas figuras cuya verdad era Nuestro Señor Jesucristo, como del cordero y pan cenceño.

No solamente fué hecha la verdad por Nuestro Señor, según las dos primeras maneras; mas también según la

tercera. ¿Hay otra manera de verdad que haya sido hecha por Nuestro Señor? Sí, El dice: *Non veni solvere legem, sed adimplere. Et Paulus: Destruimus legem per fidem? Absit, sed legem stabilimus.* (No vine a destruir la ley, sino a cumplirla. Y San Pablo: ¿Destruimos la ley por la fe? De ningún modo, sino que la establecemos). Y esto es que Nuestro Señor no destruyó la ley, sino cumplióla y afirmóla, no solamente porque El se sujetó a ella y la cumplió en sí, que se circuncidó, se presentó en el Templo y lo demás; mas porque le dió cumplimiento de parte de los hombres, a quien la ley era dada, el cual sin Jesucristo no podía tener. Porque como los hombres no pudiesen cumplir la ley sin la gracia, justificándose, y ésta no la pudieran tener sino de Jesucristo, claro está que a El sólo se atribuye el cumplimiento de la verdad y obra de la ley, por el cual la ley es hecha obra, y sin El no es más que palabra. Y porque en la ley había cosas ceremoniales, que en lo que demostraban de fuera no eran de provecho, sino por el espíritu de ellas y lo que representaban, como del cordero y sacrificios antes de la venida del Señor, y estuvieron en pie y obligaban, porque la podían cumplir sin la gracia, lo cual no podían el espíritu de ellas y lo que significaban; mas venido Nuestro Señor, que era el verdadero cumplimiento de meollo y espíritu de la ley, porque trajo la gracia, con que se cumplió, cesó todo lo ceremonial, que era como corteza. Y porque quedó lo sólido y meollo, bien se dice que no vino a quebrantar la ley, sino que vino a cumplirla. El que vino a cumplirla, ¿cómo viene a destruirla? Esto fué lo que prometió Dios por Jeremías, diciendo: «Presto vendrán unos días en los cuales yo haré un concierto, no como con los pasados, que no permanecieron en él; sino yo daré una ley escrita en los corazones y entrañas de los hombres con mi dedo, que es el Espíritu Santo», que así como del hombre procede el brazo y el dedo del brazo y del hombre, así el Espíritu Santo procede del Padre y de mí. Pues esta ley, que es el Evangelio y gracia, no está solamente escrita en el entendimiento (que bien puede uno tenerla allí y quedarse malo), sino en el corazón; porque no es

posible ser malo el que esta ley recibe y tiene. Porque como esta ley evangélica, que Jesucristo dió en los corazones, sea la gracia justificante, por la cual el corazón del hombre quiere a Dios sobre todas las cosas, sabe su voluntad y la cumple, no puede estar en ninguno que no sea bueno, ni se puede hallar fuera del corazón: en escritura y entendimiento, sólo será escritura del Evangelio o conocimiento del Evangelio; pero la ley nueva evangélica, así, sólo se puede hallar en el corazón. Porque así como fué propio a la ley vieja ser escrita y a la ley natural ser dictamen prudencial, así a la evangélica es propio ser amor y fuerza y lumbre del corazón que lleve al hombre a Dios, y no esté ocioso.

Quid est lex nova, nisi ipsa præsentia Spiritus Sancti? (¿Qué otra cosa es la ley nueva, sino la presencia misma del Espíritu Santo?) Contra esto se puede hacer este argumento: Ley no es otra cosa sino dictamen prudencial de la razón; la gracia pertenece a la parte apetitiva; luego la gracia no es ley evangélica. A lo cual se responde que aquello de ser la ley dictamen de la razón y pertenecer a ella, se entiende dentro de los límites naturales y no en los de gracia sobrenaturales, en los cuales hay su propio modo de hablar. De manera que esta ley nueva es esa misma obra que Dios nos pide, que es el amor. Que así como el Verbo divino, por el cual fué dada esta ley, no es estéril, porque de El procede el Espíritu Santo; tampoco es la misma ley; porque de ella procede la obra que nos manda, y sin la tal obra no se halla. De manera que la ley de Jesucristo, que es la ley evangélica, no es otra cosa sino la misma gracia, de la cual dice San Pablo: *Lex spiritus vitæ liberavit me a lege peccati et mortis meæ.* (La ley de espíritu y vida me librará de la ley del pecado y de mi muerte), otra de aquella que el mismo Apóstol dice «ley de letra». Luego si esta ley trae consigo la justicia y no se compadece con injusticia, claramente se concluye que la ley de Nuestro Señor Jesucristo ley de obra es, como al principio dijimos. De lo cual entendemos cuánto ama Dios las obras y la verdad; pues la misma le hizo que fuese obra y verdad, según que la ley

vieja tuvo cumplimiento por la nueva. *Ideo, filioli, non diligamus verbo nec lingua, sed opere et veritate.* Que por eso escribieron tan poco los Evangelistas, de tanto como hizo Nuestro Señor, según dice Eusebio. Muchas cosas tiene la Iglesia por instituídas de Nuestro Señor, aunque en la Escritura no se halle la institución de ellas, como parece de algunos Sacramentos. Y no fué menester que se escribiesen; porque queda su Espíritu Santo en los corazones, que es su ley, el cual lo había de enseñar a los hombres, y al cual El lo remitió. Y de aquí es que no quiere Nuestro Señor cristianos palabreros, pues son ajenos de su condición.

Quejábase David a Dios diciendo: *Salvum me fac, Deus, quoniam defecit sanctus!* (¡Sálvame, oh Dios, porque faltan varones santos!)—¡Oh, qué mal tan grande! No hay quien de verdad haga bien a su prójimo; todos son palabras y promesas vanas; no hay hombre sencillo, que esto es *defecit sanctus. Diminutæ sunt veritates a filiis hominum, labia dolosa in corde et corde.* (Disminuído han las verdades entre los hijos de los hombres; sólo quedan labios mentirosos y corazones dobles). ¿Quién nunca vió dos corazones, que es aquesto, decir la lengua esto y lo contrario, y no haber dentro intención de cumplirlo ni amor, como de fuera se muestra? Fingís un corazón y otro tenéis. Y veis aquí los dos corazones. Y donde hay dos corazones, hallaréis que no hay uno entero, porque está partido, mostrando uno y teniendo otro. Pues «sálvame, Dios, que ha faltado el Santo». ¡Oh, Jesús! ¡Qué trabajo es tratar con personas que no están certificadas si es verdad lo que dicen; lejísimos andan de ser cristianos! Dice David: «Bien os conozco yo a vos, Señor». ¡Qué gran bien saber la condición de Dios! En general, muchos la saben, que quiere que guarden los diez Mandamientos; mas en particular cómo han de usar de cada cosa y en qué la han de estimar, pocos. Esto es lo dificultoso. Y ¿en qué lo conocéis, David? «En que amas la simplicidad». Cosa es aborrecible la doblez, *duplici corde.* Lisonja, cumplimientos y ofrecimientos vanos, desterrados habían de estar del cristiano. Pues, «hijuelos, amad *opere*

et veritate». También hemos de amar con la lengua; mas nuestras palabras, como dice San Pablo: *Sermo vester sit sale (in gratia) conditus*, que sea aprovechamiento de los que le oyeren, no donaires, ni para hacer reír: *nec fornicatio aut immunditia, aut vaniloquium, quod ad rem non pertinet, nec nominetur inter vos.* (Que la fornicación, la inmundicia y la estulticia no se nombren siquiera entre vosotros), sino ir derechos a la cosa de nuestro negocio de la fe. Estoy esperando una grave sentencia de muerte o de vida, ¿y párome a decir donaires? *Ad rem non pertinet.* Es menester gran cuidado para tener en pie la Ley de Dios, defendernos del demonio y del mundo. Siempre nuestra habla *sale condita*, sea condimentada con sal; sea de consuelo de ánimas y esforzar y enseñar a nuestros prójimos. Esto es ser adobada con sal. Por eso quiere San Juan que amemos, no sólo con palabras, sino con palabras que sean obras.

In hoc scimus, quoniam ex veritate sumus. (Con esto sabemos ser hijos de la verdad).—Habéis oído cómo nos manda amar con obras, y no con solas palabras. Gran cosa es; porque quien esto tiene, testimonio tiene que es de la verdad, conviene a saber, de Dios. ¡Qué alegría es conocer uno que es de Dios! Lo cual conocerá, si ama con obra y verdad, como dice el Señor, hablando con Pilato: «Todo el que es de la verdad, oye mi voz». Conviene a saber, imprímela en sí, parécele bien y tiénela por verdadera, como lo es; dale posada en su corazón; porque la voz verdadera, ¿dónde ha de reposar, sino en el que es de la verdad? Con ella se huelga, como la tierra seca con el agua.

Et in conspectu ejus suadebimus corda nostra. (Y en su presencia tendremos rectos los corazones).—Tiene más, quien este amor tiene; que osará tener su corazón en pie delante del acatamiento de Dios. Porque el falso, el fingido, por mucho que se esfuerce, no se puede perfectamente persuadir que ha de ir al cielo; ni el tal conocimiento le da el contentamiento que suelen tener los que verdaderamente tienen el amor. Porque, aunque a los presuntuosos y soberbios por su vana confianza alguna

vez no les reprenda su corazón, mas aquella tal confianza, si quieren bien mirar, no les da la seguridad y contentamiento y aquella paz que suele dar la confianza salida de verdadero amor y caridad. Que aquella diferencia que hay de lo pintado a lo verdadero, de lo vivo a lo muerto, hay de la una seguridad y confianza a otra. *Non veniet ante eum omnis hypocrita.* (No estará tranquilo el hipócrita delante de Dios), dice Job. Quien se acuerda que lo ha de juzgar, El que sabe lo que está escondido en las tinieblas, si es hipócrita, que él mismo se finge a sí y se persuade que es bueno, no siéndolo, ¿con qué confianza parecerá delante de Dios? Flaca es la confianza de éste y miserable. No dirá él, como decía Elías: *Vivit Deus, ante quem sto.* (Vive Dios en cuya presencia estoy). Mas el que tiene verdadero amor de obra y verdad que ama a buenos y malos, como dice San Juan, éste tiene confianza segura que, aunque parezca cosa desechada a sus ojos, y a los de los otros, Dios lo ama y quiere bien. No cese de correr el riachuelo, que no dejará de correr al mar. ¿Pensáis que os hace Dios agravio en mandaros amar a vuestros prójimos con obra y con verdad? No por cierto. Porque os ha de medir con la medida que vos midiereis; y por dárosla buena, quiere que se la deis a vuestro prójimo buena. Y este amor de que aquí hablamos no se compadece con pecado mortal, porque ha de ser por amor de Dios, cuyo amor echa afuera todo pecado mortal.

Quoniam si reprehenderit nobis cor nostrum, major est Deus corde nostro.—Si nos reprende nuestro corazón, por gente que no hace lo que debe, ¿qué esperamos de Dios, que es más justo y no se le esconde nada? Si el Alcalde de la aldea tiene sentenciado contra vos y tiene derecho contra vos, ¿cuánto más el Rey?

Si hay en el hombre qué reprender, cuando él no lo ve ni lo siente, ¿qué hará cuando el mismo corazón lo reprende? Esto si no fuese escrupuloso. De lo cual, no obstante, haced mucho caso, porque vuestra alma no os condene. ¡Que no temáis si ella os condena! Mas si no os condena, si no os roe el gusano, ni ladra el perrillo en medio

de los males y gritos, sosegado estaréis en paz. *Charissimi, si cor nostrum non reprehenderit nos, fiduciam habeamus ad Deum.* Si no os reprende vuestro corazón, gran confianza con Dios; que de la sosegada conciencia sin reprensión, se sigue la segura confianza acerca de Dios; como de la desasosegada desmayos y tristezas, que lo queráis o no. Que el pecado es ponzoña que tira al corazón. ¡Qué acobardado está un pecador para con Dios! Huyó Adán de Dios porque lo desmayó el pecado.

Et quidquid petierimus, accipiemus a Deo, quia mandata ejus custodimus.—Tenemos confianza que alcanzaremos de Dios lo que pidiéremos. Necedad es dar de bofetadas al Rey, y esperar mercedes de él. El que cierra sus orejas al amor del pobre, dará voces, y no será oído. ¿Queréis ser oído el día de vuestra necesidad? Haced porque no os reprenda vuestro corazón; que si esto es así, guardaréis los Mandamientos de Dios, y guardándolos no podéis dejar de ser oído. Como lo dijo el Salvador el jueves de la Cena: «Si estuviereis en mí, y mis palabras quedaren en vosotros, todo lo que quisiereis me pidiereis, y yo os lo daré». ¿Queréis que os oiga Dios? Cumplid sus Mandamientos. No los cumplís y ¿os quejáis que no os oye Dios? Abrid vos las orejas a la voz de Dios, que El abrirá las suyas a la vuestra. ¿Qué haré, si peco, si quebranto algún Mandamiento de Dios? ¿No tendré confianza, que me ha Dios de decir y que me dará lo que le pido? Por el pecado venial no se quita la amistad con Dios; y si pecasteis mortalmente, remedio hay. ¿Quebrantasteis su palabra de la castidad, la de no jurar? Palabra hay con que se suelde y remedie. ¿Que palabra? Arrepentíos y confesaos, y con esta palabra se remediará el mal de la otra, conviene a saber: *Quorum remiseritis peccata.* Que si por pecar habéis de perder la esperanza, San Pedro pecó y también David. Levantaos, que Dios os da la mano.

Et hoc est mandatum ejus ut credamus in nomine filii ejusdem Christi.—¡Bendito sea Dios que tales Mandamientos da! Mándanos Dios que creamos en Jesucristo. Mirad

qué dificultosa cosa creer aquello para cuyo testimonio tan bastantísimos y eficacísimos argumentos hay, y confiarnos en que nos amó hasta morir por nosotros. Quiere pues, que tengamos la fe católica, y que amemos ley de creer y de amar. Linda cosa. He aquí toda la Ley y los Profetas. Este es su Mandamiento, y el que guarda su Mandamiento está en El: *Et qui servat mandata ejus in illo manet, et ipse in eo.* Aquí comienza y aquí acaba. Si algunos flojos se quejaren de los Mandamientos que mandó la Iglesia, no tienen razón, que pocos son, no más de cinco, y que disponen y ayudan para la guarda de los Mandamientos de Dios, y para el que a Dios ama liviana cosa es todo; que Dios, en quien está, le da grandes fuerzas para ello. ¡Cuán bien aposentado está el hombre en Dios! Porque en El está como sarmiento en vid, como miembro en su cuerpo, y como esposa con el esposo.

Et in hoc scimus quoniam manet in nobis de spiritu quem dedit nobis.—Resuelve, en una palabra, lo que ha dicho, que es tener compañía en El ¿Qué es esto? Tener un mismo corazón, una misma condición y un solo querer. Esto es: *Qui adhæret Deo unus spiritus fit cum eo.* (El que se adhiere a Dios, se hace con El un mismo espíritu). No una esencia, que eso es herejía. Cuando Dios da la gracia, hermosea la esencia y ser natural; vísela como a Hijo de Dios, conviene a saber, de caridad, fe y esperanza y las otras virtudes, y pone en ella una lumbre, por la cual juzga de las cosas, y quiere de ellas, según el mismo Dios, no cuanto al agrado, sino cuanto a la especie, y por eso se hace semejante a Dios; pero no igual, ni en igual grado es comunicado a todas las ánimas que están en gracia. Y aunque el ánima que así está en gracia, no sienta todas las veces de las cosas, según Dios, por sí propia; mas siéntelo, porque por la gracia que tiene es instigada a que lo pregunte a quien lo sabe, y que se sujete a lo que le dijeren. Porque no solamente tiene por voluntad de Dios la general que se muestra en su Ley y particular que le inspira su corazón; mas también lo que otro le dice, al cual pide consejo. De todas las cua-

les maneras de voluntad se ha de entender la de David: *Et in lege ejus id est, Dei, voluntas ejus.* (En su ley; esto es la voluntad de Dios).

FIN DEL CAPÍTULO III

Volvamos ahora sobre aquella palabra: «Si nuestro corazón no nos reprende, tengamos confianza en Dios, y cualquiera cosa que pidiéremos, nos concederá. ¿Hay alguno que pueda vivir sin que le reprenda el corazón? No. Luego no hay ninguno que pueda pedir a Dios con plena confianza que le dará lo que pide. Allá el santo varón Job afirma que no le reprendió su corazón. Pues, ¿cómo es esto? ¿No habéis pecado? Pues afirmáis que sí. *Numquid consummere me vis peccatis adolescentiæ meæ?* (¿Por ventura me quieres consumir y acabar por causa de los pecados de mi juventud?) Pues no sentirlo es irremediable y no digno de tan santo varón.

Tan ruin cosa es nunca reprendernos el corazón como reprendernos de todo. Algunos, vanamente confiados de bondad engañada, tienen que no pecan; contra los cuales escribió San Jerónimo, y muy bien San Juan: *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus ipsi,* etc. (Si dijérémos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos). De ley, ninguno se puede excusar ni ha sido excusado ni exento, excepto Nuestro Señor y su gloriosa Madre. Decís, pues: «¿Cómo yo no veo los pecados ni hallo qué confesar?» Teneis poca lumbre; mas cuando creciere en vos la lumbre disminuirá vuestra estimación, porque a él conviene crecer y a mí disminuir, como decía el Bautista. ¿Queréislo ver? Probad a confesaros de año a año, y hallaréis diez pecados que confesar; si os confesáis de mes a mes, hallaréis veinte, y si de quince a quince días, más; y cuanto más cuidados tuviereis de limpiar vuestra ánima, veréis más faltas. ¿Qué es esto? ¿Sois peor? No, por cierto, que menos males haréis; sino que os ha dado Dios más lumbre con que los veáis, la cual no teníais. El verdadero siervo de Dios halla muchas

faltas, así de comisión como de omisión, y en todo halla harto que llorar. Augustino: *Et omnes sancti habent quid plangant* (todos los santos tienen algo que expiar); porque ven lo mucho que debe ser Dios servido, y lo poco que le sirven.

Pues ¿porqué no andan muy tristes? Dijo bien Santo Tomás: «El verdadero siervo de Dios anda alegre, porque no osa mirar su maldad, sus faltas y miserias, sin mirar la bondad de Dios, su poder para remediárselas, su misericordia y bondad para quererlo, de lo cual recibe más consolación y esfuerzo que desmayo y amargura le ponen sus defectos». Solamente le sirve el conocimiento de ellos para tenerse en poco, desconfiar de sí y poner toda su confianza en el Omnipotente, y penarle porque a tal Señor no sirve muy bien; mas no para que la tal pena le desconsuele, ni desasosiegue; mas antes le alegra ella misma, viendo que es justamente tomada: de manera que si nuestro corazón no nos reprende, no por vana confianza nuestra, sino por hacer de nuestra parte lo que en nosotros es y tener confianza en la misericordia de Dios que nos perdonará lo demás que por flaqueza cometemos o dejamos de hacer, tengamos confianza, cualquiera cosa leve que sea. Ni tampoco es bien que por esas faltas livianas y que provienen de flaqueza nos reprenda el corazón para que nos desasosiegue; que andar siempre con aquella amargura, es malo y es falta de conocimiento de la bondad de Dios; que más se desirve Dios algunas veces de a demasiada tristeza, que de la misma falta.

A lo de Job decimos que el no reprenderle su corazón no era porque no hiciese falta, sino porque hay algunas ánimas que, aunque caigan en algunas flaquezas, no se alborotan ni pierden su paz; y de éstas era la del Santo Job. De las cuales es la que aquí San Juan dice: «Si nuestro corazón no nos reprende»; porque del desasosiego de la conciencia nace gran mal, hasta juzgar las obras de Dios. Pues no os turbéis, *quia dictum est: quum iratus fueris, misericordiæ recordaberis.* ¿Pecásteis? Pedidle que os castigue y no se aparte de vos.

Finis hujus operis Joanis Avilæ super 1.ª, 2.ª *et* 3.ª *cap.* 1.° *Canonicæ diui Joannis Evangelistæ.* (Fin de esta obra de Juan de Avila sobre el 1.°, 2.° y 3.° capítulo de la Epístola canónica, primera de San Juan Evangelista.)

Pax fratribus et charitas cum fide a Deo Patre nostro, et Domino Jesu Christo gratia cum omnibus qui diligunt dominum nostrum Jesum Christum in incorruptione. Amen. (Paz a los hermanos y caridad con fe de Dios, Padre nuestro, y de Jesucristo Nuestro Señor gracia con cuantos aman al mismo Señor Nuestro Jesucristo en pureza. Amén.)

ÍNDICE

Páginas.

AL LECTOR 5

LIBRO ESPIRITUAL

PRÓLOGO.—*Prefacion del autor.*—Al cristiano lector..... 11

CUANTO CONVIENE OIR A DIOS

CAPÍTULO I.—En que se trata cuánto nos conviene oír a Dios, y del admirable lenguaje que nuestros Padres primeros tenían en el estado de la inocencia, al cual, perdido por el pecado, sucedieron muchos muy malos. 15

CAPÍTULO II.—Que no debemos oír el lenguaje del mundo y honra vana, y cuán grande señorío tiene sobre los corazones que la siguen, y lo será el castigo de los tales 17

CAPÍTULO III.—De qué remedios nos habemos de aprovechar para despreciar la honra vana del mundo, y de la grande fuerza que Cristo da para la poder vencer..... 19

CAPÍTULO IV.—En qué grado y por qué fin es lícito desear la humana honra, y del grandísimo peligro que hay en los oficios honrosos y de mando..... 22

CAPÍTULO V.—De cuánto debemos huir los regalos de la carne, y cómo es peligrosísimo enemigo, y de qué medios nos habemos de aprovechar para vencerlo. 26

CAPÍTULO VI.—De dos causas de las tentaciones sensuales, y qué medios habemos de usar contra ellas cuando nacen de la impugnación del demonio... 29

CAPÍTULO VII.—De la grande paz que Dios Nuestro Señor da a los que varonilmente pelean contra este enemigo, y de lo mucho que conviene para lo vencer huir familiaridad de mujeres 31

CAPÍTULO VIII.—Por qué medios suele engañar el

Páginas.

demonio a los hombres espirituales con este enemigo de nuestra carne, y del modo que se debe tener para no dejarnos engañar 33
Capítulo IX.—Que uno de los más principales remedios para vencer este enemigo es el ejercicio de la devota y ferviente oración, donde se halla el gusto de las cosas divinas que hace aborrecer las mundanas. 36
Capítulo X.—De muchos otros medios que debemos usar cuando este cruel enemigo nos acometiere con estos primeros golpes 39
Capítulo XI.—De algunas causas allende de las dichas, por las cuales vienen algunos a perder la castidad, para que huyamos de ellas si no la queremos perder, y con qué medios nos debemos animar 42
Capítulo XII.—Que suele Dios castigar a los soberbios con permitir que pierdan la joya de la castidad, para humillarlos, y de cuánto conviene ser humildes para vencer a este enemigo 46
Capítulo XIII.—De otras dos peligrosas causas por las cuales suelen perder la castidad los que no las procuran evitar 48
Capítulo XIV.—De cuánto se debe huir la vana confianza de alcanzar victoria contra este enemigo con sola industria y trabajo humano, y que debemos entender que es dádiva de Dios, a quien se debe pedir, poniendo por intercesores los Santos, y en particular a la Virgen Nuestra Señora 50
Capítulo XV.—Cómo el Señor reparte el don de la castidad, no igualmente a todos, porque a algunos lo da solamente en el ánima, y de lo mucho que las tentaciones contra la castidad aprovechan, si se saben llevar 53
Capítulo XVI.—De cómo el don de la castidad es concedido a algunas personas, no sólo en el interior del ánima, mas también en la sensualidad, y esto por una de dos maneras 55
Capítulo XVII.—En que se comienza a tratar de los lenguajes del demonio y cuánto los debemos huir, y que uno de ellos es ensoberbecer a un hombre para le traer a grandes males y engaños, y de algunos medios para huir este lenguaje de la soberbia ... 58
Capítulo XVIII.—De otro lazo contrario al pasado, que es la desesperación con que el demonio pretende vencer al hombre, y cómo nos habremos contra él ... 64
Capítulo XIX.—De lo mucho que nos dió el Eterno Padre en darnos a Jesucristo Nuestro Señor, y cuánto

Páginas.

lo debíamos agradecer y aprovecharnos de esta merced, esforzándonos con ella para no admitir la desesperación con que el demonio suele combatirnos... 67
Capítulo XX.—De algunas cosas que suele traer el demonio contra el remedio ya dicho para desmayarnos, y cómo no por eso debemos perder el ánimo, antes animarnos más, mirando la infinita misericordia del Señor 69
Capítulo XXI.—En que se prosigue la grandeza de la misericordia de Dios que usa con los que le piden perdón de corazón. Es una consideración bastante para vencer toda desesperación..... 71
Capítulo XXII.—Donde se prosigue el tratar de la misericordia que el Señor usa con nosotros, venciendo Su Majestad nuestros enemigos por admirable manera 74
Capítulo XXIII.—Del grande mal que hace en el ánima la deseperación, y cómo conviene vencer este enemigo con espiritual alegría, y diligencia y fervor en el servicio de Dios 77
Capítulo XXIV.—De dos remedios para cobrar esperanza en el camino del Señor, y que conviene no acobardarnos, aunque el remedio de la tenta ión se dilate: y cómo hay corazones que no se saben humillar sino con golpes de tribulaciones, y por eso los conviene ser así curados..... 82
Capítulo XXV.—Cómo el demonio procura traer a desesperación poniendo tentaciones contra la fe y cosas de Dios, y de los remedios que habemos de usar contra estas tentaciones..... 84
Capítulo XXVI.—Cómo pretende el demonio en las sobredichas tentaciones apartarnos de la devoción y buenos ejercicios, y que el remedio es crecer en ellos, dejando la demasiada codicia de los dulces sentimientos del ánima, y por qué fin se pueden éstos desear. 87
Capítulo XXVII.—Que el vencimiento de las tentaciones dichas está más en tener paciencia para las sufrir y esperanza del favor del Señor, que en la fuerza de querer hacer que no vengan..... 90
Capítulo XXVIII.—Del grande remedio que es contra las tentaciones buscar un confesor sabio y experimentado a quien se dé entera cuenta y crédito, y lo que el confesor debe hacer con los tales, y del fruto de estas tentaciones 92
Capítulo XXIX.—Cómo el demonio procura con medios exteriores quitarnos de los buenos ejercicios, y

Páginas.

cómo conviene confortar el corazón con la confianza del Señor para lo vencer, y de otras cosas que ayudan para quitar este miedo, y del fruto de esta tentación. 94
CAPÍTULO XXX.—De muchas causas que hay para confiar que el Señor nos librará en toda tribulación, por grave que sea, y de dos significaciones que tiene esta palabra creer..... 101
CAPÍTULO XXXI.—Que lo primero que debemos oír es la verdad divina, mediante la fe, que es principio de toda la vida espiritual, y nos enseña cosas tan altas que exceden toda humana razón..... 106
CAPÍTULO XXXII.—De cuán conforme es a razón creer las cosas de nuestra fe, aunque ellas exceden toda humana razón..... 109
CAPÍTULO XXXIII.—De cuán firmes, constantísimos y abonados testigos ha tenido nuestra fe, los cuales han puesto su vida por la verdad de ella..... 111
CAPÍTULO XXXIV.—Que la vida perfecta de los que han creído nuestra fe es grande testimonio de su verdad, y de cuanto han excedido en bondad los cristianos a todas otras gentes..... 112
CAPÍTULO XXXV.—Que la propia conciencia del que quiere seguir la virtud le da testimonio de ser nuestra fe verdadera, y cómo el amor de la mala vida es impedimento para la recibir y grande parte para la perder. 116
CAPÍTULO XXXVI.—Que la admirable mudanza de los corazones de los pecadores, y los favores grandes que el Señor hace a los que siguiéndolo con perfecta virtud le llaman en sus necesidades, es grande testimonio de la verdad de nuestra fe..... 118
CAPÍTULO XXXVII.—De los muchos y grandes bienes que Dios obra en el hombre que sigue la perfecta virtud, lo cual es grande prueba ser verdadera nuestra fe, pues ella nos enseñó los medios para alcanzar aquellos bienes..... 120
CAPÍTULO XXXVIII.—Que si se pondera la virtud y grandeza de la obra del creer, hallaremos grande testimonio que testifique ser mucha razón que el entendimiento del hombre sirva a Dios con recibir su fe. 124
CAPÍTULO XXXIX.—En que se responde a la objeción que pueden poner contra nuestra fe, diciendo que enseña Dios cosas muy altas..... 125
CAPÍTULO XL.—En que se responde a los que ponen por objeción para no recibir nuestra fe, que enseña de Dios cosas muy humildes o bajas, y cómo en estas cosas humildes que de Dios enseña está altísima gloria. 127

Páginas.

CAPÍTULO XLI.—Que no sólo resplandece la gloria del Señor en las cosas humildes que la fe nos enseña de Dios, mas también nuestro grande provecho, valor y virtud 131
CAPÍTULO XLII.—En que se prueba ser la verdad de nuestra fe infalible, así por parte de los que la predicaron como de aquellos que la recibieron, y del modo con que fué recibida 132
CAPÍTULO XLIII.—Que es tanta la grandeza de nuestra fe, que ninguno de los motivos dichos, ni otros que se pueden decir, bastan a que un hombre crea con esta divina fe, sin que el Señor dé para creer su particular favor 135
CAPÍTULO XLIV.—Que se deben al Señor muchas gracias por el don de la fe, y que de tal manera habemos de usar de ella para lo que fué dada, que no le atribuyamos lo que no tiene, y cuál es lo uno y lo otro. 139
CAPÍTULO XLV.—Porqué el Señor ordenó salvarnos mediante la fe, y no por humana razón, y de la grande sujeción que debemos tener a las cosas que la fe nos enseña, y de la particular devoción que especialmente debemos a lo que el Señor Jesús enseñó por su boca. 144
CAPÍTULO XLVI.—Que la Escritura santa no se ha de declarar por cualquier seso, sino por el de la Iglesia romana, y donde ella no declara se ha de seguir la conforme exposición de los Santos, y del grande crédito y sujeción que a esta Iglesia santa debemos tener. 147
CAPÍTULO XLVII.—De cuán terrible castigo es permitir Dios que uno pierda la fe, y cómo justamente es quitada a los que no obran conforme a lo que ella enseña. 149
CAPÍTULO XLVIII.—En que se prosigue más en particular lo ya dicho, y se declara lo que se requiere para entrar a leer y entender las divinas letras y Doctores santos 152
CAPÍTULO XLIX.—Que debemos no ensoberbecernos viendo que otros pierden la fe que nosotros no habemos perdido; antes humillarnos con temor, y de las razones que para ello hay 156
CAPÍTULO L.—De cómo suelen ser muchos engañados dando crédito a falsas revelaciones, y declárase en particular en qué consiste la verdadera libertad de espíritu 159
CAPÍTULO LI.—De cómo nos habemos de haber para no errar en las ilusiones y cuán peligroso sea el deseo de revelaciones o cosas semejantes 163
CAPÍTULO LII.—En que se ponen algunas señales de las

Páginas.

buenas, y de las malas y falsas revelaciones o ilusiones..... 166
CAPÍTULO LIII.—De la oculta soberbia con que suelen ser muchos gravemente engañados en el camino de la virtud, y de cuán a peligro están los tales de ser enlazados en ilusiones del demonio..... 168
CAPÍTULO LIV.—De algunas propiedades que tienen los que en el capítulo pasado dijimos ser engañados, de cuánto conviene recibir parecer ajeno, y de los males que trae el amor del propio juicio..... 170
CAPÍTULO LV.—Que debemos grandemente huir el propio parecer, y escoger persona a quien por Dios nos sujetemos para ser de ella regidos, y qué tal ha de ser ésta y cómo nos habremos con ella..... 174
CAPÍTULO LVI.—En que se comienza a declarar la segunda palabra del verso, y el cómo habemos de mirar las Escrituras, y que conviene tener recogimiento en la vista corporal para ver mejor con los ojos del ánima: los cuales, cuanto más limpios de las criaturas, miran mejor a Dios 177
CAPÍTULO LVII.—Que lo primero que ha de mirar el hombre es a sí mismo, y de la necesidad que tenemos del propio conocimiento, y de los males que nos vienen por falta de este conocimiento propio..... 180
CAPÍTULO LVIII.—Que debemos poner diligencia en el propio conocimiento, y en qué cosas lo podremos hallar, y que conviene tener un lugar apartado donde nos recoger un rato cada día..... 184
CAPÍTULO LIX.—En que se prosigue el ejercicio para hallar el propio conocimiento, y de cómo nos habemos de aprovechar en la lección y oración..... 187
CAPÍTULO LX.—De cuánto aprovecha para el propio conocimiento la meditación de la muerte, y del modo de meditar en lo que toca al cuerpo..... 189
CAPÍTULO LXI.—De lo que se ha de considerar en la meditación de la muerte acerca de lo que sucederá al ánima, para aprovechar en el propio conocimiento. 190
CAPÍTULO LXII.—Que el cotidiano examen de nuestras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento, y de otros grandes provechos que este ejercicio del examen trae, y del provecho que nos viene de las reprensiones que otros nos dan, o el Señor interiormente nos envía..... 194
CAPÍTULO LXIII.—De la estimación que habemos de tener de nuestras buenas obras, para no faltar en el propio conocimiento y verdadera humildad y del ma-

Páginas.

ravilloso ejemplo que Cristo Nuestro Señor nos da para lo dicho 197
Capítulo LXIV.—De un provechoso ejercicio del conocimiento del ser natuaal que tenemos, para con él alcanzar la humildad 199
Capítulo LXV.—Cómo ejercitarnos en el conocimiento del ser sobrenatural de gracia aprovecha para alcanzar la humildad 201
Capítulo LXVI.—En que se prosigue más en particular el sobredicho ejercicio, de que se ha tratado en el capítulo pasado 204
Capítulo LXVII.—En que se prosigue el sobredicho ejercicio, y de la grande luz que el Señor, mediante él, suele obrar en las almas, con la cual conocen la grandeza de Dios y la nada de su pequeñez 208
Capítulo LXVIII.—En que se comienza a tratar de la consideración de Cristo Nuestro Señor, y de los misterios de su vida y muerte, y de la mucha razón que hay para nos ejercitar en esta consideración, y de los grandes frutos que de ella nos vienen 210
Capítulo LXIX.—En que se prosigue lo dicho en el capítulo pasado, declarando de la Pasión de Cristo un lugar de los Cantares 214
Capítulo LXX.—Que es muy importante el ejercicio de la oración, y de los grandes provechos que de ella se sacan 218
Capítulo LXXI.—Que la penitencia de los pecados es el primer paso para nos llegar a Dios, teniendo de ellos verdadero dolor y haciendo de ellos verdadera confesión y satisfacción 225
Capítulo LXXII.—Que el segundo paso para nos llegar a Dios es el hacimiento de gracias que le debemos dar por nos haber así librado: y del modo que en esto se tendrá mediante diversos pasos de la Pasión en diversos días 226
Capítulo LXXIII.—Del modo que se ha de tener la consideración en la vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo 228
Capítulo LXXIV.—En que se prosigue más en particular el modo de considerar la vida de Nuestro Señor Jesucristo, para que sea con más provecho 230
Capítulo LXXV.—En que se dan algunos avisos necesarios para más aprovechar con el sobredicho ejercicio, y evitar algunos daños que en los ignorantes pueden suceder 232
Capítulo LXXVI.—Que el fin de la meditación de la

Páginas.

Pasión ha de ser la imitación de ella, y cuál es lo primero y principio de cosas mayores que habemos de imitar 236
Capítulo LXXVII.—Que la mortificación de las pasiones es lo segundo que se ha de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo, y cómo se ha de usar este ejercicio para sacar este admirable fruto 240
Capítulo LXXVIII.—Que lo más excelente que habemos de meditar e imitar en la Pasión del Señor, es el amor con que por nosotros se ofreció al Eterno Padre. 244
Capítulo LXXIX.—Del abrasado amor con que Jesucristo amaba a Dios y a los hombres por Dios: del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció, y que fué mucho más lo que padeció en lo interior 249
Capítulo LXXX.—En que se prosigue la ternura del amor de Cristo para con los hombres, y lo que le causaba el interior dolor y cruz de su Corazón, que tuvo toda la vida 252
Capítulo LXXXI.—De otras provechosas consideraciones que se pueden sacar de la Pasión del Señor, y de otras meditaciones que de otras cosas se pueden tener, y de algunos avisos para los que no pueden fácilmente seguir lo ya dicho 256
Capítulo LXXXII.—De cuán atentamente nos oye y piadosamente nos mira el Señor, si le sabemos manifestar nuestras llagas con el dolor que se debe, y cuán pronto es a las sanar y hacer otras muchas mercedes. 258
Capítulo LXXXIII.—De dos amenazas de que suele Dios usar, una absoluta y otra condicional, y de dos géneros de promesas, semejantes a las amenazas, y cómo nos habremos cuando sucedieren 262
Capítulo LXXXIV.—De lo que es el hombre de su cosecha, y de los grandes bienes que tenemos por Jesucristo Nuestro Señor 263
Capítulo LXXXV.—De cuán fuertemente clamó Cristo y clama siempre delante del Padre en nuestro favor, y con cuánta presteza oye su Majestad los ruegos de los hombres, mediante este clamor de su Hijo, y les hace mercedes 269
Capítulo LXXXVI.—Del grande amor con que el Señor mira a los justos, y de lo mucho que desea comunicar a las criaturas y destruir en nosotros los pecados, los cuales debemos nosotros mirar con aborrecimiento para que Dios los mire con misericordia.... 273
Capítulo LXXXVII.—De los muchos y muy grandes

Páginas.

bienes que vienen a los hombres por mirar el Eterno Padre a la faz de Jesucristo su Hijo..... 276
Capítulo LXXXVIII.—Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no vengamos a caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es justo..... 280
Capítulo LXXXIX.—Que en los justos no queda el pecado, sino que en ellos es destruída la culpa, y quedan ellos limpios, y como tales, agradables a Dios.. 283
Capítulo XC.—Que el conceder en los justos perfecta limpieza de pecados por los merecimientos de Jesucristo, no sólo no disminuye su honra, antes la manifiesta mucho más..... 286
Capítulo XCI.—Cómo se han de entender algunos lugares de la Escritura en que se dice que Jesucristo es nuestra justicia, o cosas semejantes, para mayor declaración de los capítulos precedentes..... 289
Capítulo XCII.—Que debemos grandemente huir la soberbia que se suele levantar de las buenas obras, viendo lo mucho que por ellas se merece: y de una doctrina de Cristo de que nos debemos aprovechar contra esta tentación..... 291
Capítulo XCIII.—Que allanado el hombre y humillado con lo ya dicho en el capítulo pasado, puede gozar de la grandeza que el Señor se dignó dar a las obras de los justos, con seguridad y hacimiento de gracias... 295
Capítulo XCIV.—Que del amor que tenemos a nosotros mismos habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos..... 297
Capítulo XCV.—Que del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo, habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos..... 298
Capítulo XCVI.—De otra consideración que nos enseña mucho el cómo nos habemos de haber con los prójimos..... 300
Capítulo XCVII.—Comiénzase a tratar de la palabra del verso que dice: «Olvida tu pueblo.» Y de dos bandos que hay de hombres buenos y malos, y de los nombres que los malos tienen, y de sus varios intentos..... 303
Capítulo XCVIII.—Que nos conviene mucho huir de la mala ciudad de los malos, que es el mundo: y de cuán mal trata a sus ciudadanos: y del espantoso fin que todos ellos tendrán..... 307
Capítulo XCIX.—De la vanidad de la nobleza del li-

Páginas.

naje: y que no se deben gloriar de él los que quieren ser del linaje de Cristo..... 312
CAPÍTULO C.—En que comienza a declarar la otra palabra, «y olvida la casa de tu padre», y de cuánto nos conviene huir de la propia voluntad por imitar a Cristo, y por evitar los males que de la seguir vienen. 315
CAPÍTULO CI.—De un ejercicio para negar la propia voluntad; y de la obediencia que se debe tener a los mayores; la cual es camino para alcanzar la abnegación de la propia voluntad: y cómo se habrá el superior con los súbditos..... 317
CAPÍTULO CII.—Que no todo lo que deseamos o pedimos se ha de llamar propia voluntad, y cómo conoceremos lo que el Señor quiere de nosotros..... 320
CAPÍTULO CIII.—En que se comienza a declarar la palabra que dice: «Y codiciará el Rey tu hermosura.» Y de cuán grande cosa es poner Dios su amor en el hombre, y que no es esta hermosura la corporal, y de cuánto ésta sea peligrosa..... 322
CAPÍTULO CIV.—Que la dignidad de ser esposa de Jesucristo pide grande cuidado en todas las cosas, y del ejemplo que deben mirar en lo exterior y lo interior del ánima las que de ellas quieren gozar..... 326
CAPÍTULO CV.—Que no debe desmayar a las doncellas la grandeza del estado, porque el Esposo, que es el Señor, da lo necesario: y del consejo con que se debe tomar: y del alegría con que se debe guardar: y de los grandes bienes que en él hay..... 327
CAPÍTULO CVI.—De cuatro condiciones que se requieren para ser una cosa hermosa; y cómo al ánima que está en pecado le faltan todas cuatro..... 330
CAPÍTULO CVII.—Cómo la fealdad del pecado es tan mala, que ningunas fuerzas naturales, ni ley natural o de Escritura, bastaban a la quitar, sino Jesucristo, en cuya virtud se quitaba en todo tiempo, y daba la gracia..... 331
CAPÍTULO CVIII.—Que Cristo Nuestro Señor con su Sangre quita la fealdad del ánima y la hermosea; y que fué más conveniente que el Hijo se hiciese Hombre, que no el Padre, ni el Espíritu Santo; y de la grande fuerza de la Sangre de Cristo..... 333
CAPÍTULO CIX.—Que la sacra humanidad de Cristo fué figurada en la ropa del Sumo Sacerdote, y en el velo que Dios mandó hacer a Moisés; y que era lo que David pedía cuando pidió ser rociado con hisopo para quedar limpio..... 335

Páginas.

CAPÍTULO CX.—De cómo Cristo disimuló todas las cuatro condiciones de la hermosura por nos hacer hermosos; para lo cual se declara un lugar de Isaías..... 337
CAPÍTULO CXI.—De las muchas y grandes maravillas que sacó el Señor de los mayores males que los hombres han hecho en matar a Cristo: y de la diversa operación que esta palabra «mirad a este hombre», ha obrado en el mundo, dicha de Pilato y predicada de los Apóstoles..... 341
CAPÍTULO CXII.—De cuánta razón es que nosotros miremos a este hombre Cristo con los ojos que lo miraron muchos de aquellos a quien lo predicaron los Apóstoles, para quedar hermosos: la cual hermosura se nos da por su gracia y no por nuestros merecimientos.. 345
CAPÍTULO CXIII.—En que se prosigue el modo cómo habemos de mirar a Cristo, y cómo en El todo cuanto hay es hermoso; y que lo que en el Señor parece feo a los ojos de la carne, como son tormentos y trabajos, es grande hermosura..... 348

EPISTOLARIO ESPIRITUAL

PRIMER TRATADO: PARA PRELADOS, SACERDOTES, PREDICADORES Y RELIGIOSOS:

1—Carta que escribió al padre maestro Juan de Avila a un predicador: trata de la alteza a que los tales son levantados, y de cómo se han de haber con Dios y con las ánimas; de lo mucho que le han de costar, y del ánimo que para ello han de tener..... 355
2—Carta a Don Pedro Guerrero, electo arzobispo de Granada, en que le da avisos para el Gobierno.... 368
3—Carta sobre el mismo asunto..... 371
4—Otra a un prelado de Granada, sobre que envíe predicadores y confesores a los pueblos..... 373
5—Otra para el señor don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada..... 376
6—Carta al mismo, acerca del sínodo que hizo..... 379
7—Carta para un obispo de Córdoba, que fué a presidir un Concilio provincial a Toledo..... 380
8—Otra a un amigo sacerdote, sobre la paciencia.... 385
9—Carta para un cura, sobre la vida espiritual..... 386
10—Carta a un discípulo sacerdote, sobre la mortificación..... 389
11—Carta a un sacerdote, sobre preparación para celebrar..... 392

Páginas.

12—Carta para un mancebo, sobre elección de estado sacerdotal 396
13—Carta a un sacerdote, sobre el agradecimiento que debemos a Dios..... 399
14—Carta a un sacerdote enfermo, sobre la paz y fortaleza del cristiano 402
15—Carta a un sacerdote, sobre la oración..... 405
16—Carta a un sacerdote, sobre el agradecimiento a los favores de Dios 407
17—Carta a un religioso, animándole al perfecto amor de Dios 411
18—Carta a un señor que había entrado en religión, sobre el agradecimiento de este beneficio..... 416
19—Carta para Juan de Dios, hoy San Juan de Dios. 418
20—Carta para el mismo Juan de Dios, el de Granada. 420
21—Carta al mismo Juan de Dios..... 421
22—Carta para unos canónigos de cierta iglesia de estos reinos, sobre la luz que se da con la gracia.... 424
23—Carta a un discípulo: que un religioso no se debe descuidar, y el peligro que hay en la tibieza..... 428
24—Carta para un religioso discípulo, predicador, del bien de las tribulaciones..... 437
25—Carta para un predicador, contra la vanagloria... 439
26—Carta para el mismo. Por qué permite Dios la tentación 441
27—Otra al mismo, animándole a predicar sobre la relajación de costumbres 443
28—Otra a un predicador, contra la tentación de la desconfianza 444
29—Carta para el P. Fr. Alonso de Vergara, en respuesta de otra, consolándole y esforzándole en la persecución que tuvo, porque con su manera de vivir y palabra, ensayaba el camino del cielo..... 447
30—Carta a un predicador, sobre la frecuencia de comunión 454
31—Carta a un predicador, sobre ser buen ministro de la palabra de Dios, y frecuencia de comuniones..... 460
32—Carta admirable al maestro García Arias, predicador: enséñale cómo se habrá consigo y con los prójimos... 464
33—Carta a un predicador: enséñale de qué espíritu se ha de guardar, y cómo debe seguir la Escritura Santa. [471
34—Otra para un caballero de estos reinos, que entró en religión 473
35—Carta del autor para un caballero que pretendía entrar en religión, sobre llevar la cruz en las enfermedades con paciencia 476

Páginas.

36—Carta del autor a un caballero que fué a estudiar a Salamanca, y le hicieron rector: que en el servir a Nuestro Señor no bastan deseos sin obras..... 478
37—Carta del autor para un caballero al cual pretendía llevar a la religión 480
38—Carta a San Ignacio de Loyola..... 482
39—Carta al P. Diego Lainez..... 484
40—Carta a San Francisco de Borja..... 486
41—Carta a San Francisco de Borja..... 487
42—Carta al P. Antonio de Córdoba..... 488
43—Carta para el P. Antonio de Córdoba, de la Compañía de Jesús, estando cercano a la muerte, sobre la confianza en Jesucrsito 491
44—Carta al P. Cañas, S. J..... 493
45—A un Padre de la Compañía..... 497
46—Carta respondiendo a una del P. Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, del año 1568..... 499
47—Otra carta del P. Avila para el P. Andrés Sánchez, en Sevilla 500
48—Otra carta del P. Juan de Avila para el prior de San Juan..... 501
49—Para un hijo espiritual del P. Avila, clérigo..... 502

TRATADO SEGUNDO: PARA RELIGIOSAS Y DONCELLAS

50—Carta para la santa Madre Teresa de Jesús, enviada en tiempo que tenía algunas perturbaciones y persecuciones acerca de un libro que le decían sacase a luz, y avísale cómo se haya en su modo de proceder espiritual; declárale el camino más seguro para el trato de Dios, y dale avisos cómo se haya de haber en este trato de su oración..... 505
51—Carta para una religiosa, contra la desconfianza. 509
52—Carta a una monja sobre la misericordia que hace Dios a los que llama a religión..... 516
53—Carta a una abadesa, consolándola en la muerte de su hermano 520
54—Carta a una señora monja, atribulada..... 524
55—Carta a una monja que quería hacer profesión.... 530
56—Carta a una monja en tiempo de Navidad, para recibir al Niño Jesús 536
57—Carta a una religiosa afligida y desconsolada: enséñala cómo se ha de haber en sus trabajos..... 540
58—Carta a una doncella que quería entrar en religión. 543
59—Carta a una monja animándola mucho en el camino

Páginas.

de Dios: enséñala cómo se ha de haber en las cosas que le sucedieren 544
60—Carta a una monja cercana a la muerte: enséñale lo que ha de hacer 549
61—Carta a una religiosa, donde la despierta al amor de Dios 550
62—Carta a una doncella que le preguntó qué cosa era caridad 556
63—Carta a una doncella que teniendo hecho voto de virginidad, se quería casar 564
64—Carta a una doncella que se llamaba Inés 570
65—Carta a una doncella: aconséjala el cuidado del buen propósito que Dios le había dado 570
66—Carta a una doncella, que le dice las muchas astucias que el demonio tiene para sacarla del bien comenzado. 573
67—Carta a una doncella, animándola a que sirva a una enferma por amor de Dios 577
68—Carta a una doncella regalada de Dios, enseñándola cómo se ha de haber en medio de los favores 578
69—Carta a una doncella afligida, consolándola en sus aflicciones 580
70—Carta a una doncella, animándola al menosprecio del mundo 582
71—Carta a una doncella que había comenzado a servir a Dios 583
72—Carta a una doncella, enseñándole lo que debe hacer para proseguir en servir a Dios 586
73—Carta a una doncella: dícele la importancia del negocio comenzado en servir a Dios, y la diligencia que conviene tener para salir con él 589
74—Carta a una doncella atribulada, admirable para consolar afligidos en el espíritu 595
75—Carta a una doncella, animándola al servicio de Dios con fervor 600
76—Carta a una doncella, animándola en la perseverancia del servicio de Dios 602
77—Carta a una doncella, desmayada en el camino de Dios, animándola 603
78—Carta a una doncella, que quería dejar el mundo y dedicarse a Dios 605
79—Carta a una doncella, enseñándola a sufrir los trabajos por Dios 609
80—Carta para Torreblanca, una doncella de Córdoba. 612
81—Carta a una doncella: enséñale que la cruz no la ha de escoger el hombre, sino llevar la que Dios le diere 615

Páginas.

82—Carta a una doncella afligida: enséñale el camino de la cruz, y consuelos que el Señor da para llevarla. 616
83—Carta a una doncella: enséñale que Dios nos pide el corazón desocupado, y lo que importa tomar la voluntad de Dios por nuestra..... 618
84—Carta a una doncella, trabajada de peligrosas tentaciones: avísale que el fruto será grande si las sabe llevar 619
85—Carta a una doncella que sentía mucha ausencia de Nuestro Señor: anímala a confiar, enseñándole Su Majestad las causas porqué aflige a los suyos, y los frutos que de ellas saca..... 625
86—Carta a una doncella atribulada: enséñala cómo los trabajos suelen venir o por culpas o por prueba del Señor 633
87—Carta a una doncella enferma, consolándola en sus trabajos 638
88—Carta a una doncella, animándola a pelear las batallas del Señor, y enséñale los ardides del demonio, para que se defienda de ellos..... 641
89—Carta a una doncella afligida, porque la enfermedad la impedía los ejercicios espirituales: enséñale cómo se halla la paz..... 644
90—Carta a una doncella, en que le trata de las tres venidas de Cristo en carne, a juicio y al ánima, y cómo nos habemos de disponer para recibirle..... 649
91—Carta a una doncella, animándola mucho al amor de Dios y al ejercicio de la oración..... 652
92—Carta a una doncella, que no sentía paz en su ánima: esfuérzala a la confianza en el Señor..... 655
93—Carta a una doncella que padecía trabajos: anímala a llevarlos, y que los confiriese con los que el Señor padeció 658
94—Carta a unas doncellas devotas, que padecían trabajos: anímalas conociendo que son mercedes de Dios, y declárales su amor para con los hombres..... 662
95—Carta a una doncella en tiempo de adviento: le persuade a recibir el Niño Jesús..... 667
96—Carta a una doncella, en tiempo de adviento, rogándole apareje posada al Señor..... 670
97—Carta a una señora doncella, en que le dice que Jesucristo descubrió su bondad inmensa naciendo niño, para hacernos niños en su confianza..... 671
98—Carta a la misma señora, en tiempo de Pascua de Reyes: le dice cómo ha de ir a adorar al Niño, y le ha de ofrecer oro de amor divino..... 673

Páginas.

99—Carta a una señora, en que le enseña lo mucho que obró la venida del Espíritu Santo en los Apóstoles, y cómo se ha de disponer 677
100—Carta a una señora penada, animándola a padecer por Cristo 681
101—Otra para una doncella 683
102—Otra carta del P. Maestro Juan de Avila a una doncella 689

TRATADO TERCERO: DE SEÑORAS DE TÍTULO, SEGLARES, CASADAS Y VIUDAS

103—Carta para una señora de título, casada, que sentía varios espíritus de amor, temor, rigor y blandura. 691
104—Carta a una señora de título que deseaba servir a Dios, y no se atrevía a lo comenzar: anímala a que comience fiada de Dios, que le puso el deseo..... 703
105—Carta a una señora de título: enséñala que la hambre de nuestro corazón no la puede hartar sino el espíritu del Señor: que la fiesta del Espíritu Santo es disposición para la de Corpus Christi..... 706
106—Carta a una señora de título, afligida: exhortándola a sufrir con confianza en el Señor..... 709
107—Carta a una señora de título: trata cómo es gran merced de Dios sentirse amada de Su Majestad... 710
108—Carta a una señora de título: que Nuestro Señor envía trabajos para acibarar en los deleites, como purga recetada por nuestro Padre celestial..... 711
109—Carta a una señora de título: enséñala que los trabajos esfuerzan, si esperamos en el favor de Dios. 713
110—Carta a una señora de título, en que le enseña que el cáliz del Señor es dulce..... 714
111—Carta a una señora de título, en que la enseña que en lo próspero y adverso se ha de echar el áncora en las manos de Dios..... 715
112—Carta a una señora de título, en que la enseña la tierra donde Dios fué aheleado para ir adonde hay toda dulcedumbre y descanso..... 718
113—Carta a una señora en que la dice que la miseria del hombre es tan grande, que muestra Dios su grandeza en la remediar..... 719
114—Carta a una señora de título, consolándola en la muerte de una hermana suya..... 721
115—Carta a una señora ilustrísima, consolándola en la muerte de una persona, cuya ausencia había sentido mucho 728

Páginas.

116—Carta a una señora: enséñale que para servir a Dios, el padecer por su amor es lo más alto, seguro y cierto 732
117—Carta a una señora, que sentía muchos impedimentos en el servicio de Dios, enseñándola la confianza que debe tener en el Señor 735
118—Carta a la misma, enseñándola cómo el camino del cielo es la cruz, y cómo se llevará con alivio... 738
119—Carta a la misma señora, animándola a lo mismo que en las pasadas 741
120—Carta a una señora que se había consagrado a Dios: avísale que sea agradecida a Su Majestad.... 744
121—Carta a una señora trabajada, animándola a llevar la cruz 746
122—Carta a una señora enseñándola en qué consiste la santidad 750
123—Carta a una señora afligida 751
124—Carta a una señora muy afligida: aliéntala a la fidelidad del Señor para confiar en El 752
124 bis—Carta a una persona escrupulosa 754
126—Carta a una persona, que trata del amor de Dios para con el hombre 756
127—Carta a una señora que padecía trabajos, animándola a llevar su cruz con la esperanza del premio... 758
128—Carta a una señora enferma, enseñándola cómo se habrá con la paz del corazón 760
129—Carta a una señora que le preguntó qué sería estar desconsolada y alegre de lo estar: respóndele a la pregunta 762
130—Carta a una devota suya, en que le pide ame mucho a Nuestro Señor 764
131—Carta a una señora, animándola a que pelee contra el demonio y resista sus tentaciones 766
132—Carta a una señora: enséñala la miseria en que cae el ánima que hace pecado mortal y traición en dejar a Dios por el demonio 768
133—Carta a una señora afligida y tentada del demonio. 771
134—Carta a una señora enferma: enséñala que con la tribulación se purgan los pecados 773
135—Carta a una señora: enséñale que Jesucristo en la cruz es medicina con que se curan nuestras enfermedades 774
136—Carta a una señora: enséñale que para vencer al demonio, el remedio es confiar mucho en Dios..... 777
137—Carta a la misma señora: enséñale que las enfermedades son aguas con que se hermosea el ánima:... 781

Páginas.

138—Carta a una señora: esfuérzale a padecer trabajos por amor de Jesucristo..... 783
139—Carta a una señora casada, esforzándola a que lleve con paciencia los trabajos..... 784
140—Carta a una señora casada, afligida con trabajos corporales y tristezas espirituales: enséñale el remedio contra los escrúpulos..... 788
141—Carta a una señora casada, a cuyo hijo le había sucedido una desgracia, consolándola..... 799
142—Carta a una persona que estaba muy congojada por su poco aprovechamiento en la virtud: enséñale cómo todo se ha de hacer por el amor de Dios, y nada por amor propio..... 801
143—Carta a una señora, animándola a saber confiar en el Señor, y encárgale el ánimo en el camino de Dios..... 805
144—Carta a una señora que tenía muy a su cargo, animándola a la perseverancia en la virtud..... 808
145—Carta a una señora viuda, consolándola en la muerte de su marido..... 810
146—Carta a una señora que se le había muerto su marido, comendador: consuélala, y dícele lo mucho que aprovechan los trabajos a quien bien los sabe llevar..... 815
147—Carta del Padre Juan de Avila para una hija devota suya, consolándola sobre la muerte de su marido... 819
148—Carta del Padre Avila para doña María de Eges.. 821
149—Carta del Padre Avila para doña María..... 822
150—Carta del Padre Avila para la señora Duquesa de Arcos..... 823
151—Otra del P. Avila a una devota suya, de la ceniza. 828

TRATADO CUARTO: PARA CABALLEROS SEGLARES Y SEÑORES DE TÍTULO Y UNOS DISCÍPULOS SUYOS

152.—Instrucción para jueces; en carta a un asistente de Sevilla..... 831
153—Carta a un señor de estos reinos: trata del conocimiento de Dios y de sí mismo, y gobierno con sus vasallos..... 868
154—Carta a un señor de estos reinos: cómo se ha de aprovechar de la Cuaresma para sentir la Semana Santa y remedio de la penitencia..... 882
155—Carta a un señor de estos reinos, consolándole en su enfermedad, y cómo es merced de Dios..... 887

Páginas.

156—Carta a un señor de estos reinos, animándole a buscar sobre toda cosa la gracia del Señor..... 890
157—Carta a un señor de título, animándole a confiar en Dios ,y enseñándole cómo ha de vivir para alcanzar esta álegre confianza..... 892
158—Carta a un señor de título, enfermo, animándole a padecer, por el grande fruto que de esto viene... 894
159—Carta a un señor de título, enfermo, y de la muerte temeroso, enseñándole a crecer en el conocimiento de Dios..... 896
160—Carta a un su amigo, consolándole en la muerte de un hijo único..... 901
161—Carta a unos sus amigos atribulados consolándolos y enseñándoles los tesoros en padecer, cómo el Señor los fuerza para los llevar..... 903
162—Carta a un devoto: trata de la humildad y soberbia, y perfección del divino amor..... 910
163—Carta a un su amigo: pónele delante las miserias de la tierra, y lo mucho que hay en el servir a Díos. 917
164—Carta a un su amigo, consolándole de la muerte de su madre y hermano..... 921
165—Carta a un hombre devoto: persuádele a que se dé todo a mortificar sus pasiones..... 925
166—Carta a unos sus devotos afligidos por una persecución que se había levantado, animándolos mucho al amor de la cruz, a imitación de Cristo: la cual imitación habla admirable y regaladamente..... 926
167—Carta a un su devoto, en que le dice cuán flaca cosa sea un hombre sin Dios..... 931
168—Carta a una persona afligida, en que le dice el provecho que habemos de sacar de las aflicciones..... 934
169—Carta a un desconsolado, porque no hallaba la paz que quería..... 936
170—Carta para un caballero de Córdoba: que se ejercite en pelear contra la propia voluntad..... 938
171—Carta a una persona virtuosa, que tenía criados y familia: enséñale cómo ha de llevar sus faltas y las ha de corregir..... 942
172—Carta a un su amigo: trata de los tres grados de la virtud del agradecimiento, y anímalo a la oración. 944
173—Carta a un caballero amigo suyo: le enseña que los trabajos ponen esperanza a los justos y temor a los pecadores..... 948
174—Carta a un su devoto que le pidió cómo sería bueno enseñarle se aperciba para trabajos y el fruto que traen..... 951

Páginas.

175—Carta para unos amigos suyos, enseñándolos a vencer sus enemigos, carne, mundo y demonio.... 955
176—Carta a un devoto siervo de Dios: encarécele lo que importa la humildad..... 959
177—Carta en que exhorta a una persona a ser agradecida en guardar el don de Dios, y no se embarace en los bienes temporales, que se pasan como humo. 960
178—Carta a un devoto, animándole a buscar a Dios, y enseñándole cómo el recogimiento no está atado a lugar..... 964
179—Que no se deben hacer mudanzas sin consultarlo con Dios..... 965
180—Carta a un su amigo: enséñale el aparejo para bien morir..... 966
181—Carta a un su amigo: dícele cuán tirana es la tibieza, la cual hace injuria a Dios y pone al ánima en abominables pecados..... 968
182—Carta a un estudiante: enséñale la perfección y sus ejercicios..... 970
183—Carta a un caballero amigo suyo: dícele que no está la virtud en huir la dificultad, mas en vencerla. 971
184—Carta consolando a una persona enferma: que los trabajos de la mano de Dios tienen grande premio llevados con paciencia..... 974
185—Carta al marqués o marquesa de Priego..... 976
186—Carta a un caballero: enséñale que la persona que siente haberse resfriado en la virtud, tiene razón de sentirlo mucho; y que este desmedro viene por desagradecimiento, o por negligencia en los bienes recibidos, y el remedio es poner el mayor cuidado, y llorando lo pasado, comenzar con nuevos alientos..... 978
187—Carta de un su devoto: de cuán gran ceguedad es por los bienes temporales perder los eternos..... 982
188—Carta a un hijo de penitencia, para perseverar en el camino del Señor: de los combates que el demonio da para impedirlo y medios para vencerlos..... 987
189—Carta a un amigo suyo, que Dios había llamado a vida espiritual..... 992
190—Carta para un caballero de estos reinos..... 994
191—Carta a un caballero de estos reinos..... 996
192—Carta para el mismo caballero..... 997
193—Carta para un conocido: de la ceguedad del mundo, y diferencia que hay de los que le siguen a los que siguen a Cristo..... 999
194—Carta a un discípulo: que se deben dejar todas las cosas por Cristo, y cuánto bien ganamos perdiéndonos. 1000

Páginas.

195—Carta para un caballero de estos reinos estando enfermo: del bien de la paciencia en las enfermedades. 1003
196—Carta para un su conocido, que tenía cargo de unos enfermos..... 1004
197—Carta para otro discípulo suyo que estaba atribulado..... 1005
198—Carta para un discípulo suyo que estaba enfermo. 1007
199—Carta para un discípulo suyo, sobre la conformidad en los trabajos..... 1008
200—Carta a otro discípulo suyo: de la seguridad que hay en servir a Dios por trabajos más que por consuelos..... 1009
201—Carta a unos discípulos que tenía en la ciudad de Ecija..... 1011
202—Carta exhortando a llevar bien los trabajos..... 1015
203—Carta exhortando a buscar la gloria de Dios..... 1016
204—Carta del mismo para un amigo suyo..... 1017
205—Otra carta del P. Avila para Juan de Lequeitio de Córdoba..... 1018
206—Otra carta del P. Avila a Juan de Lequeitio.... 1020
206—Carta al muy magnífico señor, el señor don Francisco de Guzmán, mi señor, en Avila..... 1020
207—Carta del P. Avila para la villa de Utrera..... 1021

Libro del Santísimo Sacramento de la Eucaristía y del Espíritu Santo y de Nuestra Señora la Virgen Santa María

LIBRO PRIMERO

TRATADO PRIMERO

Del amor de Dios para con los hombres..... 1029

TRATADO SEGUNDO

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Pro eo...*— Consideraciones sobre estas palabras..... 1045

TRATADO TERCERO

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Caro mea.*— Consideraciones sobre este Evangelio..... 1077

Páginas.

TRATADO CUARTO

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Qui manducat...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1099

TRATADO QUINTO

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Qui manducat...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1113

TRATADO SEXTO

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Qui manducat...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1123

TRATADO SEPTIMO

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Caro mea...* Consideraciones sobre este Evangelio..... 1141

TRATADO OCTAVO

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Caro mea...* Consideraciones sobre este Evangelio..... 1155

TRATADO NOVENO

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Qui manducat...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1165

TRATADO X

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Qui manducat...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1187

TRATADO XI

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Qui manducat...*—Consideraciones sobre este Evangelio,..... 1205

TRATADO XII

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Justorum semita...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1221

TRATADO XIII

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Sanctificamini...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1235

Páginas.

SEGUNDA PARTE

TRATADO XIV

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Hic est panis.* Consideraciones sobre este Evangelio..... 1295

TRATADO XV

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Memoriam fecit...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1335

TRATADO XVI

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Si quis manducaverit...*—Consideraciones sobre este Evangelio.... 1359

TRATADO XVII

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *In me manet...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1383

TRATADO XVIII

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *David...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1407

TRATADO XIX

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Non sicut...* Consideraciones sobre este Evangelio..... 1437

TRATADO XX

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *In me manet...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1465

TRATADO XXI

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Sicut misit me...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1481

TRATADO XXII

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Parasti...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1501

Páginas.

TRATADO XXIII

Sobre la Comunión.—Pregunta: ¿Si alguna persona pidiese a su prelado o cura que lo comulgase muchas veces en el año, si el tal prelado o cura es obligado a comulgarlo cuantas veces lo pidiere, no habiendo legítimo impedimento?..... 1515

TRATADO XXIV

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *In funiculis...* Consideraciones sobre estas palabras..... 1523

TRATADO XXV

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Parasti...*— Consideraciones sobre estas palabras..... 1529

TRATADO XXVI

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *Hoc facite...* Consideraciones sobre este Evangelio..... 1541

TRATADO XXVII

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. *A fructibus...* Consideraciones sobre este Evangelio..... 1557

EL HIMNO PANGE LINGUA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

Que el venerable Maestro Juan de Avila tradujo en metro castellano para que los niños fuesen cantando en la procesión del «Corpus», como se previene en este volumen, y la composición del «Sacris Solemniis», en séptimas por el mismo autor..... 1575

HIMNO DEL SACRIS SOLEMNIIS..... 1577

Composición de este himno en séptimas por el mismo venerable Maestro Avila..... 1578

LIBRO SEGUNDO, QUE TRATA DEL ESPÍRITU SANTO

TRATADO PRIMERO

Consideraciones sobre el apercibimiento que debemos tener para la venida del Espíritu Santo..... 1581

Páginas.

TRATADO SEGUNDO

Del Espíritu Santo. *Cum venerit Paracletus.*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1597

TRATADO TERCERO

Del Espíritu Santo. *Ego veni.*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1617

TRATADO CUARTO

Del Espíritu Santo. *Paracletus...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1643

TRATADO QUINTO

Del Espíritu Santo. *Ad eum veniemus...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1667

LIBRO TERCERO, QUE TRATA DE LAS FESTIVIDADES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA NUESTRA SEÑORA Y DEL GLORIOSO SAN JOSÉ, SU ESPOSO

TRATADO PRIMERO

De la Encarnación del Hijo de Dios. *Ecce Ancilla...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1685

TRATADO SEGUNDO

Del glorioso San José, esposo de la Virgen María Nuestra Señora. *Cum esset desponsata...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1701

TRATADO TERCERO

De la festividad del nacimiento de la Santísima Virgen María Nuestra Señora. *Libes generationis...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1737

TRATADO CUARTO

De la Natividad de la Santísima Virgen María..... 1755

Páginas.

TRATADO QUINTO

De la festividad de la presentación de la Santísima Virgen María Nuestra Señora. *Quid faciemus...*—Consideraciones sobre este Evangelio..... 1765

TRATADO SEXTO

De la festividad de la Visitación de la Santísima Virgen María Nuestra Señora. *Verba Sapientium...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1783

TRATADO SEPTIMO

De la festividad del nacimiento de la Santísima Virgen María Nuestra Señora y es segundo de esta fiesta. *Quæ est ista...*—Consideraciones sobre estas palabras. 1793

TRATADO OCTAVO

De la festividad de la purificación de la Santísima Virgen María Nuestra Señora. *Santifica...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1815

TRATADO NOVENO

De la festividad de la soledad de la Santísima Virgen María Nuestra Señora. *Flere cum flentibus...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1827

TRATADO X

De la festividad de la Santísima Virgen María Nuestra Señora en el milagro de las nieves. *Quis loquetur...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1851

TRATADO XI

De la festividad de la Asunción de la Santísima Virgen María Nuestra Señora. *Te assumam...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1867

TRATADO XII

De la festividad de la Asunción de la Santísima Virgen María Nuestra Señora. *Quæ est ista...*—Consideraciones sobre estas palabras..... 1891

Páginas.

TRATADO XIII

De la Anunciación de la Virgen María..... 1931

TRATADO XIV

De todos los Santos..... 1949

PLATICAS DEL BEATO JUAN DE AVILA PARA SACERDOTES

Plática primera..... 1961
Plática segunda..... 1968

DOCTRINA ADMIRABLE

Y de mucha importancia que dió el Padre Maestro Juan de Avila a un mancebo para que seguro sirviese a Dios Nuestro Señor en el camino del Espíritu Santo. 1983
Exposición breve de las bienaventuranzas que predicó en el Monte, Cristo Nuestro Señor..... 2001
Reglas muy provechosas para andar en el camino de Nuestro Señor, compuestas por el venerable Maestro Juan de Avila, clérigo, predicador apostólico en Andalucía 2003
Los diez documentos que se siguen, que dió el mismo venerable Maestro Avila a otra persona..... 2009
Avisos a D. Diego de Guzmán y al Dr. Loarte para entrar en la Compañía de Jesús..... 2013

LAS LECCIONES QUE LEYO EL MAESTRO AVILA, DE LA CANONICA PRIMERA DE SAN JUAN, EN ZAFRA

Capítulo I..... 2021
Capítulo II 2045
Capítulo III..... 2114
Fin del capítulo III..... 2170

FIN

GUIA ESPIRITUAL

en que se trata de la oración, meditación y contemplación de las divinas visitas y gracias extraordinarias de la mortificación y obras heroicas que las acompañan, por el

P. LUIS DE LA PUENTE

de la Compañía de Jesús.

Agotado, hace tiempo, este preciosísimo libro del gran asceta español, sale de nuevo a la luz, en excelente edición, acomodada a la definitiva, corregida por el autor en 1614.

Hay muchas almas que se quejan de no saber meditar. Lean esta **Guía** y aprenderán a hacerlo. Es quizá la obra más hermosa del P. La Puente, y no debería dejarla de las manos ninguna persona eclesiástica, religiosa o seglar, que de veras desee alcanzar trato íntimo y familiar con Dios.

Un tomo de 1.040 páginas, en papel "printing" y encuadernado en tela, con plancha dorada, 5 pesetas.

FRAY JOSE DE SIGÜENZA

Fundación del Monasterio de El Escorial por Felipe II.

Para celebrar el cuarto centenario del nacimiento de Felipe II, ofrecemos al público esta admirable obra, una de las más bellas, patrióticas y castizas de nuestra literatura.

Menéndez Pelayo coloca al P. Sigüenza entre los primeros estilistas españoles; y en estas páginas describe el autor, con emoción e interés avasalladores, la fábrica de ese Monasterio, que él vió construir desde sus cimientos a la cumbre; monumento perenne del amor que al Arte, a la Arquitectura, a la Ciencia y a la Religión tuvo aquel gran Monarca, tan calumniado y mal comprendido. Nadie debe quedar sin leer este libro.

Edición esmerada, en papel satinado, con 24 grabados y 688 páginas, encuadernada en tela

Precio: CINCO PESETAS

APOSTOLADO DE LA PRENSA

San Bernardo, 7. **MADRID**



OBRAS DEL
BEATO MAESTRO
JUAN DE ÁVILA

G 65610